

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

DEPARTAMENTO DE HISTORIA ANTIGUA



TESIS DOCTORAL

**La imagen del poder en el mundo ibérico del sureste (siglos VII-I A.C.)
y su articulación en el paisaje**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Jorge García Cardiel

Directores

Santiago C. Montero Herrero
Teresa Chapa Brunet

Madrid, 2015



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA ANTIGUA

***La imagen del poder en el mundo ibérico
del Sureste (siglos VII-I a.C.) y su
articulación en el paisaje***

MEMORIA PRESENTADA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR POR:

Jorge García Cardiel

BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS DOCTORES:

Santiago C. Montero Herrero
Teresa Chapa Brunet

– Madrid, 2015 –

A mi padre, a Vero.
Por darle sentido a esto.

– Si una vez lo probáis, Sancho –dijo el duque–, comeréis héis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

– Señor –replicó Sancho–, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado.

– ¡Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo!

Miguel de Cervantes.

Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de La Mancha. 1615.



Valgan estas exiguas líneas, encargadas de abrir este trabajo y a pesar de ello las últimas en ser redactadas, para expresar mi agradecimiento a toda una serie de personas e instituciones que han posibilitado que un puñado de ideas difusas tomaran forma, que más tarde se organizaran en una pantalla, y que finalmente puedan ser leídas sobre el papel.

Para empezar, he de agradecerse a mis directores, cuya talla científica es bien conocida pero cuya generosidad nunca podré ponderar lo suficiente. El profesor Santiago C. Montero Herrero y la profesora Teresa Chapa Brunet abrieron las puertas de sus respectivos despachos a un doctorando, yo mismo, con un proyecto de tesis doctoral ya comenzado, con un tema y con unas aproximaciones que quizás no fueran exactamente los suyos, pero pese a ello le guiaron y apoyaron con total disponibilidad, regalándole su tiempo y honestos consejos. Ganándose con ello no solo toda mi admiración, sino también un fuerte afecto. Admiración y afecto que, por razones similares, no puedo dejar de expresar por el profesor Ricardo Olmos Romera, que una vez me acogiera en Roma, y que más tarde volviera a ampararme, en este caso a través de largos mails semanales que sobrevolaban el Mediterráneo, preñados de buenas ideas y de un franco interés. Y admiración y afecto que, por supuesto, despertará para mí siempre la figura del profesor Fernando López Pardo, quien guiara los primeros pasos de esta tesis doctoral, y cuya entrañable humanidad siempre recordaré.

He de reconocer el apoyo que el Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid me ha brindado en todo momento, y ello pese a ser yo, de alguna manera, el “raro”, el becario que de tanto en tanto se iba de excavaciones y que se dedicaba incomprensiblemente a estudiar a esas gentes que no eran ni griegas, ni romanas, ni fenicias, pero que pese a todo no terminaban de

resultar tan ajenas como pareciera a primera vista. Muchas gracias a todo el personal del Departamento, tanto al profesorado como a la jefa del negociado de administración, Marga, como a los compañeros doctorandos, cuyo trato durante todos estos años ha enriquecido estas páginas y me ha enriquecido a mí como persona. Y gracias especialmente a dos profesoras que han seguido mi trabajo con interés y han ido leyendo los artículos que iba pergeñando, M^aCruz Cardete y Estela García.

Diversas personas han contribuido además con su apoyo y conocimientos a distintas partes de esta tesis, y su esfuerzo debería ser reconocido, aunque para ello seguramente harían falta más páginas de las que cabalmente pueden dedicarse a ello. He de agradecer no obstante a Susana González Reyero que me haya convertido en parte de su equipo, que me haya permitido participar en las campañas de excavación en Jutia y que haya puesto generosamente a mi disposición los materiales allí documentados y los recursos necesarios para su estudio. Otro tanto hizo mi directora ya mencionada, Teresa Chapa, con la ingente documentación sobre el Cerro de los Santos que ella pacientemente había ido reuniendo durante décadas, y que de un día para otro no tuvo ningún inconveniente en apilar, atiborrándolo, en el maletero de mi coche. Por lo que respecta a los materiales de este yacimiento, pudieron ser consultados en los sótanos del Museo de Albacete gracias a la siempre amable y eficiente acogida de su directora, Rubí Sanz Gamo, y de la conservadora de esta institución, Blanca Gamo Parras. El capítulo dedicado a La Serreta se nutre, en parte, de las interesantes reflexiones que salieron a colación en un seminario organizado al efecto en la facultad y al que Ignasi Grau, Lourdes Prados, Eduardo Sánchez-Moreno y la ya citada Susana González Reyero tuvieron la amabilidad de asistir, ofreciéndome generosamente sus impresiones sobre mis ideas. Las cuestiones relativas a la esfera de la identidad y la etnicidad, finalmente, se nutren de interesantes charlas que se sucedieron en un despacho de la facultad con M^aCruz Cardete, y de otras tantas en una cafetería de Oxford con Manuel Martí-Aguilar, a quienes se lo agradezco.

Quiero expresar mi agradecimiento también para con el personal de la biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, que a pesar de haberles pedido libros del depósito cada mañana durante años, no solo no me odian aún sino que me tratan con afecto y simpatía. Esta tesis también

se ha alimentado, aunque en menor medida, de los fondos de la biblioteca de la Universidad Autónoma de Madrid, la biblioteca del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, la del Instituto Arqueológico Alemán en Madrid, la de la Universidad de Castilla-La Mancha, la Bodleian Library, la Sackler Library, la Balfour Library, la biblioteca de la Maison René-Ginouvés d'Archéologie et Ethnologie, la biblioteca del Institut National d'Histoire de l'Art, la Bibliothèque Gernet-Glotz, la biblioteca de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma y la del Istituto Archeologico Germanico a Roma.

Desde luego, esta tesis doctoral ha podido llevarse a término solamente gracias al soporte económico e institucional facilitado por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte en forma de una Beca de Formación del Profesorado Universitario, beca que se ha concretado en la Universidad Complutense de Madrid, la institución que ya me había formado como historiador y cuyo prestigioso nombre me ha acompañado a través de congresos, estancias de investigación y campañas arqueológicas. Gracias a la mencionada beca además he podido realizar estancias de investigación en la School of Archaeology de la University of Oxford, en la Maison René-Ginouvés d'Archéologie et Ethnologie de la Université de Paris X, y en la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, cuyos respectivos directores, el profesor Chris Gosden, el profesor Pierre Rouillard y la profesora Leonor Peña Chamorro, tuvieron además la amabilidad de ejercer como supervisores y solícitos anfitriones.

Por otra parte, el Ministerio de Investigación y Ciencia, hoy englobado en el de Economía y Competitividad, ha financiado parte de las tareas derivadas de la elaboración de esta tesis doctoral y de la publicación sucesiva de algunos resultados puntuales a través de la concesión de dos Proyectos de Investigación Fundamental No Orientada del Plan Nacional I+D, en los que he participado como investigador a tiempo completo y como colaborador externo, bajo la dirección de sus Investigadores Principales, D. Santiago Montero Herrero (HAR2011-26096) y D^a Susana González Reyero (HAR2012-35208). Igualmente, me he beneficiado del soporte económico aportado por una Ayuda a la Investigación del Instituto de Estudios Albacetenses de la Diputación de Albacete, asignada a mí mismo como investigador principal (BOP 4, del 13 de enero de 2014).

Por último, no puedo sino acordarme de todas aquellas personas que no solo han escuchado mis divagaciones sobre iberos, identidades e ideologías durante todos estos años, que no sólo me han discutido ideas que a mí me parecían evidentes y que resultaban no serlo tanto, sino que, más importante aún, han compartido mi vida y la han tornado merecedora de tal nombre. Ellos saben quiénes son y comprenderán que me es imposible nombrarles a todos, pero los que aquí no aparezcan me permitirán, espero que indulgentemente, que sí que nombre a algunos: Fernando, Diego, María, Dori, Javi, Nerea, Ania, David, Patricia, Esther, Ana. Os debo muchas cosas.

Y gracias a mi familia. A mis abuelas, que se me fueron mientras yo andaba redactando estas páginas, y a mi abuelo, que sigue acompañándome. A mi padre, que tanto me ha regalado siempre, que se ha dado por mí y que siempre ha estado ahí. A mi madre, a la que añoro. Y a Vero, que me entiende y me quiere como nadie.



Agradecimientos.	5
Índice	9
1. Excavando ideologías en el mundo ibérico. A modo de introducción.	13
1.1. Importancia y cognoscibilidad del tema.	13
1.2. Anteriores indagaciones sobre la ideología de las elites ibéricas.	22
1.3. Algunas consideraciones metodológicas y epistemológicas.	33
1.3.1. Apuntes de teoría postcolonial.	33
1.3.2. La aplicabilidad de la Arqueología de la Muerte.	37
1.3.3. Algunas breves notas desde la Arqueología del Paisaje.	42
1.3.4. La iconografía como lenguaje propio.	47
1.4. Algunas consideraciones conceptuales.	52
1.4.1. El Poder.	52
1.4.2. La ideología.	56
1.4.3. Jefaturas, estados y ciudades. El <i>oppidum</i> como paradigma.	66
1.5. Coordenadas cronoespaciales del estudio.	70
1.6. La imagen del poder en el mundo ibérico del Sureste.	76
2. Los propietarios de las ánforas. La fiscalización de los resortes económicos.	87
2.1. Introducción historiográfica.	87
2.2. La intersección entre economía e ideología.	93
2.3. Los momentos formativos.	97
2.3.1. Los primeros impulsos comerciales: regalos e intercambios.	97
2.3.2. Los centros de intercambio: “oppida” y “almacenes”.	112
2.3.3. La actividad agropecuaria.	128
2.4. La consolidación del sistema: el despegue del comercio griego.	140
2.5. La plenitud de las estructuras económicas ibéricas.	165
2.5.1. El poblamiento.	165
2.5.2. La producción agropecuaria y las relaciones de propiedad.	178
2.5.3. La producción artesanal.	196
2.5.4. Las estrategias y los intercambios comerciales en época Plena. El caso de l’Illeta dels Banyets.	206
2.6. La mediterraneización definitiva: los siglos III-I a.C.	238
2.7. Ostentación y dedistribución.	271
2.8. Los propietarios de las ánforas.	287

3. Los dueños de la historia. La instrumentalización de la memoria y la identidad.	291
3.1. Identidad y memoria: precisiones epistemológicas y recuento historiográfico.	291
3.2. A la búsqueda de una nueva legitimidad en los albores del mundo ibérico.	307
3.2.1. La conexión del poder con el elemento colonial: vasos, tumbas y rituales.	307
3.2.2. Viejas ruinas y nuevos propósitos.	318
3.2.3. El surgimiento de la estatuaria ibérica.	332
3.3. Entre el recuerdo y el olvido en las necrópolis ibéricas de época plena.	345
3.4. ¿Griegos en el sureste?	364
3.4.1. En torno al concepto de “helenización”. El caso de La Picola.	364
3.4.2. Los tres pueblecillos massaliotas de la costa contestana.	370
3.5. ¿Cartagineses en el sureste?	399
3.5.1. Elementos punicizantes antes de los Barca.	399
3.5.2. La punicización de un mundo ibérico en guerra.	424
3.6. Identidades iberorromanas e identidades hispanorromanas.	433
3.7. Los dueños de la historia.	447
4. Los elegidos por los dioses. La religión como mecanismo de legitimación política.	453
4.1. El estudio de la religión de los iberos.	453
4.2. La imagen de la divinidad.	462
4.2.1. Aproximaciones al problema.	462
4.2.2. La divinidad engendradora de pueblos: los discursos arcaicos.	465
4.2.3. La divinidad en su trono: los discursos de época plena.	488
4.2.4. Elenco de divinidades para un encuentro colonial: discursos de época iberorromana.	507
4.3. El tránsito psicopompo.	520
4.3.1. A la búsqueda de una escatología ibérica.	520
4.3.2. Un Más Allá poblado de monstruos.	526
4.3.3. El jinete que cabalga hacia el Más Allá.	531
4.3.4. Cabalgadas iberorromanas más allá de la Muerte.	547
4.4. Los espacios de culto.	559
4.4.1. Espacios singulares urbanos en época arcaica.	559
4.4.2. Los templos de Campello y La Alcudia.	568
4.4.3. Los santuarios ibéricos. El territorio de los dioses.	571
4.4.4. La deidad de nuevo dentro de las murallas.	586
4.4.5. La “romanización” de los santuarios al aire libre.	590
4.5. Los elegidos por los dioses.	595
5. Los señores de las armas. El monopolio de la violencia como herramienta legitimatoria.	599
5.1. La violencia como objeto de estudio. Algunos apuntes metodológicos y un recuento historiográfico.	599

5.2. Empleo y prevención de la violencia en el primer espacio colonial.	614
5.3. Combates de campeones en los primeros pasos del mundo ibérico.	641
5.4. De aristócratas acorazados a ciudadanos armados: la fase plena.	658
5.5. La segunda mitad del s. III a.C.: la guerra compleja irrumpe en Iberia.	691
5.6. Nuevos enemigos para el nuevo contexto político iberorromano.	716
5.7. Los señores de las armas.	729
6. Un bastión sobre los valles. El poblado de La Serreta de Alcoi.	733
6.1. Introducción al yacimiento.	733
6.2. La Serreta antes del s. III a.C.	748
6.2.1. La etapa orientalizante del poblado.	748
6.2.2. La fase “Serreta I”.	751
6.2.3. La necrópolis de La Serreta.	761
6.2.4. Los difusos orígenes de La Serreta.	772
6.3. El auge de La Serreta.	775
6.3.1. Un nuevo proyecto arquitectónico.	775
6.3.2. Un nuevo proyecto territorial.	786
6.3.3. Un nuevo proyecto ideológico: la iconografía vascular.	795
6.3.4. Un nuevo proyecto ideológico: el santuario.	812
6.4. Abandono, frecuentación y recuperación del santuario.	825
6.5. Un bastión sobre los valles.	832
7. Aristócratas y togados se muestran ante la divinidad. El santuario del Cerro de los Santos.	835
7.1. “Un pequeño collado denominado Cerro de los Santos...”. Introducción al yacimiento.	835
7.2. La cronología del santuario.	859
7.3. Actividades rituales y “domésticas”: el santuario y su infraestructura.	877
7.4. Discursos de poder en el Cerro de los Santos.	907
7.4.1. La iconografía de los exvotos escultóricos antropomorfos.	907
7.4.2. La “romanización” del santuario.	916
7.4.3. Devolviendo el Cerro a su Paisaje.	928
7.5. Aristócratas y togados se muestran ante la divinidad.	943
8. Enterramientos y depósitos rituales en la Sierra del Segura. El área Sacra de Jutia.	949
8.1. Introducción geográfica.	949
8.2. Breve recuento de las intervenciones.	957
8.3. El poblamiento en las Sierras del Alto Segura.	967
8.4. El Sector IV de Jutia: un majano en medio del valle.	978
8.5. Los depósitos: estudio de los materiales.	997
8.5.1. El depósito UE 22-23.	997
8.5.2. El depósito UE 31-28.	1000
8.5.3. El depósito UE 14-15.	1002
8.5.4. El depósito UE 21.	1006
8.5.5. El depósito UE 67-65,66.	1009

8.5.6. El depósito UE 57-58.	1011
8.5.7. El depósito UE 38-39,40,41.	1013
8.5.8. El depósito UE 32.	1016
8.6. Los depósitos: algunas perspectivas apuntadas sobre el ritual.	1022
8.7. Un intento de contextualización histórica.	1041
8.8. Enterramientos y depósitos rituales en la Sierra del Segura.	1047
 9. L'image du pouvoir dans le Sud-est ibérique et son articulation dans le paysage. Conclusions.	 1055
 Bibliografía.	 1077
 Índice de yacimientos mencionados.	 1193
 Índice de fuentes literarias citadas.	 1203
 Índice de figuras.	 1207
 Résumé.	 1227
 Abstract.	 1233



I. EXCAVANDO IDEOLOGÍAS EN EL MUNDO IBÉRICO A MODO DE INTRODUCCIÓN

Me dijo mi madre, mira, Celestina, vas a ser buena (...). Pero yo sé lo que es portarse bien, es portarse como quiere el que lo dice, y para unos es una cosa y para otros, otra.
Ana María Matute, "Cuaderno para cuentas", *Algunos muchachos*, 1968.

Cuando yo uso una palabra –insistió Humpty Dumpty con un tono de voz más bien desdeñoso– quiere decir lo que yo quiero que diga... ni más, ni menos.
La cuestión –insistió Alicia– es si se puede hacer que las palabras signifiquen cosas tan diferentes.
La cuestión –zanjó Humpty Dumpty– es saber quién es el que manda... eso es todo.
Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*, 1871.

1.1. Importancia y cognoscibilidad del tema.

A lo largo de los siglos, y sobre todo en determinadas épocas, el ser humano se ha esmerado en tratar de explicar los fenómenos naturales que le rodean. No bastaba con sobrecogerse ante el cegador resplandor del rayo, era necesario comprender, según los conocimientos de cada época y recurriendo a uno u otro paradigma, por qué este rasgaba el cielo; no era suficiente con observar cómo la luna recorría el firmamento cada noche, o hasta predecir su camino, sino que había que esforzarse por entender las razones de este e incluso, cuando ello fue posible, trasladarse allí para verificar *in situ* nuestras predicciones. Y otro tanto sucede, a su manera, con ciertos fenómenos sociales: atestiguar la relación entre una mala cosecha y una inflación de los precios de ciertos productos manufacturados, al fin y al cabo, no fue nunca bastante, siempre se buscó entender mejor esta relación y poder predecir sus

resultados. No puede decirse lo mismo, sin embargo, de la política, del poder, del gobierno. Tradicionalmente, casi por definición, las relaciones de poder se pueden describir, o cuando más se valoran desde un punto de vista moral, pero rara vez se han cuestionado sus fundamentos. Esta última afirmación, que M. Foucault¹ lanzaba a finales de los años setenta, sigue siendo hoy igual de válida que antaño. Con la excepción de un puñado de pensadores a lo largo de la historia, las estructuras de poder se han descrito, se han respetado o se han atacado, pero sus fundamentos simbólicos rara vez han sido objetivados.

Y sin embargo, no lo olvidemos, las estructuras políticas son constructos sociales². Y, como tales, no se “muestran”, no son elementos primordiales y pasivos, atemporales, que podemos limitarnos a observar y describir de manera abstracta, sino que se producen, se construyen y reconstruyen continuamente, adaptándose a las coyunturas históricas puntuales de cada momento y lugar, a las necesidades y anhelos de cada grupo humano. El historiador y el arqueólogo, por consiguiente, no deben limitarse a describir las jerarquías sociales, como tradicionalmente se viene haciendo, sino que, como viene defendiendo el Marxismo desde hace un siglo y, desde hace algunas décadas y en lo que se refiere propiamente a la arqueología, I. Hodder y sus seguidores, los historiadores deben estudiar las jerarquías en relación con todo el contexto de creencias, imaginarios y principios simbólicos en el que funcionan y que les dan su sentido último³. No basta con entender *cómo* funciona una jefatura, una monarquía o una república; sería fundamental comprender igualmente *por qué* estos sistemas funcionan, qué es lo que lleva a una mayoría de la población a aceptar la existencia de unas relaciones de poder desiguales en las que estos individuos no son los más privilegiados⁴.

Y ello es tanto más necesario, cuando que, a diferencia de los fenómenos naturales, y a diferencia de otros fenómenos sociales como el económico, las estructuras de poder (las actuales igual que las pretéritas) se envuelven en un entramado simbólico destinado específicamente a velar sus fundamentos últimos. La ideología, como señala S. Žižek, se caracteriza por definición por ocultar su

¹ Foucault 1994: 540-541.

² Lluí 2005: 16.

³ Hodder 1982 a.

⁴ Clastres 1974.

funcionamiento a los individuos que participan de ella⁵. Convertir la resultante proyección simbólica en una “constatación histórica” sin tratar de *deconstruirla*, por tanto, supone no solamente permanecer en un nivel superficial del análisis de las estructuras políticas de la sociedad estudiada, sino que en última instancia significa perpetuar el discurso ideológico construido desde dichas estructuras políticas y aceptar tácitamente las desigualdades sociales por ellas fomentadas⁶.

No en vano, tendemos a hablar en nuestros discursos de “aristocracia”, “elite”, “nobleza” o “clase alta”, términos enormemente connotados en todas las lenguas modernas, sin reparar en la mayor parte de los casos en que su aplicabilidad a las diversas sociedades históricas es problemática, salvo que permanezcamos en un nivel muy superficial del análisis⁷. Y, sobre todo, empleamos construcciones como “comportamientos de elite” o “prácticas aristocráticas” sin reparar en que semejantes adjetivaciones dan por sentada la existencia de una “elite” o una “aristocracia” radicalmente separada de quienes no forman parte de la misma, un grupo social con contornos precisos y evidentes que se perpetúan a través de las generaciones, con un comportamiento y unas prácticas sustancialmente diferentes⁸; algo que no tiene por qué resultar así en todas las sociedades.

Por el contrario, explorar concienzudamente (al menos en la medida de lo posible, con las fuentes a nuestra disposición) las dinámicas internas de las estructuras de poder pretéritas, y sobre todo los discursos ideológicos que aquellas construyeron y difundieron para legitimarse, nos ayudará a comprender mejor no solo la sociedad analizada en cuestión sino también los fundamentos últimos del *poder* en las sociedades humanas, pretéritas y presentes.

Ello, sin embargo, no será nada fácil. En primer lugar porque, dado que los sistemas ideológicos pretenden por su propia naturaleza ocultar su misma existencia, analizar una ideología supone irremediablemente criticarla⁹. Y criticarla, además, desde una ideología distinta, pues a pesar de todas las precauciones perspectivistas

⁵ Žižek 1992: 46-47.

⁶ Cardete 2005: 46.

⁷ Duploux 2006: 10.

⁸ Duploux 2006: 29.

⁹ Bernbeck y McGuire 2011: 3.

que pretendamos anteponer entre nosotros y nuestro objeto de estudio¹⁰, nos encontramos irremediabilmente inmersos en una sociedad concreta, producto de un momento histórico concreto, y por lo tanto participamos, de una manera más o menos consciente, de una determinada matriz epistemológica (y, por qué negarlo, de una determinada ideología¹¹). La misma disciplina arqueológica, tal y como hoy la entendemos, participa intrínsecamente de muchos de estos condicionamientos políticos actuales, y su método constituye un filtro acorde a estos condicionamientos para nuestro conocimiento de las sociedades pretéritas¹². En consecuencia, toda la “objetividad” a la que podremos aspirar en nuestro intento de analizar los discursos ideológicos de las sociedades pretéritas no será sino, como en su momento señaló I. Wallerstein, un discurso *honesto* dentro del marco referencial en el que nos movemos¹³, esto es, una reconstrucción autoconsciente y *reflexiva*¹⁴ coherente con los datos disponibles y con las limitaciones que acotan nuestra capacidad de conocimiento.

Al fin y al cabo, no lo olvidemos, si la historia que construimos no es autorreflexiva, no se erige de acuerdo a unos principios teóricos explícitos y coherentes, se convertirá, ella misma, en ideología¹⁵.

Para el caso del mundo ibérico, además, un estudio como este se encontrará con un grave problema de fuentes. Y es que, sin entrar en detalles (pues tiempo habrá para ello a lo largo de las páginas sucesivas), el estudio de los pueblos que habitaron el sur y este de la Península Ibérica durante algo más de la segunda mitad del I milenio a.C. ha de partir fundamentalmente del registro arqueológico. Si bien los iberos emplearon la escritura, lo hicieron únicamente para unos fines muy concretos, y por el momento no somos capaces de interpretar sus exiguos textos, en tanto que las escasísimas referencias literarias que sobre estas gentes nos han legado los autores

¹⁰ Bailey 1987. Para una reciente opinión contraria, defensora del actualismo en la investigación de las sociedades protohistóricas, cf. por ejemplo García 2005.

¹¹ Žižek 2008: 20-21.

¹² Meskell 2002; Pyntchman 2009.

¹³ Wallerstein 1989: 16; citado en Vicent 1991: 29.

¹⁴ Bourdieu 2001.

¹⁵ Bermejo Barrera 2004: 22-26.

grecorromanos datan, en su mayoría, de época tardía¹⁶, y en todo caso están mediatizadas por la perspectiva de un observador alóctono, interponiendo un filtro cultural añadido entre nosotros y nuestro objeto de conocimiento.

Es este un problema que es considerado insalvable por una parte sustancial de la historiografía. De hecho, cuando se ha tratado de llevar a cabo una “arqueología del poder”, empleando el término propuesto por M. Menichetti, en muchas ocasiones se han rastreado y descrito los artefactos, edificios e inscripciones que las sociedades antiguas supuestamente fabricaron y emplearon como emblemas legitimadores del poder, pero generalmente su interpretación ha partido de los *corpora* de informaciones, noticias, mitos y referencias que los autores clásicos nos ofrecen, empleándolos como clave explicativa del registro arqueológico¹⁷. Y otro tanto se puede decir de los análisis del poder relativos a épocas más modernas, en los que a las fuentes aludidas se añaden, en ocasiones, las encuestas y la prensa¹⁸. Desde este tipo de posicionamientos, los textos antiguos son los que nos darían la clave para comprender el imaginario de las sociedades pretéritas, en tanto que el registro arqueológico, cuyo análisis rara vez va más allá de la descripción, se emplea como ilustración verificadora de dicho imaginario.

Al margen de estas aproximaciones cercanas a la arqueología clásica tradicional, los partícipes de la Nueva Arqueología conceden al estudio del registro arqueológico una cierta capacidad limitada para profundizar en un tema como el que

¹⁶ Y por consiguiente de un momento en el que la situación de guerra abierta y continuada, primero contra Cartago y luego contra Roma, habría transformado radicalmente las desigualdades sociales y las estructuras de poder ibéricas: cf. Alvar 1990: 121. Para épocas anteriores, sin embargo, las noticias que los autores griegos nos transmiten sobre los pueblos locales del extremo Occidente es enormemente escasa, quizás por considerar, como señaló explícitamente Polibio (III, 58, 5-9), que el conocimiento de un ámbito periférico a la *oikumene* como el ibérico entrañaba no solamente los peligros inherentes a viajar a este tipo de ámbitos poblados de monstruos, sino también la dificultad para comprender las realidades aquí existentes y para después conseguir transmitir estas realidades a los oyentes que no habían viajado. De esta manera el carácter mítico-numinoso de Iberia como periferia quedó integrado en el paradigma cosmológico clásico, y como tal se mantuvo durante siglos; cf. Alemany 1910: 2; Gómez Espelosín 1993: 132; 2006: 266; Plácido 2008: 288-306.

¹⁷ Alföldy 1984; Menichetti 1994. Una excepción interesante en este sentido es la protagonizada por P. Brun quien, desde una óptica procesual depurada, propone que la arqueología puede acceder por sí misma al estudio de los fundamentos de la estructura política de una sociedad, a través del análisis de la variabilidad estilística de diferentes categorías funcionales de objetos, la trama del hábitat, las diferencias de tamaño, forma y contenido de los yacimientos, la distancia relativa de los distintos centros territoriales, la evolución a largo plazo de las configuraciones espaciales y la documentación funeraria (Brun 1999: 32).

¹⁸ Bond y Gilliam 1994.

nos ocupará en este trabajo, si bien limitada en su alcance. Efectivamente, el subsistema político es considerado por estos autores como uno más de los subsistemas que conforman el sistema sociocultural total, objeto último de conocimiento del análisis arqueológico. Ahora bien, este subsistema en concreto solo en ocasiones ha despertado el interés de los diferentes autores en lo referente a las sociedades no-estatales¹⁹, y cuando lo ha hecho generalmente ha sido abordado desde postulados ecológicos-funcionalistas, a través del análisis de parámetros como la demografía, la distribución espacial de las sociedades o la variabilidad de las decoraciones de los artefactos producidos en su seno²⁰. Como consecuencia, la visión que estas lecturas ofrecen de las sociedades estudiadas es la de grupos estables, homoestáticos, perfectamente adaptados a su entorno y en los que no se producirán cambios salvo que sobre ellos actúen presiones externas o se modifiquen las condiciones ecológicas²¹; una visión que, en definitiva, a través de esta perspectiva cientifista, sanciona de alguna manera las diferencias sociales existentes en estas comunidades al entenderlas como *naturales* y consecuencias adaptativas, y que no concibe la posibilidad de su reversión.

De hecho, el principio procesualista de ceñirse escrupulosamente al análisis empírico de los datos mensurables y escapar de toda lectura que se considere subjetiva, esto es, no refutable, ha propiciado que generalmente los estudios del subsistema político de los que acabo de hablar no presten atención alguna a los discursos ideológicos de los que se revisten las estructuras de poder analizadas. Y es que, una vez más, y de manera parecida a lo que sucedía con la arqueología tradicional, la arqueología procesual se reconoce incapaz para acceder a la esfera de las mentalidades sin el apoyo de los textos antiguos como clave explicativa, aduciendo el peligro de caer en narrativas subjetivas sin ningún valor histórico²². En la ya tan manida pero aún citada escalera de la inferencia de Hawkes²³, los aspectos materiales y económicos de las civilizaciones antiguas podían ser fácilmente estudiados desde la

¹⁹ Trigger 1974: 95-96.

²⁰ Trigger 1974; Treuil 2011.

²¹ Shanks y Tilley 1987: 143-165; Gilman 1997: 81-82.

²² Treuil 2011. Este autor, no en vano, significativamente señala la *Periégesis* de Pausanias como el “manual ideal” para que el arqueólogo pueda acceder bajo su guía a la esfera de las mentalidades.

²³ Hawkes 1954. Cf. recientemente Bertemes y Biehl 2001.

arqueología, en tanto que otros aspectos más “elevados” como las instituciones sociopolíticas eran mucho más difícilmente analizables, y los discursos ideológicos de los que estas se revestían constituían ya el estrato más difícilmente accesible para la investigación empírica.

Ahora bien, comparto la opinión de C. González Wagner, D. Plácido y J. Alvar cuando, en un en mi opinión esclarecedor artículo sobre los procesos de estatalización en la Península Ibérica, estos autores subrayaron que son los documentos los que están al servicio de la investigación histórica y no al contrario, de modo que no debe haber aspecto histórico que no pueda investigarse debido a la escasez de los datos al respecto; es el alcance del intelecto de los investigadores y las limitaciones de su método las que imponen las barreras que eventualmente pueden impedir que, al menos, se elabore un sistema de explicación coherente con los datos disponibles²⁴.

En consecuencia, creo que el análisis de un tema como el que tenemos entre manos, los fundamentos ideológicos del poder entre las comunidades del sureste ibérico, debe forzosamente escaparse del corsé funcionalista del procesualismo tradicional para asumir como propios algunos de los postulados y conceptos historiográficos y sociológicos desarrollados en el seno de otras tendencias, como las escuelas marxistas²⁵ (fértiles en conceptos de gran utilidad para el análisis, que más tarde discutiré, pues no en vano han analizado críticamente durante décadas el fenómeno del *poder* y sus dinámicas internas a lo largo de la historia, no solo en lo tocante a sus mecanismos económicos sino también simbólicos) y la arqueología postprocesual.

Acerca de esta última, creo que es de justicia reconocer que, tal y como se le lleva reprochando durante décadas, la arqueología postprocesual carece de un verdadero cuerpo teórico integrado y homogéneo como el que los autores procesuales desarrollaron para la Nueva Arqueología²⁶. Sin embargo, considero que muchas de sus

²⁴ González Wagner, Plácido y Alvar 1996: 139.

²⁵ Llul 2005.

²⁶ Yengoyan 1985; Earle y Preucel 1987; Ruiz Rodríguez, Chapa y Ruiz Zapatero 1988: 12; Kohl 1993: 13. No se debe confundir, por cierto, la falta de un cuerpo teórico integrado con la inexistencia de un discurso único sobre el pasado, pues a diferencia de la Nueva Arqueología, los autores postprocesuales huyen explícitamente de este último, al considerar que pueden construirse tantos discursos sobre un mismo pasado y desde tantas aproximaciones como investigadores se acerquen al mismo, sin que ninguno

críticas a la Nueva Arqueología son enormemente útiles para construir conocimiento más allá de las limitaciones que aquel paradigma imponía: la búsqueda de leyes generales de funcionamiento para las comunidades humanas, la consideración determinista-ambientalista de las sociedades y el consiguiente olvido de los grupos minoritarios, excluidos o dependientes suponen aspectos de la teoría procesual puestos de relevancia por los autores postprocesuales²⁷ enormemente relevantes para un estudio de los discursos ideológicos a partir de la arqueología como el que aquí planteo. E igualmente creo enriquecedor, por supuesto, su consideración de que el estudio contextual (la *“lectura exegética de los contextos”*, podría decirse) de los vestigios arqueológicos y la consideración de que este está siempre significativamente constituido puede permitirnos acceder a esferas menos explícitamente reflejadas en el registro y tradicionalmente obviadas por la arqueología, tales como el imaginario o la ideología.

En los siguientes capítulos, no obstante, he tratado de asumir y afrontar algunos de los problemas que, con justicia, se han achacado a la arqueología postmoderna desde diversos posicionamientos. Así, en ocasiones se ha criticado que esta ha terminado siendo una *“arqueología de ejemplos”*²⁸, y efectivamente I. Hodder reconocía que los desarrollos de su Arqueología Contextual dependían de la disponibilidad de *“buenos datos”*, esto es, de contextos ricos y bien documentados en los que la carga simbólica de los objetos fuera más o menos sugerente²⁹. Desde luego, no creo que la articulación de un discurso explicativo a través de una sucesión de ejemplos sea una actitud perversa, sino más bien seguramente la única posible si se parte de la asunción de que es imposible explicar los comportamientos humanos a través de reglas generales; ahora bien, si la reconstrucción histórica se centra únicamente en los *“buenos datos”*, no hará sino volver una y otra vez sobre un puñado de contextos bien conocidos, despreciando otros muchos, mayoritarios, entre los que de hecho se encontrarán preferentemente los producidos por las actividades de los grupos desfavorecidos que en teoría constituyen uno de los objetivos principales de la

de ellos sea forzosamente incorrecto, y sin que por ello pueda tildarse a la arqueología postprocesual como menos *“científica”* que otras disciplinas (Hodder 2001: 3-4).

²⁷ Cf., por ejemplo, Shanks y Tilley 1987 a: 29-45; Hodder 1988: 32-49 y 176-202.

²⁸ Ruiz Rodríguez, Chapa y Ruiz Zapatero 1988: 14.

²⁹ Hodder 1987: 43.

arqueología postprocesual. Es por ello por lo que en las siguientes páginas se podrá comprobar que, si bien trataré frecuentemente unos mismos yacimientos y contextos arqueológicos especialmente ricos desde diversas perspectivas, y me veré obligado a volver a ellos una y otra vez para hilar el discurso pues ofrecen un repertorio de datos que difícilmente podría conseguirse en otros enclaves, sistemáticamente intentaré contrastar las informaciones allí obtenidas con otros yacimientos con datos “no tan buenos”.

De igual manera, al aplicar varios de los principios de la arqueología postprocesual a un tema como el de los discursos ideológicos de las elites ibéricas del sureste, creo que igualmente sortearé la banalización del concepto de “problema” en el que, bien es cierto, en ocasiones han caído este tipo de aproximaciones³⁰, y al tratar de analizar los fundamentos internos de la existencia de dichas elites a partir del análisis de sus estructuras simbólicas, intentaré que a la *deconstrucción* de los discursos anteriores se sume un parejo esfuerzo de *construcción* historiográfica, a diferencia de lo que en muchas ocasiones ha sucedido con los trabajos postprocesuales³¹.

Finalmente, un estudio de los imaginarios antiguos difícilmente puede pretender ser *objetivo*, en el sentido más cientifista de este término, pues sus conclusiones no pueden ser *probadas*. Desde los trabajos de la Escuela de Frankfort y su desarrollo de la filosofía kantiana, creo que resulta difícil seguir presuponiendo la existencia de una razón autónoma, independiente, capaz de percibir la realidad objetiva del mundo sensible³². Pero ello no quiere decir que la única herramienta de la que dispongamos para enfrentarnos al estudio del pasado sea nuestra propia subjetividad, como a veces se le ha criticado a los autores postmodernos³³, y como de hecho en ocasiones ellos mismos han defendido³⁴. Aún reconociéndome incapaz de desgranar un discurso completamente objetivo sobre la Antigüedad y totalmente ceñido a la “realidad histórica”, defiendo la posibilidad de construir una visión de la misma que aspire a ser la más coherente de entre las posibles según el conjunto de

³⁰ Kohl 1993: 16.

³¹ Chippindale 1993: 32-33.

³² Cf. en último lugar Fernández Martínez 2006: 17.

³³ Vicent 1991: 33.

³⁴ Shanks y Tilley 1987 a: 20-22; Tilley 2010: 25-31.

datos disponibles al efecto, con la única frontera ineludible de los límites de los esquemas lógicos de la sociedad occidental contemporánea.

1.2. Anteriores indagaciones sobre la ideología de las élites ibéricas.

Debido a todas estas dificultades metodológicas y, sobre todo, epistemológicas, los fundamentos de las formaciones políticas ibéricas y la naturaleza de las relaciones de poder establecidas entre estas gentes no han sido precisamente uno de los aspectos más analizados por la historiografía desde que comenzó a hablarse de los pueblos ibéricos prerromanos a finales del s. XIX. Así, pese a la transversalidad del tema, generalmente se ha hablado de “jefes”, “reyes”, “aristócratas” o “nobles” ibéricos sin definirse claramente a qué realidades sociopolíticas se estaba haciendo referencia, y desde luego sin analizar en qué se fundamentaban estas estructuras y por qué resultaron operativas a lo largo de un terminado período de tiempo.

Quizás el primer autor que se planteó explícitamente este tipo de cuestiones fue J. Costa, fuertemente influenciado por las nuevas corrientes historiográficas que comenzaban a circular por Europa, interesadas en la intersección entre los aspectos sociales, antropológicos y económicos de la Antigüedad, pero también partícipe de la imperante mentalidad romántica y reformista que pretendía regenerar la sociedad española contemporánea a través del análisis de la historia pretérita³⁵. Desde estos presupuestos, en sus *Estudios ibéricos* (lamentablemente inconclusos, y de cuya primera parte, titulada *La servidumbre entre los iberos*, tan solo nos han llegado desarrollados cinco de los setenta y dos temas que en su momento proyectó abordar), Costa se sirvió de un conocimiento erudito de las fuentes literarias y la epigrafía para hablar de una sociedad ibérica profundamente jerarquizada, en la que una nobleza dirigente, habitante de los grandes núcleos amurallados³⁶, mantenía sometida a una población mayoritariamente servil, a medio camino entre la libertad y la esclavitud³⁷, que habitaría los núcleos rurales dispersos y que se dedicarían fundamentalmente a la ganadería, y cuyas condiciones de vida serían tan miserables que recurrirían a formas

³⁵ Cf. Ruiz Rodríguez 2000: 11; Wulff 2002: 120; Aguilera 2011: 381-385; 2014: 419-426.

³⁶ Costa 1881-1885: LV-LXIII.

³⁷ Costa 1881-1885: LXIX-LXXXII.

de resistencia soterrada tales como el bandolerismo institucionalizado³⁸ o, llegado el caso, la alianza con cartagineses y romanos frente a sus señores³⁹. La inclusión en la discusión sobre las estructuras político-económicas ibéricas de conceptos tales como las relaciones gentilicias, el colectivismo agrario, la lucha de clases o la dependencia colectiva por parte de J. Costa⁴⁰ suponen una renovación de la perspectiva que no llegará a explotarse por completo hasta más de medio siglo después.

En una línea similar a la de Costa, desarrollando los aspectos jurídicos de sus propuestas pero prestando una menor atención a las implicaciones sociales de los fenómenos analizados, F. Rodríguez Adrados⁴¹ y J.M. Ramos Loscertales⁴² analizarán la *fides* y la clientela ibéricas, en tanto que E. D’Ors volverá sobre el concepto de dependencia colectiva de los siervos iberos, comparándolos con los hilotas⁴³.

A pesar de estas voces puntuales, el análisis de las formas de poder ibéricas no avanzó mucho más durante los dos primeros tercios del s. XX. Frente a corrientes como la historiografía marxista o la Escuela de Annales que triunfaban en otros países europeos, los historiadores y arqueólogos españoles se centraron fundamentalmente en aspectos de la Historia política y económica más tradicionales, apegados a postulados más historicistas, quizás porque el contexto político español de mediados de siglo no se prestaba demasiado a la reflexión sobre la legitimación del poder y las construcciones ideológicas tendentes a construirlo y sustentarlo. Solamente en J. Maluquer se advierte un cierto interés por el tema, y de hecho sus conclusiones no son, desde mi punto de vista, tan estereotípicas como A. Ruiz defendió en un trabajo al respecto⁴⁴. Maluquer habla de la monarquía ibérica como una institución fuertemente influenciada por las corrientes culturales célticas, pero consecuencia directa de la disgregación del Imperio tartésico; cada uno de estos reyes gobernaría sobre varias ciudades, pero el alcance de su autoridad, aunque difícil de delimitar, parece circunscribirse a cuestiones militares, y de hecho el carácter hereditario de su

³⁸ Costa 1881-1885: XXXIX-LIV.

³⁹ Costa 1881-1885: LXIV-LXVII.

⁴⁰ Cf. Aguilera 2014: 419-425.

⁴¹ Rodríguez Adrados 1946.

⁴² Ramos Loscertales 1948.

⁴³ D’Ors 1953: 351.

⁴⁴ Ruiz Rodríguez 2000: 12.

preeminencia es discutible⁴⁵. Estos reyes estarían apoyados por una nobleza terrateniente de gran poder adquisitivo, cuya existencia queda reflejada en las necrópolis, y a cuyo servicio trabajaban grandes cantidades de esclavos, cuyo origen debe situarse en las continuas guerras contra los celtas; ahora bien, entre la nobleza y el grupo de los esclavos existiría toda una gama de grupos sociales que diferirían de unos territorios a otros, razón por la que las fuentes clásicas describen a pueblos enteros levantados en armas contra el invasor en el mundo levantino, mientras que los nobles del sur deben recurrir a mercenarios⁴⁶.

Poco de estos desarrollos teóricos caló, sin embargo, en las visiones tradicionales del mundo ibérico, más ocupadas en otros aspectos del mismo. Así, en la síntesis del mundo ibérico que redacta A. Arribas en 1965, estos temas son apenas tratados frente a otros más afines a la erudición anticuarista y a las consideraciones étnicas que dicho autor prodiga a lo largo de su texto⁴⁷.

En los años setenta, sin embargo, la investigación de los fundamentos de las formas del poder ibéricas da un nuevo paso adelante, coincidiendo en el tiempo con el despegue de la arqueología ibérica y también, y no menos importante, con los últimos años de la dictadura y los primeros de la Transición. Así, en 1971 J. Caro Baroja publica una influyente monografía sobre la realeza hispana, en la que intenta superar la exégesis tradicional de los textos clásicos incluyendo enfoques tomados de la antropología y el estructuralismo; el problema con su estudio es que obvia cualquier referencia a la arqueología, de modo que no termina de establecer una distinción epistemológica entre los “reyes míticos” tartésicos y los caudillos ibéricos que aparecen en las fuentes clásicas luchando contra Roma, dando por sentada la historicidad de ambos tipos de estructuras de poder, y obviando la laguna cronológica que se produce entre ambos conjuntos de referencias⁴⁸. Ahora bien, la conclusión a la que este estudio llega resulta enormemente interesante, y alcanzará una gran influencia en los trabajos posteriores: tras defender que los pueblos peninsulares son “por antonomasia monárquicos”, distingue sin embargo entre los monarcas ibéricos,

⁴⁵ Maluquer 1954: 319-320.

⁴⁶ Maluquer 1954: 322-323.

⁴⁷ Arribas 1965 (cf., por ejemplo, Arribas 1965: 75).

⁴⁸ Caro 1971: 139-140.

que en realidad serían poco más que jefes militares, y los soberanos tartesios, patriarcas protegidos por los dioses, benéficos y grandes legisladores⁴⁹.

Poco después, M. Vigil daría a conocer a su vez una obra de síntesis en la que, recogiendo varias de las ideas planteadas por J. Maluquer y J. Caro, defendía que el régimen político predominante a lo largo de toda la antigüedad hispana había sido la monarquía, y la ciudad-estado su forma de organización fundamental. Cada rey podía llegar a gobernar sobre varias ciudades, aunque compartiría su autoridad con consejos, asambleas populares y magistrados, cuyas atribuciones y parcelas de poder en realidad desconocemos, pero que según el autor se verían reforzadas en época ibero-romana gracias a la progresiva desaparición de la institución monárquica⁵⁰. En todo caso, mediante una lectura dialéctica materialista de los textos históricos⁵¹, que sin embargo no llegará a explicitarse del todo, Vigil hablará para el mundo ibérico de ciudades propiamente dichas, una organización estatal desarrollada y una sociedad de clases organizada en torno al poder de los reyes⁵².

Por su parte, A. Balil publica en esa época un ensayo en el que habla ya del conglomerado social ibérico como una sociedad caballeresca, cuyas elites gobernantes, que demuestran su *status* mediante la posesión de caballos como los *equites* griegos y romanos, controlan dos tipos de clientelas, de cuyo trabajo se sirven para sustentarse en el poder: una clientela de guerreros, consagrados a la protección de su señor, y una clase de siervos dependientes encargados de las labores productivas, cuyo excedente será fiscalizado por aquel. La riqueza y la coacción son, para Balil, los dos fundamentos fundamentales del poder de los gobernantes ibéricos. La presencia de estas clientelas, en todo caso, no es óbice para aceptar la existencia de una clase de hombres libres, ni tampoco de ciudades propiamente dichas, cuya entidad parecen avalar las fuentes clásicas⁵³. En definitiva, Balil nos habla de una sociedad enormemente compleja, autónoma respecto de las culturas clásicas pero ostentando un análogo grado de desarrollo.

⁴⁹ Caro 1971: 157.

⁵⁰ Vigil 1973: 252-253.

⁵¹ Ruiz Rodríguez y Molinos 1988: 53.

⁵² Vigil 1973: 253.

⁵³ Balil 1975: 56-61.

Por último, también en los años setenta J. Mangas publicó un trascendente artículo en el que, desde una perspectiva materialista que podemos comparar con la de algunos de los autores que acabo de citar, acomete una vez más el estudio del bronce de Lascuta y propone la existencia entre los iberos de una servidumbre colectiva institucionalizada, por la que determinadas comunidades fiscalizaban los excedentes y la mano de obra de otras a las que mantenían sometidas a la servidumbre⁵⁴. La verdadera originalidad de este trabajo, no obstante, radica en que, como señaló A. Ruiz, Mangas trata de rastrear estas relaciones sociales de dependencia y explotación en el registro arqueológico y su materialización territorial recuperable en prospección, abriendo así la puerta a los estudios territoriales que desde distintas perspectivas se llevarían a cabo a partir de los años ochenta⁵⁵.

Desde la segunda mitad de los años setenta, de hecho, comenzaría a desarrollarse una línea interpretativa aún muy en boga en torno a la figura de su principal iniciador, A. Ruiz Rodríguez, al que algo más tarde se unirían otros autores, como M. Molinos. Fundamentalmente a través del análisis territorial de la Alta Andalucía, y partiendo desde unos presupuestos del materialismo histórico que con el tiempo se han ido enriqueciendo de matices, esta línea de investigación se basa en la asunción de una lucha de clases entre señores y siervos en el mundo ibérico, aunque distingue la formación social ibérica de las relaciones de producción asiáticas por la existencia de otros elementos no serviles en el seno de la comunidad (como las relaciones sociales de parentesco, que terminarán evolucionando hacia un parentesco ficticio que no es sino una forma de clientelismo desarrollado) que limitan la autoridad del señor y evidencian que nos encontramos en una etapa de transición hacia el sistema de producción feudal⁵⁶. En el territorio, fiel exponente de los desarrollos políticos de estas sociedades, de hecho, se expresa la contradicción entre las tribus y los grupos territoriales, entre la aristocracia urbana y los grupos de productores agrarios, y entre los clientes de un señor y el resto de la comunidad; contradicciones

⁵⁴ Mangas 1977.

⁵⁵ Ruiz Rodríguez 2000, 12-13.

⁵⁶ Ruiz Rodríguez 1977: 144-148.

cuyo análisis espacial permite observar, según estos autores, el surgimiento de la sociedad principesca y el estado en el mundo ibérico de la Alta Andalucía⁵⁷.

En este sentido, la unidad política básica en torno a la que surge la complejidad social en el mundo ibérico será, según este modelo, la del *oppidum*, residencia de las elites y núcleo y plasmación de su poder político, desde el que se despliega este último por el territorio. No obstante, *oppidum* y territorio se articularon de dos maneras distintas en el mundo ibérico: según un modelo “polinuclear”, en el que algunas de las antiguas aldeas se fortifican y consiguen integrar a la población que hasta entonces había residido en su entorno, descomponiéndose la vieja unidad étnica en una serie de unidades de residencia fortificadas y regidas por un príncipe que consigue transformar las antiguas redes de parentesco en una única red de parentesco ficticio o clientela que le tiene a él como centro, y desde la que se aspirará a instaurar el dominio del *oppidum* sobre un determinado territorio; o según un modelo “mononuclear”, en el que únicamente en el seno de una de estas viejas aldeas surge un príncipe que es capaz de articular en su beneficio la constitución de una etnia, la cual englobaría al conjunto de pequeñas unidades que constituyen la proyección espacial del poder de este nuevo príncipe, pero sin llegar a desarticular las otras sociedades aldeanas ni sus redes de parentesco primarias, que simplemente quedan subsumidas en una unidad étnico-estatal superior⁵⁸. En todo caso, la Escuela de Jaén prestará más atención al modelo polinuclear, que es el propuesto para la Alta Andalucía, y que aparece ya claramente delineado en la famosa síntesis de A. Ruiz y M. Molinos⁵⁹, y recientemente ha sido completado con nuevos matices⁶⁰.

De manera paralela, aunque prestando no tanta atención al análisis espacial como a la cronología, M. Almagro Gorbea fue desarrollando igualmente a lo largo de diversos trabajos su modelo interpretativo de la sociedad ibérica, que terminaría siendo sistematizado en la que, hasta ahora, constituía posiblemente la única monografía dedicada específicamente a discutir los fundamentos ideológicos del poder en el mundo ibérico, y que no es otra cosa que la materialización del discurso

⁵⁷ Ruiz Rodríguez y Molinos 1988: 57-58.

⁵⁸ Ruiz Rodríguez 2000: 17.

⁵⁹ Ruiz Rodríguez y Molinos 1993.

⁶⁰ Ruiz Rodríguez y Molinos 2013: 373-375.

pronunciado por este profesor con motivo de su ingreso en la Real Academia de la Historia⁶¹.

Para construir su interpretación, Almagro parte fundamentalmente de tres conjuntos de fuentes: el estudio de las referencias literarias acerca de la monarquía tartésica, el análisis procesual de las necrópolis ibéricas (en torno al que desarrolla su modelo del “paisaje de las necrópolis ibéricas”, que discutiré más adelante), y la revisión de la iconografía ibérica, cuya interpretación realiza a partir de su comparación con la de otras sociedades mediterráneas antiguas. A partir de estos presupuestos, M. Almagro propone explicar el devenir de las formas de poder ibéricas a partir de tres estadios fundamentales. El primero de ellos sería la monarquía sacra orientalizante, heredera directa de la monarquía tartésica, y que se manifiesta tanto en las fuentes literarias relativas a esta como en la iconografía ibérica más antigua; se basa en la existencia de pequeños monarcas que son considerados verdaderos patriarcas semidivinos, que gobiernan al modo de los jerarcas asiáticos desde palacios que corresponden con núcleos centralizadores del poder político, económico y religioso, desde los que se controlaría a una determinada población dependiente. El culto a la divinidad dinástica constituiría la piedra angular de la ideología que fundamentaría todo este sistema⁶². A continuación, se desarrollarían las monarquías heroicas o aristocráticas guerreras, que se impondrían sobre las anteriores debido a la crisis de Tartessos y al contacto con los agentes coloniales focenses, y que entrañaban la sustitución de la autoridad sacra que caracterizaba a las monarquías tartésicas por una ideología heroica y guerrera comparable a la de Etruria o la Grecia arcaica, ideología que se plasma en la aparición de santuarios heroicos con escultura monumental representando a los antepasados míticos de la elite aristocrática, que pasan a ser concebidos como los antepasados de toda la comunidad⁶³. En tercer lugar, el desarrollo del fenómeno urbano provoca que entre finales del s. V y mediados del IV a.C. se dé un nuevo salto, y las aristocracias guerreras den paulatinamente paso a las nuevas elites ecuestres urbanas, análogas a las que vemos desarrollarse por ejemplo en la Grecia clásica o en la Roma republicana, cuyo poder radica en la posesión de la

⁶¹ Almagro Gorbea 1996.

⁶² Almagro Gorbea 1996: 41-76.

⁶³ Almagro Gorbea 1996: 77-106.

riqueza y el control de las decisiones ciudadanas, y cuyo atributo ideológico fundamental será la posesión y ostentación de caballos, junto con la sustitución de los anteriores templos y santuarios gentilicios-heroicos por nuevos templos cívicos. La conquista romana no haría pues sino incidir en dinámicas políticas que ya estarían desarrollándose entre las poblaciones locales⁶⁴.

Al margen de estos dos grandes modelos, y planteándose en la mayor parte de los casos como desarrollos o pequeñas matizaciones a los mismos, no obstante, a lo largo de las últimas tres décadas toda una serie de autores han ido proponiendo sus propias aportaciones sobre el tema. Así, J. Uroz parte explícitamente de los trabajos de J. Caro y A. Balil para defender la existencia entre los iberos de una sociedad caballeresca, cuyo control sobre unas clientelas armadas y sobre unos campesinos dependientes cuyo trabajo usufructuarían, le permitiría mantener el gobierno sobre una sociedad por lo demás compuesta de pequeños propietarios libres. Un rey que no sería otra cosa que un caudillo militar elegido eventualmente, según Uroz, se apoyaría en la existencia de una nobleza guerrera a la que él mismo pertenecía, y en torno a la que se controlaría a las clientelas armadas mencionadas; los campesinos y artesanos conformarían la mayor parte de la sociedad, cuyo estrato más bajo sin embargo vendría compuesto por pequeños grupos de esclavos⁶⁵.

Entre la segunda mitad de los años ochenta y la primera de los noventa, no obstante, se observa una pequeña inflexión “primitivista” en la interpretación de las estructuras de poder en el mundo ibérico. Y es que ya desde los años setenta el neoevolucionismo de corte antropológico había ejercido una fuerte influencia sobre buena parte de los arqueólogos interesados en el estudio del cambio social, influencia que se había materializado en el auge de la noción de “jefatura”, un concepto con el que se pretendía explicar mejor la transición entre las sociedades igualitarias y los estados, pero cuyo contenido sin embargo nunca llegó a estar del todo claro y de hecho fue variando según las sociedades a las que se aplicaba⁶⁶. Por lo que al mundo ibérico respecta, el modelo teórico de la jefatura fue implementado por algunos autores que trataron de reaccionar con argumentos antropológicos a los excesos de

⁶⁴ Almagro Gorbea 1996: 107-132.

⁶⁵ Uroz Sáez 1981: 257-265.

⁶⁶ Yoffee 2005: 22-26.

corte historicista que en su opinión se estaban cometiendo al hablar de la soberanía monárquica de los reyes tartésicos e ibéricos, entendiendo más bien a las elites ibéricas por tanto como unas jefaturas militares cuya autoridad recibían puntualmente de sus comunidades para encabezarlas en un contexto bélico como al que sistemáticamente se están refiriendo los autores grecorromanos, que no es otro que el de la II Guerra Púnica y la conquista de Iberia⁶⁷.

Desde una óptica parecida, en la que los argumentos antropológicos neoevolucionistas se combinan con ciertos presupuestos del materialismo histórico, J.A. Santos trata de analizar los fundamentos del poder en el mundo ibérico, y el surgimiento en el seno del mismo del Estado y la sociedad de clases. A través del análisis de aspectos tales como la distribución de los monumentos funerarios, la presencia o ausencia de cerámicas de importación y armas en cada necrópolis y en cada vivienda, o el propio acceso al ámbito funerario de solo una parte de la comunidad⁶⁸, y a partir de deducciones como la de que la destrucción de armas y cerámicas en las tumbas individuales podría estar evidenciando la aparición de la propiedad privada⁶⁹, o que la ausencia de lucernas en las épocas más antiguas nos habla de una comunidad que aún no ha superado las limitaciones que el horario solar marca a la vida diaria⁷⁰, J.A. Santos define el mundo ibérico como una sociedad en tránsito entre la jefatura compleja y el Estado, en el que unas aristocracias bien consolidadas terminarán reafirmandose a la cabeza de una sociedad de clases mucho más compleja, en la que el estatus social vendrá definido ya por el acceso a los medios de producción y no tanto según los lazos gentilicios de cada cual. Ahora bien, es de reseñar que si en un principio Santos Velasco situaba este tránsito entre el Ibérico Antiguo y el Pleno⁷¹, paulatinamente fue retrayendo el surgimiento de la sociedad de clases en el mundo ibérico hasta el arranque de la fase Antigua⁷². Bajo presupuestos parecidos, de hecho, otros autores tratan de llevar los orígenes del

⁶⁷ Alvar 1990; González Wagner 1990; Posadas 1990; Pitillas 1997.

⁶⁸ Santos Velasco 1986: 339; 1989 141; 1994 a: 63-64.

⁶⁹ Santos Velasco 1994 a: 65, n. 9.

⁷⁰ Santos Velasco 1989: 143.

⁷¹ Santos Velasco 1989: 145; 1994 a: 64; 1996: 116-117.

⁷² Santos 1998: 400-402; 1999: 111.

estado y de la sociedad de clases en la Península Ibérica hasta la Edad del Bronce⁷³, aunque ello escapa ya a nuestro ámbito de estudio.

En todo caso, este tipo de perspectivas, que superaban el primitivismo y el afán clasificatorio propios de los estudios neoevolucionistas clásicos para tratar de analizar los fundamentos propios de unas elites concretas, las ibéricas, y su desarrollo diacrónico, se desplegaron sobre todo en estos momentos entre los años ochenta y los noventa. La representación simbólica del poder se convirtió en un problema en sí mismo, poniendo en relación cada vez de manera más reflexiva iconografía e ideología⁷⁴, tendencia que alcanzaría quizás su mejor sistematización en los trabajos de T. Chapa⁷⁵. De este modo, y aludiendo igualmente a los trabajos de M. Almagro y A. Ruiz de los que ya hablé, se iba imponiendo la consideración de las elites ibéricas como unas aristocracias complejas no tan distintas a las de las culturas mediterráneas clásicas, lectura que se refleja perfectamente en la exposición comisariada por C. Aranegui⁷⁶.

Ya hacia el cambio de siglo, J. Sanmartí reivindicó, desde un posicionamiento materialista y funcionalista bien marcado, un mayor hincapié en los nuevos desarrollos que la antropología estaba llevando a cabo en torno a aspectos tales como los intercambios, la comensalidad o el consumo, aspectos que a su vez venían recogiendo otros arqueólogos en relación con diversos pueblos de la Protohistoria mediterránea, como M. Dietler⁷⁷. Así, Sanmartí otorga una importancia capital en la formalización de la desigualdad a la economía de prestigio, defendiendo que la preeminencia de los aristócratas ibéricos se basó en su capacidad para adquirir y ostentar determinados bienes de prestigio y promover con ellos rituales de comensalidad en los que la comunidad participaría de manera subrogada de estos bienes importados, creándose en torno a la comunidad una necesidad simbólica que únicamente sus elites podían satisfacer. De los mecanismos establecidos para garantizar la afluencia de estos bienes y su monopolio, y de las dinámicas demográficas y tecnológicas operativas en la

⁷³ Berrocal Caparrós, García Sanjuán y Gilman 2013: 3-4.

⁷⁴ Almagro Gorbea 1983 a; 1983 b; 1991; 1996; Domínguez 1984; 1998: 195-196; Blánquez 1990 a; 1992; 1995 c; 1996 a.

⁷⁵ Chapa 1980; 1993; 1994; 1996; 1998 a; 2003.

⁷⁶ Aranegui (ed.) 1998.

⁷⁷ Dietler 1990; 1995; 1997; 1997 a; 1999.

comunidad, dependería el grado y las características de la *distinción* de estas elites en cada momento dado. Y el cese de la afluencia de las importaciones áticas y las profundas transformaciones que los circuitos coloniales experimentarían a partir del s. III a.C. serían las causantes, en última instancia, de la desestructuración de las relaciones de poder ibéricas y su ulterior disolución⁷⁸.

Por último, es de reseñar que el auge de las nuevas corrientes sociológicas, que desarrollando los planteamientos de A. Giddens y P. Bourdieu pretenden romper con la dicotomía entre individuo y sociedad, entre concepciones holísticas e individualistas, se han plasmado igualmente en los últimos años en la arqueología ibérica, dando lugar a nuevos posicionamientos epistemológicos como el que I. Grau plantea para la reconstrucción de las aristocracias de los valles alcoyanos⁷⁹. Recogiendo explícitamente varios de los planteamientos de A. Ruiz y M. Molinos, y de J. Sanmartí, postula que las antiguas relaciones redistributivas de signo cuasi-igualitario se reformularían en época ibérica mediante las ya conocidas dinámicas del don agonístico que conllevan a medio plazo la fractura de la igualdad social basada en los lazos gentilicios, y su sustitución por el predominio de unas elites sobre sus clientelas, y la competición entre las distintas elites por la preeminencia. La adquisición, ostentación y redistribución ritual de determinados bienes importados sería por lo tanto fundamental para la implementación de estas desigualdades de poder, pero también la construcción y difusión de un programa iconográfico que legitimara el proceso, que inmediatamente se plasmaría en la constitución de un territorio político.

Contamos, pues, con una cierta heterogeneidad de modelos interpretativos, tanto más llamativa si tenemos en cuenta que, como se ha visto, no tantos autores se han planteado explícitamente los fundamentos de las desigualdades de poder en el mundo ibérico y sus mecanismos de legitimación. Esta heterogeneidad ha sido de hecho ya puesta de relieve por algunos autores, que la han achacado al “desorden del desván ibérico”⁸⁰ o bien a la escasez de fuentes literarias disponibles sobre el asunto y al hermetismo de la iconografía ibérica⁸¹. En mi opinión, no obstante, la diversidad de planteamientos se debe más bien a la naturaleza del objeto de estudio: si se ha

⁷⁸ Sanmartí 2000; 2001; 2004; 2005; 2007; 2009; 2010; Sanmartí y Belarte 2001

⁷⁹ Grau 2007; 2010.

⁸⁰ Alvar 1990: 120-121.

⁸¹ Quesada 1997: 210.

considerado páginas atrás que es imposible aproximarse a los discursos ideológicos del pasado, como a cualquier otro fenómeno o construcción de la Antigüedad, desde un posicionamiento ideológicamente aséptico y metodológicamente inocente, pero que en este caso además estos posicionamientos se hacen tanto más explícitos en las lecturas planteadas por el investigador, será esperable una gran diversidad de aproximaciones a las ideologías de la Antigüedad, e incluso deseable, siempre y cuando las distintas aproximaciones sean consecuentes con la totalidad de las fuentes disponibles y coherentes con una lógica interna integrada.

1.3. Algunas consideraciones metodológicas y epistemológicas.

1.3.1. Apuntes de teoría postcolonial.

Dado que la historia ibérica es la historia de la interacción entre las diversas gentes que visitaron, se instalaron, interactuaron y convivieron en el territorio que solemos conceptualizar como ibérico, y dado que esta interacción constituyó uno de los factores catalizadores de esta cultura y sobre todo del encumbramiento y transformaciones operadas en sus elites dirigentes, merece la pena realizar unas breves consideraciones previas acerca del modo en el que estas páginas van a abordar el fenómeno colonial, muy ligado a los desarrollos de la teoría postcolonial.

Y es que, frente a perspectivas ya tradicionales como el modelo centro-periferia o los sistemas-mundo⁸², basadas en la consideración clásica, esencialista, de la cultura como un sistema fijo, estático y homogéneo de creencias, leyes y acuerdos compartidos por parte de una colectividad, vienen desarrollándose en las últimas dos décadas una serie de aproximaciones al fenómeno colonial que conciben las culturas de una manera mucho más fluida, en tanto que un constructo en continua transformación, que comprende el conjunto de percepciones categóricas, comprensiones analógicas y valores que estructuran las formas de razonar, resolver problemas y aprovechar oportunidades de un conjunto de personas, cuya *praxis* al mismo tiempo va matizando y moldeando dicha cultura⁸³. Me refiero a las aproximaciones postcoloniales, que surgen como una crítica a la visión polarizada de los encuentros coloniales (entre “colonizadores” y “colonizados”) y a la consideración

⁸² Aún defendidos explícitamente por algunos autores (cf. Sherratt 2011: 16-17)

⁸³ Demarrais 2004: 11; Dietler 2010: 59.

funcionalista de las motivaciones políticas y económicas como definidoras por sí mismas de la totalidad de los fenómenos coloniales⁸⁴.

Frente a las visiones tradicionales, se ha subrayado la importancia de considerar la heterogeneidad de las sociedades en contacto, cada una de ellas compuesta de diversos grupos sociales en interacción, cada uno con sus distintos intereses, cuya participación en el encuentro colonial partirá de distintos presupuestos y dará lugar a consecuencias diversas⁸⁵. Se ha reivindicado además el protagonismo de la agencia, entendida como la capacidad de cada uno de los sujetos participantes en el encuentro colonial de modificar las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales que caracterizan este, aunque por supuesto dicha capacidad variará dependiendo de la posición que cada uno de estos sujetos ocupe en las sociedades aludidas⁸⁶. Por poner un simple ejemplo, a pesar de la superioridad tecnológica y económica de los agentes “colonizadores”, sus estrategias en los diversos ámbitos mediterráneos fueron forzosamente diversas debido a que así lo determinaron las distintas respuestas de las poblaciones “colonizadas” que se encontraron⁸⁷. Y, en tercer lugar, se han desarrollado una serie de conceptos para explicar las consecuencias culturales de la interacción entre los diversos agentes, tales como *mímesis* y, más en general, *hibridación*, entendida la primera como una copia imperfecta de las estructuras coloniales de partida por parte de los pueblos colonizados, copia que asumirán como propia de su propia identidad y que podrá dar lugar a situaciones ambivalentes e incluso a asumir connotaciones de resistencia cultural⁸⁸; y la segunda, como el conjunto de fenómenos y formas culturales enteramente nuevas surgidas a partir de la reinterpretación conjunta de determinados aspectos de las estructuras de las sociedades de partida, recuperadas y transformadas para satisfacer las nuevas necesidades experimentadas por las comunidades inmersas en el proceso colonial, según sus propios intereses y de manera acorde a su propio imaginario⁸⁹. Bien es cierto que hemos de manejar estos conceptos con cuidado, pues,

⁸⁴ Gosden 2001: 242-243.

⁸⁵ Woolf 1995; Van Dommelen 1997: 309.

⁸⁶ Dietler 2010: 57.

⁸⁷ Van Dommelen 2004: 138.

⁸⁸ Bhabha 1994: 86-95

⁸⁹ Bhabha 1994: 110.

como bien han señalado algunos autores, su empleo mecánico puede llevar a presuponer que existían culturas “puras” antes de un determinado contacto colonial, o a aplicar concepciones evolucionistas, tomadas de la biología, al estudio de las sociedades⁹⁰; pero pese a ello los considero todavía conceptos fértiles para la investigación histórica.

Íntimamente ligada al concepto de hibridación, por cierto, debe entenderse la noción de *middle ground*, un espacio intermedio que es el espacio abstracto en el que tiene lugar el encuentro colonial: un espacio de negociación e intercambio, en el que los agentes y los grupos locales que intervienen han de readaptar sus propias estructuras sociopolíticas y, sobre todo, culturales para sobrevivir y encontrar mejores canales de comunicación mediante los que poder interactuar con los demás agentes; un espacio, en definitiva, en el que se favorecerá la generación de estructuras híbridas⁹¹.

Por otra parte, si acabo de señalar que el encuentro colonial vendrá condicionado por la agencia de los distintos sujetos participantes, y que sus resultados serán constructos culturales en continuo cambio, resulta necesario acentuar la importancia que en su análisis tendrá la variable cronológica⁹² y la espacial. De hecho, frente a los grandes paradigmas funcionalistas (los sistemas-mundo o los modelos centro-periferia), las lecturas postmodernas prácticamente renunciarán a analizar fenómenos a escala regional o global, centrándose antes bien en el estudio acumulativo de los contextos locales, esto es, aquellos en los que el encuentro colonial operará según unas dinámicas determinadas condicionadas hasta cierto punto por las estructuras de los grupos locales⁹³. Por grupos locales, por cierto, me referiré, siguiendo a T. Hodos, a aquellas comunidades discretas caracterizadas por un territorio determinado que habitan y explotan, y por una cierta estructura jerárquica; pues considero este concepto menos cargado de connotaciones peyorativas, perjudiciales para el análisis, que los de “indígena” o “nativo”⁹⁴.

⁹⁰ Van Dommelen 2006: 138-139; Dietler 2009: 29-30.

⁹¹ White 1991: X; Malkin 2002: 152-153.

⁹² Mierse 2008: 25.

⁹³ Van Dommelen 1998: 33.

⁹⁴ Hodos 2006: 14-15.

Bien es cierto que este carácter localista del paradigma postcolonial ha sido criticado desde diversas perspectivas, aduciéndose que tras la destrucción de los antiguos modelos interpretativos es necesario crear otros nuevos que expliquen de alguna manera las diversas situaciones puntuales para no caer en una historia meramente anecdótica⁹⁵. Es por ello que, por ejemplo, Ch. Gosden propuso situarse a medio camino entre la teoría de los sistemas-mundo y la postcolonial, para delinear una serie de “modos de contacto colonial” teóricos, diríase que casi weberianos, desde los que explicar los distintos encuentros coloniales⁹⁶. I. Malkin, por su parte, optó por reivindicar como objeto de estudio histórico las “redes”, entendiendo por estas las interconexiones existentes a distintos niveles entre los diversos grupos locales, que operan como si de una red neuronal se tratara, en la que el sistema es más importante, tiene más potencialidades, que la suma de sus partes⁹⁷.

También se ha criticado a la primera teoría postcolonial su excesivo énfasis en la deconstrucción de las fuentes textuales, y su aparente desinterés por la arqueología y, por consiguiente, por los encuentros coloniales que únicamente pueden estudiarse a través del registro arqueológico; situación que, no obstante, viene siendo paliada en la última década gracias fundamentalmente a los emisores de tales críticas⁹⁸.

Por último, y a partir de la teoría postcolonial que tan brevemente vengo explicando, es necesario delimitar el uso que de los conceptos “colonialismo” e “imperialismo” se hará en los capítulos siguientes, pues la aplicabilidad de ambas nociones a la Antigüedad, y en concreto al sureste ibérico, no es del todo obvia. Así, entiendo por colonialismo la presencia o frecuentación de uno o más grupos de gentes extranjeras en una región situada a cierta distancia de su lugar de origen, el establecimiento de relaciones socioeconómicas asimétricas de dominación y explotación entre estos grupos y los habitantes de la región colonizada, y los procesos de transformación social y cultural resultantes del proceso, desarrollados a veces a largo plazo⁹⁹. Para que se produzca una situación de colonialismo, por lo tanto, no es

⁹⁵ Sommer 2011.

⁹⁶ Gosden 2008.

⁹⁷ Malkin 2003: 56; 2011.

⁹⁸ Cf. Dietler 1997 a: 288-290; Gosden 2001: 245-246; Van Dommelen 2002: 126-127; Vega Ramos 2003: 15-16; Liebmann 2008.

⁹⁹ Van Dommelen 1997: 306; Dietler 2004: 53-54; 2010: 18; Vives-Ferrándiz 2012: 268.

necesario el establecimiento de colonias¹⁰⁰, como de hecho creo que fue el caso del mundo ibérico hasta el s. III a.C. Por lo que respecta a la noción de “imperialismo”, la reservaré para la ideología y el discurso tendente a legitimar una práctica planificada y autoconsciente de dominación expansiva de una sociedad sobre otra, y a la ejecución de dicha práctica¹⁰¹, algo mucho menos habitual en la Antigüedad.

1.3.2. La aplicabilidad de la Arqueología de la Muerte.

Como se habrá podido comprobar en el breve recuento historiográfico que desgrané páginas atrás, buena parte de los estudios que se han centrado sobre los fundamentos del poder en el mundo ibérico han tomado como uno de sus puntos básicos de partida el ámbito funerario. Y ello no es casual, pues, si en general la arqueología procesual ha confiado tradicionalmente en los cementerios para explicar las jerarquías sociales, concretamente en el caso ibérico la monumentalidad de algunas de las necrópolis y la riqueza de los ajuares amortizados en sus tumbas contrasta con la aparente isonomía de los asentamientos, por lo que estas áreas funerarias se muestran como laboratorio de trabajo privilegiado para observar las desigualdades sociales.

No obstante, merece la pena avanzar una serie de reflexiones metodológicas a este respecto. Y es que en los años setenta, desde posiciones procesuales esencialmente británicas, se desarrolló la llamada Arqueología de la Muerte, que consideraba que el acto funerario no era una mera materialización de los sistemas religiosos concernidos, como se había aceptado hasta entonces, sino que cristalizaba toda una serie de conductas sociales significativas, pues correspondían con una decisión comunitaria, política, por la que se manipulaba el cadáver y su recuerdo según unos usos socialmente establecidos y aceptados para toda una amplia gama de finalidades sociales¹⁰². El concepto clave de este tipo de lecturas es el de “persona social”, que podría definirse como la combinación de las identidades sociales que un individuo selecciona en determinado momento para presentarse ante la comunidad, y

¹⁰⁰ Stein 2002.

¹⁰¹ Dietler 2004: 53-54; 2010: 18.

¹⁰² Chapman y Randsborg 1981: 3-4; Parker Pearson 1993: 203.

por las que la comunidad a su vez le reconoce¹⁰³. En este sentido, según los fundamentos de la Arqueología de la Muerte, la persona social refleja el estatus del individuo en vida, y queda directamente plasmada en la manera en la que es enterrado por su comunidad; por consiguiente, y dado que podemos estudiar empíricamente los enterramientos y los ajuares funerarios, según esta metodología podemos deducir de manera completamente objetiva la posición que un individuo ocupaba en la sociedad, y por ende la estructura social de una comunidad dada, que aparecerá reflejada de manera directa en la estructura de los cementerios¹⁰⁴. La heterogeneidad observable en los cementerios dependerá, por tanto, de la complejidad en las estructuras sociales de una comunidad dada, de acuerdo con sus variaciones cíclicas esperables según las “modas” sucesivamente establecidas por las elites sociales y copiadas por el colectivo¹⁰⁵, en tanto que toda ruptura de los usos rituales esperables se deberá a la llegada de individuos externos a la sociedad dada¹⁰⁶.

Desde luego, para que se pueda aceptar como válido este reflejo directo de la estructura social en las necrópolis, los arqueólogos procesuales establecieron toda una serie de precondiciones necesarias, muchas de las cuales pretendían salvar las críticas que desde los años ochenta comenzaron a arreciar contra la Arqueología de la Muerte. Se estimó así que el estudio de los cementerios nunca debía llevarse a cabo por sí mismo sino en relación con el análisis de los poblados, de manera que la información de ambos ámbitos se retroalimentara¹⁰⁷; que debía circunscribirse a contextos próximos en las coordenadas cronoespaciales, pues los criterios de riqueza y trabajo podían no ser comparables entre distintas sociedades¹⁰⁸; que los cementerios debían acoger los restos de una parte representativa de la sociedad¹⁰⁹; y que los objetos depositados en ellos debían entenderse como artefactos propiamente dichos, y por tanto analizables en la estructura económica, desde su producción a su amortización definitiva¹¹⁰.

¹⁰³ Tainter 1978: 85.

¹⁰⁴ Saxe 1970; Binford 1971; Tainter 1978; Chapman 1980; Chapman y Randsborg 1981.

¹⁰⁵ Cannon 1989.

¹⁰⁶ Chapman 1980: 60.

¹⁰⁷ Bartel 1983.

¹⁰⁸ Alekhsin 1983: 141; Parker Pearson 1993: 204-205.

¹⁰⁹ Crubézy 1998: 8.

¹¹⁰ Chapman 1987: 199.

La Arqueología de la Muerte pronto se convirtió en el paradigma de referencia para interpretar los contextos funerarios en buena parte del mundo. Por lo que a la arqueología española se refiere, sus postulados, aunque en algunos casos matizados, tuvieron una buena acogida, sobre todo a partir de los años ochenta y comienzos de los noventa¹¹¹. De hecho, basándose en algunos de ellos M. Almagro postuló su modelo interpretativo conocido como “el paisaje de las necrópolis ibéricas”, considerado paradigmático durante mucho tiempo y que aún se encuentra tras las apreciaciones de buen número de autores, según el cual los distintos tipos de enterramientos presentes en los cementerios ibéricos corresponderían a otros tantos estratos de la sociedad ibérica¹¹². Y esta misma visión del registro funerario sería recogida por F. Quesada para plantear sus modelos de análisis de la riqueza de las necrópolis¹¹³, sobre los que enseguida volveré.

En todo caso, es de reseñarse que, aunque la Arqueología de la Muerte continúa siendo empleada como matriz metodológica de manera más o menos explícita hoy día por algunos autores¹¹⁴, desde comienzos de los años ochenta ha recibido duras críticas. Así, se ha señalado que la visión que estos modelos proponen de la relación entre el registro funerario y la realidad social es demasiado simplificadora, basada en una idea excesivamente funcionalista de la sociedad, que excluye de los comportamientos rituales toda influencia del universo de lo simbólico y toda iniciativa personal. Frente a ello, los autores postprocesuales británicos reaccionaron subrayando la importancia del simbolismo en los cementerios y de los ajueres, “significativamente constituidos”, y poniendo en duda la vinculación entre la organización de los cementerios y la estructura social de los vivos¹¹⁵, ya que, según ellos, la Arqueología de la Muerte había caído en la “falacia positivista”, esto es, en palabras de A. Snodgrass, la asunción infundada de que lo perceptible en el registro es reflejo directo y explícito de todo lo que existió en el pasado¹¹⁶.

¹¹¹ Cf. Llul y Picazo 1989; Ruiz Zapatero y Chapa 1990; Chapa 1991.

¹¹² Almagro Gorbea 1983 b; 1983 c; 1991; 1993-1994.

¹¹³ Quesada 1989 a; 1994 a; 1998.

¹¹⁴ Cf., por ejemplo, Nikolova 2012.

¹¹⁵ Pader 1980; Hodder 1980.

¹¹⁶ Snodgrass 1990: 50-51.

Desde una postura menos radical pero igualmente crítica frente a los excesos mecanicistas de la Arqueología de la Muerte, ciertos autores italianos y franceses agrupados en torno a la figura de B. D’Agostino defienden la naturaleza metafórica de las relaciones entre los vivos y los muertos, unas relaciones que estarían mediadas por los discursos ideológicos que los primeros construirían y difundirían hacia los otros vivos, pero empleando a los muertos como significante del mensaje. Ello lleva a considerar que, efectivamente, en cierta forma los cementerios reflejan la estructura social de la comunidad que en ellos se entierra, pero se trata de una reflexión indirecta, mediatizada por el poder y sus necesidades¹¹⁷. M. Cuozzo, brillante continuador de esta línea interpretativa, llega a proponer de hecho como método de trabajo una “semiótica de las necrópolis”, considerando a estas como un texto al que el arqueólogo debe enfrentarse mediante una exégesis crítica pertinente¹¹⁸.

Como se verá por el tratamiento que a lo largo de este trabajo recibe el registro funerario, hago más buena parte de las críticas que la Arqueología de la Muerte ha recibido desde los posicionamientos postprocesuales, aunque considero, junto con la escuela francoitaliana aludida, que los conceptos y las herramientas de análisis de aquella no carecen de valor, siempre y cuando se comprenda bien el alcance limitado de los resultados obtenibles por este tipo de aproximaciones. Así, efectivamente pienso que los rituales funerarios, como cualquier otro tipo de acto ritual, encierran una doble lectura religiosa y social, y que por lo tanto para su análisis el concepto de “persona social” es enormemente valioso. Y ciertamente la heterogeneidad social puede llegar a reflejarse de alguna manera en el registro funerario, pero este reflejo no será nunca directo, sino siempre mediado por aspectos ideológicos, pues lo que se representa en cada tumba no es al “individuo real” sino, precisamente, a la “persona social”, esto es, a la proyección negociada que del individuo sus sucesores presentan ante la comunidad y que la comunidad acepta. Por consiguiente, la estructura de una necrópolis en un momento dado responderá a la “sociedad ideal” tal y como se pretende dibujar en el imaginario colectivo impulsado desde los grupos sociales que se están enterrando en dicho momento, y consecuentemente no cesará de variar a medida que las expectativas de dichos grupos cambien.

¹¹⁷ D’Agostino y Schnapp 1982; D’Agostino 1985.

¹¹⁸ Cuozzo 2003: 28-31.

Por ello, no renunciaré, sino más bien al contrario, al empleo de determinados índices analíticos desarrollados desde los postulados de la Arqueología de la Muerte para el recuento de la riqueza amortizada en cada sepultura, y consiguientemente para aproximarnos a la variabilidad que en cuanto a riqueza amortizada muestra cada cementerio¹¹⁹. Concretamente, emplearé recurrentemente los dos índices testados por F. Quesada para la necrópolis ibérica de Cabecico del Tesoro¹²⁰ y propuestos para el estudio de las otras áreas funerarias¹²¹: el recuento simple de los objetos documentados en cada necrópolis, y un recuento ponderado de la riqueza de cada ajuar asignando un valor a cada tipo de objeto según una serie de criterios relativamente empíricos (la cantidad y asequibilidad de la materia prima, el carácter local o importado del objeto, la dificultad técnica de su manufactura, y la frecuencia con la que aparece en las necrópolis ibéricas)¹²². Ahora bien, y tal y como se señalaba anteriormente, la valoración de la riqueza de las necrópolis mediante la aplicación de estos índices solo será significativa dentro de unas coordenadas cronoespaciales reducidas. Esto es, la riqueza amortizada en tumbas de distintas necrópolis no es directamente comparable entre sí, como tampoco lo será la de enterramientos de una misma necrópolis pero muy separados en el tiempo; pues si aceptamos que la relación entre la riqueza amortizada en una sepultura y la riqueza que la familia del difunto ostenta realmente (no digamos ya la relación entre la riqueza de la tumba y el estatus de la familia correspondiente) está mediatizada por la ideología, difícilmente podremos comparar los usos rituales de distintas comunidades, o de una comunidad en distintas épocas, ya que las construcciones ideológicas sin duda habrán cambiado.

¹¹⁹ Ruiz Zapatero y Chapa 1990: 367.

¹²⁰ Quesada 1989 a.

¹²¹ Quesada 1994 a; 1998.

¹²² En relación con este último sistema, el índice de riqueza ponderada, emplearé para cada tipo de objeto los valores ya propuestos por F. Quesada, al considerarlos metodológicamente apropiados, y al constatar que, como se podrá observar en las páginas sucesivas, la variabilidad de riqueza resultante en cada necrópolis al aplicar este índice con estos valores resulta sustancialmente análoga a la variabilidad de riqueza obtenida al aplicar el mero recuento del número de objetos. Tan solo se introducen algunas pequeñas modificaciones, recogidas en la tabla adjunta, tales como la simplificación del valor de todos los metales preciosos, o la consideración como un único objeto de los conjuntos de astrágalos y cuentas de piedra o hueso. *Vid.* Tabla 1.1.

Tipo de ítem	Valor (en unidades ponderadas)
Armas complejas (falcata, escudo, casco, greba)	4
Metales preciosos	4
Cerámica importada	3,5
Vasos plásticos	3
Objetos de bronce, plomo y hierro	2,5
Armas simples (armas de asta, cuchillos, flechas)	2,5
Cerámica ibérica	1,5
Objetos no metálicos (considerando los conjuntos de astrágalos y de cuentas no importadas como 1 objeto)	1

Tabla 1.1. Asignación de valores para los recuentos de riqueza de los ajuares funerarios ibéricos por unidades de riqueza ponderada.

1.3.3. Algunas breves notas desde la Arqueología del Paisaje.

Según T.K. Earle, una de las herramientas más efectivas para la construcción del poder, y por lo tanto más frecuentemente empleadas por todas las sociedades a lo largo de la Historia, es el Paisaje. Cuando una elite dirigente materializa sus discursos ideológicos a través del paisaje, esto es, cuando resemantiza un paisaje dotándolo de nuevos significados acordes con sus propios intereses políticos, confiere a estos una escala (pues el paisaje es experimentado por el conjunto de la comunidad), una cotidianeidad (pues el paisaje es percibido a través de la experiencia diaria) y una permanencia (pues el paisaje pasa por ser imperecedero)¹²³. No otros objetivos son los que se persiguen, por ejemplo, cuando se erige una estatua en una plaza o un monolito en un cruce de caminos, o cuando se difunde el rumor de la presencia de brujas en una montaña determinada o el mito de la gesta de un héroe en el cerro aledaño. Cuando un discurso ideológico se integra en el Paisaje y comienza a ser percibido como parte de este por la comunidad, queda *naturalizado*, esto es, deja de ser discutido o incluso considerado, pues se concibe como eterno, lógico y, de alguna

¹²³ Earle 2001: 107.

manera, necesario¹²⁴. No por casualidad en un libro de amplia repercusión, de hecho, Sh. Zukin habló de “paisajes de poder”¹²⁵.

En consecuencia, un estudio como este sobre las estrategias de las que se sirve el poder para legitimarse debe prestar especial atención al Paisaje.

No hablo aquí, no obstante, de un paisaje en tanto que espacio en el que las distintas comunidades habitan y explotan los recursos a su alcance, analizado desde un punto de vista funcionalista-economicista, ni tampoco de un paisaje en tanto que territorio político gestionado desde un núcleo de poder. Con el término “Paisaje”, me refiero a un constructo social dependiente de los procesos cognitivos de percepción, conocimiento y reconocimiento de su entorno por parte de una comunidad y de cada uno de sus miembros¹²⁶, a una red de significados por la que el individuo y la sociedad a la que pertenece perciben, construyen y *viven* su entorno¹²⁷. Es la sociedad la que crea el Paisaje al percibirlo, imaginarlo y pensarlo, pero al mismo tiempo el Paisaje conforma la sociedad al convertirse en uno de los factores fundamentales de su cosmología y su experiencia vital, o dicho de otro modo, en soporte de su racionalidad¹²⁸.

Debe establecerse una distinción nítida, por tanto, entre lo que generalmente denominamos “paisaje”, referido al entorno “real” que nos rodea, y el Paisaje al que me estoy refiriendo, esto es, la construcción mental que el individuo y la sociedad generan de dicho entorno, que compone su cosmología y que mediatiza sus normas de convivencia y su cotidianeidad¹²⁹. En tanto que constructo social, hablo de un Paisaje en continua transformación, que se crea y recrea constantemente en el imaginario colectivo para adaptarse a las necesidades experimentadas en cada momento, a pesar

¹²⁴ Cardete 2005: 2.

¹²⁵ Zukin 1991.

¹²⁶ Children y Nash 1997: 1; Nash y Children 2008: 4.

¹²⁷ Tilley 1994: 34; Cardete 2010: 23.

¹²⁸ Parceró, Criado y Santos 1998: 159; Cardete 2005: 5; Grau 2010: 103.

¹²⁹ Johnson 2007: 3-4; Meier 2006: 11; Dobrez 2009: 5. De hecho, L. Dobrez establece aquí una tercera categoría, el “espacio imaginado”, que distingue del “espacio percibido” en razón de si se produce una percepción inmediata del paisaje o únicamente una rememoración del mismo, en tanto que Th. Meier habla también de la “naturaleza” (Meier 2006: 19-23), en tanto que categoría analítica referida a un espacio que no ha sido objeto de ningún impacto humano, y que por lo tanto solo puede ser imaginado o desconocido por el ser humano, pues en tanto que objeto de la experiencia del individuo todo paisaje es cultural. No insistiré sin embargo en ninguno de estos dos conceptos, puesto que, en tanto que aspectos “imaginados” del paisaje, su distancia respecto del Paisaje simbólicamente construido del que hablo es apenas una cuestión de matiz, y no será explotada en las páginas que siguen.

de que suela exhibir ese aspecto atemporal, de “cápsula del tiempo”, que solemos atribuirle inconscientemente a los paisajes¹³⁰. Y a diferencia de la noción que solemos emplear de “paisaje”, el nuestro será un Paisaje cultural¹³¹, que trata en un mismo plano los elementos “naturales” (si es que tal pudiera existir) y los contruidos, incorporando a unos y a otros en la red de significados interconectados que se establecen en el imaginario (y en la percepción) de una comunidad.

La noción de Paisaje así definida supone importantes implicaciones para la arqueología, tanto en lo que se refiere a su objeto de estudio como a su método de aproximación. Al fin y al cabo, si la concepción del espacio en el que habita una comunidad es un constructo histórico que puede ser instrumentalizado con fines políticos, podremos analizar determinados fenómenos que hasta ahora entendíamos como “naturales” o como “medioambientalmente determinados” en esta clave fundamentalmente ideológica; la ubicación de ciertas necrópolis, la monumentalización de determinados santuarios extraurbanos o el hallazgo de misteriosos depósitos adquiere así nuevos posibles significados. Por consiguiente, y en lo que a la metodología respecta, ello supone un cambio de óptica: la Arqueología, en su versión de Arqueología del Paisaje, deja de focalizarse sobre el yacimiento, para abordar el entorno de este; o, mejor dicho, deja de centrarse en el estudio de “la ruina” para concebir el territorio entero como yacimiento y abordar su estudio integrado, en tanto que red de significados simbólicos que conforman el Paisaje en el que se desenvuelve la sociedad sobre la que se pretende profundizar¹³².

Más allá de estas consideraciones teóricas, no obstante, el verdadero problema estriba en cómo llegar a reconstruir los Paisajes antiguos, cuestión esta que, en mi opinión, la Arqueología del Paisaje aún no ha terminado de resolver por completo¹³³. Y es que, si gracias a los progresivos avances en las técnicas geofísicas hoy día podemos alcanzar un conocimiento bastante aproximado del entorno “físico” que habitaban las sociedades antiguas, para avanzar en la comprensión de su percepción y construcción del Paisaje habremos de llevar a término un estudio cuidadosamente contextual, holístico casi podría decirse, en el que se sistematicen de manera coherente entre

¹³⁰ Keller 1997.

¹³¹ Ickerodt 2006.

¹³² Cardete 2005: 4-5.

¹³³ Pescarin 2009.

otros los aspectos económicos, territoriales, ideológicos y demográficos de una manera metodológicamente coherente e integrada. Y todo ello para llegar únicamente, por supuesto, a hipótesis de lectura sobre la conceptualización del Paisaje antiguo, que todo lo más podrán aspirar a explicar el registro de una manera lógica, plausible y coherente con la totalidad de los datos disponibles.

Nótese, por cierto, que para la reconstrucción de los Paisajes antiguos hablo de llevar a cabo un estudio contextual del registro arqueológico, entendiendo por tal registro el conjunto de datos que podamos obtener partiendo de la consideración del territorio entero como yacimiento. Y es que encuentro serios problemas metodológicos en una de las corrientes predominantes dentro de la Arqueología del Paisaje actual, como es la fenomenología. La fenomenología subraya la idea heideggeriana de “ser-en-el-mundo”, contraponiendo a la concepción cartesiana del ser pensante perfectamente autónomo la consideración de que todos nuestros pensamientos y razonamientos parten de nuestras percepciones y no de un universo ideal y objetivo¹³⁴. Por consiguiente, nosotros “construimos” el Paisaje que nos rodea, y este a su vez mediatiza nuestros pensamientos. Pero el verdadero problema surge en el paso siguiente del razonamiento: según los defensores de la fenomenología, en tanto que las aspiraciones, anhelos y percepciones del ser humano no han cambiado gran cosa a lo largo del tiempo, el arqueólogo podrá ser capaz de acceder a la percepción que las sociedades antiguas tenían de su Paisaje a través de sus propias percepciones, alcanzadas al recorrer el mismo, que le capacitarán para describir el Paisaje a través de una narrativa coherente que será cercana a la de las sociedades pretéritas¹³⁵. De hecho, recientemente Ch. Tilley propuso para el arqueólogo del paisaje el siguiente guión de trabajo:

- 1) familiarizarse con el paisaje a través de su paseo;*
- 2) visitar los lugares conocidos de significación prehistórica y documentar las percepciones sensoriales que propician;*
- 3) visitar los mismos lugares a lo largo del día y del año para experimentarlos a través del tiempo;*

¹³⁴ Tilley 1994: 12.

¹³⁵ Cf. por ejemplo Fishwick y Vining 1992; Tilley 1994; 2004; Nash (ed.) 1997; Bender, Hamilton y Tilley 2007; Children y Nash (eds.) 2008;

4) *aproximarse a los mismos desde distintas direcciones y documentar la manera en que ello altera las percepciones;*

5) *seguir senderos de paso a través del paisaje y documentar la manera en la que ello cambia las percepciones de los distintos lugares;*

6) *explorar los lugares naturales en los que el paisaje no muestra evidencia arqueológica de una actividad humana;*

7) *perfiar juntas todas estas observaciones y experiencias a través de un texto sintético y términos interpretativos imaginativos acerca de una posible experiencia prehistórica*¹³⁶.

Una pequeña variante a este esquema de trabajo viene introducida por la consideración de que las comunidades “pretecnológicas”, “primitivas”, o siquiera “rurales” actuales poseerían una percepción del paisaje mucho más cercana a la de las sociedades antiguas que la del propio arqueólogo occidental, por lo que el trabajo etnográfico se tornaría fundamental a la hora de comprender estos Paisajes¹³⁷.

Ahora bien, desde mi punto de vista estas consideraciones basadas en la afinidad entre las percepciones de los grupos humanos antiguos y la subjetividad del arqueólogo entrenado o la del individuo “pretecnológico”, caracterizadas por cierto por una fuerte componente romántica¹³⁸, colisionan en última instancia con el propio concepto de Paisaje en tanto que constructo histórico: si la manera en la que concebimos, experimentamos, imaginamos y habitamos el entorno es un producto social, y por lo tanto responde a las necesidades experimentadas por cada grupo en cada momento dado, resulta problemático aceptar la inmutabilidad de determinadas concepciones de los seres humanos a través de los siglos. No creo que pueda mantenerse, en definitiva, que los anhelos, aspiraciones y percepciones de los individuos hayan sido los mismos a lo largo de la historia, pese a las apariencias, pues equivaldría a caer en un cierto determinismo biológico seguramente excesivo¹³⁹. Y, por consiguiente, desconfío de la subjetividad moderna, ya sea la del arqueólogo o la del “hombre pretecnológico”, como instrumento de análisis de la percepción antigua, prefiriendo como señalé antes el estudio contextual del registro arqueológico

¹³⁶ Tilley 2010: 25-31.

¹³⁷ Roberts 1996; Forbes 2007.

¹³⁸ Johnson 2007: 18-33.

¹³⁹ Cf., en este sentido, Bourdieu 2007: 44.

entendiendo este en su sentido más amplio. Más allá de que, en última instancia, sea imposible llevar a cabo realmente una lectura del pasado independiente de nuestra subjetividad.

1.3.4. La iconografía como lenguaje propio.

Dado que estas páginas se proponen estudiar los discursos de los que se proveyeron las elites ibéricas para legitimar su preeminencia social, y en tanto que, como ya se ha señalado, los iberos emplearon la escritura únicamente para fines muy específicos que presumiblemente rara vez sobrepasaron la esfera económica, y en todo caso por el momento no hemos sido capaz de traducirla, seguramente no resultará extraño que en la presente tesis la iconografía constituya una fuente de información fundamental. El método y alcance de su empleo, no obstante, constituyen aspectos no exentos de controversia en determinados ámbitos, seguramente debido a que el estudio científico de la iconografía cuenta con una tradición mucho menor que la exégesis de las fuentes textuales, por lo que será necesario discutir brevemente el asunto.

Ante la iconografía en general, y en concreto frente a las imágenes ibéricas, tradicionalmente se han mantenido tres posturas metodológicas, que a pesar de su carácter aparentemente dispar tienen en común una misma consideración de partida: la de que la iconografía no puede ser considerada como un *sistema* propiamente dicho, pues carece de estructuración interna o reglas coherentes. En consecuencia, los autores positivistas (incluyendo en este caso a buena parte de los seguidores de la Nueva Arqueología más tradicional) han prestado escasa atención a la iconografía, considerándola un ámbito en el que no existe contrastación ni medición empírica posible, y por lo tanto al que no es posible acceder desde posicionamientos científicos, más allá de la elaboración de taxonomías con las que se trata de sistematizar las variabilidades de motivos observables¹⁴⁰. Otros especialistas sin embargo recurrieron a postulados más clasicistas, asumiendo, generalmente de manera implícita, que la iconografía de cada pueblo podía entenderse como la ilustración de sus textos, y que por consiguiente las imágenes de las gentes sin literatura propia debía ser interpretada

¹⁴⁰ Olmos 1991 c: 209. Cf., para una perspectiva general, Conkey 1990.

a la luz de las otras culturas más avanzadas que sí la poseían¹⁴¹; finalmente, desde determinados sectores se permitieron e incluso impulsaron verdaderos devaneos interpretativos en torno a la imagen, entendiendo esta como un “Oeste sin ley” en palabras de R. Olmos, y considerando que, en tanto que sus aseveraciones permanecieran en el ámbito de lo posible pero indemostrables, “todo valía”¹⁴².

Por mi parte, en estas páginas me permitiré abogar por una lectura de la iconografía ibérica *desde dentro*, concibiéndola como un lenguaje en sí mismo, con su propia semántica y su propia sintaxis, en la línea que R. Olmos viene proponiendo desde hace ya años. Desde luego, no tendría sentido negar la fertilidad de las comparaciones entre las imágenes ibéricas y las de otros pueblos coetáneos¹⁴³, pero estas no se bastan por sí mismas para explicar la iconografía ibérica, cuya comprensión debe partir de un estudio estructural (semiótico) de sus propios esquemas iconográficos¹⁴⁴, que integre de manera sistemática todas las informaciones contextuales posibles para cada imagen¹⁴⁵, que las considere a estas tanto en su diacronía como en su sincronía¹⁴⁶, y que las relacione en lo posible con las demás esferas conocidas de la cultura ibérica¹⁴⁷.

Bien es cierto que algunos autores han criticado la metáfora, recurrente desde posturas estructuralistas y postprocesuales, que compara el estudio iconográfico con la exégesis de un conjunto de textos, aduciendo que, a diferencia de los textos, las imágenes no cuentan nada por sí mismas¹⁴⁸, o bien que a diferencia del estudio de aquellos, el análisis de estas exige tener en cuenta el soporte y el contexto en el que aparecen, pues estos matizan los significados y crean nuevos sistemas de relaciones¹⁴⁹. Ahora bien, en mi opinión estas argumentaciones parten de una consideración

¹⁴¹ Cabrera y Olmos 1996: 12. De hecho, no hace tanto que, por ejemplo, J.M. Blázquez (2003 a: 200) afirmaba taxativamente que la Península Ibérica nunca poseyó una simbología propia.

¹⁴² Olmos 1991 c: 209; 1996 g: 66; Cabrera y Olmos 1996: 12.

¹⁴³ Para una reflexión sobre el empleo y alcance de la comparación en las distintas escuelas arqueológicas, cf. Balsera 2012.

¹⁴⁴ Olmos 1991 c: 211-227; 1996 f: 91; 1996 g: 71; 2004 b: 116.

¹⁴⁵ Para C. Sánchez Fernández (1996: 74), la contextualización de las imágenes, fundamental para su comprensión en cualquier ámbito histórico del que hablemos (cf. por ejemplo, recientemente, Marconi 2004; Bradley 2009: 25), es aún más importante si cabe entre los iberos, dado lo sintético, fragmentario y heterogéneo de sus programas iconográficos.

¹⁴⁶ Olmos 2006.

¹⁴⁷ Prados Torreira 1996: 143.

¹⁴⁸ Lissarrague 1995: 172.

¹⁴⁹ Olmos 1996: 81-82.

demasiado optimista de las fuentes textuales de la Antigüedad, que desde mi punto de vista tampoco “cuentan nada por sí mismas”, sino que es necesario plantearles las cuestiones apropiadas desde una metodología coherente, y que igualmente deben ser estudiadas siempre en relación con su soporte original y su contexto; pues no es lo mismo, lógicamente, un epígrafe en un foro que una inscripción funeraria, ni un texto satírico que uno geográfico.

Y es que tratar las imágenes ibéricas como si de ilustraciones de las referencias textuales grecorromanas se tratara, como tantas veces se ha hecho, supone un error de perspectiva, al pretender que ambos códigos hacen referencia a unas mismas realidades y comparten unos mismos puntos de vista pese al distinto emisor, el distinto receptor y, en muchas ocasiones, a los siglos que median entre la producción de unas y de otras, y al dar por sentado que la iconografía no es sino un género auxiliar, secundario, que no puede ser objeto de análisis por sí mismo sino en tanto que verificador de las escasas noticias de los autores clásicos¹⁵⁰.

Por el contrario, resulta mucho más acertado, desde mi punto de vista, concebir la iconografía como un objeto de estudio propio, un sistema de comunicación en sí mismo, con diferente emisor y receptor que los textos escritos y con otras potencialidades y limitaciones, pero no por ello más o menos perfectivo. E igualmente creo más fructífero considerar la iconografía como un sistema de comunicación antes que como una forma de “arte”, salvo que acotemos este último concepto suficientemente como para adaptarlo a las sociedades preindustriales¹⁵¹. Y es que, aunque desde luego tenemos evidencias abundantes en el mundo ibérico que hacen pensar que la calidad técnica sería valorada (y por lo tanto en determinados contextos podemos tomar la calidad de una pieza como evidencia no solo de la habilidad del artífice sino también de la capacidad económica del comitente¹⁵²), la transmisión vertical y horizontal de mensajes ideológicos a través de la sociedad fue siempre la función principal de la representación iconográfica figurativa, y por ello hablar de “artistas” en vez de “artesanos” en contextos protohistóricos resulta complejo debido a la gran cantidad de connotaciones que el primero de estos conceptos implica en

¹⁵⁰ Olmos 1992: 13; Torelli 1994: 120.

¹⁵¹ Bradley 2009: 3-4.

¹⁵² Quesada 1997: 206.

nuestro imaginario, connotaciones cuya aplicabilidad al mundo antiguo habría de ser discutida en profundidad¹⁵³. De hecho, una parte importante de la historiografía viene considerando desde los años ochenta que la totalidad de la iconografía (esto es, no solamente las representaciones figurativas sino también las icónicas y esquemáticas) puede ponerse en relación con la construcción y difusión de mensajes ideológicos, y por consiguiente con la creación y reforzamiento, consciente o inconsciente, de proyectos políticos¹⁵⁴.

Ello me lleva, en fin, a considerar la función última de la iconografía ibérica. Pues si ya R. Bianchi Bandinelli insistió en que el “arte antiguo” era la respuesta a la demanda suntuaria de las clases dominantes de cada sociedad¹⁵⁵, nos encontramos con que en el mundo ibérico la imagen figurativa es realmente excepcional, relativamente infrecuente y limitada por lo general a determinados espacios relacionados con las elites locales o bien con espacios públicos administrados por aquellas¹⁵⁶, al contrario de lo que sucede en otras civilizaciones de la Antigüedad, en las que la imagen figurativa permea más en la sociedad¹⁵⁷. Las imágenes son escogidas, diseñadas y representadas en la mayor parte de los casos por encargo directo de las elites locales de cada momento, para legitimar su preeminencia social y naturalizar las desigualdades sociales existentes, y ello es válido tanto para los grandes conjuntos escultóricos como para las cerámicas singulares de época tardía¹⁵⁸. Rara vez encontramos verdaderos programas narrativos en la iconografía ibérica¹⁵⁹, y desde luego nunca se representó la “vida cotidiana” de las gentes del momento. Y ello porque, en contra de lo que en ocasiones se ha dado por sentado, la iconografía ibérica no es una ilustración directa, veraz e inocente de la realidad social del momento, sino que se trata de una construcción ideológica en la que la realidad asoma únicamente a través de complejos juegos de metáforas mediatizadas por los intereses de la elite; dicho de otro modo, la iconografía ibérica no representó nunca el mundo en el que los iberos vivieron, sino más bien el mundo al que las elites ibéricas

¹⁵³ Cf. Bradley 2009: 3-25.

¹⁵⁴ Shanks y Tilley 1987: 131-171; Hodder 1990: 46; Earle 1990: 73-74.

¹⁵⁵ Bianchi Bandinelli 1984: 34. Cf. Santos Velasco 1996: 119.

¹⁵⁶ Sánchez Fernández 1996: 74-75.

¹⁵⁷ Cf. por ejemplo Woodford 2011: 174.

¹⁵⁸ Chapa 1994 a; 1996; 2003; Olmos 1987; 1991 c; 1997.

¹⁵⁹ Olmos 1996 c: 85.

aspiraban, la cosmología y el sistema de valores que estas construyeron de acuerdo a sus intereses, y que pretendían implementar¹⁶⁰.

De hecho, tampoco es del todo exacto afirmar que la iconografía *representaba* la cosmología que las elites pretendían implementar; pues, como ya hace un tiempo afirmó R. Olmos en relación al mundo ibérico, aunque más recientemente A. Duploux haya desarrollado el concepto desde el punto de vista teórico para aplicarlo a la Grecia arcaica, la iconografía antigua no reproduce ideologías preexistentes, sino que las crea y ordena¹⁶¹: no se trata tanto de que existieran en un determinado momento de la historia ibérica elites ecuestres que se representaran como tales, sino que más bien en determinada época las elites sociales lo eran en tanto que podían representarse a caballo, que tenían capacidad para difundir semejantes esquemas iconográficos que garantizaban su *distinción*, y que podían lograr que dichos esquemas se integraran en el imaginario colectivo, en el *habitus*, de tal manera que cualquier miembro de la comunidad llegara a asociar semejante iconografía con su persona o familia.

Para terminar, simplemente resta discutir la pertinencia de incluir las imágenes importadas dentro del estudio iconográfico del mundo ibérico. Y es que, si lo que pretendemos analizar no es el “arte” ibérico en sí mismo sino los mensajes ideológicos que este transmite y construye, creo, de nuevo siguiendo las propuestas al respecto de R. Olmos, que es necesario tomar en consideración también estos otros esquemas iconográficos de origen alóctono¹⁶². Ello se debe a que, a pesar de las viejas ideas acerca de la “fascinación de los pueblos primitivos” por las culturas clásicas, y en contra de los modelos tradicionales sobre la aculturación¹⁶³, hoy en día los estudios antropológicos sobre el consumo en contextos coloniales se han desarrollado ampliamente¹⁶⁴, gracias a lo cual se acepta en general que las gentes ibéricas no adquirirían todos aquellos objetos (y, por ende, todas aquellas imágenes) que los comerciantes mediterráneos les ofrecieran, sino que seleccionarían únicamente los objetos y las imágenes que cubrieran determinadas necesidades experimentadas por

¹⁶⁰ Olmos 1996 g: 79; Cabrera y Olmos 1996: 23-24. Para consideraciones parecidas en relación con la iconografía de la cerámica griega, cf. Lissarrague 1990: 196.

¹⁶¹ Olmos 1996 e: 276; Duploux 2006.

¹⁶² Olmos 1984; 1985.

¹⁶³ Por ejemplo, cf., recientemente, García-Bellido 2002-2003: 228.

¹⁶⁴ Cf., en último lugar, Dietler 2012.

una comunidad determinada y en una época dada. Por lo que respecta a las imágenes, solo se importarían aquellas que tuvieran cabida y fueran de alguna manera coherentes con el imaginario ibérico del momento¹⁶⁵, aunque ello implicara interpretarlas de manera sensiblemente distinta a como en su momento lo hiciera el artesano mediterráneo que las representara¹⁶⁶. No está tan claro, bien es cierto, si los talleres de origen terminarían por adaptarse a la demanda de las comunidades locales de los contextos coloniales¹⁶⁷, o si en determinadas ocasiones ciertos sistemas iconográficos, como el griego, servirían de verdadera *lingua franca* entre las aristocracias de los distintos pueblos mediterráneos¹⁶⁸. Pero en todo caso, si los iberos adquirirían solo aquellas imágenes foráneas que pudieran ser interpretables desde sus esquemas mentales y que resultaran útiles para representar los mensajes ideológicos que se consideraba necesario difundir y construir, el estudio de estos mensajes deberá tomar en cuenta también estas otras imágenes. Aunque sin perder de vista nunca, desde luego, las connotaciones de exotismo y ostentación que su exhibición acarrearía entre los iberos¹⁶⁹.

1.4. Algunas consideraciones conceptuales.

1.4.1. El Poder.

Como señalé al principio de esta introducción, M. Foucault ya defendió a finales de los setenta que la filosofía debía dejar de cuestionar la bondad o maldad, justicia o ilegitimidad, del poder para, suponiéndolo en términos de existencia, preguntarse sobre sus fundamentos¹⁷⁰.

Ahora bien, definir apropiadamente el poder no es fácil, pues se trata de un concepto abstracto que en realidad solo parece manifestarse a través de sus efectos, que son los que en realidad han recibir generalmente la atención de la investigación,

¹⁶⁵ Rouillard 1994; 2009 a; Olmos y Sánchez 1995: 124. Para este mismo fenómeno de selección de las imágenes importadas en relación con los imaginarios locales en otros ámbitos coloniales mediterráneos antiguos, cf. Osborne 2007; La Genière 2010.

¹⁶⁶ Olmos 1987 b: 292-293.

¹⁶⁷ Para este debate, cf. las opiniones encontradas de Marconi 2004 y Osborne 2004.

¹⁶⁸ Osborne 2007: 86.

¹⁶⁹ Cf. Helms 1988.

¹⁷⁰ Foucault 1994: 540-541. Cf. Davidson 1997: 2.

algo que ya denunciara décadas atrás T. Parsons¹⁷¹. Así, M. Weber conceptualizaba el poder como la probabilidad de que, en una relación social, un autor esté en condiciones de imponer su voluntad a pesar de la resistencia de los otros autores¹⁷², definición que aún pervive, de manera implícita o explícita, pese a ciertas reticencias, en muchos análisis sobre el tema¹⁷³. M. Godelier matizó además que semejante poder se ejercía sobre un territorio y/o entorno social determinado que se encuentra sujeto al mismo¹⁷⁴, en tanto que T.K. Earle propuso diferenciarlo de la “autoridad”, en tanto que esta última es el derecho y la responsabilidad de liderar reconocidos voluntariamente por los individuos sujetos a tal liderazgo, mientras que aquel corresponde con la posibilidad del liderazgo, independientemente de la voluntad de los sujetos a este¹⁷⁵. El poder se muestra por tanto, casi unánimemente, como la potencialidad que ostentan determinados individuos de ver cumplida su voluntad en el seno de una sociedad.

Así definido, el poder muestra suficientes alicientes como para entender fácilmente que sea buscado y deseado, quizás no por la totalidad de los individuos de una sociedad pero desde luego sí por algunos de los miembros de cada comunidad, de una manera más o menos explícita según las barreras simbólicas de las que cada sociedad se dote en un momento dado frente a la promoción individual de alguno de sus miembros¹⁷⁶. Y, de hecho, concebido el poder de esta manera, se podría afirmar que, de manera análoga al cercano concepto de *agencia*, todos los individuos de una sociedad tienen su propia cota de poder, si bien esta es muy distinta según la posición que ocupen en el seno de dicha “realidad social”, entendiendo por tal el conjunto infinito de relaciones invisibles entre los agentes del que habla P. Bourdieu¹⁷⁷; algo que de hecho comprendía muy bien Aristóteles, cuando empleaba una expresión comparativa al señalar que toda oligarquía estaba dirigida por una serie de hombres que eran “más nobles” que otros, εὐγενέστεροι¹⁷⁸. Es por ello por lo que resulta

¹⁷¹ Parsons 1967: 299. Cf. Barnes 1990: 11 y 32-34.

¹⁷² Weber 1947: 152.

¹⁷³ Shanks y Tilley 1987: 72-73; Barnes 1990: 87; Earle 1997: 3-4; Llul *et alii* 2006: 89.

¹⁷⁴ Godelier 1999: 21.

¹⁷⁵ Earle 1997: 3-4.

¹⁷⁶ Earle 1997: 2.

¹⁷⁷ Bourdieu 1989: 16.

¹⁷⁸ Arist. *Pol.* IV, 1290b. Cf. Duploux 2006: 52.

operativo hablar de “relaciones de poder”, “negociaciones de poder”, “estrategias de poder” o, en la línea de M. Foucault, de “juegos de poder”¹⁷⁹.

Más difícil resulta determinar, no obstante, de dónde procede ese poder, cuál es su fuente. Y es que podría pensarse en la violencia directa como medio primario para imponer la propia voluntad sobre los vecinos, y así lo han hecho algunos teóricos antiguos y recientes¹⁸⁰, pero la historiografía antropológica de las últimas décadas tiende a pensar que la “ley del más fuerte” solo puede ser efectiva en el corto plazo, debiéndose acompañar para perdurar en el tiempo de un consentimiento, activo o pasivo, de los individuos sujetos a la coacción¹⁸¹. Ahora bien, respecto a las formas de obtener este consentimiento, las opiniones de los autores divergen. Así por ejemplo, el citado B. Barnes mencionaba la posesión de conocimientos privilegiados como una fuente fundamental de poder¹⁸², aunque la conclusión de su conocido estudio era que las estructuras de poder solamente serían estables si los poderosos compartían una parte de su poder (y por tanto de los beneficios de él devengados) con el grueso de la sociedad, constituido de esta manera en “clase media”¹⁸³. T.K. Earle, por su parte, desde un punto de vista no tan marcado políticamente, propuso en un primer momento una lista de diez comportamientos típicos de los jefes para mantener y acrecentar su poder, a saber:

1. Dar, prestar y banquetear, para alimentar una deuda que deberá ser satisfecha.
2. Mejorar las infraestructuras de la producción de subsistencia de toda la sociedad.
3. Promover la circunscripción de la comunidad.
4. Ejercer la fuerza en el interior de la sociedad.
5. Forjar alianzas externas.
6. Expandir el tamaño de la población dependiente.
7. Tomar el control de los principios existentes de legitimidad (esto es, fundamentalmente, de la memoria colectiva).
8. Crear o apropiarse de nuevos principios de legitimación.
9. Controlar la producción de riqueza interna y su redistribución.

¹⁷⁹ Hodder 1987 a: 142; Davidson 1997: 4.

¹⁸⁰ Cf. Clausewitz 1984: 58-59; Carneiro 1981; Llul *et alii* 2006: 59.

¹⁸¹ Demarrais, Castillo y Earle 1996: 16; Godelier 1998: 19; 1999: 27.

¹⁸² Barnes 1990: 97. Cf. también Helms 1988.

¹⁸³ Barnes 1990: 130-167.

10. Controlar el flujo de riqueza externa¹⁸⁴.

Según Earle, los jefes, para serlo, debían no solamente acceder a varias de estas fuentes de poder social, sino también conseguir el monopolio sobre las mismas, excluyendo de ellas a los demás actores sociales¹⁸⁵. No obstante, en otro trabajo simplificó esta lista al aclarar que, aunque existieran otras fuentes de poder, el control de los resortes económicos era la fundamental, pues los jefes alcanzaban el poder gracias a su capacidad de controlar el flujo de recursos que circulaba a través de una sociedad, derivando parte del mismo para financiar una reciprocidad explícita para con los otros miembros de la sociedad, y para además sufragar determinadas instituciones nuevas sobre las que sustentarse¹⁸⁶. En otro libro posterior, Earle ordenaría todas estas reflexiones al defender que existían cuatro fuentes de poder fundamentales: el control de las relaciones sociales, el poder económico, el poder militar y la ideología¹⁸⁷; de entre ellas, sin embargo, el poder económico continuaba siendo para este autor la fuente fundamental de poder¹⁸⁸.

No obstante, la sistematización teórica de las fuentes de poder que más repercusión ha tenido en las últimas décadas, rastreable de hecho en los últimos trabajos de Earle, probablemente sea la de M. Mann. En opinión de este, las sociedades no eran entidades discretas sino que se constituían por múltiples redes de poder que se superponían e intersectaban, dando lugar a cuatro tipos de relaciones, que constituían las cuatro fuentes fundamentales de poder: ideológicas, económicas, militares y políticas¹⁸⁹. Desde luego el poder que emanaba de estas cuatro esferas no era un fin en sí mismo ansiado por casi ningún individuo o colectividad, pero sí el instrumento que debía emplear para la consecución de sus aspiraciones sociales siempre que estas implicaran ejercer su voluntad a costa de la de los demás miembros de la sociedad¹⁹⁰. Desde este punto de vista puede distinguirse entre una forma autoritaria y otra difusa de ejercer el poder, sin que la segunda haya de ser forzosamente menos efectiva que la primera, aunque opere más bien en el medio y

¹⁸⁴ Earle 1991: 5.

¹⁸⁵ Earle 1991: 8.

¹⁸⁶ Earle 1991 a: 71-72 y 98.

¹⁸⁷ Earle 1997: 4-10.

¹⁸⁸ Earle 1997: 67-70.

¹⁸⁹ Mann 1991: 14-15.

¹⁹⁰ Mann 1991: 20.

largo plazo¹⁹¹. Pero en todo caso, difuso o autoritario, herramienta o fin en sí mismo, todo poder mínimamente estable había de participar de las cuatro fuentes de poder mencionadas.

En su influyente artículo, E. Demarrais, L.J. Castillo y T.K. Earle asumirán esta división cuatripartita de las fuentes de poder de M. Mann¹⁹², y otro tanto hará, por ejemplo, N. Yoffee en su estudio sobre el surgimiento de los estados arcaicos¹⁹³. Pero no así P. Bourdieu, quien dio una vuelta de tuerca más al asunto al defender que, las cuatro fuentes de poder universales de las que se sirven los individuos en su competición por la apropiación de los bienes escasos del universo, serían el capital económico, el capital cultural, el capital social y el capital simbólico¹⁹⁴, entendiendo por este último un capital explícitamente negado pero sin embargo reconocido, un “crédito” que bajo ciertas condiciones y siempre en el tiempo largo garantizaría beneficios políticos y económicos a quien lo detentara¹⁹⁵.

1.4.2. La ideología.

Las reflexiones sobre las fuentes de poder han de llevarme, ineludiblemente, a hablar de la ideología. Y es que, por mucha importancia que en una sociedad se le dé a la “nobleza de cuna”, todo gobernante debe utilizar una parte de los recursos de los que dispone para legitimar constantemente su preeminencia social; las llamadas “prácticas aristocráticas” no sirven, en este sentido y pese a lo que generalmente se asume, para mostrar el estatus privilegiado de un individuo, sino antes bien para que dicho individuo renegocie su estatus en el seno de una sociedad en la que, como señalaba Aristóteles en la cita antes mencionada, la nobleza no es un rasgo cualitativo sino cuantitativo, y por lo tanto un individuo es más o menos noble dependiendo exclusivamente de cómo la comunidad le considere en cada momento¹⁹⁶.

En este sentido, entre las agudas reflexiones que Polibio desgranó sobre los fundamentos de la República Romana, el megalopolitano apuntó que uno de los

¹⁹¹ Mann 1991: 23.

¹⁹² Demarrais, Castillo y Earle 1996: 16.

¹⁹³ Yoffee 2005: 34-38.

¹⁹⁴ Bourdieu 1989: 17.

¹⁹⁵ Bourdieu 1980: 262; 2007: 187-188.

¹⁹⁶ Duploux 2006: 23. Cf. también Shanks 1996: 121.

grandes méritos de dicho Estado era la imposición de la δεισιδαιμονίαν, el “temor de los dioses”, o más en general, los discursos coherentes con un marcado contenido moral que facilitaban al Estado el control sobre los sectores oprimidos de la sociedad, mediante la aceptación voluntaria de sus miembros de las desigualdades existentes¹⁹⁷.

Partiendo de las palabras de Polibio, por consiguiente, podemos definir provisionalmente la ideología como el conjunto de discursos tendentes a construir, reforzar o difundir un sistema de poder entre los individuos partícipes del mismo, de manera que estos lo acepten.

Desde el marxismo, generalmente se ha insistido en que los discursos ideológicos son falsos por definición, pues buscan siempre al enmascaramiento de las desigualdades materiales en cada sociedad¹⁹⁸. En los escritos de Marx y Engels la ideología era la que provocaba el alienamiento de las clases obreras¹⁹⁹, lectura que retoma en parte L. Althusser, para quien la ideología es una “falsa conciencia” o relación imaginaria de los individuos con sus condiciones de existencia²⁰⁰. Más recientemente, M. Shanks y Ch. Tilley afirmaban que la ideología presentaba como coherente afirmaciones que de por sí resultaban contradictorias, haciendo pasar por intereses de la colectividad lo que no eran sino beneficios particulares de la elite dirigente²⁰¹, en tanto que S. Žižek basaba su concepto de ideología en la “falsa conciencia” althussiana, pero dotándola de un factor de “cinismo” que lleva a la cultura dominante a formarse una lejana conciencia de la realidad que se oculta tras la ideología, para sin embargo ignorarla voluntariamente²⁰². Ahora bien, como señalaba M. Mann, pretender que los discursos ideológicos son empíricamente falsos por definición supone asumir que “el pueblo no es [sino] una masa de idiotas

¹⁹⁷ Polyb. VI, 56, 8. Cf. Plácido 2008: 70.

¹⁹⁸ Bernbeck y McGuire 2011 a: 17.

¹⁹⁹ En este trabajo, evitaré en lo posible el concepto de “clase social”, pues, a pesar de la defensa que sobre la aplicabilidad del mismo en el mundo Antiguo han llevado a cabo algunos autores (cf., por poner solo un par de ejemplos, Mann 1986: 46-47; Ste Croix 1988: 47-48 y 60), creo que *a priori* este concepto solo resultaría realmente apropiado para referirnos al mundo ibérico si lo desposeyéramos de algunas de sus connotaciones más importantes, como la conciencia de sí misma, en cuyo caso el término así desnudado se aproximaría bastante a circunloquios más neutros tales como “sector social” o “grupo social”. No niego tajantemente la propiedad del concepto en lo referido al mundo antiguo, pero sí creo que, para emplearlo, sería necesario llevar a cabo toda una serie de matizaciones previas sobre las que aquí no voy a detenerme.

²⁰⁰ Althusser 1970: 18.

²⁰¹ Shanks y Tilley 1987: 181.

²⁰² Žižek 1992: 55-58.

manipulables”; la ideología no es estrictamente verdadera o falsa, pues debe por fuerza superar la experiencia, situarse en la esfera de las realidades que no pueden ser probadas ni refutadas, pues en ello reside precisamente su capacidad de persuadir²⁰³. En la misma línea, M. Foucault descartó considerar a la ideología como concepto antónimo al de “verdad”, pues lo que consideraba prioritario era investigar cómo se producían los “efectos de verdad” en unos discursos que en sí mismos no son ni verdaderos ni falsos, en lo que denominaba regímenes de verdad²⁰⁴. El objetivo de la ideología sería, así, *naturalizar* lo que en última instancia no son sino constructos culturales²⁰⁵, esto es, conseguir que las relaciones desiguales que caracterizan una sociedad no sean discutidas (e incluso ni siquiera explícitamente percibidas) al considerarse “naturales”, “lógicas” y “necesarias”, debido a toda una serie de explicaciones que no pueden ser refutadas al situarse fuera de la experiencia directa de los individuos. Hasta tal punto llegará esta naturalización, que la propia ideología, por definición, generalmente pasará desapercibida, y solo será reconocida como tal por individuos ajenos a su ámbito operativo²⁰⁶.

Otro punto problemático de la ideología es su alcance. Desde luego, como vengo señalando, “poder” e “ideología” son conceptos íntimamente relacionados, en tanto que la ideología tiende generalmente a la reproducción de las estructuras sociales vigentes²⁰⁷. Es por ello que en muchas ocasiones se ha considerado a esta como el producto de una clase social determinada, reflejo únicamente de su cosmología y sistema de valores específico²⁰⁸, razón por la que resulta habitual hablar de la “ideología de las clases dominantes”, la “ideología aristocrática”, etc. Pero en realidad, para ser efectiva y convertirse en algo más que el imaginario compartido por un puñado de familias, la ideología no debe flotar sobre la vida social, sino que ha de integrar a la totalidad de la sociedad o a una parte importante de ella, consiguiendo que incluso una parte importante de los grupos más desfavorecidos la asuman y se

²⁰³ Mann 1986: 44.

²⁰⁴ Foucault 1991: 181-182.

²⁰⁵ Eagleton 1983: 135. Cf. Cardete 2005: 2.

²⁰⁶ Žižek 1992: 46-47.

²⁰⁷ Thompson 1990: 56-57; Shanks y Tilley 1987: 180.

²⁰⁸ Cf. por ejemplo Ste Croix 1988: 244; Scott 1985: 23-27.

sientan integrados en ella, percibiendo que también a ellos les resulta, de alguna manera, beneficiosa²⁰⁹.

Un concepto enormemente productivo en este sentido fue el de *egemonia*, desarrollado por A. Gramsci. La hegemonía es el conjunto de discursos, creencias, pensamientos y opiniones, la cultura en definitiva, que es producida por una serie de intelectuales pero que permea a lo largo y ancho de toda una sociedad²¹⁰. La ideología hegemónica, por tanto, no coincide con el Estado ni con sus aparatos políticos, pero busca consenso de la comunidad en torno a estos, pues una buena parte de los intelectuales que la impulsan son “orgánicos”, esto es, son intelectuales que trabajan conscientemente para las estructuras de poder que los sustentan. Y repárese también en que la ideología gramsciana se compone de discursos que van más allá de los textos y las proclamas, puesto que se articulan también a través de las formas culturales, soporte voluntario o involuntario de una determinada ideología²¹¹.

La manera en la que tiene lugar esta difusión ideológica y hasta qué punto la misma es asumida por parte de unos ciudadanos pasivos, no obstante, son puntos que nunca llegaron a estar del todo claros en el pensamiento de Gramsci²¹². Este aspecto no obstante fue desarrollado por L. Althusser, él mismo profundamente influenciado por Gramsci. A este respecto señala Althusser que la ideología es construida y difundida desde los Aparatos Ideológicos del Estado, como la escuela, la iglesia, los medios de comunicación, o la familia²¹³. Unas instituciones que son por definición heterogéneas y descentralizadas, en razón de lo cual la ideología dominante de una sociedad nunca conforma una totalidad completamente coherente, lo cual no impide que la misma permita, gracias a estos aparatos, la reproducción de la sumisión de toda la sociedad a las relaciones desiguales de poder existentes²¹⁴. La ideología de Althusser no es tanto un sistema de creencias como una relación vivida entre el ser humano y el mundo, que convierte a dicho ser humano en un sujeto de la estructura social, lo que le lleva a asumir por tanto una dominación total por parte del estado y la ideología

²⁰⁹ Mann 1986: 41; Criado 1989: 91; Hodder 1998: 171; Cardete 2005: 86.

²¹⁰ Giner 2002: 664.

²¹¹ Babić 2005: 74.

²¹² Scott 1985: 316; 1990: 90-107; Abercrombie, Hill y Turner 1987: 15.

²¹³ Althusser 1970: 8.

²¹⁴ Althusser 1970: 3.

dominante, que aplastará sin remedio a los eventuales discursos alternativos; aspecto este último que ha sido muy criticado desde algunos sectores²¹⁵.

Al hablar de una ideología que permea al conjunto de la sociedad, en todo caso, Gramsci y Althusser proponen sus particulares soluciones al llamado “problema de Hobbes”, esto es, la cuestión de por qué una minoría dirigente es capaz de imponer su voluntad y hacer valer una serie de privilegios frente a una mayoría aquiescente, cuando parece ser que en la sociedad cada individuo actúa persiguiendo sus propios fines a costa de los del vecino²¹⁶. Habitualmente solemos pasar por alto por este asunto, entre otras cosas, porque nuestras propias ideologías tienden a naturalizar las desigualdades de poder, como si estas fueran consustanciales al ser humano y por lo tanto no hubieran de ser objeto de estudio, pero no se trata ni mucho menos de un problema baladí²¹⁷. En una línea no muy diversa a la de Gramsci y Althusser, T. Parsons consideraba que, en el seno de una comunidad, cada individuo seleccionaba sus fines egoístas y los medios para alcanzarlos de acuerdo con un sistema de valores común a toda la sociedad, de manera que la estabilidad del sistema dependía de los procesos de socialización por los que los diversos agentes adquirían y reproducían dicho sistema de valores compartido, institucionalizado e interiorizado²¹⁸, sistema de valores al que Parsons al parecer reducía la ideología.

M. Mann, a su vez, parte de la consideración que antes se señaló de que todo individuo en una sociedad dispone de su propia cota de poder, de lo que conviene que el poder de una minoría no debería poder imponerse nunca al poder de una mayoría. El hecho de que así suceda en todas las sociedades se debe, según Mann, a que el poder de una minoría dirigente organizada e institucionalizada es irresistible por parte de cada individuo aislado de una mayoría desestructurada, mayoría que queda de esta manera incrustada en las relaciones de poder (en cierto modo redistributivas) impuestas por la minoría gobernante, y se convierte así en partícipe de la ideología hegemónica²¹⁹.

²¹⁵ Abercrombie, Hill y Turner 1987: 25-28.

²¹⁶ Giner 2002: 267-270.

²¹⁷ Clastres 1974.

²¹⁸ Parsons 1951: 481.

²¹⁹ Mann 1991: 22.

B. Barnes sin embargo recupera en cierta medida las teorías de T. Parsons, al fundamentar el orden social existente en un colectivo, y por lo tanto el respeto y la sumisión a las estructuras de poder que se reproducen en él, en el orden cognitivo común. Según este autor, en tanto que todos los miembros de una sociedad comparten un mismo lenguaje, un mismo imaginario y una misma cognición, todos ellos compartirán una misma cosmogonía y tenderán inercialmente a reproducirla²²⁰. Una década después, J. Baines y N. Yoffee llegaron a conclusiones muy parecidas en su estudio sobre el orden y la legitimación social en el mundo antiguo²²¹.

Este modelo, evidentemente, está muy influido por los trabajos de la sociología contemporánea, de entre la que sobresalen sin duda los trabajos de M. Foucault y P. Bourdieu. Así, el primero de ellos se impuso como objeto central de la investigación, como apunté, el análisis de los “regímenes de verdad”, esto es, las matrices conceptuales insertas en el imaginario social e individual y por las que inconscientemente determinados fenómenos no empíricos se consideran verdades aparentes, en tanto que otros se tienen por falsedades²²². Se trata de un concepto muy cercano al de “paradigma” propuesto por T. Khun para explicar el desarrollo normal de la ciencia²²³, y que al igual que el paradigma khuniano explica la actuación en paralelo y según unas normas no escritas de todo un colectivo de individuos que solo rara vez llegan a ser conscientes de que pueden comportarse de otra manera. Pero, a diferencia del paradigma khuniano, tal y como han puesto de relevancia ya algunos autores²²⁴, los “regímenes de verdad” de Foucault están impulsados por las instancias de poder y sólidamente ligadas a las mismas, a las que justifican, consolidan y perpetúan.

P. Bourdieu, por su parte, propuso en este sentido el concepto de *habitus*. El *habitus* puede entenderse como el sistema de disposiciones, valores y percepciones que ordena y estructura inconscientemente las prácticas y representaciones de un individuo, pero que a su vez se ve estructurado por dichas prácticas²²⁵. De este modo,

²²⁰ Barnes 1990: 56-82.

²²¹ Baines y Yoffee 2000: 14-15.

²²² Foucault 1991 b.

²²³ Khun 2006: 88-104.

²²⁴ Barrett 1991: 134-137; Fernández Martínez 2006: 52-53; Bernbeck y McGuire 2011 a: 35-36.

²²⁵ Bourdieu 2007: 86.

los individuos de una sociedad (y la sociedad en su conjunto) actúan de acuerdo con su *habitus* compartido sin ser conscientes de que se pliegan a unas reglas que nunca han sido escritas, pero que pueden ser modificadas o transformadas mediante la *práctica* por unas elites dirigentes interesadas en naturalizar su preeminencia social enmascarando la percepción de las desigualdades.

Todos estos desarrollos, en definitiva, permiten conceptualizar la ideología dominante como un conjunto de discursos tendentes a construir y naturalizar las estructuras de poder de una sociedad determinada, discursos que posiblemente procedan de la elite dirigente, privilegiada por las desigualdades internas que la caracterizan, pero unos discursos que a su vez arraigan en buena parte de dicha sociedad, muchos de cuyos miembros los asumirán al menos parcialmente.

Desde luego, en el seno de cada sociedad podrán surgir, y de hecho surgirán, discursos alternativos a la ideología dominante, con la que coexistirán y competirán de manera soterrada o abierta hasta que, llegado el caso, desaparezcan o bien triunfen y la sustituyan²²⁶. Esta competencia entre ideologías puede resolverse, de hecho, debido a la aplicación puntual de la fuerza, pero no debemos subestimar la eficacia de la lucha simbólica, que puede predisponer al grueso de una sociedad a acatar el orden establecido o bien a luchar contra el mismo y entorpecer su normal funcionamiento²²⁷.

En todo caso, si hay una razón por la que la ideología hegemónica muestra una posición de fuerza respecto de las ideologías alternativas, y por lo tanto permanece como sustento y motor de un sistema de poder relativamente estable, ello se debe en buena medida a su *materialización*.

Repárese aquí en que hablar de “materialización de la ideología” supone dar un inesperado giro al concepto. Desde la ortodoxia marxista tradicional, a las fuerzas productivas y las relaciones de producción, esto es, a la *infraestructura*, de naturaleza material y verdadero motor de la economía y de las relaciones sociales, se le oponen los discursos ideológicos, inmateriales por definición, que componen la *superestructura*. Según la concepción marxista tradicional, la ideología tan solo tiende a enmascarar las desigualdades materiales existentes en la sociedad, es posterior a

²²⁶ Scott 1985: 37-47; 1990: 17-19.

²²⁷ Bourdieu 2007: 226.

estas, y su relación con las estructuras económicas es contingente, y por consiguiente su importancia en última instancia en el juego de poderes es tan solo relativa, pues lo que provoca las grandes transformaciones históricas es la lucha de clases, y lo que las dificulta es la coerción que las relaciones de producción imponen sobre las clases explotadas²²⁸. Ahora bien, como se ha puesto de manifiesto en estas páginas, distintos autores, algunos de ellos también desde diversos ámbitos del pensamiento marxista, vienen reconociendo a la ideología un papel central en el sistema cultural de cada sociedad²²⁹, llegando a considerarla incluso, en algún caso, parte de la infraestructura, en tanto que motor de la historia junto con las propias fuerzas productivas²³⁰. Si a ello se le suma que tanto desde visiones idealistas²³¹ como materialistas²³² en los últimos tiempos se tiende a dudar de la disyuntiva entre “objetos utilitarios” y “objetos simbólicos”, o incluso entre objetos e ideas (pues unos y otras son constructos culturales, y todos los objetos están significativamente contruidos), habremos de concluir que la distinción entre infraestructura y superestructura se torna cada vez más evanescente e inoperativa, y por lo tanto la idea de “materializar” los discursos ideológicos deja de resultar paradójica.

Materializar una ideología es transformar sus ideas, valores, mitos e historias en realidades físicas, materiales, presentes en la vida cotidiana o en el ciclo vital de los individuos que conforman una sociedad, ya sean estas monumentos, objetos de la vida diaria, imágenes, textos, hitos del Paisaje²³³, o incluso festividades anuales²³⁴. Estos objetos, lugares y rituales permiten difundir una ideología determinada entre la población en sociedades amplias, en las que la elite dirigente no puede entretener relaciones personales con cada uno de sus miembros²³⁵, y de este modo facilitan la primacía de la ideología hegemónica (aquella impulsada desde las elites gobernantes de la sociedad) sobre las ideologías alternativas, cuyos promotores generalmente no tienen la capacidad para materializarlas, de modo que estas últimas rara vez pueden

²²⁸ Abercrombie, Hill y Turner 1987: 87 y 212.

²²⁹ Demarrais, Castillo y Earle 1996: 15.

²³⁰ Godelier 1976; Briant 1980.

²³¹ Hodder 1982; 1987; 2012.

²³² Renfrew 2004; Knappett 2004; 2005; 2011.

²³³ Demarrais, Castillo y Earle 1996: 16; Demarrais 2004: 11-12.

²³⁴ Bell 1992: 74.

²³⁵ Demarrais 2004: 11.

llegar a amplios sectores de la sociedad. Y materializar una ideología significa también garantizar un cierto control (solamente relativo) sobre la misma a dicha elite dirigente, pues las ideas plasmadas en imágenes, paisajes y rituales no serán imperecederas, como ninguna idea lo es, pero seguramente sí cambiarán más despacio (tanto en el tiempo, como al transmitirse a través de la sociedad) que las ideas que no llegan a materializarse²³⁶.

Merece la pena matizar, en todo caso, que cuando los defensores de la *materialización* de la ideología, o al menos una parte de ellos, hablan de “transformar” ideas en realidades tangibles, en realidad emplean conscientemente un verbo defectivo para el proceso que pretenden explicar, a falta de otro mejor: pues al igual que ya he apuntado que los discursos ideológicos no sirven meramente para difundir unas estructuras desiguales de poder preexistentes, sino que al mismo tiempo los crean, tampoco puede asumirse que las ideas a materializar antecedan a los objetos y rituales en las que se materializan, sino que posiblemente, una vez más, idea y práctica se retroalimenten mutuamente en una nueva relación dialéctica²³⁷.

Por consiguiente, la materialización del discurso ideológico impulsado por las elites gobernantes de una sociedad lo convierte en hegemónico, al permitir su difusión a través de esta, al garantizar una mayor estabilidad a las ideas que lo componen, y al facilitar la integración (siquiera parcial) de las ideas en el *habitus* de los miembros de dicha sociedad gracias a la exposición y experiencia cotidiana de las mismas. Desde luego, ello no garantiza el triunfo de una ideología, ni tampoco será suficiente como para evitar el surgimiento de otras ideologías alternativas, pero estas últimas partirán de una posición claramente desfavorable²³⁸.

En todo caso, la materialización de los discursos ideológicos, en los términos en los que han sido presentados en estas páginas, entraña dos importantes consecuencias conceptuales, que marcarán la aproximación de esta tesis. En primer lugar, si aceptamos que la barrera entre infraestructura y superestructura es difusa, que la ideología se puede materializar, y que todos los objetos, imágenes y rituales están simbólicamente constituidos y pueden ser potencialmente ideológicos, abogo por no

²³⁶ Demarraais, Castillo y Earle 1996: 17.

²³⁷ Bourdieu 2007: 51; Demarraais, Castillo y Earle 1996: 16; Rowlands 2004 : 198-199.

²³⁸ Vid. Figura 1.1.



Fig. 1.1. La conceptualización de la ideología.

considerar a la ideología como una “fuente de poder” más, tal y como lo han hecho la mayoría de los autores²³⁹, junto con el poder militar, el político o el económico, sino antes bien como el “discurso” a través del cual el poder se construye y materializa en distintos ámbitos, tales como el militar, el económico o el político. Los límites entre las llamadas “fuentes de poder” son demasiado difusos como para considerar estas esferas estancas, y la coacción o el control de los resortes económicos de una sociedad solo explicarían que determinados individuos detentaran el poder en el corto plazo; pero para que este poder se consolide y sea respetado por parte del resto de la comunidad (para que unas elites continúen detentando el poder económico a largo plazo, sin que sus obreros o esclavos se subleven, por ejemplo), es necesario que toda la sociedad o una parte importante de la misma lo respete, asuma o incluso ni siquiera lo perciba, y ello se produce gracias a la ideología. Una ideología que, al materializarse,

²³⁹ Cf., por ejemplo, Mann 1991; Demarrais, Castillo y Earle 1996; Earle 1997; Demarrais 2004; Yoffee 2005.

por cierto, invadirá los ámbitos de actuación de las otras supuestas “fuentes de poder”: no hay más que pensar en los rostros de los gobernadores representados en las monedas o en las fuertes connotaciones simbólicas que una espada o un escudo evocan como para darse cuenta de que los mensajes ideológicos se materializan por doquier, aprovechando todos los resquicios posibles.

La segunda consecuencia de los párrafos previos acerca de la materialización de la ideología es de índole mucho más práctica: si los discursos ideológicos hegemónicos rebasan el ámbito de las “ideas puras” y se plasman y construyen a través de los objetos, los monumentos y los Paisajes, colegiremos entonces que podrán ser objeto de estudio arqueológico. Y ello, incluso en el seno de sociedades, como la ibérica, donde no tenemos, o apenas tenemos, un registro escrito en el que apoyarnos para interpretarlos.

1.4.3. Jefaturas, estados y ciudades. El *oppidum* como paradigma.

Una vez delimitado a qué me referiré cuando hable de “poder” e “ideología” en las próximas páginas, y discutida la importancia de estos conceptos como elementos fundamentales para comprender las sociedades antiguas, me resta tan solo argumentar por qué en adelante apenas emplearé ciertos conceptos habitualmente utilizados por la investigación, tales como “jefatura”, “ciudad”, “estado”, “sociedad de clases”, “realeza”, “aristocracia” o “principado”.

Así, entre finales de los años ochenta y la década de los noventa, como ya se comentó, triunfó como modelo interpretativo del mundo ibérico el paradigma de las jefaturas. Salvo alguna joven voz discordante que no tardó en criticar la excesiva amplitud del concepto y su artificial distinción respecto de los estados arcaicos²⁴⁰, no fueron pocos los especialistas que aceptaron gustosos las nuevas categorías que la arqueología protohistórica peninsular asumía de la antropología neoevolucionista, y que dotaban de un cierto cientifismo a la disciplina²⁴¹. Más allá de las apariencias, sin embargo, no llegó nunca a existir un acuerdo mayoritario a la hora de aplicar estos conceptos. Por ejemplo, la jefatura se entendía, según J.A. Santos, como el tipo de

²⁴⁰ Nocete 1990: 57.

²⁴¹ Cf. por ejemplo Santos Velasco 1989; 1994 c; 1996; González Wagner 1990; Posadas 1990; González Wagner, Plácido y Alvar 1996: 140.

sociedad existente antes de la formación de los primeros estados, relativamente jerarquizada pero sin alcanzar la complejidad de aquellos, y diferenciándose de estos en algunos aspectos cualitativos, tales como el predominio de las relaciones de parentesco en detrimento de las de clase, o la no existencia de rasgos de alta cultura tales como la escritura o la moneda²⁴²; así definida, podría entenderse que el momento de transición entre la sociedad de jefaturas y la estatal (o de clases) tiene lugar en el Ibérico Pleno, o bien en el Antiguo, como más adelante precisará este autor²⁴³. Esta lectura, sin embargo, es en cierto sentido contradictoria con el modelo de jefatura que propugnaba en aquellos mismos años M. Godelier (de hecho uno de sus máximos impulsores), para quien la diferencia entre jefaturas y estados era solo una cuestión de escala, cuantitativa y no cualitativa²⁴⁴; y desde luego no se comparece bien con la opinión de otros autores que abogan por la existencia de estados ibéricos propiamente dichos desde época orientalizante²⁴⁵ o incluso desde el Bronce Pleno²⁴⁶.

Similares controversias surgieron en las otras tradiciones arqueológicas europeas y americanas, ya que se pretendieron detectar “jefaturas” por doquier, pero la necesidad de adaptar la categoría a las diversas realidades arqueológicas terminó convirtiendo a las “jefaturas” en un concepto comodín, sumamente flexible dado que prácticamente había quedado vaciado de contenido, más allá de la aseveración de que las jefaturas constituían el modelo de sociedad anterior a la formación de los estados²⁴⁷. Hoy día entendemos sin embargo que, en contra de lo que inconscientemente tendemos a asumir, el Estado no es la culminación necesaria del proceso al que toda sociedad histórica está irremisiblemente avocada, y las variaciones en la complejización social no tienen por qué ser unidireccionales ni irreversibles²⁴⁸. Además, el proceso de jerarquización social de las diversas sociedades no tiene por qué ser análogo ni recorrer forzosamente las mismas etapas, de modo que puede resultar más fructífero analizar las trayectorias en sí mismas, que tratar de

²⁴² Santos Velasco 1989: 140.

²⁴³ Santos Velasco 1998: 402; 1999: 111.

²⁴⁴ Godelier 1998: 14; 1999: 20-21. Cf., en este mismo sentido, Renfrew 1982: 5-6; Brun 1999: 33.

²⁴⁵ Cf., en último lugar, Bendala 2011: 51.

²⁴⁶ Cf., en último lugar, Gilman 2013.

²⁴⁷ Yoffee 1993: 60-62; 2005: 21-26.

²⁴⁸ Clastres 1974: 161 y 173-174; Sanders y Webster 1978; Demoule 1999: 125-127 y 130; Brun 2001: 30.

encuadrarlas en categorías monolíticas²⁴⁹, al estilo weberiano. En consecuencia, en el nuevo milenio el concepto de jefatura ha ido perdiendo fuerza, y hoy día ya es mucho menos utilizado²⁵⁰.

Algo parecido sucede, por cierto, con términos como el de “monarquía” o “aristocracia”, aunque con una diferencia fundamental en lo que respecta al mundo ibérico: en este caso, son los propios autores grecorromanos los que nos hablan de la existencia de reyes entre los iberos (o entre algunos de ellos; no, por cierto, en la que será nuestro área de estudio)²⁵¹. Pero una vez más nos encontramos con problemas a la hora de dotar de contenido a estas categorías conceptuales, pues Polibio o Livio no emplean el término “rey” en un sentido técnico, como lo demuestra el hecho de que las atribuciones que plantean para los mismos sean diversas, y que frecuentemente variabilicen el concepto con otros sustantivos como “régulo” o “tirano”²⁵². En todo caso estos autores nos hablan de un mundo ibérico abocado a una guerra total sin precedentes en la región, cuyas estructuras sin duda se habían visto enormemente transformadas para confrontar la situación, por lo que difícilmente pueden extrapolarse estas categorías monárquicas, o al menos sus atribuciones tal y como son descritas por estos autores, a épocas anteriores²⁵³.

Es de reseñar, a este respecto, que en este trabajo se habla frecuentemente de “aristocracia”, aludiendo a una elite gobernante consolidada, controladora en buena medida de los resortes sociales, políticos, económicos e ideológicos, y partícipe de una sociedad relativamente jerarquizada. Pero no pretendo utilizar el término en un sentido analítico o técnico, entendiendo, con A. Duploux, que la distinción entre tipos de regímenes tales como el aristocrático o el oligárquico es meramente intelectual, “artificial”, y que la aplicación de categorías tales sobre los distintos sistemas de poder de las diversas comunidades locales resulta siempre problemática²⁵⁴.

Finalmente, circunstancias análogas concurren, creo, con la aplicación del concepto de “ciudad”. Distintos autores han argumentado que el mismo es aplicable al

²⁴⁹ Haas 2001: 16-17.

²⁵⁰ Gilman 2013: 22.

²⁵¹ Plácido 1998; Coll i Palomas y Garcés 1998; Moret 2002-2003.

²⁵² Moret 2002-2003: 24-25.

²⁵³ Alvar 1990: 121.

²⁵⁴ Duploux 2006: 14-15.

mundo ibérico²⁵⁵, aunque otros lo han refutado de manera argumentada²⁵⁶, algo que no resulta de extrañar, dado que incluso en el mundo griego, donde seguramente más concienzudamente se ha analizado el tema, siguen existiendo controversias en relación a qué debemos entender por “ciudad”²⁵⁷. En consecuencia, y dado que creo que el uso del término “ciudad” o “protociudad” para referirme a determinados asentamientos ibéricos requeriría de una argumentación previa sobre qué entiendo por tal concepto, lo evitaré en la medida de lo posible en las siguientes páginas, reemplazándolo por términos más neutros como “hábitat” o “poblado”, y analizando sin necesidad de acudir a este concepto tan connotado el grado de complejidad social alcanzado por cada sociedad local en cada momento dado.

Es de reseñar que el equipo de la Universidad de Jaén asimismo parece venir evitando generalmente el empleo de este tipo de categorías weberianas en sus estudios, tales como jefatura, ciudad, estado o realeza, sustituyéndolas por conceptos definidos crítica, reflexiva y concienzudamente para la realidad arqueológica de la Alta Andalucía ibérica, tales como príncipes, aristócratas o, el más importante de todos, *oppidum*, concepto este último cuya definición ya avancé brevemente páginas atrás²⁵⁸. Ahora bien, en mi opinión el problema con el término *oppidum* estriba en que ha sido construido y dotado de contenido técnico según el modelo arqueológico analizado en la Alta Andalucía ibérica, o todo lo más atendiendo también al Valle del Tùria, cuyas dinámicas poblacionales implican ya de por sí algunas pequeñas matizaciones al modelo original. Sin embargo, esta categoría ha tenido tanto éxito entre la investigación de las últimas dos décadas que se ha aplicado mecánicamente a la práctica totalidad de los asentamientos ibéricos de toda época y geografía. En ocasiones incluso se ha llegado a asumir que la organización en *oppida* es el rasgo definitorio más significativo de “lo ibérico”²⁵⁹, de lo que podría colegirse que nunca se ensayó ningún otro tipo de organización social en Iberia.

²⁵⁵ Bendala *et alii* 1987: 121; Rouillard 1987: 36; Santos Velasco 1992: 34-36; 1994 c: 290; 2004: 224-225; Abad y Bendala 1994: 301-302; Jacob 1997: 89-91; Bendala 1998: 26-27; 2001: 22; Blánquez 1999: 75; Gracia 2004: 81-82.

²⁵⁶ Moret 2004 a: 152-154.

²⁵⁷ Cf. por ejemplo Hansen (ed.) 2007.

²⁵⁸ Cf. Ruiz Rodríguez y Molinos 1993: 192; Ruiz Rodríguez 1998.

²⁵⁹ Ruiz Rodríguez 1998: 77.

En mi opinión sin embargo esta extrapolación resulta problemática, pues ni los asentamientos del sureste son comparables a los de la Alta Andalucía en tamaño, ni seguramente lo fueron en complejidad, al menos durante buena parte de su historia y para buena parte del territorio. Por ello, he preferido evitar conscientemente este término, entendiendo que su uso puede ocultarnos una pluralidad de dinámicas poblacionales en el mundo ibérico que merecería la pena estudiar en toda su heterogeneidad; lo cual, desde luego, no significa que critique el meritorio y aún fértil potencial interpretativo de este concepto.

1.5. Coordenadas cronoespaciales del estudio.

A pesar de que a lo largo de más de un siglo de arqueología ibérica se han redactado valiosas síntesis de conjunto²⁶⁰, uno de los aspectos más llamativos de los pueblos que los autores antiguos denominaron como “iberos”²⁶¹ es su enorme heterogeneidad²⁶², en razón de la cual cada vez se hace más necesario, a medida que avanza la investigación y ello se torna posible, acotar nuestros estudios en el tiempo y en el espacio²⁶³; pues si bien las visiones de conjunto son útiles y necesarias para una mejor comprensión de los procesos históricos, extrapolar conclusiones entre pueblos con estructuras socioeconómicas diversas y de los que han llegado hasta nosotros fuentes históricas de muy distinto orden, puede resultar peligroso.

Por ello, a la hora de programar este análisis de los discursos ideológicos de las elites ibéricas, he decidido acotarlo en el espacio, centrándome en una región particular y, enseguida lo veremos, relativamente homogénea en lo que se refiere a la cultura material en época ibérica: el sureste peninsular.

No obstante, en lo que se refiere a la coordenada cronológica, mi elección ha sido la contraria. Como se comprobó en la introducción historiográfica que planteé páginas atrás, una parte importante de los modelos interpretativos que sobre la ideología y el poder en el mundo ibérico se han venido planteando ofrecen una visión sincrónica del mismo, estática en buena medida, o todo lo más parcelada en una serie

²⁶⁰ Cf., en último lugar, Aranegui 2012.

²⁶¹ Denominación cuyo objeto de aplicación, por cierto, fue variando con el tiempo. Cf. Domínguez 1983; 1998 a: 46-48; Plácido 1998: 54.

²⁶² Bosch 1932; Arribas 1965: 173; Lucas 1991: 191; Domínguez 1997: 392; De Hoz 2001: 78-79.

²⁶³ Blánquez 1994: 320; 1995 c: 218.

de estadios discretos entre los cuales las transiciones no quedan claras, y por los que atravesaría el conjunto del mundo ibérico, sin distinciones locales. Por consiguiente, he estimado enriquecedor plantear un estudio en la *longue durée*, prestando especial atención a la diacronía para analizar las transformaciones que se producen en las estructuras ibéricas a lo largo de los siglos, de tal manera que los procesos puedan esbozarse en toda su complejidad más fácilmente que mediante una visión estática de un momento determinado.

Atenderé, por tanto, a las estrategias legitimatorias ensayadas por las elites ibéricas del sureste a lo largo de toda la época ibérica entendida en su sentido más amplio, esto es, entre los siglos VII y I a.C., o lo que es lo mismo, entre el auge de la implantación colonial fenicia en el sureste y la clausura del proceso de provincialización de *Hispania* y el inicio de su monumentalización que se produjeron con el advenimiento del Principado. O, dicho de otro modo, entre el desencadenamiento de los procesos económicos, sociales e ideológicos coloniales que mediatizarían la complejización de las sociedades locales que a su vez darían lugar al mundo ibérico, y el punto sin retorno en el que podemos considerar que lo ibérico termina de disolverse en lo hispanorromano, al menos en el sureste peninsular.

Por lo que respecta a las subdivisiones cronológicas que emplearé a lo largo de este texto, no deben tomarse desde un punto de vista estricto, pues no aluden a períodos estancos caracterizados por un tipo determinado de estructuras sociopolíticas que se desarrollan sincrónicamente en todo el área de estudio, sino que suponen simplemente referencias cronológicas orientativas. Utilizaré con este modesto fin la clásica división tripartita propuesta por E. Cuadrado²⁶⁴, ya que la diseñada años después por A. Ruiz y M. Molinos, repartida en seis fases²⁶⁵, me parece quizás más específica para la Alta Andalucía y, a pesar de su mayor complejidad, puede que no tan adecuada para el sureste, donde la escasez de fuentes para el siglo VI a.C. tornarían demasiado artificial el límite entre la Fase I y la II, y donde sin embargo en la segunda mitad del s. III a.C. la irrupción cartaginesa y las consecuentes guerras

²⁶⁴ Cuadrado 1987.

²⁶⁵ Ruiz y Molinos 1993: 97-98.

Sistemas cronológicos	
Cuadrado 1987	Ruiz y Molinos 1993
Ibérico Antiguo (600 – 450 a.C.)	Ibérico I (600/580 – 540/530 a.C.)
	Ibérico II (540/530 – 450/425 a.C.)
Ibérico Pleno (450 – 300 a.C.)	Ibérico III (450/425 – 350/300 a.C.)
	Ibérico IV (350/300 – 175/150 a.C.)
Ibérico Tardío/Baja Época (200 – 50 a.C.)	Ibérico V (175/150 a.C. – 75 d.C.)

Tabla 1.2. Cronologías propuestas por E. Cuadrado y A. Ruiz / M. Molinos para el mundo ibérico.

provocan una serie de fuertes transformaciones que no quedarían reflejadas en esta cronología²⁶⁶.

En lo que se refiere ya a la coordenada espacial, mi ámbito de estudio se circunscribirá a las actuales provincias de Alicante y Murcia, el sur de la provincia de Valencia (aproximadamente hasta el curso del Júcar), y parte de la provincia de Albacete (a grandes rasgos, hasta las sierras que separan los Llanos de Albacete y el Campo de Montiel). Aunque desde luego, ello no obstará para que continuamente se propongan pequeños excursos a otros ámbitos del mundo ibérico cuya comparación o contrastación enriquezca la argumentación.

Como se podrá comprobar, la zona de estudio coincide a grandes rasgos con la *Contestania* mencionada por las fuentes clásicas, fundamentalmente Plinio²⁶⁷ y Ptolomeo²⁶⁸. En su *Geografía*, el alejandrino citaba toda una serie de ciudades situadas en las costas alicantinas que consideraba contestanas, en tanto que el primero matizaba que la *Contestania* se extendía entre la desembocadura del río Júcar y la ciudad de *Carthago Noua*²⁶⁹. No obstante, el gran sistematizador de la arqueología contestana, E. Llobregat, desechó la posibilidad de una *Contestania* tan amplia, al considerar que no se trataba de una zona homogénea en el plano geográfico ni en el cultural, por lo que propuso en su lugar otra más reducida, que consideró más plausible, en la que percibía una *facies* arqueológica homogénea para época ibérica, y que básicamente se circunscribía a la provincia actual de Alicante; me refiero al

²⁶⁶ Vid. Tabla 1.2.

²⁶⁷ Plin. III, 19-20.

²⁶⁸ Ptol. *Geog* II.

²⁶⁹ Plin. III, 20.

territorio que queda delimitado por la vega del Segura, la sierra de Crevillente, la cuenca del Vinalopó entre Aspe y Villena, la parte oriental del valle de Montesa, y el curso del Júcar hasta su desembocadura²⁷⁰. A pesar de que los autores que mencionan la *Contestania* son altoimperiales y sus fuentes no remontan más allá de mediados del s. II a.C., Llobregat considera que la conquista romana respetó básicamente las antiguas estructuras autóctonas, por lo que es posible hacer retrotraer la *Contestania* así delimitada hasta la época ibérica²⁷¹.

El concepto de *Contestania* de Llobregat ha tenido muchísima influencia entre la investigación posterior, aunque sus límites se han ido ampliando progresivamente de la mano de distintos investigadores²⁷². Así, si J. Uroz aceptó básicamente los límites de la *Contestania* propuestos por Llobregat²⁷³, L. Abad encontraría dificultades para rechazar de manera tajante la noticia de Plinio sobre los límites de la región, por lo que defendería nuevamente una *Contestania* extensa, que englobara igualmente las costas murcianas²⁷⁴, opinión que no obstante no ha estado exenta de controversia²⁷⁵. En cuanto al límite occidental de la misma, mucho más problemático al no ser aludido por las fuentes, ha ido siendo ampliado por parte de diversos autores hasta un límite poco preciso pero que englobaría el área oriental de la provincia de Albacete, basándose para ello en diversos indicadores arqueológicos, y ello a pesar de que Ptolomeo cataloga a las ciudades aquí situadas como bastetanas²⁷⁶. Por lo que respecta al confín septentrional de la *Contestania*, por el contrario, ha sido mayoritariamente situado en el cauce del Júcar²⁷⁷, aunque ni siquiera este límite es unánime²⁷⁸.

²⁷⁰ Llobregat 1972: 12-22; 1978-1980: 61-62.

²⁷¹ Llobregat 1972: 9-11.

²⁷² Vid. Mapa 1.1.

²⁷³ Uroz Sáez 1981: 21-22.

²⁷⁴ Abad 1992 a: 159.

²⁷⁵ Así, A. González Prats (1992: 138) defendía que la verdadera frontera no se advertía en la cultura arqueológica en el cauce del Segura, sino en el del Vinalopó. Por su parte, J. Moratalla (2005: 114) encuentra problemático incluir *Carthago Noua* en la *Contestania* dado el aparente vacío demográfico existente al norte de Cartagena y el carácter distintivo de este asentamiento, por lo que propone más bien pensar en la ciudad como en el centro gestor que Roma impone para la administración de la *Contestania* tras la conquista.

²⁷⁶ Cuadrado 1987 a: 185; Blázquez 1990 a: 110-111; Santos Velasco 1992; Abad y Sanz 1995; García Cano 1995 a: 128-129; 2008: 118; Sanz 1997: 223-224; 2008: 125-128; Soria y Díes 1998; Almagro Gorbea 1999 a: 34; Soria 2000; Soria y Mata 2005: 341; Lorrio 2007: 264-268.

²⁷⁷ Blázquez 1990: 102-103; Ruiz y Molinos 1993: 79; Vives-Ferrándiz 2002: 217-220.

En todo caso, lo que intentaron estos autores fue materializar en una “cultura arqueológica” el etnónimo transmitido por las fuentes clásicas. En palabras de M. Almagro,

“El mejor procedimiento para lograr este objetivo es aplicar sistemáticamente el método de dispersión geográfica de los diversos elementos culturales, labor sencilla que sólo exige a) definir un elemento cultural; b) realizar la recopilación completa de los hallazgos de dicho elemento; c) localizar sobre un mapa de dispersión espacial los hallazgos recopilados y d) proceder a su interpretación cultural”²⁷⁹.

Tarea en la que, según el propio autor, hay que procurar que los elementos culturales analizados tengan la mayor relevancia cultural posible, que su recopilación sea exhaustiva y exacta, y que su interpretación tenga en cuenta los azares de la conservación²⁸⁰.

Este tipo de aproximaciones a las “culturas arqueológicas”, fundamentadas en última instancia en los postulados de G. Kossina y G. Childe²⁸¹, han sido ensayadas de una manera más o menos explícita, y más o menos matizada, por otros muchos autores en las tres últimas décadas²⁸². Gracias a estos trabajos, se ha puesto de manifiesto que en el sureste peninsular, aproximadamente en el área delimitada párrafos atrás, coinciden efectivamente una serie de parámetros culturales que recorren aproximadamente los siete últimos siglos del I milenio a.C., y que dotan de una cierta homogeneidad al registro arqueológico de la región, a saber: el área de mayor concentración de cerámica fenicia en el Levante, la dispersión de esculturas y monumentos arquitectónicos en las necrópolis, las tumbas de encachados tumulares, la mayor densidad de cuevas-santuario, la dispersión de la escritura grecoibérica, las cerámicas con decoración figurada influidas por el estilo ilicitano, la mayor frecuencia de pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina y, ya en época altoimperial,

²⁷⁸ H. Bonet (2005: 53) prefiere hablar de “zona limítrofe” en vez de frontera lineal rígida, y la sitúa a grandes rasgos entre el Júcar y el Vinalopó, coincidiendo en esta apreciación de hecho con las antiguas teorías de P. Bosch (1929: 33) y J. Pericot (1934: 269).

²⁷⁹ Almagro Gorbea 1982: 250.

²⁸⁰ Almagro Gorbea 1982 a: 250.

²⁸¹ Fernández Götz 2008: 34-37.

²⁸² Cf., por ejemplo, Jacob 1985 a: 19-31; Ruiz Rodríguez y Molinos 1993: 242-243; 2009; Santos Velasco 2004: 236-239; Chapa y Pereira 1994: 98; Lillo 1997: 9-10; Mata 2001: 243; Lorrio 2007: 228-229; García Cano 2008: 115-116; Sanz 2008: 135-138.

la dispersión de las emisiones de la ceca ilicitana²⁸³. Por el contrario, en nuestra zona no aparecen (o lo hacen de manera esporádica) elementos culturales característicos de las regiones vecinas, tales como las tumbas de cámara y las cajas cinerarias, las inhumaciones infantiles bajo las viviendas, o los fortines y en general el modelo de poblamiento mononuclear²⁸⁴.

Desde luego, la dispersión de todos estos elementos arqueológicos no es exactamente coincidente, y en ocasiones la misma atañe únicamente a una parte del territorio analizado, en tanto que otras veces los hallazgos escapan claramente al mismo²⁸⁵. Pero ello no es óbice, desde mi punto de vista, para que en conjunto todos estos elementos doten de una cierta homogeneidad a la *facies* arqueológica de toda esta región a lo largo de la época ibérica. Homogeneidad desde luego en el plano material, pero parece que también en cierta medida en el simbólico e ideológico, y por consiguiente seguramente en el plano social, económico y político. Hablamos, en definitiva, de comunidades locales vecinas que, hasta cierto punto, compartirían unos mismos modos de vida y una cosmología análoga.

Sin embargo, la dificultad estriba, al menos en mi opinión, en tratar de dotar de un contenido étnico, identitario, a esta homogeneidad relativa en los modos de vida y en los imaginarios de una serie de comunidades vecinas. Y es que, si consideramos la cultura como un constructo activo, continuamente transformado según las necesidades de cada sociedad y siempre en necesaria conexión con las sociedades vecinas, y no tanto como una estructura de carácter inmanente e inalterable, propia de cada sociedad e impermeable a los contactos con las otras sociedades²⁸⁶, habremos de colegir que la pretensión de hacer coincidir una serie de constataciones en el registro material con un etnónimo determinado proporcionado por las fuentes es enormemente problemática desde el punto de vista metodológico. La arqueología y los autores clásicos hablan “idiomas” distintos, se refieren a esferas distintas de la realidad pretérita y por lo tanto resultará enormemente difícil encontrar sus puntos de

²⁸³ Llobregat 1989 a: 439; Santos Velasco 1994 c: 296; 2004: 236-239; Bonet 2005: 57-67; Moratalla 2005: 113; Moratalla y Verdú 2007; Uroz Rodríguez 2012: 16.

²⁸⁴ Almagro Gorbea 1982 a: 250-252; Ruiz Rodríguez 1998: 77; Bonet 2005: 59; Ruiz Rodríguez, Molinos y Rísquez 2007: 133.

²⁸⁵ Izquierdo Peraile 2001: 131, n.14; Bonet 2005: 57-58; Grau 2012: 231-234.

²⁸⁶ Sackett 1990; Earle 1990; Jones 1997: 117-118; Chapa 2008.

contacto²⁸⁷. Desde luego, todo grupo étnico tenderá a materializar su identidad en una serie de objetos, artefactos, rituales e imágenes, que en teoría podríamos rastrear arqueológicamente; la cuestión estriba en determinar a cuáles de los objetos, artefactos, rituales e imágenes la sociedad analizada les otorgaba un valor identitario, y a cuáles no²⁸⁸.

En definitiva, creo que por el momento hemos de asumir que nos encontramos ante dos realidades distintas: una posible realidad étnica definida desde fuera por los autores clásicos, la *Contestania*, que coincide a grandes rasgos con mi zona de estudio pero cuya historicidad difícilmente puede retrotraerse antes de la conquista romana; y una realidad arqueológica, conformada por una serie de comunidades que parecen compartir modos de vida e imaginarios, que es la que verdaderamente legitima, creo, el estudio conjunto de esta región como una parcela homogénea en sí misma dentro del mundo ibérico. Una parcela en la que habitaron gentes ibéricas y otras que no lo eran (fenicios, púnicos, griegos, romanos), e incluso algunas de las que no sabemos siquiera cómo se considerarían, pero que merece la pena estudiar conjuntamente. Una parcela sin límites definidos, pues su homogeneidad material es solo relativa, como lo es igualmente su distinción respecto de las regiones vecinas. Una parcela que, a falta de un término mejor, he dado en llamar simplemente “Sureste peninsular”²⁸⁹.

1.6. La imagen del poder en el mundo ibérico del Sureste.

Dicho todo esto, tan solo resta finalizar este capítulo introductorio presentando en unas pocas líneas la que será la estructura de este trabajo. El mismo ha sido concebido en dos bloques y siete capítulos, dejando al margen el presente apartado introductorio y las conclusiones finales.

En el primer bloque, trataré de lanzar una serie de visiones de conjunto sobre otros tantos aspectos de los discursos ideológicos implementados por las elites del sureste. No con ánimo de explorar exhaustivamente todas las estrategias puestas en marcha para la legitimación del poder en estas comunidades, pues ello sería

²⁸⁷ Cruz Andreotti 2002: 153-154; 2002-2003: 37; Moret 2004: 52-59; Grau 2012 a: 28-30.

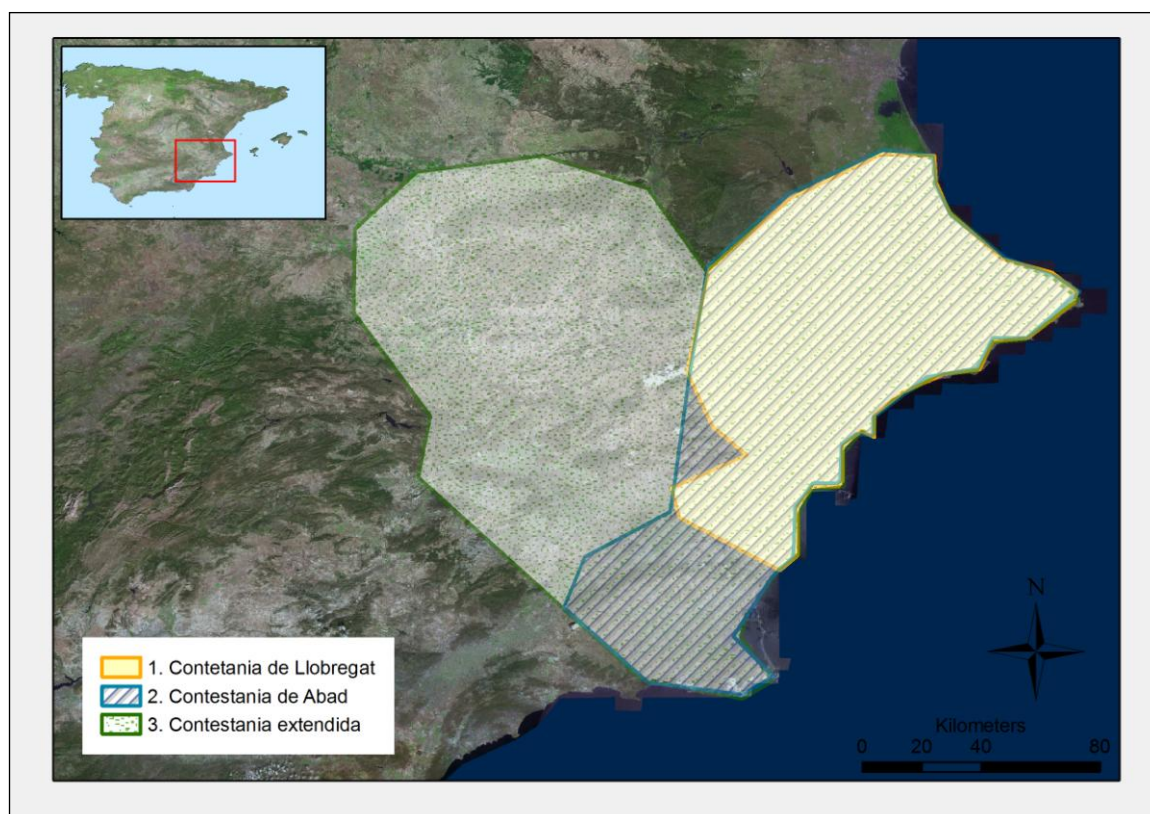
²⁸⁸ Fernández Götz 2009: 191.

²⁸⁹ Vid Mapa 1.2 y Mapa 1.3.

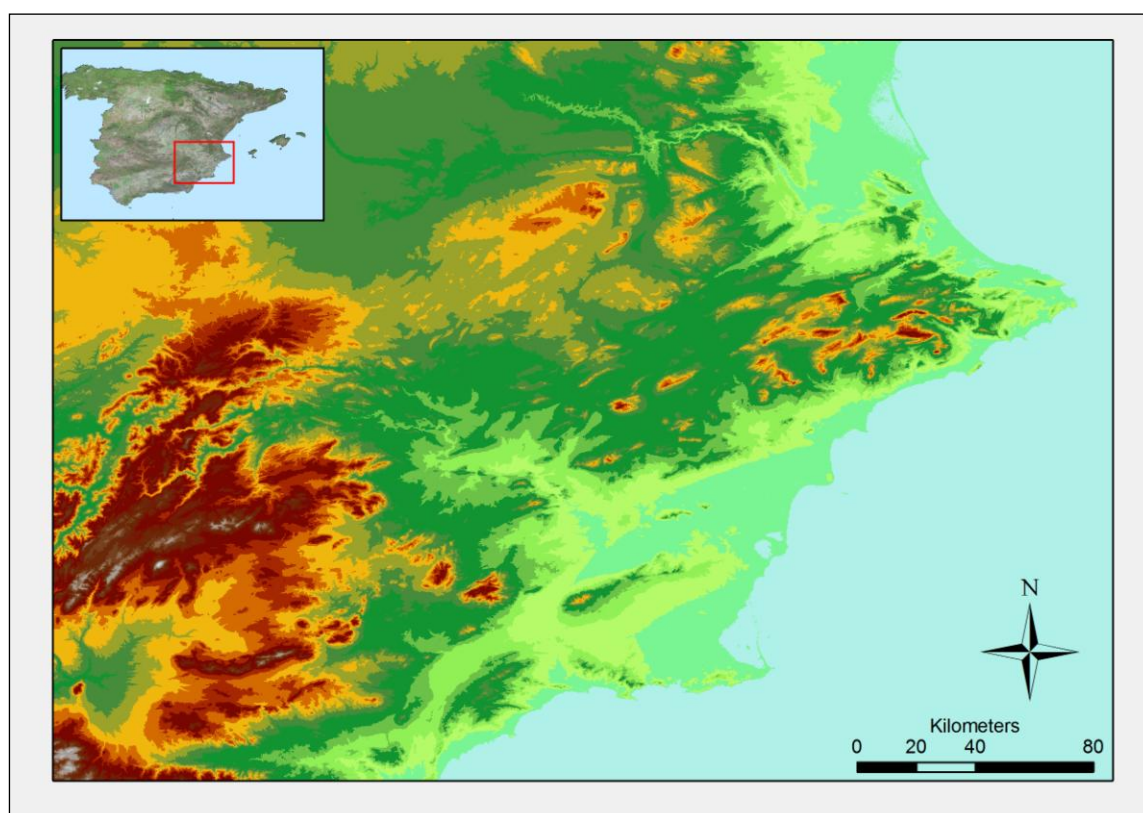
imposible²⁹⁰, sino para delimitar al menos algunos de los ámbitos principales de expresión de la ideología. Así, se tratarán sucesivamente la fiscalización de ciertos resortes económicos por parte de las elites ibéricas, la instrumentalización de la memoria y la identidad, el empleo de la religión como mecanismo ideológico, y el monopolio de la violencia y la ostentación de armas por parte de estas aristocracias. Todo ello, por supuesto, prestando especial atención en cada caso a la diacronía, para poder observar mejor la evolución en el tiempo de los discursos ideológicos y sus principales transformaciones.

Una vez desgranados estos cuatro capítulos analíticos, dedicaré el segundo bloque a tres casos de estudio, con los que se tratará de contrastar las conclusiones obtenidas en las anteriores visiones de conjunto. Para ello, he elegido tres yacimientos de muy diversa índole, con un doble objetivo, teórico y práctico: para comprobar cómo los discursos ideológicos se proyectan tanto en asentamientos como en necrópolis y santuarios, y así en núcleos centrales de poblamiento como en los rincones más periféricos del territorio; y para testar de qué manera podemos acceder a estos discursos dependiendo de la cantidad y calidad de la información de la que disponemos. En este sentido, los yacimientos elegidos como casos de estudio serán: la Serreta de Alcoy (uno de los asentamientos más conocidos, estudiados y excavados del sureste peninsular, y que constituyó uno de sus núcleos hegemónicos durante el s. III a.C.), el Cerro de los Santos (sin duda uno de los santuarios ibéricos más citado, aunque la mayor parte de la información de la que disponemos sobre el mismo se circunscribe a sus exvotos, que han llegado a nosotros descontextualizados) y Jutia (una necrópolis descubierta hace apenas unos años y en la que por el momento sólo se han llevado a cabo dos campañas de excavación, que permanece completamente inédita hasta el momento, y cuya escasa espectacularidad en el plano material y cuya situación periférica garantizará un contrapunto a los otros dos yacimientos a la hora de analizar los discursos de poder en el seno de distintos tipos de sociedades).

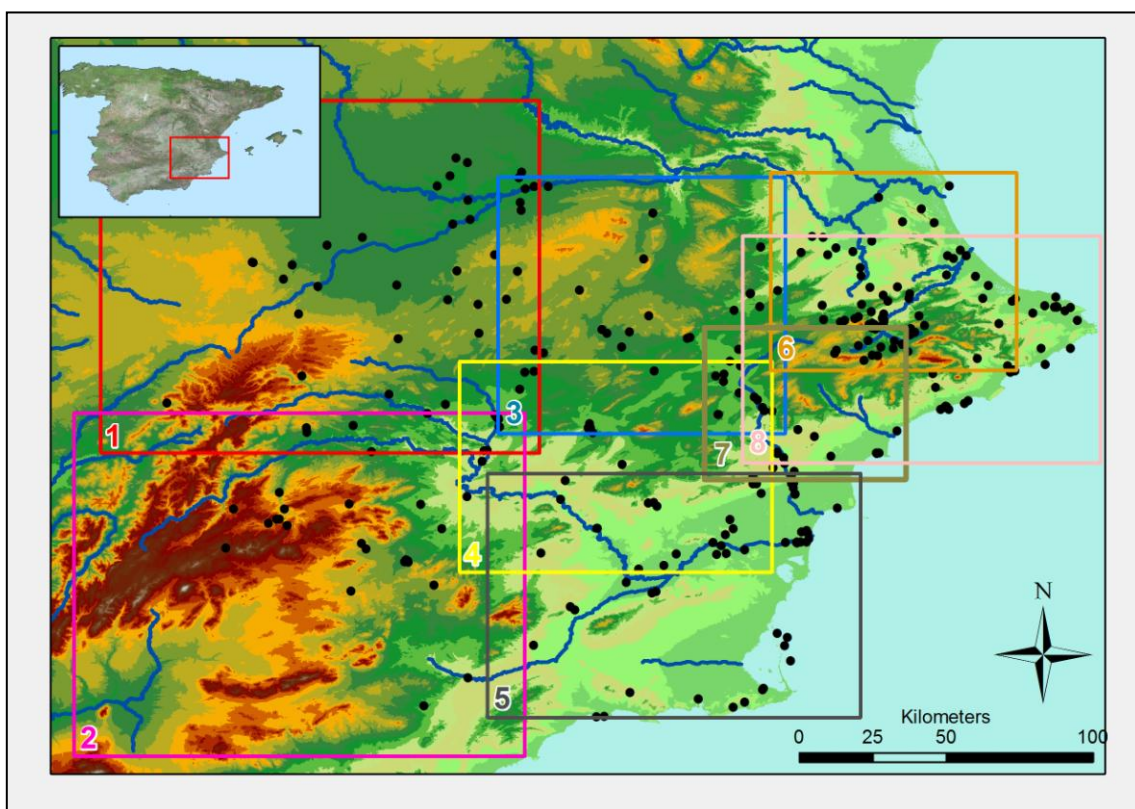
²⁹⁰ Duploux 2006: 32.



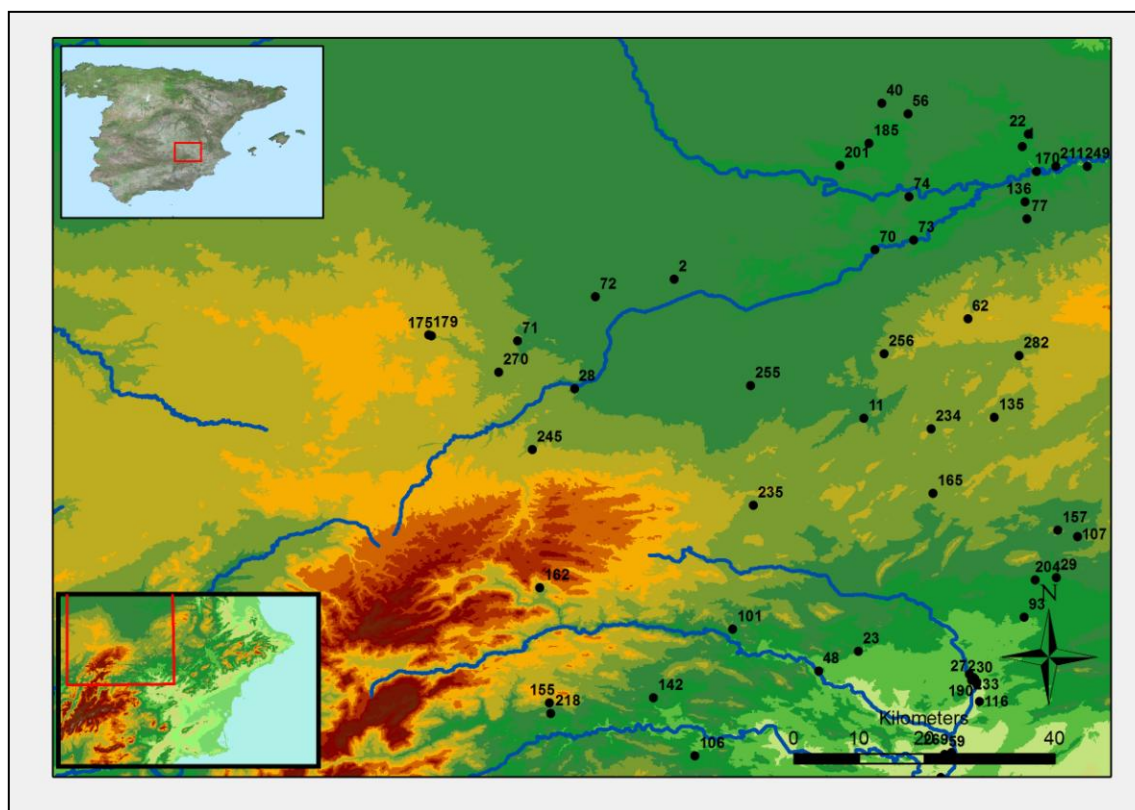
Mapa 1.1. Los límites de la *Contestania* para los diversos autores.



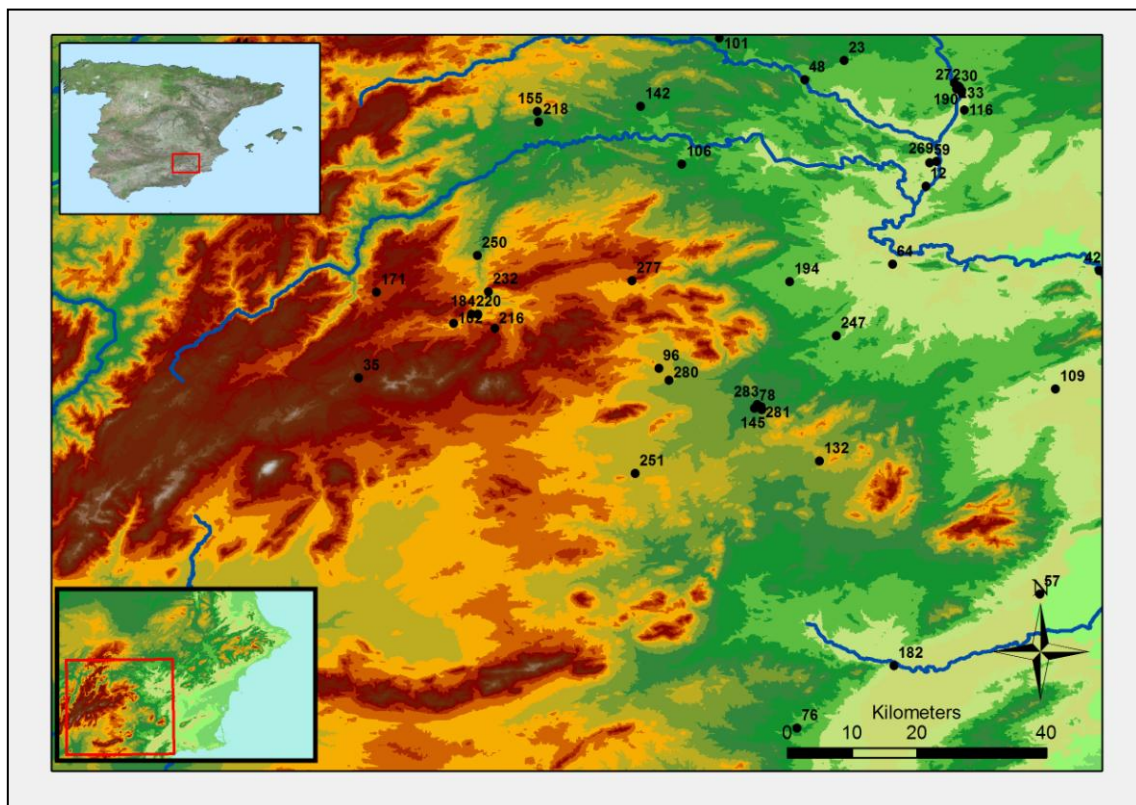
Mapa 1.2. Mapa físico del Sureste peninsular.



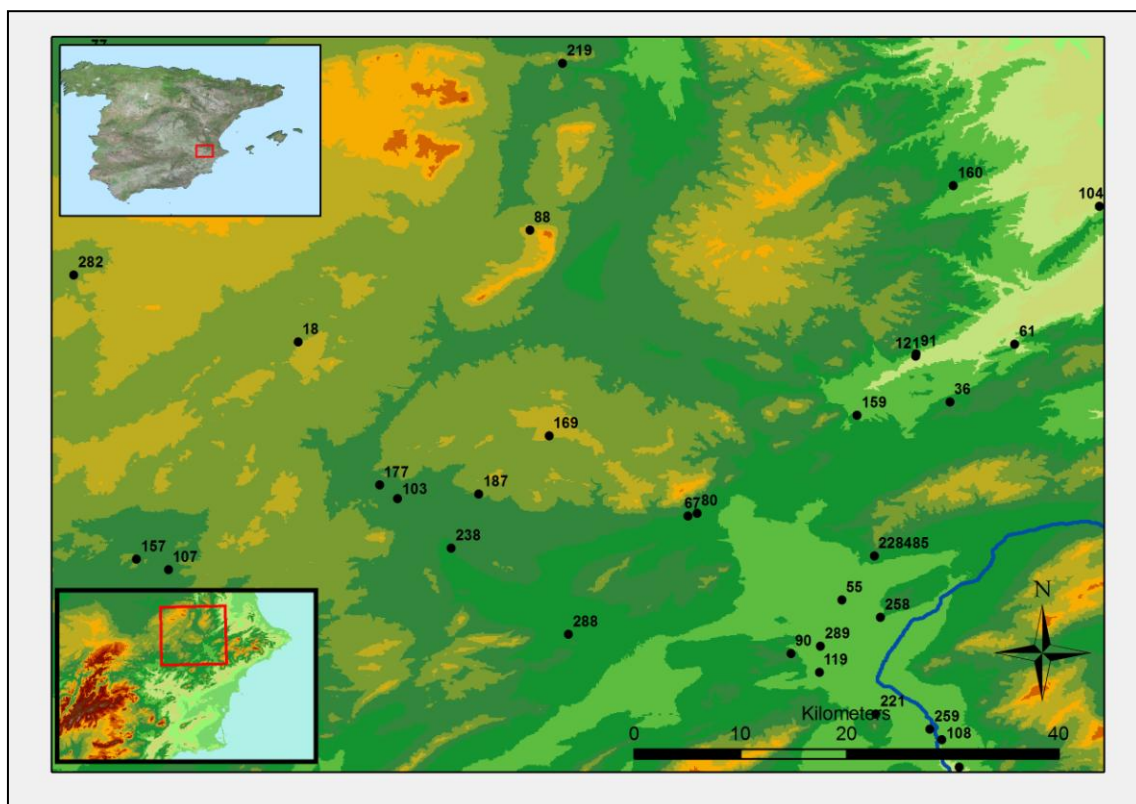
Mapa 1.3. Dispersión de yacimientos del Sureste Ibérico mencionados a lo largo de la tesis.



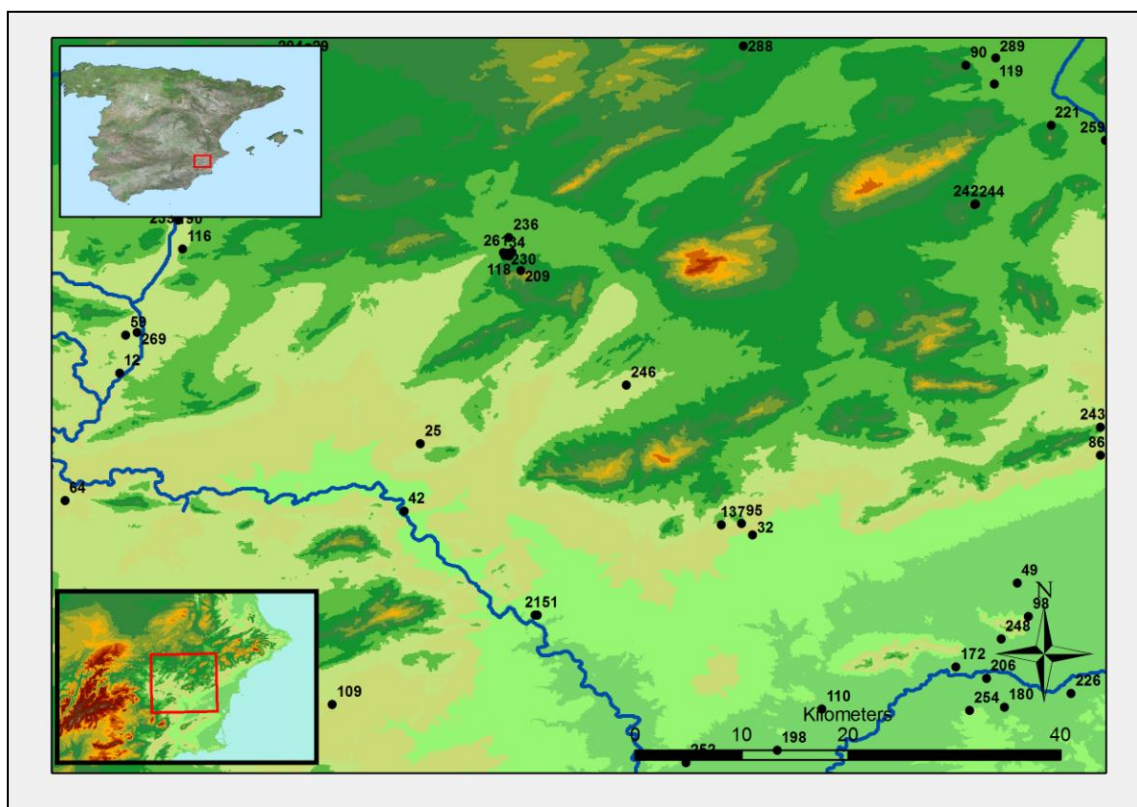
Mapa 1.3.1.



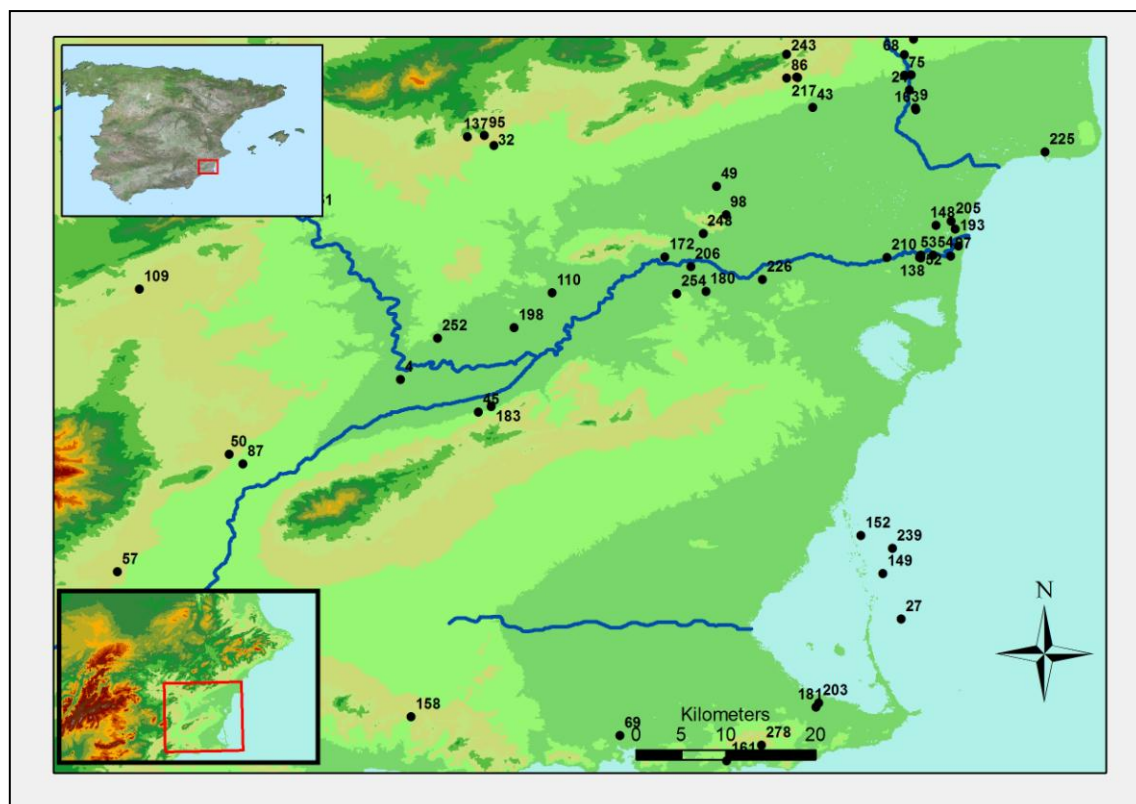
Mapa 1.3.2.



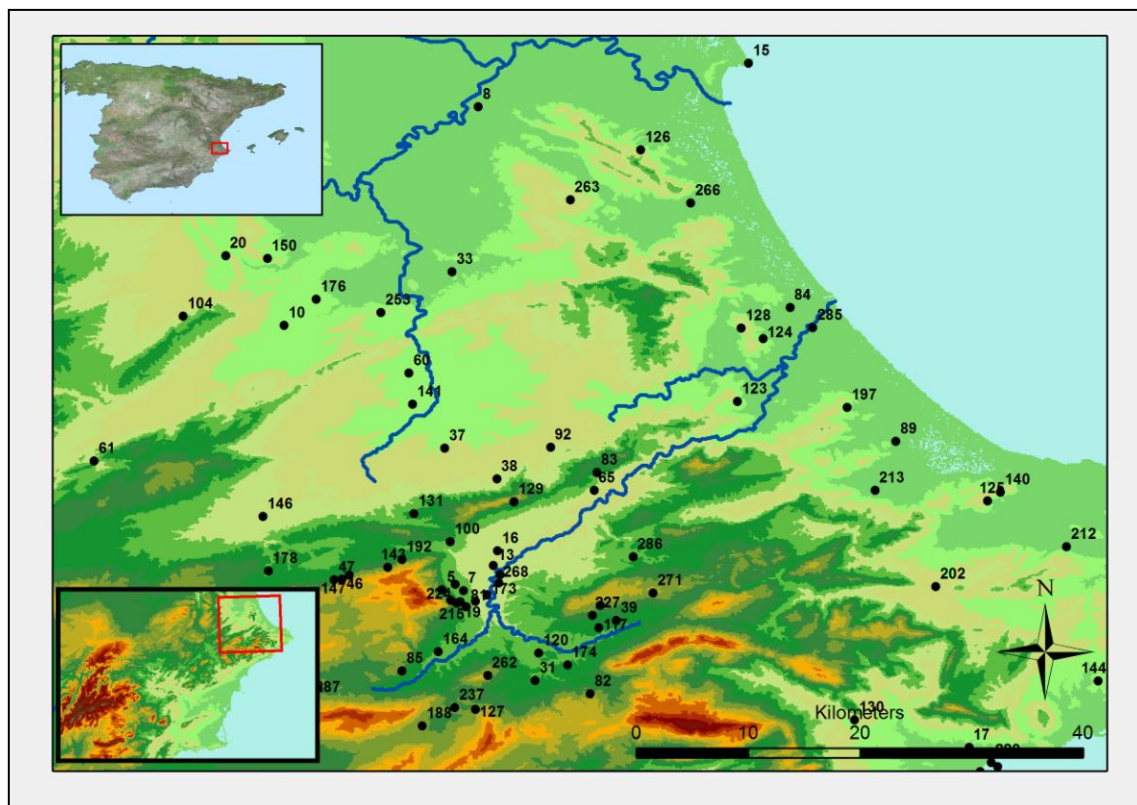
Mapa 1.3.3.



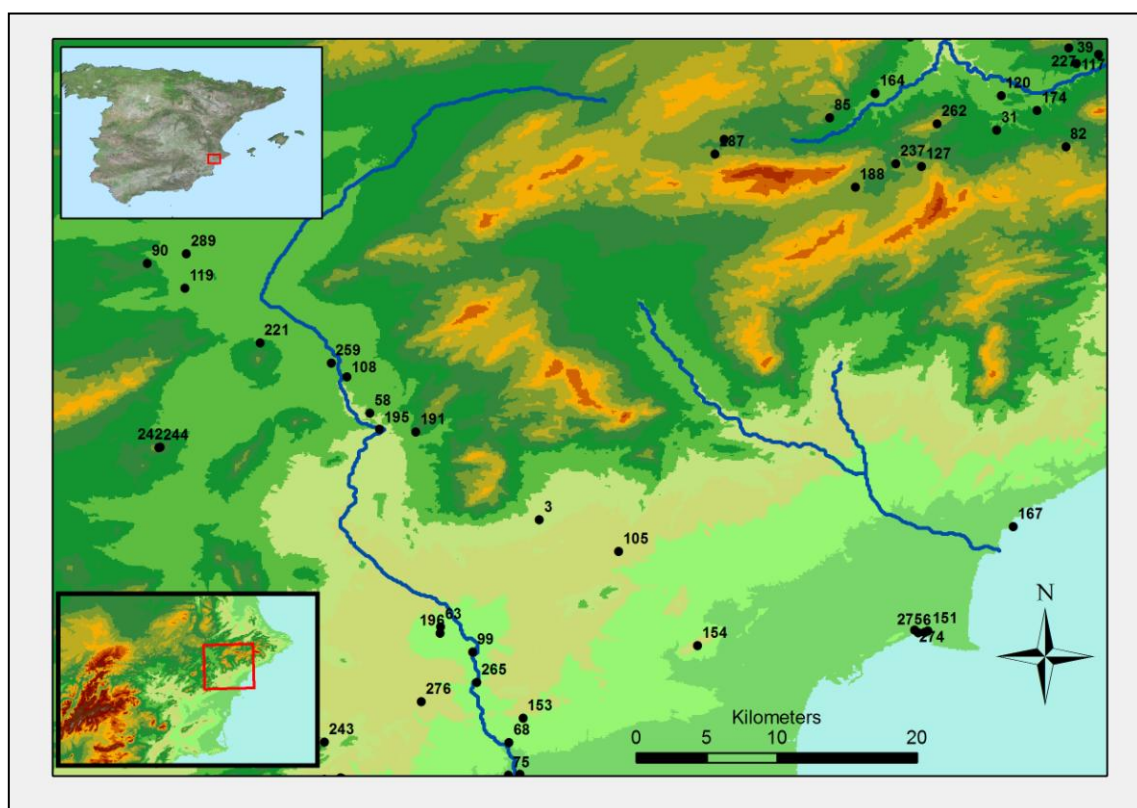
Mapa 1.3.4.



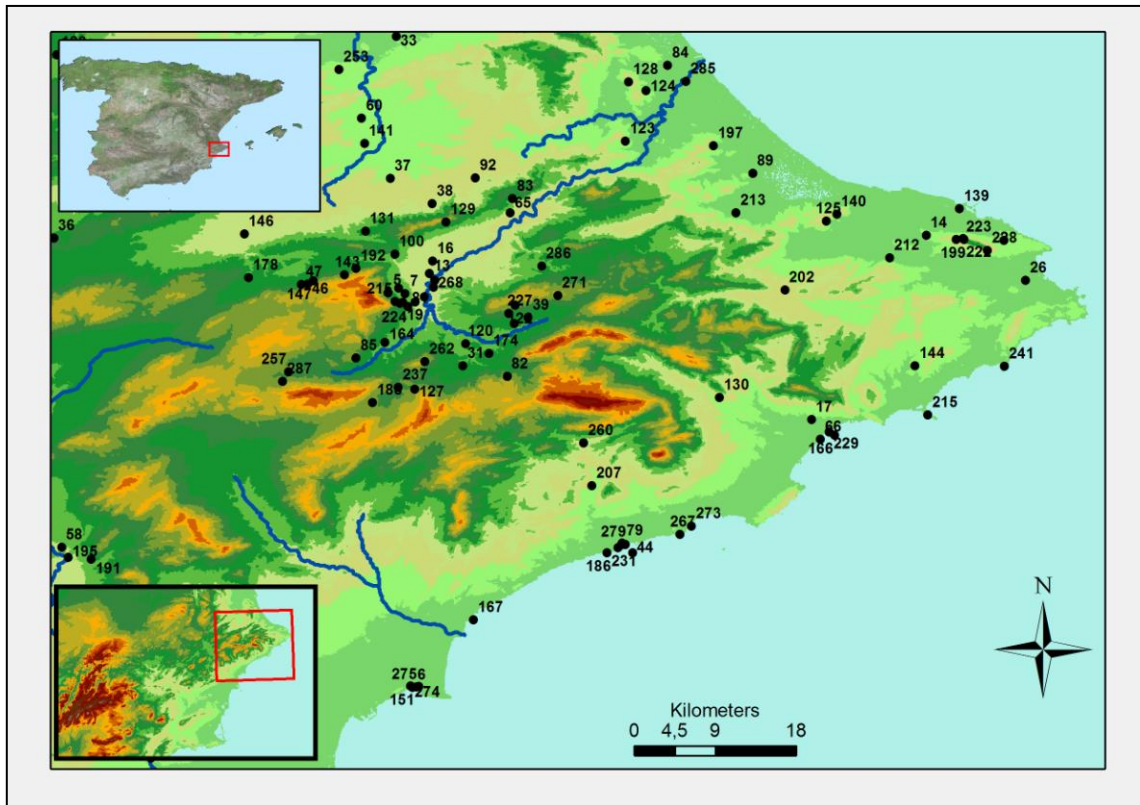
Mapa 1.3.5.



Mapa 1.3.6.



Mapa 1.3.7.



Mapa 1.3.8.

1	Abengibre	23	Arroyo de Isso
2	Acequión	24	Arsenal
3	Agost	25	Ascoy
4	Agua Salada	26	Atzúvia
5	Alberri	27	Bajo de la Campana
6	Albufereta	28	Balazote
7	Alcavonet	29	Bancal de la Senda del Granero
8	Alcira	30	Bancal del Estanco Viejo
9	Alcudia	31	Bancals de Satorre
10	Alcudia de Crepíns	32	Baños de Fortuna
11	Aldea de la Cueva	33	Barcheta
12	Almadenes	34	Barranco
13	Almoroig	35	Barranco Romero
14	Alt de Benimaquía	36	Bastida de les Alcusses
15	Alt del Fort	37	Belgida
16	Alt del Punxó	38	Beniatjar
17	Altea la Vella	39	Benimassot
18	Amarejo	40	Berli
19	Ametllers	41	Bienservida
20	Anna	42	Bolbax
21	Archena	43	Bosch
22	Ardal	44	Bou Ferrer

45	Cabecico del Tesoro	89	Castellar de Oliva
46	Cabeço de Mariola	90	Castellar de Villena
47	Cabeço de Serrelles	91	Castellaret
48	Cabeza Llana 1	92	Castelló de Rubat
49	Cabezo de Clementino	93	Castellón
50	Cabezo de la Fuente del Murtal	94	Castellones
51	Cabezo del Tío Pío	95	Castillejo de los Baños
52	Cabezo Lucero	96	Castillico de Archivel
53	Cabezo Lucero (poblado)	97	Castillo de Guardamar
54	Cabezo Pequeño del Estaño	98	Castillo de Santa Bárbara
55	Cabezo Redondo	99	Castillo del Río
56	Cabezos	100	Cementeri de Cela
57	Cabezuelas	101	Cercado de Galera
58	Camara	102	Cerro de la Varica de Virtudes
59	Camarillas 1	103	Cerro de los Santos
60	Camí de Játiva	104	Cerro Lucena
61	Camí del Bosquet	105	Cerro Negret
62	Camino de la Cruz	106	Chamorra
63	Campet-Agualejas	107	Charcón
64	Campillo	108	Chorrillo
65	Cannèsia	109	Cigarralejo
66	Cap Negret	110	Cobatillas la Vieja
67	Capuchinos	111	Cocentaina
68	Caramoro	112	Cocentaina
69	Cartagena	113	Coimbra (santuario)
70	Casa de Benítez	114	Coimbra del Barranco Ancho
71	Casa de Berruga	115	Cola de Zama Norte
72	Casa del Alcaide	116	Cola de Zama Sur
73	Casa del Monte	117	Coll del Surdo
74	Casa Quemada	118	Collado y Pinar de Santa Ana
75	Casablanca	119	Condomina
76	Casarejos	120	Condomina Pedrera
77	Casas de Juan Núñez	121	Corral de Saus
78	Casas Nieves	122	Costurera
79	Casetes	123	Cova Bernarda
80	Casita del Tío Alberto	124	Cova Boltà
81	Castell de Cocentaina	125	Cova Bolumini
82	Castell de Penàguila	126	Cova de la Galera
83	Castell de Perputxent	127	Cova de la Pastora
84	Castell de Sant Joan	128	Cova de les Maravelles
85	Castellar de Alcoi	129	Cova del Moro
86	Castellar de Crevillente	130	Cova Pinta
87	Castellar de Llibrilla	131	Covalta
88	Castellar de Meca	132	Coy

133	Creueta	177	Llano de la Consolación
134	Crevillente	178	Lloma de Galbís
135	Cruz de Malta	179	Lobo
136	Cueva	180	Loma de Bigastro
137	Cueva Negra	181	Loma del Escorial
138	Daya Nueva	182	Lorca
139	Denia	183	Luz
140	El Passet	184	Macalón
141	El Poblet	185	Mahora
142	Elche de la Sierra	186	Maladeta
143	Els Pilars	187	Marisparza
144	Empedrola	188	Mas del Regall
145	Encarnación	189	Mazarrón
146	Eretes	190	Minateda Norte
147	Errecorrals	191	Mirador de la Sierra del Caballo
148	Escuera	192	Mola d'Agrès
149	Escull	193	Molar
150	Estubeny	194	Molinicos
151	Fapegal–Parque de las Naciones	195	Monastil
152	Ferreol	196	Monforte del Cid
153	Ferriol	197	Mont Rabat
154	Foncalent	198	Monteagudo
155	Contanar del Horno Ciego	199	Montgó
156	Fonteta	200	Moreres
157	Fortaleza	201	Motilleja
158	Fuente de la Pinilla	202	Murla
159	Fuente la Higuera	203	Nietos
160	Gatillo	204	Ontur
161	Gorguel	205	Oral
162	Haches	206	Orihuela
163	Hacienda Botella	207	Orxeta
164	Horta Major	208	Parque Infantil de Tráfico
165	Hoya de Santa Ana	209	Pasico de San Pascual
166	Illeta d'Altea	210	Pasos
167	Illeta dels Banyets	211	Patojo
168	Jávea	212	Pedreguer
169	Jodar	213	Pego
170	Jorquera	214	Penyal d'Ifach
171	Jutia	215	Penya Banyada
172	Ladera de San Antón	216	Peña Jarota
173	Les Jovades	217	Peña Negra
174	Les Punes	218	Peñarrubia
175	Libisosa	219	Peñas
176	Llanera	220	Peñón de Zurridores

221	Peñón del Rey	265	Tabaià
222	Pic de l'Àguila	266	Tavernes de Valldigna
223	Pic de l'Àguila (tesoro)	267	Tellerola
224	Pic Negre	268	Terratge
225	Picola	269	Tesorico
226	Pino Hermoso	270	Tiriez
227	Pixócol	271	Tollos
228	Plana Justa	272	Tolmo de Minateda
229	Platja de l'Olla	273	Tossal de la Cala
230	Poblado	274	Tossal de les Basses
231	Poble Nou	275	Tossal de Manises
232	Poyo del Centinela	276	Tres Hermanas
233	Pozo de la Nieve	277	Umbría de Salchite
234	Pozo Moro	278	Unión
235	Pozohondo	279	Vila Joiosa
236	Prado	280	Villar de Archivel
237	Puig d'Alcoi	281	Villares
238	Pulpillo	282	Villares de Hoya Gonzalo
239	Punta de Algas	283	Villaricos
240	Punta de Gavilanes	284	Villena
241	Punta de la Torre	285	Vital
242	Puntal de Salinas (necrópolis)	286	Xarpolar
243	Puntal de Crevillente	287	Xocolatero
244	Puntal de Salinas	288	Yecla
245	Quéjola	289	Zaricejo
246	Raja		
247	Recuesto de Cehegín		
248	Redován		
249	Reinà		
250	Rincón del Vizcable		
251	Royos		
252	Rueda		
253	Saitabi		
254	Saladares		
255	Salobral		
256	Saltigi		
257	Samperius		
258	San Cristóbal		
259	Sax		
260	Sella		
261	Senda		
262	Serreta d'Alcoi		
263	Sima de l'Aigua		
264	Sompo		



II. LOS PROPIETARIOS DE LAS ÁNFORAS LA FISCALIZACIÓN DE LOS RESORTES ECONÓMICOS

*Mostradme la moneda del tributo. –Ellos le presentaron un denario, y él les preguntó– ¿De
quién es esta imagen y la inscripción?*

Le respondieron: Del César.

Jesús les replicó: Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

Mt 22, 15-22.

The economy, stupid!

James Carville, eslogan del Partido Demócrata para las elecciones a la presidencia de EEUU de
1992.

2.1. Introducción historiográfica.

Como señalaba páginas atrás, el poder económico es, por definición, una de las herramientas clave con la que han de contar los gobernantes de cualquier comunidad para mantener o acrecentar su preeminencia social.

Las estructuras económicas de los pueblos ibéricos han sido estudiadas por distintos autores a lo largo del último siglo, examinándolas desde muy diversas aproximaciones, aunque, con unas pocas si bien valiosas excepciones, apenas se ha prestado atención a la intersección entre economía y sociedad, y aún menos a las formas en las que las actividades económicas afectaban a la ideología que regulaba las estructuras de poder operativas en la sociedad ibérica.

Así, ya en los años setenta del siglo XIX, antes de que “lo ibérico” terminara de definirse como sujeto de estudio histórico, se completaron los primeros grandes

corpora numismáticos que incluían importantes conjuntos de piezas ibero-romanas¹, aunque el carácter anticuarista y positivista de estas obras, así como el aún incipiente conocimiento que en la época se poseía del mundo prerromano, excluía cualquier lectura social a partir de los datos acumulados. Una nueva línea de investigación se abre en este sentido de la mano de J. Costa², quien a finales de la centuria, imbuido del espíritu reformista del 98, rechaza el historicismo nacionalista predominante y propone una lectura en clave socioeconómica de varios de los pasajes clásicos que describen la conquista romana de *Hispania*, planteándose por primera vez cuestiones como las de las causas del bandolerismo lusitano, la servidumbre colectiva, o los enfrentamientos entre grupos sociales ibéricos en el marco de las guerras de conquista³. Ahora bien, como sucedió con tantas otras propuestas de los intelectuales del 98, esta aproximación no gozará de continuidad pues, tal y como acertadamente señaló A. Ruiz Rodríguez⁴, ninguno de los grandes iberistas de la primera mitad del siglo XX recogerá el testigo de la investigación de la intersección entre economía, sociedad y política en época ibérica. De hecho, ni siquiera la economía ibérica en sí misma fue objeto privilegiado de análisis, pues los estudios se centraron fundamentalmente en los aspectos artísticos de la cultura material ibérica, dejando a un lado otras cuestiones puramente históricas.

Habrá que esperar por tanto a mediados del s. XX para que se produzcan nuevos avances en la investigación, que llegarán de la mano de J. Caro Baroja, quien en algunos trabajos puntuales estudió los regímenes sociales y las prácticas agrícolas prerromanas⁵, y de E. D’Ors, quien gracias al estudio de la *tabula lascutana* propuso que la economía ibérica prerromana se basaría en la explotación a gran escala de gentes dependientes, al estilo de los hilotas lacedemonios⁶. Entretanto, se publicaban algunas recopilaciones de fuentes literarias grecorromanas relativas a determinados ámbitos de la economía hispana, como la que J.M. Blázquez dedicó a la ganadería⁷.

¹ Heiss 1870; Delgado Delgado 1876; Zobel 1878-1880.

² Blázquez 1987.

³ Cf. por ejemplo Costa 1893.

⁴ Ruiz Rodríguez 2000.

⁵ Caro 1943.

⁶ D’Ors 1953: 349-352.

⁷ Blázquez 1957.

En 1965, la conocida síntesis de A. Arribas apenas presta atención a las estructuras económicas, limitándose a profundizar en el comercio en el mundo ibérico, pero concibiendo este como una actividad desarrollada por fenicios, griegos y púnicos, en tanto que las comunidades locales serían meros receptores pasivos de las importaciones mediterráneas⁸. Dos años después, sin embargo, al panorama dio un importante giro con la celebración en Valencia del Primer Congreso sobre Economía Antigua de la Península Ibérica, cuyas intervenciones se recogieron en 1968 en un volumen conjunto publicado por M. Tarradell. En lo tocante al mundo ibérico, destaca quizás la aportación de E. Pla Ballester, quien pese a reconocer lo incipiente del conocimiento que en la época se tenía sobre la agricultura ibérica, presenta un catálogo de herramientas agrícolas protohistóricas resultado de sus pesquisas entre los fondos de los museos valencianos⁹, y que complementa con otros dos trabajos publicados inmediatamente después y referidos igualmente al utillaje metálico documentado en los poblados valencianos, e interpretado a partir de referentes etnológicos actuales¹⁰. Las demás intervenciones se refirieron fundamentalmente a los intercambios con las poblaciones coloniales, como la que E. Cuadrado dedicaba al estudio de las corrientes comerciales, los intermediarios, las mercancías intercambiadas y las vías de comunicación¹¹; la de J. Maluquer, quien intentó hacer un cierto énfasis en los desarrollos económicos autóctonos pese a considerarlos marcados por los influjos exógenos¹²; o en la que E. Trías analizó algunos de los aspectos económicos de la colonización griega¹³, recogiendo parte de los resultados obtenidos en su catálogo de las cerámicas griegas identificadas hasta el momento en la Península Ibérica¹⁴. Ajena a esta publicación pero siguiendo una aproximación muy similar, A.M. Muñoz Amilibia publicó este mismo año su pequeño estudio sobre el comercio cartaginés en la Península Ibérica¹⁵. En definitiva, el Congreso sirvió para establecer un prolijo estado de la cuestión de los estudios sobre la economía protohistórica en aquel

⁸ Arribas 1965, especialmente pp. 67-72.

⁹ Pla 1968.

¹⁰ Pla 1968a; Pla 1969.

¹¹ Cuadrado 1968.

¹² Maluquer 1968.

¹³ Trías 1968.

¹⁴ Trías 1967.

¹⁵ Muñoz 1968.

momento, y para poner de manifiesto su aún incipiente desarrollo en comparación con los progresos que la misma disciplina estaba logrando en otros países europeos¹⁶.

En los años setenta, un cierto auge de la historiografía marxista en España alentó un nuevo acercamiento entre los estudios económicos y la interpretación social; así, destacan quizás el trabajo de J. Mangas sobre la servidumbre comunitaria en la Bética prerromana¹⁷, y los primeros de la larga serie de estudios que A. Ruiz Rodríguez dedicaría al análisis de las clientelas aristocráticas ibéricas¹⁸.

La década siguiente también aportará desarrollos interesantes. Así, J. Uroz dedicaba su tesis de licenciatura a las estructuras socioeconómicas de la Contestania ibérica¹⁹, completando desde el punto de vista histórico-económico la marcadamente arqueológica *Contestania Ibérica* de Llobregat, publicada una década antes²⁰. Reparemos en que es esta la primera síntesis específicamente dedicada a la economía ibérica de la que tengamos noticia, y se dedica precisamente a nuestro área de estudio. C. Aranegui y C. Alfaro, por su parte, abordaban el análisis de la artesanía ibérica²¹. Respecto a la puesta en práctica de nuevas metodologías, la celebración en España del VI Congreso Internacional de Arqueología Subacuática²² daba un nuevo impulso a esta disciplina, tan fértil en datos de tipo económico, en tanto que R. Martínez Valle se servía de los primeros análisis arqueofaunísticos recogidos en yacimientos ibéricos para estudiar la ganadería ibérica²³, y J.M. Abascal y A.J. Domínguez ponían en relación la producción y dispersión de cerámicas y esculturas respectivamente con cuestiones políticas e identitarias²⁴. Como resultado de todos estos nuevos planteamientos, en su síntesis histórica de la cultura ibérica, G. Morote otorgaba una importancia fundamental a la economía, a la que dedicaba la mitad de su estudio²⁵.

¹⁶ Gracia 1995: 177-180; Hachuel 1998: 41-42. Cf. por ejemplo Renfrew 1975, como buen ejemplo de una aplicación de la arqueología procesual más clásica al estudio del comercio prehistórico.

¹⁷ Mangas 1977

¹⁸ Ruiz Rodríguez 1977; 1978.

¹⁹ Uroz Sáez 1981.

²⁰ Llobregat 1972.

²¹ Aranegui 1981; Alfaro Giner 1984.

²² AA.VV. 1985.

²³ Martínez Valle 1987-1988.

²⁴ Abascal 1988; Domínguez 1984.

²⁵ Morote 1984: 68-104.

Los años noventa fueron una etapa de profundización en las líneas abiertas durante la década anterior. Así, diversos autores desarrollaron el que seguía constituyendo el ámbito principal de investigación dentro de la economía protohistórica, esto es, el tema del comercio colonial, aportando en ocasiones interesantes perspectivas metodológicas en las que cada vez el elemento indígena iba tomando mayor peso²⁶, a impulsos de la incipiente arqueología postcolonial europea. Otros trabajos se encaminaron a examinar la cadena operativa de diversas artesanías ibéricas²⁷. Además, continuó estudiándose el utillaje agrícola documentado en diversos poblados²⁸, C. Mata firmó un estado de la cuestión acerca de las actividades productivas en el mundo ibérico²⁹, y T. Chapa publicaba un estudio en el que integraba los diversos datos arqueológicos disponibles sobre la economía de la Alta Andalucía ibérica en una completa lectura histórico-social³⁰, estudio que no sería sino el primero de una fructífera línea de investigación aún abierta sobre estos territorios. J. A. Santos, por su parte, sintetizaba el contenido de su tesis doctoral en un pequeño volumen en el que analizaba los cambios socioculturales acaecidos en el sureste peninsular, prestando una especial atención a las estrategias económicas ensayadas por cada población³¹. En 1995 y en el marco de una puesta al día de los avances protagonizados por la arqueología valenciana en la última década, H. Bonet y C. Mata señalaban la paradoja de que en ese momento ya no se concebía una excavación arqueológica que no prestara atención a los aspectos paleoambientales, si bien aún apenas había trabajos publicados al respecto a partir de los que pudiera llevarse a cabo una interpretación de conjunto³².

En todo caso, y quizás como respuesta a esta supuesta laguna en los estudios ibéricos, en el propio 1995 se organiza en Valencia la III Reunión sobre Economía ibérica, cuyas ponencias no se publicarían hasta cinco años después³³. Este volumen se trata, sin duda, de un hito fundamental en su campo, pues a través de una serie de

²⁶ Cf. por ejemplo Olmos 1991; Rouillard 1991; Domínguez 1992; Cabrera Bonet, Olmos y Sanmartí (eds.) 1994; Gómez Bellard 1995; Olmos 1999; González Wagner 2000.

²⁷ Cf. por ejemplo Negueruela 1990-1991; Rovira Llorens 1993; Blech y Ruano 1998.

²⁸ Auladell 1993; Moratalla 1994; 1996; 1999; Uroz Sáez 1999.

²⁹ Mata 1998.

³⁰ Chapa 1992.

³¹ Santos 1994 b.

³² Bonet y Mata 1995: 173.

³³ Mata y Pérez Jordá (eds.) 2000.

ponencias marco y de un nutrido conjunto de exposiciones, se realiza un enriquecedor esfuerzo por sintetizar los resultados de las excavaciones, analíticas y desarrollos metodológicos logrados en las décadas anteriores, ofreciendo una visión completa y actualizada de nuestros conocimientos sobre el mundo ibérico, que ha guiado y sigue guiando los trabajos posteriores. Aunque sería prolijo comentar todas y cada una de las intervenciones, baste decir que el comercio colonial ha cedido parte de su protagonismo frente a otros aspectos de la economía antigua tradicionalmente mucho menos tratados, como la conservación de los alimentos, la ganadería, la explotación forestal, la apicultura o la pesca, y que ámbitos ya con una cierta tradición historiográfica como la agricultura, la metalurgia, la alfarería o el propio comercio, se presentan desde nuevas perspectivas gracias a los nuevos descubrimientos arqueológicos y a las cada vez más sistemáticas analíticas practicadas.

Ahora bien, tal y como señalan L. Abad y F. Sala en un reciente trabajo³⁴, estas buenas perspectivas con las que arrancaba la década se vieron pronto refrenadas por el estancamiento de las intervenciones arqueológicas de largo alcance. Ello determina que hayan proliferado en los últimos años interesantes trabajos a propósito de los intercambios comerciales, impulsados por las nuevas aproximaciones postcoloniales³⁵, y también nuevos análisis sobre el proceso productivo y sus implicaciones sociales en distintos campos artesanales, de entre los que destaca con luz propia la escultura³⁶. La conservación de alimentos asimismo fue objeto de un interesante congreso y de su correspondiente publicación³⁷, en tanto que en 2004 se publicó una interesante síntesis sobre la ganadería ibérica en los territorios valencianos a partir de los análisis arqueofaunísticos³⁸; en cambio los avances acerca de la producción agraria, más allá de la publicación cada vez más sistemática de analíticas de biomateriales, han sido esporádicos, centrados en todos los casos en determinados yacimientos o comarcas en los que los proyectos arqueológicos de largo alcance de los que hablábamos antes han

³⁴ Abad y Sala 2009: 119.

³⁵ Cf. por ejemplo Vives 2006; Dietler y López Ruiz (eds.) 2009 (dentro de este volumen, cf. especialmente Sanmartí 2009).

³⁶ Cf. por ejemplo Chapa 2005-2006; Sala 2007; Chapa *et alii* 2009; Chapa *et alii* 2009a; Gagnaison *et alii* 2006 ; 2007; Blánquez (ed.) 2011; Vallejo 2012.

³⁷ García Huerta y Rodríguez González (ed.) 2009.

³⁸ Iborra 2004.

podido mantenerse³⁹. En 2007, se publicó una interesante síntesis sobre economía ibérica, que en este caso era abordada desde la perspectiva de la “arqueología del trabajo”⁴⁰, planteando temas como la explotación de los recursos naturales, los medios productivos empleados, y la estructura social y los sistemas de propiedad a las que todo ello dio lugar entre las comunidades ibéricas. Por último, en 2009 se celebró en Caudete de las Fuentes la IV Reunión sobre Economía del I milenio a.C., en cuyas actas, publicadas un año después⁴¹, podemos observar el gran énfasis que la historiografía más reciente comienza a hacer en las economías domésticas y la interrelación entre economía, religión e identidad. Los trabajos que en esta reunión se dedicaron al sureste ibérico son buena prueba de ello⁴².

2.2. La intersección entre economía e ideología.

Frente a buena parte de esta creciente tradición historiográfica, que he resumido groseramente en las páginas anteriores, mi objetivo en este capítulo no es el de pergeñar una historia económica de las comunidades ibéricas del sureste, tarea que se me antoja excesiva para desarrollar de manera consecuente en estas de páginas, sino que trataré de explorar la intersección entre las esferas económica e ideológica, esto es, intentaré estudiar qué resortes económicos emplearon las elites ibéricas y de qué manera los instrumentalizaron para mantener y acrecentar su preeminencia social.

Ya he repetido en alguna ocasión que el poder económico es, en opinión de la mayoría de historiadores y antropólogos desde K. Marx o M. Weber a M. Mann o T.K. Earle, una de las principales fuentes del poder político. Con ello no quiero abogar, desde luego, por una lectura radicalmente sustantivista de los procesos económicos antiguos⁴³. Por supuesto, existían actividades económicas al margen (o, mejor dicho, parcialmente al margen) de las redes de poder, y hasta la época contemporánea las elites gobernantes no pudieron siquiera aspirar a controlar la economía en todas sus facetas. Ahora bien, ya se señaló en el capítulo introductorio que las estructuras de

³⁹ Cf. por ejemplo Mayoral 2004; Mata *et alii* 2009; Bonet y Vives-Ferrándiz 2011; Grau y Segura 2012.

⁴⁰ Chapa y Mayoral 2007.

⁴¹ Mata, Pérez Jordá y Vives-Ferrándiz (eds) 2010.

⁴² Iborra 2010; Grau 2010.

⁴³ Cf. por ejemplo Webb 1975.

poder no acaparan el *control* de todos los recursos disponibles, materiales e ideológicos, sino solo aquellos que, por diversas razones coyunturales, constituyan verdaderas fuentes estratégicas de poder, es decir, aquellos cuyo acceso restringido garantice una cierta preeminencia social. Desde luego, la evolución de las estructuras económicas determinará que dichas “fuentes de poder”, en este caso económico, vayan cambiando, y que no sea siempre posible mantener el monopolio sobre su producción, transformación o distribución. En consecuencia, las estrategias económicas de las elites ibéricas irán variando a lo largo del tiempo y de la geografía.

A este respecto, cabe recordar la distinción que A.W. Johnson y T.K. Earle establecían entre “economía de subsistencia” y “economía política”⁴⁴. La economía de subsistencia es, según estos autores, la propia de los grupos domésticos, aquella que busca cubrir las necesidades vitales de sus miembros mediante la inversión del menor coste de trabajo posible. La economía política, por su parte, comprende el conjunto de relaciones económicas que se establecen entre los distintos grupos familiares que componen una comunidad y que tienen como objetivo producir excedentes y transferir parte de ellos a manos de una elite gobernante, que los utilizará para financiar una serie de instituciones sociales, políticas y religiosas. Ambos tipos de economías pueden convivir en una misma sociedad, alcanzando diversos equilibrios según la coyuntura histórica determinada. En los últimos tiempos, diversos autores están subrayando la importancia, largamente obviada, de las economías domésticas en el mundo antiguo⁴⁵ en general, y en la protohistoria peninsular en particular⁴⁶. Sin embargo, las presentes páginas se centrarán en los mecanismos de la economía política, pues ellos serán los determinantes en la construcción ideológica de las elites ibéricas.

Puede llamar la atención que esté incluyendo esta alusión a la intervención estratégica de las elites sociales ibéricas sobre la economía entre las herramientas ideológicas que emplearon los gobernantes iberos para mantener su preeminencia social. No es casual. Como señalaba en la introducción, la división radical entre infraestructura y superestructura que predicaba el marxismo más purista, y la

⁴⁴ Johnson y Earle 1987.

⁴⁵ Cf. por ejemplo Garnsey 2003; Edwards 2004.

⁴⁶ Cf. por ejemplo Delgado Hervás 2010.

concepción de la ideología como una “máscara” diseñada *a posteriori* para ocultar la “realidad” material preexistente, son ya concepciones superadas, incluso desde sectores del propio marxismo⁴⁷ y de la arqueología procesual⁴⁸. El control de ciertos sectores económicos por parte de las elites ibéricas no solo supondría un arma “material” para reforzar su preeminencia, sino que implementaría la supuesta superioridad de estos sectores sociales en el *habitus* colectivo de la comunidad a través de diversos mecanismos. Quien controla las mejores tierras de un valle, por poner un rápido ejemplo, no solamente es quien es capaz de acumular más riquezas, y quien estará mejor provisto para épocas de escasez; también será quien podrá repartir parte de sus excedentes entre los más necesitados cuando lleguen dichos momentos de penuria, y por lo tanto quien aparecerá como benefactor de la comunidad, como líder magnánimo y como, en definitiva, gobernante natural.

A este respecto, es necesario advertir que la intersección entre economía y poder ha sido interpretada, *grosso modo*, de dos formas distintas por los diversos autores que se han aproximado al tema⁴⁹. Así, la lectura más irénica, llamada en ocasiones “voluntarista”, concibe el surgimiento y reforzamiento de las estructuras de poder a lo largo de la Historia como un mecanismo estratégico tendente a incrementar la eficiencia de la economía y disminuir los riesgos frente a malas coyunturas económicas. Este modelo, que entronca con los conceptos de “estados irrigadores” de K.A. Wittfogel⁵⁰, de “sociedad redistributiva” de E. Service⁵¹, o de “banquero tribal” de B. Malinowski⁵², en realidad está impregnado, en mi opinión, de la ideología construida por las propias elites, una ideología que justifica y desarrolla las desigualdades sociales, presentando estas como útiles y necesarias para la sociedad⁵³. La otra lectura, más pesimista si se quiere, que nace como una crítica a la anterior y con la que me siento más identificado, defiende que las estructuras de poder se organizan precisamente para controlar y acaparar aquellos mecanismos económicos e

⁴⁷ Godelier 1976.

⁴⁸ Demarraais, Gosden y Renfrew (eds.) 2004 (especialmente, cf. Renfrew 2004).

⁴⁹ Earle 1991; 1997: 67-104.

⁵⁰ Wittfogel 1957.

⁵¹ Service 1962: 144.

⁵² Malinowski 1976: 96.

⁵³ Cf., recientemente, Stanish 2004.

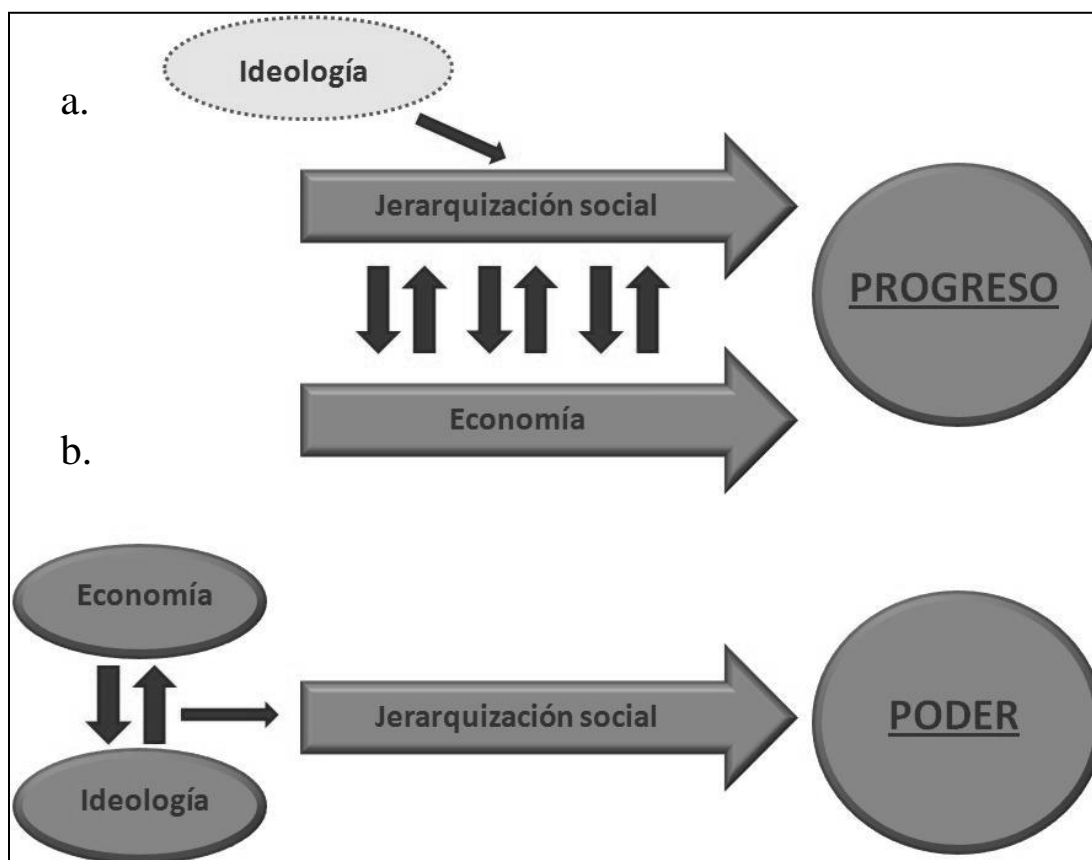


Fig. 2.1. Modelos voluntarista (a) y pesimista (b) de la intersección entre economía, ideología y jerarquización.

ideológicos necesarios para controlar la sociedad, fiscalizando en su propio beneficio unos recursos que solamente son parcialmente redistribuidos para mantener el *status quo* en la sociedad. Como se podrá comprender, se trata de dos lecturas complementarias de una misma realidad, pero que deben ser tomadas en cuenta para analizar el tema que nos ocupa⁵⁴.

En este capítulo, en todo caso, nos toparemos con una serie de problemas derivados de las fuentes disponibles que limitarán nuestros resultados. La consabida ausencia de un *corpus* literario comprensible dificulta sobremanera el profundizar sobre los regímenes de propiedad existentes en las distintas épocas y regiones del mundo ibérico, algo que sería fundamental para nuestros objetivos. Por otra parte, la conservación diferencial del registro arqueológico determinará que determinados

⁵⁴ Vid. Figura 2.1.

productos como la cerámica los encontremos sobrerrepresentados, en tanto que otros, seguramente tanto o más importantes para la ostentación social de las elites sociales como el oro, los muebles o los tejidos, apenas se conservan. Pese a todo, confío en que una correcta y crítica aproximación metodológica y epistemológica pueda subsanar hasta cierto punto estas lagunas.

2.3. Los momentos formativos.

2.3.1. Los primeros impulsos comerciales: regalos e intercambios.

Puesto que, como vengo señalando en las páginas anteriores, el comercio ha sido la esfera económica más analizada por la historiografía, y posiblemente también la que nos ha legado una mayor evidencia en el registro arqueológico, parece apropiado comenzar hablando del tema en este análisis.

Desde la segunda mitad del s. VIII a.C., todo apunta a que el sureste peninsular se vio inmerso progresivamente en el proceso colonial que ya operaba en el área andaluza desde tiempos atrás⁵⁵. Poco a poco, comienzan a aparecer en los poblados de nuestra región de estudio una serie de productos importados que delatan ciertos contactos con gentes mediterráneas, unos contactos que comenzarán siendo esporádicos pero que más adelante y en determinadas regiones terminarán convirtiéndose en sistemáticos, y cuyas repercusiones a todos los niveles, como veremos más adelante, serán fundamentales.

Este es el caso por ejemplo de Peña Negra (Crevillente, Alicante), situada en las estribaciones de la Sierra de Crevillente, al final de una importante ruta ganadera que uniría el fértil Camp d'Elx con las tierras del interior, habitada desde mediados del s. VIII a.C. y en cuyo estrato IIa, inmediatamente anterior a la fase de Peña Negra II y datado a finales del s. VIII a.C., se documentan tinajas anforoides, cuentas de pasta vítrea, una urna Cruz del Negro y algunos objetos de marfil⁵⁶. En la necrópolis del poblado, Les Moreres (Crevillente, Alicante), las primeras importaciones aparecen

⁵⁵ El vestigio más antiguo de este proceso colonial podría ser un cepo de ancla hallado frente al puerto de Mazarrón (Murcia) en los años sesenta. Se trata de un artefacto de dos metros y medio de longitud y 635 kg. de peso, y en el que aparecen grabados tres monogramas fenicios, que J.M. Solá Solé (1967) interpreta como una marca de fábrica y data en el s. IX a.C. Algunos autores rebajan un tanto esta cronología, pero no deja de resultar revelador el hecho de que buques fenicios de un tamaño tal que emplearan estas anclas surcaran las aguas murcianas en este período (cf. García Cardiel 2013: 53 y 66).

⁵⁶ González Prats 1983: 84-123; 1986: 281.

también en las cremaciones de esta misma época, comprendiendo varias urnas de tipo Cruz del Negro, platos de engobe rojo y cuentas de pasta vítrea⁵⁷.

Por su parte, el poblado de Saladares (Orihuela, Alicante), enclavado en un cabezo que domina el estrechamiento del Segura a través de la sierra de Orihuela y poblado desde mediados del s. IX a.C.⁵⁸, documenta en su fase IA-3, relativa al tercer cuarto del s. VIII a.C., ánforas y cerámica a bandas típicamente fenicio-occidentales⁵⁹

Más al norte, en un espolón que domina el extremo oriental de la Valleta d'Agres, estrecho corredor que pone en comunicación las comarcas del Alcoià y Villena, se sitúa la Mola d'Agres (Agres, Alicante). De entre el material arqueológico procedente de la segunda fase de ocupación del asentamiento, que arranca de comienzos del I milenio a.C.⁶⁰, llaman la atención una fíbula, dos brazaletes y un peine de marfil interpretados como importaciones, y datables en la segunda mitad del s. VIII a.C.⁶¹

En cuarto lugar, en el término municipal de Villena (Alicante), y por lo tanto dominando el corredor de Almansa que pone en contacto el sureste con la Meseta, se localizó el célebre Tesoro de Villena, del que más tarde volveremos a hablar pero del que por el momento baste decir que muestra ciertas técnicas de orfebrería alóctonas⁶² e incluye entre sus piezas áureas algunos elementos de marfil y hierro, y que, pese a que su cronología es enormemente controvertida, las fechas que se barajan son siempre anteriores al s. VIII a.C.⁶³

Y es que precisamente en la segunda mitad de la VIII centuria, en la desembocadura del Segura se fundó el asentamiento de La Fonteta (Guardamar del Segura), poblado posiblemente por gentes fenicias y del que más tarde hablaremos. Su presencia, en todo caso, posiblemente fue el detonante de la fuerte implementación de los contactos comerciales que estaban teniendo lugar en el sureste peninsular, cuyo auge lleva a algunos autores a hablar de la existencia de un nuevo "territorio

⁵⁷ González Prats 1985: 172; González Prats 2002 a. *Vid.* Fig. 2.2.

⁵⁸ Arteaga 1982: 141.

⁵⁹ Arteaga 1982: 139; Ribera 1982: 87-93. *Vid.* Fig. 2.3.

⁶⁰ Gil Mascarell y Peña 1994: 118.

⁶¹ Peña Sánchez *et alii* 1996: 172-173; Bonet y Mata 2000: 62-65.

⁶² Ruiz-Gálvez 1992: 232-233.

⁶³ Almagro Gorbea 1994: 82.

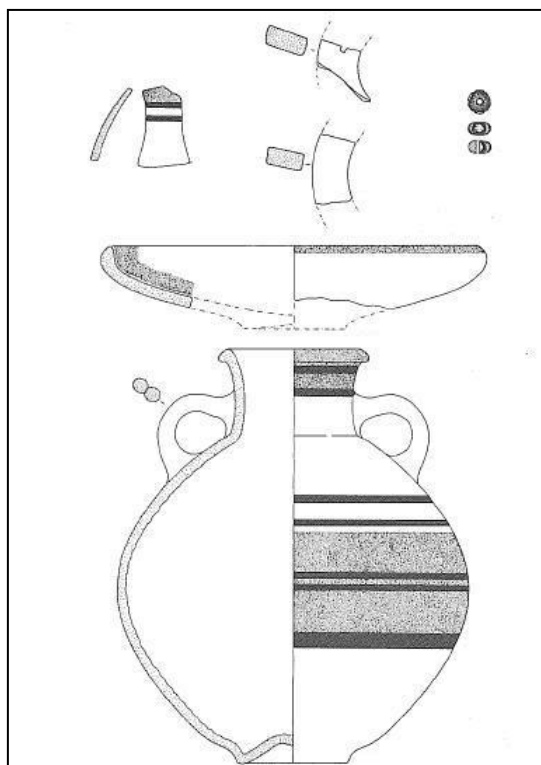


Fig. 2.2. Materiales importados de la fase Ib de Peña Negra.

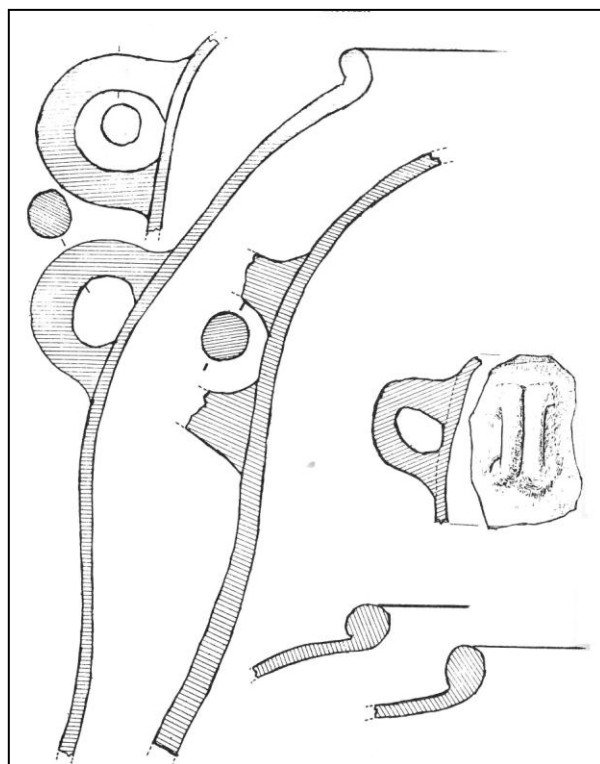


Fig. 2.3. Ánforas de Los Saladares.

orientalizante⁶⁴ en el sureste peninsular para el s. VII a.C.⁶⁵. Los posibles contactos esporádicos anteriores, gracias a los cuales las comunidades locales adquirirían un objeto o un pequeño lote de objetos, a partir de finales del s. VIII a.C. se convierten en verdaderas redes a través de las que fluye el comercio de una manera algo más regular. Esta transformación, de hecho, no se documenta al norte del Cabo de la Nao, donde posiblemente no llegaron a asentarse nunca comunidades fenicias de manera permanente, como consecuencia de lo cual el comercio en esta área septentrional se basará únicamente en la recepción más o menos regular de ánforas, pero no de otros elementos como la vajilla de engobe rojo o la cerámica gris meridional⁶⁶.

Volviendo a nuestro área de estudio, podemos observar cómo los materiales fenicios comienzan a documentarse por buena parte del territorio, internándose en el mismo siguiendo los cauces del Segura y el Vinalopó y sus principales afluentes⁶⁷. Así, al margen de La Fonteta y siguiendo el curso del Segura, en Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante) desde el siglo VIII a.C. se documentan cuencos y platos de engobe rojo, cerámicas polícromas, *pithoi* E13 y urnas Cruz del Negro⁶⁸; en Saladares, a las importaciones ya comentadas de la época anterior, se suman nuevas ánforas, cerámica gris, vajilla de engobe rojo, platos trípodes, botellitas de aceite y tinajas de cuatro asas dobles⁶⁹; internándonos ya en tierras meseteñas, en un estrechamiento del río Mundo, afluente del Segura, en el poblado de Los Almadenes (Hellín, Albacete) detectamos gran cantidad de ánforas, vasos pithoides y cerámica gris⁷⁰, en tanto que en un cabezo sobre el Taibilla, otro de sus afluentes, el asentamiento de El Macalón (Nerpio, Albacete) evidencia vajilla de engobe rojo y ánforas del s. VI a.C., una de las cuales por cierto muestra una curiosa estampilla con el motivo de un jinete⁷¹, que evidencia el deseo de individualizar este vaso⁷², ya fuera por

⁶⁴ Es de reseñar que, en lo sucesivo, emplearé el término “orientalizante” únicamente en relación con un tipo de iconografía fuertemente influenciada por la plástica fenicia y próximo-oriental, y la locución “período orientalizante” únicamente como término cronológico referente a los siglos VIII-VI a.C. Evitaré, por tanto, dotar a este término de cualquier connotación social o cultural.

⁶⁵ Moratalla 2005: 95.

⁶⁶ Almagro Gorbea 1983: 451-452; Miró 1989; Mata 1991; Oliver 1991; 2004: 107; Pla y Bonet 1991.

⁶⁷ Rouillard 1991: 76-78.

⁶⁸ Menárguez 1995: 226-227; González Prats y García Menárguez 2000: 1531; García Menárguez y Prados 2014: 125.

⁶⁹ Arteaga y Serna 1975: 69-70; Aranegui 1981 a: 42-44; Ribera 1982: 87-93.

⁷⁰ Sala y López Precioso 2000: 1887. *Vid.* Fig. 2.4.

⁷¹ García Guinea 1960; Zarzalejos y López Precioso 1995: 830-836; Sanz y Blánquez 2010: 256.

su procedencia, contenido, o por su dueño. Por lo que respecta al principal afluente del Segura, el Guadalentín, en su parte alta encontramos los asentamientos de Castellar de Librilla (Librilla, Murcia) y Cabezo de la Fuente del Murtal (Alhama, Murcia), en los que se documentan platos de engobe rojo y cerámica gris⁷³.

En la cuenca del Vinalopó, por su parte, encontramos en la propia Alcudia de Elche (Elche, Alicante) una *machaira* de probable origen etrusco y datable en el s. VI a.C.⁷⁴. Algo más al oeste, en el ya citado asentamiento de Peña Negra, por su parte, a partir del s. VII a.C. se documenta una relativa abundancia de cerámica a engobe rojo, ánforas con arista en el hombro, cerámica bícroma, tinajas con cuatro asas dobles, cerámica gris, fíbulas de doble resorte, puntas de flecha *a barbillon*, morteros-trípode, una bandeja etrusca, y una gran cantidad de ánforas⁷⁵ (muchas de las cuales tradicionalmente se han considerado imitaciones locales de la R1 fenicia, aunque actualmente esto ha sido puesto en cuestión al abrirse la posibilidad de que fueran producidas en La Fonteta⁷⁶), algunas de ellas con marcas de alfarero y *grafiti* fenicios⁷⁷; por no hablar del famoso tesorillo hallado en el poblado, datado seguramente en el s. VI a.C. y fuertemente influenciado por la orfebrería etrusca⁷⁸. Llegando al alto Vinalopó, en el Monastil (Elda, Alicante) y Camara (Elda, Alicante) encontramos ánforas R1 fenicias y “locales”, cuencos-trípode, cerámica gris, platos de engobe rojo y recipientes de cerámica bícroma⁷⁹, esto es, un repertorio de formas que se ha puesto en relación directa con la *facies* de Peña Negra, que acabamos de describir, y que de hecho incluye varias marcas estampilladas de alfarero sobre ánforas y grafitos similares a los que encontramos en Peña Negra⁸⁰. En los valles del Alcoià-Comtat, los materiales fenicios, fundamentalmente ánforas, se distribuyen por los poblados

⁷² Mata y Soria 1997: 351.

⁷³ Ros 1988: 84-85; 1991; García Blánquez 1996: 78-80; Lomba y Cano 2002: 191-194. *Vid.* Fig. 2.5.

⁷⁴ Lorrio 2004: 162.

⁷⁵ Aranegui 1981a: 46; Lucas 1991; González Prats 1983: 140-173; 1993: 184-187; Vives-Ferrándiz 2007: 544-546.

⁷⁶ Vives Ferrándiz 2006: 188-189. Cf en contra González Prats 1999: 114-115.

⁷⁷ González Prats 1977-1978: 124-125; González Prats y Pina 1983: 124-125; Mata y Soria 1997: 298-299; Vives-Ferrándiz 2007: 546-547; 2012: 273-274; De Hoz 2007: 32.

⁷⁸ Padró 2005: 306-307; González Prats 1976-1978; Nicolini 1990: 218.

⁷⁹ Grau y Moratalla 1998: 107-108; Poveda 1994-1995; 2000: 1865; González Prats 2005: 803.

⁸⁰ Poveda 1994: 490-492.

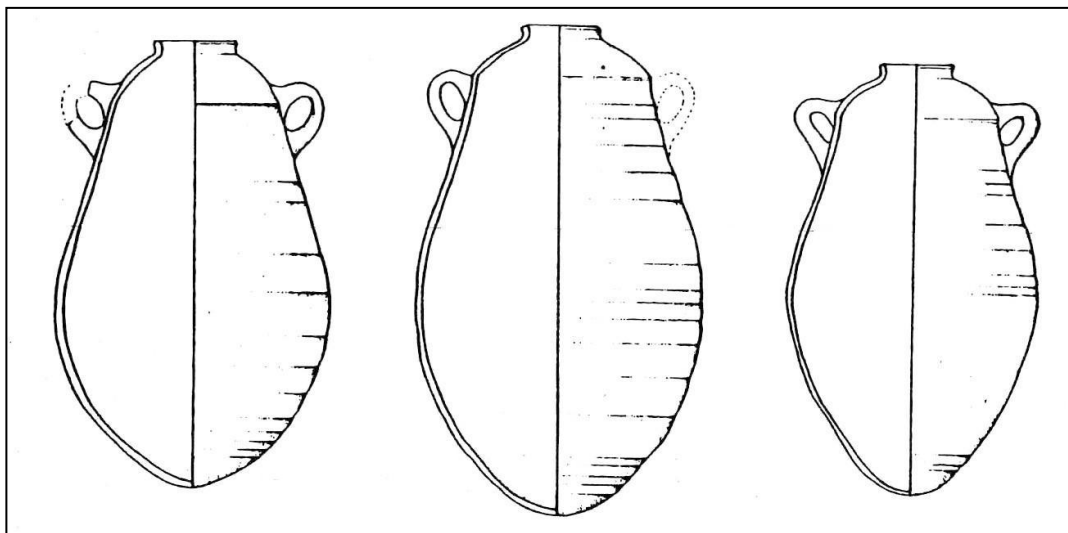


Fig. 2.4. Ánforas de Los Almadenes

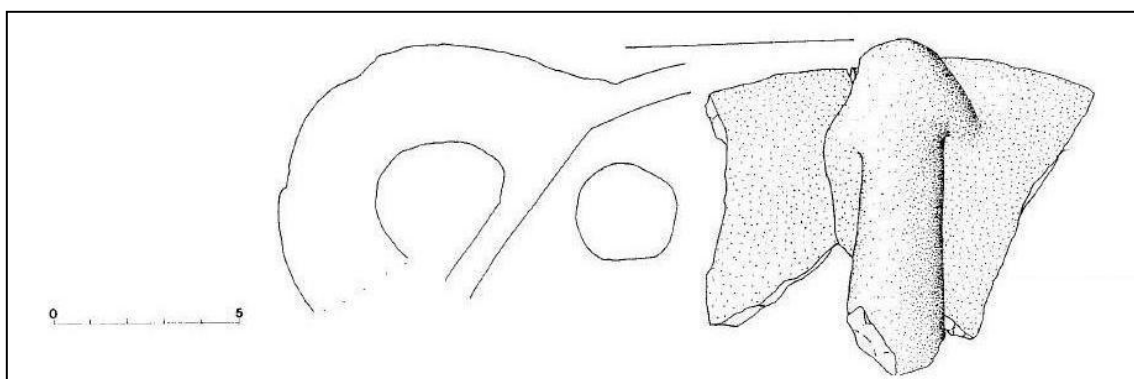


Fig. 2.5. Ánfora de Cabezo Pequeño del Murtal.

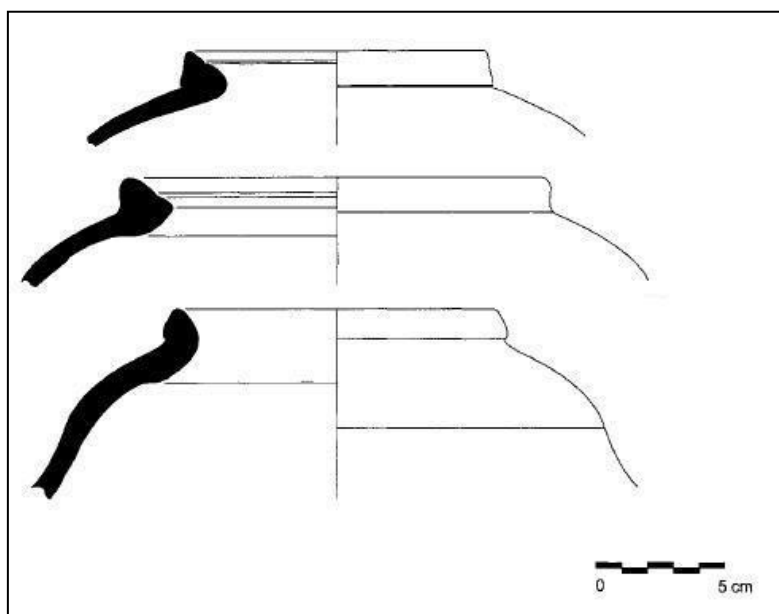


Fig. 2.6. Material anfórico de Alt de Benimaquía.

situados junto a las principales vías de comunicación⁸¹, con casos bien estudiados como el de El Puig (Alcoi, Alicante) en el que se documentan, datables entre los siglos VII y VI a.C., ánforas R1, urnas Cruz del Negro, cuencos-trípode y cerámica gris⁸². Y ya más al norte, en la llanura de Xàtiva, en la Solana del Castell (Xàtiva, Valencia), verdadero punto de control de los territorios circundantes, tenemos documentados también ánforas R1 y cuencos-trípode fenicios⁸³.

Aunque en menor medida, también el Júcar serviría como vía de penetración de estos materiales mediterráneos. Así, ya en el Alto Júcar, tenemos documentado en la necrópolis de El Patojo (La Recueja, Albacete)⁸⁴ un enterramiento datable en el s. VI a.C. y cuyo ajuar se componía de recipientes de cerámica bícroma y una fíbula de tipo Acebuchal/Bencarrón⁸⁵.

Por lo que respecta a la costa, el registro material de determinados poblados nos indica un tráfico comercial intenso y sistemático a lo largo del litoral alicantino, que explica la aparición de un gran número de importaciones (cantimplora de fayenza, platos de engobe rojo, cuentas y amuletos de pasta vítrea y fayenza...) en Les Casetes (La Vila Joiosa, Alicante)⁸⁶ y Poble Nou (Vila Joiosa, Alicante)⁸⁷ y sendos importantes lotes de ánforas (fundamentalmente R1, pero también Cintas 268) en Alt de Benimaquía (Denia, Alicante)⁸⁸ y Plana Justa (Jávea, Alicante)⁸⁹. El tráfico costero se llevaría a cabo en pequeñas embarcaciones de cabotaje de cargamentos heterogéneos y autonomía reducida, como son los pecios de Mazarrón (Murcia)⁹⁰ y Bajo de la Campana (Cartagena, Murcia)⁹¹.

⁸¹ Martí y Mata 1992: 112.

⁸² Espí y Moltó 1997: 89-91; Grau y Segura 2013: 73-91.

⁸³ Pérez Ballester *et alii* 2011: 201.

⁸⁴ Necrópolis también conocida como Casa del Monte; preferimos la denominación de “El Patojo” para diferenciar este yacimiento de la otra necrópolis conocida como “Casa del Monte”, situada a tan solo unos pocos kilómetros, en Valdeganga (Albacete).

⁸⁵ López Precioso 1994.

⁸⁶ García Gandía 2009.

⁸⁷ Vaquero 2012.

⁸⁸ Guerrero 1995: 102-103; Álvarez García, Castello y Gómez Bellard 2000; Gómez Bellard 2010: 61-64. *Vid.* Fig. 2.6.

⁸⁹ Bolufer y Vives-Ferrándiz 2003: 72-81.

⁹⁰ Negueruela 1995; Negueruela *et alii* 2000; García Cardiel 2013: 53-55 y 66-67.

⁹¹ Mas 1985: 155-161; Martín Camino 1994: 295-297; Mederos y Ruiz Cabrero 2004; García Cardiel 2013: 51 y 65.

Finalmente, es de reseñar también que, junto con estos materiales fenicios y orientalizantes, entre los siglos VII y VI a.C. hacen su aparición en el sureste peninsular los primeros materiales griegos, consistentes fundamentalmente en copas jónicas B2 y algunos fragmentos de figuras negras, concentrados todos ellos en torno a la desembocadura del Segura y el Camp d'Elx⁹².

Ahora bien, para superar la mera enumeración descriptiva de materiales, veo necesario poner en relación estos vestigios de intercambios en los siglos VIII y VII a.C. con las estructuras sociopolíticas vigentes en la época. Y es que, desde una perspectiva que E. Hachuel tacha de “funcionalista”⁹³ pero que compartimos plenamente, el intercambio puede ser analizado desde el punto de vista de su interrelación con las esferas política y social, pues supone un acto social que galvaniza las relaciones intra e intercomunitarias. En contra de lo que afirma la mencionada investigadora, no creemos que sea tan interesante analizar las estructuras comerciales de una sociedad por sí mismas, cuanto estudiar sus motivaciones y consecuencias sociopolíticas. El intercambio es fruto y al mismo tiempo implementa la división del trabajo y la complejidad sociopolítica, crea un vínculo entre los distintos actores implicados y tiende a fijar la posición social que cada uno de ellos ocupa en la estructura social⁹⁴. Su instrumentalización por parte de las elites del sureste aún en esta época tan temprana no debe, por tanto, extrañarnos.

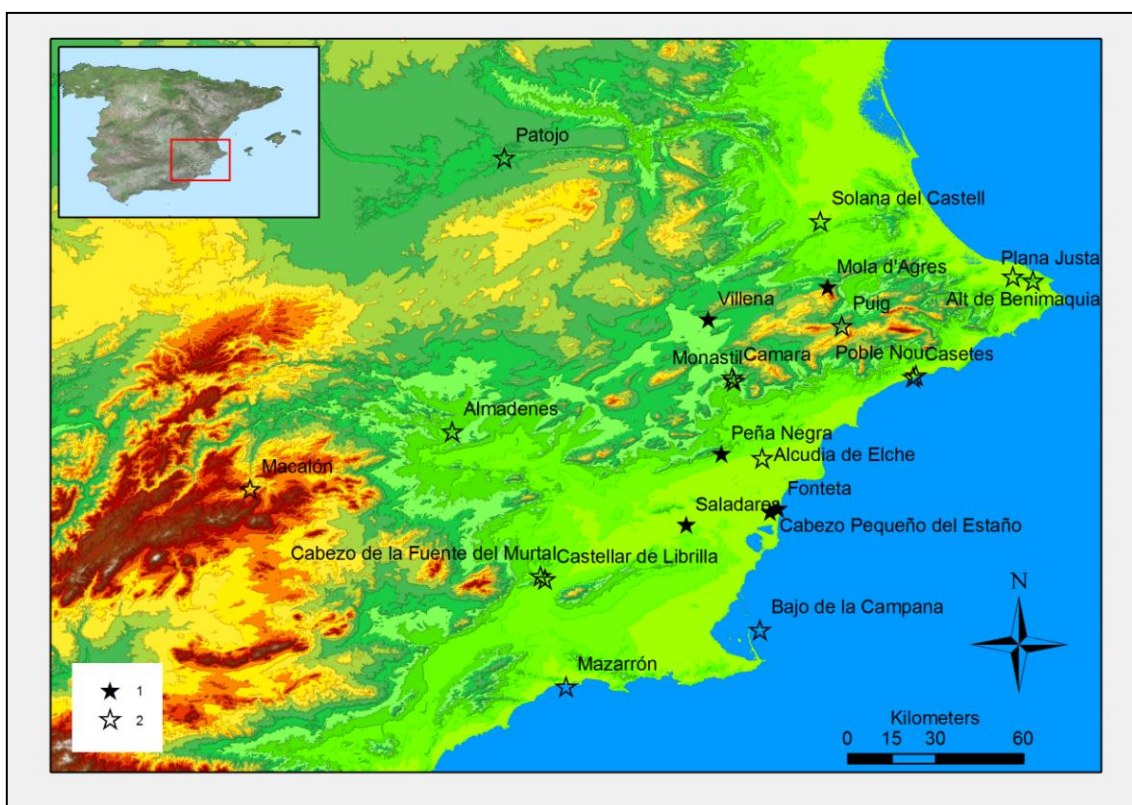
No estoy hablando, claro está y como ya señalé en su momento, de los intercambios entre las diversas unidades domésticas de estas comunidades, intercambios que sin duda se producirían⁹⁵ y que resultan interesantísimos para comprender la economía de la época, aun cuando su presencia en el registro pueda resultarnos evanescente. Por el contrario, la relativa escasez de los materiales mediterráneos que llegaron al sureste ibérico entre los siglos VIII y VI a.C., su condición y valor extrínseco, y sus contextos de aparición, cuando estos se conocen, nos indican

⁹² Rouillard 1976; Olmos 1988-1989: 85; Sala 1994: 280; Domínguez y Sánchez Fernández, 2001. *Vid.* Mapa 2.1.

⁹³ Hachuel 1998: 46-47.

⁹⁴ Adams 1974; Bauer y Agbe-Davies 2010: 41.

⁹⁵ Cf. Edwards 2004: 44-52.



Mapa 2.1. Distribución de los yacimientos con materiales fenicios: 1. Yacimientos con importaciones de la segunda mitad del s. VIII a.C. 2. Otros yacimientos con importaciones fenicias.

que formarían parte de unas estructuras comerciales mediatizadas por las elites sociales, únicos miembros de sus respectivas sociedades que serían capaces de fiscalizar de alguna manera parte del excedente producido por buena parte de la comunidad e invertirlo en la adquisición de estos bienes lujosos.

Historiadores y antropólogos, han coincidido en subrayar hasta qué punto el impacto del comercio colonial se deja sentir en los fundamentos sociopolíticos de las comunidades locales. Según el paradigma vigente del intercambio de “bienes de prestigio”, ante la aparición de los comerciantes foráneos y su oferta de estos objetos lujosos, deseados por los jefes locales, estos tratan de intensificar en lo posible la producción de sus comunidades y de incrementar su propio control sobre el excedente generado, obteniendo por primera vez suficiente cantidad de productos exportables como para que sea rentable la producción de ánforas⁹⁶. En ocasiones emplearán para ello, por cierto, los desarrollos tecnológicos aportados por los propios colonizadores, y

⁹⁶ Vives-Ferrándiz 2012: 273.

en todos los casos se servirán de los bienes de prestigio obtenidos para justificar ideológicamente su preeminencia social y su capacidad para fiscalizar el excedente, retroalimentándose así el sistema. El acaparamiento y la redistribución restringida de estos bienes será, en este sentido, clave en la sustentación ideológica de las elites locales. Los comerciantes foráneos, por su parte, se beneficiarán de este tipo de intercambios dado su carácter intrínsecamente desigual, pues los sistemas de valores de colonizadores y colonizados no eran los mismos, de tal manera que el valor añadido de los bienes de prestigio aportados en relación con las materias conseguidas a cambio sería enorme⁹⁷.

Ahora bien, este modelo explicativo debe matizarse, pues no debemos olvidar la importancia de la agencia local, ya que únicamente las sociedades con un grado de complejidad social tal como para generar excedentes serían atractivos para los comerciantes coloniales, y solo aquellos jefes que sintieran la necesidad de justificar ideológicamente unas desigualdades sociales ya existentes se interesarían por la adquisición de bienes de prestigio⁹⁸. Por otra parte, también se debe tener en cuenta la variabilidad que posiblemente mostraran las estructuras socioeconómicas de las comunidades locales, sus distintos grados de acogida a los productos foráneos, e incluso la intensidad y circunstancias del propio contacto colonial, no pudiéndose comparar un espacio colonial con colonias propiamente dichas con otro en el que los comerciantes solo estuvieran de paso o habitaran en reducidos grupos acogidos entre la población local⁹⁹. Finalmente, el modelo de “bienes de prestigio” tiende a mostrar una sociedad sumamente jerarquizada en la que las relaciones de poder son estáticas y unidireccionales, en vez de continuamente renegociadas¹⁰⁰, circunstancia que debe tenerse en cuenta.

Matizado de esta manera¹⁰¹, sí que podríamos partir de este modelo redefinido de “bienes de prestigio” para explicar las relaciones comerciales observadas en el sureste peninsular entre los siglos VIII y VI a.C. Así, subrayaba páginas atrás que las

⁹⁷ Cf. por ejemplo Shefton 1982: 342; Domínguez 1988: 327; Cunliffe 1993; Gómez Bellard 1995: 32; Boardman 1999: 43.

⁹⁸ Dietler 2009: 31-32; Gilman 2013: 11.

⁹⁹ Hodos 206: 22.

¹⁰⁰ Delgado Hervás 2013: 314.

¹⁰¹ De una forma no muy distinta a como lo emplean, por ejemplo, R.D. Whitehouse y J. Wilkins (1995), en un estudio que en este sentido me parece ejemplar.

primeras importaciones fenicias aparecían en determinados poblados en la segunda mitad del s. VIII a.C., y que se trataba en casi todos los casos de asentamientos que controlaban desde antiguo importantes vías de comunicación hacia el interior peninsular. Este control de las vías de comunicación (y, consecuentemente, la fiscalización de parte del tráfico de productos y ganado que fluiría por ellas) que parece caracterizar la ubicación de estos poblados habría favorecido en ellos una cierta diferenciación social, lo que propiciaría que determinadas personas estuvieran en disposición de adquirir ciertas importaciones y tuvieran motivaciones para hacerlo. Los sucesivos atesoramientos y la existencia de enterramientos infantiles con ajuares funerarios ricos que se documentan en la comarca de Villena desde el Bronce Tardío¹⁰², o la explotación metalúrgica evidenciada en Peña Negra desde su misma fundación¹⁰³, parecen avalar esta incipiente jerarquización social, que promovería los primeros contactos. En todo caso, la llegada de estos primeros productos catalizaría rápidamente el cambio social: como veremos más adelante en profundidad, la llegada de vinos y vajillas importadas reforzaría la jerarquía social, por lo que quienes aspiraban a encaramarse en la cúspide de esta se esforzarían por reunir los bienes necesarios para hacer frente a los intercambios, al tiempo que se veían dotados de la legitimación necesaria para fiscalizar parte de la producción comunitaria¹⁰⁴. Las antiguas estructuras económicas se veían así profundamente transformadas, a resultas de lo cual la *facies* de la cultura material del Bronce Final conocida como Cogotas pronto se veía cancelada en la parte oriental de la Submeseta Sur¹⁰⁵.

En todo caso, a finales del s. VIII a.C. los intercambios comerciales en el sureste peninsular experimentan, como decía, un salto cualitativo, coincidiendo en el tiempo con la consolidación del asentamiento de La Fonteta¹⁰⁶.

El poblado costero se ubicó en la desembocadura del Segura, en un pequeño promontorio que se elevaría sobre los terrenos inundados circundantes. Pese a que el entorno lacustre limitaría la cantidad y calidad de las tierras cultivables de las

¹⁰² Soler 1966; Hernández Pérez 2005: 25-26.

¹⁰³ González Prats 1993: 182-184.

¹⁰⁴ Cabrera Bonet 1995: 142.

¹⁰⁵ Blasco, Sánchez y Calle 2000.

¹⁰⁶ Rouillard, Gailledrat y Sala 2007: 23-36; González Prats 2010 a.

inmediaciones, el aprovechamiento de otros recursos, como la explotación de la sal, la pesca y la madera, o la explotación de los filones comarcales de hierro y plata, justificarían la elección del lugar¹⁰⁷, aunque sin duda lo más importante en la misma sería el control de la desembocadura del Segura, una excelente vía de comunicación hacia el interior peninsular.

Desde muy pronto, el lugar ha sido interpretado como una colonia fenicia, o bien al menos un asentamiento en cuya fundación habrían participado grupos fenicios, dados los repertorios cerámicos documentados desde la primera fase y las técnicas constructivas observables desde la segunda, idénticos a los de las colonias de la costa meridional de la Península Ibérica¹⁰⁸, muchas de las cuales, de hecho, serían contemporáneas y habrían formado parte del mismo impulso colonizador, funcionando como núcleos comerciales secundarios dependientes de *Gadir*¹⁰⁹. Es de reseñar que otros autores se muestran bastante escépticos al respecto, negando la procedencia fenicia de los habitantes de La Fonteta¹¹⁰. Es esta una polémica en la que no querría pronunciarme pues, como argumentaré en un capítulo posterior, considero secundaria la procedencia objetiva o “genética” de un grupo humano determinado, pues lo verdaderamente importante en términos históricos es, a mi entender, la identidad colectiva que asumieron estas gentes y la manera en la que interactuaron con las otras comunidades del entorno. El primero de estos temas lo abordaré más adelante, pero respecto del segundo, valga la pena insistir en que la consolidación de La Fonteta en la desembocadura del Segura coincide cronológicamente con un salto cualitativo en la llegada de productos mediterráneos a buena parte del Sureste, empleando la costa y los cauces del Vinalopó y el propio Segura como vías privilegiadas de penetración; unos productos que, por cierto, aparecen en primer lugar y en una mayor cantidad y heterogeneidad en la propia Fonteta, delatando que este sería el principal núcleo redistribuidos a escala regional, abasteciéndose a través de su pequeño puerto fluvial.

Por lo que respecta a la relación que los habitantes de La Fonteta mantuvieron con las comunidades de su entorno más inmediato, esta apenas nos es conocida, pues a pesar

¹⁰⁷ González Prats y Ruiz Segura 2000: 11-13; Chapa 2005-2006: 249-251; Sternberg 2008: 109.

¹⁰⁸ González Prats y Ruiz Segura 2000: 57.

¹⁰⁹ Arteaga 1987: 207-208.

¹¹⁰ Cf. por ejemplo Azuar *et alii* (1998: 125; 2000: 267-269 y 276) o Grau y Moratalla (2004: 111).

de las prospecciones sistemáticas llevadas a cabo en la comarca¹¹¹, nada sabemos del poblamiento de la época. En todo caso, sería de esperar una amplia casuística de negociación, aquiescencia y enfrentamiento¹¹², casuística que en un primer momento posibilitó la fundación de La Fonteta pero que en pleno siglo VII a.C., momento en el que la proyección económica de las redes comerciales puestas en marcha desde el poblado alcanzaba su auge, obliga a sus habitantes a la construcción de una muralla¹¹³. La nueva fortificación constriñe el espacio de hábitat hasta las 1,5ha, una superficie pequeña respecto de otros poblados del sureste pero que no se aleja del tamaño de algunas de las colonias meridionales como Morro de Mezquitilla o Toscanos (Vélez-Málaga, Málaga)¹¹⁴. La construcción de la muralla amortiza además un taller metalúrgico, posiblemente el otro gran puntal de la economía de La Fonteta junto con el comercio, taller en el que se trabajaba la plata, el cobre y el hierro¹¹⁵, y en relación con el cual se han documentado lingotes de litargirio idénticos a los que transportaban, por ejemplo, los buques hundidos en Mazarrón (Murcia)¹¹⁶. En esta misma época se pasa de la construcción en tapial a la combinación de zócalos de piedra y alzados de adobe, y en el repertorio cerámico se introduce una mayor proporción de cerámica a mano con tipos más cercanos a los de los otros enclaves de la región, todo lo cual ha servido a diferentes autores para hablar de una progresiva “indigenización” del enclave¹¹⁷.

En todo caso, además de en La Fonteta, se ha argumentado la existencia de pequeños grupos de gentes fenicias, o que como tal se comportaban, habitando otros asentamientos del sureste peninsular a partir de finales del s. VIII a.C., según un modelo típico de diáspora comercial¹¹⁸. Es el caso de Peña Negra, donde desde esta época en adelante tenemos documentada una producción metalúrgica, de la que

¹¹¹ Gutiérrez Lloret *et alii* 1988-1989.

¹¹² Moggi 1983; Nenci y Cataldi 1983.

¹¹³ De tipología oriental según ciertos autores (González Prats y Ruiz Segura, 2000: 43-46), en tanto que otros la consideran evolución de la arquitectura local (Rouillard, Gailledrat y Sala 2007: 138). *Vid.* Fig. 2.7.

¹¹⁴ Azuar *et alii* 1998: 113; Aubet 2006, 96-97.

¹¹⁵ González Prats y Ruiz Segura 1997; González Prats 2010.

¹¹⁶ González Prats 2002: 131.

¹¹⁷ González Prats y Ruiz Segura 2000: 60-64; Sala 2005: 127-128; Azuar *et alii* 2005: 1279-1280; Dietler 2009: 8).

¹¹⁸ Aubet 1997: 299-304; Ruiz-Gálvez 2013: 287-309.

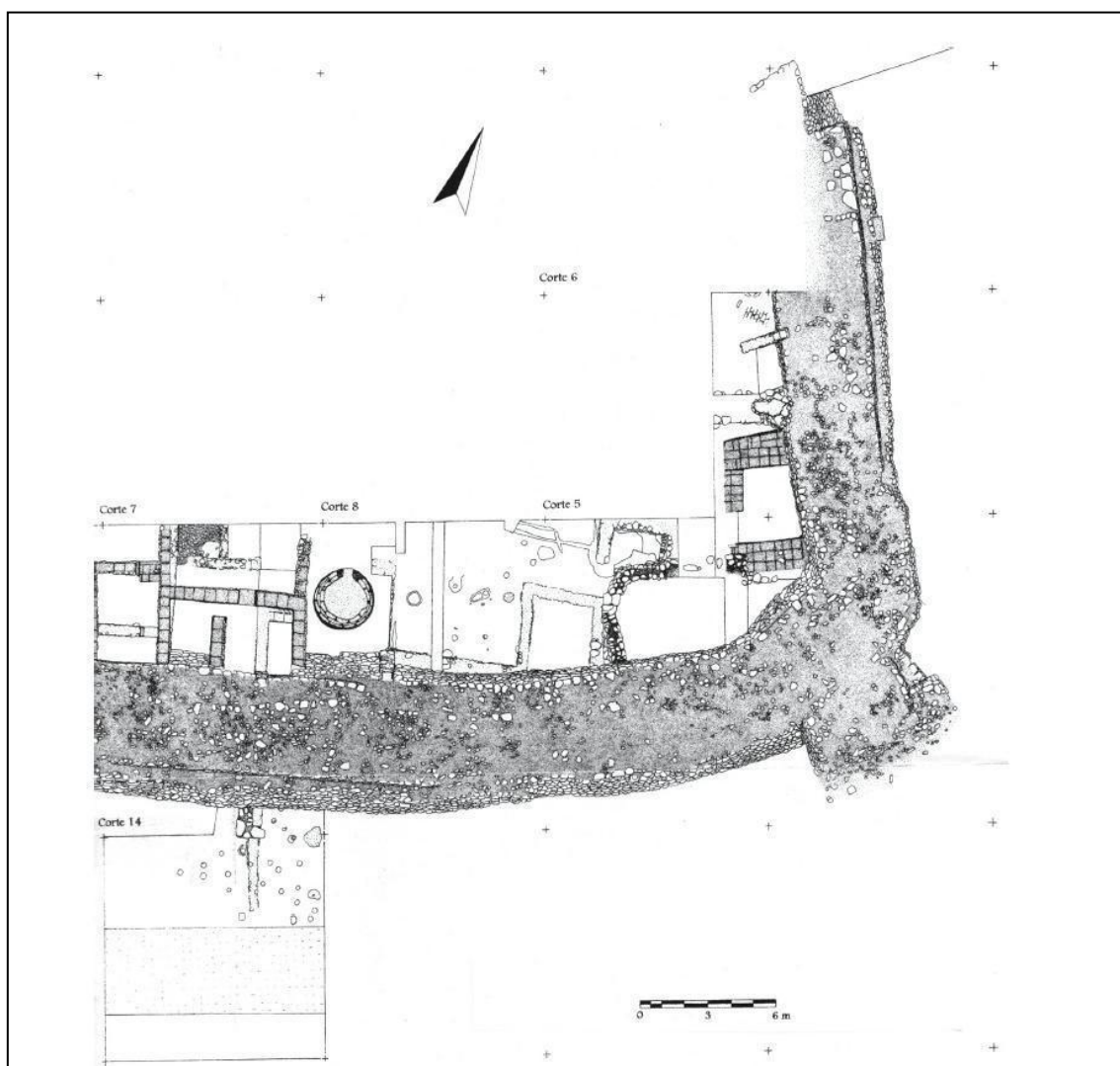


Fig. 2.7. Fortificación y estructuras aledañas de La Fonteta excavadas entre 1996 y 1998.

luego hablaremos, que se considera de raigambre mediterránea, además de toda una serie de grafitos y estampillas sobre las ánforas de fabricación local que evidencian un intento de control sobre la producción por parte de unas gentes que escribían utilizando logogramas fenicios¹¹⁹. Llama la atención también la presencia de morteros-trípode, un tipo de recipiente que se considera relacionado con la preparación de determinadas sustancias que los fenicios acostumbrarían a mezclar con el vino¹²⁰. Y no puedo dejar de mencionar, aunque profundice en el tema en otro lugar, la producción

¹¹⁹ Aranegui y Vives-Ferrándiz 2006: 94.

¹²⁰ Vives-Ferrándiz 2005.

en Peña Negra de envases cerámicos híbridos, esto es, producciones en cuya cadena operativa se mezclan tradiciones tecnológicas importadas y locales¹²¹.

En la ya aludida necrópolis de Les Casetes, por su parte, observamos junto con la acumulación de importaciones mediterráneas especialmente ricas y heterogéneas la puesta en práctica de una serie de rituales ajenos a las prácticas tradicionales del mundo ibérico, algo que ha sido interpretado por algunos autores como evidencia de la existencia de contingentes semitas conviviendo y fusionándose con la población local¹²², asunto sobre el que volveremos en páginas posteriores.

También encontramos, como se ha señalado páginas atrás, en otros asentamientos del sureste ánforas con marcas fenicias (Saladares, Macalón), morteros-trípode (Camara, Macalón, Monastil, El Puig) y producciones híbridas (Saladares, Villena), lo que evidencia si no ya la presencia estable de comerciantes fenicios, sí al menos el contacto directo, quizás ocasional, con éstos.

En definitiva, a partir de comienzos del s. VII a.C. nos encontramos en el sureste peninsular con toda una amplia gama de intercambios coloniales heterogéneos, que comprenderían desde los adscribibles a la categoría que J. Alvar¹²³ definía como “Modo de Contacto Sistemático”, fundamentalmente en torno al curso inferior del Segura y el Vinalopó, hasta los categorizables como “Modo de Contacto no Hegemónico”, operados en aquellas comunidades a las que únicamente llegarían comerciantes foráneos de manera regular o esporádica, sin ninguna intención de establecerse. Como señala F. Sala, el fenómeno no es unitario, y responde a múltiples estímulos¹²⁴, únicamente parte de los cuales nos resultan hoy por hoy accesibles. De hecho, la intensidad de los contactos no dependería tanto de la geografía como de la receptividad de las elites indígenas y sus estrategias de legitimación, por las razones discutidas anteriormente y sobre las que más tarde insistiremos, muestra de lo cual es, por ejemplo, la ausencia total de importaciones fenicias y griegas en la necrópolis de Altea (Altea la Vella, Alicante), pese a su situación costera y su cronología, a caballo

¹²¹ Vives-Ferrándiz 2006: 194; Aranegui y Vives-Ferrándiz 2006: 93-94.

¹²² Moratalla 2005: 97-98. Cf. en contra Vives-Ferrándiz 2006: 200-201; García Gandía 2009: 171.

¹²³ Alvar 2000.

¹²⁴ Sala 2004: 75. Cf. por ejemplo Asensio 2005: 562-563 para una argumentación similar en el área catalana.

entre los siglos VI y V a.C.¹²⁵, o la escasez de materiales en áreas anejas a los valles alcoyanos y no menos accesibles, como la Foia de Castalla¹²⁶. Incluso a partir del s. VI a.C. comienzan a documentarse materiales griegos también fuera de la desembocadura del Segura, dato que posiblemente nos esté indicando que en estos momentos ya las costas y los caminos del sureste ibérico no solo eran visitados por comerciantes del Mediterráneo Oriental, sino que también algunos mercaderes helenos, cuya presencia no podemos desvincular de la fundación de *Emporion* en torno al 600 a.C., comenzaban ya a participar de estos intercambios¹²⁷.

2.3.2. Los centros de intercambio: “oppida” y “almacenes”

Los contactos e intercambios descritos en las páginas anteriores catalizaron, como vengo diciendo, el incipiente proceso de jerarquización social que venía operándose entre las poblaciones del sureste peninsular desde siglos atrás, provocando en ellas acelerados cambios socioeconómicos. Como exponente directo de estas transformaciones, podemos señalar toda una serie de asentamientos que surgieron en estos momentos en la región aludida, transformando netamente la anterior distribución del poblamiento. Asentamientos que de hecho nacerán tan ligados a estas nuevas estructuras socioeconómicas que, cuando las mismas varíen hacia el s. VI a.C., la mayoría de ellos desaparecerá¹²⁸.

A primera vista, si algo llama la atención de estos núcleos respecto a la realidad poblacional anterior es su carácter más tangible. Con ello quiero decir que en todos estos asentamientos a partir de esta época comienza a imponerse una arquitectura doméstica basada en plantas angulares, basamentos de piedra y alzados de adobe; es decir, se invierte en ellos una importante cantidad de recursos y fuerza de trabajo a

¹²⁵ Sala 1994: 289-290.

¹²⁶ Vives-Ferrándiz 2006: 167-169.

¹²⁷ Aunque es generalmente aceptado que también los fenicios comerciarían con materiales griegos, como sugiere la presencia recurrente de las cerámicas griegas más antiguas de la Península Ibérica precisamente en los asentamientos fenicios, y como de hecho se argumentará en páginas posteriores a través del pecio de El Sec, algunos autores han establecido una división entre los productos griegos de uso cotidiano comerciados por los fenicios, y que de hecho en buena medida consumirían ellos mismos, y las importaciones de lujo, que los comerciantes griegos emplearían para introducirse en los circuitos de intercambio de bienes de prestigio que hemos analizado anteriormente. Cf. Cabrera Bonet 2003; Rouillard 1991: 89.

¹²⁸ Aranegui y Vives 2006: 93-94.

cambio de una mayor perduración de las estructuras y una organización del espacio más eficiente, a diferencia de etapas anteriores, en las que la arquitectura utilizada se basaba en módulos de planta circular fabricados con materiales perecederos, de tal manera que en ocasiones incluso se duda si serían asentamientos estables o estacionales¹²⁹. Por otra parte, por regla general los hábitats que perviven desde épocas anteriores crecen en población, posiblemente debido no tanto a una expansión demográfica sino a una reestructuración del poblamiento derivado de las nuevas necesidades socioeconómicas¹³⁰: la necesidad de obtener un excedente que intercambiar por bienes de prestigio o que invertir en otros gastos derivados de la sustentación de las crecientes diferencias sociales motivaría una mayor concentración de la población en determinados núcleos, y el abandono de otros¹³¹. De hecho, la propia acción de almacenar y conservar parece conllevar una intención de estabilidad del sistema de poblamiento que antes no se vislumbraba¹³².

Como consecuencia de todo lo anterior, nos encontramos también en esta época con la proliferación de murallas. Ya P. Moret subrayó que, aunque en esta época se evidencian importantes “préstamos” tecnológicos en la arquitectura poliorcética de los asentamientos coloniales a los poblados locales, es aún más significativa la proliferación de fortificaciones entre estos últimos¹³³, quizás debido a tres factores interrelacionados: la creciente inestabilidad geopolítica derivada del proceso colonial¹³⁴, la necesidad de proteger los bienes y recursos almacenados, y el deseo de plasmar en el paisaje las crecientes desigualdades sociales que se están desarrollando en estas comunidades. Sobre algunos de estos puntos volveremos en capítulos sucesivos.

En todo caso, para esta época quizás el asentamiento más conocido del sureste sea Peña Negra, al que ya hemos hecho referencia en varias ocasiones. Peña Negra es

¹²⁹ Sánchez García 1996: 355.

¹³⁰ Sanmartí y Belarte 2001: 164.

¹³¹ Bonet y Mata 2000: 62-65.

¹³² Ruiz-Gálvez 1992: 229-230.

¹³³ Moret 1996: 229-230. En contra de ello se manifiesta E. Díes (2001: 95), quien defiende que solo los asentamientos fenicios estaban fortificados, en tanto que los indígenas no se protegían con murallas, afirmación que en mi opinión parte, en última instancia, de un argumento circular, al utilizar la presencia de murallas como un argumento de “fenicidad”.

¹³⁴ González Wagner 2007: 128.

un hábitat ocupado desde al menos comienzos del s. IX a.C.¹³⁵, que se erige en la solana de la Sierra de Crevillente, controlando uno de los pasos que conectaba el Camp d'Elx con el interior peninsular. La llegada de las primeras cerámicas a torno probablemente estuvo relacionada, debido a los procesos que antes he comentado, con una contemporánea ampliación del espacio habitado (el interior del recinto amurallado alcanza las 30 ha.¹³⁶), y con la adopción de las plantas cuadradas y los zócalos de piedra sustentando paredes de adobe como técnica constructiva¹³⁷. Paredes algunas de las cuales, por cierto, se encalan y recubren con un enlucido rojo¹³⁸, circunstancia sobre la que más adelante insistiré. Por lo que respecta al encintado defensivo de esta época, oscilaba entre los 3 y los 4 metros de espesor y era de trazado irregular, adaptándose a las curvas de nivel¹³⁹.

Ahora bien, me gustaría llamar ahora la atención sobre otro aspecto de la economía de Peña Negra, aparte de los intercambios comerciales: la actividad metalúrgica. Tradicionalmente se viene aceptando una relación directa entre la presencia fenicia en Occidente y la búsqueda de metales¹⁴⁰, relación que en los últimos años se ha matizado añadiéndose otras variadas motivaciones pero que en general puede seguir aceptándose, pues no en vano encontramos en los poblados de esta época una recurrente asociación entre materiales fenicios importados y vestigios de transformación metalúrgica¹⁴¹. Este es el caso desde luego de Peña Negra, donde, más allá de la explotación doméstica tradicional de las vetas de cobre de los alrededores¹⁴², a mediados del s. VIII se construye un departamento de 36m² de planta rectangular con ángulos curvos, con zócalos compuestos de dos hileras de piedras hincadas rellenas de tierra y enlucidas de arcilla roja, estructura que pudo ser interpretada

¹³⁵ González Prats 1993: 182.

¹³⁶ González Prats 2001: 176. De hecho, es el mayor asentamiento del sureste peninsular de toda la serie histórica. Su tamaño, unido al de la Fonteta, Saladares y algunos otros núcleos más pequeños, determinan que la Depresión Meridional sea la zona más poblada de todo el sureste para esta época (Grau 2010 a: 235), densidad de poblamiento que sin duda se ha de poner en relación con el desarrollo de unas dinámicas socioeconómicas previas que partirían de la Edad del Bronce, pero que lógicamente también está relacionada con el rápido ritmo de los desarrollos culturales, económicos y tecnológicos en la etapa que ahora trato.

¹³⁷ Aranegui 1981a: 46.

¹³⁸ Díes 2001: 94-95.

¹³⁹ Moret 1996: 480.

¹⁴⁰ Aubet 1997: 70-91.

¹⁴¹ Asensio *et alii* 2000: 254.

¹⁴² González Prats y Ruiz-Gálvez 1989: 369-370.

como un taller metalúrgico gracias al horno de fundición hallado en su interior y a la escombrera de escorias, mazas para triturar el mineral y desechos de moldes documentada a sus puertas¹⁴³. Estos últimos contabilizaban un total de más de 300 fragmentos, entre ejemplares de arcilla y arenisca, y se habrían utilizado para la fabricación de hachas, espadas, puntas de lanza y agujas, entre otros objetos¹⁴⁴.

De hecho, en alguna ocasión incluso se ha especulado que esta estructura no reflejaría una producción metalúrgica “indígena”, sino que antes bien reflejaría la presencia de un artesano fenicio trabajando en el lugar, bien de manera estable o bien acercándose periódicamente a la región¹⁴⁵. Pero el caso es que la actividad metalúrgica que parece despegar en estos momentos en Peña Negra parece ir bastante más allá de este único departamento y de la producción de hierro.

Así, hemos de relacionar también el tesorillo hallado bajo unas piedras adosadas al muro de una vivienda del poblado, y datado en la primera mitad del s. VI a.C.¹⁴⁶ La ocultación estaba compuesta por una diadema y un anillo de oro, dos colgantes de plata, seis escarabeos, un número indefinido de cuentas de collar de pasta vítrea, unas pinzas de bronce y un cuchillo afalcatado de hierro, y corresponde en buena parte a una producción local¹⁴⁷.

En la necrópolis de Moreres, por cierto, aparecen amortizadas varias toberas¹⁴⁸, lo que no solo nos habla de la importancia económica de la actividad metalúrgica en Peña Negra sino también de su relevancia simbólica, pues por primera vez tenemos atestiguado en el sureste a un individuo cuyos descendientes deciden “fabricar” su persona social durante el ritual funerario presentándolo ante la sociedad no como dueño de determinados objetos de hierro, sino como metalúrgico.

Finalmente, ha de mencionarse también el descubrimiento de una serie de supuestas “hachas de apéndices laterales” fabricadas en plomo, que han sido reinterpretadas como lingotes, modulados y fabricados expresamente para su empleo como patrón de intercambio premonetal, y que no solo aparecen en abundante

¹⁴³ González Prats 1992: 245-249.

¹⁴⁴ González Prats y Ruiz-Gálvez 1989: 370-373; González Prats 1992: 245-246; 1993 a: 25-26.

¹⁴⁵ Cf., en última instancia, Ruiz-Gálvez 2013: 290.

¹⁴⁶ González Prats 1976.

¹⁴⁷ González Prats 1977-1978; Nicolini 1990: 218.

¹⁴⁸ González Prats y Ruiz-Gálvez 1989: 369.

número en Peña Negra, datadas entre el s. VIII y el VI a.C., sino que también se documenta una cincuentena de ellas en la Alcudia y algunas más en Tabaià (Aspe, Alicante)¹⁴⁹. Su ajustada modulación, su material (el plomo no parece demasiado apto para la fabricación de verdaderas hachas) y su hallazgo formando parte de depósitos tan numerosos parecen efectivamente corroborar esta identificación, en tanto que la difusión de hallazgos nos estaría indicando el área en el que estas “hachas” eran empleadas para facilitar los intercambios: el bajo Vinalopó¹⁵⁰.

En definitiva, nos encontramos con que, en uno de los enclaves del Sureste en los que los intercambios con los agentes coloniales parecen más frecuentes y a los que llega mayor cantidad de productos importados, la población local crece de manera importante hasta convertirse en el mayor hábitat de la región a lo largo de toda la Protohistoria, se rodea de unas potentes murallas, y desarrolla una industria metalúrgica especializada que alcanza una producción relativamente abundante. Además, y si aceptamos la interpretación de A. González Prats, estas gentes se dotaron de un medio de pago premonetal para facilitar los intercambios (no con los fenicios, obsérvese, sino con otras comunidades del entorno) y facilitar el atesoramiento. Todo ello nos está hablando, en definitiva, de una comunidad que se está jerarquizando progresivamente, y cuyas elites son ya capaces de fiscalizar parte de los excedentes agrícolas para participar en los intercambios regionales y mantener a unos artesanos metalúrgicos que, como señala J.A. Santos, ya están especializados¹⁵¹. Como resultado, de la concepción del metal como objeto sagrado se ha pasado ya a la noción de bien de uso restringido, y de esa idea incluso comienza a darse un paso más allá en el proceso que planteaba A. Perea¹⁵²: el uso del metal como medio de cambio¹⁵³. El tamaño del asentamiento junto con la envergadura de la producción metalúrgica han llevado a diversos autores, de hecho, a defender que Peña Negra constituiría la cabecera de todo un sistema de poblamiento jerarquizado que se extendería por los entornos¹⁵⁴, conclusión que creo viable pero que aún habrá que seguir desarrollando

¹⁴⁹ González Prats 1985 a; Simón 1998: 53-55 y 61-73.

¹⁵⁰ Vives-Ferrándiz 2012: 275.

¹⁵¹ Santos Velasco 1998: 399-400.

¹⁵² Perea Caveda 1994. Como contraposición, cf. Bradley 1985.

¹⁵³ Ripollés 2009: 64.

¹⁵⁴ González Prats 2001: 176; Moratalla 2005: 95-97.

gracias a futuras excavaciones, pues desde mi punto de vista la diferencia en el tamaño de los hábitats no constituye un argumento suficiente como para señalar la capitalidad de un supuesto sistema de poblamiento integrado, máxime cuando, como se verá a continuación, en los pequeños enclaves del llano igualmente encontramos productos importados y vestigios de actividad metalúrgica. Fragmentos de moldes análogos a los de Peña Negra, sin ir más lejos, aparecen en El Bosch (Crevillente, Alicante)¹⁵⁵.

Y es que no solo en Peña Negra se transformaba el metal, y no solo allí se producía utillaje de hierro. Los artefactos de este metal ya no constituían, como tan solo uno o dos centurias antes, elementos exóticos de prestigio, como parece que sucede en el tesoro de Villena antes aludido, o con la cadenita de Castillico del Sabinar (Moratalla, Murcia)¹⁵⁶, sino que la metalurgia del hierro se difundió rápidamente por todo el sureste, con todas las implicaciones sociopolíticas que la puesta en práctica de una actividad tan especializada como esta conlleva para este tipo de sociedades. No se olvide a este respecto que los dos pecios localizados en las costas del sureste y datables en esta época, Mazarrón y Bajo de la Campana, portaban en sus bodegas importantes cargamentos de lingotes de estaño y plomo¹⁵⁷, sin duda destinados a su procesamiento a gran escala para la obtención de bronce y plata¹⁵⁸. Ni tampoco que en la sierra de La Unión (Cartagena, Murcia), especialmente rica en yacimientos de hierro, apareció a comienzos de siglo un vaso plástico que hoy se conserva en manos privadas y que representa un varón desnudo itifálico, vaso que ha sido datado entre los siglos VIII y VII a.C. y que encuentra paralelos cercanos en la esfera cultural púnica del Mediterráneo Central y en algunos enclaves fenicios occidentales¹⁵⁹.

Posiblemente en relación con esta progresiva especialización del procesamiento metalúrgico, y también con este tráfico comercial a través de las playas

¹⁵⁵ Trelis 1995; Simón 1998: 53; Vives-Ferrándiz 2008: 244. Ya más lejos de Peña Negra, controlando el paso desde el Vinalopó al altiplano alcoyano, encontramos moldes análogos en la Mola d'Agres (Agres, Alicante) (Gil-Mascarell y Enrique 1992: 43).

¹⁵⁶ Almagro Gorbea 1994: 87-88. Para los artefactos de metal como bienes de prestigio y símbolos de posición social en época arcaica, cf. Armada, Rafels y Montero 2008.

¹⁵⁷ Roldán Bernal, Martín y Pérez Bonet 1995: 13-16; Negueruela *et alii* 2000 a.

¹⁵⁸ Como señalan A. Orejas e I. Montero (2001: 135), algunas mineralizaciones argentíferas explotadas en el suroeste peninsular desde la llegada de los fenicios eran deficitarias en plomo, por lo que se requería importar plomo de otras regiones para las tareas de copelación, plomo que posiblemente procediera en parte del sureste peninsular. Recuérdese a este respecto, asimismo, el almacén de lingotes de litargirio hallado en Castillo de Doña Blanca (Cádiz), señalado igualmente por estos autores.

¹⁵⁹ San Nicolás 1983.

de Mazarrón, de hecho, podemos mencionar otro gran poblado del sureste, Castellar de Librilla, también ampliamente conocido en la bibliografía. El poblado se sitúa en el área prelitoral murciana, controlando la Rambla del Guadalentín (afluente del Segura) y el acceso a través de esta a Sierra Espuña, comarca rica en afloramientos de hierro, cobre y galena; se sitúa rodeado de unos terrenos con una limitada productividad agraria, pero en un cruce de caminos fundamental, pues el eje Segura-Guadalentín constituía una fácil vía de comunicación entre el sureste y la Alta Andalucía, en tanto que a través de la Rambla de las Moreras se consigue igualmente un paso fácil hacia la costa murciana, a la altura de Mazarrón¹⁶⁰, distante apenas unos cuarenta kilómetros. En este enclave, por tanto, a mediados del s. VIII a.C. se instala un hábitat que, pocas décadas después, comenzará a funcionar como lugar de intercambio con los agentes coloniales, que importarán objetos como los ya comentados anteriormente. A finales del s. VIII a.C. aparecen las primeras viviendas cuadrangulares y con zócalos de piedra y alzados de adobe¹⁶¹, y se construirá también el Horno Norte, que permanecerá en funcionamiento hasta la centuria siguiente, y que evidencia ya una producción especializada de objetos de hierro¹⁶², producción que aumentará en el s. VI a.C. gracias a la puesta en marcha del taller de fundición Este¹⁶³, que alcanzará mejores rendimientos¹⁶⁴. La economía del lugar se complementaría con una importante producción alfarera, que rápidamente incorporó no solo el mecanismo del torno¹⁶⁵ sino también otras mejoras importadas del universo cultural fenicio, como los prismas para la sujeción de los vasos durante la cocción¹⁶⁶.

Estas mismas tendencias, de hecho, se constatan en el propio interior de la Meseta, ejemplo de lo cual es, desde luego, el poblado de El Macalón, antes citado, y que volverá a aparecer en los capítulos siguientes. Habitado desde el s. VII a.C.¹⁶⁷, desde muy pronto comenzó a importar, como señalaba antes, vajilla y ánforas fenicias. Ahora bien, buena parte de las importaciones, incluida el ánfora con una estampilla en

¹⁶⁰ Ros 1993: 73-80.

¹⁶¹ Díes 2001: 105.

¹⁶² Ros 1993: 90-92. Rovira Llorens 1993: 60-61.

¹⁶³ Ros 1993: 92-106.

¹⁶⁴ Arana y Pérez Sirvent 1993: 129.

¹⁶⁵ Ros 1991.

¹⁶⁶ Gutiérrez, Sáez y Reinoso 2013: 72.

¹⁶⁷ García Guinea y San Miguel 1964: 41.

forma de jinete y varias de las otras ánforas marcadas¹⁶⁸, se vinculan a dos viviendas en concreto, la C2, de planta rectangular, basamentos de aparejo irregular y alzados de adobe, con un pórtico, datada en el s. VI a.C.¹⁶⁹, y la llamada “habitación de las cerámicas”, documentada en el corte K del yacimiento en 1958, con la misma cronología¹⁷⁰. Al pie de uno de los muros de la vivienda C2, además, se localizó un juego de *pondera* de variada tipología¹⁷¹, hallazgo que no hace sino redundar en el papel que los habitantes de esta vivienda desempeñarían como centralizadores de los intercambios de bienes de prestigio dentro del poblado.

Ahora bien, frente a estos grandes centros fortificados, que en ocasiones la bibliografía denomina “oppida” y que tradicionalmente se han concebido como cabeceras de sus respectivos territorios y núcleos en torno a los que se desarrollarían no solo los intercambios sino también buena parte de las demás actividades productivas, tanto en el sureste como también en otras áreas de la Península podemos observar el surgimiento en esta época de pequeños enclaves amurallados que igualmente parecen ser punto de llegada de abundantes materiales importados, y que la historiografía ha tendido a catalogar como “almacenes fortificados”¹⁷², esto es, hábitats secundarios especializados en el almacenaje y defensa de ciertos productos relacionados con los intercambios.

Este es el caso, por ejemplo, de Los Almadenes (Hellín, Albacete), un pequeño asentamiento de media hectárea ubicado sobre un pequeño cerro que domina un estrechamiento del río Mundo inmediato a su desembocadura en el Segura, con una amplia visibilidad sobre el entorno y junto a unos terrenos de alto potencial agrícola¹⁷³. Habitado desde la segunda mitad del s. VII a.C. y rodeado de una potente muralla ataludada flanqueada por una torre¹⁷⁴, el poblado se compone de viviendas de planta rectangular con basamentos de piedra y alzados en adobe organizadas según un

¹⁶⁸ Mata y Soria 1997: 308.

¹⁶⁹ García Guinea y San Miguel 1964: 12-25; Soria 2000 a: 370-371; Sanz 2007: 188.

¹⁷⁰ García Guinea 1960: 721-724; Mata y Soria 1997: 12; Soria 2000: 366-369.

¹⁷¹ Castro 1986: 174.

¹⁷² Cf. en último lugar Aranegui 2009: 154-156.

¹⁷³ Sala y López Precioso 1995: 187; López Precioso, Jordán Y Soria 1992: 56.

¹⁷⁴ Moret 1996: 178-180; López Precioso y Sala 1999: 234.

urbanismo irregular que deja amplias áreas vacías¹⁷⁵. Las importaciones documentadas en el enclave, y de las que antes hablaba, se concentran en el único conjunto excavado en extensión, el llamado “edificio 1”, una gran estructura de 330m² formada por tres habitaciones y un patio¹⁷⁶, y en cuyas paredes se ha documentado un revoco rojizo¹⁷⁷ similar al que mencionaba en Peña Negra. En su interior, además de varios hogares y la base de un gran horno, se han documentado más de una veintena de ánforas, y algunos otros vasos de almacenamiento, excediendo de manera evidente las necesidades de autoconsumo de todo el poblado¹⁷⁸.

Erigido sobre otro de los afluentes del Segura, el Guadalentín, se encuentra el Cabezo de la Fuente del Murtal, del que también he hablado ya. Se trata de un pequeño hábitat de 0,75ha dispuesto sobre un cerro amesetado que se alza sobre el estrangulamiento de la rambla de Algeciras, al otro lado de la cual se situaba el citado Castellar de Librilla, en un enclave que como decía corresponde con un importante nudo de comunicaciones entre la costa alicantina, la costa murciana y las altiplanicies granadinas. El poblado, datable entre finales del s. VIII y mediados del II a.C., se defendía mediante una potente muralla reforzada con bastiones cuadrangulares¹⁷⁹ cuyo encintado, construido mediante dos paramentos paralelos trabados con tirantes perpendiculares, recuerda en mi opinión a los de Cabezo Pequeño del Estaño y Alt de Benimaquía, de los que luego hablaré, y a la muralla de La Fonteta antes mencionada. Adosadas al interior de la fortificación encontramos toda una serie de estancias ortogonales con zócalos de piedra y alzados de adobe¹⁸⁰, en las que acumulaban recipientes de almacenaje, fundamentalmente ánforas R1 e imitaciones locales¹⁸¹. Ahora bien, más allá de esta función de almacenaje a la que parece destinarse una parte importante de las estructuras construidas del poblado, no debemos olvidar que

¹⁷⁵ Sala y López Precioso 2000: 186.

¹⁷⁶ Sala y López Precioso 1995: 188-9.

¹⁷⁷ Sánchez García 1997: 226.

¹⁷⁸ Sala y López Precioso 2000: 1886-1887. *Vid.* Fig. 2.8.a.

¹⁷⁹ García Blánquez 1996: 75; Lomba y Cano 2002: 171-174.

¹⁸⁰ Lomba y Cano 1997: 23; García Blánquez 1996: 83.

¹⁸¹ Lomba y Cano 2002: 188-194 y 198-199.

en el mismo también se desarrollaría la producción alfarera¹⁸² y la metalúrgica (como sabemos gracias al hallazgo de un crisol en uno de los departamentos¹⁸³).

Ya próximo a la desembocadura del Segura, creo que merece la pena hablar ahora del Cabezo Pequeño del Estaño, un pequeño poblado de 3000m² de extensión situado sobre un cabezo alargado que domina el curso bajo del Segura, habitado entre finales del s. VIII y comienzos del VI a.C., y que ha llegado hasta nosotros enormemente arrasado. El lugar ha sido interpretado en varias ocasiones como una fortificación avanzada dependiente de La Fonteta, debido tanto a su cercanía geográfica (se sitúa a tan solo 3 km) como a la presencia desde sus estratos fundacionales de cerámica importada a torno, como, sobre todo, a su masivo encintado¹⁸⁴. Esta última ha sido descrita como una muralla ataludada con casamatas enlucida al interior y ceñida por tirantes transversales reforzándose todo el conjunto por un torreón cuadrangular, y encontraría sus mejores paralelos, según sus excavadores, en la poliorcética semita¹⁸⁵. En el interior del asentamiento, se distinguen varias habitaciones adosadas de planta rectangular, con zócalos de mampostería, alzados de adobe y suelos de tierra batida¹⁸⁶, para las que se han propuesto paralelos en colonias fenicias del sur peninsular como Morro de Mezquitilla o Chorreras¹⁸⁷.

Ahora bien, esta interpretación ha sido contestada por diversos autores. Así, la supuesta arquitectura fenicia de la muralla¹⁸⁸ ha sido puesta en duda respecto a la

¹⁸² Como lo demuestra el prisma cerámico documentado, empleado para facilitar la cocción de las piezas (Lomba y Cano 2002: 194; Gutiérrez, Sáez y Reinoso 2013). De hecho, tanto la cerámica a mano documentada en el lugar (unos tres cuartos del total) como parte de la cerámica a torno coincide en tipología y proporciones con el conjunto cerámico proveniente del cercano Castellar de Librilla (García Blánquez 1995: 79).

¹⁸³ Lomba y Cano 2002: 196. Vid. Fig.2.8.b.

¹⁸⁴ González Prats y García Menárguez 2000: 1530-1531; González Prats 2007: 74. En razón de este asentamiento y de la dispersión de materiales fenicios por el sureste, M. Botto (2002: 42) habla incluso de un *“preciso programa di controllo territoriale da parte dei Fenici, che si realizza tramite l’occupazione sistematica del settore inferiore del fiume e degli avamposti strategici sui percorsi di collegamento verso l’interno”*.

¹⁸⁵ González Prats y García Menárguez 2000: 1531; González Prats 2001: 178; Prados Martínez y Blánquez 2007: 61.

¹⁸⁶ García Menárguez y Prados 2014: 123-124.

¹⁸⁷ González Prats 2001: 178. Vid. Fig. 2.8.c.

¹⁸⁸ González Prats y García Menárguez 2000: 1530. Llama la atención que el propio excavador del yacimiento, seis años antes, tan solo encontraba paralelos “tartésicos” para estas fortificaciones (García

existencia de casamatas¹⁸⁹, y se han propuesto diversos paralelos de tradición local, como las murcianas del Bronce Final o las andaluzas¹⁹⁰. De hecho, encontramos un notable parecido con la fortificación y arquitectura del Murtal, y la que describiremos seguidamente de l'Alt de Benimaquíà. Como en Murtal y Almadenes, por otra parte, en Cabezo Pequeño del Estaño confluye una mayoría de cerámica a mano con ciertas importaciones fenicias a torno (tanto vajilla de mesa como grandes contenedores) y con diversas evidencias de actividad metalúrgica en el interior del poblado¹⁹¹. Finalmente, F. Sala señala la dificultad de interpretar el Cabezo Pequeño del Estaño como una fortificación “de avanzadilla” de La Fonteta dado el restringido control visual que el enclave posee sobre la retrotierra, mientras que su perspectiva hacia la costa es mucho más amplia¹⁹². Por todo ello, mi propuesta es interpretar más bien el Cabezo en la misma clave que estos pequeños enclaves que vengo describiendo, y que tradicionalmente se han catalogado como “almacenes fortificados”.

Es de reseñar a este respecto que recientemente A. García Menárguez y F. Prados Martínez han propuesto una ulterior posibilidad interpretativa, a saber, que el Cabezo Pequeño del Estaño fuera más bien una factoría fenicia amurallada, establecida aquí para explotar los heterogéneos recursos de este entorno tan particular y en cuyo seno se llevarían a cabo gran diversidad de actividades productivas¹⁹³. En realidad, no se trata de una propuesta muy distinta a la que aquí apunto, con la salvedad del origen étnico de los habitantes del asentamiento, que los propios autores reconocen que sería diverso.

Otro asentamiento interesante, situado ya bastante más al norte, es el de Alt de Benimaquíà (Dénia, Alicante). Emplazado en las estribaciones suroccidentales del Montgó, dominando la franja litoral de la Marina Alta, se trata de un poblado de unos 5000m² de extensión, habitado entre finales del siglo VII y mediados del VI a.C. El lugar se rodeó de una potente muralla de fábrica irregular, protegida por seis torreones

Menárguez 1994: 272), y las describía como “enraizada en las más puras tradiciones del Bronce Final y el Hierro Antiguo, dentro del ámbito territorial tartésico” (García Menárguez 1994: 280).

¹⁸⁹ Sala 2006: 130; Vives-Ferrándiz 2008: 247-249; Montanero 2008: 104.

¹⁹⁰ Vives-Ferrándiz 2008: 247; Montanero 2008: 104-105.

¹⁹¹ González Prats y García Menárguez 2000: 1531.

¹⁹² Sala 2004: 75.

¹⁹³ García Menárguez y Prados 2014: 127-128.

pseudo-rectangulares¹⁹⁴, y frecuentemente puesta en relación con la arquitectura fenicia¹⁹⁵. El interior del poblado se articula en torno a una calle central, con departamentos de planta cuadrangular, zócalos de mampostería y alzados en adobe¹⁹⁶. Parte de estos departamentos se interpretaron como almacenes debido a su mayor tamaño relativo y a la acumulación en ellos de cerámicas de todo tipo (aunque con un claro predominio de las ánforas) y de semillas (de trigo, pero sobre todo de *vitis vinifera*)¹⁹⁷. En cuatro departamentos se identificaron otros tantos lagares de diversa tipología¹⁹⁸. Por lo que respecta a la cultura material, se combina la cerámica a mano con las producciones a torno, pero entre estas últimas destacan por su número las ánforas, tanto las importadas como las de producción local¹⁹⁹.

Nos encontramos por tanto, una vez más, con un poblado de época orientalizante de pequeña extensión, rodeado por una muralla que supuestamente emula una tipología oriental, en el que las cerámicas a mano conviven con las producciones a torno, y en el que al almacenaje y procesado de productos básicos como el cereal se añade la producción de un bien escaso y especializado como el vino. No se detectan indicios de actividades metalúrgicas en su interior, si bien las fuentes clásicas hacen hincapié en la riqueza en hierro de la comarca²⁰⁰. En su entorno, de hecho, se conocen otros poblados fortificados de la época, como Morro de Castellar (Denia, Alicante), si bien no han sido aún excavados²⁰¹.

A apenas unos kilómetros, en la propia ladera del Montgó, se sitúa el hábitat de Plana Justa, ocupado entre los siglos VII y V a.C., y que igualmente documenta una posible fortificación. En su interior, se documentan dos fragmentos de cerámica a mano, diversa cerámica local a torno (platos, tinajas, tinajillas, urnas de orejetas, morteros...), algunos vasos importados (dos cuencos-trípode fenicios, dos copas tipo

¹⁹⁴ Schubart, Fletcher y Oliver 1962: 3-6; Díes, Gómez Bellard y Guérin 1991: 16-19, Moret 1996: 480-482; Sala 2006: 129.

¹⁹⁵ Díes, Gómez Bellard y Guérin 1991: 23-24; Díes 2001: 95.

¹⁹⁶ Gómez Bellard y Guérin 1995: 258.

¹⁹⁷ Gómez Bellard, Guérin y Pérez Jordá 1993: 388; Díes 2001: 96-97; Álvarez García, Castello y Gómez Bellard 2000: 122-123.

¹⁹⁸ Gómez Bellard 1995: 258; 2010: 61-64.

¹⁹⁹ Gómez Bellard y Guérin 1995: 259; Álvarez García, Castello y Gómez Bellard 2000: 123-128. *Vid.* Fig. 2.8.d.

²⁰⁰ Str. III, 4, 6; Mel. II, 91.

²⁰¹ Gómez Bellard 2010.

Cástulo, y abundantísimas ánforas (hasta un 30% del total del material cerámico, entre R1 fenicias, PE 13 ebusitanas, Py3 massaliotas, e indígenas de diversa tipología)²⁰², cuya presencia en el yacimiento evidencia una vez más la importancia del almacenamiento en estos núcleos amurallados, superior a las meras necesidades de autoabastecimiento. Finalmente, destaca igualmente la presencia de una escoria de hierro y dos esponjas ferríferas²⁰³, prueba de la realización de actividades metalúrgicas en el enclave.

El último asentamiento al que haré mención en este apartado, La Quéjola (San Pedro, Albacete), es ligeramente más tardío que los demás y también es el que se encuentra más al interior peninsular, pero en mi opinión participa, al menos en parte, de los fenómenos que vengo describiendo. El poblado se sitúa en un espolón del Cerro del Peñón, dominando la vega del río Quéjola, afluente del Júcar y uno de los pasos tradicionales entre la Meseta y la Alta Andalucía, la Vereda de los Serranos²⁰⁴. El aprovisionamiento de agua, sal y madera en el entorno sería inmediato, en tanto que los buenos suelos para la explotación agrícola se limitarían a la pequeña vega²⁰⁵. En un lugar como este se construyó a finales del s. VI a.C., *ex novo*, de una sola vez y siguiendo, según sus excavadores, un plan preestablecido²⁰⁶, un hábitat de 0,75 ha., que permaneció habitado hasta finales de la centuria siguiente²⁰⁷. El lugar se encontraba protegido en al menos tres de sus lados por un encintado compuesto por dos paramentos de grandes sillares conectados por tirantes perpendiculares y rellenos de tierra y piedras más pequeñas, rematándose la fortificación con un gran torreón masivo que flanqueaba la puerta²⁰⁸.

Por lo que respecta al interior del asentamiento, solo se ha podido excavar un tercio de la superficie debido a su elevado grado de arrasamiento, pero se documentaron ocho estructuras, de las cuales tres se interpretaron como almacenes, dos como espacios de uso industrial, uno como cuerpo de guardia, otro quedó como incógnita debido a su mala conservación, y finalmente la llamada Casa 2 se interpretó

²⁰² Bolufer y Vives-Ferrándiz 2003: 72-81.

²⁰³ Bolufer y Vives-Ferrándiz 2003: 81.

²⁰⁴ Blánquez 1995: 193-195.

²⁰⁵ Blánquez y Olmos 1993: 87-90.

²⁰⁶ Blánquez y Olmos 1993: 90-91;

²⁰⁷ Olmos y Fernández Miranda 1987: 219.

²⁰⁸ Blánquez y Olmos 1993: 91; Blánquez 1995: 195; 1996: 161; Moret 1996: 492-493. *Vid.* Fig. 2.8.e.

como “espacio singular”, combinando las funciones de residencia del gobernante local y santuario doméstico²⁰⁹. Los tres almacenes estaban repletos de ánforas, imitaciones locales de la R1 fenicia, alcanzando entre todas ellas una capacidad de almacenamiento ampliamente superior a las necesidades de autoconsumo del pequeño hábitat²¹⁰; en cada uno de los almacenes, además, se halló una *kylix* de barniz negro tipo Cástulo²¹¹, lo que seguramente nos esté marcando la pauta para identificar las ánforas como contenedores de vino.

En un capítulo posterior volveré sobre la Vivienda 2 de La Quéjola; de momento, baste señalar que la interpretación generalmente aceptada es, como antes señalaba, que constituiría la residencia y el santuario doméstico del aristócrata que gobernaba el poblado, identificándose este como un gran almacén fortificado de vino²¹². Ahora bien, quizás quepa matizar esta lectura un tanto, pues al fin y al cabo, de residir en este espacio el gobernante del enclave (cosa que en principio no pongo en duda), gobernaría sobre muy pocos individuos, pues no olvidemos las reducidas dimensiones del recinto y que en la fracción que pudo ser excavada no se documentó ningún ambiente inequívocamente doméstico. Por otra parte, y en contra de lo que generalmente se ha dado por sentado, no creo que el almacenamiento de vino que tenía lugar en el poblado estuviera “centralizado” y fuera absolutamente fiscalizado por una autoridad única: al fin y al cabo las ánforas no se concentran en un almacén central sino que se distribuyen por diversos departamentos, y lo que es más importante, en cada departamento apareció junto con las ánforas una copa ática, quizás destinada a la “cata” del vino allí almacenado, posiblemente porque los administradores del producto almacenado en cada departamento fueran distintos.

²⁰⁹ Blánquez y Olmos 1991: 91-93; Blánquez 1995: 196-197.

²¹⁰ Blánquez 1996: 161.

²¹¹ Blánquez y Olmos 1993: 93. Es de reseñar que A.J. Domínguez (1998: 198) plantea, en base a la datación de estas copas, rebajar la cronología propuesta para el poblado por sus excavadores, defendiendo una horquilla cronológica de comienzos del s. V a.C. a comienzos del IV a.C. En mi opinión, sin embargo, esta corrección cronológica no resulta necesaria, pues las copas de tipo Cástulo se difunden por la Península ya desde la segunda mitad del s. V a.C. (Sánchez Fernández 1992: 330); la muralla y la propia tipología del asentamiento, sin embargo, me parecen más propias de finales del s. VI a.C., siguiendo las tendencias socioeconómicas que vengo describiendo estas páginas. Ciertamente es, en todo caso y como señala A.J. Domínguez, que no puede emplearse, como hicieron los arqueólogos en su momento, el conocido *timiatario* de bronce para datar el yacimiento, pues podría haber sido traído de otro lugar.

²¹² Blánquez 1996: 165; Blánquez 1996 a: 229.

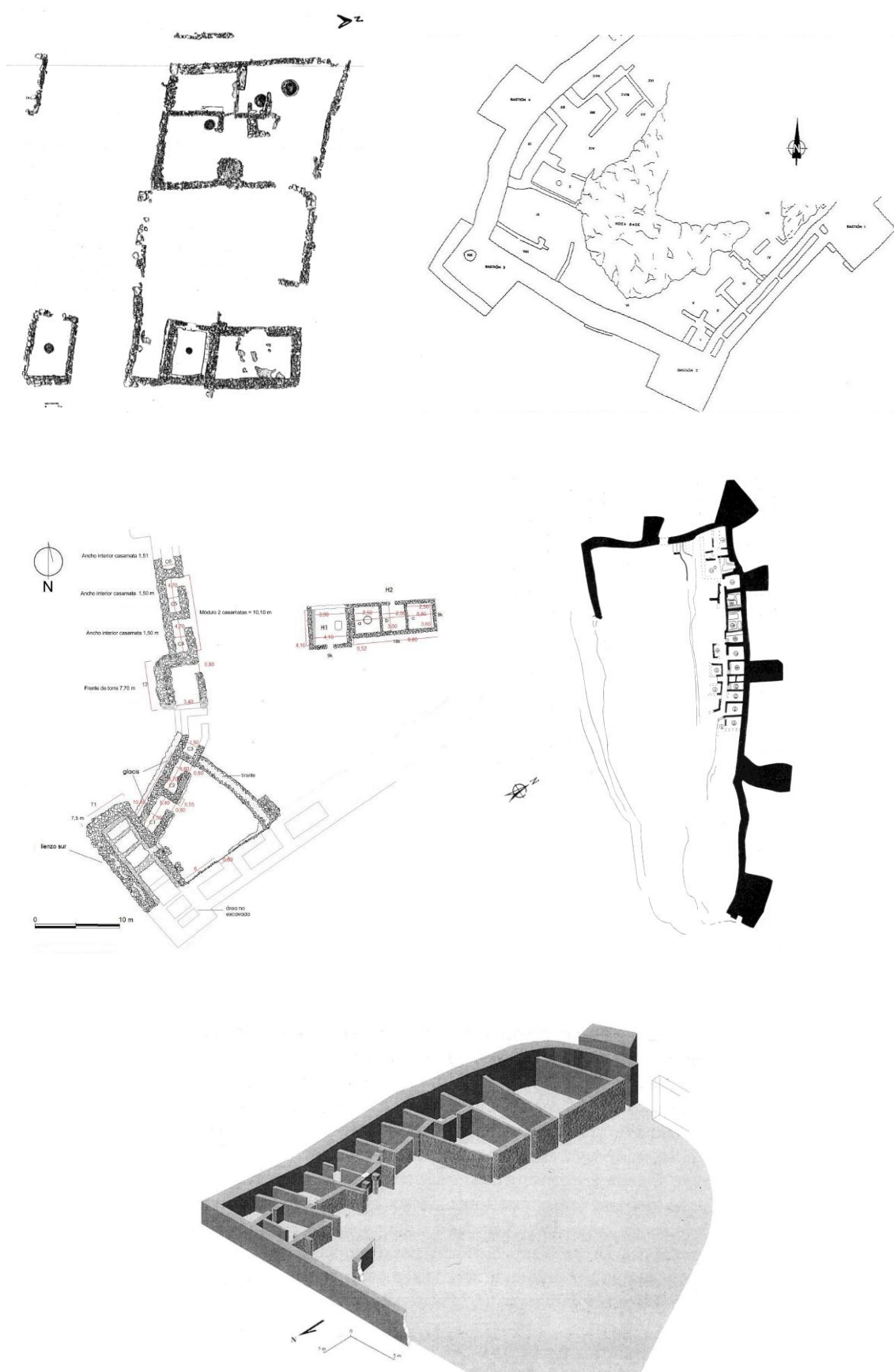


Fig.2.8. Planimetrías y reconstrucciones axonométricas de, respectivamente: edificio 1 de Los Almadenes; Cabezo de la Fuente del Murtal; Cabezo Pequeño del Estañó; Alt de Benimaquía; La Quéjola.

Estoy pensando, en definitiva, en un tipo de almacenamiento *doméstico*, solo indirectamente fiscalizada por la elite dirigente del lugar.

En conclusión, por tanto, la inclusión del sureste en el espacio colonial mediterráneo aceleró las transformaciones sobre las estructuras sociopolíticas locales, reforzando el proceso de jerarquización ya iniciado en estas comunidades. En los grandes asentamientos que articulaban el poblamiento en la región desde el Bronce Final, la llegada de las importaciones se vio acompañada de la concentración de la población en estos núcleos, la asunción de nuevas técnicas constructivas (la planta cuadrangular, la construcción a base de piedra y adobe, el uso de revocos en los edificios singulares), la erección de masivas fortificaciones y la potenciación y especialización de ciertos sectores de la economía como la metalurgia. Todos ello habla de una complejización social cada vez más acusada, y por consiguiente de un poder centralizador capaz de gestionar la fuerza de trabajo necesaria para llevar a cabo ciertas obras de infraestructura, organizar los intercambios intracomunitarios que permitan la especialización artesanal, y fiscalizar parte del excedente para intercambiarlo por bienes de prestigio y materias primas²¹³.

Ahora bien, en esta época surgen también otra serie de nuevos núcleos, cuya relación jerárquica respecto de los anteriores poblados no creo evidente. Se trata de los tradicionalmente llamados “almacenes fortificados”, pequeños núcleos que surgen en relación con el tráfico comercial entre la costa y el interior, dominando determinadas vías de comunicación; hábitats que son productivamente autónomos pero cuya variada economía se volcaría hacia los intercambios con los comerciantes alóctonos y el atesoramiento de determinados productos que, por motivos ideológicos a la par que económicos, como veremos más tarde, podrían considerarse estratégicos, como es el caso del vino. Algo similar a lo que ocurre, por cierto, con los también categorizados como “almacenes fortificados” del noreste, como Aldovesta (Benifallet, Tarragona) y Sant Jaume (Alcanar, Tarragona)²¹⁴, pues, como señalan P. Halstead y J. O’Shea, el simple almacenamiento de productos no salvaguarda a quienes lo

²¹³ Vid. Fig. 2.9.

²¹⁴ Mascort, Sanmartí y Santacana 1991; Asensio *et alii* 2000; García i Rubert 2010.

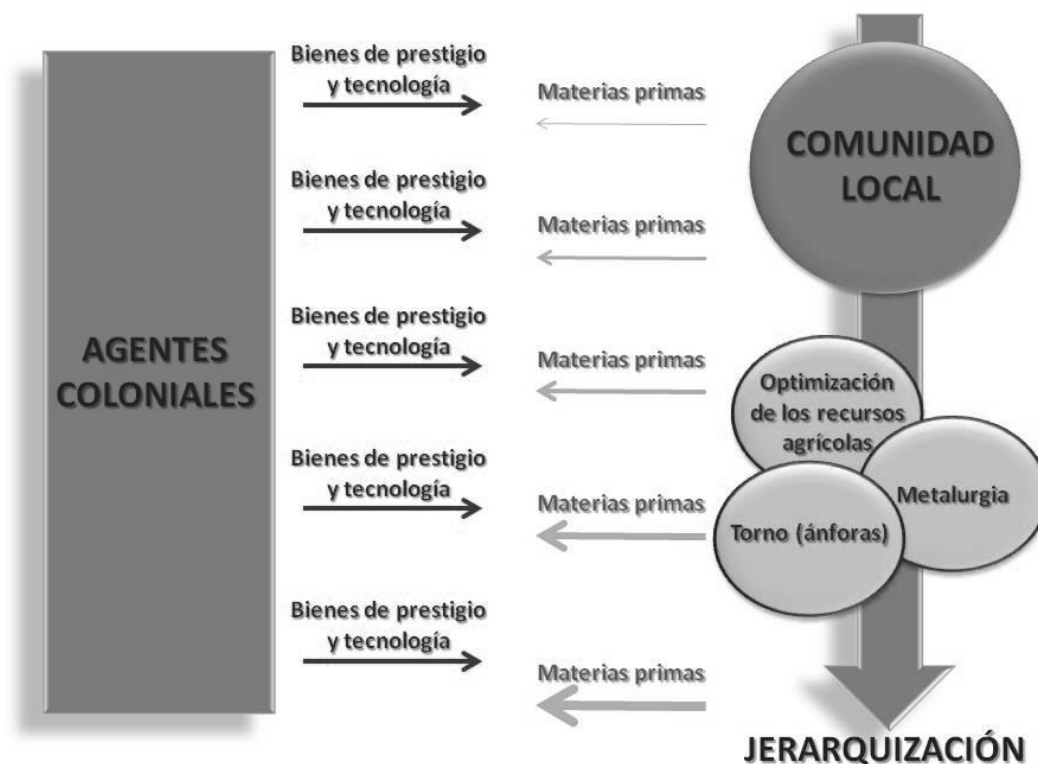


Fig. 2.9. La vectorización de la complejidad de las sociedades locales por parte del comercio colonial.

promueven contra las hambrunas y las enfermedades, mientras que los intercambios intercomunitarios y, sobre todo, el “almacenamiento social” sí que lo hacen²¹⁵.

2.3.3. La actividad agropecuaria.

Hasta el momento, vengo hablando del comercio, la metalurgia o la alfarería, pero apenas he hecho mención a las actividades agrícolas, en parte porque son las peor conocidas (pues la evidencia que dejan en el registro arqueológico es más evanescente), y en parte porque creo que, por su importancia, merecen un epígrafe aparte. Y es que, como se viene décadas señalando (sobre todo desde planteamientos marxistas), la explotación de la tierra constituye la base de la actividad económica, y el acceso a su propiedad, uno de los aspectos más importantes de la jerarquización social²¹⁶. El problema es que generalmente las actividades agropecuarias se han analizado desde el punto de vista del utillaje metálico empleado, y solo más

²¹⁵ Halstead y O’Shea 1982.

²¹⁶ Gilman 1997: 82-83.

recientemente desde el de las especies vegetales explotadas y las técnicas de almacenamiento y procesamiento de los alimentos²¹⁷, pero por el momento es muy poco lo que sabemos con certeza del sistema de propiedad ibérico en general²¹⁸, y tanto menos el propio de estos momentos formativos.

Recientemente se ha señalado, con muy buen criterio desde mi punto de vista, que si bien el comercio y el impulso de la metalurgia y las demás actividades artesanales transformaron profundamente las estructuras sociales de las comunidades locales a partir de finales del s. VIII a.C., estas transformaciones pudieron producirse solamente gracias a una base demográfica creciente²¹⁹. Una población en crecimiento requerirá un aumento de la producción para su mantenimiento y ofrecerá un mayor volumen de trabajo disponible para dicha producción, pero incrementará lógicamente la presión sobre los recursos disponibles. Ahora bien, una complejidad social creciente, a su vez, implicará que la elite social demande mayores excedentes para la autorreproducción del sistema desigual, lo que requerirá igualmente de un aumento exponencial de la producción y consecuentemente de la presión sobre los recursos²²⁰. Por consiguiente, el despegue de la complejidad social que vengo defendiendo en las páginas anteriores entre los ss. VIII y VI a.C. en el sureste peninsular hubo de entrañar un aumento neto de la productividad agropecuaria, que se conseguiría posiblemente mediante la extensión de las áreas cultivadas y la introducción de cambios tecnológicos y organizativos que aumenten su productividad.

No por casualidad será a partir de este momento cuando comencemos a detectar en el sureste el uso del arado y demás utillaje de hierro y el empleo de abonos orgánicos²²¹. Y también es en estos momentos cuando se introducen en el sureste nuevos cultivos como la vid y, quizás, el olivo. Cultivos cuya presencia, por cierto, no es baladí para este estudio, pues se trata de especies cuyo cultivo implica la inversión de gran cantidad de trabajo y de una parcela de tierra fértil para obtener un bien que no comenzará a producir hasta años o incluso décadas después, comportamiento que entraña, como es fácil de imaginar, que el agricultor cuente con

²¹⁷ Pérez Jordá *et alii* 2000: 151.

²¹⁸ Alvar 1990: 123-124; Pereira Menaut 2012: 18-19.

²¹⁹ Sanmartí 2009: 76-77.

²²⁰ Champion 1982: 63-65.

²²¹ Oliver 2000: 45; Grau 2007: 125-129.

los medios suficientes como para mantenerse durante todo ese tiempo, y que además tenga la seguridad que durante esos años nadie acabará con su cultivo ni le arrebatará los frutos de su trabajo. Algo solo posible gracias a un nivel organizativo de la sociedad y la economía relativamente elevado, con un régimen de propiedad de la tierra, sea este de tipo privado, individual o colectivo, suficientemente regulado²²².

En este sentido, el hallazgo de los lagares de l'Alt de Benimaquía, acompañados de las pepitas de *vitis vinífera* documentadas y de la gran cantidad de ánforas R1 y locales, en lo que supone el primer testimonio de producción vinífera de la Península Ibérica (antes incluso que en los centros coloniales)²²³, resulta revelador.

Los propios agentes coloniales, por otra parte, posiblemente potenciaron esta intensificación de la actividad agrícola. Ya J. Alvar y C. González Wagner advirtieron hace unas décadas, siguiendo a su vez a C.R. Whittaker, que los metales no serían el único foco de interés de los fenicios en Occidente, sino que también estarían interesados en la adquisición de productos agrícolas y en la propia puesta en explotación de terrenos de cultivo²²⁴. Y de hecho podemos observar en toda la mitad sur peninsular, y no solo en el sureste, cómo los espacios coloniales se pueblan de un importante número de pequeños enclaves rurales situados en llano y con clara vocación agrícola, enclaves que algunos autores han concebido como dependientes de los núcleos fenicios e integrantes de su "*khora*"²²⁵, que otros identifican como núcleos poblados cada uno por una unidad familiar extensa, y basados en una producción doméstica diversificada y más o menos autónoma en un contexto regional carente de estructuras económicas centralizadas²²⁶, y que otros finalmente consideran insertos en los territorios políticos de los grandes *oppida* locales²²⁷.

En mi opinión, y aun teniendo en cuenta los modos de vida basados en una producción doméstica diversificada que acabo de mencionar, resulta difícil defender una total autonomía de estos pequeños núcleos en llano respecto de los enclaves en altura, ya que su escaso tamaño y su ausencia de murallas convertirían su producción

²²² Gilman 1997: 84-85.

²²³ Campanella 2008: 40-44.

²²⁴ Whittaker 1974; Alvar y González Wagner 1988.

²²⁵ Cf. por ejemplo López Castro (2006: 44) en relación con La Fonteta.

²²⁶ Delgado Hervás 2013: 323.

²²⁷ Cf. por ejemplo Moratalla (2005: 95-97) en relación con Peña Negra.

agropecuaria en fácil botín ante cualquier razzia de no contar con la “protección” que supondría su encuadramiento en alguna estructura sociopolítica mayor. Lo cual no quiere decir que dicha estructura fuera mucho más allá de una red de pactos que garantizaran dicha protección a cambio del mantenimiento de una serie de intercambios desiguales que permitieran a la elite del lugar central fiscalizar parte del excedente obtenido. Red de pactos que posiblemente también permitiera a los pequeños núcleos rurales el acceso a determinadas tecnologías y especies cultivables que facilitarían la intensificación de la producción. A este respecto cabe mencionar el hallazgo del pecio de Cala Sant Vicenç (Pollença, Mallorca), un navío que naufragó a finales del s. VI a.C. en las cercanías del cabo Formentor, inusualmente grande para la navegación mediterránea occidental de la época con sus 22 metros de eslora y sus 30 toneladas de capacidad de desplazamiento²²⁸, y cuya arquitectura naval delata su origen griego²²⁹. Entre el cargamento transportado por este mercante y que ha podido ser documentado, se cuentan casi dos decenas de ánforas vinarias griegas (jonias y corintias B arcaicas), 26 ánforas ibéricas, un buen número de cuentas de collar de pasta vítrea, gran cantidad de lingotes de estaño y, lo que me interesa más en este momento, un lote de molinos pétreos de vaivén y al menos 134 hachas-azadas de hierro, estas últimas ordenadas en fardos ligados con cuerda de esparto²³⁰. Da la impresión, por tanto, de que los agentes coloniales, griegos en este caso, estuvieran recorriendo la costa intercambiando no solo ciertos bienes de prestigio (vino y cuentas de pasta vítrea) sino también utillaje agrícola (herramientas metálicas y molinos de vaivén) a cambio de productos agropecuarios. Proveyendo por tanto a las comunidades locales de aquellas herramientas que requerían para aumentar sus excedentes agropecuarios y poder acrecentar así su participación en los intercambios comerciales.

Pero prestemos atención, siquiera brevemente, a las posibilidades agropecuarias de los asentamientos mencionados en las páginas anteriores. Para ello, creo interesante asomarnos a los “Análisis de Captación de Recursos”, cuya teoría se

²²⁸ Pomey 2009: 64.

²²⁹ Nieto Prieto, Santos y Tarongí 2004: 211.

²³⁰ Nieto Prieto y Santos 2009 (para los picos de hierro, cf. especialmente, Nieto Prieto y Santos 2009: 32-37).

desarrolló en los setenta²³¹ pero que, con ciertas precauciones, han probado su utilidad en diversos estudios sobre la protohistoria peninsular en los últimos años²³². Podemos por lo tanto aceptar que el radio de captación habitual de recursos en torno a los asentamientos sería de unos 5 km²³³, y habremos de asumir, aun aceptando un cierto margen de error, que las potencialidades económicas de cada territorio no habrán variado demasiado en el curso de dos milenios²³⁴.

Como se puede observar en los gráficos presentados²³⁵, todos los asentamientos en altura mencionados en las últimas páginas se sitúan en las cercanías de buenos terrenos para la explotación agrícola. Así, Peña Negra se asoma al Camp d'Elx y la vega del Vinalopó; el Castellar de Librilla y el Cabezo de la Fuente del Murtal se alzan sobre la vega del Guadalentín, cuyo potencial agrario además posiblemente fuera en la Antigüedad mayor que el actual²³⁶; Los Saladares se sitúa en el límite de la vega del Segura, en tanto que El Macalón controla la del Taibilla; junto a El Monastil, a tan solo 1,5 km, se detecta el fortín de El Chorrillo, intervisible con el anterior, pero situado dominando una pequeña pero fértil zona agrícola, y fechable según A.M. Poveda desde el s. VII a.C., aunque los materiales publicados parecen diferir de esta datación²³⁷; Los Almadenes dominaba el paso a la fértil huerta del río Mundo, mientras que el Cabezo Pequeño del Estaño constituye una pequeña elevación sobre el

²³¹ Chisholm 1972; Jarman, Vita-Finzi y Higgs 1972; Roper 1979.

²³² Cf. por ejemplo Grau 2000; Mayoral 2004.

²³³ Higgs y Vita-Finzi 1972: 31; Chisholm 1972: 64; Mayoral 1984. A pesar de que en varias ocasiones se atribuye este cálculo a C. Vita-Finzi, es de reseñar que este investigador primero propuso dicho radio de explotación pero luego concluyó que resulta más apropiado calcularlo en tiempo y no en distancia, por lo que defiende un radio de captación de recursos de una hora en torno a cada poblado (Vita-Finzi 1978: 25-26). En estas páginas sin embargo no tomo en cuenta esta apreciación dado que creo que el análisis del tiempo que en la protohistoria se tardaría en recorrer un determinado terreno introduce una nueva variable no comprobable en los cálculos, y por lo tanto torna los resultados aún menos evidentes.

²³⁴ Santos 1994 b: 18-20; Mayoral 2004: 38.

²³⁵ Para la construcción de estos Análisis de Captación de Recursos se han proyectado *buffers* de 5 km de radio en torno a los asentamientos analizados sobre el mapa de usos de suelo *Corine Land Cover Cambios 2006* a escala 1:100.000, realizado por el IGN según la metodología establecida por la Agencia Europea de Medio Ambiente. *Vid.* Fig. 2.10 y Fig. 2.11.

²³⁶ Lomba y Cano 2002: 168.

²³⁷ Esta función de control sobre una zona agrícola es propuesta por A.M. Poveda (1998: 415-416), si bien sus excavadores se muestran indecisos al respecto (Segura Herrero y Jover 1995: 237; Márquez *et alii* 1997: 334). El yacimiento es datado con una cronología bastante posterior, entre los ss. V y IV a.C., por F.J. Jover y G. Segura (1995: 59-60; Segura Herrero y Jover 1995: 236-237) y F. Prados Martínez (2010: 68-69), aportando los primeros un conjunto de materiales bastante convincentes al respecto.

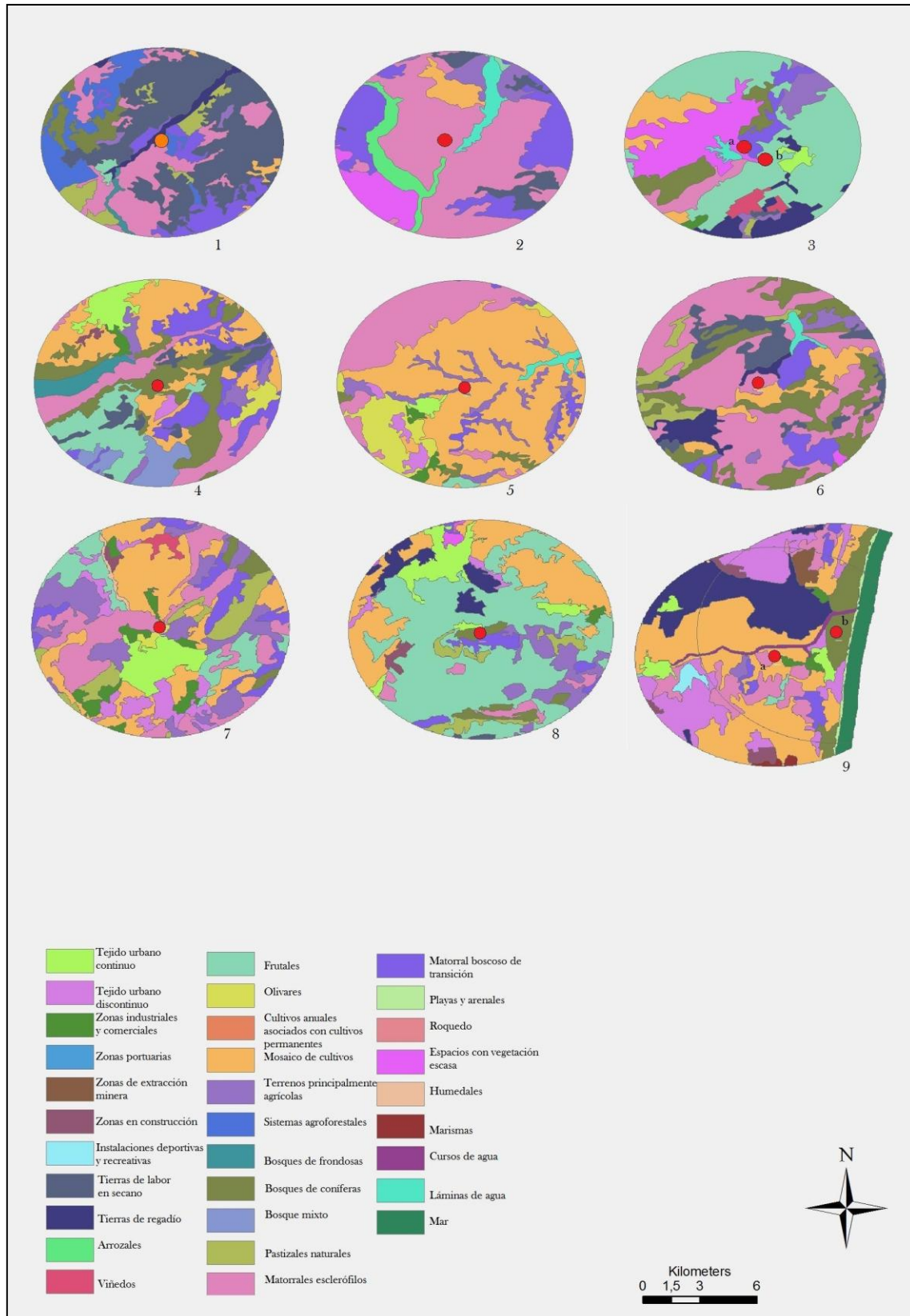


Fig. 2.10. Análisis de Captación de Recursos de los asentamientos de los siglos VIII-VI a.C. (I): 1. La Quéjola; 2. Los Almadenes; 3. a) Cabezo de la Fuente del Murtal; 3. b) Castellar de Librilla; 4. Puig d'Alcoi; 5. Alt del Punxó; 6. Macalón; 7. Monastil; 8. Saladares; 9. a) Cabezo Pequeño del Estaño; 9. b) La Fonteta.

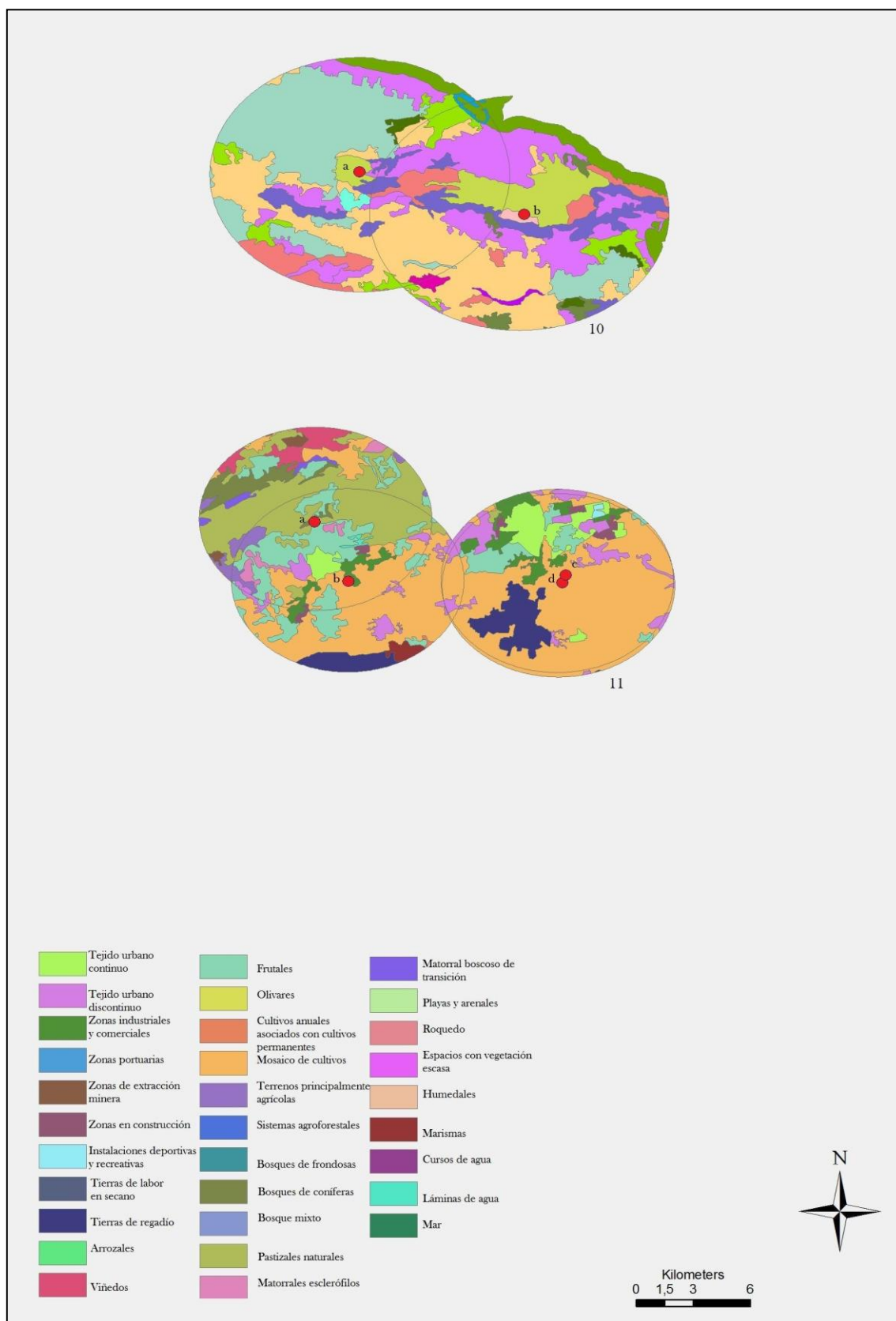


Fig. 2.11. Análisis de Captación de Recursos de los asentamientos de los siglos VIII-VI a.C. (II): 1. a) Alt de Benimaquía; 1. b) Plana Justa; 2. a) Peña Negra; 2. b) El Bosch; 2. c) Casa de Secá; 2. d) Alcudia d'Elx.

territorio de aluvión que compone las llanuras del Bajo Segura; La Quéjola por su parte controla la pequeña vega del río Quéjola, y finalmente L'Alt de Benimaquía se alza sobre la huerta de Denia, y sus lagares atestiguan la explotación de las viñas cercanas.

Ahora bien, el análisis de estas ubicaciones evidencia algo más: todos los poblados descritos se sitúan sobre posiciones elevadas, algo que sin duda vino motivado por necesidades defensivas, pero en lo que posiblemente también influiría la necesidad de acceder a otros recursos que no abundaban en la llanura. Por ello casi todos los gráficos muestran una cierta proporción de buenos terrenos de cultivo en las cercanías de estos asentamientos, pero estos no suelen ser mayoritarios. Ya he señalado de hecho que Peña Negra se localizaba cercana a diversos yacimientos de cobre, en tanto que los recursos madereros serían fundamentales para la actividad metalúrgica desarrollada en el lugar; ya O. Arteaga y M.R. Serna apuntaba que no era casualidad que Saladares se situara en el límite entre la vega del Segura y los espartizales y recursos madereros de la Sierra de Orihuela²³⁸; y M.M. Ros hizo lo propio respecto de Castellar de Librilla, entre Sierra Espuña y la vega del Guadalentín²³⁹. Finalmente, S. González Reyero ha reparado igualmente en que los “almacenes fortificados” mencionados antes parecen responder a una búsqueda consciente de estas zonas de transición entre la sierra y la vega, que permiten el acceso a ambos tipos de recursos²⁴⁰. Una estrategia que parece óptima para una economía que progresivamente se iba diversificando pero en la que aún los circuitos de comercio a larga distancia serían inestables, y sobre todo una estrategia que, en este tipo de economías escasamente integradas, minimiza el impacto de una mala cosecha o de cualquier otro tipo de desastre natural²⁴¹.

Al hablar de esta complementariedad de recursos, por cierto, debo referirme también a la ganadería, que apenas ha dejado vestigio en el registro arqueológico más allá de análisis arqueofaunísticos que demuestran la consumición de determinadas especies, pero que aún no ofrecen resultados abundantes para esta época²⁴². Sí que es

²³⁸ Arteaga y Serna 1975: 13-17.

²³⁹ Ros 1993: 73-74.

²⁴⁰ Agradezco a S. González Reyero este apunte.

²⁴¹ Gallant 1991: 34-59; Garnsey 2003: 78-84.

²⁴² Cf. por ejemplo los referidos a La Fonteta (Iborra 2004: 287-312) o El Puig (Pérez Jordá, Carrión e Iborra 2013).

de reseñar en todo caso la presencia de varios de los asentamientos mencionados en torno a las principales vías ganaderas tradicionales²⁴³. Apenas sabemos nada no obstante de la propiedad y explotación de los rebaños, o hasta qué punto sería importante la trashumancia y transterminancia en estas épocas tempranas, más allá de posibles (y peligrosos) paralelos etnográficos.

Ahora bien, frente a estos asentamientos en altura de los que vengo hablando hasta ahora, llama la atención el surgimiento en estas épocas de un nuevo tipo de poblados, en los que solo en los últimos años está reparando la historiografía. Me refiero a los pequeños hábitats en llano, aparentemente carentes de murallas y generalmente formados tan solo por construcciones circulares de materiales perecederos, cuya vocación agrícola sería indudable, pero que participarían igualmente de la diversificación económica que toda esta área estaba experimentando en estos siglos. Es el caso, por ejemplo, del poblamiento que en esta época aparece *ex novo* en el Camp d'Elx, diseminado por sus fértiles tierras cuaternarias, de gran productividad agrícola según estudian I. Grau y J. Moratalla²⁴⁴; me refiero a hábitats como Camí de Catral, Hacienda Botella, Finca del Tío Bou o Galanet, todos ellos ubicados en el término municipal de Elche y todos ellos conocidos solo por prospecciones, o bien excavados recientemente pero aún inéditos²⁴⁵; o a la propia Alcudia, que para estas épocas sería un asentamiento en llano más, pero de la que apenas sabemos nada pues los niveles superiores han ocultado sus fases fundacionales²⁴⁶; o al mencionado yacimiento de El Bosch, localizado en buenos terrenos agrícolas pero del que solo conocemos media docena de moldes para la fabricación de utillaje metálico²⁴⁷; y sobre todo a Casa de Secà (Elche, Alicante), un yacimiento excavado de urgencia y recientemente publicado compuesto por una serie de fosas-vertedero, en el que se documenta un hábitat desde el que entre los siglos VII-VI a.C. se explotaría los recursos agrarios del entorno, se practicaría la metalurgia y

²⁴³ Mederos y Ruiz-Cabrero 2004.

²⁴⁴ Grau y Moratalla 2004: 120-121.

²⁴⁵ Jover y López Padilla 2005: 40-41; Soriano, Maestre y López Seguí 2012: 88.

²⁴⁶ Grau y Moratalla 2004: 113.

²⁴⁷ Trelis 1995.

al que llegarían materiales cerámicos a torno fenicios²⁴⁸, precisamente en una proporción similar a los asentamientos en alto descritos anteriormente.

Otro ámbito en el que recientemente se ha llamado la atención sobre un poblamiento rural de estas características y que surge en esta época es el de los valles del Alcoià-Comtat. Así, en L'Alt del Punxó (Muro, Alicante), situado en una suave terraza de la margen izquierda del río Serpis, aparecen en torno al s. VII a.C. cuatro fondos de cabaña excavados en el sustrato geológico y en cuyo interior se documentan orzas y tinajas fabricadas a mano, pequeños contenedores locales a torno, cerámica de cocina, ánforas R1 y locales, e incluso una urna tipo Cruz del Negro²⁴⁹.

Junto a la desembocadura del río Serpis, ya en la Marina Alta, se sitúa el yacimiento de La Vital, excavado hace tan solo unos meses y en el que se han documentado una veintena de estructuras negativas, datables en el s. VIII a.C. e interpretables como una unidad doméstica y sus estructuras auxiliares²⁵⁰. Aunque en este caso no se han hallado materiales de importación (nos encontramos aún en una época muy temprana, y también en territorios ciertamente septentrionales), nuevamente aquí tenemos documentada la presencia de un minúsculo hábitat rural situado en plena zona de huerta, compuesto por viviendas construidas con materiales perecederos y en la que junto al aprovechamiento agrícola del entorno (en este caso predominando el cultivo de cebada vestida) se observa la producción metalúrgica, gracias a la presencia de un posible horno al aire libre, una escoria de hierro, una tobera de barro, y un lingote de cobre.

Mucho más al sur, finalmente, he de mencionar también el yacimiento de Casarejos (Lorca, Murcia), dos basureros hallados en plena huerca lorquina y cuyos materiales datan mayoritariamente de los siglos VII y VI a.C.: cerámica gris, producciones fenicias, copias locales de estas, una urna Cruz del Negro, fusayolas, brazaletes de bronce espiriliformes rematados en cabezas de serpiente, una herradura de hierro, abundantes restos óseos de animales domésticos consumidos, y gran

²⁴⁸ Soriano, Maestre y López Seguí 2012: 82-86.

²⁴⁹ Espí *et alii* 2009: 29-33.

²⁵⁰ García Borja *et alii* 2013.

cantidad de pellas de barro con improntas vegetales que procederían de la techumbre o muros de viviendas cercanas²⁵¹.

Todo lo cual, en última instancia, nos está hablando de un tipo de poblamiento rural de clara vocación agraria muy distinto de los grandes núcleos en altura y de los llamados “almacenes fortificados”. Se trata de pequeños hábitats, que como se evidencia en el Análisis de Captación de Recursos²⁵², han renunciado a la complementariedad de recursos de la que antes hablábamos para situarse en el centro de amplias extensiones de suelos de buena productividad agrícola, prueba de que se trata de enclaves con una mayor especialización económica. Ahora bien, la cuestión que queda por responder sería qué relación existe entre estos asentamientos y aquellos. Según I. Grau y J. Moratalla, la dependencia de los hábitats del Camp d’Elx respecto de Peña Negra “parece indudable”²⁵³, en tanto que los excavadores de L’Alt del Punxó creen que sus habitantes dependerían del poder ejercido desde Cocentaina²⁵⁴. En mi opinión, es aún demasiado pronto para hablar en el sureste de territorios integrados en los que un núcleo hegemónico gobierne sobre un territorio poblado de granjas dependientes. Desde luego, alguna relación existiría entre ambos tipos de enclave, relaciones que quizás se basaran en intercambios periódicos, intercambios que con toda seguridad encerrarían en su seno cierta desigualdad, de la que se beneficiarían las elites de los núcleos en altura y que explica la subsistencia de las pequeñas granjas no fortificadas. Ahora bien, la dependencia tampoco sería categórica, como parece probarlo la economía diversificada que se atestigua en estos pequeños enclaves rurales (pues si su objetivo único fuera abastecer de alimentos a los grandes núcleos en altura, serían a su vez proveídos por éstos de utillaje metálico), el hallazgo de elementos de prestigio como los brazaletes espiriliformes de Casarejos, o la presencia de importaciones en no menor número y calidad que en los grandes núcleos en altura, lo que nos está indicando que las elites de estas aldeas tenían las mismas necesidades de legitimación y las mismas posibilidades para costearse dicha legitimación que los gobernantes de los núcleos en altura.

²⁵¹ Mancha 2010.

²⁵² Vid. Fig. 2.10 y 2.11.

²⁵³ Grau y Moratalla 2004: 113.

²⁵⁴ Espí *et alii* 2009: 46.

Sería posible, también, que estos gobernantes fueran los mismos. Permítaseme la analogía con el conocido pasaje del Escudo de Aquiles, en el que un gobernante acude a los campos para contemplar cómo los labradores aran su campo, y les ofrece un banquete al finalizar el trabajo.

Y en él figuraba
un dominio real
de altas mieses, en el que segaban
jornaleros, las afiladas hoces
empuñando en sus manos (...).
Y el rey
entre ellos de pie estaba, en silencio,
al borde de la ringla, con su cetro
en la mano y gozoso el corazón.
Heraldos, a lo lejos, preparaban
un banquete debajo de una encina”²⁵⁵.

Dado que todas estas granjas en llano muestran una arquitectura perecedera y sin ninguna pretensión aparente de perdurabilidad (no hay murallas ni zócalos en piedra), en alguna ocasión se ha planteado incluso que podría tratarse solamente de hábitat estacionales²⁵⁶. Planteo por ello que quizás pudieran responder al desplazamiento temporal de un segmento de las comunidades que habitaban los asentamientos en altura, incluyendo no solo a los trabajadores de la tierra sino también a determinados individuos que pretendían mostrar su preeminencia mediante el uso de elementos de prestigio como los brazaletes de Casarejos y que abastecían de vino y de ciertos elementos de vajilla importados los banquetes conviviales que, como veremos más adelante, el gobernante ofrecería a los suyos para legitimarse; unos individuos que de hecho serían capaces de fiscalizar cierta cantidad del excedente producido como demuestra el hecho de que pudieran adquirir esos bienes de prestigio, y que por tanto posiblemente se arrogarían ciertos derechos sobre la propiedad de la tierra labrada²⁵⁷.

Este modelo no puede generalizarse, y de hecho no conocemos por el momento un poblamiento rural análogo en áreas tan feraces como el Bajo Segura²⁵⁸ o el valle de La Canal²⁵⁹, ambas intensa y recientemente prospectadas. Para la

²⁵⁵ Hom. *Il.* XVIII, 550-558.

²⁵⁶ Espí *et alii* 2009: 34.

²⁵⁷ Idea que me cedió generosamente F. Notario, a quien se la agradezco.

²⁵⁸ Gutiérrez Lloret *et alii* 1998-1999 ; Moratalla 2005: 97.

²⁵⁹ Grau y Molina 2013: 228-230.

explotación del entorno rural de los núcleos fortificados en altura no era necesario el establecimiento de una red de pequeñas aldeas, sino que los campos de estas comarcas fueron seguramente explotados desde los núcleos fortificados en altura o en ladera cercanos.

De lo que parece que sí podemos estar ciertos, es que la intensificación de la agricultura posiblemente aumentó el atractivo de la tierra, y por lo tanto fomentaría el surgimiento de formas de propiedad mejor reguladas. El hallazgo de bienes de prestigio en poblados situados junto a las tierras de labranza así parece atestiguarlo, como señalaba anteriormente. Pero también los pobladores de los hábitats fortificados en altura expresaron su voluntad de propiedad de las tierras de labor del llano circundante: resulta enormemente elocuente en este sentido, como señaló I. Grau²⁶⁰ recientemente, que una parte de las gentes del Puig d'Alcoi eligieran como lugar de enterramiento Mas de Regall (Alcoi, Alicante), una necrópolis situada a cerca de una hora de camino del poblado en altura pero junto a los campos que desde allí se cultivaban y controlaban, y cuya propiedad quedaba de esta manera ideológicamente reivindicada. Modelo que quizás (y digo quizás) explique también la ubicación de ciertos enterramientos aislados en tierras albaceteñas, lejanos de cualquier hábitat documentado hasta el momento y ubicados en plena llanura de alto valor agrícola, como podría ser el caso del de El Patojo²⁶¹, el de Tiriez²⁶² (Albacete) o, más claramente, el de Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón, Albacete), enterramientos todos ellos datados a finales del s. VI a.C. y que podrían evidenciar la pretensión de ciertos gobernantes o comunidades de reclamar la propiedad de unas tierras no inmediatas a su hábitat, empleando para ello a sus antepasados, recurso sobre el que hablaremos en capítulos posteriores.

2.4. La consolidación del sistema: el despegue del comercio griego.

²⁶⁰ Grau 2013: 268.

²⁶¹ López Precioso 1994. Este autor observó en 1991 la existencia de una serie de manchas cenicientas en las inmediaciones que le llevan a proponer la existencia de otros enterramientos conformando una necrópolis, pero por el momento solo esta tumba ha salido a la luz.

²⁶² Soria y García Martínez 1995. Si bien no se trata de un hallazgo controlado, sí que sabemos que el mismo se produjo en el término municipal de Tiriez, y constituye un *unicum* tanto en dicha localidad como en toda la región.

Desde muchos aspectos, incluido el económico, el Ibérico Antiguo ha sido considerado por algunos autores el epílogo de la etapa anterior, formativa²⁶³. Para otros, sin embargo, se trata de un claro momento de ruptura, en el que se configuran en el mundo ibérico del sureste organizaciones tribales altamente desarrolladas, o incluso las primeras estructuras estatales²⁶⁴. Sin querer ir tan lejos, tan solo señalaría a este respecto que los dos principales ámbitos en los que se percibe una transformación importante respecto de las tendencias operativas hasta entonces, tendencias que por lo demás se mantienen en buena medida, son la estructura de poblamiento y los intercambios comerciales, transformaciones ambas que, en mi opinión, se encuentran profundamente interrelacionadas. Y es que, como señalan C. Aranegui y J. Vives-Ferrándiz, a partir de un momento avanzado del s. VI a.C. buena parte de los asentamientos poblados hasta entonces y que presentan vestigios de presencia o actividad comercial fenicia se abandonan, coincidiendo con el cambio de actores en el espacio colonial del sureste, y con las nuevas relaciones de poder en el seno de las sociedades locales que este cambio entrañaría²⁶⁵. Un cambio de dinámica que, añadiría yo, no por casualidad es más perceptible y temprano en las comarcas costeras o más directamente conectadas con el litoral a través de las vías de comunicación, y no tanto en los valles alcoyanos o el interior meseteño.

A modo de ejemplo, valga llamar la atención sobre la última fase del poblado de Castellar de Librilla. Aquí, a partir del s. VI a.C. el número de viviendas parece reducirse de manera sustancial, en tanto que el espacio que anteriormente aquellas ocupaban, o al menos parte de él, se dedica a actividades artesanales, como el taller de fundición Este²⁶⁶. Ello, unido al menor volumen de material cerámico de esta fase de ocupación recuperado respecto de otras fases anteriores, mueve a su excavadora a afirmar que se habría producido una cierta regresión demográfica en el lugar, paralela a una progresiva especialización económica²⁶⁷. Lo que observamos también es que el flujo de importaciones de lujo fenicias llegadas al enclave disminuye también en esta fase, hasta prácticamente desaparecer, y que por el contrario el volumen de utillaje

²⁶³ Cf. por ejemplo, recientemente, Sala 2005: 119.

²⁶⁴ Santos Velasco 1999: 111.

²⁶⁵ Aranegui y Vives 2006: 96-98.

²⁶⁶ Ros 1988: 86.

²⁶⁷ Ros 1993: 106-107.

metálico aumenta enormemente. Todo lo cual quizás deba interpretarse de manera conjunta: un sistema de poder cuya estabilidad se basaba en buena medida en el control y redistribución parcial de bienes de prestigio importados fenicios entra en crisis cuando la afluencia de estos disminuye debido al ocaso de los circuitos de redistribución comercial tradicionales, y busca reorientarse, potenciándose la especialización artesanal (en este caso conocemos mejor el caso de la actividad metalúrgica) pero dirigiendo la producción no ya tanto a los intercambios externos cuanto al consumo interno. Estrategia que, a juzgar por el progresivo abandono del enclave, no pareció tener éxito, al menos en este lugar.

Pero centrémonos por un momento en las profundas transformaciones observables en los intercambios comerciales que tenían lugar en el sureste peninsular, y que articulaban el espacio colonial. Llama la atención, en primer lugar, el retraimiento de los circuitos de intercambio de materiales fenicios. Así, creo enormemente significativo el abandono a mediados del s. VI a.C. del enclave de La Fonteta, se considere esta como colonia fenicia o bien tan solo como puerto de entrada y redistribución de los materiales fenicios a todo el sureste. El nuevo asentamiento que surgirá en esos mismos momentos en la comarca y que parece erigirse como heredero del papel de motor comercial de La Fonteta (y quizás también como nuevo hogar de sus habitantes, o de los descendientes de estos, en opinión de sus excavadores, como más adelante veremos), es El Oral (San Fulgencio, Alicante), aunque este parece dedicado más bien a la redistribución de las importaciones griegas que de las fenicias. Y es que, aunque en el sureste el flujo de ánforas ibicencas y de la zona del Estrecho de Gibraltar nunca llegó a secarse en todo el I milenio a.C., los productos fenicios pierden protagonismo a partir del s. VI a.C. y sobre todo desde la siguiente centuria frente a las importaciones griegas, fundamentalmente en lo que se refiere a la vajilla de mesa (no tanto en lo concerniente a las ánforas, que siempre serán más escasas que las fenicio-púnicas²⁶⁸).

De manera paralela, como vengo apuntando, en estos momentos entra de lleno en el juego colonial un nuevo actor que hasta entonces simplemente venía tanteando esporádicamente el terreno: el comercio griego. Hacia el año 600 a.C. se fundó en el

²⁶⁸ Ribera y Fernández 2000: 1706-1707.

Golfo de León *Massalia*, fecha que nos atestiguan las fuentes clásicas²⁶⁹, y que a grandes rasgos ha corroborado la arqueología²⁷⁰, pero poco después, quizás tan solo unos años, los primeros colonos llegaron a la *Palaiapolis* emporitana²⁷¹. Desde mediados del s. VI a.C., los massaliotas se hicieron con el control del comercio griego en el Mediterráneo Occidental²⁷² y canalizaron a través de él los productos llegados a través del Ródano²⁷³, pero será fundamentalmente a partir del s. V a.C., coincidiendo con el despegue de *Emporion* y su progresiva autonomía respecto de *Massalia*, cuando los yacimientos ibéricos se inunden de productos griegos²⁷⁴.

En ocasiones, se ha puesto en relación la irrupción del comercio griego en el sureste con las dinámicas coloniales operativas en el sur peninsular, en torno a la mítica Tartessos. Según algunos autores, la costa alicantina habría comenzado a ser visitada por los navegantes griegos de paso hacia los grandes *emporion* meridionales, de modo que los intercambios en esta zona estarían íntimamente ligados con las necesidades de abastecimiento de sus naves. A finales del s. VI a.C., sin embargo, el hundimiento de las estructuras políticas y económicas que denominamos Tartessos habría motivado un desplazamiento del foco de interés del comercio griego, que a partir de entonces se habría centrado en las comunidades del sureste²⁷⁵.

Sin pretender refutar este modelo, creo que el despegue del comercio griego en el sureste ha de explicarse no tanto desde los intercambios con Tartessos cuanto a partir del establecimiento de colonos griegos en el golfo de León y la complejización social de las comunidades ibéricas del sureste. Durante las centurias anteriores, los comerciantes griegos que llegaban a Occidente procedían posiblemente del Mediterráneo Oriental, o quizás en parte del Central, su afluencia no sería sistemática, y habrían de rentabilizar tan largas singladuras con la adquisición de materias primas especialmente valiosas, como la plata. La creación de factorías estables en Occidente, sin embargo, posibilita que los intercambios comerciales se tornen más sistemáticos y que se rentabilicen mucho más fácilmente, potenciando la adquisición de otro tipo de

²⁶⁹ Tim. *Apud Ps. Scymn.* 211-214; Sol. II, 52.

²⁷⁰ Bats 1994: 133.

²⁷¹ Sanmartí 1992: 176.

²⁷² Bats 1994: 147.

²⁷³ Dietler 1995.

²⁷⁴ Sanmartí 1998: 114; Santos Velasco 1994: 244-245.

²⁷⁵ Cf. por ejemplo Maluquer 1985; Domínguez 1988: 455-456; 1991: 125-126; Cunliffe 1993.

productos menos valiosos por unidad de peso y volumen, lo que permitiría el acceso al comercio griego a un espectro más amplio de comunidades locales. Los comerciantes griegos acceden así al espacio colonial del Mediterráneo Occidental por primera vez desde unos presupuestos de partida semejantes a los de sus colegas de las ciudades fenicias occidentales.

Por otra parte, la progresiva complejización socioeconómica de las comunidades locales en lo que al sureste se refiere, proceso que vengo comentando páginas atrás, determinaría que cada vez estuvieran en mejor posición para producir un excedente que intercambiar, y que sus elites estuvieran mejor capacitadas para fiscalizar y concentrar parte de dicho excedente, y se vieran más impelidas a la adquisición de bienes de prestigio para su propia legitimación; todo lo cual convertiría a unas comunidades que hasta entonces no serían demasiado interesantes para los comerciantes griegos (cuyos productos, recordemos, sí que llegan a La Fonteta desde siglos atrás, pero no, o no tan frecuentemente, al resto del sureste) en un mercado atrayente.

La cuestión por tanto, no estriba solamente en un desvío en el flujo comercial griego de unas costas a las otras, del mercado tartesio al ibero, sino que se trata de una profunda modificación en el espacio colonial motivada por cambios en todos los actores implicados, y que supondrá lógicamente una amplia transformación en el tipo de intercambios realizados. Una transformación que queda ejemplificada a la perfección, como recientemente apuntó sucintamente C. Aranegui²⁷⁶, en la deriva apreciable entre las cuatro empresas comerciales griegas de las que nos ha llegado noticia para estas fechas, pese a que lógicamente el carácter de las fuentes no sea comparable entre sí: el viaje de Coleo de Samos a Tartessos, en el que el aristócrata viaja con un solo barco al otro extremo del Mediterráneo a mediados del s. VII a.C., y vuelve cargado de riquezas²⁷⁷; las singladuras de los foceos a Occidente entre finales del s. VII y comienzos del VI a.C., aparentemente ya más frecuentes, y que les sirvieron para ganarse la amistad del monarca local, Argantonio, quien incluso les ofreció asentarse en el lugar²⁷⁸ tomando así ya una posición más activa frente a los

²⁷⁶ Aranegui 2012: 205.

²⁷⁷ Hdt. IV, 152.

²⁷⁸ Hdt. I, 163.

comerciantes foráneos²⁷⁹; la transacción reflejada en una lámina de plomo hallada en Ampurias y datada en la segunda mitad del s. VI a.C.²⁸⁰, en la que un armador (ναύκληρος) ordena al capitán de uno de sus navíos, a la sazón en *Emporion*, que navegue hasta Σαργάνζη²⁸¹ y venda allí su carga y su barco, transportando de camino a dos pasajeros interesados en viajar a la ciudad, y aludiendo también a un tal Βασπεδ(...), socio comercial del armador radicado en Σαργάνζη y cuyo nombre parece tener una raíz indígena²⁸²; y finalmente la transacción reflejada en otro plomo, en este caso hallado en Pech Maho (Aude, Francia) y datado a mediados del s. V a.C., consistente en la adquisición de un barco y diversas mercancías mediante el pago de un depósito y la presentación de una garantía, todo ello ante una lista de personajes que figuran como testigos del acuerdo y cuyos nombres muestran una vez más raíces ibéricas²⁸³. Cuatro escenas de muy diversas características, que nos han llegado a través de distintos canales, pero que ejemplifican, pienso, la creciente integración de “griegos” e “indígenas” en el espacio colonial, y cómo el comercio griego va permeando progresivamente este, con la connivencia y colaboración de los agentes “locales”, tornando la frontera entre unos y otros cada vez menos nítida.

Volviendo ya propiamente al sureste, nos encontramos con que es esta posiblemente la región de la Península Ibérica en la que, al menos en estos primeros momentos, mayor incidencia alcanza el comercio griego. No se trata ya de meros contactos “protocoloniales”, como los denominan autores como M. Almagro, salvo que con ello nos refiramos únicamente al sentido más amplio de cuantos baraja el citado investigador, en cuanto a intercambios llevados a cabo sin la presencia estable

²⁷⁹ Olmos 1987: 11.

²⁸⁰ Sanmartí y Santiago 1987. Sin embargo, J. De Hoz (2013: 55) prefiere datarla en la segunda mitad del s. V a.C., más acorde con el contexto arqueológico en el que se halló, pese a los criterios paleográficos argüidos por los anteriores autores.

²⁸¹ En cuanto a la identificación de Σαργάνζη con Sagunto, R.-A. Santiago (1994: 53) afirma que por el momento no es verificable, pero se trataría en todo caso de un topónimo griego con una raíz indígena, y que por lo tanto posiblemente esté aludiendo a un puerto local, puede que, de hecho, el propio puerto de Arse-Sagunto, que será denominado Ζακάνθα por Polibio (cf., en último lugar, Domínguez 2011-2012: 403).

²⁸² En relación con este extraordinario documento, cf. Sanmartí y Santiago 1987; Santiago 1989; 2003; Van Effenterre y Ruzé 1995: 268-271; D’Ercole 2012: 193-194.

²⁸³ Cf. Lejeune y Pouilloux 1988; Lejeune, Pouilloux y Solier 1988; Santiago 1989; 2003; Chadwick 1990; Ampolo y Caruso 1990-1991; Van Effenterre y Ruzé 1995: 273-275; Rodríguez Somolinos 1996; D’Ercole 2012: 193-194.

de colonias²⁸⁴; y desde luego ya no podemos hablar de la ausencia o cuasi-escasez de materiales griegos en el sureste hasta mediados del s. V a.C., como se hacía hace años y aún se sigue manteniendo en algunos casos²⁸⁵. Antes bien, a medida que avanza el s. VI a.C. la afluencia de materiales griegos a la región comienza a ganar en importancia, y de la adquisición puntual de productos greco-orientales²⁸⁶ se pasa, debido seguramente a la intermediación de las colonias foceas del golfo de León, a la importación cada vez más regular de objetos áticos y corintios²⁸⁷. Como señala A. Domínguez, posiblemente ya antes de que finalizara el s. VI a.C. toda la costa sureste estuviera punteada de lugares de atraque, puertos, fondeaderos y varaderos conocidos y empleados por los comerciantes griegos, circunstancia que cristaliza en la difusión de topónimos griegos referentes a estas aguas; unos topónimos que demuestran el conocimiento y frecuentación de los marineros griegos, y que aparecen recogidos en primer lugar en las fuentes de la *Ora Marítima* de Avieno, y más tarde en toda una serie de periplos y descripciones geográficas que llegarán hasta el libro III de la *Geografía* de Estrabón²⁸⁸. Pero no solo la costa se vería afectada por el comercio griego: en contra de lo que hasta hace unos años se mantenía²⁸⁹, y a diferencia de lo que ocurre en regiones más septentrionales como el Camp del Túria²⁹⁰, se advierte ya desde momentos bastante tempranos la llegada de piezas áticas al sureste meseteño²⁹¹; el conocido ajuar de Pozo Moro, datado a finales del s. VI a.C.²⁹², es tan solo un ejemplo de ello.

Por lo que respecta al tipo de materiales importados, se produjo la llegada de grandes vasos de lujo, pero estos no alcanzaron el protagonismo que habían ostentado en los intercambios de los siglos anteriores en el Mediterráneo Central y las áreas más

²⁸⁴ Almagro Gorbea 1983: 455-456.

²⁸⁵ Cf. por ejemplo López Monteagudo 1977-1978: 10; Aparicio *et alii* 2005: 33.

²⁸⁶ Procedencia que también caracterizaba la mayoría de las importaciones griegas recibidas hasta este momento en las mismas colonias fenicias de la Península: cf. Cabrera Bonet 1994: 108-109..

²⁸⁷ Shefton 1988: 354.

²⁸⁸ Domínguez 1986: 601-602; 1991: 121. El significado último de algunos de los topónimos griegos recogidos en ciertas fuentes tardías como el propio Estrabón será abordado más en profundidad en un capítulo posterior.

²⁸⁹ Cf. por ejemplo Rouillard 1991: 113-116.

²⁹⁰ Mata 1991; Mata y Burriel 2001: 250.

²⁹¹ Blánquez 1990; Cabrera Bonet y Sánchez Fernández 1994.

²⁹² Almagro Gorbea 2009.

meridionales de la Península Ibérica²⁹³. En nuestra región, las cráteras de estos siglos son ciertamente escasas, como de hecho también lo son los objetos de bronce²⁹⁴. Mucho más frecuentes son, por el contrario, las *kylikes* jónicas B2, un tipo de vaso que aparece distribuido por toda la costa mediterránea peninsular entre el s. VI y comienzos del V a.C. y que también llega en algunas ocasiones al interior meseteño²⁹⁵, posiblemente gracias a la arquitectura especialmente compacta de este tipo de copas²⁹⁶. Dada la producción marsellesa²⁹⁷ y seguramente también emporitana, podemos considerar la difusión de estas copas como un indicio del protagonismo que los comerciantes de estos *emporía* occidentales van asumiendo ya definitivamente en el comercio regional.

Estos productos, en todo caso, y dada la ausencia de establecimientos coloniales estables en el sureste, habrían de llegar a la región por barco. La ausencia de infraestructuras portuarias adecuadas (al menos, por lo que conocemos hasta el momento) y las características del tipo de comercio desarrollado (que aún dista de ser masivo) me hacen pensar que hasta época iberorromana no se emplearían los grandes cargueros que sabemos operaron en el Mediterráneo Central y Oriental, sino pequeñas embarcaciones polivalentes, más manejables, con mayores posibilidades de aproximarse a la costa de forma segura, y perfectamente capaces de remontar corrientes y vientos adversos, cuya autonomía sin embargo sería limitada, y que corresponden con el tipo de comercio regional propio del escenario colonial que se instaura en el Mediterráneo Occidental tras la fundación de los núcleos focos del Golfo de León. De hecho, es este tipo de trasiego marítimo, por medio de pequeñas y medianas embarcaciones capaces de varar en cualquier playa y fondear en casi cualquier abrigo, algo que parecen constatar los pecios que tenemos documentados por el momento en el Mediterráneo Occidental para esta época²⁹⁸. Ya hemos hablado en este sentido del navío naufragado a finales del s. VI a.C. en Cala Sant Vicenç, con sus 22 metros de eslora, su capacidad de desplazamiento estimada en 30 toneladas, y su

²⁹³ Coldstream 1983.

²⁹⁴ Rouillard 1999: 86-88.

²⁹⁵ Domínguez 2001-2002: 192.

²⁹⁶ Shefton 1995: 128-129.

²⁹⁷ Bertucchi, Gantès y Tréziny 1995.

²⁹⁸ García Cardiel, 2014.

cargamento heterogéneo compuesto de ánforas de diversa procedencia, vasos de distintos tipos, lingotes y herramientas; pero este sería un navío extraordinariamente grande en relación con el resto de los pecios que tenemos documentados en el golfo de León (Rochelongue, Jules Verne 7 y 9, Place Villeneuve-Bargemon, Bon Porté 1, Point Lequin 1A, Cap d'Antibes, Ecueil de Miet 3, Dattier, Grand Ribaud F...), cuya eslora ronda los 10-15 metros, su capacidad de desplazamiento estimada rara vez sobrepasa las 15 toneladas, y sus cargamentos nuevamente destacan por lo heterogéneo, sugiriendo por tanto un comercio de redistribución a escala regional²⁹⁹. Es el mismo tipo de embarcaciones de propulsión mixta y gran maniobrabilidad, seguramente, al que hace referencia Heródoto³⁰⁰ cuando especifica que los focéos no acostumbraban a navegar en buques mercantes sino en πεντηκοντέρουσι³⁰¹, y con toda probabilidad se trataría del mismo tipo de naves al que se refiere el término ἀκάτιον empleado por el plomo de Pech Maho para designar el barco que el comerciante concernido debía adquirir de los emporitanos, un término que como señala A. Domínguez suele ser empleado por las fuentes griegas de época clásica para referirse a las naves piráticas³⁰². En cuanto a los navegantes que viajarían a bordo de estos navíos, serían posiblemente de procedencia heterogénea, como más tarde veremos en el pecio de El Sec, y no serían ya aristócratas (si es que alguna vez llegaron comerciantes aristocráticos a Occidente)³⁰³, sino comerciantes que operarían por cuenta propia o en pequeñas sociedades y en estrecha relación con agentes locales, como los plomos de *Emporion* y Pech Maho parecen mostrar.

Por lo que se refiere a los intereses que moverían a los comerciantes griegos a participar en este nuevo campo colonial, no me parecen inmediatamente evidentes. En el sureste no existen grandes minas de metales preciosos, como las que atrajeron a los navegantes mediterráneos a *Tartessos*, y en ausencia de moneda no tiene sentido pensar en una expansión comercial estrictamente encaminada a abrir nuevos

²⁹⁹ Daniel 2009; Polzer 2009; Rouillard 2009: 138-139; Dietler 2010: 134-136; Nantet 2010.

³⁰⁰ Hdt. I, 163,2.

³⁰¹ Cf. Basch 1987: 197.

³⁰² Domínguez 2000: 252. Recuérdese en este sentido que en estos momentos la actividad comercial y la piratería no serían dos esferas estancas, sino que ambas serían practicadas por los mismos barcos, ejerciéndose la primera en vez de la segunda solo cuando la rentabilidad o la seguridad así lo aconsejaran. Cf. Domínguez 2000; Boardman 2001: 35.

³⁰³ Cf. Dietler 2010: 142. Cf. en contra, por ejemplo, Domínguez 1986: 608.

mercados para los productos massaliotas y emporitanos³⁰⁴. Aunque podemos intuir que desde el s. V a.C. *Emporion* estaba más que interesada en la importación de cereales para su abastecimiento interno³⁰⁵, en el sureste no encontramos grandes sistemas de silos para el almacenamiento de grano a gran escala, como en el noreste peninsular³⁰⁶, por lo que debemos relativizar la capacidad de estas comunidades para obtener un gran excedente agrícola, concentrarlo y reexpedirlo a larga distancia. Más bien deberíamos pensar, seguramente, en el interés que pudo despertarse en los griegos por la adquisición de los metales producidos en torno a Cartagena (y, en menor medida, Denia) y aquellos otros que eran canalizados desde la Alta Andalucía hacia el sureste, y también por la sal, el esparto y el vino, géneros todos ellos de gran valor intrínseco que sabemos eran elaborados desde época arcaica en nuestra región, y algunos de los cuales han podido ser documentados en los pecios de la época³⁰⁷.

Este tipo de comercio, por tanto, condicionaría el tipo de interacciones mantenidas entre comerciantes griegos y agentes locales, lo que a su vez nos ayuda a comprender, en mi opinión, la utilización de este comercio y sus productos por parte de las elites ibéricas. A diferencia de lo que ocurría en los siglos anteriores, a partir de un momento avanzado del s. VI a.C. los comerciantes griegos que visitaban el sureste peninsular posiblemente mantenían unas determinadas relaciones estables con los agentes locales, quizás basadas como afirman P. Rouillard y P. Moret, en la institución de la *ξενία*³⁰⁸, aunque se trataría en todo caso de una *xenia* muy particular, ya que en este caso no se basaría en el intercambio de dones entre aristócratas, sino en una relación estable y seguramente duradera entre determinados comerciantes y ciertos jerarcas locales en la que, al menos en lo que a las formas se refiere, posiblemente la parte local fuera la “privilegiada” y la que detentara la autoridad en tanto que gobernante del territorio donde se producía el intercambio³⁰⁹, si bien esta relación de fuerzas no fuera más que aparente, pues el hecho de que los agentes griegos ostentaran el monopolio sobre los medios de intercambio (en este caso, las

³⁰⁴ Márquez y Molina 2001: 39.

³⁰⁵ Cabrera Bonet y Sánchez 1998: 140.

³⁰⁶ Burch, Nolla y Sagra 2010.

³⁰⁷ García Cano 1991: 374; Domínguez 1992.

³⁰⁸ Rouillard y Moret 2012: 152.

³⁰⁹ Rouillard 1999: 83; Dietler 2010: 24.

embarcaciones), que los gobernantes ibéricos requirieran de los bienes de prestigio importados para legitimar su preeminencia social como más tarde veremos, y la disparidad de sistemas de producción existentes entre los núcleos griegos y los ibéricos, determinarían que en última instancia y más allá de las apariencias estas interacciones se basaran en el *intercambio desigual*, que beneficiaría sin duda a ambas partes (a gobernantes locales y a comerciantes griegos) pero de distinto modo y en diverso grado³¹⁰. En última instancia, es este intercambio desigual, en el que el valor de un objeto no depende tanto de la valía de sus materiales cuanto de la dificultad para replicarlo³¹¹, el que nos permite hablar, empleando el enriquecedor matiz subrayado por P. Rouillard para describir el comercio griego³¹², de comercio colonial propiamente dicho y no tanto de comercio internacional. Y es esta misma característica del intercambio desigual la que se replicaría de alguna manera, quizás atenuada, en los circuitos comerciales de redistribución de las importaciones, mediante los cuales los centros receptores reexpedirían a nivel regional parte de los objetos foráneos, actuando en este caso ya posiblemente comerciantes locales³¹³.

La importancia que alcanzó este comercio y la presencia de comerciantes griegos a nivel no solo económico sino también artístico, social y político fue inmensa, determinando en buena medida el desarrollo de las estructuras culturales ibéricas³¹⁴, aunque de un modo no unidireccional ni evidente que será analizado en profundidad más adelante.

Descendiendo ya al nivel comarcal, la zona más temprana y ampliamente afectada por el comercio griego fue, sin lugar a dudas, la desembocadura del Segura.

³¹⁰ López Pardo 1996: 279; González Wagner 2000: 86-87; 2011: 124.

³¹¹ Urban 2010: 207-208. Es en este sentido en el que cabe refutar las aseveraciones de D.W.J. Gill (1994: 102-103), para quien la importancia de la cerámica ática en el comercio colonial debe ser reconsiderada dado que el valor de esta para los griegos sería escaso, como atestiguan los grafitos que acompañan a algunas partidas y que han podido ser recuperados. Ahora bien, los sistemas de valores de las distintas partes que intervienen en los intercambios coloniales son muy distintos, de modo que no es contradictorio que el coste de producción en origen de un determinado vaso ático sea ínfimo mientras el valor que el demandante ibero le asigna sea muy alto.

³¹² Rouillard 1999 a: 333.

³¹³ Para los circuitos comerciales de redistribución, cf. Nieto Prieto 1997: 152-157. Para una opinión contraria, según la cual serían los propios griegos quienes se encargaron de la distribución de las importaciones por todo el territorio ibero, cf. por ejemplo Blánquez 1990: 15-16.

³¹⁴ Cf. por ejemplo Almagro Gorbea 1988: 75-76; Santos Velasco 1989: 139; Domínguez 1999.

Más allá de las importaciones griegas documentadas en La Fonteta, de las que ya he hablado, encontramos materiales griegos en los principales yacimientos de la zona desde mediados del s. VI a.C., y sobre todo a partir de la centuria siguiente. Es el caso, por ejemplo, de la *lecánide* jonia, la *kylix* ática de figuras negras, la copa de barniz negro tipo C o el ánfora massaliota halladas en Cabezo Lucero y datadas todas ellas en las décadas finales del s. VI a.C. o las primeras del V a.C. y conocidas desde antiguo³¹⁵, y también las casi tres decenas de vasos, fundamentalmente copas pero también una cratera de columnas y un léцитos, datables en la primera mitad del V a.C. y halladas en las excavaciones hispanofrancesas³¹⁶. En Saladares, por su parte, podemos observar cómo en sus últimas fases, a partir del s. VI a.C., se reduce el comercio fenicio en tanto que la llegada de una *kylix* jonia datable en esta centuria³¹⁷ parece anunciar el comienzo de la afluencia de las importaciones griegas.

Pero, al menos en lo que se refiere a la importancia del comercio griego, más relevante será el caso del poblado de El Oral, al que ya he hecho referencia anteriormente. Es este un pequeño asentamiento que surge a finales del s. VI a.C. en las estribaciones de la Sierra del Molar, a 35 msnm y fácilmente accesible desde el noreste y sureste, controlando desde su posición elevada la desembocadura del Segura y sus alrededores, incluyendo una buena fracción de la línea de costa. Dista tan solo unos tres kilómetros en línea recta de La Fonteta, y se le tiene de hecho por su sucesor como gran núcleo receptor y redistribuidor de las importaciones mediterráneas en la desembocadura del Segura³¹⁸, e incluso según algunos autores como nuevo lugar de asentamiento de las gentes que abandonaron La Fonteta³¹⁹. Como sucedía con aquella, El Oral estaba enclavado en una región de aprovechamiento agrícola muy limitado, rodeado en buena medida por marjales y terrenos lacustres, con solo algunas hectáreas de terrenos aptos para el cultivo de secano en las laderas y piedemonte de la Sierra del Molar, suficientes para el

³¹⁵ García Cano 1987: 59; Shefton 1995: 131; García i Martín 2001: 209; Domínguez y Sánchez 2001.

³¹⁶ Aranegui *et alii* 1993: 87-89; Domínguez y Sánchez 2000: 2001: 40-43; Domínguez 2001-2002: 198-199.

³¹⁷ Aranegui 1981: 44.

³¹⁸ Abad *et alii* 2003: 81. B. Cunliffe (1993: 67) también se refiere a El Oral cuando lo denomina “gran puerto levantino del sureste”, pese a que por desliz hable de El Molar.

³¹⁹ Sala 2010: 944. Esta hipótesis va cobrando cada vez más fuerza debido a que recientemente se ha retrasado la fecha de abandono de La Fonteta hasta finales del s. VI a.C. (Rouillard, Gailledrat y Sala 2007: 28-29, 89-97), coincidiendo ya por tanto con las fechas de fundación de El Oral.

abastecimiento de los tres centenares de personas que vivirían en el lugar según sus excavadores pero no para generar excedentes³²⁰. La ganadería, la caza, el marisqueo, la pesca, la transformación metalúrgica y la explotación salinera (esta última posiblemente excedentaria³²¹) complementarían la economía del lugar, pero de por sí no explican la riqueza de las importaciones que se documentan en este poblado, que solo hallan su razón de ser en el control del tráfico comercial a través del Segura, en ambas direcciones.

Estas importaciones no son, como digo, escasas, al menos para épocas tan antiguas como las que estamos tratando. Así, y por lo que a la cerámica fina se refiere, tenemos documentadas una docena de kylikes jonias, una kylix, un lécito y una hidria de figuras negras, una lecanide, y varios tipos de copas de barniz negro³²², vasos concentrados buena parte de ellos en unos pocos departamentos del poblado. Llama la atención también el olpé y el rallado de bronce etruscos, datados en la primera mitad del s. VI a.C. y hallados en una dependencia donde todo hace pensar que fue ocultado durante el abandono del poblado³²³.

Más abundantes son, en todo caso, las ánforas de importación recuperadas, provenientes mayoritariamente de las colonias fenicias del sur peninsular, datadas desde el s. VI a.C. y contenedoras seguramente de salazones (Ramón T-11.2.1.3); también se documentan ánforas fenicio-púnicas R1 tardías y Mañá Pascual A4, de amplia difusión estas últimas por el Mediterráneo Central y Oriental desde comienzos del s. V a.C. y seguramente envases asimismo de salazones. Aparecen también fragmentos de dos ejemplares de ánfora etrusca Py 5. Por lo que respecta a las ánforas de transporte griegas, llamativamente abundantes en El Oral dada la escasez general de este tipo de vasos en todo el mundo ibérico, podemos recontar dos ejemplares de ánforas corintias del tipo B fechadas en torno a finales del s. VI y comienzos del V a.C. y que se suponen portadoras de vino, algunos fragmentos de posible procedencia massaliota, y un ánfora quiota del s. VI a.C.³²⁴

³²⁰ Abad y Sala 2001: 178-181; Abad *et alii* 2003: 83-85.

³²¹ Abad *et alii* 2003: 87.

³²² Sala 1995: 58-59; Domínguez 2001-2002: 196; Abad *et alii* 2003: 88-91.

³²³ Abad 1988.

³²⁴ Sala 1995: 59-66; 2001-2002: 287; Abad *et alii* 2003: 88-91. No tomo en consideración en este recuento las “imitaciones” locales de R1 fenicias, pues a estas alturas están tan evolucionadas que se

Una facies algo distinta pero de fecha contemporánea encontramos, por cierto, en la cercana necrópolis de El Molar (San Fulgencio, Alicante), datable según las últimas interpretaciones entre mediados del s. VI y comienzos del IV a.C.³²⁵, y entre cuyas sepulturas se documentan, entre otras importaciones, una copa de Siana, un aríbalos de fayenza, un lécito de figuras negras y una tapadera de lécane, datables los dos primeros en la segunda mitad del s. VI y los dos segundos en la primera del s. V a.C.³²⁶

En cualquier caso, para la correcta interpretación del poblado de El Oral y de su papel como temprano centro redistribuidor del comercio mediterráneo, no podemos obviar una de sus facetas más llamativas, cual es su urbanismo³²⁷. El asentamiento, aproximadamente de una hectárea de extensión, se rodea de una potente muralla perimetral de 2,5m de anchura, con un zócalo formado por una hilada de piedras pseudociclópeas en el paramento exterior y de mampostería de gran tamaño en el interior y alzado de tapial, lienzos que se verían reforzados, al menos en su parte norte, por dos torreones cuadrangulares macizos de 16m²³²⁸. Fortificaciones que, significativamente, fueron construidas de una sola vez (aunque posteriormente serían reformadas³²⁹) y con anterioridad, según todo parece apuntar, a las demás construcciones del poblado, o al menos a las más perimetrales³³⁰. Llama la atención además que todo el asentamiento se estructura según un esquema ortogonal, manteniendo un patrón metrológico fijo (un pie de 36,35cm)³³¹ y siguiendo, aparentemente, una ordenación previa³³²; las calles son rectilíneas y extraordinariamente anchas para el mundo ibérico (entre 3 y 4 metros), y en algunos

pueden considerar, como señala F. Sala (1996: 17), ya propiamente ánforas ibéricas, el tipo más empleado en el sureste hasta que las formas anfóricas se diversifiquen a finales del s. V a.C.

³²⁵ Peña Liger 2005: 382.

³²⁶ Padró 1975: 138-139; García Cano 1987: 59-60; García i Martín 2001: 208.

³²⁷ *Vid.* Fig. 2.12.

³²⁸ Abad 1986: 143-144; Moret 1996: 486-488; Abad y Sala 2001: 109-112; 2009: 501-503; Sala 2006: 132-137.

³²⁹ Sala 2006: 135-137.

³³⁰ Abad 1996: 129.

³³¹ Ídem. En opinión de P. Olmos Benlloch (2010: 115), en todo caso, este patrón se determinó con una metodología no del todo adecuada.

³³² Abad y Bendala 1996: 12.

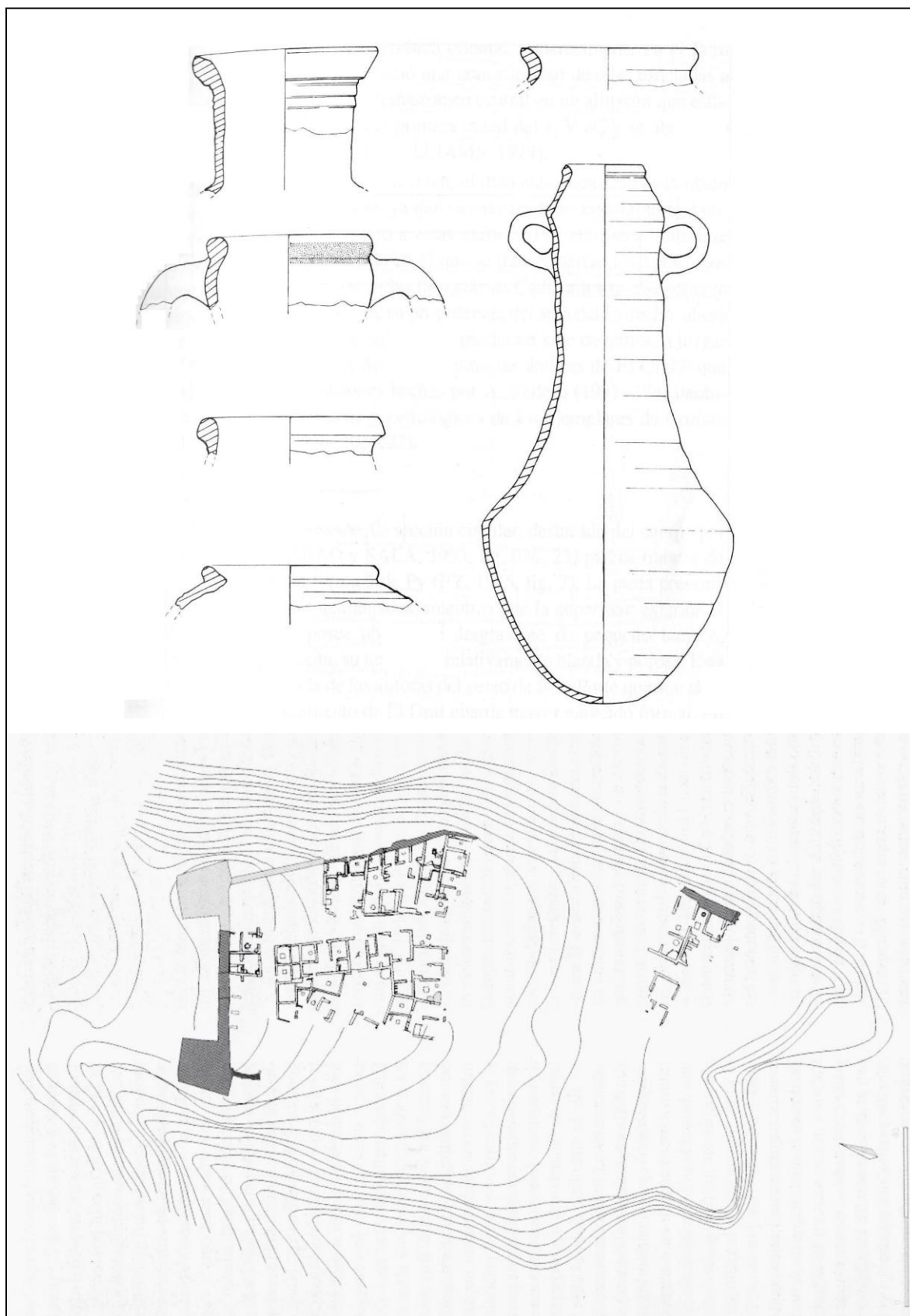


Fig. 2.12. Ánforas importadas y planimetría de El Oral.

casos respetan espacios públicos vacíos, a modo de plazas³³³; por lo que respecta a la arquitectura doméstica, finalmente, es desusadamente sólida y de buena factura para la cronología de la que estamos hablando, y respeta una cierta regularidad, hallando sus mejores paralelos en los primeros niveles con estructuras documentadas de La Fonteta³³⁴. Por todo ello, y salvo algunas comparaciones controvertidas³³⁵, el lugar ha sido puesto en diversas ocasiones en relación con el urbanismo “tartésico”, “orientalizante” o de tradición fenicia³³⁶. Algo que no es baladí: si aceptamos este posible influjo arquitectónico, si tenemos en cuenta la cercanía entre La Fonteta y El Oral y la coincidencia cronológica entre el abandono de la primera y la fundación del segundo, y si consideramos que El Oral parece crearse *ex novo* de una sola vez y siguiendo un patrón organizativo previo desusadamente complejo para la época, reuniríamos una serie de argumentos para coincidir, por supuesto siempre a modo de hipótesis de trabajo, con la propuesta apuntada anteriormente de que fueron los antiguos habitantes de La Fonteta quienes se trasladaron a El Oral. Unas gentes que decidieron trasladarse de ubicación quizás no solo debido al avance de la duna de la desembocadura del Segura, que terminaría por cegar el puerto, como en ocasiones se ha apuntado (al fin y al cabo, los puertos se pueden drenar, y recordemos que el puerto de La Fonteta no era costero sino fluvial, como de hecho sigue siéndolo el puerto de Guardamar), sino también por la creciente necesidad de protección que los habitantes de la desembocadura parecieron experimentar, y que les llevó a fortificarse de modo urgente hacia el s. VII a.C., como vimos, y a buscar a finales del s. VI a.C. un nuevo emplazamiento para su enclave comercial, no tan directamente accesible desde la costa pero mejor defendible, sin renunciar por ello al control de los intercambios comerciales de la desembocadura del Segura. Unos intercambios que ahora tenían nuevos protagonistas, pero que seguirían constituyendo durante siglos la principal fuente de enriquecimiento para los habitantes (y, sobre todo, para las elites) del lugar.

³³³ Abad y Sala 2009 a: 503.

³³⁴ Sala 2010: 943-944.

³³⁵ L. Abad (1996: 132) propone para El Oral un paralelo con la segunda fase de Puig de la Nau (Benicarló, Castellón), comparación que F. Gusi (1997: 183) estima inoportuna pues ambos hábitats pertenecen a tradiciones arquitectónicas diversas. También se lo ha puesto en relación con la Illeta dels Banyets, Tossal de les Basses y La Picola (Abad y Sala 2007: 70), pero todos estos asentamientos costeros son, como más adelante veremos, posteriores en un siglo a El Oral.

³³⁶ Cf. por ejemplo Abad y Bendala 1996: 12; Gusi 1997: 183; González Prats 2001: 180.

Por lo que respecta a los otros puntales de la economía política de El Oral, posiblemente debamos siquiera mencionar la identificación de una estructura arquitectónica, la 4D2, especializada en la transformación metalúrgica, dentro de la cual se han documentado numerosas escorias de hierro y también vestigios de la copelación de plata, además de un hogar y un yunque³³⁷; el hecho de que este tipo de producción se concentre (al menos en una parte significativa) en un único espacio especializado, parece sugerir que estaría fuertemente controlada por las elites locales. En cuanto a la agricultura, por el contrario, no tenemos elementos de juicio que atestigüen cómo se organizaría el acceso a la propiedad de los limitados suelos explotables de las cercanías de El Oral, y el reparto llamativamente igualitario de los molinos por las diversas viviendas³³⁸ no nos facilita las cosas.

Más allá de la presencia de El Oral controlando el tráfico comercial que se mantenía en torno a la desembocadura del Segura, comenzamos a poder observar a partir del s. V a.C. una distribución más o menos regular del poblamiento en toda la comarca de la Depresión Meridional, sin solapamientos en las áreas de captación pero aprovechando los diversos nichos ecológicos disponibles. Tal y como señala J. Moratalla, entre la desembocadura del Segura y la del Vinalopó y las sierras de Callosa y Orihuela las diversas comunidades se asientan en pequeños poblados amurallados como el citado Cabezo Lucero o, ya en los límites de este espacio, Puntal de Crevillente³³⁹, situados en cerros algo elevados sobre el territorio circundante, y alcanzando una superficie inferior a la media hectárea³⁴⁰. Las únicas “irregularidades” en este modelo serían, ciertamente, El Oral, con un tamaño superior al habitual en la zona y la característica planta que he comentado, y La Alcudia, radicada en el llano y con una gran superficie construida³⁴¹. La descripción del modelo de poblamiento del

³³⁷ Abad y Sala 1993: 199; Rovira Hortalà 2000: 267.

³³⁸ Abad y Sala 2009 a: 508.

³³⁹ Trelis y Hernández 1993.

³⁴⁰ Moratalla 2006: 112. En el mismo sentido, cf. Moret *et alii* 1995: 110-111.

³⁴¹ J. Moratalla (2006: 112) menciona como tercer “hito excepcional” de este modelo de poblamiento el santuario del Castillo de Guardamar (Guardamar del Segura, Alicante) por su probable carácter religioso. Ahora bien, a pesar de que en ocasiones se ha querido interpretar como un santuario de larga perduración y que en origen dependería del hábitat de La Fonteta (González Prats 2002: 130; 2007: 74; Botto 2002: 42), todos los materiales que permiten categorizarlo como lugar sagrado son de época ibérica tardía (Abad 1992: 233-234), y tan solo contamos con una decena de vasos importados que permitan retrotraer la frecuentación del lugar hasta el siglo IV a.C. (García Menárguez 1992-1993: 81-85) o incluso más allá (García Menárguez 1995: 227). De épocas anteriores, el único posible vestigio recuperado en el lugar es

Camp d'Elx se complementaría con las pequeñas explotaciones rurales en llano, cuya existencia comienza a intuirse en los últimos años gracias a diversas excavaciones de urgencia (Casa de Secà, Hacienda Botella...), pero de las que aún carecemos prácticamente de datos publicados³⁴².

En todo caso, algunos autores han planteado que ya en esta época, a partir de al menos el s. V a.C., la Alcudia actuaría como núcleo rector de un espacio territorial integrado y coherente, que abarcaría toda la Depresión Meridional³⁴³. En mi opinión, carecemos aún de argumentos firmes desde los que atreverme a defender la existencia tan temprana de un territorio político comarcal, pero sí que se puede hablar, desde mi punto de vista, de un espacio económicamente integrado, con una estructura de poblamiento jerarquizada, una incipiente especialización económica de los diferentes nódulos, intervisibles entre sí, y una red de caminos que los conectaría, y que han podido ser constatados en algunos sectores (discurriendo desde El Oral hacia el norte, posiblemente hacia La Alcudia³⁴⁴, y también en la partida de Ferriol y conectando estas canteras con la propia Alcudia³⁴⁵, caminos que retrotraemos a esta época ya que enlazan enclaves de la cronología en la que nos movemos)³⁴⁶.

Por lo que respecta a la propia Alcudia de Elche, durante el s. V a.C. ya sería, si no la ciudad rectora de un territorio político, sí al menos el núcleo hegemónico de este espacio comarcal, principal centro de población con sus tres hectáreas habitadas³⁴⁷, su ubicación en el llano, junto a las tierras más productivas del Camp d'Elx, y punto de partida de la red de comunicaciones que aún apenas comenzamos a entrever. Llama la atención también el llamativo conjunto escultórico que ha podido ser documentado en el lugar, más de tres decenas de fragmentos representando guerreros y animales³⁴⁸ que trataré con detenimiento más adelante, pero que de momento nos permitirá argumentar que en este enclave existe ya una elite gobernante que no solo acapara

una punta de flecha de bronce con arpón lateral datada según su descubridor entre los siglos VII y V a.C. (García Menárguez 1992-1993: 78-80) gracias a su comparación con las flechas halladas en Peña Negra (González Prats 1982).

³⁴² Cf. Esquembre 2000.

³⁴³ Moratalla 2005: 99-101; 2006: 112.

³⁴⁴ Abad y Sala 2001: 185-189.

³⁴⁵ Arasa 2007.

³⁴⁶ *Vid.* Mapa 2.2.

³⁴⁷ Moratalla 2004-2005: 100.

³⁴⁸ Ramos Fernández y Ramos Molina 2004.

parte del excedente de toda la población y no solo se muestra interesada en la adquisición de bienes de prestigio (recuérdense las importaciones mencionadas hasta ahora, o el camino abierto entre El Oral, esto es, la puerta de entrada del comercio mediterráneo a la región, y La Alcudia), sino que también se ve empujada a representarse a sí misma a través de la escultura, para lo cual debe movilizar una cantidad de recursos importante. Al fin y al cabo, la abundancia y calidad de las piezas escultóricas (cuyos primeros ejemplares algunos autores datan a finales del s. VI a.C., fecha contemporánea con el despegue comercial griego en la región) nos indican la gran especialización de los artesanos, a la altura quizás de los escultores que produjeron el conjunto de Cerrillo Blanco de Porcuna, mejor conocido y estudiado³⁴⁹.

En otras comarcas del sureste, nos encontramos con procesos en cierta medida paralelos. Así, en el curso medio del Vinalopó, que había funcionado en la etapa anterior como vía de comunicaciones para el comercio fenicio hacia el interior (y probablemente de productos agropecuarios hacia el Mediterráneo), desaparecen algunos de los asentamientos que habían protagonizado dicho tráfico, como Camara o Tabaia, en tanto que otros como Monastil quedan “aletargados”³⁵⁰, con lo que la implantación territorial será en este período, por lo que de momento sabemos, escasa.

Estas tendencias se extienden también al interior murciano, donde el comercio fenicio apenas había hecho acto de presencia, pero por donde sí se difundirán las importaciones griegas. Así, destaca el gran vaso jonio del segundo cuarto del s. VI a.C. hallado en el santuario de La Luz (Murcia)³⁵¹, el kylix de la misma centuria hallado en Cabezo del Tío Pío (Archena, Murcia)³⁵², el kylix de la clase delicada de pleno siglo V a.C. localizado en Lorca (Murcia)³⁵³, o los *kantharoi* estilo Saint Valentin de las últimas

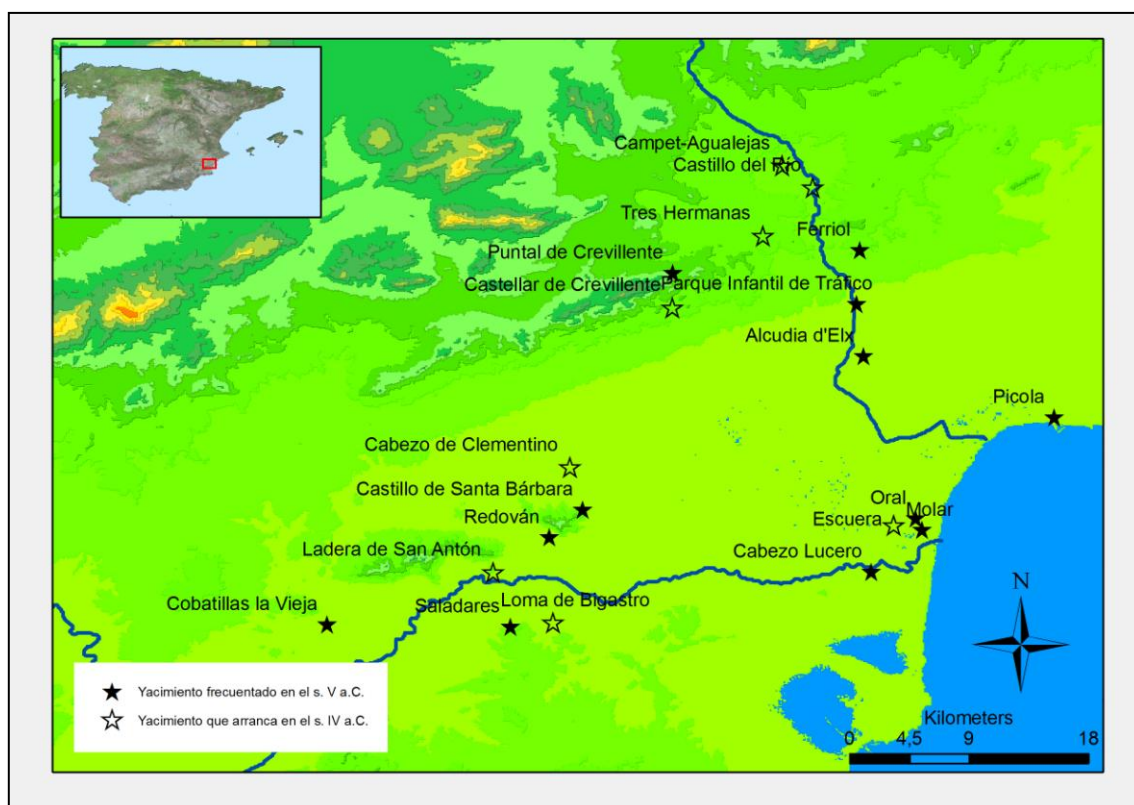
³⁴⁹ Chapa *et alii* 2009; Chapa *et alii* 2009 a; Vallejo 2012.

³⁵⁰ Grau y Moratalla 1998: 109-110; Poveda 1998: 416-417.

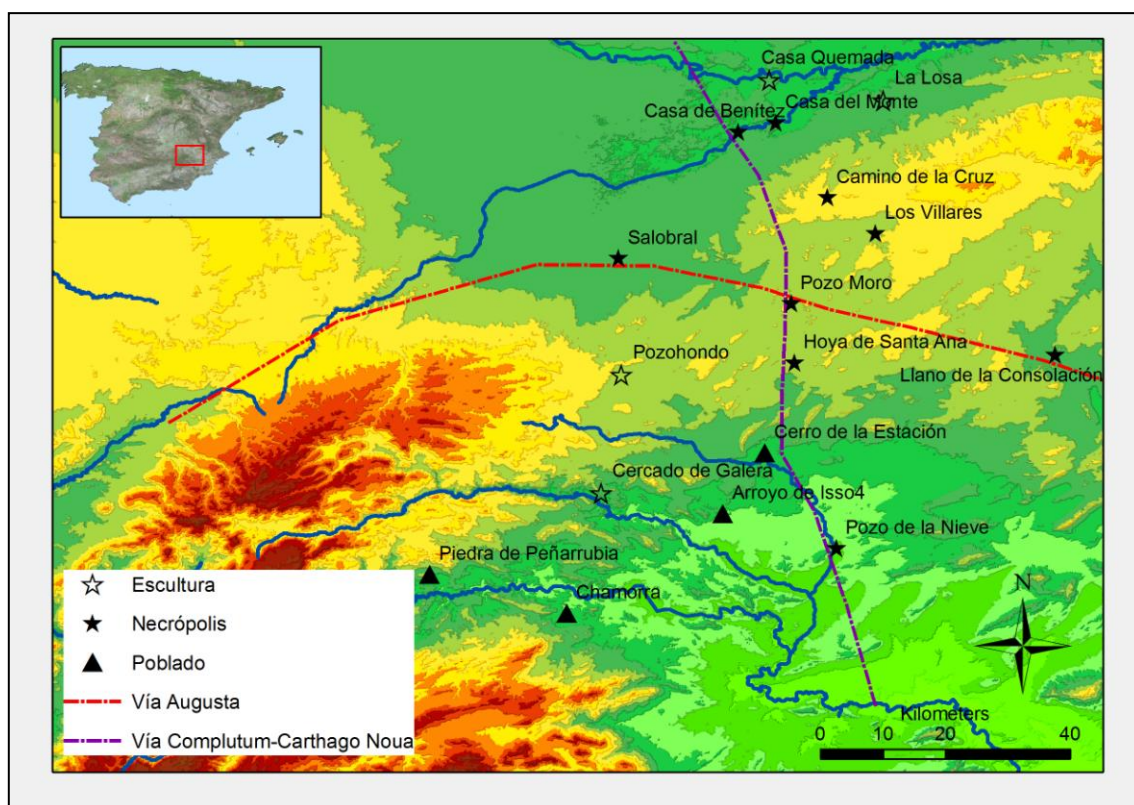
³⁵¹ Lillo 1993-1994; Rouillard 2001: 229; Domínguez 2001-2002: 193. Fue hallado en el santuario, pero formando parte del relleno de una estructura posterior, iberorromana, por lo que no se puede aseverar que en esta fecha tan antigua el lugar fuera ya concebido como santuario, ni que la pieza llegara al lugar en esta época o en un momento posterior.

³⁵² García Cano 1987: 59.

³⁵³ García Cano 1989-1990.



Mapa 2.2. Poblamiento entre los siglos V y IV a.C. en la Depresión Meridional.



Mapa 2.3. Poblamiento del Sureste meseteño en el s. V a.C. en relación con las vías de comunicación.

décadas de esta centuria en Molinicos, Cabezo del Tío Pío y Castillejo de los Baños³⁵⁴. Poblados todos ellos, por cierto, que surgen en esta época, encaramados a pequeñas elevaciones que dominan las vías de comunicación por la que transitaría este comercio. También del s. VI a.C. es el llamado “centauro de Royos”, estatuilla broncea de origen griego cuyo contexto de hallazgo se desconoce³⁵⁵ pero que constituye una de las escasas importaciones de objetos de bronce conocidas en el sureste para estas fechas tan tempranas.

Volviendo a la costa alicantina, a la zona de la Albufereta llegó una *kylix* jonia B2 y una crátera de columnas de figuras negras datadas en el s. VI a.C.³⁵⁶, si bien la primera apareció descontextualizada entre rellenos posteriores y la segunda procede supuestamente de la necrópolis de época plena pero sin que tengamos más datos al respecto, por lo que por el momento desconocemos apenas nada del poblamiento comarcal de la época. Más al norte, ya en la Marina Alta, Alt de Benimaquí se abandona en el s. VI a.C., pero pervive Plana Justa, y a poca distancia se funda Coll de Pous (Denia, Alicante) un poblado de escasas dimensiones y que aún no ha sido excavado³⁵⁷, pero que atestigua la continuidad del poblamiento en la comarca, que será igualmente polo de llegada de importaciones griegas, y en donde tiempo después se ocultará el llamado Tesoro de Montgó, del que luego hablaré.

Por lo que respecta a los valles alcoyanos, finalmente, el flujo comercial proveniente del Mediterráneo parece descender en el s. V a.C., hasta tal punto que las ánforas de importación dejan de llegar (quizás debido a la dificultad de transportar recipientes tan pesados por estos valles, unida al desarrollo de la producción local, en opinión de I. Grau³⁵⁸), y solo se advierte la llegada de un puñado de piezas de vajilla de mesa, repartidas por la comarca pero mostrando una mayor concentración, por lo que conocemos hasta el momento, en el poblado de El Puig³⁵⁹. En estos momentos el poblamiento rural en llano de clara vocación agrícola retrocede en los valles, optándose por el contrario por el desarrollo de los *oppida* fortificados en altura, desde

³⁵⁴ García Cano 1989.

³⁵⁵ Olmos 1983; Melgares 1991-1992.

³⁵⁶ García Cano 1987: 59; Sala 1995: 123; García i Martín 1996.

³⁵⁷ Gómez Bellard 2010: 65-66.

³⁵⁸ Grau 2005: 78-79.

³⁵⁹ García y Martín y Grau 1997.

los que se dominarían y explotarían los territorios circundantes³⁶⁰. Este modelo de poblamiento menos especializado posiblemente limitaría la capacidad de estas comunidades para obtener excedentes agrícolas, lo que convertiría a la región en menos atractiva para el comercio griego; paralelamente, la ausencia de estatuaría en toda la región hasta el s. IV a.C. nos habla de unas elites sociales que no se muestran especialmente interesadas por legitimar su preeminencia social, quizás porque esta aún es incipiente, y por consiguiente tampoco reflejarán un gran interés en acceder a los bienes de prestigio griegos que fluyen por otras comarcas del sureste.

Un ejemplo algo distinto será, en todo caso, El Puig, donde ya hemos dicho que las importaciones griegas llegan en mayor medida, y donde además en esta época se construyen nuevas fortificaciones³⁶¹ y se erige una vivienda, la 200, en cuyas técnicas edilicias, similares a las de la muralla pero distintas a las demás documentadas en los valles para este momento, se refleja un potente influjo mediterráneo³⁶², vestigio sin duda de un mayor interés por parte de las elites de este asentamiento por relacionarse con los comerciantes mediterráneos. No se olvide al fin y al cabo que en torno a El Puig las recientes prospecciones han demostrado que la implantación rural de pequeños hábitats no retrocede, como en el resto de los valles alcoyanos, sino que se mantiene³⁶³.

Finalmente, por lo que respecta al sureste meseteño, también aquí advertimos una fuerte transformación estructural. Se abandonan los antiguos núcleos fortificados que ejercían como pequeños enclaves desde los que una elite local canalizaba el comercio y almacenaba ciertos productos estratégicos, como Los Almadenes y La Quéjola, quizás porque las redes comerciales fenicias colapsaron y porque los productos estratégicos almacenados y producidos en estos lugares (el vino, fundamentalmente) se difundieron por toda la región. También se abandona el Macalón, sin que al lugar hubieran llegado aún las redes comerciales griegas.

En contrapartida, hasta finales del s. V a.C. son muy pocos los hábitats que se crean en la región. Tan solo tenemos noticia de la fundación de algunos pequeños poblados aún poco conocidos, como podría ser el caso de La Chamorra (Hellín,

³⁶⁰ Grau 2005: 78; Olcina 2006: 42.

³⁶¹ Grau y Segura 2010.

³⁶² Olmos Benlloch 2010: 242-243; Grau y Segura 2013: 102-109.

³⁶³ Grau y Molina 2013: 228-236.

Albacete), Arroyo de Isso-4 (Hellín, Albacete) o Cerro de la Estación (Tobarra, Albacete)³⁶⁴, situados en cerros pero sin dotarse de grandes fortificaciones, y que explotarían las tierras de cultivo circundantes pero cuya vocación principal sería sin duda la del control de las vías de comunicación hacia el interior meseteño en las que estaban insertos.

Más numerosas, conocidas y ricas en cuanto a cultura material se refiere son las necrópolis meseteñas que arrancan en esta época. De entre las mejor documentadas, las más antiguas son las de Hoya de Sana Ana (Chinchilla de Montearagón, Albacete) y Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete), que arrancan a finales del s. VI a.C.³⁶⁵. De la primera mitad del s. V a.C. dataría El Camino de la Cruz (Hoya Gonzalo, Albacete)³⁶⁶, en tanto que de la segunda mitad del s. V a.C. son Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón, Albacete), Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete), Pozo de la Nieve (Hellín, Albacete) y Casa del Monte (Albacete)³⁶⁷. Por otra parte, entre los materiales de la necrópolis de Casa de Benítez (Albacete), aún sin publicar, R. Sanz y J.L. López Precioso mencionan un fragmento de “oinochoe de pasta vítrea”³⁶⁸, que me atrevería a poner en relación con los *ariballoi* de fayenza documentados en Los Villares de Hoya Gonzalo y Hoya de Santa Ana, y datados a finales del s. VI a.C.³⁶⁹. Además, contamos con toda una serie de necrópolis cuya fecha de arranque se ha establecido en esta misma época únicamente a través de la datación por criterios estilísticos de sus esculturas, como El Salobral (Albacete), La Losa (Casas de Juan Núñez, Albacete), Casa Quemada (Albacete), Cercado de Galera (Albacete), o Pozohondo (Albacete)³⁷⁰; aunque ya profundizaré más adelante en la interpretación de estos lugares, baste por el momento tomar nota de que en ellos se erigieron esculturas en el s. V a.C. Finalmente, tampoco podemos olvidar los enterramientos aislados que,

³⁶⁴ López Precioso, Jordán y Soria 1992: 52-55; Jordán y López Precioso 1993: 75.

³⁶⁵ Blánquez 1991: 244 y 249.

³⁶⁶ Blánquez 1991: 247.

³⁶⁷ Respectivamente Alcalá-Zamora 2003: 84-85; Valenciano 2000: 258; López Precioso 1995: 268; Blánquez 1991: 243 (contraargumentando a I. Ballester, 1930, quien solo retrotraía la necrópolis de Casa del Monte al s. IV a.C.). Respecto a la necrópolis de Pozo Moro, obvio aquí el enterramiento aislado de finales del s. VI a.C., al que ya hice alusión páginas atrás, pues entre la construcción de esta tumba y el verdadero arranque de la necrópolis medió más de medio siglo.

³⁶⁸ Sanz y López Precioso 1994: 220.

³⁶⁹ Cisneros 1988; Blánquez 1990: 15; Soria y García Martínez 1995 a.

³⁷⁰ Respectivamente, Blánquez 1995 a; Giménez 1988: 131; Sanz y López Precioso 1994: 205-207; López Precioso, Jordán y Soria 1992: 54; Sanz y López Precioso 1994: 218.

como ya señalé páginas atrás, encontramos en conexión con buenas tierras de labor en El Patojo, Tiriez y la propia Pozo Moro, datables a finales del s. VI a.C.

Así pues, nos encontramos con que entre finales del s. VI y buena parte del V a.C., el registro de los hábitats ibéricos es muy escaso, mientras que las necrópolis florecen enormemente, tratándose siempre de pequeñas áreas cementeriales con unas decenas de enterramientos (al menos, datables en esta época), pero con materiales en muchos casos especialmente ricos, incluyendo importaciones mediterráneas de gran calidad. Por lo que respecta a su ubicación espacial, en la mayor parte de los casos no se encuentran en las proximidades de ningún hábitat conocido (sobre este asunto volveremos más adelante), pero sí junto a las principales vías de comunicación que recorren el sureste meseteño, la Vía Heraclea y la que más tarde se conocerá como Vía Complutum-Carthago Noua³⁷¹.

Todo ello no hace sino reforzar, creo, el modelo que durante los últimos años R. Sanz y J.J. Blánquez vienen planteando para la interpretación socioeconómica de las sociedades ibéricas meseteñas. Según ellos, los intercambios mediterráneos canalizados desde finales del s. VI a.C. por las principales vías de comunicación dieron lugar a una profunda transformación de las estructuras sociales locales, generando unas elites cuya preeminencia se sustentaba en el control de los caminos por los que fluía el comercio, razón por la que se representaban a sí mismas recurrentemente como jinetes, y razón por la que el poblamiento se distribuiría por el territorio controlando espacios concebibles como fronteras naturales³⁷². De hecho, resulta problemático retrotraer hasta cronologías tan antiguas muchos de los asentamientos que según estos autores controlan dichas fronteras naturales, como Chinchilla, pero ello no va en detrimento, creo yo, del modelo interpretativo: en una región muy poco poblada como sería el sureste meseteño en su conjunto en esta época, las elites gobernantes de las pequeñas comunidades distribuidas por el territorio basarían la legitimación de su preeminencia social en los bienes de prestigio recibidos mediante el comercio, un comercio cuyo flujo a través de las vías de comunicación deberían propiciar, proteger y controlar, de lo que se sigue que su función como aristócratas solo podría ser llevada a cabo gracias al uso del caballo, para garantizar los rápidos

³⁷¹ Blánquez 1990 a: 65-66; Castelo 1994: 140-142.

³⁷² Sanz 2007: 193-197; Sanz y Blánquez 2010.

desplazamientos. De los hábitats de esta época poco sabemos, seguramente porque no serían grandes núcleos estables ni se invertirían importantes cantidades de recursos en la construcción de fortificaciones, lo que hubiera facilitado su conservación y detección en el registro arqueológico, sino pequeñas comunidades dispersas y económicamente autónomas. Es en las necrópolis, por el contrario, donde sí que se invertirían mayores cantidades de recursos, por motivos que más tarde comentaré, y estas se situarán, no por casualidad, no junto a los poblados en cuestión, sino junto a cruces de caminos o en conexión con vías de comunicaciones de especial relevancia; legitimando, mediante su sola presencia, los derechos de las elites que se enterraban en estos espacios sobre los caminos del lugar³⁷³.

En definitiva, el período que media entre 550 y 425 a.C. es, en mi opinión y en lo que a los aspectos socioeconómicos se refiere, una verdadera fase de transición, más que la mera continuación de la etapa anterior. La complejización de las estructuras económicas prosigue, y el proceso de especialización económica que algunos asentamientos habían desarrollado durante los ss. VII y VI a.C. se trunca, en parte debido a lo anterior, y en parte motivado por el colapso de las redes comerciales fenicias y la irrupción del comercio griego, con los cambios que estas transformaciones en el espacio colonial hubieron de suscitar en las estrategias legitimatorias de las elites locales.

En todo caso, no encontramos aún en el sureste ibérico unidades económicas altamente especializadas en las que el gobernante de turno tenga un control total sobre la producción, como parece que se propuso para los campos de silos del noreste peninsular, a los que ya hice alusión, o para el “palacio” de Cancho Roano (Villanueva de la Serena, Badajoz), desde el que se controlaría, a decir de M. Almagro, el fruto de la labor de más de 300 trabajadores dependientes³⁷⁴, modelo que se ha querido extender a otros yacimientos extremeños³⁷⁵.

³⁷³ Vid. Mapa 2.3.

³⁷⁴ Almagro Gorbea 1996: 60-67; Almagro Gorbea *et alii* 2011.

³⁷⁵ Rodríguez Díaz (ed.) 2004; Rodríguez Díaz *et alii* 2007.

2.5. La plenitud de las estructuras económicas ibéricas.

2.5.1. El poblamiento.

A partir de finales del s. V a.C., podemos observar cómo el sistema que venimos viendo gestarse desde siglos atrás se extiende y consolida. Aunque a diferentes ritmos y en diversa magnitud, la densidad del poblamiento, y por consiguiente el nivel de explotación del territorio, aumentan exponencialmente, reforzándose la tendencia hacia la complejización y la especialización económica que veníamos observando desde tiempo atrás. La extensión y perfeccionamiento de la metalurgia del hierro, el aumento de la producción y la productividad agraria, y un flujo comercial que alcanza cotas nunca antes observadas en la Península Ibérica, serán factores fundamentales en el proceso, como en su momento ya apuntaron I. Grau y J. Moratalla³⁷⁶. Y, desde luego, coadyuvaría también el crecimiento demográfico³⁷⁷ que parece percibirse en este aumento de la densidad del poblamiento.

De este modo, por lo que al sureste meseteño se refiere, podemos observar que, si bien la espectacularidad de las necrópolis que florecieron entre finales del s. VI y comienzos del V a.C. desaparece, el modelo de poblamiento que describía páginas atrás se mantiene. En esta época a los cementerios ya mencionados se añaden otros, como El Tesorico (Agramón-Hellín, Albacete)³⁷⁸ o Capuchinos (Caudete, Albacete)³⁷⁹, igualmente situados junto a las principales arterias de comunicación de la zona, y de cuyos núcleos de hábitat correspondientes apenas se tienen datos; y a los escasos poblados conocidos para épocas anteriores se suman algunos otros, caracterizados por sus escasas dimensiones, su situación en pequeñas elevaciones y dominando las vías de comunicación y, lamentablemente, la escasa información que de ellos contamos por el momento, como es el caso de El Acequión (Albacete)³⁸⁰ o el Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete), en el que más tarde volveré a detenerme.

Caso algo distinto sería el de pequeños yacimientos como el caserío de Zama 4 (Hellín, Albacete)³⁸¹, situado junto al arroyo de Tobarra, al pie del Cerro del Reloj y no

³⁷⁶ Grau y Moratalla 1998: 111.

³⁷⁷ Sanmartí 2010.

³⁷⁸ Broncano *et alii* 1985.

³⁷⁹ Chapa 1980: 832-833; Sanz y López Precioso 1994: 211; Sala 2005 a: 49-51.

³⁸⁰ Sanz y López Precioso 1994: 220; Sanz 1997: 85-86.

³⁸¹ López Precioso, Jordán y Soria 1992: 53.

sobre su cima, a tan solo unos pocos kilómetros del Tolmo de Minateda, sin restos de encintado defensivo, y con una abierta vocación agrícola, constituyendo por tanto uno de los primeros vestigios conocidos de una implantación rural especializada en el sureste meseteño que en estas épocas sin embargo está proliferando en las comarcas más cercanas a la costa.

Así, el modelo de poblamiento de las comarcas costeras es más complejo, o al menos es esa la impresión que nos ofrece el registro material, aunque forzosamente hay que reconocer que el conocimiento que de este tenemos es muy desigual según las zonas, lo que puede estar distorsionando la imagen creada.

En todo caso, en la Depresión Meridional encontramos ya para esta época un poblamiento estructurado y jerarquizado, relativamente denso y bastante cohesionado, aunque sin llegar a los niveles protoestatales del Camp del Tùria³⁸². Como señala J. Moratalla, surgen nuevos hábitats, que se ubican en los espacios intermedios dejados por los antiguos (la mayor parte de los cuales continúan activos), cuya especialización económica es ya evidente, y cuya superficie nunca llegará a entrar en competencia con la Alcudia o, ya más al interior, Monastil, lo que sugiere, según dicho investigador, que se fundan bajo el control, o al menos la hegemonía, de los anteriores, y encuadrados en su territorio³⁸³. Es el caso del poblamiento rural de clara vocación agrícola que surge en torno a la Alcudia y en el Bajo Segura, con yacimientos tales como Casa del Porvenir (San Fulgencio, Alicante), Tintoreros (San Fulgencio, Alicante), Társilos (San Fulgencio, Alicante), Cerro del Molino (Albatera, Alicante), Cerro de Admajaleta (Granja de Rocamora, Alicante), Cañadas (Guardamar del Segura, Alicante) o Cabezo del Molino 2 (Rojales, Alicante)³⁸⁴; o también el de la alfarería de El Arsenal (Elche, Alicante), situada a escasa distancia de La Alcudia³⁸⁵ y de la que más tarde hablaré; o, finalmente, el de La Picola (Santa Pola, Alicante), en la que profundizaré algo más adelante pero de la que por el momento valga constatar que,

³⁸² Bernabeu, Bonet y Mata 1987; Bonet, Mata y Moreno 2007; 2008. En ocasiones se tiende a considerar el modelo de poblamiento edetano como el prototípico de la fachada levantina, y la única alternativa existente al modelo de los *oppida* de la Alta Andalucía (cf., recientemente y de manera implícita, Aranegui 2012: 81-85), pero los últimos estudios parecen revelar que, para esta época, se trata de un ejemplo único, no extrapolable siquiera al territorio de la vecina *Kelin* (Mata *et alii* 2009: 148-150).

³⁸³ Moratalla 2005: 103.

³⁸⁴ Gutiérrez *et alii* 1998-1999: 42-48.

³⁸⁵ López Seguí 2000: 245-248.

fuera un puerto comercial fortificado como apuntaron sus excavadores³⁸⁶ o una fortaleza para el control de la piratería, como defienden otros investigadores³⁸⁷, supone un proyecto constructivo *ex novo* de gran magnitud que sin duda nació auspiciado por unas estructuras socioeconómicas preexistentes ciertamente complejas, como posiblemente fueran las de la Alcudia de la época.

Por otra parte, en la Sierra del Molar surge el núcleo fortificado de La Escuera (San Fulgencio, Alicante), de 2,5ha, que heredaría el territorio, la función comercial y posiblemente al menos parte de los efectivos demográficos de El Oral³⁸⁸. Y el entramado territorial se completará con ciertos hitos con una función distinta de la poblacional, como el santuario del Castillo de Guardamar³⁸⁹ o el edificio singular de Tres Hermanas (Aspe, Alicante), una construcción con planta tripartita sita sobre una colina con una amplia visibilidad sobre el Camp d'Elx y que sus excavadores interpretaron como una *regia*³⁹⁰, pero que recientemente ha sido replanteada como una atalaya para el control de acceso al Bajo Vinalopó y la vigilancia de los campos circundantes³⁹¹, revisión que, dados los materiales en ella encontrados (fundamentalmente cerámicas, incluyendo 13 ánforas, tanto importadas como locales, pero también cerámica común y de cocina, así como dos copas Cástulo, una pátera de barniz negro de la forma 21 de Lamboglia y un fragmento de mortero púnico; asimismo cinco pesas de telar, una moldura de terracota, fragmentos de una falcata, un soliferreum y una lanza, una lámina de plomo y una bola de galena³⁹²), y teniendo en cuenta el contexto territorial del lugar, me parece certera³⁹³.

³⁸⁶ Badie *et alii* 2000.

³⁸⁷ Grau y Moratalla 2004: 115.

³⁸⁸ Abad 1986 a; Sala 1998: 36; Abad *et alii* 2003: 81.

³⁸⁹ Abad 1986 b; 1992.

³⁹⁰ García Gandía y Moratalla 1998-1999: 178-179; Moratalla 2005: 105. *Vid.* Fig. 2.13.

³⁹¹ Sala 2006: 144.

³⁹² García Gandía y Moratalla 1998-1999: 172-178.

³⁹³ F. Prados Martínez (2010) interpreta tanto Tres Hermanas como El Chorrillo como edificios singulares con connotaciones sacras pero función eminentemente comercial, situados en zonas liminales, en medio de vacíos poblacionales. Aunque trataré el tema más adelante, baste decir por el momento que creo que su función como atalayas y punto de control visual del territorio, dada su posición en el paisaje, queda fuera de toda duda, independientemente de sus otras connotaciones o funciones.

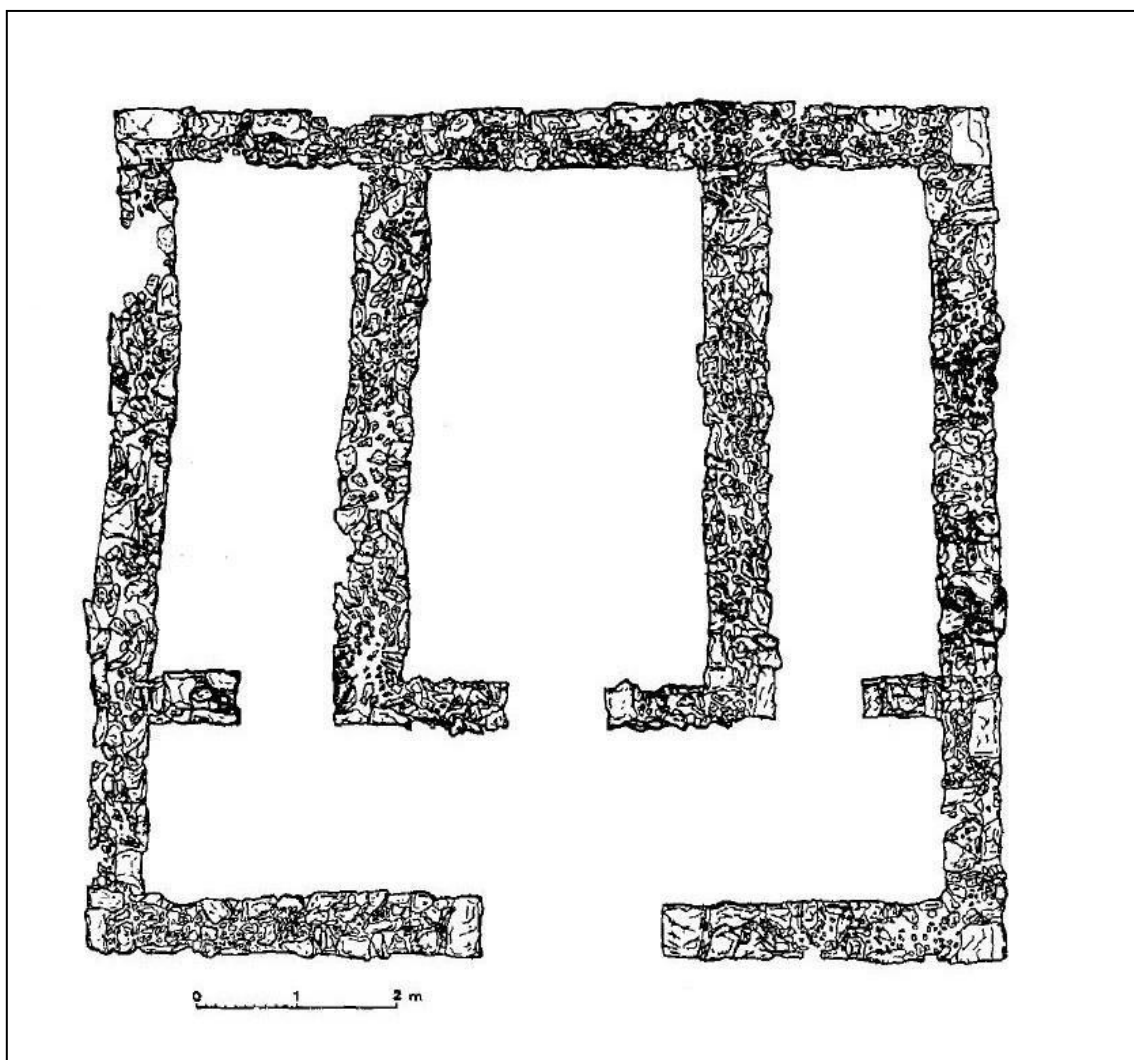


Fig. 2.13. Planimetría del Edificio 1 de Tres Hermanas.

En definitiva, por tanto, nos encontramos en la Depresión Meridional con el primer ejemplo de territorio comarcal jerarquizado e integrado del Sureste, con la Alcudia de Elche a la cabeza³⁹⁴, algo que concuerda con la creciente jerarquización social que se adivina en las necrópolis, como veremos más adelante, y con el registro iconográfico escultórico, que ya he mencionado páginas atrás.

El fenómeno se reproduce, al menos hasta cierto punto, tierra adentro, en el cauce medio del Vinalopó. Así, surgen multitud de nuevos asentamientos de escasas dimensiones, situados sobre pequeñas lomas, sin fortificaciones y en conexión directa con los suelos fértiles de la vega, tales como Castillo del Río (Aspe, Alicante), Charco

³⁹⁴ Santos Velasco 1992: 45; Jover *et alii* 1999: 270; Grau y Moratalla 2004: 114-115; 2004 a: 121-122.

(Monóvar, Alicante), Zaricejo (Villena, Alicante) o Tejera (Villena, Alicante)³⁹⁵. Ninguno de ellos podrá compararse en dimensiones, en todo caso, con el poblado de El Monastil, el único habitado de antiguo como ya vimos y que en esta época cuenta con unas 3,5ha, además de ser el único fortificado y con un amplio conjunto monumental³⁹⁶; todo lo cual me lleva a aceptar un cierto carácter hegemónico a nivel comarcal para este núcleo y su elite dirigente³⁹⁷. Además, en las proximidades de El Monastil se constata también la aparición de ciertos hábitats de dimensiones muy reducidas (inferiores a los 1000m²) y situados en farallones destacados sobre el paisaje, fortificados y de difícil acceso, cuya función de atalayas para el control de las vías de comunicación y los campos circundantes parece sugerente, como es el caso del Mirador de la Sierra del Caballo (Elda, Alicante), intervisible respecto de El Monastil³⁹⁸, o de El Chorrillo, ya citado anteriormente y que pervive hasta finales del s. IV a.C., combinando un minúsculo asentamiento en ladera con un edificio singular separado del hábitat y encaramado en la cumbre, y con una posible área de necrópolis al otro lado del río³⁹⁹.

Caso algo diferente es el del poblado de Puntal de Salinas (Alicante), de 0,4ha de superficie, situado en un espolón amesetado de la sierra de Rincón de Don Pedro, solo accesible por el norte y el este, y a unos 600 metros en línea recta de la laguna salobre de Salinas, cercano al corredor del Vinalopó pero ajeno a él, pues el hábitat domina desde las alturas la vía de comunicación que pone en contacto dicha comarca con el altiplano de Jumilla-Yecla⁴⁰⁰. A diferencia de Monastil, El Puntal combina sus defensas naturales con unas buenas fortificaciones que protegen los flancos accesibles del poblado, y que constaban de un lienzo de un metro de ancho de fábrica irregular y pequeña, protegido por al menos dos fuertes torres cuadrangulares, un foso que antecedió la línea de murallas, y un gran torreón macizo que debía defender la zona de

³⁹⁵ Poveda 1998: 417-418.

³⁹⁶ Poveda 1995; 1996; Poveda, Soler y Márquez 2002.

³⁹⁷ Poveda 1998: 418-419. A las afueras del poblado, extramuros, apareció un gran edificio que ha sido interpretado como almacén (Poveda 1996 a: 417), lo que redundaría en esta condición hegemónica de El Monastil, aunque me detendré más adelante en la interpretación de este edificio, que ha sido contestada por algunos autores.

³⁹⁸ Espinosa 1991; Jover y Segura 1995: 73-76.

³⁹⁹ Segura Herrero y Jover 1995; Jover y Segura 1995; Márquez *et alii* 1997: 333.

⁴⁰⁰ Soler 1992: 51-52; Hernández Alcaraz 1995: 407; Sala *et alii* 1997: 189.

la puerta⁴⁰¹, sistema que muestra ciertos paralelos con otros poblados de la época, como Bastida o el Puig⁴⁰². Por lo que respecta a su registro material mueble, la facies cerámica del poblado es la habitual de los hábitats ibéricos nucleares del sureste en esta época, no siendo precisamente pobre, y abundando entre los hallazgos las ánforas y las importaciones⁴⁰³. Por todo ello, teniendo en cuenta su localización, fortificaciones y registro material, creo que su inclusión en el territorio de El Monastil, propuesta por algunos autores⁴⁰⁴, resulta problemática, y quizás supusiera extender la hegemonía de aquel más de lo que el registro arqueológico parece evidenciar, a pesar del superior tamaño del hábitat de El Monastil respecto a los demás asentamientos de la región. Me parece más adecuada, en este sentido, la interpretación propuesta en su día por F. Sala, para quien el Puntal constituye un “*oppidum* a pequeña escala”, esto es, un asentamiento nuclear autónomo y fortificado desde el que se explotarían y fiscalizarían los recursos de las inmediaciones (incluyendo la sal de la laguna cercana), y desde el que se controlarían las comunicaciones entre el Alto y Medio Vinalopó y el altiplano de Jumilla-Yecla⁴⁰⁵. En este sentido, estaríamos hablando para esta comarca de un territorio distinto, no tan integrado y jerarquizado como los del Camp d’Elx y el Vinalopó Medio, para el que por el momento no conocemos caseríos rurales subordinados ni ningún tipo de atalaya de control, y en cuyo hábitat principal, el Puntal, los restos faunísticos (con más de un 82% de ovicápridos⁴⁰⁶) y carpológicos (con más de un 97% de semillas de mijo, un cultivo muy adecuado para los suelos pobres que rodean el asentamiento, y sin rastro de leguminosas, habituales en otros hábitats ibéricos y que se consideran vestigio de la práctica del barbecho⁴⁰⁷) parecen hablarnos de un núcleo que explota los recursos de su entorno más inmediato pero que no capta,

⁴⁰¹ Hernández Alcaraz 1996: 407-408; Moret 1996: 485-486; Sala 2006: 139-140.

⁴⁰² Sala 2005 a: 59-61; Cf. Bonet y Mata 1991.

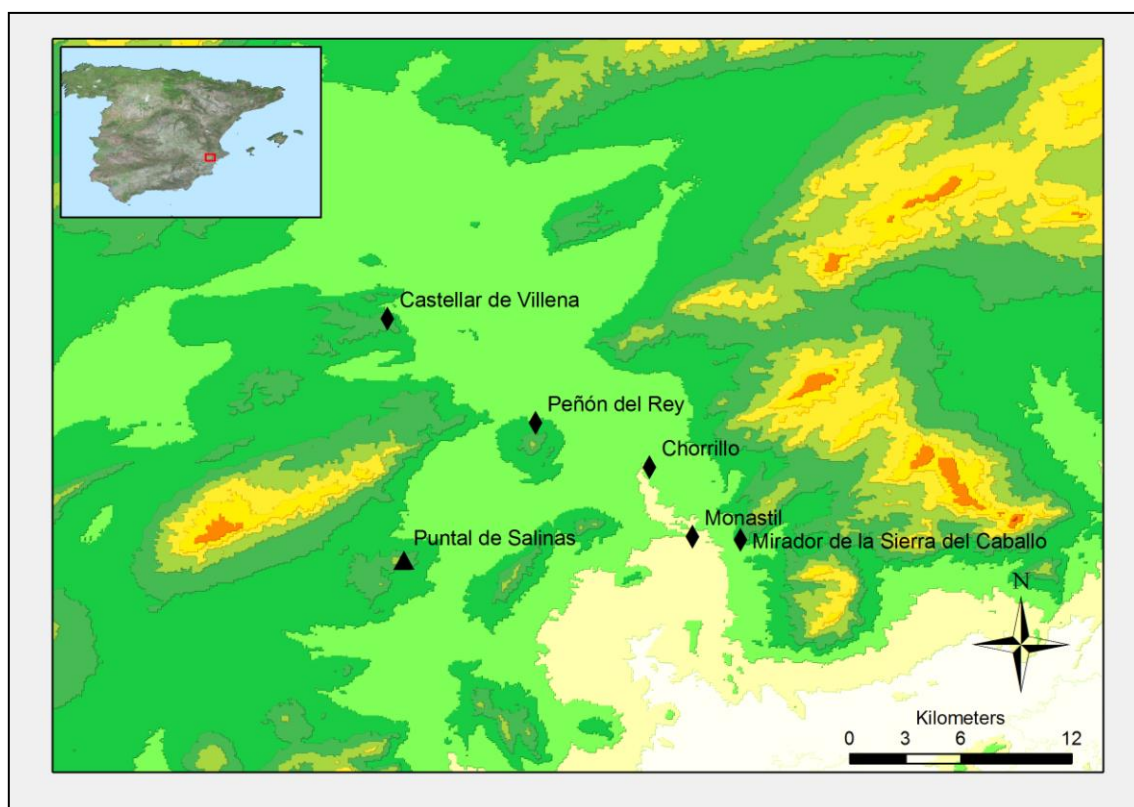
⁴⁰³ Sala 1995:141-175; Ribera 1982:48; Mata y Soria 1997: 315. Es de reseñar que los hallazgos fueron inventariados de manera general según el departamento en el que se documentaron pero sin indicar estrato ni contexto más preciso (Sala *et alii* 1997: 193-194), por lo que ensayar un análisis de su distribución resultaría arriesgado.

⁴⁰⁴ Poveda 1998: 417-419.

⁴⁰⁵ Sala *et alii* 1997: 195; Sala 2005 a: 56-58; Grau y Moratalla 1998: 116-117.

⁴⁰⁶ Iborra 1997.

⁴⁰⁷ Moratalla 1997: 204-205.



Mapa 2.4. Poblamiento del Vinalopó Medio en época plena.

o apenas lo hace, los de su periferia más lejana, excepción hecha de parte de los bienes de prestigio que circularían por el valle⁴⁰⁸.

Pasando ya a la comarca de Alcoià-Comtat, como veremos con mayor detenimiento más adelante, a partir de finales del s. V a.C. el número de hábitats documentados se multiplica y se establecen entre ellos jerarquías más notables, creándose de este modo territorios cohesionados e integrados que tendían a ceñirse al “espacio visible” desde cada hábitat nuclear, lo que generalmente coincidía con cada valle⁴⁰⁹; hábitats nucleares que, como Cabeço de Mariola (Alfafara, Alicante), Covalta (Albaida, Valencia), Xarpolar (Vall de Gallinera, Alicante), Pitxòcol (Balones, Alicante), Castell de Cocentaina (Alicante), Castell de Penàguila (Alicante), el Puig y la Serreta alcanzan (con la excepción de esta última, como se verá) su momento de mayor auge⁴¹⁰, concentrando y redistribuyendo las importaciones⁴¹¹, fortificándose pese a sus

⁴⁰⁸ Vid. Mapa 2.4.

⁴⁰⁹ Grau y Segura 2013: 43-44.

⁴¹⁰ Grau 1998: 314-317.

⁴¹¹ García i Martín y Grau 1997.

ubicaciones en alturas prominentes sobre el terreno circundante, y explotando los recursos agropecuarios de su entorno. Desde estos núcleos, además, se impulsará la creación de hábitats secundarios, ya sean atalayas enriscadas para asegurar la vigilancia de las vías de comunicación, los territorios fronterizos y las zonas no visibles desde el núcleo principal (como parece haber sido el caso de Errecorrals, Alfarara, Alicante⁴¹²; o el de Pic Negre, Cocentaina, Alicante⁴¹³), o pequeños asentamientos rurales en llano de clara vocación agrícola (como El Terratge, Cocentaina, Alicante, ubicado en las terrazas del río Serpis y a escasos kilómetros del Castell de Cocentaina⁴¹⁴; o el ya mencionado Alt del Punxó, que permanece habitado en esta época y sobre el que volveré a hablar más adelante).

Al noroeste de los valles alcoyanos, las comarcas del valle del Cànyoles y el Pla de les Alcusses mostraban ya los primeros indicios de un poblamiento que comenzaba a jerarquizarse desde el Ibérico Antiguo⁴¹⁵. Con el paso del tiempo, observamos que la población tiende a agruparse, el número de hábitats se reduce pero su tamaño se amplía, de tal manera que a la altura del s. IV a.C. el valle del Cànyoles se organizará a partir de una serie de poblados fortificados en altura, con una superficie mediana, de entre 2 y 4 ha, distantes entre sí entre 6 y 7 km, y cercanos a campos con buenas condiciones agropecuarias, tales como Saetabi (Xàtiva, Valencia), Montesa (Valencia), Mola de Torró (Font de la Figuera, Valencia), Pic del Frare (Moixent, Valencia) o Castellaret (Moixent, Valencia)⁴¹⁶. Por lo que respecta específicamente al Pla de les Alcusses, este fenómeno de concentración de la población se concreta en la fundación de La Bastida de les Alcusses a finales del s. V o comienzos del IV a.C., que con su ubicación dominante, su arquitectura monumental, sus 5 hectáreas de extensión

⁴¹² Se trata de un hábitat encastillado situado en la cota más alta de las inmediaciones, asomándose a los territorios de Covalta y Cabeço de Mariola, interconectando visualmente estos dos núcleos que no son directamente intervisibles entre sí debido a que entre ellos se interpone el macizo del Cabeço de Mariola. Desde Errecorrals se vigila además el paso entre sus territorios, el Vall d'Albaida y la Valleta d'Agrès respectivamente. Finalmente, es de constatar que Errecorrals surge a comienzos del s. IV a.C., precisamente en el momento de mayor auge de Cabeço de Mariola. Cf. Grau y Moratalla 1998: 113-114.

⁴¹³ Pequeño poblado fortificado encaramado sobre una altura prominente desde la que se controla tanto el cercano Castell de Cocentaina y los campos circundantes, como las tierras septentrionales, la Valleta d'Agrès, y que igualmente surge en el s. IV a.C. Cf. Grau 1998: 316.

⁴¹⁴ Grau 1998-1999: 86.

⁴¹⁵ Pérez Ballester 2011: 49-50.

⁴¹⁶ Rodríguez Traver y Pérez Ballester 2005; Bonet 2006: 26; Pérez Ballester 2011: 61.

amurallada⁴¹⁷ y su población de entre 480 y 840 habitantes⁴¹⁸, constituirá el núcleo principal de la zona, dominando visualmente la llanura fértil del Pla y los diez pequeños caseríos rurales no fortificados que en él se tienen documentados para la época, además de una buena proporción del valle del Cànyoles⁴¹⁹.

De hecho, en torno al asentamiento de la Bastida encontramos unas condiciones especialmente buenas para el surgimiento de un gran núcleo como este. Aparte de su fácil defensa, en la cumbre de un promontorio calcáreo y con una amplia visibilidad sobre el entorno, y aparte del hecho de dominar el valle del Cànyoles, esto es, una de las principales vías de comunicación de la región, a los pies de la Bastida se suceden los mejores suelos de la comarca: en un radio de 3 km en torno al poblado, tal y como calcularon G. Pérez Jordá y otros autores, encontramos hasta 650 ha. de las clases agronómicas 1 y 2, esto es, las de mayor potencial, además de algunas pequeñas parcelas hábiles para la agricultura de regadío, y unas 100 ha. óptimas para la producción de especies leñosas⁴²⁰. Ello concuerda con las muestras polínicas recogidos en el yacimiento⁴²¹, así como las de semillas y frutos carbonizados, entre los que encontramos una preponderancia de cereales (sobre todo los más nutritivos: la cebada vestida y el trigo desnudo predominan frente al mijo y la escaña, esta última destinada posiblemente al forraje), una presencia significativa de leguminosas (indicadoras seguramente de la práctica del barbecho) y frutales (destacando por este orden la vid, el olivo, la higuera, el almendro y el granado), y algunos vestigios de cultivos destinados a la industria textil como el lino y la carmelina⁴²². Los anzuelos hallados en el poblado parecen hablarnos también de la explotación pesquera de los cauces de agua de las inmediaciones, especialmente el propio río Cànyoles⁴²³. Por lo que respecta a la ganadería, finalmente, las muestras analizadas nos hablan de una preponderancia de rebaños mixtos de ovicápridos, aunque también se consumiría el cerdo; los bovinos serían criados para el aprovechamiento de sus productos

⁴¹⁷ Contando el supuesto albacar: cf. Díes y Álvarez 1998: 342, n. 1. Debido a un error de medición, hasta esta publicación se venía dando como cierta una superficie bastante mayor para el recinto amurallado.

⁴¹⁸ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011: 93.

⁴¹⁹ Ferrer García 2011: 31-32; Pérez Ballester 2011: 51-54; Bonet y Vives-Ferrándiz 2011 a: 246.

⁴²⁰ Pérez Jordá *et alii* 2011: 103.

⁴²¹ Ferrer 2011: 47.

⁴²² Pérez Jordá *et alii* 2011: 95-98.

⁴²³ Ferrer 2011: 46.

secundarios, pues a diferencia de las ovejas casi nunca son sacrificados a edades juveniles, y otro tanto sucede con caballos y asnos⁴²⁴.

Con estas condiciones naturales, que favorecieron el desarrollo de una economía de base agropecuaria tan diversificada, y complementada con los beneficios que el tránsito comercial por el valle del Canyoles reportaría para los habitantes de la Bastida, no es difícil explicar el por qué del surgimiento de semejante núcleo poblacional, que organizaría el poblamiento de la comarca ocupando una posición hegemónica, hegemonía que queda visualmente reflejada, como veremos en otro capítulo, por la presencia de sus imponentes fortificaciones⁴²⁵, perceptibles desde la lejanía.

Una estructura del territorio semejante pudo surgir aún más al noroeste, en torno al Castellar de Meca (Ayora, Valencia), poblado enclavado en la cima amesetada de unas 3 ha. de superficie⁴²⁶ de un espolón que cae a pico sobre el Corredor de Almansa, dominando visualmente esta importante vía de comunicación, por la que transitaría la llamada Vía Heraklea, documentada arqueológicamente en este tramo⁴²⁷. Se trata de un baluarte natural de 1058 mns., situado a 200 m. de altura sobre el valle, e inaccesible por la mayor parte de sus lados, orografía que ha determinado que buena parte de sus materiales haya rodado ladera abajo y sólo se hayan podido documentar *in situ* las estructuras excavadas en la roca. En todo caso, de la importancia de este asentamiento, datable gracias al material cerámico entre el s. IV y el II a.C.⁴²⁸, nos habla no solo su ubicación prominente y su gran extensión, sino también sus potentes fortificaciones, verdaderamente llamativas, así como los caminos de acceso al poblado, acondicionados artificialmente y en los que se han

⁴²⁴ Iborra 2004: 257-261; Pérez Jordá *et alii* 2011: 109-112.

⁴²⁵ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011: 63-74; Sala 2006: 139; Bonet 2006: 26-33; Olmos Benlloch 2010: 231-234.

⁴²⁶ Y no de unas 15 ha., como en su día anunció A. Schulten (1947: 272), dato que hasta el momento han reproducido sin más multitud de autores.

⁴²⁷ Rodríguez Morales y Lumbreras 2010.

⁴²⁸ Aparicio 1984: 171. F. Sala (1998: 48) argumentó que la destrucción violenta del poblado acaeció durante la II Guerra Púnica o inmediatamente después, y que la ocupación posterior será ya meramente residual, algo que ya habían propuesto sus excavadores (Alfaro Arregui 1991; Alfaro Arregui y Broncano (1992: 78-79). Para una opinión contraria, relativa a una ocupación posterior que llegaría hasta época altoimperial, cf. Moret (1996: 458) y Hourcade (2008: 246).

podido documentar las carriladas dejadas por el tránsito frecuente de carros⁴²⁹. Aunque su excavación es más antigua y el lugar estaba peor conservado, por lo que la información de la que disponemos sobre las actividades económicas del poblado son mucho menores, la estructura del poblamiento en el corredor de Almansa parece ser, como señaló R. Sanz, ciertamente jerarquizada, con El Castellar de Meca como núcleo central del sistema, articulando el poblamiento rural de las inmediaciones⁴³⁰.

Por lo que respecta a la estructura del poblamiento en las comarcas costeras, excepción hecha de la costa de la Depresión Meridional que ya he tratado, nos es mucho peor conocida, dada la mayor explotación urbanística que en las últimas décadas ha tenido lugar en el litoral valenciano, alicantino y murciano. Sí que conocemos, empero, algunos asentamientos costeros de mediano y pequeño tamaño, de clara vocación portuaria, si bien de ellos hablaré con detenimiento más adelante. Es poco lo que sabemos sin embargo acerca de la forma en la que estos explotaron los recursos del territorio circundante y cómo se estructuró este, pero recientes descubrimientos en este sentido apuntan a una realidad mucho más compleja de la que se suponía hace tan solo algunos años, cuando se concebía a algunos de estos yacimientos como *emporiae* aislados en un territorio despoblado⁴³¹. Me estoy refiriendo, por ejemplo, al hallazgo de dos yacimientos situados sobre altozanos cercanos al litoral, Tossal de l'Empedrola (Calpe, Alicante) y La Tellerola (Villajoyosa, Alicante)⁴³². Ambos enclaves comprenden un edificio aislado, posiblemente una torre, que ejercería un excelente control visual sobre las inmediaciones, las vías de comunicación cercanas y, sobre todo, una importante franja costera; ambos fueron levantados hacia el s. IV a.C. a juzgar por sus materiales cerámicos (ánforas ibéricas e importadas, cerámica de cocina y vajilla de mesa, ibérica e importada); y ambos quedaron abandonados antes de comenzar la centuria siguiente. Ambos, finalmente, se sitúan en el límite del campo de visibilidad del poblado nuclear más cercano, el Racó d'Ilfac (Calpe, Alicante) y La Vila Joiosa (Alicante) respectivamente. Por todo ello, cabe interpretarlos, posiblemente, y tal como hace F. Sala, como atalayas costeras,

⁴²⁹ Alfaro Arregui y Broncano 1992; Aparicio 1984: 165-166; Moret 1996: 457-458; Aparicio *et alii* 2005: 103-105. *Vid.* Fig. 2.14.

⁴³⁰ Sanz 1997: 113-115.

⁴³¹ Llobregat 1997: 20.

⁴³² Sala 2006: 143-144; Bolufer y Sala 2009. *Vid.* Fig. 2.15.



Fig. 2.14. Vial de acceso a Castellar de Meca.



Fig. 2.15. Tossal de l'Empedrola, con la torre en primer plano, y panorámica sobre las salinas de Calpe y el Peñón de Ifach al fondo.

destinadas a garantizar la seguridad del tráfico comercial y pesquero de estos dos puertos. Ahora bien, su localización a una cierta distancia del poblado nuclear, en el límite de la intervisibilidad, sugiere desde mi punto de vista la existencia de un territorio controlado y explotado desde aquel, con un poblamiento rural dependiente que aún solo comenzamos a atisbar. Su funcionalidad no sería muy lejana, por tanto, de la apuntada para el edificio singular de Tres Hermanas, pese a que este no se encuentra ya en el litoral.

En lo que se refiere al interior murciano, finalmente, la tradición de prospecciones sistemáticas ha sido menor, por lo que no contamos con tanta información sobre la jerarquización del poblamiento. Sí que podemos observar, no obstante, que en la época de la que hablo, esto es, finales del s. V y comienzos del IV a.C., el número de poblados fortificados, situados sobre ligeras elevaciones y de una cierta entidad, como por ejemplo Castillejo de los Baños (Fortuna, Murcia), Bolbax (Cieza, Murcia), Molinicos (Moratalla, Murcia), Villares (Encarnación, Murcia), Cigarralejo (Mula, Murcia), Cobatillas la Vieja (Murcia) o Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia), aumenta considerablemente⁴³³. La implantación territorial de estos hábitats, supuestamente nucleares, aún está poco estudiada, si bien en los últimos tiempos se están llevando a cabo interesantes esfuerzos en este sentido⁴³⁴.

Frente a este tipo de asentamientos, por cierto, también se han documentado otros como Ascoy (Cieza, Murcia), localizado en una zona de terraza fluvial, en llano, y aparentemente desprotegido de cualquier tipo de fortificación, lo que abunda en su carácter rural; pese a que el enclave está muy desmantelado y resulta imposible aseverar su extensión, sí que se han conservado los zócalos de piedra de algunas viviendas, y también materiales (ánforas Mañá A3 púnicas, barnices negros áticos, un léцитos y un galbo de otro vaso ático de figuras rojas...) que permiten datar el lugar entre finales del s. V y finales del IV a.C.⁴³⁵. No obstante, resulta complicado deducir qué relación de jerarquía existiría entre este tipo de asentamientos en llano y los hábitats fortificados de los que hablaba antes; en nuestro caso, Bolbax se encuentra a

⁴³³ Cf., por ejemplo, Lillo 1981.

⁴³⁴ Cf. González Reyero *et alii* 2014 para el territorio de Molinicos.

⁴³⁵ Lillo 1981: 287-288.

unos 6,5km a vuelo de pájaro de Ascoy, pero entre ambos se interponen las estribaciones de la sierra de Ascoy, por lo que no son intervisibles.

2.5.2. La producción agropecuaria y las relaciones de propiedad.

Así pues, contamos ya con diversos ámbitos comarcales dentro del área de estudio para los que se puede afirmar la existencia de un poblamiento jerarquizado y económicamente integrado, algo que a su vez nos está hablando de al menos una cierta especialización económica y de la consolidación de unas relaciones de propiedad claramente establecidas y generalmente respetadas, fueran estas cuales fueran.

Es significativa, en este aspecto, la generalización del utillaje agrícola en hierro que apreciamos en el registro arqueológico de esta época⁴³⁶. Así, tenemos documentados en los poblados del sureste de esta época una gran variedad de herramientas, mucho más especializadas y heterogéneas que en otros ámbitos del mundo ibérico⁴³⁷. Llama la atención entre ellas, por cierto, la presencia de instrumentos propios de la agricultura de regadío y huerta, tales como los legones, documentados en La Serreta, Xarpolar y Bastida de les Alcusses⁴³⁸. Pero puede que los elementos más interesantes para nosotros en este momento sean los arados y arrejadas, pues son indicio de un nivel de organización de las labores agrícolas mucho mayor, en el que se invierten los recursos necesarios para mantener a una bestia de tiro para maximizar el rendimiento de un campo cultivado, campo que debe ser lo suficientemente grande como para que el uso del arado sea efectivo. El arado es considerado el verdadero motor del cambio agrícola, pues su introducción multiplica la productividad de la tierra⁴³⁹. De hecho, es solo ahora cuando se generaliza a través del mundo ibérico el asno, documentado ya en las colonias fenicias desde siglos antes, y que compartiría con el caballo y el buey el papel de bestias de tiro⁴⁴⁰ (no se olvide a este respecto el asno que apareció junto a la vivienda 11 de Bastida de les Alcusses, y que parece que no había sido sacrificado sino que murió durante la destrucción del

⁴³⁶ Pla 1968; 1968 a; 1969; Uroz Sáez 1981: 128-139; Moratalla 1994: 121-123; Castelló y Espí 2000: 114-116; Grau y Moratalla 2004 a: 121-122.

⁴³⁷ Alonso Martínez 2000: 131-132.

⁴³⁸ *Vid.* Mapa 2.5.

⁴³⁹ Uroz Sáez 1999: 67.

⁴⁴⁰ Liesau 2005: 191-192.

poblado⁴⁴¹, lo que nos indica que se le había mantenido vivo y refugiado en el ámbito doméstico durante el ataque al mismo).

El acceso a estas herramientas por parte de los diferentes grupos sociales de cada asentamiento, indicado a través de su distribución espacial dentro de los núcleos habitados, resultaría una información de lo más interesante para valorar las relaciones de propiedad existentes en estas sociedades, pero lamentablemente son muy escasos los datos con los que contamos al respecto. Sí que ha podido ser valorado en el asentamiento de Bastida de les Alcusses, donde las herramientas se distribuyen de manera relativamente regular por buena parte del área excavada, sobre todo en lo que se refiere a hoces y a arados y arrejadas⁴⁴². Es significativa sobre todo la dispersión de estos últimos, pues si bien un campesino podría guardar en su casa un arado a pesar de que su unidad familiar no pudiera explotar por sí misma una superficie de tierra suficiente como para que este fuera rentable a largo plazo (en cuyo caso podría prestar el arado y su tiro a otros vecinos, por ejemplo⁴⁴³), la presencia de más de un arado en una misma unidad de vivienda sí que parece sugerir de manera más firme que sus ocupantes “poseían” la cantidad de tierra arable suficiente y podían movilizar la mano de obra necesaria como para necesitar varios arados y sus respectivos tiros trabajando simultáneamente. Ello explica que en la mayor parte de las ocasiones nos encontremos un arado por unidad de vivienda, pero que en dos casos observemos verdaderas acumulaciones de arados: en el conjunto 10 (donde se acumulan hasta seis arados, y donde también se halló el célebre “Plomo de la Bastida”, interpretado habitualmente como registro de actividades económicas, como más tarde veremos) y en el conjunto 7 (recientemente identificado como almacén, y en el que se contaron hasta cuatro arados y cinco arrejadas)⁴⁴⁴.

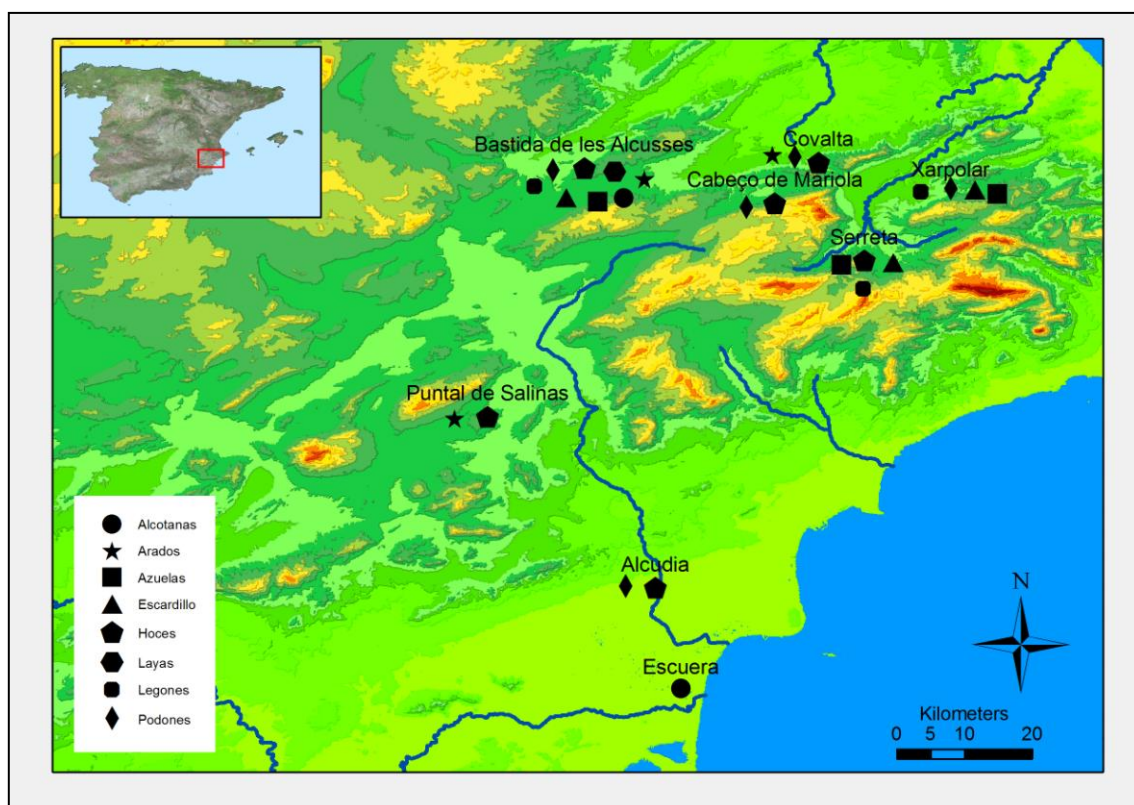
Por el contrario, no aparecen arados ni en las viviendas más pobres, lo que podría parecer esperable, ni tampoco en las casas 3, 4 y 6, llamativamente grandes y

⁴⁴¹ Iborra 2004: 261.

⁴⁴² *Vid.* Fig. 2.16.

⁴⁴³ Como describen las propias fuentes clásicas: cf. Hesiod., *Trabajos* 545.

⁴⁴⁴ Bonet y Vives 2011 a: 251-252. Sin embargo, el número de herramientas halladas en el conjunto 7 es de cinco arados y cuatro arrejadas según la figura 14 del artículo mencionado. Para la identificación de estos espacios, cf. Díes y Álvarez 1998; Bonet y Vives 2011.



Mapa 2.5. Dispersión de herramientas metálicas en época ibérica plena en el Sureste.

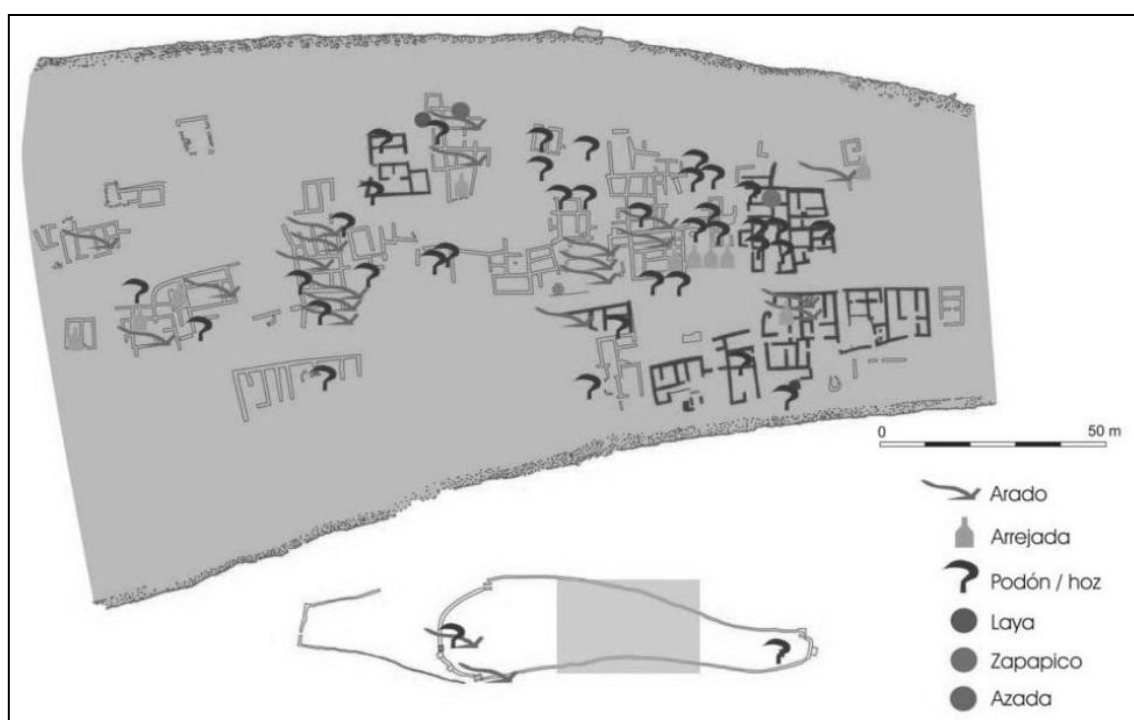


Fig. 2.16. Dispersión de aperos de labranza a través del caserío de Bastida de les Alcusses.

ricas; la situación de estas últimas frente al conjunto 7, sin embargo, y la ausencia de instrumental metálico en ellas pese a su aparición en la mayoría de las viviendas del poblado y su acumulación en el conjunto 7, podría hacernos pensar que serían estas las familias que controlaban el gran almacén, y por tanto ellos quienes tenían la capacidad de movilizar semejante mano de obra y usufructuar semejante cantidad de tierras como para requerir de tanto utillaje agrícola, y ellos quienes conseguirían atesorar tal cantidad de bienes agropecuarios como para necesitar construir un almacén independiente de esta envergadura. No en vano nos encontramos con la “curiosa” paradoja de que en estos departamentos en los que apenas se documentan arados, sí que apareció una pequeña estatuilla de bronce representando a un buey uncido a un yugo⁴⁴⁵, algo que nos indica hasta qué punto el control sobre los medios de producción agropecuaria era fundamental para el capital simbólico gestionado desde estas unidades de vivienda, independientemente de que en su interior apenas aparezcan herramientas metálicas.

Otro tanto sucede, por cierto, con los molinos. A partir de finales del s. V a.C. la extensión del utillaje agrícola metálico entre las diversas comunidades del mundo ibérico del sureste viene acompañada de la sustitución del antiguo molino de vaivén por el molino rotatorio de mediano tamaño, lo que conlleva una mayor productividad en la molienda y una mejor calidad del producto final⁴⁴⁶. En Bastida de les Alcusses, con una sola excepción los molinos son ya de tipo rotatorio, y se distribuyen de una manera bastante uniforme por todos los departamentos excavados, haciéndose presentes en todos ellos salvo, no por casualidad, en las viviendas 3, 4 y 6⁴⁴⁷. Como si cada familia del poblado hubiera de moler su propia harina salvo los grupos domésticos residentes en esta manzana, los mismos que no tenían herramientas agrícolas y que, por lo visto, reciben la harina (o quizás el pan) ya fabricada.

En definitiva, parece que una parte importante de los habitantes de la Bastida tenía acceso a los medios de producción agropecuaria, y que cada familia poseía el utillaje metálico que le permitiría trabajar el campo de una manera más eficiente. Ello puede sugerirnos, por lo menos como hipótesis de trabajo, que la unidad doméstica

⁴⁴⁵ Pla 1988: 344.

⁴⁴⁶ Abad y Sala 2009: 133.

⁴⁴⁷ Iborra *et alii* 2010: 109; Bonet, Soria y Vives 2011: 149-151.

constituía la unidad de producción básica, al menos en lo que respecta a la agricultura, y que la mayoría de la población contaría con los medios de subsistencia suficientes como para poder mantenerse en situaciones normales a sí mismos y a sus familias⁴⁴⁸. No obstante, también habría determinadas familias que, por un motivo u otro, fueron encumbrándose entre sus vecinos y a la altura del s. IV a.C. tenían ya acceso a los medios de producción (herramientas, pero también trabajadores dependientes, y posiblemente el derecho arrogado de fiscalizar parte de la producción de los demás) suficientes como para obtener un excedente claramente mayor que el resto de unidades domésticas. Una distribución, por tanto, que concuerda con la que para esta misma época se viene documentando en el Camp del Tùria, y que algunos autores hacen extensible a buena parte del mundo ibérico para esta época⁴⁴⁹.

Ahora bien, quizás esta extrapolación esté ocultándonos otros modelos económicos que bien podrían convivir, o al menos ser contemporáneos, con el que parecen desarrollar grandes núcleos urbanos como Bastida o *Edeta*. Me refiero al modelo que parece desprenderse del otro poblado del s. IV a.C. del sureste para el que tenemos documentado asimismo el lugar de hallazgo de los útiles agrícolas hallados, el Puntal de Salinas, poblado fortificado de pequeñas dimensiones asentado, como decía anteriormente, en un farallón sobre una importante vía de comunicación pero rodeado de terrenos con escasa potencialidad agrícola. En este caso todas las herramientas metálicas aparecieron en un mismo departamento, el 15, el cual además destacaba por la riqueza del resto de su ajuar doméstico⁴⁵⁰. Así, una sola familia, seguramente la más preeminente de la comunidad, sería la que tendría acceso a los útiles que garantizarían una mayor productividad agraria, máxime en unos terrenos tan pobres como los que rodean el Puntal, lo que nos sugiere que en este caso el único excedente posible quedaría en manos de esta familia, y pudiera ser que también, aunque esto es difícil aseverarlo, algún tipo de derecho sobre la propiedad de los campos circundantes. Modelo este que para el sureste peninsular no había sido explorado antes, pero que en algunas ocasiones se ha propuesto ya para otros asentamientos fortificados en altura destinados a la vigilancia de vías de paso, como es

⁴⁴⁸ Ste. Croix 1988: 249-250.

⁴⁴⁹ Mata 1998: 95-96 y 101; Pérez Jordá *et alii* 2000: 165; Aparicio *et alii* 2005 : 44.

⁴⁵⁰ Moratalla 1997: 206; Sala *et alii* 1997: 195-197.

el caso de Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), pequeña fortaleza en la que los útiles metálicos agrícolas se concentran en una única unidad de habitación⁴⁵¹, la más rica, y que se supone habitada por un aristócrata, su familia y sus dependientes⁴⁵², por lo que el conjunto de la producción agropecuaria quedaría en manos de una única unidad doméstica.

En todo caso, no debe escapársenos la importancia simbólica que el arado tendría en estos momentos. En los poblados encontramos, como acabo de señalar, gran diversidad de utillaje agrícola metálico, pero posiblemente el arado, más que ninguna otra herramienta, era indicador del *poder* de su dueño. Cada agricultor podría hacerse, en un momento dado y si las circunstancias coyunturales eran buenas, con una azada o una hoz, que podría emplear durante largos años; pero poseer un arado y emplearlo significaba ser capaz de mantener a un animal de tiro, y ello solo resultaría rentable si se requería arar una superficie cultivable importante; una superficie que podría ser propia, o bien que podría ser la de la familia vecina, que quedaría de esta manera en deuda con el dueño del arado y habría de compensarlo de alguna manera.

Como ya he señalado páginas atrás, por tanto, todo esto no significa que los arados estuvieran a disposición únicamente de las elites sociales, pero sí que adquirieron una importancia simbólica especial entre todo el utillaje agrario, razón por la cual se trata de la única herramienta agrícola representada en la iconografía ibérica del sureste de la que tengamos noticia. Así, tenemos documentado un buey con su yugo (fragmento de un grupo mayor, que hemos de suponer compuesto por su pareja de tiro y por el arado que arrastrarían, pues no hay huella de la unión con ningún hipotético carro⁴⁵³) que aparece en una de las unidades domésticas aparentemente más prósperas de la Bastida, en cuyo interior ya hemos visto que no aparecieron herramientas, pues seguramente la labor agropecuaria dependiente de estas unidades domésticas se concentraría en el edificio vecino. También en el poblado de Covalta se descubrió, sin contexto conocido, un arado miniaturizado de hierro, de tipo dental con

⁴⁵¹ Bernabeu *et alii* 1986 : 326-327.

⁴⁵² Bonet, Mata y Moreno 2008: 180-181.

⁴⁵³ Pla 1968: 344. *Vid.* Fig. 2.17.



Fig. 2.17. Figurillas de buey uncido a un yugo y timón de arado de la Bastida de les Alcusses.

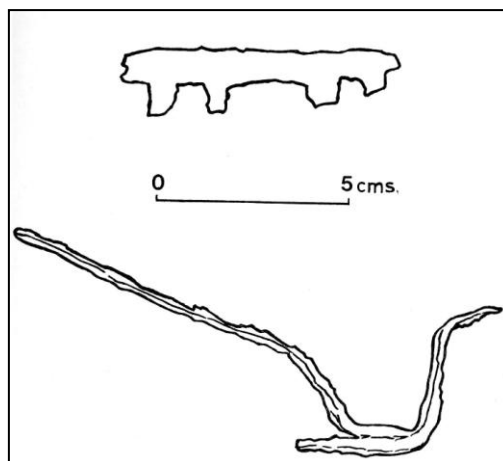


Fig.2.18. Figurillas de arado y yugo de Covaleta.

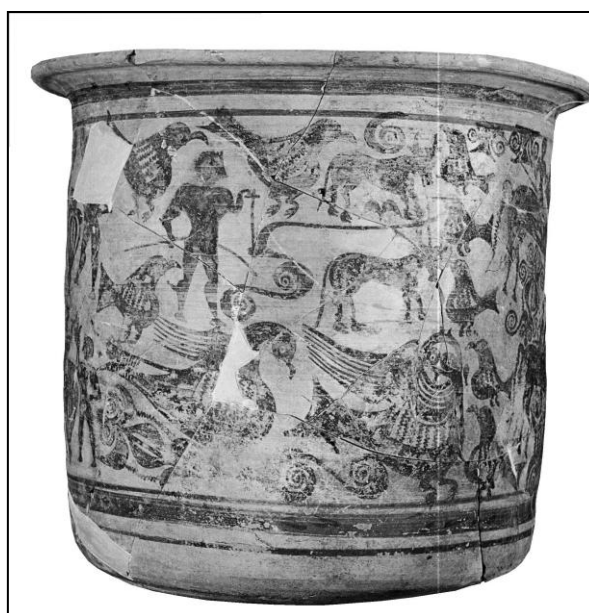


Fig. 2.19. Calathos de Cabezo de Alcalá.

cama y timón, de apenas una decena de centímetros de largo⁴⁵⁴, y asimismo un yugo miniaturizado en hierro, de unos seis centímetros⁴⁵⁵, que en ocasiones han sido interpretados como juguetes y otras veces como objetos votivos. Finalmente, en la tumba 84 de la necrópolis de Cabezo Lucero, datada entre finales del s. V y comienzos del IV a.C., y junto a los restos humanos de un varón adulto y un ajuar extraordinariamente rico, se introdujo un nuevo yugo de bronce miniaturizado⁴⁵⁶. En definitiva, todas estas miniaturas nos están indicando la importancia evocadora de esta herramienta, que posiblemente era concebida como metonimia de la riqueza agrícola. No olvidemos, en este sentido, que las únicas dos escenas de trabajo agrícolas que conocemos en la cerámica iberorromana, documentadas en sendos *calathoi* de Cabezo de Alcalá (Azaila, Teruel) y Cabezo de la Guardia (Alcorisa, Teruel), muestran a un personaje arando⁴⁵⁷.

Por lo que respecta a las especies cultivadas y los rendimientos agrícolas obtenidos, se trata de temas ya explorados por diversos autores desde distintas perspectivas⁴⁵⁸, y sobre los que no voy a añadir nada más aquí. Sí que merece la pena siquiera señalar la explotación ya a una escala importante de árboles frutales y especies leñosas de rendimiento retardado (esto es, que no comienzan a ofrecer una cantidad sustancial de frutos hasta años después de su plantación), tales como la vid, el olivo, la higuera, el almendro, el nogal, el avellano y el granado, cuyos taxones han sido documentados no solo en la Bastida de les Alcusses (como ya he mencionado anteriormente), sino también en otros asentamientos de la época, tales como Tossal de les Basses (Alicante)⁴⁵⁹. Estos cultivos, que pueden organizarse a través de árboles aislados intercalados entre campos de cereales o bien mediante plantaciones de frutales propiamente dichas⁴⁶⁰, implican un elevado grado de especialización económica⁴⁶¹, así como la generalización de unos derechos sobre la tierra que al menos se presuponen estables: el agricultor que invierte una parte importante de sus

⁴⁵⁴ Pla 1950-1951; Violant 1953.

⁴⁵⁵ Pla 1968: 167; Uroz Sáez 1999: 68. *Vid.* Fig. 2.17.

⁴⁵⁶ Aranegui *et alii* 1993: 256-258; Uroz Sáez 1999 : 69.

⁴⁵⁷ Aranegui 1999. *Vid.* Fig. 2.18.

⁴⁵⁸ Cubero 1994; Santos 1994 b: 32-36; Uroz Sáez 1999: 75-79; Alonso Martínez 2000; Chapa y Mayoral 2007: 44-54; 57-59; Iborra *et alii* 2010: 100.

⁴⁵⁹ Martín Cantarino 1993: 98; 2003: 38-43.

⁴⁶⁰ Pérez Jordá *et alii* 2000: 157.

⁴⁶¹ Guerrero 1995: 93.

tierras en la plantación de especies que no serán rentables sino a medio y largo plazo ha de tener la seguridad de poder subsistir entre tanto, y ha de abrigar la certeza de que sus derechos sobre los árboles que plantó serán respetados durante décadas; y otro tanto sucede con las comunidades respectivas, que solo dedicarán una parte de sus territorios a la plantación de estas especies si se consideran dueñas indiscutibles de esos territorios y cuentan (o esperan contar) con los medios necesarios para su vigilancia y defensa.

Lo mismo ocurre, por cierto, con la erección de estructuras permanentes junto a las tierras de labor en llano. Así por ejemplo, en el caserío rural de Alt del Punxó, ocupado como veíamos desde el s. VII a.C. y compuesto por un conjunto de cabañas de materiales perecederos que de tanto en tanto había que reconstruir, y que como antes decía ni siquiera podemos estar seguros de que tuviera una ocupación continua a lo largo de todo el año, en el s. IV a.C. se levantan dos construcciones cuadrangulares de muros de mampostería, de menos de una decena de metros cuadrados cada una y compuestas de una única estancia con un hogar, frente a cada una de las cuales se erige un plinto circular de 80 cm de diámetro de mampostería trabada con tierra, y diseñado posiblemente para soportar un gran molino rotatorio de arenisca, cuyos fragmentos han aparecido en uno de los casos junto al derrumbe⁴⁶². Se trata, aparentemente, de dos grandes estructuras especializadas en la molturación y procesado del grano cosechado en los campos que rodean al caserío por parte de los campesinos que siguen viviendo, ya sea continua o estacionalmente, en las cabañas circulares de materiales perecederos que se siguen construyendo y reconstruyendo aún en esta época. Se trata de los dos únicos molinos de estas dimensiones localizados hasta el momento, que tengamos noticia, al sur del Júcar, lo que nos da una idea del elevado grado de especialización que muestran. Su sola presencia sugiere, al menos en mi opinión, una apuesta mucho más fuerte por la posesión y propiedad de estos territorios y sus derechos de explotación por parte de la comunidad que los explota, y cuyo núcleo rector se encontraría, como señalan sus excavadores, en Cocentaina⁴⁶³.

Un último aspecto, finalmente, que merece la pena valorar al tratar de la medida en la que las elites sociales fueron capaces de intervenir en la producción

⁴⁶² Espí *et alii* 2009: 34-38.

⁴⁶³ Espí *et alii* 2009: 46.

agrícola de esta época es el de las técnicas de almacenamiento de los productos agropecuarios. A diferencia del noreste peninsular, donde desde el s. V a.C. se generalizó el empleo de grandes silos comunitarios⁴⁶⁴, en el levante y el sureste este tipo de estructuras subterráneas no se documentan en época ibérica, y ello no por falta de tradición o del conocimiento de la tecnología adecuada⁴⁶⁵, sino seguramente por falta de adecuación a las estructuras productivas operativas en la región⁴⁶⁶. Y esta ausencia me parece relevante, pues el empleo de un silo entraña la necesidad de almacenar de manera centralizada una gran cantidad de cereal, el cual solo puede ser introducido en el silo y extraído del mismo de una sola vez, pues las reaperturas repetidas de la estructura echarían a perder sus condiciones anaeróbicas y, por tanto, el producto conservado⁴⁶⁷. A diferencia del noreste, donde el producto del trabajo de toda la comunidad era centralizado, almacenado y, en definitiva, administrado por una entidad comunitaria, en el sureste y levante cada unidad familiar, o al menos muchas de ellas, poseían el utillaje metálico necesario para trabajar el campo, los molinos requeridos para transformar el grano producido, y un lugar en cada vivienda para almacenar, dentro de la estructura doméstica de hábitat, las reservas anuales familiares de alimento y grano⁴⁶⁸.

Ahora bien, al margen de este almacenamiento doméstico, que será siempre predominante, encontramos en el sureste peninsular también algunos lugares en los que se concentraría un volumen de producción mayor del que una única economía doméstica “normal” podría generar. Me refiero, por ejemplo, al ya mencionado conjunto 7 de Bastida de les Alcusses, un edificio que no muestra huellas de hábitat, con una planta cuadrangular dividida en 13 estancias con suelos a distintas alturas, muros con zócalos potentes de piedra, y tres accesos desde la calle central. Algunos de

⁴⁶⁴ Pons 1998: 104.

⁴⁶⁵ Como demuestra la existencia de este tipo de silos ya en época neolítica en torno al yacimiento de Les Jovades (Cocentaina, Alicante): cf. Pascual Benito 1989. Datable en el Bronce Final, documentamos algunos posibles silos, de capacidad mucho más modesta, en La Vital (Gandía, Valencia): cf. García Borja *et alii* 2013.

⁴⁶⁶ La otra alternativa que proponen L. Abad y F. Sala (2009: 122-124), relativa a que quizás los tipos de suelo del Levante y sureste peninsulares no serían tan adecuados para la conservación anaeróbica, me parece menos probable, entre otras razones por los precedentes históricos aludidos, sin contar con que los silos catalanes fueron abiertos en muy distintos tipos de suelos (Burch, Nolla y Sagrera 2010: 391).

⁴⁶⁷ Pons 1998: 107; Oliver 2000: 102.

⁴⁶⁸ Mata 1998: 96; Pérez Jordá *et alii* 2000: 158-161.

sus departamentos eran estancias parcialmente excavadas en el subsuelo, alargadas y estrechas, en tanto que otros mostraban lo que sus excavadores interpretaron como baterías de trojes⁴⁶⁹, hileras de muretes bajos que dejaban entre sí pequeños espacios de 1,5m de anchura, y que en otros yacimientos se han interpretado, como veremos a continuación, como apoyos para un piso sobreelevado. Todo ello, además de los tres molinos y el abundante utillaje agrícola documentado en el edificio ha permitido interpretarlo como “almacén”, aunque es este un término algo inexacto, pues además de concentrar y conservar determinados productos agrícolas, constituiría el espacio donde se guardarían las herramientas de trabajo y donde se procesaría el cereal. Por otra parte, su posición central en el asentamiento, en su cota más alta, su erección junto a la vía principal y frente a tres de las viviendas más prósperas (la 3, la 4 y la 6), sus potentes muros y su entrada porticada y enlosada (en la que se situaba uno de los tres molinos, contribuirían a resaltar su gran visibilidad, y por lo tanto su importancia simbólica dentro del trazado urbano del asentamiento. En su interior habría espacio para almacenar, en opinión de G. Pérez Jordà, unos 23000 litros de cereal, esto es, el resultante del trabajo anual de una superficie cultivable de 22-27 ha.⁴⁷⁰; superficie que, de hecho, concuerda con los cuatro arados documentados en el edificio, si tenemos en cuenta que en condiciones óptimas con un arado pueden trabajarse entre 6 y 7 ha anuales⁴⁷¹. Puesto que, según diversos cálculos referentes a economías preindustriales, una unidad familiar era capaz de mantener en cultivo una parcela de entre 2,5 y 5 ha⁴⁷², habremos de coincidir en que la actividad productiva que se mantenía y cuyo producto se almacenaba en el llamado “conjunto 7” excedía las posibilidades y requerimientos de una unidad doméstica normal, pero no alcanzaba los de toda la comunidad habitante en la Bastida de les Alcusses. Se trataría más bien, probablemente, de la base económica de las familias preeminentes del poblado, las residentes en las aledañas viviendas 3, 4 y 6, capaces de imponer sus derechos sobre semejante cantidad de tierras y de fiscalizar la fuerza de trabajo requerida para su puesta en cultivo⁴⁷³.

⁴⁶⁹ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011: 88-89.

⁴⁷⁰ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011 a: 249.

⁴⁷¹ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011 a: 251.

⁴⁷² Chapa y Mayoral 2007: 155.

⁴⁷³ *Vid.* Fig. 2.20.

Es posible que en otros poblados ibéricos del sureste encontremos casos semejantes. También ha sido bien estudiado el “almacén” de la Illeta dels Banyets (Campello, Alicante), asentamiento costero en el que más tarde profundizaré. En el área central de este poblado, y asimismo levantándose sobre la vía principal del trazado urbano y frente a algunos de los edificios principales, se erige a comienzos del s. IV a.C. un edificio cuadrangular⁴⁷⁴, de casi 100 m² de superficie, con cuatro departamentos en su parte delantera y una batería de muretes de escasa altura en la trasera que dejan entre sí estrechísimos corredores y que han sido interpretados como el basamento de un suelo sobreelevado que garantizaría la buena conservación del cereal allí almacenado⁴⁷⁵. En el interior del edificio se han hallado predominantemente recipientes ibéricos de almacenaje, pero también ánforas (PE14 ebusitanas, Ribera G del Estrecho, Mañá-Pascual A4 del Estrecho, corintia A, grecoitálicas, y sobre todo de producción local), cerámica ática de barniz negro (cuencos de diversos tipos, platos de pescado, saleros, cántaros y bolsales), dos morteros púnico-ebusitanos, y diverso material heterogéneo⁴⁷⁶. Todo parece apuntar por tanto a que de nuevo nos encontramos ante un almacén exento, en este caso sobreelevado, capaz de concentrar y proteger una cantidad de productos muy abundante, cuya propiedad y administración debe ponerse en relación con los edificios de prestigio aledaños⁴⁷⁷.

Otros dos posibles “almacenes” de este tipo, aunque su interpretación resulta algo menos evidente, son los de Monastil y Amarejo. En El Monastil, a media ladera y fuera del recinto amurallado, se localiza un gran edificio cuadrangular datado entre los siglos IV y II a.C. y compuesto por cinco potentes muros paralelos en dirección norte-sur y delimitados por otros dos en dirección este-oeste a los que no se llegan a adosar. Se trata de una estructura que ha sido interpretada por su excavador como un

⁴⁷⁴ Álvarez García 1997: 139-143; Olcina 2005: 153-154; Olcina, Martínez Carmona y Sala 2009: 193-198. Hemos obviado conscientemente las diferencias arquitectónicas entre las dos fases constructivas del edificio, cuya interpretación parece que han zanjado definitivamente los últimos sondeos publicados, si bien merece la pena señalar que en opinión de algunos autores en la segunda fase la estructura ya no funcionaría como almacén (Abad y Sala 2009: 127), aunque sus excavadores no comparten tal hipótesis (Olcina 2005: 154).

⁴⁷⁵ El sistema de almacenamiento es el mismo, al fin y al cabo, que el descrito por Filón de Bizancio (*Mech. Synt.* V), y el que más tarde emplearían los *horrea* romanos (López Pardo 1981).

⁴⁷⁶ Álvarez García 1997: 144-161; 1998: 219.

⁴⁷⁷ Fig. 2.21.



Fig.2.20. Conjunto 7 de la Bastida de les Alcusses, desde el norte.

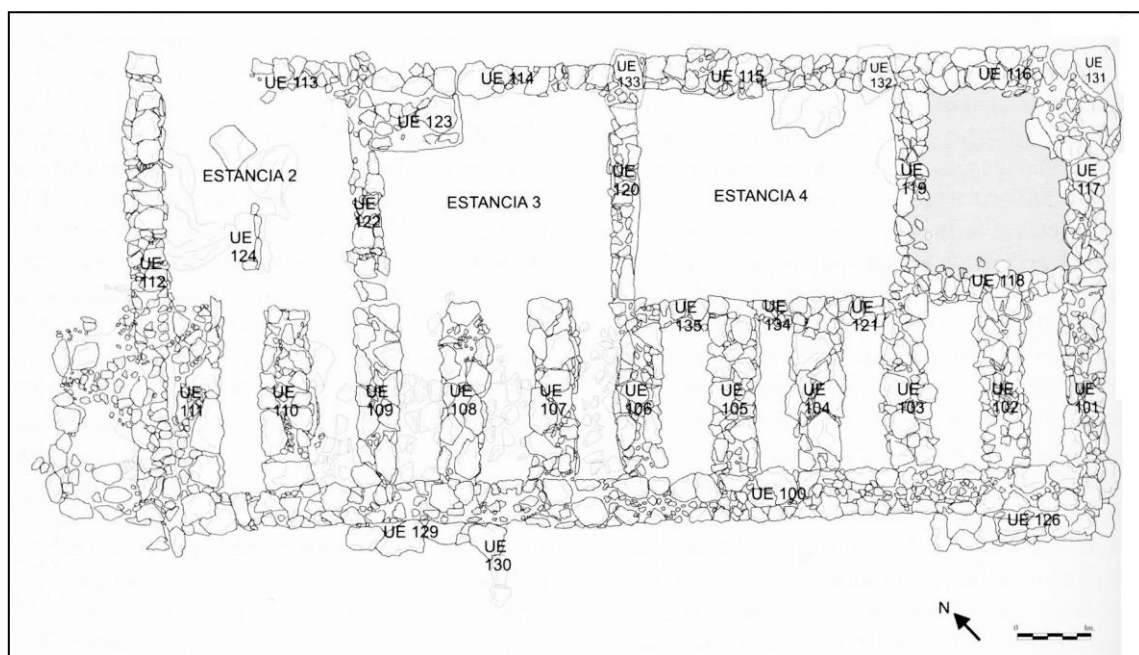


Fig. 2.21. Almacén de la Illeta dels Banyets.

almacén sobreelevado como el de la Illeta dels Banyets⁴⁷⁸, y que como tal es aceptada por la mayor parte de los investigadores⁴⁷⁹, si bien esta identificación ha sido recientemente puesta en duda por L. Abad y F. Sala debido a su situación extraurbana y a lo innecesario de la gran potencia de los muretes⁴⁸⁰, peculiaridades que distinguirían a este edificio de los demás pero que en mi opinión no parecen definitivas a la hora de negar su identificación como almacén, habida cuenta de que aún el edificio no ha sido publicado con todo el detalle que nos gustaría. Por lo que respecta al poblado de El Amarejo (Bonete, Albacete), ya en el sureste meseteño, en su parte alta igualmente se documentó una pequeña estructura cuadrangular de poco más de 5m², datada entre los ss. IV y III a.C., con tres muros paralelos de 0,8m de anchura y que dejan pasillos entre ellos de similar anchura pero enlosados con lajas de piedra de similar tamaño; junto a ella, y formando parte del edificio anejo, se pudo documentar otra estructura similar pero de menor tamaño. Ambas estructuras fueron documentadas por su excavador como hornos para la fabricación de cerveza⁴⁸¹, pero a raíz de la identificación de almacenes sobreelevados como los anteriores, se propuso que igualmente estas estructuras podrían actuar como graneros, si bien a escala mucho menor⁴⁸².

En definitiva, tanto la distribución de herramientas en general y de arados en particular, como la posesión de molinos y los sistemas de almacenamiento nos hablan de unas comunidades en las que la mayor parte de las unidades domésticas tienen acceso a la tierra y a los medios de producción, y por tanto pueden cultivar lo suficiente como para subsistir y acceder a algunos intercambios con los que complementar sus economías domésticas; pero en las que asimismo existirían unas elites que se arrogarían el derecho a cultivar una superficie de tierra mucho mayor y tendrían los medios (materiales y humanos) para hacerlo. De lo que hemos de colegir, naturalmente, que también habría quienes tendrían menos tierra de la que podrían cultivar, pues se veían impelidos a trabajar para dichas elites, si bien la visibilidad de

⁴⁷⁸ Poveda 1996 a: 416-417.

⁴⁷⁹ Bonet, Guérin y Mata 1994: 120; Álvarez García 1997: 139; Oliver 2000: 95; Gracia y Munilla 2000: 342-344; Pérez Jordá 2000: 50-51.

⁴⁸⁰ Abad y Sala 2009: 125. Quizás para evitar entrar en la polémica, P.J. Salido, en su trabajo dedicado a las estructuras de almacenaje (Salido 2009), no menciona el presunto almacén de Monastil.

⁴⁸¹ Broncano 1988: 150-151.

⁴⁸² Gracia 1995 a: 96-98.

este grupo en el registro arqueológico es menor. En todo caso, el grado de intervención de estas elites en la producción agraria de sus comunidades iría más allá de la simple disposición de una mayor fuerza de trabajo y de la obtención de un mayor volumen de excedentes que el resto: dejando a un lado el empleo que se diera a esos excedentes y que en parte revertirían en el resto de la comunidad (como veremos más adelante), estas elites serían las únicas capaces de cultivar a gran escala frutales y otras especies leñosas, vegetales estos de rendimiento retardado pero a medio y largo plazo mucho más rentables que el cereal y las leguminosas, y cuyos productos constituirían una parte importante de los intercambios comerciales; y ellas serían, seguramente, las principales impulsoras de toda una serie de infraestructuras costosas documentadas en esta época que permitirían aumentar la producción y la productividad, tales como aterrazamientos, los edificios para la molturación del grano, o las calzadas artificiales. Lamentablemente, en el sureste no tenemos documentado ningún vestigio del parcelario de época Ibérica Plena que pudiera atestiguar de una manera más firme todo esto, como sí que se ha intentado rastrear en el noreste y en el Camp del Túria en los últimos años⁴⁸³.

Así pues, la agricultura era uno de los pilares sobre los que se sustentaba la primacía social de las elites del sureste durante la etapa Plena. Fuente de riqueza, desde luego, pero también de prestigio: no olvidemos todas las representaciones de arados que enumeré páginas atrás, ni tampoco que, para todos los pueblos mediterráneos de la época de los que tenemos noticias, la actividad agrícola era vista como la más adecuada, la más noble, para las aristocracias⁴⁸⁴.

En lo que se refiere a la ganadería, sin embargo, contamos con mucha menos información para profundizar en el estudio. Gracias a los cada vez más abundantes y sistemáticos estudios paleofaunísticos, vamos conociendo mejor qué animales criaban, cazaban y consumían las gentes ibéricas⁴⁸⁵. Sabemos que, aunque con una cierta variabilidad regional (dependiendo en buena medida de las características físicas del entorno de cada asentamiento), en general a lo largo del período ibérico la proporción

⁴⁸³ González Villaescusa 2002.

⁴⁸⁴ Cf. por ejemplo X., *Oec.* VI, 8-10; Cato, *Agr.*

⁴⁸⁵ Cf. por ejemplo Iborra 2000; 2004; 2010: 100; Chapa y Mayoral 2007: 67-74.

de ovicápridos criados, explotados por sus productos derivados y consumidos, fue en aumento en detrimento de los bóvidos, que no obstante siempre mantuvieron una gran importancia por su aporte cárnico; y también que a partir del s. IV a.C. aumenta la cría y consumo de cerdo, único animal que no reporta productos secundarios pero que constituye una valiosa reserva cárnica y puede alimentarse con una dieta mucho más variada que otros tipos de ganado⁴⁸⁶. Todo ello es consecuente y esperable con el medio físico y una economía en proceso de desarrollo y especialización, en la que la presión sobre los recursos disponibles iría en progresivo aumento.

Pero en realidad estos datos tampoco nos aportan gran cosa sobre el modo y el grado en los que las elites sociales intervenían en la economía y se legitimaban a sí mismas a través de la ganadería. Rara vez se viene precisando dónde se recogieron los restos arqueofaunísticos analizados, y en ocasiones ni siquiera es posible determinar el estrato y por tanto la cronología de los mismos. Además, cuando existe una evidencia suficiente, parece que los animales eran descuartizados indistintamente en patios, calles y plazas⁴⁸⁷, por lo que en la mayor parte de las ocasiones ignoramos quiénes serían sus propietarios o sus consumidores.

Lo cierto es que tampoco sabemos de quién eran propiedad los rebaños, y desconocemos el tamaño de estos. Sí que contamos con algunos elementos aislados como el vaso de la tumba 80 de Cabecico del Tesoro⁴⁸⁸, si bien de cronología más tardía, cercana probablemente a finales del s. III o comienzos del II a.C., que parece sugerir que la representación de rebaños (en este caso, de cabras) puede entenderse como una metáfora de la riqueza, metáfora que fue empleada en un contexto tan especial como es el del ajuar funerario de un personaje privilegiado del momento⁴⁸⁹.

Por otra parte, el estudio detallado de la dispersión del único utillaje metálico relacionado con la ganadería que ha podido conservarse, las tijeras de esquilar, sí que puede brindarnos algunos datos valiosos. Así, E. Pla y C. Alfaro en sus respectivos catálogos incluyeron el hallazgo de tijeras de esquilar en los poblados de Covalta y

⁴⁸⁶ Iborra 2000: 87; Chapa y Mayoral 2007: 180.

⁴⁸⁷ Iborra *et alii* 2010: 101.

⁴⁸⁸ Pericot 1979: 18.

⁴⁸⁹ *Vid.* Fig. 2.22.



Fig. 2.22. Vaso de las Cabras de la tumba 80 de Cabecico del Tesoro.

Bastida⁴⁹⁰, a las que deben añadirse las tijeras documentadas en Serreta y Xarpolar⁴⁹¹; de estas, solo conocemos el contexto concreto de las tijeras de La Bastida⁴⁹², halladas en el departamento 126⁴⁹³, esto es, una de las estancias que conforman el llamado Conjunto 7, del que ya he hablado en varias ocasiones como centro de almacenaje y desde el que se organizaría la actividad agropecuaria de algunas de las viviendas más prósperas del poblado.

Asimismo, ya T. Chapa y V. Mayoral repararon en que, en lo que a las necrópolis se refiere, aparecen tijeras de esquilar en algunas tumbas que podrían calificarse como “ricas”, tales como la 79 y la 161 de Cigarralejo⁴⁹⁴; en efecto, en ambos casos nos encontramos con “tumbas de guerrero”, enterramientos tumulares cuyo ajuar funerario comprende, además de las tijeras referidas, urnas y vasos ibéricos, importaciones cerámicas áticas de figuras rojas y barniz negro, fíbulas, pinzas,

⁴⁹⁰ Pla 1969: 329; Alfaro Giner 1984: 42-44.

⁴⁹¹ Moratalla 1994: 121-123; Castellí y Espí 2000: 116.

⁴⁹² Violant 1943: 128.

⁴⁹³ Pérez Jordá *et alii* 2010: 113.

⁴⁹⁴ Chapa y Mayoral 2007: 74-76.

cuchillos y cuantioso armamento, y que podemos datar en ambos casos en la primera mitad del s. IV a.C.⁴⁹⁵. También merecería la pena tener en cuenta las tijeras halladas en la tumba 400 de esta misma necrópolis, igualmente datada en el s. IV a.C. y que asimismo puede considerarse una sepultura de guerrero, pues su ajuar comprendía además de las susodichas tijeras cuantioso armamento, una urna con su tapadera, una fíbula, una campanita de plata, clavos, pinzas, un pendiente de oro y una fíbula⁴⁹⁶. E igualmente habría que destacar otras ricas “tumbas de guerrero” como la 7 de Tesorico, datada en el segundo cuarto del s. IV a.C.⁴⁹⁷; la tumba 5 de Archena (Murcia), fechable en la IV centuria a.C.⁴⁹⁸; o el enterramiento hallado de forma fortuita en Camí del Bosquet (Mogente, Valencia)⁴⁹⁹, cuya cronología es ya más difícil de determinar pero que reúne un ajuar muy parecido al de las anteriores. Ciertamente es que también contamos con algunos casos, menos numerosos, en los que aparecen tijeras de esquilar en tumbas menos ricas, como la 5Enc4 de Pozo Moro, datada en el segundo cuarto del s. IV a.C.⁵⁰⁰, o la 110 de Cigarralejo⁵⁰¹.

Así pues, en lo que se refiere a los hábitats, las tijeras de esquilar aparecen únicamente como propiedad de los grupos familiares más pudientes de la comunidad, lo que sugeriría que solo estos poseían grandes rebaños de ovicápridos y se beneficiarían de la lana producida por estos, si bien es cierto que este dato es poco fiable pues solo contamos con un contexto conocido. Pero en lo que respecta a las necrópolis, se constata la tendencia a que estas se amorticen preferentemente en los enterramientos de sujetos que deciden acompañarse de importantes riquezas, y armas; lo cual posiblemente no quiera decir que estas mismas personas se dedicaban a esquilar a las ovejas, pero sí que escogían presentarse ante sus respectivas comunidades durante sus actos fúnebres como detentador de rebaños.

⁴⁹⁵ Cuadrado 1987.

⁴⁹⁶ Cuadrado 1983: 57.

⁴⁹⁷ Broncano *et alii* 1985: 78-110.

⁴⁹⁸ García Cano y Page 1990.

⁴⁹⁹ Aparicio 1988.

⁵⁰⁰ Alcalá-Zamora 2003.

⁵⁰¹ Cuadrado 1987.

2.5.3. La producción artesanal.

Como en ocasiones ha señalado J.A. Santos, a partir de finales del s. V a.C. y sobre todo en el s. IV a.C., la jerarquía social se complejiza y crece un grupo social intermedio, el de los artesanos y comerciantes especializados, cuya labor se torna fundamental para abastecer las crecientes demandas suntuarias de la elite y “alimentar” los intercambios comerciales.

Un ejemplo de ello sería la alfarería. Así como durante los ss. VI y V a.C. apenas se introducen modificaciones relevantes en las formas cerámicas, que en general corresponden con interpretaciones locales de los tipos importados, a partir de finales del s. V a.C. se introducen importantes cambios en las formas cerámicas⁵⁰², que en general cristalizan en una gran heterogeneidad tipológica, conformando la tipología ibérica clásica y que, con algunas modificaciones posteriores como la introducción del *kalathos* y del ungüentario, pervivirá hasta la disolución del mundo ibérico. Además, a partir de esta época constatamos ya sin género de dudas la relativa estandarización de las formas (que no, o no tanto, de las decoraciones) en todo el mundo ibérico, motivada por un proceso productivo plenamente organizado puesto en manos de especialistas⁵⁰³. La producción sale definitivamente del ámbito doméstico, y de hecho para esta época localizamos ya varios grandes alfares con sus correspondientes hornos y testares, tales como los de la Illeta dels Banyets, El Arsenal (junto a la Alcudia de Elche) y, ya algo más tardío, Tossal de Manises (Alicante); esto es, localizados siempre a las afueras de grandes núcleos urbanos y junto a yacimientos de arcilla y cursos de agua de los que abastecerse⁵⁰⁴. No en vano, aunque veíamos que la presencia de marcas sobre ánforas y otros contenedores fue una práctica habitual desde siglos atrás, tan antigua como la propia producción local de ánforas, es a partir de finales del s. V a.C. cuando el número de marcas y grafitos sobre envases ibéricos se dispara, tal y como se desprende del catálogo elaborado por C. Mata y L. Soria⁵⁰⁵, lo que podría sugerir una mayor necesidad de explicitar la procedencia, el fabricante o el contenido de las ánforas, algo que a su vez delata un uso más generalizado y “normalizado” de las mismas.

⁵⁰² Sala 1997.

⁵⁰³ Coll Conesa 2000; Chapa y Mayoral 2007: 81-90.

⁵⁰⁴ López Seguí 1995; 1997; 2000.

⁵⁰⁵ Mata y Soria 1997.

Información de menos relevancia para nuestros intereses aporta, desde mi punto de vista, la producción textil, pese a que a mediados de los ochenta C. Alfaro llevara a cabo una exhaustiva labor de recopilación de todos los vestigios arqueológicos conservados de este sector artesanal en el mundo ibérico. Para nuestro ámbito, cabe mencionar la presencia recurrente de fusayolas, pesas de telar y agujas tanto en los poblados como en las necrópolis, y de fragmentos de tejido en la tumba 200 de Cigarralejo y, fuera de contexto, en la necrópolis de la Albufereta (Alicante)⁵⁰⁶. De hecho, P. Guérin señala que en el yacimiento que estudia, Castellet de Bernabé (Llíria, Valencia), las pesas y fusayolas aparecen en los mismos contextos domésticos por los que se distribuyen los molinos, dispersión que el investigador atribuye a que serían unas mismas personas, las mujeres, quienes se encargarían de las labores de molienda y tejido⁵⁰⁷. Esto mismo se constata en la Bastida de les Alcusses, aunque en este poblado advertimos que estos mismos departamentos en los que aparecen pesas y fusayolas y molinos, son en los que se documentan los aperos agrícolas. Lo que me llevaría a proponer que son las mismas unidades familiares las que se encargan de una y otra actividad (esto es, las que emplean telares son las mismas que detentan la propiedad de la tierra), pues aquí también, como sucede igualmente en Castellet de Bernabé⁵⁰⁸ y en la mayoría de las necrópolis ibéricas, las pesas de telar y fusayolas aparecen muy distribuidas pero están sobrerrepresentadas en los contextos relativos a las gentes más prósperas, y son escasas en las de los más pobres.

Por lo que a la iconografía respecta, para el siglo IV a.C. hemos de destacar el relieve de la tumba 100 de la propia Albufereta, en el que se representa a un varón con su lanza y a una mujer que muestra un huso, que ha sido interpretado por diversos especialistas como símbolo de su *virtus* ciudadana y metonimia de su identidad de género⁵⁰⁹. Ya de finales del s. III data un fragmento cerámico de tapadera de la Serreta, que representa a una tejedora manipulando un telar⁵¹⁰; a la misma época o algo después correspondería un fragmento de Sant Miquel de Llíria que ya se sale de mi área de estudio pero que muestra de nuevo a dos mujeres afanándose en torno a un

⁵⁰⁶ Alfaro Giner 1984: 119-120, 139-140 y 142-144.

⁵⁰⁷ Guérin 2005: 261-262.

⁵⁰⁸ Guérin 2005: 261.

⁵⁰⁹ Olmos 1996: 96; Aranegui 1996: 96 y 114; Prados Torreira 2010: 234.

⁵¹⁰ Fuentes Albero 2007: 125.

telar⁵¹¹; y de época sertoriana se ha descubierto recientemente un *oinochoe* en Lezuza (Albacete) en el que se aprecia entre grandes aves una pequeña figura femenina enarbolando un uso⁵¹²

Valga pues este pequeño excursus cronológico y geográfico para afirmar que la actividad textil no llegó a trascender el ámbito de lo doméstico en época ibérica, y que de ella se encargaban fundamentalmente las mujeres, para quienes la producción textil constituía una actividad propia de su identidad de género a través de la que encontraban acomodo en la estructura social, independientemente del grupo social del que hablemos. Así parecen corroborarlo las fuentes literarias que, si bien nos son transmitidas por autores bastante más tardíos, insisten en que se trata de un trabajo desarrollado por las mujeres, incluso de la elite, y que era valorado y, en su caso, honrado públicamente por la comunidad de varones⁵¹³. La actividad textil ibérica, en todo caso, hubo de alcanzar en ocasiones una gran calidad, pues pese a la escasa información de la que disponemos, resulta llamativa la cita recogida por Ateneo, quien tilda de afeminados a los massaliotas por importar y vestir túnicas ibéricas⁵¹⁴.

También alcanzó un importante grado de especialización alcanzó otra actividad íntimamente ligada al poder en época ibérica como fue la metalurgia⁵¹⁵, si bien con resultados muy desiguales. Así, en el ya tantas veces citado poblado de Bastida, la revisión de las antiguas excavaciones ha permitido identificar algunos talleres metalúrgicos especializados, caracterizados por la acumulación de manchas de cenizas, goterones y planchas de plomo, tierra quemada, toberas y trípodes de hierro, localizados dentro de construcciones de mampostería como el departamento 49, o en zonas al aire libre. Ahora bien, la abundancia de goterones de plomo argentífero por todo el poblado parece hablarnos de una actividad de copelación secundaria a pequeña escala que se desarrolla dentro de varias de las estructuras domésticas para completar sus economías y en paralelo a estos talleres especializados, y de hecho

⁵¹¹ Bonet y Mata 2008: 153; Mata *et alii* 2010: 148.

⁵¹² Uroz Rodríguez 2012: 325. *Vid.* Fig. 2.23.

⁵¹³ Nicol. Dam. F102, *FHG* III, 456; Paradoxogr. Vatic. Rohdii. *Rer. natural. script. graec.* I, p. 109 (O. Keller ed.).

⁵¹⁴ Aten. XII, 25.

⁵¹⁵ Rovira Llorens 2000.



Fig.2.23: Imágenes de tejedoras en la estela de la Albufereta; un oinochoe de Lezuza y una tapadera de La Serreta.

encontramos seis fondos de copela fuera de los supuestos talleres pero en el interior de los espacios relacionados con las elites locales, concretamente en el Conjunto 7 (el llamado “almacén”) y el 3 (una de las viviendas prósperas asociadas a aquél)⁵¹⁶.

Se trata de un tipo de transformación de la plata, combinando la presencia de talleres especializados y actividad “doméstica”, parecida a la que constituiría la principal razón de ser del pequeño poblado de Punta de Gavilanes (Mazarrón, Murcia), y datable entre los siglos IV y III a.C.⁵¹⁷

Por lo que respecta a la forja del hierro, en la Bastida hubo de ser una actividad frecuente como se desprende de la gran cantidad de aperos metálicos de todo tipo que ha llegado hasta nosotros⁵¹⁸, pero por el momento no tenemos documentada ninguna estructura de fragua. Ello es frecuente en la arqueología ibérica puesto que las fraguas destacan por su simplicidad, se acompañan de elementos cuya interpretación nunca suele ser unívoca (estructuras de combustión menores, contenedores, pilas para el agua, banquetas, soportes...), y solo rara vez se documentan varias dentro de un mismo recinto, lo que nos habla de una producción a pequeña escala; además, generalmente se insertan en la trama residencial, localizándose por lo general en la periferia del núcleo habitado pero adosándose a áreas de habitación⁵¹⁹. Las únicas excepciones a este sentido, como señala C. Aranegui, están fuertemente relacionadas con el ámbito colonial, como son los talleres metalúrgicos suburbanos del Parking de Ampurias o el Tossal de les Basses⁵²⁰.

Todo ello concuerda, al fin y al cabo, con la producción metálica que ha llegado hasta nosotros. La composición de los bronce documentados, binarios o ternarios, es enormemente variable, y otro tanto sucede con la de los objetos de hierro, generalmente poco carburados y cuyas propiedades metalográficas no siempre parecen las más apropiadas para el uso al que estarían destinados⁵²¹. Ahora bien, frente a este tipo de producciones locales, fabricadas a pequeña escala en el seno de cada poblado independientemente de su tamaño y rango para abastecer las

⁵¹⁶ Pérez Jordá *et alii* 2011: 113-119.

⁵¹⁷ Ros 1993 a: 216-220; 1995: 359-362; Arana y Gálvez 1993; Arana 1995.

⁵¹⁸ Pla 1968; 1969.

⁵¹⁹ Rovira Hortalà 2000: 268-269.

⁵²⁰ Aranegui 2012: 193.

⁵²¹ Rovira Hortalà 2000: 269; Quesada 2000: 291-192.

necesidades cotidianas, también documentamos otros objetos de una calidad artesanal excelente, con un acabado relativamente homogéneo y que denotan la enorme especialización del artesano y sus instrumentos; el ejemplo más claro de ello es el estudiado por F. Quesada, las falcatas damasquinadas en plata que se encuentran por todo el sureste, ya fueran estas fabricadas, como se plantea el autor, por artesanos itinerantes o, como creo más probable, por talleres especializados situados en los principales núcleos urbanos y dependientes de las aristocracias locales, quienes distribuirían las piezas a través de las redes clientelares como un elemento más de cohesión social⁵²². Volveré sobre este tema más adelante.

La producción orfebre, de hecho, posiblemente también se organizara y redistribuyera de igual manera a través de talleres especializados que abastecerían a las aristocracias. Una vez desechados definitivamente los argumentos de K. Raddatz⁵²³, quien rebajaba la orfebrería ibérica a época iberorromana basándose en su gran calidad y acabado⁵²⁴, los expertos en la materia distinguen diversos talleres orfebres locales en el sureste, cuya producción puede llegar a diferenciarse pese a que se disperse por los asentamientos vecinos⁵²⁵, como sería el caso del de la Albufereta. El caso más sobresaliente de la orfebrería del siglo IV a.C. en el sureste en todo caso posiblemente sea el tesoro de Jávea (Alicante), hallado en 1904 en un vaso a 50 cm de profundidad, y compuesto por una diadema-cinturón, tres collares trenzados, una fíbula y un anillo con chatón, todo ello de oro, además de un brazalete plano en solenoide y unas tiras laminares enrolladas en plata⁵²⁶. Su gran calidad y el aire “grequizante” de su tipología llevó a algunos autores a catalogarlas como alóctonas⁵²⁷, pero las últimas interpretaciones afirman ya el carácter ibérico de estas joyas, cuyos artesanos bien es cierto que estarían enormemente especializados y serían capaces de emplear los últimos desarrollos tecnológicos del Mediterráneo para satisfacer las demandas suntuarias y los gustos locales⁵²⁸.

⁵²² Quesada 2000: 292-297

⁵²³ Raddatz 1969.

⁵²⁴ Domergue 1990: 159-160.

⁵²⁵ Éluère 1998: 103.

⁵²⁶ García y Bellido 1948: II, 209-211; Nicolini 1990: 223-224; Perea Caveda 1996: 54.

⁵²⁷ García y Bellido 1948: II, 209-211; Blázquez 1975: 121; Perea Caveda 1992: 252-253.

⁵²⁸ Perea Caveda 2010: 205.

Merece la pena, finalmente, hacer una breve mención a la producción escultórica. Como veremos en páginas posteriores, los gobernantes ibéricos emplearon durante siglos la estatuaria para difundir mensajes ideológicos entre sus respectivas comunidades y hacia las comunidades vecinas, encargando para ello piezas a artesanos que hubieron de estar enormemente especializados⁵²⁹. A diferencia de otras producciones artesanales, la estatuaria estaba puesta por completo al servicio del poder y era controlada por este. De hecho, podemos observar que en torno a hábitats como la Alcudia de Elche, con una larga perduración como núcleo hegemónico y residencia de una aristocracia, la tradición escultórica perdura a lo largo de los siglos, en tanto que en otras comarcas en las que la jerarquización del territorio es más tardía, como es el caso de los valles alcoyanos, la estatuaria no aparece hasta algo más adelante, como ponen de manifiesto las esculturas del Vall de la Seta⁵³⁰, datables en el s. IV a.C., precisamente el momento en el que el poblado de Pitxòcol alcanza su máxima extensión (2,5-3 ha) y asienta su hegemonía sobre el valle. C. Aranegui, de hecho, ha propuesto recientemente que la gran especialización de los escultores y la intermitencia de su producción podría deberse a que un equipo de artesanos se formaría y trabajaría para un gobernante hasta que hubiera concluido un programa iconográfico determinado, momento a partir del cual se disolvería dicho grupo, clausurándose esta actividad en el asentamiento⁵³¹; la otra opción que se propone desde años antes es que los equipos de escultores fueran artesanos itinerantes, que acudieran allá donde un gobernante deseaba dotarse de sus propias esculturas⁵³².

Por el contrario, en torno al citado poblado de La Alcudia la producción escultórica hubo de ser enormemente pujante durante un período de tiempo largo que llegaría al s. IV a.C., o al menos así parecen señalarlo las canteras de El Ferriol, situadas a dos horas de camino de la Alcudia, y en las que se pone de manifiesto que el corte de los bloques era heterométrico y sin orden aparente, pero que la talla de las esculturas, esta ya mucho más planificada y refinada, también se llevaba a cabo en el

⁵²⁹ Negueruela 1990-1991 ; Chapa *et alii* 2009 ; 2009 a; Vallejo 2012.

⁵³⁰ Visiedo 1946; Llobregat 1972: 147-148; Grau 2000 a: 203-209; Olcina 2006: 45-47.

⁵³¹ Aranegui 2012: 264.

⁵³² Page y García Cano 1993: 58.

lugar, pues allí han aparecido varios fragmentos escultóricos inacabados o fallidos, fechados precisamente hacia el s. IV a.C.⁵³³

En todo caso, todo parece apuntar a que por lo general los artesanos eran propietarios de sus propios medios de producción, y sus “talleres” formaban parte de sus propias viviendas⁵³⁴. Lo cual a su vez parece indicarnos que incluso aquellos especialistas cuya actividad económica estaba dirigida a satisfacer las necesidades suntuarias de la elite gozaban de una cierta autonomía respecto de aquella, y difícilmente se les puede considerar “dependientes” del jerarca local, como para el s. V a.C. han propuesto algunos autores⁵³⁵ y como para ciertas pequeñas explotaciones agrarias edetanas del s. IV a.C. defienden otros⁵³⁶. Solo para el caso de los artesanos con un mayor grado de especialización (escultores, orfebres y fabricantes de falcatas, principalmente) podríamos aceptar la presencia de artesanos itinerantes⁵³⁷ aunque, como he señalado antes, dado que sus producciones son siempre de tipo suntuario también se podría pensar que sus talleres estarían asentados en los principales núcleos urbanos, donde los jefes locales adquirirían sus productos y los redistribuirían a través de sus redes de clientela comarcales.

La autonomía de los artesanos como grupo social, de hecho, se pone de manifiesto en algunos casos en sus sepulturas. A diferencia de épocas anteriores, a partir del s. IV a.C. comienzan a detectarse en necrópolis como Cigarralejo la existencia recurrente de sepulturas en las que se incluyen algunos elementos de utillaje metálico entre el ajuar funerario que acompaña al individuo. Es el caso por ejemplo de la tajadera y la espátula, relacionadas seguramente con el curtido de pieles, que se documentan en la tumba 333, las chiflas para curtir cuero que aparecen en las tumbas 20 y 243, y los instrumentos de alfarero y estucador de la tumba 59⁵³⁸. Es posible que estos individuos creyeran en la necesidad de proveerse de estos instrumentos para su existencia en el Más Allá, pero en todo caso de cara a su comunidad estaban ligando su identidad social y recuerdo con su labor de curtidores y ceramistas respectivamente. Y

⁵³³ Gagnaison *et alii* 2006: 157-162; 2007; 2007 a.

⁵³⁴ Bonet y Guérin 1995; Mata 1998: 97-101; Bonet, Soria y Vives 2011: 141-144.

⁵³⁵ Almagro Gorbea 1992: 46.

⁵³⁶ Mata 1998: 97.

⁵³⁷ Blech y Ruano 1998: 307; Quesada *et alii* 2000: 297-299.

⁵³⁸ Santos Velasco 1989 a: 75; 1994 b: 63-64; Blech y Ruano 1998: 305.

lo que resulta evidente es que estaban amortizando, sacando de la circulación definitivamente, unas herramientas que aún podrían haber seguido cumpliendo su uso, lo que denota su propiedad. Se trata de un fenómeno que no es extraño al resto de las actividades económicas, pues también comenzamos a observar la amortización de instrumentos agrícolas (sin salir de la propia necrópolis del Cigarralejo, encontramos amortizados una hoz, una reja de arado y tres podaderas en la tumba 209, y un podón en la mencionada tumba 333⁵³⁹) y de platillos de balanza y ponderales (contamos con ponderales en las tumbas 18 y 200, y con platillos de balanza en los enterramientos 21, 145, 262 y 305)⁵⁴⁰.

Ahora bien, debemos ser prudentes a la hora de atribuir a estos difuntos un grupo social concreto y una actividad económica desarrollada en vida, pues no debemos olvidar, como señalaba en la introducción, el carácter simbólico de todo objeto introducido en un ajuar funerario. Para las tumbas ibéricas, cada vez se está poniendo mejor de manifiesto que la presencia de armas indica el carácter libre del individuo más que su condición de “soldado” (si es que tal categoría conceptual existiera en el mundo ibérico) o incluso varón (pues también encontramos tumbas femeninas con armas); y otro tanto sucede con las fusayolas, que durante décadas se habían entendido como propias de ajuares femeninos, algo que los análisis paleoantropológicos están progresivamente desmintiendo⁵⁴¹. Algo que, al menos, debe introducir un margen de duda en cuanto a la posibilidad de identificar la “profesión” de un individuo a través de su ajuar funerario, como en las últimas décadas se viene señalando también para otras culturas antiguas⁵⁴². Como posible ejemplo de esto último, valga la pena recordar que C. Alfaro, en su catálogo de vestigios de las actividades textiles ibéricas, reparó en que algunos de los *pondera* amortizados difícilmente podrían haber tenido una vida útil, pues eran demasiado

⁵³⁹ Santos Velasco 1989 a: 75; 1994 b: 63.

⁵⁴⁰ Lucas 1990: 62. Respecto a los platillos de balanza, de hecho, R. Lucas cae en la cuenta de que el tamaño de algunos de ellos evidencia que los yugos habrían de ser metálicos, por lo que su no presencia en las tumbas indica que las balanzas eran primeramente desmontadas, y solo se amortizaba la parte más simbólica de las mismas, los platillos; además, la circunstancia de que en ninguna tumba aparezcan conjuntamente platillos y ponderales abunda en el carácter simbólico de los mismos: los unos o los otros bastaban para transmitir la idea deseada, independientemente de su carácter funcional (Lucas 1990: 65).

⁵⁴¹ Blánquez 1996: 157; Quesada 2010: 149. Cf. en contra Izquierdo (1998: 185-186), quien acepta la identificación de tumbas femeninas a partir de espejos y pesas de telar.

⁵⁴² Pader 1980: 143.

pesados y voluminosos para los telares de la época⁵⁴³; es decir, es muy posible que se fabricaran específicamente para acompañar al difunto, eran elementos escogidos y adquiridos al efecto, por lo que su relación directa con la cotidianeidad del individuo no es evidente. A este respecto querría recordar el hallazgo de la esculturilla de bronce de un buey con su yugo en el conjunto 3 de la Bastida, una vivienda en la que no apareció ni un solo útil agrícola, pero cuyos ocupantes sin duda gozaban de una gran prosperidad económica gracias a la explotación agropecuaria. Quizás en esta misma clave debamos leer la hasta el momento mayor acumulación conocida de utillajes artesanales incluidos en una sola tumba, la 100 de Cabezo Lucero.

Conocida como la “Tumba del Orfebre”, el enterramiento 100 de Cabezo Lucero correspondía con una incineración *in situ* en hoyo, de unos 2 m de longitud, y cuyo ajuar funerario, dejando el utillaje artesanal aparte, era de por sí muy rico, pues se componía de un *soliferreum*, una manilla de escudo, un cuchillo, una falcata, una vaina, una lanza, unas pinzas de depilar de bronce, una fíbula anular hispánica, dos fusayolas, dos cuentas de pasta vítrea, tres cuentas de hueso y abundantes fragmentos de cerámica ática de barniz negro quemada⁵⁴⁴. Ahora bien, la tumba destaca sobre todo por el amplio elenco de utensilios de orfebre en ella amortizados: 16 instrumentos de bronce, una sierra y unas tenazas de hierro, y hasta 31 matrices y troqueles de bronce⁵⁴⁵. ¿Debemos interpretar por ello que se trataría, efectivamente, de la tumba de un orfebre, en este caso especialmente próspero, como asumen algunos de los autores que han investigado este enterramiento⁵⁴⁶? Dada la desusada riqueza del enterramiento y la gran cantidad de instrumentos amortizados (la mayoría en perfecto estado de uso, y que por lo tanto podrían haber sido reaprovechados por otro orfebre a la muerte de aquel), yo más bien me inclino por la postura expuesta por A. Perea y B. Armbruster, quienes identifican al difunto más bien como un aristócrata que controlaba la obtención y los medios de producción de la joyería de oro, y que así quería dejarlo reflejado en la identidad social que sus ritos funerarios contribuirían a cristalizar⁵⁴⁷. Dado que las propias joyas de oro eran necesarias al grupo aristocrático

⁵⁴³ Alfaro Giner 1984: 101.

⁵⁴⁴ Uroz 2006: 39-40.

⁵⁴⁵ Uroz 2006: 43-65; Perea Caveda y Armbruster 2011: 160-161.

⁵⁴⁶ Uroz 2006: 166; Graells 2007: 154.

⁵⁴⁷ Perea Caveda y Armbruster 2011: 168-169.

para mantener su poder y ascendencia a través de las generaciones y por ello no se amortizaban en las tumbas⁵⁴⁸, quizás el individuo las sustituyó por el juego de matrices de bronce, que evidenciaban igualmente su acceso a los metales preciosos. Y también su relación con unas imágenes repletas de grifos, esfinges y leones, unos motivos que como veremos más adelante eran privativos de un lenguaje aristocrático tradicional que ya en el s. IV a.C. estaba dejando paso a otro nuevo, menos “fantástico”.

2.5.4. Las estrategias y los intercambios comerciales en época Plena. El caso de l’Illeta dels Banyets.

A finales del s. V a.C., en toda la Península Ibérica pero sobre todo en el sureste asistimos a un despegue sin precedentes del volumen de las importaciones. De los últimos años de dicha centuria y los dos primeros tercios del s. IV a.C. datan el 98,5% de las cerámicas griegas halladas en la Península⁵⁴⁹, y por primera vez estas se hacen presentes en la práctica totalidad del territorio⁵⁵⁰, si bien en algunos puntos como La Picola, Cigarralejo o Cabezo Lucero alcanzan proporciones realmente elevadas⁵⁵¹, en tanto que en otros, como en amplias zonas del sureste meseteño, la afluencia de estos vasos será mucho menos frecuente⁵⁵². Además, las ánforas fenicio-púnicas no dejan de llegar⁵⁵³, posicionándose Ibiza como uno de los principales centros redistribuidores del Mediterráneo Occidental. Las ánforas griegas, por el contrario, se documentan en mucha menor medida, y casi siempre en forma de ejemplares aislados en yacimientos costeros, o bien en pecios⁵⁵⁴.

Acompañando a este crecimiento exponencial, se detecta además una cierta homogeneización de los tipos importados. Una temprana muestra de ello será la generalización de las llamadas “copas Cástulo”, un tipo de *kylix* poco profundo y bastante ancho, de cuerpo y asas robustas y con el pie unido directamente al cuerpo, que se fabricará en los talleres áticos desde el segundo cuarto del s. VI a.C., y que

⁵⁴⁸ Chapa y Pereira 1991.

⁵⁴⁹ Rouillard 1991: 107 y 123-126; cf. Sanmartí 2000. El empleo de la cerámica como indicador del comercio antiguo no será debatido aquí, pues ya ha sido ampliamente debatido durante décadas; cf. Morel 1983.

⁵⁵⁰ Trías 1967; García Cano 1982; Patiño 1988; Sala 1994; García i Martín 2003; Rouillard 2009 a: 44-47.

⁵⁵¹ Rouillard 1993: 87.

⁵⁵² López Domech 1984: 140.

⁵⁵³ Ribera 1982; Ribera y Fernández 2000; Sala 2001-2002: 287-291.

⁵⁵⁴ Sánchez Fernández 1987.

estará destinado por lo general a la exportación, pues se documenta fundamentalmente en el Mar Negro septentrional, algunos puntos de la costa siriopalestina, ciertos yacimientos del Mediterráneo Central, y sobre todo en la Península Ibérica, donde estas copas llegan masivamente entre el último tercio del s. V y la primera mitad del IV a.C.⁵⁵⁵. Posiblemente la gran afluencia de este vaso haya de ponerse en relación con un momento de transición en las estructuras socioeconómicas ibéricas, en el seno de las cuales la capacidad (y el deseo) de importar y poseer vasos áticos se amplía, aún a costa de una menor “riqueza” relativa de estos vasos (que carecen de decoración y tienen un aspecto más robusto que otros tipos conocidos), quizás porque el grupo social que accede a las importaciones y requiere de ellas para participar en el juego social se ha ensanchado; para responder a esta demanda, los comerciantes griegos importarán grandes lotes de un tipo de vaso fácilmente transportable y apilable, y más rápido y barato de fabricar, que durante unas décadas copará los mercados.

Aunque estos vasos Cástulo continuarán amortizándose en las necrópolis ibéricas hasta mediados del s. IV a.C., los talleres griegos dejan de fabricarlos hacia el cambio de centuria, y de hecho en el pecio de El Sec (Calvià, Mallorca), datable en el segundo cuarto del s. IV a.C., ya no aparecen⁵⁵⁶. En el sureste serán sustituidos fundamentalmente por cántaros, cuencos y *kylikes*, aunque también se documentarán, en menor proporción, otros vasos como cráteras o platos de pescado⁵⁵⁷. Llama la atención, por tanto, la abundancia (siempre hablando en términos relativos) que se aprecia en nuestra región de copas y cuencos, tanto en poblados como en necrópolis, en proporción con los documentados en torno a *Emporion* o en la Grecia propia; y por el contrario, destaca la ausencia casi total de otros recipientes allí frecuentes como las lucernas, las *píxides* y los *lekythoi*⁵⁵⁸. Anomalía que muchos autores han atribuido a la mayor facilidad de transporte de aquellos vasos respecto de estos, requisito que suponen determinante a la hora de atravesar el Mediterráneo⁵⁵⁹, pero que pienso que

⁵⁵⁵ Sparkes y Talcott 1970: 98-103; Sánchez Fernández 1992: 328-330; Gracia 1994: 180; Shefton 1995: 136-138.

⁵⁵⁶ Trías 1987; Cerdà 1987.

⁵⁵⁷ Rouillard 1991: 166-172; Sanmartí 2000.

⁵⁵⁸ Bats 1987: 201-202 y 208.

⁵⁵⁹ Campenon 1987: 184-185; Rouillard 1993: 90; Santos Velasco 1994: 249.

también habría que poner en relación con los gustos y necesidades de los demandantes, en este caso las comunidades ibéricas del sureste; no en vano advertimos también diferencias entre los productos importados aquí respecto de otras regiones aledañas, como la Alta Andalucía o el Levante, donde se importan más cráteras de campana y más vasos de pinturas rojas, en tanto que en el sureste la proporción de recipientes de barniz negro es mayoritaria⁵⁶⁰. Como ya F. Lisarrague advirtió en los años ochenta, fueron los talleres áticos quienes hubieron de adaptar su producción a la demanda de sus clientes mediterráneos, y no tanto al contrario⁵⁶¹.

En segundo lugar, el aumento de las importaciones acarreará, como ya se ha apuntado anteriormente en alguna ocasión, y bien que con algunas excepciones, un descenso generalizado en la calidad de las pastas y los acabados de los vasos⁵⁶². Las importaciones, en línea general, son ya homogéneas y estandarizadas, y en la mayor parte de los casos no se concebirían como dones aristocráticos sino como mercancías, exportadas por sí mismas para satisfacer la demanda de unos grupos locales cada vez más amplios deseosos de productos griegos⁵⁶³.

Todo ello coincidirá además, no por casualidad, con el auge de *Emporion*, Ibiza y *Gades*. Para el caso de la primera, la mejor conocida al poder haber sido excavada en superficie en amplios sectores de la ciudad, observamos que a partir de comienzos del s. IV a.C. experimenta una pujante prosperidad, que se traduce en la construcción de nuevos lienzos de muralla, tres torres y un foso que amplían el espacio urbano, y en la reconversión de la zona de culto incluyendo la construcción del santuario de *Asclepios*. Hacia el 375 al otro extremo del Cabo de Rosas se funda *Rhode*, sin que en el lugar se detecte rasgo de presencia griega previa, y desde el primer momento la colonia gozará de una gran prosperidad⁵⁶⁴. Además, a finales de la propia centuria *Emporion* inicia sus acuñaciones de dracmas de 4,7g., patrón que la separa definitivamente de *Massalia* y la acerca a *Gades*.⁵⁶⁵ Las ánforas del sureste, quizás producidas por los alfares de la

⁵⁶⁰ Grau 2010: 264.

⁵⁶¹ Lisarrague 1987. Cf., recientemente, Sánchez Fernández 2003; La Genière 2010.

⁵⁶² García Cano 1987: 67-68.

⁵⁶³ Rouillard 1991: 186; Gómez Bellard 1995: 33-34.

⁵⁶⁴ Puig y Martín 2006.

⁵⁶⁵ Sanmartí 1998: 116.

Illeta dels Banyets a juzgar por las pastas, no serán infrecuentes ni en la propia *Emporion* ni en asentamientos de su *chora*, tales como Ullastret⁵⁶⁶

Volviendo de nuevo al sureste peninsular, es necesario destacar hasta qué punto el auge del comercio mediterráneo reforzó la posición de las elites sociales ibéricas. Al no tratarse de una economía mercantil, como apunta M. Carrilero⁵⁶⁷, sino de un comercio tendente fundamentalmente a la importación de bienes de prestigio y que se sostiene solo gracias a las redes de relaciones personales tejidas por las elites locales, se trata de una actividad cuyo objetivo principal será el fortalecimiento de la jerarquía social, como por otra parte resulta habitual en el comercio a larga distancia en la Antigüedad⁵⁶⁸. De hecho, como recientemente ha demostrado I. Grau para el caso de El Puig, son las necesidades coyunturales de las elites sociales y su eventual demanda de bienes de prestigio las que determinan en cada momento el volumen de llegada de las importaciones y su destino: así como en diversas necrópolis del sureste meseteño los vasos griegos llegan ya en el s. V a.C. de manera frecuente, en los valles alcoyanos no proliferan hasta el s. IV a.C., pues es solo entonces cuando se configura una elite social que requiere de ellos para reforzar su preeminencia; y en tanto que la vajilla de mesa llegará a todos los hábitats, independientemente de su categoría en la jerarquía de poblamiento, los grandes vasos solo se documentan en los núcleos hegemónicos de cada valle, residencia de las elites que extenderían su influencia por los territorios inmediatos⁵⁶⁹.

Por otra parte, es necesario señalar que determinados enclaves se especializarán precisamente en la adquisición, almacenamiento y redistribución de mercancías, constituyendo estos intercambios uno de los puntales fundamentales de sus economías (y, entiéndase, de las de sus elites)⁵⁷⁰. No me refiero solo a ciertos puertos costeros que surgen a finales del s. V a.C., y sobre los que más tarde hablaré más detenidamente. También en el interior varios asentamientos se aprovecharán de una posición privilegiada en las principales vías de comunicación para actuar como nódulos secundarios redistribuidores del tráfico comercial a escala comarcal o local,

⁵⁶⁶ Sanmartí 1998: 116.

⁵⁶⁷ Carrilero 2001: 290.

⁵⁶⁸ Alvar 1998: 56; Notario ep.

⁵⁶⁹ Grau 2010: 266.

⁵⁷⁰ Cf. por ejemplo Bendala 2003: 19-20; Aranegui 2012: 206.

prosperando gracias a los réditos que este flujo comercial generaba, y constituyendo las bases desde las que ciertos comerciantes locales hacían llegar las mercancías mediterráneas a otras comunidades vecinas. Aunque generalmente la historiografía se ha venido centrando en los intercambios mediterráneos y en la adquisición de bienes de prestigio (como, reconozco, he hecho yo en estas páginas, movido por la idea de que este tipo de comercio tiene un mayor peso en la autorrepresentación de las elites), el tráfico interno, comarcal, regional o interregional, de todo tipo de productos hubo de tener una gran importancia, sobre todo a partir de esta época en la que la diversificación de la economía y la especialización de algunos sectores productivos permitiría aumentar los excedentes. Una importancia que ha sido obviada generalmente por los estudiosos del mundo ibérico⁵⁷¹, con algunas excepciones⁵⁷².

Este comercio interno, que enriquecería a las comunidades que lo practicaban permitiendo su desarrollo económico, sería potenciado por las elites locales mediante la implementación de infraestructuras como caminos para carros, como los que mencioné en relación con Castellar de Meca, y que se detectan también en torno a otros poblados de la época, como Tossal de les Basses⁵⁷³. El propio uso de carros evidencia, además, la complejización de la jerarquía social, pues, como bien señaló E. de Ste. Croix y recoge C. Mata⁵⁷⁴, no todo el mundo dispondría y podría mantener un carro y el animal de tiro correspondiente, ni todo el mundo requeriría de su uso salvo que contara con obtener una gran cantidad de excedente con la que comerciar.

Todo este despegue comercial, como parece lógico en el seno de unas estructuras económicas que ya habían alcanzado un grado de especialización y diversificación como el descrito hasta el momento, vino acompañado de una cierta regulación, impulsada sin lugar a dudas desde unas elites sociales que cuentan con una autoridad suficiente como para imponer estas medidas y garantizar su estabilidad.

⁵⁷¹ Como denuncian, por ejemplo, Grau y Reig 2002-2003: 104. Para un ejemplo reciente, cf. Márquez 2005: 21, que niega que hasta el s. III a.C. hubiera intercambios regionales al margen de la adquisición de bienes de prestigio.

⁵⁷² Cf. por ejemplo Cuadrado 1984 o Blázquez y García-Gelabert 1993; 1993 a, para el mundo ibérico. Para otros contextos mediterráneos, cf. Mele 1979.

⁵⁷³ Rosser y Pérez Burgos 2003: 177-178.

⁵⁷⁴ Sainte Croix 1988: 53-55 ; Mata 1998: 98.

Me estoy refiriendo, por ejemplo, al patrón métrico. A diferencia de épocas anteriores, en el s. IV a.C. encontramos una cierta cantidad de juegos de ponderales, hallados tanto en sepulturas como en viviendas, que parecen evidenciar un intento de regular los intercambios para potenciar el comercio, máxime cuando el patrón de medida parece coincidir a grandes rasgos entre los juegos encontrados en todo el sureste peninsular, y cuando este además se ajusta a la didracma griega o al shekel cartaginés, esto es, al sistema de peso más habitual en el Mediterráneo del s. IV a.C.⁵⁷⁵. Ello se puede comprobar en los ponderales de Bastida y Covalta, presentados hace ya bastante tiempo por I. Ballester⁵⁷⁶; o en los de Cabecico del Tesoro y Cigarralejo, publicados por E. Cuadrado, quien por primera vez fija su cronología en el s. IV a.C.⁵⁷⁷; o también en los ponderales de Cabezo Lucero, El Molar, El Oral, La Escuera, La Alcudia, La Albufereta, Tossal de la Cala, Cap Negret, Monastil, Puntal de Salinas, El Puig, La Serreta, Xarpolar y Cabeço de Mariola, sacados a la luz hace ya una década por I. Grau y J. Moratalla⁵⁷⁸; o, en fin, en los de El Puig, recientemente publicados⁵⁷⁹; pero no tanto en los de Orleyl, comentados por D. Fletcher y C. Mata⁵⁸⁰, ni tampoco en los de Barcelona y Serra d'Espada, dados a conocer por D. Fletcher y L. Silgo⁵⁸¹. Colegiríamos por tanto que en toda la región se extendió en el s. IV a.C. un mismo patrón métrico, adaptado a los modelos mediterráneos pero no exactamente coincidente con los empleados en otras regiones ibéricas, y que sería respaldado sin duda por toda una serie de autoridades locales con capacidad para ello.

Algo que, por supuesto, está en consonancia con la aparición paralela de balanzas en las sepulturas y viviendas ibéricas del sureste a partir del s. IV a.C. No en vano estas aparecen por lo general en las tumbas más ricas⁵⁸², señalando que aquellos individuos que tenían una capacidad (y una necesidad) mayor de amortizar riqueza en sus sepulturas eran también quienes se presentaban ante sus respectivas comunidades como dueños de balanzas, esto es, como personas encargadas de garantizar la justicia

⁵⁷⁵ Grau y Moratalla 2003-2004: 50-51. Cf. también Rouillard 1991: 332-333.

⁵⁷⁶ Ballester 1930 a; Beltrán Villagrasa 1948.

⁵⁷⁷ Cuadrado 1964.

⁵⁷⁸ Grau y Moratalla 2003-2004: 28-35.

⁵⁷⁹ Grau 2013: 278.

⁵⁸⁰ Fletcher y Mata 1981.

⁵⁸¹ Fletcher y Silgo 1995.

⁵⁸² Lucas 1990.

de los pesajes. Y no en vano la reciente publicación del poblado de La Bastida hace notar que seis de los siete platillos de balanza documentados en el lugar se concentran en espacios abiertos situados en los accesos a los conjuntos 3 y 8-10-11⁵⁸³, las viviendas más prósperas del asentamiento como venimos viendo.

Es de reseñar, por cierto, que G. Fernández Mateu propuso hace unos años a través del estudio metrológico de las botellas y los *kalathoi* valencianos que al menos desde el s. III a.C., y seguramente desde el IV a.C., los iberos emplearían como unidades de capacidad el quénice, la cótila y sus respectivos múltiples y divisores, y que adaptarían algunos de sus vasos a tales unidades de capacidad para facilitar los intercambios comerciales⁵⁸⁴. Como el propio autor propone, sería interesante perseverar en el estudio de las capacidades de los vasos ibéricos para poner a prueba esta hipótesis de trabajo.

La presencia recurrente de ponderales y balanzas, en todo caso, está íntimamente relacionada con los medios de pago empleados por las comunidades iberas del sureste hasta bien entrada la época ibero-romana. A pesar de que la colonia de *Emporion*, seguramente la principal contraparte económica de estas gentes durante el s. IV a.C., llevaba acuñando numerario propio desde mediados de la V centuria a.C., y a pesar de que ciertos círculos de iberos del noreste debían conocer y manejar estas monedas (pues no en vano los pagos establecidos en los bronce de Pech Maho y Ampurias, en los que como señalé se mencionan como intervinientes en las transacciones a gentes ibéricas, se cuantifican en moneda)⁵⁸⁵, en el sureste peninsular las primeras acuñaciones que se producen serán las que promuevan las autoridades bárquidas desde Cartagena a finales del s. III a.C.

Tampoco parece, en realidad, que los iberos del sureste emplearan asiduamente para sus intercambios monedas foráneas. De hecho, exceptuando el hallazgo aislado de una fracción emporitana del s. V a.C. en la supuesta necrópolis de Macalón⁵⁸⁶, no se documentan ocultaciones de moneda en el sureste peninsular hasta bien avanzado el s. IV a.C. De la segunda mitad de esta centuria data la tetradracma

⁵⁸³ Álvarez García y Vives-Ferrándiz 2011: 193-194.

⁵⁸⁴ Fernández Mateu 2000.

⁵⁸⁵ Campo 2000: 89-90.

⁵⁸⁶ Ripollés 2009: 72.

púnica de *Panormo* documentada en Llano de la Consolación⁵⁸⁷, al igual que la otra tetradracma de la misma ceca hallada en el Barranc del Arc (Sella, Alicante)⁵⁸⁸. Ya en el s. III a.C. aunque anteriores probablemente a la invasión bárquida debemos situar el tesorillo de las minas de Cartagena (hallado a finales del s. XIX y que según las referencias disponibles comprendía una dracma emporitana, una pieza ebusitana y un *shekel* cartaginés anterior a la Primera Guerra Púnica)⁵⁸⁹, la pieza púnico-siciliana perforada de la tumba 19 de la necrópolis de Los Nietos (Murcia)⁵⁹⁰, la moneda de Kos y la cartaginesa halladas en Alicante⁵⁹¹, los tres divisores cartagineses amortizados junto a ricos ajuares en sepulturas de cremación de la necrópolis de Cabezo Lucero⁵⁹², y la pieza cartaginesa de Elche⁵⁹³. En cuanto a verdaderos “tesorillos”, para la región y la época de la que estoy hablando solo puede citarse el tesoro de Montgó, hallado en el Coll de Pous (Denia, Alicante) en 1891, y compuesto por seis divisores emporitanos, cuatro massaliotas, y piezas de Messana, Selinonte, Leontinos, Siracusa, Corinto y Cartago, además de un kilogramo de plata en pequeños lingotes, muchos de ellos partidos, y una fíbula, un jaez de caballo, y varias joyas y cadenas, todo ello de plata y en ocasiones muy fragmentado, además de dos páteras cerámicas; es datado en la segunda mitad del s. IV a.C.⁵⁹⁴.

Por tanto, predominan, como era de esperar y como sucede igualmente en el resto del mundo ibérico hasta la II Guerra Púnica, las monedas emporitanas, seguidas de las massaliotas y, finalmente, las cartaginesas y sicilianas, terminando por las de la Grecia propia⁵⁹⁵. Ahora bien, estas pocas decenas de piezas ocultas a lo largo de dos siglos no pueden, a mi modo de ver, servirnos para aseverar el uso habitual de la moneda como medio de pago en el mundo ibérico del sureste. De hecho, muchas de

⁵⁸⁷ Sánchez Jiménez 1949 (aunque confunde la ceca con Camarina); Quesada 1994: 214; Olmos 1995: 43-45; Alfaro Asins 2000: 101; 2002: 19; Vico 2002.

⁵⁸⁸ Senent 1930: 18; Olmos 1989: 29; Alfaro Asins 2000: 101; 2002: 20. La tetradracma formaba parte de un tesoro hallado en la primera mitad del s. XX, pero que nunca llegó a ser convenientemente publicado: Llobregat 1972: 139.

⁵⁸⁹ Alfaro Asins 2000: 103-104.

⁵⁹⁰ Cruz Pérez 1990: 68-69 y 193-194; Alfaro Asins 2000: 104; Verdú 2010: 312.

⁵⁹¹ Ripollés 1982: 257; Quesada 1994: 214-218; Alfaro Asins 2000: 104.

⁵⁹² Verdú 2010: 312.

⁵⁹³ Alfaro Asins 2000: 104.

⁵⁹⁴ Llobregat 1972: 136; Villaronga 1993: 18-19; Ripollés 2009: 66-72.

⁵⁹⁵ Campo 1987: 175; 2000: 90-92; Chaves 1991: 30-32.

ellas aparecen aisladas en tumbas, lo que sugiere su empleo simbólico y ritual⁵⁹⁶, en tanto que cuando se trata de verdaderos tesoros, en el caso del de Montgó, nos encontramos con que muchas de las monedas aparecen fraccionadas, a veces de manera sustancial, y se mezclan con lingotes de plata y una variada gama de otros objetos y fragmentos de objetos de plata, lo que parece sugerir que se trata más bien de ocultaciones de plata en las diversas formas disponibles, valorándose en ellos por consiguiente las monedas por su mero valor intrínseco⁵⁹⁷.

Y es que todo parece apuntar a que la plata fue el principal instrumento facilitador del pago de bienes y servicios, al menos a partir del s. IV a.C. Así parecen sugerirlo, por ejemplo, las seis piezas discoidales de plata de gran pureza halladas en Bastida de les Alcuses (ocultas no por casualidad en el Conjunto 7 y el 3, esto es, en el supuesto “almacén” y una de las viviendas prósperas a las que aquél se asociaba)⁵⁹⁸, y también las análogas de Puig d’Alcoi⁵⁹⁹ y Cerro Lucena (Enguera, Valencia)⁶⁰⁰. Se ha propuesto que igualmente pudieron ejercer como lingotes para facilitar los intercambios 12 arandelas de bronce halladas en varios departamentos de la Bastida, todas ellas con la misma tipología pero en ocasiones recortadas⁶⁰¹. La presencia frecuente de balanzas y ponderales diseñados para el pesaje de precisión tanto en viviendas como en necrópolis, desde luego, incide en la necesidad cotidiana de determinar con gran exactitud la masa de los productos intercambiados, lo que se explicaría mejor si los pagos se realizaran, como creo que sucedería, mediante el empleo de metal en bruto⁶⁰², conviviendo desde luego esta práctica con el tradicional empleo del trueque en todas sus modalidades. No olvidemos que ya para el s. VI a.C. se proponía, como indiqué páginas atrás, el empleo de lingotes de bronce como medio de pago en la región de la desembocadura del Vinalopó. Ni tampoco que, con la excepción puntual de *Saetabi* y las acuñaciones bárquidas de Cartagena, las

⁵⁹⁶ Olmos 1995; Arévalo 2002; Verdú 2010. Por lo que respecta al tesoro de Montgó, C. Aranegui (1994 a: 118) defendió que podría tratarse de una ofrenda sacra efectuada en el santuario dedicado a Ártemis Efesia de Hemeroskopeion; santuario del que hablaremos en un capítulo posterior.

⁵⁹⁷ Ripollés 2009: 66-67 y 72; 2011: 215; Aranegui 2012: 156.

⁵⁹⁸ Álvarez García y Vives 2011: 189.

⁵⁹⁹ Pascual Pérez 1952: 143; Mata *et alii* 2005: 750.

⁶⁰⁰ Castellano 2007: 137.

⁶⁰¹ Álvarez García y Vives 2011: 189-191.

⁶⁰² Fletcher y Silgo 1995: 275; Ripollés 2009: 65-66.

comunidades contestanas optarán por no acuñar moneda hasta época bien tardía, a diferencia de otras regiones de la *Hispania* iberorromana.

Es de destacar, además, y como señala P.P. Ripollés, que todos estos lingotes no poseen una forma estándar ni un peso unificado⁶⁰³, sino que constituían probablemente depósitos domésticos de riqueza que en su momento fueron ocultos y nunca pudieron ser recuperados. Ninguna autoridad aparecía como garante, por tanto, del valor y aceptación de estos bienes de cambio, sino que era su pureza y valor intrínseco lo que los convertía en instrumento adecuado para facilitar las transacciones.

Todo lo cual, por cierto, contribuye a reforzar las dudas de E. Llobregat acerca de la autenticidad del supuesto tesoro de Campo de Rebate (Orihuela, Alicante), que llegó parcialmente a manos de M. Gómez Moreno y que estaba compuesto por 43 monedas de cobre sin acuñar y 24 acuñadas con un carnicero y un ave en el reverso⁶⁰⁴; sin contar con que resulta llamativo que absolutamente todas las piezas de esta supuesta ceca hayan aparecido en un mismo depósito, y sin contar con que las piezas muestran como tipos dos de los iconos más conocidos del mundo ibérico pero que en realidad resultan propios, como veremos en capítulos sucesivos, del discurso iconográfico ilicitano de época ibero-romana, este tesorillo y la existencia misma de la ceca a la que pertenecerían las monedas iría en contra del resto de los datos disponibles sobre las prácticas habituales de pago ibéricas.

De manera coherente con esta progresiva regulación e “institucionalización” (naciente, si se quiere) de los intercambios, a finales del s. V a.C. se documentan igualmente los primeros testimonios escritos de la lengua ibérica, plasmados de hecho en tres sistemas de escritura distintos, el meridional, el levantino y el grecoibérico, todos los cuales los encontramos documentados en nuestra región, que actúa como verdadera frontera entre sistemas de escritura⁶⁰⁵. De hecho, J. De Hoz cree que lo que conocemos como lengua ibérica fue más bien la lengua de las gentes del sureste peninsular, quienes gracias a su pujante economía la exportaron como idioma

⁶⁰³ Ripollés 2011: 218.

⁶⁰⁴ Gómez Moreno 1949: 160-161; Llobregat 1972: 136.

⁶⁰⁵ De Hoz 1998.

vehicular del comercio, representándose según distintos sistemas de escritura creados al efecto en las diversas regiones⁶⁰⁶. Ello explicaría en parte que, a diferencia de las otras culturas mediterráneas, en el mundo ibérico no se utilice la escritura, por lo que sabemos hasta el momento, para cuestiones institucionales, administrativas o funerarias, sino fundamentalmente para asuntos comerciales relacionados con las elites adineradas y sus clientelas⁶⁰⁷.

No entraré aquí en la cuestión de la filiación de los diversos sistemas de escritura, pero sí merece la pena señalar que el uso del plomo como soporte para inscripciones comerciales fue introducido seguramente desde el mundo griego, y se constata por primera vez en el sureste precisamente entre finales del s. V y comienzos del IV a.C.⁶⁰⁸, llegándose sin embargo a emplear entre los iberos de manera mucho más recurrente que entre las otras gentes mediterráneas, griegos incluidos⁶⁰⁹.

También en íntima relación con el contacto comercial griego aparece la escritura grecoibérica, no solamente surgida en el sureste sino propia de esta región salvo por alguna posible excepción puntual, y concentrada en la costa y en algunos enclaves del interior alicantino y murciano. Este tipo de escritura supone el empleo del alfabeto foceo para la representación de la lengua ibérica, y fue utilizado desde finales del s. V a.C. hasta la conquista romana exclusivamente para la resolución de asuntos económicos, plasmándose en inscripciones sobre plomo o bien en grafitos sobre cerámica⁶¹⁰, y en convivencia con los otros sistemas de escritura.

⁶⁰⁶ De Hoz 1995 a; 1998 a: 180.

⁶⁰⁷ De Hoz 1995: 61-62; 1998 a: 194. F. Quesada (1997: 222) afirma que en el mundo ibérico la escritura solo se emplearía como “elemento de prestigio”, pero me permitiría matizar esta afirmación, pues hasta época ibero-romana creo que no tenemos argumentos para tal aseveración, pues la escritura funcionaba como mero instrumento comercial. No sucede así ya en época tardía, cuando comienzan a aparecer letreros en la decoración de las cerámicas, fundamentalmente en las edetanas (Silgo 2002).

⁶⁰⁸ De Hoz 1998 a: 188-190.

⁶⁰⁹ De Hoz 2009: 40-41. En ocasiones se ha especulado con que los iberos emplearían también otros soportes escriptóricos, como ciertas materias vegetales o tablillas enceradas, que no han llegado hasta nosotros y que serían los que contendrían las inscripciones no comerciales (cf. por ejemplo Aparicio *et alii* 2005: 222), pero, puesto que a día de hoy no ha sido hallado ningún vestigio de ellos ni la hipótesis de su existencia facilita sustancialmente, creo, la resolución de ningún problema, prefiero dejar el tema abierto por el momento.

⁶¹⁰ Aranegui 1994 a: 119; 1995: 21; De Hoz 2009; 2010. La única posible excepción de un texto grecoibérico con una función mágica o funeraria y no tanto comercial es el conocido “plomo del Cigarralejo” (Cuadrado 1950), un disco de plomo con una inscripción en espiral amortizado en la tumba 21, cuyo misterioso significado aún no ha sido dilucidado, y sobre el que volveremos más adelante.

Es de reseñar, en todo caso, que a pesar de que en muchas ocasiones se la ha concebido como un epifenómeno colonial, consecuencia lógica del trasiego comercial griego en estas costas⁶¹¹, creo que M. Léjeune ya demostró sobradamente que la adopción de la escritura griega para plasmar las lenguas locales es tan solo de una de las posibles consecuencias del encuentro entre gentes griegas y “bárbaras”⁶¹², esto es, la estrategia concreta que unas gentes determinadas, ciertos círculos comerciales del sureste, adoptaron para lograr una mejor posición en el escenario colonial. No en vano, no se generaron sistemas de escritura similares en otros ámbitos frecuentados por los comerciantes griegos; sin ir más lejos, en el golfo de Lyon a pesar de la presencia inmediata de *Massalia* los primeros testimonios de “greco-celta” no aparecen hasta el s. III a.C., y en ciertas zonas del Languedoc Occidental y el Rosellón la lengua celta no se llega a transcribir empleando el alfabeto griego, sino antes bien, y de forma llamativa, el ibérico⁶¹³. Y no en vano uno de los ámbitos de mayor pujanza del grecoibérico no se sitúa precisamente en la costa, sino antes bien en los valles alcoyanos, no precisamente una de las regiones ibéricas más “helenizadas”.

No me parece este el lugar, en cualquier caso, para relacionar todas las inscripciones documentadas en el sureste ibérico para la etapa que nos ocupa, tarea que ya ha sido acometida repetidamente⁶¹⁴, pero sí quisiera subrayar la función económica de la escritura en el sureste a través de algunos ejemplos bien conocidos. A este respecto merece la pena sacar a colación el plomo del departamento 48 de Bastida de les Alcusses, un listado de ítems (¿productos? ¿personas?) asociados a cantidades (parte de las cuales aparecen canceladas) que se halló oculto bajo un molino, y rodeado de un cuantioso juego de pesas de telar⁶¹⁵. El departamento 48, además, se incluye en el conjunto 10, una gran construcción de 326m² que ha sido interpretada en ocasiones como “vivienda palacial”⁶¹⁶ y que incluye, además de los espacios domésticos habituales, una gran cisterna para almacenar agua, un patio para guardar un carro, y dos áreas destinadas a la copelación de la plata (con tobera,

⁶¹¹ Cf. en último lugar Aranegui 2012: 57.

⁶¹² Léjeune 1983: 739.

⁶¹³ Dietler 2010: 71.

⁶¹⁴ Llobregat 1972: 117-131; Fletcher 1972; 1985; Grau y Segura 1994-1995; Sanz 1997: 154.

⁶¹⁵ Beltrán Villagrasa 1962; Guérin 2005: 262; Álvarez García y Vives-Ferrándiz 2011: 195.

⁶¹⁶ Díes y Álvarez 1998.

trípode de hierro, maza, balanza y planchas de plomo), y en la que se documenta un no muy nutrido pero sí significativo conjunto de materiales, incluyendo nada menos que seis arados, diversas hoces, escoplos, una barrena y un serrucho, abundantes vasos de importación áticos de barniz negro, dos regatones... y el célebre “jinete de la Bastida”, una pequeña figurilla de bronce representando a un jinete. Esto es, parece que en el plomo se nos han conservado una pequeña parte de las complejas “cuentas” de esta unidad doméstica⁶¹⁷, que debía de ser una de las más prósperas del poblado.

Quizás de igual forma cabría interpretar, pienso, el plomo de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), hallado en una calle del poblado junto a fragmentos de cerámica ática e ibérica, un clavo y un par de placas de bronce⁶¹⁸, y en el que se pueden observar una serie de palabras sucesivamente tachadas.

Igualmente interesantes, además de los plomos, son los grafitos mercantiles. Estos consisten en uno o varios signos grabados sobre un vaso cerámico, normalmente en el pie y después de la cocción, y referidos generalmente a cuestiones mercantiles tales como el precio del vaso o el lote, la identificación del mercader o de alguno de los intermediarios, el número y/o la clase de las piezas de la partida, etc.⁶¹⁹. No obstante, la información que de ellos podemos obtener es limitada, pues no sabemos por lo general a qué fase del proceso comercial pertenecen ni a partir de qué momento los lotes a los que hacen referencia se habrían disgregado. Grafitos como estos los tenemos documentados por todo el sureste, aunque han sido bien publicados y estudiados, por ejemplo, los de Cigarralejo, Illeta dels Banyets, El Puig d’Alcoi y Bastida de les Alcusses⁶²⁰, consignados en escritura griega, púnica, grecoibérica, ibérica levantina e ibérica meridional.

Pero si el despegue y creciente especialización del comercio entrañó la progresiva generalización de un patrón de pesos y medidas y de varios sistemas de

⁶¹⁷ De Hoz 1981: 457-486. La propuesta de P. Guérin (2005: 262-263), para quien la inscripción debe ser obra de una mujer puesto que apareció en un contexto doméstico supuestamente femenino y bajo un molino, me parece evocadora pero arriesgada por el momento de sostener, a falta de ulteriores datos que confirmen que ciertas mujeres ibéricas se encargaban también de este tipo de tareas.

⁶¹⁸ Muñoz 1990: 98.

⁶¹⁹ De Hoz 1984: 11.

⁶²⁰ Fletcher 1972: 123-124; Fletcher y Pascual 1973: 475-476; Llobregat 1976; 1989; De Hoz 1984: 12-13; 1998 b; 2011: 223-225.

escritura, el fenómeno catalizó asimismo un nuevo tipo de asentamientos especializados cuya presencia modificaría el patrón de poblamiento de épocas anteriores: los puertos de comercio. Así, entre finales del s. V y comienzos del IV a.C. aparecen a lo largo de la costa del sureste peninsular un rosario de pequeños hábitats de clara vocación comercial que actuarán como puerta de entrada de los productos, gentes e ideas mediterráneos.

La información que de todos ellos nos llega es, desde luego, muy desigual. Para empezar, habría que citar el Alt del Fort (Cullera, Valencia), un pequeño poblado amurallado situado en la cima de este cerro costero situado en la misma desembocadura del Júcar y con una buena visibilidad de un amplio tramo de costa, que a juzgar por sus materiales (la mayoría de los cuales resta aún inédita) permanece habitado entre finales del s. V y comienzos del III a.C., cuando la población se desplaza a media ladera⁶²¹. Inmediatamente después de flanquear el Cabo de Palos, aparece la Punta de la Torre (Moraira, Alicante), un nuevo asentamiento situado sobre un cerro que se eleva en la propia línea de costa y cuya existencia solo se conoce a través de actuaciones clandestinas, por lo que su cronología es incierta⁶²². Unos pocos kilómetros más al suroeste y al abrigo de la gran mole del Penyal d'Ifach nos encontramos con el poblado homónimo, habitado según se desprende de sus materiales entre los siglos IV y I a.C. y que se beneficiaría de los dos abrigos para el fondeo generados en torno a los flancos del Peñón y de la salina inmediata⁶²³. Una decena de kilómetros más allá, se sitúa Cap Negret (Altea la Vella, Alicante), un nuevo hábitat amurallado habitado entre los siglos IV y I a.C. (con una ocupación residual hasta el s. I d.C.), con aun superficie cercana a la hectárea y encaramado en un promontorio costero de unos 15 msnm fácilmente accesible pero con inmejorable visibilidad de un amplio sector de costa⁶²⁴. Frente al cabo, la Illeta de l'Olla (Altea la Vella, Alicante), un islote de reducidas dimensiones y sin ninguna fuente de agua, muestra una serie de estructuras muy arrasadas y bastantes fragmentos de cerámica común muy rodada, que han sido interpretados como ibéricos⁶²⁵, en tanto que el

⁶²¹ Llobregat 1972: 97; Uroz 1981: 54.

⁶²² Llobregat 1972: 107; Olcina y Sala 2000: 108.

⁶²³ Aranegui 1973; 1986; Roselló 2004:247 y 257; Espinosa, Castillo y Sáez 2004: 30.

⁶²⁴ Olcina y Sala 2000: 111; Martínez García 2005: 233-234.

⁶²⁵ Martínez García 2005: 232-233.

fondeadero de l'Olla, ante la playa homónima y junto al punto de aguada que supone la desembocadura del río Algar⁶²⁶, complementarían la zona como un punto de interés para las embarcaciones de pequeñas dimensiones, aunque los materiales aparecidos en este fondeadero son mayoritariamente de cronología imperial⁶²⁷. Una vez pasada la Serra Gelada, por su parte, nos topamos con Tossal de la Cala (Finestrat-Benidorm, Alicante), un pequeño asentamiento en ladera situado sobre este prominente cerro costero que controla las calas de Benidorm y Finestrat y del que conocemos mejor su fase ibero-romana⁶²⁸, pero del que igualmente provienen algunas importaciones áticas y fragmentos escultóricos que nos permiten proponer para él una primera fase de ocupación de época plena, máxime tras el reciente descubrimiento del trazado de un camino que emboca el embarcadero próximo, y que ha podido ser datado en el s. IV a.C.⁶²⁹ A continuación, y tras bordear la punta de Alcocó, se abriría la bahía de La Vila Joiosa, cuyos niveles de habitación ibéricos nos son por el momento poco conocidos, pues se situarían bajo el actual casco antiguo, pero cuya existencia suponemos dado que sí que tenemos localizadas y excavadas las necrópolis⁶³⁰, aunque bien es cierto que parece que la actividad en el fondeadero no fue demasiado importante hasta época ibero-romana⁶³¹.

Unos quince kilómetros más al suroeste, y tras flanquear una zona de costa accidentada, arribamos a la Illeta dels Banyets, de la que tenemos muchísima más información que de los puertos precedentes, por lo que será necesario realizar un pequeño excursus sobre este yacimiento. Se trata de un asentamiento de una media hectárea conservada, que se extiende sobre una pequeña península alargada y estrecha de la costa septentrional de Campello⁶³², cuyos límites han ido retrocediendo (y aún lo siguen haciendo a gran velocidad, con la consiguiente pérdida de información

⁶²⁶ Espinosa, Castillo y Sáez 2004: 24-25.

⁶²⁷ Castillo Belinchón, Espinosa y Sáez, 1998: 125-129.

⁶²⁸ Llobregat 1972: 60-62 y 148; García Hernández 1986; Tarradell 1985; Espinosa, Sáez y Castillo 2003: 171-172; Sala 2007: 54-55; Bayo 2010.

⁶²⁹ Sala 2012 a: 204.

⁶³⁰ Espinosa, Ruiz Alcalde y Marcos 2005: 181-192 y 194-195; Ruiz Alcalde y Marcos 2011: 102-112.

⁶³¹ Espinosa, Sáez y Castillo 1995-1997: 32; Espinosa, Castillo y Sáez 2004: 29.

⁶³² *Vid.* Fig. 2.24.

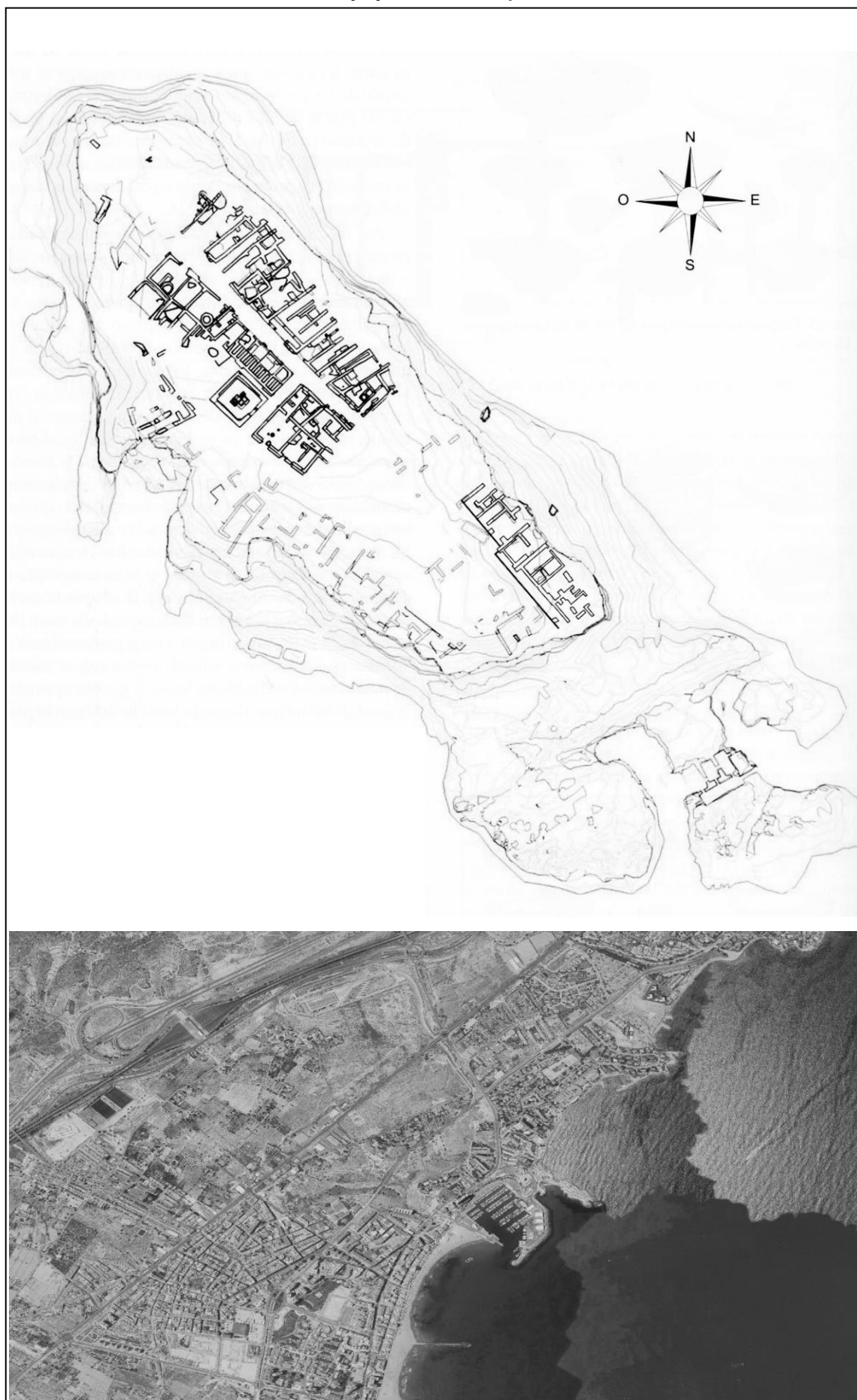


Fig. 2.24. Planimetría general y fotografía aérea de l'Île des Banyets.

arqueológica) por la erosión, especialmente activa en la zona⁶³³, y cuyo istmo se derrumbó en el s. XI debido seguramente a un terremoto⁶³⁴, para posteriormente en los años cuarenta del s. XX ser dinamitado para la construcción de un refugio de pescadores, pese a las denuncias de los arqueólogos que, como F. Figueras y el P. Belda, acudieron para documentar en lo posible los materiales así “aparecidos”⁶³⁵. Por lo que respecta a la cronología de su ocupación, a juzgar por los abundantes materiales importados y de producción local documentados en sus diversos ambientes, parece que la misma se extendió entre finales del s. V y mediados del III a.C.⁶³⁶

Tradicionalmente, el yacimiento viene siendo considerado como un asentamiento de planta ortogonal y construcción planificada y ejecutada *ex novo*, de una sola vez y en torno a una calle central, y carente de murallas⁶³⁷. Sin embargo, recientes revisiones y la excavación de algunos sondeos y limpiezas han demostrado que la aparente regularidad urbanística es tan solo relativa, que los solares se irían ocupando a lo largo del tiempo y no de una sola vez, y que la planta sería más bien de rejilla puesto que los dos ejes viarios que tenemos excavados y que se cruzan en el centro del poblado no serían los únicos existentes⁶³⁸. Además, recientemente se redescubrió una alineación cercana al área desaparecida del istmo que podría ser un vestigio de la fortificación que defendería esta zona, la única accesible desde tierra⁶³⁹.

En tercer lugar, no debemos perder de vista que, cuando hablamos de la Illeta dels Banyets, creo que no estamos hablando de todo el asentamiento, sino solo de una parte del mismo, pues a pesar de que en ocasiones se ha reparado en la práctica ausencia de recintos de vivienda en el yacimiento⁶⁴⁰, que yo sepa no se han llevado a cabo intentos serios por determinar el lugar en el que habitaría toda la población que frecuentaría la Illeta dels Banyets, y que sin duda no pernoctaría muy lejos del lugar en el que obtenían su sustento y almacenaban sus herramientas y mercancías. Creo más que probable que en la península de la Illeta solo tengamos el barrio portuario e

⁶³³ Roselló 1991: 48.

⁶³⁴ Olcina y García 1997: 41.

⁶³⁵ Figueras 1950: 33; cf. Olcina, Martínez Carmona y Sala 2009: 49-55.

⁶³⁶ Sala 1998: 38-41; García i Martín 2003: 31; Olcina 2005: 156-157.

⁶³⁷ Llobregat 1985; 1986; Olcina y García i Martín 1997.

⁶³⁸ García i Martín 1997: 26; Olcina 2005: 149.

⁶³⁹ Olcina 2005: 149; Olcina, Martínez Carmona y Sala 2009: 213-215.

⁶⁴⁰ Olcina 2005: 150.

industrial del enclave, que sería el más monumental y protegido, en tanto que las áreas de vivienda se situarían en la costa más allá del istmo, en el llano y acaso desprovistas de murallas. En este sentido, merece la pena recordar que F. Figueras ya en su momento rescató la noticia que en el s. XVII daba el deán Bendicho, según la cual en este sector de costa se levantaban las ruinas de una ciudad antigua; con intención de localizarla Figueras exploró de manera intensiva el sector que mediaba entre la Torre de la Illeta y el casco urbano de Campello, sin demasiado éxito, pero en 1933, en el campo de Mallá de la Venta, al norte de la Illeta, cerca del lugar donde se cruza la vía férrea de La Marina con la carretera de Alicante a Silla, en esa época sembrado de almendros, recogió “vestigios de construcciones antiguas y copiosos restos cerámicos diseminados en una superficie que excede de la hectárea. Son barros ibéricos y romanos, en general muy avanzados”⁶⁴¹. Aunque en este momento F. Figueras decidió que aquel debería ser el objetivo prioritario de excavación para las subsiguientes campañas⁶⁴², el estallido de la Guerra Civil dio al traste con el proyecto, hoy seguramente irrealizable tras décadas de desarrollo urbanístico y cultivo con arado mecánico.

En cualquier caso, y volviendo a los restos que sí se nos han conservado, podemos suponer que la principal razón de ser de la Illeta es su buena disposición como puerto marítimo. Así, la propia península crea dos áreas de fondeo al norte y al sur de la misma que pueden ser utilizadas por pequeñas embarcaciones dependiendo de los vientos alternantes⁶⁴³, y que de hecho así lo han sido hasta la construcción del puerto deportivo a mediados del siglo pasado. Cuenta además con un punto de aguada cercano, pues a un kilómetro del yacimiento desemboca el río Sec, creando una estrecha pero fértil vega que permitiría el abastecimiento de la población. Finalmente desde ella se obtiene una magnífica visibilidad sobre un amplio sector de la costa circundante, dada su posición y altura. Merece la pena también tener en cuenta que al norte de Campello la costa se torna elevada y recta, sin buenos puntos de aproximación o fondeo hasta La Vila Joiosa, lo que convertiría a estos fondeaderos en punto de paso obligado para las embarcaciones de cabotaje que recorrieran el sector.

⁶⁴¹ Figueras 1934: 38.

⁶⁴² Figueras 1950: 32.

⁶⁴³ Espinosa, Castillo y Sáez 2004: 29.

Por lo que respecta al registro arqueológico del enclave, sus estructuras más conocidas son dos supuestos templos, de los que hablaré en capítulos posteriores, y el almacén que he mencionado páginas atrás. Tampoco podemos olvidar las estructuras cuadrangulares excavadas en la roca alrededor de la península, con una profundidad cercana al metro y conectadas por compuertas que permiten mantenerlas parcialmente sumergidas, y que han sido interpretadas como pequeños “viveros para peces”, cuya cronología es difícil de establecer con seguridad pero que en general se supone ibéricos⁶⁴⁴. Ahora bien, la mayoría de los departamentos excavados sobre la península corresponden con pequeñas estancias de uso industrial de unos 10m² en las que han aparecido pesas de redes, cuerdas, tejidos de esparto y palma, molinos, vasos contenedores, y grandes acumulaciones de escamas de pescado⁶⁴⁵. Todo ello permite poner en relación estos espacios con la transformación de pescado, el cual posteriormente sería envasado en las ánforas producidas en los hornos del alfar⁶⁴⁶ documentado frente a la Illeta, ya en la costa, y que ya mencioné anteriormente. Pero ninguno de estos espacios, como decía anteriormente, pudo ser catalogado de vivienda, pues en ellos no se encontraron verdaderos “ajuares domésticos”, ni tampoco ningún hogar.

El único posible espacio de habitación del yacimiento es, de hecho, la llamada “Casa del Cura”⁶⁴⁷, una manzana de 190m² situada en pleno centro de la península, haciendo esquina con las dos calles principales y justo enfrente del llamado “Templo B”. Llobregat desde un principio la interpretó como la residencia del jerarca local⁶⁴⁸, si bien el estudio sistemático de su registro material mueble⁶⁴⁹ y de sus paramentos⁶⁵⁰ permitió a A. Pastor demostrar que la manzana comprendía varios edificios distintos con diversas funcionalidades, que sin embargo ella concebía dentro de una misma unidad estructural y económica, al proponer que habrían sido construidos al mismo tiempo y que constituirían una misma unidad doméstico-productiva. La última revisión

⁶⁴⁴ Rosselló 2004: 251. Olcina, Martínez Carmona y Sala 2009: 232-235.

⁶⁴⁵ Figueras 1950: 17; Llobregat 1990: 101; Olcina 2005: 150.

⁶⁴⁶ López Seguí 1997; 2000: 242-244; Olcina y López Seguí 1997.

⁶⁴⁷ *Vid.* Fig. 2.25.

⁶⁴⁸ Llobregat 1997: 18.

⁶⁴⁹ Pastor Mira 1998.

⁶⁵⁰ Pastor Mira 1999.

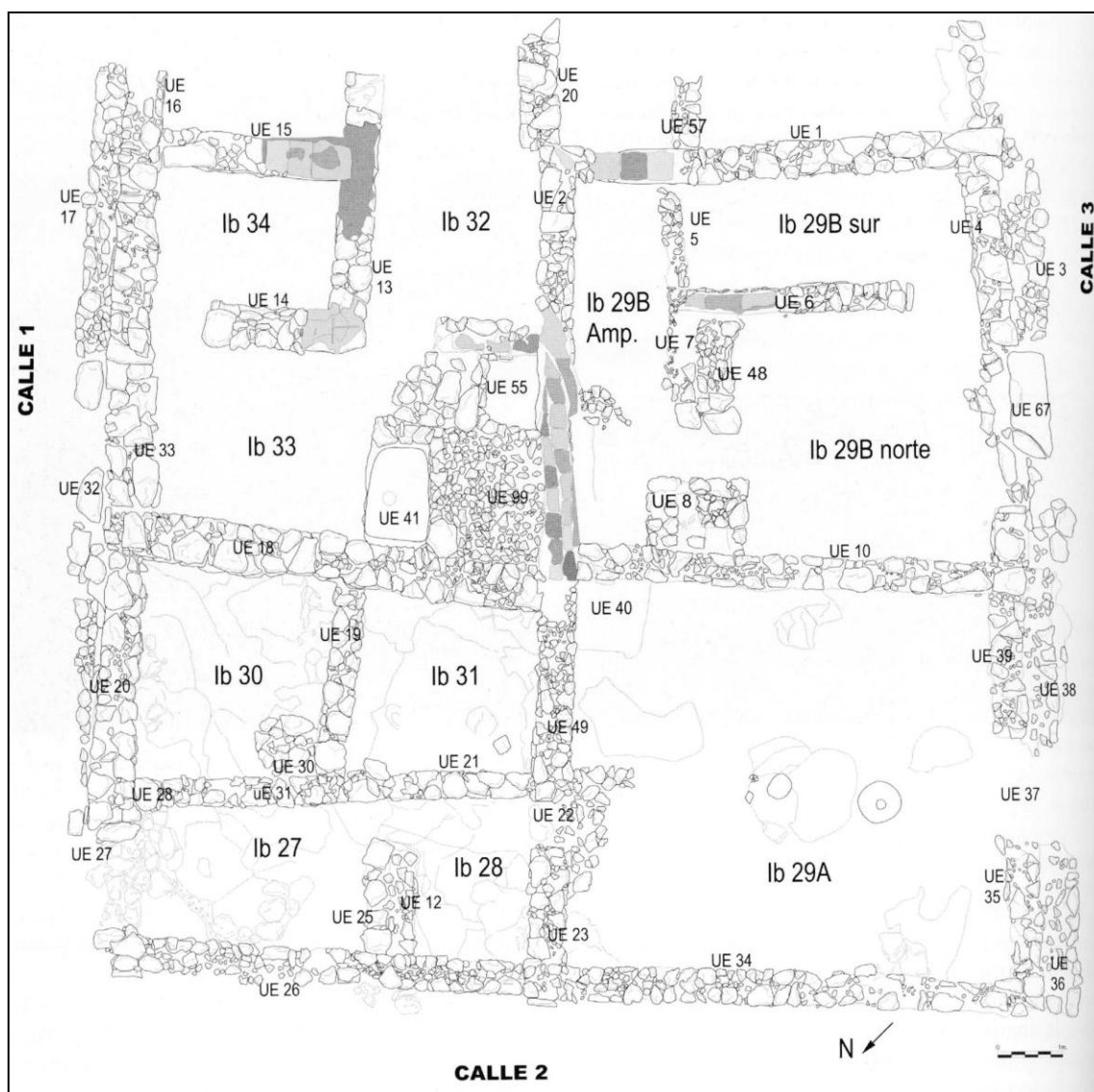


Fig. 2.25. “Casa del Cura” de l’Illeta dels Banyets.

que al respecto se ha llevado a cabo, sin embargo, ha puesto de manifiesto que la manzana estaba compuesta por dos y no tres edificios, una vivienda (con su hogar, su espacio para la despensa, su área de trabajo y molienda, y un patio al que podían acceder los carros) y un lagar; y también que primero se construyó el lagar y que solo posteriormente, y adosándose al primero, se levantó la vivienda⁶⁵¹.

El mencionado lagar, por cierto, interpretado originariamente por E. Llobregat como un sistema de recogida de aguas⁶⁵², destaca por el uso de mortero hidráulico de cal en las piletas (para el que no encontramos paralelos en el mundo ibérico, y cuya

⁶⁵¹ Martínez Carmona, Olcina y Sala 2009.

⁶⁵² Llobregat 1990 a.

comparación más cercana son los lagares de Castillo de Doña Blanca o Kerkouanne), por el gran tamaño de estas y por el enlosado que recubre el piso de este espacio⁶⁵³, sin precedentes cercanos en el mundo ibérico⁶⁵⁴ (ni siquiera entre los otros seis lagares documentados recientemente en otros departamentos del poblado⁶⁵⁵).

Todas estas peculiaridades, además de algunas de las que aún no he hablado como la gran cantidad y heterogeneidad de importaciones documentadas en el poblado⁶⁵⁶, o la extraordinaria cantidad de marcas de propiedad en escritura grecoibérica grafitadas sobre barniz negro⁶⁵⁷, han llevado a algunos autores a cuestionarse la “ibericidad” del enclave, defendiendo que el mismo estaría habitado por gentes púnicas o incluso que sería un puerto púnico en tierras iberas⁶⁵⁸, tema del que hablaré en capítulos posteriores. E. Llobregat, por su parte, trató de explicar todas estas singularidades argumentando que la Illeta dels Banyets sería un *emporio* o *port of trade*, entendiendo por tal, según la clásica definición sustantivista, un lugar de intercambio comercial situado al margen de las estructuras políticas estatales y administrado por una autoridad local débil cuya función principal sería la de garantizar la neutralidad del puerto⁶⁵⁹. Ahora bien, no creo que para la época que nos ocupa podamos concebir aún sociedades estatales en el mundo ibérico del tipo de las propuestas, sino que hablamos más bien de un tipo de estructuración del territorio polinuclear en la que no caben “espacios neutros”, sino que cada núcleo urbano explotaría solo su territorio más inmediato⁶⁶⁰ y, cuando más, en el caso de grandes aglomeraciones como la Alcudia, ejercerían un cierto control sobre núcleos subsidiarios especializados situados en su propia comarca. Además, pese al gran desarrollo urbanístico de la costa alicantina, la prospección extensiva de los alrededores del poblado ha permitido recientemente la identificación de al menos 16

⁶⁵³ Olcina 2005: 154-156; Martínez Carmona, Olcina y Sala 2009: 154-155.

⁶⁵⁴ G. Pérez Jordá (2000: 58) cree que los lagares de Monravana y Tossal de Sant Miquel corresponderían a la misma tipología, pero los materiales y técnicas empleados y el tamaño de las piletas no son los mismos.

⁶⁵⁵ Olcina 2005: 155.

⁶⁵⁶ García i Martín 1997; 2003.

⁶⁵⁷ De Hoz 2007: 33-34.

⁶⁵⁸ Cf. por ejemplo Figueras 1952: 425. Más recientemente, Sala 2001-2002: 296-297; 2004: 84; 2010: 943; Bendala 2005: 42; Aranegui 2010: 695-696; 2011: 148; 2012: 158 y 212-214.

⁶⁵⁹ Llobregat 1997.

⁶⁶⁰ Aranegui 2010: 690.

pequeños caseríos rurales en la retroterra campellana⁶⁶¹, conformando un modelo de poblamiento similar al de otras regiones de la costa del sureste, e impidiéndonos hablar de un vacío poblacional en torno a la Illeta⁶⁶².

Más bien cabría contemplar el yacimiento, pienso, como un ejemplo de “puerto de comercio”⁶⁶³, un asentamiento que explotaría los recursos de su entorno (la vega fértil del río Sec, los recursos pesqueros, las arcillas locales) y los transformaría para obtener productos elaborados (vino, salazones...), pero cuya economía se complementaría en gran medida gracias al comercio mediterráneo. Las elites locales gozarían, ya en este caso, de un fuerte control de amplios sectores de este sistema económico, como se desprende del hecho de que parte de los medios de producción (los espacios para la transformación del pescado y el almacenaje de las redes y demás utilería, los lagares, los viveros para peces) así como el almacén se encontrarán dentro de un recinto separado del área de habitación del poblado y seguramente amurallado, y que la única vivienda localizada en esta área fuera precisamente una casa aristocrática. La colaboración entre los comerciantes alóctonos, demandantes de materias primas y proveedores de productos de prestigio, y las elites locales sería fundamental. En los sectores económicos representados, la producción ha salido ya completamente del ámbito doméstico, quedando controlada desde una instancia centripeta, capaz de fiscalizar buena parte del excedente, intercambiarlo por productos de prestigio y proteger y almacenar estos en un edificio situado entre templos y aislado del común de la comunidad.

Por otra parte, creo que es necesario devolver a la Illeta dels Banyets a su contexto regional. Como veníamos viendo desde páginas atrás, son abundantes los asentamientos ibéricos que, como la Illeta, a finales del s. V a.C. surgirán directamente sobre la costa, asociados a buenos puntos de fondeo, y como la Illeta muchos de ellos desaparecerán entre mediados y finales del s. III a.C., debido a los cambios en la orientación económica de la región. Lo que diferencia a la Illeta de los demás, aparte

⁶⁶¹ Olcina, Martínez Carmona y Sala 2009: 23.

⁶⁶² Cf. en contra, recientemente, Prados Martínez 2010: 73, que sigue considerando la comarca de Campello como una “frontera-desierto”.

⁶⁶³ Utilizo conscientemente este término privado de toda connotación sustantivista (cf. por ejemplo Polanyi 1963; Lepore 1970), prefiriendo el sentido amplio que en su día propuso J. Arce (1979), tan solo como asentamiento frecuentado por gentes de diversa procedencia y con una clara vocación comercial.

de su mejor estado de conservación gracias a que durante mucho tiempo estuvo separada de la tierra firme, es posiblemente su mayor prosperidad, que se reflejará en las realizaciones arquitectónicas por las que el yacimiento resulta tan conocido, y en una presencia más sistemática de gentes mediterráneas. Prosperidad que vino motivada, seguramente, porque Campello, como Tossal de les Basses, constituían las dos puertas de llegada del comercio que a continuación fluiría hacia los valles alcoyanos, comarca que había alcanzado en esta época ya su pujanza económica.

Continuemos, pues, con el recorrido por los puertos de comercio que surgen en la costa del sureste peninsular en esta época. A tan solo una decena de kilómetros siguiendo el litoral alicantino encontramos el Tossal de les Basses, un asentamiento que se pobló hacia mediados del s. V a.C., situado a orillas de la Albufereta (en esos momentos una laguna accesible desde el mar en pequeñas embarcaciones), y en cuya periferia se ha documentado la producción de ánforas y la copelación de plata. Una de las estructuras del poblado, una alineación de piedra de 26 metros de recorrido, fue identificada por sus excavadores como un atracadero⁶⁶⁴, aunque esta identificación plantea ciertos problemas para algunos autores⁶⁶⁵. De este yacimiento proceden también tres terracotas datadas en el siglo IV a.C. y que representarían otros tantos birremes clásicos, griegos, fenicios o púnicos⁶⁶⁶. El lugar sería abandonado, finalmente, hacia mediados del s. III a.C.⁶⁶⁷

A una veintena de kilómetros en línea recta (aunque algo más siguiendo la costa) se sitúa la siguiente etapa de nuestro recorrido, La Picola. Una vez más estamos ante un poblado fundado en el último tercio del s. V a.C. sobre la línea de costa, en este caso al pie de la Sierra de Santa Pola y a unos 500m de la playa actual, aunque los sucesivos sondeos geológicos que se han llevado a cabo en la última década demuestran que en época antigua la playa comenzaría al mismo pie de las murallas⁶⁶⁸. A pesar de que la costa arenosa impediría la aproximación de barcos de un cierto porte⁶⁶⁹, el lugar es uno de los mejores puntos de fondeo del sureste, pues el cabo de

⁶⁶⁴ Ortega *et alii* 2005: 299-300.

⁶⁶⁵ De Juan 2009: 136.

⁶⁶⁶ Rosser y Fuentes 2007; Esquembre y Ortega 2008; García Cardiel 2013: 45-47 y 63.

⁶⁶⁷ Rosser, Elayi y Pérez Burgos 2003; Rosser y Fuentes 2007.

⁶⁶⁸ Moret *et alii* 1996: 401; Badie *et alii* 2000: 69-75 ; Márquez y Molina 2001: 40-41; Ferrer García 2003: 111; 2005: 126-127.

⁶⁶⁹ Márquez y Molina 2001: 41; cf. García Cardiel 2014: 31.

Santa Pola y la isla de Tabarca ofrecen una buena protección frente a los vientos más peligrosos, y como tal ha sido empleado por diversas marinas a lo largo de la historia⁶⁷⁰. Además, la existencia de interesantes recursos económicos explotables (los metales de las sierras cercanas, las fértiles tierras de la Depresión Meridional y las salinas que rodean Santa Pola) y la proximidad de un núcleo urbano de la talla y la capacidad de demanda de la Alcudia de Elche (de cuya hegemonía muchos autores hacen depender a La Picola⁶⁷¹) espolearían los intercambios en el lugar.

Como sucedía con la Illeta dels Banyets, toda una serie de rasgos culturales híbridos sirvieron a varios autores para proponer un origen griego de La Picola, o bien al menos la participación de gentes griegas en la fundación del mismo⁶⁷². Pero más que este tema, que trataré en su momento, me interesa ahora constatar que, una vez más, hablamos de un asentamiento costero especialmente próspero de la cronología de la que estoy tratando, cuya posición como puerto abastecedor de un importante núcleo de poder comarcal es aún más evidente que en el caso de la Illeta, y en el que las influencias mediterráneas de nuevo se tornan bien constatables. Un enclave en el que, nuevamente, el poder de la elite local parece tornarse especialmente fuerte para la época de la que hablamos, pues el despliegue de mano de obra requerido para la construcción de estas fortificaciones y la autoridad necesaria para la erección de un asentamiento *ex novo* regular en el que todas las viviendas fueran idénticas entre sí solo podrían partir de una elite perfectamente asentada y que tuviera en sus manos los resortes de la economía local, en este caso las transacciones comerciales, gracias a la cooperación con los comerciantes alóctonos.

Es de reseñar, en todo caso, que en los últimos años ha ganado fuerza una interpretación alternativa del enclave, que lo considera un fortín establecido desde la Alcudia para la vigilancia y lucha contra la piratería que tomaría como base la isla de Tabarca⁶⁷³, hipótesis que no es contradictoria con lo antedicho.

Abandonando ya La Picola, en la desembocadura del Segura habría que citar para esta época el asentamiento de La Escuera, del que no es mucho lo que

⁶⁷⁰ Espinosa, Castillo y Sáez 2004: 30-33.

⁶⁷¹ Cf. por ejemplo Abad 2004: 73-74 ; Grau y Moratalla 2004 : 114-115.

⁶⁷² Moret y Badie 1998: 60; Rouillard 1999: 91; 2009: 140-142 Domínguez 2002: 85; Ruiz de Arbulo 2002-2003: 172; Bermejo Tirado 2008: 14-15; Aranegui 2010: 694.

⁶⁷³ Grau y Moratalla 2004: 114; Sala 2006: 138; Quesada 2007: 77-80.

conocemos para los niveles anteriores al s. III a.C. Además, no parece tratarse del mismo tipo de asentamientos costeros de los que vengo hablando hasta ahora, pues se encarama en las estribaciones de la Sierra del Molar, aunque su papel como intermediario entre el comercio mediterráneo y la retroterra está bien atestiguado⁶⁷⁴.

A partir de ahí, en todo caso, el aparente desierto poblacional que se extiende entre la desembocadura del Segura y el Cabo de Palos se resolvería en más de medio centenar de kilómetros de costa sin ningún puerto protohistórico conocido, hasta llegar, a la Loma del Escorial (Los Nietos, Murcia), poblado situado en la orilla meridional del Mar Menor, inmediato a la playa, y junto a la desembocadura de la rambla Carrasquilla. Permaneció habitado desde el s. V a.C., aunque alcanza su mayor esplendor en el IV a.C., cuando se rodea de una muralla, para en el s. III a.C. disminuir en tamaño y desmantelarse parte de la fortificación y ser abandonado a finales de dicha centuria⁶⁷⁵. Para el siglo IV a.C., en todo caso, han sido publicados dos departamentos de especial interés, y que nos ofrecen una instantánea reveladora de la vocación marcadamente comercial del poblado: la habitación A, un espacio cuadrangular de unos 16m² en el que se almacenaban nada menos que nueve cráteras áticas de figuras rojas, además de un ánfora púnica del área del Estrecho, otra de Chíos, varias ibéricas, una fuente de mármol, tres platos de barniz negro y diversos vasos contenedores ibéricos, todo ello datado en la primera mitad del s. IV a.C.⁶⁷⁶; la habitación B, por su parte, inmediata a la anterior y con unos 20m² de superficie, albergaba una kylix de figuras rojas, seis platos y un cuenco de barniz negro ático, un ánfora griega de adscripción concreta incierta y dos ánforas púnico-ibicencas, varios vasos ibéricos contenedores, de cocina y comunes, un cesto de esparto, un vaso de plomo y un fragmento de litargirio⁶⁷⁷. Todo lo cual evidencia la pujanza del comercio en este enclave costero, y permitió a sus excavadores interpretar estos departamentos como almacenes de los productos mediterráneos importados que más tarde serían redistribuidos por la comarca (motivo por el que, según ellos, apenas aparecen este

⁶⁷⁴ Abad 1986 a; 2004: 73-74; Sala 1998: 36; Abad *et alii* 2003: 81; Grau y Moratalla 2004: 114-115; Aranegui 2012: 211.

⁶⁷⁵ García Cano y García Cano 1992: 4; García Cano y Ruiz Valderas 1995-1996: 129-130; García Cano y Page 1996: 248.

⁶⁷⁶ García Cano y García Cano 1992: 6.

⁶⁷⁷ García Cano 1995.

tipo de vasos importados en la necrópolis de Los Nietos)⁶⁷⁸; interpretación esta sobre la que volveré más adelante.

Finalmente, he de hablar del puerto de Cartagena, cuyas fases de habitación anteriores a la época bárquida han quedado en buena medida enmascaradas por esta, pero de la que nos llegan ciertos vestigios de ocupación desde, al menos, el s. IV a.C.⁶⁷⁹, lógicos si tenemos en cuenta las excepcionales condiciones del fondeadero natural y la cercanía de las ricas minas del entorno⁶⁸⁰.

En definitiva, por tanto, observamos que entre finales del s. V y comienzos del IV a.C. proliferan a lo largo de todo el litoral del sureste una serie de asentamientos ubicados junto a buenos fondeaderos y puntos de aguada accesibles, sin buscar forzosamente entornos especialmente fértiles; son poblados por lo general amurallados, con almacenes, y especialmente abiertos a las influencias mediterráneas. Son, por decirlo así, *puertos de comercio*, entendiendo *puerto* en su sentido más amplio, “científico” como dirían A. Espinosa y R. Castillo, simplemente como un buen lugar para fondear las embarcaciones y cargar y descargar mercancías y pasajeros, sin que su existencia entrañe forzosamente la presencia de infraestructuras portuarias artificiales⁶⁸¹; o, como señalaba J. Ruiz de Arbulo, un lugar en el que los comerciantes que se aproximaban sabían que no serían recibidos con una lluvia de piedras⁶⁸². Desde luego, su importancia y envergadura no se podrían comparar con los “grandes” (siempre en términos relativos) puertos de Cádiz, Ampurias o Ibiza, que ejercerían como puntos de llegada de los cargueros mediterráneos y núcleos redistribuidores de sus mercancías por todo el Mediterráneo Occidental; funcionarían más bien como “puertos secundarios”, lugares a los que concurrirían solo los mercantes de pequeño y mediano porte llegados de los centros anteriormente citados para la redistribución, en este caso ya a escala comarcal, de las mercancías, según un modelo de redistribución comercial mejor estudiado para época romana pero que sería válido ya en esta etapa⁶⁸³.

⁶⁷⁸ García Cano y García Cano 1992: 31.

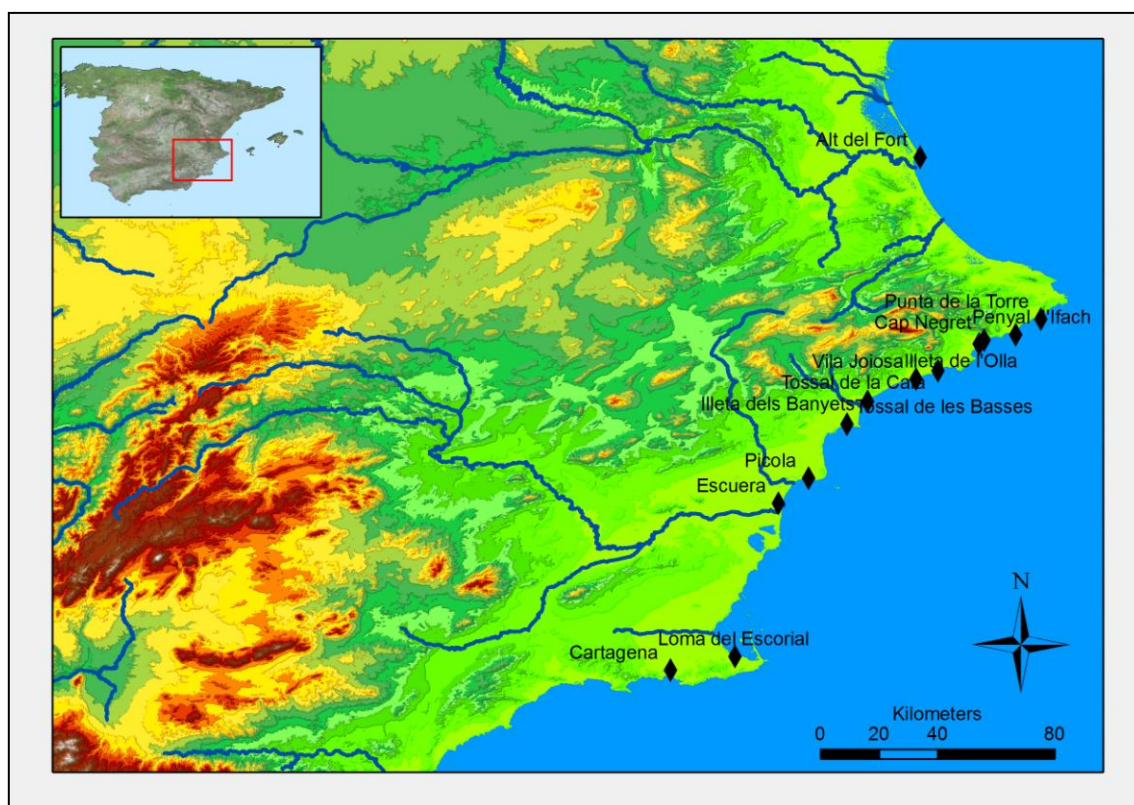
⁶⁷⁹ Martín Camino 1996; Bendala y Blánquez 2002-2003: 148.

⁶⁸⁰ *Vid.* Mapa 2.6.

⁶⁸¹ Espinosa y Castillo 1996: 55-57.

⁶⁸² Ruiz de Arbulo 1997: 521.

⁶⁸³ Nieto Prieto 1997. Cf. García Cardiel 2014 para los circuitos de redistribución comercial durante la protohistoria peninsular, y Díes, Gómez Bellard y Puig 2005 para los circuitos baleares. Ciertos autores



Mapa 2.6. Poblamiento costero de Época Plena.

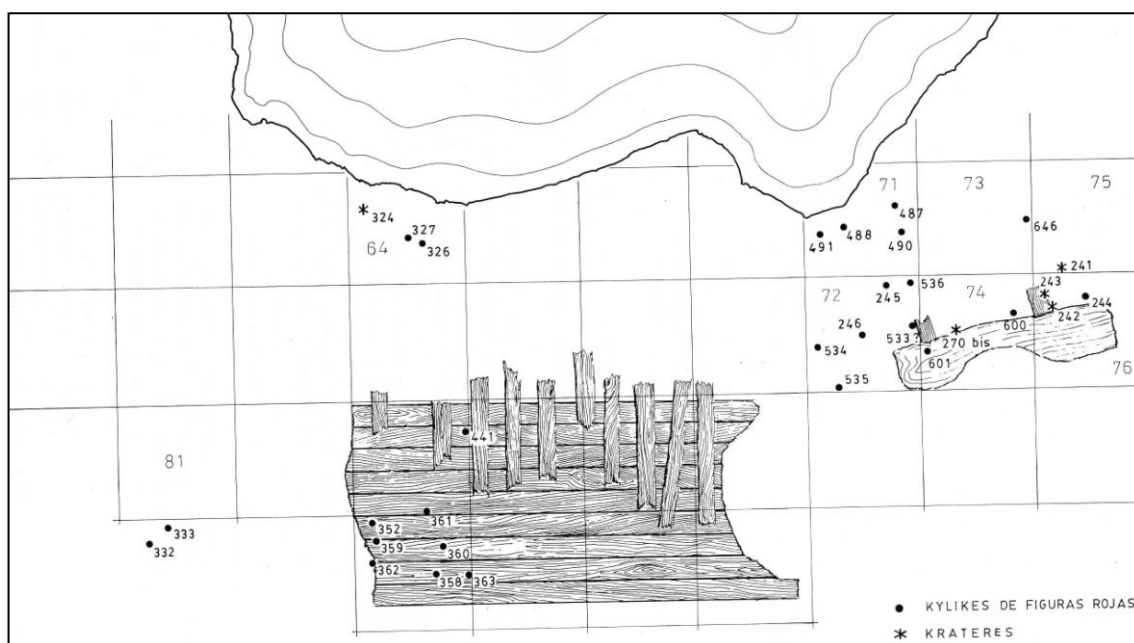


Fig. 2.26. Pecio de El Sec.

sitúan a Sagunto como “puerto principal” y cabeza de puente de las importaciones mediterráneas en la Península (Aranegui, De Juan y Fernández Izquierdo 2004: 75-77), pero creo que, a pesar de las infraestructuras portuarias recientemente descubiertas en este enclave, debe valorarse primeramente el papel de los puertos coloniales mencionados.

Con la posible excepción del fondeadero de Tossal de les Basses, en ninguno de estos núcleos advertimos la existencia de infraestructuras portuarias artificiales que facilitaran la aproximación, atraque y estibado de las embarcaciones, como las que sí conocemos en el Mediterráneo Oriental desde siglos anteriores⁶⁸⁴. Ahora bien, ni siquiera entre griegos, fenicios y cartagineses serían raros los puertos que contaban únicamente con un buen fondeadero y una playa para embarrancar las naves cuando fuera necesario⁶⁸⁵, y para la Península Ibérica anterior al s. III a.C. la única posible referencia que conocemos, problemática por su propia naturaleza, de este tipo de estructuras es la mención que Estrabón recoge de una noticia transmitida por Timóstenes de Rodas, almirante de Ptolomeo II Filadelfo, quien, a su vez seguramente basándose en Piteas⁶⁸⁶, en su catálogo de puertos afirmaba que *Gadir* estaba dotada de dársenas⁶⁸⁷.

Esto no sería, desde luego, un impedimento para la afluencia de mercancías del Mediterráneo Oriental, pues estas llegarían a los puertos del sureste, como hemos dicho, reexpedidas desde los puertos principales del Mediterráneo Central y Occidental en navíos mercantes de pequeño y mediano porte, cuyo escaso calado posibilitaría su aproximación a la costa y fondeo sin requerir acondicionamientos artificiales previos. De hecho, a diferencia de las embarcaciones que abastecían Atenas, por ejemplo, y que a través de la epigrafía sabemos que serían frecuentemente de transportar entre 100 y 200 toneladas de grano, y hasta 300 en algunos casos⁶⁸⁸, los pecios documentados en el Mediterráneo Occidental son siempre de escaso calado y una capacidad de carga reducida, y sus cargamentos heterogéneos delatan una navegación de cabotaje destinada a la redistribución a escala regional⁶⁸⁹. No olvidemos, por cierto, que cuando Jenofonte describe los “grandes barcos fenicios” de su época, por lo visto muy distintos de los que siglos atrás viajaban a Occidente, los denomina δεκάκλινοϛ, literalmente “con espacio para diez camas”⁶⁹⁰, lo que nos indica

⁶⁸⁴ Romero 1998; Barkaoui 2003: 68-135; Carayon 2008.

⁶⁸⁵ Oleson y Hohlfelder 2011: 812-814.

⁶⁸⁶ Meana y Piñero 1992: 44, n. 32.

⁶⁸⁷ Str. III, 1, 7.

⁶⁸⁸ Pomey 1997: 83-84.

⁶⁸⁹ Pomey y Long 1992. Cf. García Cardiel 2014.

⁶⁹⁰ X. *Oec.* 8,11-13.

que la idea de que mercantes de pequeño tamaño se encargaran de la redistribución regional de mercancías no era rara tampoco para la mentalidad griega.

El ya citado pecio de El Sec, por cierto, nos ofrece una interesante instantánea del comercio de la época y los mecanismos de redistribución. Hablo de una mercante de porte mediano que se hundió hacia el segundo cuarto del s. IV a.C. en la bahía de Palma, localizado en 1970 y del que han podido recuperarse doce tracas, diez cuadernas y una plancha de plomo de recubrimiento del casco, además de una buena parte de su cargamento y del utillaje de sus tripulantes⁶⁹¹. Este último, conformado por algunas piezas de vajilla común cartaginesa, junto con la procedencia de los seis grandes *pithoi* que viajarían empotrados en la cubierta del barco, ha llevado a sus excavadores a asignar un origen cartaginés a la nave y su tripulación. Por lo que respecta a su cargamento, se han podido recuperar casi quinientas ánforas, en su mayoría samias pero también siciliotas, corintias, púnicas, y de otras diversas procedencias del Mediterráneo Oriental, además de un gran lote de cerámica ática de mesa de figuras rojas y barniz negro (casi otro medio millar de piezas), una gran cantidad de calderos de bronce, y algunos molinos de telva⁶⁹². Además, en los vasos se documentaron hasta 59 grafitos mercantiles que marcarían las cantidades, procedencia y composición de los diversos lotes, y que estaban consignados en griego y púnico, lo que ha permitido defender la por otro lado nada problemática idea del diverso origen de los tripulantes y mercaderes que viajarían en el barco⁶⁹³. Lo que sí que resultan llamativos son los otros dos aspectos citados del pecio: sus dimensiones (se trata del mayor pecio, con diferencia, de los descubiertos en las costas españolas) y su cargamento (que comprende buena parte del total de las ánforas griegas documentadas en la Península Ibérica y aledaños exceptuando *Emporion*⁶⁹⁴, e incluye asimismo calderos de bronce, numerosas lucernas, y algunos molinos de tolva, artilugios que no eran empleados por las gentes ibéricas⁶⁹⁵). De todo lo cual creo que, al contrario de lo que siempre se ha supuesto para este pecio, que tantas veces se ha sacado a relucir como ejemplo del comercio directo entre el Mediterráneo Oriental y

⁶⁹¹ Vid. Fig. 2.26.

⁶⁹² Arribas *et alii* 1987; Trías 1987; Cerdá 1987; Arribas 1987.

⁶⁹³ De Hoz 1987.

⁶⁹⁴ Rouillard 1991: 174-175.

⁶⁹⁵ Arribas 1987; Cerdà 1987: 57-58; Chapa y Mayoral 2007: 175.

Central y las comunidades ibéricas, puede colegirse que nos encontramos ante uno de los navíos que, procedente seguramente del Mediterráneo Central, se dirigiría hacia uno de los puertos coloniales peninsulares, ya sea *Emporion Gades*, o quizás hacia la propia Ibiza, donde la población local adquiriría buena parte del cargamento en tanto que reexpediría a su vez, en navíos seguramente de menor porte, aquellos artefactos que las comunidades ibéricas peninsulares sí que estarían gustosos de adquirir y consumir.

Cuestión aparte es la de la posición en la jerarquía de poblamiento, o dicho de otra manera, la de la autonomía política, de estos puertos costeros. Para el caso de La Picola la cercanía de un núcleo urbano varias veces mayor y que cuenta con evidencias de la existencia de una aristocracia que ejercería su autoridad sobre los contornos parece ser cuanto menos sugerente a la hora de plantear una relación de jerarquía entre ambos asentamientos; podríamos estar hablando de algo parecido a lo que sucedió, como ha analizado en profundidad C. Aranegui, con Sagunto, que a partir de un determinado momento generó un establecimiento costero cercano para alentar el comercio y la llegada de importaciones⁶⁹⁶; o como ocurrió, ya en el mundo etrusco, con Tarquinia y Gravisca, por ejemplo⁶⁹⁷. Pero nada parecido ocurre con los otros puertos de los que hablábamos, que no parecen tan especializados como Picola (no son, al fin y al cabo, establecimientos creados *ex novo* con una planta estrictamente regular y todos sus departamentos idénticos, y capaces de dotarse desde un primer momento con unas fortificaciones extraordinarias), y que asemejan pequeños poblados con una economía diversificada pero situados en la costa, y cuyas elites potenciaron fundamentalmente el comercio como instrumento para consolidar su propia posición en la estructura social.

Con ello no pretendo afirmar que nos encontremos ante un comercio dirigido, propio de una economía política al estilo de la de los palacios orientales, como en alguna ocasión se ha sugerido⁶⁹⁸. Pero sí que las elites locales serían las únicas capaces de fiscalizar el excedente necesario como para acceder al comercio a larga distancia, y las únicas que monopolizarían las relaciones personales que movilizarían aquel. Unas

⁶⁹⁶ Cf. por ejemplo Aranegui 2004; 2010: 690-691.

⁶⁹⁷ Rouillard 1996: 106.

⁶⁹⁸ López Domech 1984: 141.

relaciones personales que, junto con la posesión, ostentación y redistribución de los bienes importados, sustentaría la preeminencia de estas elites y espolearía la especialización económica del sistema para maximizar los excedentes. Al fin y al cabo, *emporio* y ciudad, actividad empórica y poder político, estaban, a pesar de las apariencias y como señaló C. Ampolo para el caso griego⁶⁹⁹, íntimamente relacionados.

Esta coordinación dialéctica entre elites locales y comerciantes foráneos es la que generaría y haría proliferar y prosperar a los *puertos de comercio* de los que vengo hablando⁷⁰⁰. En ellos, de hecho, es más que probable que los comerciantes alóctonos no solo acudieran recurrentemente, sino que en algunos casos pequeños grupos de gentes de diversa procedencia quedaran asentados y de alguna manera integrados en las comunidades locales, favoreciendo y dinamizando así los intercambios y las relaciones con las gentes del lugar⁷⁰¹, como parece que sucedía de hecho en Sagunto según describe el plomo de Ampurias del que antes hablé, y como ha sido ya bien estudiado para las comunidades del sur de Italia⁷⁰². Quizás ciertos grafitos comerciales en escritura griega o púnica y hallados en diversos yacimientos del sureste nos estén marcando una pauta a este respecto, aunque más probable aún resulta como evidencia la marca de propiedad en griego documentada en un fragmento cerámico de Cabezo Lucero, y que viene acompañada de otro grafito ibérico⁷⁰³. Y también cuidarían estas gentes alóctonas, sin duda, por los intereses propios, procurando maximizar los beneficios de las transacciones al reducir la intermediación, y mantenerse como contrapartida única de las elites locales frente a otros posibles competidores mediterráneos⁷⁰⁴; no en vano, como recuerda A. Domínguez, en líneas generales a partir del s. V a.C. el comercio empórico sustituye a los intercambios aristocráticos en la mentalidad y la práctica comercial griegas⁷⁰⁵, y no fueron pocas las guerras

⁶⁹⁹ Ampolo 1994.

⁷⁰⁰ Utilizo el término *emporio* en su sentido más amplio, como lugar de vocación comercial al que concurren y en el que frecuentemente habitan gentes de muy diversas procedencias, habitualmente bajo los auspicios de ciertas divinidades encargadas de la protección del comercio y de la justicia de los intercambios, independientemente del estatuto jurídico del lugar. Cf. Lepore 1989; Bresson y Rouillard (dirs.) 1993; Rouillard 1996.

⁷⁰¹ Fernández Nieto 1992: 134-137; Domínguez 2001: 31; 2008: 59-62; Dietler 2009: 10-11; De Hoz 2010: 641.

⁷⁰² Small 2006; Herring 2008.

⁷⁰³ Domínguez y Sánchez 2001: 41; De Hoz 2013: 55.

⁷⁰⁴ Cf. Cohen 1971; Curtin 1984.

⁷⁰⁵ Domínguez 2009.

desatadas en la época de la que hablo entre *poleis* griegas por el control económico de los ἐμπόρια ultramarinos⁷⁰⁶.

Ahora bien, no perdamos de vista que la presencia de estos grupúsculos tampoco sería necesaria para que se produjera un comercio constante y sistemático, de tipo colonial, en el que los comerciantes foráneos se limitarían a aprovechar el beneficio que les reportaba su papel como abastecedores de las redes de distribución regionales que quedaban en manos de las aristocracias locales⁷⁰⁷. Y es que los comerciantes foráneos, en conjunto, contaban con el monopolio del abastecimiento, ya que, por lo que sabemos, los iberos nunca llegaron a disponer de naves con las que participar en esta fase del comercio, sino que dependían de los productos que los comerciantes transportaran a sus costas. El auge de Ampurias, Cádiz e Ibiza durante los siglos V y IV a.C. impediría cualquier intento de establecer relaciones comerciales directas con otros pueblos mediterráneos⁷⁰⁸, cuanto más de comerciar directamente con ellos a través de barcos propios.

Así, las únicas representaciones que nos han llegado de embarcaciones ibéricas son tardías, ya de época iberorromana, y por lo general reflejan pequeñas canoas y barcas de arquitectura simple y minúscula capacidad que se emplearían para la pesca, el desplazamiento y transporte entre puntos cercanos sin alejarse de la costa y, eventualmente, para apoyar pequeñas acciones armadas. Y otro tanto se puede decir de las fuentes literarias, que igualmente nos hablan únicamente de pequeños botes empleados para vadear ríos o pescar⁷⁰⁹.

La única excepción a este respecto sería, de hecho, un curioso texto de Macrobio en el que se nos informa que Theron, un rey de la *Hispania Citerior*, armó una flota (*exercitu nauium*) y la lanzó contra *Gadir*, pero fue rechazado por las galeras gaditanas (*nauibus longas*)⁷¹⁰. Coincido con J. Alvar en que el fragmento ha de ser anterior a la conquista romana, pues ya bajo la administración romana un ataque como este sería impensable⁷¹¹, ni tampoco tiene sentido enmendar el texto para

⁷⁰⁶ Domínguez 2001: 33-35. Cf. Hdt. VII, 158; Tuc. I, 100.

⁷⁰⁷ Chapa 1997: 141; Monedero 2002: 73.

⁷⁰⁸ Olmos 1991 a: 300-301.

⁷⁰⁹ Cf. García Cardiel 2013.

⁷¹⁰ Macr. *Sat* I, 20, 12.

⁷¹¹ Alvar 1986: 162-169.

convertir a Theron en un rey tartesio, como quiso Schulten⁷¹², o situarle en época orientalizante, como más recientemente se ha propuesto⁷¹³. No veo tan evidente sin embargo que haya de situarse en época Plena, como quiere Alvar, y no en el contexto de la II Guerra Púnica, cuando tendría perfecto sentido que un régulo local atacara la antigua ciudad fenicia. Por otra parte, y aun aceptando que el término *exercitu nauium* podría hacer alusión no tanto a una flota propiamente dicha como a un conjunto heterogéneo de barcasas⁷¹⁴, no me parece que dispongamos de elementos suficientes como para profundizar mucho más en el tema a partir de una fuente tardía como esta y que no parece avenirse bien con el resto de informaciones que han llegado hasta nosotros de la época.

Los iberos no disponían, pues, de los medios para comerciar directamente con los otros pueblos contemporáneos, sino que dependían de los intermediarios que llegaban a sus costas para abastecerse de productos mediterráneos y exportar su excedente. No disponían, tampoco, y quizás esto sea lo más importante, de estructuras estatales centralizadas y suficientemente asentadas como para tratar con otros Estados ya asentados de igual a igual, por lo que su relación con estos en el juego económico y político será siempre, forzosamente, desigual⁷¹⁵.

2.6. La mediterraneización definitiva: los siglos III-I a.C.

Aunque creo que en ningún momento puede hablarse de una ruptura radical de las estructuras económicas ibéricas, a lo largo del s. III a.C. van introduciéndose una serie de cambios que de forma acumulativa terminarán por transformar el panorama socioeconómico conformado a finales del s. V y comienzos del IV a.C. El desembarco y consiguiente dominio cartaginés, el posterior estallido de la II Guerra Púnica y la conquista e implantación romanas terminarán por transfigurar el sistema, que paulatinamente irá integrándose en la administración romana provincial, con todo lo que ello supone. Aunque considero que este no es el lugar para discutir en profundidad las estructuras socioeconómicas provinciales romanas, sí que creo necesario, por todo ello, analizar, someramente y en unas pocas páginas, esta

⁷¹² Schulten 1972: 72-73. En la misma línea, cf. Maluquer 1975: 48-49; Aubet 1997: 277.

⁷¹³ Castillo Álvarez 1993: 56-58.

⁷¹⁴ Alvar 1986: 170.

⁷¹⁵ González Wagner 1989: 155-156.

transformación, al menos en lo referido a los resortes económicos empleados por las elites locales para mantenerse en el poder.

Centrémonos en primer lugar en las transformaciones en la estructura de poblamiento. Entre finales del s. IV y comienzos del III a.C. tiene lugar en el sureste peninsular la denominada “crisis del s. IV”, a resultas de la cual se asume que toda una serie de hábitats se abandonan o son destruidos, y otro tanto sucede con la estatuaría de las necrópolis de toda la región. Este fenómeno ha sido achacado según los diversos autores, como veremos en un capítulo posterior, a expediciones militares de algún agente externo, a guerras intestinas entre los propios iberos, a una violenta reforma religiosa o a desórdenes y disturbios sociales que subvirtieran las antiguas estructuras de poder.

Por mi parte, sin embargo, creo que debemos replantearnos el propio concepto de “crisis del siglo IV”. Ya S. Zofío y T. Chapa insistieron en que las destrucciones de las esculturas no fueron sincrónicas ni se debieron probablemente a una misma causa⁷¹⁶, sino que algunas se derrumbaron por causas naturales en tanto que otras fueron derribadas de una lanzada, y posiblemente otras fueran simplemente desmanteladas para reutilizar el espacio. Otro tanto sucedería, seguramente, con el poblamiento. Como apuntó recientemente I. Grau⁷¹⁷, no podemos incluir en la misma “crisis” o “momento crítico” el abandono de Bastida de les Alcusses y El Puig, a finales del s. IV a.C. y el de Covalta, a comienzos del III a.C., a lo que yo añadiría que tampoco el de Molinicos, a mediados del s. IV a.C., el de Tossal de les Basses y la Illeta dels Banyets, a mediados del III a.C., o el de la Escuera y el Amarejo, a finales del s. III a.C. Ni siquiera veo claro que, como propone el mencionado investigador siguiendo a J. Sanmartí⁷¹⁸, buena parte de estos abandonos se deba a una supuesta inestabilidad intrínseca del sistema socioeconómico ibérico, fundamentado en la adquisición y redistribución continua de elementos de prestigio y que por tanto entraría en crisis, como así sucedió según estos investigadores, cuando las vías comerciales se cerraran o fluctuaran. No creo en definitiva que podamos incluir en la misma “crisis” todos estos abandonos, en realidad tan separados en el tiempo que cubren buena parte de lo que entendemos

⁷¹⁶ Zofío y Chapa 2005: 96-97. Cf. García Cardiel e.p.

⁷¹⁷ Grau 2013: 288.

⁷¹⁸ Sanmartí 2001: 119.

por “período ibérico”. Cada poblado se abandonó en un momento dado y por una causa determinada que sería necesario analizar de manera individualizada, y no creo que ninguna crisis estructural pueda explicarlos todos.

En todo caso, lo que sí que se produce entre finales del s. IV y la primera mitad del III a.C., más que una crisis, es una reestructuración del poblamiento. Así, desaparecen Covalta y el Puig, pero la Serreta de Alcoi aumenta varias veces su tamaño⁷¹⁹; en el valle del Vinalopó desaparecen dos tercios de los hábitats, pero Monastil, Campet (Monforte del Cid, Alicante), Castillo de Monforte (Monforte del Cid, Alicante) y Castillo del Río (Aspe, Alicante) crecen de manera significativa⁷²⁰; y muchos de los núcleos de llanura de la Depresión Meridional y también alguno de los poblados fortificados en altura de sus inmediaciones desaparecen⁷²¹, pero la Alcudia crecerá hasta convertirse, tras la conquista romana, en el núcleo hegemónico de todo el sur alicantino.

En este estado de cosas, en el 237 a.C. desembarcan en la Península las tropas de Amílcar. Como es bien sabido⁷²², el proyecto de conquista bárquida de la Península Ibérica comenzó por el sur, y tuvo como primer objetivo el control de las minas de Sierra Morena, para solo en un segundo momento, cuando se había logrado ya el dominio sobre la Alta Andalucía, avanzar sobre el sureste peninsular, donde se establecería la que sería capital púnica de los territorios hispanos, *Carthago Noua*⁷²³ (Cartagena, Murcia), no por casualidad situada en el mejor puerto natural de todo el sureste y junto a las mejores minas de hierro y plata de la región.

Años antes, Amílcar ya había fundado otra gran ciudad (πόλιν μεγίστην) como punto fuerte y cuartel de invierno desde el que hacerse con el control de la Alta Andalucía, dominándola Λευκῇ Ἀκρᾷ⁷²⁴, topónimo que se ha querido poner en relación con el *Castrum Album* mencionado por Livio⁷²⁵ para identificarlos con *Lucentum* (Alicante) debido a una supuesta semejanza fonética y a la cercanía de la ciudad sitiada por aquel entonces por los cartagineses, Ἐλικῇ, a su vez identificada con

⁷¹⁹ Grau 2005: 83-84.

⁷²⁰ Poveda 1998: 419.

⁷²¹ Moratalla 2005: 315.

⁷²² Para la invasión cartaginesa según las fuentes literarias clásicas, cf. Chic 1978; Wagner 1999.

⁷²³ Diod. XXV, 12.

⁷²⁴ Diod. XXV, 10.

⁷²⁵ Liv. XXIV, 41.

Elche de nuevo debido a la semejanza fonética. De hecho, García y Bellido llegó a proponer, con gran repercusión en la historiografía posterior, que la fundación de Amílcar fue más bien una refundación llevada a cabo sobre una colonia massaliota anterior⁷²⁶, una de las tres a las que se refería Estrabón en un controvertido pasaje⁷²⁷ que analizaremos en otro capítulo. Sin embargo, ya desde los años setenta esta identificación viene siendo contestada, pues el supuesto criterio fonético es demasiado débil y la narración de Diodoro hace suponer que Akra Leuké se situaría, igual que Heliké, en la Alta Andalucía⁷²⁸. Ello aclara la explicación de Diodoro cuando, al mencionar la fundación de *Carthago Noua*, señala que se situaba ya “junto al mar”.

Tras la fundación de *Carthago Noua*, de cualquier manera, Diodoro señala que Asdrúbal creó otro gran asentamiento, también junto al mar según colegimos por el contexto, cuyo nombre sin embargo no se nos ofrece⁷²⁹. La identificación de esta tercera fundación cartaginesa con Alicante es tentadora aunque, por el momento, indemostrable.

Por otra parte, las fuentes literarias igualmente atribuyen a los cartagineses la erección de una red de torres, las “Torres de Aníbal”, situadas a lo largo de la costa y que articularían el territorio sirviendo como puntos de vigilancia y transmisión de comunicaciones⁷³⁰. C. Aranegui⁷³¹ ha puesto en relación recientemente estas torres con la de Empedrola, de la que he hablado antes, señalándola como evidencia de que las torres de Aníbal no solo existieron sino que serían mantenidas en funcionamiento durante los primeros tiempos de la fase ibero-romana. En realidad los excavadores de La Empedrola, como señalaba páginas atrás, datan la construcción entre los siglos IV y primera mitad del III a.C.⁷³², por lo que creo que debe ponerse en relación con la necesidad de los habitantes del puerto del Penyal d’Ifac de mantener vigiladas la costa y las comunicaciones terrestres antes que con el proyecto imperialista cartaginés. Todo lo cual no significa que debamos dudar de la existencia de estas torres, que por el momento han pasado desapercibidas para la arqueología en la Península Ibérica (no

⁷²⁶ García y Bellido 1948: 60.

⁷²⁷ Str. III, 4, 6.

⁷²⁸ Chic 1978: 235-236.

⁷²⁹ Diod. XXV, 12.

⁷³⁰ Liv. XXXIX, 23, 1; Plin, *NH* II, 181.

⁷³¹ Aranegui 2012: 315.

⁷³² Sala 2006: 143; Bolufer y Sala 2009.

así en el norte de África, donde sí han aparecido⁷³³); sino que quizás debamos replantearnos la realidad histórica a la que se refieren, pudiendo estar aludiendo a una realidad ibérica preexistente a la conquista cartaginesa⁷³⁴.

En todo caso, en ocasiones se ha pretendido ver en este proyecto urbano la cristalización de un programa de vertebración del Estado típicamente helenístico⁷³⁵. Y sin duda la concepción del poder de estos generales cartagineses estaba impregnada de la ideología helenística, como veremos más adelante, pero, tal y como ha señalado en varias ocasiones C. González Wagner y argumentó recientemente E. Ferrer, seguramente los bárquidas nunca tuvieron pretensiones regias sobre *Hispania*, y desde luego sus fundaciones distaban de ser ciudades helenísticas propiamente dichas⁷³⁶. Así, si los núcleos alejandrinos, seleúcidas o lágidas eran, al tiempo, puntos fuertes para el control del territorio, núcleos culturales desde los que difundir la propaganda regia y la ideología estatal, y focos del modo de vida helenístico; pero no contamos con suficientes datos como para afirmar otro tanto de las fundaciones púnicas peninsulares, que por lo que sabemos no contaron con espacios tales como ágoras, teatros o gimnasios, esto es, con espacios de representación pública y política típicos de la ciudad helenística, y su tamaño además no era comparable con los núcleos orientales, ni siquiera en el caso de *Carthago Noua*, que a su vez superaba ampliamente el de los demás hábitats peninsulares⁷³⁷. Más bien se trataría simplemente de núcleos administrativos y puestos fortificados desde los que controlar un territorio conformado por un mosaico de entidades políticas relativamente autónomas sobre las que los generales cartagineses ejercían un cierto control mediante la coacción y una tupida red de alianzas personales.

⁷³³ Cf. Prados Martínez 2008: 39-40.

⁷³⁴ En este sentido, P. Jacob (1997: 233-234) propone que, cuando se hablaba en época de Plinio de “Torres de Haníbal”, quizás esta atribución se deba a una etimología popular, del mismo tipo que los numerosos topónimos españoles referidos a los “moros”. Para el investigador, pienso que acertadamente, estas *turris* estarían haciendo referencia más bien a las estructuras prerromanas propiamente ibéricas que se situaban dispersas por los diversos territorios ibéricos, como las que he mencionado en el sureste o aquellas otras bien conocidas situadas en el Levante. Cf., *contra*, Frutos 1991: 113.

⁷³⁵ Cf. por ejemplo Bendala *et alii* 1987: 121-140; Bendala 2003: 24-25; 2005: 45; 2010: 437-438; Almagro Gorbea 2003: 14-15.

⁷³⁶ González Wagner 1999; Ferrer 2011: 315-316.

⁷³⁷ Almagro Gorbea 1987: 27-28.

Estas alianzas personales y el propio contacto con el poder hegemónico cartaginés, de hecho, debieron servir de catalizador para la rápida complejización político-institucional de las entidades políticas ibéricas. En estas décadas la Serreta de Alcoi, como veremos detenidamente en su momento, amplía varias veces su tamaño y se convierte en capital de un territorio comarcal que abarcaría todos los valles alcoyanos⁷³⁸, y otro tanto sucedería probablemente en la Depresión Meridional con la Alcudia de Elche, mientras que los puertos de la costa central y septentrional alicantina se fortifican⁷³⁹ o desaparecen. Por primera vez un Estado, el cartaginés, con una organización y una administración compleja y relativamente centralizada se hacía presente físicamente en la Península⁷⁴⁰, algo que debió suponer un revulsivo para las comunidades indígenas, que hubieron de adaptarse al nuevo espacio político-económico creado para asegurar su supervivencia colectiva. Aunque algunos grupos ibéricos presentaron batalla, en el sureste parece que la estabilidad fue la tónica general, seguramente a través de pactos que consolidaban en el gobierno a las elites locales a cambio de su colaboración con el poder púnico, fórmula que podríamos describir como un “protectorado” colonial⁷⁴¹, bajo cuyo paraguas ciertos núcleos políticos ibéricos alcanzarán cotas de complejización sociopolítica nunca vistas antes. Quizás la imagen más vívida del éxito de esta política sea la asamblea que Asdrúbal organizó en *Carthago Noua* y a la que convocó a los gobernantes ibéricos de las diversas comunidades, quienes no solo acudieron al llamamiento sino que le confirmaron como “jefe supremo” (στρατηγός αὐτοκρατωρ) de los iberos⁷⁴².

Ahora bien, no olvidemos que la presencia militar cartaginesa en el sureste peninsular fue efímera. En el 209 a.C. Escipión toma *Carthago Noua* y barre a las tropas cartaginesas de la región, y poco tiempo después el dominio romano se hace efectivo en toda la costa levantina.

De hecho, las fuentes clásicas apenas hacen mención de las operaciones militares en tierras del sureste más allá de la toma de *Carthago Noua*, de lo que deberemos colegir que posiblemente no hubo episodios bélicos verdaderamente

⁷³⁸ Cf. por ejemplo Grau 2005: 83-84.

⁷³⁹ Espinosa 1999: 76-77.

⁷⁴⁰ Blánquez y García-Gelabert 1991: 50.

⁷⁴¹ Grau 2000: 42.

⁷⁴² Diod. XXV, 12.

reseñables⁷⁴³. No obstante, y tal y como F. Sala recientemente señaló⁷⁴⁴, no debemos aceptar sin más la versión idílica, irénica, que la historiografía viene construyendo tradicionalmente acerca de la conquista romana y subsiguiente provincialización del sureste. Así, la arqueología documenta estratos de destrucción en *Carthago Noua* y la Alcudia de Elche⁷⁴⁵, núcleos que inmediatamente resurgirían incluso con mayor esplendor, y también en Tossal de Manises, que no volverá a recuperarse como comunidad urbana hasta más de un siglo después⁷⁴⁶. Además toda una serie de poblados son repentinamente destruidos o abandonados, tales como Castellar de Meca⁷⁴⁷, Serreta de Alcoi⁷⁴⁸, Amarejo⁷⁴⁹, Escuera⁷⁵⁰, Loma del Escorial⁷⁵¹ y, quizás algo después, Coimbra del Barranco Ancho⁷⁵². La cronología exacta de estas destrucciones es un asunto polémico, pues los diferentes autores no coinciden en fecharlas a finales del s. III a.C. (y por tanto interpretarlas como efectos directos de la II Guerra Púnica)⁷⁵³ o durante la primera mitad del s. II a.C. (en relación con las tensiones provocadas por los inicios de la romanización y la progresiva imposición de tributos y obligaciones, tensiones que tienen en la visita de Catón a *Hispania* su exponente más palpable, como se ha argumentado para las destrucciones observadas en la *Edetania*)⁷⁵⁴, cuestión que en realidad gira sobre la determinación precisa de la llegada de las primeras cerámicas campanienses al sureste peninsular, aún sin resolver.

De cualquier forma, la determinación de la fecha concreta de la destrucción de todos estos poblados me parece un asunto poco importante salvo para la elaboración de una historia política del mundo ibérico que aún no creo que pueda llevarse a cabo; lo verdaderamente interesante es que, durante la II Guerra Púnica o pocas décadas después, se produce una cesura importante en el poblamiento del sureste peninsular.

⁷⁴³ Liv. XXVI, 45; Polyb. X, 10; App. *Iber* XIX-XXI; Frontin. III, 9.; etc.

⁷⁴⁴ Sala 2012: 214.

⁷⁴⁵ Ramos Fernández 1975: 65; Grau 2000: 43.

⁷⁴⁶ Olcina 2006 a: 111; Olcina y Pérez Jiménez 2003: 94-95.

⁷⁴⁷ Alfaro Arregui y Broncano 1992: 78-79; Sala 1998: 48. Páginas atrás ya señalé que la datación de este episodio de destrucción ha sido puesta en duda por otros investigadores.

⁷⁴⁸ Grau 1996: 116; Sala 1998: 30-33.

⁷⁴⁹ Broncano y Blánquez 1985: 300.

⁷⁵⁰ Abad 1986 a: 146-147.

⁷⁵¹ García Cano y Ruiz Valderas 1995-1996: 147.

⁷⁵² García Cano 1997: 22; 2008: 119; García Cano *et alii* 1997: 248.

⁷⁵³ Sala 1995: 216; 1998: 46; Grau 2000: 42-43.

⁷⁵⁴ Guérin, Bonet y Mata 1989: 201-203; Mata 2000: 36-39.

Algunos autores han propuesto que los asentamientos destruidos fueron aquellos que habían colaborado con el cartaginés⁷⁵⁵, en tanto que otros defienden que fueron solamente quienes se unieron a la revuelta bastetana del 197 a.C.⁷⁵⁶, pero ninguna de estas circunstancias por sí sola engloba probablemente a todos los poblados finados. Más bien creo que hay que valorar el fenómeno desde una perspectiva geoestratégica más amplia: Roma inicia la provincialización del territorio conquistado desestructurando las unidades políticas con las que se encuentra, dificultando de esta manera que en lo sucesivo pueda reorganizarse la oposición a su hegemonía. Para ello se eliminan asentamientos como Castellar de Meca y Amarejo, que articulaban el poblamiento del corredor de Almansa⁷⁵⁷; la Serreta, que hacía lo propio en los valles alcoyanos; Tossal de Manises, principal puerto de la comarca del Alacantí; la Alcudia de Elche, que funcionaba desde hacía tiempo como centro hegemónico de la Depresión Meridional, y La Escuera, uno de sus centros económicos más importantes y su principal salida al mar; *Carthago Noua*, que había sido la capital hispana de los cartagineses y que articularía el poblamiento en torno a las minas cartageneras; y Loma del Escorial, ubicada a las puertas de Cartagena y uno de sus puertos secundarios y que, a juzgar por sus murallas recientemente construidas introduciendo aspectos de raigambre helenística⁷⁵⁸ y sus hornos punizantes⁷⁵⁹, seguramente habría participado activamente en la guerra. Esto es, se acaba con los centros directores de los diversos territorios y con algunos de sus principales núcleos comerciales dependientes, pero la infraestructura productiva de las distintas regiones se respeta e incluso potencia, proliferando a partir de comienzos del s. II a.C. el poblamiento agrícola rural en regiones como Alcoià, la Foia de Castalla, el Alto Vinalopó, el suroeste valenciano, el corredor de Almansa, el valle del Canyòles, todo el sureste albaceteño, el interior murciano y la costa central alicantina⁷⁶⁰, como de hecho también sucedió, fuera de nuestro área de estudio, en el Camp del Tùria⁷⁶¹ y en el interior catalán⁷⁶².

⁷⁵⁵ Sala 2010: 945-946.

⁷⁵⁶ García Cano 2008: 119.

⁷⁵⁷ Sanz 1997: 133.

⁷⁵⁸ García Cano 2008 a: 526.

⁷⁵⁹ García Cano y Ruiz Valderas 1995-1996: 135.

⁷⁶⁰ Llobregat 1972; Mena 1988; Lillo 1981; Roldán Gómez 1987: 62; 1988: 92; Simón 1988; Sanz 1997; Pérez Ballester y Borredá 1998: 139; Moratalla 2005: 109; Grau y Garrigós 2007:

⁷⁶¹ Guérin, Bonet y Mata 1989: 304.

Y es que algo que no se nos puede pasar por alto es que, salvo la fundación puntual de un puñado de colonias (ninguna en nuestra zona de estudio, por cierto) derivada más de motivaciones coyunturales militares que de una planificación político-económica concreta, Roma no establece nuevos núcleos urbanos hasta mediados del s. I a.C.⁷⁶³, sino que se sirve selectivamente de la estructura urbana existente ya en la Península, potenciando, como señaló en su momento J.M. Blázquez, un fenómeno ya en marcha⁷⁶⁴.

Así, en el norte de nuestra área de estudio el asentamiento de *Saetabi* no solo no es destruida durante la conquista romana sino que prospera e inicia inmediatamente tras el conflicto la acuñación de moneda de bronce⁷⁶⁵, en tanto que en su entorno proliferó un poblamiento rural dedicado seguramente en buena medida a la explotación del lino⁷⁶⁶, tan celebrado por los autores antiguos⁷⁶⁷. A pocos kilómetros de la costa y encaramada en la Solana del Castell, *Saetabi* controlaría la comarca de la Costera y el acceso al valle del Cànyoles por donde circularían las principales vías de comunicación de la región tanto en época prerromana como romana. Desde allí, y pasado Mogente y Fuente la Higuera, el llamado Camino de Aníbal se dirigiría hacia Cástulo atravesando el sureste meseteño, y a lo largo del mismo se promocionarían ciertas comunidades que articularían el poblamiento rural como la *mansio* de *Saltigi* (Chinchilla de Montearagón, Albacete)⁷⁶⁸ o el *forum* y posterior *colonia* de *Libisosa* (Lezuza, Albacete)⁷⁶⁹; y también la variante *Castulo-Saiti*, variante más meridional de la anterior y en torno a la cual prosperan los *municipia* de *Illunum*⁷⁷⁰ (posiblemente Tolmo de Minateda)⁷⁷¹ y Elche de la Sierra⁷⁷², además de

⁷⁶² Guitart 1993.

⁷⁶³ Bendala *et alii* 1987; Santos Yanguas 1998: 15.

⁷⁶⁴ Blázquez 1988; Grau 2000: 43; Abad y Bendala 1996: 14-16.

⁷⁶⁵ Frente a esta opinión general, no obstante, A. Beltrán Martínez (1961-1962) subrayó hace ya medio siglo la existencia de una acuñación, de la que se conocen dos piezas, que parecen aludir al nombre de la ceca, *Saetabi*, en ibérico y en púnico, lo que nos estaría fechando esta primera acuñación durante o inmediatamente antes de la II Guerra Púnica.

⁷⁶⁶ Ripollés 1980: 311; García-Bellido 1993: 320; Pérez Ballester y Borredà 1998: 148-150; Aparicio *et alii* 2005: 97-99; Bonet 2006: 25;

⁷⁶⁷ Plin. *NH.* XIX, 9; Catul., *Carm.* XII, 14.

⁷⁶⁸ Ptol. II, 6, 60; Itin. Ant. 447, 2; Ravenn. 313, 13.

⁷⁶⁹ Plin. *NH* III, 25; Ptol. II, 6, 58; Itin. Ant. 446, 11; Ravenn. 313,14; CIL II 3234.

⁷⁷⁰ Ptol. II, 6, 60.

⁷⁷¹ Abad 1993; 1996 a.

otros núcleos de estatuto incierto como La Fortaleza o Piedra de Peñarrubia⁷⁷³. Por su parte, el poblamiento contestano se articuló en torno a la llamada Vía Augusta, que separándose de las anteriores vías cerca de Fuente la Higuera se internaría en el Alto Vinalopó y descendería por Villena, Elda, Aspe y Monastil (la *Ello* romana⁷⁷⁴) hasta Alicante (que será el *municipium* de *Lucentum*⁷⁷⁵), para a partir de entonces seguir la costa pasando por la *colonia* de *Ilici*⁷⁷⁶ (la Alcudia de Elche, que acuñará moneda en el s. I a.C.⁷⁷⁷) hasta la de *Carthago Noua*⁷⁷⁸, vía de comunicación⁷⁷⁹ que sustituiría al antiguo camino prerromano que conectaba *Saetabi* con l'Alacantí a través de los valles alcoyanos, y que a partir de estos momentos, dada la desestructuración del poblamiento en la citada región montañosa, queda en desuso⁷⁸⁰. Por lo que respecta al poblamiento del interior murciano, los antiguos núcleos en altura (Verdolay, Archena, Santa Catalina del Monte, Cigarralejo, Bolbax...) se mantienen, beneficiándose de la creciente importancia de la vía *Complutum-Carthago Noua*, que a su vez atravesaría el sureste meseteño pasando por algunos de sus centros más importantes como *Illunum* y *Saltigi*, y, en cierta medida, del corredor del Medio Segura⁷⁸¹, en tanto que el poblamiento en la Depresión Meridional prácticamente desaparece, quedando *Ilici* casi como único asentamiento poblado⁷⁸². La importancia de *Ilici*, no obstante, parece aumentar de forma significativa, extendiendo de alguna manera su hegemonía cultural y económica por buena parte del sur alicantino, como se pone de manifiesto por la difusión del estilo ilicitano de decoración cerámica y por la posterior dispersión de las monedas de su ceca, que comenzará a acuñar hacia el cambio de era⁷⁸³.

⁷⁷² Conocemos el estatuto de *municipium* de Elche de la Sierra gracias a dos inscripciones conocidas desde antiguo (CIL II 3538 y 3539), pero desconocemos su nombre. Cf. Francisco 1984-1985.

⁷⁷³ Sillières 1977; Roldán Gómez 1987; 1988; Ponce y Simón 1988: 163; Blánquez 1990 a: 51-56; Sanz 1995-1996; 2002-2003; Abad, Gutiérrez y Sanz 1998: 32-33; Poveda 2002; Rodríguez Traver y Pérez Ballester 2005: 211; Uroz 2012: 21-22.

⁷⁷⁴ Poveda 1996 a. Cf. Itin. Ant. 401, 1; Ravenn. 304, 11; 343, 3.

⁷⁷⁵ Mel. II, 93; Plin. *NH* III, 20; Ptol. II, 6, 14; Ravenn. 304, 14; 343, 5.

⁷⁷⁶ Mel. II, 93; Plin. *NH* III, 19-20; Ptol. II, 6, 6; Itin. Ant. 401, 3; Ravenn. 304, 17; 343, 7.

⁷⁷⁷ Llorens 1987.

⁷⁷⁸ Plin. *NH*. III, 19.

⁷⁷⁹ Abad 1987: 157; Blánquez 1990: 51-54; Arasa y Roselló 1995: 111-118; Grau 2000: 45-46; Uroz y Poveda 2008: 154-155.

⁷⁸⁰ Grau 2000: 45-46.

⁷⁸¹ Sillières 1982; Grau 2000: 39-40; Blánquez 1990: 48-49; González Blanco 1998; Abad, Gutiérrez y Sanz 1998: 29-31; García Cano 2008 a: 525-526.

⁷⁸² Mas 1998: 83-85; Moratalla 2005: 109; Grau 2010 a: 236.

⁷⁸³ Santos 1994 b: 111.

Por lo que se refiere al litoral, y con la excepción del abandono de la Loma del Escorial, parece que se potenció el poblamiento costero, sin duda en conexión con un nuevo despegue, en este caso de proporciones aún mayores que el de finales del s. V a.C., del comercio y el transporte marítimos. Así, el puerto de *Carthago Noua*, que ya había sido empleado por los cartagineses y que de hecho daba razón de ser a la capital púnica, será objeto de la construcción de diversas infraestructuras, tendentes a mejorar aún más las condiciones de este excelente fondeadero natural, protegido del viento y las corrientes por las elevaciones de San Julián y Galeras, las puntas de Navidad y San Antonio y por la isla de Escombraria⁷⁸⁴; por ello, entre los siglos II y I a.C. se construyó el dique, el muelle y un *macellum*⁷⁸⁵, en tanto que a mediados del I a.C. se reconstruiría y reforzaría la muralla bárquida⁷⁸⁶ engrosando los lienzos con nuevos paramentos⁷⁸⁷, construcción que coincide en el tiempo, no por casualidad, con la concesión del estatuto colonial y el inicio de sus acuñaciones monetarias⁷⁸⁸. En todo caso, de la prosperidad de la ciudad, capital del *conventus Carthaginensis* y uno de los principales puertos peninsulares, *Urbs opulentissima omnium in Hispania* según Livio⁷⁸⁹, dan cuenta sus materiales, tanto los millares de ánforas recuperadas de multitud de pecios documentados en torno a su puerto y datables entre los siglos III a.C. y IV d.C.⁷⁹⁰, como los diversos contextos que la arqueología urbana ha recuperado en diversos sectores del enclave⁷⁹¹.

Al oeste del puerto cartagenero, parece que también Mazarrón gozó de cierta prosperidad y llegó a convertirse en *municipium*⁷⁹², pero poco más es lo que sabemos del poblamiento costero murciano, igual que sucedía para épocas anteriores. No sucede lo mismo con el litoral alicantino, donde de nuevo nos encontramos con una potenciación del poblamiento costero⁷⁹³. Así, bajo la actual Santa Pola y a pocos metros del antiguo yacimiento de La Picola se desarrollará a partir del s. I a.C. el *Portus*

⁷⁸⁴ Cf. Polyb. X, 10, quien ya ponderaba las buenas condiciones del puerto.

⁷⁸⁵ Berrocal Caparrós 1998; Ramallo y Martínez 2010: 142-150; Noguera 2012: 124-137.

⁷⁸⁶ Bendala y Blánquez 2002-2003: 148.

⁷⁸⁷ Abascal 2002: 22-24.

⁷⁸⁸ Abascal 2002; Llorens 1993.

⁷⁸⁹ Liv. XXVI, 47, 6.

⁷⁹⁰ Mas 1985: 162; Martín Camino y Roldán 1991-1992.

⁷⁹¹ Cf. por ejemplo Pérez Ballester 1983: 525; 1995: 340-345.

⁷⁹² González Blanco 1998: 354.

⁷⁹³ Grau 2000: 46; 2005: 87; Sala 2012: 213-220.

Illicitanus, puerto comercial y área industrial dependiente de *Ilici*⁷⁹⁴. Más al norte, en la bahía de la Albufereta, la vida del Tossal de Manises, promocionado como *municipium* y denominado *Lucentum*, volverá a desarrollarse a partir del s. I a.C., entre otras cosas gracias al comercio, potenciado con la construcción de infraestructuras tales como la erección poco después del cambio de Era de un muelle⁷⁹⁵. A continuación nos encontraríamos con el puerto de La Vila Joiosa (identificable con el *municipium* de *Allon* según algunos autores), cuya trama urbana, en expansión en estos momentos, conocemos solo parcialmente dado que se encuentra bajo el núcleo urbano⁷⁹⁶ pero cuya frecuentación comercial viene documentada por las prospecciones en el fondeadero⁷⁹⁷. Los puertos, cuya aparición en el s. IV a.C. comenté anteriormente, de Tossal de la Cala, Cap Negre, Penyal d'Ifac, Penyal de la Torre y Alt del Fort continúan funcionando e incluso prosperan en cierta medida⁷⁹⁸, en el fondeadero de Jávea las prospecciones subacuáticas detectan cierta cantidad de materiales mediterráneos⁷⁹⁹, en tanto que el puerto de *Dianium* (Denia, Alicante), elegido por Sertorio para acantonar a sus soldados y fondear su flota⁸⁰⁰, prosperará y se convertirá en el principal enclave comercial de la costa septentrional alicantina⁸⁰¹, aunque no conseguirá la municipalidad hasta finales del principado de Augusto⁸⁰². El poblamiento rural en la retroterra de todos estos enclaves costeros no hará sino florecer desde el s. II a.C., revelándonos otra de las bases de la prosperidad de estos núcleos⁸⁰³, que podrían haber actuado igualmente como puestos militares para la vigilancia de la costa durante la etapa de las guerras civiles, según argumenta un reciente trabajo⁸⁰⁴, y cuya actividad industrial periférica se encuentra igualmente en vías de estudio⁸⁰⁵.

⁷⁹⁴ Sánchez Fernández 1986; Abascal 1989; Márquez 1999.

⁷⁹⁵ Ortega *et alii* 2004.

⁷⁹⁶ Espinosa 1999; 2006.

⁷⁹⁷ Espinosa, Sáez y Castillo 1995-1997; Castillo Belinchón, Espinosa y Sáez 1998: 119-125.

⁷⁹⁸ *Vid.* Fig. 2.27.

⁷⁹⁹ Espinosa, Castillo y Sáez 2004: 28.

⁸⁰⁰ Cic. *Ver.* I, 87; Sal. *Hist.* III, 6; Str. III, 4, 6.

⁸⁰¹ Gisbert 1985; 2008; Pena 1993: 74; Espinosa y Gómez 1995; Espinosa, Castillo y Sáez 2004: 25-28.

⁸⁰² Alföldy 2003: 48.

⁸⁰³ Frías 2010.

⁸⁰⁴ Sala, Bayo y Moratalla 2013.

⁸⁰⁵ Sala 2012 a.

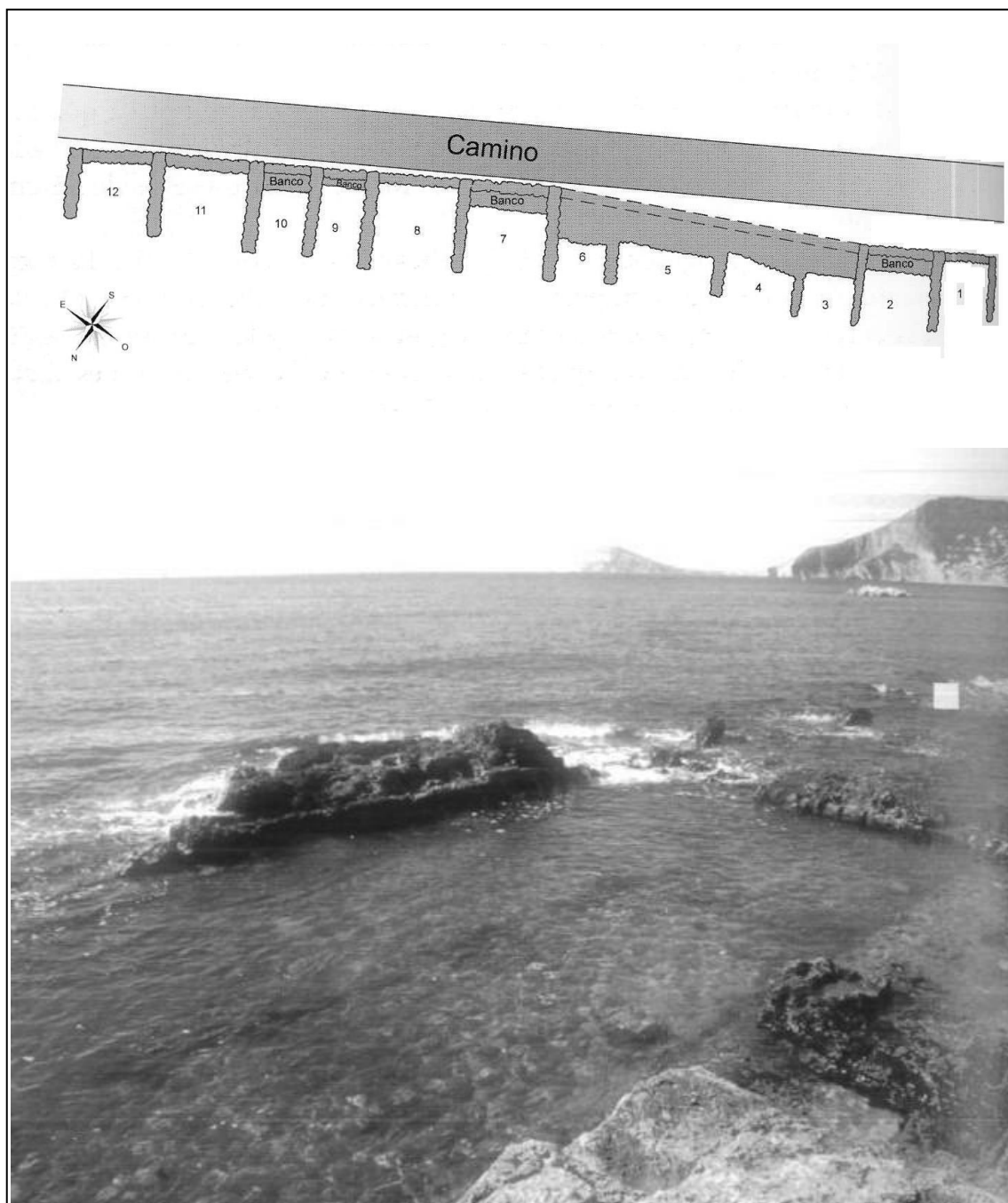


Fig. 2.27. Planimetría de una manzana de Tossal de la Cala (arriba) y vista del Peñón de Ifach desde la piscifactoría de Baños de la Reina (abajo).

Pese a este florecimiento del poblamiento costero, Estrabón afirma en el s. I d.C. que toda la costa mediterránea hispana escasea en puertos⁸⁰⁶; pero lo hace después del cambio de Era, cuando ya algunos de los enclaves a los que he hecho mención (Tossal de la Cala, Cap Negret, Punta de la Torre...) han desaparecido, y sobre todo, se refiere a la costa mediterránea en su conjunto, desde las Columnas de Hércules a los Pirineos, lo que nos puede dar una idea de hasta qué punto el poblamiento costero del sureste era comparativamente abundante en relación con las otras regiones aledañas, en las que de momento solo se detectan algunos grandes enclaves marítimos aislados.

En todo caso, la mención que acabo de hacer a *Dianium* y a su potenciación como puerto durante las guerras sertorianas me sirve para introducir un nuevo tipo de hábitat que, en este caso sí, Roma introduce en el sureste para asegurar su dominio del territorio: me refiero a los *castella* para el control del territorio. Quizás el más conocido de todos ellos sea el Pic del Àguila (Denia, Alicante), situado sobre las estribaciones del Montgó y dominando Denia y su puerto, caracterizado por una triple muralla de aparejo cuidado y trazado en zigzag para asegurar el flanqueo, y que ha podido ser datado en época sertoriana⁸⁰⁷; pero también tendríamos *castella* de este tipo documentados, por ejemplo, en La Vila Joiosa⁸⁰⁸, en el Cerro de las Fuentes de Archivel (Caravaca de la Cruz, Murcia) y en Cabezuela de Barranda (Caravaca de la Cruz, Murcia)⁸⁰⁹. En ciertos lugares se reforzarían las viejas murallas durante períodos de inestabilidad como las propias guerras sertorianas, como en Passet de la Serra de Segària (Benimeli, Alicante)⁸¹⁰, mientras que en otros enclaves observamos cómo entre finales del s. II a.C. y el s. I a.C. los asentamientos se desplazan al llano, como por ejemplo en El Acequión⁸¹¹, Cerro Lucena⁸¹² o Alt del Fort (Cullera, Valencia)⁸¹³, sin duda

⁸⁰⁶ Str. III, 4, 8.

⁸⁰⁷ Schubart, Fletcher y Oliver (1962: 23 y 27) y Schubart (1963) abogaban por una cronología de los siglos IV y III a.C., pero la revisión de las piezas ha demostrado que el lugar debe fecharse en el segundo cuarto del s. I a.C., posiblemente en relación con el papel desempeñado por *Dianium* en las guerras sertorianas. Cf. Llobregat 1972: 50; Pena 1993: 74; Moret 1996: 482; Sala 2006: 127; Gómez Bellard 2010: 66-67.

⁸⁰⁸ Espinosa *et alii* 2008.

⁸⁰⁹ Murcia, Brotons y García Sandoval 2008.

⁸¹⁰ Aranegui y Bonet 1979.

⁸¹¹ Sanz 1997: 85-86.

⁸¹² Aparicio 1974: 16.

⁸¹³ Llobregat 1972: 97.

para optimizar la explotación agrícola del entorno pero también para asegurar su control por parte de los gobernantes provinciales. Finalmente, en el interior de algunos asentamientos ibero-romanos se establecerían guarniciones permanentes o *praesidia*, como en *Libisosa*⁸¹⁴, guarniciones que asegurarían el control y la explotación romana del territorio pero que al mismo tiempo servirían en muchos casos como instrumento coercitivo para reforzar la posición de las elites locales⁸¹⁵, que gobernarían sus respectivas comunidades por delegación de Roma.

En definitiva, hasta las reformas encabezadas por Augusto, Roma permitió que buena parte de los hábitats ibéricos continuara desarrollándose, potenciando determinados modelos de poblamiento (los puertos comerciales, el poblamiento rural y, como veremos más adelante, los asentamientos mineros) pero desestructurando las antiguas estructuras de poder político. La apuesta por las ciudades como instrumentos de control es, en este sentido, clara⁸¹⁶, y de hecho en las comarcas en las que el tejido urbano no es demasiado tupido, no tarda en proliferar el bandolerismo⁸¹⁷, fenómeno que desde mi punto de vista puede leerse como evidencia de la falta de implantación del Estado, y que asumirá mayores dimensiones en otras regiones menos urbanizadas como la *Lusitania*.

Pasemos ahora a hablar de las actividades productivas, comenzando por la agricultura. Generalmente se viene asumiendo que esta experimentaría un gran desarrollo durante la ocupación cartaginesa, pues las técnicas de cultivo púnicas estaban muy desarrolladas para la época⁸¹⁸, y como tal lo reconocieron los autores antiguos⁸¹⁹, y la conquista del cuadrante sureste de la Península Ibérica por parte de Cartago estuvo destinada abiertamente a convertir dicho territorio en una colonia de explotación⁸²⁰. En ocasiones se ha aceptado por tanto que la presencia cartaginesa supuso, entre otras cosas, la potenciación del cultivo intensivo de regadío, la introducción de nuevas especies como la palmera datilera y de nuevas máquinas como

⁸¹⁴ Uroz 2012: 445-446.

⁸¹⁵ Marín Díaz 1988: 13-14.

⁸¹⁶ Arasa 1999: 67.

⁸¹⁷ Cic. *Ad Fam.* X, 31, 1.

⁸¹⁸ Cf. por ejemplo Sáez 2001; Van Dommelen y Gómez Bellard 2008.

⁸¹⁹ Diod. XIII, 81, 4-5; Plin. *N.H.* VII, 93; Col. I, 1, 6; III, 12, 5; XII, 39, 1.

⁸²⁰ Mata 2000: 29.

el *plostellum punicum* (que según Varrón se empleaba en su época en la *Hispania Citerior*⁸²¹), la implantación de “casas fuertes” rurales semejantes a las que articulaban el campo cartaginés y que darían lugar en época romana a la explotación a través de las *villae* y, en definitiva, la instauración de un sistema de colonización agrícola similar al que se extendió por el *ager* púnico⁸²². Ahora bien, creo que esta supuestamente gran influencia cartaginesa sobre la agricultura ibérica debe relativizarse, como ya en su momento apuntó C. González Wagner⁸²³ al señalar que, de haberse organizado en la Península un sistema de explotación parecido al colonato norteafricano, este hubiera estado reducido únicamente a ciertas zonas del sur peninsular. Al fin y al cabo, como señalé páginas atrás, la implantación cartaginesa se basó únicamente en el control de un puñado de núcleos, la mayor parte de ellos de unas dimensiones no demasiado grandes, desde los que se mantenía el control del territorio a través de la coacción militar y del establecimiento y mantenimiento de pactos políticos, y desde los que se trataba de asegurar la fiscalización de ciertos recursos claves para el estado cartaginés (fundamentalmente cereales, metales y soldados), sin que existiera un grado de implantación suficiente ni diera tiempo a la reforma profunda de los sistemas agropecuarios locales.

Caso distinto es lo que sucede ya bajo la administración romana. Durante los dos siglos a lo largo de los que se extiende el período que consideramos ibero-romano, la agricultura ibérica se integra paulatina pero definitivamente, como el resto de los sectores, en las estructuras que caracterizarán el Imperio. Si bien es cierto que las herramientas no varían demasiado⁸²⁴, como tampoco lo hacen en general los productos cultivados⁸²⁵, el sistema de explotación se transforma progresivamente. Así, rápidamente prospera en toda la región de estudio, como describía anteriormente, un

⁸²¹ Varro *RR* I, 52, 1.

⁸²² Blázquez 1975 a: 232; 1978: 43; 1981: 25; Uroz 1981: 146.

⁸²³ González Wagner 1999: 282-283.

⁸²⁴ Las fuentes literarias nos hablan de la introducción de algunas nuevas, como el *plostellum punicum* antes mencionado, pero los lotes de herramientas que los arqueólogos documentan para esta época en asentamientos como Cerro Lucena y la Alcudía de Elche, incluyendo hoces, podones y rejas de arado, son idénticos a los de épocas anteriores, detectándose simplemente pequeñas variaciones tipológicas: Uroz 1981: 57; Moratalla 1996; Grau y Moratalla 2004 a: 122.

⁸²⁵ Puede que uno de los pocos nuevos productos cuya explotación se introduce o potencia en estos momentos sea la miel, de cuya recolección no tenemos evidencias antes de la II Guerra Púnica pero que a partir del s. II a.C. se documentará en el reborde del sureste meseteño, como también lo hará, a mucha mayor escala, en el *Camp del Túria*. Cf.: Fernández Uriel 1988: 185-191; Bonet y Mata 1992; Soria 2000.

poblamiento rural sin precedentes⁸²⁶, tendente a la explotación intensiva de la tierra, combinado con el progresivo descenso al llano de varios de los antiguos asentamientos en altura. Posiblemente continuó predominando la agricultura extensiva de secano, como aventuran I. Grau y J. Moratalla para el Camp d'Elx⁸²⁷. Y probablemente el control que las elites locales ejercerían sobre una parte importante de la tierra circundante de cada enclave y, sobre todo, sobre determinados productos estratégicos y determinados medios de producción, se mantendría o incluso incrementaría.

Al fin y al cabo, como afirman expresivamente T. Chapa y V. Mayoral, la integración de los territorios ibéricos en la administración romana supuso una compleja red de tensiones en el seno de ambas sociedades, red en la que las elites locales desempeñarán un papel clave al convertirse en agentes activos de la implantación romana a cambio de mantener su preeminencia y sus privilegios, subrogados pero reales, entre los que el dominio de la tierra no sería el menos importante⁸²⁸. No por casualidad en *Libisosa*, por ejemplo, las viviendas que muestran materiales más ricos y una mayor cantidad de grandes vasos de almacenaje son también las que reciben más importaciones mediterráneas y las que evidencian un modo de vida más “a la romana”⁸²⁹; y no por casualidad la única almazara documentada para esta época en la Alcudia de Elche aparece asociada a la estancia donde se halló el célebre mosaico de *Salaicos*⁸³⁰.

No encuentro en el sureste peninsular, en todo caso, ninguna evidencia de la puesta en práctica de la servidumbre comunitaria como medio de explotación de la tierra, como proponía hace ya tiempo J. Mangas⁸³¹, extrapolando tentativamente a todo el mundo ibérico las conclusiones que acertadamente obtuvo del estudio del bronce de la *Turris Lascutana*⁸³², y que por lo que hoy sabemos se referirían más bien a un tipo de organización político-económico más influido por patrones fenicio-púnicos.

⁸²⁶ Como sucede igualmente en otras zonas del mundo ibérico, como la Alta Andalucía; cf. Mayoral 2004: 161-162.

⁸²⁷ Grau y Moratalla 2004 a: 122.

⁸²⁸ Chapa y Mayoral 1998: 64.

⁸²⁹ Uroz 2012: 248.

⁸³⁰ Ramos Folqués 1975; Grau y Moratalla 2004 a: 122.

⁸³¹ Mangas 1977: 159.

⁸³² CIL II 5041.

Progresivamente iría proliferando, cierto es, la esclavitud como fuerza de trabajo, pero la mayor parte de los testimonios que tenemos al respecto son tardíos.

Gracias a todo ello, las fuentes clásicas ponderarán la gran capacidad productiva de las comunidades ibéricas. Respecto del sureste, nos señalan que cuando Escipión tomó *Carthago Noua*, se apoderó de los 30.000 modios de trigo y los 270.000 de cebada allí almacenados⁸³³; que la capital púnica estaba rodeada de fértiles tierras⁸³⁴ en las que germinaba la cebada más productiva de la Península⁸³⁵; y que por una parte significativa del interior murciano se extendía el *Campus Spartarius*, una amplia comarca donde se producía y explotaba el esparto, que era exportado desde Cartagena⁸³⁶. Más en general, los autores grecorromanos comentaron que en el 203 a.C. el precio del trigo descendió en Roma de manera sustancial debido al cereal importado desde la *Hispania* ocupada⁸³⁷; que en algunas regiones la tierra soportaba dos cosechas anuales de cebada⁸³⁸; que la vid, el olivo y la higuera crecían abundantes, sobre todo en las zonas costeras⁸³⁹; y que el vino de la *Tarraconense* era bien valorado y se producía de manera abundante ya desde época republicana⁸⁴⁰. Una prosperidad y una capacidad productiva, por cierto, que resultan tanto más significativas si pensamos en la rápida capacidad de recuperación de las estructuras productivas locales tras los desastres, las destrucciones y la merma del capital humano que debió conllevar la Segunda Guerra Púnica y las posteriores revueltas contra la dominación romana⁸⁴¹, y que nos hablan del gran nivel de especialización alcanzado ya por la economía de estas gentes y del gran control que sobre la misma ejercerían las elites locales, capaces de organizar la producción para la fiscalización de un importante volumen de excedentes.

⁸³³ Liv. XXVI, 47.

⁸³⁴ App., *Iber* XII.

⁸³⁵ Plin. XVIII, 79.

⁸³⁶ Str. III, 4, 9; Mel. II, 6, 86; Plin. XIX, 7, 26 y 30; XXXVII, 302; Justin. XLIV, 1, 6. Cf. Alfaro Giner 1975.

⁸³⁷ Liv. XXX, 26, 5.

⁸³⁸ Plin. XVIII, 80.

⁸³⁹ Str. III, 4, 16; Plin. *NH* XVII, 166 y 170.

⁸⁴⁰ Ovid. *Ars amandi* III, 645-646; Plin. XIV, 41. Cf. Étienne y Mayet 2000: 101-108 y 198.

⁸⁴¹ Izquierdo 1995: 193.

Pasemos ahora a hablar de la minería. Como señalaba hace unos años T. Chapa, el patrimonio de los aristócratas de esta época se basaría fundamentalmente no solo en la posesión y explotación de la tierra sino también en el control de los minerales⁸⁴².

Para la zona que nos ocupa, el principal núcleo minero cuya explotación se remonta a la Antigüedad es el sureste murciano, tanto entre Cartagena y el Cabo de Palos como en los alrededores de Mazarrón, con abundantes filones de galena, plomo argentífero y minerales ferruginosos⁸⁴³. En la provincia de Alicante, en torno a Jávea existen algunas vetas de hierro, y otras de menor importancia al sur del Alcoyà, en tanto que encontramos pequeños filones de oro, galena, cobre y plomo en las sierras que rodean la Depresión Meridional, si bien hoy día se consideran poco productivas⁸⁴⁴. Finalmente, en la meseta los yacimientos metalíferos apenas tienen importancia, más allá de ciertas vetas ferruginosas al aire libre y de las minas de azufre de Hellín⁸⁴⁵.

De hecho, los arqueólogos han conseguido documentar ciertos vestigios de la actividad minera en estas zonas. Así, aparecen algunos fragmentos de cerámica ática del s. IV a.C. en la fundición de la mina de La Balsa (Cartagena, Murcia)⁸⁴⁶, pero la mayoría de los materiales datan ya de los siglos II y I a.C., como, por ejemplo, la cerámica campaniense y los *kalathoi* decorados de las minas del Lomo de los Lobos (Cartagena, Murcia); las ánforas de Sancti Spiritus (Cartagena, Murcia); las ánforas, la cerámica campaniense y los *kalathoi* decorados de la Rambla de la Boltada (Cartagena, Murcia); la abundante cerámica campaniense y las ánforas de La Balsa; los picos de hierro hallados en Cabezo Rajado (La Unión, Murcia); las escorias de plomo y litargirio de Cabezo Agudo (La Unión, Murcia); las escorias de plomo, el *kalathos* y el ánfora de Cabezo Ventura (La Unión, Murcia); las escaleras, ruedas y vigas de madera, los picos de hierro, las cuerdas, sacos y cubos de esparto y las ánforas de Mazarrón (Murcia); o las monedas, lucernas, ánforas y cerámica campaniense documentada en Coto Fortuna (Mazarrón, Murcia)⁸⁴⁷. Caso algo distinto sería el de los materiales asociados a los

⁸⁴² Chapa 1992: 318-321.

⁸⁴³ Domergue 1987, I: 356; 1990: 62-63.

⁸⁴⁴ Domergue 1987, I: 2; 1990: 164; Grau y Reig 2002-2003: 103.

⁸⁴⁵ Domergue 1987, I: 1.

⁸⁴⁶ Domergue 1990: 167. *Vid.* Fig. 2.28.

⁸⁴⁷ Domergue 1987, I: 357-405; Orejas y Montero 2001: 141.

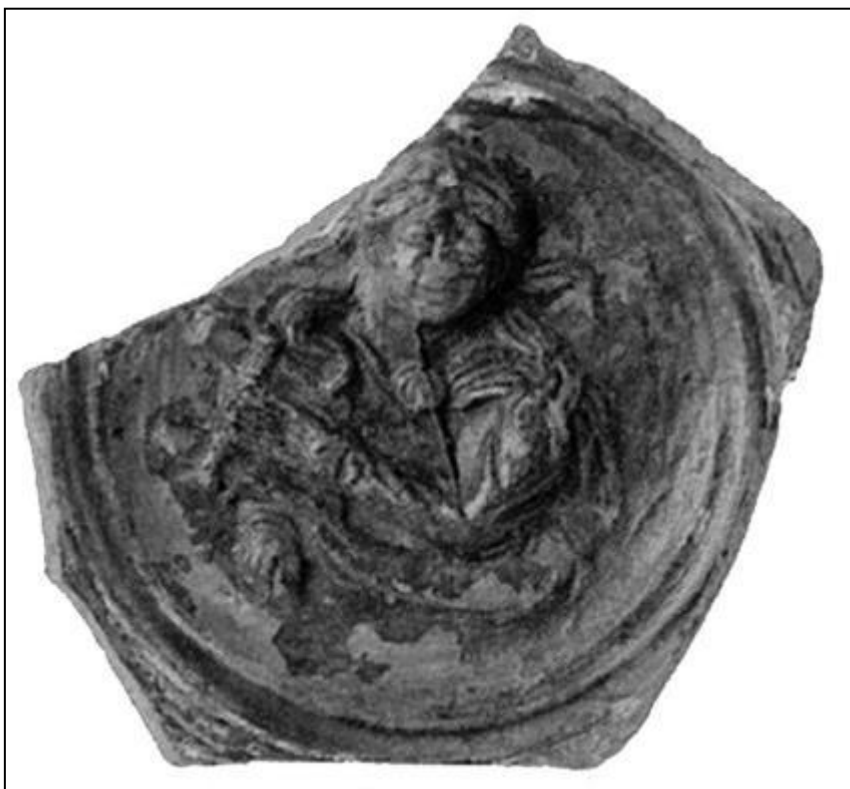


Fig. 2.28. Fondo de copa de barniz negro con Apolo/Orfeo con lira, hallada en la Mina de la Balsa.

diversos socavones, frentes, rafas y minas halladas en Cala Reona (Cartagena, Murcia), pues datan todos ellos del s. III a.C. y se encuadran en una facies púnica⁸⁴⁸, por lo que posiblemente nos encontremos ante una mina explotada y prácticamente agotada (al menos, en cuanto a niveles rentables de producción) durante la dominación cartaginesa.

Y es que, a diferencia de lo que he defendido que sucedió con la agricultura, la presencia cartaginesa sí que debió suponer una cesura en lo que respecta a la producción minera entre los iberos del sureste⁸⁴⁹. Para empezar, porque la capital púnica se estableció precisamente junto al mayor centro minero de la región, las sierras cartageneras, lo que evidencia hasta qué punto los gobernantes púnicos estaban interesados en optimizar la obtención y tratamiento del mineral; al fin y al cabo, según nos transmite Plinio, la mina de Baebelo, quizás no en el sureste sino en Sierra Morena, proporcionaba a Aníbal diariamente 300 libras de plata⁸⁵⁰. Pero

⁸⁴⁸ Martínez Salvador 2012.

⁸⁴⁹ Blázquez 1981: 25.

⁸⁵⁰ Plin., *NH.* XXXIII, 97.

también porque, como acabo de señalar, para las épocas anteriores a la presencia púnica posiblemente ya habría comenzado la explotación de las minas, pero a una escala mucho menor que a partir del 237 a.C., de tal manera que apenas nos han llegado vestigios arqueológicos de ello.

Aunque generalmente se asume que los cartagineses se habrían arrogado la propiedad de las minas y las explotarán de forma estatal mediante la aplicación sistemática de mano de obra esclava (de hecho, en alguna ocasión se ha planteado esto mismo incluso para momentos anteriores a la invasión púnica en la Alta Andalucía)⁸⁵¹, en mi opinión carecemos por el momento de elementos de juicio para determinar cómo se llevaría a cabo la explotación de las minas en época bárquida. En principio, podríamos pensar que, efectivamente, en un contexto de conflictos bélicos y conquista territorial, Cartago no habría tenido problemas para emplear población dependiente o esclava para este tipo de trabajos⁸⁵². También el Estado romano consideraba como propiedad estatal las minas, y acostumbraba a arrendar su explotación a *societates* de *negotiatores*, que empleaban mano de obra esclava. De hecho, en Cabezo Rajado aparecieron 31 lingotes de plomo en los que figuran inscritos los nombres de nueve *negotiatores*, y que estarían fechados por criterios onomásticos, filológicos y paleográficos, con una sola excepción de época imperial, entre el 140 a.C. y el principado de Augusto⁸⁵³; a su vez Estrabón nos refiere que, cuando Polibio visitó la ciudad y sus minas, en estas trabajaban 40.000 esclavos⁸⁵⁴; Diodoro Sículo informa que una turba de itálicos había invadido la región y se enriquecía arrendando al Estado la explotación de las minas y empleando en ella mano de obra esclava⁸⁵⁵; y además conocemos varios epígrafes de la zona dedicados por libertos, a algunos de los cuales se les ha atribuido una cronología republicana⁸⁵⁶.

Ahora bien, la situación no es tan sencilla como parece. En primer lugar, hemos de reparar que, en donde algunos autores han leído “esclavos”⁸⁵⁷, Estrabón habla en

⁸⁵¹ Ruiz Rodríguez y Molinos 1979: 153-154.

⁸⁵² González Wagner 1999: 280.

⁸⁵³ CIL II 3439 = CIL II 6247, 4 = CIL I² 2397 = ILS 8706 = ILLRP 1262. Cf. Marín Díaz 1988: 56; Mas 1988: 87-91; Pérez Ballester 1988: 251-252; Abascal y Gimeno 2000: 180; Díaz Ariño 2008: 288.

⁸⁵⁴ Str. III, 2, 10.

⁸⁵⁵ Diod. V, 36, 3.

⁸⁵⁶ González Fernández y Olivares 2010.

⁸⁵⁷ Cf., recientemente, Blázquez 2005: 1337.

realidad de ἀνθρώπων, “seres humanos”. La mención de Diodoro sí es mucho más explícita al respecto, pues habla de ἀνδραπόδων, pero no especifica cuándo comenzó a darse el fenómeno ni la escala a la que se dio. Y es que, tanto Diodoro como los lingotes de Cabezo Rajado son, al fin y al cabo, fuentes tardías, que nos ofrecen una información aplicable quizás al s. I a.C., pero cuya extrapolación al s. II a.C., y más aún a época bárquida, es problemática. Y más aún teniendo en cuenta que lo que nos muestra la arqueología de las regiones mineras cartageneras es un poblamiento disperso, conformado por minúsculas explotaciones, pequeños hábitats y aislados talleres de transformación del mineral⁸⁵⁸; un poblamiento que parece referirse más a una explotación minera doméstica, o al menos poco organizada, más próxima a las labores de copelación de la plata dentro de las viviendas que observábamos en los poblados ibéricos del s. IV a.C. que al sistema esclavista romano clásico.

Pensar en un Estado (cartaginés o romano) que reclama la propiedad de las minas pero que permite que una serie de pequeñas comunidades las exploten y entreguen a la administración parte del producto obtenido, además, dotaría de sentido a la información, extraña de otra manera, según la cual Catón, entre sus medidas punitivas contra la población local, legisló durante su estancia en *Hispania Citerior* un impuesto que grababa la producción minera⁸⁵⁹, medida que fue ratificada por el Senado⁸⁶⁰. Cartago, y Roma en un principio, probablemente confiaron la producción minera a las elites locales, que colaborarían con el poder colonial organizando la explotación a pequeña escala para mantener, con el apoyo de este, su preeminencia y privilegios⁸⁶¹, situación que por otra parte ha sido bien estudiada en las minas del noroeste peninsular para época algo posterior⁸⁶² y que se intuye en Sierra Morena⁸⁶³. La “turba” de *negotiatores* de la que hablaba Diodoro, y su sistema esclavista, se iría implantando paulatinamente, pero solo un tiempo después.

⁸⁵⁸ Berrocal Caparrós 2008; Antolinos 2008; 2012.

⁸⁵⁹ Liv. XXXIV, 21, 7.

⁸⁶⁰ Plut. *Cat.* XI, 2. C. Domergue (1990: 243-252) defiende que desde la guerra y hasta 295 a.C. las minas estuvieron cerradas, y que fue Catón quien reorganizó el sistema de explotación, dependiente de las estructuras estatales.

⁸⁶¹ Chapa 1992: 324-325.

⁸⁶² Cf. en último lugar, Orejas, Sastre y Zubiaurre 2012.

⁸⁶³ Chapa y Mayoral 1998: 68.

En tercer lugar, otra importante actividad productiva sería, sin lugar a dudas, la explotación de la sal, si bien en este caso las fuentes de las que disponemos para su análisis son especialmente parcas. La disponibilidad contante de sal en grandes cantidades sería fundamental, como bien sabemos, para la conservación de los alimentos y el mantenimiento de la cabaña ganadera, para el consumo humano y, en algunos casos, por sus propiedades curativas⁸⁶⁴. No en vano Plinio señalaba que “*uita humanior sine sale non quit degere*”⁸⁶⁵, y citaba un proverbio según el cual “*totis corporibus nihil esse utilius sale et sole*”⁸⁶⁶.

Por lo que respecta a la Península Ibérica, los autores romanos expresan su sorpresa por la escala de la explotación de la sal gema⁸⁶⁷, y alabaron la calidad del producto hispano por sus cualidades gastronómicas y medicinales⁸⁶⁸. Para nuestra zona de estudio, conocemos salinas costeras naturales en Jávea, Calpe, Santa Pola, Guardamar del Segura, Torrevieja, Cartagena y Mazarrón, y tenemos documentado un topónimo, *Alonis*⁸⁶⁹, que ha sido puesto en relación por algunos autores con la explotación de la sal⁸⁷⁰. En el interior, tenemos noticia de lagunas salobres que ya existirían en época antigua en Salinas, Villena, Saladar, Pétrola, Fuentealbilla y Salobral por hablar únicamente de las más conocidas⁸⁷¹, y ha llegado hasta nosotros el topónimo de *Egelasta*⁸⁷², *ciuitas stipendiaria* según Plinio famosa por sus sales naturales, que ponderan otros muchos autores de la Antigüedad, y que ha sido identificada en alguna ocasión con la laguna de Saladar⁸⁷³.

⁸⁶⁴ Mangas y Hernando 1990-1991; 2011: 11-22; Morère 1994: 249-250; Carrera, Madaria y Vives-Ferrándiz 2000: 54-64; Fernández Uriel 2000; Étienne y Mayet 2002.

⁸⁶⁵ Plin. *NH.* XXXI, 88.

⁸⁶⁶ Plin. *NH.* XXXI, 102.

⁸⁶⁷ Catón ponderaba su carácter inagotable (*Gel. NA* II, 22, 28-29), en tanto que Solino (*XIII*, 1-4), tiempo después, comentaba que en *Hispania* la sal no se obtenía desecándola sino cavando en la tierra.

⁸⁶⁸ Cf. Mangas y Myro (eds.) 2003.

⁸⁶⁹ St. Byz. s.v. Ἀλωνίς; Mel. II, 93; Ptol. II, 6, 14; Ravenn. 304, 16;

⁸⁷⁰ Tradicionalmente el topónimo se viene poniendo en relación con la sal (cf. Schulten 1958-1961: 354), pero P. Moret (2000: 251) señaló acertadamente que el término griego ἄλς comienza por una alfa aspirada que en *Alon* no aparece; ahora bien, en los distintos manuscritos de Ptolomeo que han llegado hasta nosotros se nos ofrecen diversas variantes del topónimo, algunas de las cuales sí muestran esta alfa aspirada, por lo que la cuestión debe quedar abierta. Otros autores, de hecho, se decantan por atribuir una etimología a *Alonis* relacionada con el trigo, la plata o, simplemente, el adverbio “otro”; cf. Hübner 1892: s.v. *Alonis*; Jacob 1985: 256; Brotons 1999: 71; Mangas y Plácido (eds.) 1998: 10 y 150.

⁸⁷¹ Mederos y Ruiz Cabrero 2000-2001; Sanz y Blánquez 2010: 254.

⁸⁷² Str. III, 4, 9; Plin. *NH* III, 25; XXXI, 80; Ptol. II, 6, 56.

⁸⁷³ Morère 1994: 237.

Desde luego, la mayoría de estas salinas habrían sido explotadas durante todo el I milenio a.C., y la demanda de este producto posiblemente sirvieron para fomentar los intercambios y movimientos regionales e interregionales⁸⁷⁴. Ahora bien, la inclusión del sureste en las estructuras provinciales romanas y la dinamización de la economía que ello supuso con toda probabilidad determinó un aumento de la importancia de la producción de la sal, que se tornaría fundamental para mantener el sistema económico. Desde este punto de vista, resulta lógico que observemos la aparición de toda una serie de asentamientos, seguramente vinculados (al menos parcialmente) a la explotación de este producto, tales como Punta del Arenal (Jávea, Alicante), *Portus Ilicitanus*, Las Mateas (Los Nietos, Murcia), Castillicos (Los Nietos, Murcia) o Paturro (La Unión, Murcia)⁸⁷⁵. Por lo que respecta a su sistema de explotación, de nuevo nos encontramos con el mismo problema que señalé respecto de las minas: tradicionalmente se ha supuesto que desde época cartaginesa serían atendidas por mano de obra esclava⁸⁷⁶, ya que según la legislación romana estas eran ineludiblemente propiedad del Estado⁸⁷⁷. Ahora bien, posiblemente este sistema de producción no se impondría sino paulatinamente, quedando en primer lugar las salinas en manos de las unidades domésticas que venían explotándolas desde siglos atrás, bien que, a partir de la conquista romana, lo hagan por delegación del Estado y a él deban contribuir con una parte de la producción.

Ligadas a este despegue de la producción y el comercio de la sal, por cierto, observamos desde el s. I a.C. un aumento de la producción de salazones en la costa del sureste, producción de la que hasta entonces apenas teníamos constancia. Así, en torno a esta época podrían datarse las almadrabas de Poblets (Alicante), Jávea, Teulada (Alicante), Calpe, Benidorm, Vila Joiosa, Campello, Alicante y Santa Pola⁸⁷⁸.

Por lo que respecta a la artesanía, creo que no es necesario detenernos en ella, pues hasta el cambio de Era apenas se perciben cambios en las tendencias hacia la especialización (hacia la “industrialización”, si se quiere) de las que ya venía hablando

⁸⁷⁴ Mederos y Ruiz Cabrero 2000-2001; Étienne y Mayet 2002: 16-18; Rosselló 2004.

⁸⁷⁵ Étienne y Mayet 2002: 59-60.

⁸⁷⁶ Cf. por ejemplo González Wagner 1999: 280.

⁸⁷⁷ Étienne y Mayet 2002: 19-26.

⁸⁷⁸ Carrera, Madaria y Vives-Ferrándiz 2000: 47; Rosselló 2004: 263.

para el s. IV a.C. A partir de finales del s. III a.C. sí que se introducen, por supuesto, nuevas técnicas y nuevos estilos decorativos, pero creo que estos no alteran significativamente la forma en la que las elites locales instrumentalizaban ciertos sectores para legitimar su preponderancia.

Más interesantes resultan, sin embargo, las transformaciones operadas en el comercio. Según C. Aranegui, a partir del s. III a.C. los antiguos centros dedicados en exclusiva a la redistribución comercial pierden importancia a favor de un sistema más atomizado basado en la presencia de barrios comerciales enclavados en los diversos núcleos urbanos del sureste⁸⁷⁹. Esta lectura se basa, sin embargo, en la premisa de la existencia en épocas anteriores de asentamientos comerciales ibéricos fuertemente especializados, algo que no es fácil de demostrar, pues como ya señalé en su momento los dos únicos poblados que se escapan del patrón habitual de poblamiento de la época son La Picola y la Illeta dels Banyets, y el primero concentra su “excepcionalidad” en el plano urbanístico pero no en el registro mueble (lo que nos habla de unos modos de vida y una economía diversificada análogos a los de los otros poblados de la época, y no forzosamente volcados por completo al comercio), en tanto que del segundo, como ya argumenté, creo que solo conocemos el barrio comercial portuario, y por tanto tenemos de él una visión muy sesgada.

Sí que es cierto, en todo caso, que a partir del s. III a.C. surge un nuevo gran puerto peninsular que se sumaría a *Emporion*, *Ebusus* y *Gades* como principales enclaves receptores de la navegación y el comercio mediterráneos: *Carthago Noua*; y también que, como ya enumeré cuando hablaba del poblamiento de esta época, se desarrolla por todo el litoral del sureste un tupido rosario de puertos pequeños y medianos, que diversifica las escalas posibles para el sistema de redistribución de mercancías a escala regional.

Este florecimiento del poblamiento costero es consecuente con el gran despegue sin precedentes del comercio marítimo. La potenciación de las redes comerciales gracias a un aumento de la oferta (que viene dado por el elevado grado de industrialización que alcanzan determinados sectores económicos romanos) y un aumento de la demanda (provocado por el gran desarrollo de la urbanización en la

⁸⁷⁹ Aranegui 2004 a: 118-119 y 127.

Península Ibérica), la implementación de la ingeniería de puertos⁸⁸⁰ (perceptible ya en muchos puntos del litoral del sureste en torno al cambio de era⁸⁸¹) y el mantenimiento de una cierta seguridad en el mar gracias a la constantemente activa y paulatinamente exitosa lucha contra la piratería⁸⁸², favorecerán que el tráfico de enormes mercantes entre la Península Ibérica y la Itálica sea continuo, y que el tonelaje de mercancías intercambiadas inunde rápidamente los mercados⁸⁸³, aun cuando la navegación de altura nunca dejó de comportar elevados riesgos⁸⁸⁴.

Ahora bien, para comprender mejor el fenómeno es necesario reparar en que Roma no era la única contrapartida comercial de las comunidades ibéricas. Y es que, a pesar de la derrota de Cartago en la Segunda Guerra Púnica y la conversión de sus territorios peninsulares en dos *provinciae* romanas, los antiguos lazos comerciales se mantuvieron, y los materiales púnicos, no solo cartagineses sino también ibicencos y del norte de África, no dejaron de arribar a las costas peninsulares⁸⁸⁵, como también lo hizo la moneda de bronce de la ceca ibicenca, de gran difusión por el sureste⁸⁸⁶.

Desde estos presupuestos, no es sorprendente que el horizonte de las importaciones que observamos en el sureste peninsular durante los siglos II y I a.C. combinen precisamente las ánforas del círculo púnico (Mañá A4, C y D centromediterráneas, Eb. 29 ibicencas, T-7.4.3.3 del Círculo del Estrecho...) con las itálicas (fundamentalmente Dr.1 y Lamb. 2)⁸⁸⁷, aunque la vajilla de mesa importada será fundamentalmente itálica, sobre todo campaniense A (desde finales del s. III a.C.) y B, cerámica del taller de las pequeñas estampillas (desde finales del s. IV a.C.), cerámica sobrepintada de Gnatia, cerámica calena de barniz negro, cerámica helenística de relieves y *lagynoi* de engobe blanco⁸⁸⁸.

⁸⁸⁰ Para las infraestructuras portuarias construidas en Ampurias en torno a comienzos del s. I a.C., cf. por ejemplo Nieto Prieto y Raurich 1998; Nieto Prieto *et alii* 2005.

⁸⁸¹ Peña Olivas y Prada 1996.

⁸⁸² Álvarez-Ossorio 2008.

⁸⁸³ Gianfrotta 2007.

⁸⁸⁴ Por poner un único ejemplo ilustrativo, en su viaje de retorno entre Iberia e Italia, los inesperados vientos favorables hicieron que el navío de Posidonio empleara tres meses en completar el trayecto. Cf. Medas 2005.

⁸⁸⁵ Martín Camino y Roldán 1991-1992: 160; Ramón Torres 2008.

⁸⁸⁶ Campo 2000: 99.

⁸⁸⁷ Oliver 1995: 286-287; Sala 1998: 45-46; 2001-2002:290-291.

⁸⁸⁸ Laumonier 1962; Pérez Ballester 1994; Sala 1998: 46; Olcina y Sala 2000: 108-112; Cibecchini y Principal 2002; Almagro Gorbea 2003: 15; Cabrera Bonet 2004; 2004 a.

Por lo que respecta al modo en el que llegaban todas estas importaciones, podemos conocerlo mejor a través de los pecios⁸⁸⁹, pues, a diferencia de épocas anteriores, para los ss. III-I a.C. tenemos documentados ya abundantes yacimientos de este tipo frente a las costas hispanas. El más conocido de todos ellos es, quizás, el de Binisafúller (Sant Lluís, Menorca), un navío que se hundió al sur de Menorca, posiblemente hacia la primera mitad del s. III a.C.⁸⁹⁰, mientras transportaba 150 ánforas ibéricas de procedencia catalana (sobre las que se han detectado 21 grafitos, algunos en escritura ibérica y otros en neopúnica), tres o cuatro ejemplares ibicencos PE 14 y PE 15, un ánfora cilíndrica púnica, una pátera protocampaniense con un grafito neopúnico, y dos imitaciones ibicencas de páteras campanienses, todo lo cual nos permite interpretarlo como un mercante de mediano porte y tripulación posiblemente de procedencia cartaginesa (a juzgar por los grafitos) que traficaba con una determinada mercancía, seguramente vino, por las costas del Mediterráneo Occidental.

Pecios de este mismo tipo son la mayoría de los que tenemos documentados en las costas del sureste peninsular, aunque por lo general han llegado hasta nosotros de manera bastante más fragmentaria. Así, fue localizado en Esculls del Mojón (San Pedro del Pinatar, Murcia) un cargamento de ánforas Dr1A, acompañado de algunas ánforas grecoitalicas y otras ebusitanas PE15, y de unos cuantos vasos de campaniense A y cerámica de paredes finas, todo ello datado entre los siglos II y I a.C.; en Dunas del Pinatar (San Pedro del Pinatar, Murcia) se rescataron algunas ánforas Dr1 y Dr20, así como cerámica campaniense, todo ello datado entre los siglos II a.C. y I d.C.; de Ferreol (San Pedro del Pinatar, Murcia) conservamos algunas ánforas Dr1A, Dr1B, grecoitalicas y púnicas Mañá-Pascual A4 y Mañá C2A, abundante cerámica campaniense B y algunos restos del navío, datándose el conjunto en el s. I a.C.; en Punta de Pudrimel (San Pedro del Pinatar, Murcia) se documenta material muy heterogéneo y de diversas épocas, distinguiéndose entre los vasos más antiguos diversas ánforas Dr1 y grecoitalicas, y

⁸⁸⁹ Para el valor y las limitaciones del uso de los pecios para el análisis del comercio, cf. recientemente Gould 2011: 151-170.

⁸⁹⁰ Guerrero, Miró y Ramón 1989: 122; Guerrero 1993: 182; Guerrero y Quintana 2000: 168-172. Para una datación más temprana de este pecio, con la que estoy en desacuerdo pues se basa solo en los materiales más antiguos y, supuestamente, en las características técnicas de la arquitectura naval del buque, cf. Aguelo *et alii* 2007: 206. Para una descripción detallada del pecio y un recuento bibliográfico, cf. García Cardiel 2013: 71-72.

cerámica campaniense A y B; en la Torre Derribada se rescataron ánforas grecoitálicas de transición, Dr1 y algunas indeterminadas, y cerámica campaniense y común romana; del Bajo de la Campana (San Javier, Murcia) procede un pecio de esta época, compuesto por abundantes fragmentos de ánfora púnico-ebusitana PE17; en las Amoladeras (Cartagena, Murcia) se halló un cargamento de ánforas Dr1, cerámica común romana, metal, un amuleto fálico de oro, algunos glandes y *tesseras* de plomo en alfabeto ibérico, medio lingote de plomo y maderos procedentes del barco, datado entre los siglos II y I a.C.; en el Bajío del Capitán (Cartagena, Murcia), junto a la isla Escombrera, se documentó gran número de ánforas grecoitálicas de transición, cerámica común y un caldero de bronce, junto a los restos del carguero, que se hundiría hacia el s. II a.C.⁸⁹¹; finalmente, en las cercanías de la Cueva de los Lobos (Mazarrón, Murcia) se detectó una gran acumulación de material anfórico de los ss. II-I a.C., muy rodado y que ya había sido objeto de repetidos expolios⁸⁹². En definitiva, se trata en todos los casos de pequeños mercantes hallados en torno al puerto de *Carthago Noua*, el principal de la región, que transportarían cargamentos fundamentalmente anfóricos y que se ocuparían de la redistribución regional de los mismos.

Caso algo distinto es el del pecio de Punta de Algas (Cartagena, Murcia), datado hacia el s. I a.C.⁸⁹³. En esta ocasión nos encontramos ya con una nave oneraria de cierto porte, de arquitectura naval típicamente romana forrada con planchas de plomo, con una eslora de unos 25m y una manga de 8,5, y por tanto un desplazamiento de unas 200 toneladas⁸⁹⁴, consecuente con las 500-700 ánforas Lamb.2 recuperadas, además de algunos vasos de cerámica común romana y campaniense⁸⁹⁵. Un mercante, en definitiva, que traficaría con grandes cargamentos entre *Carthago Noua* y los puertos itálicos, cargamentos que más tarde serían redistribuidos a nivel regional⁸⁹⁶.

⁸⁹¹ Vid. Fig. 2.29.

⁸⁹² Mas 1985: 162; Pinedo 1996; Pascual Berlanga 1998; Guerrero y Roldán 1992.

⁸⁹³ Según los diversos autores, el pecio ha sido datado en la primera mitad del s. I a.C. (Mas 1969-1970: 414; AA.VV. 2008: 204) o en la segunda mitad de dicha centuria (Guerrero y Roldán 1992: 133).

⁸⁹⁴ Mas 1969-1970: 425. Vid. Fig. 2.30.

⁸⁹⁵ Mas 1969: 408-414; Guerrero y Roldán 1992: 133; AA.VV. 2008: 204

⁸⁹⁶ García Cardiel 2013: 47-48.



Fig. 2.29: Selección de materiales del pecio del Bajío del Capitán.

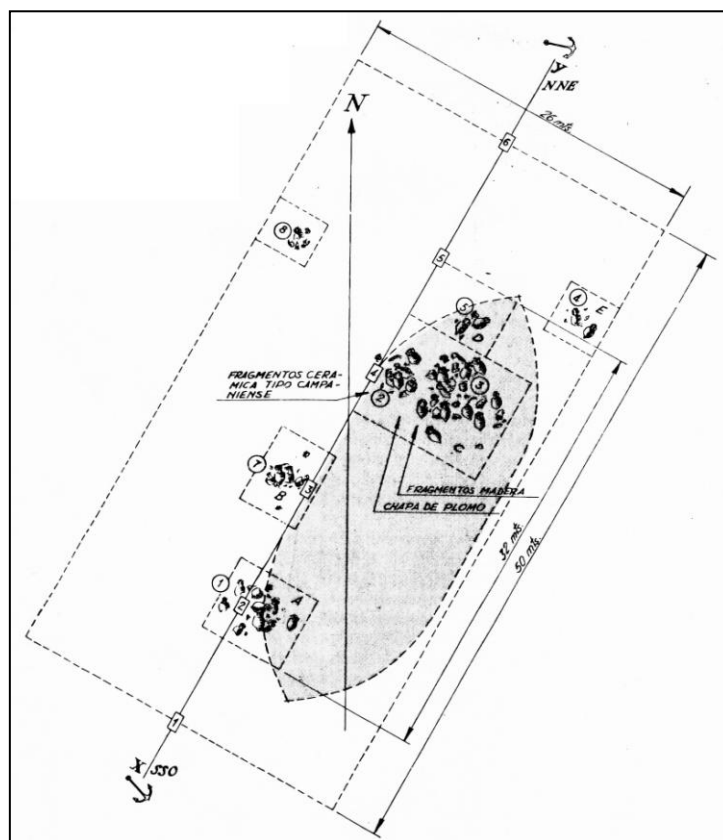


Fig. 2.30. Pecio de Punta de Algas.

Otros pecios más tardíos, de mediados del s. I d.C. y que por tanto solo mencionaré, son los de la Albufereta⁸⁹⁷ (Alicante) y Bou Ferrer⁸⁹⁸ (La Vila Joiosa, Alicante), este último de nuevo un gran mercante como los que cada vez serían más frecuentes en el Mediterráneo occidental.

Es de reseñar, finalmente, que contra todo esta importación masiva de ánforas vinarias o olearias y cerámica campaniense, se exportarían desde el sureste sobre todo materias primas, fundamentalmente hierro y plata⁸⁹⁹, aunque también seguramente otros productos como cereales, esparto, tejidos, salazones, sal, etc. De hecho, aunque se trata de un tema sobre el que aún cabría profundizar, son ya varios los estudios que denuncian la presencia de cerámica ibérica tardía, de los siglos de los que ahora estoy hablando, distribuida por toda la Península Itálica⁹⁰⁰.

Este nuevo despegue del comercio transmediterráneo que se produce a partir de finales del s. III a.C. vino acompañado, por cierto, de una progresiva, aunque lenta, monetización del sureste ibérico. El proceso comenzó ya durante la II Guerra Púnica, cuando cartagineses y romanos, pero también seguramente ebusitanos, gaditanos y arsetanos, acuñaron moneda en grandes cantidades para financiar a los ejércitos en contienda⁹⁰¹, cuyos movimientos por la región facilitaron la difusión de estas piezas y su intrusión en los circuitos económicos regionales, pero también su ocultación y pérdida, lo que facilita que los arqueólogos hayan podido hallarlas⁹⁰². Así, para el corto período de la presencia cartaginesa y para la zona de estudio, tenemos conocimiento de la ocultación del tesoro de Mazarrón, compuesto por casi un centenar de shekels y algunos dishekels y trishekels y seguramente relacionado con la actividad minera de la zona⁹⁰³; la de las minas de Cartagena, compuesta por un shekel cartaginés, una didracma ebusitana y una dracma emporitana⁹⁰⁴; la de La Escuera, compuesta por 64 de piezas de bronce, muchas de ellas ilegibles pero las demás hispano-cartaginesas, de

⁸⁹⁷ Fernández Izquierdo, Berni y Aguilera 2007.

⁸⁹⁸ De Juan, Cibecchini y Vento 2007.

⁸⁹⁹ Ramallo 1996: 41.

⁹⁰⁰ Cuadrado 1952; Bencivenga 1985; Bruni 1992; Muscolino 2006.

⁹⁰¹ Villaronga 1986: 162; Chaves 1990.

⁹⁰² Campo 2000: 95-96.

⁹⁰³ Villaronga 1973: 73-74; 1993: 23.

⁹⁰⁴ Villaronga 1973: 75-76; 1993: 23; Alfaro Asins 2000: 103; 2002: 21.

diverso módulo⁹⁰⁵; el tesorillo compuesto por una cincuentena de monedas púnicas-peninsulares y un pegote de piezas inclasificables, hallado en Errecorrals y generalmente obviado por la historiografía⁹⁰⁶; o la “multitud de monedas cartaginesas” dispersas por la necrópolis del Montañar (Jávea, Alicante), fuera de las tumbas, según noticia de F. Figueras, quien no ofrece más detalles⁹⁰⁷.

En relación con esta relativa abundancia de moneda en la zona costera, donde la presencia de tropas cartaginesas hubo de ser mucho más frecuente, en el sureste meseteño sin embargo hasta bien entrado el s. II a.C. apenas tenemos documentados hallazgos monetarios, hasta el punto de que R. Sanz solo recoge seis piezas púnicas en su tesis doctoral⁹⁰⁸.

Comprendiendo también moneda hispano-cartaginesa pero con una fecha de ocultación seguramente algo posterior, he de citar igualmente el tesoro de Alicante, de contexto de hallazgo desconocido y que se dispersó rápidamente entre manos privadas, pero que comprendía al menos un trishekel, varios denarios del 206 a.C., seis tetradracmas de Alejandro Magno, uno de Antíoco III y uno de Side⁹⁰⁹. Mucho más conocido es el llamado tesoro de Mogente, hallado en 1910 e igualmente disperso en parte entre manos privadas, si bien en este caso sospechamos cuál fue su lugar de hallazgo (el asentamiento de Castellaret, Mogente, Valencia)⁹¹⁰ y tenemos constancia a grandes rasgos de las 149 piezas que lo componían gracias a que fue inmediatamente publicado por L. Gestoso⁹¹¹: hablo de un conjunto formado mayoritariamente por dracmas de diverso tipo y procedencia, pero que comprendía también moneda hispano-cartaginesa, ebusitana, siracusana y un victoriato romano, y cuya ocultación es datada por M.P. García-Bellido en los años inmediatamente posteriores a la toma de *Carthago Noua* por Escipión⁹¹².

Existe, a mi modo de ver, una diferencia fundamental entre todas estas ocultaciones respecto de las épocas anteriores, más allá de su abundancia relativa. Y es

⁹⁰⁵ Llobregat 1966; Ramón Sánchez 2002.

⁹⁰⁶ Llobregat 1966: 71-75.

⁹⁰⁷ Figueras 1959: 225.

⁹⁰⁸ Sanz 1997: 210.

⁹⁰⁹ Alfaro Asins 2000: 104-105.

⁹¹⁰ Aparicio y San Valero 1977: 66; Aparicio y Cisneros 2007: 23-28.

⁹¹¹ Gestoso 1910. Cf. Llobregat 1972: 134; Ripollés 1980: 59; García-Bellido 1990.

⁹¹² García-Bellido 1990: 51. J. Aparicio y F. Cisneros (2007: 26) lo datan en el primer lustro del s. II a.C.

que, al contrario de lo que sucedía con el tesoro de Montgó y con buena parte de los hallazgos esporádicos de los que hablé antes, en este caso los tesorillos están formados únicamente por moneda acuñada⁹¹³, y parecen privados de cualquier tipo de connotación ritual. Son la prueba, en definitiva, de que finalmente se va extendiendo por el sureste el uso de la moneda como instrumento de cambio, y se atesora como tal y no únicamente por su valor intrínseco.

Como consecuencia directa de lo anterior, posiblemente, comenzaron a acuñarse las primeras piezas en *Saetabi*, tal vez en los momentos inmediatamente posteriores al final de la II Guerra Púnica, o quizás incluso durante la contienda⁹¹⁴.

Se trata sin embargo de la única ceca del sureste que emitirá moneda hasta la segunda mitad del s. I a.C., algo enormemente significativo y de difícil interpretación, pues en las otras regiones hispanas observamos la actividad de abundantes cecas desde mucho antes. Máxime cuando, además, tenemos perfecta constancia de que las gentes del sureste emplearon la moneda como instrumento de cambio durante los ss. II y I a.C., al menos para determinadas transacciones y como mecanismo de atesoramiento de riqueza, como se desprende del hallazgo de frecuentes ocultamientos, tales como el de Pedreguer (Alicante), con casi un centenar de piezas ebusitanas⁹¹⁵; el tesoro de denarios y algunos victoriatos de Cachapets (Crevillente, Alicante)⁹¹⁶; el algo posterior tesoro de una veintena de piezas entre denarios romanos y moneda ibérica de El Sarso (Crevillente, Alicante)⁹¹⁷, los de Barranco Romero (Nerpio, Albacete)⁹¹⁸, Baños de Fortuna (Fortuna, Murcia)⁹¹⁹, Somblanca (Jumilla, Murcia)⁹²⁰, los

⁹¹³ P.P. Ripollés (2009:74) señala que durante la II Guerra Púnica fueron frecuentes las ocultaciones mixtas de moneda, lingotes y objetos de plata, pero no indica a qué ocultaciones se refieren. En todo caso, la existencia de estas no excluye que desde estos años comiencen a ser frecuentes los tesorillos formados únicamente por moneda, y por lo tanto no invalida, creo, mi razonamiento.

⁹¹⁴ Chaves 1991: 37-38; Ripollés 2007.

⁹¹⁵ Collado y Gozalbes 2002. Es de reseñar que solamente 27 de estas piezas han llegado hasta nosotros, y que la procedencia de este tesorillo no es segura, por lo que los autores que lo publican prefieren circunscribirlo en general a la Marina Alta.

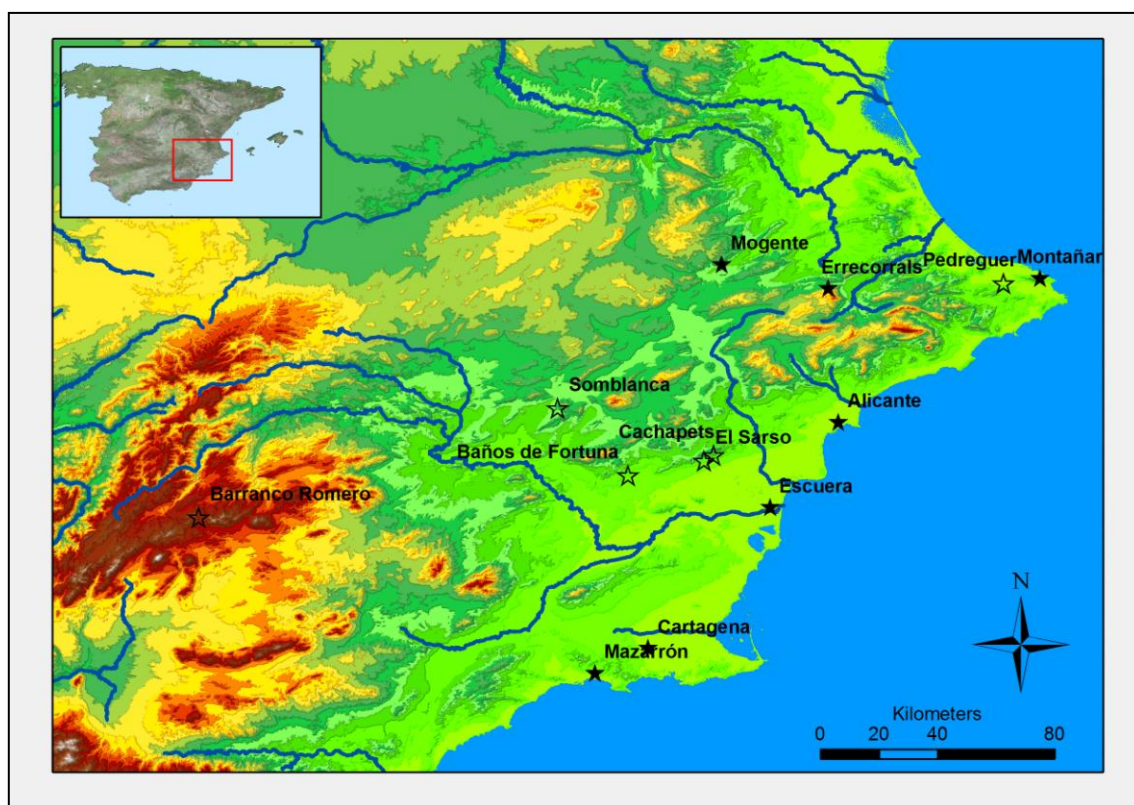
⁹¹⁶ González Prats y Abascal 1989.

⁹¹⁷ Arévalo y Campos 2000: 30.

⁹¹⁸ Vidal 1984; Sanz 1997: 177.

⁹¹⁹ Lechuga 1986: 91-93.

⁹²⁰ Lechuga 1986: 80-90.



Mapa 2.7. Distribución de tesorillos en el Sureste, entre finales del s. III y finales del I a.C.

tres escondidos durante las guerras sertorianas⁹²¹; o las diversas monedas dispersas halladas por toda la región⁹²².

Esta ausencia de acuñaciones, que por cierto parece contradecir el controvertido modelo de S. Keay que relacionaba las acuñaciones locales hispanas con el pago de las *vectigalia*⁹²³ creo que encuentra su mejor explicación pensando en unas comunidades que, después de siglos comerciando con agentes de todo el Mediterráneo y utilizando para ello metales en bruto o en lingotes, no vieron necesidad ahora en realizar sus propias emisiones, sino que para aquellos pagos que necesariamente requirieran moneda emplearon aquellas que en ese momento circulaban por el Imperio; al fin y al cabo, los gobernantes locales del sureste tenían sus propios medios de auto-representación y de propaganda ideológica.

⁹²¹ Vid. Mapa 2.7.

⁹²² Ripollés 1980; López Castro y Escoriza 1988; Martínez Pérez y Martínez Inclán 1989; Alberola y Abascal 1998; Sanz 1997: 321-347; Abascal y Alberola 2007.

⁹²³ Keay 1992: 288-291; 1995: 294-295. Para las contraargumentaciones a su modelo explicativo, cf. Chaves 1994: 108-112; García-Bellido 1986: 13; 1993 a: 99-100.

2.7. Ostentación y redistribución.

Recapitulando las páginas anteriores, podemos observar cómo la complejización de las estructuras económicas ibéricas conlleva, por una parte, una especialización progresiva de algunos de los distintos sectores económicos, y por la otra, la puesta en práctica de diversas estrategias por parte de las elites locales para intervenir o, en su caso, apropiarse de ciertos resortes de la economía que consideran diacríticos para potenciar o reforzar su preeminencia social.

Resta, sin embargo, analizar por qué el acaparamiento de determinados productos en un momento dado puede potenciar o reforzar la preeminencia social de sus poseedores. Y es que, como se ha señalado en alguna ocasión, la correlación entre autoridad y riqueza es una idea poderosa, podría decirse que casi “intuitiva”, que ha sido sucesivamente reelaborada en innumerables ocasiones, pero que en realidad debe ser discutida, pues no es forzosamente cierta⁹²⁴.

Entre las gentes mediterráneas antiguas rara vez prevaleció la nobleza de nacimiento como una cualidad absoluta, como afirmaba Duploux para la sociedad griega arcaica⁹²⁵, y como en mi opinión se puede aducir para el mundo ibérico: no existen individuos “nobles” propiamente dichos, sino unos individuos más nobles que otros, y algunos menos nobles que otros. Lo importante para el gobernante que aspira a serlo (o a continuar siéndolo) es acumular el capital simbólico requerido para ello, entendiendo por este, como hacía P. Bourdieu, el capital aceptado como legítimo, aunque a veces implícito o incluso teóricamente negado, que la comunidad le reconoce a alguien como avance, en prenda de garantía material o simbólica, a cambio del beneficio que las gentes esperan obtener de ese alguien si se diera la ocasión⁹²⁶. La relación existente entre estatus, capital simbólico y riqueza se resuelve pensando en que el aristócrata habrá de ganarse la preeminencia social deseada invirtiendo sus riquezas de diversas maneras para obtener a cambio capital simbólico, y por ende prestigio social.

Esta inversión de riqueza a cambio de prestigio social se puede llevar a cabo, desde mi punto de vista, de tres formas fundamentales: la materialización (sobre la

⁹²⁴ Babić 2005: 70.

⁹²⁵ Duploux 2006: 52.

⁹²⁶ Bourdieu 2007: 187-190.

que ahora no me extenderé, pues se explicitará en los siguientes capítulos), la ostentación y la redistribución⁹²⁷.

Hablemos primero de la ostentación. En palabras de A. Gilman, “el consumo visible por parte de la elite del trabajo de la gente común en forma de exhibiciones suntuarias, ceremonias públicas, edificación monumental, etc., en conjunto sirve para mostrar quiénes son los que mandan y por qué”⁹²⁸. Y ello debido seguramente, en mi opinión, a que el gasto ostentoso demuestra no solo la capacidad de consumo de quien lo realiza, sino que presupone su capacidad para reponer esos bienes, para volver a producirlos, adquirirlos o fiscalizarlos, y su disponibilidad de otros bienes parecidos en cantidad suficiente como para que su estatus no se vea menoscabado hasta que consiga remplazarlos⁹²⁹. En definitiva, y de nuevo citando a A. Gilman, el gasto ostentatorio es signo inequívoco del acceso preferencial de quien lo realice a los recursos y al trabajo de la gente común, esto es, a los medios de producción, o al menos a ciertos medios de producción⁹³⁰.

En el proceso que vengo analizando, el consumo ostentatorio tarda un cierto tiempo en aparecer en el registro, quizás porque las desigualdades en el acceso a los medios de producción aún no son demasiado profundas, o no son lo suficientemente estables. Frente a la etapa anterior, en la que se documentaban grandes depósitos de riqueza ostentosa tales como el llamado tesoro de Villena, a partir de las transformaciones socioeconómicas que se desencadenaron con el inicio del proceso colonial en el s. VIII a.C. este tipo de consumo se obvia, y solo vuelve a aparecer de manera tímida y aislada en algunas comunidades un cierto tiempo después. Así podemos interpretar, por ejemplo, los brazaletes espiriliformes de bronce rematados en cabezas de serpiente de Casarejos⁹³¹ datables por el contexto del yacimiento entre los ss. VII y VI a.C.; la arracada de la Condomina (Villena, Alicante), una pieza de orfebrería excepcional datable en el s. VI a.C.⁹³²; el tesoro de Peña Negra, del que ya

⁹²⁷ *Vid.* Fig. 2.31.

⁹²⁸ Gilman 1997: 86.

⁹²⁹ Cf. Harris 1980: 102-120.

⁹³⁰ Gilman 1997: 86.

⁹³¹ Mancha 2010: 52.

⁹³² Perea Caveda 1991: 206.

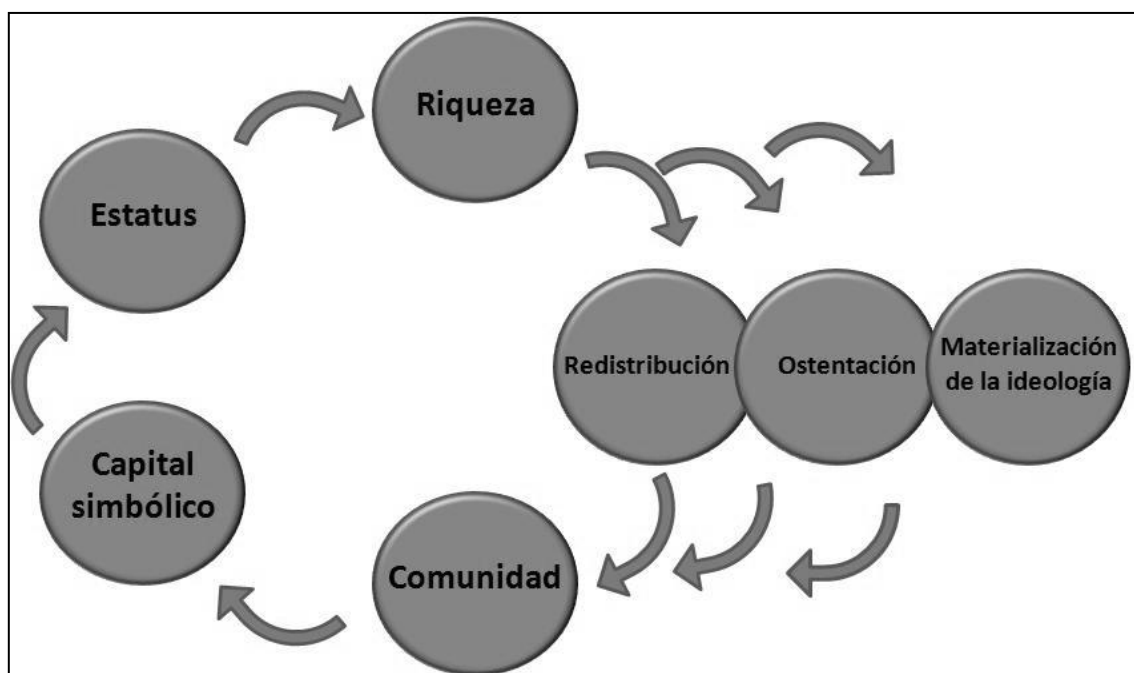


Fig. 2.31. El intercambio de la riqueza y el capital simbólico.

hablé, y que como señalaba data seguramente de la primera mitad del s. VI a.C.⁹³³; el timiaterio de La Quéjola, fechable a finales del s. VI a.C.⁹³⁴; o el centauro de Royos y el sátiro de Llano de la Consolación, que seguramente fueron importados entre los ss. VI y V a.C.⁹³⁵, si bien este último fue hallado en un contexto necropolitano.

Es de hecho, ya desde esta época, en las necrópolis donde podemos observar el mayor gasto ostentatorio por parte de los gobernantes locales. Y es que, a lo largo de buena parte de la cultura ibérica, la sobriedad y escasa monumentalidad de las viviendas de la elite social en la mayoría de los poblados ha contrastado con el importante gasto funerario que estos sujetos preeminentes realizaban⁹³⁶. El momento de la muerte es, como señalaba en la introducción, crítico en la construcción de la “persona social” del individuo, y de la posición que sus descendientes asumirán en el nuevo sistema de relaciones sociales entretejido en el seno de la comunidad. Quizás

⁹³³ González Prats 1976.

⁹³⁴ Olmos y Fernández Miranda 1987: 219; Blánquez y Olmos 1993: 96. A este respecto J. Jiménez Ávila (2006-2007: 303-304) apunta a que el timiaterio marca, junto con el Jarro de Valdegamas, una inversión en las tendencias del valor atribuido a la vajilla de bronce en el mundo peninsular; cambio de tendencias que, de hecho, como vengo diciendo creo que trasciende el ámbito de la vajilla de bronce y que se podría venir rastreando ya desde finales del s. VII a.C.

⁹³⁵ García y Bellido 1936: 38; Olmos 1983.

⁹³⁶ Cf. por ejemplo Lucas 1991: 197; Bendala 1998: 31; Aranegui y Vives-Ferrándiz 2006: 99.

por ello durante buena parte del período estudiado, las elites ibéricas del sureste decidieron amortizar en sus tumbas ingentes cantidades de recursos, invertidos por los descendientes del difunto para conseguir de la comunidad el reconocimiento del estatus pretendido.

Por supuesto, ya analicé en la introducción a este trabajo la problemática que entraña tratar de evaluar la riqueza de una tumba, y la imposibilidad de realizar una transposición directa de la riqueza amortizada a la riqueza que atesoraría el difunto, y mucho menos a su estatus. No perdamos de vista, además, que no todos los individuos gozarían en todas las épocas del derecho a hacerse enterrar en las necrópolis ibéricas, como desarrollaré en un capítulo posterior. Y, finalmente, ha de tenerse en cuenta que algunos objetos ostentatorios nunca llegaron a amortizarse en las necrópolis, sino que eran considerados “patrimonio inalienable” por su papel crucial para mantener el estatus del grupo familiar y su difícil reemplazo, por lo que eran heredados de padres a hijos; objetos, como los artefactos de oro, que apenas nos han dejado vestigios de su uso, pero cuyo valor ostentatorio no dejaría por ello de ser de enorme importancia, aunque difícil valoración⁹³⁷. Pero, pese a todo, creo que resulta fructífero estudiar la distribución de la riqueza en las sepulturas de las necrópolis del sureste, pues evidencia, pienso, la evolución de las estrategias de gasto ostentatorio por parte de las elites ibéricas de cada momento.

Así, por lo que se refiere a los ss. VI y buena parte del V a.C. la ostentación se limitó, por regla general, a la erección de ciertas superestructuras monumentales y a la inclusión entre el ajuar de determinadas importaciones exóticas, como sucedió también en la Alta Andalucía⁹³⁸, evitándose la acumulación de objetos en las tumbas, quizás porque eran necesarios para abastecer los circuitos de intercambio y aún no eran tan fácilmente reemplazables⁹³⁹. Así, por hablar únicamente de las necrópolis en las que poseemos una muestra significativa para esta época, en las tumbas de Los Villares que han sido publicadas y que pertenecen según su excavador a esta época⁹⁴⁰, la media de objetos por tumba es de tal solo 3,8, y la de riqueza ponderada no llega a

⁹³⁷ Chapa y Pereira 1991; Santos 1994 a: 67-68; Quesada 1997: 224; Mills 2004; Perea Caveda y Armbruster 2011: 167; Delgado Hervás 2013: 319-320.

⁹³⁸ Chapa 1994 a: 126.

⁹³⁹ Santos 1998: 402-403.

⁹⁴⁰ Blánquez 1990 a.

7,5 puntos, en tanto que la desviación típica, variable que cuantifica la heterogeneidad de la muestra, no es demasiado alta⁹⁴¹. En Pozo Moro, atendiendo únicamente a las sepulturas que fueron publicadas en la memoria de excavación como quizás anteriores al último cuarto del s. V a.C. y tomando como conjuntos cerrados los ajuares publicados⁹⁴² (aunque desestimando los enterramientos expoliados o excavados de forma incompleta), el promedio de objetos por tumba es de 3,5, y el de riqueza ponderada es de siete puntos, con una desviación típica algo menor que en el caso anterior. Caso algo distinto sería, desde luego, el de Les Casetes⁹⁴³, donde las importaciones de gran riqueza y diversa procedencia se acumulan en varias de las tumbas, y donde igualmente la variabilidad entre los enterramientos se dispara.

En esta época, por tanto, en líneas generales la ostentación se concentrará en las superestructuras de las tumbas, levantándose grandes encachados tumulares, esculturas y otras estructuras arquitectónicas, para la erección de las cuales será necesaria la inversión de ingentes recursos y una importante cantidad de mano de obra. Estructuras que, por cierto, no son “propias de una época”, como generalmente se ha aceptado implícita o explícitamente, sino que son propias de una comunidad en la que una elite requiere hacer visible su gasto ostentatorio para legitimar ante la comunidad su preeminencia social, que queda naturalizada en el paisaje funerario; prueba de lo cual es que, mientras que en la costa alicantina y murciana y en el sureste meseteño este tipo de superestructuras proliferan desde comienzos del s. V a.C., en los valles alcoyanos no se documentarán hasta el s. IV a.C., coincidiendo con el desarrollo más tardío de las aristocracias en esta región⁹⁴⁴, cuando sin embargo en las otras zonas ya no eran nada habituales este tipo de gastos suntuarios.

A partir de finales del s. V a.C., de hecho, se advierte un cambio en las necrópolis del sureste. En los ajuares funerarios el carácter diacrítico de diferenciación social parece desplazarse de la exotividad de los productos a la cantidad, por lo que, al contrario de la fase anterior, la tendencia es al atesoramiento⁹⁴⁵, en consonancia con

⁹⁴¹ *Vid.* Fig. 2.32.

⁹⁴² Alcalá-Zamora 2003.

⁹⁴³ García Gandía 2009.

⁹⁴⁴ Grau 2005: 78-79.

⁹⁴⁵ Santos Velasco 1989: 141; 1994 b: 92-93.

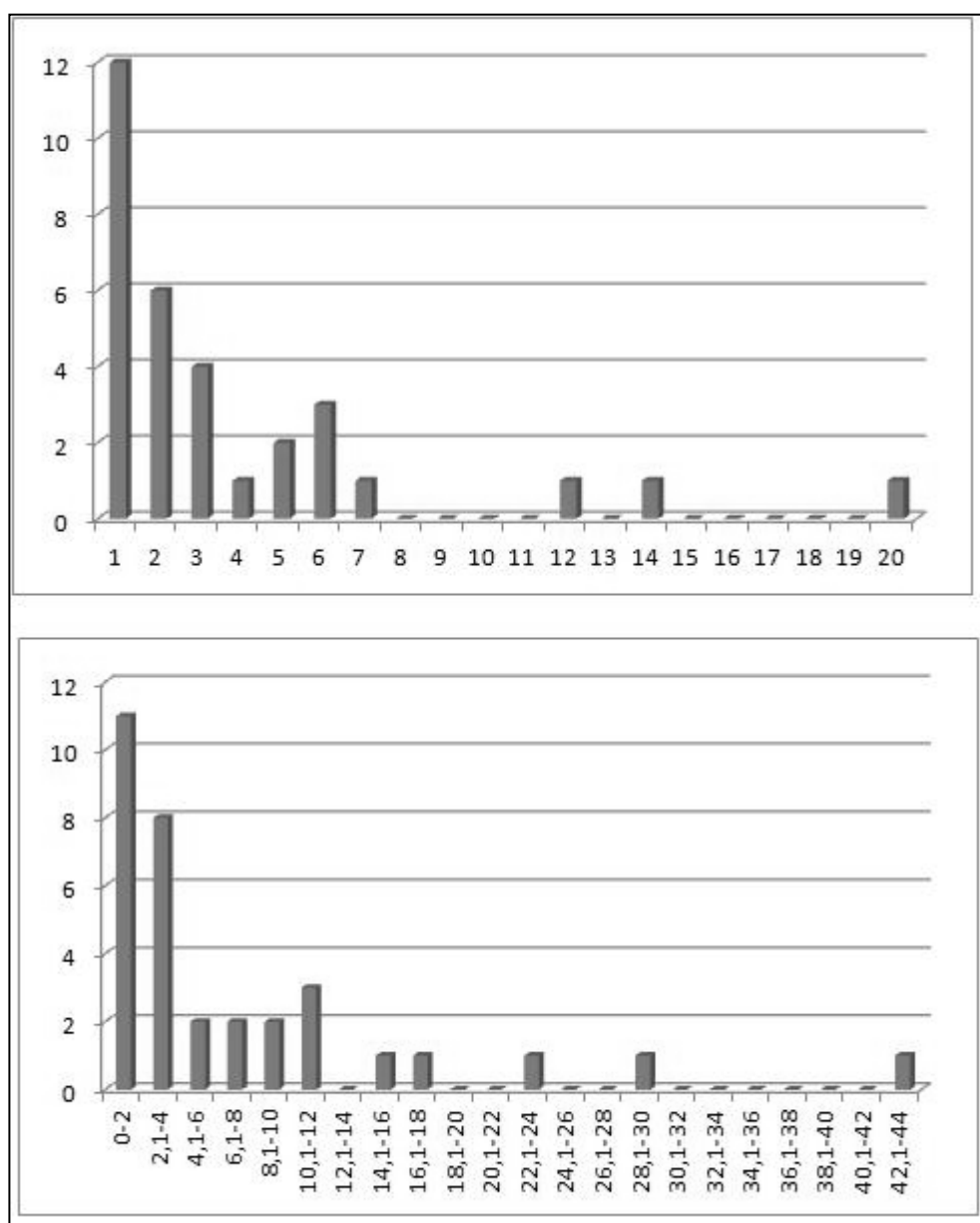


Fig. 2.32. Distribución de la riqueza amortizada en las tumbas de la primera fase de Los Villares según el número de objetos (arriba) y la riqueza ponderada (abajo).

el despegue de las importaciones que se advierte en esta época. Como señala F. Quesada, ni siquiera las llamadas por algunos especialistas “tumbas principescas” de esta etapa contienen materiales que realmente podamos denominar “principescos”, no son por lo general materiales conceptual o cualitativamente distintos de los que aparecen en otras tumbas, sino que se trata tan solo de acumulaciones de riqueza amortizada en un volumen mucho mayor que el del resto de las tumbas⁹⁴⁶. La vajilla

⁹⁴⁶ Quesada 1998: 87-88.

griega, por otro lado, se consolida como elemento significativo de la riqueza de las sepulturas, abundando fundamentalmente los vasos relacionados con el consumo del vino y, en menor medida, el banquete⁹⁴⁷, y siendo cada vez más extrañas las importaciones de otros lugares del Mediterráneo. Pero la transformación más importante será la apertura de las necrópolis (y, por tanto, a los ritos funerarios) a un sector mayor de la sociedad⁹⁴⁸. Ahora ya no será un individuo o una familia quienes se vean impelidos a amortizar una serie de bienes en su sepultura para obtener a cambio un rédito simbólico de la colectividad que legitime su estatus preeminente, sino que serán varias las familias que compitan entre sí por dicha preeminencia. Y lo harán, entre otras cosas, esforzándose por invertir grandes cantidades de recursos en las tumbas y sus ajuares.

Como consecuencia, comenzando por las necrópolis de las que antes hablaba, en Pozo Moro se pasa de un promedio de 3,5 a uno de 5,4 objetos por tumba en el s. IV a.C., y de una riqueza ponderada de siete puntos a casi once, si bien con unas desviaciones típicas que en ambos casos prácticamente triplican a las de la fase anterior, lo que nos demuestra una mucho mayor heterogeneidad de la muestra. En Los Villares, igualmente, tanto la media de objetos por tumba como la riqueza ponderada se doblan ampliamente, y las desviaciones típicas se triplican. Ya en territorio murciano, la necrópolis de Poblado (Jumilla, Murcia)⁹⁴⁹ arroja un promedio de objetos por tumba de casi nueve, y una media de riqueza ponderada de más de 18 puntos; los ajuares de Cabecico del Tesoro muestran un promedio de objetos por tumba de 4,5 artefactos, y una riqueza ponderada de 8,5 puntos de media⁹⁵⁰; las tumbas publicadas de Cigarralejo, por su parte, cuentan con más de diez objetos de media, y una riqueza ponderada media de 20 puntos⁹⁵¹. Y por lo que respecta a las necrópolis alicantinas, en Cabezo Lucero contamos con un promedio de casi 11,5 objetos por tumba, y una riqueza ponderada media de casi 29 puntos⁹⁵². En definitiva,

⁹⁴⁷ Cabrera Bonet 1999: 360-361; Oliver 2000: 136.

⁹⁴⁸ Santos 1996: 116-117; Chapa 1998: 119.

⁹⁴⁹ García Cano 1999.

⁹⁵⁰ Sánchez Meseguer y Quesada 1991.

⁹⁵¹ Cuadrado 1984.

⁹⁵² Aranegui *et alii* 1993.

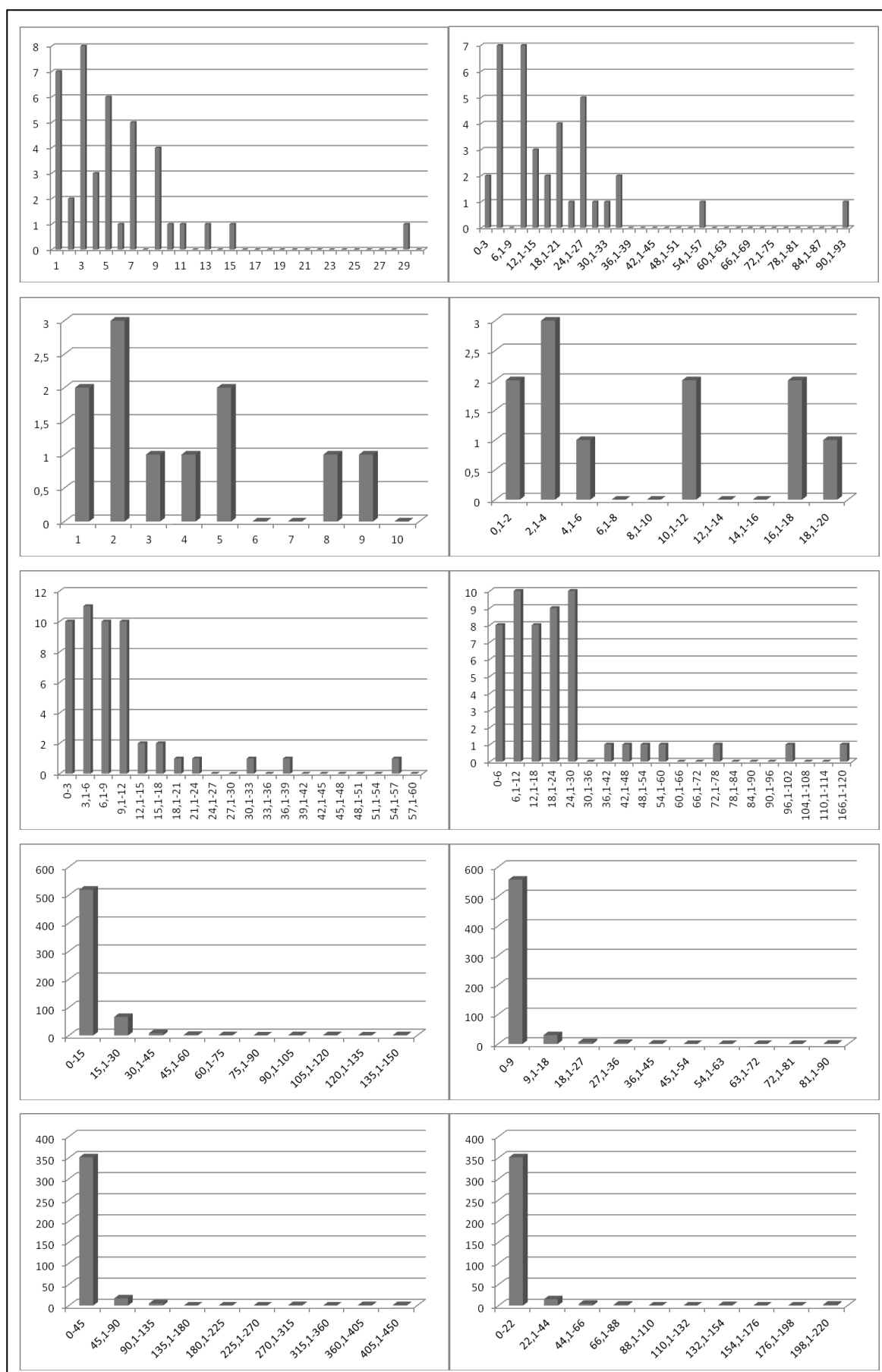


Fig. 2.33. Distribución de la riqueza amortizada en época plena en Pozo Moro, Los Villares, Poblado, Cabecico del Tesoro y Cigarralejo, según el nº de objetos (izquierda) y la riqueza ponderada (derecha).

el crecimiento del gasto ostentatorio en las necrópolis es palpable desde finales del s. V a.C.⁹⁵³, y lo seguirá siendo hasta la época ibero-romana, cuando en general tanto los ajuares funerarios como las superestructuras vuelvan a empobrecerse, seguramente debido a que los sistemas de valores han cambiado y han surgido nuevos mecanismos de ostentación que en ese momento dado serán considerados más eficaces.

R. Lucas señaló en su momento que la amortización de todos estos artefactos en las necrópolis, así como la sucesiva erección de superestructuras funerarias, además de constituir un gasto ostentatorio, representaron para las elites ibéricas una fórmula de fomentar la especialización de ciertos sectores del artesanado, al promover el consumo continuado de sus productos, que de otra forma no encontrarían suficiente demanda como para justificar la existencia de estos artesanos especializados⁹⁵⁴. Pero en todo caso, y como han demostrado los antropólogos, la amortización de bienes de consumo en el interior de una tumba, y por tanto su ocultamiento definitivo, puede ser una inversión social impresionante que suponga un gran impacto momentáneo a ojos de la colectividad, pero su eficacia es poco duradera, de modo que para que sus consecuencias se mantengan en el tiempo debe ser regularmente efectuada⁹⁵⁵. Es decir, para que un grupo familiar mantenga su preeminencia social a través de las generaciones, es necesario que con la muerte de cada individuo se realice un nuevo esfuerzo de gasto ostentatorio, de manera que se reavive el prestigio de la familia.

No sucede lo mismo, no en la misma medida al menos, con los gastos ostentatorios relacionados con la construcción del paisaje. La monumentalización de espacios o la deposición de exvotos muestra igualmente a la comunidad la capacidad de gasto, y por lo tanto la capacidad de acceso a los medios productivos, del dedicante, pero en este caso el gasto ostentatorio solo tendrá que realizarse de tanto en tanto, pues del mismo queda un vestigio perceptible en el paisaje, que asegurará, si no la memoria perenne del dedicante (pues los significados ligados a los monumentos y las imágenes no dejan de cambiar, a medida que lo hacen las coyunturas históricas), si al menos un recuerdo más largo de la misma.

⁹⁵³ *Vid.* Fig. 2.33.

⁹⁵⁴ Lucas 1991 a: 196.

⁹⁵⁵ Duploux 2006: 180.

En este sentido, los santuarios extraurbanos han sido vistos en otras civilizaciones mediterráneas antiguas como los perfectos escaparates de la competición entre elites⁹⁵⁶, ya que funcionan como escenarios externos al núcleo urbano pero relacionados con él, en los que los diferentes grupos aristocráticos pueden realizar este tipo de gastos explicándolos como acciones piadosas, y rivalizando entre sí por el favor de dioses y hombres.

Por lo que respecta al mundo ibérico, los santuarios extraurbanos no se monumentalizaron hasta época tardía, pero, cuando lo hicieron, se llenaron de exvotos de piedra y bronce, y en muchos de ellos se levantaron templos al estilo itálico (los casos del Cerro de los Santos, La Serreta de Alcoi, el Cigarralejo y La Luz son solo los mejor conocidos). Para épocas anteriores, como se verá más adelante, no poseemos demasiada información sobre qué tipo de actividades se llevaban a cabo en estos espacios sacros extraurbanos al aire libre, pero no podemos excluir, más bien al contrario, que las elites los aprovecharan para llevar a cabo algún tipo de gasto ostentatorio del que no nos ha llegado noticia; al fin y al cabo, ya lo veremos, en estos santuarios sí que se erigían, parece, columnas exentas, puede que también esculturas, y en ellos es muy posible que se realizaran libaciones y sacrificios.

Pasaré a analizar ya el tercero de los mecanismos de los que hablaba páginas atrás, tendentes a transformar riqueza en capital simbólico: la redistribución. Esta surge, como se ha analizado desde la antropología, como un desarrollo natural del intercambio de dones, y este a su vez constituye uno de los recursos adaptativos más habituales para las comunidades humanas en proceso de jerarquización⁹⁵⁷. Al fin y al cabo, ante unas condiciones medioambientales variables que pueden ocasionar pérdidas repentinas de cosechas o de alimentos almacenados, ante la necesidad coyuntural de grandes cantidades de recursos, ante periódicas crisis de subsistencia, etc.⁹⁵⁸, una de las estrategias más inmediatas para minimizar los riesgos será la

⁹⁵⁶ Polignac 1994; Cardete 2005: 86; Duploux 2006: 149 y 215.

⁹⁵⁷ Dalton 1975: 93-96.

⁹⁵⁸ Según M. Picazo (2001: 65), de hecho, cuando las sociedades antiguas no se veían en condiciones de mantener una política de expansión imperialista, es decir, en la mayor parte de las ocasiones, eran endémicamente vulnerables a crisis periódicas de subsistencia.

solidaridad grupal, o dicho de otra manera, el “almacenamiento social”⁹⁵⁹. En una sociedad en la que el acceso de las economías domésticas al comercio es muy restringido, la cesión de productos y fuerza de trabajo a los grupos familiares vecinos con la esperanza de recibir otro tanto cuando así se requiera funciona como un elemento estabilizador, e incluso cohesionador de la colectividad⁹⁶⁰.

Ahora bien, en expresión de P. Bourdieu, el oferente de dones oculta en su gesto aparentemente desinteresado una *sincera ficción*⁹⁶¹, pues su actitud en el fondo entraña el conocimiento de que el receptor del don se verá impelido por el sistema de valores imperante y por la presión de la comunidad a corresponder con un contradón aplazado acorde con el regalo obtenido. Relación esta que, al prolongarse en el tiempo, terminará por dar lugar a una situación en la que el receptor no pueda corresponder al don, por lo que quede en deuda con el oferente, deuda que deberá corresponder con su propio trabajo y con el de su familia, y por lo tanto, caerá en una situación de dependencia y explotación. Va surgiendo así la jerarquía, y se instituye lo que en antropología se denomina “*Big men*”, individuos capaces de apoyar o favorecer a los miembros de su comunidad en los momentos de necesidad, pero que a cambio reciben continuos regalos, fuerza de trabajo, prebendas y respeto de una manera más o menos “voluntaria”, o al menos así lo sería en un primer momento⁹⁶². Recordemos, sin ir más lejos, que cuando Hesíodo se quejaba de los “reyes, devoradores de regalos”, δωροφάγοι⁹⁶³, hablaba de regalos, y no de impuestos.

Las redes de dones y contradones que se desarrollan en torno a estos *big men* son las que terminan por dar lugar a un sistema redistributivo, en el que poco a poco determinados grupos familiares consiguen un acceso privilegiado a los medios de producción, generan un volumen de producción mayor que el del resto de unidades domésticas, y se erigen en “banqueros tribales” del grupo, fiscalizando parte del excedente⁹⁶⁴ y de la fuerza de trabajo del resto de sus miembros y, al menos en teoría,

⁹⁵⁹ Halstead y O’Shea 1982; Halstead 1989: 79; Gallant 1991: 143-169; Edwards 2004: 62-63; Picazo 2001: 66-67.

⁹⁶⁰ Van Wees 1998.

⁹⁶¹ Bourdieu 2007: 179.

⁹⁶² Edwards 2004: n. 31; Stanish 2004: 8-11; Maisels 2010: 31-32.

⁹⁶³ Hesiod. *Trabajos* 221.

⁹⁶⁴ Cuando en estos modelos germinales de la sociedad utilizó el término “excedente”, he de retrotraerme al trabajo de P. Halstead (1989: 68-69), quien oportunamente señaló que, en contra de lo que se suele

amortiguando con la riqueza acumulada las fluctuaciones coyunturales negativas por las que atravesase la comunidad o alguno de sus miembros.

Al mismo tiempo, e independientemente de estas fluctuaciones, los *big men* reforzarán los lazos creados regalando a la comunidad, o a determinados miembros escogidos de la misma, con banquetes comunitarios o con la ingesta colectiva de bebidas alcohólicas, herramienta común y efectiva, como analiza M. Dietler, en la manipulación de las realidades sociales a través de los conceptos de hospitalidad y redistribución⁹⁶⁵. Al fin y al cabo, cuando el *big man* ofrece estos convites, está otorgando un importante don a sus invitados, que participan junto con aquel de la ingesta de bebidas a las que normalmente no tienen acceso, o bien lo hacen en prestigiosos vasos importados que ellos mismos no podrían poseer. Unas invitaciones que refuerzan los sentimientos de cohesión entre los convidados, pero que les sitúa en deuda respecto del convidador; una deuda, que, además, no dejará de crecer, pues la necesidad de estos bienes simbólicos (una necesidad artificialmente creada, si se quiere, pero una necesidad experimentada) solo puede ser cubierta por el aristócrata de turno.

Volviendo una vez más al mundo ibérico, se podría interpretar como un gasto redistributivo, quizás, la construcción de murallas en torno a buena parte de los poblados ibéricos. A la función defensiva de estas estructuras cabría sumar un significado simbólico ligado con la comunidad que la levantó y la elite que lideró su construcción⁹⁶⁶. La erección de estas grandes estructuras requeriría de una enorme cantidad de mano de obra⁹⁶⁷ y un ingente gasto de recursos, y una vez construida su visibilidad sería, lógicamente, significativa, por lo que su erección resultaría un gasto enorme pero inmejorable en tanto que demostración de la capacidad de un individuo o núcleo familiar para movilizar la fuerza de trabajo y los recursos de toda una comunidad, en principio motivado por una utilidad práctica de la que se beneficiaría toda el grupo. Y otro tanto cabría decir de los aterrazamientos, calzadas, cisternas, y

asumir, no existe un excedente definible en términos absolutos, sino que unos bienes o unos servicios determinados se convierten en excedentes si la sociedad en un momento dado decide que están disponibles para ello.

⁹⁶⁵ Dietler 2010: 359-365. Cf. también Olmos 1985: 191-193; Celestino (ed.) 1995.

⁹⁶⁶ F. Gracia (2004: 91) defiende que las fortificaciones serían la expresión de la estructura ideológica de la comunidad y expresión visual del poder de un grupo social específico dentro de esa comunidad.

⁹⁶⁷ Abrams 1989; Gracia 1998: 105-111; 2004: 92.

demás infraestructuras que sobre todo a partir del s. IV a.C. se documentan en torno a los principales núcleos de poblamiento ibéricos.

En todo caso, otros circuitos redistributivos se nos muestran de una manera algo más clara. Así, durante los primeros siglos de contacto colonial, todo apunta a que los gobernantes locales tendieron a consolidar su aún naciente preeminencia social a través de la redistribución del vino importado. El vino requiere de una redistribución continua para ser efectivo como elemento de prestigio⁹⁶⁸, pero es, en términos relativos, fácilmente conservable y transportable, lo que favorece su tráfico a larga distancia⁹⁶⁹. En consecuencia, las ánforas mediterráneas, seguramente contenedores de vino en su mayoría, aparecen siempre como primer vestigio del comercio fenicio, y suelen concentrarse en torno a determinadas viviendas de cada asentamiento, seguramente las que empleaban las elites locales, que se esforzarían por mantener un flujo constante de vino para renegociar continuamente su preeminencia social⁹⁷⁰, según las estructuras ideológicas anteriormente analizadas. El vino, de esta manera, se habría introducido no solo como elemento ostentatorio, sino como líquido necesario en los rituales de comensalidad colectiva, en tanto que su distribución y adquisición y, en contadas ocasiones aún, producción, quedaría como monopolio de los comerciantes alóctonos y las elites locales con ellos asociadas, por lo que unos y otras serán las principales beneficiarias de la creación de esta nueva “necesidad” social experimentada por el grupo y subsanada por sus gobernantes; asistimos a lo que M. Dietler denominó la “construcción social de la sed”⁹⁷¹. La adquisición, almacenamiento y redistribución del vino alcanzó tal importancia en esta fase que, a partir del s. VII a.C., en Alt de Benimaquía una parte importante del núcleo urbano se destinará a la producción vitivinícola, en tanto que en La Quéjola varios de los espacios domésticos se reservaron para el almacenamiento y la cata de ánforas vinarias, según su excavador.

A partir del s. V a.C., no obstante, el acceso al vino posiblemente terminó por abrirse a un sector mucho más amplio de la sociedad, y la producción de vino se generalizaría en varias zonas del ámbito ibérico, por lo que el elemento diacrítico de

⁹⁶⁸ Grau 2007: 125-127.

⁹⁶⁹ Dietler 2010: 216-217.

⁹⁷⁰ Aranegui 2009: 156.

⁹⁷¹ Dietler 1997 a: 301.

las redes redistributivas pasará a ser otro: la forma de consumirlo. A consecuencia de ello, la importación de ánforas será relegada por la de vajilla de mesa, fundamentalmente *kylikes* y platos, y en menor medida cráteras, que se repartirán por la práctica totalidad de los asentamientos, si bien evidenciando con su patrón de distribución la jerarquización del poblamiento y, dentro de cada asentamiento, la ubicación de los verdaderos centros de poder⁹⁷². A partir de estas fechas, quien aspirara a gobernar habría de hacer valer su preeminencia consumiendo vino, e invitando a una parte de su comunidad a que también lo hiciera, empleando para ello cerámicas foráneas, cuyo uso denotaba la capacidad de adquisición del dueño y sus contactos con los comerciantes extranjeros, con todo el prestigio que ello conlleva⁹⁷³. Las fechas y los lugares para ello variarían, si bien sospechamos de prácticas como estas tanto en las necrópolis (los llamados *silicernia* de Los Villares puede ser, a este respecto, un buen ejemplo, con sus más de 80 vasos áticos para el consumo del vino⁹⁷⁴) como en los poblados (caso de los llamados por F. Gracia “recintos comunitarios”, como el departamento IIIG de El Oral, la casa 10 de Bastida, la habitación F1 de Serreta, el departamento A de la Loma del Escorial...⁹⁷⁵ y quizás también, fuera de mi área de estudio, el depósito descubierto hace unos pocos años bajo las calles de Granada, y que comprendía casi dos centenares de vasos griegos⁹⁷⁶), entrañando estas prácticas la reunión de determinados miembros de la comunidad en determinadas fechas para consumir vino y alimentos en compañía, generándose entre ellos una aparente isonomía que reforzaría la cohesión social pero que en el fondo fortalecería también las diferencias sociales entre quienes “donaban” y quienes recibían el “regalo”⁹⁷⁷.

Para el sostenimiento del sistema, además, en relación con las viviendas de estas familias privilegiadas y con los espacios de celebración encontraremos en algunos poblados grandes espacios de almacenaje, demasiado amplios y complejos

⁹⁷² Grau 2007: 134-135; 2010: 264-266.

⁹⁷³ Oliver 2000: 136; Bartoloni 2006: 380.

⁹⁷⁴ Blázquez 1994: 329-330. *Vid.* Fig. 2.34.

⁹⁷⁵ Abad y Sala 1997; Díes y Álvarez 1998; Grau 2010: 169-170. Cf. Gracia 2004: 96;

⁹⁷⁶ Adroher y Caballero 2010: 62-63.

⁹⁷⁷ Murray 1983.



Fig. 2.34. Vajilla ática del *silicernium* 1 de Los Villares.

como para atesorar el excedente producido por una única unidad doméstica, pero demasiado pequeños como para dar cabida al producto generado por toda la comunidad. Son los casos de almacenes tales como los de la Illeta dels Banyets, El Monastil o La Bastida, ya comentados.

Para estos momentos plenos de la cultura ibérica, por cierto, existirían también otros circuitos redistributivos que ligarían a las elites locales de diversas comunidades entre sí, pero de los que conocemos bastante menos. En ocasiones se ha señalado como determinadas producciones artesanales de lujo, como las falcatas con decoración nielada, posiblemente fueran producidas solo en unos pocos centros, y desde allí se redistribuirían en forma de presentes, regalos y dones a las aristocracias de las comunidades vecinas, estableciendo así circuitos de amistad y hospitalidad regionales⁹⁷⁸. Y otro tanto se ha señalado que podría suceder con los escultores, dada la gran especialización mostrada por estos y las similitudes que ciertas esculturas distantes guardan entre sí⁹⁷⁹. Los circuitos redistribuidores de otros bienes de

⁹⁷⁸ Quesada *et alii* 2000.

⁹⁷⁹ Sala 2007.

prestigio, como cerámicas importadas o producciones de orfebrería, finalmente, serían básicos para el mantenimiento ideológico de las aristocracias locales, y en el fondo constituirían la savia que alimentaba las relaciones horizontales y verticales establecidas entre los diversos gobernantes.

A partir del s. III a.C., estos circuitos no desaparecerán, pero de nuevo volverán a cambiar los materiales que son objeto de la redistribución. Las cerámicas negras itálicas y del golfo de León sustituyen a las importaciones áticas como el vaso de prestigio por antonomasia para el consumo del vino, pero sobre todo la vajilla de plata, que trae consigo el gusto, la iconografía y las tradiciones gastronómicas helenísticas, constituirá la piedra de toque del refinamiento y la inversión en ostentación, así como el bien máspreciado de los canales redistributivos. En nuestra zona, buena prueba de ello serán los platos de Abengibre (Albacete)⁹⁸⁰, hallados conjuntamente en un depósito pero en cuya superficie se advierte una gran cantidad y heterogeneidad de grafitos y dibujos, testigos de su larga y trajinada vida. Los vinos itálicos serán otro nuevo objeto de deseo, como pone de manifiesto el repunte de la llegada de ánforas mediterráneas que se experimentará en las costas peninsulares a partir del s. II a.C.

Bien es cierto, por último, que tras la conquista romana no volvemos a encontrar almacenes “gentilicios” como los que describía antes, y que los grandes campos de silos del noreste se amortizarán, seguramente porque la producción agropecuaria deja de centralizarse a gran escala en cada comunidad ibérica y se dedica, al menos en buena parte, al comercio y a hacer frente a las cargas fiscales⁹⁸¹. Pero pese a ello los gobernantes locales seguirán cumpliendo con su rol redistribuidor, y como tal nos los encontraremos en los documentos epigráficos y las fuentes grecolatinas ya cercanas o posteriores al cambio de era, cuando dichos gobernantes, ya transformados en elites municipales hispanas, inviertan sus riquezas en gastos evergéticos de todo tipo, siempre para transformar sus riquezas, atesoradas gracias a su control de ciertos resortes económicos claves, en capital simbólico que les permita mantener y reformar su preeminencia social y política.

⁹⁸⁰ Millán 1947; Olmos y Perea 1984; 2004.

⁹⁸¹ Salido 2009: 105-107.

2.8. Los propietarios de las ánforas.

A lo largo de este capítulo, no se ha pretendido desgranar una historia económica del mundo ibérico, sino antes bien realizar una aproximación a las diversas estrategias mediante las cuales las elites ibéricas del sureste instrumentalizaron ciertos resortes de la economía para fundamentar su preeminencia sociopolítica.

Así, hemos observado cómo a partir del s. VIII a.C. las sociedades locales inician un período de rápidas transformaciones, tratando de adaptar sus estructuras socioeconómicas al nuevo contexto colonial que acaba de instaurarse en el sureste peninsular debido a la llegada de los primeros barcos fenicios y, posteriormente, a la fundación de La Fonteta. Las sociedades locales buscarán hacerse con el control de las vías de comunicación por las que fluyen las importaciones, y sus aristocracias tratarán de fiscalizar una parte de los excedentes de sus comunidades para captar dichas importaciones, que no serán sino bienes de prestigio (elementos de adorno, vajilla y vino, fundamentalmente) cuya ostentación y redistribución a su vez permitirán a las elites locales consolidar su preeminencia social en sus respectivas comunidades. Los agentes coloniales aportarán igualmente ciertas mejoras tecnológicas y ciertas herramientas que permitirán incrementar la productividad económica de las sociedades locales y tenderán a su rápida complejización. Como resultado, los asentamientos existentes crecerán enormemente y se amurallarán, dotándose además de estructuras para la producción metalúrgica, y surgirán también nuevos centros amurallados con una economía altamente diversificada que pretenderán aprovecharse de las nuevas posibilidades que el contexto colonial ofrece copando sus vías de comunicación. Incluso en determinadas zonas se extenderá un hábitat difuso de tipo rural, especializado en la producción agrícola aunque sin renunciar a los trabajos metalúrgicos.

Hacia el s. VI a.C., este sistema experimenta una importante transformación, debido tanto a la consolidación de las viejas estructuras como a la llegada de un nuevo agente colonial, el comercio griego, que pronto inundará los mercados con sus productos. Las antiguas redes de intercambio se atrofian, pero en su lugar surgen otras nuevas, que aunque no parten de colonias griegas propiamente dichas asentadas en el sureste sí que se muestran enormemente potentes dado el continuo flujo de productos y la pronta diversificación de los mismos. En apenas un par de décadas, las

comunidades locales asumen el sistema de pesos y medidas griego, emplean el alfabeto griego para construir su propio sistema de escritura grecoibérico (al que se suman otros sistemas puramente ibéricos) y lo utilizan para redactar marcas comerciales, marcas de propiedad e incluso inscripciones de contenido económico, y la plata se consolidará entre ellos como patrón de cambio habitual, ya sea trabajada, acuñada o en bruto. Como consecuencia, y coincidiendo no por casualidad con el auge de Ampurias, a lo largo de la costa del sureste florecen toda una serie de puertos de vocación claramente comercial, y los asentamientos y necrópolis ibéricos se inundan de vasos griegos, en su mayor parte de no tanta calidad como los de épocas pasadas y con una notable homogeneización.

En consecuencia, a la altura del s. V a.C. observamos una nueva distribución del poblamiento, en la que parece haberse abandonado la vocación rural de algunas zonas pero que tiende a ocupar los distintos nichos económicos posibles para maximizar la producción de una economía crecientemente diversificada. El variado y especializado utillaje metálico empleado en el campo, el cultivo habitual de especies de rendimiento aplazado como los frutales y las especies leñosas, la erección de estructuras permanentes auxiliares junto a las tierras de labor y la construcción de almacenes en el interior de los asentamientos nos está hablando ya de una producción agraria enormemente compleja capaz de obtener excedentes suficientes para alimentar a una sociedad cada vez más jerarquizada. Una sociedad en la que, por cierto, aparentemente cada unidad doméstica (o al menos una parte significativa de las mismas) tiene acceso a los medios de producción y a la propiedad de la tierra, aunque las diferencias entre ellas, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, sea notable, quedando en manos de la elite social los mecanismos para obtener un excedente significativo con el que abastecer a la sociedad de determinados productos y, sobre todo, ejercer de “banquero tribal” en las situaciones de necesidad. Algo parecido de hecho sucedería con el artesanado, pues a partir de esta época y durante todo el Ibérico Pleno se desarrollaría enormemente, si bien rara vez alcanzaría un elevado grado de especialización, con la excepción de ciertos sectores destinados a la producción de determinados bienes de prestigio (falcatas, esculturas, joyas...), que se organizarían en forma de talleres especializados patrocinados por las elites locales.

La conquista cartaginesa y la posterior II Guerra Púnica implicaron el comienzo de un fuerte cambio en las estructuras económicas ibéricas. La estructura del poblamiento cambió enormemente, tanto a causa de los propios conflictos bélicos como debido a la posterior reorientación económica, de modo que vuelve a primarse la ocupación rural y el poblamiento a lo largo de las vías de comunicación se intensifica, en tanto que otras zonas antaño habitadas se despueblan. Crece igualmente el poblamiento costero, a raíz de un tráfico que comenzará a ser enormemente intenso, tanto para abastecer al naciente fenómeno urbano hispano como para canalizar el excedente provincial hacia la metrópolis colonial romana. En lo referido a la agricultura se introducen algunas especies y algunas técnicas nuevas, se intensifica la presión sobre el campo y seguramente se refuerzan los derechos individuales sobre la tierra, gracias a lo cual se obtendrán niveles de productividad que serán alabados por las fuentes clásicas. Por lo que respecta a la minería, se intensificará fuertemente la producción ya desde época púnica, pero el sistema de extracción tradicional, a partir de las diversas unidades domésticas, no será desplazado por un sistema esclavista extensivo clásico hasta mucho más adelante, y algo similar sucederá con la explotación de la sal. La artesanía experimentará, sobre todo en determinados sectores, un verdadero proceso de “industrialización” o especialización intensiva, tendente a satisfacer las necesidades de la nueva sociedad provincial que se está gestando y a la fuerte demanda externa. Finalmente, esta demanda, unida a la construcción de importantes infraestructuras portuarias y a la creciente seguridad en los mares, intensificará el comercio hasta cotas nunca antes alcanzadas, quedando en buena parte en manos, por cierto, de las elites locales, tanto por cuenta propia como en delegación de ciertos potentados romanos, pues ellas eran las que disponían de excedentes para exportar y de la capacidad para fletar, mantener y proteger los grandes navíos que protagonizarán este comercio.



III. LOS DUEÑOS DE LA HISTORIA

LA INSTRUMENTALIZACIÓN DE LA MEMORIA Y LA IDENTIDAD

Si quien controla el pasado, controla el futuro, ¿Quién controla el presente, controla el pasado?

George Orwell, 1984. 1949.

Todas las antiguas historias, como decía uno de los grandes, no son sino cuentos que convenimos ciertos.

Voltaire, *Jeannot et Collin*, 1764.

3.1. Identidad y memoria: precisiones epistemológicas y recuento historiográfico.

Como ya señalaba al comienzo de estas páginas, en el *campo* de la historia y la arqueología está tomando una gran importancia en los últimos años el estudio de la identidad de los pueblos pretéritos, entendiendo esta como un aspecto fundamental para comprender sus realizaciones sociopolíticas y culturales. Ello se debe, fundamentalmente, a la superación del paradigma historicista-positivista decimonónico que postulaba una visión esencialista de la identidad, según la cual esta era un aspecto connatural e inmutable de los pueblos¹. Pero, desde una perspectiva más amplia, no puede pasarnos por alto, como señala F. Wulff, la relación entre el auge de estas aproximaciones y la coyuntura ideológica actual². Sin duda la crisis (o transformación profunda) de los nacionalismos, la metamorfosis de las identidades religiosas, el cuestionamiento de la sociedad-bloque y el auge del pensamiento postmoderno no son ajenos a esta deriva científica de la que hablo.

¹ Bonnet 2011: 374-375.

² Wulff 2009.

Según ha señalado recientemente A.B. Knapp, la identidad, en abstracto, puede definirse como un aspecto del comportamiento y de la percepción humanos que se fundamenta en última instancia en la identificación del sujeto con un grupo y su exclusión respecto de otro³. Según esta definición tan abierta, un mismo individuo ostentará y empleará distintas identidades según el contexto, el interlocutor o sus intereses coyunturales, pudiendo conceptualizarse a sí mismo según la ocasión (o incluso de manera simultánea) como padre, hijo, ferretero, murciano, judío, socialista o madridista, por poner tan solo algunos de los infinitos ejemplos aducibles, sin que el empleo de todos estos niveles identitarios sea forzosamente contradictorio ni tan siquiera paradójico.

Uno de los niveles identitarios posibles es el de la identidad colectiva. Entiendo identidad colectiva como el aspecto de la auto-conceptualización de una sociedad resultante de su identificación como grupo y de su auto-percepción respecto a otros grupos, aduciendo para ello una consustancialidad, una diferenciación cultural percibida y/o una descendencia común. Es un aspecto del *habitus* estructurante y estructurado de las relaciones sociales inter e intragrupalas. Desde mi punto de vista se trata, ya lo veremos, de una construcción histórica, coyuntural y dinámica en tanto que enunciada en un momento dado para atender a unas necesidades puntuales y específicas del tiempo histórico concreto, y en continua evolución para adaptarse continuamente a las nuevas coyunturas y demandas⁴.

Por lo que respecta al estudio de la identidad colectiva, en las últimas décadas se establecieron dos debates epistemológicos interconectados, que han marcado los desarrollos científicos de este período. Así, en primer lugar, frente a la tradicional noción de *geist* que entendía la identidad como una característica objetivable e intrínseca de las sociedades, toda una tendencia de la investigación que se ha ido imponiendo en los últimos tiempos prefiere concebir la identidad como algo subjetivo, una construcción social que el grupo desarrolla para poder aprehenderse a sí mismo y

³ Knapp 2008: 32.

⁴ Cf. Jones 1997: xiii; Díaz Andreu 1998: 205; Konstan 2001: 30; Antonaccio 2001: 115-116; Hall 2002: 9-10; Ruiz Zapatero 2009: 17. Todos estos autores aluden a algunos aspectos de la identidad colectiva tal y como la he planteado, matizando el concepto desde diversas aproximaciones, pero todos ellos la denominan “etnicidad”. Creo más adecuado, sin embargo, establecer una diferenciación entre los conceptos de “identidad colectiva”, a la que ahora me refiero, y “etnicidad”, que definiré más adelante.

a los otros grupos como objetos de conocimiento⁵. De manera paralela, ante una concepción primordialista o esencialista de la identidad, según la cual esta es un aspecto de las sociedades que les acompaña de manera inmanente e inalterable desde su origen, en los últimos tiempos toda una serie de autores vienen coincidiendo en una lectura constructivista o instrumentalista del fenómeno, defendiendo que las identidades colectivas son construcciones dinámicas, negociadas, que se mantienen en continuo cambio para adaptarse a las necesidades y demandas de cada sociedad en cada momento dado⁶.

Comparto plenamente la conceptualización subjetivista y funcionalista de la identidad colectiva, que parte de una concepción postmoderna de la cultura, fuertemente influenciada por los trabajos de C. Geertz y P. Bourdieu, según la cual la cultura no es ya el universo simbólico distintivo de una sociedad, como se aceptaba tradicionalmente, sino como el filtro cognoscitivo desde el que el individuo y la sociedad perciben el mundo que les rodea y se perciben a sí mismos, un filtro que matiza los comportamientos pero al mismo tiempo se ve matizado por estos, y que por tanto se encuentra en continuo cambio y no puede delimitarse con unas fronteras fijas, ni en el tiempo ni en el espacio, pues es, empleando el concepto tal y como lo definió H. Bhabha, *híbrida* por naturaleza⁷. En tanto que una construcción cultural, por tanto, la identidad se nos presenta de esta manera como una realización histórica y coyuntural, profundamente interrelacionada con el resto de las estructuras culturales y sociales, acorde con ellas y, lógicamente, igualmente dinámica y en continua transformación.

Un paso más allá de la identidad colectiva es donde debe situarse, a mi entender, la etnicidad. Y es que la identidad colectiva, aunque sea reconocida como tal por los integrantes de un grupo social dado en un momento concreto, no implica la existencia de una fuerte conciencia étnica que condicione de manera perceptible los comportamientos individuales. Como bien han señalado algunos autores, parece que el surgimiento de la etnicidad requiere de un poder político fuerte que la catalice,

⁵ Hall 1992; Jones 1997: 56-64; Fernández Götz 2008: 65-76.

⁶ Jenkins 1997: 84-100; Jones 1997: 65-79; Hall 1997: 111-142; Amselle 1999: 19; Morgan 2001: 76-77; Konstan 2001: 30; Cardete 2004: 19; 2005: 54; Moret 2004: 35; Polignac 2006: 10; Assmann 2011: 40-42.

⁷ Bhabha 1994: 219; Jones 1997: 84-100; Hall 2003: 23-25; Antonaccio 2003: 59

siempre según sus intereses políticos concretos, promoviendo una ideología que transforme el antiguo grupo identitario en un grupo étnico⁸. No olvidemos a este respecto, por ejemplo, que, según la opinión de la mayoría de los autores, no fue hasta las Guerras Médicas cuando en Grecia surgió un discurso que podríamos denominar “étnico” griego frente a la amenaza persa⁹, precisamente en el momento en que una de las *poleis* más importantes, Atenas, puso en marcha un vasto programa propagandístico para tratar de anudar un frente común griego frente al persa según sus propios intereses (atenienses fundamentalmente)¹⁰; un programa que, por cierto, solo alcanzó un éxito limitado tanto en grado como en duración, pues ni durante las Guerras Médicas los griegos llegaron a conformar un frente común pese a los anhelos atenienses (entre otras cosas, porque seguían activos otros discursos identitarios alternativos, como el argivo), ni el panhelenismo clausuró completamente el discurso autoctonista ateniense, que volverá a reactivarse durante la Guerra del Peloponeso para justificar la guerra entre los propios griegos.

No coincido del todo, por tanto, con la apreciación de M. Fernández Götz según la cual la diferenciación entre etnología e identidad colectiva es solo una cuestión de grado¹¹. El mencionado autor argumenta en este sentido que existieron Estados complejamente organizados, como el romano o el incaico, en cuyo seno florecieron etnicidades distintas no impulsadas desde el Estado; ahora bien, en otro punto M. Fernández Götz postula que existen diversos niveles de adscripción étnica superpuestos y cointegrados, y que la misma no es experimentada de igual forma por todos los individuos que la comparten¹². Sin embargo, en mi opinión, existe una diferencia cualitativa, y no tanto cuantitativa, entre los conceptos de “identidad colectiva” y “etnicidad”, que en los trabajos de Fernández Götz sin embargo no están tan tajantemente diferenciados: la etnicidad cuenta con el respaldo de un aparato político fuerte (de tipo estatal, añadiría), instancia desde la cual queda simbólicamente codificada y consecuentemente materializada, por lo que su capacidad para difundirse

⁸ Jenkins 1997: 57-70; Konstan 2001: 30; Fernández Götz 2009: 193-194; Plácido 2009: 48; Cardete 2006; 2010: 128.

⁹ Hall 1989; Hall 1997; 2002; Konstan 2001: 32-34; Cardete 2004; Mitchell 2007: 77-112.

¹⁰ Cardete 2011: 121.

¹¹ Fernández Götz 2008: 96; 2009: 193-194.

¹² Fernández Götz 2008: 126-128.

entre la población, mediatizar el comportamiento de esta e imponerse sobre otros discursos alternativos es incomparablemente mayor¹³. Sería esta la diferencia, a nivel identitario, entre la percepción de la ciudadanía romana y, pongamos, la *origo* hispalense.

Desde la antropología, se ha tratado de determinar en varias ocasiones qué criterios son los que los grupos humanos tienden a argüir para definirse como grupos étnicos. En este sentido, se ha constatado que la mayor parte de ellos exhiben una lengua, una cultura y una religión comunes, aunque son tantas las excepciones (grupos étnicos distintos que comparten lengua, cultura y religión, y grupos étnicos que se conciben a sí mismos como tales a pesar de agrupar a individuos con distintas lenguas, culturas o religiones) que estos rasgos deben entenderse como indicios más que como criterios¹⁴. Mucho más solidez presentan como criterios étnicos, desde luego, el parentesco común y la pertenencia a mismo un territorio¹⁵, movilizados como argumentos para defender su consubstancialidad por la mayor parte de los grupos étnicos, aunque ni siquiera estos son indispensables para la construcción de una etnicidad.

Al igual que sucedía con las identidades colectivas, además, la etnicidad se construye en relación con otros individuos o grupos a los que se excluye de la misma. Hablar de un grupo étnico aislado, como señala T.H. Eriksen, es absurdo, pues en la mayor parte de los casos la auto-definición de un grupo étnico se enuncia tanto desde postulados positivos (lo que *somos*) como negativos (lo que otros *son* pero nosotros no)¹⁶. Los grupos étnicos tienden a describir al Otro a través de una serie de rasgos opuestos a los propios, unos rasgos en realidad más “ejemplares” (o contraejemplares) que “reales”, que sirven para determinar quiénes son los que no pertenecen al grupo en cuestión y por qué, y de esta manera reflexionar, a veces quizás inconscientemente,

¹³ Vid. Fig. 3.1.

¹⁴ Hall 1995: 85; 1998: 266; Cardete 2005: 52-53; Polinskaya 2010.

¹⁵ Eriksen 1993: 34-35.

¹⁶ Eriksen 1993: 10; cf. Huntington 1997: 20.

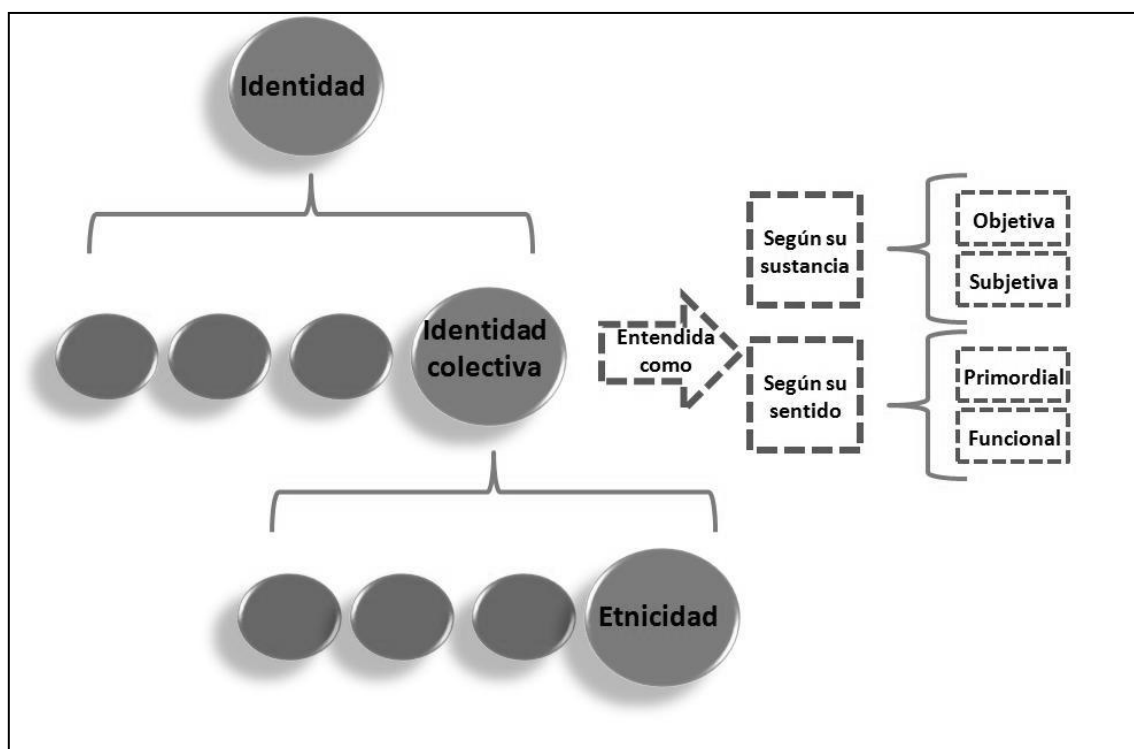


Fig. 3.1. La conceptualización de la identidad, la identidad colectiva y la etnicidad.

sobre cuáles son los pilares de la consubstancialidad del grupo¹⁷. Recogiendo un ejemplo argüido por G. Woolf en su reciente libro, escasos reparos encontró Dió Casio en su descripción de los bretones¹⁸ para obviar tres siglos de romanización en *Britannia*: lo que en realidad le importaba, y así posiblemente lo buscaban también sus lectores, era describir el barbarismo existente más allá de Roma, y por lo tanto, describir qué suponía Roma para sus ciudadanos.

Ahora bien, permítaseme insistir, estoy hablando de discursos étnicos, esto es, de construcciones ideológicas, “imaginadas”¹⁹, y por tanto subjetivas y modificables, y no de “realidades”. De hecho, y como apunté anteriormente, la diferencia cultural existente entre dos sociedades no resulta un factor decisivo para el surgimiento de la etnicidad²⁰, y aun cuando esta fuera percibida como tal, serviría tan solo como acicate para generar identidades colectivas, pero no forzosamente étnicas, salvo que un aparato político en un momento dado instrumentalizara dicha diferencia como

¹⁷ Hartog 1980; Albert *et alii* 2011: 240-243; Woolf 2011: 88-117.

¹⁸ Dio Cas, *Epit.* LXXVII, 12, 1-4.

¹⁹ Mitchell 2007: 1-2.

²⁰ Eriksen 1993: 11-12.

argumento para sus propios fines. Además, no debemos olvidar que en muchas ocasiones estas diferencias culturales tajantes entre grupos son no tanto causa como consecuencia del surgimiento de la etnicidad; pues generalmente las conexiones materiales y culturales entre las diversas sociedades mediterráneas antiguas eran continuas, más habituales de lo que los historiadores estamos habituados a inferir²¹, y daban lugar a identidades colectivas híbridas que, en la mayor parte de los casos, ni eran “puras” ni lo pretendían²².

En muchas ocasiones incluso, y como recientemente ha puesto de relevancia E.S. Gruen en un libro que ha supuesto, creo, un aldabonazo para los estudios identitarios, las identidades étnicas ni siquiera entrañan forzosamente un rechazo ni una separación tajante respecto del Otro, como se venía asumiendo explícita o implícitamente hasta ahora, sino que en determinadas ocasiones las sociedades se aproximan conscientemente al Otro, reivindicando antepasados comunes, insertando al Otro en la historia propia o insertándose a sí mismas en la historia del Otro, como una estrategia destinada a legitimar un acercamiento político, una integración, o incluso para participar del capital simbólico atesorado por la sociedad vecina²³.

Todos estos discursos étnicos (históricos, científicos, alegóricos, míticos²⁴), en todo caso, responden a un proyecto identitario que parte de las estructuras de poder y las sirven, y tenderán a imponerse (o lo pretenderán) a los otros discursos identitarios alternativos gracias a la posición de fuerza de la que parten dentro de la propia sociedad. Aunque, por supuesto, y como señalaba el ya citado antropólogo noruego T.H. Eriksen, “no todo funciona igual de bien” en la construcción identitaria, y para que un discurso de este tipo tenga éxito y sea aceptado, aprehendido y dado por cierto e indiscutible por la sociedad, debe ser negociado y ha de ser plausible, por lo que la capacidad para modificarlo es en este sentido limitada²⁵.

Además, no debemos olvidar que los discursos étnicos no tienen por qué ser excluyentes, pese a lo que en muchas ocasiones los investigadores hemos venido asumiendo. Un comerciante que llega a una playa puede presentarse como un

²¹ Arnould 2007; Knapp y Van Dommelen 2009.

²² Gruen 2011: 223-227. Cf. también para un caso concreto de estudio, Petersen 2010.

²³ Gruen 2011.

²⁴ Hölscher 2011.

²⁵ Eriksen 1993: 73; Bhabha 1994: 44-45; Jenkins 1997: 40.

massaliota, un griego, un comerciante del Golfo de León o, simplemente, un extranjero llegado de lejanas tierras, dependiendo de sus intereses en ese momento y de la percepción de su interlocutor, de la misma manera que un gobernante puede presentarse ante su sociedad como un guerrero, un legislador, un filopúnico o un engranaje de la administración romana según le convenga, al menos hasta cierto punto y según las circunstancias. En sociedades aristocráticas, atravesadas por distintos campos de rivalidad y competición, como señala F. de Polignac, este tipo de dinámicas múltiples de pertenencia en función del contexto de representación son frecuentes, y de ninguna manera contradictorias²⁶.

Por otra parte, el éxito de la construcción étnica se relacionará también con el contexto de la sociedad en cuestión. Y es que antropólogos e historiadores coinciden en que los momentos en los que una comunidad se ve amenazada o atraviesa grandes transformaciones es precisamente cuando se dinamizan y aparecen en primer plano los procesos etnogenéticos, quizás como respuesta psicológica por la que el individuo, al sentirse amenazado por la inseguridad de un entorno cambiante, busca en la pertenencia a un grupo y en la continuidad (aparente, ficticia) con la tradición los elementos de estabilidad que ansía²⁷.

Y, dando una última vuelta de tuerca al tema que nos ocupa, los procesos de etnogénesis se reavivarán y complicarán aún más en el seno de los contextos coloniales. En primer lugar porque el contexto colonial implica rápidas transformaciones en las sociedades involucradas, con la consiguiente impresión psicológica de inestabilidad de la que acabo de hablar. Asimismo, el encuentro colonial significa una experiencia más directa del Otro, en relación con el cual se construyen y reconstruyen continuamente las identidades colectivas, máxime cuando la convivencia continuada puede dar lugar a realidades culturales híbridas que propicien el surgimiento de nuevas identidades colectivas para conceptualizar de algún modo la nueva sociedad. Y, finalmente, porque el encuentro con el Otro impulsará a ese Otro a describir y clasificar a través de sus propias estructuras ideológicas y según sus propias necesidades a los grupos con los que se encuentra, estableciendo para ello una serie de “etiquetas” que no habrán de ser asumidas sin más por los grupos-objeto de esta

²⁶ Polignac 2006: 14.

²⁷ Eriksen 1993: 68-76; Jenkins 1997: 10; Jones 1997: 70-75; Cardete 2011: 121-122.

clasificación, pero que sí que, a medio o largo plazo, podrán influir en su propia auto-percepción²⁸; pues la auto-percepción de un grupo, igual que la de un individuo, ha de ser continuamente re-negociada frente a la percepción que los demás se forjan del mismo.

Toda esta problemática ha llevado a ciertos autores a defender que difícilmente puede tratarse el tema de la identidad y los procesos etnogenéticos desde la arqueología, desconfiando de la capacidad de esta para acceder y analizar este tipo de discursos ideológicos²⁹. Y, desde luego, deben reconocerse ciertas limitaciones al respecto por parte de la arqueología cuando el investigador no cuenta con el apoyo de un *corpus* literario cuya exégesis acompañe a los datos arqueológicos³⁰. Ello no obsta sin embargo para que su empleo no pueda reportar interesantes resultados al respecto³¹, dado que, al fin y al cabo, la difusión de un discurso étnico se plasma en el registro material, e igual sucede con algunos de los comportamientos sociales que dicho discurso étnico mediatiza³². Deben refinarse, eso sí, los métodos de aproximación al asunto, y considerarse de manera crítica las limitaciones de las fuentes a la hora de valorar el alcance y la fiabilidad de las conclusiones. Así, ha de superarse el antiguo método de establecer en el registro y delimitar en el espacio las “culturas materiales”, válidas solo hasta cierto punto para documentar la existencia de identidades colectivas³³; se ha de terminar con la vieja falacia positivista, que da por sentado que lo que se nos ha conservado en el registro era todo lo que existía, y que por tanto no puede haber manifestación identitaria que escape al análisis arqueológico³⁴; y se ha de descartar definitivamente, pienso, el desfasado modelo de la aculturación entendida en su sentido tradicional, que en lo tocante a la identidad

²⁸ Hall 2002: 125; Moret 2004: 35-36; Fernández Götz 2009: 193.

²⁹ Cf. por ejemplo Alvar 1991: 351; Hall 2002: 19; Cruz Andreotti 2009: 191.

³⁰ Cf. en contra P. Ruby (2006: 54-59), para quien la arqueología está igual de bien o incluso mejor pertrechada que la “historia” para el estudio de los fenómenos identitarios, dado su carácter más objetivo.

³¹ Jones 1997: 106-107; Ruiz Zapatero 2009: 16-19; Fernández Götz 2009: 191.

³² Vives-Ferrándiz 2012: 269.

³³ Morgan 2001: 77; Fernández Götz 2009: 194-195; Petersen 2010: 306-307. Cf. en contra, por ejemplo, Shepherd 1995: 74; Bérard 2012.

³⁴ A este respecto, ha de tenerse en cuenta en todo momento que buena parte de las manifestaciones identitarias antiguas se nos han perdido irremisiblemente. Valga como ejemplo sobre esto la circunstancia que recoge F. Quesada (1989: 113) acerca de los suesetanos, quienes, según Livio (XXXIV, 20) comenta de pasada, portaban consigo en la batalla una serie de insignias y estandartes que los hacían reconocibles a ojos de sus enemigos iacetanos; insignias y estandartes que, por supuesto, no se han conservado en el registro arqueológico, y de los que no tendríamos noticia de no ser por las fuentes escritas.

supone aceptar que, cuando dos sociedades se encuentran, se desata un proceso por el que una de ellas asume progresivamente los rasgos materiales y la identidad de la otra, ya se denomine a este proceso “romanización”, “helenización” o “iberización”.

Íntimamente conectado con el concepto de “etnicidad” se encuentra, por cierto, el concepto de “memoria”, por lo que en este capítulo analizaré la intersección entre ambos, siempre en lo que a la historia de las comunidades ibéricas del sureste se refiere. Y es que, como ya apunté anteriormente, la mayor parte de los grupos étnicos a lo largo de la historia han basado su pretendida consubstancialidad en la reivindicación de un territorio y un parentesco común, lo que supone, sobre todo en el segundo caso, la instrumentalización de una “historia” colectiva que es *recordada* por la colectividad y que justifica la situación presente.

Entiendo memoria colectiva como la percepción que en un momento concreto tienen los miembros de una sociedad dada de su pasado común³⁵. Se trata por tanto, de nuevo, de un constructo social, que no es reflejo exacto del pasado al que alude, sino una reconstrucción del mismo acorde con las necesidades presentes del grupo que lo evoca, o de la parte del mismo que lo difunde, y que por lo tanto se va modificando continuamente en paralelo con dichas necesidades y con dichos grupos³⁶. La tradición continuamente se “reinventa”, empleando la terminología de E. Hobsbawm³⁷, quizás no partiendo desde cero completamente pero sí aprovechando las ambigüedades y lagunas de la memoria heredada y tomando prestadas selectivamente algunas ideas, historias y mitos de los grupos vecinos³⁸.

Desde luego, un individuo o un grupo familiar puede guardar el “recuerdo” de la historia de sus antepasados durante un número limitado de generaciones, pero la narración del pasado común debe ser “negociada” entre los miembros del grupo, o al menos producida por alguno de ellos y aceptada sustancialmente por el resto, pues de lo contrario no será una memoria colectiva efectiva, ni servirá como filtro, pues de eso

³⁵ Jonker 1995: 30; Alcock 2002: 1, n.1; Assmann 2011: 129-130.

³⁶ Hobsbawm 1983: 4-5; Lowenthal 1998: 282; 301; Van Dyke y Alcock 2003: 3.

³⁷ Hobsbawm 1983: 1.

³⁸ Halbwachs 1925: 121; Woolf 1990: 54-55; Yoffee 2007: 4.

se trata, desde el que los individuos interpreten su presente inmediato, determinando en cierta medida sus percepciones y comportamientos³⁹.

Cuando hablo de memoria colectiva, además, debe entenderse que igualmente me estoy refiriendo al olvido colectivo, pues este es un tipo de “memoria” tan importante como el recuerdo. Al reconstruir y reformular interminablemente sus recuerdos, las sociedades continuamente condenan determinados acontecimientos al olvido, en un proceso que suele estar destinado a obviar circunstancias que no concuerdan con la imagen que de sí quiere dar una sociedad en un momento dado o que ponen en tela de juicio la estructura de poder vigente, o incluso que dificultan la negociación en un momento de cambio en el que cada miembro de la comunidad debe redefinir su puesto en la misma⁴⁰. Los especialistas en la materia incluso distinguen entre conceptos como olvido colectivo voluntario (o “memoria rechazada”, esto es, la prohibición expresa a recordar), olvido colectivo involuntario, olvido olvidado (cuando la sociedad olvida aquello que anteriormente había decidido obviar), e incluso de “recordar olvidando” (es decir, cuando la destrucción espectacular de una imagen u objeto queda grabada en la memoria de la comunidad durante generaciones)⁴¹. Un caso bien conocido de estos fenómenos, por no hablar de ejemplos mucho más cercanos, puede ser el olvido al que la sociedad ateniense condenó expresamente a su pasado inmediato tras la derrota sufrida en la Guerra del Peloponeso y la posterior *στάσις*, y que tan profusamente estudió N. Loraux⁴².

Desde este punto de vista, al dotar al grupo de un pasado compartido que difumina las rupturas y refuerza el sentimiento de identidad colectiva⁴³, la memoria colectiva es una potente herramienta de los procesos étnicos, sobre todo cuando estos surgen en momentos de profundas transformaciones sociales⁴⁴, hasta el punto de que, como afirmó en su momento P. Connerton, a los participantes de cualquier orden

³⁹ Connerton 1989: 2- 6 y 36-38; Mizoguchi 1993: 232.

⁴⁰ Loraux 1988; Eriksen 1993: 92-9; Lowenthal 1998: 282-301; Price 2012: 27-29.

⁴¹ Yerushalmi 1988: 15; Loraux 1988; Bradley 2002: 37-42; 2003: 223-224.

⁴² Loraux 2002.

⁴³ Lowenthal 1998: 79.

⁴⁴ Hobsbawm 1983: 4-5. Por poner dos ejemplos bien conocidos del mundo griego, recuérdese que la “recuperación” del recuerdo del pasado micénico tiene lugar precisamente en la Edad Oscura, en pleno proceso de formación de la *polis* (Hiller 1983), en tanto que la inclusión de Grecia en la administración provincial romana supuso, al menos en Atenas, un renovado énfasis nostálgico en el recuerdo del pasado clásico (Alcock 2000: 113-114).

social se les presupone una memoria compartida, mientras que resulta difícil que individuos con percepciones contradictorias del pasado lleguen a conformar nunca un mismo grupo étnico⁴⁵.

Y, en tanto que potente herramienta de los procesos étnicos, finalmente, creo que puede considerarse a la memoria colectiva como un mecanismo valioso de legitimación ideológica del poder político. La identificación con el pasado colectivo, presentado este de la manera más conveniente, tiende a *naturalizar* la estructura de poder vigente, pues la muestra como algo “tradicional” y esencialmente ligado a la comunidad, describiendo a los gobernantes actuales, implícita o explícitamente, como herederos de los antiguos⁴⁶. Desde luego, también pueden surgir, y ello es frecuente, memorias colectivas alternativas que presenten visiones del pasado distintas a la hegemónica, verdaderas “contramemorias” heterodoxas que de una manera implícita o explícita critican o atacan la visión paradigmática de la sociedad presente y sus estructuras de poder⁴⁷; y a veces estas memorias alternativas triunfan y terminan por imponer su propia visión del pasado colectivo, algo que generalmente viene acompañado de un cambio en las estructuras del poder. Y ello debido a que, aunque la creación de la memoria colectiva es una construcción negociada entre todos los miembros de una sociedad⁴⁸, aquellos individuos que actúan desde las estructuras de poder cuentan con una capacidad de difundir y materializar su propio discurso del pasado mucho mayor que la de sus vecinos.

Dicha mayor capacidad de las elites deriva, en última instancia, de la circunstancia de que la memoria colectiva no se circunscribe al instante y el lugar en el que se pronuncia el discurso que evoca una particular reconstrucción del pasado, sino que suele asociarse intrínsecamente con objetos, espacios y lugares, creados específicamente para ello o no, que evocan determinadas visiones del pasado. Me refiero, por supuesto, a lo que M. Halbwachs denominaba “*cadre matériel*” de la memoria⁴⁹, esto es, la materialización de esta en un sinfín de objetos y lugares de

⁴⁵ Connerton 1989: 3.

⁴⁶ Bradley 1987; Connerton 1989: 15; Le Goff 1992: 54; Lowenthal 1998: 95; Crawford 2007: 12-13; Cardete 2010: 78; Assmann 2011: 68-72; Price 2012: 16.

⁴⁷ Lowenthal 1998: 84; Bouvrie 2002: 34; Alcock 2002: 16; Van Dyke y Alcock 2003: 3; Crawford 2007: 13.

⁴⁸ Detienne 1983: 56-57.

⁴⁹ Halbwachs 1925.

memoria cuya percepción por parte de un individuo o de una comunidad evoca una determinada reconstrucción del pasado. La monumentalización de un paisaje o su simple asociación con un evento del recuerdo comunitario, la construcción de un edificio conmemorativo, la plasmación de una imagen referida al pasado en cualquier tipo de objeto, etc., sirve para reforzar y difundir una particular visión del pasado, y por tanto una particular percepción del presente⁵⁰. Y, por supuesto, no todos los miembros de una sociedad tienen la misma capacidad para llevar a cabo estas acciones, por lo que su potencial real para difundir su particular visión del pasado será asimismo desigual. Pero a su vez la destrucción de estos objetos y edificios, el desplazamiento, incautación, reinscripción o transformación de los mismos, o la conquista o vejación de estos espacios, suponen acciones de enormes connotaciones simbólicas⁵¹ en tanto que atentan no solo contra las posesiones y los territorios de la comunidad sino contra aquellos elementos que la comunidad misma entiende que son pilares de su esencia en cuanto que grupo social, sobre los que se mantiene el edificio ideológico legitimador de la estructura de poder vigente.

Ahora bien, como señala provocadoramente R. Bradley, si bien es posible que los constructores de monumentos triunfaran en su intento de reforzar su particular cosmogonía en su época, rara vez tuvieron éxito en su intento por perpetuarla, al menos a medio y largo plazo⁵². Y es que, aunque los objetos y monumentos perduran en muchos casos a sus dueños y fabricantes, no sucede lo mismo con sus significados, o más bien con los mensajes que los connotan, pues estos van cambiando a medida que lo hace la matriz conceptual-perceptiva de los observadores y las estructuras sociopolíticas de su sociedad⁵³. Cada generación reinterpreta los monumentos y los objetos que hereda de sus antepasados, modificando (en ocasiones levemente, en otras de manera radical) sus significados y connotaciones para adaptarlos a las nuevas demandas de la cosmogonía vigente; o bien, si ello es imposible, los eliminará del nuevo paisaje, creado para materializar la nueva memoria colectiva. La interrelación entre la memoria colectiva y las estructuras sociales es, al fin y al cabo, dialéctica.

⁵⁰ Cf. por ejemplo Plácido 1989: 44; Alcock 2002: 21; Mizoguchi 1993: 224-225.

⁵¹ Lowenthal 1998: 377-504; Crawford 2007: 26 y 34.

⁵² Bradley 2002: 85.

⁵³ Bradley 1993: 91; 1998: 71; Alcock 2002: 29; Crawford 2007: 14-15. Cf. Appadurai (ed.) 1986, especialmente Kopitoff 1986.

Al igual que sucedía con las identidades colectivas, no obstante, no debemos perder de vista la circunstancia de que también la memoria colectiva se crea, recrea y difunde a través de toda una serie de “elementos” que no se conservan en el registro arqueológico, o lo hacen de un modo indirecto. Me refiero a las “prácticas performativas”, tales como ceremonias, rituales, historias, leyendas, hábitos, formas de vestirse o automatismos corporales; prácticas enormemente eficaces en la creación de memorias colectivas⁵⁴, pero que a la larga resultan igual de incapaces que los monumentos a la hora de estabilizar un mismo significado a una práctica determinada.

En definitiva, por tanto, la memoria social resulta un constructo enormemente inestable⁵⁵, que por definición debe parecer inmutable (“la historia siempre se ha contado así, porque fue así como sucedió”), pero que sin embargo se encuentra en constante transformación, cargándose de nuevos matices cada vez que el grupo evoca, reconstruye y reinventa su pasado; y, en tanto que construcción cultural, transformándose e hibridándose cada vez que dos comunidades se encuentran entre sí y deben “renegociar” sus respectivos recuerdos⁵⁶.

Para concluir con este repaso por la memoria colectiva, valga tan solo comentar que, al igual que dije que sucedía con el estudio de la identidad étnica, diversos autores han negado la posibilidad de que la arqueología pueda profundizar en este campo, e incluso en muchas ocasiones se ha discutido si la creación de memoria colectiva de las sociedades sin escritura sería comparable a la que sabemos que se producía en las sociedades letradas, o incluso a la que tiene lugar en el mundo contemporáneo⁵⁷. Pero, como sucedía en el caso anterior, creo que esta opinión debe matizarse: por supuesto que en todas las sociedades humanas, letradas o ágrafas, sus miembros han reflexionado sobre su pasado colectivo y han puesto en común, han *negociado* podría decirse, estas reflexiones; y no me cabe duda de que desde que existe la jerarquía social los individuos que ocupaban su cúspide han impuesto, siquiera parcialmente, su visión del pasado, una visión que legitimaría su preeminencia

⁵⁴ Sabbatucci 1984: 89; Connerton 1989: 5; Bradley 2002: 13; Van Dyke y Alcock 2003: 4; Rowland 1993; Meskell 2007: 216; Assmann 2011: 19-20.

⁵⁵ Meskell 2003; Bradley 2003: 221-222.

⁵⁶ Alcock 2002: 95. *Vid.* Fig. 3.2.

⁵⁷ Cf. por ejemplo Funari, Jones y Hall 1999: 6 y 12-13; Bendala 2003-2004: 325.

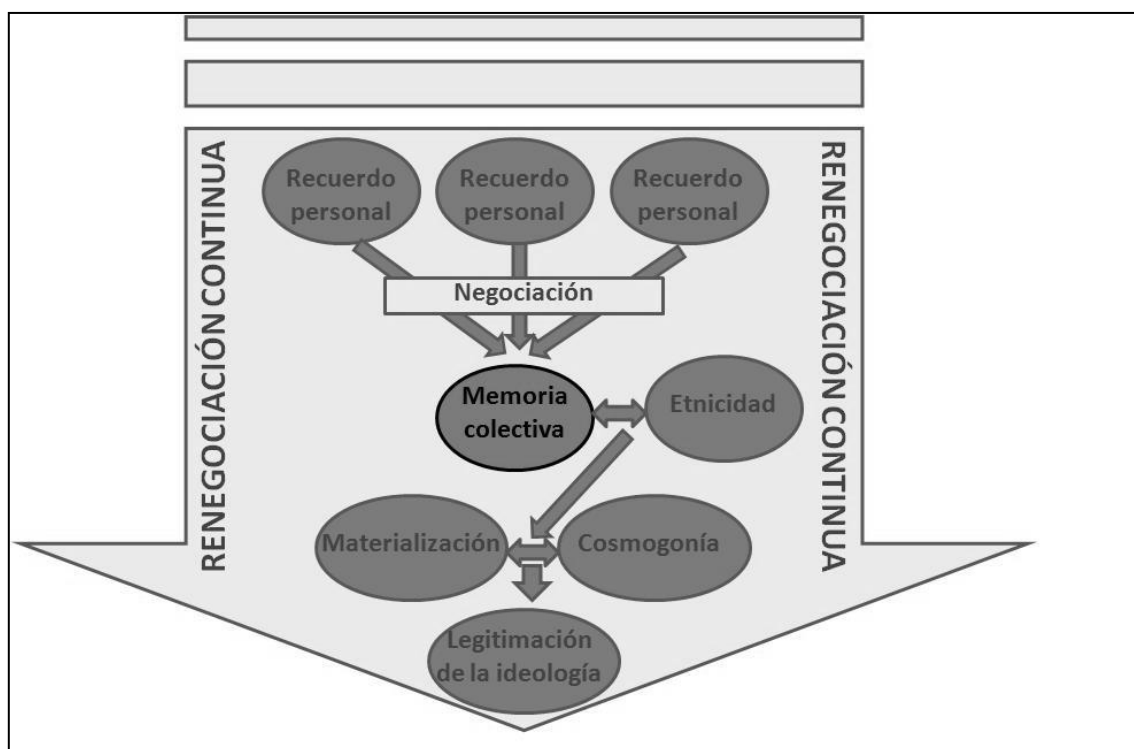


Fig. 3.2. La renegociación de la memoria colectiva.

social. También creo, finalmente, que la arqueología puede investigar esta creación, recreación e instrumentalización de la memoria social; quizás no obteniendo resultados tan completos como en los casos en los que se pueda apoyar en otros tipos de fuentes históricas, como las literarias, pero en cualquier caso de una manera efectiva y metodológicamente coherente.

En definitiva, así concebida, la memoria colectiva se impone en mi opinión como la dimensión fundamental de las identidades étnicas. Unas páginas atrás, mostraba el desacuerdo existente entre los distintos especialistas acerca de qué criterios objetivos o subjetivos servían a un grupo étnico para identificarse a sí mismo (lengua, religión, territorio, antepasados...), y concluía que resultaba difícil encontrar alguno que fuera empleado en todas las sociedades. De existir alguno, desde mi punto de vista y a falta de un estudio antropológico exhaustivo que pudiera confirmarlo, este sería sin duda la construcción de una memoria colectiva. Un grupo étnico solo podrá concebirse a sí mismo como colectividad si comparte una cosmología, esto es, si conceptualiza su mundo, su “presente”, de una manera similar, y para ello requiere de una serie de referentes que compongán un pasado compartido, y una serie de

símbolos, mitemas y rituales que permitan referirse a él, reconstruirlo y actualizarlo de manera acompañada.

Después de este largo excursus epistemológico, se impone volver al mundo protohistórico peninsular para observar, en unas pocas líneas, de qué forma se viene estudiando la intersección entre identidad y memoria colectiva en las comunidades ibéricas. A este respecto, creo que se puede afirmar sin ningún género de dudas que el investigador que más ha trabajado sobre el tema ha sido el profesor R. Olmos, quien en sus diversos artículos, y fundamentalmente mediante el análisis iconográfico, ha investigado la construcción de la identidad y la memoria colectiva ibéricas a través de diversos casos de estudio, y las vías de estudio con las que los historiadores cuentan para aproximarse al fenómeno⁵⁸. Desde postulados cercanos, otros investigadores que podrían encuadrarse en su escuela han continuado la tarea en los últimos años⁵⁹.

De manera paralela, también otros iberistas han abordado el tema desde distintas aproximaciones. Así, A. Ruiz Rodríguez ha analizado el surgimiento de memorias legendarias e identidades políticas a partir de la arqueología espacial y de una aproximación materialista al surgimiento de las jerarquías⁶⁰. T. Chapa ha profundizado en la creación de identidades y memorias colectivas por parte de las elites ibéricas a través de la iconografía, y la dispersión, la destrucción y el proceso productivo de la estatuaria ibérica⁶¹. J. Vives-Ferrándiz por su parte ha analizado la creación de identidades híbridas en el espacio colonial generado por la interacción entre los fenicios y las comunidades locales de la costa levantina⁶², en tanto que I. Grau ha estudiado la creación de paisajes políticos y religiosos en los valles alcoyanos⁶³. D. Plácido, G. Cruz, A. Domínguez y P. Moret, por su parte han abordado

⁵⁸ Cf. por ejemplo Olmos 1982; 1987; 1989; 1992; 1995; 1996; 1996 b; 1996 c; 1997; 2000; 2002; 2002-2003; 2003; 2003 a; 2004; 2005; 2007-2008; 2010; Olmos y Chapa 2004; Olmos y Grau 2005;

⁵⁹ Rueda 2011; Rueda y Olmos 2010; Rueda *et alii* 2005; Molinos y Rueda 2011; González Reyero 2007; 2010; 2012; González Reyero y Rueda 2010; García Cardiel 2012; 2012 a; 2014 a; 2014 b; 2014 c; 2014 d.

⁶⁰ Ruiz Rodríguez 1996; 2001; 2009; 2013.

⁶¹ Chapa 1994 a; 1996; 1998 a; 2003; 2008; 2011; 2012; Chapa *et alii* 2009.

⁶² Vives-Ferrándiz 2006; 2007; 2008; 2010; 2012; Aranegui y Vives-Ferrándiz 2006.

⁶³ Grau 2000 a; 2002; 2005 a; 2007; 2007 a; 2010 b; 2012.

la exégesis crítica de las fuentes literarias grecorromanas para tratar de establecer la “identidad” ibérica y la repartición étnica del mundo ibérico a lo largo de su historia⁶⁴.

Finalmente, resulta también interesante mencionar aquí a otros investigadores dedicados a examinar la formación de identidades y memorias colectivas en la Península Ibérica en época protohistórica, aunque no se refieran específicamente al mundo ibérico, como son G. Ruiz Zapatero, F. Wulff, M. Álvarez Martí-Aguilar, J.L. López Castro, E. Sánchez-Moreno, A. Delgado, M. Fernández Götz o P. Albuquerque⁶⁵, entre otros.

3.2. A la búsqueda de una nueva legitimidad en los albores del mundo ibérico.

3.2.1. La conexión del poder con el elemento colonial: vasos, tumbas y rituales.

En el capítulo anterior, realicé un rápido y sucinto recorrido por las importaciones mediterráneas y próximo-orientales que, desde al menos el s. VIII a.C. y sobre todo en el VII a.C., algunas comunidades del sureste peninsular adquirieron y han podido ser documentadas por la actividad arqueológica. Algunas de estas importaciones, como las ánforas vinarias, pueden explicarse en parte desde el punto de vista que ya lo hice, como elementos de los que la elite disponía actuando en el seno de su grupo como agente redistribuidor de un bien exótico y que fomenta la cohesión de la colectividad en torno al *big man*.

Pero seguramente esta explicación no agota, ni mucho menos, todos los significados de las importaciones que llegaban, y cuya adquisición significó la profunda transformación de las estructuras socioeconómicas de las comunidades locales. Al fin y al cabo, también se podría haber producido (y en algunos enclaves como Alt de Benimaquía de hecho se hizo) vino localmente; al fin y al cabo otros objetos no se adquirirían para ser redistribuidos sino que se convertían en propiedad de su poseedor e incluso lo acompañaban en su tumba; y al fin y al cabo junto con estos objetos también se aprehendieron técnicas, rituales y comportamientos que son más

⁶⁴ Plácido 1994; 1998; 2009; Cruz Andreotti 2002; 2002-2003; 2008; 2009; Domínguez 1983; 1984; 1984 a; Moret 2004; 2006.

⁶⁵ Ruiz Zapatero 2009; Wulff 2009; Álvarez Martí-Aguilar 2009; 2010; 2012; Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer 2009; López Castro 1994; 2004; 2007; Sánchez-Moreno 2011; Delgado Hervás 2008; 2010; Delgado Hervás y Ferrer 2007; Fernández Götz 2008; 2009; Albuquerque 2012. Para un recuento historiográfico de la intersección entre arqueología y etnicidad en el panorama internacional, cf. Ruby 2006: 28-36.

difícilmente interpretables desde el punto de vista de la redistribución. Desde luego, en todos ellos el componente ostentatorio de las elites que los empleaban estaría muy presente, pero resta por analizar por qué enterrarse de una determinada manera, emplear un cierto tipo de joya o modelar en piedra una imagen concreta, y no otras, revertiría para el responsable un capital simbólico que no se conseguiría (o no de la misma manera) mediante la ostentación de otros objetos, comportamientos o símbolos “autóctonos”.

La presencia de estos elementos alóctonos, de hecho, ha suscitado interpretaciones diversas, que en muchas ocasiones han partido de la aceptación explícita o implícita de la identificación entre cultura material y etnia. Así, el empleo de técnicas supuestamente orientales en la construcción de las fortificaciones de Alt de Benimaquía o Cabezo Pequeño del Estaño⁶⁶, el empleo de una tecnología metalúrgica desarrollada en Peña Negra⁶⁷, o ciertas particularidades de las que en seguida hablaré en los rituales funerarios observados en las necrópolis de Les Moreres, Les Casetes o El Molar⁶⁸, han servido a ciertos autores para argumentar la presencia de grupúsculos fenicios habitando en el seno de las comunidades locales. Incluso a veces para explicar estas aparentes irregularidades se ha hecho llegar hasta el área estudiada los límites de Tartessos⁶⁹. O se ha planteado, finalmente, que se trataría de elementos foráneos importados por las elites indígenas pero que nunca fueron verdaderamente comprendidos y que por ello pronto cayeron en el olvido o fueron activamente rechazados por las comunidades locales⁷⁰.

No voy a tratar aquí de refutar la presencia de individuos fenicios asentados en el seno de medios indígenas, pues ni tengo argumentos para ello ni me resulta inverosímil, antes bien al contrario, pero creo que por sí sola no explica estos fenómenos de los que hablo, pues por mucho que un individuo extranjero se asiente en una comunidad dada, el hecho de que mantenga unos determinados rasgos de su cultura y que la comunidad local los respete, permita y promueva, debe ser estudiado

⁶⁶ Díes, Gómez Bellard y Guérin 1991: 23-24; González Prats y García Menárguez 2000: 1531; González Prats 2001: 178; Díes 2001: 95; Prados Martínez y Blánquez 2007: 61; García Menárguez y Prados 2014: 118-123.

⁶⁷ González Prats 2001: 176-177.

⁶⁸ De Miguel 2005: 328; González Wagner 2005: 280-281; García Gandía 2009: 171.

⁶⁹ González Prats 1993 b.

⁷⁰ Blázquez 1996: 556-557; 2003: 330.

desde la dinámica interna de la propia comunidad, constituyendo el problema de la identificación del “origen objetivo/genético” de cada individuo una cuestión menos relevante en términos históricos. Máxime cuando quien pone en práctica los comportamientos “extraños” de aparente origen alóctono no son “individuos aislados” sino, aparentemente, aquellos con una mayor preeminencia social en el grupo.

Posiblemente tengan razón quienes abogan por, como dije anteriormente, superar los modelos interpretativos basados en el concepto de la “aculturación”, como los sistemas-mundo o centro-periferia, y centrarse en el estudio crítico del consumo como herramienta para entender los procesos culturales e identitarios⁷¹. No tiene mucho sentido hablar de “orientalización” del mundo ibérico del sureste, pues la acción colonial variará dependiendo de las estructuras locales de los “colonizados”, quienes importarán, aprehenderán, reinterpretarán y utilizarán determinados elementos culturales y artefactos de cuantos les ofrecen los “colonizadores” y rechazarán otros, dando lugar a una infinita gama de posibilidades⁷². Máxime además cuando, como sabemos, los significados no traspasan forzosamente fronteras culturales adheridos a los objetos, sino que la interpretación y empleo de estos variará para adaptarse a las necesidades y estructuras mentales de quienes los importan⁷³. Hemos de tratar de averiguar, por el contrario, qué motivó en cada caso la adquisición, empleo y reinterpretación de estos artefactos y elementos culturales, pues ello nos permitirá comprender mejor a la sociedad que los recibía.

Resulta por ello mucho más fructífero resituar todos estos elementos en el contexto cultural en el que se gestan, el *middle ground* colonial en el que gentes de muy diversa procedencia interactúan entre sí y renegocian continuamente su posición en las estructuras (socioeconómicas, de poder, identitarias, etc.) generadas.

En un contexto como este, las elites locales de las comunidades del sureste peninsular de los siglos VIII al VI a.C. van haciéndose con la capacidad de movilizar las fuerzas de trabajo de sus respectivas comunidades y de administrar el excedente obtenido, o al menos una parte del mismo, para financiar los intercambios coloniales. Algunos de los productos fiscalizados serán posteriormente redistribuidos entre la

⁷¹ Cf. por ejemplo Dietler 1995: 127; 1997: 475-483; 2009: 31-32.

⁷² Alvar 1990 a; González Wagner 1993; Van Dommelen 2004: 138; 2006: 135-136.

⁷³ Pappa 2011: 471-472.

comunidad (o al menos entre algunos de sus miembros), pero otros quedarán en manos de estos gobernantes, como signo visible de la preeminencia creciente que estos individuos van adquiriendo en el seno de sus respectivas sociedades. El hecho de que la utilización y exhibición de estos objetos además venga acompañada de toda una serie de comportamientos de “aire” mediterráneo es posible que pueda ser interpretado como un comportamiento intencionado que traduce al plano simbólico, como señaló C. González Wagner, el hecho de que la creciente hegemonía de esta aristocracia naciente descansaba sobre su relación y confluencia de intereses con la presencia colonial⁷⁴. Desde este punto de vista, las elites locales no asumen sin más los comportamientos culturales alóctonos, sino que construyen sus propios rasgos identitarios, que deben distinguirlos de los demás miembros de sus respectivas comunidades, inspirándose en su percepción de determinados elementos culturales de los agentes coloniales, cuya “cooperación” basada en relaciones personales de tipo aristocrático al fin y al cabo sustenta su creciente preeminencia socioeconómica. Algo parecido, por tanto, a los fenómenos que P. Van Dommelen viene estudiando en la Cerdeña protohistórica⁷⁵.

La vinculación identitaria con el elemento colonial además reportaría un valor añadido para la legitimación y consolidación de las elites locales, pues, como bien señaló el antropólogo M.W. Helms, el contacto con gentes de tierras lejanas, y por tanto el acceso a un flujo de información vedado al resto de la comunidad (tanto el que adquirieran realmente, como el que el resto de la comunidad les presupondría) han constituido a lo largo de la historia una potente fuente de prestigio⁷⁶.

Quizás un caso significativo de estos procesos sea, precisamente, el arquitectónico. Y es que, como señalan A. Delgado y M. Ferrer, las diferencias arquitectónicas entre los asentamientos coloniales y los demás hábitats en una región debían ser bien perceptibles, al menos en determinados momentos del proceso colonial⁷⁷; y por ello la erección en torno a un hábitat de una muralla, infraestructura cívica por antonomasia, dotada de un “aire” oriental, o incluso empleando en ella algunas técnicas importadas, aunque la concepción general de la fortificación continúe

⁷⁴ González Wagner 2004: 276.

⁷⁵ Van Dommelen 2002.

⁷⁶ Helms 1988. Cf., recientemente, Antonaccio 2010: 41-42.

⁷⁷ Delgado Hervás y Ferrer 2007: 22-23. Dietler 2010: 258-308.

siendo “indígena”, constituye una clara declaración de intenciones por parte de la elite que promueve la obra, tanto hacia los miembros de su propia comunidad como hacia las comunidades vecinas, algo en lo que profundizaré en un capítulo posterior. Y otro tanto sucede con la utilización de técnicas importadas en determinadas viviendas preeminentes (como la casa 200 de El Puig⁷⁸), o con el empleo de símbolos directamente relacionables con el elemento colonial (como la piel de toro o lingote chipriota grabado en el suelo de un departamento de El Oral⁷⁹, o como el enlucido rojo que recubre las paredes de ciertas viviendas en Peña Negra, Los Almadenes, La Quéjola, o incluso en pequeños hábitats rurales como Torre de Sancho Manuel, Lorca, Murcia)⁸⁰.

De una manera similar pueden explicarse, creo, los casos de producciones cerámicas *híbridas*⁸¹, esto es, aquellas que combinan elementos, técnicas, decoraciones y concepciones de diversas tradiciones culturales, dando lugar así a tipos de vasos completamente nuevos, que nos hablan de un intento por parte de quienes los encargaron, fabricaron o utilizaron de vincularse y participar del prestigio que los agentes coloniales mantenían, pero también de los usos culinarios híbridos que comenzarían a imponerse poco a poco en la región⁸². Es el caso de determinados lotes cerámicos datables en los ss. VII y VI a.C. y documentados en Peña Negra, Saladares y, quizás, Casarejos⁸³.

En el mismo sentido interpreto los casos de artefactos importados por gobernantes locales ibéricos y que quedarían ligados a una familia determinada, en el seno de la cual se transmitirían a lo largo de varias generaciones hasta su postrera amortización, constituyendo un signo parlante de la preeminencia de los sucesivos miembros del grupo familiar y de su directa conexión con los agentes coloniales. Los ejemplos más conocidos del fenómeno del que hablo serían, posiblemente, el

⁷⁸ Grau y Segura 2013: 63.

⁷⁹ Abad y Sala 1997: 91-95.

⁸⁰ González Prats 1993: 185; Blánquez 1995: 197; Sánchez García 1997: 226; López Precioso y Sala 1999: 237; Díes 2001: 94-95; Mancha 2010: 54.

⁸¹ Vives-Ferrándiz 2008: 252. Contra el empleo de este concepto, puede argüirse, como señala P. Van Dommelen (2006: 138), que su utilización implica aceptar el no tan evidente axioma de que existían tradiciones tecnológicas anteriores diferentes y aisladas.

⁸² Delgado Hervás 2010.

⁸³ Vives-Ferrándiz 2007: 544-546; 2008: 252; Mancha 2010: 47-50. *Vid.* Fig. 3.3.

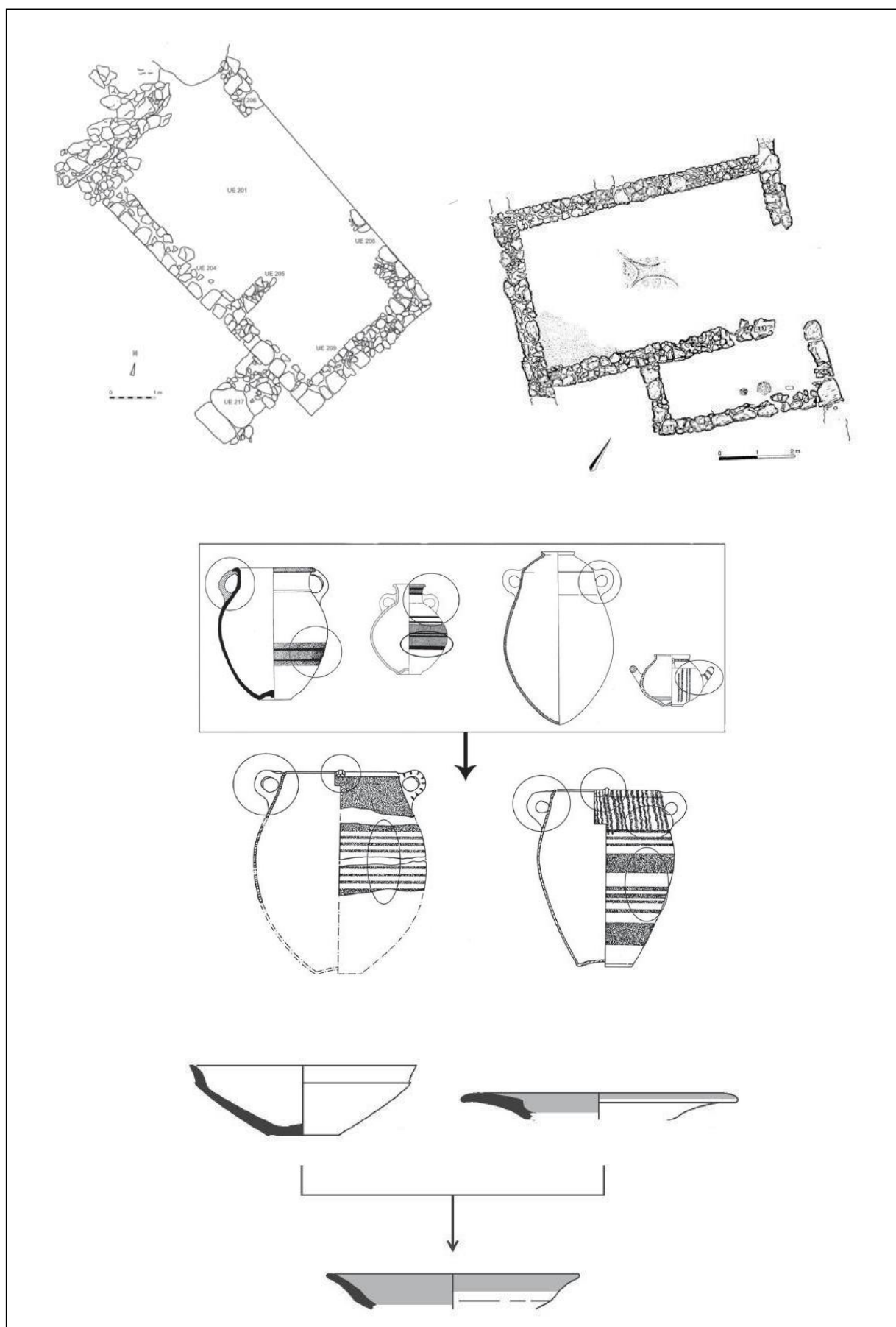


Fig. 3.3. Producciones híbridas en el plano arquitectónico (casa 200 de El Puig –derecha– y casa IIIJ de El Oral –izquierda–) y en el de la tipología cerámica (vasos de Peña Negra –centro– y Saladares –abajo–).

timiatario de La Qúejola, que en su momento ya mencioné, y que por criterios estilísticos puede datarse en la segunda mitad del s. VI a.C., aunque permaneció en uso hasta la segunda mitad del V a.C.⁸⁴, o, ya fuera del área de estudio, la famosa Dama de Galera, cuyos paralelos estilísticos nos retrotraen a comienzos del s. VI a.C. aunque fue amortizada a finales del V a.C.⁸⁵. Aunque desde luego estos son solo los casos más llamativos, pues sin duda un cuidadoso estudio contextual de otros objetos de factura no tan excepcional evidenciaría la presencia de otras importaciones que han sido transmitidas de padres a hijos a lo largo de las generaciones⁸⁶.

Quizás más expresivos aún sean los ejemplos de prácticas funerarias híbridas que observamos en algunas necrópolis del sureste en estas mismas fechas, y que tanta polémica han cosechado en la historiografía. Tal podría ser el caso, de hecho, de la necrópolis de Les Moreres, extensa área cementerial situada junto a Peña Negra y en la que se han documentado centenar y medio de enterramientos de cremación, datables entre el siglo IX y comienzos del VI a.C.⁸⁷ Así, la excavación del lugar permitió constatar que progresivamente los enterramientos colectivos fueron dejando paso a los individuales, que terminaron por constituir la norma general, en tanto que los restos óseos paulatinamente dejaron de depositarse directamente en el fondo de las sepulturas para ser contenidos en urnas cinerarias. En tercer lugar, desde finales del s. VIII a.C. comienzan a aparecer en los enterramientos importaciones fenicias, fundamentalmente vajilla de mesa empleada como urnas funerarias y tapaderas. Todos estos cambios han sido argüidos como evidencia para defender un cambio de ritual en Les Moreres que vendría provocado por el contacto sistemático con el mundo fenicio, o incluso por la presencia de gentes fenicias habitando en Peña Negra y enterrándose aquí⁸⁸. Y, sin embargo, tal y como defiende acertadamente J. Vives-Ferrándiz, en realidad no se aprecia una verdadera ruptura en el ritual funerario, sino más bien una paulatina introducción en los enterramientos de vasos importados que sustituyen directamente a las piezas de fabricación local cumpliendo idénticas

⁸⁴ Blánquez y Olmos 1993: 96.

⁸⁵ Olmos 2004; González Reyero 2007.

⁸⁶ Cf. por ejemplo García Gandía 2009: 171.

⁸⁷ González Prats 2002 a: 376.

⁸⁸ González Prats 2002 a: 387; González Wagner 2005: 280-281.

funciones⁸⁹. De igual forma que los habitantes de Peña Negra adquieren regularmente vasos torneados de fabricación fenicia (y en ocasiones pronto comenzarán a fabricarlos), los incluirán entre sus ajuares funerarios, sin que ello entrañe ningún cambio importante en el ritual crematorio del cadáver y su deposición última, ni probablemente tampoco en la percepción del mismo. Aunque el empleo de artefactos importados, por supuesto, no debe considerarse en ningún caso inocente: su exhibición y amortización supondría un gasto ostentatorio, y por tanto reportaría para los descendientes del difunto un capital simbólico, sensiblemente mayor que el que significaría el empleo de vasos locales, en un contexto de fuerte competencia aristocrática y grandes transformaciones socioeconómicas.

Caso distinto es el de la necrópolis de Les Casetes. Aunque en sus diversos sectores esta área cementerial ha registrado un centenar de tumbas que cubren buena parte del I milenio a.C.⁹⁰, para los ss. VII-VI a.C. se han documentado casi tres decenas de enterramientos, todos ellos de incineración pero muy dispares entre sí en tipología y ajuar funerario. Así, encontramos tumbas en hoyo (generalmente sin tratamiento alguno y sin elementos de ajuar), tumbas en fosa (de forma rectangular, con las paredes enlucidas de barro amarillo, y con ajuar), estructuras simples (fosas cubiertas con una piedra plana, cistas de adobe o de piedra, pseudocistas) y estructuras complejas. Entre estas últimas, que contaban con un ajuar excepcionalmente rico, encontramos un túmulo rectangular de piedra, una tumba de cámara de planta compleja, y una cista rodeada de una cenefa de cantos rodados de distintos colores. Por lo que respecta al ajuar, se entremezclan vajilla de mesa de importación fenicia (platos de engobe rojo, cuencos, cuencos-trípode...), cerámica torneada local a mano y a torno, una cantimplora de fayenza de procedencia egipcia, y abundantes armas ofensivas de hierro⁹¹.

Al margen de la llamativa cantidad de importaciones de diversa riqueza y heterogénea procedencia (que se completan con las exóticas importaciones documentadas en los enterramientos más antiguos de la otra necrópolis de la Vila

⁸⁹ Vives-Ferrándiz 2005: 194; 2010: 201-202.

⁹⁰ Espinosa, Ruiz Alcalde y Marcos 2005.

⁹¹ García Gandía y Padró 2002-2003; García Gandía 2003; 2004; 2005; 2009. *Vid.* Fig. 3.4.

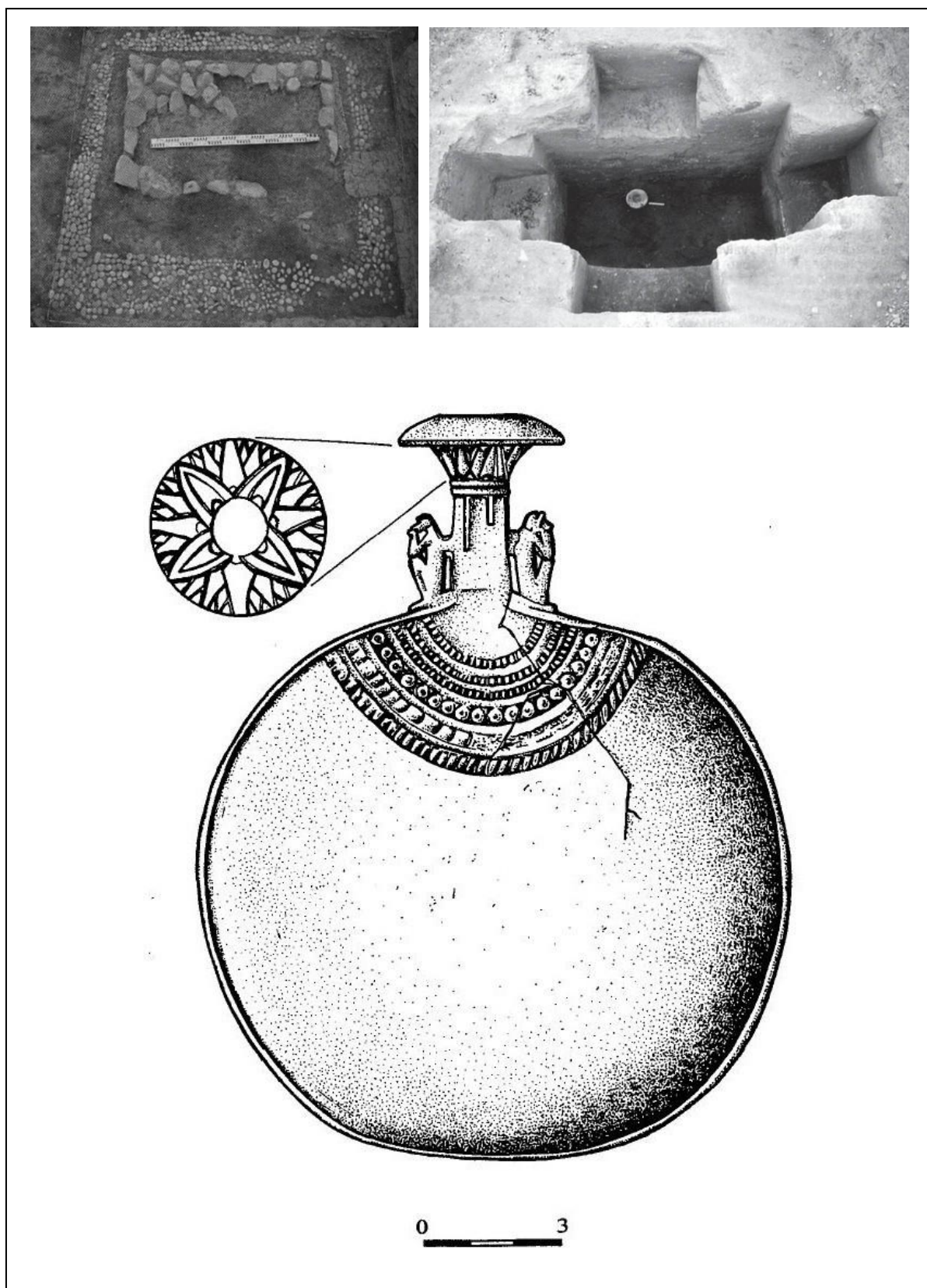


Fig. 3.4. Tumbas 9 y 19 de Les Casetes y cantimplora de fayenza de la tumba 18.

Joiosa, Poble Nou⁹²), requieren nuestra atención fundamentalmente estas tres últimas tumbas de arquitectura compleja, pues se apartan tangencialmente de los hábitos funerarios locales de la época. Esto ha servido como acicate, una vez más, para que en ocasiones se haya barajado la presencia de gentes semitas habitando en el enclave junto a la población indígena⁹³, o bien que las aristocracias comerciales fenicias proveyeran a los gobernantes locales no solo de determinados productos y objetos de prestigio, sino también de la ideología y los rituales relacionados con aquellos⁹⁴.

Sin embargo, los presupuestos metodológicos que expuse páginas atrás impiden una vez más contentarnos con la identificación de la procedencia de los individuos solamente a partir de algunos de los materiales con los que se entierran, o de lo exótico de la arquitectura de su enterramiento (máxime cuando, recordémoslo, que un elemento sea poco habitual desde los parámetros locales no quiere decir forzosamente que sea típicamente fenicio). Resulta mucho más fructífero interpretar estas irregularidades desde el punto de vista de unas elites locales que, además de hacerse enterrar junto con ajuares funerarios desusadamente ricos y con una gran cantidad y variedad de artefactos importados de origen exótico, emplean igualmente superestructuras funerarias que se diferencian de las de sus congéneres, imitando modelos alóctonos. Reparemos, de hecho, en que estas tres tumbas no son solamente algunas de las más ricas sino que articulan el espacio necropolitano, situándose las tres de forma equidistante entre ellas en los límites del cementerio y dejando que a su alrededor se distribuyan las demás tumbas⁹⁵, lo que nos da idea de la importancia que atribuyó esta sociedad durante más de un siglo a los individuos aquí enterrados. Es decir, nos encontramos posiblemente con una aristocracia que, en plenos momentos de despegue de la diferenciación social, emplea la ambivalencia de la situación colonial para “inventarse” una nueva tradición funeraria que les diferencie del resto de su comunidad, identificándose por el contrario con el elemento colonial, en cuyo “apoyo” basa buena parte de su preeminencia⁹⁶. Una nueva “tradición” que no hubo de tener éxito en cuanto que tal, pues ninguna de estas tres tumbas se parece entre sí y

⁹² Cf. por ejemplo Vaquero 2012.

⁹³ García Gandía 2004: 564-565.

⁹⁴ García Gandía 2009: 171.

⁹⁵ García Gandía 2004: 146-148.

⁹⁶ Vives-Ferrándiz 2006: 198-201; Aranegui y Vives 2006: 94-95.

ninguna de ellas es después imitada, pero que sí que consiguió convertir a los individuos aquí enterrados en referentes para su comunidad a lo largo de un período largo de tiempo, durante el cual su memoria sería conservada e instrumentalizada en beneficio de sus descendientes, reales o ficticios.

Por último, merece la pena volver sucintamente sobre la necrópolis de El Molar, la tercera gran área cementerial de la época en el sureste ibérico. En ella igualmente se han documentado una gran cantidad y heterogeneidad de importaciones de todo tipo, riqueza y procedencia⁹⁷, e incluso en dos de las tumbas se documenta un ritual funerario completamente diferente, basado no ya en la cremación del difunto sino en su inhumación⁹⁸, lo que ha llevado de nuevo a pensar que se trataría de dos individuos extranjeros aquí enterrados⁹⁹, aunque una vez más el conjunto de datos se interpreta mejor conceptualizándolos como una situación híbrida en la que una aristocracia en formación ensaya nuevas estrategias de legitimación política y socioeconómica, para lo que tiende puentes que le permitan vincularse ideológicamente con el poder colonial del que dependen y que a su vez utilizan.

Sin salir del ámbito de las necrópolis, de hecho, creo que merece la pena subrayar la reiterada presencia en estas de un elemento iconográfico que ya he mencionado anteriormente: el lingote chipriota o piel de toro. Es este un signo de gran fuerza simbólica y compleja interpretación que estuvo ampliamente difundido por el espacio colonial fenicio-tartésico entre los siglos VIII-VI a.C. y que se plasmó al menos en altares y piezas de orfebrería¹⁰⁰. Por lo que respecta a nuestra área y cronología, el signo es reutilizado y reinterpretado. Así, en el conjunto monumental de Pozo Moro, en torno al monumento turriforme se dispone un pavimento de guijarros con esta forma, delimitado por un pequeño murete¹⁰¹, que F. López Pardo entiende que conservaría las connotaciones positivas alusivas a la resurrección divina que ya le

⁹⁷ E. Llobregat (1972: 139) incluso habla del hallazgo en la necrópolis de un conjunto de monedas de *Ebusus*, *Carthago Noua* y Cádiz, pero dada la cronología de la necrópolis, que finaliza como tarde en el s. V a.C., pienso que la atribución de estas piezas es errónea, pudiendo proceder estas más bien de otros yacimientos alicantinos excavados a comienzos de siglo, como por ejemplo la necrópolis de Albufereta.

⁹⁸ Lafuente 1929: 621.

⁹⁹ Sala 1996: 20; De Miguel 2005: 328.

¹⁰⁰ Cf. Celestino 1994; 2008; Escacena e Izquierdo 2000; Escacena 2002; 2009; 2011; Escacena y Coto 2010; Gómez Peña 2010; Arancibia *et alii* 2011: 133; Almagro Gorbea *et alii* 2011-2012.

¹⁰¹ Almagro Gorbea 1983 a: 189-190.

atribuían los fenicios¹⁰². Pero la transformación iconográfica seguiría su curso, y en Los Villares de Hoya Gonzalo, en la tumba 31, datada a finales del s. VI a.C., hallamos ya esta forma en la propia forma de la fosa y en su cubrición¹⁰³. Otro tanto sucede, de hecho, en determinadas tumbas individuales de los ss. V y IV a.C. que han aparecido en El Salobral¹⁰⁴, Cabezo Lucero¹⁰⁵, Castillejo de los Baños¹⁰⁶ y, quizás, Lorca¹⁰⁷, así como, en la Alta Andalucía y por tanto ya fuera de mi área de estudio, en Galera¹⁰⁸ y Baza¹⁰⁹. Finalmente, los lingotes aparecen representados igualmente en la testuz de algunas esculturas de toro, datadas en el s. VI a.C.¹¹⁰

Es decir, todas estas tumbas sugieren que se ha tomado de una tradición cultural ajena un signo, el del lingote chipriota, pero se ha plasmado de una manera totalmente distinta a la original, en la forma de las tumbas, seguramente también atribuyéndole un significado que no era exactamente el mismo que en origen, no tratándose ya seguramente de un símbolo del dios que resucita sino más bien de un signo que demarca la presencia de la divinidad o el carácter sagrado del lugar. En definitiva, nos encontramos una vez más ante un ejemplo de construcción cultural híbrida, fruto del deseo de unas elites locales de dotarse de una identidad que les permitiera *distinguirse* aproximándose a los agentes coloniales¹¹¹.

3.2.2. Viejas ruinas y nuevos propósitos.

Me gustaría añadir a esta discusión un fenómeno que creo que hasta el momento ha pasado por alto a la historiografía, como es el de la localización de algunas de las necrópolis de esta fase. Ya señalé en el capítulo anterior que no conocemos muchos enterramientos de esta época al margen de las tres grandes

¹⁰² López Pardo 2006: 58. Cf. García Cardiel 2009: 63-64.

¹⁰³ Blánquez 1991: 255; 1993: 88-89; 1996 a: 218.

¹⁰⁴ Blánquez 1999: 78.

¹⁰⁵ Uroz Sáez 2006: 31.

¹⁰⁶ García Cano y Page 1996: 261.

¹⁰⁷ Cárcelos *et alii* 2008: 49-51. *Vid.* Fig. 3.5.

¹⁰⁸ Rodríguez-Ariza, Gómez Cabeza y Montes, 2008.

¹⁰⁹ Blánquez 2010: 81.

¹¹⁰ Chapa 2005: 35-39.

¹¹¹ Cf. *contra* Gómez Peña (2012: 754-756), quien por el contrario afirma que la presencia de determinadas tumbas en el sureste con forma de lingote chipriota nos estaría indicando la existencia de individuos o grupúsculos con una identidad religiosa semita en el sureste.

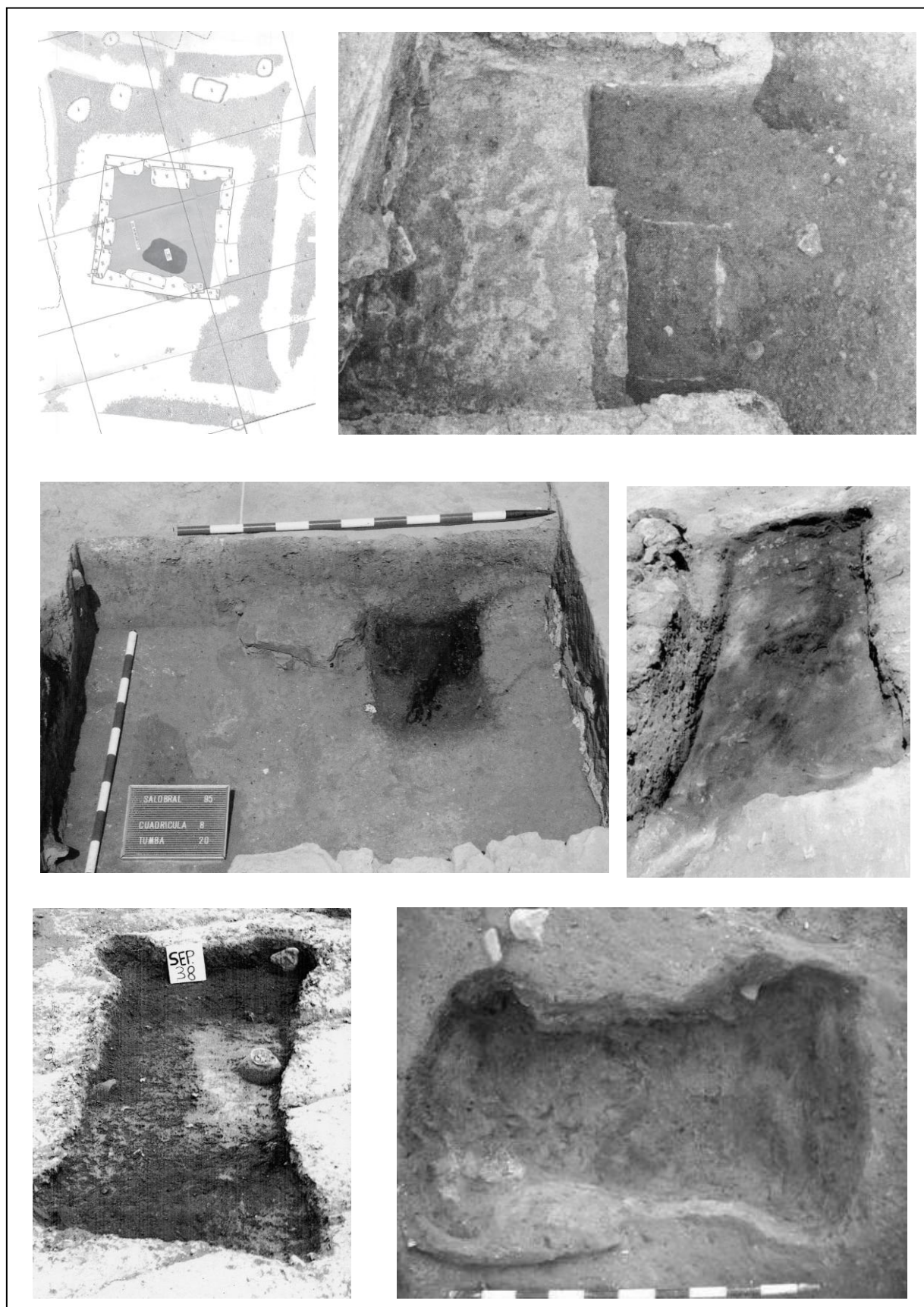


Fig. 3.5. “Lingotes chipriotas” en el *temenos* del monumento de Pozo Moro, la tumba 31 de Los Villares, la tumba 20 de Salobral, un enterramiento de Cabezo Lucero, la tumba 38 de Castillejos de los Baños y una sepultura de la Calle Álamo de Lorca.

necrópolis de las que acabo de hablar en los párrafos precedentes, pero que en algunas zonas del interior sí que se han documentado enterramientos aislados fechables en el s. VI a.C. y situados, aparentemente, lejos de cualquier hábitat pero en llanuras de un cierto potencial agrícola, como El Patojo, Tiriez y Pozo Moro, que quizás podríamos explicar como el intento por parte de las elites de determinadas comunidades de apropiarse simbólicamente de un determinado territorio (es decir, de arrogarse los derechos de su explotación) recurriendo a la instrumentalización de la memoria del antepasado allí enterrado, idea que ya propuso I. Grau para interpretar la localización relativamente aislada de los enterramientos del s. VII a.C. de Mas de Regall. Emplazando el enterramiento de un antiguo miembro preeminente de la sociedad en un territorio dado, la comunidad en cuestión reivindica como suyo dicho territorio y el usufructo de su explotación, y se impone a sí misma su salvaguarda en tanto que lugar donde descansan los restos de sus antepasados colectivos, materialización de la consubstancialidad del grupo¹¹².

Durante los siglos posteriores, de hecho, las necrópolis ibéricas tenderán a mantener una relación visual directa con el poblado del que dependen, situándose fuera de la muralla, generalmente en la falda del cerro en el que se sitúa el hábitat o en otra elevación inmediata, y casi siempre en conexión con la vía de acceso al asentamiento¹¹³, asunto sobre el que volveré en un apartado posterior. Pero lo cierto es que, en lo que se refiere a bastantes de las necrópolis que surgen en el sureste meseteño entre finales del s. VI y el s. V a.C., y a diferencia de lo que ocurre con los cementerios de las comarcas más cercanas a la costa, igualmente parecen situarse de manera aislada, pues por mucho que se ha prospectado en sus cercanías no se ha hallado poblado alguno¹¹⁴, motivo por el que las razones de la ubicación de estas áreas necropolitanas distan aún de ser evidentes. Pozo Moro y Los Villares de Hoya Gonzalo quizás sean únicamente los casos más conocidos en este sentido¹¹⁵, pero otro tanto sucede con Camino de la Cruz¹¹⁶, Llano de la Consolación¹¹⁷, Hoya de Santa Ana, El

¹¹² Assmann 2011: 61.

¹¹³ Lucas 1991 a: 195; Santos 1994 b: 58; Chapa 1998: 109.

¹¹⁴ Cf. por ejemplo García Huerta 1995: 68; Soria 2000 a.

¹¹⁵ Cf. Blánquez 1991: 250; Almagro Gorbea 1996: 46; Alcalá-Zamora 2003: 217.

¹¹⁶ Blánquez 1991: 247.

¹¹⁷ Valenciano 1999: 162.

Salobral o Pozo de la Nieve¹¹⁸ en cuyas cercanías no se ha documentado aún ningún hábitat.

El modelo explicativo con más aceptación respecto a este aparente aislamiento de varias de las necrópolis albacetenses más antiguas es el que vincula a estas con las principales vías de comunicación, fundamentalmente la vía Augusta y la *Complutum-Carthago Noua*¹¹⁹. Y, sin embargo, creo que este modelo solo ofrece una respuesta parcial al problema, pues aún sería necesario determinar la causa que motivó que las necrópolis se situaran en esos puntos concretos de la red viaria, aparentemente alejadas de los lugares habitados por las gentes que las empleaban. Dificultad a la que habría que añadir la problemática metodológica que ofrece el modelo mismo, pues al fin y al cabo el recorrido de estas vías pre-romanas en buena parte de sus tramos se ha reconstruido extrapolando a épocas anteriores el viario romano, o bien deduciéndolo a partir de la dispersión de los yacimientos, por lo que resulta poco sorprendente atestiguar a continuación que los yacimientos se encuentran junto a las vías de comunicación, en un ejemplo típico de argumentación circular.

Resulta más fructífero, a mi entender, observar más detenidamente los contextos fundacionales de algunos de estos yacimientos. El caso más conocido a este respecto es, por supuesto, el de la necrópolis de Pozo Moro. Dejando a un lado la polémica cuestión acerca de la conexión entre el monumento turriforme y el enterramiento de finales del s. VI a.C. que se abre en su base¹²⁰, lo cierto es este último solo puede ser conceptualizado como un enterramiento aislado, tanto geográfica como cronológicamente, pues se fecha a finales del s. VI a.C. según los últimos estudios¹²¹, en tanto que los más antiguos de entre los demás enterramientos del enclave, que son los que realmente pueden darnos pie a afirmar que “inauguran”

¹¹⁸ López Precioso 1995: 272. De hecho, Pozo de la Nieve se ha vinculado tradicionalmente con el asentamiento de Tolmo de Minateda, pero la distancia que separa ambos yacimientos, más de cuatro kilómetros en línea recta según J.L. López Precioso, me parece excesiva como para que esta relación sea evidente. Máxime cuando, como sucede, la primera fase del cementerio data de comienzos del s. V a.C. (López Precioso 1995: 268), mientras que por el momento no tenemos constancia de que el Tolmo de Minateda fuera poblado hasta siglos después.

¹¹⁹ Blázquez 1990 a: 65-66; Castelo 1994: 140-142.

¹²⁰ Para las críticas a la interpretación canónica del monumento (Almagro Gorbea 1983 a), cf. por ejemplo Blázquez 1975 b: 62; 1983: 35; Bendala y Blázquez 1987: 17; Abad y Bendala 1989: 72; Bendala 2003-2004: 326; López Pardo 2006: 28; Bermejo Tirado 2008: 67.

¹²¹ Almagro Gorbea 2009.

la necrópolis como lugar de enterramiento de un colectivo, no pueden retrotraerse más allá del tercer cuarto del s. V a.C.¹²² Desde mi punto de vista, por tanto, no tiene mucho sentido conceptualizar a las gentes que desde la segunda mitad del s. V a.C. comienzan a enterrarse en el enclave como los “descendientes” de quien lo hizo más de medio siglo antes, ni defender que empleaban el lugar siguiendo su voluntad o con la intención de rendir algún tipo de homenaje a su ancestro¹²³, pues entre ambas “fases” de utilización media un *hiatus* de, cuanto menos, medio siglo, tal y como en su día apuntó aunque sin desarrollarlo J.J. Blánquez¹²⁴. Demasiado tiempo, añadiría, para que posiblemente ninguno de los individuos que allí se enterraron recordara siquiera al difunto quemado en aquel lugar a finales del s. VI a.C.¹²⁵. Unos individuos que, por cierto, se entierran siguiendo un ritual funerario distinto del que empleó el “fundador” del enclave (emplean la cremación secundaria en un *ustrinum* colectivo y el posterior traslado y deposición de los restos de los individuos a sus sepulturas, en vez de la cremación *in situ* en el propio *bustum* que se detecta en la fosa de finales del s. VI a.C.)¹²⁶, y orientan sus tumbas de manera diversa¹²⁷. Y es que, probablemente, ninguno de los integrantes de la generación del individuo que se enterró aquí a finales del s. VI a.C., ni de la siguiente, empleó el enclave como área cementerial. Por consiguiente, no contamos con argumento para aseverar que el colectivo que se hizo enterrar en Pozo Moro desde finales del s. V a.C. eran los descendientes del primer individuo, y ni tan siquiera sabemos si pertenecerían a la misma comunidad.

Más allá de la ubicación de Pozo Moro en relación con una importante encrucijada de caminos¹²⁸, debemos preguntarnos qué sentido tiene que unas gentes

¹²² Es de reseñar que L. Alcalá-Zamora (2003: 84) fecha esta “segunda” fase de la necrópolis entre 500 y 425 a.C., pero en su posterior recuento de los contenidos de las sepulturas nada hace pensar que ninguna de ellas pueda retrotraerse más allá de mediados del s. V a.C. Es más, y tal y como ha señalado recientemente P. Izquierdo Egea (2009: 6), la tendencia actual es más bien a retrasar la cronología de estas primeras tumbas de la necrópolis.

¹²³ Almagro Gorbea 1978: 239; 1996: 62; Santos 1996: 128.

¹²⁴ Blánquez 1990: 355.

¹²⁵ Según el estudio paleoantropológico llevado a cabo sobre los difuntos documentados en la necrópolis, tan solo un 9% de los individuos analizados superó los 50 años: Reverte 1985: 277.

¹²⁶ Reverte 1985: 257.

¹²⁷ Con dos únicas excepciones, los enterramientos de Pozo Moro entre finales del s. V a.C. y comienzos del I d.C. se orientan en sentido SW-NE (Alcalá-Zamora 2003: 100). Sin embargo, el *bustum* de finales del s. VI a.C. lo hace, tal y como se puede comprobar en las planimetrías, en sentido SE-NW (Almagro Gorbea 1983 a: fig. 6).

¹²⁸ Almagro Gorbea 1983 a: 181-182; Prieto Vilas 2000: 329-334; Alcalá-Zamora 2003: 229-230.

que no parecen vivir en las cercanías se desplacen hasta este enclave para hacerse enterrar entre las ruinas de un monumento derrumbado desde antiguo, junto al lugar donde descansan los restos de un individuo al que ni siquiera llegaron a conocer. En relación con ello, R. Olmos y T. Tortosa señalaron que, en ocasiones, en torno a ciertas imágenes se generan espacios sacros, y que este sería el caso de Pozo Moro¹²⁹. Y efectivamente así pudo ocurrir. En mi opinión estos escombros, gracias a su monumentalidad y a las imágenes que quedaron en la superficie, atesoraron parte del capital simbólico del que fueron revestidos durante la erección del conjunto; un capital simbólico que sería perceptible y reconocido por las gentes que conocieran el lugar y lo visitaran de tanto o en tanto, e incluso para aquellos que no lo conocieran y por tanto no guardaran ningún “recuerdo” de la construcción del monumento. Quienes comenzaron a cremar a sus difuntos en Pozo Moro a finales del s. V a.C. puede que no fueran los descendientes del primer difunto depositado en el lugar, pero seguramente eligieron el enclave porque entendieron que hacerse enterrar en conexión con unas antiguas ruinas monumentales perladas de imágenes de aire exótico, oriental, y de esta manera vincular a sus ancestros y a su propia estirpe con estas ruinas y estas imágenes, podía ser una buena vía de legitimación de la preeminencia social¹³⁰.

Se están movilizando los mismos referentes simbólicos, al fin y al cabo, que en los casos descritos anteriormente de importación de artefactos exóticos o de empleo de vasos y rituales híbridos: en todas las ocasiones nos encontramos con la “construcción” de una nueva identidad y de una nueva memoria por parte de las elites indígenas necesitadas de nuevos referentes simbólicos para legitimarse, una identidad y una memoria que buscarán entroncar con el mundo colonial. Empleando los conceptos propuestos por J. Assmann¹³¹, estas gentes estaban recomblando su memoria comunicativa, generacional (la de los difuntos enterrados, cuya biografía conocían personalmente las gentes que los enterraban) con una memoria cultural que pretendían reivindicar para sí (la del individuo enterrado entre los escombros de la torre monumental, que seguramente ya a estas alturas se confundiría con el héroe que aparece representado en algunos de sus relieves).

¹²⁹ Olmos y Tortosa 2009: 58.

¹³⁰ *Vid.* Fig. 3.6.

¹³¹ Assmann 2011: 48-51.

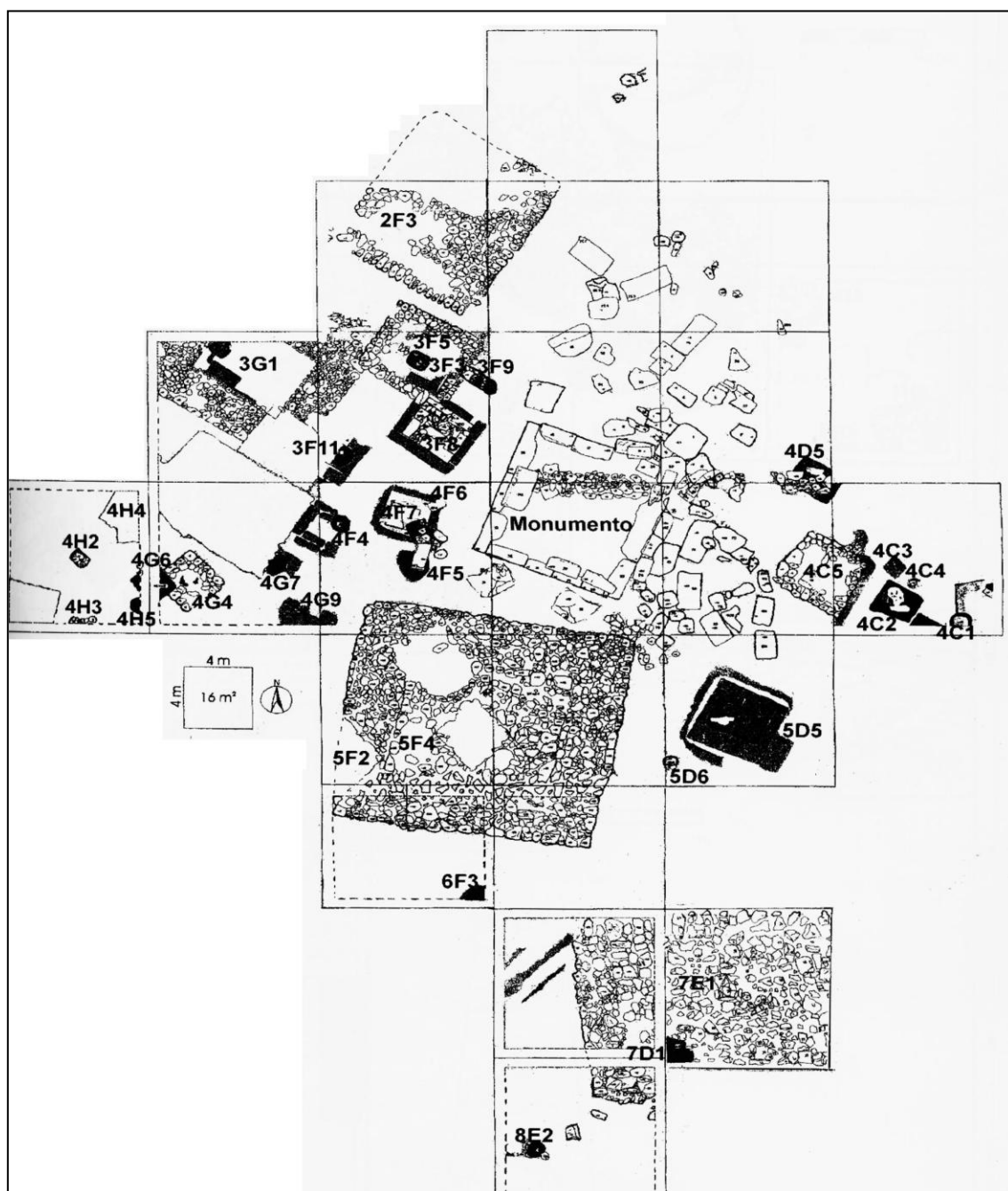


Fig. 3.6. Planimetría de la necrópolis de Pozo Moro.

La localización de necrópolis en torno a viejas tumbas aisladas o incluso en conexión con antiguas ruinas monumentales es un fenómeno que se repite en muchas otras civilizaciones del Mediterráneo antiguo¹³², y que no debe sorprendernos, pues constituye la estrategia más directa para vincular la figura de unos difuntos concretos

¹³² Cf. por ejemplo Khatchadourian 2007; Sánchez-Moreno 2011: 166.

con la memoria más o menos difusa de un territorio y de un pasado colectivo, moldeando así la identidad familiar y del grupo a conveniencia de las nuevas necesidades presentes.

Pozo Moro, además, no es el único ejemplo mencionable. Aunque se trata de excavaciones más antiguas, y por lo tanto su registro fue menos metódico, también en otras necrópolis albaceteñas de la época encontramos fenómenos parecidos. Así, en Llano de la Consolación, necrópolis que parece que permaneció en uso entre finales del s. V y mediados del IV a.C.¹³³, J. Sánchez Jiménez documentó un basamento con dos escalones de piedra caliza¹³⁴ construido a una cota inferior que las sepulturas, y lo relacionó con un estrato de fragmentos calizos que creyó provenientes del derrumbe de la estructura, y que estaban por debajo de las tumbas o eran cortados por aquellas¹³⁵, y también con toda una larga serie de restos escultóricos (jinetes, guerreros, una dama sedente, bóvidos, esfinges...) y arquitectónicos¹³⁶, parte de los cuales fueron reutilizados en las sepulturas desde un momento muy temprano¹³⁷. Dado que además se ha propuesto generalmente una datación por paralelos estilísticos bastante antigua para las esculturas, de en torno al tercer cuarto del s. VI a.C. en algunos casos¹³⁸, parece que de nuevo nos encontramos con dos momentos de empleo del lugar distintos: la erección de uno o puede que varios monumentos y, tras un período de tiempo y el derrumbe de aquellos, la “fundación” en el lugar de una necrópolis a finales del s. V a.C.¹³⁹

Otro tanto parece que sucedió en la necrópolis de Hoya de Santa Ana. Aunque el hecho de que los materiales de esta necrópolis nunca hayan sido publicados limita significativamente la información de la que disponemos, E. Cuadrado menciona la

¹³³ Valenciano 2000: 258. Blánquez (1991: 245) opina que la cronología debe remontarse a todo el s. V a.C., pero al margen de las esculturas, como diré a continuación, ninguno de los conjuntos sistematizados por M.C. Valenciano parece requerir una cronología tan alta.

¹³⁴ Sánchez Jiménez 1947: 41. Cf. Fernández de Avilés 1953: 207-209; Ruano 1987 a, II: 92-93.

¹³⁵ Sánchez Jiménez 1952: 384.

¹³⁶ Ruano 1990; 1990 a; Castelo 1995; 45-54; Valenciano 1997: 209-212; 2000: 151-186; Sanz y Blánquez 2010: 258.

¹³⁷ Por ejemplo, en el túmulo 1, datado por M.C. Valenciano (2000) en la segunda mitad del s. V a.C., esto es, en los primeros momentos de funcionamiento de la necrópolis.

¹³⁸ Nicolini 1977.

¹³⁹ *Vid.* Fig. 3.7.

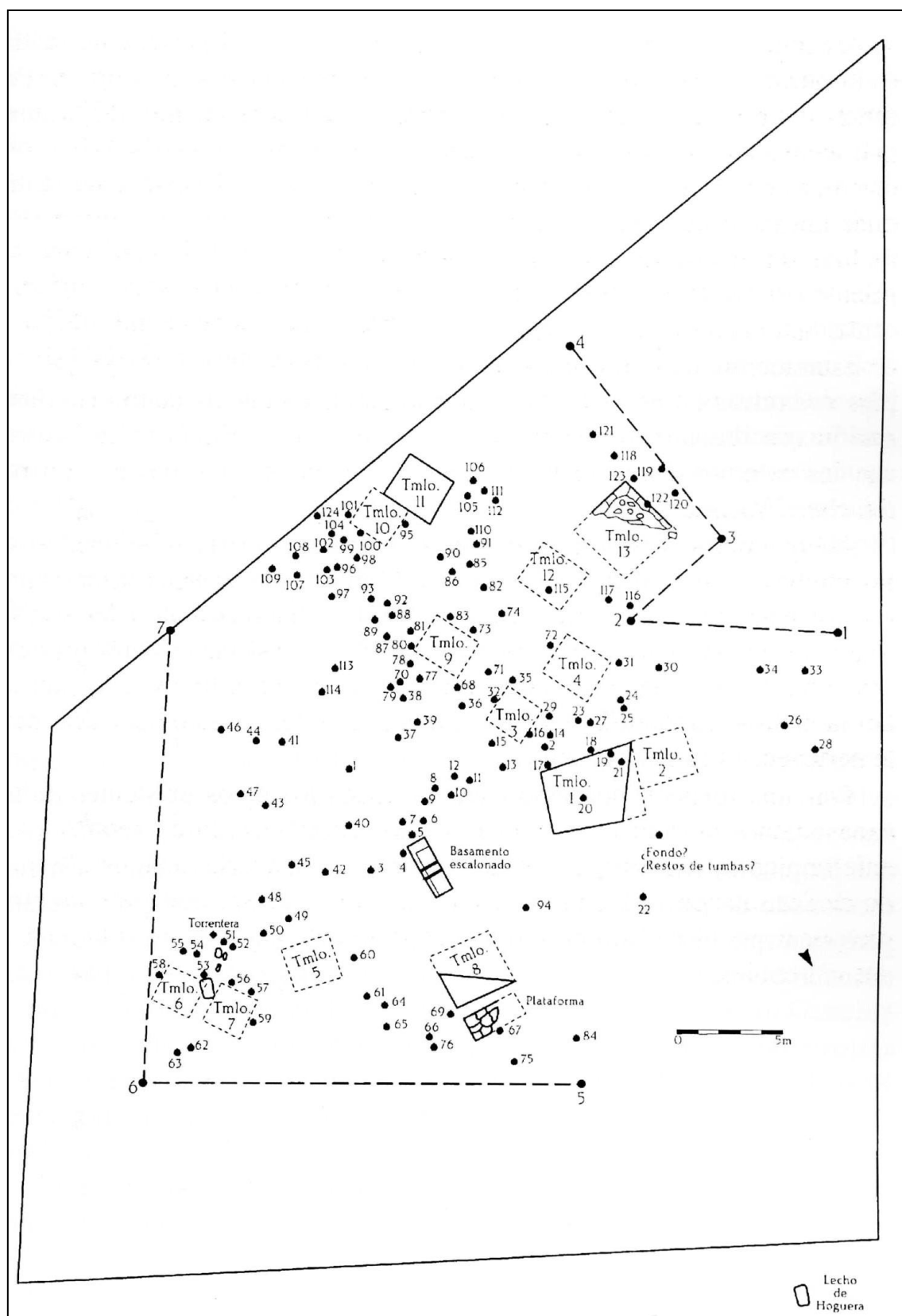


Fig. 3.7. Planimetría de la necrópolis de Llano de la Consolación.

presencia también en este yacimiento de unos sillares dispuestos formando un ángulo recto que podrían estar hablándonos de un nuevo monumento¹⁴⁰. También en este caso se han documentado restos escultóricos (representando bóvidos y un pie humano) y algunos fragmentos escultóricos¹⁴¹. La no publicación de la necrópolis dificulta determinar con precisión la fecha de su arranque, aunque J.J. Blánquez, que tuvo la oportunidad de estudiar sus materiales, la data precisamente a finales del s. VI a.C.¹⁴² Restaría determinar, en todo caso, si el enclave comenzó a emplearse como área cementerial con la erección del posible monumento, o bien si, como en los casos anteriores, hubo un *hiatus* entre ambos procesos.

Ahora bien, también pueden aducirse ejemplos de épocas posteriores de necrópolis que se crearon en torno a las ruinas de antiguos monumentos. Pudo ser este el caso de la necrópolis de El Salobral, pese a que tampoco aquí han sido publicados de manera exhaustiva los resultados de las excavaciones realizadas. Así, sabemos que todos los enterramientos que se pudieron documentar datan de los tres primeros cuartos del s. IV a.C., y que muestran una progresión crono-espacial de este a oeste¹⁴³. En las inmediaciones de esta pedanía, aparecieron también a finales del s. XIX dos esculturas de esfinges de gran calidad y una acrótera con decoración de palmetas, que por cuestiones estilísticas han sido datadas hacia el s. VI a.C.¹⁴⁴, por lo que J.J. Blánquez defendió que posiblemente provinieran de un yacimiento diferente¹⁴⁵. Y sin embargo, en sus propias excavaciones aparecieron también fragmentos escultóricos de un león, una cierva y dos bóvidos, además de dos cornisas diferentes decoradas con ovas y una nacela que encuentran buenos paralelos en los monumentos de Pozo Moro y Los Nietos, así como en los monumentos de Los Villares de Hoya Gonzalo y Caudete¹⁴⁶; fragmentos algunos de los cuales, por cierto, fueron amortizados en las tumbas más antiguas de la necrópolis, como la cabeza de felino que apareció en el

¹⁴⁰ Cuadrado 1986: 572.

¹⁴¹ Castelo 1995: 57-58.

¹⁴² Blánquez 1991: 244.

¹⁴³ Blánquez 1995 a: 206; 1995 b: 262.

¹⁴⁴ Chapa 1980: 946; Manso *et alii* 2001. Para las circunstancias del hallazgo, cf. Paris 1903: 126. Es de reseñar que F. Noguera (2003: 157) defiende que la datación de la acrótera sería ibero-romana. *Vid.* Fig. 3.8.

¹⁴⁵ Blánquez 1995 a: 200.

¹⁴⁶ Blánquez 1995 a: 205-206.

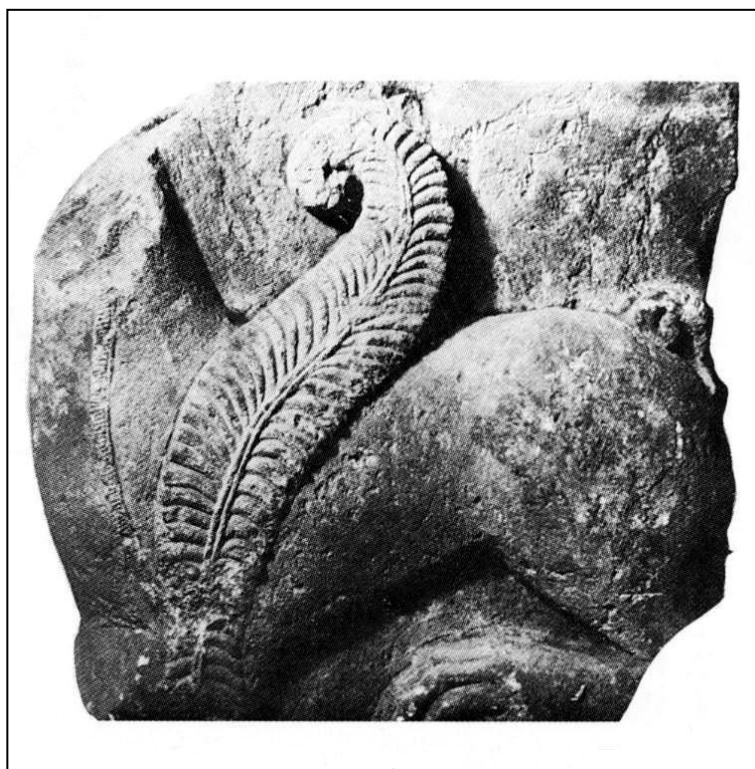


Fig. 3.8. Esfinge de El Salobral.

relleno del túmulo 3, datable hacia el 375 a.C.¹⁴⁷. Podría sostenerse al menos la posibilidad de que algunas de estas esculturas y estructuras arquitectónicas, entre las que se encontrarían las famosas esfinges, fueran anteriores al surgimiento de la necrópolis, y que sus restos, u otros de la misma época, fueron los que de alguna manera “atrajeron” al lugar a las gentes que aquí se hicieron enterrar y que reutilizaron algunos de estos fragmentos.

De la misma manera, en Aldea de la Cueva, en el transcurso de unas obras de cimentación en los años cuarenta del s. XX, aparecieron una veintena de enterramientos, que J. Sánchez Jiménez interpretó como los vestigios de una “necrópolis ibero-romana”¹⁴⁸, y que coinciden en el lugar de hallazgo con el león aparecido cuarenta años antes, y al que cabría atribuir una datación bastante anterior¹⁴⁹.

¹⁴⁷ Blánquez 1995 a: 207.

¹⁴⁸ Sánchez Jiménez 1947: 108-109. Cf. Cuadrado 1987 a: 196, quien coincide en la atribución.

¹⁴⁹ Tormo 1923: 318; Chapa 1980: 265.

Ya fuera del sureste meseteño, veo necesario hablar igualmente del yacimiento de Corral de Saus. La cronología de la necrópolis es un asunto enormemente debatido, pues la mayor parte de los ajuares funerarios se componen de artefactos datables entre los siglos III y I a.C., por lo que algunos autores asignan estas fechas al período de utilización del cementerio¹⁵⁰. Sin embargo, dispersos por la necrópolis aparecen también gran cantidad de fragmentos escultóricos (sirenas, felinos, bóvidos, un grifo, varias jóvenes) y arquitectónicos¹⁵¹ cuya cronología es evidentemente anterior, lo que ha llevado a otros autores a ampliar la horquilla de frecuentación de la necrópolis entre los siglos V y I a.C., y de hecho han datado entre los siglos V y IV a.C. determinadas tumbas en hoyo de planta oval, deficientemente conservadas¹⁵². Una vez más, no creo necesario cubrir este vacío de dos siglos mediante unas tumbas arrasadas de cronología dudosa; más bien, nos encontraríamos con un ejemplo más de un colectivo que decide comenzarse a enterrar en un lugar en el que se erigían unas antiguas esculturas, o bien los fragmentos de las mismas una vez destruidas.

Aunque con un *hiatus* menor, y por lo tanto con una interpretación menos segura, también reconocemos toda una serie de necrópolis, como Cabecico del Tesoro sin ir más lejos¹⁵³, en las que los fragmentos escultóricos aparecen amortizados en el interior de las sepulturas o reutilizados en su superestructura desde la primera fase del yacimiento, lo que solo podría explicarse de dos formas: o bien las esculturas fueron erigidas para señalar determinadas tumbas fundacionales del lugar e inmediatamente destruidas y sus fragmentos reutilizados, o bien estas estatuas ya estaban allí, quizás ya destruidas, cuando el lugar es elegido por un colectivo para hacerse enterrar en él, cerca de dichos fragmentos.

Por último, y aunque ya se encuentre fuera del área de estudio, merece la pena citar el ejemplo bien conocido del Cerrillo Blanco de Porcuna, yacimiento de compleja estratigrafía pero bien estudiado y en el que sabemos que, tras el abandono de una

¹⁵⁰ Fletcher y Pla 1974: 38; Izquierdo Peraile 1995: 221-228; 2001: 130; 2001 a: 314.

¹⁵¹ Izquierdo Peraile 2000: 246-303; 2001 a: 314-316.

¹⁵² Aparicio 1984: 197; Aparicio y Cisneros 2007: 39. Es de reseñar que aunque I. Izquierdo fecha la necrópolis entre los ss. III y I a.C. (cf. n. 145), entiende que los restos escultóricos pertenecerían a un paisaje funerario anterior (Izquierdo Peraile 2000: 329).

¹⁵³ Cf. Nieto Gallo 1948: 183; Chapa 1980: 856-857; Quesada 1989 a: 124; Quesada 1989 b; Sánchez Meseguer y Quesada 1991: 354; Castelo 1995: 106-107, quienes repararon en la gran antigüedad aparente de las esculturas en relación con la necrópolis.

necrópolis de inhumación circunscrita al s. VII a.C., a comienzos del V a.C. se erigió, exhibió y destruyó un gran conjunto escultórico, parte de cuyos fragmentos fueron ocultos en una zanja excavada al efecto, pero la otra parte de los cuales quedó visible y a la intemperie, y serían reutilizados y amortizados en las sepulturas de una nueva necrópolis que comenzaría a funcionar en el lugar a inicios del s. IV a.C.¹⁵⁴

Otro aspecto del fenómeno de reutilización de viejas ruinas como elemento de legitimación política del que vengo hablando, por cierto, lo podríamos encontrar en los poblados, si bien en este caso se trata de una línea mucho menos estudiada. El caso quizás más recientemente analizado es el documentado en la Bastida de les Alcusses, donde las recientes excavaciones han puesto de manifiesto que el hábitat no se levantó sobre una colina desierta, como se venía manteniendo, sino que bajo los niveles ibéricos aparecieron dos largos muros paralelos de función desconocida, pero compuestos por grandes bloques calizos cuidadosamente escuadrados¹⁵⁵. Aunque resulta difícil datar con precisión estos muros, de lo que podemos estar seguros es de que son anteriores a finales del s. V a.C., cuando se funda el hábitat de la Bastida y se levantan sus fortificaciones, y momento para el cual la construcción anterior, fuera cual fuera, debía estar ya arruinada. Es llamativo además que sobre el nivel de pavimento de la vieja construcción, y contemporáneo a la erección de las murallas del hábitat ibérico, se ha documentado un extraordinario depósito de fundación, compuesto por armas, vasos locales e importados y restos de fauna, además de diversos vestigios de la combustión del depósito antes de su ulterior amortización¹⁵⁶. Este conjunto parece demostrar, por consiguiente, que las gentes que construyeron La Bastida no solo eran perfectamente conscientes de la existencia de unas ruinas en el enclave que ellos iban a habitar, sino que experimentaron la necesidad de sacralizar, resacralizar o apropiarse de la sacralidad del lugar mediante un ritual como el descrito, ritual que realizaron precisamente sobre el nivel de uso de las antiguas ruinas y antes de construir sobre ellas los nuevos niveles de habitación.

¹⁵⁴ González Navarrete 1987: 17.

¹⁵⁵ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011 a: 239-240.

¹⁵⁶ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011 a: 240-243. *Vid.* Fig. 3.9.



Fig. 3.9. Estructuras amortizadas bajo la Puerta Oeste de la Bastida de les Alcusses.

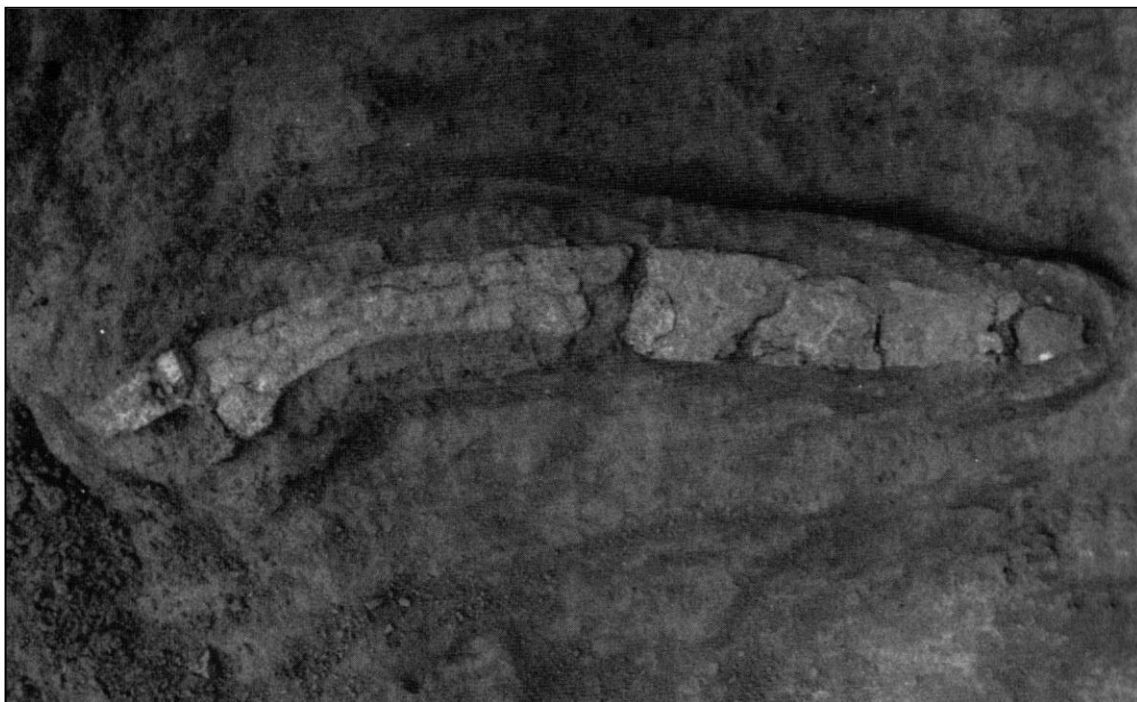


Fig. 3.10. Depósito ritual cercano al Templo B de la Illeta dels Banyets.

Este modelo interpretativo propuesto recientemente para la Bastida de les Alcusses puede arrojar, creo, una nueva luz sobre uno de los interrogantes que pesaba sobre el estudio de otro yacimiento ibérico del sureste, la Illeta dels Banyets. Me refiero a un depósito hallado al noroeste del templo B, en un terreno muy revuelto, y que constaba al menos de una falcata y una serie de esquirlas de hueso carbonizado¹⁵⁷, a las que recientemente se ha añadido gracias a la revisión de los materiales antiguos una manilla de escudo¹⁵⁸. Este depósito generalmente se ha interpretado como un enterramiento, algo bastante excepcional dada su localización intramuros y junto a un templo, por lo que en alguna ocasión incluso ha servido para argumentar el carácter gentilicio del culto desarrollado en este área¹⁵⁹. Sin embargo, y a falta de un análisis que corroborara la procedencia humana o animal de los huesos cremados, me atrevería a proponer que igualmente este depósito podría interpretarse como un depósito de fundación análogo al de la Bastida de les Alcusses, realizado en los momentos iniciales de la fase ibérica y precisamente sobre las ruinas, aún visibles entonces, del poblado del Bronce Final; un acto ritual que habría entrañado, como en la Bastida, la deposición de una panoplia ibérica y la combustión de ciertas ofrendas alimentarias, todo ello tendente a resemantizar el paisaje sobre el que se iba a asentar el nuevo poblado para apropiarse del capital simbólico que las antiguas ruinas destilarían.

Con una cronología parecida, de hecho, en el ámbito extremeño J. Jiménez ha subrayado recientemente que los hábitats que él denomina “palacios postorientalizantes” igualmente se dotaron de manera sistemática de referentes simbólicos antiguos, bien fuera en forma de ruinas o de artefactos integrados *ex profeso* en las nuevas construcciones¹⁶⁰.

3.2.3. El surgimiento de la estatuaria ibérica.

Pero volvamos a las necrópolis de las que he hablado antes, o, mejor dicho, a las esculturas y estructuras arquitectónicas en torno a las cuales aquellas surgieron, pues el nacimiento de la estatuaria ibérica es un complejo problema de la arqueología

¹⁵⁷ Llobregat 1988: 141-142. *Vid.* Fig. 3.10.

¹⁵⁸ Olcina 2005: 153.

¹⁵⁹ Almagro y Domínguez 1989: 368; Almagro Gorbea 1996: 76.

¹⁶⁰ Jiménez Ávila 2009: 73.

ibérica que puede aportarnos una mejor comprensión de los fenómenos que vengo analizando.

En diversas ocasiones, los expertos en la materia han señalado que, a diferencia de lo que ocurre en otras civilizaciones antiguas, la escultura ibérica no atraviesa un lento proceso de “aprendizaje” y “desarrollo”, sino que aparece ya “madura”, monumental, habiendo resuelto ya buen número de problemas técnicos que en otras tradiciones culturales se tardaron décadas o siglos en solucionar¹⁶¹. Tan es así, que dos de los pocos casos de estatuaria ibérica que podemos fechar con una cierta fiabilidad, los jinetes de Los Villares de Hoya Gonzalo¹⁶² y el conjunto monumental de Cerrillo Blanco de Porcuna¹⁶³, datables a lo largo del s. V a.C., constituyen dos muestras de un grado de perfeccionamiento técnico ya avanzado¹⁶⁴.

Una de las posibles explicaciones que se ha aducido para esta aparente “eclosión” de una estatuaria ibérica ya madura es el desarrollo de una fase previa de escultura en madera o *xoánica*, de la que no habrían quedado vestigios¹⁶⁵. Sin embargo, tal y como discutiré más adelante, la escultura ibérica surge precisamente cuando aparece una elite social que la demande para naturalizar su preeminencia, por lo que no me parece muy probable el desarrollo de una estatuaria monumental anterior que no se hubiera conservado. Desde luego, seguramente sí que se desarrolló en el mundo ibérico la escultura xoánica, como parece poder colegirse de determinados elementos iconográficos de las estatuas en piedra¹⁶⁶, pero el surgimiento de esta no sería anterior sino paralelo al de la otra, al igual que parece que sucedió en el mundo griego¹⁶⁷.

Es por ello por lo que frecuentemente se ha defendido una vinculación directa entre el surgimiento de la estatuaria ibérica y el fenómeno colonial. Según estas interpretaciones, de marcada índole difusionista en muchos casos, los iberos habrían imitado y aprendido el trabajo de los escultores de los pueblos coloniales, apresurándose a llevarlo a efecto en sus propias necrópolis y santuarios. Ello explicaba

¹⁶¹ Rouillard 1986: 341; Castelo 1995: 347; Jaeggi 2010: 27.

¹⁶² Blánquez 1992: 124-125. *Vid.* Fig. 3.11.

¹⁶³ Chapa 1993: 187-188.

¹⁶⁴ Blánquez 1999: 64.

¹⁶⁵ Cf. por ejemplo Bendala 1994: 94-100; 1996: 303; 1999: 136-139; Abad 2007: 14.

¹⁶⁶ Chapa y Vallejo 2012: 131.

¹⁶⁷ Donohue 1988: 175-176.

además el carácter “orientalizante” de varias de las esculturas más antiguas, pues habrían sido artesanos fenicios quienes las habrían elaborado, o bien quienes habrían transmitido sus conocimientos a los autores últimos de estas obras¹⁶⁸. Por otra parte, uno de los principales argumentos que se ha venido arguyendo contra esta línea interpretativa, la no existencia de estatuaria en el espacio colonial fenicio (“Tartessos fue una ciudad sin estatuas”, que llegaría a afirmar A. Blanco¹⁶⁹), ha quedado rebatida recientemente gracias al trabajo de M. Almagro y M. Torres sobre la estatuaria fenicia¹⁷⁰, y a recientes descubrimientos como la dama de Carmona¹⁷¹.

Ahora bien, otros nutrido conjunto de esculturas (o quizás fuera más correcto decir de rasgos estilísticos escultóricos) parecen provenir más bien de la civilización helénica, algo que no pasó por alto para la historiografía, una parte de la cual consideró la estatuaria ibérica como, en palabras de M. Almagro Basch, “une des provinces artistiques du monde classique méditerranéenne”¹⁷². Empero, la aparente contemporaneidad entre los rasgos “grequizantes” y los “orientalizantes”, tanto más acusada si se acepta la datación tradicional de Pozo Moro (que sería en ese caso prácticamente contemporáneo del conjunto de Cerrillo Blanco de Porcuna y del primero de los jinetes de Los Villares de Hoya Gonzalo) tampoco ha dejado de llamar la atención de algunos autores, quienes en general han propuesto un radical cambio de tendencias artísticas en torno al año 500 a.C., momento en el que se pasaría del gusto por lo oriental al gusto por lo griego¹⁷³.

En todo caso, el análisis detallado de las diferentes piezas ha llevado a buena parte de la historiografía actual a desechar la idea de que estas sean obra de artesanos fenicios o griegos, sino más bien producciones ibéricas que emplean recursos técnicos y estilísticos alóctonos para expresar conceptos propios que respondan a las necesidades de la propia sociedad¹⁷⁴. Aún una parte de la historiografía, de hecho,

¹⁶⁸ Almagro Basch 1976; Llobregat 1987; Almagro Gorbea 1991: 46; 1996: 75-76 y 90-91; León 1998: 161; 1998 a: 27; Blázquez 2003: 330; Bendala 2007: 24.

¹⁶⁹ Blanco 1988: 34.

¹⁷⁰ Almagro Gorbea y Torres 2010. Cf., para completar, Ferrer Albelda 2012.

¹⁷¹ Belén y García Morillo 2005; Belén *et alii* 2009.

¹⁷² Almagro Basch 1965: 88. Cf. también Blanco 1960; Cuadrado 1984 a; 1985; Muñoz 1984: 147-149; Pérez Vilatela 1997; León 1998: 153-155; 1998 a: 30-34.

¹⁷³ Prada 1985: 107-108; Aranegui 2006: 117-118; Abad 2007: 14.

¹⁷⁴ Chapa 1982 ; 1986 ; Trillmich 1990; Croissant y Rouillard 1996: 60-61; Aguilar 1999 ; Chapa 2009: 82-84 ; Jaeggi 2010.

continúa considerando que las semejanzas estilísticas y técnicas entre la escultura ibérica del s. V a.C. y la griega contemporánea son excesivas como para no pensar en que existió una fuerte influencia, quizás plasmada en artesanos ibéricos que viajarían a las colonias griegas para aprender el oficio¹⁷⁵, pero ello de ninguna manera es contradictorio con el carácter *local* de las esculturas.

Aun concurriendo el conocimiento de las técnicas necesarias y la existencia de artesanos especializados, de cualquier manera, el surgimiento de la escultura en el mundo ibérico (como en cualquier otra civilización) requirió de un tercer factor, tal y como señala de manera ilustrativa L. Abad en un reciente artículo: la existencia de una sociedad que precise de estos elementos suntuarios para naturalizar sus desigualdades¹⁷⁶.

Y es que, no por casualidad, la estatuaria ibérica eclosiona precisamente en los momentos en los que las aristocracias ibéricas comienzan a ejercer como tales y a diferenciarse del resto de la población. Como señalaba en la introducción a estas páginas que sucedía con toda la iconografía, las esculturas no solo legitiman unas diferencias sociales preexistentes, sino que contribuyen activamente a crearlas. En este sentido, la vinculación de unas determinadas familias con un programa iconográfico que consideran propio y exclusivo y que les permite ligarse a una realidad suprahumana a la que el resto de la comunidad no tiene acceso, y su exhibición en gran formato y mediante un material duro como la piedra (que supone la ostentación de los abundantes recursos empleados para obtener la materia prima y para controlar la mano de obra especializada para su extracción y manipulación, y que además implica el deseo de perpetuación) supone un elemento de *distinción* evidente: solo los gobernantes del poblado pueden erigir esculturas, solo ellos pueden apropiarse de esta manera de espacios públicos para colocarlas, y solo ellos pueden materializar a la vista de todos la memoria de su linaje y su particular cosmovisión¹⁷⁷. Y lo hacen, precisamente, en los momentos en los que las estructuras de poder se están

¹⁷⁵ Domínguez 1999: 302-305.

¹⁷⁶ Abad 2007: 13-14.

¹⁷⁷ Chapa 1994 a: 53-54; Santos Velasco 2003: 155-157; Olmos 2006: 161.



Fig. 3.11. Montura del Jinete 1 de Los Villares.

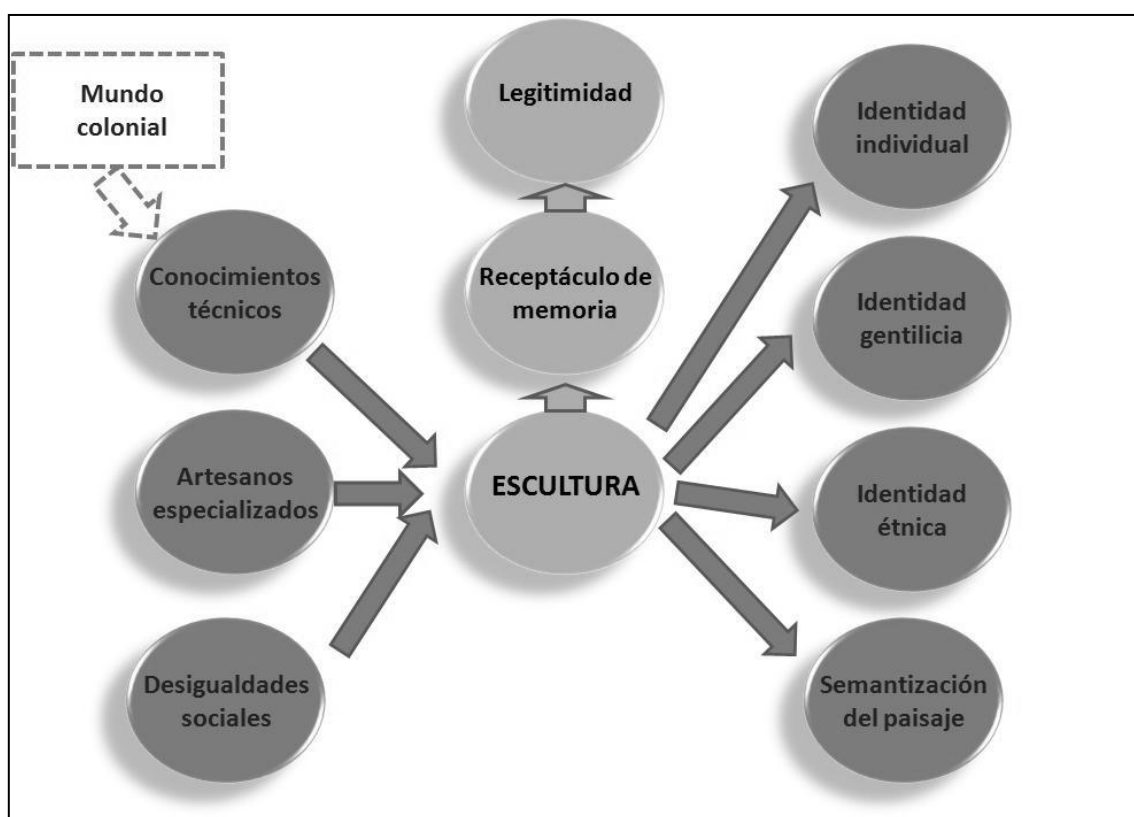


Fig. 3.12. El surgimiento de la escultura en el mundo ibérico.

complejizando y consolidando en las sociedades ibéricas, y por lo tanto cuando más necesario les es a las elites que están en su cúspide *naturalizar* la desigualdad¹⁷⁸.

En este sentido, y atreviéndome a desarrollar lo que T. Chapa ha planteado ya en varias ocasiones¹⁷⁹, las esculturas ibéricas ofrecerían diversos niveles de lectura: representaban de alguna manera la identidad del individuo, la manera en la que este se mostraba a su comunidad; podían simbolizar un grupo familiar o linaje, pues los herederos del constructor de la escultura seguirían siendo asociados con esta y con el mensaje transmitido durante un largo período de tiempo; y evidenciaban la pretensión que el individuo, el grupo familiar o la comunidad albergaban sobre el dominio y la explotación del territorio en el que se erigió la escultura. Esta se convertía, por tanto, en eficaz transmisora del estatus del individuo (es decir, del estatus que el individuo se arrogaba y pretendía que le fuera reconocido por la sociedad), en plasmación de su capacidad ostentatoria en un contexto de competición social, y en reflejo de las creencias, gustos, tradiciones y memorias que la comunidad compartía (o, al menos, que el impulsor de la escultura proponía como colectivos).

Es por ello por lo que creo que resulta fructífero analizar las esculturas ibéricas como receptáculos de memoria. Mediante el esculpido de una estatua, el aristócrata plasma su particular visión del mundo y de su pasado; al exponerla en el espacio público, la propone como memoria y cosmovisión colectiva, vinculando así al conjunto de la comunidad a la memoria de su linaje; y al materializarla en piedra, el aristócrata pretende fijar su particular visión del mundo y del pasado y proyectarla hacia el futuro, de tal manera que las relaciones de poder a las que da sentido esa visión del mundo permanezcan inalterables durante mucho tiempo¹⁸⁰. En definitiva, solo el aristócrata

¹⁷⁸ Se ha puesto en relación en numerosas ocasiones, por cierto, el fenómeno de la erección de esculturas con la aparición de una sociedad urbana (Cf. por ejemplo Bendala 2003: 23; Ruiz Rodríguez y Sánchez Vizcaíno 2003: 137; Chapa 2006: 96-98; Sala 2007: 65-66), pero esta aseveración depende de lo que entendamos en realidad por “ciudad” o “sociedad urbana”. En mi opinión, es complicado por ahora hablar de ciudades *sensu stricto* para algunas zonas del sureste ibérico en momentos en los que sí hay escultura, como podría ser el sureste albaceteño entre los ss. VI y V a.C.; por ello, prefiero generalizar relacionando más bien el surgimiento de la escultura con un determinado grado de complejización social, en el que una elite alcanza por vez primera la capacidad para acumular los recursos necesarios y movilizar la fuerza de trabajo especializada requerida para construir esas estatuas, y se ve necesitada de *naturalizar* la desigualdad, consolidarla y profundizarla a través de la difusión mediante su plasmación en piedra de su particular cosmovisión.

¹⁷⁹ Chapa 1996: 243; 2008: 30-31.

¹⁸⁰ Olmos 1996 a: 168-170; 1997: 256; Chapa 1996: 236; 2003: 102; Quesada 1997: 213.

puede proyectar su memoria hacia el conjunto de la comunidad; y esa memoria será, precisamente, la narración de entidades divinas o semidivinas, de acontecimientos legendarios y de comportamientos modélicos; la memoria, en definitiva, propia de un aristócrata, de alguien que se presenta a sí mismo como un personaje superior por naturaleza y herencia.

Por último, la propia colocación de la escultura resultaría fundamental. Aunque casi nunca las piezas han llegado hasta nosotros *in situ*, podemos suponer que la erección de una escultura en un camino, una necrópolis, un santuario o, si así fuera el caso, una ciudad, tendría una importancia simbólica enorme, pues supondría de alguna manera la utilización privativa, la apropiación diríamos, por parte del ordenante de la estatua de un espacio público. Y otro tanto se podría afirmar de un territorio político, que podría delimitarse simbólicamente mediante estas esculturas, señalando qué espacios quedaban bajo la “protección” o “autoridad” de qué aristócrata¹⁸¹. Mediante las esculturas, en definitiva, se creaba memoria, se fijaba identidad y se construía paisaje; es decir, a través de las mismas se presentaba como lógica, natural e inmanente una sociedad desigual que beneficiaba, precisamente, a quienes tenían la capacidad y la necesidad de erigirlas¹⁸².

Un aspecto problemático de la estatuaria ibérica y que creo que sería necesario revisar, por cierto, es el de sus contextos de erección. Y es que tradicionalmente se viene asumiendo que los iberos solo colocaban sus esculturas en las necrópolis, idea cuya gestación resulta llamativa dado que precisamente las primeras esculturas ibéricas de las que se tuvo noticia y que fueron catalogadas como tales, los oferentes del Cerro de los Santos y la Dama de Elche, no cuentan con un contexto necropolitano conocido, sino que aparecieron en un santuario y en un hábitat respectivamente.

Efectivamente, una parte importante de las esculturas que han llegado hasta nosotros han aparecido en necrópolis. Pero también es cierto que eso ha llevado a que otra parte significativa de las mismas, cuyo contexto de hallazgo no es evidente, se hayan tomado como prueba de la existencia de otros tantos cementerios, de los que en realidad no queda rastro, o cuya conexión con la escultura es cuando menos

¹⁸¹ Chapa 1996: 236 y 244; Aranegui 2012: 153.

¹⁸² *Vid.* Fig. 3.12.

dudosa. Sin ánimo de ser exhaustivo, tal ha sido el caso de la bicha de Balazote (Albacete), la esfinge y los jinetes de Casa Quemada, el jinete y el toracato de La Losa, la mujer sedente de Casita del Tío Alberto, la esfinge de Cercado de Galera, las esfinges de Haches, la esfinge de Ontur, la cabeza femenina mitrada de Pozohondo, las esfinges de Agost, el toro y la dama de Benimassot, el conjunto de Daya Nueva (Alicante), el monumento de Horta Major (Alcoy, Alicante), el conjunto de El Monastil, las esculturas del Parque Infantil de Tráfico (Elche, Alicante), el toro y el león de Tossal de la Cala, los bóvidos de Pitxòcol o el toro de El Chorrillo¹⁸³. Aparte de todas estas piezas, otras como el grifo de Redován, el toro de Villajoyosa, el león de Vizcarra, el conjunto de El Prado, las esculturas de la Alcudia o el conjunto del Cerro de los Santos¹⁸⁴ tampoco pueden asociarse, por el momento al menos, con contextos necropolitanos¹⁸⁵.

Dentro de los cementerios ibéricos, además, las esculturas han sido conceptualizadas generalmente formando parte de monumentos funerarios que señalarían la cubrición de la tumba¹⁸⁶, cubriciones que según el modelo del “Paisaje de las necrópolis ibéricas” de M. Almagro, podrían dividirse en dos tipos, los monumentos turriiformes y los pilares-estela, adecuados los primeros para las tumbas de los *reges* y los segundos para las de los *príncipes*¹⁸⁷.

Aún reconociendo los logros de este paradigma interpretativo, desde la década de los noventa han comenzando a acumularse “anomalías” que han terminado, creo, por ponerlo en duda. Así, en Los Villares de Hoya Gonzalo se puso de manifiesto que no todas las esculturas que se erigían en las necrópolis tenían función arquitectónica sino que algunas podían erigirse directamente sobre los encachados tumulares¹⁸⁸, en tanto que en Cigarralejo aparecían nuevas estructuras arquitectónicas distintas de las

¹⁸³ Cf., por ejemplo, Llobregat 1972: 148; Almagro 1982; López Precioso, Jordán y Soria 1992; Sanz y López Precioso 1994; Castelo 1994; 1995; Jover y Segura 1995: 52; Poveda 1995; 1996; Moratalla 1999: 382; Abad 2000; Grau 2000 a: 208-210; 2013: 284-285; Poveda, Soler y Márquez 2002; Izquierdo Peraile 2003; 2007; Gagnaison *et alii* 2007: 152; Prados Martínez 2010: 233.

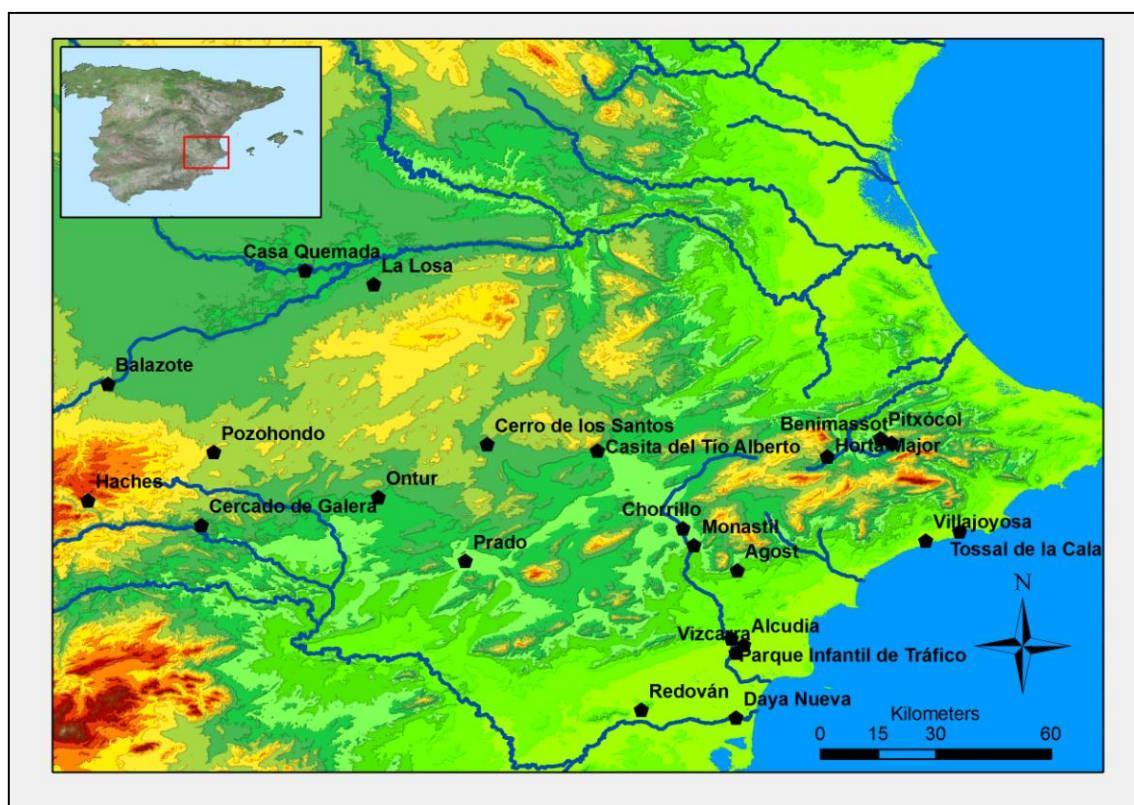
¹⁸⁴ Llobregat 1972: 151-152 y 156; 1974; Ruiz Bremón 1989; Lillo 1990; Lillo y Walker 1990; Ramos Fernández y Ramos Molina 2004. Cf. Chapa 1980.

¹⁸⁵ Vid. Mapa 3.1.

¹⁸⁶ Izquierdo Peraile 2001: 67.

¹⁸⁷ Almagro Gorbea 1983 b: 728-733; 1991: 45; 1993-1994: 118.

¹⁸⁸ Blánquez 1992. Vid. Fig. 3.13.



Mapa 3.1. Esculturas sin contexto necropolitano bien atestiguado.



Fig. 3.13. Túmulo 18 de Los Villares, coronado por escultura conservada *in situ*.

mencionadas tipologías¹⁸⁹, y en Cabezo Lucero sus excavadores proponían que las esculturas allí documentadas no señalaban los enterramientos¹⁹⁰. Fuera de mi área de estudio, en la provincia de Córdoba, D. Vaquerizo llamaba la atención sobre el hecho de que ninguna de las esculturas allí conocidas procedía de una necrópolis¹⁹¹. El progresivo estudio de las esculturas y monumentos conocidos, además, ponía de manifiesto que estos eran propios únicamente de una región y una cronología concreta, y que por lo tanto las conclusiones de ellos extraídas difícilmente podían extrapolarse a todo el mundo ibérico¹⁹². En El Pajarillo (Huelma, Jaén), aparecía finalmente un complejo conjunto escultórico que pudo ser estudiado y publicado pormenorizadamente, y que no pertenecía a una necrópolis sino a un santuario extraurbano¹⁹³. Pero, lo que resulta aún más importante, a partir de los noventa los postulados estructuralistas y funcionalistas de los que se alimentaba el modelo del “Paisaje de las necrópolis ibéricas”, y que asumían que el registro funerario era un reflejo fiel de las estructuras sociales de su época, comenzaron a ser cuestionados, como vimos en la introducción a esta tesis.

Y es que, en definitiva, el único caso en el que un conjunto arquitectónico-escultórico podría haber sido documentado en conexión directa con un enterramiento (y utilizo conscientemente el condicional, dado el debate acerca del asunto, en el que no voy a detenerme ahora) sería el monumento turriforme de Pozo Moro¹⁹⁴.

Para zanjar el debate, hace ya algunos años T. Chapa propuso, refiriéndose al área cordobesa, que quizás durante los siglos VI y V a.C. las estatuas ibéricas sí que fueron esculpidas para coronar sepulturas de prestigio, mientras que en el período posterior la situación cambiaría y las esculturas comenzarían a utilizarse en santuarios y como hitos territoriales¹⁹⁵. Pero yo iría aún más allá: creo que, en lo que al sureste ibérico se refiere, ni siquiera en el período más temprano todas las esculturas se emplearon para señalar enterramientos u “ornamentar” necrópolis: como señalé párrafos atrás, pienso que muchas de ellas se erigieron en caminos, encrucijadas,

¹⁸⁹ Castelo 1990.

¹⁹⁰ Aranegui *et alii* 1993: 28-31.

¹⁹¹ Vaquerizo 1994: 273-274.

¹⁹² Bermejo Tirado 2006: 60-61.

¹⁹³ Molinos *et alii* 1998.

¹⁹⁴ Ruano 1987 a: 107.

¹⁹⁵ Chapa 1998 a: 84-86.

límites territoriales, áreas sacras o zonas liminales, y que solo después, con el paso del tiempo, determinados individuos trataron de apropiarse o de reforzar el vínculo con el capital simbólico que revestía a estas esculturas, por lo que se enterraron a su alrededor, o en algunos casos alrededor de sus mismos escombros.

Retomando varios de los temas de los que vengo hablando en estas últimas páginas, repárese en que las esculturas cuyos fragmentos originan la formación de ciertas necrópolis son, en la mayoría de los casos y no por casualidad, figuraciones de seres fantásticos¹⁹⁶. Parece que en un primer momento las elites ibéricas prefirieron representarse mediante esfinges, sirenas, grifos, leones, “bichas” y demás seres híbridos¹⁹⁷, y que las imágenes de esos mismos seres híbridos eran las que, como si de un imán se tratara, atraían incluso después de derrumbadas a grupos enteros para enterrarse en el lugar. Y ello no deja de resultar coherente con el fenómeno que analizaba al comienzo de este apartado, por el cual las elites ibéricas en proceso de consolidación tejieron en torno a ellas mismas unas identidades híbridas que, para *diferenciarlas* del resto de su comunidad, pretendían vincularles con los agentes coloniales. Mediante la utilización y reinterpretación de estos seres híbridos pertenecientes en origen a las tradiciones culturales de los colonizadores (el caso de la bicha de Balazote, reinterpretación del Arqueloo griego aunque con otros paralelos próximo-orientales aducibles¹⁹⁸, es quizás el más llamativo), los gobernantes ibéricos buscaban vincular su figura con lo exótico, lo ajeno, lo extraordinario, con elementos de un mundo suprarreal vedado para el común de la población y que solo a ellos les era dado conocer, comprender y compartir; las esculturas de este tipo son, por tanto, un instrumento de *distinción* de las elites sociales, y al mismo tiempo de cohesión y reconocimiento entre los gobernantes de las distintas comunidades¹⁹⁹. Ahora bien, no lo perdamos de vista, las esculturas de esta época también se caracterizan por su

¹⁹⁶ Vid. Mapa 3.2.

¹⁹⁷ Entre estos “seres híbridos”, por cierto, me permito incluir los toros del tipo B definido por T. Chapa (1980: 803-815; 2005: 34), ya que su falta de realismo, sus fauces entreabiertas y amenazantes, sus cornamentas y orejas postizas y su posición echada similar a la del resto de seres híbridos creo que los vincula más con estos que con el tipo de esculturas que se producirán en épocas posteriores, mucho más realistas.

¹⁹⁸ García y Bellido 1931; Blázquez 1979: 156; Chapa 1981; Muñoz 1984: 147; Blech 1994.

¹⁹⁹ Chapa 1981: 92; Izquierdo Peraile 2003: 271-272; Santos Velasco 2004: 230.

acusada heterogeneidad: cada grupo aristocrático se representa mediante sus propios seres híbridos, porque la elección de uno u otro no es casual, sino que responde a la cosmovisión (entendiendo como tal la visión de este mundo, pero también de los otros mundos) privativa de una familia aristocrática concreta, cuyo acceso le está vedado a todos los demás individuos²⁰⁰; es decir, estas esculturas tienden lazos de reconocimiento entre las diversas familias gobernantes de las distintas comunidades, pero al mismo tiempo, en una compleja tensión dialéctica, plantean distancias entre ellas, como no podía ser de otra forma en un contexto de fuerte competición aristocrática como del que hablo.

No en vano, de hecho, estos últimos aspectos de la escultura ibérica, los de la exotividad y la heterogeneidad, no tardarán en cambiar, quizás en relación con un nuevo discurso ideológico propio ya de unas elites sociales relativamente consolidadas, y que no buscan ahora tanto diferenciarse del conjunto de la población cuanto presentarse como garantes de la estabilidad y prosperidad de la misma, y las defensoras de sus territorios. En este sentido, a partir del s. V a.C., en las representaciones escultóricas los animales fantásticos (grifos, sirenas, esfinges, leones) son sustituidos por otras imágenes mucho más “realistas”²⁰¹, fundamentalmente toros, ciervos, caballos y seres humanos²⁰². Incluso en otros soportes iconográficos, como la cerámica ática de importación con decoración figurada que llega al área ibérica, se ha señalado que desde el s. IV a.C. se produce una “desmitologización” de los temas representados, prefiriéndose ahora escenas simbólicas a los grandes asuntos narrativo-mitológicos²⁰³. En todo caso, las nuevas imágenes se transmitirán mediante una nueva expansión de la escultura por el sureste entre los siglos V a.C. y la primera mitad del IV a.C.²⁰⁴, de la que la cierva y la dama de Capuchinos (Caudete, Albacete)²⁰⁵, la cierva de Cercado de Galera, la cierva de Higuera²⁰⁶, las damas de Casita del Tío

²⁰⁰ Olmos 1996: 87-90; Chapa 1998 a: 76; Izquierdo Peraile 2003: 261-262.

²⁰¹ Almagro 1991: 45-46; 1993-1994: 119; Lucas 1991 a: 200; Olmos 1992: 30-31; Chapa 2003: 115; Ruiz Rodríguez y Sánchez Vizcaíno 2003: 139; Sala 2007: 61.

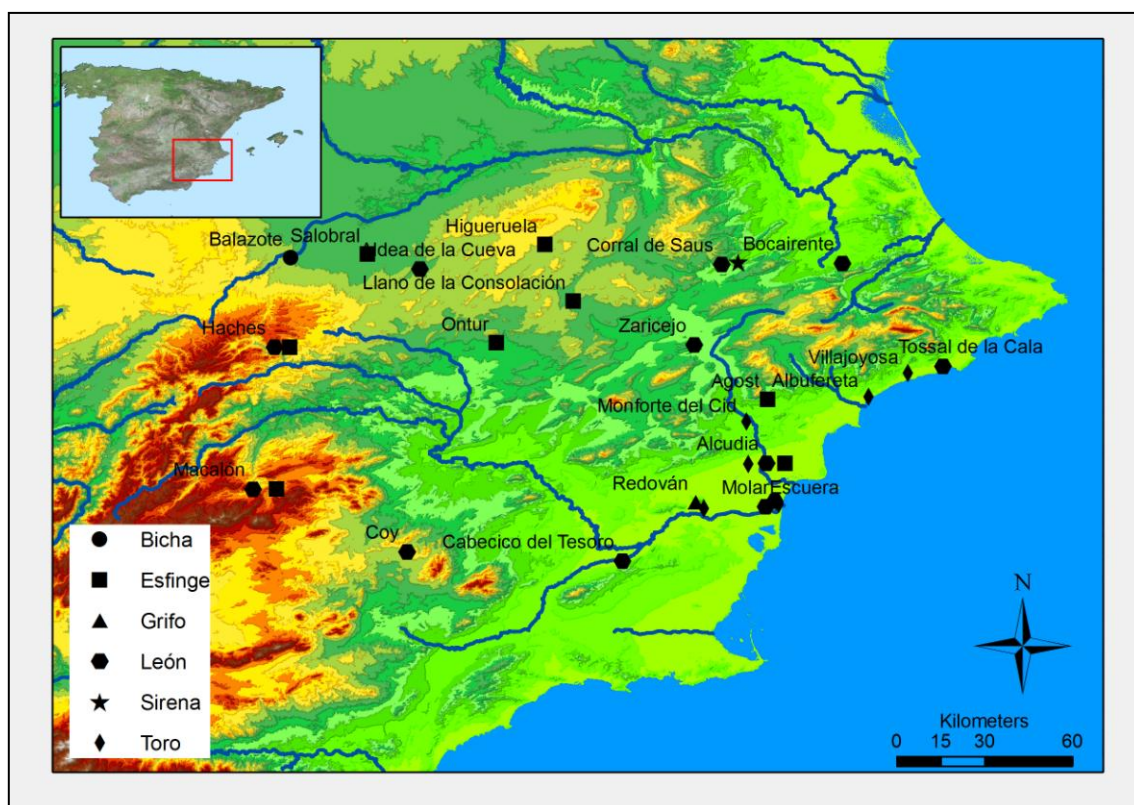
²⁰² Chapa 2006: 98-100.

²⁰³ Sánchez Fernández 1996: 76-83.

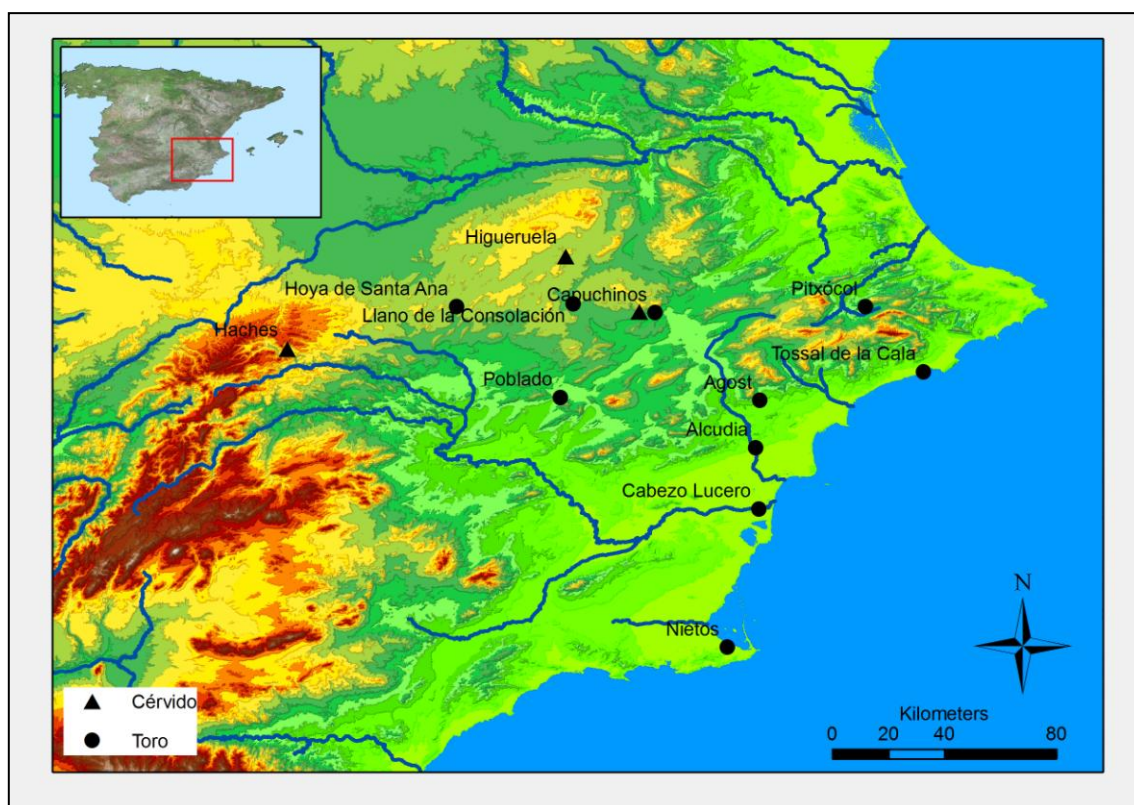
²⁰⁴ Sala 2007: 71-73.

²⁰⁵ Chapa 1980: 832-833.

²⁰⁶ Chapa 1985.



Mapa 3.2. Dispersión de esculturas de seres sobrenaturales.



Mapa 3.3. Dispersión de esculturas de ciervos y toros del grupo "A".

Alberto²⁰⁷, y Pozohondo²⁰⁸, el toro y la dama de Benimassot²⁰⁹, los toros de Cabezo Lucero²¹⁰, las damas representadas en los relieves de Horta Major²¹¹, el caballo de Agua Salada (Alcantarilla, Murcia)²¹², los bóvidos y caballos de Cabecico del Tesoro²¹³, los caballos de Cigarralejo²¹⁴, el toro y los jinetes en procesión de Poblado (Coimbra del Barranco Ancho, Murcia)²¹⁵ o las damitas de Prado²¹⁶ serían solo algunos ejemplos²¹⁷.

Definitivamente, las necesidades de la elite han cambiado, y con ellas su discurso ideológico; en la nueva época, la reconstrucción de la memoria y de la identidad colectiva se encauzará por otros derroteros, y se planteará, desde luego, desde nuevos presupuestos.

3.3. Entre el recuerdo y el olvido en las necrópolis ibéricas de época plena.

Si una única escultura pudo significar diferentes cosas según los observadores que la contemplaran en el momento de su erección²¹⁸, sin lugar a dudas con el tiempo el significado de los monumentos iría cambiando, a medida que la sociedad que los “utilizaba” para sus propios intereses se transformaba²¹⁹. Este deslizamiento semántico sería tanto más evidente cuando las esculturas se transfiguraran físicamente, esto es, cuando se alteraran o destruyeran. De hecho, la reutilización de sus fragmentos con los más diversos fines nos indica que en muchos casos estos continuaron constituyendo receptáculos de memoria con un elevado capital simbólico durante mucho tiempo, y que por tanto sus reutilizaciones son socialmente significativas pese a que generalmente hayan sido poco estudiadas²²⁰.

Desde muy pronto, los arqueólogos que estudiaron las necrópolis ibéricas repararon en el carácter concienzudo de las destrucciones de las que habían sido

²⁰⁷ Grau y Moratalla 1998: 72.

²⁰⁸ Sanz y López Precioso 1994: 218.

²⁰⁹ Cortell *et alii* 1989.

²¹⁰ Aranegui *et alii* 1993: 76-85.

²¹¹ Abad 2000.

²¹² Lillo y Serrano 1989.

²¹³ Page y García Cano 1993.

²¹⁴ Castelo 1998.

²¹⁵ García Cano y Page 2011.

²¹⁶ Lillo 1990.

²¹⁷ *Vid.* Mapa 3.3.

²¹⁸ Bermejo Tirado 2008: 63-64; García Cardiel 2012: 282; 2012 a.

²¹⁹ Bradley 1993: 91.

²²⁰ Zofío y Chapa 2005: 96-97; Izquierdo Peraile 2007: 74-75.

objeto a veces las esculturas allí documentadas. No solo es que estas fueran derribadas, sino que en muchos casos eran literalmente “troceadas”, descompuestas en múltiples fragmentos a través de un proceso que con las herramientas de la época hubo de ser ciertamente costoso²²¹. Aunque a veces se documentaban fragmentos más grandes, lo más habitual era que se hubieran conservado solamente restos de pocos centímetros de longitud, en ocasiones pertenecientes a una misma escultura pese a haberse hallado dispersos por una amplia zona. Según el paradigma historiográfico dominante en cada momento, han sido diversas las explicaciones atribuidas a este fenómeno: ha habido quienes han relacionado estas destrucciones con una supuesta intervención cartaginesa anterior a la de los bárquidas²²²; quienes las han atribuido a las expediciones de pillaje meseteñas que caerían periódicamente sobre el territorio ibérico²²³; quienes las han ligado con “guerras internas” acaecidas entre los propios iberos, bien sea entre comunidades vecinas o entre grupos aristocráticos antagonistas, en el transcurso de las cuales los símbolos cívicos de las comunidades agredidas serían preceptivamente destruidos²²⁴; autores que han hipotetizado la existencia de una violenta reforma religiosa que habría entrañado un cambio de símbolos sacros, y que habría supuesto movimientos iconoclastas generalizados²²⁵; y finalmente investigadores que vinculan las destrucciones de la estatuaria con desórdenes y disturbios sociales que consiguieron subvertir las antiguas estructuras de poder y derribar sus viejos símbolos, , interpretación esta última que en los últimos tiempos goza de un mayor predicado²²⁶. Sin embargo, ya T. Chapa²²⁷ creo que ya puso suficientemente de manifiesto que no se puede hablar de la “destrucción de la estatuaria ibérica” como un fenómeno unitario, sino que cada conjunto escultórico vería su final por unos motivos distintos, en una época no estrictamente coincidente, y según unas coyunturas históricas que no tenían por qué coincidir.

²²¹ Castelo 1995.

²²² Tarradell 1961: 19; Maluquer 1981: 209-210; Blázquez 1981: 18-19.

²²³ García-Gelabert y Blázquez 1993: 406-408.

²²⁴ Blanco 1988; Blech 1996: 195.

²²⁵ Cisneros 1984: 134-135; Pla 1985: 266; Lillo 1985: 278; Ramos Fernández 1985.

²²⁶ Uroz 1981: 296; Lucas 1981: 247; Aparicio 1982; Almagro 1983 a: 286; 1996: 87; Rouillard 1986: 339-349; Ruano 1987: 62; Almagro Gorbea 1993-1994:118; Bermejo Tirado 2006: 64.

²²⁷ Chapa 1993. Cf. también León 1998 a: 23-24; Talavera 1998-1999.

Bien es cierto que en ocasiones se ha podido apreciar un objetivo claramente “materialista” de la destrucción. Este es el caso por ejemplo de la conocida como “tumba de las damitas” de Corral de Saus (Mogente, Valencia), una estructura tumular cuadrada de tres metros y medio de lado y tres gradas en altura datada en el siglo IV a.C. y para cuya confección se reutilizaron, aparentemente como mero material de construcción, varias esculturas antropomorfas femeninas que fueron convenientemente seccionadas y “escuadradas” hasta convertirlas en sillares paralelepípedos que encajaban en el lugar dispuesto para ellos en la estructura²²⁸, todo ello en una zona en la que el acceso a la materia prima pétreo era limitado.

De manera análoga, en el Arenero del Vinalopó se ha descubierto recientemente un alineamiento cuadrangular que posiblemente estuviera delimitando una balsa de riego, en cuya construcción se amortizaron un significativo número de fragmentos escultóricos ibéricos, entre antropomorfos y representaciones de toros (algunos de los cuales eran ya conocidos de antiguo)²²⁹. Aunque el hallazgo aún no se ha publicado convenientemente, sus excavadores proponen para la construcción de la balsa una datación de entre mediados del s. II y mediados del I a.C.²³⁰, es decir, la encuadran en el proceso de intensificación agraria rural del Vinalopó Medio del que hablaba en el capítulo anterior.

Ahora bien, resulta peligroso generalizar esta línea interpretativa funcionalista. En este sentido, creo que sería ilustrativo sacar a colación el ejemplo de las armas amortizadas en las tumbas ibéricas, un fenómeno de reutilización de artefactos paralelo al de nuestras esculturas pero que ha sido mucho mejor estudiado. Así, ante la evidencia de que muchas de las armas depositadas en las sepulturas formando parte de los ajueres funerarios son plegadas e inutilizadas (algo que es evidente sobre todo en los *soliferrea*, espadas y escudos), algunos autores han defendido que se trataría de un comportamiento meramente funcional, motivado por la necesidad de introducir objetos de gran tamaño en un espacio reducido, y que además buscaba evitar que nadie expoliara las tumbas para robar su contenido²³¹. Sin embargo, a medida que la

²²⁸ Aparicio y Cisneros 2007: 38-39. *Vid.* Fig. 3.14.

²²⁹ *Vid.* Fig. 3.15.

²³⁰ <http://www.arquealia.es/uploads/noticias/Toros%20Monforte.pdf> (sitio web revisado el 8 de mayo de 2014).

²³¹ Cf. por ejemplo Pereira Sieso y Madrigal 1993: 388.

investigación avanza, esta hipótesis se ve cada vez más contestada, pues reparamos en que también las armas pequeñas son inutilizadas a través de una amplia gama de acciones destructivas, muchas de las cuales presentan claros tintes rituales, con lo que la postura más ampliamente aceptada hoy día es aquélla que propugna para este fenómeno una síntesis de explicaciones funcionalistas y simbólico-rituales²³².

Otro tanto sucede, creo, con las esculturas. Si las damitas de Corral de Saus se convirtieron aparentemente en material de construcción, también nos encontramos frecuentemente con el caso contrario, esto es, esculturas en cuya destrucción se invirtieron grandes esfuerzos pero cuyos materiales nunca se volvieron a reutilizar. Uno de los ejemplos más significativos de esto último podría ser uno de los jinetes de Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete), construido a comienzos del siglo V a.C. y que fue derribado a finales de dicha centuria mediante una serie de golpes de lanza asestados en el rostro (con lo que destruir a lanzadas una escultura de arenisca implica), y que sin embargo permaneció allí donde cayó hasta que fue excavado por los arqueólogos, pese a que la necrópolis en la que se encontraba se mantuvo en uso aún durante varias décadas²³³.

Algo similar podría decirse, aunque se salga de mi área de estudio, de las esculturas del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén), cuyas partes destruidas fueron cuidadosamente seleccionadas, y a las que se asestaron golpes en los mismos lugares, en el mismo orden y con unos mismos instrumentos en todos los casos, lo que permite hablar prácticamente de un “sacrificio” ritualizado de las esculturas²³⁴.

Saltemos ahora a otro conjunto de esculturas para las que no tenemos documentada una destrucción artificial, sino que para ellas debemos contemplar la posibilidad de que se derrumbaran por motivos naturales. De hecho, creo que es posible que la espectacularidad de los casos de destrucciones violentas puede haber llevado a sobrevalorarlas en detrimento de los ejemplos de colapsos naturales, mucho más difíciles de probar de manera fehaciente. De entre estos últimos, posiblemente el mejor documentado sea el del monumento turriforme de Pozo Moro (Chinchilla,

²³² Quesada 1997 a: 641.

²³³ Blánquez 1992: 123; 1996 a: 219-220. *Vid.* Fig. 3.16.

²³⁴ Zofío y Chapa 2005: 96.



Fig. 3.14. Tumba de las Damitas de Corral de Saus y fragmento de una de las esculturas reutilizadas.



Fig. 3.15. Toro de Monforte del Cid.



Fig. 3.16. Jinete 1 de Los Villares, acusando una lanzada en el rostro.

Albacete), para el que se observó cómo la plasticidad del terreno arcilloso sobre el que se levantaba la torre hizo que esta, carente de cimientos, se desequilibrara y terminara desplomándose, no antes de que una ancha grieta se abriera en su pared septentrional²³⁵. Tras el derrumbe, la mayor parte de los fragmentos arquitectónicos, escultóricos y relivarios del monumento permanecieron en el lugar en el que habían caído, pese a que el enclave fue utilizado como necrópolis, como ya hemos visto, durante casi un milenio²³⁶.

En otros lugares también se ha propuesto un derrumbe “natural” de las estructuras escultóricas. Éste sería el caso del cipo de la necrópolis de Poblado, cuyas piezas se han documentado en su totalidad sin que parezcan mostrar signo alguno de violencia, y habiendo aparecido una parte de ellas allá donde fueron a parar rodando tras el derrumbe, mientras que otras fueron colocadas cuidadosamente cerca del lugar del que supuestamente cayeron²³⁷, tal y como veremos más adelante.

Por último, nos encontramos igualmente con determinados tipos de esculturas que no fueron destruidas, sino que parecen respetarse a lo largo de los siglos. Es el caso por ejemplo de los bóvidos del “tipo B” de T. Chapa, la mayor parte de los cuales ha llegado hasta nosotros singularmente completos, demostrándonos, parafraseando a la propia investigadora, que no son los antiguos iconos los que entran en crisis, sino la apropiación de estos por determinadas elites, en determinados momentos y en determinados lugares²³⁸.

Para completar este apartado, simplemente aludiré a las esculturas que fueron depositadas como exvotos en algunos santuarios, de entre los cuales el más conocido es sin duda el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). A diferencia de lo que sucedió con las estatuas erigidas en las necrópolis, las esculturas de los santuarios nunca fueron destruidas ni reutilizadas, sino que posiblemente eran expuestas desperdigadas por el santuario²³⁹; si bien algunos autores han hablado de la

²³⁵ Almagro 1983 a: 190.

²³⁶ Alcalá-Zamora 2003; García Cardiel 2012 a.

²³⁷ Muñoz 1987: 232; García Cano 1994: 183.

²³⁸ Chapa 2005: 35 y 42.

²³⁹ Ruiz Bremón 1989: 21.

posible existencia de *favissae* como las halladas en el mundo grecorromano²⁴⁰, estas rara vez se documentan en los santuarios ibéricos.

En definitiva, nos encontramos con toda una amplia gama de comportamientos que habitualmente se han incluido dentro de las “destrucciones de la estatuaria ibérica”, pero que parecen apuntar a problemáticas distintas. Y es que, al igual que sería muy distinto para la mentalidad ibérica esculpir un jinete o una esfinge, resultaría diferente destruir una esfinge o un jinete, igual que no se concebiría igual despedazar un resto escultórico que llevaba abandonado desde hacía décadas que derribar una escultura a lanzadas o fragmentar ritualmente todo un conjunto escultórico.

Todo dependía, en mi opinión, del capital simbólico que la memoria atribuyera a cada uno de estos restos en cada momento dado y en cada grupo social. Así, podemos hipotetizar por ejemplo que la comunidad que se enterraba en Cerrillo Blanco de Porcuna se creía descendiente (lo fuera o no) de las gentes que dos siglos antes habían ocupado aquella región y se habían enterrado en aquel lugar. No podemos saber a ciencia cierta qué significado tendría para esta comunidad el conjunto escultórico del que hablamos, ni por qué lo destruyeron poco tiempo después, ni por qué hicieron desaparecer una selección de sus restos y enterraron los demás en una fosa excavada al efecto. Desde luego, resultan llamativas las semejanzas con rituales similares documentados por la antropología y la arqueología para otros lugares del mundo y otras épocas, y relacionados todos ellos con el recuerdo de los ancestros, un “recuerdo a través del olvido” que supone la desaparición de sus vestigios²⁴¹. En mi opinión, este sería el caso también de las gentes de Porcuna, una comunidad que construiría su identidad social reivindicando la herencia de los pobladores ancestrales del lugar, fueran estos o no sus ancestros “reales” (recuérdese a este respecto que entre la primera fase de ocupación de la necrópolis y la segunda discurren dos siglos de aparente abandono). Como parte de esta reivindicación, en un momento formativo de esta “memoria” se promovería la plasmación plástica de estos “ancestros”, que sin embargo poco después serían ritualmente sacrificados y sepultados para “refundar” la necrópolis. En contra de la opinión de R. Olmos²⁴², para

²⁴⁰ Sánchez Gómez 2002: 269-270.

²⁴¹ Bradley 2002: 27-42 y 97-99.

²⁴² Olmos 2002: 122.

quien la destrucción de la estatuaria estaría encaminada a “olvidar” a los viejos ancestros, en mi opinión la presencia visual de estas estatuas no era necesaria para guardar el recuerdo de los ancestros, pero sí, quizás, la participación del grupo en un ritual fundacional que sería recordado durante mucho tiempo²⁴³.

Quizás el caso contrario lo tengamos documentado en la mencionada necrópolis de Corral de Saus. El hecho de que estos individuos escuadraran sin contemplaciones las esculturas antiguas y las emplearan como material sustentante y de relleno, pero no las introdujeran en el interior de los ajuares, parece indicar que no les atribuían un gran capital simbólico, seguramente porque no las concebían como materialización de su memoria colectiva. Por supuesto, comprenderían el significado religioso que atesoraba una sirena esculpida en piedra, y serían conscientes de las graves implicaciones que supondría destruirla²⁴⁴, pero ello no obstó para que no lo hicieran, quizás porque entendieran que la comunidad que había esculpido esta imagen apotropaica, distinta de la propia y encarnación de una etnicidad diversa, ya había desaparecido; o porque quizás quisieron reaccionar ideológicamente contra el recuerdo de quienes allí habían habitado, como se discutió en otro trabajo²⁴⁵.

También la heterogeneidad de objetivos y motivaciones es lo que parece predominar en lo que respecta a la reutilización de las esculturas. Recuperemos dos de los casos de los que acabo de hablar, Los Villares de Hoya Gonzalo y Corral de Saus, pues en el primero la reutilización de la escultura ibérica parece concernir a toda la comunidad (o al menos a los grupos sociales con derecho a hacer uso de las necrópolis), en tanto que en el segundo esta es utilizada de una manera más directa solo por una elite restringida. Así, cuando el primero de los jinetes de Los Villares fue derribado, la mayor parte de sus fragmentos quedaron a los pies del túmulo que coronaba, en tanto que el propio pedestal se mantuvo *in situ* conservando las pezuñas y la cola del équido. Por lo que respecta a la otra escultura de caballero de esta necrópolis, asimismo fue derribada, y apareció prácticamente completa encajada entre

²⁴³ Cf. Meskell 2007: 218-219.

²⁴⁴ Olmos 1996: 87-89.

²⁴⁵ Cf. García Cardiel 2014 b: 635-640.

el túmulo del que procedía y el graderío de la estructura tumular contigua²⁴⁶. Para contextualizar estos datos, debemos tener en cuenta que la necrópolis de Los Villares aún se mantuvo en uso hasta al menos el segundo tercio del siglo IV a.C., y que sus reducidas dimensiones determinaron que en ella las tumbas se superpusieran entre sí una y otra vez, sin que sin embargo nadie se tomara la molestia de retirar estos escombros para liberar un espacio precioso. Parece por tanto que el conjunto de la comunidad que empleaba la necrópolis se identificaría con el derribo de las esculturas a lanzadas, y respetaría la presencia de sus restos en el lugar al que acudían a enterrarse. En Corral de Saus, por el contrario, es solamente la elite quien se apropia de las esculturas que hasta entonces habían permanecido a la vista de todos para reutilizarlas en beneficio propio, en sus propias tumbas, que además son las dos más ricas del lugar²⁴⁷.

Los variados ejemplos de reutilización sugieren, de hecho, y en contra de lo que en ocasiones se ha afirmado²⁴⁸, que estos restos conservarían un capital simbólico importante, relacionado sin duda con la memoria colectiva atesorada por el grupo que utilizaba aquel espacio²⁴⁹. Esta afirmación es válida incluso para aquellos otros lugares en los que los restos de las antiguas estructuras arquitectónicas y escultóricas no fueron tan respetados, y en algunos casos incluso parecen haber estado “rodando” por las necrópolis durante siglos. Gracias a ello, de hecho, sospecho que en muchos de estos yacimientos los viejos fragmentos escultóricos nunca llegaron a estar ausentes de la superficie acotada para los enterramientos. De cualquier manera, no creo que esta dispersión de los hallazgos pueda interpretarse, como hacen algunos autores²⁵⁰ como una evidencia de que han perdido todo su capital simbólico; si tal fuera así, resultaría difícil de explicar que parte de estos fragmentos fueran periódicamente recogidos e introducidos en las sepulturas como parte del ajuar funerario. Por el contrario, estimo más próxima a la realidad ibérica la interpretación que J. Chapman²⁵¹ propuso para la dispersión de determinados artefactos de índole sacra en ciertas

²⁴⁶ Blánquez 1992: 123-125 y 128. *Vid.* Fig. 3.17.

²⁴⁷ *Vid.* Fig. 3.18.

²⁴⁸ Cf. por ejemplo Ruano 1987 a, II: 90-91; Blánquez 1990: 352-353.

²⁴⁹ Vaquerizo 1994: 273-274.

²⁵⁰ Cf. por ejemplo Page y García Cano 1993: 58; Bermejo Tirado 2006: 62.

²⁵¹ Chapman 2000: 25-26; Chapman y Gaydarska 2007; cf. Zofío y Chapa 2005: 96.

sociedades prehistóricas centroeuropeas, según la cual esta dispersión implicaría la extensión de la eficacia simbólica de los artefactos por toda el área afectada.

Otro ejemplo de reutilización colectiva de una escultura destruida podría ser el del cipo de la necrópolis de Poblado, tras cuyo derrumbe algunos de sus fragmentos quedaron en el lugar al que habían rodado pendiente abajo, pero la mayor parte fueron recogidos y colocados cuidadosamente de manera que las piezas más grandes protegieran a las pequeñas, pasando de esta manera a formar parte del suelo de paso de la necrópolis, nivelándolo, y según J.M. García Cano impidiendo así el deterioro de las otras estructuras funerarias²⁵². El hecho de que la escultura bovina se encajara intencionadamente entre el cipo y los fragmentos de gola, posiblemente para protegerlo²⁵³, y que ninguno de los fragmentos del antiguo monumento muestre daño alguno, creo que evidencia que en este caso no se dio una pérdida del capital simbólico de los restos ni las personas que manipularon estos experimentaban un sentimiento de alteridad semejante al que podríamos percibir en Corral de Saus. Simplemente el grupo que utilizaba la necrópolis de Poblado permitió que el antiguo monumento se “integrara” (literalmente) en el espacio sagrado al que pertenecía. Se dio sepultura al monumento de una manera muy similar a la que describía anteriormente para las esculturas de Cerrillo Blanco de Porcuna. Que esta acción además nivelara el terreno de la necrópolis fue seguramente, al menos desde mi punto de vista, accesorio.

Por mencionar otro ejemplo, en las cercanías de la Alcudía de Elche, por su parte, se sitúa el yacimiento ya citado de Parque Infantil de Tráfico, en el que diversas esculturas (al menos una esfinge montada por un jinete, un toro, un varón y un felino²⁵⁴) así como una larga serie de restos arquitectónicos fueron troceados en grandes fragmentos y entibados junto con algunas otras piedras para conformar un pequeño alineamiento a modo de cerca oval que delimitaría un *temenos* o recinto sacro²⁵⁵. Aunque en principio las esculturas fueron datadas a comienzos del s. V a.C. (por paralelos estilísticos con la estatuaria griega) y su destrucción y amortización a finales de la misma centuria (debido a la presencia de cerámica del s. V a.C. asociada a

²⁵² García Cano 1994: 175. *Vid.* Fig. 3.19.

²⁵³ Muñoz 1987: 233.

²⁵⁴ Ramos Fernández 1986: 131-132; Castelo 1995: 203-204.

²⁵⁵ Ramos Fernández 1986: 131; 1989: 509; Chapa y Belén 2011: 168. *Vid.* Fig. 3.20.



Fig. 3.17. Tumor 20 y escultura derribada *in situ* en la necrópolis de Los Villares.



Fig. 3.18. Escultura de sirena formando parte de un encachado tumular en Corral de Saus.

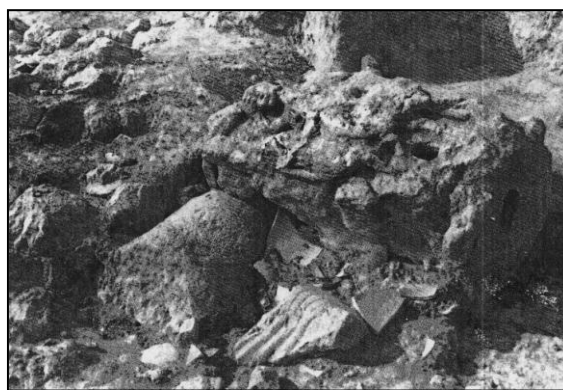


Fig. 3.19. Fragmentos escultóricos y arquitectónicos amortizados bajo el suelo de la necrópolis de Poblado.

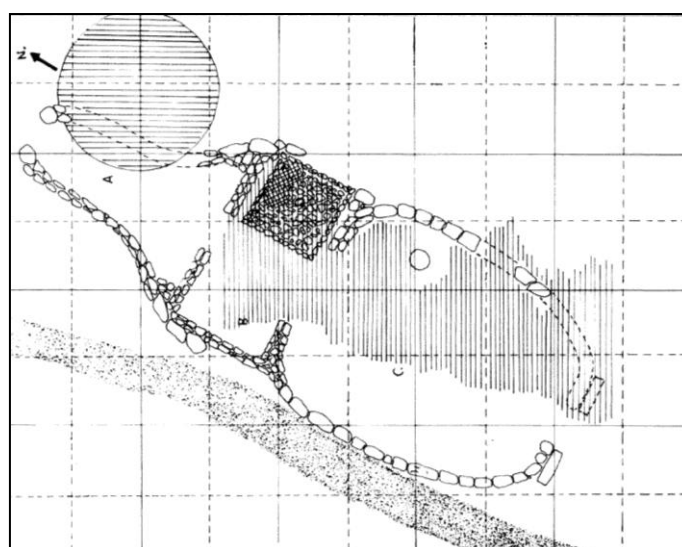


Fig. 3.20. Temenos del Parque Infantil de Tráfico de Elche.

la cerca)²⁵⁶, recientemente se ha propuesto una cronología más tardía, de en torno al s. IV a.C., para la esfinge montada por un jinete y antecedida por una divinidad alada, dados los paralelos de esta última en el mundo púnico²⁵⁷. Sea como fuere, nos encontramos una vez más que el lugar en el que originariamente se habían alzado una serie de monumentos arquitectónicos y escultóricos (del tipo turriforme, como proponen algunos investigadores²⁵⁸, o bien con esculturas sobre podios de cualquier otro tipo, como defienden otros²⁵⁹), estos son destruidos y sus fragmentos reutilizados para la monumentalización de un espacio sacro. Quizás desacralizándolos, privándolos de todo contenido simbólico y empleándolos como mero material constructivo, como en muchos casos se ha defendido²⁶⁰, pero el hecho de que en este caso concreto las esculturas fueran reutilizadas para la señalización de un recinto sagrado y quedaran, posiblemente, a la vista, me sugiere que quienes monumentalizaron esta área pretendieron de alguna manera integrar en ella las antiguas imágenes que, hasta entonces, venían marcando el lugar y quizás señalizando, como propuso F. Sala²⁶¹, una frontera política.

Ahora bien, la escultura ibérica también nos ofrece muestras de reutilizaciones “a título individual”. Los más habituales son, sin lugar a dudas, los casos en los que ciertas personas deciden introducir en su enterramiento alguno de los fragmentos escultóricos existentes en las necrópolis, bien para formar parte de la estructura de la tumba, bien para calzar la urna cineraria o taparla, o bien como parte del ajuar. En necrópolis como Cigarralejo (Mula, Murcia) o Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) tenemos bien constatada la utilización para todos estos fines de fragmentos de distintas esculturas en una misma tumba, y de una misma escultura en distintas tumbas²⁶², algo que, teniendo en cuenta que estos enterramientos ofrecen en ocasiones dataciones muy dispares, nos indica que desde que una escultura colapsaba hasta que alguno de sus fragmentos era reutilizado podían transcurrir a veces largos períodos de tiempo, constatación que resta fundamento a las teorías que afirman que

²⁵⁶ Ramos Fernández 1986: 131-132; 1994: 112-113.

²⁵⁷ Chapa y Belén 2011: 167.

²⁵⁸ Ramos Fernández 1988: 368; Prados Martínez 2002-2003: 218; López Pardo 2006: 198-199.

²⁵⁹ Chapa y Belén 2011: 168.

²⁶⁰ Chapa y Belén 2011: 170.

²⁶¹ Sala 2007: 57.

²⁶² Castelo 1998: 130; Sánchez Meseguer y Quesada 1991: 358.

las esculturas serían destruidas expresamente para ser reutilizadas en los enterramientos²⁶³. También se ha afirmado en varias ocasiones que estos fragmentos estarían desprovistos de todo significado simbólico²⁶⁴, algo que en mi opinión parece poco probable si tenemos en cuenta casos tan significativos como los restos escultóricos que fueron cremados en la pira del difunto junto con el resto del ajuar en Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)²⁶⁵, la cabeza de una escultura de león decapitada empleada como tapadera de una urna cineraria en Pozo Moro²⁶⁶, o la cabeza de caballo de Llano de la Consolación, aparentemente abandonada entre varias sepulturas pero a cuyo alrededor se documentaron buen número de restos faunísticos de caballos sacrificados²⁶⁷.

Fragmentación y acumulación, en este caso de restos de estatuas cargados de un significado relacionado con la memoria y la identidad, son dos comportamientos consustanciales a la relación entre cultura material y prácticas sociales, como afirma J. Chapman²⁶⁸. En todo caso, es importante señalar que la reutilización de fragmentos escultóricos en el interior de las sepulturas es un fenómeno que no siempre se constata en los enterramientos más ricos de cada necrópolis, sino en ocasiones más bien al contrario; se trata además de una práctica que alcanza su máximo predicamento entre finales del siglo V y comienzos del IV a.C., si bien continúa observándose en algunos casos hasta el siglo II a.C.²⁶⁹, y que no se documenta en todas las necrópolis con escultura, pues está ausente en algunas como las ya citadas de Los Villares y Poblado, en las que sin embargo sí que advertíamos la reutilización colectiva de las mismas fuera de las sepulturas individuales.

En definitiva, este tipo de reutilización de la escultura nos está indicando una *praxis* muy diferente a la que contaba antes: no se trata ya de que la comunidad “mantenga” el respeto a unas esculturas antiguas mucho después de que se hayan convertido en ruinas o las reutilice para diversos fines, sino que ahora determinadas personas se apropian individualmente de los restos de éstas, reclamando para sí y su

²⁶³ Ruano 1987: 61.

²⁶⁴ Por ejemplo, cf. Cuadrado 1986: 569-570; Sánchez Meseguer y Quesada 1991: 358.

²⁶⁵ Aranegui *et alii* 1993: 27.

²⁶⁶ Alcalá-Zamora 2003: 67.

²⁶⁷ Valenciano 2000: 130.

²⁶⁸ Chapman 2000: 23-48.

²⁶⁹ Cuadrado 1986: 560-570.

estirpe los restos materiales que de alguna manera simbolizaban la “memoria colectiva” del grupo. En el mundo ibérico la imagen figurativa fue siempre patrimonio de las elites²⁷⁰, de modo que apropiarse de las imágenes de los antiguos gobernantes resultaría sin duda un acto de importantes connotaciones sociopolíticas, máxime cuando, aunque la escultura hubiera sido enterrada, todo el mundo recordaría quién se había enterrado con qué, y el “recuerdo” de los antiguos quedaría de esta manera ligado al de quienes reivindicaron de esta manera su herencia.

Pero antes de terminar este apartado, dejemos a un lado el tema de la utilización y reutilización de las esculturas, pues las propias necrópolis constituyen un potente mecanismo de construcción de memoria y de identidad colectivas.

Como señalaba anteriormente, uno de los postulados más ampliamente aceptados por la historiografía durante décadas fue la idea de que estos espacios constituían un reflejo directo de la estructura social de la comunidad que allí se enterraba²⁷¹. Consecuentemente, las tumbas con ajuares más ricos y superestructuras funerarias más vistosas pertenecerían a los personajes de mayor *status* y poder económico. Ahora bien, este axioma en ocasiones no terminaba de ajustarse al registro arqueológico, pues según esta visión los ajuares más ricos deberían coincidir *a priori* con las tumbas de arquitectura más vistosa, al menos en los períodos en los que estas proliferaron, y ello no siempre es así.

De este modo, por ejemplo, a principios de los noventa J.J. Blánquez²⁷² daba la voz de alarma al constatar que en la necrópolis de los Villares de Hoya Gonzalo los túmulos de mayores dimensiones no presentaban ajuares excesivamente ricos, y poco después el equipo hispano-francés que estudiaba la necrópolis de Cabezo Lucero alcanzaba los mismos resultados, si bien estos autores resolvían el desajuste al proponer que sólo dos de los encachados (aquellos que se superponían a un ajuar funerario “consistente”) serían verdaderas superestructuras funerarias, en tanto que los demás responderían a funciones diversas, tales como basamentos, *ustrina*, etc.²⁷³.

²⁷⁰ Sánchez Fernández 1996: 74-75.

²⁷¹ Chapman y Randsborg 1981: 10-11. Para la aplicación de la Nueva Arqueología a la arqueología ibérica, cf. Llul y Picazo 1989; Chapa 1991; Vicent 1995.

²⁷² Blánquez 1991: 255.

²⁷³ Aranegui *et alii* 1993: 28-31.

Ya décadas antes los arqueólogos que habían excavado la necrópolis valenciana de Corral de Saus habían explicado el escaso ajuar encontrado en sus dos túmulos mayores en virtud del expolio que los mismos habían sufrido²⁷⁴. García-Gelabert y García Díaz²⁷⁵ apuntaron por su parte la posibilidad de que algunas de estas tumbas ricas sin ajuar pudieran interpretarse como cenotafios. En todo caso, las últimas necrópolis ibéricas publicadas continúan arrojando nuevos casos de tumbas tumulares caracterizadas por un ajuar pobre, como puede ser el gran túmulo 1026 de Cerro Gil (Iniesta, Cuenca)²⁷⁶.

Al tratarse de una aparente “anomalía”, esta no se ha tomado como un problema en sí mismo, y ningún autor, que tenga noticia, se ha planteado que túmulos “pobres” como los que aparecían en la necrópolis que estaba excavando podían documentarse también en otros yacimientos coetáneos. Sin embargo, nos encontramos ante un fenómeno extensible a buena parte de las necrópolis tumulares del sureste ibérico.

Así, en la provincia de Albacete contamos con ejemplos enormemente significativos en la necrópolis de Pozo Moro, en la que, tal y como señala L. Alcalá-Zamora²⁷⁷, los grandes túmulos de finales del s. V y comienzos del IV a.C. (los denominados 5F4, 7E1 y 2F3) aparecen sin ajuar, pero en la que además otros tres túmulos de esta misma fase (los llamados 3F4, 4F3 y 4G4) muestran un ajuar más pobre de la media para este período, restando tan sólo, por tanto, tres túmulos relativamente ricos para esta cronología; en Llano de la Consolación, dos de los siete túmulos publicados muestran un ajuar relativamente pobre²⁷⁸; en el cementerio de El Salobral, todos los túmulos de uno de los sectores del yacimiento estaban fabricados en adobe en vez de en piedra, y mostraban un ajuar más pobre que el resto²⁷⁹; en Hoya de Santa Ana y Los Villares de Hoya Gonzalo, todos los túmulos publicados son

²⁷⁴ Aparicio y Cisneros 2007: 49-57. Es de reseñar aquí que no pretendo desmentir que estos túmulos fueran expoliados, sino simplemente poner de manifiesto hasta qué punto el hallazgo de un ajuar escaso bajo un túmulo rico ha sido percibido siempre como una “anomalía” que había que explicar.

²⁷⁵ García-Gelabert y García Díaz 1997: 414.

²⁷⁶ Valero 2005: 624.

²⁷⁷ Alcalá-Zamora 2003: 194.

²⁷⁸ Valenciano 2000.

²⁷⁹ Blánquez 1995 a.

relativamente ricos para la fase en la que fueron erigidos²⁸⁰, si bien es cierto que de estas necrópolis sólo han sido publicados los enterramientos con materiales más “significativos”, y que, como he señalado, fue su propio excavador quien reconoció que en ocasiones los túmulos de estructura más vistosa guardaban ajuares poco abundantes; finalmente, en la necrópolis de Camino de la Cruz, se han documentado únicamente algunos restos de túmulos de adobe²⁸¹, pero su presencia era tan difusa que su atribución a enterramientos concretos difícilmente pudo ser precisada.

Por lo que respecta a las necrópolis murcianas, la realidad que observamos no es muy diferente. Así, en la de Poblado, once de los veintiséis túmulos publicados muestran un ajuar más pobre que la media de toda la necrópolis, pero si atendemos únicamente a los enterramientos datados en la primera mitad del siglo IV a.C., hasta tres de los cuatro túmulos cuentan con un ajuar relativamente pobre²⁸². En Cigarralejo, los túmulos con un ajuar cuya riqueza es inferior a la media de todas las sepulturas son más de la mitad, proporción que casi alcanza los dos tercios si nos centramos en los encachados tumulares de la primera mitad del siglo IV a.C.²⁸³ Finalmente, en otras necrópolis murcianas como Cabecico del Tesoro o Los Nietos se han registro túmulos²⁸⁴, pero no con la suficiente claridad como para llevar a cabo este tipo de estudios estadísticos.

En cuanto a las necrópolis alicantinas, documentamos las mismas regularidades, si bien en casos más puntuales dadas las limitaciones del registro. Así, únicamente en Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) se han conservado ocho encachados tumulares, de los cuales tres muestran un ajuar significativamente reducido, pudiéndose datar al menos dos de ellos en la primera mitad del siglo IV a.C.²⁸⁵ En la necrópolis de Puntal de Salinas, sin embargo, los únicos cuatro enterramientos que podrían haberse cubierto por un encachado tumular (cuya identificación por otra parte no es nada segura²⁸⁶) presentan ajuares relativamente ricos para la necrópolis.

²⁸⁰ Blánquez 1990 a.

²⁸¹ Blánquez 1988: 374.

²⁸² García Cano 1999.

²⁸³ Cuadrado 1987.

²⁸⁴ Cf. por ejemplo García Cano 1991 a: 330.

²⁸⁵ Aranegui *et alii* 1993.

²⁸⁶ Sala y Hernández 1998 : 249.

Así pues, y tras este rápido recorrido (que pese a las limitaciones del registro y a lo escaso y fragmentario de muchas de las publicaciones, comprende una base estadística de 694 enterramientos y 278 túmulos pertenecientes a cinco necrópolis ampliamente excavadas, a la que se superponen los datos aislados pertenecientes de otros yacimientos), todo parece apuntar a que el fenómeno de los “túmulos pobres” se da en la práctica totalidad de las necrópolis tumulares ibéricas del sureste, y con una mayor profusión entre finales del siglo V y comienzos del siglo IV a.C.²⁸⁷ Lo cual no obsta, por cierto, para que incluso en esta etapa los enterramientos tumulares en general sean por término medio más ricos que el resto de las sepulturas; lo que sí observamos es que en estas décadas no son infrecuentes los enterramientos con una superestructura rica y con un ajuar pobre, “anomalía” que a partir de mediados del siglo IV a.C. se tornará mucho menos frecuente.

En todo caso, ¿por qué considerar una “anomalía” la presencia de tumbas pobres con superestructura rica? En opinión de una parte de la historiografía, a la que me sumo, no puede verse en la tipología de los enterramientos ibéricos (ni en los ajuares funerarios, por cierto) una trasposición directa y sistemática de la jerarquización social de las comunidades que se enterraban en estas necrópolis. Ante el fenómeno de la muerte, los iberos (como otras culturas de la sociedad, como nosotros mismos) no pretendían simplemente ajustar su manera de hacerse enterrar a su manera efectiva de vivir, sino que en el ritual de enterramiento y en la riqueza amortizada intervendrían además toda una serie de elementos ideológicos que deben ser tenidos en cuenta a la hora de interpretar las necrópolis y los enterramientos²⁸⁸, que estarían significativamente constituidos²⁸⁹. La relación existente entre el estatus del difunto y el ajuar funerario que se amortiza en su tumba, y el tipo de tumba mismo, debe ser investigada, no asumida.

De ahí que, entre finales del siglo V a.C. y comienzos del IV a.C., una serie de potentados (pues no en vano dispusieron de los recursos suficientes como para erigir grandes túmulos de piedra y adobe) consideraron necesario amortizar una riqueza importante en la construcción de vistosas superestructuras funerarias, y sin embargo

²⁸⁷ García Cardiel e.p.

²⁸⁸ Lucas 1991: 149; Izquierdo 2007: 69.

²⁸⁹ Uriarte 2010: 280.

no creyeron importante acompañar a sus difuntos de un ajuar funerario complejo²⁹⁰. Coincidiendo en el tiempo, por cierto, con la proliferación de las propias estructuras tumulares, y con el comienzo de la inclusión de fragmentos escultóricos en los enterramientos (no siempre en los que contenían un ajuar funerario más rico, recordemos²⁹¹). Nos encontramos, por así decirlo, en los inicios del Ibérico Pleno.

En momentos de cambio como este, parece que las elites pusieron un mayor énfasis en recrear prácticas y rituales tradicionales, o que al menos se concebían como tales²⁹². Se genera así una realidad compleja, dialéctica, de difícil interpretación para el historiador, pues el registro arqueológico evidencia cambios importantes pero al mismo tiempo está impregnado de elementos que hacen referencia a períodos anteriores. Muchas de las esculturas y los antiguos monumentos han sido ya destruidos a finales del siglo V a.C., pero sus fragmentos son recogidos y reutilizados; los antiguos túmulos evolucionan y salvo excepciones disminuyen en tamaño, pero de repente grupos más amplios de población deciden enterrarse bajo ellos, independientemente de la cantidad de ajuar funerario que estén dispuestos a (o puedan) amortizar.

Hemos de tener en cuenta, a este respecto, que lo que nosotros denominamos “encachados tumulares”, o simplemente “túmulos”, eran estructuras que debían acumular para el imaginario ibérico una gran cantidad de significados convergentes. El túmulo no se construía como una simple obra de demarcación de la sepultura, sino que se iba erigiendo a medida que evolucionaban los ritos que acompañaban al sepelio²⁹³; ello nos indica, en mi opinión, que enterrarse o no bajo un túmulo no sólo entrañaba una superestructura funeraria más o menos vistosa, sino quizás también, y esto sería lo más importante, ritos funerarios distintos. Lo que a su vez significa que, llegado el momento al que me estoy refiriendo ahora (finales del siglo V-comienzos del IV a.C.), un sector de gente mayor del que entonces lo había hecho siente la necesidad de hacerse enterrar según un complejo ritual “tradicional”, que en algunas necrópolis

²⁹⁰ Para un caso similar pero encuadrado en otro contexto histórico peninsular, cf. De Blas 2004. Para otros contextos europeos donde los símbolos de estatus en el ajuar no coinciden estrictamente con la existencia o no de estructuras tumulares, cf. Sîrbu y Schuster (eds.) 2012.

²⁹¹ Quesada 1989 a: 122-124.

²⁹² Para la construcción de tradiciones inventadas en las necrópolis, cf. Cuzzo 2003.

²⁹³ Blázquez 2001: 104.

tenemos documentado desde un siglo antes. Y que otras gentes, capaces de amortizar grandes cantidades de riquezas en sus tumbas, sin embargo no ven la necesidad de hacerse enterrar según estos antiguos rituales y de dotarse en consecuencia de este tipo de estructuras tradicionales. Puede que nos encontremos ante otra manifestación de la tendencia que J. Appadurai denominó “turnstile effect”, resultado de la búsqueda continua por parte de la elite de elementos exóticos y diferenciadores que continuamente el resto de la población trata de emular contestando su valor diacrítico²⁹⁴: en nuestro caso, a medida que nuevas capas de la población acceden a enterrarse bajo túmulos, parte de las elites más prósperas abandonan esa práctica.

En todo caso, el túmulo servía no sólo para cubrir la sepultura, sino también para señalizarla, para que los descendientes del difunto reconocieran el espacio en el que sus despojos habían sido enterrados, y pudieran rendirle culto²⁹⁵. Y, efectivamente, a partir del momento del que hablamos, sobre los túmulos de las necrópolis ibéricas del sureste comienzan a horadarse agujeros, bien sea para introducir ofrendas, bien para depositar nuevos enterramientos, que de esta manera serían entregados al túmulo para vincular ya de manera definitiva la figura del nuevo difunto a la del antiguo. De la misma forma, unos túmulos se superponen parcialmente sobre otros, de una manera tan recurrente que difícilmente puede atribuirse a la casualidad. Resulta llamativo además cómo, dentro de una misma necrópolis, unos túmulos se amontonan sobre otros mientras que otras estructuras son respetadas a lo largo de los siglos. Así, en Cigarralejo en ocasiones nos encontramos con superposiciones de hasta nueve encachados tumulares, y sin embargo el túmulo 200, el más rico de la necrópolis y también el de mayor tamaño, es respetado²⁹⁶. En la misma tónica, en Pozo Moro hasta siete enterramientos se superponen al túmulo más grande del cementerio²⁹⁷ y, sin embargo, a lo largo del milenio en el que este permaneció en uso, sólo una tumba horada las ruinas del monumento turriforme²⁹⁸.

Un sentido parecido tendría, creo, la visita recurrente a los túmulos para depositar en ellos ofrendas o para restaurarlos si su integridad se veía alterada. Este

²⁹⁴ Appadurai 1986: 31 y 56.

²⁹⁵ Blánquez 1988: 6-7.

²⁹⁶ Cuadrado 1968: 165; 1987: 41.

²⁹⁷ Alcalá-Zamora 2003: 134.

²⁹⁸ García Cardiel 2012 a.

comportamiento lo tenemos bien documentado solo en algunas necrópolis, como en Los Villares de Hoya Gonzalo, donde las esquinas de algunos grandes túmulos fueron reconstruidas con piedra distinta a la del resto de la construcción²⁹⁹; o Cigarralejo, donde se documenta la deposición de ofrendas y las labores de mantenimiento llevadas a cabo sobre los dos mayores túmulos de la necrópolis³⁰⁰. Comportamientos que evidencian que, durante décadas, determinados individuos se presentaban ante sus respectivas comunidades como herederos y sucesores de determinados otros, reivindicando para sí el capital simbólico que la figura de aquellos destilaba a través de su presencia constante en la memoria y en el paisaje (a través de los túmulos) de la comunidad.

Los túmulos se convierten, de esta manera, en monumentos creadores, almacenadores y difusores de memoria, y como tales se prima su construcción en un momento histórico en el que las elites están necesitadas de revestirse de una legitimación que sólo la tradición puede darles. No olvidemos en este sentido que las tumbas heroicas griegas, por poner un ejemplo externo a nuestra área de estudio, no tenían por qué encerrar un rico ajuar; simplemente contaban con los elementos suficientes como para atestiguar su origen antiguo³⁰¹. De ahí que en el mundo ibérico a inicios de la Fase Plena abundaran quienes decidieron dedicar recursos y esfuerzos a la construcción de estructuras tumulares para sus difuntos, incluso cuando no pudieran – o quisieran- dotarles además de un ajuar funerario “acorde” con semejante superestructura monumental. Al fin y al cabo, como señala J.-P. Vernant, el momento de la muerte del individuo corresponde con la transformación de la red de relaciones sociales en las que estaba inserto, pero no con la desaparición de su recuerdo, que continuará formando parte de dicha red a través de la memoria colectiva³⁰².

3.4. ¿Griegos en el sureste?

3.4.1. En torno al concepto de “helenización”. El caso de La Picola.

Pero salgamos del ámbito de las necrópolis para ocuparnos de otro ámbito intrínsecamente ligado con el problema de las identidades colectivas y la construcción

²⁹⁹ Blánquez 2001: 111.

³⁰⁰ Rísquez y García Luque 2007; García Luque y Rísquez 2008.

³⁰¹ D’Agostino y Schnapp 1982: 22.

³⁰² Vernant 1982: 65.

social de la memoria, y que constituye además uno de los grandes problemas de la arqueología ibérica, como es el de la presencia y actuación de los griegos en el sureste peninsular.

Ya describí por lo menudo en el capítulo anterior el despegue de las importaciones griegas, fundamentalmente cerámicas, llegadas al sureste peninsular a partir del s. V a.C., y la utilización de estos vasos por parte de las elites ibéricas como un elemento de ostentación y diferenciación social. También apunté que la llegada al sureste de otra serie de elementos de origen griego, como determinados patrones métricos o ciertas técnicas constructivas, ha llevado a que muchos autores se cuestionen la existencia no ya de grupúsculos de comerciantes griegos asentados en el medio indígena sino ya incluso de fundaciones griegas operando en la región.

Entre estos elementos, se sitúa sin duda la influencia, claramente perceptible en todo caso, de la iconografía y las artes plásticas griegas sobre las ibéricas, plasmada fundamentalmente en la escultura, como ya analicé páginas atrás, y que, como ya dije, parece que evidencia cuando menos un conocimiento directo de las técnicas y elementos iconográficos griegos (o más bien mediterráneos en general) por parte de los artesanos ibéricos, que los emplean, incorporan, combinan y reinterpretan según sus propios intereses. Pero otro tanto puede decirse del surgimiento, en este caso a partir del s. V a.C., de la escritura grecoibérica, de la que asimismo he hablado ya; un tipo de escritura, por cierto, que empleaba el alfabeto jonio para transmitir la lengua ibérica, cuyo surgimiento supone el bilingüismo de al menos los individuos que lo crearon, cuyo conocimiento de los mecanismos de ambas lenguas debía ser profundo y reflexivo³⁰³. Una escritura que, como sucede con la escultura “helenizante”, no puede ser entendida como un epifenómeno espontáneo y lógico de la colonización, sino como estrategia consciente de una elite local para el cumplimiento de sus fines políticos y económicos.

Resta por hablar asimismo de las “imitaciones” ibéricas de formas cerámicas griegas, fenómeno que se generaliza sobre todo a partir del s. IV a.C., perviviendo hasta época ibero-romana³⁰⁴, y que ha sido interpretado en ocasiones como evidencia

³⁰³ De Hoz 2010: 641.

³⁰⁴ Page 1984.

de la helenización progresiva y pasiva de los iberos³⁰⁵. Recipientes cuyas formas se asemejan de una manera más o menos cercana la forma de cráteras, *kylikes* y vasos de pescado griegos son fabricados y amortizados por todo el mundo ibérico, aunque con una mayor presencia en el sureste. Ahora bien, su modelado no se ve acompañado del intento de imitar las decoraciones que acompañarían a los prototipos griegos, ni se emplean estas piezas para los mismos usos que entre los griegos, razones por la que se tiende a pensar, una vez más, que su producción y uso no comporta la mera aceptación pasiva de los estímulos helenizantes sino que deben entenderse como creaciones locales que responden a una demanda concreta, quizás no tanto funcional cuanto ideológica³⁰⁶. El hecho de que las “imitaciones” ibéricas de cráteras de columnas griegas se siguieran fabricando décadas después de que en el mundo griego esta forma hubiera desaparecido, por ejemplo, resulta revelador. Por todo ello, creo que más que de “imitaciones”, como generalmente han sido denominadas por la historiografía, estos vasos entrarían de lleno más bien en la categoría de “producciones híbridas”³⁰⁷, concepto que si en su momento no se empleó para identificarlas fue sin duda porque aún no se había definido en el marco de la teoría postcolonial cuando estas producciones fueron analizadas.

En definitiva, todo parece apuntar a que, más que de un “conjunto de fenómenos de asimilación y de influencias procedentes del mundo helénico”³⁰⁸ ejercido de manera unidireccional y progresiva sobre el mundo ibérico, deberíamos hablar más bien de una amplia gama de estrategias ideológicas de diferenciación social empleadas por una elite dirigente que, deseosa de favorecer sus contactos coloniales y consciente de que una parte importante de su autoridad se basaba en aquellos, emplea una “semántica” de aire mediterráneo para representarse a sí misma frente a propios y extraños, ante los miembros de sus respectivas comunidades y los gobernantes de los grupos vecinos. Estrategias cuya puesta en marcha por supuesto entraña el conocimiento, contacto, frecuentación y puede que incluso residencia de agentes coloniales en el medio indígena, pero que no implica necesariamente la

³⁰⁵ Cf. por ejemplo Page 1987: 71; Aranegui y Pérez Ballester 1990. Para una visión en este sentido más general, cf. Boardman 2004: 150.

³⁰⁶ Olmos 1988-1989: 81-84; 1989 a: 104-105.

³⁰⁷ Van Dommelen 2004.

³⁰⁸ Jaeggi 1996: 427. Cf. también Almagro 1990; 1990 a.

instauración de colonias *sensu stricto* en la región. Solo en este sentido, pienso, puede emplearse el concepto de “helenización”, tantas veces debatido por la historiografía³⁰⁹.

Merece la pena a este respecto volver a sacar a colación el llamativo asentamiento alicantino de La Picola, que como decía en el capítulo anterior es tenido por fundación griega, o al menos por un asentamiento creado con la participación de gentes griegas, por una parte importante de la historiografía³¹⁰. De este poblado destacan sus fortificaciones, que comprenden un 40% del área construida total del hábitat y que muestran una serie de adelantos técnicos únicos en el mundo ibérico hasta la llegada de Roma³¹¹. De hecho, sus excavadores defienden que sus mejores paralelos no aparecen en los sistemas defensivos griegos del s. V a.C., poco conocidos aún en lo referente al Mediterráneo Occidental, sino en las fortificaciones áticas del s. IV a.C. y en las emporitanas del s. III a.C., y que la técnica constructiva de los paramentos es similar a la empleada en las murallas de esta época de *Emporion*, *Massalia*, Agde y Olbia³¹². Sin embargo, esta técnica constructiva es asimismo la utilizada en la mayor parte de las fortificaciones ibéricas y contextos domésticos de la época, como sus propios excavadores reconocen³¹³, y recientemente F. Quesada señaló que el paralelo con las fortificaciones áticas y emporitanas es discutible, pues la diferencia de proporciones entre aquellas y las murallas de La Picola son apabullantes, y además las primeras, sensiblemente más tardías, se levantaron como respuesta a una guerra de asedio con maquinaria compleja que aún no se practicaba en el Mediterráneo del s. V a.C., y que por tanto difícilmente pudo motivar el diseño de las protecciones de La Picola³¹⁴. Un buen argumento en este sentido es, de hecho, la forma de las torres, situadas únicamente en las esquinas del hábitat y sin sobresalir de

³⁰⁹ Cf. por ejemplo para el mundo ibérico, Domínguez 1984; 1999; 2006; Jaeggi 1996; 1999; 2010; Olmos 1987 a; 1998; Olmos y Griñó 1985. Para una perspectiva más general, cf. por ejemplo, recientemente, Mitchell 2007; Dietler 2007.

³¹⁰ Moret y Badie 1998: 60; Rouillard 1999: 91; 2009 a: 140-142; Rouillard y Moret 2012: 155-157; Bresson 2002; Ruiz de Arbulo 2002-2003: 172; Quesada 2007: 78; Bermejo Tirado 2008: 14-15; Aranegui 2010: 694.

³¹¹ Vid. Fig. 3.21.

³¹² Moret *et alii* 1995: 119-123. Cf. Ober 1985.

³¹³ Moret *et alii* 1995: 116.

³¹⁴ Quesada 2007: 78.

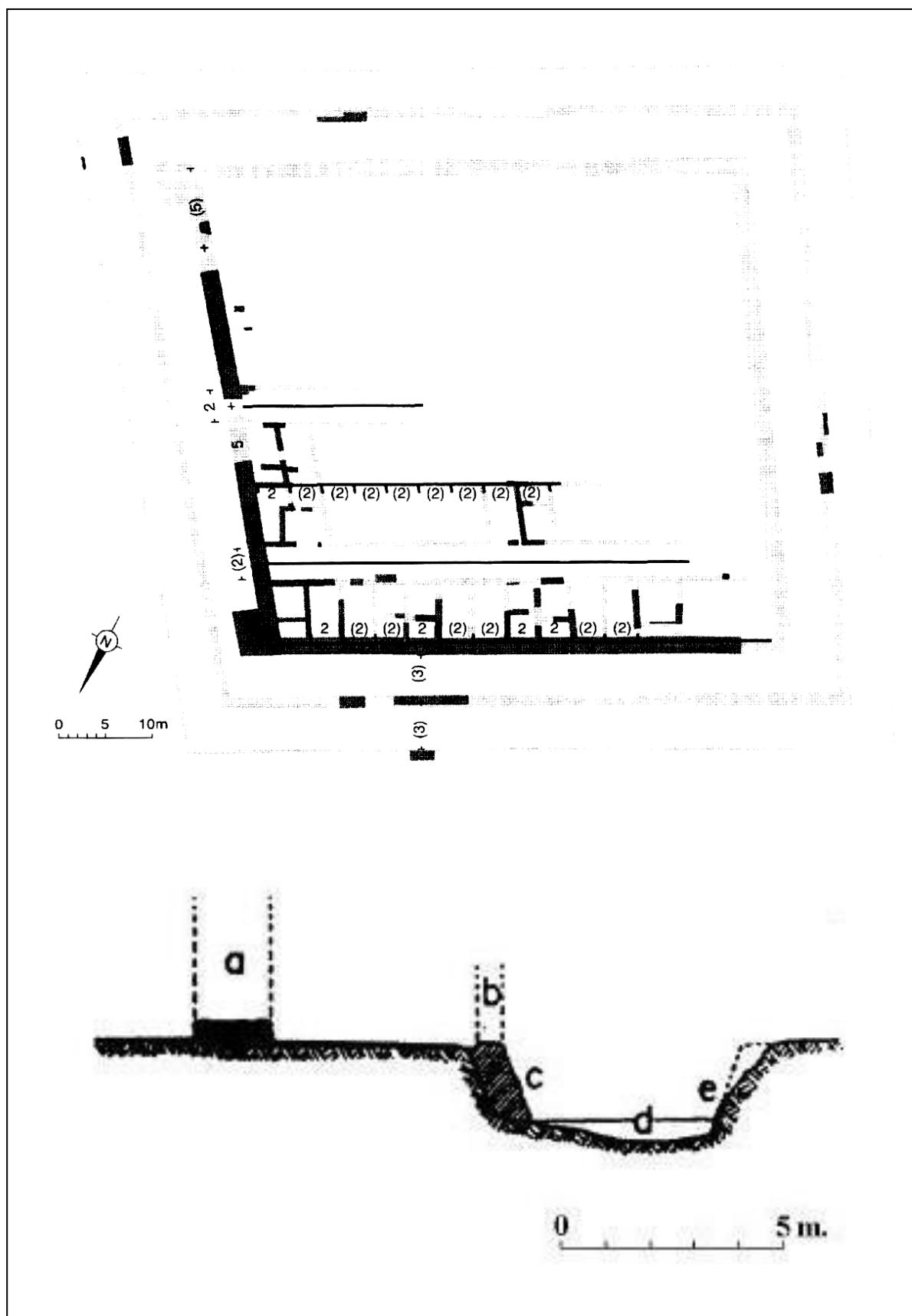


Fig. 3.21. Planimetría del asentamiento de La Picola y sección de sus fortificaciones.

la muralla, por lo que no podían emplearse de manera efectiva como plataformas de tiro desde las que generar un fuego cruzado frente a los lienzos de la muralla y las puertas, sino que funcionarían más bien como atalayas de vigilancia del entorno.

El principal argumento para defender la grequidad del diseño de estas murallas, y de hecho del urbanismo general del poblado, es el patrón métrico que articula por entero la construcción del mismo, el pie de 29,7-30 cm y la braza de seis pies, una unidad de origen foceo y que se constata igualmente en las excavaciones de *Emporion*, *Massalia* y *Velia*³¹⁵. Ahora bien, gracias a la tesis doctoral recientemente defendida por P. Olmos Benlloch, sabemos que solo en el sureste ibérico este patrón métrico de origen foceo fue empleado también en las fortificaciones de La Bastida, la torre del Tossal de l'Empedrola, el templo A de l'Illeta dels Banyets, las torres más antiguas del Tossal de Manises, el edificio A de Tres Hermanas y el templo de la Alcudia de Elche³¹⁶; es decir, que se trataba de un patrón métrico de origen griego, sí, pero ampliamente empleado en el sureste ibérico entre finales del s. V a.C. y la conquista romana.

Por último, es de reseñar que también llama la atención la proporción de cerámica griega importada documentada en La Picola, cercana a un 10% del total³¹⁷, una proporción elevada para el mundo ibérico pero que tampoco podemos considerar sobresaliente, pues sin ir más lejos en la cercana necrópolis de Cabezo Lucero, de esta misma época, los vasos griegos alcanzan el 40%³¹⁸. Además, entre el registro material mueble del hábitat no encontramos elementos tan habituales del “modo de vida” griego como lucernas, vasos para cocinar griegos, monedas, contenedores de perfumes, etc., por no hablar de epígrafes³¹⁹.

En definitiva, creo que se puede deconstruir hasta cierto punto la grequidad del puerto de la Picola. Desde luego, el poblado concentra toda una serie de rasgos de “aire helenizante”, pero buena parte de ellos encuentran un correlato más o menos frecuente en el mundo ibérico; bien es cierto que otros elementos son poco habituales

³¹⁵ Moret y Badie 1998: 55-60; Badie *et alii* 2000: 117-144 ; cf. Sala 2006 : 137-138.

³¹⁶ Olmos Benlloch 2010.

³¹⁷ Moret y Badie 1998: 61.

³¹⁸ Rouillard 1991: 108; 1993: 87.

³¹⁹ Rouillard 2009: 141-142.

en este entorno, como la extraordinaria regularidad urbanística³²⁰ o la misma disposición de las viviendas y sus proporciones, idénticas a las de la *Emporion* del s. VI a.C.³²¹, pero no lo es menos que los modos de vida y la concepción general del poblado y sus fortificaciones parecen responder a las estructuras ibéricas. Es por todo ello por lo que pienso que, independientemente de que se tratara de un *emporio* o de un fortín, y de que funcionara de manera autónoma o bajo la autoridad de los gobernantes de la Alcudia de Elche, debemos concebir el hábitat como un poblado dirigido por unas elites locales con intensos lazos con los agentes coloniales, y que justifican ideológicamente su preeminencia y la hacen visible presentándose a sí mismas en relación con aquellos, dotándose por tanto de una identidad híbrida³²². Poco importa, en este sentido, el origen étnico último, genético si se quiere, de las elites que aquí habitaron, o del resto de la población; se trataba en todo caso de unas elites que se presentaban a sí mismas como filogriegas pero que actuaban y vivían de una manera no demasiado distinta a las de las comunidades del entorno.

3.4.2. Los tres pueblecillos massaliotas de la costa contestana.

Todo este debate, en todo caso, se complica atendiendo a las fuentes literarias. Y es que, en uno de los pasajes más controvertidos del volumen de la *Geografía* estraboniana referido a *Hispania*, el geógrafo de Amasia afirma que “Μεταξὺ μὲν τοῦ Σούκρωνος καὶ τῆς Καρχηδόνος τρία πόλινια Μασσαλιωτῶν ἔστιν οὐ πολὺ ἀποθεν τοῦ ποταμοῦ· τούτων δ’ ἔστι γινωριμώτατον το Ἡμεροσκοπεῖον”³²³. El propio Estrabón añade poco después sobre Hemeroskopeion, el más conocido de los tres pueblecillos masaliotas, que era un asentamiento ubicado al pie de un promontorio costero en cuya cima se ubicaba un santuario consagrado a Artemis Efesia; que aún permanecía habitado en sus tiempos, y que correspondía con el núcleo que los romanos denominaban *Dianium*, que Sertorio había empleado como puerto; que el enclave costero era frecuentado por piratas, que es bien visible desde el mar, y que en sus inmediaciones hay unas salinas de cuatrocientos estadios de perímetro y dos islotes, Planesia y Plumbaria. El resto de las escasas fuentes que

³²⁰ Moret y Badie 1998: 60.

³²¹ Moret 2000-2001: 388.

³²² Cf., con una interpretación cercana, Domínguez 2002: 85.

³²³ Str. III, 4, 6-8.

poseemos sobre este enclave no podrían ser más contradictorias: Avieno, pese a que a lo largo de toda su *Ora Marítima* mantiene una ficción arcaizante que consigue gracias a su continuo uso de fuentes muy antiguas, asegura que Hemeroskopeion es una ciudad abandonada de antiguo³²⁴, en tanto que el lexicógrafo bizantino Esteban de Bizancio, apoyándose explícitamente en Artemidoro³²⁵, la describe no como un pueblecillo massaliota sino como una colonia focense³²⁶.

Por lo que respecta a los otros dos pueblecillos massaliotas aludidos por Estrabón, pero cuyo topónimo nos oculta en una elipsis poco habitual en él, podemos colegir que uno de ellos sería Alonis, νῆσος καὶ πόλις Μασσαλίας según Esteban de Bizancio nuevamente citando a Artemidoro³²⁷, enclave que sería mencionado asimismo por Ptolomeo³²⁸, y ubicado en la costa del sureste peninsular por Mela y el Anónimo de Rávena, aunque de manera contradictoria: mientras que Mela la sitúa al norte de *Lucentum*³²⁹, el itinerario la localiza al sur de la misma³³⁰. Finalmente, la historiografía ha venido aceptando tradicionalmente que el tercero de los pueblecillos massaliotas estrabonianos sería Λευκῆ Ἠκρά³³¹, pero en realidad esta aseveración se debe únicamente al carácter griego del topónimo con el que Diodoro Sículo se refiere a la ciudad, que el propio historiador griego presenta como una fundación púnica³³².

La extraordinaria parquedad de las fuentes conjugada con su contradictorio contenido hizo que la historiografía vertiera ríos de tinta acerca de estas “colonias fantasma”, como las denominaba E. Llobregat³³³. Así, la tradición erudita que se ocupó del tema desde el s. XVI, reforzada desde finales del s. XIX por una arqueología filológica deseosa de dotar a las noticias ofrecidas por las fuentes clásicas de un contenido material, trataron de localizar Hemeroskopeion por toda la costa alicantina,

³²⁴ Avien. *OM* 477-482.

³²⁵ Recientemente L. Canfora (2011: 101-102) ha puesto de manifiesto que Esteban de Bizancio no empleó, como pretende, la edición original de Artemidoro, sino un epítome redactado por Marciano que incluía frecuentes aportaciones de este último, como el mismo Marciano reconoce (GGM I, p. 516, 9-10).

³²⁶ St. Byz., s.v. Ἡμεροσκοπεῖον.

³²⁷ St. Byz., s.v. Ἀλωνίς.

³²⁸ Ptol. II, 6, 14.

³²⁹ Mel. II, 6, 93.

³³⁰ Ravenn. IV, 42.

³³¹ Cf. García y Bellido 1948, I: 60.

³³² Diod. XXV, 10. Cf. Alvar 1994: 13, n. 18.

³³³ Llobregat 1969: 42.

aunque sobre todo en Denia, el Cap Martí, la bahía de Jávea o el peñón de Ifach³³⁴, en tanto que las islas aledañas, de etimología incierta³³⁵, fueron identificadas con la práctica totalidad de los islotes del litoral sureste. Alonis por su parte era ubicada según los autores en Jávea, Vila Joiosa, Campello, Alicante o los islotes de Portitxol y Benidorm³³⁶. A partir de finales de los años sesenta, y sobre todo durante los setenta, sin embargo, el desarrollo de la arqueología procesual más próxima a postulados positivistas subrayó por fin la incapacidad de la arqueología por detectar estas supuestas colonias a pesar de los improbables esfuerzos dedicados al efecto, por lo que toda una serie de autores optaron por negar su existencia³³⁷. Ahora bien, desde finales de la década de los años setenta toda una serie de autores, comenzando por P. Rouillard³³⁸, se niegan a asumir la mala fe o la profunda desinformación de los autores clásicos, por lo que vienen centrando sus investigación en tratar de definir con mayor precisión qué es a lo que los geógrafos grecorromanos se referían con toda esta serie de topónimos, como paso previo para poder ubicarlos sobre un mapa.

Así, el propio P. Rouillard comenzó a defender que las colonias focéas de la costa del sureste no serían *apoikiai* propiamente dichas, en su sentido más clásico, sino puertos de comercio creados por los navegantes focéos, con una presencia importante de población local³³⁹. Esta línea interpretativa la ha desarrollado asimismo a lo largo de diversos trabajos A.J. Domínguez, quien argumenta que los enclaves serían *emporía* poblados por gentes de diversa procedencia y regidos por un estatuto mixto fruto de la negociación entre las diversas comunidades³⁴⁰. Al fin y al cabo, diversos autores a lo largo de las últimas décadas ya han demostrado que la colonización focéa en el Mediterráneo Occidental no solo es más tardía que el gran movimiento colonizador

³³⁴ Cf. Senent 1948: 241; Martín Ávila 1968: 12-44 con la bibliografía anterior.

³³⁵ El topónimo Πλανησίαν mencionado únicamente por Estrabón ha sido relacionado con el sustantivo πλανήτης, “piratas” (Schulten 1958-1961, I: 35), pero también con el adjetivo πλάνος, “errante”, apelativo que los marineros griegos atribuyeron a diversas islas a lo largo del Mediterráneo (Moret 1997).

³³⁶ Moret 2000: 242, n.22.

³³⁷ Martín Ávila 1968; Llobregat 1969; Morel 1975; López Monteagudo 1977-1978: 8-13. Fuera de nuestro ámbito de estudio, H.G. Niemeyer (1979-1980) hacía otro tanto con *Mainake*. Cf. Olmos 1992 a: 152-154.

³³⁸ Rouillard 1976: 13. En la misma línea, cf. Arce 1979: 104.

³³⁹ Rouillard 1982.

³⁴⁰ Domínguez 1985: 362-363; 1986; 1994; 2001: 31.

griego de época arcaica, sino que se basa en distintos planteamientos, tendentes a la creación de pequeños puntos de intercambio con el entorno indígena³⁴¹.

De cualquier forma, para P. Rouillard la plasmación del carácter mixto de estos enclaves en el registro arqueológico sería evanescente, lo que no obsta para que sea posible para los arqueólogos modernos la localización de algunos de los topónimos griegos mencionados por las fuentes clásicas (aunque no de todos, pues muchos de ellos serían producto de la erudición helenística tardía y no tendrían plasmación “real” en tierras peninsulares³⁴²). Pese a ello, ponía en duda que Hemeroskopeion pudiera ser localizado realmente en las inmediaciones de Denia, debido a la ausencia de registros materiales anteriores a la época iberorromana y de las minas de hierro mencionadas por las fuentes clásicas³⁴³ en relación con el enclave³⁴⁴. Por el contrario, siempre se mostró optimista con la posibilidad de ubicar Allonis³⁴⁵, que primero situó a grandes rasgos en la Depresión Meridional³⁴⁶ y más tarde concretó en el yacimiento de La Picola³⁴⁷, opinión que entendió reforzada tras sus excavaciones en el lugar, aunque con algunas matizaciones, como la importancia de la agencia indígena en la fundación y la vida cotidiana del hábitat³⁴⁸.

En todo caso, la gama de interpretaciones que sobre Hemeroskopeion y Alonis se han propuesto a lo largo de las últimas décadas es extraordinariamente amplia. Así, P. Jacob continúa concibiendo estos dos enclaves como colonias griegas propiamente dichas, y los sitúa en Santa Pola y las inmediaciones de Denia, aunque reconoce que Artemidoro pudo haber asimilado un santuario indígena emplazado en el Cerro del Castillo de Denia a un templo dedicado a la Ártemis efesia³⁴⁹. M.J. Pena, por su parte,

³⁴¹ Morel 1975; 1995; Sanmartí 1990: 390; Wilson 1997; Bats 2009; Dietler 2010: 105.

³⁴² Rouillard 1991: 282-283.

³⁴³ Str. III, 4, 6; Mel. II, 91 y 125.

³⁴⁴ Rouillard 1991: 299-303.

³⁴⁵ Postura que de hecho viene siéndole criticada por una parte de la historiografía: cf. Sánchez Fernández 1992 a: 23.

³⁴⁶ Rouillard 1988: 115.

³⁴⁷ Rouillard 1991: 303-306.

³⁴⁸ Rouillard 1999: 91; 2000: 258-265; Rouillard y Moret 2012: 155-157. En la misma línea, Moret 2000.

³⁴⁹ Jacob 1985: 268; 1997: 137-139. Es de reseñar que el autor precisa que bajo la actual Denia no se documentan restos arqueológicos anteriores a la presencia romana, pero que en el macizo del Montgó, en el yacimiento de Alt de Benimaquía, sí que hay una gran cantidad de cerámicas de importación, por lo que concluye que Hemeroskopeion, “la atalaya del día”, se localizaría aquí (Jacob 1997: 138). Esta aseveración no obstante parte de la datación del yacimiento de Alt de Benimaquía que propusiera H. Schubart (1963; Schubart, Fletcher y Oliver 1962: 6-19; Llobregat 1972: 47-48), desmentida por la

propone más bien que se trataría de la *intepretatio graeca* de los topónimos indígenas que designarían estos lugares³⁵⁰, línea interpretativa que sigue J. Alvar, añadiendo que en estos enclaves quizás algunos mercaderes en tránsito hacia el sur habrían acondicionado algún tipo de estructura permanente, que con el tiempo daría pie a ciertos geógrafos para hablar de una refundación focea³⁵¹. Algunos autores han planteado que estos y otros topónimos similares harían referencia a santuarios costeros ubicados en lugares prominentes del litoral y con amplia visibilidad, que servirían como hitos de señalización para guiar la navegación, enclaves desde los que apropiarse simbólicamente del paisaje, y puntos de comercio que facilitarían la aproximación entre comerciantes e indígenas³⁵², mientras que otros los consideran “topónimos pasaporte”, denominaciones que los marineros griegos emplearían frecuentemente para referirse a accidentes costeros que les resultaran familiares, y que por tanto aparecen asignados a varios lugares distintos del Mediterráneo³⁵³. F.J. Fernández Nieto propuso una visión heterodoxa pero que ha encontrado un cierto apoyo de la historiografía posterior, según la cual estos topónimos no harían alusión a colonias griegas sino a accidentes costeros, y que en concreto Hemeroskopeion correspondía con una atalaya cercana a Denia desde la que se avistarían los bancos de atunes que atravesaban el litoral y que eran explotados por una “empresa mixta” de fenicio-púnicos, griegos e indígenas³⁵⁴. Por último, A. Espinosa dedicó hace pocos años un artículo que recogía parte de los resultados de su tesis doctoral, y en el que nuevamente se atrevía a proponer una ubicación para Alonis, en este caso no en Santa Pola sino en La Vila Joiosa³⁵⁵.

revisión de los materiales que se llevó a cabo entre finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, y que demuestra que la cronología del yacimiento es bastante más antigua (Pla y Bonet 1991; Gómez Bellard y Guérin 1995: 247).

³⁵⁰ Pena 1993: 76. Esta misma línea la sigue R.-A. Santiago (1998), al señalar que la raíz de Hemeroskopeion puede ser *Hemera*, una de las epiclesis de Ártemis.

³⁵¹ Alvar 1994: 12-13. En el mismo sentido, cf. P. Moret (2000: 250-253; 2006: 51), quien intenta demostrar que el topónimo Alonis no contiene ninguna raíz griega conocida, por lo que sería de origen indígena.

³⁵² Aranegui 1994 a: 118; 2010: 695-696; Ramallo 2000: 187.

³⁵³ Moret 2006: 51.

³⁵⁴ Fernández Nieto 2002. Completando este modelo interpretativo, cf. Bendala 2005: 42; Sáez 2009.

³⁵⁵ Espinosa 2006.

Para comprender mejor las enigmáticas y escuetas noticias que sobre Hemeroskopeion y Alonis nos dan las fuentes, en todo caso, es necesario en primer lugar devolverlas a su contexto. Así, hemos de reparar en que, sin salir de la costa mediterránea de la Península Ibérica, las fuentes grecorromanas enumeran toda una serie de comunidades costeras que atienden a otros topónimos griegos, de controvertida interpretación y en ocasiones imposible identificación; tal es el caso de *Abdera*³⁵⁶, *Mainake*³⁵⁷, *Oinoussa*³⁵⁸, *Molybdana*³⁵⁹, *Rhodes*, fundada según los autores clásicos por los rodios tras la caída de Troya³⁶⁰, o, la más problemática de todas, la propia Sagunto, de la que las fuentes nos aclaran que fue fundada por Heracles en honor de su compañero Zacynthos, allí fallecido, y su población fue engrosada por contingentes de emigrantes zacintios, rútilos y daunios³⁶¹. Y eso sin contar la casi inagotable lista de topónimos que Avieno nos proporciona en su *Ora Marítima*, una buena parte de los cuales no vuelven a ser nombrados por los autores clásicos³⁶².

Contamos además, por otra parte, con referencias a otros santuarios costeros consagrados a divinidades griegas, como el de Heracles en la Isla Escombrera, en la bocana del puerto de *Carthago Noua*³⁶³; o los también problemáticos santuarios de Ártemis Efesia ubicados según Estrabón, siguiendo sin duda a Artemidoro, en *Emporion* y *Rhode*, santuarios que sin embargo la arqueología ha sido por el momento incapaz de identificar pese a las excavaciones intensivas en ambos lugares³⁶⁴; al igual que ha sucedido, por cierto, con el área sacra consagrada a esta última divinidad en Sagunto, según Plinio, quien toma la noticia de Cornelio Bocco³⁶⁵.

En tercer lugar, merece la pena recordar la larga lista de referencias que las fuentes grecorromanas nos han legado acerca de los *nostoi*, los legendarios héroes que, en sus respectivos viajes de retorno de Troya o huyendo de la ciudad tomada por

³⁵⁶ Str. III, 4, 2; Mel. II, 6, 94; Plin. *NH*. III, 8; Ptol. II, 4, 7; Ravenn. 305, 3; St. Byz. s.v. "Ἀβδηρα.

³⁵⁷ Str. III, 4, 2; Ps. Scymn. 147; Avien., *OM*, 427.

³⁵⁸ Polien. VIII, 16, 6.

³⁵⁹ St. Byz. s.v. Μολυβδάνα.

³⁶⁰ Str. III, 4, 8; XIV, 2, 10; Ps. Scymn. 202-207.

³⁶¹ Str. III, 4, 6; Liv. XXI, 7, 1-5; Plin. XVI, 216; Sil. It. *Pun.* I 273-275 y 288-293.

³⁶² Cf. Fatás 1986; Mangas y Plácido (ed.) 1994; 1998 para un recuento exhaustivo de la toponimia hispana mencionada por las fuentes clásicas.

³⁶³ Str. III, 4, 6.

³⁶⁴ Str. III, 4, 8.

³⁶⁵ Plin., *NH* XVI, 216.

los aqueos, recorrieron el Mediterráneo, articulando con sus viajes (con los discursos míticos que narraban sus viajes) la *oikumene* según el imaginario griego de cada época. Parte de ellos, tal y como recogen algunos autores clásicos, recalaron en la Península Ibérica, explorándola, interactuando con los “indígenas” y fundando nuevos pueblos y ciudades³⁶⁶. Es el caso, para empezar, de Teucro, quien en su huída de Troya recaló en *Carthago Noua* y fundó allí una ciudad, para después continuar camino hacia *Gadir* y el noroeste peninsular³⁶⁷; pero también de otros héroes que no visitaron nuestra región de estudio pero sí alcanzaron la Península y fundaron diversas comunidades, santuarios y oráculos, como Menelao³⁶⁸, Diomedes³⁶⁹, Tlepólemo³⁷⁰, Menesteo³⁷¹, Anfíloco³⁷², un tal Okéllas, compañero de Anténor³⁷³, o el propio Odiseo³⁷⁴. En el noroeste peninsular, de hecho, incluso se habla de comunidades de linaje griego denominadas “*helleni*” y “*amphilochi*”³⁷⁵.

Como se puede comprobar, todos los autores clásicos de los que disponemos para el estudio de las “fundaciones griegas” en la Península Ibérica (excepción hecha, por supuesto, de *Emporion* y *Rhode*) son tardíos, localizables del s. II a.C. en adelante, algo que ya había sido puesto de manifiesto en repetidas ocasiones por la historiografía en lo que concierne a los relatos de los *nostoi*³⁷⁶ pero que se puede aplicar también a los que nos transmiten toda esta toponimia, con algunas excepciones dudosas como Avieno y sus problemáticas fuentes arcaicas. En todo caso, lo que trataré de demostrar es que no solamente los autores que reflejan estas noticias son tardíos, sino que también lo es la propia “realidad” contenida en las mismas. Es decir, creo que estos autores no recogen informaciones antiguas entresacadas de un cuerpo mitológico relativo a la exploración de Occidente, como el

³⁶⁶ Cf. García y Bellido 1947.

³⁶⁷ Str. III, 4, 3; Sil. It. *Pun.* III, 368; XV, 192; Just. XLIV, 3, 3; Filostr. *Vit. Apoll.* V, 5. Cf. Mederos 2003-2004: 127.

³⁶⁸ Str. I, 2, 31.

³⁶⁹ Str. III, 2, 1.

³⁷⁰ Sil. It. *Pun.* III, 364-365. Estrabón (XIV, 2, 10) no menciona a Tlepólemo pero habla de los rodios como colonizadores de las islas Baleares tras la caída de Troya.

³⁷¹ Str. III, 1, 9; Filostr. *Vit. Apoll.* V, 4.

³⁷² Str. III, 4, 3; Just. XLIV, 3, 4.

³⁷³ Str. III, 4, 3; Ptol. II, 5, 7; II, 6, 22.

³⁷⁴ Str. III, 2, 13; III, 4, 3-4; Mel. III, 3.

³⁷⁵ Str. III, 4, 3; Plin. *NH.* IV, 112.

³⁷⁶ García y Bellido 1947: 106-107; 1948, I: 15; García Iglesias 1979: 135-136 y 140.

que efectivamente se había ido gestando en paralelo con el desarrollo de la participación griega en el espacio colonial del Mediterráneo Occidental a lo largo del I milenio a.C.³⁷⁷; y, desde luego, no me parece que pueda sostenerse que la llegada de Roma supusiera el declive de la toponimia griega y de los mitos que a esta acompañaban, como se ha señalado en ocasiones³⁷⁸, sino antes bien todo lo contrario. Esta geografía mítica no explica una supuesta colonización focea/massaliota en la costa levantina peninsular, entre otras cosas porque se construye en un momento posterior a la misma.

Para empezar, y aunque no suponga un argumento metodológicamente concluyente, resulta llamativo el silencio de las fuentes más antiguas en relación con todas estas fundaciones y viajes. Por no ir más lejos, en las narraciones de Heródoto se advierte una polémica acerca de si samios o foceos fueron los primeros en arribar a Tartessos, pero no se menciona la existencia de una *Mainake* situada en las puertas de Tartessos, o de una *Rhode* fundada mucho antes de estos viajes. En las sucesivas versiones griegas que del décimo trabajo de Heracles han llegado hasta nosotros y que sitúan el desarrollo de este en el extremo Occidente, se habla de la fundación de pueblos por parte del héroe en la Céltica, Italia y Sicilia en su camino de vuelta, pero sorprendentemente no en la Península Ibérica, donde, como señala P. Anello, da siempre la impresión de que Heracles llega a una tierra controlada por los indígenas y la deja bajo el dominio de estos cuando se retira con los bueyes³⁷⁹, sin que se intente aprovechar el mito para justificar la pretensión de ninguna comunidad griega sobre estas tierras. Es más, en ninguno de los acontecimientos políticos y militares que tienen lugar en el Mediterráneo durante los siglos anteriores a la II Guerra Púnica aparecen mencionados los habitantes de *Mainake* o de una supuesta Sagunto griega. Y en ninguno de los recuentos de distancias marítimas que nos ofrecen los geógrafos entre las distintas ciudades aparece ninguno de estos puertos³⁸⁰.

De hecho, hasta el s. III a.C., la Península Ibérica quedaba para los escritores griegos demasiado cerca del final del mundo o, al menos, del límite de todo conocimiento posible; más allá de la noticia sobre la existencia de los puertos foceos

³⁷⁷ Olmos 1998 a.

³⁷⁸ Jacob 1994: 270.

³⁷⁹ Anello 2008: 42.

³⁸⁰ Cf. Arnaud 2004: 10-13.

del golfo de León y de alguna referencia difusa a Tartessos y Cádiz, el paradigma cosmológico griego de Iberia se construía a partir de una serie de etnónimos fluctuantes vacíos prácticamente de contenido³⁸¹. La mayor parte de las referencias de los autores griegos se circunscriben, de hecho, a los mercenarios iberos que operaban en el Mediterráneo central, sin hacer demasiados distinguos en cuanto a sus lugares de origen; referencias dentro de las cuales cabe incluir, de hecho, el léцитos del Museo de Hamburgo, datable en el s. IV a.C. y en el que se incluye el rótulo Ἰβήρες, y que según el autor que lo ha publicado recientemente haría referencia a la tragedia que con este título una didascalia atribuye a Sófocles el joven³⁸². La exotividad de las escenas representadas, a medio camino entre lo real y lo mítico, redundaba en esta visión alejada y desinteresada de los iberos por la historiografía griega.

Si bien es cierto que las costas peninsulares eran visitadas asiduamente por los navegantes griegos y que parece que algunos incluso lanzaron expediciones exploratorias por el Atlántico, como Piteas, el propio Polibio, por cierto él mismo un gran crítico de Piteas, señaló que tan difícil era explorar el fin del mundo como comprender lo que se observaba y luego narrarlo sin dar lugar a un conjunto de relatos increíbles³⁸³. La cosmología heredada influía de una manera casi determinante sobre las observaciones de los navegantes que frecuentaban las costas, y sobre lo que contaban en Grecia a su vuelta. Pero no parece este precisamente un fenómeno propio de una costa perlada de asentamientos griegos estables.

Por otra parte, la confusión de nuestras fuentes entre el carácter “foceo” o “massaliota” de las mencionadas fundaciones se explica mucho mejor en un contexto helenístico, cuando hace ya tiempo que Focea fue arrasada en tanto que Massalia actúa como ciudad hegemónica y portavoz de todos los griegos occidentales, habiéndose apropiado de los antiguos símbolos foceos, razón por la cual ambos apelativos se habrían convertido ya en intercambiables, algo difícil de justificar por el contrario cuando la colonización focea aún estaba operativa³⁸⁴.

³⁸¹ Gómez Espelosín 2006: 266; Ferrer Albelda y De la Bandera 1997: 65-66; Domínguez 1998 a: 48-56; Martínez-Pinna 2008: 248-251; Ferrer Albelda 2008; Ferrer Albelda y Pliego 2010: 531.

³⁸² TrGF 62 T8 (II, p. 327) = DID A5a 7-8 (I, p.32). Cf. Ioannitis 2007.

³⁸³ Polyb. III, 58, 5-9. Cf. Domínguez 1998: 45-46; Gómez Espelosín 1993: 135; 2009: 283-286; Woolf 2011.

³⁸⁴ Pena 1993: 64; Domínguez 2006 a: 445-448.

Pero analicemos más detenidamente algunas de las menciones a los orígenes griegos de ciertas comunidades a las que hice referencia en las páginas anteriores, pues aunque muchas de ellas se sitúen fuera del sureste ibérico, constituyen un interesante polo comparativo. Así, como decía páginas atrás, toda una serie de autores grecorromanos tardíos defendieron que Sagunto había sido fundada por colonos zacintios³⁸⁵, a los que algunas fuentes añaden contingentes daunios³⁸⁶ y rútilos llegados de Ardea³⁸⁷. Por último, Silio Itálico concreta que la ciudad fue fundada por el mismísimo Heracles en su camino de vuelta hacia Grecia tras haberse hecho con el rebaño de bueyes de Gerión, y que bautizó a la ciudad con el nombre de su compañero Zacynthos, que pereció en el lugar³⁸⁸. Y, sin embargo, los trabajos arqueológicos en Sagunto solo permiten interpretar esta como una ciudad portuaria ibérica más, con las estructuras económicas, sociopolíticas e ideológicas habituales del mundo ibérico levantino, y que permanece habitada y se desarrolla desde el s. VI a.C.³⁸⁹

De hecho, el propio topónimo de la ciudad es controvertido, pues la forma *Saguntum* no aparece en las fuentes hasta bastante después de la II Guerra Púnica³⁹⁰. Polibio se refiere al lugar como *Ζακάνθα*³⁹¹, pero podría tratarse de un nombre creado *ad hoc* por la analística romana y tomado de la isla griega del mar jónico con posterioridad al estallido de la II Guerra Púnica, y por tanto ya desde un posicionamiento plenamente inmerso en la propaganda anticartaginesa imperante³⁹². En las acuñaciones de la ciudad, sin embargo, el topónimo *Saguntum* no aparecerá hasta el último tercio del s. II a.C., y aún después de esta fecha convivirá en las monedas con el nombre ibérico de la ciudad, *Arse*, que llevaba mostrándose en las

³⁸⁵ Str. III, 4, 6; Liv. XXI, 7, 1-5; Plin. *NH.* XVI, 216.

³⁸⁶ Sil. Ital. *Pun.* I, 288-293.

³⁸⁷ Liv. XXI, 7, 1-5.

³⁸⁸ Sil. Ital. I, 288-293.

³⁸⁹ Aranegui 1994 b: 71; 2004: 33-94.

³⁹⁰ Cf. Jacob 1988. Como ya señalé en el capítulo anterior, la mención a *Σαγάνζη* en una de las cartas comerciales en plomo de Ampurias, datada en la segunda mitad del s. VI a.C., no es del todo fiable en este sentido, tanto por dificultades filológicas en la asimilación de ambos topónimos, como debido a las cuatro centurias que median entre el plomo y las primeras referencias literarias al topónimo *Saguntum*. (Santiago 1994: 53; Aranegui 2002: 28), aunque resultaría desde luego un indicio evocador que podría llevar a plantear la antigüedad del topónimo (cf. en último lugar Domínguez 2011-2012: 403).

³⁹¹ Polyb. III, 14, 9.

³⁹² Santiago 1990: 138; 1994: 52; Aranegui 1994 b: 75.

diferentes series monetales desde las primeras acuñaciones y que no desaparecerá definitivamente hasta el primer tercio del s. I a.C.³⁹³

Algunos autores han tratado de salvar esta doble paradoja (la toponímica, y la etnogenética) proponiendo que en Sagunto coexistirían dos comunidades, una ibérica y otra griega, cada una con su identidad étnica y política³⁹⁴, a la manera de la reconstrucción que de la dípolis emporitana proponen Livio y Estrabón³⁹⁵. Pero, a diferencia de *Emporion*, nada en el registro arqueológico saguntino parece aludir a una presencia estable griega en el enclave antes de la II Guerra Púnica, cuanto menos a una fundación helena del lugar. Y no en vano cuando en el 203 a.C. los saguntinos acudieron al Senado romano para reclamar la reconstrucción de su ciudad tras el término de la guerra, Livio no encuentra empacho en señalarlos como ejemplo de la abnegación ibérica³⁹⁶.

A.J. Domínguez, de hecho, ha propuesto recientemente que *Ζακάνθα* podría ser el topónimo que los griegos atribuían, quizás a partir de un nombre indígena, al *emporio* que los arsetanos habían erigido en Grau Vell para favorecer los intercambios comerciales, y que a medida que la actividad de este aumentó a partir del s. III a.C., el nombre del emporio terminaría por imponerse para denominar a toda la comunidad cívica³⁹⁷. Línea interpretativa que considero de hecho plausible, pero que, creo, no termina de explicar las razones por las que una comunidad cívica acaba por identificarse a sí misma con un topónimo exógeno.

Estas aparentes contradicciones deben entenderse más bien, en mi opinión, en clave identitaria. Tras el estallido de la II Guerra Púnica, y dejando a un lado el recurrente debate acerca de si Sagunto estaba o no protegida por las cláusulas del controvertido tratado del Ebro entre Roma y Cartago³⁹⁸, era necesario para Roma justificar su entrada en la contienda, y para ello recurrió al mismo argumento que utilizaría durante buena parte de su historia: la defensa de sus aliados, en este caso griegos e itálicos. Es en este sentido en el que la analística romana, y a partir de ella los

³⁹³ Ripollés 2002.

³⁹⁴ García y Bellido 1948, I: 26-27; II, 61-63; Chic 1978: 237-238; Pérez Vilatela 2000: 72-73.

³⁹⁵ Str. III, 4, 8; Liv. XXXIV, 9. Cf. al respect de la dípolis emporitana, Moret 1995.

³⁹⁶ Liv. XXX, 21.

³⁹⁷ Domínguez 2011-2012: 403-408.

³⁹⁸ Para recientes posicionamientos sobre el tema, cf. Vacanti 2008; Barceló Batiste 2010.

geógrafos e historiadores, comenzarán a hablar de la ascendencia grecorromana de los saguntinos agredidos por Aníbal, unos saguntinos que eran descendientes nada menos que de *Zakynthos*, antecesor de Eneas³⁹⁹, y de los rútilos y los daunios, pueblos que igualmente figuran entre los mitos fundacionales romanos⁴⁰⁰; unos lazos culturales y de parentesco como estos entre Roma y Sagunto permitían situar la agresión de Aníbal sin género de dudas como un *casus belli* irrecusable⁴⁰¹. Y todo ello se conseguía mediante la asignación de un topónimo griego a la ciudad indígena, o bien a través de una falsa etimología del topónimo que su puerto había ostentado durante siglos.

Ahora bien, veo necesario dar un paso más en el análisis de este proceso etnogenético que creo que ha pasado por alto a la historiografía hasta el momento, paso que se concreta en el siguiente interrogante: ¿hasta qué punto fueron aceptados por los propios saguntinos estos “orígenes” mitológicos atribuidos desde Roma? ¿Y, en su caso, por qué se aceptaron?

La cuestión no es sencilla de resolver, aunque contamos con una serie de indicios extraordinariamente valiosos al respecto. Quizás el más explícito sea la noticia que nos transmite Silio Itálico, según la cual los saguntinos imploraron al senado romano su ayuda contra los bárquidas invocando su ascendencia rútila (*Rutulæ primordia gentis*)⁴⁰², aunque el discurso puede ser perfectamente una construcción retórica del autor. De hecho a Silio Itálico, única fuente que nos habla de la fundación heraclea de Sagunto, se le ha venido achacando la invención de esta tradición como un recurso literario más empleado en su relato épico⁴⁰³; pero también es él el único que menciona la existencia en la ciudad de un templo dedicado a Heracles⁴⁰⁴, templo que aunque de manera provisional ha podido ser identificado como tal y su advocación datada desde un momento alrededor del 200 a.C., gracias a un vaso plástico de barniz negro y una estatuilla de bronce que representaban al héroe en las inmediaciones del templo situado en el foro de la ciudad ibero-romana⁴⁰⁵. También las acuñaciones de

³⁹⁹ Diod. I, 50, 2-3.

⁴⁰⁰ Virg. *Eneid.* VII, 406; X, 616.

⁴⁰¹ Santiago 1990: 138; 1994: 54; Aranegui 1994 b: 75; 1994 c: 38-39; Domínguez 1998 a: 56-58; Martínez-Pinna 2008: 256-257.

⁴⁰² Sil. Ital., *Pun.* I, 658.

⁴⁰³ Cf. por ejemplo Knapp 1986: 109.

⁴⁰⁴ Sil. Ital., *Pun.* II, 150.

⁴⁰⁵ Aranegui 2004: 103-105.

Arse-Sagunto toman como uno de sus tipos iconográficos más frecuentes desde las primeras series el rostro y los atributos de Heracles, y adaptan no por casualidad sus patrones a la dracma, la hemidracma y el hemióbolo massaliota y emporitana⁴⁰⁶.

La “identidad griega” de los saguntinos será asumida hasta tal punto, de hecho, que sorprendentemente hacia los años treinta del s. I a.C. se acuña en la ciudad una serie monetaral en la que la leyenda con el nombre de la ciudad no figurará en ibérico ni en latín, sino en griego, ΣΑΓ(ΟΥ)ΝΤΟΝ ΠΟΛ(ΙΣ)⁴⁰⁷, nada menos que “polis de los saguntinos”. También la variante griega del topónimo se empleará en una marca de ánfora de producción local datada en época altoimperial⁴⁰⁸ y en los vasos de Vicarello⁴⁰⁹, aunque ya de por sí la desaparición definitiva del topónimo indígena *Arse* es suficientemente significativa. En época imperial data igualmente un epígrafe funerario redactado en griego, y documentado en el yacimiento⁴¹⁰.

En definitiva, creo que podemos afirmar que a resultas del estallido de la II Guerra Púnica y de la propaganda anticartaginesa posterior, los propios saguntinos asumieron la construcción identitaria alternativa que para ellos se defendía desde Roma, y la hicieron suya pues les ofrecía una buena posición de partida en el espacio colonial que se estaba gestando. La identidad cívica así reformulada quedaría basada en pilares tales como el origen remoto greco-italico, el culto a Heracles y la refundación de la ciudad por Escipión. Refundación que de hecho encontramos recordada siglos después en Sagunto en dos ocasiones, sobre un pedestal de estatua y en una inscripción fragmentada⁴¹¹.

Las fuentes literarias relativas al mundo ibérico ajeno a nuestra área de estudio aluden a otros ejemplos de reformulaciones etnogenéticas que toman como referente el mundo griego y que se producen en esta época, pero contamos con menos fuentes para analizar su construcción, difusión y eventual aceptación. Es el caso por ejemplo de Malaca, asentamiento de origen semita al que, sin embargo, los autores helenísticos asignaron un pasado griego, bajo la denominación de *Mainake*⁴¹². Llama la atención en

⁴⁰⁶ Aranegui 1994 b: 71-72; Olmos 1995: 47; Llorens y Ripollés 2002.

⁴⁰⁷ Velaza 2002: 144.

⁴⁰⁸ CIL II *suppl.*, 6254 = CIL XV, 2632.

⁴⁰⁹ CIL XI, 3282. Cf. Aranegui 2004: 106.

⁴¹⁰ De Hoz 1965: 78.

⁴¹¹ Cf. Aranegui 1994 b: 76.

⁴¹² Str. III, 4, 2; Ps. Scymn. 147; Avien. *OM* 427. Cf. Jacob 1994.

este sentido que unas gentes que hasta entonces habían empleado el registro material típico de un asentamiento fenicio occidental⁴¹³, tras la II Guerra Púnica comiencen a acuñar inmediatamente moneda con la efigie de la Ártemis efesia en el reverso⁴¹⁴, la misma divinidad, recordemos, que se asociaba en esta época helenística a la colonización foceo-massaliota de época clásica.

Otro caso podría ser Rhode, asentamiento griego del golfo de León que la arqueología data hacia comienzos del s. IV a.C.⁴¹⁵, pero del que algunos autores grecorromanos dicen que fue una fundación rodia ligeramente posterior a la Guerra de Troya⁴¹⁶, seguramente como resultado de una deducción basada en la homofonía de los topónimos y que reivindicaría para la Rhode hispana una ascendencia gloriosa, en un momento en el que la Rhode oriental constituía una gran potencia marítima⁴¹⁷.

De Abdera, por su parte, baste señalar que se trata una vez más de un asentamiento de origen fenicio, pero cuyo topónimo llega hasta nosotros en griego a través de fuentes de época helenística o posterior⁴¹⁸, y construido además de forma idéntica que el topónimo de otro enclave del otro extremo del Mediterráneo⁴¹⁹. Cerca de Abdera, en todo caso, nos dice Estrabón que se situaba una población denominada *Odisea*, en cuyo santuario, consagrado a la diosa Atenea, se conservaban los escudos y los acrostolia⁴²⁰ de las naves que llevaron hasta allá a Odiseo⁴²¹. La similitud de esta noticia con las de otros muchos enclaves del Mediterráneo Central y Oriental que las fuentes clásicas nos relatan es reveladora; sin ir más lejos, podemos hablar de *Cicerii*, pequeña comunidad del Lacio meridional que se preciaba de ser el lugar en el que Circe había agasajado a Odiseo y donde Elpenor había fallecido, y para demostrarlo se exponían allí el cuenco de Odiseo y la tumba de Elpenor⁴²².

⁴¹³ Niemeyer 1979-1980.

⁴¹⁴ García y Bellido 2002.

⁴¹⁵ Puig y Martín 2006.

⁴¹⁶ Str. III, 4, 8; XIV, 2, 10; Ps. Scymn. 204-206.

⁴¹⁷ Domínguez 1990; 2013: 13; Pena 2000: 109-112; Morel 2006: 361. Cf. *contra* Ruiz de Arbulo 2002-2003: 170-172; Stuppia 2008.

⁴¹⁸ Str. III, 4, 2; Mel. II, 6, 94; Plin, *NH.* III, 8; Ptol. II, 4, 7; Ravenn. 305, 3; St. Byz, s.v. "Ἀβδηρα.

⁴¹⁹ Cf. Plácido 1993.

⁴²⁰ Es de reseñar que Estrabón habla de ἀκροστόλια, esto es, "acrostolia" o adornos de proa generalmente zoomorfos y con sentido apotropaico, y no de tajamares o espolones como suelen traducir las ediciones españolas, seguramente por analogía con la captura y exposición de los *rostra* por parte de los romanos.

⁴²¹ Str. III, 4, 3.

⁴²² Cf. Erskine 2005: 121.

Y es que, como habitualmente sucediera en épocas antiguas, y no tan antiguas, en los momentos de grandes transformaciones en los que cada comunidad debía redefinir su lugar en las nuevas jerarquías de poder, estas tienden a revisar su identidad colectiva, reformulando su propio pasado común para adaptarlo a las nuevas cosmogonías imperantes, “reinventándolo” de acuerdo con lo que las estructuras políticas hegemónicas esperaban encontrar, aprovechando para ello los intersticios, las ambigüedades y los aspectos nebulosos de los discursos ideológicos anteriores. Para el caso de Odisea, una probable homofonía en el topónimo⁴²³ y la plausible reutilización de prótomos zoomorfos en un santuario⁴²⁴ bastarían como fundamentos para la gestación de este discurso, y no sería necesario por tanto presuponer la existencia de colonos itálicos en el lugar, como en ocasiones se ha afirmado⁴²⁵.

Otro tanto se puede decir, de hecho, del resto de referencias sobre los *nostoi* arribados a la Península Ibérica que nos proporcionan algunas fuentes tardías. En mi opinión, no puede bastarnos con negar su veracidad histórica (no importa que Odiseo no llegara a la Península, lo importante es que en algún momento esto se dio por cierto); y tampoco debemos contentarnos, creo, con considerar estas narraciones como un reflejo mítico de la colonización griega o fenicia, como en muchas ocasiones se ha considerado⁴²⁶, pues, como ya señalara P. Fabre, una parte significativa de ellos se refiere a lugares en los que nunca se llegaron a fundar colonias⁴²⁷, y en todo caso los relatos aparecen cuando el escenario colonial había cambiado ya tiempo atrás.

Por el contrario, una vez más, para profundizar en el origen de estos mitos tardíos creo que deberíamos atender más bien al elemento local. Así, sabemos perfectamente que la narración de este tipo mejor conocida, la que relaciona la fundación de Roma con Eneas y otros pueblos de origen mediterráneo-oriental, no puede ser definida como una creación romana ni griega, sino dialéctica, es decir, híbrida, sostenida por autores tanto romanos como griegos y admitida y reconocida

⁴²³ Olmos 1998: 236-238; 2007-2008: 204-206; Domínguez 1998 a: 58.

⁴²⁴ En algunos santuarios baleáricos, de hecho, aparecieron cabezas de toro que J.M. Luzón interpreta precisamente como *acrostolia* allí expuestos (Luzón 1988; cf. García Cardiel 2012: 89-90), pero que quizás estuvieran explotando esta misma ambigüedad.

⁴²⁵ Gascó 1994: 225-226.

⁴²⁶ Cf. por ejemplo Alvar 1994: 10-11.

⁴²⁷ Fabre 1981: 119-120.

mutuamente⁴²⁸. Y posiblemente algo similar pudiéramos afirmar de la mayor parte de los discursos análogos, aunque la inexistencia de una literatura propia que como la romana haya llegado hasta nosotros nos impida aseverarlo⁴²⁹. En definitiva, lo que propongo, como ya hicieran en términos parecidos otros autores⁴³⁰, es que este tipo de mitos, surgidos en un momento de encuentro colonial (en nuestro caso no ya la colonización griega arcaica, sino la provincialización romana) y contruidos sobre una cosmología conocida por los diferentes grupos intervinientes, serviría como mecanismo de aproximación y negociación entre todos ellos, facilitando por una parte la integración de las poblaciones locales en el imaginario de las gentes alóctonas, al dotarlas de un origen comprensible por estas últimas y que no cuestionara sus presupuestos ideológicos, y suministrando además una mejor base de partida para las gentes locales en su pugna por resituarse en el nuevo espacio colonial, al dotarles de un pasado prestigioso que hubiera de ser universalmente reconocido.

Una vez hecho este excursus por otras regiones peninsulares, volvamos a nuestra área de estudio, comenzando por las referencias hechas a sus “santuarios griegos”. Según Estrabón, Ártemis Efesia recibía culto en santuarios erigidos al efecto no solo en *Hemeroskopeion*, *Emporion*, *Rhode*, sino también en la propia *Massalia* y en todas las colonias de esta⁴³¹. Como decía anteriormente, a este recuento Plinio añade que la diosa igualmente recibía culto en Sagunto. Diversos autores han profundizado en el tema, considerando que el culto a la Ártemis efesia constituía un elemento identitario extraordinariamente potente, no tanto para los colonos focéos en Occidente como para la expansión colonial massaliota, y que funcionaría de alguna manera como instrumento de control ideológico tendente a asegurar la hegemonía de *Massalia* sobre el resto de pequeños núcleos del Mediterráneo Occidental⁴³²; de hecho, incluso el propio Estrabón informa de que los habitantes de las colonias

⁴²⁸ Erskine 2004; 2005: 123-125; Gruen 2007: 312-313.

⁴²⁹ Aunque no se pierda de vista que en ocasiones las fuentes grecorromanas insisten explícitamente en que son los indígenas quienes se arrogan un pasado griego, como sucede con los galaicos: Just. XLIV, 3; cf. Salinas 1994: 207.

⁴³⁰ Malkin 1998; 2005: 241; Domínguez 1998 a: 60; D’Agostino 1999: 59-62.

⁴³¹ Str. IV, 1, 4.

⁴³² Malkin 1990; 2011: 182-189; Morel 1995: 28-29; Domínguez 2004: 447-448.

massaliotas difundieron su culto entre sus vecinos iberos, que llegaron a sacrificar al modo griego (Ὡς τε ἑλληνιστὶ θύειν)⁴³³.

Y sin embargo, por mucho que los arqueólogos se han afanado, por el momento no se ha encontrado vestigio alguno del culto a Ártemis efesia en la Península Ibérica, ni tan siquiera en *Emporion*, cuyos niveles clásicos han sido excavados en extensión durante décadas. Pero hemos de tener en cuenta que, como han subrayado algunos autores, todas las referencias que nos han llegado sobre los santuarios occidentales de Ártemis efesia, o al menos la mayor parte de ellas, provienen en última instancia de Artemidoro, gran viajero y geógrafo pero también sacerdote del santuario de Ártemis en Éfeso, polis de la que era reconocido como un ciudadano notable y que de hecho en un momento dado le comisionó para viajar a Roma con objeto de intervenir en un litigio contra ciertos publicanos⁴³⁴. Así, en mi opinión, Artemidoro no solo iría predispuesto a encontrar a través del Mediterráneo y anotar los templos de la divinidad de cuyo culto él era responsable, articulando estos templos sus viajes y su discurso, como afirma L. Canfora⁴³⁵, sino que posiblemente tenga razón M.J. Pena cuando propone que el razonamiento de Artemidoro habría sido el siguiente: todas las colonias foceas rinden culto a Ártemis efesia; todas las comunidades griegas asentadas en la Península Ibérica se dicen foceas o massaliotas; luego en todas debe rendirse culto a Ártemis efesia⁴³⁶. En un mundo como el ibero-romano, en el que son habituales las imágenes de divinidades femeninas kurótrofes y señoras de las bestias, la deducción del viajero Artemidoro no sería nada descabellada.

Otra divinidad griega que aparecía en las fuentes literarias antes recogidas como receptora de culto en la zona de la que trato era Heracles, a quien según Estrabón se había consagrado el islote de Escombraria, situado frente a la bahía de *Carthago Noua*⁴³⁷. Esta breve noticia no ha merecido apenas comentario alguno por parte de la historiografía, pues el desarrollo de un culto a Heracles en la Península Ibérica, escenario de uno de los grandes viajes del héroe por antonomasia y habitada desde siglos atrás por los fenicios, cuya colonización tuvo a Melqart por bandera y

⁴³³ Str. IV, 1, 5. Cf. Blázquez 1993: 118.

⁴³⁴ Str. XIV, 1, 26.

⁴³⁵ Canfora 2011: 56-57.

⁴³⁶ Pena 1993: 65-66.

⁴³⁷ Str. III, 4, 6.

divinidad protectora, no parece fuera de lugar. Más aún, de hecho, en conexión con *Carthago Noua*, capital bárquida, cuyos fundadores empleaban a Melqart como principal figura de su discurso ideológico.

No obstante, la referencia estraboniana a este templo creo que merece un pequeño comentario. En primer lugar, y en contra de lo que en ocasiones se ha asumido⁴³⁸, no creo que tengamos argumentos suficientes como para sostener para esta advocación una cronología anterior a la conquista bárquida. En realidad, y a pesar de lo que podría suponerse, no encontramos en nuestra zona de estudio representaciones claras de Heracles hasta la llegada de los ejércitos púnicos⁴³⁹. Procedente ya de la Alta Andalucía, seguramente de Collado de los Jardines (Jaén), se ha publicado recientemente un exvoto de bronce que representa a un héroe armado con una clava, y que a todas luces podría identificarse con Heracles-Melqart, pero los investigadores que lo han sacado a la luz lo datan precisamente con posterioridad a la conquista bárquida⁴⁴⁰. Por otra parte, en el discurso mítico griego Heracles fue utilizado para explicar el origen de muchos de los pueblos del Mediterráneo⁴⁴¹, pero no el de los iberos, pues como señalaba páginas atrás, según las primeras versiones del mito de los bueyes de Gerión, parece que el héroe únicamente atravesó la Península, sin interactuar apenas con sus gentes⁴⁴²; habrá que esperar hasta bastante después de la conquista romana para que aparezcan los primeros relatos en los que se sitúa a Heracles como fundador de pueblos, bien sea de los saguntinos, como hemos visto, bien sea de los ilicitanos, como señalaré en un apartado posterior de este capítulo, o

⁴³⁸ Cf. por ejemplo Ramallo 1993: 117; 2000: 187

⁴³⁹ Blázquez 1984: 36; Oria 2002. La única posible excepción para nuestro área de estudio serían las dos matrices de bronce simétricas halladas en la tumba 100 de Cabezo Lucero, la “tumba del orfebre”, en las que se representa una cabeza de varón infrapuesta a una cabeza de león (Uroz Rodríguez 2006: 62 y 64). Sin embargo, el carácter aislado de esta imagen dificulta en realidad su interpretación: en mi opinión, no podemos estar seguros de que la bestia sea un león y no un *carnassier*, ni tampoco que la imagen representada sea la de un varón con una “capucha” fabricada con la piel del animal, como daríamos por hecho si de una imagen griega se tratase. No olvidemos que en el pequeño *corpus* iconográfico que el conjunto de matrices de la tumba conforma, los héroes que aparecen representados en lucha contra seres mitológicos aparecen siempre con la cabeza descubierta, y sin ningún atributo que pudiera servir para identificarlos con un hipotético Heracles-Melqart ibérico.

⁴⁴⁰ Rueda y Olmos 2010. *Vid.* Fig. 3.22.

⁴⁴¹ Cf. por ejemplo Erskine 2004: 100.

⁴⁴² Anello 2008: 42.



Fig. 3.22. Exvoto de Collado de los Jardines representando a Heracles-Melqart.

bien de todos los habitantes de la Península a través de sus dos hijos, Celto e Íber, según narra Dionisio de Halicarnaso⁴⁴³.

De hecho, de la época de Dionisio de Halicarnaso son, no lo olvidemos, las fuentes de Estrabón. Y lo recuerdo porque algo en lo que creo que no ha reparado hasta ahora la historiografía es en el hecho de que las descripciones anteriores de *Carthago Noua*, básicamente la que desgrana Polibio y la que, basada en la anterior, proporciona Livio, nos hablan de *Escombraria* pero no mencionan su advocación, y ello pese a que sí que llevan a cabo un erudito recorrido por las divinidades adoradas en la capital púnica⁴⁴⁴. Lo que podría sugerirnos incluso, aunque esto desde luego es una mera hipótesis, que el santuario de Heracles en Escombraria no fuera de fundación cartaginesa, como podría pensarse en un principio, sino una creación más tardía, de época ibero-romana. Una creación típica de una situación polimórfica y pluriétnica,

⁴⁴³ Dion. XIV, 1, 5; Eust. *Ad Dion. Per.* 281.

⁴⁴⁴ Polyb. X, 10; Liv. XXVI, 42, 8.

propia de una comunidad política híbrida que debe buscar nuevos fundamentos identitarios desde los que encontrar un nuevo reacomodo en el marco político imperante, para lo cual recurrirá, como en tantas otras ocasiones en la época, a un héroe propio de este tipo de situaciones, como Heracles⁴⁴⁵. Un héroe que no era ibérico pero que podía ser comprendido por los iberos, que no era estrictamente púnico pero que sería admitido y venerado por los descendientes de los fundadores de la ciudad, y que igualmente sería aceptado y respetado por los nuevos centros de poder. No se olvide a este respecto, y creo que este ya es un argumento de peso, que la primera dedicatoria que encontramos en *Carthago Noua* relativa a Heracles, se refiere específicamente al Heracles de Gadir⁴⁴⁶; a un dios que no es púnico ni ibérico, pero que sería instrumentalizado por una serie de ciudades de pasado fenicio-púnico en su búsqueda de una nueva identidad desde la que participar en el nuevo juego político colonial mediatizado por la administración romana⁴⁴⁷. Se aprovechan los resquicios de las diversas tradiciones, en definitiva, para construir una identidad que no parezca nueva.

Por último, creo que merece la pena hacer una breve referencia a un cepo de ancla hallado en aguas del Cabo de Palos en 1906 por los buzos de la Sociedad Esponjera del Sur de España, quienes aseguraron que habían recogido otra treintena de cepos análogos, varios lingotes de plomo y algún ánfora, y que habían quedado bajo las aguas varios centenares de anclas más, aunque la mayor parte de estos materiales se desperdigó inmediatamente entre colecciones particulares⁴⁴⁸. Los artefactos que pudieron ser estudiados y descritos son cepos de plomo típicos de anclas complejas, compuestos por dos brazos troncopiramidales unidos entre sí por un cubo atravesado por un nervio central, y cuya longitud oscilaba entre 1 y 2 metros. Pero lo que llama la atención del cepo concreto al que me refiero ahora es que sobre su superficie se detectó una inscripción, grabada a punzón sobre el molde que se había utilizado para fundir el cepo, y en la que se lee “Ζεύς Κάσιος σῶζων”⁴⁴⁹. Advocación enormemente concreta, que podría ponerse en relación con la noticia de Avieno según

⁴⁴⁵ Plácido 1993: 398.

⁴⁴⁶ CIL II, 3409. Cf. Oria 2012: 174-175.

⁴⁴⁷ Ferrer Albelda 2011 a: 202; Álvarez Martí-Aguilar 2012; Mora Serrano y Cruz 2012.

⁴⁴⁸ Laymond y Jiménez 1906; Jáuregui y Beltrán 1946: 339-341.

⁴⁴⁹ Fita 1906.

la cual en las costas del sureste peninsular se ubicaba un monte Casio⁴⁵⁰. Ahora bien, reparemos una vez más en que la única referencia fechable sobre esta advocación (más allá del palimpsesto literario que supone la *Ora Marítima*) data, precisamente, de época iberorromana en adelante, a juzgar por diversos rasgos lingüísticos y epigráficos analizados por F. Fita⁴⁵¹ y por las inscripciones halladas en las otras anclas recogidas en el enclave, todas ellas en latín (salvo otra en griego, dedicada a Ἀφροδίτη) y algunas de las cuales muestran *tria nomina*⁴⁵². Por ello, dar por hecho la existencia de una advocación griega en la zona anterior a la conquista romana, o incluso de una divinidad fenicio-púnica que habría sido reinterpretada desde la óptica griega, como en ocasiones se ha hecho⁴⁵³, me parece aventurado.

No se olvide a este respecto, de hecho, que durante los siglos II y I a.C. se hizo frecuente en toda la Península Ibérica la introducción de cultos griegos (y otros de origen oriental tamizados por el filtro helenístico), no solo entre las capas altas de la sociedad sino también con carácter popular, tal y como tenemos mejor documentado en otras zonas de las *Hispanias* gracias a la epigrafía⁴⁵⁴.

En definitiva, vengo argumentando hasta aquí que no solo los autores que recogen las noticias de esta “colonización griega” *sui generis* del sureste peninsular son tardíos, sino que posiblemente la propia génesis de dichas noticias también lo sea; que estas noticias deben encuadrarse en todo un contexto de procesos etnogenéticos tendentes a dotar a diversas comunidades hispanas de un pasado griego que resultaba bastante atrayente para los diversos actores de la escena colonial; y que los mencionados discursos etnogenéticos surgieron acompañados de (y, en parte, basándose en) toda una serie de cultos de raigambre griega introducidos en esta época ibero-romana, y que sin embargo generalmente han sido tomados por la historiografía como bastante anteriores. Sentado todo lo cual, restaría tan solo profundizar en los mecanismos inmediatos que posibilitaron el surgimiento de estos discursos.

⁴⁵⁰ Avien., *OM* 259-261. Cf. Perea Yébenes 2004. Por su parte, J.L. Escacena (2002) propone que el santuario de la divinidad fenicia interpretada como Zeus Casios se hallaría en Coria del Río (Sevilla).

⁴⁵¹ Fita 1906: 157-158. Cf. *contra* Jáuregui y Beltrán 1946: 338, quienes la consideran de época altoimperial.

⁴⁵² Cf. García Cardiel 2012: 48-49.

⁴⁵³ Marín Ceballos 2002: 20.

⁴⁵⁴ Bermejo Tirado 1991: 104-105.

Como se habrá podido comprobar, el autor qué más información aporta sobre los discursos que vengo analizando es Estrabón. Diversos expertos han defendido que las referencias a los *nostoi* y a las fundaciones griegas occidentales que perlan su *Geografía* serían fundamentalmente vestigios poéticos de la tradición anterior, a las que el geógrafo de Amasía no otorga demasiada importancia⁴⁵⁵. Ahora bien, aun aceptando que el criterio de autoridad y los estereotipos arrastrados por la tradición mítica tenían un enorme peso en la geografía antigua⁴⁵⁶, Estrabón destaca de entre sus homólogos anteriores por su intento consciente y explícito de separar la “verdad” de la “mentira”, lo real y observable de lo inventado por sus fuentes⁴⁵⁷, y de hecho un análisis detallado de sus noticias trasluce la cuidadosa selección de las mismas, basada en un intento consciente del autor por justificar el imperialismo romano⁴⁵⁸, pero también por hacer cognoscible (es decir, por adaptar a las estructuras mentales griegas, a los presupuestos de su cosmología) las nuevas tierras provincializadas, dotándolas de una entidad histórica además de geográfica⁴⁵⁹.

Esta conceptualización de nuevos espacios entraña, lógicamente, la definición de sus habitantes. Como señalaba al comienzo de este capítulo, entre finales del s. VI y comienzos del V a.C. se consolida en el pensamiento griego el concepto de “bárbaro” como el Otro, compendio de todo lo que los griegos no eran y frente al que ellos mismos se definían. Una lectura que, en lo que al proceso colonial se refiere, se plasma en el rechazo de las poblaciones nativas en tanto que incivilizadas, agresivas e inmorales, semi-humanas, sujetas por naturaleza a la conquista y la esclavitud⁴⁶⁰. Pero una lectura que ni siquiera en el s. V a.C. fue unívoca ni monolítica⁴⁶¹, y que mucho menos lo sería en las centurias posteriores. Así, si a finales del s. V a.C. Sócrates daba gracias a los dioses según Diógenes Laercio por haber nacido humano, varón y griego en vez de animal, mujer o bárbaro⁴⁶², a finales del s. IV a.C. Eratóstenes alababa la apertura de mente de Alejandro por dividir a las personas según su ἀρετή en vez de

⁴⁵⁵ Cf. por ejemplo Gómez Espelosín 1999: 65-66 y 70-71; Cruz Andreotti 2008: 209-210.

⁴⁵⁶ Cruz Andreotti 2002: 158.

⁴⁵⁷ Cf. Raschieri 2013.

⁴⁵⁸ Domínguez 1988 a: 180-182.

⁴⁵⁹ Cruz Andreotti 2002-2003: 46; 2008: 200-201; Rockman 2003.

⁴⁶⁰ Hall 1989: 50.

⁴⁶¹ Antonaccio 2003; Gruen 2007; 2011.

⁴⁶² D.L. I, 3.

según su origen o etnia⁴⁶³; de hecho, es precisamente en esta centuria cuando se generaliza un nuevo verbo griego, *εκβαρβαρώ*, “volverse bárbaro”⁴⁶⁴, concepto que podemos inscribir en el ambiente de debate identitario generado en el *middle ground* colonial en que se ha transformado buena parte del Mediterráneo, pero que entraña en todo caso una ruptura importante frente a la tradición anterior, pues supone que la concepción de “bárbaro” puede no ser natural sino adquirida. En este mismo contexto es en el que podemos encuadrar una célebre sentencia de Isócrates, según el cual la comunidad de los “helenos” no se distinguía tanto por compartir un origen común, cuanto por participar de una misma educación⁴⁶⁵, esto es, de un mismo sistema cultural. Teniendo en cuenta el trasfondo oligárquico y proateniense del discurso de Isócrates, podemos observar cómo la frontera entre lo griego y lo bárbaro va fluctuando, permeabilizándose para los grupos aristocráticos que se muestran receptivos a las estructuras culturales helénicas.

Dando un paso más en esta línea, Pausanias, en su reelaboración de los orígenes míticos de Atenas, llegará a prescindir de la tradicional reivindicación de autoctonía de la *polis*, asumiendo que es más bien la mezcla de gentes de origen diverso y no la pureza étnica lo que ha marcado la historia griega⁴⁶⁶.

Pero volvamos a nuestro geógrafo de referencia, Estrabón. Y es que en su *Geografía* abundan las situaciones en las que bárbaros y griegos conviven, se rigen por leyes híbridas, y la frontera entre ellos se vuelve cada vez más tenue; en ocasiones el de Amasia insiste en que “griegos” y bárbaros” son esferas impermeables y que no se pueden mezclar⁴⁶⁷, pero al mismo tiempo no puede evitar hablar de gentes “bárbaras” que terminan por abandonar tal condición al helenizarse⁴⁶⁸. De alguna manera desde una postura cercana a la de Isócrates (aunque desde distintos presupuestos ideológicos), Estrabón termina por identificar de manera implícita lo “bárbaro” con lo “incivilizado”, y lo griego con una serie difusa de rasgos culturales extendidos por el Mediterráneo y que un habitante del mundo clásico podría reivindicar para sí.

⁴⁶³ Str. I, 4, 9. Cf. Almagor 2005: 48-50; Gruen 2007: 297.

⁴⁶⁴ D’Ercole 2012: 126-127.

⁴⁶⁵ Isoc. IV, 50. Cf. Cardete 2004: 24; Gruen 2007: 296.

⁴⁶⁶ Konstan 2001: 37-39.

⁴⁶⁷ Str. XIV, 5, 23-25.

⁴⁶⁸ Str. IV, 1, 12. Cf. Thollard 1987: 27-31; Almagor 2005: 42-44 y 53-54; Dietler 2010: 110-111.

Con una frontera progresivamente menos definida, en la que los grupos aristocráticos locales podían ser admitidos sin grandes reparos dentro del universo griego siempre y cuando participaran de la gran *koiné* cultural mediterránea, surge la necesidad de justificar ideológicamente estas inclusiones, sobre todo a partir del s. II a.C., cuando el despegue del imperialismo romano conlleva una gran ebullición política e intelectual y un paulatino aumento de viajeros griegos recorriendo los confines del Mediterráneo⁴⁶⁹. Viajeros griegos que, fieles a su tradición intelectual, justificarán este “descubrimiento” de nuevos pueblos griegos especulando sobre los orígenes de los grupos locales en cuestión, dotándoles de un pasado mítico-legendario emparentado con el suyo propio⁴⁷⁰.

Un ejemplo singularmente esclarecedor de este proceso mental podría ser, de hecho, un fragmento de Polibio que nos llega a través de Ateneo. En él, el historiador megalopolitano, que como sabemos recorrió *Iberia* en la segunda mitad del s. II a.C., describe la riqueza de la vivienda y la mesa de un rey ibérico (βασιλέως) defendiendo que dicho monarca trataba de igualar el lujo de los feacios⁴⁷¹. Es decir, para describir la realidad extraña de lo que está observando en las tierras en proceso de conquista, las compara explícitamente con el pasado mítico griego, y de hecho defiende que era el propio rey ibero quien conocía ese pasado y pretendía emularlo como propio.

Para hablar de estos “nuevos- viejos griegos”, los autores griegos no dudarán en recurrir al campo semántico de las colonizaciones, pues desde la lógica interna del discurso heleno la presencia de grupos griegos en los confines del Mediterráneo solo era explicable mediante un proceso de colonización típico. Al fin y al cabo, en la mentalidad griega la *oikumene* solo se conceptualiza desde el punto de vista de la *polis*⁴⁷². Ahora bien, como es bien sabido, cada vez hay más autores que dudan de que incluso las colonizaciones de época arcaica, o al menos muchas de ellas, correspondieran con un proceso migratorio altamente organizado que supusiera un momento histórico de fundación puntual y un *oikistés* con capacidades demiúrgicas, sino que más bien explican el fenómeno como un proceso de recreación *a posteriori* de un pasado colonial por parte de comunidades híbridas asentadas en ultramar cuyas

⁴⁶⁹ Domínguez 1998 a: 58.

⁴⁷⁰ Miller 2005: 68; Dietler 2010: 25; D’Ercole 2011: 430-433.

⁴⁷¹ Aten. I, 28, 18. Cf. Moret 2002-2003: 29-30.

⁴⁷² Plácido 2008: 193-202.

elites dirigentes se verían beneficiadas por el “recuerdo” de un *oikistés* concreto con cuya descendencia entroncar⁴⁷³. Cuánto más hemos de entender de esta manera las “colonias”, “fundaciones” y “pueblecillos” griegos instaurados en Iberia en un pasado legendario que rara vez se concreta, y en el que los observadores griegos parecen reparar únicamente de forma tardía. Como en tantas otras ocasiones, en la aparente “instantánea” que nos ofrece la *Geografía* de Estrabón se sintetizan estas tradiciones locales como si de realidades contemporáneas al observador se tratara⁴⁷⁴.

En todo caso, no hemos de olvidar que los griegos que escriben sobre la Península Ibérica a partir del s. II a.C., lo hacen determinados por el imperialismo romano e integrados en sus estructuras políticas e ideológicas⁴⁷⁵. Por ello, hemos de aceptar que sus discursos tenderán de una manera u otra a legitimar dicho imperialismo, subrayando el salvajismo que entraña la no-romanidad, ensalzando los beneficios que la inclusión de los nuevos territorios bajo la administración romana comporta, y haciendo hincapié en los nexos establecidos entre las poblaciones locales y el poder romano⁴⁷⁶. En este sentido, los geógrafos latinos que describieron la Península Ibérica, como Mela o Plinio, no hicieron sino continuar con la pauta marcada ya por los autores grecoparlantes⁴⁷⁷.

De cualquier manera, para nuestro caso concreto, servía a los intereses romanos el “descubrimiento” de comunidades griegas en tierras iberas, pues no en vano las legiones romanas habían desembarcado en las *Hispanias* para defender a sus aliados griegos frente a la amenaza cartaginesa, al menos según el eterno discurso romano del imperialismo defensivo⁴⁷⁸. Aliados griegos como *Massalia* y *Emporion*, por supuesto, pero también como Sagunto, como veíamos páginas atrás, y quizás incluso como Hemeroskopeion y las demás comunidades “griegas” insertas en el mundo ibérico, aunque respecto a ellas no nos haya llegado una epopeya como la redactada por Silio Itálico sobre Sagunto en la que se afirme explícitamente la deuda contraída por el poder romano. No obstante, sí que podemos rastrear algún indicio al respecto:

⁴⁷³ Cf. Osborne 1998; Hall 2002: 61; Gras 2012: 21. Cf. *contra*, Wilson 2000.

⁴⁷⁴ Clarke 1999: 264-276.

⁴⁷⁵ Gascó 1994: 217-218; Prontera 2003: 94.

⁴⁷⁶ Plácido 1987-1988: 243-244 y 256; Domínguez 1988 a: 180-182; Trotta 2005: 128.

⁴⁷⁷ Domínguez 1998 a: 60-62; Hind 1999: 81; Ferrer Albelda 2012 a.

⁴⁷⁸ Pena 2002: 33.

pues si sabemos que como testimonio de la alianza contraída entre *Massalia* y *Roma* se colocó en el Aventino un *xoanon* de la Ártemis efesia⁴⁷⁹, bien podemos suponer que Roma se pudiera sentir obligada a la defensa del resto de comunidades “griegas” con la misma advocación. Entiéndase, siempre y cuando ello fuera en su interés, por supuesto.

No obstante, y dando una última vuelta de tuerca al razonamiento, la ambigüedad de sentimientos de los historiadores y geógrafos griegos frente al imperialismo romano fue siempre patente, y ello pudo reflejarse también en sus observaciones etnográficas. En este sentido, autores como Polibio, Artemidoro, Asclepiades o Estrabón, que como digo trabajaron insertos en las estructuras del imperialismo romano y de acuerdo a sus presupuestos ideológicos, se pudieron ver al mismo tiempo predispuestos a “descubrir” un pasado griego en las tierras que recorrían, un pasado antiguo y legendario anterior a la llegada de Roma y que permitiera defender, aunque fuera de una manera implícita, la precedencia cultural griega sobre la romana⁴⁸⁰.

Así pues, y recapitulando los párrafos anteriores, ante la eterna cuestión del “*cui bono?*”, podríamos aseverar que la conceptualización de determinadas comunidades del sureste ibérico como antiguas fundaciones griegas beneficiaba a los intereses del colonialismo romano, pero también sería aceptable e iría en consonancia con los presupuestos ideológicos de los autores griegos que las describen como tales. Al fin y al cabo, no sería la primera vez, antes bien al contrario, que en un contexto colonial fueran los colonizadores quienes impusieran una serie de “etiquetas”, en este caso de carácter étnico, sobre las poblaciones locales colonizadas⁴⁸¹. Pero, ¿solo los agentes coloniales se verían beneficiados de estos procesos etnogenéticos? Es más, ¿podrían estos procesos “inventarse” a partir de la nada, y podrían mantenerse sin ser compartidos de alguna manera por las comunidades locales concernidas?

Estas cuestiones, si bien es cierto que en ocasiones han sido planteadas⁴⁸², vienen siendo generalmente soslayadas por la historiografía, más interesada habitualmente en analizar la perspectiva de los colonizadores que la de las poblaciones

⁴⁷⁹ Str. IV, 1, 4.

⁴⁸⁰ Salinas 1994: 215; Olmos 1998: 236-238; Cruz Andreotti 2008: 209; Domínguez 2013: 12.

⁴⁸¹ Cf. en este sentido, recientemente, Moret 2004: 35-36; Álvarez Martí-Aguilar 2009: 89.

⁴⁸² Cf. por ejemplo Plácido 1994 a: 4.

locales. Y sin embargo, la exploración en este sentido, aunque problemática debido a la escasez y ambigüedad de las fuentes, puede arrojar resultados fructíferos, como los análisis postcoloniales que se han llevado a cabo acerca de las poblaciones itálicas vienen demostrando⁴⁸³, y como creo que se ha podido atisbar en el somero comentario sobre los orígenes míticos de Sagunto que he propuesto páginas atrás.

Y es que, como algunos autores han defendido para otros pueblos del Mediterráneo, las identificaciones étnicas locales con el pasado mítico clásico pueden entenderse como estrategias retóricas competitivas⁴⁸⁴, ensayadas por una elite deseosa de labrar para su comunidad y para su propia familia una memoria prestigiosa que debiera ser reconocida por los demás actores de la escena colonial. Por ello, no creo que podamos admitir sin más que estos discursos etnogenéticos son una creación grecorromana que sería aprehendida pasivamente en un segundo momento por las comunidades locales, como generalmente se da por sentado, aunque tampoco lo contrario, como en ocasiones se ha aseverado⁴⁸⁵. Se trataría más bien, como señalaba antes para el caso de Roma, de un fenómeno dialéctico, negociado entre las diferentes partes: entre unos viajeros grecorromanos deseosos de descubrir comunidades griegas allá donde fueran, y unos aristócratas locales interesados en ser vistos como griegos.

Pero, como apuntaba, una construcción identitaria de este calibre no puede inventarse sin más, pues aun asumiendo el carácter instrumentalista de las identidades colectivas, estas deben parecer cuando menos coherentes y plausibles para poder ser aceptadas⁴⁸⁶. Así, cuando recientemente M^aC. Cardete analizaba la fundación de *Menaion* por Ducetio, señalaba que esta fundación “a la griega” no había sido efectuada por un griego que dirigía una comunidad de sículos, sino más bien por un aristócrata sículo cuya comunidad llevaba dos siglos de tradición aculturadora a sus

⁴⁸³ Cf. por ejemplo Malkin 1996; 1998; Hall 2005; Cardete 2010;

⁴⁸⁴ Konstan 2001: 31; Scheer 2011: 19.

⁴⁸⁵ A. Momigliano (1975: 8), por ejemplo, defendió que la capacidad de algunos miembros de las comunidades locales para expresarse en griego les situaría en una mejor posición para imponer su propia cosmogonía frente a unos griegos curiosos por la realidad indígena pero incapaces de aprender las lenguas locales. Esta aseveración, sin embargo, no es enteramente consecuente con lo que sabemos de los comportamientos coloniales, pues el bilingüismo por parte de los griegos tampoco sería excepcional, y de hecho parece ser que Pitágoras hubo de ordenar a sus discípulos sicilianos que hablaran griego (Iamblich., *De vita Pythag.* XXXIV, 241), lo que sugiere que no lo harían habitualmente (Hall 2002: 113-115). Cf. asimismo Woolf 2011: 25-26.

⁴⁸⁶ Eriksen 1993: 73.

espaldas⁴⁸⁷. De igual manera, hemos de entender que solamente el pasado colonial del mundo ibérico es lo que permite que pudieran surgir en época tardía este tipo de construcciones etnogenéticas. Al fin y al cabo, hablamos de unas costas que llevaban siglos siendo visitadas asiduamente por gentes de todo el Mediterráneo, parte de las cuales se irían asentando en ellas de manera permanente⁴⁸⁸; de unas gentes que llevaban siglos empleando (a su manera, bien es cierto) vasos griegos, un sistema de escritura basado en el alfabeto griego, un sistema de patrones y medidas de origen griego, y una plástica profundamente enraizada en cánones y modelos iconográficos identificables en el arte griego; de unas comunidades que no solo llevaban medio milenio comerciando con los griegos sino que tomaban parte activa en sus transacciones y conocían, comprendían y seguramente empleaban sus mecanismos comerciales y quizás, en parte, jurídicos; de unas aristocracias, en definitiva, que entre los ss. II y I a.C. estaban tan interesadas en comprender y asumir la cultura griega que no vieron inconveniente en hacer venir a un intelectual de la talla de Asclepiades de Mirlea para que se la enseñara a sus pequeños⁴⁸⁹, y de hecho en los años 70 del s. I a.C. Sertorio reuniría a los hijos de las familias aristocráticas hispanas en *Oscá* para retenerlos como rehenes, pero lo haría bajo la promesa de enseñarles la cultura griega además de la romana⁴⁹⁰. Sin estos siglos de “colonialismo sin colonias”, como lo denominó de manera clarividente A.J. Domínguez⁴⁹¹, no hubiera podido generarse el marco adecuado desde el que crear una construcción etnogenética como esta.

A partir de estos mimbres, y mediante la conjugación de todos los intereses analizados, es como surge la memoria híbrida⁴⁹² de todas estas comunidades, a un tiempo instrumento ideológico de legitimación de las elites locales y mecanismo tendente a naturalizar la expansión imperialista romana. Un discurso híbrido que podría servirnos para explicar, como ya propuso P. Rouillard⁴⁹³, el curioso epígrafe

⁴⁸⁷ Cardete 2010: 105-106.

⁴⁸⁸ Refiriéndose a *Gadir*, Estrabón la categorizaría como κοινὴ μέντοι (Str. III, 5, 4; cf. Plácido 2008: 280), apelativo que posiblemente pudiera extenderse a buena parte del litoral ibérico, o al menos a las regiones más dinámicas.

⁴⁸⁹ Str. III, 4, 3. Cf. Olmos 1998: 236-238; 2007-2008: 194-195.

⁴⁹⁰ Plut., *Sert.* XIV, 3. Cf. Plácido 1989: 99; Olmos 2004 b: 131-132.

⁴⁹¹ Domínguez 2002.

⁴⁹² Para el concepto de hibridación de la memoria, cf. Alcock 2002: 95; Antonaccio 2003: 60.

⁴⁹³ Rouillard 1991: 283-298.

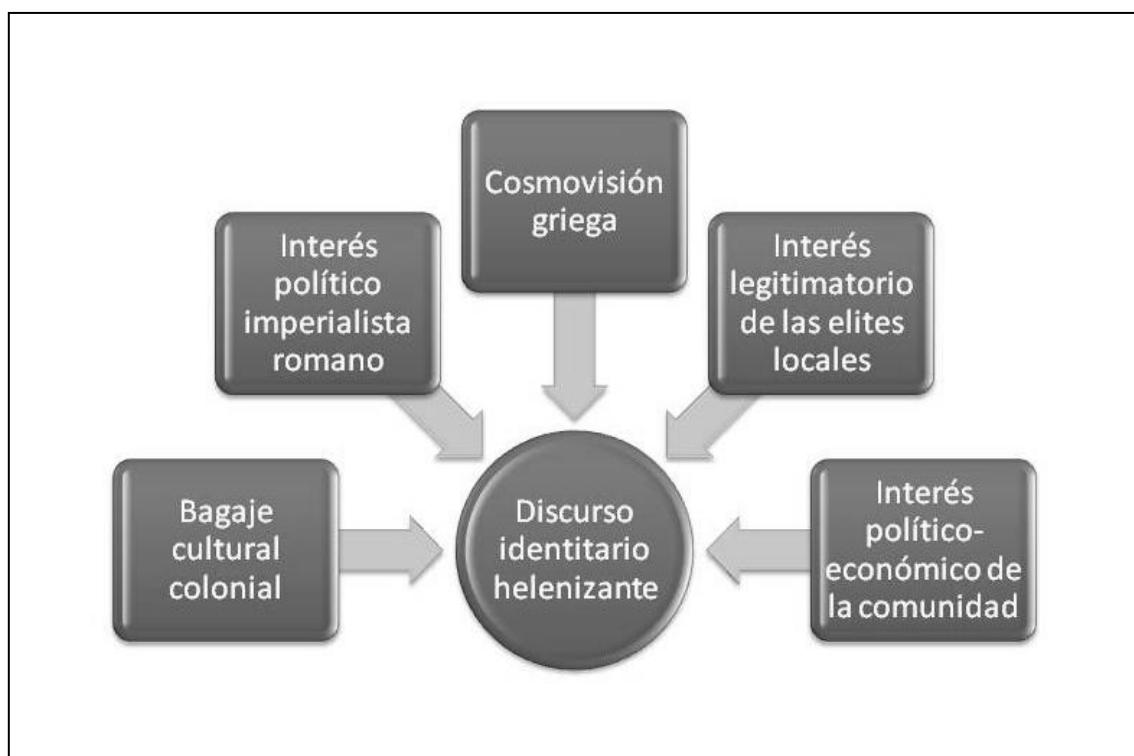


Fig. 3.23. La conformación de los discursos etnogenéticos helenizantes ibéricos de época tardía.

datado entre los ss. I y II d.C. dedicado a Iulia Cornelia, hija de Secunda y esposa de Tyches, quien parece ser que se enterró en Italia pero que se decía procedente del “litoral foceo” (“*litore phocaico*”) ubicado en el Mar Tirrénico, junto a la desembocadura del río *Hiberus*, el cual nace cerca del *Tagus*⁴⁹⁴; si reparamos en que el río *Hiberus* no siempre se identificó con el actual Ebro sino que su ubicación fue variando en las fuentes grecorromanas a lo largo del tiempo en paralelo a la localización de los propios iberos⁴⁹⁵, y si tenemos en cuenta que el único río que nace en la misma región que el Tajo y desemboca en el Mediterráneo Occidental (el “Mar Tirrénico”) es el Júcar⁴⁹⁶, el “litoral foceo” del que nos habla Iulia Cornelia entre los ss. I y II d.C. no estaría muy lejos del lugar en el que se localizaban los tres pueblecillos massaliotas de Estrabón, ni en definitiva de nuestro área de estudio, con sus siglos de pasado colonial a cuestas⁴⁹⁷.

⁴⁹⁴ CIL VI, 20674.

⁴⁹⁵ Cf. Domínguez 1983.

⁴⁹⁶ Acerca de la polémica de la identificación del *Hiberus* en la Antigüedad, cf. Carcopino 1953; 1960; Jacob 1988 a; Barceló Batiste 1994: 26-28.

⁴⁹⁷ Vid. Fig. 3.23.

3.5. ¿Cartagineses en el sureste?

3.5.1. Elementos punicizantes antes de los Barca.

Pero no solo había griegos (y gentes que se decían griegas) en el sureste peninsular en época ibérica. Un marco colonial es una región cuya prosperidad atrae a gentes de muy diversa procedencia, y en la que las elites locales pueden desarrollar distintas estrategias identitarias de toda una infinita gama de posibilidades disponibles; y así sucedió posiblemente con la zona que nos ocupa. Este tipo de aproximación posiblemente arroje una nueva luz al estudio de la “presencia cartaginesa” en la Península Ibérica más allá del paso puntual de los ejércitos bárquidas por ella.

Tradicionalmente, una parte de la historiografía ha venido defendiendo que, a partir de un determinado momento difícil de delimitar pero anterior al 237 a.C., Cartago ejerció un cierto control sobre una parte del mundo ibérico, fundando colonias y factorías e interviniendo política y militarmente en la región. Así por ejemplo, ya F. Figueras planteó que tras la batalla de Alalía en el 537 a.C. Cartago se vio con las manos libres para extender su imperio colonial por la Península Ibérica, empresa que acometió con la fundación de factorías como Libisosa, Alone, Baria o Abdera, aunque más tarde el tratado con Roma obligaría a la potencia púnica a retirarse más allá de Cartagena, siendo sus antiguas fundaciones ocupadas por los griegos⁴⁹⁸. Una década después, S. Nordström profundizaría en la cuestión, defendiendo la existencia de una “primera invasión cartaginesa” de la Península que motivó algunas de las cláusulas de los tratados con Roma y en la propia *Ora Marítima* de Avieno, y que dejó su huella en el registro arqueológico alicantino, pues la investigadora creía que las necrópolis de El Molar y Cabezo Lucero debían interpretarse como cementerios de mercenarios al servicio de Cartago, y que Tossal de Manises y la necrópolis de la Albufereta eran respectivamente un asentamiento y una necrópolis cartaginesa, si bien estos de época bárquida⁴⁹⁹. A comienzos de los ochenta, E. Llobregat, desde su marcada postura autoctonista, negaba que El Molar, La Alcudia, Tossal de Manises o La Albufereta pudieran concebirse como yacimientos púnicos, y

⁴⁹⁸ Figueras 1952.

⁴⁹⁹ Nordström 1961.

proponía reevaluar la influencia púnica sobre la religión y la plástica ibéricas que generalmente se aceptaba, pero basaba todas estas aseveraciones, entre otras cosas, en que las cláusulas de los tratados entre Roma y Cartago y la dispersión de las cerámicas de barniz rojo evidenciaban que el imperio colonial cartaginés prebárquida nunca había traspasado hacia el norte la frontera del Segura⁵⁰⁰. Ya en los noventa, J.M. Blázquez y M.P. García-Gelabert atribuían a las intervenciones puntuales de los ejércitos púnicos las destrucciones de diversos poblados y conjuntos escultóricos ibéricos en el s. IV a.C., comparando la situación en la Península Ibérica con la que se dio en Sicilia durante siglos y que nos transmiten los autores clásicos⁵⁰¹, en tanto que G. Frutos a partir de las fuentes literarias defiende que los cartagineses dominarían ciertos enclaves peninsulares y explotarían determinados sectores económicos, como las minas de Sierra Morena⁵⁰². En los últimos años, bien es cierto, esta corriente interpretativa está menos generalizada, pero aún asoma de cuando en cuando en la bibliografía⁵⁰³.

Todas estas ideas sobre la supuesta presencia y actuación de cartagineses en tierras iberas del sureste antes del 237 a.C. se basan tanto en la interpretación de algunos contextos arqueológicos como en la exégesis de un puñado de textos literarios. Entre estos últimos, destaca fundamentalmente el llamado “Segundo Tratado romano-cartaginés”, que nos transmite Polibio⁵⁰⁴, y en el que se prohíbe a los romanos comerciar, colonizar o saquear los territorios más allá de *Μαστία Ταρσήιον*. A la hora de interpretar este topónimo, la mayor parte de la investigación ha tendido a identificarlo con los mastienos mencionados por Hecateo⁵⁰⁵, Herodoto⁵⁰⁶ y Avieno⁵⁰⁷, y por tanto a situarlo en el sureste peninsular⁵⁰⁸, o incluso bajo la actual Cartagena, en cuyo caso la fundación bárquida de *Carthago Noua* sería más bien la “refundación” de

⁵⁰⁰ Llobregat 1981: 284-286.

⁵⁰¹ Blázquez y García-Gelabert 1991.

⁵⁰² Frutos 1991: 113-116.

⁵⁰³ Cf. por ejemplo Arenas 2004, quien plantea que la presencia “paleopúnica” en la costa levantina pudo actuar como detonante del crecimiento demográfico y económico en la Meseta que originaría el surgimiento de los pueblos celtíberos.

⁵⁰⁴ Polyb. III, 24, 1-4.

⁵⁰⁵ St. Byz., s.v. *Μαστιηνοί*.

⁵⁰⁶ *FHA* I², 186.

⁵⁰⁷ Avien., *OM* 419-423.

⁵⁰⁸ Cf., recientemente, Ferrer y De la Bandera 1997; Ferrer 2006; 2009 2011 b; Ferrer y Pliego 2010.

un asentamiento anterior⁵⁰⁹; pero también se han alzado voces que argumentan que la *Mastia* del tratado no se situaba en la Península Ibérica sino en África, en las cercanías de la propia Cartago⁵¹⁰, y otras que señalan que ni siquiera tenemos clara la traducción del topónimo: Mastia de Tartessos, Mastia de los tartesios, o Mastia y Tartessos⁵¹¹. En todo caso, aunque aceptáramos que efectivamente este Segundo Tratado estuviera estableciendo limitaciones a la navegación romana por aguas peninsulares⁵¹², a partir de esta referencia no puede colegirse, como ya señalaran E. Ferrer y R. Pliego, el control político y militar de Cartago sobre una parte de la Península Ibérica, como en ocasiones se ha afirmado⁵¹³, sino solo una aspiración hegemónica sobre unas comunidades ibéricas y fenicias con las que los cartagineses comerciarían de manera sistemática y desde una posición de fuerza (ya comenté en el capítulo anterior los mecanismos del intercambio desigual en contexto colonial), y a cuyas aristocracias de manera puntual incluso se podría prestar ayuda financiera y militar⁵¹⁴; son estos procesos los que probablemente hayan quedado retratados en el otro texto que suele salir a relucir en este debate, y no tanto un dominio efectivo del territorio por parte de Cartago: me estoy refiriendo al pasaje de Justino en el que se narra cómo la fenicia *Gadir*, en un momento difícil de determinar, fue atacada por las poblaciones ibéricas pero logró salir victoriosa gracias a la ayuda cartaginesa⁵¹⁵, un fragmento que en ocasiones ha sido puesto en relación con el fragmento de Macrobio ya discutido⁵¹⁶.

Las fuentes literarias, por tanto, parecen traslucir un interés imperialista de Cartago en relación con la Península Ibérica en tanto que espacio colonial a explotar, pero no son suficientes, al menos desde mi punto de vista, para defender la presencia

⁵⁰⁹ Llorens 1993: 13-14.

⁵¹⁰ Moret 2002.

⁵¹¹ Álvarez Martí-Aguilar 2009: 98.

⁵¹² Aunque en ocasiones también se ha pretendido que el Primer Tratado romano-cartaginés haría alusión a la Península Ibérica a través de la mención al Cabo Akroterion, ya M.J. Pena (1992) argumentó que este no debía ser identificado con el Cabo Farinas, como en ocasiones se hiciera, sino con el Cabo Bonn.

⁵¹³ Martín Camino 1994: 306.

⁵¹⁴ Ferrer y Pliego 2010: 537. Cf. López Castro 1991.

⁵¹⁵ Just. XLIV, 5.

⁵¹⁶ Macrobi., *Sat.* I, 20, 12. Cf. Schulten 1972: 72-73; Aubet 1997: 277; Castillo 1993: 54-55.

estable de comunidades o ejércitos cartagineses en Iberia antes del 237 a.C.⁵¹⁷ Y otro tanto sucederá, veámoslo, con el registro arqueológico.

Como ya se señaló en el capítulo anterior, la afluencia de comerciantes púnicos al sureste ibérico debió ser importante desde muy pronto, tal y como parecen atestiguar fundamentalmente la dispersión de las ánforas centromediterráneas y algunos pecios como el de El Sec, ya analizado. Estos últimos evidencian además que estos navegantes fueron responsables de al menos parte del tráfico de los productos griegos que alcanzaban las costas peninsulares, en una proporción que por el momento resulta difícil de determinar. El hallazgo de materiales ibéricos en Cartago, por otra parte, nos ofrece una panorámica interesante del otro polo de estos intercambios, pero lamentablemente estos registros fueron tempranamente puestos de relevancia⁵¹⁸ pero aún no han sido sistemáticamente estudiados.

Ahora bien, la influencia púnica sobre el mundo ibérico, y concretamente sobre el sureste peninsular, fue mucho más allá del mero intercambio comercial continuado, y parece arraigar especialmente en la esfera religiosa. En este sentido, es llamativo comprobar que los únicos templos *sensu stricto* conocidos en el mundo ibérico, si es que como tales los podemos interpretar, muestran una tipología de raigambre fenicio-púnica y se encuentran en asentamientos costeros enormemente relacionados con el ámbito púnico, como son los dos “templos” de la Illeta dels Banyets, que ya mencioné en el capítulo anterior y sobre los que en seguida volveré, y el templo de la Alcudia de Elche. Este último, datado entre los siglos VI y V a.C. (si bien reestructurado en el s. III a.C.)⁵¹⁹ y levantado en adobe, constaba de un espacio cuadrangular de 8 m de lado que posiblemente estaría descubierto y que se encontraba rodeado de bancos corridos adosados a los muros, apoyada en uno de los cuales, junto al umbral de entrada, se elevó una pequeña torre y otro recinto de 5 m², este ya sí cubierto con techumbre plana y comunicado por sendos vanos tanto con el interior del espacio principal como

⁵¹⁷ Como señala repetidamente A.J. Domínguez en su reciente revisión sobre este tema, cuando Cartago efectivamente se hace presente política y militarmente en la Península, en el 238 a.C. no faltan los testimonios literarios y arqueológicos explícitos al respecto (Domínguez 2005-2006).

⁵¹⁸ Astruc 1962.

⁵¹⁹ Ramos Fernández 1995: 13.

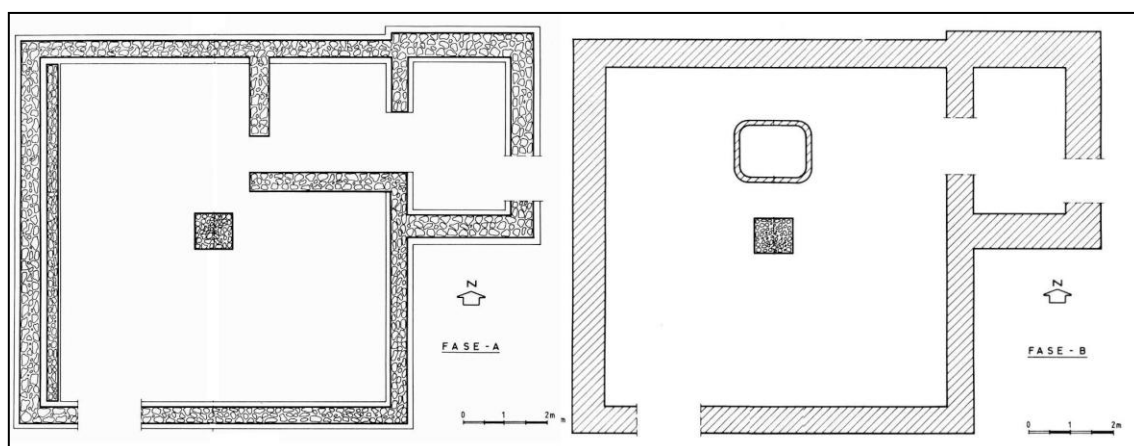


Fig. 3.24. Fases constructivas sucesivas del templo de la Alcudia de Elche.

con la torre⁵²⁰. En su interior se halló una pequeña favissa con material cerámico, y en el estrato de derrumbe correspondiente a la primera destrucción del edificio a finales del s. III a.C., algunos fragmentos escultóricos, a los que pueden sumarse otras esculturas halladas bajo el pavimento de la calle que en torno al cambio de Era se construye frente al templo, así como un capitel protoeólico reutilizado en la basílica posterior que posiblemente sea vestigio de las columnas que flanquearían la entrada⁵²¹. Se trata por tanto de un espacio arquitectónico complejo bastante poco habitual en el mundo ibérico, que encuentra su único paralelo cercano en el llamado “templo B” de la Illeta dels Banyets, y cuyos prototipos parecen retrotraerse al ámbito feniciopúnico⁵²². Aunque más significativa aún me parece la presencia en este poblado y en la Illeta dels Banyets de edificios integrados en la trama urbana pero aislados del resto, que presentan una cierta monumentalidad y una función religiosa, esto es, de templos en sentido estricto, respondiendo a una concepción que, al margen de estos dos asentamientos, no arraigará en el mundo ibérico del sureste hasta el s. III a.C.⁵²³

Otro espacio sagrado que igualmente puede llamar nuestra atención, y que se encontraba a escasos kilómetros del templo ilicitano que acabo de describir, es el recinto del Parque Infantil de Tráfico (Elche, Alicante). Como ya apunté anteriormente,

⁵²⁰ Vid. Fig. 3.24.

⁵²¹ Ramos Fernández 1991-1992: 87-93; 1994: 108-109; 1995: 14; 1997: 214-215; Gusi 1997: 179. R. Olmos Benlloch (2010: 278-279) sin embargo corrige las medidas del espacio principal del templo: 9x9,32m.

⁵²² Ramos Fernández 1997: 214; Blázquez 2000: 198-200; Sala 2004 a: 186; Bendala 2005: 43.

⁵²³ Vilà 1994; 1997; 1999.

se trata de un recinto oval orientado en dirección N-S y con un área de unos 70m², compuesto por una plataforma de arcilla de gran potencia, rodeada de un pequeño alineamiento de piedras, la mayor parte de las cuales correspondían con fragmentos de antiguas esculturas y estructuras arquitectónicas que habían sido entibados con pequeñas piedras y añadidos a otras mayores para conformar la cerca del *temenos*. Además de abundante material cerámico, roto intencionadamente según su excavador y en el que destaca un importante número de ánforas, en su interior se halló una gran piedra de cuarzo de bordes desbastados para lograr una silueta casi circular, de casi medio metro de diámetro⁵²⁴, piedra en cuya interpretación su excavador no ha profundizado pero cuya mención recuerda poderosamente a la piedra pulida y de dimensiones extraordinarias que igualmente se halló en el centro de otro recinto sagrado que quizás pudo estar al aire libre⁵²⁵, el “templo B” de la Illeta dels Banyets, y que dada la apariencia “punicizante” de dicho edificio el arqueólogo que la excavó, E. Llobregat, identificó como una *massebah*⁵²⁶.

Igualmente resulta destacable para el asunto que nos ocupa en este momento una de las esculturas fragmentadas que fueron reutilizadas en este alineamiento, seguramente la más conocida de ellas: me refiero al grupo que representa a una esfinge alada cabalgada por un jinete y ante cuyo pecho aparece la imagen de una mujer que sostiene una flor de loto ante su pecho y en torno a cuyo talle se pliegan dos grandes alas⁵²⁷. Si bien la representación de esfinges no es poco habitual en el mundo ibérico, sí que extraña su figuración como montura de seres humanos, lo que ha llevado en ocasiones a comparar este conjunto con el llamado “Monumento de las Harpías” de Xanthos e interpretarlo en clave funeraria⁵²⁸. Pero en este momento lo que quiero subrayar es la presencia de la figura femenina que se sostiene sin pies ante el pecho y sobre las garras delanteras de la esfinge, aparentemente guiándola y abriéndole camino en su tránsito aéreo, y cuyas alas sugieren que no se trataría de una mujer sino de una diosa. La representación de una divinidad alada relacionada con

⁵²⁴ Ramos Fernández 1989: 509.

⁵²⁵ Aunque este aspecto de la construcción resulta controvertido: cf. Olcina 2005: 152-153; Olcina, Martínez y Sala 2009: 187-193.

⁵²⁶ Llobregat 1988: 141-142.

⁵²⁷ Chapa 1980: 943; Ramos Fernández 1988; Chapa y Belén 2011.

⁵²⁸ Chapa 1980: 943; Ramos Fernández 1994: 112; Izquierdo Peraile 2003: 265.

flores y encuadrada en una escena funeraria se aviene bien con el imaginario ibérico, como veremos en un capítulo posterior, pero la forma de representar a la deidad, con las alas enrolladas en torno al talle, muestra llamativos paralelos en el mundo púnico en general, y en particular en las terracotas del santuario de Es Cuieram (Sant Vicent, Ibiza), consagrado a la diosa Tanit⁵²⁹. Es por ello entre otras cosas que diversos autores han identificado a la imagen ilicitana con la deidad cartaginesa⁵³⁰, planteando algunos de ellos que la propia Tanit sería la divinidad representada en la Dama de Elche y en las efigies femeninas tan comunes en los vasos ilicitanos de época ibero-romana, y que de hecho la diosa sería la divinidad patrona de la ciudad y a la que se consagró el templo mencionado páginas atrás, deidad que sería reinterpretada en época ibero-romana como Juno, a quien se dedicó el templo que aparece en las acuñaciones de la colonia⁵³¹. Pero no olvidemos en todo caso que los esquemas aparentemente punizantes del motivo fueron esculpidos sin lugar a dudas por artesanos ibéricos, siguiendo las técnicas y cánones habituales en la plástica ibérica y grabando sobre la escultura las habituales (si bien casi imperceptibles) marcas de cantero⁵³².

Pero continuemos moviéndonos en las inmediaciones ilicitanas. En un arenero ribereño del Vinalopó, en el término municipal de Monforte del Cid, confluencia de la vía de comunicación que asciende el valle de dicho río y aquella otra que comunica el Medio Vinalopó con l'Alacantí y la Albufereta de Alicante⁵³³, los trabajos de extracción de áridos sacaron a la luz accidentalmente a lo largo de los años setenta cuatro fragmentos pétreos trabajados de gran importancia: una escultura de toro estante, un sillar con probable función de plinto, un fragmento de gola y un pilar cuadrangular, elementos todos los cuales sirvieron a M. Almagro y R. Ramos para recomponer un monumento turriforme análogo al de Pozo Moro y que dataron por los paralelos estilísticos que ofrecía la escultura de toro (fundamentalmente a través de los pliegues del cuello de la bestia) en un momento contemporáneo a Pozo Moro, esto es, en torno

⁵²⁹ Marín Ceballos 1987; Chapa y Belén 2011: 163-167. *Vid.* Fig. 3.25.

⁵³⁰ Blázquez 1986: 173; 1993: 44; González Alcalde 1997; Poveda y Vázquez 2000; Aranegui 2008: 209.

⁵³¹ Llorens 1987: 84-85.

⁵³² Chapa y Belén 2011: 154-158.

⁵³³ Almagro y Ramos 1986: 46-48; Sala 2007: 56.



Fig. 3.25. Divinidad del grupo escultórico de la esfinge del Parque Infantil de Tráfico de Elche, y terracota de Es Cuieram.

al 500 a.C.⁵³⁴ Ahora bien, con posterioridad a dicho trabajo se han continuado produciendo hallazgos en el Arenero del Vinalopó que dificultan su interpretación, concretamente una pareja más de toros durante los años ochenta⁵³⁵ y, recientemente, la balsa cuadrangular que antes mencioné, datada como decía páginas atrás entre los ss. II y I a.C. según sus excavadores, y en cuya construcción se amortizaron otros fragmentos escultóricos, concretamente varios toros más análogos al ya conocido de antiguo, una figura femenina, y un torso de guerrero, en proceso de restauración en el momento en el que se escriben estas líneas.

Me centraré en esta ocasión, en todo caso, en los fragmentos arquitectónicos recuperados en los años setenta a los que antes aludía. Hace ya unos años F. Prados Martínez los revisó, concluyendo que el fragmento de gola documentado no tenía mucho que ver con las cornisas de Pozo Moro, sino que parecía bastante posterior, encontrando sus mejores paralelos entre los fragmentos arquitectónicos recuperados en el Parque Infantil de Tráfico, o mejor aún en los monumentos turriformes númidas,

⁵³⁴ Almagro y Ramos 1986: 61.

⁵³⁵ Castelo 1995: 206-207.



Fig. 3.26. Monumento turriforme grabado en una de las paredes del pilar de Monforte del Cid.

de época helenística, en los cuales también se observaban las falsas puertas talladas en cada una de las cuatro caras del pilar de Monforte⁵³⁶. Igualmente de tipología cartaginesa parece, según el propio investigador, el monumento turriforme representado por incisión en una de las caras del propio pilar⁵³⁷ y que consta de un podio, dos cuerpos cúbicos superpuestos rematados ambos por sendas cornisas, y una cubierta piramidal⁵³⁸. En ocasiones se ha propuesto que este diseño podría haber servido como croquis elaborado sobre un monumento antiguo para planificar la

⁵³⁶ Prados Martínez 2002-2003: 214.

⁵³⁷ Prados Martínez 2002-2003: 215.

⁵³⁸ *Vid.* Fig. 3.26.

erección de otro nuevo en la propia necrópolis⁵³⁹, pero la simplicidad de los trazos, por no hablar de lo poco apropiado que parece el soporte para un croquis de este tipo, dificultan esta interpretación, por lo que me decantaría más bien por una función mucho más simbólica. No se olvide en este sentido que en las paredes de diversos mausoleos norteafricanos han aparecido otras representaciones de monumentos turriiformes de este tipo⁵⁴⁰, y que también se encontró, por poner solo un ejemplo más, un estuche portaamuletos en Cádiz fabricado en oro y con esta misma forma⁵⁴¹. Y tampoco que, tal y como demostró sobradamente la reciente investigación de F. López Pardo, en el imaginario feniciopúnico el monumento turriiforme tenía la función de almario colectivo, y su mera representación podía facilitar el tránsito del difunto al Más Allá⁵⁴².

Otra serie de artefactos ibéricos que en muchas ocasiones se han puesto en relación con la religiosidad púnica son los pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina⁵⁴³. Estos pequeños objetos se hacen presentes en buena parte del mundo ibérico, aunque con una acusada concentración en nuestra zona de estudio, el sureste peninsular⁵⁴⁴, y responden a un tipo bien atestiguado en el Mediterráneo Central, tanto en la parte púnica de Sicilia como en la propia Cartago, regiones en las que hubo de originarse⁵⁴⁵ y desde las que se difundiría hacia la Península Ibérica, siendo adquirido y más tarde producido localmente, sobre todo, no por casualidad, en las

⁵³⁹ Ramos y Ramos 1992: 22; Castelo 1998: 124.

⁵⁴⁰ Prados Martínez 2006: 18-19.

⁵⁴¹ Perea 1989: 67.

⁵⁴² López Pardo 2006.

⁵⁴³ *Vid.* Fig. 3.27.

⁵⁴⁴ Marín 1987: 49-50; Pena 2007: 23; García Cano 2007: 292; Horn 2011: 43-44. Para un recuento actualizado de los pebeteros en nuestra área de estudio, cf. García Cano 2007: 295-296; Moratalla y Verdú 2007: 341; Horn 2011: Anexo I.

⁵⁴⁵ El debate acerca del origen de estos pebeteros ha generado una gran cantidad de bibliografía pero aún sigue abierto. Descartado su origen en las ciudades greco-sicilianas, tal y como se mantuvo durante cierto tiempo, en la actualidad una buena parte de la historiografía defiende su origen en la Sicilia púnica, donde la iconografía griega de Perséfone-Coré habría sido aprehendida para representar una deidad cartaginesa (cf. por ejemplo Marín Ceballos 1987: 54-55; 2007: 83), pero también hay autores que recientemente vuelven a abogar por un origen propiamente cartaginés (Pena 2007: 29-30), hipótesis que creo perfectamente plausible, dado que a la altura del s. IV a.C. la introducción del lenguaje formal helenístico en la plástica cartaginesa estaba ya muy desarrollada (Bisi 1985: 42). La opinión de R. Corzo Sánchez (2007) acerca de que estos pebeteros podrían haberse originado en la Península Ibérica y difundido desde tierras iberas al mundo púnico parece por el contrario menos acorde con la cronología de los contextos conocidos.



Fig. 3.27. Pebetero de terracota con forma de cabeza femenina de Tossal de la Cala.

áreas en las que las estructuras culturales púnicas muestran una mayor influencia. Los pebeteros hallados en la Península datan mayoritariamente en los siglos III y II a.C., si bien conocemos algunos ejemplares del s. IV a.C.⁵⁴⁶; estos últimos serían claramente importaciones procedentes del Mediterráneo Central, como los primeros artefactos hallados en la necrópolis de la Albufereta o en la de Cabecico del Tesoro, mientras que únicamente a partir del s. III a.C. comenzarían a fabricarse de manera local, sobre todo en el sureste peninsular, y mostrando los diferentes talleres ciertos rasgos específicos que en algunos casos podrían permitir delimitar sus producciones⁵⁴⁷. Ahora bien, estas producciones locales no tardan en asimilar unas características propias no evidentes a

⁵⁴⁶ J. Ruiz de Arbulo (1994: 156) los dató entre los ss. IV y II a.C., pero, tal y como señala M.J. Pena (2007: 25), a medida que la investigación avanza y vamos conociendo más contextos bien datables que incluyan alguno de estos artefactos, nos encontramos con que la mayoría deben fecharse entre los ss. III y II a.C. La reciente afirmación de C. Aranegui (2012: 158-159), según la cual el volumen de pebeteros en tierras peninsulares desciende tras la batalla de *Baecula*, parece un tanto aventurada a tenor de importantes conjuntos datados en época ibero-romana como Castillo de Guardamar o La Malladeta.

⁵⁴⁷ Ferrer Albelda y Prados 2007: 135-137; Pena 2007: 25; Horn 2011: 63-64.

primera vista pero no por ello menos importantes que, junto con sus contextos de amortización y su estado de conservación, sugieren que la función de estos pebeteros en tierras peninsulares no fue la misma que en el Mediterráneo Central. Si en Cartago y Sicilia parece que estos artefactos se empleaban para la combustión de plantas aromáticas y otras sustancias⁵⁴⁸, en la Península pronto perdieron esta función, como parece indicar la ausencia de marcas de combustión en la mayor parte de los casos, la progresiva desaparición de agujeros de ventilación para favorecer la ignición al fondo de la cazoleta, o los propios contextos⁵⁴⁹. Por el contrario, se viene proponiendo que entre los iberos estas piezas servirían únicamente como exvotos⁵⁵⁰, y en mi opinión su amortización, fundamentalmente en necrópolis y santuarios, a veces en grandes lotes de decenas de piezas y en muchas ocasiones en compañía de otras terracotas, así parece avalarlo.

En definitiva, aunque los pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina llegaron a producirse localmente y fueron empleados para fines diversos que en el Mediterráneo Central, y aunque su imagen resultara coherente y pudiera ser perfectamente comprendida desde el imaginario ibérico⁵⁵¹, la elección de estos elementos ajenos (o ajenos en origen) para ofrendarlos en los santuarios y amortizarlos en las tumbas, y la utilización reiterativa de estas imágenes para representar a la deidad suponen la incorporación a la religiosidad ibérica de un elemento foráneo⁵⁵², lo que a su manera plantea un buen indicador de la influencia púnica sobre las estructuras religiosas ibéricas.

De hecho, los pebeteros con forma de cabeza femenina son solo un tipo de los diversos artefactos de terracota empleados como exvotos en santuarios y necrópolis ibéricos a partir del s. IV a.C., y sobre todo desde el III a.C. Estos exvotos aparecen,

⁵⁴⁸ Cf. Cherif 1991.

⁵⁴⁹ Por ejemplo, en el interior del “Templo B” del asentamiento de la Illeta dels Banyets, que trataremos detenidamente más adelante, se documentó uno de estos pebeteros junto con un quemaperfumes de piedra (Llobregat 1988: 141-142), evidenciando que la terracota cumpliría una función distinta en aquel lugar de la que ya habría desempeñado el quemaperfumes.

⁵⁵⁰ Pena 2007: 28-29; Horn 2011: 51-53. J. Ruiz de Arbulo (1994: 164-165) propuso que podrían haberse empleado concretamente para ofrecer a la divinidad agraria las primicias de la cosecha, insertando gavillas en los agujeros del fondo de la cazoleta, pero esta hipótesis parece un tanto aventurada, y solo plausible para los ejemplares más antiguos, que presentan estos agujeros.

⁵⁵¹ Olmos 2007; Olmos y Tortosa 2010: 253-254.

⁵⁵² Sala 2001-2002: 297; Ferrer Albelda y Prados 2007: 132.

como los pebeteros, dispersos por buena parte del mundo ibérico, pero muestran una especial concentración en los santuarios y necrópolis del sureste, y sobre todo en las áreas más “punicizadas”⁵⁵³, y de hecho, como asimismo sucedía con los pebeteros, parece que los primeros ejemplares fueron importados y que solo en un segundo momento, a partir del s. III a.C., aparecieron los primeros talleres locales⁵⁵⁴. Es decir, si bien la costumbre de depositar exvotos en los santuarios era ya antigua en el mundo ibérico, a partir de estos momentos se introduce un material nuevo, que en la época era empleado en buena parte del Mediterráneo pero que a Iberia parece llegar en conexión con otros elementos punizantes. Ahora bien, el empleo de la terracota sirve además para introducir nuevos matices en la representación de exvotos y deidades⁵⁵⁵, lo que plantea un nuevo indicador de la punición de las mismas⁵⁵⁶.

Para terminar con el tema, un ejemplo indicativo de esta influencia cultural punizante en el plano religioso de la que estoy hablando es en mi opinión la necrópolis de la Albufereta. Por lo que respecta al ritual funerario documentado, y a pesar de que se trata de una excavación antigua, con toda la problemática que ello comporta, se observan tendencias algo anómalas en relación a los otros cementerios ibéricos⁵⁵⁷. Así por ejemplo, llama la atención la escasez de armas introducidas en los enterramientos, pocas incluso reparando en que las peor conservadas pudieron descartarse durante el proceso de excavación o algunas pudieron anotarse en los diarios bajo el recurrente apunte de “hierros informes”. Destaca asimismo la ausencia de fragmentos escultóricos (compárese, por ejemplo, con la cercana necrópolis de Cabezo Lucero, en Guardamar, con niveles también del siglo IV a.C.⁵⁵⁸), aunque en su día sí que debieron ser erigidas algunas esculturas, como lo demuestran ciertos fragmentos reutilizados en época romana de los que luego hablaremos, y un fragmento de toro y otro de león hallados por F. Figueras en un pozo cercano a la necrópolis⁵⁵⁹. Finalmente, en la Albufereta tampoco aparecieron restos de encachados tumulares, el tipo de superestructura funeraria más característico del Ibérico pleno del sureste.

⁵⁵³ Horn 2011: 171-173 y 203-204.

⁵⁵⁴ Blech 1998: 172; Horn 2011: 69 y 240-243.

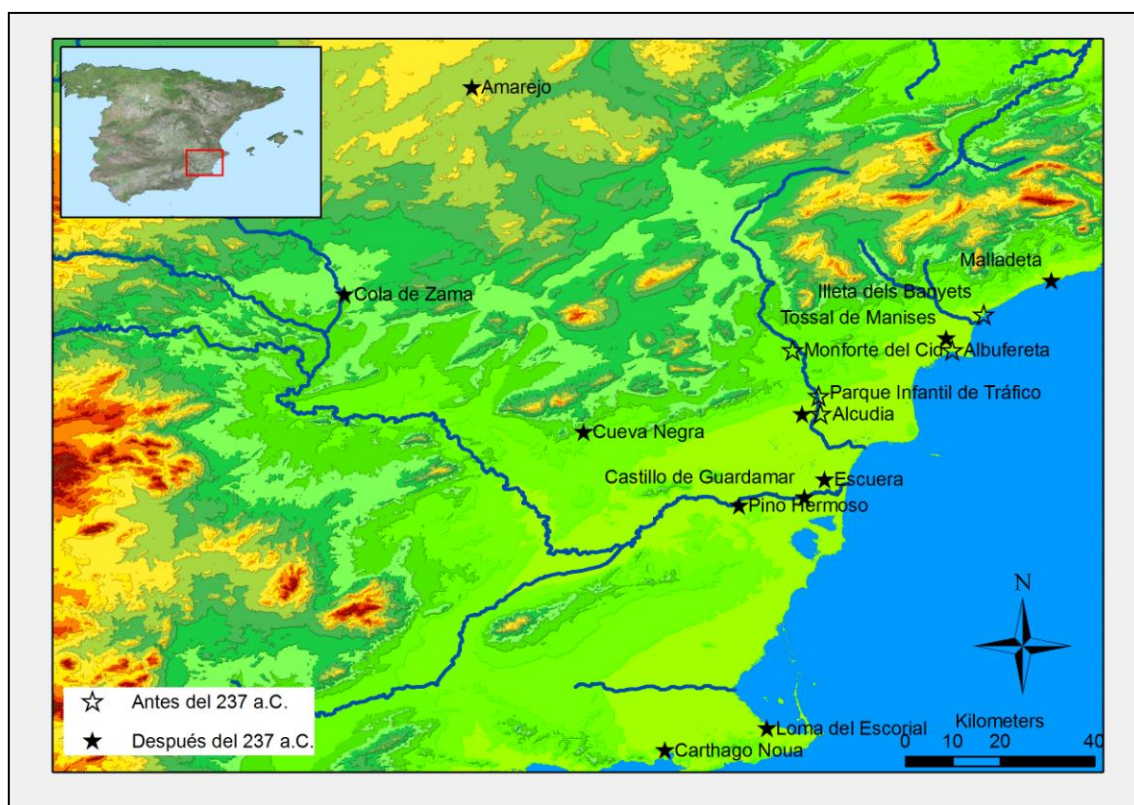
⁵⁵⁵ Cf. por ejemplo García-Bellido 2002-2003.

⁵⁵⁶ *Vid.* Mapa 3.4.

⁵⁵⁷ Cf. Verdú 2014: 2254-2255.

⁵⁵⁸ Aranegui *et alii* 1993.

⁵⁵⁹ Sala 2007: 55.



Mapa 3.4. Elementos “punicizantes” en el sureste ibérico.

Por el contrario, en la necrópolis sí que encontramos una serie de elementos de filiación púnica, que pueden entenderse como aprehendidos selectivamente y reinterpretados por la religión ibérica y que por ello no tienen por qué sugerir la presencia de gentes cartaginesas enterrándose en el lugar, aunque esta tampoco es una hipótesis descabellada, dada la perduración de la necrópolis de la Albufereta más allá de la fecha de “refundación” púnica del Tossal de Manises. De todos estos rasgos, seguramente el más conocido es la gran abundancia de pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina, constituyendo uno de los conjuntos más numerosos, y antiguos de la Península Ibérica, con bastantes ejemplares del siglo IV a.C. anteriores incluso a los hallados en la Ibiza púnica⁵⁶⁰, lo que sugiere una relación más directa entre el uso que aquí se otorgó a los pebeteros y el que se concedía en el Mediterráneo Central⁵⁶¹. Además, merece la pena reseñar el descubrimiento en el Tossal de les Basses de una matriz para la fabricación de este tipo de pebeteros⁵⁶², lo

⁵⁶⁰ Pena 2007: 25.

⁵⁶¹ Horn 2011: 246-247.

⁵⁶² Pena 2007: 21.

que por una parte evidencia el empleo de estos en épocas anteriores a la conquista bárquida, y por otro refuerza mi propuesta de poner en relación las primeras fases de la necrópolis de la Albufereta con el asentamiento de Tossal de les Basses⁵⁶³ como una alternativa de la conexión inequívoca generalmente asumida entre el cementerio y una primera fase para el Tossal de Manises que cada vez parece más evanescente⁵⁶⁴.

Dejando a un lado los pebeteros, llama la atención que en un cierto número de sepulturas apareció una moneda, siempre una por tumba y siempre procedentes de cecas púnicas del siglo III a.C. (*Ebusus*, *Baria*, *Carthago Nova*)⁵⁶⁵, monedas que posiblemente debamos poner en relación con la práctica funeraria, tan común entre griegos, etruscos y púnicos, que los helenos explicarían como el pago a Caronte, pero que no se documenta en el mundo ibérico, en cuyos cementerios los hallazgos numismáticos son verdaderamente esporádicos, y en cuyas estructuras económicas la moneda como instrumento de cambio no tenía aún cabida. También llama la atención la abundancia de ungüentarios, de clara filiación púnica y cuya aparición en los rituales funerarios ibéricos no se generalizará hasta tiempo después. Finalmente, en diversas sepulturas aparecen numerosas importaciones adscribibles al mundo simbólico púnico, tales como amuletos de pasta vítrea, huevos de avestruz o incluso una figurilla de Horus, objetos cuya presencia aislada en tierras alicantinas únicamente probaría la existencia de contactos comerciales con diversos agentes mediterráneos, pero cuya acumulación sí que supone un dato en sí mismo. Y otro tanto cabría decir de la amortización de exvotos de terracotas, hallados en cantidad notable.

Para los últimos momentos de la utilización de la necrópolis incluso se habla de la posible existencia de un hipogeo de tipología púnica⁵⁶⁶, aunque la escasa información que los excavadores de esta necrópolis nos proporcionan sobre la tipología de enterramientos convierte a esta noticia en problemática.

Así pues, el espacio funerario de la Albufereta nos ofrece una panorámica del alto grado de hibridación cultural⁵⁶⁷ que la población de la comarca había alcanzado

⁵⁶³ García Cardiel e.p.c.: 124-125.

⁵⁶⁴ Olcina, Guilabert y Tendero 2010: 232.

⁵⁶⁵ Nordström 1961: 62-64; Verdú 2010.

⁵⁶⁶ Verdú 2014: 232-233.

⁵⁶⁷ Vid. Fig. 3.28.

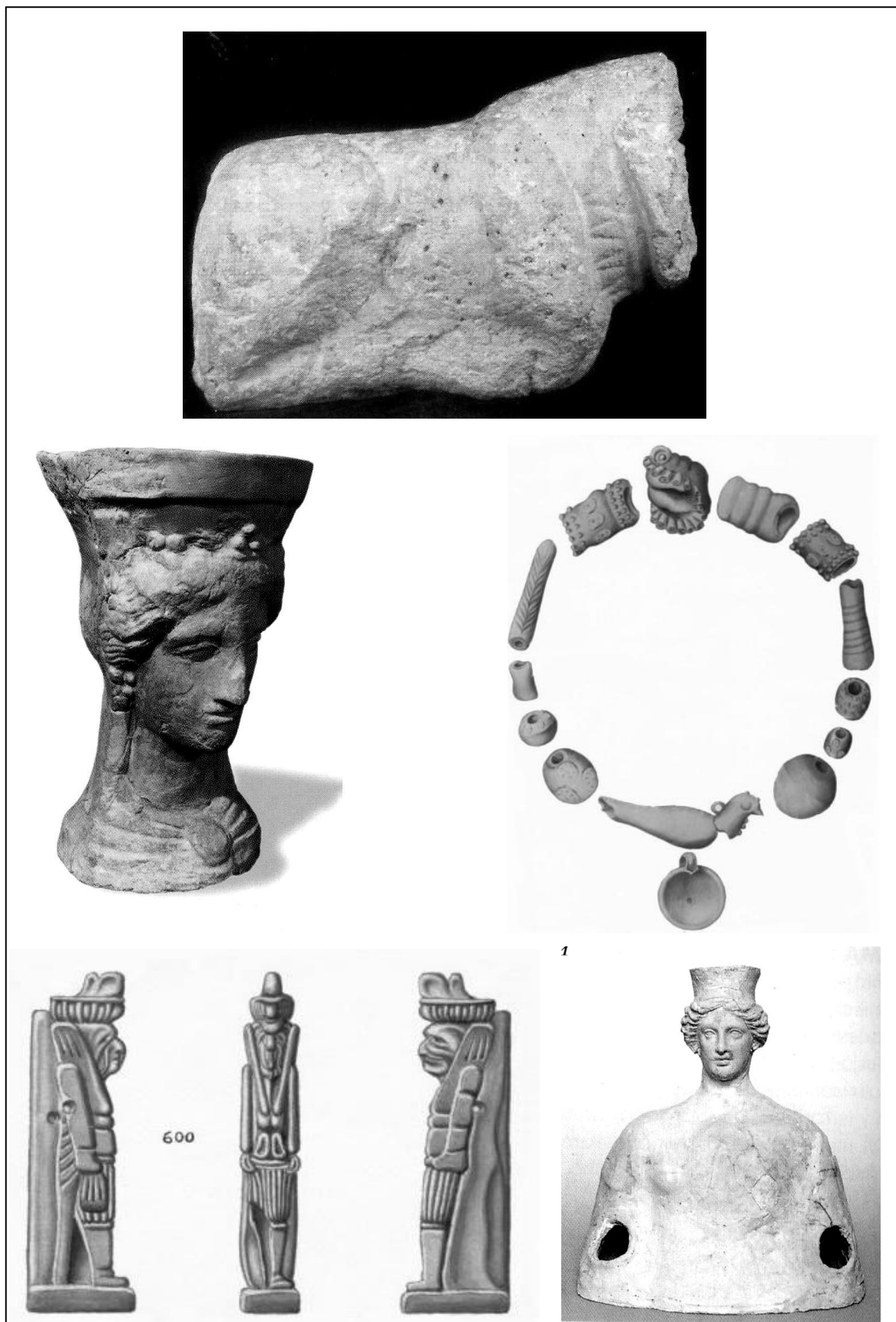


Fig. 3.28. Hallazgos de la necrópolis de La Albufereta: escultura de toro, pebetero de terracota, amuletos de pasta vítrea, terracota articulada.

desde épocas anteriores a la conquista bárquida, y que la reestructuración del poblamiento comarcal a consecuencia de la conquista cartaginesa seguramente no hizo sino implementar⁵⁶⁸.

En conclusión, con anterioridad a la llegada de los ejércitos bárquidas a la Península Ibérica, en el sureste ibérico podemos rastrear toda una serie de elementos, relacionados generalmente con el ámbito religioso, que denotan una cierta (en ocasiones potente) influencia púnica, que solo puede explicarse mediante un contacto intenso y continuo entre las comunidades locales y gentes de dicha procedencia cultural. Un contacto que facilitaría los intercambios bidireccionales y el surgimiento de realizaciones culturales híbridas propias de un medio colonial, pero que no tiene por qué implicar, como la historiografía en ocasiones dio por sentado, el establecimiento permanente de poblaciones de procedencia púnica o incluso la conquista y el dominio directo púnico de la zona. Y un contacto que se produce, no lo perdonamos de vista, fundamentalmente en una región muy concreta del sureste ibérico, el Camp d'Elx y l'Alacantí, sin que parezca irradiar por el momento mucho más allá.

Al fin y al cabo, si bien es cierto que aquellas pocas comunidades que sintieron la necesidad de dotarse de templos urbanos en sentido estricto, lo hicieron siguiendo modelos cuyos prototipos pueden rastrearse en el mundo púnico, en principio no tenemos elementos suficientes como para dudar de que en su interior se llevaría a cabo un tipo de rituales que entroncarían con la religiosidad ibérica y se referirían a sus divinidades. Si bien la divinidad esculpida en el Parque Infantil de Tráfico se revistió de una serie de atributos tomados de la Tanit púnica, no dejaría de ser identificada por los iberos que la contemplaron y como la diosa alada que durante siglos presidiría el panteón ilicitano, y una de cuyas funciones primordiales parece ser el tránsito entre este mundo y el otro. Si bien el empleo de las terracotas fue introducido en Iberia desde el ámbito púnico, su deposición en santuarios y necrópolis no altera sustancialmente los rituales y patrones de comportamiento ibéricos. Y, finalmente, si bien la imagen de los pebeteros con forma de cabeza femenina alcanzó un enorme éxito en Iberia, sobre todo en el sureste, el empleo de estos artefactos entre las

⁵⁶⁸ Verdú 2014: 2308-2314.

comunidades ibéricas y seguramente su misma concepción no tuvo nada que ver con aquello para lo que habían sido diseñados los prototipos centromediterráneos.

Una vez más, por lo tanto, el registro arqueológico nos ofrece vestigios del surgimiento de realidades culturales híbridas en un espacio colonial, que responden a estrategias políticas locales, que deberán ser analizadas de manera individualizada para poder comprenderlas mejor, pero que en líneas generales seguramente se relacionarían con el concepto de *mimetismo* acuñado por H. Bhabha⁵⁶⁹: la imitación parcial (“almost the same, but not quite”), consciente o no, de las estructuras culturales de los “colonizadores” por parte de los “colonizados”, en un intento de estos últimos por colocarse en una mejor posición de negociación en el encuentro colonial, tanto en relación con los otros intervinientes en dicho encuentro, como en lo que respecta a la propia política interna de las comunidades atañidas.

Pero tomemos como caso de estudio, antes de terminar este apartado, un yacimiento al que ya dediqué varias páginas en el capítulo anterior: la Illeta dels Banyets. Y es que, como ya señalé, se trata de un poblado en el que se perciben diversos elementos extraordinarios, prácticamente carentes de paralelos en el mundo ibérico en muchos casos, que han servido para que una cierta parte de la historiografía conciba el lugar como un asentamiento púnico, fundado por los púnicos o con una presencia estable de gentes de dicha procedencia.

Entre estos elementos, desde luego, es necesario señalar la existencia de hasta seis posibles lagares cuyas piletas estaban recubiertas de un fino mortero hidráulico a base de cal, que encuentra algunos buenos paralelos en el mundo centromediterráneo pero que en la Península solo es comparable al de algunos ejemplares de Castillo de Doña Blanca (Cádiz)⁵⁷⁰, sin que se conozca nada parecido en el ámbito ibérico⁵⁷¹. Tampoco es nada habitual el gran volumen y heterogeneidad de importaciones áticas documentadas⁵⁷², incluyendo algunos tipos solo raramente representados en otros asentamientos como son los platos de pescado, así como la profusión de vajilla de

⁵⁶⁹ Bhabha 1994: 86.

⁵⁷⁰ Sala 2010: 943.

⁵⁷¹ Vid. Fig. 3.29.

⁵⁷² García i Martín 2003.



Fig. 3.29. Lagar de mortero de cal del departamento Ib32 de la Illeta dels Banyets.

mesa ebusitana y ánforas púnicas de diverso tipo⁵⁷³. Destaca igualmente la abundancia de grafitos, tanto en escritura ibérica como grecoibérica y púnica y siempre sobre vasos de barniz negro⁵⁷⁴, en un conjunto que solo resulta comparable en el Mediterráneo Occidental con el del pecio de El Sec, que como veíamos en el capítulo anterior puede ser interpretado como un navío púnico. Ítem más, según M. Bendala el almacén sobreelevado que apareció en el yacimiento y del que ya se ha tratado páginas atrás responde a una concepción cultural semita⁵⁷⁵, si bien en este caso ya hemos señalado que se han podido documentar otros almacenes análogos en algunos otros hábitats ibéricos del s. IV a.C.

Aunque sin duda lo que más ha llamado la atención de los estudiosos del enclave han sido los dos templos que presiden el asentamiento desde sus posiciones

⁵⁷³ Sala 2001-2002: 297.

⁵⁷⁴ Llobregat 1965; 1989.

⁵⁷⁵ Bendala 2006: 42.

preeminentes. Así, el llamado “Templo A”⁵⁷⁶, es un edificio de unos 100m², alargado, con un pronaos, una distribución central tripartita, y dos departamentos que se abren al fondo de la estructura. Su puerta principal, flanqueada por dos columnas, daba acceso desde la calle principal del poblado, en tanto que su parte trasera se alzaba, seguramente, sobre el acantilado norte, por lo que su visibilidad para los barcos que navegaban siguiendo el régimen general de corrientes en la región sería máxima⁵⁷⁷. En el interior del “templo A” solo se han hallado materiales revueltos, entre los que destacan algunos pebeteros con forma de cabeza femenina y un posible fragmento de escultura antropomorfa, concretamente la parte posterior de una cabeza humana, además de varias ollas, ánforas y huesos de animales amontonados en la parte occidental del pronaos⁵⁷⁸.

La interpretación de este edificio tan poco común ha sido objeto de un debate aún no resuelto. Desde un principio su excavador, E.A. Llobregat, asumió que se encontraba ante una estructura templar, dada su planta (para la que primero planteó paralelos próximo-orientales, si bien enseguida descartó estos, decantándose por paralelos etruscos), la presencia de dos columnas flanqueando la entrada, y el hallazgo de un fragmento escultórico, lectura que además se veía reforzada con la consideración del almacén como un *thesaurus* del templo⁵⁷⁹. A finales de los años ochenta, sin embargo, M. Almagro y A. Domínguez, partiendo de la interpretación de Cancho Roano y para reforzar aquella, opusieron a esta lectura de Llobregat otra alternativa que contemplaba este edificio como una *regia*, esto es, una construcción con funciones palaciales, administrativas, religiosas y económicas, basándose fundamentalmente en la distribución tripartita del lugar (pretendidamente análoga a las primeras fases de Cancho Roano, y a toda una serie de palacios próximo-orientales y etruscos) y su conexión con un almacén⁵⁸⁰. A partir de entonces, la historiografía se escinde entre ambos modelos interpretativos, si bien en los años noventa surgen nuevas voces que abogan por la lectura sacra del edificio⁵⁸¹, y otras que, criticando los

⁵⁷⁶ Llobregat 1985: 103-105; 1988: 137-139; Olcina, Martínez y Sala 2009: 220-224.

⁵⁷⁷ Vid. Fig. 3.30.

⁵⁷⁸ Llobregat 1983: 491; 1985: 105. Vid. Fig. 3.31.

⁵⁷⁹ Llobregat 1983; 1985.

⁵⁸⁰ Almagro Gorbea y Domínguez 1989.

⁵⁸¹ Domínguez 1997: 96; Oliver 1997: 503.

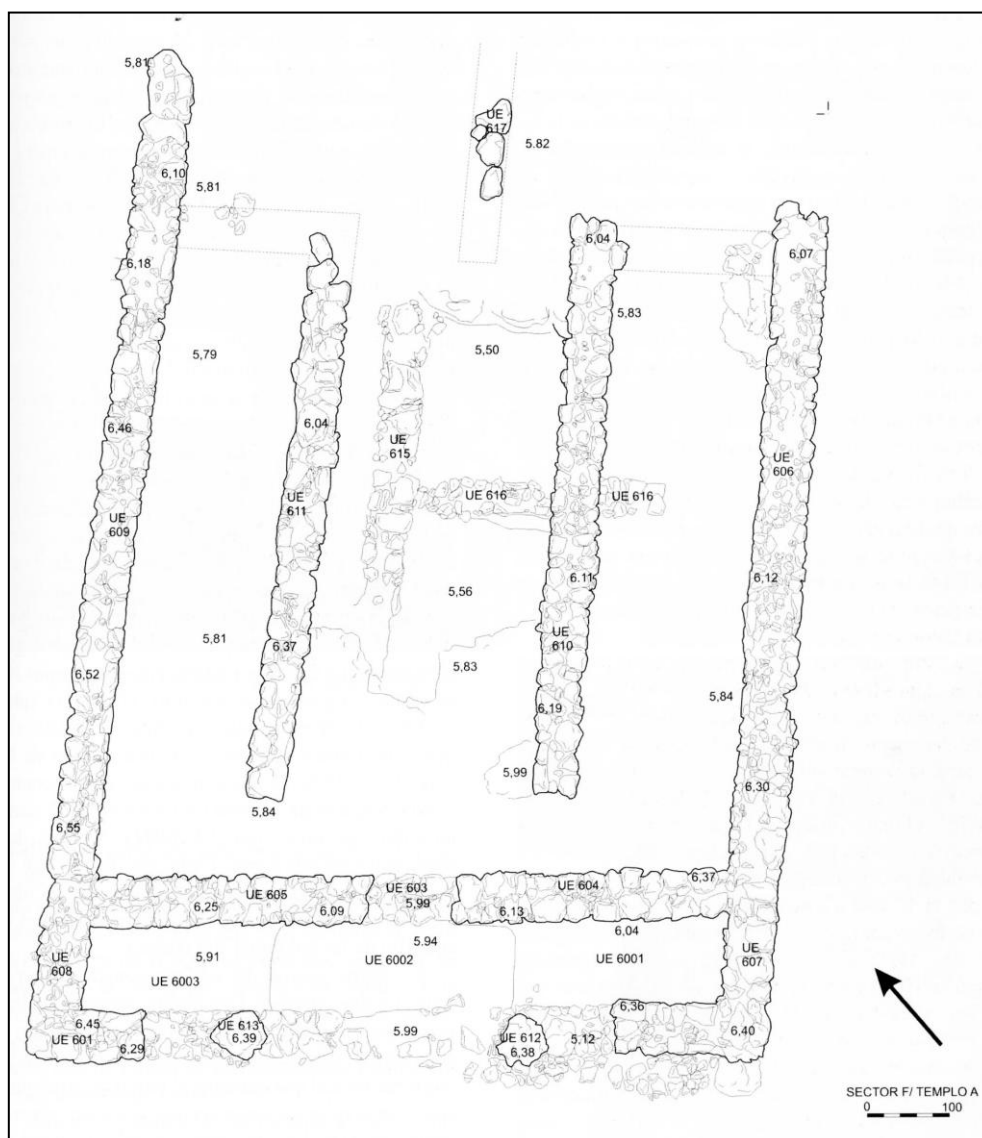


Fig. 3.30. Planimetría del Templo A de la Illeta dels Banyets.

paralelos etruscos propuestos últimamente por Llobregat, ofrecen nuevos paralelos próximo-orientales y púnicos⁵⁸². Ya en la última década, F. Prados propuso incluir el “templo A” entre un conjunto de edificaciones fenicio-púnicas de planta tripartita cuya función era la de almacenes-mercado⁵⁸³, interpretación que recientemente ha matizado proponiendo para la Península Ibérica un modelo de edificios que combinarían las funciones de templo y lugar de comercio, y que se situarían siempre

⁵⁸² Gusi 1997: 181.

⁵⁸³ Prados Martínez 2004.

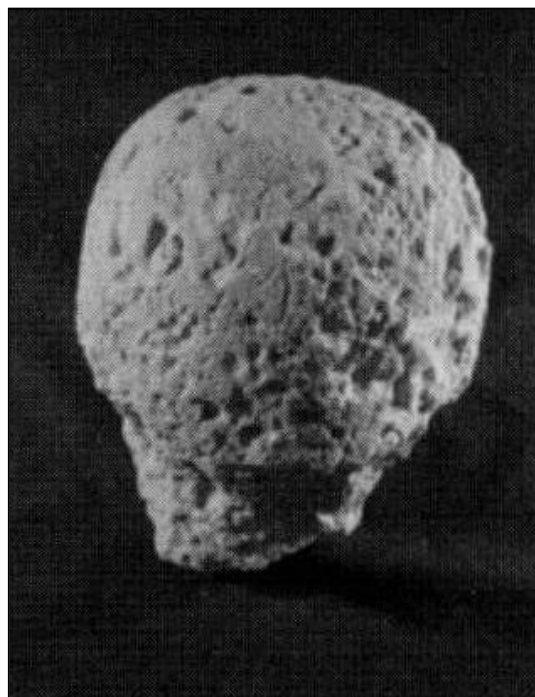


Fig. 3.31. Posible fragmento escultórico hallado en el Templo A de la Illeta dels Banyets.

en lugares liminales⁵⁸⁴. M. Olcina, por su parte, aunque en el último volumen publicado sobre la Illeta dels Banyets parece evitar la peliaguda cuestión, en su artículo de 2005, se decanta por la identificación del edificio como templo, aduciendo el hallazgo del fragmento escultórico y de las terracotas como elementos muy significativos en este sentido, y señalando nuevos paralelos para la planta tripartita entre los templos púnicos⁵⁸⁵. Argumentos que, unidos a la presencia de dos columnas flanqueando la entrada del edificio, en cuya interpretación me detendré en un capítulo posterior, me parecen suficientemente definitorios, por mucho que hace unos pocos años J. Jiménez haya vuelto a insistir en la interpretación como *regia* del edificio y su comparación con Cancho Roano⁵⁸⁶.

La identificación del otro edificio singular es menos problemática, aunque tampoco está exenta de problemas. El llamado Templo B se encuentra a tan solo unos metros del templo A, aproximadamente en la parte central del asentamiento. Se compone de un único recinto cuadrangular, diáfano y de unos 50m², cerrado por un grueso muro con zócalo de piedra. Según E.A. Llobregat, en un primer momento el

⁵⁸⁴ Prados Martínez 2010.

⁵⁸⁵ Olcina 2005: 150-151.

⁵⁸⁶ Jiménez Ávila 2009.

centro del espacio abierto fue ocupado por una estela de piedra sin tallar, que el arqueólogo interpreta como una representación de la divinidad o *massebah*⁵⁸⁷. En una segunda fase, el espacio interior se agranda al estrecharse los muros perimetrales, en tanto que la estela se amortiza bajo una de los dos tambores de columnas dóricas de piedra que se dispusieron en el centro del recinto, uno de los cuales presentaba una oquedad circular horadada en su parte superior y ennegrecida por el fuego, por lo que E.A. Llobregat lo interpretó como la base de un tronco *asserah*⁵⁸⁸. Junto a ellas también se colocaron dos altares, uno de piedra y otro de adobe, y entre medias una plataforma de arenisca sobre la que probablemente se situó un altar de perfumes que también ha sido hallado en el edificio. Perteneciente también a esta segunda fase se encontró en el recinto un pebetero de terracota con forma de cabeza femenina⁵⁸⁹.

La revisión de la documentación y los materiales de las excavaciones de los años ochenta y la realización de nuevos sondeos, sin embargo, permitieron a M.H. Olcina matizar que el espacio interior del templo B no se agrandaría en su segunda fase, que seguramente no se trataría de un espacio a cielo abierto como proponía E.A. Llobregat (pues se documentan restos de improntas de la cubierta vegetal y posibles vestigios de vigas), y que en consecuencia los tambores de columnas podrían no ser bases de una *asserah* sino pertenecer a columnas propiamente dichas⁵⁹⁰.

En todo caso, en un mundo como el ibérico en el que los templos urbanos exentos apenas se atestiguan antes del s. III a.C.⁵⁹¹, en la Illeta dels Banyets nos encontramos con dos edificios singulares que parecen diseñados para acoger actividades culto, y cuya monumentalidad, disposición y ubicación en el entramado urbano los convierten en bastante poco habituales para los cánones ibéricos, sobre todo para su cronología (finales del s. V a.C.) y su localización en el sureste peninsular. Además, ambos parecen responder a prototipos arquitectónicos del ámbito púnico, y en ambos se advierten elementos materiales muebles igualmente relacionados con esa esfera cultural.

⁵⁸⁷ Llobregat 1988 : 141.

⁵⁸⁸ Llobregat 1988: 141. *Vid.* Fig. 3.32.

⁵⁸⁹ Llobregat 1985: 106-108; 1988: 140-142; 1994: 171-172.

⁵⁹⁰ Olcina 2005: 152-153; Olcina, Martínez y Sala 2009: 187-193.

⁵⁹¹ Cf. García Cardiel 2013 a.

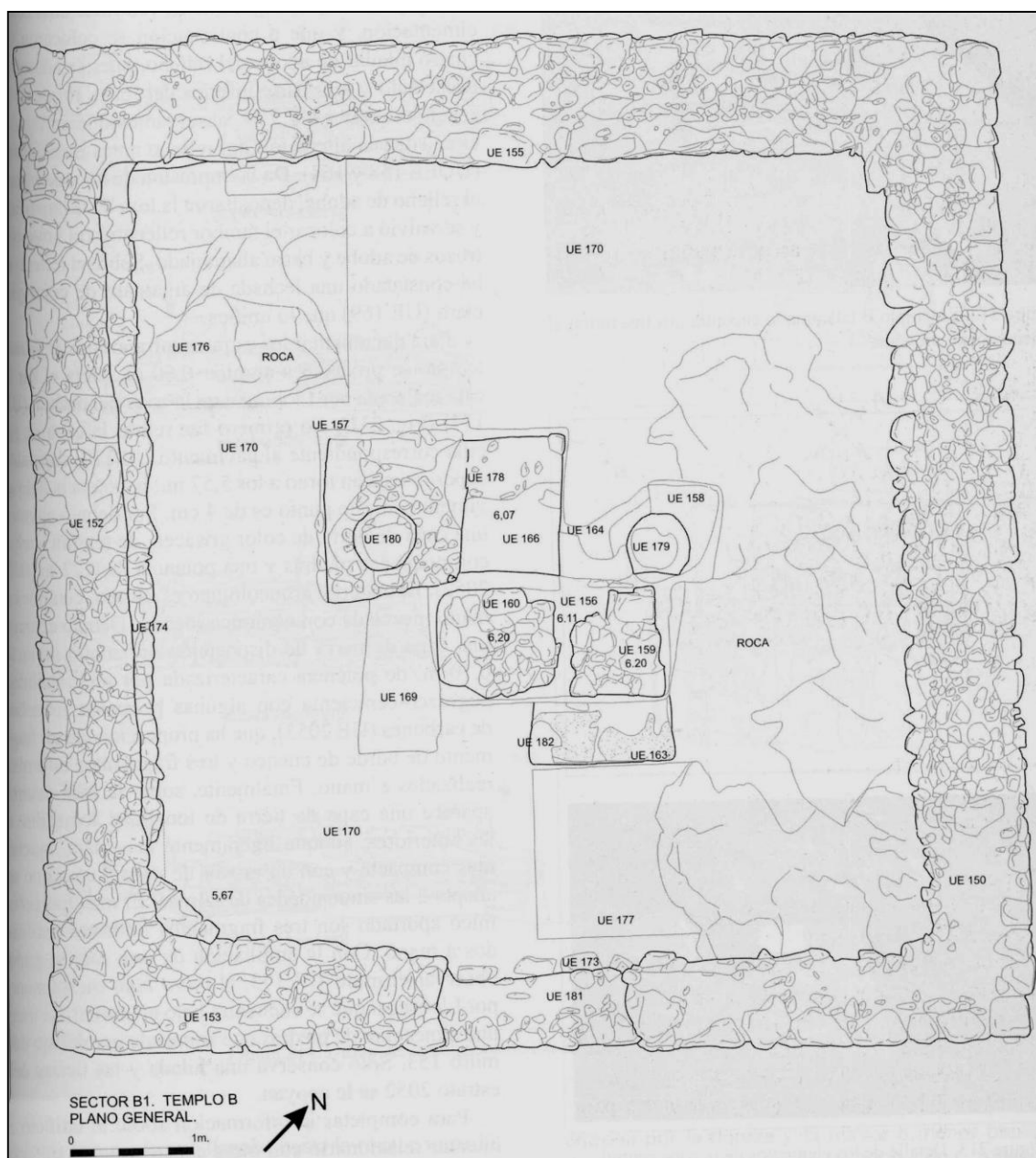


Fig. 3.32. Planimetría del Templo B de la Illeta dels Banyets.

Es por este hecho, unido a todas las circunstancias de las que antes hablaba, por las que toda una serie de autores ha puesto en duda la ibericidad del enclave. Así, por citar únicamente los últimos trabajos, F. Sala sospecha de la participación de un grupo de púnicos en la fundación de la Illeta dels Banyets, grupo que se habría mantenido asentado de forma estable en el puerto⁵⁹², y recientemente ha propuesto incluso la posibilidad de que el lugar fuera fundado y administrado a instancias de la

⁵⁹² Sala 2001-2002: 297.

púnica *Ebussus*⁵⁹³. L. Abad, por su parte, cree que la Illeta podría asimilarse a los asentamientos massaliotas de los que hablaba Estrabón, y que ya he analizado en estas páginas⁵⁹⁴. C. Aranegui, finalmente, viene defendiendo en los últimos tiempos que la Illeta sería un pequeño enclave comercial púnico situado en territorio ibérico⁵⁹⁵.

Y sin embargo, en mi opinión no hace falta recurrir a la habitual estrategia de explicar todo lo “extraño” como “extranjero”. Para empezar, porque un examen detallado del registro pone de manifiesto que ninguno de estos elementos constituye un hápax estricto en la arqueología ibérica. Edificios asimilables a los documentados en Campello los encontramos, como ya hemos visto, en la Alcudia de Elche y Tres Hermanas, e incluso las columnas exentas del templo A podrían haber sido habituales en los santuarios del sureste ibérico, como insistiré en el capítulo siguiente. Por lo tanto, creo que no se puede afirmar con seguridad que en Campello se practicaba un tipo de culto extraño a la religiosidad ibérica, y mucho menos, por lo tanto, que este era llevado a cabo por gentes de otra etnia.

En cambio, propongo que nos encontramos en La Illeta dels Banyets ante los resultados de lo que Ch Gosden⁵⁹⁶ denominó un fenómeno de “colonialismo en un medio cultural compartido”. En este puerto de comercio, en el que la convivencia entre gentes de diversa procedencia y cultura debió ser continuada, no tardaron en surgir estructuras culturales híbridas, radicalmente distintas a las de partida. Las prácticas de consumo, tan estrechamente ligadas a la esfera de lo identitario⁵⁹⁷, nos lo atestiguan, gracias por ejemplo a la abundancia de platos de pescado documentados en La Illeta, raros en otros asentamientos ibéricos. Es posible que este elevado grado de hibridación estuviera en realidad enmascarando la explotación colonial a la que los comerciantes llegados del Mediterráneo Central y Oriental estaban sometiendo a las gentes locales⁵⁹⁸, pero en todo caso posiblemente esta explotación no sería percibida como tal por la mayoría de la población, y no desde luego por las elites locales, que se verían beneficiadas por estos contactos. El prestigio que el gobernante carismático

⁵⁹³ Sala 2010: 943.

⁵⁹⁴ Abad 2009: 29.

⁵⁹⁵ Aranegui 2011: 148; 2012: 158 y 214.

⁵⁹⁶ Gosden 2008: 57-100.

⁵⁹⁷ Dietler 2009: 31-32; Notario 2012.

⁵⁹⁸ Van Dommelen 1997: 309.

adquiere gracias a sus contactos con gentes provenientes de espacios lejanos, contactos que suelen traducirse en la adquisición de bienes exóticos y de valiosa información, se constituye en una herramienta ideológica fundamental para legitimar su preeminencia social⁵⁹⁹, por lo que no resulta extraño que una comunidad local comience a construir y expresar su identidad utilizando un lenguaje ambiguo, caracterizado por una fuerte componente “exógena”, fácilmente comprensible para las poblaciones mediterráneas con las que estas gentes estarían en continuo contacto, siempre y cuando dichos elementos “exógenos” puedan ser integrados sin rupturas aparentes en las propias estructuras locales⁶⁰⁰.

Así pues, independientemente del origen último, “genético”, de cada uno de los habitantes de La Illeta (posiblemente muy mezclado, como resulta esperable de un puerto como este), seguramente esta comunidad desarrolló una identidad y una cultura híbridas que la diferenciaban de las poblaciones de su entorno⁶⁰¹. En este contexto puede explicarse, quizás, que estas gentes hicieran mayor hincapié en aquellos aspectos de la religiosidad ibérica más cercanos a las costumbres religiosas de los comerciantes que continuamente llegarían al puerto, y que las elites locales invirtieran grandes cantidades de recursos en la construcción de dos templos que, siendo poco frecuentes para la arquitectura ibérica tradicional, dieran cabida a este tipo de culto compartido, comprensible para “iberos” y “extranjeros”, y que sin duda facilitaría la convivencia y las transacciones comerciales entre ambos⁶⁰².

3.5.2. La punicización de un mundo ibérico en guerra.

En ocasiones se ha afirmado que los ibéricos entraron definitivamente en el mundo helenístico mediterráneo de la mano de los ejércitos bárquidas⁶⁰³, y seguramente con mucha razón. Y es que, pese a la brevedad de la administración cartaginesa de Iberia y pese a su limitada implantación territorial, todo parece apuntar a que el breve período que transcurrió entre el 237 y el 204 a.C. acarreó consecuencias fundamentales para el mundo ibérico a todos los niveles, incluido el plano ideológico.

⁵⁹⁹ Helms 1988.

⁶⁰⁰ Van Dommelen 2002.

⁶⁰¹ García Cardiel 2014 c: 82-84.

⁶⁰² Domínguez 2001.

⁶⁰³ Cf. por ejemplo Almagro Gorbea 1990; Jaeggui 1999: 200.

Las comunidades ibéricas por primera vez entraban en contacto directo, físico, con un aparato político estatal fuertemente desarrollado para la época, que cuando no las doblegó directamente por la fuerza de las armas impuso su hegemonía mediante el establecimiento de pactos y alianzas y el desarrollo del comercio. Ello les obligó a reaccionar y desarrollar nuevas estrategias sociopolíticas (y, consecuentemente, nuevos discursos identitarios y nuevas cosmovisiones) para sobrevivir en el nuevo contexto. Por consiguiente, los pueblos ibéricos con los que se encontró Roma cuando comenzó su invasión de *Hispania* habían sido ya radicalmente transformados en el curso de unas pocas décadas de guerra, ocupación y colonialismo. La subsiguiente conquista y provincialización del mundo ibérico no harían sino continuar y matizar un proceso ya iniciado.

Uno de los ámbitos para los que más se ha hablado de influencia púnica durante el período bárquida es el de la poliorcética, pues durante la segunda mitad del s. III a.C. ciertas comunidades del sureste se rodearon de potentes fortificaciones que incorporaban toda una serie de técnicas arquitectónicas propias de la edilicia púnica y, sobre todo, se equipaban para hacer frente a un tipo de guerra de asaltos, sitios y asedios habitual en el mundo helenístico pero que era desconocido hasta entonces en la Península. Es el caso de las murallas de Carmona (Sevilla), Carteia (San Roque, Cádiz) y Castillo de Doña Blanca (Cádiz)⁶⁰⁴, y también, ya en nuestra zona de estudio, de *Carthago Noua*⁶⁰⁵, Loma del Escorial⁶⁰⁶ y Tossal de Manises⁶⁰⁷. Pero, al menos en lo que al sureste se refiere, se trata seguramente en todos los casos de puntos fuertes dominados directamente por los púnicos y desde los que estos ejercerían el control del territorio circundante, motivo por el que se defenderá estos enclaves con la tecnología más eficaz disponible en el momento. Ahora bien, y tal y como viene insistiendo M. Bendala, en la construcción de estas murallas igualmente intervienen factores ideológicos, que no hemos de olvidar: la concepción del príncipe helenístico, que está profundamente arraigada entre los cartagineses y que llega con ellos a la Península, basa la preeminencia de este en buena medida en sus capacidades como militar y defensor de su comunidad, por lo que la erección de estas fortificaciones no es más

⁶⁰⁴ Bendala 2000; Bendala y Blánquez 2002-2003; Prados Martínez y Blánquez 2007: 64-67.

⁶⁰⁵ Bendala y Blánquez 2002-2003: 148.

⁶⁰⁶ García Cano y Ruiz Valderas 1995-1996: 130-131.

⁶⁰⁷ Olcina 2005: 159-161.

que la materialización de esta ideología a escala local⁶⁰⁸. Una ideología que, como se verá en el capítulo correspondiente, los iberos comprenderían perfectamente.

De cualquier manera, el influjo cartaginés se percibe igualmente en otros ámbitos, como el religioso. Así, en las necrópolis del sureste se documentan para esta época un puñado de hipogeos funerarios que rompen radicalmente con las tradiciones mortuorias ibéricas pero que resultan idénticos por ejemplo a los de Sabratha⁶⁰⁹, no solamente en relación con enclaves para los que asumiríamos una población púnica, tales como *Carthago Noua* o Albufereta, sino también en otros de cuya ibericidad por el momento no puede dudarse, como la Alcudia de Elche⁶¹⁰. Por lo que respecta a los santuarios, ya veremos en un capítulo posterior como en algunos de ellos como en el de la Serreta se perciben ciertos cambios en el culto que posiblemente deban ser puestos en relación con la presencia bárquida en el sureste, y las estrategias ideológicas que las elites locales pondrían en práctica para legitimar su posición frente al nuevo poder hegemónico. En un sentido similar podría entenderse, creo, el templo de la Escuera, un edificio que S. Nordström detectó en el sector B del asentamiento, cercano a la periferia del mismo⁶¹¹, y que se debió levantar en algún momento del s. III a.C.⁶¹², esto es, en la última fase de vida del poblado, que sería destruido a finales de dicha centuria. Se trata de un edificio singular de planta compleja, con patios y estancias con columnas exentas, que se ha comparado con el santuario de Kerkouan (Túnez) y otras áreas sacras púnicas de la época⁶¹³ pero que, no lo olvidemos, encuentra también paralelos en los santuarios de Torreparedones (Baena, Córdoba), Cigarralejo (Mula, Murcia) y Sant Miquel de Lliria (Valencia)⁶¹⁴.

Pasando ya al terreno de las imágenes, merece la pena sacar a colación el broche de cinturón de El Amarejo, una plaquita de hierro recubierta de plata y remachada en bronce decorada con un guerrero que lleva las riendas de un caballo

⁶⁰⁸ Bendala 2005: 44-45.

⁶⁰⁹ Bessi 2002.

⁶¹⁰ Prados 2002-2003: 207.

⁶¹¹ Nordström 1967.

⁶¹² Abad y Sala 2001: 259-261. *Vid.* Fig. 3.33.

⁶¹³ Gusi 1997: 183-191; Bendala 2005: 43.

⁶¹⁴ Abad y Sala 1997: 98-99.

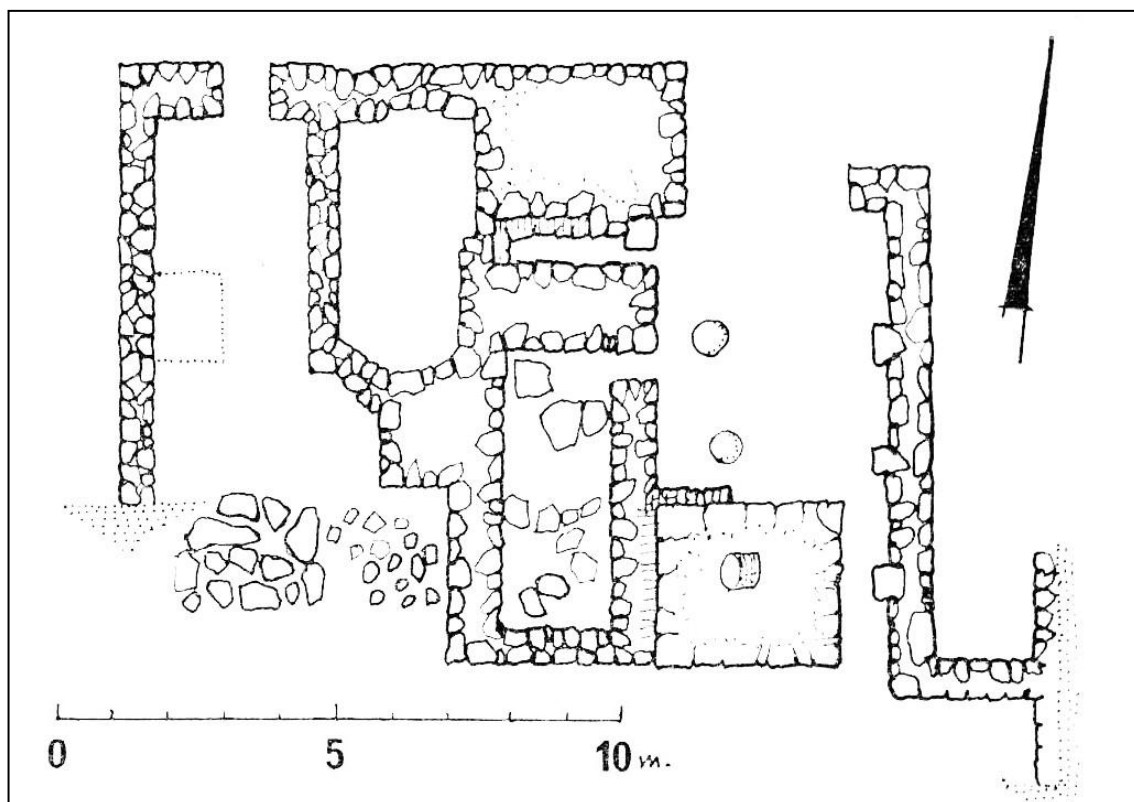


Fig. 3.33. Planimetría del templo de La Escuera.

enjaezado, tras el cual se vislumbra una palmera⁶¹⁵. Aunque se ha insistido en repetidas ocasiones en que el motivo tendría una función meramente estética a pesar de haberse hallado la plaquita de cinturón en el interior del depósito ritual del poblado⁶¹⁶, lectura que no comparto⁶¹⁷, parece evidente que el esquema caballo-palmera debe ponerse en relación con el conocido icono cartaginés, repetido por ejemplo en las monedas acuñadas en la capital púnica y en *Carthago Noua*⁶¹⁸. El depósito en el que apareció esta fecha fue fechado por su excavador entre mediados del s. IV a.C. y finales del III a.C.⁶¹⁹, aunque ya J.J. Blánquez reparó en que la dispersión de los fragmentos de unos mismos vasos a lo largo del relleno del depósito indicaba

⁶¹⁵ Vid. Fig. 3.34.

⁶¹⁶ Broncano 1989: 86; Mata *et alii* 2010: 49-50.

⁶¹⁷ Como ya se explicó en el capítulo introductorio, me resulta difícil aceptar que cualquier decoración es meramente “decorativa”, entendiéndolo por tal que no está relacionada con las estructuras ideológicas de una sociedad. Si un individuo elige un motivo determinado para colocarlo en su cinturón, y más aún si después arroja ese cinturón en un depósito votivo, será seguramente porque es capaz de asociar ese motivo determinado con una historia o una leyenda, o bien porque ese motivo se ha convertido en “mitema” reconocible para su sociedad y asociable a determinadas connotaciones y significados.

⁶¹⁸ Villaronga 1973: 60-61 y 127-128. Vid. Fig. 3.35.

⁶¹⁹ Broncano 1989: 33-34.

que este se había formado de una sola vez, luego su cronología correspondería propiamente a finales del s. III a.C.⁶²⁰, fecha que permite poner en relación nuestra plaquita de cinturón con la presencia bárquida.

Seguramente también datable en esta misma época sea el vaso hallado en Cola de Zama Norte (Hellín, Albacete), una tinaja de borde exvasado en la que un *carnassier* aparece enmarcado en un paisaje vegetal en el que destaca una palmera⁶²¹, imagen que recientemente ha sido considerada imitación de las susodichas monedas púnicas, algunas de las cuales colocan junto a la palmera no el habitual caballo sino un león⁶²². En mi opinión, esta imagen efectivamente podría contener una referencia iconográfica directa al emblema púnico, pero no podemos perder de vista que la escena original recogía otros elementos que no se nos han conservado, o que lo han hecho parcialmente: como ya señalé en un trabajo anterior⁶²³, creo que a la derecha de la parte de la imagen conservada se situaba un guerrero en disposición de enfrentarse al monstruo, pues el elemento troncocónico que se vislumbra en la parte inferior de la imagen y del que sobresalen una hilera de pequeños segmentos es muy semejante a las piernas de los guerreros representados en la cerámica de la Serreta, con esos flecos tan característicos, en tanto que el elemento pistiliforme que se alza sobre la cabeza de la bestia podría ser, por su forma y posición, una falcata blandida por el supuesto guerrero. En definitiva, encontramos en esta necrópolis albaceteña un vaso que representa un motivo clásico de la iconografía ibérica de la época, el combate entre el héroe y el monstruo, pero para ello incluye en la escena, como si de una cita se tratara, un esquema iconográfico emblemático de la iconografía púnica que seguramente sería reconocible por sus eventuales observadores. La cronología de este vaso es difícil de determinar, aunque por sus características estilísticas, quizás deba ser ubicado a finales del s. III a.C., con paralelos en la cerámica de la Serreta.

Finalmente, merece la pena rescatar en este recuento el sillar de Pino Hermoso (Orihuela, Alicante), un bloque paralelepípedo de arenisca que apareció en la mencionada finca en el curso de las labores agrícolas, y en una de cuyas caras se

⁶²⁰ Blánquez 1996: 158-159.

⁶²¹ Olmos 1992: 46, nº 5. *Vid.* Fig. 3.36.

⁶²² Rueda y Olmos 2010: 43; Mata *et alii* 2010: 45-46.

⁶²³ García Cardiel 2014 a: 168.



Fig. 3.34. Broche de cinturón de El Amarejo.



Fig. 3.35. Trishekel cartaginés.



Fig. 3.36. Vaso de Cola de Zama Norte.

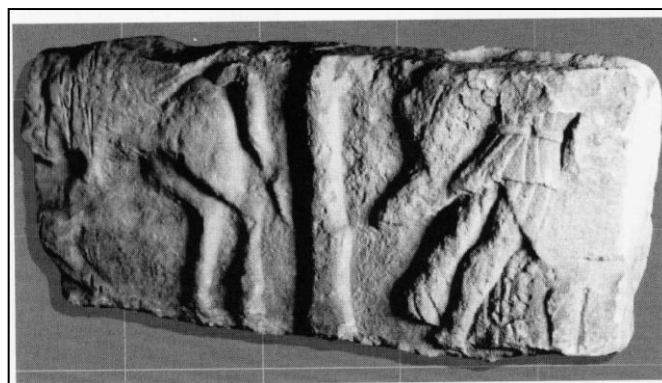


Fig. 3.37. Relieve de Pino Hermoso.

representa un caballo alado (que podría estar montado por un jinete) y una figura antropomorfa alada, separados ambos seres por un elemento vertical que en su momento fue identificado como un tronco de árbol⁶²⁴. El sillar muestra además las mortajas de dos grapas en T, que fueron tomadas por M. Almagro y F. Rubio como evidencia de la pertenencia del mismo a un monumento turriforme⁶²⁵. Aunque profundizaremos en otro momento en la interpretación de esta escena, valga por el momento constatar que la misma se compone de una serie de elementos bastante extraños en la iconografía ibérica, y que desde el primer momento fueron puestos en relación con la plástica helenística⁶²⁶. Por lo que respecta a la cronología, en un principio fue datado a mediados del s. III a.C. debido a los paralelos estilísticos y temáticos disponibles (el relieve de Osuna con palmera y cierva, por ejemplo, o la pátera de Tivissa), pero especificándose que había de ser anterior a la conquista bárquida, pues la presencia de los ejércitos púnicos no parecía a los autores un contexto demasiado adecuado para la erección de grandes monumentos turriformes, tal y como ellos mismos reconocen⁶²⁷. Ahora bien, en realidad todos los paralelos mencionados por ellos, así como otros que más tarde propuso F. Prados, remiten más bien a finales de la tercera centuria⁶²⁸, y de hecho no veo inconveniente para situar la construcción del monumento al que perteneciera este relieve, fuera del tipo que fuera, durante la presencia bárquida, momentos durante los cuales los aristócratas de las diversas comunidades se vieron seguramente impelidos, como vengo diciendo, a reelaborar nuevos discursos identitarios, aunque para ello requirieran invertir abundantes recursos.

En definitiva, las consecuencias de la ocupación bárquida de una parte del mundo ibero, pese a su corta duración, fueron mucho más allá de los resultados directos de la guerra y las consiguientes destrucciones, impuestos y exenciones de todo tipo. La presencia directa del Estado cartaginés en la región transformó de manera radical el equilibrio de poderes existente en el marco colonial del sureste ibérico, obligando a las distintas comunidades a renegociar de nuevo su posición frente

⁶²⁴ Almagro y Rubio 1980: 346-348. *Vid.* Fig. 3.37.

⁶²⁵ Almagro y Rubio 1980: 348-352.

⁶²⁶ Almagro y Rubio 1980: 352-356; Marín Ceballos 1983: 715.

⁶²⁷ Almagro y Rubio 1980: 356-358.

⁶²⁸ Prados Martínez 2002-2003: 218-219; Cf. Olmos (2004 a: 76-77) para el relieve de Osuna.

a la nueva fuerza hegemónica. Ello motivó el surgimiento de nuevos discursos identitarios, parte de los cuales tenderían a naturalizar las relaciones y pactos establecidos con el poder púnico. Para ello, se transformaron las antiguas estructuras ideológicas, monumentalizando algunos santuarios y variando ligeramente el culto en otros, introduciendo elementos punicizantes en la iconografía ibérica tradicional... con todo lo cual se trataba de utilizar los intersticios existentes en las antiguas estructuras ideológicas para matizarlas de manera que pudieran ser mejor comprendidas y aceptadas por el nuevo poder hegemónico cartaginés. Si la divinidad patrona de la comunidad cívica ilicitana, por poner un ejemplo, se revestía de los atributos de Tanit más “razonables” desde la lógica del imaginario ibérico, podría ser más fácilmente tolerada y respetada por los ocupantes cartagineses, sin que ello entrañaba una transformación profunda en el culto ni una sustitución de las antiguas deidades.

Ello entrañó, desde mi punto de vista, el surgimiento de toda una serie de discursos identitarios híbridos entre cuyos fundamentos es perceptible una componente púnica, parte de los cuales de hecho no desapareció del sureste ibérico tras la definitiva expulsión de los cartagineses de la Península a resultas de la Segunda Guerra Púnica.

Así, si las evidencias más claras de esta componente identitaria púnica son rápida y sistemáticamente erradicadas en tanto que podían suponer un elemento de contestación frente a la dominación romana, otras menos evidentes pueden rastrearse durante todo el período iberohelenístico, incorporándose sin problemas a las estructuras culturales que conocemos como iberorromanas.

Por poner algunos ejemplos de esta última afirmación con los que cerrar el presente apartado, vale la pena reparar en el abandono o destrucción de los espacios sacros de las comunidades más directamente vinculadas al bando cartaginés durante la II Guerra Púnica, como los santuarios de Escuera y Serreta, o la necrópolis de Tossal de Manises⁶²⁹, o también en que, frente a las primeras emisiones de Saitabi, bilingües en ibérico y púnico⁶³⁰, las sucesivas acuñaciones en la ciudad ya solo incorporarán el

⁶²⁹ García Cardiel 2014 d.

⁶³⁰ Beltrán Martínez 1961-1962.

nombre de la ceca en ibérico o en latín⁶³¹. Por contra, la mayoría de los santuarios púnicos o punicizantes continuaron siendo frecuentados tras la conquista romana, e incluso en ocasiones entraron en auge⁶³², como sucede con el de Castillo de Guardamar⁶³³ o, parece ser, el de la Malladeta (Vila Joiosa, Alicante)⁶³⁴, cuyas excavaciones se han concluido hace tan solo unos meses, abundando en ambos la deposición de pebeteros con forma de cabeza femenina y demás tipos de terracotas. Por su parte, los discursos ideológicos ilicitanos se articularán a partir del s. II a.C. y hasta la plena integración de la región en el Imperio a partir de la figura de una divinidad femenina que, como ya apunté en su momento, se revistió de toda una serie de atributos que podrían asemejarla a la Tanit púnica⁶³⁵. Finalmente, y sin necesidad de ir más lejos, el empleo de los pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina, que los romanos debían conocer perfectamente y asociar al mundo púnico siciliano, se mantiene en buena parte del ámbito ibérico durante mucho tiempo, detectándose por ejemplo su empleo en la propia Alcudia de Elche hasta su misma promoción colonial⁶³⁶.

Y sin embargo, hay que reconocer que, por lo que sabemos hasta el momento, en el sureste peninsular no proliferaron tras la II Guerra Púnica discursos identitarios abiertamente punicizantes ni comunidades que articularan su cohesión cívica a través de una supuesta memoria púnica, como, veíamos páginas atrás, sí que las hubo en relación con un supuesto pasado griego construido *ad hoc*. Incluso *Carthago Noua* parece olvidar inmediatamente su condición de fundación bárquida. Y ello es tanto más reseñable cuanto que muchas de las ciudades de la Bética⁶³⁷, como igualmente otras del Norte de África⁶³⁸, sí que asumieron como referente identitario cívico una

⁶³¹ Ripollés 2002 a; 2007. A diferencia de lo que ocurrió en el sureste con esta acuñación tentativa iberopúnica, las ciudades de la Bética, en las que la identidad fenicio-púnica estaba más enraizada y resultaba menos problemática en relación con la provincialización romana, emitieron moneda con escritura y tipos fenicios durante bastante tiempo; cf. García-Bellido 1990 a; Blázquez 1995: 150-156; Domínguez 2000 a; Mora Serrano 2007: 410.

⁶³² Ferrer Albelda 2004: 113-115; Arteaga, Blech y Roos 2007.

⁶³³ Abad 1992: 233-234.

⁶³⁴ Rouillard 2008; Rouillard, Moratalla y Espinosa 2011; Rouillard, Espinosa y Moratalla 2014.

⁶³⁵ Blázquez 1995: 159; 1998-1999; González Alcalde 1997; Poveda y Vázquez 2000.

⁶³⁶ Moratalla y Verdú 2007: 346.

⁶³⁷ Bendala 1982; 2002; 2012; López Castro 1994; 2004; Álvarez Martí-Aguilar 2012; Mora Serrano y Cruz 2012, Vaquerizo 2012.

⁶³⁸ Crawley 2012.

reivindicación del pasado feniciopúnico, valiéndose de que, en contra de lo que hoy día nos pudiera parecer, ni siquiera en los momentos inmediatos a las Guerras Púnicas existió entre la intelectualidad grecorromana un desprecio estereotipado hacia lo fenicio, sino más bien una admiración por sus logros culturales⁶³⁹.

Es muy posible que esta amnesia colectiva sea una de las consecuencias directas de lo enconado de los combates de la II Guerra Púnica y de la manera en la que esta concluyó, con una parte de la aristocracia romana que no dejó de considerar que la victoria sobre Carthago no había sido definitiva. Pero, como se ha demostrado en varias ocasiones tanto desde la perspectiva histórica como antropológica, también se puede recordar olvidando⁶⁴⁰, de tal manera que el olvido colectivo forzado en ocasiones provoca su contrario, una memoria social que termina por florecer en el momento más inesperado. Quizás de esa manera pueda explicarse que, tras más de un siglo de abandono, como veremos en su momento, el santuario de la Serreta volviera a ser frecuentado; o que en algún momento indeterminado entre los ss. I y III d.C.⁶⁴¹ al santuario de la Cueva Negra (Fortuna, Murcia), en el que se perciben reminiscencias de cultos púnicos⁶⁴², acudiera un personaje que se decía sacerdote de Esculapio (es decir, de Baal Hamón romanizado) en Ebusus⁶⁴³, tal y como señala en su dedicación: “*L Oculatius Rusticus et Annius Crescens sacerdos Asculapi Ebusitani*”.

3.6. Identidades iberorromanas e identidades hispanorromanas.

Desde hace algunas décadas, el concepto tradicional de “romanización” viene siendo discutido y criticado por una parte importante de la historiografía, que insiste, siguiendo de un modo más o menos estrecho los postulados postcoloniales, en que la integración de los diversos pueblos en las estructuras romanas no puede concebirse como un proceso unilineal, progresivo ni teleológico⁶⁴⁴. Incluso el concepto de resistencia, propugnado en los años setenta por M. Bénabou⁶⁴⁵ como réplica al

⁶³⁹ Gruen 2011: 138-139; Álvarez Martí-Aguilar 2012.

⁶⁴⁰ Loraux 1988; Bradley 2002: 37-42; 2003: 223-224.

⁶⁴¹ Stylow y Mayer 1996; González Blanco 1996: 511-512.

⁶⁴² Cf. Stylow 1992; González Blanco 1994.

⁶⁴³ Mayer 1990.

⁶⁴⁴ Para una defensa actual del concepto de “romanización” y una respuesta a estas críticas, cf. en último lugar Bardet 2010.

⁶⁴⁵ Bénabou 1976.

paradigma tradicional de la romanización, encuentra hoy contestación, pues “romanos” e “indígenas” no pueden ser conceptualizados como esferas homogéneas y estancas que entran en colisión cultural⁶⁴⁶. En vez de ello, en la actualidad se tiende a explicar el proceso en términos de “cambio cultural”, en tanto que el contacto cultural cataliza una nueva negociación identitaria entre los distintos segmentos sociales de cada una de las comunidades implicadas, cuyo resultado será un nuevo *middle ground* de identidades híbridas en el que cada grupo busque y asuma su papel en la nueva estructura de poder generada por la conquista. De este modo, la supuesta “romanización” cristalizará de manera distinta y a diferentes ritmos según el lugar y la época, dependiendo de los grupos sociales implicados y sus intereses diversos, las peculiaridades de cada sociedad local en cada momento dado, y las propias coyunturas cambiantes de la política romana⁶⁴⁷.

Por tanto, y ya centrándonos en las comunidades ibero-romanas del levante peninsular, creo que modelos como el que proponen Á. Fuentes o M.M. Ros, por poner solo dos ejemplos, para explicar la disolución paulatina de “lo ibérico” en lo “romano”, en este caso a través del estudio de las prácticas funerarias⁶⁴⁸ y de la cerámica⁶⁴⁹ respectivamente, no terminan de ofrecer una imagen completa del fenómeno, pues emplean el concepto de “perduración” para explicar la presencia de rasgos culturales de raigambre ibérica en unas sociedades hispanas que se van progresivamente romanizando, esto es, entienden que se trata de prácticas residuales obsoletas en la acumulativa aprehensión de las técnicas y estructuras ideológicas romanas. Por el contrario, tal y como señala acertadamente M. Bendala, las supuestas “perduraciones” son un elemento esencial de las síntesis culturales que se producirán en tierras provinciales⁶⁵⁰. Unas síntesis culturales que nuestra aproximación tradicional al fenómeno de la “romanización”, de trasfondo marcadamente imperialista, ha tendido a obviar, pero que cada vez se ponen más de manifiesto a través del estudio

⁶⁴⁶ Woolf 1995: 340-341.

⁶⁴⁷ Woolf 1995; Keay 1996: 149; Van Dommelen y Terrenato; Farney 2007; Adler 2011; Sánchez-Moreno 2011 a.

⁶⁴⁸ Fuentes Domínguez 1991.

⁶⁴⁹ Ros 1989.

⁶⁵⁰ Bendala 2002, 137-140.

concienzudo de las fuentes literarias⁶⁵¹ y arqueológicas y sobre todo a partir de una aproximación local o regional⁶⁵².

En consecuencia, hasta momentos muy posteriores a la conquista romana observaremos en territorio hispano desarrollos culturales que no son “ibéricos” pero que tampoco terminan de ser “romanos”, híbridos en definitiva, política y económicamente incluidos en la estructura de poder provincial pero que deben ofrecer respuestas oportunas a los problemas propios que surgen en estas sociedades en transformación.

Sentadas estas bases, pasemos a tratar concretamente el asunto de los discursos identitarios iberorromanos. En lo primero en lo que cabría reparar es que, en contra de lo que tradicionalmente se ha pensado, el proyecto imperial romano (en el caso de que pudiera aceptarse como tal su existencia para la época republicana, algo por otra parte nada claro) no parece que entrañara un interés concreto por la construcción de una identidad romana provincial y su difusión entre los pueblos conquistados⁶⁵³. Por el contrario, la provincialización, y por tanto la inclusión de estas gentes en un nuevo sistema político con las consiguientes transformaciones en los equilibrios de poder consiguientes, más bien parece que impulsaron a estas a dotarse de nuevos discursos identitarios propios tendentes a legitimar la nueva realidad vigente y a asentar un mejor acomodo para ellas en el nuevo espacio de poder, y para sus elites en el seno de sus respectivas comunidades. Así por ejemplo, en los últimos años P. Van Dommelen argumentó que el desarrollo aparente de la cultura púnica en Cerdeña una vez incluida esta bajo el control romano no respondía a ningún tipo de resistencia frente a la “romanización” oficial, sino más bien al surgimiento de una identidad local sarda, catalizada por la presencia romana, que emplea para expresarse una serie de referentes culturales que serían considerados “tradicionales” en la isla, pero no por fuerza “púnicos”⁶⁵⁴; e igualmente J. Prag demostró que tras la I Guerra Púnica en Sicilia la autoridad romana en ningún momento buscó perseguir, sino que más bien en ocasiones potenció, el surgimiento de una identidad local helenizante,

⁶⁵¹ Cf. por ejemplo Cruz 2002-2003.

⁶⁵² Cf. por ejemplo Molinos y Rueda 2011.

⁶⁵³ Woolf 2002.

⁶⁵⁴ Van Dommelen 2007.

perfectamente integrada y coherente bajo la administración provincial romana⁶⁵⁵. Otro tanto sucedió, posiblemente, en las *Hispaniae*, tal y como una reciente obra colectiva ha puesto de manifiesto, aunque sin apenas prestar atención específicamente al mundo ibérico levantino y del sureste⁶⁵⁶.

En un artículo publicado en el volumen al que me acabo de referir, F. Pina Polo señala que Roma impulsó en *Hispania* la figura de la ciudad como el referente identitario fundamental de los indígenas⁶⁵⁷, y posiblemente así fuera concretamente en el mundo ibero, donde por otra parte el proceso urbano tuvo un recorrido más temprano que en otras áreas culturales peninsulares. De hecho, en este mismo capítulo he expuesto ya cómo, según creo, algunas comunidades cívicas del sureste peninsular se dotaron de una identidad y de un pasado “griegos” desde los cuales mejorar su posición frente al poder romano. Pero estos discursos no fueron los únicos, tal y como por ejemplo los estudios sobre la decoración cerámica iberorromana están poniendo de relieve.

Así, a partir del último tercio del s. III a.C. en algunos núcleos, y de comienzos del II a.C. en otros, en la decoración cerámica ibérica irrumpieron los motivos figurativos. Aunque este no es el lugar para profundizar en el tema, baste decir que la extensión de la iconografía figurativa a este nuevo tipo de soporte se ha puesto en relación directa generalmente con las nuevas necesidades de la elite dirigente, que requería para construir y difundir sus nuevos discursos ideológicos de unos nuevos vectores más fácilmente distribuibles entre las elites locales de las distintas comunidades, algo cada vez más necesario debido a la mayor complejidad social⁶⁵⁸. De hecho, tradicionalmente la decoración figurativa sobre cerámica se había venido dividiendo en “estilos” (Elche-Archena, Olivia-Liria y Azaila, fundamentalmente), que correspondían con otras tantas etnias, según la visión histórico-cultural tradicional, pero desde hace ya más de una década, y pese a que esta vieja división aún se mantiene implícita en una parte importante de la historiografía, diversos autores vienen defendiendo que las diferencias estilísticas y temáticas observadas entre unas cerámicas y otras dependen fundamentalmente de las necesidades de las elites locales

⁶⁵⁵ Prago 2011.

⁶⁵⁶ Caballos y Lefebvre (eds.) 2011.

⁶⁵⁷ Pina 2011.

⁶⁵⁸ Santos Velasco 2003: 161.

que las ordenaban fabricar en cada momento⁶⁵⁹. Ello explica por ejemplo que, obviando por un momento las peculiaridades locales en cada caso, los vasos de la “contestana” Serreta, fabricados a finales del s. III a.C., muestren un acusado parecido temático y estilístico con los de la “edetana” Lliria, en tanto las decoraciones ilicitanas evidencian puntos en común con los de Villares de Caudete o Valencia, muy posteriores en los tres casos a la conquista romana.

En definitiva, y volviendo de este pequeño excursus, las elites aristocráticas de algunos de los principales núcleos urbanos del sureste y levante ibéricos impulsaron la plasmación y difusión de sus mensajes ideológicos a través de la decoración cerámica figurada, alcanzando los vasos una dispersión comarcal en torno al territorio controlado por esta aristocracia pero exportándose rara vez más allá del mismo. Se trata de recipientes únicos en cada caso, con unos motivos que pueden agruparse en temas bien definidos pero que rara vez se repiten de un vaso a otro, y que posiblemente respondan a lo que R. Olmos denominó hace ya años como “vasos de encargo”, ejecutados por el artesano según los deseos concretos del gobernante de turno⁶⁶⁰. Su decoración es propiamente ibérica, y de hecho retoma viejos elementos de la iconografía ibérica que encontrábamos siglos atrás en la escultura⁶⁶¹, pero también está preñada de referencias a nuevos motivos y fórmulas itálicas o más ampliamente helenísticas⁶⁶², como resulta propio de la iconografía de unas elites que ya no son del todo “ibéricas” pero que tampoco terminan de ser “romanas”. No me parece adecuado, por tanto, tildar a este tipo de decoraciones de “continuidad” de la plástica ibérica en la Hispania romana⁶⁶³, pues no hablamos de la reminiscencia de un tipo de decoración propia de épocas anteriores, sino de las producciones híbridas de un tipo de sociedades muy concretas, las iberorromanas.

Ahora bien, ¿de qué manera este tipo de decoraciones figurativas materializarán los discursos identitarios de las diversas comunidades cívicas iberorromanas? En primer lugar, pienso que debemos tener en cuenta la territorialización de las decoraciones. Así, si durante las fases anteriores buena parte

⁶⁵⁹ Tortosa 1996; 1998; 2004; Aranegui 2000.

⁶⁶⁰ Olmos 1987: 21-24. Cf. también Tortosa 2004: 177-178.

⁶⁶¹ Ruiz Bremón 1994: 200.

⁶⁶² Olmos 2000: 69-70.

⁶⁶³ Cf. por ejemplo Aranegui 1993: 555-556.

del mundo ibérico compartió en líneas generales unos mismos patrones decorativos⁶⁶⁴, el surgimiento de la decoración figurativa vascular entraña la aparición de “estilos” específicos de espacios muy concretos, que no van más allá del territorio político (o al menos del área de influencia hegemónica) de un núcleo urbano, y en tanto que el proyecto político que da origen a este territorio se sustenta⁶⁶⁵. Es el caso por ejemplo de la cerámica producida en Sant Miquel de Lliria, que se difunde fundamentalmente por el territorio controlado por la antigua *Edeta*⁶⁶⁶ entre finales del s. III a.C. y la destrucción de la ciudad y consiguiente reorganización del territorio a comienzos del II a.C., seguramente durante la represión catoniana⁶⁶⁷. Otro tanto se podría decir, ya dentro de mi área de estudio, de la cerámica con decoración figurativa de la Serreta, que estilísticamente comparte muchos rasgos con la anterior pero cuya difusión, de la que hablaré en otro capítulo, se circunscribe generalmente a los valles alcoyanos, con algún ejemplar documentado también en la zona de l’Alacantí. En cuanto a la cerámica ilicitana, cuya decoración y evolución estilística ha sido exhaustivamente estudiada ya en varios trabajos por T. Tortosa⁶⁶⁸, se difundió por toda la mitad meridional de la *Contestania*, coincidiendo con el auge de la ciudad que llegaría a ser colonia y que sin duda durante esta época articularía política y económicamente la región: *Ilici*. De igual forma, se han pretendido aislar programas decorativos en torno a Archena⁶⁶⁹, la Vila Joiosa⁶⁷⁰ y el sureste meseteño⁶⁷¹, aunque quizás un caso especialmente llamativo será el de Lezuza (Albacete), procedente de la cual recientemente se ha publicado un interesante conjunto de vasos con decoración figurada que datarían de un momento tan tardío como comienzos del s. I a.C., momento en el que el enclave alcanza un cierto auge debido a la instauración en el mismo de un *praesidium* romano, y que aparecen no por casualidad en el interior de

⁶⁶⁴ Cf. Mata y Bonet 1992.

⁶⁶⁵ Tortosa 2004: 179. Es de reseñar que actualmente se está investigando la posibilidad de que durante el Ibérico Pleno se gestara un tipo específico de decoración geométrica (y, por tanto, no figurativa) que se difundiría por el territorio político de Cástulo y que serviría para materializar esta identidad política, aunque aún se trata de una hipótesis en proceso de desarrollo (cf. Moreno Padilla 2013).

⁶⁶⁶ Mata 1997: 42-48.

⁶⁶⁷ Aranegui 1998: 183-187.

⁶⁶⁸ Tortosa 1998; 2004; 2004 a; 2006.

⁶⁶⁹ Santos Velasco y Tortosa 1996.

⁶⁷⁰ Pérez Blasco 2011; 2011 a.

⁶⁷¹ Abad y Sanz 1995.

las viviendas más ricas, que igualmente son las más abiertas a los influjos mediterráneos⁶⁷²; todo lo cual constituye en mi opinión el ejemplo más explícito de cómo la presencia romana puede estimular a las elites locales iberorromanas a difundir entre su comunidad nuevos discursos identitarios que, a través del recurso al pasado y a la tradición, naturalicen el nuevo equilibrio de poderes. Y cómo estos discursos cristalizan en la producción de unas cerámicas con un programa iconográfico propio de la comunidad cívica y el momento histórico en cuestión.

Pero demos un paso más. Al margen de que el diseño y puesta en práctica de un tipo de decoración figurativa propio de cada grupo (con sus propios recursos estéticos y sus propias temáticas) pueda ser empleado por las elites de este para fomentar la sensación de pertenencia a la comunidad étnica de los habitantes del territorio político, quisiera llamar la atención igualmente sobre el contenido de las escenas representadas, pues estas construyen y difunden una serie de ideas que constituirán algunos de los pilares fundamentales sobre los que se asentará la identidad social de la comunidad. Estoy hablando de las escenas de desfiles, cacerías, combates, y también alguna escena doméstica, de la cerámica de la Serreta, en las que los protagonistas destacados son la aristocracia dirigente que, desde el poblado, ha pasado a detentar la hegemonía de los valles alcoyanos a finales del s. III a.C. O del programa iconográfico ilicitano, en el que la vegetación desbordante y en continua germinación alude a la fuerza divina que propicia esta prosperidad conspicua, la deidad ilicitana, que parece constituir una de las principales fuentes de legitimación del poder político del asentamiento.

Y merecerá la pena detenerse también, para terminar, en las imágenes que aparecen en algunos de los vasos, y que han sido interpretadas como relatos de la fundación legendaria de sus respectivas comunidades. Al fin y al cabo, no resulta extraño que, en este contexto histórico de fuertes transformaciones a todos los niveles, surjan nuevas memorias colectivas, nuevos relatos de un pasado común que las elites sociales impulsan para naturalizar el “nuevo presente” al presentarlo como la conclusión lógica de un devenir histórico aparentemente sin fisuras⁶⁷³. Es en este contexto en el que debemos enmarcar los múltiples relatos de certámenes heroicos y

⁶⁷² Uroz 2012.

⁶⁷³ Olmos 2004 b: 131-133.

de proezas contra las fuerzas desatadas de la naturaleza de los que hablaré en un capítulo posterior, imágenes todas ellas pregnantas, a un tiempo icónicas (en el sentido de que transmiten todo un sistema de valores aristocráticos, en el que prima la defensa de la comunidad por sus gobernantes, y por tanto la necesidad que la primera tiene de los segundos) y legendarias (en tanto que el héroe representado podría ser sin duda reconocido por la comunidad, que lo identificaría como antecesor de su elite dirigente). Pero también en este marco interpretaremos algunos otros vasos particularmente llamativos, como los dos cálatos casi idénticos hallados en Alcorisa (Teruel) y Azaila (Teruel)⁶⁷⁴, en los que se narra la fundación mítica de la comunidad a través del arado ritual de sus campos por su legendario fundador⁶⁷⁵. O también, de nuevo ya dentro de mi área de estudio, el crateriforme de la Alcudia de Elche⁶⁷⁶, hallado en una habitación con un mosaico muy particular del que luego hablaré y datado en la segunda mitad del s. I a.C., y que representa, según la lectura de R. Olmos, el surgimiento de la tierra de una ninfa árbol antes los ojos asombrados de Heracles y Zacynthos, cuando a su vez este último está a punto de perecer por la picadura de una serpiente⁶⁷⁷. De ser cierta esta lectura, el vaso podría estar haciendo referencia a la fundación mítica de Sagunto, tal y como veíamos ya antes que la narraba Silio Itálico, y también a la de *Ilici*, a través de una falsa etimología del topónimo de la ciudad interpretado a través de la ninfa-árbol *Ilike*, que por cierto sería mencionada siglos después en los epígrafes del santuario extraurbano de la Cueva Negra, del que ya hablé⁶⁷⁸. Dos historias de fundación que se narrarían, por cierto, aproximadamente en la época en la que ambas comunidades, *Sagunto* e *Ilici*, fueron promocionadas por la administración romana⁶⁷⁹, y en las que los motivos propiamente ibéricos y aquellos otros llegados del Mediterráneo se combinan de manera tan inextricable que resulta difícil dudar de su carácter híbrido.

⁶⁷⁴ Aranegui 1999.

⁶⁷⁵ Olmos 2000: 72-73.

⁶⁷⁶ Ramos Fernández 1992.

⁶⁷⁷ Olmos 2007-2008; 2010; 2010 a. *Vid.* Fig. 3.38.

⁶⁷⁸ Olmos 2004 b: 132-133; 2010: 58-59.

⁶⁷⁹ Cf. Alföldy 2003: 40-45; Abad 2006: 119-121.

La decoración vascular figurada se constituyó, en definitiva, en un vector ideal de los discursos identitarios y referidos a la memoria colectiva que las nuevas-viejas elites iberorromanas construyeron y difundieron para dotarse de nuevos referentes legitimatorios desde los que continuar gobernando, si bien ahora por delegación del poder romano. Pero estos discursos también se materializaron al margen de las producciones cerámicas. En la misma habitación en la que apareció el crateriforme del que acabo de hablar, el pavimento estaba compuesto por un mosaico, al que ya hice mención en el capítulo anterior, datado como decía en la segunda mitad del s. I a.C.⁶⁸⁰ y en el que aparece representado un rosetón estilizado encuadrado por varias líneas y lo que parecen ser una serie de nombres ibéricos escritos en caracteres latinos: [...]L SALAICOS / [...]EL SARDINICOR / [...]SCRAD[...]; finalmente, el pavimento se completa con una línea de postes adornada en los ángulos por hojas de vid y pájaros, y una última banda que recorre todo el perímetro del mismo y que reproduce una muralla torreada⁶⁸¹. Se trata, por ende, de un pavimento que reproduce los gustos y técnicas helenísticas más en boga en el Imperio en esta época⁶⁸², pero en el que se incluyen asimismo una serie de nombres ibéricos, posiblemente de los dueños de la vivienda, pero no en letras ibéricas sino en escritura latina⁶⁸³. Todo lo cual nos da una idea de hasta qué punto la adopción no ya de artefactos y productos itálicos, sino de modos de vida romano-helenísticos⁶⁸⁴, no sería contradictoria con el mantenimiento de una identidad “ibérica”, al menos en lo tocante a los nombres propios. Otro tanto comprobaremos en su momento que sucedió, por ejemplo, en el Cerro de los Santos, donde un oferente que se hizo representar togado no tuvo inconveniente sin embargo en hacer grabar sobre su exvoto su nombre ibérico.

⁶⁸⁰ Ramos Folqués 1975: 74-81.

⁶⁸¹ Ramos Folqués 1975: 72-73. *Vid.* Fig. 3.39.

⁶⁸² Abad 1986-1987; San Nicolás 2004: 826-827.

⁶⁸³ Lo cual no deja de ser significativo, pues la escritura ibérica sería aún perfectamente conocida y empleada. Repárese en este sentido en el hallazgo en el cercano Tossal de Manises de un fragmento de cerámica sigillata del s. II d.C. con un grafito bilingüe latino e ibérico (Llobregat y Rosser 1993). Lo tardío de esta marca de propiedad bilingüe nos dará una idea de lo prolongado de estas identidades paradójicas, híbridas, de las que estoy hablando.

⁶⁸⁴ Para la adopción de las técnicas pictóricas y musivarias romanas por parte de las aristocracias iberorromanas, cf. Fernández Díaz 2003.



Fig. 3.38. Crateriforme de la Alcudia de Elche.

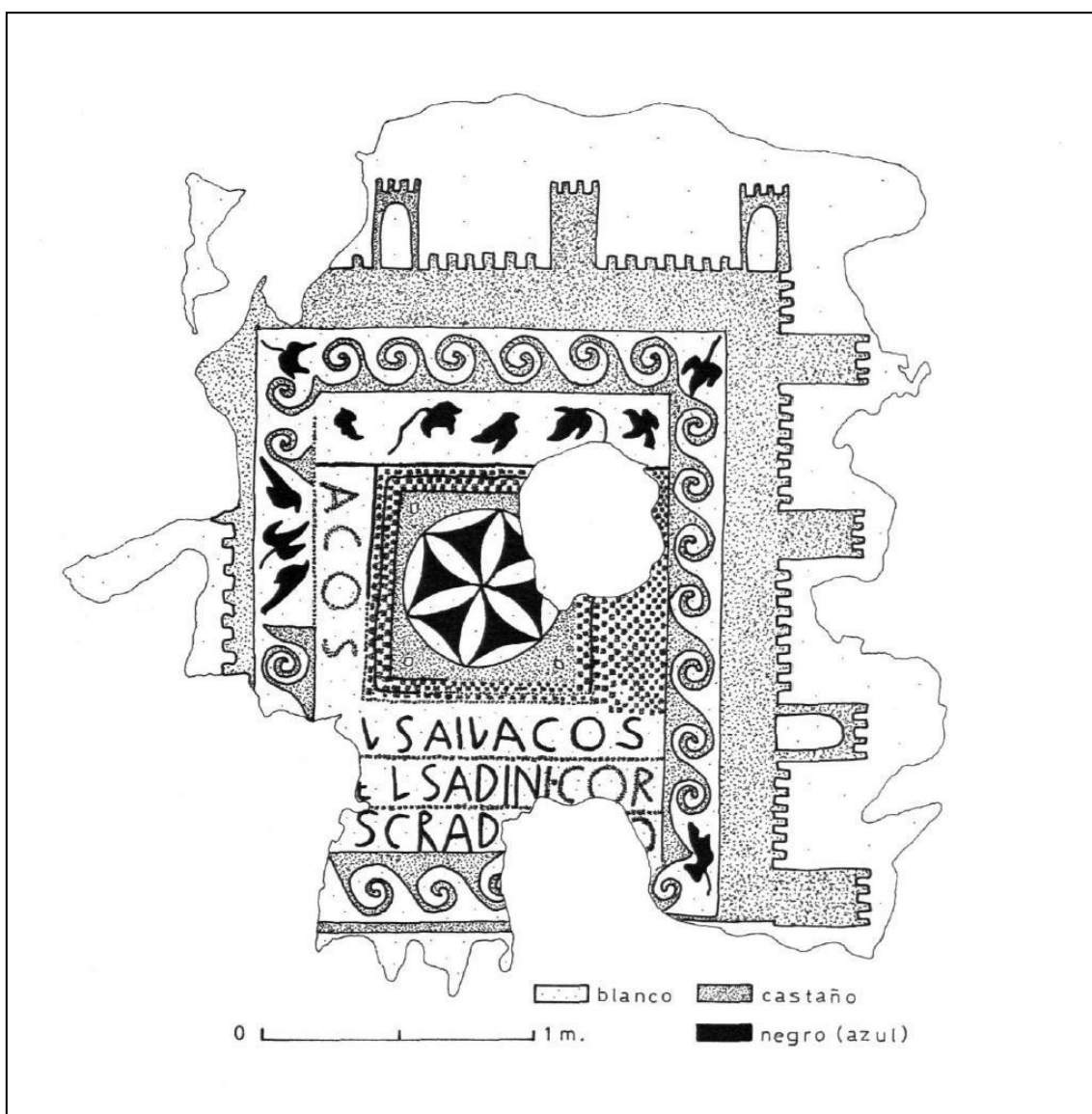


Fig. 3.39. "Mosaico de Salaicos" de la Alcudia de Elche.

En tanto que “agentes delegados” del poder romano y, en líneas generales, especialmente abiertas a los influjos culturales mediterráneos, estas elites locales actuaron como verdaderos motores de la integración del mundo ibérico en las estructuras romanas⁶⁸⁵, si bien es cierto que no puede pensarse en una integración progresiva ni unilineal, pues estas elites posiblemente tardaron en dejar de considerarse a sí mismas como “ibéricas”, y en legitimar su preeminencia en tanto que descendientes de las estirpes heroicas locales.

Ello explica, por ejemplo, que dichos gobernantes se convirtieran en patrocinadores de un tipo de escultura muy particular, híbrida, que en ocasiones ha sido vista como tosca y errática pero que en realidad combina elementos estéticos e iconográficos iberos y romanos, estatuaría esta que convive en el tiempo y en el espacio con otras producciones mucho más “ortodoxas” desde el punto de vista del arte clásico⁶⁸⁶. Caso especial serán las esculturas talladas para ser depositadas en los santuarios ibéricos a modo de exvotos, pues supondrán la introducción de imágenes “romanas”, o más bien “iberorromanas”, en los recintos sacros ibéricos. Estoy hablando, entre otras cosas y como decía unas líneas atrás, de exvotos que representan a los devotos togados, esto es, unas esculturas que representan a una aristocracia que aspira a representarse, y por tanto a ser concebida, como “romana”, al menos en lo que a sus vestiduras y aparato de representación se refiere, aunque continúe cumpliendo con los ritos tradicionales ibéricos y visitando los antiguos santuarios. Unos santuarios algunos de los cuales, por cierto, en estos momentos serán monumentalizados “a la itálica”. Esta monumentalización de los espacios sacros y la irrupción de las imágenes de togados, de hecho, y como ya señaló H. Uroz hace poco, están íntimamente relacionadas, pues constituyen dos caras de una misma moneda⁶⁸⁷: la de unas elites sociales que no renuncian a continuar con las viejas tradiciones pero que las revisten de un “aparato” romano que facilite su aceptación por parte del poder hegemónico.

Hablando de togados, me parece enormemente atrayente el paralelo que se puede establecer entre las esculturas togadas del Cerro de los Santos y de otros

⁶⁸⁵ Downs 2000.

⁶⁸⁶ Noguera 2003; Noguera y Rodríguez Oliva 2008.

⁶⁸⁷ Uroz Rodríguez 2008: 470-477. Cf. asimismo Rodà 1998: 266.

santuarios ibéricos como Torreparedones, con un fragmento cerámico hallado en Tossal de Manises y decorado según el estilo ilicitano (datado por tanto, probablemente, en el s. I a.C.) que ha permanecido hasta donde sé inédito hasta la fecha, que se conserva en el Museo Arqueológico de Alicante y al que no me ha sido posible acceder directamente ni fotografiar. En todo caso, en este fragmento aparecen en representación frontal, como si de un remedo de la divinidad femenina ilicitana se tratara, dos personajes varones togados. Esto es, los viejos estilos cerámicos se recuperan, pero se emplean para representar una realidad social muy distinta, que sin embargo de esta manera trata de entroncar con la tradición anterior.

La relación de estos varones togados que aparecen en los santuarios y en la cerámica ibérica con los togados a los que hace alusión Estrabón⁶⁸⁸ es sin embargo problemática, debido a lo inseguro de la propia lectura estraboniana⁶⁸⁹. Ahora bien, de lo que no hay duda es que el geógrafo de Amasía está vinculando en este pasaje la forma de vestir de las gentes ibéricas con sus modos de vida y su identidad, y emplea este argumento para alabar la elevada “romanización” de las aristocracias ibéricas, en este caso béticas.

Pero volvamos de nuevo al ámbito de la escultura, y a su introducción en los antiguos espacios sacros ibéricos. Y es que, en época iberorromana, podemos comprobar cómo a lo largo de todo el mundo ibérico, incluido el sureste (el león de Bienservida es bien conocido en este sentido⁶⁹⁰), se introduce un nuevo motivo escultórico como señalizador de las sepulturas, el león que sujeta bajo sus garras la cabeza del difunto, alegoría de la muerte de conocida tradición helenística⁶⁹¹. Ahora bien, aunque el icono haya sido importado, difícilmente las gentes ibéricas que lo contemplaran lo considerarían totalmente alóctono, máxime cuando aún podrían contemplar en algunas necrópolis, como quizás en Pozo Moro, los vestigios de las antiguas esculturas de leones que las habrían ornado.

⁶⁸⁸ Str. III, 2, 15.

⁶⁸⁹ G. Cruz Andreotti (2002-2003: 47) descarta esta lectura, aduciendo que se trata de una corrección arbitraria de Meineke al manuscrito original, donde pondría más bien *στολάτοι*. En todo caso Dión Casio (XLVI, 55), al ponderar el alto grado de romanización de la Galia, sí que utilizará la figura de “togada” (*τογάτα*) para definirla.

⁶⁹⁰ Ruiz Bremón 1984. *Vid.* Fig. 3.40.

⁶⁹¹ Olmos 1998 b: 436-437; Aranegui 2004 b; 2004 c.



Fig. 3.40. León de Bienservida.

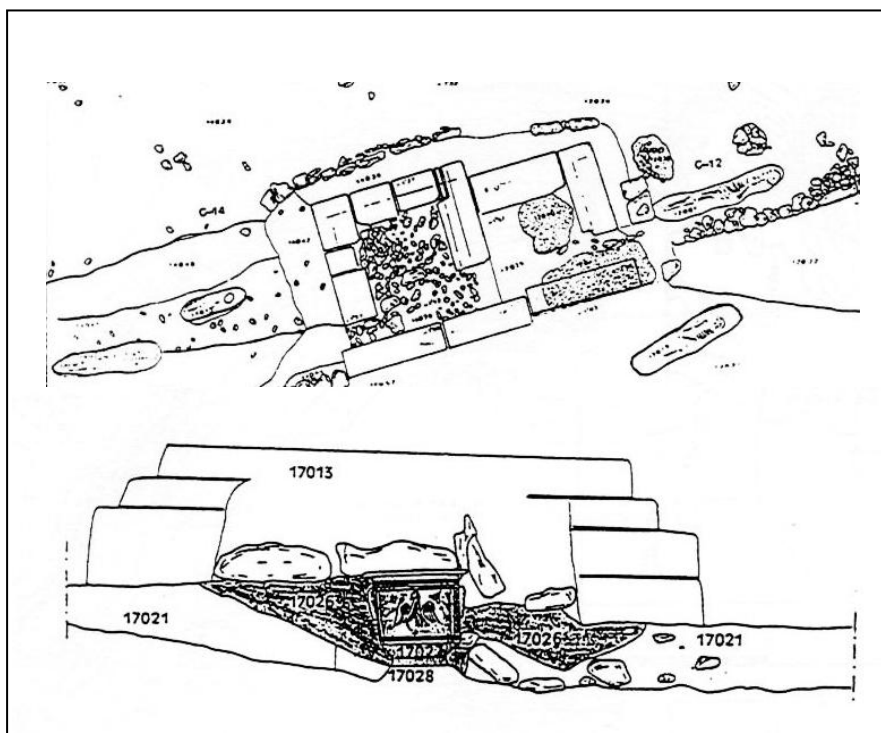


Fig. 3.41. Planta y sección del monumento funerario de la necrópolis de Tolmo Norte.

Otro tanto puede decirse, por cierto, de los monumentos funerarios que, como sucedía en la necrópolis de Tolmo Norte (Hellín, Albacete), se erigen para señalar las tumbas de algunos aristócratas de los ss. II y I a.C., siguiendo los cánones helenísticos de la época pero bajo los cuales, a modo de ajuar funerario, destacará la presencia como urna cineraria de vasos ibéricos con decoración figurativa⁶⁹², unos vasos con una decoración cuya función como vector de discursos étnicos iberorromanos ya ha sido puesta de manifiesto.

Pero volvamos una vez más al ámbito de la escultura antes de cerrar este capítulo, en este caso no para hablar de la producción de nuevas estatuas sino para mencionar la reutilización de las antiguas. Pues si bien es cierto que los aristócratas iberorromanos se apresuraron en muchos casos, como dije, a abrazar los nuevos modos de vida llegados de Italia, pretendieron integrar en ellos también la imagen ibérica más tradicional. Así, tanto en la Alcudia como en Tossal de las Bases se observó cómo en ciertas *domus* de los ss. II y I a.C. viejas estatuas o fragmentos escultóricos, en ocasiones de varios siglos de antigüedad, fueron empotrados en las fachadas de tal manera que pudieran ser contemplados desde fuera⁶⁹³. La reutilización y exposición de las viejas estatuas ibéricas en este caso cumpliría, a mi modo de ver, una doble función: si por una parte podrían ser vistas por las elites romanas como exponente de la asimilación de los pueblos vencidos⁶⁹⁴, por la otra constituirían toda una reivindicación explícita de la herencia ibérica por parte de estas elites iberorromanas.

En definitiva, podemos comprobar cómo en los siglos que se sucedieron tras la conquista romana, las elites locales hubieron de desarrollar toda una serie de nuevos discursos ideológicos, identitarios y relativos a la memoria social, tendentes a dotarse de nuevos referentes legitimatorios para naturalizar su preeminencia social. Referentes que, siguiendo diversas estrategias y encontrando distintos puntos de equilibrio, aunaban la apertura a lo nuevo con la reivindicación de la tradición, en una

⁶⁹² Abad y Sanz 1995: 73-75. *Vid.* Fig. 3.41.

⁶⁹³ Chapa 1980: 853, 855-856; Ramos Molina 1991-1992: 97; Rosser y Fuentes 2007: 50. Para una revisión reciente de los antiguos fragmentos arquitectónicos ibéricos reutilizados en los niveles iberorromanos de la Alcudia de Elche, cf. Ramos Fernández 2011: 411-418. *Vid.* Fig. 3.42.

⁶⁹⁴ Cf. en este sentido, para la óptica romana, Edwards 2003.



Fig. 3.42. Escultura ibérica empotrada en la fachada de una *domus* iberorromana en Tossal de les Basses.

hibridación paradójica pero en ningún caso contradictoria que solo puede encontrar explicación en un contexto colonial como el existente.

3.7. Los dueños de la historia.

Estas páginas han pretendido explorar los discursos identitarios y la memoria colectiva de las comunidades ibéricas del sureste, entendiendo que Identidad y Memoria son constructos sociales continuamente creados y reformulados (ya sea consciente o inconscientemente) y tendentes a subsanar las necesidades experimentadas por una sociedad en cada momento. El tema ha sido abordado desde la intersección entre Identidad y Memoria ya que el aspecto que más me interesaba en este capítulo era analizar la instrumentalización de los discursos étnicos por parte de las elites locales ibéricas, y entiendo que estos discursos étnicos en última instancia parten siempre del recurso a una memoria compartida desde la cual se construye la

cosmología necesaria para conceptualizar a un grupo humano como una comunidad de intereses con un mismo sistema de valores.

Desde estos presupuestos, entenderemos el recurso sistemático y recurrente de las elites locales ibéricas en los momentos formativos de este sistema cultural a emplear artefactos, imágenes e incluso rituales foráneos, importados o al menos influenciados del ámbito fenicio. Tal y como se ha argumentado, en esta época las elites ibéricas están tratando de reforzar su naciente *distinción* del resto de la comunidad arrogándose una identidad extranjera, oriental, o al menos tratando de entroncar con ella. Al fin y al cabo, la relación comercial con los fenicios ha catalizado en cierta medida la complejización social que ha dado lugar a las relaciones de poder desiguales de las que ellas se benefician, por lo que en cierta medida asumiendo esta identidad híbrida los gobernantes no hacen sino aprehender una identidad prestigiosa, que facilitará sus relaciones con los agentes coloniales y que les alejará simbólicamente del resto de sus comunidades.

Este mismo fenómeno, de hecho, es el que podría explicar un comportamiento al que hasta el momento no se había prestado demasiada atención, como es la ubicación en torno a los ss. VI y V a.C. de ciertas necrópolis en lugares aparentemente alejados de todo núcleo de poblamiento, pero donde existían viejas ruinas de siglos anteriores. Y es que enterrando a sus difuntos en estos lugares, las elites locales no solo pretenderán reivindicar para sí un territorio, sino también toda una tradición, tratando de entroncar la memoria inmediata de sus linajes con el pasado prestigioso al que esas ruinas aisladas parecen hacer alusión. El que estas ruinas comprendan en todos los casos imágenes de fuerte carácter “orientalizante” no será, como es fácil de comprender, ninguna casualidad.

En este contexto será en el que surja, por cierto, la estatuaria ibérica. Estas nuevas elites que comienzan a gobernar sobre sociedades crecientemente jerarquizadas requieren de nuevos fundamentos legitimatorios, de nuevos discursos ideológicos que naturalicen su preeminencia, y crearán y difundirán los mismos precisamente a través de un soporte de gran formato y pretendidamente duradero como es la escultura en piedra, que no necesariamente habrá de formar parte de monumentos funerarios como generalmente se ha pretendido. En este sentido, cabe conceptualizar las esculturas ibéricas como receptáculos de memoria, imágenes de la

memoria individual o del linaje que el aristócrata de turno propone, al colocar la escultura en un sitio bien visible para todos, como memoria colectiva del grupo, como hito sobre el que basar una identidad colectiva, grupal, en torno a su gobierno, y como elemento desde el que subrayar su preeminencia como gobernante. Identidad que, de nuevo, parece preferir postularse sobre imágenes exóticas de seres híbridos y monstruosos, imágenes que se asemejan a las plásticas de los agentes coloniales y que pretenden entroncar con ellos.

A partir de un momento dado, buena parte de estas esculturas fue destruida, pero seguramente por diversos motivos: si bien en algunos casos puede aceptarse que las antiguas estatuas fueron desbastadas para reutilizarse como material de construcción, en otros casos el derrumbe fue natural, y aún en otros podemos documentar un método prácticamente “ritual” para “sacrificar” estas antiguas esculturas. Y otro tanto sucede con la reutilización de las mismas, pues si bien en algunos casos esta parece estar privada de toda connotación simbólica y atiende únicamente a criterios funcionales, en otros los fragmentos escultóricos reciben una sepultura apropiada, se convierten en ajuar funerario que acompañará al difunto al Más Allá, o son reubicados en nuevas construcciones. Todo depende del capital simbólico que la pieza atesoraba según la percepción de la sociedad de cada momento, y de las necesidades simbólicas que esta pretendiera cubrir a través de la instrumentalización de la memoria colectiva y su *cadre matériel*.

Y es que, al fin y al cabo, las necrópolis en las que se levantaron algunas de estas esculturas o que por el contrario se extendieron en torno a otras muchas, eran en sí mismas escenarios para la memoria. Los encachados tumulares eran visitados una y otra vez, recibían labores de mantenimiento cuando sufrían algún desperfecto, sobre ellos se depositaban ofrendas ocasionales, y de tanto en tanto nuevos difuntos eran enterrados sobre ellos o en conexión con ellos. Y todo ello debido a que reivindicar la herencia de determinada estirpe, ya fuera esta real o ficticia, debía ser una estrategia fundamental para legitimar la propia preeminencia social, y enterrarse sobre el túmulo de determinado difunto del pasado, poder hacerlo y que la comunidad lo respetara, era una señal clara de la aceptación de dicha herencia. La construcción de un nuevo túmulo, a su vez, constituía una pretensión de asimilarse a aquellos otros antepasados que a su vez lo habían hecho, recibir sus mismos ritos funerarios y cubrir la sepultura

con una estructura análoga, por lo que en determinados momentos ciertas elites locales se verán impelidas a hacerlo, incluso si sus ajuares funerarios resultan no ser ni de lejos tan ricos como los de algunos de sus contemporáneos.

La segunda parte de este capítulo se ha dedicado a examinar la construcción de tres discursos identitarios híbridos profundamente enraizados en el proceso colonial que experimentó el sureste ibérico durante más de medio milenio, pero que no terminaron de explicitarse hasta que aquel se intensifica a partir del s. III a.C.: el helenizante, el punicizante y el romanizador.

Así, se ha reexaminado en estas páginas la presencia griega en el sureste ibérico, concluyendo que a partir del s. VI a.C. las estructuras culturales locales recibieron una potente influencia helenizante, pero también que esta, al contrario de lo que en muchas ocasiones se ha asumido, fue aprehendida solo a ciertos niveles, fundamentalmente ligados a la economía y a las necesidades de representación de las elites ibéricas. Por ello llama la atención que, cuando los autores grecorromanos abordan la descripción de la Península Ibérica y sus gentes en época ya tardía, hablen de colonias griegas, del recuerdo de héroes griegos, o de santuarios y templos helénicos, que por cierto la arqueología no acierta a documentar. La aparente contradicción se resuelve leyendo todas estas noticias desde el punto de vista de la etnogénesis: los agentes coloniales griegos y romanos se vieron inclinados a encontrar griegos en las tierras conquistadas, pues ello les favorecía en el plano político y facilitaba la comprensión de las nuevas tierras y sus gentes, asimilándolas sin necesidad de alterar su propia cosmovisión; por su parte, arrogarse un pasado griego serviría a las elites locales para encontrar un mejor acomodo en la negociación identitaria desatada a raíz de la intensificación colonial que supuso la provincialización de *Hispania*, pues permitía una más fácil comunicación con los agentes coloniales (que respetarían más fácilmente a un descendiente de Odiseo que al descendiente de un oscuro héroe ibérico) y garantizaría el respeto de sus respectivas comunidades. El bagaje cultural aportado por medio milenio de colonialismo sin colonias proveería a estas comunidades ibéricas de los instrumentos y conocimientos necesarios para arrogarse de una manera plausible este pasado.

Algo en parte similar hubo de suceder entre las comunidades locales con el mundo púnico. La presencia de comerciantes cartagineses fue continua y sistemática

durante siglos en las costas del sureste ibero, y seguramente la influencia cultural que las estructuras locales experimentaron fue potente. Ahora bien, ello no termina de explicar la aprehensión de toda una serie de elementos (estructuras arquitectónicas e imágenes, sobre todo) generalmente ligados al ámbito de lo religioso que se documentan en determinados enclaves del sureste, y que en muchas ocasiones han sido empleados para argumentar la presencia de comunidades cartaginesas en la zona. Sin negar la existencia de grupúsculos de esta procedencia, como de otras muchas, asentados en la región, he argumentado que estas imágenes y edificios aparentemente foráneos deben comprenderse como la materialización de la hibridación cultural que se produce en determinadas áreas costeras debido a la interacción sistemática de gentes de distintas procedencias, y al interés de las elites locales de adoptar, siquiera a un nivel superficial al menos, un lenguaje punizante (el lenguaje de prestigio en estos momentos) para expresar sus discursos ideológicos. El proceso se intensificará en la segunda mitad del s. III a.C., cuando la presencia cartaginesa en la Península Ibérica y las diversas guerras desatadas motivarán una enorme presión sobre las comunidades locales, que deberán adaptar sus estructuras sociopolíticas al contexto bélico y buscar alianzas continuamente cambiantes entre sí, con el agente colonial cartaginés, o con el romano, y legitimar dichas transformaciones y dichas alianzas a nivel simbólico. En ocasiones estas alianzas matizarán (de una manera más o menos profunda según los casos) las propias manifestaciones culturales para hacerlas más cercanas al agente colonial, tratando de construir y reivindicar, quizás, un parentesco enormemente oportuno desde el punto de vista político.

Posiblemente no de otra manera deba explicarse, en mi opinión, el ya tantas veces analizado proceso romanizador, que no es otra cosa que un proceso colonial. En el contexto iberorromano, la administración romana no hará nada por desalentar el surgimiento de fuertes identidades locales en torno a las distintas comunidades ciudadanas, sino más bien al contrario. Surgirán ahora innumerables narraciones de fundaciones legendarias, más o menos influidas por el contexto cultural helenístico pero que buscan dotar a cada sociedad de un origen mítico desde el que legitimar y naturalizar el nuevo contexto político, explicándolo como lógico y necesario. Ahora bien, serán las propias elites locales las que, para buscar entre sus conciudadanos su legitimación en tanto que gobernantes locales por delegación de Roma, y desde luego

para garantizarse unas mejores relaciones con el poder colonial, poco a poco irán matizando las estructuras culturales propias y sus manifestaciones materiales para ir acercándolas a las romanas, reivindicando a un tiempo la herencia ibérica y las estructuras políticas provinciales pero sin establecer una dicotomía entre ellas, como si la una nunca hubiera existido sin las otras.



IV. LOS ELEGIDOS POR LOS DIOSES

LA RELIGIÓN COMO MECANISMO DE LEGITIMACIÓN POLÍTICA

Los vivos, comparados con los muertos, resultamos insoportablemente banales.

Miguel Delibes, *Señora de rojo sobre fondo gris*, 1991.

- ¡Pero eso no sería un milagro!

- ¿Por qué no? Un milagro es un hecho que produce fe, ese es el propósito de los milagros. Podrán parecer maravillosos a los testigos, y muy fáciles a aquellos que los hacen, pero eso no importa: si

confirman la fe o dan lugar a ella, son milagros.

- ¿Aunque no sean más que simples fraudes?

- No, los fraudes engañan. Un acontecimiento que produce fe no engaña; por lo tanto, no es un fraude, sino un milagro.

Otto Preminger, *Joana d'Arc*, largometraje rodado en 1957.

4.1. El estudio de la religión de los iberos.

El fenómeno religioso es uno de los ámbitos del discurso ideológico más problemáticos para el estudioso, y quizás por ello en la actualidad la historiografía especializada en el tema se divide entre diversas escuelas con planteamientos epistemológicos y metodológicos muy distintos entre sí¹. Todas ellas, no obstante, coincidirán en la importancia que entraña el análisis de las religiones antiguas, pese a lo resbaladizo y heterogéneo de las fuentes de las que disponemos al efecto.

Y es que la problemática comienza por la propia determinación del campo de estudio: pese a los múltiples intentos que se han llevado a cabo al respecto (desde

¹ Para un buen recuento historiográfico, cf. Insoll 2004: 33-100.

definiciones tan abstractas como la de E.B. Tylor², para el cual la religión era la creencia en seres espirituales, hasta aquellas otras mucho más programáticas, como la de P. Byrne³, que la entendía como una institución con un complejo de dimensiones teoréticas, prácticas, sociológicas y experienciales que se reviste de objetos, objetivos y funciones características, ofreciendo un sentido vital, una identidad y una cohesión al grupo social), ya T. Insoll consideró que su circunscripción resultaba un empeño vano para los historiadores, dado que sus límites eran fluidos y continuamente variables⁴. Tanto más cuanto que, en contra de lo que generalmente asumimos desde nuestro pensamiento ilustrado, las gentes de la Antigüedad no establecerían ninguna barrera entre lo profano y lo sagrado, de modo que la religión, dependiendo por supuesto de las épocas, los lugares y los grupos sociales, impregnaría cada aspecto de la vida cotidiana, hasta un punto que hoy resulta difícil de aseverar⁵.

La comunión entre religión y política, desde luego, sería íntima. Ya la historiografía marxista viene explorando desde hace décadas la manera en la que los discursos religiosos, en tanto que máximos exponentes de la llamada “superestructura”, se diseñan y difunden para legitimar las relaciones de poder, y por tanto las diferencias sociales, existentes en cada época⁶. También los antropólogos han desarrollado esta línea de análisis⁷, y asimismo ciertos sociólogos como el propio P. Bourdieu, quien entendía que la religión contribuye a reforzar el orden simbólico en la sociedad y su estructura de poder, al inculcar esquemas de percepción, pensamiento y acción acordes con las estructuras políticas existentes, que de esta manera quedan naturalizadas, y al establecer una autoridad carismática que será la que defina la ortodoxia ideológica del grupo y la que combata los contradiscursos heterodoxos⁸.

Ahora bien, en mi opinión quizás se haya insistido demasiado en esta faceta de la religión como mera legitimadora del orden social existente. Al subrayar el carácter intrínsecamente conservador de la religión⁹, pienso que estamos asumiendo, como

² Tylor 1958: 8.

³ Byrne 1988: 7.

⁴ Insoll 2004: 6-7.

⁵ Edwards 2005: 115.

⁶ A este respecto, véase por ejemplo el volumen *Réligion, pouvoir, rapport sociaux* (AA.VV. 1980), un variado compendio de estudios sobre la instrumentalización económica de la religión en las sociedades con un modo de producción asiático.

⁷ Bloch 1974.

⁸ Bourdieu 2009: 82.

⁹ Cf. por ejemplo Althusser 1970: 8-18; Tuan 1977: 104; Hulin 1989: 93.

señalaba M. Rowlands, un presupuesto funcionalista falaz, al no reparar en que es la propia religión quien sistemáticamente se reviste de esta pátina de “conservadurismo” y “tradición” para, recurriendo a un pasado aparentemente inmutable, legitimar y moldear la situación presente¹⁰. Como el resto de los discursos ideológicos, el discurso religioso no solo legitima las diferencias sociales y la estructura de poder vigente, sino que también la crea, interviniendo en la sociedad de un modo dialéctico. Y como el resto de la ideología, el discurso religioso ortodoxo se diseñará para cubrir las necesidades del grupo social que lo origina, que no es sino el dominante, en tanto que es el que tiene una mayor capacidad de difusión y materialización de sus proyecciones ideológicas a través de la sociedad; pero que no será el único discurso existente, pues cada individuo puede desarrollar su particular percepción del fenómeno religioso, al margen de hasta qué punto asuma y participe del discurso religioso predominante.

De cualquier forma, si antes decía que el estudio de la religión de las sociedades pretéritas no es sencillo, más problemático aún lo es en lo que se refiere a aquellos pueblos que no desarrollaron un sistema de escritura, o bien cuyas inscripciones no podemos comprender, como es el caso del mundo ibérico, pues en el empeño hemos de contentarnos casi fundamentalmente con las fuentes arqueológicas. De hecho, tal es la dificultad, que tradicionalmente la arqueología ha pasado de puntillas sobre el estudio del fenómeno religioso. Así, si la arqueología historicista se limitaba a identificar espacios de culto y determinar el sentido y los ritmos de la difusión de determinados rituales y creencias, la Nueva Arqueología mostró desde un primer momento un gran pesimismo respecto al ámbito ideológico, dada la pretendida imposibilidad epistemológica de ir más allá de la interpretación directa de los vestigios materiales constatables, y por ende mensurables y cuantificables, en el yacimiento.

Bien es cierto que en el seno de esta última escuela, y asumiendo parte de las críticas que las nuevas tendencias iban vertiendo sobre la misma, C. Renfrew inauguró con su estudio de Phylakopi lo que él mismo denominó la “Arqueología del Culto”¹¹, encuadrada en su intento de apertura de la arqueología procesual a los aspectos simbólico-cognitivos¹². Con la Arqueología del Culto, Renfrew pretendía profundizar en la práctica del ritual, el carácter de las divinidades y el papel desempeñado por la

¹⁰ Rowlands 1993: 147. Cf. Cardete 2005: 124.

¹¹ Renfrew 1985; cf. también Renfrew 1994.

¹² Cf. Renfrew 1982; 1993; 2004.

religión en la sociedad¹³. Ahora bien, el objeto de conocimiento de la Arqueología del Culto fue siempre la “materialización” del culto, desistiendo de profundizar en el universo de lo simbólico, de lo imaginario, esto es, en los discursos ideológicos que darían sentido a las manifestaciones rituales de lo religioso y legitimarían su presencia en la sociedad. De hecho, y seguramente debido a ello, los arqueólogos procesuales suelen rehusar el concepto de “religión”, sustituyéndolo por otros pretendidamente menos abstractos como “culto” o “ritual”¹⁴; y digo *pretendidamente* porque, al no profundizar en los discursos ideológicos que dan sentido a lo ritual, la tendencia general es a aplicar esta última etiqueta a todo aquel comportamiento u artefacto extraño o que carece de una lógica funcional evidente¹⁵.

En definitiva, a la hora de enfrentarse con el fenómeno religioso, los arqueólogos se han limitado en muchas ocasiones a describir los objetos, espacios y vestigios de actividades que entendían como “rituales” o “sagrados”, y a construir con ellos tipologías de artefactos y lugares, pero sin elaborar a partir de los mismos grandes narrativas ni, en muchas ocasiones siquiera, explorar la intersección entre lo religioso y otras esferas ideológicas, como la política, la identitaria o la económica¹⁶. Desde posiciones postprocesuales, bien es cierto, en las últimas dos décadas se viene intentando desarrollar esta tipo de cuestiones, pero los resultados son por el momento, y como el propio T. Insoll reconoce, aún limitados¹⁷.

En todo caso, algo que sí que ha quedado ya suficientemente claro gracias a todos estos intentos de aproximación es que la interpretación de los vestigios que el fenómeno religioso deja en el registro arqueológico no es en ningún caso evidente¹⁸, y que por lo tanto para ir más allá de la mera descripción falazmente inocente, el análisis ha de acompañarse sistemáticamente de una reflexión teórica acorde¹⁹. Al fin y al cabo, y como señala C. Bell²⁰, todo ritual pretende ser formal, tradicional, invariable y

¹³ Renfrew 1985: 25; Chapa 1990: 250; Chapa y Martínez Navarrete 1990.

¹⁴ Insoll 2004 a.

¹⁵ Hodder 1982: 164; Demoule 2001: 280; Insoll 2004: 10-12.

¹⁶ Edwards 2005: 111-113.

¹⁷ Insoll 2004: 5.

¹⁸ Cerrillo, Ongil y Saucedo 1984.

¹⁹ Insoll 1999: 1.

²⁰ Bell 1997.

autoexplicativo, por lo que sus vestigios tenderán a ser redundantes²¹ pero difícilmente interpretables, si no es a través de un completo análisis contextual²².

Sin embargo, una de las estrategias empleadas con mayor frecuencia en el estudio arqueológico del fenómeno religioso ha sido el rastreo de vestigios arqueológicos aparentemente análogos entre sí pero pertenecientes a diversos pueblos, bajo el presupuesto (argumentado explícitamente en su momento, y que aún se mantiene implícito en muchos estudios) de que esta analogía formal entre determinados artefactos o espacios arquitectónicos “rituales” constituye una prueba para defender una similitud en el culto de los diversos pueblos concernidos, y de que por tanto los cultos se han expandido por el territorio junto con las gentes o el comercio, y han sido aprehendidos “en bloque” por las comunidades aculturadas, permaneciendo por tanto inmutables en el tiempo y en el espacio²³. No obstante, a medida que toda una serie de autores más o menos influenciados por las corrientes postcoloniales han reflexionado sobre el tema, se ha ido poniendo de manifiesto que la negociación cultural generada en el espacio intermedio al que se da lugar en cualquier encuentro entre gentes de diversa procedencia también incumbe a los discursos religiosos, y que por tanto estos serán reinterpretados en cada caso según la agencia de los diversos grupos sociales en liza, hibridándose para adaptarse a las necesidades y a las estructuras del imaginario de la sociedad concernida²⁴. De ahí que hace un instante definiera el fenómeno religioso como “autoexplicativo”, pues solo alcanza su sentido pleno en la estructura social y simbólica en la que se gesta. En este sentido, y como plantearon I. Grau, R. Olmos y A. Perea refiriéndose concretamente al mundo ibérico, deducir qué tipo de culto se practicaba en un lugar o el carácter de la divinidad allí adorada únicamente a partir del establecimiento de paralelos alóctonos de las soluciones arquitectónicas empleadas, estrategia que se viene empleando tradicionalmente en la arqueología ibérica²⁵, no puede tomarse metodológicamente como argumentación definitiva, sino todo lo más como inferencia débil²⁶.

²¹ Cerrillo, Ongil y Saucedo 1984: 45.

²² Demoule 2001: 280.

²³ Cf. recientemente, por ejemplo, Marinatos y Wiatt 2011.

²⁴ Alvar 1991; Lane 1999; Ducoeur 2011 y, en general, Bonnet, Declerq y Slobodzianek (dirs.) 2011.

²⁵ Oliver 1997: 496.

²⁶ Grau, Olmos y Perea 2008: 6.

De hecho, y centrándonos ya definitivamente en el mundo ibérico, la problemática que se nos presenta respecto al estudio del fenómeno religioso es aún mayor. Así, a la dificultad de no contar con un *corpus* literario ibérico traducible que nos proporcionara las narrativas locales sobre los dioses y héroes a los que se rendía culto o incluso sus mismos nombres y advocaciones, el *epos*, en definitiva²⁷, se le suma la circunstancia del silencio casi completo que los autores grecorromanos y la epigrafía latina guardan sobre los cultos ibéricos, seguramente debido a que, a diferencia de lo que ocurría con los otros pueblos prerromanos peninsulares, el grado previo de integración del mundo ibérico en el ámbito cultural helenístico-mediterráneo facilitó la rápida adaptación de las divinidades locales al lenguaje (y por tanto, al imaginario) romano, aspecto que ilustraré más en profundidad en su momento²⁸.

Por lo que respecta al registro arqueológico, los santuarios extraurbanos son el aspecto de la religiosidad ibérica mejor conocido²⁹, entre otras cosas debido al temprano descubrimiento de varios de estos enclaves y a que los mismos desempeñaron un papel fundamental en la definición y, por decirlo así, “redescubrimiento” de la cultura ibérica³⁰. Ahora bien, ello no es óbice para que la atención que a estos yacimientos se les ha prestado por parte de la historiografía a lo largo del último siglo haya sido muy desigual³¹, ni tampoco para que la mayor parte de los estudios que estos han protagonizado haya resultado de alcance bastante limitado, debido tanto al pesimismo mostrado por las diversas corrientes arqueológicas del que antes hablé, como a la problemática específica inherente a este tipo de yacimientos. Respecto a esto último, hemos de reparar en que la temprana excavación de buena parte de los santuarios ibéricos conocidos determinó la pérdida de un gran caudal de información que hoy consideraríamos esencial, pero que en aquel momento se desechó. La escasa entidad arquitectónica de estos enclaves, además, motivó que los datos espaciales que sobre ellos han llegado hasta nosotros sean enormemente escasos, en tanto que la riqueza de los exvotos documentados llevó a la inmediata compraventa y dispersión de los mismos, y a su análisis en sucesivos estudios

²⁷ Olmos 2004 b: 113-114.

²⁸ Olmos 1992: 21-22.

²⁹ Domínguez 1997: 391.

³⁰ Oliver 1997: 495.

³¹ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 12.

tipológicos y artísticos, obviándose toda consideración contextual, y descartándose cualquier otro artefacto menos “valioso”, como los restos óseos o la cerámica³². La ausencia de estratigrafías claras, tanto en los yacimientos excavados de antiguo como en los estudiados en las últimas décadas, redundan precisamente en ello, dificultando además la datación de los exvotos³³. La inmediata proliferación de falsificaciones, finalmente, embrolló en algunos casos el estudio de estas piezas y retrasó su consideración por parte de la comunidad científica internacional durante décadas³⁴.

En lo concerniente a los espacios sacros urbanos, a su vez, su ausencia de monumentalidad y la polivalencia de la mayor parte de los artefactos muebles en ellos documentados motivan que sea siempre complicada la determinación de su función religiosa o siquiera la prevalencia de esta sobre otros posibles usos³⁵. De hecho, la identificación de la mayor parte de los santuarios urbanos, recintos sacros y depósitos rituales resulta controvertida, al menos para algunos autores. Por ello, en muchas ocasiones se ha tendido en su lugar a hablar de “espacios singulares”, en los que los discursos políticos y religiosos se materializarían entrelazados³⁶.

Finalmente, aunque no por ello menos importante, contamos con una significativa pléyade de imágenes que pueden ser puestas en relación con la esfera de lo divino, si bien el hecho de que la mayor parte hayan llegado hasta nosotros dispersas, con una datación incierta y, en ocasiones, prácticamente descontextualizadas³⁷, dificulta su interpretación. En muchos casos, como veremos en las páginas posteriores, ni siquiera podemos estar seguros de si nos encontramos ante la representación de divinidades o de seres humanos, de ambientes rituales o de escenas cotidianas³⁸, de animales al servicio de la divinidad o de figuraciones zoomorfas de la misma. Y ello por no hablar de la tan discutida tradición anicónica ibérica heredada del mundo feniciopúnico³⁹, polémica que en los últimos años ha

³² Chapa 1990: 249; Chapa y Martínez Navarrete 1990; Prados Torreira 1994: 128; Blánquez 1996: 148.

³³ Blánquez 1996: 149.

³⁴ Mora Rodríguez 2011; Chapa y González Alcalde 2013.

³⁵ Cf. recientemente Bermejo Tirado 2008: 85-87; Belarte, Bonet y Sala 2009: 93-94; Bonet 2010.

³⁶ Para el concepto de “edificio singular”, cf. López Pardo 1990.

³⁷ Olmos 2004 b: 112.

³⁸ Aranegui 1994: 116; 2011: 136.

³⁹ Marín 2001-2002: 185.

cochado nueva vigencia debido a la identificación de betilos en diversos poblados y santuarios a lo largo de todo el área ibérica⁴⁰.

Pese a toda esta prolija problemática de las fuentes disponibles, el recuento de los autores que han profundizado en la religiosidad ibérica no es escaso. Así, y dejando a un lado las tempranas campañas arqueológicas en santuarios ibéricos a finales del s. XIX y comienzos del XX, en el último medio siglo y en lo que al sureste peninsular se refiere, se han llevado a cabo excavaciones sistemáticas en el edificio sacro de El Cigarralejo⁴¹, en el de La Escuera⁴², en el santuario de La Luz⁴³, en el Cerro de los Santos⁴⁴, en los templos de la Illeta dels Banyets⁴⁵, el templo de La Alcudia⁴⁶, en La Encarnación⁴⁷, en el santuario de La Serreta⁴⁸, en el de Castillo de Guardamar⁴⁹ y, más recientemente, en el de la Malladeta⁵⁰. El aspecto negativo de toda esta actividad arqueológica, no obstante, ha sido la publicación únicamente parcial de los resultados, pues con la excepción de las tempranas excavaciones de Cigarralejo y Escuera, de la publicación que recoge los limitados datos contextuales que tenemos para el templo de La Alcudia, y del volumen que cuando se redactan estas líneas acaba de ver la luz sobre el santuario de La Malladeta, ningún otro santuario ha sido objeto de la publicación de una memoria de excavación sistemática.

En todo caso, gracias a la información obtenida en estos yacimientos, R. Lucas dividió los lugares de culto ibéricos en lugares sagrados, santuarios, y templos urbanos⁵¹, tipología en la que una década después se incluirían también las capillas domésticas⁵². En el año 1994 F. Gracia, G. Munilla y E. García introdujeron el concepto de espacio de culto doméstico⁵³ y C. Vilà emprendió sus investigaciones sobre el concepto de “templo”⁵⁴, en tanto que C. Aranegui subrayó la distinción entre los

⁴⁰ Seco 2010.

⁴¹ Cuadrado 1950.

⁴² Nordström 1967.

⁴³ Jorge 1967-1968.

⁴⁴ Fernández de Avilés 1964; 1965; 1966; Chapa 1980 a; 1983; Brotons y Ramallo 2014.

⁴⁵ Llobregat 1983; 1985.

⁴⁶ Ramos Fernández 1995.

⁴⁷ Ruano y San Nicolás 1990; Ramallo 1992.

⁴⁸ Llobregat *et alii* 1992.

⁴⁹ Abad 1986 b; García Menárguez 1992-1993.

⁵⁰ Rouillard 2008; Rouillard, Moratalla y Espinosa 2011; Rouillard, Espinosa y Moratalla 2014.

⁵¹ Lucas 1981: 237-247.

⁵² Bonet, Mata y Guérin 1990.

⁵³ Gracia, Munilla y García 1994; 1997.

⁵⁴ Vilà 1994; 1997; 1999.

santuarios costeros y los del interior en el sureste⁵⁵, y L. Prados depuró la tipología de lugares sagrados propuesta para el mundo ibérico al dividirlos en cuevas, santuarios (rurales, protourbanos y territoriales), templos urbanos y capillas domésticas⁵⁶, mientras que T. Moneo se centraría en el estudio de los lugares sacros urbanos⁵⁷. En 1997, el número monográfico que *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* dedicó a los enclaves sacros ibéricos, a su vez, permitió que diversos autores desarrollaran sus propias tipologías de enclaves, cada uno según sus propios criterios, conformando el volumen en su conjunto un verdadero estado de la cuestión de los conocimientos atesorados sobre religiosidad ibérica a mediados de los años noventa⁵⁸.

Con este monográfico creo que podríamos dar por cerrada toda una fase de la investigación de la religiosidad ibérica, centrada como hemos visto en el establecimiento de tipologías de las áreas sacras y en la determinación de su papel desempeñado en la jerarquía de poblamiento de cada región. Por contra, desde los años noventa vienen desarrollándose otras líneas de investigación que exploran ámbitos un tanto más dispersos, como podrían ser, sin ánimo de ser exhaustivo, la pervivencia y transformación de los santuarios y áreas sacras ibéricos tras la conquista romana⁵⁹, los imaginarios simbólico-religiosos a través de la iconografía⁶⁰, los rituales que se llevaban a cabo en los santuarios ibéricos⁶¹, la utilización política de estos y su papel en los modelos territoriales que se fueron generando en el mundo ibérico⁶², su consideración en tanto que “espacios de memoria”⁶³, la influencia que la religiosidad púnica ejerció sobre la ibérica⁶⁴, o la nueva valoración y redefinición de los llamados santuarios domésticos⁶⁵, por no hablar de algunos recientes intentos para establecer una nueva tipología de lugares sacros más acorde con los nuevos datos⁶⁶.

⁵⁵ Aranegui 1994 a; 1995.

⁵⁶ Prados Torreira 1994.

⁵⁷ Moneo 1995; Almagro Gorbea y Moneo 2000.

⁵⁸ Domínguez 1997; Bonet y Mata 1997; Oliver 1997; Gusi 1997.

⁵⁹ Ramallo 1993; Brotons y Ramallo 1994; Marín Ceballos 1994; Ramallo, Noguera y Brotons 1998; Ramallo y Brotons 1999; Rueda *et alii* 2005; Uroz 2008; 2012.

⁶⁰ Olmos 1992 b; 1996 a; 2000; Chapa 2006 a; Uroz 2006; 2012.

⁶¹ Prados Torreira 1994; 1996; 1997; Aranegui 1995 a; Aranegui y Prados 1998; Chapa 2006 a.

⁶² Grau 2000 a; 2010 b; Ruiz Rodríguez 2001; Ruiz Rodríguez, Rueda y Molinos 2010; Ruiz Rodríguez y Molinos 2012; Rueda 2011.

⁶³ Rueda y Olmos 2010.

⁶⁴ Chapa 1997; Marín 2001-2002; Chapa y Belén 2011.

⁶⁵ Bermejo Tirado 2009; Bonet 2010.

⁶⁶ Bermejo Tirado 2008.

Llama la atención, finalmente, la escasa resonancia que el estudio sobre la religiosidad ibérica ha tenido en los últimos años fuera de nuestro ámbito más especializado. Así, en sendos volúmenes colectivos dedicados a la escatología en la Antigüedad, recientemente publicados en España y además en universidades donde vienen desarrollándose estudios sobre el mundo ibérico de forma habitual, no se dedica ninguna atención a la religiosidad ibérica, como sí que se hace, por el contrario, con el comportamiento religioso de otros pueblos prerromanos peninsulares⁶⁷; otro tanto sucede, por supuesto, con las publicaciones extranjeras, en las que el interés por el fenómeno religioso de la *Hispania* indoeuropea excede ampliamente el mostrado por los pueblos ibéricos⁶⁸, a diferencia de lo que ocurre con otros aspectos de la cultura ibérica, mucho más conocidos fuera de nuestras fronteras.

Por lo que a estas páginas respecta, intentaré en ellas profundizar en el fenómeno religioso ibérico en tanto que instrumento de construcción y refrendo del poder, aspecto que como acabamos de ver no es inexplorado en lo que al empleo de los santuarios por parte de las estructuras políticas territoriales se refiere, aunque en este caso pretendo tratarlo desde una perspectiva más amplia: en el presente capítulo, y por ese orden, me he fijado como objetivo aproximarme a la conceptualización que los iberos del sureste se forjaron en cada época de sus divinidades; a los discursos que en cada momento y región se generaron en torno al tránsito al Más Allá; y a los espacios destinados en cada momento por la comunidad local para interrelacionarse con la divinidad. Aspectos de la religiosidad todos ellos, desde mi punto de vista, en los que las elites sociales intervinieron para naturalizar su preeminencia social.

4.2. La imagen de la divinidad.

4.2.1. Aproximaciones al problema.

Tal y como se ha podido entrever en las páginas introductorias a este capítulo, no es mucho lo que en realidad conocemos sobre las divinidades ibéricas. Las fuentes disponibles al respecto son de hecho muy limitadas, pues si como decía antes los autores grecorromanos y la epigrafía no las mencionan siquiera⁶⁹, la iconografía que

⁶⁷ Ferrer Albelda, Lozano y Mazuelos (coords.) 2009; Marco, Pina y Remesal (eds.) 2009.

⁶⁸ Cf. por ejemplo Haeussler y King (ed.) 2007.

⁶⁹ Parece que recientemente se ha establecido una excepción a este silencio, mediante la lectura de un epígrafe latino hallado en Fuerte del Rey (Jaén) en un pequeño altar de difícil datación, dedicado al

llega hasta nosotros y que puede ponerse en relación con el ámbito divino no es muy abundante y resulta enormemente problemática, ya que, salvo por lo que respecta a algunas decoraciones figurativas vasculares de época ibero-romana, en la mayor parte de los casos como veremos más adelante ni siquiera podemos atestiguar si estamos ante la representación de deidades, de seres humanos, o de algún tipo de entidad intermedia de tipo heroico.

En consecuencia, es este un tema en el que la historiografía apenas ha profundizado, pues en la mayoría de los casos o bien ha sido totalmente obviado, o bien se ha abordado desde tres perspectivas bien distintas y que considero igualmente problemáticas: una concepción primitivista de la religión ibérica, la asunción del supuesto aniconismo ibérico, o la recuperación de planteamientos difusionistas.

Así, la dificultad de aislar las divinidades ibéricas en las fuentes disponibles llevó a algunos investigadores a retomar antiguos postulados de la antropología evolucionista para defender que la religiosidad ibérica sería, según los autores, de tipo numénico⁷⁰ o de tipo animista⁷¹, y que por tanto los iberos no representarían a sus divinidades pues ni siquiera las concebirían como entidades con una forma definida. Sin llegar explícitamente a utilizar estos conceptos, otras voces han insistido en el carácter “primitivo” o poco desarrollado de la religiosidad ibérica, que carecería de unas deidades claramente definidas como las de los panteones que mejor conocemos⁷². Ahora bien, y como ya señalara hace años R. Olmos, ni siquiera desde los parámetros antropológicos tradicionales que fundamentan esta línea interpretativa la misma puede sostenerse, pues un análisis detenido de los exvotos que aparecen en los santuarios, por ejemplo, nos está hablando de unas prácticas religiosas relativamente complejas y estructuradas que se conjugan mal con una religión numénica⁷³.

La segunda postura de la que hablaba explica la aparente ausencia de imágenes de la divinidad a través del aniconismo que tradicionalmente se ha atribuido a los pueblos semíticos⁷⁴, y que los iberos habrían heredado de los fenicios⁷⁵. Inferencia que

parecer a *Betatun*, supuesto teónimo cuyas raíces aparecen bien identificadas en la lengua ibérica (Corzo Pérez *et alii* 2007).

⁷⁰ Blázquez 1991: 25.

⁷¹ García-Gelabert 1990: 259.

⁷² Cf. por ejemplo Lucas 1981: 234-236; Ruiz Bremón 1988: 386; Aranegui 2012: 148.

⁷³ Olmos 1992 b: 23-24.

⁷⁴ García-Bellido 1990 a; Treballe 1997.

⁷⁵ Marín Ceballos 2001-2002: 185-186; Lucas 2002-2003: 199.

resulta problemática, pues si por una parte a medida que avanzan los estudios sobre el mundo fenicio-púnico vamos conociendo cada vez más representaciones de divinidades que desmienten ese supuesto aniconismo⁷⁶, por la otra resulta enormemente complicado negar el carácter divino de algunas representaciones iconográficas ibéricas, bastante más abundantes que los posibles vestigios de cultos betílicos que por el momento conocemos en territorio ibérico.

En todo caso, ambas líneas interpretativas asumen que nuestra dificultad para localizar las imágenes de las deidades ibéricas y determinar sus atributos deriva de que los iberos tendieron a no representar a sus divinidades. Una aproximación radicalmente distinta es la que, partiendo de los postulados difusionistas tradicionales, reconoce que existirían divinidades ibéricas claramente definidas a pesar de nuestra dificultad para reconocerlas, de modo que, aceptando que los iberos formarían parte de una gran *koiné* mediterránea y su cultura estaría profundamente influenciada por las de las otras civilizaciones de la Antigüedad, propone que la única vía que nos queda para profundizar en las misteriosas deidades ibéricas es la de compararlas con los dioses de otros pueblos que nos resultan mejor conocidos, como los griegos, los romanos, los fenicios, los cartagineses, o incluso los irlandeses⁷⁷. Todos estos intentos obvian sin embargo la capacidad de las comunidades locales para reinterpretar las influencias recibidas para adaptarlas a sus propias estructuras culturales, de modo que aunque los iberos incorporen por ejemplo, como es el caso, en la iconografía de alguna de sus deidades los atributos que los cartagineses asocian con Tanit, ello no supondrá forzosamente que Tanit haya ingresado en el panteón ibérico, ni tan siquiera que la divinidad ibérica haya asumido el carácter o las funciones de la deidad púnica. Como en tantos otros ámbitos, la comparación con otras civilizaciones no solo puede ser metodológicamente legítima sino también enriquecedora, pero será necesario argumentar la plausibilidad de las analogías a partir de una lectura interna de las propias fuentes ibéricas, y en ningún caso asumirlas como certezas⁷⁸.

Una variante de esta última aproximación, finalmente, sería la de estudiar los fenómenos religiosos propios de la *Hispania* romana, asumiendo la continuidad de los

⁷⁶ Cf. en último lugar Almagro Gorbea y Torres 2010.

⁷⁷ Cf. por ejemplo Gonzalo 1981; Marín Ceballos 1987; Ramos Fernández 1991-1992; Blázquez 1993; Ruiz de Arbulo 1994; Pastor Muñoz 1997; González Alcalde 1997; Pérez Vilatela 1997.

⁷⁸ Olmos 2004 b: 116.

cultos prerromanos enmascarados bajo una pátina romana, estrategia que igualmente se ha explorado⁷⁹, y que de la misma forma peca de la consideración de las religiones como entidades estancas e inmutables que pueden pervivir inalteradas pese a que todas las demás estructuras cambien.

Por mi parte, no creo que nuestro desconocimiento del panteón ibérico, dadas las limitaciones de las fuentes disponibles de las que he hablado páginas atrás, pueda considerarse argumento suficiente para asumir *a priori* la inexistencia de unas deidades definidas en el imaginario ibérico, o para resignarnos a su asimilación a otros dioses mediterráneos que nos resulten más familiares. Por el contrario, propongo llevar a cabo un análisis riguroso de la iconografía ibérica en tanto que lenguaje propio y coherente en sí mismo, explotando el cual confío en poder aproximarme a la comprensión de la conceptualización que de sus deidades se forjaron los iberos en cada época. Desde luego, dada la problemática de las fuentes, esta será una aproximación muy limitada, que difícilmente podrá llegar a la identificación de las diversas divinidades o siquiera a la clara distinción de cada una respecto a las otras, y mucho menos a la configuración de un “panteón ibérico”, en el caso de que alguna vez hubiera habido alguno; todo lo más, aspiro a comprender, o al menos hipotetizar, qué tipo de divinidades fueron las predominantes en los discursos ideológicos que las elites sociales de cada momento se encargaron de difundir y materializar en la iconografía, esto es, qué era lo que los aristócratas ibéricos de cada momento (y, por ende, seguramente, una mayoría de la población, debido a los mecanismos de la difusión del discurso ideológico hegemónico que ya he comentado), esperaban de sus divinidades cuando se volvían hacia ellas⁸⁰.

4.2.2. La divinidad engendradora de pueblos: los discursos arcaicos.

Arranquemos en este recorrido, como en tantas otras cosas, por el conjunto monumental de Pozo Moro, al que ya he hecho alusión en varias ocasiones. Entre sus relieves, que recordemos que su excavador databa a finales del s. VI a.C., encontramos las que podrían ser las primeras figuraciones de la divinidad en nuestra zona de

⁷⁹ Ramírez 1982.

⁸⁰ *Vid.* Fig. 4.1.

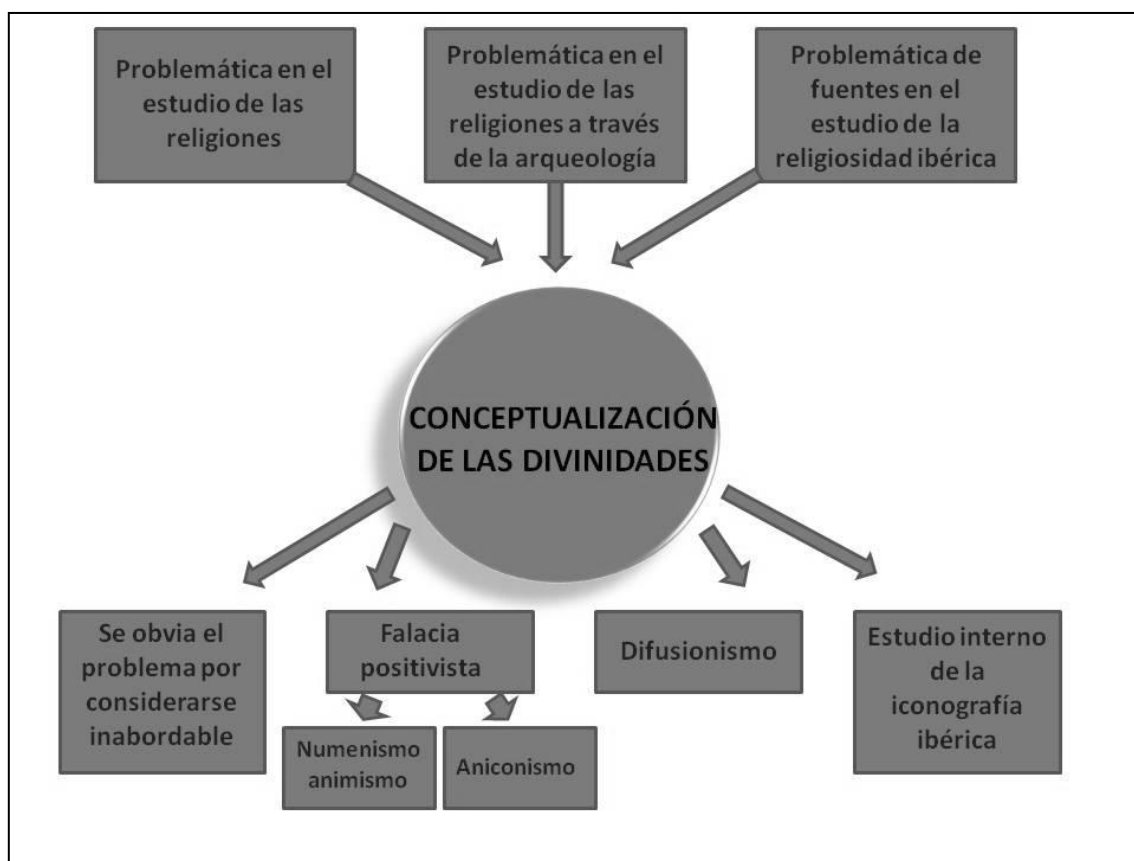


Fig. 4.1. La conceptualización de las divinidades en la arqueología ibérica.

estudio. La más evidente es, sin duda, el panel protagonizado por un individuo alado en representación frontal, sentado sobre una pequeña silla de tijera, y que sostiene en sus manos (al menos en su mano izquierda, pues el carácter totalmente simétrico del relieve que propuso F. López Pardo⁸¹ es solamente una hipótesis) una flor de loto, que entronca con un tallo mayor en el que se posa un ave, quizás un gallo⁸², mientras que asus pies queda el vestigio de lo que podría haber sido una serpiente⁸³. El personaje, bastante fragmentado, que en principio fue considerado masculino e identificado con el dios próximo-oriental El⁸⁴, fue puesto en relación años después por A. Blanco con otro segmento de relieve en el que aparecía una cabeza femenina con peinado hathórico acompañada de una flor de loto simétrica a la del primer relieve⁸⁵. Asistimos, en definitiva, a la epifanía de una diosa alada sedente que surge encarándose

⁸¹ López Pardo 2006: 114; Cf. la reproducción infográfica publicada en Blánquez 2011: 30.

⁸² López Pardo 2006: 127-128.

⁸³ López Pardo 2006: 114.

⁸⁴ Almagro 1978: 265-266.

⁸⁵ Blanco 1981: 35.

directamente con el espectador y rodeada de una naturaleza desbordante⁸⁶, cuya conexión con las flores de loto y cuya postura, mostrando frontalmente su desnudez y abriendo impúdicamente las piernas a ambos lados de su asiento, ponen de manifiesto su carácter fertilístico. Se trata de un esquema iconográfico con prototipos próximo orientales, que de hecho encuentra paralelos entre la plástica orientalizable peninsular, como en el peine de marfil de Medellín⁸⁷ o en el bronce del Berrueco⁸⁸, pero que como veremos será incorporado en la plástica ibérica de los siglos posteriores con las preceptivas transformaciones.

Otro relieve de Pozo Moro en el que asimismo puede aparecer una divinidad es el denominado “de la hierogamia”. Sumamente fragmentado, en él observamos a un varón que copula con una mujer sensiblemente más alta que él, asimismo desnuda salvo por un velo que cae a su espalda, ambos en un espacio acotado por una columna. Aunque más tarde hablaré de este último elemento arquitectónico, baste decir que M. Almagro lo utilizó para argumentar que la escena tenía lugar en un templo, por lo que se trataría de una teogamia⁸⁹, la cual más tarde precisaría que estaría protagonizada por Astarté y Melqart⁹⁰. Blázquez, por su parte, basándose en su lectura general del programa iconográfico del monumento según el Poema de Gilgamesh, interpretó la escena como el matrimonio sagrado entre Enkidu y la Ramera Sagrada⁹¹, aunque reconocería que igualmente podría ilustrar la teogamia entre Ishtar y Dumuzi⁹². Más adelante R. Olmos repararía en que la mayor altura de la figura femenina nos estaría indicando su mayor estatus respecto del varón, en base a lo que podríamos precisar que no se trataba de una teogamia sino de una hierogamia, esto es, el encuentro sexual entre una divinidad femenina y un héroe, cuyos esfuerzos son premiados de esta manera, en una unión cuyo fruto será la estirpe gobernante local⁹³. Finalmente, F. López Pardo conectó este y otros relieves del monumento con los mitos ugaríticos, algunos de los cuales narran cómo el héroe consigue para la diosa el árbol de la fertilidad y lo deposita a sus pies, recibiendo de esta un premio acorde a sus

⁸⁶ Olmos 1996 d: 112-113.

⁸⁷ Almagro Gorbea 1991 a: 593; 2005: 42.

⁸⁸ Blech 1996: 198.

⁸⁹ Almagro Gorbea 1978: 266.

⁹⁰ Almagro Gorbea 2005: 17.

⁹¹ Blázquez 1979: 150.

⁹² Blázquez 1983: 31.

⁹³ Olmos 1996 d: 111-112; Rueda y Olmos 2012: 86.

esfuerzos⁹⁴. En todo caso, y como señalara en su momento W. Trillmich⁹⁵, considero que lo que más nos interesa es la interpretación del esquema iconográfico y de su sentido, y no tanto la identificación de sus protagonistas a partir de las múltiples mitologías alóctonas paralelizables⁹⁶, por lo que de momento quedémonos con que el relieve narra el momento en el que la diosa se entrega por voluntad propia a un mortal, quizás en pago a sus hazañas heroicas⁹⁷.

Antes de abandonar este relieve, por cierto, me gustaría recordar que en su momento M. Almagro reparó en que la divinidad femenina representada no tenía pies, bien porque estos se hubieran erosionado y perdido, o bien porque, como él hipotetizó, se tratara de una divinidad pisciforme⁹⁸. Esta última alternativa se encuentra con el obstáculo de la falta de paralelos en el mundo ibérico, pero no así, por cierto, la ausencia de pies en lo que respecta a las divinidades femeninas ibéricas, aspecto este sobre el que volveré enseguida.

Los otros paneles del conjunto monumental de Pozo Moro en los que se ha pretendido identificar sendas divinidades son los así llamados del guerrero y del banquete infernal. Por lo que respecta al primero, su descubridor postuló que se trataría del dios fenicio Reshef, dado su traje corto, cinturón marcado y tocado de plumas, pero sobre todo su postura⁹⁹, denominada generalmente de “*smiting god*”, y caracterizada por las piernas abiertas, el torso frontal o ladeado y uno de los brazos enarbolando un arma, generalmente un venablo. J.M. Blázquez por su parte apuesta por su identificación con Adad¹⁰⁰, en tanto que F. López Pardo se decantó más bien por Sid¹⁰¹. Bien es cierto que en la plástica fenicia este esquema iconográfico, bastante frecuente, suele ser empleado para la representación de divinidades, pero su identificación mecánica con Reshef u otra divinidad concreta no parece ser nada segura, sino más bien al contrario¹⁰², sobre todo en lo que respecta a los ejemplares

⁹⁴ López Pardo 2006: 97-100.

⁹⁵ Trillmich 1990: 608.

⁹⁶ Cf. a este respecto, por ejemplo, Nissinen y Uro (eds.) 2008.

⁹⁷ García Cardiel 2013 b.

⁹⁸ Almagro Gorbea 1978: 266.

⁹⁹ Almagro Gorbea 1978: 263; 1983 a: 196-197.

¹⁰⁰ Blázquez 1983: 29; 1993: 38.

¹⁰¹ López Pardo 2006: 61-68.

¹⁰² López Grande 2000: 624.



Fig. 4.2. Posibles divinidades (y héroes) entre la iconografía del monumento de Pozo Moro.

documentados en la propia Península Ibérica, distribuidos generalmente por el área de influencia de las colonias fenicias meridionales¹⁰³. Ahora bien, no contamos con ningún elemento de juicio que nos permita saber si alguna de las divinidades fenicias a las que hacía alusión este antiguo esquema iconográfico, o al menos parte de sus atributos divinos, habrían sido asumidas por las gentes ibéricas del sureste para el personaje representado, o si por el contrario habrían empleado dicho esquema iconográfico simplemente para aludir a una divinidad propia, en este caso de contenido claramente guerrero, o bien si, como defiende R. Olmos, el esquema representaría más bien a un héroe en combate¹⁰⁴. El elevado grado de fragmentación del relieve, que nos impide saber contra quién estaría luchando el guerrero, así como la ausencia de paralelos de este tipo de iconográfico dentro de la plástica ibérica, me impiden ir más allá en la interpretación.

Por último, baste mencionar tan solo el conocido como relieve del banquete infernal, en el que un ser híbrido de dos cabezas (o bien quizás dos seres monstruosos superpuestos¹⁰⁵) recibe entronizado la atención de una hilera de sirvientes que le acercan diferentes platos cuyo contenido despiezan y trocean para él, en tanto que la figura o figuras entronizadas se encuentran a punto de ingerir un pequeño ser humano descuartizado y un jabalí. Pero la interpretación de este relieve presenta para los intereses de este capítulo los mismos problemas que la del anterior: sus personajes han sido identificados por la historiografía alternativamente como dioses¹⁰⁶ o bien como daimones monstruosos¹⁰⁷, pues en realidad la inexistencia de ninguna otra escena remotamente parecida en la plástica ibérica nos impide aproximarnos a los códigos de lectura que las comunidades locales emplearían al contemplar este relieve.

Caso en cierta medida similar, por cierto, sería el asa de jarra de bronce encontrada entre los restos de la cremación que, según la lectura de su excavador, estaba señalizada por el conjunto monumental de Pozo Moro y databa a finales del s. VI a.C.¹⁰⁸ Pese a su gran fragmentación, gracias a los paralelos etruscos podemos aventurar que este asa de bronce representaría a un *despotes theron*, un señor de los

¹⁰³ Almagro Basch 1980; Belén y Escacena 2002: 161-168; Ferrer Albelda 2012.

¹⁰⁴ Olmos 1996 d: 109.

¹⁰⁵ López Pardo 2005: 503; 2006: 154; 2009: 36.

¹⁰⁶ Almagro Gorbea 1978: 264; 1983 a: 200; Olmos 1996 d: 106; López Pardo 2005; 2009.

¹⁰⁷ Blázquez 1979: 146-147; 1983: 28.

¹⁰⁸ Vid. Fig. 4.2.

animales¹⁰⁹. Dentro de la plástica ibérica, encontramos esquemas hasta cierto punto paralelizables en la serie de relieves hallados en diversos puntos del sureste y denominados “del domador de caballos”, en los que un personaje de sexo indefinido, a veces sedente, sujeta a dos o cuatro caballos dispuestos a su alrededor; el problema es que estos relieves han aparecido en su totalidad descontextualizados, han sido datados de manera tentativa entre los siglos VI y V a.C., y su interpretación es enormemente controvertida¹¹⁰. Para encontrar nuevos paralelos a este motivo¹¹¹, habremos de trasladarnos ya hasta época iberorromana, cuando en las cerámicas ilicitanas volvemos a encontrarnos con un individuo, en este caso una deidad alada, que aparece en varias ocasiones sujetando del ronzal a dos caballos¹¹², bestias que en opinión de R. Olmos actuarían como metonimia del carro divino¹¹³; en esta misma época tardía, de hecho, aunque ya fuera de nuestra zona de estudio, hallamos “señores de los caballos” igualmente representados en fíbulas de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia), Cañete de las Torres (Córdoba), Chiclana de Segura (Jaén)¹¹⁴ y Muela de Taracena (Guadalajara), asociándose en todas ellas a otras tantas escenas de caza¹¹⁵. El problema es que, de todos estos ejemplares, los únicos que tenemos bien contextualizados y formando parte de un complejo programa iconográfico que nos marque las pautas para su interpretación son los vasos ilicitanos, separados del enterramiento del conjunto monumental de Pozo Moro por casi medio milenio y por evidentes contraposiciones iconográficas (son personajes femeninos en vez de masculinos, con atributos divinos en vez de con la desnudez heroica, etc.). Tampoco están desnudos los “domadores de caballos” de los relieves ibéricos, y muchos de ellos aparecen sedentes, atributo este último más propio de los dioses que de los héroes, como señalaré más adelante. Por el contrario, el fragmento de asa de la jarra de Pozo Moro muestra a un individuo desnudo y de musculatura marcada, lo que daría pie a

¹⁰⁹ Almagro Gorbea 1983 a: 185-186; Olmos 1996 d: 101-102.

¹¹⁰ Marín Ceballos y Padilla 1997.

¹¹¹ Obvio aquí deliberadamente la mención al jarro de Valdegamas (cf. Blanco 1953), pues la figura femenina que aparece en el mismo no está domando a los leones, sino que estos le sirven y acompañan.

¹¹² Cf. Norström 1973: 210-211, fig. 51,1; Pericot 1979: 87, fig. 109. *Vid.* Fig. 4.3.

¹¹³ Olmos 1990: 18-19.

¹¹⁴ *Vid.* Fig. 4.4.

¹¹⁵ Marín y Padilla 1997: 469-470.

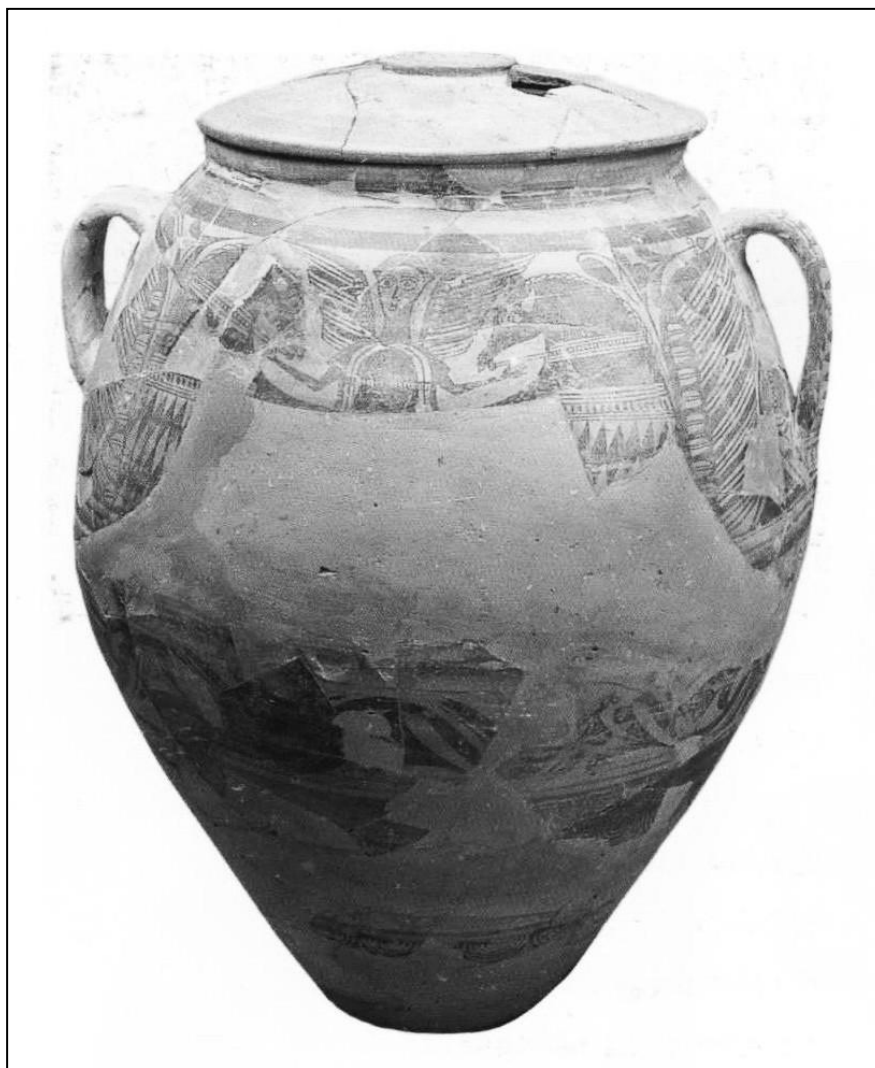


Fig. 4.3. Señor de los caballos en una tinaja ilicitana.



Fig. 4.4. Fíbula de Chiclana de Segura.

interpretarlo en sentido heroico, como hizo ya R. Olmos¹¹⁶, sentido que estaría en consonancia con la iconografía simposiasta del resto de los vasos del ajuar y con la función aparente de todos los varones que aparecen en los relieves del conjunto monumental.

En definitiva, parece que en el conjunto monumental de Pozo Moro, en el que la influencia de raigambre oriental se nos muestra tan potente, nos encontramos con una dicotomía temática similar a la habitual en la plástica orientalizante del sur peninsular: los héroes masculinos caracterizados por sus hazañas violentas (que analizaremos en el capítulo siguiente) se contraponen a las divinidades femeninas, señoras de la naturaleza¹¹⁷. Los únicos dos seres divinos que podemos identificar claramente, por tanto, son de género femenino, y a ambos se les representa asociados a un mismo campo semántico: tanto la diosa que muestra frontalmente su desnudez mientras de sus manos y en torno a su cuerpo germinan las flores de loto, como la otra deidad que deja que su velo caiga a su espalda para poder mostrar y ofrecer su cuerpo al héroe victorioso, nos hablan de una divinidad o unas divinidades cuya función primordial parece ser la generatriz; una diosa benefactora que proporciona la fecundidad, tanto a la naturaleza como a las gentes; una deidad que quizás fue la que, tras el encuentro con el héroe civilizador, gestó en su seno a los primeros integrantes de la comunidad o de su elite dirigente. Y hablamos también de unos personajes heroicos que, tras haber logrado una serie de hazañas sobrehumanas gracias a sus excelsas capacidades, son premiados con un contacto personal, íntimo, con la diosa, contacto que les convertirá a ellos y a sus descendientes en algo más que humanos, y en todo caso, en interlocutores únicos entre la divinidad y sus conciudadanos.

De esta manera, el conjunto monumental de Pozo Moro y su programa iconográfico se pueden considerar no ya solo solo como símbolos del poder político del gobernante¹¹⁸, sino también y sobre todo como *cadre matériel* de la memoria dinástica de una estirpe gobernante que retrotrae sus orígenes a la divinidad¹¹⁹, y que se considera por tanto en íntimo y exclusivo contacto con ella.

¹¹⁶ Olmos 1996 d: 102; Rueda y Olmos 2012: 84.

¹¹⁷ Olmos 1996 d: 103.

¹¹⁸ Almagro Gorbea 1996: 62; Chapa 2003: 105.

¹¹⁹ Olmos 1996 d: 104;

Un significado parecido encontramos, así, en Cerrillo Blanco de Porcuna, yacimiento del que ya he hablado en capítulos anteriores pese a que se encuentre fuera de mi área de estudio. Entre el prolijo conjunto escultórico que fue erigido en el enclave a comienzos del s. V a.C. y poco después destruido, la mayor parte de las estatuas y grupos han sido puestos en relación con combates heroicos o con la educación del joven aristócrata¹²⁰. Hay, sin embargo, tres ejemplares que han sido en ocasiones interpretados como divinidades. Me refiero a una mujer estante, cubierta por un manto, en torno a cuyo cuerpo se enrosca una serpiente cuya cabeza asoma pacíficamente sobre su hombro¹²¹; a un personaje que sostiene las patas delanteras de dos cabras que se abrigan a sus pies, y que en un principio se identificó como oferente de las cabras¹²² pero que más tarde, dada la sumisión que estas muestran respecto del ser humano y su posición heráldica, se interpretó como dios del ganado¹²³ (aunque recientemente se ha propuesto que su género no sería masculino sino femenino, esto es, se trataría más bien de una diosa de las cabras¹²⁴); y, finalmente, a un varón del que solo se ha conservado el torso desnudo, y que ha sido representado en actitud de masturbarse, escena que, dado el contexto del conjunto escultórico y de la plástica mediterránea, ha sido comprendida como una deidad masculina que produce la semilla que caerá en la tierra y concebirá de forma autogenérica al grupo humano o, metonímicamente, a su elite dirigente¹²⁵. Es decir, entre la pléyade de guerreros heroicos y animales fantásticos del conjunto escultórico de Cerrillo Blanco de Porcuna, aparecen también una serie de divinidades que inciden una vez más en algunos conceptos ya observados en Pozo Moro: su carácter fecundante y generatriz, su dominio de la naturaleza, que se somete a ellas, y su aspecto ctónico.

De hecho, y en relación con la “diosa de las cabras” a la que acabo de mencionar, a lo largo de todo el mundo ibérico pero con una mayor concentración en el sureste peninsular encontramos toda una serie de relieves dispuestos en la mayor parte de los casos sobre placas cuadrangulares de arenisca, en los que se representa a

¹²⁰ Olmos 2002.

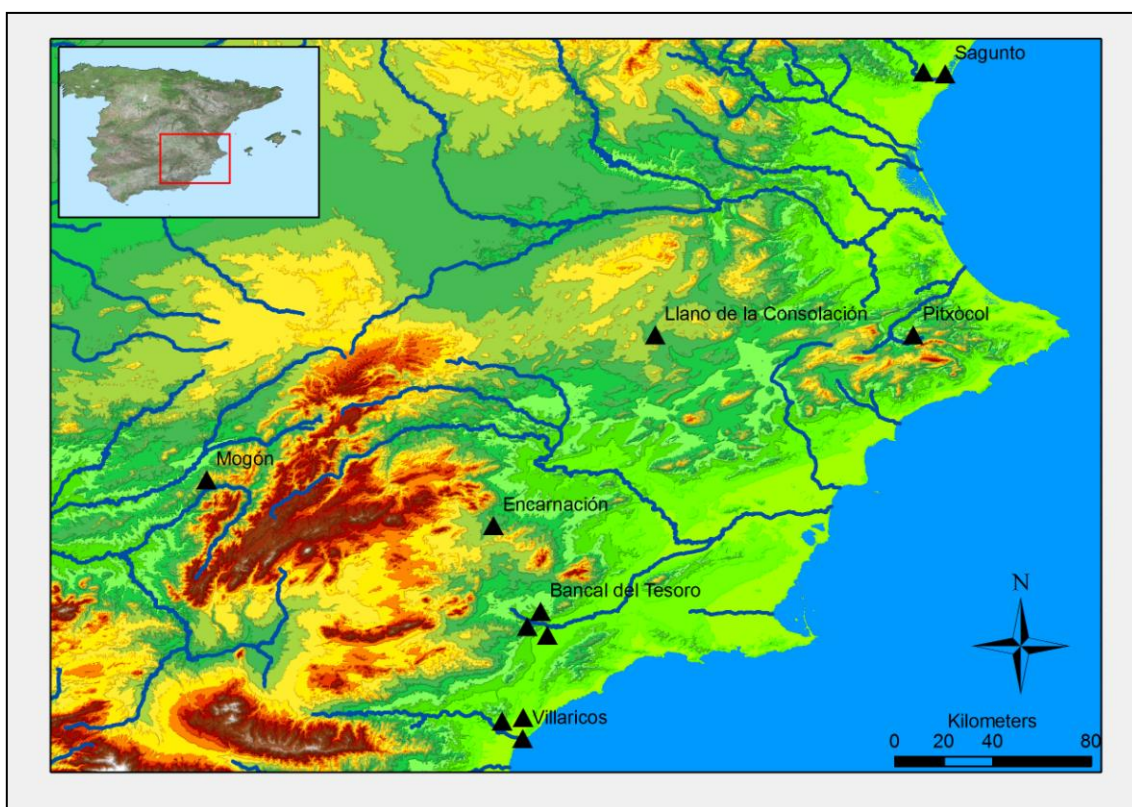
¹²¹ González Navarrete 1987: 111-114; Negueruela 1990: 239-241.

¹²² González Navarrete 1987: 115-120.

¹²³ Marín Ceballos 2001-2002: 187.

¹²⁴ Ruiz Rodríguez 2011: 405-406.

¹²⁵ Prados Torreira 2007: 178.



Mapa 4.1. Relieves de los “Domadores de caballos”

un varón en disposición frontal, estante o sedente, a veces con cabeza janiforme, que posa sus manos sobre el morro de dos o cuatro caballos, quizás amansándolos, quizás dándoles de comer, o quizás simplemente demostrando su dominio sobre ellos. Se trata de los relieves del “domador de caballos” a los que hacía alusión páginas atrás: una serie de placas pétreas muy similares entre sí, datadas de manera tentativa entre los ss. VI y V a.C., y que aparecieron en Mogón (Villacarrillo, Jaén), Villaricos (Vera, Almería) (3 ejemplares), Bancal del Tesoro (Lorca, Murcia) (3 ejemplares), La Encarnación, Pixòcol, Llano de la Consolación y Sagunto (Valencia) (2 ejemplares)¹²⁶. El hecho de que estos relieves hayan sido documentados por lo general aparentemente descontextualizados y en ocasiones más de uno por enclave, y su iconografía relacionada con el dominio de los animales, ha llevado a considerarlos como hitos territoriales que señalarían los espacios destinados a la cría caballar propiedad de una

¹²⁶ Marín Ceballos y Padilla 1997: 462-468. Vid. Fig. 4.5 y Mapa 4.1.

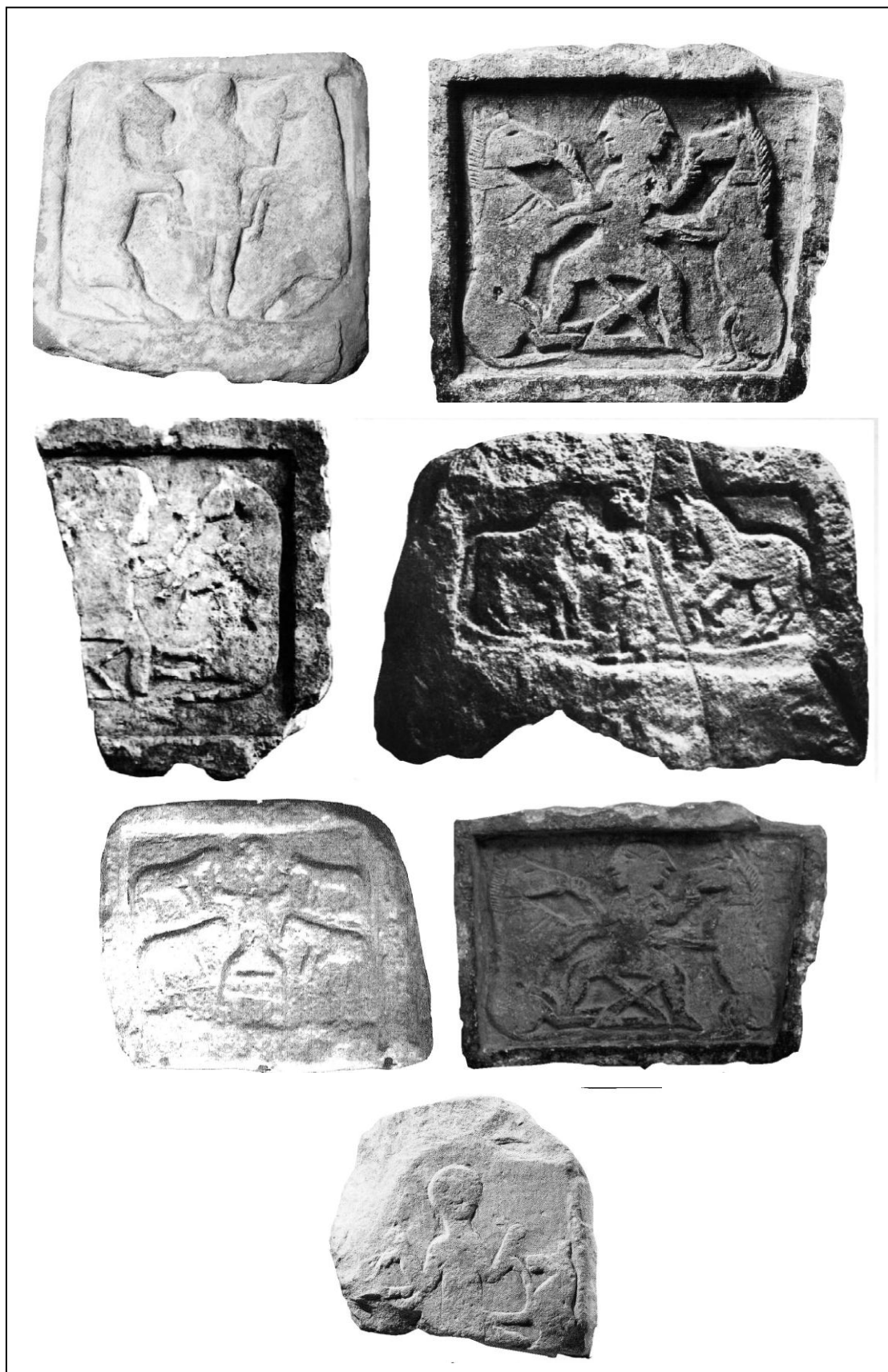


Fig. 4.5. Relieves de los “Domadores de caballos”: Mogón, Villaricos, Bancal del Tesoro, La Encarnación, Llano de la Consolación, Sagunto y Pitxócol.

comunidad, pero sobre todo invocarían para esta actividad económica la protección de la divinidad tutelar y propiciadora de la misma¹²⁷. Los atributos del personaje (su representación siempre simétrica, casi heráldica, así como su eventual carácter bifronte y/o sedente) llevan a interpretarlo efectivamente como una deidad, al contrario de lo que como vimos sucedía con el varón representado en el asa de jarro de Pozo Moro. Por lo que respecta a su identidad o atribuciones, poco más se puede afirmar, más allá de su relación con los caballos¹²⁸.

También a finales del s. VI a.C. se fabricaría, seguramente en el sur peninsular¹²⁹, otra pieza que considero de interés sacar a colación: me refiero al timiaterio de La Quéjola¹³⁰, al que ya hice mención en un capítulo anterior. Se trata de un pequeño quemaperfumes de bronce de contexto incierto¹³¹ cuyo fuste representa a un personaje femenino desnudo, peinado con dos largas trenzas y que sostiene un ave. Las propias trenzas, así como lo escasamente apuntado de sus formas femeninas, indican la juventud del individuo, quizás adolescente¹³², algo que a su vez ha servido para defender que nos encontramos ante una sierva humana de la divinidad y no ante la representación de la deidad misma¹³³. Ahora bien, ambas inferencias a mi modo de ver son únicamente hipótesis de trabajo, pues al carecer la pieza de todo paralelo peninsular (si aceptamos que efectivamente es, como parece, una producción del sur de la Península Ibérica), no puede afirmarse categóricamente que los individuos femeninos adultos se representaran en bronce en esta época con formas más rotundas que las de nuestro timiaterio, ni contamos con las suficientes imágenes de divinidades como para negar la posibilidad de que alguna de ellas pudiera representarse con este

¹²⁷ Marín Ceballos y Padilla 1997: 481. En contra de la interpretación de estas estelas como hitos territoriales, cf. Grau 2000 a: 204.

¹²⁸ Hace pocos años el varón representado en estos relieves fue identificado con Diomedes (Almagro Gorbea 2005 a: 156-157), pero creo que carecemos de elementos suficientes como para determinar hasta qué punto el contenido simbólico del personaje ibérico respondería al héroe de la mitología griega. Otro tanto se podría decir de la asociación, en este caso más antigua, de estos relieves con la diosa Epona (Fernández de Avilés 1942) o su equivalente griego (Benoit 1951; 1953).

¹²⁹ Olmos y Fernández Miranda 1987: 214 y 219.

¹³⁰ *Vid.* Fig. 4.6.

¹³¹ Aunque generalmente se ha dado por sentado que provendría del departamento 2 (cf. por ejemplo Blánquez 1996: 164-165), en realidad el artefacto fue descubierto casualmente por un lugareño, y los testimonios sobre el hallazgo son poco esclarecedores (Olmos y Fernández Miranda 1987: 211-212).

¹³² Blánquez y Olmos 1993: 94.

¹³³ Olmos 1991 b: 109; Blánquez y Olmos 1993: 94-95; Olmos y Chapa 2004: 61-62; Olmos y Tortosa 2010: 254.



Fig. 4.6. Timiaterio de La Quéjola.

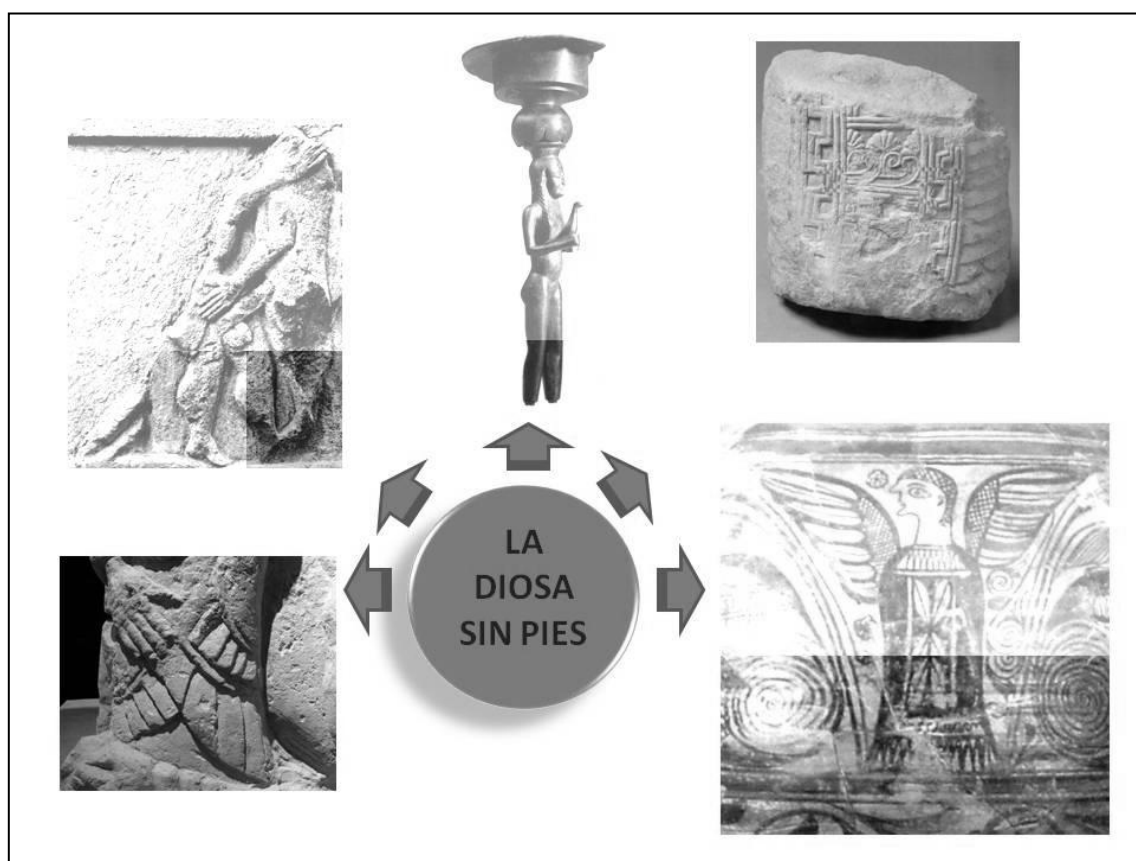


Fig. 4.7. Divinidades femeninas ibéricas sin pies.

aspecto juvenil. Ambas deducciones se basan únicamente, de hecho, en la comparación con otras iconografías mediterráneas, metodología perfectamente legítima pero que únicamente puede llevarnos a lanzar hipótesis de trabajo en tanto que estas no puedan ser apuntaladas suficientemente con las fuentes locales.

De cualquier manera, aunque el timiaterio representara efectivamente a una joven sierva de la divinidad como se viene defendiendo, porta una serie de atributos que permiten vincularla, a través de un habitual juego de espejos entre diosa y sirviente, con la deidad misma. Así, la desnudez de la muchacha, su peinado hathorico, su relación con las aves y la flor de loto que sostiene el cazo para los perfumes sobre su cabeza han llevado a ponerla en relación con Astarté y Afrodita¹³⁴, aunque en todo caso parecen aludir claramente a la deidad representada en Pozo Moro en esa misma época. Esto es, hablamos nuevamente de una divinidad relacionada con la fecundidad de la naturaleza, y posiblemente también de la fertilidad humana.

Reparemos, no obstante, en un aspecto del timiaterio, que ha sido completamente obviado hasta ahora en las interpretaciones de la pieza. Me refiero a que esta, tal y como en su momento pusieron de relieve J.J. Blázquez y R. Olmos, no tiene pies, sino que sus piernas a la altura de los tobillos aparecen recortadas bruscamente en sendos planos biselados, y rematan en vástagos que servirían en su día para insertar la pieza en un pedestal, sin que aparentemente se llegaran a representar nunca los pies¹³⁵. Tampoco tenía pies, recordemos, la divinidad femenina del relieve de la hierogamia de Pozo Moro, e igualmente están ausentes en la figura escultórica femenina de Carmona, datable en el s. VII a.C. y que constituye una de las primeras muestras de estatuaria peninsular¹³⁶. Y la ausencia de pies, de toda la parte inferior del cuerpo, o incluso del cuerpo a partir del cuello se convertirá en un elemento habitual de la representación de las divinidades femeninas ibéricas en época ya tardía, cuando el concepto de *ánodos*, esto es, la consideración de que estas deidades se representan surgiendo espontáneamente de la tierra, se convertirá en habitual¹³⁷. El lapso cronológico entre estas representaciones y las divinidades de Pozo Moro y La Quéjola desde luego es muy amplio, por lo que la extrapolación de este

¹³⁴ Olmos 1991 b: 109; Blázquez y Olmos 1993: 95; Rueda y Olmos 2012: 88 y 91-92.

¹³⁵ Blázquez y Olmos 1993: 94.

¹³⁶ Belén y García Morillo 2005; Belén *et alii* 2009.

¹³⁷ Olmos 1988-1989: 89-95; Ramos Fernández 1989-1990.

concepto a una época tan arcaica y a las imágenes de las que hablo solo puede ser tomada como hipótesis de trabajo, aunque ya algunos autores vienen proponiendo que la representación ibérica de bustos escultóricos en unas fechas mucho más cercanas a las que yo estoy tratando estaría aludiendo precisamente a su surgimiento anódico¹³⁸, concepto que se barajaba igualmente en la plástica griega de la época¹³⁹. Además, este amplio lapso se acorta si tenemos en cuenta, como veremos más adelante, que la divinidad que guía a la esfinge del Parque Infantil de Tráfico de Elche, datable en el s. IV a.C., tampoco tenía pies¹⁴⁰.

Dejando ya a un lado el timiaterio de La Quéjola, para estas mismas épocas conocemos en el sureste peninsular otros vestigios escultóricos antropomorfos que podrían haber representado, o no, a divinidades, pero cuyo estado enormemente fragmentario nos priva de cualquier elemento de juicio al respecto. Me estoy refiriendo, por ejemplo, a la llamada *koré* de Alicante¹⁴¹, de la que solo se ha conservado la cabeza. En otros casos, contamos con imágenes que claramente fueron concebidas en origen como representaciones de la divinidad, pero que no sabemos cómo serían percibidas por los iberos, pues los fenómenos de desmitologización, mitologización o transmitologización de los que hablaba R. Olmos¹⁴² están siempre presentes en los procesos de reinterpretación transcultural; me estoy refiriendo, por ejemplo, a las primeras cerámicas áticas importadas en el sureste peninsular, o incluso también al ánfora de El Macalón marcada con un sello con la representación de un jinete tocado con una tiara de cuernos¹⁴³, atributo este último propio de las divinidades en el ámbito próximo-oriental, pero que no me parece definitorio en el mundo ibérico, donde posiblemente el artesano de turno simplemente percibiría un jinete (con todas las implicaciones sociales e ideológicas que ello conllevaría en el imaginario ibérico, por supuesto) para individualizar el ánfora o su contenido.

¹³⁸ Olmos 1988-1989: 87-88; Ramos Fernández 1992: 177-178; 1995: 123-133; Bendala 1999: 141; 2006: 53.

¹³⁹ Bérard 1974; Cousin 2012: 210-213.

¹⁴⁰ *Vid.* Fig. 4.7.

¹⁴¹ Llobregat 1972: 146. *Vid.* Fig. 4.8.

¹⁴² Olmos 1987: 292-293.

¹⁴³ Mata y Soria 1997: 351; Sanz y Blánquez 2010: 256. *Vid.* Fig. 4.9.

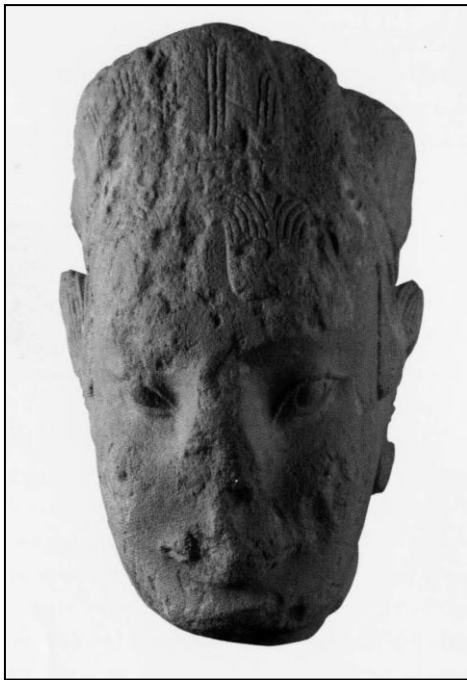


Fig. 4.8. Koré de Alicante.

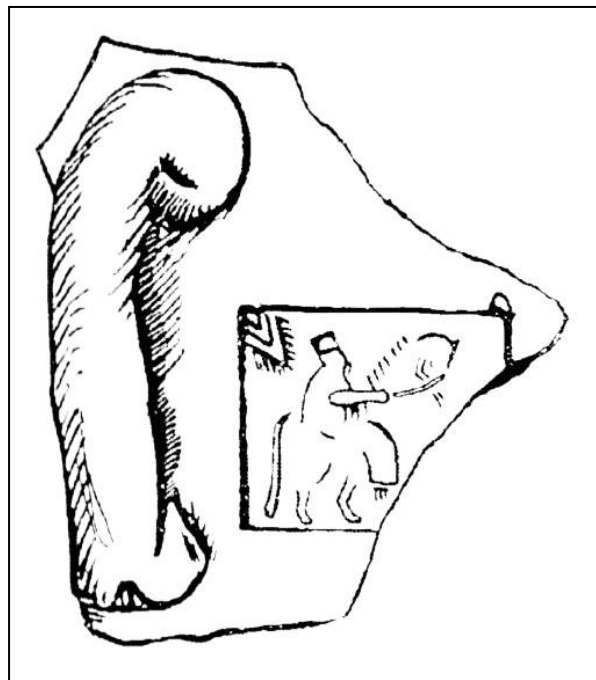


Fig. 4.9. Estampilla de jinete en ánfora de El Macalón.



Fig. 4.10. Bicha de Balazote.

Ahora bien, también debo mencionar toda una serie de seres híbridos, que han sido puestos en relación con la divinidad por la historiografía. El caso más claro de todos ellos sea, quizás, la llamada “Bicha de Bazalote”, un toro echado con cabeza humana barbada¹⁴⁴ que apareció en la segunda mitad del s. XIX, y que ha sido datado, siempre por paralelos estilísticos dado su carácter descontextualizado, hacia finales del s. VI o comienzos del V a.C.¹⁴⁵ La pieza presenta la cabeza en bulto redondo y el cuerpo en relieve semiexento, por lo que quizás formaría parte de una construcción, quizás en una disposición análoga a los leones de Pozo Moro como propuso T. Chapa¹⁴⁶, aunque de momento la búsqueda sistemática de la necrópolis a la que pertenecería solo ha sacado a la luz vestigios inciertos, y en todo caso no tan antiguos¹⁴⁷.

En todo caso, el significado de este toro androcéfalo resulta oscuro, pues no se trata de un personaje habitual en la iconografía ibérica. El motivo no volverá a emplearse en la Península, que tenga constancia, hasta comienzos del s. II a.C., en este caso como tipo en el reverso de una dracma de la ceca de *Arse-Sagunto*¹⁴⁸, si bien ya a mediados del s. V a.C. sabemos que esta imagen fue importada a la Península a través de un *oinochoe* metálico de origen itálico, hallado en Málaga¹⁴⁹. De cualquier manera, los toros androcéfalos sí que constituyeron un ser híbrido recurrente en el imaginario próximo-oriental¹⁵⁰ y griego, identificándose en este último caso como el dios-río Aqueloo, padre de las demás corrientes fluviales y eventual contrincante de Heracles, siendo esta divinidad fluvial a la que en ocasiones se ha pensado que podría encarnar la escultura ibérica¹⁵¹. Sin embargo, y tal y como hace ya tiempo que se propuso para las diversas representaciones de toros androcéfalos que encontramos en la plástica etrusca¹⁵², es posible que los artesanos responsables de la Bicha de Balazote aprehendieran y emplearan únicamente la forma del toro androcéfalo, quizás revestida de ciertos significados generales y abstractos pero no forzosamente como figuración de ninguna divinidad, griega o no; de hecho, y como ya hace décadas

¹⁴⁴ García y Bellido 1931. *Vid.* Fig. 4.10.

¹⁴⁵ Chapa 1980: 973; 1981: 155.

¹⁴⁶ Chapa 1981: 153.

¹⁴⁷ Sanz y López Precioso 1994: 223.

¹⁴⁸ Villaronga 1994, nº306, 12.

¹⁴⁹ Blanco 1965: 84-90.

¹⁵⁰ Blázquez 1979: 156.

¹⁵¹ García y Bellido 1931; Muñoz 1984: 147.

¹⁵² Jannot 1974: 774.

defendiera T. Chapa, posiblemente debamos incluir a la extraña escultura en la pléyade de leones, esfinges y grifos que se están esculpiendo en estos momentos, compartiendo con ellos quizás un cierto sentido apotropaico, aunque desde luego su parte predominante de bóvido sugiere que asumiría igualmente un carácter fecundador que es generalmente aceptado para las esculturas ibéricas de toros, y que por otra parte no sería ajeno a los atributos del Aqueloo griego¹⁵³. El carácter híbrido del ser, así como su exotismo dentro de la plástica ibérica, sin duda fueron aspectos buscados conscientemente por sus escultores¹⁵⁴, en tanto que la cabeza antropomorfa lo dotaría de individualidad y raciocinio, y quizás también de temporalidad sobrehumana y sabiduría, a tenor del énfasis en el rostro barbado, poco habitual en la iconografía ibérica¹⁵⁵.

Por consiguiente, creo necesario incluir en la discusión un breve comentario a las figuraciones de seres híbridos que abundan en la plástica ibérica de esta época, pues si bien en principio no representarían divinidades en sí mismas (al menos no tenemos ningún elemento de juicio para afirmarlo, en mi opinión), sí que pueden ser consideradas como atributos de la deidad, y por tanto relacionados con ella según el mismo juego de espejos del que hablaba anteriormente que se establece sistemáticamente entre un dios y su sirviente.

A este respecto, cabe reparar en que durante la fase más arcaica de la plástica ibérica, la iconografía es de hecho mayoritariamente zoomorfa, y cristaliza sobre todo en representaciones de animales “fantásticos” (o que lo serían al menos para los artesanos ibéricos), tales como leones, esfinges o grifos¹⁵⁶. También se esculpen no pocos bóvidos, pero estos se encuadran siempre dentro del denominado por T. Chapa “Grupo B” o “Grupo 1”¹⁵⁷: esto es, se trata de toros de cuernos y orejas postizos, de un gran esquematismo y cuyas patas reciben un tratamiento bastante somero, frente a la recurrente representación de los genitales y la hipercaracterización de unas fauces con amenazadora dentadura, todo lo cual sugiere que estas esculturas no buscaron en

¹⁵³ Chapa 1981: 154.

¹⁵⁴ Blech 1994.

¹⁵⁵ Izquierdo Peraile 2003: 268. Para la interpretación estructural de los significados de los seres “híbridos simples” (aquellos constituidos por un único elemento extraño que ha sido añadido o que sustituye a otro elemento del ser original), cf. recientemente Verderame 2013: 169-171, autor según el cual el elemento extraño añadido o sustituido únicamente connota el significado del ser original.

¹⁵⁶ Sala 2007: 59

¹⁵⁷ Chapa 2005.

ningún momento la representación naturalista de los animales, sino la transmisión de un concepto subrayado por su hibridismo. De hecho, y a diferencia de lo que ocurrirá con los toros y demás representaciones zoomorfas naturalistas ibéricas de época posterior, estos bóvidos del grupo B comparten con los demás seres híbridos la característica de ser representados tumbados, en vez de en pie.

Desde luego, la representación de seres híbridos contaba ya en la Península con una larga tradición, como los marfiles fenicios o las cerámicas “orientalizantes” con decoración figurativa pueden atestiguar¹⁵⁸. Incluso los toros del grupo B de los que acabo de hablar cuentan con un claro precedente en el torito de Porcuna, que comparte varios de sus rasgos y que ha sido datado entre finales del s. VII y comienzos del VI a.C.¹⁵⁹ Ahora bien, no podemos obviar que la influencia de esta tradición estaría profundamente mediatizada por una selección nada casual de los motivos y la manera de representarlos¹⁶⁰, selección que llevó a que por ejemplo se descartara la representación de animales no híbridos como los ciervos o las cabras, presentes en la plástica de tradición oriental¹⁶¹. Por el contrario, la elección sistemática de seres híbridos, ajenos a la esfera natural, y cuya rareza además se subraya con la adición frecuente de postizos metálicos¹⁶², así como la singularidad de los mismos¹⁶³, sugiere un interés consciente por perseguir la exotividad de las representaciones, por esculpir en piedra unos seres completamente ajenos a la cotidianeidad de la comunidad; unos seres que conllevarían, como señalaba de forma sugerente R. Olmos, historias pregnantas, latentes, conocidas por la comunidad aunque continuamente cambiantes y renovadas cada vez que se narran, que no se llegan a desarrollar en la iconografía y que difícilmente nos será dado conocer a los historiadores y arqueólogos¹⁶⁴.

Para estos animales los significados se apilan a distintos niveles, se contraponen o van transformando a medida que pasa el tiempo, de un grupo a otro o

¹⁵⁸ Le Meaux 2003: 188; Olmos 2003 a.

¹⁵⁹ Chapa y Vallejo 2012.

¹⁶⁰ Olmos 1996: 87-88.

¹⁶¹ García y Bellido 1960: 50; Le Meaux 2010: 35-43.

¹⁶² Chapa y Vallejo 2012: 129-132.

¹⁶³ Salvo en algunas excepciones ajenas a nuestro ámbito de estudio, como parece suceder con los leones cordobeses (Chapa 1998 a), las esculturas zoomorfas ibéricas arcaicas no parecen delatar ningún interés por parte del artesano en repetir una misma pieza en distintos yacimientos, sino que, por el contrario, las esfinges de Bogarra, Salobral y Agost, por ejemplo, únicamente parecen compartir una misma idea general de lo que es una “esfinge”, sin acogerse a unos mismos criterios concretos para su representación (cf. a este respecto Olmos 1996: 87).

¹⁶⁴ Olmos 1996: 90.

según el espectador y el contexto en el que aparecen, aunque lamentablemente buena parte de estas sutilezas se nos escapan al desconocer en la mayoría de los casos el contexto original de las piezas. Así, si para los leones podemos intuir que su representación estaría ligada al concepto de soberanía¹⁶⁵, entrañaría también un cierto sentido apotropaico¹⁶⁶, y se relacionaría a su vez con la epifanía de la divinidad al proteger el espacio en el que esta tendría lugar¹⁶⁷, para las esfinges se ha propuesto que serían concebidas en el mundo ibérico como guardianes de tumbas¹⁶⁸, como pobladores metonímicos de los espacios sacros¹⁶⁹ y vehículo apropiado para acceder a los mismos¹⁷⁰, y finalmente como atributo y servidora de la divinidad femenina¹⁷¹, como se pone gráficamente de manifiesto en la escultura de la Dama de Galera, cuyo trono está formado por las propias esfinges¹⁷². Ahora bien, concretar más estos significados y tratar de relacionar cada pieza con una funcionalidad y una deidad concretas sería ya ir, en la mayor parte de los casos, demasiado lejos.

En definitiva, si bien en el estado actual de la investigación no podemos relacionar todas estas imágenes de seres híbridos con divinidades concretas ni profundizar demasiado en su significado, su análisis sugiere que los artesanos que las produjeron (y, en última instancia, los gobernantes para quienes trabajaban) buscaban representar un mundo poblado de criaturas exóticas, monstruosas y extraordinarias¹⁷³, un mundo suprarreal alejado de la cotidianeidad de las comunidades locales ibéricas y del que solo tendrían un conocimiento verdadero, y por tanto un cierto contacto, unos pocos privilegiados. No es casualidad, en este sentido y como ya apunté en el capítulo anterior, que todo este despegue de la estatuaria ibérica, incluidos los mayores programas iconográficos ibéricos conocidos como son Porcuna y Pozo Moro, se produzca precisamente en los momentos iniciales del mundo ibérico, cuando las elites

¹⁶⁵ Chapa 1985 a: 123-136; 2007: 187; Vaquerizo 1997: 22; Ruiz Rodríguez y Sánchez 2003: 143-145; Olmos 1996: 89.

¹⁶⁶ Chapa 1980: 791; 1996: 238.

¹⁶⁷ Respecto a la concepción de la pareja de leones tumbados y dándose mutuamente la espalda como símbolo epifánico en el Mediterráneo y en el mundo ibérico, cf. García Cardiel 2009; 2012 b: 85-87. Para sendos intentos de identificación de la representación de leones ibéricos con una divinidad en concreto, Astarté-Tanit, cf. Almagro Gorbea 1996 a: 113; Belén y Marín 2002; Marlasca 2004.

¹⁶⁸ Chapa 1980 b: 331-332; Izquierdo Peraile 1999.

¹⁶⁹ Ruiz Rodríguez y Sánchez Vizcaíno 2003: 152.

¹⁷⁰ Izquierdo Peraile 2003: 264.

¹⁷¹ Chapa y Belén 2011: 163.

¹⁷² Olmos 2004; González Reyero 2007.

¹⁷³ Izquierdo Peraile 2003: 271-272.

gobernantes locales se ven necesitadas de dotarse de una ideología que justifique y construya las relaciones de poder crecientemente desiguales¹⁷⁴. Ni tampoco lo es que unas aristocracias necesitadas de *diferenciarse*, de reforzar y ampliar la distancia simbólica que les separaba del resto de sus comunidades, optara por rodearse de una iconografía exótica, extraña, que evocaba un mundo sobrenatural ajeno a las coordenadas espaciotemporales cotidianas, cuyo conocimiento era monopolio de las familias que se arrogaban la custodia de la tradición¹⁷⁵. Una tradición que variaría de unas familias a otras, de unas comunidades a otras, de ahí la singularidad de los programas iconográficos de cada yacimiento que antes subrayaba¹⁷⁶.

Es en este contexto político, ideológico e iconográfico en el que creo que deben encuadrarse las representaciones de divinidades de las que antes hablé, y por consiguiente la percepción de la deidad que a través de ellas se refleja. En definitiva, hasta aquí he hablado de unos dioses cuyo aspecto más recurrentemente destacado es su componente fertilística, tanto en lo tocante a la fecundidad de la naturaleza (divinidades que controlan y alimentan a los caballos y las cabras, deidades a cuyo alrededor florece el loto, etc.) como a la humana (no solo por la desnudez recurrente de las figuraciones sino también por la existencia de escenas tan explícitas como la hierogamia de Pozo Moro o el dios que se masturba en Cerrillo Blanco de Porcuna). Se trata, con toda probabilidad a mi parecer, de unas divinidades que, bien de manera autogenérica o bien a través de su unión con el héroe-aristócrata local, dan origen a la elite dirigente, cuyos miembros a través de la representación de estas escenas están reivindicando la ascendencia divina de su estirpe, y por lo tanto su derecho divino al gobierno.

Si además tenemos en cuenta que estos aristócratas están asociando sistemáticamente a su persona social imágenes de un exotismo explícito e intencionado (colocando sus enterramientos en torno a esculturas y relieves de este tipo, por ejemplo, o representando junto a ellas escenas heroico-legendarias protagonizadas seguramente por algún antecesor del gobernante de turno), y si recordamos de capítulos anteriores que se esforzaban en estas épocas por hacerse con elementos de vajilla y, sobre todo, ánforas de vino importados del Mediterráneo y que

¹⁷⁴ Chapa 1994 a: 53-54; Aranegui 2006: 117-118; Olmos 2006: 161.

¹⁷⁵ Chapa 2003: 105; Izquierdo Peraile 2003: 263.

¹⁷⁶ Chapa 1998 a: 76.

desde luego no estarían al alcance de cualquiera, entenderemos además mejor la red de significados implícita en el relieve de la hierogamia, con el que comenzaba esta discusión. Y es que, como ya señaló R. Zimmermann, la unión entre un varón (aristocrático, evidentemente) con una diosa entraña no solo una conjunción cósmica trascendente, un hito cosmológico y un punto de partida genealógico, sino también y sobre todo un elemento legitimador¹⁷⁷: el gobernante (y, se supone, su prole) gozan de un acceso íntimo y privativo a la divinidad, por lo que pueden ejercer de intermediarios entre esta y la comunidad, legitimando así desde una nueva perspectiva su preeminencia social. El gobernante se presenta como cualitativamente *distinto* del resto de individuos que forman la comunidad, también en cuanto a su relación con los dioses. Se trata de una lectura ideológico-social similar, al fin y al cabo, que la que podría hacerse del recuento que realiza Homero de los varones aristocráticos que han mantenido relaciones con divinidades¹⁷⁸, o incluso de la inscripción que nos ha llegado gracias a las láminas de Pyrgi, en las que el rey de Caere se precia de cumplir las órdenes que la diosa le ha transmitido a él personalmente¹⁷⁹.

Por último, creo que tampoco debemos pasar por alto un tercer aspecto, el ctónico, al que podrían estar refiriéndose, según la lectura que he llevado a cabo en las páginas anteriores, varias de estas representaciones: el concepto de *ánodos* al que podrían estar haciendo referencia tanto la divinidad de Pozo Moro como el timiaterio de La Quéjola, o la relación que se establece entre una diosa y una serpiente tanto en otro de los paneles de Pozo Moro como en una de las esculturas de Cerrillo Blanco de Porcuna. Se trata, en definitiva, de divinidades íntimamente ligadas a la tierra de la que surgen, y en la que entiendo serían adoradas. Las dinastías a las que dan origen, en consecuencia, también lo estarían: no en vano a la diosa que recibe al héroe en Pozo Moro se la representa en el momento de surgir de la tierra, y no por casualidad el dios autoengendrador de Porcuna derramaría su semilla sobre la tierra, de la que nacería la nueva comunidad. Propongo por tanto que la rememoración de estos orígenes míticos entrañaría de esta forma una reivindicación de autoctonía. Reivindicación tanto más importante cuanto que tanto en Pozo Moro, como en Cerrillo Blanco o La Quéjola estas imágenes se diseñan en los momentos en los que un espacio hasta entonces

¹⁷⁷ Zimmermann 2001: 62-76; cf. Avagianou 2008: 147.

¹⁷⁸ Hom., *Od.* V, 118-142.

¹⁷⁹ KAI 277. Cf. Marín Ceballos 2011: 218.

despoblado¹⁸⁰ es ocupado (o más bien comienza a ser utilizado, en el caso de las necrópolis) por una nueva comunidad, que de esta manera legitima simbólicamente su control del nuevo territorio.

4.2.3. La divinidad en su trono: los discursos de época plena.

A partir de la segunda mitad del s. V a.C. observamos en mi opinión un cambio significativo en la religiosidad ibérica, que afectará lógicamente a la conceptualización de la divinidad. Ya en esta época los relieves de Pozo Moro se han derrumbado, las esculturas de Cerrillo Blanco de Porcuna han sido destruidas y sus fragmentos ocultados en una zanja, y en este momento tanto la dama de Galera como el timiaterio de La Quéjola son finalmente amortizados tras haber sido empleados durante generaciones. Ya no se volverá a representar en el mundo ibérico dioses masturbándose, o deidades desnudas, y mucho menos una escena de hierogamia. Los “paralelos” temáticos a este respecto que en ocasiones se han aducido (el relieve de La Albufereta, la pareja de oferentes del Cerro de los Santos, la pareja de jinetes representada en un vaso de Sant Miquel de Lliria, la escena de danza de Las Atalayuelas (Jaén), la pareja sedente de Torre de los Herberos (Dos Hermanas, Sevilla) o el relieve del beso de Osuna¹⁸¹) entrañan, como los propios autores que los propusieron reconocieron, mensajes y significados muy diversos al relieve de Pozo Moro, en los que la unión sexual entre los personajes no aparece implícita y en los que la divinidad, en los casos en los que podría estar representada, se limita a facilitar el tránsito al Más Allá al difunto, pero en ningún caso le permite un contacto más directo. Únicamente la urna de Lobón (Badajoz)¹⁸² podría constituir una excepción en este sentido, pero hace ya un par de décadas que se sospecha que sea una falsificación¹⁸³, lo que no sería raro, y en todo caso se trata ya de una imagen ajena al mundo ibérico.

Diversos autores han afirmado que esta ausencia de repercusión de la iconografía más arcaica en general, y de los relieves de Pozo Moro en particular, en la tradición iconográfica posterior se debe a que se trató de unos esquemas directamente importados del mundo fenicio y que no terminaron de arraigar en el

¹⁸⁰ Alcalá-Zamora 2003: 84-85; González Navarrete 1987: 17; Blánquez 1995: 195.

¹⁸¹ De Griño 1992: 199-200; Ruano 1994: 147-161.

¹⁸² Kukahn 1966.

¹⁸³ Montes 1993: 80.

imaginario de las comunidades locales, puesto que estas (o al menos la mayor parte de estas) nunca llegaron a comprenderlos bien y mucho menos a compartirlos, por lo que no tardaron en sustituirlos por otros más “propia­mente ibéricas”¹⁸⁴. Sin embargo, como ya he explicado, me parece problemático pensar que alguien se viera impelido a levantar un monumento o a exponer unas imágenes que su comunidad no pudiera llegar a comprender; más bien nos encontramos ante una estrategia ideológica, la de emplear un lenguaje iconográfico híbrido con un aspecto fuertemente “orientalizante” para profundizar en la *distinción* de un grupo dirigente naciente; una estrategia que con el paso de los años será sustituida por otras distintas, más acordes con las nuevas estructuras sociales generadas. A medida que la sociedad y sus estructuras se modifican, por consiguiente, los antiguos significantes habrán de readaptarse y recombinarse para, ofreciendo una apariencia de continuidad, transmitir unos significados nuevos más acordes con la nueva realidad sociopolítica que pretenden legitimar, reforzar y construir¹⁸⁵.

Quizás sea ilustrativo en este sentido el caso de la necrópolis de Cerro Gil (Iniesta, Cuenca), cementerio de tumbas con encachado tumular extraordinariamente septentrional para esta tipología de enterramientos¹⁸⁶, donde en torno al enterramiento de un aristócrata de mediados del s. IV a.C., cubierto por un túmulo de adobe de al menos tres alturas, se dispuso un mosaico de guijarros que mostraba una imagen análoga a la de la diosa frontal de Pozo Moro que he descrito anteriormente. Efectivamente, en la parte del mosaico que ha llegado intacta hasta nosotros se vislumbra una figura femenina alada que se muestra frontalmente ante el espectador, sentada con las piernas abiertas en torno a un asiento similar al de Pozo Moro, tocada con peinado hathórico y portando sendas flores de loto, en tanto que una pareja de aves se posan sobre sus hombros¹⁸⁷. Ahora bien, la sociedad ha cambiado, y con ella su imaginario, y por ende las convenciones iconográficas. En este caso, nos encontramos con que la desnudez de la diosa se nos oculta tras el esquematismo del mosaico

¹⁸⁴ Cf. por ejemplo, en relación con la no comprensión de los relieves de Pozo Moro por parte de las gentes locales, Blech 1996: 206; Blázquez 1996: 556-557; Aranegui 1999: 130.

¹⁸⁵ García Cardiel 2013 a.

¹⁸⁶ Valero 1999.

¹⁸⁷ Valero 2005; González Reyero 2012. *Vid.* Fig. 4.11.

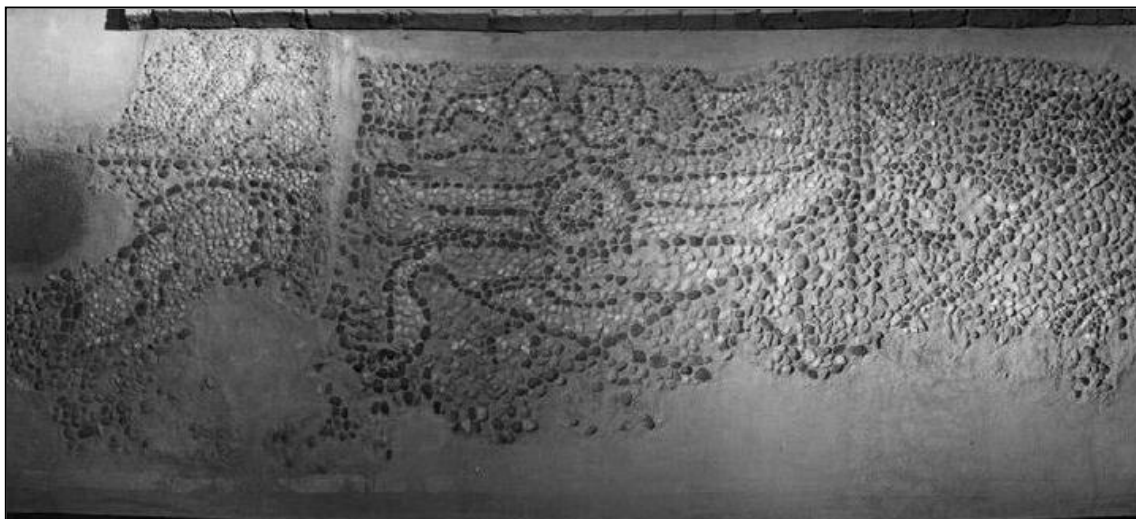


Fig. 4.11. Mosaico de Cerro Gil de Iniesta.



Fig. 4.12. Aplique de bronce de La Bastida de les Alcusses.

(aunque el soporte no justifica esta ausencia: de la misma manera que una línea de guijarros de otro color sirve para contornear el peinado hathórico, una solución similar podría haber servido para delinear el cuerpo femenino, que sin embargo se representa aquí por un mero círculo), en tanto que a la idea de fecundidad subrayada por las flores de loto y las aves se suma ahora la presencia de los lobos, más acordes con el imaginario de la nueva época. Se nos presenta, en definitiva, una divinidad fecunda, que al situarse junto a la tumba de un aristócrata posiblemente deba ponerse en relación con el origen de la estirpe de aquel; pero es una divinidad que ya no solo controla la generación de la vida, sino que también desempeña un papel en el tránsito de la muerte, como los lobos ponen de manifiesto, tal y como se verá más adelante.

Al estudiar este mosaico, S. González Reyero propuso que las gentes aquí enterradas estuvieran reivindicando con esta imagen una relación de parentesco, real o ficticio, con quienes emplearon y aún empleaban la necrópolis de Pozo Moro, reivindicación que coincide además con la ocupación de esta comarca, hasta entonces despoblada, y con la erección de los citados monumentos tumulares en un área tan llamativamente septentrional¹⁸⁸. Esta hipótesis así argumentada desde luego tiene muchos visos de verosimilitud, aunque creo que la imagen de la divinidad representada con estos atributos no sería privativa de esta dinastía de gobernantes o de este grupo étnico; y es que me gustaría llamar la atención en este punto sobre una pequeña pieza que ha pasado desapercibida hasta ahora para los estudiosos de Pozo Moro, pero que responde precisamente al esquema iconográfico del que estoy hablando: me refiero a un aplique de bronce hallado en Bastida de les Alcusses, y por tanto fechable entre los ss. V y IV a.C., en el que de manera enormemente esquemática se representa a una figura femenina frontal con un peinado que podría ser hathórico, que sostiene en sus manos dos elementos triangulares (¿flores de loto?) y que se sienta sobre un taburete, colocando impudicamente una pierna a cada lado del mismo¹⁸⁹.

Pero deconstruyamos, en todo caso, estas imágenes: nos encontramos ante una figura femenina sedente relacionada con el ámbito de la muerte (se representa junto a unos lobos, y en una tumba), con los pájaros y con el germinar de las plantas. El

¹⁸⁸ González Reyero 2012.

¹⁸⁹ Aparicio *et alii* 2005: 98, fig. 36. *Vid.* Fig. 4.12.

énfasis en la desnudez de la diosa, que en Pozo Moro quedaba connotada por la inmediatez del relieve de la hierogamia, aquí se ha perdido totalmente. Insisto en este nuevo esquema porque, entre finales del s. V y todo el s. IV a.C., proliferarán en las necrópolis ibéricas las esculturas de damas sedentes, caracterizadas todas ellas por mostrar ricos ropajes y adornos, sentarse sobre imponentes tronos y, en muchas ocasiones, aparecer relacionadas con aves.

De este modelo escultórico del que ahora hablo, la llamada Dama de Baza¹⁹⁰ es sin lugar a dudas la más conocida y mejor conservada de las piezas, pero ni mucho menos la única. De hecho, a lo largo de mi área de estudio encontramos toda una serie de personajes sedentes, posiblemente femeninos, extraordinariamente parecidos entre sí¹⁹¹. Así, en la necrópolis de Cabecito del Tesoro aparecieron varios fragmentos escultóricos entre las cenizas de la sepultura 114 y entibando la urna de la 119 que se comprobó que pertenecían a una misma pieza¹⁹², un ser humano sentado en un trono y con las manos sobre las rodillas, cuya cabeza y pies no han llegado hasta nosotros; viste un manto largo abierto por delante, cuyos pliegues han sido representados mediante una sucesión de líneas paralelas en la mitad izquierda del tronco, y con una doble línea en zigzag que le recorre la mitad derecha. En el cementerio de Cigarralejo apareció, aproximadamente sobre la tumba 452 y seguramente originalmente rematándola¹⁹³, una nueva escultura entronizada, que en este caso sí ha conservado los pies pero se encuentra enormemente erosionada de las rodillas hacia arriba, si bien observamos que vestiría un manto largo abierto por delante sobre una túnica y zapatos puntiagudos, e igualmente se ha conservado la representación de un pequeño pájaro que se asoma por debajo del trono, tras el manto del personaje. De la Alcudia de Elche proceden a su vez varios fragmentos hallados bajo el empedrado de una calle del s. I a.C., y que han podido ser identificados como pertenecientes al lado derecho de otra escultura de este tipo: se trata de un personaje sentado sobre un trono rematado en unas pequeñas alas parecidas a las del asiento de la Dama de Baza, con las manos reposando sobre las rodillas y sujetando con una de ellas un brote de adormidera;

¹⁹⁰ Presedo 1973.

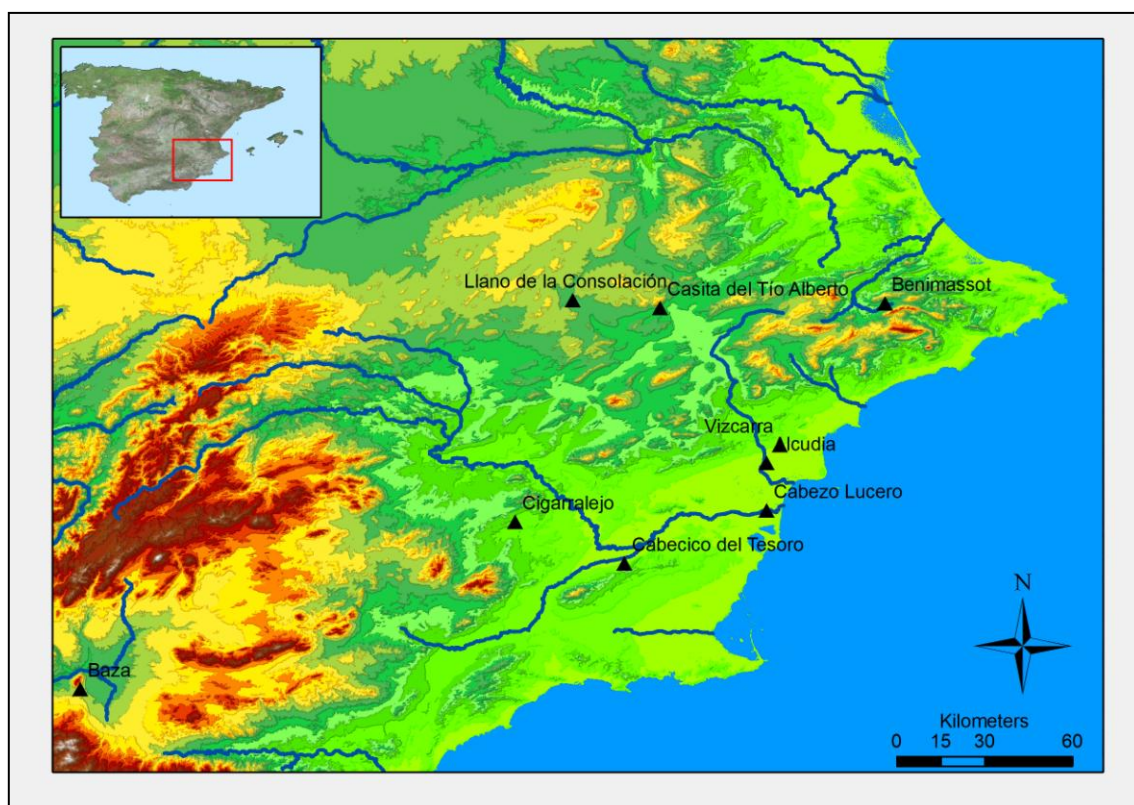
¹⁹¹ *Vid.* Fig. 4.13 y Mapa 4.2.

¹⁹² Page y García Cano 1993: 38-39.

¹⁹³ Cuadrado 1995: 247-248; Izquierdo Peraile 2005: 135.



Fig. 4.13. Damas escultóricas de época plena: Baza, Cabecico del Tesoro, Cigarralejo, Alcudia, Benimassot, Vizcarra, Llano de la Consolación, Caudete, "Dama de Elche".



Mapa 4.2. Damas ibéricas de época plena.

viste un manto largo que se abrocha con una fíbula anular al pecho, y que se cubre la cabeza con un velo¹⁹⁴. En los valles alcoyanos, una de las esculturas que apareció entre los escombros de una vivienda derribada en la localidad de Benimassot fue de nuevo otro antropomorfo sedente vestido con un manto largo y con las manos sobre las rodillas, si bien en este caso la pieza aparece muy erosionada¹⁹⁵. De cualquier forma, el parecido entre esta última pieza y la estatua sedente que al parecer se halló al cavar una zanja en unas tierras de labor de la partida de Vizcarra (Elche, Alicante) a comienzos del s. XIX, y que conocemos únicamente por un dibujo que elaboró el conde de Lumiares¹⁹⁶, es enormemente sorprendente. Ya en el interior de la Meseta, en el Llano de la Consolación, se descubrió una nueva figura sedente con manto, lamentablemente mucho más erosionada e igualmente acéfala, que de nuevo presentaría la mano izquierda sobre las rodillas aunque la derecha aparece alzada sobre el pecho, y en la que nuevamente los pliegues de la vestimenta se representan

¹⁹⁴ Ramos Molina 1997.

¹⁹⁵ Cortell *et alii* 1989.

¹⁹⁶ Llobregat 1972: 151-152; cf. Chapa 2008: 39.

en forma de una sucesión de líneas paralelas en el lado izquierdo del tronco¹⁹⁷. Y por último cabe mencionar el hallazgo de dos fragmentos hallados en dos puntos distintos de la Rambla Honda (Casita del Tío Alberto, Caudete, Albacete) pero que conforman la cabeza y tronco de una única figura femenina vestida con manto, tiara y collares que seguramente estaría entronizada y con las manos sobre las rodillas, si bien se ha perdido buena parte de la pieza¹⁹⁸.

En ninguno de los casos la datación de estas esculturas es fiable, pues suelen aparecer descontextualizadas, con la posible excepción del ejemplar de Cigarralejo, que por otra parte se relaciona supuestamente con una tumba cuyo ajuar funerario tampoco pudo ser datado con precisión¹⁹⁹. No obstante, sus evidentes paralelismos con la Dama de Baza, que sí que puede ser fechada con una cierta fiabilidad a comienzos del s. IV a.C., y el hecho de que esta fecha convenga bien a los diversos yacimientos de los que he hablado, podrían permitirnos fechar a grandes rasgos todas estas esculturas en la primera mitad de esta centuria.

Ahora bien, el recuento de los ejemplares que responden a este tipo iconográfico no termina aquí, sino que, fuera de nuestro área de estudio, podemos encontrar algunas interesantes variaciones. Así, en las necrópolis fenicias de Cádiz y Villaricos y datadas aproximadamente en el mismo período se documentaron sendas figuras femeninas sedentes, en este caso al parecer embarazadas ambas²⁰⁰. Y también tenemos el caso del bóvido de proveniencia incierta que se conserva en el Museo Arqueológico de Barcelona, y en cuyo lomo J. Sanmartí, que defiende una proveniencia granadina de la pieza y una cronología del s. V a.C., observó una depresión que delataría, según él, que originalmente habría estado adosado a un personaje sedente análogo a los que vengo describiendo²⁰¹.

Finalmente, a todos estos personajes sedentes (femeninos en todos los casos en los que el género es identificable) podría añadirse quizás el busto de la Dama de Elche (cuyo contexto de hallazgo resulta enormemente problemático y para la que en ocasiones se ha propuesto que podría tratarse originalmente de una dama sedente

¹⁹⁷ Valenciano 2000: 157-158.

¹⁹⁸ Grau y Moratalla 1998: 72.

¹⁹⁹ Cuadrado 1995: 248.

²⁰⁰ Marín Ceballos y Corzo 1991; Almagro y Torres 2010: 49-55 y 273-277.

²⁰¹ Sanmartí 1987.

seccionada²⁰², si bien esta lectura no es unánimemente aceptada), y la análoga Dama de Cabezo Lucero (asociada a la tumba 100 de esta necrópolis, y por tanto esculpida en un momento anterior al 375 a.C., momento en el que fue amortizada en este enterramiento²⁰³).

En definitiva, parece que a partir de la segunda mitad del s. V a.C., la representación de la figura femenina cobrará un claro protagonismo en la iconografía ibérica, al menos en lo que a las imágenes antropomorfas se refiere, proceso en el que la arqueología de género de los últimos años ha creído detectar el reflejo de la transformación social que se daría en el Ibérico Pleno, transformación fruto de la cual la mujer alcanzaría una mejor posición social en el seno de la comunidad²⁰⁴. Y posiblemente ello sea verdad, pero creo un tanto más problemática la siguiente aseveración que ineludiblemente esta corriente interpretativa ha defendido: que todas estas damas sedentes representarían mujeres y no diosas. Para ello se han manejado dos argumentos: el naturalismo individualizador con el que se han representado algunas de estas damas, como la de Baza, que parece aludir a personas reales, y no a divinidades ideales²⁰⁵; y la paradoja de que la totalidad de los varones representados en la iconografía ibérica a partir del s. V a.C. hayan sido interpretados por la historiografía como héroes o aristócratas, en tanto que a las mujeres se les ha negado su lugar en la vida pública relegando sus representaciones al universo de lo “divino”²⁰⁶.

Y sin embargo, creo que estos argumentos no pueden considerarse definitivos. Así, si bien es cierto que la Dama de Baza muestra un naturalismo individualizador patente, entre las esculturas sedentes del sureste peninsular el esquematismo idealizador parece ser la tendencia general. Por lo que respecta a la aparente disparidad de criterios entre la interpretación de los varones y la de las mujeres, yo abogaría más bien por un análisis estructural previo de las escenas, que nos permitirá observar que, si bien los varones aparecen siempre representados en combate o enarbolando panoplias militares, o bien protagonizando escenas de tránsito al Más Allá (tal y como veremos más adelante), esto es, formando parte de escenas mucho

²⁰² Bendala 2006.

²⁰³ Llobregat y Jodin 1990; Aranegui 1991: 172.

²⁰⁴ Aranegui 2008: 205-224; 2010 a: 187; 2011: 137; Izquierdo Peraile y Chapa 2010: 33.

²⁰⁵ Chapa 2006 a: 172; Izquierdo Peraile y Chapa 2010: 34-35.

²⁰⁶ Aranegui 2011: 137.

más adecuadas para un humano o héroe que para un dios²⁰⁷, a las mujeres nos las encontramos habitualmente sentadas en llamativos tronos, en actitud contemplativa. La disposición sobre el trono es, desde mi punto de vista, bien sugerente: las figuras femeninas así representadas por todo el Mediterráneo en esta época aluden ineludiblemente a divinidades²⁰⁸, pues el trono fue considerado en el Mediterráneo antiguo como prerrogativa mayestática de la divinidad y de la realeza; además, por lo que al mundo ibérico de época plena respecta, no encontramos varones sentados en tronos²⁰⁹, en tanto que las representaciones femeninas de cuyo carácter “humano” no podemos dudar, esto es, las oferentes y devotas que aparecen en los pequeños exvotos en bronce de los santuarios andaluces, no aparecen nunca entronizadas²¹⁰.

Por todo ello, además de por elementos iconográficos destacables como las alas y las garras de león de algunos de los tronos, o la relación de estas damas con los pájaros, creo que estas figuras pueden ser interpretadas como divinidades. En este sentido, la propuesta de M. Díaz Andreu y T. Tortosa acerca de que quienes podrían estar representadas serían aristócratas que se arrogarían la prerrogativa de asumir en sus esculturas los atributos divinos²¹¹, propuesta que ha sido retomada por otras autoras con ciertas matizaciones²¹², no sería incompatible con mi análisis, pues lo verdaderamente importante para estas páginas es que a través de estas damas podemos aislar los atributos que el imaginario ibérico de época plena concebía para sus divinidades: la majestad que el trono y la riqueza de vestiduras y joyas representaba, su carácter femenino y matriarcal (ninguna es joven, ninguna destaca sus atributos reproductivos como sí lo hacían las representaciones femeninas de la época anterior), su vinculación con las aves (planteando un vínculo con la naturaleza libre y desbordante que estaba presente en las representaciones arcaicas, y que se seguirá desarrollando en una época posterior, como veremos) y su nexo con el mundo funerario. En este último sentido, no olvidemos que todas las damas sedentes cuyo

²⁰⁷ Abad 2011: 357.

²⁰⁸ Izquierdo Peraile y Chapa 2010: 34-35; Platt 2011.

²⁰⁹ M.C. Marín Ceballos (2001-2002: 187-188) niega esta prevalencia, señalando como excepción la figura sedente del cipo de la necrópolis de Poblado (Coimbra del Barranco Ancho, Jumilla, Murcia); ahora bien, en realidad el género de la figura sedente de este cipo no está nada claro, como a continuación veremos, e incluso en ocasiones ha sido interpretado como femenino (cf. Olmos 1992 b: 32-34), por lo que creo que el valor de esta pieza como excepción a la norma no es de gran peso.

²¹⁰ De Griño 1992: 196. Cf. por ejemplo Rueda 2007.

²¹¹ Díaz Andreu y Tortosa 1999.

²¹² Izquierdo Peraile 1998: 188; Aranegui 2011: 142.

contexto conocemos aparecieron en necrópolis²¹³, y tampoco que algunas de ellas fueron empleadas como receptáculos para colocar las cenizas de los difuntos de más alta alcurnia. A este respecto la conocida dama de Elche no sería una excepción²¹⁴.

En todo caso, si comenzaba esta discusión mencionando la Dama de Baza, permítaseme continuarla haciendo alusión a otro objeto hallado en un cementerio granadino. Me refiero a la caja hallada en la tumba 76 de la necrópolis de Galera, datada en el s. IV a.C. y empleada para contener las cenizas del difunto²¹⁵. Se trata de una pequeña caja de piedra caliza, con la tapadera rematada en un pequeño grifo y en cuyas paredes se habrían pintado diversos motivos, de los cuales solo se nos ha conservado un grifo en uno de los lados cortos, y en uno de los largos una figura femenina estante que ofrece un presente a una figura femenina de mayor tamaño sentada, que quizás portaba una lanza²¹⁶, mediando entre ambas lo que podría reconstruirse como una posible columna²¹⁷. Esto es, una vez más nos encontraríamos con el mismo esquema representativo relacionado con el mundo funerario, si bien en este caso su identidad divina aparece reforzada por la presencia de la oferente.

De hecho, creo que si avanzamos un poco en el tiempo para observar el desarrollo de este esquema iconográfico, obtendremos nuevos indicios al respecto de la condición divina de las representaciones femeninas sedentes. Así, querría sacar a colación el vaso de Santa Catalina del Monte (Verdolay, Murcia), una gran vasija ovoide de borde saliente que fue hallada de forma fragmentaria en los alrededores del santuario de La Luz²¹⁸, datable seguramente hacia el s. II a.C., y en cuya decoración figurativa, de gran originalidad, entre una tupida maraña de motivos vegetales aparece una mujer que, en pie, se dirige hacia otra sentada en un gran trono para, verosíblemente, presentarle una ofrenda, mediando entre ambas una columna exenta

²¹³ Vilà 1997: 549-550.

²¹⁴ La Dama de Elche ha sido considerada en ocasiones como la representación más clara de una divinidad en la iconografía ibérica (cf., recientemente, Abad 2011: 355-356), pero no ha sido tratada en profundidad en este análisis porque, en mi opinión, lo sintético de su representación y el hecho de que desconozcamos por completo su contexto de aparición nos priva de los elementos suficientes como para interpretarla de una manera mínimamente fiable.

²¹⁵ Blázquez 1956. *Vid.* Fig. 4.14.

²¹⁶ Chapa 2004.

²¹⁷ García Cardiel 2013 a: 296.

²¹⁸ Jorge 1967-1968. *Vid.* Fig. 4.15.

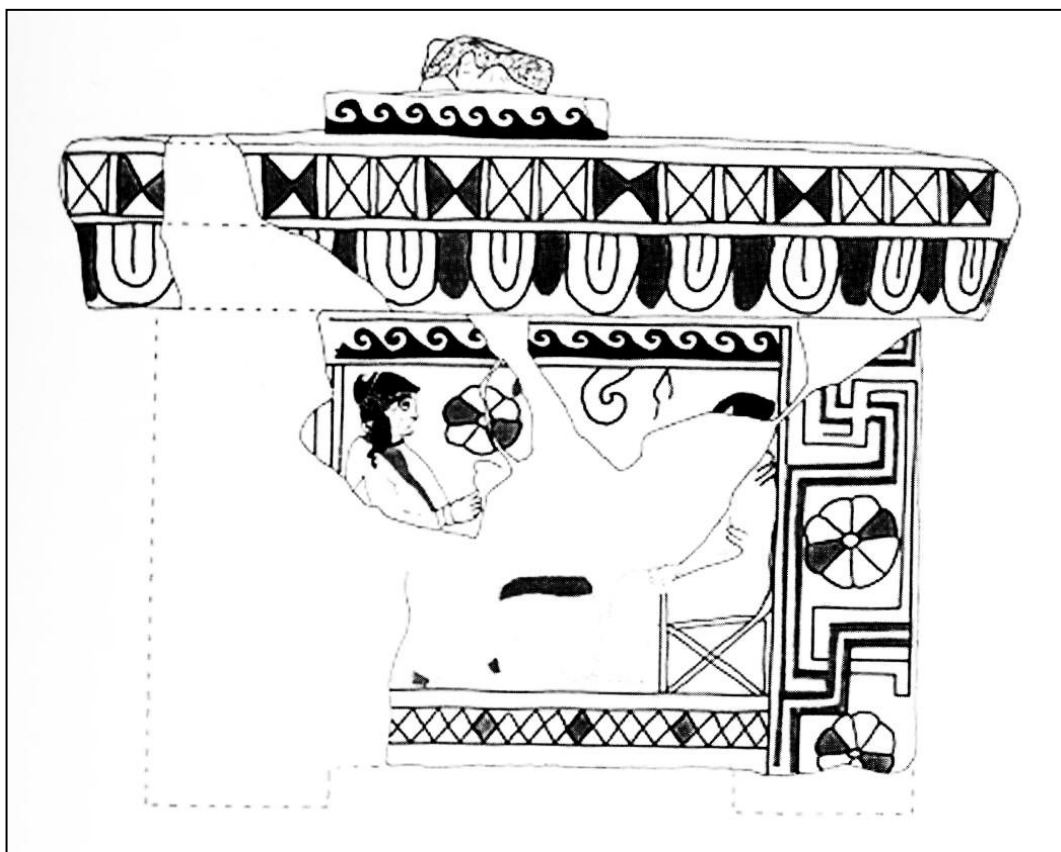


Fig. 4.14. Caja cineraria de la tumba 76 de Galera.

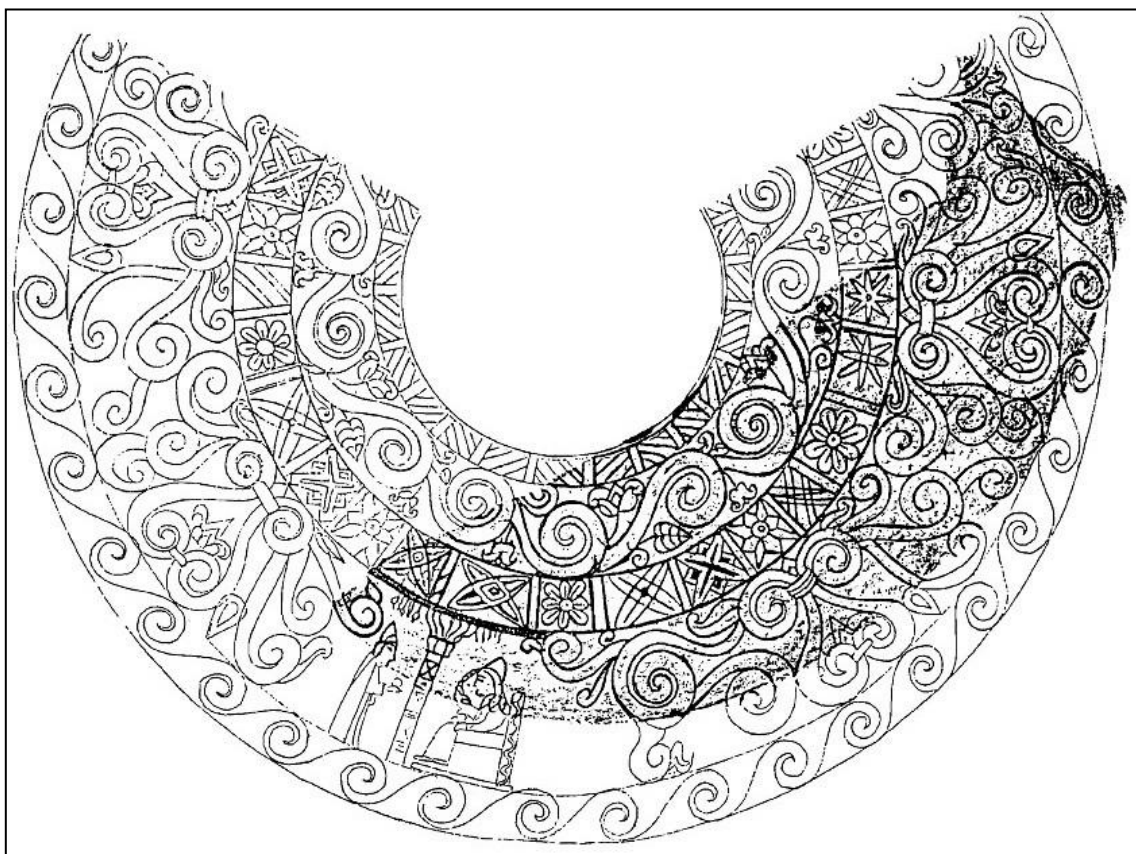


Fig. 4.15. Desarrollo de la decoración del vaso de Santa Catalina del Monte.

rematada con decoración fitomorfa²¹⁹. La sacralidad de la columna nos está marcando aquí la clave, como desarrollaré más adelante, para interpretar la imagen como una divinidad sedente que recibe una ofrenda por parte de una de sus devotas. Un esquema iconográfico parecido, de hecho, lo encontramos en un galbo con decoración figurativa procedente de Sant Miquel de Lliria, en el que se representa de nuevo a una figura femenina entronizada, ataviada con varios collares y con un largo manto, y ante la cual se dispone un árbol florido²²⁰, o también en una terracota de la habitación F1 de Serreta en la que se representa a una figura femenina sedente a la que se aproximan dos individuos de tamaño muchísimo menor, seguramente los devotos de la diosa²²¹, pudiéndose datar ambas piezas a finales del s. III a.C. Igualmente de La Serreta procede un galbo cerámico²²² en el que pese a lo fragmentario de la escena podría identificarse a un personaje femenino sedente que se dispone entre dos personajes masculinos estantes, los tres mirando hacia la derecha si bien los dos varones se sitúan a una altura mucho menor, bien porque el trono se encontrara elevado sobre una plataforma o bien porque, como me parece más verosímil, el trono y su ocupante estuvieran siendo transportados sobre unas angarillas en procesión²²³. Por último, en Cabecico del Tesoro encontramos igualmente varias terracotas que representan mujeres sedentes, en una de las cuales de hecho, pese al esquematismo de la representación, vuelve a hacerse hincapié en los ricos collares y en las vistosas vestiduras del personaje femenino²²⁴.

En todo caso, el esquema compositivo aparece repetido asimismo en ciertos materiales importados que podrían ser quizás interpretados por los iberos según este mismo modelo; me refiero por ejemplo a algunos vasos áticos de la centuria anterior, como el hallado en Cabezo Lucero²²⁵, en el que se observa a un personaje estante que

²¹⁹ Esta interpretación, que coincide con la ya propuesta por M. Jorge (1969) y B. De Griño (1992: 197), ha sido contestada por E. Ruano (1994: 155), quien propone que la imagen debe leerse más bien como una escena de “matrimonio” a la griega.

²²⁰ Ballester *et alii* 1954: n° 27; Bonet 1992: 231. *Vid.* Fig. 4.16.

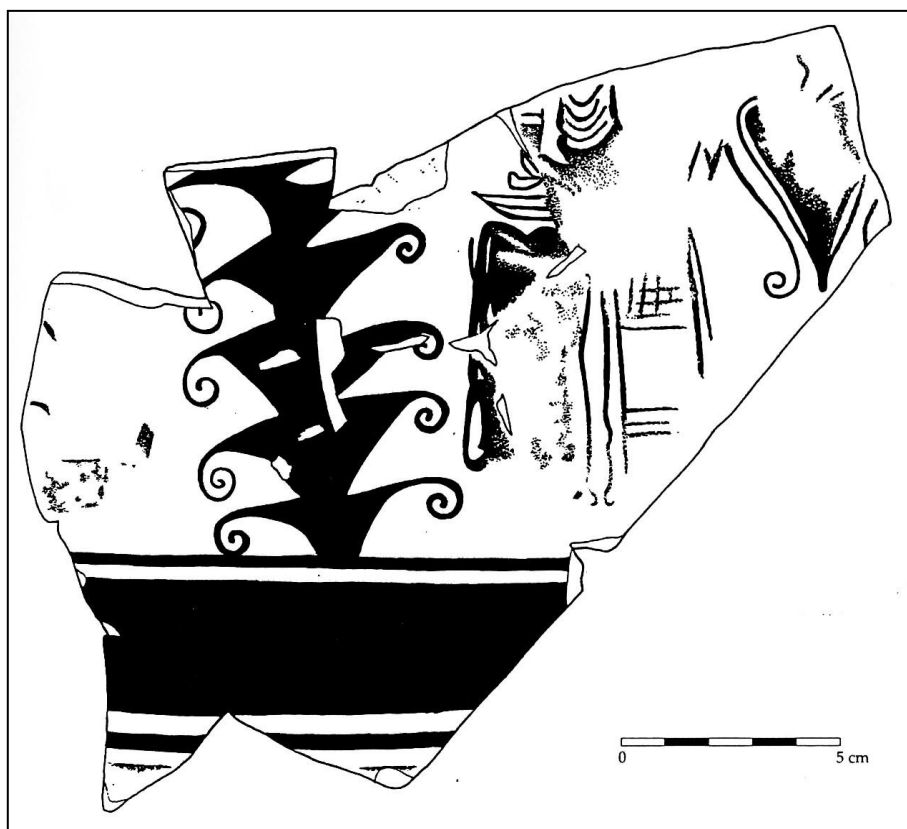
²²¹ Grau, Olmos y Perea 2008: 20.

²²² Fuentes Alberto 2006: 51, n°3065. *Vid.* Fig. 4.17.

²²³ Hipótesis esta última que no es descabellada. Al fin y al cabo, en el relieve de Almodóvar del Río (Córdoba), datado entre los ss. II y I a.C., parece representarse precisamente el desplazamiento del busto de una imagen divina sobre un carro (Olmos y Blánquez 2006: 133-134).

²²⁴ De Horn 2011: Anexo I, 176. *Vid.* Fig. 4.18.

²²⁵ Aranegui *et alii* 1993: lám. 124. *Vid.* Fig. 4.19.



4.16. Galbo de Sant Miquel de Lliria con personaje entronizado frente a árbol.



Fig. 4.17. Galbo de La Serreta con escena de procesión.

se aproxima a otro sedente, este último femenino; o también al escarabeo hallado en la Serreta²²⁶, y en cuyo reverso se observa a un personaje sedente, sin ningún otro atributo perceptible.

Ya fuera de nuestra área de estudio, me gustaría igualmente destacar dos terracotas iguales halladas en Ibiza, y que representan a un individuo femenino con un llamativo tocado cónico, sentado sobre un imponente trono con patas rematadas en garras de felino, y con los pies reposando sobre un escabel, que sujeta en su mano izquierda un ave mientras en la derecha muestra una pátera²²⁷, aglutinando por tanto en la imagen muchos de los atributos de los que vengo hablando.

Justo es señalar en todo caso que, tal y como veremos más adelante, a partir del s. III a.C. las connotaciones asociadas a las supuestas divinidades sedentes varían, y que en algunos santuarios incluso nos encontramos con exvotos de personajes entronizados cuya interpretación como divinidades no resulta tan evidente; ahora bien, cuando es posible distinguir el sexo de los mismos (lo que sucede en el Cerro de los Santos, como se verá, pero no tanto en Torreparedones, donde los exvotos son enormemente esquemáticos²²⁸), son siempre femeninos, algo que me parece enormemente sugerente en este sentido.

En todo caso, otra representación de una posible divinidad de apariencia muy distinta a las representadas mediante el esquema iconográfico que estoy rastreando, aunque de atributos seguramente no tan diferentes, de hecho, es la que encontramos documentada en el Parque Infantil de Tráfico de Elche (Alicante). En este caso, como veíamos en el capítulo anterior, hallamos una escultura que ha sido recientemente datada hacia el s. IV a.C.²²⁹, y que representa a una esfinge alada que es montada por un jinete de pequeño tamaño (sin duda para subrayar su “humanidad”, frente a lo sobrenatural de su montura), y que es guiada y precedida por una mujer alada que sostiene una flor de loto. Al parecer, nos encontramos de nuevo con una diosa alada y

²²⁶ Aura y Segura (coords) 2000: 212. *Vid.* Fig. 4.20.

²²⁷ Almagro Gorbea, M.J. 1980: 165-166 y lám. XCLI, 1-2. *Vid.* Fig. 4.21.

²²⁸ De hecho, incluso estos individuos tan esquemáticos son interpretados como femeninos por los excavadores del yacimiento: cf. Fernández Castro y Cunliffe 1998: 148.

²²⁹ Chapa y Belén 2011: 167. Cf. *contra* Ramos Fernández 1986: 132; 1988: 368; 1994: 113, quien la retrotrae al siglo V a.C.



Fig. 4.18. Terracota de Cabecico del Tesoro con mujer sedente y enojada.

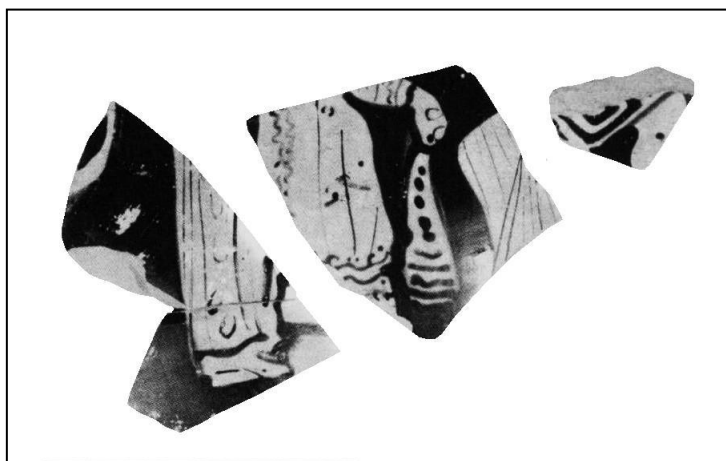


Fig. 4.19. Vaso de figuras rojas de Cabecico del Tesoro.



Fig. 4.20. Escarabeo de La Serreta.

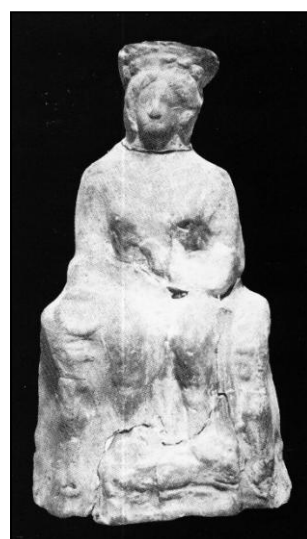


Fig. 4.21. Terracota de Ibiza: mujer sedente con ave.

relacionada con la fecundidad de la naturaleza representada por la flor de loto, atributos que encontrábamos ya en Pozo Moro y en Cerro Gil, pero en este caso no se trata de una divinidad sedente, sino que acompaña en su viaje al Más Allá al difunto, autorizando, supervisando y beneficiando su tránsito psicopompo. Por otra parte, T. Chapa y M. Belén²³⁰ repararon recientemente en la ausencia de pies de la figura, en lo que se basaron para proponer a modo de hipótesis que podría tratarse de una efigie o estatua; sin embargo, y sin negar esta posibilidad, que encuentra numerosos paralelos por ejemplo en la plástica griega, me atrevería a proponer también que la imagen sin pies podría aludir al momento del *ánodos* de la divinidad, concepto recurrentemente empleado en el imaginario ibérico, como vengo sosteniendo²³¹. Esto es, en definitiva, con un lenguaje iconográfico distinto, mucho más punizante (al fin y al cabo nos encontramos en Elche, donde la influencia cultural púnica fue desde muy pronto intensa)²³², se nos habla de una divinidad cuyos atributos son en última instancia parecidos a los de las famosas damas.

En relación con esta creciente influencia cultural punicizante en el mundo ibérico, influencia que se torna aún más evidente en el ámbito religioso²³³, merece la pena destacar igualmente que a partir de esta época plena pudo introducirse la representación anicónica de la divinidad a través de los betilos²³⁴, tradición de origen feniciopúnico pero que entroncaría perfectamente con las estructuras religiosas ibéricas; tal y como analizaré más tarde en este capítulo, el principal elemento de la escenografía de los santuarios ibéricos, o de al menos muchos de ellos, sería una columna exenta, cuya consideración como elemento de culto aún no está demasiado clara²³⁵. En todo caso, es de reseñar que, frente a ciertos contextos de culto betílico mucho mejor documentados en la Alta Andalucía y Levante²³⁶, en el sureste peninsular la cuestión dista de poder considerarse resuelta, ya que el principal caso de este tipo de cultos anicónicos aducido por la historiografía, el templo B de la Illeta dels Banyets

²³⁰ Chapa y Belén 2011: 157-158.

²³¹ García Cardiel 2013 a: 290.

²³² Marín Ceballos 1987; Chapa y Belén 2011: 163-167. Para la identificación de esta divinidad con la cartaginesa Tannit, véase el capítulo anterior.

²³³ García Cardiel 2014 c.

²³⁴ Seco 2010.

²³⁵ Cf. García Cardiel 2013 a.

²³⁶ Aunque ya hace unos años M.C. Marín Ceballos (2001-2002: 185) subrayó que en muchos casos se exagera al hablar de este tipo de cultos en la Península Ibérica.

en cuyas sucesivas fases se habría erigido una asserah y una massebah²³⁷, ha sido recientemente contestado con argumentos de peso por M. Olcina²³⁸, como ya se señaló en el capítulo anterior.

Pero hablemos también, siquiera someramente, de las esculturas zoomorfas. A partir del s. V a.C., todas esas estatuas de esfinges, leones, toros monstruosos y grifos desaparecen, siendo sustituidas fundamentalmente por figuraciones de caballos, toros (estos mucho más naturalistas que los de la etapa anterior) y ciervos. El cambio de temática, relacionado con seguridad con un cambio ideológico tal y como viene señalando una buena parte de la historiografía²³⁹, es evidente: de representar fantásticos seres híbridos, únicos en casa caso, se pasa a esculpir animales presentes en la cotidianeidad ibérica, que se repiten de un yacimiento a otro o incluso dentro del mismo enclave. Ahora bien, el significado de estas estatuas no es más evidente que el de las de épocas anteriores: una vez descartada la interpretación funcionalista que asume simplemente que los animales representados serían el reflejo de los animales consumidos por las comunidades ibéricas del momento, y que por tanto estas esculturas funcionarían como una especie de propiciador mágico de la prosperidad de la comunidad²⁴⁰, habríamos de preguntarnos el por qué de la erección de estas esculturas, fundamentalmente en necrópolis pero también en santuarios. En el caso de los caballos, dependiendo del contexto parece que podrían entenderse como un identificador del rango social de sus dueños y como su vehículo para el tránsito hacia el más allá, tal y como veremos más adelante, o bien en otros casos como el atributo de una divinidad relacionada con estos animales y de la que apenas sabemos nada más, dada la representación reiterativa de dichas bestias en forma de decenas de exvotos hallados en el santuario de Cigarralejo (Mula, Murcia)²⁴¹. Por lo que respecta a las esculturas de ciervos, a su vez, y desechando la teoría de su carácter puramente ornamental²⁴² por las reflexiones ya repetidamente expuestas acerca de la no existencia de una iconografía privada de simbolismo, hemos de reparar en que

²³⁷ Llobregat 1985: 106-108; 1988: 141-142.

²³⁸ Olcina 2005: 152-153; Olcina, Martínez y Sala 2009: 187-193.

²³⁹ Almagro Gorbea 1991: 45-46; Ruiz Rodríguez y Sánchez Vizcaíno 2003: 139.

²⁴⁰ Para la exploración y definitiva refutación de esta línea interpretativa, cf. Chapa 2005-2006.

²⁴¹ Lillo, Page y García Cano (dirs.) 2004. La relación de esta divinidad con las estelas del “domador de caballos” de la época anterior, que he descrito páginas atrás, no resulta nada obvia pero podría ser materia de estudio.

²⁴² García-Gelabert y Blázquez 2007.

aparecen siempre en los recintos necropolitanos, por lo que se ha propuesto para estos animales un sentido funerario²⁴³, una estrecha relación con la aristocracia junto a cuyas tumbas se representan²⁴⁴, y también, en tanto que animal salvaje de aparición siempre fugaz, que simbolizarían la epifanía momentánea de la divinidad²⁴⁵; en este último sentido, la alusión a la célebre cierva blanca que acompañaba a Sertorio²⁴⁶ se ha señalado en alguna ocasión como un vestigio de viejos cultos ibéricos que el general romano habría empleado en su propio beneficio²⁴⁷. Por último, se ha propuesto para los toros que aparecen representados repetidamente en las necrópolis del sureste un significado relativo a la muerte y la fecundidad²⁴⁸, aunque el hecho de que en ocasiones se les represente engalanados con atalajes y vestiduras ha llevado a concebirlos asimismo como el atributo de alguna divinidad o, mejor aún, la representación de la víctima para el sacrificio a esta²⁴⁹.

En definitiva, las transformaciones socioeconómicas que se producen en el seno de las comunidades ibéricas locales desde mediados del s. V a.C. y que darán lugar a lo que denominamos Época Plena encuentran su correlato igualmente a nivel simbólico, incluyendo a este respecto la conceptualización de las divinidades. Estas mantienen una serie de atributos accesorios que ya encontrábamos en la deidad de Pozo Moro y que en este momento permitieron seguramente obviar las rupturas y presentar a las deidades como “tradicionales” e “inmemoriales”, tales como su sexo femenino, la relación con las aves, la postura sedente o el carácter alado, si bien este último deja en ocasiones de atribuirse directamente a la divinidad para transferirse a su trono. Ahora bien, estamos hablando en realidad de unas diosas muy diferentes, en las que se obvia toda connotación sexual o fertilística, y se subrayan en cambio otros elementos relacionados con otros ámbitos semánticos, fundamentalmente el de la soberanía y el gobierno (como podrían ser los tronos, recurrentemente llamativos en la iconografía, los escabeles, las joyas y ropajes...), y el psicopompo (las hojas de adormidera que algunas de estas damas portan en sus manos, o su propia función

²⁴³ Chapa 1980: 1003.

²⁴⁴ Tortosa 2001.

²⁴⁵ Olmos 1996: 91.

²⁴⁶ Val. Max. I, 2, 4; Front. *Strat.* I, 11, 13; Plut., *Sert.* XI, 2-12.

²⁴⁷ García y Bellido 1957; Blanco 1964; Ramos Fernández 2000: 359.

²⁴⁸ Llobregat 1981 a.

²⁴⁹ Chapa y Madrigal 1997; Pérez Vilatela 1997: 193; Chapa y Vallejo 2012: 133.

como urna cineraria, atestiguada en Baza y Elche, propuesta en Cigarralejo dada la tipología del trono²⁵⁰, y supuesta en otros muchos casos). Ámbitos semánticos consecuentes con el hallazgo de estas esculturas generalmente en necrópolis, y que nos permiten interpretar estas imágenes como “diosas gobernantes”, patronas y protectoras de toda la comunidad, y a pesar de ello (o precisamente por ello) relacionadas de manera más cercana con un sector social de la misma, su elite dirigente, correlato local de su soberanía, cuyo tránsito al Más Allá benefician.

A diferencia de lo que sucedía en época anterior, esta manera de representar a la divinidad se difundirá de una manera relativamente homogénea por todo el sureste, de tal manera que por vez primera se repite un mismo modelo iconográfico en varios yacimientos, implicando quizás la extensión y consolidación durante algún tiempo de un mismo discurso ideológico. Un discurso ideológico que, en todo caso, convivió igualmente con otros discursos alternativos, e incluso con ciertas variaciones, como la que presenta la escultura del Parque Infantil de Tráfico, en la que aparece una diosa que comparte parte de los atributos y funciones de las divinidades sedentes clásicas (su carácter alado, su función psicopompa) y otros de las deidades ibéricas de época más arcaica (la conexión con las flores de loto), pero cuya influencia punizante puntual en todo caso es difícil de obviar.

4.2.4. Elenco de divinidades para un encuentro colonial: discursos de época iberorromana.

El paso de las tropas cartaginesas por la Península Ibérica a partir del 237 a.C. y la posterior conquista y progresiva provincialización romana del territorio ibérico, unidos por supuesto a la difusión de las ideas y concepciones helenísticas por el Mediterráneo desde comienzos del s. III a.C., introdujeron significativas modificaciones a todos los niveles en las estructuras culturales ibéricas, y entre ellas, qué duda cabe, en la religiosa. Si bien se advierten importantes perduraciones en la manera en que los iberos concibieron a sus divinidades, también observamos algunas transformaciones que nos hablarán, en última instancia, de las necesidades ideológicas cambiantes de unas sociedades que deben buscar una nueva reestructuración y un nuevo acomodo en el recientemente impuesto marco de poder propio del nuevo sistema colonial. Unas

²⁵⁰ Cuadrado 1995: 247.

transformaciones cuya cristalización más visible será, de hecho, el sin par volumen de representaciones divinas que llegarán a nosotros procedentes de esta época, y su inusitada diversidad, tanto de atributos como, consecuentemente, de funciones atribuidas.

Así por ejemplo, en esta época aún advertiremos no pocos ejemplos de divinidades femeninas que reciben entronizadas la atención de sus devotos, como veíamos que sucedía en los vasos de Santa Catalina del Monte, de Tossal de Sant Miquel de Lliria, o de La Serreta, en los que la deidad (o su efigie) se sitúa junto al árbol/columna sagrado, recibe ofrendas o es transportada en procesión.

No obstante, encontramos igualmente otras representaciones de similar aspecto pero connotaciones ya algo distintas; me refiero a las pequeñas figurillas de terracota documentadas en las necrópolis de Cabecico del Tesoro, concretamente en las tumbas 341 y 343, datadas respectivamente en el segundo tercio y en el primer cuarto del s. III a.C. respectivamente²⁵¹, y que representan a personajes femeninos entronizados que sostienen en sus brazos a un infante que mama de sus pechos²⁵², agregando por tanto a las consabidas connotaciones relacionadas con las figuras sedentes esta nueva vertiente curótrofa. Es la misma combinación de elementos que se podía encontrar ya en dos de las primeras terracotas púnicas importadas a la Península Ibérica, documentadas en las tumbas F100 y L127A de la Albufereta, datadas en el s. IV a.C.²⁵³; ambas terracotas son prácticamente idénticas, y figuran asimismo una mujer entronizada con amplio manto que sostiene en su regazo a un niño, el cual alza una de sus manos hacia su pecho²⁵⁴. De cronología mucho más imprecisa, aunque muy parecida tipología, es la terracota hallada en el poblado de Coimbra del Barranco Ancho, hábitat que se mantuvo en uso precisamente hasta finales del s. IV a.C.²⁵⁵ Otro tanto sucede, de hecho, con la terracota hallada en el santuario de Cigarralejo²⁵⁶, mucho más fragmentaria y recogida en un yacimiento que permanece en uso hasta el s. II a.C. Ahora bien, las terracotas de Cabecico del Tesoro de las que hablaba

²⁵¹ García Cano, García Cano y Ruiz Valderas 1989; Quesada 1989 a.

²⁵² Marín Ceballos 1987: 58-62; Rísquez y García Luque 2007: 151; Horn 2011: Anexo I, 29-30.

²⁵³ Rubio 1986.

²⁵⁴ Blech 1998: 172; Olmos 2007: 385; Rísquez y García Luque 2007: 151; Horn 2011: Anexo I, 28.

²⁵⁵ Gil González y Hernández Carrión 1995-1996; Horn 2011: Anexo I, 31.

²⁵⁶ Horn 2011: Anexo I, 31.

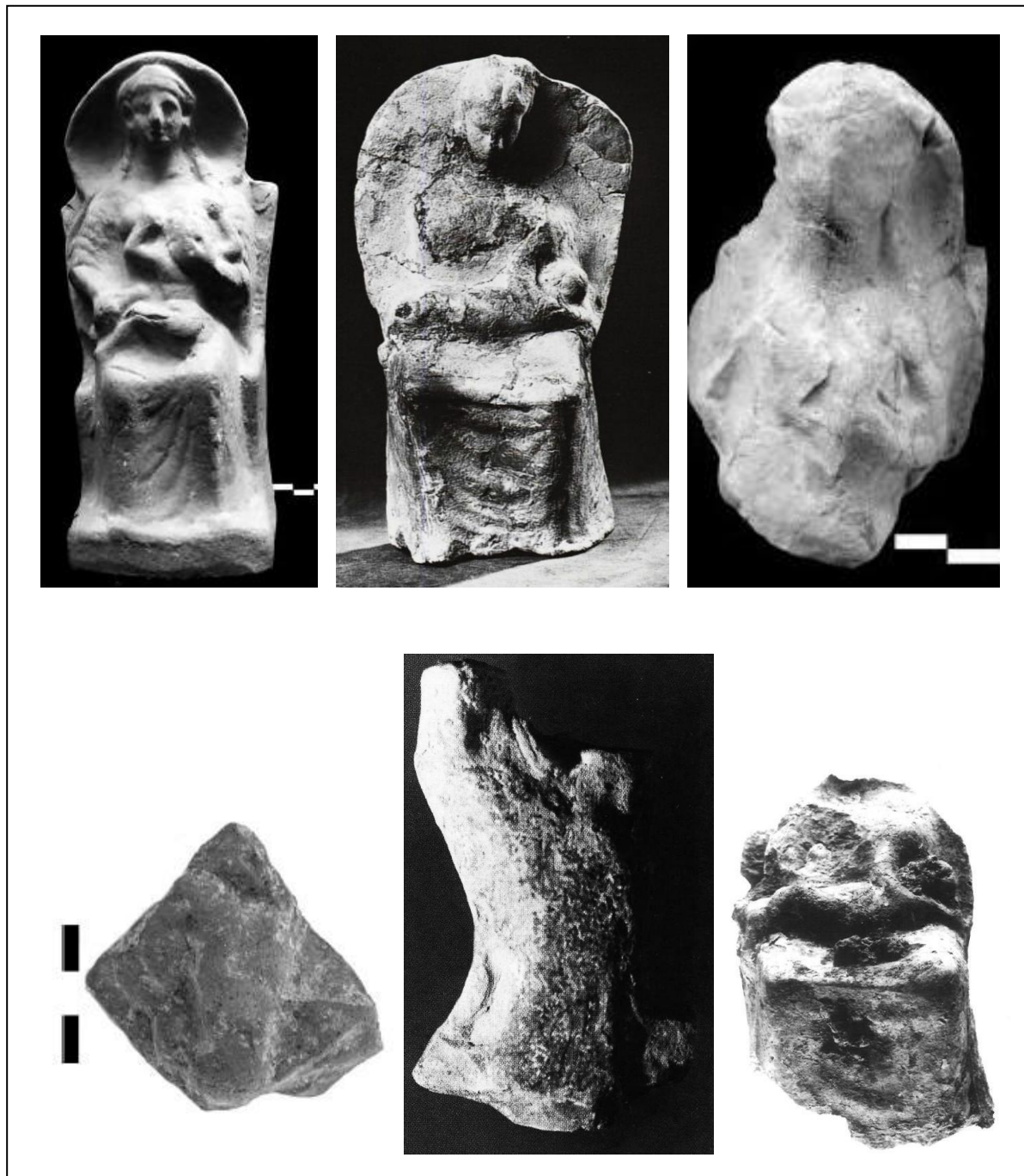


Fig. 4.22. Terracotas de divinidades femeninas sedentes amamantando a un niño: Cabecico del Tesoro, Albufereta, Coimbra del Barranco Ancho, Cigarralejo, Cova de les Maravelles, "Orán".

evidencian ya sin género de dudas la producción local de este tipo al menos a partir del s. III a.C., tipo que se repetirá igualmente en la terracota depositada en la Cova de les Maravelles (Gandía, Valencia)²⁵⁷, e igualmente en la terracota conservada en el Museo Arqueológico Nacional²⁵⁸ junto a un conjunto de materiales supuestamente provenientes de una necrópolis ibérica hallada en Orán (Marruecos), pero que a todas luces parecen provenir de algún yacimiento expoliado en el sureste peninsular²⁵⁹. Y también en el exvoto de bronce recogido en la colección Gómez-Moreno, en el que la diosa amamanta a un niño entre dos prótomos de ánade, y que podría provenir de alguno de los santuarios jienenses²⁶⁰.

En estas divinidades representadas en terracota lo que se pone de relevancia no es su significación mayestática ni la funeraria sino la nutricia: son diosas que alimentan, protegen y ofrecen la vida. Su vinculación directa con la deidad púnica Tanit²⁶¹, sin embargo, no es evidente, a pesar de que el motivo en origen (y las propias terracotas, en el caso de los ejemplares importados) sí que representara a dicha divinidad. Sentido similar tendrán, de hecho, las terracotas que representan a una mujer estante amamantando a un niño, y que se documentan por ejemplo en las necrópolis de Albufereta, Cabecico del Tesoro y Poblado²⁶². En el poblado de la Serreta encontraremos asimismo, en esta ocasión en el interior del departamento F1, que ha sido interpretado como espacio sacro y que data de la segunda mitad del s. III a.C., una nueva terracota que en este caso muestra a una divinidad nutricia estante que amamanta a dos niños, y en torno a la cual se disponen dos devotos, uno de los cuales por cierto alarga la mano para tocar reverentemente a la divinidad, y dos músicos²⁶³.

En relación con estos músicos, por cierto, también cabría hablar de una llamativa terracota hallada en la tumba 271 de la necrópolis de Cabecico del Tesoro, datable a finales del s. IV a.C. o en la primera mitad del III a.C., en la que se representa, prácticamente en relieve más que en bulto redondo, a una mujer entronizada cubierta

²⁵⁷ Aparicio *et alii* 2005: 203.

²⁵⁸ Marín Ceballos 1987: 61.

²⁵⁹ Cf. Santos Velasco 1983. *Vid.* Fig. 4.22.

²⁶⁰ Rueda 2012: 175-177 con bibliografía anterior.

²⁶¹ Marín Ceballos 1987: 58-62.

²⁶² Horn 2011: 13-14. *Vid.* Fig. 4.23.

²⁶³ Grau, Olmos y Perea 2008: 18-21.



Fig. 4.23. Terracota de divinidad curótrofa con paloma de La Albufereta.



Fig. 4.24. Terracota de mujer sedente tocando la lira de Cabecico del Tesoro.

con un complejo tocado, que tañe una lira²⁶⁴. Resulta complejo interpretar esta imagen y conjugar los múltiples significados sugeridos, máxime cuando la terracota no responde a un motivo demasiado difundido por tierras ibéricas²⁶⁵, pero parece que nos podríamos encontrar ante una atribución más que podría haber sido conceptualizada en el mundo ibérico a partir de la antigua divinidad entronizada.

Pero volvamos a las representaciones sobre cerámica, pues la introducción en la plástica ibérica de determinadas comunidades del sureste y levante de la decoración vascular figurativa nos proporciona vastos *corpora* iconográficos con una información valiosísima. En ellos, además de los ejemplos de divinidades sedentes que ya he comentado, encontramos también otras divinidades femeninas cuya función principal

²⁶⁴ Olmos 1989: 37; García Cano y Page 2004: 117-118; Horn 2011: Anexo I, 38. *Vid.* Fig. 4.24.

²⁶⁵ Si bien no se olvide el pequeño fragmento de terracota hallado en las cercanías del santuario de Cigarralejo y en el que se vislumbra precisamente una lira (cf. González Reyero 2008: 78).

parece ser la de guiar al difunto al Más Allá, si bien sobre ellas hablaré más adelante. Pero si hablamos de divinidades ibéricas representadas sobre cerámica, la más conocida de todas ellas será sin duda una figura femenina que aparece en buena parte de los vasos del círculo de Elche, fabricados entre los siglos III y I a.C. en los alfares de la Alcudia. Se trata de un personaje femenino que en ocasiones aparece alado, y que sistemáticamente se relaciona con una vegetación exuberante y en continua germinación que surge en torno al mismo y en ocasiones a partir del mismo, situándole explícitamente en el centro de todo un sistema cosmológico que parece encontrar su motor y razón de ser en este personaje, tal y como parece evidenciarse, por ejemplo, en el *kernos* formado por una serie de pequeños recipientes conectados en cuyas superficies toda una pléyade de seres parecen moverse descontroladamente en torno a la gran figura divina²⁶⁶. De hecho, diversos animales se relacionan con ella en estos vasos, fundamentalmente aves pero también conejos y ciervos, o incluso caballos, como en la tinaja en la que la divinidad es representada alargando sus manos hacia las bocas de dos caballos enjaezados afrontados²⁶⁷. La deidad se suele caracterizar también por sus arreboles en las mejillas²⁶⁸ y por sus ricos ropajes; pero, en todo caso, sobre todo se la reconoce por su representación frontal (en ocasiones totalmente, y en ocasiones con el cuerpo frontal y el rostro vuelto a un lado) y por su disposición ascendente (rara vez se la representa completa, sino que normalmente la encontramos en el momento de surgir de la tierra, por lo que en muchas ocasiones solo aparece en la imagen el rostro, o bien la parte superior del tronco, o finalmente en muchos casos se representa todo el cuerpo salvo los pies, como en una conocida ánfora²⁶⁹).

Esta iconografía frontal, unida al concepto de *ánodos*, de amplio recorrido en diversas culturas mediterráneas²⁷⁰, nos habla del carácter divino de la representación,

²⁶⁶ Ramos Folqués 1968: 374-380; Olmos 1987: 22-23; Pericot 1979: 103-105; Ramos Fernández 1995 a: 289; González Reyero y Rueda 2010: 119-120

²⁶⁷ Ramos Folqués 1956; Nordström 1973: 201-202; Pericot 1987: 87; Ramos Fernández 1995 a: 289.

²⁶⁸ Que recientemente L. Abad (2011: 359) ha identificado como vestigio de los rodetes que adornaban el peinado de antiguas esculturas como la Dama de Elche. Esta evolución iconográfica, tendente a relacionar la susodicha Dama con la deidad representada en los vasos, no me parece sin embargo evidente, máxime cuando en época iberorromana, aún se emplea este tipo de tocado, como ponen de manifiesto diversas esculturas del Cerro de los Santos.

²⁶⁹ Olmos 2002-2003: 264; González Reyero y Rueda 2010: 116. *Vid.* Fig. 4.25.

²⁷⁰ Frontisi-Ducroux 1988: 34-35; Cousin 2012.

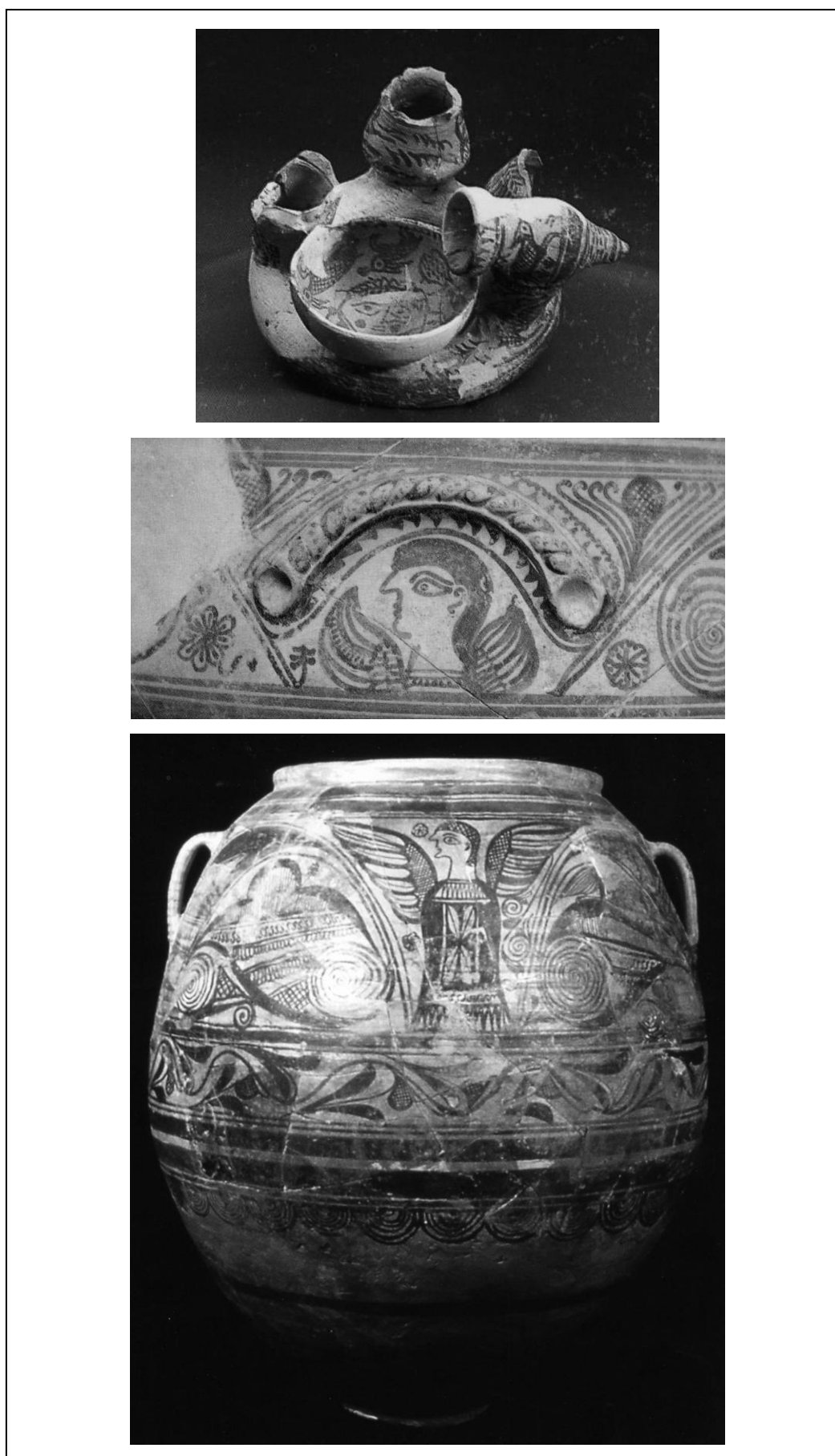


Fig. 4.25. La divinidad de La Alcudia de Elche.

y de su significación ctónica, fecunda, epifánica, desbordante²⁷¹. Se trata de una divinidad autóctona, que trasciende a voluntad entre el mundo sensible y el ultraterreno, y que actúa como motor del orden-desorden del ciclo natural.

Es esta la divinidad que protagoniza el panteón de la *Ilici* iberorromana, que precisamente durante estos siglos extiende su hegemonía cultural, y seguramente también económica y política, por todo el sur de la *Contestania* ibérica, área por la cual precisamente se dispersan estos vasos con estas imágenes. La diosa garantiza, legitima, explica y fundamenta el proyecto político. Una divinidad que, como en tantas ocasiones ocurre, se (re)construye en estos momentos para atender a las necesidades simbólicas de la comunidad local en esta coyuntura histórica particular, pero que seguramente era percibida por sus devotos como la vieja deidad que siempre había patrocinado a la comunidad desde sus mismos orígenes; no en vano, algunos de los atributos que muestran estas representaciones iberorromanas sobre cerámica parecen compendiar viejas imágenes a las que ya he ido haciendo alusión. Como ejemplo, compárese tan solo la diosa alada, sin pies y con una flor en el pecho que aparecía en el ánfora que mencionaba al final del párrafo anterior, con la divinidad que, un par de siglos antes, era representada guiando el tránsito de la esfinge psicopompa en el conjunto escultórico hallado en el Parque Infantil de Tráfico de Elche.

De cualquier manera, por lo que respecta al cortejo animalístico que acompaña a esta divinidad en los vasos ilicitanos, el significado de los diversos animales es difícil de desentrañar²⁷², aunque en el caso de las aves nótese que aparecían relacionadas con la divinidad femenina desde siglos antes, si bien a partir de ahora comenzarán a representarse de manera abundante no solo en las cerámicas ilicitanas sino también en las terracotas y los vasos plásticos que se depositan en las necrópolis de todo el sureste²⁷³. Pájaros y conejos que, en todo caso, en estos vasos se contrapondrán estructuralmente al lobo, el otro gran motivo de la cerámica ilicitana.

Los lobos serán, precisamente, los que nos conducirán al último tipo iconográfico que trataré en este apartado, compuesto únicamente por un ejemplar:

²⁷¹Ramos Fernández 1989-1990: 101-109; Olmos 1992 c; Tiemblo 2002.

²⁷²Consuegra 1990.

²⁷³Prados Torreira 2004: 95-99; Pérez Ballester y Gómez Bellard 2004: 38-44; Olmos y Tortosa 2010; Horn 2011: 82-84.

me refiero a un fragmento de vaso hallado en la Cueva de la Nariz de la Umbría de Salchite (Moratalla, Murcia), en el que aparece representada una figura femenina desnuda en pie sobre un brasero encendido, acompañada de un árbol, lobos y aves, y de cuyos hombros no brotan los brazos sino sendos prótomos de lobo²⁷⁴; si tenemos en cuenta el contexto de este vaso (una cueva de acceso intrincado en cuyo interior surge un pequeño manantial, y en la que igualmente se documentaron algunos fragmentos de cerámica ibérica pintada, cerámica campaniense A, un regatón, un pilum, un clavo, un par de fusayolas, un diente de lobo y un as republicano muy mal conservado²⁷⁵), podremos colegir que nos encontramos ante un ser divino ctónico, infernal, vinculado con los lobos, quizás tanto en lo que respecta a la relación de estos animales con la esfera semántica la muerte²⁷⁶, tal y como veremos más adelante, como en lo que se refiere a su carácter de emblema identitario de los grupos guerreros para cuyo ritual de acceso se recurriría a lugares apartados como este²⁷⁷. En ocasiones se ha valorado la posibilidad de que el personaje fuera un ser humano, a la manera de un chamán disfrazado, y no una deidad propiamente dicha, pero el carácter ideal, suprarreal y simbólico de la escena y de la iconografía ibérica en general parecen abogar por la segunda opción²⁷⁸, y en todo caso sería este un debate tan poco fructífero como el que mencionaba páginas atrás en relación con el timiaterio de La Quéjola, en el sentido de que, aunque se tratara de un sacerdote, este aparecería revestido de los atributos de la divinidad a la que sirve.

En definitiva, el esquema que este galbo cerámico nos plantea resulta en extremo interesante, en tanto que supone una reestructuración y recontextualización de viejos signos ibéricos. Observamos, en primer lugar, a la deidad femenina, dibujada en tinta plana y en representación frontal, con el rostro trazado tan solo mediante una serie de pequeñas manchas que le otorgan un aspecto siniestro, y con la mencionada carencia de brazos, que han sido sustituidos por sendos lobos (sería más preciso decir

²⁷⁴ Es de reseñar que recientemente se ha propuesto que ni los animales que rodean a la divinidad ni los que brotan de sus hombros serían lobos, sino gallináceas (Ocharán 2013: 297-299). Ahora bien, en mi opinión la lectura tradicional se puede mantener, dado que la manera de representar las orejas a modo de dos triángulos y las patas delgadas y terminadas en tres dedos abiertos es típica de la iconografía de los *carassiers* ibéricos, en tanto que el arranque de las patas del pecho de las bestias solo me parece factible para las extremidades delanteras de estos, pero en ningún caso para un ave. *Vid.* Fig. 4.26.

²⁷⁵ Lillo 1981: 39; 1983.

²⁷⁶ Olmos 2011: 120-122.

²⁷⁷ González Alcalde y Chapa 1993; Almagro Gorbea 1996 a: 109; 1999: 31-33; González Alcalde 2011.

²⁷⁸ Olmos 1996 e: 277-278.

carnassiers), cuyo tronco enlaza con los hombros del personaje. Una serie de líneas y espacios reservados destacan el cinturón y el velo de la diosa como atributos que entiendo debían ser reseñables, pero por lo demás el esquematismo de la representación no nos permite saber con certeza si estaba vestida o desnuda (aunque la manera en la que las rodillas, gemelos y pies aparecen delineados aboga por la segunda opción), de lo que puede colegirse que, como dije sucedía con el mosaico de Iniesta, no resultaría importante para el mensaje que se pretendía transmitir. Por el contrario sí que se dibujó, por cierto, un pequeño motivo esquemático en el centro del pecho de la diosa; motivo que me atrevería a poner en relación con la flor representada sobre el pecho de algunas de las diosas ilcitanas, tanto de las que aparecen sobre los vasos tardíos como la de la escultura del Parque Infantil de Tráfico.

En todo caso, en torno al sujeto divino encontramos una serie de elementos que no dejarán de resultarnos familiares: un árbol (cuyo significado exploraremos en páginas sucesivas), nuevos lobos, y toda una serie de aves, animales ambos que también acompañaban a la diosa en el mencionado mosaico de Iniesta.

Ahora bien, más llamativo resulta el hecho de que bajo la diosa de la Umbría de Salchite aparece representado un brasero; brasero que podría estar delante de ella, y haber sido representado aquí según una convención habitual de los sistemas iconográficos en los que no opera la perspectiva; o bien el brasero podría estar siendo pisado directamente por el personaje con sus pies desnudos, como hacían ritualmente aquellas sacerdotisas de la deidad asiática que los griegos denominaban Artemisa Perasia, según Estrabón²⁷⁹, opción que me parece más probable dado el énfasis que el artista ha puesto en delinear los pies para que reparamos en que están descalzos, y dadas las llamas que parecen haber sido representadas sobre el pie izquierdo. Por otra parte, el significado de este objeto puede completarse, quizás, si reparamos en que es posible que no se trate propiamente de un brasero sino de un morillo colocado sobre un hogar. El enorme valor simbólico de los morillos ha sido explorado recientemente por M. Almagro y A.J. Lorrio²⁸⁰, quienes los han puesto en relación con cultos domésticos de tipo gentilicio; pero más importante aún me parecería conectar la representación de este morillo con la pareja de ejemplares “reales” que aparecieron

²⁷⁹ Str. XII, 2, 7.

²⁸⁰ Almagro Gorbea y Lorrio 2011.

en el poblado de Los Molinicos²⁸¹, a tan solo unos pocos kilómetros de la cueva de la Nariz y relacionado visualmente con aquella²⁸², ya que, aunque tanto el poblado como estos *realia* sean bastante más antiguos que el fragmento cerámico al que me estoy refiriendo, la concurrencia en esta comarca de un motivo extraño en la iconografía ibérica con una pareja de objetos que tampoco son demasiado habituales en ámbito ibérico podría sugerir, como ha propuesto recientemente S. González Reyero, la construcción de un territorio político desde los Molinicos que cristalizaría con la creación en la frontera de su comarca natural de un espacio sacro, la cueva-santuario de La Nariz, en la que se adoraría a una divinidad vinculada a artefactos rituales como los que se estaban utilizando en el propio núcleo habitado; culto y rituales de frontera que de hecho habrían pervivido más allá del abandono del poblado, y se habrían representado paradójicamente a través de la iconografía vascular cuando Los Molinicos ya no existía²⁸³. Se acepte o no este modelo interpretativo, me parece necesario señalar un detalle de los morillos de Los Molinicos que no puedo dejar pasar por alto: en uno de los laterales de cada uno de ellos se representó una figura femenina velada que extiende ambos brazos, en el gesto de ofrecer una ofrenda, hacia el propio centro del morillo, esto es, hacia el lugar donde ardería el fuego cuando estos estuvieran en funcionamiento²⁸⁴. Hacia el fuego en medio del cual, según el imaginario que deja traslucir el vaso de la Umbría de Salchite, se alzaría la divinidad.

Podremos concluir, en definitiva, que a partir del 237 a.C. proliferan las muestras de iconografía ibérica que han llegado hasta nosotros, y dentro de ellas igual sucede con las representaciones de divinidades, que además comienzan a asumir atributos muy diferentes de unos casos a otros. Nos encontramos con divinidades para las que se subraya su carácter nutricional, otras en las que se pone de relevancia su capacidad para favorecer el viaje al Más Allá, y otras que parecen reinar sobre el Inframundo. Nos (re)encontramos igualmente con la divinidad ilicitana, que según la ideología desarrollada y exportada desde este poblado que se convertirá en colonia, parece gobernarlo todo, desbordarlo todo, controlarlo todo, inspirando el brotar de la

²⁸¹ Lillo 1981: 135-183; Maluquer 1983; Almagro y Lorrio 2011: 331.

²⁸² González Reyero, *et alii* 2014: 158-159.

²⁸³ González Reyero *et alii* 2014.

²⁸⁴ Maluquer 1983: 172. *Vid.* Fig. 4.27.

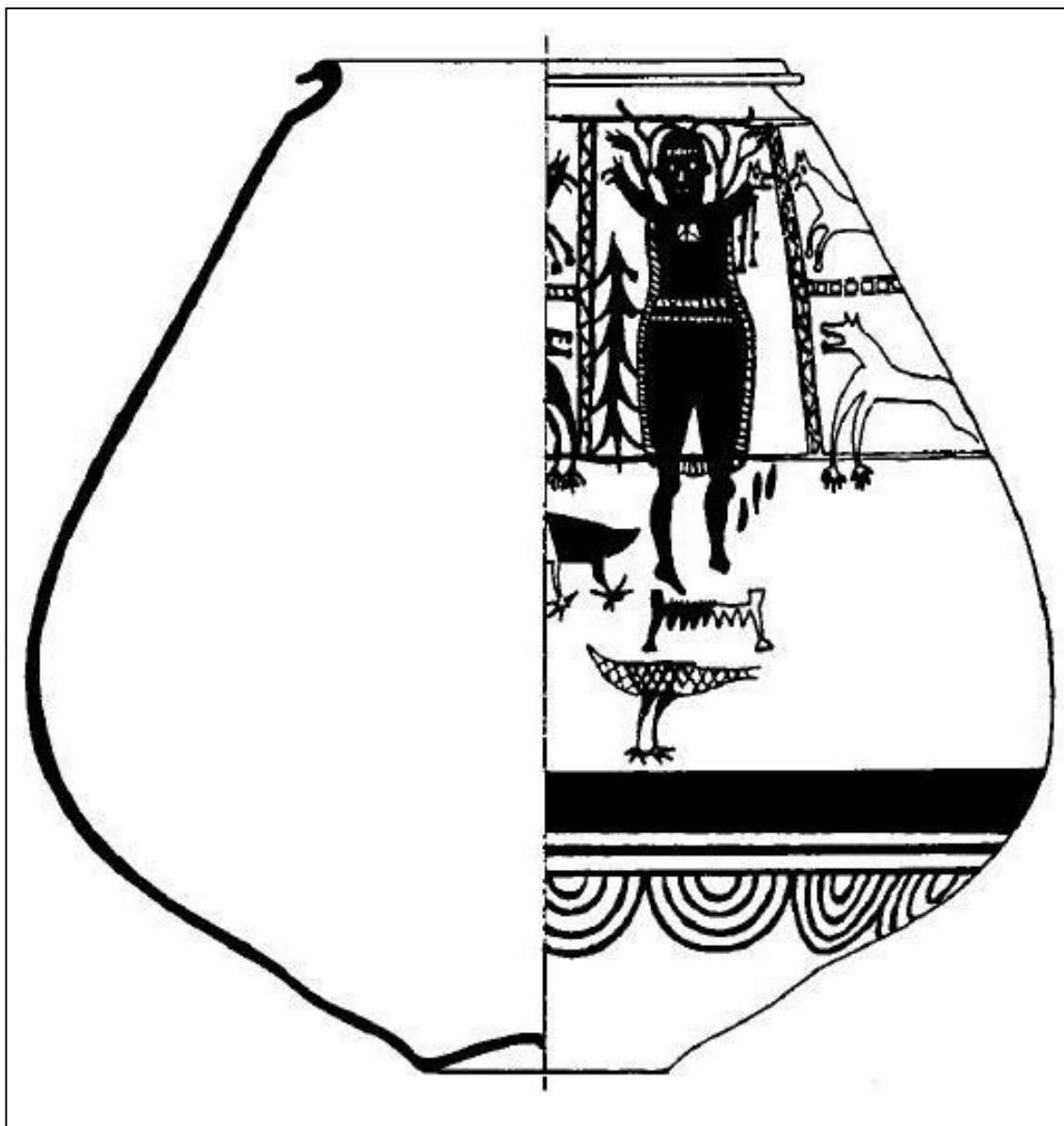


Fig. 4.26. Vaso de la Umbría de Salchite.



Fig. 4.27. Morillo de Molinicos.

naturaleza y la fecundidad del mundo animal. El elemento predominante en esta época será, por tanto, la heterogeneidad de los discursos sobre la divinidad; una heterogeneidad que parece adecuada a una época marcada por las guerras y la posterior conquista romana, y en la que cada comunidad (y, por consiguiente, cada elite gobernante) habrá de pugnar por encontrar un reacomodo en la nueva estructura de poder planteada desde Roma.

La consiguiente integración en las estructuras ideológicas romanas terminaría por acarrear la desaparición de todas estas divinidades, o más bien su hibridación y reinterpretación de acuerdo a las deidades romanas. Valga como ejemplo en este sentido, así, la cabeza femenina hallada en el santuario de Torreparedones, perteneciente seguramente a una representación de la divinidad allí adorada, y sobre cuya frente en un momento dado alguien inscribió “*DEA CAELE(s)TIS*”²⁸⁵. O, quizás no tan explícito pero ya en mi zona de estudio, la acuñación ilicitana en la que aparece el templo de la diosa Juno²⁸⁶, posiblemente la reinterpretación latina de la divinidad femenina iberorromana que había patrocinado el proyecto político de la ciudad en época ibero-romana; o, también, la dama sedente acéfala hallada de antiguo en Mazarrón y datable en el s. I d.C.²⁸⁷, cubierta con un manto, con los pies sobre un escabel y un cuerno de la abundancia depositado en el regazo, en cuya peana figuraba la inscripción “*MATRI TERRAE / SACRUM / ALBANUS DISP(ensator)*”²⁸⁸; esto es, la reutilización del viejo esquema iconográfico que aludía a la dama sedente ibérica, mínimamente retocado y reutilizado en época altoimperial para representar una divinidad propiamente romana.

Es seguramente por esta rápida hibridación por la que los autores grecorromanos y, en líneas generales, la epigrafía, no citan ni una sola divinidad ibérica, como si las gentes del sureste ibérico a partir de un momento muy temprano ya solo adoraran a las divinidades romanas. Y posiblemente así fuera. A su manera.

²⁸⁵ Marín Ceballos 1994; Truszkowski 2007-2008.

²⁸⁶ Llorens 1987: 84-85. *Vid.* Fig. 4.28.

²⁸⁷ Cf. en último lugar, con bibliografía anterior, Noguera 2001-2002.

²⁸⁸ CIL II, 3526.



Fig. 4.28. Moneda de Ilici con templo tetrástilo.

4.3. El tránsito psicopompo.

4.3.1. A la búsqueda de una escatología ibérica.

Como ya se ha comentado en varias ocasiones a lo largo de estas páginas, las necrópolis ibéricas acapararon hasta hace unos pocos años buena parte de la atención de los iberistas, debido tanto a la riqueza y vistosidad de sus monumentos arquitectónicos y escultóricos y de sus ajuares funerarios, como a las posibilidades que estos últimos ofrecían a la Nueva Arqueología, ya que el análisis de contextos cerrados facilitaba el planteamiento de tipologías ancladas en cronologías relativas. De este modo, ha primado en el estudio de este tipo de yacimientos una visión procesual, heredera de la Arqueología de la Muerta británica²⁸⁹, que cristalizó en el modelo ya discutido en el anterior capítulo del “Paisaje de las necrópolis ibéricas”, y que tenía por objetivo explícito la determinación de la estructura social de las comunidades allí enterradas mediante la valoración objetiva de criterios tales como la tipología de las

²⁸⁹ Saxe 1970; Binford 1971; Chapman 1980; 1987; Chapman y Randsborg 1981.

superestructuras funerarias o la cuantificación de la riqueza de los ajuares²⁹⁰. Como consecuencia, y a pesar de las múltiples matizaciones y revisiones que frente a estos postulados tradicionales se han llevado a cabo en los últimos años, aún la práctica totalidad de los estudios que sobre el registro funerario ibérico se llevan a cabo se centran casi exclusivamente en la identificación de la “persona social” del difunto y su instrumentalización como elemento legitimatorio, sin prestar en cambio apenas atención a los discursos simbólicos que el imaginario ibérico teje en torno a la idea de la muerte, con excepciones muy contadas en este sentido²⁹¹. Atendiendo a las categorías propuestas por M. Vovelle²⁹², se viene estudiando la “muerte sufrida” y la “muerte vivida”, pero se nos queda en el tintero el “discurso de la muerte”.

Ahora bien, al igual que se asume sin aparentes reparos para otras civilizaciones como la griega²⁹³, los rituales funerarios ibéricos no solo nos ofrecen información sobre la recomposición de la estructura social que tiene lugar en la comunidad tras la muerte del difunto, sino también sobre las precauciones que los sucesores de este tomaron para evitarle los peligros inherentes a su situación de liminalidad intrínseca a la muerte; nos hablan, en fin, de la conceptualización local del espacio fronterizo entre la vida y la muerte, y del tránsito a través del mismo. Por ello, me parece metodológicamente poco apropiado asumir, como en ocasiones se ha hecho, que los ajuares funerarios son simplemente un reflejo más o menos directo de las pertenencias del difunto, sin ningún valor ritual o simbólico ulterior²⁹⁴, máxime cuando el estudio detallado de los mismos evidencia que sus componentes son frecuentemente adquiridos para la ocasión, o a veces por el contrario se amortizan tras haber sido transmitidos de generación en generación durante un largo período, y que serían cuidadosamente elegidos, manipulados y colocados por los allegados del difunto para acompañarle a este en su último viaje. Si bien no se pueden sostener generalizaciones universales acerca de ningún ritual por más que su significado pueda parecer evidente a nuestros ojos modernos y occidentales, ya que responden a

²⁹⁰ Llul y Picazo 1989; Chapa 1991; Santos Velasco 1991; Ruiz Rodríguez y Molinos 1993: 207-208; Quesada 1994 a.

²⁹¹ Cf. por ejemplo Olmos 1989; 1996 a.

²⁹² Vovelle 1983.

²⁹³ Vernant 1982: 65; Díez 1995: 12-13; Baglioni (ed.) 2014.

²⁹⁴ Cf., por ejemplo, García Cano 1987 a: 122. *Contra*, cf. Uriarte 2001; Blánquez 2001: 107; Bendala 2010: 174.

sociedades diferentes con necesidades diversas e imaginarios distintos²⁹⁵, un análisis contextualizado de los artefactos utilizados en los rituales sí que permitirá, creo, una aproximación, siquiera tentativa, a este tipo de discursos simbólicos.

Unos discursos simbólicos que, por cierto, nos ofrecerán igualmente valiosas pistas para reconstruir la estructura social vigente en la comunidad que entierra a sus difuntos²⁹⁶, pues al fin y al cabo el planteamiento de un modelo escatológico determinado, como la ostentación, no son sino estrategias diversas mediante las que una elite social legitima su preeminencia y construye la *distinción* social. En estas páginas hablaré, al fin y al cabo, de una elite dirigente que “imagina” en el Más Allá un estado de las cosas acorde con el que pretende que exista en el Más Acá.

Pero permítaseme comenzar esta discusión argumentando quién era el emisor de todo este imaginario escatológico. Y es que los pobres vestigios que del mismo nos llegan corresponden a una serie de imágenes que aparecen, cuando el contexto nos es conocido, en las viviendas más ricas de los poblados (en el caso de la decoración vascular de época iberorromana) y, fundamentalmente, en las necrópolis. Ahora bien, estas últimas no estarían abiertas, con toda probabilidad, al conjunto de la sociedad, no al menos en todas las épocas y en todas las regiones, pues constatamos una cifra de enterramientos por generación muy pequeña para la fuerza de trabajo y el correspondiente nivel de prosperidad que cada sociedad exhibe en cada momento.

Así, repárese por ejemplo en que en la necrópolis de Pozo Moro, intensivamente excavada con metodología moderna, se recuperaron unos noventa enterramientos, correspondientes a casi seis siglos de utilización del área cementerial, lo que, empleando lapsos generacionales de treinta años, arroja un promedio de 4,5 personas por generación; e incluso aceptando que las cifras totales han podido verse afectadas por los procesos postdeposicionales, sobre todo en los estratos superiores correspondientes a la etapa más moderna de la necrópolis, observemos que el primer enterramiento de la necrópolis aparece aislado en el tiempo, siendo el único que se practica en el lugar en medio siglo; que en el medio siglo posterior (450-400 a.C.), tan solo pueden fecharse ocho enterramientos (esto es, menos de cuatro por generación),

²⁹⁵ D’Agostino y Schnapp 1982: 18; Parker Pearson 1993: 204-205.

²⁹⁶ Cf. por ejemplo D’Agostino 1988; Cuzzo 2003.

y que en la etapa de mayor frecuentación de la necrópolis, el s. IV a.C., el conjunto de sepulturas fechables con cierta seguridad es de 31 (es decir, menos de diez personas por generación)²⁹⁷.

Otro tanto sucederá en otras necrópolis del sureste que han sido extensamente publicadas²⁹⁸, tornándose evidente que solo un reducido sector de cada sociedad local tenía acceso al empleo de las áreas cementeriales²⁹⁹. Esta segregación, que ya se observaba en las necrópolis fenicias peninsulares³⁰⁰, fue variando no obstante en el tiempo, pues, si bien hasta mediados del s. V a.C. tan solo se enterraron en las diversas necrópolis unos pocos individuos por generación, a partir de estas fechas, y sobre todo en el s. IV a.C., el sector de la sociedad con derecho a hacerse enterrar en estos recintos sacros aumenta un tanto, hasta alcanzar a varias decenas de individuos por generación y necrópolis. Ahora bien, a tenor de las cifras anteriormente expuestas, no me atrevería a afirmar, como generalmente se ha hecho, que a partir del Ibérico Pleno el grupo poblacional que accede a las necrópolis va creciendo exponencialmente³⁰¹; bien es cierto que los procesos postdeposicionales afectan con mayor virulencia a los estratos superiores de las necrópolis, y por lo tanto a sus fases más recientes, pero el caso es que no me parece que, más allá del salto que se produce a comienzos del Ibérico Pleno, pueda postularse con suficientes garantías este despegue progresivo, que aunque esperable habrá de quedar en suspenso hasta que contemos con más datos.

Resta cuestionarse, en todo caso, quiénes eran los individuos que se arrogaban el derecho a utilizar estas áreas cementeriales, pues metodológicamente no podemos aceptar sin más, como implícitamente asumen quienes entienden las necrópolis como un reflejo directo de la estructura social, que la población enterrada sería una muestra representativa de la comunidad³⁰². Por otra parte, los estudios paleoantropológicos demuestran que niños, adultos y ancianos, varones y mujeres, están representados en las necrópolis, sin que ninguno de estos grupos de edad o género se viera excluido *per*

²⁹⁷ Según los recuentos y cronologías propuestas en Alcalá-Zamora 2003.

²⁹⁸ Vid. Fig. 4.29.

²⁹⁹ Blánquez 1992 a: 219; Santos Velasco 1999: 109.

³⁰⁰ Delgado Hervás 2008: 177-178.

³⁰¹ Cf. por ejemplo Chapa 1998: 119.

³⁰² Crubézy 1998: 8.

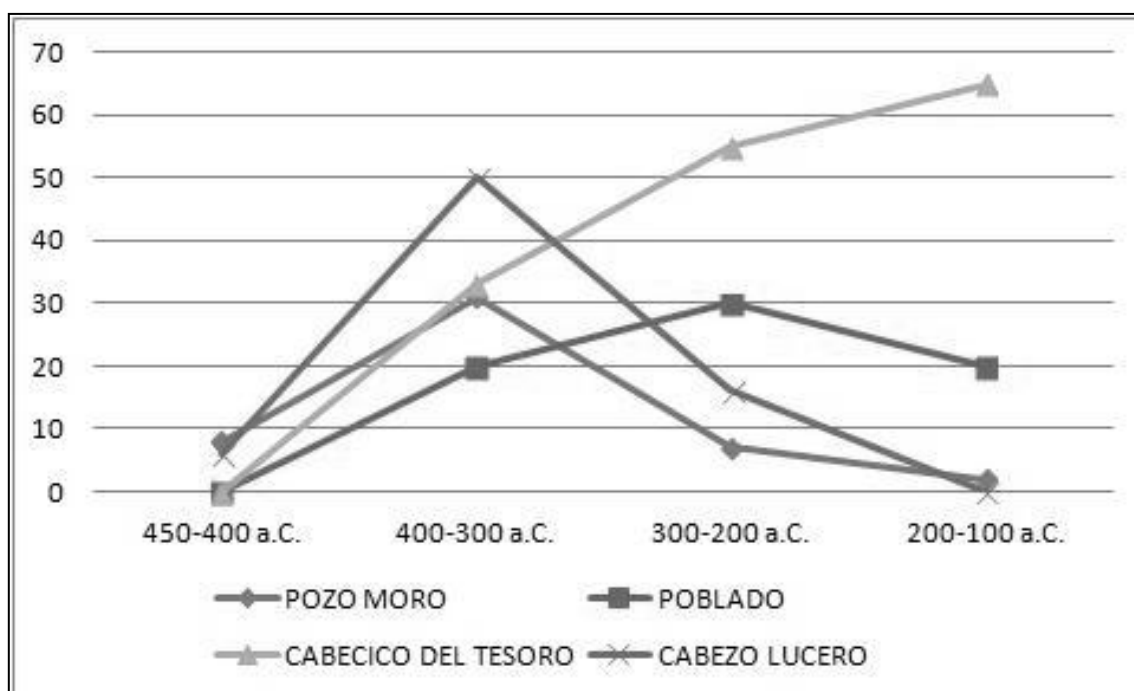


Fig. 4.29. Frecuencia de utilización de algunas necrópolis ibéricas del Sureste.

se de los rituales funerarios, si bien en las necrópolis suele documentarse una mayor prevalencia de varones adultos³⁰³. En ocasiones se ha defendido que los personajes enterrados corresponderían con el sector social de los propietarios³⁰⁴, o bien con la clase social más próspera³⁰⁵, pero la abundancia de tumbas con ajuar funerarios “pobres” o incluso sin ajuar funerario parece dificultar ambas hipótesis.

La alternativa que nos queda, por lo tanto, es identificar a los “usuarios” de las necrópolis con un sector privilegiado cuya preeminencia social les dotaría de toda una serie de prerrogativas, tales como la de emplear estos recintos. Unos recintos que sabemos estarían dotados de un cierto carácter sacro y, en la mayoría de los casos, aparecerían delimitados de alguna manera que la arqueología aún no ha podido desentrañar³⁰⁶, pero que supondría que en su interior las tumbas fueran apiñándose y superponiéndose unas a otras durante siglos en un área restringida. La participación

³⁰³ García Huerta 1995: 73; 2011; Gómez Bellard 2011; Reverte 1985.

³⁰⁴ Plácido, Alvar y González Wagner 1991: 192-193; Quesada 2010 a: 20.

³⁰⁵ Santos Velasco 1994 a: 65-66; 1999: 109.

³⁰⁶ Cf. Pereira y Madrigal 1994; Blázquez 2001: 95-99. En su momento J.J. Blázquez (1984: 98) apuntó la posibilidad de que la necrópolis de Camino de la Cruz hubiera sido delimitada mediante la deposición artificial de un estrato de tierra rojiza distinta de la propia del lugar a lo largo de la superficie considerada sacra, pero posteriormente renunció a su propia hipótesis al constatar que dicha tierra rojiza procedía de la descomposición de los túmulos de adobe (Blázquez 1990: 203).

en la propiedad de esta área sacra restringida y el derecho a enterrarse en ella sería, en definitiva, un privilegio simbólico que derivaría de una cuestión de estatus.

Utilizo aquí conscientemente el término “privilegio”. Ya diversos teóricos han profundizado en la relevancia que los rituales funerarios tienen para la comunidad a la que pertenecía el difunto, tanto a nivel de la psicología colectiva³⁰⁷ como en lo que respecta a la reordenación de los lazos sociales que tiene lugar tras la muerte de uno de los miembros de la comunidad³⁰⁸, muerte que por cierto no conlleva la desaparición completa del difunto como nodo de la red social, ya que su recuerdo sigue perviviendo en el imaginario colectivo como persona social, cuya influencia, prestigio y capital simbólico sigue condicionando las elecciones y comportamientos del grupo. En todo caso, y en lo que se refiere propiamente al mundo ibérico, vengo comentando ya en diversas ocasiones la enorme importancia que los iberos concedían a sus rituales funerarios, y por extensión a la materialización de estos, las necrópolis y las superestructuras funerarias. Ya he mencionado que los iberos buscaban depositar a sus parientes en relación con la tumba de algún otro antepasado prestigioso hasta el punto de que los enterramientos se iban aglomerando; he apuntado que en muchas ocasiones en torno a los encachados tumulares, verdaderos *lieux de mémoire*, se realizaban ofrendas y libaciones, y que estos eran reparados cuando el paso del tiempo ocasionaba algún tipo de desperfecto; he señalado incluso la posibilidad de que, cuando el cadáver del difunto no se pudiera recuperar, parece que los iberos no tuvieron inconveniente en construir cenotafios, pues al parecer la realización de los rituales funerarios eran más importante que la presencia física del cadáver. Unos rituales funerarios, por cierto, bastante complejos³⁰⁹ y que exigirían un importante dispendio de recursos, comparables de hecho a los que requeriría la erección de las superestructuras funerarias arquitectónicas y escultóricas, única muestra de monumentalidad junto con las murallas de la cultura ibérica. En definitiva, todo parece apuntar a que la minoría que se enterraba en las necrópolis concedía mucha importancia a la posibilidad de poder hacerlo. Y sería precisamente esta minoría,

³⁰⁷ Barceló Álvarez 1984: 86-87.

³⁰⁸ D’Agostino y Schnapp 1982.

³⁰⁹ Cisneros 1984: 119-121; Rafel 1985: 16-17; Cuadrado 1975; ídem 1989-1990; Blánquez 1990: 408; Gómez Bellard 2011; García Huerta 2011.

pienso, la que crearía e impulsaría los imaginarios escatológicos ibéricos que desgranaré en las páginas sucesivas, y que han quedado reflejados en sus tumbas.

Por el contrario, nada sabemos, o casi nada, de lo que sucedía con los difuntos pertenecientes al sector de la sociedad que no tenía acceso al uso de las áreas cementeriales. No sabemos de qué tipo de rituales funerarios eran objeto, aunque podemos suponer que se trataría de algún tipo de actividad sencilla que no ha dejado huella en el registro arqueológico, o que al menos esta aún no ha podido ser detectada. No tenemos siquiera la certeza de que estas gentes ambicionaran el acceso a las necrópolis y, sobre todo, a los rituales de los que gozaba el sector privilegiado de su sociedad, aunque el hincapié que durante siglos una parte de la sociedad hizo en este tipo de gastos ostentatorios, exhibiendo sus privilegios a todas luces como elemento de *distinción*, así podría hacerlo pensar³¹⁰. Y otro tanto podría decirse, por consiguiente, del imaginario escatológico que se construía y difundía desde el sector privilegiado de la sociedad y que, como veremos, perpetuaba o incluso reforzaba en el Más Allá las desigualdades sociales existentes en el Más Acá: no dispongo, creo, de argumentos suficientes como para colegir hasta qué punto esta parte no privilegiada de la población compartiría el mencionado imaginario, aunque, como habitualmente sucede, salvo quizás en momentos de fuerte contestación social, recordemos que los discursos ideológicos impulsados por las elites son los que más fuerza poseen para difundirse por todo el espectro social.

4.3.2. Un Más Allá poblado de monstruos.

No obstante todo lo antedicho, parece que el momento mismo de la muerte no fue uno de los temas preferidos para la iconografía ibérica, sino más bien al contrario. Atendiendo al registro, tan solo podría mencionar al guerrero que, inerme y sin haber desenfundado aún su espada, es atravesado por la lanza de su oponente en uno de los conjuntos escultóricos de Cerrillo Blanco de Porcuna, fuera por tanto de mi área de estudio, o aquel otro perteneciente al mismo yacimiento que, ya sin vida pero igualmente sin haber desenvainado sus armas, yace de costado a los pies de su

³¹⁰ El ciclo ostentación-distinción-emulación, por el cual el común de la sociedad aspira continuamente a apropiarse de los elementos de los que la elite social hace gala para exhibir su preeminencia, en tanto que dicha elite social continuamente busca nuevas estrategias diferenciadoras, ha sido bien analizado, entre otros, por J. Appadurai (1986) y A. Cannon (1989).

contrincante vencedor, datados ambos a comienzos del siglo V a.C.³¹¹ Pero no será hasta época ibero-romana, llamativamente, cuando volvamos a encontrar nuevas representaciones del instante de la muerte, que en el caso del sureste ibérico se materializan en sendos combates entre guerreros a cuyos pies aparecen varones caídos en la refriega, representados en las tinajas de Archena y Oliva³¹². Como se podrá observar, en todos los casos los guerreros difuntos aparecen yacentes y desarmados, y más parecen haber sido sacrificados que vencidos en el combate; la iconografía ibérica no recoge la “bella muerte”, no se trata de guerreros cuya caída sea icono de un sistema de valores con los que el espectador pueda solidarizarse; más bien parece que se representan únicamente en tanto que atributos de los héroes vencedores, verdaderos protagonistas de la escena, y con los cuales el espectador ibérico sí que tendería a identificarse. Algo distinto será el caso de los crateriformes de Lezuza y Fapegal-Campo de las Naciones³¹³, ambos ya muy tardíos (el primero de época sertoriana, el segundo ya de en torno al cambio de Era), y en los que el difunto caído en combate parece que cobra un verdadero protagonismo, evidenciando una nueva sensibilidad, distinta de la que estamos tratando ahora.

Por el contrario, todo parece apuntar a que la iconografía ibérica, sobre todo la de la época más arcaica, prefiere referirse a la muerte mediante un juego de oposiciones, de tal manera que el aristócrata elegirá para su ajuar funerario una iconografía alusiva a los banquetes, a la vida desbordante y a la fecundidad, humana y natural. El ibero pretende alcanzar tras su fallecimiento, parece, una sublimación de los conceptos de alegría y riqueza. Las representaciones de centauros, sátiros y ménades o la iconografía simposiástica presente en las importaciones³¹⁴, así como la propia insistencia en la mezcla e ingesta del vino que los ajuares funerarios parecen subrayar, parecen atestiguarlo³¹⁵.

Ahora bien, la existencia ultraterrena parece mostrar igualmente una faceta más sombría, la del tránsito. Un tránsito que, sobre todo en las primeras fases del mundo ibérico, aún no está fijado, es multiforme, singular, único para cada difunto,

³¹¹ González Navarrete 1987: 69-70 y 91-95; Negueruela 1990: 369, 406, 408. *Vid.* Fig. 4.30.

³¹² Olmos 1987: 32-38; 2003. *Vid.* Fig. 4.31.

³¹³ Olmos 2010: 51; Uroz Rodríguez 2012: 315-316.

³¹⁴ Blánquez 1994; 1996: 224-226.

³¹⁵ *Vid.* Fig. 4.32.



Fig. 4.30. Guerrero alanceado de Cerrillo Blanco de Porcuna.



Fig. 4.31. Guerreros caídos en combate en representaciones sobre cerámica: Archena, Castellar de Oliva y Lezuza.

pues cada grupo aristocrático se lo imagina de manera diversa. Como señaló R. Olmos³¹⁶, los privilegios de los que gozaba el aristócrata se prolongaban a su muerte según el imaginario que la propia aristocracia difundía a través de su iconografía y sus monumentos, privilegios entre los que se contaba el propio conocimiento de los universos suprarreales: solo estos potentados conocían la geografía del Más Allá y solo ellos contaban con la ayuda de la divinidad además de con sus propias (y, supuestamente, excepcionales) habilidades para esquivar los peligros del último tránsito, por lo que solo ellos podrían disfrutar de la existencia regalada que ya anhelaban en vida. Cada familia aristocrática se arrogará el conocimiento de un Más Allá que le es privativo. En consecuencia, entre finales del siglo VI a.C. y mediados del V a.C. se muestra ante nosotros en la iconografía un complejo y cambiante mundo, poblado de sirenas, toros, toros androcéfalos, sátiros, grifos, leones y esfinges, distintos en cada comunidad, pues su papel en la geografía del Más Allá diseñada por una u otra familia aristocrática irá variando, sin que nosotros contemos con los medios adecuados para reconstruir de una manera veraz cada uno de estos caminos misteriosos. Nos encontramos incluso con elementos tan singulares como el plomo de El Cigarralejo que, aunque ya de comienzos del s. IV a.C., podría tratarse de la única *tabula defixionem* conocida de todo el mundo ibérico³¹⁷, especialmente llamativo en tanto que estamos hablando, recordémoslo una vez más, de una cultura en la que la escritura rara vez trascendía los asuntos comerciales.

De hecho, quizás el único tránsito psicopompo de esta época arcaica que tenemos bien documentado a través de un complejo programa iconográfico sea el reflejado en el conjunto monumental de Pozo Moro, exhaustivamente estudiado por F. López Pardo³¹⁸. Resumido groseramente, según el mencionado investigador parece que la aristocracia que ordenó levantar esta torre confiaba en que el monumento, en tanto que representación del *nefesh* o “alma” del difunto, favoreciera el tránsito de las almas a un Más Allá en el que serían juzgadas y eventualmente justificadas, en cuyo caso obtendrían los favores de los dioses y se confundirían con ellos. Sin embargo, y aun aceptando la interpretación de F. López Pardo, la singularidad de Pozo Moro y de

³¹⁶ Olmos 1996 a: 168-170.

³¹⁷ Cuadrado 1950; 1987: 29. *Vid.* Fig. 4.33.

³¹⁸ López Pardo 2006.

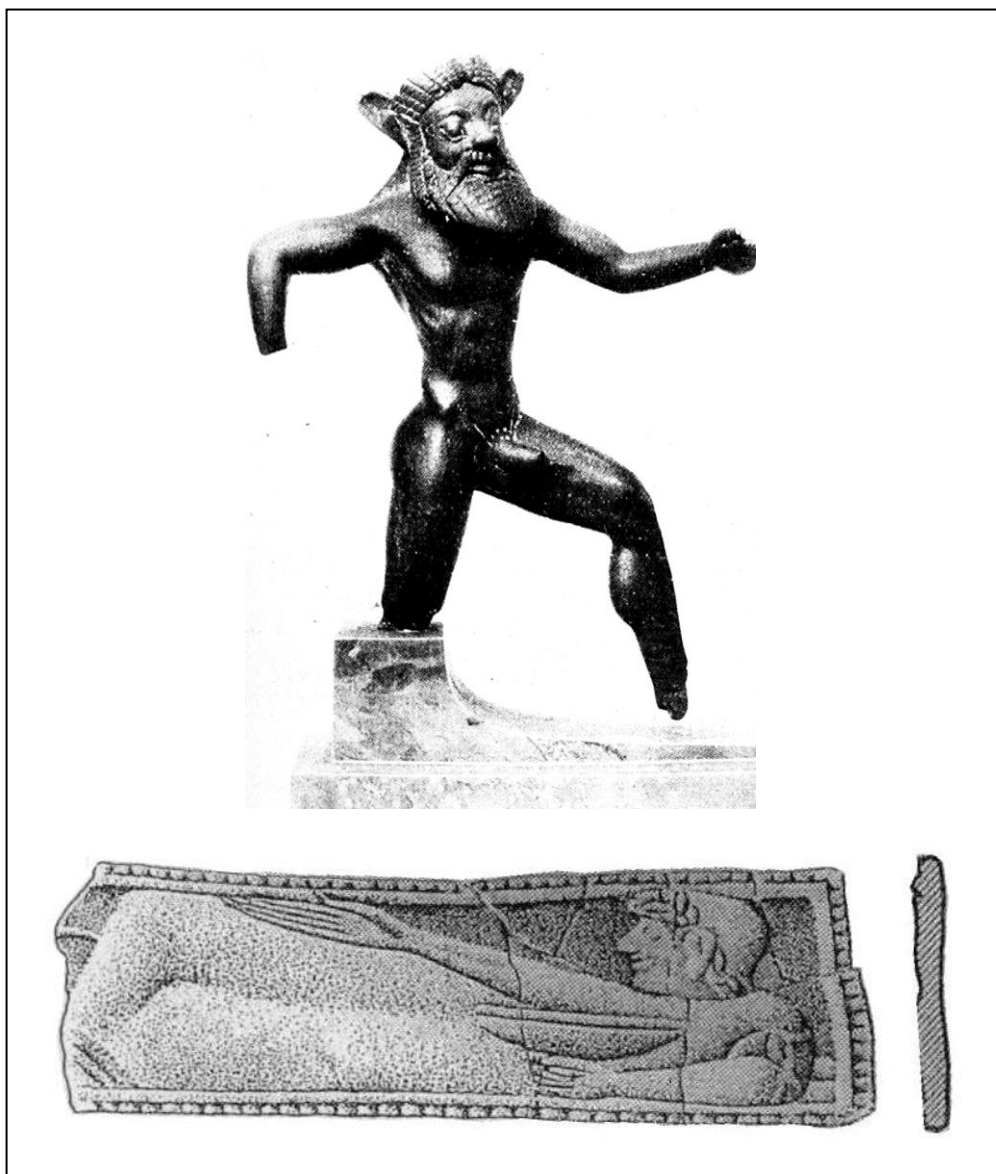


Fig. 4.32. Alusiones a la esfera dionisiaca en las necrópolis ibéricas arcaicas: estatuilla de bronce de sátiro itifálico del Llano de la Consolación, y caja de marfil de Los Villares.

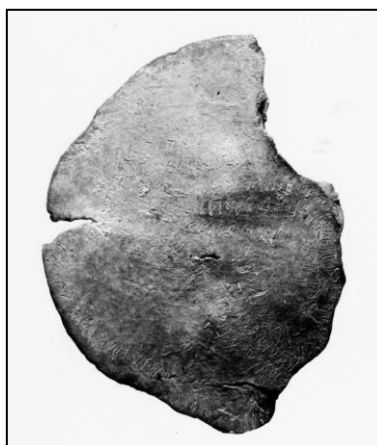


Fig. 4.33. Plomo de El Cigarralejo.

su programa iconográfico (sobre todo de sus relieves alusivos a este tránsito psicopompo) dentro del contexto peninsular hace difícil extrapolar la lectura escatológica en él representada a todo el mundo ibérico de estas fechas. Por el contrario creo que se trataría, seguramente, de una más de las maneras singulares en las que los diferentes grupos aristocráticos se explicaron el tránsito al Más Allá, unas aristocracias que en estos momentos se estaban consolidando y que habían de negociar sus posiciones con los agentes coloniales que poblaban la zona.

4.3.3. El jinete que cabalga hacia el Más Allá.

Con el tiempo, en todo caso, uno de los modelos de tránsitos psicopompos parece comenzar a generalizarse en el sureste hispano. Así, a partir del s. V a.C. podemos observar que se repite en las tumbas ibéricas el esquema iconográfico en el que un jinete cabalga en solitario hacia el Más Allá. A comienzos de esta centuria, por ejemplo, se erigió sobre un túmulo de la necrópolis de Los Villares una escultura que representaba con gran detallismo a un jinete que cabalgaba sobre un gran équido dotado de ricos atalajes. El varón, por su parte, montaba con la cabeza descubierta, vistiendo una túnica corta con escote en “V”, calzado abrochado a la pantorrilla, y un entramado de correas en torno al torso que J.J. Blánquez interpreta como las sujeciones de una coraza de disco que no se llega a representar³¹⁹, ausencia que resulta tanto más llamativa cuanto que el *cardiophylax* parece atraer la atención del artesano cuando es representado, así entre los guerreros de Cerrillo Blanco³²⁰ como en el de la Alcudia de Elche³²¹ o el de La Losa³²². Del propio yacimiento procede otra escultura de jinete, datada a finales del s. V a.C., que en este caso monta un caballo sin silla ni más atalajes que un sencillo bocado al que amarrar las riendas, en tanto que el caballero viste una corta túnica plisada y calzado atado a la pierna, sin rastro alguno de armamento³²³.

³¹⁹ Blánquez 1996 a: 219.

³²⁰ González Navarrete 1987: 73; Negueruela 1990: 365 y 403.

³²¹ Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 138.

³²² Giménez 1988.

³²³ Blánquez 1993 a: 118. *Vid.* Fig. 4.34.

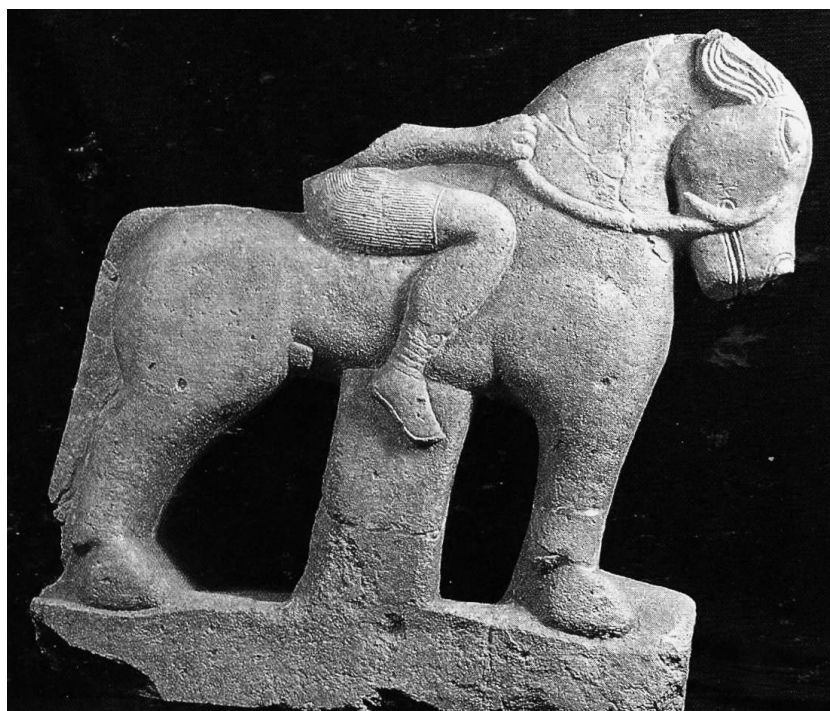
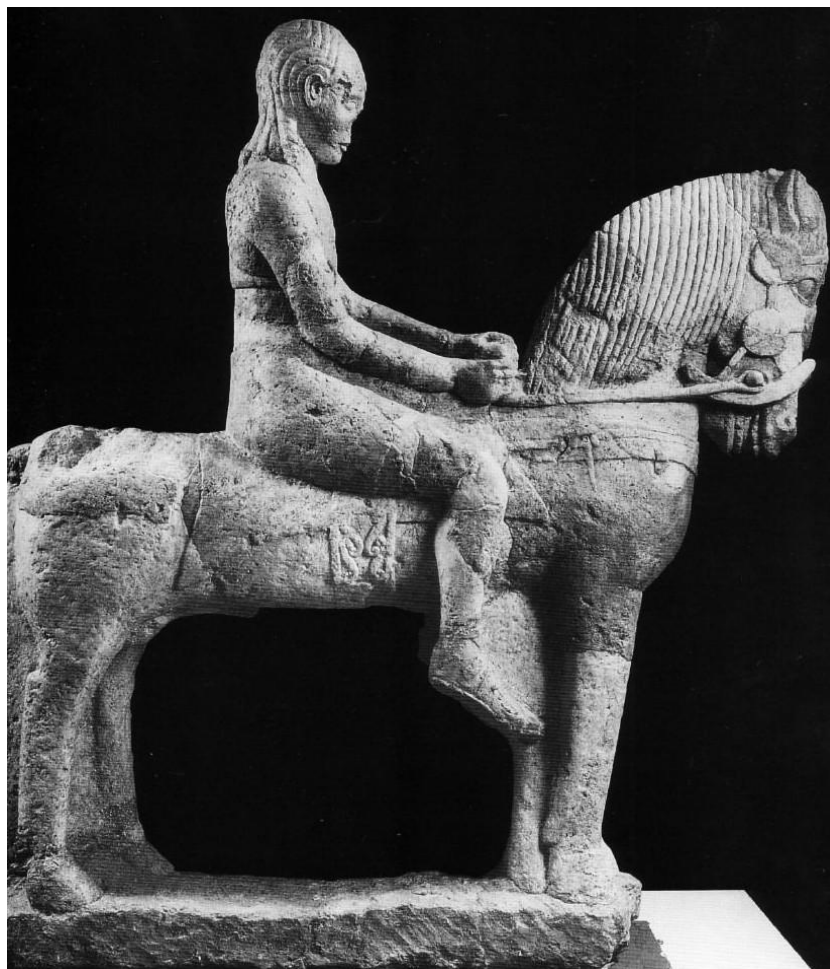


Fig. 4.34. Jinetes de Los Villares.

Un motivo algo distinto, aunque con toda probabilidad semánticamente relacionado, comprende el caballo de la necrópolis de La Losa. Me refiero a una escultura finamente labrada datada a comienzos del s. V a.C. que representa a un caballo guarnecido por una silla con forma de piel de toro rematada en cuatro palmetas y sujeta por sus correspondientes cinchas, y un juego de riendas³²⁴. Ahora bien, todo este atalaje no parece estar cumpliendo ninguna función inmediata, pues no ha sido representado ningún jinete, bien porque originalmente hubiera sido esculpido desmontado junto al caballo, conformando un grupo análogo al de Cerrillo Blanco de Porcuna³²⁵, tal y como propone T. Chapa³²⁶, o bien porque según sugiere R. Olmos³²⁷ hubiera sido representado el caballo sin jinete aguardando en la necrópolis para movilizar el recuerdo del dueño desaparecido, motivo que el propio Homero reflejó en su obra³²⁸. O quizás porque, según propuso también el propio R. Olmos en su momento, el caballo hubiera sido esculpido esperando a su jinete, aguardando junto a la tumba para partir en el viaje al Más Allá.

De manera mucho más fragmentaria, lamentablemente, nos han llegado vestigios de esculturas de este tipo relacionadas con otras tantas necrópolis de la época³²⁹. Así, en Casa Quemada encontramos fragmentos de una cabeza de caballo con sus correspondientes arreos rematados en una roseta, un torso equino guarnecido con una manta con cinchas sobre la que monta un jinete del que solo se ha conservado la pierna, otra pierna de jinete, y un segundo torso de caballo con sus atalajes, todos ellos con evidentes paralelos en las esculturas ya mencionadas de Los Villares y La Losa³³⁰. De la necrópolis de Capuchinos tan solo se nos conserva un pequeño fragmento escultórico en el que se vislumbra el extremo de una cincha con una anilla³³¹, sin duda parte del atalaje de una nueva montura, datable, como el resto del conjunto escultórico de la necrópolis, entre los ss. V y IV a.C.³³² En el Llano de la

³²⁴ Chapa 1985: 63; Sanz y Blázquez 2010: 269.

³²⁵ Negueruela 1990: 365.

³²⁶ Chapa 1980: 857.

³²⁷ Olmos 2011: 116.

³²⁸ Hom., *Il.* XVII, 434-435.

³²⁹ Para un recuento exhaustivo y actualizado de los fragmentos escultóricos de jinetes y caballos hallados en la provincia de Albacete, cf., recientemente, Sanz y Blázquez 2010: 257-261 y 268-275. *Vid.* Fig. 4.35.

³³⁰ Blázquez 1991 a: 32-33.

³³¹ Castelo 1995: 76.

³³² Chapa 1980: 832-833.

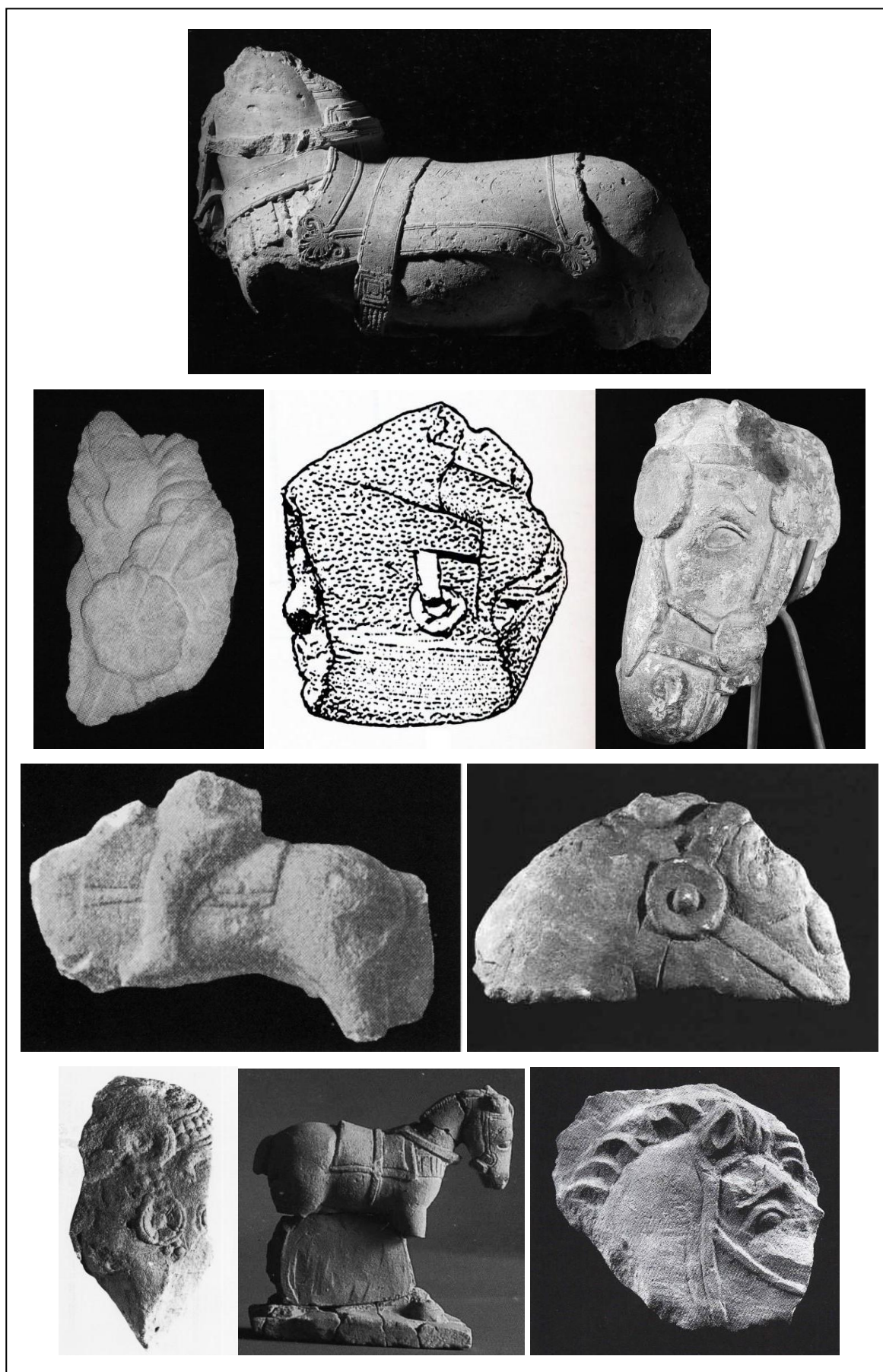


Fig. 4.35. Representaciones de caballos enjaezados escultóricos: La Losa, Casa Quemada, Capuchinos, Fuentelahiguera, Llano de la Consolación, Cabecico del Tesoro, Agua Salada, Cigarralejo y La Alcudia.

Consolación por su parte se documentó un cuerpo de caballo dotado de una manta sobre la que montaba un jinete, muy erosionado, habiéndose desprendido tanto las patas y la cabeza del caballo como el cuerpo del jinete por encima de la cintura³³³; también aparecieron una cabeza de caballo de extraordinaria calidad³³⁴ y varias posibles patas de équido, así como al parecer otras dos esculturas de jinetes, si bien estas últimas hoy se encuentran desaparecidas³³⁵. Procedente de Fuente la Higuera aunque sin un contexto preciso conocido, se conserva en el Museo Arqueológico Nacional una cabeza de caballo dotada de atalajes profusamente decorados, quizás datable en el s. IV a.C., fecha a la que parece retrotraerse el poblado situado en la Mola de Torró (Fuentelahiguera, Valencia)³³⁶. Más antigua parece ser sin embargo la cabeza de caballo provista de cinchas y riendas reutilizada, junto con un fragmento de casco y otro de arreo, en una tumba de finales del s. V a.C. de la necrópolis de Cabecico del Tesoro³³⁷. Muy similar a las dos anteriores es, de hecho, la cabeza con atalajes proveniente de la necrópolis de Agua Salada, yacimiento que presenta una frecuentación entre los ss. V y III a.C.³³⁸. De El Cigarralejo provienen multitud de pequeñas esculturas y relieves representando caballos, algunos de ellos enjaezados, documentados tanto en la necrópolis como en el santuario³³⁹, si bien con una datación muy diversa: mientras que en el área cementerial algunos de los fragmentos escultóricos aparecen amortizados en tumbas fechables entre finales del s. V y comienzos del IV a.C. como el enterramiento 200 o el 279, la cronología del santuario oscila entre los ss. IV y II a.C. Algunos de los relieves votivos de Cigarralejo, no obstante, encuentran buenos paralelos en los relieves de équidos que encontramos en el santuario de Recuesto de Ceheguín, datados, según parece por las importaciones áticas documentadas en el lugar, en la segunda mitad del s. IV a.C.³⁴⁰ Más compleja

³³³ Valenciano 2000: 155-156.

³³⁴ Jodin 1986: 239.

³³⁵ Valenciano 2000: 183.

³³⁶ Llobregat 1972: 40-41 y 146; Chapa 1980: 856. Es de reseñar que recientemente J. Aparicio y F. Cisneros (2007: 217) han afirmado que existe la posibilidad de que esta escultura no provendría de Font de la Figuera sino de la necrópolis de Corral de Saus.

³³⁷ Chapa 1980: 856-857; Quesada 1989 b; Castelo 1995: 106-107.

³³⁸ Lillo y Serrano 1989: 81-85.

³³⁹ Chapa 1980: 864-865; Castelo 1995: 118-123; Blech y Ruano 1998; Lillo, Page y García Cano 2004.

³⁴⁰ Lillo 1981: 25-27 y 31. Por el contrario, los relieves de équidos que aparecen concentrados en los santuarios andaluces de *Ilurco* (Pinos Puente, Granada) y *Luque* (Córdoba) parecen ser más tardíos, y



Fig. 4.36. Relieve con jinete lancero de La Alcudia y monumento de Daya Nueva con relieve análogo.

aún resulta la cronología de la cabeza equina embridada y del relieve de jinete que provienen del siempre problemático yacimiento de la Alcudia³⁴¹, jinete que por cierto encuentra un paralelo próximo en el representado en el relieve conservado del monumento de Daya Nueva, de nuevo de dudosa cronología³⁴². Finalmente, y como enseguida veremos, han llegado hasta nosotros sendos cipos funerarios provenientes de las necrópolis de Poblado y de Corral de Saus, en cuyas caras (en tres de sus caras en el caso del primero, y en una, al menos que se haya conservado, en el caso de la segunda) se observa un jinete desarmado avanzando a lomos de su montura; el primero aparece bien datado hacia comienzos del s. IV a.C., en tanto que el segundo se fecharía de manera aproximada entre los ss. V y IV a.C.³⁴³.

En definitiva, este prolijo recorrido demuestra que, entre los ss. V y IV a.C., los jinetes y los caballos enjaezados se convirtieron en uno de los motivos escultóricos más recurrentes en las necrópolis ibéricas del sureste. Pienso que su significado, no

tienen menos en común desde el punto de vista estilístico con los exvotos de Cigarralejo y Ceheguín, aunque quizás compartieran funcionalidad en tanto que vestigios de un culto análogo (Fernández Gómez 2003; Chapa 2008: 42-44).

³⁴¹ Chapa 1980: 199; Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 137; Sala 2007: 73.

³⁴² Varela 2000: 301-306. *Vid.* Fig. 4.36.

³⁴³ Muñoz 1983; 1987; Chapa 1985 a: 118; García Cano 1994; Aparicio y Cisneros 2007: 185; García Cano y Page 2011.

obstante, no es tan evidente como en un principio se viene pensando. Para argumentarlo, permítaseme salir una vez más de mi zona de estudio, y centrarme en una tumba de la necrópolis de Tútugi (Galera), la 11, cuyo ajuar funerario estaba compuesto por tres vasos para beber, dos urnas, una falcata, una lanza con su regatón, un bocado de caballo y una crátera³⁴⁴, objetos todos ellos fechados en la segunda mitad del s. V a.C. La panoplia guerrera completa evidencia que el difunto allí enterrado se consideraba a sí mismo un caballero, cuya función militar constituiría seguramente uno de los pilares de su identidad social. Pero sobre lo que querría llamar ahora la atención es sobre el hecho de que la única iconografía presente en la tumba, la dispuesta sobre la cara principal de la crátera ática de figuras rojas, muestra a un jinete en cuya cabalgada se interpone una Niké realizando una libación. En relación con esta tumba y con esta iconografía, ya R. Olmos propuso de manera preclara que, puesto que el difunto se identificaba a sí mismo como caballero, y puesto que eligió este motivo figurativo para introducirlo en su tumba, parece probable que se identificara a sí mismo con el caballero de la imagen³⁴⁵. Lo que no creo es que un ibero del s. V a.C. pudiera interpretar como tal una Niké griega, sino que posiblemente identificaría esta más bien con una diosa alada de las que ya hemos observado abundan en la plástica ibérica. Con este gesto por tanto, y como señaló R. Olmos, el ibero entendería que la diosa estaba sancionando la llegada del jinete; la llegada del difunto, con toda probabilidad, al Más Allá.

Moviéndonos aproximadamente en la misma época pero ya volviendo a mi zona de estudio, en las inmediaciones del poblado de El Monastil (Alicante), quizás proveniente de su necrópolis, apareció un fragmento de relieve muy erosionado en el que, según la interpretación de su excavador, una mujer con un objeto serpentiforme en la mano se acerca para tocar la cabeza de un caballo³⁴⁶. Yo me atrevería a proponer una interpretación alternativa del relieve, pues creo que se pueden identificar unas alas a la espalda del personaje femenino en vez del objeto serpentiforme aludido, en cuyo caso nos encontraríamos una vez más con el mismo esquema iconográfico de la crátera de Galera, solo que esta vez no representado sobre un vaso importado sino en

³⁴⁴ Pereira *et alii* 2004: 85-86. *Vid.* Fig. 4.37.

³⁴⁵ Olmos 1982: 262; 1996 a: 171; 2003 a: 223-225.

³⁴⁶ Poveda 1996: 356-357. *Vid.* Fig. 4.38.

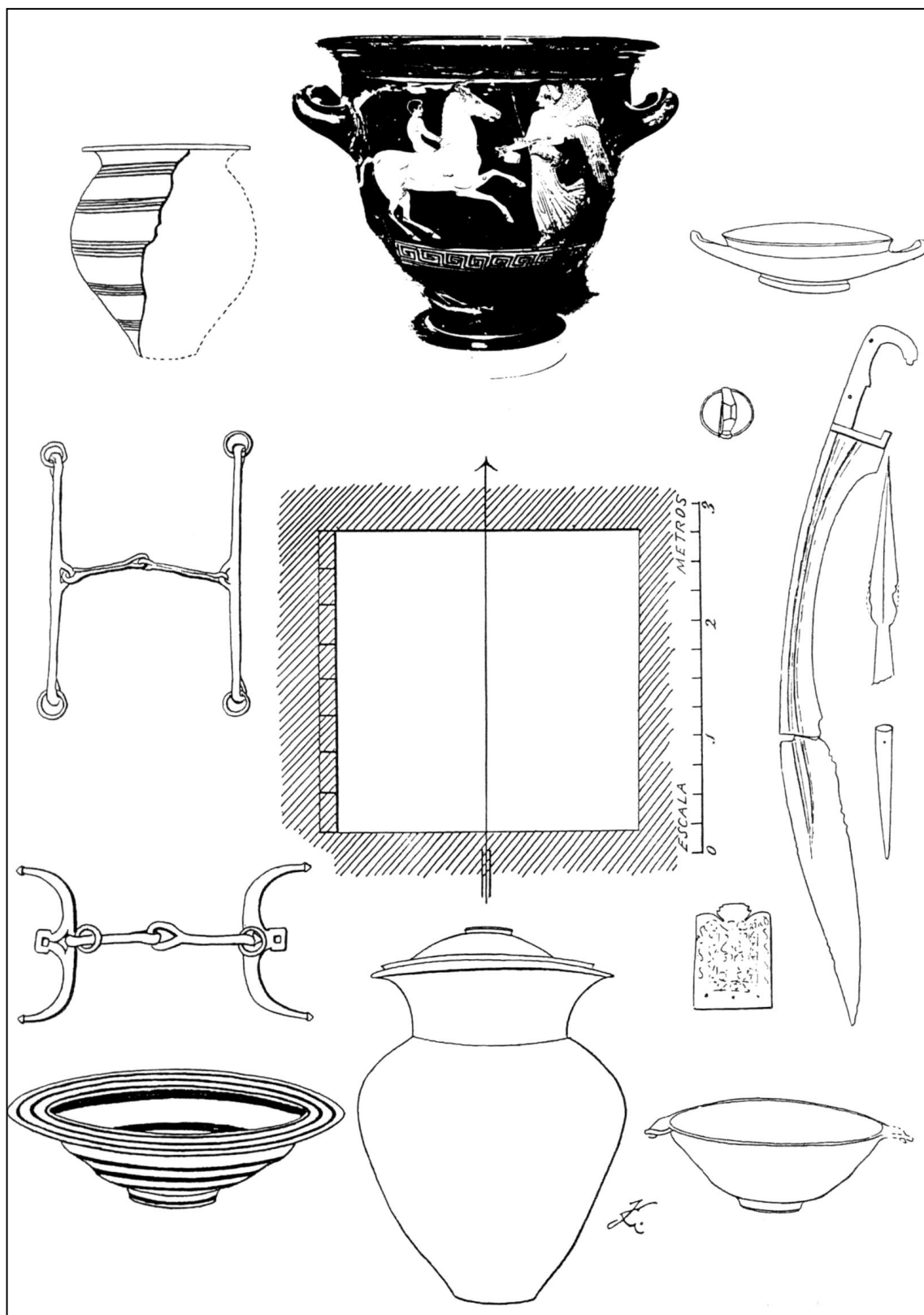


Fig. 4.37. Ajuar de la tumba 11 de la necrópolis de Galera.

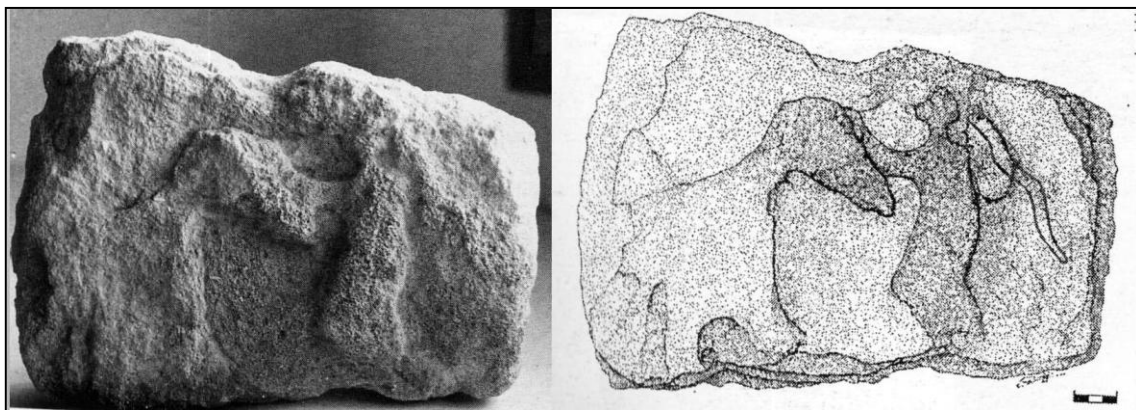


Fig. 4.38. Relieve de El Monastil.

un relieve autóctono: la divinidad alada femenina que recibe y acoge al caballero, seguramente franqueándole el tránsito al Más Allá. De hecho, repárese en que la parte superior del lomo del animal está muy erosionada, por lo que no sabemos si podría transportar o no un jinete, hipótesis que sin embargo en el dibujo publicado por J.M. Poveda³⁴⁷ parece desecharse.

Esta escena quizás la volvemos a encontrar representada en un sillar poco conocido pero ya mencionado en el capítulo anterior hallado en Pino Hermoso (Orihuela, Alicante), para el que se propone una datación de finales del siglo III a.C.³⁴⁸. En el mismo se muestra a un caballo alado que se aleja de un personaje igualmente dotado de alas, separados ambos por un elemento vertical. Lamentablemente el relieve ha llegado hasta nosotros en muy malas condiciones de conservación, pues aparece muy erosionado, y se nos han perdido parte del friso a ambos lados de la escena conservada, y toda la parte superior de la misma, todo lo cual dificulta la interpretación³⁴⁹. Sin embargo, en su estudio sobre el mismo, ya M. Almagro y F. Rubio propusieron un sentido funerario, psicopompo, tanto para el personaje alado (que ellos interpretan como un genio, análogo a los que aparecen en la pátera de Tivissa, a la que más tarde haré mención) como para el caballo con alas³⁵⁰. Ahora bien, menos segura me resulta su interpretación del elemento vertical central como el tronco de un árbol de la vida, y desde luego no estoy de acuerdo con su afirmación según la cual los

³⁴⁷ Poveda 1996: 357

³⁴⁸ Almagro Gorbea y Rubio 1980: 356-358; Prados Martínez 2002-2003: 218-219.

³⁴⁹ Marín Ceballos 1983: 715.

³⁵⁰ Almagro Gorbea y Rubio 1980: 352-356.

tres elementos del relieve estarían yuxtapuestos pero no formarían una escena propiamente dicha³⁵¹. En mi opinión, volvemos a encontrarnos con idéntico esquema iconográfico que en el relieve de Monastil: un ser alado femenino franquea un umbral, en este caso representado por el elemento vertical, a un caballo alado. La parte central del torso de la bestia, por cierto, se encuentra enormemente erosionada, por lo que de nuevo surge la incertidumbre acerca de si originariamente estaría siendo cabalgada o no por un jinete; no obstante, una serie de trazos verticales que cortan las alas del caballo y un pequeño elemento que sobresale bajo su vientre podrían estar haciendo alusión, de hecho, a la pierna perdida del mismo, algo que hasta el momento había pasado por alto a la historiografía.

De la misma manera, en el s. IV a.C. en la necrópolis de Poblado (Coimbra del Barranco Ancho, Murcia) se documenta el cipo funerario al que ya hice alusión anteriormente, en tres de cuyas caras se representa a un jinete, mientras que en la cuarta aparece una escena que generalmente se ha interpretado como de despedida del difunto por analogía con la iconografía griega, compuesta por un individuo sentado sobre un trono que posa su mano derecha sobre la cabeza de un varón vestido con túnica corta y de tamaño significativamente menor que el primero³⁵². Ya señalé anteriormente que el sexo del individuo sedente resultaba problemático, pues aunque generalmente se ha tomado por un varón, el relieve está suficientemente erosionado como para que no podamos estar seguros, y de hecho ya R. Olmos propuso que podría tratarse igualmente de una mujer³⁵³, algo que resultaría mucho más acorde con su carácter entronizado y su vestimenta larga. Por otra parte, la interpretación general de la escena como una “despedida”, aunque se trate de la despedida de un difunto, no me parece del todo adecuada: la desproporción de tamaños y de rangos entre ambos personajes más bien hace pensar que el individuo sedente (que no solo está entronizado y es mucho mayor, sino que además parece apoyar sus pies en un escabel, aspecto este que parece haber pasado desapercibido hasta ahora) representaría a una divinidad, que no estaría despidiendo sino más bien acogiendo y sancionando la

³⁵¹ Almagro Gorbea y Rubio 1980: 352.

³⁵² *Vid.* Fig. 4.39.

³⁵³ Olmos 1992 b: 32-34.



Fig. 4.39. Relieves del cipo de la necrópolis de Poblado.

llegada del varón, cuyo tránsito psicopompo a caballo se ha narrado en las otras tres caras del cipo funerario.

En Corral de Saus, por cierto, encontramos un cipo en el que aparecen grabadas las patas de un caballo³⁵⁴ casi idéntico al del cipo de Poblado; las malas condiciones de conservación del relieve, sin embargo, nos impiden saber nada más de la escena.

Concluyendo, todo este recorrido por la plástica ibérica de los ss. V y IV a.C. parece perfilar al caballo en época ibérica plena como uno de los vehículos más adecuados para que el difunto pudiera acceder al Más Allá, tránsito este que parece que hubo de ser sancionado y facilitado por una divinidad femenina. Esta divinidad femenina quizás no fuera otra que la representada en la estatuaria sedente que, como señalaba en el anterior apartado, pudo ejercer de “urna cineraria” monumental en ciertos casos precisamente en esta época. Ahora bien, puesto que la ideología ecuestre de las elites ibéricas ha sido ya suficientemente argumentada y resulta claro que la posesión de caballos se consideraría entre ellas un signo irrenunciable de prestigio³⁵⁵, podríamos pensar que la aparición del caballo en estas escenas y la erección recurrente de esculturas equinas y de jinetes en las necrópolis responde a la intención de marcar la identidad social del difunto, y no tanto a las connotaciones psicopompas de su montura³⁵⁶. En mi opinión, no obstante, una y otra interpretación, la social y la funeraria, no son contradictorias, sino antes bien convergentes, e incluso complementarias. Si tenemos en cuenta que solo un determinado sector de la sociedad tendría derecho a hacerse enterrar en las necrópolis, y que precisamente sería este grupo social privilegiado y simbólicamente vinculado con los caballos quien elaboraría las narrativas acerca del viaje psicopompo que han llegado hasta nosotros, resultaría lógico pensar que los caballos representados en la iconografía necropolitana constituyeran un elemento ideológico diferenciador de la elite en dos sentidos: como símbolo ostentatorio de la riqueza y el estatus del individuo y su familia en vida, y como la montura propicia para el viaje al Más Allá que les estaba reservado en

³⁵⁴ Fletcher y Pla 1977: 59; Chapa 1980: 861; Aparicio 1984: 185-187; Castelo 1995: 255-258; Izquierdo Peraile 2001: 115.

³⁵⁵ Almagro Gorbea 1996; 2005 a; Almagro Gorbea y Lorrio 2007; Blázquez 1992 a: 221; 1996 a; Quesada 1998 a; 2002-2003; 2003; Sanz y Blázquez 2010; Olmos 2011: 115.

³⁵⁶ Chapa 1980: 876-877; 1998: 118.

exclusiva a los representantes de su grupo social³⁵⁷. El caballo, en palabras de R. Olmos, “traslada además al imaginario de la muerte la jerarquía social del difunto”³⁵⁸.

La representación de caballos en escenas relacionadas con el ámbito de la funebria, por cierto, simbolizando al tiempo el elevado estatus del difunto y su viaje al Más Allá, no resulta extraña en el Mediterráneo Antiguo, no tanto en este caso en el mundo griego como, sobre todo, en el ámbito feniciopúnico³⁵⁹.

De cualquier forma, a favor de esta lectura dúplice, psicopompa al tiempo que como marcador de estatus, habla el hecho de que otros elementos de *distinción* de los grupos más privilegiados de la sociedad ibérica de época plena, como las armas, no se representan en la mayor parte de estas esculturas y relieves, y no muestran un protagonismo relevante en ninguna, quizás porque no tenían las connotaciones psicopompas que los caballos sí que poseían y que constituirían el tema fundamental de este tipo de iconografía. Como elemento de contrastación, resulta interesante comparar estas esculturas y relieves de jinetes provenientes de las necrópolis con los pequeños bronce estudiados en varios trabajos por M. Almagro y A.J. Lorrio y que estos investigadores fechan en la primera mitad del s. V a.C. Se trata de pequeñas representaciones de jinetes armados con casco, *caetra* y *falcata*, armas que aparecen hiperrepresentadas para atraer la atención del observador, y que fueron documentados en el poblado de Bastida de les Alcusses, en alguno de los santuarios

³⁵⁷ Quizás una excepción a este respecto la constituyan las esculturas de la necrópolis del Cigarralejo, o al menos algunas de ellas. Y es que la llamativa recurrencia de la figuración de caballos en esta área cementarial debe ponerse en relación con el hallazgo de relieves y esculturas similares en el santuario aledaño, y también con la gran frecuencia de restos óseos de caballo dentro de las tumbas (Aranegui 2012: 195), pese a que los vestigios de este animal en las necrópolis ibéricas no son nada abundantes (Liesau 2005: 200-201). En definitiva, quizás en esta comunidad local se rendía culto a una divinidad relacionada con los caballos, como se viene señalando desde hace décadas (Cuadrado 1956: 805-807), divinidad que algunos autores han querido hacer provenir del ámbito cultural feniciopúnico (Aranegui 1994: 132-133; Blázquez 1997; Aranegui y Prados 1998: 136), y que quizás también recibió culto en otros santuarios ibéricos; pero no podemos colegir, en principio y a falta de ulteriores evidencias, que el resto de las representaciones equinas documentadas en las necrópolis ibéricas pueda interpretarse en este sentido.

³⁵⁸ Olmos 1996: 90. Cf. también Quesada 1998 a: 171-172.

³⁵⁹ Pisano 1996: 924. Ya A.J. Domínguez (2005: 232-233) llamó la atención, por cierto, acerca del hecho de que la iconografía ibérica muestra una potente influencia de la plástica griega en lo que respecta a la representación de los caballos, pero no tanto en lo que se refiere a la aprehensión de sus contenidos simbólicos.



Fig. 4.40. Jinetes de bronce de La Bastida de les Alcusses y El Salobral.

ijenenses, y en forma de hallazgos aislados en Espejo y Montilla (Córdoba)³⁶⁰. A estos bronce habría que añadir también, para el caso que aquí nos importa, el bronce de jinete hallado en la necrópolis de Salobral y datado entre los ss. V y IV a.C.³⁶¹. En estas representaciones de jinetes, parece que el caballo actuaba efectivamente, junto con las armas, como elemento definitorio del estatus y la función de la persona social representada; pero se trata ya de otro contexto representativo, y de un esquema iconográfico distinto.

Para concluir con este apartado, creo necesario aludir a otra estatua contemporánea a estas de las que vengo hablando, aparentemente muy distinta pero

³⁶⁰ Lorrio y Almagro Gorbea 2004-2005; Almagro Gorbea 2005 a: 157-159; Almagro Gorbea y Lorrio 2007; 2011: 32-36. Es de reseñar que el único ejemplar proveniente de una necrópolis que estos investigadores engloban en este mismo tipo, el jinete de El Peñascón (Ribera del Fresno, Badajoz), es ya ajeno al mundo ibérico y de una cronología bastante posterior, de entre los ss. II y I a.C.

³⁶¹ Paris 1903: 227; Aranegui (ed.) 1998: 243; Sanz y Blánquez 2010: 276. *Vid.* Fig. 4.40.

que en el fondo responde a un esquema simbólico análogo. Me refiero al grupo escultórico del Parque Infantil de Tráfico de Elche, datado hacia el s. IV a.C. y del que ya he hablado en los capítulos anteriores, que representa a una esfinge cabalgada por un varón, al que transporta y protege al mismo tiempo con sus alas, mientras que una divinidad femenina, igualmente alada y adornada con flor trilobulada, abre la marcha³⁶². La diosa alada parece ser la verdadera responsable del tránsito psicopompo, es ella quien conoce el camino y quien guía al monstruo híbrido, que se encuentra a su servicio aunque en estos momentos sirva de cabalgadura adecuada para su jinete. Adecuada, por cierto, gracias a su capacidad voladora (pues parece que el tránsito psicopompo en este caso sería aéreo), pero también a su condición híbrida, pues como ya indiqué páginas atrás los aristócratas se arrogaron, sobre todo en época arcaica, un conocimiento y un contacto privativos con un mundo mítico caracterizado por la alteridad, que no es sino trasunto de los lazos que mantenían con las comunidades de comerciantes llegadas de fuera.

De hecho, la esfinge era concebida en el mundo griego arcaico como guardián y acompañante de los difuntos³⁶³, en tanto que el tránsito psicopompo del difunto montando sobre un ser híbrido, en este caso al parecer sirenas, fue representado precisamente hacia comienzos del s. IV a.C. en un ámbito colonial híbrido con fuertes influencias griegas y feniciopúnicas como es el de la necrópolis de Xanthos³⁶⁴. Pero además, no lo olvidemos, la esfinge llevaba formando parte del programa iconográfico habitual de las necrópolis ibéricas desde siglos atrás, funcionando seguramente como protectoras de los difuntos³⁶⁵. Por consiguiente, lo que observamos en el Parque Infantil de Tráfico de Elche es, en mi opinión, la hibridación de dos narrativas acerca del tránsito psicopompo: la más habitual en el mundo ibérico, que vengo analizando en las páginas anteriores, y que se puede resumir en la escena del difunto que viaja a caballo hacia el Más Allá, donde será recibido por la diosa; y la difundida por el Mediterráneo Oriental, según la cual es un ser híbrido el que facilita el tránsito de

³⁶² *Vid.* Fig. 4.41.

³⁶³ Richter 1961.

³⁶⁴ Coupel y Demargne 1969; Demargne 1976; Childs y Demargne 1989.

³⁶⁵ Chapa 1980 b; Izquierdo 2003: 264.

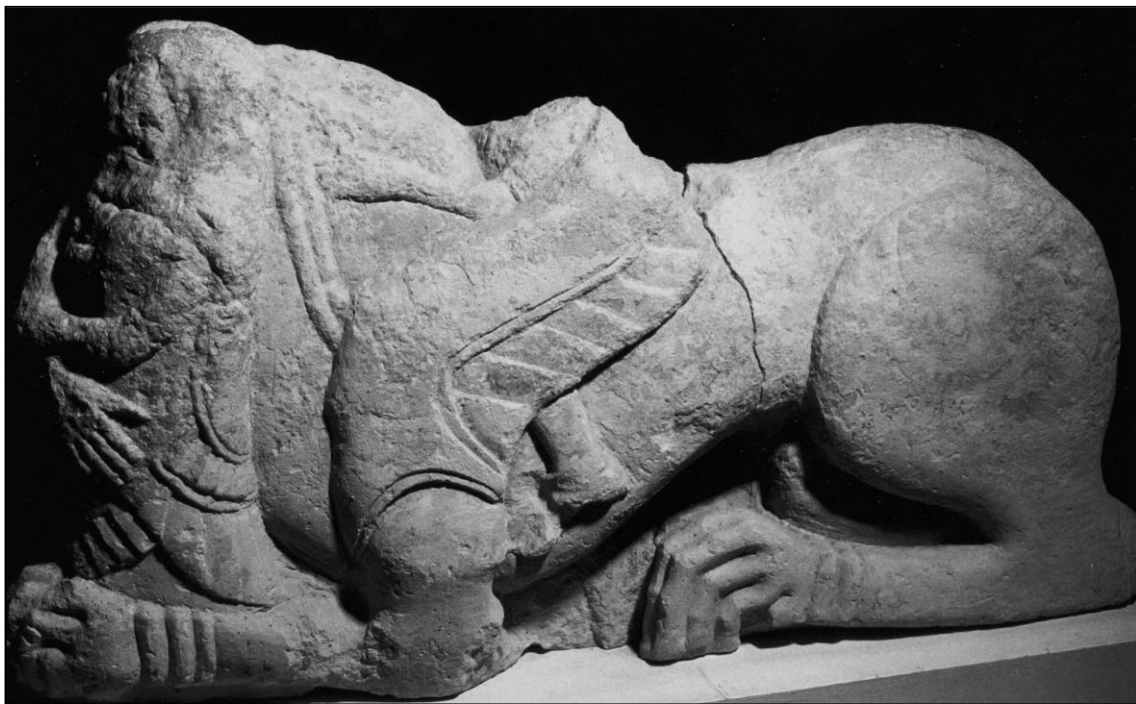


Fig. 4.41. Esfinge montada por un varón y precedida por la diosa, del Parque Infantil de Tráfico de Elche.

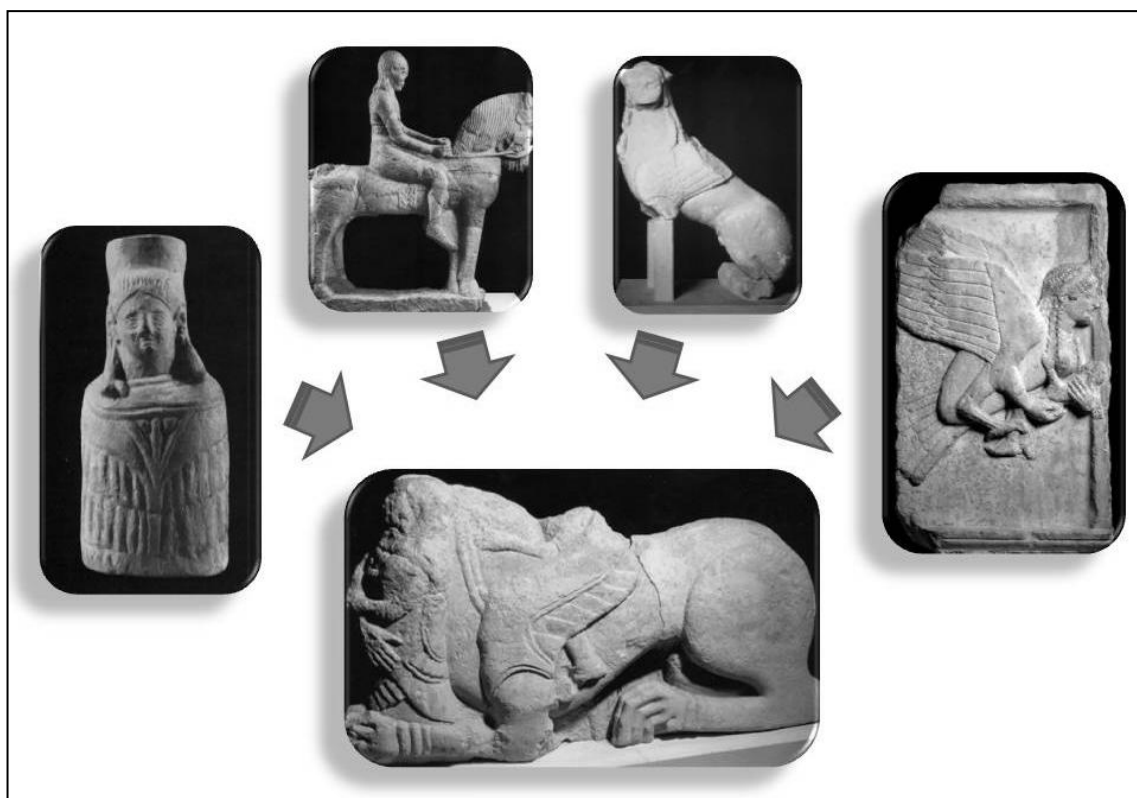


Fig. 4.42. La esfinge del Parque Infantil de Tráfico como imagen híbrida.

determinados difuntos aristocráticos³⁶⁶. Un discurso híbrido acorde con el “léxico” tradicional de la iconografía ibérica y con los intereses de una aristocracia que reivindica un acceso privativo al Más Allá, acceso que en una comunidad tan profundamente inmersa en los intercambios coloniales como la ilicitana, adquiere esta forma alternativa.

Debido a todo ello, en esta comunidad local, en esta narrativa concreta que queda materializada en este conjunto escultórico, la esfinge se torna vehículo psicopompo, montura fantástica para el difunto en su terrible viaje³⁶⁷. Se torna, de alguna manera, correlato del caballo, un correlato aristocrático para una montura psicopompa ya de por sí solamente accesible a ciertos sectores de la población. Un correlato que pudiera ser que hubiera quedado gráficamente ilustrado, aunque entiéndase que se trata tan solo de una hipótesis sugerente pero difícil de argumentar, en la placa pétrea hallada en la necrópolis de Cabecico del Tesoro, en una de cuyas caras se representó en relieve a un caballo, mientras que en la otra se identifica una esfinge alada³⁶⁸.

4.3.4. Cabalgadas iberorromanas más allá de la Muerte.

Más allá del s. III a.C., la figuración del tránsito hacia el Más Allá como un difícil camino que el difunto privilegiado debía recorrer a lomos de su caballo y siendo auxiliado y aceptado por la divinidad, perduró en el imaginario de algunas comunidades locales. Así lo tenemos atestiguado explícitamente, por ejemplo, en dos vasos fabricados en un alfar ajenos a nuestro área de estudio, el de Sant Miquel de Lliria, datados por tanto entre finales del s. III y comienzos del II a.C. En el primero de ellos, un galbo de un vaso de forma indeterminada, podemos contemplar una extraña escena en la que una pareja cabalga a lomos de un gran caballo engalanado, siguiendo a una sirena que va abriendo camino a tan singular comitiva³⁶⁹. La escena, que generalmente se venía entendiendo como una cabalgata nupcial³⁷⁰, fue estudiada por

³⁶⁶ *Vid.* Fig. 4.42.

³⁶⁷ Olmos 1996: 87 y 90; 2011: 122.

³⁶⁸ Page y García Cano 1993: 44-45.

³⁶⁹ Bonet 1995: 428. *Vid.* Fig. 4.43.

³⁷⁰ Cf. por ejemplo De Griñó 1992: 200. Por cierto, tradicionalmente también se describe en la bibliografía al ser híbrido de esta escena como una esfinge, cuando su cuerpo de ave permite categorizarlo mejor, como hizo M. Ruiz Bremón (1994: 200-201), como una sirena.

M. Ruiz Bremón, quien la interpretó más bien como la cabalgada hacia el Más Allá de un varón a lomos de un caballo que estaba siendo sin embargo guiado por un personaje femenino, sin duda una divinidad, a cuyas órdenes respondía también el ser híbrido que escoltaba a la pareja³⁷¹. El abigarrado universo de flores de loto, espirales y líneas ondulantes que atraviesa el grupo en su desplazamiento no hace sino subrayar el carácter extraordinario, ultraterreno, del mismo. Nos encontramos en definitiva con la recuperación, más de un siglo después, de un esquema compositivo relativamente similar, si se quiere un tanto más “humanizado”, al que acabo de describir para el grupo escultórico del Parque Infantil de Tráfico: la diosa que guía al difunto en su cabalgada hacia el Más Allá, contando para ello con la ayuda de un ser híbrido.

El segundo de los vasos de Lliria que sacaré a colación es igualmente explícito: en la decoración de esta tinaja identificamos a un jinete que avanza a lomos de su montura precedido de un personaje femenino cubierto de un velo, desplazándose por un universo poblado de granadas y alta vegetación, y por cuyo suelo, entre las patas del caballo, se arremolinan las serpientes³⁷².

Repárese, por cierto, en que en ambos vasos los jinetes se desplazan hacia la izquierda del espectador. Y señalo esto porque el sentido en el que se suele organizar la narración en la mayor parte de los vasos de Lliria (y también en los ilicitanos, cuando se representan escenas narrativas) es de izquierda a derecha, en tanto que la cabalgada de estos personajes es de derecha a izquierda, idéntico sentido que el que mostraba el jinete que montaba sobre la esfinge del Parque Infantil de Tráfico, diseñada para ser contemplada desde su flanco izquierdo, como señalaron recientemente T. Chapa y M. Belén³⁷³. Y también de derecha a izquierda viajan, por cierto, los personajes de un tercer vaso, en este caso ya proveniente de la Alcudia de Elche y datado algo después de los anteriores, posiblemente hacia el s. II a.C., y en el que aparece un varón barbado cubierto enteramente por un manto cerrado con capucha, bajo el cual oculta incluso las manos que tiran de las riendas del caballo

³⁷¹ Ruiz Bremón 1994.

³⁷² Izquierdo Peraile y Pérez Ballester 2005. *Vid.* Fig. 4.44.

³⁷³ Chapa y Belén 2011: 154.

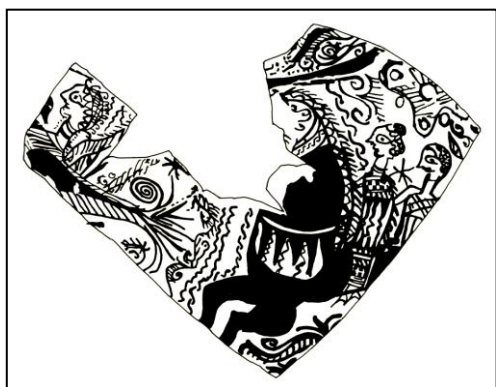


Fig. 4.43. Vaso de la "cabalgata nupcial" de Llíria.



Fig. 4.44. Vaso de Llíria con un jinete siguiendo a una mujer.

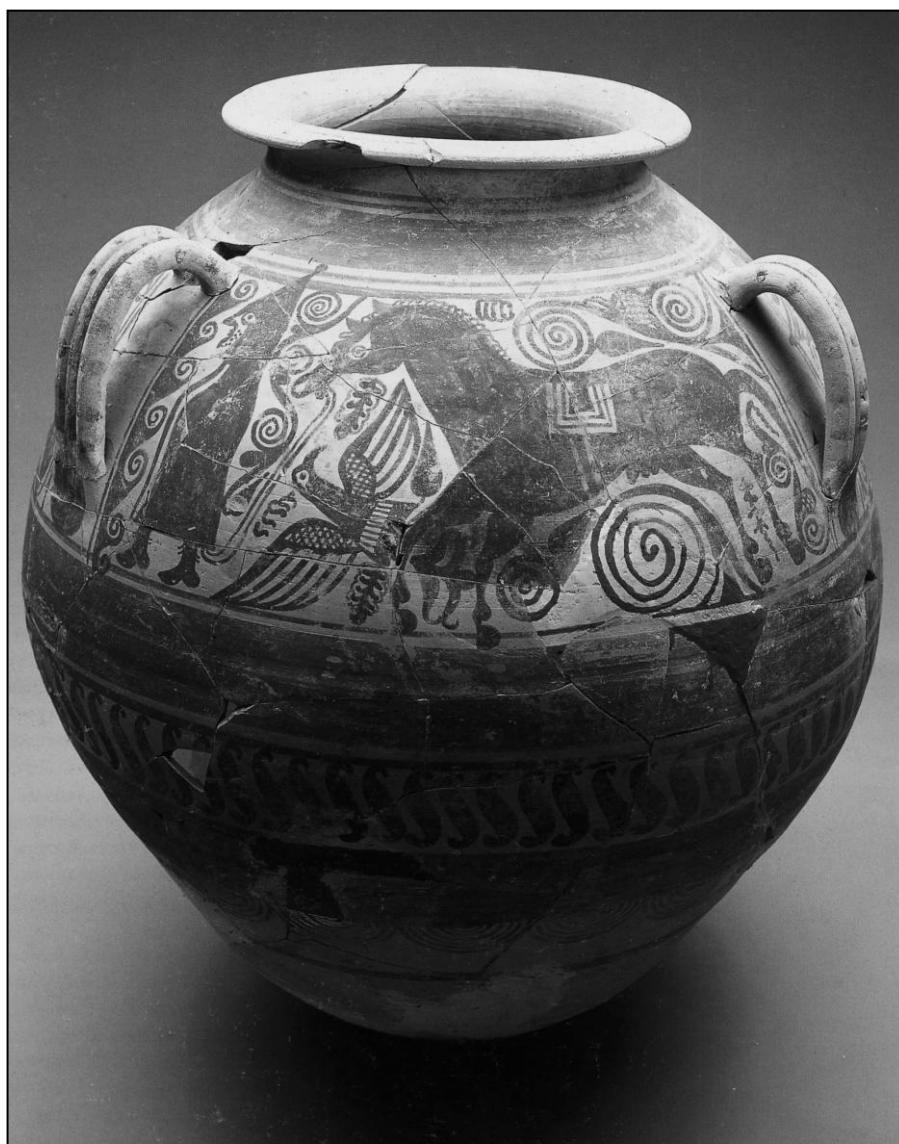


Fig. 4.45. Vaso de La Alcudia de Elche con personaje que avanza llevando al caballo de las riendas.

enjaezado que le sigue, sobre cuya silla nadie cabalga³⁷⁴. Un ave vuela entre el varón y el caballo, acompañando al grupo, simbolizando quizás el alma del difunto, o bien como enviada de la divinidad a la que se suele asociar este animal en los vasos del alfar ilicitano, o incluso como representación de la misma. Una vez más la alusión a la divinidad femenina, el caballo que viaja sin jinete y el desplazamiento de derecha a izquierda se conjugan en una misma escena para la que propongo un sentido psicopompo, aunque en este caso quien guía al caballo sea un varón embozado, quizás el propio difunto.

Abandonando por un momento el universo de la decoración cerámica, hay que reconocer que para estos siglos ya no tenemos documentadas esculturas de caballos y jinetes en las necrópolis ibéricas del sureste, aunque lo cierto es que ello se debe a la desaparición en general de la decoración escultórica de las áreas cementeriales. Este fenómeno no resulta por tanto un argumento convincente para negar la continuidad de la narrativa psicopompa de la que vengo hablando, máxime cuando la representación de équidos ahora toma la forma de pequeñas terracotas introducidas en las tumbas. En su reciente tesis doctoral, F. Horn afirmó que los caballos de terracota ibéricos indicarían el estatus social de los personajes a ellos asociados, sin ningún tipo de connotaciones funerarias³⁷⁵; y, sin embargo, significativamente la mayor parte del casi medio centenar de équidos en terracota que la mencionada tesis recoge se documentan en las necrópolis, en la mayor parte de los casos en el interior de tumbas³⁷⁶.

Quizás en el mismo sentido deba interpretarse, por cierto, el conjunto escultórico en bronce que durante la primera mitad del s. I a.C. se erigió sobre la ya antigua necrópolis ibérica de Azaila (Teruel), en el que se representó a Quinto Junio Hispano guiando a pie a su propio caballo y siendo acompañado por una Victoria alada³⁷⁷, grupo habitual en la iconografía romana (aunque no tanto en las necrópolis), pero que parece rememorar con un lenguaje romano viejos esquemas iconográficos ibéricos acerca del tránsito al Más Allá.

³⁷⁴ Pericot 1979: 88-89; Ramos Fernández 1982: 118; Maestro 1989: 226-227; Olmos 1990: 24-25; 2011: 117. *Vid.* Fig. 4.45.

³⁷⁵ Horn 2011: 73-74.

³⁷⁶ Horn 2011: 73; cf. también Hernández Carrión y Gil González 1997; Quesada y Tortajada 1999.

³⁷⁷ Beltrán Llorís 1976: 459; Blázquez 1982: 192.

Desde luego, una vez más he de advertir que esta interpretación no debe entenderse en términos absolutos, ya que, como siempre sucede, los significados se irían acumulando en torno al significante del “caballo” y variarían dependiendo del momento histórico, la comunidad o el grupo social que lo produjera o interpretara, y sobre todo cambiarían según el contexto representativo. Así, no pretendo interpretar en clave escatológica los jinetes que aparecen frecuentemente entre los exvotos depositados en los santuarios ibéricos en esta fase iberorromana, y que harían alusión probablemente al estatus social de los devotos que los depositaron y no tanto a su función guerrera, pues como ya señaló F. Quesada aparecen sistemáticamente desarmados³⁷⁸. Análogas implicaciones semánticas tendrían seguramente buena parte de los jinetes representados en las cerámicas ibéricas de época tardía, tales como los que aparecen en los vasos de Los Nietos, Tossal de Manises, Tossal de les Basses, Tossal de la Cala, Aspe, Lezuza³⁷⁹, o los representados tan frecuentemente en los vasos alcoyanos y sobre los que profundizaré en el capítulo correspondiente. No olvidemos al fin y al cabo que la mayoría de las acuñaciones emitidas por las cecas locales de la *Hispania Citerior*, al menos hasta el cambio de Era, mostrarán a un jinete lancero, el cual seguramente respondía, como argumentó M. Almagro, al imaginario identitario propio de las comunidades concernidas³⁸⁰, que aún en esta época representaban al héroe o antepasado colectivo local como un personaje a caballo.

Ahora bien, volviendo al ámbito escatológico, creo que merece la pena reparar en una interesante variante que en época tardía comenzamos a documentar respecto del esquema iconográfico del jinete y la diosa alada del que venía hablando. Así, en toda una serie de tumbas, como la 95 del Cigarralejo, fechada a finales del s. IV a.C. o comienzos del III a.C., no encontramos ya un caballo sino la representación de un carro de terracota³⁸¹. Por su parte, en una de las pateras de Tivissa (Tarragona), ya de época helenística y ajena a nuestra área de estudio, encontramos tres cuadrigas que son guiadas por un auriga femenino alado, y que transportan a un varón de torso desnudo y cetro³⁸². Igualmente, encontramos análogo esquema iconográfico en la caja cineraria

³⁷⁸ Quesada 1998 a: 173-174.

³⁷⁹ Para un recorrido razonablemente completo por los mismos, haciendo hincapié en el sentido heroizador de estas representaciones, cf. Uroz 2012: 371-381.

³⁸⁰ Almagro Gorbea 1995; 2005 a: 171-179. Cf. también Arévalo 2003.

³⁸¹ Cuadrado 1955; Blázquez 1959: 281-283. *Vid.* Fig. 4.46.

³⁸² Olmos 1996 f: 97.

hallada en Torre de Benzalá (Torredonjimeno, Jaén)³⁸³ o, ya de nuevo en el sureste, en varias monedas sículo-púnicas ocultas en varias tumbas y depósitos de las que ya he hablado en capítulos anteriores, y cuyo valor simbólico debía primar sobre el fiduciario dado que la economía monetaria aún estaba lejos de implantarse en el mundo ibérico³⁸⁴.

Similar motivo estaba ya presente, por cierto, en una serie de vasos griegos importados en siglos anteriores, y cuya decoración quizás fue interpretada ya en este sentido escatológico por sus compradores ibéricos; me refiero a una cratera amortizada en una tumba de la necrópolis de Toya (Peal de Becerro, Jaén)³⁸⁵, en tanto que en una cratera conservada en el Museo de Ampurias y en otra análoga del Museo de Gerona se representa a una figura femenina con chitón que guía una cuadriga en la que viajan un varón con un cuerno y una mujer con una lira, y en una cuarta, conservada en el Museo de Almería y proveniente de Villaricos, una mujer con chitón conduce una cuadriga guiando a dos personajes mientras Hermes abre camino al grupo³⁸⁶.

Finalmente, en Elche de la Sierra encontramos un vaso, seguramente datable en algún momento avanzado del s. II a.C.³⁸⁷ o incluso en el s. I a.C., en el que se nos muestra a un personaje que conduce un carro (de derecha a izquierda, reparemos en ello) y que es interceptado en su camino por una figura femenina alada, la cual, según la sugerente interpretación de R. Olmos³⁸⁸, parece dispuesta a ofrecerle el caballo alado cuyas riendas sostiene para que el varón continúe el viaje al Más Allá que había comenzado en carro. Una figura femenina alada que sujeta caballos alados que, por cierto, ya fue puesta en relación por M.C. Marín³⁸⁹ con un personaje análogo que aparece en un vaso de la Alcudia de Elche sobre el que ya hablé páginas atrás.

En mi opinión, esta reaparición de los carros en las sepulturas peninsulares nos permite observar cómo en los mismos momentos en los que la sociedad urbana está

³⁸³ Olmos 1982: 262; Marín Ceballos 1982: 274.

³⁸⁴ Olmos 1995: 43-44; 1996 f: 97.

³⁸⁵ Trías 1967: lám. CCXXVI.

³⁸⁶ Villanueva 1989: 362-367.

³⁸⁷ Eiroa 1986.

³⁸⁸ Olmos 1996 e: 275-276. *Vid.* Fig. 4.47.

³⁸⁹ Marín Ceballos 2001-2002: 192.

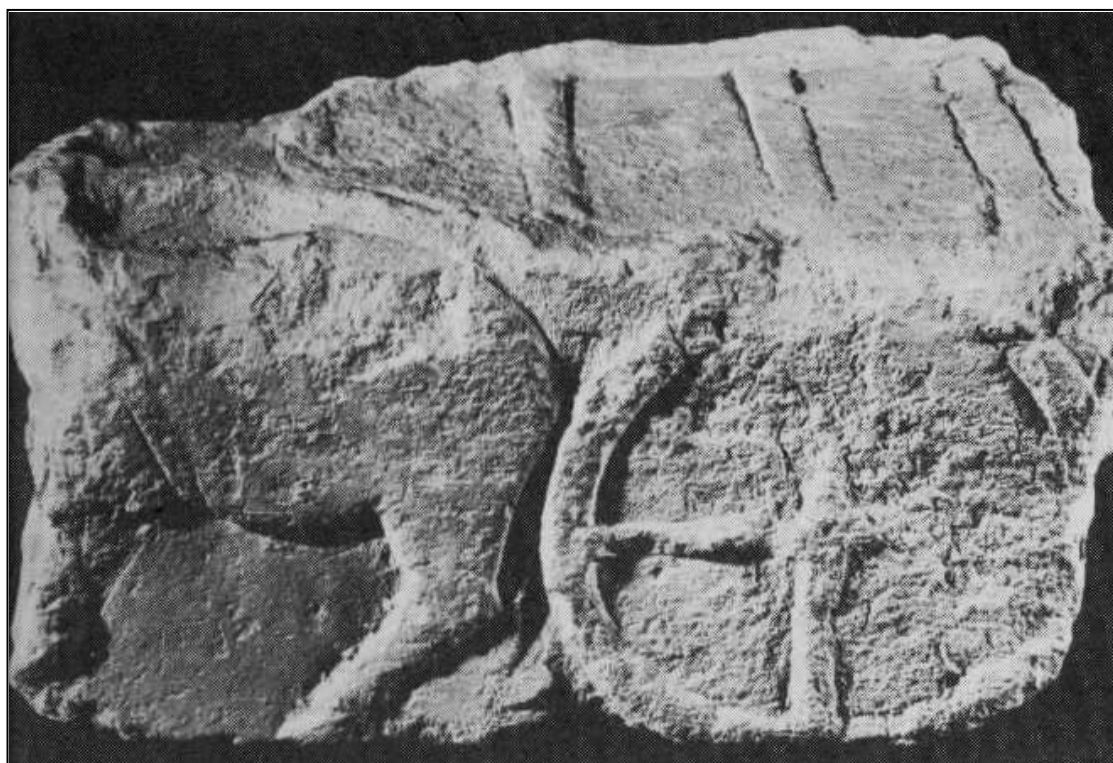


Fig. 4.46. Carro de El Cigarralejo.

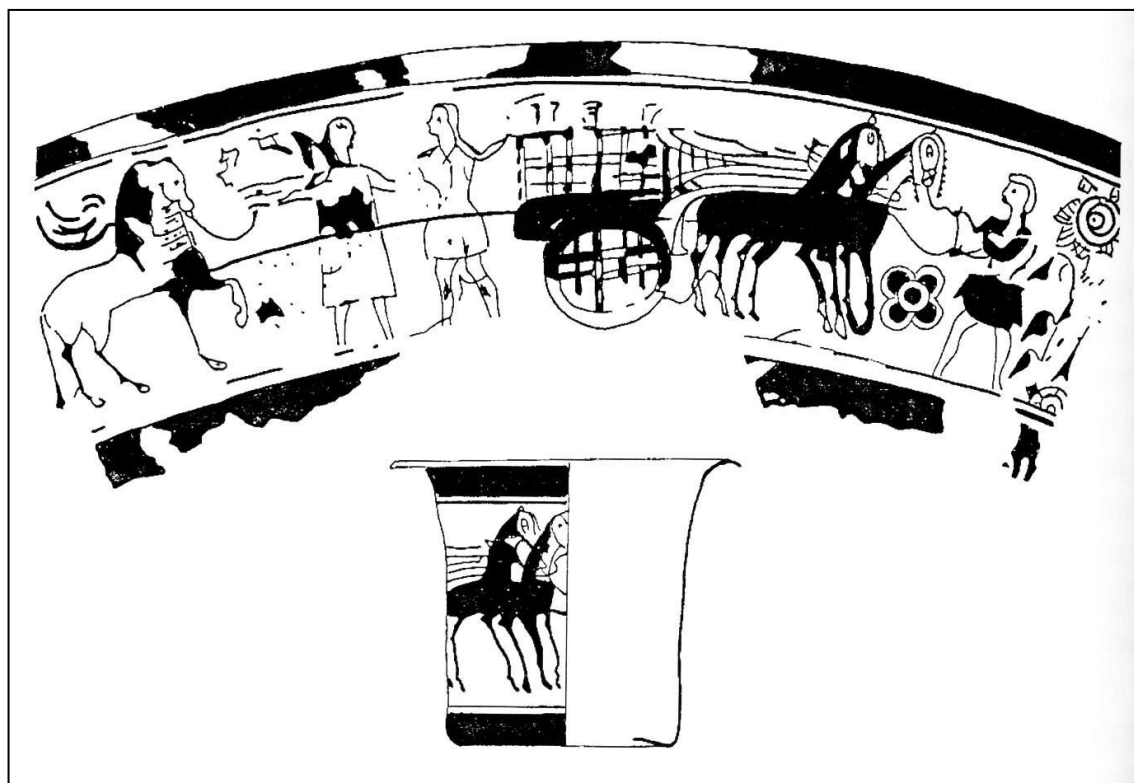


Fig. 4.47. Vaso de Elche de la Sierra.

desplazando a las antiguas aristocracias locales, aparecen nuevas narrativas menos jerárquicas, en las que los difuntos inician su último viaje en carro, un vehículo igualmente tirado por caballos, considerados como bestias psicopompas en el imaginario ibérico, pero cuyo uso no entrañaría ya las connotaciones heroico-aristocráticas que la representación ecuestre sugeriría. Y un vehículo que había sido tenido por elemento psicopompo en otros ámbitos del Mediterráneo antiguo, incluida la Península Ibérica en la primera mitad del I milenio a.C.³⁹⁰, por lo que su recuperación en el mundo ibérico no resultaría extraña al imaginario colectivo. De hecho, en Elche de la Sierra, si mi línea argumentativa es correcta y completando así la interpretación del propio R. Olmos, es la diosa quien “heroiza” al difunto al permitirle abandonar su carro y continuar su viaje a caballo, un difunto que hasta entonces nada tenía de heroico ni de aristocrático.

Ahora bien, todas estas variaciones de la narrativa escatológica que vengo analizando posiblemente no suponen el único discurso que los iberos de época tardía construyeron sobre su percepción del viaje al Más Allá. Y seguramente tampoco llegó a imponerse nunca un único discurso “ortodoxo” entre los iberos del sureste, aunque este es, al menos, el que creo que ha pervivido de una manera más completa y extensa en el registro que ha llegado hasta nosotros³⁹¹.

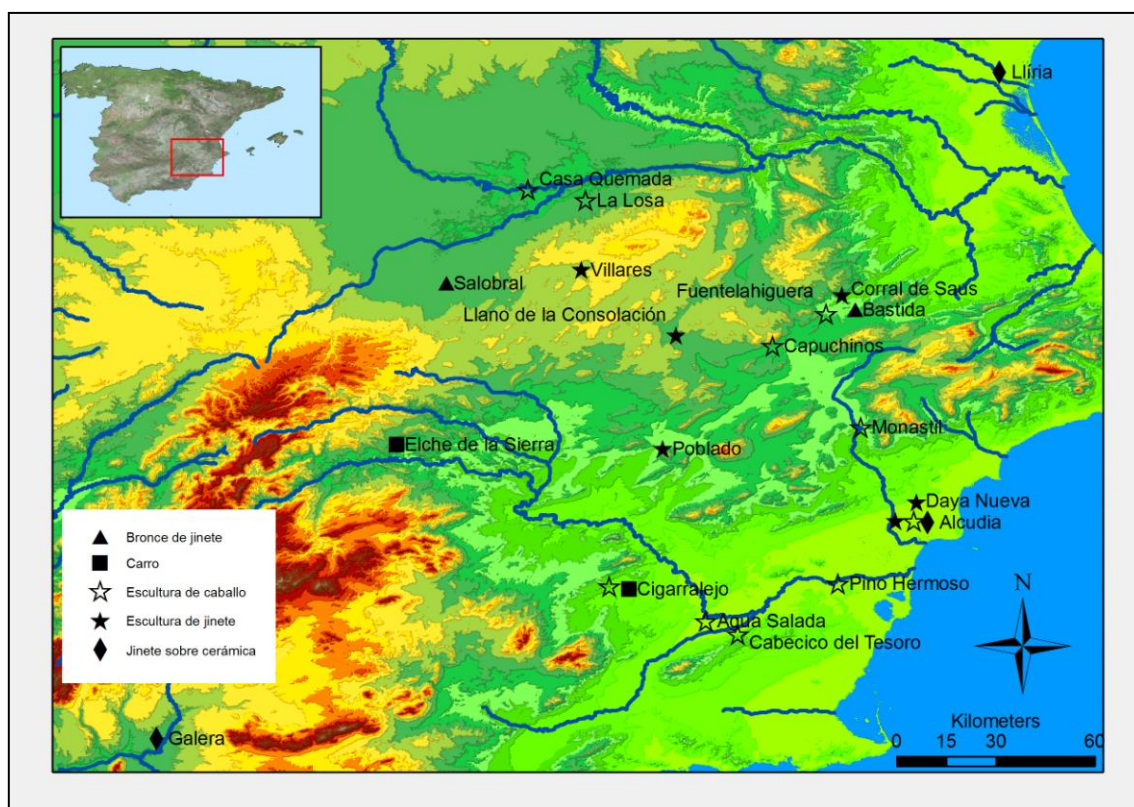
Así por ejemplo, se ha propuesto que en el imaginario ibérico el lobo podría haber ejercido las funciones de animal psicopompo en época iberorromana. En diversas culturas del Mediterráneo antiguo, como la griega o la etrusca, existieron mitos acerca del monstruo devorador que, al deglutir directamente a la víctima sin cocinarla ni mastigarla, provocaba su renacer a otro espacio diferente, ultraterreno³⁹². Esta concepción podría explicar la curiosa decoración que exhibe la urna cineraria de Villargordo (Jaén), en torno a cuyas paredes y tapadera se representó en relieve a un lobo de manos humanas³⁹³, que de esta manera aparecía físicamente rodeando, protegiendo y conteniendo las cenizas del difunto; o también la loba que en Cerro de los Molinillos (Baena, Córdoba) posiblemente se esculpiera como remate y señalizador

³⁹⁰ Quesada 1997 b.

³⁹¹ *Vid.* Mapa 4.3.

³⁹² Olmos 1996 a: 172; 2004 a: 63-68; 2011: 120-122.

³⁹³ Chapa 1979.



Mapa 4.3. Representaciones de caballos en tránsito al Más Allá.

de una sepultura, y que aparece amamantando a su lobezno mientras somete bajo sus garras a un herbívoro³⁹⁴; o incluso la cabeza de lobo que aparece en el *onfalos* de la pátera de Santisteban del Puerto (Jaén), de cuyas fauces asoma una cabeza humana que está siendo devorada, en tanto que en el resto de la pátera desfilan una serie de centauros con objetos litúrgicos y relativos al banquete³⁹⁵.

No obstante, así como este tipo de narrativas escatológicas las tenemos bien documentadas en otras áreas culturales mediterráneas, en el mundo ibérico distan de ser evidentes, y la interpretación de todas las piezas mencionadas puede pasar por la conceptualización del lobo como protector de los difuntos³⁹⁶ o incluso como materialización de su ser más allá de la muerte³⁹⁷. Por otra parte, repárese en que todas las imágenes reseñadas corresponden a la Alta Andalucía, y no propiamente a nuestra zona de estudio. En la iconografía del sureste ibérico en época iberorromana

³⁹⁴ Chapa 1986: 96; Olmos 2004 a: 63-64.

³⁹⁵ Jaeggi 2004: 55-58; Olmos 2004 a: 68.

³⁹⁶ Chapa 1983 a: 392.

³⁹⁷ Lillo 1988: 143.

abundan los lobos, pero su conexión con el ámbito funerario no es tan evidente³⁹⁸. De hecho, y a diferencia de lo que ocurría con los équidos, únicamente tenemos documentadas tres terracotas representando lobos en el mundo ibérico, aunque hay que reconocer que las tres provienen del sureste peninsular, y las tres fueron documentadas en áreas cementeriales, concretamente en Cigarralejo, Cabecico del Tesoro y Cabezo del Tío Pío³⁹⁹.

Un tipo de iconografía relacionada parcialmente con la anterior es la compuesta por los leones esculpidos como remate de ciertas tumbas hispanorromanas de época republicana, y que aparecen por lo general sujetando entre sus garras una cabeza humana. La presencia de estos leones en las necrópolis responde a la introducción de una nueva filosofía de la muerte romano-helenística⁴⁰⁰, y de hecho se distribuyen con mayor profusión en torno a los principales núcleos urbanos romanos que por las áreas tradicionales de la escultura ibérica⁴⁰¹, aunque resulta sugerente pensar que de alguna manera su presencia en territorio ibérico podría ser percibida por las comunidades ibéricas como la recuperación de un antiguo símbolo local de gran fuerza, estableciéndose así un diálogo entre los viejos significantes y los nuevos significados⁴⁰². En todo caso, una vez más este tipo de iconografía se concentra mayoritariamente en la Alta Andalucía y la provincia de Cuenca, en tanto que en nuestra zona de estudio apenas contamos con el caso del león de Bienservida⁴⁰³.

Finalmente, C. Aranegui propuso hace ya algún tiempo que la importación de platos de pescado en ámbito ibérico, su imitación local, que por una vez incluía las decoraciones además de la tipología, y sobre todo su deposición en los enterramientos, demostraría la aprehensión en el imaginario ibérico del significado dual del que este tipo de paisajes marinos estaba revestido en el mundo griego⁴⁰⁴. Esta idea fue inmediatamente aceptada y desarrollada por R. Olmos en textos

³⁹⁸ Únicamente se ha defendido esta vinculación en algunos casos, como en el llamado “vaso de los guerreros” de Archena, donde según R. Olmos (1996 a: 172) un lobo hambriento aguarda la muerte de uno de los contendientes del combate singular.

³⁹⁹ Horn 2011: 78-79.

⁴⁰⁰ Aranegui 2004 b: 90-91; 2004 c: 221-225.

⁴⁰¹ Aranegui 2004 b: 85-88; 2004 c: 214-221; Vaquerizo 2012: 168, n. 35.

⁴⁰² Olmos 2006: 160-161.

⁴⁰³ Ruiz Bremón 1984.

⁴⁰⁴ Aranegui 1996 a. Para el significado de los platos de pescado en ámbito griego, cf., en último lugar, Notario 2011.

posteriores⁴⁰⁵, pese a que el propio investigador había argumentado años antes que la iconografía del *thiasos* marino griego no había llegado a Iberia⁴⁰⁶, y que las escasas representaciones importadas de monstruos marinos e hipocampos de las que tenemos noticia habrían experimentado un proceso de “desmitologización” al pasar a manos ibéricas. Bien es cierto que ya entonces R. Olmos había señalado algunas excepciones, como el vaso plástico para perfumes de Cabezo del Tío Pío con forma de delfín, recipiente en el que se conjugaría el significado beatífico y escatológico del mamífero marino con la función funeraria de las sustancias contenidas⁴⁰⁷; o también el vaso de Los Villares de Caudete (Caudete de las Fuentes, Valencia), en el que aparece representado un jinete que atraviesa un entorno marino para emerger, según la interpretación de Olmos, en otro terrestre, acompañado de una foca⁴⁰⁸. En este último caso, en mi opinión, parece que nos encontramos ante la materialización de una narrativa híbrida, en la que el viaje al Más Allá se realiza empleando como montura el animal psicopompo por antonomasia en el imaginario ibérico, el caballo, pero en este caso no se trata ya de un viaje terrestre o aéreo como los tradicionalmente expuestos, sino a través del fondo marino. Ahora bien, tanto este vaso como la terracota de Cabezo del Tío Pío parecen ejemplos puntuales de la aceptación (parcial y reinterpretada, por supuesto) del imaginario escatológico subacuático clásico en época iberorromana; los platos de pescado áticos por el contrario fueron importados en una época anterior, sobre todo a lo largo del s. IV a.C., y más allá de su ocasional deposición en necrópolis (por otra parte no demasiado frecuente) y la comparación con otros sistemas culturales, creo que carecemos de argumentos suficientes como para asumir la extensión de estos discursos escatológicos entre el conjunto de las comunidades ibéricas desde la época plena.

En definitiva, en época iberorromana nos encontramos con toda una variada serie de figuraciones sobre el viaje al Más Allá, coherente con una etapa de encuentro entre distintas estructuras culturales y por consiguiente de rápidas transformaciones.

⁴⁰⁵ Olmos 1998: 238-240; 1998 c: 150-151.

⁴⁰⁶ Olmos 1989. Como contraposición, cf. Icard y Szabados 2003 para la aprehensión del *thiasos* marino griego en el Mediterráneo Central.

⁴⁰⁷ Olmos 1989: 33-34. Respecto al recipiente, cf. Horn 2011: 78. *Vid.* Fig. 4.48.

⁴⁰⁸ Olmos 1989: 49-51; 1998 c: 151. Para el vaso de Caudete de las Fuentes, cf. Pla y Ribera 1980: 99-106; Serrano Várez y Serrano Sánchez 1988. *Vid.* Fig. 4.49.



Fig. 4.48. Vaso plástico con forma de delfín de Cabezo del Tío Pío.



Fig. 4.49. Vaso de Villares de Caudete con jinete acompañado de una foca.

Los antiguos imaginarios escatológicos perviven, aunque en forma de diversas variantes que responden de una u otra manera a las nuevas coyunturas sociopolíticas. Y van introduciéndose asimismo nuevos discursos sobre la existencia ultraterrena, provenientes del imaginario grecorromano pero que se matizan y seleccionan, al menos inicialmente, para adaptarse con mayor éxito a las estructuras tradicionales locales. En todo caso, en la mayor parte de estos discursos observamos la progresiva pérdida de las connotaciones aristocráticas de las que hasta el s. IV a.C. se había revestido el imaginario sobre el Más Allá: aunque seguramente la existencia ultraterrena nunca llegó a concebirse como igualitaria, la difusión de terracotas figurando caballos entre las tumbas ibéricas o la aparición del carro (y no un carro de guerra necesariamente, sino también un carro de transporte) como posible vehículo psicopompo sugiere que el acceso al Más Allá en el imaginario ortodoxo que llega hasta nosotros fue ampliándose a nuevos sectores de la sociedad ibérica en estos últimos siglos de su historia.

4.4. Los espacios de culto.

4.4.1. Espacios singulares urbanos de época arcaica.

Para completar este análisis sobre las diversas estrategias ensayadas por las aristocracias ibéricas para legitimar su preeminencia social a través de la religión, resulta necesario hablar también, por supuesto, de los espacios de culto.

Con la posible excepción del Castillo de Guardamar, del que ya traté en su momento y sobre el que volveré más adelante, los primeros posibles espacios de culto ibéricos de los que tenemos noticia para el sureste peninsular datan entre los ss. VI y V a.C., y corresponden con pequeños departamentos insertos en el trazado urbano, de escasa (pero no nula) monumentalidad, y cuya función no resulta nada evidente. Me refiero, concretamente, al edificio IIIJ y al departamento IIIL2 de El Oral, y a la vivienda 2 de La Quéjola.

Así, la estructura IIIJ de El Oral se abre a la calle III-IV, la principal que tenemos documentada en el sector norte del poblado, aunque a diferencia del resto de las casas muestra igualmente un pequeño umbral, a modo de puerta trasera, que conecta con un espacio descubierto con un gran horno al que solo desde este edificio parece

tenerse acceso⁴⁰⁹. La unidad está dividida en dos departamentos cuadrangulares, el principal, y uno secundario más pequeño y solo accesible desde el anterior; ahora bien, al contrario de lo que sucede en las demás casas, en este caso el departamento secundario no corresponde con una subdivisión en la parte trasera del edificio, sino que se abre en un lateral del mismo, a la izquierda de la puerta de acceso y a costa del espacio del edificio vecino⁴¹⁰, rompiendo con la ortogonalidad habitual del poblado. De hecho, por cierto, si nos fijamos en las planimetrías publicadas⁴¹¹, podremos observar, que los tabiques de este departamento secundario se adosan a los muros de la estructura principal, y que se componen de unos paramentos distintos (de mucho mayor tamaño que los empleados en IIIJ1 y en la mayor parte del poblado), todo lo cual sugiere en mi opinión que se trata de una segunda fase constructiva, durante la cual al edificio IIIJ1 se le habría añadido un nuevo espacio auxiliar a costa de la unidad habitacional aledaña.

Al margen de su situación preeminente en el asentamiento y de esta progresiva ampliación, el edificio IIIJ destaca asimismo por ser el único de El Oral en el que se han documentado vestigios de pintura roja revocando las paredes interiores, o al menos la pared sur (como sucedía, recordémoslo, con los muros interiores de algunas viviendas de Peña Negra y con el departamento 1 de Los Almadenes, tal y como en su momento se apuntó), en tanto que el pavimento estaba rematado por una capa de arcilla blanquecina-anaranjada en cuyo centro aparecía embebido en tierra de distintos colores un lingote chipriota⁴¹². Por lo que respecta al registro material mueble del departamento, este no era demasiado abundante, componiéndose tan solo de escasos fragmentos de recipientes de cocina y pintados⁴¹³.

Por consiguiente, nos encontramos ante un espacio que cuenta con una serie de caracteres distintivos que evidencian su carácter singular dentro del poblado. No

⁴⁰⁹ Abad y Sala 1997: 91-92. La denominación de “plaza” que en ocasiones se ha otorgado a este espacio (cf. Abad 1986: 143; Abad y Sala 2009 a: 503) es, por tanto y al menos en mi opinión, inadecuada, pues al ser únicamente accesible desde el departamento IIIJ1 no se trataría de un espacio público, sino que de alguna forma estaría relacionado con las actividades desarrolladas en el mencionado departamento.

⁴¹⁰ Abad y Sala 1997: 91.

⁴¹¹ Abad 1986: 145; Abad y Sala 1997: 92.

⁴¹² Abad y Sala 1997: 91; Bonet 2010: 195.

⁴¹³ Abad y Sala 1997: 92. J. Bermejo Tirado (2008: 87) habla también de algunos vasos para beber áticos en relación con un estrato ceniciento con carboncillos, pero puesto que los arqueólogos que excavaron el lugar hablan solo de recipientes de cocina ibéricos y afirman explícitamente que no apreciaron resto alguno de combustión, quizás se trate de una confusión con el otro espacio de culto del poblado, el IIIJ2.

obstante, lo escueto del registro documentado dificulta establecer su función concreta. Así, la presencia del lingote chipriota, signo recurrente en la iconografía ibérica hasta el s. IV a.C. como decía en capítulos anteriores y que parece señalar espacios dotados de una especial sacralidad, puede avalar la función religiosa del espacio⁴¹⁴, en contra de lo afirmado por J.C. Bermejo, para quien ningún elemento de la estancia apunta en este sentido⁴¹⁵. No obstante, la escasa monumentalidad del departamento y su inserción en la trama urbana del poblado, unida a la ausencia de restos de combustión, llevaron a sus excavadores a apostar más bien por su empleo como lugar de encuentro para determinados miembros de la comunidad en torno al símbolo divino del poder⁴¹⁶, aunque estos mismos argumentos sirvieron a otros autores para apostar por identificarlo como un recinto de culto a los antepasados⁴¹⁷.

Por lo que respecta al edificio III L, se trata de una “casa compleja”⁴¹⁸ erigida en el centro del poblado y compuesta al menos por cuatro ambientes: dos estancias casi cuadrangulares dotadas de un hogar central, un espacio distribuidor de forma acodada, y el departamento III L2, de aparente funcionalidad sacra. El lugar de acceso a la vivienda nos es desconocido, así como parte de la planta de la misma, pues al encontrarse esta en el ángulo de la cata excavada no fue totalmente documentada⁴¹⁹. Su aparente tamaño, distribución y ubicación en todo caso nos habla de un edificio importante dentro del poblado, en cuyas estancias además se acumula casi la mitad de los fragmentos de cerámica ática documentados en todo el poblado (10 de 24, según el recuento de A. Domínguez Monedero), además de algunos fragmentos de ánforas de transporte, incluyendo una procedente de Quíos, y un olpé etrusco de bronce con asa sobreelevada al que se le atribuye una posible función ritual⁴²⁰.

Dentro de este importante edificio, hemos de centrarnos en la dependencia III L2. Se trata de un pequeño espacio cuadrangular al que se accede desde el área distribuidora, y en su interior se ha documentado una superposición de hasta siete pavimentos de distintas tonalidades compuestos de lechadas de barro mezclado con

⁴¹⁴ Bendala 2005: 40-41.

⁴¹⁵ Bermejo Tirado 2008: 87.

⁴¹⁶ Abad y Sala 1997: 92-93; cf., en último lugar, Bonet 2010: 195.

⁴¹⁷ Almagro Gorbea y Moneo 2000: 39.

⁴¹⁸ Belarte, Bonet y Sala 2009: 111-113.

⁴¹⁹ Abad y Sala 1997: 94. *Vid.* Fig. 4.50.

⁴²⁰ Abad 1988.

yeso, intercaladas con seis delgados estratos de cenizas, como si la estancia recibiera un aporte continuo de ceniza que hubiera de ser periódicamente regularizado mediante la disposición de nuevos pavimentos blanquecinos. Entre estos sucesivos niveles de suelo, por cierto, aparecieron distintos elementos de malacofauna, un asador de bronce, varios huevos de avestruz y ánade (algunos de ellos decorados), una terracota circular impresa, un vaso ibérico de imitación griega, una copa ática de figuras negras y dos copas de barniz negro tipo C⁴²¹. La ausencia de un hogar o de cualquier otro vestigio de combustión que explicara el continuado aporte de cenizas no ha sido óbice para que este espacio haya sido generalmente interpretado como una pequeña capilla doméstica con funcionalidad sacra⁴²².

Por lo que sabemos, los dos espacios descritos permanecieron en uso durante la única fase de utilización del poblado, entre finales del s. VI y finales del s. V a.C. Casi semejante cronología (pues se abandona algo antes, a mediados del s. V a.C.) se atribuye, de hecho, al asentamiento de La Quéjola, donde encontramos también otra dependencia de este tipo. Así, en la parte noroccidental del yacimiento se sitúa la llamada vivienda 2, no tan grande como otras estructuras aledañas pero bien distintiva tanto a nivel arquitectural como artefactual. Estoy hablando en realidad de dos edificios sucesivos, que comparten un tabique medianero en el que aparentemente no se abría ningún vano de comunicación⁴²³, y cuyas fachadas no están alineadas, motivos por los cuales me parece más adecuado hablar de dos recintos en vez de englobarlos, como habitualmente se viene haciendo, en una única vivienda. Permítaseme hablar por tanto del recinto 2N (norte) y del recinto 2S (sur).

De cualquier forma, ambos departamentos destacarían en el urbanismo del poblado, gracias a una sencilla pero cuidada escenografía. Así, sus fachadas delanteras se retrasan respecto de las de los edificios vecinos, creando de esta manera un ensanchamiento apreciable de la calle⁴²⁴, en tanto que sus tabiques laterales cortan

⁴²¹ Abad y Sala 1997: 93-95; Domínguez 2001-2002: 196; Bonet 2010: 195-196.

⁴²² Abad y Sala 1997: 95.

⁴²³ Blánquez 1996: 164. *Vid.* Fig. 4.51.

⁴²⁴ Esta afirmación, que viene repitiéndose en la bibliografía, no es del todo exacta: si bien el departamento 2N se retrasa ligeramente respecto del edificio colindante, el departamento 2S se adelanta mínimamente en relación con su vecino meridional, siendo en realidad este quien retrasa de manera apreciable su fachada respecto al resto de los departamentos del poblado. De esta manera, en realidad son las viviendas 1 a 3 las que generan aparentemente un ensanchamiento de la calle, y no solo la 2.

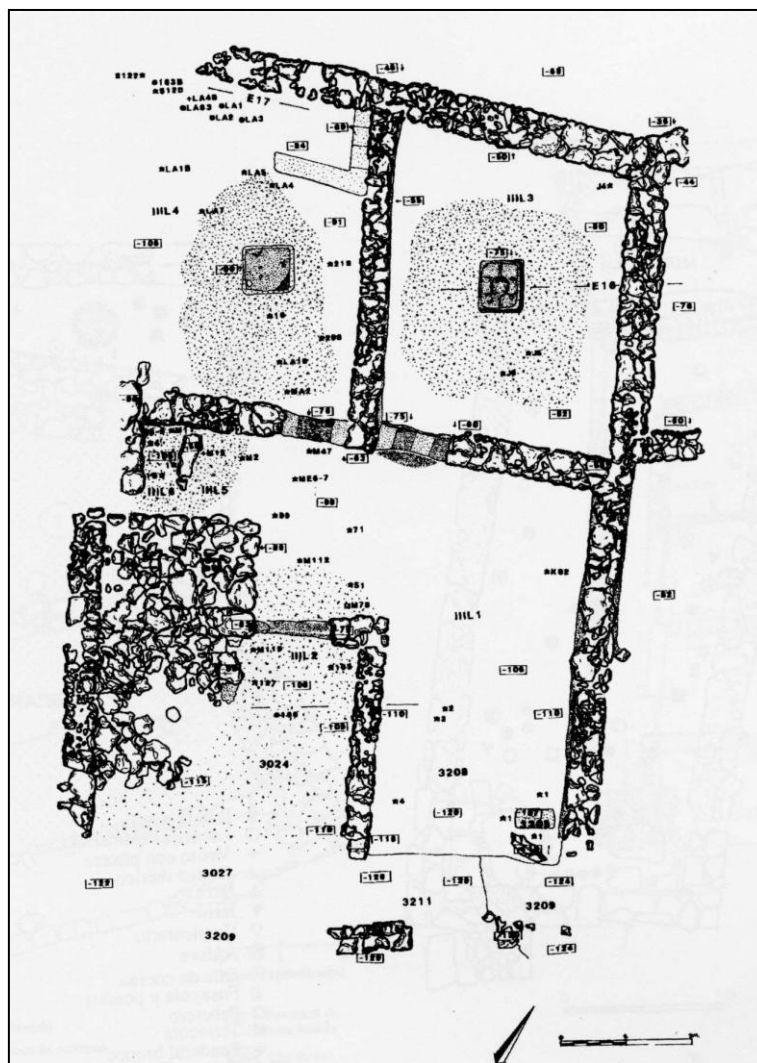


Fig. 4.50. Edificio III L2 de El Oral.

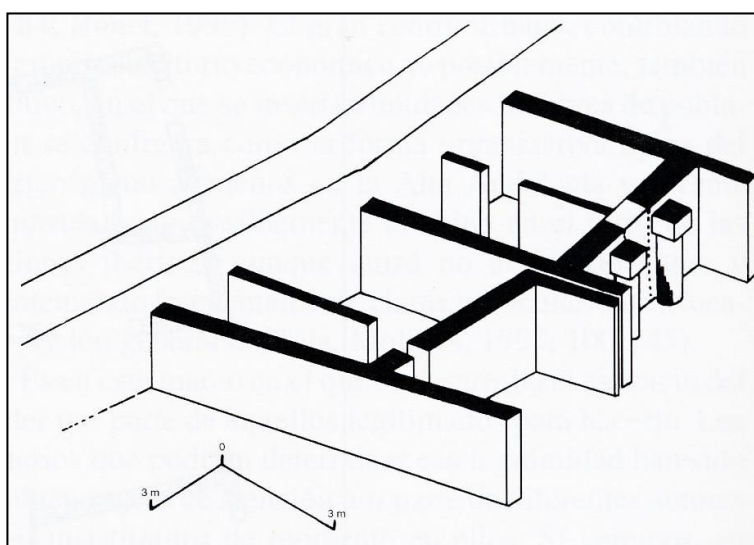


Fig. 4.51. Edificio 2 de La Quéjola.

dichas fachadas y se internan aproximadamente un metro en la vía, creando sendos espacios *in antis*. La fachada delantera del departamento 2S, por cierto, es la única construida en adobe de todo el poblado (donde por lo demás se emplea el tapial), y en su punto central se situaba una falsa puerta (cegada desde un primer momento, según sus excavadores) flanqueada por dos columnas de madera rematadas en pseudocapiteles cúbicos de argamasa⁴²⁵, según la interpretación de J.J. Blánquez⁴²⁶.

Por lo que respecta al interior de estos edificios, el recinto 2N tiene acceso desde la calle por una puerta abierta en la parte norte de la fachada, y su espacio está subdividido en dos por un tabique medianero, amontonándose en él un gran volumen de vajilla de mesa pintada y varios pithoi, repertorio formal extraordinario en un poblado en el resto de cuyas dependencias tan solo aparecen ánforas vinarias y una copa Cástulo por vivienda. Más llamativo aún resulta el departamento 2S, cuyo acceso para empezar no tenemos nada claro, pues como ya he señalado su entrada desde la calle era una puerta falsa flanqueada entre columnas, y no hay vestigio alguno de la existencia de otro vano (el amontonamiento de *pithoi* contra la pared sur del departamento 2N, de hecho, apunta a que no existía ningún acceso desde este), por lo que sus excavadores han propuesto que solo se podría acceder al edificio desde el techo. El espacio interior estaba nuevamente dividido en dos por un tabique de tapial, que en su extremo oeste termina precisamente en el centro de la falsa puerta, y en la cara interna de las paredes se documentó un enlucido rojo que había sido repintado en numerosas ocasiones, y que resulta único en el asentamiento. Por lo que se refiere al registro mueble, finalmente, en esta habitación se distribuyeron sin orden aparente abundante vajilla de mesa, pithoi con sus correspondientes tapaderas, vasijas de boca ancha, cerámica de cocina (parte de la cual repintada en blanco), ánforas, *pondera*, algunos fragmentos de copas áticas tipo Cástulo, y unas pocas armas y otros metales irreconocibles⁴²⁷. También se viene asumiendo que el conocido timiaterio de bronce

⁴²⁵ Recientemente C. Aranegui (2012: 255) ha defendido que estos cubos de argamasa no podrían ser capiteles, pues este elemento arquitectónico no se emplea en el mundo ibérico hasta el s. II a.C., de modo que cabría interpretar estos elementos como guardacantones para proteger la puerta del paso de los carros. Algo más adelante se discutirá la existencia de capiteles en el mundo ibérico y sus posibles usos cúltricos y/o estructurales, pero por el momento, quepa señalar que no me parece demasiado probable el empleo de estos grandes guardacantones para proteger a una puerta de apenas un metro de luz, por la que, aunque no hubiera estado originalmente cegada, no cabrían los carros.

⁴²⁶ Blánquez 1995: 196-197; 1996: 165.

⁴²⁷ Blánquez 1996: 161 y 164-165; 1996 a: 198. Para las armas, cf. Gabaldón 2010: 212-213.

del que hablé páginas atrás provendría de este departamento, aunque esta es una cuestión problemática difícil de dilucidar⁴²⁸.

En definitiva, nos encontramos ante un espacio enormemente singular, sobre todo si lo ponemos en relación con la sorprendente regularidad del resto de los departamentos del poblado. Por ello, los elementos de monumentalidad de estos dos departamentos y su variado repertorio mueble ha servido para interpretarlos como la sede del jefe local, autoridad que administraría esta pequeña comunidad por delegación de un poder rector ubicado en un asentamiento mayor del que La Quéjola sería dependiente; este jefe local contaría aquí con una vivienda (el departamento 2N) y un espacio sacro donde guardaría a modo de *thesauros* sus bienes de prestigio y la imagen de la divinidad que legitimaba su preeminencia (el departamento 2S)⁴²⁹. Dando un paso más, se ha argumentado en ocasiones que nos encontramos ante una pequeña *regia* en la que se rendiría un culto dinástico a los antepasados del gobernante⁴³⁰.

El problema con estas interpretaciones es que en realidad es muy poco lo que conocemos sobre la sociedad que habitaba en La Quéjola y sus estructuras sociopolíticas. Aunque solo se ha conservado un tercio de la superficie total del yacimiento, resulta difícil determinar el grado de autoridad del gobernante del poblado, o incluso aseverar que realmente nos encontramos ante un gobernante, cuando la suya es la única vivienda propiamente dicha que conocemos en todo el asentamiento. No sucede lo mismo con el departamento 2S, en el que toda una serie de elementos (la puerta falsa, las columnas, el enlucido rojo, el variado y llamativo registro mueble) sí que parecen apuntar a una cierta función sacra del espacio, aunque su relación con el departamento 2N, más allá de su mera vecindad no es, en mi opinión, del todo evidente.

⁴²⁸ El timiario fue hallado por un particular, que a finales de 1986 lo entregó en el Museo de Albacete. Cuando en marzo de 1987 R. Sanz y R. Olmos acudieron al enclave, encontraron un amontonamiento de piedras señalando el punto en el que supuestamente el objeto había sido hallado, y “muy próximo al lugar concreto del hallazgo, sobre la misma loma”, restos de estructuras arquitectónicas pertenecientes a lo que más tarde se identificaría como el poblado de la Quéjola (Olmos y Fernández Miranda 1987: 212). Por ello, aunque en ocasiones se ha propuesto que el quemaperfumes provendría de la vivienda 2 (cf. por ejemplo Blánquez 1995: 198; 1996: 164), en realidad no disponemos de argumentos suficientes como para asegurar siquiera que la pieza, fabricada hacia el s. VI a.C. tuviera alguna relación con el poblado, pese a que ello pueda parecer más que probable.

⁴²⁹ Blánquez 1995: 196; 1996: 166.

⁴³⁰ Almagro Gorbea y Moneo 2000: 53; Moneo 2003: 111; Almagro Gorbea y Torres 2010: 253.

En definitiva, a la altura de la primera mitad del s. V a.C. nos encontramos en El Oral y La Quéjola (quizás los asentamientos mejor conocidos para esta época en todo el sureste ibérico) con una serie de espacios singulares, en los que se conjugan una ciertos elementos de monumentalidad con un registro mueble llamativo que podría apuntar a una actividad ritual⁴³¹ pero cuya interpretación no es nada unívoca. De hecho, ya he señalado que su integración en la trama urbana y su continuidad inmediata con ciertas viviendas han llevado a los distintos autores a considerarlos capillas domésticas, lugares de reuniones de la elite local, o bien santuarios dinásticos urbanos a la manera de las *regia* orientales, en los que las familias gobernantes rendirían culto y exhibirían a sus antepasados como fuente de legitimación dinástica⁴³². Ahora bien, como señalaba A. Domínguez en relación con estos espacios singulares, no solo resulta difícil sino también estéril tratar de decantarse entre el carácter político o religioso de estos edificios⁴³³.

En última instancia, de lo que hablamos es de sociedades en las que las aristocracias locales están consolidando su poder y comienzan a arrogarse por primera vez la dirección y gestión de la mano de obra de la comunidad (o de al menos parte de esta), fiscalizando una porción de los excedentes obtenidos. Fruto de esta situación cambiante, por primera vez nos encontramos con comunidades como El Oral o La Quéjola, en las que se evidencia una cierta planificación urbana y una cierta especialización económica, circunstancias que entrañan la existencia de unas elites rectoras. Elites que aparentemente no se dotaron a sí mismas de suntuosas viviendas (posiblemente porque no tenían capital material ni simbólico para ello), pero que sí se ocuparon de insertar en puntos nodales de la trama urbana determinados espacios singulares, dotados de toda una serie de elementos distintivos (los enlucidos, las columnas, el lingote chipriota, los bienes de prestigio, etc.) que los cargarían de una importancia simbólica perceptible para toda la comunidad; espacios dotados de una especial sacralidad pero que se relacionarían íntimamente con la dirección de la comunidad, cuyos representantes llevarían allí a cabo ciertos rituales o actividades (pues no en vano son siempre pequeños espacios, en los que no puede congregarse la

⁴³¹ Para sendas reflexiones sobre los criterios de identificación de un área sacra en el mundo ibérico, cf. Vilà 1997: 538-541; Bonet y Mata 1997: 117-119.

⁴³² Moneo 1995: 247-248; Almagro Gorbea 1996: 71-76 y 96; Moneo y Almagro 1998. 93-95.

⁴³³ Domínguez 1998: 197.

comunidad en pleno), plasmando así en el paisaje urbano y a la vista de todos los integrantes de la sociedad la conexión íntima entre divinidad y gobierno.

Un espacio singular de este tipo, por cierto, aunque más tardío, fue identificado por E. Díes y N. Álvarez en el conjunto 5 de La Bastida de les Alcusses, basándose fundamentalmente en la centralidad de su ubicación dentro del asentamiento y su ubicación en el punto más alto del mismo, su gran tamaño (más de 400m²), la abundancia de importaciones áticas y la ausencia de molinos y aperos de labranza⁴³⁴. Recientemente sin embargo se ha aducido que no contamos con suficientes evidencias como para asignar una funcionalidad cultual a la estructura, que las actividades rituales y religiosas se llevarían a cabo en esta comunidad de una manera descentralizada, en el interior de cada vivienda, y que en consecuencia el conjunto 5 debe identificarse más bien como una gran residencia con cierta dimensión pública en la que se celebrarían periódicas reuniones y celebraciones, como pone de manifiesto el hallazgo de las importaciones áticas y todo un conjunto de vasos de consumo⁴³⁵. Ahora bien, en mi opinión la celebración de banquetes (por otra parte coherentes con el hallazgo en este lugar de hogares y vajilla de cocina⁴³⁶) e incluso esta dimensión cívica del enclave no es contradictoria con una supuesta dimensión sacra del mismo, en tanto que la ausencia en el conjunto 5 de elementos que sí aparecen en otros edificios interpretados como viviendas aristocráticas del poblado, como balanzas o arados⁴³⁷, podría dificultar un tanto su interpretación en este sentido. Por otra parte, también tornan singular a esta estructura sus gruesos muros (de más de un metro de anchura), su situación aislada del resto de los edificios, o el enlosado que constituye el pavimento del departamento 62, cuyas paredes fueron recubiertas del enlucido⁴³⁸ que nos venimos encontrando recurrentemente en los enlucidos sacros. Por todo ello, y aun a falta de un elemento que hable claramente de una dimensión sacra para este espacio como podría ser el lingote chipriota o la sucesión de pavimentos de los que hablaba para El Oral o la falsa puerta del departamento de La Quéjola, la posibilidad de

⁴³⁴ Díes y Álvarez 1997. *Vid.* Fig. 4.52.

⁴³⁵ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011: 90.

⁴³⁶ Bonet, Soria y Vives-Ferrándiz 2011: 152.

⁴³⁷ Álvarez y Vives-Ferrándiz 2011: 193; Bonet y Vives-Ferrándiz 2011 a: 249.

⁴³⁸ Fletcher, Pla y Alcocer 1969: 55.

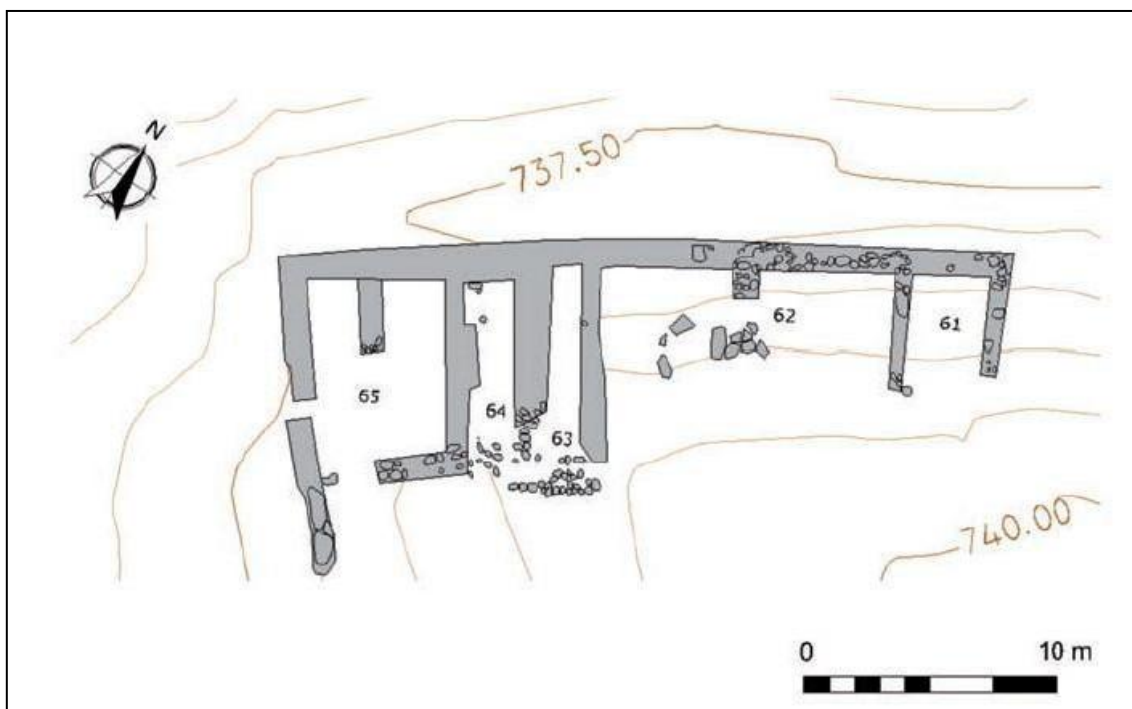


Fig. 4.52. Conjunto 5 de la Bastida de les Alcusses.

una funcionalidad cívico-religiosa para el conjunto 5 de la Bastida debería quedar, al menos en mi opinión, abierta.

4.4.2. Los templos de Campello y la Alcudia.

Aunque muy brevemente puesto que los templos de l'Illeta dels Banyets y La Alcudia ya han sido analizados en un capítulo anterior, creo que merece la pena en este momento realizar un pequeño comentario sobre estas “rarezas” del registro arqueológico ibérico, datables a partir del s. V a.C.

Y digo “rarezas” puesto que, por lo que se conoce por el momento, los edificios sacros de estos dos yacimientos constituyen verdaderas excepciones a la tendencia general del mundo ibérico, en el que la erección de construcciones monumentales aisladas consagradas a la divinidad y dedicadas a su culto no se produce hasta época iberorromana. Ello no se debe a la inexistencia de divinidades antropomorfas cuya imagen guardar en el templo, como recurrentemente propuso C. Vilà⁴³⁹, pues en un apartado anterior de este capítulo ya se pudo observar que desde finales del s. VI o comienzos del V a.C. ya existían en el mundo ibérico propiamente dicho

⁴³⁹ Vilà 1994; 1997: 542-545; 1999: 435.

representaciones escultóricas divinas, y que estas proliferaron a lo largo de los ss. V y IV a.C., aunque se amortizaron sistemáticamente en las necrópolis. Más bien creo que deberíamos buscar para esta casi total ausencia de templos unas motivaciones socioeconómicas de tipo estructural.

Al fin y al cabo, la construcción de un templo puede comprenderse como consecuencia de tres factores: la práctica de un culto compartido por toda o por una parte de la sociedad, o que se pretende difundir a través de esta; el funcionamiento de una organización comunitaria que pueda afrontar los gastos y aportar la mano de obra necesarias para la edificación y el mantenimiento de la estructura; y la existencia de unas desigualdades acusadas en el seno de la sociedad, desigualdades que buscan ser ostentadas al tiempo que naturalizadas mediante estas grandes construcciones⁴⁴⁰. Los templos, al fin y al cabo, como otras grandes infraestructuras, expresan en un habitual juego de espejos la prosperidad de la comunidad en tanto que grupo unido, pero también el poder que su elite dirigente es capaz de ejercer sobre la fiscalización de los recursos comunitarios. En este sentido, se comprenderá que la diferencia entre los templos propiamente dichos y los espacios singulares de los que hablaba anteriormente (El Oral, La Quéjola, Bastida...) es solo una cuestión de grado, fundamentalmente en lo que respecta al segundo y el tercero de estos factores: los espacios singulares igualmente suponen la existencia de unas creencias compartidas por al menos una parte significativa de la sociedad, igualmente requieren una importante inversión de recursos, e igualmente tienden a expresar al tiempo que naturalizar una estructura concreta de relaciones de poder, pero no son tan costosos (en términos de mano de obra y de recursos invertidos) para la comunidad que los erige como un templo propiamente dicho, ni posiblemente ejerzan un mismo impacto simbólico sobre el imaginario colectivo de la comunidad que un templo (al fin y al cabo, tanto el volumen como la posición de un templo determinan la impresión volumétrica que del mismo recibe el observador⁴⁴¹, y que repercute a su vez, aunque no de manera completamente determinante, sobre la importancia percibida de la construcción en la conceptualización del paisaje urbano).

⁴⁴⁰ Gracia 2004: 91; Cardete 2005. 42.

⁴⁴¹ Cf. Higuchi 1983.

Por consiguiente, en el fondo los templos de l'Illeta dels Banyets y de La Alcudia de Elche cumplirían una función bastante similar a la de los espacios singulares de El Oral y La Quéjola, en tanto que constituirían espacios urbanos con una especial sacralidad y que se considerarían residencia de la divinidad, al tiempo que exhibirían la vinculación privativa que las elites gobernantes locales se arrogaban respecto de la divinidad. No olvidemos, en este sentido, que se trata de templos pequeños, que no podrían dar cabida a la comunidad en pleno ni contaban ante ellos con espacios abiertos al efecto, lo que sugiere que solo una parte escogida de la sociedad participaría en los ritos aquí desarrollados; por otra parte, en relación con la Illeta ya se ha comentado que el llamado Templo A estaba directamente conectado con unos almacenes, y que para él se ha propugnado una funcionalidad cívico-administrativa al tiempo que sacra, en tanto que el Templo B se encontraba enfrente de la llamada "Casa del Cura", la gran unidad económico-administrativa del asentamiento, y de hecho el área residencial de esta unidad fue construida de manera prácticamente simétrica respecto del "Templo B", con la calle como eje de simetría, estructura que parece subrayar la relación entre ambos edificios.

Ahora bien, los templos de l'Illeta dels Banyets y la Alcudia surgen en enclaves costeros o cercanos a la costa, en los que existiría un contacto directo, sistemático y constante con individuos llegados de todo el Mediterráneo, y en los que posiblemente habitaran grupúsculos foráneos durante todo el año o una parte del mismo, a juzgar por la enorme influencia que estos grupúsculos ejercieron sobre las estructuras culturales locales. En el *middle ground* consiguiente, las comunidades locales habrían alcanzado posiblemente un mayor grado de complejidad social que buena parte de sus homólogas del resto de la región, complejidad que a nivel ideológico debería buscar nuevas estrategias para naturalizarse; estrategias que pasaron, entre otras cosas, por la construcción de templos al estilo mediterráneo (en este caso, al estilo púnico, pues la cultura híbrida que se desarrolló en estos enclaves evidencia una potente influencia de este ámbito cultural). Unos templos que facilitarían la cohesión social de la comunidad, evidenciarían más aún el poder de los gobernantes locales, y facilitarían la integración de los comerciantes foráneos.

En los márgenes del Camp d'Elx, por cierto, se erigirá a finales del s. V a.C. el edificio singular de Tres Hermanas, una estructura de unos 80m² erigida sobre una

colina en cuya ladera se situaba un asentamiento de media hectárea, con el que la conectaba un acceso empedrado; edificio que, como ya se ha comentado, ha sido alternativamente interpretado como *regia*⁴⁴², *atalaya*⁴⁴³ o santuario con función comercial⁴⁴⁴. Generalmente se ha comparado la planta de este edificio con la del “templo A” de l’Illeta dels Banyets⁴⁴⁵, pero en realidad la analogía es en mi opinión más aparente que real: en el edificio de la Illeta el *pronaos* da paso a un espacio central al que se abre el acceso a dos naves laterales y a las dos habitaciones del fondo, en tanto que en Tres Hermanas es directamente desde el recibidor delantero desde el que se penetra en las tres naves, sin que exista ningún espacio posterior; además, en Tres Hermanas no se documentan las columnas decorativas que delimitan el acceso al Templo A de l’Illeta y a tantos otros espacios sacros ibéricos. Por todo ello, la funcionalidad sacra de este edificio (un tipo de edificación que además no correspondería con las estructuras sagradas habituales del mundo ibérico, ni tampoco con el carácter de profunda hibridación de ciertos enclaves costeros como l’Illeta) no me parece demasiado evidente.

4.4.3. Los santuarios ibéricos. El territorio de los dioses.

Según la lectura generalmente asumida, en torno a la transición entre los ss. V y IV a.C., los santuarios desplazaron a las necrópolis como lugares de expresión preferente de la actividad religiosa y, consecuentemente, del poder político. Las tumbas monumentales se abandonan, y la inversión ostentatoria se deriva hacia estos espacios sacros extraurbanos, que se organizan de uno u otro modo (tanto en el plano arquitectónico como en el del ritual) según su cercanía a la costa, y por consiguiente según su grado de exposición a las influencias mediterráneas⁴⁴⁶.

Ahora bien, seguramente este cambio en el objetivo de la inversión ostentatoria fue mucho más paulatino, en el que caso de que podamos hablar realmente de tal fenómeno. Y es que, por una parte, no resulta nada evidente que el gasto funerario experimente un retroceso en el mundo ibérico del sureste antes de la

⁴⁴² García Gandía y Moratalla 1998-1999; Moratalla 2005: 105.

⁴⁴³ Sala 2006: 144.

⁴⁴⁴ Prados Martínez 2010: 70.

⁴⁴⁵ García Gandía y Moratalla 1998-1999: 168-169; Moratalla 2005: 105; Prados Martínez 2010: 70.

⁴⁴⁶ Cf. por ejemplo Aranegui 1994; Bonet y Mata 1997; Aranegui y Prados 1998.

llegada romana: como vimos en un capítulo anterior, si bien las esculturas de seres híbridos tienden a desaparecer a partir del s. V a.C., durante el IV a.C. aún se erigen otro tipo de estatuas, y si bien es cierto que muchos de los grandes encachados tumulares datan de finales del s. V a.C., dos siglos después en Corral de Saus todavía se están levantando algunas de estas superestructuras funerarias. Incluso en época iberorromana el empobrecimiento generalizado de los ajuares funerarios no obsta para que de tanto en tanto la sepultura de un gobernante local nos sorprenda por su riqueza. Pero por otra parte, y esto es en lo que nos centraremos en este apartado, en realidad es muy poco lo que conocemos sobre las primeras fases de frecuentación de los santuarios ibéricos al aire libre.

Así por ejemplo, en el santuario de La Luz según sus excavadores se documentan materiales cerámicos desde el s. VI a.C., aumentando un tanto el volumen de hallazgos en el s. IV a.C., asociables estos últimos quizás a ciertas construcciones circulares construidas con piedra menuda de un metro de diámetro⁴⁴⁷, si bien la mayor parte de las importaciones y los exvotos de bronce no se depositarán hasta el s. III a.C., y el templo no se erigió seguramente hasta la primera mitad del s. II a.C.⁴⁴⁸, por lo que resulta difícil deducir la entidad y funcionalidad del enclave para los momentos anteriores. De forma similar, en el santuario de Cigarralejo encontramos un edificio complejo que podría aunar funciones económico-administrativas y religiosas⁴⁴⁹, que sabemos gracias a los hallazgos de abundante cerámica campaniense, paredes finas itálicas y común romana que fue abandonado en un momento muy avanzado del s. II a.C.⁴⁵⁰, coincidiendo por tanto con la fecha de ocultación de los exvotos⁴⁵¹ y con el final del poblado cercano⁴⁵², pero cuya fecha de construcción viene siendo tradicionalmente fijada en el s. IV a.C. a partir del hallazgo de dos galbos de cerámica ática con dicha cronología⁴⁵³. En el santuario de La Encarnación, por su parte, los dos templos datan de la primera mitad del s. II a.C.⁴⁵⁴, y si bien sospechamos que el

⁴⁴⁷ García Cano y Page 1996: 252-253; Lillo 1997: 106.

⁴⁴⁸ Lillo 1993-1994: 156-168; Prados Torreira 1994: 131; Rouillard 1995-1996: 94; García Cano y Page 1996: 253.

⁴⁴⁹ Blánquez y Quesada 1999: 177-179; Lillo, Page y García Cano 2004: 13-14.

⁴⁵⁰ Blánquez y Quesada 1999: 186;

⁴⁵¹ Blánquez y Quesada 1999: 181; Lillo, Page y García Cano 2004: 14.

⁴⁵² García Cano y Page 1996: 245-246.

⁴⁵³ Cuadrado 1951: 161-162.

⁴⁵⁴ Ramallo, Noguera y Brotons 1998.

enclave tendría una función sacra desde épocas anteriores, el conocido juego de exvotos de caliza documentado en las inmediaciones muestra paralelos del s. III a.C.⁴⁵⁵, en tanto que para la IV centuria a.C. tan solo disponemos de algunos galbos de barniz negro ático⁴⁵⁶. Otro tanto sucedería por cierto con el santuario de Coimbra del Barranco Ancho, donde no se encontraron restos constructivos pero cuyo material votivo, desperdigado por la ladera sur del cerro salvo un pequeño amontonamiento recogido en una oquedad del terreno, data mayoritariamente entre los ss. III y II a.C., aunque sin poder descartar que algunos de los pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina fuera ligeramente anterior⁴⁵⁷.

Pasando a la actual provincia de Alicante, y como ya se trató en algún capítulo anterior, la cronología del santuario de Castillo de Guardamar resulta enormemente problemática. En él no se aprecian restos constructivos, y si bien es cierto que el abundante conjunto de terracotas documentado, aunque en su mayor parte hallado de manera descontextualizada, parece ser muy tardío⁴⁵⁸, en la colina se documentan ciertos materiales de cronología bastante anterior, de entre los que sobresale una punta de flecha con paralelos en el s. VII a.C.⁴⁵⁹ Es por ello por lo que algunos autores vienen proponiendo una amplia cronología para el santuario, y su consiguiente vinculación con el asentamiento de La Fonteta⁴⁶⁰, y ello pese a que ya A. García Menárguez señalara que la dispersión de los materiales en el enclave permitía diferenciar dos áreas: la zona meridional de la cima, en la que aparecieron las terracotas y donde los materiales datan mayoritariamente en época tardía, y el resto del cerro, donde se entremezclan los fragmentos cerámicos de cronologías diversas⁴⁶¹. De este modo, todo parece apuntar a que, si la frecuentación de la parte meridional de la cima del Castillo de Guardamar y su empleo como área sacra para la deposición de exvotos de terracota es constatable únicamente para los ss. III y II a.C., la función que

⁴⁵⁵ Ruano y San Nicolás 1990: 106.

⁴⁵⁶ Ramallo 1993: 122-123.

⁴⁵⁷ García Cano *et alii* 1997: 241-248; García Cano y Gil 2009: 17; Horn 2011: 167-168. Es de reseñar que la cronología propuesta en su momento para el *corpus* de terracotas, entre los ss. IV y II a.C., se justifica fundamentalmente a través del período de uso del propio santuario (Cf. García Cano, Iniesta y Page 1991-1992: 81-82), que a su vez viene siendo argumentado entre otras cosas a través de la cronología de las terracotas, por lo que ha de tomarse con precaución.

⁴⁵⁸ Abad 1986 b: 152; 1992: 233-234; Moratalla y Verdú 2007: 341.

⁴⁵⁹ García Menárguez 1992-1993: 78.

⁴⁶⁰ González Prats 2002: 130; 2007: 496-497.

⁴⁶¹ García Menárguez 1992-1993: 78-80.

el enclave desempeñaría en épocas anteriores no está nada clara, máxime cuando desde el s. VIII a.C. la desembocadura del Segura es un área densamente poblada.

Más al norte, el santuario de la Malladeta, recientemente excavado, arroja cronologías igualmente tardías, de época iberorromana⁴⁶²; si bien es cierto que un puñado de cerámicas áticas podría sugerir una frecuentación anterior, de la primera mitad del s. IV a.C., la totalidad de las mismas apareció descontextualizada, por lo que resulta difícil interpretar esta primera fase⁴⁶³, frente a la *facies* cerámica de los ss. III-II a.C., mucho mejor representada en el registro. Y ya en el interior, el santuario de la Serreta parece alcanzar asimismo su fase de auge, como en su momento se verá, en la segunda mitad del s. III a.C., aunque con posterioridad al abandono del poblado volverá a ser frecuentado de manera irregular⁴⁶⁴.

Por último, la cronología del Cerro de los Santos merece una discusión aparte, que en el capítulo correspondiente se explicitará. Por el momento, valga la pena señalar que buena parte del material cerámico cronológicamente indicativo del que disponemos no antecede al s. III a.C., aunque bien es cierto que también encontramos fragmentos que se retrotraen a una cronología anterior, como algunos vasos áticos de figuras rojas y de barniz negro.

En consecuencia, es muy poco lo que sabemos sobre los santuarios antes de que se generalizara la práctica ritual de la deposición de exvotos hacia el s. III a.C., y si bien es cierto que la mayor parte de estos lugares parecen frecuentados con anterioridad a dicha fecha, resulta complicado determinar con seguridad el carácter de esa frecuentación, o lo que es lo mismo, concluir a partir de qué momento estos puntos comenzaron a ser concebidos por los iberos como sagrados. Afirmar taxativamente la directa sustitución de las necrópolis por los santuarios como lugar de despliegue de la ideología aristocrática se torna, de esta manera, cuando menos, problemático.

Por lo que se refiere a las prácticas rituales que tenían lugar en estos enclaves, nos resultan desconocidas en gran medida. A partir del s. III a.C., la visita a estos lugares externos a los asentamientos (aunque no forzosamente alejados de los

⁴⁶² Rouillard, Moratalla y Espinosa 2011.

⁴⁶³ Rouillard, Espinosa y Moratalla 2014: 175-177.

⁴⁶⁴ Cf. Grau 2000 a: 216.

mismos) entrañaría la deposición por parte del devoto de algún tipo de exvoto de terracota, piedra o bronce según la costumbre local, pero más allá de esta, es muy poco lo que sabemos sobre la liturgia relacionada con estos lugares sacros, muchos de los cuales fueron monumentalizados posteriormente y excavados en las primeras etapas de la arqueología ibérica, por lo que se nos ha perdido buena parte de la información contextual. Por no hablar de que en su interior se realizarían quizás toda una serie de actividades cuya materialización en el registro arqueológico puede llegar a escapárse⁴⁶⁵.

Así por ejemplo, en la iconografía ibérica algo más tardía parece desprenderse que la música resultaba una componente habitual de los espacios sacros⁴⁶⁶: los músicos integran las procesiones, desfiles y festividades reflejados en las cerámicas de Sant Miquel de Lliria y están presentes en las grandes gestas y combates; otro tanto sucede en el vaso de los guerreros de Cigarralejo y en el de la Serreta, mientras que en la famosa terracota hallada en el departamento sacro F1 de este último asentamiento, del que más tarde hablaré, una pareja de músicos despliega sus notas mientras los devotos se acercan a la divinidad con afán de tocarla⁴⁶⁷. Pero, lógicamente, es esta una actividad cuyos vestigios en el registro arqueológico de los santuarios resultan evanescentes.

Algo parecido sucede, lamentablemente, con las prácticas sacrificiales. En ocasiones se ha argumentado que estas eran conocidas y se realizaban en el mundo ibérico desde el s. V a.C., como ponen de manifiesto ciertas esculturas de bóvidos ricamente enjaezados, la dispersión y ocasional amortización de cuchillos afalcatados, o el conocido exvoto de Segura de la Sierra, en el que se representa a un sacrificante en plena acción de ofrendar la vida de un carnero sobre las aguas⁴⁶⁸. Sabemos asimismo que entre el material registrado en los santuarios se contaban diversos restos faunísticos antiguos, pero en su mayor parte estos nunca han sido estudiados en profundidad aunque sí que se hayan documentado en varios casos⁴⁶⁹, por lo que este

⁴⁶⁵ Adroher 2013.

⁴⁶⁶ Cf. González Reyero 2008.

⁴⁶⁷ Grau, Olmos y Perea 2008: 18-21.

⁴⁶⁸ Chapa y Madrigal 1997; Chapa 2006 a. *Vid.* Fig. 4.53. Según F. Horn (2011: 76), las terracotas representando ovicápridos, por otra parte poco numerosas, serían asimismo representaciones de animales destinados al sacrificio.

⁴⁶⁹ Cf. Cuadrado 1950; Soto 1980; Ramallo y Brotons 1997; Tortosa y Comino 2013: 131-132.

tipo de prácticas nos resulta mucho mejor conocidas en contextos de asentamientos o necrópolis⁴⁷⁰ que en los santuarios. Partiendo de sus estudios iconográficos, no obstante, ya R. Olmos reparó en que los iberos apenas importaron vasos áticos con representaciones de sacrificios (tan solo recuenta una crátera de campana de figuras rojas del tercer cuarto del s. V a.C., procedente de la necrópolis de Poble Nou, en la que aparece el sacrificio de un suido⁴⁷¹), en tanto que las únicas representaciones explícitas genuinamente ibéricas de sacrificios, a saber, el citado bronce de Segura de la Sierra y la pátera de Tivissa (ninguna de las dos procedente del sureste peninsular, por cierto, y el uno de cronología incierta en tanto que la otra de época iberorromana) coinciden en subrayar el protagonismo en el ritual del cuchillo sacrificial y en la ausencia de altar, algo por otra parte coherente con el registro arqueológico ibérico, dentro del cual el único altar que conocemos procede de un ámbito tan helenizado como Mas Castellar de Pontós⁴⁷².

Mayor testimonio ha podido dejar tras de sí otro tipo de prácticas, como es el de la libación y eventual deposición posterior del vaso. Así, en algunos santuarios como el Cerro de los Santos (y significativamente no en otros, como en la Serreta, aunque sobre esto hablaremos en el capítulo correspondiente), son numerosos los exvotos en los que los devotos portan vasos de libaciones; en el santuario de Torreparedones una pareja de mujeres incluso ha sido representada en un relieve vertiendo el líquido del recipiente ante las puertas del templo allí levantado⁴⁷³; y en la práctica totalidad de los santuarios ibéricos se han documentado pequeños vasos, de tipología caliciforme en muchos casos, seguramente amortizados por este motivo. En algunos otros, sin embargo, parecen ser las pequeñas páteras las encargadas de esta función ritual, como parece ponerse de manifiesto en el santuario de La Luz, en el que un buen número de estas fueron amortizadas en torno a la ubicación del templo iberorromano⁴⁷⁴. Quizás los contados fragmentos de cerámicas áticas del s. IV a.C. que parecen corresponder con la primera fase de frecuentación de estos enclaves (aunque

⁴⁷⁰ Cf., recientemente, Cabrera Díez 2010; Iborra 2012; Cabrera Díez y Moreno-García 2014.

⁴⁷¹ Olmos y Tortosa 2009: 60. *Vid.* Fig. 4.54.

⁴⁷² Olmos 2002 a: 45-48 y 57-58.

⁴⁷³ Serrano Carrillo y Morena 1988. *Vid.* Fig. 4.55.

⁴⁷⁴ Tortosa y Comino 2013: 129.



Fig. 4.53. Estatuilla de Segura de la Sierra, representando un sacrificio.

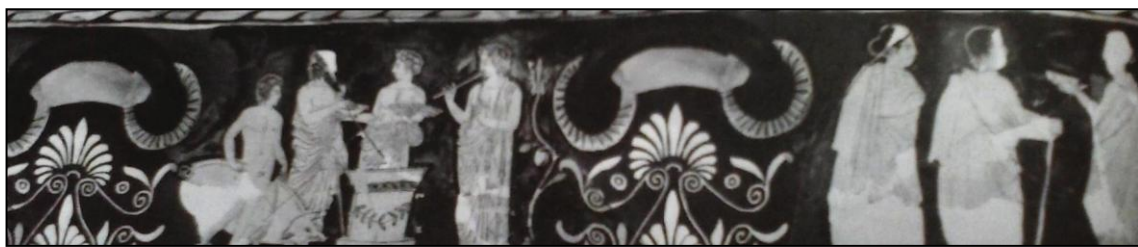


Fig. 4.54. Crátera de Poble Nou con sacrificio de suido.

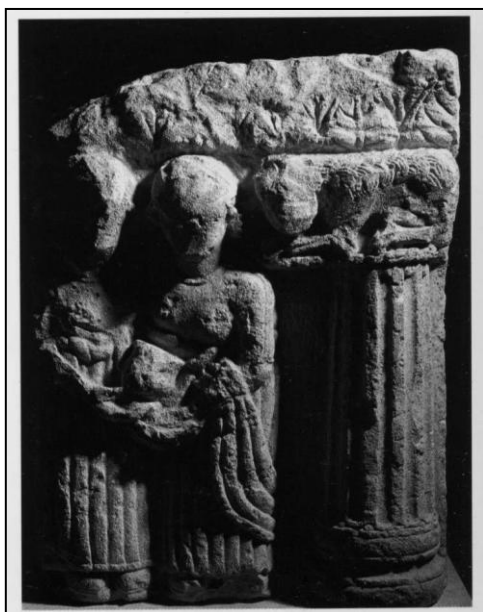


Fig. 4.55. Relieve de Torreparedonres representando una libación frente a un templo.

no se puede descartar que se tratara de vasos ya antiguos en el momento de su amortización, y cargados por tanto del especial capital simbólico que el prestigio de la antigüedad dotaría a este tipo de piezas) fueron depositadas en relación con este tipo de rituales, pues si bien es cierto que los mismos estarían abiertos a todos los visitantes de los santuarios, la riqueza de los artefactos ofrendados constituiría un eficaz instrumento de distinción para las elites sociales. Al fin y al cabo, la deposición de vasos en los santuarios es una práctica que igualmente tenemos bien documentada en el mundo griego⁴⁷⁵, y que constituye la principal actividad ritual identificada en los santuarios de las altiplanicies granadinas⁴⁷⁶.

De cualquier modo, el comentario sobre las libaciones me ha llevado a mencionar la última de las actividades rituales sobre las que voy a hablar, la que mejor tenemos documentada y que, en cierto modo, refleja en su iconografía muchas de las demás: la deposición de exvotos figurados, mayoritariamente antropomorfos⁴⁷⁷.

Aunque en algunos enclaves la costumbre de ofrecer exvotos figurados que representaran al propio devoto podría ser más antigua⁴⁷⁸, todo parece apuntar a que esta práctica no se extendió en el sureste hasta el s. III a.C., tal y como La Serreta, La Luz o el Cerro de los Santos, como veremos, parecen sugerir. De hecho, en ocasiones se ha defendido que podría tratarse de un desarrollo cultural motivado por la presencia púnica en la Península Ibérica⁴⁷⁹, aseveración que no me parece exenta de problemas, en tanto que por ejemplo en los santuarios jienenses la costumbre parece ser anterior al 237 a.C., y que en todo caso el ritual resulta coherente (e incluso puede entenderse que consecuente) con los desarrollos culturales internos ibéricos, independientemente de a partir de qué ámbito cultural se hubiera tomado la idea originaria. Sí que se podría reparar, en todo caso, en que el empleo de la terracota para la fabricación de exvotos efectivamente parece estar más íntimamente

⁴⁷⁵ La Genière 2008.

⁴⁷⁶ Adroher 2005.

⁴⁷⁷ En los distintos santuarios también se depositaron en ocasiones exvotos zoomorfos, aunque en este caso, y en aras de una mayor claridad expositiva, me centraré en los exvotos antropomorfos de bronce, piedra y terracota, por otra parte mayoritarios.

⁴⁷⁸ M. Almagro y J. Lorrio (2011: 30) datan todo un conjunto de exvotos, que ellos denominan “grupo de los rizos largos”, en el primer tercio del s. V a.C., aunque para ello emplean únicamente criterios estilísticos.

⁴⁷⁹ Noguera 2003: 159-161.

relacionado con la presencia púnica en Iberia, pero en todo caso estaríamos hablando ya de una variación respecto del ritual ibérico “tradicional”.

De cualquier forma, y como vienen señalando recientemente autores como L. Prados o C. Rueda, los exvotos antropomorfos comprenden en su gran mayoría la representación del propio oferente: su entrega a la divinidad se enmarca en la habitual relación de reciprocidad religiosa, por la cual el devoto se entrega a sí mismo (o una parte de sí) a la divinidad en pago o anticipo de un favor que ha recibido o espera conseguir de ella; pero al mismo tiempo simbolizan la presencia del propio individuo orante en el santuario, y su memoria una vez que este se ha retirado y que su gesto ritual y piadoso, que ha quedado plasmado en el exvoto, ha terminado⁴⁸⁰. En tanto que representación de la persona social del oferente, el exvoto muestra las características personales de este, su identidad individual, pero al mismo tiempo posee un carácter público y debe respetar una serie de convenciones y reglas sociales que pueden llegar a convertirlo en paradigma de la colectividad. Conceptualizados de esta manera, se comprenderá que nada en la iconografía de los exvotos queda al albur, nada está privado de significado, pues en una imagen y un instante se pretende condensar todo aquello que el devoto cree ser y aspira a ser en la sociedad y ante los ojos de la divinidad. Por consiguiente, las “indumentarias civiles” y la escasez de armas entre los exvotos de algunos de los santuarios del sureste y su hipercaracterización en otros, la presencia tanto de hombres como de mujeres, el empleo de determinadas joyas en ciertos exvotos para evidenciar su prosperidad y estatus social y la ausencia de las mismas en otros muchos, etc., no pueden considerarse sino indicativos de una sociedad ya muy desarrollada, una parte de la cual acude a los santuarios y se hace presente en los mismos mediante su propia imagen, esperando conseguir una comunicación directa con la divinidad.

De hecho, junto a los exvotos y los mencionados vasos, igualmente se depositaron en los santuarios otros tipos de ofrendas. Estas pueden ser consideradas la retribución al Dios o el pago por anticipado por su favor, en un sistema de reciprocidad de dones habitual en muchos sistemas religiosos, pero este es solo un nivel de análisis, economicista si se quiere. Y es que un buen número de estas ofrendas, como los propios exvotos antropomorfos, parecen estar haciendo alusión a

⁴⁸⁰ Rueda *et alii* 2005: 85; Rueda y Olmos 2010: 40-41.

la identidad en tanto que persona social de los dedicantes: armas en miniatura, fusayolas, *pondera*, agujas, joyas... elementos todos ellos que definirían la posición y consideración que el oferente tendría en su comunidad, y que al presentarse ante la divinidad quedaría sancionada por esta. Exvotos todos ellos que evidencian que una gran parte de la sociedad podría acercarse ya en estas épocas al santuario e interactuar directamente con la divinidad, sin requerir para ello la intermediación de unas elites que han perdido ya esa prerrogativa.

Desde este punto de vista, la aparición y desarrollo de los santuarios supuso posiblemente un acercamiento de amplias capas de la sociedad a la esfera de lo divino. Todo lo cual, por supuesto, no debe hacernos pensar en un encuentro igualitario con la deidad como lo demuestra el énfasis que los devotos parecen hacer a través de sus exvotos en la ostentación del rango social de cada cual, tal y como ya señalaron C. Aranegui y L. Prados⁴⁸¹. Al fin y al cabo, y como sabemos bien que sucedía entre los griegos⁴⁸², precisamente la amplia concurrencia de la comunidad o incluso de miembros de otras comunidades a estos espacios externos a los muros del asentamiento los convertía en el escenario perfecto para la competición entre los grupos aristocráticos, que podían unir sin dificultad sus demostraciones de piedad con la exhibición de su estatus y poder económico o incluso con la reivindicación de su estirpe heroica. Los santuarios, de este modo, se convierten en espacios de religiosidad pero, asociado a ello de manera inextricable, en espacios asimismo de manifestación política, tendente tanto a la cohesión grupal de la comunidad cuanto a la competición por su dirección o, llegado el caso, la legitimación de esta⁴⁸³.

Y ello pese a que, por cierto, hasta los momentos posteriores a la conquista romana los santuarios no llegaron a monumentalizarse, y la única escenografía de los mismos posiblemente era la constituida por una columna exenta, como ya se trató por extenso en un trabajo dedicado al efecto⁴⁸⁴. De la misma manera que este tipo de columnas sin función arquitectónica y rematadas en capiteles vegetales habían demarcado la sacralidad del departamento singular de La Quéjola o de los templos de

⁴⁸¹ Aranegui y Prados 1998: 144.

⁴⁸² Polignac 1991; Antonaccio 1994: 103; Duplouy 2006.

⁴⁸³ Rueda y Olmos 2010: 43-44; Tortosa y Comino 2013: 116.

⁴⁸⁴ Cf. García Cardiel 2013 a.

La Alcudia, Illeta dels Banyets, e incluso el representado en el relieve de la hierogamia de Pozo Moro, este elemento constructivo se recuperará y continuará empleándose en estos recintos sacros no construidos, como parece evidenciarse por la impronta aislada dejada por una de estas columnas en el santuario de La Encarnación⁴⁸⁵, por los ejemplares representados en un crateriforme y un árula del Cerro de los Santos⁴⁸⁶, un vaso de Coimbra del Barranco Ancho⁴⁸⁷, un cipo de Villaricos⁴⁸⁸ y un relieve de Torreparedones⁴⁸⁹, relieve este último en el que dos personajes femeninos aparecen realizando una libación frente a la columna misma. En la propia iconografía ibérica, de hecho, la columna exenta con capitel fitomorfo se convertirá en un elemento recurrente de acompañamiento de la divinidad, señalizando el espacio en el que esta se encuentra con sus devotos, esto es, el santuario: así aparece por ejemplo en el vaso de Santa Catalina del Monte⁴⁹⁰, en el que la deidad femenina recibe ofrendas junto a una de estas columnas, o también en el fragmento de Sant Miquel de Lliria⁴⁹¹ en el que se representa de nuevo a la divinidad femenina sedente junto a una de estas columnas fitomorfas; de forma más explícita todavía, en una terracota de Cabecico del Tesoro⁴⁹² la divinidad recibe la atención de sus fieles precisamente en un espacio delimitado por dos columnas de capiteles fitomorfos. Ahora bien, más antiguos que todas estas representaciones, y evidenciando el largo recorrido del motivo a lo largo de toda la plástica ibérica, encontraremos asimismo nuevas columnas en relación con el espacio divino en la urna de Galera⁴⁹³, datada en el s. IV a.C., o en el vaso de las Atalayuelas⁴⁹⁴, del s. V a.C. La columna exenta se configura, por tanto, como único elemento artificioso de la por lo demás nada impresionante escenografía de los santuarios ibéricos; el empleo político de estos, por tanto, habrá de buscar otras vías más sutiles, como la participación en los rituales o la autorrepresentación en los exvotos depositados.

⁴⁸⁵ Brotons 2007: 325-326. *Vid.* Fig. 4.56.

⁴⁸⁶ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 15.

⁴⁸⁷ García Cano y Gil 2009: 15. *Vid.* Fig. 4.57.

⁴⁸⁸ Astruc 1951: lám. 52.

⁴⁸⁹ Serrano Carrillo y Morena 1988.

⁴⁹⁰ Jorge 1967-1968.

⁴⁹¹ Bonet 1992: 231.

⁴⁹² González Reyero y Rueda 2010: 103. *Vid.* Fig. 4.58.

⁴⁹³ Chapa 2004.

⁴⁹⁴ Olmos 2003 a: 225-228.



Fig. 4.56. Orificio oval existente en el eje axial del templo B de La Encarnación.

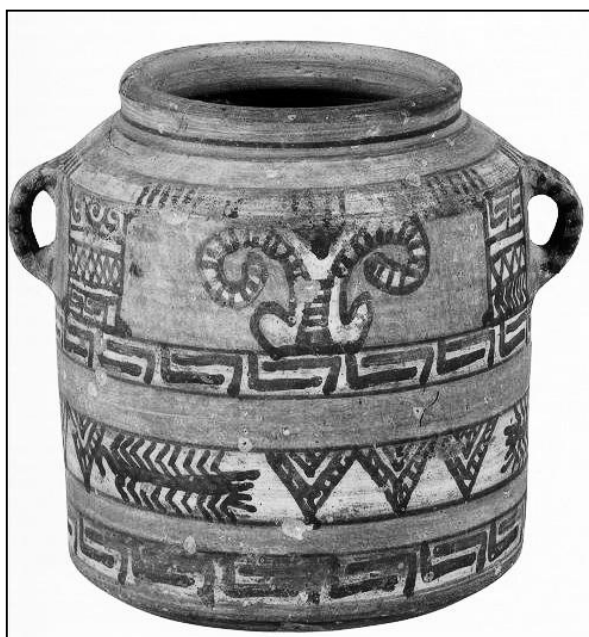


Fig. 4.57. Tinaja de Coimbra del Barranco Ancho.



4.58. Terracota de Cabecico del Tesoro con divinidad ante grupo de devotos.

Comentario aparte merece la ubicación de estas áreas sacras. Frente a los posicionamientos economicistas o funcionalistas desde los que la arqueología viene intentando comprender tradicionalmente la ubicación de los asentamientos, generalmente se ha asumido que los iberos sacralizarían determinados lugares con especiales condiciones naturales que los convertirían *per se* en ámbitos excepcionales⁴⁹⁵. Tanto es así que, frente a ciertos santuarios en los que la espectacularidad del paisaje torna “evidente” la lógica de su ubicación, como en Despeñaperros o en Serreta, en otros se ha discutido largamente qué era lo que ofrecía el enclave de especial para determinar su sacralización, como en Cerro de los Santos⁴⁹⁶. No obstante, desde los postulados de la Arqueología del Paisaje se nos ofrece una aproximación al problema bien distinta: en tanto que es el individuo y la comunidad quienes construyen el paisaje, ellos son los que determinan qué es y qué no es relevante en el mismo, y por tanto, qué lugares son los que parecen “tocados por la divinidad”. Como recientemente señaló P. Brulé refiriéndose a los enclaves griegos, pero en un comentario perfectamente asumible para los ibéricos, los santuarios eran concebidos por los propios devotos que a ellos acudían como un “trozo de naturaleza”, cuya relación distintiva con la divinidad venía dada únicamente por una decisión arbitraria de esta⁴⁹⁷; esto es, por una decisión no evidente de la colectividad. Por consiguiente, en algunos casos podremos llegar a intuir qué elementos justificarían la elección de los iberos del área a sacralizar y en otros no, pero lo verdaderamente importante será determinar las razones profundas, generalmente de tipo sociopolítico o económico, que llevaron a la institución del santuario en un lugar y un momento dados, y avanzar en el estudio de las interrelaciones existentes entre estos enclaves y los otros núcleos simbólicos de la red semiotizada que constituía ese Paisaje.

De hecho, ya diversos autores han subrayado la función comercial de los santuarios y su ubicación en torno a determinadas vías de comunicación⁴⁹⁸, y desde hace unos pocos años se viene trabajando en el papel desempeñado por estos en la

⁴⁹⁵ Cf. por ejemplo Aranegui y Prados 1998: 137. Se trata de una tendencia general de la arqueología que no pudo subsanar ni siquiera F. de Polignac en su por otra parte renovador estudio sobre los santuarios extraurbanos griegos: cf. Malkin 1996.

⁴⁹⁶ Ruiz Bremón 1988: 186-188.

⁴⁹⁷ Brulé 2012.

⁴⁹⁸ Cf. por ejemplo Aranegui 1994; 1994 a; 1995; Prados Martínez 2004; 2010.

construcción de los territorios políticos⁴⁹⁹. En este último sentido, el florecimiento de los santuarios de Despeñaperros parece coincidir con el auge del territorio de Cástulo, cuyo límite septentrional demarcan⁵⁰⁰, en tanto que el santuario de la Serreta se puebla de exvotos precisamente en la misma época en que este poblado extiende su hegemonía por los valles alcoyanos, como veremos, y se ubica precisamente en un punto en el que resulta visible desde la práctica totalidad de estos⁵⁰¹. Los santuarios murcianos, por su parte, parecen localizarse sistemáticamente a unos pocos kilómetros del poblado al que pertenecen y de su correspondiente necrópolis, y en enclaves de una visibilidad no demasiado elevada, evidenciando territorios que a la altura del s. III a.C. deben demarcarse debido a la creciente permeabilidad de los caminos y a la consecuentemente progresiva presión sobre los espacios de cada comunidad⁵⁰², pero que nunca llegaron a superar el entorno de la misma. Al fin y al cabo, ya F. de Polignac señaló de qué manera el peregrinaje periódico a un santuario, la realización en este de toda una serie de ritos y, sobre todo, la conceptualización de su enclave como cultural y simbólicamente propio, permitía articular un territorio⁵⁰³, un territorio que no debe entenderse como el entorno rural subordinado a la comunidad cívica sino más bien como la proyección de esta última sobre la naturaleza⁵⁰⁴.

He evitado hasta ahora conscientemente toda mención a las cuevas-santuario, pues aunque estas no respondan en última instancia a procesos históricos distintos de los santuarios al aire libre, sus particulares condiciones naturales y, sobre todo, la especificidad que tradicionalmente ha caracterizado a sus estudios a través de la historiografía, aconsejaban un comentario aparte.

Por mi parte, creo que buena parte de los aspectos sobre los que vengo discutiendo en las páginas anteriores acerca de los santuarios ibéricos son aplicables igualmente a lo que venimos llamando “cuevas-santuario”, pues estas últimas no son

⁴⁹⁹ Rueda 2007: 44.

⁵⁰⁰ Ruiz Rodríguez, Rueda y Molinos 2010; Rueda 2011.

⁵⁰¹ Grau 2010 b: 117-118.

⁵⁰² Olmos 2004 b: 113.

⁵⁰³ Polignac 1984: 42-84.

⁵⁰⁴ McNerney 2006.

sino, permítaseme el silogismo, santuarios situados en cuevas⁵⁰⁵, cuya principal singularidad radica en sus distintivas condiciones de conservación, que nos han permitido documentar elementos materiales que, de haber sido depositados en otros lugares al aire libre, habrían pasado desapercibidos para nosotros; unas condiciones particulares que sobre todo han facilitado la interpretación en clave religiosa de estos espacios.

Bien es cierto que, por ejemplo, en las cuevas-santuario no se practicó, al menos por lo que conocemos hasta el momento, la deposición de exvotos antropomorfos. Pero sí tenemos documentadas otras prácticas que igualmente intuimos en los demás santuarios, tales como los sacrificios, las libaciones o la ofrenda de vasos, frecuentemente caliciformes⁵⁰⁶, por supuesto con toda la variabilidad local que los propios santuarios al aire libre presentarían, y que en parte se nos escapa⁵⁰⁷. Las propias corrientes de agua, cuya importancia en los santuarios al aire libre se está poniendo cada vez más de relevancia, hubieron de desempeñar un papel protagonista en las cuevas-santuario, a juzgar por su presencia recurrente⁵⁰⁸.

Por otra parte, recientemente se ha insistido en que las cuevas-santuario serían santuarios propios de la *schatíá*, de la periferia salvaje de los núcleos urbanos, y por tanto espacios sagrados muy fuertemente connotados en tanto que sacralizadores de las fronteras, reforzadores de la cohesión del territorio cívico y ámbitos propios para los rituales de paso, según la lectura ya clásica de F. de Polignac⁵⁰⁹. Ahora bien, ello en realidad no supone una diferencia respecto de las funciones desempeñadas por los santuarios extraurbanos al aire libre, y por otra parte la conceptualización de estos espacios de frontera como radicalmente opuestos al núcleo cívico en el modelo de Polignac⁵¹⁰ viene siendo fuertemente contestada en los últimos tiempos⁵¹¹.

Algo que sí que podría contrastar en las cuevas-santuario respecto de todo lo antedicho para los santuarios al aire libre sería la cronología. Varias de las cuevas-santuario que conocemos muestran un período de frecuentación muy largo, que para

⁵⁰⁵ Cf., en el mismo sentido, Aparicio 1997: 345.

⁵⁰⁶ Aparicio 1976; 1997: 346; González Alcalde 2002-2003: 227-231; 2005: 74-75; 2009.

⁵⁰⁷ Grau y Olmos 2005: 61.

⁵⁰⁸ Egea 2010: 132-133.

⁵⁰⁹ Grau y Amorós 2013.

⁵¹⁰ Polignac 1984.

⁵¹¹ McInerney 2006; Polinskaya 2006.

la época ibérica en ocasiones arranca del s. VI a.C.⁵¹² Esta misma fecha se ha propuesto por ejemplo para los primeros materiales de la Cova dels Pilars (Agrès, Alicante), cueva-santuario recientemente estudiada en profundidad⁵¹³. Ello podría llevarme a proponer que las cuevas-santuario antecederon a los santuarios al aire libre como lugares en el paisaje a los que la comunidad se acercaba para comunicarse directamente con los dioses. Ahora bien, y al igual que sucedía en los santuarios al aire libre, la mayor parte de los materiales provenientes de las cuevas santuario parecen datar, una vez más, a partir del s. III a.C., abundando entre ellos los pequeños caliciformes y los vasos campanienses, en tanto que los materiales anteriores son por lo general importaciones áticas aisladas. Algo que podemos achacar a los avatares de la conservación del registro arqueológico, o bien a que estos santuarios subterráneos, como seguramente sucediera con los espacios al aire libre, eran visitados originariamente solo por ciertos individuos cercanos a las elites gobernantes locales, y solo a partir de un determinado momento su frecuentación se generalizaría a amplios sectores de la sociedad, que asumirían así un culto antes restringido.

4.4.4. La deidad de nuevo dentro de las murallas.

A partir del s. III a.C., y por tanto en paralelo con el auge de los santuarios extraurbanos al aire libre, asistimos a otro fenómeno que merece un breve comentario: la reaparición de los espacios singulares sacros urbanos.

Así por ejemplo, observamos cómo al poblado de La Escuera en la segunda mitad del s. III a.C. se agrega todo un nuevo barrio, presidiendo el cual, cercano a la puerta de acceso al mismo y en medio de un amplio espacio abierto que se llegará a repavimentar en varias ocasiones⁵¹⁴, se levantará un gran edificio de planta compleja e irregular, con espacios semisubterráneos y hasta tres columnas⁵¹⁵, las cuales por cierto fueron interpretadas como formando parte de un pórtico⁵¹⁶, algo que no me parece del todo evidente dado su distinto tamaño y no alineamiento. La planta del edificio, en todo caso, ha sido puesta en relación con ciertos santuarios feniciopúnicos del

⁵¹² González Alcalde 2002-2003: 233.

⁵¹³ Grau y Olmos 2005.

⁵¹⁴ Abad 1986 a: 146-147; Abad y Sala 1997: 98.

⁵¹⁵ Abad y Sala 1997: 98-99; Gusi 1997: 183-187.

⁵¹⁶ Gusi 1997: 187

Mediterráneo Central, como el de Kerkuán⁵¹⁷. Por lo que respecta al registro material mueble, este incluía abundantes restos óseos de animales pequeños, gran cantidad de enócoes y páteras y vasos recortados imitando huevos de avestruz decorados, pero también frecuentes recipientes de almacenaje y cocina⁵¹⁸, por no hablar del famoso tesorillo que permitió fechar el abandono del edificio en torno a finales del s. III a.C.⁵¹⁹ Todo ello ha llevado a que, una vez más, como sucedía con los recintos singulares de época arcaica, la historiografía no se atreva a pronunciarse respecto del carácter sacro o civil del edificio⁵²⁰, u opte por expresiones aditivas del estilo “palacio-templo”⁵²¹.

Igualmente datable en la segunda mitad del s. III a.C. es la llamada “habitación F1” de La Serreta, cuyo estudio pormenorizado dejaré para el capítulo correspondiente. Baste decir por el momento sobre ella que se integraba en la trama urbana pero permanecía aislada respecto de los edificios aledaños, situada en un barrio creado precisamente en estos momentos, y que en su interior se acumulaban terracotas, vasos áticos importados y cerámicas ibéricas de almacenaje, algunas con una decoración excepcional, motivos por los cuales en general se ha interpretado este espacio como un pequeño santuario urbano⁵²², aunque también como una vivienda de prestigio en la que se realizarían también cultos domésticos⁵²³.

Y, aunque no se trate de un edificio singular, posiblemente deba integrarse en estas dinámicas igualmente el depósito votivo de Amarejo, un pozo abierto en la parte alta de este poblado y en el que se arrojaron, junto con abundantes carbones, cenizas y adobes quemados, una gran cantidad de cerámica local e importada de todo tipo (incluyendo dos llamativos *askos* ornitomorfos), agujas de oro y marfil, un broche de cinturón argénteo, anillos, fíbulas, cajitas de madera y yeso, un peine, cuerdas y otros elementos de esparto y lino, tejidos de lana, fusayolas, pesas de telar, semillas de diverso tipo, huesos de animales y humanos...⁵²⁴ Originariamente se interpretó este depósito como un lugar de culto en sí mismo, al que los devotos del poblado acudirían periódicamente para arrojar sus ofrendas entre mediados del s. IV y finales del III a.C.,

⁵¹⁷ Bendala 2005: 43.

⁵¹⁸ Gusi 1997: 189-191.

⁵¹⁹ Ramón Sánchez 2002.

⁵²⁰ Abad y Sala 1997: 99; 2001: 259-260.

⁵²¹ Gusi 1997: 187.

⁵²² Grau 1996: 115; 2000 a: 198-203 y 215; 2002: 225-230; Grau, Olmos y Perea 2008.

⁵²³ Bonet 2010: 193-194.

⁵²⁴ Broncano 1989; Alfaro Arregui 1995: 234. *Vid.* Fig. 4.59.

a juzgar por la cronología de estas⁵²⁵, esto es, a lo largo de todo el período de ocupación del asentamiento; ahora bien, el análisis contextual de las mismas ha demostrado que los materiales del s. IV a.C. son mínimos, seguramente residuales, y que además los fragmentos de los mismos vasos del s. III a.C. se encuentran desperdigados por todo el depósito, lo que evidencia que este se creó de una sola vez, seguramente en las últimas décadas del s. III a.C.⁵²⁶, y siguiendo por tanto un mismo proceso formativo que el depósito votivo de Libisosa, ya de comienzos del s. I a.C.⁵²⁷

Este mismo fenómeno, en fin, se percibe igualmente en otras áreas del mundo ibérico. Así, observamos el surgimiento de departamentos singulares con aparente función sacra en el interior de poblados como Sant Miquel de Lliria⁵²⁸ o Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)⁵²⁹, datables en ambos casos a finales del s. III a.C. y combinando ambos las cerámicas ibéricas excepcionales con la presencia de betilos. Y también aparecen santuarios al exterior de las murallas pero conectados directamente con estas en Torreparedones⁵³⁰ y Las Atalayuelas⁵³¹, en los que se depositarían todo tipo de ofrendas, incluidas amplias colecciones de exvotos, y quizás también en Torrebenzalá (Torredonjimeno, Jaén) y La Bobabilla (Alcaudete, Jaén)⁵³².

En definitiva, parece que lo que tenemos entre manos es, como señalaba antes, un resurgimiento de los espacios sagrados dentro de los asentamientos. Se trata de un fenómeno tardío, que arranca desde momentos bien avanzados del s. III a.C., y que posiblemente perdure hasta el s. I a.C., como algunos santuarios jienenses o, en nuestra área de estudio, Lezuza parecen atestiguar.

Un fenómeno que, pienso que con toda probabilidad, debe entenderse en relación con la situación enormemente cambiante que se inicia con la presencia cartaginesa y continuará con la llegada romana y la progresiva provincialización de los territorios iberos. Un proceso a través del cual las elites locales deberán redefinir en varias ocasiones sus posiciones, verán transformadas sus prerrogativas y obligaciones

⁵²⁵ Broncano 1989: 33-34.

⁵²⁶ Blázquez 1996: 158-159.

⁵²⁷ Uroz 2012: 41. *Vid.* Fig. 4.60.

⁵²⁸ Bonet 1995 a.

⁵²⁹ Vélez y Pérez Avilés 2010.

⁵³⁰ Morena 2011.

⁵³¹ Rueda *et alii* 2005.

⁵³² Ruiz Rodríguez y Molinos 2007: 59.

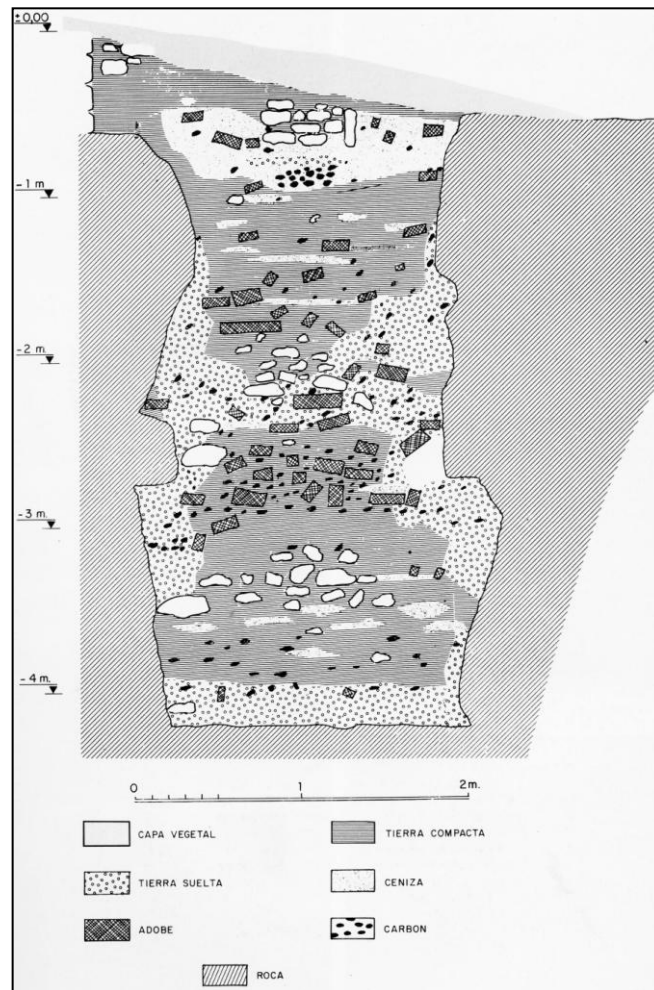


Fig. 4.59. Sección del depósito votivo de El amarejo.

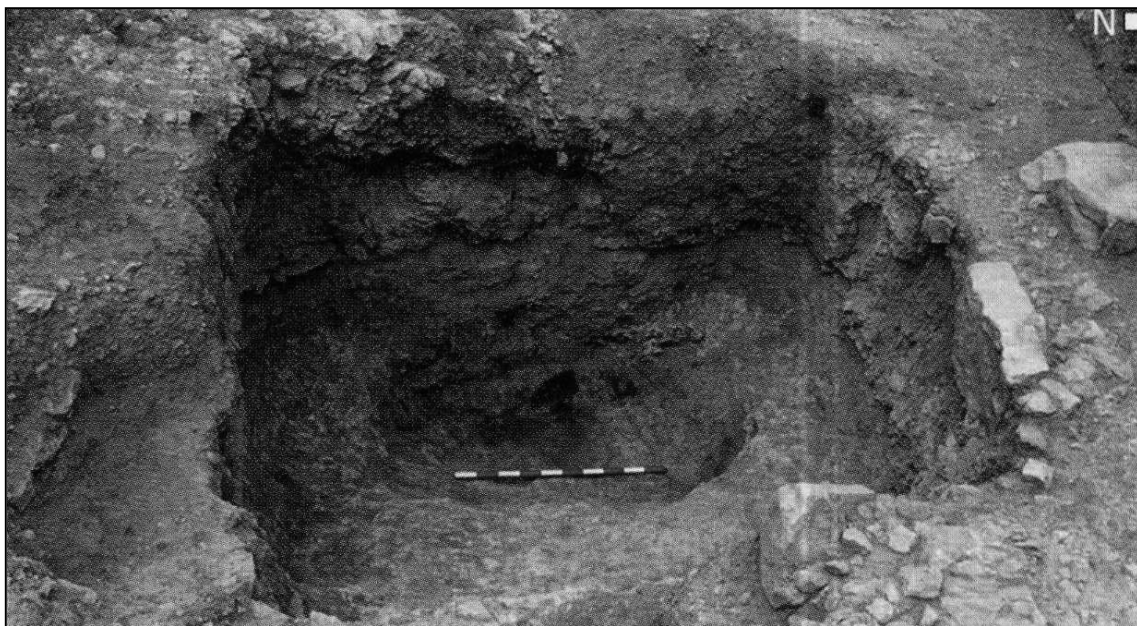


Fig. 4.60. Depósito votivo de Lezuza.

respecto de sus comunidades, pero también deberán encontrar nuevos elementos de legitimación sobre los que cimentar su preeminencia, tanto frente a sus comunidades como frente a las otras comunidades y frente a Cartago y Roma.

Es en este contexto de transformaciones en el que surgen todos estos santuarios urbanos. Frente a los santuarios extraurbanos al aire libre, que demarcan simbólicamente las posesiones de la comunidad, a los que buena parte de la sociedad puede acudir para contactar directamente con la divinidad, y en los que la competición social y la legitimación de la preeminencia sociopolítica solo pueden llevarse a cabo de manera indirecta, sutil, en este período de fuertes cambios surgen en el interior de los poblados o a sus puertas determinados espacios construidos que, pese a su no muy ostentosa monumentalidad, devuelven a la cotidianeidad de la comunidad la percepción de lo religioso y su directa vinculación con las elites gobernantes. En mi opinión, es esta la clave del surgimiento de estos santuarios urbanos, y no tanto su supuesta relación con determinadas viviendas aristocráticas⁵³³, o con el culto a los antepasados de estos aristócratas⁵³⁴. Lo verdaderamente importante de ellos es que hacen presente en el día a día de la comunidad los fundamentos religiosos en los que se asienta el sistema y que, frente a lo que ocurre en los santuarios al aire libre, en los santuarios urbanos se encierra a la deidad en un edificio, accesible seguramente solo a determinados individuos, que serían quienes regularían los ritos y se arrogarían una relación privativa con lo divino.

4.4.5. La “romanización” de los santuarios al aire libre.

La anexión del sureste ibérico por Roma supuso, por lo que se refiere a los santuarios extraurbanos, el abandono de algunos de ellos (el caso de la Serreta es el más llamativo, como en su momento se explicitará), pero en la mayoría de los casos el culto no solo se mantuvo sino que parece potenciarse desde las instancias de poder⁵³⁵. Tan es así, que en muchos de los santuarios de los que vengo hablando se construyó en torno a comienzos del s. II a.C. un templo siguiendo los cánones itálicos, amortizándose en ellos enormes recursos⁵³⁶.

⁵³³ Olmos 2004 b: 129.

⁵³⁴ Ruiz Rodríguez y Molinos 2007: 60-62.

⁵³⁵ Ramallo 2000: 193-201.

⁵³⁶ Ramallo 1993: 118.

Así, en el santuario de La Encarnación se levanta a comienzos del s. II a.C. un templo *in antis* con celda cuadrangular de 30m², quizás tetrástilo, con planta itálica prototípica pero sin podio, y rematado por una serie de antefijas y lastras de terracota importadas directamente desde Italia; y, quizás algo después, un segundo templo de planta itálica, de casi 500m², octóstilo y con diez columnas en los lados largos, con dimensiones acordes con los cánones vitrubianos, y decorado según las tendencias itálicas tardorrepublicanas⁵³⁷. De igual forma, en la parte superior del santuario de La Luz en la primera mitad del s. II a.C. se erige un pequeño templete de 28m², con *cella*, *pronaos* y entrada *in antis* entre dos grandes columnas de ladrillo estucado, pavimentado en *opus signinum* y rematándose el conjunto con las preceptivas tegulas e ímbrices; el edificio se rodeó además de un conjunto de terrazas artificiales en torno a las que se generaron los deambulatorios concéntricos típicos de los santuarios centro-itálicos⁵³⁸. En el Cerro de los Santos, en tercer lugar, sobre el extremo norte de la elevación se erigió en torno al s. II a.C. un edificio cuadrangular de entre 100 y 150m², dividido en *cella* y *pronaos*, con acceso *in antis* flanqueado por dos columnas (seguramente de orden jónico) y antecedido por varios escalones, con pavimentos compuestos de ladrillos romboidales y *opus tesellatum* blanco y negro y una decoración del entablamento típicamente itálica, con frontón y acroteras de piedra en las esquinas⁵³⁹.

S. Ramallo propuso que este fenómeno sería perceptible también en áreas más meridionales, y que igualmente se habrían monumentalizado en el s. II a.C. otros santuarios ibéricos, como Torreparedones o el Collado de los Jardines⁵⁴⁰. Ahora bien, según las últimas intervenciones en Torreparedones, el culto parece arrancar en este enclave precisamente en el s. II a.C. con la erección del edificio y la deposición de los primeros exvotos, y en todo caso este templo no tiene ya nada que ver con las estructuras cultuales de las que acabo de hablar, ni con sus prototipos clásicos⁵⁴¹. Y por

⁵³⁷ Ramallo 1993: 123-134; Ramallo y Arana 1993; Brotons y Ramallo 1994; Ramallo y Brotons 1997; Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 31-34. *Vid.* Fig. 4.61.

⁵³⁸ Lillo 1993-1994: 159-160; 1997: 95-96, García Cano y Page 1996: 253; Tortosa y Comino 2013: 124-127. *Vid.* Fig. 4.62.

⁵³⁹ Castelo 1993: 86-87; Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 15-20.

⁵⁴⁰ Ramallo 1993: 137-142.

⁵⁴¹ Cf. Morena 2011.

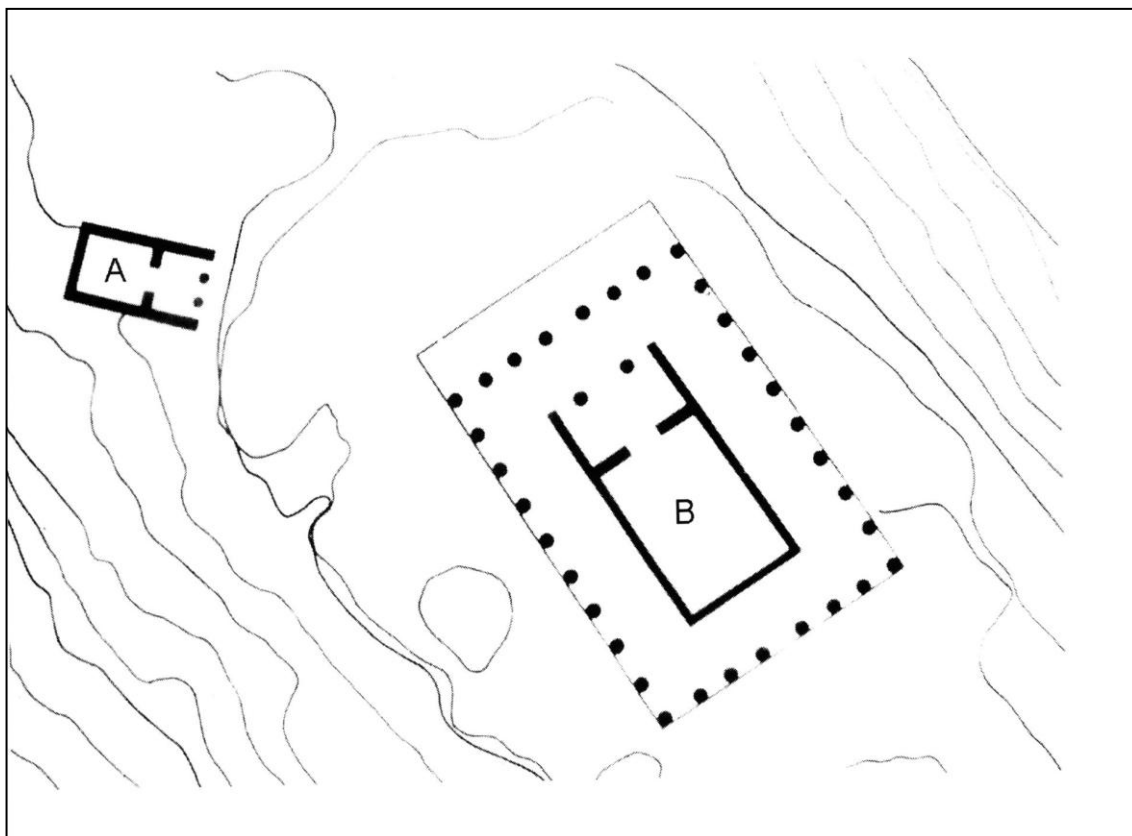


Fig. 4.61. Templo de La Encarnación.

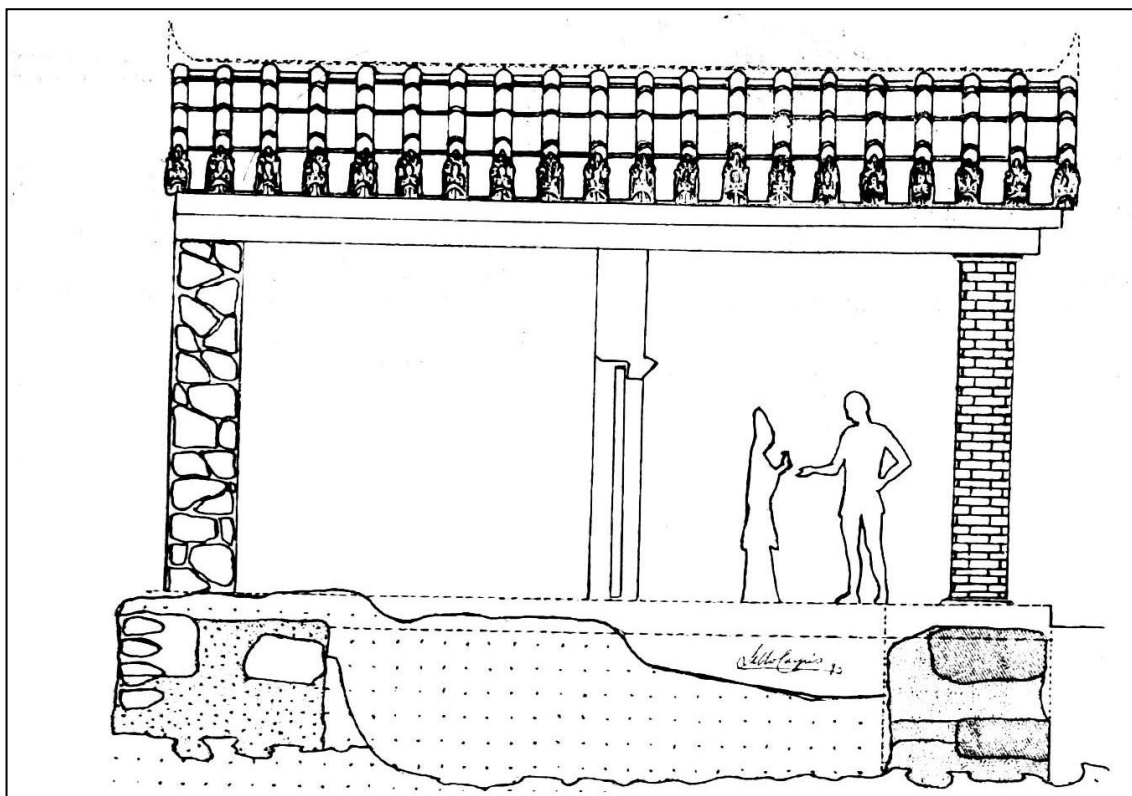


Fig. 4.62. Templo de La Luz.

lo que respecta al Collado de los Jardines, según las recientes revisiones sobre la documentación de las excavaciones antiguas llevadas a cabo en el lugar, parece que los vestigios que fueron puestos en relación con el supuesto templo iberorromano son en realidad más que dudosos⁵⁴². Por consiguiente, al menos a mi modo de ver parece que nos encontramos ante un fenómeno propio del sureste peninsular: la construcción en los recintos sacros de determinados santuarios extraurbanos al aire libre de templos al estilo itálico, incorporando las técnicas, el estilo decorativo e incluso en ocasiones los remates decorativos de la propia Península Itálica⁵⁴³.

A su vez, H. Uroz ya puso en relación hace unos años, muy acertadamente a mi modo de ver, este proceso de monumentalización de los santuarios ibéricos con la irrupción en ellos a partir del s. II a.C. de exvotos en los que se representa a los devotos del santuario togados⁵⁴⁴, esto es, convenientemente ataviados con la prenda por antonomasia asociada a las elites políticas romanas. No se trata de dos fenómenos relacionados por una relación de causalidad, no ocurren sistemáticamente parejos ni forzosamente coetáneos, y tampoco se difunden por una misma área del mundo ibérico, pues encontramos exvotos togados asimismo en Torreparedones y Las Atalayuelas, por ejemplo. Ahora bien, ambos responden a las necesidades de una sociedad en rápida transformación, y a los cambios técnicos que la llegada de Roma acarrea en la gran arquitectura y en la escultura ibérica⁵⁴⁵ ha de sumarse una reinterpretación de los motivos representados, que habrán de adaptarse a las nuevas circunstancias sin que por ello pueda hablarse forzosamente de una ruptura con la tradición anterior. Es a este respecto que algunos autores han denominado “híbridos”, con mucha razón, a estos exvotos togados⁵⁴⁶, y quizás otro tanto se podría hacer, creo, con estos templos que tratan de adaptar los gustos itálicos a los condicionantes de los santuarios ibéricos. Al fin y al cabo, las fachadas *in antis*, por ejemplo, no resultaban ni mucho menos ajenas a la arquitectura clásica, pero la recurrencia de este tipo de entradas flanqueadas por dos columnas creo que no puede dejar de ponerse en

⁵⁴² González Reyero 2009; González Reyero y Sánchez Gómez 2013: 90-98.

⁵⁴³ O. Jaeggi (1996: 428) adujo en su momento que esta monumentalización de los santuarios ibéricos deriva de un influjo helenístico sin pasar por Italia, pero en mi opinión a medida que vamos conociendo más sobre estos edificios y su arquitectura visiblemente influenciada por los templos itálicos, semejante lectura se vuelve cada vez más difícil de sostener.

⁵⁴⁴ Uroz 2008: 470-477.

⁵⁴⁵ Cf. Rodà 1998; Noguera 2003; 2008.

⁵⁴⁶ Molinos y Rueda 2011: 224-225.

relación con el profundo significado que la columna exenta había mantenido durante siglos en el imaginario ibérico en tanto que demarcador del espacio sagrado.

Y es que, en contra de lo que en muchas ocasiones se tiende a asumir, la monumentalización de los espacios sacros no tiene necesariamente que implicar la prosperidad económica de una sociedad, sino que puede ser signo de desequilibrios en su seno que es necesario enmendar recurriendo a la religión⁵⁴⁷. Para el caso del mundo ibérico, podríamos entender la erección de templos “a la itálica” en los santuarios ibéricos como un proceso de monumentalización paralelo al que tiene lugar en los asentamientos, tal y como se ha propuesto en alguna ocasión⁵⁴⁸, pero esta aseveración es solo parcialmente certera, pues el gran proceso monumentalizador de las ciudades hispanas tiene lugar hacia el cambio de Era, esto es, bastante después de la construcción de los templos de los que vengo hablando, y además es perceptible en un área que rebasa la de los templos del sureste, pues se aprecia prácticamente en toda la Península Ibérica. Ahora bien, sí que es cierto que, en líneas generales y salvando los matices, uno y otro fenómeno plantean el interés estatal romano por extender su cosmogonía por el territorio conquistado, y el interés de las elites provinciales por apropiarse de una identidad, la hispanorromana, que les coloca en una posición más ventajosa para ejercer su poder delegado sobre sus respectivas comunidades.

Así, la construcción de toda una serie de templos “a la itálica” sobre determinados santuarios ibéricos y el abandono de otros supondrá una ambiciosa resemantización del paisaje religioso ibérico, que tendrá por objeto reorientar las prácticas religiosas de manera que, aun respetando una imagen de inmutabilidad, tradición y permanencia, se constituyan en fundamento ideológico de la nueva realidad sociopolítica y las nuevas estructuras de poder⁵⁴⁹. Por su parte, las elites locales, al promover y financiar esta resemantización, esta hibridación de los santuarios, y al exhibirse en ellos como fieles devotos de las antiguas divinidades pero portadores ya de la toga (y en ocasiones haciendo constar sus nombres romanos, como veremos que sucede en el Cerro de los Santos) en definitiva lo que pretenden es presentarse antes sus respectivas comunidades como herederos de la tradición y

⁵⁴⁷ Cerrillo, Ongil y Saucedo 1984: 51.

⁵⁴⁸ Rodríguez Oliva 1998: 321-323.

⁵⁴⁹ Para un análisis del papel de los santuarios en la vertebración de una nueva red de significados en el Paisaje tendente a legitimar el Imperio, cf. Gruel, Bernollin y Brouquier-Reddé 2008.

gobernantes respetuosos de las antiguas divinidades, pero introduciendo en esta “tradición” y en esta “antigüedad” lo romano, como si la Roma en delegación de la cual gobiernan siempre hubiera estado allí, como si el actual estado de cosas fuera natural y por lo tanto necesario.

Al fin y al cabo, y como desarrollaba M.C. Cardete en su tesis doctoral, la monumentalización de un santuario o el aumento del número y calidad de los exvotos en él depositados, suelen responder a cambios en la percepción del espacio sagrado asociados a cambios en la percepción de la comunidad, pues, a mayor complejidad social, más necesario será exponer el poder y las diferencias que este acarrea entre los individuos, necesidades que se solventarán mediante la reconstrucción del paisaje, en este caso religioso⁵⁵⁰.

4.5. Los elegidos por los dioses.

A lo largo de este capítulo, se ha tratado de analizar de qué manera los gobernantes ibéricos de las distintas épocas trataron de instrumentalizar la religiosidad de sus respectivas comunidades para convertirla en un instrumento de legitimación que naturalizara las relaciones de poder existentes en cada momento y de las que ellos eran los principales beneficiados. Para ello, se han escogido tres ámbitos de la religiosidad como son la conceptualización de la divinidad y de sus funciones, las creencias acerca de la vida ultraterrena y el tránsito al Más Allá, y la construcción y frecuentación de los espacios de culto.

A través del estudio de estas tres esferas, he concluido que, en los momentos formativos del mundo ibérico propiamente dicho, las nacientes aristocracias hicieron un gran hincapié en su relación privativa con la divinidad, arrogándose el derecho a la intermediación entre las deidades y el resto de sus respectivas comunidades, y negando por tanto la capacidad a sus vecinos de comunicarse directamente con las entidades ultraterrenas. En este sentido, se reservaron en los asentamientos ciertos departamentos análogos a los demás en líneas generales pero con determinados caracteres de monumentalidad que los singularizaban convirtiéndolos en puntos nodales del paisaje urbano, en cuyo interior se albergarían ciertos símbolos de la divinidad y un grupo escogido de los habitantes del lugar practicaría de manera

⁵⁵⁰ Cardete 2005: 43-44.

periódica ciertos ritos, quizás relacionados con el banquete común, en tanto que tomarían igualmente las decisiones relativas al gobierno de la comunidad. La percepción cotidiana de estos ritos en el paisaje urbano terminaría seguramente por asentar en el imaginario colectivo de la sociedad la relación dialéctica entre la divinidad del aristócrata, que se convertiría paulatinamente en la divinidad de la comunidad, y la capacidad y el derecho de este para gobernar. Máxime cuando dicha deidad, tal y como se imagina y representa en estos momentos, resultaba ser una divinidad nutricia, fertilizadora, encargada de asegurar la prosperidad del grupo, dueña del territorio en el que se asentaba la comunidad y, según se pretendía, engendradora de la estirpe gobernante de este. La culminación de este programa ideológico llegaba en el momento de la muerte del aristócrata, cuando sus despojos recibían sepultura en un espacio vedado al conjunto de la comunidad y según unos ritos que no estaban al alcance de la misma, y rodeado por las imágenes de toda una serie de seres fantásticos de aspecto extraño y horripilante relacionados con el mundo supraterráneo y que solo a él reconocerían, y solo a él respetarían.

A partir de mediados del s. V a.C., no obstante, las estructuras de poder ibéricas se consolidan, y ya la iconografía relativa a las divinidades no parece hacer tanto énfasis en subrayar los orígenes divinos del gobernante y su relación privativa con las deidades. Esta distinción existe, desde luego, y prueba de ello es que determinados personajes se entierran junto con la imagen esculpida de la deidad, empleándola a modo de urna funeraria monumental; ahora bien, ya no se hace hincapié en el contenido fertilístico y fecundador de las mismas, sino que se antepone en su representación su majestad y grandeza: se trata de divinidades que gobiernan el mundo desde su trono, y que protegen a sus escogidos, sus delegados para administrar la comunidad local. Unos escogidos que, cuando abandonan este mundo, contarán con la protección y el beneplácito de la divinidad para acceder al Más Allá, un tránsito que llevarán a cabo a caballo, convirtiéndose estas bestias en signo distintivo de su estatus en vida, y vehículo psicopompo más allá de esta. Solo quienes dispongan de este tipo de monturas, quienes se asocien simbólicamente como grupo social a ellas, podrán realizar este viaje ulterior, algo que, al fin y al cabo, resulta coherente con el sector limitado de la población que recibe sepultura en las necrópolis, un sector mayor que

en épocas anteriores pero que nunca llegará a comprender la totalidad de la comunidad.

La creciente complejización y especialización de las estructuras sociales determinarán que a partir del s. IV a.C., y sobre todo en el s. III a.C., no obstante, un amplio sector de la sociedad conquiste la posibilidad de relacionarse directamente con la divinidad, mediante su asistencia a los santuarios y la deposición en ellos de exvotos que evidencian su pretensión de presentarse ante la deidad de manera individual, en tanto que sujetos sociales con esa prerrogativa. Perdido el monopolio de la intermediación ante la divinidad, no obstante, las elites gobernantes tratarán de hacerse presentes igualmente en los santuarios, empleándolos como escenarios privilegiados de la ostentación de su rango, pero al mismo tiempo, en el propio s. III a.C., se verán necesitados de devolver a la divinidad al asentamiento amurallado, de volver a hacerla presente en la cotidianeidad de la comunidad mediante la erección de santuarios urbanos, subrayando su relación privativa con la deidad y su capacidad para revestirla de la monumentalidad que precisa y, lo que es más importante, de imponer los espacios, los tiempos y los rituales considerados adecuados para venerarla. Asistimos a una etapa de grandes y rápidos cambios, en la que el fenómeno urbano comienza a despuntar en algunas áreas del mundo ibérico, en tanto que la guerra a gran escala, las invasiones, los pactos y la explotación colonial fuerzan a las distintas comunidades locales y a sus elites a buscar nuevos fundamentos ideológicos sobre los que basar la cosmogonía vigente. Surgen gran cantidad de deidades diferentes, construidas para subsanar las diversas necesidades que experimentan las distintas comunidades locales, influenciadas por las variadas tradiciones culturales con las que Iberia toma contacto directo. Algunas de ellas, de hecho, serán adoradas en el conjunto del ámbito ibérico, en tanto que otras se relacionarán directamente y sin ambages con determinados proyectos políticos locales, a los que darán cobertura ideológica. Y otro tanto sucederá con las narrativas escatológicas, que en una época como esta de gran hibridación cultural y rápidas transformaciones, vemos diversificarse enormemente; bien es cierto que el tránsito a caballo al Más Allá con la aquiescencia de la diosa parece continuar siendo el discurso hegemónico, pero la creciente complejidad social y el acceso de cada vez sectores más amplios de la sociedad a un contacto directo con las deidades determinará que se pretenda

desvincular el carácter aristocratizante del caballo de su papel como montura psicopompa, por lo que se extenderá la imagen del tránsito al Más Allá en carro.

A partir del s. II a.C., no obstante, comenzará un proceso de integración, también religiosa, en las estructuras romanas que terminará por culminar bien entrado el Imperio. La construcción de templos “a la itálica” en determinados santuarios ibéricos y el abandono de otros, la hibridación de los exvotos depositados en estas áreas sacras para introducir imágenes “romanizantes” en los viejos rituales ibéricos, la difusión de discursos escatológicos mestizos acordes al mismo tiempo con los imaginarios locales y el pensamiento romano y, finalmente, la interpretación de las divinidades ibéricas en clave clásica, permitirán que en el transcurso de menos de dos siglos la religiosidad ibérica se termine diluyendo en la romana, probablemente sin que en ningún momento las comunidades locales implicadas tuvieran consciencia de ello.



V. LOS SEÑORES DE LAS ARMAS

EL MONOPOLIO DE LA VIOLENCIA COMO HERRAMIENTA LEGITIMATORIA

La guerra es la madre de todas las cosas y la reina de todas ellas, y a unos los revela dioses y a los otros hombres, a unos los hace libres y a los otros esclavos.
Heráclito, frag. 53 (=Hippol., Refut. IX, 9, 4).

Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, también este mira dentro de ti
Friedrich Wilhelm Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, 1886.

5.1. La violencia como objeto de estudio. Algunos apuntes metodológicos y un recuento historiográfico.

En el trabajo ya tantas veces citado en estas páginas, M. Mann aludía a la fuerza militar como una de las cuatro fuentes de poder, junto con la economía, la política y la ideología¹. Siguiendo sus pasos, R. Carneiro señalaba que la guerra era la principal fuerza motriz de la complejidad social², en tanto que algo después A. Carandini igualmente defendía que el paso de las organizaciones tribales a las jefaturas había sido en todas las sociedades consecuencia de una guerra, pues era la amenaza de la agresión externa la que provocaba siempre la necesidad de agruparse en torno a un jefe fuerte y estable³. V. Llul y otros autores, en la línea de N. Maquiavelo y K. von Clausewitz, opinaron recientemente que poder y violencia son las dos caras de una

¹ Mann 1986: 14.

² Carneiro 1981.

³ Carandini 1992: 516-517.

misma moneda, en tanto que el poder es *condición* y la violencia *ejecución*, el poder se realiza en la violencia y esta encuentra justificación en el poder⁴. Ahora bien, y como han recordado innumerables veces historiadores, filósofos, sociólogos y antropólogos, y como en esta misma tesis se ha señalado ya en varias ocasiones, el mero ejercicio de la violencia no puede sostener un sistema político en el medio o largo plazo, sino que para que las desigualdades sociales se consoliden en una comunidad, es necesario revestir esa violencia de un discurso ideológico apropiado que naturalice la situación, pues de lo contrario el propio clima de inestabilidad que en un principio dio lugar al sistema terminará por destruirlo⁵.

De esta manera, el presente capítulo se ocupará de estudiar la intersección entre los conceptos de *violencia*, *ideología* y *poder* en las sociedades ibéricas del sureste, conceptos cuya interrelación, más allá de lo que pudiera parecer, no es obvia.

Para empezar, de hecho, comenzaré desdiciéndome de lo aseverado un par de párrafos atrás. Y es que, si antes señalaba que generalmente se considera que un sistema desigual de poder no puede mantenerse en el medio y largo plazo únicamente a través de la fuerza, sino que es necesario que el ejercicio de la coacción venga acompañado de la construcción de un discurso ideológico adecuado, puntualizaré ahora que, en contra de lo que tal aseveración presupone, “coacción” e “ideología” no son esferas estrictamente contrapuestas. Y de hecho es precisamente en el solapamiento de ambas esferas donde debemos situar el concepto de la *violencia simbólica*. Esta puede entenderse, en mi opinión, como un discurso ideológico, intimidatorio, tendente a hacer prevalecer la fuerza de un sujeto o de una institución para imponer unos objetivos propios sobre las pretensiones de otros individuos o colectivos, discurso que puede sustituir o acompañar al uso de la fuerza “física”, y que en última instancia aspira a naturalizar las desigualdades sociales. La *violencia simbólica*, que engloba la amenaza directa pero también la agresión simbólica, de importantes consecuencias sobre el subconsciente colectivo aunque no termine de ser percibida por una parte de la sociedad, es el mejor argumento posible sobre hasta qué punto el ejercicio de la coacción puede llegar a generar ideología.

⁴ Llul *et alii* 2006: 95.

⁵ Demarrais, Castillo y Earle 1996: 16; Earle 1997: 7-8.

El miedo, al fin y al cabo, condiciona la *praxis* del individuo y de las sociedades, mediatiza sus decisiones y puede llegar incluso a ordenar su cosmogonía⁶. Un miedo exacerbado, irrespirable, puede atenazar a los individuos e impulsarlos a buscar la protección de la comunidad, favoreciendo la cohesión grupal y el ascenso de líderes fuertes que se muestren aptos para hacer frente a la causa de dicho miedo, pero el miedo larvado, difuso, casi inconsciente, puede instalarse en el imaginario de las sociedades e igualmente condicionar sus comportamientos⁷. El gobernante capaz de canalizar ese miedo, esa violencia simbólica que lo provoca, en un sentido o en otro, asegurándose el *consentimiento* de los dominados (contrapartida necesaria de la violencia para que esta pueda funcionar como fuente de poder⁸), se verá reforzado en su primacía, al menos hasta que las circunstancias que provocaban ese miedo se atenúen, y a menudo perviviendo incluso a estas. Los grandes dictadores y los héroes más famosos así podrían atestiguarlo.

Así pues, si el potencial como fuente de poder a medio y largo plazo de la coacción no reside tanto en la violencia física, puntual y destructora, cuanto en la violencia simbólica, esto es, en la amenaza o el miedo; si no se trata tanto de contar con un ejército y un sistema policial efectivos cuanto de convencer a la gente de la operatividad y capacidad de acción de los mismos⁹, habremos de concluir que la separación entre coacción e ideología, asumida por la mayor parte de los autores y en la que tanto han incidido autores como M. Mann y T.K. Earle, en realidad no está tan marcada. La coacción es un constructo cultural, es un discurso, creado de manera más o menos consciente por unos individuos y difundido entre el resto de la comunidad para consolidar las diferencias sociales existentes, o bien para atacarlas o transformarlas. Y, como tal discurso, para ser efectivo ha de ser aceptado y aprehendido por la mayor parte de la sociedad, ha de ser interiorizado en el *habitus* de los individuos que la forman, pues de lo contrario la resistencia a la violencia tornaría esta ineficaz como herramienta de construcción social. Lo que propongo, por tanto, es que la coacción puede ser ella misma comprendida como una forma más de ideología.

⁶ Díez 2002: 368 y 374.

⁷ Cardete 2005: 189; González Wagner 2007.

⁸ Godelier 1998: 19; 1999: 27.

⁹ Hodder 1985: 5; Cardete 2005: 85.

Por supuesto, existen distintos tipos de coacción, como también existen distintos tipos de discursos ideológicos y diversas maneras de ejercer el poder. Las relaciones de poder pueden ser más autoritarias o más difusas, más explícitas o más *interiorizadas* por la sociedad, sin que ello redunde necesariamente en un mayor o menor control de la misma por parte de sus elites dirigentes¹⁰; y otro tanto se puede decir de la coacción, que puede ejercerse de manera concentrada, intensiva, como en un campo de batalla o en una celda, o extensiva, vaga, “terrorista” como diría M. Mann¹¹, como en el seno de una aldea al otro lado de la frontera o en el corazón de una comunidad que se siente amenazada por un enemigo que se sabe *diferente* pero que no se terminan de identificar. Es a este último tipo de coacción al que me refiero como una forma de ideología.

Los discursos sobre la violencia, además, pueden materializarse como cualquier otro discurso ideológico, permitiendo así su difusión y facilitando su imposición sobre otros discursos alternativos¹². Cuando en una sociedad aparece un grupo de individuos que lleva a cabo una ostentación frecuente de sus armas, cuando se hacen representar sistemáticamente con ellas, y cuando de hecho llegan incluso a enterrarse rodeado de ellas (como de hecho viene sucediendo desde el Calcolítico en buena parte de las sociedades conocidas, tal y como señala J.-P. Demoule)¹³, estamos hablando en realidad de un caso de materialización de discursos coactivos. Desde luego, posiblemente estos individuos en muchas ocasiones no se presentarán a sí mismos como una amenaza para la comunidad, sino antes bien como sus defensores, como adalides de la misma frente a sus enemigos declarados o potenciales, pero, al mismo tiempo y de una manera implícita, mediante estas acciones no dejarán de evidenciar que solo ellos tienen acceso a determinadas armas y solo ellos son capaces de emplearlas de una manera experta, con lo que de alguna manera se convertirán igualmente en garantes de la estabilidad interna de la sociedad, esto es, de la perpetuación de sus estructuras sociales desiguales. Y estas representaciones de la persona física de los gobernantes en tanto que guerreros alcanzarán tal impacto en el imaginario colectivo, estos discursos serán aprehendidos hasta tal punto por la

¹⁰ Mann 1986: 23.

¹¹ Mann 1986: 48.

¹² Demarraais, Castillo y Earle 1996: 16-17.

¹³ Demoule 1999: 128.

comunidad, que seguirán siendo efectivos incluso cuando las condiciones en las que surgieron se hayan transformado radicalmente; las connotaciones simbólicas que todavía suscita la visión de un gobernante a caballo, o la de un cetro (al fin y al cabo, una maza ornamental), así pueden atestiguarlo.

No en vano resulta comúnmente aceptado, ya sea de forma explícita o implícita, que las armas a lo largo de la historia han sido siempre objetos en torno a los cuales se acumulaban los significados. Son, desde luego, herramientas para ejercer la violencia de una manera más efectiva, pero también (o precisamente por ello) han sido tradicionalmente concebidas como elementos identitarios (símbolo de la condición libre o aristocrática de una persona, emblema de su familia o nación, etc.), indicativos de su estatus, o incluso elementos de connotaciones religiosas, mágicas e incluso jurídicas¹⁴. Esto es, en el momento de ser utilizada, el arma sirve para la agresión, para la violencia efectiva, pero cuando simplemente es blandida, ostentada, guardada o amortizada, se convierte en la materialización de complejos mensajes ideológicos que se van apilando, combinando y reformulando según las épocas y las sociedades.

Por supuesto, la violencia, física y simbólica, puede llevar a la desestructuración e incluso a la destrucción de una sociedad. Las víctimas directas e indirectas de un conflicto o de la represión subsiguiente, la disminución o interrupción de la producción y de la actividad comercial, la destrucción de las infraestructuras productivas, etc., pueden llegar a imposibilitar la reproducción social de una comunidad, y por tanto a provocar su consiguiente disolución. Por el contrario, el empleo de la violencia simbólica como discurso ideológico igualmente puede actuar como factor aglutinante, cohesionador, del grupo, facilitando la transformación de sus estructuras sociales hacia formas más jerarquizadas. Las Guerras Médicas provocaron, como sabemos, el surgimiento de nuevos discursos étnicos, de la misma forma que la presencia del Imperio Romano posiblemente mediatizó el surgimiento al otro lado del *limes* de las jefaturas germanas que, a su vez, representarían una amenaza para Roma que varios de sus gobernantes supieron emplear como fundamento ideológico de sus respectivas carreras políticas. Al fin y al cabo, la amenaza de la violencia puede cohesionar a la

¹⁴ Quesada 1992: 28-38.

sociedad en tanto que comunidad cívica, o bien puede hacerla agruparse en torno a un jefe carismático del que espera protección y liderazgo¹⁵.

Coacción e ideología, por lo tanto se entrecruzan en múltiples ocasiones, son conceptos que se identifican y se sostienen entre sí. La difusión de un mensaje ideológico puede ir acompañada de un cierto uso de la fuerza, de igual forma que la represión de un determinado grupo solo será efectiva a medio y largo plazo si dicho grupo termina aceptando dicha represión como natural. La construcción de una muralla, por poner un último ejemplo, supone una respuesta efectiva y práctica ante el peligro, directo o latente, del ataque de un enemigo a la comunidad, pero también suele conllevar la consolidación de la identidad cívica de los habitantes que se encierran tras la misma, que bastante a menudo atribuirán unas connotaciones sacras al espacio delimitado; y asimismo, no lo olvidemos, supondrá la demostración ostentosa por parte de la elite gobernante de esa sociedad de su capacidad para movilizar los enormes recursos necesarios para su construcción, una elite gobernante que a partir de ahora se colocará en disposición de controlar y fiscalizar la entrada y salida de personas y productos del asentamiento¹⁶.

En el prólogo de un libro colectivo que sobre la guerra en la Antigüedad editó el Ministerio del Ejército, M. Alonso Baquer afirmaba que:

La guerra (...) aparece en la historia como un “estado” que se atraviesa en la vida de los pueblos, mejor que como un “orden” en el que se está. Se trata, pues, de un “estado de guerra” que, a diferencia de un “orden de paz”, ni debe durar ni conviene que permanezca abierto. Antes bien, importa que sea prontamente clausurado¹⁷.

Pese a ser tácitamente asumida por buena parte de la historiografía, me temo que no comparto esta visión *irénica* de la historia. La guerra, la violencia, la coacción y la amenaza son fenómenos que destruyen los pueblos pero que igualmente pueden servir para estructurarlos, de modo que pueden llegar a convertirse, y así ha sucedido a lo largo de la historia, en valiosas herramientas para unas elites necesitadas de reafirmar o reforzar las bases de su preeminencia. En estas sociedades, la guerra puede llegar a convertirse en un “orden”, más que en un “estado” coyuntural.

¹⁵ Gracia 2003: 43.

¹⁶ Berrocal Rangel 2004: 54-64.

¹⁷ Alonso Baquer 1997: 17.

Los trabajos sobre los aspectos ideológicos de la guerra y el armamento en el mundo ibérico no son escasos, aunque cuentan con una tradición muy corta, habiéndose redactado la mayor parte de ellos en las dos últimas décadas. El estudio del armamento ibérico, por el contrario, cuenta con una larga tradición, cuyos orígenes se remontan al menos al s. XIX y cuyo desarrollo discurre paralelo al de la arqueología ibérica en general, aunque las armas casi siempre desempeñaron en aquella un papel secundario respecto al protagonismo de las esculturas y las cerámicas.

Siguiendo la prolija síntesis historiográfica que F. Quesada desarrolló en su tesis doctoral, las primeras referencias al descubrimiento de armas ibéricas se retrotraen a finales del s. XVIII, y ya en la centuria siguiente se desarrollarán las primeras rebuscas sistemáticas en yacimientos de la entidad de Baza, primero, y después Almedinilla y Alcácer do Sal, actuaciones que no dieron lugar a la publicación de memorias sistemáticas pero sí a la formación de importantes conjuntos de armas, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros aunque otros muchos se desperdigaron entre los diversos coleccionistas e instituciones, españoles y extranjeros. Aparecieron también en esta época los primeros trabajos específicos sobre el tema, como el artículo de M. Fulgosio en el que el investigador institucionaliza el término “falcata”¹⁸, o el de E. Cartailhac, que entre otros sirvió para dar a conocer las colecciones españolas entre los investigadores europeos¹⁹. Ahora bien, como en tantos otros ámbitos, sería P. Paris a comienzos del s. XX quien presentaría la primera tipología del armamento ibérico, estableciendo además interesantes conexiones con el registro iconográfico, aunque sin renunciar en ningún momento a su idea del origen micénico de la cultura ibérica²⁰. Paralelos iconográficos que, por cierto, no dejaban de aparecer en esta época, pues a las ya conocidas esculturas del Cerro de los Santos y Osuna pronto se unirán el descubrimiento del Vaso de los Guerreros de Archena en 1905 y el del Vaso Cazorro en Ampurias en 1913²¹, en los que el armamento se presenta como elemento protagonista de la representación figurativa. El gran estudio de estos años sobre el armamento ibérico, no obstante, será el que en 1913 publique H. Sandars²², no una

¹⁸ Fulgosio 1872.

¹⁹ Cartailhac 1886.

²⁰ Paris 1903.

²¹ Olmos 1994: 312.

²² Sandars 1913.

monografía como en ocasiones se ha dicho pero sí un extenso artículo en el que se proponía una tipología de las piezas mucho más exhaustiva que la de P. Paris, se presentaba el primer análisis metalográfico de una falcata, y se trató de integrar en un único discurso las fuentes iconográficas y literarias con los *realia* almacenados en los museos, dando lugar a un texto que se consideraría canónico sobre la cuestión hasta más de medio siglo después²³.

Las décadas siguientes, de hecho, corresponden con un período de cierta atonía en lo que al tema que nos ocupa respecta. Más allá de la atención que P. Bosch Gimpera prestara a las tipologías de armas en la segunda década del s. XX, la cuestión apenas continuó siendo desarrollada. En el sureste ibérico, de hecho, pese a que la excavación de algunas necrópolis como Cabecico del Tesoro u Hoya de Santa Ana permitió recuperar amplios lotes de armas, el deficiente estado de conservación de estas determinó que no fueran sistemáticamente publicadas y que la bibliografía apenas las tuviera en consideración, eclipsadas por el armamento meseteño que por aquel entonces centraba la atención de los investigadores gracias a los importantes trabajos del marqués de Cerralbo, J. Cabré y M.E. Cabré²⁴. No fue hasta 1957 cuando G. de La Chica publicó un nuevo trabajo centrado en el armamento ibérico, y en él se limitó a actualizar la tipología de Sandars con algunos nuevos descubrimientos²⁵. Pero mucha más repercusión tendría en la historiografía la monografía en dos volúmenes que W. Schüle²⁶ publicaría una década después, una erudita sistematización del armamento prerromano peninsular en la que se compendia un enorme volumen de materiales y que recogía los postulados más modernos de la arqueología procesual de la época, pero en la que, lamentablemente, la exhaustividad con la que se trató el área meseteña no alcanzó al mundo ibérico, que el autor conocía mucho peor, por lo que la visión que de este se da resulta muy incompleta y sesgada²⁷.

Entretanto, y más allá de estas grandes síntesis, no obstante, la investigación había ido dando pequeños pasos en dos ámbitos relacionados con el estudio del armamento ibérico. Por una parte, primero de la mano de A. García y Bellido y más

²³ Quesada 1997 a: 40-42.

²⁴ Quesada 1997 a: 44-45.

²⁵ La Chica 1957.

²⁶ Schüle 1969.

²⁷ Quesada 1997 a: 48.

tarde de la de otros autores como P. Bosch, J.M. Blázquez o A. Balil, a lo largo de una amplia serie de trabajos se prestó una especial atención a las fuentes clásicas que hablaban de la actuación de los mercenarios hispanos en el Mediterráneo Central, aunque centrándose fundamentalmente en su supuesto papel como vector aculturador helenizante del mundo ibérico²⁸. Por la otra, la presentación de determinados hallazgos fue promoviendo toda una serie de pequeños estudios que poco a poco fueron sentando las bases de nuestro conocimiento de la guerra y los guerreros ibéricos: me refiero por ejemplo al artículo sobre el jinete de La Bastida redactado por E. Kukhan²⁹, al subsiguiente trabajo de J.M. Blázquez sobre la heroización ecuestre³⁰, al texto que a los caballeros lanceros representados en la cerámica ilicitana dedicará A. Ramos Folqués³¹, al análisis de los atalajes de caballo que suscitó para M. Jorge el hallazgo de un exvoto en el santuario de La Luz³², o a las sistematizaciones que E. Cuadrado dedicaría a los puñales de antenas y las espuelas³³.

Todos estos pequeños estudios serían recogidos por las dos obras de síntesis que sobre el armamento peninsular se publicaron en los años setenta³⁴, las cuales sin embargo apenas suponen sino, una vez más, sucesivas actualizaciones del catálogo propuesto por Sandars, tratando como él la Protohistoria hispana en su conjunto e intercalando las referencias clásicas disponibles sobre el armamento de los pueblos prerromanos sin tener en cuenta las variables geográficas y cronológicas, aunque prestando comparativamente una mayor atención al armamento propiamente ibérico, sobre todo en lo que al estudio de Latorre se refiere. Por estas mismas épocas A. Balil hará ya hincapié, por cierto, en la conceptualización del mundo ibérico como una sociedad caballeresca, en la que una elite gobernante dispone de unas clientelas armadas como elemento sustentador de su poder³⁵.

Durante la década de los ochenta, el volumen de los trabajos publicados sobre el ámbito de la guerra y las armas en el mundo ibérico aumentó enormemente,

²⁸ Quesada 1997 a: 49.

²⁹ Kukahn 1954.

³⁰ Blázquez 1963.

³¹ Ramos Folqués 1961.

³² Jorge 1967-1968 a.

³³ Respectivamente, Cuadrado 1963; 1979.

³⁴ Bruhn 1972; Latorre 1979.

³⁵ Balil 1975: 58.

aunque la mayor parte de ellos no hicieron sino presentar nuevos materiales que complementaban los estudios anteriores, pero sin aportar apenas grandes renovaciones de enfoque. Así, salieron a la luz nuevos estudios sobre iconografía ibérica alusiva a la actividad guerrera³⁶, en tanto que se publicaron nuevos conjuntos de armas, en ocasiones muy significativos, y que se identificaron a través de las tipologías desarrolladas en la década anterior³⁷. En estos años data también, por cierto, el primer estudio moderno sobre las fortificaciones ibéricas³⁸, a los que la escuela francesa ha aportado tanto.

Es entre finales de esta década y comienzos de la siguiente, sin embargo, cuando se produjo la gran renovación metodológica en los estudios sobre el ámbito militar ibérico, renovación que vino dada en buena medida de la mano de F. Quesada. Este investigador publicó en 1989 la memoria de excavación de Cabecico del Tesoro³⁹, necrópolis en la que venía documentándose una gran cantidad de armamento amortizado como ajuar funerario, pero en vez de contentarse con sistematizarlo según una tipología al uso, Quesada se ocupó de contextualizar cada uno de los hallazgos, tratando de deducir la composición social de la comunidad aquí sepultada a partir de la distribución del ajuar funerario en las distintas tumbas, otorgando dentro de estos ajuares a las armas un papel protagonista. Esta aproximación al estudio de las necrópolis no era estrictamente original, sino que respondía a los planteamientos procesuales de la Arqueología de la Muerte británica, pero en su aplicación al mundo ibérico, que en los años siguientes tanta repercusión causaría, Quesada fue uno de los pioneros. Pero más importante aún para nosotros ahora resulta el hecho de que por primera vez se analizara un conjunto de armas no solo desde el punto de vista tipológico, sino también en tanto que objetos que reflejaban la riqueza e incluso el estatus social de su poseedor, y que adquirirían un cierto protagonismo en los rituales funerarios dado que estaban cargados de connotaciones simbólicas.

En otro pequeño texto publicado igualmente en 1989, Quesada discutió el empleo del armamento como fósil-guía para la caracterización de las unidades étnicas

³⁶ Cf. por ejemplo Lillo 1981 a; Morote 1981; Hernando 1983; Maestro 1986; Negueruela 1987; 1990.

³⁷ Blech 1987; Cuadrado 1989.

³⁸ Rouillard 1982 a.

³⁹ Quesada 1989 a.

prerromanas⁴⁰, dado que constituyó sin duda, y tal y como aparece reflejado en las fuentes, un importante emblema étnico, aunque asimismo un elemento rápidamente aprehendido por los pueblos vecinos si resultaba eficaz en la batalla.

Dejando al margen algunos otros pequeños artículos basados en una aproximación más tradicional⁴¹, resulta igualmente destacable en estos años la pequeña monografía que Quesada dedicó a la falcata ibérica, combinando en su análisis aproximaciones más tradicionales, como un detallado estudio tipológico y una erudita disertación sobre sus posibles prototipos originarios, con perspectivas mucho más renovadoras, como una reflexión sobre los diversos significados simbólicos que el imaginario ibérico asociaría a la falcata, y que la convertirían en algo más que una herramienta diseñada para herir y matar⁴². Al igual que sucedía en el trabajo anterior, pero en este quizás de una manera más explícita, se subraya por tanto las connotaciones ideológicas del armamento, planteándose ya de manera ineludible la intersección entre coacción e ideología de la que comencé hablando en este capítulo.

Finalmente, todas estas reflexiones y aproximaciones quedaron recogidas y desarrolladas en la tesis doctoral de F. Quesada, que se defendió en 1991 aunque no sería publicada hasta años después⁴³, y cuyo cuerpo central constituyó una monumental tipología del armamento prerromano, incluyendo un exhaustivo catálogo de todas las armas e iconografía relacionada documentadas en los diferentes yacimientos o conservadas en los museos españoles, tipología que sentó paradigma y que aún se considera de referencia. A partir de este prolijo análisis, se establece además una propuesta de evolución de la panoplia ibérica, a través de una serie de estadios que responden al modelo de evolución de la sociedad ibérica desarrollado por M. Almagro en varios estudios previos⁴⁴. Es de reseñar, finalmente, que pese al título de la tesis, esta no sólo se ocupó del armamento ibérico propiamente dicho, sino que compendió las armas de buena parte de la Península Ibérica, fiel a la tradición que como hemos visto venía desarrollándose desde un siglo antes.

⁴⁰ Quesada 1989.

⁴¹ Quesada 1990; 1990 a; 1992 a; 1993.

⁴² Quesada 1992.

⁴³ Quesada 1997 a.

⁴⁴ Almagro Gorbea 1996

Aparte de estos trabajos, en fin, otros artículos continuaron con las líneas de investigación que ya se venían marcando desde la década anterior. Así, prosiguió la publicación de nuevos conjuntos de armamento y el consiguiente afinamiento de las tipologías correspondientes⁴⁵, continuaron las disertaciones sobre la presencia de iberos entre las tropas mercenarias que participaron en las guerras del Mediterráneo Central durante varios siglos y el papel que estas desempeñaron en la evolución de las estructuras culturales y sociales ibéricas⁴⁶, se plantearon algunas exégesis eruditas sobre determinados pasajes de las fuentes clásicas en los que se habla de la guerra en Iberia⁴⁷, y aparecieron nuevos estudios, predominantemente descriptivos, sobre el armamento ibérico que aparecía en determinadas representaciones iconográficas⁴⁸.

Ahora bien, junto a estos últimos igualmente vieron la luz toda una serie de pequeños trabajos que, a partir de la iconografía, que ya comenzaba a entenderse en estos años como una vía de acceso privilegiada al imaginario ibérico, empezaron a plantearse cuestiones ya directamente relacionadas con el ámbito ideológico⁴⁹. A partir de ellos, y gracias fundamentalmente a la aplicación de nuevas perspectivas sociales sobre el creciente flujo de información que la excavación y publicación de las necrópolis ibéricas, y en menor medida de los poblados, estaba generando, se fue configurando una visión de las elites ibéricas como aristocracias caballerescas, cuya legitimación y modo de vida se hallaba en íntima conexión con el ámbito de la guerra y la competición agonística que aquel entrañaba⁵⁰, modelo interpretativo que en buena medida es el que aún se acepta. También en aquella época comenzó a hablarse de sociedades guerreras organizadas según grupos de edad a los que se accedía mediante rituales de tránsito relacionados con divinidades ctónicas y con la figura del lobo⁵¹, lectura que todavía reclama la atención de algunos autores.

La otra gran línea de trabajo relacionada con el ámbito bélico que se desarrolló en los años noventa fue, sin lugar a dudas, el estudio de la poliorcética ibérica. De

⁴⁵ Cf. por ejemplo Cuadrado 1991; Kurtz 1991; 1991 a.

⁴⁶ Blázquez y García-Gelabert 1987; Barceló Batiste 1991; Quesada 1994; 1997 c.

⁴⁷ Blázquez y Montero 1993; Dopico 1994.

⁴⁸ Burgaleta y Lucas 1993; García-Gelabert 1994.

⁴⁹ Cf. por ejemplo Kurtz 1992; 1993; Aranegui y De Hoz 1992; Aranegui 1996; Chapa y Olmos 1999.

⁵⁰ Quesada 1994 b; 1995; Blázquez 1995 c; 1996 a; Almagro Gorbea 1996; Aranegui (ed.) 1998; Ruiz Rodríguez 2000.

⁵¹ González Alcalde y Chapa 1993; Almagro Gorbea 1996 a.

hecho, la década arrancó significativamente con dos congresos acerca del tema, uno sobre las murallas ibéricas de época plena y otro sobre las fortificaciones y castillos de la provincia de Alicante, en los que, por lo que a nosotros respecta, se presentaron sendos recuentos actualizados de las estructuras defensivas documentadas en Tossal de Manises, Alt de Benimaquía y Castellar de Meca⁵², en tanto que H. Bonet y C. Mata trataron de elaborar una tipología de fortificaciones del área valenciana, bien es cierto que centrándose en las situadas en el Camp del Tùria⁵³, y finalmente P. Moret propuso un primer modelo evolutivo de la arquitectura defensiva ibérica, prestando especial atención a la determinación de las sucesivas influencias alóctonas⁵⁴. En 1995 se publicaría el estudio de la muralla de La Serreta, presentando el que por aquel entonces posiblemente fuera el registro documental más completo de la excavación de una fortificación prerromana del sureste⁵⁵, y tan solo un año después apareció la tesis doctoral de P. Moret, en la que, además de un erudito catálogo de todas las fortificaciones ibéricas conocidas, el arqueólogo francés sistematizó la tipología y evolución de estas, defendiendo una óptica autoctonista que proponía una larga transición sin apenas cesuras entre los ejemplares del Bronce Final y las murallas más tardías, salvo una pequeña serie de casos en los que era perceptible una influencia arquitectónica griega⁵⁶, hipótesis esta última en la que el investigador francés insistió vehementemente en esta época⁵⁷ pero que con el tiempo ha ido atemperando.

Moret además subrayó en su tesis y en sucesivos trabajos el carácter simbólico e identitario de las fortificaciones⁵⁸, aspecto este que, junto con su lectura autoctonista de este tipo de arquitectura, no tardó en ser contestado por F. Gracia. A lo largo de un ciertamente abundante número de trabajos⁵⁹, este último investigador planteó una lectura clasicista de la guerra en el mundo ibérico, planteando que el tipo de combates, asedios, fortificaciones y, en general, de estructuras sociales, a la altura del s. IV a.C. ya no serían muy distintos que los que encontramos en otros ámbitos

⁵² Respectivamente, Olcina 1991; Díes, Gómez Bellard y Guérin 1991; Alfaro Arregui 1991.

⁵³ Bonet y Mata 1991.

⁵⁴ Moret 1991.

⁵⁵ Llobregat *et alii* 1995.

⁵⁶ Moret 1996.

⁵⁷ Moret 1993; Moret *et alii* 1995.

⁵⁸ Moret 1998.

⁵⁹ Gracia 1997; 1997 a; 1998; 2000; 2001; 2003; 2006.

mediterráneos, generando una viva polémica y siendo contestado en sucesivas ocasiones tanto por el propio P. Moret como por F. Quesada⁶⁰, defensores estos de una guerra en el mundo ibérico de tipo caballeresco, aristocrático, encaminada al pillaje ocasional más que a la conquista y destrucción de ciudades o al enfrentamiento frontal de dos ejércitos en formación cerrada. Ambas perspectivas sobre la guerra protohistórica, por cierto, serían desarrolladas y quedarían plasmadas en tres monografías, publicadas apenas con un par de años de diferencia⁶¹.

Quedaban así prefiguradas, en buena medida, las direcciones que la investigación sobre el ámbito de la guerra en el mundo ibérico iba a recorrer en estos últimos quince años. Así, F. Quesada ha ido desarrollando en estos años a través de varios artículos su modelo de la evolución de la panoplia (esto es, de la forma de combate) ibérica⁶², ha insistido en algunos aspectos técnicos del armamento íntimamente ligados con las estructuras sociales e ideológicas de las comunidades concernidas⁶³, y ha profundizado a través de varios trabajos en el empleo del caballo por los iberos tanto en la guerra como en tanto que elemento de ostentación aristocrática, demostrando que no existió una verdadera caballería ibérica hasta finales del s. III a.C.⁶⁴ Junto con una de sus discípulas, publicó en 2005 un catálogo de espadas y grebas peninsulares de la I Edad del Hierro que actualizaba estos dos capítulos de su tesis doctoral, poniendo además en relación el empleo de estos dos tipos de armas con la transformación social que se estaba produciendo en estos momentos en los que se conformaba lo que conocemos como cultura ibérica⁶⁵; un año antes, otra de sus discípulas, M.M. Gabaldón había publicado su tesis sobre la amortización de armamento en los santuarios⁶⁶. Por último, recientemente el propio Quesada ha dado a conocer dos interesantes artículos sobre dos aspectos tan problemáticos de la arqueología ibérica como la presencia de armamento en tumbas

⁶⁰ Moret 2001; 2006; Quesada 2001; 2007; 2009.

⁶¹ Gracia 2003; Moret y Quesada (eds.) 2002. Cf. también Quesada 2003.

⁶² Quesada 1998 b; 2002; 2009.

⁶³ Quesada *et alii* 2000; Quesada 2004; 2005.

⁶⁴ Quesada 1998 a; 2002-2003; 2002-2003 a; Quesada y Tortajada 1999; Quesada y Zamora (eds.) 2003; Barril y Quesada 2005.

⁶⁵ Farnié y Quesada 2005.

⁶⁶ Gabaldón 2004. Cf. también Gabaldón 2010.

femeninas, o la posibilidad del acceso a las armas de los distintos segmentos de la sociedad ibérica⁶⁷.

Prosiguió asimismo en la última década la publicación de conjuntos de armas ibéricas, procedentes la mayor parte de ellas de excavaciones antiguas aunque, a diferencia de lo venía ocurriendo tradicionalmente, los autores que las presentaron se esforzaron en bucear en la documentación disponible para contextualizarlas⁶⁸. Y otro tanto sucede con el descubrimiento de nuevos elementos iconográficos referentes al mundo de la guerra, como el hallazgo de sendas esculturas de guerrero en las canteras de El Ferriol⁶⁹ y en Monforte del Cid⁷⁰. De igual forma, ha continuado desarrollándose el análisis de las fortificaciones ibéricas, dando lugar a dos publicaciones específicas sobre el tema⁷¹ y a concienzudos estudios sobre estructura defensiva recientemente excavadas⁷². A partir de estos, de hecho, se ha tomado consciencia de la presencia en suelo hispano de fortificaciones púnicas datables en época bárquida⁷³.

En estos últimos quince años, por otra parte, R. Olmos ha dedicado (a veces en solitario, a veces en colaboración con otros investigadores como T. Chapa o I. Grau) algunos de sus más brillantes artículos al estudio de los valores agonísticos y guerreros y del empleo político del discurso heroico-legendario, manifestados a través de la iconografía⁷⁴. Y, siguiendo de alguna manera su estela, algunos otros autores asimismo han profundizado en la iconografía ibérica, procurando comprender mejor las frecuentes representaciones de guerreros, armas y escenas de violencia, que tan caras parecen resultar al imaginario ibérico de todas las épocas⁷⁵.

Por último, y aunque se trate de una región que cae fuera de mi área de estudio, merece la pena igualmente mencionar el proyecto que desde la Universidad de Jaén se está desarrollando en los últimos años en torno al campo de batalla de

⁶⁷ Respectivamente, Quesada 2010; 2011.

⁶⁸ Reig 2000; Lorrio 2004; Hernández Alcaraz 2005; Almagro Gorbea y Lorrio 2007

⁶⁹ Gagnaison *et alii* 2006 ; 2007.

⁷⁰ *El Mundo*, Alicante, 17 de marzo de 2010.

⁷¹ Oliver (coord..) 2006; Berrocal Rangel y Moret (eds.) 2007. Dentro de estos, para nuestro área de estudio cf. especialmente Sala 2006; Prados Martínez y Blánquez 2007.

⁷² Bonet y Vives-Ferrándiz 2009; Bolufer y Sala 2009; Grau y Segura 2010.

⁷³ Bendala y Blánquez 2002-2003; Bendala 2003 a; Prados Martínez 2008; Olcina, Guilabert y Tendero 2010.

⁷⁴ Olmos 2002; 2002-2003; 2003; Chapa y Olmos 2004; Olmos y Grau 2005; Perea Caveda, Williams y Olmos 2007.

⁷⁵ Grau 2007; Verdú 2009; Fuentes Albero y Mata 2009; Chapa 2011; 2012; García Cardiel 2014 a; b.

Baecula, en el que mediante una cuidada y exhaustiva metodología de registro e interpretación se está consiguiendo reconstruir los diferentes aspectos de aquella batalla, y por lo tanto de los contendientes que en ella tomaron parte⁷⁶.

En definitiva, y como decía al comienzo de este acelerado recuento historiográfico, a pesar de que los estudios sobre el armamento y la guerra ibéricos cuentan ya con una larga tradición, tan larga como la propia arqueología ibérica, ha sido solo recientemente cuando diferentes autores han comenzado a plantearse explícitamente la relación entre la violencia y la ideología en el mundo ibérico. Lo que plantearé en este capítulo será el análisis en profundidad de los discursos ideológicos contruidos y difundidos en torno a la esfera del combate y la violencia, siempre en lo relativo al sureste ibérico, haciendo hincapié en la dimensión cronológica para evitar los anacronismos en que tan fácil es caer cuando hablamos de este tipo de asuntos.

5.2. Empleo y prevención de la violencia en el primer espacio colonial.

Tal y como ya se desarrolló en profundidad en un capítulo anterior, a partir de mediados del s. VIII a.C. comenzaron a llegar al sureste peninsular toda una serie de bienes de prestigio importados, cuya presencia delata los primeros pasos de la imposición sobre este territorio de un proceso colonial, que a mediados del s. VII a.C. alcanzaría su punto álgido.

Al igual que ha sucedido con la colonización griega, tal y como vienen denunciando algunos autores desde hace ya años⁷⁷, la historiografía tradicionalmente ha estudiado el proceso colonial fenicio asumiendo el punto de vista de los colonizadores, dando por hecho que los espacios ocupados por estos estarían desiertos y que las relaciones con las comunidades indígenas periféricas habrían sido pacíficas y colaborativas. Y, sin embargo, un estudio más detenido del registro arqueológico disponible y la comparación con otras experiencias coloniales posteriores sugieren más bien que la gama de interacciones entre los distintos agentes inmersos en el proceso colonial hubo de ser casi infinita, aunque estaría perlada siempre de celos y amenazas, propios de situaciones en las que entran en contacto comunidades cuyo desarrollo social y tecnológico es muy diverso y se establece entre

⁷⁶ Cf., en último lugar, Bellón *et alii* 2013.

⁷⁷ Nenci y Cataldi 1983; Moggi 1983.

ellas relaciones de intercambio desigual. Desde luego, la conquista violenta de nuevos territorios no hubo de ser el comportamiento más habitual de los grupos fenicios que por esta época surcaban el Mediterráneo, pero ello no permite asumir, como señala C. González Wagner, que su actitud hacia las comunidades indígenas fuera totalmente pacífica⁷⁸. Como apuntaba en las páginas introductorias a este capítulo, más allá de la violencia directa o la destrucción del prójimo, la coacción puede ejercerse igualmente, y de manera más efectiva en muchos casos, en términos simbólicos. La exhibición, producción y distribución restringida de armas tecnológicamente avanzadas, la erección de murallas con técnicas y acabados desconocidos en el medio local, la transformación del paisaje o la violación de ciertos tabúes religiosos son solo algunos ejemplos de comportamientos que pudieron generar esta coacción, algunos de los cuales difícilmente podemos rastrearlos en el registro arqueológico, lo que no obsta para que pueda pensarse que en un momento u otro se produjeron. Máxime en espacios como de los que estamos hablando, en los que el desarrollo de las estructuras socioeconómicas locales habría desencadenado, según parece, un crecimiento demográfico que en estos momentos sería especialmente palpable⁷⁹, conllevando una presión mayor sobre los recursos disponibles y una creciente acumulación de población en los lugares considerados “protegidos” de la región⁸⁰.

Estas consideraciones pueden ofrecernos una interesante perspectiva de partida desde la que aproximarnos al registro material del sureste peninsular en esta época. Y es que parece que, a su llegada a la Península, los fenicios se apresuraran a establecer y poner en marcha toda una red de intercambios de bienes de prestigio con los gobernantes locales, bienes de prestigio buena parte de los cuales serían precisamente objetos metálicos, y muchos de ellos de hecho elementos de armamento⁸¹. Bien es cierto que buena parte de estos objetos intercambiados no han llegado hasta nosotros, por lo que en muchos casos se ha sobrevalorado la llegada de importaciones cerámicas, ánforas sobre todo, sin caer en la cuenta de que la arribada de estos recipientes y su exclusivo contenido posiblemente fue consecuencia del

⁷⁸ González Wagner 2005: 270-274.

⁷⁹ Sanmartí 2009: 76-77.

⁸⁰ Moreno Arrastio 2008: 46.

⁸¹ Armada, Rafels y Montero 2008.

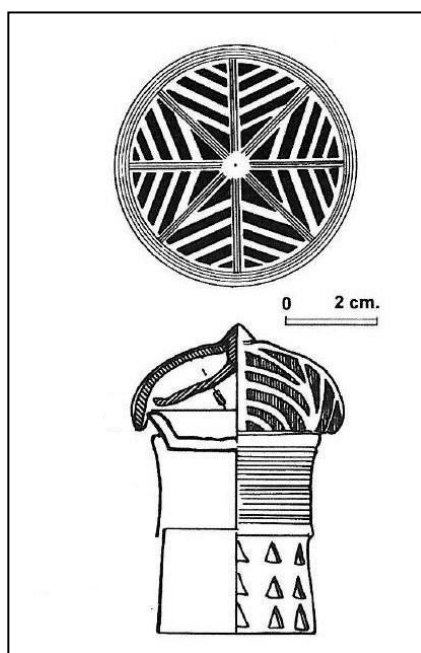


Fig. 5.1. Reconstrucción de un pomo de espada de hierro del tesoro de Villena.

establecimiento de pactos entre los comerciantes y las elites locales, pactos que se sellarían mediante el intercambio de objetos de prestigio metálicos. De hecho, encontramos vestigios de estos primeros intercambios de objetos metálicos allá donde en estas épocas se practicaba una iconografía figurativa (hablo de las estelas del suroeste, por ejemplo), allá donde existía la costumbre de amortizar las piezas de armamento obtenidas lanzándolas a los ríos (hablo de la vertiente atlántica), o allá donde una eventual coincidencia nos ha proporcionado un raro indicio del proceso del que hablo (estoy hablando, por supuesto, del hundimiento del cargamento de espadas y algunos otros objetos metálicos hallado en la Ría de Huelva⁸²). Y, más significativo aún, no olvidemos que entre los conjuntos de importaciones más antiguas que conocemos de cada región, ineluctablemente encontramos objetos metálicos, y entre ellos, armas.

Buen ejemplo de ello es, en el sureste peninsular, el tesoro de Villena, un depósito compuesto por una sesentena de piezas de oro pero entre las que también encontramos los pomos de tres espadas, uno de ellos fabricado en hierro⁸³, el cual, a pesar de que la cronología de esta ocultación no es nada segura, supone posiblemente

⁸² Ruiz-Gálvez (ed.) 1995.

⁸³ Lucas 1998. *Vid.* Fig. 5.1.

el primer testimonio de este metal en el sureste peninsular y uno de los primeros de la Península⁸⁴.

Pero a manos de las comunidades locales no solamente llegaron armas y otros objetos metálicos importados, sino que desde muy pronto estas también desarrollaron nuevas capacidades técnicas para fabricar sus propias producciones. Así, ya desde el s. VIII a.C. observamos la sustitución de las antiguas vasijas-horno por nuevos hornos de chimenea con tiro forzado, mucho más eficaces para transformar el mineral en metal⁸⁵. Uno de estos hornos es el que funcionó en el taller metalúrgico de Peña Negra⁸⁶, del que ya hablé en su momento, y que recuerdo se construyó a mediados del s. VIII a.C. A las puertas de este espacio artesanal se documentaron más de trescientos fragmentos de moldes cerámicos y pétreos, que delatan la producción en el taller de hachas, lanzas y espadas⁸⁷; de entre ellos, por cierto, llaman la atención los moldes de un tipo de espada especialmente complejo, de hoja pisciliforme y cuatro mesas, que M. Ruiz-Gálvez interpretó como de tipología Sa Idda⁸⁸, un tipo de arma abundante en la costa siriopalestina y en Etruria por estas mismas épocas, identificación que sin embargo recientemente C. Farnié y F. Quesada han puesto en duda dado que no se ha conservado la parte del molde correspondiente a los recazos de la espada, la más significativa para poder establecer esta tipología⁸⁹. En todo caso, y sea cual sea la tipología de la espada, quedémonos con que coincidiendo con la llegada de las primeras importaciones mediterráneas se establece en Peña Negra un taller metalúrgico, esto es, un centro artesanal especializado que rompe con la producción doméstica anterior y en el que se incorporan nuevos desarrollos tecnológicos de producción metalúrgica para la fabricación, entre otras cosas, de armas más sofisticadas de las que hasta entonces se habían conocido entre estas gentes.

Nuevas armas también pueden considerarse, por cierto, las puntas de flecha con arpón que aparecerán desperdigadas por el sur y este peninsulares en contextos

⁸⁴ Almagro Gorbea 1991: 40-41; 1996: 42; Rovira Llorens 1993: 57.

⁸⁵ Rovira Llorens 1993: 53.

⁸⁶ González Prats 1992: 245-249.

⁸⁷ González Prats y Ruiz Gálvez 1989: 370-373; González Prats 1992: 245-246; 1993 a: 25-25.

⁸⁸ Ruiz-Gálvez 1986: 15; González Prats y Ruiz-Gálvez 1992: 370.

⁸⁹ Farnié y Quesada 2005: 40-41.

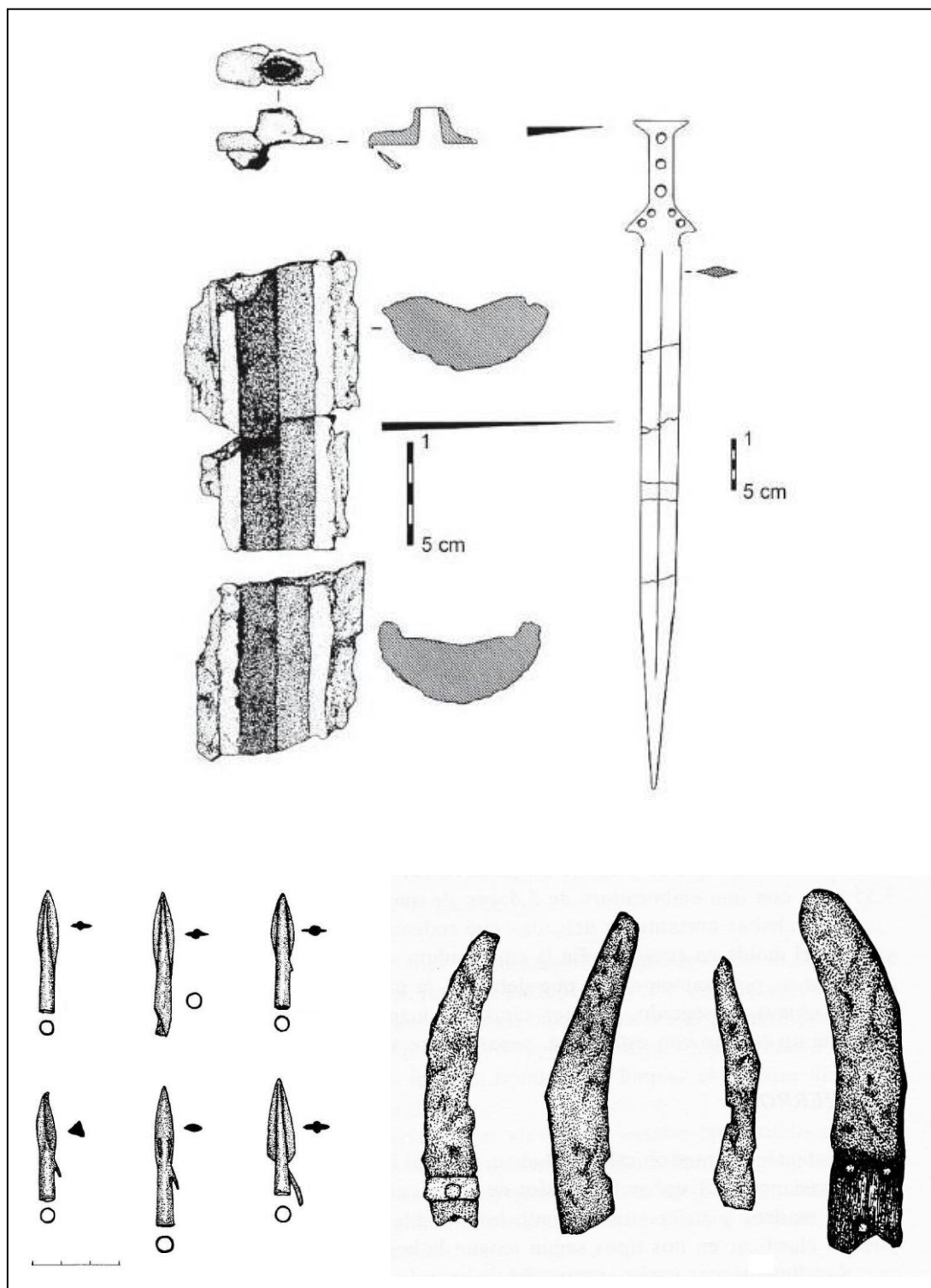


Fig. 5.2. Armas metálicas halladas en Peña Negra: molde de espada de hoja pistiliforme y reconstrucción del arma; puntas de flecha con arpón; cuchillos afalcatados.

de los siglos VII y VI a.C., y de las que se han recogido cuatro ejemplares en los alrededores de Peña Negra⁹⁰. O asimismo los cuchillos afalcatados, que por estas fechas hacen su aparición en un buen número de yacimientos del sur y el sureste conectados con el fenómeno colonial, y que se han recogido tanto en la necrópolis de Peña Negra, Les Moreres, como en El Oral⁹¹.

Este fenómeno, en cualquier caso, no es exclusivo de Peña Negra. Así, a pocos kilómetros de allí, en El Bosch (Crevillente), se documentaron moldes de piedra datados en el s. VIII a.C. y que hubieron de emplearse para producir hachas y espadas de hoja pistiliforme y cuatro mesas análogas a las de Peña Negra⁹²; y en El Fossino (Font de la Figuera, Valencia), con la misma cronología, encontramos un molde de piedra para fabricar lanzas⁹³. En Cabezo de la Fuente del Murtal, Santa Catalina del Monte y Cabezo Pequeño del Estaño, tenemos documentadas actividades metalúrgicas a pequeña escala igualmente para los siglos VIII y comienzos de VI a.C.⁹⁴, y otro tanto sucede en pequeños caseríos rurales situados en llano y exentos de fortificaciones, tales como Casa de Secà o La Vital, excavados recientemente y en los que se han advertido vestigios de trabajos metalúrgicos relacionados con el hierro⁹⁵. Pero mucho más significativa es la producción metalúrgica documentada en Castellar de Llibrilla, donde encontramos una estructura de transformación metalúrgica especializada dedicada a la producción de útiles de hierro, el llamado horno Norte, funcionando desde el s. VIII a.C.⁹⁶, producción que aumentará en el s. VII a.C. con la creación del conocido como Taller de fundición Este⁹⁷, en el que sabemos que entre otras cosas se fabricaban cuchillos afalcatados⁹⁸.

⁹⁰ González Prats 1982.

⁹¹ Mancebo 2000: 1825-1827. Si bien es cierto que generalmente se viene aceptando un carácter ceremonial, ritual, para estos cuchillos, relacionado con el sacrificio (cf. Mancebo 2000: 1828-1829; Quesada 1992: 201-206; Almagro y Lorrio 2011: 49-53), los menciono aquí porque su tipología es, en última instancia, la de un arma miniaturizada, y como tal aparecerán asociados en la iconografía ibérica a la imagen del guerrero (cf. Almagro y Lorrio 2011: 17-20). *Vid.* Fig. 5.2.

⁹² Simón 1998: 53 y 348; Vives-Ferrándiz 2008: 244.

⁹³ Simón 1996; Mesado 1999: 107 y 203.

⁹⁴ Respectivamente, Lomba y Cano 2002: 196; Ros 1986-1987: 85; García Menárguez y Prados Martínez 2014: 126.

⁹⁵ Soriano, Maestre y López Seguí 2012: 82-86; García Borja *et alii* 2013: 87-88.

⁹⁶ Ros 1993: 90-92. Rovira Llorens 1993: 60-61.

⁹⁷ Ros 1993: 92-106; Arana y Pérez Sirvent 1993: 129.

⁹⁸ González Prats 1992 a: 149.

Bien es cierto que, como señalan C. Farnié y F. Quesada, hasta el s. VI a.C. la mayor parte de las escasas armas que encontramos en el mundo ibérico son posiblemente alóctonas, máxime si se trata de piezas complejas cuya fabricación exija cualidades metalúrgicas específicas, como una espada⁹⁹. Pero sin embargo parece que las distintas comunidades locales que se vieron inmersas en el proceso colonial, y que por consiguiente se embarcaron en un rápido proceso de transformación de sus estructuras económicas y sociales, incorporaron y desarrollaron respuestas tecnológicas encaminadas a la fabricación de útiles metálicos, entre los cuales el armamento no tendría poco protagonismo.

Resulta *a priori* llamativo, al menos en mi opinión, que unos fenicios que llegaron a la Península con el acaparamiento de los metales como una de sus prioridades fundamentales¹⁰⁰, se apresuraran a poner en marcha toda una red de intercambio de bienes de prestigio con los gobernantes locales que entrañaban el regalo a estos de objetos metálicos. Y más aún que estos mismos fenicios, que pretendían poner en marcha un sistema de intercambios desiguales que les permitiera controlar algunos de los resortes económicos de las comunidades locales fiscalizando parte de sus excedentes, les entregaran armas y, peor aún, la tecnología para fabricarlas.

Pero toda esta aparente contradicción posiblemente se deba a que, como señaló agudamente F. Moreno Arrastio, toda conducta colonial tiende a engendrar objetos autosemejantes¹⁰¹, de manera que para optimizar sus beneficios, los jefes fenicios simplemente cedieron algunos ejemplares de armas complejas a los gobernantes locales que se mostraban dispuestos a colaborar en el mantenimiento de sus monopolios.

Vemos surgir así toda una serie de familias gobernantes que pugnan por consolidar su inestable preeminencia en el seno de sus respectivas comunidades, tratando de hacerse con el control de los escasos excedentes que aquellas producirían para destinar una parte de ellos a la adquisición de bienes de prestigio que a su vez reforzaran ideológicamente su estatus. Unas familias gobernantes que además, gracias

⁹⁹ Farnié y Quesada 2005: 24.

¹⁰⁰ Cf. por ejemplo Cunliffe 1993: 57-62.

¹⁰¹ Moreno Arrastio 2008: 53-55.

a sus contactos con los grupos fenicios, promoverán en sus comunidades el desarrollo de determinadas tecnologías artesanales especializadas, cuya producción controlarán y redistribuirán a voluntad. Y unas familias que, a partir de estos momentos y gracias a estos mismos contactos y a estas mismas tecnologías adquiridas, se revestirán de armas complejas mucho más eficaces en su función que las conocidas hasta entonces en estos territorios, unas armas que por su propia tipología y proceso productivo serán siempre armas onerosas, que no pueden ser fabricadas en serie sino que serán siempre patrimonio de la elite social que puede permitírselas y que las ostentará como eficaz materialización de un discurso ideológico jerárquico¹⁰².

Unas armas, por cierto, que conservarán en el seno de sus respectivas familias a lo largo de las generaciones, considerándolas quizás uno de los emblemas y fundamentos de su poder inestable. Por consiguiente, y al contrario de lo que sucederá en épocas posteriores, los vestigios que nos han quedado de las mismas son enormemente escasos y, salvo algunas excepciones como la citada ocultación de Villena, se refieren generalmente a su proceso de fabricación o a representaciones iconográficas, pero rara vez a *realia* propiamente dichos. Y es que estas armas singulares no entran a formar parte del ajuar funerario de los difuntos, pues su amortización significaría privar de un potente fundamento ideológico, difícilmente sustituible, a los descendientes del individuo fallecido. Así, en la necrópolis de Les Moreres solo encontramos un par de cuchillos afalcatados entre las tumbas excavadas¹⁰³, mientras que en la de Les Casetes, más significativa en este sentido, aparecen armas en cinco de los veinticinco enterramientos de los siglos VIII-VI a.C. publicados, pero se trata en todos los casos de lanzas y armas arrojadas, de la tipología usual para la época¹⁰⁴. Y ello pese a que en las mismas tumbas se amorticen abundantes y exóticas importaciones cerámicas y de pasta vítrea, seguramente onerosas de adquirir y reponer, pero que seguramente no se considerarían emblemáticas del poder de una familia gobernante, como sucedía con las armas, y cuya amortización ostentosa, cuya desaparición en definitiva, no alteraría por tanto los fundamentos ideológicos de la preeminencia social de la familia.

¹⁰² Farnié y Quesada 2005: 24-26. *Vid.* Fig. 5.3.

¹⁰³ González Prats 2002 a.

¹⁰⁴ García Gandía 2009.

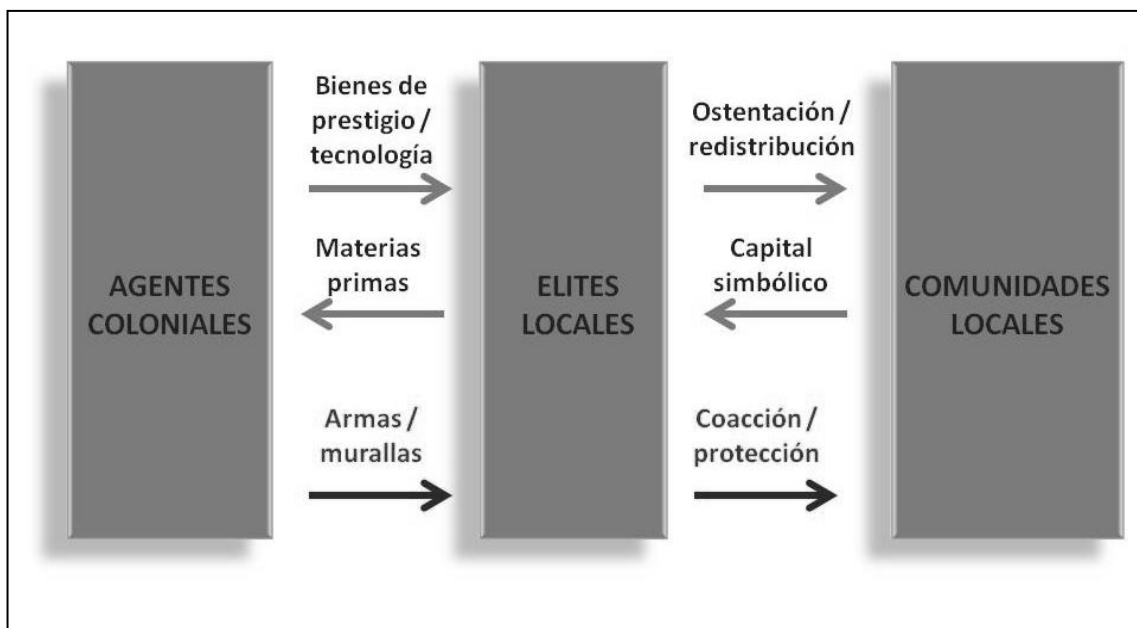


Fig. 5.3. El control sobre la violencia en el intercambio colonial.

Este discurso de los gobernantes de las comunidades locales en relación con la violencia, no obstante, tendrá rápidas consecuencias materiales en toda la región, la más llamativa de las cuales será, posiblemente, la proliferación de grandes estructuras defensivas. Pero pongamos por caso, para comenzar, el asentamiento que canalizaba en la región todas estas redes coloniales, La Fonteta.

A pesar de que La Fonteta se fundó a finales del s. VIII, y a pesar de que se encuentra enclavada en plena desembocadura del Segura, rodeada de lo que en la época serían zonas pantanosas y marjales, y por tanto bien visible y relativamente desprotegida, muy poco es lo que sabemos de la eventual construcción de infraestructuras defensivas en torno al asentamiento en su primera fase. Es posible que estas existieran, desde luego, y que las desconozcamos por hallarse enterradas por las dunas litorales, pero también puede ser que las fortificaciones de La Fonteta en estos primeros momentos se redujeran a una cerca cuyas huellas de postes tenemos documentadas en algunos tramos, aunque que también se ha especulado que podrían responder a embarcaderos¹⁰⁵.

Algo debió cambiar, no obstante, a mediados del s. VII a.C., esto es, en pleno momento de auge del fenómeno colonial. Y es que, pese a esta prosperidad aparente,

¹⁰⁵ González Prats 2007: 76-77.

en estos momentos el caserío de La Fonteta se repliega sobre sí mismo, quedando constreñido a una superficie de 1,5ha, superficie que se rodea por una potente muralla, para la erección de la cual por cierto se ha de amortizar un taller metalúrgico¹⁰⁶ y se reutilizan como material constructivo incluso molduras y estelas betilo de un posible santuario o necrópolis desconocido¹⁰⁷, lo que ha dado pie a que en ocasiones se haya supuesto que hubo de ser levantada en una situación de peligro¹⁰⁸. La arquitectura de la muralla, en cualquier caso, se compone de un gran lienzo de 4,5m de anchura, con paramentos externos compuestos de mampuestos irregulares pero de buena factura y un relleno de tierra y piedras articulado regularmente por una serie de tirantes que conectan ambos paramentos, generando una disposición a base de cajones. Este lienzo, que en algunos casos se ha conservado hasta los 3-3,5 m de altura (y que podría haber sido simplemente el zócalo sobre el que se alzara una tapia de adobe), se hallaba reforzado por dos cuerpos en talud que se le adosaban por ambas caras, alcanzando la fortificación un total de 7 m de anchura. El conjunto venía rematado, finalmente, por varios bastiones trapezoidales o cuadrangulares, y por un posible foso situado a 3,5m del lienzo y dotado de antemural¹⁰⁹.

En definitiva, por una serie de causas que desconocemos pero cuya naturaleza podemos llegar a entrever, durante la primera mitad del s. VII a.C. las someras defensas de La Fonteta dejan de considerarse suficientes, y el asentamiento invierte una enorme cantidad de recursos aún a costa de reducir su superficie habitada para dotarse de una potente fortificación, que asume prototipos fenicios orientales¹¹⁰.

Ahora bien, este proyecto arquitectónico de La Fonteta no fue único, sino que entre los siglos VIII y VII a.C. el número de asentamientos conocidos que se protegen con fortificaciones se dispara, tanto en mi zona de estudio como en todo lo que más

¹⁰⁶ González Prats y Ruiz Segura 1997: 356; 2000: 49-54; González Prats 2007: 77.

¹⁰⁷ González Prats y Ruiz Segura 1997: 355; 2000: 40. Recientemente, por cierto, se han identificado 81 bloques más entre sillares, cornisas y molduras que habían sido reutilizados en el complejo califal de La Rábida, y que igualmente pertenecerían a este santuario o necrópolis o a los monumentos que allí se erigieran (cf. Rouillard, Gailledrat y Dridi 2009: 493-495).

¹⁰⁸ González Wagner 2007: 126.

¹⁰⁹ Azuar *et alii* 1998: 113-114; 2000: 267-269; González Prats 2001: 179; 2007: 77-78; González Prats, Ruiz Segura y García Menárguez 1999: 273-276; González Prats y Ruiz Segura 2000: 40-46; Sala 2006: 131-132. *Vid.* Fig. 5.4.

¹¹⁰ Berrocal Rangel 2004: 40; Montanero 2008: 99-100.

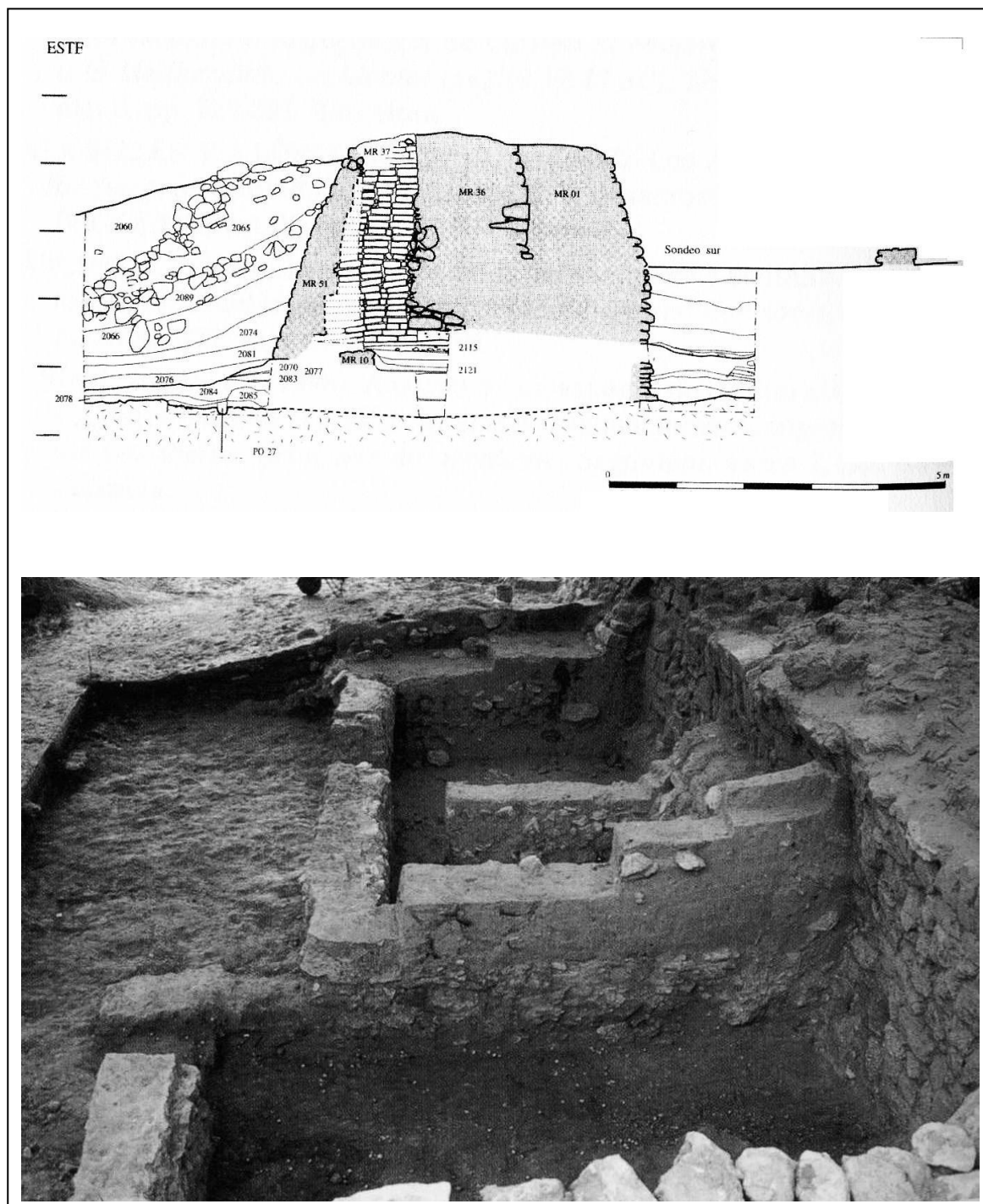


Fig. 5.4. Sección de la muralla de La Fonteta y fotografía de la misma durante su excavación.

tarde conoceremos como mundo ibérico¹¹¹. Como señala P. Moret, la mayor parte de estas nuevas fortificaciones no muestran grandes rupturas respecto de las contadas estructuras de este tipo que conocemos para el Bronce Final, tratándose simplemente de lienzos masivos de trazado sinuoso fabricados mediante la mera acumulación de mampuestos irregulares de mediano tamaño¹¹². Asentamientos como Peña Negra¹¹³, Los Almadenes¹¹⁴ o Plana Justa¹¹⁵ son solo algunos ejemplos de este tipo de fortificaciones simples, deudoras de alguna manera de ejemplares anteriores que perviven durante los primeros tiempos coloniales, como la fortificación masiva de Caramoro II (Elche, Alicante), datada entre los siglos IX y VIII a.C.¹¹⁶

Un ejemplo tardío de fortificación de este tipo sería la del asentamiento de El Oral, datable a finales del s. VI a.C. y situado en las estribaciones de la sierra de El Molar y por tanto cercano a La Fonteta, que se abandona en la misma época en la que se crea este poblado. Como ya señalé en el capítulo correspondiente, se trata de una fundación *ex novo*, que aparentemente presenta un urbanismo previamente planificado, y cuyas fortificaciones se construyeron al parecer previamente a las viviendas que engloban¹¹⁷. La arquitectura de estas no obstante es de lo más tradicional, a base de un lienzo de 2,5m de ancho compuesto por un paramento externo de piedras casi ciclópeas pero sin trabajar, un paramento interno de pequeños mampuestos, y un relleno entre ambos de tierra y piedras, zócalo que se hallaría encalado y sobre el que se sustentaría un alzado de adobes. El conjunto se encontraba rematado por un bastión, puede que dos, de planta cuadrangular, que no son sino salientes macizos de la muralla fabricados con los mismos paramentos que aquella¹¹⁸.

También se conocen, no obstante, fortificaciones más complejas, que sistemáticamente han sido descritas por algunos autores como edificaciones fenicias o

¹¹¹ Moret 1996: 299.

¹¹² Para un recuento de la arquitectura defensiva propia del Bronce Tardío y Final de las distintas regiones que conciernen a mi área de estudio, cf. Moret 1996: 177-187.

¹¹³ González Prats 1993: 184-187; Moret 1996: 480; Díes 2001: 95. *Vid.* Fig. 5.5.

¹¹⁴ López Precioso y Sala 1999: 234.

¹¹⁵ Bolufer y Vives-Ferrándiz 2003: 70-71.

¹¹⁶ González Prats y Ruiz Segura 1992: 23; Moret 1996: 483; Hernández Pérez 2005: 28.

¹¹⁷ Abad 1996: 129.

¹¹⁸ Abad 1986: 143-144; Moret 1996: 486-488; Abad y Sala 2001: 109-112; 2009 a: 501-503; Sala 2006: 132-133. *Vid.* Fig. 5.6.

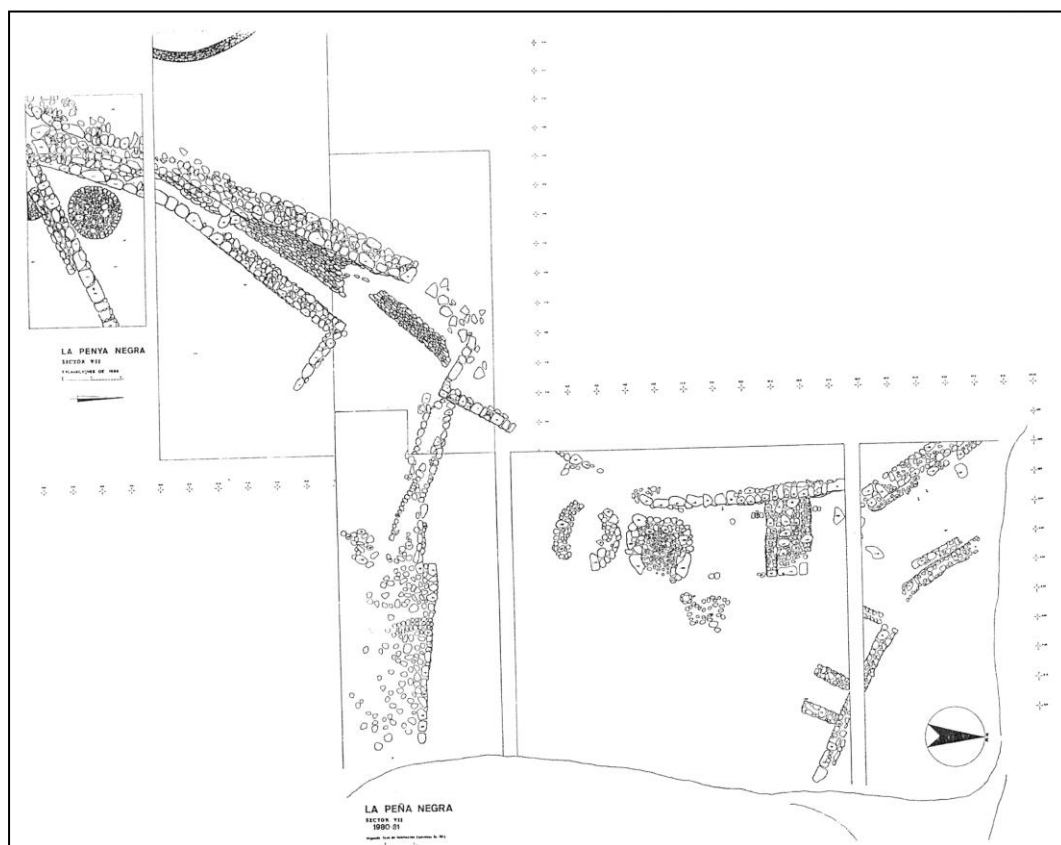


Fig. 5.5. Planimetría de Peña Negra.



Fig. 5.6. Reconstrucción axonométrica de la entrada de El Oral.

levantadas según patrones fenicios. La más antigua de todas es probablemente la de Cabezo Pequeño del Estaño. Este pequeño asentamiento emplazado a escasa distancia de La Fonteta se rodeó desde sus momentos fundacionales de un impresionante sistema defensivo, que únicamente se nos ha conservado en dos sectores, al oeste y al sur del hábitat. A pesar de que los datos que se han publicado al respecto son en algunos aspectos discrepantes¹¹⁹, parece ser que pudieron documentarse unos lienzos compuestos por dos muros dobles paralelos de mampostería irregular trabada con barro que contenían entre ellos un relleno de barro, arena y piedras, conformando un conjunto de unos cinco metros de ancho, que a su vez estaría reforzado por contrafuertes al interior y una estructura ataludada al exterior, adosada posteriormente. En el extremo suroeste se conserva además un bastión-contrafuerte de planta trapezoidal y paredes ataludadas. Pero el aspecto más controvertido del conjunto son una serie de tabiques que pudieron ser documentados en el interior de los lienzos, conectando los dos paramentos que constituían las caras de aquellos, y que en opinión de sus excavadores delimitarían toda una serie de casernas, cuya presencia delataría el diseño oriental de la muralla, con paralelos en la costa siriopalestina¹²⁰.

Es de reseñar que toda una serie de autores han criticado la interpretación de esta muralla, poniendo en duda o negando directamente la existencia de las mencionadas casernas, e insistiendo en la autoctonía de las técnicas constructivas puestas en práctica¹²¹. De hecho, L. Berrocal insistió hace unos años en la necesidad de diferenciar entre murallas de cajones, como la de La Fonteta, y murallas de casamatas, añadiendo que estas últimas no se habían generalizado en el Mediterráneo hasta el desarrollo de la artillería de torsión, y que desde luego no habían llegado a la Península hasta finales del s. III a.C. con la invasión bárquida¹²². Desde mi punto de vista, teniendo en cuenta las sucesivas descripciones que de la muralla del Cabezo Pequeño

¹¹⁹ Vid. Fig. 5.7.

¹²⁰ García Menárguez 1994: 272; 1995: 227-228; González Prats y García Menárguez 2000: 1530-1531; González Prats 2001: 178; 2007: 74; Prados Martínez y Blánquez 2007: 60-63; Bueno, García Menárguez y Prados 2013: 49; García Menárguez y Prados 2014: 117-123. Es de reseñar que, aunque las descripciones de los paramentos de estas edificaciones no han variado mucho desde las primeras noticias hasta el artículo recientemente publicado, salvo por lo que respecta a las casernas de las que no se hablaba en un comienzo, las planimetrías sí que han ido transformándose, por lo que su interpretación se torna problemática.

¹²¹ Vives-Ferrándiz 2005: 170; 2008: 247-249; Sala 2006: 130-131; Montanero 2008: 104.

¹²² Berrocal Rangel 2004: 45.

del Estaño se han publicado y sobre todo la mención que en todas ellas se hace a que las supuestas casernas no se hallaron amortizadas con el derrumbe de la muralla sino que el espacio entre los dos paramentos que marcaban los límites de la misma se hallaba relleno sin excepción de “barro, arena y piedras”, me inclino a pensar que la arquitectura de esta fortificación no sería muy distinta de la de La Fonteta, esto es, una muralla de cajones. Una fortificación, a pesar de todo, algo distinta de las estructuras tradicionales del Bronce Final, en contra de lo que los detractores del modelo de casernas han mantenido, y que exige una ulterior reflexión, a la que más tarde volveré.

Otro caso parecido es el de l'Alt de Benimaquí. Este pequeño hábitat enclavado en las alturas del Montgó y datable al parecer entre finales del s. VII o comienzos del VI a.C. y finales de dicha centuria¹²³ se rodeó desde un primer momento de un encintado defensivo del que se han recuperado 150m de longitud. El lienzo se compone de una sencilla acumulación en hileras irregulares de bloques variopintos de piedra local, trabados sin argamasa y solo en ocasiones con pequeñas cuñas, alcanzando una anchura que fluctúa entre los 1,20 y los 2m. El aspecto general es poco cuidado, aunque los bloques mayores tienden a situarse en la cara exterior, tratándose en ocasiones de pseudosillares de casi dos metros de longitud, mientras que en el interior observamos mampuestos de no más de quince centímetros. Por el interior, al lienzo se adosan las viviendas del poblado, que lo emplean como cierre trasero de los espacios habitables, en tanto que por el exterior y a distancias irregulares se adosan seis bastiones de planta trapezoidal irregular, de dimensiones variables y paramentos similares a los empleados en la muralla, aunque puede que dispuestos de una manera algo más compacta. No se ha documentado puerta alguna, por lo que el acceso se debía llevar a cabo por el espacio que resta entre las fortificaciones y el escarpe¹²⁴.

La investigación de este conjunto de fortificaciones se ha visto dificultada por la creciente precariedad de la disposición de los mampuestos a medida que estos ascendían en altura (alcanzando en algunos casos los dos metros de altura

¹²³ A pesar de las tempranas controversias sobre el tema y de que recientemente E. Díes (2001: 959) haya planteado retrotraerlo al s. VIII a.C., esta es la cronología más aceptada en la actualidad (Gómez Bellard 2010: 61-64).

¹²⁴ Schubart, Fletcher y Oliver 1962: 3 y 6; Schubart 1963; Díes, Gómez Bellard y Guérin 1991: 16-17; Moret 1996: 480-482; Sala 2006: 129. *Vid.* Fig. 5.8.

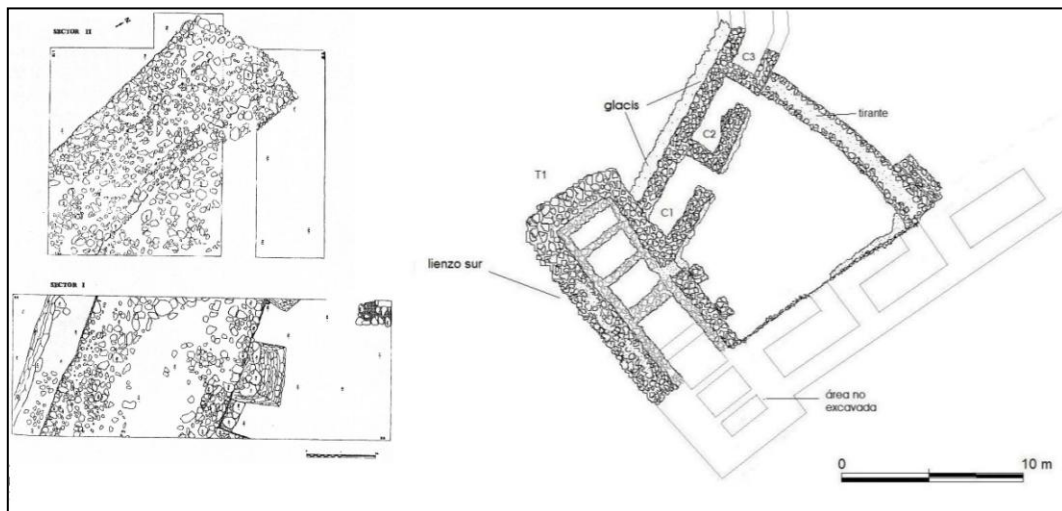


Fig. 5.7. Interpretaciones planimétricas sucesivas de las fortificaciones de Cabezo Pequeño del Estañó.

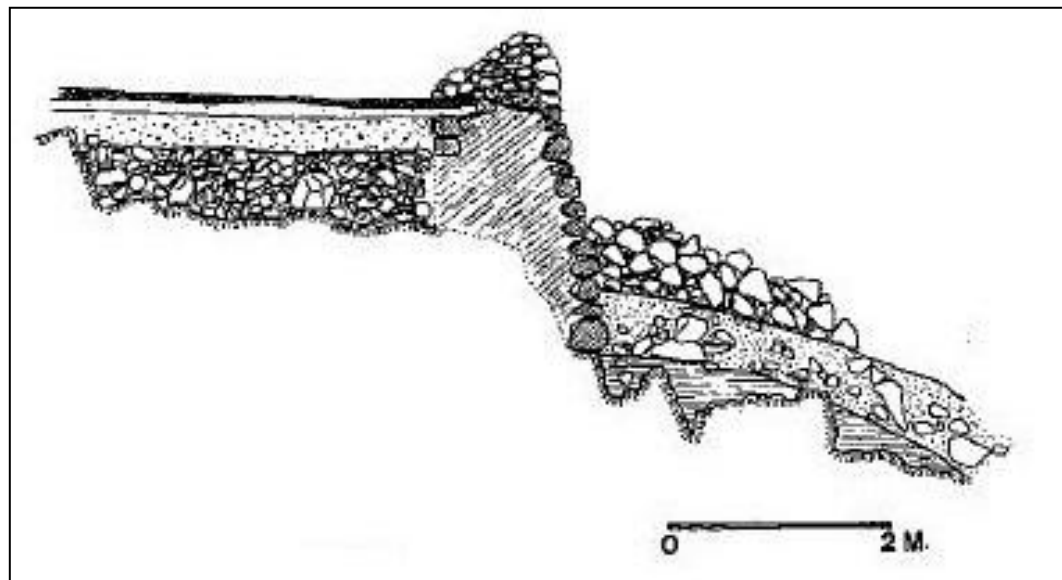


Fig. 5.8. Sección de las fortificaciones de Alt de Benimaquía.



Fig. 5.9. Tramo sureste de la muralla de Cabezo de la Fuente del Murtal.

conservados), precariedad que solo en la revisión que se llevó a cabo a finales de los años ochenta se comprobó que venía motivada por procesos postdeposicionales: posiblemente las labores agrícolas llevadas a cabo en la zona habían motivado que las piedras procedentes del derrumbe de las murallas y bastiones fueran recogidas y vueltas a acumular sobre los zócalos de estos para despejar el espacio cultivable circundante, comportamiento que explicaría que los arqueólogos que excavaron la estructura no encontraran derrumbe alguno, y que a partir de un determinado momento que no pudo ser determinado con precisión las hiladas irregulares de piedras heterogéneas se conviertan en un mero amontonamiento de mampuestos¹²⁵.

En cualquier caso, el empleo de pseudosillares y otros grandes bloques entre los materiales que conformaron estas estructuras y, sobre todo, la existencia reiterada de bastiones de planta trapezoidal que se adelantan a la muralla a lo largo de su perímetro ha llevado a varios autores a proponer que se tratara de una fortificación fenicia, llevada a cabo bajo supervisión fenicia, o al menos que presenta “un fuerte sabor mediterráneo”¹²⁶. Otros arqueólogos han señalado, y con razón, que se trata de un ejemplar singular, sin paralelos evidentes en la arquitectura defensiva local para estos años¹²⁷. Finalmente, refiriéndose a construcciones de este tipo, F. Prados y J.J. Blánquez han defendido que se trataría de estructuras levantadas por mano de obra autóctona siguiendo las indicaciones de arquitectos orientales, motivo este del *décalage* entre la complejidad de los prototipos y la tosquedad de la factura¹²⁸.

Un tercer yacimiento que presenta características concomitantes con los anteriormente mencionados, pese a lo cual la historiografía apenas ha reparado en él por el momento, es el Cabezo de la Fuente del Murtal. Este minúsculo poblado, del que ya hablé en su momento, muestra una poderosa fortificación basada en lienzos rectilíneos de 2,5-2,7m de espesor, compuestos cada uno de ellos por muros paralelos de piedras de gran tamaño, careadas pero no trabajadas, fijadas por pequeñas cuñas y dispuestas en hileras de tamaño cada vez menor a medida que se gana en altura; ambos paramentos están conectados entre sí periódicamente por tabiques transversales de similar mampostería, rellenándose el conjunto por paquetes de

¹²⁵ Díes, Gómez Bellard y Guérin 1991: 17-19.

¹²⁶ Díes, Gómez Bellard y Guérin 1991: 23-24; Díes 1995: 359; 2001: 95; González Prats 2001: 176.

¹²⁷ Sala 2006: 129.

¹²⁸ Prados Martínez y Blánquez 2007: 59.

piedras pequeñas y arena. El conjunto, que a juzgar por el volumen de los derrumbes alcanzaría los tres metros de altura, se encontraba jalonado por un mínimo de seis grandes bastiones, dispuestos en las esquinas de la fortificación y en el centro de los lados más largos de la misma. El análisis detenido de estos evidencia que presentaban una tipología bastante variable entre sí, pero todos ellos contaban con una planta cuadrangular, se adosaban a la muralla por el lado externo o bien constituían un ensanchamiento de la misma, y mostraban similares técnicas constructivas que los lienzos, rematándose solo en ocasiones en contrafuertes ataludados¹²⁹.

En definitiva, parece que nos encontramos una vez más con una fortificación, datada a finales del s. VII a.C. como la de Alt de Benimaquía, y que como esta cuenta con torres de planta cuadrangular adelantándose regularmente a la línea de muralla, mientras que, como Cabezo Pequeño del Estaño o La Fonteta, se compone de una estructura a base de cajones superpuestos, delimitados por forros de mampostería irregular de gran tamaño trabada con cuñas, y rellenos de piedras pequeñas y tierra.

Merece asimismo la pena realizar una breve mención al asentamiento de La Quéjola. Datable algo después, a finales del s. VI a.C., este núcleo habitado se rodeó por tres de sus lados de una muralla de 1,3-1,6m de potencia, compuesta de dos forros paralelos de grandes piedras careadas trabadas con pellas de arcilla que regularmente son interconectados por tabiques perpendiculares, generando nuestra ya vieja conocida estructura de cajones yuxtapuestos, que en este caso igualmente se rellenan de piedras pequeñas y tierra. En este caso se ha propuesto que estos lienzos se rematarían en un alzado de adobe o tapial, pero lo cierto es que no ha aparecido vestigio del mismo. Un torreón de planta cuadrangular de seis metros de grosor adosado a la muralla defendía el conjunto por el sur, flanqueando quizás el acceso al mismo, aunque esto no ha podido ser comprobado debido al grado de arrasamiento de la muralla en este sector¹³⁰.

Puede comprobarse por consiguiente que, además de proliferar en el sureste peninsular desde los primeros momentos del contacto colonial los asentamientos que se rodeaban de fortificaciones, por toda el área de estudio encontramos asimismo toda una serie de pequeños poblados de nueva fundación que se dotan de unas

¹²⁹ García Blánquez 1996: 74-75; Lomba y Cano 1997: 22; 2002: 171-177. *Vid.* Fig. 5.9.

¹³⁰ Blánquez y Olmos 1993: 91; Blánquez 1995: 195; 1996: 161; Moret 1996: 492-493.

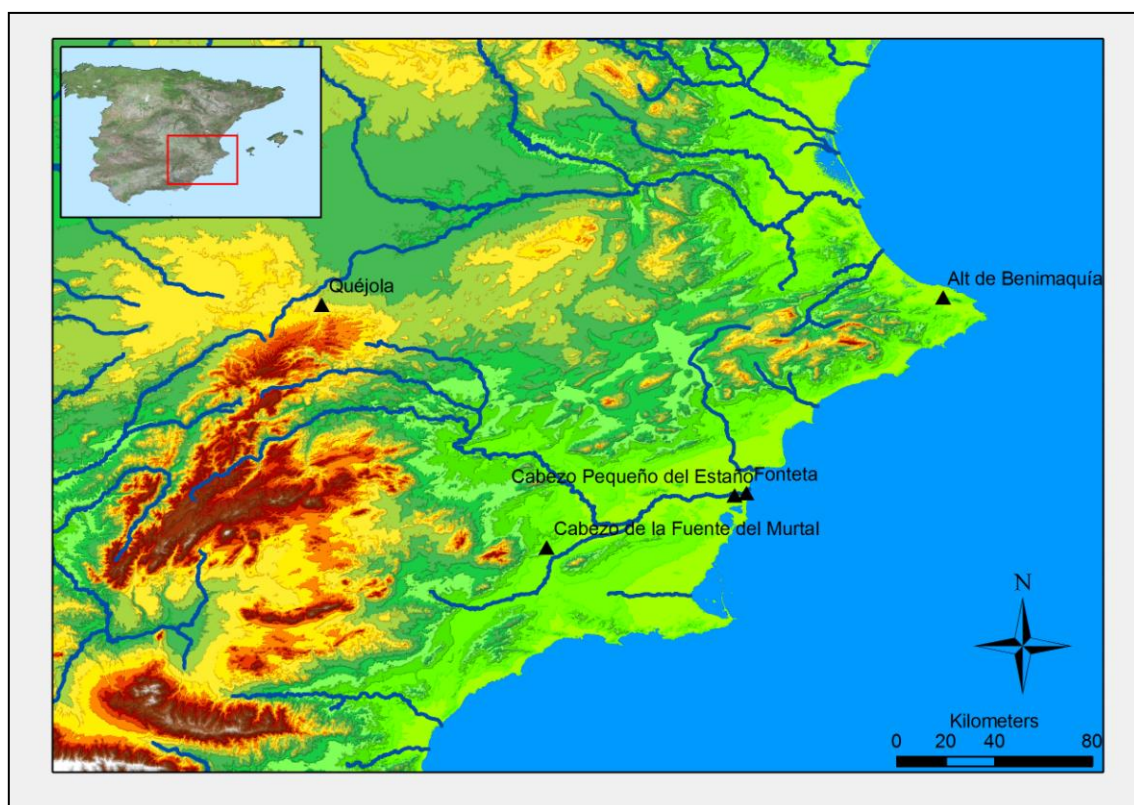
murallas que, sin abandonar la técnicas constructivas tradicionales, presentan ciertos rasgos novedosos que los hacen emparentar con el ámbito cultural colonizador¹³¹.

No parece que se trate de murallas fenicias *sensu stricto*, pero sí de estructuras híbridas, propias de un ámbito colonial construido sobre una maraña de interrelaciones económicas, políticas y culturales bidireccionales. Unas estructuras que levantaron comunidades locales, por mandato de gobernantes locales, pero que, al erigirse en relación con hábitats que se estaban creando *ex novo* en estos momentos, quizás se esforzaron por imitar las defensas del núcleo desde el que se gestionaban las redes coloniales, La Fonteta, por el prestigio que aquellas ostentaban en un mundo en el que la preeminencia de las elites locales venía fundamentada en buena medida en sus relaciones con los agentes colonizadores. Una mimesis imperfecta, o mejor, una creación híbrida, que partiría de la observación directa del prototipo colonial, o que incluso podría haber contado en la concepción de los trabajos con la asistencia de artesanos especializados. Estamos tratando, al fin y al cabo, del mismo fenómeno que unas páginas atrás comentaba con relación al armamento: hablo de unos agentes coloniales que, para optimizar su control sobre las redes económicas regionales, permiten participar en algunos de sus monopolios tecnológicos a ciertas elites locales afines, que de esta manera ven aumentar su preeminencia sobre sus respectivas comunidades y sobre las comunidades vecinas; en este caso, no solamente armándose como lo harían los colonizadores, sino también dotándose de murallas más efectivas.

Es de reseñar, por cierto, que en ocasiones se ha planteado que las murallas de cajones evidenciarían una construcción comunal, en la que cada grupo familiar levantaría simultáneamente una sección del recinto, lo que nos habla ya de un proyecto colectivo, cívico¹³². Desde mi punto de vista, sin embargo, esta deducción no es evidente, dado que las obras igualmente pudieron ser llevadas a cabo por distintas cuadrillas de trabajadores coordinadas desde un poder central, como de hecho sucedía por ejemplo en las ciudades cananeas y fenicias en las que aparecen los prototipos de estas murallas, ciudades en las que encontramos ya desde el Bronce Final unas sociedades fuertemente jerarquizadas.

¹³¹ Vid. Mapa 5.1.

¹³² Blánquez y Olmos 1993: 91; Blánquez 1995: 195.



Mapa 5.1. Murallas “orientalizantes” o de arquitectura híbrida.

En todo caso, y dejando a un lado estas “murallas híbridas”, observamos, como decía, que se produce una proliferación generalizada de hábitats fortificados por toda el área de estudio. Proliferación cuya relación con el fenómeno colonial resulta difícil de negar, aunque es seguramente menos directa de lo que tradicionalmente se viene pensando. Al fin y al cabo, como señalara P. Van Dommelen hace unos años en relación con la colonización fenicia, en contra de lo que en muchos casos se ha afirmado la urbanización es un proceso que responde generalmente a impulsos autóctonos en las distintas regiones del Mediterráneo, pues las relaciones campo-ciudad que se establecen desde los núcleos fenicios en Ultramar no suelen tomar fuerza hasta bastante tiempo después de su fundación¹³³. Desde luego, el fenómeno colonial mediatizaría y espolearía la construcción de fortificaciones, pero estas responderían únicamente a estímulos internos, locales, y surgirían solo allá donde dichos estímulos operaran de acuerdo con las estructuras socioeconómicas vigentes.

¹³³ Van Dommelen 2005: 146-147.

De hecho, creo que E. Díes no hierra al poner en relación la construcción de fortificaciones complejas en este período con la aplicación de la arquitectura en piedra de planta cuadrada¹³⁴, ni lo hacen C. Gómez Bellard y P- Guérin cuando la relacionan con la proliferación de “tesoros”¹³⁵. Hablamos, al fin y al cabo, de sociedades cuyo crecimiento demográfico y creciente complejización socioeconómica les permiten por primera vez generar y acumular cierta cantidad de excedentes, que han de defender. De sociedades que a partir de un determinado momento edifican en piedra, ponen en práctica una agricultura intensiva (que implica entre otras cosas la construcción de infraestructuras agrícolas, y el cultivo de árboles frutales y otras especies leñosas de rendimiento retardado) y delimitan necrópolis, todo lo cual evidencia una nueva concepción acerca de la propiedad estable y definida del territorio, cuya manifestación más explícita sea quizás el planteamiento de una muralla¹³⁶. De unas sociedades, en fin, cuyas elites gobernantes por primera vez disponen de los medios para administrar un volumen importante de recursos, excedentes y mano de obra de sus respectivas comunidades, pero que al mismo tiempo han de legitimar su preeminencia mediante discursos ideológicos y actuaciones que materialicen aquellos¹³⁷; actuaciones como por ejemplo la erección de una muralla. Una muralla que, al fin y al cabo, permitiría asegurar la protección de la comunidad y sus excedentes, pero cuya construcción requeriría que toda la comunidad prestara su fuerza de trabajo, sometiéndola eventualmente a la coordinación (a la fiscalización) de determinados individuos.

Por consiguiente, nos topamos con unas elites sociales que, en estos momentos de rápidas transformaciones socioeconómicas mediatizadas por la existencia del fenómeno colonial, tratan de reforzar sus prerrogativas sociales a través de toda una serie de estrategias, de entre las cuales he subrayado en las últimas páginas dos: la posesión de determinadas armas aristocráticas, regaladas por los agentes coloniales o producidas mediante los nuevos procesos metalúrgicos que comienzan ahora a ponerse en práctica, armas cuya efectividad a la hora de ejercer la violencia no tiene parangón respecto del armamento tradicional peninsular en bronce o cobre, y cuya

¹³⁴ Díes 2001: 105-106.

¹³⁵ Gómez Bellard y Guérin 1995: 263.

¹³⁶ Berrocal 2004: 30.

¹³⁷ Gracia 2004: 83-84; Sanz 2007: 188.

fabricación especializada solo ellos pueden costearse, por lo que se convierten al tiempo en emblema y materialización de su preeminencia; y la construcción de murallas, que permitirán a la comunidad (y a su elite dirigente) defender mejor los excedentes que solo ahora comienzan a generarse en un volumen apreciable, pero cuya erección no solo será un signo de la prosperidad de la comunidad sino también del poder de sus gobernantes, razón por la cual no resulta de extrañar que en ocasiones las fortificaciones traten de aplicar técnicas propias del mundo colonial, la colaboración de cuyos agentes al fin y al cabo constituirá un fundamento importante de las diversas elites locales.

Lamentablemente, no será hasta el final de la etapa de la que estoy hablando cuando se generalice la iconografía figurativa en el sureste peninsular, a diferencia de otras regiones afectadas por este mismo fenómeno colonial en las que el registro iconográfico es algo más prolijo, por lo que las autorrepresentaciones de estas elites dirigentes de las que vengo hablando que han llegado hasta nosotros son enormemente escasas en número.

El conjunto iconográfico más importante de estos momentos es, por supuesto, el compuesto por los relieves de Pozo Moro, a los que tantas veces he aludido ya en estas páginas, datables como ya dije a finales del s. VI a.C. En ellos encontramos al menos dos, posiblemente tres, representaciones de varones sobre las que merece la pena detenernos¹³⁸.

La primera de ellas, la más completa, es la que aparece en el panel denominado “relieve del dendróforo”, en el que un personaje masculino avanza hacia la izquierda, transportando sobre sus espaldas un gran árbol repleto de pequeños pájaros que liban de sus flores; su tarea viene facilitada por la asistencia de unos pequeños personajes barbudos, que clavan unos instrumentos en forma de horcas en el tronco, en tanto que por el contrario al menos tres seres monstruosos que escupen fuego por la boca intentan impedir su paso. En su momento M. Almagro interpretó la escena como el robo del árbol de la vida por un héroe, dejando abierta la posibilidad de identificarlo con alguno de los héroes orientales aunque sin atreverse a concretar¹³⁹; J.M. Blázquez,

¹³⁸ Vid. Fig. 5.10.

¹³⁹ Almagro Gorbea 1978: 265; 1983 a: 202; 1993-1994: 114.

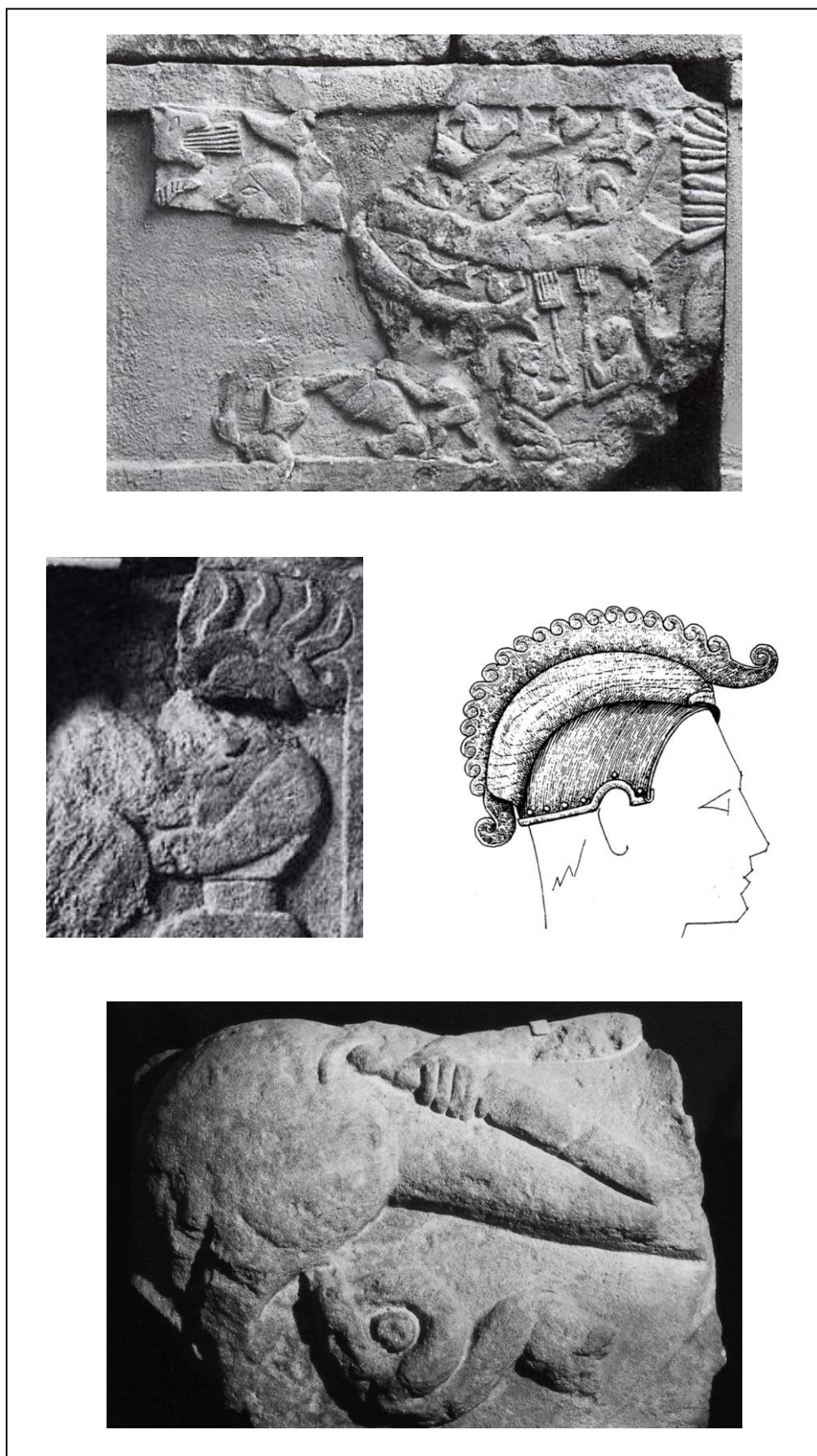


Fig. 5.10. Guerreros del monumento de Pozo Moro: dendróforo; guerrero “smiting god” (detalle de las armas, y comparación con el caso documentado en Cigarralejo); y guerrero luchando con “quimera”.

por el contrario, pronto reconoció “con seguridad” al personaje como Gilgamesh¹⁴⁰, y más adelante S. O’Byrhim llegó a proponer su interpretación como Apolo apropiándose del oráculo de Delfos¹⁴¹, en tanto que recientemente F. López Pardo ha preferido compararlo más en general con el mitema próximo-oriental del héroe que roba el árbol de la vida para presentárselo después a la divinidad¹⁴². R. Olmos, sin embargo, planteó que podría tratarse más bien de un héroe propio del imaginario ibérico, considerado como el ancestro del gobernante que ordenó levantar el monumento, héroe cuya hazaña de conquistar para su comunidad el árbol de la fecundidad le habría reportado prerrogativas monárquicas¹⁴³.

Más fragmentado ha llegado hasta nosotros el conocido como “relieve del guerrero”, en realidad solamente un extremo del panel que por lo demás se ha perdido, en el que podemos observar a un personaje vestido con túnica corta que se ciñe con un ancho cinturón y protegido con casco y *caetra*, que se dispone en actitud de combate, blandiendo aparentemente una lanza, para enfrentarse a un enemigo que desconocemos. En este caso, M. Almagro no dudó en interpretar este personaje como el dios Reshef¹⁴⁴, debido fundamentalmente a la postura del guerrero, conocida genéricamente como *smiting god* y que generalmente se consideraba atributo de dicha divinidad¹⁴⁵. J.M. Blázquez acepta esta hipótesis, aunque propone a su vez la alternativa de identificarlo con Hadad¹⁴⁶. Ahora bien, si por una parte creo que difícilmente podemos aceptar la identificación de este personaje con los *smiting gods* fenicios (pues un examen detenido del mismo evidencia que no blande la lanza por encima de su cabeza, sino que simplemente la sostiene en su diestra en actitud de espera), por la otra hace ya tiempo que no se considera aceptable la identificación de los *smiting gods* con una divinidad concreta, sino que más bien responderían a un esquema de representación habitual en la iconografía oriental para referirse a sus diversas divinidades guerreras¹⁴⁷. Por ello M. Trillmich y M. Blech prefirieron

¹⁴⁰ Blázquez 1979: 151-153; 1993: 37.

¹⁴¹ O’Byrhim 1991: 67-70.

¹⁴² López Pardo 2006: 84-96.

¹⁴³ Olmos 1996 d: 109-111. Cf. también Fernández Rodríguez 1996: 308-309.

¹⁴⁴ Almagro 1978: 263; 1983 a: 196.

¹⁴⁵ Almagro Basch 1980.

¹⁴⁶ Blázquez 1979: 148.

¹⁴⁷ Byrne 1991; López Grande 2000; Petrovic 2001: 116-117.

interpretar a este guerrero como un héroe propiamente ibérico, aludiendo a su *caetra* y al casco, que identificó como un paralelo del casco hallado por E. Cuadrado en el Cigarralejo y datado un siglo después¹⁴⁸. Ahora bien, en realidad el paralelo con la cimera de dicho casco¹⁴⁹ no me parece nada evidente, y menos aún dado que la comparación obvia los cuernos que muestra el guerrero de Pozo Moro, y que no aparecen en el casco murciano. Finalmente, F. López Pardo propuso que originariamente el guerrero podría representar al dios fenicio Sid, identificado habitualmente con un casco análogo al de Pozo Moro¹⁵⁰.

Por último, me gustaría llamar la atención sobre un tercer relieve, el más fragmentario de todos los que aquí traeré a colación, que creo que podría estar aludiendo a una tercera escena “heroica” de este tipo. Me refiero al conocido como “relieve del jinete” o “de la quimera”, lo que ya de por sí dará una idea de lo controvertido de su identificación. En él, M. Almagro identificó un caballo en movimiento bajo el que se enroscaba una serpiente con cabeza felina, y sobre cuyo costado aparecía la espada del jinete que posiblemente estaría montando al équido¹⁵¹. Enseguida J.M. Blázquez advirtió que la supuesta serpiente no se yuxtaponía al mamífero sino que formaba parte del mismo, esto es, se trataba de una quimera¹⁵², añadiendo lacónicamente que la espada no pertenecería a ningún jinete, afirmación que recientemente desarrollaron C. Farnié y F. Quesada, quienes repararon en que la posición del brazo resultaba incompatible con un jinete, cuyo hombro estaría demasiado adelantado sobre el lomo de la montura, por lo que proponían que se trataría más bien de un centauro con cola de serpiente¹⁵³. De hecho, un estudio detenido del relieve me permitió en un trabajo anterior¹⁵⁴ reparar en que la muñeca de la mano que esgrime el arma está flexionada hacia la parte delantera del animal, y la palma de aquella se muestra hacia afuera, con el pulgar hacia el pomo y no hacia la guarda, todo lo cual resultaría antinatural si la espada estuviera esgrimida por un jinete

¹⁴⁸ Trillmich 1990: 608; Blech 1996: 201. En el mismo sentido, cf. Olmos 1996 d: 108-109, aunque sin aludir al casco.

¹⁴⁹ Cuadrado 1991.

¹⁵⁰ López Pardo 2006: 61-72.

¹⁵¹ Almagro Gorbea 1978: 262; 1983 a: 206-207.

¹⁵² Blázquez 1979: 154.

¹⁵³ Farnié y Quesada 2005: 127.

¹⁵⁴ García Cardiel 2014 a: 625-627.

o un centauro, pero se explicaría mucho mejor si pensáramos en un guerrero que no se situaría sobre la bestia sino tras ella y que, pasando el brazo por encima del lomo de aquella, en un esquema iconográfico bastante habitual en la plástica oriental, se encontraría apuñalándola.

Por lo que respecta al arma representada, sobre la que más adelante volveré, se trata de una espada de cuatro mesas, con guarda corta y rematada en un pomo en el que se representa una cabeza de felino. Esta empuñadura no tiene ningún paralelo conocido en Iberia, ni tampoco en todo el Mediterráneo Occidental o Central, y se asemeja todo lo más a ciertas espadas neohititas¹⁵⁵. Se trata, en definitiva, de un arma singular, única, que habría sido fabricada en exclusiva para su dueño, que la enarbolaría quizás como uno de sus emblemas de su poder.

En resumidas cuentas, en Pozo Moro nos encontramos con tres escenas en las que podemos entrever, al margen del contenido concreto de cada mito al que lamentablemente ya nunca podremos acceder, a un varón que, en actitud heroica, vence a toda una serie de enemigos monstruosos. Creo que podemos considerar que los aristócratas que mandaron levantar este monumento se verían reflejados en este héroe, posiblemente lo considerarían su ancestro, y con bastante seguridad lo tendrían como paradigma del sistema de valores *ortodoxo* del buen gobernante. Pero fijémonos en que no se trata, al menos en mi opinión, de un “rey sacro” en el sentido en el que M. Almagro aplicaba este término para tratar de describir el sistema ideológico del poder en época orientalizante¹⁵⁶; no se trata de un monarca que se considera descendiente de los dioses y personificación de estos, y a cuyos deseos la naturaleza responde obsequiosa, a la manera que parece representar Habis en el mito transmitido por Justino¹⁵⁷. Hablamos de un personaje con unas características singulares que lo separan de manera radical del común de la población, pero que ha de hacer valer esas cualidades heroicas venciendo con esfuerzo a sus enemigos¹⁵⁸, esto es, ha de poner en riesgo su vida para defender a su comunidad. El matiz, en mi opinión, es importante. Como también lo es el hecho de que en los tres relieves aparezcan subrayados las herramientas con las que cuenta el héroe para llevar a cabo

¹⁵⁵ Farnié y Quesada 2005: 127-128; Sanz y Blázquez 2010: 256.

¹⁵⁶ Almagro Gorbea 1996: 60-67.

¹⁵⁷ Justin. XLIV, 4, 1.

¹⁵⁸ Olmos 1996 d: 103; Chapa 2003: 105.

sus hazañas: una exótica *harpé* en manos del dendróforo, que se cubre con un casco; una *caetra*, una lanza y un llamativo casco con cuernos y cimera, en el caso del guerrero; y una espada singular que es blandida por el desconocido héroe que apuñaló a la quimera. Armas únicas todas ellas, que identificarían a sus portadores y subrayarían su preeminencia social y su prestigio. Armas como las que, veíamos, los gobernantes de las comunidades locales de los siglos VIII al VI a.C. se afanaban por conseguir y ostentar, ya fuera gracias a los intercambios con los agentes coloniales, o fabricándolas mediante la importación y el desarrollo de nuevas tecnologías metalúrgicas.

Dejando ya Pozo Moro, la otra posible autorrepresentación de un aristócrata de la época que encontramos en el sureste peninsular es la contenida en la estela de Altea. Datada hacia finales del s. VI a.C.¹⁵⁹ y hallada junto a una decena de incineraciones en urna que parecen poder fecharse en esos mismos años¹⁶⁰, esta estela de arenisca de casi un metro de alto aparece grabada por tres de sus caras, habiéndose perdido únicamente la parte inferior y la superior, correspondientes a los pies y la cabeza del guerrero representado. En la piedra, y a través de un puñado de trazos rectilíneos bastante esquemáticos, se grabaron la vista frontal y los perfiles del cuerpo del varón, según una concepción cúbica del modelo; el personaje aparece ataviado con una túnica larga con escote triangular que se ciñe con un cinturón ancho, y porta envainados un cuchillo afalcado sobre el pecho, y una gran espada de compleja guarda y empuñadura (sin paralelos en el mundo ibérico del sureste, pero que ha sido identificada por los sucesivos autores como una espada de antenas, procedente quizás del noreste o de más allá de los Pirineos¹⁶¹). Tampoco tiene paralelos en el mundo ibérico del sureste, de hecho, la propia estela como soporte de una representación antropomorfa, cuya tipología presenta más bien resonancias itálicas o ligures¹⁶². Pero en todo caso, una vez más y al igual que sucedía en Pozo Moro, pese a las evidentes diferencias estilísticas, nos encontramos con la

¹⁵⁹ Quesada 1997 a: 729; Farnié y Quesada 2005: 125; Martínez García 2005 a: 291-294; Sala 2007: 54. *Vid.* Fig. 5.11.

¹⁶⁰ Morote 1981.

¹⁶¹ Morote 1981: 421-423; Cisneros 1984: 122; Cuadrado 1987 a: 197; Farnié y Quesada 2005: 125.

¹⁶² Sala 1996: 21-22; 2007: 54.



Fig. 5.11. Estela de Altea.

representación de un varón que ostenta, en este caso con un protagonismo innegable, sus armas, cuya tipología resulta exótica para la época y la región en la que aparecen.

5.3. Combate de campeones en los primeros pasos del mundo ibérico.

Si a finales del s. VI a.C. observábamos cómo aparecían las primeras autorrepresentaciones explícitas de las aristocracias ibéricas, y cómo estas aludían siempre a guerreros que, ostentando ciertas armas singulares, eran capaces de enfrentarse a retos sobrehumanos, quizás en defensa de sus respectivas comunidades, durante la primera mitad del s. V a.C. comprobaremos que este tipo de relatos perviven activos y continúan representándose, haciéndose cada vez más comunes.

El ejemplo más conocido que podría mencionar al respecto no pertenece, sin embargo, a mi área de estudio. Me refiero al conjunto escultórico de Cerrillo Blanco de Porcuna, datable a comienzos del s. V a.C., y al que ya he aludido en más de una ocasión en estas páginas. Por lo que a nosotros interesa en estos momentos, merece la pena destacar el hecho de que una buena parte de las piezas representan a seres humanos, la mayoría varones, y generalmente relacionados con una función guerrera.

Hablo de personajes revestidos de completas panoplias aristocráticas de gran valor y vistosidad, compuestas de cascos, discos-corazas sobre petos acolchados, *caetrae* y grebas como elementos defensivos, y con espadas de frontón, puñales, falcatas, lanzas y carcajes como armas ofensivas, acompañados en ocasiones por sus monturas, protegidas por complejos atalajes¹⁶³. Personajes que por lo general fueron representados enzarzados por parejas en combates singulares, participando en escenas de caza o palestra, o enfrentándose a sangrientos monstruos híbridos¹⁶⁴.

Diversos autores han llamado la atención sobre la gran distancia conceptual que separa a las imágenes de Cerrillo Blanco de Porcuna y Pozo Moro, habida cuenta del escaso margen temporal que media entre ambos, no mucho más de una generación si la datación que generalmente se acepta para los dos es correcta. En ocasiones se ha contrapuesto el discurso mítico de Pozo Moro frente al tono épico de Porcuna¹⁶⁵, el héroe sobrehumano y de potencia arrolladora de Pozo Moro a los esforzados guerreros que en Porcuna vierten la sangre propia junto a la enemiga¹⁶⁶. Y es que, en efecto, más allá de las diferencias estilísticas, la mentalidad ha cambiado: aun cuando siga tratándose de varones guerreros que emplean sus capacidades extraordinarias para defender a la comunidad de los peligros que la acechan, empleando para ello una violencia en cuyo ejercicio son especialistas eficaces, la distancia existente entre estos campeones y el común de la comunidad, se ha reducido. Ya no estamos ante varones sobrehumanos capaces de cargar árboles sobre sus hombros, ni ante guerreros en cuyo casco aparecen los cuernos que, en determinados sistemas iconográficos, podrían pasar por atributos divinos. Nos encontramos ante guerreros modélicos, puede considerarse que paradigmáticos de las virtudes de la aristocracia de la época¹⁶⁷, pero humanos al fin y al cabo, que al enfrentarse a un grifo no pueden evitar que este les desgarre la pierna con sus zarpas.

Ahora bien, tampoco podemos olvidar la presencia de las panoplias representadas, cuyo protagonismo en las escenas, de hecho, parece ser buscado por

¹⁶³ García-Gelabert 1994: 205-207.

¹⁶⁴ Cf. González Navarrete 1987; Negueruela 1990. *Vid.* Fig. 5.12.

¹⁶⁵ Aranegui 2006: 117-118.

¹⁶⁶ Chapa 2003: 115; Ruiz Rodríguez y Sánchez Vizcaíno 2003: 141-142.

¹⁶⁷ Olmos 1992 b: 30-31; 1997: 256.

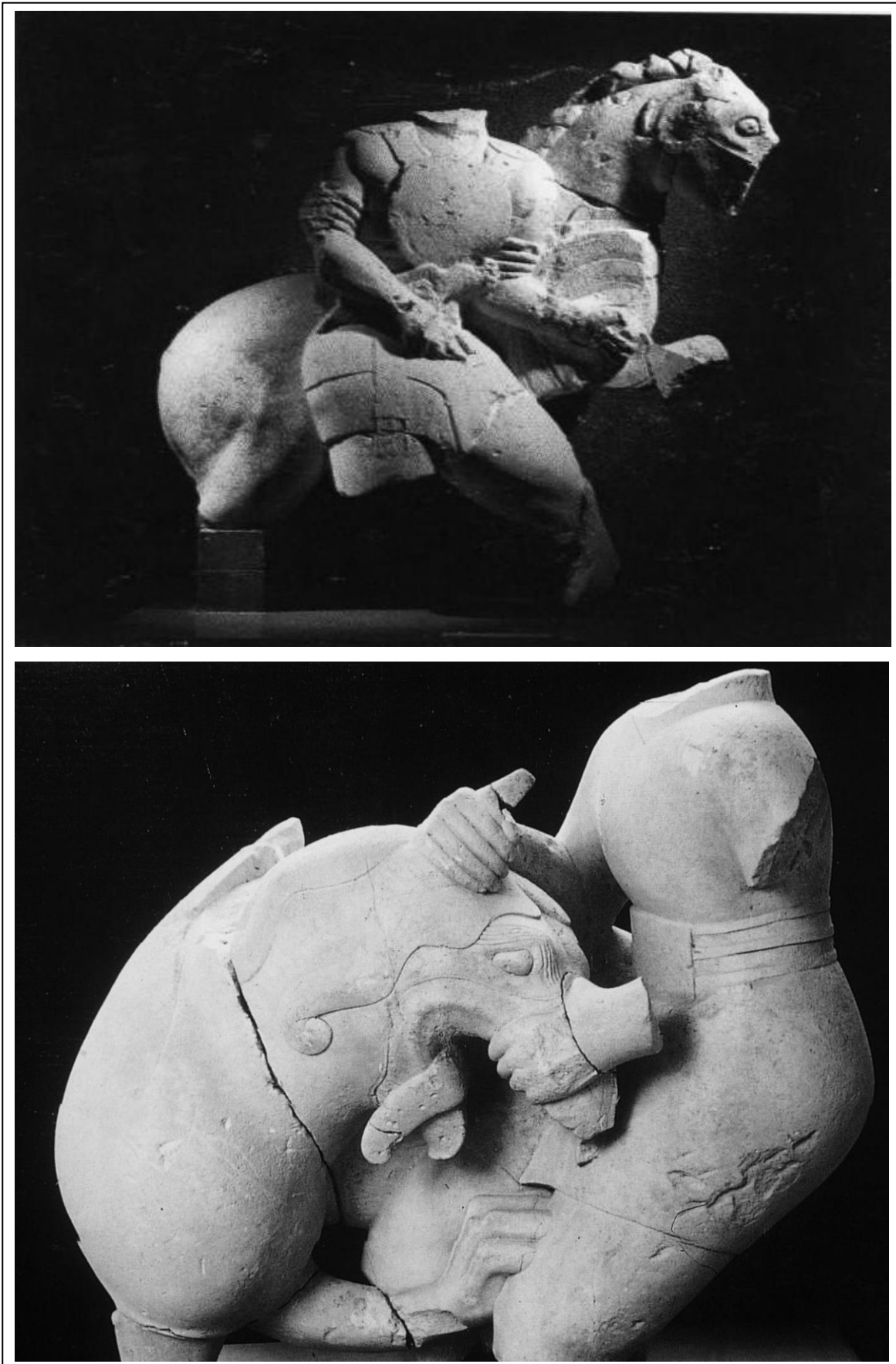


Fig. 5.12. Guerreros de Cerrillo Blanco de Porcuna.

los propios escultores. Se trata de armas prestigiosas, caras de fabricar debido a su complejidad técnica y a la cantidad de materia prima que requieren, y en algunos casos son armas que solamente resultan funcionales formando parte de panoplias completas, como es el caso por ejemplo de las grebas¹⁶⁸. No se trata de armamentos singulares, de exótica tipología, emblemáticos del individuo o de la familia que los ostentaba, como en la época anterior. Son armas, en definitiva, más o menos estandarizadas, efectivas pero onerosas, solo accesibles para una minoría de la población, para la elite social, y por lo tanto entrañan no solamente una ventaja táctica en el combate, sino que suponen también un elemento de *distinción*.

No en vano estas imágenes de armas, este tipo de representaciones de guerreros y, en general, la propia estatuaria ibérica, prolifera, como señalaba en otro capítulo, precisamente en el momento en que los grupos aristocráticos ibéricos están consolidándose en el poder y por lo tanto necesitan materializar sus discursos ideológicos de manera que puedan difundirse con efectividad entre amplios grupos sociales, y sobre todo pervivirles en el tiempo¹⁶⁹. No tiene tanta importancia ya enarbolar en el combate una espada singular, cuando mostrar a todos los integrantes de la comunidad, generación tras generación, que los integrantes del linaje aristocrático local cuentan con estas complejas panoplias y pueden eventualmente emplearlas para defender a la comunidad. Unas panoplias y una función guerrera, en tanto que adalides de la comunidad, que les diferencian del resto de los miembros de la sociedad, y que al mismo tiempo les acercan a los aristócratas de otras comunidades. Al fin y al cabo en Porcuna vencedores y vencidos se reconocen como iguales, ambos muestran panoplias idénticas, ambos comparten un idéntico *ethos*.

No se trata ya, en mi opinión, de que el arma constituya un símbolo externo que permita identificar al aristócrata. En realidad, el aristócrata se concibe como tal en tanto que detentador de armas, en tanto que personaje capaz de dotarse de los medios necesarios para actuar como campeón de la comunidad frente a otros aristócratas. Las armas no solo identifican al aristócrata, lo aristocratizan.

En todo caso, Cerrillo de Porcuna puede ser el conjunto escultórico de su época que ha llegado más completo hasta nosotros, pero no es el único del que tenemos

¹⁶⁸ Farnié y Quesada 2005: 224.

¹⁶⁹ Chapa 1994 a: 53-54; 1996: 236 y 244; Santos Velasco 2003: 155-157; 2004: 230; Olmos 2006: 161

noticia. Así, volviendo a mi área de estudio, procedente del siempre prolijo yacimiento de la Alcudia de Elche contamos con un conjunto de fragmentos escultóricos análogos¹⁷⁰, que M.P. León dató por criterios estilísticos entre finales del s. V y comienzos del IV a.C.¹⁷¹, opinión que han seguido otros autores¹⁷², pero bien podrían ser bastante anteriores dado su parecido con el conjunto de Porcuna¹⁷³. En este caso, conservamos un fragmento de cadera de guerrero, de la que pende la vaina de una falcata; un torso de varón, protegido con un espectacular *cardiophilax* decorado con la cabeza de un lobo; un fragmento representando la visión frontal de una *caetra*; y finalmente otro en el que el escudo es visto desde el interior, junto con la mano que lo aferra¹⁷⁴. A todos estos fragmentos, que fueron hallados frente al templo de la Alcudia y formando parte del pavimento en el que fueron reutilizados a finales del s. III a.C., como atestigua una moneda bárquida localizada junto a ellos¹⁷⁵, cabría añadir también, aunque con las precauciones metodológicas oportunas, otros fragmentos de contexto aún menos claro, como el guerrero empuñando una falcata que supuestamente apareció en 1898 en el sureste del yacimiento junto con la Dama de Elche¹⁷⁶, la cabeza con casco que apareció no lejos de allí unos años después¹⁷⁷, y la pierna guarnecida con una greba que fue hallada en la propia ciudad de Elche, en circunstancias imprecisas, pero que igualmente podría provenir de la Alcudia según su descubridor¹⁷⁸.

Con toda probabilidad todos estos fragmentos conformarían originariamente una escena no muy distinta de la que se reconstruye en Porcuna: una serie de guerreros enzarzados en combates singulares entre oponentes que se reconocen como iguales, y que portan una panoplia compleja que no solamente les otorga una ventaja añadida a su (hemos de suponer que) ya de por sí especiales características guerreras,

¹⁷⁰ García-Gelabert 1994: 210.

¹⁷¹ León 1998: 158-159.

¹⁷² Almagro 1999: 12-14; Olmos 2004 b: 126.

¹⁷³ Lorrio 2004: 161-162.

¹⁷⁴ Llobregat 1972: 153-154; Ramos Fernández 1995: 115-122; Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 135-144; Lorrio 2004: 157-161.

¹⁷⁵ Ramos Fernández 1995: 115.

¹⁷⁶ Ramos Molina 2000: 28.

¹⁷⁷ Ramos Fernández 1975: 12.

¹⁷⁸ Ramos Folqués 1966: 150. *Vid.* Fig. 5.13.

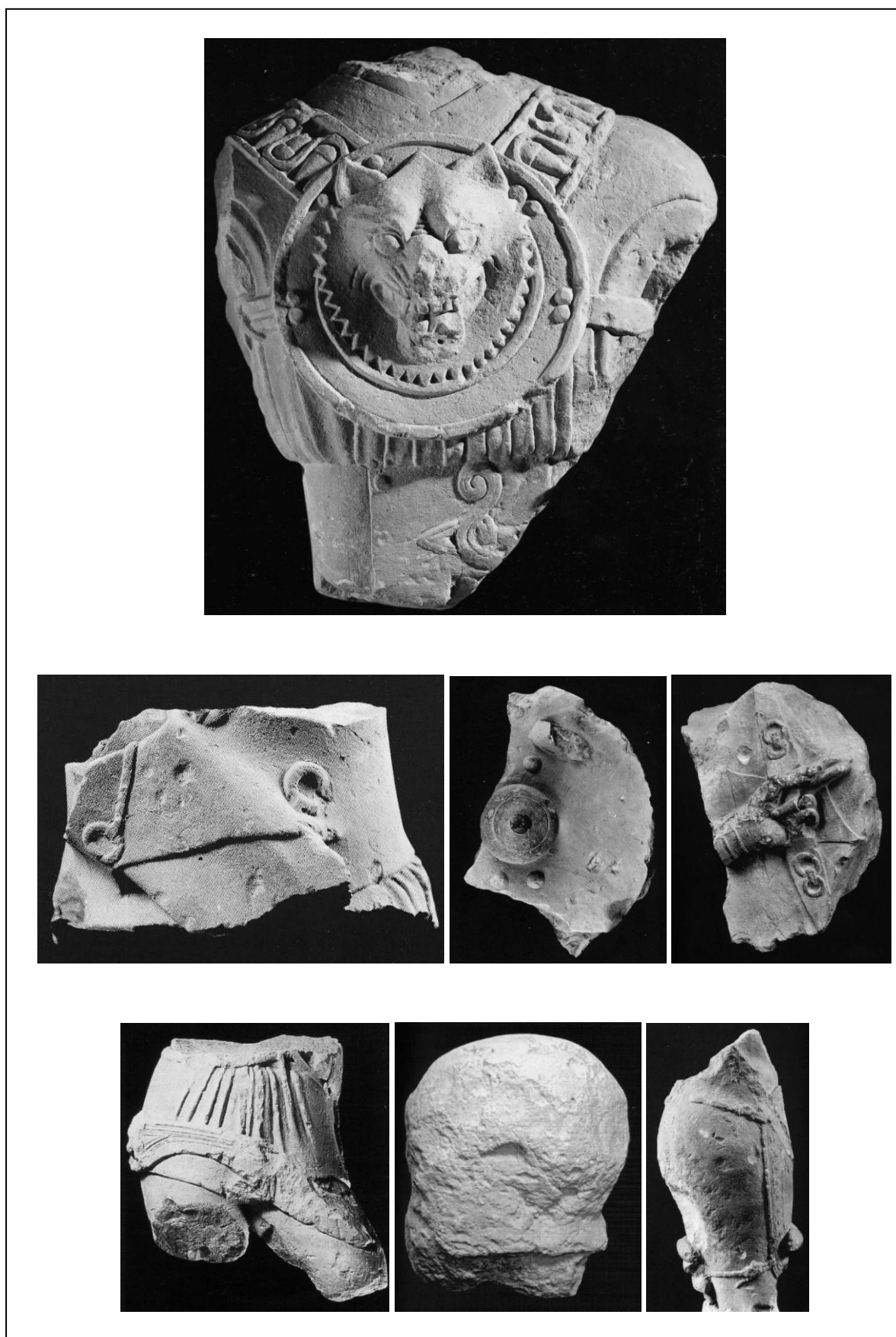


Fig. 5.13. Fragmentos escultóricos de guerreros de La Alcudia de Elche.

sino que les señala como pertenecientes al sector aristocrático de sus respectivas comunidades. Una serie de guerreros cuya visión, por lo tanto, sintetiza a la perfección un discurso ideológico que estas esculturas están generando, difundiendo, construyendo: existen una serie de individuos en cada sociedad especialmente dotados para defenderla de sus enemigos, que cuentan con los medios y las habilidades para hacerlo, y que por lo tanto se muestran como los más indicados para administrarla y dirigirla. Máxime cuando con toda seguridad la visión de estas armas, de esta violencia especializada, eventualmente dirigida en la iconografía contra un enemigo exterior pero que no forzosamente tendría por qué ser así, supondría una amenaza soterrada para cualquier tipo de desavenencia respecto de las diferencias sociales que se pretendían naturalizar.

Finalmente, contamos con algunas otras esculturas aisladas de guerreros, dispersas por distintos yacimientos y que ya no formarían parte de la escenografía de santuarios extraurbanos o urbanos, como parece que fue el caso de los conjuntos de Porcuna y la Alcudia, sino que aparecen integradas en el paisaje de ciertas necrópolis de esta época, puede que formando parte de la superestructura de determinados enterramientos singulares, como en ocasiones se ha dicho, aunque ello solo esté documentado en casos excepcionales. Así, en la necrópolis de Cabecico del Tesoro apareció amortizada en una tumba de la segunda mitad del s. V a.C. un fragmento escultórico que representaba una cabeza con casco, que por lo tanto debía haber sido esculpida algo antes, seguramente en la primera mitad de dicha centuria¹⁷⁹. En Monforte del Cid, a su vez, ha aparecido recientemente un busto policromado de guerrero, aún inédito, muy deteriorado pero que conserva las protecciones de cuero sobre las que se ajustaban los discos-coraza, y que parece portar una falcata, o al menos su vaina, a la cintura¹⁸⁰. En Casas de Juan Núñez encontramos el torso de un guerrero que portaba un lustroso *cardiophilax* sobre sus protecciones de cuero¹⁸¹, torso que en ocasiones se ha puesto en relación con el tronco de un caballo aparecido en el mismo yacimiento, y con un fragmento de mano que sostenían unas riendas,

¹⁷⁹ Chapa 1980: 856-857; Quesada 1989 b. *Vid.* Fig. 5.14.

¹⁸⁰ *El Mundo, Alicante*, 17 de marzo de 2010. *Vid.* Fig. 5.15.

¹⁸¹ Giménez 1988. *Vid.* Fig. 5.16.



Fig. 5.14. Cabeza de guerrero con casco de Cabecico del Tesoro.



Fig. 5.15. Torso de guerrero de Monforte del Cid.

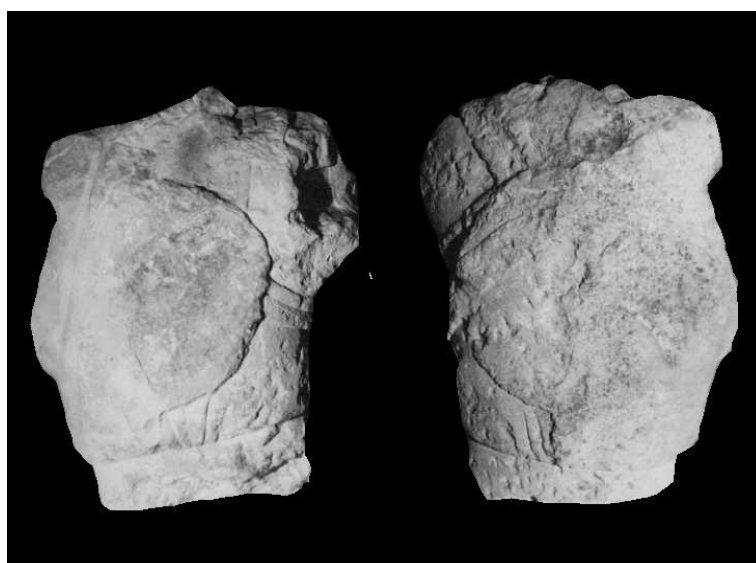


Fig. 5.16. Torso de guerrero de La Losa.

quizás pertenecientes las tres piezas al mismo conjunto¹⁸². Y finalmente en Los Villares de Hoya Gonzalo, sobre la sepultura tumular número 31, datada a comienzos del s. V a.C., se erigió la escultura de un jinete, de la que ya hablé en su momento, y que fue representado portando idéntico peto de cuero que el guerrero de Monforte, en tanto que su montura exhibía un complejo y pesado atalaje protector¹⁸³.

Al respecto de esta última pieza, por cierto, es necesario realizar un breve comentario. En un capítulo anterior se la incluyó entre las abundantes representaciones de jinetes y caballos que aparecen en las necrópolis ibéricas de los siglos V y IV a.C., defendiendo que estas, en conjunto, no aludirían tanto al carácter guerrero de los difuntos representados cuanto al tránsito funerario que a ellos estaba reservado, y a la función psicopompa de sus monturas. Y me mantengo en esta opinión, pero sucede que el primer jinete de Los Villares y el *thoracato* de Casas de Juan Núñez, fechables a comienzos del s. V a.C., aparecen fuertemente armados, a diferencia de los caballeros que serán representados en épocas posteriores, en los que la referencia a las armas se desvanece. Ejemplo este, desde mi punto de vista, del modo en el que los distintos discursos se pueden compilar y sintetizar en una misma pieza: únicamente el aristócrata tiene acceso al Más Allá, según estos discursos, y puede alcanzarlo gracias a su condición de caballero; pero a comienzos del s. V a.C. la representación de las armas, de la panoplia aristocrática completa, resulta significativa para evidenciar que el personaje en cuestión pertenece a la elite gobernante, algo que ya no sucederá en la centuria siguiente.

Por último, merece la pena citar el torso escultórico hallado en las canteras de El Ferriol, aparentemente desechado antes de completarse debido a la detección de una fisura en la piedra, y que representaba igualmente a un guerrero cubierto con un casco¹⁸⁴. La datación de esta pieza, no obstante, no es nada evidente.

Con todas estas representaciones, bien parece, como en su momento señaló R. Olmos, que estas familias gobernantes locales incorporaron un discurso común a otros príncipes mediterráneos, un lenguaje épico basado en el prestigio del combatiente

¹⁸² Chapa 1980: 857; Sanz y López Precioso 1994: 209-210.

¹⁸³ Blánquez 1992: 126-127; 1993 a: 117-118. *Vid.* Fig. 5.17.

¹⁸⁴ Gagnaison *et alii* 2006: 157-162; 2007: 149-150; 2007 a: 71-72; Rouillard 2008: 248-249. *Vid.* Fig. 5.18.



Fig. 5.17. Jinete q de Los Villares.



Fig. 5.18. Guerrero de El Ferriol.

heroico que sería comprensible y compartido por buena parte de las aristocracias que en esta época florecían en las costas de dicho mar¹⁸⁵, y también sin duda por los agentes griegos que a partir de finales del s. VI a.C., y ya claramente desde el s. V a.C., cobrarían protagonismo en las estructuras coloniales peninsulares, desplazando progresivamente en este sentido al comercio fenicio.

De hecho, M. Almagro describe las estructuras de poder de esta época como “monarquías heroicas”, que basarían su preeminencia en la pertenencia a un grupo gentilicio que se considera descendiente de un antepasado mítico heroizado, motivo por el que subrayan su carácter guerrero¹⁸⁶. Desde mi punto de vista, resulta complejo emplear el término “monarcas” para caracterizar a los gobernantes de esta época, pues ni en la iconografía ni en el registro material de poblados o necrópolis encontramos elementos de juicio suficientes como para hablar de la perpetuación de una única familia en el poder y de la transmisión de la soberanía personal en su seno de generación en generación. Ahora bien, creo muy acertado subrayar el carácter “heroico” de estas aristocracias, y plantear la posibilidad de que las mismas trataran de legitimar sus respectivos linajes mediante el recurso a un antepasado mítico. Un antepasado mítico que, como defendí en un capítulo anterior, se consideraría descendiente de la divinidad, motivo por el que el linaje entero se diría bajo la protección de los dioses y con un acceso privilegiado a los mismos. Y unos antepasados míticos que, añadido ahora, son posiblemente los representados por estos guerreros escultóricos.

Ya R. Olmos se apercibió de que los guerreros de Porcuna volvían en mitad del combate sus rostros al espectador, como mostrándose, introduciendo al observador en la escena, convirtiendo esta en paradigmática¹⁸⁷. No se trata de luchas reales, “históricas” en el sentido que hoy aplicaríamos a la palabra, sino legendarias, y por lo tanto ocurridas en un tiempo pretérito difícil de determinar pero que puede ser continuamente reactualizable si así se requiere. Como señalaba también este investigador, las *monomachias* son un lugar para la memoria, una manera de explicar y sintetizar el pasado colectivo de la comunidad a partir del sistema de valores

¹⁸⁵ Olmos 2003: 82.

¹⁸⁶ Almagro Gorbea 1991: 43; 1996: 84-86.

¹⁸⁷ Olmos 2003: 82.

aristocrático¹⁸⁸. Hablan de un guerrero que se batió y venció a su oponente en defensa de la comunidad; un guerrero que de alguna manera representaba a toda su comunidad y que puede entenderse como metonimia de esta, pero un guerrero que fundó una estirpe, cuyos descendientes, reales o ficticios, son ahora los que reivindican su herencia al esculpir su imagen, presentándose a sí mismos como los sucesores del antiguo gobernante y por tanto como los agentes más indicados para dirigir la comunidad. Al *poner en el centro* al antepasado de la familia, al presentarlo de alguna manera como antepasado común del grupo, ellos mismos se colocan en el centro, elevándose sobre la colectividad a la que pretenden gobernar.

Al fin y al cabo, como señaló de manera clarividente C. Bérard, el mismo concepto de heroización nace como una prosopopeya¹⁸⁹: en sociedades en las que existen unas aristocracias que se están consolidando, o que pretenden asumir nuevas parcelas de poder, es necesario recurrir a discursos ideológicos de este tipo, pues unas prerrogativas que en principio la comunidad no cedería a ningún pretendiente “real”, “plenamente humano”, a “uno más de la comunidad”, sin embargo pueden conferirse en un plano mítico, simbólico, al antepasado legendario que en determinado momento demostró sus capacidades singulares para salvar al grupo; aunque ello conlleve, en la práctica, que sean los “descendientes” vivos de dicho héroe quienes se hagan cargo de estas prerrogativas.

Ahora bien, no traslado al plano mítico, heroico, todos estos combates únicamente debido a la frecuencia con que se representan, a su adecuación sistemática a ciertos cánones representativos, y a la mirada que los guerreros parecen clavar siempre en los espectadores. Lo hago también en base al armamento y el tipo de combate representado. El *cardiophilax* lobuno de la Alcudia de Elche, sin ir más lejos, no parece la pieza más adecuada para portar en el combate debido a su aparatosidad, y la representación en ella de un lobo, quizás el primero que tenemos documentado en la escultura ibérica, no puede ser casual, máxime cuando siglos después en la cerámica ilicitana precisamente los lobos adquieran tamaño protagonismo como antagonistas del héroe local, como más tarde veremos. Tampoco

¹⁸⁸ Olmos 2003: 80-81.

¹⁸⁹ Bérard 1982: 91. En relación con la figura del héroe como integrador político en tanto que fundador mítico, cf. también Polignac 1984: 127-157.

me parece que su presencia en el disco-coraza busque únicamente causar pavor en el adversario, como defiende M. Almagro, partidario de considerarlo una prueba más de la existencia de monarquías sacras, privadas de todo carácter guerrero, anteriores a la aparición de las llamadas monarquías heroicas¹⁹⁰. En mi opinión, la cabeza lobuna en el pecho del guerrero serviría más bien para identificar a este héroe legendario, cuya hazaña posiblemente hubiera sido la de librar a la comunidad de semejante monstruo.

Pero las espadas nos ofrecen ulteriores argumentos. En la llamada “panoplia aristocrática”, la propia de esta época, tal y como F. Quesada la definió, las armas ofensivas por excelencia eran las espadas de frontón y las falcatas¹⁹¹, de las que tenemos noticia por primera vez precisamente gracias a los conjuntos escultóricos de Porcuna y la Alcudia, pues los primeros ejemplares “reales” hallados en contexto fechable no se retrotraen más allá de comienzos del s. IV a.C.¹⁹² Ahora bien, estos dos tipos de armas blancas presentan un rasgo en común que me gustaría subrayar aquí: ambas se caracterizan por ser espadas de hoja corta, con 60,2cm de longitud media para las falcatas¹⁹³ y tan solo 36,9cm de longitud media para las espadas de frontón¹⁹⁴, a juzgar por los ejemplares catalogados por F. Quesada en su tesis doctoral. Unas espadas cortas que serían perfectamente eficaces para combates en formación (no necesariamente cerrada) o bien para su uso puntual por parte de tropas ligeras, pero no tanto en manos de unos campeones cargados con pesadas armaduras y en el contexto de combates singulares.

La aparición de estas espadas cortas, de hecho, nos está indicando la transformación del modo de combate entre los iberos y, junto con él, el inicio de una transformación social, por la que grupos más amplios de la comunidad accederán progresivamente a las armas y por lo tanto se implicarán de una manera especializada en la defensa armada del colectivo social¹⁹⁵. Ahora bien, estas armas aparecen, diríase que de una manera *a priori* incongruente, en manos de los aristócratas acorazados que luchan de manera individual en Porcuna y la Alcudia. Pareciera, en mi opinión, que los

¹⁹⁰ Almagro Gorbea 1999: 26 y 40-41.

¹⁹¹ Quesada 1997 a: 652-653; 1998 c: 125-126; 2009: 116-119.

¹⁹² Quesada 1997 a: 81 y 178.

¹⁹³ Quesada 1997 a: 85.

¹⁹⁴ Quesada 1997 a: 184.

¹⁹⁵ Farnié y Quesada 2005. 225.

personajes esculpidos fueran revestidos de las mejores armas del momento, incluidas las espadas cortas que en estos momentos se estaban generalizando en el mundo ibérico del sureste, pero se representarían siguiendo los cánones antiguos, tradicionales, del combate singular. Porque se trataba, al fin y al cabo, de encarnar un combate mítico, legendario, protagonizado por determinados héroes en un momento pretérito, y no tanto de ilustrar un combate real contemporáneo.

Así pues, y como vengo tratando de argumentar, a lo largo de la primera mitad del s. V a.C. una de las principales fuentes de legitimidad para las familias gobernantes locales ibéricas fue la protección de la comunidad mediante el ejercicio especializado de las armas. En tanto que descendientes de antiguos héroes legendarios, ellos eran los sujetos más indicados para tomar las armas en defensa del grupo, y en tanto que administradores de buena parte del excedente de la comunidad gracias a su creciente control de los resortes económicos locales, ellos eran los únicos sujetos capaces de costearse panoplias completas. Desde luego, en caso de confrontación y durante las inevitables escaramuzas entre comunidades vecinas, no solamente estos campeones combatirían, como parece indicar de hecho la tendencia a la disminución del tamaño de la hoja de las espadas; pero solamente ellos vincularían de momento su persona social, su identidad en tanto que miembro de la comunidad, con el ejercicio especializado de las armas y la defensa comunitaria.

Y, de hecho, este fenómeno aparece bien reflejado en las necrópolis de la época. Desde luego, no son muchos los cementerios en el sureste ibérico que contienen enterramientos que puedan ser fechados entre finales del s. VI y la primera mitad del s. V a.C., pero aún en ellos encontramos en términos relativos pocas armas amortizadas entre el ajuar funerario, sobre todo en comparación con lo que ocurrirá en la fase siguiente. Así, no encontramos armas en los enterramientos más antiguos de la necrópolis de Pozo Moro¹⁹⁶, ni tampoco entre los ajuares del Camino de la Cruz¹⁹⁷; en Los Villares de Hoya Gonzalo, de 31 tumbas publicadas fechadas entre finales del s. VI y mediados del V a.C., solamente se documentan armas en tres de ellas, concretamente un disco-coraza en la tumba 22b, un cuchillo en la 23 y un

¹⁹⁶ Alcalá-Zamora y Bueno 2000.

¹⁹⁷ Blánquez 1991: 247.

cuchillo y un regatón en la 36¹⁹⁸; en El Molar igualmente encontramos puñales, lanzas, un posible soliferreum y alguna espada de frontón, pero desconocemos los contextos de aparición¹⁹⁹; finalmente, la necrópolis de Cabezo Lucero, tan prolija en armas a lo largo de todo el tiempo en el que fue frecuentada, rompe un tanto la tendencia, presentando armas en cuatro de sus siete enterramientos datables en la primera mitad del s. V a.C., y unos armamentos que además resultan extraordinariamente ricos: un escudo, dos grebas y dos puñales en la tumba 75, una lanza en la 76, un soliferreum en la 87, y una lanza y un soliferreum en la 89²⁰⁰.

En definitiva, y aunque como señalara T. Chapa nunca existió una normativa rígida respecto a qué elementos debían formar parte del ajuar funerario ibérico²⁰¹, nos encontramos con que solo una minoría de las sepulturas de esta época presenta elementos de armamento entre los ajuares funerarios amortizados y, cuando lo hacen, se trata indefectiblemente de los enterramientos más ricos del período en cada necrópolis. Es decir, dentro del ya de por sí restringido grupo social que en esta época gozaba del derecho de ser enterrados en las necrópolis ibéricas, solo unos pocos individuos experimentaron la necesidad (y contaron con el derecho) de hacerse acompañar por determinados elementos de armamento, expresando de esta manera su persona social como guerreros aristocráticos. En estas necrópolis habría más individuos que supieran manejar las armas y que en un momento u otro hubieran debido hacerlo, pero solo unos pocos, la elite social en su sentido más restringido, optarían por identificarse a sí mismos como guerreros, descendientes de héroes. Solo para ellos la guerra era una componente tan importante de su persona social como para que las armas hubieran de ser ostentadas en el momento del sepelio²⁰².

¹⁹⁸ Blázquez 1990 a.

¹⁹⁹ Monraval 1992.

²⁰⁰ Aranegui *et alii* 1993. *Vid.* Fig. 5.19.

²⁰¹ Chapa 1998: 116.

²⁰² No tomo en cuenta aquí, ni tampoco en ningún otro lugar de este capítulo, a los mercenarios ibéricos que habrían tomado parte en las periódicas guerras entabladas en el Mediterráneo Central, generalmente reclutados por los cartagineses pero en ocasiones también a sueldo de otros patrones. Y los obvio por una cuestión metodológica: dado que parece que estos cuerpos de mercenarios fueron reclutados a partir de segmentos enteros de la población, pues acudirían a la batalla el jefe aristocrático junto con sus guerreros dependientes, y dado que, tal y como defiende, creo que acertadamente, F. Quesada (1994; 2009 a), estos mercenarios generalmente no volverían, o cuando lo hicieran serían tan cuantitativamente importantes que pasarían desapercibidos en el devenir histórico de las estructuras ibéricas, creo que analizar a estos cuerpos de combatientes supondría un excursus que no aporta en realidad mucho al hilo argumentativo del

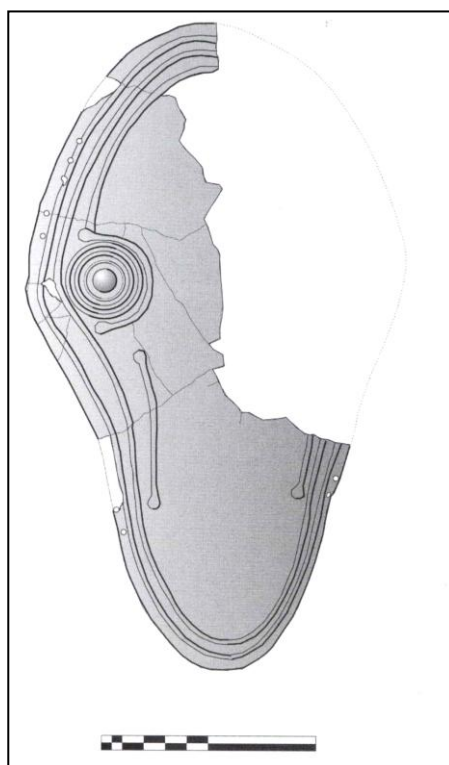


Fig. 5.19. Greba de la sepultura 75 de Cabezo Lucero.

En lo que se refiere a las fortificaciones, en la primera mitad del s. V a.C. se observa simplemente el desarrollo de las tendencias que arrancaban en el período anterior. La proliferación de las infraestructuras defensivas continuó, de manera que a partir de esta centuria ya la gran mayoría de los asentamientos ibéricos contarán con murallas de algún tipo tras las que proteger el caserío y algunos de los espacios productivos²⁰³.

Ahora bien, el refinamiento arquitectónico de las fortificaciones no hubo de ser una prioridad durante esta etapa. En algunos casos la muralla del poblado se constituye mediante el simple adosamiento de los muros traseros de las viviendas perimetrales, aunque esta disposición no es tan frecuente en el sureste peninsular como lo será en otras áreas del mundo ibérico, como el noreste. Más habitual será la

capítulo. De la misma manera que me he propuesto como objeto de estudio los diversos pueblos del sureste peninsular, fueran estos “genéticamente” iberos, griegos, fenicios o púnicos, me consideraré pues exento de profundizar en el devenir de estos guerreros iberos expatriados.

²⁰³ Moret *et alii* 1995: 110-111; Quesada 2009: 112.

erección de lienzos masivos, conformados por un zócalo de piedra de potencia variable compuesto por paramentos externos de mampuestos careados pero no escuadrados y un relleno de piedras y arena, asentado sin cimentación sobre la roca, y sobre el cual se elevaría en ocasiones un alzado de adobe o tapial. En muchas ocasiones a la cara interior de estas murallas se adosaron las viviendas del poblado, lo que reduciría enormemente su efectividad defensiva. Por otra parte, se generalizan las torres de planta cuadrada que veíamos aparecer en la época anterior, pero estas no suelen proteger sistemáticamente las murallas, como sucedía antes, sino que tan solo se alza una, o dos a lo sumo, flanqueando la puerta²⁰⁴. Los encintados defensivos de El Macalón²⁰⁵, Cabezo Lucero²⁰⁶ o Los Molinicos²⁰⁷ no serían sino tres ejemplos significativos en este sentido. También podría serlo la primera muralla de La Alcudia, que parece que podría datar de esta misma época²⁰⁸, aunque los testimonios al respecto resultan cuando menos endebles.

Pero el aparente desinterés por la monumentalidad y complejidad de las fortificaciones que vemos generalizado en el mundo ibérico del sureste a comienzos del s. V a.C.²⁰⁹ va un paso más allá en ciertas regiones, como en el sureste meseteño, donde no serán raras las comunidades locales que, sencillamente, ocupen enclaves que habían sido habitados durante la Edad del Bronce y rehabiliten sus antiguas murallas ciclópeas, como parece que sucede en El Castellón (Hellín-Albatana, Albacete)²¹⁰ y en El Cerro del Almorchón (Ossa de Montiel, Ciudad Real)²¹¹.

Concluyendo, las fortificaciones de la primera mitad del s. V a.C. en el sureste ibérico parecen responder a dos tendencias bien marcadas: su proliferación, y su sencillez arquitectónica. La primera de ellas no puede explicarse, como señalaba P. Moret en su tesis doctoral, solamente como el resultado lógico del desarrollo tecnológico de las armas ofensivas²¹². Aunque el factor estrictamente militar desde luego no debe obviarse, la generalización de los encintados defensivos hubo de

²⁰⁴ Moret 1996: 301-302; Bonet 1998; Quesada 2009: 112-114.

²⁰⁵ Moret 1996: 492; Blech y Ruano 1999: 594.

²⁰⁶ Moret 1996: 484.

²⁰⁷ Lillo 1981: 129; Moret 1996: 500-501; Quesada 2007: 84.

²⁰⁸ Tendero y Lara 2004: 126-127.

²⁰⁹ Rouillard 1982: 217.

²¹⁰ López Precioso 1993: 66; López Precioso, Jordán y Soria 1992: 54.

²¹¹ López Precioso, Jordán y Soria 1992: 53-54.

²¹² Moret 1996: 302.

entrañar igualmente importantes connotaciones ideológicas: el grupo que se protegía con una muralla constituía una comunidad organizada, próspera, capaz de generar excedentes y capaz de extraer de las actividades productivas un gran volumen de fuerza de trabajo para dedicarlo a la construcción de infraestructuras, las más importantes de las cuales serían siempre precisamente las defensivas²¹³. El grupo que se protegía tras una muralla, en definitiva, reafirmaba su identidad social y su prestigio, tanto frente a los grupos vecinos como ante sí mismos, y reafirmaba el prestigio y el poder de su elite dirigente, capaz de administrar los esfuerzos comunes.

Por lo que se refiere a la otra tendencia manifestada, la sencillez arquitectónica generalizada de las estructuras defensivas, esta respondería seguramente al tipo de combates que predominaría en esta época: a falta de armas de asedio y de ejércitos organizados que pudieran plantear un asedio, o siquiera un asalto mínimamente complejo, unos simples lienzos murarios bastarían para proteger el caserío de una comunidad; los combates, de tener lugar, habrían de ser puntuales, y celebrarse fuera de los núcleos habitados. Como resultado, las fortificaciones ibéricas del sureste de comienzos del s. V a.C. poco tienen que ver con las que en esta época se levantan en las ciudades griegas²¹⁴, o incluso en Cartago²¹⁵. Y ello no por motivaciones políticas o por un rechazo consciente a las técnicas constructivas alóctonas, como en ocasiones se ha llegado a plantear²¹⁶, sino por cuestiones, a mi modo de ver, eminentemente prácticas.

5.4. De aristócratas acorazados a ciudadanos armados: la fase plena.

A partir de mediados del s. V a.C., y sobre todo a lo largo del s. IV a.C., las estructuras socioeconómicas ibéricas alcanzan lo que se ha dado en llamar su “fase plena”. Y en este estado de cosas, era esperable que advirtiéramos ciertos cambios en los discursos ideológicos relativos a las armas y a la coacción, pues la situación que estos habían de construir y naturalizar era ya distinta. De hecho estas transformaciones se pueden percibir, para empezar, en la iconografía.

²¹³ Bendala 1998: 27.

²¹⁴ Tréziny 1982: 191-193.

²¹⁵ Prados Martínez 2008: 28-32.

²¹⁶ Rouillard 1982: 219.

En la plástica del sureste ibérico de finales del s. V a.C. en adelante, y hasta época tardía, no volvemos a encontrar escenas de combates análogas a las de Porcuna y Elche. Ni siquiera nos toparemos con representaciones de guerreros en las que el escultor parezca otorgar un papel protagonista al armamento portado por aquel, como sucedía con el jinete más antiguo de Los Villares, o con el *thoracato* de Casas de Juan Núñez. Incluso si los torsos de guerrero de Monforte del Cid y El Ferriol pudieran fecharse en el s. IV a.C. en vez de en el V a.C., como he propuesto más arriba, ello no contravendría este cambio de tendencia, pues los varones representados portan armas pero estas no parecen reclamar el foco de atención del espectador, sino que forman parte simplemente de la vestimenta del varón representado.

Un ejemplo característico de este cambio de tendencia iconográfica del que estoy hablando, a pesar de que de nuevo haya de escapar de mi zona de estudio, será el varón de El Pajarillo. Este, esculpido en la primera mitad del s. IV a.C., ha sido representado en el momento tenso que antecede a su inmediato enfrentamiento con el monstruoso lobo que amenaza a la comunidad. Se trata, por tanto, de un guerrero, que ha de defender al grupo a través de sus cualidades singulares. Una vez su destino se verifique, se convertirá en el héroe que salvó a su comunidad, y su figura será reivindicada por la elite local como ancestro propio y fuente de legitimación, pues solo ello explica que en la primera mitad del s. IV a.C. se erija este conjunto escultórico en los límites del *pagus* que se pretende colonizar²¹⁷. Ahora bien, no nos encontramos ya con el aristócrata que ostenta su compleja panoplia de combate, y se hace acompañar de su caballo como signo externo de su estatus; hablamos ahora de un joven que porta una falcata para acabar con la bestia, pero que la esconde entre los pliegues de su capa, para ocultar hasta el último momento el golpe mortal que ya ha planeado²¹⁸. El arma, comprobamos, está presente, el espectador sabe que está ahí, pero no es trascendental para identificar la condición del aristócrata en cuanto que tal. Otros elementos menos inmediatamente tangibles, como el valor o la astucia, serán ahora los atributos del héroe.

²¹⁷ Molinos *et alii* 1998: 342-347.

²¹⁸ Molinos *et alii* 1998: 267-276. *Vid.* Fig. 5.20.



Fig. 5.20. Héroe de El Pajarillo.

Y ya volviendo al sureste, otro tanto sucede con la iconografía conservada de la época. Así, en el cipo de la necrópolis de Poblado encontramos a un jinete que avanza hacia la izquierda en tres de sus caras, mientras que en la cuarta un varón, puede que un niño, se acerca respetuoso al trono de un personaje de tamaño bastante mayor que le impone las manos. En otro capítulo ya he discutido el posible sentido funerario de este tipo de escenas en las necrópolis ibéricas de finales del s. V y el s. IV a.C., en las que el jinete avanzando hacia la izquierda marcha hacia el Más Allá. Pero en lo que me interesa reparar ahora es en que el personaje o los personajes representados, sin duda aristócratas de la comunidad, aparecen con “indumentaria civil”²¹⁹, esto es, portando túnica larga en tres de los casos y sin armadura. Pero ello no significa que la condición guerrera de los protagonistas esté totalmente ausente de la imagen: todos ellos llevan

²¹⁹ Aranegui 1996: 93.

un pendiente anular que según C. Aranegui es propio de los guerreros ibéricos²²⁰, el varón que recibe la bendición del personaje entronizado lleva un posible puñal como único atributo²²¹, y uno de los jinetes se cubre con un capacete de cuero con cubrenucas y sobre su túnica (corta, en vez de larga como los demás) se cruzan sobre el pecho las cintas de cuero que ya he mencionado que diversas representaciones de guerreros muestran²²². En definitiva, el o los individuos representados son aristócratas, y como tales se beneficiarán de un tránsito psicopompo y de una existencia ultraterrena digna de su condición; en tanto que aristócratas, se consideran igualmente guerreros, pero la presencia de las armas, sin dejar de ser importante (de hecho, han sido representadas en las imágenes, pese a su afán sintético), ha dejado de ser fundamental para construir la persona social de estos personajes.

Por otra parte, A.M. Muñoz creía detectar una gran analogía entre la primera de las escenas de cipo de Poblado y el pequeño *pinax* de la tumba F100 de la Albufereta²²³, y de hecho en el capítulo correspondiente asimismo defendí una interpretación semejante para ambas escenas, protagonizadas a mi entender por un difunto que recibe el visto bueno de la deidad para acceder al Más Allá. Pero en este momento de nuevo prefiero detenerme en la caracterización del personaje masculino: se trata de un varón que avanza hacia la izquierda, cubierto con un manto largo sobre una túnica corta, que porta un pendiente anular en la oreja, y que se apoya en una lanza. En este caso, el arma ha sido representada en último plano, de tal manera que aparece parcialmente cubierta por ambos personajes, y no está siendo enarbolada en actitud violenta sino que es utilizada a manera de cayado por el caminante difunto. Se trata, sin lugar a dudas, de un arma²²⁴, y su presencia caracteriza a su poseedor como guerrero, expresa su *virtus*²²⁵ en tanto que tal, pero dista de ser el elemento protagonista de la escena.

Otro ejemplo ilustrativo al respecto podría ser el del segundo jinete de Los Villares de Hoya Gonzalo. Esculpido apenas un siglo después del anterior, esto es, en el

²²⁰ Aranegui 1996: 94.

²²¹ Chapa y Olmos 2004: 74-75.

²²² Muñoz 1983: 743-748; Chapa 2003: 113.

²²³ Muñoz 1987: 234.

²²⁴ García-Gelabert 1994: 212.

²²⁵ Olmos 1996: 96; Aranegui 1996: 96.

tránsito entre los siglos V y IV a.C., responde sin embargo a una concepción totalmente distinta. Sigue tratándose de un jinete esculpido sobre una tumba, desde luego, y en mi opinión continuaría aludiendo al viaje que el difunto, en tanto que aristócrata, habría podido realizar al Más Allá a lomos de su montura. Pero en el más reciente de los jinetes, a pesar de su carácter fragmentario, ya no observamos a un varón protegido con una armadura, montando a un caballo revestido de potentes atalajes de batalla; nos encontramos por el contrario con un personaje que porta una túnica corta plisada y unos botines con polainas, en tanto que su montura tan solo exhibe un sencillo bocado al que se aferran las riendas. Es decir, el tema representado continúa siendo el mismo, el viaje escatológico del aristócrata, pero la manera de representar a aquel ha cambiado significativamente.

Se podría aducir que una excepción a estas tendencias que vengo planteando podría ser el jinete de la Bastida. Este pequeño bronce, hallado en un departamento del conjunto 5, esto es, un gran edificio de 400m² situado en el centro del poblado y que pasa por ser una de las viviendas más ricas del lugar²²⁶, representa a un caballero sobre su montura, portando una *caetra* en la mano izquierda y una *falcata* en la derecha, cuya vaina pende asimismo de la cadera izquierda, y exhibiendo un casco de vistosa cimera²²⁷. En este caso, el protagonismo de las armas en la representación no deja lugar a dudas: el casco es el único elemento de la vestimenta del personaje que el escultor se ha molestado en representar, y su cimera es casi tan grande como la montura, en tanto que el tamaño de la *falcata* está igualmente hipercharacterizado. En este pequeño bronce no se representa a un jinete, sino a un guerrero aristocrático a lomos de su montura, que iconográficamente se podría vincular sin problemas al guerrero que en Porcuna acababa de descender de su caballo para rematar al enemigo caído. Ahora bien, más problemática resulta la cronología de la pieza, pues si *a priori* cabría datarla entre finales del s. V y finales del IV a.C., coincidiendo con la cronología general del asentamiento de la Bastida de les Alcusses, los distintos autores que han analizado la pieza en profundidad coinciden en datarla a comienzos del s. V.a.C.²²⁸, bien es cierto que empleando para ello criterios estilísticos. Por ello, no es nada

²²⁶ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011: 90.

²²⁷ Kukahn 1954.

²²⁸ Aparicio 1984: 153; Almagro Gorbea y Lorrio 2007: 26-28; 2011: 302-303.

evidente que esta pieza deba retrotraerse a la fase plena ibérica, de modo que su valor como excepción a las tendencias iconográficas de las que vengo hablando es limitado.

En definitiva, definiendo que, en lo relativo a las armas y a la violencia, en la iconografía posterior a mediados del s. V a.C. se ha operado una transformación que no deja de resultar coherente respecto a las transformaciones socioeconómicas de la época. Aparentemente, nos encontramos ante unos grupos gobernantes, seguramente ya más consolidados a la cabeza de sus respectivas comunidades, que no renuncian a presentarse como guerreros, pero que ya no consideran esta faceta de su identidad social como la determinante. Antes bien se representan aparentemente como “ciudadanos”, como individuos ataviados con ropas “civiles”, que obvian en la mayor parte de los casos los signos externos de gran ostentación, que evitan identificarse asociados a discursos míticos o heroicos como los de épocas pasadas²²⁹, pero no renuncian a hacerse representar disfrutando de prerrogativas tales como el destino ultraterreno que a ellos les está reservado, o, hablando en términos más pragmáticos, la propia posesión de caballos.

Y es que el cuidado y empleo de los caballos había de resultar una actividad prestigiosa, reservada a la elite social, y especialmente onerosa, y por lo tanto solo accesible a esta. Como ha estudiado en repetidas ocasiones F. Quesada, hasta la invasión bárquida en la segunda mitad del s. III a.C. no parece que entre los guerreros iberos se crearan cuerpos de caballería especializados, de modo que hasta ese momento el caballo tendría un valor eminentemente simbólico, en tanto que su funcionalidad en la batalla sería limitada²³⁰. Y, de hecho, la dispersión de las espuelas y arreos de caballo entre las necrópolis ibéricas²³¹ parece abogar en este sentido, pues tienden a documentarse precisamente en las tumbas más ricas, atestiguando que la consideración social de “caballero” sería un atributo reservado a la elite dirigente de mayor estatus.

Ahora bien, a pesar de esta constatación de que el caballo no era empleado en la batalla sistemáticamente hasta época tardía, en líneas generales tanto los estudios iconográficos como los análisis de ajuares funerarios lo siguen incluyendo

²²⁹ Chapa 2003: 115.

²³⁰ Quesada 1997 c; 1998 a.

²³¹ Pérez Mínguez 1992; Quesada 2002-2003: 86-89.

pertinazmente dentro del ámbito conceptual de las armas y de la violencia. En mi opinión, no obstante, y en vista de lo antedicho, su vinculación con el universo semántico del guerrero no es mayor que la de las fíbulas o las cráteras áticas: hasta la llegada de los cartagineses, el caballo será simplemente un elemento de estatus, cuyo cuidado y manejo caracteriza al aristócrata de más alto rango. El hecho de que estos aristócratas a su vez se consideraran igualmente guerreros no permite establecer una relación de identidad entre ambos tipos de atributos. Hablamos de esferas semánticas aún distintas, independientemente de que años después terminen por converger. De ahí que, de una época antigua en la que los gobernantes se representaban como guerreros a través de la ostentación de su panoplia completa, hayamos pasado a una Fase Plena en la que las elites sociales evidencian su estatus privilegiado a través de una serie de símbolos como el caballo, en tanto que su ostentación de las armas, pertenecientes a otro universo semántico, quede de alguna manera soterrada.

Y es que, en efecto, a partir de mediados del s. V a.C. la ostentación de las armas quedó entre las elites ibéricas del sureste, soterrada. Pues si bien iconográficamente la representación de estas pasa a un segundo plano, el volumen de armamento amortizado entre los ajuares funerarios de esta época se dispara²³².

Veamos unos ejemplos representativos. En la necrópolis de Pozo Moro, de las 46 tumbas que L. Alcalá-Zamora fecha en la época de la que estamos hablando²³³, catorce presentan armamento entre su ajuar funerario, esto es, algo más de un 30%. El elemento más repetido es la falcata, que aparece como única arma en cuatro de los casos, asociada a otro elemento en tres enterramientos más (a un escudo en dos ocasiones y a un soliferreum en otra), vinculada a una lanza y a un soliferreum en otra tumba, y a una lanza, un soliferreum y un escudo en otra más. En conjunto, las tumbas con armas de Pozo Moro resultan ser más ricas que el promedio de los enterramientos de la necrópolis para esta época, con una media de ocho objetos por tumba y una riqueza ponderada media de 18,7 puntos, frente a una media de cinco objetos y una riqueza ponderada media de 10,4 puntos para el conjunto del cementerio en estas

²³² Vid. Fig. 5.21.

²³³ Alcalá-Zamora 2003.

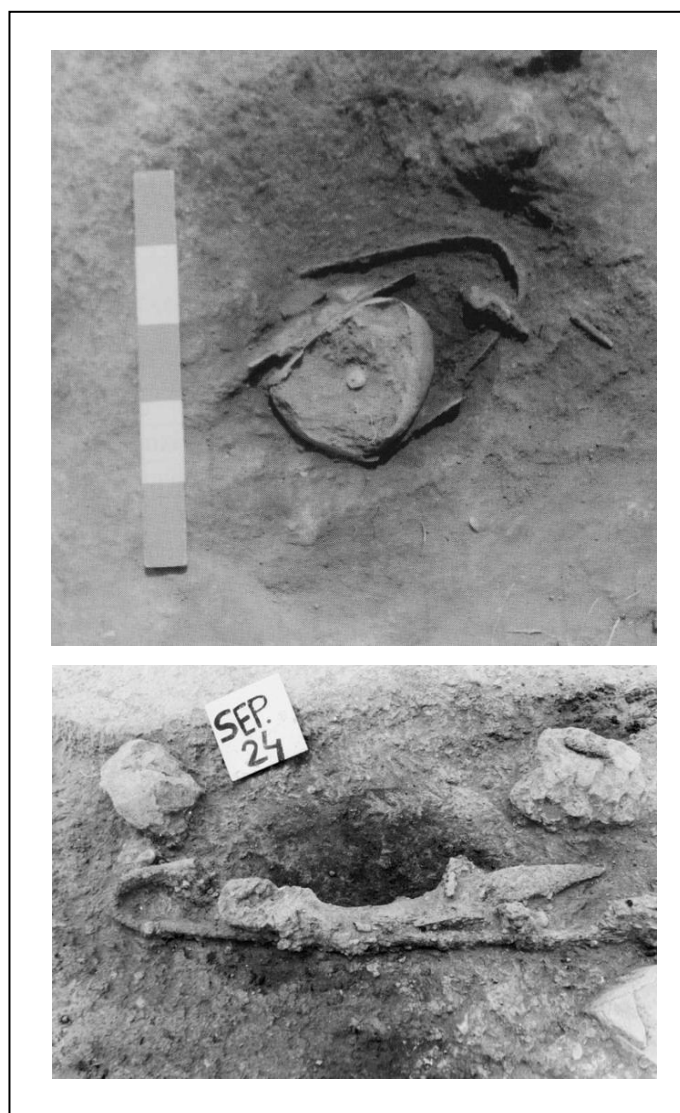


Fig. 5.21. Sepulturas de época plena con armas en las necrópolis ibéricas: tumba 4F2 de Pozo Moro y 24 de Castillejo de los Baños.

fechas. No obstante, no todas las tumbas con armas muestran ajuares funerarios “ricos”, pues encontramos algunas claramente por debajo de los valores medios.

En la necrópolis del Llano de la Consolación²³⁴, se documentan 17 sepulturas con armas amortizadas en su interior de un total de 56, esto es, de nuevo un 30%. En este caso el elemento más repetido es el cuchillo, que constituye el único armamento de cinco de las tumbas, mientras que la falcata está presente en cuatro de ellas (en dos casos como única pieza de armamento, y en los otros dos acompañada de una lanza, un regatón y un soliferreum; y de una lanza y un regatón respectivamente). De cualquier forma, las tumbas con armas de nuevo se muestran como más ricas en

²³⁴ Valenciano 2000.

promedio que el conjunto de la necrópolis, con 6 objetos de media y una riqueza ponderada media de 14,9, frente a los 4,8 objetos de media y la riqueza ponderada media de 10,9 del conjunto de la necrópolis. Aunque una vez más encontramos igualmente tumbas con armas cuyos índices de riqueza están muy por debajo de los promedios del cementerio.

En el cementerio de Puntal de Salinas²³⁵, por su parte, aparecen armas en 18 de las 34 tumbas documentadas, esto es, en casi un 53% del total. El elemento de armamento más frecuente es la falcata, que aparece en once de las tumbas, generalmente acompañada de otras armas. Y también aquí las tumbas con armamento son por término medio más ricas que el promedio de la necrópolis (con 13,9 objetos y una riqueza ponderada de 34,7 puntos de media, frente a los 10,3 objetos y 24,8 puntos de riqueza ponderada de la necrópolis), aunque encontramos casos igualmente de tumbas “pobres” con armas.

Por lo que respecta a la necrópolis de Cabezo Lucero²³⁶, encontramos armas en nada menos que 39 de las 66 tumbas fechadas en este período, esto es, en un 59% del total. El elemento más representado continúa siendo la falcata, presente en 25 de los enterramientos. Y, por lo que respecta a la riqueza de estos, una vez más es superior en conjunto a los valores medios de la necrópolis, con 20,4 objetos y 51,5 puntos de riqueza ponderada de media para las sepulturas con armas, frente a los 15,4 objetos y los 39 puntos de riqueza ponderada del conjunto de los enterramientos para esta época. Y de nuevo encontramos entre este conjunto tanto tumbas muy ricas, como otras en las que el ajuar funerario es llamativamente escaso.

Pasando ya a las necrópolis murcianas, en el cementerio de El Cigarralejo²³⁷ encontramos nada menos que 120 tumbas con armamento de las 336 fechadas en el período, o lo que es lo mismo, un 35,7% del conjunto. Estas tumbas con armamento acogen por término medio ajuares funerarios compuestos por 16,4 objetos y con una riqueza ponderada media de 36,4 puntos, mientras que el conjunto de los enterramientos datables en estas fechas acogen de media un ajuar de 10,5 objetos y

²³⁵ Sala y Hernández 1998.

²³⁶ Aranegui *et alii* 1993.

²³⁷ Cuadrado 1987.

21,7 puntos de riqueza ponderada. Lo que no obsta para que, dentro de los enterramientos con armas, haya algunos muy ricos y otros llamativamente pobres.

Por poner ya un último ejemplo, en el cementerio de Poblado²³⁸ hallamos 29 tumbas con armamento del total de 51 fechables en época plena, es decir, más de un 56%. La falcata está presente en 22 de los enterramientos, constituyendo la pieza de armamento más representada. Y por lo que respecta a la riqueza, encontramos tumbas con armamento con un ajuar funerario rico y otras con ajuar pobre, aunque por término medio muestran una riqueza algo mayor que el conjunto de los enterramientos de esta época, con 10,4 objetos y 26,2 puntos de riqueza ponderada, frente a los 9,9 objetos y 22,16 puntos de riqueza ponderada de media del conjunto.

En definitiva, para todas estas necrópolis (y otro tanto hubiera podido decirse de otras en las que no me he detenido para evitar la redundancia, como Cabecico del Tesoro²³⁹, Castillejo de los Baños²⁴⁰ o El Tesorico²⁴¹) encontramos una serie de constantes bien significativas, cuya presencia no basta con atestiguar sino que es necesario interpretar.

Así, en primer lugar destaca la relativa heterogeneidad de armas amortizadas formando parte de los ajuares funerarios. En la mayoría de los cementerios parece predominar la falcata, aunque la presencia de lanzas y armas de asta en general tampoco es despreciable, seguidas a una cierta distancia por escudos y puñales. La combinatoria entre todos estos tipos de armas es enormemente diversa, sin que resulte fácil aislar un “conjunto tipo”, aunque posiblemente la selección de las armas no resultaría casual, como bien defendió F. Quesada²⁴², y dado que en general escasean los conjuntos funcionalmente aberrantes, como los compuestos por dos escudos o dos espadas²⁴³. Nos encontramos además con armas cuidadosamente labradas, en ocasiones decoradas con cuidados damasquinados cuyo parecido en algunos casos del sureste parece hablar de un taller itinerante de artesanos especializados o bien de intercambios aristocráticos de este tipo de armas decoradas,

²³⁸ García Cano 1999.

²³⁹ Quesada 1989 a.

²⁴⁰ García Cano y Page 2001.

²⁴¹ Broncano *et alii* 1985.

²⁴² Quesada 1997 a: 645-646.

²⁴³ Quesada 1997: 651.

en tanto que la mayoría de las piezas por el contrario muestran unas cualidades metalúrgicas regulares, o incluso mediocres²⁴⁴. Han desaparecido, por otra parte, algunas de las armas más características de la fase anterior, tales como los discos-coraza o las grebas. Todo lo cual parece sugerir que las armas que se amortizaban junto con los despojos de cada difunto constituirían, en la mayor parte de los casos, conjuntos funcionalmente coherentes acordes con el armamento típico del momento, la llamada “panoplia generalizada”²⁴⁵; esto es, podrían corresponder con las armas que el difunto efectivamente habría empleado en vida, o al menos con las que podría haber empleado de acuerdo con su estatus social y su nivel de riqueza.

Ello me lleva a la siguiente cuestión. Al contrario de lo que sucedía en la fase anterior, en la que las sepulturas con elementos de armamento resultaban escasas, en todas las necrópolis analizadas en los párrafos anteriores el número de enterramientos con este tipo de ítems incluidos entre el ajuar funerario variaba entre un 25 y un 50%, o incluso más. Asumiendo que existiría alguna vinculación entre los objetos escogidos para acompañar a un difunto en su tumba y el propio difunto²⁴⁶, cabe preguntarse qué lectura sociopolítica puede hacerse de este incremento.

En este sentido, hace ya años J. Uroz propuso que, a partir de un determinado momento, los campesinos asimilaron e imitaron la moda establecida por la aristocracia, por lo que optaron por hacerse enterrar con armas en vez de con el utillaje metálico que correspondería a su trabajo cotidiano en vida²⁴⁷. Algunos años después, J.A. Santos, desde una óptica algo distinta, proponía que este cambio de tendencia en los registros necropolitanos evidenciaba el tránsito de una sociedad de jefaturas a una sociedad de clases, esto es, de una sociedad polarizada entre un jefe y el resto de la población, a otra en la que la dicotomía se establecía entre un grupo

²⁴⁴ Quesada *et alii* 2000.

²⁴⁵ Quesada 1997 a: 611-614; 1998: 128-131; 2009: 119-122

²⁴⁶ Asunción que por otra parte no es compartida por todos los autores, algunos de los cuales defienden que no todos los objetos amortizados formarían parte del ajuar del difunto sino que muchos de ellos formarían parte del ritual funerario recibido, que no tendría por qué ser acorde con su estatus o riqueza sino que podría ser general para todo un conjunto social (cf., por ejemplo, Blánquez 2001: 107). Por ejemplo, en relación con las armas se ha recuperado recientemente la hipótesis que proponía que se trataría de objetos que habrían tomado parte en combates gladiatorios en honor del difunto que habrían tenido lugar durante sus exequias (Bendala 2010: 174), hipótesis que no me parece nada evidente.

²⁴⁷ Uroz 1981: 261-265.

aristocrático dominante y sus dependientes²⁴⁸; lectura por otra parte bastante similar a la que propusieron y mantienen A. Ruiz y M. Molinos, para quienes la presencia de armas en las necrópolis marca los enterramientos de los aristócratas y sus dependientes²⁴⁹. F. Quesada, por su parte, insiste en que la presencia habitual de armas en los enterramientos infantiles y, algo más excepcional, en los femeninos, indica que estas serían un indicador de estatus social, y no tanto una evidencia de que el difunto fuera efectivamente un guerrero efectivamente curtido en el combate²⁵⁰. F. Gracia, en cambio, aun aceptando que las armas en las necrópolis serían fundamentalmente una indicación de estatus²⁵¹, considera que el despegue del número de enterramientos con armas a partir del s. IV a.C. indica la aparición en las sociedades ibéricas de grandes contingentes de campesinos armados que alimentarían los ejércitos tribales de la época²⁵².

Desde mi punto de vista, las armas amortizadas en las sepulturas, como el resto de los objetos allí depositados, conformarían el elenco de artefactos que se elegían cuidadosamente para que acompañaran al difunto al Más Allá, por serle propios según su estatus y función en la sociedad. Servirían, a un tiempo, para garantizar al difunto una existencia en el Más Allá acorde con la que había vivido en el Más Acá (esto es, para tratar de perpetuar en el Ultramundo la estructura desigual de poder existente en el mundo sensible), y para renegociar entre los miembros de la comunidad la identidad social atribuida al finado, y por tanto la posición en la que quedaban sus descendientes ante el grupo. De aceptarse esta premisa, la presencia de armas en los ajuares no indicaría que el difunto hubiera sido un guerrero de manera efectiva, sino más bien su pertenencia a un grupo social conceptualizado como portador de armas; algo que explicaría la presencia de armas en sepulturas infantiles, o en algunas femeninas, y también en determinadas tumbas junto con utillajes propios de artesanos especializados; o también su ausencia en algunos de los enterramientos más “ricos”, cuyos difuntos (o más bien sus descendientes) eligieron subrayar otros rasgos de su persona social por encima de su cualidad de individuo con derecho a portar armas.

²⁴⁸ Santos Velasco 1989: 141; 1996: 116-117.

²⁴⁹ Ruiz y Molinos 1993: 223-228.

²⁵⁰ Quesada 1997 a: 637-639; 2010.

²⁵¹ Gracia 2003: 130.

²⁵² Gracia 2003: 90-92.

De cualquier forma, todo parece apuntar a la extensión del acceso al armamento a sectores cada vez más amplios de la comunidad, y ello no solo se pone de manifiesto en las necrópolis, sino también, de manera bastante más explícita, en los poblados; o, mejor dicho, en el único poblado de la época en el que se ha podido documentar en contexto un gran conjunto de armamento para la fase Plena Ibérica: la Bastida de les Alcusses. Tal y como demuestra el estudio que a la dispersión del armamento en el asentamiento dedicó F. Quesada, las armas aparecen en casi la totalidad de las viviendas, sin evidenciarse reiteraciones llamativas en las más ricas²⁵³. Ello supone que buena parte de los habitantes de La Bastida dispondrían de armas, y por tanto se considerarían responsables de la defensa del poblado, sin que se aprecie un interés decidido por parte de las familias aristocráticas gobernantes en sobresalir en esta función. No sucede lo mismo, por ejemplo, en ciertos pequeños fortines contemporáneos situados en el área edetana, ya fuera de mi zona de estudio, en los que únicamente el aristócrata de turno acapara grandes cantidades de armamento en su vivienda, asumiendo al parecer la función de la defensa del lugar junto con sus siervos y dependientes²⁵⁴.

La consecuencia directa de todo ello, en cualquier caso, es la constatación de que, respecto a la etapa anterior, en la Fase Plena un sector mayor de la población asume la posesión de las armas como función propia de su identidad social. Como quedó dicho en su momento, seguramente a comienzos del s. V a.C. estas no solamente serían esgrimidas por los aristócratas, como se deduce del acortamiento de las hojas de las espadas que delata un combate en formación, pero en aquella fase solamente la elite gobernante reivindicaba como propia la función de guerrero y defensor de la comunidad. A partir de la segunda mitad del s. V y a lo largo del IV a.C., no obstante, un grupo más amplio de la comunidad optará por reclamar esa prerrogativa simbólica.

Y, como resultado, la elite aristocrática habrá de buscar otros rasgos diferentes para fundamentar la *distinción* en la que basar su preeminencia social. A partir de ahora las representaciones iconográficas de estos aristócratas no subrayarán su

²⁵³ Quesada 2011: 217-219. *Vid.* Fig. 5.22.

²⁵⁴ Bernabeu *et alii* 1986; Guérin 2003.

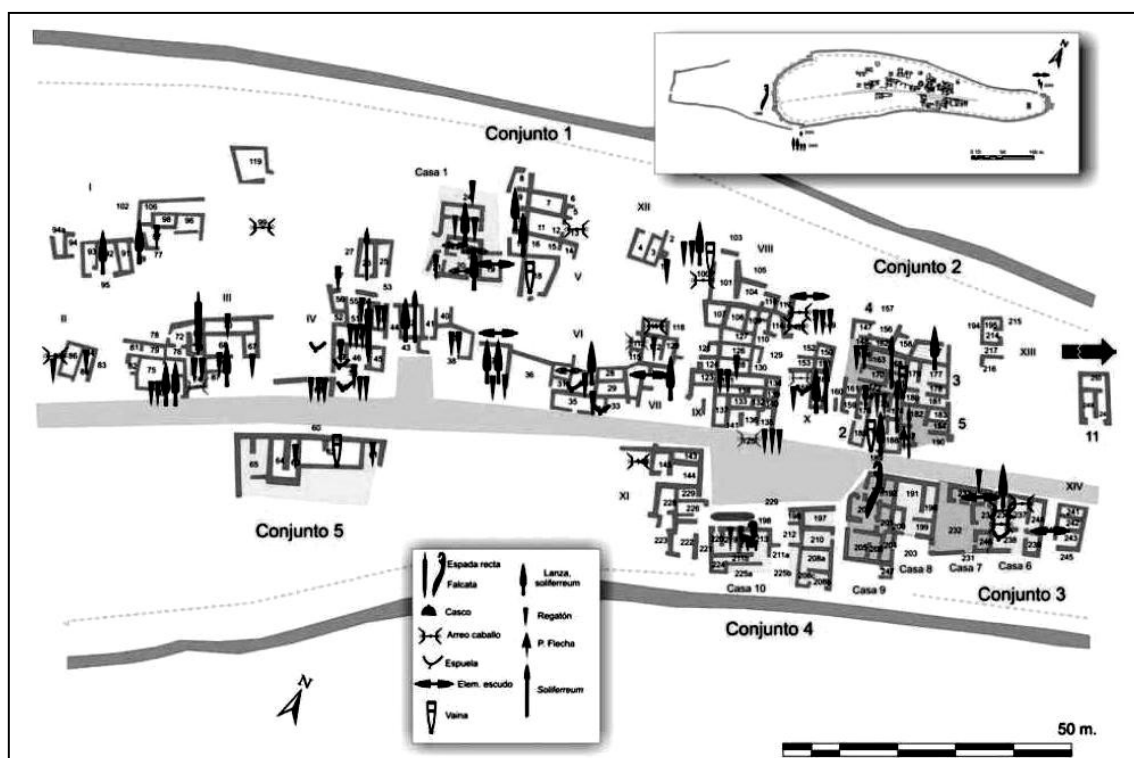


Fig. 5.22. Distribución de armamento en la Bastida de les Alcusses.

carácter de varones armados; no renunciarán a portar armas en estas imágenes, pero el foco de la escena se centrará en otros caracteres más exclusivos y que servirían para diferenciarlos del común de la colectividad, tales como su posesión de caballos.

En tercer lugar, no puedo referirme a la amortización de armamento en las sepulturas sin dedicar una pequeña reflexión a las fuentes connotaciones ideológicas que aquella acarrearía. Y es que, aunque acabo de afirmar que las armas que formaban parte del ajuar funerario pueden considerarse como signos de estatus de idéntica manera al resto de los componentes de aquel, la potencia evocadora de estos artefactos en concreto ha determinado que la investigación les haya prestado una especial atención para tratar de adentrarse a toda una serie de simbolismos que sobre ellos se apilarían.

Así, en repetidas ocasiones se ha constatado que las piezas de armamento no eran simplemente arrojadas a la tumba, sino que muy a menudo se depositaban cuidadosamente siguiendo una disposición determinada, y frecuentemente incluso se evidencia que las armas acompañaron al difunto en la pira antes de colocarse junto a él en su sepultura. Lamentablemente, de nuevo en este aspecto del ritual funerario la

diversidad de comportamientos es tal, que lo único que podemos hacer es constatar que estos no serían casuales sino altamente ritualizados, aunque no lleguemos a comprender las directrices del ritual.

Uno de las actuaciones más evidentes a este respecto es la inutilización previa de la mayor parte del armamento amortizado. Los *soliferrae* eran plegados, los escudos desmontados, los cascos abollados a golpes de otras armas, las falcatas dobladas, y el filo de estas, así como el de las lanzas y puñales, frecuentemente mellado. Algunos autores han tratado de explicar estos comportamientos desde el punto de vista funcional, aduciendo que las armas más grandes habrían de doblarse o desmontarse para poder ser depositadas en el hueco de la tumba, en tanto que en general el armamento sería inutilizado para evitar su saqueo en el futuro²⁵⁵. Por el contrario, otros autores, sin negar el valor evidente de esta primera aproximación (es indiscutible que para introducir un *soliferrum* sin doblar en una sepultura, esta habría de tener más de dos metros de largo, con la consiguiente inversión en fuerza de trabajo y en espacio que ello acarrearía), han preferido abogar por tesis “ritualistas”, defendiendo un sentido simbólico para todas estas inutilizaciones, relacionado con la idea de “matar” el arma para que esta acompañara al difunto al Más Allá²⁵⁶. Personalmente, me decanto más bien por esta segunda opción, pues muchas de las inutilizaciones mencionadas suponen una inversión de trabajo que no puede ser explicada únicamente desde el punto de vista funcional. Además, y esto es algo que a veces ha pasado por alto a la historiografía, las armas no son los únicos objetos que se inutilizarían antes de ser depositados en la tumba, sino que este comportamiento estaría bastante generalizado en el ritual funerario ibérico: no son pocas las ocasiones en las que se ha propuesto que determinados vasos serían fragmentados a propósito antes de ser amortizados, y en innumerables casos llama la atención que en contextos funerarios que se pensaban cerrados aparezcan solo unos pocos fragmentos de un recipiente cerámico, habiendo desaparecido el resto. El problema estriba en que, al contrario de lo que sucede con la inutilización del armamento ibérico, tema ampliamente tratado y que recibe la atención de los arqueólogos, la fragmentación de

²⁵⁵ Sandars 1913: 270; Broncano *et alii* 1985: 102; Pereira y Madrigal 1994: 388; García Cano 1994 a: 432.

²⁵⁶ Quesada 1992: 207-210; 1997 a: 642-643.

los recipientes cerámicos que aparecen en las sepulturas apenas ha suscitado el interés de la historiografía²⁵⁷.

Por último, algunas piezas de armamento amortizadas en las necrópolis conllevarían connotaciones simbólicas propias, a la mayor parte de las cuales difícilmente podremos acceder por falta de información contextual, aunque en algunos casos un estudio en profundidad del yacimiento y el contexto de hallazgo del artefacto pueda arrojar alguna luz al respecto.

Tal es el ejemplo, tal y como argumenté en un artículo anterior²⁵⁸, de la falcata depositada en la tumba 4Dinc3 de la necrópolis de Pozo Moro, un túmulo de adobe de 2,9x0,81m en planta. En este enterramiento, junto a las cenizas del difunto, se documentaron seis urnas, tres platos, una pátera de barniz rojo, dos cántaros de barniz negro de la forma 40 de Iamboglia, una falcata, un soliferreum, un pendiente, una pieza nielada, una barra plana y un botón de bronce, un pendiente de oro, tres *pondera* y cinco astrágalos de ovicáprido²⁵⁹. Se trata, por consiguiente, y pese a su modesta superestructura funeraria, de uno de los enterramientos más ricos de la necrópolis, tanto en lo que se refiere a número de objetos como a riqueza ponderada, y gracias a la presencia de los cántaros de barniz negro (pero también a los paralelos que presentan el pendiente de oro y la pátera de barniz rojo) podemos fecharlo hacia mediados del s. IV a.C.²⁶⁰ Ya R. Olmos propuso que la presencia en una sepultura de cántaros de barniz negro denotaría la condición de guerrero de su ocupante, dado que se trataría de un vaso de connotaciones heroizadoras²⁶¹, y es bien conocido el uso de un pendiente anular de oro por parte de los guerreros ibéricos, tal y como aparece en buena parte de la iconografía al respecto²⁶². Ahora bien, lo realmente interesante para nosotros de esta sepultura es la falcata en ella amortizada, una espada que había sido inutilizada previamente a su deposición, pero en cuya empuñadura aparece grabada una cabeza de león. Bien es cierto que se conocen algunos casos de falcatas que

²⁵⁷ Chapman 2000.

²⁵⁸ García Cardiel 2014 a: 623-628.

²⁵⁹ Alcalá-Zamora 2003: 52. *Vid.* Fig. 5.23.

²⁶⁰ Alcalá-Zamora 2003: 52-53 y 84-85.

²⁶¹ Olmos 1984: 228-231.

²⁶² Aranegui 1996: 94.

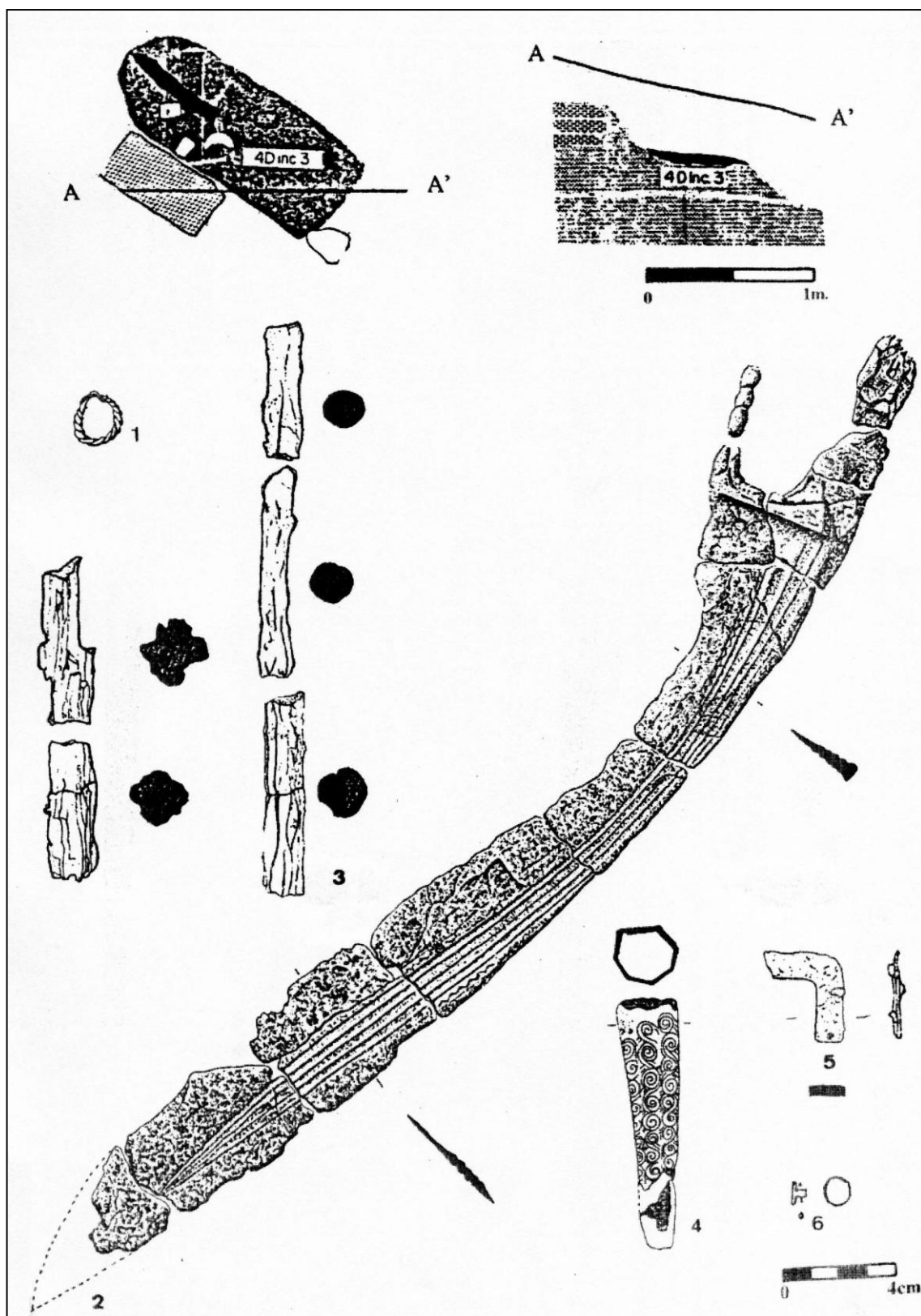


Fig. 5.23. Sección y parte del ajuar funerario de la tumba 4Dinc3 de Pozo Moro.

incorporan pequeñas cabecitas de león mordiendo la barra de la guarda²⁶³, pero este es el único caso conocido en el que una cabeza felina ha sido representada ocupando toda la empuñadura de una falcata, un espacio que de hecho no es soporte habitual de la decoración figurada. Una singularidad que no puedo evitar poner en relación con el relieve del monumento turriforme al que páginas atrás hacía referencia, el del héroe luchando contra la quimera y apuñalándola con un arma blanca cuya empuñadura estaba modelada en forma de cabeza de león. Esto es, parece que casi dos siglos después de la erección del monumento de Pozo Moro, y más de un siglo después de su derrumbe, un aristócrata de mediados del s. IV a.C. “recordó” el mito del héroe que venció a la quimera y se hizo forjar una espada como la del héroe (o, más bien, una espada de la tipología habitual de la época, esto es, una falcata, pero con la empuñadura decorada como la que la tradición atribuía al héroe), espada que le acompañaría en su sepelio. En definitiva, nos encontramos ante el enterramiento de un aristócrata que no solo se nos presenta como un guerrero, y como poseedor de una gran riqueza que su familia es capaz de amortizar a su muerte, sino también como el heredero del héroe legendario local; tratando de asumir así el capital simbólico que la figura de aquel acarrearía, y que el aristócrata de turno pretendería legar a sus descendientes.

Es posible que historias similares nos narren otras armas singulares, como la falcata en cuyo inicio de la hoja encontramos nielada una escena de caza, en la que un león se dispone a lanzarse sobre un jabalí, en cuyo lomo se posan las aves²⁶⁴, quizás aventurando la muerte próxima de la bestia o marcando la protección divina de la que aquella disfruta. Ahora bien, dado que desconocemos el contexto de esta pieza (supuestamente procedente de Sagunto, pero comprada por la Dirección General de Patrimonio de la Comunitat Valenciana a un particular), difícilmente podremos llegar a entenderla en toda su complejidad de significados.

Otro tipo de contextos en los que en la Fase Plena se depositaron ritualmente ciertas armas, si bien mucho menos conocidos que los enterramientos, fueron los

²⁶³ Quesada 1997 a: 120.

²⁶⁴ Aranegui y De Hoz 1992. *Vid.* Fig. 5.24.

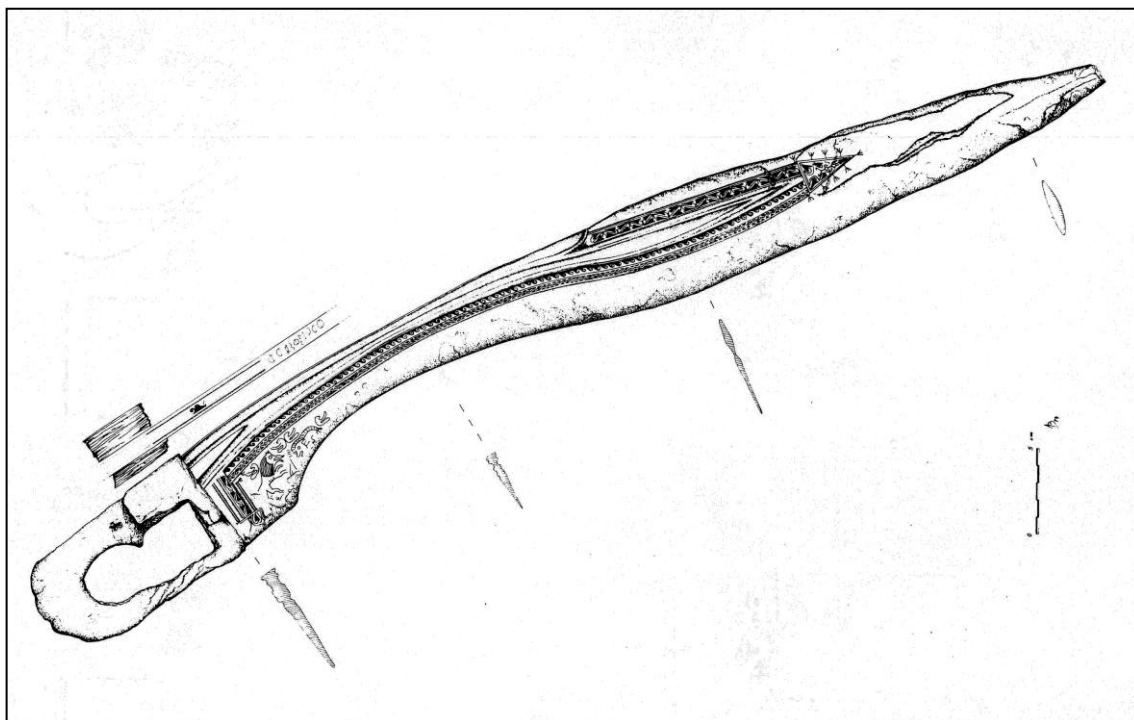


Fig. 5.24. Falcata de Sagunto con escena de caza nielada.

depósitos votivos. El mejor conocido y más espectacular de todos ellos, quizás porque fue descubierto hace pocos años y ha sido estudiado con gran exhaustividad (de hecho, en los momentos en los que se escriben estas líneas aún está siendo analizado por investigadores de la Universidad de Valencia), es probablemente el hallado bajo la Puerta Oeste de la Bastida de les Alcusses, al que ya hice alusión en un capítulo anterior. Al llevar a cabo la excavación sistemática de esta estructura defensiva, de la que más tarde hablaré, se documentó en un estrato inferior una construcción anterior a esta, formada por una serie de muros que parecen corresponder con un edificio de cierta monumentalidad, que fue desmantelado hacia finales del s. V a.C.²⁶⁵ Sobre el pavimento en el que se apoyaban estos paramentos y ocupando unos doce metros cuadrados, se documentaron una sesentena de objetos escrupulosamente ordenados, muchos de ellos quemados y que de hecho aparecieron cubiertos de fragmentos de maderas carbonizadas (de pino y, en menor medida, coscoja), pese a que nada en el lugar parezca evidenciar que allí se llevara a cabo combustión alguna, lo que hace

²⁶⁵ Bonet y Vives-Ferrándiz, 2011 a: 239-240.



Fig. 5.25. Conjunto 1 de armas del depósito votivo de la Puerta Oeste de la Bastida de les Alcusses.

suponer que los artefactos fueron quemados en otro lugar y transportados hasta allí, donde fueron colocados siguiendo algún tipo de cuidadoso ritual²⁶⁶. Entre los objetos que formaban parte del depósito, predominaban las armas, ritualmente inutilizadas todas ellas, una mayoría de las cuales aparecía distribuida en cinco conjuntos (el más completo compuesto por falcata con vaina, escudo y soliferreum; otros tres formados por falcata y manilla de escudo, depositados en forma de cruz; y un quinto conjunto, compuesto únicamente por la falcata y su vaina), mientras que el resto, entre lanzas, *soliferrea*, pletinas, clavos y herrajes, se hallaron dispersas por todo el depósito. Junto a ellas, se documentaron también algunos vasos (locales e importados), semillas, y restos óseos de fauna²⁶⁷.

El cuidadoso orden de la deposición y la combustión previa de los objetos evidencia el carácter ritual del conjunto, en tanto que su ubicación evidencia que se llevó a cabo entre el abandono de la antigua estructura monumental, y la construcción de la nueva fortificación. Esto es, es posible que nos encontremos ante un depósito de fundación, ejecutado para propiciar la protección divina sobre la puerta y la muralla

²⁶⁶ Carrión *et alii* 2012.

²⁶⁷ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011 a: 240-243. *Vid.* Fig. 5.25.

que se estaban construyendo, o lo que es lo mismo, sobre la comunidad que tras ella pensaba guarecerse. O quizás, dado el protagonismo de las armas en el depósito, se tratara de una ofrenda dedicada a algún tipo de héroe legendario, cuya asociación con las puertas de las ciudades resulta recurrente en todo el Mediterráneo²⁶⁸, en cuyo caso la elite aristocrática que habría coordinado la obra y que trataría de fiscalizar su rédito simbólico posiblemente habría aprovechado para vincular la defensa del colectivo cívico con la protección ofrecida por algún supuesto antepasado suyo. En todo caso, más allá de hipótesis difíciles de sostener a falta de una mayor información contextual, quedémonos con el protagonismo de las armas en este tipo de depósitos fundacionales, lo que evidencia el gran capital simbólico que aquellas acarreaban, pero también que las mismas, lejos de amortizarse en una sepultura particular o en algún santuario familiar, se colocaron en uno de los espacios públicos por antonomasia, bajo una de las puertas del asentamiento. Independientemente de que se considerara que el héroe o divinidad a quien se ofrendaban guardara una especial relación con una de las familias del poblado, se trataría de un héroe o un dios adorado en los lugares públicos del mismo, esto es, aceptado como propio por toda la comunidad, y las armas allí depositadas representarían al colectivo, y no solo a una familia aristocrática determinada.

Aunque mucho menos conocidos, pues no fueron excavados con tanta escrupulosidad de acuerdo a los cánones contemporáneos, creo que podría seguirse la pista de algunos otros posibles depósitos rituales en los que igualmente se detecta la presencia de armas. Quizás sea este el caso, como propuse en un capítulo anterior, de la acumulación de objetos detectada bajo el suelo de uso al noroeste del templo B de la Illeta dels Banyets, y formada por una falcata, una manilla de escudo y algunas “esquirlas de hueso carbonizado”²⁶⁹, conjunto que en su momento fue interpretado como una tumba pese a encontrarse dentro del poblado²⁷⁰, pero que creo podría entenderse desde una nueva perspectiva a la nueva luz que el depósito ritual de la Bastida de les Alcusses arroja, habida cuenta de que, al menos que tenga noticia, los

²⁶⁸ Snodgrass 1988.

²⁶⁹ Llobregat 1988: 141-142; Olcina 2005: 153.

²⁷⁰ Almagro Gorbea y Domínguez 1989: 368; Almagro Gorbea 1996: 76.

restos óseos no fueron identificados como humanos en ninguna de las publicaciones al respecto.

Pasemos, finalmente, a hablar de la erección de fortificaciones en la época ibérica plena. Y es que, si desde finales del s. VI y comienzos del V a.C. la construcción de estas se generalizó entre la mayoría de los hábitats ibéricos del sureste, desde la segunda mitad del V a.C. la arquitectura de las estructuras defensivas se refinará un tanto, dotándolas quizás de una mayor entidad. Así, observamos cómo los muros exentos van haciéndose cada vez más raros, así como los aparejos compuestos por mampuestos no trabajados, en tanto que las murallas de paramentos múltiples desaparecen; por el contrario, los bloques careados se hacen paulatinamente más comunes, y aparecen los aparejos tallados (poligonales o trapezoidales, a veces ciclópeos), lo que permite disminuir la potencia de las murallas sin reducir su resistencia. Las cortinas rectilíneas se tornarán algo más frecuentes, aunque las fortificaciones sinuosas adaptadas a la topografía del terreno continuarán siendo abundantes, y se generalizarán las torres de planta cuadrada, que generalmente se ubicarán guareciendo las puertas de entrada y solo rara vez defendiendo los lienzos²⁷¹.

El ejemplo más conocido de todo ello será posiblemente, una vez más, las fortificaciones de la Bastida de les Alcusses, excavadas sistemáticamente durante las últimas dos décadas. El asentamiento, fundado como quedó dicho a finales del s. V a.C., se protegió tras una muralla de tendencia elíptica, aunque adaptada a las curvas de nivel; el lienzo, de 3,5-4m de potencia, estaría formado por dos paramentos paralelos de grandes piedras, asentados sin cimentación, que sostendrían un relleno de piedras pequeñas y tierra, y cuya altura se estima en 3-3,5m., a la que se sumaría un alzado de adobes de otros seis o siete metros a juzgar por la potencia del derrumbe. La muralla estaría dotada de un adarve empedrado en su parte superior, y se encontraría exenta, salvo en un pequeño sector al este del poblado en el que algunas viviendas interrumpen el camino de ronda. El conjunto está dotado además de tres torres macizas, adosadas a la muralla por el exterior y desigualmente distribuidas,

²⁷¹ Moret 1996: 303-304.

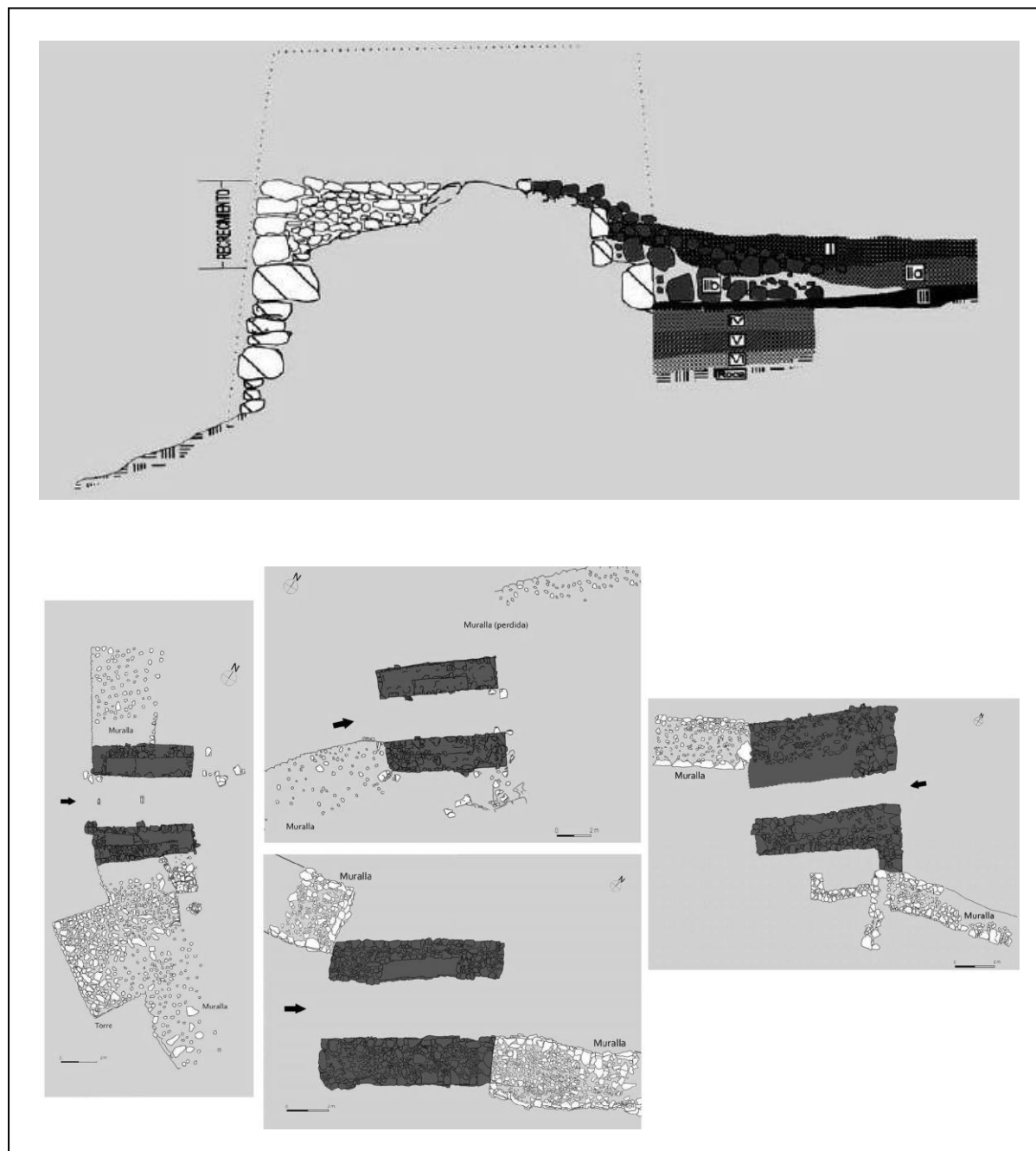


Fig. 5.26. Sección de la muralla de la Bastida de les Alcusses en el Sondeo 1 y puertas de la fortificación.

hallándose dos a escasa distancia, entre la puerta oeste y la sur, y la tercera, más grande, protegiendo la puerta oeste²⁷². Por lo que respecta a los accesos, comprenden edificios complejos arquitectónicamente diferenciados de las murallas, a las que se adosan, y estarían techados, permitiendo el acceso a ellos desde el adarve y por tanto el tránsito a lo largo de todo el recorrido de la fortificación; en tres de los casos, nos encontramos con entradas que se abren entre dos muros paralelos que suponen el alargamiento hasta superponerse a lo largo de varios metros de los respectivos lienzo murarios a los que se adosan, y en los que se construyeron amplios bancos a ambos lados del umbral que podrían albergar cuerpos de guardia, en tanto que la Puerta Oeste, la principal, es un acceso frontal, compuesto por dos muros paralelos de seis metros de largo perpendiculares al lienzo murario, que dejan un acceso entre ellos de 3,15m de anchura protegido por nuevos retranqueos para cuerpos de guardia. Se han documentado en todas las puertas incluso las pletinas de hierro de los batientes, así como sus guardacantones y topes, y las chumaceras en las que se afirmarían²⁷³.

En tierras valencianas, conocemos otros encintados defensivos de la época, si bien quizás no tan espectaculares. Así, en Castellar de Meca se erigió una muralla de barrera de 140m en el único costado accesible del asentamiento, con sillares ciclópeos y trazado cóncavo al exterior, protegida por dos torreones de 20m² que flanquearían la puerta de entrada, y un tercero encaramado en una elevación unos metros por delante de la entrada, que constituía un eficaz punto de defensa avanzada²⁷⁴. De Cerro Lucena, por su parte, conocemos solamente un pequeño sector de un lienzo, que se encontraría protegido por un potente torreón de planta trapezoidal²⁷⁵. Por lo que respecta a Covalta, por poner un tercer ejemplo, el asentamiento se hallaba protegido por dos murallas de barrera que cerraban los dos únicos puntos accesibles entre afloramientos rocosos, de 3 y 1,75m de espesor respectivamente, al cabo de una de las

²⁷² Las primeras reconstrucciones de las fortificaciones de la Bastida planteaban una sucesión de torres a lo largo de todo el recinto, erigidas a intervalos regulares como el documentado entre las dos torres del sector suroeste (cf., por ejemplo, Díes *et alii* 1997); no obstante, tras los trabajos arqueológicos llevados a cabo, nada hace pensar que existieran más torres que las tres documentadas.

²⁷³ Aparicio 1984: 148-149; Moret 1996: 465-467; Bonet, Vives-Ferrándiz y Caruana 2005: 271-273; Bonet 2006: 26-29; Bonet y Vives-Ferrándiz 2009; 2011: 63-82; Olmos Benlloch 2010: 231-235. *Vid.* Fig. 5.26.

²⁷⁴ Aparicio 1984: 165-166; Alfaro Arregui 1991: 147; Alfaro Arregui y Broncano 1992: 73-77; Moret 1996: 457-458; Aparicio *et alii* 2005: 103-105. *Vid.* Fig. 5.27.

²⁷⁵ Uroz 1981: 56-57; Castellano, Sáez y Sáez 2005: 202-203.

cuales se abría la puerta principal al asentamiento, flanqueada por un lado por un muro que se internaba en la ciudad una docena de metros, y por el otro por el precipicio²⁷⁶.

A no muchos kilómetros de Covalta pero ya situada en la provincia alicantina nos encontramos con las fortificaciones de El Puig, donde se erigió un lienzo para cerrar la parte oriental del poblado, la única accesible, guarnecido con un viejo bastión curvo al que a finales del s. V a.C. se adosó una torre rectangular, construida a base de hileras de bloques escuadrados de arenisca trabados con cuñas, que suponemos protegería la entrada al asentamiento, aún no localizada, y cuyos paramentos y proporciones se ha propuesto que mostrarían una temprana influencia mediterránea²⁷⁷. En El Pitxòcol también existirían sólidas fortificaciones²⁷⁸, aunque las desconocemos pues aún no han sido excavadas, al contrario de lo que sucede con las del Cabeçó de Mariola, que se están estudiando en estos mismos momentos, y cuyo estudio se publicará posiblemente en los próximos años. Mejor conocida es, ya fuera de los valles alcoyanos, la muralla del Tossal de les Basses, que previsiblemente rodearía el asentamiento aunque solo se haya podido documentar en la zona sur, y que se componía de un doble paramento de piedras medianas que comprendía un relleno de tierra y piedras pequeñas, alcanzando el conjunto 1,40m de potencia; en el sector excavado no se han documentado torres ni otras estructuras defensivas, en tanto que la puerta es una simple interrupción en el lienzo de menos de un metro de ancho²⁷⁹. O también bien conocida por la historiografía es la fortificación de El Puntal de Salinas, que en esta época se protegió por un tramo de muralla que cerraba la zona más accesible del perímetro del poblado, apenas un lienzo de un metro de ancho constituido por mampuestos pequeños e irregulares que sin embargo se protegió con al menos tres torres de planta cuadrangular, un foso, y un gran torreón que dominaría la puerta de entrada²⁸⁰.

²⁷⁶ Moret 1996: 455-456.

²⁷⁷ Grau y Segura 2010; 2013: 49-63; Olmos Benlloch 2010: 242-243. *Vid.* Fig. 5.28.

²⁷⁸ Grau 1998-1999: 87.

²⁷⁹ Rosser y Mula 2003: 101-106.

²⁸⁰ Hernández Alcaraz 1995: 407-408; Moret 1996: 485-486; Sala 2005 a: 59-61; 2006: 139-140. *Vid.* Fig. 5.29.

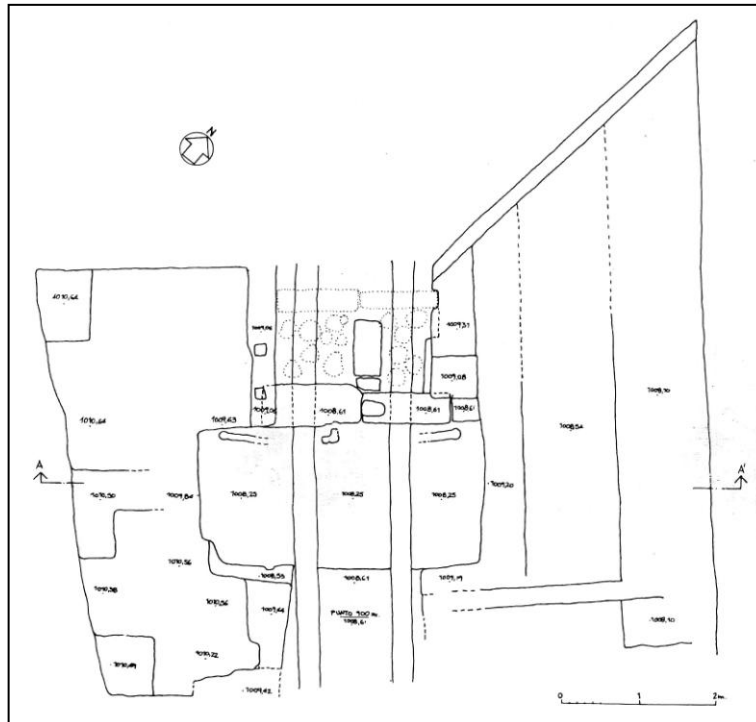


Fig. 5.27. Planimetría de la puerta de Castellar de Meca.

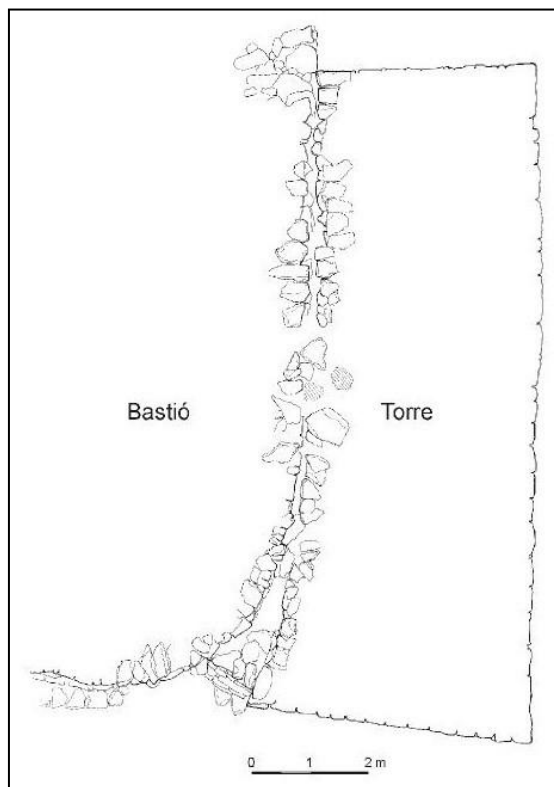


Fig. 5.28. Bastión y torre de entrada del poblado de El Puig.

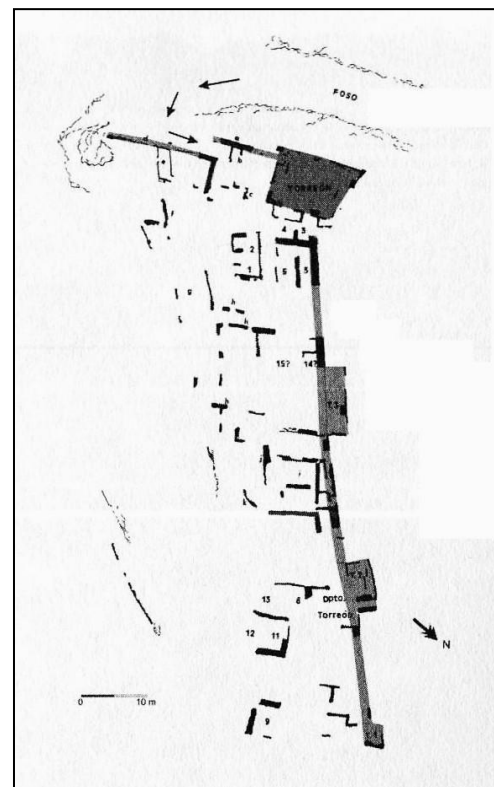


Fig. 5.29. Fortificaciones de Puntal de Salinas.

Finalmente, por sacar a colación algunos ejemplos de asentamientos de tierras murcianas levantados en esta época, puede citarse Bolbax, emplazado en una ladera de fuerte pendiente y cuyas viviendas se adosaron unas a otras de forma que sus muros traseros formaban un muro continuo que limitaría el paso al poblado²⁸¹; o también Castillejo de los Baños, donde por el contrario en su momento se advirtieron en superficie algunos sectores de un lienzo de piedras medianas trabadas con barro, protegido por al menos dos torres de planta cuadrada²⁸².

En definitiva, pese a algunas innovaciones introducidas en las estructuras defensivas de ciertos asentamientos centrales, como Bastida de les Alcusses, el panorama de las fortificaciones ibéricas del Sureste en época plena no ha cambiado mucho respecto de la fase anterior: desde luego se ha tendido a una mayor envergadura y solidez de los aparejos, pero todo parece apuntar a que la concepción general de estos edificios apenas se ha transformado, y a que su acrecentamiento no se correlaciona con un desarrollo paralelo del grado de integración urbana²⁸³, ni tampoco con una transformación apreciable en el tipo de combates y asedios.

Sobre este último punto, no obstante, no hay acuerdo entre los especialistas en el tema. Así, F. Gracia, y en menor medida otros investigadores como L. Berrocal, defienden que, fundamentalmente gracias a los conocimientos técnicos que los grupos de mercenarios adquirieron durante sus combates en el Mediterráneo Central, desde el s. IV a.C. los iberos desarrollaron enormemente las formas de combate en general y la poliorcética en particular, hasta el punto de que es posible según ellos partir de los tratados de Filón de Biblos y Eneas el Táctico para entender mejor el funcionamiento de las fortificaciones ibéricas. Para argumentar tales aseveraciones, estos autores hacen alusión al recuento que de ciertos asedios que tuvieron lugar durante la II Guerra Púnica, fundamentalmente la toma de Sagunto por los cartagineses²⁸⁴, y se apoyan además en determinados aspectos de algunas fortificaciones ibéricas: la existencia de torres avanzadas respecto del encintado y situadas preferentemente a la izquierda de los accesos para garantizar la protección de estos con un fuego de flanqueo más efectivo; la presencia de puertas acodadas y de calles de acceso entre

²⁸¹ Lillo 1981: 249-250; Moret 1996: 496.

²⁸² Lillo 1981: 218; Moret 1996: 496.

²⁸³ Moret 1998: 91; 2004 a: 152-154.

²⁸⁴ Por ejemplo, Liv. XXI, 61; XXII, 21; XXIII, 26-27; XXVI, 49; XXVI, 47; etc.

dos tramos de muralla, para generar un intenso fuego de barrera sobre el asaltante que pretendiera aproximarse a la puerta; la construcción de fosos, escarpas y contraescarpas ante los encintados que dificulten la aproximación de la maquinaria de asedio y la cava de minas; el empleo de paramentos de adobe, que absorbería mejor los impactos de la artillería enemiga que las construcciones de piedra; y el planteamiento de torres de planta trapezoidal y pentagonal, cuyos planos oblicuos reflejarían buena parte de la energía cinética de los proyectiles²⁸⁵.

El principal problema de esta argumentación, tal y como han subrayado en repetidas ocasiones P. Moret y F. Quesada²⁸⁶, es que se basa fundamentalmente en una serie de textos tardíos (alusivos a combates que tuvieron lugar cuando los cartagineses llevaban operando en la Península y erigiendo sus fortificaciones ya algunas décadas, y narrados por autores aún posteriores a los hechos narrados, por lo que la validez de los mismos para explicar el tipo de guerra que existía en Iberia en el s. IV a.C. es muy limitada) y en un puñado de yacimientos, la mayor parte de los cuales además se sitúa en el área catalana, esto es, bajo la influencia directa de Ampurias. De hecho, un análisis más detallado del registro arqueológico disponible mostrará que el empleo del adobe en los alzados de las estructuras defensivas no supone sino la aplicación a las fortificaciones de los mismos paramentos que se emplean para las construcciones domésticas; que salvo en un caso muy concreto del que luego hablaré no encontramos hasta época tardía fosos ni escarpas, ni tampoco torres pentagonales (la de La Serreta, que como tal describe F. Gracia, es posterior, de finales del s. III a.C., y además no es sino una torre trapezoidal que se adapta a la topografía accidentada en la que se erige, como se verá en el capítulo correspondiente); que las entradas suelen ser meras interrupciones en el encintado, y que cuando son más complejas²⁸⁷, como en Bastida, muestran “errores” poliorcéticos evidentes, como ocurre con la Puerta Sur del mencionado poblado, que el enemigo debería embocar ofreciendo hacia la muralla su costado izquierdo, esto es, el protegido con el escudo; y que las torres solo se adelantan al encintado en ocasiones, y prácticamente nunca se distribuyen a lo largo

²⁸⁵ Gracia 1997; 2003: 235-257; 2004: 60-61; 2006: 120-121; Berrocal 2004: 60-61.

²⁸⁶ Moret 2001; Quesada 2001; 2003; 2007.

²⁸⁷ Bonet y Mata 1991: 22-24.

de este²⁸⁸, algo que sería necesario para poder plantear un fuego de barrera y flanqueo eficaz.

En definitiva, nos encontramos con unas fortificaciones irregulares, adaptadas generalmente a la topografía local y consistentes meramente en una barrera que separe el caserío del territorio inmediato, delimitándolo y protegiéndolo de las alimañas y de los ataques por sorpresa, y disuadiendo con su gran entidad a los posibles atacantes. Las torres, que como quedó dicho aparecen en la mayor parte de los asentamientos, no solo se emplearían como plataforma de tiro para arqueros y honderos, sino también y sobre todo como atalayas para el control del entorno y como elementos visibles de prestigio²⁸⁹, y otro tanto se puede decir de las pocas puertas fortificadas complejas que conocemos para esta Fase Plena²⁹⁰. Se trata de fortificaciones *funcionales*, en tanto que, como señala F. Quesada, su función debe ser contrarrestar la mayor de las amenazas estimadas²⁹¹, y las amenazas estimadas no serían similares a las existentes en el Mediterráneo Central en esta misma época, pues, por lo que sabemos, hasta la llegada de los cartagineses a la Península no hubo en ella ejércitos suficientemente organizados como para plantear largos asedios, ni con capacidad para emplear artillería.

Es esta *funcionalidad* la que predomina, a mi juicio en la construcción de las fortificaciones ibéricas en época plena. Desde luego, las murallas funcionarían también, como vengo diciendo, como un elemento de prestigio de la comunidad a la que protegían y de la elite que gobernaba sobre dicha comunidad, y reforzarían el sentimiento identitario de la colectividad al constituir un límite bien visible en el Paisaje entre el espacio urbano y lo ajeno a él, y una muestra explícita de lo que el esfuerzo conjunto puede llegar a levantar. Pero no tenemos demasiadas evidencias de una búsqueda explícita de monumentalidad, ni nos encontramos en la Época Plena con murallas “de aire exótico” que evidenciaran con su mera presencia los lazos político-comerciales establecidos entre las elites locales y los agentes coloniales, como sucedía entre los ss. VIII y VI a.C. En resumen, desde mi punto de vista, no se puede constatar que las aristocracias mostraran un gran interés en autorrepresentarse a través de las

²⁸⁸ Bonet y Mata 1991: 18-19.

²⁸⁹ Moret 2001: 138-139.

²⁹⁰ Bonet y Vives-Ferrándiz 2009: 303-304.

²⁹¹ Quesada 2007: 76.

fortificaciones, esto es, en legitimarse en el gobierno y reflejar su prestigio, prosperidad y poder mediante la construcción de las que por otra parte serían las únicas grandes construcciones colectivas de los asentamientos.

Quizás porque, en esta época, un grupo social mucho mayor, compuesto tal vez por la totalidad de los varones libres de la comunidad, había asumido como función propia de su identidad social la defensa del grupo, a resultas de lo cual se enterraban junto con sus armas, en tanto que la elite, sin renunciar por supuesto a esta identidad, no tendría necesidad de subrayarla, mientras que necesitaría buscar otros elementos legitimadores que le permitieran *distinguirse* de la colectividad.

A esta tentativa de lectura, no obstante, se le pueden oponer algunas excepciones. En primer lugar, cabe mencionar las posibles atalayas que pudieron surgir en algunos enclaves del sureste ibérico durante la Fase Plena. Y es que, como señala acertadamente H. Bonet, ha de establecerse una diferencia nítida en la concepción de la defensa del territorio entre aquellas comunidades que levantan fortines y torres para la defensa de su territorio, y aquellas que no lo hacen²⁹².

En el sureste ibérico parece que no llegaron a existir (o al menos no fueron frecuentes) fortines propiamente dichos, esto es, pequeños asentamientos encastillados y bien fortificados a los que un aristócrata junto con sus siervos dependientes son desplazados para asegurar el control y la explotación del territorio circundante por delegación de la comunidad cívica principal, modelo que encontramos por ejemplo en el Camp del Tùria²⁹³. Pero sí que se han excavado recientemente dos edificios singulares, aparentemente aislados de todo contexto urbano, que se han interpretado como “torres”²⁹⁴, esto es, como estructuras fortificadas destinadas a la vigilancia del territorio. Me refiero a L’Empedrola y La Tellerola, yacimientos de los que ya hablé en un capítulo anterior, y que comprenden en cada caso un edificio aislado situado en un altozano desde el que se obtiene una excelente visibilidad sobre las vías de comunicación y la línea de costa, y compuesto por unos sólidos muros perimetrales de mampuestos trabajados. Estos edificios controlaban respectivamente las salinas y el

²⁹² Bonet 2006: 31-32.

²⁹³ Bonet, Mata y Moreno 2007.

²⁹⁴ Sala 2006: 143-144; Bolufer y Sala 2009; Olmos Benlloch 2010: 246-248; Aranegui 2012: 84-85. *Vid.* Fig. 5.30.



Fig. 5.30. Planimetría de la torre de L'Empedrola.

entorno circundante al Penyal d'Ifach, y las vías de comunicación y el tramo de costa al norte del asentamiento ibérico ubicado bajo la Vila Joiosa.

La apreciación de estos dos edificios es importante, pues la erección de una torre externa al hábitat entraña un interés en la protección activa del territorio circundante al mismo, para la cual no solamente es necesario dedicar un significativo volumen de mano de obra en su construcción, sino que se requiere mantener a una serie de especialistas destacados en el lugar. Incluso si pensáramos en una unidad familiar casi económicamente autárquica que ocupara cada uno de estos edificios al tiempo que ejerciera las veces de “centinela”, sería necesario que la comunidad ejerciera algún tipo de presión, física o simbólica, para que dicha familia se aviniera a ocupar estos edificios aislados y emplazados en altozanos en vez de otros ubicados en lugares económicamente más atractivos. Es decir, la presencia de estas dos torres nos habla de un grado mayor de organización en los núcleos de los que dependerían para la defensa de su territorio, organización en la que debería implicarse forzosamente, de forma activa y permanente, la elite gobernante. No obstante, hasta el surgimiento de territorios regionales políticamente integrados, algo que en el sureste no tendrá lugar hasta la segunda mitad del s. III a.C. con La Serreta, este tipo de concepción de la

defensa del territorio constituirá, por lo que sabemos, más una desviación que una regla.

La otra posible excepción que mencionaba respecto de las tendencias generales observadas en el panorama de las estructuras defensivas ibéricas del sureste en Época Plena es la protagonizada por La Picola. En este yacimiento costero fundado a finales del s. V a.C., del que ya he hablado en varias ocasiones en los capítulos anteriores, nos encontramos con unas fortificaciones hiperdesarrolladas, que en planta ocupan un 40% del área construida total del pequeño hábitat. Estoy hablando de un encintado murario trapezoidal, de lienzos rectilíneos fabricados con mampuestos irregulares, de menos de 1,8m de potencia y una altura indeterminada, sobre los que se sustentarían sendos alzados de adobes. Semejante muralla estaría antecedita de un glacis, una escarpa, un foso y una contraescarpa, y defendida por al menos una torre en el ángulo noreste de la fortificación (aunque sus excavadores piensan que existirían otras tres cubriendo las otras esquinas). Esta torre no obstante se caracteriza por una planta groseramente cuadrangular, y constituye sencillamente un engrosamiento del encintado que sobresale del mismo en dirección este, mientras que por el norte está alineada con el lienzo, presentando una fábrica idéntica a la de las murallas²⁹⁵. Todo el conjunto, por cierto, al igual que las estructuras del interior del poblado, se ciñe a un patrón métrico regular basado en el pie de 29,7-30cm, y la braza de seis pies, patrón de origen foceo y que, según sus excavadores, se constata igualmente en *Emporion*, *Massalia* y *Velia*²⁹⁶.

De hecho, para el conjunto de las fortificaciones se ha defendido que constituyen estructuras de arquitectura griega o muy influenciadas por aquella²⁹⁷, con sus mejores paralelos en las fortificaciones áticas del s. IV a.C. o las foceo-occidentales del III a.C. (*Emporion*, *Massalia*, *Olbia*, *Agde*...) ²⁹⁸ dado el parecido de los paramentos empleados. Ahora bien, en realidad estos paramentos (mampuestos irregulares trabados con barro y cuñas, y alzados de adobe) son los mismos que se emplearon, a

²⁹⁵ Moret 1996: 489-490; Moret *et alii* 1995: 119-123; 1996: 401-402; Sala 2006: 137-138.

²⁹⁶ Moret y Badie 1998 : 55-60 ; Badie *et alii* 2000 : 117-144.

²⁹⁷ Moret y Badie 1998: 60; Rouillard 1999: 91; 2009 a: 140-142; Rouillard y Moret 2012: 155-157; Bresson 2002; Ruiz de Arbulo 2002-2003: 172; Quesada 2007: 78; Bermejo Tirado 2008: 14-15; Aranegui 2010: 694.

²⁹⁸ Moret *et alii* 1995: 119-123. Para las fortificaciones áticas del s. IV a.C., cf. Ober 1985.

menor escala, en el caserío del poblado, y en general son los más frecuentes en la arquitectura ibérica, como sus propios excavadores reconocen²⁹⁹. Por otra parte, la reciente tesis de P. Olmos Benlloch demostró que el patrón métrico de origen foceo fue empleado en buena parte del Mediterráneo a partir de finales del s. V a.C., y concretamente en el sureste ibérico lo tenemos bien representado por ejemplo en las fortificaciones de Bastida y el Tossal de l'Empedrola, así como en otros edificios de prestigio como el templo A de l'Illeta dels Banyets, el templo de la Alcudia de Elche o el Edificio A de Tres Hermanas³⁰⁰. Finalmente, F. Quesada ha puesto de manifiesto la gran diferencia de escala existente entre los asentamientos griegos citados como posibles paralelos, y el modelo de La Picola, mucho menor en extensión, y también señaló que en realidad las fortificaciones de esta última, a pesar de su monumentalidad, no estarían preparadas para la guerra de asedio con maquinaria compleja³⁰¹. Al fin y al cabo, el escaso grosor de los muros determinaría que estos no fueran demasiado resistentes a los tiros de artillería, en tanto que las torres, en el caso de que efectivamente hubiera cuatro (lo cual no es nada seguro), no serían suficientes para cubrir con fuego de barrera la longitud completa de los lienzos, por lo que serían inefectivas para la función principal que estas estructuras cumplen en la poliorcética desarrollada; de hecho, es bien indicativo que el torreón excavado ni siquiera se adelanta al encintado por uno de sus lados, sino que constituya una mera prolongación de este, algo que sugiere que su misión primordial sería más bien la vigilancia del entorno y la de ejercer como estructura de prestigio, y no tanto la protección activa frente a posibles asaltos.

Así pues, y como ya he argumentado más ampliamente en un capítulo anterior, creo que el conjunto de influencias culturales helenizantes que se advierte en La Picola (y no solo en su fortificación), se explican mejor como el resultado de un desarrollo cultural híbrido, fomentado por las elites dirigentes locales para potenciar el comercio en el enclave con los agentes mediterráneos y situarse de esta manera como intermediarios privilegiados en las subsiguientes redes coloniales. Por lo que respecta concretamente a las murallas, en ellas se advierte algo parecido a lo que señalaba en

²⁹⁹ Moret *et alii* 1995: 116.

³⁰⁰ Olmos Benlloch 2010.

³⁰¹ Quesada 2007: 78.

algunas estructuras defensivas de época orientalizante: el interés de las elites locales por erigirlas inspirándose en modelos alóctonos, pero sin comprender bien los principios técnicos en los que aquellos se fundamentan ni tener en realidad necesidad para aplicar estos, al no lidiarse en tierras iberas guerras y asedios similares a las que se desencadenaban en el Mediterráneo Oriental y Central.

5.5. La segunda mitad del siglo III a.C.: la guerra compleja irrumpe en Iberia.

Si en las páginas anteriores he venido partiendo de la base de que la guerra entre los pueblos ibéricos era de muy distinto tipo a la practicada entre las ciudades-estado griegas o púnicas, entre otras cosas porque las estructuras sociales y políticas ibéricas no alcanzaban en esta época el grado de complejidad organizativa de aquellas, la situación experimentará un cambio brusco a consecuencia del desembarco en tierras peninsulares de los ejércitos bárquidas hacia el 237 a.C., desembarco que supondrá el pistoletazo de salida de una larga época de enfrentamientos armados a una escala como la que hasta entonces no se había observado en la Península Ibérica, primero entre los cartagineses y sus aliados ibéricos frente a otros iberos, después entre cartagineses y romanos junto con sus respectivos aliados locales, y finalmente entre las legiones romanas junto con sus *socii* iberorromanos frente a las comunidades ibéricas “rebeldes”. En definitiva, si la guerra entre los pueblos ibéricos hasta el momento no había pasado de una sucesión más o menos continua de escaramuzas, rencillas fronterizas y enfrentamientos puntuales, a partir de este momento, y de improviso, las comunidades locales se verán confrontadas a ejércitos complejos procedentes de sociedades altamente jerarquizadas y con un importante grado de militarización. Como consecuencia de lo cual, las estructuras sociopolíticas y económicas locales se transformaron a gran velocidad, como se ha puesto de manifiesto en capítulos anteriores, y también lo harán las estructuras relacionadas con la ideología de la violencia, como veremos a continuación.

Lamentablemente, al hablar de un período de tiempo tan corto (las últimas décadas del s. III y las primeras del II a.C., fundamentalmente), y al tratarse además de una fase para la que conocemos un menor número de contextos funerarios bien

fechados³⁰², metodológicamente me parecería demasiado arriesgado tratar de aproximarme desde el punto de vista estadístico a la presencia de armamento amortizado en las tumbas de la época, de manera análoga a como lo he hecho para la Fase Plena. Pero en líneas generales necrópolis tales como Pozo Moro, Hoya de Santa Ana, Cabecico del Tesoro, Cigarralejo o Poblado parecen evidenciar que, como en su momento señaló F. Quesada y al contrario de lo que tradicionalmente se ha sostenido, la proporción de armas amortizadas en las necrópolis no disminuye aún en el s. III a.C., sino que lo que se reduce desde finales del s. IV a.C. es el número de enterramientos que han llegado hasta nosotros, en tanto que el volumen de armamento no lo hará hasta las centurias siguientes, ya bajo la dominación romana³⁰³.

A la impresión engañosa de la ausencia de armamento en las necrópolis del s. III a.C. puede haber contribuido de manera importante, de hecho, el cementerio de La Albufereta, uno de los más grandes y de los primeros excavados para el mundo ibérico, datado entre los ss. IV y III a.C., y en el que la escasez de armamento es llamativa. Así, de las 289 tumbas cuyos ajuares funerarios fueron publicados por F. Rubio, solamente 31 contenían algún elemento de armamento (esto es, un 10,73%)³⁰⁴, cifra que, aún sumándole muchos de los casos en los que los sucesivos excavadores mencionan en sus diarios “hierros indeterminados”, continuaría siendo llamativamente reducida en comparación con los porcentajes de los que hablaba para las necrópolis ibéricas de la etapa anterior. Ahora bien, como ya desarrollé en otro capítulo, la necrópolis de La Albufereta constituye una llamativa excepción en buena parte de sus aspectos, rompiendo con muchas de las características habituales del mundo ibérico, y por el contrario mostrando toda una serie de elementos que evidencian un influjo mediterráneo, punicizante posiblemente, enormemente acusado.

Por lo que respecta a las demás áreas funerarias, como señalaba, las tendencias delineadas en la época plena parecen mantenerse a grandes rasgos. El principal elemento de novedad, no obstante, será la irrupción entre las piezas de armamento

³⁰² Tanto porque parece que estos se reducen en número respecto de la etapa “clásica” del mundo ibérico, como por la tendencia a fechar en los ss. V y IV a.C. todo contexto en el que se documentan importaciones áticas, en tanto que muchos de en los que aquellas están ausentes quedan en el fluctuante limbo de las tumbas “no datables” (cf. Sala 1998).

³⁰³ Quesada 1989: 114-116; 1997 a: 651-652.

³⁰⁴ Rubio 1986.

amortizadas de nuevas armas, que hacen su aparición en el sureste ibérico precisamente en estos momentos de conflicto reinante y que compondrán lo que F. Quesada denominó la “panoplia simplificada” o “renovada”³⁰⁵: me refiero a piezas tales como las espadas de La Tène o, sobre todo, los cascos de tipo Montefortino, llegados a la Península seguramente junto con los ejércitos púnicos e itálicos³⁰⁶, y hallados en tumbas tardías de Cabecico del Tesoro, Hoya de Santa Ana, Cola de Zama Norte, Cigarralejo, Cabecico del Tesoro o Pozo Moro³⁰⁷.

Esta continuidad en la amortización de armamento en las sepulturas es, en mi opinión, coherente con el contexto sociopolítico en el que nos movemos. Y es que, en muchas ocasiones se ha explicado la supuesta disminución del número de armas amortizadas haciendo alusión a los requerimientos de los conflictos bélicos en marcha³⁰⁸. Ahora bien, esta interpretación parte de una concepción totalmente utilitaria, materialista, de las armas, sin tener en cuenta sus connotaciones simbólicas. Como se ha explicado ya páginas atrás, en las necrópolis las armas constituían un elemento fundamental a la hora de *materializar* la persona social del individuo libre, en tanto que guerrero corresponsable de la defensa de su comunidad. Y para la época de la que estoy hablando y los tiempos inmediatamente posteriores, de hecho, las fuentes grecorromanas no cesan de insistir en la importancia simbólica que para los iberos, como para los hispanos en general, tenían sus armas, una importancia tal que estas eran equiparadas frecuentemente con la libertad, y por lo tanto no podían ser entregadas al enemigo aun cuando la derrota fuera ya irremisible³⁰⁹. “*Arma sanguine ipsorum cariora*”, que diría Justino, significativamente³¹⁰, en tanto que Polibio nos narra como Escipión, haciendo gala de su magnanimidad, entregó a cada uno de los rehenes que liberó aquello que le convenía según su edad y sexo, esto es, pendientes y

³⁰⁵ Quesada 1997 a: 615-618; 1998: 131; 2009: 122-125.

³⁰⁶ No en vano uno de los pocos ejemplares datables entre finales del s. III y comienzos del II a.C. hallados en el sureste ibérico, el de Pozo Moro, muestra la inscripción *MULUS* (*HEp* 6, 1996, 12), quizás una marca de propiedad del dueño original del casco, que no tendría por qué ser forzosamente el difunto enterrado junto con él (cf. De Hoz 1994; Alcalá-Zamora y Bueno 2000: 24-25; Alcalá-Zamora 2003: 130-131).

³⁰⁷ Quesada 1992 a; García Mauriño 1993. *Vid.* Fig. 5.31.

³⁰⁸ Cf. por ejemplo Cuadrado 1987: 28-29.

³⁰⁹ App., *Ib.* XXXI; Dio Cas., fr. 75; Flor. I, 34. Cf. Quesada 1992: 38-42.

³¹⁰ Just. XLIV, 2, 1.

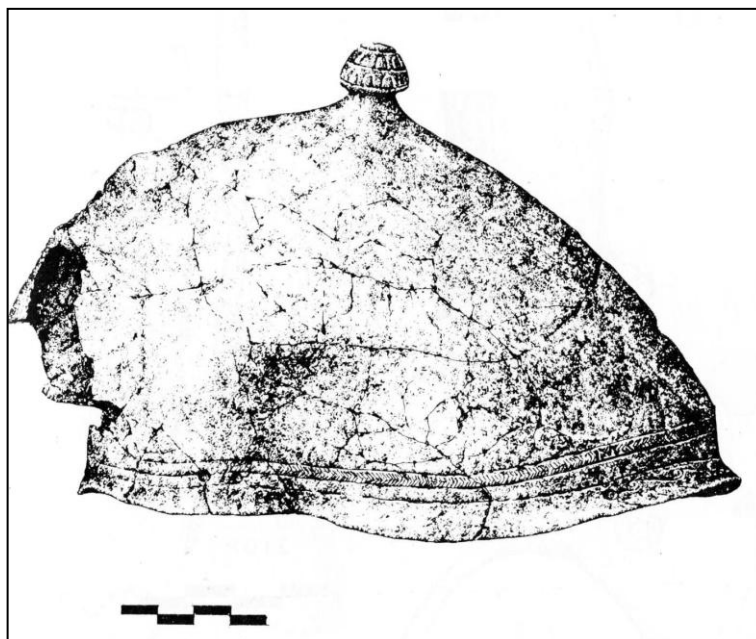


Fig. 5.31. Casco de tipo Montefortino hallado en la tumba 0 deHoya de Santa Ana.

brazaletes para las jóvenes, y puñales y *μαχαίρας* (¿quizás falcatas?) para los jóvenes aristócratas³¹¹. Por consiguiente, en una época de conflictos armados abiertos, en los que la destreza militar constituiría un elemento de valor fundamental en la consideración que un individuo recibiría por parte de sus conciudadanos, resultaría extraño que las familias de los individuos fallecidos renunciaran a subrayar el carácter guerrero de estos durante sus honras fúnebres a la manera tradicional, amortizando sus armas. Incluso cuando ello supusiera la destrucción ritual de piezas de armamento tan necesarias en aquellos momentos de guerra abierta.

Otro ámbito en el que se pondrá de manifiesto explícitamente esta potentísima carga simbólica de las armas en tanto que vectores identitarios de una parte de la población, será el de los santuarios, verdaderos escenarios privilegiados, como quedó dicho en el capítulo anterior, para la negociación identitaria.

Así, en muchos de los santuarios extraurbanos del mundo ibérico, y concretamente en buena parte de los del sureste, fue habitual la deposición ante la divinidad de exvotos representando al devoto, o bien de ofrendas relacionadas con la identidad social de aquel, rituales que en ambos casos simbolizarían posiblemente,

³¹¹ Polyb. X, 18, 6.

como expliqué en el capítulo anterior, la entrega por parte del oferente de sí mismo a la divinidad en agradecimiento por algún favor recibido o que se esperaba recibir, pues estos objetos permitirían de alguna manera que una parte del devoto “permaneciera” para siempre en el santuario. Y no de otra manera, pienso, deberían interpretarse las armas que fueron ofrendadas en ciertos santuarios, pues su escaso número hace difícil hablar de rituales guerreros, o de la consagración sistemática de las armas arrebatadas al enemigo³¹². Más bien creo que, al igual que el individuo cuya persona social se construyera en relación con el ámbito semántico del tejido entregaría durante su visita al santuario una fusayola, o una pesa de telar, el individuo que pretendiera presentarse ante la divinidad (y ante la comunidad) como un guerrero posiblemente depositara, al menos en ocasiones, un arma.

Ahora bien, como puso de manifiesto M.M. Gabaldón en su tesis doctoral, conocemos muy pocas armas amortizadas en los santuarios ibéricos, sobre todo en comparación con lo habitual que llegó a ser esta práctica entre otras sociedades mediterráneas contemporáneas³¹³. No obstante, es posible que al menos parcialmente esta anomalía se deba a los avatares de la investigación. Y es que, como la propia investigadora advierte, la mayor parte de las armas documentadas en estos contextos son armas ofensivas sencillas, fundamentalmente puntas de lanza y regatones, conservadas en muy malas condiciones y a veces difícilmente identificables, que aparecieron desperdigadas por el espacio sacro en vez de incluidas en llamativos conjuntos de materiales como ocurre en las necrópolis, razones por las cuales es bien plausible que buena parte de ellas se despreciaran durante la excavación de los grandes santuarios del sureste, muchos de los cuales fueron visitados cuando aún la técnica arqueológica se guiaba por criterios muy distintos a los actuales³¹⁴. Como consecuencia, en las memorias e informes de excavación en ocasiones se habla de “hierros” o incluso de “armas” encontradas, pero son muy pocos los ejemplares que hayan sido debidamente identificados y publicados, apenas algunos en La Escuera y en La Serreta. Pero una revisión en profundidad de la documentación existente y de los materiales conservados en los Museos permitiría tal vez agrandar el catálogo de las

³¹² Cf. por ejemplo Aranegui 2012: 172.

³¹³ Gabaldón 2004: 365-368.

³¹⁴ Gabaldón 2010: 208-210.

armas depositadas en santuarios ibéricos, como el capítulo que dedicaré al Cerro de los Santos mostrará sobradamente.

Por otra parte, en algunos santuarios del sureste peninsular encontramos, generalmente en contextos del s. III a.C., armas en miniatura, preferentemente falcatas, que habrían sido depositadas allí como exvoto por los sucesivos visitantes. Es el caso por ejemplo de la falcata que E. Cuadrado publicó en 1950 como procedente del santuario del Cigarralejo, una pieza de hierro de 17,5cm de longitud que reproduce en miniatura con todo lujo de detalles un arma real de esta tipología³¹⁵. O, si bien no tan perfectas, de la treintena de piezas de hierro, muy deterioradas y con un tamaño que oscilaba entre los tres y los nueve centímetros, que aparecieron dispersas pero intencionalmente colocadas en las fisuras de la roca a lo largo del santuario de la Encarnación³¹⁶. O, finalmente, el conjunto hallado en diversas áreas del santuario de la Luz, compuesto por ejemplares que no son sino pequeñas láminas de hierro martilleadas cuyo extremo se ha curvado para formar la empuñadura, y que en ocasiones aparecieron en conexión con anillos de bronce y cornamentas de ciervo, y próximas a los exvotos figurativos de bronce³¹⁷. En relación con estas últimas, es de reseñar que F. Quesada matizó que, dado lo simplificado de su tipología, no se trataría tanto de falcatas miniaturizadas como de pequeños cuchillos afalcatados³¹⁸, aunque en mi opinión esta distinción no está exenta de problemas, pues a pesar de lo esquemático (e irreal) de la forma de las hojas en muchos de los casos, todas las piezas presentan sistemáticamente una empuñadura con guarda, que no tendría demasiado sentido si no se hubiera tratado de representar un arma.

La deposición de estas armas en miniatura, en todo caso, no hace sino reforzar mi interpretación de los elementos de armamento depositados en los santuarios: no se trata claramente de armas arrebatadas al enemigo, ni de vestigios de supuestos rituales guerreros: son objetos llevados al santuario expresamente para depositarlos allí de tal manea que “algo” del oferente, una parte que se considera intrínseca a él dado que simboliza su identidad social, quede a los pies de la divinidad, en pago de un

³¹⁵ Cuadrado 1950 a: 49.

³¹⁶ Lillo 1986-1987: 35-36.

³¹⁷ Lillo 1986-1987: 35; 1991-1992: 127-129; Tortosa y Comino 2013: 130-131. *Vid.* Fig. 5.32.

³¹⁸ Quesada 1992: 212-215; 1997 a: 164-165.

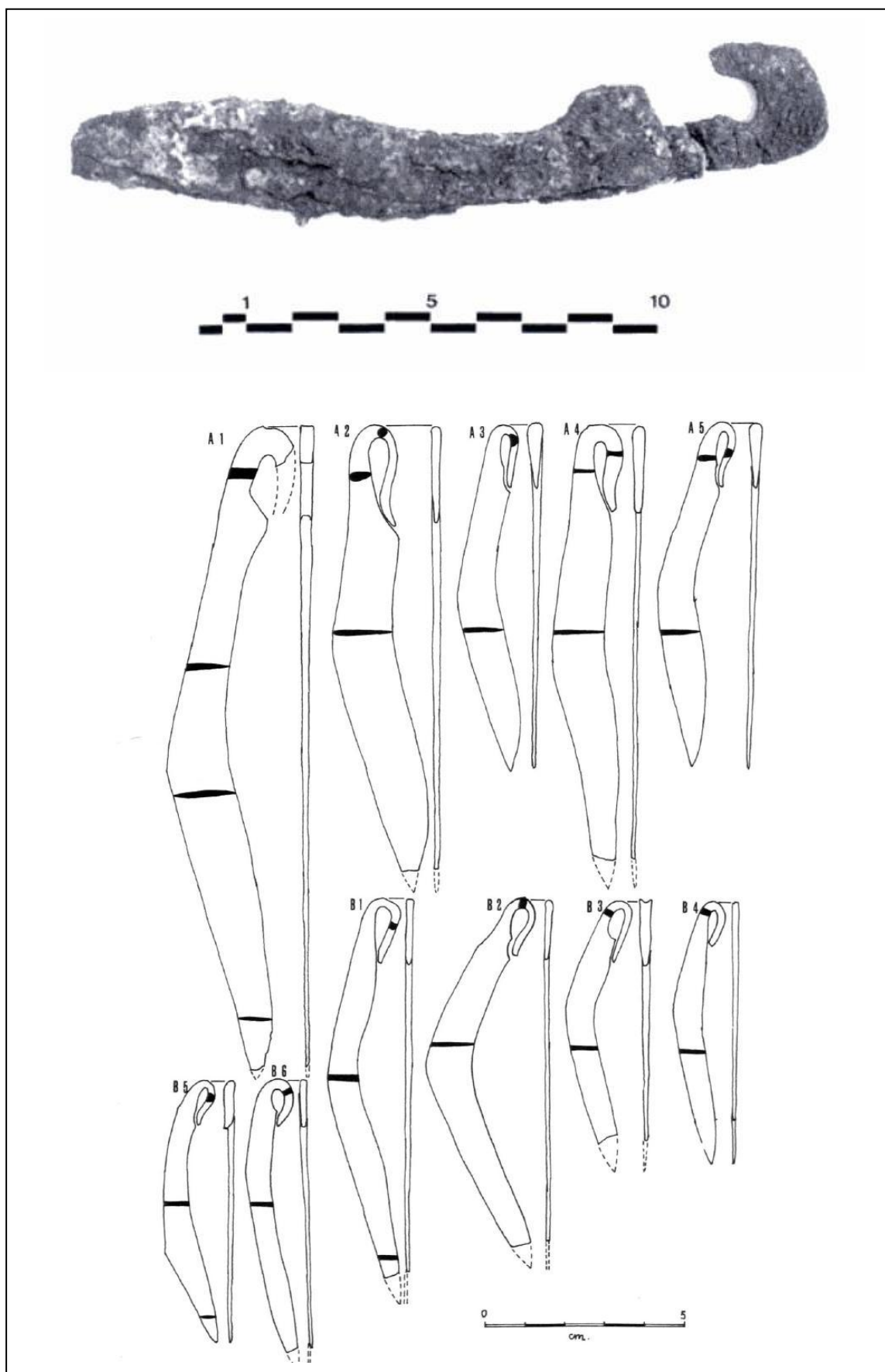


Fig. 5.32. Falcata en miniatura de El Cigarralejo, y parte de la tipología de falcatas en miniatura propuesta por P. Lillo.

favor. Un “algo” que en este caso son armas, y que eventualmente representarían a ese amplio grupo social que en estos momentos construiría su persona social, su identidad en tanto que miembro de la comunidad, a través de su condición de guerrero.

Pero en el santuario de La Luz encontraremos aún un tercer tipo de ofrendas votivas relacionadas con el universo semántico de la guerra y la violencia. Y es que aquí, como en los santuarios jienenses en esta misma centuria, se instauró un ritual consistente en depositar pequeños exvotos de bronce que representaban al oferente, y muchos de ellos, de nuevo como en los santuarios jienenses, aparecerán caracterizados como guerreros armados. Es este un comportamiento que, merece la pena reparar en ello, parece característico de determinados santuarios, y no se da en otras áreas sacras contemporáneas del sureste, como La Serreta, en la que los devotos representados en terracota obvian toda mención a una función guerrera, o en el Cerro de los Santos, donde si bien en ocasiones los exvotos nos dejan intuir que los varones representados serían guerreros, la mostración de las armas rara vez es explícita.

Lamentablemente, desconocemos el contexto concreto del hallazgo de la mayor parte de los exvotos del santuario de La Luz, y a una parte de ellos se le ha perdido la pista entre el momento de su descubrimiento y la actualidad. No obstante, gracias al reciente recuento llevado a cabo por T. Tortosa y A. Comino³¹⁹, podemos hacernos una idea relativamente precisa de la iconografía de los exvotos recuperados. Así, de los treinta y cinco descubiertos por P. Bosch Gimpera solo han llegado hasta nosotros nueve, de los que cuatro representan jinetes armados con *caetra* y falcata; de los dieciséis exvotos recuperados por C. de Mergelina, encontramos un guerrero con falcata envainada al cinto, quizás cubierto con un casco, y que se encuentra en disposición de arrojar una lanza³²⁰; finalmente, entre los exvotos recuperados por M.

³¹⁹ Tortosa y Comino 2013: 133-138.

³²⁰ Como pequeña matización, cabe señalar que según T. Tortosa y A. Comino (2013: 136), el varón se encuentra “en actitud de marcha”, apreciación que toman del arqueólogo que publicó la pieza, M. Jorge (1959: 121), que igualmente habla de “actitud de marcha”; en mi opinión, no obstante, la inclinación del cuerpo, la disposición de las piernas y el gesto del brazo derecho que esgrime la lanza sugieren que el guerrero ha sido representado en el momento de arrojar aquella, recuperando el viejo esquema iconográfico del *smíting god* mediterráneo. Vid. Fig. 5.33.



Fig. 5.33. Exvoto de guerrero en disposición de arrojar una lanza del santuario de La Luz.

Jorge y P. Lillo encontramos oferentes y devotos, pero ningún guerrero que se caracterice como tal³²¹.

Por consiguiente, parece que a la altura de la segunda mitad del s. III a.C. en los santuarios ibéricos, o al menos en algunos de ellos, toda una serie de individuos se presentaron ante la divinidad y ante sus respectivas comunidades arrogándose una función “guerrera” que había de constituir unos de los fundamentos más importantes de su identidad social. Ahora bien, ¿quiénes serían estos individuos? ¿Estamos hablando de un amplio grupo social, quizás de todos los devotos libres que acudían al santuario, o solamente de una elite aristocrática? Resulta imposible aseverarlo, pues, a diferencia de lo que ocurre con los contextos funerarios, el número de armas amortizadas y de exvotos de guerreros conocidos es demasiado reducido como para aventurar ninguna hipótesis en este sentido. Además, a diferencia de lo que ocurrirá

³²¹ Cf. Lillo 1991-1992.

con los exvotos escultóricos de santuarios como el Cerro de los Santos, como veremos en otro capítulo, la adquisición de una pequeña estatuilla de bronce podría estar *a priori* al alcance de un amplio espectro social, al menos en términos materiales, lo que no significa que no pudiera estar social o ritualmente reservado su empleo a ciertos individuos. Bien es cierto que una parte importante de los exvotos de guerreros hallados representan a caballeros con toda su panoplia, y que podríamos tomar la posesión de caballos como un signo indicativo de la elevada posición social de los personajes representados; pero ello solamente sería aplicable a estas piezas, y de ninguna manera extrapolable a todas las armas y miniaturizaciones de armas que se depositaron en las áreas sacras a finales del s. III a.C.

En definitiva, necrópolis y santuarios evidencian que, a finales del s. III a.C., un cierto sector de las comunidades ibéricas construía su identidad social a través de su condición de guerrero y poseedor de armas, al igual que sucedía en la época anterior; y, de manera similar a lo que ocurría en la fase precedente, las necrópolis parecen sugerir que dicho sector social sería relativamente amplio, conformado quizás por los varones libres de cada comunidad y en todo caso desbordando los límites de lo que podríamos considerar las elites gobernantes en sentido estricto. Ahora bien, el contexto histórico había cambiado, y la invasión cartaginesa y las posteriores guerras provocarían toda una serie de transformaciones en las comunidades locales que no se harían de esperar. Y estas transformaciones se detectan inmediatamente, por ejemplo, en algunas fortificaciones.

En el sureste peninsular, el caso más evidente será, por supuesto, el de la muralla de *Carthago Noua*, erigida hacia el 227 a.C. por los púnicos para proteger el que sería su nuevo centro administrativo en territorio peninsular, y que lógicamente rompía con la arquitectura que tradicionalmente se venía empleando en la región. El sector de esta que ha podido ser excavado se localiza entre los cerros de San José y Despeñaperros, y por tanto en el istmo que uniría la ciudad con el continente, esto es, en el lugar en el que es situada por los autores clásicos³²², y su cronología pudo ser bien atestiguada por los fragmentos cerámicos locales e importados y por las monedas

³²² Polyb. X, 10-11; Liv. XXVI, 42.

bárcidas asociadas a su nivel de fundación. El lienzo en cuestión costaba de dos muros de grandes piedras en *ashlar* o almohadilladas, cuidadosamente dispuestas a lo largo de sucesivas hileras horizontales, potentemente cimentados, e interconectados a intervalos regulares por paramentos perpendiculares de *opus africanus*, que compartimentaban el interior de la muralla en casamatas tripartitas. Todo este potente lienzo sustentaría un adarve de 3,5m de ancho, protegido por un alzado de grandes ladrillos de adobe cuya altura final desconocemos³²³.

Esto es, al margen de la imponente monumentalidad, nos encontramos por primera vez en el sureste con una muralla que recoge a la perfección los desarrollos más avanzados que en materia de poliorcética se habían producido en el Mediterráneo: los sillares almohadillados dispuestos en hileras regulares, las casamatas y el alzado de grandes ladrillos de adobe regulares nos hablan de un encintado apto para afrontar un asedio complejo, en el que fuera necesario encajar recurrentes tiros de artillería y emplear a su vez máquinas que ayudaran a repeler a los asaltantes, y que debían poder ser emplazadas sobre el encintado; un encintado en el que debería ser viable que un elevado volumen de defensores pudiera recorrer la muralla de la manera más rápida posible, a salvo en lo posible del tiro enemigo pero a su vez con la capacidad de generar un fuego de barrera y flanqueo suficiente como para repeler a aquel; y en el que se pudiera almacenar en las propias estructuras defensivas víveres y armamento para todo el contingente allí emplazado.

Ahora bien, la muralla de *Carthago Noua* no fue la única en la que a la altura de finales del s. III a.C. se introdujeron todas estos nuevos desarrollos. En el sur peninsular encontramos otros ejemplos bien conocidos por la historiografía tales como las fortificaciones de Castillo de Doña Blanca, *Carteia* o Carmona, en tanto que en el noreste se especula con que el muro de sillares almohadillados documentado en el Palacio del Arzobispo de Tarragona podría corresponder con el “campamento púnico” (*castrum*) que sitúa Livio a la vista de *Tarraco* cuando llega Escipión³²⁴, y que efectivamente parece erigirse en estas mismas fechas de finales del s. III a.C.³²⁵

³²³ Martín Camino y Roldán 1992: 116-121; Bendala y Blánquez 2002-2003: 148; Ramallo 2006: 91-92. Vid. Fig. 5.34.

³²⁴ Liv. XXI, 60.

³²⁵ Bendala 2000; Bendala y Blánquez 2002-2003; Prados Martínez y Blánquez 2007: 64-67.

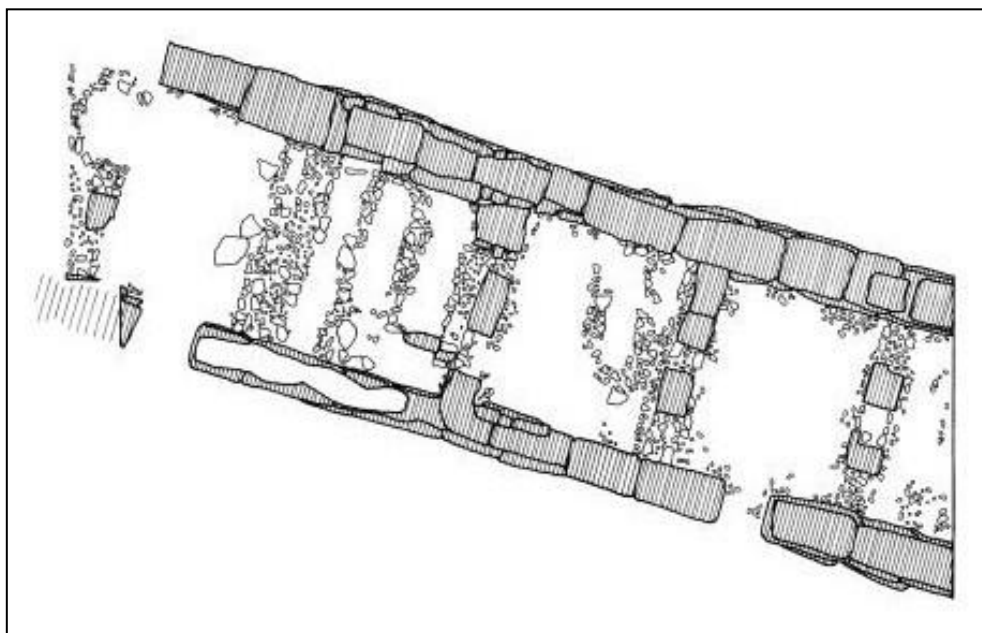


Fig. 5.34. Planimetría de un sector de la muralla púnica de *Carthago Noua*.

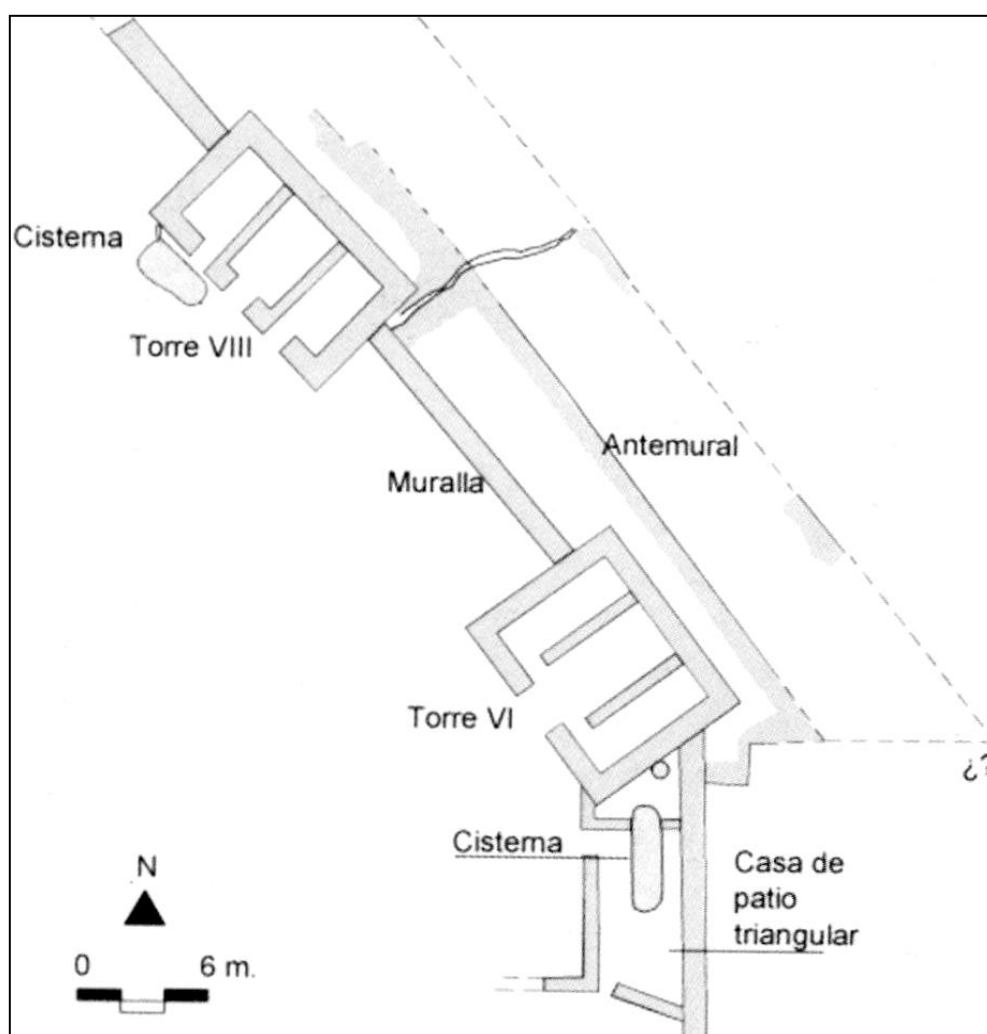


Fig. 5.35. Restitución del tramo 5 de la muralla púnica de Tossal de Manises.

Pero, sin salir de mi área de estudio, las novedades arquitectónicas de las que hablo se advierten igualmente, al menos en cierto grado, en la primera fase constructiva de las murallas del Tossal de Manises. En este asentamiento, cuya fecha de fundación resulta problemática como en su momento discutí, a finales del s. III a.C. se levanta una muralla rodeando las 2,5ha de la cima de la elevación en la que se sitúa el caserío. Se trata de un encintado de apenas un metro de ancho construida a base de grandes y medianos mampuestos sin trabajar careados hacia el exterior pero no demasiado ordenados, encintado que a tramos regulares se encontraba interrumpido por grandes torres de planta cuadrangular, de unos 80m² cada una, insertas en la muralla y sobresaliendo de esta hacia el exterior y hacia el interior. Las torres, de las que se han podido excavar tres, estaban construidas como las murallas con zócalos de mampuestos, sin trabajar pero careados, y alzados de adobe, y tendrían dos o más pisos de altura. En uno de los casos, la estructura muestra un primer piso macizado, en tanto que en las otras dos costarían de un primer piso tripartito, análogo a las casamatas de la muralla de *Carthago Noua* y que serviría para el almacenamiento de impedimenta y para dotar de mayor estabilidad a la estructura. La amplia superficie de estas torres, su cercanía entre sí y su escaso desarrollo hacia el exterior (que las restaría utilidad para generar desde ellas un fuego de flanco sobre los defensores que se aproximaran a la muralla) ha llevado a los investigadores a plantear que podrían haberse empleado como plataformas de máquinas de artillería, en concreto de *ballistae*, hipótesis que se vio respaldada por el hallazgo en el derrumbe de una de las torres de siete proyectiles de piedra. Finalmente, toda esta línea fortificada se vería precedida, a unos diez metros, de un antemural de aparejo ciclópeo³²⁶.

Todas estas características, extraordinarias en comparación con las murallas ibéricas del período, llevaron a sus excavadores a defender que nos encontramos ante una fortificación púnica, levantada para defender el puesto avanzado que los cartagineses establecieron en Tossal de Manises. Lectura que, pese a todo, ha sido puesta en duda hace algunos años por F. Gracia, para quien la muralla y las torres del Tossal de Manises igualmente podrían ser de factura ibérica, y entenderse como el

³²⁶ Olcina 1991: 42-48; 1994: 315; 2005: 159-161; 2006 a: 105; 2009: 66-68; Bendala y Blánquez 2002-2003: 154; Olcina y Pérez Jiménez 2003: 92-93; Sala 2006: 144-150; Olcina, Guilabert y Tendero 2010: 135-136. *Vid.* Fig. 5.35.

resultado de siglos de participación ibérica en las guerras centromediterráneas³²⁷. Ahora bien, si, además de las características arquitectónicas de las fortificaciones, tenemos en cuenta que estas aparecieron asociadas a cisternas encaladas del tipo *a bagnarola* (típicamente púnicas y cuyo único paralelo en el sureste se encuentra en *Carthago Noua*)³²⁸, y que el estudio petrológico de los bolaños documentados junto a las torres indican que estos se fabricaron con una andesita volcánica procedente de las inmediaciones de Cartagena³²⁹, habremos de reconocer que la punicidad de las fortificaciones del Tossal de Manises se torna fuertemente probable, así como su fundación como fortín avanzado inserto en el esquema general geoestratégico bárquida. Incluso podría tratarse, como apuntó M. Bendala³³⁰, de la “segunda ciudad” fundada por Asdrúbal según el relato de Diodoro, y cuyo nombre no facilita el historiador siciliano³³¹. Y ello independientemente de la procedencia “genética” de la mayor parte de los habitantes que terminaron por residir en el enclave, e independientemente de algunas anomalías detectables en la estructura de la muralla, como el patrón métrico empleado, el pie de 29,7cm habitual en las fortificaciones ibéricas y en otros edificios de prestigio, pero distinto del aplicado en las murallas de *Carthago Noua*³³². Al fin y al cabo, nos encontramos ante un fortín periférico, una muralla *de frontera*, levantada según concepciones púnicas y apta para afrontar una guerra de asedios como a la que los cartagineses estaban acostumbrados, pero que se erigiría empleando mano de obra y capataces locales³³³.

Quizás un fortín parecido se hubiera erigido al sur de *Carthago Noua*, en La Loma del Escorial, como sus excavadores han propuesto a juzgar por los vestigios de sus fortificaciones, en una de cuyas fases constructivas, aparentemente de finales del s. III a.C. y destruida apenas unos años después, parece constatarse la introducción de

³²⁷ Gracia 2006: 83-84.

³²⁸ Olcina y Pérez Jiménez 2003: 92-93; Olcina 2006 a: 105-107; Olcina, Guilabert y Tendero 2010: 238-240.

³²⁹ Quesada 2007: 87-88.

³³⁰ Bendala 2010: 454.

³³¹ Diod. XXV, 12.

³³² Olmos Benlloch 2010: 250-253.

³³³ García Cardiel 2014 d.

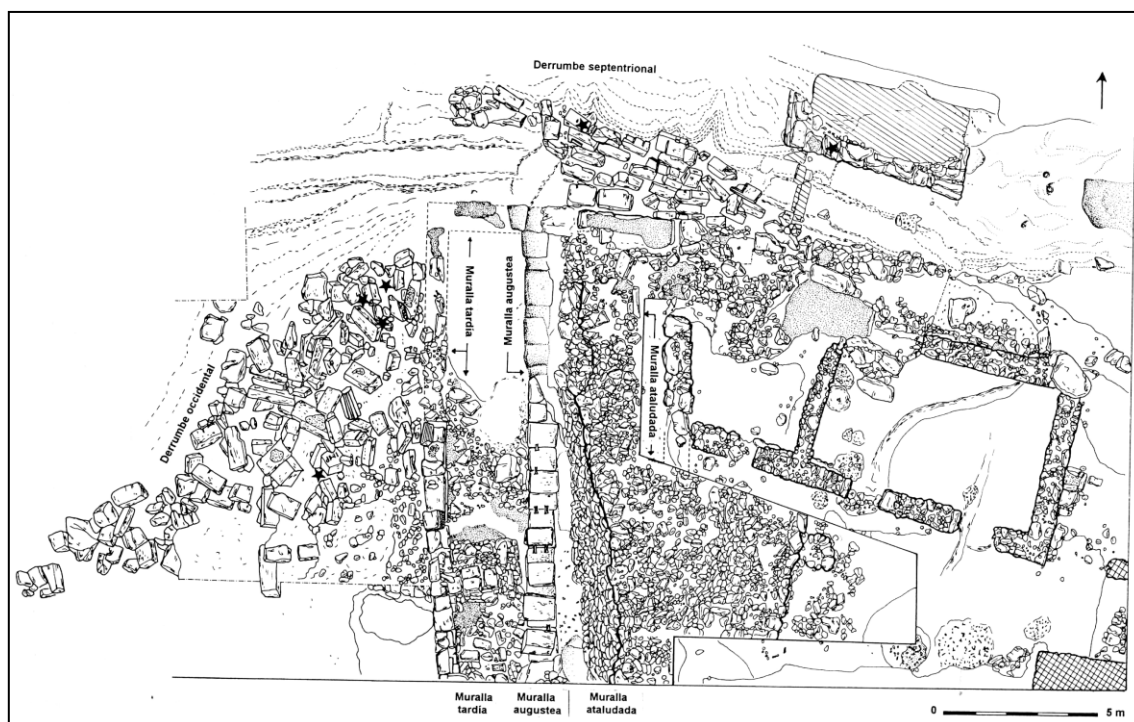


Fig. 5.36. Superposición de estructuras defensivas de El Reguerón en El Tolmo de Minateda. La muralla ataludada es la construida en época ibero-púnica.

técnicas arquitectónicas mediterráneas³³⁴. Aquí de nuevo nos encontramos con un encintado de apenas un metro de anchura, de mampuestos medianos irregulares, potentemente cimentado, encintado que aparece interrumpido por baluartes que sobresalen de la muralla cada cuatro metros³³⁵. Ahora bien, el elevado grado de arrasamiento de estas estructuras, de las que generalmente solo conservamos la primera hilada de piedras y en ocasiones ni siquiera eso, impide aseverar esta hipótesis.

De cualquier forma, este puñado de fortificaciones erigidas por el aparato colonial cartaginés constituye una plasmación explícita en el registro arqueológico de la ruptura que en la esfera de la guerra y los combates se ha operado en el mundo ibérico. Repentinamente irrumpieron en tierras peninsulares unos ejércitos mucho más complejamente organizados que los que puntualmente se habían reunido en la región, y con ellos trajeron una concepción de la guerra totalmente distinta. Un tipo de combates y una maquinaria bélica que desbordaron rápidamente la capacidad militar

³³⁴ García Cano 2008: 119.

³³⁵ García Cano y Ruiz Valderas 1995-1996: 130-131.

ibérica, lo que les permitiría implantarse en el transcurso de pocos años en toda una serie de puntos de la geografía peninsular desde los que asegurarse el control del territorio circundante y la explotación de los recursos en los que estaban interesados.

La adaptación de las comunidades locales ibéricas, de hecho, y al menos en lo que se refiere a las estructuras defensivas, no fue inmediata, y por el momento no tenemos constancia de que ninguna de ellas asumiera los presupuestos de la poliorcética que los cartagineses trajeron consigo hasta tiempo después del final de la Segunda Guerra Púnica. Las murallas ibéricas que se levantaron en esta época, seguramente como respuesta al contexto de la invasión cartaginesa y los consiguientes combates y traslados de cuerpos de ejércitos, no hacen sino reproducir los modelos y técnicas habituales en la edilicia ibérica de época plena. La primera fase de la muralla del Tolmo de Minateda, que cierra el acceso a la cima del poblado a través de El Reguerón y que parece datar de esta fase ibero-púnica³³⁶, es solo un ejemplo de ello. Y también lo será, como veremos en el capítulo correspondiente, la muralla de La Serreta, a pesar de la polémica que sobre su supuesta “punicidad” se suscitó entre ciertos autores.

En el ámbito autorrepresentativo, no obstante, la capacidad de adaptación de las comunidades ibéricas locales al nuevo contexto de finales del s. III a.C. fue quizás algo mayor, como parecen demostrarlo los discursos relativos a las armas y a la violencia que cristalizaron en la iconografía de esta época.

En los últimos años, varios autores vienen defendiendo que los Barca actuaron en la Península Ibérica como monarcas helenísticos, tratando de crear un imperio estructurado a partir de la fundación de toda una serie de ciudades helenísticas que se encargaron no solo de la explotación del territorio circundante sino también de la difusión de la cultura y la ideología helenísticas³³⁷. En la ideología de estos monarcas, la fuerza, la destreza, la habilidad táctica y, en definitiva, la aptitud como jefe guerrero

³³⁶ Abad, Gutiérrez y Sanz 1998: 66-67. *Vid.* Fig. 5.36.

³³⁷ Bendala *et alii* 1987; Bendala 1990; 2003: 24-25; 2005: 45; 2006 a: 187-188; López Castro 1994: 84; Prados Martínez 2002-2003: 206. Almagro Gorbea 2003: 14-15; Blázquez 2005: 1340.



Fig. 5.37. Dishekel cartaginés acuñado en *Carthago Noua*.

sería fundamental³³⁸, pues no en vano la mayoría de las dinastías helenísticas surgieron a partir de la descendencia de los generales de Alejandro Magno, y sus dominios se asentaron solamente a través de las sucesivas guerras entre ellas. Primaba la imagen del gobernante como *condottiero*, constructor de murallas y jefe de los ejércitos, a medio camino entre el monarca y el tirano³³⁹.

Esta lectura ha sido contestada en varias ocasiones, pues no está tan claro que los generales púnicos hubieran llegado a aspirar nunca a comportarse como monarcas, sino que ello es algo en lo que insistió más bien la propaganda prorromana³⁴⁰; y desde luego, la consideración de “ciudades helenísticas” en referencia a los núcleos amurallados que los cartagineses edificaron en la Península Ibérica parece exagerada, con la única posible excepción de *Carthago Noua*, no tratándose estos sino de pequeños asentamientos locales a los que se dotó de modernas fortificaciones para poder ser empleados por el poder militar y colonial cartaginés como puntos fuertes desde los que controlar el territorio³⁴¹. Ahora bien, lo que sí que parece indiscutible es que los generales cartagineses ejercieron su gobierno delegado en Iberia retomando la íntima vinculación entre poder político y fuerza militar propia de las monarquías helenísticas, una asociación muy apropiada al fin y al cabo para su condición de fuerza colonial de ocupación. Las monedas acuñadas en *Carthago Noua* durante el período,

³³⁸ Austin 1986.

³³⁹ Plácido 2007: 154-155.

³⁴⁰ González Wagner 1999.

³⁴¹ Ferrer Albelda 2011: 315-316.

que además del caballo y la palmera tan habituales en las piezas cartagineses exhibirán en sus reversos una trirreme o un elefante de guerra, así lo demuestran³⁴².

Pero esta consideración del gobernante en tanto que jefe militar no tardará en generalizarse también entre las comunidades locales ibéricas, no solo influenciada por la ideología prestigiosa del agente colonial, sino también favorecida por el contexto bélico dominante con el que dichas comunidades se vieron repentinamente confrontadas. Así, si en las páginas anteriores venimos viendo cómo hasta el s. V a.C. los aristócratas se representaron sistemáticamente como guerreros fuertemente armados, y si entre finales de dicha centuria y mediados del III a.C. sin embargo hemos advertido que las elites gobernantes optaron por otras formas de autorrepresentarse, buscando sin duda nuevos elementos de *distinción* dado que en esta época una parte importante de la sociedad eligió las armas como elemento identitario, a partir de estos momentos comprobaremos que los gobernantes iberos volverán a aparecer representados como guerreros fuertemente armados. Y ello debido a que, en un ambiente de gran intensidad bélica, las actitudes militares de un gobernante se tornaban ineludibles, necesarias de hecho para seguir gobernando y para que la comunidad concernida sobreviviera en un ambiente crecientemente hostil. Pero también a que, así autorrepresentados, los gobernantes locales se verían en mejor posición para ser reconocidos como tales por los generales cartagineses.

Aunque externo una vez más a mi área de estudio, un conjunto iconográfico bien significativo al respecto será el de las decoraciones figurativas vasculares de Lliria, datables entre finales del s. III y comienzos del II a.C.³⁴³ Y es que, entre los vasos con decoración figurada documentados en este yacimiento, la representación de combates entre guerreros fuertemente armados resulta ser una de las temáticas más habituales³⁴⁴. Tal es el caso, por ejemplo, del llamado “vaso de los guerreros”³⁴⁵, una *lebes* en la que aparecen en combate dos ejércitos, uno de ellos formado por infantes con lanza, *scutum* y coraza de escamas, y el otro por infantes con falcata y lanza, apoyados por una hilera de jinetes lanceros³⁴⁶. O el del “vaso del combate ritual”³⁴⁷,

³⁴² Vid. Fig. 5.37.

³⁴³ Bonet 1995: 528.

³⁴⁴ Para un recuento exhaustivo, cf. Fuentes Albero y Mata 2009: 66-79.

³⁴⁵ Bonet 1995: 88.

³⁴⁶ Bonet 1995: 441.

otras *lebes* en la que un guerrero con *scutum* y *falcata* hace frente a un luchador armado de lanza y *scutum*, flanqueados ambos contendientes por músicos que evidencian el carácter legendario del combate, en tanto que dos jinetes, un infante y un caballo ocupan el resto del vaso. La “gran lebeta” de Lliria³⁴⁸, por su parte, muestra sucesivamente a un varón sujetando a un caballo por las riendas y alzando lo que podría ser una fusta ante la presencia de otro jinete, en tanto que dos varones aguardan la acometida de un toro y un guerrero se enfrenta con *falcata* y *caetra* a su oponente con *caetra* y lanza, y finalmente un varón contempla cómo una jauría de lobos acosa a un jabalí. El llamado “vaso de los cabezotas”³⁴⁹, redundando en la misma temática, representa a un guerrero con lanza, casco y *scutum* que hace frente a un jinete con lanza y *scutum*, en tanto que un jinete lancero se opone a otro, apoyado por un infante con espada. Y, por último, a todas estas escenas de combate habremos de sumar los vasos que representan enfrentamientos navales³⁵⁰, o a las diversas escenas de desfile, en las que procesiones de varones aparecen haciendo ostentación de toda su panoplia³⁵¹.

Pese a algunas opiniones discordantes³⁵², en principio creo que podríamos asumir que los personajes representados corresponderían con las elites gobernantes de la comunidad de *Edeta*, que se representan a sí mismas (o, mejor aún, a una abstracción ideal, posiblemente situada en unas coordenadas espacio-temporales legendarias³⁵³, de sí mismas y de su *virtus* aristocrática) en un momento de consolidación de esta como entidad urbana y capital de un territorio fuertemente jerarquizado³⁵⁴. No en vano, estos vasos eran verdaderas producciones de prestigio ejecutadas por encargo de determinados miembros de la aristocracia en cuyas

³⁴⁷ Bonet 1995: 175.

³⁴⁸ Bonet 1995: 136.

³⁴⁹ Bonet 1995: 227.

³⁵⁰ Pérez Ballester 2002; García Cardiel 2013: 39-42. *Vid.* Fig. 5.38.

³⁵¹ Bonet 1995: 170, 188, etc.

³⁵² Cf. por ejemplo Uroz 2006: 16.

³⁵³ Como parece ponerse de manifiesto por la representación de una naturaleza desbordante y, en ocasiones, en plena metamorfosis (cf. Olmos 2003 b: 35); por el empleo frecuente de armas que no encuentran un correlato arqueológico, y que posiblemente estén haciendo alusión a armas legendarias (cf. Kurtz 1992: 208); o por la presencia ocasional de músicos junto a los combates, cuyo cometido sería la de narrar, “historiar”, los eventos.

³⁵⁴ Aranegui 1998: 176-183; Bonet e Izquierdo 2001: 83-84.

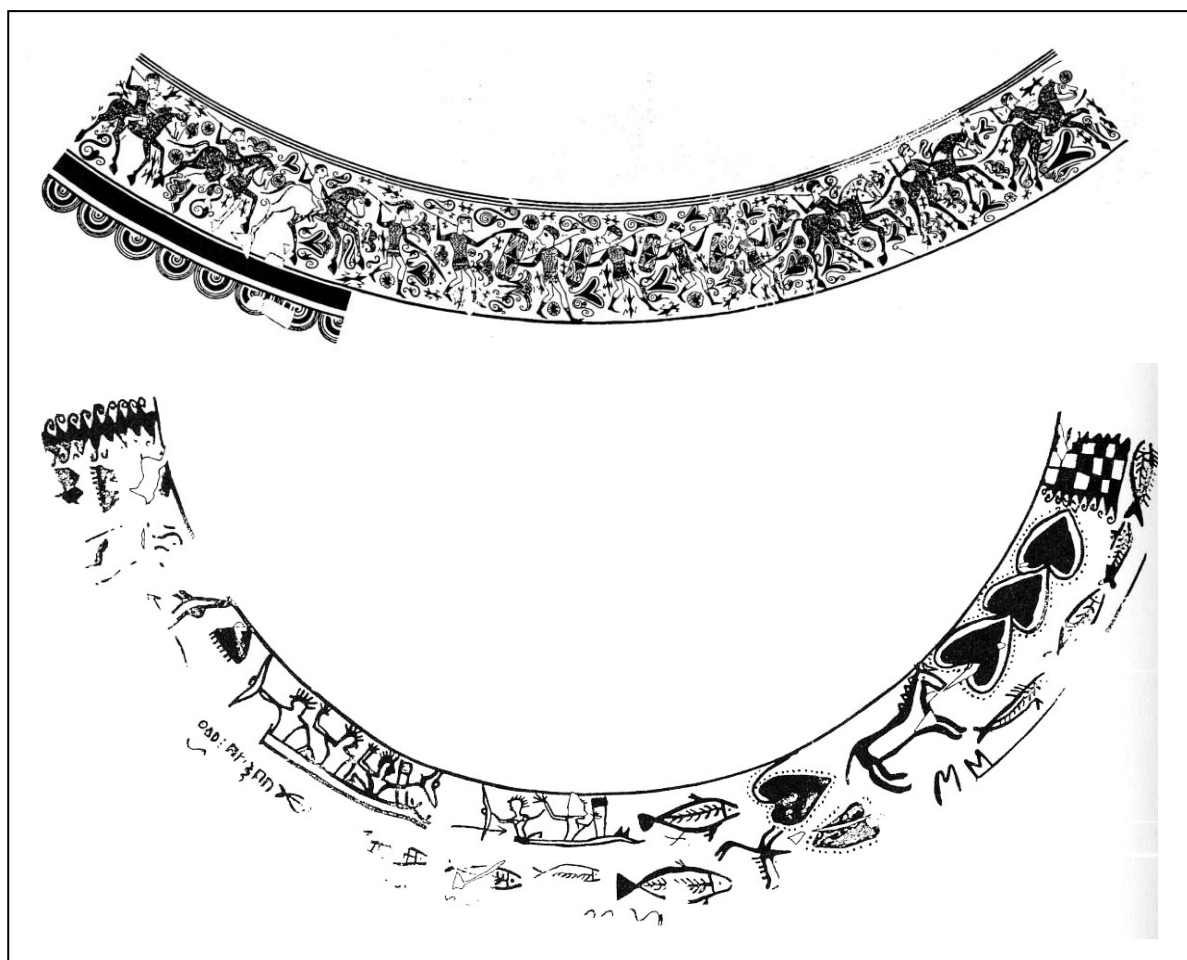


Fig. 5.38. Escenas de combates terrestres y náuticos en las cerámicas de Sant Miquel de Lliria.

viviendas se hallaron concentradas, y solo serían mostradas a la comunidad en determinadas ocasiones festivas, actuando como vector de construcción y difusión de la memoria colectiva de la familia concerniente en relación con la comunidad³⁵⁵.

En el sistema de valores aristocrático que queda reflejado en estas imágenes, las capacidades guerreras del grupo gobernante y su disposición de armamento son ensalzadas como elementos primordiales de legitimación social y política, algo que, según venimos observando, no había sido frecuente en la plástica ibérica desde comienzos del s. V a.C. Ahora bien, reparemos en que, a diferencia de lo que ocurría en los conjuntos escultóricos de Porcuna o la Alcudia, en este caso aparecen también jinetes participando en la refriega, ya sea combatiendo entre sí o contra infantes o en colaboración con infantes, lo que nos habla de la aparición de la caballería como fuerza

³⁵⁵ Olmos 1987.

militar en los ejércitos ibéricos³⁵⁶. O también, más importante aún quizás por lo que a este trabajo respecta, observemos que por primera vez no nos encontramos solamente con combates singulares, *monomachias* aristocráticas en las que se ponen a prueba las capacidades particulares del héroe legendario, sino que asistimos asimismo a choques entre grupos de combatientes³⁵⁷, que no serían sino la abstracción de la elite gobernante que se representa a sí misma como *clase*, como grupo copartícipe de un mismo sistema de valores en el que la defensa de la comunidad parece cobrar un protagonismo fundamental y teóricamente igualitario en sus derechos y responsabilidades; algo particularmente llamativo dado que, para estas fechas, las fuentes clásicas nos hablan de un rey de los edetanos, cuya autoridad sería tal que la capital le era homónima³⁵⁸. Un rey que, quizás, obtuvo su ascendencia singular, puntual, por encima de la elite aristocrática, precisamente en el contexto de la guerra contra Roma.

De cualquier manera, no es este un fenómeno propio de la iconografía vascular edetana, sino que se da recurrentemente en todos aquellos enclaves en cuyos alfares, a la altura de finales del s. III a.C. o comienzos del II a.C., se comienza a producir cerámica con decoración figurada antropomorfa³⁵⁹. Es el caso, por ejemplo, del llamado “vaso de los guerreros” de Archena³⁶⁰, un vaso singular, de tipología y temática completamente diferentes a las de los recipientes que más tarde proliferarán en el enclave y que configurarán el llamado “estilo Archena”³⁶¹, en el que aparecen representados un guerrero con falcata, *scutum* y grebas enfrentado a otro infante armado con lanza y *scutum*, y con falcata al cinto, en tanto que un jinete lancero persigue a unos jabalíes, y un tercer infante con lanza y *scutum* hace frente a la carga de un ulterior jinete lancero, en tanto que tres cadáveres yacen a los pies de los protagonistas, y un lobo observa la escena. O también el del “vaso de los guerreros”

³⁵⁶ Quesada 1997 c.

³⁵⁷ Aranegui 1997: 67-71.

³⁵⁸ Polyb. X, 34-35.

³⁵⁹ Fuentes Albero y Mata 2009; García Cardiel 2014 a.

³⁶⁰ P. Bosch (1958: 40) propuso para este vaso una datación del s. V a.C., si bien en fechas más recientes T. Tortosa (1996: 146, n. 4) ha preferido datarlo en el s. IV a.C., y R. Olmos (1987: 30-31) entre los ss. IV y III a.C. En mi opinión, dada la representación de *scuta* en manos de los guerreros, me decantaría por una cronología de finales del s. III a.C. (cf. García Cardiel 2014 a: 162). *Vid.* Fig. 5.39.

³⁶¹ Santos y Tortosa 1996: 306-307; Tortosa 1998: 208.

hallado descontextualizado en la necrópolis de El Cigarralejo³⁶², con idénticos problemas cronológicos que el recipiente anterior pero seguramente, pienso, de la misma cronología³⁶³, en el que una procesión de guerreros con lanzas y *scuta* y maquillados o cubiertos con máscaras desfila al son de la música. En tercer lugar, cabe citar asimismo la tinaja hallada en la sepultura 4 de la necrópolis de Castellar de Oliva, datable a grandes rasgos entre los ss. IV y II a.C.³⁶⁴ y en la que podemos observar a varios jinetes e infantes con *scuta* y lanzas, a cuyos pies yacen algunos cadáveres. E igualmente puede mencionarse un fragmento de cálatos documentado en Cabecico del Tesoro, en el que alcanzamos a ver la figura de un guerrero con lanza y *caetra*³⁶⁵. En Hacienda Botella, en el interior de una tumba datable a comienzos del s. II a.C.³⁶⁶, hallamos un vaso con decoración figurada en el que se vislumbra, junto a diversos signos vegetales y a algunos personajes que alzan las manos, a un varón dispuesto a alancear a un ciervo, todo ello caracterizado por un enorme esquematismo³⁶⁷. Y, finalmente, ha de incluirse igualmente en este recuento el fragmento hallado en la cata 4 de T. Chapa en el Cerro de los Santos, en el que se han conservado las piernas de dos infantes en liza³⁶⁸, escena que no obstante posiblemente no se trate de un combate singular como generalmente se ha propuesto, pues a la derecha de la pareja de guerreros se vislumbra una silueta rayada apareciendo al borde de la fractura del fragmento que podría corresponder, en mi opinión, con la falcata de un tercer guerrero marchando hacia la reyerta, a imagen de los choques entre dos contingentes representados en los vasos de Lliria.

No será sino en La Serreta y en los asentamientos dependientes de esta a finales del s. III a.C., no obstante, donde encontremos todo un conjunto de cerámicas con decoración figurada bien datables por criterios contextuales y en las que los guerreros, y sobre todo los desfiles de jinetes armados, constituyan uno de los temas fundamentales. Me referiré más por lo menudo a estos vasos en el capítulo

³⁶² Cuadrado 1990; Blázquez 2001-2002. *Vid.* Fig. 5.40.

³⁶³ García Cardiel 2014 a: 163.

³⁶⁴ Cuadrado 1987 a: 198-199; Aranegui 2004 d. *Vid.* Fig. 5.41.

³⁶⁵ AA.VV. 1983, 67.

³⁶⁶ Guardiola 2001: 23.

³⁶⁷ Tortosa 2003: 175-177; 2004: 177-178. *Vid.* Fig. 5.42.

³⁶⁸ Chapa 1983: fig. 3.7.



Fig. 5.39. "Vaso de los guerreros" de Archena.



Fig. 5.40. "Vaso de los guerreros" de Cigarralejo.

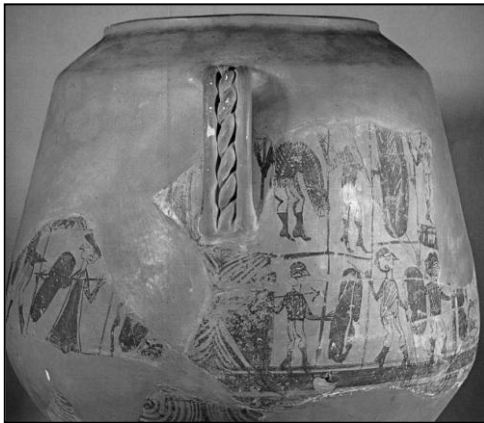


Fig. 5.41. "Vaso de los guerreros" de Oliva.



Fig. 5.42. Detalle de la tinaja de Hacienda Botella.

correspondiente, pero de momento hemos de tener en cuenta su existencia, en tanto que se trata del *corpus* más completo de decoración figurada procedente de un alfar del sureste de finales del s. III a.C.

A todas estas escenas representadas sobre vasos, creo que podríamos añadir también dos relieves muy similares entre sí, procedentes de La Alcudia³⁶⁹ y Daya Nueva³⁷⁰ y datables a finales del s. III a.C., en los que aparece representado un jinete lancero al galope; relieves que han sido puestos en relación con la aparición de la caballería ibérica como arma de combate³⁷¹, y que cabe vincular desde mi punto de vista con las imágenes análogas que aparecen por estas mismas fechas en las cerámicas de Serreta o Lliria.

Y, de nuevo fuera de nuestro área de estudio aunque por unos pocos kilómetros, permítaseme cerrar este recorrido con las monomaquias estampilladas que aparecen en la cerámica del Cerro de las Cabezas, datadas igualmente en el s. III a.C.³⁷²

En resumidas cuentas, y como anticipaba unas páginas atrás, la ruptura en los discursos ideológicos que se produce a finales del s. III a.C. en clara conexión con las transformaciones que se constatan en el contexto sociopolítico, encuentra su plasmación más clara en las representaciones iconográficas. La irrupción de los cartagineses en el sureste, su implantación en una serie de plazas fuertes y el control que desde ellas ejercieron sobre todo el territorio ibérico, gracias a la coacción directa pero también a las alianzas y protectorados establecidos con diversas comunidades locales, provocará toda una serie de reacciones entre las comunidades locales, que habrán de adaptarse rápidamente a la nueva coyuntura para subsistir.

Ahora bien, algunas de estas respuestas tardarán décadas en hacerse patentes, de modo que por el momento, y a pesar de la escalada de actividad bélica, la percepción que los iberos tenían de sus fortificaciones y la manera de erigirlas no variarán demasiado (las únicas excepciones al respecto con las que contamos son, de hecho, murallas levantadas por el ejército de ocupación cartaginés), y por lo que

³⁶⁹ Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 137.

³⁷⁰ Varela 2000.

³⁷¹ Sala 2007: 74-75; Noguera y Rodríguez Oliva 2008: 386.

³⁷² Olmos 2003: 84-85.

respecta a la esfera de las identidades sociales, aún un grupo importante de la sociedad ibérica construirá su persona social definiéndose como un guerrero, poseedor de armas y corresponsable de la defensa de su comunidad en tanto que hombre libre, como los enterramientos y, en menor medida, los santuarios parecen poner de manifiesto.

La iconografía, sin embargo, nos permite vislumbrar un cambio que sí se produce de manera casi inmediata en la ideología de las comunidades locales. A finales del s. III a.C., y al contrario de lo que había ocurrido en la fase anterior, los gobernantes locales se presentarán a sí mismos como guerreros y defensores de la comunidad en armas. Retomaban así un viejo discurso, que durante más de un siglo había permanecido larvado en el imaginario ibérico, pero que ahora vuelve a florecer dada la coyuntura bélica imperante y por influencia también de la ideología helenística que sobre el gobierno y la realeza los cartagineses, y después los romanos, trajeron consigo a la Península. Es posible que aún una buena parte de los varones libres de la comunidad se concibieran a sí mismos como guerreros: pero, dado el clima de creciente hostilidad y la necesidad de responder ante el desafío cartaginés, estos guerreros experimentarán la necesidad de buscar a un líder militar carismático y apto, y lo encontrarán en sus gobernantes.

Es este tipo de discursos sobre el poder, en definitiva, el que se encontraron los romanos cuando iniciaron su conquista de Iberia, discursos que desde su perspectiva helenística identificaron en muchos casos como monárquicos. Y es este mismo tipo de discursos sobre el poder el que se pone de manifiesto, desde mi punto de vista, con ocasión de los funerales de Cneo y Publio Cornelio Escipión en *Carthago Noua* en 208 a.C., en la famosa escena que recoge Livio³⁷³ y que tanto debate ha suscitado entre la historiografía. En mi opinión, los “combates gladiatorios” que se organizaron en la ciudad durante estos funerales, y a los que los aristócratas ibéricos de las distintas comunidades se prestaban voluntarios, no deben relacionarse, o no solamente, con ningún tipo de festividad romana tradicional³⁷⁴, ni tampoco con supuestas tradiciones lusitanas o celtibéricas; se trataría más bien, como en su momento apuntó R. Olmos,

³⁷³ Liv. XXVIII, 21.

³⁷⁴ Blázquez y Montero 1993: 71-73.

de una demostración pública de *virtus* guerrera por parte de estos aristócratas³⁷⁵. Una demostración encaminada a reafirmar sus capacidades militares, y por tanto su legitimación para ejercer el gobierno, ante sus respectivas comunidades y ante el general romano que debía sancionar su jefatura local.

5.6. Nuevos enemigos para el nuevo contexto político iberorromano.

Si durante la segunda mitad del s. III a.C. observamos una cierta transformación en la utilización ideológica de las armas y la violencia en el seno de los discursos legitimatorios de las elites ibéricas, la integración de las comunidades locales del sureste en las estructuras provinciales romanas a partir del s. II a.C. supondrá una nueva cesura. Cesura que, a grandes rasgos y con excepciones bien llamativas, entrañará la progresiva desaparición de las armas de los discursos ideológicos de las elites locales.

Así, la costumbre de amortizar armas junto con otros objetos como ajuar funerario en las sepulturas ibéricas, costumbre que como venimos observando se había iniciado en los mismos orígenes de la cultura ibérica y había permanecido vigente incluso durante el convulso período de la ocupación cartaginesa y la II Guerra Púnica, subsiste aunque se va tornando cada vez menos frecuente a partir del s. II a.C. (pese a la escasez de tumbas conocidas para esta época), y prácticamente desaparece en el I a.C.³⁷⁶

Por lo que se refiere a los santuarios, la escasez de contextos cerrados claramente fechables dificulta poder argumentar claramente una tendencia análoga. De hecho, muchos de los santuarios en los que se ofrendaron piezas de armamento de los que hablé en el apartado anterior, como La Luz o el Cerro de los Santos, subsisten en esta etapa, resultando imposible aseverar si las susodichas armas fueron depositadas a finales del s. III a.C. o en algún momento posterior. Todo lo más, podemos constatar que en los santuarios en los que predominan los niveles del s. II a.C., como Castillo de Guardamar³⁷⁷ o La Malladeta³⁷⁸ no encontramos rastro de armamento consignado como ofrenda, y que las estatuillas figurativas representando

³⁷⁵ Olmos 2003: 91.

³⁷⁶ Quesada 1989 a: 114-116; 1997 a: 651-652; Fuentes Domínguez 1991.

³⁷⁷ Abad 1986 b; 1992; García Menárguez 1992-1993.

³⁷⁸ Rouillard, Espinosa y Moratalla 2014.

guerreros de las que hablaba antes parecen todas ellas anteriores a comienzos del s. II a.C.

En lo que respecta a las fortificaciones, parece que podría estar operando idéntica tendencia, aunque de nuevo el tema ha de tratarse con precaución, entre otras cosas porque, paradójicamente, las fortificaciones de los ss. II y I a.C. son las peor conocidas de toda la historia de la poliorcética ibérica³⁷⁹. A nivel arquitectónico, puede señalarse que las novedades introducidas por los arquitectos cartagineses a finales del s. III a.C. presentan un escaso desarrollo, y hasta la segunda mitad del s. I a.C. apenas observamos otra cosa que la continuidad de las directrices que apreciábamos en marcha desde época plena: el adelgazamiento de los paramentos, la proliferación de aparejos trabajados, y la generalización de las torres de planta cuadrada³⁸⁰. Ahora bien, la proporción de asentamientos fortificados se reduce notablemente: si por un lado a resultas de la II Guerra Púnica o de las convulsiones inmediatamente posteriores se destruyen las fortificaciones de buena parte de los núcleos de mayor importancia del sureste, tales como Serreta, Tossal de Manises, Castellar de Meca, Amarejo o, en menor medida, La Escuera y Los Nietos³⁸¹, por el otro se generaliza en toda la región un tipo de poblamiento rural basado en pequeñas granjas sin ningún tipo de amurallamiento.

Ello no significará, desde luego, que los poblados fortificados desaparezcan del paisaje ibérico. Pero las murallas, que antaño se entendían como símbolo de la prosperidad, prestigio y autonomía de la comunidad local, se convertirán ahora en signo de *romanización*, en el sentido de que se levantarán preferentemente en torno a los puntales básicos de implantación de la administración romana en el territorio³⁸². Así, es bien conocida la erección de nuevas fortificaciones en *Carthago Noua*³⁸³, *Ilici-La Alcudia*³⁸⁴ y *Lucentum*-Tossal de Manises³⁸⁵ coincidiendo aproximadamente con la

³⁷⁹ Moret 1996: 304; 2003: 159-161.

³⁸⁰ Moret 1996:304-306.

³⁸¹ Grau 2003: 61-62; Sala 2010: 945-946. Recuérdese a este respecto el pasaje en el que Catón ordena destruir las murallas de numerosas comunidades ibéricas para acabar con sus rebeliones: Liv. XXXIV, 17, 11.

³⁸² Hourcade 2003.

³⁸³ Abascal 2002: 34; Ramallo y Martínez 2010: 155.

³⁸⁴ Alföldy 2003; Ronda y Tendero 2010.

³⁸⁵ Olcina 2006: 111. *Vid.* Fig. 5.43.

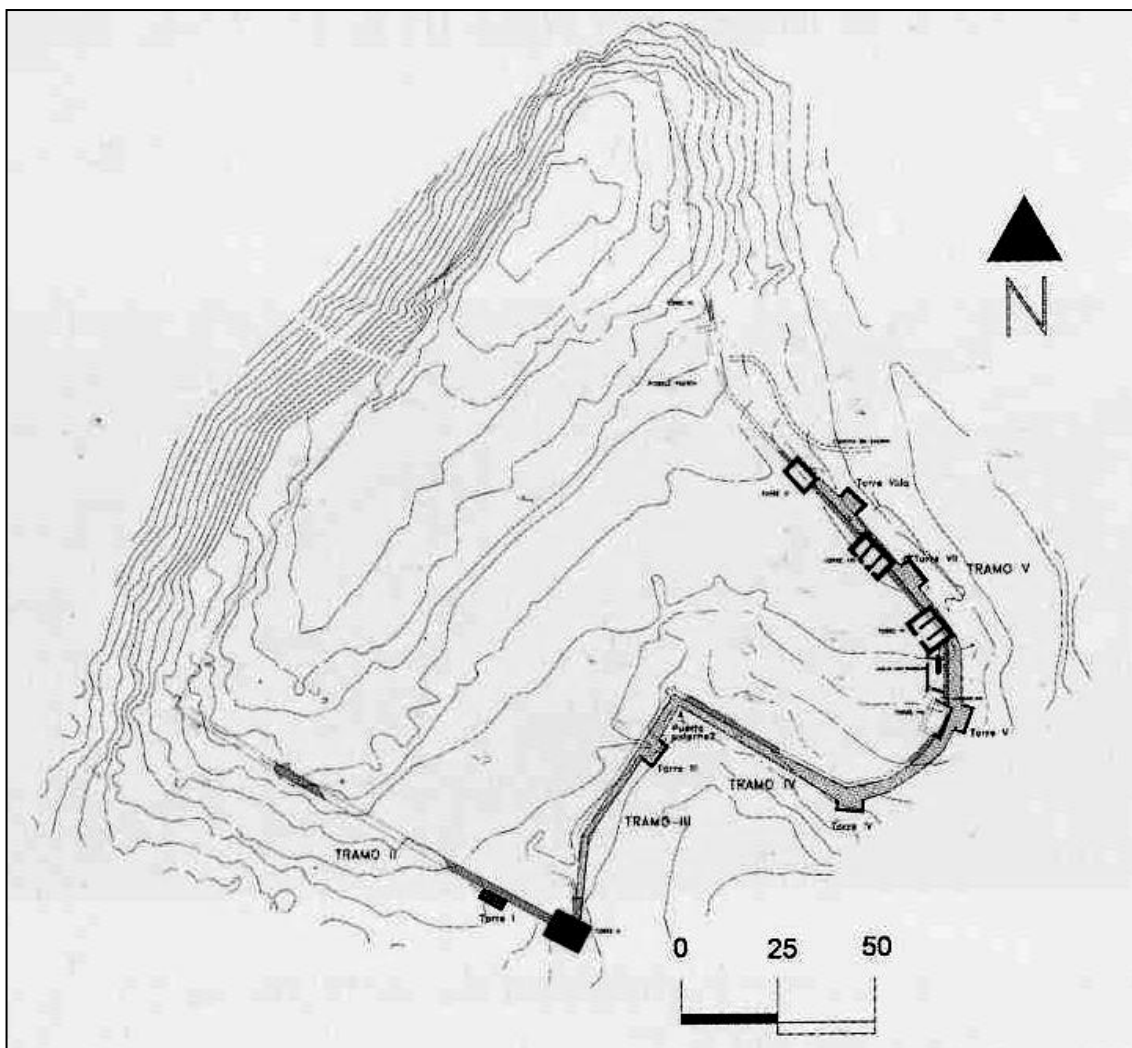


Fig.5.43. Reconstrucción de las murallas de Tossal de Manises entre los ss. II-I a.C.

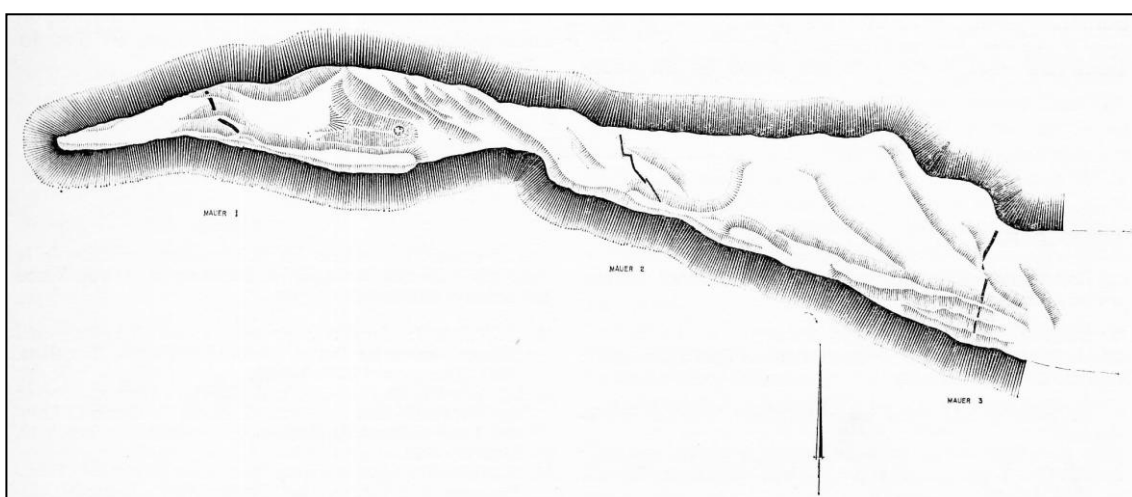


Fig. 5.44. Sucesivas líneas de fortificación tardorrepublicanas de Pic del Àguila.

concesión administrativa de estatus privilegiados a estas comunidades. Y en los últimos años toda una serie de investigadores están profundizando asimismo en el estudio de los *castella* y los *praesidia*³⁸⁶, pequeños asentamientos militares fortificados destinados al control del territorio recientemente conquistado y tan frecuentemente levantisco. Y ello por no hablar de establecimientos fortificados de ocupación mucho menos prolongada en el tiempo, erigidos *ad hoc* para solventar una situación belicosa concreta, como podría ser el yacimiento del Pic del Àguila con sus complejas murallas³⁸⁷, encastillado en las alturas del Montgó sobre el emplazamiento de Denia (*Dianium*, bastión naval de Sertorio según sabemos por las fuentes clásicas³⁸⁸), y datado al parecer precisamente en época sertoriana³⁸⁹.

En un contexto como el que estoy describiendo, no extrañará quizás que las escenas de combates y desfiles militares que durante las últimas décadas del s. III y las primeras del II a.C. fueron preponderantes en la plástica ibérica, se tornen mucho menos frecuentes.

Así, en la iconografía iberorromana se representará ocasionalmente a varones armados, pero en raras ocasiones estos aparecen en lucha contra otros guerreros, sino que más habitualmente son confrontados con seres salvajes, ya sea a través de combates singulares legendarios, o bien en el contexto de escenas cinegéticas. Como ejemplo de estas últimas, y aunque ajenas a mi área de estudio, merece la pena mencionar sendas fíbulas halladas en Cañete de las Torres (Córdoba), Chiclana de Segura (Jaén) y Caudete de las Fuentes (Valencia), casi idénticas, en las que observamos a un caballero con escudo que persigue a lomos de su montura a dos cuadrúpedos, contando sin duda con la protección de la diosa, que aparece representada en el engarce del alfiler, entre dos équidos³⁹⁰. En ellas, el carácter aristocrático, diría que acorde con la *virtus* heroica, se pone de manifiesto en la

³⁸⁶ Cf. por ejemplo Murcia, Brotons y García Sandoval 2008; Brotons y Murcia 2008; López Mondéjar 2009; Uroz Rodríguez 2012.

³⁸⁷ Schubart, Fletcher y Oliver 1962; Moret 1996: 482; Schubart 1963; Sala 2006: 127; Gómez Bellard 2010: 66-67. *Vid.* Fig. 5.44.

³⁸⁸ Str. III, 4, 8.

³⁸⁹ Gisbert 1998: 385-387.

³⁹⁰ Prieto y López Revuelta 2000; Perea, Williams y Olmos 2007: 37; Mata *et alii* 2013. *Vid.* Fig. 5.45.



Fig. 5.45. Fíbula de Chiclana de Segura.

completa panoplia del caballero, que aunque no parezca demasiado funcional para dar alcance a un ciervo entre la floresta impide confundir al personaje con un cazador corriente, algo que por otra parte subraya también la presencia expectante de la divinidad.

Mucho más desarrollo en el sureste ibérico alcanzará, sin embargo, la representación de combates legendarios entre un varón heroico, singular, y un ser híbrido de características monstruosas cuya presencia misma amenaza la supervivencia de la comunidad. Y el mejor ejemplo a este respecto lo encontraremos, posiblemente, en la cerámica de la Alcudia de Elche, en la que, en las contadas ocasiones en que se representa la figura humana masculina, aparece generalmente enfrentándose a los llamados *carnassiers*, lobos con patas de ave y tamaño sobrenatural. Así sucede en el conocido vaso del “joven y el lobo”³⁹¹, en el que un joven guerrero inmoviliza a la bestia con sus propias manos, sujetándole de la lengua; porta una lanza, pero no la utiliza, y de hecho apenas tiene relevancia en el esquema iconográfico, pues es un mero atributo caracterizador del personaje. La escena, que ha

³⁹¹ Ramos 1987: 234; Tortosa 1996: 153.

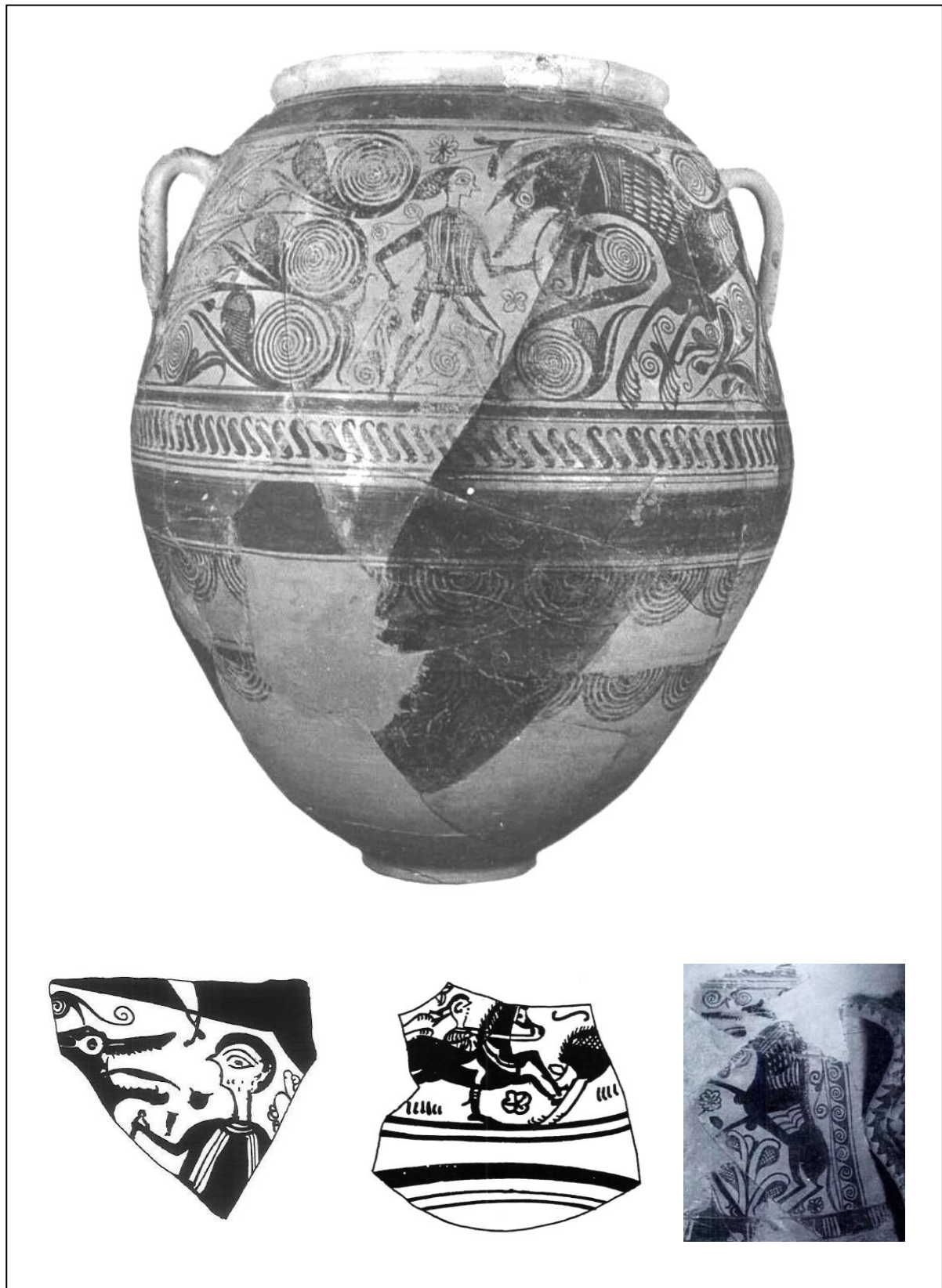


Fig. 5.46. Vaso del “Joven y el lobo” de la Alcudia de Elche y otros casos de enfrentamientos entre héroe y lobo en la cerámica ilicitana.

sido considerada por los distintos autores como una caza heroica³⁹², un ritual iniciático³⁹³ o un enfrentamiento con la muerte³⁹⁴, encuentra en todo caso buenos paralelos, aunque más fragmentarios, en otros vasos ilicitanos: en un pequeño fragmento podemos observar a un varón que porta aunque no enarbola un arma blanca, y que se ha visto confrontado con un lobo cuyas fauces se abren ante su rostro³⁹⁵; en otro galbo, un jinete, en este caso desarmado, cabalga en pos de un nuevo lobo, que aquí parece haberse dado a la fuga³⁹⁶; o en aún otra pieza, un jinete, del que únicamente conservamos una extremidad de su montura, ha de afrontar la acometida de un lobo erguido sobre sus patas traseras³⁹⁷.

Ya fuera de la Alcudia, pero sin duda influenciados por el imaginario de las elites de esta ciudad, que en época iberorromana desarrolla una cierta hegemonía política, económica y cultural sobre su entorno, encontramos representado análogo esquema iconográfico en Tossal de Manises, tanto en un *oinochoe* en el que un jinete armado con lanza, escudo y casco guía su montura entre las fauces de tres grandes lobos³⁹⁸, como en otro pequeño fragmento en el que un jinete, en esta ocasión desarmado, ha de refrenar su cabalgada ante la repentina aparición de un enorme lobo³⁹⁹. Ya más al interior, en la necrópolis de Cola de Zama Norte encontramos, si mi reconstrucción de la escena es la correcta, otro posible caso de combate entre guerrero, en este caso armado con *falcata*, y lobo de características monstruosas⁴⁰⁰. Y, finalmente, dispersos por la necrópolis de Corral de Saus encontramos los fragmentos de un vaso datable en el s. II a.C. en el que se representó el combate entre un varón armado con lanza y puñal y un ser híbrido que pudiera asemejarse a una esfinge⁴⁰¹.

³⁹² Chapa y Olmos 2004: 57-58.

³⁹³ Olmos 1996: 276-277; González Alcalde 2011: 146.

³⁹⁴ Ramos 1987: 234.

³⁹⁵ Olmos 1988-1989: 98.

³⁹⁶ Lorrio 2004: 165.

³⁹⁷ Olmos 2010: 51. *Vid.* Fig. 5.46.

³⁹⁸ Verdú y Olcina 2012. *Vid.* Fig. 5.47.

³⁹⁹ Olmos 1988-1989: 98.

⁴⁰⁰ García Cardiel 2014 a: 168.

⁴⁰¹ Izquierdo Peraile 1995: 94-95; 2003: 270. Para una interpretación de la iconografía de este vaso como reversión de los antiguos discursos ideológicos relacionada con un cambio social, o quizás un nuevo proceso identitario, en esta comunidad local, cf. García Cardiel 2014 b: 635-640. *Vid.* Fig. 5.48.



Fig. 5.47. Oinochoe de Tossal de Manises.



Fig. 5.48. Vaso "del guerrero y la esfinge" de Coral de Saus.



Fig. 5.49. Sucesivas escenas del vaso de los Villares de Caudete.

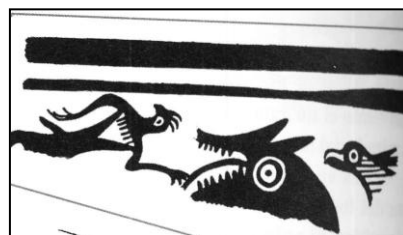


Fig. 5.50. Galbo de Azaila con joven luchando con lobo.

Incluso más allá de los límites de la *Contestania* aparece representado este mitema, aunque desde luego de manera no tan recurrente. Así, en el vaso de Los Villares de Caudete, datable hacia la segunda mitad del s. II a.C.⁴⁰², encontramos narrado a través de dos escenas sucesivas el combate de un varón contra un monstruo acuático, que previamente había dado muerte a su anterior contendiente⁴⁰³; o en un pequeño fragmento de Azaila, bastante poco conocido, en el que nos volvemos a topar con la representación bastante esquemática de un guerrero que, a pesar de ir armado con falcata, no desenvaina esta sino que con sus propias manos inmoviliza a un enorme lobo aferrándose de su lengua⁴⁰⁴, repitiendo por tanto el gesto del héroe ilicitano.

En la fíbula de Braganza, finalmente, cuyo contexto de hallazgo desconocemos pero datable seguramente en esta época, fue representado precisamente el combate entre un guerrero, en este caso armado con escudo, falcata y casco, y un lobo de aspecto monstruoso, acompañados ambos personajes de toda una serie de elementos que subrayaban el carácter paradigmático, cosmogónico, de la escena⁴⁰⁵.

En definitiva, en la decoración de todos estos vasos, que no por fuerza tendrían que estar aludiendo a un mismo mito extendido por buena parte de Iberia como en ocasiones se ha defendido⁴⁰⁶ sino que simplemente podrían ser distintas materializaciones de un mismo mitema, encontramos una constante manifiesta, que evidencia un cambio en la autorrepresentación de las elites ibéricas. Las diversas aristocracias locales ya no se representarán (o, mejor dicho, ya no representarán el paradigma del sistema de valores *ortodoxo* que ellos pretenden encarnar) combatiendo contra otros guerreros armados como ellos y a los que podrían llegar a considerar como iguales: a partir de ahora aparecerán frecuentemente combatiendo contra seres híbridos, monstruosos, cuyas terroríficas características serán proporcionales a la gloria alcanzada por el héroe que les venza. Además, ya no se hace énfasis en la panoplia del guerrero, que a veces ni siquiera se llega a representar, pues

⁴⁰² Olmos 2000: 67-68.

⁴⁰³ Tortosa 2003: 37-38. *Vid.* Fig. 5.49.

⁴⁰⁴ Cf. Uroz 2012: 406. *Vid.* Fig. 5.50.

⁴⁰⁵ Perea, Williams y Olmos 2007; Chapa 2011. *Vid.* Fig. 5.51.

⁴⁰⁶ Kurtz 1993.



Fig. 5.51. Fíbula de Braganza.

es accesoria: el aristócrata es capaz de domeñar a las fuerzas desatadas de la naturaleza con sus propias manos, con sus propias habilidades personales. Y, en tercer y último lugar, todos los combates mencionados son individuales: a diferencia de los vasos de finales del s. III a.C., en los que encontrábamos representados al grupo de gobernantes en tanto que *clase* armada que se erige en responsable de la defensa de la comunidad, en este caso las escenas representarán siempre a un único individuo, que se adentra en solitario en la periferia de la comunidad para acabar con el monstruo que desde allí la amenaza.

Y es que, tal y como ya expliqué en el capítulo correspondiente, los ss. II y I a.C. constituyen una época en la que parece propalarse entre las comunidades ibéricas la necesidad de reformular su imaginario colectivo, dotándose de nuevos fundamentos en torno a los que cimentar una identidad social que debe reconstruirse. La pérdida de la autonomía atentaba contra el sentimiento étnico del grupo, que hubo de reforzarse *recuperando* (o quizás “reinventando”) la narración de sus orígenes míticos⁴⁰⁷. Unos orígenes que en muchos casos comprendieron un combate entre un héroe (representante de toda la comunidad y de su sistema de valores, y por tanto factor cohesionador de la comunidad) y un monstruo (pues, como decía D. Sperberg, los monstruos “*son buenos para pensar simbólicamente*”⁴⁰⁸, y desde luego son necesarios

⁴⁰⁷ Olmos 2000: 69; 2004 b: 131-133;

⁴⁰⁸ Sperberg 1975.

para que los héroes puedan aparecer⁴⁰⁹), combate que se tornaría punto de partida de la memoria colectiva y de la identidad étnica de la comunidad.

Pero la proliferación de todas escenas se comprenderá mejor, sin duda, atendiendo al contexto histórico concreto en el que se generan. Al fin y al cabo, para las épocas que estoy ahora tratando la conquista romana del sureste ya se ha consumado, y las diversas comunidades locales ibéricas se hayan subsumidas en la administración provincial romana. En general Roma permitió que las aristocracias locales continuaran administrando sus respectivas comunidades, pero su situación jurídica había cambiado, ya que su poder había pasado a operar por delegación del gobierno central romano⁴¹⁰. Pero no por ello será menos necesario para ellas legitimar ideológicamente su preeminencia social, sino que, bien al contrario, el contexto socioeconómico cambiante y sus nuevas atribuciones al frente de sus comunidades forzarán a estas elites locales a buscar nuevos fundamentos a través de los que naturalizar este poder.

Ahora bien, los antiguos discursos relacionados con la ostentación de las panoplias militares y los combates contra las aristocracias de las comunidades vecinas, discursos que como venimos viendo habían proliferado a finales del s. III y comienzos del II a.C., quedaron rápidamente obsoletos. Al fin y al cabo, las nuevas elites locales solo podían empuñar las armas por mandato de Roma, y debían acudir al arbitraje provincial para resolver sus conflictos entre comunidades vecinas. En consecuencia, las nuevas-viejas elites locales, aún necesitadas de proclamar las cualidades singulares que las legitimaban para el gobierno, y aún necesitadas de reivindicar antepasados heroicos cuyas gestas aglutinaran bajo su mando a la comunidad, optarán por buscar una nueva amenaza que afrontar que resultara acorde con los nuevos tiempos. Una nueva amenaza que, a causa de la *pax romana*, ya no podía ser hallada en las comunidades vecinas ni en ningún supuesto invasor, sino en las fuerzas oscuras de la naturaleza, en lo monstruoso y desconocido que habitualmente se esconde de la percepción directa humana pero que puede desatar la destrucción de la comunidad si esta no se dota de un gobernante capaz. Amenazas que, como los lobos de la Alcudia, el Tossal de Manises o Cola de Zama Norte, o como la esfinge de Corral de Saus, solo

⁴⁰⁹ Lo Piccolo y Zisa 2013: 143-144.

⁴¹⁰ Ruiz Rodríguez y Molinos 2007: 47-58.

podrán afrontadas por determinados líderes carismáticos, cuya capacidad de gobierno desde los presupuestos marcados por este discurso, terminará pareciendo innegable.

No es este, por cierto, un discurso nuevo. La victoria sobre el ser monstruoso que amenaza la comunidad es un viejo *topos* mítico, ya presente en Pozo Moro, Cerrillo Blanco de Porcuna o El Pajarillo siglos antes de la conquista romana. Ahora bien, es un *topos* que en estos momentos se recupera y toma nueva fuerza, convirtiéndose en uno de los discursos predominantes que articulará los discursos legitimatorios, la cosmogonía, la memoria colectiva y, en cierta medida, la identidad, de muchas de las comunidades locales del sureste ibérico.

Desde luego, hablo únicamente de tendencias, y en una época tan convulsa como la de los ss. II y I a.C., no serán pocas las excepciones a este “desarme” de las aristocracias ibéricas. Quizás el ejemplo más explícito al respecto sea el conjunto cerámico con decoración figurativa recientemente aparecido en Lezuza, en el que, aparte de algunas escenas en las que únicamente se emplean motivos zoomorfos, distinguimos una tinaja en la que desfilan varios caballeros con toda su panoplia, un crateriforme en el que un guerrero yace alanceado a los pies de la montura del oponente que le ha vencido, otro en el que un músico presencia (y evoca) el combate singular entre dos infantes fuertemente armados, etc⁴¹¹. Esto es, en un estilo que parece encontrarse a medio camino entre la plástica ilicitana más tardía y la recuperación de ciertos rasgos más propios de los alfares de finales del s. III a.C., se están retomando temas como las monomachias o los desfiles de caballeros con su panoplia que habían ido haciéndose cada vez menos frecuentes a partir de comienzos del s. II a.C. Ahora bien, según parece por el contexto de los recipientes de Lezuza, estos fueron amortizados en época sertoriana⁴¹², esto es, un momento en el que la *pax romana* en territorio peninsular se rompe y las distintas comunidades locales se alinearán en uno u otro bando, proliferando la beligerancia entre ellas y, una vez más, la necesidad de buscar líderes con buenas capacidades militares. En un contexto como este, no resulta difícil pensar en que los aristócratas locales recuperaron coyunturalmente viejos discursos, que quedarían plasmados en estos vasos.

⁴¹¹ Uroz Rodríguez 2012. *Vid.* Fig. 5.52.

⁴¹² Uroz Rodríguez 2012: 41.

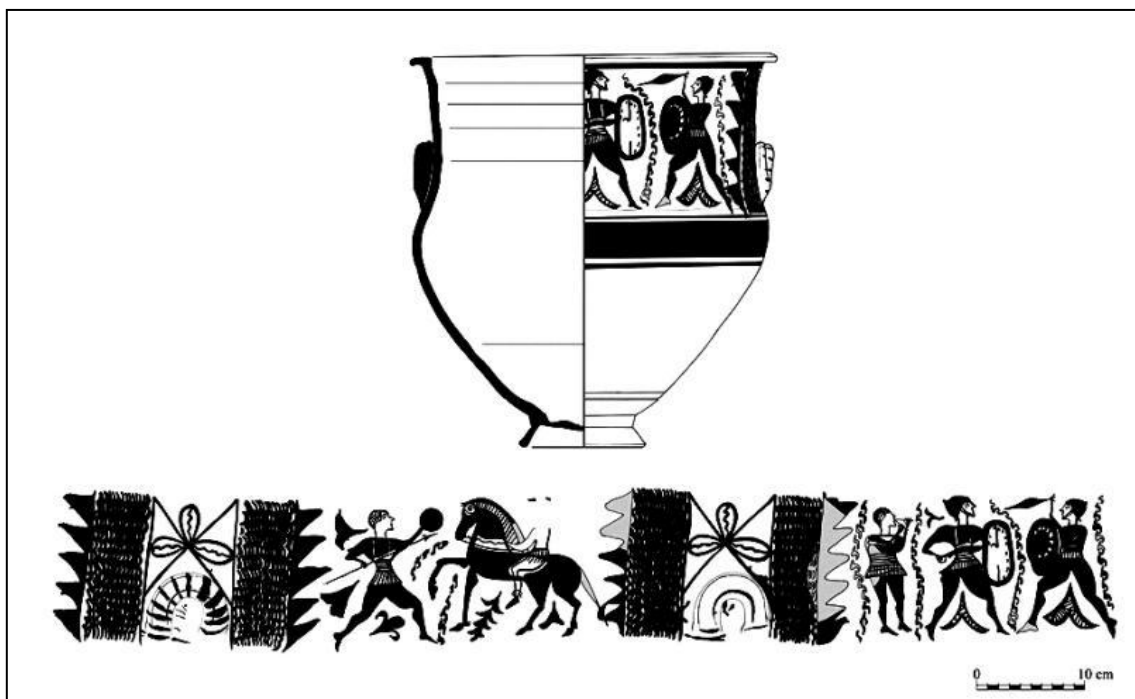


Fig. 5.52. Cfrátera de la monomaquia.



Fig. 5.53. Galbo con desfile de guerreros de Tossal de la Cala.

Quizás el vaso del Tossal de la Cala en el que aparece un desfile de infantes armados con grandes *hopla* y lanzas⁴¹³, o el crateriforme aún inédito hallado en la necrópolis de Parque de las Naciones y en el que se observa una escena de combate entre varios guerreros, a los pies de los cuales yacen ya algunos cadáveres⁴¹⁴, puedan interpretarse de igual modo como el resultado de conmociones puntuales a nivel regional o local, que espolearon la recuperación de los viejos ideales guerreros en la sociedad iberorromana. La dificultad para fijar la cronología concreta de los materiales de ambos yacimientos, no obstante, y concretamente de estos dos vasos concretos, dificultará cualquier hipótesis en este sentido.

5.7. Los señores de las armas.

A lo largo de este capítulo, he pretendido profundizar en los discursos ideológicos que las elites ibéricas del sureste pergeñaron y difundieron en relación con la violencia y la coacción, generalmente cristalizados a través de la ostentación (real o figurada) de elementos de armamento o de la construcción de murallas. Todo ello, partiendo de la premisa de que violencia e ideología no son esferas opuestas y alternativas, sino que uno de los efectos más devastadores de la violencia es que puede generar discursos ideológicos, tendentes a la aceptación, la justificación o incluso la exaltación de la misma.

Para comenzar, se ha podido observar cómo, en el auge del proceso colonial establecido en el sureste peninsular entre los ss. VIII y VI a.C., este tipo de discursos desempeñó un papel fundamental. La visión tradicional de la colonización fenicia en tanto que un proceso pacífico, irénico, y exento de tensiones entre colonizadores y colonizados, parece constituir una aproximación simplificadora en exceso. Para asegurarse el control de ciertos resortes económicos que les permitieran optimizar su beneficio, los agentes coloniales favorecieron la progresiva consolidación en el poder de ciertas elites locales en el seno de sus respectivas comunidades, mediatizando un proceso interno de jerarquización social que ya estaba en marcha. Cosa que hicieron proveyendo a estas elites de bienes de prestigio que subrayaban su preeminencia, su *distinción*, y que al tiempo espoleaban el interés de estas en aumentar cada vez más el

⁴¹³ Bayo 2010: 102. *Vid.* Fig. 5.53.

⁴¹⁴ Olmos 2010: 51.

volumen de excedentes exportables; pero también ofreciéndoles armas singulares y los conocimientos y la tecnología necesarios para fabricarlas y para rodearse de murallas más efectivas, todo lo cual podría en efecto catalogarse igualmente como bienes de prestigio, pero unos bienes de prestigio que no solamente podían ser *ostentados* en la negociación social, sino también *esgrimidos* para obtener importantes ventajas en el combate, de llegar este a producirse. En consecuencia, cuando las comunidades se embarcan en el rápido proceso hacia la jerarquización social, la promoción de la metalurgia y la erección de potentes murallas (a veces con trazas de influencias orientales) serán dos de las primeras señales del fenómeno. Y, por lo que respecta a la iconografía, en las pocas ocasiones en las que encontramos representaciones figurativas de las elites locales de este período, estas gustarán de mostrarse junto con sus exóticas y llamativas armas.

Entre finales del s. VI y comienzos del V a.C. se generaliza en el mundo ibérico la escultura, y con ella proliferan las representaciones explícitas de las distintas elites gobernantes locales. En esta fase, estas aparecerán ya siempre identificadas con guerreros en combate, y sistemáticamente revestidas con la compleja panoplia aristocrática típica de la época. Todas estas escenas de combate muestran el sistema de valores, la cosmogonía, que estas elites locales que están terminando de consolidarse en el poder pretenden construir y difundir: una visión de la sociedad en la que el poder deben ostentarlo aquellos individuos con capacidad material para hacerse con estos complejos armamentos y con las habilidades singulares necesarias para emplearlos con eficacia. En consecuencia, es el uso de las armas lo que “aristocratiza” al aristócrata; la identidad del gobernante se construye en torno a estas, y por ello en sus tumbas aparecen distintos elementos de armamento, cuya presencia es aún minoritaria en las necrópolis, a diferencia de lo que ocurrirá más adelante. Ahora bien, estoy hablando siempre de discursos ideológicos, identitarios, simbólicos: a efectos prácticos, la disminución del tamaño de las espadas nos habla de combates en los que cada vez tomarían parte un número mayor de individuos armados en formación, en tanto que la generalización de las fortificaciones en torno a la práctica totalidad de los hábitats ibéricos de la época, junto al aparente desinterés por dotarlas de una mínima monumentalidad (a diferencia de lo que ocurría en la época

anterior) parece indicar que se considerarían un elemento identitario comunitario más que un signo de prestigio argüido por el gobernante local.

A partir de mediados del s. V a.C. se advierte una nueva transformación, que en este caso afecta a todos los ámbitos en los que se materializan los discursos ideológicos sobre la violencia. Así, hemos podido observar que proliferan los enterramientos en los que se amortizan armas formando parte del ajuar funerario, algo que solo se ha podido interpretar como un ensanchamiento del sector de la comunidad que construía su identidad social considerándose un “guerrero”, y por lo tanto asumía la responsabilidad de la defensa del grupo y se arrogaba la posesión de las armas como elemento identitario. La consideración identitaria de guerrero (independientemente de quién, en la práctica, tomara las armas en caso de necesidad), por tanto, desbordaría en esta época a las elites locales, englobando seguramente a buena parte de los varones libres de la comunidad, y en ciertos casos a todas sus familias. Esta corresponsabilidad en la defensa de la comunidad se advierte igualmente en la construcción de fortificaciones, que por lo general persevera en las tendencias anteriormente comentadas, ajena a toda intención de monumentalidad y a toda influencia alóctona (aunque con algunas excepciones). El resultado de todo ello es que, en su afán por establecer una distancia respecto de la comunidad que legitime en el plano simbólico su preeminencia socioeconómica, las elites habrán de buscar nuevos referentes ideológicos: por ello no renunciarán en esta época a representarse junto con sus armas, pero tampoco harán énfasis en su ostentación, sino que optarán por subrayar otros elementos de prestigio, como la posesión de caballos.

A finales del s. III a.C., la invasión y posterior ocupación cartaginesa de ciertas zonas del sureste peninsular revirtió parcialmente la situación. Aunque las diversas comunidades locales no llegaron a asimilar las innovaciones que en materia poliorcética introdujeron los ejércitos cartagineses sino que las murallas que se levantan en esta época continúan con las tendencias tradicionales, y aunque en las necrópolis y santuarios parece que un amplio sector de la población continúa construyendo su identidad social como guerrero corresponsable de la defensa de la comunidad, la escalada bélica, los retos militares que amenazarán la supervivencia de la comunidad y, no menos importante, la influencia de la ideología del poder helenística que llegará a la Península junto con los generales bárquidas, potenciará de

nuevo la consideración de los aristócratas ibéricos locales en tanto que jefes guerreros, algo que se percibirá en la iconografía del momento, prolífica en desfiles militares y combates.

Finalmente, la inclusión del sureste ibérico en las estructuras provinciales romanas transformó radicalmente todos estos discursos. Las elites gobernantes quedaban a partir de entonces como representantes delegadas del poder romano, aún administradoras de sus respectivas comunidades (y con una posición preeminente por ello, que había de ser sancionada ideológicamente de algún modo) pero sin la capacidad ya de empuñar las armas a voluntad contra los pueblos vecinos. Por ello, de nuevo se vieron necesitadas de buscar nuevos referentes, mediante los que naturalizar su gobierno en una época especialmente convulsa. Y los encontraron, en este caso sin renunciar a su consideración de defensores de sus respectivas comunidades, pero transformando la amenaza que ponía en riesgo la supervivencia de estas: ya no se representarán como guerreros fuertemente armados que combaten contra otros guerreros rivales (de hecho, paulatinamente las armas van desapareciendo de los enterramientos ibéricos, y se destruyen varias de las principales fortificaciones ibéricas, mientras que las nuevas murallas serán propias de las comunidades con estatuto privilegiado por la administración romana), sino como héroes que habrán de enfrentarse a seres híbridos, monstruosos, desconocidos, cuya mera presencia constituye un reto casi insalvable para la comunidad; un reto abstracto, no inmediatamente perceptible y que quizás no llegue a materializarse nunca, pero que sirve como acicate para mantener en el gobierno a los individuos heroicos que se consideran capaces de afrontarlos.



VI. UN BASTIÓN SOBRE LOS VALLES EL POBLADO DE LA SERRETA DE ALCOI

*El cementerio está cerca
de donde tú y yo dormimos,
entre nopales azules;
pitas azules y niños
que gritan vívidamente
si un muerto nubla el camino.
De aquí al cementerio, todo
es azul, dorado, límpido.
Cuatro pasos y los muertos.
Cuatro pasos y los vivos.
Límpido, azul y dorado,
se hace allí remoto el hijo.*

Miguel Hernández, *Cancionero y romancero de ausencias*, 1938-1941.

6.1. Introducción al yacimiento.

Situados en el extremo septentrional de la provincia alicantina, los valles alcoyanos constituyen una unidad geográfica discreta, conformada por un conjunto de cordilleras béticas tendentes a una orientación suroeste-noreste y fragmentadas por ocasionales corredores que se abren paso hacia el sureste peninsular (la Valleta d'Agrès, la Vall de Perputxent, el Comtat, Vall de la Seta, Polop, Penáguila y La Canal), que conectan la cubeta intramontana de Alcoy, recorrida por el río Serpis, con la costa alicantina y valenciana. Por lo demás, la cubeta limita al norte con el valle de la Albaida a través de la sierra de Benicadell y la de la Safor; al noroeste con la sierra de Mariola,

que lo separa del Alto Vinalopó y la parte septentrional del corredor de Almansa; y al suroeste con la Foia de Castalla, una depresión más pequeña y menos elevada que la de Alcoy, conectada con ella mediante la Canal de Alcoy¹.

Se trata por tanto de un territorio abrupto, accesible solo a través de un pequeño número de corredores y puertos, que pese a distar tan solo unas decenas de kilómetros del mar a vuelo de pájaro, se parapeta tras las alineaciones montañosas, aislándose hasta tal punto que la comarca muestra un registro climático propio (con una variabilidad térmica anual mucho más extremada que en los territorios de alrededor, y una pluviosidad ligeramente más abundante en términos relativos, aunque en todo caso escasa) y, al menos hasta hace unas pocas décadas, constituía uno de los enclaves lingüísticos de la Península. En cuanto a los recursos naturales de la zona, los fondos de los valles se caracterizan por una relativa fertilidad, siendo en la actualidad aprovechados para una combinación de cultivos de secano y regadío, en tanto que las elevaciones que los flanquean están cubiertas en su mayoría por una vegetación esclerófila propia del bosque mediterráneo degradado, y por pinares. Los cauces fluviales, fundamentalmente el Serpis y sus afluentes, no son muy caudalosos pero sí continuos durante todo el año, y en torno a ellos se localizan zonas de las que es posible extraer arcilla de una calidad relativamente buena; por el contrario, no se conocen zonas mineras explotables en la Antigüedad en toda la cubeta².

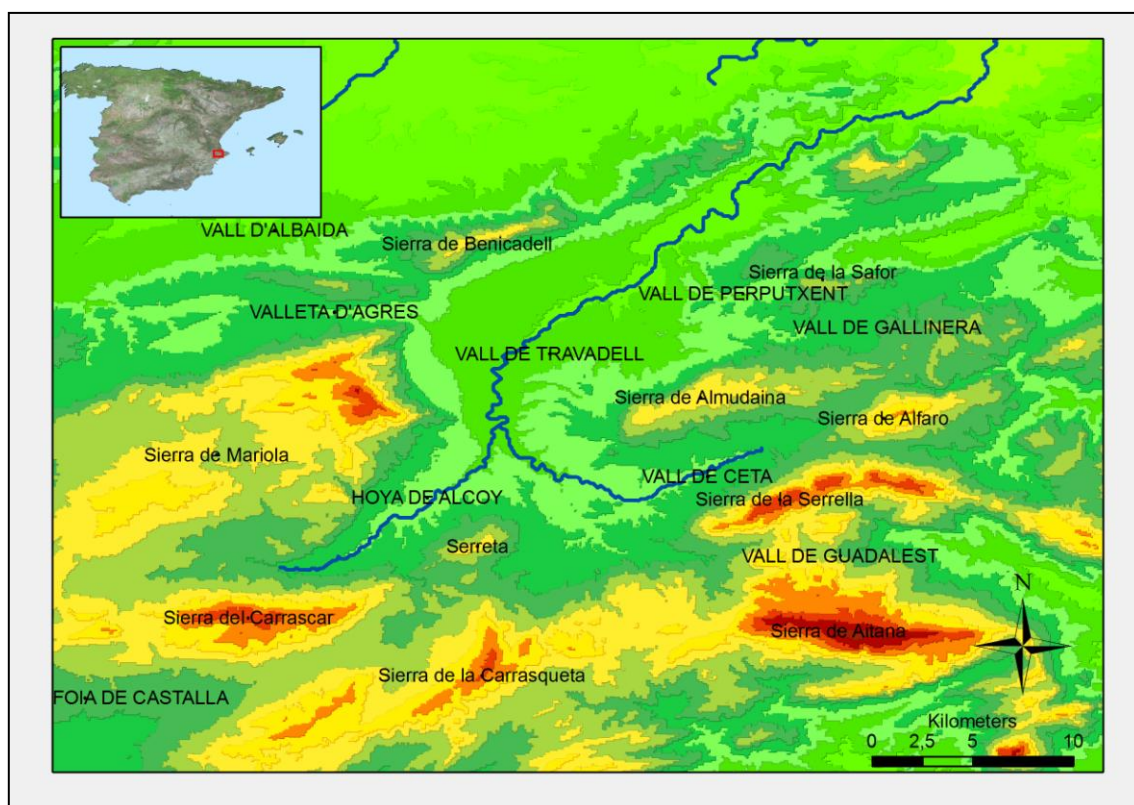
En esta comarca, pese a lo intrincado de la orografía, se desarrolló uno de los principales núcleos del mundo ibérico. Ya L. Abad señaló hace tiempo que los valles alcoyanos comprendían la mayor concentración de yacimientos ibéricos de toda la provincia de Alicante³, lo que equivale a decir que de todo el sureste peninsular; densidad que en el territorio situado a menos de una hora de camino de la Serreta Abad estimaba en 0,14 yacimientos/km², la mayor de sus recuentos⁴. Desde luego, el propio autor reconocía que esta acumulación de enclaves conocidos de época ibérica podía deberse parcialmente a la gran tradición de las prospecciones en esta área, pero ello no explicaba por sí mismo el denso patrón de poblamiento que podía detectarse

¹ Vid. Mapa 6.1.

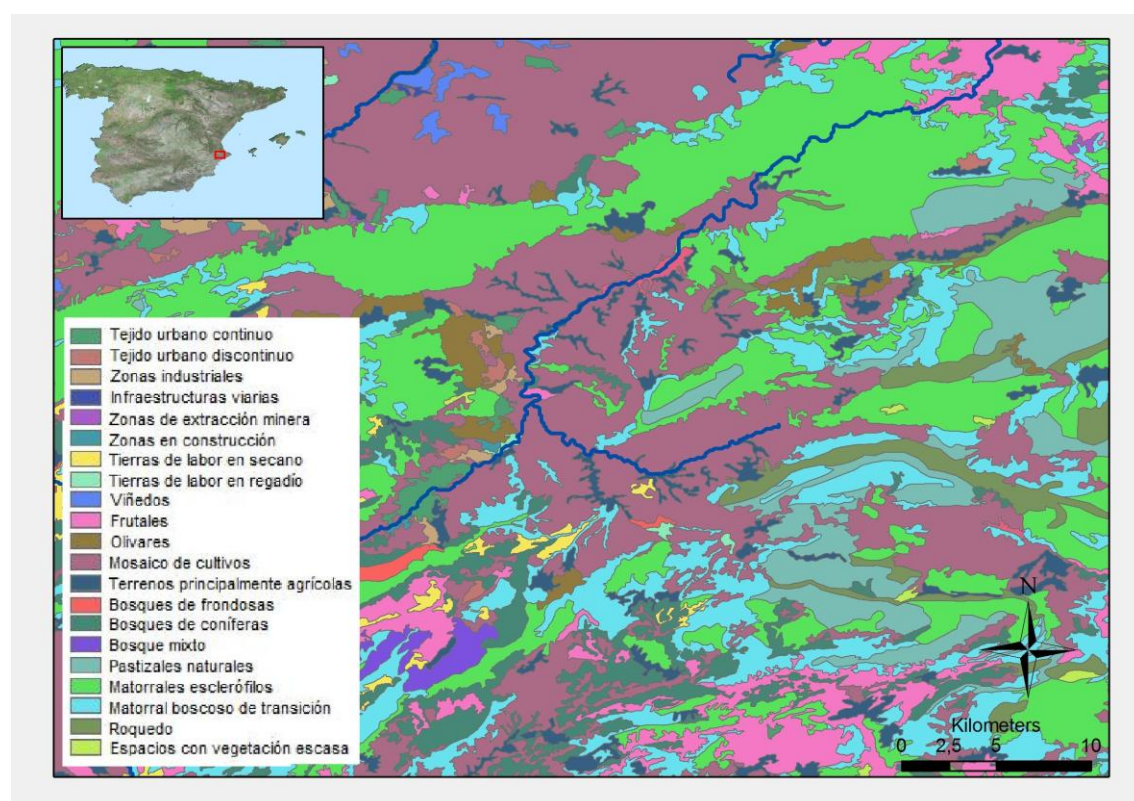
² Vid. Mapa 6.2.

³ Abad 1987: 164-165.

⁴ Abad 1987: 166.



Mapa 6.1. Mapa físico de los valles alcoyanos.



Mapa 6.2. Usos del suelo en los valles alcoyanos.

en estos valles. Y en las casi tres décadas que han pasado desde la publicación de este estudio, tan solo puedo añadir que las nuevas prospecciones nos han permitido conocer mejor y de manera mucho más sistemática la ocupación de los valles, pero también han puesto de manifiesto que al menos para época ibérica plena e iberorromana esta se encontraba más densamente poblada que otras zonas del sureste ibérico. El contraste con la vecina Foia de Castalla⁵, por ejemplo, es palmario.

El corazón de todo este territorio lo compone la cubeta de Alcoy, un amplio corredor horizontal con orientación suroeste-noreste recorrido por el río Serpis fácilmente accesible desde la Marina Alta, donde desemboca este último, y al que convergen todos los demás valles alcoyanos, incluida la canal de Alcoy, que conecta esta área con la Foia de Castalla y el corredor de Almansa. Es de hecho a través de esta cubeta por donde discurría, como veremos más adelante, la principal vía de comunicación que recorría el sureste peninsular en época ibérica, conectando la Marina Alta y la Safor con el área de l'Alacantí a través de los valles alcoyanos, y pasando a los pies de la Serreta de Alcoy, camino que más tarde se convertiría en el llamado Camí Real de Xàtiva-Alacant⁶.

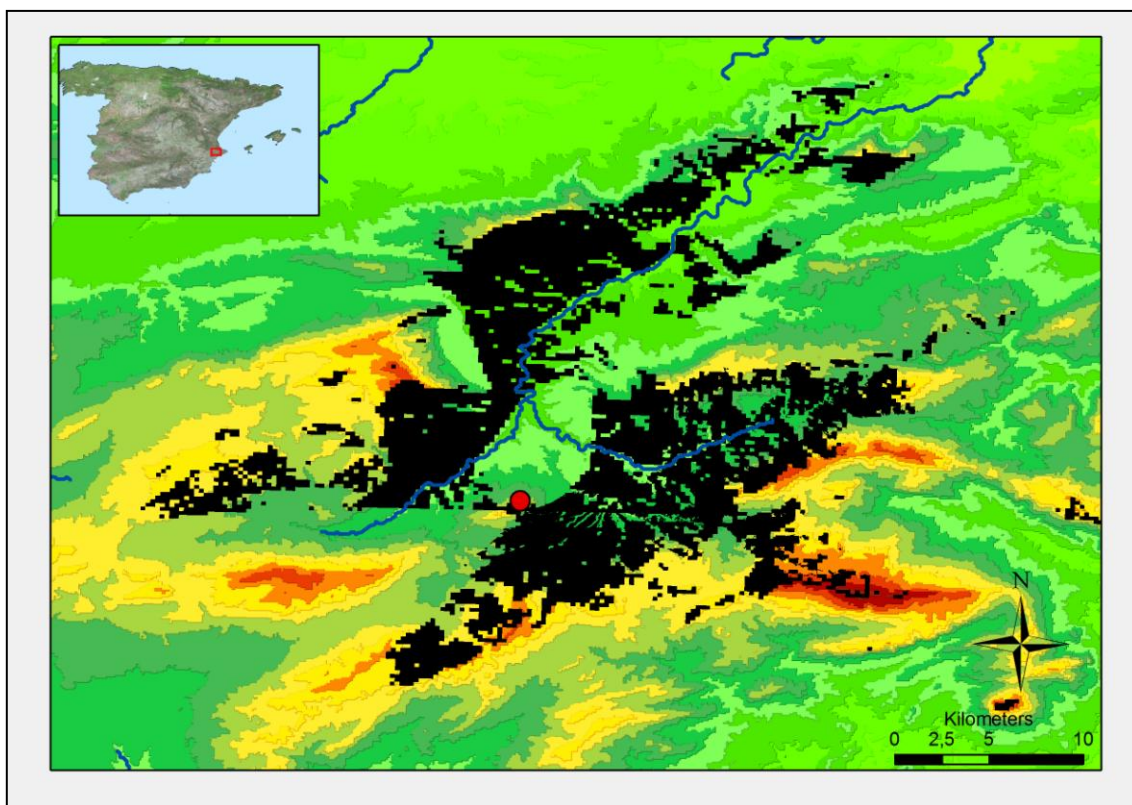
La mencionada Serreta, situada a 3,5km al noroeste de la actual ciudad de Alcoy, sería, de hecho, un hito singular de enorme importancia en el paisaje circundante. Desde los 1051,5msnm de este promontorio, con más de 400 metros de desnivel relativo sobre el fondo del valle, no solo se controla esta vía natural de paso, sino asimismo las vegas de los valles de Serpis y Benimassot, relativamente amplios y fértiles. Su carácter aislado y sus empinadas pendientes de acceso la convierten en una verdadera atalaya natural que se alza sobre el entorno⁷, constituyendo de hecho uno de los puntos de mayor visibilidad de la comarca, apreciable desde buena parte de los valles alcoyanos⁸, en tanto que desde su cumbre se domina una amplísima panorámica que alcanza hasta las sierras de Aitana, Serrella, Alfaro, Aixorta y Mariola, vislumbrándose incluso el llamativo Puig Campana, cuya silueta recortada se alza sobre la llanura litoral de la Marina Baixa, y también, contando con las condiciones

⁵ Grau y Moratalla 1999.

⁶ Grau 2000: 37-39.

⁷ Llobregat *et alii* 1992: 37; 1995 135. *Vid.* Fig. 6.1.

⁸ Cf. Grau 2010: 116.



Mapa 6.3. Visibilidad desde La Serreta.

atmosféricas apropiadas, el Mediterráneo; queda englobado por tanto la práctica totalidad del curso del Serpis hasta el Estret de l'Orxa, y la parte occidental de la cubeta intramontana hasta la canal de Alcoi⁹.

Es prácticamente en la cumbre de este promontorio, una carena alargada en dirección noreste-suroeste y solo accesible desde el suroeste de la misma, donde estuvo enclavado el asentamiento ibérico que va a ser objeto de estas páginas, el poblado de la Serreta, que se extendió progresivamente sobre la cresta y la parte superior de la vertiente sur de la elevación, aunque respetando los últimos metros de la cúspide apuntada de la misma, que quedarían al aire libre hasta el abandono del poblado, si bien fue precisamente aquí donde en época romana altoimperial se levantó un pequeño templo.

Tras casi un siglo de sucesivos estudios arqueológicos y revisiones historiográficas, el yacimiento de la Serreta es uno de los mejor conocidos del mundo

⁹ Llobregat *et alii* 1992: 38-40; Esteban y Cortell 1997: 132. *Vid.* Mapa 6.3.



Fig. 6.1. Cubeta de Alcoy y valle de Benimassot desde La Serreta.

ibérico, aunque aún persisten diversos aspectos problemáticos en su interpretación sobre los que merece la pena volver para mejorar la comprensión de la región y el período. Para delimitar estos últimos, no obstante, creo que resultará interesante una aproximación previa a la historiografía del yacimiento, con objeto de entender mejor el *campo* que voy a tratar y para tratar de deconstruir determinados axiomas que han podido quedar fosilizados en la interpretación paradigmática del yacimiento sin que su refrendo documental sea del todo evidente.

Desde comienzos del s. XX, un círculo de eruditos locales, en cierta medida influenciados por el noucentismo y el esencialismo de Kossina, comenzó a proliferar en los valles alcoyanos, dedicándose a la exploración sistemática de los mismos y a la recogida de fósiles y artefactos antiguos diversos. Como resultado, en 1910 se dio a conocer el poblado del Puig d'Alcoi, en 1913 se documentaron los primeros restos arqueológicos en la Coveta de l'Or, y en 1917 Remigio Vicedo Sanfelipe se topó con las ruinas de la Serreta. Pasarían aún tres años hasta que Vicedo dio noticia oficial de su descubrimiento, incluyéndolo en su *Historia de Alcoy y su región*¹⁰, aunque no tardó tanto en mostrar el yacimiento a sus allegados; uno de los cuales, Camilo Visedo Moltó, otro erudito local, realizaría las primeras rebuscas en el yacimiento en abril del propio año 1917. Las visitas de Vicedo y Visedo al yacimiento se sucederían hasta que en 1920 la Dirección General de Bellas Artes concedió finalmente permiso a C. Visedo para desarrollar la primera campaña de excavaciones propiamente dicha¹¹.

El descubrimiento de todos estos yacimientos alcoyanos entre los que se encuentra la Serreta, por cierto, coincidió con una fase de gran desarrollo de la arqueología ibérica. Entre la segunda y la tercera década del s. XX se crearon toda una serie de instituciones públicas dedicadas a la investigación arqueológica, como la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, el Institut d'Estudis Catalans o el Servicio de Investigación Prehistórica, que facilitaron la gestión de grandes proyectos arqueológicos, permitiendo así superar la dependencia de la iniciativa privada o de instituciones extranjeras que había imperado hasta entonces, y facilitando que al menos una parte importante de los objetos recuperados pasaran a engrosar los fondos

¹⁰ Vicedo 1920-1922.

¹¹ Llobregat *et alii* 1992: 38 y 46-47.

de los museos locales y estatales¹². Como resultado, proliferaron excavaciones como, por lo que a mi área de estudio se refiere, las de la Alcudia de Elche, Covalta, la Bastida de les Alcusses, la Albufereta o el Tossal de Manises¹³.

Es en este clima en el que debe situarse la figura del alcoyano C. Visedo, que a lo largo de la primera mitad del s. XX exploró, describió y estudió los valles alcoyanos, y reunió gracias a sus propias rebuscas y a diversas adquisiciones una importante colección de materiales arqueológicos de todo tipo, parte de la cual donó al Museo de Alcoy, que él mismo fundó en 1945 y dirigió desde entonces¹⁴. Más allá de las primeras rebuscas, y una vez pertrechado con el permiso pertinente, en todo caso, Visedo encabezó seis ambiciosas campañas arqueológicas anuales en La Serreta entre 1920 y 1925, tres pequeñas intervenciones en 1927, 1947, y 1949, y otras seis campañas anuales de entre uno y dos meses de duración cada una entre 1950 y 1955, cuyos resultados serían sucinta aunque puntualmente publicados en sucesivas memorias de excavación¹⁵. Al margen de la simple descripción de las estructuras y artefactos documentados (entre ellos, una buena parte de los vasos con decoración figurativa y los exvotos de terracota conocidos hasta el momento), por cierto acompañados siempre de una relativamente buena documentación gráfica para la época, Visedo defendió hipótesis que el tiempo probaría en ocasiones realmente certeras, tales como el abandono repentino del poblado¹⁶, su cronología entre los siglos IV y III a.C.¹⁷, o la relación estilística existente entre las cerámicas con decoración figurativa del yacimiento y las del círculo de Lliria¹⁸.

A estas primeras publicaciones han de sumarse otros trabajos, como el que M. Gómez-Moreno dedicaría al conocido entonces como “Plomo de Alcoy”¹⁹, a través del cual se dio un paso de gigante en los estudios sobre la epigrafía ibérica. El interés por el yacimiento no tardó además en trascender a diversos sectores de la sociedad, prueba de lo cual constituye la inclusión de diversas terracotas de la Serreta entre los

¹² Bonet 1999: 117; Aparicio *et alii* 2005: 16.

¹³ Enguix 1981: 223-224.

¹⁴ Segura Martí 2000.

¹⁵ Visedo 1922; 1922 a; 1923; 1952; 1953.

¹⁶ Visedo 1953: 102.

¹⁷ Visedo 1935: 199.

¹⁸ Visedo 1935: 198-199. No obstante, siempre insistió en el parentesco griego de ambas tradiciones cerámicas ibéricas: cf. Visedo 1929: 51; 1934; 1959: 59.

¹⁹ Gómez Moreno 1922. Cf. López-Ocón 1999: 150-153; Olmos 2012.

materiales expuestos en la Exposición Internacional de Barcelona de 1929 gracias a la gestión de P. Bosch Gimpera²⁰, o la declaración del yacimiento como Monumento Histórico-Artístico en 1931.

En las décadas siguientes, en todo caso, el interés de los investigadores por la Serreta se centró fundamentalmente en los exvotos de terracota. Así, A. García y Bellido analizaría sus rasgos estilísticos para ponerlos en relación con las figurillas de Ibiza, aunque los consideraría más bien una muestra del empleo del estilo provincial romano para transmitir la antigua religiosidad ibérica²¹; el padre Belda por su parte empleó la iconografía de los exvotos para identificar en el santuario una advocación a una diosa femenina funeraria supuestamente de gran difusión por el Mediterráneo, y que se podía encontrar documentada en varios enclaves de toda Iberia²²; en una línea parecida abogaría S. Vilaseca²³, para quien los paralelos feniciopúnicos de las terracotas alcoyanas eran evidentes, idea que retomaría bastante más tarde J. Juan i Moltó, quien por primera vez sistematizó los exvotos conservados y elaboró una primera tipología, dividiéndolos según sus rasgos estilísticos entre propiamente locales o influenciados por griegos, fenicios o púnicos²⁴. Por último, en su tesis doctoral F. Horn ha vuelto recientemente sobre este conjunto de terracotas, que estimó datable entre el s. III y comienzos del II a.C. y que reordenó según una nueva tipología, a partir de la cual concluyó que el taller de la Serreta funcionó durante un período muy corto de tiempo, y que su distribución fue únicamente local²⁵.

En 1958, V. Pascual sustituyó a C. Visedo en la dirección del Museo de Alcoy, pero las campañas arqueológicas en el yacimiento de la Serreta no se reanudaron hasta una década después, cuando el equipo formado por el propio Pascual, M. Tarradell y sus colaboradores de la Universidad de Valencia, y E. Llobregat, a la sazón director del Museo de Alicante, financiados por entidades privadas nacionales y estadounidenses, consiguieron llevar a cabo sendas intervenciones en 1968 y 1969, durante las cuales se documentó una parte importante del caserío, se recuperó gran

²⁰ Aranegui 2012: 38-41.

²¹ García y Bellido 1943 a: 272.

²² Belda 1947: 237-238.

²³ Vilaseca 1946.

²⁴ Juan 1987-1988.

²⁵ Horn 2011: 151-164.

cantidad de material, y se estudió la topografía del enclave²⁶. Lamentablemente, los resultados de las campañas no fueron publicados sistemáticamente, y el estudio de La Serreta no pareció situarse entre las líneas de actuación prioritarias del Museo de Alcoy durante estos años. Pese a todo, las mencionadas intervenciones de finales de los años sesenta supusieron un nuevo impulso para el conocimiento sistemático del yacimiento, propiciando la publicación de nuevos estudios como el análisis de los nuevos epígrafes ibéricos procedentes del lugar (textos en los cuales por cierto se aprovechó para exponer la estratigrafía documentada)²⁷, la sistematización de los peines de marfil, los platos y la cerámica decorada²⁸, o la inclusión dentro de la *Contestania Ibérica* de E. Llobregat de la planimetría de la Serreta y el dibujo de los sectores excavados²⁹. S. Nordström por su parte incluyó ya los vasos de la Serreta dentro de su tesis doctoral sobre las cerámicas decoradas alicantinas, datando el poblado y sus materiales entre los ss. IV y II a.C. (aunque con un momento de auge entre los ss. III y II a.C.), y apuntando la posibilidad de que las decoraciones figurativas alcoyanas no fueran dependientes de las del taller de Lliria, como venía manteniéndose desde C. Visado (y como de hecho seguirá repitiéndose décadas después), sino que responderían a un impulso propio³⁰.

Tras estos trabajos de comienzos de los años setenta, sin embargo, habría de transcurrir más de una década para que la Serreta volviera a situarse en el punto de mira de la investigación. Únicamente en 1983 L. Abad dedicaría un pequeño artículo al estudio de los materiales cerámicos documentados en uno de los departamentos del poblado, tendente a contextualizar una *phiale* calena con decoración singular³¹, y otros autores aludirían tangencialmente a sus materiales muebles, fundamentalmente las terracotas y los vasos con decoración figurativa³². En 1984, en su estado de la cuestión de la arqueología ibérica en tierras alcoyanas, E. Llobregat llevaría a cabo una sucinta síntesis de los conocimientos que por entonces se tenían sobre el yacimiento³³. No obstante, en 1985 el propio Llobregat y su equipo denunciaron el grado de abandono

²⁶ Llobregat *et alii* 1992: 39. *Vid.* Fig. 6.2.

²⁷ Tarradell 1968; 1970.

²⁸ Respectivamente, Font 1970; Aranegui 1971; Pascual Pérez 1974.

²⁹ Llobregat 1972: 56-57.

³⁰ Nordström 1973: 73-75.

³¹ Abad 1983.

³² Cf. por ejemplo De Griñó 1987; Maestro 1989.

³³ Llobregat 1984.

al que se estaba viendo sometido el yacimiento, y consiguieron un permiso de la Administración para realizar en él labores de limpieza y un levantamiento topográfico³⁴, trabajos que a su vez darían lugar al planteamiento de varias catas a lo largo de ocho campañas anuales, entre 1985 y 1990, y entre 1993 y 1995 dirigidas sucesivamente por el propio E. Llobregat y por M. Olcina³⁵. Por fortuna, y a falta de una memoria de excavación propiamente dicha, durante la primera mitad de la década de los noventa se publicaron tres extensos artículos describiendo los resultados de estas intervenciones: un primer trabajo que vio la luz en 1992 y que analizaba el urbanismo del poblado, tratando de conjugar los resultados de las excavaciones anteriores con los trabajos modernos³⁶; un segundo texto, del mismo año, en el que se anunció el descubrimiento de la necrópolis de la Serreta, y se ofreció un primer recuento de las sepulturas excavadas durante la campaña de 1987³⁷; y un tercer artículo, en el que se presentó un estudio sobre las fortificaciones del asentamiento, fundamentalmente la puerta principal de entrada, incluyendo una detallada lectura de paramentos y una enumeración de los materiales asociados a la mencionada estructura³⁸.

Asimismo, el estudio de los materiales y datos obtenidos durante estas campañas alimentará un gran número de trabajos que serán presentados en los años posteriores, completando paulatinamente nuestro conocimiento sobre el yacimiento. Así, la revisión que I. Grau dedicó a los materiales documentados en las campañas de 1953 y 1956³⁹, unida al estudio que dicho autor junto con M. Olcina y S. Moltó centraron en el sector I del asentamiento⁴⁰, permitieron determinar por vez primera que la Serreta fue mucho mayor en extensión de lo que siempre se había dado por sentado, dado que en el s. III a.C. florecieron, como más tarde veremos, varios barrios periféricos, convirtiendo al poblado en el mayor de la Contestania septentrional⁴¹. De

³⁴ Llobregat *et alii* 1992: 40-61.

³⁵ Para un recuento historiográfico de las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en la comarca de Alcoy hasta los años noventa, incluyendo un exhaustivo listado de las mismas, cf. Aura 2000. *Vid.* Fig. 6.2.

³⁶ Llobregat *et alii* 1992.

³⁷ Cortell *et alii* 1992.

³⁸ Llobregat *et alii* 1995.

³⁹ Grau 1996.

⁴⁰ Olcina, Grau y Moltó 2000.

⁴¹ Olcina 2005: 166.



Fig. 6.2. Excavaciones en La Serreta en los años noventa.

igual manera, el análisis de algunos de los contextos cerámicos cerrados, como el de la puerta fortificada, permitió a F. Sala determinar que el asentamiento había sido destruido y abandonado hacia el tránsito entre los ss. III y II a.C., quizás a resultas de la Segunda Guerra Púnica o las turbulencias inmediatamente posteriores⁴². Por lo que respecta a la necrópolis, S. Moltó y C. Reig publicarían en 1996 el contenido de una de las sepulturas más sobresalientes de la misma, la número 53⁴³, seguido por un estudio monográfico de la falcata amortizada en esta sepultura⁴⁴, y algunos años más tarde la propia C. Reig sistematizó las armas documentadas en el cementerio⁴⁵. En lo que se refiere al santuario, C. Esteban y E. Cortell desarrollaron un estudio arqueoastronómico⁴⁶. Por último, el número de epígrafes de todo tipo conocidos procedentes del yacimiento no ha cesado de acrecentarse, siendo objeto de sucesivos catálogos y estudios filológicos y contextuales⁴⁷.

⁴² Sala 1998.

⁴³ Moltó y Reig 1996.

⁴⁴ Prats, Rovira y Moltó 1996.

⁴⁵ Reig 2000.

⁴⁶ Esteban y Cortell 1997.

⁴⁷ Fletcher y Silgo 1992; Grau y Segura 1994-1995; Silgo 1997; 2002-2003.

Buena parte de todos estos desarrollos historiográficos fueron compendiados en tres síntesis sucesivas acerca del asentamiento, cuyo autor, M. Olcina, argumentó además la relación comercial que habría existido entre la Serreta y el núcleo púnico de Tossal de Manises, basándose en las similitudes entre las *facies* cerámicas de ambos yacimientos⁴⁸.

A pesar de que en las últimas dos décadas no se ha vuelto a excavar en la Serreta⁴⁹, el interés por el yacimiento no ha disminuido en los años recientes, en buena medida gracias a la labor que en este sentido se está potenciando desde el Museo Camilo Visedo Moltó de Alcoy y la Universidad de Alicante. Dicho interés se ha enfocado, a grandes rasgos, en tres grandes esferas: el estudio, sistematización y publicación de los materiales recuperados en las sucesivas campañas, y que aún permanecían inéditos; el análisis de las dinámicas de poblamiento que caracterizaron el devenir histórico de los valles alcoyanos y el papel desempeñado por la Serreta en aquellas; y los discursos ideológicos documentados en la Serreta y sus consecuencias sociales y políticas. Respecto de la primera de estas líneas, cabe destacar por ejemplo el artículo dedicado por F. Quesada a las espuelas y elementos relacionados con los caballos⁵⁰, el consagrado por I. Grau y C. Reig a los artefactos metálicos⁵¹, el estudio de las monedas halladas en el yacimiento redactado por I. Garrigós⁵², el recuento de las lucernas firmado por G. Lara⁵³, o la sistematización de la cerámica sigilata que fue publicada de manos de A.M. Poveda⁵⁴. Mención aparte merece la tesis doctoral y los artículos de M.M. Fuentes Alberó, en los que se compendiaron, analizaron y ordenaron todos los vasos con decoración figurada procedentes del caserío de la Serreta⁵⁵.

Por lo que se refiere a la investigación tendente a la reinserción del poblado en su territorio, supone la culminación natural de las actividades de prospección superficial llevadas a cabo ya durante la primera mitad del s. XX por C. Visedo y V.

⁴⁸ Olcina 1997; 2005; Olcina *et alii* 1998.

⁴⁹ Con la excepción de una breve intervención desarrollada en el templo de época romana, de la que sin embargo no se ha publicado, que tengamos noticia, sus resultados, más allá de una breve referencia en Poveda 2005: 120. Cf. noticia recogida en *Diario Información de Alicante*, 31 de julio de 2004.

⁵⁰ Quesada 2002-2003.

⁵¹ Grau y Reig 2002-2003.

⁵² Garrigós y Mellado 2004.

⁵³ Lara 2005.

⁵⁴ Poveda 2005.

⁵⁵ Fuentes Alberó 2006; 2007.

Pascual⁵⁶, y por tanto es fruto de una larga tradición prospectorá en los valles alcoyanos⁵⁷. Gracias a esta, a lo largo de varios trabajos que culminarían en su tesis doctoral⁵⁸, I. Grau ha podido desarrollar un convincente modelo interpretativo acerca de las dinámicas de poblamiento que caracterizarían a los valles alcoyanos, según el cual en época Plena estos estarían políticamente atomizados, con un *oppidum* en altura ejerciendo un dominio comarcal sobre cada uno de los valles, situación que cambiaría en el s. III a.C. gracias al abandono de algunos de los antiguos poblados centrales y el crecimiento exponencial de la Serreta, que se convertiría en núcleo hegemónico de la zona hasta que su destrucción a resultas de la Segunda Guerra Púnica convirtiera a los valles alcoyanos en una región rural dedicada por entero a la explotación agrícola y dependiente de alguna de las ciudades costeras. Los recientes trabajos en el Puig d'Alcoi⁵⁹ y en el Cabeçó de Mariola, estos últimos aún en curso, parecen confirmar este modelo, que será desarrollado más en profundidad en las siguientes páginas.

Finalmente, y por lo que a la esfera ideológica se refiere, resultan significativos un puñado de artículos que han ahondado en algunos de los discursos de poder que producirían y difundirían las elites locales para legitimar su preeminencia social a través de las sucesivas coyunturas históricas. Es el caso de los trabajos en los que I. Grau determinó primero la autoctonía y originalidad de las cerámicas alcoyanas con decoración figurada, para después poner de relevancia la repetición constante de jinetes en ellas como un posible emblema étnico de este grupo aristocrático⁶⁰; de los dos artículos que el propio I. Grau junto con R. Olmos y A. Perea han dedicado al estudio de uno de los departamentos más llamativos del asentamiento, la llamada “habitación sagrada” F1, un santuario urbano que funcionaría como espacio de representación política, y en el que se acumulan piezas de singular complejidad interpretativa⁶¹; o, finalmente, los textos, en mi opinión de singular valía, en los que una vez más el mencionado I. Grau aúna la teoría sociológica de P. Bourdieu con algunas de las propuestas antropológicas sobre el consumo de M. Dietler para analizar

⁵⁶ Cf. por ejemplo Visado y Pascual 1947.

⁵⁷ Cf. Grau 2005: 73 para un recuento de la bibliografía al respecto.

⁵⁸ Grau 2002; cf. también Grau 1998; 2000; 2000 a; 2003; 2005.

⁵⁹ Grau y Segura 2013.

⁶⁰ Grau 1998-1999; 2007 a.

⁶¹ Olmos y Grau 2005; Grau, Olmos y Perea 2008.

la distribución de la cerámica ática en los valles alcoyanos, concluyendo que esta respondería al modelo de jerarquización del territorio por él propuesto en otros trabajos⁶².

En conclusión, y como se desprende de este rápido recorrido por un siglo de historiografía sobre la Serreta, la bibliografía que se ha generado sobre el yacimiento durante estos años es ingente, aunque aún continúa siendo incompleta. El hecho de que, desde los rápidos recuentos en unas pocas páginas de C. Visedo, no se haya vuelto a publicar una memoria de excavación en la que se recojan metódicamente los resultados de los trabajos realizados, dificulta la comprensión sistemática del yacimiento, y arroja sombras sobre algunos aspectos del mismo, sombras que solo se podrán subsanar parcialmente continuando con el estudio y publicación concienzudos de los materiales y de la documentación que sobre el lugar alberga el Museo de Alcoi. Más grave aún resulta que los datos derivados de la excavación de la necrópolis del asentamiento no hayan sido aún publicados, más allá de la presentación de las primeras tumbas excavadas en 1987, de los estudios parciales ya mencionados de S. Moltó Gisbert y C. Reig, y de algunas referencias generales comprendidas en los trabajos de M. Olcina⁶³.

Como consecuencia, pese a las continuadas investigaciones, restan aún, creo, ciertos puntos oscuros en la interpretación de la Serreta d'Alcoi, sobre los que las siguientes páginas intentarán arrojar una nueva luz, o siquiera ponerlos de relevancia para futuras investigaciones. Es el caso, por ejemplo, de la primera fase de ocupación del asentamiento, anterior a la gran reestructuración del s. III a.C., fase que es generalmente asumida pero que en realidad resulta problemática dado que de ella sabemos comparativamente muy poco; o del contenido y alcance de los discursos ideológicos que acompañaron a dicha reestructuración urbana, y que habrían articulado el proyecto hegemónico comarcal de la Serreta; o de las últimas fases del santuario alcoyano, y el significado de su frecuentación una vez que el asentamiento del que anteriormente había dependido hubiera sido abandonado.

⁶² Grau 2007; 2010.

⁶³ Cf., por ejemplo, Olcina 2000.

6.2. La Serreta antes del s. III a.C.

6.2.1. La etapa orientalizante del poblado.

Los momentos formativos del asentamiento de la Serreta constituyen uno de los aspectos más problemáticos de su interpretación, entre otras cosas porque han sido tradicionalmente poco estudiados, y porque no contamos con apenas materiales para establecerlos de una manera realmente fiable.

Así, desde los trabajos de Tarradell, se asumía generalmente que la ocupación del enclave habría arrancado hacia finales del s. V o comienzos del IV a.C., tal y como parecía desprenderse del estudio de los materiales cerámicos comprendidos en el estrato por él denominado Serreta I, y coincidiendo por tanto cronológicamente con la importante transformación del poblamiento que tiene lugar en esa época en todo el sureste ibérico. Las prospecciones que a finales de los ochenta tuvieron lugar en los valles alcoyanos, no obstante, unidas a la revisión de los materiales de algunos museos, permitieron a M.Á. Martí y a C. Mata en un influyente artículo sistematizar por vez primera las cerámicas fenicias llegadas a la región, subrayando para el caso de la Serreta la existencia de “algunos fragmentos informes” aparecidos en superficie y publicados ya un año antes⁶⁴, que dataron entre los siglos VII y VI a.C., lo que les sirvió para retrotraer la ocupación del asentamiento hasta estas fechas⁶⁵. El resultado de todo ello es que, si bien muchos estudios mantuvieron la cronología tradicional acerca de la fundación de la Serreta y algunos otros asentamientos alcoyanos⁶⁶, pronto comenzó a abrirse paso la idea de que la distribución de las importaciones fenicias coincidía con los que serían los principales asentamientos en altura de la comarca, de lo que se derivaba la conclusión de que estos ya habían sido ocupados y estaban ya ejerciendo su posición hegemónica en la estructura de poblamiento desde fechas tan antiguas⁶⁷.

De hecho, las excavaciones modernas en el vecino asentamiento de El Puig d'Alcoi, cuyos resultados han sido recientemente publicados, parecen avalar esta

⁶⁴ Pla y Bonet 1991: 247; Martí y Mata 1992: 104.

⁶⁵ Martí y Mata 1992: 108. *Vid.* Fig. 6.3.

⁶⁶ Cf. por ejemplo Grau 2005: 79-83.

⁶⁷ Bonet y Mata 2001: 181. En último lugar, cf. Grau y Segura 2013: 263.

YACIMIENTOS	H. ANT.	IB. ANT.	IB. PLENO	IB. FINAL	IMPER.
1. La Serreta					
2. Mas del Pla (AC- 17)					
3. La Comuna 2 (AC- 29)					
4. Les Puntles 4 (AC- 36)					
5. Alt del Punxó (AC- 37)					
6. Les Runtles 9 (AC- 39)					
7. Les Puntles 2 (AC- 40)					
8. Les Puntles 3 (AC- 41)					
9. B. del Sofre (AC- 59)					
10. B. Satorre (AC- 76)					
11. Capella (AC-45 y 86)					
12. M. del Cántio (AC- 88)					
13. Condómina (AC- 89)					
14. AC- 90					
15. AC- 91					
16. VA- 3					
17. Covalta					
18. Samperius (AC- 105)					
19. AC- NA-3					
20. AC- 110					
21. AC- 101					
22. C. Pastora					
23. C. S. Antoni					

Fig. 6.3. Ocupación de los asentamientos alcoyanos según M.Á. Martí y C. Mata.

propuesta, pues en este otro asentamiento en altura puede reconstruirse una completa secuencia de ocupación entre comienzos del s. VII a.C. y el s. IV a.C.⁶⁸

Ahora bien, precisamente la diferencia entre la Serreta y el Puig nos viene marcada por la existencia de esta secuencia poblacional bien documentada. Para el Puig, conocemos una terraza artificial, una cabaña rectangular con paralelos en Peña

⁶⁸ Grau y Segura 2013: 67-192.

Negra, y algunos paquetes sedimentarios con cerámicas locales e importadas de los ss. VII y VI a.C.; una nueva fase que arranca tras una regularización del terreno y en la que se documentan mampuestos sin trabar de alguna estructura desmontada, y materiales a mano y a torno datables entre mediados del s. VI y mediados del V a.C., así como algunas escorias; una tercera fase en la que ya se pudo documentar una vivienda, junto con todos sus materiales, datable en la segunda mitad del s. V a.C.; y una última fase, que conocemos bien y podemos datar en el s. IV a.C., y a la que pertenecen la trama urbana conocida y buena parte de los materiales conservados. Por el contrario, para el enclave de la Serreta solo contamos con unos pocos fragmentos cuyas pastas han sido identificadas como fenicias y datadas entre los siglos VII y VI a.C., pero no hayamos ulteriores indicios de ocupación hasta finales del s. V o comienzos del IV a.C.

Desde luego, esta escasez de materiales y estructuras de época antigua puede deberse a las propias dinámicas erosivas del yacimiento en altura, que habrían determinado que las fases más antiguas del mismo hubieran desaparecido casi totalmente al rodar ladera abajo⁶⁹. No obstante, con los materiales que actualmente conocemos, no me parece posible defender una ocupación continuada de la Serreta desde épocas tan antiguas, y desde luego creo difícil asumir su papel hegemónico sobre el territorio circundante, una postura basada fundamentalmente en la extrapolación a momentos anteriores de un modelo de ocupación bien conocido pero propio del Ibérico Pleno. Al fin y al cabo, de los 23 asentamientos con cerámicas fenicias catalogados por M.Á. Martí y C. Mata, a decir de las propias autoras solo doce alcanzaron la fase ibérica, únicamente cinco muestran una secuencia completa, y solo dos están en altura (incluyendo por cierto a la Serreta, de manera insuficientemente argumentada en mi opinión, en todas estas categorías)⁷⁰. Si bien es cierto que los mencionados galbos fenicios y “orientalizantes” estarían evidenciando una cierta actividad durante la época orientalizante en este enclave en altura que domina las comunicaciones por la cubeta de Alcoy, esta podría haber cesado coincidiendo con el retraimiento de los intercambios que se observa en el conjunto de los valles alcoyanos a partir de finales del s. VI a.C.⁷¹

⁶⁹ Agradezco esta observación a I. Grau, buen conocedor de la comarca y de este tipo de asentamientos.

⁷⁰ Martí y Mata 1992: 112.

⁷¹ Grau 2005: 78-79.

6.2.2. La fase “Serreta I”.

En todo caso, como decía líneas atrás, el momento en el que buena parte de los especialistas considera suficientemente probado que arranca la ocupación del asentamiento se sitúa entre finales del s. V y comienzos del IV a.C., aceptando lo afirmado por M. Tarradell a finales de los años sesenta. En sus excavaciones, el mencionado arqueólogo estableció dos fases de ocupación para la Serreta, basándose fundamentalmente en el estudio de las cerámicas importadas y en la posición estratigráfica de aquellas: una fase Serreta II, a la que pertenecerían la totalidad de las edificaciones documentadas y buena parte de los materiales recogidos, y que Tarradell sitúa entre comienzos del s. III y mediados del II a.C., dada la presencia de campaniense A pero la ausencia de importaciones áticas y de campaniense B o C; y una fase anterior, Serreta I, de la que no nos resta vestigio arquitectónico alguno, pero que queda evidenciada por una serie de materiales hallados bajo algunas de las viviendas posteriores, mezclados entre los paquetes de relleno empleados para terraplenar el terreno y cimentar mejor las construcciones del s. III a.C., materiales que gracias a la presencia de importaciones áticas pueden ser datados a lo largo del s. IV a.C., o incluso desde finales del V a.C., hasta el s. III a.C. A esta primera fase, además, pertenecerían los epígrafes ibéricos y grecoibéricos documentados en la Serreta, pues el único que por el momento había sido hallado en contexto, el plomo Serreta VIII, apareció incluido en uno de estos depósitos anteriores a la reestructuración del s. III a.C.⁷²

Este primitivo asentamiento, del que no queda constancia arquitectónica y que por tanto en algún momento del s. III a.C. habría sido arrasado hasta los cimientos coincidiendo con la reestructuración general del asentamiento de la que luego hablaré, habría de circunscribirse a las terrazas superiores de la Serreta, las que excavó M. Tarradell⁷³, pues en ninguno de los sectores estudiados con posterioridad aparecieron paquetes de materiales análogos.

El surgimiento de la Serreta a finales del s. V o comienzos del IV a.C., además, resulta *a priori* coherente con las dinámicas generales de poblamiento documentadas en el sureste ibérico, y más concretamente en los valles alcoyanos. En este sentido, soslayemos por el momento modelos quizás en exceso simplificadores de la

⁷² Tarradell 1968: 360-361; 1970: 481-482.

⁷³ Olcina *et alii* 1998: 37.

fragmentación política alcoyana en época ibérica, como el desarrollado por L. Soria y E. Díes, para quienes la ciudad de *Saiti* controlaría todo el norte contestano y la Serreta no sería sino un asentamiento de segundo nivel subordinado a aquella⁷⁴, o el planteado más recientemente por J.J. Castellano, M.J. Sáez y A. Sáez, según quienes el norte contestano estaría igualmente sujeto a la hegemonía de *Saiti* pero cuya gestión se repartiría entre cuatro *oppida* fortificados de dimensiones cercanas a las 5ha., a saber: Castellaret, Bastida de les Alcusses, Serreta y Cerro Lucena⁷⁵. Al margen de estos planteamientos, el modelo interpretativo que posiblemente mejor se adapte a lo que conocemos hoy sobre las dinámicas de poblamiento de la región alcoyana en época Ibérica Plena sea el desarrollado a lo largo de varios de sus trabajos por I. Grau, análogo en cierta medida al modelo polinuclear planteado para la Campiña de Jaén por A. Ruiz⁷⁶, aunque ciertamente con características propias.

Según este modelo⁷⁷, a partir del s. V a.C. asistimos en los valles alcoyanos a un considerable desarrollo del poblamiento, que se consolidará en el s. IV articulándose en torno a una serie de pequeñas unidades subcomarcales dominadas desde asentamientos enclavados en altura y de mediano tamaño, de dos a cuatro hectáreas, que se caracterizan además por contar con recintos fortificados y una compleja trama urbanística, y que concentraban en su seno las actividades de intercambio (como evidencian la presencia de importaciones y de epígrafes) y los medios de producción (lo que queda reflejado en el utillaje metálico). Todos estos enclaves se encontrarían repartidos de una manera más o menos regular por la región alcoyana, situándose en lugares destacados cerca de las vías de comunicación y de buenos terrenos de cultivo, y con una amplia visibilidad sobre su entorno comarcal, sobre cuya explotación ejercerían un cierto control, y por el que se distribuirían en algunos casos pequeños núcleos subordinados, ya sea en forma de atalayas para extender el dominio sobre el territorio, ya en forma de pequeños caseríos en llano de vocación agropecuaria.

Siempre siguiendo los trabajos de I. Grau, el Puig se muestra seguramente como el poblado más imponente de la región, con sus tres hectáreas de extensión, sus

⁷⁴ Soria y Díes 1998: 431-432.

⁷⁵ Castellano, Sáez y Sáez 2005: 201.

⁷⁶ Cf., por ejemplo, Ruiz Rodríguez 1998: 79-80; 2000: 17.

⁷⁷ Grau 1998: 314-317; 2002: 188-214; 2005: 79-83; Olcina *et alii* 1998: 42-44. Vid. Fig. 6.4.

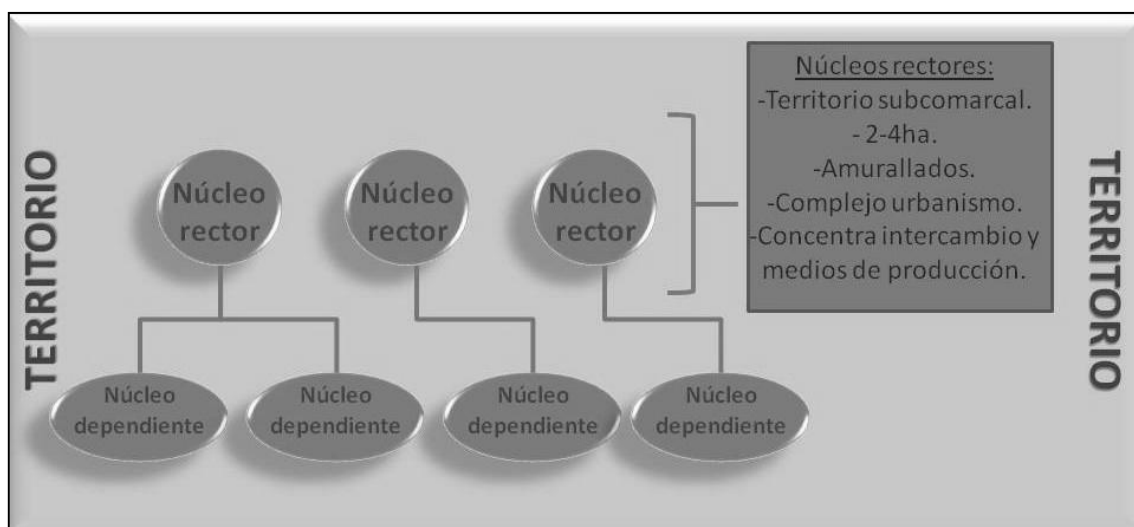
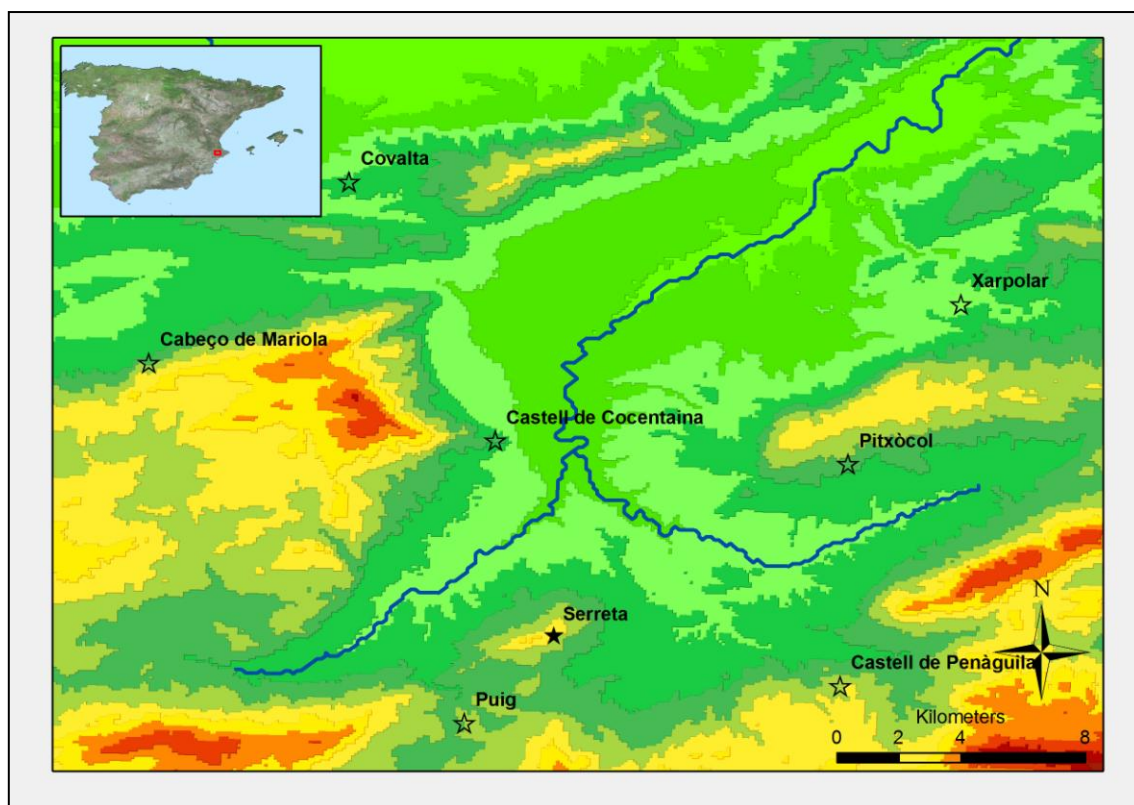


Fig. 6.4. Modelo del poblamiento de los valles alcoyanos durante el s. IV a.C.



Mapa 6.4. Núcleos rectores subcomarcales durante el s. IV a.C.

fortificaciones y su ingente volumen de importaciones; ahora bien, ni siquiera El Puig estaría en condiciones de imponer de manera duradera su primacía sobre los demás, creándose un cierto equilibrio de poder entre todos estos asentamientos en altura que se prolongaría durante todo el s. IV a.C. Por lo que se refiere al recuento de estos centros directores, los mismos serían, según los estudios de I. Grau, el Cabeçó de Mariola (que dominaría las tierras circundantes al macizo de Mariola), la Covalta (emplazada en la Valleta d'Agrès), el Xarpolar (ejerciendo su hegemonía sobre el valle de Travadell-Baronía de Planes), el Pitxòcol (enclavado en la Vall de Cena), el Castell de Cocentaina (elevado sobre la Foia del Comtat), el Castell de Penáguila (que domina el Valle del Fraimós y el paso de Tudons), la Serreta y el Puig (emplazados ambos en la Hoya de Alcoy)⁷⁸.

Ahora bien, me permitiré en este punto introducir una pequeña matización a este modelo territorial, que por lo demás creo que se adapta a la perfección a lo que conocemos del registro arqueológico alcoyano de época ibérica plena. A diferencia de lo que ocurre en otros de los núcleos en altura catalogados, para la Serreta no conocemos, como señalaba antes, vestigio arquitectónico alguno que nos permita aseverar con certeza su condición urbana para el s. IV a.C.; no podemos determinar su extensión en esta época, ni tampoco conocer las características de su urbanismo. Y, lo que resulta en mi opinión mucho más revelador, todo parece apuntar a que, como veremos después, hasta la “reestructuración” del asentamiento en un momento bien avanzado del s. III a.C., la Serreta careció de fortificaciones, algo extraño para el núcleo rector de una unidad subcomarcal.

Por otra parte, y como se ponía de manifiesto en la relación de los lugares centrales que antes reseñaba, cada uno de ellos se sitúa elevándose sobre una subunidad geográfica diferenciada, seguramente ejerciendo su control sobre la misma. Ello es tanto más importante, cuanto que recientes estudios sobre el paisaje alcoyano en tanto que construcción simbólica del entorno revelan que en época Ibérica Plena los territorios políticos se construían abarcando los espacios percibidos desde el asentamiento central, de tal manera que los habitantes de este concebían como propio aquel espacio geográfico que controlaban visualmente, esto es, las unidades

⁷⁸ *Vid.* Mapa 6.4.

subcomarcales de las que hablaba antes⁷⁹. La única excepción en este sentido sería la convivencia en la cubeta de Alcoi de dos asentamientos nucleares, separados entre sí por poco más de tres kilómetros a vuelo de pájaro: la Serreta y el Puig, salvedad que el autor del modelo soluciona aduciendo que las zonas de captación de ambos no entrarían en conflicto, pues el segundo enfocaría su dominio hacia La Canal y hasta la Sierra del Plans, mientras que la primera controlaría las terrazas del Alto Serpis y los llanos de Penáguila⁸⁰. Sin embargo, no encuentro esta solución totalmente satisfactoria, pues, como se desprende de los estudios de visibilidad que el propio autor publicó en su tesis doctoral⁸¹, el espacio dominado visualmente desde el Puig se extiende a partes iguales tanto al norte como al sur del mismo, en tanto que el área perceptible desde la Serreta, mucho más amplia, rodea todas las inmediaciones de la misma de una manera más o menos homogénea. Ambos asentamientos, además, son perfectamente intervisibles.

Abundando en esto último, si recurrimos a una herramienta estadística de análisis espacial tan sencilla (y, por ende, justo es reconocerlo, tan burda) como un análisis del vecino más próximo, y estimamos las distancias que a vuelo de pájaro median entre cada uno de los ocho asentamientos nucleares que antes listaba y sus dos vecinos más próximos, nos encontraremos con que el promedio de estas es de 7,30 km, con una desviación estándar de 1,39, y apreciándose un valor claramente sobresaliente, el correspondiente a La Serreta, 4,89 km. Sin embargo, si eliminamos a La Serreta de estos cálculos, nos encontraremos con una distribución de valores mucho más homogénea, en la que el promedio de la distancia a vuelo de pájaro entre cada uno de los otros siete poblados y sus dos vecinos más próximos es de 8,44 km, con una desviación estándar de 0,91. En estos cálculos, por cierto, el Puig, asentamiento que como antes decía parece el más próspero para esta época de los valles alcoyanos, pasa de ser el poblado con unos vecinos más próximos por detrás de La Serreta si tomamos en cuenta a esta, a ser el segundo con unos vecinos más alejados si la omitimos en los cálculos, algo que juzgo *a priori* más lógico dado que se

⁷⁹ Grau y Segura 2013: 42-45; Grau 2013: 280.

⁸⁰ Grau 1998: 316-317.

⁸¹ Grau 2002: 198-199.

	PROMEDIO 2 VECINOS MÁS PRÓXIMOS	PROMEDIO 2 VECINOS MÁS PRÓXIMOS (SIN SERRETA)
CASTELL DE COCENTAINA	7,64 km	8,87 km
COVALTA	8,25 km	8,25 km
CABEÇO DE MARIOLA	8,26 km	8,26 km
CASTELL DE PENÀGUILA	7,26 km	8,43 km
PITXÓCOL	6,65 km	6,65 km
PUIG	6,15 km	9,3 km
SERRETA	4,89 km	-
XARPOLAR	9,33 km	9,33 km
MEDIA	7,3 km	8,44 km
DESVIACIÓN TÍPICA	1,4 km	0,9 km

Tabla 6.1. Análisis de vecino más próximo, teniendo en cuenta o no a La Serreta.

podría pensar que un asentamiento mayor y en el que se observa una mayor capacidad de inversión de recursos requeriría un área de captación mayor⁸².

Así pues, nos encontramos con que, en lo que respecta al s. IV a.C., creo que no tenemos argumentos suficientes como para incluir a la Serreta dentro de la lista de asentamientos nucleares que ejercerían el control de unos territorios subcomarcales dentro de los valles alcoyanos, dado que no conocemos sus fortificaciones (y de hecho parece que no las tenía), ni su extensión, ni resulta evidente que disponga de un territorio propio suficiente cuyos recursos fiscalizar, y dado que se encuentra anormalmente cerca de otro de estos asentamientos nucleares, El Puig.

Los otros dos caracteres definitorios de estos centros rectores subcomarcales tal y como quedaban definidos en el modelo de I. Grau eran la concentración de los medios de producción (utillaje metálico) y de los vestigios de las actividades

⁸² Vid. Tabla 6.1.

comerciales. Por lo que respecta a los primeros, se han documentado herramientas de hierro en Covalta, Xarpolar y Cabeçó de Mariola, aunque donde se observa la mayor acumulación de artefactos de este tipo es en la Serreta, entre cuyos materiales se catalogan cuatro o cinco hoces, dos o tres legones, un escardillo, una azuela, un hacha, una sierra y dos parejas de tijeras de esquila⁸³; ahora bien, todos estos artefactos quedaron abandonados durante la destrucción del asentamiento, por lo que deben asignarse, al menos en su mayor parte, a la fase final de este, y no al s. IV a.C.

Y otro tanto puede decirse de los epígrafes comerciales y de las marcas de propiedad. Como veremos más adelante, en la Serreta encontramos una de las mayores concentraciones de epigrafía de todo el mundo ibérico, y el principal núcleo de escritura grecoibérica junto con la Illeta dels Banyets. Y bien es cierto que generalmente se venía aceptando que la escritura grecoibérica es propia del s. IV a.C.⁸⁴, y que en las excavaciones de M. Tarradell apareció un epígrafe, el llamado Serreta VIII, incluido en uno de estos paquetes de materiales que el arqueólogo databa en dicha centuria⁸⁵. Ahora bien, no parecía lógico que todos estos plomos comerciales dataran de la primera fase de la Serreta mientras que para su fase de auge estos no fueran empleados⁸⁶, y de hecho un posterior estudio concienzudo de los contextos en los que aparecieron los demás epígrafes ha puesto de manifiesto que, en todos los demás casos en los que este puede ser reconstruido, se trata de piezas provenientes de contextos datables claramente en la segunda mitad del s. III a.C.⁸⁷. Lo cual, por otra parte, tampoco debe suscitar sorpresa, pues hoy se acepta que la escritura grecoibérica perduró en uso hasta época iberorromana⁸⁸, y de hecho el propio M. Tarradell publicó un grafito grecoibérico trazado sobre un vaso campaniense A procedente de Benilloba, a escasa distancia de la Serreta⁸⁹.

Finalmente, cabe hablar de las importaciones áticas, tanto como evidencias del sostenimiento de intercambios en la zona a la altura del s. IV a.C., como, sobre todo, principal (y prácticamente único) elemento de juicio argüido por M. Tarradell para

⁸³ Moratalla 1994: 121-123; Grau y Reig 2002-2003: 109. *Vid.* Fig. 6.5.

⁸⁴ De Hoz 1995: 59.

⁸⁵ Tarradell 1968: 361.

⁸⁶ Olcina *et alii* 1998: 38-39.

⁸⁷ Grau y Segura 1994-1995: 123.

⁸⁸ De Hoz 2009; 2010.

⁸⁹ Tarradell 1968.

evidenciar la existencia de una primera fase de ocupación de la Serreta en dicha centuria. En un reciente artículo sobre los hábitos de consumo y sus consecuencias sociopolíticas, I. Grau puso de manifiesto que la difusión de las cerámicas griegas por los valles alcoyanos dependió no tanto de la sencillez de las comunicaciones cuanto de la capacidad de demanda de los grupos que las adquirirían, y que por consiguiente estas aparecen únicamente en los núcleos rectores y en los asentamientos rurales dependientes que giran en la órbita de aquellos, en tanto que los grandes y más lujosos vasos solo se documentan ligados íntimamente a los principales centros de poder⁹⁰. Ello se debe a que estas vajillas eran adquiridas por las elites aristocráticas locales como elemento ostentatorio que emplear en las ceremonias de comensalidad que forjarían la cohesión social necesaria para sustentar sus respectivas comunidades⁹¹, por lo que podemos pensar que el volumen y calidad de las importaciones griegas puede entenderse como correlato directo de la existencia de una elite sociopolítica.

Por lo que respecta a la Serreta, contamos con un estudio que en su momento sistematizó el conjunto de materiales áticos hallados en el poblado, y que serían los mismos que M. Tarradell empleó como argumento para defender la existencia de la fase “Serreta I”, aunque lamentablemente los autores de este artículo no pudieron acceder a las importaciones halladas en la necrópolis⁹². Excluyendo estas últimas, por tanto, en la Serreta se recuperaron 15 recipientes áticos, todos ellos datables en el s. IV a.C.: dos platos de pescado y tres cuencos de barniz negro, y cinco cráteras de campana, dos kylix de pie bajo Viena 116, otro kylix de pie bajo, una pélice y un skyphos de figuras rojas⁹³.

Algunos autores ya han subrayado las semejanzas que se pueden establecer entre este conjunto de importaciones áticas y la facies cerámica de la Illeta dels Banyets, semejanzas palpables en vasos no demasiado habituales en el mundo ibérico como las copas de pie bajo de figuras rojas, la pélice o los platos de pescado de barniz

⁹⁰ Grau 2010: 266.

⁹¹ Grau 2010: 269-270.

⁹² García i Martín y Grau 1997: 121.

⁹³ García i Martín y Grau 1997: 122. *Vid.* Fig. 6.6.



Fig. 6.5. Herramientas agrícolas y artesanales de hierro de La Serreta.

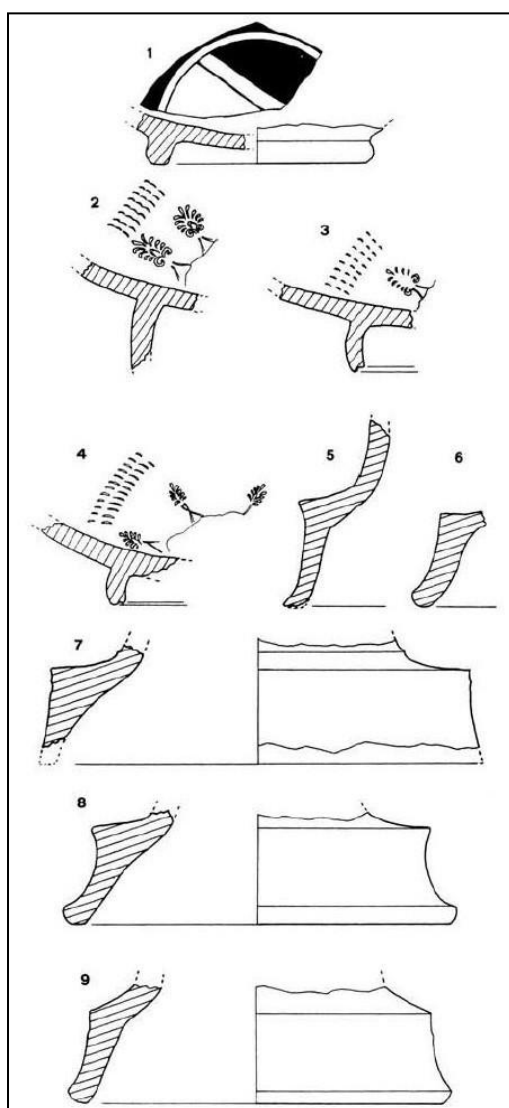


Fig. 6.6. Importaciones áticas de La Serreta.

negro⁹⁴, y que junto a la abundancia de inscripciones grecoibéricas en ambos centros y la conexión geográfica entre ellos evidenciarían que la Serreta, y más en general los valles alcoyanos, se encontrarían bajo la influencia comercial del núcleo de la Illeta, puerta comercial para las importaciones griegas a la retroterra centro-septentrional alicantina.

No obstante, según los recuentos presentes en el trabajo de J.M. García i Martín y Grau, La Serreta es el único poblado de los valles alcoyanos en el que los vasos de figuras rojas superan ampliamente en número a los de barniz negro⁹⁵, cuando sabemos que la tendencia general en la región es al amplio predominio de los cuencos de barniz negro⁹⁶. De hecho, cuando aparecen vasos de figuras rojas, estos resultan ser indefectiblemente cráteras y *kylix*, esto es, elementos complementarios para el servicio y la ingesta del vino, y nunca vasos tan “exóticos” como la pélice de la Serreta.

Rescapitando estas últimas páginas, insistiré en que, en definitiva, y dejando al margen la necrópolis sobre la que hablaré a continuación, la única evidencia con la que contamos para sostener la existencia de una primera fase de ocupación de la Serreta datable a lo largo de todo el s. IV a.C. es una quincena de vasos áticos, cuya tipología además resulta poco habitual si la comparamos con la de los otros asentamientos alcoyanos de la época, vasos que por cierto aparecieron supuestamente en un contexto secundario, formando parte de algunos paquetes de relleno localizados bajo determinadas viviendas y que habrían servido supuestamente para regularizar el terreno sobre el que se asentarían las construcciones del s. III a.C. Ni los epígrafes ni el utillaje metálico procedentes de la Serreta pueden atribuirse con certeza al s. IV a.C., salvo una posible excepción puntual, de nuevo dependiente de la correcta interpretación de esos paquetes de relleno excavados en los años sesenta. Tampoco conocemos la trama urbana del enclave para esta época, ni contamos siquiera con evidencia alguna de que al lugar pueda asignarse sin género de dudas la etiqueta de núcleo “urbano”. De hecho, parece que hasta bien entrado el s. III a.C. la Serreta no se rodeó de fortificación alguna, algo bien extraño para un núcleo rector que pretendía dominar y administrar un territorio subcomarcal. Finalmente, tampoco está claro que la Serreta contara con un espacio geográfico propio sobre el que ejercer dicha

⁹⁴ Sala 2001-2002: 296-297; García i Martín 2003: 52-54; 74-76.

⁹⁵ García i Martín y Grau 1997.

⁹⁶ Grau 2010: 264.

soberanía, pues su solapamiento con el entorno de El Puig es, cuando menos, poco habitual.

En conclusión, creo que el papel que la Serreta desempeñó en las dinámicas territoriales de los valles alcoyanos en el s. IV a.C. no está claro. El poblado no cumple con claridad con prácticamente ninguna de las características propias de los núcleos fortificados en altura que constituían la cúspide del modelo polinuclear alcoyano tal y como lo ha definido I. Grau, por lo que la inclusión de la Serreta entre aquellos no es, en mi opinión, nada evidente. Su carácter rector, tan explícitamente documentado durante el s. III a.C., resulta para la centuria anterior, cuando menos, evanescente.

6.2.3. La necrópolis de La Serreta.

Junto con los paquetes sedimentarios que comprendían una quincena de cerámicas áticas ya mencionados, la otra evidencia importante de actividad en la Serreta a lo largo del s. IV a.C. es la necrópolis, por la que hasta el momento he pasado por alto pero en la que me detendré ahora.

Es de reseñar, antes de comenzar, que la publicación de esta es muy parcial y fragmentaria: únicamente se han dado a conocer los diecisiete enterramientos excavados en 1987⁹⁷, así como las singulares tumbas 53⁹⁸ y 79⁹⁹, los materiales del enterramiento 30 pero no las características de la sepultura¹⁰⁰, y el conjunto completo de las armas documentadas en el yacimiento¹⁰¹. Por ello, pese al esfuerzo de síntesis de datos tan fragmentarios y dispersos que trataré de llevar a cabo, las conclusiones alcanzadas habrán de estar sujetas, forzosamente, a la eventual publicación futura del conjunto de los materiales¹⁰².

Como decía, en el extremo noreste del yacimiento, y en torno al único camino natural de acceso que permite el acceso a la cumbre de la Serreta, apareció en 1987 un área cementerial, que fue excavada a lo largo de los diez años siguientes, habiéndose podido individualizar en ella 81 sepulturas, dispersas en torno a unos 400m². La

⁹⁷ Cortell *et alii* 1992.

⁹⁸ Moltó y Reig 1996.

⁹⁹ Olcina 1997: 171.

¹⁰⁰ Prados Torreira 2004: 93.

¹⁰¹ Reig 2000.

¹⁰² *Vid.* Tabla 6.2 y Fig. 6.7.

Nº	TUMBA	MATERIALES
1	En urna	Bolsal F42cL, arracada de oro, pendiente de plata, colgante de plata, falcata, 2 lanzas, regatón, soliferreum, pilum, escudo, espuelas.
2	Expoliada	
3	Expoliada	Fíbula, anillo de bronce
4	En hoyo	Fíbula, falcata, lanza, regatón, escudo, disco-coraza.
5	En hoyo	Fíbula, puñal de frontón, 2 lanzas.
5B	En urna	Kalathos, fusayola.
6	En urna	Kylix de figuras rojas, fíbula, aplique de pasta, anillo de bronce, falcata, regatón, jabalina, escudo.
7	Expoliada	
8	En hoyo	Amuleto de pasta
9	En urna	Pátera F26L protocampaniense, bol F27L del taller de Rosas, amuleto de pasta, aplique de pasta, cuenta de pasta, sortija con chatón de bronce.
10	Expoliada	Aplique de pasta, 4 cuentas de pasta.
11	En hoyo	2 fusayolas, sortija de plata con chatón, pinzas de bronce, falcata, regatón, jabalina, escudo.
12	Expoliada	Fusayola, fíbula, cuenta de pasta, anillo de bronce.
13	En urna	
14	En urna	Urnas de orejetas perforadas, plato, fíbula, arete de oro, anillo de bronce, placa de hueso.
15	En hoyo	2 terracotas, 5 cuentas de pasta, pareja de aretes de plata, sortija de plata, agujón de hueso, falcata.
16	Expoliada	Cuenca F27L de imitación púnica.
19		Regatón.
20		Falcata, regatón, soliferreum y escudo.
22		Falcata.
23		Falcata y lanza
24		Regatón.
26		Falcata, escudo y regatón.
27		Falcata, lanza y escudo.
29		Falcata, lanza, escudo y regatón.
30		5 platos, 2 tarros, tinaja, 9 fusayolas, vaso plástico, pebetero de terracota, cuentas de pasta, 2 sortijas de plata, pendiente de plata, 24 astrágalos, 9 bolas de piedra.
31		Falcata, lanza y escudo.
35		Lanza y regatón.
38		Falcata y 2 lanzas.
41		Falcata, lanza, pilum.
42		Falcata.
45		Falcata, lanza y escudo.
50		Espada de frontón y regatón.
51		Lanza.
53		Cuenca F21L, plato F21/25L, kantharos, 2 kalathoi de cuello estrangulado, olla, jarra, oinochoe, 3 platos, aplique de pasta, arracada, falcata, lanza, regatón, escudo, espuelas, bocado, espetón de bronce, pasadores de bronce, brazalete de bronce.
67		Falcata y lanza.
69		Falcata, regatón y pilum.
70		Falcata, regatón y pilum.
72		Falcata, lanza, escudo y regatón.
75		Falcata.
79	En hoyo	2 platos, pátera, lanza.
80		Lanza.

Tabla 6.2. Sistematización de los datos publicados sobre la necrópolis de La Serreta.

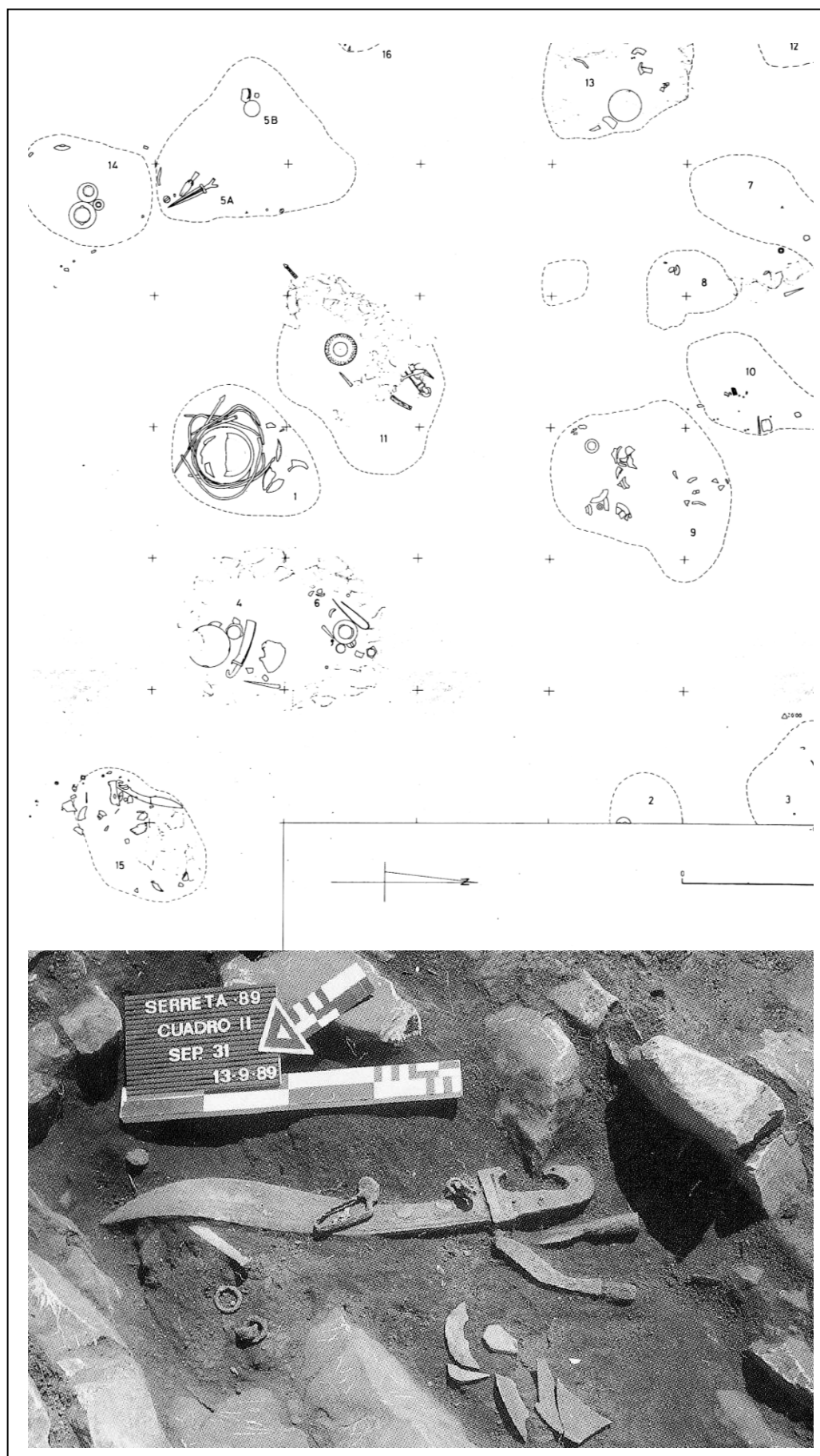


Fig. 6.7. Planimetría de las primeras tumbas excavadas en la necrópolis de la Serreta, y tumba 31 en proceso de excavación.

significativa pendiente que caracteriza el lugar, no obstante, ha provocado una fuerte erosión del suelo, que posiblemente haya provocado la desaparición de buena parte de las superestructuras funerarias, así como de la fracción superior de varios de los enterramientos, y es posible que incluso de tumbas enteras, de las que hoy ya no quedaría vestigio.

Empero, los vestigios que sí han llegado hasta nosotros y han podido ser documentados nos muestran un cementerio compuesto por enterramientos secundarios, en su mayor parte individuales aunque también aparecen tumbas dobles. En ellos, las bolsas de huesos humanos y cenizas (anteriormente quemados en un *ustrinum* que no tenemos localizado y empleando para ello madera de carrasca¹⁰³) se depositaban junto con los elementos de ajuar funerario generalmente entre las oquedades de la roca natural, a veces desbastada al efecto para acogerlos, en contacto directo con el suelo o sobre una capa de tierra previamente prensada, si bien en trece ocasiones se introdujeron en una urna cineraria¹⁰⁴. En casi la mitad de los casos, además, se detecta una trituración de los huesos del difunto posterior a la cremación¹⁰⁵, y en nueve ocasiones encontramos estos mezclados junto con restos óseos pertenecientes a ovicápridos, que habrían sido consumidas según se propone durante las honras fúnebres¹⁰⁶. Los análisis paleoantropológicos, de cualquier forma, evidencian que la mayoría de los difuntos eran varones jóvenes y adultos, aunque también tenemos documentadas mujeres, niños e incluso un neonato cremado¹⁰⁷. Por lo que respecta al ajuar, este podía comprender vasos y platos locales o importados, diversos tipos de armas, elementos de orfebrería, abalorios y amuletos de pasta vítrea, fíbulas, fusayolas, hebillas, pinzas, artefactos de hueso y elementos de terracota¹⁰⁸, parte de los cuales parece que acompañaría al difunto a la pira en tanto que los demás se introducirían después en el enterramiento¹⁰⁹, de la misma manera que solo algunas de las armas serían ritualmente inutilizadas¹¹⁰. La disposición de los artefactos en la tumba no parece seguir ninguna directriz definida, aunque observamos casos tan

¹⁰³ Moltó y Reig, 1996: 134.

¹⁰⁴ Cortell *et alii* 1992: 85; Olcina 1997: 171; 2005: 170.

¹⁰⁵ Gómez Bellard 2011: 371-372.

¹⁰⁶ Iborra 2004: 336.

¹⁰⁷ Olcina 2000: 111.

¹⁰⁸ Cortell *et alii* 1992.

¹⁰⁹ Olcina 1997: 171.

¹¹⁰ Reig 2000: 109-112.

llamativos como el de la tumba 79, en la que los restos óseos de un varón y de una mujer fueron depositados diferenciados a ambos lados de la punta de lanza que los separaba, mientras que los fragmentos cerámicos de varios vasos que aparentemente habían acompañado en la pira a los difuntos fueron dispersados por todo el área del enterramiento¹¹¹.

En cuanto a la superestructura funeraria, si bien ha podido desaparecer en muchas ocasiones debido a los procesos postdeposicionales, nada hace pensar que en algún caso hubiera podido incluir estructuras monumentales o elementos escultóricos. Por el momento, se han podido documentar cuatro estructuras, en forma de acumulaciones de piedras de pequeño y mediano tamaño que protegerían y señalarían el enterramiento, en cuatro ocasiones: las tumbas 4-6, 11, 14 y 15¹¹².

Por lo que respecta a los materiales que formarían parte de los ajuares funerarios, destacaré primeramente las importaciones cerámicas. En las tumbas publicadas (representativas del conjunto excavado en lo que se refiere a la cerámica de importación, según sus excavadores¹¹³) predominan entre las importaciones las cerámicas áticas, aunque también hacen su aparición barnices negros propios de los talleres centromediterráneos helenísticos. De entre los primeros, datables todos ellos en el s. IV a.C., son mayoritarios los barnices negros áticos, sobre todo las páteras de la forma 21 de Lamboglia y los pequeños cuencos de la forma 21/25 de Lamboglia, a los que hay que sumar dos fragmentos de cuencos de la forma 22 de Lamboglia, tres *kantharoi* de la forma 40 de Lamboglia, tres bolsales de la forma 42-B de Lamboglia, y un último de la forma 42-C de Lamboglia, aparte de, ya hablando de recipientes áticos de figuras rojas, dos fragmentos de crátera de campana y cuatro *kylix* de la forma 42-A de Lamboglia (uno de los cuales de especial calidad, identificable con el taller de Jena)¹¹⁴. Lamentablemente, en su momento no se publicó la distribución de todos estos vasos áticos entre las distintas tumbas, por lo que únicamente podemos ubicar la mencionada *kylix* del taller de Jena en la tumba 6, y una de las páteras de la forma 21 de Lamboglia, uno de los pequeños cuencos de la forma 21/25 de Lamboglia y uno de los *kantharoi* de la forma 40 de Lamboglia, en la tumba 53.

¹¹¹ Olcina 1997: 171.

¹¹² Cortell *et alii* 1992: 85; Olcina 2000: 111-112.

¹¹³ Cortell *et alii* 1992: 87.

¹¹⁴ Cortell *et alii* 1992: 87; Moltó y Reig 1996: 123; Olcina 2000: 112.

En lo que se refiere a las importaciones no áticas, en este caso sí han sido publicadas junto con su ubicación correspondiente. Así, en la tumba 1 se recogió un bolsal de la forma 42-C de Lamboglia de taller desconocido; en la 9, se documentaron una pátera protocampaniense de la forma 26 de Lamboglia, y otra campaniense A de la forma 27; y, finalmente, en el enterramiento 16 se documentó un cuenco de la forma 27 de Lamboglia de imitación púnica. Vasos todos ellos, por cierto, datables en la primera mitad del s. III a.C., con lo que las tres tumbas a las que pertenecen constituyen los elementos más modernos conocidos de la necrópolis¹¹⁵.

Pasemos ahora a hablar de las armas, cuya publicación en este caso sí que ha sido sistemática para toda la necrópolis excavada¹¹⁶. Gracias a ello, podemos reparar en primer lugar en que su presencia formando parte de los ajuares funerarios es frecuente, pues se documentan en 29 enterramientos¹¹⁷, esto es, un 35,8% del total excavado. Su deposición no parece ajustarse a ninguna regularidad, por lo que pueden encontrarse incólumes, inutilizadas o destruidas, cuidadosamente colocadas siguiendo el eje principal de la tumba como en el enterramiento once o esparcidas con aparente indiferencia. Incluso, en el caso de la mencionada tumba, la manija del escudo fue introducida en la pira del difunto, en tanto que el umbo de la misma pieza no muestra vestigio alguno de exposición al fuego¹¹⁸.

La propia repartición del armamento sigue una distribución bastante dispersa. Atendiendo a la combinatoria posible, la circunstancia más habitual es que cada tumba contuviera una falcata (en cuatro ocasiones); o bien una falcata y una lanza (en tres ocasiones), una falcata, una lanza y un escudo (en tres casos), o una falcata, un regatón, un arma arrojadiza y un escudo (en otros tres ejemplos). Por su parte, las mayores acumulaciones de armamento, que además incluyen las piezas menos habituales, únicamente aparecen en una ocasión en cada caso: hablo del conjunto de la sepultura 1, en el que se documentaron una falcata, una lanza, un regatón, un soliferreum, un pilum, un escudo y unas espuelas; del del enterramiento 4, compuesto por falcata, lanza, regatón, escudo y discos-coraza; y de la sepultura 53 que albergaba una falcata, una lanza, un regatón, un escudo, unas espuelas y un bocado de caballo.

¹¹⁵ Cortell *et alii* 1992: 87-91 y 111; Olcina 2000: 112. *Vid.* Fig. 6.8.

¹¹⁶ Reig 2000. *Vid.* Fig. 6.9.

¹¹⁷ Reig 2000: 77.

¹¹⁸ Reig 2000: 100-105.

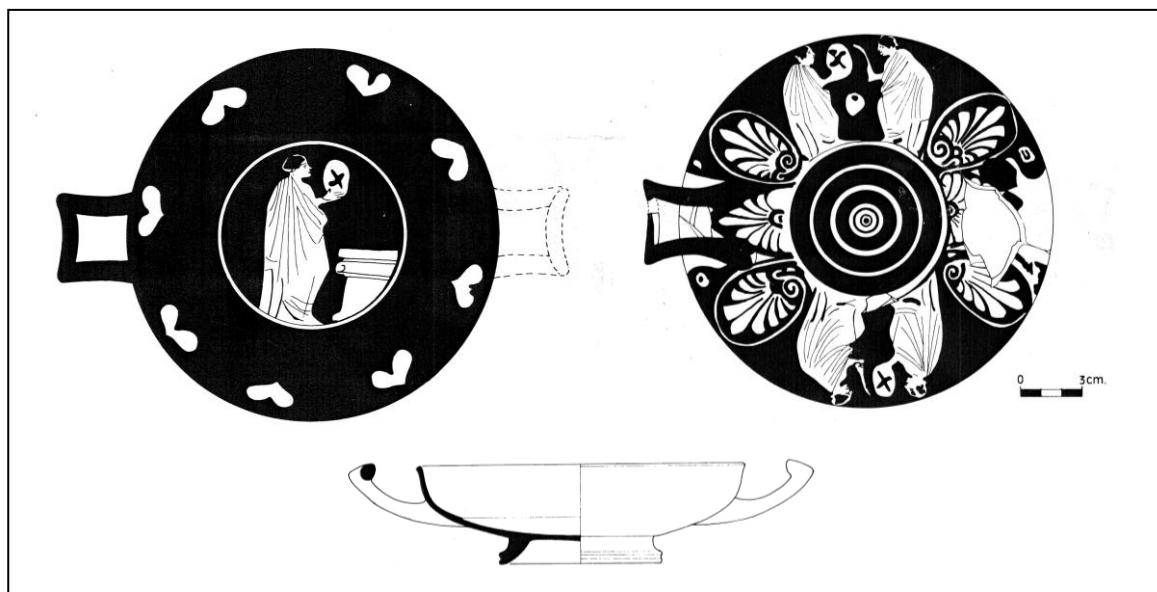


Fig. 6.8. Kylix de figuras rojas de la sepultura 6 de La Serreta.

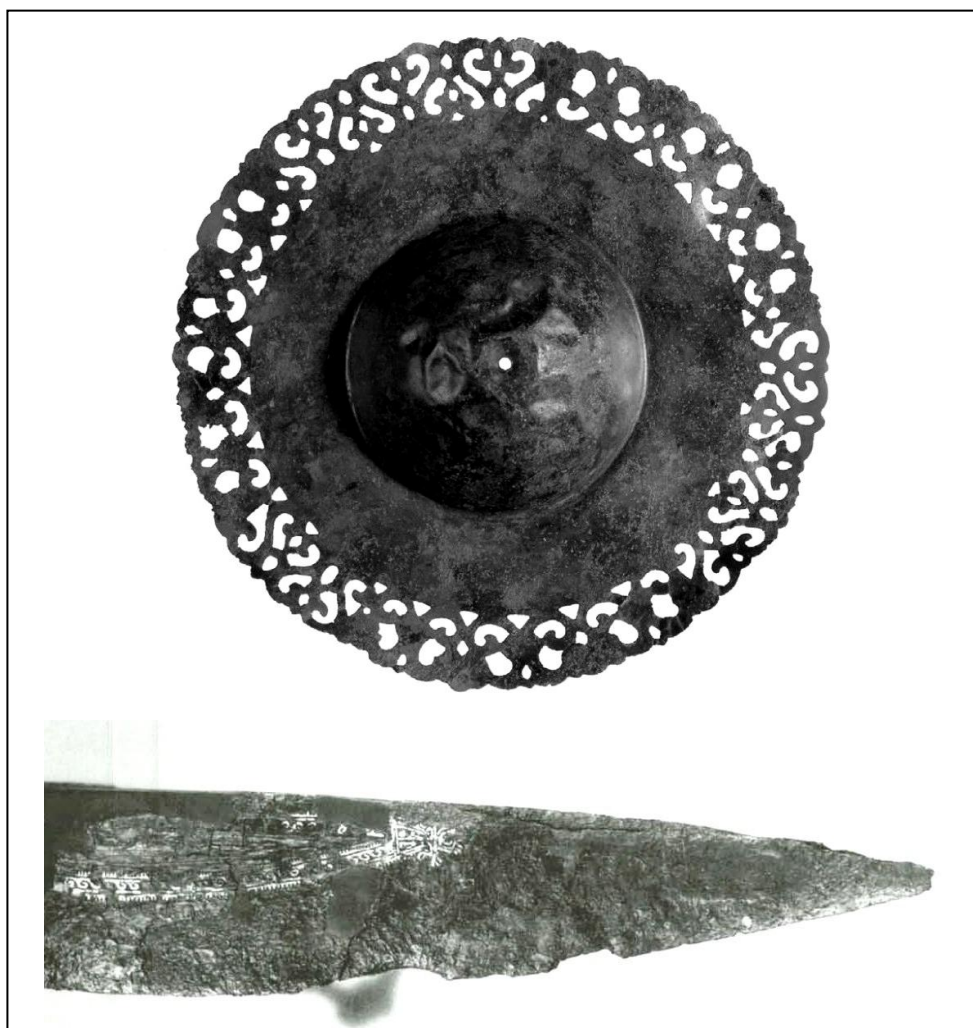


Fig. 6.9. Umbo de escudo de la sepultura 11 y falcata decorada de la sepultura 53 de La Serreta.

Al margen de ello, es de reseñar también que cinco de las falcatas estaban decoradas con damasquinados en plata (las correspondientes a los enterramientos 1, 27, 41, 74 y 53, este último de especial calidad)¹¹⁹, y otro tanto ocurría con dos de las lanzas (las de las tumbas 5 y 11)¹²⁰. La existencia de elementos de arreo de caballo en dos de las sepulturas, la 1 y la 53, es asimismo singular. Y, por último, hay que subrayar, como ya se ha hecho en alguna ocasión¹²¹, la existencia de elementos de armamento claramente arcaizantes para la cronología de la necrópolis, como los discos-coraza de la tumba 4 (habituales sin embargo solamente en la iconografía del s. V a.C.¹²²), el escudo con umbo de la 11 (variante tardía de un tipo que F. Quesada data hasta comienzos del s. V a.C.¹²³) o la espada de frontón de la 50 (cuando este tipo de armas es más propio del s. V a.C., y desaparece por completo a mediados del s. IV a.C.¹²⁴).

Dejando ya a un lado las armas, debo hablar igualmente de una serie de elementos definitorios del estatus y la identidad social de los difuntos enterrados, tales como las fíbulas (presentes en las tumbas 3, 4, 5, 6, 12 y 14)¹²⁵, las fusayolas (detectadas en la 5B, la 11, la 12, y la 30, en este último caso acumulándose nueve ejemplares en el mismo conjunto)¹²⁶, las cuentas y apliques de pasta vítrea (recogidas en las tumbas 6, 9, 10, 12, 15, 30 y 53, en distinto número¹²⁷), o las joyas de oro, plata y bronce (existentes en una proporción llamativamente grande para una necrópolis ibérica; se documentan en las tumbas 1, 3, 6, 9, 11, 12, 14, 15, 30 y 53¹²⁸, esto es, la mitad de las sepulturas para las que tenemos datos completos).

Y, para terminar, he de mencionar finalmente una serie de objetos singulares no tan habituales en las necrópolis ibéricas, al menos hasta el s. III a.C., y que evidencian una transformación en la espiritualidad de la comunidad que se está

¹¹⁹ Reig 2000: 85-90. Para un paralelo de la falcata 53 aparecido en Sagunto, cf. Aranegui y De Hoz 1992; para el estudio de las falcatas decoradas con damasquinado en plata, cf. Quesada *et alii* 2000.

¹²⁰ Reig 2000: 93-95.

¹²¹ Olcina 2005: 170.

¹²² Quesada 1997 a: 572.

¹²³ Quesada 1997 a: 509-511.

¹²⁴ Quesada 1997 a: 178.

¹²⁵ Cortell *et alii* 1992: 107.

¹²⁶ Cortell *et alii* 1992: 95; Prados Torreira 2004: 93.

¹²⁷ Cortell *et alii* 1992: 107-109; Moltó y Reig 1996: 131; Prados Torreira 2004: 93.

¹²⁸ Cortell *et alii* 1992: 109; Moltó y Reig 1996: 131; Prados Torreira 2004: 93.



Fig. 6.10. Amuleto de enano pateco de la tumba 10 de La Serreta.

enterrando en el lugar¹²⁹. Me estoy refiriendo por ejemplo al vaso plástico con forma de pie descalzo que aparece en la tumba 30, con paralelos, tanto importados como locales, en las necrópolis de Cabecico del Tesoro, Albufereta y Cabrera del Mar y los poblados de Puntal dels Llops, Villares de Caudete y Tornabous, en contextos siempre del s. III a.C.¹³⁰ y, como se puede advertir, mayoritariamente en comunidades profundamente afectadas durante dicha centuria por el influjo cultural púnico. Otro tanto se podría decir de los amuletos en pasta vítrea representando enanos patecos, que aparecen en las sepulturas 8 y 9¹³¹; y también de los escasos fragmentos de terracota aparecidos, de entre los cuales la única mínimamente completa, perteneciente a la tumba 15, representa a una mujer estante velada que sostiene en brazos a un infante cubierto con un tocado cilíndrico¹³², terracota que encuentra sus mejores paralelos no en el santuario de la Serreta sino en las necrópolis de Albufereta y Cabecico del Tesoro, piezas que ya se mencionaron en un capítulo anterior.

¹²⁹ Abad y Sala 1991: 160-161.

¹³⁰ Prados Torreira 2004: 92.95; Pérez Ballester y Gómez Bellard 2004.

¹³¹ Cortell *et alii* 1992: 109. *Vid.* Fig. 6.10.

¹³² Cortell *et alii* 1992: 97.

En definitiva, y para ir cerrando ya este apartado, se ha podido observar que en la necrópolis de la Serreta la variabilidad en el ritual, la arquitectura de la tumba y la selección y colocación del ajuar funerario es enorme, algo ciertamente habitual entre los cementerios ibéricos, y de lo que no hemos de sorprendernos. Ahora bien, el asunto se complica a la hora de tratar de extraer conclusiones sociales a partir de esta variabilidad.

Así, a partir de los datos referidos, M. Olcina trató de deducir la estructura social de la comunidad que se enterraba en esta necrópolis, estableciendo dos fases: una primera, datable a comienzos del s. IV a.C. y en la que los jefes guerreros se hacen enterrar en sepulturas tumulares y con un rico ajuar que incluye armamento de prestigio; y una segunda etapa, entre finales del s. IV y la primera mitad del III a.C., en la que la sociedad se torna ya más homogénea y se generalizan los enterramientos en hoyo simple, destacando una elite de caballeros que se apoyaría en sus guerreros dependientes¹³³. Con idénticos datos, I. Grau planteó recientemente cuatro escalas sociales para la comunidad vinculada con la necrópolis: una elite de señores a caballo que se hicieron enterrar en sepulturas tumulares, con panoplias completas y operativas, y elementos diacríticos tales como armas decoradas o la acumulación de estas (esto es, las sepulturas 1, 4, 11 y 53, esto es, un 5% del total); un grupo de individuos que se arrojan la condición de guerreros y que seguramente encabezarían las familias dirigentes, aunque exhiben una amplia gradación de riqueza, y que conforman el 31% de las tumbas; un amplio sector de la sociedad conformado por individuos con derecho a enterrarse en la necrópolis pero que no se representarían a sí mismos mediante las armas, y que coincidiría con los clientes y las familias de los guerreros, suponiendo un 64% del total de los enterramientos; y un último estrato social, del que no tenemos noticia pues no gozaría del derecho de hacerse enterrar en la necrópolis¹³⁴.

Ahora bien, a la hora de valorar estos modelos interpretativos, creo que debemos tener en cuenta que ambos se ven afectados por una misma problemática: han sido contruidos únicamente teniendo en cuenta los únicos materiales de la necrópolis para los que contamos con una información sistemática, esto es, las armas.

¹³³ Olcina *et alii* 1998: 41-42; Olcina 2000: 111.

¹³⁴ Grau 2007: 130-131; 2013: 283-284.

La importancia del armamento en ambas lecturas está, pues, y siempre según mi opinión, sobrevalorada, pues la jerarquización social resultante de ambas podría variar mucho si tuviéramos en cuenta otros elementos cuya distribución desconocemos para el conjunto de la necrópolis tales como las cerámicas (locales e importadas), las fíbulas, los elementos de orfebrería y adorno personal, o las terracotas. Sin ir más lejos, la tumba 4, que en el modelo de I. Grau es clasificada como perteneciente a la elite principal de la comunidad, aparte del armamento solo contenía, a tenor de los datos publicados, una fíbula, cuando sin embargo la 9, que al carecer de armamento queda supeditada al tercer grupo, costaba de varias cerámicas importadas, amuletos, apliques y cuentas de pasta vítrea, y de una sortija con chatón de bronce¹³⁵.

Por otra parte, la parcialidad de los datos publicados entraña otra dificultad: al conocer únicamente los materiales amortizados en veinte de las tumbas (y ni siquiera la totalidad de los materiales, pues desconocemos la distribución de la mayor parte de las cerámicas locales), y al tratarse de una necrópolis que al parecer se mantuvo en uso durante siglo y medio, la fiabilidad de cualquier aproximación estadística se pone en entredicho, máxime si, como llevo insistiendo a lo largo de todas estas páginas, en los contextos funerarios no podemos equiparar riqueza con estatus, y no podemos inferir que la distribución de la primera en la necrópolis sea un reflejo fiel de la estructura del segundo en la comunidad de los vivos. Al fin y al cabo, y a falta de ulteriores datos contextuales, ¿hasta qué punto podríamos estar seguros de que la elite gobernante de la comunidad que se enterraba en la Serreta estaba conformada por un 5% del grupo? ¿Por qué no podría tratarse de dos individuos que, en un momento dado y por circunstancias históricas puntuales que desconocemos, sintieron la necesidad de hacerse acompañar durante el sepelio por más objetos que sus conciudadanos, independientemente de que en vida hubieran sido más ricos o más pobres que aquellos, o más o menos poderosos?

A tenor de todo ello, y tras toda esta sistematización de los datos conocidos sobre la necrópolis de la Serreta y de la problemática que estos comportan, metodológicamente tan solo me atreveré a lanzar unas sencillas, casi obvias, afirmaciones sobre el registro disponible. Tan solo insistiré en que nos encontramos ante un cementerio situado casi en la cima de la Serreta, que fue frecuentado durante

¹³⁵ Cortell *et alii* 1992.

siglo y medio, entre comienzos del s. IV y mediados del III a.C. Señalaré que en él advertimos una serie de características típicas de las necrópolis del sureste ibérico en esta época, comenzando por la gran variabilidad ritual, arquitectural y de riqueza que exhiben sus enterramientos, propios de una sociedad profundamente jerarquizada en la cual las necesidades de ostentación y la capacidad de amortización de riqueza varían mucho de unos individuos a otros. Y, finalmente, insistiré en que entre sus tumbas destacan algunas, comparativamente pocas, ciertamente interesantes, bien porque comprenden entre sus ricos ajuares una serie de objetos arcaizantes (las armas mencionadas, pero también la urna de orejetas empleada como urna cineraria en la tumba 14¹³⁶), o bien porque incluyen entre su ajuar elementos tales como los amuletos o las terracotas que delatan una cierta influencia ideológica punizante, precoz en los valles alcoyanos aunque ya en la primera mitad del s. III a.C. comenzara a ser mucho más habitual en la costa.

6.2.4. Los difusos orígenes de la Serreta.

Recapitulando todo lo antedicho en el presente apartado, creo que los materiales “orientalizantes” de la Serreta no bastan para asegurar una ocupación continuada del asentamiento desde los siglos VII o VI a.C., y que incluso la caracterización del yacimiento en el s. IV a.C. como núcleo rector del poblamiento circundante es problemática: los materiales con los que contamos para definir esta fase son muy escasos, y además fueron halladas formando parte de paquetes de relleno movilizados a mediados del s. III a.C., cuando se llevó a cabo la reestructuración del poblado. No ha quedado rastro, ni siquiera una fosa de cimentación, de la posible urbanística que habría caracterizado esta primera fase del asentamiento. Y además la propia posición geográfica de la Serreta no termina de adecuarse bien con el modelo de poblamiento propuesto para esta época.

Los únicos contextos materiales *in situ* de los que disponemos para caracterizar el yacimiento de la Serreta en el s. IV a.C. y las primeras décadas del III a.C. son los ochenta y un enterramientos conocidos de la necrópolis de la Serreta. Una necrópolis que, por cierto, sería el único cementerio conocido en los valles alcoyanos situado inmediato al poblado del que depende. Por el contrario, otras áreas cementeriales

¹³⁶ Cortell *et alii* 1992: 91.

conocidas, como Mas de Regall, se situaban a más de una hora de camino del asentamiento correspondiente¹³⁷, y otro tanto podría decirse de los restos escultóricos que han aparecido distribuidos por el Vall de Seta¹³⁸, los cuales han sido interpretados como evidencias fragmentarias de las necrópolis pertenecientes al asentamiento de Pitxòcol pero alejadas unos kilómetros de este¹³⁹.

En definitiva, lo que estoy tratando de argumentar es que la existencia de la necrópolis de la Serreta no implica forzosamente que junto al área cementerial existiera un asentamiento fortificado desde comienzos del s. IV a.C., y sobre todo que este tuviera una función rectora sobre el territorio como la que generalmente se le ha supuesto, pese a que efectivamente ello parecería acorde con la sociedad ampliamente jerarquizada y próspera que parece quedar reflejada en los enterramientos. Desde luego, La Serreta podría haber funcionado durante el s. IV a.C. como zona necropolitana de una sociedad pujante, pero esta no tendría por qué responder forzosamente a una unidad política enclavada en la propia elevación, sino que podría provenir de, pongamos por caso, tres kilómetros a vuelo de pájaro desde allí, en una altura desde la que se domina visualmente la cumbre de la Serreta y donde, en este caso sí, la arqueología evidencia la existencia de un núcleo fortificado que sería capaz de ejercer su hegemonía por toda la unidad subcomarcal de la Cubeta d'Alcoi a la altura del s. IV a.C.: El Puig.

Esta hipótesis no supone, por cierto, negar que en la cumbre de la Serreta existiera ya a la altura del s. IV a.C. algún tipo de asentamiento junto a la propia necrópolis. Efectivamente, podría haber existido aquí algún poblado del que no ha quedado vestigio arquitectónico alguno, pero la entidad de este no sería seguramente comparable a la de los otros núcleos rectores subcomarcales de los valles alcoyanos, sino que se trataría, de existir, y de ser correcta mi lectura, de un asentamiento secundario subordinado a El Puig, y encargado quizás de prolongar la visibilidad, y por tanto el control, de este sobre el área nororiental de la Cubeta d'Alcoi. Un asentamiento en altura pero sin rastro de murallas, como Errecorrals y con la misma

¹³⁷ López Seguí *et alii* 2013.

¹³⁸ Cortell *et alii* 1989.

¹³⁹ Grau 2000 a: 208; Olcina 2006: 45-47. De hecho, en una prospección llevada a cabo a comienzos del siglo XXI en el Collado del Zurdo se detectaron restos de huesos quemados y fragmentos cerámicos: Grau y Molina 2005: 248-251.

función que este desempeñara precisamente en el s. IV a.C.¹⁴⁰ Un asentamiento subordinado cuya elite gobernante se consideraría quizás una sección desgajada de la aristocracia de El Puig y desplazada a esta cumbre para la vigilancia y explotación del territorio de aquel.

Resulta sugerente por tanto pensar en unas familias gobernantes que, residentes en el Puig y eventualmente desplazadas a núcleos secundarios como La Serreta, gobernarían sobre toda la unidad subcomarcal en la que estos asentamientos se sitúan, funcionando como una célula más del sistema polinuclear que articulaba las dinámicas de poblamiento de los valles alcoyanos en esta época. Unas familias gobernantes que habrían de naturalizar ideológicamente de alguna manera ese dominio subcomarcal, y que habrían recurrido para ello, en este caso, a la reconstrucción de la memoria colectiva del grupo y a su materialización a través de la resemantización del paisaje. Esto es, para justificar la soberanía de El Puig sobre la cumbre de la Serreta y sus territorios adyacentes, nada más efectivo que implantar la tradición de que una parte de las aristocracias de El Puig escogieran La Serreta como lugar de enterramiento; pretendiendo, seguramente desde muy pronto, quizás tan solo unas décadas después de que la costumbre se inaugurara, que aquella tradición era ancestral, que el lugar había pertenecido desde siempre a aquellas familias, y que el dominio sobre la montaña y la vigilancia que desde ella se ejercía era fundamental para la protección de los difuntos, vínculo materializado entre la sociedad de los vivos y su memoria colectiva. Una ancestralidad pretendida que explicaría por qué determinados individuos fueron enterrados en el lugar acompañados de objetos claramente arcaizantes para la época.

Para terminar este apartado, diré simplemente que, por razones que desconocemos pero que podemos intuir (dada la posición central y predominante que la Serreta ejerce sobre los valles alcoyanos en general, y sobre el acceso a estos desde los puertos mediterráneos en particular), la comunidad existente en la Serreta no cesó de prosperar. Durante las últimas décadas del s. IV a.C., se trata ya del único enclave de los valles alcoyanos que continúa recibiendo importaciones áticas¹⁴¹, y las escasas tumbas datables a comienzos del s. III a.C evidencian que, aunque con una capacidad

¹⁴⁰ Grau y Moratalla 1998: 113-114.

¹⁴¹ García i Martín y Grau 1998: 109-111.

de amortización de recursos mucho menor que durante el s. IV a.C., determinadas gentes continuaron enterrándose aquí, a pesar de que el asentamiento de El Puig colapsó y fue abandonado a finales del s. IV a.C. Y ello posiblemente porque el pequeño asentamiento de La Serreta fue capaz de sobreponerse al abandono del antiguo núcleo rector, y quedó como heredero de este, en tanto que cabeza directora de toda la Cubeta d'Alcoi.

6.3. El auge de La Serreta.

6.3.1. Un nuevo proyecto arquitectónico.

A partir de un determinado momento del s. III a.C., no obstante, toda esta difusa situación cambia, dado que arranca la “reestructuración urbana” (o, mejor dicho en vista de los datos disponibles, la construcción de un nuevo núcleo urbano de cierta entidad) que dará lugar a lo que Tarradell denominó “Serreta II”, esto es, la fase que mejor conocemos del asentamiento. La Serreta alcanza las 5,6ha de superficie amurallada¹⁴², convirtiéndose en el mayor poblado del centro-norte alicantino cuyas dimensiones han podido ser certificadas por una excavación en superficie¹⁴³, aunque en contra de lo que en ocasiones se ha asumido los espacios construidos solo se abigarrarían en ciertas zonas de la cresta montañosa, pero también existirían áreas al aire libre, dejadas así expresamente o condicionadas por la propia orografía intrincada del enclave.

De hecho, es esta orografía abrupta propia de la cima de una elevación de los sistemas béticos como La Serreta la que condiciona la trama urbana del asentamiento. Así, los departamentos se extienden por la cresta y la ladera sur de la montaña (esto es, la solana de la misma), organizándose en manzanas alargadas que se van disponiendo en terrazas siguiendo las curvas de nivel, las cuales se conectan unas con otras mediante rampas. Para las construcciones no se emplean alzados de adobe sobre zócalos de mampostería, como es habitual en el mundo ibérico, sino que se utilizan únicamente mampuestos irregulares de piedra local, mucho más fácilmente disponibles en una elevación rocosa que la arcilla y el agua necesarios para la fabricación de adobes. Los gruesos muros de piedra sirven además para sustentar

¹⁴² Y no las 2,5ha que se pretendían hasta los años noventa: cf. Llobregat 1972: 55; Rouillard 1982 a: 215; Almagro 1987: 26; Abad 1987: 165; Moret 1996: 476.

¹⁴³ Olcina *et alii* 1998: 37; Olcina 2005: 166. *Vid.* Fig. 6.11.

edificios de dos plantas, que son colocados de tal manera que a la planta inferior se acceda desde la terraza en la que están asentados los muros, y a la siguiente, desde la terraza inmediatamente superior, en un tipo de urbanismo habitual de los poblados ibéricos en ladera¹⁴⁴, que encuentra un paralelo contemporáneo cercano por ejemplo en el Tossal de la Cala¹⁴⁵.

En lo que se refiere a la funcionalidad de estos departamentos, esta había de ser relativamente diversa, como corresponde a un asentamiento con una economía con un grado de diversificación bastante desarrollado como el de la Serreta, aunque lo cierto es que contamos con pocos datos al respecto debido a que buena parte del caserío fue excavado hace ya décadas, y a que como ya he comentado en varias ocasiones los resultados de las excavaciones no se han publicado de manera sistemática. En todo caso, la bibliografía nos permite discernir algunas áreas de producción espacialmente diferenciadas de las zonas de habitación, como el departamento D3, interpretado como un taller metalúrgico integrado en una vivienda de tres estancias, e identificado como tal gracias a la existencia de un banco corrido al fondo del espacio con huellas de impacto térmico, y a la aparición de abundantes goterones de plomo y otros residuos metálicos¹⁴⁶. De igual manera, se nos informa que el sector I en conjunto podría integrar una unidad doméstica por sí mismo, separado de las demás y compuesta por espacios de habitación y áreas de trabajo¹⁴⁷. En el sector F, por su parte, es posible que tengamos identificado un espacio singular de carácter sacro, como veremos más adelante. A diferencia de lo que sucedía en otros asentamientos del Ibérico Pleno como Bastida de les Alcusses, no conocemos la distribución de los aperos agrícolas y demás utillaje metálico entre las viviendas, pero sabemos que estos existían¹⁴⁸, y su grado de especialización es un indicativo más de la complejización económica alcanzada, y otro tanto podría decirse de las informaciones que sobre la estructuración de la actividad comercial llegan hasta nosotros, y de las que más tarde hablaré algo más detenidamente. Por último, y ya saliéndonos de los

¹⁴⁴ Llobregat *et alii* 1992: 67-68; Grau 1996: 83-84; Olcina, Grau y Moltó 2000: 123-125; Olcina 2005: 168. *Vid.* Fig. 6.12.

¹⁴⁵ García Hernández 1986: 55.

¹⁴⁶ Grau y Reig 2002-2003: 105.

¹⁴⁷ Olcina, Grau y Moltó 2000: 137.

¹⁴⁸ Moratalla 1994; Grau y Reig 2002-2003: 109-112.

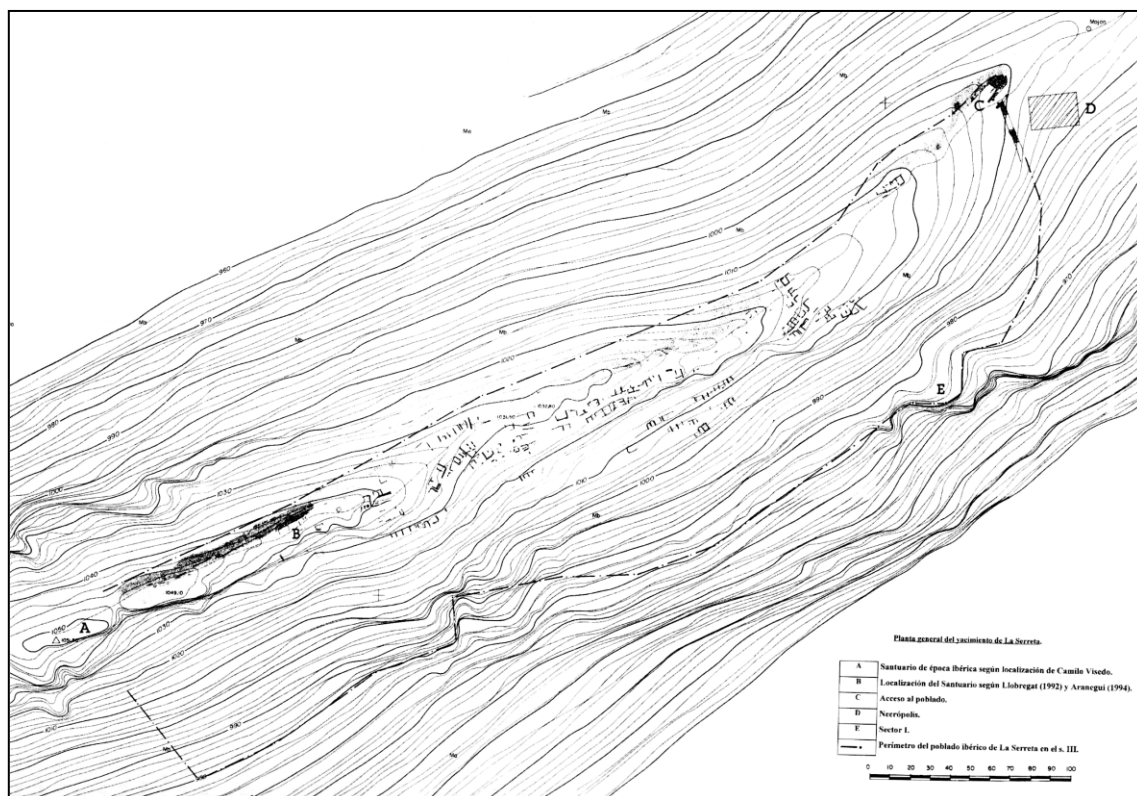


Fig. 6.11. Planimetría general del asentamiento a finales del s. III a.C.

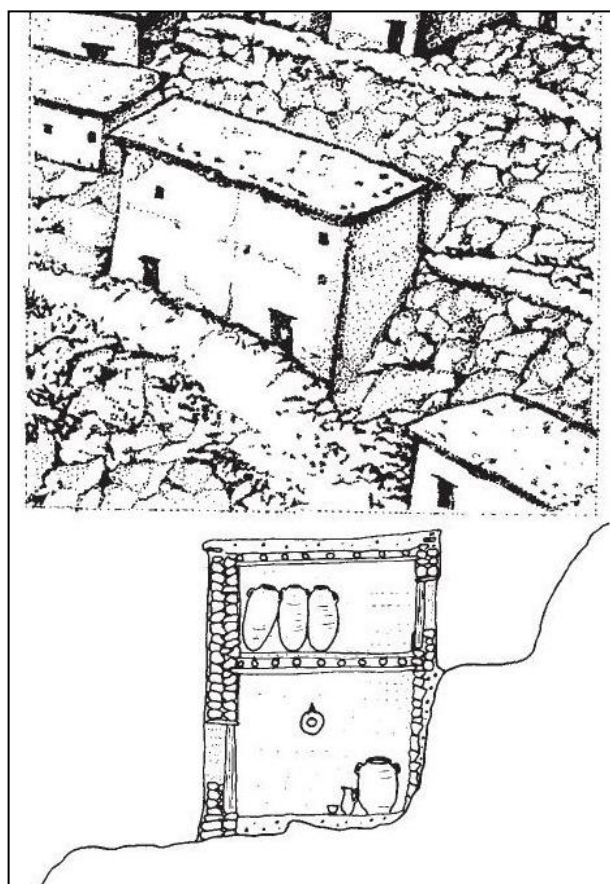


Fig. 6.12. Reconstrucción de una vivienda de La Serreta.

límites estrictos de las murallas, en idéntico sentido abogan el hallazgo de un alfar¹⁴⁹ y de varios caseríos rurales de vocación agrícola¹⁵⁰ en los territorios dominados por la Serreta.

Por otra parte, es de reseñar que, al menos para los sectores investigados en años recientes y sobre los que tenemos un registro más completo, estos evidencian una única fase de ocupación, aparentemente de corta perduración¹⁵¹. Esta puede fecharse con bastante precisión gracias a las facies cerámicas evidenciadas en los distintos sectores en los que se ha intervenido, ciertamente homogéneas entre sí. Así, tanto en el sector F como en el I, entre las importaciones destacan las páteras campanienses A de la forma 27 de Lamboglia en sus distintas variantes y las ánforas T-8.1.1.1 de Ramón fabricadas en el Círculo del Estrecho, acompañadas en menor medida por morteros de pasta clara (cuya procedencia centromediterránea o massaliota se discute), platos itálicos de la forma 36 de Lamboglia y, ya solamente en el sector I, un ejemplar de lucerna helenística Ricci D y una copa Morel 68¹⁵². Se documentan igualmente ánforas ibéricas del tipo I-5 e I-6 de Ribera, así como otros recipientes de almacenaje de producción local tales como pithoi, tinajas y tinajillas, toneles, *lebetes* y *kalathoi*, estos dos últimos generalmente decorados¹⁵³. Por lo que respecta a la vajilla de mesa y servicio, destacan platos, *oinochoai* y botellas¹⁵⁴. El inventario se completa, finalmente, aludiendo a los hallazgos de cerámica de cocina y de esporádicos vasos caliciformes de pasta gris¹⁵⁵. Un repertorio, en definitiva, que señala de manera nítida a la segunda mitad del s. III o los primeros años del II a.C., máxime cuando los especialistas en la materia tienen cada vez más claro que es necesario retrotraer la llegada de las primeras cerámicas campanienses a Iberia a las últimas décadas del s. III a.C.¹⁵⁶

De hecho, dentro de esta misma facies cerámica se pueden situar el conjunto de materiales procedentes de un mismo departamento de La Serreta no identificado

¹⁴⁹ Grau 1998-1999.

¹⁵⁰ Grau 2002: 314-315.

¹⁵¹ Grau 1996: 84; Olcina, Grau y Moltó 2000: 135.

¹⁵² Grau 1996: 84-87; Olcina, Grau y Moltó 2000: 127-128.

¹⁵³ Grau 1996: 86-89, 93-96 y 98-99; Olcina, Moltó y Grau 2000: 128-131.

¹⁵⁴ Grau 1996: 89-93; Olcina, Grau y Moltó 2000: 132-134.

¹⁵⁵ Grau 1996: 96-99; Olcina, Moltó y Grau 2000: 134. *Vid.* Fig. 6.13.

¹⁵⁶ Sala 1998: 46; Cibecchini y Principal 2002.

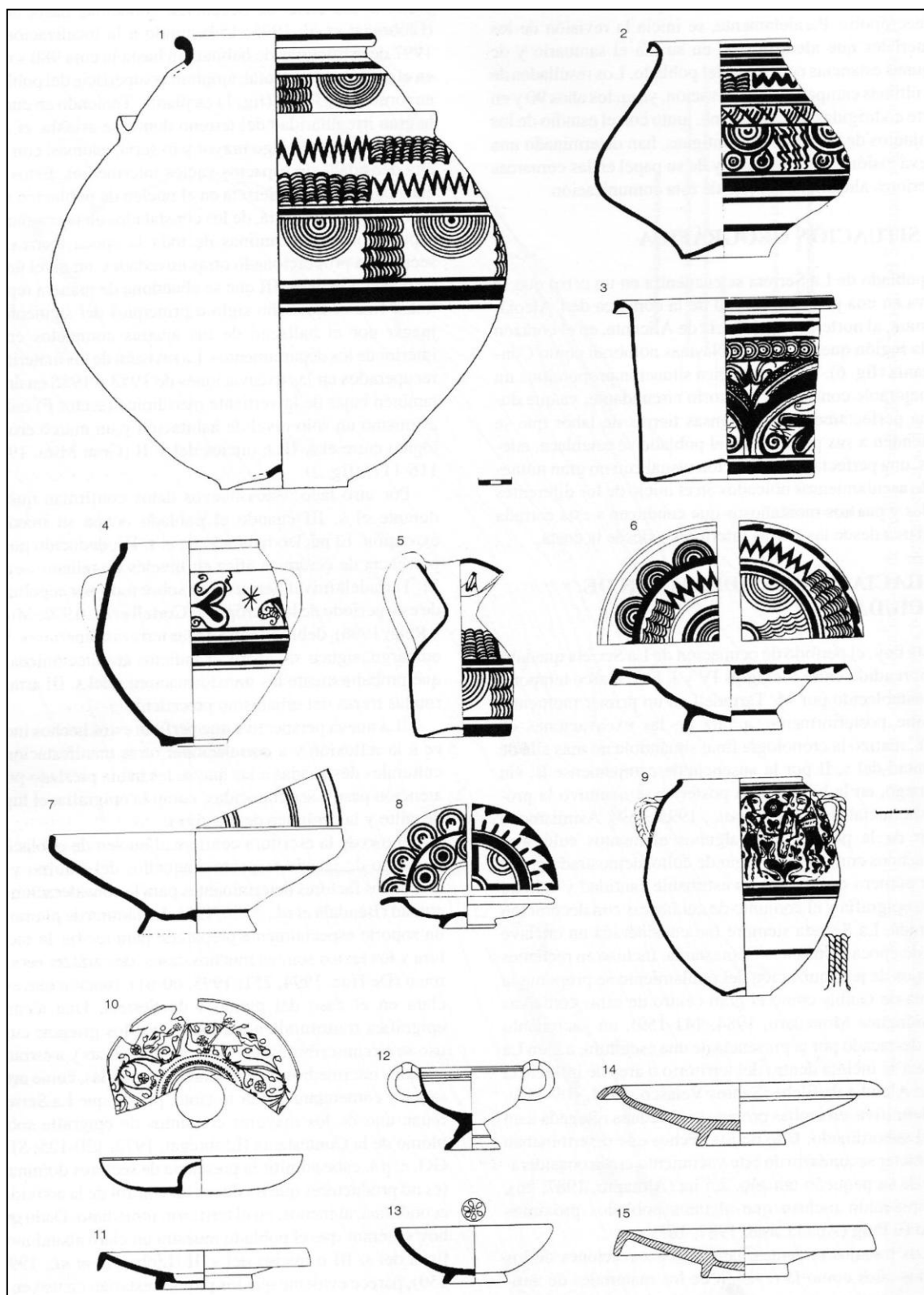


Fig. 6.13. Selección tipológica de la facies cerámica de la segunda mitad del s. III a.C. en La Serreta.

que L. Abad estudió hace ya algunos años, y en el que se documentó, además de una pátera calena umbilicata, una pátera de barniz negro de la forma 25 de Lamboglia, un ungüentario fusiforme ibérico, una tinaja decorada, tres botellas, un plato, un cuenco y un vasito caliciforme¹⁵⁷. Por su parte, F. Sala, que estudió en su momento los recipientes de barniz negro del asentamiento aunque su sistematización no ha terminado de ver la luz, aseguró igualmente que el mismo repertorio propio de finales del s. III a.C. es el que caracteriza el conjunto del poblado¹⁵⁸, en una cronología que no deja de ser coincidente con la de las ánforas documentadas por todo el caserío, procedentes sobre todo del sur peninsular pero también de los grandes alfares ibéricos, como el de Sagunto-Arse¹⁵⁹. Y, ofreciendo datos aún más concluyentes, las únicas tres monedas que aparecieron en el asentamiento son tres piezas cartaginesas de plata acuñadas en *Carthago Noua* entre el 221 y el 218 a.C.¹⁶⁰, y lo mismo sucede con las lucernas asociadas al poblado, sistematizadas hace pocos años por G. Lara, quien identificó siete ejemplares datables a finales del s. III a.C. y provenientes del ámbito centromediterráneo¹⁶¹. El único elemento discordante en este sentido es un galbo de *terra sigillata hispánica* del tipo 18 fechable entre el 50 y el 120 d.C.¹⁶², aunque este fragmento parece ser a todas luces un elemento intrusivo, que habría llegado hasta aquí seguramente a resultas de la frecuentación del santuario de la Serreta que, como veremos en su momento, se alargaría en el tiempo mucho más que el propio poblado.

En definitiva, todo apunta a que es en la segunda mitad del s. III a.C. cuando se extiende por la cresta de la elevación de la Serreta un caserío que alcanzará las 5,6ha de extensión, y que durará apenas una generación, pues a finales de dicha centuria el asentamiento es abandonado repentinamente, quedando *in situ* buena parte del ajuar doméstico de las distintas viviendas y demás espacios urbanos.

Dentro de esta misma fase constructiva es donde debemos situar la erección de las fortificaciones de la Serreta. Como ya señalé páginas atrás, para las épocas

¹⁵⁷ Abad 1983: 178-184.

¹⁵⁸ Sala 1998: 30-33.

¹⁵⁹ Ribera 1982: 50-58; Miró 1983: 166; Sala 1995: 287-291; Oliver 1995: 283; Álvarez García 1998: 219; Mata *et alii* 2000: 395.

¹⁶⁰ Llobregat 1972: 138; Ripollés 1980: 117-121; Garrigós y Mellado 2004: 202-204.

¹⁶¹ Lara 2005: 125-126.

¹⁶² Abad 1984: 276; Poveda 2005: 103.

anteriores a la segunda mitad del s. III a.C. contamos con un puñado de materiales, documentados en contextos de relleno, que podrían sugerir la posibilidad de la existencia de un pequeño hábitat datable ya desde el s. IV a.C., pero no tenemos evidencia alguna de que este se protegiera tras unas murallas. Por el contrario, cuando el nuevo caserío que ahora estoy analizando se extiende por el enclave, se dota de inmediato de una potente muralla, que cerraría el área poblada por el norte y el este, ya que la propia orografía impediría el acceso por el oeste y el sur¹⁶³, y cuya única puerta de acceso se abre al camino que asciende a la cima por el este. Se trata, por consiguiente, de un diseño de fortificación “de cresta cortada”, no muy habitual en el mundo ibérico aunque con algunos paralelos concentrándose precisamente en el área alicantina¹⁶⁴.

En la mencionada puerta es donde se han centrado hasta la fecha las excavaciones, constatándose en primer lugar la inmediatez de la misma respecto del área de la necrópolis, de la que hablé en el apartado anterior. Las tumbas más occidentales de cuantas se documentaron se sitúan a menos de cinco metros de las fortificaciones¹⁶⁵, lo que ha llevado en ocasiones a afirmar que la necrópolis de la Serreta se situaba junto a las puertas del asentamiento¹⁶⁶, algo que no es estrictamente cierto puesto que cuando se erigió la fortificación y su entrada, por lo que sabemos, el área cementerial había cesado de emplearse como tal. De hecho, paradójicamente, de la misma manera que apenas tenemos vestigios de la existencia de un asentamiento en la Serreta contemporáneo a la necrópolis del s. IV y primera mitad del III a.C., no conocemos el lugar en el que los habitantes del poblado de La Serreta de la segunda mitad del s. III a.C. se enterraban. Los distintos autores han propuesto que quizás las sepulturas más tardías del área cementerial aún no hayan sido localizadas por tender a alejarse del poblado a medida que este crecía, o bien que cuando se construyó el caserío de la segunda mitad del s. III a.C. y sus fortificaciones, se dio por amortizada la necrópolis antigua y se fundó otro cementerio que aún no

¹⁶³ Llobregat *et alii* 1992: 61-62; Moret 1996: 476. De hecho, el único acceso practicable a la cima de la Serreta se sitúa en el este de la misma, por lo que personalmente dejaría abierta la posibilidad de que la supuesta muralla norte, observada desde antiguo pero que por el momento no ha sido excavada, fuera más bien un elemento de aterrazamiento.

¹⁶⁴ Moret 1996: 60.

¹⁶⁵ Llobregat *et alii* 1995: 160.

¹⁶⁶ Abad y Sala 1991: 147.

conocemos¹⁶⁷. En mi opinión esta aparente dificultad ha de ponerse en contexto, pues a diferencia de otras regiones del mundo ibérico, en las que las necrópolis se ubican inmediatas a los poblados, no tenemos constancia de que así fuera en los valles alcoyanos, sino que los pocos vestigios funerarios (o interpretados como tales) que han llegado hasta nosotros, como apuntaba antes, más bien parecen señalar que los difuntos eran enterrados a una cierta distancia del asentamiento, en enclaves sobre los que la comunidad cívica reivindicaba unos derechos. Desde este punto de vista, no resultará extraño que cuando se instaura un hábitat pujante en la cima de La Serreta, a finales del s. III a.C., este traslade sus necrópolis a lugares más o menos alejados del mismo.

Volviendo de nuevo al asunto de la fortificación, es de reseñar que en el estrato sobre el cual se apoyan los paramentos de esta (que por cierto fueron levantados directamente sobre el suelo de uso, sin ningún tipo de cimientos¹⁶⁸), aparecieron revueltos durante las excavaciones toda una serie de materiales cerámicos¹⁶⁹. En alguna ocasión se ha propuesto tentativamente que estos pertenecerían a un depósito ritual fundacional de la construcción defensiva¹⁷⁰, análogo por ejemplo al localizado bajo una de las puertas del asentamiento de La Bastida¹⁷¹, interpretación que desde mi punto de vista resulta algo arriesgada pues, a pesar de las dificultades que la excavación presentó en este sector debido a la proliferación de carrascas sobre la estructura de la puerta fortificada, los arqueólogos responsables de las mismas no repararon en que los materiales aparecieran agrupados en un determinado punto, sino revueltos entre la tierra sobre la que se apoyaron las estructuras, y además el conjunto de materiales no difiere tipológicamente al que conforma la facies cerámica habitual presente entre los ajuares domésticos del poblado. Estoy hablando, al fin y al cabo, de recipientes campanienses como un cuenco de la forma 27C de Lamboglia, de una copa Morel 68, de un plato de la forma 36 de Lamboglia y de un plato de pescado de la forma 23 de Lamboglia, además de ánforas, jarras, platos y ollas ibéricas, así como algunos fragmentos de terracota¹⁷². Ni siquiera la pieza que destacan los

¹⁶⁷ Llobregat *et alii* 1995: 160; Olcina 2005: 171.

¹⁶⁸ Olcina 1997: 167-168.

¹⁶⁹ Llobregat *et alii* 1995: 148-154.

¹⁷⁰ Grau, Olmos y Perea 2008: 7-8.

¹⁷¹ Bonet y Vives-Ferrándiz 2011 a: 240-243.

¹⁷² Llobregat *et alii* 1995: 148-154.

investigadores defensores de la interpretación *ritual* de estos materiales, un *oinochoe* con una decoración figurada en la que se vislumbra una procesión de tres jinetes¹⁷³, me parece verdaderamente excepcional: se trata de un motivo habitual de la cerámica de La Serreta, que no basta por sí solo, pienso, para identificar el conjunto como un depósito votivo tendente a consagrar la puerta y encomendar su defensa a algún antepasado heroico. Más bien parecería en mi opinión que entre los paquetes de tierra movilizados para nivelar el lugar en el que se pretendía construir la fortificación, algo que se hubo de llevar a cabo con cierta premura según afirman sus excavadores¹⁷⁴, acabaron incluidos de forma accidental estos fragmentos cerámicos, desechados durante la actividad diaria del núcleo urbano.

Todos estos materiales, en todo caso, permiten datar la construcción de las fortificaciones de la Serreta de manera contemporánea al poblado, esto es, en algún momento de la segunda mitad del s. III a.C. El hecho de que además en algunos puntos el derrumbe de la puerta descansa directamente sobre el suelo geológico, y que en general no se documente entre el momento constructivo y los estratos de derrumbe actividad antrópica alguna ni el recrecimiento del suelo debido a la sedimentación natural, parece indicarnos que la vida de la muralla fue realmente corta¹⁷⁵. Tan corta como lo fue en general la del conjunto del poblado, parcialmente destruido y abandonado, como decía, apenas unas décadas después del momento de su construcción, en los años finales del s. III o los primeros del II a.C.

Finalmente, las excavaciones en la puerta oriental de La Serreta permitieron documentar con bastante detalle las características arquitectónicas de la fortificación en este sector. Gracias a ello sabemos que la muralla contaría con una anchura ligeramente superior a los dos metros, y que se apoyaba directamente sobre el terreno, sin ningún tipo de cimientos. Por el costado norte de la puerta, la muralla discurre perpendicular al vano de entrada, creando una torre o bastión que sobresale del recinto amurallado y flanquea el acceso, en tanto que por el sur la muralla se corta directamente en la puerta. La estructura de esta última es en tenaza, y se compone de

¹⁷³ Llobregat *et alii* 1995: 152-153. *Vid.* Fig. 6.14.

¹⁷⁴ Llobregat *et alii* 1995: 159; Olcina *et alii* 1998: 41; Olcina 2005: 169.

¹⁷⁵ Llobregat *et alii* 1995: 158-160; Grau 1996: 116-117; Olcina 1997 : 167; 2005 : 166 ; Olcina *et alii* 1998: 41.

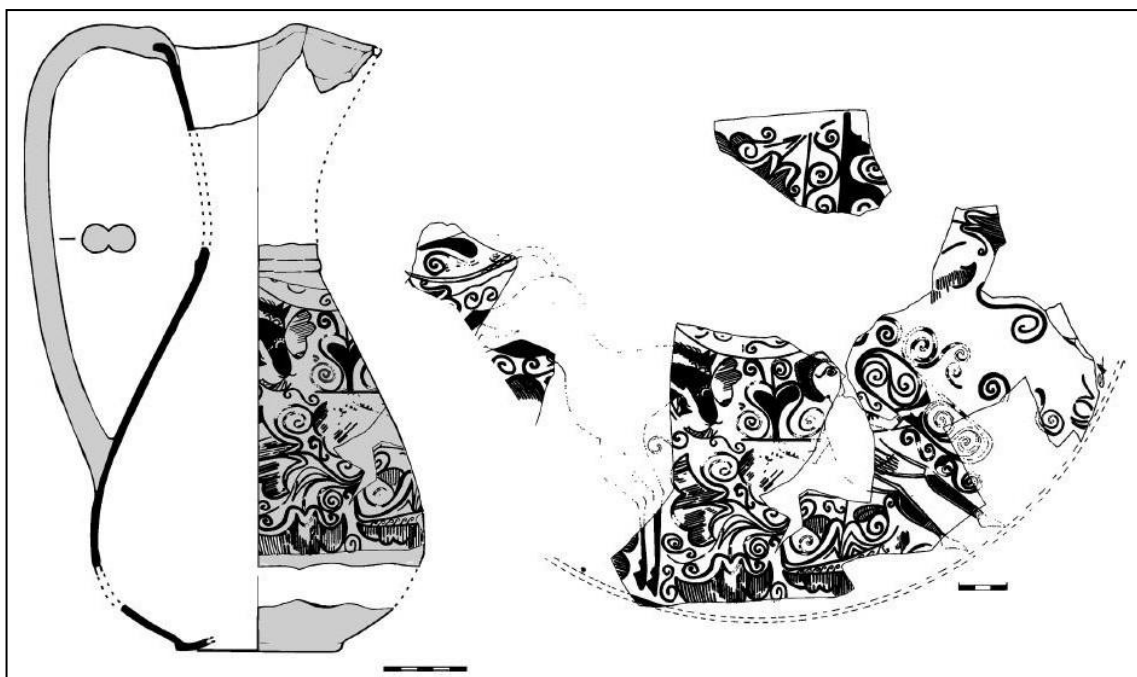


Fig. 6.14. Oinochoe ibérico hallado bajo la puerta de La Serreta.

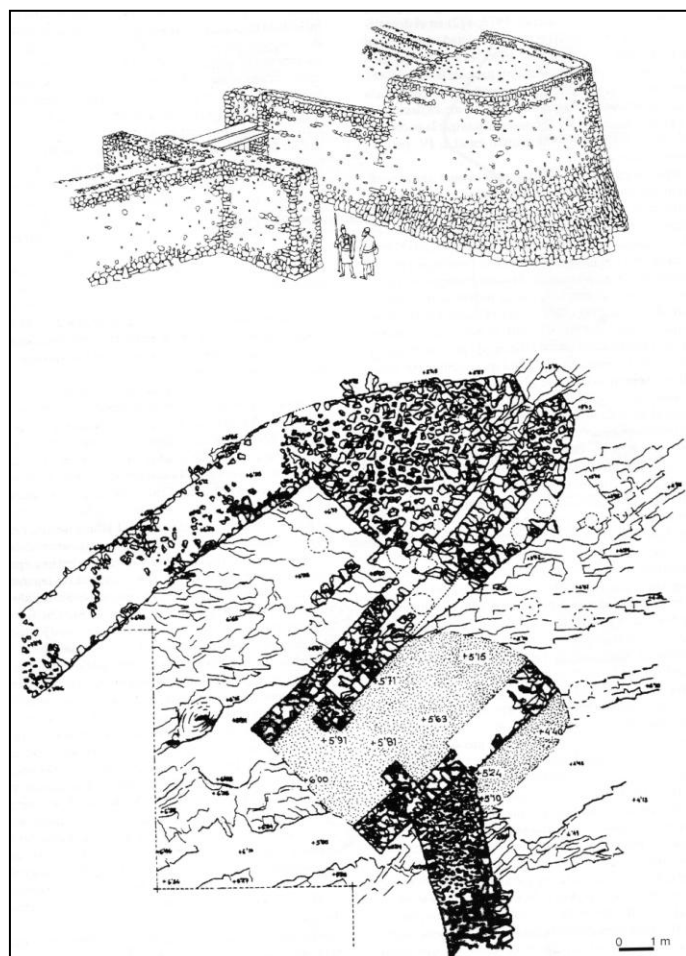


Fig. 6.15. Planimetría y reconstrucción hipotética de la puerta de La Serreta.

dos paramentos perpendiculares al vano de entrada entre los cuales se genera el acceso, que se estrecha a medio camino entre los citados paramentos gracias a dos pequeños salientes adosados a aquellos¹⁷⁶.

La interpretación del mencionado bastión, por cierto, ha generado una encendida discusión en la bibliografía reciente. Y es que F. Gracia ha planteado a lo largo de varios trabajos que algunas de las fortificaciones ibéricas evidencian una serie de innovaciones técnicas tendentes a contrarrestar el ataque de las armas de asedio, técnicas defensivas y ofensivas que los iberos habrían adquirido gracias a su participación como mercenarios en las sucesivas guerras centromediterráneas¹⁷⁷. Una de estas estructuras sería, precisamente, la torre de La Serreta, avanzada respecto del recinto murario para mejorar su capacidad de flanqueo frente a los atacantes que se aproximaran a la puerta, y dotada de una estructura pentagonal con una de sus aristas apuntando hacia el camino de acceso al poblado, para ampliar la capacidad deflectante de sus muros frente al tiro de la artillería enemiga, características estas que igualmente se aprecian, según este autor, en una de las torres de Castellet de Banyoles (Tivissa, Tarragona)¹⁷⁸, la cual de hecho ya fue mencionada como paralelo apropiado de la torre de la Serreta por los excavadores de esta¹⁷⁹. Sin ir quizás tan lejos, recientemente otros autores han insistido igualmente en la influencia púnico-helenística perceptible en la arquitectura de la torre¹⁸⁰. Esta lectura no obstante fue contestada inmediatamente por expertos de la arqueología militar tales como F. Quesada y P. Moret, para quienes no hay indicio alguno en el registro arqueológico de época ibérica que nos indique que estas gentes emplearan maquinaria de artillería¹⁸¹, y según los cuales la torre de La Serreta no es propiamente pentagonal, sino que más bien se trata de un bastión trapezoidal irregular, producto del engrosamiento de la muralla, al que se le ha adosado un refuerzo o zapata para reforzar su frente¹⁸²; esto es, nos encontramos ante un ejemplo más de torre de forma irregular, groseramente cuadrangular si se quiere, cuya planta busca simplemente adaptarse a las

¹⁷⁶ Llobregat *et alii* 1995: 137-143. Vid. Fig. 6.15.

¹⁷⁷ Gracia 2000: 134-135.

¹⁷⁸ Gracia 1997: 211-223; 1997 a: 177; 2000: 141 y 150-151; 2001: 160; 2003: 243.

¹⁷⁹ Olcina 1997: 168.

¹⁸⁰ Prados Martínez y Blánquez 2007: 64-67.

¹⁸¹ Quesada 2001.

¹⁸² Moret 2001: 142.

irregularidades del terreno, siguiendo la ya antigua tradición de construcción de torres masivas protegiendo la entrada de los asentamientos ibéricos¹⁸³, de la que también participa por ejemplo el torreón de El Puig d'Alcoi, recientemente estudiado¹⁸⁴. Al fin y al cabo, no hemos de perder de vista que, pese a las apariencias, la no cimentación de la torre y su erección empleando el mismo tipo de paramentos que las unidades domésticas del caserío tornarían prácticamente ineficaz a esta estructura frente al uso de máquinas de guerra avanzadas, algo que de hecho ya sucedía con las citadas torres de Tivissa¹⁸⁵, y que también ocurre con la torre de La Picola, para la que en ocasiones igualmente se ha defendido como en su momento expuse paralelos centromediterráneos y una concepción poliorcética avanzada¹⁸⁶.

6.3.2. Un nuevo proyecto territorial.

A partir de finales del s. IV a.C., las dinámicas de poblamiento de los valles alcoyanos comienzan una vez más a modificándose, dando lugar, ya en la segunda mitad del s. III a.C., a un nuevo modelo territorial, que debido a las convulsiones políticas de la época se probaría efímero.

Así, en el último cuarto del s. IV a.C. el que fuera el *oppidum* más pujante de los valles alcoyano, El Puig, fue abandonado y parcialmente destruido, sus fortificaciones se desplomaron, y los pequeños caseríos rurales en llano de sus inmediaciones quedaron igualmente desiertos¹⁸⁷. Otro de los grandes núcleos directores de la región, Covalta, cuya pujanza hasta estos momentos venía demostrada por su capacidad para atraer abundantes importaciones mediterráneas, no tarda en seguirle¹⁸⁸, y también

¹⁸³ Olcina 2005: 169.

¹⁸⁴ Grau y Segura 2010; 2013: 49-60.

¹⁸⁵ Moret 2006 a: 210-211.

¹⁸⁶ Cf. Moret *et alii* 1995: 123-124.

¹⁸⁷ Grau 2013: 288.

¹⁸⁸ Debido a la antigüedad de las intervenciones, la fecha del abandono de Covalta no está nada clara, barajándose desde mediados del s. IV a.C. (Vall 1969: 102) hasta mediados del III a.C. (Vall 1971). F. Rubio apostó por finales del s. IV a.C., en una fecha que él creía prácticamente coetánea a la del final de El Puig (Rubio 1986: 278), en tanto que I. Grau habla más bien de “una generación después” (Grau 2005: 83). El hecho de que no conozcamos entre los materiales de este poblado importaciones provenientes de los talleres centromediterráneos del s. III a.C. dificulta el alargar su cronología mucho más allá de comienzos de esta centuria, pero al yacimiento sí que se atribuye una imitación ibérica de un plato de pescado griego, decorado precisamente con la imagen figurada de peces (Page 1984: 112; Raga 1994: 119; Bonet y Mata 1998: 68; Bonet e Izquierdo 2004: 83), así como algún otro fragmento en los que la decoración figurativa comienza a apuntar (Raga 1994); dado que la decoración figurativa vascular no aparece en el mundo ibérico hasta momentos bien avanzados del s. III a.C., debemos tener cautela a la

desaparecen algunos de los asentamientos en altura dependientes de aquellos que servían como atalaya para extender su dominio visual sobre el territorio subcomarcal, tales como Errecorrals o Pic del Negre¹⁸⁹. Por el contrario, a lo largo del s. III a.C. surgirán toda una serie de pequeños núcleos emplazados en alturas no demasiado prominentes (Castell de Perputxent, Solana de Tollos, Cabeçó de Serrelles, Castellar d'Alcoi, Costurera), así como una larga lista de pequeños y medianos asentamientos en llano o en ladera, y con clara vocación agropecuaria (El Sampo, La Condomina/Pedrer, Caseta Català, Les Punes, Alt de Punxó, Terratge, Alberri, Els Bancals de Satorre, Xocolatero, Casco Urbano de Cocentaina, L'Almoroig, Cementeri de Cela, Canèssia, Coll del Surdo, Samperius, La Torreta, L'Alcavonet)¹⁹⁰. Y, finalmente en la segunda mitad del s. III a.C. asistimos, como señalaba en las páginas anteriores, al despegue de La Serreta, que no solo sustituye a El Puig como principal hábitat de la Cubeta d'Alcoi¹⁹¹, sino que con sus casi seis hectáreas de superficie habitada se convierte, de lejos, en el principal asentamiento de los valles alcoyanos.

En definitiva, el proceso al que asistimos en la región a lo largo del s. III a.C. puede caracterizarse como un fundamental avance en la progresiva jerarquización del poblamiento: de una organización polinuclear de aquel, articulada a través de una limitada serie de núcleos rectores que ejercen su hegemonía sobre sus respectivos entornos geográficos subcomarcales (generalmente valles bien delimitados) y sobre el puñado de asentamientos dependientes que en ellos se enclavaran, pasamos a un modelo bastante más centralizado en el que destaca claramente un gran núcleo fortificado en altura, La Serreta, que domina sobre toda una amplia gama de asentamientos, desde los caseríos rurales en llano a aquellos de los viejos poblados fortificados en altura que han logrado subsistir a todas estas transformaciones, pero cuya entidad no es comparable ya a la alcanzada por La Serreta. Pese al abandono y destrucción de los antiguos nodos más pujantes del sistema, por cierto, la aparición de

hora de fechar el abandono de La Covalta hacia el tránsito entre los ss. IV y III a.C., pues este podría haber tenido lugar algún tiempo después.

¹⁸⁹ Grau 1998: 317.

¹⁹⁰ Olcina *et alii* 1998: 43-44; Grau 1998: 317-318; 2003: 58-59.

¹⁹¹ Recientemente I. Grau (2013: 288) ha hipotetizado que parte del despegue demográfico de La Serreta podría deberse precisamente al abandono de El Puig. No obstante, el hiato cronológico de tres cuartos de siglo que parece mediar entre ambos impide por el momento, en mi opinión, aseverar esta cuestión, a falta de que futuras investigaciones nos permitan ajustar mejor las fechas en uno u otro sentido.

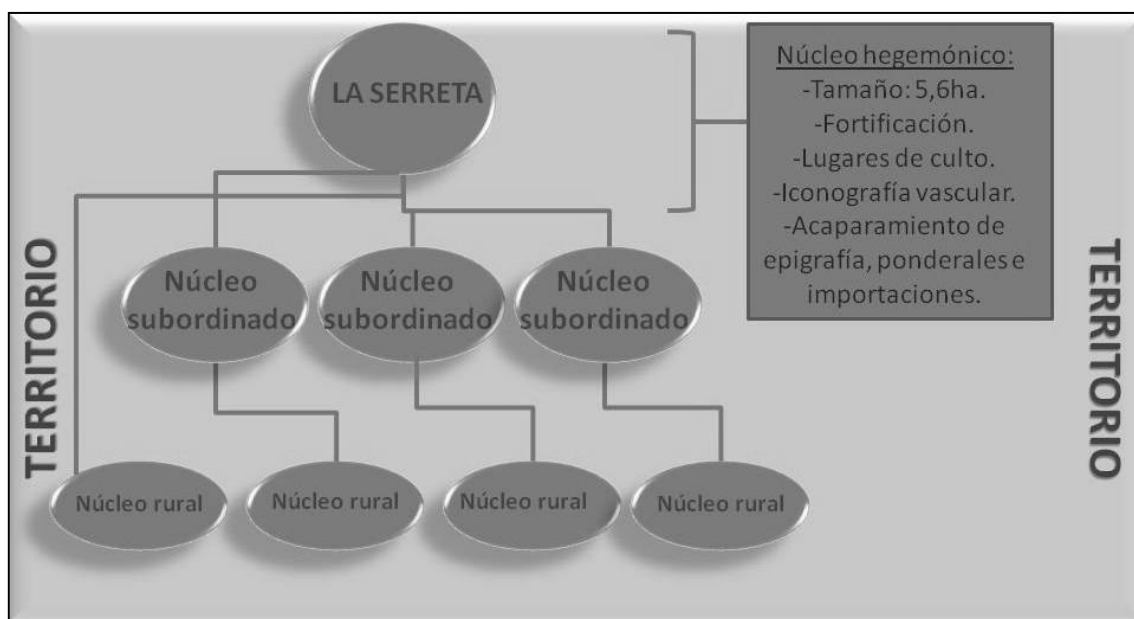


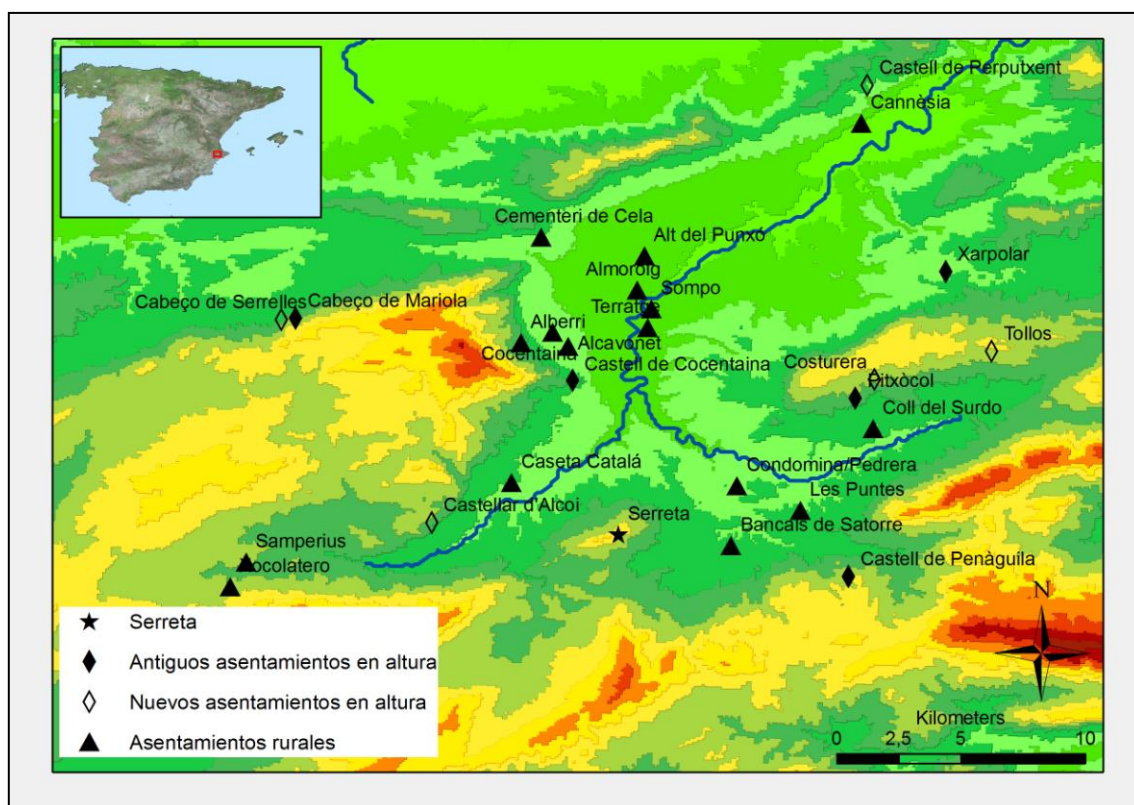
Fig. 6.16. Modelo de poblamiento de los valles alcoyanos en el s. III a.C.

nuevos asentamientos y su dispersión por nuevas zonas hace que el nuevo modelo sea algo más tupido que el anterior, sobre todo en torno a los valles más fértiles (como la partida dels Dubots, al este de la Serreta¹⁹²) y a la principal vía de comunicación que articula la región, conectando la Marina Alta con L'Alacantí a través de los valles alcoyanos y pasando a los pies de La Serreta¹⁹³.

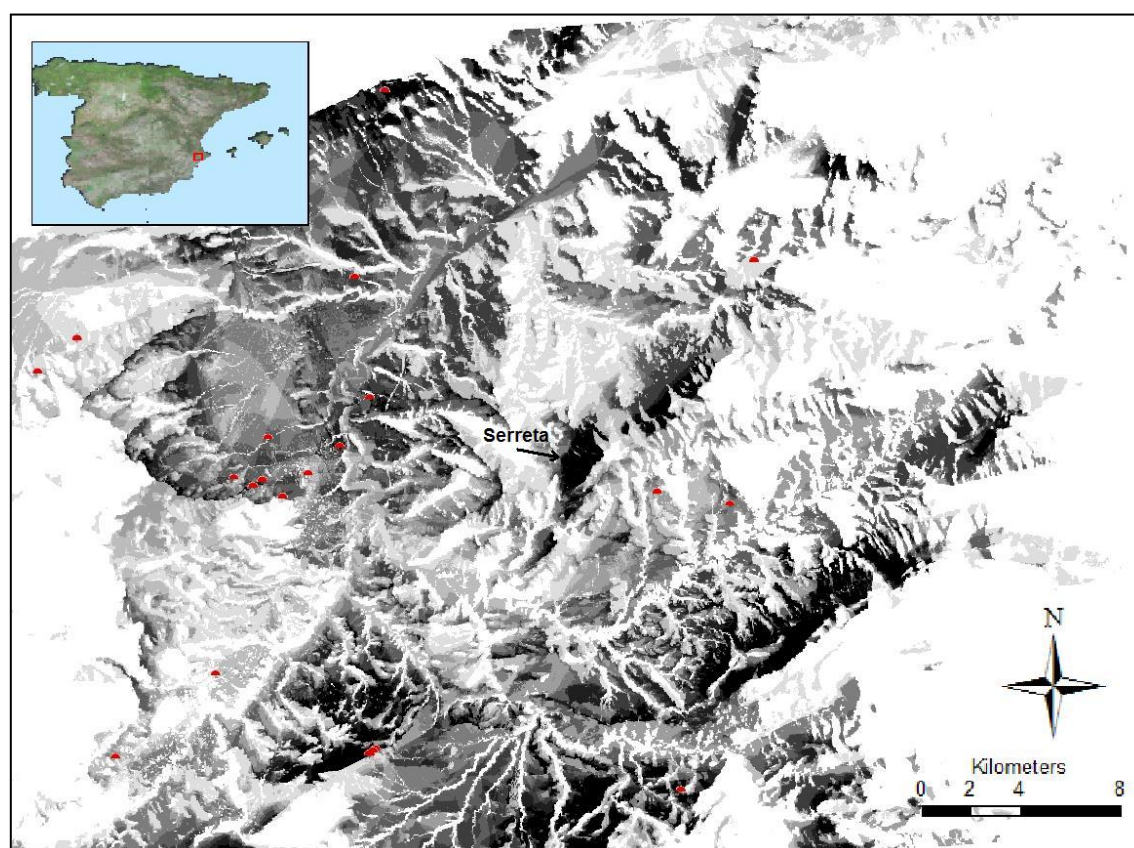
Por lo que respecta a la capitalidad del sistema, fue establecida por los autores que han estudiado este sistema de poblamiento a través de una multiplicidad de factores, de entre los cuales la mencionada diferencia en la extensión construida es tan solo uno de ellos. También hay que tener en cuenta en este sentido, por ejemplo, la capacidad del poblado para dotarse rápidamente, en un momento de emergencia, de una potente fortificación (esto es, la capacidad de sus elites rectoras para movilizar ágilmente una fuerza de trabajo que excedería los recursos de la población residente *intra muros*); la creación en la cúspide de La Serreta de un santuario, emplazado en uno de los puntos de mayor visibilidad de toda la región, y sobre el que más tarde hablaré con mayor detenimiento; la aparición en torno a la ciudad de un estilo figurativo vascular propio, destinado a crear y difundir una serie de mensajes

¹⁹² Grau 1998-1999: 87.

¹⁹³ Grau 2000: 37-39. *Vid.* Fig. 6.16 y Mapa 6.5.



Mapa 6.5. Estructura del poblamiento de los valles alcoyanos a finales del s. III a.C.



Mapa 6.6. Visibilidad acumulada desde los yacimientos alcoyanos.

ideológicos tendentes a legitimar un nuevo sistema político, a través de unos vasos que a partir de La Serreta se desperdigarán por los valles alcoyanos; y finalmente el papel que La Serreta pasará a desempeñar en las relaciones comerciales interregionales, pues entre sus muros se concentrarán, como veremos, no solo las importaciones provenientes del resto del mundo ibérico y del Mediterráneo, sino también los elementos destinados a regular estas transacciones, como la epigrafía y los patrones de medidas. Por último, tampoco ha de obviarse la propia situación del poblado, encaramado en una elevación emplazada en pleno centro de la Cubeta d'Alcoi, hacia la que a su vez confluyen el resto de los valles alcoyanos¹⁹⁴.

Haciendo un pequeño inciso, merece la pena destacar la gran entidad del *corpus* epigráfico aportado por la Serreta. Actualizando las sucesivas sistematizaciones llevadas a cabo por D. Fletcher y V. Pascual y por I. Grau y J.M. Segura, hoy conocemos hasta nueve inscripciones sobre plomo procedentes del asentamiento, cuatro de ellas en alfabeto ibérico levantino, y las otras cinco en grecoibérico, además de un grafito grecoibérico grabado sobre un plato de pescado campaniense A de la forma 36 de Lamboglia¹⁹⁵. De entre las primeras, cabe destacar el plomo Serreta VI, una lista de palabras y cifras que fue interpretada como una anotación comercial¹⁹⁶, y que ha sido empleado en diversas ocasiones para profundizar en el sistema metrológico ibérico¹⁹⁷. Por lo que respecta a los plomos grecoibéricos, merece la pena destacar su número, pues únicamente conocemos otros tres ejemplares en el resto del sureste peninsular, procedentes de Penàguila, Coimbra del Barranco Ancho y Cigarralejo¹⁹⁸. En definitiva, nos encontramos ante uno de los conjuntos epigráficos más importantes del mundo ibérico, y desde luego el mayor del sureste, algo que, unido a la interpretación en clave comercial que se suele atribuir a la epigrafía ibérica y concretamente a la escritura grecoibérica, nos da una idea del grado de complejización de las estructuras económicas alcanzado en el enclave, y del papel de este como redistribuidor interregional de las mercancías producidas o importadas en los valles alcoyanos.

¹⁹⁴ Olcina 2000: 107-109; 2005: 166-167; Olcina *et alii* 1998: 37; Grau 2005: 84. *Vid.* Mapa 6.6.

¹⁹⁵ Fletcher y Pascual 1973; Grau y Segura 1994-1995; Silgo 2002-2003.

¹⁹⁶ De Hoz 1981: 477-479.

¹⁹⁷ De Hoz 1981: 475-476; Grau y Moratalla 2003-2004: 26.

¹⁹⁸ Aranegui 1994 a: 119; De Hoz 2009: 33.

Al margen de la epigrafía, de hecho, tenemos otros indicios reveladores en este mismo sentido. Contamos, por ejemplo, con el conjunto más numeroso de ponderales de todo el sureste ibérico, habiéndose catalogado hasta veintiún ejemplares de bronce y plomo que habrían aparecido entre los ajuares domésticos de los distintos departamentos, y por lo tanto cabe pensar que se encontrarían en uso a finales del s. III a.C., aunque prácticamente no tenemos datos concretos sobre su contexto de hallazgo¹⁹⁹. También se han identificado entre los materiales del poblado varios lingotes de hierro y plomo en bruto, que nos hablan de la importación de estas materias primas, inexistentes por lo demás en los valles alcoyanos, destinadas a abastecer las actividades de producción metalúrgica que sabemos tuvieron lugar en el enclave hasta el momento de su abandono²⁰⁰. Ya he señalado en tercer lugar la abundancia de las importaciones cerámicas documentadas en la Serreta hasta el momento mismo de su abandono, tanto en lo que se refiere a la lujosa vajilla de mesa como en lo concerniente a las ánforas. De estas últimas, finalmente, cabe destacar el alto valor que se atribuiría a algunos de sus contenidos, y que llevaría a la necesidad de singularizar ciertas ánforas mediante complejas marcas, que al menos en ocasiones se imprimirían mediante anillos-sellos²⁰¹; anillos-sellos que se fabricaban en bronce o plata y mostraban diseños figurados diferenciadores, quizás heráldicos, y de los cuales por cierto tenemos noticia del hallazgo de un ejemplar en el poblado²⁰² y de dos más en dos de las sepulturas más tardías de la necrópolis²⁰³.

Así pues, y volviendo al tema que nos ocupaba, todo parece apuntar a que, a partir de un momento difícil de determinar de la segunda mitad del s. III a.C., La Serreta se convirtió en el principal núcleo urbano de la región, contando con la capacidad demográfica y económica, y, como veremos más adelante, dotándose de las herramientas simbólicas necesarias, para imponer su hegemonía política sobre el conjunto de los valles alcoyanos.

¹⁹⁹ Grau y Moratalla 2003-2004: 35-36.

²⁰⁰ Grau y Reig 2002-2003: 104.

²⁰¹ Mata y Soria 1997: 351.

²⁰² Grau y Reig 2002-2003: 124.

²⁰³ Cortell *et alii* 1992: 109. *Vid.* Fig. 6.17.



Fig. 6.17. Sortija con chatón de la sepultura 11.

Ahora bien, todo este nuevo proyecto territorial, surgido como vengo describiendo a partir de las estructuras socioeconómicas de las comunidades locales, cuyas dinámicas arrancan desde bastante tiempo atrás, no puede terminar de entenderse sin reparar en que estuvo radicalmente mediatizado por la presencia cartaginesa en el sureste peninsular. Como ya han señalado otros autores, resulta llamativamente coincidente desde el punto de vista cronológico la llegada de las tropas cartaginesas al sureste peninsular y el despegue de la jerarquía territorial experimentado en los valles alcoyanos y encauzado por La Serreta²⁰⁴. Máxime cuando en la salida natural de El Alcoià al mar, esto es, en La Albufereta²⁰⁵, precisamente en el extremo de la vía que articulaba el poblamiento alcoyano y que discurría a los pies de La Serreta, los cartagineses establecieron una de sus principales fortalezas en el sureste, el Tossal de Manises²⁰⁶, cuya ubicación no por casualidad le permitía controlar no sólo uno de los principales puertos de la región sino también el mejor acceso desde la costa a los valles alcoyanos, y a través de ellos, al Levante peninsular.

²⁰⁴ Grau 2000: 42; 2005: 84; Sala 2010: 945-946.

²⁰⁵ Grau 2000: 39.

²⁰⁶ Olcina, Guilarbert y Tendero 2010.



Fig. 6.18. Oinochoe ibérico del alfar de La Serreta hallado en Tossal de Manises.

De hecho, en el plano material ya hace unos años que se detectó una estrecha conexión a finales del s. III a.C. entre ambos asentamientos, Serreta y Tossal de Manises, esto es, entre la capital del nuevo sistema político alcoyano, y una de las fortalezas avanzadas cartaginesas en territorio hispano. Una conexión que comportaba un flujo comercial bidireccional intenso entre el puerto alicantino y la capital alcoyana, y que daría salida al excedente agropecuario de los fértiles valles a cambio de una serie de productos manufacturados, metales y bienes de prestigio que las ciudades costeras púnicas, necesitadas siempre de abastecimiento para su sustento, podían en cambio ofrecer. Una conexión que en el registro arqueológico de La Serreta cristaliza en la presencia de cerámica calena (por lo demás tan poco habitual en la Península Ibérica), de ánforas púnico-ebusitanas de salazones del tipo Ribera G, de cerámicas campanienses y de otros talleres centromediterráneos pese a lo temprano de las fechas²⁰⁷, de lucernas de procedencia centromediterránea o africana²⁰⁸, o de morteros de pasta clara²⁰⁹, por no hablar del hecho ya mencionado de que las tres monedas aparecidas en el asentamiento sean cartaginesas y daten de los años inmediatamente anteriores al estallido de la Segunda Guerra Púnica²¹⁰. En el otro extremo de la conexión comercial el rastro de estos intercambios es más difícil de seguir, pero

²⁰⁷ Olcina 2000: 108-109.

²⁰⁸ Lara 2005: 125-126.

²⁰⁹ Oliver 1995: 286.

²¹⁰ Garrigós y Mellado 2004: 202-204.

merece la pena llamar la atención sobre el *oinochoe* hallado en Tossal de Manises y decorado con dos jinetes convergentes, cuya tipología y estilo decorativo abogan por considerarlo una importación procedente de La Serreta²¹¹.

Ahora bien, coincido con I. Grau en que esta fluida relación comercial entre La Serreta y Tossal de Manises hubo de entrañar también algún tipo de vínculo político entre el centro rector de un pujante sistema político regional y la administración “provincial” cartaginesa²¹². Fuera en los términos que fuese (pues concretar en este punto, con las fuentes disponibles, se me antoja complicado), la potencia púnica hubo de asegurarse la sumisión o colaboración de las comunidades indígenas del sur y levante peninsulares para fortalecer su posición en *Hispania* y asegurar la explotación de sus recursos, máxime si hablamos de una pujante ciudad enclavada en las montañas pero distante apenas una cincuentena de kilómetros de uno de sus puestos avanzados, cuyo abastecimiento dependía de aquella, y la cual además dominaba la vía de comunicación más fácil y directa para continuar el avance cartaginés hacia el norte, hacia las costas de Levante y los territorios de *Edeta-Llíria* y *Arse-Sagunto*. De modo que, ya fuera a través de un pacto, una alianza, el intercambio regular de dones entre aristócratas que se consideraran como iguales, o el establecimiento de un protectorado, resulta fácil pensar que los Bárquidas estarían interesados en concretar y reforzar en términos políticos la conexión comercial existente con los valles alcoyanos.

Y por lo que a la Serreta respecta, resulta asimismo difícilmente discutible la correlación existente entre la presencia de los ejércitos cartagineses en el Sureste, y el desarrollo político-territorial del núcleo alcoyano. Quizás no se trate de una relación explícita y directa, unívocamente identificable en sus causas y consecuencias, pero la inestabilidad política y económica que hubo de desencadenar el poder colonial cartaginés al ocupar militarmente determinados puntos en el territorio y pretender reforzar así la explotación del área colonial ibérica, provocó sin duda alteraciones en el sistema de poblamiento de las regiones periféricas al territorio conquistado, facilitando el surgimiento de alianzas entre comunidades locales, la jerarquización de estas, y el surgimiento de poderes fuertes que complejizaran sus estructuras

²¹¹ Olcina 2000: 108-109. *Vid.* Fig. 6.18.

²¹² Grau 2000: 42; 2005: 84-85.

institucionales político-económicas y aglutinaron bajo su hegemonía territorios mayores, bien fuera para tratar de resistir el embate púnico, o bien en colaboración directa con aquel.

Quizás la construcción de las murallas de La Serreta, una edificación llevada a cabo con urgencia pero que hubo de entrañar la movilización de unos recursos sin precedentes que seguramente superarían los disponibles, al menos en lo que a mano de obra respecta, en la ciudad amurallada, constituya un buen símbolo del proceso. Una muralla que evidencia que los gobernantes de La Serreta son capaces ya de movilizar los excedentes producidos en un amplio territorio circundante; pero que es vestigio también de una época de crecientes inestabilidades y de amenazas reales, en la que buena parte de estos excedentes han de emplearse en asegurar la supervivencia física de la comunidad, en un contexto bélico crecientemente amenazador.

6.3.3. Un nuevo proyecto ideológico: la iconografía vascular.

Como vengo defendiendo a lo largo de este trabajo, todo sistema político basado en una estructura de poder jerárquica y desigual debe acompañarse de toda una serie de discursos que la legitimen y contribuyan a su modelado y difusión, lo que implica que una transformación en dicho sistema requiere de la aparición de nuevos discursos que lo fundamenten. Por tanto, el análisis de las transformaciones urbanísticas que La Serreta experimenta en la segunda mitad del s. III a.C. y de la expansión de su hegemonía por los valles alcoyanos no se puede llevar a cabo sin atender a los nuevos discursos ideológicos tendentes a consolidar, explicar y, de alguna manera, semantizar, dichos fenómenos.

Uno de estos discursos, el primero del que hablaré, será el que se articuló a través de la cerámica con decoración figurada. Coincidiendo en el tiempo con los cambios que acabo de mencionar, en las últimas décadas del s. III a.C. se difundieron por los valles alcoyanos unos vasos en los que la representación de elementos fitomorfos, animales y antropomorfos sustituía por vez primera a la vieja decoración geométrica a base de círculos, bandas y cabelleras en sus diversas variantes que había caracterizado a la cerámica ibérica desde su mismo nacimiento.

Se trata de un fenómeno que por cierto tuvo lugar casi al mismo tiempo, y empleando análogas herramientas estilísticas, en el valle del Tùria, y que no arrancaría

hasta algunas generaciones después en Murcia y el Campo de Elche. Sin embargo, ya he explicado en anteriores capítulos que en los últimos años toda una serie de autores vienen desechando la tradicional visión polarizada de la decoración figurativa vascular ibérica, según la cual existía un estilo “narrativo” propio de los edetanos y un estilo “abstracto” característico de la etnia contestana; más bien se tiende a pensar hoy que cada comunidad cuya elite rectora deseara difundir un mensaje a través de la cerámica con decoración figurativa, lo haría siguiendo sus propios códigos y según sus propias necesidades coyunturales, durante el período en que dichas necesidades fueran experimentadas²¹³. Para el caso de La Serreta, ya S. Nordström defendió que nos encontrábamos ante un estilo decorativo propio con una difusión regional²¹⁴, pero esta idea no pudo probarse hasta el descubrimiento y estudio del testar del alfar de Alcavonet, un centro productor cerámico subordinado al núcleo urbano de La Serreta encargado de fabricar este tipo de vasos para su posterior difusión por los valles²¹⁵, y sobre todo hasta los estudios de M.M. Fuentes Albero, tendentes a la sistematización de las decoraciones²¹⁶.

En todo caso, con mucha razón H. Bonet e I. Izquierdo vincularon estrechamente hace unos años la consolidación de los grandes territorios ibéricos, el protagonismo de las ciudades, y la difusión de la decoración vascular figurada²¹⁷, fenómenos estos que no son sino las tres caras de un mismo proceso: la jerarquización de territorios comarcales y su administración desde un núcleo rector no se puede concebir sin un paralelo desarrollo urbano, y viceversa, y ninguno de estos dos procesos podría producirse sin unos mensajes ideológicos que sustenten el sistema, mensajes cuya difusión no se encauzará en este caso a través de programas escultóricos monumentales, como en el pasado, sino mediante un soporte mucho más fácilmente transportable y accesible como la decoración cerámica.

Según esto, sería de esperar que la propagación de los vasos con decoración figurada coincidiera con los límites espaciales del sistema político correspondiente. Y, en efecto, así parece suceder en los valles de Alcoi. Así, no solo observamos cómo este

²¹³ Tortosa 2004: 179.

²¹⁴ Nordström 1973: 73-75.

²¹⁵ Grau 1998-1999.

²¹⁶ Albero 2006; 2007.

²¹⁷ Bonet e Izquierdo 2004: 83-84.

tipo de recipientes decorados se reparten por estos valles y apenas salen de los mismos, sino que nos encontramos con que aparecen preferentemente en los asentamientos en altura de mediano tamaño desde los que se ejerce un control de los territorios circundantes subordinado a La Serreta: Castell de Cocentaina, Xarpolar, Pitxócol, Castellar d'Alcoi, Cabeçó de Mariola, Cabeçó de Serrelles...²¹⁸. Aunque por supuesto donde aparecen con una mayor profusión es en el propio asentamiento de La Serreta, en el que se han contabilizado hasta 53 ejemplares²¹⁹, concentrados preferentemente en determinados departamentos de cada sector, generalmente los más ricos en registro mueble, y en los que suelen coincidir con otros artefactos singulares, con recipientes de almacenaje y con materiales importados²²⁰. Al fin y al cabo, se trata de bienes de prestigio²²¹, seguramente conservados con celo y periódicamente ostentados por las elites dirigentes de cada comunidad, quizás en festividades anuales de diverso tipo.

Centrándonos ya en el análisis de estas piezas, nos encontramos en primer lugar con que fueron empleados una amplia gama de soportes para estas decoraciones, comprendiendo la práctica totalidad de la *facies* de cerámica ibérica fina de la época: tinajas y tinajillas, *lebes*, *kalathoi*, jarros, *oinochoai*, cuencos (escudillas, de borde entrante o de borde saliente), y cajitas (cúbicas o cilíndricas)²²². En ellos la decoración figurada suele disponerse en torno a un friso que recorre el perímetro del vaso en su zona más prominente, y suele ser continua, aunque a veces existen determinados elementos verticales que dividen la acción en metopas. Los motivos geométricos, vegetales, animales y antropomorfos se alternan, llenando con gran profusión todo el campo decorativo así demarcado, empleando generalmente la pintura ocre para delinear los elementos y rellenar algunas de sus partes, obviando toda mención a la profundidad o a las luces y sombras²²³.

Más interesante resultará el estudio de la temática representada. En estos vasos tienen gran importancia los motivos vegetales, constituyendo en muchas

²¹⁸ Grau 1998-1999: 76; 2007: 116-118.

²¹⁹ Fuentes Albero 2006: 32.

²²⁰ Fuentes Albero 2006: 64-68; 2007: 139-146.

²²¹ Prefiero esta denominación a la de “objetos culturales” que en ocasiones se le ha asignado (cf., por ejemplo, Tortosa 2004: 180) pero que no me parece suficientemente probada en todos los casos, salvo que estemos empleando un sentido muy amplio para el concepto “culto”.

²²² Fuentes Albero 2006: 32-33; 2007: 28-48.

²²³ Fuentes Albero 2006: 35-36; 2007: 51-56.

ocasiones el único elemento representado, y en otros casos el escenario en el que se desarrolla la escena. Se trata siempre de una naturaleza desbordante y expansiva, que con sus tallos, brotes, hojas y flores completa por entero los espacios decorativos; de una naturaleza semantizada, cuyos brotes y flores aislados a veces acompañan a los personajes que toman parte en determinadas escenas sin que lleguemos a entender la razón, aunque podamos intuir que delatan la presencia de la divinidad; de una naturaleza cuya germinación es tan arrolladora que hace saltar por los aires los límites de la figuración, como en el *kalathos* en el que los círculos concéntricos que componen el registro inferior se repiten en el superior, pero en este último caso acompañados de apenas unos trazos que los metamorfosean en flores, que picotea un ave²²⁴, o en aquella otra tinaja en el que por el contrario los tallos de una hoja acorazonada terminan en espirales mientras que los de la siguiente se rematan en cabezas animales casi inadvertidas²²⁵, sugiriendo un mundo natural de continua transformación incontrolada, en el que es posible que una flor se materialice de la nada, y que al instante siguiente se convierta en ánade.

Los elementos zoomorfos, por el contrario, son mucho menos variados y, a diferencia de lo que ocurrirá en los talleres murcianos e ilicitanos, aparecen casi siempre en función de los protagonistas humanos de cada escena. De hecho, de lejos los animales más habituales en estos vasos son los caballos, en tanto que la presencia de lobos, cérvidos, aves y peces es meramente testimonial, y solo en estos dos últimos (y no siempre) los animales son protagonistas por sí mismos de la escena²²⁶.

Los seres humanos, finalmente, acaparan el protagonismo de una parte importante de los vasos con decoraciones figuradas. En ellos aparecen representados siempre hombres y mujeres pertenecientes a las familias más pudientes, a la elite gobernante, como ponen de manifiesto sus atributos y vestidos²²⁷. Incluso en el famoso *pinax* de la tejedora²²⁸, en el que se nos ha conservado la imagen de una mujer manipulando un telar, el rico vestido y calzado de esta y la complejidad del telar de

²²⁴ Olmos 1992: 26-27; Grau, Olmos y Perea 2008: 17. *Vid.* Fig. 6.19.

²²⁵ Tortosa 2003 a: 298.

²²⁶ Fuentes Albero 2006: 50; 2007: 99-104.

²²⁷ Grau 2006: 68.

²²⁸ Visiedo y Pascual 1947: 57-59; Alfaro Giner 1984: 75; Fuentes Albero 2007: 25. *Vid.* Fig. 6.20.

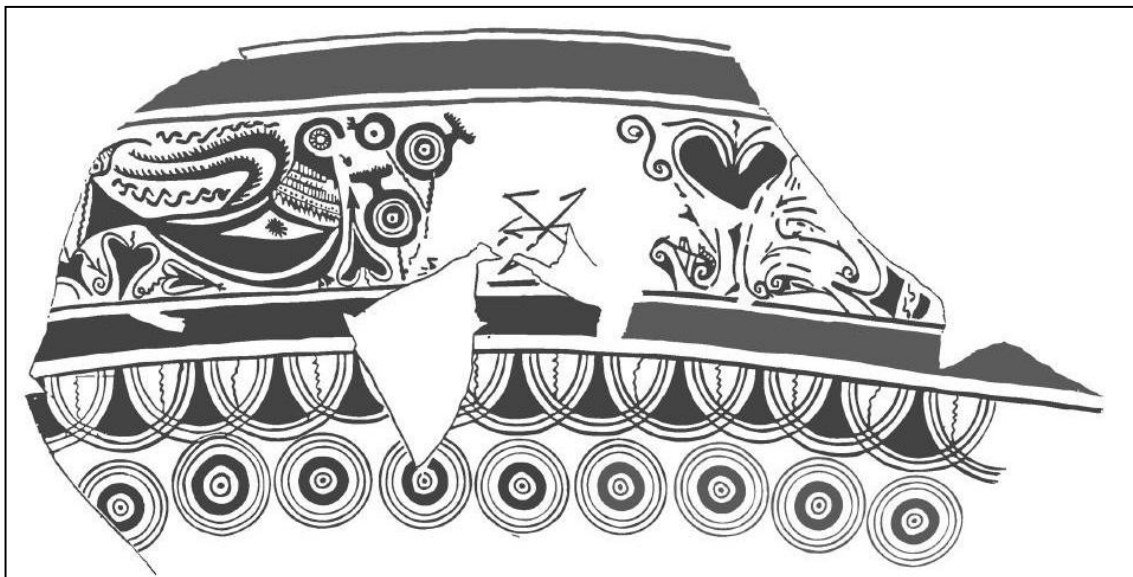


Fig. 6.19. "Kalathos de la paloma" de La Serreta.



Fig. 6.20. "Pinax de la tejedora"



Fig. 6.21. Galbo con varones conversando.

pared que maneja así lo aseveran. Por lo que respecta a los varones, no podemos dejar de reparar en que aparecen casi siempre armados, aunque a diferencia de lo que ocurre con las cerámicas edetanas, y a pesar de lo que en muchas ocasiones se ha asumido, en la Serreta las escenas de combate son minoritarias. Así, conservamos dos fragmentos que representan, parece, una procesión, en la que dos varones con casco y lanza portan en andas una figura femenina, posiblemente una diosa (al menos si mis apreciaciones en un capítulo anterior son correctas)²²⁹; o también otro galbo en el que dos personajes con casco parecen departir entre ellos, gesticulando con las manos desnudas²³⁰, galbo este que ha pasado por alto a buena parte de la historiografía pero que me parece un ejemplo llamativo de hibridación iconográfica, pues creo que muestra la adaptación del viejo tema representado recurrentemente en la cerámica ática del s. IV a.C. a la plástica y el imaginario ibéricos.

También nos topamos con escenas de caza, como las dos contenidas en el conocido como “Vaso de los Guerreros”²³¹, en las que un joven alancea un lobo que se había dado a la fuga, y dos jinetes persiguen a un ciervo que ya ha sido herido por uno de sus dardos. Ambas son enormemente significativas. Ambas están protagonizadas por aristócratas, a juzgar no solo por su acceso a las armas sino también por la tira que adorna su cuello²³². En el primero de los casos, no obstante, tenemos a un joven que, en soledad, se aleja del territorio conocido para, en las fronteras de la *eschatia*, acabar con la bestia, cuya piel tomará como trofeo y prueba palpable del éxito de su viaje iniciático²³³. Ahora bien, no perdamos de vista este punto, que se trata de una caza iniciática, y no de un combate heroico en el que el guerrero defiende a su comunidad de un monstruo amenazante, como sucede recurrentemente en las cerámicas ilicitanas de época más tardía; al fin y al cabo, y como bien acertó a señalar T. Chapa, el lobo en ningún momento planta cara al joven, sino que es alcanzado por sus armas mientras huye²³⁴. Por lo que respecta a la caza del ciervo, igualmente refleja un momento iniciático en la biografía de los jinetes: no en vano se trata de un ciervo

²²⁹ Visado y Pascual 1947: 62-63; De Griño 1992: 197; Fuentes Albero 2006: 61-62.

²³⁰ Visado y Pascual 1947: 60-61; Fuentes Albero 2006: 59; AA.VV. 2006: 46. *Vid.* Fig. 6.21.

²³¹ *Vid.* Fig. 6.22.

²³² Aranegui 1996: 99.

²³³ Olmos 2010: 132-133.

²³⁴ Chapa 2011: 199.



Fig. 6.22. “Vaso de los guerreros” de La Serreta.

protegido por la divinidad, como revela el pájaro que se posa en su lomo, por lo que los cazadores deberán conseguir el beneplácito de esta para triunfar²³⁵.

La tercera de las escenas del Vaso de los Guerreros, que me sirve para introducir otro de los temas presentes en la iconografía de la Serreta, es la *monomachia*. Tenemos representadas al menos dos escenas de este tipo entre estos vasos, y los fragmentos en los que aparecen guerreros en actitud agresiva podrían pertenecer a alguna más²³⁶. En todo caso, se trata siempre de combates singulares y, según parece evidenciarse en el Vaso de los Guerreros, ocurridos en una dimensión espacial y temporal legendaria: la tañedora de *diaulós* es quien introduce la narración, que pasa por las dos escenas de cacería y desemboca en la *monomachía*; se trata de un relato alusivo a la memoria de la familia aristocrática y, por extensión, de la comunidad, un relato que vincula la iniciación modélica del joven aristócrata protegido de los dioses con el momento culminante de su poder, su combate (y victoria, puede

²³⁵ Olmos y Grau 2005: 93; Olmos y Blázquez 2006: 136-137.

²³⁶ Cf. Fuentes Albero 2006: 62.

suponerse) sobre otro guerrero igual a él en capacidades y prestigio²³⁷. Desde este punto de vista, las escenas de *monomachía* aluden a la competición agonística por el poder, pero sobre todo son iconos que articulan la memoria colectiva, empleándola para explicar las desigualdades presentes.

Carácter algo distinto tienen, desde mi punto de vista, los vasos cuyas decoraciones muestran caballeros sobre sus monturas, guiándolas al paso, como si de un desfile se tratara, imágenes estas en realidad predominantes dentro de la iconografía figurativa antropomorfa de los valles alcoyanos²³⁸. En un artículo reciente, I. Grau argumentó que la figura del jinete difundida a través de la decoración cerámica desde la Serreta se convertiría en todo un emblema étnico, tendente a justificar ideológicamente el nuevo sistema de poder que las aristocracias de dicho núcleo urbano pretendían imponer sobre los valles alcoyanos²³⁹. Y creo que esta lectura es verdaderamente certera, aunque podría llevar a engaño: las comunidades alcoyanas se identificarían en este *topos* iconográfico únicamente en cuanto a que se trata de una representación identitaria de sus elites. Son los aristócratas alcoyanos los representados en estos vasos, y solo a través de ellos, indirectamente, sus comunidades.

Cierto es que la posesión, ostentación y uso del caballo como montura fue un elemento de distinción entre todos los pueblos ibéricos y a través de todas las épocas. Las esculturas de Cerrillo Blanco de Porcuna o el cipo funerario de Poblado no son más que un par de ejemplos bastante explícitos al efecto. Ahora bien, las menciones al empleo del caballo sobreabundan en la Serreta de finales del s. III a.C., como si a partir de un momento dado, coincidiendo con el nuevo proyecto político que estaban protagonizando, las aristocracias de la Serreta retomaran un viejo elemento de prestigio bien asentado en el imaginario ibérico para fundamentar en él buena parte de su discurso autorrepresentativo. En ningún otro taller de decoración vascular cerámica encontraremos un énfasis similar en la figura del caballero. Pero para argumentar mejor esta especial insistencia, salgamos por un momento del ámbito de la iconografía y recurramos sencillamente al registro material: si en las 81 tumbas excavadas en la necrópolis de la Serreta y cuya cronología se extiende a lo largo de

²³⁷ Olmos 2003: 92-93; Olmos y Grau 2005: 84-97; Grau, Olmos y Perea 2008: 15; Uroz Rodríguez 2008: 467-470; González Reyero y Rueda 2010: 112-113.

²³⁸ Vid. Fig. 6.23.

²³⁹ Grau 2007 a: 118.

siglo y medio tan solo aparecen espuelas y elementos de arreo de caballo en dos de ellas²⁴⁰, entre los restos del asentamiento de finales del s. III a.C. encontramos varios elementos de atalaje²⁴¹ y nada menos que ocho espuelas, cuyo número se nos muestra tanto más llamativo si tenemos en cuenta que suponen casi un 10% del monto total de espuelas documentado en la Península Ibérica prerromana, constituyendo el yacimiento más rico en el hallazgo de estos artefactos de todo el mundo ibérico²⁴².

Todo parece apuntar, pues, a que las elites gobernantes de la Serreta se concebían a sí mismas como jinetes armados, y así se presentarían ante la comunidad, tanto en las ceremonias y los combates como en la cerámica figurada. El *oinochoe* del departamento F9 constituye en este sentido un buen ejemplo ilustrativo²⁴³, pues representa a una hilera de jinetes, el primero de los cuales imberbe y el segundo barbado, estableciéndose entre ambos una diferenciación que cabría pensar se refiere únicamente a la edad, pues ambos portan la misma panoplia y las mismas vestiduras, y aparecen connotados por idénticos signos vegetales. Es todo un grupo social, el más encumbrado en la jerarquía alcoyana, el que aparece representado por estos jinetes.

En definitiva, la decoración vascular figurativa se difundió por los valles alcoyanos desde la Serreta durante las últimas décadas del s. III a.C., aspirando a constituir la contraparte ideológica del proyecto político que se estaba materializando, en parte precisamente gracias a estos discursos. Estas decoraciones contribuyen a difundir, construir e implantar un imaginario común acorde con las aspiraciones de unas aristocracias que aspiran a extender su control por los valles alcoyanos. Un imaginario que describía la *virtus* de estos gobernantes, aquellos rasgos ideales que supuestamente les caracterizarían y que fundamentarían su preeminencia social y económica: no en vano hablamos de gobernantes armados, cuyas estirpes desde tiempos legendarios habían demostrado su capacidad para defender a la comunidad de sus enemigos; de varones protegidos por los dioses, sobresalientes en la caza y aptos para el debate político; de mujeres virtuosas y buenas administradoras de las tareas domésticas; y, sobre todo, de buenos jinetes, capaces de mantener y dominar a sus monturas, para controlar desde ellas la paz y estabilidad del territorio.

²⁴⁰ Reig 2000: 105-107.

²⁴¹ Quesada 2002-2003: 96-99; Mesado 2003: 180.

²⁴² Quesada 2002-2003: 86.

²⁴³ Grau 1996: 105; Uroz Rodríguez 2012: 373. *Vid.* Fig. 6.24.



Fig. 6.23. Kalathos con desfile de jinetes.



Fig. 6.24. Oinochoe del departamento 9 de La Serreta, con desfile de jinetes de distinto grupo de edad.

A este respecto, no me resisto a poner en relación el énfasis que la iconografía de La Serreta hace en la figura del jinete con las características del territorio que desde este núcleo urbano se llegó a dominar: un territorio abrupto, con fértiles pero estrechos valles, rodeados estos de cadenas montañosas solo accesibles desde un puñado de puertos de difícil paso salvo para viajeros a pie o a caballo. El dominio de estos puertos y de las tortuosas vías de comunicación que por ellos atravesaban era una de las claves para garantizar el control del territorio alcoyano, máxime en un clima de enorme inestabilidad y creciente tensión bélica como el que se sucedió en las últimas décadas del s. III a.C. En este contexto, la referencia sistemática a la imagen del aristócrata a caballo resulta, si no me atrevo a decir esperable, sí al menos comprensible.

Ahora bien, ¿cómo se articulaban estas decoraciones vasculares figurativas en la vida del poblado? Al igual que sucede con la mayoría de los núcleos productores de cerámica con decoración figurada (el asentamiento de Lezuza es, a este respecto, una excepción, aunque tardía y aún de muy reciente publicación²⁴⁴), la información de la que disponemos para comprender los contextos de uso de estos recipientes es escasa, por lo que nos encontramos con problemas para dar respuesta a cuestiones tan simples como la de quién utilizaba estos vasos y para qué. Desde luego, todo parece apuntar, tanto en la Serreta como decía antes como en los otros focos productores de este tipo de decoraciones, a que se trataría de vasos especiales, que no serían de uso corriente sino empleados y ostentados solo en ocasiones muy especiales, y que se concentrarían en manos de determinadas familias, posiblemente las más pudientes de la comunidad. Pero ir más allá de estas afirmaciones resulta complicado.

Un paso de indudable valor en este sentido ha sido, no obstante, el detallado estudio de la estancia F1 de La Serreta, publicado hace unos años por I. Grau, R. Olmos y A. Perea, cuyo análisis merece la pena discutir aquí, pues me permitirá profundizar mejor en los fenómenos de creación y difusión de los mensajes ideológicos creados por las aristocracias del lugar.

La estancia F1 constituye el único departamento de un edificio situado en el sector F del poblado, esto es, en uno de los barrios enclavados en la ladera meridional

²⁴⁴ Uroz Rodríguez 2012.

de La Serreta y distanciados unos metros de la gran aglomeración de la cresta, compuesto por tres hileras de viviendas dispuestas en otras tantas terrazas. La construcción F1, por cierto se separa unos 15 metros del resto de las edificaciones, algo excepcional en el asentamiento, creando ante ella un espacio abierto en el que confluiría el tránsito de la barriada, lo que subrayaría sin duda la importancia simbólica del lugar. La estructura constaba de un espacio diáfano de 3x5m, rodeado de un muro perimetral de medio metro de ancho compuesto de mampuestos irregulares que podría haber soportado dos alturas, como es habitual en La Serreta²⁴⁵. Dataría, como el resto de este sector (como el resto del caserío documentado, como vimos páginas atrás), en las últimas décadas del s. III a.C., y fue abandonada, como todo el poblado, pocos años después, en torno al cambio de centuria²⁴⁶.

Pero lo que verdaderamente resulta excepcional de este espacio es su registro material. En su interior fue hallado el llamado Vaso de los Guerreros, tinaja de sorprendentes dimensiones cuya compleja decoración figurativa ya he descrito por lo menudo en los párrafos anteriores. Aparecieron también dos *kalathoi* y dos *pithoi* decorados con representaciones vegetales y, en un caso, animales, aparte de nueve urnas, ocho *lebes*, dieciséis ánforas de diversa tipología y un *kalathos* y siete tinajas más sin decorar. Por lo que respecta a las cerámicas importadas, se recuenta un cuenco de cerámica campaniense A de la forma 27 de Lamboglia, un plato de la forma 36 de Lamboglia, y una lucerna helenística de tipo Ricci D. Completan el repertorio una terracota y una matriz de orfebre²⁴⁷.

Los autores del trabajo que acabo de mencionar trataron de integrar la abundante iconografía presente en esta estancia en un único discurso, empleando como hilo conductor las recurrentes referencias a la divinidad femenina. Así, la lectura parte de la terracota, pieza de singular importancia que representa a un gran personaje femenino estante que, flanqueado por dos aves, sostiene a sus pechos y ofrece de mamar a dos pequeños infantes; la escena la completan una mujer y un niño de tamaño mucho menor, que se aproximan al personaje central y alargan la mano

²⁴⁵ Vid. Fig. 6.25.

²⁴⁶ Grau 2000 a: 198-203; Olmos y Grau 2005: 82; Grau, Olmos y Perea 2008: 9-11.

²⁴⁷ Grau, Olmos y Perea 2008: 12-14 y 18-27.

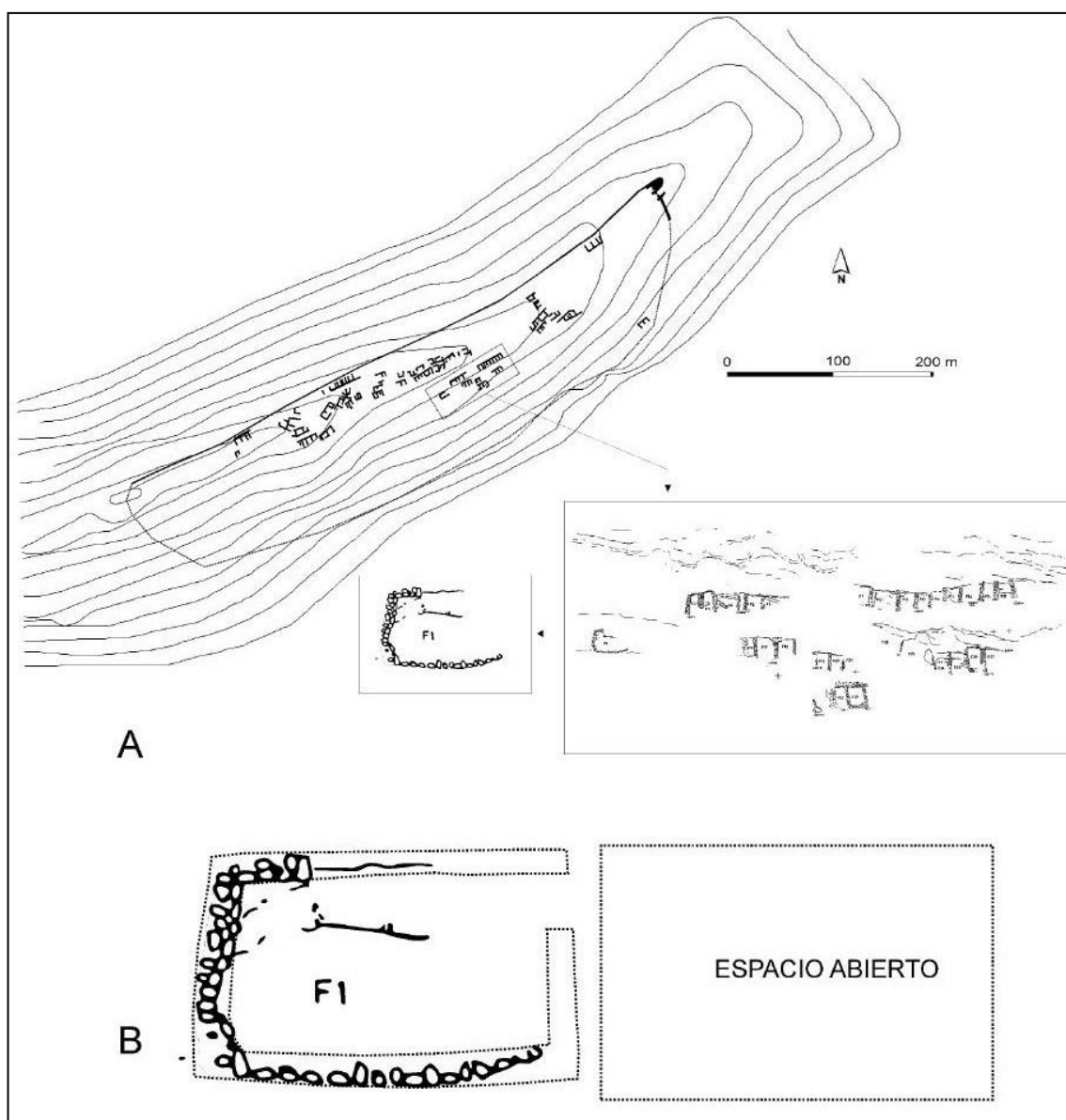


Fig. 6.25. Localización y planimetría del sector F y del departamento F1.

para tocar su manto, en un gesto de implorante reverencia, en tanto que dos flautistas, de nuevo una fémina y un infante, acompañan al grupo con la música del *diaulós*²⁴⁸. Hablo en definitiva de una deidad femenina *kurótrofa*, caracterizada por recibir la reverencia de la colectividad pero por acoger en su seno solo a determinados individuos, sus protegidos, cuya vitalidad les transmite. Unos individuos escogidos que serán seguramente los mismos que aparecen en el Vaso de los Guerreros, en cuyas escenas se representan alcanzando la madurez a través de toda una serie de gestas

²⁴⁸ Vid. Fig. 6.26.

iniciáticas, pero contando siempre para ello con la protección de la deidad a cuyos pechos se criaron. Todo ello en un universo poblado por una naturaleza exuberante y en continua transformación, que escapa al control y a la comprensión humana, pues es el universo de la diosa²⁴⁹.

Esta divinidad, la deidad que aparece representada en la terracota, ha sido interpretada por cierto en diversas ocasiones como la diosa Astarté/Tanit, o una transposición muy cercana a ella²⁵⁰. Sin embargo, y tal y como discutiré más adelante, no disponemos de argumentos suficientes, desde mi punto de vista, para justificar esta afirmación, más allá de determinados paralelos estilísticos motivados por la adopción, efectivamente, de una plástica punizante por parte de la iconografía de la Serreta en determinado momento de su historia y para determinadas esferas de representación. Ni siquiera se puede decir que los atributos de esta deidad sean verdaderamente púnicos, por más que efectivamente fueran habituales en la iconografía centromediterránea de la época; piénsese, por ejemplo, en el bronce de la colección Gómez-Moreno procedente seguramente de la Alta Andalucía, y en el que se representa a una mujer, seguramente una deidad, amamantando a un niño y flanqueada por sendas aves²⁵¹; o, retrotrayéndonos más aún, recuérdese el relieve de la deidad de Pozo Moro, cuyo cuerpo desnudo se mostraba frontalmente al espectador mientras los pájaros se posaban sobre sus alas²⁵².

De cualquier forma, semejante acumulación de objetos llamativos ha sido interpretada de distintas maneras por la historiografía. Así, I. Grau identificó este espacio primeramente como un santuario urbano, aunque dejaba abierta la posibilidad de que se tratara de la vivienda de un aristócrata²⁵³; más tarde precisaría que el lugar podía contemplarse como una capilla privada, pues su estructura arquitectónica no difería de la del resto de las viviendas, capilla en la que determinados aristócratas, unidos entre sí por vínculos de linaje o clientela, celebrarían determinados rituales tendentes a reforzar su cohesión grupal²⁵⁴; y ya finalmente, en colaboración con otros

²⁴⁹ Olmos y Grau 2005: 97; Grau, Olmos y Perea 2008: 28-29.

²⁵⁰ Blázquez 1986: 173; González Alcalde 1997: 329; Poveda y Vázquez 2000.

²⁵¹ Rueda 2012: 175-177. *Vid.* Fig. 6.27.

²⁵² Almagro 1978: 265-266.

²⁵³ Grau 1996: 115; 2000 a: 198-203.

²⁵⁴ Grau 2000 a: 215.



Fig. 6.26. Terracota del departamento F1 de La Serreta.

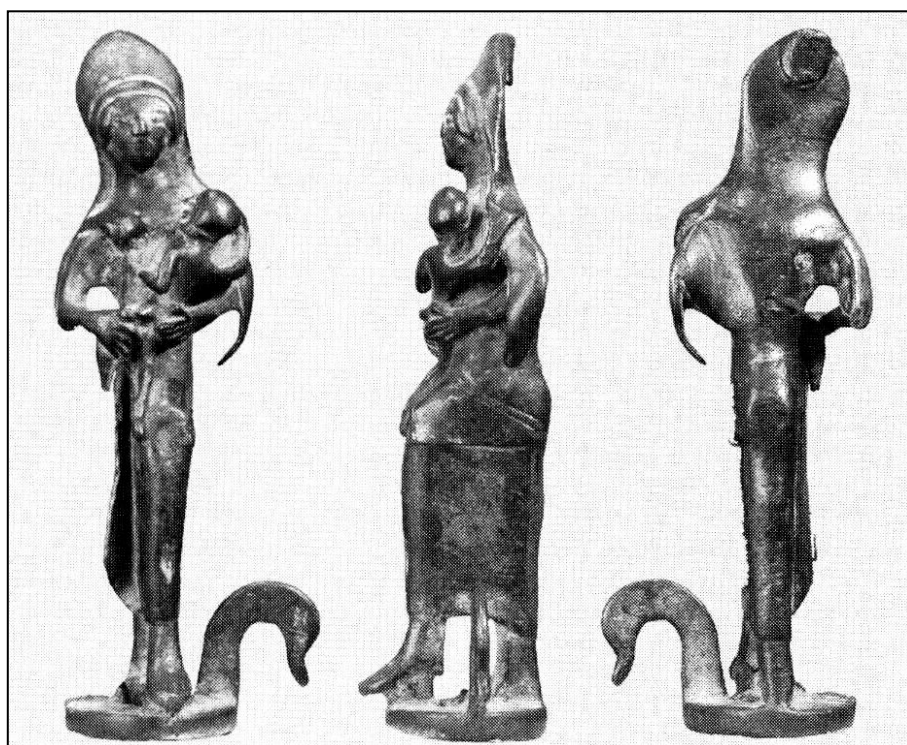


Fig. 6.27. Dama curótrofa de bronce de la Colección Gómez-Moreno.

autores, contemplaría el edificio como un *thesauros* de piezas con función sacra, almacenadas aquí cuando no estaban siendo empleadas en determinados rituales periódicos²⁵⁵. Una interpretación muy distinta es la que desarrolla C. Aranegui, para quien la dependencia F1 podría ser un establecimiento *comercial* o, si se quiere, redistributivo de bienes de prestigio e importaciones entre las elites locales capaces de adquirirlos²⁵⁶. Por último, H. Bonet insiste recientemente en la consideración de esta estructura como la vivienda (o parte de la vivienda) de uno de los gobernantes locales, quien atesoraría en ella los bienes de prestigio y objetos de culto que serían empleados durante los rituales domésticos y las reuniones que en el lugar se celebrarían²⁵⁷.

Desde mi punto de vista, no obstante, estas dos últimas lecturas me parecen menos probables. Si bien podría admitirse que, como propugna C. Aranegui, el tráfico de bienes importados desde el Mediterráneo se extendería a nuevos sectores sociales en el s. III a.C. y que el comercio administrado desde el gobierno de determinados enclaves volcados en esta actividad perdería progresivamente importancia, algo de lo que ya se habló en su momento, me parece mucho más problemático hablar de la compraventa de bienes de prestigio “personalizados” tales como los recipientes cerámicos con decoración figurada, muchos de los cuales posiblemente se fabricaban por encargo, como en su momento defendiera R. Olmos²⁵⁸, y en cuyas imágenes se narraría seguramente los orígenes de determinada familia dirigente, por lo que serían objeto de atesoramiento y ostentación por parte de sus dueños, o en todo caso de intercambio o regalo entre elites. Por lo que respecta a la consideración de F1 como parte de una vivienda aristocrática, cabe reparar en que, a diferencia de lo que ocurre con el resto de los departamentos del caserío, en este caso estamos ante una dependencia aislada, distante una quincena de metros del resto de los edificios, por lo que difícilmente puede ser interpretada como una habitación perteneciente a una unidad doméstica mayor; además, la ausencia de un hogar y de cerámica de cocina en esta dependencia impide, *a priori*, considerarla como un lugar de habitación.

²⁵⁵ Grau, Olmos y Perea 2008: 28.

²⁵⁶ Aranegui 2004 a: 118-119.

²⁵⁷ Bonet 2010: 193-194.

²⁵⁸ Olmos 1987.

Desde luego, también es cierto que el pequeño tamaño del recinto, apenas quince metros cuadrados, sugiere que solo determinados individuos accederían a él y a los objetos que en el lugar se custodiaban. Si aceptamos la bien plausible interpretación del programa iconográfico de estos artefactos que los entiende como relativos a la protección que la divinidad dispensó a ciertos personajes desde su nacimiento y a lo largo del camino hacia su madurez heroica, tal y como defendieron I. Grau, R. Olmos y A. Perea como ya expliqué, bien pudiera ser que estos individuos con derecho a acceder al departamento F1 formaran parte de una misma familia extensa, precisamente la familia que se preciaba de gozar de la protección de la diosa y de unos antepasados que habían sido escogidos por esta para desarrollar grandes gestas a favor de la comunidad. Pero ello no convertiría a este edificio en una capilla doméstica, sino que su ubicación aislada y frente a un espacio abierto de cierta entidad en el que confluye el tránsito de varias de las terrazas que articulaban el caserío lo señala como un punto nodal de gran importancia en el paisaje urbano de la Serreta, cuya carga simbólica debía hacerse perceptible para toda la comunidad en la cotidianeidad del asentamiento.

En resumidas cuentas, de lo que estamos hablando, tal y como se nos presenta el registro con el que contamos, es de un pequeño edificio individualizado en el espacio urbano en el que una de las familias destacadas de la ciudad guardaría toda una colección de objetos a través de los cuales precisamente se aspiraba a legitimar esa preeminencia. Es así, en mi opinión, como debemos interpretar los vasos con decoración figurada, pero también la gran cantidad de recipientes de almacenaje documentados en este espacio, así como las piezas de cerámica importada, la terracota y la matriz de orfebre, mediante las cuales esta familia, en las celebraciones anuales y cuando así lo requirieran, podían contar la historia de su linaje, rendir culto a la divinidad de cuya especial protección disfrutaban, u ordenar la fabricación de una joyería cuya iconografía sería propia de este grupo familiar. Todo ello almacenado en un espacio singular no especialmente monumental pero cuya ubicación destacada en el plano urbano haría perceptible el *poder* que se derivaba de estos objetos a toda la comunidad incluso cuando aquellos estuvieran ocultos, guardados.

Característica esta última que resulta fundamental, pienso, a la hora de comprender el alcance que la decoración vascular cerámica hubo de tener como

vehículo ideológico: en un universo como el ibérico, en el que la imagen figurativa no era nada habitual, la capacidad de estos vasos para narrar historias, para hacerlas presentes entre la colectividad aun cuando estuvieran inextricablemente asociadas al dueño del vaso, y para que estas quedaran grabadas en el imaginario colectivo incluso cuando los recipientes dejaban de ser mostrados y volvían a ocultarse, debía ser excepcional.

Unas historias que inciden en las capacidades singulares que caracterizan a un determinado linaje, y que lo hacen especialmente apto para el gobierno; unas historias que hablan de la especial benevolencia que los dioses muestran por algunos de sus escogidos, pertenecientes a dicho linaje; unas historias que, no por casualidad, se “recuerdan” y se difunden precisamente cuando estas familias, cuando esta aristocracia, pretende impulsar su dominio sobre los valles alcoyanos, y mantenerlo en el turbulento contexto que antecede y es contemporáneo a la Segunda Guerra Púnica.

6.3.4. Un nuevo proyecto ideológico: el santuario.

Pero dejemos ya el departamento F1, y pasemos a tratar el más conocido de los espacios sacros asociados a La Serreta: el santuario que se sitúa en la cúspide de esta elevación, más allá del poblado.

El primero en hablar de esta área sagrada fue C. Visedo, quien ya desde sus primeros trabajos denunció la acumulación de terracotas recogida en la parte más alta de la montaña, materiales a los que se unía abundante cerámica (ibérica, pero también de barniz negro y *sigillata*) y restos de tejas y sillares labrados por tres caras, por lo que interpretó el lugar como un santuario, emplazado “en una pequeña meseta situada en la cumbre”²⁵⁹, vaga descripción que seguramente se refería a la zona intermedia entre el actual vértice geodésico y el puesto antiaéreo levantado durante la Guerra Civil. A comienzos de los años noventa, sin embargo, E. Llobregat, quien en su tesis doctoral había dado por buena la reconstrucción de Visedo²⁶⁰, refutó esta localización, trasladándola un centenar de metros al noreste, al punto en el que sus sondeos sacaron a la luz los vestigios de una construcción de ladrillo y rematada con *tegulae* e

²⁵⁹ Visedo 1922: 6. *Vid.* Fig. 6.28.

²⁶⁰ Llobregat 1972: 55-57.

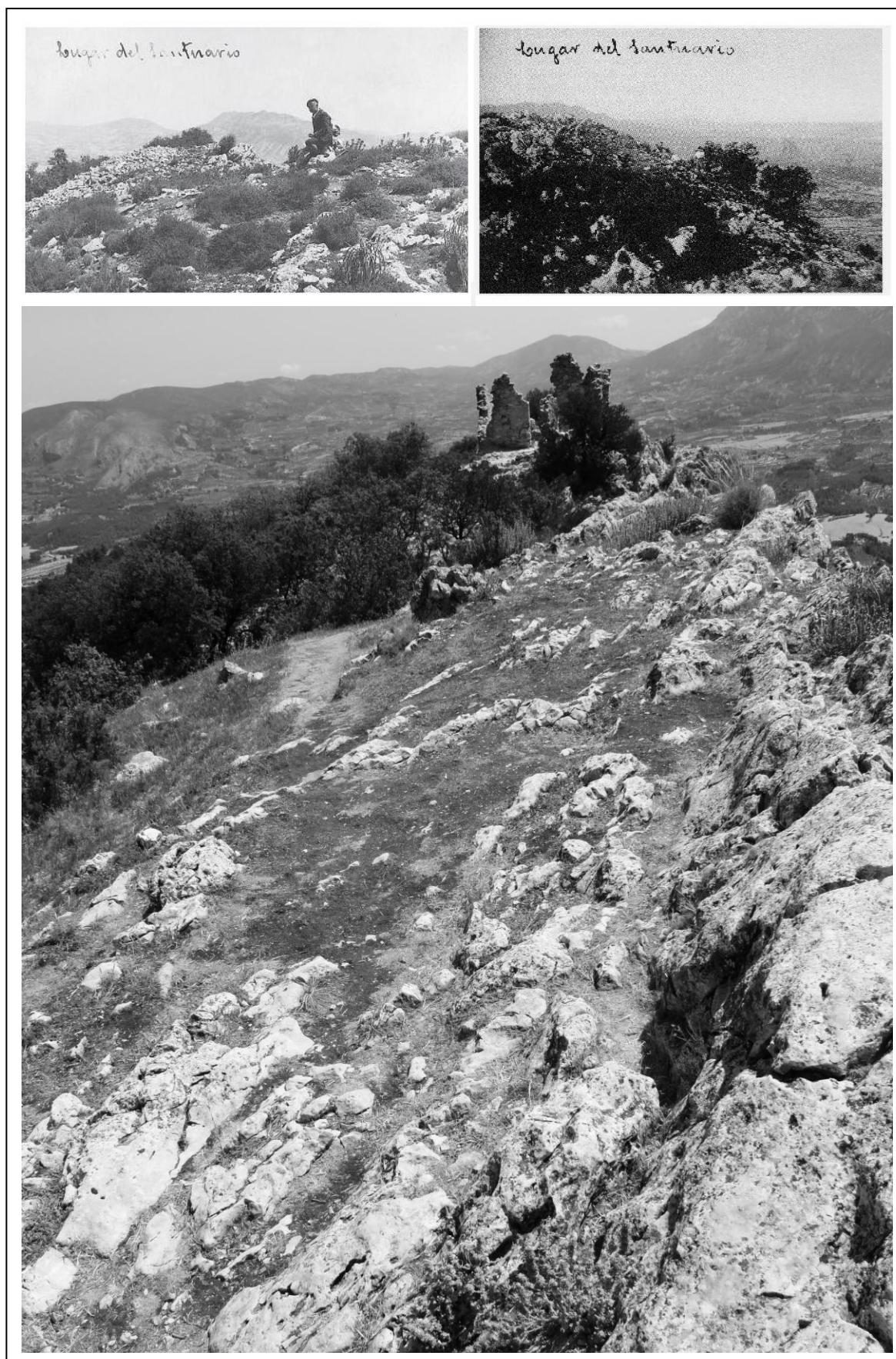


Fig. 6.28. Indicaciones del emplazamiento del santuario ofrecidas por C. Visedo. Fotografía actual del lugar, con las ruinas del refugio antiaéreo al fondo.

imbrices que se adosaba al extremo de la muralla norte del asentamiento. Evidentemente, el arqueólogo interpretó la estructura como un templo propiamente romano, recogiendo de hecho una opinión vertida una década antes por D. Fletcher respecto de los materiales hallados por Visedo²⁶¹, aunque Llobregat aventuró que seguramente se trataría del fruto de la progresiva reedificación hispanorromana de una estructura anterior, quizás de origen semita²⁶². Las repercusiones de esta enmienda no se hicieron esperar, y tan solo un par de años después C. Aranegui señalaba el lugar como ejemplo de un santuario de entrada ibérico²⁶³, T. Moneo lo calificaba poco después como “santuario urbano” emplazado en la parte más alta del asentamiento²⁶⁴, en tanto que F. Gusi, aun considerando innegable la existencia de un lugar sagrado en la zona, veía difícil considerarlo ibérico, y subrayaba la cantidad de contradicciones que sobre el tema se estaban perpetuando en la historiografía²⁶⁵. Las prospecciones intensivas que en 1997 se llevaron a cabo en el dificultoso terreno del extremo de la cresta de La Serreta, no obstante, arrojaron una nueva luz sobre el tema, evidenciando que las terracotas que aún continuaban apareciendo por la zona parecían haber rodado efectivamente del sector que se extendía entre el vértice geodésico y las ruinas del puesto antiaéreo²⁶⁶, lo que llevó a proponer que el supuesto templo romano, ubicado a un centenar de metros de allí, quizás esté evidenciando un desplazamiento posterior del área sacra respecto de la época ibérica²⁶⁷.

En todo caso, los materiales más característicos de este santuario son, como ha quedado ya dicho, las terracotas aquí documentadas. Como señala F. Horn en su tesis doctoral sobre este tipo de producciones, se trata del mayor conjunto conocido en toda la Península prerromana, compuesto por al menos 253 individuos completos conocidos, y casi dos millares de fragmentos más²⁶⁸. Aproximadamente un 15% de estos correspondería a pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina, en tanto que el resto lo conformaban estatuillas antropomorfas o grupos de estas. Dejando a un lado los pebeteros, habituales como se vio en un capítulo anterior en las

²⁶¹ Fletcher 1983: 102.

²⁶² Llobregat *et alii* 1992: 69.

²⁶³ Aranegui 1994 a: 122.

²⁶⁴ Moneo 1995: 247-248.

²⁶⁵ Gusi 1997: 191-192.

²⁶⁶ Olcina 1997: 169.

²⁶⁷ Olcina *et alii* 1998: 39-41; Olcina 2005: 171.

²⁶⁸ Horn 2011: 151-152.

áreas sacras y necrópolis del sureste ibérico a partir del s. III a.C., y puesto que ya se han elaborado sucesivas tipologías para tratar de ordenar todo este material²⁶⁹, en estas páginas y por lo que aquí interesa, básteme señalar simplemente que la mayor parte de estas estatuillas de terracota representaban a varones y mujeres en actitud pasiva, hierática, que se presentan de manera individualizada mostrando sus rasgos personales distintivos enmarcados por unas vestiduras predominantemente modestas, mientras aguardan la respuesta de la divinidad²⁷⁰.

Estos son, desde mi punto de vista y resumidos de forma grosera, los tres atributos fundamentales que las terracotas del santuario de La Serreta pretenden subrayar: la singularidad de cada una de ellas (pues, pese a lo abstracto de la representación, no encontramos dos exvotos iguales, o que siquiera pretendan serlo), la modestia de la representación (los personajes generalmente portan un sencillo manto sobre una túnica sin adornos, y en el caso de las mujeres se cubren la cabeza con un velo, que en algunos casos deja entrever unos pendientes o un collar como único adorno ostentatorio; o bien aparecen desnudos, o bien no se hace referencia alguna al vestido de las personas representadas), y la actitud concentrada y respetuosa ante la divinidad (puesta de manifiesto mediante la hipercaracterización de ojos y oídos²⁷¹). Predominan los personajes femeninos sobre los masculinos, como sucede en algún santuario ibérico como Castellar pero no en otros como Collado de los Jardines²⁷². De hecho, los atributos representados aquí son bastante diversos de los habituales en los mencionados santuarios jienenses: apenas se detallan rasgos de la persona social de los sujetos representados, se representan pocas joyas, y no encontramos individuos a caballo o armados como guerreros²⁷³, pero sí técnicas de representación inéditas en aquellos santuarios como los *pinakes* de arcilla, las

²⁶⁹ Cf. Juan 1987-1988: 300-313; Horn 2011: 153-160.

²⁷⁰ Vid. Fig. 6.29.

²⁷¹ González Reyero y Rueda 2010: 101.

²⁷² Aranegui y Prados 1998: 144.

²⁷³ La única terracota de La Serreta que representa a un varón armado es una tosca figura masculina, aparentemente desnuda o al menos sin referencia alguna a sus vestiduras, que porta una falcata envainada y colgada de su cadera derecha. Ahora bien, esta pieza fue hallada en el interior de un departamento del sector F del poblado (Grau 1996: 108), y no en el santuario, de modo que a priori no podemos incluirla dentro del conjunto de exvotos amortizados en el santuario o destinados a tal fin.



Fig. 6.29. Selección de terracotas del santuario de La Serreta.

cabezas-exvoto o los grupos de figurillas²⁷⁴. En este sentido, los atributos mencionados son más análogos a los que se detectan entre los exvotos escultóricos del Cerro de los Santos, cuya iconografía discutiré en su momento, aunque aparte de la diferencia en el tamaño y el soporte de las piezas, llama la atención la sobriedad de las representaciones alcoyanas en relación con la hipercharacterización de las joyas y adornos de las piezas albaceteñas, no del todo atribuible a la diferente técnica empleada; y también la relativa frecuencia entre los exvotos alcoyanos femeninos que

²⁷⁴ Aranegui y Prados 1998: 140-142.

abandonan la pasividad predominante para posar sus manos sobre sus atributos sexuales desnudos²⁷⁵, en un gesto fácilmente reconocible de imploración por la sexualidad que sin embargo no aparece en el Cerro de los Santos.

En todo caso, y como acabo de mencionar, merece la pena subrayar también que entre los exvotos de La Serreta encontramos algunas terracotas que representan a grupos de figuras, en vez de a personajes aislados. La pieza más conocida de este tipo no pertenece al santuario sino que fue documentada en el departamento F1, pieza de la que ya hablé en su momento, pero en el santuario se encontraron otras análogas, aunque no tan espectaculares ni tan bien conservadas. Me estoy refiriendo, por ejemplo, a la terracota que representa a un personaje sedente, del que solo se conserva sus piernas hasta las rodillas, y a la derecha del cual se aproximan dos individuos velados y cubiertos con mantos de tamaño mucho menor, en una composición iconográfica muy semejante a la del famoso *pinax* de la estancia F1; o, no tan claras por haberse conservado de manera mucho más fragmentaria, a otras tres piezas halladas por Visado y que en su momento representarían a tres personajes, el central de los cuales algo más grande que los otros dos²⁷⁶. Considero muy posible que, de forma similar a lo que ocurría con la terracota del departamento F1, estas piezas representen a la divinidad adorada en el santuario recibiendo la adoración de sus devotos. Los atributos de esta divinidad no están claros, pues las representaciones son sumamente esquemáticas, aunque la presencia de otras terracotas que, como mencioné, reflejan a mujeres posando sus manos sobre sus órganos sexuales desnudos, sugiere al menos una cierta connotación fertilística. Pero lo que sí que me parece menos problemático es que no todas las terracotas representarían a la deidad, como en ocasiones se ha afirmado²⁷⁷, sino solo una minoría. En su mayor parte, nos encontramos ante exvotos figurativos que pretendían reflejar al devoto que los había depositado, sin duda con la intención de que la ofrenda sustituyera por algún tipo de magia simpática al oferente, eternizando en el paisaje del santuario su gesto de respetuosa oración ante la divinidad.

Aparte de la iconografía, tampoco deja de resultar significativo el soporte empleado para la fabricación de estas ofrendas, la terracota. Se trata de un material

²⁷⁵ Cf. por ejemplo, De Hoz 2011, Anexo I: 165; 169; 235.

²⁷⁶ Para las cuatro terracotas, cf. Juan 1987-1988: 306; Horn 2011, Anexo I: 236-237.

²⁷⁷ Aranegui 1994 a: 127.

mucho más barato de obtener y trabajar que el metal o la piedra, y por ello en ocasiones se ha aducido que su empleo en algunos santuarios habría favorecido la popularización de la práctica de la deposición de exvotos figurativos, o al menos su difusión por nuevos sectores sociales que de otra forma habrían estado excluidos²⁷⁸. En referencia a las terracotas depositadas como ofrenda en los Altos del Sotillo, A. Ruiz Rodríguez y sus colegas sin embargo defienden que el empleo de la terracota no hubo de conllevar esta ampliación en el acceso al ritual, pues no aparece representado ningún individuo de clase baja²⁷⁹; no obstante, creo que esta apreciación no es tan evidente en La Serreta, donde prácticamente ningún individuo muestra grandes ostentaciones de riqueza²⁸⁰, y donde además parece que en un plazo de tiempo bastante breve se depositaron, como ya he mencionado, varios centenares de exvotos (más los que no habrán llegado hasta nosotros), lo que nos habla de una actividad ritual continuada, constante, y seguramente protagonizada por un sector social relativamente amplio de las comunidades que habitaban los valles alcoyanos. Aunque desde luego la cuestión ha de quedar abierta.

En relación con esto último, por cierto, merece la pena señalar que los autores que han analizado en profundidad las características técnicas de las terracotas de La Serreta señalan que estas fueron fabricadas siguiendo una combinación de modelado a mano, a torno y a molde, pero que el hecho de que salvo en unos pocos casos no se aprecien ejemplares sobremoldeados a partir de una misma matriz evidencia que el funcionamiento del taller perduró durante un breve lapso de tiempo, quizás solo unas décadas²⁸¹. Parece además que, a pesar de los abundantes paralelos que se pueden establecer para estas piezas, las mismas no fueron exportadas fuera de los valles alcoyanos, aunque sí que se documentan, si bien en escaso número, en otros núcleos secundarios de la región, como Castell de Cocentaina²⁸².

Finalmente, las terracotas de La Serreta suponen una valiosa referencia cronológica para datar la primera fase de frecuentación del santuario de la que tenemos noticia cierta. Aunque los orígenes del lugar en tanto que área sacra no están

²⁷⁸ Aranegui y Prados 1998: 140-142.

²⁷⁹ Ruiz Rodríguez, Rueda y Molinos 2010: 75.

²⁸⁰ Además, la equiparación entre la “persona social” que muestra la iconografía y la riqueza “material” del individuo representado no sería, como se discute en varias ocasiones en este trabajo, directa.

²⁸¹ Juan i Moltó 1987-1988: 299-300; Horn 2011: 164.

²⁸² Grau 2000 a: 204.

claros, generalmente se viene asumiendo que esta sería contemporánea al asentamiento, para el que como veíamos en las páginas anteriores se proponía una ocupación que arrancaba al menos desde comienzos del s. IV a.C. Ahora bien, como de hecho sucede con el propio poblado, la primera fase de frecuentación claramente documentada en la zona del santuario es la que viene marcada por las terracotas²⁸³, que en general han sido datadas hacia el s. III a.C., posiblemente en su segunda mitad²⁸⁴, contemporáneas por tanto al caserío de la llamada “Serreta II” y al despegue del sistema político y económico que aquella protagonizó. Todo intento por retrotraer el empleo del santuario más allá de estos materiales, a falta de argumentos para ello, en última instancia se basará en realidad en la consideración implícita de que las áreas sacras lo son por sí mismas, esto es, que contienen algo que mueve a los hombres a considerarlas sagradas y así lo harán en cuanto las “descubran”. Es este razonamiento el que lleva a afirmar que, si el poblado de la Serreta se estableció en el s. IV a.C., el santuario hubo de comenzar a ser frecuentado en esas fechas. Por el contrario, una consideración postmoderna del Paisaje en tanto que constructo cultural nos llevará a plantear la perfecta plausibilidad de que en un momento dado, quizás en la segunda mitad del s. III a.C., algún tipo de motivación política, económica o social llevara a los habitantes de La Serreta a “descubrir” que habitaban junto a un área sacra, y a crear un culto en el lugar. Por mucho que, al cabo de unos pocos años, seguramente ese culto comenzara a considerarse “ancestral”.

De cualquier forma, por el momento desconocemos qué tipo de rituales se llevaban a cabo en este lugar agreste, más allá de la deposición sistemática de terracotas que representaban a los devotos (en ocasiones junto a la divinidad adorada) y de pebeteros con forma de cabeza femenina. Sí que podemos aproximarnos sin embargo a la función que el santuario desempeñaba en la red de significados que conformaba el paisaje alcoyano, gracias al análisis de su ubicación. No en vano estamos hablando de la cumbre de la Serreta, esto es, como dije al comienzo de este capítulo, de uno de los puntos con mayor visibilidad de la región, y apreciable desde buena parte de los valles alcoyanos. Así como el poblado de La Serreta se sitúa en la parte superior de la ladera meridional de la elevación, y por tanto sería apenas visible

²⁸³ Grau 2000 a: 196; Olcina 2005: 171.

²⁸⁴ Juan i Moltó 1987-1988: 300.

desde la cuenca alta del Serpis, el santuario se encarama en la cresta superior, adquiriendo la máxima visibilidad posible de todos los valles circundantes. Por otra parte, La Serreta se sitúa en pleno centro del sistema orográfico, de modo que el santuario sería accesible mediante un máximo de cuatro horas de camino desde la mayor parte de los asentamientos alcoyanos²⁸⁵. Todo ello, unido a la gran cantidad de exvotos documentados, llevó a I. Grau hace ya unos años a plantear, como apunté unos párrafos atrás, que el santuario en realidad sería de carácter comarcal, esto es, acogería periódicamente el culto de los habitantes de todos los valles alcoyanos²⁸⁶.

Bien es cierto que tampoco puede soslayarse la relación que existiría entre el santuario y el poblado de la Serreta, no solamente por su cercanía física, apenas un centenar de metros, sino sobre todo por su dependencia funcional, dado que el único camino practicable para acceder al área sacra requería atravesar el poblado y sus murallas. Ello llevó recientemente a M.H. Olcina a rechazar el carácter “extraurbano” del santuario y a considerarlo propiamente “urbano”²⁸⁷. En mi opinión, sin embargo, esta dependencia del santuario respecto del asentamiento no invalida su vocación comarcal, sino más bien todo lo contrario: desde los análisis de F. de Polignac se viene aceptando que los santuarios extraurbanos en realidad constituían una parte indisoluble, *radical*, de la ciudad, y los estudios posteriores han señalado la escasa operatividad de etiquetas tales como “urbano”, “suburbano”, “periurbano” o “extraurbano”. Lo que encontramos en La Serreta, tal y como desarrolla I. Grau, creo que acertadamente, es un santuario dependiente de la ciudad homónima pero que recibiría la visita de todos los habitantes del valle, precisamente en los momentos en que la ciudad de La Serreta ha extendido su poder político sobre esta misma región²⁸⁸. Esto es, lo que encontramos en el santuario de la Serreta no es sino el correlato ideológico, uno de ellos al menos, del proyecto político que se puso en marcha durante la segunda mitad del s. III a.C.

Ahora bien, a este modelo interpretativo del santuario de La Serreta, que creo en líneas generales acertado, me gustaría añadir una pequeña aportación, poniendo

²⁸⁵ Grau 2010: 114-117. *Vid.* Fig. 6.30.

²⁸⁶ Grau 2000 a: 198; 2002: 230-233.

²⁸⁷ Olcina 2005: 171; cf. también Olcina *et alii* 1998: 41.

²⁸⁸ Grau 2000 a: 198 y 216; 2002: 232-233; 2010: 117-118.

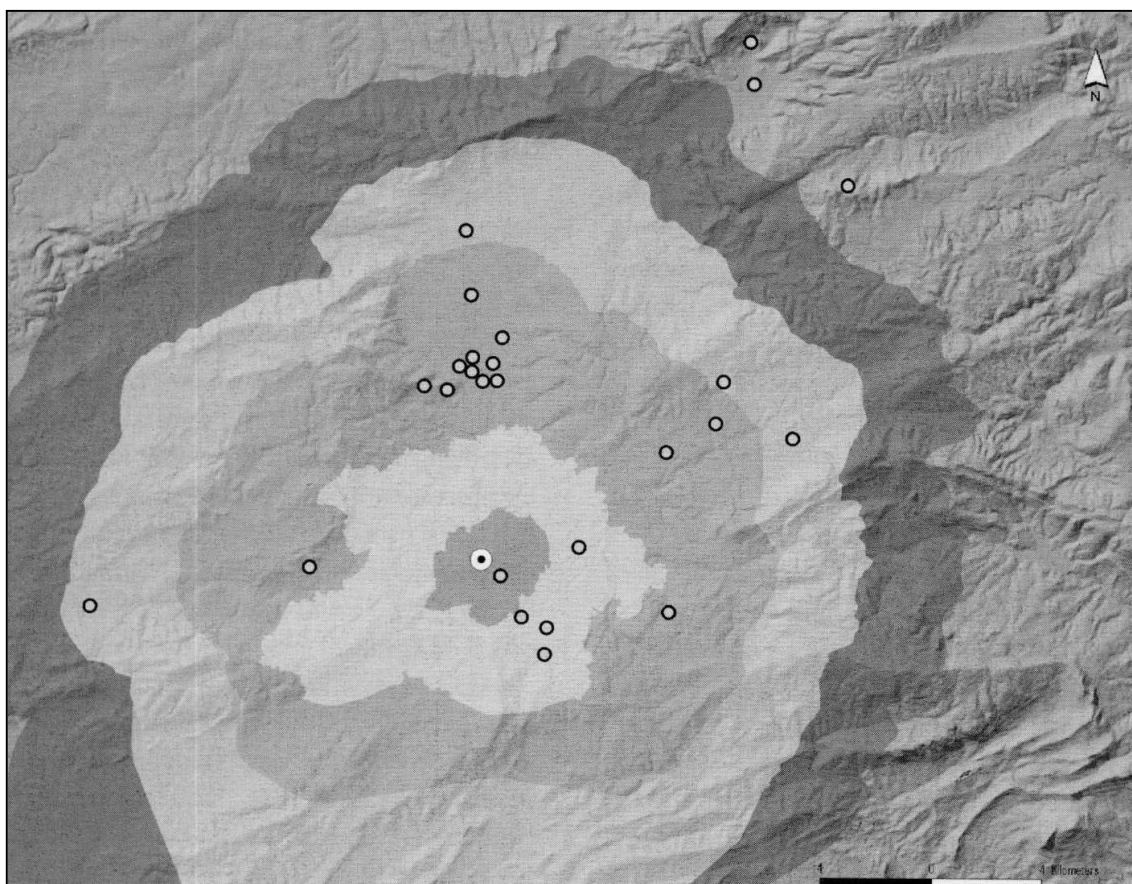


Fig. 6.30. Pautas de accesibilidad al santuario de La Serreta.

en relación las conclusiones de este estudio paisajístico con una pequeña constatación iconográfica. Y es que incluso el iberista autoctonista por antonomasia, E. Llobregat, reconoció en su momento que los exvotos de La Serreta presentaban tal aire punizante que este santuario debía ser concebido como uno de los dos enclaves, junto con la Illeta dels Banyets, en los que había calado la tradición oriental en la religiosidad ibérica²⁸⁹. La influencia centro-mediterránea fue asimismo señalada por J. Juan en su análisis de los exvotos²⁹⁰, y otro tanto hizo M. Blech en su estudio sobre las terracotas peninsulares, aunque en este caso el mencionado autor interpretó estos rasgos anómalos como una influencia ítalo-helenística²⁹¹. Noguera por su parte habló de una “fase de influjo cartaginés” en los exvotos de La Serreta y otros santuarios ibéricos²⁹². Y es que, más allá de sugerentes paralelos centromediterráneos, lo cierto es que en el

²⁸⁹ Llobregat 1994: 172.

²⁹⁰ Juan 1987-1988: 316-

²⁹¹ Blech 1998: 172.

²⁹² Noguera 1998: 151.

entorno hispano encontramos piezas llamativamente parecidas, tanto procedentes del ámbito fenicio-púnico propiamente dicho, como asociadas a contextos indígenas en los que se advierte una fuerte influencia punizante, al menos en lo que a las tendencias estéticas se refiere, la mayoría de ellas datables hacia el s. III a.C. Hablo, por ejemplo, de algunas de las terracotas de Cádiz²⁹³, de Los Alcores (Bencarrón, Sevilla)²⁹⁴, de los Altos del Sotillo (Castellar, Jaén)²⁹⁵, de la Cueva del Valle (Zalamea de la Serena, Badajoz)²⁹⁶, de varias de las estatuillas de Ibiza²⁹⁷, de los exvotos situados en diversas capillas domésticas dispersas por el Camp del Tùria²⁹⁸, e incluso de aquellos otros documentados ya en las costas de Tarragona²⁹⁹, por no hablar de las cabezas-exvoto edetanas³⁰⁰. El propio empleo de la terracota como materia prima para la fabricación de exvotos parece llegar al sureste ibérico de manos púnicas, y de hecho suele coincidir en sus inicios con la introducción de los pebeteros con forma de cabeza femenina, igualmente representados en la Serreta³⁰¹.

Pese a todos estos paralelos, no encuentro justificado hablar de un santuario púnico, ni sugerir siquiera la afluencia de devotos púnicos a este enclave montañoso. Lo que sí que me parece que revelan estas terracotas, es un momento de profundas transformaciones culturales, que cristalizaron en determinados ámbitos en un elevado grado de hibridismo cultural. No en vano en el poblado de La Serreta nos encontramos con que, al margen de los objetos que se importan desde el Mediterráneo (probablemente desde el puerto púnico de Tossal de Manises, como ya se explicó), a finales del s. III a.C. proliferan las imitaciones de los vasos más exóticos, tanto de sus tipos como de sus decoraciones³⁰²; no en vano a unos pocos kilómetros de La Serreta se levanta el monumento turriforme de Horta Major, de fuertes reminiscencias

²⁹³ Horn 2011, Anexo I: 78.

²⁹⁴ Horn 2011, Anexo I: 181.

²⁹⁵ Ruiz Rodríguez, Rueda y Molinos 2010: 75.

²⁹⁶ Celestino y Cazorla 2010: 88.

²⁹⁷ M.J. Almagro Gorbea 1980.

²⁹⁸ Horn 2011, Anexo I: 168 y 217.

²⁹⁹ Horn 2011, Anexo I: 183, 212 y 229.

³⁰⁰ Bonet, Mata y Guérin 1990; Bonet 1995.

³⁰¹ Cf., por ejemplo, las terracotas y pebeteros del santuario de Coimbra del Barranco Ancho: García Cano, Iñiesta y Page 1991-1992.

³⁰² Page 1984: 114-115 y 142; Bonet y Mata 1988: 26-27; Olmos 1989 a: 107-108; Aranegui 2012: 171.

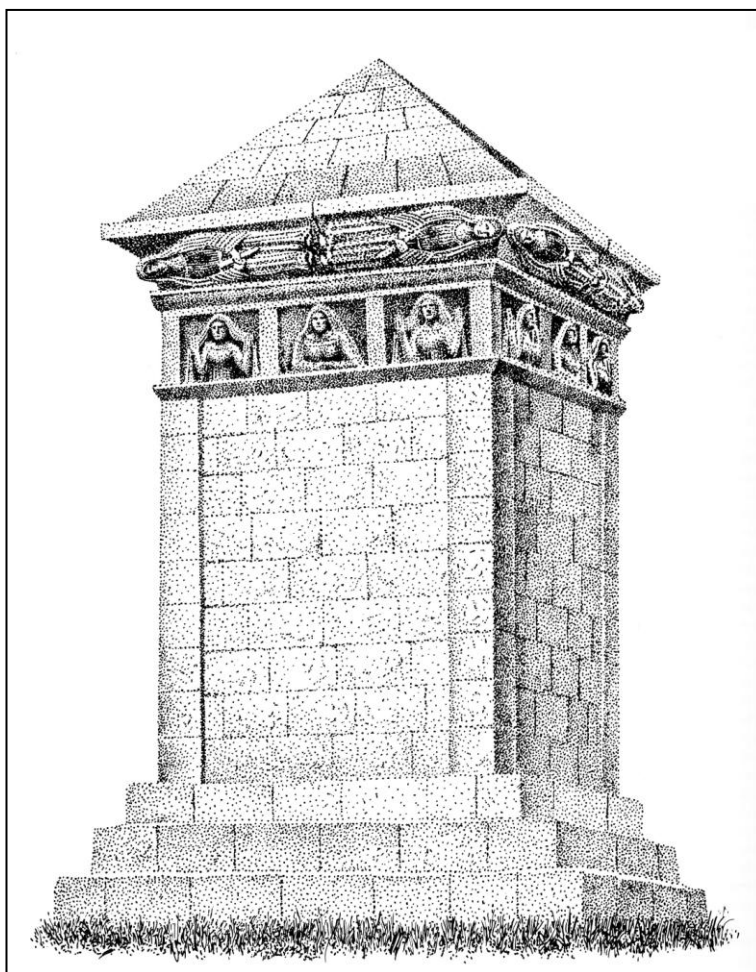


Fig. 6.31. Reconstrucción hipotética del monumento de Horta Major.

púnicas³⁰³. Y quizás no en vano a este fenómeno de hibridación se deba la introducción en la Serreta de la práctica de la inhumación de recién nacidos bajo las viviendas³⁰⁴, nada habitual ni en el sureste ibérico ni en los propios valles alcoyanos, y que parece que no se practicaría tampoco, no al menos sistemáticamente, en la propia Serreta de épocas anteriores, a juzgar por la cremación de un recién nacido en la necrópolis del s. IV a.C.³⁰⁵ En todo caso, observamos en La Serreta a finales del s. III a.C. un potente proceso de aprehensión y reinterpretación de estructuras culturales foráneas, muchas de ellas de raigambre púnica, que dará lugar a ciertos fenómenos fugaces de hibridación cultural, de entre los cuales el santuario será solo el más evidente.

³⁰³ Prados Martínez 2002-2003: 220; Grau 2013: 284-285. *Vid.* Fig. 6.31.

³⁰⁴ Gusi 1992: 250-258; De Miguel 2005: 331.

³⁰⁵ Gómez Bellard y De Miguel 1996.

No me resisto a poner en relación estos fenómenos de hibridación cultural con la situación geopolítica de La Serreta durante las últimas décadas del s. III a.C. Como ya discutí en los anteriores apartados, se trata de una época convulsa, en la que el poder imperialista cartaginés se ha hecho presente (militar y económicamente) en el sureste ibérico, estableciendo una serie de puestos fuertes y tratando de ejercer un cierto control sobre el resto del territorio a través de pactos, amenazas y coacciones, que le permitan fiscalizar parte de los recursos disponibles. Coincidiendo en el tiempo con esta nueva situación inestable, y sin duda en parte gracias a la misma, en La Serreta surge una próspera ciudad que rápidamente consigue hacerse con el control político y económico de los valles alcoyanos, y por consiguiente de la vía de comunicaciones que discurre por estos y que articula el poblamiento del sureste ibérico y lo conecta con el Levante, vía de comunicaciones que a su vez enlaza los valles alcoyanos con el mar, precisamente a la altura de la fortaleza púnica de Tossal de Manises. De hecho, certificando las relaciones estables entre La Serreta y el Tossal, como señalaba antes, encontramos toda una serie de vestigios que nos hablan de intercambios comerciales sistemáticos, y que sin duda son el reflejo de relaciones políticas igualmente intensas.

En semejante contexto, seguramente se tornó necesario para los gobernantes de La Serreta legitimar de alguna manera los fuertes lazos establecidos con el poder imperialista cartaginés. Y, para ello, desde mi punto de vista³⁰⁶, pudo optarse por revestir una forma de ritual típicamente ibérica (la deposición de exvotos en un área sacra) de un lenguaje iconográfico punizante. Y ello pese a que en dicha área sacra nunca antes se habían depositado exvotos, o incluso pese a que hasta entonces ese lugar no se había considerado nunca como sagrado. La *reinención* de la *tradición* pudo funcionar de esta manera para legitimar una estrategia política, estableciendo un “nuevo ritual tradicional” en un santuario (escenario especialmente apropiado para la manipulación ideológica que entraña la usurpación del pasado colectivo, como ya se ha señalado en alguna ocasión³⁰⁷) establecido al efecto, un ritual que podría ser perfectamente comprendido y aceptado por la población de los valles alcoyanos, pero que se ejecutaría mediante un código de signos punizantes, el cual pronto se presentaría como “tradicional”. O así hubiera sido si la presencia cartaginesa no

³⁰⁶ Cf. García Cardiel 2014 c: 84-87.

³⁰⁷ Cardete 2005: 149.

hubiera sido barrida del sureste ibérico a los pocos años, durante la Segunda Guerra Púnica, y si como inmediata consecuencia de esta el propio asentamiento de La Serreta no hubiera sido destruido, y su santuario temporalmente abandonado.

6.4. Abandono, frecuentación y recuperación del santuario.

Como ya señalé páginas atrás, la cronología de los materiales documentados en los diversos sectores del poblado parece interrumpirse bruscamente en algún momento de finales del s. III o comienzos del II a.C.³⁰⁸ Bien es cierto que, como señaló M. Tarradell³⁰⁹, no se aprecian signos de destrucción violenta en el caserío, pero el hecho de que en ese mismo momento la muralla, construida tan solo unos años antes, fuera destruida, y de que en las viviendas la vida cotidiana pareciera congelarse repentinamente, quedando tantos objetos valiosos en su interior³¹⁰, nos habla de un abandono repentino y seguramente forzoso del lugar.

Los motivos y la cronología concreta de este abandono, no obstante, han sido ampliamente debatidos por los diversos autores que se han ocupado del tema, máxime cuando pronto se observó que no se trataba de un fenómeno puntual, sino que por estas mismas épocas, como expliqué en otro capítulo anterior, fueron destruidos asimismo asentamientos de la importancia de Tossal de Manises, La Escuera o Castellar de Meca. En el Camp del Tùria, por su parte, durante las primeras décadas del s. II a.C. se aprecia el mismo fenómeno, que supuso entre otras cosas el ocaso de *Edeta* y de su hegemonía regional, y que es atribuido por los investigadores de la Universidad de Valencia a la represión desatada por Catón para pacificar la zona en el 195 a.C.³¹¹ Según C. Mata, esta represión habría sido también la causante de las destrucciones y abandonos que se aprecian en nuestra zona del sureste ibérico³¹², hipótesis a la que recientemente se ha adherido igualmente J.M. García Cano³¹³. F. Sala, sin embargo, retrotrae unos años más el proceso, al proponer que el derrumbe de las fortificaciones de Serreta y Tossal de Manises y el abandono de aquella y prácticamente de este están relacionados entre sí, y son consecuencia directa de la

³⁰⁸ Grau 1996: 116; Sala 1998: 46; Olcina, Grau y Moltó 2000: 135.

³⁰⁹ Tarradell 1968: 360.

³¹⁰ Grau 1996: 116.

³¹¹ Guérin, Bonet y Mata 1989: 201-202.

³¹² Mata 2000: 38-39.

³¹³ García Cano 2008: 119.

Segunda Guerra Púnica y del alineamiento de ambos asentamientos en el bando derrotado, el cartaginés³¹⁴. I. Grau, finalmente, se limita a señalar el abandono de la Serreta como una consecuencia más o menos inmediata de la extensión del poder romano por la región, poder romano que habría estimado conveniente desestructurar los territorios políticamente consolidados a través del seccionamiento de sus núcleos rectores, en este caso La Serreta³¹⁵.

El proceso, de hecho, fueran cuales fueran sus causas y cronología exacta, resultó nefasto para el dinamismo político y económico de los valles alcoyanos. En un reciente estudio, se estimó que entre finales del s. III y comienzos del II a.C. la población de los valles alcoyanos descendió a la mitad³¹⁶. La vía de comunicaciones que atravesaba los valles alcoyanos y que a través de ellos articulaba el sureste ibérico prácticamente quedó abandonada, siendo sustituida por la Vía Augusta, que rodeaba la región al internarse en la Península por el valle del Canyòles y descender después a la costa por el del Vinalopó³¹⁷. Y, si bien es cierto que perduran durante cierto tiempo algunos de los asentamientos en altura que habían funcionado durante la época anterior como núcleos rectores de sus respectivas áreas subcomarcales por delegación de La Serreta, tales como Castell de Perputxent, Xarpolar, Castell de Cocentina, Pitxócol, Castellar d'Alcoi o Castell de Penàguila, todos ellos terminarán desapareciendo sin que ninguno llegue a ser promocionado por la administración romana. En su lugar, proliferarán desde muy pronto por los valles alcoyanos, y sobre todo en el llano en torno a La Serreta y en el eje central de El Comtat, una gran cantidad de aldeas de mediano y pequeño tamaño y de minúsculas granjas³¹⁸, encaminadas a implementar la explotación agropecuaria de la región, aunque empleando para ello métodos no muy distintos de los ibéricos tradicionales³¹⁹. En definitiva, los valles alcoyanos se convierten en tan solo unos años en una región rural, relativamente deprimida, por la que no atraviesa ninguna vía importante de comunicaciones y en la que por lo que sabemos no surgirá ninguna comunidad de estatuto promocionado, ya sea colonial o provincial, de modo que el territorio

³¹⁴ Sala 1998: 46; 2010: 945-946.

³¹⁵ Grau 2005: 86-87.

³¹⁶ Grau 2010 a: 237-238.

³¹⁷ Grau 2000: 45-46. Cf. Olcina *et alii* 1998: 44.

³¹⁸ Grau 2003: 62; Grau y Molina 2005: 252-254; Grau y Garrigós 2007: 117-137.

³¹⁹ Grau y Garrigós 2007: 140.

dependería nominalmente de alguna de las ciudades de la costa. Duro castigo para el territorio que a finales del s. III a.C. había protagonizado uno de los proyectos políticos más complejos de la Iberia prerromana.

De cualquier manera, la historia de La Serreta no acabó aquí. Si bien el poblado parece que quedó definitivamente abandonado en este momento, en la zona del santuario las sucesivas campañas arqueológicas han recogido gran cantidad de materiales de época posterior. Así, además de abundantes sillares toscamente labrados, un gran volumen de *tegulae* e *imbrices*, y algunos fragmentos de vidrio romano, todo lo cual aún puede observarse fácilmente en superficie en el propio yacimiento, se recogieron varios centenares de vasos de *terra sigillata*, cuarenta y seis monedas y sesenta y ocho lucernas³²⁰.

El hecho de que solo apareciera cerámica de lujo y en ningún caso de cocina o de almacenaje llevó a M.H. Olcina a proponer, creo que acertadamente, que se trataría de ofrendas³²¹, en tanto que la amortización de monedas y de lucernas en los santuarios iberorromanos está ya atestiguada como algo relativamente habitual por la bibliografía³²². Se trata en todos los casos, por tanto, de los objetos que sería esperable encontrar en un área sacra al aire libre. Más llamativa resulta, no obstante, su cronología: el estudio tipológico de las *sigillatas* las sitúa entre los años 30 y 160 d.C.³²³, en tanto que las primeras lucernas no aparecen hasta finales del s. I a.C.³²⁴, y la moneda más antigua fue acuñada en *Carthago Noua* en el 4 a.C.³²⁵ Esto es, todos estos materiales evidencian una recuperación de la frecuentación del santuario en los momentos inmediatos al cambio de Era, es decir, dos siglos después de que la ciudad

³²⁰ Garrigós y Mellado 2004; Poveda 2005; Lara 2005. *Vid.* Fig. 6.32.

³²¹ Olcina 1997: 169

³²² Cf., respectivamente, Arévalo y Marcos 2000; Adroher y Caballero 2008: 224-226.

³²³ Poveda 2005: 118-120.

³²⁴ Lara 2005: 140.

³²⁵ Llobregat 1972: 138; Aranegui 1994 a: 121; Garrigós y Mellado 2004: 204. La única pieza anterior a la mencionada es un semis romano-republicano acuñado en Sicilia durante la Segunda Guerra Púnica, pero su presencia aquí debe ser incluida en la primera fase de frecuentación del santuario, esto es, la contemporánea al poblado de La Serreta, y no a la etapa posterior a la destrucción de aquel.



Fig. 6.32. Selección de materiales hallados en el santuario: vasos de *terra sigillata*, lucerna tardorrepublicana y semis augusteo de *Carthago Noua*.

de La Serreta, de la que originariamente dependía el área sacra, fuera destruida y abandonada³²⁶.

Para complicar aún más las cosas, a un centenar de metros del lugar de mayor acumulación de materiales ibéricos del santuario, esto es, en el extremo occidental del asentamiento y adosada a la muralla norte, apareció durante las excavaciones de E. Llobregat una estructura de características claramente diferenciadas respecto de la fase “Serreta II” del poblado. Al parecer, se trata de una pequeña estructura de aterrazamiento sobre la que se erigió un edificio de 25x5m de superficie, orientado este-oeste y con la puerta de acceso hacia el este, cuyo espacio interior se encontraba dividido en tres ambientes³²⁷. El sillarejo de mediano tamaño que componía sus muros y, sobre todo, las *tegulae* que conformaban la cubrición del conjunto, avalan el carácter romano del edificio, refrendado por la acumulación de *sigillatas* y vidrios documentada en torno al mismo. Por su parte, la ausencia de cerámica de cocina y de cualquier otro objeto que no pueda interpretarse como ofrenda ritual, así como su cercanía respecto a este y su carácter aislado (teniendo en cuenta que el resto de las estructuras arquitectónicas de la montaña llevaban abandonadas ya varios siglos) ha llevado a considerarlo desde el primer momento como un templo³²⁸.

Es necesario señalar, en todo caso, que las noticias que la bibliografía viene transmitiendo sobre este edificio son bastante aisladas y confusas, y que aspectos como las dimensiones del mismo varían de unas descripciones a otras, en tanto que la única planta publicada de la estructura resulta muy poco detallada³²⁹. También resulta problemática la cronología del templo, pues recientes publicaciones vacilan entre acotarla entre los ss. III y IV d.C.³³⁰, o bien ampliarla a los ss. I-IV d.C.³³¹ Lo que sí que parece claro es que la construcción del edificio es propiamente romana, varios siglos

³²⁶ Bien es cierto que G. Lara publica un fragmento de tipología indeterminada de cerámica beoide, datable por tanto entre los siglos II y I a.C. (Lara 2005: 124), pero a falta de que otros materiales de esta época vean la luz, contamos con esta única pieza para matizar el abandono del santuario en estos años.

³²⁷ Vid. Fig. 6.33.

³²⁸ Llobregat 1984: 251; Llobregat *et alii* 1992: 62 y 69; Poveda 2005: 100 y 120; Prados Martínez 2010: 69.

³²⁹ Aranegui 1994 a: 121.

³³⁰ Poveda 2005: 120.

³³¹ Grau y Garrigós 2007: 146-147.

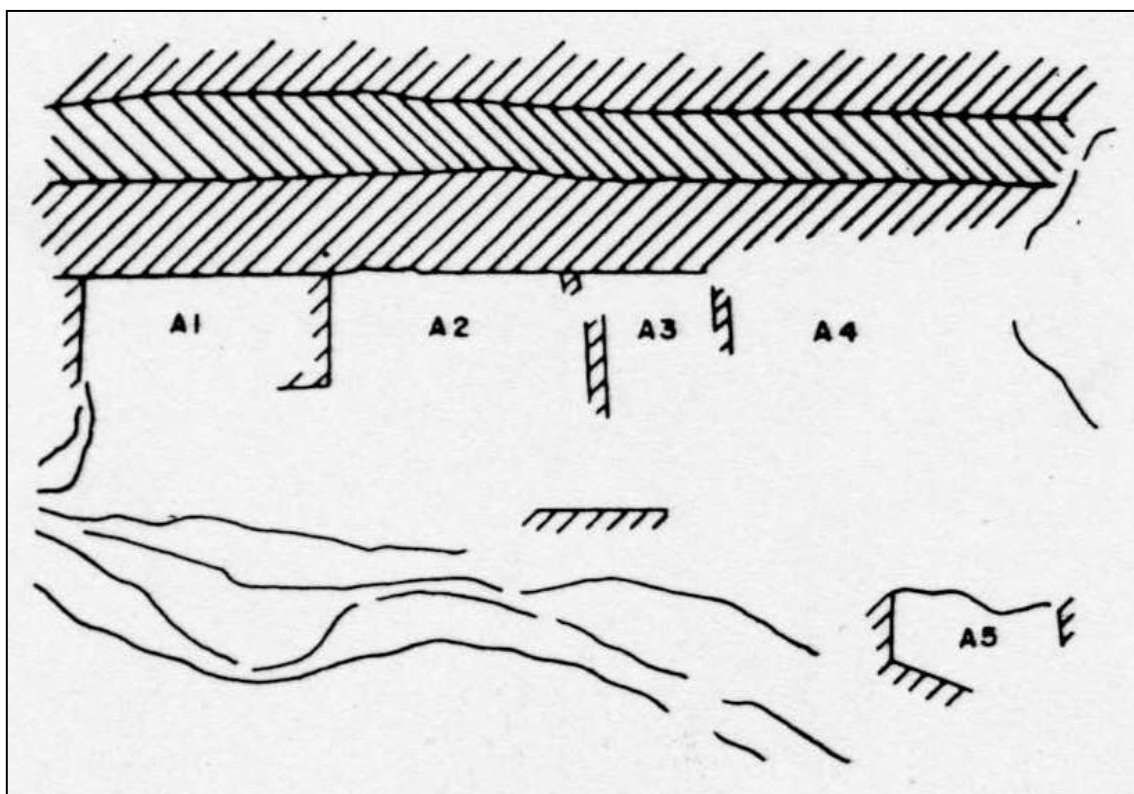


Fig. 6.33. Planta del templo tardorromano.

posterior al abandono del poblado de La Serreta, y que se mantuvo en uso hasta época bajoimperial, habiéndose podido documentar incluso un crismón del s. VI d.C.³³²

¿Cómo interpretar, por tanto, el *hiatus* que el registro material evidencia entre las dos fases de frecuentación del santuario, la contemporánea al período de esplendor del poblado de La Serreta y la que arranca dos siglos después del abandono de este, hacia el cambio de Era? Desde luego, no creo que deba concebirse el fenómeno como un ejemplo más del proceso de monumentalización de los santuarios iberorromanos de sureste, pese a lo que en ocasiones se ha asumido³³³, pues la construcción del templo de La Serreta es mucho más tardía que la de El Cerro de los Santos o La Encarnación, y además tiene lugar tras varios siglos de aparente abandono del lugar, y tras la destrucción del núcleo urbano del que el santuario dependía. Estamos hablando, en mi opinión, de dos dinámicas totalmente distintas.

Lo que en cambio propongo, solamente a manera de hipótesis de trabajo, es que nos encontramos ante un curioso fenómeno de *resistencia* simbólica al dominio

³³² Grau y Garrigós 2007: 147.

³³³ Ramallo 1993: 118.

imperialista romano, articulada a través de una memoria colectiva cristalizada en el Paisaje³³⁴.

Como he descrito páginas atrás, tras la conquista de la región el territorio político construido desde La Serreta fue sistemáticamente desarticulado, su capital fue destruida y abandonada, y los valles alcoyanos pasaron a convertirse en una zona rural deprimida y marginal, lejana a los centros provinciales y municipales de decisión. Pero, en mi opinión, de alguna manera el recuerdo del pasado común pudo transmitirse a través de las generaciones, y la importancia simbólica del santuario quizás se mantuvo vigente entre las gentes de los valles. Quizás ya no se organizaran romerías que ascendieran al santuario, y desde luego la costumbre de depositar en él terracotas cesó, pero la montaña de La Serreta continuaba dominando el paisaje alcoyano, continuaba estando presente de alguna manera en la experiencia cotidiana de estas gentes, y posiblemente la elevación se mantuviera cargada de significado en el imaginario de las comunidades locales durante mucho tiempo. Ello podría explicar, de hecho, la aparición de terracotas en diversos puntos de estos valles datadas entre los ss. I a.C. y I d.C., análogas iconográficamente a las de La Serreta aunque fabricadas ya, lógicamente, con un estilo distinto³³⁵. Ello explicaría asimismo que, poco a poco y cuando el dominio romano terminó de consolidarse en la Península, este *lugar de memoria* volviera a ser frecuentado, coincidiendo de hecho con un período de auge generalizado de las identidades provinciales basadas en la recuperación de este tipo de viejos cultos locales³³⁶.

De hecho, el enclave no solamente sería frecuentado desde el cambio de Era, sino que la importancia simbólica del mismo habría calado hasta tal punto en la identidad colectiva de los habitantes de los valles alcoyanos a lo largo de varios siglos, que tiempo después alguno de los gobiernos locales sancionaría este culto con la construcción de un templo. Un templo que monumentalizaba “a la romana” el antiguo santuario, recanalizando hacia las prácticas cúltras cívicas, *ortodoxas*, una práctica religiosa cuyas connotaciones de resistencia cultural ya seguramente habrían sido

³³⁴ García Cardiel 2014 d.

³³⁵ Fernández Díaz 1998.

³³⁶ Agradezco a E. Sánchez Moreno este apunte.

olvidadas desde hacía tiempo, y rearticulándolas en beneficio de una administración local ya perfectamente consolidada.

6.5. Un bastión sobre los valles.

En este capítulo, he tratado de reevaluar nuestros conocimientos sobre la historia de La Serreta de Alcoy, intentando deconstruir la abundantísima bibliografía que se ha ocupado del enclave para detectar los puntos fuertes y débiles de los modelos interpretativos tradicionalmente aceptados, y poniendo el foco de atención fundamental en los discursos ideológicos que las elites locales produjeron y difundieron para tratar de construir y consolidar su preeminencia social a lo largo de los siglos.

Según se ha discutido en las páginas precedentes, los orígenes de La Serreta son ciertamente problemáticos. Un puñado de cerámicas de cronología orientalizante y probable producción fenicia no bastan para asumir que el asentamiento hubiera estado habitado de manera continua ya desde el s. VII o VI a.C., como en ocasiones se ha defendido. De hecho, ni siquiera contamos con argumentos suficientes como para dar por sentado que hacia el s. IV a.C. nos encontremos con un núcleo urbano rector de los territorios circundantes; antes bien, podría tratarse más bien de un poblado dependiente de El Puig y encargado de extender el dominio visual (y, por ende, territorial) del mismo por toda la Cubeta d'Alcoi. El sector de las aristocracias de El Puig aquí desplazado, además, se harían enterrar en la propia montaña, y seguirá habitándola y prosperando en el enclave incluso tras la caída de la comunidad matriz.

Tras la desaparición de El Puig, de hecho, la pequeña comunidad de La Serreta sobrevivió y heredó el dominio sobre al menos parte de la comarca circundante. De hecho, en un contexto marcado por la reestructuración de las dinámicas poblacionales de los valles alcoyanos, en el que varios de los antiguos grandes núcleos desaparecen, La Serreta es capaz de generar en poco tiempo unas estructuras urbanas impresionantes, mayores en dimensiones y monumentalidad a las de los otros asentamientos alcoyanos, y de desarrollar unas estructuras económicas y políticas de las que se valdrá para convertirse, en la segunda mitad del s. III a.C., en el núcleo hegemónico de los valles, cabeza de un sistema estatal o protoestatal que surgirá y se

mantendrá en connivencia y abierta colaboración (al menos económica, seguramente también política) con el recién llegado poder imperialista cartaginés.

Este nuevo y complejo sistema político se vio acompañado de toda una serie de discursos ideológicos que lo naturalizaban. Las elites alcoyanas se presentaban a sí mismas como jinetes, garantes seguramente de la estabilidad de los caminos, adalides de las virtudes cívicas y herederos de una larga tradición heroica posibilitada por la protección de las divinidades. Para transmitir estos mensajes, surgió en los alfares de La Serreta la decoración vascular figurativa. A través de las escenas que materializaban esta ideología, y que quedaban representadas en unos recipientes de lujo que podían ser fácilmente almacenados por las familias más pudientes, intercambiados entre ellas y ostentados cuando la ocasión se prestara, quizás tomando parte en festivales anuales, se pretendía explicar la preeminencia social de esta aristocracia y garantizar su control sobre las diversas comunidades locales de los valles.

En cuanto al santuario emplazado en la cumbre de la Serreta, al suroeste del asentamiento, he propuesto que pudo ser empleado por las aristocracias alcoyanas para naturalizar el nuevo proyecto político puesto en marcha: si por una parte la creación de un área sagrada de carácter regional podía servir para cohesionar a las distintas comunidades locales en torno a un único proyecto político, cuya cabeza resultaba ser precisamente el poblado del que dependía este santuario y que había que atravesar para llegar a él, por la otra la “invención” de un ritual de amplia tradición en el mundo ibérico como es la deposición de exvotos figurativos, pero que empleara un lenguaje fuertemente punizante, podía servir para naturalizar en el plano religioso la colaboración mantenida con el poder imperialista cartaginés, y sobre la que en parte se sustentaría el proyecto político alcoyano.

Quizás esta colaboración fue la que determinó que, a resultas de la Segunda Guerra Púnica o en los años inmediatos a su conclusión, La Serreta fuera destruida y el poblado abandonado. Es posible también que entre las prioridades de la administración romana estuviera la desestructuración de los territorios ibéricos que habían alcanzado un mayor grado de organización política, pues a partir de entonces los valles alcoyanos quedarán relegados a un papel marginal en la historia hispana, convirtiéndose en una zona rural deprimida y sin núcleos urbanos de cierta entidad. El poblado de La Serreta no volverá a ser habitado. Por el contrario, al cabo de un par de

siglos, el antiguo santuario vuelve a ser frecuentado, e incluso con el tiempo llegará a construirse en el lugar un pequeño templo. Tal y como he propuesto en este capítulo, esta recuperación del espacio sacro puede deberse a que la importancia simbólica del mismo quedó grabada en la memoria colectiva de las gentes de la región, e inscrita en el paisaje alcoyano. Quizás como un acto simbólico de resistencia más o menos consciente, quizás simplemente como un rasgo identitario larvado, el recuerdo del santuario permaneció activo durante un par de siglos, y cuando la administración romana terminó de consolidarse en *Hispania*, nuevos peregrinos comenzaron de nuevo a ascender la montaña de La Serreta para visitar el santuario.



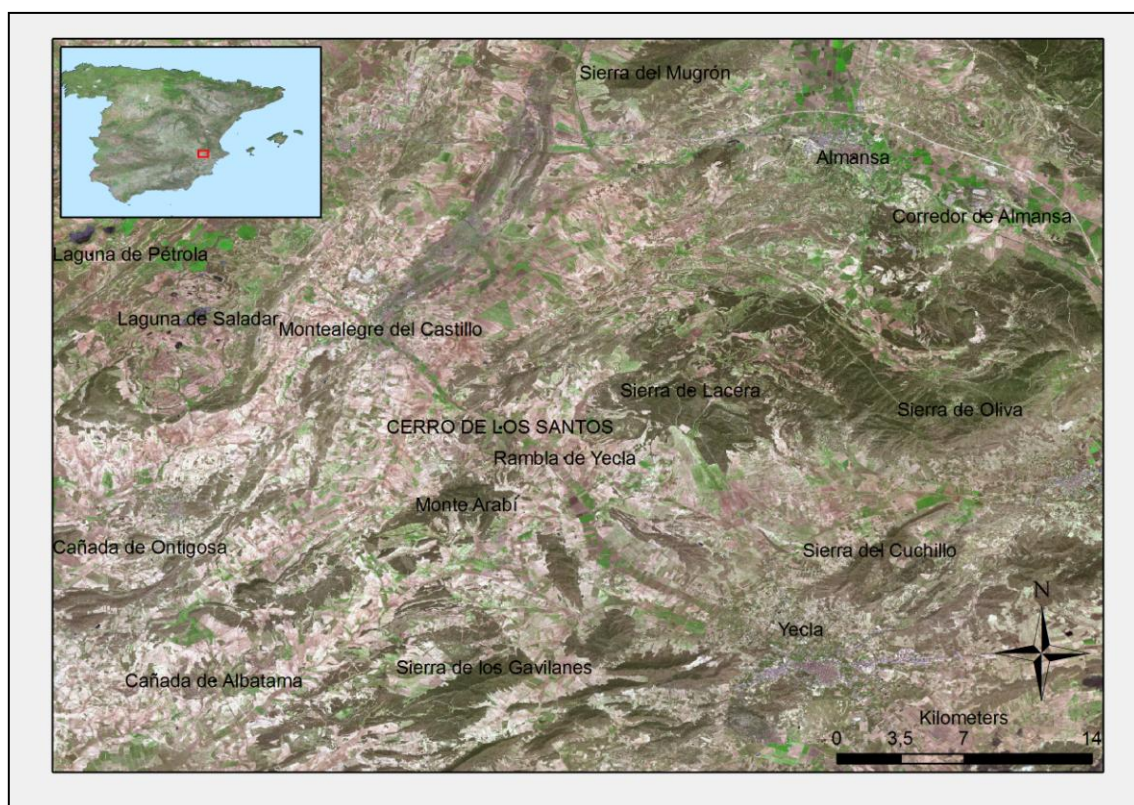
VII. ARISTÓCRATAS Y TOGADOS SE MUESTRAN ANTE LA DIVINIDAD. EL SANTUARIO DEL CERRO DE LOS SANTOS

Eran fenicios que labraban estas estatuas rígidas y simétricas, de sabios y de vírgenes, que hoy contemplamos con emoción en los museos. Yo las he mirado y remirado largos ratos en las salas grandes y frías. Y al ver estas mujeres con sus ojos de almendra, con su boca suplicante y llorosa, con sus mantillas, con los pequeños vasos en que ofrecen esencias y ungüentos al Señor, he creído ver a las pobres yeclanas del presente, y he imaginado que corría por sus venas, a través de los siglos, una gota de sangre de aquellos orientales meditativos y soñadores.

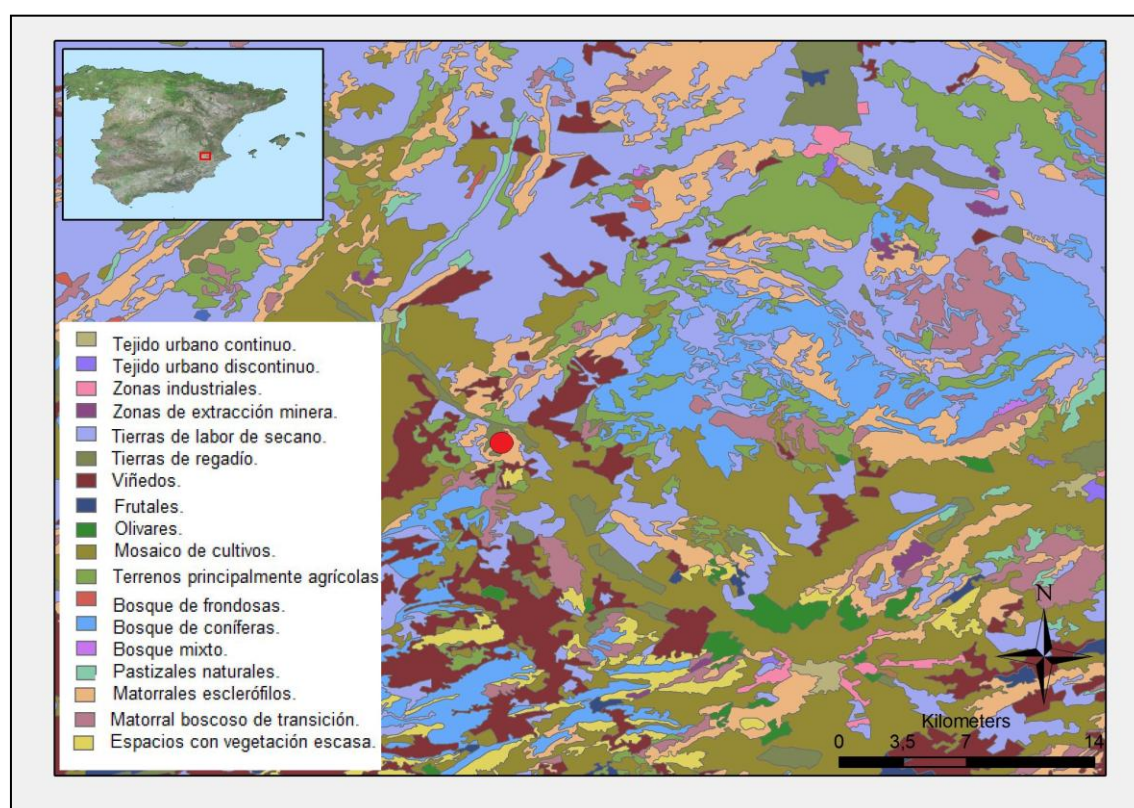
Azorín, “La misteriosa Elo”, *Las confesiones de un pequeño filósofo*, 1904.

7.1. “Un pequeño collado denominado Cerro de los Santos...”. Introducción al yacimiento.

En pleno corazón del mundo ibérico pero aparentemente cerca de ninguna parte, el Cerro de los Santos se alza en el sureste de la actual provincia de Albacete, al este del término municipal de Montealegre del Castillo, y por tanto a medio kilómetro del límite con el término alledaño de Yecla, ya en la provincia de Murcia. Se trata de una zona periférica al Corredor de Almansa e inmediatamente paralela a este, comarca heterogénea desde el punto de vista geográfico pero que comprende las vías de paso más fáciles entre la costa sureste y el interior meseteño, al conformar un corredor que corta las estribaciones Prebéticas más nororientales, que se suceden en dirección suroeste-noreste alternando fallas y plegamientos, cruzados ambos por frecuentes ramblas estacionales. Se alternan allí los suelos terciarios y cuaternarios, en general



Mapa 7.1. Entorno físico del Cerro de los Santos.



Mapa 7.2. Usos del suelo en torno al Cerro de los Santos.

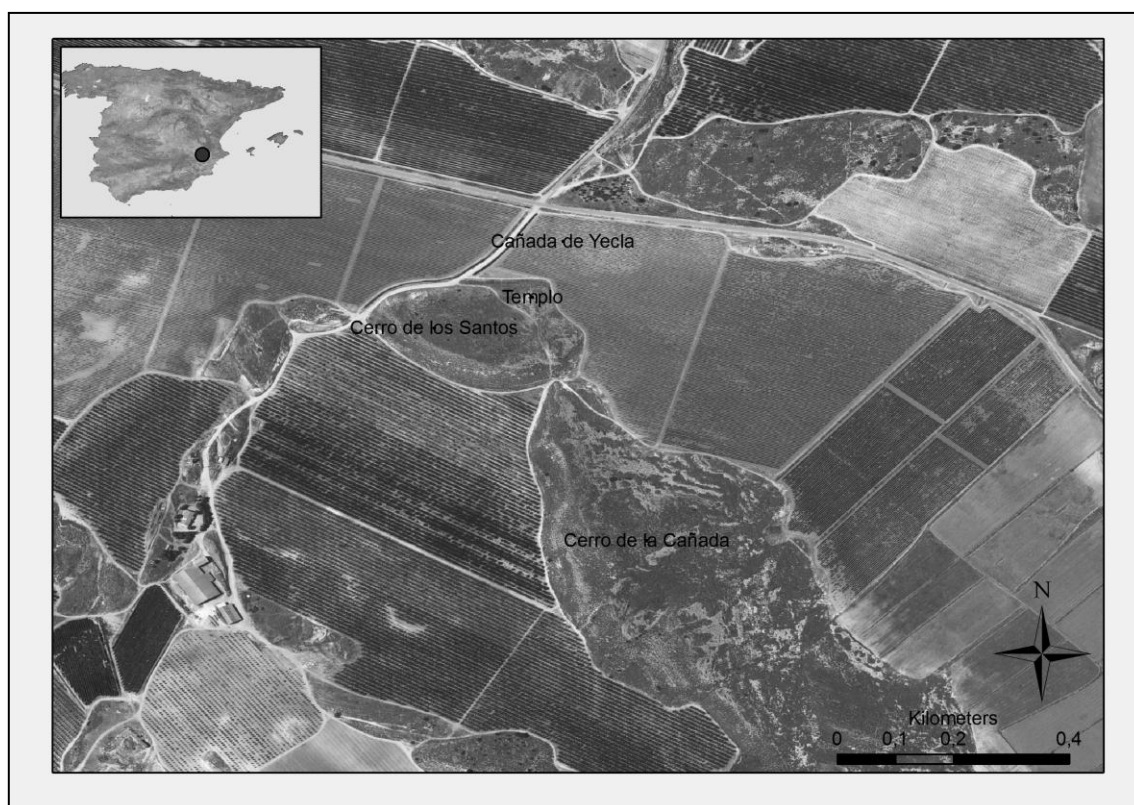
con un alto contenido en carbonato cálcico y muy degradados, con una capacidad de explotación agraria limitada salvo en las cuencas de aluvión. Los recursos hídricos tampoco son abundantes, dado que aunque las precipitaciones del clima mediterráneo continentalizado propio de la zona rondan los 700mm anuales, la región es endorreica en su mayor parte, por lo que la disponibilidad de agua en buena medida se circunscribe a las crecidas anuales de las ramblas, a los frecuentes manantiales y fuentes que rara vez fluyen durante todo el año, y a las recurrentes lagunas salobres que perlan el sureste meseteño. En este estado de cosas, predomina actualmente la vegetación arbustiva muy degradada, con manchas de pinares y encinares, y frondosa vegetación de ribera únicamente en torno a las lagunas¹.

Dentro de esta comarca, el Cerro de los Santos constituye una pequeña elevación de 736mns, alargada en dirección N-S en torno a unos 200m, y levantándose no más de una treintena de metros sobre el entorno. Se sitúa a unos ocho kilómetros y medio de Montealegre del Castillo, en las coordenadas 1º16'20''W, 38º44'10''N del meridiano de Greenwich, sobre la carretera comarcal 3209 que une la citada población con Yecla y flanqueando por el sur la llamada Cañada de Yecla, por la que discurre precisamente esta vía de comunicación. El punto más prominente del entorno es el monte Arabí (Yecla, Murcia), que domina el horizonte desde sus 1068msnm, y es conocido por sus pinturas levantinas². Por su parte la Cañada, llamada también Rambla del Judío, corresponde con un pasillo de suelos cuaternarios de aluvión, muy horizontales y con una cierta potencialidad agrícola pero que periódicamente se inundan, ya que recogen la escorrentía de toda la región.

Por el contrario, las formaciones calizas que componen el Cerro de los Santos afloran en buena parte de la superficie del mismo, permitiendo el crecimiento de una vegetación muy escasa en algunos puntos de las laderas. Estas son practicables al este, oeste y norte, punto este último en el que se funden con los aportes sedimentarios de la Rambla, en tanto que al sur el cerro se corta de manera abrupta. De hecho, la subida natural al Cerro parece situarse al oeste del mismo, pasando por detrás de un pequeño promontorio que se alza en la cara norte del mismo, asomándose sobre la Cañada, y

¹ Sánchez Sánchez 1982; Ponce 1989. *Vid.* Mapas 7.1 y 7.2.

² Ruiz Molina 1999.



Mapa 7.3. Fotografía aérea del entorno inmediato del Cerro.

en el que se localizaron los restos del templo antiguo. En la parte superior del cerro y en la de este pequeño montículo secundario los suelos están en la actualidad erosionados hasta la roca madre, pero en las laderas oeste, este y norte, sobre todo en estas dos últimas, aún quedan niveles arqueológicos revueltos sobre los que se percibe abundante material en superficie, pero en los que en los años setenta igualmente se podían observar los surcos de arado que fueron fruto de un fútil intento por repoblar el área con pinos³. Un pequeño collado, en el que se centraron las excavaciones de finales del s. XIX, separa el Cerro de los Santos del Cerro de la Cañada, al este y sureste, en el que en su momento igualmente se detectó material en superficie⁴. Por su parte, al sur del Cerro el terreno se encuentra enormemente removido, pues a finales de los setenta se abrió una zanja bordeando el Cerro para implementar un sistema de regadío en las parcelas aledañas de la Cañada, sistema que se ha completado con la

³ Chapa 1980 a: 82.

⁴ Savirón 1875: 195.

reciente instauración, en los últimos años, de una enorme balsa de agua para la que se ha debido de desplazar un gran volumen de tierra⁵.

El aspecto del Cerro tal y como lo acabo de describir, no obstante, es el resultado de continuos cambios en el paisaje, por lo que la orografía del santuario ibérico pudo ser bastante distinta. Sin ir más lejos, hasta 1830 parece que el Cerro estuvo cubierto de un espeso manto arbóreo⁶, cuya tala probablemente ocasionó la erosión de los suelos y el degradado estado actual del montículo, capa arbórea que de hecho aparece refrendada para época ibérica por estudios arqueológicos en otros yacimientos del sureste albacetense, en forma de probables encinares abiertos⁷. Las continuas actividades de excavadores furtivos, unidas a las campañas intensivas que a finales del XIX se llevaron a cabo (P. Savirón se preciaba de haber levantado toda la tierra del Cerro, desde la parte inferior de las laderas hasta la cima⁸), y en menor medida a las que durante el s. XX se han sucedido han supuesto una continua remoción del terreno a gran escala, hasta el punto de que cuando los Padres Escolapios llegaron al lugar, se encontraron con unos suelos que por término medio mostraban una potencia de medio metro hasta la roca madre⁹, en tanto que esta aflora hoy, como decía, en buena parte del Cerro.

Finalmente, para terminar de ubicar el yacimiento tan solo me resta añadir que este se encuentra a la vera misma de una de las principales vías de comunicación prerromanas, el denominado Camino de Aníbal o Vía Heraclea, que conectaba la Alta Andalucía y el Levante, atravesando el sureste peninsular (más al interior por tanto que la posterior Vía Augusta, que desde Fuente la Higuera volvía de nuevo a la costa para pasar por *Carthago Noua* y salvar el *Campus Spartarius*¹⁰) y vertebrando buena parte del poblamiento de la región¹¹. Según la reconstrucción que P. Sillières ensayara a partir de prospecciones, análisis de fotografía aérea y el estudio del Itinerario de Antonino y los Vasos de Vicarello, el camino se apartaría de la costa mediterránea a la

⁵ Vid. Figs. 7.1 y 7.2. y Mapa 7.3.

⁶ Savirón 1875 a: 128; Escolapios 2007 [1871]: 68. Cf. Ruiz Bremón 1987: 40; 1988: 385; 1989: 18.

⁷ Broncano 1989: 44; Sanz y Blánquez 2010: 254.

⁸ Savirón 1875: 195.

⁹ Escolapios 2007 [1871]: 68.

¹⁰ Blánquez 1990 a: 51-56.

¹¹ Castelo 1998: 129-130.



Fig. 7.1. El Cerro de los Santos desde el noroeste.



Fig. 7.2. Materiales dispersos por la superficie de las faldas del Cerro (primavera de 2014).

altura de Játiva, atravesando la comarca de La Costera-Canyòles, pasaría por Mogente y Fuente la Higuera para a continuación dejar Caudete al Sur y ganar la Meseta precisamente a través de la Rambla de Yecla, a los pies del Cerro de los Santos; más tarde alcanzaría Pétrola, Horna, Chinchilla de Montearagón y Libisosa, para ya encaminarse hacia el sur por Valdepeñas en dirección a Cástulo y Sierra Morena¹². Es de reseñar que M. Almagro indicó la posibilidad de que la Vía Heraclea fuera un tanto más al sur, por la actual carretera de Pozo Cañada a Horna y pasando por tanto por la necrópolis de Pozo Moro¹³, aunque carecía de ulteriores argumentos más allá de la ubicación de este último cementerio. Por otra parte, a partir de la época bárquida se valora igualmente una variante a la vía anterior que, una vez alcanzado el Cerro de los Santos desde el Levante, viraría hacia el Tolmo de Minateda por la Rambla de Ontigosa, desde donde se bifurcaría hacia *Carthago Noua* y hacia Cástulo, en la llamada vía *Castulo-Saetabi*¹⁴, en torno a la que surgen algunos de los principales núcleos poblacionales de época iberorromana en el sureste albacetense¹⁵. Menos visos de verosimilitud tiene la vía que, según J. Maluquer, atravesaría la Península Ibérica de este a oeste, partiendo de Santa Pola para atravesar Monforte y Agost hasta ganar la Meseta nuevamente a través de la Cañada de Yecla y bajo el Cerro de los Santos, e internarse en la misma pasando por Chinchilla, Balazote y Valdepeñas en dirección a Extremadura¹⁶, camino en contra del cual ya argumentó, creo que de manera convincente, A.J. Domínguez¹⁷.

No obstante esta ubicación del Cerro de los Santos a la vera de una importante vía de comunicaciones, no ha de escapársenos un importante detalle, que constituye en realidad una de las principales claves para la interpretación del santuario: el Cerro se encuentra, al menos aparentemente, aislado en la trama del poblamiento ibérico, alejado de cualquier núcleo importante de población cuya autoridad pudiera explicar el desarrollo de este enclave sacro. Bien es cierto que hacia el este en la Cañada de

¹² Sillières 1977; Blánquez 1990 b.

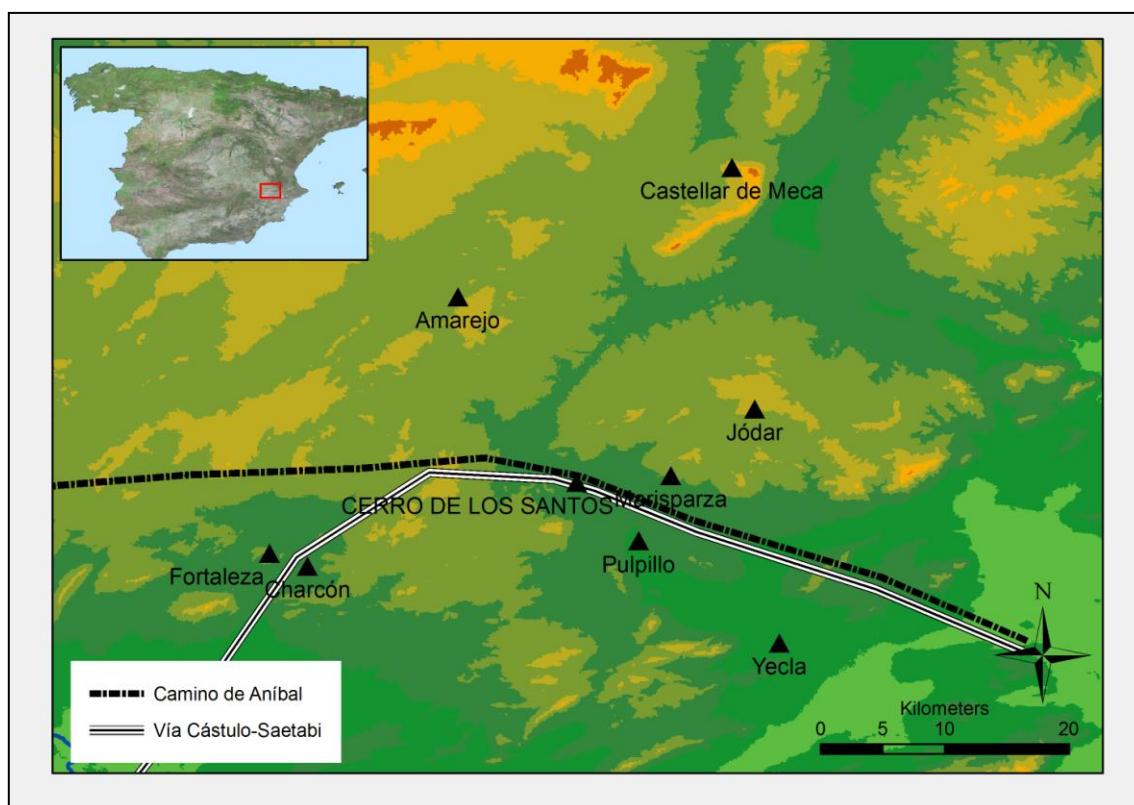
¹³ Almagro Gorbea 1983: 181-182.

¹⁴ Selva y Jordán 1988; López Precioso, Jordán y Soria 1992: 59-60; Abad, Gutiérrez y Sanz 1998: 29-31. Vid. Mapa 7.4.

¹⁵ Sanz 1995-1996.

¹⁶ Maluquer 1985: 481-482.

¹⁷ Domínguez 1988.



Mapa 7.4. Vías de comunicación en torno al Cerro de los Santos.

Yecia, y hacia el sur en la Rambla de Ontigosa, se han detectado algunos hábitats rurales claramente avocados a la explotación de los terrenos coluviales, y también que en las inmediaciones del Cerro de los Santos se ubicó una importante necrópolis monumental, como es Llano de la Consolación¹⁸; pero la cronología de esta última no parece coincidir estrictamente, como veremos más adelante, con la etapa de funcionamiento del santuario, y en todo caso el asentamiento en el que habitarían las gentes que se enterraban en este cementerio no se conoce. El poblado en altura más cercano para el que se puede proponer una cierta entidad dentro de la red de poblamiento sería Fortaleza (Fuenteálamo, Albacete), si bien su escaso tamaño, no obstante, no parece adecuarse a primera vista con la importancia que alcanzaría el Cerro de los Santos como lugar de peregrinaje sacro.

¹⁸ Valenciano 2000.

Este “pequeño collado denominado Cerro de los Santos”, como comenzaban la descripción del mismo los Padres Escolapios en 1871¹⁹, era conocido como yacimiento arqueológico antes de que naciera la Arqueología como ciencia moderna. Su propio topónimo, ya atestiguado desde época de los Reyes Católicos²⁰, podría aludir al hallazgo cotidiano ya en esta época de esculturas ibéricas en el enclave por parte de los vecinos del lugar, quienes las identificarían como imágenes de santos, pues ante la inexistencia de una “cultura ibérica” definida, esto es, ante la inexistencia de una matriz epistemológica desde la que interpretar los *realia* que iban surgiendo de la tierra, estos eran relacionados con algunos de los referentes del pasado colectivo predominantes en el imaginario de la época, como los “santos” o los “moros”²¹.

La aparición de esculturas ibéricas se hizo aún más recurrente a partir de 1830, año en el que como apuntaba anteriormente el manto boscoso que cubría el Cerro fue talado, y por lo tanto su superficie comenzó a erosionarse a gran velocidad, dejando al descubierto los vestigios arqueológicos del yacimiento, sobre todo los fragmentos escultóricos, parte de los cuales eran recogidos por los vecinos para atesorarlos o reutilizarlos como material de construcción en la zona, como por ejemplo en el dique de contención de aguas que se levantó al este del promontorio²². Ante esta situación, en 1860 J.D. Aguado y Alarcón, vecino de Corral Rubio (Albacete) y quizás corresponsal de alguna de las Reales Academias²³, envió un informe a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando acompañado de los dibujos de siete esculturas y un capitel, informe que desde allí se remitió a la Real Academia de la Historia, sirviendo de base para la publicación de las primeras referencias sobre el yacimiento²⁴, pero sin que sirviera de acicate para que la Administración tomara ninguna medida concreta²⁵. En la mencionada publicación, R. Amador dio a conocer los dibujos de J.D. Aguado, describió la topografía del Cerro, y lo interpretó como un *martyrium* visigodo.

¹⁹ Escolapios 2007 [1871]: 62.

²⁰ Según la queja que el conde de Montealegre recibe de las villas de Villena, Yecla y Sax, fechado en 1497, y que el padre Lasalde pudo consultar. No obstante, por error el propio Lasalde encuadró el documento en el s. XIV, centuria que ha sido aludida sistemáticamente en la bibliografía posterior (cf. comentarios al respecto de López Azorín y Ruiz Molina en Escolapios 2007 [1871]: 62-63, n.15 y 16).

²¹ Cf. Olmos 1998d: 59-60.

²² Engel 1892: 158.

²³ Cf. Ruiz Bremón 1989: 16, n. 2.

²⁴ Amador 1862-1863.

²⁵ Aguado 1875; Rada 1875: 12. Cf., en último lugar, Chapa y González Alcalde 2013: 115-117.

No obstante, tanto en la descripción de Aguado como en la de otros eruditos locales que comienzan a visitar el lugar, se dejan traslucir sospechas de una mayor antigüedad al atribuir a las piezas un aire “oriental”, “egiptizante”, algo que llama la atención sobremanera en aquellos años. No en vano asistimos a la época en la que el auge de los nacionalismos se alía con las ideologías románticas y con una naciente arqueología para tratar de dotar a los distintos Estados de una memoria común de tipo *nacional*, cuyo arraigo se intenta retrotraer lo más posible²⁶. De ahí la comparación que con Numancia o Sagunto que el propio P. Lasalde dedica al Cerro de los Santos²⁷, pues estas ciudades constituían los máximos mitemas referenciales identitarios del imaginario de la época²⁸; y de ahí las entusiastas palabras que en la misma publicación dedica el fraile a la conexión entre el inicio de las excavaciones en el Cerro y el contexto ideológico de la época, y que creo que merece la pena transcribir:

*Una feliz casualidad ha hecho, que ese tesoro oculto por tantos años, se descubriera en un tiempo, aunque la historia y sobre todo al de nuestra patria, tienen una grandísima necesidad de documentos que la ilustren en el oscuro caos de los primitivos tiempos, como con tenaz empeño y no escaso trato se está haciendo en otras naciones de Europa*²⁹.

En efecto, a finales de 1870, en una España por lo demás convulsa en la que el general Prim no tardaría en caer tiroteado y la llegada del rey Amadeo no era vista con buenos ojos por casi nadie, en la pequeña Yecla el notario del pueblo, enterado de que un vecino que había ejercido distintos oficios en los años anteriores últimamente se interesaba por la compraventa de antigüedades, le informó de la existencia de vistosas esculturas en el Cerro. El mencionado vecino, Vicente Juan y Amat, que sería conocido como “el Relojero de Yecla”, obtuvo permiso del dueño de la finca y acudió al paraje para realizar las primeras rebuscas a gran escala, para, acto seguido, acudir al superior de los Escolapios de Yecla, el padre C. Lasalde, para enseñarle la gran colección de piezas desenterradas (“dos o tres carros” repletas de ellas, según el propio fraile³⁰),

²⁶ Díaz Andreu 2002.

²⁷ Escolapios 2007 [1871]: 70.

²⁸ García Cardiel 2010; 2013 c.

²⁹ Escolapios 2007 [1871]: 64.

³⁰ Lasalde 1980: 467.



Fig. 7.3. Cuarto de las Escuelas Pías de los Padres Escolapios, en el que se amontonaban las esculturas.

que ya para entonces Juan y Amat había mezclado con las que había comenzado a adquirir de entre los vecinos de la comarca. El gran interés de Lasalde por la antigüedad de las piezas y el consiguiente entusiasmo de Juan y Amat llegaron a oídos de los dueños de la finca, que revocaron el permiso de este para seguir excavando, y solo por intercesión de Lasalde le permitieron quedarse con las esculturas reunidas. A partir de ese momento y durante un par de meses, los Escolapios de Yecla bajo la dirección del propio Lasalde y con la ayuda de los hijos del administrador de la finca, se encargaron de las excavaciones, centrándose en el collado existente al este del Cerro³¹. A resultas de estos trabajos, salieron a la luz dos centenares de esculturas más³², a las que habrían de añadirse las que el propio Lasalde fue adquiriendo entre los habitantes de los pueblos cercanos, en ocasiones en colaboración con Juan y Amat; pero sobre todo como resultado de estos trabajos se redactó la primera memoria de

³¹ Escolapios 2007 [1871]: 68.

³² Escolapios 2007 [1871]: 100. *Vid.* Fig. 7.3.

excavaciones del Cerro, firmada colectivamente por los Padres Escolapios y publicada en 1871³³.

En esta *Memoria*, los Escolapios dieron a conocer los resultados de su breve campaña arqueológica, y sus primeras apreciaciones al respecto. Así, con una sensibilidad singular para la época, tratan de poner en relación las ya famosas esculturas con el material cerámico descubierto³⁴, hablan también del hallazgo de exvotos de bronce, teselas, ladrillos, tejas y armas, e identifican el yacimiento con un “adoratorio” antiguo³⁵, y lo vinculan con la etnia prerromana bastitana³⁶. Además, publican la primera descripción del templo situado en el Cerro, tanto más valiosa cuando que pocas décadas después este habrá desaparecido: se trata de un edificio de planta rectangular de 1060x672cm (aunque creen que puede ser mayor, puesto que hay señales de que continúa más allá de la zona excavada), orientado hacia el este, con aparejo prismático sin trabazón alguna y muros de un metro de espesor; el pavimento del interior del edificio había desaparecido por completo, y en su interior no se encontró objeto alguno; por lo que respecta a la puerta, contaba con un vano de 2,6m, y estaba flanqueada por dos columnas (de las que se conservaban las basas y un pequeño fragmento de 7cm de diámetro) y antecendida por dos escalinatas. La descripción terminaba señalando que en los alrededores de este edificio se distinguían vestigios de otras muchas construcciones, que creían dependencias auxiliares o pequeños templetes secundarios³⁷.

Tan solo unos meses después de la publicación de esta Memoria, el recién creado Museo Arqueológico Nacional, inaugurado en julio de 1871, envió en septiembre una Comisión oficial, la primera de una larga serie, en este caso encabezada por P. Savirón y J.A. Malibrán, quienes visitaron el yacimiento y adquirieron a Juan y Amat medio centenar de estatuas para el Museo. Meses después, Savirón encabezaría una segunda comisión, que en este caso sí que llevó a cabo nuevas excavaciones en el Cerro, aunque los materiales quedaron en posesión de los dueños

³³ Para un estudio de la figura del padre Lasalde y su actuación en el Cerro de los Santos, que aquí solo he resumido, cf. López Azorín 1994; 1999; Ruiz Molina 2005.

³⁴ Escolapios 2007 [1871]: 77-81.

³⁵ Escolapios 2007 [1871]: 118-123.

³⁶ Escolapios 2007 [1871]: 128-142.

³⁷ Escolapios 2007 [1871]: 123-126.

de la finca, pues Savirón tenía permiso para estudiar el lugar pero no para recoger objetos, y el MAN consideró de poca relevancia las piezas descubiertas, frente a las otras muchas más “vistosas” que tanto esta comisión como las siguientes se aprestaron a adquirir de entre los vecinos y propietarios de la comarca, fundamentalmente a través del Relojero de Yecla³⁸. No obstante, sabemos que Savirón levantó una planimetría del lugar³⁹, apuró las excavaciones en el área del templo (fruto de lo cual se publicó la única planta de esta construcción de la que disponemos)⁴⁰ y realizó algunas catas al sur de este documentando restos de otras construcciones que él entendió que serían viviendas⁴¹. Savirón planteó además la remoción de la totalidad del estrato arqueológico de las laderas norte, este y oeste del Cerro, tratando de alcanzar “hasta la roca calcárea⁴²”, algo que afortunadamente no siempre se consiguió, como pondrían de manifiesto las excavaciones de A. Fernández de Avilés y T. Chapa⁴³.

Aunque durante algunos años no se volvería a excavar en el yacimiento (con la excepción de una corta campaña encabezada en 1879 por la Comisión Provincial de Albacete, de la que apenas tenemos noticias⁴⁴), todo estos trabajos y adquisiciones suscitaron un enorme revuelo en determinados sectores de la sociedad española del momento, alcanzando un gran eco periodístico⁴⁵. A las publicaciones en esta época de Aguado, Lasalde y Savirón se suman artículos de J.M. Doménech, que defiende que el santuario habría permanecido en uso durante dos milenios y habría sido visitado por fenicios, griegos y romanos⁴⁶; de J.F. Riaño, quien lo sitúa en época tardoimperial y lo cree fruto tardío del gnosticismo⁴⁷; o de J. Biosca, que lo define como greco-fenicio⁴⁸.

³⁸ Sánchez Gómez 1999: 96-97.

³⁹ Savirón 1875: lám. I.

⁴⁰ Savirón 1875: lám. II. En este trabajo se completa la descripción del templo publicada por Lasalde, describiéndolo como un edificio de planta rectangular de 1560x690cm, precedido de una escalinata de dos gradas y de un atrio de 6x2,7m. La *cella* se componía de una doble hilada de sillares unidos sin trabazón alguna, en tanto que el atrio solo estaba rodeado de una única hilada. El pavimento suponía que se compondría de las abundantes teselas documentadas, mientras que al exterior Savirón documentó una plataforma sobre la que se asentaba el edificio compuesta por tres capas: hormigón, una mezcla a base de cal, y una capa superior que fue interpretada por S. Ramallo como *opus signinum* (Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 20). *Vid.* Fig. 7.4.

⁴¹ Savirón 1875: 195.

⁴² Savirón 1875: 162.

⁴³ Fernández de Avilés 1966: 13; Chapa 1980: 98.

⁴⁴ Sanz 1993: 182.

⁴⁵ Sánchez Gómez 1999 a.

⁴⁶ Doménech 1872.

⁴⁷ Riaño 1872.

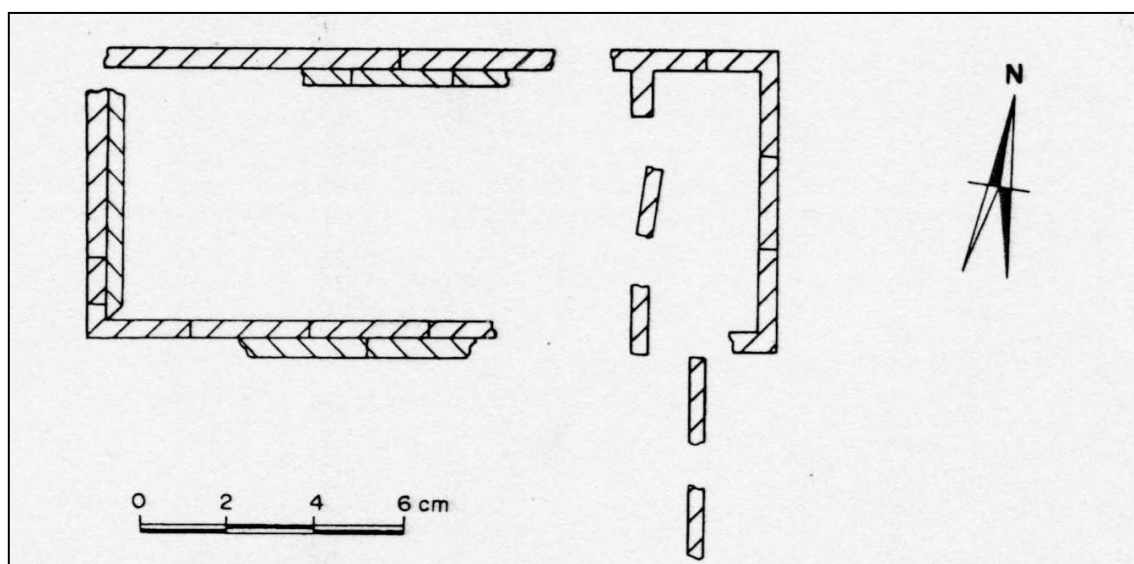


Fig. 7.4. Planta del templo del Cerro de los Santos según P. Savirón.

En todo caso, el interés del Estado español por dotarse de un pasado prestigioso era patente en esta época, y el Cerro de los santos ofrecía a este respecto una atractiva herramienta⁴⁹. Es por ello, unido sin duda al interés científico de los responsables del Museo Arqueológico Nacional por recabar la opinión de los expertos de otros países sobre las piezas que componían buena parte de la colección de escultura de la institución, como defienden T. Chapa y J. González Alcalde⁵⁰, por lo que el nuevo gobierno republicano concedió prioridad absoluta a la expedición de una treintena de vaciados en yeso de estas piezas a la Exposición Universal de Viena de 1873⁵¹. La muestra fue visitada por abundantes especialistas europeos, que no dudaron de la autenticidad de las piezas pero coincidieron en general en su extrañeza, vinculándolas muchos de ellos con ciertas culturas prehistóricas, protohistóricas o incluso medievales de la Europa Central, opinión que no terminaría de calar en España, por lo que no se produciría realmente un gran avance en la interpretación del Cerro aunque sí en su difusión gracias a la expedición de los moldes⁵².

⁴⁸ Biosca 1872-1873.

⁴⁹ Mora Rodríguez 2011: 272.

⁵⁰ Chapa y González Alcalde 2013: 118.

⁵¹ Cf. Chapa y González Alcalde 2013: 115 para la orden ministerial; *ídem* 2013: 119-122 para la relación de las piezas enviadas.

⁵² Olmos 1999 a.

La situación cambió radicalmente, como bien se ha señalado recientemente⁵³, con el discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia de J.D. Rada y Delgado. El citado arqueólogo, recién llegado de su expedición en la famosa fragata Arapiles, examinó conjuntamente todas las piezas adquiridas por el MAN, llegando a la conclusión de que el Cerro de los Santos fue un observatorio astronómico grecoegipcio vinculado a un templo que perduraría hasta su destrucción definitiva con el edicto de Teodosio⁵⁴, hipótesis que la Academia consideró aceptable, y que de hecho no fue cuestionada por el encargado de pronunciar la Réplica al Discurso, A. Fernández Guerra, quien añadió a su vez que se trataría de un observatorio diurno mastiano, pueblo asiático emparentado con los egipcios, y que en época romana coincidiría con la *mansio* de *Pale*⁵⁵. Ahora bien, De la Rada acompañó la publicación de su discurso de abundante material gráfico, fundamentalmente litografías encargadas a J. Bustamante⁵⁶, y lo hizo llegar a los más prestigiosos especialistas europeos del momento, con un resultado para él inesperado: primero Longpérier, y ya de una manera mucho más explícita Hübner, Heuzey y Cartailhac, entre otros, denunciaron que al menos una parte de las piezas del Cerro de los Santos eran falsificaciones⁵⁷.

Y es que, en efecto, la colección escultórica del MAN, como las otras reunidas en la época⁵⁸, se formaron a partir de las piezas adquiridas a diversos vecinos de las inmediaciones del Cerro, destacando de entre ellos Juan y Amat, que por su intermediación en las gestiones y por las numerosas donaciones efectuadas a las instituciones obtuvo gran reconocimiento público, plasmado entre otras cosas en la imposición de la orden de Carlos III⁵⁹. Ahora bien, muchas de las esculturas que pasaron por las manos del Relojero de Yecla resultaron ser falsas, y otras tantas habían sido retocadas para añadirles símbolos o jeroglíficos, habiéndose mezclado unas y otras con las realmente provenientes del Cerro de los Santos, provocando el descrédito internacional de la colección⁶⁰, descrédito que se hizo patente cuando las

⁵³ Chapa y González Alcalde 2013: 127.

⁵⁴ Rada 1875.

⁵⁵ Fernández Guerra 1875.

⁵⁶ Olmos 1999 a: 200.

⁵⁷ Rouillard 1999 b: 25-26, López Azorín 2011: 281.

⁵⁸ Ruiz Bremón 1989: 75-78.

⁵⁹ López Azorín 2011: 294.

⁶⁰ Montes 1993: 21-31.

copias de las esculturas, junto con alguna “auténtica”, fueron enviadas a la Exposición Universal de París de 1878⁶¹.

No obstante, y tras el rechazo inicial, pronto se hizo evidente para las distintas academias que, al margen de las falsificaciones, en las diversas colecciones sí que había piezas auténticas de gran valor arqueológico, por lo que una serie de expertos de reconocido prestigio fueron comisionados a España para trabajar en las esculturas. Fruto de estos viajes, Hübner⁶², Heuzey⁶³, Engel⁶⁴ y Paris⁶⁵, entre otros, junto a investigadores españoles como J.R. Mélida⁶⁶, publicaron otros tantos estudios tratando de discernir las piezas verdaderas de las falsas, como resultado de los cuales se puso de manifiesto la gran entidad del yacimiento, y se señaló al Relojero de Yecla como el culpable de las falsificaciones⁶⁷. Se fue además abriendo camino la idea de la existencia de una civilización prerromana peninsular, la ibérica, que había dado lugar a una plástica de gran valía, fuertemente influenciada por las altas culturas de la Antigüedad pero al mismo tiempo de gran originalidad y carácter propio⁶⁸. El descubrimiento de la Dama de Elche pocos años después y su inmediata adquisición por el Museo del Louvre refrendaría el acta de nacimiento del arte ibérico (esto es, de los estudios ibéricos) y restañaría las heridas abiertas por el Cerro de los Santos al constatar, si bien no de manera universalmente aceptada⁶⁹, la originalidad de las piezas⁷⁰.

Algunos de los investigadores franceses mencionados aprovecharon su paso por tierras hispanas para, empleando cuadrillas locales, realizar sus propias rebuscas

⁶¹ Chapa y González Alcalde 2013: 127-128.

⁶² Hübner 1888: 236-241.

⁶³ Heuzey 1891.

⁶⁴ Engel 1892.

⁶⁵ Paris 1901. *Vid.* Fig. 7.5.

⁶⁶ Mélida 1903-1905.

⁶⁷ Estigma que ha sido apenas cuestionado hasta la actualidad, aunque en los últimos años las investigaciones de F. López Azorín (2011: 282-295) sugieren que Juan y Amat no contaría con los medios ni los conocimientos necesarios para llevar a cabo las falsificaciones, sino que probablemente se limitó a comprar y vender todas aquellas piezas que se le hacían llegar como provenientes del Cerro, sin distinguir las verdaderas de las falsas.

⁶⁸ Heuzey 1891: 97 y 111.

⁶⁹ Cf. Moffit 1994, quien argumenta que la Dama de Elche es un falso, para lo que argumenta, entre otras cosas, que todas las piezas de mejor calidad del Cerro de los Santos también lo son (Moffit 1994: 75-92).

⁷⁰ Abad 2004: 69-70.



Fig. 7.5. Visita de P. Paris al Cerro de los Santos en 1889 (única fotografía conocida en la que aparecen los restos del templo).

en el Cerro de los Santos⁷¹, aunque de estas apenas nos ha llegado documentación alguna. Y otro tanto sucedió con las excavaciones que durante el primer cuarto del s. XX llevó a cabo en la parte superior del Cerro el propietario de la finca, J. Zuazo, cuyos resultados publicó solo fragmentariamente⁷², no permitiendo que nadie más realizara trabajos en el lugar durante toda la primera mitad del s. XX⁷³. Entretanto, continuarán publicándose esporádicos textos sobre el yacimiento⁷⁴, tendentes a ordenar las colecciones de esculturas⁷⁵, a la presentación de materiales provenientes del enclave⁷⁶, y a la acotación cronológica del yacimiento⁷⁷, intentos estos últimos paralelos a la propia deriva de los estudios ibéricos y las disputas acerca de la entidad y cronología de esta cultura.

Así las cosas, en 1941-1942, llega al MAN y al CSIC A. Fernández de Avilés, quien pronto será espolado por M. García y Bellido, el que sería su director, para dedicar su

⁷¹ Rouillard 1999 b: 26.

⁷² Zuazo 1915; 1917.

⁷³ Sanz 1999: 66-67.

⁷⁴ Para una revisión exhaustiva de la bibliografía sobre esta época, cf. Ruiz Bremón 1989: 52-59.

⁷⁵ Cf. Albertini 1912; Cabré 1923; García y Bellido, 1954:483-538; etc.

⁷⁶ Jiménez Navarro 1943.

⁷⁷ García y Bellido 1943.

tesis doctoral al Cerro de los Santos, motivada por la necesidad de depurar y ordenar los datos referentes al mismo (tan problemáticos muchos de ellos, tan dispersos todos) y la sospecha de que el yacimiento no estaba tan agotado como Savirón asegurara medio siglo antes⁷⁸. Aunque la tesis nunca llegaría a publicarse, en contra de lo que en ocasiones se ha afirmado sí que se completó, y sendos ejemplares de la misma quedaron depositados en la Universidad Autónoma de Madrid y en la Universidad Complutense de Madrid; en ella sistematizó las esculturas provenientes del Cerro de los Santos y la vecina necrópolis del Llano de la Consolación, y procuró refrendar las tesis de su maestro García y Bellido acerca del origen xoánico de la escultura ibérica y su cronología tardía⁷⁹. Además, para la realización de la misma el investigador recorrió concienzudamente los museos españoles en los que se conservaban colecciones de esculturas del yacimiento, publicándolas en una serie de artículos dotados de descripciones exhaustivas⁸⁰.

Igualmente importante fue la intervención arqueológica que el propio Fernández de Avilés dirigió, junto con un ausente J. Sánchez Jiménez primero y luego en solitario, en el Cerro de los Santos. Esta vino motivada por el hallazgo en 1960, durante la visita del Director General de Bellas Artes G. Nieto al yacimiento, de una nueva escultura, que ponía en entredicho el agotamiento del mismo⁸¹. Los trabajos tuvieron lugar en septiembre de 1962, y estuvieron encaminados a valorar el estado de conservación del enclave, obtener una estratigrafía que pudiera facilitar la cronología de las esculturas, y obtener más de estas si ello fuera posible⁸²; con estos objetivos, se topografió el yacimiento, se llevaron a cabo visitas a los cerros de las inmediaciones, y se abrieron dos sondeos en “T” en el sector nororiental del Cerro⁸³, concluyéndose gracias a todo ello que el yacimiento no estaba tan agotado como Savirón pretendía,

⁷⁸ Fernández de Avilés 1966: 6.

⁷⁹ Fernández de Avilés 1949. Cf. García y Bellido 1943. Para un reciente análisis de la figura de Fernández de Avilés, su relación con el Cerro de los Santos y sus campañas, cf. Sánchez Gómez 2002: 29-38 y 95-101. Para un inventario del legado documental recientemente donado por los herederos de Fernández de Avilés a la Universidad Autónoma de Madrid, cf. Blánquez y Sánchez 1999.

⁸⁰ Fernández de Avilés 1943; 1948; 1962; 1967.

⁸¹ Fernández de Avilés 1966: 6.

⁸² Fernández de Avilés 1966: 7.

⁸³ Fernández de Avilés 1966: 7 y 12. Es de reseñar que los vestigios del templo del Cerro de los Santos ya habían desaparecido de manera significativa cuando el yacimiento fue visitado por P. Paris en torno al cambio de siglo, como atestiguan sus fotografías (cf. Paris 1903-1904), y ya en 1929 Zuazo erigió un obelisco en el lugar en el que anteriormente había estado el templo.

que sin embargo había desaparecido todo vestigio del templo que en su día describieran Lasalde y Savirón, que por toda la superficie del Cerro se pueden observar los resultados de las rebuscas de excavadores clandestinos y las que el propio Zuazo había llevado a cabo en las décadas anteriores, y que la prolongación del Cerro hacia la cañada no solo no es arqueológicamente estéril como pensaba Savirón sino que presentaba buenas perspectivas para su eventual investigación⁸⁴. Por lo que respecta a la cronología del lugar, aspecto apenas abordado en su tesis doctoral ni en los artículos previos, Fernández de Avilés aboga por un arranque del santuario en el s. IV a.C. debido al hallazgo de “un minúsculo fragmento de cerámica ática pintada”, aunque no excluye una frecuentación anterior dado que también se documentan útiles líticos de épocas anteriores⁸⁵.

En septiembre de 1963 tuvo lugar una segunda campaña, más ambiciosa pero que, a diferencia de la anterior, lamentablemente quedó sin publicar pormenorizadamente. En esta ocasión, se procedió a ampliar y profundizar los sondeos de 1962 en la llamada “Zanja 1” hasta la roca madre, y se abrió una Zanja 2 paralela a la anterior y al oeste de la misma, dejando un testigo de cuatro metros entre ambas pero comenzando en este caso la trinchera un poco más abajo que el año anterior. Se plantearon además dos catas a los pies del Cerro, en la propia Cañada de Yecla: un sondeo con forma de cruz al este del Cerro en el que se llegó a la roca madre y en el que aparecieron sigillatas, cerámica ibérica y restos de ánfora, y una cata a 100m al N del Cerro en el que se hallaron los restos de una habitación cuadrangular con pavimento de tierra apisonada que formaría parte de una estructura más grande que excedía los límites del sondeo, fechable en torno al cambio de Era a juzgar por los materiales encontrados y bajo cuyos pavimentos se documentaron vestigios de estructuras anteriores⁸⁶. A lo largo de ambas campañas, en las catas abiertas en la ladera norte se documentaron nuevas esculturas, un par de figurillas de bronce, anillos, brazaletes y fíbulas de este mismo metal, tres terracotas, además de gran cantidad de cerámica, *pondera*, fusayolas, ladrillos, teselas y algún fragmento de

⁸⁴ Fernández de Avilés 1966: 7-11. *Vid.* Fig. 7.6.

⁸⁵ Fernández de Avilés 1966: 15.

⁸⁶ Fernández de Avilés 1965; Sánchez Gómez 2002: 98-101.



Fig. 7.6. Hallazgo de una escultura durante las excavaciones de A. Fernández de Avilés.

hierro, en tanto que en los sondeos de la Cañada de Yecla únicamente apareció material cerámico.

Fernández de Avilés pretendía llevar a cabo nuevas campañas, pero las circunstancias lo impidieron, y no sería hasta quince años después cuando el yacimiento volvería a ser visitado, en este caso bajo la dirección de T. Chapa Brunet. El interés de esta arqueóloga por la estatuaria ibérica, temática de su tesis doctoral defendida precisamente en 1980⁸⁷, la llevó a interesarse por el Cerro de los Santos, consciente de que el proceso de erección de esculturas ibéricas era mucho peor conocido en los santuarios que en las necrópolis⁸⁸, y de que la obtención de buenas estratigrafías en las que encuadrar la amortización de estas esculturas y el análisis

⁸⁷ Chapa 1980.

⁸⁸ Chapa 1984: 109-110.

concienzudo de sus contextos de uso podría aportar interesantes datos al respecto⁸⁹. Por primera vez en la historia de las investigaciones del yacimiento, el hallazgo de nuevas esculturas no constituía un objetivo prioritario, sino que este se centraba más bien en el contexto de utilización de aquellas⁹⁰. A partir de estos planteamientos, en 1977 se abrió una cata de 2x2m, que terminaría ampliándose hasta los 11m², situada en el testigo entre las dos zanjas abiertas por Fernández de Avilés en la ladera norte del Cerro⁹¹. En las campañas de 1979 y 1981 se completó la excavación de esta Cata 1, y se plantearon otras cinco nuevas catas: la Cata 2 de 13m² al pie de la vertiente occidental del Cerro y por donde se suponía que discurría el camino de acceso; la Cata 3 directamente al norte de la anterior pero en sentido E-W; la Cata 4 en la pendiente ascendente al sur del templo y que conecta la elevación secundaria que ocupaba este con la cima del Cerro; la Cata 5 de apenas 3m² situada en las inmediaciones del templo, en su vertiente oriental; y la Cata 6, situada entre la Cata 4 y el emplazamiento del templo⁹². Los resultados de todos estos trabajos, que al final de la primera campaña no parecían demasiado alentadores, terminaron ofreciendo una nueva perspectiva del yacimiento, pues si bien se comprobó que la cima del Cerro estaba totalmente erosionada y no quedaba vestigio del antiguo templo, y que la práctica totalidad del sedimento que componía las laderas del mismo estaban revueltas y no había posibilidad de obtener una estratigrafía mínimamente fiable⁹³, igualmente quedó patente que los trabajos de los Escolapios y de Savirón no habían sido concienzudos, y que en muchas ocasiones no habían llegado en sus excavaciones hasta la roca madre, por lo que en algunos puntos quedaba un estrato revuelto pero arqueológicamente inexplorado⁹⁴. Y lo que es más importante aún, se evidenció la existencia de un nivel no revuelto y que nunca había sido excavado al sur del templo y a una cota más alta que la de aquel, donde aparecieron restos de edificios asociados a materiales datables entre los ss. II y I a.C.⁹⁵ En cuanto a los materiales recuperados,

⁸⁹ Chapa 1980 a: 84.

⁹⁰ Chapa 1983: 643.

⁹¹ Chapa 1980 a: 84.

⁹² Chapa 1983: 644-646; 1984: 113-118. *Vid.* Fig. 7.7.

⁹³ Chapa 1980 a: 84. *Vid.* Fig. 7.8.

⁹⁴ Chapa 1980 a: 98.

⁹⁵ Chapa 1983: 648; 1984: 118-119.

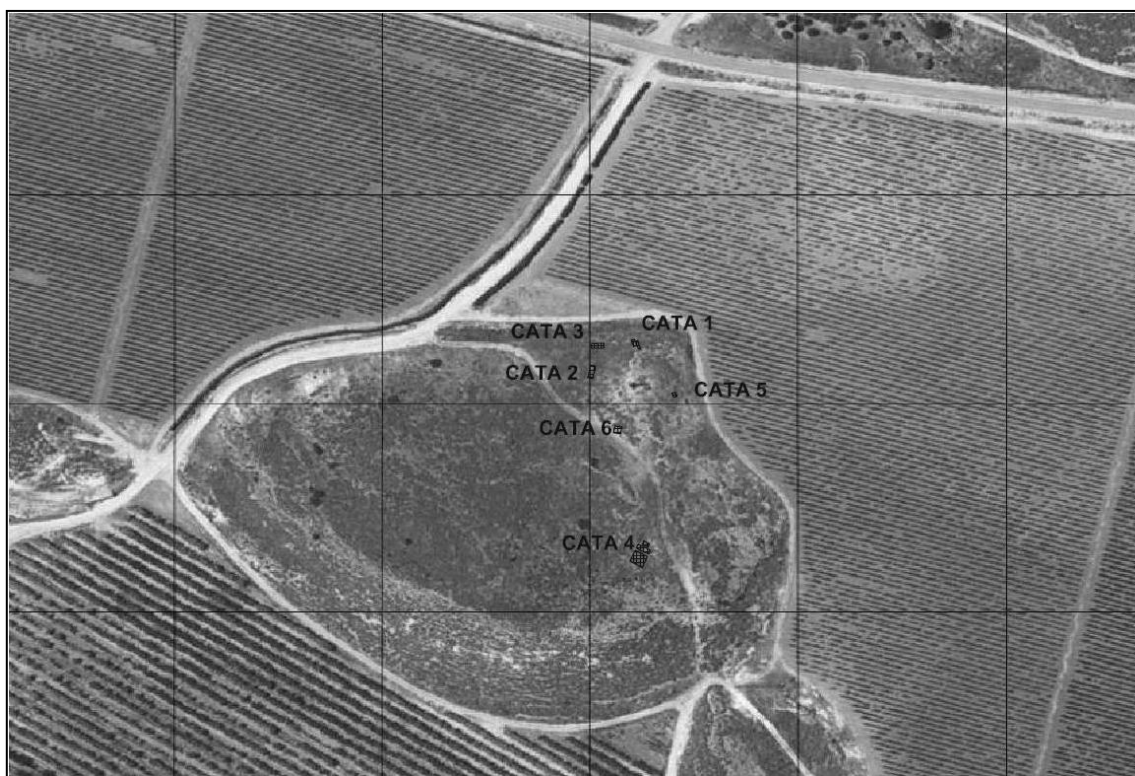


Fig. 7.7. Restitución topográfica de las catas planteadas por T. Chapa.



Fig. 7.8. Perfil sur del Corte 1 de T. Chapa, en el que se aprecia lo revuelto de la estratigrafía.

estos respondían en líneas generales a los documentados por Fernández de Avilés, y contribuyeron a refrendar la cronología propuesta por aquel: una fundación del santuario en torno a los ss. V o IV a.C., y un abandono del mismo poco antes del cambio de Era, con una reocupación posterior del área de la Cañada con funciones domésticas y económicas⁹⁶.

Entretanto, es de reseñar que P. Sillières había llevado a cabo una importante campaña de prospecciones, visitas a museos y análisis de fotografías aéreas, gracias a todo lo cual pudo ofrecer una reconstrucción bastante concienzuda del Camino de Aníbal, influyente estudio en cuyo marco propuso, como señalé ya, que este pasaba a los pies del Cerro de los Santos, yacimiento que debía identificarse, como en su día hizo Fernández Guerra, con la *statio Ad Palem*. Pero, a diferencia de este último, Sillières entendió el topónimo como una referencia a la diosa romana *Palas*, que identificó como la *interpretatio* romana de la deidad ibérica adorada en el lugar⁹⁷.

Al margen de sus intervenciones arqueológicas, T. Chapa dio a conocer también algunas esculturas más provenientes del Cerro y que habían permanecido hasta entonces en manos privadas⁹⁸, y más tarde trazaría algunas reflexiones teóricas sobre los santuarios ibéricos y su potencial arqueológico⁹⁹. En todo caso, sus trabajos de campo junto con los de Fernández de Avilés dieron pie a que a partir de la segunda mitad de los años ochenta comenzaran a desarrollarse nuevas aproximaciones a la interpretación del Cerro y sus esculturas. Así, a lo largo de diversos textos que culminarían en la publicación de su tesis doctoral, M. Ruiz Bremón planteó un estudio iconológico de los exvotos del Cerro, clasificándolos según sus atributos y vestiduras y dividiéndolos en diversas series que según su grado de refinamiento se distribuirían entre los ss. IV y I a.C.; por lo que respecta al yacimiento, la mencionada investigadora lo concebía como un santuario terapéutico, al que los fieles acudirían para obtener la sanación gracias a las aguas sulfatomagnesiadas de las cercanías¹⁰⁰. E. Ruano, por su parte, plantea una interpretación alternativa, no excluyente, del enclave, presentándolo como un santuario extraurbano interétnico, al que acudirían gentes de

⁹⁶ Chapa 1984: 119.

⁹⁷ Sillières 1977.

⁹⁸ Chapa 1980 c.

⁹⁹ Chapa 1990; Chapa y Martínez Navarrete 1990.

¹⁰⁰ Ruiz Bremón 1986; 1987; 1987-1988; 1988; 1988 a; 1989; 1992.

diversas procedencias para comerciar, dialogar y alcanzar pactos, razón esta por la que encontramos exvotos de muy diverso estilo que podrían provenir de distintos lugares¹⁰¹. Ya en los años noventa, E. Hornero trata de sistematizar las cerámicas grises del yacimiento¹⁰², mientras que J.M. Noguera volvió sobre su estatuaria, aunque en esta ocasión concibiéndola como fruto del desarrollo escultórico hispano-romano, datando las piezas entre los ss. II y I a.C. y comparándolas con los exvotos de los santuarios itálicos contemporáneos¹⁰³. Él mismo junto con S. Ramallo y F. Brotons reexaminarían la información disponible sobre el templo ubicado en el Cerro para compararlo con el documentado en el santuario de La Encarnación, contemplando ambos como el resultado de la monumentalización romana de los santuarios indígenas hacia el s. II a.C.¹⁰⁴ En torno al cambio siglo, la donación del legado de Fernández de Avilés a la Universidad Autónoma de Madrid permitió que M.L. Sánchez Gómez volviera sobre el yacimiento para, a lo largo de algunos artículos y de su tesina, tratar de sistematizar el *corpus* cerámico del yacimiento, mucho menos conocido que las esculturas, concluyendo que el santuario fue visitado entre los ss. IV a.C. y I d.C., aunque con mayor intensidad a partir del s. III a.C., en tanto que la Cañada permaneció ocupada entre mediados del I a.C. y finales del II d.C.¹⁰⁵ La tesis doctoral de E. Truszkowski, por su parte, se centró en el estudio estilístico de los exvotos en piedra, analizándolos desde una perspectiva muy cercana a la de la Historia del Arte tradicional, clasificándolos según una tipología diacrónica, y argumentando la existencia de un taller escultórico en el Cerro cuyas “señas de identidad” quedarán reflejadas en sus producciones a lo largo de su historia¹⁰⁶. Por último, mientras se escriben estas líneas, un equipo de la Universidad de Murcia, con S. Ramallo, F. Brotons y R. Sanz a la cabeza, están llevando a cabo una nueva intervención en el Cerro de los Santos, con el objetivo de obtener nuevos datos sobre el templo de época republicana y recontextualizar el yacimiento en su territorio.

¹⁰¹ Ruano 1988.

¹⁰² Hornero 1990.

¹⁰³ Noguera 1994; 1998.

¹⁰⁴ Ramallo, Noguera y Brotons 1998; Ramallo y Brotons 1999.

¹⁰⁵ Sánchez Gómez 1999; 2002; González Reyero y Sánchez Gómez 2013.

¹⁰⁶ Truszkowski 2006.

7.2. La cronología del santuario.

Como se ha podido comprobar en las páginas anteriores, la cuestión de la cronología durante la cual el santuario del Cerro de los Santos fue frecuentado es una de las más espinosas. Los factores postdeposicionales y las sistemáticas rebuscas de las que el enclave ha sido objeto durante siglos han impedido que se haya podido obtener, al menos hasta el momento, una estratigrafía clara del yacimiento, en tanto que las piezas más estudiadas del mismo, la estatuaria, tan solo puede aportarnos indicios cronológicos estimativos basados en análisis estilísticos, y difícilmente dataciones más o menos concretas.

De esta manera, creo que podría afirmarse que el único conjunto de actividades que tenemos bien datadas en el santuario son las relacionables con la construcción del templo. E incluso estas solo las podemos reconstruir parcialmente, pues, a falta de que el ya mencionado equipo de la Universidad de Murcia haga públicos los resultados de sus campañas, que por cierto parecen prometedoras en este sentido, parece que la mayor parte de los vestigios arquitectónicos del antiguo templo desaparecieron entre finales del s. XIX y los primeros años del XX. No obstante, gracias a las descripciones de Lasalde y Savirón y a los materiales hallados en las excavaciones posteriores, tenemos noticia de algunas de sus características arquitectónicas, tales como los paramentos empleados en sus muros, la probable disposición *in antis* del conjunto, el empleo de capiteles jónicos sobre las dos columnas que flanquean la entrada, o los pavimentos de *opus tessellatum* bícromo, de ladrillos romboidales¹⁰⁷, o el de *opus signinum* que se disponía al exterior de la construcción. En base a semejantes características, y a pesar de que durante un siglo la historiografía ha titubeado respecto a la datación del edificio¹⁰⁸, la mayor parte de los especialistas actualmente acepta que este puede fecharse hacia el s. II a.C.¹⁰⁹ y encuadrarse en el proceso de monumentalización que experimentan los santuarios iberos del sureste en esta

¹⁰⁷ Es de reseñar que generalmente se viene aceptando que tanto las abundantes teselas blancas y negras como los ladrillos romboidales que han aparecido en las distintas campañas de excavación pertenecían a los pavimentos del templo, pero el hecho es que ambos se han hallado dispersos por la superficie del Cerro, y en ningún caso en el interior de la construcción, por lo que esta atribución al templo no puede considerarse segura. *Vid.* Fig. 7.9.

¹⁰⁸ Cf. Ruiz Bremón 1989: 26-28.

¹⁰⁹ Nicolini 1973: 65; Noguera 1994: 200-203; Jaeggi 1996: 427; Ramallo y Brotons 1999: 172-173.

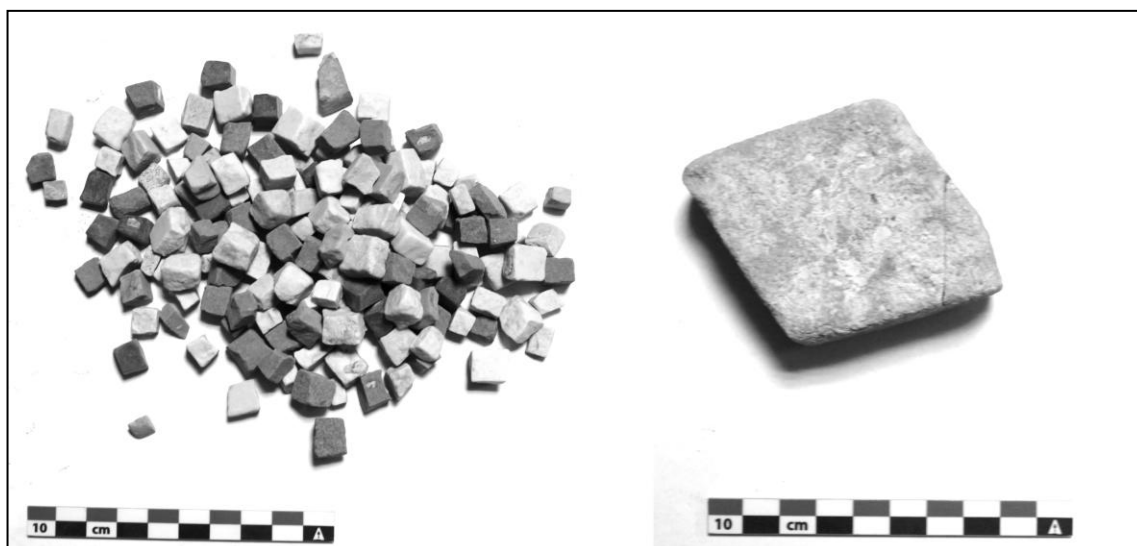


Fig. 7.9. Materiales arquitectónicos hallados durante las campañas de T. Chapa.

centuria, proceso del que ya he hablado en un capítulo anterior. Aunque en ocasiones se ha mantenido que el templo tal y como lo describieron Lasalde y Savirón no sería sino la última fase constructiva de un edificio ibérico de época anterior¹¹⁰, estas aseveraciones en realidad tan solo se basan en la asunción de que un lugar de culto únicamente puede funcionar comprendiendo un edificio cerrado en el que albergar a la divinidad, algo que no parece adecuarse con el mundo ibérico, como ya he comentado en otro capítulo. La cronología del templo, por lo tanto, sólo nos habla del momento en el que se llevó a cabo una importante reestructuración del santuario en torno al s. II a.C., pero no resulta indicativa para delimitar claramente el período de uso del espacio sacro.

Para este último fin, de hecho, tradicionalmente la historiografía se ha basado en el estudio iconológico de los exvotos de piedra, procurando establecer paralelos con otros conjuntos escultóricos desde los que proponer una datación para el santuario. Así, como ya comenté, R. Amador situaba el santuario en época visigoda, J.F. Riaño lo creía tardoimperial, J.D. Rada lo databa entre época “greco-egipcia” y el edicto de Teodosio... todo ello en base al análisis de la estatuaria, cuya percepción en este caso estaba profundamente alterada por las falsificaciones entremezcladas en la colección. Pero es que, incluso dejando al margen el problema de las falsificaciones, hoy parece que afortunadamente subsanado, existen otras dos grandes dificultades

¹¹⁰ Ruiz Bremón 1989: 27; Sanz 2007: 199.

para realizar un análisis de este tipo: primeramente, al no aparecer las esculturas en un contexto estratigráfico intacto, tan solo disponemos de criterios estilísticos para datarlas, pero las particularidades propias de la representación iconográfica, que por diversos motivos puede incluir voluntariamente aspectos arcaizantes en unas piezas y no en otras, introducen distorsiones que pueden alterar una datación meramente estilística del objeto; y en segundo lugar, habremos de tener presente la dificultad para aceptar el axioma (aún hoy generalmente asumido) de que la cronología de los exvotos debe coincidir con la cronología del santuario, dando por sentado que a lo largo de la existencia de un lugar sacro no pueden introducirse cambios en el culto que supongan, por ejemplo, el comienzo o el final de la costumbre de depositar esculturas representando a los devotos ante la divinidad.

En este sentido, creo que el establecimiento de la cronología de los exvotos del Cerro de los Santos resultará, por supuesto, útil, pero de resultados limitados.

Hechas estas salvedades, partamos de los últimos grandes intentos por establecer una cronología del santuario a partir de la datación de sus exvotos, protagonizados por las respectivas tesis doctorales y los trabajos de M. Ruiz Bremón y E. Truszkowski. Según la primera investigadora, las piezas más antiguas podrían ser ciertos exvotos masculinos “toscos y primitivos”, “más próximas por su tipología a la estética del Bronce que a la del Hierro”, pero que por prudencia la autora no fecha más allá del s. IV a.C. al ser de esta centuria las cerámicas más antiguas recuperadas en el enclave¹¹¹; también en el s. IV a.C. además habría que datar otra serie de esculturas, en función de sus paralelos estilísticos con la Dama de Elche y los exvotos del Cigarralejo¹¹². En cuanto a los exvotos más modernos, serán aquellos que muestran palio o toga y los *capite velata*, cercanos al cambio de Era, aunque seguramente no son estas las únicas esculturas tardías, pues “las damas (...) se mostrarán más reticentes a la hora de transformar sus atuendos y tocados al compás de las nuevas modas”, y sus mitras, diademas y vestidos resultan mucho más complicados de datar, aunque podrían ser igualmente tardíos dada su calidad de representación¹¹³. En cuanto a E. Truszkowski, considera que existen en el Cerro algunas piezas cuyo estilo

¹¹¹ Ruiz Bremón 1988 a: 397; 1989: 179.

¹¹² Ruiz Bremón 1989: 179.

¹¹³ Ruiz Bremón 1989: 178-180.

orientalizante, o incluso egiptizante, podría llevar a datarlas en fechas bastante más antiguas, a juzgar por los paralelos aducibles para ellas datados en el s. VII a.C.¹¹⁴ E igualmente la investigadora francesa distribuye los distintos exvotos en “series” que se van sucediendo en el tiempo, según sus características tipológicas.

Ahora bien, estos modelos interpretativos presentan, al menos a mi juicio, una triple problemática. En primer lugar, dan por sentado de modo apriorístico que las esculturas que han llegado hasta nosotros provenientes del Cerro deben distribuirse a lo largo de toda la cronología marcada por las cerámicas halladas en las campañas de A. Fernández de Avilés y T. Chapa, por lo que intentan establecer una evolución en la estatuaria entre los ss. IV y I a.C. Ello les lleva, en segundo lugar, a emplear el concepto de “evolución”, progresivo y lineal, según el cual las piezas más pequeñas, menos realistas y de menor calidad serán más antiguas que las más naturalistas y logradas. Finalmente, para intentar anclar este modelo en pilares sólidos, se establecen paralelos entre determinadas esculturas del Cerro y otras de otros yacimientos, pero ello lleva a un gran problema: al aseverar por ejemplo que ciertas piezas del Cerro se fechan en el s. IV a.C. por su cercanía con la Dama de Elche o los exvotos del Cigarralejo, se está dando por sentada una datación para la escultura alicantina y las piezas murcianas que en realidad dista de estar probada, y que de hecho en ocasiones ha sido establecida precisamente por comparación con las piezas del Cerro de los Santos¹¹⁵, cayendo en un argumento circular de difícil solución.

Por mi parte, creo que no es necesario asumir una evolución lineal de una supuesta “tipología” escultórica. Desde luego, determinadas técnicas y atributos irían apareciendo o quedando obsoletos, pero lo que no debemos hacer es despreciar la posibilidad de que distintas producciones de diversas calidades fueran coetáneas, dependiendo quizás de la capacidad económica del comitente y de la habilidad del artífice que se pusiera a su servicio¹¹⁶, o también incluso de las necesidades simbólicas coyunturales del individuo que deseara depositar su exvoto.

De cualquier forma, bien es cierto que ciertas figuras femeninas muestran apreciables analogías iconográficas con algunas esculturas necropolitanas de las que ya

¹¹⁴ Truszkowski 2006: 29-70.

¹¹⁵ Cf. por ejemplo, recientemente, Gagnaison *et alii* 2007: 149-150; Prados Torreira 2010: 233.

¹¹⁶ Quesada 1997: 206.

he hablado, y que se sitúan tradicionalmente en el s. IV a.C. El parecido de algunas de las damas sedentes¹¹⁷ con la dama de Caudete, por ejemplo, es evidente, como también lo es el de la Gran Dama Oferente¹¹⁸ con la de Cabezo Lucero. Ahora bien, una perduración iconográfica de, pongamos, unas décadas o un siglo, tampoco sería extraña, como han señalado ya diversos autores¹¹⁹, y tampoco sería extravagante pensar en un intento de arcaísmo por parte de los primeros exvotos que estarían inaugurando una nueva actividad ritual en un espacio sacro. En este mismo sentido, igualmente se han comparado algunos rostros y figuraciones humanas con los del cipo funerario de la necrópolis de Poblado, generalmente datado en el s. IV a.C., pero este a su vez muestra evidentes paralelos también con piezas de cronología más tardía como los rostros femeninos del monumento funerario de Horta Major, o la cabeza del Museo de Almudín de Játiva, fechadas ambas según algunos autores en el s. III a.C.¹²⁰. De hecho, el parecido de las facciones, vestidos y atributos de los personajes del monumento de Horta Major y determinadas damas del Cerro ha sido explicitado en otros trabajos¹²¹.

También se han comparado las joyas que portan algunas de estas damas con determinados *realia* que encontramos formando parte de tesorillos, como el llamado tesoro de Jávea. Ahora bien, el propio tesoro de Jávea y algunos otros fueron fechados en el s. IV a.C., precisamente por su similitud con las joyas de los exvotos del Cerro de los Santos¹²², por lo que de nuevo nos encontramos con un argumento circular que no aporta gran cosa a la discusión.

En todo caso, no hemos de olvidar que los paralelos iconográficos a los que me estoy refiriendo hasta ahora y que databan en ocasiones en el s. IV a.C. provienen sistemáticamente de necrópolis. Por el contrario, para encontrar otros santuarios extraurbanos en los que se practique la deposición de exvotos, hemos de desplazarnos ya al s. III a.C., como pueden ser los casos de las áreas sacras de La Encarnación y La Serreta, algunos de cuyos exvotos muestran paralelos visibles con algunas series del

¹¹⁷ Cf. por ejemplo Ruiz Bremón 1989: 258-259.

¹¹⁸ Ruiz Bremón 1989: 254.

¹¹⁹ Bendala 1994: 90-91; Blázquez 1996: 149; Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 37.

¹²⁰ Sala 2007: 63-64; Prados Martínez 2011: 196.

¹²¹ Almagro 1982: 271-275.

¹²² Domergue 1990: 159-160; Nicolini 1990: 223-224.

Cerro de los Santos, como en su momento manifestó la bibliografía¹²³. Me estoy refiriendo ya a esos exvotos “toscos”, “primitivos”, que buena parte de la historiografía ha situado en los momentos más antiguos del santuario, pero que en realidad parecen responder más bien a influencias estilísticas y culturales púnicas, y que encuentran sus mejores paralelos en áreas sacras mediterráneas del s. III a.C., tales como, al margen de las citadas en la propia Península Ibérica, Oristano, Tharros o Bithia¹²⁴, o ya un tanto más tardíos, los de Torreparedones o Torre del Cortijo de Benzalá (Torredonjimeno, Jaén)¹²⁵. Igualmente se han detectado paralelos punicizantes datables en el s. III a.C. para la labra de algunos rostros de otras esculturas más “naturalistas”¹²⁶.

Por consiguiente, resulta complejo tratar de establecer una cronología inicial para la deposición de exvotos en el Cerro de los Santos: aunque contamos con ciertos elementos que podrían retrotraernos al s. IV a.C., en realidad la propia costumbre de depositar exvotos que representen al devoto no parece generalizarse en el sureste peninsular hasta el s. III a.C., centuria en la que ya sí que encontramos paralelos claros para muchas de las esculturas. El único elemento verdaderamente discordante en este recuento, en todo caso, sería la escultura de toro echado que se conserva en el Museo de Murcia¹²⁷, y que por pertenecer al “Grupo 1” de T. Chapa dataría del s. VI a.C.¹²⁸ Ahora bien, como la propia investigadora reconoció, no existe ninguna constancia que verifique la procedencia de esta pieza en el Cerro de los Santos pese a que tradicionalmente se ha atribuido a este yacimiento¹²⁹, por lo que de momento yo optaría por eliminar esta pieza de nuestro análisis cronológico.

Algo más clara resulta la datación de algunas otras piezas, más tardías. Me estoy refiriendo en este caso a los varones ataviados con vestimentas típicamente romanas, tales como el *pallium* o la toga. Ya A. García y Bellido¹³⁰ y A. Balil¹³¹ repararon en ellos, y los dataron entre el s. II a.C. y el cambio de Era. M. Ruiz Bremón, por su

¹²³ Juan 1987-1988: 320; Ruano y San Nicolás 1990: 106.

¹²⁴ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 44; Noguera 2003: 159-161.

¹²⁵ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 38-43.

¹²⁶ Cf. por ejemplo Truszkowski 2007-2008.

¹²⁷ Chapa 1980: 298-300. *Vid.* Fig. 7.10.

¹²⁸ Chapa 2005: 38.

¹²⁹ Chapa 2005: 34.

¹³⁰ García y Bellido 1943: 84-86.

¹³¹ Balil 1960: 120-121.



Fig. 7.10. Supuesto toro del grupo “A” del Cerro de los Santos.

parte, trazó una interesante división entre los *palliatí*, que visten un atuendo propio del período romano tardorrepblicano, y los togados, de cronología ya próxima al cambio de Era, catalogando en el primer grupo diez piezas seguras y cuatro probables, y en el segundo nueve individuos seguros y uno probable¹³². Además, entre los individuos togados M. Ruiz Bremón introdujo una serie de cabezas *capite velata*, aunque estas más tarde han sido revisadas por J.M. Noguera, quien las sitúa no obstante en el s. II a.C. y opina que podrían corresponder a cabezas exentas y no forzosamente ser fragmentos de esculturas de cuerpo completo¹³³. De hecho, la abundancia relativa de rostros masculinos del Cerro que han llegado hasta nosotros posiblemente se deba a la costumbre de depositar este tipo de exvotos-cabeza¹³⁴, siempre masculinos y al parecer siempre tardíos, datables precisamente en esta época de los ss. II y I a.C., no tanto por el uso de determinadas técnicas escultóricas supuestamente tardías como el uso del taladro, como en ocasiones se ha argumentado¹³⁵, cuanto por los paralelos iconográficos aducibles, tanto entre la

¹³² Ruiz Bremón 1986: 71-73.

¹³³ Noguera 1994: 210.

¹³⁴ Izquierdo Peraile y Velaza 2002: 34-35.

¹³⁵ Ruiz Bremón 1989: 177-179. Sin embargo, en Cerrillo Blanco tenemos bien documentado el uso del taladro en la fabricación de esculturas desde comienzos del s. V a.C. o incluso antes (cf. Negueruela

iconografía peninsular de estos siglos (como ciertos relieves de Osuna, por ejemplo¹³⁶) como en la de los santuarios centroitálicos coetáneos¹³⁷.

En definitiva, estas series de piezas nos están sugiriendo una horquilla cronológica situada entre el s. II a.C. y, aproximadamente, el cambio de Era, que coincide en líneas generales con la datación evidenciada por las técnicas constructivas del templo, y que nos están hablando del período de vigencia del santuario del Cerro de los Santos en época iberorromana y su consiguiente adaptación a las nuevas estructuras sociales¹³⁸. Ahora bien, para épocas anteriores la cronología de los exvotos se vuelve mucho más difusa, por lo que resulta bastante más difícil asignarlos a un momento concreto. Y no se olvide que el período de deposición de estos no tiene por qué abarcar todo el período de frecuentación del área sacra, de modo que la información que la estatuaria nos aporta a la hora de determinar la fundación del enclave es, al fin y al cabo, limitada.

Un método más fiable para delimitar la cronología del santuario será posiblemente el estudio del *corpus* cerámico documentado en el yacimiento. Este fue ya explorado con dicha intención por Lasalde en la memoria publicada del yacimiento¹³⁹, pero el padre escolapio aún carecía de los instrumentos necesarios como para valorar adecuadamente semejante tipo de material. A. Fernández de Avilés, por su parte, también se interesó por el tema, pero lamentablemente los dos capítulos de su tesis que en su momento redactó al respecto finalmente no fueron incluidos en la misma y no se han conservado¹⁴⁰. Ahora bien, este arqueólogo fue el primero que propuso una cronología para el yacimiento en base al registro cerámico, aduciendo que “un minúsculo fragmento de cerámica ática pintada” datable en el s. IV a.C., cronología que podría compartir igualmente una fusayola de pasta vítrea polícroma, marcaba el inicio del santuario¹⁴¹, en tanto que los materiales más modernos parecían

1990-1991: 81; Chapa y Vallejo 2012: 127); además, tanto en la Bastida como en Covalta aparecieron taladros de hierro en contextos datables en el s. IV a.C. (cf. Pla 1969: 318).

¹³⁶ Chapa 2012: 37.

¹³⁷ Noguera 1994: 207-209; Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 45-49; Jaeggi 2010: 29-30.

¹³⁸ Noguera 1998 a: 451-452.

¹³⁹ Escolapios 2007 [1871]: 77-81.

¹⁴⁰ Sánchez Gómez 2002: 37.

¹⁴¹ Fernández de Avilés 1966: 15.

acercarse al cambio de Era. Esta horquilla temporal sería refrendada años después, con ligeras matizaciones, por T. Chapa, quien documentó en sus excavaciones nuevas piezas áticas datables en el s. IV a.C. que indicaban el arranque de la frecuentación del lugar, en tanto que las fíbulas, la cerámica campaniense y los escasos fragmentos de *terra sigillata* hallados sugerían una ocupación continuada hasta comienzos del s I d.C.¹⁴²

En los años posteriores, en su estudio de las cerámicas grises del Cerro de los Santos, E. Hornero fecha los vasos caliciformes, tan frecuentes en el enclave, entre los ss. III y II a.C.¹⁴³, pero lo hace tan solo argumentando que en los santuarios costeros peninsulares estos aparecen entre los ss. V y III a.C., y que por lo tanto sería esperable un *décalage* cronológico en los yacimientos meseteños, argumentación que hoy debe considerarse problemática. Por su parte, J.M. Noguera retrotrae a los ss. V-III a.C. los *pondera* y fusayolas de cerámica hallados en el yacimiento, en tanto que sitúa en época iberromana el conjunto de la cerámica gris¹⁴⁴, si bien sus argumentos para ambas atribuciones tampoco son del todo definitivos.

En cambio, el primer y único estudio concienzudo que se ha llevado a cabo en este sentido es el que hace una década dedicó M.L. Sánchez Gómez al material cerámico documentado en las campañas de A. Fernández de Avilés de 1962 y 1963 y conservado en el Museo de Albacete¹⁴⁵. Estudio cuyos resultados creo que son válidos en líneas generales, y que en las páginas siguientes trataré de contrastar al ponerlos en relación con el examen del material cerámico recogido durante las campañas arqueológicas dirigidas por T. Chapa en 1977, 1979 y 1981.

Así, según analiza Sánchez Gómez, son trece las piezas áticas de importación datables en el s. IV a.C.: un galbo inidentificable de figuras rojas; dos *kylikes* de la Clase Delicada de barniz negro a los que seguramente pertenecerían igualmente los dos fragmentos de asa de barniz negro recuperados, y que deben datarse entre finales del s. V y el segundo cuarto del s. IV a.C.; un fragmento de base de un bolsal de barniz negro, con palmetas estampilladas en el fondo interno, y datable entre finales del s. V

¹⁴² Chapa 1980 a: 100.

¹⁴³ Hornero 1990: 190.

¹⁴⁴ Noguera 1998: 150-151.

¹⁴⁵ Sánchez Gómez 2002.

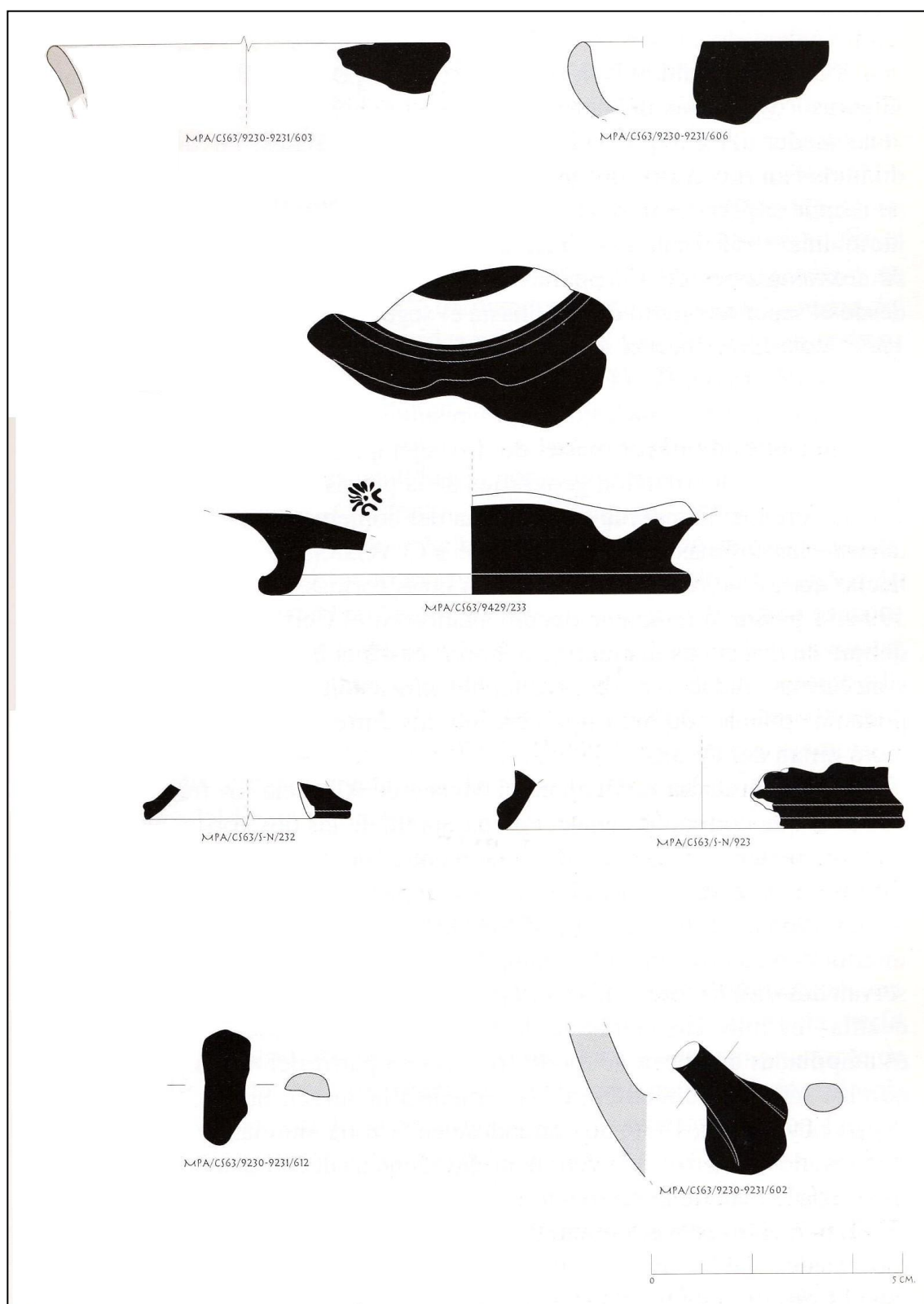


Fig. 7.11. Importaciones áticas recogidas por A. Fernández de Avilés.

y comienzos del IV a.C.; y un fragmento de pátera (forma 24 o 21/25 de Lamboglia) de barniz negro, fechable en el s. IV a.C.¹⁴⁶ A todas ellas habría que añadir un mínimo de otros dos *kylikes* de figuras rojas procedentes de la Colección Zuazo y que Fernández de Avilés identificó como provenientes del yacimiento¹⁴⁷. Únicamente estos son, no obstante y según M.L. Sánchez Gómez, los materiales del Cerro de los Santos que pueden remitirnos a fechas tan antiguas, pues la cronología de las fíbulas anulares y la de los ejemplares de La Tène I documentados es imprecisa, y otro tanto se puede decir de las tinajas con perfil en “pico de ánade” y las decoraciones estampilladas. Según la autora, por tanto, “vemos cómo la etapa inicial del yacimiento podría ubicarse en el s. IV a.C. (...). No obstante, pensamos que esta fecha no se ve claramente apoyada por el resto de los materiales”¹⁴⁸.

Por lo que respecta a los materiales documentados en las campañas de 1977, 1979 y 1981, he podido contabilizar en el Museo de Albacete hasta 25 fragmentos de cerámica ática de barniz negro, la mayor parte de ellos piezas informes de muy pequeño tamaño e imposible adscripción tipológica o cronológica. No obstante, sí que se pueden distinguir dos ejemplares de *kylix-skyphos* datable entre finales del s. V y comienzos del IV a.C.¹⁴⁹ (un fragmento de borde hallado en superficie en la cata 1¹⁵⁰, y otro de pie documentado en el nivel 1 de la cata 4¹⁵¹), y también sendos bordes de posibles *kylikes* en el nivel superficial y en el nivel 1 de la cata 1, si bien su adscripción tipológica no es segura debido a lo pequeño de los fragmentos. En la cata 1 igualmente se hallaron un fondo y un asa en el nivel superficial, cuatro galbos en el nivel 1, y un fondo, tres asas y seis galbos en el nivel 2. Únicamente en la cata 4 se documentó igualmente cerámica ática: en el nivel superficial se halló un borde, dos galbos y un fondo, y en el nivel 3 un galbo, además del fondo de *kylix-skyphos* del nivel 1 ya mencionado. Esto es, aparecen pequeños fragmentos de cerámica ática pertenecientes fundamentalmente a vasos para beber tanto en la ladera norte del

¹⁴⁶ Sánchez Gómez 2002: 202-205. *Vid.* Fig. 7.11.

¹⁴⁷ Fernández de Avilés 1966: 32, n. 56.

¹⁴⁸ Sánchez Gómez 2002: 257. Cf. también González Reyero y Sánchez Gómez 2013: 87.

¹⁴⁹ Sparkes y Talcott 1970: 110-112.

¹⁵⁰ Chapa 1980 a: 89.

¹⁵¹ Chapa 1984: 116.

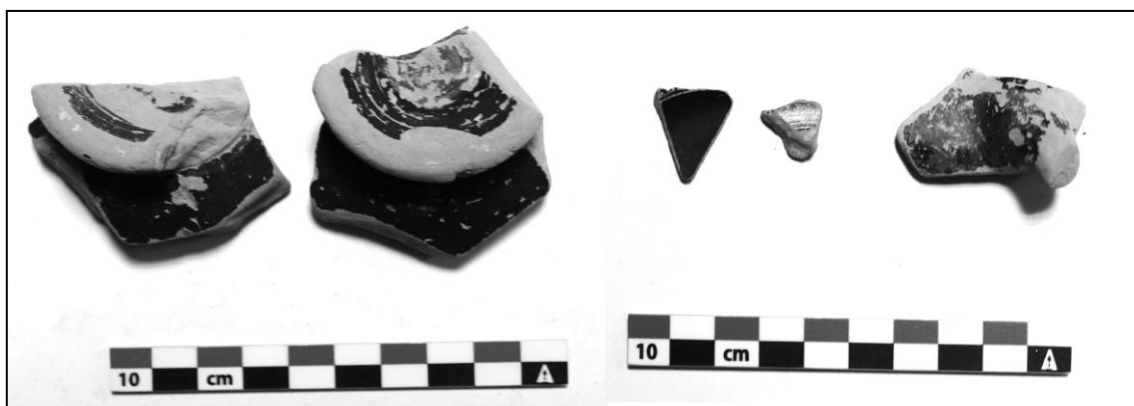


Fig. 7.12. Algunas importaciones áticas recogidas por T. Chapa.

Cerro como en torno a las dependencias levantadas al sur del templo y que excavó T. Chapa; y se documentan a lo largo de toda la estratigrafía, aunque ello no es demasiado significativo dado el carácter extraordinariamente revuelto del conjunto¹⁵².

Ahora bien, como ya comentaba M.L. Sánchez Gómez, más allá de estos fragmentos de cerámica ática, en este caso todos de barniz negro, no contamos con más piezas entre los materiales documentados por T. Chapa que puedan retrotraerse con seguridad al s. IV a.C. Y el volumen total de estos fragmentos áticos es excesivamente escueto como para que puedan considerarse verdaderamente representativos para caracterizar por sí mismos una fase de ocupación: obviando si se me permite toda desviación derivada de un mero recuento cuantitativo de los fragmentos, habremos de reparar en que estamos hablando de 25 piezas de un total de 9613 según mis cálculos, esto es, de un 0,26% del conjunto cerámico recuperado, y que en todos los casos se trata de pequeños vasos para beber, que quizás podrían haberse depositado en el santuario tras haber formado parte del patrimonio de una familia durante generaciones¹⁵³. En cuanto a la cerámica de producción local, si bien encontramos vasos contenedores, tinajas de diversa tipología, *lebetes*, botellas y *oinokhoes* con decoración geométrica o sin ella, tipos todos ellos difundidos por el

¹⁵² Vid. Fig. 7.12.

¹⁵³ Tras el reciente hallazgo de Piquía (Arjona, Jaén) de toda una colección de cráteras áticas de figuras rojas en una tumba del s. I a.C., ha de replantearse el valor cronológico de la cerámica griega por sí sola, y es necesario reflexionar sobre el capital simbólico que las antigüedades tendrían para las familias aristocráticas ibéricas (cf. Olmos *et alii* 2012).

sureste ibérico ya en el s. IV a.C.¹⁵⁴, lo cierto es que son empleados asimismo en épocas más tardías.

En definitiva, y a partir de los datos que nos suministra la cerámica, podría dejarse abierta la posibilidad de que el santuario del Cerro de los Santos fuera frecuentado ya desde el s. IV a.C., pero lo cierto es que la evidencia material que tenemos para argumentar este punto no es definitiva.

Por el contrario, el estudio de la cerámica sí que proporciona una base sólida para defender la utilización del enclave durante los siglos posteriores. Entre los materiales de A. Fernández de Avilés, M.L. Sánchez Gómez destaca la existencia de platos decorados con bandas paralelas, tinajillas, *kalathoi*, fíbulas anulares y La Tène II... que unidos a los escasos fragmentos de cerámica campaniense A arrojan fechas que oscilan entre los ss. III y II a.C.¹⁵⁵ Y otro tanto se puede decir, desde luego, a tenor de los materiales documentados en las excavaciones de T. Chapa y que he podido revisar: la abundancia de botellas, *kalathoi*, caliciformes, tinajillas, pequeños vasos de almacenaje y platos de borde reentrante y escudillas, unida a la escasez de otros tipos como las urnas, nos remite a contextos típicos de los ss. III y II a.C.¹⁵⁶ En cuanto a las importaciones, he identificado un total de 19 fragmentos de cerámica campaniense, todos ellos pequeños galbos inidentificables salvo un pequeñísimo fragmento de borde del nivel 1 de la cata 4, y dos fragmentos de fondo que formaban parte de la misma pieza, un vaso de la forma 27 de Lamboglia, hallados en el nivel 1 de la cata 1. En todo caso, y al igual que sucedía con la cerámica ática, la cerámica campaniense se distribuye nuevamente de manera más o menos homogénea por toda la estratigrafía de las catas 1 y 4.

En otro orden de cosas, las decoraciones pueden resultarnos igualmente significativas en nuestro recuento cronológico. De entre los materiales de las excavaciones de T. Chapa, y teniendo en cuenta que la decoración de muchos de los fragmentos recuperados se perdería debido a la necesidad de retirar la fuerte concreción que los recubría, se han contabilizado un total de 538 fragmentos decorados, lo que supone un 5,62% del total. De entre ellos, lamentablemente, la

¹⁵⁴ Sala 1995: 154-174.

¹⁵⁵ Sánchez Gómez 2002: 257.

¹⁵⁶ Sala 1995: 221-234.

mayor parte corresponden a decoraciones geométricas (líneas, bandas, círculos concéntricos, segmentos de círculos, cabelleras...) de amplio recorrido cronológico en la plástica ibérica. No obstante, también se han documentado otro tipo de decoraciones vasculares enormemente significativas a la hora de precisar la cronología del vaso: me estoy refiriendo fundamentalmente a un fragmento hallado en el nivel 1 de la cata 4 (esto es, en un nivel no revuelto) que muestra una cuidada decoración figurativa, dos posibles guerreros enfrentados entre sí¹⁵⁷, cuyas analogías tanto estilísticas¹⁵⁸ como temáticas¹⁵⁹ con los círculos de Lliria y Serreta podrían llevar a fecharlo hacia finales del s. III o, cuando más, comienzos del s. II a.C., a pesar de que existe cierto desacuerdo en este sentido¹⁶⁰. Cabe destacar igualmente algunas asas trenzadas, como la que aparece en el nivel superficial de la cata 4¹⁶¹, con evidentes paralelos en ciertas piezas de Escuera¹⁶², Serreta¹⁶³, Alcavonet¹⁶⁴, Tossal de la Cala¹⁶⁵, en niveles en todos los casos de finales del s. III a.C. Finalmente, en una época similar hay que fechar el *kalathos* hallado igualmente en el nivel 1 de la cata 4¹⁶⁶, tanto por su tipo, propio de los ss. III-I a.C., como por su decoración, a base de *losanges* y retículas estilizadas de trazo muy libre, propia en el sureste ibérico de fechas muy tardías¹⁶⁷.

También merece la pena realizar una mención a las tres terracotas fragmentarias mencionadas en los diarios de excavación de Fernández de Avilés y recogidas por M.L. Sánchez Gómez en su estudio¹⁶⁸, quien sin embargo renuncia a

¹⁵⁷ Chapa 1984: 123. *Vid.* Fig. 7.13.

¹⁵⁸ Aranegui 1997.

¹⁵⁹ García Cardiel 2014 a.

¹⁶⁰ Así, L. Abad y R. Sanz (1995: 73-75) incluyen este fragmento y el documentado por A. Fernández de Avilés y que también mostraba decoración figurativa (un varón alzando una mano) (Fernández de Avilés 1966: 35) en su “círculo decorativo del sureste”, cuya producción debe situarse más bien en torno a los ss. II-I a.C., aunque por temática y estilo creo que estas dos piezas deben considerarse anteriores a las producciones del Tolmo de Minateda, Cola de Zama o Elche de la Sierra. Por el contrario, quizás sí que podría ser incluido en este estilo cerámico, en mi opinión, otro fragmento hallado igualmente en la cata 4, y en el que aparecen representadas lo que parecen ser las extremidades de un cérvido (Chapa 1984: 123).

¹⁶¹ *Vid.* Fig. 7.14.

¹⁶² Sala 1995: 227.

¹⁶³ Fuentes Albero 2007.

¹⁶⁴ Grau 1998-1999: 83-84.

¹⁶⁵ Bayo 2010: 78-98.

¹⁶⁶ Chapa 1984: 116. *Vid.* Fig. 7.15.

¹⁶⁷ Tortosa 2004 a: 177; Uroz 2012: 136.

¹⁶⁸ Sánchez Gómez 2002: 239-240.



Fig. 7.13. Galbo de los guerreros del Cerro de los Santos.

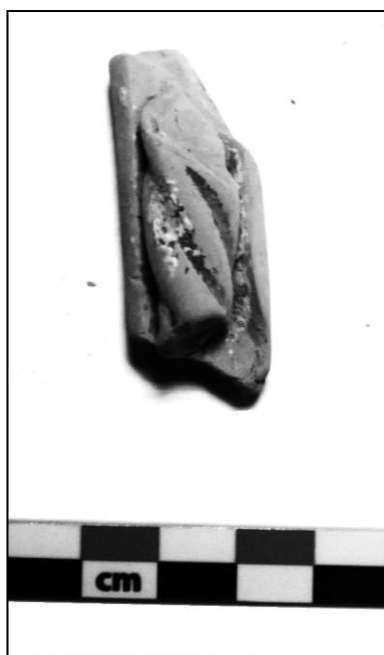


Fig. 7.14. Asa trenzada del nivel superficial de la cata 4 d T. Chapa.



Fig. 7.15. Kalathos del nivel 1 de la cata 4 de T. Chapa.

atribuirles una datación. A este respecto, en su reciente tesis F. Horn señaló que solo cinco santuarios rurales en todo el mundo ibérico (todos ellos cuevas-santuario, salvo el Cerro de los Santos) habían proporcionado terracotas de este tipo, y que todos ellos eran de cronología plena o tardía, entre los ss. IV y I a.C.¹⁶⁹

Por lo que respecta a la fecha final del santuario, tampoco se encuentra exenta de problemas. M.L. Sánchez Gómez entresaca de entre los materiales de las campañas de Fernández de Avilés un fragmento de plato con decoración de pez incisa sobre engobe rojo, un brazalete de bronce, una fíbula de charnela y un as de Augusto o Germánico para proponer un paulatino abandono del lugar entre el s. I a.C. y mediados del I d.C., lectura que se ve reforzada por los materiales encontrados en superficie durante las mencionadas campañas, a saber, un fragmento de boca de ánfora Dressel 14, varios más de distintas formas de *terra sigillata* (tipos que sin embargo no aparecieron en las catas de la ladera norte), y una moneda de Adriano y otra más de finales del s. II a.C., artefactos que llevan ya a plantear una frecuentación ocasional y residual del lugar durante los ss. I y II d.C.¹⁷⁰

Conclusiones parecidas pueden extraerse de los materiales recogidos durante las campañas dirigidas por T. Chapa. Así, en las diferentes catas se documentó una gran cantidad de material anfórico, que ya en su día fue calificado de “itálico republicano”¹⁷¹ y que hoy podríamos precisar que se trata de ánforas Dressel 1, un tipo de recipiente ampliamente distribuido por la Península Ibérica entre los ss. II y I a.C., y que concretamente en la actual provincia de Albacete se documenta en contextos datados a comienzos del s. I a.C. en Lezuza¹⁷² y en Tolmo de Minateda¹⁷³, por poner solo dos ejemplos. Pero más tardíos aún han de ser los ases documentados en la cata 3 y en el nivel 3 de la cata 1, y que creo que pueden identificarse respectivamente con piezas de la ceca de *Calagurris* (Calahorra, La Rioja) en época de Augusto¹⁷⁴, y a la de

¹⁶⁹ Horn 2011: 205-207.

¹⁷⁰ Sánchez Gómez 2002: 258.

¹⁷¹ Chapa 1984: 114-117.

¹⁷² Uroz 2012: 239-248, 250-258, 268-290.

¹⁷³ Abad, Gutiérrez y Sanz 1998: 70.

¹⁷⁴ *RPC* 441. Anv.: Cabeza laureada a derecha, MV CAL IULIA - AUGUSTUS. Rev.: toro a derecha, L BAEB PRISCO / C GRAN BROCO / II VIR. En el reverso, se observa además un resello triangular, cuyo significado no está claro pero podría relacionarse con un intento de las autoridades calagurritanas para retener el numerario emitido en su propia ceca: cf. Andrés 2002: 67-68.

Carthago Noua en la del emperador Tiberio¹⁷⁵. E igualmente en época altoimperial han de fecharse los fragmentos de *terra sigillata* hispánica hallados, no solo en superficie, como sucedió en las campañas de Fernández de Avilés, sino también a lo largo de la estratigrafía: me refiero a tres galbos y dos fondos, documentados todos ellos en la cata 1 (dos en el nivel 1, otros dos en el nivel 2 y un quinto en el 3), y por tanto *a priori* ajenos a los materiales arrastrados por el arado y las crecidas de la Rambla¹⁷⁶.

En definitiva, los materiales documentados durante las campañas de excavación de T. Chapa y conservados en el Museo de Albacete parecen apoyar, con algunas matizaciones, las conclusiones cronológicas alcanzadas por M.L. Sánchez Gómez en su estudio de los artefactos provenientes de las campañas de A. Fernández de Avilés: el santuario muestra una frecuentación sistemática entre los ss. III y comienzos del I a.C., y una fase de “decadencia”, o al menos de empleo mucho menos frecuente, entre la segunda mitad del I a.C. y el s. I d.C., o incluso durante el s. II d.C. a juzgar por algunos materiales en superficie documentados por Fernández de Avilés. Por lo que respecta a las cerámicas áticas del s. IV a.C., abren la posibilidad de una ocupación anterior del enclave, pero de momento no me parecen suficientes como para poder probarla de manera fehaciente.

De hecho, no debemos perder de vista que la cata 4, la más meridional y situada a una cota más alta, y que según señaló la propia T. Chapa documentó el único nivel inalterado del yacimiento conocido hasta el momento¹⁷⁷, es quizás la que más indicadores cronológicos nos ofrece, permitiéndonos fechar sus materiales entre la segunda mitad del s. III y comienzos del I a.C.; ahora bien, como ya señaló M.L. Sánchez Gómez, tampoco podemos asumir *a priori* que la destrucción de las dependencias documentadas en esta cata 4 marcaría el abandono definitivo del santuario¹⁷⁸, aunque sí que me parece que podría señalarnos una prueba del comienzo de su ocaso.

¹⁷⁵ *RPC* 179. Anv: Cabeza desnuda a izquierda, TI CAESAR DIVI AUGUSTI F AUGUSTUS P M. Rev.: Cabezas enfrentadas, NERO ET DRUSUS CAESARES QUINQ C V I N C.

¹⁷⁶ *Vid.* Fig. 7.16.

¹⁷⁷ Chapa 1984: 119.

¹⁷⁸ Sánchez Gómez 2002: 260.



Fig. 7.16. Materiales tardíos documentados en la Ladera Norte del Cerro de los Santos: plato con decoración de pescado recogido por A. Fernández de Avilés; as de Tiberio del nivel 3 de la cata 1 de T. Chapa; sigillatas recogidas por T. Chapa en las catas de la Ladera Norte.

Mención aparte merecen los materiales documentados por A. Fernández de Avilés en la Cañada de Yecla, y por los que hasta el momento he preferido pasar por alto. En la segunda de las catas abiertas en este sector, se documentó una dependencia rectangular de mampostería, que pertenecía a un conjunto más grande del que nada más conocemos. Asociados a ella, aparecieron materiales tales como abundantes fragmentos de *terra sigillata* hispánica y gálica datables entre mediados del s. I y finales del II d.C. y algunos piezas de cerámica campaniense B, vasos que sirvieron ya a T. Chapa para proponer que se trataría de una *villa* rústica que se habría fundado en el lugar con posterioridad al abandono del santuario¹⁷⁹, en tanto que M.L. Sánchez Gómez sitúa el edificio entre finales del s. I a.C. y finales del II o comienzos del III d.C., esto es, coincidiendo en sus primeros momentos con la etapa de uso del santuario¹⁸⁰.

Ahora bien, y aun sin poder obviar la abundancia de la *terra sigillata* en este sector, sin parangón en el propio Cerro, ha de tenerse en cuenta que igualmente se documentaron, además de las cerámicas campanienses de las que hablaba, un ánfora grecoitalica identificada por Sánchez Gómez como del tipo D de E.L. Will¹⁸¹ y por tanto datable en la primera mitad del s. II a.C.; aparecieron igualmente abundantes vasos ibéricos de diversa tipología (platos, tinajas, botellas, *kalathoi*), algunos con decoración geométrica pero otros con elementos figurativos, de entre los cuales destaca sin duda un fragmento en el que se conserva una pierna de guerrero calzada con greba¹⁸², del mismo estilo que el fragmento decorado con guerreros hallado en la cata 4 de T. Chapa y asimilable por tanto a los círculos decorativos de finales del s. III-comienzos del II a.C. Elementos todos ellos que parecen apuntar a un inicio de la ocupación de estas dependencias más antiguo del que hasta ahora se viene asumiendo, cuando menos abarcando todo el s. I a.C.

7.3. Actividades rituales y espacios de consumo: el santuario y su infraestructura.

Una vez establecida así, en lo posible, la cronología del santuario del Cerro de los Santos, resta ahora tratar de determinar, de nuevo en la medida en la que los

¹⁷⁹ Chapa 1983: 648; 1984: 118-119.

¹⁸⁰ Sánchez Gómez 2002: 258-259.

¹⁸¹ Will 1982. Cf. Sánchez Gómez 2002: 222.

¹⁸² Sánchez Gómez 2002: 183.

materiales revueltos que han llegado hasta nosotros lo permitan, las actividades desarrolladas en este enclave.

Desde luego, la práctica llevada a cabo en el santuario que se evidencia de una manera más clara en el registro arqueológico es, sin lugar a dudas, la deposición de exvotos figurados, tanto escultóricos como, en menor medida, bronceos. La mayor parte de estos exvotos eran antropomorfos, y todo parece apuntar a que representarían al propio devoto que ejecutaba (o encargaba) la ofrenda¹⁸³. No profundizaré ahora en ellos, pues en su momento ya expliqué que este tipo de ofrendas representaba, por una parte, digamos en un plano religioso, la entrega del propio devoto a la divinidad, bien sea en reconocimiento por un favor prestado o bien como anticipo de un don que se aspira a alcanzar, mientras que, en un plano más “mundano”, la deposición de estos exvotos en un santuario permitía la exhibición y negociación social de las identidades individuales, al representar ante todo el grupo y en un lugar colectivo la persona social del individuo con todos sus atributos. Volveré sobre este último punto en un apartado posterior de este capítulo. De momento, baste con señalar la deposición de exvotos antropomorfos como una de las principales actividades rituales llevadas a cabo en el santuario, constatando de paso que, en contra de lo que en ocasiones se ha mantenido, los devotos se representan siempre de manera individual¹⁸⁴ e independientemente de su género¹⁸⁵, y lo hacen generalmente como sujetos estantes en actitud oferente, aunque también encontraremos individuos en actitud contemplativa y, en época tardía, exvotos-cabeza.

¹⁸³ Vid. Fig. 7.17.

¹⁸⁴ La única posible excepción a este respecto, argüida en múltiples ocasiones, sería la pareja de oferentes estantes que sostienen entre los dos un vaso (Ruiz Bremón 1989: 270), conjunto que por cierto viene siendo considerado generalmente como auténtico pero que fue adquirido por el Museo Arqueológico Nacional a V. Juan y Amat en 1872, y del que ya J.R. Mélida (1905: 23) señaló que posiblemente solo fuera verdadera la cabeza del varón (que evidentemente no corresponde con el grupo), en tanto que el resto de la pieza sería falso (cf. Chapa y González Alcalde 2013: 120). En contra de esta lectura, cf., recientemente, Rueda 2007: 232. Vid. Fig. 7.18.

¹⁸⁵ Algunos autores en su momento afirmaron que la mayor parte de los exvotos eran femeninos (Nicolini 1973: 88; Blázquez 1975 b: 149), opinión que ha calado en una cierta parte de la historiografía, pese a que ya M. Ruiz Bremón (1989: 85-87) se esforzó por demostrar que ambos sexos estaban representados de una manera más o menos equilibrada, y que en todo caso, si contábamos las cabezas-exvoto, serían más numerosos los varones representados.



Fig. 7.17. Exvoto escultórico antropomorfo del Cerro de los Santos.



Fig. 7.18. Pareja de oferentes del Cerro de los Santos.

La descontextualización de buena parte de las piezas, empero, nos oculta buena parte del “ciclo vital” de estas esculturas. Así, aunque en ocasiones se ha subrayado una supuesta heterogeneidad temática y tipológica de los exvotos de piedra¹⁸⁶, en realidad una parte importante de ellos muestra toda una serie de concomitancias técnicas e iconográficas que han llevado generalmente a dar por sentada la existencia de un “taller local” escultórico que abastecería al santuario y sus devotos, y que por consiguiente se radicaría en sus inmediaciones¹⁸⁷. No podemos descartar, empero, que algunas de las piezas fueran transportadas desde el lugar de origen de su oferente. Por lo que respecta al lugar de extracción de la piedra caliza y la arenisca que constituye la materia prima de las esculturas, en ocasiones se hipotetizó

¹⁸⁶ Ruano 1988: 262.

¹⁸⁷ Cf. Noguera 1994: 229-232; León 1998: 161-162.

incluso que podría ser el propio Cerro¹⁸⁸, aunque hoy en día ello no se considera demasiado probable, y ya A. Fernández de Avilés propuso que el material podría haberse extraído del paraje actualmente llamado “Las Canteras”, junto a la carretera de Montealegre y a 1,5km al noroeste del Cerro de los Santos¹⁸⁹, hipótesis que igualmente hoy se considera poco fundada.

En todo caso, una vez fabricadas las esculturas, seguramente por encargo directo y bajo las indicaciones del devoto, desconocemos los detalles de qué se haría con ellas, y dónde serían realmente depositadas. En ocasiones se ha especulado con que el “templo” en realidad sería un *thesauros* en el que se depositarían las esculturas y donde estas se almacenarían durante un tiempo, hasta que periódicamente fueran amortizadas en una *favissa* excavada en el Cerro para dejar espacio a nuevas piezas¹⁹⁰. La doble hilera de sillares que componen los muros de la *cella* del edificio, de hecho, fue interpretada desde este punto de vista, entendiendo que la hilera interior no formaría parte de las paredes sino que compondría unos bancos adosados a estas, en los que se colocarían los exvotos¹⁹¹. Este modelo interpretativo, aunque atractivo, no deja de resultar problemático, pues ni parece ser este el sentido de los templos “a la itálica” en el mundo ibérico (ni tampoco en la Península Itálica), ni el templo es estrictamente coetáneo a las esculturas sino que fue construido probablemente con posterioridad a la amortización de muchas de ellas; tampoco se encontró un solo fragmento escultórico en el interior del templo cuando este fue excavado a finales del s. XIX, ni se ha podido identificar con seguridad ninguna *favissa* a lo largo del yacimiento. Por el contrario, las esculturas aparecieron dispersas por todo el Cerro, por no hablar de las documentadas a lo largo de la Cañada de Yecla, a donde fueron a parar sin duda por el arrastre de las aguas durante las crecidas periódicas de la misma; y en los pocos casos en los que conocemos el contexto preciso en el que las piezas fueron halladas por los arqueólogos, sabemos que aparecieron aparentemente caídas al azar a lo largo de todo el Cerro, en las más diversas posiciones y revueltas junto con

¹⁸⁸ Savirón 1875: 128.

¹⁸⁹ Fernández de Avilés 1966: 10. Cf. también Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 36.

¹⁹⁰ Lucas 1981: 241; Vilà 1994: 128; Ramallo y Brotons 1999: 172.

¹⁹¹ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 18.



Fig. 7.19. Exvoto de bronce del Cerro de los Santos, representando a un guerrero.

distintos tipos de materiales¹⁹². Pareciera, por tanto, que los exvotos eran depositados a lo largo del Cerro sin ningún orden aparente, y que allí quedaban como testigos mudos del paso de los oferentes por el área sacra a través del tiempo.

La mayor parte de estas aseveraciones pueden hacerse extensibles igualmente a los pequeños (y escasos) exvotos de bronce antropomorfos hallados en el Cerro, con evidentes paralelismos con las figurillas de los santuarios jienenses¹⁹³. E igualmente pueden aplicarse a los exvotos zoomorfos, fabricados tanto en bronce como en piedra, que han ido apareciendo en el santuario a lo largo de las diversas campañas, y que representan fundamentalmente a équidos y bóvidos¹⁹⁴. La interpretación de estos últimos, no obstante, dista de ser inmediata, pues aunque en ocasiones se han

¹⁹² Fernández de Avilés 1966: 14; Chapa 1984: 115 y 119.

¹⁹³ Ruano 1988: 262; Ruiz Bremón 1989: 164-169; Escolapios 2007 [1871]: 94-95. *Vid.* Fig. 7.19.

¹⁹⁴ Savirón 1875: 161-162 y 233; Zuazo 1915: 64; Jiménez Navarro 1943; Fernández de Avilés 1965: 143-145; Chapa 1980: 843; 1980 c: 154-157; Ruiz Bremón 1989: 173-174; Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 49-52; Escolapios 2007 [1871]: 94-97.

interpretado como atributos de alguna de las divinidades adoradas en el santuario, como sucede en el Cigarralejo,¹⁹⁵ el asunto no está nada claro.

Un segundo tipo de ritual que posiblemente se llevara a cabo en el Cerro de los Santos es el del sacrificio. Los hallazgos faunísticos no han sido infrecuentes en las excavaciones, y cuando estos fueron recogidos y estudiados, en las campañas dirigidas por T. Chapa, el análisis especializado determinó que la totalidad de los restos óseos hallados en la cata 1 en 1977 pertenecían a ovicápridos sacrificados a distintas edades¹⁹⁶. El predominio de estos animales en el registro no llama la atención ni desde el punto de vista económico ni religioso¹⁹⁷, pero la inexistencia de otras bestias sí que supone un dato interesante sobre el que más tarde volveré y que, en todo caso, sugiere que no nos encontramos ante contextos de consumo doméstico sino ritualizado, e invalida la hipótesis de que los pequeños exvotos con forma de bóvido o caballo fueran depositados como sustitutivos de una eventual víctima sacrificial.

Es de reseñar que a veces las actividades sacrificiales se han puesto en relación con la existencia de sacerdotes que controlaran la observancia del ritual¹⁹⁸, aunque ello no sería estrictamente necesario, como nos demuestran otras religiones mejor conocidas del Mediterráneo antiguo como la griega. De hecho, y aunque en ocasiones se ha especulado con la posibilidad de que especialistas religiosos dirigieran el ritual en el Cerro de los Santos y estuvieran representados en algunos de sus exvotos¹⁹⁹, lo cierto es que por el momento la inexistencia de evidencias claras o mi incapacidad para interpretarlas me lleva a mantener un prudente silencio al respecto.

Sí que resultaría interesante mencionar en relación con este tema, de cualquier manera, dos pequeñas ámulas de arenisca procedentes del yacimiento, y destinadas quizás a realizar sobre ellas los correspondientes sacrificios. Me estoy refiriendo tanto al ejemplar descubierto durante las excavaciones de los padres escolapios y sobre el que se conserva la inscripción latina [...]LV / [...]ALL / [...]M²⁰⁰, como a un segundo conservado en el Museo de Albacete y de procedencia ignota, del que dan noticia S.F.

¹⁹⁵ Chapa 1980: 888; Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 49-51; Escolapios 2007 [1871]: 115.

¹⁹⁶ Soto 1980.

¹⁹⁷ Iborra 2000: 83-87.

¹⁹⁸ Chapa y Madrigal 1997; Chapa 2006 a.

¹⁹⁹ Ruano 1987 a: 216; Ruiz Bremón 1988: 387.

²⁰⁰ Escolapios 2007 [1871]: 17; Fernández de Avilés 1948: 376.

Ramallo, J.F. Noguera y F. Brotons y sobre cuya superficie aparece grabado un capitel jónico²⁰¹, y quizás a un tercero, del que tenemos noticia que fue a parar al Museo del Louvre a finales del s. XIX²⁰².

Otra actividad cultural que probablemente tuvo lugar en el Cerro de los Santos, y de la que tenemos vestigios indirectos, es la de la libación o vertido ritual de líquidos en honor de la divinidad. En efecto, una parte importante de los oferentes (no todos ni la práctica totalidad, como en muchas ocasiones se asume²⁰³) fueron representados en la estatuaria portando recipientes, manteniendo una serie de regularidades que posiblemente vengan derivadas del respeto a una ortodoxia ritual que solo alcanzamos a atisbar: las mujeres sostienen con ambas manos y a la altura de su estómago vasos caliciformes, en tanto que los varones sujetan con la mano derecha unos extraños vasos de cuerpo semiesférico superior y pie troncocónico invertido, aunque en ocasiones también portan vasos caliciformes y escudillas semiesféricas²⁰⁴. La repetición reiterada del gesto, así como el protagonismo que los escultores le conceden a la hora de diseñar los exvotos, evidencia la gran importancia que este tendría dentro del ritual del santuario.

Lamentablemente, el contenido de este ritual de nuevo se nos escapa. Aunque pienso que efectivamente todos estos vasos que portan los exvotos escultóricos estarían destinados a la libación (recuérdese por ejemplo el relieve de Torreparedones ya mencionado, contemporáneo a muchas de estas estatuas y que muestra a dos mujeres realizando una libación con un vaso caliciforme como el que las féminas del Cerro portan), no se han llevado a cabo análisis de contenido que puedan indicarnos qué líquidos contenían y eventualmente se vertían con estos recipientes²⁰⁵, por lo que no podría descartarse *a priori* la hipótesis de M. Ruiz Bremón, según la cual en el Cerro de los Santos no se realizaban libaciones, sino que las copas servían para contener el

²⁰¹ Museo de Albacete, n.º. inv. 5225. Cf. Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 24 y 54; Ramallo y Brotons 1999: 172-173.

²⁰² Fernández de Avilés 1948: 376.

²⁰³ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 37.

²⁰⁴ Ruiz Bremón 1989: 144-146.

²⁰⁵ J.M. Blázquez planteó que con ellos se ofrecería vino, leche o hidromiel a la divinidad, como en otros santuarios del Mediterráneo clásico (Blázquez 1975. 148-149), pero esta afirmación por el momento no cuenta con argumentos sólidos en el mundo ibérico.

agua salútfera que la divinidad ofrecía a los peregrinos²⁰⁶; o la de J.V. Martínez Perona, para quien los vasos caliciformes no eran ofrendas ni contenedores sino lámparas votivas que desempeñarían su papel en celebraciones nocturnas o en cuevas²⁰⁷. Ni siquiera podemos saber si estos vasos no contendrían el producto resultante del sacrificio, ofrendado de esta manera a la divinidad.

Con lo que sí que contamos, no obstante, es con el probable correlato arqueológico de esta práctica, fuera esta cual fuera. Y es que ya los padres Escolapios en su *Memoria* advirtieron que la mayor parte de los vasos que encontraron durante sus excavaciones eran sorprendentemente pequeños, y habían de tener una función ritual ya que resultaban poco funcionales²⁰⁸. Ya con mucho mayor rigor y escurpulosidad en la presentación y el recuento de los datos, M.L. Sánchez Gómez señaló que la cerámica gris comprendía un 49,2% de los materiales recogidos en el yacimiento durante las campañas de A. Fernández de Avilés²⁰⁹, y que dentro de esta, los vasos caliciformes, similares a los que portan los exvotos escultóricos femeninos, eran mayoritarios, sumando un 63,8% de las cerámicas grises y un 31,4% del total de la cerámica documentada, apareciendo al menos el 80,9% de ellos en las zanjas abiertas en la Ladera Norte del Cerro, frente a tan solo nueve fragmentos documentados en las catas planteadas en la Cañada y 55 de los que no se tiene referencia espacial alguna²¹⁰. La segunda forma más habitual dentro de las cerámicas de pasta gris son las tinajas y tinajillas, que componen un total del 20% de la cerámica gris recuperada y casi un 10% de la cerámica documentada en estas campañas, apareciendo mayoritariamente, de nuevo, en la Ladera Norte²¹¹. Caliciformes y tinajas de pasta gris, además, tienen en común su pequeño tamaño, no superando en ningún caso los 15 cm de diámetro en la boca y situándose mayoritariamente entre los ocho y los doce²¹², algo que, unido a su reiteración sistemática en el registro y su concentración en la Ladera Norte, aboga por su función ritual. Por lo que respecta a las cerámicas de pastas claras, de nuevo sorprende el gran volumen de vasos de pequeñas dimensiones, aunque en este caso el

²⁰⁶ Ruiz Bremón 1987: 42.

²⁰⁷ Martínez Perona 1992: 275.

²⁰⁸ Escolapios 2007 [1871]: 80-81.

²⁰⁹ Sánchez Gómez 2002: 134.

²¹⁰ Sánchez Gómez 2002: 115.

²¹¹ Sánchez Gómez 2002: 121.

²¹² Sánchez Gómez 2002: 135.

predominio no sea tan aplastante, y las proporciones sean similares tanto en la Ladera Norte como en la Cañada de Yecla²¹³; así, los vasitos caliciformes suman un 10,4% del total de la cerámica oxidante, y por tanto un 4,1% del material cerámico recogido por Fernández de Avilés²¹⁴, en tanto que las tinajillas de pasta clara suponen un 44,5% de la cerámica oxidante, y un 17,5% del total del material²¹⁵. En cuanto al resto de las formas, se documenta una gran proporción de platos (un 21,47% de la cerámica oxidante, y un 8,2% del material cerámico total del yacimiento²¹⁶) y también, ya minoritariamente, botellas, platos, contenedores y tapaderas de ambos tipos de pastas, y además kalathoi, morteros y ánforas de pasta clara.

En definitiva, de los recuentos llevados a cabo por M.L. Sánchez Gómez puede colegirse que buena parte del material cerámico empleado y amortizado en la Ladera Norte del Cerro de los Santos estaba compuesto por recipientes de muy pequeñas dimensiones, análogos a los que portan sistemáticamente las esculturas.

Otro tanto se puede decir, de hecho, del material cerámico recuperado en las catas 1, 2, 3, 5 y 6 de T. Chapa, que en líneas generales se reparte en proporciones similares²¹⁷. Según mis propios recuentos, elaborados teniendo en cuenta la totalidad del material conservado en el Museo y no solo las formas significativas, la cerámica gris local documentada en estas catas de la Ladera Norte comprende un 41,34% del material cerámico total recuperado en estas catas, porcentaje algo menor que el reseñado para las zanjas de Fernández de Avilés pero aún así bien significativo. Las cerámicas claras locales suponen por su parte el 57,22%, en tanto que la cerámica de cocina no llega al 0,88%, y la importada apenas alcanza el 0,55%. Por lo que se refiere a las formas concretas, y tras el recuento de casi 800 ejemplares identificados, dentro de las pastas grises predominan claramente los vasos caliciformes, con un 53,72% de los ejemplares de cocción reductora identificables (y por consiguiente suponiendo un 33,3% del total del material cerámico de estas catas), seguidos por los cuencos (que suponen un 25,9% de la cerámica reductora y un 17,5% del total del material

²¹³ Sánchez Gómez 2002: 195.

²¹⁴ Sánchez Gómez 2002: 142.

²¹⁵ Sánchez Gómez 2002: 148.

²¹⁶ Sánchez Gómez 2002: 161-162.

²¹⁷ *Vid.* Fig. 7.20 y 7.21.

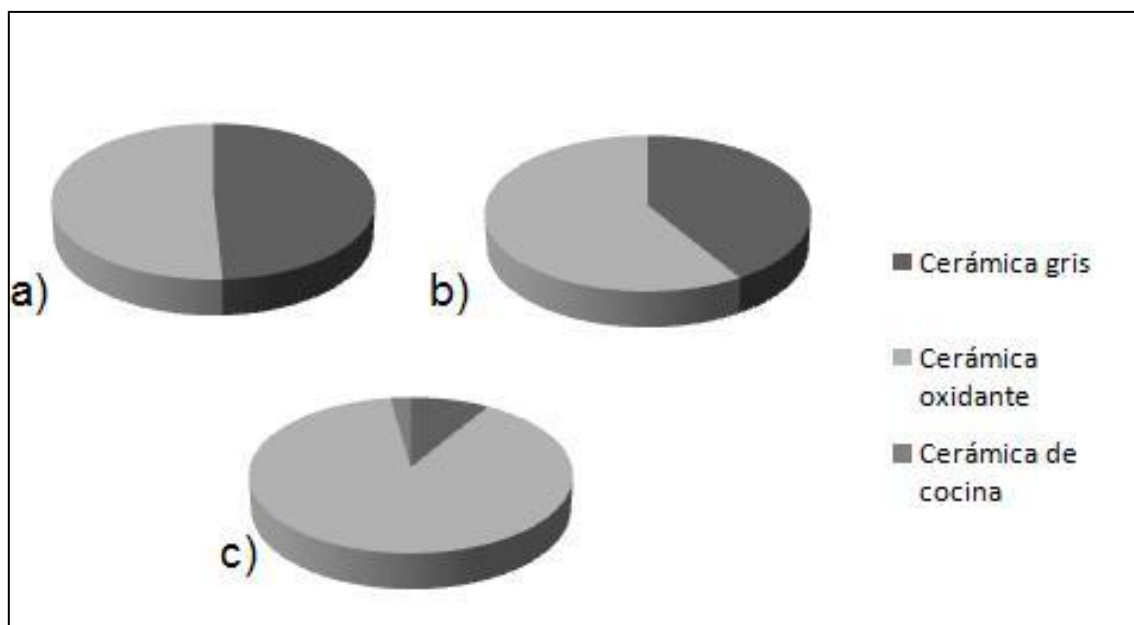


Fig. 7.20. Distribución de pastas cerámicas del Cerro de los Santos: a) Materiales de la campaña de 1963 de A. Fernández de Avilés; b) Materiales de las catas de T. Chapa en la Ladera Norte; c) Materiales de la cata 4 de T. Chapa.

cerámico) y las tinajas (que suman un 12,47% de la cerámica reductora y un 8,43% del total del material cerámico), a los que se suma una presencia residual de botellas, contenedores y *kalathoi*. De nuevo destaca, por cierto, el pequeño tamaño de los caliciformes y las tinajillas, cuya boca no sobrepasa casi nunca los 14 cm de diámetro. En lo que respecta a las pastas claras, finalmente, predominan los cuencos (con un 30,05% de las cerámicas de cocción oxidante, y por tanto un 9,89% del total del material cerámico identificable), seguidos por los vasos caliciformes (que ascienden a un 25,5% de los recipientes de cocción oxidante y a un 8,26% del total recuperado), las tinajas (con un 20,05% de la cerámica oxidante, y un 6,65% del total del material cerámico), y ya con porcentajes mínimos, las botellas, los contenedores, los *kalathoi* y las jarras²¹⁸.

En resumen, el estudio directo de los materiales cerámicos documentados durante las campañas arqueológicas dirigidas por T. Chapa en el Cerro de los Santos ha revelado una distribución tipológica similar que la que en su momento se determinó para las campañas de los años sesenta, con un predominio llamativo de los vasos

²¹⁸ Vid. Láms. 7.1-7.6.

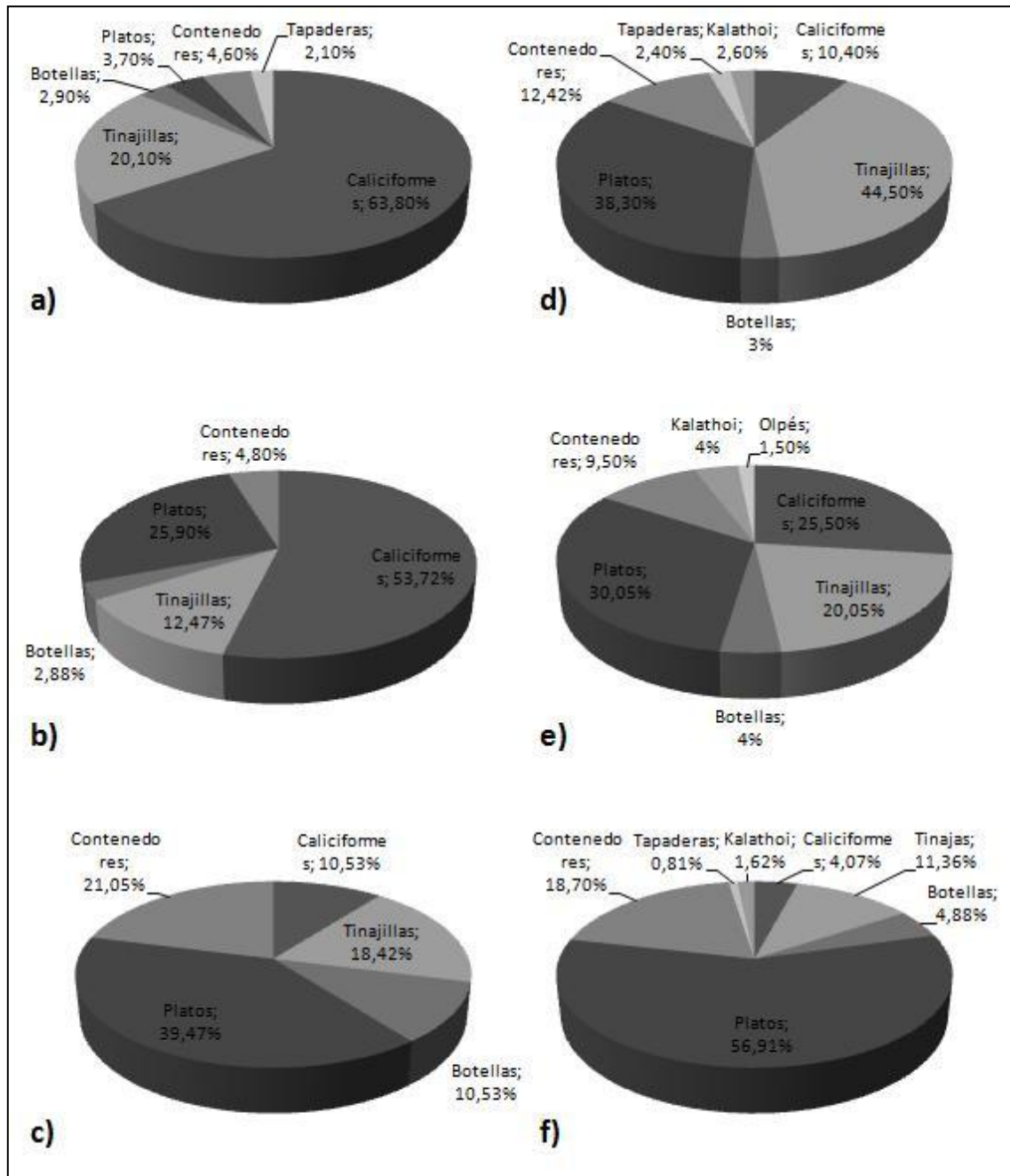
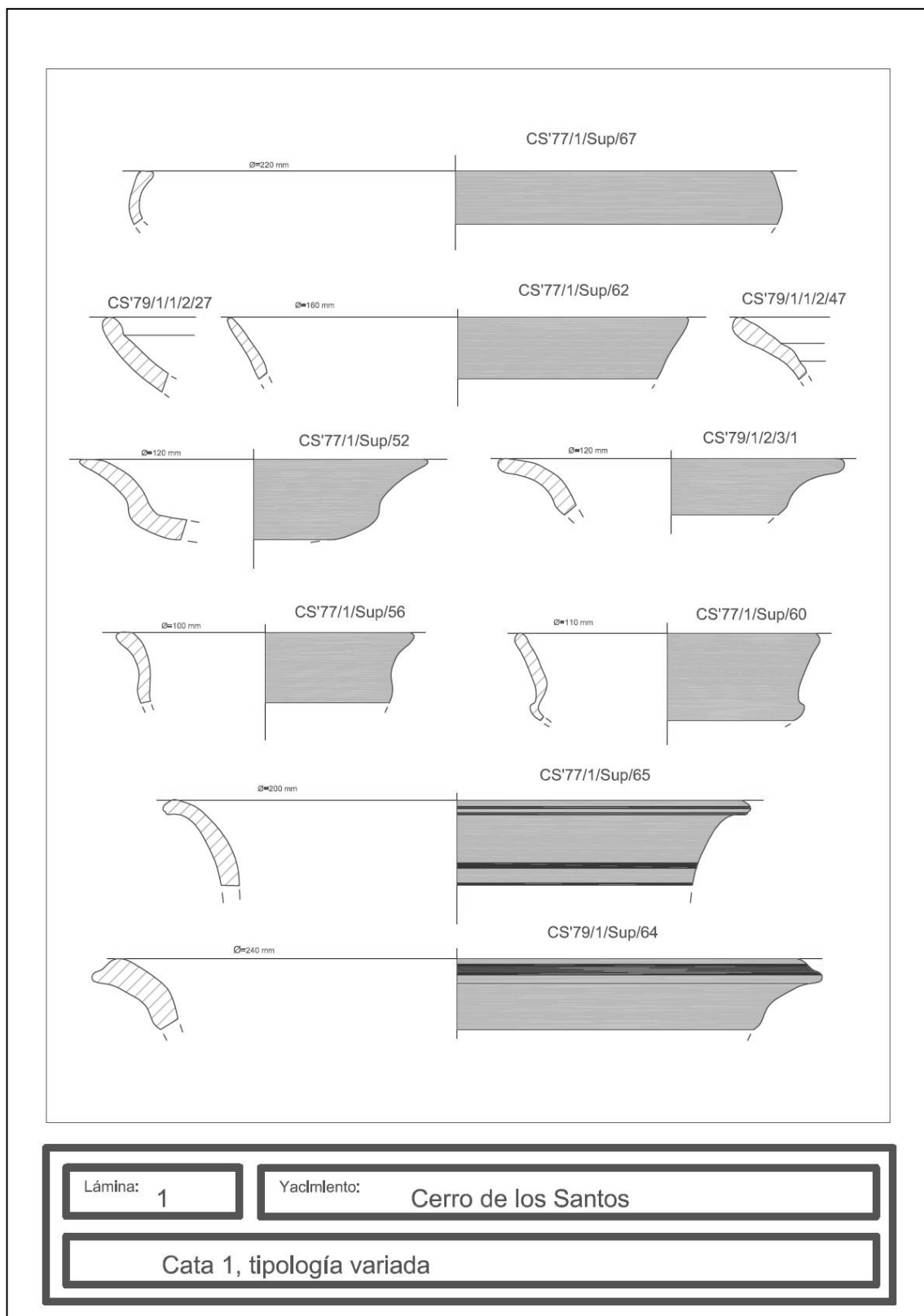
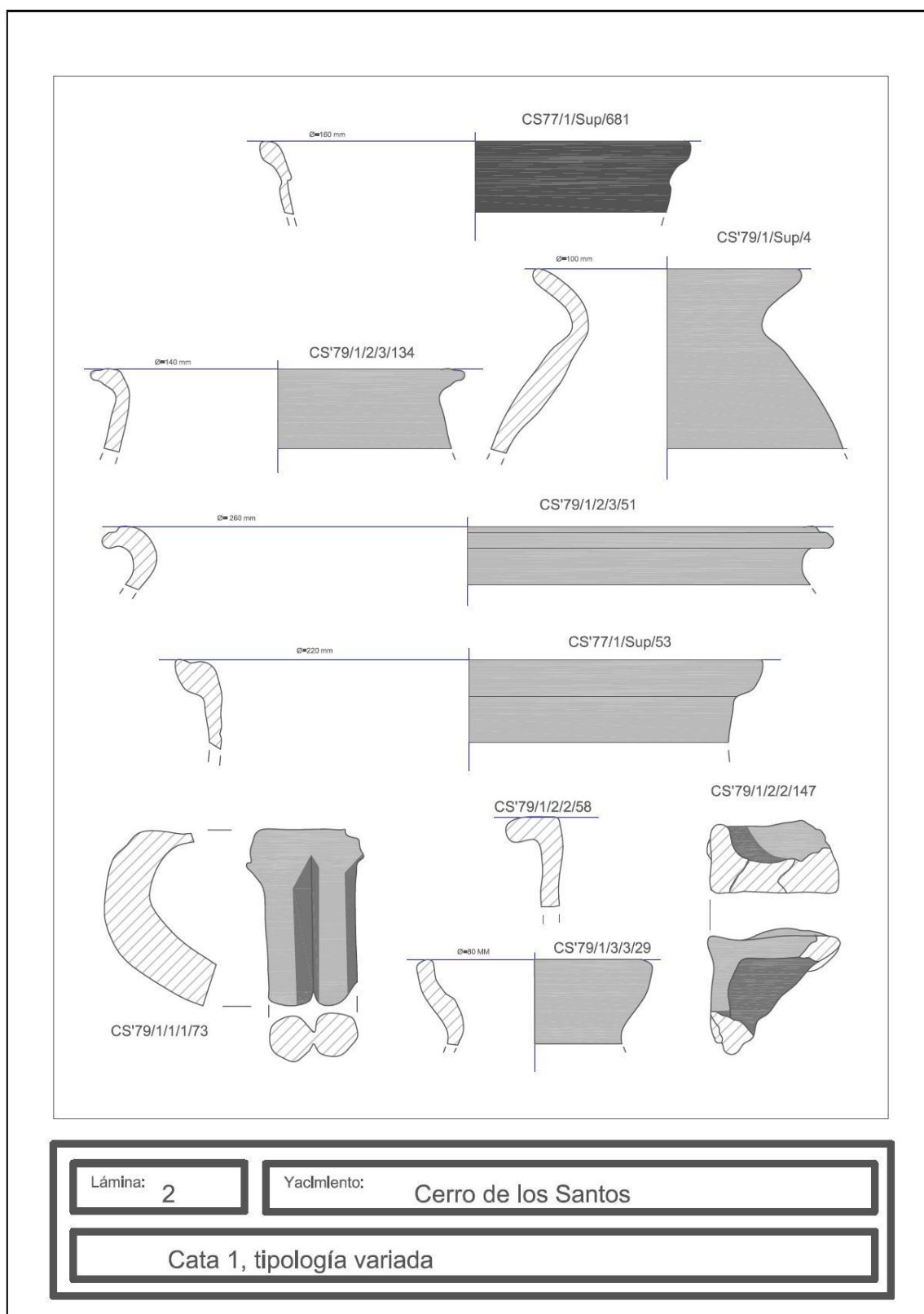


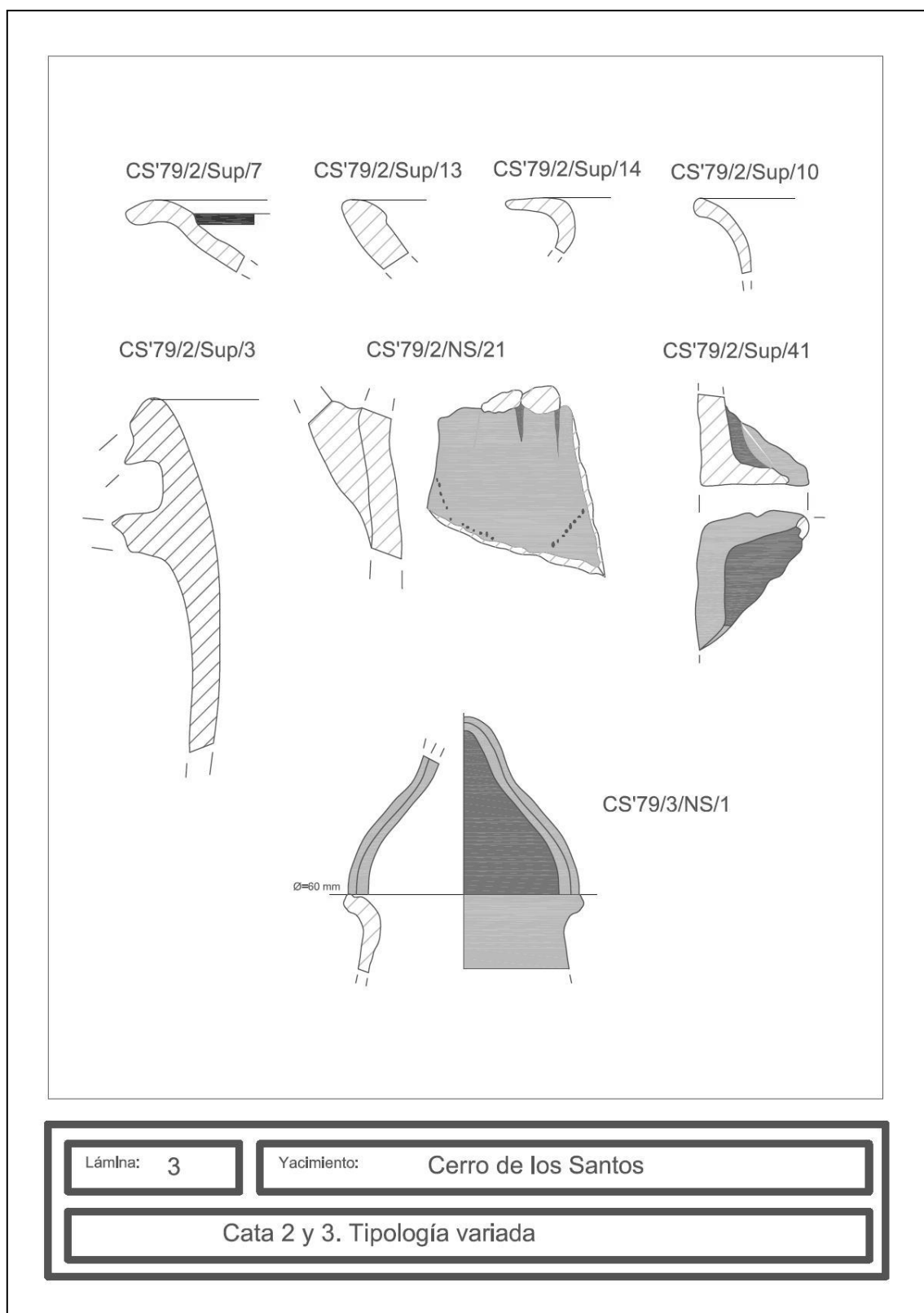
Fig. 7.21. Distribución de las tipologías cerámicas documentadas en el Cerro de los Santos: a) Campañas de A. Fernández de Avilés en la Ladera Norte, cerámicas grises; b) Campañas de T. Chapa en la Ladera Norte, cerámicas grises; c) Cata 4 de T. Chapa, cerámicas grises; d) Campañas de A. Fernández de Avilés en la Ladera Norte, cerámicas oxidantes; e) Campañas de T. Chapa en la Ladera Norte, cerámicas oxidantes; f) Cata 4 de T. Chapa, cerámicas oxidantes.



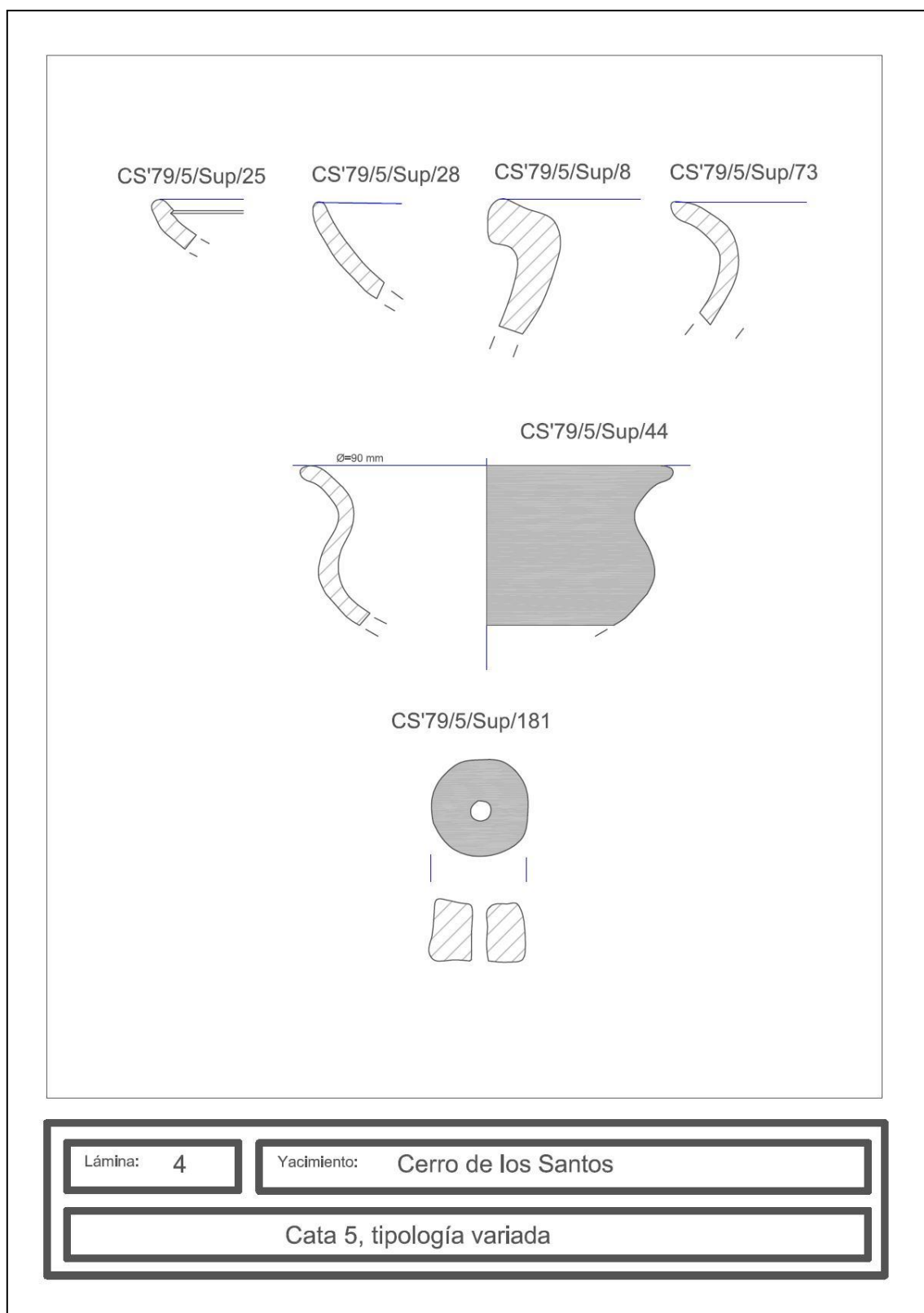
Lám. 7.1. Tipología cerámica de la Cata 1 de T. Chapa en el Cerro de los Santos (I).



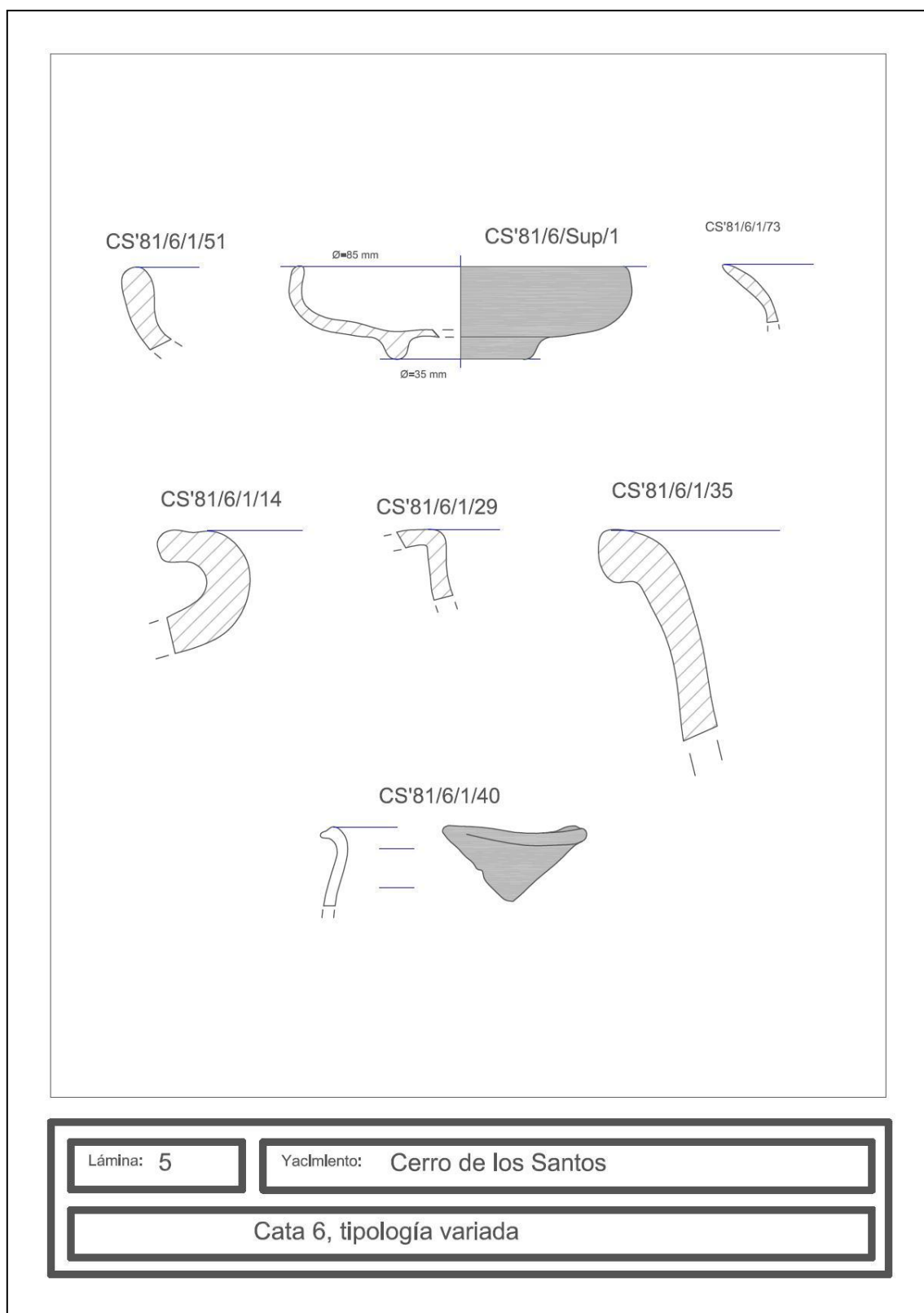
Lám. 7.2. Tipología cerámica de la Cata 1 de T. Chapa en el Cerro de los Santos (II).



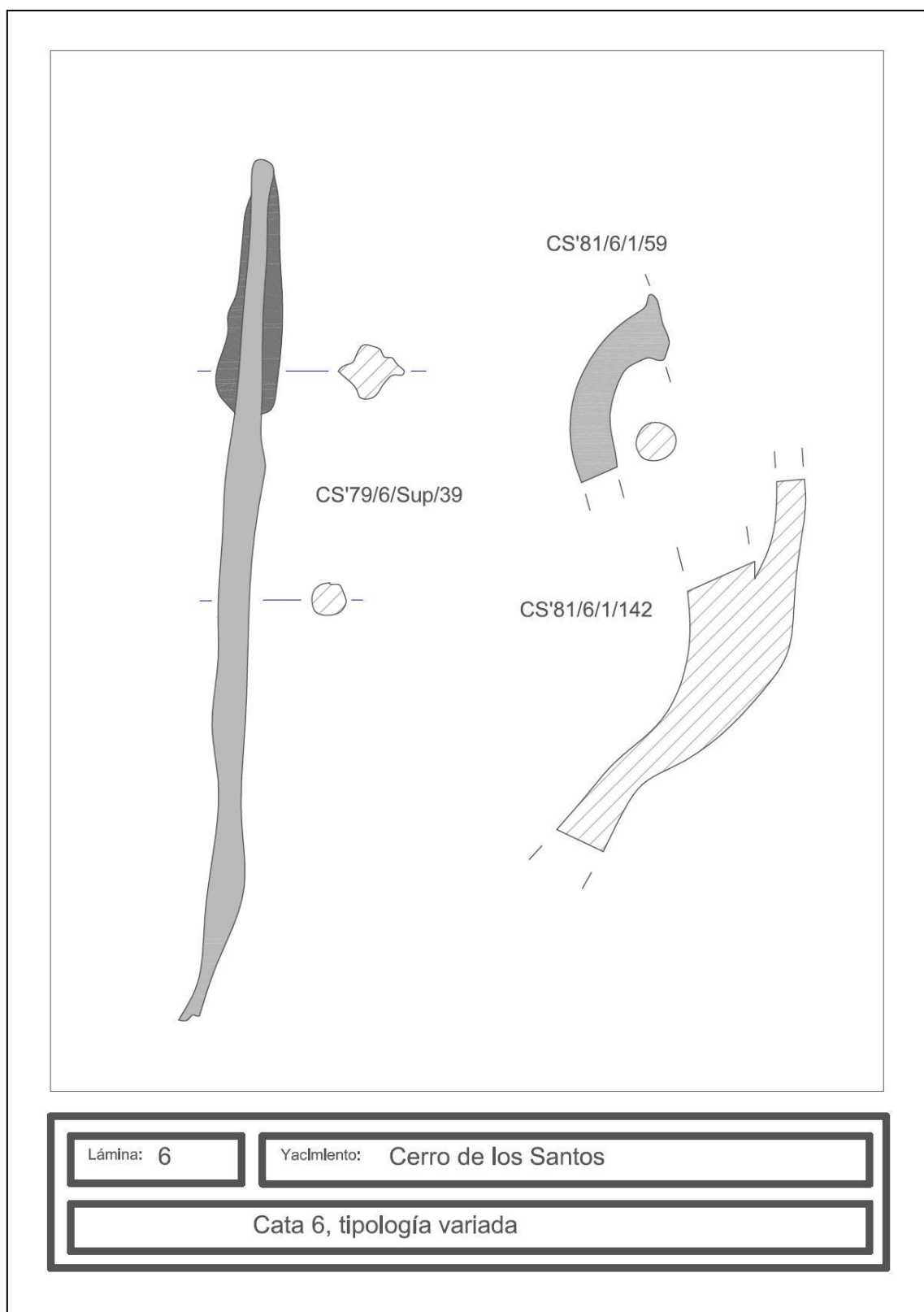
Lám. 7.3. Tipología cerámica de las Catas 2 y 3 de T. Chapa del Cerro de los Santos.



Lám. 7.4. Tipología cerámica de la Cata 5 de T. Chapa del Cerro de los Santos.



Lám. 7.5. Tipología cerámica de la Cata 6 de T. Chapa del Cerro de los Santos.



Lám. 7.6. Materiales cerámicos y metálicos de la cata 6 de T. Chapa del Cerro de los Santos.

caliciformes (sobre todo de cerámica gris, pero también de pastas claras) y, en general, de pequeños recipientes para contener líquidos que creo podemos aceptar que formarían parte de la práctica ritual de las libaciones de la que vengo hablando.

En este sentido, la pretensión de algunos autores de que los vasos representados en realidad serían metálicos y que corresponderían con la vajilla de plata ibero-helenística cuyos ejemplares fueron amortizados en varios tesoros por toda la Península Ibérica²¹⁹ me parece arriesgada, máxime cuando no ha aparecido ningún vaso argénteo de este tipo en el Cerro.

Por el contrario, la amortización de pequeños recipientes en general y de vasitos caliciformes en particular fue, como digo, abundante, quizás desechados en el lugar tras haber contenido el líquido que se libó ante la divinidad, o bien presentados asimismo como parte de la ofrenda que se pretendía realizar ante esta, motivo por el que los caliciformes han aparecido recurrentemente también en cuevas-santuario, necrópolis y en determinados espacios dentro de los poblados²²⁰.

Llama asimismo la atención la abundancia de cerámicas grises de cocción reductora, mucho menos representadas en otro tipo de yacimientos ibéricos contemporáneos, como poblados o necrópolis²²¹.

Pero no sería esta la única ofrenda realizada en el Cerro. Asimismo, tenemos noticia del hallazgo de grandes lotes de armas amortizadas en el santuario: los padres Escolapios reconocen haber encontrado un número indeterminado de ellas, de entre las cuales recuentan “abundantes” lanzas, puntas de flecha, falcatas²²², espadas rectas, abundantes puñales y gruesas mazas²²³, en tanto que P. Savirón se precia de haber encontrado “más de doscientos hierros de lanzas”²²⁴. Lamentablemente, este tipo de artefactos habría suscitado desde un primer momento el interés de los excavadores del Cerro, que los buscarían de manera sistemática, y sería además objeto de atención

²¹⁹ Cf. por ejemplo Jaeggi 2004: 53-54.

²²⁰ González Alcalde 2009: 89-94. *Vid.* Fig. 7.22.

²²¹ Rodríguez González 2012.

²²² Que aún no denominan así, pues el término técnico todavía no se había generalizado, pero que podemos reconocer por la descripción que de ellas hacen: “la antigua espada española (...); se distinguen en ella sus dos filos y su aguda punta, sin que por eso pierda nada la solidez de la hoja de unos 6 cm de ancha” (Escolapios 2007 [1871]: 89).

²²³ Escolapios 2007 [1871]: 87-93.

²²⁴ Savirón 1875 b: 162.



Fig. 7.22. Vaso caliciforme de pasta oxidante del Cerro de los santos.



Fig. 7.23. Punta de soliferreum del Cerro de los Santos.



Fig. 7.24. Pesas de telar halladas en el Cerro de los Santos.

de los recurrentes expoliadores, de manera que cuando A. Fernández de Avilés desarrolló sus excavaciones, ya solo fue capaz de encontrar los restos de un *soliferreum* muy fragmentado²²⁵, en tanto que entre los materiales de las excavaciones de T. Chapa solo he hallado una punta de un nuevo *soliferreum*²²⁶, y quizás una hoja de lanza documentada en el nivel 1 de la cata 4.

Aunque no tan habitual como en otras regiones del mundo antiguo, el depósito de armas en los lugares sagrados ibéricos tampoco fue una práctica ritual infrecuente²²⁷, y para explicarlo no es necesario imaginar a grupos de mercenarios acudiendo al santuario para realizar una ofrenda colectiva ante la divinidad, como en ocasiones se sigue planteando²²⁸, sino que, al menos en mi opinión, la deposición de armamento en estos enclaves no debe separarse de la amortización de anillos, fíbulas, brazaletes, fusayolas o pesas de telar, objetos todos ellos recogidos asimismo durante las excavaciones de T. Chapa²²⁹, y que pueden entenderse como las ofrendas que, a título individual, el devoto ponía a los pies de la divinidad. Posiblemente las esculturas, ellas mismas exvotos al fin y al cabo, nos estén marcando la pauta para interpretar estas otras ofrendas: con ellas el fiel pretende regalar a la divinidad con un objeto que le represente a él mismo; de alguna manera el devoto metonímicamente se entrega a sí mismo a la divinidad a cambio de sus favores, al tiempo que mediante este objeto explicita su persona social ante la comunidad en el escenario de negociación identitaria que constituyen los santuarios.

Así pues, parece ser que en el Cerro de los Santos se practicarían actividades rituales tales como la deposición de exvotos y otras ofrendas, los sacrificios y las libaciones, aparte posiblemente de otras muchas que no han quedado fosilizadas en el registro arqueológico o cuya plasmación en el mismo por el momento se nos escapa. Me resta, sin embargo, por plantear una cuestión nada baladí: ¿qué escenografía ofrecía el santuario para tales actividades rituales? ¿Con qué infraestructuras contaba?

²²⁵ Fernández de Avilés 1966: 44.

²²⁶ Ya mencionado en Chapa 1984: 118. *Vid.* Fig. 7.23.

²²⁷ Gabaldón 2004: 335-368; 2010: 208-211.

²²⁸ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 61.

²²⁹ *Vid.* Fig. 7.24.

Sabemos, como ya mencioné antes, que el templo erigido en el Cerro de los Santos responde a técnicas y concepciones itálicas, y que fue levantado con toda probabilidad hacia el s. II a.C. No conocemos con detalle la función que desempeñaba este edificio, pues entre sus muros no se documentó objeto alguno²³⁰, pero su lugar central dentro del espacio sacro sin duda indica que su papel sería determinante, al menos a nivel simbólico, en las actividades allí desarrolladas. Ahora bien, a propósito de esta construcción, me gustaría centrarme en este momento en las dos columnas exentas que flanqueaban su entrada. Unas columnas exentas que en capítulos anteriores señalé que aparecen en la entrada de buena parte de los lugares sagrados ibéricos del sureste, desde momentos tan tempranos como el s. V a.C., cuando pudieron levantarse los recintos sacros de La Quéjola o La Alcudia. Unas columnas exentas que, como vimos, por sí mismas y sin necesidad de un edificio adosado, vienen señalando en el imaginario ibérico el espacio de la divinidad, el lugar en el que a esta debe rendírsele culto.

En el templo B del santuario de La Encarnación, por ejemplo, una de las columnas que marca la entrada al recinto aparece ligeramente descuadrada respecto del resto del peristilo y no se corresponde con los ejes y parámetros generales de la construcción, por lo que sus excavadores creen que podría ser anterior al resto del edificio, habiendo quedado fosilizado en el diseño del templo italizante la columna exenta que hasta entonces había constituido el núcleo del santuario prerromano²³¹. Quizás otro tanto, al menos a nivel simbólico, sucedió en el Cerro de los Santos, donde es posible que una columna con capitel fitomorfo se levantara en el corazón del santuario hasta que esta fue sustituida (física y simbólicamente) por un templo cuya entrada quedaba flanqueada precisamente por dos columnas de este tipo.

En el dibujo que publicó P. Savirón las columnas no se indicaban, por lo que desconocemos su situación concreta, pero en la *Memoria* de los Escolapios se dice que “en el escalón superior [de los que daban acceso al templo por su parte frontal] se conocen como las basas de dos columnas, que formarían el atrio”²³², y también que en

²³⁰ Escolapios 2007 [1871]: 125.

²³¹ Ramallo y Brotons 1999: 172-173.

²³² Escolapios 2007 [1871]: 125.

las inmediaciones recuperaron un fragmento de fuste de 70 cm de diámetro²³³. Asimismo, aunque su descubrimiento no se mencione en la publicación, en la colección del Colegio de los Padres Escolapios de Yecla A. Fernández de Avilés catalogó un fragmento de voluta de un capitel que posiblemente provendría del Cerro²³⁴. Años antes, de hecho, J.D. Aguado había encontrado en el Cerro un capitel jónico²³⁵, o más bien lo que algunos autores han denominado “una interpretación provincial del orden jónico”²³⁶, que yo preferiría denominar un desarrollo local híbrido de prototipos jónicos, en el que creo que la idea principal era resaltar el componente fitomorfo de este tipo de capiteles.

El capitel fitomorfo, de hecho, debía ser el núcleo simbólico de estos elementos arquitectónicos exentos según el imaginario local: no se olvide el gran énfasis que en ellos se hacía, por ejemplo, en el vaso de Santa Catalina del Monte o en la terracota de Cabecico del Tesoro, de los que ya hablé. Y no por casualidad son precisamente este tipo de capiteles las únicas representaciones iconográficas que de la arquitectura del Cerro de los Santos han llegado hasta nosotros, como si lo verdaderamente importante de los edificios que en él llegaron a levantarse fueran estas columnas y estos capiteles. Me refiero, por supuesto, al árula ya mencionada que se conserva en el Museo de Albacete y que representa un capitel fitomorfo²³⁷; a un relieve sobre placa de piedra conservado en el MAN, que ha llegado hasta nosotros muy fragmentado y que supuestamente proviene del Cerro, en el que se puede observar aún la voluta derecha y parte del canal de un nuevo capitel²³⁸; y al fragmento de borde de un recipiente que recogió A. Fernández de Avilés en 1962²³⁹, y en el que Ramallo, Noguera y Brotons identificaron, creo que acertadamente, un capitel fitomorfo tras el cual se vislumbra el frontón de un templo rematado en una acrótera²⁴⁰.

²³³ Escolapios 2007 [1871]: 125.

²³⁴ Fernández de Avilés 1948: 376.

²³⁵ Rada 1875: fig. 3.

²³⁶ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 24.

²³⁷ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 54.

²³⁸ MAN, nº. inv. 7681. Cf. Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 25.

²³⁹ Fernández de Avilés 1966: 35.

²⁴⁰ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 56-57. *Vid.* Fig. 7.25.

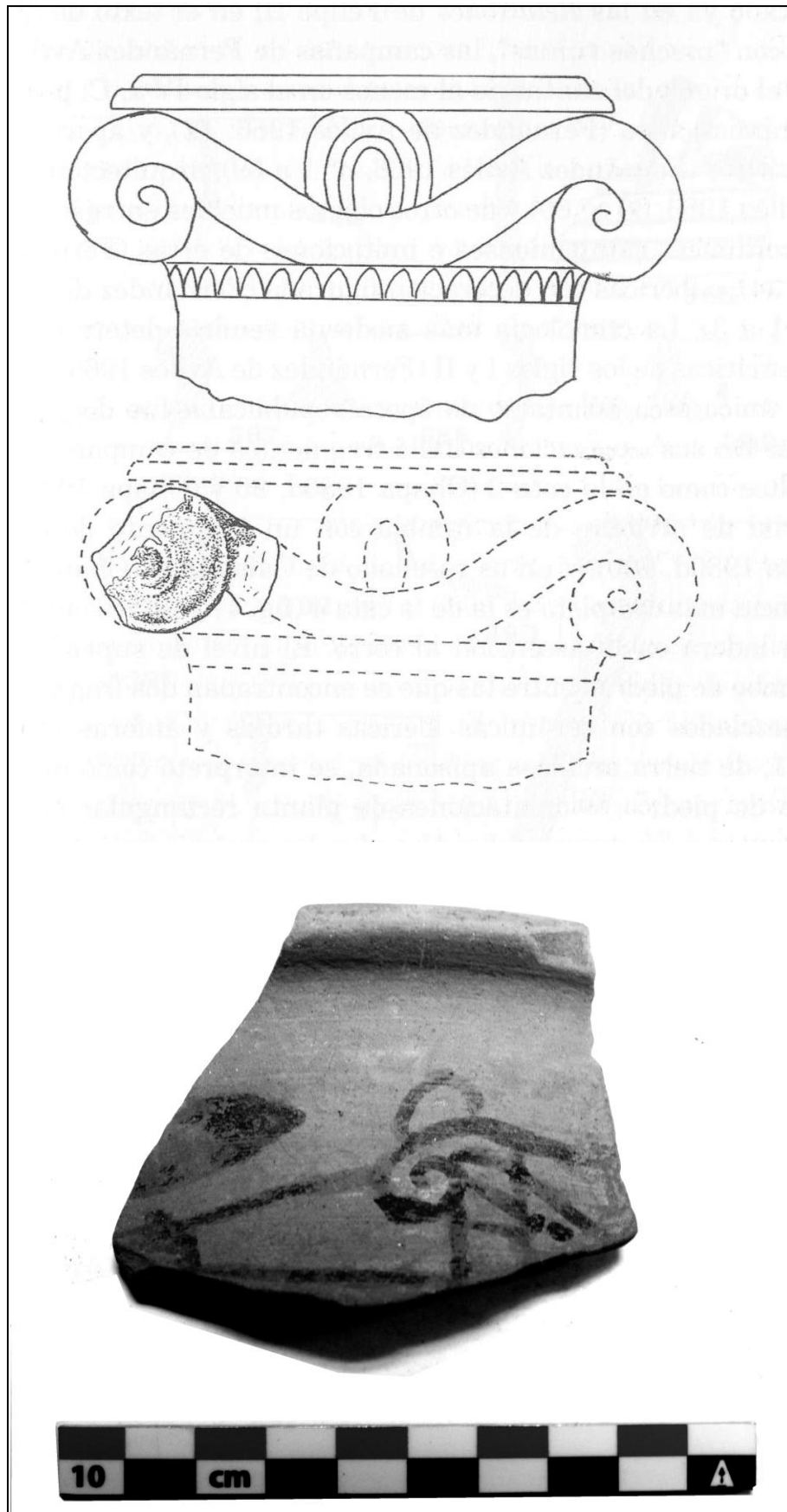


Fig. 7.25. Vestigios de las columnas exentas del Cerro: dibujo del capitel hallado por J.D. Aguado, voluta descubierta por A. Fernández de Avilés y cerámica con representación de capitel y frontón.

Esta última imagen resulta en mi opinión aún más importante, pues nos ofrece una cierta orientación cronológica (su estilo, con las figuras delineadas con trazos gruesos y continuos, parece acercarse más al del círculo de Lliria que a realizaciones más tardías) y, sobre todo, nos está planteando una interesante indicación espacial: la columna no forma parte del edificio templario ni se encuentra anexa al mismo, sino que, exactamente igual que sucede en el antes mencionado relieve de Torreparedones, se sitúa frente al templo. Quizás a diferencia de lo que sucedió en el santuario de La Encarnación, donde la vieja columna del santuario quedó subsumida en el nuevo templo, en nuestro caso el templo se construyó tras la columna que ya se erigía allí. Complementando, al tiempo que monumentalizando (o, dicho de otro modo, transformando en el fondo, aunque dando una imagen de permanencia en la forma) el culto que allí se rendía.

En contra de lo que en muchas ocasiones se ha venido asumiendo, el templo no fue al parecer la única estructura arquitectónica erigida en el Cerro de los Santos. Ya los escolapios señalaron la presencia de “otros muchos cimientos” en los alrededores que no llegaron a excavar, pero que atribuyeron a templos secundarios o a edificios auxiliares²⁴¹. Sin embargo, este dato fue obviado durante mucho tiempo, hasta que en la campaña de 1979 T. Chapa planteó una cata, la 4, al sur del edificio templar y a una cota superior, ya próxima a la cima principal del Cerro de los Santos, cata en la que pudieron ser documentados los paramentos y derrumbes de al menos dos dependencias con muros rectilíneos, cuya planta y superficie total aún nos resultan desconocidas al no haberse podido completar su excavación²⁴².

Pese a la cercanía de estos nuevos edificios respecto del templo, el distinto carácter de los mismos se hace evidente tanto por los diversos tipos de paramentos empleados (pequeños mampuestos, en vez de los sillares que en su momento describieron quienes pudieron documentar el templo, y que aún se pueden observar en las inmediaciones del enclave), como por el registro material, cualitativamente diferente, documentado en estas catas. En efecto, si los análisis paleofaunísticos de los restos óseos documentados en la Ladera Norte determinaron, como antes señalé, que

²⁴¹ Escolapios 2007 [1871]: 126.

²⁴² Chapa 1984: 115-117. *Vid.* Fig. 7.26.

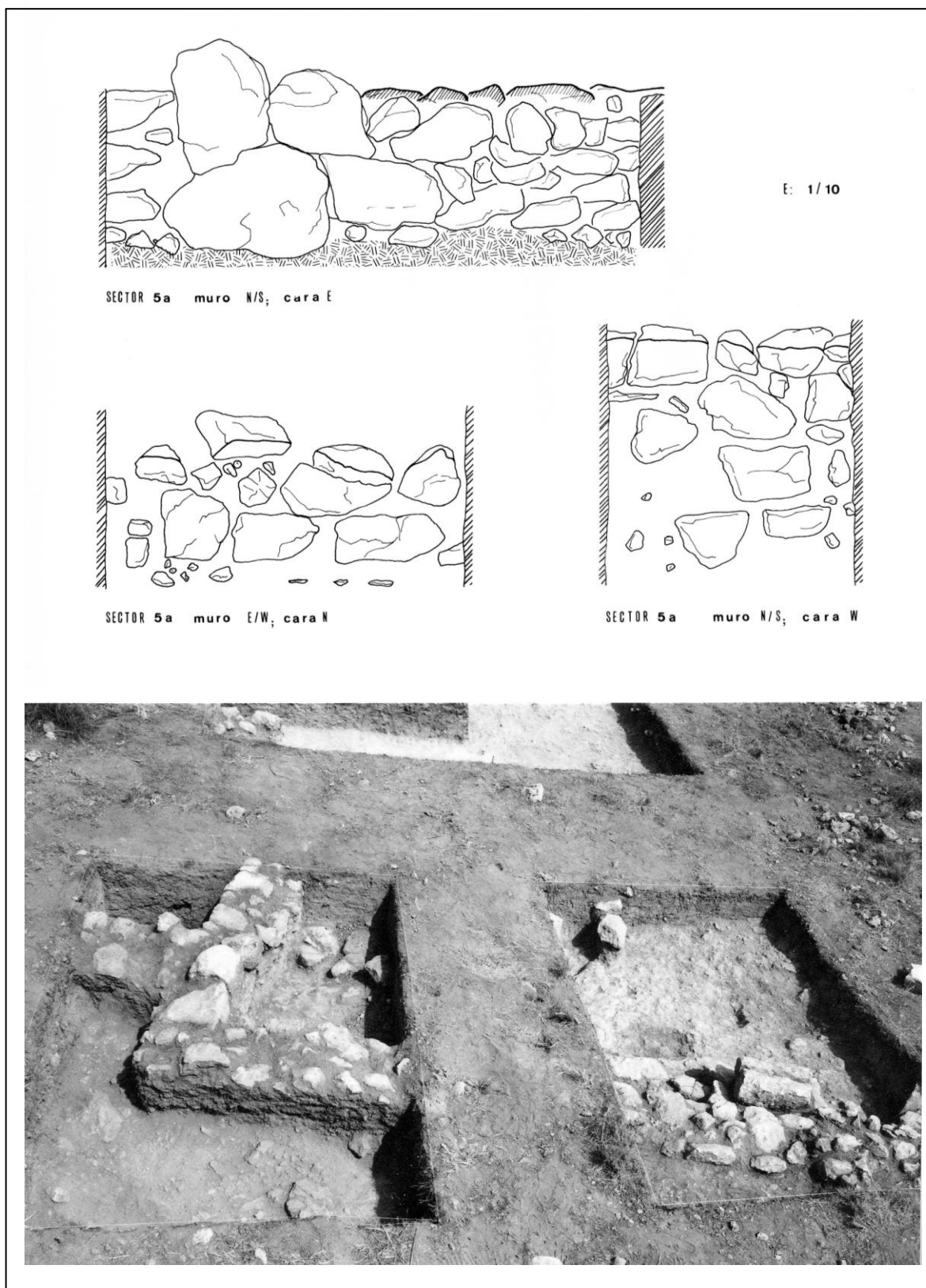


Fig. 7.26. Cata 4 de T. Chapa en el Cerro de los Santos.

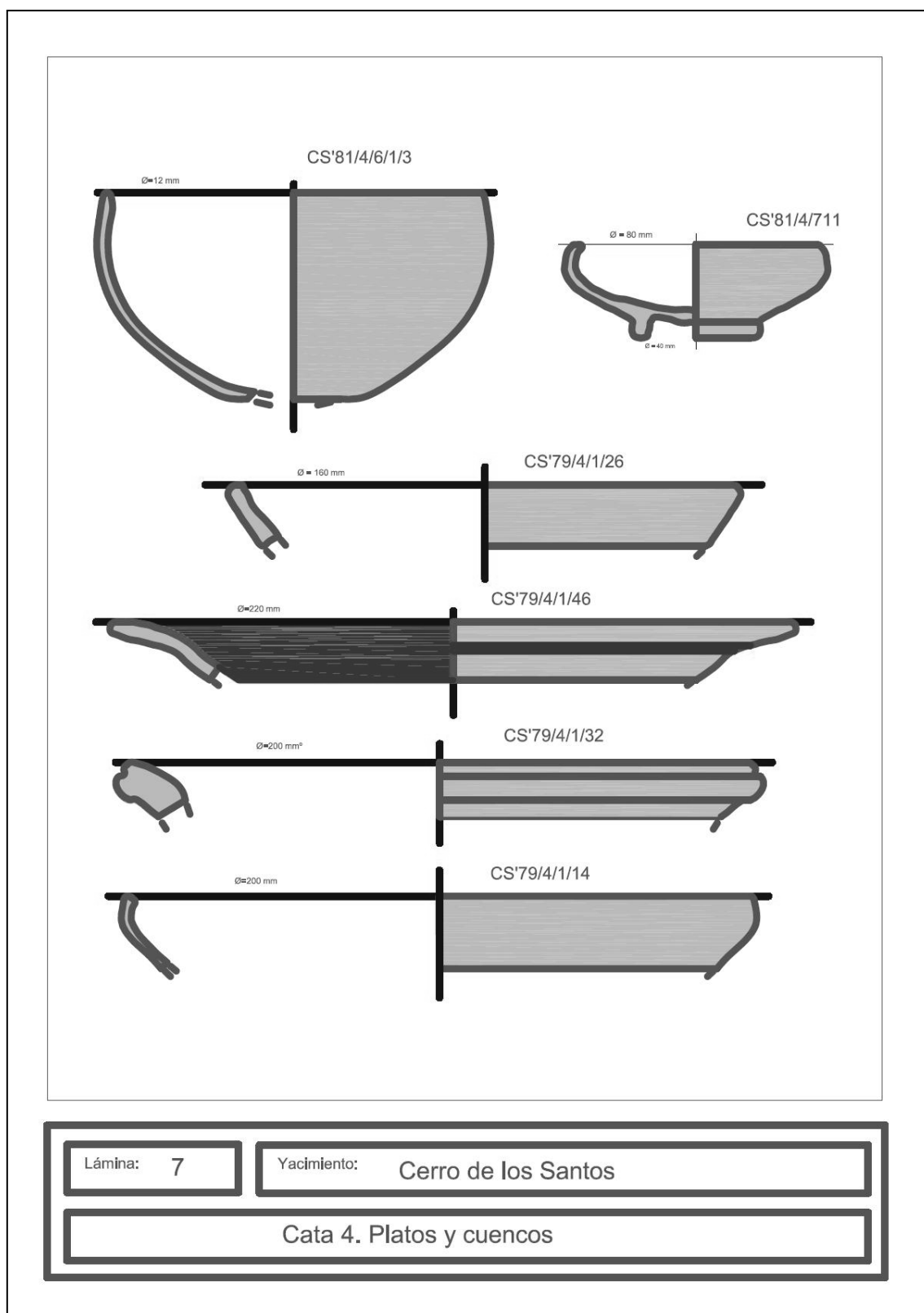
la totalidad de los mismos correspondían a ovicápridos, el material óseo de la cata 4, llamativamente abundante, comprendía restos de ovicápridos, bóvidos, caballos y ciervos²⁴³, además de un cierto volumen de malacofauna. También se documentaron en esta cata abundantes objetos de hierro (inclusive una punta de lanza) y bronce, en un volumen mayor que en las catas abiertas en la Ladera Norte, pero ello no resulta de extrañar dado que en la cata 4 encontramos el único nivel intacto documentado en el yacimiento en las campañas recientes, mientras que sabemos que en las intervenciones de finales del XIX los artefactos de metal serían, junto con las esculturas, de interés prioritario, y por lo tanto selectivamente recogidos. Por último, ya durante la excavación y los trabajos inmediatamente posteriores, llamó la atención a T. Chapa la abundancia de material anfórico en esta cata²⁴⁴.

Más significativo aún resulta el análisis del material cerámico recuperado en este punto. Su estudio ha permitido observar primeramente que, si la proporción entre cerámicas de pastas claras y cerámicas grises en el resto del yacimiento estaba bastante equilibrada, como sucedía en las catas abiertas por A. Fernández de Avilés, en la cata 4 la proporción de cerámica de cocción oxidante asciende a un 89,01% del total, esto es, la presencia de cerámicas grises es casi testimonial. La proporción de vajilla de mesa importada no resulta llamativa en el yacimiento, alcanzando un 0,45% del total del material cerámico de la cata, pero no sucede lo mismo con la cerámica de cocina, especialmente abundante (a pesar de que no pasa de un 2,27%). Por lo que respecta a las formas concretas de los vasos, los cuencos muestran un predominio absoluto, alcanzando un 52,6% del total de los ejemplares identificados (un 56,91% de las pastas claras, y un 39,47% de las cerámicas grises), seguidos ya de lejos por los contenedores, con un 19,29% (un 18,7% de las pastas claras, y un 21,05% de las grises), en tanto que la presencia de vasos caliciformes, tinajas (tipos estos dos, recordémoslo, predominantes en las otras catas) y botellas es meramente testimonial. Por último, si en las otras catas llamaba la atención el pequeño tamaño de los vasos, que rara vez superaban los 15 centímetros de diámetro en la boca, el promedio de los recipientes identificados en esta cata es de 18,14 cm²⁴⁵.

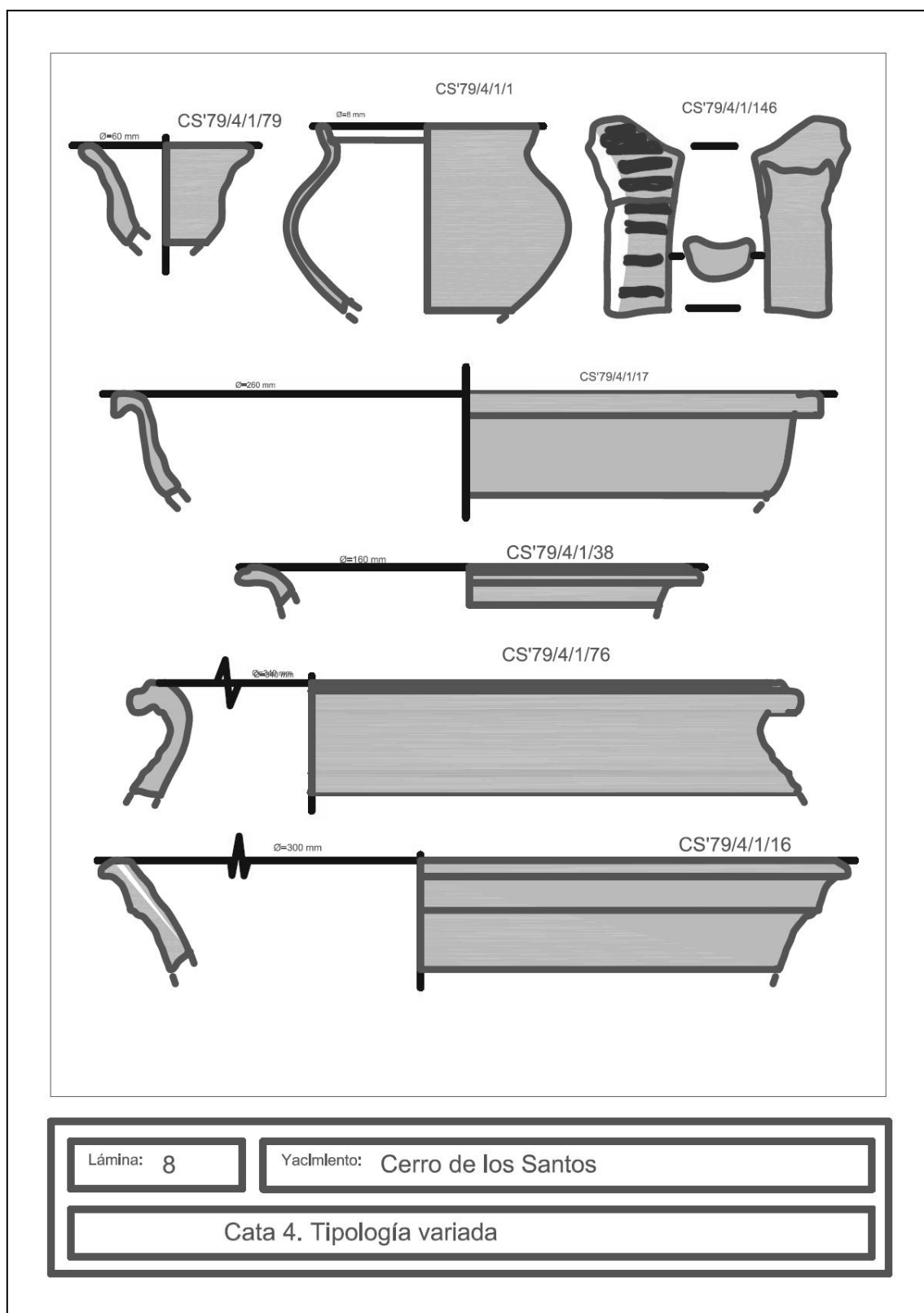
²⁴³ Chapa 1984: 116.

²⁴⁴ Chapa 1984: 115-117.

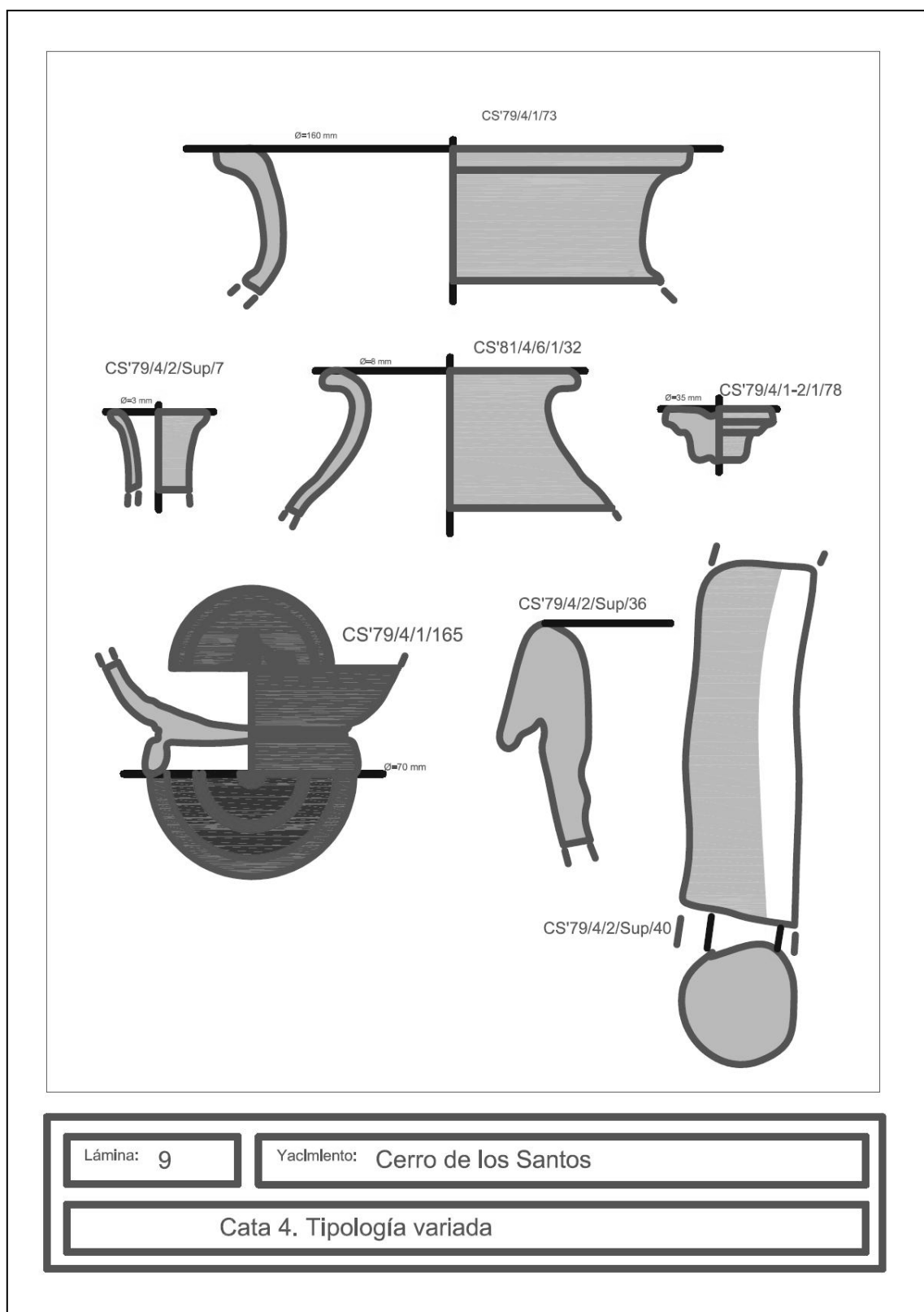
²⁴⁵ *Vid.* Láms. 7.7-7.9.



Lám. 7.7. Tipología cerámica de la Cata 4 de T. Chapa del Cerro de los Santos (I).



Lám. 7.8. Tipología cerámica de la Cata 4 de T. Chapa del Cerro de los Santos (II).



Lám. 7.9. Tipología cerámica de la Cata 4 de T. Chapa del Cerro de los Santos (III).

En definitiva, los resultados del estudio de los restos cerámicos y faunísticos de la cata 4 sugieren para los edificios aquí documentados unas funciones muy concretas, relacionadas con la preparación, el almacenaje, el servicio y el consumo de alimentos (de ahí el predominio de cuencos y escudillas de unas dimensiones “normales”, la abundancia de ánforas, la presencia de un cuchillo de hierro, o el gran volumen de restos faunísticos de diverso tipo) y no tanto con las actividades rituales que proponía en las páginas anteriores que tendrían lugar en el Cerro de los Santos, a juzgar por las catas situadas en la Ladera Norte.

Una diversidad de funciones que, quizás, no deba extrañarnos en un santuario extraurbano como el de Cerro de los Santos, al que los devotos debían peregrinar desde lugares que intuimos no estarían en las cercanías del enclave, y que a su llegada al área sagrada deberían cumplir, cuando ello fuera posible, con una serie de ritos que requerirían de un cierto tiempo (el exvoto debía ser esculpido, transportado y colocado, el fiel debía aprender y ejecutar una serie de rituales que le permitieran comunicarse con la divinidad, etc.), por lo que no tendría nada de particular destinar una parte del santuario para el reposo y avituallamiento de los viajeros. O por el contrario puede que estas habitaciones estuvieran destinadas, quizás, a otro tipo de rituales distintos a los que se llevaban a cabo en la Ladera Norte, en este caso destinados más bien al consumo litúrgico de alimentos, quizás en forma de comensalidad colectiva²⁴⁶. A falta de nuevas excavaciones que permitan ampliar los datos conocidos sobre estos contextos, no obstante, la cuestión debe quedar por el momento abierta.

La cronología de estos edificios, recordémoslo, comprendía a juzgar por sus materiales desde la segunda mitad del s. III hasta comienzos del s. I a.C. Su derrumbe y abandono coincidiría a grandes rasgos, por tanto, con el arranque del uso del edificio documentado a los pies del Cerro, en la Cañada de Yecla, durante la campaña de A. Fernández de Avilés de 1963, y en el que, nuevamente, llama la atención la escasez de cerámicas grises y de recipientes de pequeñas dimensiones, y por el contrario abundan los vasos destinados a actividades tales como la preparación, conservación y consumo de los alimentos²⁴⁷.

²⁴⁶ Prados Torreira 2014.

²⁴⁷ Sánchez Gómez 2002: 273-275.

Este paralelo entre las estructuras de la cata 4 y la de la Cañada de Yecla, unida a la posibilidad defendida anteriormente de que esta última iniciara su andadura cuando todavía el santuario del Cerro de los Santos estaba en pleno funcionamiento, me llevan a apuntar que quizás la identificación de este edificio de la Cañada como *villa rural*²⁴⁸, identificación que se llevó a cabo únicamente a partir de su cronología y de la función doméstica de sus materiales, deba reevaluarse. Volveré sobre este punto al final del presente capítulo.

7.4. Discursos de poder en el Cerro de los Santos.

7.4.1. La iconografía de los exvotos escultóricos antropomorfos.

Ya he señalado anteriormente, siguiendo a F. Quesada²⁴⁹, que la diversidad de exvotos en un santuario en un momento dado puede deberse a circunstancias como la habilidad del artista y la capacidad económica del comitente, por no hablar de las diversas necesidades coyunturales que se esperaba que el exvoto cubriera en un momento dado. Ahora bien, incluso si lo antedicho hace que no sea necesario distribuir los distintos tipos de exvotos a lo largo de una supuesta “evolución” temporal lineal, no deberíamos olvidar que el Cerro de los Santos es seguramente uno de los santuarios ibéricos que permaneció en uso durante un período de tiempo mayor, y con toda probabilidad comprendió el taller escultórico en activo más longevo de cuantos conocemos²⁵⁰. Es por ello por lo que el estudio iconográfico de sus exvotos debería prestar especial atención a la diacronía, para ofrecernos, en lo posible, pautas interesantes sobre el desarrollo de las estructuras sociales e ideológicas a lo largo del tiempo. Sin embargo, la dificultad de datar con una mínima fiabilidad la mayor parte de los exvotos del Cerro de los Santos dificultará llegar a este nivel de análisis.

En cualquier caso, es necesario además comprender bien qué representaban estos exvotos escultóricos antropomorfos, y para ello creo que deben ponerse en relación con el resto de artefactos depositados como ofrendas en el Cerro de los Santos. Ya he señalado que estos fueron por lo que sabemos muy variados: joyas, fíbulas, fusayolas, pesas de telar, armas, figurillas de bronce de personas y animales,

²⁴⁸ Chapa 1983: 648; 1984: 118-119; Sánchez Gómez 2002: 273-275.

²⁴⁹ Quesada 1997: 206.

²⁵⁰ Aranegui 2012: 264.

relieves y pequeñas esculturas de animales, etc. Elementos todos ellos, en mi opinión, que eran puestos a los pies de la divinidad pero que no deben relacionarse con esta (no directamente, al menos), sino más bien con los devotos que los amortizaban.

En efecto, y como ya apunté en su momento en un capítulo anterior, en mi opinión la deposición de ofrendas en el Cerro de los Santos y en los santuarios ibéricos en general muestra una doble dimensión parecida a la que caracteriza a la selección de los elementos que conformaban un ajuar funerario: las ofrendas han de ser ritualmente apropiadas y proclives a agradar a la divinidad según el imaginario ibérico de cada momento, pero al mismo tiempo (quizás en un nivel subconsciente; quizás no) debían ser apropiadas a la persona social del oferente, consecuentes con su rango o estatus. Y puesto que, como vengo insistiendo a lo largo de este trabajo, la *ortodoxia* condiciona la *praxis* solamente en tanto que la *praxis* va modelando y matizando continuamente la *ortodoxia*, decir que las ofrendas debían ser apropiadas a la persona social del oferente es tanto como afirmar que las ofrendas contribuían a negociar la persona social del oferente. Si estas permanecían a la vista de todos en el santuario y eran consideradas apropiadas por la comunidad, significaba que el colectivo consideraba dicha ofrenda apropiada para su comitente.

Por consiguiente, las armas depositadas en el Cerro son las ofrendas a la divinidad propias de individuos cuya persona social se considera vinculada a la violencia, y algo parecido se podría decir de las joyas, fusayolas y pesas de telar. Incluso este sería el significado último, en mi opinión, de las figurillas de bronce y las pequeñas esculturas que representaban a bóvidos y caballos, y que pertenecerían seguramente a individuos simbólicamente relacionados con aquellos. No estamos hablando por tanto de divinidades *per se* relacionadas con las armas, con el trabajo textil o con el ganado, sino más bien de divinidades que aceptan gustosas el homenaje de fieles relacionados con las armas, el trabajo textil o el ganado, en tanto que estos fieles a través de estos símbolos metonímicamente se están entregando a sí mismos.

Un argumento ulterior en este sentido podría ser quizás la presencia de una pequeña escultura fragmentaria²⁵¹ que en su momento fue identificada como las

²⁵¹ Museo de Albacete, nº inv. 4357. *Vid.* Fig. 7.27.

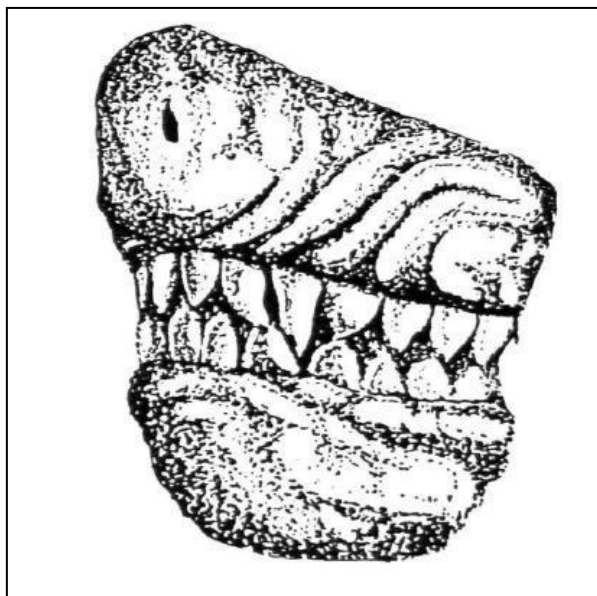


Fig. 7.27. Escultura de *carnassier* del Cerro de los Santos.

fauces de un león rugiente²⁵², pero para la que más tarde se propuso identificarlo con un lobo²⁵³, creo que con razón a juzgar con su parecido por ejemplo, pese al cambio de soporte, con el lobo de El Pajarillo²⁵⁴. En todo caso, la deposición de esta figurilla creo que no puede interpretarse como la ofrenda a una divinidad protectora de los leones o los lobos, ni relacionada directamente con aquellos, sino más bien como el exvoto de un individuo relacionado simbólicamente con estas fieras. Alguien cuya estirpe, quizás, sea conocida ancestralmente por haber derrotado heroicamente en un momento antiguo a una de ellas.

Desde mi punto de vista, y desarrollando modestamente líneas de interpretación ya planteadas en los santuarios jienenses²⁵⁵, un sentido similar es el que debe aplicarse también a esas otras ofrendas que comprenden los exvotos escultóricos antropomorfos, y que evidencian de un modo aún más explícito tanto la entrega simbólica del devoto a la divinidad de su misma persona, a cambio de una dádiva pretérita o esperada, como la exposición de cómo el devoto se concibe a sí mismo y como es concebido en tanto que miembro de la comunidad. Y es que, como bien han señalado ya algunos autores, los exvotos escultóricos superan ya el concepto de

²⁵² Chapa 1980: 755 y 832.

²⁵³ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 53.

²⁵⁴ Molinos *et alii* 1998: 313-315.

²⁵⁵ Cf. por ejemplo Rueda 2007; Rueda *et alii* 2005; Rueda y Olmos 2010.

representación genérica del oferente en tanto que guerrero, dama o ciudadano²⁵⁶; sobre arquetipos abstractos como estos, y a partir de tipos sencillos y universales como el del oferente estante, o la mujer sedente, los escultores del Cerro, seguramente según los requerimientos y recursos del demandante, establecieron una infinita gama de variaciones que individualizan a los exvotos²⁵⁷. El exvoto se convierte así al mismo tiempo en representación de la colectividad y de la *ortodoxia* construida y aceptada por aquella, y del propio sujeto en tanto que persona social.

Desde estos presupuestos, el análisis iconográfico de los exvotos resultará por consiguiente enormemente enriquecedor.

Comencemos por tanto con los exvotos masculinos. Estos visten, en líneas generales, una túnica larga de mangas cortas y escote redondo o en ángulo, y se cubren con un manto rectangular, cuyos extremos en ocasiones rematan en una tira decorativa, que en la mayor parte de las ocasiones se sujeta en el hombro derecho con una fíbula y es recogido con la mano izquierda a la altura de la cadera²⁵⁸. Calzan zapatos cerrados, o bien van ritualmente descalzos, y suelen llevar la cabeza descubierta, muchas veces tonsurada, aunque a veces portan cascos de diversa tipología²⁵⁹. En cuanto a los elementos de adorno, suelen portar brazaletes y pulseras, simples o serpentiformes y lisos o agallonados, en ocasiones llevan sortijas, y muy frecuentemente lucen un pendiente anular, globular o amorcillado en una oreja, elemento este último ampliamente documentado en las representaciones varoniles ibéricas de época plena y tardía²⁶⁰. Por lo que respecta a su posición, todos ellos se presentan estantes, y en muchas ocasiones sostienen un vaso con una mano (aunque a veces también con las dos) en actitud oferente²⁶¹.

Nos encontramos, en definitiva, ante varones que exhiben ante todo su condición de “ciudadanos”, en el caso de que podamos hablar de tales, o al menos de individuos que forman parte de una colectividad, de una comunidad. Todos ellos visten de una manera relativamente similar, más allá de la ocasional representación de más o

²⁵⁶ Aranegui 1994 a: 126-127.

²⁵⁷ Olmos 1997: 253-254.

²⁵⁸ Ruiz Bremón 1989: 121-122 y 124.

²⁵⁹ Ruiz Bremón 1989: 127-130; Aranegui 1994: 128.

²⁶⁰ Ruiz Bremón 1989: 139-143; Aranegui 1994: 128; 1996: 93.

²⁶¹ *Vid.* Fig. 7.28.

menos joyas y de la nada ostentosa aparición de un discreto adorno en el manto; todos ellos portan ofrendas análogas, que no destacan por un afán ostentatorio explícito, pues al fin y al cabo son pequeños vasos cerámicos sin decoración destinados a la libación. Desde luego, las diferencias entre un exvoto y otro son evidentes, tanto en tamaño como en calidad técnica, y posiblemente corresponderían en buena medida a las desigualdades existentes en el seno de la sociedad del momento; pero en la escena social del santuario funciona un doble juego de mostración, y estas diferencias se muestran implícitamente al tiempo que se niegan explícitamente, quedan patentes en el fondo aunque en la forma todos los exvotos nos hablen de individuos que se presentan de igual manera ante la divinidad.

Un ejemplo patente de este doble juego de mostración/negación es, de hecho, la presencia de guerreros entre los exvotos. A diferencia de lo que ocurre con los exvotos de bronce de los santuarios jienenses, o de lo que sucedía con los varones representados en las esculturas de la Alcudia de Elche, por ejemplo, en el caso del Cerro de los Santos el escultor no hace hincapié alguno en la mostración de las armas. Se pretende presentar a los individuos en tanto que devotos y miembros de una comunidad, pero no en tanto que guerreros. Solo uno de los ejemplares conocidos se presenta ante la divinidad con la empuñadura de la falcata sobresaliendo por debajo del manto²⁶², e igualmente solo uno de los personajes exhibe en torno a su cuello la tira de material flexible que se cruza sobre la garganta²⁶³ y que es tan habitual en la representación de los guerreros ibéricos de cualquier época²⁶⁴. Pero ello no quiere decir que estos individuos no sean guerreros, simplemente que no desean presentarse en el Cerro de los Santos en tanto que tales²⁶⁵. Y como subrayando esta matización, un abultamiento en el costado izquierdo, bajo el manto, en numerosas esculturas

²⁶² MAN, nº inv. 7610.

²⁶³ Museo de Albacete, nº inv. 4329.

²⁶⁴ Aranegui 1996: 128.

²⁶⁵ Pese a que, de cuando en cuando, alguno de los vasos que traen consigo los devotos desde sus comunidades y depositan en el santuario muestren decoración figurada, y en ella aparezcan a veces sujetos, seguramente sus propios ancestros, ataviados como guerreros e inmersos en el combate, como en el fragmento documentado por T. Chapa (1984: 123) o en el galbo recuperado por A. Fernández de Avilés (Sánchez Gómez 2002: 183).

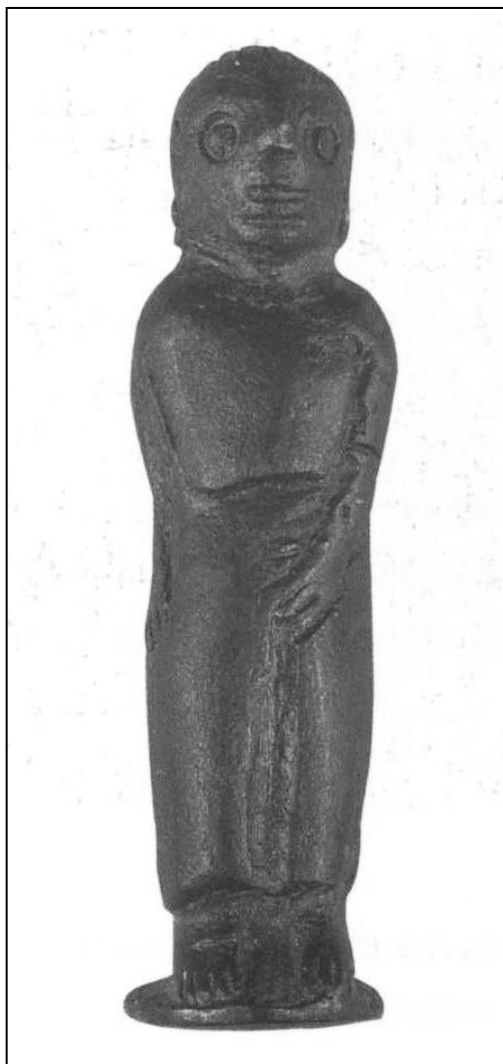


Fig. 7.28. Oferente masculino del Cerro.



Fig. 7.29. "Gran Dama Oferente".

masculinas²⁶⁶ nos indica que los devotos representados portaban una falcata, pero la llevaban oculta bajo las ropas²⁶⁷. Es decir, en el santuario del Cerro de los Santos la condición de guerrero de determinados individuos se representa, pero al mismo tiempo se oculta, al igual que sucede, decía, con las desigualdades sociales entre los devotos.

Otro tanto sucede, a su modo, con los exvotos femeninos. La mayor parte de las mujeres representadas aparecen en pie, sosteniendo un vaso ante su vientre con ambas manos. Visten una túnica generalmente lisa, aunque también puede ser plisada,

²⁶⁶ Ruiz Bremón 1989: n.º cat. 134; 156; 157; MAN, n.º inv. 83/64/14; Museo de Albacete 4329.

²⁶⁷ Ruiz Bremón 1989: 147.

con adornos en zigzag o con volantes, y se cubren con grandes mantos. Portan siempre calzado cerrado, y se cubren la cabeza sistemáticamente con un velo, que pueden adornar con diademas, carrilleras, ínfulas o discos colgantes de eventuales trenzas, y que en ocasiones se acompaña de una mitra. Otros adornos que sistemáticamente lucen estos personajes son los collares, simples o con colgantes, y también de tanto en tanto las pulseras y los pendientes²⁶⁸.

Así pues, y como sucedía con los varones, no encontramos grandes disonancias en la manera en que las devotas se presentan ante la diosa, o al menos, en la manera en la que estas son representadas en los exvotos que se depositarán ante la divinidad. Todas ellas se revisten de lujosos ropajes, tocados y joyas, y en cambio ninguna porta elemento alguno que pudiera relacionarla con determinada actividad productiva o doméstica, atributo que sí que suele acompañarlas en otro tipo de soportes y contextos dentro de la plástica ibérica. El rasgo que se pretende subrayar en la representación de estas mujeres es su riqueza y majestad a la hora de adentrarse respetuosamente en el santuario. Independientemente de que los exvotos escultóricos en sí sean más o menos ricos, de mayor o menor tamaño, y de mayor o menor calidad técnica.

En conclusión, las distintas voces de estos diversos exvotos nos hablan de una sociedad teóricamente homogénea, compuesta seguramente por hombres y mujeres libres que tienen teóricamente la misma capacidad para acercarse a la divinidad y recibir sus dádivas, aunque no deja de advertirse una diferencia de fondo: quizás todos ellos tengan el mismo derecho a comunicarse con los dioses, pero en la negociación que entraña toda ofrenda, algunos de estos varones pueden presentar a la divinidad regalos más atractivos que otros. Y esta desigualdad de fondo que subyace bajo el discurso de la homogeneidad teórica nunca trata de ocultarse completamente, sin duda porque era socialmente aceptada por la colectividad.

Por otra parte, tampoco perdamos de vista un hecho que, por evidente, quizás se nos pueda pasar por alto: un exvoto escultórico no es una pequeña terracota, ni siquiera una figurilla de bronce. Para el esculpido de una de estas ofrendas pétreas sería necesario invertir no pocos recursos, de modo que posiblemente su consagración

²⁶⁸ Ruiz Bremón 1989: 123-141; Aranegui 1994 a: 128. *Vid.* Fig. 7.29.

en un santuario no estaría al alcance de una amplia mayoría de la sociedad. Ello no quiere decir que solo esta minoría privilegiada fuera la que visitara el santuario: los grandes volúmenes de modestas ofrendas cerámicas, de pesas de telar, armas y fusayolas, amortizados en el lugar así parecen sugerirlo. Pero aquí nos encontramos con un ulterior juego de espejos, que complica aún más el juego social que se desarrolla en el Cerro de los Santos: si antes señalaba que los distintos miembros de este sector privilegiado que se representa en las esculturas pretende presentarse como un grupo homogéneo, pese a que no renuncia a mostrar en los exvotos las desigualdades que los separan, a su vez todo este grupo privilegiado se hace representar llevando a cabo los mismos actos rituales que seguramente practicarían todos los visitantes al santuario. La manera de acercarse a la divinidad es, para todos, la misma. La diferencia estriba en que la visita de la mayoría de los fieles se perdería rápidamente en el olvido en cuanto estos abandonaran el santuario, mientras que la presencia de determinados sujetos en el mismo quedaría grabada en el recuerdo del lugar, actualizando de esta manera día a día la gratitud del devoto por su divinidad, y también la expresión de su poder frente a los sucesivos visitantes del Cerro.

Un problema distinto, que hasta ahora he dejado al margen de la discusión, es el de los exvotos escultóricos antropomorfos sedentes. Entre las estatuas del Cerro, M. Ruiz Bremón ha recontado hasta diez ejemplares²⁶⁹; todas ellas son representaciones femeninas, de damas sentadas sobre un trono de respaldo recto, brazos y escabel²⁷⁰. Visten y se adornan de manera similar a las damas estantes, pero solo ellas muestran cinturón, y son las únicas femeninas que llevan los pies descalzos²⁷¹.

La interpretación de estas esculturas, que es de reseñar que J.R. Mélida consideró falsas²⁷² aunque la tradición posterior venga aceptando su autenticidad²⁷³, no es evidente. E. Ruano, en su completa tesis sobre la escultura antropomorfa ibérica,

²⁶⁹ MAN, nº inv. 7600; 7601; 7605; 7613; 7615; 7617; 7627; 7657; 82/61/1. Museo de Albacete, nº inv. 7602.

²⁷⁰ Ruiz Bremón 1989: 89-91.

²⁷¹ Ruano 1984: 23-28; Ruiz Bremón 1989: 125. *Vid.* Fig. 7.30.

²⁷² Mélida 1903-1905.

²⁷³ Cf. Ruiz Bremón 1989: 201.



Fig. 7.30. Escultura de dama sedente del Cerro de los Santos.

las consideró mujeres de alto rango que eventualmente podían ejercer de sacerdotisas en el santuario²⁷⁴, modelo interpretativo que desde entonces viene siendo aceptado por una parte importante de la historiografía, en ocasiones con ligeras matizaciones, como que podría tratarse de “imágenes de mortales en actitud propia de diosas”²⁷⁵, o de damas que se arrogan la prerrogativa de asumir atributos divinos²⁷⁶. Recientemente, T. Chapa ha añadido que estas piezas muestran la constante variabilidad en la representación del vestido y el tocado que observamos igualmente en el resto de los exvotos, y que no evidencian ningún distintivo aparente de sacralidad, por lo que deben ser consideradas humanas, esto es, mujeres de alto estatus, quizás, efectivamente, con funciones sacerdotales²⁷⁷.

²⁷⁴ Ruano 1987, II: 217.

²⁷⁵ Olmos 1992 b: 25.

²⁷⁶ Díaz Andreu y Tortosa 1999.

²⁷⁷ Chapa 2006 a: 171-172.

Desde mi punto de vista, no obstante, el tema no está tan claro. En un capítulo precedente ya señalé que el trono constituía un atributo propio de la divinidad y la realeza con connotaciones sacras en buena parte del Mediterráneo antiguo, y cómo, en mi opinión, una buena parte de las representaciones sedentes existentes en el mundo ibérico, por cierto todas ellas femeninas, se vinculan con algún otro atributo que parece remitirnos a la esfera de lo divino.

En el caso de las damas del Cerro de los Santos, la interpretación de estas esculturas desde luego no es explícita. Ahora bien, la disposición de estas, tan distinta de la del resto de los devotos, me parece significativa: su actitud reposada, de espera majestuosa, con las manos sobre las rodillas y sistemáticamente sin ofrenda alguna que presentar ante nadie, ofrece un contraste llamativo respecto de la forma respetuosa en la que los demás devotos, hombres y mujeres, aguardan en pie, sosteniendo sus ofrendas. Estos últimos aguardan la epifanía divina y le ofrecen un don a cambio del que esperan obtener una dádiva, en tanto que las primeras parecen simplemente aguardar a que alguien se acerque a su trono, quizás a ofrecerles algo.

Por ello, me atrevería a proponer, siguiendo la línea de otros autores²⁷⁸ y de manera consecuente con lo sostenido en un capítulo anterior respecto de las esculturas sedentes ibéricas en general, que estas pequeñas esculturas no serían en realidad exvotos, sino imágenes de la divinidad. Una divinidad, bien es cierto, antropomorfa, imaginada como una dama de alto estatus, distinguible de estas tan solo por su diferente actitud y seguramente por las pautas marcadas por todo un *corpus* mítico que no ha llegado hasta nosotros. Ahora bien, reconozco que se trata únicamente de una hipótesis de trabajo, que me parece la más factible de las planteadas pero frente a la cual se pueden oponer argumentos de peso de aún no fácil respuesta, por lo que la cuestión debe quedar, por el momento, abierta.

7.4.2. La “romanización” del santuario.

Posiblemente, buena parte de las actividades rituales que tenían lugar tradicionalmente en el santuario del Cerro de los Santos continuaron realizándose una vez que la región cayó bajo el poder de Roma y se integró en la administración

²⁷⁸ Blázquez 1983: 25; De Griño 1992: 194-196; Vilà 1997: 549-550.

provincial, algo que se verificó ya en la primera mitad del s. II a.C. En el Cerro no se detecta nivel alguno de destrucción en estas fechas, ni ningún hiato significativo en los materiales cerámicos entre los ss. III y II a.C., aunque asegurar de manera tajante que no hubo algún tipo de cesura sería pretencioso por mi parte, dadas la problemática estratigráfica y cronológica del yacimiento antes comentada. En todo caso, y por la información de la que disponemos, parece que en el santuario el culto siguió practicándose sin grandes conmociones. Al fin y al cabo, la divinidad debía seguir siendo venerada, los fieles continuaban con necesidades que solo la deidad podía solventar, y las elites locales continuaban requiriendo un escaparate en el que subrayar su estatus y competir por la primacía social.

Por supuesto, se trató de una “continuidad” cargada de matices. O, dicho de otro modo, una continuidad aparente, que ocultaba el germen de los cambios que habrían de venir, cambios esperables dado que las estructuras sociales, políticas y económicas ibéricas serían profundamente afectadas por la provincialización.

Por de pronto, en un montículo situado en la Ladera Norte del Cerro se erigió un templo. Se trataba, como ya se ha apuntado en las páginas anteriores, de un pequeño edificio rectangular, de 20x7 o 15,6x6,9 m. según las distintas versiones, cerrado por muros con una doble hilera de sillares apoyados sobre *opus caementicium* y abierto hacia el este, con una entrada *in antis* flanqueada por dos columnas y a la que se llegaba por una escalinata, entrada que daba paso a un pequeño atrio con dos puertas por las que se accedía a la *cella*. Las columnas eran de orden jónico, en tanto que la techumbre estaría rematada, posiblemente, por acróteras²⁷⁹. Como ya se ha señalado anteriormente, la planta y el tipo de aparejos empleados parece apuntar a una cronología de la primera mitad del s. II a.C., fecha en la que se monumentalizaron también otros santuarios del sureste ibérico²⁸⁰, en tanto que la función del propio edificio constituye un asunto discutido por los diversos investigadores, que lo consideran un templo propiamente dicho o bien un *thesauros* en el que se almacenarían los exvotos escultóricos del Cerro²⁸¹.

²⁷⁹ Castelo 1993; Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 15-25.

²⁸⁰ Ramallo 1993.

²⁸¹ De cualquier manera, y para simplificar, a lo largo de este capítulo me estoy refiriendo a este edificio como “templo”, término con el que sin embargo no pretendo zanjar la cuestión de la problemática funcionalidad de esta construcción.

De cualquier manera, fuera cual fuera la función que el nuevo edificio desempeñara en el santuario, su importancia simbólica hubo de ser fundamental. Como señalaba anteriormente, es posible que el templo se construyera junto a la columna exenta que marcaba tradicionalmente el carácter sacrosanto del lugar, o bien que sus propias columnas exentas situadas a la entrada heredaran la función de aquella. En todo caso, la percepción que del santuario se forjaban sus fieles hubo de cambiar radicalmente con la erección del edificio monumental en su mismo corazón. No en vano, el templo no se erigió en la cima del Cerro de los Santos, como en ocasiones la bibliografía asevera erróneamente, sino en un pequeño montículo secundario ubicado en su ladera norte, que sin embargo resulta el punto de mayor visibilidad desde la Cañada de Yecla, quedando por el contrario la cima del Cerro oculta. De esta forma, una vez construido, y quizás como antes hacía la columna exenta aunque de una manera mucho más modesta, el templo dominaría la perspectiva que del santuario obtendría el viajero que transitara por la Cañada de Yecla, esto es, el Camino de Aníbal, y más aún la visión de quien ascendiera al Cerro por el camino más accesible, que precisamente subía por el noroeste de la elevación bordeando el punto en el que se situaba el templo²⁸².

Es de reseñar en este punto, por cierto, que, aunque hoy día no queda rastro de este camino, en la primera edición del Mapa Topográfico Nacional, la vía de comunicación entre Montealegre del Castillo y Yecla no discurría enteramente por la Cañada de Yecla, sino que se desviaba a espaldas del Cerro de los Santos y el Cerro de las Cañadas por el llamado Camino de Madrid, que dejaba estas dos elevaciones al norte y avanzaba paralelo a la propia Rambla hasta confluír con ella un tanto más al sur, seguramente para sortear un camino como el de la Cañada que se inundaría periódicamente. En la Antigüedad, no obstante, pienso que esta variante no sería empleada, o no de manera tan habitual como la Cañada de Yecla, por la que efectivamente, y como propuso P. Sillières, discurriría el Camino de Aníbal; y lo propongo apuntando como argumento precisamente la posición de este templo, enclavado en un promontorio secundario del Cerro de los Santos y visible solo desde el

²⁸² Vid. Fig. 7.31.



Fig. 7.31. Emplazamiento dominante del templo (cuya ubicación señala el monolito) sobre el Cerro visto desde la Cañada.

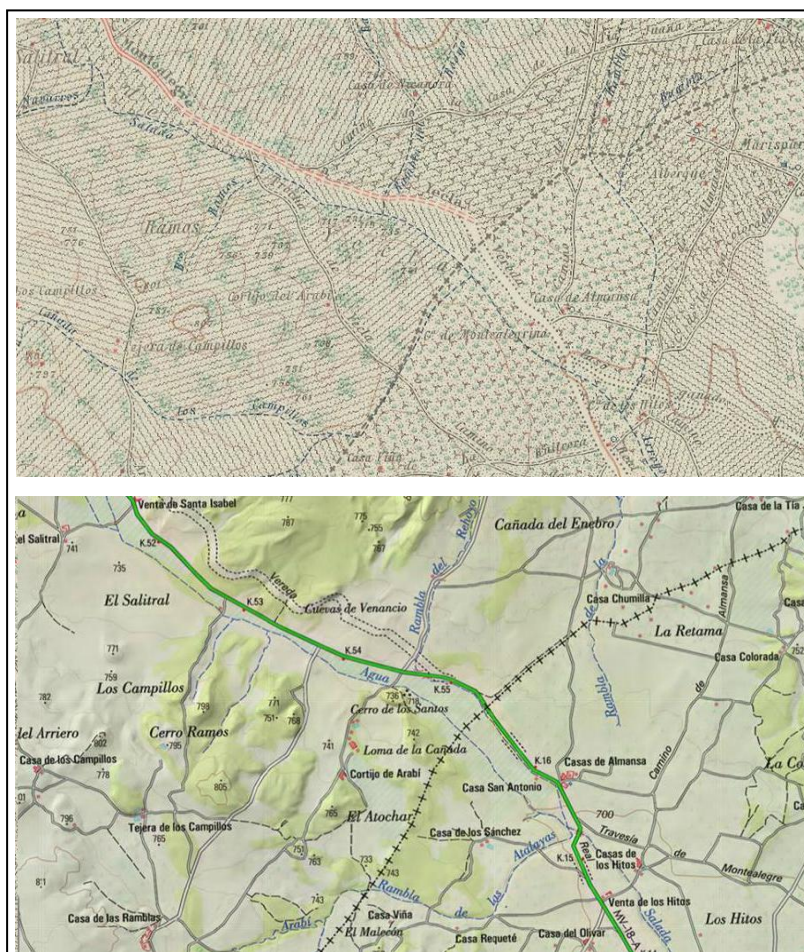


Fig. 7.32. Primera (1968) y última edición (2010) del MTN 1:50.000, en torno al Cerro de los Santos.

norte del mismo, esto es, desde la Cañada, desde donde parecería erguirse majestuosa sobre la parte superior del Cerro, en tanto que desde el sur, desde el antiguo Camino de Madrid, la construcción iberorromana quedaría oculta²⁸³.

En cualquier caso, quizás para cuando se levantó el templo, el santuario del Cerro de los Santos ya contaba con los departamentos para funciones auxiliares que T. Chapa documentó en su cata 4. No obstante, la menor entidad de estos, y sobre todo, su localización en un punto situado a una cota mayor que el templo pero prácticamente invisible (del todo, si realmente el cerro estuviera cubierto de árboles e época antigua) desde la Cañada de Yecla, indica que estos departamentos no buscarían alcanzar ningún protagonismo simbólico dentro del recinto, y que en todo caso este sería incomparablemente menor al logrado por el templo.

Y es que, como ya analicé en profundidad en un capítulo anterior, la monumentalización de los espacios sacros es un proceso de enorme importancia, propio de una sociedad en rápida transformación, como en este caso la ibérica en los momentos inmediatamente posteriores a su inclusión dentro de las estructuras administrativas y políticas romanas, transformación que debe encontrar su correlato de una u otra manera en el culto²⁸⁴.

Por ello, las prácticas cultuales efectivamente no se cancelan en el santuario del Cerro, pero no (o no solo) debido a una paternal tolerancia religiosa por parte del gobierno provincial romano²⁸⁵, sino porque estas prácticas resultaron fácilmente integrables en el esquema cosmogónico romano, y pese a la conquista continuaban constituyendo una herramienta eficaz para estabilizar y legitimar la estructura social política vigente, en la que ahora Roma y sus autoridades delegadas se situaban en la cúspide. Únicamente era necesario resemantizarlas, cargarlas de nuevas connotaciones, reorientarlas para adaptarlas mejor a las nuevas estructuras sociales, políticas, económicas y mentales romanas, pero respetando la imagen de inmutabilidad que prestigia a todo fenómeno religioso. Así, la construcción de un edificio monumental, aunque fuera “a la itálica”, que no reemplazara sino que se complementara con la columna sagrada, seguramente no sería vista como una ruptura

²⁸³ Vid. Fig. 7.32.

²⁸⁴ Cerrillo, Ongil y Saucedo 1984: 51.

²⁸⁵ Cf. por ejemplo Ruiz Bremón 1989: 180.

de las tradiciones para el devoto ibérico, pero su presencia facilitaría la conceptualización del lugar como santuario a los visitantes romanos.

La construcción del edificio, además, ofrecía una oportunidad sin precedentes para las elites locales de intervenir en el santuario, de realizar un gasto ostentatorio que imprimiera la imagen de su poder en la memoria del enclave de una manera mucho más indeleble que cualquier exvoto escultórico que pudieran dejar a su paso. Algo que sería bien recibido por unas aristocracias locales que, a pesar de gobernar por delegación de Roma, gozan ahora de nuevas cotas de poder económico y político, y han de encontrar nuevas estrategias para legitimarlas, presentándose como herederos al mismo tiempo de la tradición ibérica y de la romana, tradiciones que, lejos de concebirse como contradictorias, terminarían plantándose como simbióticas en escenarios como el Cerro de los Santos, un santuario en el que el rito parece no variar durante siglos, pero en el que a la altura del cambio de Era las prácticas culturales no diferirían demasiado de las efectuadas en Italia.

Esta es seguramente la clave que nos permitirá comprender mejor algunas de las últimas series escultóricas fabricadas y depositadas en el Cerro, los llamados “togados”. Me refiero a una serie de fragmentos de exvotos procedentes del yacimiento y dispersos por diversas colecciones, que han sido catalogados según los autores como togados o como *palliat*²⁸⁶ y que se sitúan entre mediados del s. II a.C. y mediados del I a.C., y también a aquellos otros que unánimemente se identifican como “togados altoimperiales” *capite velati* y se fechan hacia el cambio de Era²⁸⁷. Se trata siempre de varones estantes, que en el primer caso sobre la túnica larga de manga corta y escote recto, visten un *pallium* o toga que tras rodear el cuello cae sobre el brazo derecho y lo envuelve (quedando este flexionado, con la mano agarrando los pliegues a la altura del pecho), subiendo hacia el hombro izquierdo para quedar

²⁸⁶ MAN, n° inv. 3512; 7638; 7641; 7651; 7658; 7699; 7701; Museo de Albacete, n° inv. 4318; Museo Arqueológico Municipal Cayetano de Mergelina de Yecla, n° inv. CS-S-24 y cinco piezas más s/n. A este catálogo ha de sumarse el torso de varón togado con bulla del que hablaré después, que tradicionalmente se conservaba en el Museo de Barcelona hasta que J.M. Noguera desmintió esta ubicación, y que actualmente está en paradero desconocido. Cf. Ruiz Bremón 1986: 71-72; Noguera 1994: 109-136.

²⁸⁷ MAN, n° inv. 7532; 7550; 7607; Museo de Albacete, n° inv. 5896; Museo Arqueológico Municipal Cayetano de Mergelina de Yecla, n° inv. CS-S-16; CS-S-18; CS-S-28. A este catálogo ha de sumarse el togado de la colección Aguado (Amador 1962-1963: lám. I, 6), extraordinariamente completo pero cuyo rastro se pierde ya a finales del s. XIX. Cf. Ruiz Bremón 1986: 73; Noguera 1994: 137-144.

recogido el extremo sobre el brazo izquierdo; mientras que en el segundo el manto envuelve la espalda y cubre la cabeza, pendiendo un extremo del lateral izquierdo, y el otro pasando bajo el brazo derecho y cruzando el pecho horizontalmente para finalmente recogerse el extremo de nuevo sobre la muñeca izquierda.

He de llamar la atención aquí sobre un hecho bastante obvio, pero no por ello menos importante: no es la primera vez que nos encontramos exvotos con fuertes influencias estéticas alóctonas en el Cerro. Así, ya en el s. III a.C. algunos exvotos del Cerro mostraron un acusado influjo de la plástica púnica²⁸⁸, coherente con el auge que este tipo de manifestaciones “punizantes” alcanzó, como vimos, en el área ibérica del sureste en esta centuria, debido a las dinámicas culturales contemporáneas. E igualmente a partir de un determinado momento, quizás el propio s. III a.C.²⁸⁹, a los tipos de esculturas estantes y sedentes que comenté en el capítulo anterior se sumaron una nueva serie de cabezas-exvoto masculinas, que no eran fragmentos de esculturas mayores sino piezas en sí mismas, y cuyo realismo casi retratístico muestra una clara influencia itálica²⁹⁰. Se trata en ambos casos de producciones híbridas, como ya A. Fernández de Avilés defendió hace más de medio siglo²⁹¹, antes de que la teoría postcolonial hubiera cargado a este término de sus connotaciones actuales. Ya expliqué en otro lugar los posibles significados de los exvotos punizantes en los santuarios ibéricos, pero merece la pena detenerse un momento sobre las cabezas-exvoto del Cerro. Y es que el concepto de cabeza-exvoto estaba ya presente en el mundo ibérico desde el s. III a.C., cuando llega a determinados santuarios del Levante y sur peninsulares, no como reflejo de prácticas culturales itálicas sino por influencia de la esfera cultural púnica²⁹². Así pues, los devotos del santuario no tendrían particular problema para adoptar y comprender el sentido de este tipo de exvoto, que por cierto en el Cerro de los Santos se esculpió en piedra, siguiendo la tradición del taller local, y no en terracota, como se fabricaban habitualmente las cabezas-exvoto itálicas²⁹³. En

²⁸⁸ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 44; Noguera 2003: 159-161.

²⁸⁹ Jaeggi 2010: 29.

²⁹⁰ Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 37 y 45-49; Noguera y Rodríguez Oliva 2008: 428-430; Jaeggi 2010: 29-30. *Vid.* Fig. 7.33.

²⁹¹ Fernández de Avilés 1948 a: 73-77.

²⁹² Bonet, Mata y Guérin 1990. Cf. Izquierdo Torreira y Velaza 2002: 34-35.

²⁹³ Jaeggi 2010: 29.

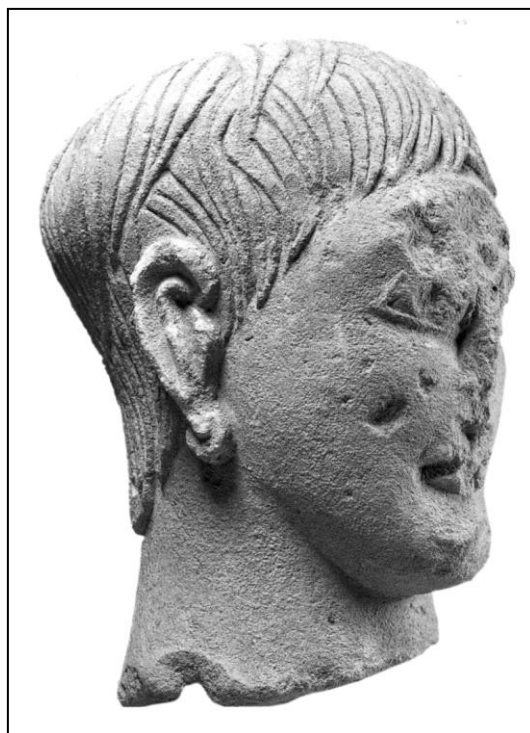


Fig. 7.33. Posible exvoto-cabeza del Cerro de los Santos.

definitiva, hablo de *hibridación* porque con las cabezas-exvoto “a la itálica” en el Cerro de los Santos se importó un nuevo tipo de exvoto que los devotos podían comprender bien, que se fabricó siguiendo un estilo itálico pero empleando un soporte local, y que reflejaba, como era tradición en el santuario, la individualidad del devoto representado.

La cuestión de los togados es solo ligeramente distinta. No se trata solamente del impacto de una nueva influencia estética foránea sobre la plástica local²⁹⁴, ni tampoco, como en ocasiones se ha aseverado, de la mera aceptación de una nueva moda²⁹⁵. Desde luego, desde el punto de vista estético sí podríamos hablar, como hacen M. Molinos y C. Rueda, de imágenes híbridas²⁹⁶, pero al tratarse estos exvotos de la representación pública de sus dedicantes, el asunto va más allá: nos encontramos con devotos que visitan el santuario vestidos con la prenda “política” romana por excelencia, o que al menos así desean ser representados. El problema se interna ya

²⁹⁴ Ruiz Bremón 1986: 77.

²⁹⁵ Ruiz Bremón 1989: 180; Ramallo, Noguera y Brotons 1998: 45-49.

²⁹⁶ Molinos y Rueda 2011: 224-225.

claramente (más claramente aún, quizás, que en el caso de los exvotos punizantes, o las cabezas-exvoto) en la esfera de la negociación identitaria.

En esta misma clave identitaria, de hecho, es como debemos interpretar el puñado de inscripciones que aparecen en algunas de las piezas más tardías del Cerro. La más conocida de todas ellas es sin duda la que se observa sobre la túnica de uno de los togados antes mencionados²⁹⁷, a la altura del esternón, y en la que se puede leer L(ucius) LIC(i)NI(i)²⁹⁸; esto es, ofrendado por Lucius Licinius, un varón que ostenta una onomástica romana típica del período, y que podría estar relacionado, como ya han barajado algunos autores²⁹⁹ con los círculos de poder que se formaron en torno a este *nomen* nada inhabitual en la prosopografía de la *Baetica* y la *Tarraconense*³⁰⁰.

No obstante, no es esta la única inscripción que muestran los exvotos del Cerro. Así, sobre un segundo togado³⁰¹, en el mismo lugar que en el caso anterior, encontramos otro epígrafe³⁰², en este caso en caracteres ibéricos muy corroídos, en el que en un principio se leyó BASTULAICUN o BASTULAITIN³⁰³, y por tanto se entendió como un exvoto entregado por el pueblo bastetano en conjunto³⁰⁴, aunque nuevas revisiones de la pieza han precisado que realmente debe leerse SALAI / ATIN³⁰⁵, esto es, la onomástica bimembre regular ibérica del devoto representado, un nombre por cierto que encontramos reflejado en otras inscripciones ibéricas, como en una dracma emporitana de imitación³⁰⁶, en dos plomos de Castellet de Banyoles o en cinco vasos de barniz negro de Can Rossó (Argensola, Barcelona)³⁰⁷, lo que evidencia que de nuevo el devoto del Cerro estaría relacionado con algunos de los círculos de poder con más visibilidad del mundo ibérico.

²⁹⁷ MAN, n°. inv. 7641. *Vid.* Fig. 7.34.a

²⁹⁸ *CIL* II, 514.

²⁹⁹ Ruano 1988: 259-260; Aranegui 1994 a: 127; Rodà 1998: 266.

³⁰⁰ Castillo García 1965: 405; Balil 1965: 363; Rodà 1970; Dyson 1980: 281-282.

³⁰¹ MAN, n° inv. 3512. *Vid.* Fig. 7.34.b

³⁰² *MLH* G.14.2.

³⁰³ Gómez Moreno 1961: 879-968; De Hoz 1976: 257; 2011 a: 352.

³⁰⁴ Ruano 1988: 260.

³⁰⁵ Rodríguez Ramos 2002: 208.

³⁰⁶ *CNH* 50, 87.

³⁰⁷ Ferrer y Jané 2012.

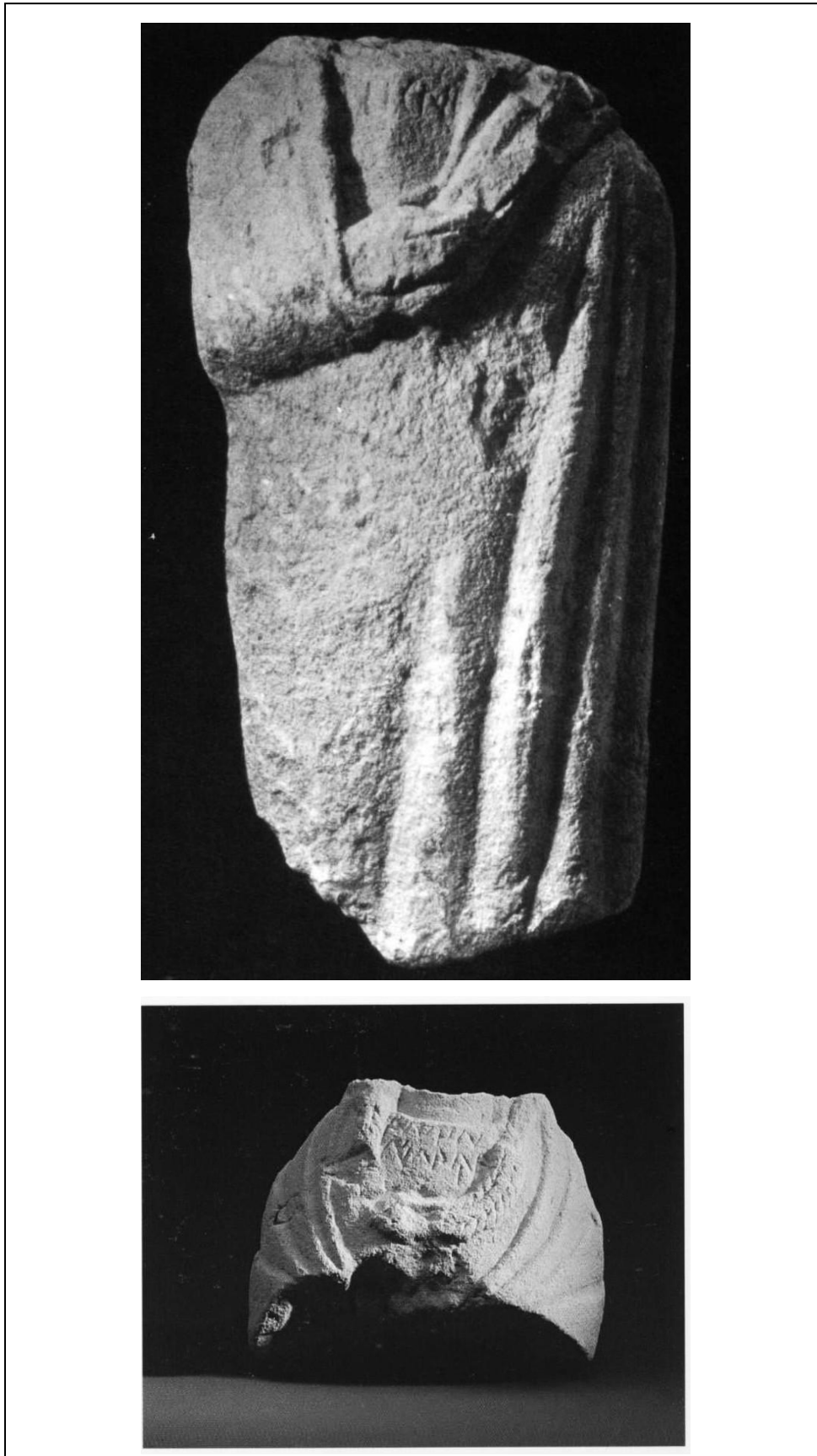


Fig. 7.34. Torso del exvoto de Lucius Licinius y del de “los bastetanos”.

Una tercera escultura, en este caso de una mujer, muestra sobre el pecho inscrita la onomástica bimembre ibérica, posiblemente femenina³⁰⁸, legible como AIUNIKALTUR³⁰⁹ o AIUNICARBIR³¹⁰. Como seguramente también lo sería, finalmente, aunque en este caso nos movemos ya en el terreno de la especulación, la cuarta y última inscripción documentada entre los exvotos del Cerro, en este caso incisa verticalmente en el lateral del velo que cubría el tocado de una cabeza femenina³¹¹, y de la que tan solo se ha podido leer LUR++++³¹².

En definitiva, nos encontramos con cuatro epígrafes, aparentemente votivos todos ellos³¹³, que nos hablan del anhelo de algunos de los devotos del Cerro de que su nombre perdurara en el recuerdo del santuario, algo que no debe extrañarnos, pues resulta coherente con la llamativa (y buscada) individualidad de los exvotos, cuyos significados ya he comentado. Lo que sí que resulta más sugestivo ya es el contenido de estos nombres.

En efecto, la toga y la cabeza velada que portan varios de los personajes representados en los exvotos, la *bullā* que ostenta uno de ellos³¹⁴ y, ahora, la onomástica romana de Lucius Licinius, nos están hablando al parecer de ciudadanos romanos, quizás relacionados con las clientelas que se formaron en torno a los gobernadores provinciales o los aristócratas romanos que actuaron en *Hispania*³¹⁵, como sin ir más lejos el propio Lucio Licinio Lúculo, cónsul enviado a *Hispania Citerior* en el 151 a.C.³¹⁶. Ahora bien, en este caso hablamos de ciudadanos romanos que acuden a un santuario “ibérico” para adorar a divinidades “ibéricas” cumpliendo con los ritos del lugar. Y, más sorprendente aún, en uno de los casos hablamos de un individuo que, portando atributos de la ciudadanía romana como la toga, sin embargo se da a conocer con un nombre ibérico transcrito en escritura meridional, Salai Atin.

³⁰⁸ Velaza 2007: 277.

³⁰⁹ Rodríguez Ramos 2002: 209; Luján 2013: 108-109.

³¹⁰ Marqués de Faria 1995: 323; 2008: 58-59.

³¹¹ MAN, n° inv. 7667.

³¹² Izquierdo y Velaza 2002.

³¹³ Velaza 2007: 277-280.

³¹⁴ Ruiz Bremón 1986: 75.

³¹⁵ Rodà 1998: 266.

³¹⁶ Polyb. XXXV, 3.



Fig. 7.35. Sello con representación de Rómulo y Remo, hallado en el Cerro de los Santos.

En mi opinión, todas estas aparentes paradojas distan de constituir un problema. Salvo quizás en el caso de Lucius Licinius, no podemos saber realmente si los individuos representados portando la toga serían realmente ciudadanos romanos, aunque en principio nada lo impediría, dado que el derecho de ciudadanía se estaba extendiendo ya entre las elites ibéricas locales mediante concesiones otorgadas por los sucesivos gobernantes romanos a sus clientelas. Pero las creencias de estas elites locales no cambiarían de la noche a la mañana en el momento de recibir la ciudadanía romana, en el caso de que la recibieran, y tampoco lo harían sus necesidades de legitimación política.

Como ya he señalado en varias ocasiones, y como explicaba de hecho en relación con el templo del Cerro de los Santos, las aristocracias iberorromanas se vieron en la compleja situación de justificar ideológicamente su gobierno en tanto que delegados del poder romano, y para ello recurrieron en muchos casos a reivindicarse como herederos de una doble tradición, la ibérica y la romana, pretendiendo fundir ambas en una sola. Por ello, al parecer, no solo no cancelaron el culto que se rendía a las divinidades en el Cerro de los Santos sino que lo potenciaron, visitando ellos mismos el santuario, dejando evidencias indelebles de su paso, y financiando la monumentalización del lugar. Por ello mantuvieron en la medida de lo posible los

mismos rituales durante siglos. Pero también por ello en ocasiones se presentaron en el santuario (o al menos se hicieron representar en él) vistiendo la toga, pues para ellos su condición de elites al servicio de Roma (y quizás de ciudadanos romanos) no era contradictoria con su condición de aristócratas ibéricos.

Y quizás por ello algunos de estos individuos comenzaron a llevar hasta el santuario y depositar en él exvotos que pueden resultarnos tan extraños a primera vista como el sello de terracota que publicaron recientemente R. Olmos y C. Rueda, datado en un momento tan temprano como finales del s. III a.C., y en cuya imagen impresa aparece la loba amamantando a Rómulo y Remo ante el *ficus ruminalis*³¹⁷. Pareciera, en mi opinión, que en los mismos momentos en que esta zona comienza a ser integrada bajo el dominio romano, alguno de los devotos del Cerro decidiera expresar su persona social, su identidad individual en tanto que miembro de la colectividad, no ofrendando a la divinidad ibérica un arma, ni una fusayola, ni una joya, sino nada menos que una imagen de la Loba Capitolina. Toda una declaración de principios.

7.4.3. Devolviendo el Cerro a su Paisaje

Para cerrar este capítulo, y una vez establecida dentro de lo posible la cronología del santuario, las actividades rituales que en él se desarrollaban, y el tipo de mensajes políticos que allí se desplegaron, creo que no resta sino tratar de profundizar en la inserción del Cerro en su entorno. Uno de los aspectos, por cierto, más problemáticos a la hora de interpretar el Cerro de los Santos.

De hecho, la localización del Cerro de los Santos no deja de resultar llamativa. Como ya señalé en las páginas introductorias a este capítulo, el enclave constituye un importante nudo de comunicaciones, pues se sitúa paralelo al Corredor de Almansa, principal pasillo geológico entre el sureste y la Meseta, y a sus pies discurriría seguramente el Camino de Aníbal que conectaba la costa mediterránea y la Alta Andalucía, en tanto que precisamente en este punto se desgajaba de la citada vía el ramal *Castulo-Saetabi*, que se abría paso hacia el sur para ganar, en sus dos variantes, o bien *Carthago Noua* o bien la Alta Andalucía a través de los pasos granadinos. Y sin

³¹⁷ Rueda y Olmos 2010: 46. Vid. Fig. 7.35.

embargo, pese a esta importancia estratégica, el santuario del Cerro de los Santos se emplazaba precisamente en el centro de un vacío poblacional (al menos aparente; ya veremos que se trata de algo que debe relativizarse). Ello suscita, en mi opinión, dos grandes interrogantes interrelacionados: ¿cuál fue el motivo del surgimiento del santuario precisamente en este punto, y cuál sería su función? ¿Quién y/o cómo administraría el santuario?

Respecto a la primera de estas cuestiones, actualmente los diversos especialistas barajan fundamentalmente tres hipótesis, que responden a otros tantos modelos interpretativos del santuario. La primera de ellas fue la que desarrolló a lo largo de varios trabajos M. Ruiz Bremón, y que concibe el enclave como un santuario terapéutico al que los devotos acudirían para remediar ciertas dolencias por intercesión de la divinidad, valiéndose para ello de las aguas ricas en sales sulfatomagnesiadas que son comunes en la zona gracias a los depósitos pluviales estacionales que se forman en esta área endorreica³¹⁸. De hecho, sabemos que el agua y en concreto los manantiales constituyen un elemento de gran importancia simbólica en los santuarios ibéricos³¹⁹, y en ocasiones algún autor ha especulado incluso con que la totalidad de estos tuvieran esta dimensión terapéutica³²⁰. Además, ciertos expertos identifican la *Egelasta* romana, de la que Plinio cuenta que era bien conocida en la Antigüedad por la calidad de sus sales medicinales³²¹, con Yecla³²², o bien con el propio yacimiento de Llano de la Consolación³²³.

Este modelo, no obstante, adolece en mi opinión de un problema de no escasa importancia: como la propia autora reconoce, todo el sureste meseteño (incluyendo tanto el sureste albacetense como el noroeste murciano) se caracteriza por la relativa abundancia de estas aguas sulfatomagnesiadas, generalmente en forma de frecuentes lagunas y ramblas estacionales³²⁴: la laguna del Saladar, la de Pétrola, El Salobral o Agua Salada son solo algunos ejemplos de enclaves en la zona conocidos por sus aguas ricas en sales y en los que se documentan restos ibéricos. Por ello, creo que la

³¹⁸ Ruiz Bremón 1987: 40; 1988: 386; 1989: 183-188.

³¹⁹ Blázquez 2001: 97-99.

³²⁰ Blázquez 1977: 326.

³²¹ Plin., *N.H.* XXXI, 39, 80.

³²² Blanco 1981: 29.

³²³ Sillières 1977: 79-80.

³²⁴ Ruiz Bremón 1989: 187.

proximidad al santuario de topónimos tales como “Rambla del Agua Salada” (esto es, la Cañada de Yecla) o “El Salitral” no resulta demasiado significativa, a mi parecer, para afirmar o negar la función terapéutica del santuario, y desde luego no es argumento suficiente, desde mi punto de vista, para explicar la ubicación del área sacra concretamente en el Cerro. Máxime cuando hoy sabemos que el planteamiento de P. Sillières acerca de la identificación de *Egelasta* con el Llano de la Consolación no se sostiene, al haber demostrado el estudio de este yacimiento que se trata de una necrópolis, cuya cronología además gira en torno a la primera mitad del s. IV a.C.³²⁵

La segunda hipótesis de lectura del enclave, por cierto no contradictoria con la anterior, es la que planteó en esos mismos años E. Ruano, para quien el Cerro de los Santos constituía un “núcleo geopolítico” al que acudirían gentes de muy diverso origen para dialogar y establecer pactos, alianzas y matrimonios entre sus pueblos, con la divinidad como garante. El principal argumento que esgrime la investigadora para sostener esta línea interpretativa es la aparente diversidad de influencias que exhiben los diversos exvotos escultóricos, diversidad que le permite rastrear el origen de varios de ellos en distintos puntos de Iberia, estableciendo analogías técnicas e iconográficas³²⁶.

Como se puede comprobar, el modelo de E. Ruano no justifica la elección del Cerro de los Santos como enclave para el establecimiento del santuario, asunto que la arqueóloga resuelve aludiendo a la “tradicional sacralidad” de la zona³²⁷. Por lo que respecta a su interpretación del lugar como “núcleo geopolítico” de ámbito suprarregional, casi panibérico, si bien podría resultar apropiada de alguna manera para el s. III a.C., pierde ya el sentido, desde mi punto de vista, a partir de comienzos del s. II a.C., cuando no parece plausible que las autoridades administrativas romanas permitieran que los representantes de las distintas comunidades locales procedentes de diversos *conventa* e incluso de diferentes *provinciae* se reunieran para organizarse por sí mismos y forjar sus propias alianzas al margen de la estructura administrativa provincial; y sin embargo, la mayor parte de las piezas empleadas como argumento para sostener esta hipótesis datan precisamente de esta cronología tardía,

³²⁵ Valenciano 2000.

³²⁶ Ruano 1988.

³²⁷ Ruano 1988: 262.

iberorromana. Por otra parte, las analogías técnicas, estilísticas e iconográficas establecidas entre algunas de estas piezas y las producciones de los diversos talleres peninsulares, aunque en ocasiones sugerentes, no me parecen argumento suficiente para establecer su procedencia concreta.

Una última línea interpretativa sobre el Cerro de los Santos se ha desarrollado en los últimos años, al subrayar la importancia de la proximidad del santuario respecto de la vía de comunicación, el Camino de Aníbal, que discurre a sus pies³²⁸, planteando para aquel una dimensión comercial además de religiosa³²⁹. Esta dimensión no ha sido aún suficientemente explorada, pero resultaría coherente con lo que conocemos de otros santuarios ibéricos del sureste, muchos de ellos emplazados cerca de la costa³³⁰. No obstante, más allá de su plausibilidad y de la evidente importancia de la vía de comunicación en la ubicación del Cerro, resulta complicado encontrar ulteriores argumentos para rastrear la función comercial del lugar; por el contrario, escasean en el enclave aspectos esperables en un nódulo comercial ibérico tales como epígrafes comerciales y marcas de propiedad, juegos de *pondera* o incluso, en buena medida, los propios productos importados.

Concluyendo, ninguno de los tres modelos interpretativos expuestos es capaz de explicar por sí mismo la ubicación del área sacra del Cerro de los Santos. Y ello pese a que en reiteradas ocasiones se ha reflexionado sobre la aparente inexistencia de un hito natural que evidencie la singularidad (dicho de otra manera, la sacralidad) del paisaje: a diferencia de otros santuarios, en torno al Cerro no hay, al menos que sepamos, ninguna fuente ni ninguna cueva, su altitud respecto del entorno no es extraordinaria como tampoco lo es su visibilidad en comparación con otros puntos de las cercanías³³¹, y si bien es cierto que en la Antigüedad el Cerro pudo estar cubierto de una masa boscosa (un “bosque sagrado”³³²), los datos polínicos muestran que otro tanto podría decirse de amplias zonas de los alrededores.

³²⁸ Aranegui y Prados 1998: 137-139; Sánchez Gómez 2002: 60.

³²⁹ Sanz y Blánquez 2010: 254.

³³⁰ Aranegui 1994; 1994 a; 1995; Domínguez 2001 a; Prados Martínez 2010.

³³¹ Sánchez Gómez 2002: 58-59.

³³² Ruiz Bremón 1988: 385.

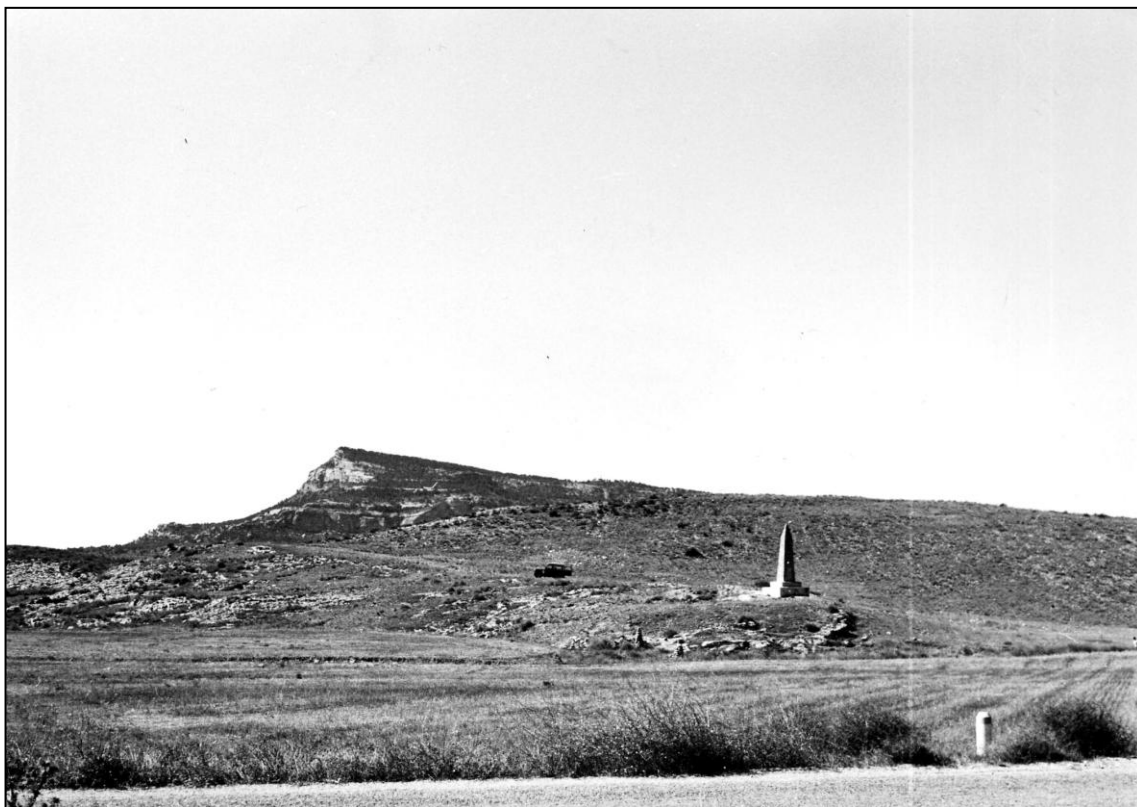


Fig. 7.36. Vista desde el otro lado de la Cañada de Yecla, con el Cerro de los Santos superponiéndose al Monte Arabí.

Quizás este enigma derive en realidad de una aproximación desacertada. En última instancia, la búsqueda de un hito en el territorio que justifique la implementación de un santuario en un enclave concreto parte de la asunción de que la sacralidad del lugar es una característica inherente al mismo, y de que, en consecuencia, el santuario se instaura cuando la sociedad “descubre” esa sacralidad. Sin embargo, los paisajes no son marcos espaciales objetivos que los grupos humanos exploran y descubren, sino constructos culturales que las distintas comunidades van forjando a medida que van aprehendiendo-imaginando su entorno. En este sentido, no nos es necesario buscar una característica en el territorio que permita objetivar su singularidad; no tiene mucho sentido tratar de averiguar si alguno de los árboles sobre el Cerro tendría unas características especiales que lo convirtieran en árbol sagrado, o reparar en que, como es el caso, cuando el visitante se acerca al Cerro desde la Cañada de Yecla por el norte-noroeste, esto es, por el camino natural de ascenso, el majestuoso Monte Arabí, hito preponderante en el horizonte y cuyas espectaculares

pinturas rupestres los iberos quizás supieron valorar a su manera, se alza precisamente en la vertical del Cerro, superponiéndose a este³³³.

Basta con señalar, en mi opinión, que para un determinado colectivo y en un momento dado (quizás el s. IV a.C., quizás ya a comienzos del III a.C.), resultó necesario instaurar un santuario en esta zona, y que durante más de tres siglos esta necesidad continuó siendo experimentada o bien surgieron otras que se superpusieron a la primera y aconsejaron mantener el culto en el lugar.

Y otro tanto se puede decir, desde mi punto de vista, de la función del santuario. Su función principal, la que explícitamente reconocerían todos sus fieles, sería como en todos los santuarios la de adorar a la divinidad, y esa posiblemente no cambiara a lo largo de más de tres siglos, justificando su mantenimiento y dotándolo de prestigio. Por el contrario, el papel que el área sacra desempeñó también a lo largo de toda su existencia como escenario para la representación social y la difusión de distintos discursos legitimatorios del poder sería posiblemente implícito y de ningún modo reconocido por sus visitantes, pero no por ello menos real. Y en cuanto a otras posibles actividades desarrolladas en el lugar (la terapéutica, la comercial, la de sede de posibles reuniones supracomunitarias, la de albergue seguro para los transeúntes, etc.), todas ellas resultan plausibles y podrían ser incluso conjugables en un mismo santuario, aunque por supuesto irían modificándose eventualmente según las coyunturas políticas, sociales y económicas del momento.

Por consiguiente, al margen de sus funciones específicas, que pueden ir cambiando según las épocas y las necesidades eventuales de cada momento, la característica principal de un santuario en relación con el paisaje en el que se inscribe es que constituye un nódulo de enorme importancia simbólica en la red de significados cambiantes de la que este último se compone, siempre según la percepción del grupo humano que construye dicho paisaje.

Ahora bien, ¿cuáles eran los otros nódulos de esta red? La pregunta no es baladí, pues el Cerro de los Santos se sitúa, como he apuntado ya en diversas ocasiones, aparentemente en el centro de un vacío poblacional, y la condición de

³³³ Vid. Fig. 7.36.

“santuario extraurbano” o “santuario rural” que generalmente se le ha asignado ha llevado a que muchas veces se le considere al margen de las cambiantes dinámicas poblacionales³³⁴. Pero, ¿nos encontramos realmente ante un agujero negro demográfico?

En su tesis sobre el poblamiento ibérico en la provincia de Albacete, L. Soria englobó el Cerro de los Santos en la periferia del territorio que ella estimaba controlado desde el asentamiento fortificado de Castellar de Meca³³⁵, aunque reconoce que se encontraba en una posición más o menos central entre la citada Meca, Chinchilla de Montearagón (*Saltigi*) y el Tolmo de Minateda, situados a 25 km. en línea recta el primero, y a más de 40 los otros dos. Repárese además en que, frente a lo que parece darse por sentado en esta aseveración, la cronología de estos tres asentamientos principales no es estrictamente coetánea, ni los tres son completamente contemporáneos al Cerro de los Santos: como vimos en capítulos anteriores, el Castellar de Meca se mantuvo poblado entre el s. IV y finales del III a.C., en tanto que el Tolmo de Minateda documenta materiales ya del s. V a.C. aunque su verdadero auge se situaría entre los ss. II y I a.C., y por lo que respecta a Chinchilla, los materiales más antiguos documentados bajo el casco urbano son de época imperial.

De hecho, el “asentamiento secundario” (según las categorías de su modelo territorial) más cercano al Cerro no pertenecería al territorio de Castellar de Meca, sino al del Tolmo de Minateda, y se trataba de Fortaleza (Fuenteálamo, Albacete). Me estoy refiriendo a un asentamiento situado sobre un cerro escarpado de 934msnm, y que se levanta sobre su entorno unos ochenta metros, dominando desde el norte la Cañada de Ortigosa, y asomándose a través de la Cañada de los Navarros a la de Yecla, gracias a lo cual desde este punto se divisa el Cerro de los Santos, distante una quincena de kilómetros; en el enclave se aprecian en superficie restos de una muralla, los basamentos de algunas construcciones de sillarejo, abundante cerámica ibérica y un denario de mediados del s. II a.C.³³⁶

En la propia Cañada de Ortigosa (por donde, recordémoslo, transcurría la vía *Castulo-Saetabi*, que ponía en comunicación el Cerro de los Santos y el Tolmo de

³³⁴ Cf. por ejemplo Domínguez 1997: 396 para la diferenciación entre “santuario suburbano”, “santuario extraurbano” y “santuario rural”.

³³⁵ Soria 2000 a: 514.

³³⁶ López Precioso, Jordán y Soria 1992: 54; Sanz 1995-1996: 178; 1997: 65; Soria 2000: 221-225.

Minateda) y a escasa distancia de Fortaleza se conoce también el yacimiento de El Charcón, un pequeño establecimiento rural en llano datable entre los ss. II y I a.C.³³⁷ Granjas similares, de clara vocación agrícola y ubicadas para aprovechar los terrenos algo más fértiles de las ramblas, son también Hoyica del Río, Pulpillo y Marisparza (Yecla, Murcia)³³⁸, distribuidos a lo largo de la Cañada de Yecla (esto es, del Camino de Aníbal) y distantes del Cerro poco más de media docena de kilómetros. Algo más allá, bajo la propia Yecla, igualmente se han documentado materiales ibéricos³³⁹, aunque la entidad y definición del enclave ha quedado fuertemente enmascaradas debido al desarrollo urbano del lugar. Finalmente, a una docena de kilómetros al noroeste del Cerro de los Santos se encuentra Jódar (Almansa, Albacete), otro pequeño establecimiento rural en llano con materiales datables entre mediados del III a.C. y mediados del I d.C.³⁴⁰, y que se encuentra al otro extremo del paraje denominado Los Quemados, sistema de ramblas que parte de la Cañada de Yecla a la altura del Cerro de los Santos hacia el corredor de Almansa³⁴¹.

Así las cosas, parece que no encontramos en las inmediaciones del Cerro de los Santos un asentamiento de gran entidad con una cronología coincidente con la del santuario, y al que por lo tanto se pudiera atribuir con cierta seguridad la administración de aquel. Existen a su alrededor no pocos asentamientos en llano de pequeña y mediana entidad, pero resulta difícil aseverar si alguno de ellos podría haber constituido una comunidad política suficientemente compleja como para generar por sí misma un santuario de frontera de este calibre, en tanto que Tolmo de Minateda se encuentra ya a una gran distancia, y Castellar de Meca, aunque algo más cercano, continúa situándose a más de 25 km y en otra unidad territorial, y además se abandona cuando al santuario aún le quedan más de dos siglos de existencia. Por consiguiente el candidato más probable de comunidad política que administrara el santuario sería Fortaleza, pero en última instancia es muy poco lo que sabemos de este asentamiento amurallado, cuya conexión geográfica con el Cerro no es evidente pese a la intervisibilidad, y cuya entidad poblacional tampoco es notable.

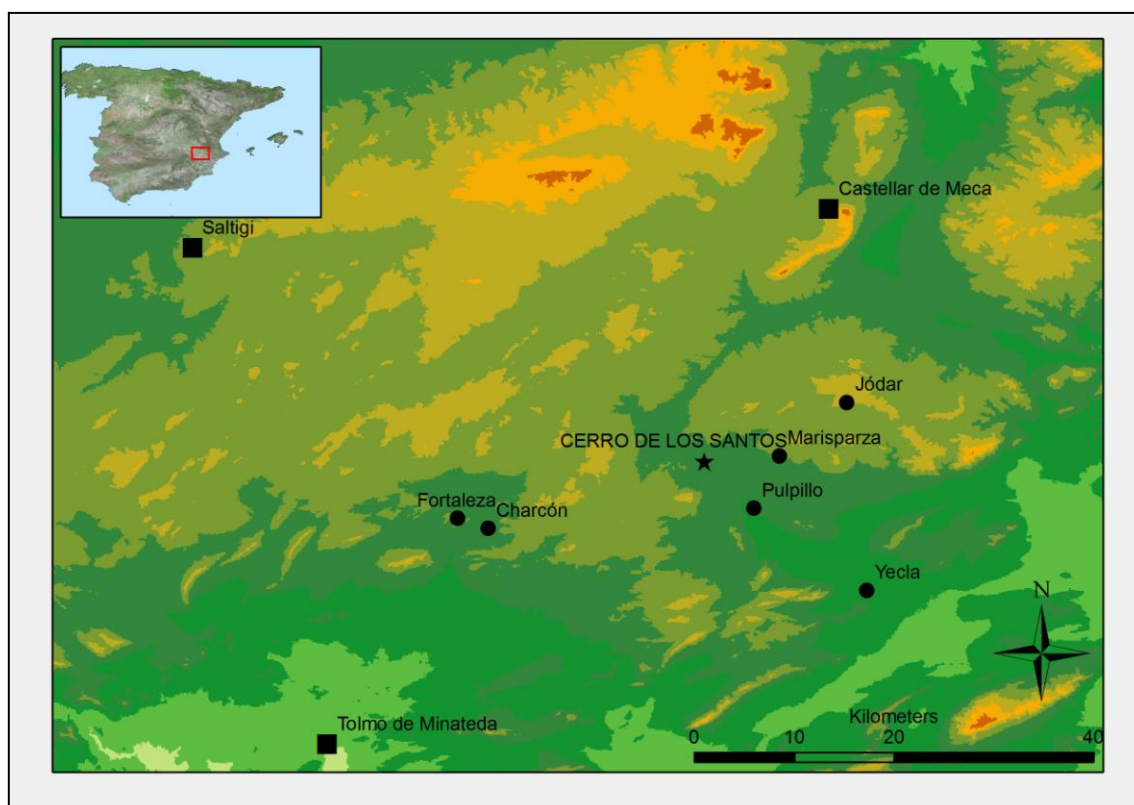
³³⁷ López Precioso, Jordán y Soria 1992: 54.

³³⁸ García Cano 1997: 30.

³³⁹ Ruiz Molina 1991-1992.

³⁴⁰ Soria 2000: 143-145.

³⁴¹ *Vid.* Mapa 7.5.



Mapa 7.5. Poblamiento rural en torno al Cerro de los Santos.

Por su parte, tampoco resultan nada evidentes, como ya he apuntado antes, las tentativas llevadas a cabo por P. Sillières y A. Blanco, que relacionaron el Cerro de los Santos con *Egelasta*, topónimo romano que situaron respectivamente en el Llano de la Consolación y en Yecla, pues hoy sabemos que la primera era una necrópolis ibérica que se mantuvo en uso entre mediados del s. V y mediados del IV a.C., en tanto que los vestigios arqueológicos documentados en el yacimiento de Torrejones (Yecla) aun son demasiado lacónicos³⁴². Es cierto que la comunidad que se enterraba en el Llano de la Consolación pudo haber sido la que, en origen, comenzó a frecuentar el Cerro de los Santos, pero por el momento no sabemos dónde habitaba dicha comunidad, y en todo caso la necrópolis se abandonó cuando el santuario aún estaba dando sus primeros pasos, si es que de hecho llegaron a coincidir cronológicamente.

Pero quizás debamos enfocar este problema de otra manera para resolverlo mejor. ¿Por qué pasar de negarle al Cerro de los Santos cualquier relación con las dinámicas poblacionales regionales a asumir que el santuario debe depender

³⁴² Ruiz Molina 1988: 570-575.

forzosamente de una entidad política cívica de una relevancia acorde a los restos encontrado en el área sacra? ¿Por qué asumir sin más para la interpretación de todos los santuarios ibéricos el modelo planteado por F. de Polignac para los santuarios griegos?

Propongo, en cambio, que reconsideremos el papel que el santuario del Cerro de los Santos hubo de desempeñar en el territorio y en el paisaje en el que se inscribe. Desde luego, en Iberia existieron seguramente santuarios extraurbanos como los que describe en sus trabajos F. de Polignac, y posiblemente los santuarios jienenses dependientes de Cástulo constituyan un buen ejemplo³⁴³. Ahora bien, Cástulo a partir del s. IV y sobre todo en el s. III a.C. constituye un *oppidum* de gran envergadura, que alcanza las 44 ha de extensión según M. Almagro³⁴⁴, y genera en torno a sí un gran territorio de tipo estatal cuyas fronteras se demarcan simbólicamente mediante santuarios extraurbanos. En el sureste ibérico, sin embargo, no encontramos nada parecido, y las tres hectáreas del Castellar de Meca o las diez que en época romana alcanzaría el Tolmo de Minateda difícilmente pueden compararse con las del *oppidum* jienense, como tampoco sería comparable su capacidad para generar en torno a sí un territorio político.

Por ello, propongo que quizás podríamos buscar más cerca. Cuando en los años setenta del s. XIX Savirón encabezó sucesivas comisiones enviadas por el MAN para investigar el Cerro de los Santos, aprovechó sus viajes para visitar también el entorno del santuario, reparando entre otras cosas en la existencia en superficie de “cerámicas antiguas” en el vecino Cerro de la Cañada³⁴⁵, una pequeña elevación alargada de 743msnm situada al sureste del Cerro, del que le separa tan solo un pequeño collado, en el que por cierto se centraron las excavaciones de los padres Escolapios debido a la abundancia, en aquel lugar, de hallazgos escultóricos³⁴⁶. La noticia es recogida casi un siglo después por A. Fernández de Avilés, quien durante su primera campaña en el Cerro de los Santos visitó el lugar sin poder encontrar nada de interés debido a la continua erosión del terreno, aunque el encargado del cortijo le confirmó que

³⁴³ Rueda 2008; Ruiz Rodríguez, Rueda y Molinos 2010.

³⁴⁴ Almagro Gorbea 1987: fig. 4.

³⁴⁵ Savirón 1875: 195.

³⁴⁶ Escolapios 2007 [1871]: 68.

regularmente se producían hallazgos cerámicos antiguos³⁴⁷. Desde entonces, al menos que tenga noticia, no se han producido nuevas prospecciones en el lugar.

Y sin embargo, y a falta de un estudio adecuado sobre el terreno, un vistazo a las fotografías aéreas disponibles nos podría ofrecer nuevas claves para la interpretación del Cerro de la Cañada. Como se puede observar en las dichas fotografías³⁴⁸, tanto en la correspondiente al vuelo americano como en la tomada en 2014, en la cima del promontorio se aprecian ciertas estructuras rectilíneas orientadas según una tendencia ENE-WSW que en algunos casos rematan en ángulos rectos, y que podrían sugerir la existencia en el enclave de departamentos con basamentos de mampostería. Desde luego, sin haber podido por el momento acceder directamente al lugar, resulta imposible aseverar si realmente nos encontramos o no ante un hábitat ibérico, pero la inmediatez respecto del santuario del Cerro de los Santos y la escasez entre los materiales documentados en este de artefactos no pertenecientes a la época iberorromana hacen pensar en que efectivamente la ocupación del Cerro de la Cañada, de haberse producido, podría datar de estas mismas fechas.

De ser así, la conexión entre el asentamiento del Cerro de la Cañada y el santuario del Cerro de los Santos, contiguo a aquel, sería indudable. No hablaríamos por tanto de un santuario extraurbano estrictamente hablando, sino más bien de un santuario suburbano, esto es, situado a poca distancia de un asentamiento e intervisible con el mismo, algo muchísimo más habitual en el sureste ibérico.

Ahora bien, esta hipótesis no entrañaría que el Cerro de los Santos dependiera por entero de la comunidad política residente en el Cerro de la Cañada, ni que únicamente fuera visitado por fieles provenientes de este asentamiento. Por el contrario, la gran entidad del santuario y sus exvotos sugieren más bien que al lugar acudirían gentes de variada procedencia, cuyas comunidades de origen serían lo suficientemente complejas como para que sus aristocracias locales sintieran la necesidad de desplegar en el Cerro los programas iconográficos analizados y dispusieran de los recursos necesarios para hacerlo. Desde este punto de vista, resultaría quizás más adecuado pensar en un pequeño asentamiento dependiente de un santuario, y no tanto de un santuario dependiente de un asentamiento.

³⁴⁷ Fernández de Avilés 1966: 8, n. 14.

³⁴⁸ *Vid.* Fig. 7.37.

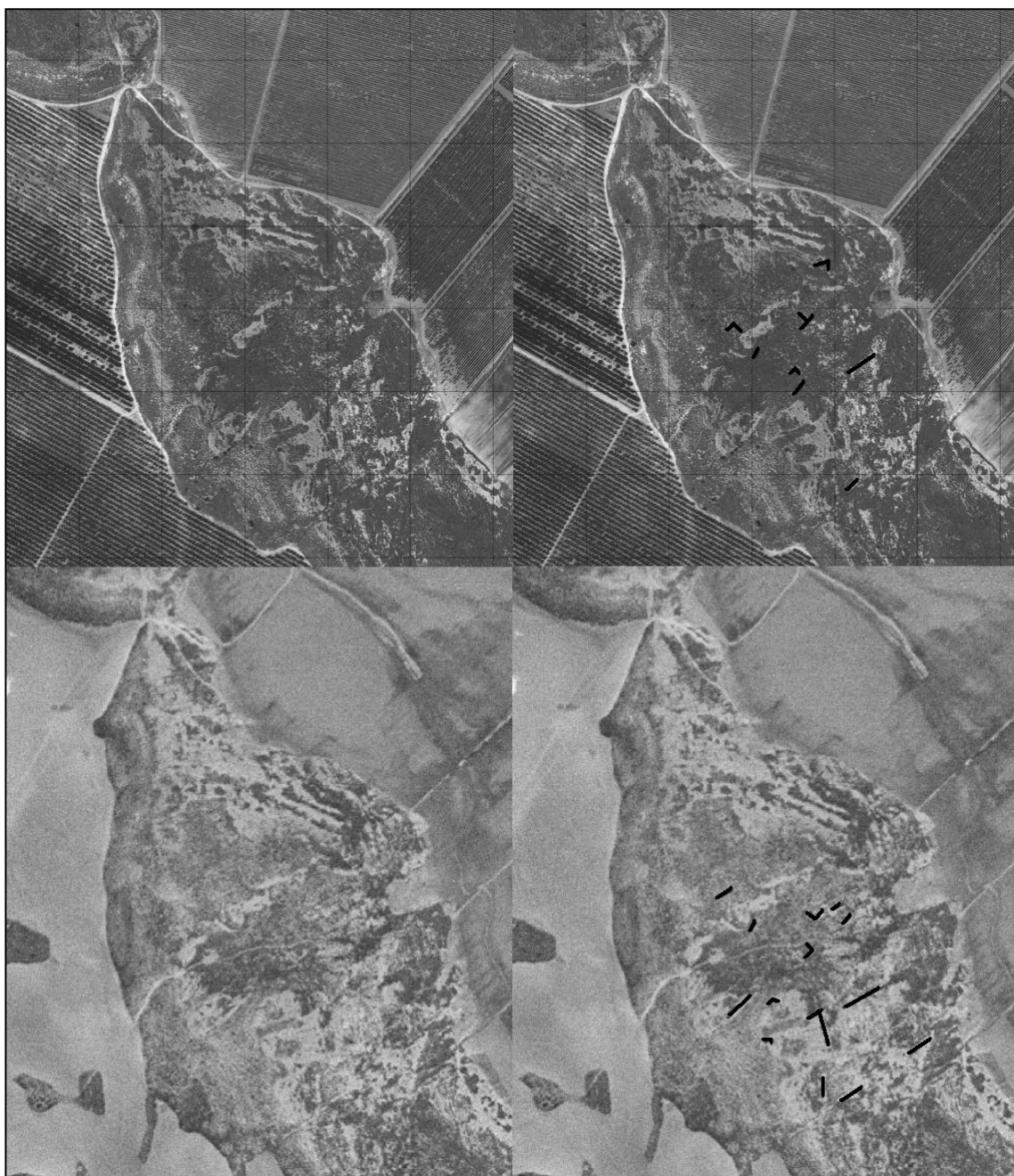


Fig. 7.37. Fotografías aéreas del Cerro de la Cañada (vuelo americano de 1956, abajo, y toma actual, arriba); a la derecha, destacadas en negro las estructuras visibles en superficie.

Hablo, por consiguiente, de un santuario alejado de los grandes núcleos de poblamiento del sureste meseteño, rodeado de un hábitat rural disperso distribuido por las ramblas que recorren la zona, y quizás relacionado con un posible asentamiento cuyos habitantes garantizarían el mantenimiento del culto en el área sacra y se encargarían de atender a las labores auxiliares al mismo. Un santuario que se crea sobre la que ya por entonces era una de las principales arterias de comunicaciones de cuantas articulaban el sureste ibérico³⁴⁹, y que continuaría siéndolo durante la época iberorromana³⁵⁰, pese a que a la altura del Cerro atravesara algunos kilómetros sin pasar por ningún gran asentamiento.

Esta es la circunstancia que, pienso, puede completar la presente interpretación del Cerro. En una región poco poblada como sería el sureste meseteño en época ibérica, en la que como en su momento traté de argumentar el control de los caminos sería una de las principales fuentes de riqueza, la instauración de un santuario que garantizara a los viajeros, gracias a la intercesión de la divinidad, un punto seguro en el que reposar y avituallarse lejos de los principales núcleos urbanos, sería de una enorme importancia. Un lugar en el que la protección de la divinidad se aseguraría a cambio de una pequeña ofrenda.

En mi opinión, esta sería la función última que desempeñaría el santuario del Cerro de los Santos en el entramado semántico del paisaje circundante, en cuyo seno constituiría el nodo principal de la comarca. Al fin y al cabo, ya P. Sillières puso en relación el Cerro de los Santos con la *statio* que los Vasos de Vicarello denominan *Ad Palem*³⁵¹, y que sitúan en el Camino de Aníbal entre *Saltigi* y *Saetabis*³⁵².

El mismo topónimo, *Ad Palem*, no es casual: como el propio Sillières señaló, Palas era una antiquísima divinidad romana, protectora del ganado y de los pastores, por lo que no resultaría extraño que los primeros visitantes romanos de la comarca interpretaran como Palas a la divinidad ibérica que se encargaba de proteger a los viajeros que transitaran la Cañada con sus rebaños³⁵³. Unos rebaños que, para su sustento, añadiría yo, requerirían un aporte constante de sal, como la que

³⁴⁹ Grau 2000: 36-37.

³⁵⁰ Blánquez 1990; Grau 2000: 40.

³⁵¹ CIL XI, 3281-3283, 23 y 3284, 25.

³⁵² Sillières 1990: 272; 2003: 271.

³⁵³ Sillières 2003: 272-273.

encontramos abundantemente, como quedó dicho, a lo largo de toda esta vía de paso por el sureste meseteño, y unos rebaños que además en su itinerancia deberían recorrer este camino en primavera y otoño, coincidiendo por tanto con la fecha en la que los romanos situaban la fiesta de Palas, las *Parilia*, el 21 de abril. Pero además, tengamos en cuenta que, en el imaginario romano, tanto el culto a la divinidad *Palas* como la festividad de las *Parilia* eran consideradas uno de los fenómenos religiosos más antiguos, anteriores incluso a la fundación de Roma en opinión de la mayoría de los autores clásicos³⁵⁴, por lo que a los soldados romanos que llegaron al lugar no les extrañaría encontrarse un culto como este en estas tierras; y recordemos asimismo que el culto a *Palas* era en Italia un culto sin templos construidos³⁵⁵, como lo sería el que se había desarrollado en el Cerro de los Santos hasta la llegada de Roma. La identificación del santuario con la deidad romana Palas, por tanto, y desde mi punto de vista, podría haber sido *evidente* desde la matriz interpretativa interpretativa del imaginario romano³⁵⁶.

En cualquier caso, a pesar de que existiera un asentamiento en las proximidades, toda *statio* romana contaba con algún tipo de pequeño establecimiento inmediato a la vía con las infraestructuras necesarias para albergar a los viajeros³⁵⁷. Este podría ser el sentido, en mi opinión, del departamento excavado por A. Fernández de Avilés a los pies del Cerro de los Santos³⁵⁸ y por tanto anexo a la vía de comunicación, cuya cultura material ya he señalado que se componía fundamentalmente de recipientes destinados a la preparación, almacenaje y consumo

³⁵⁴ Marcos 2000: 432.

³⁵⁵ La única posible excepción a este respecto, según señala en su tesis doctoral M. Marcos (2000: 384-385), sería el templo que mandó construir, en pago de un voto realizado a la deidad, Marco Atilio Régulo en el 267 a.C., si bien de la construcción de este templo solo ha llegado hasta nosotros una noticia tardía (Flor. I, 15) cuya veracidad histórica dista de poder considerarse probada.

³⁵⁶ A este respecto, cabe señalar que, según algunos autores clásicos (Plut., *Rom.* XII, 1; Solin., *Coll. Rer. Mem.* I, 14-16), en las *Parilia* estaba prohibido el sacrificio cruento de animales, práctica que, como ya he señalado, se practicó activamente en el ceremonial del Cerro de los Santos; ahora bien, como señala M. Marcos (2000: 434), esta prohibición respecto de las *Parilia* no es segura, o al menos no es seguro que se mantuviera durante toda la historia romana, pues existen otros escritores antiguos que reflejan este tipo de sacrificios en el contexto de las mismas, tales como Calpurnio Sículo (*Buc.* V, 27-28) o Propertio (IV, 1, 19-20).

³⁵⁷ Sillières 2003: 269.

³⁵⁸ Fernández de Avilés 1965.

de alimentos. Seguramente los vestigios que en la misma zona reconoció Savirón³⁵⁹ deben ser interpretados en idéntico sentido.

La cronología de estos departamentos arranca, como ya dije, a mediados del s. I a.C., y se extendía hasta finales del s. II d.C., cuando el santuario hacía ya tiempo que había quedado abandonado. Pero ello no ha de resultar un problema interpretativo, en el sentido de que a partir de la consolidación de la *pax* romana no sería necesario el mantenimiento de lugares sacros para asegurar la seguridad en los caminos. En consecuencia, aunque el santuario iberorromano deje de ser frecuentado, la *statio* permanece, y conserva en su nombre el recuerdo de la antigua área sacra que la originó.

Tampoco supone un obstáculo en mi interpretación el hecho de que en el santuario comenzaran las actividades cultuales mucho antes de la creación de estos departamentos en la Cañada; al fin y al cabo, idénticas funciones a las que estos cumplían podían desempeñar los departamentos situados en el propio Cerro de los Santos, los puestos al descubierto en la cata 4 de T. Chapa, y en los que igualmente la cultura material nos habla de actividades relativas al almacenamiento, preparación y consumo de alimentos. La cronología de los departamentos del Cerro de los Santos, en efecto, discurre entre los momentos fundacionales del santuario y mediados del s. I a.C., época esta última en la que, seguramente para adaptarse a los requerimientos de una vía romana, se construiría una nueva *statio* inmediata a la propia calzada y ya fuera del recinto sacro propiamente dicho, cancelándose las antiguas viviendas, que quedarían de este modo abandonadas.

En definitiva, en época ibérica se conjugarían en este espacio sacro extraurbano dos tipos de actividades que se retroalimentaban: la acogida y protección de los viajeros (fundamentalmente pastores) que atravesaran la región, y la negociación y competición social por la preeminencia entre unas elites locales deseosas de demostrar su piedad y su poder. La implicación de las segundas en el santuario favorecería la seguridad de los primeros durante su tránsito por estos lares, en tanto que la presencia de los primeros en el santuario facilitaría que los discursos ideológicos de las segundas se distribuyeran por la comarca más fácilmente. Tensión dialéctica que

³⁵⁹ Savirón 1875: 129.

no obstante se resolverá en época romana, cuando el santuario se abandone, y el lugar quede ya como mera *statio*.

7.5. Aristócratas y togados se muestran ante la divinidad

Con esta nueva aproximación al santuario del Cerro de los Santos, he pretendido arrojar un nuevo vistazo sobre los diversos discursos ideológicos que emplearon el área sacra como escenario, valiéndome de la discusión de las aportaciones de todo un siglo de bibliografía, de la revisión y estudio de los materiales documentados durante las campañas de excavación de T. Chapa en el lugar, muchos de los cuales aún permanecían inéditos, y de la matriz metodológica desarrollada a lo largo de los capítulos anteriores.

A partir de estas bases, primeramente se ha analizado la cronología del yacimiento. La actividad mejor fechada del mismo corresponde con la construcción del templo, que por criterios arquitectónicos puede situarse en la primera mitad del s. II a.C. Por lo que respecta al estudio de los exvotos, en el que se ha centrado tradicionalmente la bibliografía, no me ha parecido demasiado revelador en este sentido, pues ha de partir únicamente de criterios estilísticos, por definición demasiado inseguros debido a circunstancias como el arcaísmo o las variabilidades regionales, y sujeto además al problema de que la mayor parte de las esculturas ibéricas, no solo las del Cerro, llegaron a nosotros descontextualizadas, y por tanto sin una cronología absoluta fiable; en todo caso, podemos encontrar analogías iconográficas de los exvotos del Cerro en esculturas ibéricas ya del s. IV a.C., aunque la mayoría de los paralelos nos llevan al s. III a.C., y por último contamos con unas cuantas series, las más fácilmente datables, que pueden ser fechadas con seguridad entre mediados del II a.C. y el cambio de Era. No obstante, mucho más fiable resulta la datación ofrecida por las cerámicas documentadas en el yacimiento: el estudio de los materiales de las campañas de T. Chapa arroja resultados similares a los ya planteados para las campañas de A. Fernández de Avilés por M.L. Sánchez Gómez, según los cuales el santuario se mantendría en funcionamiento fundamentalmente entre los ss. III y I a.C., aunque se observan algunos (muy escasos) materiales del s. IV a.C., y ciertos artefactos ligeramente posteriores. Sí que resultan ya más modernas las cerámicas

halladas a los pies del Cerro, en la Cañada de Yecla, cuya cronología se sitúa entre mediados del s. I a.C. y finales del II d.C.

En cuanto a las prácticas rituales llevadas a cabo en el área sacra, desde mi punto de vista las más claramente documentadas son la deposición de exvotos escultóricos a lo largo y ancho de la superficie del Cerro, los sacrificios cruentos de ovicápridos, la libación de líquidos, la amortización de los pequeños recipientes que seguramente contenían aquellos, y la ofrenda de toda una serie de objetos variopintos, desde armas a fusayolas. El estudio analítico de los materiales cerámicos recogidos en la ladera norte del Cerro durante las campañas de T. Chapa coincidió en sus resultados con los obtenidos durante las excavaciones de A. Fernández de Avilés, evidenciando que aproximadamente la mitad de los vasos documentados eran de pasta gris, algo nada habitual fuera de los contextos sacros, y que una proporción significativamente alta del material estaba formada por recipientes de muy pequeñas dimensiones, de entre los cuales destacan con entidad propia los vasos caliciformes. Tomando en consideración tanto todos estos vasos como el restos de ofrendas de todo tipo documentadas, he propuesto que estas constituirían tanto un regalo para la deidad en contraprestación por un don que se cree haber recibido o que se espera recibir, pero al mismo tiempo una afirmación identitaria en el contexto de negociación social del santuario: la ofrenda de alguna manera representa al oferente (en unos casos, como en las esculturas antropomorfas, de manera más explícita que en otros, como en las fusayolas, pero siempre abundando en este mismo sentido) y es consecuente con su persona social, puesto que si el resto de la sociedad la considerara inapropiada no hubiera permanecido en el santuario.

Por lo que se refiere a la escenografía en torno a la que se llevaban a cabo todas estas prácticas, parece reducirse en un primer momento a una columna exenta de capitel fitomorfo, que en su momento dominaría visual y simbólicamente el santuario al aire libre, y cuya importancia en el imaginario ibérico puede deducirse de su representación recurrente en varios soportes. Entre finales del s. III y mediados del II a.C., no obstante, el santuario experimenta una serie de transformaciones, que en el plano arquitectónico cristalizan en la erección de un templo “a la itálica” en el emplazamiento que visualmente ostenta una mayor preeminencia, y de una serie de pequeñas dependencias auxiliares (en la cata 4 de T. Chapa) que por el contrario

quedaban ocultas a la vista de los visitantes del santuario hasta que estos no se hubieran internado en el mismo. La presencia en estas dependencias de un abundante y variado registro paleofaunístico, de abundante material anfórico y metálico, y de una tipología cerámica muy distinta de la documentada en el resto del santuario (en la que predominan las formas abiertas y de gran tamaño, y en la que las pastas claras sobreabundan frente a las grises), nos hablan de contextos destinados a la preparación y consumo de alimentos, quizás destinados al sustento del personal del santuario o de sus visitantes. Otro tanto se podría decir de las dependencias documentadas en la Cañada de Yecla, que muestran unos materiales más modernos pero de funciones análogas, y cuya cronología parece arrancar precisamente en el momento en el que los departamentos documentados en la cata 4 de T. Chapa son abandonados.

El análisis iconográfico de los exvotos antropomorfos, partiendo de la asunción de que estos constituirían un reflejo de la persona social de los oferentes que los depositaban (esto es, no tanto de los propios oferentes cuanto de la imagen que estos querían proyectar de sí mismos y que era generalmente aceptada por su comunidad), me ha permitido proponer que constituyen la materialización de la ideología que sus comitentes, miembros todos ellos de un grupo social privilegiado (no en vano pueden permitirse ordenar la fabricación y deposición de estas esculturas), pretenden implementar en su sociedad; una ideología que subraya la condición ciudadana de todos ellos, su pertenencia a una misma comunidad, a un mismo código de valores y a un mismo grupo aristocrático dentro del cual imperaría una cierta equidad aparente. Y digo aparente, pues los exvotos en el fondo nunca trataron de ocultar la distinta capacidad de gasto y las diversas necesidades de ostentación de los diferentes individuos.

Quizás todos estos discursos se transformaron (aunque seguramente negando explícitamente cualquier ruptura aparente) con la monumentalización del santuario a comienzos del s. II a.C. La construcción del templo hubo de suponer la inversión de un enorme volumen de recursos, pero también que la memoria del individuo, familia o grupo que lo financió quedara grabada en el recuerdo del santuario a lo largo de generaciones, expresando de manera ostentosa su piedad y su poder traducido en capacidad de gasto. En cuanto a la concepción “a la itálica” del templo, resulta perfectamente consecuente con el momento histórico en el que se erige este: los

gobernantes no deben ya legitimarse únicamente ante sus respectivas comunidades y ante las comunidades vecinas, sino que ahora deberán actuar al mismo tiempo en tanto que delegados de Roma, algo que tratarán de llevar a cabo presentándose como los herederos de ambas tradiciones, la ibérica y la romana, que en ocasiones pretenden conjugar como si siempre hubieran sido una misma. Esta es la razón por la que en el santuario ibérico no se interrumpe el culto pero se monumentaliza “a la itálica”, y este es el motivo por el que los aristócratas de las inmediaciones continúan acudiendo al Cerro y llevando a cabo los mismos rituales, aunque a partir de un determinado momento se representen, al menos algunos, vistiendo la toga, como verdaderos gobernantes ibero-romanos *sensu estricto*.

Finalmente, en estas páginas se ha discutido la integración del Cerro de los Santos en su territorio. El enclave se sitúa en una comarca poco poblada, caracterizada por un hábitat rural disperso y en el que los núcleos habitados de importancia se encuentran todos a una cierta distancia. Únicamente podría haber un pequeño poblado situado en el cerro inmediatamente aledaño al área sacra, pero a falta de una actuación sobre el terreno es pronto para aseverar este punto. En todo caso, hemos de buscar seguramente un pequeño poblado dependiente del santuario, y no tanto un gran núcleo urbano del que el área sacra dependería, alternativa esta última que sin embargo ha constituido todo un axioma para una parte de la historiografía, que ha tratado por todos los medios de encontrar semejante importante ciudad, sin éxito alguno. Por consiguiente, y según este razonamiento, el Cerro de los Santos constituiría el nódulo principal de la red simbólica del paisaje circundante, y no tanto un santuario extraurbano situado en la frontera del territorio de una hipotética ciudad que no encontramos.

La razón de ser del santuario parece ser, por el contrario, otra: constituiría el lugar al que las elites dirigentes de las comunidades circundantes se dirigirían para demostrar su piedad y negociar competitivamente su posición social, y al mismo tiempo sería el único enclave al que los viajeros que transitaban con sus mercancías y rebaños el camino que discurría a los pies del Cerro podrían allegarse para trasnochar y acogerse a la protección de la divinidad, en una zona por lo demás relativamente despoblada. Cada una de estas facetas del santuario potenciaría la otra, en una tensión dialéctica que solo se rompería hacia el cambio de era, cuando las elites gobernantes

encontraran otros medios mediante los que canalizar sus necesidades de representación social, y el lugar quedara como mero punto de paso para los caminantes. No en vano en época romana florecería en este lugar una *statio*, que se trasladaría de la cima del Cerro a su base para ajustarse a los requerimientos de las calzadas romanas; y no en vano la citada *statio* sería bautizada con el nombre de la diosa Palas, protectora de los rebaños y sus pastores, interpretación romana quizás de la divinidad adorada en el lugar.



VIII. ENTERRAMIENTOS Y DEPÓSITOS RITUALES EN LA SIERRA DEL SEGURA. EL ÁREA SACRA DE JUTIA

*No nos iremos —dijo—. Aquí nos quedamos, porque aquí hemos tenido un hijo.
Todavía no tenemos un muerto —dijo él—. Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto
bajo la tierra.*

Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, 1967.

8.1. Introducción geográfica.

Emplazada en la periferia de mi zona de estudio, en las estribaciones orientales de la Sierra de Segura, prácticamente en el límite administrativo entre las provincias de Albacete, Murcia, Jaén y Granada, y de hecho a caballo entre los términos municipales de Nerpio y Yeste, el valle de Jutia se sitúa en una comarca aún hoy de difícil acceso, escasamente poblada y de paisajes enormemente cambiantes.

La comarca participa de los sistemas geológicos prebéticos (y, marginalmente, también de los subbéticos), dispuestos en forma de una serie de alineaciones orientadas por regla general en dirección suroeste-noreste, que por lo que a la provincia de Albacete respecta se distribuyen entre el Alto Taibilla (Sierra de las Cabras y Sierra de Taibilla) hasta el valle del río Mundo, alcanzando por el este Elche de la Sierra, Férez y Socovos¹. Ahora bien, la orografía se complica debido a la diversidad de los ejes tectónicos y a la erosión diferencial de los ríos sobre las formaciones jurásicas,

¹ Jerez, L. 1971; Sánchez Sánchez 1982, I: 25.

triásicas y terciarias neógenas de la zona, dando lugar, debido sobre todo a diferentes fenómenos cársticos, a un paisaje enormemente fragmentado, en el que las elevaciones superiores a los 2000 metros de altitud como la cima del Talón (2082mnsn) o la de Los Revolcadores (2005msnm, ya en Murcia), se alternan con altiplanos como el Campo de San Juan, pequeñas elevaciones de cima redondeada (llamadas “muelas” o “cabezas”) o alargada (denominadas “calares”) y profundos valles miocénicos, en ocasiones encajonados entre desfiladeros, y sobre los que se han ido formando suelos cuaternarios de gran interés agrícola. Las diversas ramblas y arroyos que discurren por estos vierten sus aguas en el Taibilla y el Zumeta, principales afluentes del Segura por la derecha en su cuenca alta, con el que confluyen tras abrirse paso por los estrechos valles abiertos entre las sierras de Los Molares, Lagos y El Tobar, caracterizándose por un caudal relativamente regular².

Por lo que respecta al clima, hablamos igualmente de una comarca enormemente diversa, en la que en líneas generales observamos un clima mediterráneo templado, continentalizado por la elevada altura sobre el nivel del mar, caracterizado por una fuerte variabilidad térmica anual y diaria (alcanzándose en ocasiones los diez grados centígrados bajo cero en invierno, y los cuarenta grados en verano, con una media anual que se suele situar en torno a los trece grados³), y unas precipitaciones peculiarmente altas debido a la accidentada orografía, sobre todo hacia la cuenca alta del Taibilla y las sierras de las Cabras y la Hoya del Espino, en las que se llegan a alcanzar los 1000mm, en tanto que en las zonas bajas estas rondan los 500mm⁴, registrándose en el conjunto de la comarca los mayores valores pluviométricos de la cuenca del Segura⁵. En todo caso, todos estos rasgos climáticos, como decía, fluctúan enormemente a lo largo de la región debido a la complicada orografía, estableciéndose diversos pisos bioclimáticos de fuerte personalidad propia.

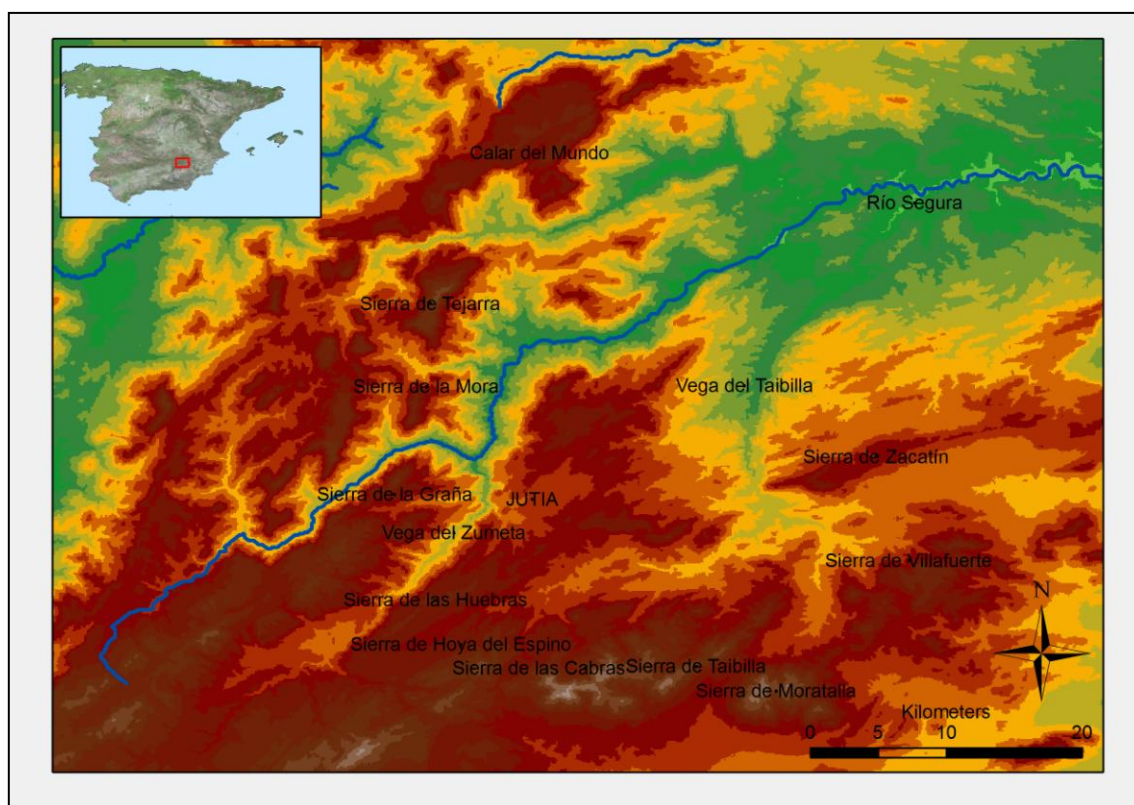
Por lo que respecta a las potencialidades económicas de las sierras del Alto Segura, estas han sido consideradas tradicionalmente como una reserva maderera de primer orden y una zona de explotación ganadera estacional. De hecho, aún hoy

² López Bermúdez 1973 : 96-97. *Vid.* Mapa 8.1.

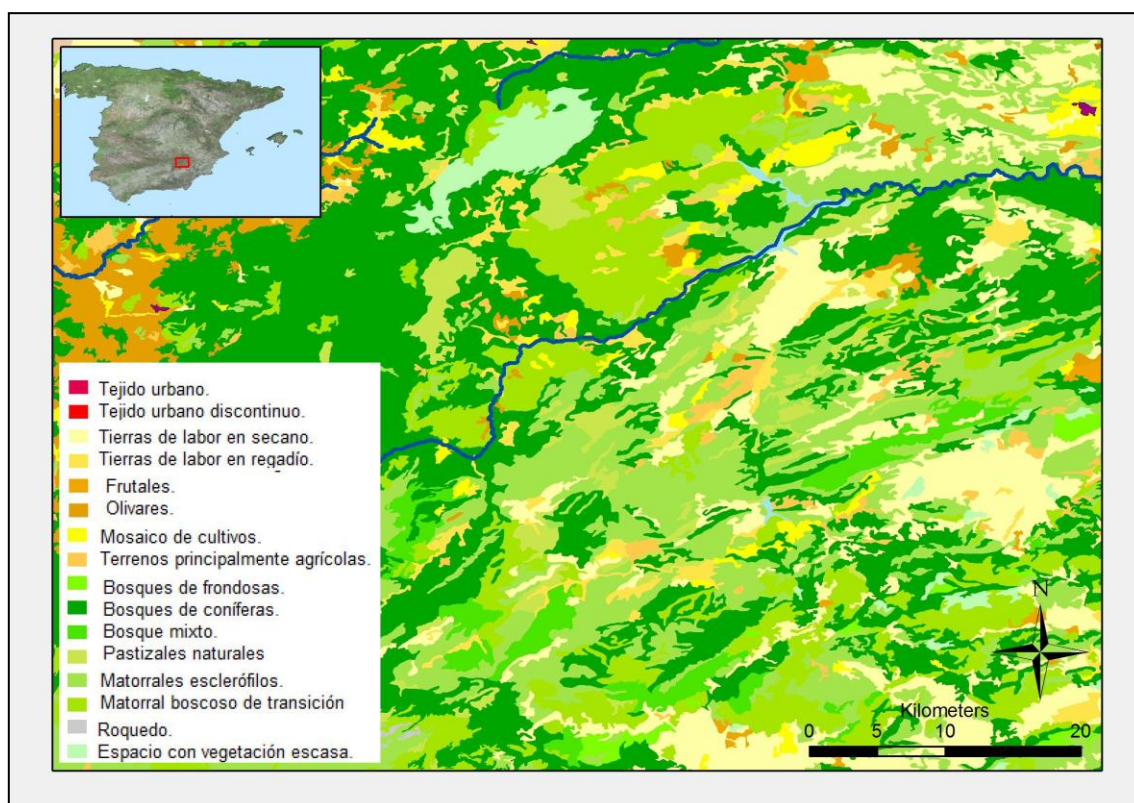
³ López Bermúdez 1973 : 33-42 ; Sánchez Sánchez 1982, I : 61-62.

⁴ Sánchez Sánchez 1982, I: 41.

⁵ López Bermúdez 1973: 15-33.



Mapa 8.1. Mapa físico de las sierras albaceteñas del Alto Segura.



Mapa 8.2. Usos del suelo en las sierras albaceteñas del Alto Segura.

predominan ampliamente los bosques de coníferas, los pastizales y las áreas de matorral boscoso de transición, además de manchas de robledales, encinares, sabinares, y otras especies minoritarias, y todo ello a pesar de la potente deforestación que la región lleva experimentando desde que en el s. XVIII fue englobada en la Provincia Marítima de Segura de la Sierra, encargada de abastecer de madera a la industria naval de Cartagena, y paliada solo parcialmente gracias a reforestaciones recientes de pino que han tendido a homogeneizar el paisaje, y a la tendencia generalizada al despoblamiento de la región que motiva el abandono de antiguos campos de labor y pastos, que poco a poco van siendo ganados por la vegetación arbustiva⁶. En cuanto a la ganadería, abundan en la actualidad las cabañas bovinas y de ovicápridos, estabuladas durante parte del año y que aprovechan los pastos de los diversos pisos bioclimáticos de forma transterminante, en abierta competencia con las especies salvajes que aún hoy se benefician de idénticos recursos, tales como el ciervo, la cabra montesa, el muflón o el jabalí. En lo que se refiere a la agricultura, tardíamente mecanizada, es bastante heterogénea a lo largo de la región debido a los distintos microclimas y tipos de suelos, abundando los cultivos cerealísticos de secano pero también el regadío en forma tanto de huertas como de árboles frutales como nogales o almendros; no obstante, hasta hace muy poco la producción agrícola estaba en clara recesión, debido al despoblamiento de la comarca, y solo en los últimos años parece que se puede producir un ligero repunte. Finalmente, las calizas de la zona vienen siendo explotadas tradicionalmente, y aún hoy se extraen a gran escala, a diferencia de lo que ocurre con los yacimientos ferruginosos, abandonados por su escasa rentabilidad⁷.

La zona, como decía, se encuentra en la actualidad escasamente poblada. Tomando en consideración los trece municipios situados más al sur de la provincia de Albacete, la mayor parte de los cuales forman la Mancomunidad de la Sierra del Segura, en conjunto suman algo más de 2683,5km² de superficie, y tan solo comprenden 18150 habitantes según los datos del INE actualizados a 1 de enero de 2013, o lo que es lo mismo, poseen una densidad de población de 6,76 habitantes/km². Ahora bien, el nivel de poblamiento de la comarca ha descendido de

⁶ Sánchez-Gómez *et alii* 1995.

⁷ Vid. Mapa 8.2.

forma significativa en las últimas décadas, debido a la fuerte emigración campo-ciudad, particularmente significativa en esta región, hasta el punto de que en la actualidad buena parte de los cortijos y pequeños caseríos diseminados por los valles se encuentran abandonados⁸. Por ello, no podemos extrapolar sin más estos escasos niveles de poblamiento al I milenio a.C., si bien los datos de que disponemos parecen sugerir una situación no muy distinta: tal y como más tarde desarrollaré, tan solo conocemos un puñado de asentamientos para toda la región, y en la mayor parte de los casos se trata de caseríos de escasa entidad, con las únicas posibles excepciones de El Macalón y Piedra de Peñarrubia⁹. Otro tanto sucederá en época romana, cuando, que tengamos noticia, solamente una comunidad de la comarca podría haber alcanzado el estatuto privilegiado de *municipium*¹⁰, en tanto que el resto del poblamiento se articularía a través de una red relativamente profusa de pequeños caseríos y *villae* rurales destinadas a la explotación agrícola de los diversos valles¹¹.

De igual manera, las principales vías de comunicación de época protohistórica flanquean la Sierra, evitando sus intrincados pasos. Así, el Camino de Aníbal conecta la Alta Andalucía con el sureste meseteño ascendiendo por la cuenca del Guadalmena, y por tanto dejando al este las Sierras de Segura y Alcaraz¹², mientras que la Vía *Complutum-Carthago Noua* pasa de Albacete a Murcia a través de Hellín y Cieza, y por ende flanqueando por el este las estribaciones del Alto Segura, mientras que la Vía Augusta conecta el sureste con la Alta Andalucía a través de las hoyas granadinas, al sur de la Sierra del Segura¹³. Parece que únicamente una vía secundaria se internaría en la región, la llamada vía *Castulo-Saiti*, seguramente de frecuentación tardía, quizás ya iberorromana, que desde el Tolmo de Minateda se internaría en el Alto Segura

⁸ González Reyero 2013: 75-76.

⁹ González Reyero 2013.

¹⁰ Hablo de Castillicos de Villares (Elche de la Sierra, Albacete), un asentamiento amurallado que, en superficie, documenta fundamentalmente cerámica romana, y en cuya necrópolis aparecieron dos estelas funerarias romanas inscritas, una de las cuales aparece dedicada por un tal L(ucius) AEMILIUS FLA(viu)S, cuyo cognomen ha sido interpretado por determinados autores como una posible evidencia de la municipalidad flavia de esta comunidad, cuyo nombre desconocemos (Francisco 1984-1985; Abascal 1990: 71-73; Jordán, García Cano y Page 2006: 28-29); ello estaría en consonancia igualmente con una tercera inscripción (*CIL* II 3338, 3539), conocida de antiguo y que parece proceder de las inmediaciones, en la que se menciona una *curia* (Sanz 1997: 71-73).

¹¹ Jordán, García Cano y Page 2006: 62-63.

¹² Sillières 1977: 59-62.

¹³ Blánquez 1990: 47-56.

siguiendo la cuenca del propio río y por lo tanto atravesando la comarca de este a oeste por su parte más septentrional, pasando a los pies de Peñarrubia y continuando hacia la Alta Andalucía¹⁴. Finalmente, por lo que respecta a las vías pecuarias, que en algunos casos como sabemos podrían haber fosilizado caminos antiguos, de igual manera son escasas en la comarca, hasta el punto de que la base de datos del Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente solo recoge un antiguo cordel, el de Hellín, que recorría el norte del término municipal de Nerpio en dirección noreste-suroeste, conectando el interior murciano con las sierras jienenses, y pasando para ello por el Cortijo de Rambla Camina, dejando unos metros al norte la aldea de Casa de la Cabeza, y atravesando lo que hoy es el embalse del Taibilla¹⁵.

Es en este contexto fragmentado de pequeños rincones fértiles conectados por caminos tortuosos, en definitiva, en el que se sitúa el valle de Jutia. Se trata de un altiplano no demasiado llano, con una orientación noreste-suroeste, de unas 1100ha de extensión y una altitud aproximada de unos 1300 msnm, completamente delimitado por abruptas sierras que prácticamente lo aíslan del resto de la comarca: la Sierra de Mingarnao al sur, la Cuerda de la Torca del Agujero al este, los Cerros del Cabrero al Norte, y la Sierra de Góntar y una sucesión de intrincadas alturas tales como el Morro de los Calderones, la Molata del Almendro o la Solana de Macalón al oeste¹⁶. El principal acceso al valle se efectúa por un camino rural GR66 que parte del caserío de Pedro Andrés, dependiente de Nerpio, y discurre hacia Góntar (Jaén), atravesando la sierra de Mingarnao y ganando el valle de Jutia a los siete kilómetros. No obstante, al sur de la Sierra de la Torca del Agujero y pasando entre esta y la Torca de Tobarra, el citado cordel de Hellín se adentra igualmente en el valle de Jutia por el sureste, atravesando el sur de este por el Cortijo de Rambla Comina y partiendo hacia el suroeste por el Barranco de la Cañada del Moracho, encajonado entre sendas cuerdas cuyas cumbres rondan los 1500msnm. Por último, parece ser que el Molino del Vadico,

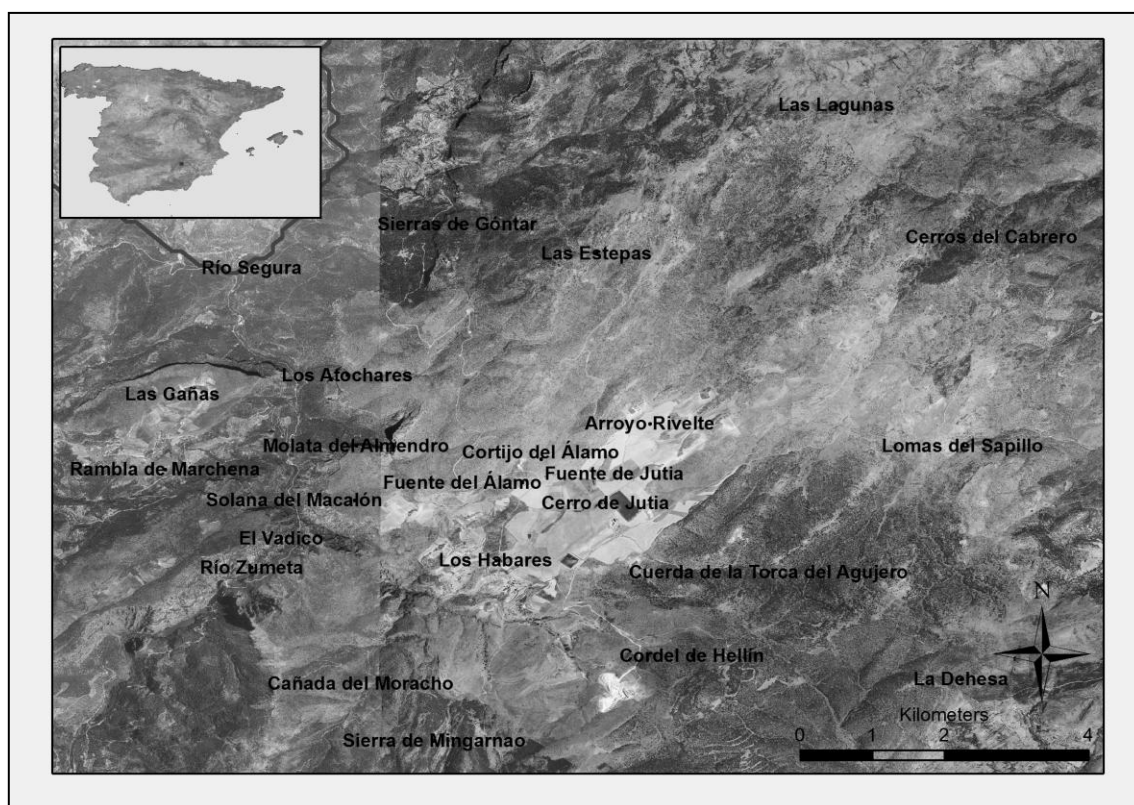
¹⁴ Selva y Jordán 1988; López Precioso, Jordán y Soria 1992: 59; Sanz 1995-1996: 176; 1997: 256; Abad, Gutiérrez y Sanz 1998: 32-33.

¹⁵ http://www.magrama.gob.es/es/biodiversidad/servicios/banco-datos-naturaleza/ALBACETE_tcm7-19073.pdf (visualizado el 6 de noviembre de 2014).

¹⁶ *Vid.* Figs 8.1 y Mapa 8.3.



Fig. 8.1. Panorámicas generales del valle de Jutia, desde el norte (dos superiores) y desde el sur (dos inferiores).



Mapa 8.3. Valle de Jutía.

paraje sobre el arroyo Zumeta, al oeste del valle, fue igualmente lugar de paso tradicional desde época prehistórica¹⁷.

Aparte de diversas ramblas de curso discontinuo como la de Lomina, el valle se ve irrigado por varias fuentes que hasta hace pocos años manaban todo el año, como la de Jutía o la de El Álamo, y por el arroyo de Rivelte, que recorre longitudinalmente el valle para desembocar en el Zumeta inmediatamente después, a los pies de la Molata del Almendro. Esta riqueza hídrica (que recientemente se ha visto muy alterada debido a la explotación agrícola intensiva), unida a la amplia superficie de las zonas llanas y las pendientes suaves, ha favorecido tradicionalmente una rica agricultura en el valle, tanto de secano como de regadío, reforzada por el aterrazamiento de determinadas zonas de pendiente algo mayor, y complementada con la cría ganadera y las actividades madereras, recolectoras y cinegéticas a las que se prestan las zonas de monte bajo y las alturas boscosas que rodean el valle. Por último, a la entrada sur del

¹⁷ Vega Toscano 1993.

valle en la actualidad se explotan a cielo abierto las calizas locales, que igualmente afloran junto con areniscas de diversa calidad en distintos puntos.

En el corazón de este valle es donde se sitúa el yacimiento del que hablaré en estas páginas, cuyos diversos ámbitos, como a continuación se explicará, se extienden entre el Cerro de Jutia (una pequeña elevación que se alza sobre la parte más baja del valle, alcanzando apenas los 1306mns, a apenas unos metros al sur de la Fuente de Jutia, e inmediatamente a espaldas de varias construcciones y aterrazamientos modernos, incluyendo una gran nave y dos casas rurales) y la ladera arable que desciende suavemente desde este en dirección norte-noroeste hasta el arroyo Rivelte (distante este unos 700m en línea recta del Cerro; cerca del arroyo, en este sector, surge la Fuente del Álamo y al otro lado de cuyo pequeño cauce se levanta, hoy en ruinas, el Cortijo de El Álamo). Este pequeño espacio se encuentra en el límite entre los términos municipales de Nerpio y Yeste, y pertenece a dos fincas cercadas colindantes.

8.2. Breve recuento de las intervenciones.

Debido a lo accidentado del territorio (hasta el punto de que la ascensión a algunas de las elevaciones en las que podría haber material arqueológico requiere de equipamiento especializado de escalada), pero sobre todo a la extraordinariamente escasa presión demográfica y, por consiguiente, urbanística en estos valles, el conocimiento arqueológico que de ellos poseemos es aún limitado, sobre todo en lo que a la época ibérica respecta¹⁸. Exceptuando un par de enclaves excavados décadas atrás y a los que la historiografía hace recurrentes alusiones en tanto que dos de los yacimientos “tradicionales” de la arqueología ibérica, Macalón y Peñarrubia, y salvando algunos descubrimientos casuales y actuaciones puntuales en el entorno de los pueblos de la comarca como Férez, Letur o Socovos¹⁹, apenas sabemos más del registro arqueológico de época protohistórica de la región. Algo que se pone de manifiesto, de hecho, en las respectivas síntesis de J.F. Jordán, R. Sanz y L. Soria²⁰, trabajos los tres que pretenden profundizar en las dinámicas de poblamiento de la provincia de Albacete en general, basándose en el estudio exhaustivo de las cartas

¹⁸ Sanz 1997: 66-67; González Reyero 2013: 4.

¹⁹ Cf., por ejemplo, J.L. Sánchez Gómez 1983; Jordán y García Cano 1997.

²⁰ Jordán 1993; Sanz 1997; Soria 2000 a.

arqueológicas y en prospecciones propias, pero que en lo tocante a la Sierra del Segura apenas cuentan con datos arqueológicos en los que apoyarse.

Las dos únicas “islas” en este mar de desconocimiento arqueológico son, como acabo de decir, Macalón y Peñarrubia. El primero de estos poblados, situado en un gran cerro amesetado que se alza sobre el Taibilla entre el embalse homónimo y Nerpio, a apenas once kilómetros y medio de Jutia a vuelo de pájaro (algo que no quiere decir gran cosa dado lo accidentado del terreno), fue explorado en efecto ya en los años cuarenta por E. Cuadrado, quien dio a conocer las primeras esculturas del lugar, planteó algunos sondeos en la cima del cerro y prospectó la zona que se extendía a los pies del mismo, al sur, zona que entendió sería la ubicación de la necrópolis de la que provendrían las estatuas²¹. Dos décadas más tarde, J. Sánchez Jiménez, director del Museo de Albacete, encargó a M.Á. García Guinea, que a la sazón se encontraba trabajando sobre las pinturas rupestres de la zona, un nuevo análisis del yacimiento, en el que se plantearon entre 1958 y 1962 seis cortes estratigráficos, cuyos materiales y secuencia serían prolijamente publicados, proponiéndose a resultas de ello una cronología para el lugar entre el s. VII y el III a.C.²² Más de veinte años después, en 1986, J. Espadalé y J. Caja dirigieron una ulterior campaña, de dos meses de duración, en la que se plantean ocho cortes de 16m² cada uno divididos en dos sectores diferentes (junto a los sondeos de García Guinea, y en la parte más baja de la Meseta), obteniendo una serie de secuencias estratigráficas y materiales que ellos mismos no publicaron, pero que casi quince años más tarde serían recuperados por L. Soria para abogar por un abandono de El Macalón no en el s. III a.C., como sostenía García Guinea, sino a comienzos del s. V a.C.²³ De hecho, la propia L. Soria visitó el yacimiento en febrero de 1998 para levantar su planimetría, visita que aprovechó igualmente para prospectar el cerro de manera intensiva y verificar así las conclusiones obtenidas a través del estudio de la documentación de las campañas anteriores²⁴.

El asentamiento de Piedra de Peñarrubia es asimismo ampliamente mencionado por la historiografía, aunque no ha sido tan estudiado. De hecho, se

²¹ Cuadrado 1945; 1945 a; 1947.

²² García Guinea 1960; 1964; García Guinea y San Miguel 1964.

²³ Soria 1999: 295-296; 2000 a: 378-389.

²⁴ Soria 2000 a: 390-394.

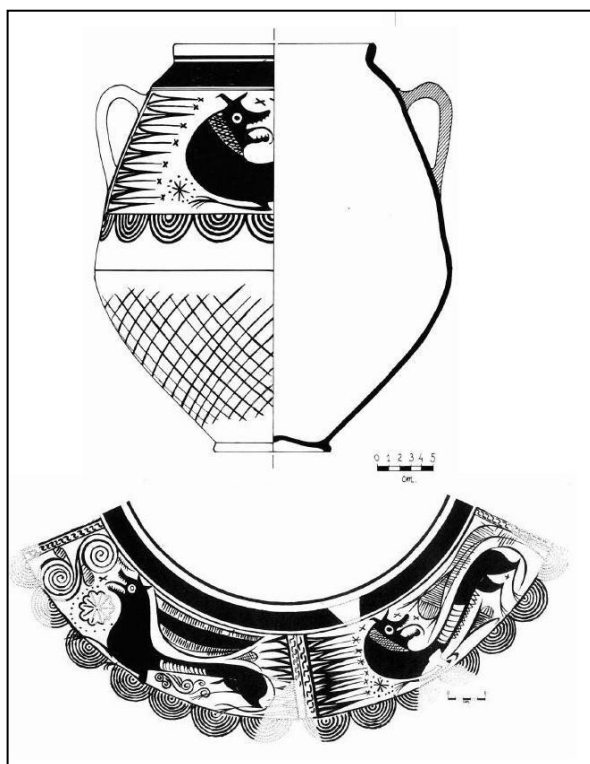


Fig. 8.2. Vaso de Piedra de Peñarrubia.

tienen noticias del mismo desde los años treinta del s. XIX²⁵, pero el único investigador que ha excavado en el yacimiento ha sido M.Á. García Guinea, quien en 1958 prospectó el enclave, levantó un plano topográfico del mismo y planteó toda una serie de sondeos. Los materiales recogidos, fundamentalmente ibéricos pero que comprendían también cerámica campaniense y *sigillata*, le llevaron a identificar el lugar como un poblado ibérico fundado hacia el s. III a.C., y por lo tanto heredero y continuador del hábitat de El Macalón, distante de Peñarrubia unos 26km ha vuelo de pájaro, tal y como argumentó en la única breve noticia que llegaría a publicar del lugar²⁶. Décadas después, en 1982, apareció casualmente entre los abancalamientos de la ladera oriental del cerro una vasija singular con decoración figurada que representaba una pareja de lobos, recipiente que llamó la atención de P. Lillo, quien lo publicaría seis años después, aunque sin profundizar en el contexto del asentamiento²⁷. Entretanto, J.J. Eiroa había dado a conocer una segunda pieza con decoración figurada, el *kalathos* con una posible escena psicopompa del que ya he

²⁵ Soria 2000 a: 218.

²⁶ García Guinea 1959.

²⁷ Lillo 1988. *Vid.* Fig. 8.2.

hablado en un capítulo anterior, vaso que había sido descubierto por un vecino de Elche de la Sierra “en los entornos” de esta en el transcurso de sus labores agrícolas²⁸, y que igualmente podría provenir, quizás, de Piedra de Peñarrubia o incluso de su necrópolis, tal y como ya ha sido propuesto por otros autores²⁹. En 1987 el yacimiento fue prospectado y los materiales se depositaron en el Museo de Albacete, aunque sin especificar el lugar de hallazgo de cada uno de ellos, tal y como nos da noticia L. Soria³⁰, quien a su vez prospectó el cerro en 1990, estableciendo diversas áreas funcionales en la cima del mismo (el sector norte y sureste para la habitación, y el suroeste para las labores de fundición) y documentando una posible atalaya, quizás altoimperial³¹, dato este último que sirvió para que la propia Soria y otros autores propusieran en un artículo conjunto una cronología para el lugar entre los siglos IV a.C. y II d.C.³² Por último, entre 1997 y 2001 se han llevado a cabo nuevas prospecciones, que en este caso han incluido no solo el yacimiento sino buena parte del término municipal de Elche de la Sierra, tratando de comprender las dinámicas territoriales que operaron en la región entre época orientalizante y altoimperial³³.

Así pues, hasta hace un par de años Macalón y Piedra de Peñarrubia eran los dos únicos yacimientos excavados en la comarca del Alto Segura, y como se ha podido observar ni siquiera estos cuentan con excavaciones recientes cuyos resultados hayan sido publicados sistemáticamente, por lo que su interpretación, e incluso su misma cronología, es todavía objeto de debate, centrándose el interés de la mayor parte de la historiografía simplemente en la iconografía de sus esculturas y sus cerámicas figuradas. Pero, al margen de ellos, en la región tan solo se habían producido algunos descubrimientos puntuales, aislados tanto en el espacio como en el tiempo, cuyo escaso número entorpece su correcta interpretación contextual. Un ejemplo claro de ello podría ser, por ejemplo, el tesorillo de Barranco Romero (Nerpio, Albacete), hallado en 1941 cerca del cortijo de Hoya del Espino, en el extremo sur del término municipal de Nerpio, al llevar a cabo una remoción de tierras³⁴. El depósito comprende

²⁸ Eiroa 1986.

²⁹ Sanz y López Precioso 1994: 226; Sanz 1997: 71.

³⁰ Soria 2000 a: 219.

³¹ Soria 1991: 6.

³² López Precioso, Jordán y Soria 1992: 52.

³³ Jordán, García Cano y Page 2006.

³⁴ Vidal 1984.

67 denarios, datados entre finales del s. II a.C. y el 74 a.C., que aparentemente fueron ocultados comprendidos en una bolsa o recipiente de material perecedero que se ha perdido, seguramente en el contexto de las Guerras Sertorianas, dada la cronología de las piezas más modernas. Ahora bien, desconocemos en buena medida las dinámicas poblacionales y geopolíticas que se mantuvieron operativas en la región durante el período, por lo que la información que podemos extraer de este hallazgo aislado es, como se comprenderá, reducida.

En estas circunstancias, en el verano de 2012 S. González Reyero encabezó una campaña de prospecciones por todo el Alto Segura tendente a profundizar en el conocimiento de las dinámicas territoriales de estas sierras en época ibérica. La misma partió de la recopilación y el estudio sistemático de la cartografía histórica; del análisis de los materiales arqueológicos conservados en el Museo de Albacete y en los distintos museos municipales de la comarca (con especial referencia a la colección del Museo de Nerpio, recientemente reunida), materiales muchos de los cuales aún permanecían inéditos; del estudio de los archivos municipales y los catastros para la documentación de los espacios agrarios tradicionales, que pudieran concebirse como la cristalización de los usos antiguos del territorio; y de la fotointerpretación aérea de la comarca, tomando como base fundamental el Vuelo Americano de 1956, anterior a la mecanización de las labores agrícolas en la zona. A partir del análisis de toda esta documentación, se diseñó una estrategia de prospecciones selectivas en el entorno de trece yacimientos situados en tres términos municipales de la comarca, a saber, Elche de la Sierra, Nerpio y Yeste, prospecciones basadas en el reconocimiento intensivo del territorio, la recogida selectiva de materiales (para no esquilmir el registro arqueológico de estos lugares), la caracterización de la superficie habitada, y la priorización del conocimiento del poblamiento más allá de los “lugares centrales” (esto es, el caserío nuclear de cada asentamiento, amurallado o no). Tanto los asentamientos documentados como las piezas recogidas fueron georreferenciadas mediante GPS, y los primeros se documentaron gracias a la ortofotografía y los vuelos LIDAR. Finalmente, se procedió a flotar las muestras de sedimento recogidas en el entorno de algunos de los asentamientos para proceder al análisis antracológico de los

elementos vegetales contenidos en estos suelos antiguos, en tanto que se han encargado diversas analíticas de algunas de las piezas pétreas y cerámicas recogidas³⁵.

Uno de los yacimientos descubiertos en el marco de estas recientes prospecciones fue, precisamente, el área sacra de Jutia. Ya en el verano de 2004 G. Vega había recorrido el valle, tratando de caracterizar el entorno del yacimiento paleolítico que en esos momentos estaba estudiando, el Molino del Vadico (Yeste, Albacete), y en el transcurso de dicha visita había descubierto casualmente un fragmento escultórico ibérico que representaba una cabeza de toro, formando parte del majano divisorio levantado entre la Finca Jutia y el Cortijo de El Álamo, en tierras de este último. Al año siguiente, T. Chapa acudió al lugar para documentar el hallazgo, descubriendo en el mismo majano un segundo fragmento escultórico, en este caso un cuerpo de cuadrúpedo, fragmentario pero mucho mejor conservado que el primero³⁶. Ambas piezas no tardaron en ser publicadas por la investigadora, quien dedujo que habrían sido arrastradas hasta el majano desde la Finca Jutia, donde un montículo que separaba esta de otra finca aledaña podría estar ocultando aún parte del monumento del que procederían estas esculturas³⁷. Según la propuesta de la propia T. Chapa, las esculturas habrían sido fabricadas a comienzos del s. IV a.C., coincidiendo cronológicamente con la expansión de la explotación agrícola ibérica en el sureste que habría motivado la colonización del valle en altura de Jutia, colonización que se vería legitimada ideológicamente mediante los discursos materializados en estas esculturas³⁸.

A la vista de estos precedentes, en 2012 S. González Reyero planteó un reconocimiento sistemático del valle de Jutia. Se exploró en primer lugar el majano del Cortijo del Álamo en el que habían aparecido las esculturas y sus alrededores más inmediatos (Sector 1), documentándose pequeñas acumulaciones de cerámicas ibéricas que, efectivamente, hacían pensar en que los materiales habrían sido arrastrados hasta allí desde las fincas situadas al sur de aquel punto, Jutia y Fuente del Álamo, ambas dedicadas a labores agropecuarias y cuya suave pendiente desciende en

³⁵ González Reyero 2013: 11-20.

³⁶ Chapa 2007-2008: 79-80. *Vid.* Fig. 8.3.

³⁷ Chapa 2007-2008: 80.

³⁸ Chapa 2007-2008: 84-85.

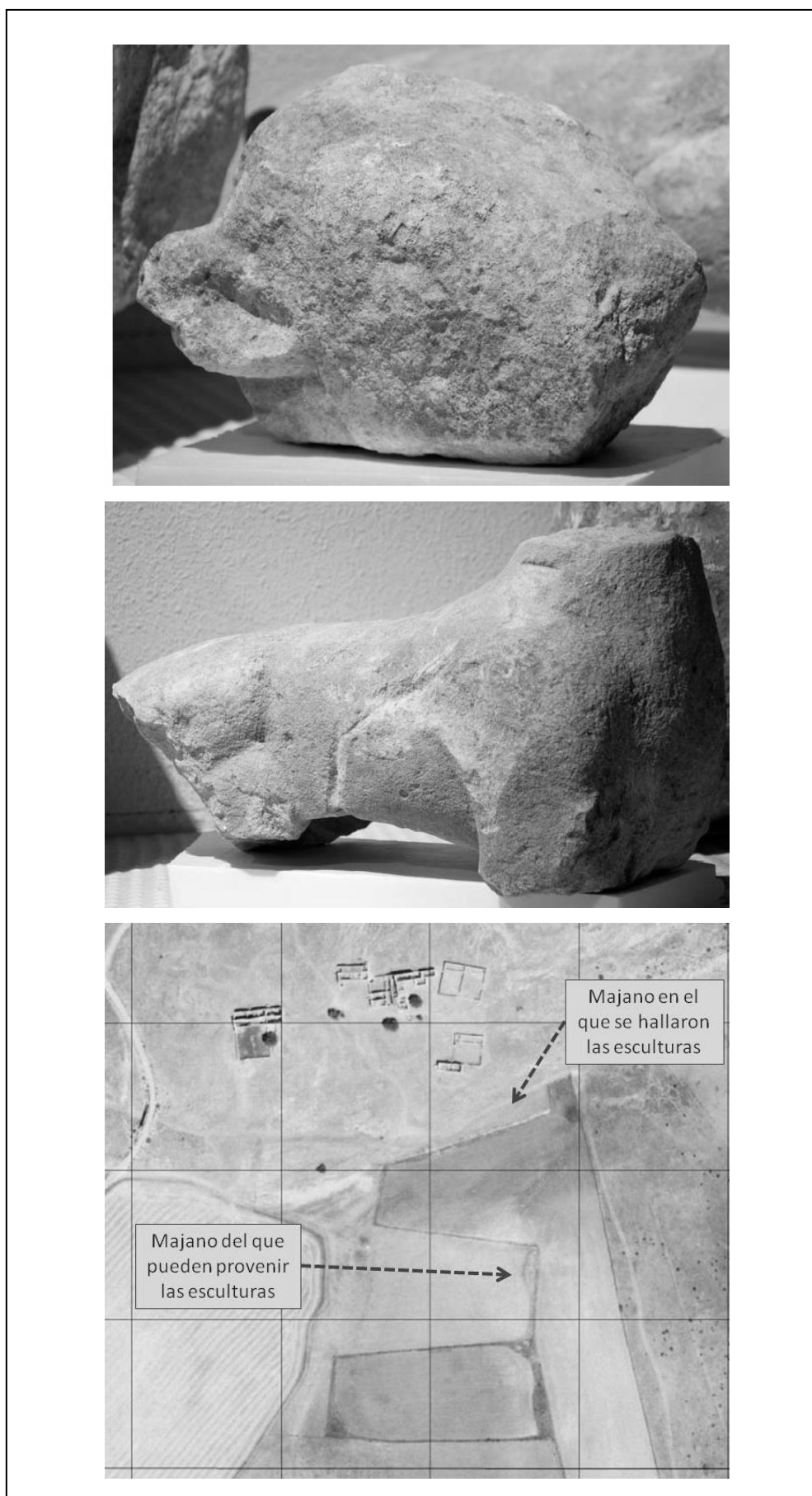


Fig. 8.3. Esculturas descubiertas en Jutia, lugar del hallazgo y posible lugar de proveniencia.

este sector hacia el arroyo Rivelte, aledaño al majano. La prospección de la parte de la finca Jutia que desciende desde el Cerro de Jutia hasta el arroyo Rivelte (Sector 2) arrojó resultados dispares, documentándose menos material, y más rodado, en la parte superior de la ladera (la más meridional y cercana al Cerro de Jutia), y un mayor volumen de fragmentos cerámicos en la parte inferior y más cercana al arroyo Rivelte. La mayor concentración de piezas se situaba de hecho en torno al montículo de piedras o majano sobre el que se levantó la valla que separa la Finca Jutia y la Finca de la Fuente del Álamo (Sector 4), majano bajo el que ya en su artículo T. Chapa había propuesto que podría haberse conservado parte del monumento del que procedían las esculturas, y en torno al cual la fotointerpretación del Vuelo Americano de 1956 había permitido documentar toda una serie de estructuras de piedra, hoy desaparecidas en superficie pero cuyos vestigios en el subsuelo podían adivinarse aún debido al crecimiento diferencial de los cereales. De igual forma, la prospección de la Finca de la Fuente del Álamo (Sector 3) arrojó resultados parecidos, con una mayor concentración de cerámicas ibéricas en las proximidades del majano que actúa como linde, sobre el cual además se documentaron varias piedras de gran tamaño, incluyendo un sillar con la marca de una grapa en “T” y lo que en su momento se interpretó como dos patas de herbívoros escultóricos. Por último, la prospección en la cima del Cerro de Jutia (Sector 6) y en sus laderas inmediatas (Sector 5) posibilitó documentar aquí un pequeño asentamiento amurallado de 0,13ha de extensión, lamentablemente muy arrasado y la mayor parte de cuyos materiales corresponderán con los rodados por la ladera, junto al cual por fotointerpretación pudieron documentarse una serie de terrazas agrarias antiguas, hoy desaparecidas³⁹.

La labor de documentación que acompañó a estas prospecciones, por otra parte, permitió descubrir entre los fondos de la aún inédita Colección Municipal del Ayuntamiento de Nerpio un fragmento escultórico ibérico, concretamente una base solada en la que se apoyan dos pezuñas⁴⁰, pieza cuyo origen se ignora pero que bien podría provenir de Jutia, dado que las esfinges de El Macalón parecen de estilo bien distinto.

³⁹ González Reyero 2013: 63-71. *Vid.* Figs. 8.4 y 8.5 y Mapa 8.4.

⁴⁰ González Reyero 2013: 12. *Vid.* Fig. 8.6.

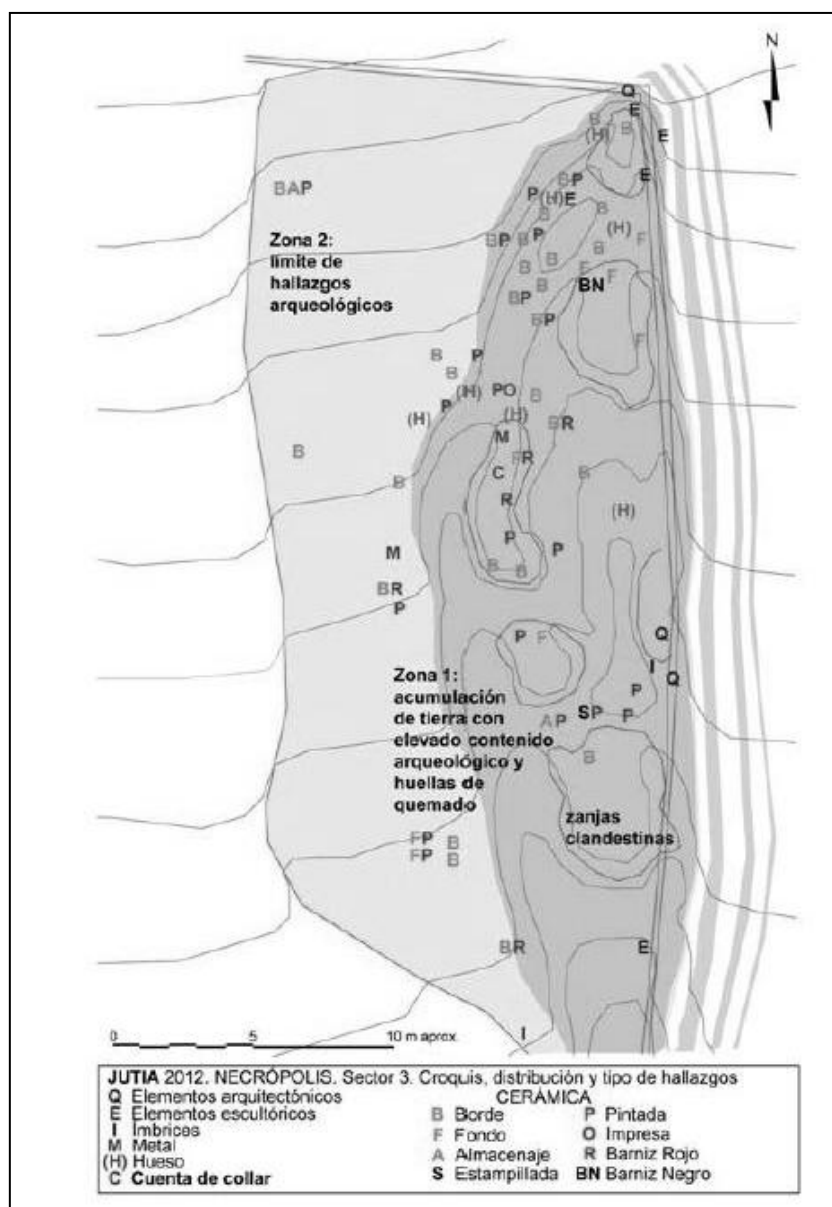


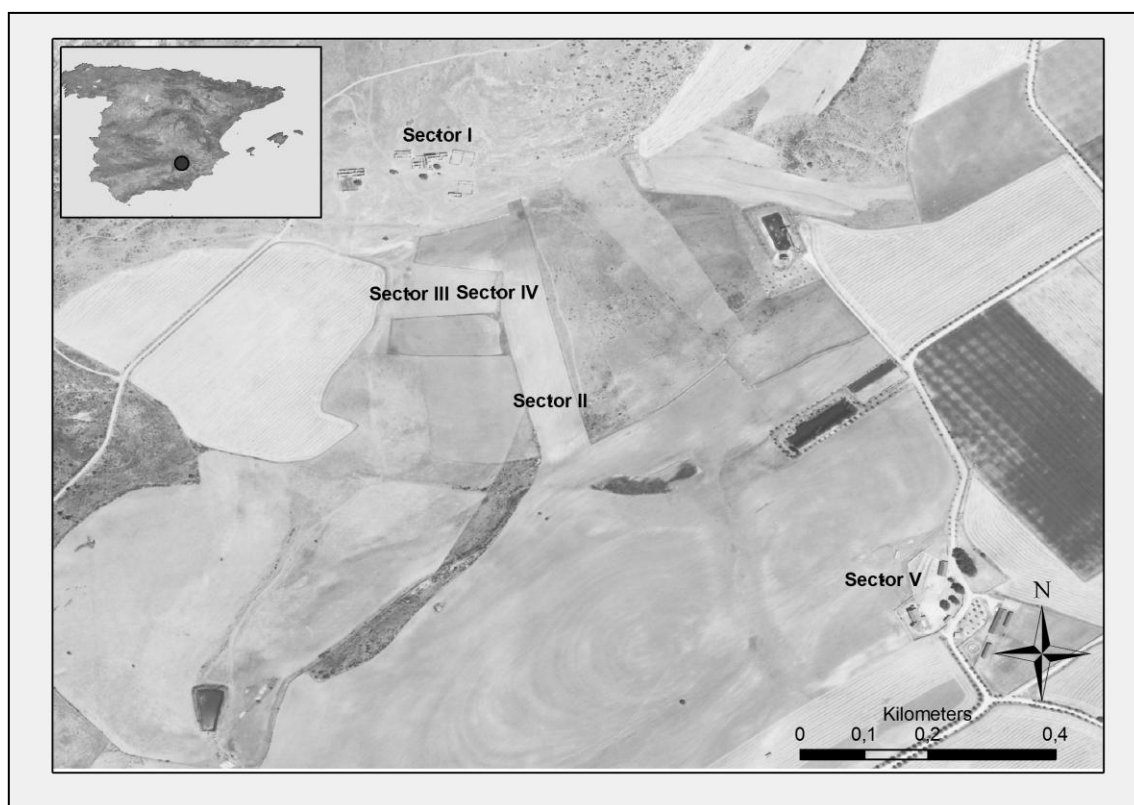
Fig. 8.4. Resultados de la prospección de 2012 sobre el majano.



Fig. 8.5. Sillar con impronta de grapa hallado sobre el majano en 2012.



Fig. 8.6. Base escultórica con pezuñas Conservada en el Museo de Nerpio.



Mapa 8.4. Sectores de Jutia.

Ante todos estos indicios, el propio equipo de S. González Reyero ha planteado dos campañas de excavaciones consecutivas en el valle de Jutia, durante los meses de septiembre de 2013 y de 2014. A lo largo de las mismas, se han abierto distintos sondeos en la Finca Jutia, principalmente en torno al majano que separa esta de la Finca de la Fuente del Álamo, en el llamado Sector 4, documentándose en los mismos una cierta cantidad de depósitos aparentemente rituales que serán objeto de un análisis minucioso en estas páginas. También se han llevado a cabo sondeos mecánicos en distintos puntos de los sectores 2, 5 y 6, con ánimo de comprender mejor las características ambientales del valle en época antigua y su posible explotación. Y asimismo se combinaron las tareas de excavación con la prospección intensiva del lugar, siempre dentro de los terrenos de la Finca Jutia, mediante detector de metales y, en 2014, mediante georrádar. Los materiales recogidos han sido documentados, inventariados, fotografiados y dibujados en los laboratorios del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, y otro tanto ha sucedido con los sedimentos sistemáticamente recogidos de todos los estratos arqueológicamente fértiles, cuya

flotación ha provisto de valiosos datos faunísticos y arqueobotánicos. La documentación se ha completado con el encargo de estudios paleoantropológicos de los restos óseos humanos recogidos, de diversos estudios físico-químicos de algunos de los artefactos cerámicos, metálicos y líticos, y de dataciones radiocarbónicas de las distintas unidades estratigráficas juzgadas de un mayor interés arqueológico.

Como se podrá suponer a tenor de lo antedicho, la investigación del valle de Jutia se encuentra aún en una fase preliminar, con los resultados de algunas de las analíticas encargadas aún pendientes, y con únicamente un pequeño sector del área potencialmente fértil en términos arqueológicos ya excavada. Sin embargo, presento en estas páginas un ensayo de interpretación del yacimiento basado en el estudio de los depósitos rituales documentados en 2013 en el sector IV, pues estimo que la misma puede ser interesante en tanto que primera aproximación al conocimiento del yacimiento.

8.3. El poblamiento en las sierras del Alto Segura.

Antes de profundizar en el área sacra de Jutia, no obstante, permítaseme dedicar algunos párrafos a la ocupación en época ibérica del territorio en el que este valle se enmarca, pues, a pesar de lo incipiente que aún es nuestro conocimiento sobre las dinámicas territoriales que operaron en estas sierras en época ibérica, un breve intento de sistematización del mismo puede que contribuya a esclarecer los procesos que explican las actividades desarrolladas en nuestro yacimiento.

Las tierras albaceteñas del Alto Segura constituyen una comarca, como ya se ha señalado en varias ocasiones, enormemente compartimentada, perlada de sinuosos valles y pequeñas altiplanicies, conectados entre sí únicamente por tortuosos caminos que han de salvar continuos pasos y puertos entre los frecuentes calares, muelas y sierras. La capacidad de un territorio semejante para sostener a un cierto contingente demográfico es, pues, limitada, pese a la gran fertilidad de los suelos de algunos enclaves y a la disponibilidad de recursos de cierta importancia económica tales como la madera, la piedra de distinto tipo, los minerales ferruginosos o la caza.

Ahora bien, ello no quiere decir, como recientemente señalaba S. González Reyero⁴¹, que se tratara de una zona desierta en la Antigüedad, como en ocasiones se ha dado por sentado; ni siquiera podemos asumir *a priori* que la presión demográfica antigua fuera tan escasa como la actual, pues durante la primera mitad de la centuria, con unos medios agrícolas no tan distintos a los propios de la Antigüedad, el territorio era capaz de mantener a una población mayor de la que hoy lo habita. Quizás no podamos esperar encontrar en las sierras del sur albaceteño unas redes de poblamiento tan densas como las documentadas en la época ibérica plena en los inmediatos territorios de Hellín-Tobarra⁴², o en el noroeste murciano⁴³, máxime cuando además, como ya se ha señalado páginas atrás, ninguna de las principales vías de comunicación ibéricas atravesaba esta zona. Pero tampoco podemos aceptar sin una argumentación previa el “agujero negro” que suele caracterizar a esta comarca en los mapas de dispersión del poblamiento ibérico⁴⁴

Este presunto agujero negro en realidad se construye en la historiografía a partir de tres factores hasta cierto punto coadyuvantes: el actual estado de depresión social, económica y demográfica que atraviesan estas sierras, y que de manera inconsciente es extrapolado a la Antigüedad; el precario conocimiento que poseemos del registro arqueológico del territorio, derivado de la escasa tradición de prospecciones y excavaciones arqueológicas en el mismo; y el escaso desarrollo en la comarca de estructuras cívicas tipo “*oppidum*”, estructuras estas en las que se vienen basando buena parte de los modelos interpretativos del poblamiento de las distintas áreas del mundo ibérico, como ya se explicó en la introducción a la presente tesis, pero acerca de las cuales probablemente quepa replantearse si, efectivamente, constituyeron la célula básica de poblamiento en todos los territorios ibéricos y en todas las épocas.

Dicho todo esto, comencemos nuestro recorrido por el poblamiento ibérico de las sierras albaceteñas del Alto Segura. Para las épocas más antiguas, dicho recorrido debe partir, forzosamente, de El Macalón. Se trata de un poblado de unas 5ha de

⁴¹ González Reyero 2013: 75-76.

⁴² López Precioso, Jordán y Soria 1992; Jordán 1993.

⁴³ López Mondéjar 2010.

⁴⁴ Cf. por ejemplo Castelo 1991: 631; Blánquez 1992: 132; Ruiz y Molinos 1993: 291; Soria 2000 a: 545; Alcalá-Zamora 2003: 220.

extensión, situado sobre una muela amesetada de difícil acceso que se alza directamente sobre el Taibilla, dominando su estrecha aunque fértil vega, en la que actualmente se pueden aún observar antiguas terrazas, cuya cronología resta por investigar. Las defensas naturales del lugar se complementan con un encintado defensivo⁴⁵, de espesor modesto pero suficiente como para proteger el único acceso a la cima, tras el que se respeta un camino de ronda⁴⁶, reforzado quizás por una posible atalaya⁴⁷. Las abundantes importaciones fenicias documentadas en el lugar, así como las cerámicas locales, de las que ya hablé en su momento, permiten fechar el inicio de su frecuentación en el s. VII a.C.⁴⁸, y evidencian la gran importancia que los contactos comerciales alimentados por las elites locales tendrían en el desarrollo y progresiva complejización del asentamiento y su comunidad residente, aspecto este último reforzado por la frecuencia de las marcas, estampillas y grafitos de propiedad sobre las cerámicas⁴⁹ y por el descubrimiento de uno de los juegos de *pondera* más antiguos del sureste protoibérico⁵⁰, materiales la mayor parte de los cuales aparecieron asociados a dos únicas viviendas⁵¹. Por lo que respecta a las otras actividades económicas desarrolladas en el asentamiento, hemos de pensar al menos en una producción agrícola excedentaria (aprovechando la feracidad de la estrecha huerta del Taibilla, y beneficiándose de la temprana introducción del utillaje de hierro, si bien lamentablemente los instrumentos de hierro adscribibles al poblado que han llegado hasta nosotros proceden de excavaciones clandestinas, por lo que desconocemos su contexto de aparición⁵²) y en una actividad textil (no en vano tenemos documentadas gran número de pesas de telar procedentes del poblado⁵³, lo que a su vez resulta un indicio para hablar de una ganadería desarrollada).

Las recientes prospecciones de 2012 podrían haber constatado finalmente la localización de la necrópolis del asentamiento⁵⁴, buscada desde que E. Cuadrado

⁴⁵ Moret 1996: 492; Blech y Ruano 1999: 594.

⁴⁶ Soria 2000 a: 391.

⁴⁷ Soria 2000 a: 391-392.

⁴⁸ García Guinea y San Miguel 1964: 41.

⁴⁹ Mata y Soria 1997: 308.

⁵⁰ Castro 1986: 174.

⁵¹ García Guinea 1960: 721-724; García Guinea y San Miguel 1964: 12-25; Soria 2000 a: 366-371.

⁵² Bernal, Gallego y Llinares 1984.

⁵³ Bernal, Gallego y Llinares 1984 a.

⁵⁴ González Reyero 2013: 49-53 y 79-80.

localizara las esculturas que suscitaron el interés de la historiografía por el yacimiento⁵⁵.

Desde la cima del Macalón, esto es, desde el propio poblado, se obtiene una amplia visibilidad del entorno de la cuenca del río Taibilla, alcanzándose a vislumbrar la mayor parte de las elevaciones de las inmediaciones en las que se documentan asentamientos ibéricos, tales como el Peñón de los Zurridores, Varica Virtudes, el Poyo del Centinela o, ya más alejada, Peña Jarota. Ahora bien, por el momento no tenemos noticia de que ninguno de estos hábitats, que no son intervisibles entre sí, alcance fechas tan antiguas como El Macalón, que desde este punto de vista parece erigirse, por lo que sabemos, como el único núcleo amurallado habitado del sector, cuya economía sin embargo sería suficientemente próspera como para atraer hasta aquí los productos mediterráneos.

A partir del s. V a.C., sin embargo, las dinámicas poblacionales experimentan una transformación notable. El asentamiento de El Macalón se abandona⁵⁶ por motivos que desconocemos, pero que quizás podríamos poner en relación con la clausura de las redes coloniales fenicias. Dado que el aparato ideológico de las elites gobernantes de El Macalón, y por tanto su legitimación para gobernar un grupo cohesionado y fiscalizar una parte de su mano de obra y de su producción, descansaría parcialmente en su capacidad para adquirir y ostentar bienes de prestigio exóticos a los que se atribuía un gran capital simbólico, el final de la llegada de dichos bienes al Alto Segura, provocaría que quizás las elites locales no fueran capaces de reorientar sus estrategias de legitimación y no pudieran evitar su caída en desgracia y la disgregación del grupo, clausurándose así el proyecto político de la comunidad cívica local.

Ahora bien, ello no supone forzosamente la desaparición de la población, ni tampoco la emigración masiva de esta desde el valle del Taibilla a los altiplanos granadinos, como recientemente se ha propuesto⁵⁷.

⁵⁵ Cuadrado 1945.

⁵⁶ A pesar de que M.Á. García Guinea establecía una última fase de ocupación que alcanzaba el s. III a.C. (García Guinea 1959: 139; más recientemente, cf. Pellicer 1999: 285), las últimas revisiones del asentamiento parecen situar su abandono a comienzos del s. V a.C. (Soria 1999: 295-296; 2000 a: 378-389)

⁵⁷ Salvador 2008: 346.

Desde luego, algo que sí resulta llamativo es la coincidencia cronológica entre el abandono de El Macalón y el surgimiento del asentamiento de Piedra de Peñarrubia, coincidencia en la que ya reparó M.Á. García Guinea para defender que los habitantes del primero se habrían trasladado al segundo (pese a que este autor situaba tanto el abandono de El Macalón como el surgimiento de Peñarrubia, recordémoslo, en el s. III a.C.⁵⁸). Ahora bien, la continuidad entre ambos asentamientos no es tan evidente: median entre ambos una treintena de kilómetros en línea recta, distancia que por los serpenteantes caminos de estas sierras supondría un viaje no tan corto. Además, Peñarrubia se encuentra ya en la margen izquierda del Segura y en la cuenca propiamente dicha de este, en un paisaje un tanto distinto del de las sierras que se sitúan más al sur, bastante más abierto y llano y con una altitud media significativamente menor; participando sin duda de las dinámicas territoriales que se desarrollaban en los valles en los que se centra este capítulo pero en la periferia de los mismos, actuando de enlace entre estos y las tierras más bajas de Hellín y Tobarra, y a través de ellas con el valle medio del Segura. Finalmente, si veíamos que el Macalón se abandona a comienzos del s. V a.C., por el momento no podemos retrotraer la fundación de Piedra de Peñarrubia antes de finales del s. V o comienzos del IV a.C.⁵⁹, por lo que la contigüidad de ambas cronologías no parece del todo inmediata, ni mucho menos llegan a solaparse.

En todo caso, Piedra de Peñarrubia comprende un asentamiento de más de 5ha de extensión (de dimensiones, por tanto, parecidas a las de El Macalón)⁶⁰, que se sitúa en la cima de una gran muela amesetada de unos 933mns, que se eleva casi cien metros sobre la cuenca aluvial del Segura que la rodea por todos lados salvo por el norte, por donde otras elevaciones aún más altas (Los Morricos, Las Baterías...) constituyen el límite septentrional del valle. A sus pies discurriría la vía *Castulo-Saiti*, de la que Piedra de Peñarrubia constituiría sin duda uno de sus hitos fundamentales.

Por lo que respecta al poblado, una imponente muralla de mampuestos medianos irregulares trabados en seco cierra los flancos septentrional y oriental, los únicos accesibles, en tanto que en el espacio interior se advierten numerosas

⁵⁸ García Guinea 1959: 139.

⁵⁹ Sanz 1997: 69-71; Soria 2000 a: 217; Jordán, García Cano y Page 2006: 37.

⁶⁰ Soria 2000 a: 214. Sin embargo, otros autores recientemente han aducido una superficie mucho menor, de 2,5ha., sin especificar el por qué de este nuevo cálculo (Jordán, García Cano y Page 2006: 34).

estructuras con zócalos de mampostería y alzados de adobe que corresponderían a viviendas, almacenes y talleres metalúrgicos. En la parte noroeste de la meseta se advierte también, algo separado del resto de edificaciones, una construcción cuadrangular que por sus dimensiones y localización sería sin duda una atalaya, y cuya cronología a juzgar por los materiales localizados entre sus ruinas (tejas y *sigillatas*, fundamentalmente), muy distintos a los del resto del yacimiento, sería altoimperial. Por el contrario, la cultura material que se aprecia en el resto del caserío (fundamentalmente local, aunque se documentan igualmente importaciones áticas e itálicas) corresponde con las fases plena y final de la cultura ibérica, y ha sido datada entre los siglos IV a.C. y I o II d.C.⁶¹

En definitiva, en Piedra de Peñarrubia observamos, como lo hacíamos antes en El Macalón, un hábitat fortificado de medianas dimensiones que dominaría visualmente los territorios circundantes y ejercería sin duda su hegemonía sobre los mismos, fiscalizando en el caso de Peñarrubia el tránsito por la vía de comunicación que discurría a sus pies. Un hábitat que, como sucedía con El Macalón, es capaz de atraer las corrientes de importaciones, y en cuyo seno convive una sociedad compleja y jerarquizada agrupada en torno a unas elites sociales capaces de fiscalizar parte de los excedentes generados para adquirir dichos bienes de prestigio, y que se ve impelida a desarrollar discursos ideológicos continuamente cambiantes que deben difundirse entre la población para legitimar su preeminencia, y que en el caso de Peñarrubia toman forma de cerámicas con decoración figurada, y quizás también de una necrópolis monumental, de confirmarse las informaciones obtenidas durante las prospecciones de 2012⁶².

Pero ello no quiere decir que Piedra de Peñarrubia heredara la hegemonía de El Macalón sobre la comarca que estamos analizando, ni que a partir de comienzos del s. IV a.C. se hiciera con el control de todo este territorio. Simplemente, se trata de dos proyectos políticos, en cierta medida análogos, que desarrollaron unas estructuras socioeconómicas y políticas bastante cercanas al modelo ideal del *oppidum* del que antes hablaba, pero que no agotan todas las posibilidades del poblamiento existente

⁶¹ Soria 1991; 2000 a: 214-217; López Precioso, Jordán y Soria 1992: 52; Sanz 1997: 69-71; Jordán, García Cano y Page 2006: 30-43.

⁶² González Reyero 2013: 29-30.

en época ibérica en las sierras del Alto Segura, y a los que desde luego difícilmente se les puede arrogar la capacidad (demográfica, económica, coercitiva) para controlar de manera efectiva todo este territorio amplio y fragmentado.

De hecho, si para los siglos VII, VI y comienzos del V a.C. decía que el único hábitat de cuya existencia tenemos evidencias certeras en nuestro área de estudio es El Macalón, no ocurrirá ni mucho menos lo mismo para época plena. Así, en el entorno de Piedra de Peñarrubia encontramos posibles evidencias de actividad humana encuadrables entre los siglos IV y III a.C., tal y como sucede en el paraje denominado Fontanar del Horno Ciego (Elche de la Sierra, Albacete; se trata de un yacimiento distante apenas 2,5km de Piedra de Peñarrubia pero situado en llano, sin amurallar e inmediato a varios arroyos, para el que no se han detectado en prospección estructuras visibles sino solamente materiales cerámicos ibéricos, fundamentalmente de almacenaje, dispersos a lo largo de unas 3ha⁶³) o en la Peña del Agua (Elche de la Sierra, Albacete; situada a unos diez kilómetros al este de Piedra de Peñarrubia y como ella formando parte de las muelas que se levantan en la orilla izquierda del cauce del Segura, se trata de una elevación agreste y empinada de unos 814msnm y de unos 120 metros de altura sobre el territorio circundante, en cuya ladera meridional, a lo largo de un repecho situado entre los 637 y los 700mnsn, se localizaron cerámicas de almacenamiento de época ibérica, así como otros restos de materiales y construcciones de distinta cronología⁶⁴). La dependencia del primero de estos yacimientos, el Fontanar del Horno Chico, respecto de Peñarrubia, en tanto que enclave agrícola explotado o fiscalizado desde el núcleo fortificado en altura, parece más que probable, e incluso también se podría defender, aunque con mucha menor certitud, la vinculación entre Peñarrubia y la Peña del Agua, sirviendo esta última en tanto que atalaya en los límites del territorio efectivamente controlado desde Peñarrubia a lo largo del inmediato cauce del Segura.

Sin embargo, mucho más complicado sería plantear una relación de dependencia entre el asentamiento fortificado de Peñarrubia y toda una serie de pequeños núcleos que florecen a partir de época plena en torno al valle del Taibilla, aprovechando los variados recursos ofrecidos por los distintos pisos bioclimáticos de

⁶³ Jordán, García Cano y Page 2006: 43-44.

⁶⁴ Jordán, García Cano y Page 2006: 16-23.

estas sierras. Es el caso, por ejemplo, del Peñón de los Zurridores (Nerpio, Albacete), un yacimiento inédito que fue prospectado en 2012, gracias a lo que puede atribuírsele una cronología larga, entre el s. IV a.C. y época altoimperial. Se trata de un peñón rocoso de 1114msnm y una altitud sobre el entorno de unos cincuenta metros, inmediato a El Macalón (a un kilómetro del mismo aproximadamente) y emplazado junto al río Taibilla, que forma un meandro en torno a sus faldas. En su ladera meridional, se han identificado toda una serie de terrazas artificiales que podrían ser antiguas infraestructuras dispuestas para la horizontalización del espacio en el que construir el caserío, y en las que se ha detectado una gran cantidad de material arqueológico (cerámicas ibéricas de cocina, comunes y pintadas, ánforas ibéricas, *sigillatas*, abundantes escorias de hierro, molinos circulares y lascas de sílex)⁶⁵.

Otro tanto se podría decir del Rincón del Vizcable o Morra de los Castillejos (Nerpio, Albacete), situado aguas abajo del Taibilla, a algo más de diez kilómetros de El Macalón y Peñón de los Zurridores. De nuevo nos encontramos ante un peñón (en este caso de 858msnm, y unos cuarenta sobre el terreno circundante) que se asoma sobre el río, que ha de describir un meandro para rodearlo por tres de sus lados. Y de nuevo en las laderas de esta elevación, en este caso en la oriental, se han podido documentar mediante prospecciones varias estructuras domésticas, así como cerámica ibérica de cocina, común y decorada, cerámica ática y barnices negros helenísticos, *terra sigillata*, escorias de hierro, objetos de plomo y molinos, todo ello datable entre el s. IV a.C. y época altoimperial⁶⁶.

En otros casos, la entidad de los materiales recogidos no permite ajustar tanto las cronologías. Así sucede con Peña Jarota (Nerpio, Albacete – Moratalla, Murcia), una muela de 1496msnm y más de 110m de altitud relativa, emplazada a casi seis kilómetros de El Macalón y a algo más del cauce del Taibilla, de acceso complicado salvo por el sureste donde se protege por una muralla, y en la que se documentan además algunas construcciones con zócalo de mampostería y escasas cerámicas muy rodadas, que podrían ser de época plena o tardía⁶⁷. Y también en el Cerro de la Varica de Virtudes (Nerpio, Albacete), una empinada elevación que se alza sobre la orilla

⁶⁵ González Reyero 2013: 53-55.

⁶⁶ Mata y Soria 1997: 345; Soria 2000 a: 351-353; González Reyero 2012: 39-43.

⁶⁷ Roldán 1987: 52; Soria 2000 a: 343-345; González Reyero 2012: 55-57.

izquierda del Taibilla, a la altura de Nerpio y por lo tanto a apenas dos kilómetros del Peñón de los Zurridores y El Macalón, con una altitud de 1266msnm y una altura relativa sobre el entorno de más de cien metros, en cuya superficie se encontraron algunos fragmentos de tinajas y botellas decoradas y también de cerámica de cocina, materiales cuya tipología llevan a L. Soria sin embargo a apostar más bien por una cronología plena que tardía⁶⁸. E incluso en el Poyo del Centinela, un collado que se en la Antigüedad se asomaría al Taibilla por su orilla derecha, aunque hoy día lo hace sobre la presa del embalse homónimo, flanqueado por elevaciones de mayor altitud pero con una buena visibilidad desde sus 1100msnm de la amplia hoya en la que hoy se encuentra el embalse, y en cuyas laderas E. Cuadrado encontró lo que interpretó como “cerámicas iberorromanas”, *terra sigillata* y varias monedas, de entre las que identificó una de Cástulo y tres bajoimperiales⁶⁹.

Ya decididamente de cronología tardía parece el yacimiento de Las Lomas de Fuente de la Carrasca, una altiplanicie con una altitud media de unos 1520msnm situada inmediatamente al sureste de la Sierra de las Cabras, y a unos siete kilómetros del cauce del Taibilla, ya cercano a su nacimiento; en este apartado lugar, inédito en la bibliografía pero que ya estaba recogido en la Carta Arqueológica de Castilla-La Mancha, las prospecciones de 2012 documentaron unos posibles vestigios de construcciones antiguas y, sobre todo, un abundante volumen de material arqueológico disperso en torno a las dos hectáreas, y consistente fundamentalmente en cerámica ibérica (de almacenaje y vajilla, de cocina, común y pintada), cerámica romana, ánforas iberorromanas y romanas, un ímbrice, dos escorias y algunos molinos circulares⁷⁰. Materiales que apuntan, evidentemente, a un pequeño asentamiento en llano que se ubicaría a los pies de la Sierra de las Cabras para explotar las fértiles tierras de la Rambla de Almaciles, entre las provincias actuales de Albacete y Granada, datado con toda probabilidad entre época iberorromana y altoimperial.

Es de reseñar, por cierto, que a apenas kilómetro y medio del yacimiento el Barranco Romero desemboca en la susodicha Rambla de los Almaciles, y que el cortijo de Hoya del Espino, en cuyas inmediaciones fue hallado el tesorillo de denarios del que

⁶⁸ Cuadrado 1947: 124; Soria 2000 a: 347-348.

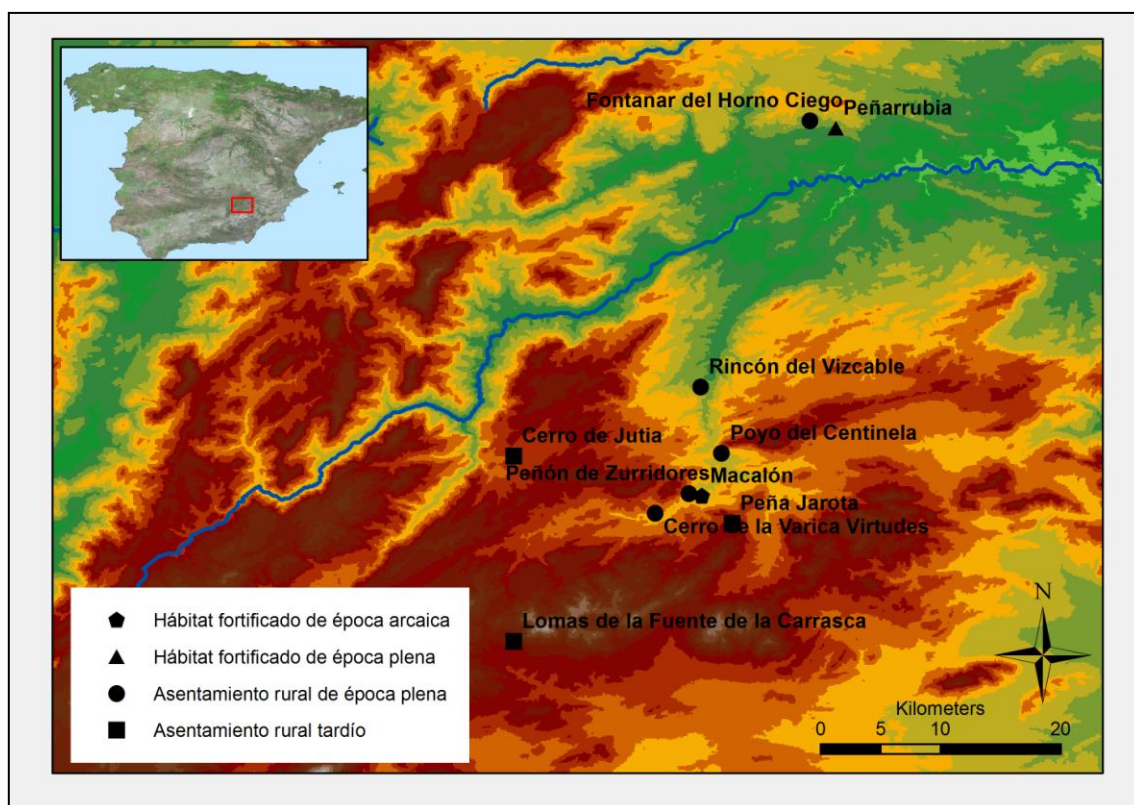
⁶⁹ Cuadrado 1947: 123-124; González Reyero 2013: 43-44.

⁷⁰ González Reyero 2012: 58-60.

hablé al comienzo de este capítulo, apenas dista dos kilómetros y medio de Las Lomas de Fuente de la Carrasca. De modo que este asentamiento agrícola quizás constituya el contexto territorial del que carecíamos para explicar mejor esta ocultación de numerario que tuvo lugar en la época de las guerras de Sertorio, cuya inestabilidad por lo visto alcanzó también estos recónditos valles.

En definitiva, y tratando de sintetizar el puñado de datos con el que contamos para aproximarnos a las dinámicas territoriales de las sierras del Alto Segura en época ibérica, nos encontramos con que, durante la época comúnmente llamada “orientalizante”, buena parte de la población de la zona se concentraría en torno al asentamiento fortificado de El Macalón, emplazado en pleno corazón de estas sierras, junto al Taibilla y cercano a la fértil huerta que este irriga y a los minerales férricos que algunas elevaciones próximas ofrecen. Entre las murallas de El Macalón se generó una comunidad próspera y de creciente complejidad socioeconómica, capaz de atraer los flujos comerciales mediterráneos hasta estas lejanas tierras y de generar una elite política que fiscalizara todo este proceso en beneficio propio y requiriera la inversión de grandes recursos para materializar los discursos ideológicos necesarios para el sostenimiento de su preeminencia.

A partir de finales del s. VI y comienzos del V a.C. las relaciones a larga distancia que estas elites mantenían con los agentes coloniales y sus productos, sin embargo, se interrumpen debido al retraimiento y transformación del espacio colonial, algo que, unido quizás a otra serie de causas que por el momento apenas llegamos a intuir, llevaría en última instancia a la disolución de la comunidad de El Macalón y al abandono de este. Poco tiempo después se funda otra comunidad política semejante, de entidad análoga, también encastillada y fortificada, y cuyas elites igualmente aspiran a naturalizar unas fuertes desigualdades sociales mediante la materialización iconográfica de sus discursos ideológicos, en Piedra de Peñarrubia. La comunidad de Peñarrubia además fiscalizaría de algún modo el tránsito de viajeros y mercancías que discurriría por la vía de comunicaciones situada a los pies del poblado, y que conectaba la Alta Andalucía con el sureste meseteño y la costa levantina, y además posiblemente fue capaz de generar y controlar un territorio en torno al asentamiento con pequeños caseríos dependientes. Ahora bien, resulta peligroso dar por sentada una continuidad



Mapa 8.5. Dinámicas de poblamiento en el Alto Segura.

entre El Macalón y Piedra de Peñarrubia, pues no se produce que sepamos una inmediatez cronológica estricta entre ambos, y ambos se encuentran en nichos ecológicos distintos, ya que Peñarrubia se sitúa ya en la periferia de las sierras, sirviendo de engarce entre estas y sus gentes, y las tierras de Hellín y la Cuenca media y baja del Segura.

En contraposición a la comunidad cívica fuertemente jerarquizada que se desarrolla en torno a Peñarrubia, y que en época romana terminará generando en sus cercanías el único *municipium* de estatuto privilegiado de la comarca, los Castillicos de Villares, en las tierras altas del Taibilla ningún otro núcleo parecido sustituye a El Macalón tras el abandono de este. Por el contrario, en época plena florecen toda una serie de pequeños asentamientos rurales emplazados en destacadas muelas erigidas sobre el cauce del Taibilla, carentes por lo que sabemos de murallas, y que prosperarían gracias al aprovechamiento de los recursos ofrecidos por los distintos pisos bioclimáticos aledaños. Estoy hablando de asentamientos tales como Varica de las Virtudes, Peñón de los Zurridores, el Poyo del Centinela o el Rincón del Vizcable,

todos ellos inmediatos al curso del río y bastante cercanos entre sí, a apenas unos kilómetros de distancia.

Aparentemente, todos estos pequeños asentamientos rurales se consolidaron en el territorio, y perduraron hasta época iberorromana. A partir del s. II a.C., no obstante, surgen otros nuevos, que en este caso optan por explotar los recursos agropecuarios y minerales de nuevos nichos ecológicos más alejados del curso del Taibilla, en áreas de una altitud aún mayor; asentamientos que, en este caso, en ocasiones se amurallan, aunque su superficie habitada continúa siendo escasa, lo que nos habla de su aún escasa entidad urbana. Me refiero a los hábitats de Peña Jarota y Las Lomas de la Fuente de la Carrasca⁷¹.

La ubicación y explotación de los recursos de alta montaña de estos asentamientos más tardíos completaría de este modo un modelo de poblamiento cada vez más tupido de las sierras albaceteñas del Alto Segura, modelo basado siempre en hábitats pequeños y de escasa monumentalidad que seguramente no aspiran a controlar el territorio circundante más allá del espacio inmediato al caserío. Lo que no obsta para que en el seno de estas pequeñas comunidades rurales aparezcan elites que traten de reforzar una cierta (quizás escasamente explícita) preeminencia entre sus vecinos mediante la adquisición de importaciones mediterráneas (primero áticas, luego itálicas) y el desarrollo de ciertos discursos ideológicos, como enseguida veremos.

8.4. El Sector IV de Jutia: un majano en medio del valle.

Tras este pequeño excursus en el que he tratado de contextualizar territorialmente los hallazgos de Jutia, volvamos de nuevo al valle. Como ya señalé al comienzo de este capítulo, Jutia es un valle de alta montaña, cuya altitud ronda los 1250-1330mnsn, completamente rodeado de abruptas sierras que dificultan las comunicaciones con el exterior, salvo por un par de tortuosos caminos; se trata sin embargo de un enclave económicamente interesante, debido a la fertilidad de las laderas que vierten sobre el arroyo Rivelte (amplias y con no demasiada pendiente, sobre todo en su orilla izquierda, y bien irrigadas por varias fuentes de manar perenne)

⁷¹ *Vid.* Mapa 8.5.

y a los recursos de alta montaña ofrecidos por las alturas circundantes. El valle es tributario del Zumeta, que discurre al oeste del mismo, al otro lado de la Sierra de Góntar, aunque algunas pequeñas ramblas escapan también hacia el este, dando a parar en última instancia al Taibilla.

Por lo que respecta al contexto arqueológico del valle, y dejando a un lado los frecuentes yacimientos de la Edad del Bronce que se distribuyen por las sierras cercanas, y obviando otros de cronología incierta recogidos en la Carta Arqueológica de Albacete como Morrión de la Vieja (Yeste, Albacete), ciñéndonos por tanto a los escasos conocimientos que sobre la Edad del Hierro poseemos de esta comarca y que intenté sintetizar en las páginas precedentes, los asentamientos ibéricos más cercanos a Jutia serían, respectivamente, el Cerro de la Varica de las Virtudes, el Peñón de Zurridores y El Macalón, con sus diversas cronologías, pero todos ellos situados ya en el curso del Taibilla, a una distancia a vuelo de pájaro desde Jutia que ronda entre los 9 y los 12km. Distancia falaz en estas sierras, pues circulando por el tortuoso carril actual de Góntar a Pedro Andrés, coincidente en buena medida con el Camino Rural de Jutia, y por lo que sabemos salida tradicional del valle, para desde Pedro Andrés tomar la carretera local A-46 que une dicha pedanía con Nerpio, la distancia que media entre Jutia y el Cerro de Varica de las Virtudes es de aproximadamente 17km, y casi 20km hasta El Macalón, salvando un desnivel de cerca de 200m.

En el centro de este valle, como decía, en la orilla izquierda del Rivelte a la altura en la que este transcurre a los pies del Cortijo de El Álamo, actualmente abandonado, se localiza un majano, orientado en dirección norte-sur (con una ligerísima tendencia hacia el NNE-SSW), de unos sesenta y cinco metros de longitud por ocho metros de anchura en su parte más desarrollada (la septentrional), que constituye parte de la linde zigzageante que separa la Finca Jutia de la Finca de la Fuente del Álamo, y sobre el cual de hecho se han levantado dos vallas de delimitación superpuestas⁷². Todo parece apuntar, en realidad, a que el majano se ha ido creando progresivamente debido al arrastre durante las labores agrícolas y amontonamiento en la linde de las piedras halladas en los campos a labrar. Ahora bien, en los campos

⁷² Las coordenadas UTM de los extremos del majano son: extremo N: X=551.371; Y= 4.227.249; extremo S: X=551.368; Y=4.227.187. *Vid.* Fig. 8.7.



Fig. 8.7. Fotografía del majano en 2013 antes de comenzar las labores de excavación.

frecuentemente esto sucede cuando el punto en el que se amontonan las rocas no es tan fértil como el resto, generalmente porque en él ya de por sí hay un afloramiento de piedras, sobre el cual se van acumulando las demás al ser arrastradas; algo que bien podría haber sucedido en Jutia, dado que en las inmediaciones encontramos otros casos de afloramientos del nivel pétreo interrumpiendo los suelos arcillosos, y dado que las fotografías aéreas parecen mostrar unos tonos más blanquecinos en las tierras en torno al majano, derivados seguramente de una menor profundidad de los suelos arables.

Si acudimos a antiguas fotografías aéreas⁷³, de hecho, podremos observar cómo en ambas series del Vuelo Americano (tanto la de 1945-1946 como la efectuada en 1956-1957, mucho más conocida), pese a que el parcelario del valle de Jutia se encuentra mucho más fraccionado, la ubicación del actual majano ya correspondía con

⁷³ Vid. Fig. 8.8.

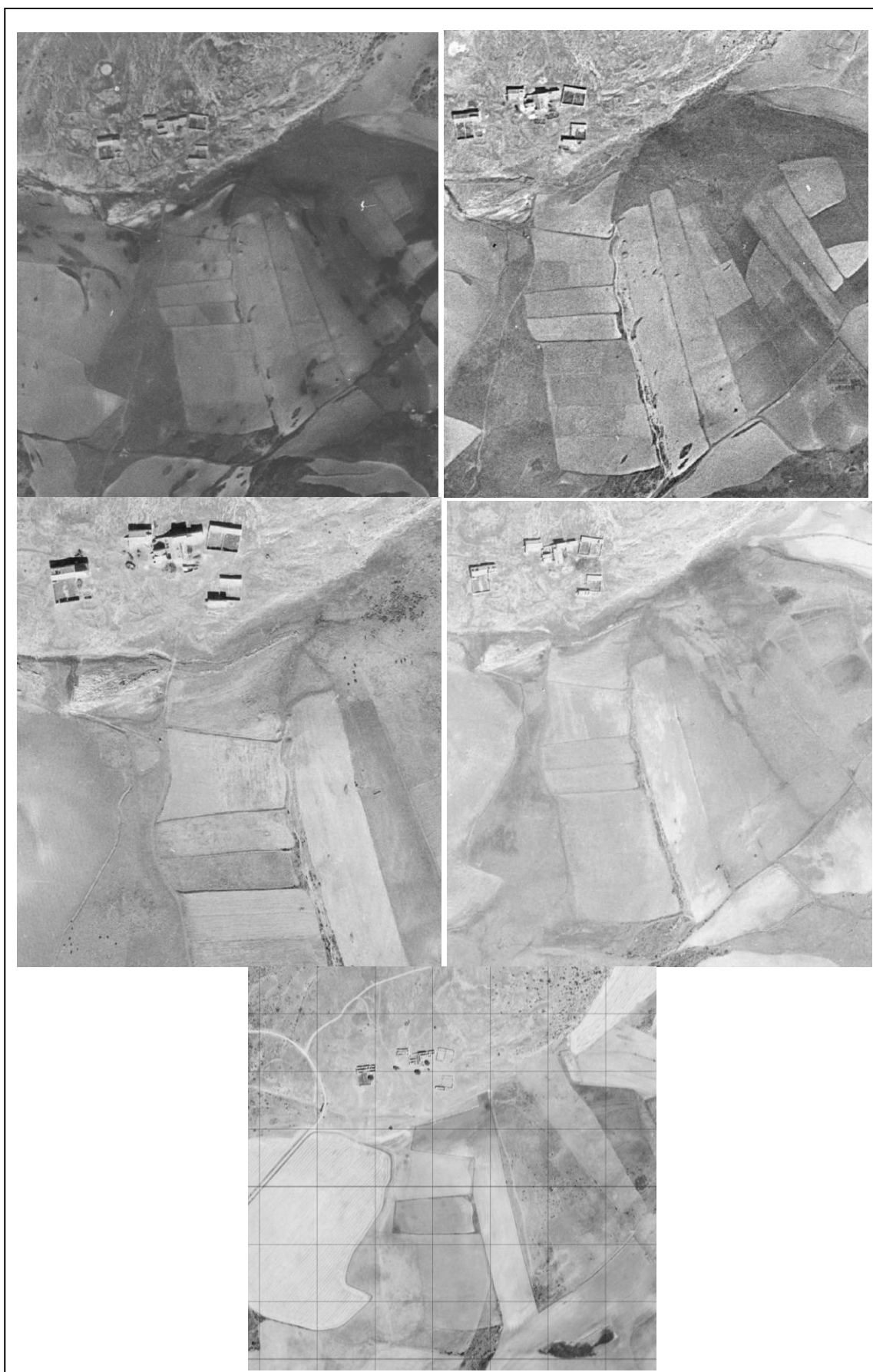


Fig.8.8. Fotografías aéreas del entorno de la zona excavada. De izquierda a derecha y de arriba abajo: Serie 1 del Vuelo Americano (1945-1946), Serie 2 del Vuelo Americano (1956-1957), Vuelo Interministerial (1973-1986), Vuelo Nacional (1980-1986) y fotografía aérea actual (PNOA).

una linde entre dos parcelas agropecuarias, en la cual una sombra oscura sugiere una irregularidad con forma lineal en el terreno en esta ubicación. El mismo afloramiento se entrevé en el Vuelo Interministerial efectuado entre 1973 y 1986, y en el Vuelo Nacional de 1980-1986, lo que al menos permite esperar que el lugar que ocupa el majano no ha sido roturado en el último siglo, y quizás nunca lo fue debido al amontonamiento de piedras. Ahora bien, todas estas fotografías aéreas nos aportan asimismo otros dos datos importantes: evidencian por una parte que el majano no se vio recrecido de manera importante hasta los últimos años, coincidiendo seguramente con la concentración parcelaria y la modernización definitiva de los trabajos agrícolas en este valle que tuvo lugar con la creación de la Finca Jutia; y en segundo lugar, en los dos Vuelos Americanos se observan en torno al área del majano una serie de estructuras de tendencia cuadrangular, que ya en el Vuelo Interministerial no son más que unas manchas en el terreno, y en el Vuelo Nacional han desaparecido completamente; estructuras que ya fueron observadas en el vuelo de 1956 por S. González Reyero durante las labores de fotointerpretación previas a la prospección de 2012, y puestas en relación con posibles superestructuras funerarias⁷⁴.

Este majano, por otra parte, ya había sido mencionado anteriormente en la bibliografía. Y es que, como apunté en las páginas introductorias a este capítulo, el primer indicio del yacimiento del que estoy hablando vino dado por la aparición de dos fragmentos escultóricos, una cabeza de toro en piedra caliza de rasgos algo esquemáticos, que ha perdido todo el morro, el área de la sien y la oreja izquierda, y partida por el arranque del cuello; y una escultura de bulto redondo de un cuadrúpedo en posición echada y con el cuello erguido, que conserva el tronco, la base del cuello, el arranque de las patas delanteras y parte de los cuartos traseros⁷⁵. Ambos fueron hallados formando parte de otro majano distinto, dispuesto en este caso para separar la finca Jutia del Cortijo de El Álamo, paralelo al cauce del arroyo Rivelte y al exterior de la valla perimetral de la Finca Jutia. Pero ya T. Chapa, en el artículo en el que dio a conocer ambas piezas, propuso que las piezas posiblemente habrían llegado hasta aquí arrastradas de la Finca Jutia en el transcurso de las labores agrícolas, posiblemente en relación con la mecanización intensiva y la rápida transformación que en la última

⁷⁴ González Reyero 2012: 65.

⁷⁵ Chapa 2007-2008: 80-81.

década habían experimentado los terrenos de esta última⁷⁶. Y es que, sacando a colación una vez más las imágenes aéreas que comentaba en el párrafo anterior, en el Vuelo Interministerial de los años setenta y en el Nacional de los ochenta ya se observa una linde en este sector, que en los Vuelos Americanos no existía, pero no parece ni mucho menos tan recrecida como se observa actualmente.

Volviendo al trabajo de T. Chapa, la investigadora proponía de hecho que las esculturas podrían provenir de un posible monumento situado en la Finca Jutia, cuyo emplazamiento original quizás estuviera ubicado concretamente en la pequeña irregularidad situada entre esta y la Finca de la Fuente del Álamo, esto es, en el majano que podría haberse ido formando con los años mediante el arrastre de las piedras de los campos vecinos y su amontonamiento en torno a las ruinas del antiguo monumento⁷⁷. Este amontonamiento que dio origen al majano actual podría haber preservado *in situ* parte del monumento, en tanto que otra parte habría quedado desperdigada alrededor, y sus fragmentos habrían ido aflorando periódicamente del subsuelo debido a las labores agrícolas, sobre todo en los últimos años, a causa de la implementación del arado de vertedera mecánico, cuya capacidad para profundizar en la roturación de la tierra se ha disparado exponencialmente⁷⁸. Como consecuencia, los dos fragmentos escultóricos que han llegado hasta nosotros parecen haber emergido de la tierra en momentos muy distintos: en tanto que la cabeza de toro apareció muy erosionada, con fracturas que parecen de distinta antigüedad, vestigios de nidificación de insectos y zonas fuertemente atacadas por los líquenes y hongos, el cuadrúpedo apenas evidencia muestras de erosión de ningún tipo ni de fracturas modernas. Y no olvidemos tampoco que, en lo alto del majano de separación entre la Finca Jutia y la Finca de la Fuente del Álamo apareció un sillar con la marca de una grapa en “T”⁷⁹, igualmente apenas atacado por la erosión, y cuya posición en el majano indica que se trata de uno de los materiales más tardíamente arrojados sobre el mismo, seguramente en los últimos años; algo que contrasta con el hallazgo en el propio cortijo de El Álamo de grandes sillares integrados en la estructura de las viviendas y

⁷⁶ Chapa 2007-2008: 80.

⁷⁷ Chapa 2007-2008: 80.

⁷⁸ *Vid.* Fig. 8.9.

⁷⁹ González Reyero 2012: 68.



Fig. 8.9. Ladera de Justia desde el Norte. Abajo a la derecha se aprecia el cortijo de El Álamo, e inmediatamente más allá, la localización del majano excavado.

otras construcciones que podrían provenir igualmente del supuesto monumento ibérico⁸⁰, y que por lo tanto habrían aflorado en este caso al menos a comienzos del s. XX.

Partiendo pues de los indicios proporcionados por las esculturas documentadas por T. Chapa, de la propia topografía del terreno, de la fotointerpretación de la serie B del Vuelo Americano (que aquí yo he intentado completar con la de las otras fotografías aéreas históricas disponibles) y de la constatación durante las prospecciones de 2012 de que el mayor volumen de materiales cerámicos ibéricos en superficie se documentaban en torno al área del majano, se delimitó esta con el nombre de “Sector IV” y se emprendió su excavación, labor que el equipo de S. González Reyero ha llevado a cabo durante el mes de septiembre de 2013 y el de 2014, y que aún no ha sido concluida.

Es de reseñarse que todos los trabajos de excavación se han desarrollado en la Finca Jutia, pese a que la mayor parte del majano se encuentra en terrenos de la Finca

⁸⁰ Chapa 2007-2008: 80.

de la Fuente del Álamo, debido a la negativa del permiso correspondiente de los propietarios de esta segunda parcela.

A lo largo de estos trabajos, se han abierto diversos sondeos alrededor del majano, tanto al este como al norte del mismo (Cortes 2, 3 y 4), documentándose gran cantidad de material cerámico ibérico disperso (común y decorado, sobre todo tipos de pequeño tamaño) y algunas bolsadas difusas de cenizas, con un volumen creciente a medida que los cortes se aproximaban al majano, pero sin hallarse ningún contexto *in situ*. La potencia del suelo antrópico no es mucha, y ha sido sistemáticamente afectado por la acción del arado, que sobre todo en los últimos años ha roturado la tierra hasta el mismo nivel geológico.

Mucho más fructíferos han sido los sondeos planteados sobre el propio majano, concretamente sobre la vertiente oriental de este que se incluye dentro de los límites de la Finca Jutia. Así, en el verano de 2013 se planteó un corte (Corte 1) alargado en sentido norte-sur, de unos 30m², con objeto de excavar el extremo septentrional del majano, y en el verano de 2014 la excavación se continuó en un nuevo corte (Corte 5), en este caso de unos 10,5m², planteado al sur del anterior, aún sobre el majano y respetando respecto del Corte 1 un testigo de 1,7m.

Dada la entidad de los restos y estructuras que se esperaban encontrar, la metodología del proceso de excavación se diseñó con una minuciosidad acorde: se trató de distinguir los estratos con escurpulosidad y los mismos fueron excavados sucesivamente, del más moderno al más antiguo, según el sistema Harris, algo que ralentizó especialmente los trabajos debido a la acumulación de unidades negativas superpuestas en los pequeños cortes. Las distintas unidades estratigráficas fueron georreferenciadas mediante Estación Total y GPS, y documentadas con fotografía aérea y dibujo de campo. Periódicamente, el área excavada fue prospectada con detector de metales, de manera que pudiera minimizarse en lo posible los daños causados a los artefactos metálicos, generalmente muy mal conservados debido a las características del terreno, durante su extracción. Por último, es de reseñarse que no solamente se recogieron, documentaron e inventariaron el total de los artefactos (modernos y antiguos, independientemente de su naturaleza) hallados en el área de excavación, sino que igualmente se tomaron muestras del sedimento de las distintas unidades estratigráficas para su posterior flotación y triado, muestras que en el caso

de las unidades que se estimaron más interesantes desde el punto de vista arqueológico llegaron al 100% del sedimento retirado.

Todos estos trabajos de excavación arrojaron resultados de gran interés arqueológico sobre la historia del yacimiento. En este trabajo, estudiaré los materiales y depósitos documentados en el Corte 1, esto es, el sondeo planteado directamente sobre el majano en el año 2013, pues los materiales y las analíticas relativos a los otros cortes aún se encuentran en fase de estudio en el momento en que estas líneas son redactadas.

Si bien no han podido localizarse en estos sondeos nuevos fragmentos escultóricos, ni tampoco vestigios arquitectónicos claramente relacionables con el monumento que posiblemente se ubicaría en las inmediaciones, bajo las piedras y los niveles superficiales del majano se han hallado una gran cantidad de fosas medianas y pequeños hoyos, que en algunos casos correspondían sin duda a excavaciones furtivas realizadas a lo largo del s. XX (y puede que incluso en el XXI) para expoliar los materiales de valor que allí se pudieran encontrar, pero que en otros casos sí parecen corresponder con actividades antiguas, concretamente de época ibérica a juzgar por los materiales depositados en estas últimas cavidades, como se verá en el posterior apartado. Nos encontramos ante indudables depósitos funerarios, en algunos casos, y en otros ante deposiciones de objetos cuyo sentido no está tan claro y que será necesario discutir.

De cualquier forma, este expolio continuado del yacimiento, unido al propio proceso de formación del majano, derivado del periódico vertido sobre el mismo de las rocas y otros materiales arrastrados por el arado y provenientes del entorno, ha determinado que las unidades estratigráficas superficiales del mismo sean fecundas en materiales ibéricos. Estas se componían de sucesivos depósitos de tierras arcillosas de compactación media, muy heterogéneos como era de esperar por las condiciones de formación del majano, y profundamente alteradas en su parte superior por la cubierta vegetal, albergando ocasionales bloques pétreos de tamaño medio y pequeño, así como frecuentes carbones, algunos restos óseos, y abundantes fragmentos cerámicos.

Por lo que respecta al material óseo, su análisis se ha visto dificultado por el elevado grado de fragmentación del mismo, aunque se ha podido discernir al menos

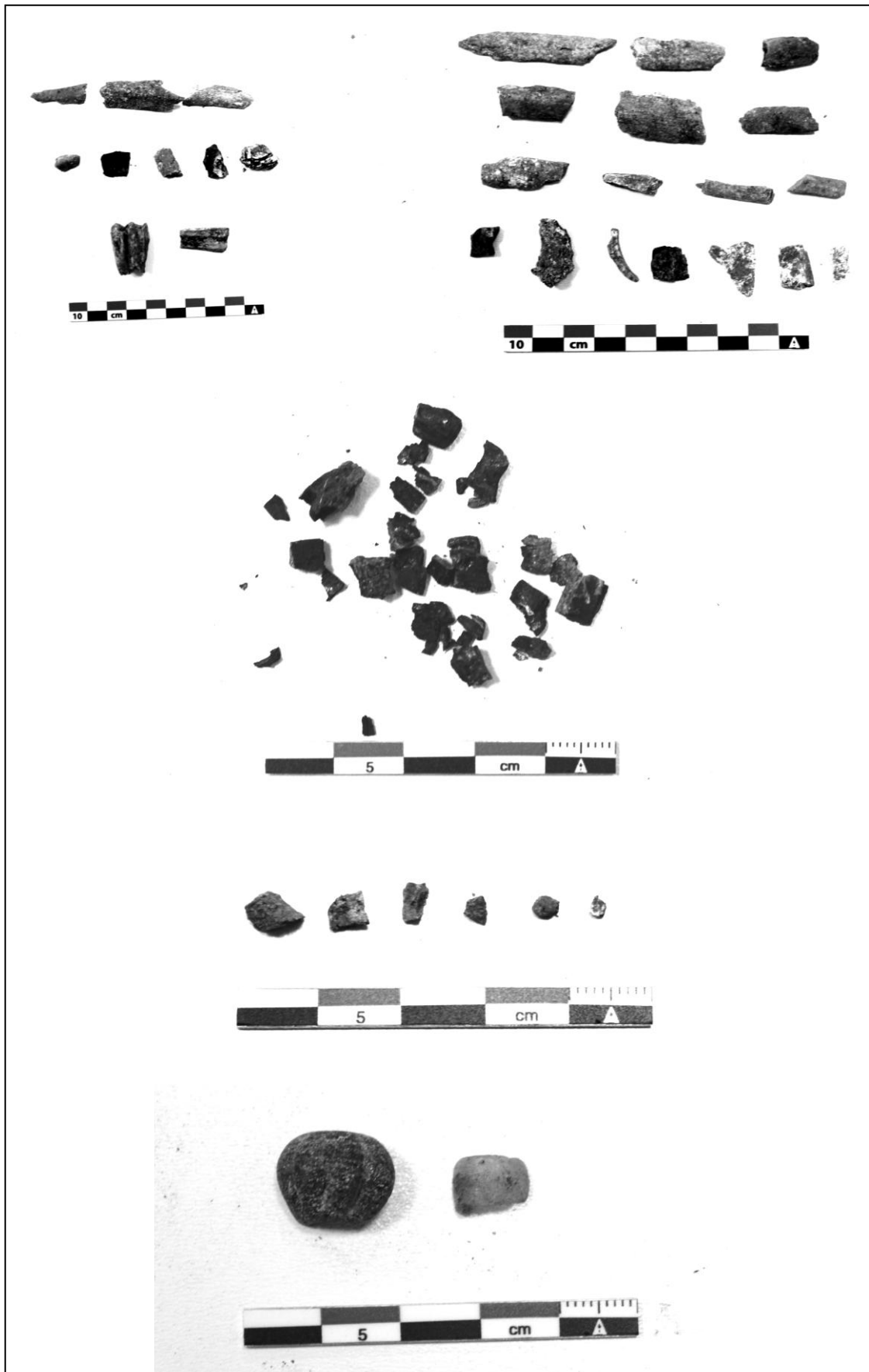


Fig. 8.10. Selección de materiales de la UE 1: restos óseos, carbones, bronces, cuentas de pasta vítrea.

un molar de ovicáprido. En todo caso, observamos tanto restos de huesos largos como cortos y, en menor medida, craneal, dientes y garras, encontrándose una parte del total visiblemente calcinado. Otro tanto se puede decir de los carbones hallados, documentados en un gran volumen por todos los estratos superficiales, aunque solo una parte de ellos pudo recogerse e identificarse; se trata de restos calcinados de encina (*quercus ilex*) o coscoja (*quercus coccifera*) y, en menor cantidad, pino (*pinus sp.*).

En cuanto a los materiales antiguos de los que hablaba, estos son de muy distinto tipo, e incluyen fragmentos informes de hierro y bronce muy alterado, una pequeña varilla de hierro, y hasta seis pequeñas cuentas de distinto material (pasta vítrea y piedra), tamaño (entre 0,7 y 1,5mm), tipología (cilíndricas, agallonadas y geoides) y color (azules, blancas o amarillas)⁸¹. Finalmente, se han documentado casi un millar de fragmentos cerámicos, la mayor parte de ellos ibéricos aunque también cerámicas áticas (de entre las que se ha identificado un *kylix* de pie bajo Ky12 de figuras rojas, datable entre finales del s. V y comienzos del IV a.C.⁸²), *sigillatas*, y fragmentos de cerámica vidriada moderna. Los vasos ibéricos corresponden en su gran mayoría con vajilla de mesa, aunque ocasionalmente también se documentan recipientes de cocina y ánforas; de entre los primeros, destacan sin duda las pequeñas páteras de borde reentrante (tipo III.8.2.2 de Mata y Bonet⁸³), si bien también se documentan escudillas de borde indiferenciado (tipos III.8.3.2 y III.8.3.3), cuencos (tipo III.9) y platos de borde exvasado de diversos tamaños (tipos III.8.1.1 y III.8.1.2), pequeñas tinajillas (tipos II.2.1.3, II.2.2.1 y II.2.2), botellas y botellitas (tipos II.1.1, II.1.2 y IV.1.2) y, ya esporádicamente, *kalathoi* (tipo II.7.1.2), caliciformes (tipo III.4.2), jarros (tipos II.1.1 y II.1.3) y miniaturas (tipo IV.5.3). Del total de piezas documentadas en el nivel superficial del corte, aproximadamente un 82% de los fragmentos son de pastas oxidantes, frente a un 15% piezas reductoras y un 3% de cocción mixta. En cuanto a las decoraciones, encontramos decorados hacia una quinta parte del conjunto, circunscribiéndose las decoraciones en la inmensa mayoría de los casos a bandas, zigzags, “cabelleras”, círculos y semicírculos concéntricos, aunque esporádicamente se

⁸¹ Vid. Fig. 8.10.

⁸² Py *et alii* 1993: 109.

⁸³ La tipología empleada a lo largo de este capítulo corresponde con la propuesta por C. Mata y H. Bonet 1992.

documenta algún ejemplo anecdótico de estampillas y de decoración geométrica bícroma (en blanco y burdeos)⁸⁴.

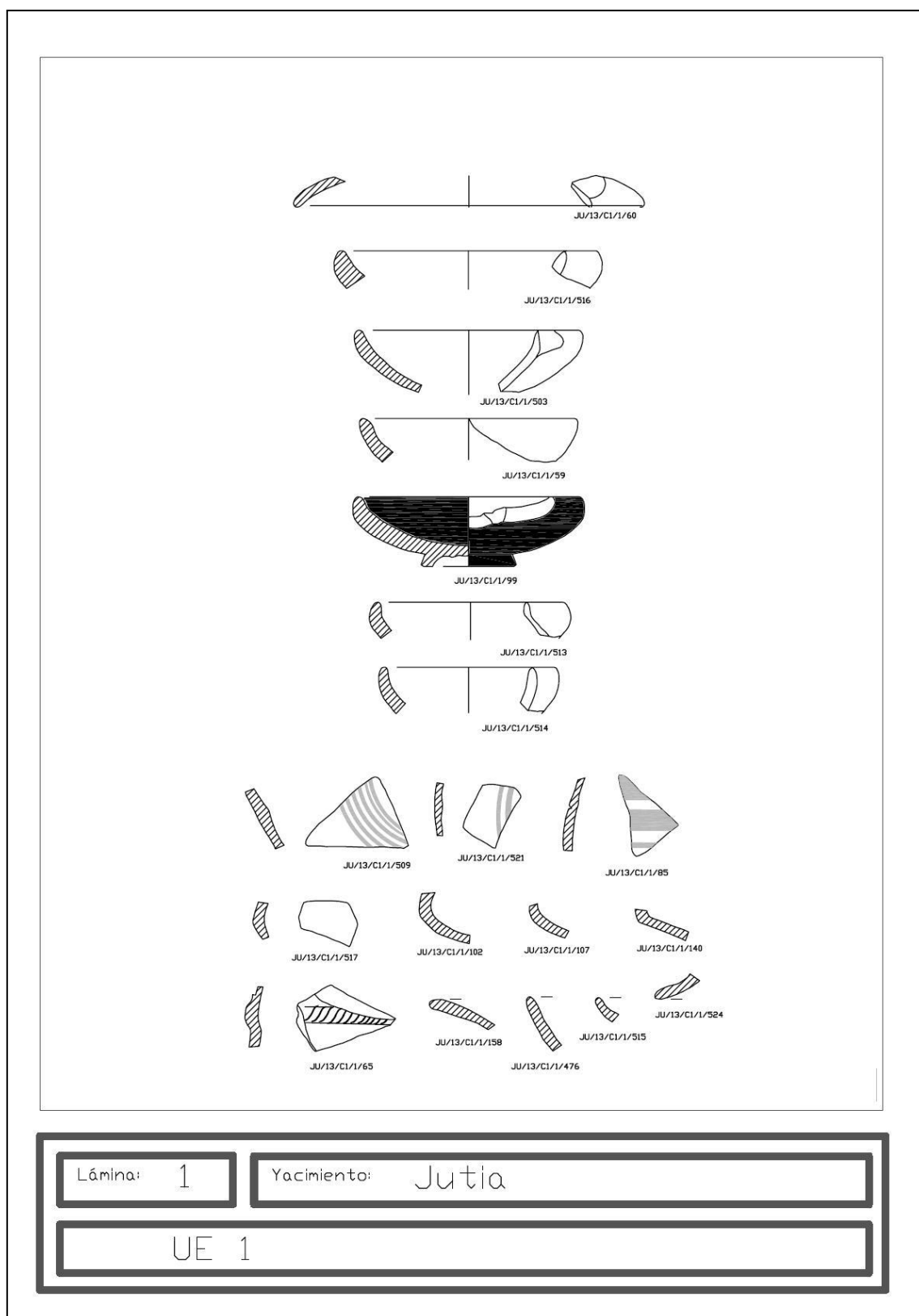
Todos estos materiales, como era de esperar, coinciden en líneas generales con los recogidos en superficie durante las prospecciones del año 2012 en este mismo lugar, y también en el sector III, es decir, en el lado occidental del majano situado en la parcela de la Fuente del Álamo, donde por el momento no se ha podido excavar⁸⁵.

Esto es, hablamos en la mayor parte de los casos, en definitiva, de pequeños recipientes relacionables con la esfera de la vajilla de mesa, aunque aparecen igualmente escasos fragmentos de cerámica de cocina y de contenedores (tanto medianos contenedores apilables como ánforas). Si bien encontramos ejemplos recurrentes de otros vasos de pequeño tamaño (tinajillas, jarros, caliciformes) e incluso de miniaturas propiamente dichas, el predominio absoluto corresponde a los platos, y entre ellos destacan en proporción las pateritas, generalmente de pasta reductora y diámetros de boca que no superan los 10cm, muchas veces decoradas, aunque igualmente documentamos ejemplos oxidantes o de mayor tamaño. Una facies cerámica ibérica que, al igual que sucede con los otros tipos de artefactos documentados en estos niveles superficiales, coincide en buena medida con los materiales documentados dentro de los depósitos de época ibérica, tal y como veremos a continuación.

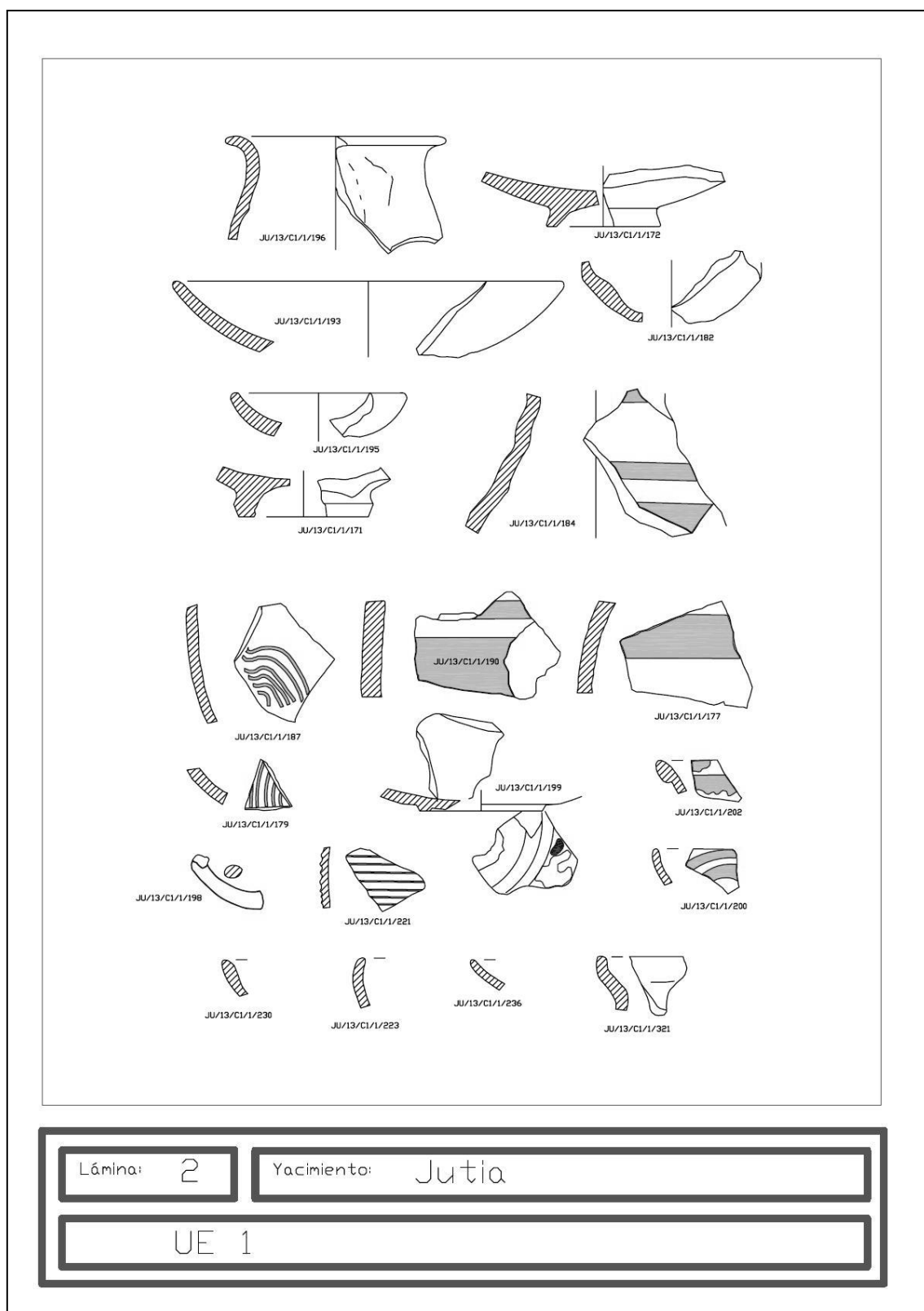
No sucede lo mismo, sin embargo con los materiales más modernos, la *terra sigillata* y las cerámicas vidriadas modernas, completamente ausentes en las deposiciones rituales. Por lo que respecta a esta última, posiblemente debamos relacionar su presencia en los estratos superficiales del majano con el laboreo de los campos aledaños y la propia formación del majano a lo largo del siglo XX. En cuanto a la primera, la *terra sigillata*, posiblemente pueda vincularse con la ocupación del asentamiento del Cerro de Jutia, y quizás con la frecuentación por parte de sus habitantes del área sacra de la que estamos hablando, tal y como se discutirá más adelante.

⁸⁴ Vid. Láms. 8.1 y 8.2.

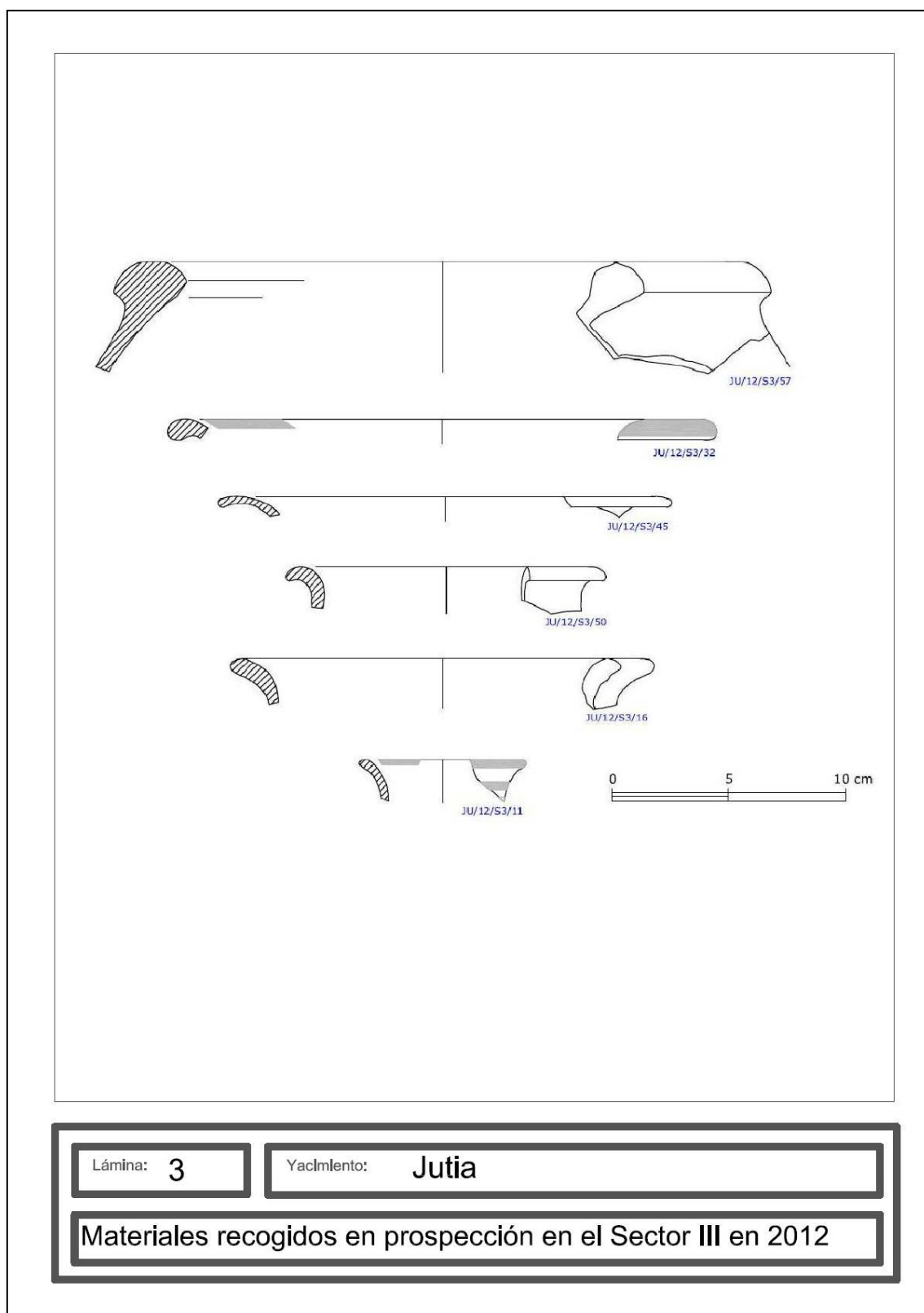
⁸⁵ Con excepciones anecdóticas como un fragmento de *lebes* (tipo II.6) y una tinaja (tipo II.1.1) hallados en el sector III (cf. González Reyero 2013: 211-212), y para los que por el momento no se ha encontrado contrapartida en las excavaciones del sector IV. Vid. Láms. 8.3 y 8.4.



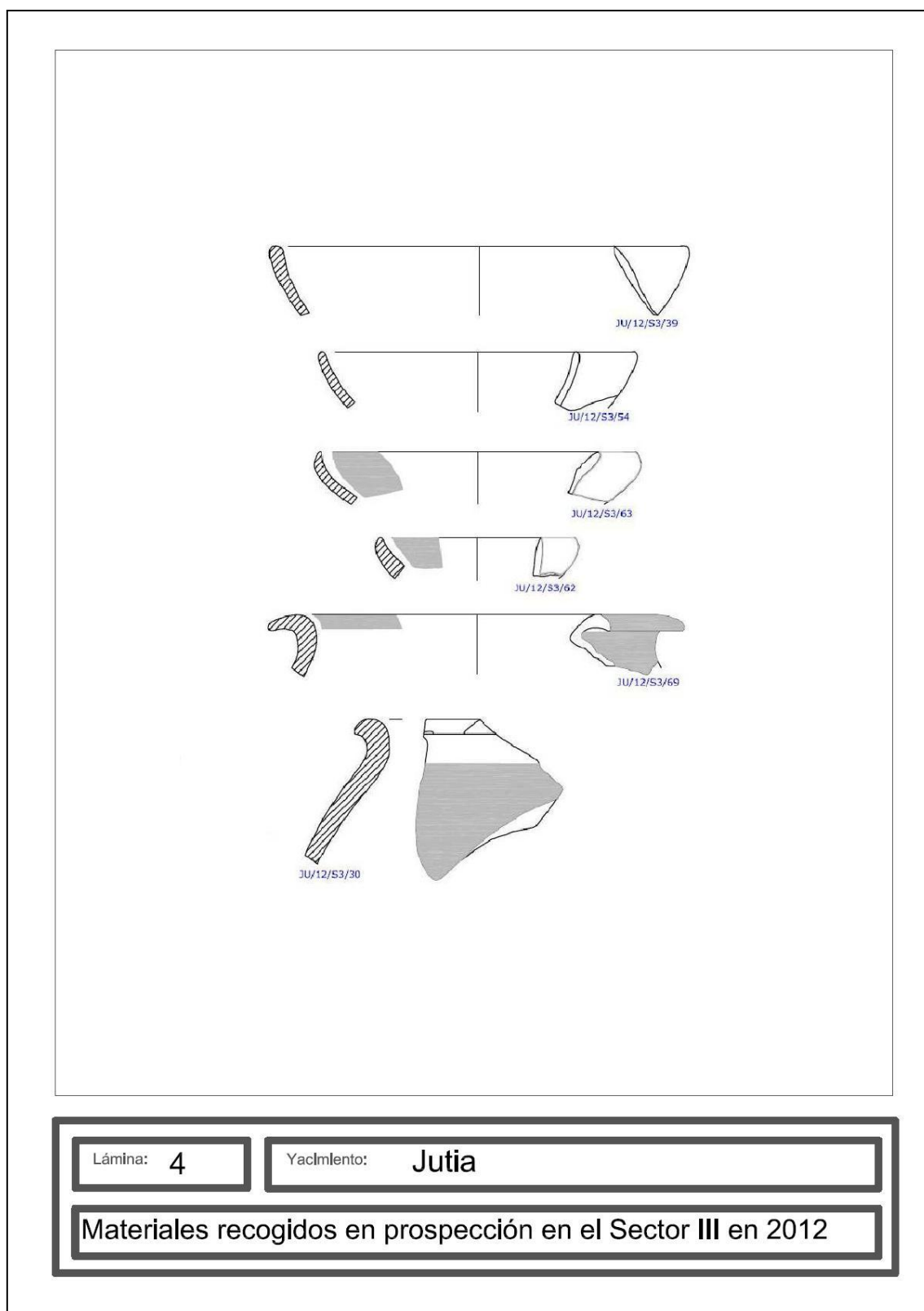
Lám. 8.1. Tipología cerámica variada de la UE 1 del Sector IV de Jutia (I).



Lám. 8.2. Tipología cerámica variada de la UE 1 del Sector IV de Jutia (II).



Lám. 8.3. Materiales recogidos en prospección en el Sector III de Jutia (I).



Lám. 8.4. Materiales recogidos en prospección en el Sector III de Jutia (II).

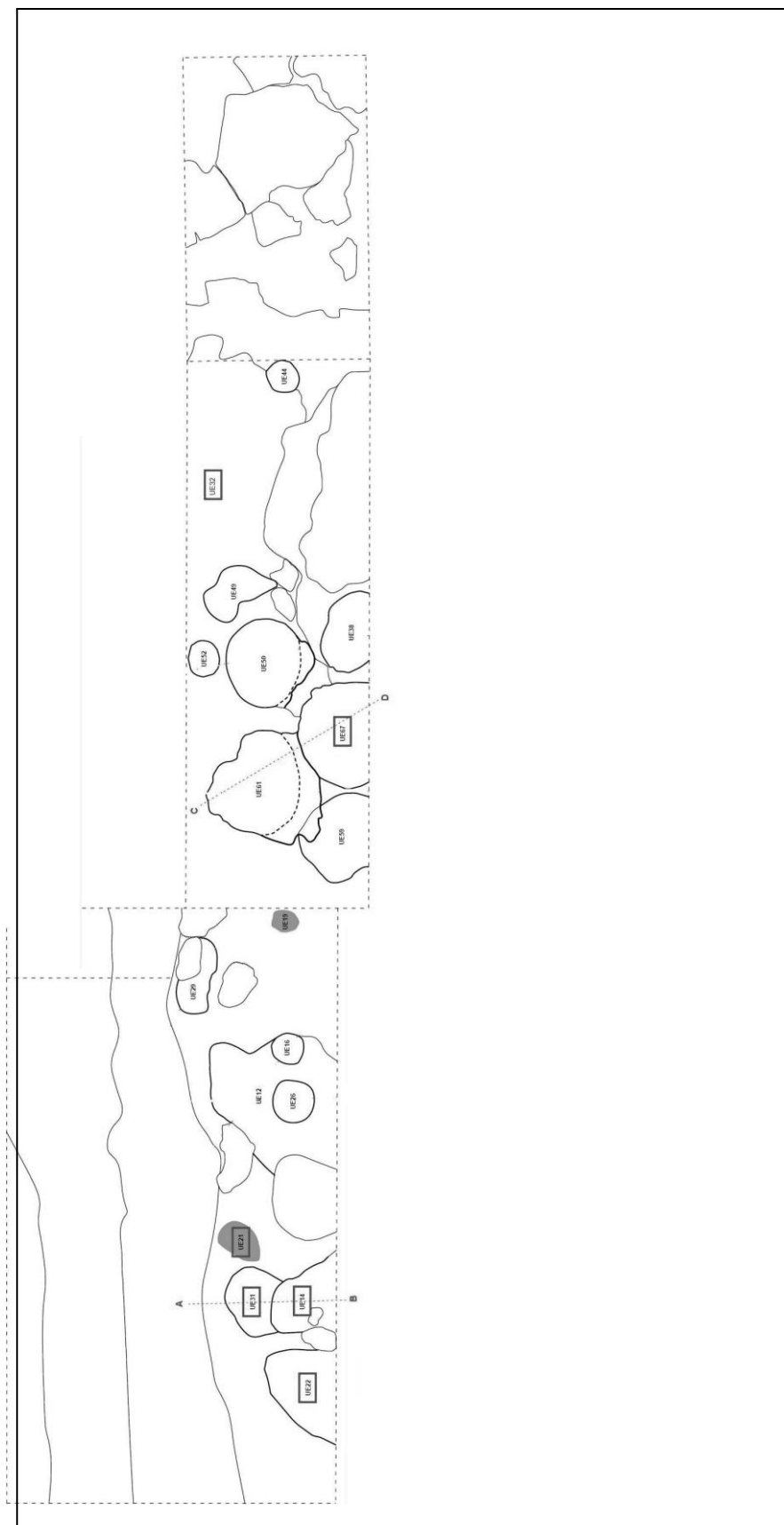


Fig. 8.11. Planta del Corte 1 del Sector IV.

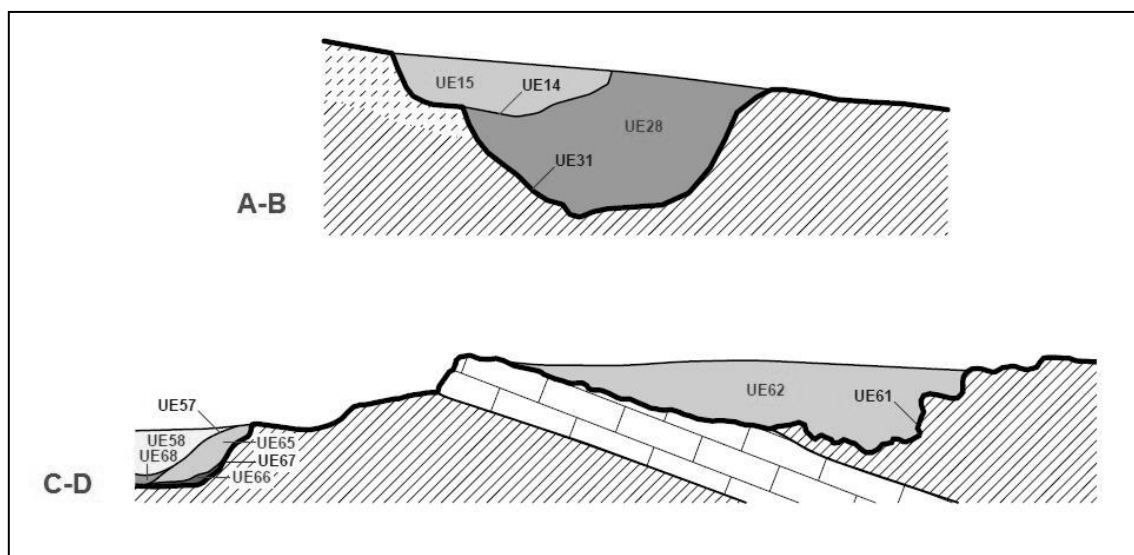


Fig. 8.12. Secciones del Corte 1 del Sector IV.

Por último, simplemente quisiera recordar que estos estratos superficiales aparecen ocasionalmente cortados por frecuentes fosas de expolio, que a veces igualmente seccionan o destruyen por completo los depósitos rituales ibéricos. No obstante, la excavación cuidadosa de unas y otros permite su discriminación en la mayor parte de los casos, pues, además de las relaciones estratigráficas entre unas y otras, la mezcolanza de materiales de distintas épocas que aparece en los estratos superficiales se muestra idéntica en las fosas de expolio, que se rellenarían en buena medida precisamente con tierras superficiales, en tanto que los materiales de los depósitos rituales son, como se verá, mucho más homogéneos desde el punto de vista cronológico⁸⁶.

Por poner un ejemplo, valga el estudio de la gran fosa UE 33-34, un gran agujero de expolio de planta ovalada y dirección norte-sur, de casi 2m de largo por más de 80cm conservados entre su límite este y el perfil oeste de la cata⁸⁷. En el interior de esta fosa, que arrancaba directamente desde los niveles superficiales y por lo tanto estratigráficamente se consideró moderna desde un primer momento, se documentaron abundantes carbones (de nuevo repartidos entre encina o coscoja y, en

⁸⁶ Vid. Fig. 8.11 y 8.12.

⁸⁷ Vid. Fig. 8.13.



Fig. 8.13. Fosa de expolio UE 33-34 (en el centro de la fotografía), cortando los niveles superficiales y destruyendo los niveles arqueológicos.



Fig. 8.14. Artefacto fragmentado de hueso hallado en la fosa UE 33-34 (arriba), y artefacto de hueso de la tumba 200 de Cigarralejo (abajo).

menor proporción, pino), escasos restos óseos (la mayoría quemados, aunque también algunos otros como un astrágalo de bóvido que no evidencian ninguna alteración), una docena de pequeños fragmentos indeterminados de hierro y bronce, y un hueso tallado y perforado, que ha llegado hasta nosotros fragmentado, y cuya función no es evidente, aunque para una pieza análoga de la necrópolis de Cigarralejo recientemente se ha propuesto que podría estar relacionada con la producción textil⁸⁸. Por lo que respecta al material cerámico, se documentaron 175 fragmentos, entre cerámica ibérica (mayoritaria), barnices negros áticos e itálicos (de tipología indeterminada), y cerámica vidriada moderna. Aproximadamente un 17% del conjunto correspondía con pastas reductoras, en tanto que las cerámicas oxidantes ascendían al 82%, siendo el 1% restante de cocción mixta. En cuanto a las tipologías, en los pocos casos en los que se ha podido establecer dado el elevado grado de fragmentación y erosión de los fragmentos, corresponden con análogos tipos y proporciones que las establecidas para los niveles superficiales: predominan los platos, sobre todo las pequeñas pateras pero también los cuencos, las escudillas y los platos de borde exvasado, y también se documentan tinajillas y, en menor medida, botellas y caliciformes. El porcentaje de fragmentos pintados de esta fosa es idéntico al propuesto para los niveles superficiales: exactamente un 20%.

8.5. Los depósitos: estudio de los materiales.

8.5.1. El depósito UE 22-23.

El depósito UE 22-23 corresponde con una fosa de planta oval y sección semiesférica, situada casi en el extremo norte del Corte 1. Solo ha podido ser excavada parcialmente, pues se introduce en el perfil oeste de la cata, si bien sus dimensiones documentadas son de 50 cm (norte-sur) x 55 cm (este-oeste). Presenta muy escasa potencia, apenas 15 cm, aunque su interfaz estaba muy marcada, pues los bordes

⁸⁸ Rísquez y García Luque 2007: 158 (en relación con una pieza de El Cigarralejo). Conocemos otros ejemplos de pequeños huesos perforados con incisiones más o menos regulares, o bien de plaquitas de hueso perforadas, en otras necrópolis del sureste: por ejemplo, en el enterramiento 13 de La Senda, encuadrable en el segundo cuarto del s. IV a.C. (cf. García Cano 1999); de las tumbas 7, 15, 47, 57, 60, 72, 73 de Poblado, datables todas ellas en el s. III a.C. salvo las dos últimas, de mediados del IV a.C. (cf. García Cano 1999); o las tumbas 21, 29-31, 76, 122, 200, 213, 230, 239, 247, 252, 266, 267, 270, 277, 281, 293, 305, 325, 327, 330, 341, 358 del Cigarralejo, fechables a lo largo del s. IV a.C. (cf. Cuadrado 1987). *Vid.* Fig. 8.14.

habían quedado muy ennegrecidos debido seguramente al impacto térmico provocado al verter en el agujero cenizas y materiales calientes. El fondo de la fosa coincide ya con el suelo geológico inerte, hasta dar con el cual al parecer se excavó el agujero⁸⁹.

Por lo que se refiere al relleno, estaba formado principalmente por un paquete de tierra gredosa y semicompacta, sin apenas materiales arqueológicos, salvo en lo que respecta al fondo de la fosa, compuesto por arenosa negruzca, de muy escasa compactación, que incluía algunos carbones y gran cantidad de huesos, además de una decena de fragmentos cerámicos, la mayor parte de ellos de menos de 4cm² cada uno de ellos y rescatados en flotación, pero también encontramos un galbo algo mayor, de unos 16cm², de cocción oxidante y decorado con motivos geométricos, un pequeño fragmento de cerámica de cocina, y el borde exvasado de un recipiente de pasta oxidante de 180cm de diámetro de boca, posiblemente una tinaja o similar⁹⁰.

Todos los carbones que pudieron ser identificados corresponden con *quercus ilex* o *quercus coccifera*, esto es, encina o coscoja. En cuanto a los restos óseos, aparecieron agrupados densamente en el fondo de la fosa, evidencian su paso por la pira, y al menos parte del conjunto parecen humanos⁹¹.

En conclusión, nos encontramos ante un enterramiento propiamente dicho. Tras la cremación del difunto en otro lugar, se horadó una pequeña fosa en el terreno hasta alcanzar la roca madre, que en este punto se presenta muy superficial debido a la inclinación de la ladera, y en ella se depositaron los huesos trasladados desde la pira, junto con algunos carbones de encina o coscoja entremezclados con aquellos, material que al caer en la fosa ennegreció sus paredes y el fondo. Se incluyeron igualmente en el enterramiento una pequeña selección de fragmentos cerámicos, pertenecientes a recipientes que quizás fueron destruidos para la ocasión, o puede que acompañaran al difunto en la pira. Finalmente, cuando los huesos y carbones aún estaban calientes, se acometió la amortización del agujero, empleando para ello tierra de las inmediaciones, la primera parte de la cual quedó igualmente oscurecida por el impacto térmico.

⁸⁹ Vid. Fig. 8.15.

⁹⁰ Vid. Fig. 8.16.

⁹¹ El estudio de los restos óseos humanos de la campaña de 2013 en Jutia ha sido encargado al dr. G. Trancho, pero en el momento de la redacción de estas páginas aún no se han alcanzado resultados definitivos, por lo que por ahora resulta imposible discriminar el género y edad de los individuos cremados o la proporción de estos recuperada. Incluso su consideración humana debe tomarse con ciertas reservas, hasta que su análisis especializado la certifique.

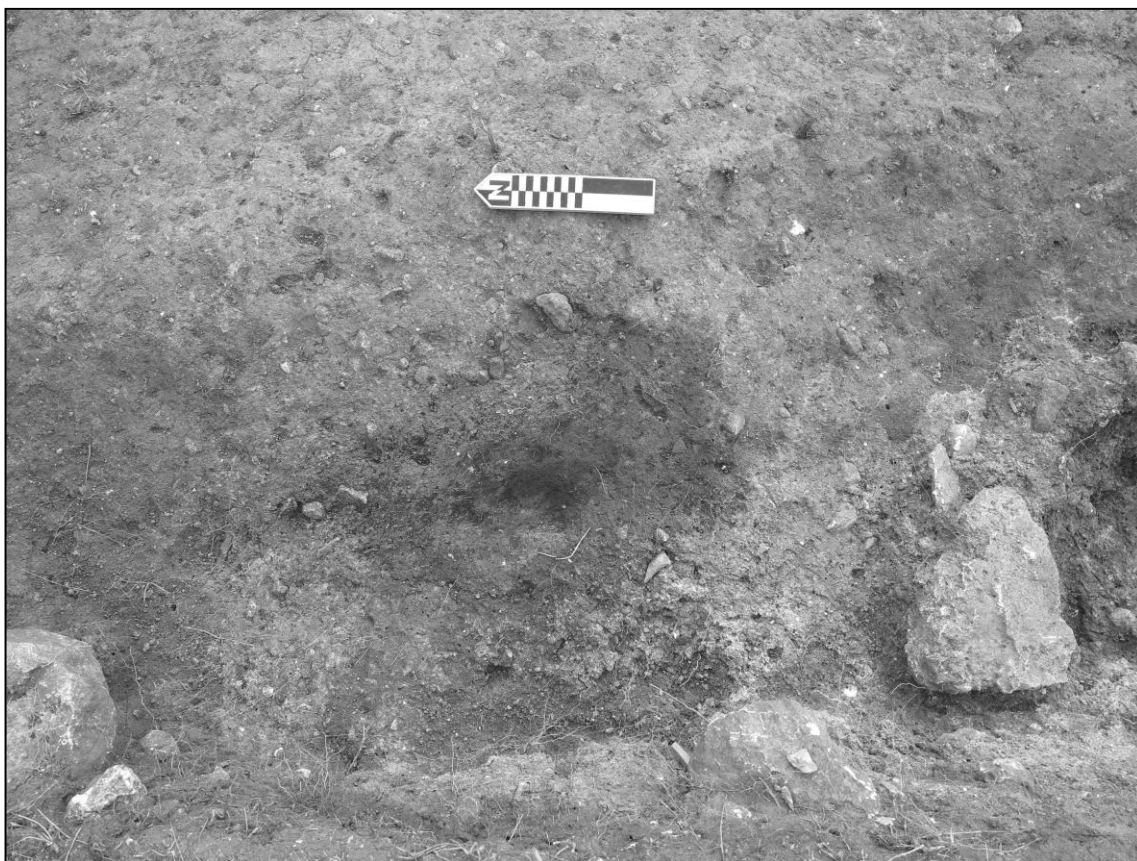


Fig. 8.15. Fosa UE 22-23 antes de su excavación.

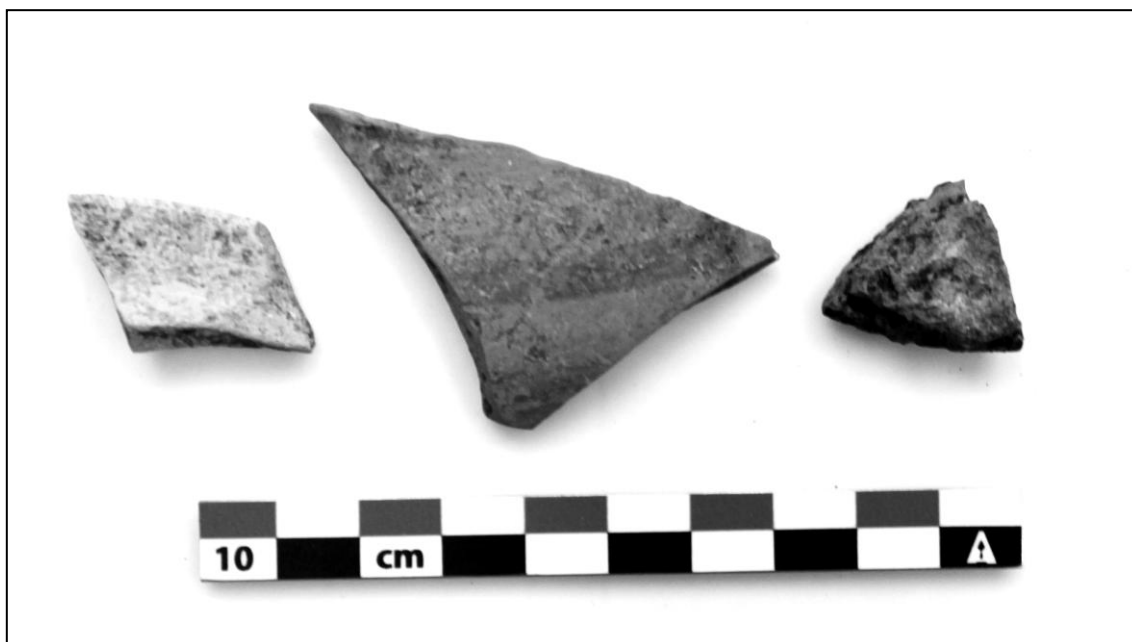


Fig. 8.16. Materiales cerámicos de la UE 23.

La escasez del ajuar funerario y su carácter fragmentario impide proponer una cronología segura para este enterramiento.

8.5.2. El depósito UE 31-28.

El depósito UE 31-28 se encuentra tan solo unos 20cm al sureste del anterior. Se trata de una fosa de planta oval y forma semiesférica, de unos 65x60cm de superficie en la boca de la fosa, y una profundidad de unos 30cm, hasta llegar a arañar la roca madre. Las paredes de la fosa son de color anaranjado, indistinguibles de los estratos cortados⁹². Una fracción de su parte superior se perdió ya en la Antigüedad, debido a que aparece parcialmente cortada por el depósito posterior UE 14-15.

Esta nueva fosa fue amortizada con un relleno compuesto por sucesivos paquetes de tierras arenosas cenicientas, con gran cantidad de pequeños fragmentos óseos entremezclados junto con el sedimento, así como algunos carbones (de encina y coscoja mayoritariamente, pero también de pino), y contados vestigios informes de bronce (incluido el fragmento del puente de una pequeña fíbula, de tipología difícil de determinar⁹³). Por lo que respecta a los restos óseos, parte de ellos aparecieron evidentemente calcinados, y al menos una fracción de los mismos parecen humanos, incluido un molar relativamente bien conservado. En cuanto al material cerámico, finalmente, se han podido documentar cuatro pequeños fragmentos de recipientes, de entre 4,5 y 1,5cm², de los cuales contamos tres galbos de cerámica oxidante sin decorar de tipología indeterminada, y un fragmento de pared de cerámica ática de barniz negro, cuya tipología igualmente resulta imposible de discernir⁹⁴.

Nos encontramos en este caso, por tanto, ante un nuevo enterramiento, en el que sin embargo no se puede distinguir tan nítidamente el ritual expuesto para la fosa UE 22-23, bien porque se practicara de manera diversa, o bien porque los procesos postdeposicionales hayan alterado ligeramente el registro. De cualquier forma, no

⁹² *Vid.* Fig. 8.17.

⁹³ Podría tratarse de una fíbula de torrecilla (tipo 8.A.2 de La Tène: Argente 1990: 256), como otros ejemplares aparecidos en Jutia, aunque su carácter fragmentario y su estado rodado y concreccionado hacen difícil aseverarlo. En todo caso, la cronología de este tipo es bastante amplia, abarcando buena parte de la segunda mitad del I milenio a.C.

⁹⁴ *Vid.* Fig. 8.18.



Fig. 8.17. Fosa UE 31-28.



Fig. 8.18. Materiales de la UE 28: fíbula y fragmentos cerámicos.

tenemos aquí una fosa en la que primero se depositaron los restos óseos y los carbones del difunto y más tarde estos fueron cubiertos, sino un agujero que parece haber sido rellenado directamente con las cenizas de la pira, entre las que aparecen entremezclados los carbones y los huesos, así como una pequeña fíbula muy deteriorada que, junto con quizás algún otro elemento de bronce que haya podido desintegrarse, y junto con cuatro fragmentos cerámicos locales y de importación (que parecen corresponder a minúsculas fracciones de otros tantos recipientes, cuya mayor parte nunca llegó a introducirse en la tumba), constituían el ajuar funerario del difunto.

El hecho de que la fíbula sea el único objeto amortizado en la pira, y dado su escaso valor diagnóstico debido a sus malas condiciones de conservación, de nuevo impide proponer una cronología ajustada para este enterramiento basándonos en criterios internos. Ahora bien, en este caso contamos con una datación *ante quem*: el hecho de que la fosa UE 31-28 fuera cortada por la fosa UE 14-15 implica que esta última es posterior a aquella; algo que hubiera sido tanto más interesante si la datación de la UE 14-15 fuera más precisa.

8.5.3. El depósito UE 14-15.

El depósito UE 14-15 apareció rellenando una pequeña fosa semiesférica y de forma ovalada en planta, de tendencia este-oeste, que no pudo ser excavada completamente por introducirse en el perfil oeste del Corte, y cuyas dimensiones conocidas son de 54cm (este-oeste) x 45cm (norte-sur)⁹⁵. La excavación del hoyo cortó parcialmente el extremo occidental de la UE 31-28, aunque únicamente destruyó su tercio más superficial, pues la potencia del depósito UE 14-15 es menor, de tan solo unos diez centímetros. La unidad negativa era bien perceptible en planta gracias a las diferencias de coloración y compactación del relleno, que inmediatamente llevó a distinguirla no solo de los estratos horizontales sino también de la fosa UE 31-28, si bien es cierto que no se advirtió durante su excavación ninguna alteración físicoquímica en las paredes de la fosa que permitiera identificar nítidamente la interfaz.

⁹⁵ *Vid.* Fig. 8.19.

En cuanto al relleno de esta fosa, corresponde con un paquete de ceniza muy fina y escasamente compacta, extraordinariamente rico en carbones (algunos de gran tamaño; fundamentalmente provenientes de encina o coscoja pero también, en menor medida, de pino). Entremezclados en este estrato, se documentaron asimismo una gran cantidad de restos óseos quemados y enormemente fragmentados (el mayor fragmento apenas sobrepasaba los tres centímetros de largo, resultando difícil determinar si son o no humanos), un pequeño pedazo de hierro informe, y trece fragmentos cerámicos de cierta entidad (además de varios más que no superaban los 4cm², y que fueron recogidos en flotación). En relación con dicho material cerámico, ha de destacarse igualmente un borde de vaso caliciforme de pasta reductora (tipo III.4.2), tipo al que igualmente podría corresponder un galbo de cocción reductora que presenta una carena muy acusada; encontramos igualmente otro borde de plato grande con borde exvasado y las paredes interiores pintadas (tipo III.8.1.1). A pesar de la fuerte concreción que presentan estas piezas, varias de ellas muestran vestigios de la acción del fuego⁹⁶.

Ninguno de estos elementos cerámicos, no obstante, puede facilitarnos una datación precisa. Así, los vasos caliciformes aparecen en los yacimientos ibéricos del sureste entre los siglos V y II a.C.⁹⁷, en tanto que platos exvasados con un ala ancha y curva decorada con una amplia franja roja muestran igualmente un amplio recorrido, aunque aparecen generalmente a partir del s. IV a.C., encontrándolos documentados por ejemplo en El Amarejo⁹⁸ o en Lezuza⁹⁹.

En definitiva, en esta ocasión, y a falta de análisis más especializados, no es posible aseverar si nos encontramos ante un enterramiento propiamente dicho o bien ante una deposición ritual, esto es, la colocación en un hoyo excavado al efecto en la necrópolis (en este caso directamente sobre un enterramiento anterior, quizás no por casualidad) de una serie de materiales que habrían sido previamente quemados según

⁹⁶ Vid. Fig. 8.20 y Lám. 8.5.

⁹⁷ E. Hornero (1990: 190) propugna esta cronología para la costa alicantina pero defiende que al interior peninsular no llegarían hasta el s. III a.C., si bien lo hace únicamente en base a un “esperable” *décalage* respecto de los yacimientos costeros, demora que no parece ajustarse a los datos ofrecidos por el registro arqueológico.

⁹⁸ AA.VV. 1983: 55.

⁹⁹ Uroz Rodríguez 2012: 72.

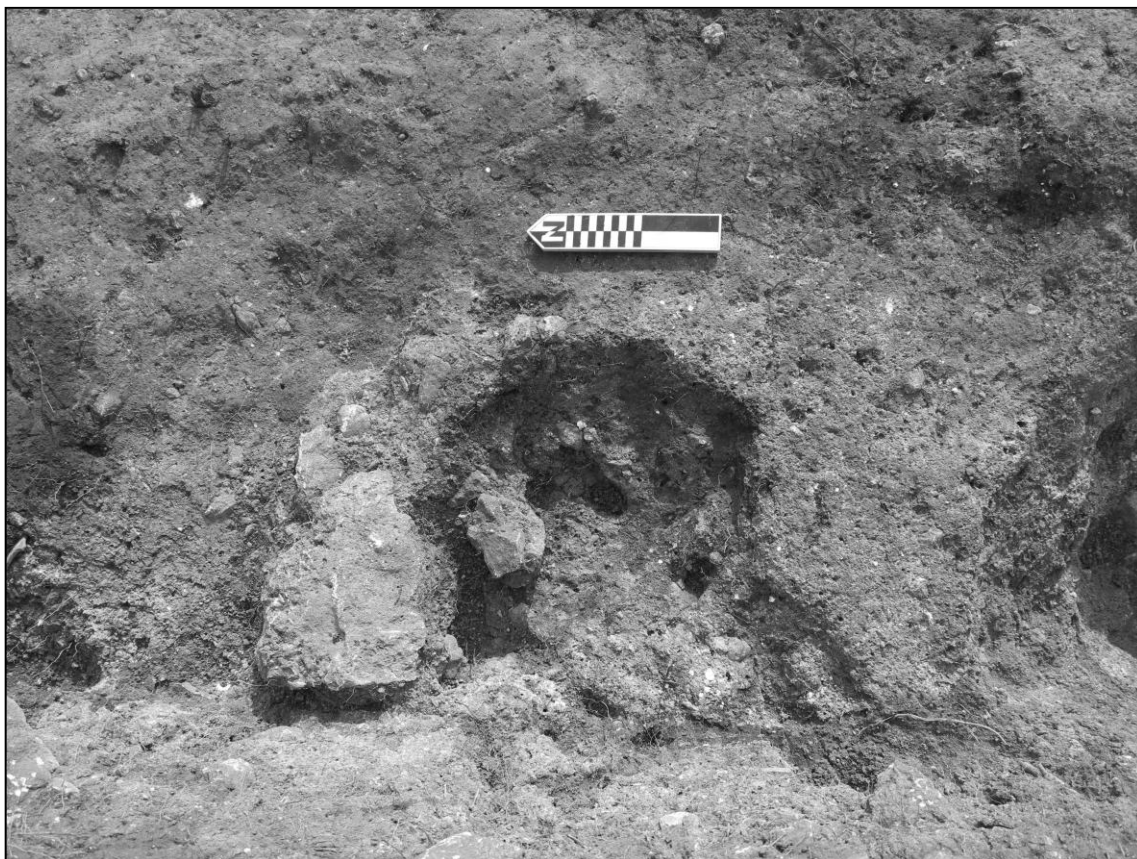
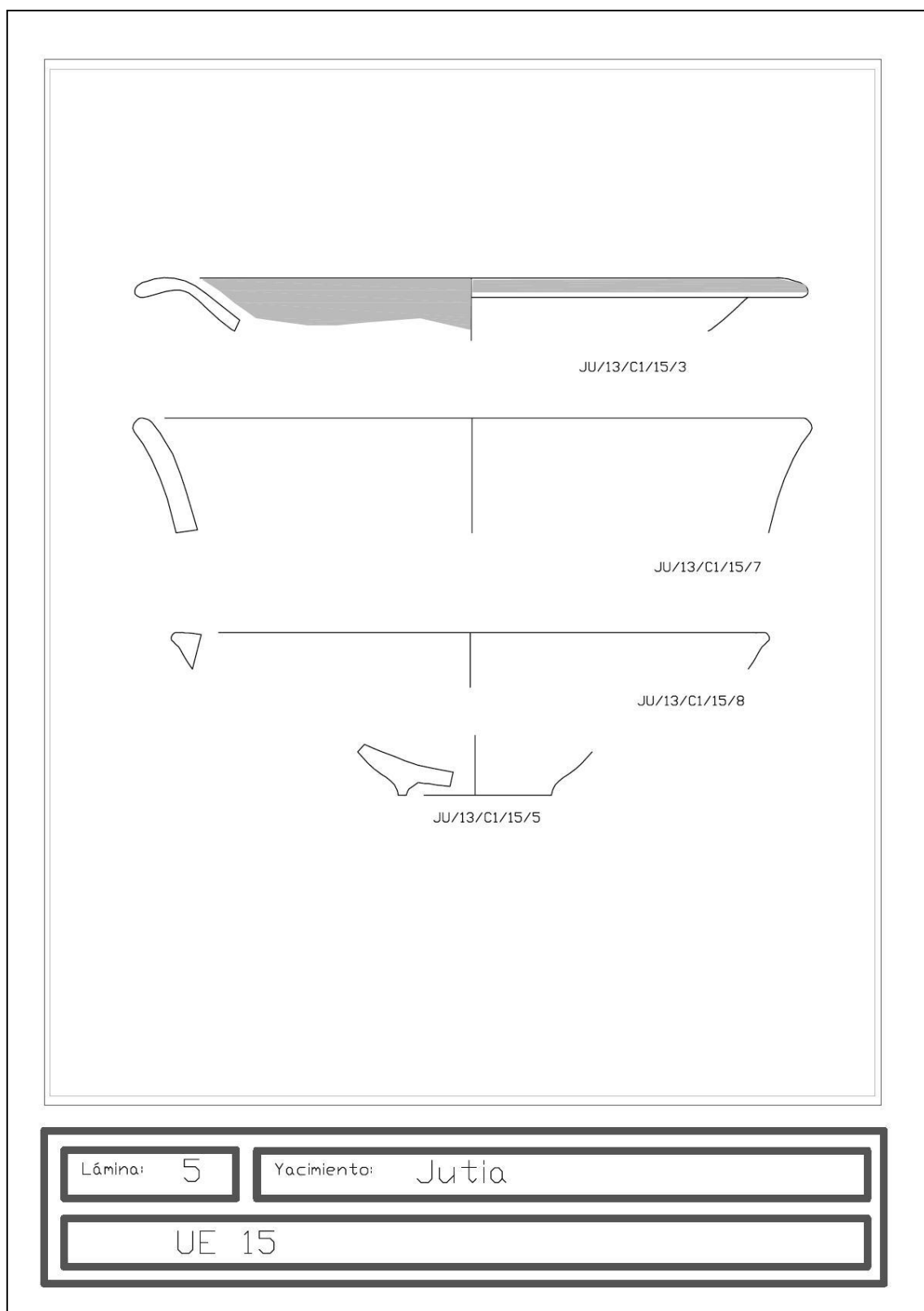


Fig. 8.19. Fosa UE 14-15.



Fig. 8.20. Materiales cerámicos de la UE 15.



Lám. 8.5. Materiales cerámicos de la UE 15 de Jutia.

un ritual destructivo análogo al que se entregarían buena parte de los elementos que formaban parte de los ajuares funerarios. Más tarde profundizaré sobre este tipo de prácticas rituales, pero por el momento me limitaré a subrayar que, para este caso, dicha posibilidad debe tenerse muy en cuenta.

8.5.4. El depósito UE 21.

A apenas unos centímetros al sur-sureste de la fosa UE 31-28 se documentó el depósito UE 21, un lentejón de tierra ennegrecida, cenizas y carbones de pequeñas dimensiones para el que no pudo documentarse una unidad negativa definida, posiblemente porque se trataba de un depósito muy superficial para la colocación del cual apenas se horadó el terreno. Las dimensiones de la mancha, de forma aproximadamente ovalada, rondaban los 40x20 cm en superficie, por apenas 10 de profundidad, con tendencia norte-sur¹⁰⁰.

En el interior de esta mancha, se documentó una cierta cantidad de carbones, de los cuales todos los que pudieron identificarse resultaron provenir de encina o coscoja. Aparecieron igualmente entremezclados con la tierra del depósito varias decenas de pequeños fragmentos óseos de paleofauna y dos minúsculos galbos, uno de cerámica tosca y el otro de cerámica común, ambos oxidantes y ambos con muestras de haber sido sometidos al fuego.

La pieza más sobresaliente de este depósito, no obstante, es sin duda la punta de *soliferreum*¹⁰¹. Se trata de un fragmento de metal bastante mal conservado y enormemente corroído, de unos 12cm de longitud conservada, que apareció dispuesto en el centro del lentejón y alineado con el mismo, esto es, aproximadamente en sentido norte-sur. Pese al mal estado en el que fue hallado, se puede apreciar perfectamente la parte final del asta y las dos estrechas aletas, aunque los últimos centímetros de la punta aparecen fracturados. No obstante, la forma convergente de las aletas en torno al nervio central, y los extremos traseros de estas apuntados hacia fuera para funcionar como anzuelos cuando el arma se clavara, permite clasificar el

¹⁰⁰ Vid. Fig. 8.21.

¹⁰¹ Vid. Fig. 8.22.

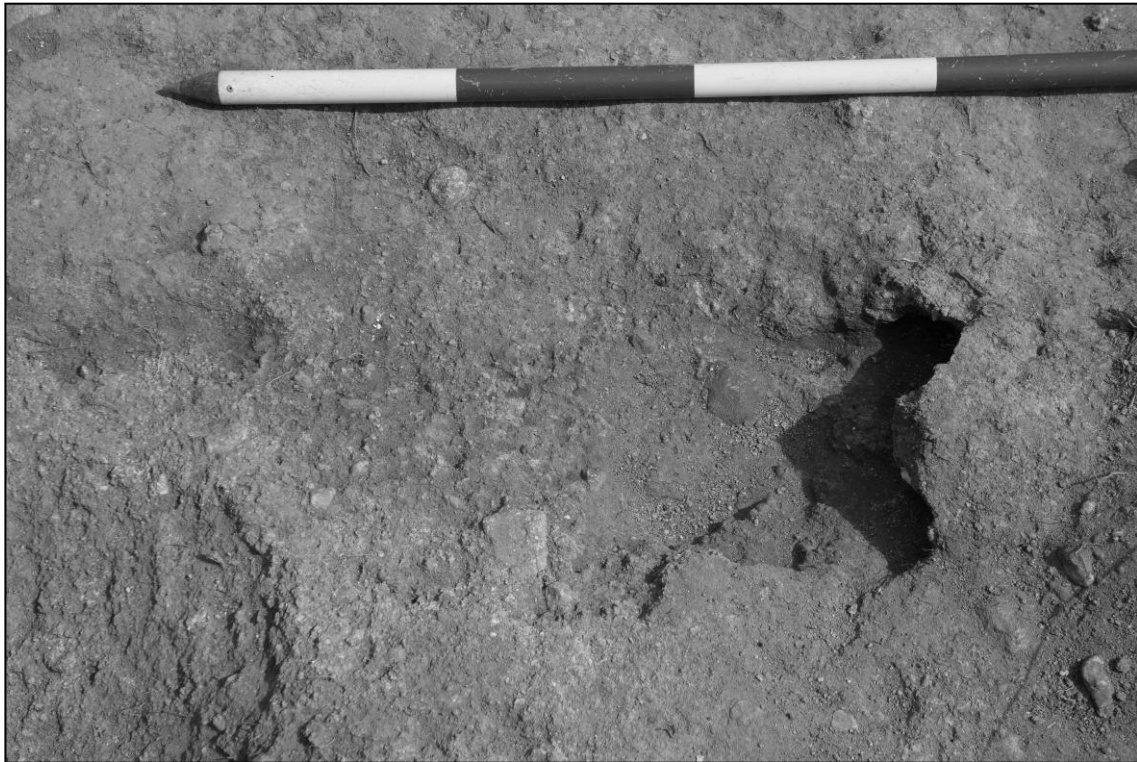


Fig. 8.21. Fosa UE 21.

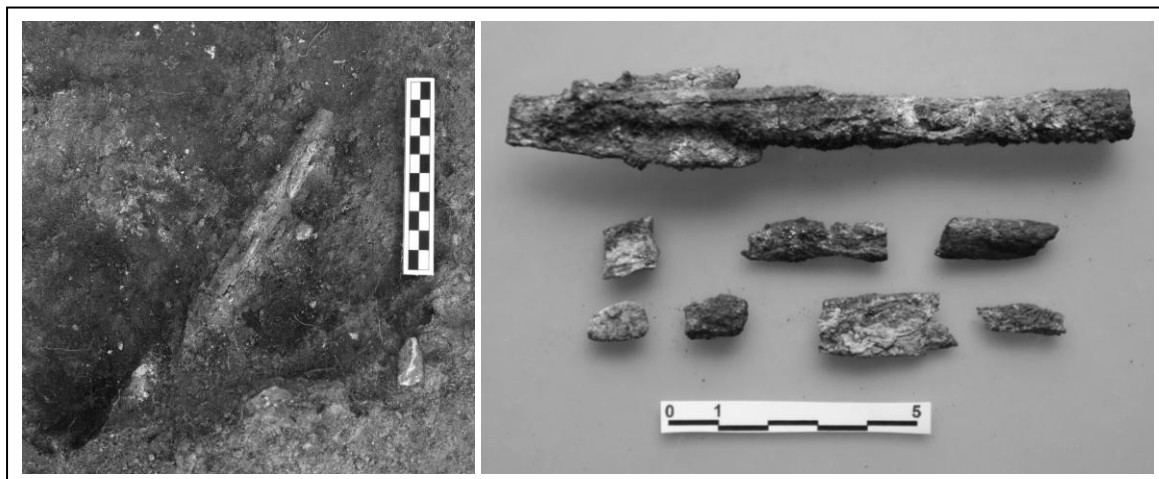


Fig. 8.22. Soliferreum de la fosa UE 21: pieza y proceso de excavación.

soliferreum dentro del tipo 3 de F. Quesada¹⁰², el más habitual en la Alta Andalucía pero no en el sureste, donde resulta mucho más frecuente el *soliferreum* del tipo 2, con punta triangular¹⁰³. La punta del arma del depósito UE 21, en todo caso, mediría en torno a los 8 cm (de los que conservamos 6), esto es, se hallaría muy cercana a la longitud media de las armas ibéricas catalogadas por F. Quesada¹⁰⁴. En cuanto a la cronología, el citado especialista reconoce que la escasez de armas bien conservadas y de contextos datados con precisión impide por el momento establecer una seriación precisa de las diversas tipologías descritas, por lo que habremos de contentarnos para nuestro caso con señalar que, si bien en algunas necrópolis costeras alicantinas se documenta este tipo de arma desde el s. V a.C., al interior murciano, el sureste albaceteño y la Alta Andalucía no llega hasta el s. IV a.C., regiones en las que se empleará seguramente hasta finales del s. III a.C., esto es, hasta los combates relacionados con la II Guerra Púnica¹⁰⁵.

Así pues, con la UE 21 nos encontramos una vez más, en este caso con mayor certeza que en el anterior, ante un depósito ritual votivo, esto es, no funerario. A juzgar por la disposición de los restos documentados, parece ser que en un momento dado se depositaron en una pequeña oquedad del terreno, quizás natural o puede que horadada superficialmente, una pequeña serie de materiales amontonados, para a continuación cubrir el conjunto someramente. A juzgar por la acumulación de cenizas y carbones y por el color tan ennegrecido de la tierra, estos materiales (los huesos de animales, fundamentalmente) habían sido previamente entregados a las llamas, seguramente como una forma de destrucción ritualizada de todos aquellos objetos que se aspiraba a que de alguna manera transpusiesen la frontera entre este mundo y el otro, pues el grado de cremación y fragmentación no parece acorde a un simple proceso de cocinado. Ello es igualmente evidente en las dos esquirlas cerámicas documentadas, que aparecen también quemadas, si bien su minúsculo tamaño impide saber a ciencia cierta si habrían sido conscientemente incluidas en el depósito o, más probablemente quizás, habrían acabado accidentalmente entremezcladas con las cenizas. En cuanto al *soliferreum*, como sucede generalmente con los objetos de

¹⁰² Quesada 1993: 165; 1997 a: 310.

¹⁰³ Quesada 1993: 167; 1997 a: 311.

¹⁰⁴ Quesada 1993: 164; 1997 a: 311.

¹⁰⁵ Quesada 1993: 170-172; 1997 a: 314-315.

hierro, resulta difícil determinar si habría sido entregado a las llamas o no, aunque en todo caso habría sido destruido antes de introducirse en el depósito, pues únicamente se depositó la punta del mismo, seccionada limpiamente, mediante un corte perpendicular al asta, del resto del arma; e incluso podríamos dudar si el extremo de la punta, que como ya mencioné no ha llegado *in situ* hasta nosotros, se fracturó intencionalmente durante estos rituales, o bien como consecuencia de los procesos postdeposicionales o los mismos trabajos de excavación, por cuidadosos que estos trataron de ser.

Finalmente, cabe destacar la cercanía física existente entre este depósito ritual votivo UE 21 y el enterramiento UE 31-28, sobre el cual por cierto recuérdese que igualmente se dispuso un segundo posible depósito votivo. Aunque esta cercanía no basta para relacionar de manera inequívoca los tres conjuntos (entre otras cosas, por la imposibilidad para establecer cronologías más o menos ajustadas para ninguno de ellos), sí resulta sugerente a la hora de interpretar aquellos, lamentablemente solo de manera hipotética, como ofrendas dispuestas en torno al enterramiento; ofrendas que comprenderían quizás alimentos (de ahí las pequeñas acumulaciones de huesos cremados), pequeños fragmentos cerámicos (que no vasos enteros) y metálicos y, en este caso, la punta de un *soliferreum*.

8.5.5. El depósito UE 67-65,66.

El depósito 67-65,66 se sitúa ya bastante alejado del agrupamiento de depósitos anteriores, a unos cuatro metros al sur de aquellos, y de nuevo solo pudo ser excavado parcialmente, por desgracia, pues una vez más se interna en el perfil oeste de la cata, si bien en este caso parece que escasamente. Se trata de una fosa de grandes dimensiones, aproximadamente redonda y de sección cóncava, de algo más de un metro de diámetro, y unos 25 de profundidad. Ahora bien, de su relleno original ha llegado hasta nosotros solo una pequeña parte, pues tras su amortización la fosa fue seccionada por otra, la UE 57-58, que se excavó directamente sobre ella, destruyendo sus dos tercios occidentales hasta alcanzar el fondo de la fosa precedente¹⁰⁶.

¹⁰⁶ Vid. Fig. 8.23.

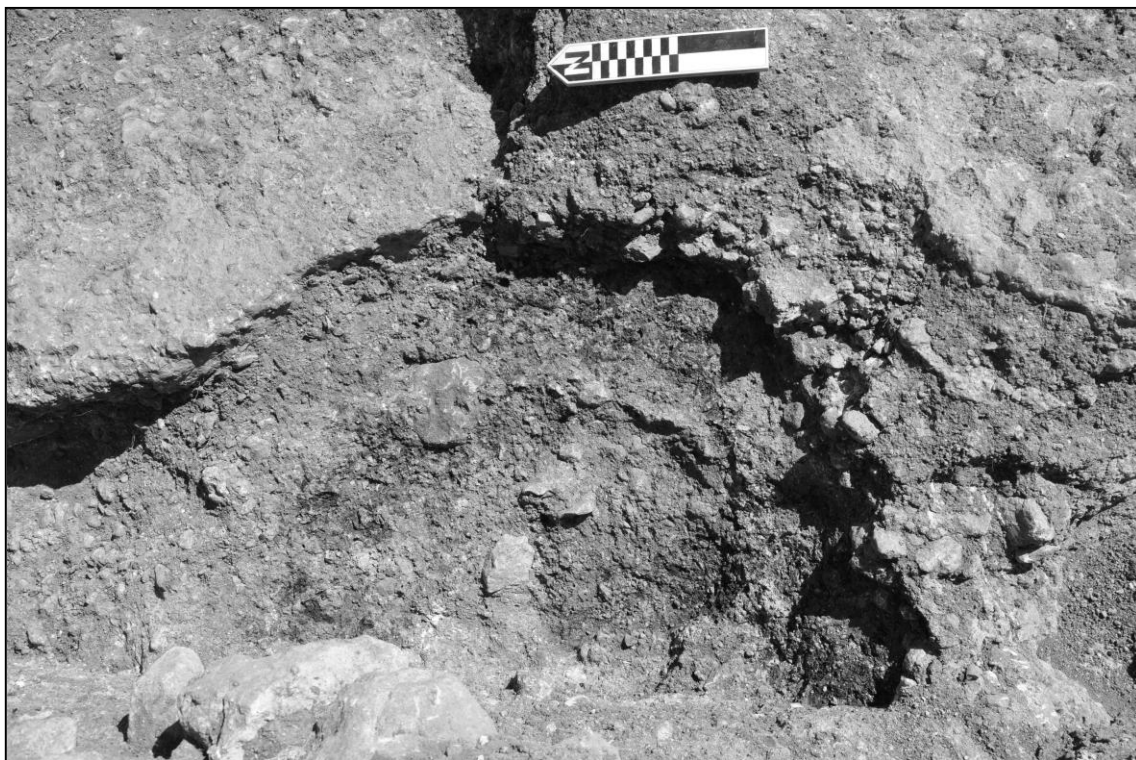


Fig. 8.23. Fosas UE 67-65,66 y UE 57-58.

El hoyo descrito fue rellenado por un paquete sedimentario compuesto de areniscas disgregadas anaranjadas, muy similares a las de los niveles superficiales del lugar (de donde sin duda provendrían) aunque mucho menos compactas. Entre estas tierras, no se documenta material arqueológico alguno, y tan solo algunos pequeños huesos o carbones que posiblemente provengan del fondo de la fosa. Y es que precisamente en el fondo del hoyo (al menos en la parte que no fue destruida por la construcción de la fosa posterior) se detecta un brusco cambio en el contenido del mismo, pues bajo el mencionado paquete de tierras anaranjadas se disponía una capa cenizosa, de escasa potencia pero relativamente compacta, y con un alto contenido en carbones (fundamentalmente provenientes de encina o coscoja, pero también, en una mínima parte, de pino) y huesos quemados (enormemente fragmentados; al menos parcialmente serían de animales, como pone de manifiesto un pequeño colmillo, pero posiblemente otra parte fueran humanos).

Con los datos actuales, por lo tanto, y a falta de que se completen los estudios paleoantropológicos que determinen con seguridad la proveniencia de los restos óseos cremados (que rara vez superan los 2cm²), parece que nos encontramos ante un

enterramiento propiamente dicho, en el que los huesos del difunto se mezclaron con los de las ofrendas de alimentos que le acompañaron en la pira. Todos estos restos fueron depositados en el fondo de un hoyo de una cierta potencia, junto con gran cantidad de carbones, pero sin ningún otro tipo de ajuar u ofrenda, y el pequeño conjunto se cubrió a continuación con tierra de las inmediaciones.

8.5.6. El depósito UE 57-58.

Como acabo de señalar, con posterioridad a la amortización del depósito UE 67-65,66, sobre él se excava un nuevo hoyo, que denominamos UE 57-58, que destruyó buena parte de la unidad anterior. Se trata una vez más de un depósito oval, casi circular, parte del cual se pierde bajo el testigo oeste del corte, y cuya superficie documentada sobrepasaba el medio metro de diámetro. Por lo que respecta a su profundidad, es análoga a la de la fosa UE 67-65,66, esto es, unos 25 cm, pues se excavó en esta hasta llegar a su fondo.

Este nuevo hoyo fue rellenado con un depósito de gredas disgregadas y cenizas, mezcladas con algunos carboncillos (de los que las únicas muestras que han podido ser identificadas pertenecen en su totalidad a encina o coscoja), gran cantidad de huesos (prácticamente triturados y calcinados, por lo que no ha podido determinarse la especie de los animales representados, o si al menos parte de ellos serían humanos) y algunos fragmentos cerámicos y metálicos.

Respecto a estos últimos, destaca sin duda una pequeña pieza de hierro de 3x3x3 cm que creo que puede ser identificado como una sección de la punta de un arma con asta, cortada transversalmente por motivos que desconocemos (aunque sin duda relacionados con el ritual de deposición), y en la que resulta bien visible el nervio central ovalado y las dos mesas. La escasa entidad del fragmento, no obstante, impide su identificación: si bien podría pertenecer a un *soliferreum* como el documentado en UE 21, igualmente podría tratarse de la punta de una lanza, pues la sección de nuestra pieza, que creo que cabe relacionar con el tipo de sección 1 para armas de asta descrito por F. Quesada¹⁰⁷, es empleado indistintamente en varias de las tipologías de

¹⁰⁷ Quesada 1997 a: 357.



Fig. 8.24. Punta de lanza seccionada y paterita de la UE 58.

lanzas propuestas por este¹⁰⁸, por lo que la información cronológica que el fragmento nos aporta, al no poder conocer la longitud y forma de la hoja, es nula. Cabría mencionar, no obstante, que la mayoría de los ejemplares conocidos con este tipo de sección se agrupan en torno al sureste y la Alta Andalucía¹⁰⁹.

En cuanto a los materiales cerámicos, se documentaron varios galbos, cuatro de ellos de minúsculas dimensiones, de pasta oxidante y vestigios de haber sido

¹⁰⁸ Quesada 1997 a: 394.

¹⁰⁹ Quesada 1997 a: 395-396.

quemados, pero también un gran fragmento que, excepcionalmente en lo que se refiere al Corte 1 del Sector IV de Jutia, comprende prácticamente la mitad de un recipiente. Se trata en este último caso de una paterita (tipo III.8.2.2) de pasta reductora, borde reentrante y pie indicado, en cuyas superficies externa e interna se acusa un fuerte impacto térmico. Aunque no se han conservado los bordes del vaso, a juzgar por la curvatura de sus paredes el diámetro de la boca no superaría los 7 u 8 cm¹¹⁰.

La forma y pequeñas dimensiones tan características de este recipiente (que podría considerarse prácticamente una imitación de un vaso ático de barniz negro, como hizo V. Page¹¹¹, si no fuera porque sus prototipos aparecen entre las producciones ibéricas desde época orientalizante¹¹²), unido al hecho de que se trate del único que ha aparecido más “completo” dentro de un depósito ritual, y al hecho de que esta tipología cerámica predomine entre los materiales en superficie, debe alertarnos sobre la importancia del vaso, si bien retomaré este tema más adelante. Valga por ahora la consideración de que al menos una parte significativa de los contextos funerarios en los que ha aparecido este tipo de vaso, con unas dimensiones análogas y fabricado generalmente en pasta reductora, corresponden al s. IV o primera mitad del III a.C., horquilla (por lo demás coherente con la tipología del arma de asta en esta región) que podemos considerar un indicio a la hora de asignar de manera tentativa una cronología a este depósito.

En definitiva, parece que nos encontramos de nuevo ante un depósito votivo, excavado inmediatamente sobre un enterramiento anterior.

8.5.7. El depósito UE 38-39,40,41.

Inmediatamente al sur de las dos fosas anteriores, y a tan solo unos centímetros, se localizó un nuevo depósito, el UE 38-39,40,41. En este caso nos encontramos ante una fosa oval de dimensiones más modestas, de unos 70cm de largo (en dirección noreste-suroeste) y unos 40cm de ancho conservado, pues una vez más

¹¹⁰ Vid. Fig. 8.24.

¹¹¹ Page 1984: 223.

¹¹² Mata y Bonet 1992: 134.

el depósito se introduce bajo el perfil oeste del corte. La profundidad del hoyo rondaba los 40cm, y su forma era cóncava¹¹³.

La gran originalidad de este depósito, no obstante, estriba en que su excavación en extremo cuidadosa, unida a unas buenas condiciones de conservación, permitió discernir tres paquetes sedimentarios distintos formando parte del relleno, algo que supone un dato interesante a la hora de reconstruir el ritual que dio lugar a estas estructuras negativas. Así, pudo distinguirse un estrato superior (UE 39), arcilloso, de coloración parda y compactación media, en el que apenas aparecieron carbones, cenizas o huesos pero sí una veintena de fragmentos cerámicos. Por debajo de este, se diferenció una segunda capa (UE 40), de color naranja vivo debido a su alto componente en arenisca, muy compacta, y en la que se hallaron incluidos gran cantidad de carbones y huesos, pero prácticamente nada de cerámica (tan solo una decena de fragmentos minúsculos, que fueron pasados por alto durante la excavación pero fueron recuperados gracias a la flotación del residuo, y que fácilmente podrían haber percolado del estrato superior). Finalmente, sobre el fondo de la fosa descansaba un tercer estrato (UE 41), negruzco y formado fundamentalmente por cenizas y carbones, apenas compactado y en el que se recogieron gran cantidad de huesos fragmentados y cremados.

Una vez más, todos los carbones identificables de los estratos 40 y 41 resultaron proceder de encina o coscoja. Entre los numerosísimos restos óseos documentados en estos dos estratos, se diferencian algunos que podrían ser humanos, aunque resulta difícil aseverarlo en la mayor parte de los casos al tratarse de huesos cremados y enormemente fragmentados.

Por lo que respecta al material cerámico documentado en la capa superior del depósito, se inventariaron 20 piezas, de entre las cuales destacan un galbo y un fragmento de base de cerámica ática de figuras rojas, posiblemente de un kylix, cuya tipología es difícil de ajustar debido a lo sucinto de los vestigios conservados, aunque podría tratarse de otro ejemplar de Ky12 análogo al identificado en el nivel superficial, debido a la forma del pie, y por lo tanto datable entre finales del s. V y comienzos del s.

¹¹³ Vid. Fig. 8.25.



Fig. 8.25. Fosa UE 38-39,40,41.



Fig. 8.26. Materiales cerámicos de la UE 39.

IV a.C.¹¹⁴ Llama la atención igualmente un pequeño borde de pasta oxidante que correspondería a una paterita (tipo III.8.2.2). Por lo demás, el resto de la cerámica de este estrato corresponde con 17 galbos ibéricos de cerámica fina, de varias cocciones (13 oxidantes, 3 reductoras y 1 mixta), y tres de ellos pintados (uno de ellos además estampillado sobre la pintura)¹¹⁵.

En resumen, nos encontramos ante un depósito ritual que seguramente cabría interpretar como un enterramiento propiamente dicho, en el que, tras la preparación del hoyo, se depositó en el fondo de este un conjunto de huesos recogidos de la pira (puede que todos ellos humanos, o quizás humanos y animales entremezclados) junto con gran cantidad de cenizas y carbones. Sobre esta deposición, se cubrió parte del hoyo con un paquete de tierra de fuerte color anaranjado, recogida de las inmediaciones (aunque seguramente no directamente de la superficie, sino que podría provenir, dada su composición, del fondo de alguno de los hoyos excavados), en el que igualmente se entremezclaron huesos y carbones, provenientes tal vez de la propia pira (en la que, podríamos imaginar, quizás se quemaron otras ofrendas animales una vez retirados los restos del difunto). Por último, la oquedad terminó de amortizarse con tierra parda tomada de la superficie del enclave, incluyéndose entre ella, ahora sí, bastantes fragmentos cerámicos de distintos vasos. Uno de los cuales, por cierto, nos aporta la única datación *ante quem* para fechar el depósito, que por tanto cabría situar posiblemente en el s. IV a.C.

8.5.8. El depósito UE 32.

Finalmente, la unidad UE 32 se situó al sureste del conjunto de depósitos anteriores, prácticamente en el límite oriental del majano. Hubo de tratarse seguramente de un depósito muy superficial, pues no pudo identificarse la interfaz ni discriminarse el relleno del mismo, por lo que no conocemos sus dimensiones ni profundidad. El depósito nos vino señalado, no obstante, por el hallazgo *in situ* de una urna cineraria, que ha llegado hasta nosotros fragmentada pero relativamente completa, y en cuyo interior aún se conservaba el contenido de la deposición, esto es,

¹¹⁴ Py *et alii* 1993: 109.

¹¹⁵ Vid. Fig. 8.26.

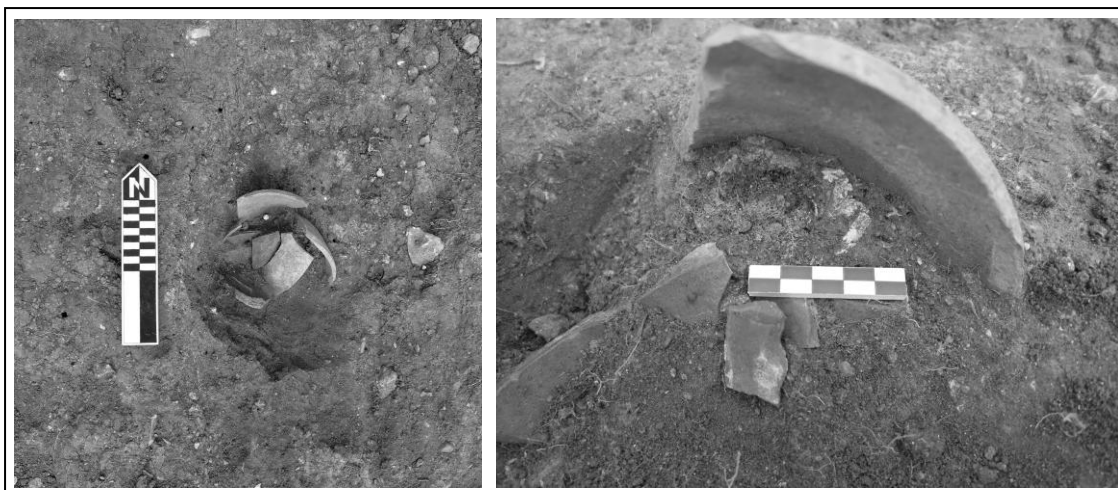


Fig. 8.27. Deposición UE 32 y detalle de la misma en el que se aprecian los restos humanos en el interior de la urna cineraria.

unos pocos carbones (de nuevo todos ellos de encina o coscoja) y gran cantidad de huesos humanos¹¹⁶.

De uno de estos carbones, por cierto, se tomó una muestra para datación radiocarbónica, análisis del que se ocupó el laboratorio de la Universidad de Uppsala. Lamentablemente, al tratarse de una muestra de vida larga y al encontrarnos en plena Meseta de Hallstatt, los resultados de la prueba no fueron demasiado definitivos, pues concluyen una horquilla cronológica, a una probabilidad de 2σ , de 760-410 a.C.¹¹⁷

Ahora bien, esta horquilla puede matizarse atendiendo a la tipología de la propia urna cineraria. Nos encontramos ante un ejemplar de medianas dimensiones, de boca exvasada, labio redondeado, cuerpo bitroncocónico, sin hombro y con el cuello apuntado y el pie tan solo indicado (tipo II.2.2.1), con un diámetro máximo de 200mm, 120mm en la boca y 80mm en la base. La pasta es oxidante, alisada, y aparece decorada en color vinoso con dos pares de bandas que enmarcan la mitad inferior del cuerpo, en tanto que la mitad superior exhibe sucesiones verticales de segmentos ondulados horizontales pareados, y de sectores de círculos concéntricos¹¹⁸.

Podemos encontrar urnas de tipología análoga en varias necrópolis de Albacete. Así, en el cementerio de Pozo Moro, con la variante de presentar un borde biselado en vez de redondeado, y con la decoración únicamente con bandas, aparecen

¹¹⁶ Vid. Fig. 8.27.

¹¹⁷ Vid. Fig. 8.28.

¹¹⁸ Vid. Fig. 8.29 y Lám. 8.6.

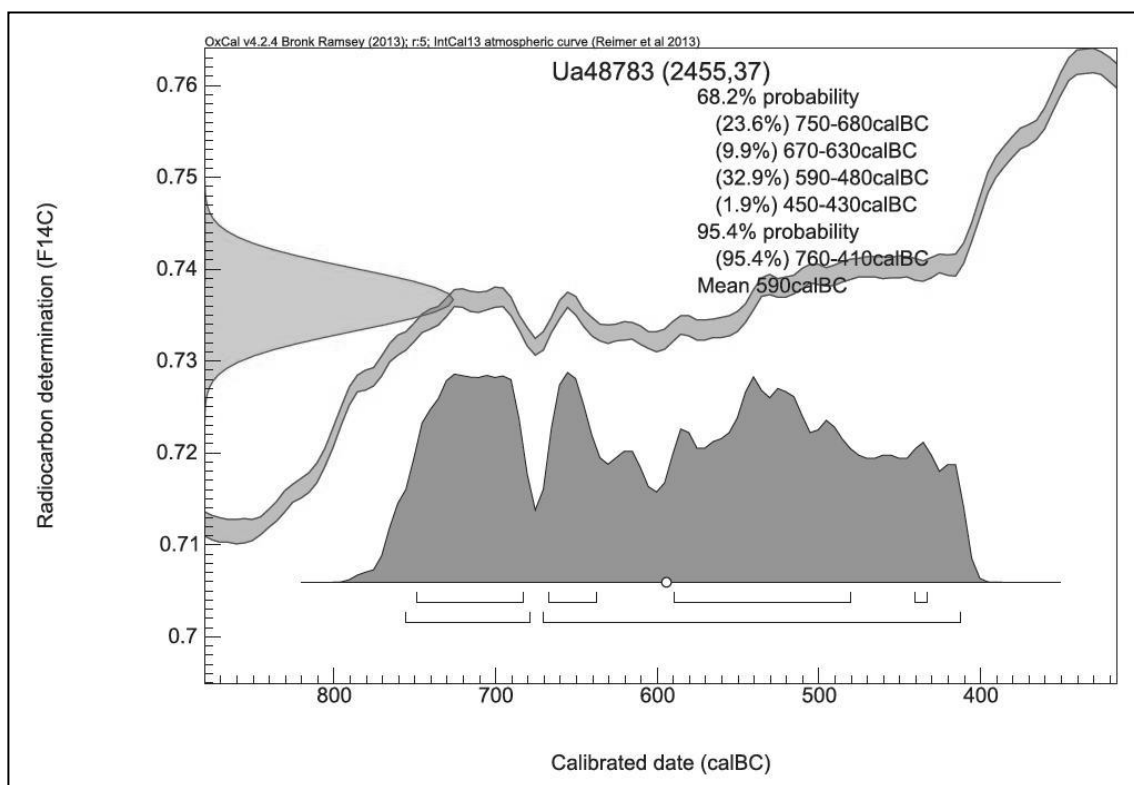
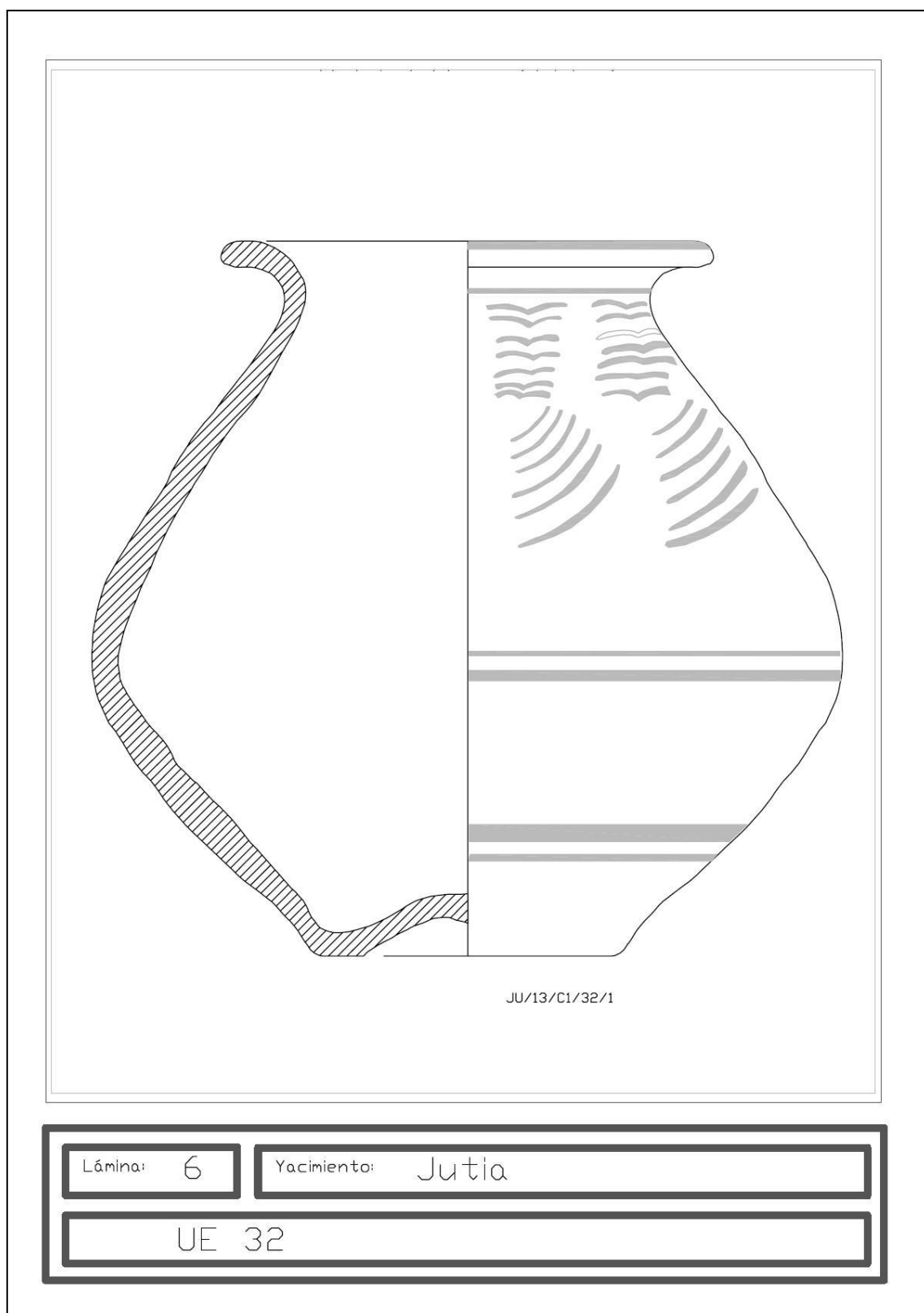


Fig. 8.28. Resultados del análisis de C14 de una muestra de madera carbonizada hallada dentro de la urna de UE 32.



Fig. 8.29. Fragmentos de la urna cineraria de la UE 32.



Lám. 8.6. Urna cineraria de la UE 32 de Jutia.

en las sepulturas 4F4, 5D5, 8E2, 4H5 y 8D1¹¹⁹, de las cuales únicamente podemos datar las tres primeras, que en los tres casos se pueden fechar en la segunda mitad del s. V a.C.¹²⁰ En la tumba 18 del Llano de la Consolación encontramos un ejemplar enormemente similar al nuestro, aunque con la decoración únicamente a bandas¹²¹, si bien en este caso no contamos con materiales diagnósticos para datar la tumba con seguridad¹²², más allá de la consideración de que el cementerio permanece en uso entre las últimas décadas del s. V y mediados del IV a.C.¹²³ En la necrópolis de Hoya de Santa Ana, por su parte, encontramos de nuevo urnas bitroncocónicas como la nuestra, aunque de nuevo con una decoración únicamente a base de bandas, en sepulturas como la 42, la 69 o la 79¹²⁴, si bien el hecho de que aún no se hayan publicado sistemáticamente las distintas sepulturas nos impide conocer su datación; caso distinto es el del llamado “Vaso de los dragones”, una urna cineraria de tipología idéntica a la de Jutia aunque recubierta de un llamativo barniz negro y decorada con una hilera de leones y otra de hipocampos estampillados, urna que apareció en la tumba 52 de este cementerio junto con una fíbula por todo ajuar, y que Michael y Monika Blech fechan en el s. IV a.C.¹²⁵, aunque R. Olmos retrotrajo más bien la urna al s. V a.C., apuntando además que entre los fondos del Museo de Albacete existía un fragmento descontextualizado idéntico¹²⁶. De cualquier forma, encontramos nuevos ejemplares de urnas de tipología análoga en Camino de la Cruz¹²⁷, necrópolis cuya frecuentación se circunscribe a la primera mitad del s. V a.C.¹²⁸ Por poner un ulterior ejemplo, en Bancal del Estanco Viejo, cementerio cuya primera fase se sitúa entre los ss. V y IV a.C.¹²⁹, encontramos al menos otra urna similar¹³⁰.

¹¹⁹ Alcalá Zamora 2003: 114.

¹²⁰ Alcalá Zamora 2003: 86.

¹²¹ Cf. Sanz 2008: 137.

¹²² Valenciano 2000.

¹²³ Valenciano 2000: 258.

¹²⁴ Cf. Sanz 2008: 137.

¹²⁵ Blech y Blech 2002-2003. *Vid.* Fig. 8.30.

¹²⁶ Olmos 1989: 47.

¹²⁷ Cf. por ejemplo AA.VV. 1983: 91.

¹²⁸ Blánquez 1988; 1991: 247.

¹²⁹ Abad y Sanz 1995: 225; Sanz 1997: 42-44.

¹³⁰ Abad, Gutiérrez y Sanz 1998: 64.

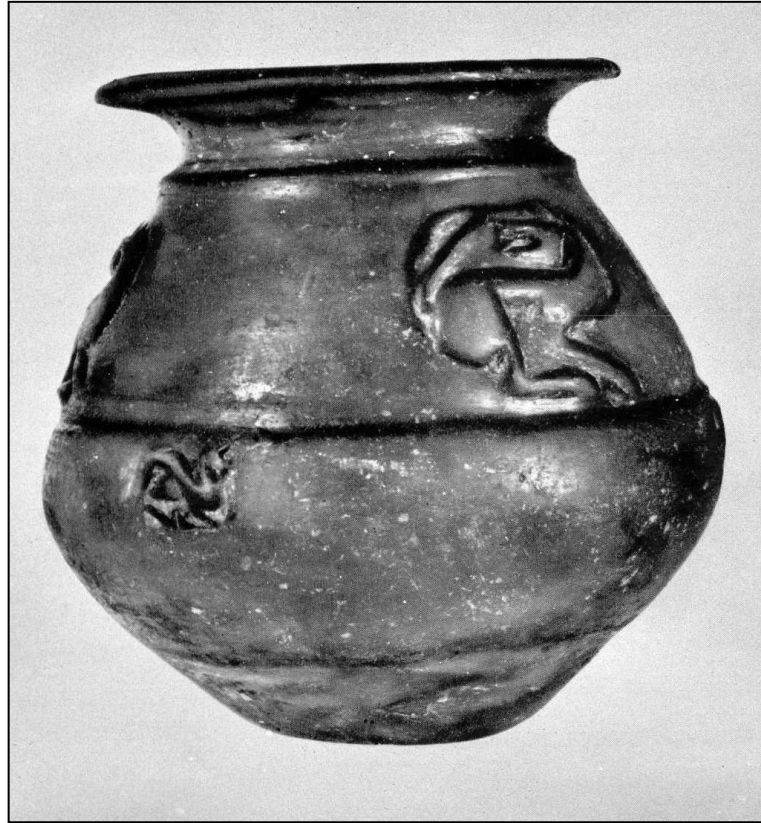


Fig. 8.30. “Vaso de los Dragones” de Hoya de Santa Ana.

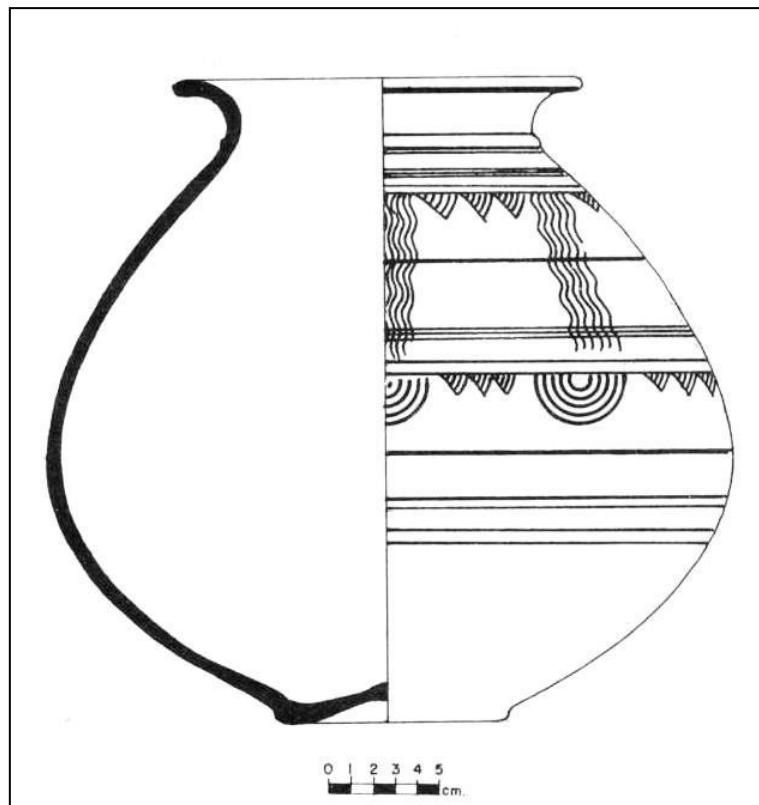


Fig. 8.31. Urna de la tumba 26 de Cigarralejo.

Fuera de la provincia de Albacete, pueden mencionarse igualmente algunos ejemplares de este tipo de urnas, siempre moviéndonos en cronologías similares. Así, en Cabezo Lucero las tenemos documentadas en varias tumbas, como el punto 6, el 9, el 19 o el 26¹³¹, con decoraciones y tipos de borde diversos y todas ellas datadas en la primera mitad del s. IV a.C., aunque sin duda la urna que más se aproxima a nuestra pieza, totalmente análoga salvo por la decoración, procede del punto 57¹³², uno de los pocos de la necrópolis fechables en la segunda mitad del s. V a.C. Finalmente, merece la pena llamarse la atención sobre la urna cineraria de la tumba 26 de Cigarralejo, posiblemente la más parecida a la de Jutia incluso en la decoración¹³³, procedente de la tumba 267, que fue fechada gracias a su complejo ajuar en el primer cuarto del s. IV a.C.¹³⁴

En definitiva, valga este breve excursus tipológico, cuyo ánimo no era de ninguna manera exhaustivo, para argumentar que, dentro de la horquilla cronológica que nos abre la datación radiocarbónica, y teniendo en cuenta que la muestra datada era un carbón de una especie leñosa, esto es, una muestra de vida larga, posiblemente debamos quedarnos con unas fechas tardías, seguramente circunscritas al s. V a.C., coherentes tanto con los análisis químicos como con la tipología del vaso.

De cualquier forma, el depósito UE 32 se nos presenta, por tanto, con una doble peculiaridad respecto de todos los demás analizados hasta ahora. Se trata de la única deposición en urna cineraria conocida en toda la necrópolis, frente a los usuales enterramientos en hoyo en los que los restos funerarios son colocados directamente sobre el fondo del mismo. Y, por otra parte, la cronología del depósito, que como acabamos de ver debe retrotraerse seguramente al s. V a.C., parece anterior a las dataciones que arrojan las demás unidades.

8.6. Los depósitos: algunas perspectivas apuntadas sobre el ritual.

Como se ha podido observar, los nada espectaculares depósitos rituales de Jutia aportan únicamente una cantidad limitada de datos acerca del yacimiento y, por consiguiente, de los comportamientos y actividades de la comunidad que frecuentó el

¹³¹ Aranegui *et alii* 1993: 160, 163, 176 y 185.

¹³² Aranegui *et alii* 1993: 226.

¹³³ Cuadrado 1987: 458. *Vid.* Fig. 8.31.

¹³⁴ Cuadrado 1987.

valle en época ibérica. Ahora bien, la exhaustividad de la documentación, dentro de los parámetros de la investigación actuales, permite arrojar una nueva luz sobre aspectos que hasta ahora venían considerándose “marginales”, “periféricos”, o fruto de la mala conservación del registro o de su recogida deficitaria.

Bien es cierto que, por el momento, contamos con una información demasiado escasa como para establecer recuentos estadísticos mínimamente sólidos, por lo que habremos de contentarnos con explicitar las tendencias observadas en la media docena de depósitos descritos, que no son sino una parte de los conservados bajo el majano de Jutia (como prueba el hecho de que durante las excavaciones de 2014 hayan aparecido nuevos depósitos, coherentes con los aquí analizados pero cuyo estudio de materiales aún no ha finalizado en el momento en el que se escriben estas líneas), que a su vez no sería sino la pequeña parte del área sacra de Jutia que ha podido conservarse, gracias precisamente a la acumulación de piedras en esta zona que ha impedido su puesta en cultivo durante siglos.

Para comenzar, llama la atención la propia “simplicidad” del área de enterramiento, durante el período en el que el yacimiento fue empleado como tal. Las noticias previas sobre el hallazgo de fragmentos escultóricos y vestigios arquitectónicos y la observación mediante fotointerpretación de irregularidades que podrían corresponder con encachados tumulares podrían dar pie a pensar en Jutia como en una necrópolis tumular al uso, según el modelo que aún hoy se considera paradigmático para todo el sureste ibérico (prácticamente para todo el mundo ibérico, añadiría) durante toda la segunda mitad del primer milenio a.C.¹³⁵ La fuerza de este modelo interpretativo sobre las necrópolis ibéricas llega al punto de que en muchos casos, cuando los túmulos no aparecen, se especula con su destrucción tras el abandono de la necrópolis¹³⁶, con la ausencia de materias primas adecuadas¹³⁷, o incluso con la pobreza de la comunidad allí enterrada; de hecho en las necrópolis tumulares prototípicas, generalmente se ha tendido a pensar que las tumbas coronadas por un encachado tumular pertenecerían a individuos más ricos y poderosos que los enterramientos en hoyo, idea que, como ya se comentó en un

¹³⁵ Cf. por ejemplo Almagro Gorbea 1983 b; Blázquez 1990; 2001; Blázquez y Antona (eds.) 1991.

¹³⁶ Por ejemplo, Blázquez 1988: 371; Olcina 2005: 170-171.

¹³⁷ Por ejemplo, García Cano 1994: 182.

capítulo anterior, queda refutada en la mayor parte de los cementerios por un mero recuento de objetos dentro de cada tumba¹³⁸.

Sin embargo, en el sector excavado por el momento no se ha hallado rastro de cubrición alguna de los enterramientos, y en principio no contamos con ningún argumento para sostener que aquellas habrían existido pero fueron destruidas, pues los contextos existentes bajo el majano parecen, al menos en algunos casos, completamente intactos. Por el contrario, parece que las sepulturas de Jutia corresponden, en la mayoría de los casos, con simples hoyos en el suelo, excavados cortando la tierra arcillosa de la superficie hasta llegar generalmente a la roca madre disgregada (margas y gredas), cuyos recovecos naturales se emplean como fondo de la fosa, e incluso pueden llegar a ser ligeramente desbastados para acomodar la misma. Los hoyos tienden a mostrar una forma oval y una sección cóncava, y no se ha documentado ninguna otra preparación previa de la sepultura. Ahora bien, pese a esta aparente simplicidad del ritual, la excavación minuciosa de las fosas demuestra que, al menos en ocasiones, la deposición de los restos en las mismas había de seguir un ritual bastante complejo, que al parecer variaba según los casos, y que por el momento tan solo llegamos a atisbar: a veces los materiales, las cenizas y los restos óseos fueron depositados en el fondo de la fosa, mientras que en otros casos aparecen desperdigados entre la tierra empleada para rellenarla, y aún otras veces parece que ciertos materiales se depositaron en el fondo y otros fueron arrojándose al interior a medida que se rellenaba. Por otra parte, en ocasiones ni siquiera la amortización de los hoyos fue homogénea: la aparición de varios estratos con diferentes coloraciones y grados de compactación indica que el proceso de rellenado fue complejo y constó de distintas fases, algunas de las cuales entrañarían el uso de la combustión (y el arrojado al interior de la fosa de las cenizas y carbones resultantes), intercaladas con otras en las que se depositaban sedimentos con menos materia orgánica.

Es posible que una parte de este complejo ritual, una de las pocas que llegamos a atisbar, estuviera relacionada con el empleo y posterior colocación boca abajo de pequeñas pateritas de cerámica ibérica (tipo III.8.2.2), de pasta reductora generalmente y a veces cubiertas de pintura roja, como la que se encontró casi

¹³⁸ Cf. García Cardiel e.p.

completa en el estrato superior del depósito UE 57-58, o el fragmento hallado en el estrato más superficial del depósito UE 38-39,40,41, y que ya señalé igualmente que se trata del tipo de recipiente más comúnmente documentado igualmente en los estratos superficiales. Posiblemente este tipo de recipientes desempeñara una parte importante en alguno de los ritos llevados a cabo en el lugar, quizás para realizar libaciones de algún tipo, aunque poco más puede afirmarse hasta que se documente algún ejemplar en el que puedan llevarse a cabo de manera efectiva análisis de contenidos, análisis que en el caso de la paterita de la UE 38 arrojaron lamentablemente resultados negativos.

Por el contrario, solo en una ocasión, en la UE 32, se ha constatado el empleo de urna cineraria, tratándose el resto de los casos de enterramientos en los que los restos humanos fueron depositados directamente sobre el fondo de la fosa y por tanto quedaron mezclados inmediatamente con el relleno de esta. Y por lo que a la UE 32 respecta, no nos encontramos precisamente ante una deposición especialmente rica en el contexto de la necrópolis de Jutia: aunque durante la excavación de la unidad estratigráfica no pudo individualizarse la fosa en cuyo relleno estaría inserta esta urna¹³⁹, a su alrededor no apareció ningún otro material, por lo que parece que la propia urna fue el único elemento de “ajuar funerario” (si es que podemos concebir una urna cineraria como parte del ajuar funerario de un difunto) del enterramiento. Su datación y relaciones estratigráficas, además, nos hablan de uno de primeros enterramientos del yacimiento (el más antiguo de los documentados, de hecho). De modo que el carácter excepcional de esta deposición en urna posiblemente no deba ser puesto en relación con un difunto especialmente rico o de estatus social especialmente elevado, como una lectura funcionalista tradicional nos movería inmediatamente a pensar, sino que correspondería sencillamente con un ritual algo diferente, propio quizás de los primeros momentos del área funeraria en los que los comportamientos *ortodoxos* de la comunidad aún no han sido del todo negociados. Podíamos pensar, incluso, en que estamos ante la tumba del fundador de la

¹³⁹ Posiblemente porque el hoyo se rellenó con la misma tierra que se había extraído inmediatamente antes, sin que dicha tierra se mezclara con la ceniza y los carbones de la cremación debido al empleo de la urna, con lo que su coloración no cambió a diferencia de lo que ocurrió en las otras fosas

necrópolis, aunque esta lectura sugerente dista de poder ser probada con tan exiguos datos.

Pudiera parecer que este tipo de necrópolis basadas predominantemente en enterramientos en hoyo y sin urna constituyera una anormalidad, o quizás un fenómeno minoritario, periférico o propio de comunidades empobrecidas. Ahora bien, un vistazo algo más detenido por las necrópolis del sureste evidenciará que se trata, posiblemente, de un comportamiento funerario menos espectacular, y por lo tanto menos estudiado, que los enterramientos bajo encachado tumular, pero no por ello menos habitual, sobre todo en las tierras altas murcianas. Así por ejemplo, en la necrópolis de Villar de Archivel (Caravaca de la Cruz, Murcia), situada bajo el casco urbano de la pedanía de Archivel y por lo tanto solo fragmentariamente conocida gracias a diversas actuaciones arqueológicas puntuales, datable entre finales del s. V y mediados del I a.C.¹⁴⁰ y distante unos 40km en línea recta de Jutia, aproximadamente un 70% del centenar y medio de tumbas conocidas son meros hoyos sin superestructura funeraria alguna, y tres cuartas partes de los enterramientos no empleaban urna cineraria, sino que los restos óseos fueron depositados junto con las cenizas, carbones, y elementos del ajuar funerario directamente sobre el fondo de la fosa¹⁴¹.

De igual manera, en la necrópolis de Villaricos (Caravaca de la Cruz, Murcia), al otro lado del valle del río Argos y a poco más de una decena de kilómetros de la anterior, datable en este caso entre mediados del s. IV y comienzos del II a.C., predominan las incineraciones ibéricas depositadas sin urna en fosas muy superficiales y de estructura sencilla¹⁴². En el cementerio ibérico situado bajo el casco urbano de Lorca (Murcia), por el contrario, parece existir una gran variedad de tipos de enterramientos y superestructuras funerarias, aunque recientemente se ha propuesto que, durante la primera fase de esta área funeraria, todas las sepulturas fueron simples deposiciones en hoyo circular u oval¹⁴³. De vuelta al valle del Segura, tenemos noticia de la necrópolis de Agua Salada (Alcantarilla, Murcia) precisamente gracias al

¹⁴⁰ Brotons 2008: 39.

¹⁴¹ Haber 2005; Brotons 2008; López Mondéjar 2012: 124.

¹⁴² San Nicolás 1987; García Cano 1991: 327.

¹⁴³ Cárcelos *et alii* 2008: 48-54.

hallazgo de una serie de fragmentos escultóricos y arquitectónicos¹⁴⁴ y de un enterramiento de incineración en hoyo sencillo, sin urna cineraria pero con un rico ajuar que comprendía incluso un *oinochoe* de figuras rojas datado hacia el 400 a.C.¹⁴⁵ Asimismo, en Castillejo de los Baños se han podido documentar por el momento 43 sepulturas, datables entre finales del s. V y mediados del IV a.C., todas ellas sencillos enterramientos en hoyo (aunque con diferentes formas en planta), y menos de la cuarta parte de ellas con urna cineraria como elemento receptor de los restos del difunto¹⁴⁶. Por último, en la necrópolis de La Senda, datada entre finales del s. V y el segundo tercio del IV a.C., casi tres cuartas partes de las tumbas documentadas son enterramientos en hoyo, y más del 85% no emplearon urna cineraria¹⁴⁷.

Desde luego, en el gran cementerio de Poblado, vecino de La Senda y perteneciente a la misma comunidad de Coimbra del Barranco Ancho, la situación es bastante diferente, pues encontramos aquí una proporción sensiblemente mayor de superestructuras funerarias y de urnas cinerarias. Y otro tanto sucederá en los otros grandes cementerios murcianos, de los que ya he hablado en repetidas ocasiones en los anteriores capítulos, como Cigarralejo, Cabecico del Tesoro o Los Nietos.

De igual manera, la presencia de enterramientos en hoyo sencillo y sin urna cineraria no es extraña en el sureste meseteño, aunque en este caso las necrópolis en las que este tipo de sepultura predomina sí que son menos frecuentes que en las tierras altas murcianas. Así por ejemplo, en el valle del río Mundo, y por lo tanto no tan lejos de las sierras del Alto Segura, en la necrópolis de Tessorico, con una cronología de en torno a la primera mitad del s. IV a.C.¹⁴⁸ encontramos cremaciones en hoyo (aunque siempre con urna cineraria) pero también túmulos sencillos, túmulos principescos y estructuras de adobe, y todo ello pese al escaso número de tumbas recuperadas¹⁴⁹. Y asimismo en el vecino cementerio de Pozo de la Nieve nos encontramos sepulturas tanto con urna como sin urna cineraria, y tanto en hoyo

¹⁴⁴ Lillo y Serrano 1989.

¹⁴⁵ Jorge 1964-1965; García Cano 1991: 319-319.

¹⁴⁶ García Cano 1991: 321; García Cano y Page 2000: 254; 2001: 58-60.

¹⁴⁷ García Cano 1997: 45.

¹⁴⁸ Broncano *et alii* 1985: 175; Blánquez 1990 a: 358-359; 1991: 246-247. Más adelante se discutirán los problemas de la cronología de esta necrópolis.

¹⁴⁹ Broncano *et alii* 1985: 49; Blánquez 1991: 246.

simple como recubiertas por túmulos de adobe o piedra¹⁵⁰. Otro tanto sucede en la mayor parte de los cementerios del sureste albaceteño, tales como Pozo Moro, Hoya de Santa Ana, Llano de la Consolación o Salobral, en los que las sepulturas en hoyo son solo uno más de los tipos de enterramientos documentados, y en los que predominan las deposiciones funerarias en urna sobre las que no emplean esta. La única potencial excepción en este sentido podría ser el cementerio de Camino de la Cruz, en el que se excavaron una treintena de tumbas, todas ellas de sencilla estructura en hoyo oval que daría cabida a la urna y el ajuar correspondiente; el problema con esta necrópolis sin embargo estriba en que, si bien su excavador en un primer momento mantuvo que se trataba en todos los casos de enterramientos en hoyo sencillos para los que no pudo documentarse ningún tipo de cubrición¹⁵¹, en artículos posteriores fue introduciendo la posibilidad de que estos correspondieran con túmulos de adobe cuyos vestigios habían sido documentados en torno a las tumbas¹⁵², hipótesis que finalmente daría como la más probable para comprender esta aparente “irregularidad”¹⁵³.

En tierras alicantinas, por el contrario, volvemos a encontrar ejemplos de cementerios en los que los enterramientos en hoyo y sin urna constituyen un fenómeno generalizado. Es el caso, en cierta medida, de la necrópolis de la Albufereta, datada como en su momento quedó dicho entre los siglos IV y III a.C., y en la que salvo algunas excepciones las tumbas constituyen meros agujeros en el suelo de escasa profundidad, cubiertos con la propia tierra extraída de los mismos, y conteniendo el ajuar funerario, algunos restos escogidos de la cremación del difunto, y abundantes cenizas procedentes de esta, pero en la mayor parte de los casos sin urna cineraria¹⁵⁴. Algo similar ocurre con otra necrópolis bien conocida de la que también se ha hablado ya, la de la Serreta, fechada igualmente entre el s. IV y la primera mitad del III a.C., y en la que las ochenta tumbas documentadas son hoyos que cortan el breve suelo de la cima del cerro hasta llegar al sustrato rocoso, entre cuyas oquedades naturales (o a

¹⁵⁰ Sanz y López Precioso 1994: 227; López Precioso 1995.

¹⁵¹ Blánquez 1984: 100; 1984 a: 187.

¹⁵² Blánquez 1988 a: 374.

¹⁵³ Blánquez 1999: 56-57.

¹⁵⁴ Figueras 1952 a: 182-184; Rubio 1986: 389-392.

veces incluso desbastándolas) se depositan las bolsas de ceniza, documentándose urnas cinerarias tan solo en un 16% de los casos¹⁵⁵.

Finalmente, es necesario señalar que en el sur de la provincia de Valencia, en la necrópolis de Corral de Saus, se distinguieron numerosos enterramientos en hoyo de planta oval y sin urna muy mal conservados, que sus excavadores atribuyeron a una primera fase de la necrópolis, hacia el s. V a.C., anterior a la etapa mejor conocida de la erección de los encachados tumulares¹⁵⁶. No obstante, ya en su momento señalé que encontraba problemática esta datación de una primera fase de la necrópolis únicamente en base a una serie de estructuras en negativo mal conservadas y sin materiales diagnósticos suficientes, cuando el resto de las sepulturas parecen datar entre los siglos III y I a.C.¹⁵⁷; antes bien, creo que en este caso nos encontramos, como sucede en tantas otras necrópolis tumulares del sureste ibérico, con un espacio funerario en el que los distintos tipos de enterramientos coexisten sincrónicamente.

Otros aspectos del ritual funerario que parece apuntarse en los depósitos de Jutia son igualmente recurrentes en las necrópolis ibéricas. Así, nos encontramos en todos los casos con deposiciones secundarias de los restos cremados, esto es, los cadáveres serían entregados a la pira en un quemadero aún no localizado, y posteriormente algunos de sus restos óseos (en cantidad variable según el caso, siguiendo un criterio que aún no acierto a comprender) serían recogidos y trasladados a la fosa, donde se depositarían junto con un volumen en ocasiones importante de carbones procedentes del *ustrinum*, y acompañados del ajuar preceptivo. El color de los restos óseos recogidos evidencia que la hoguera alcanzaría elevadas temperaturas, en tanto que gracias al estudio antracológico de los mencionados carbones sabemos que la pira se levantaría mediante un abundante aporte de leña de encina y, en algunos casos, pino, constituyendo este seguramente uno de los momentos culminantes del ritual funerario, pese a que de él apenas parecen habernos llegado evidencias indirectas en el registro arqueológico. En cualquier caso, la práctica de la cremación del cadáver en un *ustrinum* colectivo y su posterior deposición en la

¹⁵⁵ Cortell *et alii* 1992: 85; Olcina 2005: 170-171.

¹⁵⁶ Aparicio 1984: 197; Aparicio y Cisneros 2007: 39.

¹⁵⁷ Izquierdo Peraile 2000: 329.

sepultura individual es la más habitual en el mundo ibérico del sureste, con solo algunas posibles excepciones¹⁵⁸.

He apuntado en su momento, por otra parte, que posiblemente las pequeñas pateritas, documentadas en gran cantidad en los estratos superficiales pero también en dos casos entre el relleno superior de los depósitos, desempeñaron un importante papel simbólico en los rituales que se llevaron a cabo en esta área sacra, quizás como recipientes para realizar libaciones. Y desde luego ello no sería de extrañar, habida cuenta su recurrente presencia en otras contextos funerarias del s. IV a.C. Así, aparecen repetidamente, y con estas cronologías, en Pozo Moro¹⁵⁹, Poblado¹⁶⁰, Cigarralejo¹⁶¹ o Cabecico del Tesoro¹⁶², por citar solo los yacimientos más conocidos.

Los depósitos funerarios de Jutia, por otra parte, parecen amontonarse en el espacio, separándose entre sí frecuentemente por escasos centímetros, y en ocasiones superponiéndose los unos a los otros e incluso destruyendo parcialmente los enterramientos anteriores, como en el caso de la fosa UE 14-15, que corta a la fosa UE 31-28, más antigua. Este comportamiento es recurrente en las necrópolis ibéricas a lo largo de su historia, y parece venir derivado, como en un capítulo anterior se discutió, de la consideración en el imaginario ibérico de la existencia de un área sacra necropolitana concreta (aunque generalmente desconocemos cómo se delimitaría), en cuyo interior se tratan de situar las tumbas generación tras generación. Bien es cierto que la superposición de enterramientos ha sido tradicionalmente mejor documentado en las necrópolis tumulares, tales como Cigarralejo, Cabecico del Tesoro o Pozo Moro, y por el contrario rara vez es mencionado en los cementerios en los que los enterramientos en hoyo son predominantes o constituyen el único tipo de sepultura, como los que anteriormente he mencionado; pero ello puede deberse a que no resulta fácil distinguir en el yacimiento la superposición de estructuras negativas cuando estas son meros hoyos rellenos con la propia tierra que previamente se ha retirado, ya que establecer esta diferenciación exige un proceso de excavación lento y minucioso de

¹⁵⁸ Cf. por ejemplo Monraval y López Piñol 1984: 150; Almagro Gorbea 1993-1994:112; Uroz 2006: 32; Brotons 2008: 30.

¹⁵⁹ Alcalá Zamora 2003: 117.

¹⁶⁰ Page 1984: 223, 228, 229.

¹⁶¹ Cuadrado 1987: 211.

¹⁶² Page 1984: 223, 228, 229, 233.

cada fosa, algo que no siempre es posible, sobre todo cuando hablamos de intervenciones arqueológicas urbanas de urgencia.

Una ulterior característica de estos depósitos funerarios en la que me gustaría detenerme es la fragmentación del ajuar en ellos amortizado. La discriminación de algunas fosas aparentemente invioladas, esto es, de contextos cerrados que en principio parecen haber permanecido sellados desde la cubrición de la tumba en época ibérica, y la recogida exhaustiva de los artefactos en ellas contenidos mediante su excavación minuciosa y el flotado y cribado sistemático de los sedimentos, permite aseverar que el ajuar funerario depositado en las distintas fosas se componía fundamentalmente de fragmentos de vasos, y casi nunca de recipientes completos. Únicamente las pateritas aparecen en algunos casos completas o casi completas, como sucede en el depósito UE 57-58 del Corte 1 y como se ha constatado en las recientes excavaciones del verano de 2014 en el Corte 4; algo que redonda, como decía, en la importancia simbólica que este tipo de vasos debía ostentar en los rituales llevados a cabo, al contrastar el carácter de su amortización a la de los demás recipientes.

El fenómeno de la fragmentación rara vez ha llamado la atención de la bibliografía, pero seguramente no es único de Jutia. Por ejemplo, hace pocos años S. Brotons reparó en que en Villar de Archivel, cementerio que ya he comparado en otra ocasión con el área sacra de Jutia, solo el 15% de los enterramientos contenía al menos un vaso completo, fragmentación que el arqueólogo vacilaba si atribuir al vertido accidental de fragmentos cerámicos descontextualizados durante el acarreo de los restos óseos desde la pira hasta la tumba, o bien a un comportamiento ritual que no entrañaba la amortización del recipiente entero sino solo de un fragmento del mismo¹⁶³. O, aludiendo a un ejemplo algo más antiguo, en Corral de Saus el famoso vaso de la lucha entre el héroe y la esfinge apareció fragmentado en más de cuarenta piezas distribuidas por buena parte del área excavada¹⁶⁴: me permito pensar a este respecto que, si no hubiera sido por su singular decoración figurada, el remontaje del vaso hubiera sido mucho más laborioso, y es posible que los investigadores nunca hubieran llegado a reparar en que las diversas piezas encontradas aquí y allá correspondían con un mismo objeto.

¹⁶³ Brotons 2008: 38.

¹⁶⁴ Izquierdo Peraile 1995: 94-95. *Vid.* Fig. 8.32.

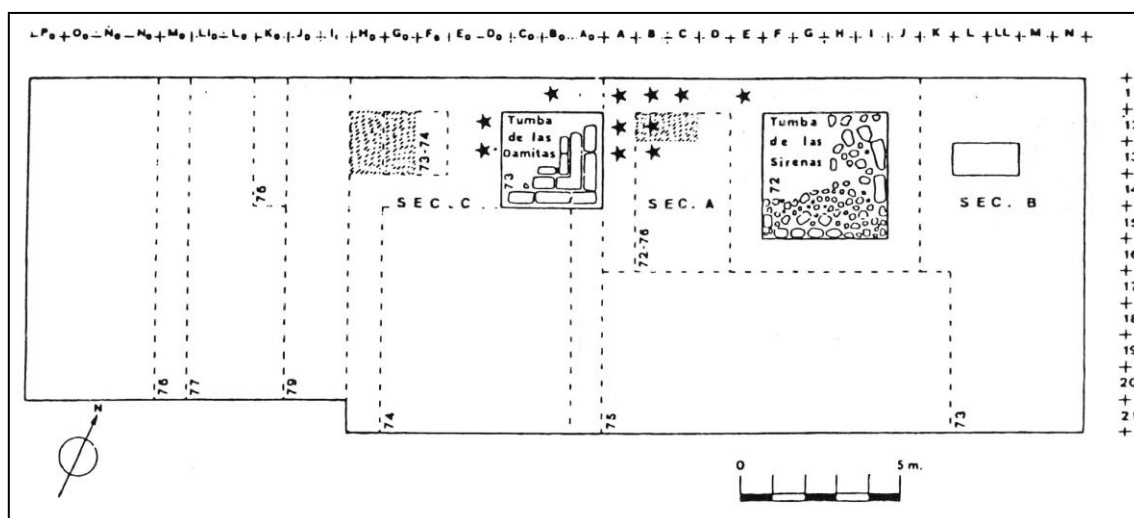


Fig. 8.32. Dispersión de los fragmentos del vaso de la "Lucha entre el héroe y la esfinge" en Corral de Saus.

El problema es, por tanto, que tradicionalmente se ha asumido implícitamente que los objetos cerámicos se introducirían enteros en las tumbas, y por lo tanto que los fragmentos recuperados en estas provendrían de vasos cuyo material restante se habría perdido debido a los procesos postdeposicionales o a los avatares de los trabajos arqueológicos. Tanto es así, que en una parte significativa de los informes y memorias de excavación se catalogan los "vasos" "documentados" en cada enterramiento, sin especificar siquiera si aparecieron enteros o solamente un pequeño fragmento diagnóstico de los mismos. Y, efectivamente, no niego que en muchos casos los procesos postdeposicionales y/o una labor de excavación poco cuidadosa pueda haber llevado a la desaparición de una parte significativa de los recipientes cerámicos introducidos como ajuar funerario en un enterramiento; pero afirmo que despreciar de forma apriorística la posibilidad de que en su momento únicamente se introdujeran fragmentos, y no vasos enteros, no es un proceder metodológicamente correcto.

Sobre todo cuando, recuérdese, la inutilización de las armas y, en ocasiones, su fragmentación, es un comportamiento bien conocido en las necrópolis ibéricas, y sobre el que ya he hablado en un capítulo anterior. Si no nos sorprende que en la UE 21 se depositara solamente la cabeza de un *soliferreum* y que la punta de este pudiera haber sido voluntariamente partida durante el sepelio, no creo que hayamos de asombrarnos porque en la fosa UE 14-15, por ejemplo, se documente únicamente un pequeño fragmento de un plato, y no quede rastro del resto del recipiente. Y otro

tanto puede decirse de las esculturas: como en otro momento discutí extensamente, un comportamiento bastante habitual en el mundo ibérico y ya documentado en varias de las necrópolis mejor conocidas fue el de amortizar fragmentos de las antiguas estatuas dentro de las distintas tumbas, de tal manera que los difuntos de turno se apropiarían de parte del capital simbólico que aún emanaba de estos restos, ligándolo ya definitivamente a su recuerdo y a la consideración social de su estirpe.

Por el momento, no me atrevo a aventurar una hipótesis explicativa concreta de este comportamiento, sobre el que seguramente la progresión de los trabajos arqueológicos en Jutia, la documentación de nuevos depósitos rituales y el estudio exhaustivo de sus materiales fragmentarios arroje algo más de luz. Podría tratarse de la consideración de que era necesario destruir los recipientes en la pira para que acompañaran convenientemente a su dueño al Más Allá, o quizás de la necesidad de repartir un mismo vaso entre diversos difuntos por razones que no alcanzamos a entender, o tal vez la creencia de que un fragmento bastaba para representar metonímicamente al recipiente en el microcosmos simbólico que compone la sepultura¹⁶⁵. O puede que todas estas ideas operaran al tiempo, o tal vez ninguna. En todo caso, considero bastante probable que sea necesario buscar una explicación ideológico-simbólica de este tipo, en vez de una solución puramente materialista, quizás excesivamente reduccionista, como sería la mera alusión a la pobreza de los individuos enterrados, que preferirían amortizar recipientes rotos antes que otros en buen estado.

Y digo esto porque, desde mi punto de vista, la aparente sencillez de los depósitos en hoyo¹⁶⁶ y la sobriedad de los ajuares funerarios en ellos amortizados, podría sugerir la idea de una pobreza generalizada y continuada de los individuos que durante generaciones visitaron esta área sacra y en ella se enterraron. Pero se trata de una idea que, en mi opinión, es excesivamente reduccionista. Tengamos en cuenta por ejemplo que la recogida de la leña de pino y encina suficiente como para levantar una pira funeraria capaz de someter a un cadáver a la temperatura suficiente y durante el

¹⁶⁵ Cf. Chapman 2000: 25-26; Chapman y Gaydarska 2007.

¹⁶⁶ No tan sencillos si tenemos en cuenta que en ocasiones eran rellenados con sucesivos estratos horizontales de tierras de diferentes composiciones, lo que entrañaría seguramente durante el proceso toda una serie de actividades rituales que se nos escapan, y no tan sencillos si tenemos en cuenta los ingentes recursos que la cremación previa requeriría

tiempo requerido como para cremarlo hasta el grado que muestran los restos humanos de Jutia, entrañaría sin duda alguna la movilización de una cantidad de recursos mucho mayor que la adquisición de un vaso cerámico, fuera del tipo que fuera, incluyendo quizás las contadas importaciones áticas documentadas en el yacimiento. Y otro tanto se puede decir del *soliferreum*, para cuya fabricación habría sido necesaria una importante inversión en horas de trabajo especializado de diverso tipo, y ello incluso aunque se haya amortizado únicamente una parte del mismo. Pensemos, finalmente, en los fragmentos escultóricos y arquitectónicos documentados en las inmediaciones de estos depósitos funerarios, y que seguramente formaron parte de la escenografía de esta área sacra; y reparemos en consecuencia en la cantidad de horas de trabajo invertidas en la obtención de la materia prima requerida para su fabricación (con unas características especiales que los escultores ibéricos conocerían bien, y que elegirían con cuidado), en el esculpido de las piezas, y en el traslado de las mismas por los tortuosos senderos de la comarca hasta el mismo lugar de su erección.

En definitiva, posiblemente la aparente sobriedad de los enterramientos y los ajuares funerarios en ellos amortizados derive, como decía, de cuestiones ideológicas. Puede que, a diferencia de lo que ocurría en otras comunidades ibéricas cuyas elites se enterraron de manera más “espectacular”, en este grupo en concreto las necesidades de *distinción* de los grupos gobernantes no fueran tan acusadas, o se canalizaran de algún otro modo.

Desde luego, en ningún momento los depósitos funerarios nos dan la impresión de pertenecer a una sociedad igualitaria: a pesar de la consabida medida de los enterramientos, llama la atención por ejemplo que la fosa UE 22-23 tan solo contuviera las cenizas del difunto, en tanto que en la UE 38-39,40,41, a la presencia de varios fragmentos cerámicos, algunos procedentes de vasos áticos importados, hemos de sumar la constatación de lo complejo de su ritual funerario, especialmente cuidado. La propia presencia de vasos importados refuta cualquier idea “igualitarista”: dado que una *kylix* podría cumplir idénticas funciones (en la vida diaria y en el ritual) que un vaso local, el interés por adquirir esta (pese a su coste, que sin duda aumentaría debido a las dificultades de su transporte hasta estas sierras) derivaría de su consideración

como objeto exótico de prestigio, cuya ostentación, empleo y amortización reportaría un cierto capital simbólico a su poseedor.

Consideraciones parecidas podrían hacerse, al fin y al cabo, en relación con otras necrópolis de enterramientos aparentemente “pobres” (comparados con los documentados en los cementerios contemporáneos) de las que ya he hablado, tales como la de Lorca (de ajuares cuantitativamente modestos, pero entre los que aparecen no pocas importaciones áticas, algunas relativamente exóticas y nada frecuentes en tierras ibéricas)¹⁶⁷, o la de Camino de la Cruz (en la que pese a la escasez general de objetos en los ajuares funerarios, la aparición periódica de placas de cinturón, aretes de bronce o pendientes de oro habla de unas gentes que compartían los mismos códigos de prestigio, al menos en lo que a la vestimenta se refiere, de otras comunidades ibéricas, pero que por una u otra razón no se ven impelidos a amortizar tantos recursos como algunas de aquellas)¹⁶⁸.

Estamos hablando, posiblemente, de comunidades no demasiado grandes en las que las tensiones sociales serían limitadas, pues las diferencias sociales de las que aquellas derivarían no serían tan agudas como las que caracterizarían a otras grandes comunidades. La necesidad de ostentación a la hora de renegociar a cada momento el estatus social de cada individuo dentro del grupo sería, en consecuencia, menor, independientemente de la capacidad adquisitiva de la comunidad o de sus elites, que en Jutia, bien que en ocasiones puntuales, queda sobradamente atestiguada.

Ahora bien, el estudio de materiales que antecedió a esta discusión puso en evidencia que no todas las fosas documentadas bajo el majano en el Corte 1 contenían depósitos funerarios, pues no en todas aparecieron restos óseos humanos. Es el caso, por ejemplo, de UE 21, conjunto compuesto como vimos por la punta de un soliferreum, un fragmento cerámico de pasta oxidante tosca, y algunos carbones de encina, pero sin un solo hueso. En el depósito UE 14-15 tampoco se han podido documentar restos humanos entre los huesos de animales cremados, ni tampoco en la fosa UE 57-58.

¹⁶⁷ García Cano 1989-1990; 1991: 328; 2004.

¹⁶⁸ Blánquez 1991: 247.

Estas fosas con objetos pero sin restos humanos han sido interpretadas tradicionalmente en otros yacimientos como cenotafios¹⁶⁹, o bien se ha asumido sencillamente que los huesos habrían sido depositados en su momento pero posteriormente se habrían perdido, bien debido a los procesos postdeposicionales o bien durante la excavación. La cuestión se complica aún más en el caso de las necrópolis excavadas antes de los años setenta del s. XX, ya que hasta entonces rara vez se recogían los huesos encontrados, y solo en ocasiones se especificaba siquiera su existencia en los diarios de excavación.

En las últimas dos décadas, no obstante, comienza a tomar fuerza entre la historiografía la idea de que en las necrópolis ibéricas no solamente habría tumbas propiamente dichas, sino que los cementerios serían frecuentados igualmente de manera periódica por los familiares de los difuntos y por determinados miembros de la comunidad para llevar a cabo las labores preceptivas de mantenimiento del espacio funerario y para depositar ofrendas, que serían amortizadas junto a los enterramientos¹⁷⁰. Es de esta manera, creo, como se pueden interpretar las frecuentes fosas que aparecen tanto en las necrópolis tumulares ibéricas (donde son quizás más evidentes, pues horadan con frecuencia los encachados tumulares antiguos) como en estos otros cementerios donde lo que predominan son los enterramientos en hoyo; incluidos los mencionados depósitos no funerarios de Jutia, en los que el flotado y posterior análisis del conjunto del sedimento garantiza que ningún resto óseo ha podido pasarse por alto.

Ahora bien, téngase en cuenta que estas posibles ofrendas serían depositadas siguiendo un ritual complejo, cuyas significaciones simbólicas posiblemente se nos escapen en gran parte. Los objetos y animales amortizados eran seguramente un regalo que un individuo determinado, o quizás un grupo social o toda la comunidad, brindaba a un difunto concreto; pero los oferentes no se contentaban con colocarlos junto a la tumba, sino que estos artefactos habían de atravesar por unos rituales que quizás no distarían mucho de los experimentados por el propio cadáver del difunto: de ahí que fueran previamente entregados al fuego, y que a continuación se introdujeran

¹⁶⁹ Blánquez 1995 b: 264; García-Gelabert y García Díaz 1997; Rosser y Fuentes 2007: 50; Sánchez-Moreno 2011: 166; García Huerta 2011: 385; Bonet y Vives-Ferrándiz 2011 a: 240-243;

¹⁷⁰ Rísquez y García Luque 2007; García Luque y Rísquez 2008.

en un hoyo excavado al efecto en la propia necrópolis junto con restos de ceniza y carbones procedentes de tan “original” pira. Desde el imaginario ibérico, estos procesos de cremación y destrucción serían seguramente preceptivos para facilitar el acceso al Más Allá, ya se tratase de seres humanos difuntos o de animales u objetos.

Sería interesante igualmente estudiar la composición de estas ofrendas, y comprobar si resultan coherentes con los contenidos de los ajuares funerarios contemporáneos o presentan parámetros distintos. Lamentablemente, el registro que por el momento conocemos en Jutia es tan sucinto que cualquier comparación de este tipo carece de referentes suficientes como para resultar indicativa.

No obstante, a partir de los comportamientos rituales observados generalmente en las necrópolis y santuarios ibéricos, según se ha discutido en los capítulos anteriores de este trabajo, podríamos esperar que el contenido de estas ofrendas nos hablara tanto del individuo que las depositaba como del difunto que las recibía, o mejor dicho, de la persona social del primero y de la identidad social aceptada para el segundo. Al acudir a una necrópolis y depositar un objeto tras una serie de rituales junto a la tumba de un difunto (o incluso, llegado el caso, horadándola parcialmente), el oferente reivindica para sí una conexión de determinado tipo (de linaje, de dependencia, de reconocimiento hacia el dinasta local, etc.) con el difunto, conexión que debe ser negociada con la comunidad (o con el sector de esta que se entierra en la necrópolis) y que la comunidad acepta, pues de lo contrario no se toleraría la realización de esta ofrenda en un espacio eminentemente político como lo es un cementerio. Para arrogarse esta vinculación, la ofrenda amortizada debe ser apropiada en relación con el estatus y la función social del oferente y en relación con los del difunto.

En consecuencia, podemos observar estas ofrendas funerarias desde una doble perspectiva ideológica: como un discurso tendente a reivindicar en beneficio del oferente la memoria (y, por consiguiente, el capital simbólico) del difunto; y como un discurso encaminado a negociar la posición social de aquel, en relación con la de este. Por poner un ejemplo explicativo concreto: el individuo que destruyó y quemó un soliferreum e hizo enterrar su punta a escasos centímetros de la fosa UE 31-28, seguramente se estaba presentando ante la comunidad como heredero del difunto allí enterrado; y ofreciendo a aquel un arma estaba poniendo de relevancia el carácter

guerrero del difunto, pero también la capacidad propia del donante para poseer, utilizar y amortizar piezas de armamento.

Resta, finalmente, una última consideración, que introduciré aludiendo a un ulterior yacimiento, respecto del cual el área sacra de Jutia muestra algunas concomitancias. Me refiero al área sacra de Agualejas (Monforte del Cid, Alicante), un arenero situado en la orilla izquierda del río Vinalopó, a la altura de un meandro que el río traza a unos dos kilómetros al sur del casco urbano de Monforte. A comienzos de los años setenta, la extracción de áridos en este sector (aunque en una ubicación concreta difícil de precisar) provocó el descubrimiento de una serie de esculturas de bóvidos y fragmentos arquitectónicos¹⁷¹, que fueron interpretadas como los vestigios de un monumento turriforme¹⁷². Quince años después, de nuevo debido a una remoción de tierras, se documentaron nuevos materiales arqueológicos: todo un nivel ceniciento con cerámicas romanas situado a unos 45cm de profundidad, y por debajo de este, un conjunto de nueve “manchas” de ceniza y una estructura pétrea¹⁷³. Esta última, interpretada por los arqueólogos que la publicaron como un empedrado tumular¹⁷⁴, me parece más bien un enlosado, pues se trata a decir de los propios autores de “una sola hilada de losas planas de forma irregular, dispuestas en algunos casos de manera que encajaran unas con otras, con los intersticios rellenos por piedras más pequeñas”¹⁷⁵, delimitado por algunas hileras de piedras más pequeñas, y datado gracias al material cerámico asociado al mismo entre finales del s. V y comienzos del IV a.C.¹⁷⁶. No se documentó ningún enterramiento asociable a esta estructura. Por lo que respecta a las “manchas” que aparecieron en torno a esta estructura, pueden describirse como bolsas de cenizas mezcladas con tierra, cuya planta y sección desconocemos, y en cuyo interior se documentaron toda una serie de fragmentos cerámicos de cerámica ibérica común, decorada y de cocina, además de algunas

¹⁷¹ Ribelles 1978.

¹⁷² Almagro Gorbea y Ramos 1986.

¹⁷³ Abad, Sala y Alberola 1995-1997. *Vid.* Fig. 8.33.

¹⁷⁴ Abad, Sala y Alberola 1995-1997: 13-17.

¹⁷⁵ Abad, Sala y Alberola 1995-1997: 13.

¹⁷⁶ Abad, Sala y Alberola 1995-1997: 17.

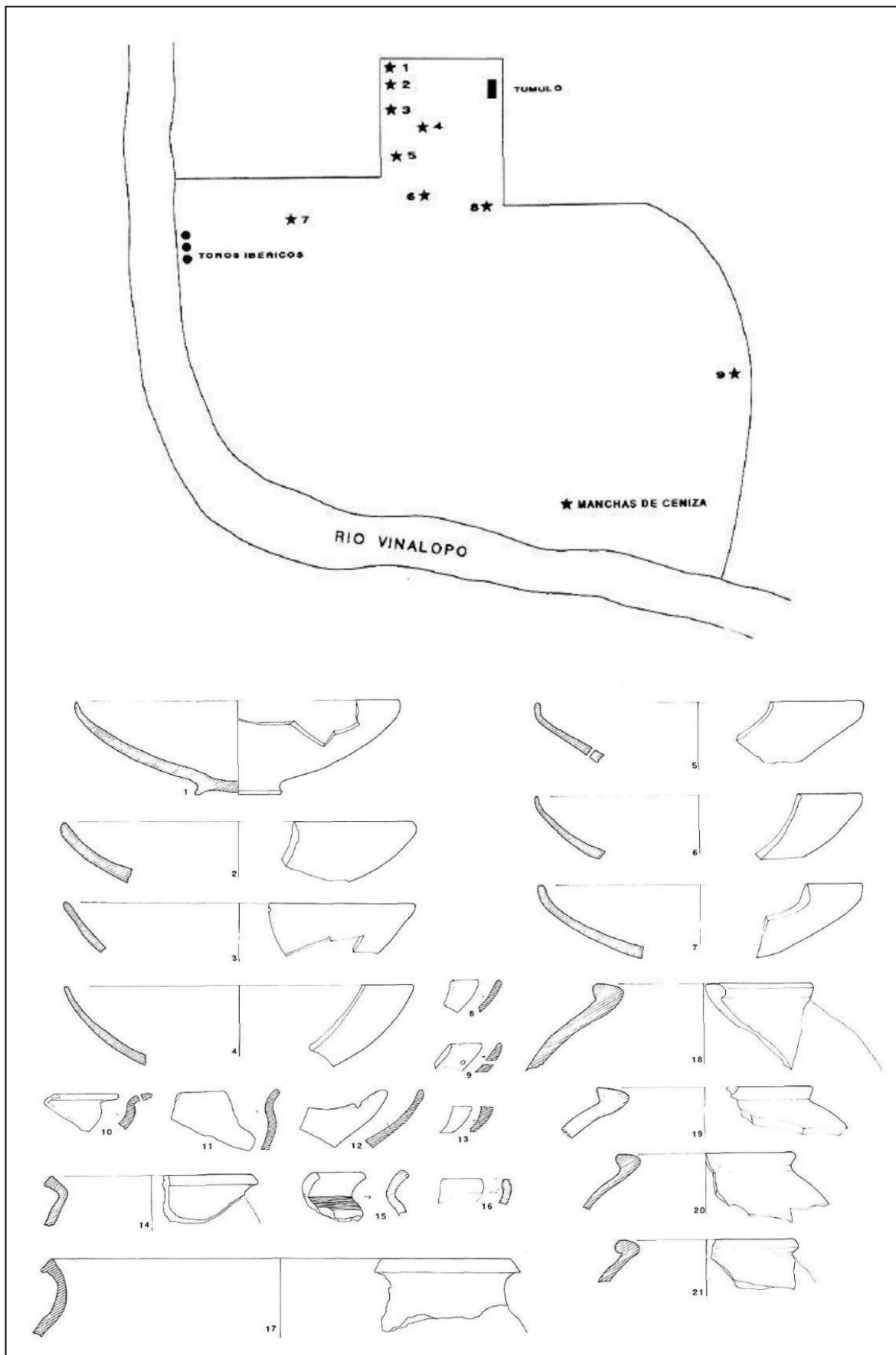


Fig. 8.33. Dispersión de los hallazgos en Las Agualejas y materiales documentados en la “mancha 1”.

importaciones itálicas, que permitieron datar estas deposiciones de materiales, según el caso, entre el s. V y el I a.C. Contenían además huesos de animales, pero no pudo documentarse en ningún caso restos humanos, algo que sirvió a los autores para precisar que no se trataría de tumbas propiamente dichas sino de depósitos en los que se arrojarían los desechos generados por los rituales funerarios relacionados con las tumbas inmediatas, no encontradas¹⁷⁷.

En consecuencia, la interpretación que L. Abad, F. Sala y E.M. Alberola ofrecieron del yacimiento de Las Agualejas coincide parcialmente con la que presento aquí de los depósitos de Jutia. Desde mi punto de vista, preferiría hablar de “depósitos rituales” en los que se amortizaban las ofrendas antes que de vertederos a los que arrojar los desechos del ritual, aunque en realidad esta es otra posibilidad plausible, y no dispongo de argumentos de peso para refutarla más allá de la consideración de que el cuidado con el que se disponen estos materiales y su cercanía respecto de las tumbas me hace pensar en ofrendas en sí mismas y no tanto en desperdicios. Por otra parte, como ya he apuntado, el “empedrado” me parece más bien un enlosado, base seguramente para un monumento escultórico, y no tanto una verdadera superestructura funeraria tumular. La comparación con el yacimiento de Las Agualejas, por tanto, parece evidenciar que, pese a su situación periférica encaramada en las sierras, Jutia participaba de las dinámicas culturales y religiosas de su época.

En todo caso, el interés de la comparación con Las Agualejas estriba igualmente en dar pie a una última reflexión, en este caso sobre la propia consideración del yacimiento. A pesar de que en las “manchas” de Las Agualejas no se documentaron restos humanos¹⁷⁸, los autores que publicaron este enclave lo interpretaron como un área funeraria, y pusieron las bolsas cenicientas en relación con las actividades rituales propias de aquella. Hipótesis esta que creo totalmente acertada, y que me parece que ahora se ve apoyada por el hallazgo de los depósitos rituales de Jutia, que además de la inmediatez de su localización respecto de la de restos escultóricos y

¹⁷⁷ Abad, Sala y Alberola 1995-1997: 18.

¹⁷⁸ Algo que por otra parte no puede considerarse como definitivo, pues estamos hablando en este caso de una intervención de urgencia, que por su propia naturaleza difícilmente puede llegar a ser tan minuciosa como sería deseable, y en la que se excavaron bolsas de ceniza que habían quedado al descubierto debido a la acción de una pala excavadora, y que por tanto se encontraban ya muy removidas desde un primer momento.

arquitectónicos como en Agualejas, en este caso sí pudieron ser documentados en relación directa con las propias sepulturas.

Pese a todo, reparemos en que los autores que publicaron Las Agualejas, a pesar de considerar en todo momento el yacimiento como una necrópolis, se permitieron tildar al enclave en el título del trabajo como “la necrópolis y el área sacra de Las Agualejas”. No lejos de Jutia pero ya en la provincia de Granada, al otro lado de las sierras del Segura, contamos también con otro par de yacimientos que han sido caracterizados por la historiografía como, simultáneamente, “necrópolis y santuarios”, como son la Molata de Casa Vieja y Casas del Duque (Puebla de Don Fadrique, Granada)¹⁷⁹. Esta distinción me parece enormemente sugerente al comparar el yacimiento de Las Agualejas con Jutia. Y es que, si bien una necrópolis es por naturaleza un área sagrada, el cese de la actividad funeraria en un cementerio, en el caso de que pese a ello el lugar continúe siendo frecuentado, puede convertirlo en otro tipo de área sacra, relacionada con el respeto a los antepasados, o incluso con un culto heroico si se quiere, pero sin una función estrictamente funeraria. Ello podría haber sucedido en Las Agualejas, donde los únicos vestigios (no demasiado firmes, a decir verdad) para hablar de una actividad funeraria datan del s. V a.C., en tanto que las “manchas” corresponden con actividades rituales periódicas que continúan realizándose en el lugar hasta el s. I a.C. Y otro tanto podría haberse dado en Jutia, como discutiré a continuación. Razón esta por la que he preferido hablar en este capítulo de “área sacra” en vez de “necrópolis” de Jutia, dado que por el momento no podemos estar seguros de que la actividad funeraria en el lugar se extendiera durante todo el período de frecuentación del mismo.

8.7. Un intento de contextualización histórica.

A pesar de que los datos de los que disponemos para insertar a Jutia en su contexto histórico son aún escasos, creo necesario plantear un modelo preliminar, el cual deberá tomarse únicamente como hipótesis de trabajo que habrá de ser quizás refrendada, seguramente matizada, o puede que refutada, a medida que vayan conociéndose nuevos datos sobre el yacimiento.

¹⁷⁹ Adroher *et alii* 2004: 111; Adroher, Sánchez Moreno y Caballero 2004: 215.

En todo caso, por el momento, la actividad fechable más antigua del yacimiento, por lo que a la época ibérica se refiere, es el enterramiento UE 32, pues como hemos visto anteriormente, conjugando la tipología cerámica de la urna cineraria con la datación radiocarbónica efectuada, hemos de atribuirle una cronología de hacia el s. V a.C.

Los otros depósitos documentados, al menos los que han aportado elementos diagnósticos susceptibles de poder fecharse, parecen algo más tardíos. Así, entre los escasos fragmentos cerámicos del depósito UE 14-15 encontramos materiales que cabría situar en el s. IV a.C.; el depósito UE 31-28 en consecuencia es anterior a dicha fecha, pues es inferior y fue cortado por aquel. Poco puede añadirse sobre la datación del enterramiento UE 22-23, pues en su interior solo aparecieron restos humanos amortizados. La cronología del depósito UE 21 por su parte debe establecerse seguramente, como se dijo, hacia los siglos IV o III a.C., en tanto que cabría atribuir, aunque con dudas, al depósito UE 38-39,40,41 una datación de hacia el s. IV a.C. Igualmente, la paterita de la fosa UE 57-58 encuentra sus mejores paralelos en contextos del s. IV o primera mitad del III a.C., y por consiguiente el depósito UE 67-65,66 debe ser algo anterior.

También de finales del s. V o, más probablemente, de comienzos del IV a.C., parecen datar los fragmentos escultóricos documentados en las cercanías de estos depósitos funerarios, a juzgar por el análisis de sus rasgos estilísticos que realiza T. Chapa¹⁸⁰.

Nos estamos moviendo, por tanto, y tal y como quedó de manifiesto en el modelo territorial que propuse páginas atrás, en un período de grandes transformaciones en las sierras albaceteñas del Alto Segura. A comienzos de la V centuria a.C. el gran asentamiento de la comarca, El Macalón, se abandona, y el complejo proyecto político cívico que articulaba el territorio de los alrededores desde sus murallas se disuelve, sin que al parecer sea sustituido por ningún otro en estas tierras altas (al margen de lo que ocurre algo más abajo, en Piedra de Peñarrubia). En su lugar, aparecen a lo largo de los siglos V y IV a.C. toda una serie de pequeños asentamientos encaramados sobre cerros medianos que se levantan a lo largo del

¹⁸⁰ Chapa 2007-2008: 84-85.

curso del Taibilla, desde los que estas pequeñas comunidades locales tratarán de prosperar explotando los recursos de las inmediaciones.

Poco después de este cambio en las dinámicas del poblamiento de las sierras, es posible que una de estas comunidades, o quizás alguna otra que aún no hemos identificado, aspirara a explotar los recursos del valle de Jutia, un territorio fértil pero encerrado en sí mismo, rodeado de montañas aunque accesible a través de caminos tortuosos que parten precisamente desde el curso del Taibilla. Un territorio sobre el cual alguna de estas nuevas comunidades quizás pretendió arrogarse un dominio efectivo, o al menos la legitimación simbólica para frecuentarlo y aprovechar sus recursos. Y para ello sus habitantes, o quizás solamente su elite dirigente, decidió ubicar en el lugar la necrópolis donde sus difuntos habrían de ser enterrados¹⁸¹. De esta manera, el enclave pasaba a convertirse en propiedad efectiva de la comunidad pese a su lejanía respecto a esta, quedaba simbólicamente ligado a ella, vinculación que se materializaría no solo a través de los eventuales enterramientos en el valle para los que se desplazaría una parte significativa de la comunidad, sino también mediante la peregrinación periódica al lugar para la deposición de ofrendas. Al cabo de poco tiempo, de hecho, se erigiría en el lugar un monumento escultórico, en el que una serie de imágenes (alusivas a la fertilidad y a la riqueza, pero también a los sacrificios rituales¹⁸²) actuarían como escenografía durable y demarcación del área sacra, y por tanto como materialización monumentalizada de las pretensiones sobre el valle que la susodicha comunidad intentaba hacer valer y perpetuar.

No olvidemos, al fin y al cabo, que en la región el empleo de esculturas como hitos territoriales y como escenografía funeraria está documentado ya para épocas anteriores, como las esculturas de El Macalón, Cercado de Galera y Haches, todas ellas datadas entre los ss. VI y comienzos del V a.C., atestiguan¹⁸³.

Por lo que respecta a los materiales documentados en superficie en torno al majano excavado, coinciden en parte con las cronologías de los depósitos rituales, es decir, los ss. V y IV a.C., aunque igualmente aparecen, si bien en menor proporción,

¹⁸¹ Para un fenómeno similar, cf. Grau 2013: 268.

¹⁸² Chapa 2007-2008: 84-85.

¹⁸³ Chapa 2007-2008: 82-84.



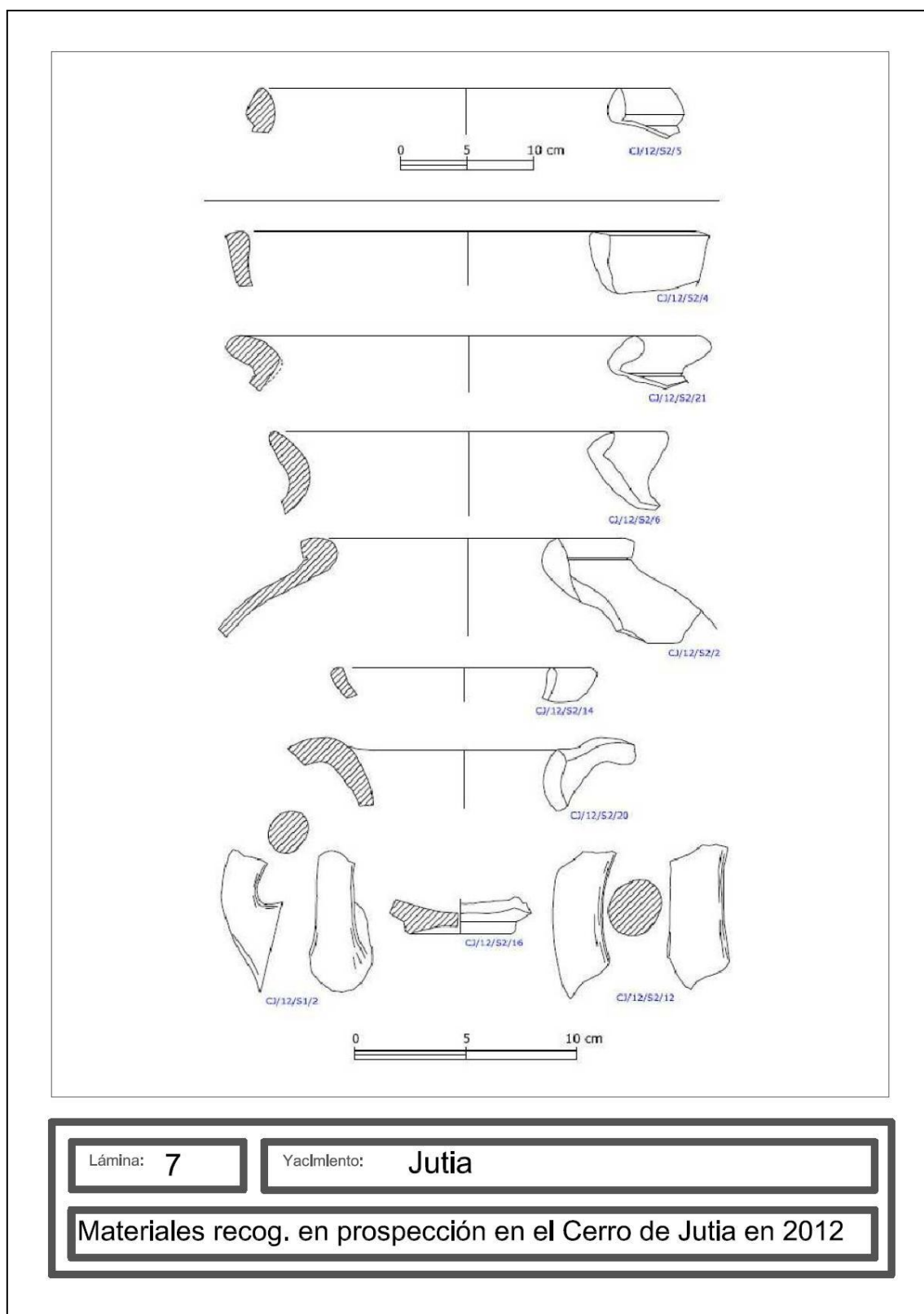
Fig. 8.34. Vista del valle de Jutia con el área sacra y el Cerro de Jutia señalados.

materiales de cronología posterior, como cerámicas ibéricas tardías o fragmentos de *terra sigillata*.

Estos últimos materiales seguramente deban ponerse en relación con el asentamiento que, como señalaba al comienzo de este capítulo, fue documentado en la cima del Cerro de Jutia, esto es, sobre un pequeño montículo que domina la parte baja del valle de Jutia, a 1306msnm y a apenas seiscientos metros del Sector IV en el que se documentaron los depósitos rituales, situados como quedó dicho en la ladera que descendía desde el susodicho cerro hacia el arroyo Rivelte¹⁸⁴. En esta elevación, durante las prospecciones de 2012 se documentó un pequeño asentamiento, seguramente amurallado aunque enormemente arrasado y en parte destruido por la construcción de edificios modernos, pero cuyos materiales recogidos en superficie parecen situarlo precisamente en época iberorromana¹⁸⁵. Se trataría sin duda de un pequeño caserío rural, dedicado a la explotación agrícola de las fértiles tierras de la orilla izquierda del Rivelte, emplazado a escasos metros de la vía pecuaria que atraviesa el valle de Jutia y asociado sin duda a los manantiales cercanos, tanto a la inmediata Fuente de Jutia como a la Fuente del Álamo.

¹⁸⁴ Vid. Fig. 8.34 y Lám. 8.7.

¹⁸⁵ González Reyero 2012: 71-72.



Lám. 8.7. Materiales recogidos en prospección en el Cerro de Jutia.

Por consiguiente, sería interesante llevar a cabo una prospección intensiva por todo el Sector 2, esto es, por toda la ladera que desciende desde el Cerro de Jutia hasta el arroyo Rivelte, documentando los puntos en los que se hayan estos materiales tardíos, de tal manera que pudiera constatarse si estos materiales aparecen diseminados por igual por toda la pendiente, lo que nos estaría hablando de la dispersión difusa de material arqueológico característica de las tareas agrícolas y las consiguientes labores de abonado de los campos, o bien si, como pareció apreciarse durante las prospecciones de 2012 y los trabajos de campo llevados a cabo durante 2013 y 2014, estos se concentran en una mayor proporción en torno al Sector IV, es decir, en torno al área sacra en la que durante los siglos V y IV a.C. se llevaron a cabo deposiciones rituales, algunas de ellas funerarias.

Esta última opción, de hecho, evidenciaría un fenómeno interesante, como sería la constatación de que, generaciones después de que el área funeraria aparentemente hubiera dejado de funcionar como tal, el lugar continuaría siendo frecuentado por las gentes de los valles, quizás incluso por aquellas que hacia los siglos III-II a.C., se instalaron no lejos de allí. Un fenómeno que quizás no fuese aislado, pero cuya constatación es tan evanescente que difícilmente puede llegar a documentarse en un yacimiento al margen de toda duda. Así por ejemplo, sin ir más lejos, en la no tan lejana necrópolis de El Tesorico todas las tumbas documentadas datan de la primera mitad del s. IV a.C.¹⁸⁶ (con la posible excepción de un enterramiento que podría ser ligeramente anterior, de finales del s. V a.C.¹⁸⁷), pero sin embargo en superficie se han recogido materiales fechados claramente en el s. III o incluso comienzos del II a.C., como un ánfora grecoitalica o un fragmento de cerámica ibérica con decoración figurativa¹⁸⁸, algo que tradicionalmente ha servido para proponer que en la necrópolis se habrían abierto tumbas mucho más modernas que las excavadas pero que habrían sido arrasadas antes de la llegada de los arqueólogos¹⁸⁹. Podría proponerse igualmente que, así como en Jutia, la actividad funeraria cesó en El Tesorico en el s. IV a.C., coincidiendo prácticamente con el abandono del poblado adyacente de Camarillas-1, pero que el enclave continuó constituyendo un nódulo

¹⁸⁶ Blázquez 1990 a: 358-359; 1991: 246-247;

¹⁸⁷ Broncano *et alii* 1985: 175.

¹⁸⁸ Sanz 1997: 21.

¹⁸⁹ Blázquez 1990 a: 359; 1991: 246-247.

marcadamente semantizado en la red de significados simbólicos del paisaje circundante, por lo que, generaciones después de que el último enterramiento se llevara a cabo, las gentes de los alrededores aún se acercarían a El Tesorico y ocasionalmente depositarían algún objeto a modo de ofrenda a sus predecesores.

Puede que, de igual manera, las gentes que hacia los ss. III y II a.C. se instalaron en el Cerro de Jutia guardaran el recuerdo de la sacralidad de ese punto determinado de la ladera donde sus ancestros se habían hecho enterrar, y continuaran frecuentándolo. O puede que, sin guardar ningún recuerdo de la antigua actividad ritual que otras gentes habían realizado allí, se encontraran en sus labores agrícolas con el antiguo monumento escultórico, o con las ruinas del mismo, y con vestigios de enterramientos a su alrededor, e inmediatamente “construyeran” para el lugar un significado simbólico a tomar en cuenta en su conceptualización del paisaje del valle.

Fenómenos que, por cierto, corresponden con otro de los momentos en los que percibimos una transformación en las dinámicas territoriales de estas sierras. Recordemos que, si bien durante la época plena las pequeñas comunidades agrícolas se habían situado encaramadas sobre los cerretes que periódicamente se elevaban sobre el mismo cauce del Taibilla, en época iberorromana aparecen nuevos asentamientos más alejados de este, a veces amurallados a diferencia de los de la época anterior, y emplazados frecuentemente en tierras más altas y agrestes, buscando indudablemente optimizar la explotación de los recursos de los distintos pisos bioclimáticos de las sierras. Este puede ser el caso de la pequeña comunidad que se asentó en el Cerro de Jutia, en un enclave por tanto inmediato a la vega del Rivelte y a los recursos de alta montaña de las sierras de alrededor. Unos recursos que parcialmente puede que fueran explotados ya siglos antes (no en vano en el corazón del valle se situaba el área sacra que ha centrado este capítulo), pero que ahora podrían comenzar a aprovecharse de manera mucho más sistemática.

8.8. Enterramientos y depósitos rituales en la sierra del Segura.

Si en el capítulo introductorio de esta tesis mencionaba que uno de los aspectos que más se han criticado del postprocesualismo, y que sin embargo el propio I. Hodder reivindicaba como legítimo, era la necesidad de los autores llamados postprocesuales de contar con “buenos datos” para desarrollar sus lecturas, en estas

últimas páginas he tratado de recalibrar esta supuesta limitación, partiendo de la idea de que no hay datos “buenos” o “malos”, sino un registro que merece ser tenido en cuenta en conjunto para desarrollar nuestras lecturas sobre el pasado, independientemente de que sea más o menos excepcional, más o menos llamativo, más o menos explícito. De lo contrario, si nos limitamos a estudiar las grandes necrópolis monumentales, los santuarios en los que se concentran los más ricos conjuntos de exvotos, y los programas escultóricos más profusos, obtendremos solo una visión truncada de la realidad, la de los más poderosos, insuficiente incluso si lo que pretendemos es, como es el caso, analizar las representaciones del poder en el mundo ibérico. No basta con conocer cómo se autorrepresentaban las grandes elites de los principales núcleos de la región; resulta interesante comprobar también de qué manera sus estructuras de poder se trasladaban, bien que adaptadas y matizadas, a contextos locales rurales caracterizados por una sociedad algo menos jerarquizada y por su lejanía respecto de los principales centros de poder.

Para todo ello, las sierras albaceteñas del Alto Segura constituyen un buen laboratorio de trabajo pues, por lo que sabemos de ellas en época ibérica, constituyeron un ámbito poco poblado y alejado de las principales vías de comunicación y de las áreas que consideraríamos “nucleares” de esta cultura, y en todo caso ajenas, durante la mayor parte de su historia, a las unidades políticas que tradicionalmente han venido tomándose como paradigmáticas en el mundo ibérico, los *oppida*. Su intrincada orografía y el escaso desarrollo demográfico de las últimas décadas, sin embargo, han determinado que nuestro conocimiento del registro arqueológico de esta comarca sea, por el momento, relativamente escaso. Por todo ello, un primer acercamiento al área sacra de Jutia puede resultar interesante, por mucho que forzosamente deba considerarse como provisional, pues responde únicamente al análisis de los datos obtenidos durante la primera campaña de excavaciones en el enclave en 2013, apoyado en las informaciones recogidas durante la campaña de prospecciones a lo largo de estos valles en 2012 y por las apreciaciones preliminares a las que las excavaciones de septiembre de 2014 en Jutia dieron lugar.

Gracias a todo ello, al comienzo de este capítulo me atreví a tratar de sistematizar las escasas informaciones de las que disponemos por el momento sobre las dinámicas de poblamiento en estas sierras, pues es en ellas en las que debemos

encuadrar, para comprender mejor, el yacimiento de Jutia. Así, en época ibérica antigua no hay duda de que las estructuras económicas y políticas en la región se articulaban a partir de El Macalón, único núcleo amurallado de cierta envergadura que conocemos para estos momentos arcaicos, cuyas necrópolis escultóricas y capacidad para atraer importaciones nos hablan además de una sociedad próspera y ampliamente jerarquizada. Ahora bien, el abandono de El Macalón a comienzos del s. V a.C. no supuso el vacío demográfico que en muchas ocasiones se presupone para estas sierras durante los siglos siguientes, ni forzosamente hemos de pensar en una emigración masiva de la población del antiguo centro fortificado a los márgenes de nuestro territorio. Desde luego, hay una cierta coincidencia cronológica entre el colapso de El Macalón y la fundación de Piedra de Peñarrubia, pero ni la contigüidad es completa ni la conexión geográfica entre ambos núcleos es evidente, y desde luego resulta difícil sostener que desde Peñarrubia se llegara a ejercer nunca un control directo sobre las sierras del Alto Segura, respecto a las que el poblado se encontraba en la periferia, no por casualidad sobre la vía de comunicación que las rodeaba. Más bien, podemos pensar que, efectivamente, tras el fin de El Macalón, Peñarrubia heredó su condición de núcleo más jerarquizado de la región, pero el dominio que desde dicho núcleo se podría ejercer sobre las alturas de las sierras sería mínimo. En lo sucesivo, y una vez desaparecida la estructura política que fiscalizaría buena parte de los contornos desde El Macalón, las gentes de las sierras se organizarían a partir de todo un rosario de minúsculos asentamientos situados en pequeñas alturas sobre el río Taibilla, desde las que explotarían los recursos de los distintos pisos bioclimáticos de las inmediaciones. Únicamente en época tardía surgirían otros poblados que se alejarían ya del Taibilla para ocupar nuevos nichos ecológicos, y que invertirían abundantes esfuerzos en fortificarse, lo que evidencia una renovada presión sobre los recursos que una vez más hacía crecer las tensiones entre las diversas comunidades.

Es en este contexto en el que hemos de situar los datos obtenidos en el Corte 1 de Jutia, excavado en septiembre de 2013. Se trata de una cata de unos 30m² planteada sobre el majano de delimitación entre dos fincas del valle de Jutia, en la orilla izquierda del río Rivelte. Debido a la acumulación de fragmentos cerámicos de época ibérica documentada en torno al majano ya en 2012, y dada la aparición de dos fragmentos escultóricos en sus cercanías en los años anteriores, se planteaba la

posibilidad de que bajo el majano pudieran conservarse *in situ* los restos de un monumento ibérico, sobre cuyos escombros hubieran ido amontonándose durante siglos las piedras y la tierra hasta conformar el montículo medianero actual. Aunque durante las campañas de excavación se han documentado nuevos fragmentos arquitectónicos que verifican la existencia de este monumento, aún no se ha hallado rastro alguno del mismo en posición primaria. Por el contrario, en el Corte 1 pudieron excavar unos niveles superficiales fértiles en materiales de época ibérica y, en menor medida, romana, bajo los cuales se documentaron toda una serie de pequeños hoyos, que fueron estudiados con gran exhaustividad.

Por lo que respecta a los niveles superficiales, en ellos se recogieron gran cantidad de huesos enormemente fragmentados, muchos de ellos cremados, y por lo tanto difíciles de identificar; aparecieron también abundantes carbones, que como sucederá con todas las muestras del yacimiento corresponden mayoritariamente con madera de encina o coscoja, aunque también de pino; se detectaron igualmente algunos fragmentos informes de hierro y bronce, y media docena de cuentas de pasta vítrea y piedra; y, finalmente, pudieron estudiarse casi un millar de fragmentos cerámicos, la mayor parte de ellos ibéricos aunque también se documentaron importaciones áticas e itálicas, *sigillatas* y fragmentos de cerámica moderna, que evidencian los diversos períodos de frecuentación del lugar. En cuanto a las cerámicas de época ibérica, evidenciarán una *facies* análoga a la que más tarde se documentó en los depósitos inferiores, comprendiendo fundamentalmente vajilla fina de mesa aunque también, en mucha menor medida, grandes contenedores y cerámica de cocina, y abundando sobre todo los pequeños vasos, tanto tinajillas como platos de pequeñas dimensiones, siendo las pateritas de pasta reductora, decoradas o no, la más frecuentes.

En lo que se refiere a los depósitos rituales, he podido analizar la disposición y el contenido de ocho de ellos. Se trata de pequeños hoyos, cercanos entre sí y en ocasiones incluso superpuestos, excavados en la tierra arenosa del lugar hasta alcanzar los niveles geológicos de areniscas compactas, entre cuyas irregularidades se colocaba el depósito propiamente dicho, para a continuación taparse con tierra de las inmediaciones, sin rematarse el conjunto con ningún tipo de superestructura o señalización externa, al menos que haya podido ser identificada. Se trata por tanto de

estructuras sencillas, en las que no se ha detectado ningún tipo de preparación previa, y cuyo fondo y paredes en ocasiones se ennegrecieron debido al impacto térmico provocado por los materiales introducidos en ellas, lo que evidencia que estos eran cremados en un quemadero aún no localizado e inmediatamente trasladados, aún calientes, al hoyo en el que se depositaban, para ser inmediatamente después amortizados.

El contenido de estos depósitos es siempre bastante sucinto, componiéndose en algunos casos únicamente de carbones recogidos de la pira y minúsculos fragmentos de hueso, e incluyendo en otras ocasiones fragmentos cerámicos (nunca recipientes completos) y vestigios metálicos (irreconocibles, salvo en el caso de una sección de una lanza y de una punta de *soliferreum*). La presencia de restos óseos humanos no es, sin embargo, sistemática, lo que permite establecer una diferenciación en estas estructuras entre los enterramientos propiamente dichos, y los depósitos votivos, conteniendo estos últimos, seguramente, una serie de objetos que igualmente hubieron de pasar por la pira y que serían ofrendados a alguno de los difuntos para facilitar su existencia en el Más Allá y, al mismo tiempo, reivindicar su herencia y su capital simbólico para determinadas personas del Más Acá. La relación espacial entre enterramientos y depósitos votivos podría ser casual, pero resulta sugerente la constatación de que varios de estos últimos aparecen directamente superpuestos (y, por tanto, destruyendo parcialmente) sobre otros tantos enterramientos.

La presencia habitual de pateritas en uno y otros depósitos, y también entre las tierras superficiales, podría estar marcándonos uno de los pocos aspectos del ritual que podemos aventurarnos a reconstruir, basado en la práctica de libaciones con este tipo de pequeños vasos, que igualmente aparecen en otras necrópolis del sureste en la época. El otro rasgo del ritual que comparten ambos tipos de depósitos y que merece la pena subrayar es el de la destrucción ritualizada de los objetos amortizados, peculiaridad esta que ya había sido bien estudiada en lo que al armamento ibérico que aparece en las necrópolis se refiere, pero que rara vez ha sido tratada en lo que respecta a los vasos cerámicos. El análisis exhaustivo de los depósitos de Jutia permite afirmar sin margen de error que en ellos solo se introdujo una parte de cada recipiente representado, y que en algunos casos estos aparecen quemados, lo que no habla de

una destrucción previa de los vasos y de su paso por la pira antes de ser introducidos en el hoyo preceptivo.

Únicamente un enterramiento se realizó en urna cineraria, y quizás no por casualidad haya resultado ser el más antiguo de la necrópolis, al menos por lo que hasta el momento conocemos de la misma, pues si este enterramiento en urna parece datar en el s. V a.C., el resto de las tumbas y depósitos podría retrotraerse únicamente al s. IV, o incluso al III a.C.

Nos encontramos, por lo tanto, ante un modelo de cementerio ibérico bastante poco habitual en la historiografía, basado fundamentalmente en una serie de pequeños depósitos en los que se enterraba a los difuntos con un ajuar relativamente sucinto. Se trata de un modelo ciertamente alejado de las necrópolis tumulares que suelen considerarse paradigmáticas, y que por lo tanto son las que generalmente se espera encontrar a la hora de excavar un yacimiento. Por ello, en muchas ocasiones han podido pasarse por alto esas “bolsadas de cenizas”, “manchas cenizasas” o “depósitos secundarios” a los que en ocasiones alude la bibliografía, y que en cambio, a juzgar por el estudio de la necrópolis de Jutia, podrían estar poniéndonos sobre la pista de un tipo de cementerio alternativo, propio quizás de sociedades menos jerarquizadas aunque de ningún modo igualitarias, en las que la necesidad de legitimar la preeminencia social no requiriera de la amortización ostentosa y periódica de grandes cantidades de recursos.

Seguramente hayamos de poner en relación esta necrópolis, que se genera en torno a un enterramiento del s. V a.C. y que prolifera ya de manera más decidida (aunque siempre, por lo que sabemos hasta el momento, en unas proporciones muy modestas) en la centuria siguiente, con las dinámicas territoriales de las que hablaba para las sierras de la región. En estos momentos se generan a lo largo del Taibilla toda una serie de pequeñas comunidades que prosperarían gracias a la explotación de los recursos de los distintos pisos bioclimáticos de las sierras de su entorno. Es posible que una de estas comunidades ascendiera al valle del Jutia y pretendiera beneficiarse de algunos de sus recursos, aunque ello no entrañara una ocupación permanente del mismo, ocupación que por el momento no se ha detectado. Quizás como un medio para legitimar simbólicamente esta explotación, puede que estacional u ocasional, de un valle de altura, esta comunidad hiciera enterrar en el lugar a algunos de sus

antepasados, bajo la presencia visible y vistosa de un complejo monumento escultórico. Y que, reivindicando y naturalizando esta apropiación del territorio a lo largo de varias generaciones, los enterramientos fueran sucediéndose, así como las ofrendas que de tanto en tanto algún miembro de la comunidad presentaría ante sus ancestros, evidenciando una peregrinación asidua de la comunidad al valle que renovarían periódicamente las aspiraciones de esta respecto de aquel.

La situación cambia un tanto, no obstante, en época iberorromana. La presión sobre los recursos parece aumentar a partir de estos momentos, dando lugar al florecimiento de asentamientos más allá de la ribera inmediata del Taibilla. En el valle de Jutia, concretamente en una cerrete homónimo que se eleva en su centro y a tan solo algunos centenares de metros del área sacra, aparece uno de estos poblados iberorromanos amurallados. Seguramente debamos poner en relación con este nuevo hábitat los fragmentos cerámicos de época tardía y las *sigillatas* documentadas en superficie en torno al majano, aunque estas cerámicas nos abren una disyuntiva que por el momento, y a falta de ulteriores trabajos en el yacimiento, no podremos resolver: ¿pervivió durante esta época la consideración sacra del lugar, quizás gracias a que los monumentos escultóricos seguían en pie o sus restos eran visibles, y por tanto el enclave aún fue visitado por los pobladores del valle, quien puede que llegaron a depositar alguna ofrenda en torno a las viejas tumbas? ¿O por el contrario la memoria de la necrópolis se había perdido, y las cerámicas tardías corresponden a la dispersión de materiales arqueológicos que frecuentemente se genera en los campos cultivados en torno a los asentamientos debido a las labores agrícolas, tales como el abonado? Restaría, como digo, profundizar en la excavación del majano y llevar a cabo una prospección intensiva por todo el valle para elucidarlo.



IX. L'IMAGE DU POUVOIR DANS LE SUD-EST IBERIQUE ET SON ARTICULATION DANS LE PAYSAGE. CONCLUSSIONS

- Dans une pièce sont assis trois grands personnages, un roi, un prêtre et un type archicousu d'or. Entre eux se dresse un reître, un petit homme du commun et d'intelligence ordinaire. Chacun des trois autres lui enjoint de tuer ses compères. « Obéis-moi, dit le roi, je sus légalement ton chef ». « Obéis-moi, dit le prêtre, je te l'ordonne au nom des dieux ». « Obéis-moi, dit le riche, et tout cet or t'appartiendra ». Qui survit, qui meurt, selon vous ? (...).
- Qui survit ? Qui succombe ? À qui obéira le reître ? C'est une énigme insoluble, il y a trop de solutions, plutôt. Tout dépend de l'homme qui manie l'épée.
- Et pourtant, il n'est rien. Il ne peut se prévaloir ni de son couronne ni de la faveur des dieux ni de son or, juste d'un petit bout d'acier pointu.
- Ce petit bout d'acier incarne le pouvoir de vie et de mort.
- Précisément..., mais si ce sont vraiment les gens d'épée qui nous gouvernent, à quoi bon prétendre, nous, que nos rois détiennent le pouvoir ? (...). D'aucuns disent que connaissance et pouvoir font un. D'autres, que tout pouvoir dérive des dieux. D'autres de la loi (...). Le pouvoir réside là où les gens se le figurent. Ni plus ni moins.
- Il ne serait donc qu'une blague d'illusionniste ?
- Une ombre sur le mur, chuchota Varys, mais les ombres peuvent tuer. Et un tout petit homme projette souvent une ombre démesurée.

George R.R. Martin, *La bataille des rois*, 1998.

Dans cette thèse de doctorat, j'ai essayé d'analyser les stratégies idéologiques légitimatrices promues par les élites locales qui ont habité le sud-est de la Péninsule Ibérique entre le VIIe et le Ier siècle av. J.-C. Le pouvoir, les inégalités sociales et les hiérarchies ne sont pas d'éléments naturels, primordiaux, consubstantiels aux sociétés,

bien qu'ils le prétendent, mais ils sont des constructions culturelles, et alors pour rechercher en profondeur une société, on devra se pencher sur les fondements internes de ses rapports de pouvoir. Un projet tel sera possible même en ce qui concerne la culture ibérique où, étant donné le manque de sources textuelles, on n'a que les données archéologiques pour approfondir dans le domaine de l'imaginaire collectif. Et un projet comme celui-ci devra être autoréflexif (on doit devenir conscient de l'impossibilité d'amener une archéologie complètement objective et indépendant d'une quelconque idéologie de la part du chercheur) et engagé (puisque les inégalités sociales entraînent l'exploitation de la plupart de la communauté par des élites, son analyse –son, pour ainsi dire, « objectivation »– dans l'histoire peut contribuer, bien que d'une façon modeste, à éviter sa perpétuation).

A fin de compléter quelques aspects des approximations des auteurs précédents au sujet concerné, on a pris en compte certains des postulats de la théorie postmoderne, en essayant, bien entendu, de pallier quelques-uns de ses aspects les plus critiqués. Dans l'analyse, on a exploité des concepts provenant de la théorie postcoloniale et de l'Archéologie du Paysage, et aussi bien on a pris en compte la méthodologie processuelle de l'Archéologie de la Mort, mais pas les points les plus mécaniques des aspects interprétatifs de cette dernière approximation. Par ailleurs, on a essayé d'appliquer et développer le cadre méthodologique proposé par l'école de R. Olmos pour l'étude de l'iconographie ibérique, qui est conçue en tant qu'un langage propre et complexe de ce peuple.

En ce sens, dans le premier chapitre on a définit *pouvoir* comme la capacité d'un sujet d'exercer son volonté en dépit de celle des autres dans une communauté ; par conséquent, tout le monde aura une certaine parcelle de pouvoir, qui changera en fonction de la position de chaque individu dans les réseaux de pouvoir établis au cœur de la société. *L'idéologie*, quant à elle, peut être considérée comme l'ensemble des discours de tout type cherchant à bâtir et naturaliser ces rapports de pouvoir ; des discours qui sont élaborés par des individus concrets (fréquemment, ceux qui sont les plus bénéficiés par les rapports de pouvoir mentionnées), mais qui finissent par en déborder au-delà et englober toute la société, dont la plus part des membres les assumeront partiellement –les intégreront dans son *habitus*. Parmi les idéologies coexistent, au juste, celle implémentée par les élites gouvernantes sera l'idéologie

hégémonique, grâce notamment à sa capacité de *matérialisation*, qui rend plus facile la généralisation des discours idéologiques et son stabilité à travers du temps. Et c'est cette capacité de matérialisation, par juste, ce qui rend accessible aux archéologues les discours idéologiques anciens voire des rapports du pouvoir au sein des sociétés sans textes.

Par conséquent, dans ce travail on a tenté d'étudier les discours idéologiques imaginés et répandus par les élites ibériques locales afin de cimenter son prééminence sociopolitique. La récolte exhaustive de la pluralité de stratégies possibles semble inabordable, mais on a exploré quatre des principaux domaines d'expression de ces discours. Par la suite trois sites archéologiques ont été présentés de façon qu'on puisse y valoriser l'application des discours concernés.

Dans le deuxième chapitre, on n'a pas osé d'élaborer une histoire économique du monde ibérique, mais on a plutôt essayé une approximation aux stratégies diverses dont les élites ibères s'ont servi pour instrumentaliser certains ressorts de l'économie afin de légitimer sa prééminence sociopolitique.

Là-dessus, on a observé comment, dès le VIII^e siècle, les sociétés locales démarrent une période de transformations rapides, histoire d'adapter leurs structures socioéconomiques au nouveau contexte colonial qui vient de s'instaurer au sud-est de la Péninsule Ibérique grâce à l'arrivée des premiers navires phéniciens et de la fondation de La Fonteta. Les sociétés locales essayent alors de dominer les réseaux de communication à travers desquelles les importations s'écoulent, et les aristocraties poursuivent le control d'une partie des excédents de leurs communautés pour capter les dites importations (en l'occurrence, des biens de prestige dont l'ostentation et la redistribution permettent aux élites consolider leur pouvoir). Les agents coloniaux, à son tour, fournissent quelques développements technologiques et certains outils qui permettront incrémenter la productivité économique des sociétés locales et contribueront donc à les rendre plus hiérarchisées. Enfin, les anciens villages agrandissent fortement, s'équipent d'enceintes, et se dotent avec des structures pour la production métallurgique, alors que d'autres habitats fortifiés sont fondés avec une économie hautement diversifiée pour mieux profiter les nouvelles possibilités du contexte colonial. Dans quelques régions apparaît même un peuplement rural diffus,

consacré à la production agricole mais sans renoncer pour autant aux travaux métallurgiques.

Vers le VI^e siècle av. J.-C., ce système éprouve une forte transformation, motivée aussi bien par la consolidation des anciennes structures socioéconomiques que par l'arrivée d'un nouvel agent colonial, les commerçants grecs, qui immédiatement inondent les marchés avec leurs produits. Les anciens réseaux d'échange atrophient, mais d'autres surgissent à leur place. Les communautés locales assument même le système grec de poids et mesures, et emploient l'alphabet grec pour élaborer son propre système d'écriture, dont elles se servent pour graffiter soit des marques commerciales soit des marques de propriété, voire pour rédiger de longues inscriptions commerciales sur plombe. Elles n'accueillent pas toutefois le système monétaire, mais se servent par contre de l'argent brut ou travaillé en tant qu'unité d'échange. Donc voilà, l'apogée d'Ampurias et de ses flux commerciaux provoquent l'apparition de toute une série de petits comptoirs dans le littoral du sud-est péninsulaire, tandis que aux villages et nécropoles de l'arrière-pays arrivent beaucoup des productions attiques, plus homogènes et moins riches que à l'époque précédente mais infiniment plus nombreuses.

De telle façon, au Ve siècle on trouve une nouvelle distribution du peuplement, dans laquelle les communautés locales se distribuent à travers les diverses niches économiques afin de maximiser son production davantage diversifiée. L'outillage varié et spécialisé employé dans l'agriculture, la culture d'espèces de rendement différé (i.e. des arbres fruitiers ou des buissons ligneux), le bâtiment d'infrastructures permanentes proches aux champs et l'aménagement de magasins au sein des villages, nous parle d'une production agricole énormément complexe, qui est déjà capable d'obtenir des excédents suffisants pour nourrir une société de plus en plus hiérarchisée. Une société où, apparemment, chaque unité domestique (ou au moins la plupart d'elles) a accès aux moyens de production et à la propriété de la terre, même si les différences entre elles, aussi bien dans le plan quantitatif que qualitatif, sont accusées, et bien que seulement les élites puissent obtenir un excédent significatif avec lequel devenir le « banquier tribal » de la communauté. Une situation analogue arrive pour ce qui concerne l'artisanat, fortement développé dès cette époque, mais

arrivant rarement dans un haut niveau de spécialisation, sauf côté secteurs liés avec la production des biens de prestige et promus par les élites locales.

La conquête carthaginoise et la Deuxième Guerre Punique impliquent un fort changement dans les structures économiques ibériques de l'époque. Le peuplement se transforme manifestement, aussi bien à cause des conflits armés qu'à cause de la conséquente réorientation économique : une fois plus on fait appel au peuplement rural, et l'occupation le long des routes de communication s'intensifie, alors que d'autres zones autrefois habitées se dépeuplent. La population des côtes augmente, à cause du trafic maritime en expansion (consacré à l'approvisionnement des villes florissantes, aussi bien qu'à la canalisation de son excédent vers la métropole romaine). Quant à l'agriculture, on introduit à cette époque certaines espèces et techniques nouvelles, on intensifie la production, et on renforce vraisemblablement les droits personnels sur la terre, ce qui explique les niveaux croissants de productivités salués par les auteurs gréco-romains. En ce qui concerne les exploitations minières et les salines, la production est à l'hausse depuis l'arrivée punique, mais le système traditionnel d'extraction, fondé sur la force de travail des unités domestiques, ne sera substitué que plus tard par le système esclavagiste classique. Par ailleurs, l'artisanat expérimente, notamment dans certain secteurs, un processus d'« industrialisation », qui cherche à répondre aux besoins de la nouvelle société provinciale. Cette nouvelle demande, aussi bien que l'aménagement des infrastructures portuaires et que la sécurité croissante des routes navales, seront les causes principales du développement inédit du commerce, qui reste par juste entre les mains des élites locales, qui deviendront de plus en plus riches.

Toute cette richesse, bien entendu, n'a qu'un but : celui du renforcement de la prééminence, du pouvoir. Les élites contrôlent plutôt des secteurs économiques dont elles peuvent se servir pour se *distinguer* au sein de leurs sociétés à chaque époque, et cherchent à fiscaliser les ressources de leurs communautés pour acquérir des biens de prestige, et pour s'affirmer dans une position de force dans les rapports sociales locales, en tant que banquier tribal. En ce sens, la thésaurisation n'a aucun sens parmi les ibères, au contraire de ce qui arrive avec l'accumulation de capital symbolique, clé de la légitimation du pouvoir.

Le but du troisième chapitre a été celui d'explorer les discours identitaires et la mémoire collective des communautés ibériques du sud-est. On démarre de la conviction de ce que l'identité et la mémoire sont des constructions sociales créées et reformulées sans arrêt, qui cherchent à pallier les besoins expérimentés par une quelconque société. Le sujet a été abordé donc depuis l'intersection entre l'identité et la mémoire, étant donné que l'aspect le plus intéressant dans ce chapitre, à notre avis, c'est l'analyse de l'instrumentalisation des discours ethniques de la part des élites locales ibériques ; des discours ethniques qui, par juste, sont toujours fondés sur une mémoire partagée depuis laquelle on construit la cosmologie et la conceptualisation du groupe et son système de valeurs.

Dès ces axiomes, on comprend que les élites locales se servent fréquemment, notamment à l'époque formative du monde ibérique mais pas seulement, des artefacts, des images et même des rituels étrangers, importés (et réinterprétés) depuis le monde méditerranéen. À ce moment-là, les élites ibériques essayent de renforcer sa nouvelle *distinction* en assumant une identité étrangère, orientale, ou au moins en cherchant à se lier culturellement aux agents coloniaux. Ce qui n'est pas étonnant : les échanges commerciaux avec les phéniciens avaient catalysé dans une certaine mesure les transformations qui avaient déclenché les rapports inégaux de pouvoir dont les élites locales bénéficient. Avec cette identité hybride, les gouvernants prennent une identité prestigieuse qui rendra plus faciles leurs rapports avec les agents coloniaux, et qui les éloignera symboliquement des autres gens.

De fait, on pourrait comprendre de la même façon un phénomène qui n'a pas été pour le moment expliqué : celui de l'emplacement de certaines nécropoles des VI^e et Ve siècles dans des endroits éloignés des villages, mais où on peut trouver des anciennes ruines d'une époque précédente. Les élites locales enterrent leurs défunts ici aussi bien pour revendiquer un territoire que pour s'arroger une mémoire liée avec le passé prestigieuse évoqué par les ruines. L'aspect « orientalisant » de toutes ces ruines n'est pas, bien entendu, casuel.

C'est dans ce contexte-là que la sculpture ibérique apparaît. Les nouvelles élites ont besoin de nouveaux arguments légitimateurs, de nouveaux discours idéologiques qui puissent naturaliser leur prééminence ; alors elles créent et font passer ces discours grâce à la pierre, un support de grand format et longue durée. À ce propos,

les sculptures ibériques, qui ne font pas forcément partie des monuments funéraires, marchent comme réceptacles de mémoire. C'est l'aristocrate qui les propose, en les plaçant dans un endroit bien visible, de façon tel qu'elles deviennent des jalons sur lesquels on peut fonder une identité collective autour de la mémoire gentilice de certaines familles aristocratiques, et bien sûr de son gouvernement. Une identité qui, une fois plus, est bâtie sur des images exotiques des êtres hybrides et monstrueuses, des images clairement proches à celles des agents coloniaux.

À partir d'un moment donné, une bonne partie de ces sculptures est détruite, sans doute à cause des raisons bien différentes : certaines sont démolies afin d'employer la pierre comme matériel de construction, mais d'autres s'effondrent naturellement, et encore d'autres sont « sacrifiées » à coup d'arme blanche d'une façon rituelle. Et le même arrive avec la réutilisation des statues : quelques-unes sont réutilisées sans aucune connotation symbolique, tandis que d'autres sont enterrées proprement avec le défunt. Ça dépend, bien entendu, du capital symbolique accumulé par l'objet selon la perception de la société de chaque moment, et des éventuels besoins symboliques de la communauté.

D'ailleurs, les propres nécropoles, fréquemment liées avec les sculptures, sont elles mêmes des lieux de mémoire. Les tumulus sont visités à plusieurs fois, ils sont entretenus, et de temps à autre ils reçoivent de nouveaux défunts. Des comportements ceux-ci qui sont motivés par la volonté de revendiquer un ancien lignage, réel ou fictif, afin de légitimer la prééminence actuel d'une famille au sein de la communauté. La construction d'un nouveau monument funéraire, de son côté, entraîne la prétention de la part de la famille du défunt de s'assimiler aux ancêtres, de recevoir leurs mêmes rites funéraires, et d'être souvenus comme les propres ancêtres y sont ; voilà pourquoi à certaines époques quelques élites bâtent ce type de structures, même s'ils ne peuvent pas (ou ne veulent pas) se faire accompagner de grandes richesses dans leurs tombes.

La deuxième partie du chapitre est consacré à l'examen de trois discours identitaires hybrides, fondés profondément sur le procès colonial qui avait lieu au sud-est ibérique pendant plus de cinq siècles ; mais des discours qui ne cristalliseront pas complètement jusqu'au III^e siècle av. J.-C. On parle du discours hellénisant, du discours punicisant, et du discours romanisant.

À ce sujet, on a examiné la présence grecque au sud-est ibérique, et on a conclu que dès le VI siècle av. J.-C. les structures culturelles locales ont reçu une forte influence hellénisante, mais ça a été perceptible seulement dans certains domaines, notamment ceux liés et à l'économie et à la représentation somptueuse des élites ibériques. C'est surprenant donc que les auteurs gréco-romains tardifs parlent des colonies grecques au sud-est, aussi bien que du souvenir des héros et des sanctuaires grecs dans la région, que par juste l'archéologie n'a trouvé jamais. Mais ce paradoxe apparent est causé par les processus d'ethnogenèse : les agents coloniaux grecs et romains ont tendance à trouver des gens grecs dans les territoires conquis, car ça emporte pour eux des importants atouts politiques et idéologiques, et rend plus facile la compréhension du nouveau monde et de ses gents, qui sont tout de suite assimilées dans l'ancien cosmovision. Pour ce qui concerne les élites indigènes, en revendiquant un passé grec, elles trouvent une meilleure place dans la négociation identitaire déclenché par la provincialisation d'Hispanie, aussi bien vers les gouvernants romains que vers les propres gents ibériques. La tradition culturelle apportée par cinq siècles de colonialisme grec rend tous ces discours ethniques « fictifs » bien plus croyables.

Quelque-chose partiellement similaire arrive, à nos yeux, avec l'identité punique. La présence de commerçants carthaginois a été continue et systématique depuis longtemps aux côtes ibériques du sud-est, et sans doute l'influence culturelle ressentie par les communautés locales a été bien forte. Cependant, ça n'explique pas complètement l'importation de toute une série d'éléments culturels, notamment religieux, de la part de certaines communautés du sud-est. De temps en temps ces éléments ont été cités par des archéologues comme témoignages de la présence des communautés puniques dans le sud-est ; ce qu'on ne peut pas réfuter, même si à notre avis ça ne résoudre pas complètement la question. On a argumenté toutefois que ces images, objets et bâtiments apparemment puniques sont la matérialisation d'une hybridation culturelle provoquée dans certains aires par l'interaction systématique avec des gens d'origines diverses, et aussi bien par l'intérêt des élites d'adopter un prestigieux langage punicisant pour exprimer leurs discours idéologiques. Le procès deviendra plus intense dans la deuxième moitié du III siècle av. J.-C., lors de la présence carthaginoise et les guerres conséquentes : le nouveau contexte politique amène les communautés locales à adapter leurs structures sociopolitiques pour

survivre, et à chercher alliances avec Rome ou Carthage –des alliances politiques qui à leur tour devront se faire légitimer aussi bien dès un point de vue symbolique.

Et on pourrait enfin expliquer d’une façon analogue le « bien connu » processus romanisateur, qui n’est qu’un processus colonial, avec son côté identitaire. Pendant l’époque ibéro-romain, l’administration provinciale ne fait rien pour stopper le surgissement des identités locales ; au contraire, elle en fomenta son développement. Alors, pas mal des récits à propos de fondations légendaires apparaissent à ce moment-là, plus ou moins influencées par le contexte culturel hellénistique. Désormais, pourtant, ces discours seront davantage proches aux identités romaines, car les élites locales seront bien intéressées à revendiquer son passé ibérique aussi bien que sa place dans les structures provinciales romaines, sans trouver dans cette dichotomie une quelconque contradiction.

Dans le chapitre suivant, on a tenté d’analyser la façon dont les gouvernants ibériques ont instrumentalisé à chaque époque la religiosité de leurs communautés dans le but de naturaliser les rapports inégales de pouvoir dont ils mêmes bénéficient. Pour cela, on a choisi trois domaines de la religiosité qu’on a estimés primordiaux en ce sens-là : la conceptualisation de la divinité et de leurs fonctions sociales, les narrations à propos de la vie au-delà de la mort et des transits des défunts, et la localisation, construction et fréquentation des aires sacrées.

Grâce à l’étude de ces trois sujets, on a conclu que, aux moments formatifs du monde ibérique à proprement parler, les nouvelles aristocraties accordent beaucoup d’importance à leur relation privative avec la divinité, et s’arrogent le droit d’intermédiation parmi les dieux et la communauté. Là-dessus, on réserve au culte certains départements au sein des villages ; des espaces qui sont architecturalement analogues au reste, mais qui se particularisent à cause de certains traits de monumentalité, devenant donc points nodales du paysage urbain. À son intérieur, un group select d’aristocrates exécutait quelques rituels, peut être liés avec la commensalité, dont les outils y restent. La perception quotidienne de ces rites, mis sur place par les gouvernants de la communauté, finirait par renforcer sur l’habitus collectif la relation dialectique entre la divinité adorée par l’aristocrate (laquelle deviendra la divinité de la société tout entière), et la capacité voire le droit de celui-ci

de gouverner. D'autant plus que cette divinité est une déité maternelle, chargée d'accorder la fertilité et la prospérité au groupe, maîtresse du territoire que la communauté habite, et enfin génitrice mythique du lignage gouvernant. La culmination d'un tel programme arrive au moment du décès du gouvernant, quand son cadavre est enterré dans la nécropole –un espace privatif habité par des sculptures d'aspect bizarre mais pourtant reliées avec l'imaginaire de la famille aristocratique)– et suivant des rites dont la plupart de la société est exclue.

Dès le milieu du Ve siècle av. J.-C., toutefois, les structures ibériques de pouvoir se stabilisent, ou au moins l'iconographie relative aux dieux arrête de souligner d'une façon tellement récurrente les origines divines du gouvernant et sa relation privative avec la divinité. Cette relation privative reste encore, bien entendu ; pour preuve, certains individus se font enterrer près des images sculptées de la déesse, ou même s'en servent en tant qu'urne cinéraire monumental. Or, on n'a pas accordé autant d'attention à la fertilité de la déesse, mais on souligne plutôt sa grandeur et majesté. On parle maintenant de déesses qui gouvernent le monde depuis leurs trônes, et qui protègent à leurs élus –c'est-à-dire, aux aristocrates choisis par elles mêmes pour administrer la communauté locale. Par ailleurs, ces aristocrates, au moment de la mort, se feront protéger par la déesse lors de son transit Au-delà, un transit qu'ils feront à cheval, de façon que ces animaux, qui étaient déjà preuve du rang aristocratique, deviennent aussi bien des véhicules psychopompes. Seulement ceux qui disposent de ces bêtes en vie (ceux qui appartiennent donc aux élites sociales) pourront vérifier proprement le voyage privatif vers l'autre monde.

Cependant, dès le IVe siècle et notamment dans le IIIe siècle av. J.-C., et grâce à la progressive spécialisation des structures sociales, un secteur ample de la société obtiendra les moyens pour interagir directement avec les dieux, en assistant aux sanctuaires et en y déposant des exvotos de façon particulier. Les élites sociales ont perdu, donc, son monopole de l'intermédiation parmi les dieux et les mortels, mais pourtant elles se font visibles aux sanctuaires, dont se serviront en tant que théâtre de l'ostentation de leur *distinction*. Au même temps, dans le IIIe siècle la divinité retourne au village et se fait pressente dans la quotidienneté de la communauté, car les gouvernants bâtent des nouveaux sanctuaires urbains pour souligner leur relation privative avec les dieux et leur capacité pour organiser son culte. Alors, il s'agit d'une

étape de changements grands et rapides, dans laquelle des nouveaux dieux font apparition, évoqués afin de répondre aux diverses nécessités éprouvées par les communautés locales, et imaginés hybrides à cause des diverses traditions culturelles présentes en Ibérie à cette époque-là. Certains d'entre eux, par juste, seront adorés par tout dans le territoire ibérique, tandis que d'autres seront liés avec certains projets politiques locaux. Et le même arrivera avec les narratives eschatologiques : même si le voyage à cheval sous la protection de la déesse est toujours évoqué, de temps à outre le cheval est substitué par le char afin d'annuler les connotations aristocratiques du symbole, qui ne correspondent plus aux traits de la société ; et d'ailleurs on met sur place nouveaux transits psychopompes, comme celui qui est lié avec le loup.

Or, depuis le milieu du II^e siècle av. J.-C. démarre un processus d'intégration religieuse dans les structures romaines, dont la culmination n'arrivera qu'à l'époque impériale. Des temples sont construits « à la mode italique » au sein de certains sanctuaires ibériques tandis que d'autres sont abandonnés ; les exvotos déposés dans ces aires sacrées hybridassent, de façon que des images « romanisants » se font introduire dans les rituels ibériques ; des dieux ibériques sont enfin réinterprétés dès une mentalité classique. Le résultat de tout cela sera, sans doute, la dissolution définitive de la religiosité ibérique dans celle romaine ; un résultat inespéré, et peut être inaperçu, par la plupart des membres des communautés locales ibéro-romaines concernées.

Au cinquième chapitre, on a analysé les discours idéologiques liés avec le domaine de la violence et la coaction, fréquemment matérialisés à travers de l'ostentation (soit réel, soit figurée) des armes et à travers de la construction de fortifications. En ce sens, on considère que la violence et l'idéologie ne sont pas des sphères différentes et alternatives ; au contraire, l'un des effets les plus dévastateurs de la violence c'est sa capacité pour générer des discours idéologiques, tendant à l'acceptation et la justification, voire l'exaltation, de la coaction.

D'entrée de jeu, on constate la centralité de ce type de discours à l'époque de l'essor de la période coloniale au sud-est, c'est-à-dire, entre le VIII^e et le VI^e siècles av. J.-C. La vision traditionnelle de la colonisation phénicienne, en tant qu'une période irénique dépourvue de tensions, doit être surmontée. Afin de s'assurer le control de

certains ressorts économiques pour optimiser son bénéfice, les agents coloniaux favorisent la consolidation de quelques élites locales, en leur offrant des biens de prestige, parmi lesquels on trouve des armes singuliers, aussi bien que la technologie nécessaire pour en fabriquer plus et pour se protéger avec des enceintes plus effectifs. Par conséquent, ces nouvelles communautés davantage hiérarchisés développent la métallurgie et bâtent grandes fortifications (parfois avec des influences orientales). Quant à l'iconographie, on n'a qu'une poignée d'images des élites locales, mais elles sont toujours figurées avec leurs armes exotiques.

Avec la sculpture ibérique, qui se développe entre la fin du VI^e siècle et la première moitié du Ve siècle, prolifèrent les représentations des gouvernants locaux. À ce moment là, elles se montrent toujours en tant que guerriers au combat maniant une complexe panoplie aristocratique. Toutes ces scènes de combat montrent un système de valeurs, une cosmogonie, que les élites essayent de faire passer à travers la société : une vision de la société dont le pouvoir doit être exercé seulement par les individus capables de se doter de ces complexes armements, et avec les compétences exceptionnelles pour s'en servir efficacement. C'est alors l'emploi des armes ce qui « aristocratise » à l'aristocrate, ce qui légitime sa prééminence ; l'identité du gouvernant se bâte autour des armes, et dans leurs tombes apparaissent donc diverses types d'armement, dont la présence est toutefois minoritaire aux nécropoles, au contraire de ce qui arrivera plus tard. Or, on parle toujours des discours idéologiques, identitaires, symboliques ; dans la sphère du combat réel, la diminution de la longueur des épées nous parle des affrontements auxquelles il y aurait davantage individus armés en formation, alors que la nulle monumentalisation des fortifications autour des villages ibériques de l'époque suggère son caractère plutôt identitaire.

Depuis le milieu du Ve siècle av. J.-C., une nouvelle tendance arrive : la déposition des armes au sein des enterrements prolifère, ce qu'on a interprété comme preuve d'un élargissement du groupe social qui établie son identité en tant que « guerriers armés », et qui prene en charge donc la défense de la communauté. Alors, la considération identitaire du guerrier déborderait à cette époque les élites locales, étant donné que, peut être, elle serait assumée par la plupart des hommes libres de la communauté (ou, de temps à outre, par leurs familles). Cette coresponsabilité dans la défense de la communauté est perceptible également dans la construction des

fortifications, qui avance toujours sans aucune trace ni de monumentalité ni d'influence étrangère (bien qu'avec quelques exceptions). Comme résultat, les élites devront chercher des nouveaux référents idéologiques qui légitiment sa prééminence socioéconomique. Elles ne refusent à se faire représenter avec leurs armes à cette époque, mais elles n'essayaient pas non plus de souligner leur emploi ; à leur place, elles montreront d'autres éléments de prestige pour se distinguer du reste de la société, comme celui de la possession de chevaux.

La conquête carthaginoise d'une bonne partie du monde ibérique à la fin du troisième siècle av. J.-C. change partiellement la situation. Même si les communautés locales n'arrivent jamais à assimiler les innovations poliorcétiques introduites par les armées puniques, et même si une bonne partie de la société se considère toujours coresponsable de la défense armée de la communauté, l'escalade de guerre, les défis militaires et l'influence de l'idéologie hellénistique du pouvoir arrivée à la Péninsule Ibérique avec les généraux Barca, promouvront une fois plus la considération des aristocrates ibériques locaux en tant que chefs guerriers, ce dont on s'aperçu dans l'iconographie de l'époque, prolifique en combats et parades militaires.

L'inclusion du sud-est ibérique dans les structures provinciales romaines, enfin, transforme d'une façon radicale tous ces discours. Les élites gouvernantes restent en tant que représentantes déléguées du pouvoir romain : elles administrent toujours leurs communautés, mais elles perdent leur capacité pour manier les armes à volonté. Elles doivent donc chercher des nouveaux référents idéologiques pour naturaliser cette nouvelle position, et tout ça dans une époque particulièrement convulse. Et elles trouveront ces référents sans renoncer à leur considération en tant que défenseurs de leurs communautés ; tout simplement, elles imagineront une nouvelle menace à la sécurité du groupe, laquelle ne serait plus matérialisée dans la figure des guerriers armés (par juste, les armes disparaissent progressivement des enterrements, et les fortifications ibériques sont détruites à exception de celles des communautés privilégiées par l'administration romaine), mais dans la représentation des êtres hybrides, monstrueuses, dont la présence est un défi presque incontournable pour la communauté ; un défi abstrait, bien sûr, et pas immédiatement perceptible, mais qui est perçu par ces gents-là, et qui sert donc à légitimer le gouvernement des individus héroïques qui se disent capables de l'affronter.

Après avoir exploré ces quatre domaines des discours idéologiques ibériques en ce qui concerne le sud-est de la Péninsule Ibérique, on a démarré nos études de cas par celui de La Serreta de Alcoy. Là-dessus, on a essayé de déconstruire l'abondant bibliographie qui a analysé le site afin d'établir les points forts et faibles des modèles interprétatifs traditionnellement assumés, notamment en ce qui concerne les discours idéologiques des élites locaux.

En ce sens, on considère les origines du village de La Serreta fortement problématiques. Une poignée des céramiques de production phénicienne ne suffisent pas à établir un peuplement continu de l'enclave dès le VIIe siècle av. J.-C., comme de temps à outre a été assumé. De fait, on ne peut pas même affirmer le rang recteur voire proprement urbain du village au IVe siècle : même si on y constate la présence d'une communauté à cette époque-là, à notre avis il n'y a pas des preuves suffisantes pour la concevoir en tant que capitale des vallées des alentours, mais plutôt comme un petit village subordonné à l'hégémonie d'El Puig. Après le déclin de ce dernier à la fin du VIe siècle av. J.-C., la petite communauté de La Serreta hérite sa zone d'influence, et démarre un vaste procès d'expansion, qui ne débouchera que dans la seconde moitié du IIIe siècle av. J.-C.

En ce contexte, et malgré la disparition de certains des anciens villages de la région, La Serreta génère rapidement des structures urbaines sans précédent, devenant l'habitat le plus grand et le plus monumentalisé des alentours, et développant des structures économiques et politiques dont elle se servira pour établir son hégémonie sur toute la région dans la deuxième moitié du IIIe siècle, grâce à la collaboration (économique, voire politique), bien entendu, du pouvoir impérialiste carthaginoise, récemment arrivé au sud-est ibérique.

Un nouveau et complexe système comme celui-ci doit se faire accompagner de toute une série de discours idéologiques dont le but est de le naturaliser. Les aristocrates de La Serreta se font représenter en tant que cavaliers, défenseurs peut être de la sécurité des chemins et des passages, gardiens des vertus civiques et héritiers d'une longue tradition héroïque fomentée par les dieux. Afin de transmettre efficacement ces discours, la décoration céramique figurative fait apparition aux ateliers du village. À travers de ces vases décorés, emmagasinés par les familles les

plus puissantes, échangés entre elles et montrés lors des rituels publics, on explique la prééminence sociale de cette aristocratie, et on garantit donc son contrôle des diverses communautés locales des vallées.

Quant au sanctuaire placé sur le sommet de La Serreta, les aristocraties locales l'emploieraient afin de naturaliser leur projet politique mis en place à cette époque-là : d'une côté la création d'une aire sacrée régionale serve à mettre en cohérence les diverses communautés locales autour d'un projet politique commun, dont la tête directrice se trouve éventuellement à La Serreta ; et de l'autre, l'« invention » d'un rituel qui peut être considéré traditionnel parmi les ibères, la déposition des exvotos figuratifs, mais qui se serve d'un langage iconographique fortement punicisant, naturaliserait d'une certaine manière dans le plan religieux l'approchement politique au pouvoir impérialiste carthaginois.

Cet rapprochement, peut être, serait la cause de la destruction et de l'abandonnement de La Serreta après la Deuxième Guerre Punique. Parmi les priorités de l'administration romaine, la dislocation des structures politiques locales les plus puissantes serait centrale, alors la capitale des vallées d'Alcoy est supprimée, et la région devienne une aire rurale déprimée, manque des centres urbains d'une entité comparable. L'habitat de La Serreta ne serait plus habité ; par contre, après deux siècles d'abandon, le sanctuaire est fréquenté encore une fois, et avec le temps il sera même monumentalisé. Cette récupération de l'espace sacré est motivée, à nos yeux, par l'importance symbolique de l'endroit, qui reste dans la mémoire collective des riverains de la région, et inscrite donc dans le paysage. Bien qu'il soit un acte de résistance symbolique plus ou moins consciente vers la domination romaine, ou qu'il soit un simple trait identitaire larvé, le souvenir du sanctuaire reste actif pendant deux siècles, et réapparaît à la fin du I^{er} siècle av. J.-C., quand des nouveaux pèlerins commencent, une fois plus, l'ascension de la montagne de La Serreta pour visiter le sanctuaire.

Revenant dans le septième chapitre sur le sanctuaire du Cerro de los Santos, j'ai essayé de m'approcher aux discours idéologiques employés dans le théâtre de l'aire sacrée, grâce aux apports d'un siècle entier de recherche au site, aussi bien

qu'à la révision et étude des matériaux documentés pendant les fouilles de T. Chapa, dont la plupart restaient inédits.

À partir de ces données, et des prémisses théoriques déjà mentionnées, on a essayé d'établir la chronologie du sanctuaire. L'activité mieux datée c'est la construction du temple, laquelle on peut situer grâce aux critères techniques dans la première moitié du IIe siècle av. J.-C. Quant aux exvotos, pourtant, et malgré les efforts de la bibliographie traditionnelle, on trouve fortement risqué d'affirmer une quelconque chronologie concrète et absolue, étant donné qu'elle devrait se baser seulement sur des critères stylistiques (assez spéculatifs ; outre la manque de sculptures ibériques contextualisées dont on pourrait nous servir pour comparer les traits stylistiques, ces traits peuvent se faire modifier à cause de phénomènes tels que l'archaïsme ou les variabilités régionales). En tout cas, on peut trouver certaines analogies iconographiques des exvotos du Cerro de los Santos dans quelques sculptures ibériques datées dès le IVe siècle av. J.-C., bien que la plupart d'elles soient du IIIe siècle av. J.-C., voire ultérieures comme celles d'aspect italique. Beaucoup plus fiable semblent, toutefois, les datations établies à travers des céramiques. De fait, l'analyse des matériaux des fouilles de T. Chapa donne des résultats analogues à ceux déjà publiés par M.L. Sánchez Gómez concernant les fouilles d'A. Fernández de Avilés : tout compte fait, le sanctuaire serait fréquenté notamment entre le IIIe et le Ier siècle av. J.-C., même s'il y a quelques (très rares) matériaux provenant du IVe siècle av. J.-C., et d'autres d'époque romaine impériale. Certes, au pied du Cerro de los Santos, dans la Cañada de Yecla, il y a des matériaux plus modernes (vraisemblablement entre le milieu du Ier siècle av. J.-C. et la fin du IIe siècle ap. J.-C.). mais ils témoignent une autre activité qui n'est que partiellement liée au sanctuaire.

En ce qui concerne les pratiques rituelles, l'activité le mieux documentée c'est, sans aucune doute, la déposition d'exvotos sculpturaux dans l'ensemble de la colline. Par ailleurs, on constate aussi le sacrifice sanglant de bovidés, la libation de liquides, l'amortissement des petits vases qui en contenaient, et enfin l'offrande de toute une série d'objets variés, comme des armes ou des fusaïoles. Les matériaux récoltés par T. Chapa sur le versant nord du Cerro de los Santos son presque analogues à ceux des fouilles de A. Fernández de Avilés, et suggèrent un contexte cultuel où prolifèrent les petits vases grises, notamment les caliciformes. Une bonne partie de tous ces objets,

de fait, peut être considérée pas seulement un cadeau pour les dieux en contreprestation aux dons reçus ou attendus, mais aussi une affirmation identitaire du dévot dans le contexte de négociation sociale du sanctuaire : l'offrande représente d'une certaine manière à l'offrant (parfois à travers son image, mais aussi grâce à d'autres objets reliés avec son identité sociale, comme les armes susdites), et elle est cohérente avec son personne sociale, puisque la communauté ne permettrait son présence au sanctuaire si elle était considérée inappropriée.

Côté la scénographie de ces pratiques, au début il n'y avait dans le sanctuaire qu'une colonne exempte avec le chapiteau phytomorphe, laquelle dominerait visuel et symboliquement l'aire sacrée toute entière, et dont l'importance dans l'imaginaire ibérique devrait être énorme, étant donné sa récurrente représentation. Cependant, dans la première moitié du II^e siècle av. J.-C., quelques transformations sont mises en place, et on bâtit un petit temple « à l'italique » sur l'emplacement de majeure prééminence visuelle. On construit aussi toute une série de petites structures auxiliaires (celles qui ont été montrées dans le sondage 4 de T. Chapa), beaucoup moins visibles et dont les matériaux archéologiques trouvés permettent de considérer des endroits destinés à la préparation et à la consommation des aliments (c'est à dire, peut être au hébergement des pèlerins). On pourrait dire le même des espaces documentés à la Cañada de Yecla, dont les objets meubles sont plus modernes mais d'une typologie analogue ; c'est bien possible, donc, que lors de la disparition des structures du sondage 4, le logement des dévots du sanctuaire se déplace aux pieds de la colline, près de la voie de communication.

Partant de l'axiome de ce que les offrandes sont toujours le reflet de la personne sociale du dévot, on propose que les exvotos anthropomorphes matérialisent l'idéologie des offrants, qui appartiendraient aux aristocraties locales (puisque'ils peuvent se faire fabriquer ces sculptures) ; une idéologie qui cherche souligner la condition concitoyenne des élites, leur appartenance à une même communauté d'intérêts selon un code de valeurs partagé, et à un même groupe aristocratique au sein duquel il y aurait une certaine équité « apparente ». Et on emploie le terme « apparente », car les exvotos, au fond, ne cachent pas (ils n'y cherchent même pas non plus) le diverse « pouvoir d'achat » et les divers besoins d'ostentation des différents individus.

S'il est vrai qu'une bonne partie de tous ces discours change avec la monumentalisation du sanctuaire dans la première moitié du II^e siècle av. J.-C., il n'en reste pas moins que ça ne sera que, sûrement, des nuances. L'aménagement du temple entraîne, mis à part l'inversion d'une énorme quantité de ressources, la matérialisation de la mémoire de l'individu, la famille ou le groupe qui l'avait financé. Quant à la conception « italique » du temple, elle semble cohérente avec son moment historique : les élites doivent se légitimer pas seulement vers leurs communautés ou les communautés voisines, mais aussi vers Rome, en délégation de laquelle ils gouvernent ; ils se représentent aux sanctuaires, donc, en tant qu'héritiers de toutes les deux traditions, l'ibérique et la romaine, en l'occurrence unifiées. Voilà pourquoi le culte ne s'interrompt pas dans l'aire sacrée, mais il se monumentalise « à l'italique » ; et voilà pourquoi les aristocrates des alentours y continuent à arriver, mais en habillant la toge, en tant que gouvernants ibéro-romains *stricto sensu*.

En outre, on a analysé l'intégration du Cerro de los Santos dans son territoire. La colline se trouve dans le cœur d'une région peu habitée, avec un peuplement rural dispersé. On a proposé comme hypothèse qu'il y aurait un petit village près du sanctuaire qu'on ne connait pas encore, et qu'il puisse se cacher sous la colline voisine, à en juger par quelques références bibliographiques anciennes et pour certains vestiges détectés grâce à la photographie aérienne. En tout cas, ce village encore inconnu ne serait qu'un petit habitat dépendant du sanctuaire, plutôt qu'une importante ville dont il appartiendrait (ce que la bibliographie a pris en tant qu'axiome depuis longtemps). Par conséquent, et selon ce raisonnement, le Cerro de los Santos serait le nœud principal du réseau symbolique du paysage des alentours, et pas un sanctuaire extra-urbain placé sur la frontière d'un hypothétique territoire politique cohérent qu'on ne connaît pas ailleurs.

La raison d'être du sanctuaire est pourtant d'autre. Il serait l'endroit où les élites dirigeantes des communautés de la région se réuniraient pour montrer son pitié aussi bien que pour négocier compétitivement son position sociale ; pareillement, l'aire sacrée serait la seule enclave où les voyageurs qui transiteraient le chemin auprès du Cerro de los Santos avec leurs marchandises pourraient se rendre pour passer la nuit sous la protection des dieux, au cœur d'une région peu peuplée, dont la sécurité des chemins serait sans doute relative. De fait, à l'époque romaine les structures

aménagées pour loger les pérégrins deviennent une *statio*, qu'on déplace près de la route suivant les normes des chaussées romaines. La *statio*, de même, est appelé à partir du nom de la déesse Palas, protectrice des bergers et de leurs troupeaux, ce qui semble l'*interpretatio* romaine de la divinité ibérique y adorée.

Le dernier chapitre a envisagé, enfin, l'étude de Jutia, un site archéologique qui vient d'être découvert, et où on a développé seulement deux campagnes d'excavations pour le moment. Les conclusions y obtenues sont, en conséquence, provisionnelles, et devront être révisées bien sûr grâce aux prochaines campagnes. Cependant, on considère que c'est un endroit privilégié pour approfondir dans les rapports de pouvoir chez les communautés rurales les moins hiérarchisées et par ailleurs les moins connues. En ce sens, les montagnes du Haute Segura dans la actuelle province d'Albacete sont, à l'époque ibérique, une région peu peuplée et lointaine des principales voies de communication et des aires dites « nucléaires » de la culture ibérique ; alors, une étude de cas idéal pour accomplir nos buts.

De prime abord, on a cherché à systématiser les données limitées disponibles sur les dynamiques de peuplement de la région. De cette façon, il n'y a pas de doutes que les structures économiques et politiques à l'époque ancienne s'articulent à partir de El Macalón, le seul habitat fortifié d'une certaine taille qu'on connaît, et dont les nécropoles monumentales et dont la capacité pour attirer les importations méditerranéennes nous parlent d'une société prospère et fortement hiérarchisée. Cependant, l'abandon d'El Macalón à l'aube du Ve siècle av. J.-C. n'entraîne pas le vide de la région, et on ne doit pas nécessairement assumer l'émigration massive de la population vers l'habitat fortifié plus proche à notre territoire. Certes, il y a une certaine coïncidence chronologique entre le collapse d'El Macalón et la fondation de Piedra de Peñarrubia, mais la continuité n'est pas complète, et la connexion géographique parmi les deux villages est loin d'être évidente. Peñarrubia, enfin, se trouve à la périphérie des montagnes qu'on étudie dans ce chapitre, est c'est difficile d'admettre qu'elle puisse à l'époque ibérique faire valoir son contrôle sur une zone tellement lointaine et fragmentée. On peut assumer plutôt que, lors de l'abandon d'El Macalón, Peñarrubia devienne l'habitat le plus hiérarchisé de la région, mais que son influence sur les populations des montagnes sera bien diffuse. Désormais, ces gens-là

s'organisent à travers de toute une série de petits villages placés sur des petites collines près de la rivière Taibilla, depuis lesquelles ils exploiteraient les ressources des alentours. Ça ne serait qu'à l'époque tardive quand d'autres habitats plus lointains du Taibilla apparaissent, en consacrant beaucoup d'énergies afin de se fortifier, à cause peut être d'une pression démographique et sociale davantage élevée.

C'est dans ce contexte-là qu'on devrait situer les données obtenues dans le sondage 1 de Jutia, fouillé en septembre 2013. Il s'agit d'un petit sondage de quelques 30m², placé près de la limite entre deux propriétés de la vallée de Jutia, sur la rive gauche du rivière Rivelte. À cause de l'accumulation de fragments céramiques ibériques et de l'apparition de deux sculptures à proximité, on avait évoqué la possibilité de la conservation d'un monument ibérique sous les pierres entassées sur la limite ; et en effet on a trouvé quelques fragments architectoniques, mais pas un seul dans son contexte original. Cependant, on a arrivé heureusement à fouiller des strates superficielles pleines du matériel archéologique d'époque ibérique, sous lesquelles on a trouvé toute une série de petits trous, qui on a pu étudier exhaustivement.

En ce qui concerne ces strates superficielles, on a récolté une bonne quantité d'os énormément fragmentés et fréquemment incinérés, qui étaient alors difficiles à identifier. On a trouvé pareillement beaucoup de charbons (*quercus ilex*, *quercus coccifera* et *pinus sp.*), aussi bien que une poignée de fragments informes de fer et bronze et quelques comptes de vitre. Enfin, on a raconté un bonne milliard de fragments céramiques, la plupart d'entre eux d'origine ibérique, bien qu'il y ait des importations attiques, italiques, *sigillée* et quelques fragments modernes, vestiges tous eux des périodes de fréquentation de l'endroit. Quant aux céramiques ibériques, conformément un *faciès* analogue à celui des dépôts inférieurs, composée notamment des petits récipients, dont les petites patères sont les plus fréquentes.

Pour ce qui est des dépôts rituels, on a pu en analyser la disposition et contenu d'huit. Il s'agit de petits trous, très proches voire superposés entre eux, creusés jusqu'à arriver aux strates géologiques de grès compacts. Le dépôt proprement dit (quoi que se soit les restes humains, les objets funéraires et les cendres des animaux sacrifiés, qui provenaient en tout cas d'un bûcher encore inconnue mais où le cadavre serait incinéré avec les autres objets) était placé là, et ensuite on couvrait l'ensemble avec des terres des alentours, sans aucune préparation, signalisation ou superstructure

monumental. Le contenu des dépôts était toujours modeste : fréquemment il n’y avait que minuscules fragments d’os et petits charbons, même si de temps à autre les restes humains se faisaient accompagner des fragments céramiques (jamais de récipients tout entiers) et des vestiges métalliques (méconnaissables, sauf pour une section de lance et une pointe de *soliferreum*). La présence de restes humains, toutefois, n’est pas systématique, ce qui permet d’introduire la distinction entre les enterrements proprement dits, et les dépôts votifs –des objets qui seraient également incinérés et qui conformeraient une offrande pour un des défunts y enterrés.

La présence habituelle de petites patères au sein des dépôts et dans les strates superficielles constitue l’un des peu abondants aspects du rituel qu’on peut récréer : la libation avec ces petits récipients, tel qu’on la constate dans d’autres nécropoles. L’autre trait du rituel qu’on peut observer dans les dépôts c’est la destruction ritualisée des objets y déposés, pratique qu’on connaît déjà quant aux armes, mais qu’on n’avait pas accordé aucune attention en ce qui concerne les récipients céramiques. Notre analyse pourtant montre que, dans chaque dépôt, les ibères n’ont introduit qu’une partie de chaque récipient, et que les fragments y documentés avaient été fréquemment incinérés.

On a trouvé une urne cinéraire dans un seul enterrement, celui qui semble le plus ancien de la nécropole, puisqu’il date du Ve siècle av. J.-C., tandis que la chronologie des autres tombes et dépôts rituels reste dans le IVe ou le début du III siècle av. J.-C.

Il s’agit donc d’un type de cimetière ibérique peu habituel dans l’historiographie, composé notamment d’une série de petits trous où les défunts étaient enterrés après sa crémation, et avec très peu d’objets funéraires. C’est un modèle qui n’a rien à voir avec celui des nécropoles tumulaires monumentales qu’on considère généralement paradigmatiques du monde ibérique. On croit toutefois que de temps en temps ces petits trous cendrés ont pu être négligés par les archéologues. Et on conjecture, alors, que ces trous peuvent être vestige d’un modèle alternatif de nécropole, propre des sociétés rurales moins hiérarchisées –mais pas de tout égalitaires– où les besoins de légitimation ne seront pas les mêmes que ceux des sociétés nucléaires.

En outre, on doit relier cette nécropole, qui apparaît autour d'un enterrement du Ve siècle av. J.-C. et qui prolifère dans le IVe siècle av. J.-C., avec les dynamiques territoriales régionales dont on a déjà parlé. Effectivement, dans le IVe siècle av. J.-C., le long du Taibilla toute une série de petits villages se sont fondés et prospèrent grâce à l'exploitation des ressources des montagnes des alentours; c'est bien possible qu'une de ces communautés s'est rendue à la vallée de Jutia pour bénéficier ces ressources, quoi qu'il soit en s'y établissant d'une façon permanente ou pas. Afin de légitimer symboliquement cette exploitation de la vallée, cette communauté enterrerait leurs défunts sur place, sous la présence bien visible d'un complexe sculptural monumental, ce qui rendrait *naturel* l'appropriation de la région pour ces individus.

À l'époque ibéro-romaine, pourtant, la situation change légèrement. La pression sur les ressources monte davantage, ce qui provoque l'épanouissement du peuplement ibérique en dehors la rivière du Taibilla. En particulier sur la vallée du Jutia on trouve, sur la colline homonyme, voisine de la nécropole dont on parle, un petit village fortifié, une ferme, qui sans doute apparaît à cette époque pour bénéficier d'une façon plus systématique les ressources agricoles de la zone. Sans doute on peut connecter ce nouveau habitat avec les fragments céramiques tardifs et les *sigillées* qu'on trouve près de la nécropole, mais leur présence pose une question que, pour le moment, on ne peut pas résoudre : survie-elle la considération sacrée de l'endroit dans la mémoire des riverains, peut être grâce aux monuments ? Se sont rendus-ils les habitants de la ferme ibéro-romaine à la nécropole de temps à autre pour déposer leurs offrandes ? Ou, au contraire, est-ce que la mémoire de la nécropole a déjà disparu, et les fragments céramiques ne sont que vestiges des labeurs d'engraissement ? Pour en répondre, on devrait donc approfondir dans les labeurs de fouille et continuer avec une prospection intensive de la vallée.



BIBLIOGRAFÍA

SIGLAS:

AAC: *Anales de Arqueología Cordobesa*.
AE: *Arqueología Espacial*.
AEA: *Archivo Español de Arqueología*.
AEAA: *Archivo Español de Arte y Arqueología*.
AnMurcia: *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*.
APL: *Archivo de Prehistoria Levantina*.
BAEAA: *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*.
BCH: *Bulletin de Correspondance Hellenique*.
BMAN: *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*.
BRAH: *Boletín de la Real Academia de la Historia*.
CAJ: *Cambridge Archaeological Journal*.
CAM: *Cuadernos de Arqueología Marítima*.
CASE: *Congreso Arqueológico del Sudeste Español*.
CHA: *Congreso de Historia de Albacete*.
CHC-LM: *Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*.
CIAC: *Congreso Internacional de Arqueología Clásica*.
CIAS: *Congreso Internacional de Arqueología Submarina*.
CIL: *Corpus Inscriptionum Latinarum*.
CNA: *Congreso Nacional de Arqueología*.
CNH: VILLARONGA, L. (1994): *Corpus Nummularum Hispaniae ante Augusti aetatem*. José Herrero, Madrid.

CNN: *Congreso Nacional de Numismática*.
CuPAUAM: *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*.
ETF, Serie II: *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II: Historia Antigua*.
HA: *Huelva Arqueológica*.
HEp: *Hispania Epigráfica*.
JAF-P: *Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*.
JMA: *Journal of Mediterranean Archaeology*.
JRA: *Journal of Roman Archaeology*.
KAI: DONNER, H.; RÖLLIG, W. (1966-1969): *Kanaanäische und Aramäische Inschriften*. Wiesbaden.
LQNT: *LQNT. Patrimonio Cultural de la Ciudad de Alicante*.
MLH: UNTERMANN, J. (1990): *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band III. Die iberischen Inschriften aus Spanien*. Wiesbaden.
MM: *Madrider Mitteilungen*.
NAH: *Noticiario Arqueológico Hispánico*.
OJA: *Oxford Journal of Archaeology*.
PLAV: *Papeles del laboratorio de arqueología de Valencia*.
QPAC: *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*.
RABM: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.
REA: *Revue d'Études Anciennes*.

REIb: Revista de Estudios Ibéricos.

REL: Revue d'Études Ligures = Rivista di Studi Liguri.

RIEA: Revista del Instituto de Estudios Alicantinos.

RPC: BURNETT, A.; AMANDRY, M. (eds.) (1992 - 2015), *Roman Provincial Coinage*. British Museum Press, Londres.

RSF: Rivista di Studi Fenici.

RSL: Rivista di Studi Liguri.

THA: Testimonia Hispaniae Antiqua.

TP: Trabajos de Prehistoria.

WA: World Archaeology.

ZPE: Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik.

AA.VV. (1980): *Religion, pouvoir, rapports sociaux*. Les Belles Lettres, París.

- (1983): *I Jornadas de Arqueología en Albacete, 1977-1982*. Ministerio de Cultura, Albacete.

- (1985): *VI Congreso Internacional de Arqueología Subacuática*. Ministerio de Cultura, Madrid.

- (1997): *Cien años de una dama*. Ministerio de Cultura, Madrid.

- (2006): *Alcoy. Arqueología y museo*. MARQ, Alicante.

ABAD, L. (1983): "Un conjunto de materiales de La Serreta de Alcoy", *Lucentum* 2: 173-197.

- (1984): "Romanización", en *Alcoy. Prehistoria y Arqueología. Cien años de Investigación*. Ajuntament d'Alcoi, Alcoy: 259-276.

- (1986): "El Oral", en *Arqueología en Alicante (1976-1986)*. Instituto de Estudios Alicantinos Juan Gil Albert, Alicante: 143-145.

- (1986 a): "La Escuela", en *Arqueología en Alicante (1976-1986)*. Instituto de Estudios Alicantinos Juan Gil Albert, Alicante: 146-147.

- (1986 b): "Castillo de Guardamar", en *Arqueología en Alicante (1976-1986)*. Instituto de Estudios Alicantinos Juan Gil Albert, Alicante: 151-152.

- (1986-1987): "En torno a dos mosaicos ilicitanos: el helenístico y el de conchas marinas", *CuPAUAM* 13-14 (2): 97-105.

- (1987): "El poblamiento ibérico en la provincia de Alicante", en A. Ruiz; M. Molinos (eds.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*. Universidad de Sevilla, Jaén: 157-169.

- (1988): "Un tipo de olpé de bronce de yacimientos ibéricos levantinos", *APL* 18: 329-348.

- (1992): "Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar", en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial, Valencia: 225-238.

- (1992 a): "Las culturas ibéricas del área suroccidental de la Península Ibérica", *Complutum* 2-3: 151-166.

- (1993): "Algunas novedades onomásticas de la ciudad de Ilunum (El Tolmo de Minateda, Hellín, Albacete)", *Antigüedad y Cristianismo* 10: 127-132.

- (1996): "Modelos de hábitat en el mundo ibérico. Una década de investigaciones", *REIb* 2: 123-145.

- (1996 a): "La epigrafía del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) y un nuevo municipio romano del *Conventus Carthaginensis*", *AEA* 69: 77-108.

- (2000): "L'Horta Major (Alcoi)", en J.E. Aura y J.M. Segura (coords.), *Catálogo del Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó, Alcoi*. Ajuntament d'Alcoi, Alcoy: 121-124.

- (2004): "La Alcudia ibérica. En busca de la ciudad perdida", en *Iberia, Hispania, Spania*.

- Una mirada desde Ilici*. Ministerio de Cultura, Madrid: 69-78.
- (2006): "The juridical promotion of *oppida* in the southeast of the Iberian peninsula: the cases of Ilici and Ilunum", en L. Abad, S. Keay y S. Ramallo (eds.), *Early roman towns in Hispania Tarraconensis*. JRA, Suppl. Series 62. Portsmouth: 119-132.
 - (2007): "El «descubrimiento» del arte ibérico", en L. Abad y J.A. Soler (eds.), *Arte ibérico en la España mediterránea*. Universidad de Alicante, Alicante: 13-19.
 - (2009): "Contestania, griegos e iberos", en M. Olcina y J.J. Ramón (eds.), *Huellas griegas en la Contestania ibérica*. MARQ, Alicante: 20-29.
 - (2011): "La escultura ibérica de la Contestania. Entre lo divino y lo humano", en J.J. Blázquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 339-363.
- ABAD, L.; BENDALA, M. (1989): *El arte ibérico*. Historia 16, Madrid.
- (1994): "La urbanística del mundo ibérico. Las nuevas perspectivas", *AEA* 67: 301-304.
 - (1996): "Urbanismo y ciudad: de las formaciones ibéricas a la consolidación del modelo romano", en *XXIII CNA* 2. Elche: 11-20.
- ABAD, L.; GUTIÉRREZ, S.; SANZ, R. (1998): *El Tolmo de Minateda. Una historia de tres mil quinientos años*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- ABAD, L.; SALA, F. (1991): "Las necrópolis ibéricas del área de Levante", en J.J. Blázquez y V. Antona (eds.), *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 145-167.
- (1993): "Reflexiones sobre la metalurgia protohistórica: el poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)", en R. Arana *et alii* (eds.), *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Universidad de Murcia, Murcia: 189-203.
 - (1997): "Sobre el posible uso cáltico de algunos edificios de la Contestania ibérica", *QPAC* 18: 91-102.
 - (2001): *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuera*. Real Academia de la Historia, Madrid.
 - (2007): "En torno al urbanismo ibérico de la Contestania", *Lucentum* 26: 59-82.
 - (2009): "Sistemas de almacenamiento y conservación de alimentos en tierras valencianas", en R. García Huerta; D. Rodríguez González (eds.), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca: 117-151.
 - (2009 a): "La arquitectura y el urbanismo en El Oral (San Fulgencio, Alicante). Un ejemplo de asimilación de la arquitectura fenicia y púnica", en S. Helas; D. Marzoli (eds.), *Phönizisches und punisches Städtewesen*. Iberia Archaeologica, Madrid: 499-513.
- ABAD, L.; SALA, F.; ALBEROLA, E.M. (1995-1997): "La necrópolis y el área sacra ibéricos de «Las Agualejas» (Monforte del Cid, Alicante)", *Lucentum* 14-16: 7-18.
- ABAD, L.; SANZ, R. (1995): "La cerámica ibérica con decoración figurada de la provincia de Albacete. Iconografía y territorialidad", *Saguntum* 29: 73-84.
- ABAD, L. *et alii* (2003): "El Oral y La Escuera, dos lugares de intercambio en la desembocadura del río Segura (Alicante) en época ibérica", en G. Pascual; J. Pérez Ballester (eds.), *Puertos fluviales antiguos: ciudad, desarrollo e infraestructuras*. Universitat de Valencia, Valencia: 81-98.
- ABASCAL, J.M. (1988): "La producción y el comercio de cerámicas como reflejo de la integración de lo indígena y lo romano en la Meseta Sur", en *I CHC-LM* 4. Toledo: 125-130.
- (1989): *La circulación monetaria del Portus Ilicitanus*. Conselleria de Cultura, Valencia.

- (1990): *Inscripciones romanas de la provincia de Albacete*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
 - (2002): “La fecha de la promoción colonial de Carthago Noua y sus repercusiones edilicias”, *Mastia* 1: 21-44.
- ABASCAL, J.M.; ALBEROLA, A. (2007): *Monedas antiguas de los museos de Elche*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- ABASCAL, J.M.; GIMENO, H. (2000): *Epigrafía Hispánica*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- ABERCROMBIE, N.; HILL, N.; TURNER, B.S. (1987): *La tesis de la ideología dominante*. Siglo XXI de España Editores, Madrid [Londres, 1980].
- ABRAMS, E.M. (1989): “Architecture and energy. An evolutionary perspective”, en M.B. Schiffer (ed.), *Archaeological method and theory* 1. Garland, Tucson: 47-87.
- ADAMS, R. McC. (1974): “Anthropological perspectives on ancient trade”, *Current Anthropology* 15 (3): 239-258.
- ADLER, E. (2011): *Valorizing the barbarians. Enemy speeches in Roman historiography*. University of Texas Press, Austin.
- ADROHER, A.M. (2005) : “Un nou model de sacralitat ibèrica: els espais rituals bastetans”, *Cota Zero* 20: 10-16.
- (2013): “El territorio ideológico en el área bastetana”, en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: territorio, ritualidad y memoria*. Universidad de Jaén, Jaén: 145-181.
- ADROHER, A.M.; CABALLERO, A. (2008): “Los santuarios al aire libre en el entorno de Basti (Baza, Granada)”, en A.M. Adroher y J.J. Blánquez (eds), *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana. Comunicaciones*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 215-227.
- ADROHER, A.M.; SÁNCHEZ MORENO, A.; CABALLERO, A. (2004): “Los espacios rituales ibéricos”, en A.M. Adroher y A. López Mardos (dirs.), *El territorio de las altiplanicies granadinas entre la Prehistoria y la Edad Media. Arqueología en Puebla de Don Fadrique (1995-2002)*. Junta de Andalucía, Sevilla: 185-218.
- ADROHER, A.M. *et alii* (2004): “Protohistoria”, en A.M. Adroher y A. López Mardos (dirs.), *El territorio de las altiplanicies granadinas entre la Prehistoria y la Edad Media. Arqueología en Puebla de Don Fadrique (1995-2002)*. Junta de Andalucía, Sevilla: 55-93.
- AGBE-DAVIES, A.S.; BAUER, A.A. (2010): “Rethinking trade as a social activity: an introduction”, en A.A. Bauer; A.S. Agbe-Davies (eds.), *Social archaeologies of trade and exchange. Exploring relationships among people, places and things*. Left Coast Press, California: 13-28.
- AGUADO, J.D. (1975): “El Cerro de los Santos. Una acción”, *Revista de Historia Latina* II: 3.
- AGUELO, X. *et alii* (2007): “El pecio de Binisafúller”, en J. Pérez Ballester; G. Pascual (eds.), *Comercio, redistribución y fondeaderos. La navegación a vela en el Mediterráneo*. Universitat de Valencia, Valencia: 199-208.
- AGUILAR, S. (1999): “Dama de Elche: embodying Greek-Iberian interaction”, en G.R. Tsetskhladze (ed.), *Ancient Greeks, West and East*. Brill, Leiden-Boston-Köln: 331-351.
- AGUILERA, T. (2011): “La utopía del bárbaro. Imágenes idealizadas del pasado prerromano en la España contemporánea”, *El futuro del pasado* 2: 371-187.
- (2014): “Homéricos revolucionarios. La Iberia prerromana desde el prisma socialista”, en C. del Cerro *et alii* (eds.), *Economías, comercio y relaciones internacionales en el Mundo Antiguo*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 417-441.
- ALBEROLA, A.; ABASCAL, J.M. (1998): *Moneda antigua y vida económica en las comarcas del Vinalopó*. Generalitat Valenciana, Valencia.
- ALBERT, J.-P. *et alii* (2011): “Conclusions”, en C. Bonnet, A. Declercq e I. Slobodzianek (dirs.),

- Les représentations des dieux des autres. Suppl. Mythos 2.* Palermo: 239-251.
- ALBERTINI, E. (1912): "Sculptures du Cerro de los Santos", *Bulletin Hispanique* 14 (1): 1-10.
- ALBUQUERQUE, P. (2012): "Alguns pontos de interrogação sobre identidade(s) e território(s) em Tartessos", *SPAL* 21: 39-52.
- ALCALÁ-ZAMORA, L. (2003): *La necrópolis ibérica de Pozo Moro*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALCALÁ-ZAMORA, L.; BUENO, F.J. (2000): "El armamento de la necrópolis ibérica de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete)", *AnMurcia* 16: 17-32.
- ALCOCK, S.E. (2000): "Classical order, alternative orders, and the uses of nostalgia", en J. Richards y M. Van Buren (eds.), *Order, legitimacy and wealth in ancient states*. Cambridge University Press, Cambridge: 110-119.
- (2002): *Archaeologies of the Greek past. Landscape, monuments, and memories*. Cambridge University Press, Cambridge.
- ALEKHSIN, V.A. (1983): "Burial customs as an archaeological source", *Current Anthropology* 24 (2): 137-149.
- ALEMANY, J. (1910): "La geografía de la Península Ibérica en los textos de los escritores griegos", *RABM* 22 (1-2): 1-34.
- ALFARO ARREGUI, M.M. (1991): "El sistema defensivo de la puerta de entrada a la ciudad ibérica de Meca (Ayora, Valencia)", en *Fortificacions. La problemática de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*. Centre d'Estudis del Bages, Manresa: 147-152.
- (1995): "El poblado ibérico de El Amarejo (Bonete, Albacete)", en J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *El mundo ibérico, una nueva imagen en los albores del año 2000*. Imágenes y Palabras, Toledo: 231-237.
- ALFARO ARREGUI, M.M.; BRONCANO, S. (1992): "El sistema defensivo de la puerta de entrada a la ciudad ibérica de «El Castellar de Meca» (Ayora, Valencia)", en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia: 73-81.
- ALFARO ASINS, C. (2000): "La producción y circulación monetaria en el Sudeste peninsular", en M.P. García-Bellido; L. Callegarin (eds.), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental*. Anejos de AEA 22: 101-112.
- (2002): "La moneda púnica foránea en la Península Ibérica y su entorno", en *X CNN*. Zaragoza: 17-64.
- ALFARO GINER, C. (1975): "El cultivo del esparto en el siglo I a.C.: consideraciones acerca de un pasaje de Varrón", en *I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas* 1. Universidad de Santiago, Vigo: 191-196.
- (1984): *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la Romanización*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- ALFÖLDY, G. (1984): "La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico", *Gerión* 1: 39-61.
- (2003): "Administración, urbanización, instituciones, vida pública y orden social", en J.M. Abascal; L. Abad (coords.), *Las ciudades y los campos de Alicante en época romana*. Canelobre 48: 35-57.
- ALMAGOR, E. (2005): "Who is barbarian? The barbarian in the ethnological and cultural taxonomies of Strabo", en D. Duek, H. Lindsay y S. Potheary (eds.), *Strabo's cultural Geography. The making of a kolossourgia*. Cambridge University Press, Cambridge: 42-55.
- ALMAGRO BASCH, M. (1965): "L'influence grecque sur le monde ibérique", en *Le rayonnement des civilisations grecque et romaine sur les cultures périphériques*. De Boccard, París: 87-94.
- (1976): "Resistencia y asimilación de elementos culturales del Mediterráneo oriental en la Iberia prerromana", en D.M. Pippidi (dir.), *Assimilation et résistance à la*

- culture gréco-romaine dans le monde ancien*. Academiei, París: 117-130.
- (1980): “Un tipo de exvoto de bronce ibérico de origen orientalizante”, *TP* 37: 247-308.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1978): “Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro”, *TP* 35: 251-278.
- (1982): “Plañideras en la iconografía ibérica”, en *Homenaje a Sáenz de Buruaga*. Diputación Provincial, Badajoz: 265-285.
 - (1982 a): “Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación socio-cultural y la delimitación del área cultural ibérica de los bastetanos”, en *En homenaje a Conchita Fernández Chicharro*. Ministerio de Cultura, Madrid: 249-257.
 - (1983): “Colonizzazione e acculturazione nella Penisola Iberica”, en *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*. École Française de Rome, Pisa-Roma: 429-461.
 - (1983 a): “Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica”, *MM* 24: 177-293.
 - (1983 b): “Paisaje y sociedad en las necrópolis ibéricas”, en *XVI CNA*. Zaragoza: 725-740.
 - (1987): “El área superficial de las poblaciones ibéricas”, en *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Ministerio de Cultura, Madrid: 21-34.
 - (1988): “Société et commerce méditerranéen dans la Péninsule Ibérique aux VII-Ve siècles”, en *Les princes celtes et la Méditerranée*. Documentation Française, París: 71-79.
 - (1990): “L’Hellénisme dans la culture ibérique”, en *Akten des XIII^e Internationalen Kongress für Klassische Archäologie* 1. P. von Zabern, Mainz-Rhein: 113-127.
 - (1990 a): “Contatti e influenze artistiche: l’Iberia”, en *XXIX convegno di studi sulla Magna Grecia*. Tarento: 329-356.
 - (1991): “Las necrópolis ibéricas en su contexto mediterráneo”, en J.M. Blázquez; A. Antona (coords.), *Congreso de Arqueología ibérica: Las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 37-76.
 - (1991 a): “El mundo orientalizante en la Península Ibérica”, en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 2. Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma: 574-599.
 - (1993-1994): “Ritos y cultos funerarios en el mundo ibérico”, *AnMurcia* 9-10: 107-133.
 - (1994): “La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el período protoorientalizante”, *Complutum* 4: 81-94.
 - (1995): “Iconografía numismática hispánica: jinete y cabeza varonil”, en M.P. García-Bellido y R.M. Sobral (eds.), *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*. Anejos de AEA 14: 53-62.
 - (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Real Academia de la Historia, Madrid.
 - (1996 a): “Lobo y ritos de iniciación en Iberia”, en R. Olmos y J.A. Santos (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 103-127.
 - (1999): *El Rey Lobo de la Alcudia de Elche*. Fundación Universitaria de Investigación Arqueológica de La Alcudia, Alicante.
 - (1999 a): “Los iberos en Castilla-La Mancha”, en M.V. Valero (coord.), *Primeras Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*. Consejería de Cultura de Castilla-La Mancha, Iniesta: 25-48.
 - (2003): “La romanización del mundo ibérico del Sureste”, en J.M. Abascal; L. Abad (coords.), *Las ciudades y los campos de Alicante en época romana*. Canelobre 48: 11-19.

- (2005): "Iconografía fenicia y mitología tartésica. El influjo fenicio en las creencias de Tartessos", en E. Acquaro y G. Savio (eds.), *Studi iconografici nel Mediterraneo Antico. Iconologia ed aspetti materici*. Agorà, La Spezia: 11-64.
 - (2005 a): "Ideología ecuestre en la Hispania prerromana", *Gladius* 25: 151-186.
 - (2009): "El kýlix de figuras rojas arcaicas de Pozo Moro (Albacete)", *QPAC* 27: 63-81.
- ALMAGRO GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ, A. (1989): "El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales", *Zephyrus* 41-42: 339-382.
- ALMAGRO GORBEA, M.; LORRIO, A.J. (2007): "El *signum equitum* del Museo de Cuenca y los bronceos tipo «Jinete de la Bastida»", en J.M. Millán y C. Rodríguez Ruza (coords.), *I Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca: 17-51.
- (2011): *Teutates, el héroe fundador*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.; MONEO, T. (2000): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.; RAMOS, R. (1986): "El monumento ibérico de Monforte del Cid", *Lucentum* 5: 45-63.
- ALMAGRO GORBEA, M.; RUBIO, F. (1980): "El monumento ibérico de «Pino Hermoso». Orihuela (Alicante)", *TP* 37: 345-362.
- ALMAGRO GORBEA, M.; TORRES, M. (2010): *La escultura fenicia en Hispania*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. *et alii* (2011): "El personal del palacio tartésico de Cancho Roano (Badajoz, España)", *Zephyrus* 68: 163-190.
- ALMAGRO GORBEA, M. *et alii* (2011-2012): "El mito de Telepinu y el altar primordial en forma de piel de toro", *CuPAUAM* 37-38: 241-262.
- ALMAGRO GORBEA, M.J. (1980): *Corpus de las terracotas de Ibiza*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- ALONSO BAQUER, M. (1997): "¿Qué es la guerra?", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ministerio de Defensa, Madrid: 17-23.
- ALONSO MARTÍNEZ, N. (2000): "La agricultura de la Primera Edad del Hierro y de época ibérica en el Llano Occidental catalán: problemática y nuevas aportaciones", en R. Buxó; E. Pons (dirs.), *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'Edat del Ferro de l'Europa occidental: de la producció al consum*. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Gerona: 127-138.
- ALTHUSSER, L. (1970): *Ideología y aparatos ideológicos de Estado: Freud y Lacan*. Nueva Visión Bogotá [París, 1970].
- ALVAR, J. (1986): "Theron, rex Hispaniae Citerioris (Macr., Sat. I, 20, 12)", *Gerión* 4: 161-175.
- (1990): "La jefatura como instrumento de análisis para el historiador: basileia griega y régulos ibéricos", en J. Adánez; C.M. Heras; C. Varela (eds.), *Espacio y organización social*. Univesidad Complutense de Madrid, Madrid: 111-126.
 - (1990 a): "El contacto intercultural en los procesos de cambio", *Gerión* 8: 11-27.
 - (1991): "La religión como índice de aculturación: el caso de Tartessos", en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 1. Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma: 351-356.
 - (1994): "Las ciudades del litoral ibero según las fuentes clásicas", en *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica* 3. Ministerio de Cultura, Madrid: 7-22.
 - (1998): "Comunidad de navegantes: aspectos sociales de la navegación fenicia", en *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos. XI JAF-P*, Ibiza: 49-59.

- (2000): “Comercio e intercambio en el contexto precolonial”, en P. Fernández Uriel, C. González Wagner, F. López Pardo (eds.), *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid: 27-34.
- ÁLVAREZ GARCÍA, N. (1997): “El almacén del templo A: aproximación a espacios construidos especializados y su significación económica”, en M. Olcina (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. *Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*. MARQ, Alicante: 133-174.
- (1998): “Producción de ánforas contestanas: el almacén de El Campello (Alicante)”, *Cypsela* 12: 213-226.
- ÁLVAREZ GARCÍA, N.; CASTELLO, J. S.; GÓMEZ BELLARD, C. (2000): “Estudio preliminar de las ánforas del Alt de Benimaquía (Dénia, Alicante)”, *QPAC* 21: 121-136.
- ÁLVAREZ GARCÍA, N.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2011): “De allí y de aquí: los intercambios y el comercio”, en H. Bonet y J. Vives-Ferrándiz (eds.), *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de Valencia, Valencia: 176-195.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2009): “Identidad y etnia en Tartesos”, *AE* 27: 79-111.
- (2010): “*Tartessos*: un etnónimo de la Iberia púnica”, *Mainake* 32 (1): 395-406.
- (2012): “Turdetania fenicia: pasado y prestigio en el Occidente romano”, en B. Mora y G. Cruz (coords.), *La etapa neopúnica en Hispania y el Mediterráneo centro occidental: identidades compartidas*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 35-58.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M.; FERRER, E. (2009): “Identidad e identidades entre los fenicios de la Península Ibérica en el período colonial”, en F. Wulff y M. Álvarez (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*. Universidad de Sevilla, Málaga-Sevilla: 165-204.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, A. (2008): “Seguridad, piratería y legislación en el tráfico comercial romano en la Península Ibérica durante la República y el Alto Imperio”, *Mainake* 30: 91-107.
- AMADOR, R. (1862-1863): “Algunas consideraciones sobre la estatuaría durante la monarquía visigoda”, *El Arte en España* 1-2: 157-165 y 5-23.
- AMPOLO, C. (1994): “Tra empòria ed emporia: note sul commercio greco in età arcaica e classica”, en B. D’Agostino; G. Ridgway (eds.), *Apoikia: I più antichi insediamenti greci in Occidente: funzioni e modi dell’organizzazione politica e sociale*. *Annali di Archeologia e storia antica* 1: 29-36.
- AMPOLO, C.; CARUSO, T. (1990-1991): “I greci e gli altri nel Mediterraneo occidentale. Le iscrizioni greca ed etrusca di Pech-Maho: circolazione di beni, di uomini, di istituti”, *Opus* 9-10: 29-58.
- AMSELLE, J.L. (1999): *Logiche meticce. Antropologia dell’identità in Africa e altrove*. Bollati Boringhieri, Turín.
- ANDRÉS, G. (2002): “Municipium Calagurris Iulia Nassica”, *Kalakorikos* 7: 51-78.
- ANELLO, P. (2008): “Eracle eroe cultural tra Iberia e Sicilia”, en P. Anello y J. Martínez-Pinna (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia*. Universidad de Málaga, Málaga: 8-42.
- ANTOLINOS, J.A. (2008): “La explotación de los recursos minerales en el entorno de Carthago Noua”, en J. Uroz; J.M. Noguera; F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*. Tabullarium, Murcia: 619-632.
- (2012): “Centros de producción y administración en el territorio minero de Carthago Nova. A propósito de los hallazgos documentados en El Gorguel (Sierra de Cartagena)”, en A. Orejas; CH. Rico (dirs.), *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones. Homenaje a Claude Domergue*. Casa de Velázquez, Madrid: 63-79.
- ANTONACCIO, C.M. (1994): “Placing the gods: the Bronze Age in the cultic topography of Early Greece”, en S. Alcock y R. Osborne (eds.), *Placing the gods. Sanctuaries and*

- sacred space in Ancient Greece*. Clarendon Press, Oxford: 79-104.
- (2001): "Ethnicity and colonization", en I. Malkin (ed.), *Ancient perceptions of Greek identity*. Center for Hellenistic Studies, Washington: 113-157.
 - (2003): "Hybridity and the cultures within Greek culture", en C. Dougherty y L. Kurke (eds.), *The cultures within ancient Greek culture*. Cambridge University Press, Cambridge: 57-74.
 - (2010): "(Re)defining ethnicity: culture, material culture and identity", en S.H. Hales y T. Hodos (eds.), *Material culture and social identities in the ancient world*. University of Bristol, Cambridge: 32-53.
- APARICIO, J. (1976): "El culto en cuevas en la región valenciana", *Revista de la Universidad Complutense* 25 (101): 9-30.
- (1982): "La necrópolis de Corral de Saus y las evidencias de una primera revolución social", *Papers de la Costera* 2: 42-45.
 - (1984): "Tres monumentos ibéricos valencianos: la Bastida, Meca y el Corral de Saus", en *Homenaje a Domingo Fletcher Valls. La cultura ibérica. Varia* 3: 145-205.
 - (1988): "La tumba ibérica del Camí del Bosquet (Mogente, Valencia)", *APL* 18: 405-424.
 - (1997): "El culto en cuevas y la religiosidad protohistórica", *QPAC* 18: 345-358.
- APARICIO, J.; CISNEROS, F. (2007): *La necrópolis ibérica del Corral de Saus en el complejo de Carmoxent (Moixent, Valencia) I. Excavaciones de 1972 a 1985. Memorias e inventarios*. Diputación Provincial, Valencia.
- APARICIO, J.; SAN VALERO, J. (1977): *Nuevas excavaciones y prospecciones arqueológicas en Valencia*. Servicio de Investigaciones Prehistóricas, Valencia.
- APARICIO, J. et alii (2005): *La cultura ibérica. Síntesis histórica*. Diputación Provincial, Valencia.
- APPADURAI, A. (1986): "Introduction: commodities and the politics of value", en A. Appadurai (ed.), *The social life of things: commodities in cultural perspective*. Cambridge University Press, Cambridge: 3-63.
- APPADURAI, A. (ed.) (1986): *The social life of things: commodities in cultural perspective*. Cambridge University Press, Cambridge.
- ARANA, R. (1995): "Metalurgia de la plata en el asentamiento fenopúnico de Los Gavilanes (Mazarrón, Murcia, España). Estudio mineralógico", en M.H. Fantar; M. Ghaki (coords.), *III Congrès International des Études Phéniciennes et Puniques* 1. Institut National du Patrimoine, Túnez: 77-86.
- ARANA, R.; GÁLVEZ, J. (1993): "Metalurgia de la plata en el yacimiento fenopúnico de Punta de los Gavilanes (Mazarrón, Murcia). II. Estudio mineralógico", en R. Arana et alii (eds.), *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Universidad de Murcia, Murcia: 221-240.
- ARANA, R.; PÉREZ SIRVENT, C. (1993): "El trabajo del hierro en el poblado protohistórico de El Castellar de Librilla (Murcia). II. El estudio mineralógico", en R. Arana et alii (eds.), *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Universidad de Murcia, Murcia: 111-129.
- ARANCIBIA, A. et alii (2011): "Aportaciones de las últimas intervenciones a la arqueología fenicia de la Bahía de Málaga", en M. Álvarez (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Archaeopress, Oxford: 129-149.
- ARANEGUI, C. (1971): "Cerámica ibérica de La Serreta (Alcoy): los platos", *PLAV* 10: 107-121.
- (1973): "Materiales arqueológicos del Peñón de Ifac (Calpe)", *PLAV* 9: 49-69.
 - (1981): "Industria y comercio de la cerámica ibérica valenciana", en *I Congreso de Historia*

- del País Valenciano* 2. Universidad de Valencia, Valencia: 249-256.
- (1981 a): “Las influencias mediterráneas al comienzo de la Edad del Hierro”, en *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*. Laboratorio de Arqueología de Valencia, Valencia: 41-66.
 - (1986): “Peñón de Ifach”, en *Arqueología en Alicante (1976-1986)*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante: 53-54.
 - (1991): “La necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)”, en J.J. Blánquez y V. Antona (eds.), *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 169-188.
 - (1993): “La cerámica ibérica ante la romanización”, en J. Padró *et alii* (dirs.), *Homenatge a Miquel Tarradell*. Curial Edicions Catalanes, Barcelona: 553-558.
 - (1994): “El círculo del SE. y el comercio entre iberos y griegos”, en *Huelva Arqueológica* 13 (1):297-318.
 - (1994 a): “*Iberica sacra loca*. Entre el cabo de la Nao, Cartagena y el Cerro de los Santos”, *REIb* 1: 115-138.
 - (1994 b): “De la ciudad ibérica a la ciudad romana: Sagunto”, en *La ciudad en el mundo romano* 1. XIV CIAC. Tarragona: 69-78.
 - (1994 c): “Arse-Saguntum: una estrategia para consolidar el poder”, en *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica* 3. Ministerio de Cultura, Madrid: 31-43.
 - (1995): “*Sacra loca iberica*”, en P. Arcelin (ed.), *Sur les pas des Grecs en Occident. Hommages à A. Nickels*. Errance, París-Lattes: 17-30.
 - (1995 a): “Los iberos y los auspicios. A propósito de un vaso decorado de la antigua Edeta (Llíria, Valencia)”, en A.J. Miguel, F.E. Álvarez y J. San Bernardino (eds.), *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a Fernando Gascó* 1. Koliaos 4, Sevilla: 39-51.
 - (1996): “Signos de rango en la sociedad ibérica. Distintivos de carácter civil o religioso”, *REIb* 2: 91-121.
 - (1996 a): “Los platos de peces y el Más Allá”, *Complutum Extra* 6 (1): 401-414.
 - (1997): “La decoración figurada en la cerámica de Llíria”, en C. Aranegui (ed.), *Damas y caballeros en la ciudad ibérica*. Cátedra, Madrid: 49-117.
 - (1998): “Los iberos a través de sus imágenes”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 175-187.
 - (ed.) (1998): *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona.
 - (1999): “Personaje con arado en la cerámica ibérica (ss. II-I a.C.). Del mito al rito”, *Pallas* 50: 109-120.
 - (1999): “La narración como lenguaje artístico en la cultura ibérica”, en M.V. Valero (coord.), *I Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*. Consejería de Cultura de Castilla-La Mancha, Iniesta: 129-143.
 - (2000): “Mostrarse en imágenes. Un recorrido a través de las decoraciones de la cerámica ibérica”, en *Scripta in Honorem Enrique A. Llobregat Conesa* 1. Consell Valencià de Cultura, Alicante: 293-305.
 - (2002): “Una ciudad singular”, en P.P. Ripollés y M.M. Llorens, *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*. Bancaja, Sagunto: 21-30.
 - (2004): *Sagunto, oppidum, emporio y municipio romano*. Bellaterra, Barcelona.
 - (2004 a): “Casas, despensas y almacenes en la arquitectura ibérica”, en S. Augusta-Boularot; X. Lafon (dirs.), *Des ibères aux vénètes*. École Française de Rome, Roma: 113-132.
 - (2004 b): “Le lion et la mort. La représentation du lion dans l’art ibéro-romain”, en O. Cavalier (ed.), *La tarasque de Noves. Réflexions sur un motif*

- iconographique et sa posterité*. Musée Calvet, Avignon: 83-92.
- (2004 c): “Leones funerarios de época iberorromana. La serie asociada a cabezas humanas”, en T. Nogales y L.J. Gonçalves (coords.), *IV Reunión sobre escultura romana en Hispania*. Universidade de Lisboa, Lisboa: 213-227.
 - (2004 d): “A propósito del vaso de los guerreros del Castellar de Oliva”, *AnMurcia* 17-18: 229-238.
 - (2006): “Imaginario ibérico”, en D. Vaquerizo y J.F. Murillo (eds.), *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la profesora Pilar León Alonso 1*. Universidad de Córdoba, Córdoba: 113-124.
 - (2008): “Mortales o inmortales: a propósito de las damas ibéricas”, en S. Estienne *et alii* (dirs.), *Image et religion dans l’antiquité gréco-romaine*. Centre Jean-Bérard, Nápoles: 203-216.
 - (2009): “La circulación de los bienes almacenados en el área ibérica”, en R. García Huerta; D. Rodríguez González (eds.), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca: 153-165.
 - (2010): “Ocupación económica, ritual y estratégica del litoral valenciano”, *Mainake* 32 (2): 689-704.
 - (2010 a): “El lenguaje de prestigio. A propósito de la Dama de Baza”, en T. Chapa e I. Izquierdo (coords.), *La Dama de Baza: un viaje femenino al Más Allá*. Ministerio de Cultura, Madrid: 185-193.
 - (2011): “Lo divino en femenino”, en J.J. Blánquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 133-155.
 - (2012): *Los iberos ayer y hoy. Arqueologías y culturas*. Marcial Pons, Madrid.
 - ARANEGUI, C.; BONET, H. (1978): “Los restos de amurallamiento de la Sierra de Segaria”, *RIEA* 26: 105-116.
 - ARANEGUI, C.; DE HOZ, J. (1992): “Una falcata decorada con inscripción ibérica. Juegos gladiatorios y venationes”, en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia: 319-344.
 - ARANEGUI, C.; DE JUAN, C.; FERNÁNDEZ IZQUIERDO, A. (2004): “Saguntum como puerto principal, una aproximación náutica”, en A. Gallina; R. Turchetti (coords.), *Méditerranée occidentale antique: les échanges*. Rubbettino, Soveria Mannelli: 75-100.
 - ARANEGUI, C.; PÉREZ BALLESTER, J. (1990): “Imitaciones de formas clásicas en cerámica ibérica, siglos V a III a.C.”, en *XXIX convegno di studi sulla Magna Grecia*. Tarento: 217-246.
 - ARANEGUI, C.; PRADOS, L. (1998): “Santuarios. El encuentro con la divinidad”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 135-145.
 - ARANEGUI, C.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2006): “Encuentros coloniales, respuestas plurales: los ibéricos antiguos de la fachada mediterránea central”, en M.C. Belarte; J. Sanmartí (eds.), *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental*. *Arqueomediterrània* 9: 89-107.
 - ARANEGUI, C. *et alii* (1993): *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero, Guardamar del Segura, Alicante*. Casa de Velázquez, Madrid - Alicante.
 - ARASA, F. (1999): “La romanización: cambio cultural en el mundo ibérico en los siglos II-I a.C.”, en R. Balbín; P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular 4*. Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares: 65-73.

- (2007): “Topografía de les restes de camins conservades a la partida de Ferriol d’Elx (el Baix Vinalopó)”, *Saguntum* 39: 165-166.
- ARASA, F.; ROSELLÓ, V.M. (1995): *Les vies del territori valencià*. Generalitat Valenciana, Valencia.
- ARCE, J. (1979): “Colonización griega en España: algunas consideraciones metodológicas”, *AEA* 52: 105-110.
- ARENAS, J.A. (2004): “La influencia del mundo paleopúnico en la Meseta oriental”, en A. González Blanco, G. Matilla y A. Egea (eds.), *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*. Universidad de Murcia, Murcia: 157-171.
- ARÉVALO, A. (2002): “La moneda griega en la Península Ibérica”, en *X CNN*. Zaragoza: 1-15.
- ARÉVALO, A.; MARCOS, C. (2000): “Sobre la presencia de moneda en los santuarios hispánicos”, en *XII Internationaler Numismatischer Kongress*. Berlín: 28-37.
- ARGENTE, J.L. (1990): “Las fíbulas en las necrópolis celtibéricas”, *Necrópolis celtibéricas*. Instituto Fernando el Católico, Zaragoza: 247-266.
- ARMADA, X.-L.; RAFELS, N.; MONTERO, I. (2008): “Contactos precoloniales, actividad metalúrgica y biografías de objetos de bronce en la Península Ibérica”, en S. Celestino; N. Rafels; X.-L. Armada (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VII a.C.). La precolonización a debate*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 465-508.
- ARNAUD, P. (2004): “La contribution des géographes anciens et les routes de navigation”, en A. Gallina y R. Turchetti (coords.), *Méditerranée occidentale antique : les échanges*. Rubbettino, Soveria Mannelli: 3-19.
- ARNAULD, CH. (2007): “Imiter par soumission, par défil ou par distinction?”, en P. Rouillard (dir.), *Mobilités, immobilismes. L’emprunt et son refus*. De Boccard, París: 237-251.
- ARRIBAS, A. (1965): *Los iberos*. Ayma, Barcelona.
- (1987): “El Sec: cerámica común, bronce, molinos, varia”, en P. Rouillard; M.CH. Villanueva (dirs.), *Grecs et ibères au IV siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie*. *REA* 89 (3-4): 116.
- ARRIBAS, A. et alii (1987): *El barco de El Sec (Calvià, Mallorca). Estudio de los materiales*. Antonio Arribas, Palma de Mallorca.
- ARTEAGA, O. (1982): “Los Saladares-80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte proto-ibérico en el Levante meridional y Sudeste de la Península”, *HA* 6: 131-183.
- ARTEAGA, O.; BLECH, M.; ROOS, A.M. (2007): “Las terracotas del Peñón de Salobreña (Granada). Contexto arqueológico y trascendencia histórica del santuario púnico-romano”, en M.C. Marín y F. Horn (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*. *SPAL monografías* 9, Universidad de Sevilla, Sevilla: 219-256.
- ARTEAGA, O.; SERNA, M.R. (1975): “Los Saladares-71”, en *NAH* 3: 7-140.
- ASENSIO, D. (2005): “La incidencia fenicia entre las comunidades indígenas de la costa catalana (siglos VII-VI a.C.): ¿un fenómeno orientalizante?”, en S. Celestino; J. Jiménez (eds.), *El período orientalizante*. *Anejos de AEA* 35 (1): 551-564.
- ASENSIO, D. et alii (2000): “L’expansion phénicienne sur la côte orientale de la Péninsule Ibérique”, en TH. Janin (ed.), *Mailhac et le Premier Âge du Fer en Europe Occidentale. Hommages à Odette et Jean Taffanel*. CNRS, Lattes: 249-260.
- ASSMANN, J. (2011): *Historia y mito en el mundo antiguo. Los orígenes de la cultura en Egipto, Israel y Grecia*. Gredos, Madrid.
- ASTRUC, M. (1951): *La necrópolis de Villaricos*. Ministerio de Educación Nacional, Madrid.
- (1962): “Échanges entre Carthage et l’Espagne d’après le témoignage de documents céramiques provenant d’anciennes fouilles”, *REA* 64: 62-81.

- AUBET, M.E. (1997): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Edición ampliada y puesta al día*. Crítica, Barcelona.
- (2006): "On the Organization of the Phoenician Colonial System in Iberia", en C. Riva; N.C. Vella (eds.), *Debating orientalizacion. Multidisciplinary approaches to change in the Ancient Mediterranean*. Equinox, Londres: 94-109.
- AULADELL, J. (1993): "Metalurgia i útils fèrrics agrícoles i ramaders preromans a l'àrea laietana", *Gala* 2: 227-236.
- AURA, J.E. (2000): "Eruditos, coleccionistas y arqueólogos. Historia de la investigación (Alcoi 1884-1999)", en J.E. Aura y J.M. Segura (coords.), *Catálogo del Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó, Alcoi*. Ajuntament d'Alcoi, Alcoi: 23-55.
- AURA, J.E.; SEGURA, J.M. (coords.) (2000): *Catálogo del Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó, Alcoi*. Ajuntament d'Alcoi, Alcoi.
- AUSTIN, M.M. (1986): "Hellenistic kings, war and the economy", *The Classical Quarterly* 36 (2): 450-466.
- AVAGIANOU, A.A. (2008): "Hieros Gamos in ancient Greek religion: the human aspect of a sacralized ritual", en M. Nissinen y R. Uro (eds.), *Sacred marriages. The divine-human sexual metaphor from Sumer to Early Christianity*. Eisenbrauns, Indiana: 145-171.
- AZUAR, R. et alii (1998): "El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de «La Rábita», Guardamar del Segura (Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998", *TP* 55 (2): 111-126.
- (2000): "L'établissement orientalisant et ibérique ancien de «La Rábita», Guardamar del Segura (Alicante, Espagne)", en *Scripta in Honorem Enrique A. Llobregat Conesa*. Consell Valencià de Cultura, Alicante: 265-285.
- (2005): "Les techniques de construction en terre crue sur le site de «La Rábita», Guardamar del Segura (Alicante, Espagne) (fin VIIIe-VI av. J.-C.)", en A. Spano (ed.), *V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 3. Università degli Studi di Palermo, Palermo: 1271-1283.
- BABIĆ, S. (2005): "Status identity and archaeology", en M. Díaz Andreu et alii, *The archaeology of identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. Routledge, Nueva York: 67-85.
- BADIE, A. et alii (2000): *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante, Espagne)*. Casa de Velázquez, Madrid.
- BAGLIONI, I. (ed.) (2014): *Sulle rive dell'Acheronte. Costruzione e percezione della sfera del Post-Mortem nel Mediterraneo Antico*. Quasar, Roma.
- BAILEY, G. (1987): "Breaking the time barrier", en *Archaeological Review from Cambridge* 6 (1): 5-20.
- BAINES, J.; YOFFEE, N. (2000): "Order, legitimacy, and wealth: setting the terms", en J. Richards y M. van Buren (eds.), *Order, legitimacy and wealth in ancient states*. University of Cambridge, Cambridge: 13-17.
- BALIL, A. (1960): "Plástica provincial en la España romana", *Revista de Guimarães* 70: 107-133.
- (1965): "Riqueza y sociedad en la España Romana, siglo III-I a.C.", *Hispania* 99: 325-366.
- (1975): *Historia social y económica. La España Antigua. Indígenas y colonizadores*. Confederación Española de Cajas de Ahorros, Madrid.
- BALLESTER, I. (1930): "Avance al estudio de la necrópolis ibérica de Casa del Monte (Albacete)", en *IV Congreso Internacional de Arqueología*. Barcelona: 27-48.
- (1930 a): "Los ponderales de tipo Covaltino", en *Comunicaciones al IV Congreso Internacional de Arqueología. Cuadernos de Cultura Valenciana* 3-4: 1-25.
- BALLESTER, I. et alii (1954): *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

- BALSERA, V. (2012): *El uso de la comparación en Arqueología*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- BARCELÓ ÁLVAREZ, J.A. (1984): “Elementos para una teoría de la muerte y de los ritos funerarios”, *Ethnica. Revista de Antropología* 20: 79-101.
- BARCELÓ BATISTE, P. (1991): “Mercenarios hispanos en los ejércitos cartagineses en Sicilia”, en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 1. Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma: 21-26.
- (1994): “Relaciones entre los Bárquida y Roma antes del inicio de la Segunda Guerra Púnica”, en A. González Blanco, J.L. Cunchillos y M. Molina (coords.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. Editorial Regional de Murcia, Murcia: 17-32.
 - (2010): “Otra vez el tratado de Asdrúbal: hipótesis y evidencias”, *Mainake* 32 (1): 407-416.
- BARDET, S. (2010): “Romanisation, utile outil historiographique ou notion idéologique à répudier”, en S.A. Beaune (dir.), *Écrire le passé. La fabrique de la préhistoire et de l’histoire à travers les siècles*. CNRS, París: 209-219.
- BARKAOUI, A. (2003): *La marine Carthaginoise*. L’or du temps, Túnez.
- BARNES, B. (1990): *La naturaleza del poder*. Pomares Corredor, Barcelona [Cambridge, 1988].
- BARRETT, M. (1991): *The politics of truth. From Marx to Foucault*. Stanford University Press, Stanford.
- BARTEL, B. (1983): “A historical review of ethnographic and archaeological analyses of mortuary practice”, *Journal of Anthropological Archaeology* 1: 32-58.
- BASCH, L. (1987): *Le musée imaginaire de la marine antique*. Institut Hellénique pour la préservation de la tradition nautique, Atenas.
- BATS, M. (1987): “Consommation, production et distribution de la vaisselle céramique”, en P. Rouillard; M.CH. Villanueva (dirs.), *Greco et ibères au IV siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie*. REA 89 (3-4): 197-216.
- (1994): “Les silences d’Hérodote ou Marseille, Alalia et les Phocéens en Occident jusqu’à la fondation de Vélia”, en B. D’Agostino; G. Ridgway (eds.), *Apoikia: I più antichi insediamenti greci in Occidente: funzioni e modi dell’organizzazione politica e sociale*. Annali di Archeologia e storia antica 1: 133-148.
 - (2009): “Le colonie di Massalia”, en M. Lombardo y F. Frisone (eds.), *Colonie di colonie: le fondazioni sub-coloniali greche tra colonizzazione e colonialismo*. Università di Lecce, Siena, Trento e Urbino, Salento: 203-207.
- BAYO, S. (2010): *El yacimiento ibérico de “El Tossal de la Cala”*. Nuevo estudio de los materiales depositados en el MARQ correspondientes a las excavaciones de José Belda y Miquel Tarradell. MARQ, Alicante.
- BELARTE, M.C.; BONET, H.; SALA, F. (2009): “L’espai domèstic i l’organització de la societat ibèrica: els territoris de la franja mediterrània”, en M.C. Belarte (ed.), *L’espai domèstic i l’organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil·leni a.C.)*. Arqueomediterrània 11. Barcelona: 93-123.
- BELDA, J. (1947): “Algunos restos del antiguo culto a la diosa religioso-funeraria”, en *II CASE*. Albacete: 236-259.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (2002): “La imagen de la divinidad en el mundo tartésico”, en E. Ferrer (ed.), *Ex Oriente Lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 159-184.
- BELÉN, M.; GARCÍA MORILLO, M.C. (2005): “Carmona. Una ciudad tartésica con estatuas”, en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El período orientalizante*. Anejos de AEA 35 (2): 1199-1213.

- BELÉN, M.; MARÍN, M.C. (2002): “Diosas y leones en el período orientalizante de la Península Ibérica”, *SPAL* 11: 169-195.
- BELÉN, M. *et alii* (2009): “The first evidence of a Tartessian Stone sculpture: a fragmentary cult image from Carmona (Seville, Spain)”, en PH. Jockey (dir.), *ΑΕΥΚΟΣ ΑΙΘΟΣ. Marbres et autres roches de la Méditerranée antique: etudes interdisciplinaires*. Maison méditerranéenne des sciences de l’homme, París: 243-253.
- BELL, C. (1992): *Ritual theory, ritual practice*. Oxford University Press, Oxford.
- (1997): *Ritual: perspectives and dimensions*. Oxford University Press, Nueva York.
- BELLÓN, J.P. *et alii* (2013): “La batalla de Baecula. Tras los pasos de Escipión el Africano”, en M. Bendala, M. Pérez Ruiz e I. Escobar (coords.), *Fragor Hannibalis. Aníbal en Hispania*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 312-333.
- BELTRÁN LLORÍS, M. (1976): *Arqueología e historia de las ciudades antiguas de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Librería General, Zaragoza.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1961-1962): “Sobre una extraordinaria moneda de «Saitabi»”, en *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*. Universidad de Murcia, Murcia: 153-162.
- BELTRÁN VILLAGRASA, P. (1948): “El ponderarium de Covalta y la Mina covaltina”, *Saitabi* 6: 131-137.
- (1962): *El plomo escrito de La Bastida de les Alcuses (Mogente) (Addenda et Corrigenda)*. Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.
- BÉNABOU, M. (1976): *La résistance africaine à la romanisation*. Maspero, París.
- BENCIVENGA, C. (1985): “Observaciones sobre la difusión de la cerámica ibérica en Italia”, en *XVII CNA*. Zaragoza: 551-556.
- BENDALA, M. (1982): “La perduración púnica en los tiempos romanos: el caso de Carmo”, *HA* 6: 193-203.
- (1990): “El plan urbanístico de Augusto en Hispania: precedentes y pautas macroterritoriales”, en W. Trillmich y P. Zanker (eds.), *Stadt und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*. Bayerischen Akademie der Wissenschaften, München: 25-42.
- (1994): “Reflexiones sobre la Dama de Elche”, *REIb* 1: 85-105.
- (1996): “Una nueva hipótesis sobre la dama de Elche”, en *XXIII CNA* 1. Elche: 299-304.
- (1998): “La ciudad entre los iberos, espacio de poder”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 25-34.
- (1999): “La Dama de Elche: una dama petrificada”, en J.J. Blázquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 133-141.
- (2000): “Panorama arqueológico de la Hispania púnica a partir de la época bárquida”, en M.P. García-Bellido y L. Callegarin (eds.), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental*. Anejos de AEA 22: 75-88.
- (2001): “Procesos de poblamiento, urbanización y evolución social en Iberia: una introducción”, en L. Berrocal y Ph. Gardes (eds.), *Entre celtas e iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez, Madrid: 19-28.
- (2002): “Perduraciones y romanización en Hispania a la luz de la arqueología funeraria. Notas para una discusión”, *AEA* 75: 137-158.
- (2003): “De Iberia in Hispaniam: el fenómeno urbano”, en L. Abad (ed.), *De Iberia in Hispaniam. La adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*. Universidad de Alicante, Alicante: 15-35.

- (2003 a): “La influencia fenicio-púnica en Alicante y su ámbito geográfico y cultural”, *Canelobre* 48: 21-33.
 - (2003-2004): “Memoria histórica, tradición y legitimación del poder: un aspecto relevante de la Antigüedad”, *BAEAA* 43: 323-337.
 - (2005): “La Contestania ibérica y el mundo púnico”, en L. Abad; F. Sala; I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 37-51.
 - (2006): “La Dama como escultura”, en S. Rovira (coord.), *La Dama de Elche*. Museo Arqueológico Nacional, Madrid: 49-54.
 - (2006 a): “Expresiones y formas del poder en la Hispania ibérica y púnica en la coyuntura helenística”, *Pallas* 70: 187-206.
 - (2007): “El arte ibérico en el ámbito andaluz: notas sobre la escultura”, en L. Abad y J.A. Soler (eds.), *Arte ibérico en la España mediterránea*. Universidad de Alicante, Alicante: 21-38.
 - (2010): “La retaguardia hispana de Aníbal”, *Mainake* 32 (1): 437-460.
 - (2010 a): “La Dama de Baza: el modelo de la dama sedente, su contexto y su problemática”, en T. Chapa e I. Izquierdo (coords.), *La Dama de Baza: un viaje femenino al Más Allá*. Ministerio de Cultura, Madrid: 171-181.
 - (2011): “Forma y función de la escultura ibérica en el marco de las civilizaciones mediterráneas”, en J.J. Blázquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 35-59.
 - (2012): “Elementos culturales neopúnicos en la Hispania antigua: historia e historiografía de un encuentro”, en B. Mora y G. Cruz (coords.), *La etapa neopúnica en Hispania y el Mediterráneo centro occidental: identidades compartidas*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 15-33.
- BENDALA, M.; BLÁZQUEZ, J.J. (1987): “Los orígenes de la cultura ibérica y un par de notas sobre su arte”, en A. Ruiz Rodríguez y M. Molinos (eds.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*. Ayuntamiento de Sevilla, Jaén: 9-18.
- (2002-2003): “Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania”, *CuPAUAM* 28-29: 145-158.
- BENDALA, M. *et alii* (1987): “Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista”, en *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Ministerio de Cultura, Madrid: 121-140.
- BENDER, B.; HAMILTON, S.; TILLEY, CH. (2007): *Stone worlds. Narrative and reflexivity in Landscape archaeology*. Left Coast Press, Walnut Creek.
- BENOIT, F. (1951): “La epona de Alcoy”, en VI CASE. Cartagena: 217-224.
- (1953): “Chevaux du Levant Ibérique. Celtisme ou méditerranéisme?”, *APL* 4: 211-218.
- BÉRARD, C. (1974): *Anodoi. Essai sur l'imagerie des passages chthoniens*. Institut Suisse de Rome, Neuchatel.
- (1982): “Récupérer la mort du prince: héroïsation et formation de la cité”, en G. Gnoli y J.-P. Vernant (eds.), *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*. Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, Paris: 89-105.
- BÉRARD, J.-M. (2012): “Grecs, indigènes et au-delà. La question de l'ethnicité dans les ensembles funéraires en contexte colonial”, en L. Capdetrey y J. Zurbach (dirs.), *Mobilités grecques. Mouvement, réseaux, contacts en Méditerranée, de l'époque archaïque à l'époque hellénistique*. De Boccard, Burdeos: 67-81.
- BERMEJO BARRERA, J.C. (2004): *¿Qué es la historia teórica?* Akal Ediciones, Madrid.
- BERMEJO TIRADO, J. C. (1991): “Los mitos griegos y la Hispania antigua: consideraciones metodológicas”, *ETF, Serie II* 4: 85-106.

- (2006): “El registro funerario ibérico: paralelos en la Grecia de los siglos VI-V a.C. y su lectura social”, en F. Echeverría y M.Y. Montes (eds.), *Ideología, estrategias de definición y formas de relación social en el mundo antiguo*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 59-68.
 - (2008): *La arquitectura sagrada ibérica: orígenes, desarrollos y contextos*. Archaeopress, Oxford.
 - (2009): “El pan nuestro de cada día: la religiosidad en el contexto arqueológico de las unidades domésticas ibéricas”, *Revista d’Arqueologia de Ponent* 19: 81-109.
- BERNABEU, J.; BONET, H.; MATA, A. (1987): «Hipótesis sobre la organización del territorio edetano en época ibérica: el ejemplo del territorio de Edeta-Liria», en *Iberos. I Jornadas Arqueológicas sobre el Mundo Ibérico*, Ayuntamiento de Sevilla, Jaén: 137-156.
- BERNABEU, J. et alii (1986): “Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)”, *AE* 9: 321-338.
- BERNAL, F.; GALLEGU, J.; LLINARES, J. (1984): “Aportación al estudio tipológico de pesas de telar (El Macalón-Nerpio, Albacete)”, en *CHA* 1. Albacete: 167-176.
- (1984): “Instrumentos de trabajo ibéricos”, en *CHA* 1. Albacete: 177-184.
- BERNBECK, R.; MCGUIRE, R.H. (2011): “Ideology and archaeology. Between imagination and relational practice”, en R. Bernbeck y R.H. McGuire (eds.), *Ideology in archaeology*. The University of Arizona Press, Tucson: 1-12.
- (2011 a): “A conceptual history of ideology and its place in archaeology”, en R. Bernbeck y R.H. McGuire (eds.), *Ideology in archaeology*. The University of Arizona Press, Tucson: 15-59.
- BERROCAL CAPARRÓS, M.C. (1998): “Instalaciones portuarias en *Carthago-Nova*: a evidencia arqueológica”, en J. Pérez Ballester y G. Pascual (eds.), *Puertos antiguos y comercio marítimo*. Universidad de Valencia, Valencia: 99-114.
- (2008): “Poblamiento y explotación intensive durante época republicana en la sierra minera de Cartagena-La Unión. Un modelo de ocupación inicial”, en J. Uroz; J.M. Noguera; F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*. Tabularium, Murcia: 603-618.
- BERROCAL CAPARRÓS, M.C.; GARCÍA SANJUÁN, L.; GILMAN, A. (2013): “Debating early social stratification and the state in Iberian Prehistory”, en M.C. Berrocal Caparrós, L. García Sanjuán y A. Gilman (eds.), *The prehistory of Iberia: debating early social stratification and the State*. Routledge, Londres-Nueva York: 3-9.
- BERROCAL RANGEL, L. (2004): “La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica”, *Gladius* 24: 27-98.
- BERROCAL RANGEL, L.; MORET, P. (eds.) (2007): *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- BERTEMES, F.; BIEHL, P.F. (2001): “The archaeology of cult and religion: an introduction”, en P.F. Biehl; H. Meller (eds.), *The archaeology of cult and religion*. Archaeolingua, Budapest: 11-24.
- BERTUCCHI, G.; GANTÈS, L.-F.; TRÉZINY, H. (1995): “Un atelier de coupes ioniennes à Marseille”, en P. Arcelin (ed.), *Sur les pas des Grecs en Occident. Hommages à A. Nickels*. Études massaliotes 4, París-Lattes: 367-370.
- BESSI, B. (2002): “Le necropoli di Sabratha fra eredità punica e romanizzazione”, en D. Vaquerizo (coord.), *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano*. Universidad de Córdoba, Córdoba: 335-352.
- BHABHA, H.J. (1994): *The location of culture*. Routledge, Londres – Nueva York.
- BIANCHI BANDINELLI, R. (1984): *Introducción a la arqueología clásica como Historia del Arte Antiguo*. Akal, Madrid [Bari, 1976].
- BIOSCA, J. (1872-1873): “Consideraciones sobre dos medallones hallados en el Cerro de los

- Santos. Yecla”, *Memorial Numismático Español* 3: 208.
- BINFORD, L. (1971): “Mortuary practices : their study and their potential”, *American Antiquity* 36 (3,2): 6-29.
- BISI, A. M. (1985): “Les influences de l’art classique et du premier hellénisme dans le monde phénicien d’Occident”, en *ΠΡΑΚΤΙΚΑ. ΤΟΙ ΧΙΙ ΔΙΕΘΝΟΥΣ ΣΙΝΕΔΡΟΥ ΚΛΑΣΙΚΗΣ ΑΡΧΑΙΟΝΟΜΙΑΣ Α’*. Atenas: 41-47.
- BLANCO, A. (1953): “El vaso de Valdegamas (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del Mediodía español”, *AEA* 26: 235-244.
- (1960): “Die klassischen Wurzeln der iberischen Kunst”, *MM* 1: 101-121.
 - (1964): “A caça e seus deuses na proto-historia peninsular”, *Revista de Guimaraes* 74 (3-4): 329-348.
 - (1965): “Ein figürlich verzierter bronzener Oinochoenhenkel aus Málaga”, *MM* 6: 84-90.
 - (1981): *Historia del Arte Hispánico I. La Antigüedad 2*. Alhambra, Madrid.
 - (1988): “La escultura ibérica. Una interpretación”, en García Castro, J. A. (coord.), *Escultura ibérica*. Zugarto, Madrid: 32-47.
- BLÁNQUEZ, J.J. (1984): “La necrópolis ibérica de El Camino de la Cruz (Hoya Gonzalo)”, *Al-Basit* 15: 93-107.
- (1984 a): “Las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete”, en R. Sanz (coord.), *CHA I*. Albacete: 185-209.
 - (1988): “La estratigrafía de la necrópolis ibérica de El Camino de la Cruz”, en *I CHCL-M*. Ciudad Real: 371-384.
 - (1988): “Los enterramientos de estructura tumular en el mundo ibérico”, en G. Pereira (ed.), *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago: 5-38.
 - (1988 a): “La estratigrafía de la necrópolis ibérica de El Camino de la Cruz”, en *I CHCL-M* 3, Ciudad Real: 371-384.
 - (1990): “El factor griego en la formación de las culturas prerromanas de la Submeseta Sur”, *CuPAUAM* 17: 9-24.
 - (1990 a): *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta (estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
 - (1990 b): “La Vía Heraklea y el Camino de Aníbal. Nuevas interpretaciones de su trazado en las tierras del interior”, en *La red viaria en la Hispania Romana*. Instituto Fernando el Católico, Zaragoza: 65-76.
 - (1991): “Las necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta”, en J.J. Blánquez; V. Antona (coords.), *Congreso de Arqueología Ibérica: las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 235-278.
 - (1991 a): “Los iberos”, en *Albacete en su historia*. Museo de Albacete, Albacete: 27-52.
 - (1992): “Nuevas consideraciones en torno a la escultura ibérica”, *CuPAUAM* 19: 121-143.
 - (1992 a): “La lectura iconográfica de las necrópolis ibéricas”, en R. Olmos (ed.), *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Ministerio de Cultura, Madrid: 216-223.
 - (1993): “Primeras aportaciones arqueológicas sobre la cronología de la escultura ibérica”, en J. Mangas y J. Alvar (eds.), *Homenaje a José María Blánquez 2*. Ediciones Clásicas, Madrid: 85-109.
 - (1993 a): “El mundo funerario albacetense y el problema de la escultura ibérica: la necrópolis de Los Villares”, en J.J. Blánquez, R. Sanz y T. Musat (coords.), *Jornadas de Arqueología Albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 109-128.
 - (1994): “El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta”, *HA* 13 (1): 319-354.

- (1995): “El poblado ibérico de La Quéjola (San Pedro, Albacete)”, en J. Blánquez; L. Roldán (eds.), *El mundo ibérico, una nueva imagen en los albores del año 2000*. Imágenes y Palabras, Toledo: 192-200.
- (1995 a): “La necrópolis tumular ibérica de El Salobral”, *Verdolay* 7: 199-208.
- (1995 b): “La necrópolis ibérica de El Salobral”, en J.J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *El mundo ibérico, una nueva imagen en los albores del año 2000*. Imágenes y Palabras, Toledo: 258-266.
- (1995 c): “El vino en los rituales funerarios ibéricos”, en S. Celestino (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Jerez-Sherry y Manzanilla Sanlúcar de Barrameda, Jerez: 213-240.
- (1996): “Lugares de culto en el mundo ibérico. Nuevas propuestas interpretativas de espacios singulares en el sureste meseteño”, *REib* 2: 147-172.
- (1996 a): “Caballeros y aristócratas del s. V a.C. en el mundo ibérico”, en R. Olmos y J.A. Santos (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 211-234.
- (1999): “Las necrópolis ibéricas en el actual territorio de Castilla-La Mancha”, en M.V. Valero (coord.), *I Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*. Consejería de Cultura de Castilla-La Mancha, Iniesta: 49-87.
- (2001): “El paisaje funerario ibérico: propuestas renovadas de estudio”, en R. García Huerta y J. Morales (coords.), *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca: 91-140.
- (2010): “La tumba de la Dama de Baza. Nuevas propuestas”, en T. Chapa e I. Izquierdo (coords.), *La Dama de Baza: un viaje femenino al Más Allá*. Ministerio de Cultura, Madrid: 73-87.
- (2011): “¿Hombres o dioses?... A modo de introducción”, en J.J. Blánquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional de Madrid, Madrid: 21-34.
- (ed.) (2011): *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional de Madrid, Madrid.
- BLÁNQUEZ, J.J.; ANTONA, V. (eds.) (1991): *Congreso de arqueología ibérica: las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- BLÁNQUEZ, J.J.; OLMOS, R. (1993): “El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete: el timiaterio de La Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico”, en J.J. Blánquez; R. Sanz; M.T. Musat (coords.), *Jornadas de arqueología albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 85-108.
- BLÁNQUEZ, J.J.; QUESADA, F. (1999): “El santuario ibérico de El Cigarralejo. Nuevas perspectivas en su estudio”, en J.J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 175-189.
- BLÁNQUEZ, J.J.; SÁNCHEZ, M.L. (1999): “El legado Fernández de Avilés y Álvarez-Ossorio”, en J.J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 221-231.
- BLASCO, M.C.; SÁNCHEZ, M.L.; CALLE, J. (2000): “Algunos aspectos de las relaciones entre el mundo orientalizante y los indígenas de la submeseta sur”, en M.E. Aubet; M. Barthélemy (eds.), *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* 4. Universidad de Cádiz, Cádiz: 1763-1770.
- BLÁZQUEZ, J.M. (1956): “La urna de Galera”, *Caesaraugusta* 7-8: 99-107.

- (1957): “La economía ganadera en la España Antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas”, *Emerita* 25 (1): 159-184.
- (1959): “Caballo y ultratumba en la Península Ibérica”, *Ampurias* 21: 281-302.
- (1963): “L’héroisation équestre dans la Péninsule Ibérique”, *Celticum* 6: 405-423.
- (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Universidad de Salamanca, Salamanca.
- (1975 a): “Las colonizaciones semitas en Huelva, Cádiz y la Baja Andalucía”, *PLAV* 11: 207-250.
- (1975 b): *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*. Istmo, Madrid.
- (1977): *Imagen y mito. Estudios sobre religiones antiguas mediterráneas e ibéricas*. Cristiandad, Madrid.
- (1978): *Historia económica de la Hispania romana*. Cristiandad, Madrid.
- (1979): “Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. Últimas aportaciones”, *AEA* 52: 141-174.
- (1981): “El mundo ibérico en los siglos inmediatos al cambio de era”, en *La Baja Época de la Cultura Ibérica*. Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid: 15-29.
- (1982): “El sincretismo en la Hispania romana entre las religiones indígenas, griega, romana, fenicia y místicas”, en *La religión romana en Hispania*. Ministerio de Cultura, Madrid: 177-221.
- (1983): *Primitivas religiones ibéricas II*. Cristiandad, Madrid.
- (1984): “Gerión y otros mitos griegos en Occidente”, *Gerión* 1: 21-38.
- (1986): “El influjo de la cultura semita (fenicios y cartagineses) en la formación de la cultura ibérica”, *Aula Orientalis* 4: 163-178.
- (1987): “Joaquín Costa y la Historia de la España Antigua”, *Anales de la Fundación Joaquín Costa* 4: 119-138.
- (1988) : “El urbanismo en Occidente”, en *Homenaje a Samuel de los Santos*. Instituto de Estudios Albacetenses, Murcia: 179-183.
- (1991): *Religiones en la España Antigua*. Cátedra, Madrid.
- (1993): “La aculturación en la religión indígena”, en C. Blázquez y C. González Wagner (eds.), *Formas de difusión de las religiones antiguas*. ARYS, Madrid: 35-74.
- (1995): “El legado cartaginés a la Hispania romana”, en M.H. Fantar y M. Ghaki (coords.), *III Congrès International des Études Phéniciennes et Puniques 1*. Institut National du Patrimoine, Túnez: 149-164.
- (1996): “Los fenicios transmisores de la cultura egipcia a Occidente”, en E. Acquaro (ed.), *Alle soglie della classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati*. Instituto Editoriali e Poligrafici Internazionali, Pisa-Roma: 547-557.
- (1998-1999): “Temas religiosos en la pintura vascular tartésica e ibera y sus prototipos del Próximo Oriente fenicio”, *Lucentum* 17-18: 93-116.
- (2000): “El santuario de La Alcudia”, en P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (eds.), *Intercambio comercio preclásico en el Mediterráneo*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 197-202.
- (2001-2002): “El vaso de los guerreros de El Cigarralejo (Mula, Murcia)”, *AnMurcia* 17-18: 171-176.
- (2003): “Algunos mitos y ritos orientales traídos por los fenicios a Occidente”, en J.M. Blázquez, *El Mediterráneo y España en la Antigüedad. Historia, religión y arte*. Anaya, Madrid: 321-343.
- (2003 a): “Mitosis hispanos”, en J. Martínez Pinna (ed.), *Mito y ritual en el Antiguo Occidente Mediterráneo*. Universidad de Málaga, Málaga: 197-220.
- (2005): “La política bárquida en la Península Ibérica”, en A. Spanò (ed.), *V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici 3*.

- Università degli Studi di Palermo, Palermo: 1331-1342.
- BLÁZQUEZ, J.M.; GARCÍA-GELABERT, M.P. (1987): "Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología", *Habis* 18: 257-270.
- (1991): "Los bárquidas en la Península Ibérica", en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 1. Instituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma: 27-50.
 - (1993): "Relaciones entre la Meseta y Oretania", *Complutum* 2-3: 45-56.
 - (1993 a): "Relaciones entre la Meseta y Oretania con anterioridad a la conquista de la Península Ibérica por Roma", *Hispania Antiqua* 17: 95-118.
- BLÁZQUEZ, J.M.; MONTERO, S. (1993): "Ritual funerario y status social: los combates gladiatorios prerromanos en la Península Ibérica", *Veleia* 10: 71-84.
- BLECH, M. (1987): "Las armas de la sepultura 155 de la necrópolis de Baza", en *Estudios de Iconografía II. Coloquio sobre el Puteal de la Moncloa*. Ministerio de Cultura, Madrid: 183-186.
- (1994): "Escultura ibérica, ayer y hoy: la bicha de Balazote", *AEA* 67: 304-308.
 - (1996): "Los inicios de la iconografía de la escultura ibérica en piedra: Pozo Moro", en R. Olmos y J.A. Santos (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 193-210.
 - (1998): "Terracotas ibéricas", en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 172-173.
- BLECH, M.; BLECH, M. (2002-2003): "El Vaso de los Dragones de la necrópolis de Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete)", *BAEAA* 42: 245-264.
- BLECH, M.; RUANO, E. (1998): "Los artesanos dentro de la sociedad ibérica: ensayo de valoración", en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 301-308.
- BLOCH, M. (1974): "Symbols, song, dance and features of articulation: is religion an extreme form of traditional authority?", *Archives Européennes de Sociologie* 15: 55-81.
- BOARDMAN, J. (1999): "Greek colonization: the Eastern contribution", en *La colonisation grecque en Méditerranée occidentale*. Collection de l'École Française de Rome, Roma: 39-50.
- (2001): "Aspects of colonisation", *Bulletin of the American School of Oriental Research* 322: 33-42.
 - (2004): "Copies of pottery: by and for whom?", en K. Lomas (ed.), *Greek identity in the Western Mediterranean. Papers in honour of Brian Shefton*. Brill, Leiden-Boston: 149-162.
- BOLUFER, J.; SALA, F. (2009): "Una torre de guaita ibèrica al Tossal de l'Empedrola", en *Calpe, Arqueologia y Museo*. MARQ, Alicante: 54-67.
- BOLUFER, J.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2003): "La Plana Justa (Xàbia, Alicante): un nuevo yacimiento con materiales fenicios y del ibérico antiguo", *Saguntum* 35: 69-86.
- BOND, G.C.; GILLIAM, A. (1994): *Social construction of the past. Representation as power*. Routledge, Londres-Nueva York.
- BONET, H. (1992): "La cerámica de Sant Miquel de Llira: su contexto arqueológico", en R. Olmos (dir.), *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Ministerio de Cultura, Madrid: 224-235.
- (1995): *El Tossal de San Miquel de Lliria: la antigua Edeta y su territorio*. Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.
 - (1995 a): "Lugares de culto y ritos de influencia púnica en la Edetania ibérica (Valencia, España)", en M.H. Fantar y M. Ghaki (coords.), *III Congrès International des Études Phéniciennes et Puniques* 1. Institut National du Patrimoine, Túnez: 175-186.

- (1998): “Técnicas constructivas”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 90-91.
 - (1999): “El Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia: de Isidro Ballester a Domingo Fletcher”, en J.J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 117-123.
 - (2005): “La Contestania y la Edetania. Diferencias y afinidades culturales”, en L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 53-71.
 - (2006): “Tres modelos de arquitectura defensiva y protección del territorio. Edeta, Kelin y la Bastida de les Alcuses”, en A. Oliver (coord.), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*. Sociedad Castellonense de Cultura, Castellón de la Plana: 13-46.
 - (2010): “Ritos y lugares de culto de ámbito doméstico”, en T. Tortosa y S. Celestino (eds.), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*. Anejos de AEA 55. Madrid: 177-201.
- BONET, H.; GUÉRIN, P. (1995): “Propuestas metodológicas para la definición de la vivienda ibérica en el área valenciana”, en A. Bazzana; M.-CH. Délaigue (eds.), *Ethno-archéologie méditerranéenne*. Casa de Velázquez, Madrid: 85-104.
- BONET, H.; GUÉRIN, P.; MATA, C. (1994): “Urbanisme i habitatge ibèrics al país Valencià”, *Cota Zero* 10:115-130.
- BONET, H.; MATA, C. (1988): “Imitaciones de cerámica campaniense en la Edetania y Contestania”, *AEA* 61: 5-38.
- (1991): “Las fortificaciones ibéricas en la zona central del País Valenciano”, en *Fortificacions. La problemàtica de l’Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*. Centre d’Estudis del Bages, Manresa: 11-35.
 - (1992): “Testimonios de apicultura en época ibérica”, *Verdolay* 7: 277-285.
 - (1995): “La cultura ibérica en el País Valenciano: estado de la investigación en la década 1983-1993”, en *Actes de les Jornades de Arqueologia Valenciana*. Conselleria de Cultura, Alfaz del Pi: 159-183.
 - (1997): “Lugares de culto edetanos. Propuesta de definición”, *QPAC* 18: 115-146.
 - (1998): “Las cerámicas de importación durante los siglos III y principios del II a.C. en Valencia”, en *Les fàcies ceràmiques d’importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III i la primera meitat del segle II a.C. Arqueomediterrànea* 4: 49-72.
 - (2000): “Habitat et territoire au Premier Âge du fer en Pays Valencien”, en TH. Janin (ed.), *Mailhac et le Premier Âge du Fer en Europe Occidentale. Hommages à Odette et Jean Taffanel*. Maisson des mémoires, Lattes: 61-72.
 - (2001): “Organización del territorio y poblamiento en el País Valenciano entre los siglos VII al II a.C.”, en L. Berrocal; Ph. Gardes (eds.), *Entre celtas e iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. Real Academia de la Historia, Madrid: 175-186.
 - (2008): “Las cerámicas ibéricas. Estado de la cuestión”, en D. Bernal y A. Ribera (eds.), *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. Universidad de Cádiz, Cádiz: 147-169.
- BONET, H.; MATA, C.; GUERIN, P. (1990): “Cabezas votivas y lugares de culto edetanos”, *Verdolay* 2: 185-199.
- BONET, H.; MATA, C.; MORENO, A. (2007): “Paisaje y hábitat rural en el territorio edetano durante el Ibérico Pleno (siglos IV-III a.C.)”, en A. Rodríguez Díaz; I. Pavón (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*. Universidad de Extremadura, Cáceres: 247-275.
- (2008): “Iron Age landscape and rural habitat in the Edetan territory, Iberia (4th-3rd centuries BC)”, *JMA* 21 (2): 165-189.

- BONET, H.; SORIA, L.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2011): "La vida en las casas. Producción doméstica, alimentación, enseres y ocupantes", en H. Bonet; J. Vives-Ferrándiz (eds.), *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de Valencia, Valencia: 138-175.
- BONET, H.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2009): "Sistemas de acceso y puertas de los poblados ibéricos del País Valenciano", *Revista de Arqueología de Ponent* 19: 287-306.
- (2011): "El poblado. Murallas, puertas y organización interna", en H. Bonet; J. Vives-Ferrándiz (eds.), *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de Valencia, Valencia: 62-93.
 - (2011 a): "De la fundación al abandono. Trayectoria histórica del poblado y sus ocupantes", en H. Bonet; J. Vives-Ferrándiz (eds.), *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de Valencia, Valencia: 238-255.
 - (eds.) (2011): *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de Valencia, Valencia.
- BONET, H.; VIVES-FERRÁNDIZ, J.; CARUANA, I. (2005): "La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia). Investigación y musealización", en L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 267-279.
- BONNET, C. (2011): "On gods and Earth. The tophet and the construction of a new identity in Punic Carthage", en E.S. Gruen (ed.), *Cultural identity in the Ancient Mediterranean*. Getty Research Institut, Los Angeles: 373-387.
- BONNET, C.; DECLERQ, A.; SLOBODZIANEK, I. (dirs.) (2011): *Les représentations des dieux des autres*. Suppl. à *Mythos* 2. Palermo.
- BOSCH, P. (1929): *El arte en España*. Herma, Barcelona.
- (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Alpha, Barcelona.
- BOTTO, M. (2002): "Rapporti fra fenici e indigeni nella Penisola Iberica (VIII-VI sec. a.C.)", en G. Urso (ed.), *Hispania terris omnibus felicior. Premesse ed esiti di un processo di integrazione*. Edizioni ETS, Pisa: 9-62.
- BOURDIEU, P. (1980): "The production of belief: contribution to an economy of symbolic goods", *Media, culture and society* 2: 261-293.
- (1989): "Social space and symbolic power", *Sociological theory* 7 (1): 14-25.
 - (2001): *Science de la science et réflexivité*. Éditions Raisons d'Agir, París.
 - (2007): *El sentido práctico*. Siglo XXI, Buenos Aires [París, 1980].
 - (2009): "Génesis y estructura del campo religioso", en P. Bourdieu, *La eficacia simbólica. Religión y política*. Biblos, Buenos Aires: 43-89 [*Revue Française de Sociologie* 12, 1971:295-334].
- BOUVRIE, S. des (2002): "The definition of myth. Symbolical phenomena in ancient culture", en S. des Boubrie (ed.), *Myth and Symbol. Symbolic phenomena in ancient Greek culture* I. Papers from the Norwegian Institute of Athens, Bergen: 11-69.
- BRADLEY, R. (1985): "Exchange and social distance: the structure of bronze artifact distributions", *Man* 20 (4): 692-704.
- (1987): "Time regained: the creation of continuity", *Journal of the British Archaeological Association* 140: 1-17.
 - (1993): *Altering the Earth: the origins of monuments in Britain and continental Europe*. Society of Antiquaries of Scotland, Edimburgo.
 - (1998): *The significance of monuments. On the shaping of experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. Routledge, Londres-Nueva York.
 - (2002): *The past in prehistoric societies*. Routledge, Londres-Nueva York.

- (2003): "The translation of time", en R.M. Van Dyke y S.E. Alcock (eds.), *Archaeologies of memory*. Blackwell, Oxford: 221-227.
 - (2009): *Image and audience. Rethinking prehistoric art*. Oxford University Press, Oxford.
- BRESSON, A. (2002): "Quatre emporia antiques: Abul, La Picola, Elizavetovskie, Naucratis", *REA* 104: 475-505.
- BRESSON, A. ; ROUILLARD, P. (dirs.) (1993): *L'Emporion*. De Boccard, París-Burdeos.
- BRIANT, P. (1980): "Forces productives, dépendance rurale et idéologies religieuses dans l'Empire achéménide", en *Religion, pouvoir, rapports sociaux*. Les Belles Lettres, París: 15-68.
- BRONCANO, S. (1988): "El Amarejo (Bonete, Albacete). Estudio de una estructura de piedra aparecida en el departamento 3 y de otra aneja a él", en *Homenaje a Samuel de los Santos*, Instituto de Estudios Albacetenses, Murcia: 145-158.
- (1989): *El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete)*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- BRONCANO, S.; BLÁNQUEZ, J.J. (1985): *El Amarejo (Bonete, Albacete)*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- BRONCANO, S. et alii (1985): "La necrópolis ibérica de El Tesorico (Agramón-Hellín, Albacete)", *NAH* 20: 43-181.
- BROTONS, F. (1999): "La calzada romana Carthago Nova-Saltigi-Complutum: el segmento viario entre Cartagena y Cieza", en *XXIV CNA*. Cartagena: 269-280.
- (2007): "Las terracotas en forma de cabeza femenina del santuario ibero-romano de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)", en M.C. Marín y F. Horn (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina. SPAL monografías 9*, Universidad de Sevilla, Sevilla: 313-338.
 - (2008): "La necrópolis tumular ibérica de El Villar de Archivel (Caravaca de la Cruz, Murcia)", en A.M. Adroher; J.J. Blánquez (eds.), *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana. Comunicaciones*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 23-42.
- BROTONS, F.; MURCIA, A.J. (2008): "Los castella tardorrepublicanos de la cuenca alta de los ríos Argos y Quípar (Caravaca, Murcia). Aproximación arqueológica e histórica", en M.P. García-Bellido, A. Mostalac y A. Jiménez (eds.), *Del imperium de Pompeyo a la auctoritas de Augusto. Anejos de AEA* 47: 49-66.
- BROTONS, F.; RAMALLO, F. (1994): "Un santuario suburbano: la Encarnación de Caravaca (Murcia)", en *La ciudad en el mundo romano 2. XIV CIAC*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Tarragona: 74-75.
- (2014): "Una dea stephanophoros en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)", en P. Bádenas de la Peña et alii (eds.), *Per speculum in aenigmate. Miradas sobre la Antigüedad*. Anejos de Erytheia 7. Madrid: 343-349.
- BRUHN, A. (1972): *Arms and armour in Spain: a short survey*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- BRULÉ, P. (2012): *Comment percevoir le sanctuaire grec? Une analyse sensorielle du paysage sacré*. Les Belles Lettres, París.
- BRUN, P. (1999): "La genèse de l'État: les apports de l'archéologie", en P. Ruby (dir.), *Les princes de la Protohistoire et l'émergence de l'état*. Centre Jean Bérard, Nápoles-Roma: 31-42.
- (2001): "Échelles d'intégration politique et contrôle des moyens de production en Europe au cours du Ier millénaire av. J.-C.", en L. Berrocal y Ph. Gardes (eds.), *Entre celtas e iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez, Madrid: 29-43.
- BRUNI, S. (1992): "Presenze di ceramica iberica in Etruria", *RSL* 58: 37-65.

- BUENO, P.; GARCÍA MENÁRGUEZ, A.; PRADOS, F. (2013): “Murallas fenicias de Occidente. Una valoración conjunta de las defensas del Cerro del Castillo (Chiclana, Cádiz) y del Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar, Alicante)”, *Herakleion* 6: 27-75.
- BURCH, J.; NOLLA, J.M.; SAGRERA, J. (2010): “Le système de stockage en silos sur le territoire ibérique aux environs d’Emporion”, en H. Tréziny (ed.), *Grecs et indigènes de la Catalogne à la Mer Noire*. Editions Érrance, París: 391-401.
- BYRNE, M. (1991): *The Greek geometric warrior figurine. Interpretation and origin*. Archaeologia Transatlantica 10, Louvain-la-Neuve.
- BYRNE, P. (1988): *Natural religion and the nature of religion: the legacy of Deism*. Routledge, Londres.
- CABALLOS, A.; LEFEBVRE, S. (eds.) (2011): *Roma generadora de identidades. La experiencia hispana*. Casa de Velázquez, Madrid.
- CABRÉ, J. (1923): “Exvotos del Cerro de los Santos en el Museo de Antropología Nacional”, *Coleccionismo* 121: 6-10.
- CABRERA BONET, P. (1994): “Importaciones griegas arcaicas del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)”, *HA* 13 (1): 97-121.
- (1995): “La comercialización del vino griego en la Hispania prerromana”, en S. Celestino (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Jérez-Sherry y Manzanilla Sanlúcar de Barrameda, Jerez: 139-156.
 - (2003): “Cerámicas griegas y comercio fenicio en el Mediterráneo occidental”, en B. Costa; J.H. Fernández (eds.), *Contactos en el extremo de la Oikouménē. Los griegos en Occidente y sus relaciones con los fenicios*. XVII JAF-P. Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera, Ibiza: 61-86.
 - (2004): “Vasos cerámicos de importación de lujo del Mediterráneo oriental y central”, en R. Olmos y P. Rouillard (coords.), *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*. Casa de Velázquez, Madrid: 5-17.
 - (2004 a): “La cerámica helenística de relieves de La Alcudia (Elche)”, en T. Tortosa (coord.), *El yacimiento de la Alcudia: pasado y presente de un enclave ibérico*. Anejos de AEA 30: 55-69.
- CABRERA BONET, P.; OLMOS, R. (1996): “Diálogo en torno a la imagen ibérica. La palabra como excusa”, en R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Linx, Madrid: 21-39.
- CABRERA BONET, P.; OLMOS, R.; SANMARTÍ, E. (eds.) (1994): *Iberos y griegos. Lecturas desde la diversidad*. HA 13. Huelva.
- CABRERA BONET, P.; SÁNCHEZ, C. (1994): “Importaciones griegas en el Sur de la Meseta”, *HA* 13 (1): 356-375.
- CABRERA DÍEZ, A. (2010): *El ritual del sacrificio de animales en la cultura ibérica: una perspectiva arqueológica*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- CABRERA DÍEZ, A.; MORENO-GARCÍA, M. (2014): “Prácticas de sacrificio en el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo): el depósito ritual de la Casa 1”, *Zephyrus* 73: 133-147.
- CAMPANELLA, L. (2008): *Il cibo nel mondo fenicio e punico d’Occidente. Un’indagine sulle abitudini alimentari attraverso l’analisi di un deposito urbano di Sulky in Sardegna*. Fabrizio Serra Editore, Pisa-Roma.
- CAMPENON, CH. (1987): “La place de la Péninsule Ibérique dans le commerce des vases attiques à figures rouges autour de 400 avant J.-C.”, en P. Rouillard; M.CH. Villanueva (dirs.), *Grecs et ibères au IV siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie*. REA 89 (3-4): 179-193.
- CAMPO, M. (1987): “Circulación de monedas massaliotas en la Península Ibérica (s. V-IV a.C.)”, en *Mélanges offerts au docteur J.-B. Colbert de Beaulieu*. Le léopard d’or, Toulouse: 175-187.
- (2000): “Las producciones púnicas y la monetización en el Nordeste y Levante

- peninsulares”, en M.P. García-Bellido; L. Callegarin (coords.), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental*. Anejos de AEA 22: 89-100.
- CANFORA, L. (2011): *El viaje de Artemidoro. Vida y aventuras de un gran explorador de la Antigüedad*. La esfera de los libros, Madrid.
- CANNON, A. (1989): “The historical dimension in mortuary expressions of status and sentiments”, *Current anthropology* 30 (4): 437-458.
- CARANDINI, A. (1992): “Dell’utilità del concetto di «chiefdom» nella ricerca sul territorio”, en M. Bernardi (ed.), *Archeologia del paesaggio*. Ed. All’insegna del Giglio, Florencia: 511-521.
- CARAYON, N. (2008): *Les ports phéniciens et puniques. Géomorphologie et infrastructures*. Université Strasbourg II, Estrasburgo.
- CÁRCELES, E. *et alii* (2008): “La necrópolis ibérica de Lorca. Una visión de conjunto”, en A-M. Adroher y J.J. Blánquez (eds), *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana. Comunicaciones*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 43-58.
- CARCOPINO, J. (1954): “Le Traité d’Hasdrubal et la responsabilité de la deuxième guerre punique”, *REA* 55: 258-293.
- (1960): “À propos du Traité de l’Ébre”, *Comptes rendus des séances de l’Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 104 (1): 341-346.
- CARDETE, M.C. (2004): “Ethnos y etnicidad en la Grecia clásica”, en G. Cruz y B. Mora (coords.), *Identidades étnicas - identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Universidad de Málaga, Málaga: 15-29.
- (2005): *Paisajes mentales y religiosos. La frontera suroeste arcadia en épocas arcaica y clásica*. Archaeopress, Oxford.
 - (2006): “La etnicidad como un arma ideológico-religiosa en la antigua Grecia: el caso del Monte Liceo”, *SPAL* 15: 189-203.
 - (2010): *Paisaje, identidad y religión. Imágenes de la Sicilia antigua*. Bellaterra, Barcelona.
 - (2011): “El valor de la propaganda en la construcción del enemigo: Atenas y las guerras médicas”, en J.M. Cortés, E. Muñiz y R. Gordillo (coords.), *Grecia ante los Imperios. V Reunión de historiadores del mundo griego*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 119-130.
- CARNEIRO, R. (1981): “The chiefdom as precursor of the state”, en G.D. Jones y R.R. Kautz (eds.), *The transition to statehood in the new world*. Cambridge University Press, Cambridge: 39-79.
- CARO, J. (1943): “Regímenes sociales y económicos de la España prerromana”, *Revista Internacional de Sociología* 1-3: 149-190, 285-317.
- (1971): “La «realeza» y los reyes en la España antigua”, *Cuadernos de la Fundación Pastor* 17: 51-159.
- CARRERA, J.C.; MADARIA, J.L.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2000): “La pesca, la sal y el comercio en el Círculo del Estrecho. Estado de la cuestión”, *Gerión* 18: 43-76.
- CARRILERO, M. (2001): “El comercio ibérico del siglo VI al siglo III a.C.”, en F. Wulff; G. Cruz; C. Martínez Mazza (eds.), *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a.C. – año 711 d.C.)*. Diputación de Málaga, Málaga: 277-297.
- CARRIÓN, Y. *et alii* (2012): “The role of wood and fire in a ritual context in an Iberian oppidum: La Bastida de les Alcuses (Moixent, Valencia, Spain)”, en E. Badal *et alii* (coords.), *Wood and charcoal. Evidence for human and natural history. Saguntum Extra* 13: 145-152.
- CARTAILHAC, J. (1886): *Les Ages préhistoriques de l’Espagne et du Portugal*. Ch. Reinwald, París.
- CASTELLANO, J.J. (2007): *Historia de Enguera, desde la Prehistoria a la Edad Media*. Ayuntamiento de Enguera Enguera.

- CASTELLANO, J.J.; SÁEZ, M.J.; SÁEZ, A. (2005): “Materiales contestanos del Museo Arqueológico Municipal de Enguera”, en L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 199-209.
- CASTELLO, J.; ESPÍ, I. (2000): “El Xarpolar (Planes de la Baronia, Vall d’Alcalà)”, en J.E. Aura; J.M. Segura (coords.), *Catálogo del Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó, Alcoi*. Ajuntament d’Alcoi, Alcoi: 113-116.
- CASTELO, R. (1990): “Nueva aportación al paisaje de las necrópolis ibéricas. Paramentos con nicho ornamental y posibles altares en las necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia)”, *CuPAUAM* 17: 35-43.
- (1993): “El templo situado en el Cerro de los Santos, Montealegre del Castillo, Albacete”, *Verdolay* 5: 79-87.
 - (1994): “Monumentos funerarios ibéricos: interpretación de algunos de los restos arquitectónicos y escultóricos aparecidos en las necrópolis del sureste peninsular”, *REIb* 1: 139-171.
 - (1995): *Monumentos funerarios del Sureste peninsular: elementos y técnicas constructivas*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
 - (1998): “La arquitectura funeraria ibérica”, *BAEAA* 38: 123-159.
- CASTILLO ÁLVAREZ, A. (1993): “El rey Terón y la situación de la Península en época postartésica”, *RSF* 21 (suplemento): 53-62.
- CASTILLO BELINCHÓN, R.; ESPINOSA, A.; SÁEZ, F. (1998): “Dos fondeaderos romanos en la Marina Baixa (Alicante): la Platja de la Vila (La Vila Joiosa) y L’Olla (Altea)”, en J. Pérez Ballester y G. Pascual (eds.), *Puertos antiguos y comercio marítimo*. Universidad de Valencia, Valencia: 115-130.
- CASTILLO GARCÍA, C. (1965): *Prosopographia Baetica*. Universidad de Madrid, Madrid.
- CASTRO, Z. (1986): “Avances de estudios cuantitativos y localización de *pondera* en asentamientos peninsulares”, en *AE* 9: 169-186.
- CELESTINO, S. (1994): “Los altares en forma de «lingote chipriota» de los santuarios de Cancho Roano”, *REIb* 1: 291-309.
- (ed.) (1995): *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Jerez-Sherry y Manzanilla Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera.
 - (2008): “Los altares en forma de piel de toro de la Península Ibérica”, en J.J. Justel *et alii* (eds.), *Las culturas del Próximo Oriente antiguo y su expansión mediterránea*. Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, Zaragoza: 321-348.
- CELESTINO, S.; CAZORLA, R. (2010): “Un paisaje sagrado en la comarca de la Serena (Extremadura)”, en T. Tortosa y S. Celestino (eds.), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*. Anejos de AEA 55. Madrid: 83-99.
- CERDÀ, D. (1987): “El Sec: la cerámica ática de barniz negro y las ánforas”, en P. Rouillard; M.CH. Villanueva (dirs.), *Greco et ibères au IV siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie*. *REA* 89 (3-4): 51-92.
- CERRILLO, E.; ONGIL, M.I.; SAUCEDA, M.I. (1984): “Religión y espacio, aproximación a una arqueología de la religión”, *AE* 1: 41-54.
- CHADWICK, J. (1990): “The Pech-Maho lead”, *ZPE* 82: 161-166.
- CHAMPION, T.C. (1982): “Fortification, ranking and subsistence”, en C. Renfrew; S. Shennan (eds.), *Ranking, resource and exchange. Aspects of the archaeology of early European society*. Cambridge University Press, Cambridge: 61-66.
- CHAPA, T. (1979): “La caja funeraria de Villargordo (Jaén)”, *TP* 36: 445-455.
- (1980): *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

- (1980 a): “Nuevas excavaciones en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)”, *Al-Basit* 7: 81-111.
- (1980 b): “Las esfinges en la plástica ibérica”, *TP* 37: 309-344.
- (1980 c): “Tres nuevas esculturas del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)”, *Al-Basit* 8: 149-159.
- (1981): “El toro androcéfalo de Balazote: nueva puesta a punto de su problemática”, *Al Basit* 10: 85-94.
- (1982): “Influences de la colonisation phocéenne sur la sculpture ibérique”, *La parola del passato* 204-207: 374-392.
- (1983): “Primeros resultados de las excavaciones en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). Campañas de 1977-1981”, en *XVI CNA*. Zaragoza: 643-653.
- (1983 a): “Una cabeza de lobo ibérica, en bronce”, en *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch* 2. Ministerio de Cultura, Madrid: 389-395.
- (1984): “El Cerro de los Santos (Albacete). Excavaciones desde 1977 a 1981”, *Al-Basit* 15: 109-124.
- (1985): “Una escultura ibérica procedente de Higuera”, *Al-Basit* 17: 85-94.
- (1985 a): *La escultura ibérica zoomorfa*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- (1986): *Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- (1990): “Algunas consideraciones sobre el estudio de los santuarios ibéricos”, *Zephyrus* 43: 249-251.
- (1991): “La Arqueología de la Muerte: planteamientos, problemas y resultados”, en D. Vaquerizo (coord.), *Arqueología de la Muerte: metodologías y perspectivas actuales*. Diputación Provincial de Córdoba, Córdoba: 13-38.
- (1992): “Caracterización económica de la Alta Andalucía, durante la etapa ibérica plena y tardía”, en A. Moure (ed.), *Elefantes, ciervos y ovicaprinos. Economía y aprovechamiento del Medio en la Prehistoria de España y Portugal*. Universidad de Cantabria, Santander: 315-326.
- (1993): “La destrucción de la estatuaria funeraria ibérica”, *TP* 50: 185-195.
- (1994): “Panorama general de la escultura ibérica en el Alto Guadalquivir”, en J. Mangas; J. Alvar (eds.), *Homenaje a José María Blázquez* 2. Ediciones Clásicas, Madrid: 125-138.
- (1994 a): “Algunas reflexiones acerca del origen de la escultura ibérica”, *REIb* 1: 43-59.
- (1996): “La escultura ibérica como elemento delimitador del territorio”, en R. Olmos y J.A. Santos Velasco (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 235-247.
- (1997): “Models of interaction between Punic colonies and native Iberians: the funerary evidence”, en M.S. Balmuth; A. Gilman; L. Prados (eds.), *Encounters and transformations. The archaeology of Iberia in transition*. Sheffield Academic Press, Sheffield: 141-150.
- (1998): “Los iberos y su espacio funerario”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 109-119.
- (1998 a): “Iron Age Iberian sculptures as territorial markers: the Córdoba example (Andalusia)”, *European Journal of Archaeology* 1 (1): 71-90.
- (2003): “El tiempo y el espacio en la escultura ibérica: un análisis iconográfico”, en T. Tortosa y J.A. Santos (eds.), *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*. L’Erma di Bretschneider, Roma: 99-119.
- (2004): “La iconografía en la necrópolis de Galera: a propósito de la caja cineraria de la tumba 76”, en J. Pereira et alii, *La Necrópolis*

- ibérica de Galera (Granada). La colección del Museo Arqueológico Nacional*. Ministerio de Cultura, Madrid: 239-254.
- (2005): “Las primeras manifestaciones escultóricas ibéricas en el oriente peninsular”, *AEA* 78: 23-47.
 - (2005-2006): “Iconografía y economía: un ejemplo aplicado a los orígenes de la escultura ibérica en el área del bajo Segura (Alicante)”, *Munibe Antropología-Arqueología* 57: 243-256.
 - (2006): “Los animales en la Cultura Ibérica: entre lo real y lo imaginario”, en *Animais na Pré-história e Arqueologia da Península Ibérica*. Universidade do Algarve, Faro: 93-104.
 - (2006 a): “Sacrificio y sacerdocio entre los iberos”, en J.L. Escacena y E. Ferrer (eds.), *Entre Dios y los hombres. El sacerdocio en la Antigüedad*. SPAL monografías 7, Universidad de Sevilla, Sevilla: 157-180.
 - (2007): “Animales protectores en el mundo ibérico”, en *Ecos del Mediterráneo. El mundo ibérico y la cultura vettona*. Diputación Provincial de Ávila, Ávila: 185-190.
 - (2008): “Escultura y definición de áreas culturales: el caso de la Bastetania”, en A.M. Adroher y J.J. Blánquez (eds.), *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 29-50.
 - (2009): “Influencias griegas en la escultura ibérica”, en M. Olcina; J.J. Ramón (eds.), *Huellas griegas en la Contestania ibérica*. MARQ, Alicante: 76-84.
 - (2011): “El increíble monstruo creciente: el tema del combate entre el héroe y el lobo en la iconografía ibérica”, en A. Perea (ed.), *La fíbula de Braganza*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 189-203.
 - (2012): “La escultura en piedra de la antigua Osuna: algunas reflexiones sobre los relieves «ibéricos»”, *Cuadernos de los amigos de los museos de Osuna* 14: 35-42.
- CHAPA, T.; BELÉN, M. (2011): “Viaje a la eternidad. El grupo escultórico del Parque Infantil de Tráfico (Elche, Alicante)”, *SPAL* 20: 151-174.
- CHAPA, T.; GONZÁLEZ ALCALDE, J. (2013): “Las esculturas ibéricas del Cerro de los Santos en la Exposición Universal de Viena (1873)”, *Lucentum* 32: 115-130.
- CHAPA, T.; MADRIGAL, A. (1997): “El sacerdocio en época ibérica”, *SPAL* 6: 187-203.
- CHAPA, T.; MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. (1990): “Valoración general de las excavaciones desarrolladas en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)”, en *Homenaje a Jerónimo Molina García*. Academia Alfonso X el Sabio, Murcia: 103-111.
- CHAPA, T.; MAYORAL, V. (1998): “Explotación económica y fronteras políticas: diferencias entre el modelo ibérico y el romano en el límite entre la Alta Andalucía y el Sureste”, *AEA* 71: 63-77.
- (2007): *Arqueología del trabajo. El ciclo de la vida en un poblado ibérico*. Akal, Madrid.
- CHAPA, T.; OLMOS, R. (1999): “El busto de varón de Baza (Granada). Una propuesta de lectura”, en C. San Martín y M. Ramos (coords), *El guerrero de Baza*. Junta de Andalucía, Sevilla: 33-40.
- (2004): “El imaginario del joven en la cultura ibérica”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 34 (1): 43-83.
- CHAPA, T.; PEREIRA, J. (1991): “El oro como elemento de prestigio social en época ibérica”, *AEA* 64: 23-35.
- (1994): “Las etnias prerromanas del sureste: problemas de su comprobación arqueológica”, en *II Congreso de Historia de Andalucía* 3, Junta de Andalucía, Córdoba: 89-105.
- CHAPA, T.; VALLEJO, L.E. (2012): “El toro orientalizante en piedra de Porcuna (Jaén)”, *Complutum* 23 (1): 121-143.

- CHAPA, T. et alii (2009): "El trabajo de los escultores ibéricos: un ejemplo de Porcuna (Jaén)", *TP* 66 (1): 161-173.
- (2009 a): "Sculptors' signatures on Iberian stone statues from *Ipolca-Obulco* (Porcuna, Jaén, Spain)", *Antiquity* 83: 723-737.
- CHAPMAN, J. (2000): *Fragmentation in archaeology. People, places and broken objects in the prehistory of South Eastern Europe*. Routledge, Londres – Nueva York.
- CHAPMAN, J.; GAYDARSKA, B. (2007): *Parts and wholes. Fragmentation in Prehistoric context*. Oxbow, Oxford.
- CHAPMAN, R. (1980): "Death, culture and society: a prehistorian's perspective", en Ph. Rahtz, T. Dickinson y L. Watts (eds.), *Anglo-saxon cemeteries*. British Archaeological Reports, Oxford: 59-79.
- (1987): "Mortuary practices: society, theory building and archaeology", en A. Boddington, A.N. Garland y R.C. Janaway (eds.), *Death, decay and reconstruction. Approaches to archaeology and forensic science*. Manchester University Press, Manchester: 198-213.
- CHAPMAN, R.; RANDSBORG, K. (1981): "Approaches to the archaeology of death", en R. Chapman, I. Kinnes y K. Randsborg (eds.), *The archaeology of death*. Cambridge University Press, Londres: 1-24.
- CHAVES, F. (1990): "Los hallazgos numismáticos y el desarrollo de la segunda guerra púnica en el sur de la Península Ibérica", *Latomus* 49 (3): 613-622.
- (1994): "Indigenismo y romanización desde la óptica de las amonedaciones hispanas de la Ulterior", *Habis* 25: 107-120.
- CHERIF, Z. (1991): "Les brûle parfums à tête de femme carthaginois", en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 2. Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma: 733-743.
- CHIC, G. (1978): "La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218", *Habis* 9: 233-242.
- CHILDREN, G.; NASH, G. (1997): "Establishing a discourse. The language of Landscapes", en G. Nash (ed.), *Semiotics of landscape: archaeology of mind*. Archaeopress, Oxford: 1-4.
- CHILDS, W.A.P.; DEMARGNE, P. (1989): *Fouilles de Xanthos VIII. Le monument des Néréides. Le décor sculpté*. Institut Français d'Études Anatoliennes, París.
- CHISHOLM, M. (1972): *Rural settlement and land use: an essay on location*. Hutchinson University Library, Londres.
- CIBECCHINI, F.; PRINCIPAL, J. (2002): "Alcune considerazioni sulla presenza commerciale romano-italica nella penisola ibérica prima della seconda guerra punica" en M. Khanoussi; P. Ruggeri; C. Vismara (coords.), *Lo spazio marittimo del Mediterraneo occidentale: geografia storica et economia. L'Africa Romana* 14 (1): 653-663.
- CISNEROS, F. (1984): "El Más Allá en el mundo ibérico. Las necrópolis: ciudades de los muertos", en *Homenaje a Domingo Fletcher Valls. La cultura ibérica. Varia* 3: 115-143.
- (1988): "El aryballos vidriado de la necrópolis ibérica de la Hoya de Santa Ana y el problema de las relaciones con los pueblos colonizadores", en *APL* 18: 349-365.
- CLARKE, K. (1999): *Between geography and history. Hellenistic constructions of the Roman World*. Oxford Classical Monographs, Oxford.
- CLASTRES, P. (1974): *La société contre l'état*. Les éditions de minuit, París.
- CLAUSEWITZ, C. von (1984): *De la guerra*. Labor, Barcelona [Berlín, 1832].
- COHEN, A. (1971): "Cultural strategies in the organization of trading diásporas", en C. Meillassoux (ed.), *The development of indigenous trade and markets in West Africa*. Oxford University Press, Oxford: 266-281.
- COLDSTREAM, M. (1983): "Gift exchange in the Eight century BC", en R. Hägg (ed.), *The Greek Renaissance of the Eigth Century BC*:

- tradition and innovation*. Acta Instituti Regni Sueciae, Estocolmo: 201-207.
- COLL CONESA, J. (2000): “Aspectos de tecnología de producción de la cerámica ibérica”, en C. Mata; G. Pérez Jordá (eds.), *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric*. Saguntum Extra 3: 191-209.
- COLL I PALOMAS, N.; GARCÉS, I. (1998): “Los últimos príncipes de Occidente. Soberanos ibéricos frente a cartagineses y romanos”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 437-446.
- COLLADO, E.; GOZALBES, M. (2002): “El tesoro de monedas de Ebusus de «Pedreguer» (Alicante)”, en *X Congreso Nacional de Numismática*. Madrid: 253-258.
- CONKEY, M.W. (1990): “Experimenting with style in archaeology: some historical and theoretical issues”, en M.W. Conkey y Ch. Hastorf (eds.), *The uses of style in archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge: 5-17.
- CONNERTON, P. (1989): *How societies remember*. Cambridge University Press, Cambridge.
- CONSUEGRA, B. (1990): “Los animales que acompañan a la Diosa Madre en las cerámicas ibéricas del taller de Elche”, *Zephyrus* 43: 253-258.
- CORTELL, E. et alii (1989): “Dos nuevas esculturas ibéricas en la Contestania: toro y dama de Benimassot”, en *XIX CNA* 1. Zaragoza: 543-552.
- (1992): “La necrópolis ibérica de La Serreta : resumen de la campaña de 1987”, en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia: 83-116.
- CORZO SÁNCHEZ, R. (2007): “La coroplastia del santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)”, en M.C. Marín y F. Horn (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*. SPAL monografías 9, Universidad de Sevilla, Sevilla: 195-217.
- CORZO PÉREZ, S. et alii (2007): “Betatun, la primera divinidad ibérica identificada” *Palaeohispanica* 7: 251-262.
- COSTA, J. (1881-1885): *Estudios ibéricos (La servidumbre entre los iberos. Litoral ibérico del Mediterráneo en el siglos VI-V antes de Jesucristo)*. San Francisco de Sales, Madrid.
- (1893): *Colectivismo agrario en España*. San Francisco de Sales, Madrid.
- COUPEL, P.; DERMAGNE, P. (1969): *Fouilles de Xanthos III. Le monument des Néreides. L'architecture*. Institut Français d'Archéologie d'Istanbul, París.
- COUSIN, C. (2012): *Le monde des morts. Espaces et paysages de l'Au-delà dans l'imaginaire grec d'Homère à la fin du Ve siècle avant J.-C.* L'Harmattan, París.
- CRAWFORD, C.L. (2007): “Collecting, defacing, reinscribing (and otherwise performing) memory in the Ancient world”, en N Yoffee (ed.), *Negotiating the past in the past. Identity, memory and landscape in archaeological research*. The University of Arizona Press, Tucson: 10-42.
- CRAWLEY, J. (2012): “Fenicios ilusorios en el Mediterráneo central”, en B. Mora y G. Cruz (coords.), *La etapa neopúnica en Hispania y el Mediterráneo centro occidental: identidades compartidas*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 449-457.
- CRIBADO, F. (1989): “We, the post-megalithic people...”, en I. Hodder (ed.), *The meanings of things: material culture and symbolic expression*, One World Archaeology, Londres: 79-98.
- CROISSANT, F.; ROUILLARD, P. (1996): “Le problème de l'art «gréco-ibère»: état de la question”, en R. Olmos y P. Rouillard (eds.), *Formas arcaicas y arte ibérico*. Casa de Velázquez, Madrid: 55-66.
- CRUBÉZY, E. (1998): “Du monde des morts au monde des vivants. Au fait, qu'étudions nous?”, en J. Guilaine y J. Vaquer (eds.),

- Tombes, nécropoles, rites funéraires préhistoriques et historiques. École des Hautes Études en Sciences Sociales, Toulouse: 7-12.*
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2002): “Iberia e iberos en las fuentes histórico-geográficas griegas: una propuesta de análisis”, *Mainake* 24: 153-180.
- (2002-2003): “La construcción de los espacios políticos ibéricos entre los siglos III y I a.C.: algunas cuestiones metodológicas e históricas a partir de Polibio y Estrabón”, *CuPAUAM* 28-29: 35-54.
 - (2008): “Geografía y *epos* en la Iberia antigua: a propósito de Estrabón y el libro III”, en P. Anello y J. Martínez-Pinna (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia*. Universidad de Málaga, Málaga: 199-211.
 - (2009): “Etnias, fronteras e identidades en la Antigüedad hispana: algunas precisiones metodológicas a partir de las fuentes escritas”, *AE* 27: 63-77.
- CRUZ PÉREZ, M.L. (1990): *Necrópolis ibérica de Los Nietos (Cartagena, Murcia). Metodología aplicada y estudio del yacimiento*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- CUADRADO, E. (1945): *Las leonas ibéricas de El Macalón*. Junta Municipal de Cartagena, Cartagena.
- (1945 a): “Poblado ibérico de El Macalón”, *Las ciencias*, año X, 3: 551-565.
 - (1947): “Yacimientos arqueológicos albacetenses de la cuenca del río Taibilla”, en J. Sánchez Jiménez, *Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete de 1942 a 1946*. Ministerio de Educación Nacional, Madrid: 123-124.
 - (1950): “El plomo con inscripción ibérica del Cigarralejo”, *Cuadernos de Historia Primitiva* 5 (1): 5-42.
 - (1950 a): *Excavaciones en el Santuario ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Ministerio de Educación Nacional, Madrid.
 - (1951): “Las primeras aportaciones del Cigarralejo al problema de la cronología ibérica”, en *VI CASE*. Cartagena: 159-171.
 - (1952): “La cerámica ibérica de Isquia”, *Zephyrus* 3: 197-212.
 - (1955): “El carro ibérico”, en *III CNA*. Zaragoza: 123-141.
 - (1956): “La diosa ibérica de los caballos”, en *IV Congreso Internacional de Ciencias Pre y Protohistóricas*. Madrid: 797-810.
 - (1963): “Puñales de antenas en territorio ibérico”, *Zephyrus* 14: 17-27.
 - (1964): “Sobre ponderales ibéricos”, en *VIII CNA*. Zaragoza: 339-352.
 - (1968): “Corrientes comerciales de los pueblos ibéricos”, en M. Tarradell (dir.), *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*. Vicens Vives, Barcelona: 117-142.
 - (1968 a): “Tumbas principescas de El Cigarralejo”, *MM* 9: 148-186.
 - (1979): “Espuelas ibéricas”, en *XV CNA*. Zaragoza: 735-740.
 - (1983): “Una decoración excepcional en la cerámica ibérica”, en *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch* 3. Ministerio de Cultura, Madrid: 57-67.
 - (1984): “El Cigarralejo: relaciones con la Meseta”, *Al-Basit* 15: 127-141.
 - (1984 a): “La Grecia clásica y la escultura ibérica en el Sureste español”, *BAEAA* 19: 32-34.
 - (1985): “La Grèce classique et la sculpture ibérique du Sud-Est espagnol”, en *ΠΡΑΚΤΙΚΑ, ΤΟΥ ΧΙΙ ΔΙΕΘΝΟΥΣ ΣΥΝΕΔΡΙΟΥ ΚΛΑΣΙΚΗΣ ΑΡΧΑΙΟΝΟΜΙΑΣ Α΄*. Ministerio de Cultura, Atenas: 92-94.
 - (1986): “El problema de los restos escultóricos de las necrópolis ibéricas”, en *Estudios en Homenaje al dr. Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza: 567-580.

- (1987): *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
 - (1987 a): “Las necrópolis ibéricas del levante español”, en A. Ruiz y M. Molinos (eds.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*. Ayuntamiento de Sevilla, Jaén: 185-203.
 - (1989): *La panoplia ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Servicio Regional de Patrimonio Histórico, Murcia.
 - (1990): “Un nuevo análisis de la crátera ibérica del desfile militar (Cigarralejo)”, en *Homenaje a Jerónimo Molina García*. Academia Alfonso X el Sabio, Murcia: 131-134.
 - (1991): “Un casco típicamente ibérico”, en *Festschrift für Wilhelm Schüle. Zum 60. Geburtstag. Internationale Archäologie 1*. Geburtstag. Internationale Archäologie 1, Marburg: 81-85.
 - (1995): “La Dama sedente de El Cigarralejo (Mula, Murcia)”, en *XXII CNA 2*. Vigo: 247-250.
- CUBERO, C. (1994): “Los recursos vegetales y su aprovechamiento en *Hispania* según los textos clásicos”, *Pyrenae* 25: 117-121.
- CUNLIFFE, B. (1993): “Core-periphery relationships: Iberia and the Mediterranean”, en P. Bilde *et alii* (eds.), *Centre and periphery in the Hellenistic world*. Aarhus University Press, Oxford: 53-85.
- CUOZZO, M. (2003): *Reinventando la tradizione. Immaginario sociale, ideologie e rappresentazione nelle necropoli orientalizzanti di Pontecagnano*. Pandemos, Paestum.
- CURTIN, PH.D. (1984): *Cross-cultural trade in world history*. Cambridge University Press, Cambridge.
- D’AGOSTINO, B. (1985): “Società dei vivi, comunità dei morti: un rapporto difficile in archeologia e antropologia”, *Dialoghi di Archeologia* 3 (1): 47-58.
- (1988): “Le immagini e la società in Etruria arcaica”, en B. D’Agostino (dir.), *La parola, l’immagine, la tomba. Annali di Archeologia e Storia Antica dell’Istituto Universitario Orientale di Napoli* 10: 217-225.
- (1999): “Pitecusa e Cuma tra greci e indigeni”, en *La colonisation grecque en Méditerranée occidentale*. École Française de Rome, Roma: 51-62.
- D’AGOSTINO, B.; SCHNAPP, A. (1982): “Les Morts entre l’object et l’image”, en G. Gnoli y J.-P. Vernant (eds.), *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*. Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme, París: 16-25.
- DALTON, G. (1975): “Karl Polanyi’s analysis of long-distance trade and his wider paradigm”, en J.A. Sabloff y C.C. Lamberg-Karlovsky (eds.), *Ancient civilization and trade*. University of New Mexico Press, Albuquerque: 63-132.
- DANIEL, J.A. (2009): *Etruscan amphorae and trade in the Western Mediterranean (800-400 B.C.E.)*. Texas A&M University, Texas.
- DAVIDSON, A.I. (1997): “Structures and strategies of discourse: remarks towards a history of Foucault’s philosophy of language”, en A.I. Davidson (ed.), *Foucault and his interlocutors*. The University of Chicago Press, Chicago-Londres: 1-17.
- DE BLAS, M.Á. (2004): “Túmulos enigmáticos sin ofrendas: a propósito de Monte Deva V (Gijón) y Berduceo (Allande) en Asturias”, *TP* 61 (2): 63-83.
- DE GRIÑÓ, B. (1987): “Aproximación a la iconografía de las divinidades femeninas de la Península Ibérica en época prerromana”, *REA* 89 (3-4): 339-347.
- (1992): “Imagen de la mujer en el mundo ibérico”, en R. Olmos (ed.), *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Ministerio de Cultura, Madrid: 194-205.
- DE HOZ, J. (1965): “Una inscripción griega en Sagunto”, *AEA* 28: 78-79.
- (1976): “La epigrafía prelatina, meridional en Hispania”, en *Primer Coloquio sobre lenguas*

- y culturas prerromanas de la Península Ibérica. Universidad de Salamanca, Salamanca: 227-319.
- (1981): “Algunas precisiones sobre textos metrológicos ibéricos”, *APL* 16: 475-486.
 - (1984): “Los grafitos de El Cigarralejo y los signos mercantiles en Hispania”, *BAEAA* 19: 11-14.
 - (1987): “El Sec: les graffites mercantiles en Occidente et l’épave d’El Sec”, en P. Rouillard; M.CH. Villanueva (dirs.), *Grecs et ibères au IV siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie*. *REA* 89 (3-4): 117-130.
 - (1994): “Una probable inscripción latina en un casco de Pozo Moro”, *AEA* 67: 223-227.
 - (1995): “Escrituras en contacto: ibérica y latina”, en F. Beltrán (ed.), *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 57-84.
 - (1995 a): “Áreas lingüísticas y lenguas vehiculares en el Mediterráneo occidental”, en *L’Italia e il Mediterraneo antico*. Società Italiana di Glottologia, Pisa: 11-44.
 - (1998): “La escritura ibérica”, en ARANEGUI, C. (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 191-203.
 - (1998 a): “Epigrafía griega de occidente y escritura greco-ibérica”, en P. Cabrera; C. Sánchez (coords.), *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Ministerio de Educación y Cultura, Madrid: 180-197.
 - (1998a): “La epigrafía”, *BAEAA* 38: 219-225.
 - (2007): “Cerámica y epigrafía paleohispánica de fecha prerromana”, *AEA* 80: 29-42.
 - (2009) : “La escritura greco-ibérica”, en M. Olcina; J.J. Ramón (eds.), *Huellas griegas en la Contestania ibérica*. MARQ, Alicante: 30-41.
 - (2010): “L’écriture gréco-ibérique et l’influence hellène sur les usages de l’écriture en Hispanie et dans le sude de la France”, en H. Tréziny (ed.), *Grecs et indigènes de la Catalogne à la Mer Noire*. Éditions Errance, París: 637-657.
 - (2011): “Lengua y escritura”, en H. Bonet; J. Vives-Ferrándiz (eds.), *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de València, Valencia: 220-237.
 - (2011 a): *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad* 2. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
 - (2013): “El comercio en época arcaica y clásica: los grafitos y las cartas de plomo”, en M.P. De Hoz; G. Mora (eds.), *El oriente griego en la Península Ibérica. Epigrafía e historia*. Real Academia de la Historia, Madrid: 43-60.
- DE JUAN, C. (2009): “La Bahía de L’Albufereta (Alicante). Una *statio* náutica en el levante peninsular”, *Saguntum* 41: 129-148.
- DE JUAN, C.; CIBECCHINI, F.; VENTO, E. (2007): “Intervención arqueológica subacuática en el pecio Bou-Ferrer (Alicante – España). Resultados preliminares de la campaña 2006”, en J. Pérez Ballester y G. Pascual (eds.), *Comercio, redistribución y fondeaderos. La navegación a vela en el Mediterráneo*. Universidad de Valencia, Valencia: 269-277.
- DE MIGUEL, M.P. (2005): “Muertos y ritos. Aportes desde la osteoarqueología”, en L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 325-336.
- DELGADO DELGADO, A. (1876): *Nuevo método de clasificación de las monedas autónomas de España*. Antonio Izquierdo y García, Sevilla.
- DELGADO HERVÁS, A. (2008): “Alimentos, poder e identidad en las comunidades fenicias occidentales”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 18: 163-188.
- (2010): “De las cocinas coloniales y otras historias silenciadas: domesticidad, subalternidad e hibridación en las colonias fenicias occidentales”, en C. Mata; G. Pérez Jordá; J. Vives-Ferrándiz (eds.), *De la cuina a*

- la taula. IV reunió d'economia en el primer mil.lenni a.C. Saguntum Extra 9*. Valencia: 27-42.
- (2013): "Households, merchants, and feasting. Socioeconomic dynamics and commoners' agency in the emergence of the Tartessian world (eleventh to eighth centuries BC)", en M.C. Berrocal; L. García Sanjuán; A. Gilman (eds.), *The prehistory of Iberia: debating early social stratification and the State*. Routledge, Londres-Nueva York: 311-336.
- DELGADO HERVÁS, A.; FERRER, M. (2007): "Cultural contacts in colonial settings: the construction of new identities in Phoenician settlements of the Western Mediterranean", *Stanford Journal of Archaeology* 5: 18-42.
- DEMARGNE, E. (1976): "L'iconographie dynastique au monument des néréides de Xanthos", en *Recueil Plassart. Études sur l'antiquité grecque offertes à André Plassart par ses collègues de la Sorbonne*. Les Belles Lettres, París: 81-95.
- DEMARRAIS, E.; CASTILLO, L.J.; EARLE, T. (1996): "Ideology, materialization, and power strategies", *Current anthropology* 37 (1): 15-31.
- DEMARRAIS, E.; GOSDEN, CH.; RENFREW, C. (eds.) (2004): *Rethinking materiality. The engagement of mind with the material world*. McDonald Institute for Archaeological Research, Cambridge.
- DEMOULE, J.-P. (1999): "La société contre les princes", en P. Ruby (dir.), *Les princes de la Protohistoire et l'émergence de l'état*. Centre Jean Bérard, Nápoles-Roma: 125-134.
- (2001): "Archaeology of cult and religion: a comment, or how to study irrationality rationally", en P.F. Biehl, F. Bertemes y H. Meller (eds.), *The archaeology of cult and religion*. Archaeolingua, Budapest: 279-284.
- D'ERCOLE, M.C. (2011): "Sharing new worlds. Mixed identities around the Adriatic (sixth to fourth centuries B.C.E.)", en E.S. Gruen (ed.), *Cultural identity in the Ancient Mediterranean*. Getty Research Institute, Los Ángeles: 428-451.
- (2012): *Histoires méditerranéennes. Aspects de la colonisation grecque de l'Occident à la Mer Noire (VIII-IVe siècles av. J.-C.)*. Éditions Errance, Arles.
- DETIENNE, M. (1983): *L'invenzione della mitologia*. Boringhieri, Turín [París, 1981].
- DÍAZ ARIÑO, B. (2008): *Epigrafía latina republicana de Hispania*. Universitat de Barcelona, Barcelona.
- DÍAZ ANDREU, M. (1998): "Ethnicity and Iberians: the archaeological crossroads between perception and material culture", *European Journal of Archaeology* 1 (2): 199-218.
- (2002): "El pasado en el presente: la búsqueda de las raíces de los nacionalismos culturales en España", en M. Díaz Andreu, *Historia de la arqueología. Estudios*. Ediciones Clásicas, Madrid: 121-134.
- DÍAZ ANDREU, M.; TORTOSA, T. (1999): "Gender, symbolism and power in Iberian societies", en P.P.A. Funari, M. Hall y S. Jones (eds.), *Historical archaeology: back from the edge*. Routledge, Londres-Nueva York: 99-121.
- DÍES, E. (1995): *La arquitectura fenicia de la Península Ibérica y su influencia en las culturas indígenas*. Tesis doctoral de la Universidad de Valencia, Valencia.
- (2001): "La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (s. VIII-VII)", en D. Ruiz Mata; S. Celestino (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 69-121.
- DÍES, E.; ÁLVAREZ, N. (1997): "Análisis del conjunto 5 de La Bastida de les Alcuses (Moixent, Valencia): un edificio con posible funcionalidad cultural", *QPAC* 18: 147-170.
- (1998): "Análisis de un edificio con posible función palacial: la casa 10 de la Bastida de les Alcuses (Moixent)", en C. Aranegui

- (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 327-342.
- DÍES, E.; GÓMEZ BELLARD, C.; GUÉRIN, P. (1991): "El sistema defensivo del Alt de Benimaquía (Denia)", en R. Azuar (comp.), *Fortificaciones y castillos de Alicante*. Caja de Ahorros Provincial de Alicante, Alicante: 13-24.
- DÍES, E.; GÓMEZ BELLARD, C.; PUIG, R.M. (2005): "Fondeaderos secundarios y explotación rural en la Ibiza púnica", *Mayurqa* 30: 729-751.
- DÍES, E. *et alii* (1997): "La Bastida de les Alcusses (Moixent): resultados de los trabajos de excavación y restauración. Años 1990-1995", *APL* 22: 215-295.
- DIETLER, M. (1990): "Driven by drink: the role of drinking in the political economy and the case of early Iron Age France", *Journal of Anthropological Archaeology* 9: 352-406.
- (1995): "Greeks, Etruscans, and thirsty barbarians: Early Iron Age interaction in the Rhône Basin of France", en T.C. Champion (ed.), *Centre and periphery. Comparative studies in archaeology*. Routledge, Oxford-Nueva York: 127-141.
 - (1997): "Consumption, cultural frontiers and identity: anthropological approaches to Greek colonial encounters", en *Confini e frontieri nella Grecità d'Occidente*. XXXVII Convegno di Studi sulla Magna Grecia, Tarento: 475-501.
 - (1997 a): "Consumption, agency and cultural entanglement: theoretical implications of a Mediterranean colonial encounter", en J.G. Cusick (ed.), *Studies in culture contact: interaction, culture change, and archaeology*. Southern Illinois University, Illinois: 288-315.
 - (1999): "Rituals of commensality and the politics of state formation in the «princely» societies of early Iron Age Europe", en P. Ruby (dir.), *Les princes de la Protohistoire et l'émergence de l'état*. Centre Jean Bérard, Nápoles-Roma: 135-152.
 - (2004): "The archaeology of colonization and the colonization of archaeology. Theoretical challenges from an Ancient Mediterranean colonial encounter", en G.J. Stein (ed.), *The archaeology of colonial encounters. Comparative perspectives*. School of American Research, Santa Fe: 33-68.
 - (2007): "Consequence: Hellenisation to post-colonial approaches", en W. Scheidel, I. Morris y R. Saller (eds.), *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World*. Cambridge University Press, Cambridge: 275-276.
 - (2009): "Colonial encounters in Iberia and the Western Mediterranean: an exploratory framework", en M. Dietler; C. López Ruiz (eds.), *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and indigenous relations*. The University of Chicago Press, Chicago: 3-48.
 - (2010): *Archaeologies of colonialism. Consumption, entanglement and violence in Ancient Mediterranean France*. University of California Press, Berkely-Londres.
- DIETLER, M.; LÓPEZ-RUIZ, C. (eds.) (2009): *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and indigenous relations*. The University of Chicago Press, Chicago.
- DÍEZ, F. (2002): "El miedo y la religión: reflexiones teóricas y metodológicas", en F. Díez (ed.), *Miedo y religión*. Ediciones del Orto, Madrid: 367-380.
- DOBREZ, L. (2009): "New and old paradigms: the question of space", en G. Dimitriadis (ed.), *Landscape in mind: dialogue on space between anthropology and archaeology*. Archaeopress, Oxford: 5-7.
- DOMÉNECH, J.M. (1872): "Monumentos prehistóricos de Yecla", *La Esperanza* 11: 19-26; y 12: 2-23.
- DOMERGUE, C. (1987): *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*. Casa de Velázquez, Madrid.
- (1990): *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*. École Française de Rome, París-Roma.

- DOMÍNGUEZ, A.J. (1983): “Los términos «Iberia» e «iberos» en las fuentes greco-latinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación”, *Lucentum* 2: 203-224.
- (1984): “La escultura animalística contestana como exponente del proceso de helenización del territorio”, *Arqueología Espacial* 4: 141-160.
 - (1984 a): “Reflexiones acerca de la sociedad hispana reflejada en la «Geografía» de Estrabón”, *Lucentum* 3:201-218.
 - (1985): “Focea y sus colonias. A propósito de un reciente coloquio”, *Gerión* 3: 357-377.
 - (1986): “Reinterpretación de los testimonios acerca de la presencia griega en el Sudeste peninsular y Levante en época arcaica”, en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Junta de Andalucía, Sevilla: 601-611.
 - (1988): “Algunas observaciones en torno al «comercio continental griego» en la Meseta Meridional”, en *I CHC-LM* 2. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Ciudad Real: 327-334.
 - (1988 a): “Los romanos e Iberia como tema histórico en la *Geografía* de Estrabón”, en *II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos* 1. Universidad de Málaga, Málaga: 177-183.
 - (1990): “La ciudad griega de Rhode, en Iberia, y la cuestión de su vinculación con Rodas”, *BAEAA* 28: 13-25.
 - (1991): “New perspectives on the Greek presence in the Iberian peninsula”, en J.M Fossey. (ed.), *Proceedings of the First International Congress on the Hellenic Diaspora from Antiquity to modern times* 1. University monographs in Classical Archaeology and History, Amsterdam: 109-168.
 - (1992): “La economía de la España ibérica en el marco del Mediterráneo. Bases y circuitos comerciales”, en D. Vaquerizo (coord.), *Religiosidad y vida cotidiana en la España ibérica*. Diputación Provincial de Córdoba, Córdoba: 81-203.
 - (1994): “Los griegos de Occidente y sus diferentes modos de contacto con las poblaciones indígenas. I.- Los contactos en los momentos precoloniales (previos a la fundación de colonias, o en ausencia de las mismas)”, *HA* 13 (1): 19-48.
 - (1997): “Los lugares de culto en el mundo ibérico: espacio religioso y sociedad”, *QPAC* 18: 391-404.
 - (1998): “Poder, imagen y representación en el mundo ibérico”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 195-206.
 - (1998 a): “Más allá de Heracles: de la Iberia real a la recreación de una Iberia griega”, en P. Cabrera y C. Sánchez (coords.), *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid: 44-65.
 - (1999): “Hellenisation in Iberia?: the reception of Greek products and influences by the Iberians”, en G.R. Tsetskhladze (ed.), *Ancient Greeks, West and East*. Brill, Leiden-Boston-Köln: 301-329.
 - (2000): “Algunos instrumentos y procedimientos de intercambio en la Grecia arcaica”, en P. Fernández Uriel; C. González Wagner; F. López Pardo (eds.), *Intercambio y comercio preclásicos en el Mediterráneo*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid: 241-258.
 - (2000 a): “Monedas e identidad étnico-cultural de las ciudades de la Bética”, en M.P. García-Bellido y L. Callegarin (coords.), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental*. Anejos de AEA 22: 59-74.
 - (2001): “Los mecanismos del *emporion* en la práctica comercial de los foceos y otros griegos del este”, en *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental*. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona: 27-45.

- (2001 a): “La religión en el emporion”, *Gerión* 19: 221-257.
- (2001-2002): “Cerámica griega en la ciudad ibérica”, *AnMurcia* 16-17: 189-204.
- (2002): “Greeks in Iberia: colonialism without colonization”, en L. Lyons; K. Papadopoulos (eds.), *The archaeology of colonialism*. Getty Research Institute, Los Ángeles: 65-95.
- (2004): “Greek identity in the Phocaeen colonies”, en K. Lomas (ed.), *Greek identity in the Western Mediterranean. Papers in honour of Brian Shefton*. Brill, Leiden-Boston: 429-456.
- (2005): “Jinetes en Grecia y sus ecos en la cultura ibérica”, *Gladius* 25: 207-236.
- (2005-2006): “¿Cartago en Iberia? Algunas observaciones sobre el papel de la Cartago pre-bárquida en la Península Ibérica”, *BAEAA* 44: 181-199.
- (2006): “Hellenic identity and Greek colonisation”, *Ancient West and East* 4 (2): 446-457.
- (2006 a): “Greeks in the Iberian Peninsula”, en G.R. Tsetskhladze (ed.), *Greek colonization. An account of Greek colonies and other settlements overseas* 1. Brill, Leiden-Boston: 429-505.
- (2008): “Comercio e intercambio entre griegos e indígenas en el Occidente del Mediterráneo”, en P. Anello; J. Martínez-Pinna (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia*. Universidad de Málaga, Málaga: 43-66.
- (2009): “El final del arcaísmo y la transformación de los mecanismos de intercambio en el Mediterráneo”, *Gerión* 27 (1): 127-146.
- (2011-2012): “Sagunto, el emporion de Arse, punto de fricción entre las políticas de Roma y Cartago en la Península Ibérica”, *CuPAUAM* 37-38: 395-417.
- (2013): “Los primeros griegos en la Península Ibérica (s. IX-VI a.C.): mitos, probabilidades, certezas”, en M.P. De Hoz y G. Mora (eds.), *El oriente griego en la Península Ibérica. Epigrafía e historia*. Real Academia de la Historia, Madrid: 11-42.
- DOMÍNGUEZ, A.J.; SÁNCHEZ, C. (2001): *Greek pottery from the Iberian Peninsula: archaic and classical periods*. Brill, Leiden.
- DOPICO, M.D. (1994): “La devotio ibérica: una revisión crítica”, en J. Mangas y J. Alvar (eds.), *Homenaje a José María Blázquez* 2. Ediciones Clásicas, Madrid: 181-193.
- D’ORS, Á. (1953): *Epigrafía jurídica de la España romana*. Ministerio de Justicia, Madrid.
- DOWNS, M.E. (2000): “Re-figuring colonial categories on the Roman frontier in southern Spain”, en E. Fentress (ed.), *Romanization and the city. Creation, transformation, and failures*. JRA suppl. series 38. Portsmouth: 197-210.
- DUCOEUR, G. (2011): “Interpretation, relectures et confusions chez les auteurs gréco-romains: le cas du Dionysos indien”, en C. Bonnet, A. Declercq e I. Slobodzianek (dirs.), *Les représentations des dieux des autres*. Suppl. à Mythos 2. Palermo: 143-158.
- DUPLOUY, A. (2006): *Le prestige des élites. Recherches sur les modes de reconnaissance sociale en Grèce entre les X^e et V^e siècles avant J.-C.* Les Belles Lettres, París.
- DYSON, S.L. (1980): “The distribution of Roman Republican family names in the Iberian Peninsula”, *Ancient Society* 11-12: 257-300.
- EAGLETON, T. (1983): *Literary theory: an introduction*. The University of Minnesota Press, Minneapolis.
- EARLE, T.K. (1990): “Style and iconography as legitimation in complex chiefdoms”, en M.W. Conkey y Ch. Hastorf (eds.), *The uses of style in archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge: 73-81.
- (1991): “Property rights and the evolution of chiefdoms”, en T.K. Earle (ed.), *Chiefdoms: power, economy, and ideology*. Cambridge University Press, Cambridge: 71-99.
- (1991 a): “Property rights and the evolution of chiefdoms”, en T.K. Earle (ed.), *Chiefdoms:*

- power, economy, and ideology. Cambridge University Press, Cambridge: 71-99.
- (1997): *How chiefs come to power. The political economy in Prehistory*. Stanford University Press, Stanford.
 - (2001): "Institutionalization of chiefdoms. Why landscapes are built", en J. Haas (ed.), *From leaders to rulers*. Kluwer Academic, Nueva York: 105-124.
- EARLE, T.K.; PREUCEL, R.W. (1987): "Processual Archaeology and the Radical Critique", *Current Anthropology* 28 (4): 501-538.
- EDWARDS, A.T. (2004): *Hediod's Ascra*. University of California Press, Berkeley.
- EDWARDS, C. (2003): "Incorporating the alien: the art of conquest", en C. Edwards y G. Woolf (eds.), *Rome the cosmopolis*. Cambridge University Press, Cambridge: 44-70.
- EDWARDS, D.N. (2005): "The archaeology of religion", en M. Díaz Andreu *et alii*, *The archaeology of identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. Routledge, Nueva York: 110-128.
- EGEA, A. (2010): "La cultura del agua en época ibérica: una visión de conjunto", *Lucentum* 29: 119-138.
- EIROA, J.J. (1986): "El kalathos de Elche de la Sierra (Albacete)", *AnMurcia* 2: 73-86.
- EIROA, J.J.; MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1987): "Noticia de dos representaciones del «potnios hippon», *AnMurcia* 3: 123-133.
- ÉLUÈRE, CH. (1998): "Técnicas de la orfebrería ibérica", en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 102-103.
- ENGEL, A. (1892): "Rapport sur une mission archéologique en Espagne (1891)", *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires* 3: 157-193.
- ERIKSEN, T.H. (1993): *Ethnicity and nationalism. Anthropological perspectives*. Pluto Press, Londres.
- ERSKINE, A. (2004): "The Trojan war in Italy: myth and local tradition", en J.M. Candau, J. González Ponce y G. Cruz (eds.), *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*. Diputación de Málaga, Málaga: 97-107.
- (2005): "Unity and identity: shaping the past in the Greek Mediterranean", en E.S. Gruen (ed.), *Cultural borrowings and ethnic appropriations in antiquity*. Franz Steiner Verlag, Stuttgart: 121-136.
- ESCACENA, J.L. (2002): "Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir", E. Ferrer (ed.), *Ex Oriente Lux*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 33-75.
- (2009): "La Égersis de Melqart. Hipótesis sobre una teología solar cananea", *Complutum* 20 (2): 95-120.
 - (2011): "Variación identitaria entre los orientales de Tartessos. Reflexiones desde el antiesencialismo darwinista", en M. Álvarez (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Archaeopress, Oxford: 161-192.
- ESCACENA, J.L.; COTO, M. (2010): "Altares para la eternidad", *SPAL* 19: 149-185.
- ESCACENA, J.L.; IZQUIERDO, R. (2000): "Altares para Baal", *ARYS* 3: 11-40.
- ESCOLAPIOS, PP. (2007): *Memoria sobre las notables excavaciones hechas en el Cerro de los Santos*. Ayuntamiento de Yecla, Yecla [ed. or.: Madrid, 1871].
- ESPÍ, I.; MOLTÓ, S. (1997): "Revisió cronològica de la ceràmica feta amb torn del Puig d'Alcoi", *Recerques del Museu d'Alcoi* 6: 87-98.
- ESPÍ, I. *et alii* (2009): "La aldea ibérica de L'Alt del Punxó: producción agrícola y asentamiento campesino en el área central de la Contestania", *Lucentum* 28: 23-50.
- ESPINOSA, A. (1991): "El yacimiento ibérico de El Mirador de la Sierra del Caballo (Petrer, Alicante): las cerámicas", *Alebus* 1: 33-64.

- (1999): “El proceso de romanización de la comarca de la Marina Baixa (Alicante)”, en R. Balbín; P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular* 4. Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares: 75-81.
 - (2006): “Sobre el nombre de la ciudad ibérica y romana de Villajoyosa y la ubicación del topónimo *Alonís/Alonai/Allon*”, *Lucentum* 25: 223-248.
- ESPINOSA, A.; CASTILLO, R. (1996): “Fondeaderos de época antigua en la costa mediterránea de la Tarraconense”, en S. Ramallo (coord.), *Arqueología Subacuática II. Comercio y tráfico marítimo en la Antigüedad*. Universidad de Murcia, Murcia: 55-85.
- ESPINOSA, A.; CASTILLO, R.; SÁEZ, F. (2004): “Evolución de los puertos y fondeaderos en las costas meridionales de la Comunidad Valenciana durante la época romana, sus precedentes ibéricos y su evolución en la Alta Edad Media”, en A. Gallina; R. Turccheti (coords.), *Le strutture dei porti e degli approdi antichi*. Rubetino, Soveria Mannelli: 23-44.
- ESPINOSA, A.; GÓMEZ, M. (1995): “Prospección arqueológica subacuática en el puerto de Denia (Alicante): resultados científicos y propuesta metodológica”, *CAM* 3: 63-103.
- ESPINOSA, A.; RUIZ ALCALDE, D.; MARCOS, A. (2005): “Nuevas aportaciones al conocimiento de la Vila Joiosa en época ibérica”, en L. Abad; F. Sala; I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 179-196.
- ESPINOSA, A.; SÁEZ, F.; CASTILLO, R. (1995-1997): “El fondeadero de la Platja de la Vila (La Vila Joiosa, Alicante): la época clásica”, *Lucentum* 14-16: 19-37.
- ESPINOSA, A. *et alii* (2008): “Nuevos testimonios romano-republicanos en Villajoyosa: un campamento militar del siglo I a.C.”, en J. Uroz; J.M. Noguera; F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*. Tabularium, Murcia: 199-220.
- ESQUEMBRE M.A. (2000): “Hacienda Botella. Sector E-35 (parcelas)”, en *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2000*. Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Alicante, Alicante.
- ESQUEMBRE, M.A.; ORTEGA, J.R. (coords.) (2008): *Surcando el tiempo. Un barco de terracota de época ibérica (Tossal de les Basses, Alicante)*. MARQ, Alicante.
- ESTEBAN, C.; CORTELL, E. (1997): “Consideraciones arqueoastronómicas sobre el santuario ibérico de La Serreta”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 6: 131-140.
- ÉTIENNE, R.; MAYET, F. (2000): *Le vin hispanique*. De Boccard, París.
- ÉTIENNE, R.; MAYET, F. (2002): *Salaisons et sauces de poisson hispaniques*. De Boccard, París.
- FABRE, P. (1981): *Les grecs et la connaissance de l’Occident*. Université de Lille III, Lille.
- FARNEY, G.D. (2007): *Ethnic identity and aristocratic competition in Republican Rome*. Cambridge University Press, Cambridge.
- FARNIÉ, C.; QUESADA, F. (2005): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, Murcia.
- FATÁS, G. (1986): “Para un índice toponímico hispánico (ITH). Índices de Avieno, Estrabón (III), Plinio (III-IV), Ptolomeo y los textos itinerarios”, en *Estudios en homenaje al dr. Antonio Beltrán Martínez*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza: 677-730.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M.C.; CUNLIFFE, B.W. (1998): “El santuario de Torreparedones”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 148-149.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A. (1942): “Relieves hispanorromanos con representaciones ecuestres”, *AEA* 15 (48): 199-215.

- (1943): "Escultura del Cerro de los Santos. La Colección Velasco (M. Antropológico), en el Museo Arqueológico Nacional", *AEA* 16: 361-387.
 - (1948): "Escultura del Cerro de los Santos. La colección del Colegio de PP. Escolapios de Yecla", *AEA* 21: 360-377.
 - (1948 a): "De escultura iberorromana. Un nuevo tipo de cabeza masculina", *AEA* 21: 69-77.
 - (1949): *El Cerro de los Santos (aproximación al estudio de la escultura ibérica)*. Tesis Doctoral de la Universidad Central de Madrid, Madrid.
 - (1953): "Excavaciones en el Llano de la Consolación (1891-1946)", *APL* 4: 195-209.
 - (1962): "Escultura del Cerro de los Santos. La colección del Museo de Albacete", *Publicaciones del Seminario de Historia y Arqueología de Albacete*. Albacete: 62-74.
 - (1964): "Excavaciones en el Cerro de los Santos (1962)", *NAH* 6: 152-156.
 - (1965): "Excavaciones en el Cerro de los Santos (Segunda Campaña)", *NAH* 7: 143-145.
 - (1966): *Excavaciones en el Cerro de los Santos, Montealegre del Castillo (Albacete). Primera campaña, 1962*. Ministerio de Cultura, Madrid.
 - (1967): "Zwei skulpturen vom Cerro de los Santos in Orihuela", *MM* 7: 109-115.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (1998): "Sobre unas terracotas romanas del Museo de Alcoy", *Recerques del Museu d'Alcoi* 7: 181-190.
- (2003): "Adopción de las técnicas pictóricas y musivarias entre las sociedades íberas", en L. Abad (ed.), *De Iberia in Hispaniam. La adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*. Universidad de Alicante, Alicante: 209-239.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (2003): "Los caballos de Luque (Córdoba)", en F. Quesada y M. Zamora (eds.), *El caballo en la antigua Iberia*. Real Academia de la Historia, Madrid: 21-61.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M.A. (2008): *La construcción arqueológica de la etnicidad*. Toxo Soutos, La Coruña.
- (2009): "La etnicidad desde una perspectiva arqueológica: propuestas teórico-metodológicas", *ETF, Serie II* 22: 187-199.
- FERNÁNDEZ GUERRA, A. (1875): *Contestación al discurso de Juan de Dios de la Rada y Delgado de Ingreso en la Real Academia de la Historia sobre antigüedades del Cerro de los Santos*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- FERNÁNDEZ IZQUIERDO, A.; BERNI, P.; AGUILERA, A. (2007): "El pecio romano de La Albufereta (Alicante): un documento de época pre-flavia", en J. Pérez Ballester; G. Pascual (eds.), *Comercio, redistribución y fondeaderos. La navegación a vela en el Mediterráneo*. Universidad de Valencia, Valencia: 231-246.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. (2006): *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Crítica, Barcelona.
- FERNÁNDEZ MATEU, G. (2000): *El kalathos «sombbrero de copa» ibérico en el País Valenciano. El kalathos «de cuello estrangulado» del Museo Arqueológico de Villena. Dos bases para un sistema métrico ibérico*. Fundación Municipal José María Soler, Alicante.
- FERNÁNDEZ NIETO, F.J. (1992): "Griegos y colonización griega en la Península Ibérica", en F. Chaves (ed.), *Griegos en Occidente*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 129-145.
- (2002): "Hemeroskopeion = Thynnoskopeion. El final de un problema histórico mal enfocado", *Mainake* 24: 231-255.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, J.M. (1998): "Mitos y ritos de paso en la concepción ibérica del poder: los relieves de Pozo Moro (Albacete)", *Tabona* 9: 297-316.
- FERNÁNDEZ URIEL, P. (1988): "Algunas observaciones sobre la abeja y la piel en el mundo antiguo", *ETF, Serie II* 1: 185-208.

- (2000): “La industria de la sal”, en M.E. Aubet; M. Barthélemy (eds.), *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* 1. Universidad de Cádiz, Cádiz: 345-351.
- FERRER ALBELDA, E. (2004): “La religión púnica en Iberia: lugares de culto”, en A. González Blanco, G. Matilla y A. Egea (eds.), *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*. Universidad de Murcia, Murcia: 107-118.
- (2006): “¿Mastia en África?”, en A. Akerraz et alii (eds.), *L’Africa Romana. Atti del XVI convegno di studi*. Roma: 1997-2008.
 - (2008): “Cartago y la transmisión de los conocimientos geográficos sobre el Extremo Occidente”, en J.M. Candau, F.J. González Ponde y A.L. Chávez (coords.), *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 53-65.
 - (2009): “A propósito de Tagilit y de otras ciudades púnicas del sureste de Iberia”, en R. Cruz-Auñón y E. Ferrer (coords.), *Estudios de prehistoria y arqueología en homenaje a Pilar Acosta Martínez*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 407-418.
 - (2011): “Rasgos ideológicos helenísticos en la política ibérica de los Barca”, en J.M. Cortés; E. Muñoz; R. Gordillo (coords.), *Grecia ante los Imperios*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 305-316.
 - (2011 a): “Unidad y diversidad de los fenicios en el período postcolonial (I): la visión exoétnica”, en M. Álvarez (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Archaeopress, Oxford: 193-209.
 - (2011 b): “Más acá y más allá de las Columnas de Heracles. Mastia Tarseion y las limitaciones al comercio en Iberia”, *CuPAUAM* 37-38: 431-445.
 - (2012): “El brazo poderoso de Dios. Sobre un nuevo bronce fenicio de procedencia subacuática”, en E. Ferrer, M.C. Marín y A. Pereira (eds.), *La religión del mar. Dioses y ritos de navegación en el Mediterráneo antiguo*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 37-57.
 - (2012 a): “Un fenicio apócrifo de época romana: Pomponio Mela”, en B. Mora y G. Cruz (coords.), *La etapa neopúnica en Hispania y el Mediterráneo centro occidental: identidades compartidas*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 59-74.
- FERRER ALBELDA, E.; DE LA BANDERA, M.L. (1997): “La localización de Mastia: un aspecto problemático de los conocimientos geográficos griegos sobre Iberia”, en F.J. Presedo et alii (eds.), *Xaïre. II reunión de historiadores del mundo antiguo. Homenaje al profesor Fernando Gascó*. Scriptorium, Sevilla: 65-72.
- FERRER ALBELDA, E.; LOZANO, F.; MAZUELOS, J. (coords.) (2009): *Salvación, infierno, olvido. Escatología en el mundo antiguo*. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- FERRER ALBELDA, E.; PLIEGO, R. (2010): “... *Auxilium consanguineis Karthaginiensis misere*: un nuevo marco interpretativo de las relaciones entre Cartago y las comunidades púnicas de Iberia”, *Mainake* 32 (1): 525-557.
- FERRER ALBELDA, E.; PRADOS, E. (2007): “Los pebeteros en forma de cabeza femenina en el contexto de las comunidades púnicas de Iberia”, en M.C. Marín y F. Horn (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina. SPAL monografías 9*, Universidad de Sevilla, Sevilla: 121-138.
- FERRER GARCÍA, C. (2003): “Aproximación geoarqueológica a algunos asentamientos históricos del litoral meridional valenciano (s. IV a.C. – s. XII d.C.)”, en G. Pascual; J. Pérez Ballester (eds.), *Puertos fluviales antiguos: ciudad, desarrollo e infraestructuras*. Universitat de València, Valencia: 99-113.
- (2011): “Horizontes cercanos. El medio físico de La Bastida de les Alcusses”, en H. Bonet; J. Vives-Ferrándiz (eds.), *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de Valencia, Valencia: 30-47.

- FERRER I JANÉ, J. (2012): "Saleitartin: testimoni múltiple d'un antropònim ibèric al jaciment de Can Rossó (Argençola)", en *Revista d'Arqueologia de Ponent* 22: 143-152.
- FIGUERAS, F. (1934): *Excavaciones en la isla del Campello (Alicante). 1931-1933*. Junta Superior del Tesoro Artístico, Madrid.
- (1950): "La Isleta del Campello del litoral de Alicante. Un yacimiento síntesis de las antiguas culturas del Mediterráneo", *AEA* 23: 13-37.
 - (1952): "Los cartagineses en el iberismo del Sudeste", en *II CNA*. Zaragoza: 421-433.
 - (1952 a): "Esquema de la necrópolis cartaginesa de Alicante", *APL* 3: 179-194.
 - (1959): "Los vidrios fundidos del alto Sureste español", en *V CNA*. Zaragoza: 213-233.
- FISHWICK, L.; VINING, J. (1992): "Toward a phenomenology of recreation place", *Journal of environmental psychology* 12 (1): 57-63.
- FITA, F. (1906): "Inscripciones griegas, latinas y hebreas", *BRAH* 48: 155-168.
- FLETCHER, D. (1972): "Nuevas inscripciones ibéricas de la región valenciana", *APL* 13: 103-125.
- (1983): *Els ibers*. Institució alfons el Magnànim, Valencia.
 - (1985): *Textos ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia.
- FLETCHER, D.; BONET, H. (1991-1992): "Bastida VI. Nuevo plomo escrito de la Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia)", *AnMurcia* 7-8: 143-150.
- FLETCHER, D.; MATA, C. (1981): "Aportación al conocimiento de los ponderales ibéricos", *Saguntum* 16: 165-175.
- FLETCHER, D.; PASCUAL, V. (1973): "Cuatro inscripciones ibéricas del Museo de Alcoy", en *XII CNA*. Zaragoza: 469-476.
- FLETCHER, D.; PLA, E. (1974): "Las esculturas en piedra de «El Corral de Saus» (Valencia)", *Bellas Artes* 74: 38-39.
- (1977): "Restos escultóricos de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia)", *Revista de la Universidad Complutense* 26 (109): 55-62.
- FLETCHER, D.; PLA, E.; ALCACER, J. (1969): *El poblado ibérico de La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia)*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia.
- FLETCHER, D.; SILGO, L. (1992): "El plomo ibérico escrito Serreta I. Comentarios y traducciones", *Recerques del Museu d'Alcoi* 1: 9-36.
- (1995): "De nuevo sobre ponderales ibéricos", *Verdolay* 7: 271-275.
- FONT, M. (1970): "Dos peines ibéricos de la Serreta de Alcoy y sus precedentes", *PLAV* 10: 123-138.
- FORBES, H. (2007): *Meaning and identity in a Greek landscape. An archaeological ethnography*. Cambridge University Press, Cambridge.
- FOUCAULT, M. (1991): "Verdad y poder", en M. Foucault, *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid: 175-189.
- (1994): "La philosophie analytique de la politique (1978)", en D. Defert; F. Ewald; J. Lagrange (eds.), *Dits et écrits 1954-1983*. Gallimard, París: 534-551.
- FRANCISCO, J. (1984-1985): "Dos nuevas inscripciones latinas de Elche de la Sierra (Albacete)", *Zephyrus* 37-38: 337-340.
- FRÍAS, C. (2010): *El poblamiento rural de Dianium, Lucentum, Ilici y la ciudad romana de la Vila Joiosa (siglos II a.C. – VII d.C.). Bases para su estudio*. Universidad de Alicante, Alicante.
- FRONTISI-DUCROUX, F. (1988): "Figures de l'invisible: strategies textuelles et strategies iconiques", en B. D'Agostino (dir.), *La parola, l'immagine, la tomba. Annali di Archeologia e Storia Antica dell'Istituto Universitario Orientale di Napoli* 10: 27-40.
- FRUTOS, G. (1991): *Cartago y la política colonial. Los casos norteafricano e hispano*. Gráficas Sol, Écija.

- FUENTES ALBERO, M.M. (2006): “Propuesta de definición del estilo pictórico de La Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila; Alacant)”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 15: 29-74.
- (2007): *Vasos singulares de la Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila; Alacant)*. Fundación Municipal José María Soler, Villena.
- FUENTES ALBERO, M.M.; MATA, C. (2009): “Sociedad de los vivos, pesar por los muertos”, *Saguntum* 41: 59-94.
- FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1991): “La fase final de las necrópolis ibéricas”, en J.J. Blánquez y V. Antona (eds.), *Congreso de arqueología ibérica: las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 587-606.
- FULGOSIO, M. (1872): “Armas antiguas ofensivas de bronce e hierro: su studio, en comparación con las que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional”, *Museo Español de Antigüedades* 1: 353-372.
- FUNARI, P.P.A.; JONES, S.; HALL, M. (1999): “Introduction: archaeology in history”, en FUNARI, P.P.A.; HALL, M.; JONES, S. (eds.), *Historical archaeology: back from the edge*. Routledge, Londres-Nueva York: 1-20.
- GABALDÓN, M.M. (2004): *Ritos de armas en la Edad del Hierro. Armamento y lugares de culto en el antiguo Mediterráneo y el mundo celta*. Anejos de *Gladius* 7. Madrid.
- (2010): “La dedicación de armas en los lugares de culto de la Edad del Hierro”, en T. Tortosa; S. Celestino (eds.), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*. Anejos de AEA 55. Madrid: 205-217.
- GAGNAISON, C. et alii (2006): “Une ébauche de sculpture ibérique dans les carrières de la Dame d’Elche”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 36 (1): 153-172.
- (2007): “Un esbozo de escultura ibérica en las canteras de la dama de Elche : el busto de El Ferriol (Elche, Alicante)”, en L. Abad; J.A. Soler (eds.), *Arte ibérico en la España mediterránea*. Universidad de Alicante, Alicante:141-153.
 - (2007 a): “L’environnement du site ibérique de La Alcudia et les carrières antiques de la Dame d’Elche (province d’Alicante, Espagne)”, *ArcheoSciences. Revue d’archéométrie* 31: 59-78.
- GALLANT, TH.W. (1991): *Risk and survival in Ancient Greece. Reconstructing the rural domestic economy*. Polity Press, Cambridge.
- GARCIA, D. (2005): “Proto-urbanisme et actualisme, pour une lectura renouvelée des plans des sites préromains de Gaule méridionale”, en A. Bouet ; F. Verdin (eds.), *Territoires et paysages de l’âge du fer au moyen âge. Mélanges offerts à Philippe Leveau*. Ausonius, Burdeos: 75-81.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1931): “La bicha de Balazote”, *AEAA* 7: 249-270.
- (1936): *Los hallazgos griegos de España*. Centros de Estudios Históricos, Madrid.
 - (1943): “Algunos problemas de arte y cronología ibéricos”, *AEA* 16: 78-108.
 - (1943 a): *La Dama de Elche y el conjunto de piezas reingresadas en España en 1941*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
 - (1947): “Una colonización mítica de España tras la guerra de Troya. El ciclo legendario de los «Nostoi»”, *Cuadernos de Historia de España* 7: 106-123.
 - (1948): *Hispania Graeca*. Instituto Español de Estudios Mediterráneos, Barcelona.
 - (1954): *Arte ibérico*. Espasa-Calpe, Madrid.
 - (1957): “El jarro ritual lusitano de la colección Calzadilla”, *AEA* 30: 121-138.
 - (1960): “Inventario de los jarros púnico-tartéssicos”, *AEA* 33: 44-63.
- GARCÍA-BELLIDO, M.P. (1986): “Nuevos documentos sobre minería y agricultura en *Hispania*”, *AEA* 59: 13-46.
- (1990): *El tesoro de Mogente y su entorno monetario*. Conselleria de Cultura de València, Valencia.

- (1990 a): “Iconografía fenicio-púnica en moneda romana republicana de la Bética”, *Zephyrus* 43: 371-383.
 - (1993): “El proceso de monetización en el Levante y Sur hispánico durante la Segunda Guerra Púnica”, en J. Untermann; F. Villar (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*. Universidad de Salamanca, Salamanca: 317-347.
 - (1993 a): “Las cecas libiofenicias”, en *Numismática hispano-púnica: estado actual de la investigación. VII JAF-P*. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Ibiza: 97-146.
 - (2002): “Los primeros testimonios metrológicos y monetales de fenicios y griegos en el sur peninsular”, *AEA* 75: 93-106.
- GARCÍA BLÁNQUEZ, L.A. (1996): “El Cerro de la Fuente del Murtal, Alhama de Murcia (1ª campaña, 1991): poblado fortificado del período de transición Bronce Final / Hierro Antiguo en el eje de poblamiento Segura-Guadalentín (Murcia)”, *Memorias de Arqueología* 5: 65-85.
- GARCÍA BORJA, P. *et alii* (2013): “Nuevas aportaciones al horizonte del Bronce Final de La Vital (Gandía, València)”, *Saguntum* 45: 79-100.
- GARCÍA CANO, C.; GARCÍA CANO, J.M. (1992): “Cerámica ática del poblado ibérico de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena)”, *AEA* 65: 3-32.
- GARCÍA CANO, C.; GARCÍA CANO, J.M.; RUIZ VALDERAS, E. (1989): “Las cerámicas campanienses de la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)”, *Verdolay* 1: 117-187.
- GARCÍA CANO, J.M. (1982): *Cerámicas griegas de la región de Murcia*. Editora Regional de Murcia, Murcia.
- (1987): “Cerámicas áticas de figuras rojas en el sureste peninsular”, en M. Picazo; E. Sanmartí (dirs.), *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica*. Diputació de Barcelona, Barcelona: 59-70.
 - (1987 a): “Una sepultura singular del Cabecico del Tesoro, Verdolay, La Alberca, Murcia”, *AnMurcia* 3: 115-122.
 - (1989-1990): “Una *kylix* de la «clase delicada» procedente de Lorca (Murcia)”, *AnMurcia* 5-6: 95-100.
 - (1989): “Kantharoi de la clase Saint Valentin en Murcia. Contribución a su estudio en la Península Ibérica”, en *XIX CNA* 1, Zaragoza: 527-535.
 - (1989-1990): “Una *kylix* de la «clase delicada» procedente de Lorca (Murcia)”, *AnMurcia* 5-6: 95-100.
 - (1991): “El comercio arcaico en Murcia”, en J. Remesal; O. Musso (eds.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Universitat de Barcelona, Barcelona: 369-382.
 - (1991): “Las necrópolis ibéricas en Murcia”, en J.J. Blánquez y V. Antona (eds.), *Congreso de arqueología ibérica: las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 313-347.
 - (1994): “El pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)”, *REIb* 1: 173-201.
 - (1994 a): *Las necrópolis ibéricas en Murcia: un ejemplo paradigmático: Coimbra del Barranco Ancho. Estudio Analítico*. Universidad de Murcia, Murcia.
 - (1995): “El departamento B de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena)”, *Verdolay* 7: 259-269.
 - (1995 a): “El territorio oriental de la Meseta y el Sureste peninsular”, en J.J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *El mundo ibérico, una nueva imagen en los albores del año 2000*. Imágenes y Palabras, Toledo: 127-131.
 - (1997): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Universidad de Murcia, Murcia.
 - (1999): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) II. Análisis de los enterramientos, catálogo de*

- materiales y apéndices antropológico, arqueozoológico y paleobotánico.* Universidad de Murcia, Murcia.
- (2004): “Contribución al estudio del poblamiento ibérico en el valle del Guadalentín: la cerámica ática de Lorca I”, *Alberca* 2: 53-80.
 - (2007): “Los *pebeteros* en forma de cabeza femenina de la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)”, en M.C. Marín y F. Horn (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina. SPAL monografías* 9, Universidad de Sevilla, Sevilla: 285-311.
 - (2008): “Los bastetanos más orientales del mar al interior. Las tribus ibéricas en la región de Murcia”, en A.M. Adroher; J.J. Blánquez (eds.), *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 105-124.
 - (2008 a): “Poblamiento ibérico y romanización. El caso de Murcia”, en J. Uroz; J.M. Noguera; F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*. Tabularium, Murcia: 521-528.
- GARCÍA CANO, J.M.; GIL, F. (2009): *La cerámica ática de figuras rojas: talleres y comercio (siglo IV a.C.)*. Universidad de Murcia, Murcia.
- GARCÍA CANO, J.M.; INIESTA, A.; PAGE, V. (1991-1992): “El santuario ibérico de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)”, *AnMurcia* 7-8: 75-82.
- GARCÍA CANO, J.M.; PAGE, V. (1990): “La necrópolis ibérica de Archena. Revisión de los materiales y nuevos hallazgos”, *Verdolay* 2: 109-147.
- (1996): “La investigación de la cultura ibérica en Murcia (1990-1995)”, en *REIb* 2: 243-266.
 - (1999): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) II. Análisis de los enterramientos, catálogo de materiales y apéndices antropológico, arqueozoológico y paleobotánico*. Universidad de Murcia, Murcia.
 - (2000): “La cerámica ática de la necrópolis del Castillejo de los Baños (Fortuna, Murcia)”, en B. Sabbatini (dir.), *La céramique attique du IVe siècle en Méditerranée occidentale*. Centre Jean Bérard, Nápoles: 253-258.
 - (2001): “El armamento de la necrópolis de Castillejo de los Baños. Una aproximación a la panoplia ibérica de Fortuna (Murcia)”, *Gladius* 21: 57-136.
 - (2004): *Terracotas y vasos plásticos de la necrópolis del Cabecico del Tesoro, Verdolay, Murcia*. Consejería de Educación y Cultura de la Región de Murcia, Murcia.
 - (2011): “El pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla). Treinta años de su hallazgo”, en J.J. Blánquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 159-178.
- GARCÍA CANO, C.; RUIZ VALDERAS, E. (1995-1996): “El poblado ibérico de La Loma del Escorial (Los Nietos) durante el s. III a.C.”, *AnMurcia* 11-12: 129-149.
- GARCÍA CANO, J.M. et alii (1997): “El santuario de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) a la luz de los nuevos hallazgos”, *QPAC* 18: 239-256.
- GARCÍA CARDIEL, J. (2009): “Renacer entre leones. Una nueva perspectiva de los leones de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete)”, *Lucentum* 28: 51-68.
- (2010): “La conquista romana de Hispania en el imaginario pictórico español (1754-1894)”, *CuPAUAM* 36: 131-157.
 - (2012): “¿Y qué fue de la estatua del abuelo? La reutilización de la escultura ibérica”, en J.M. Aldea et alii (eds.), *Historia, identidad y alteridad*. Hergar Ediciones Antema, Salamanca: 279-303.
 - (2012 a): “Enterrarse entre escombros: una aproximación socio-ideológica a la necrópolis ibérica de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete)”, *Antesteria* 1: 93-105.

- (2012 b): “Tránsito, muerte, poder y protección. Los leones en el imaginario ibérico”, en M.R. García Huerta y F. Ruiz Gómez (dirs.), *Animales simbólicos en la Historia, desde la Protohistoria hasta el final de la Edad Media*. Síntesis, Madrid: 79-90.
- (2013): *El catálogo de las naves de Occidente. Embarcaciones de la Península Ibérica, Marruecos y archipiélagos aledaños hasta el principado de Augusto*. Archaeopress, Oxford.
- (2013 a): “De la hierogamia a la ofrenda. El contacto con la divinidad en el mundo ibérico”, *Mediterraneo Antico* 16 (1): 277-308.
- (2013 b): “La hierogamia de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete): una lectura en clave ibérica”, en J.J. Caerols (ed.), *Religio in labyrintho. Encuentros y desencuentros en sociedades complejas*. Escolar y Mayo, Madrid: 35-45.
- (2013 c): “Los sitios de Numancia y Sagunto en el imaginario español a través de la literatura (1582-1937)”, *Revista de Historiografía* 18 (1): 41-51.
- (2014): “«Lo colocaron todo en la cóncava nave». Pequeñas embarcaciones mercantes en el Occidente mediterráneo durante el I milenio a.C.”, en C. del Cerro *et alii* (eds.), *Economías, comercio y relaciones internacionales en el Mundo Antiguo*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 21-46.
- (2014 a): “El combate contra el Mal: imaginarios locales de poder a través de la conquista romana en el Levante ibérico”, *Complutum* 25 (1): 159-175.
- (2014 b): “La lucha contra la Quimera. La memoria del combate contra el Mal en el sureste ibérico”, *Studi e Materiali di Storia delle Religioni* 80 (2): 615-642.
- (2014 c): “¿Rasgos púnicos en los santuarios ibéricos? Religión e identidad en la Contestania central”, *Saguntum* 46: 79-91.
- (2014 d): “Lenguajes híbridos y reestructuración política en las áreas sacras de la Contestania central durante el s. III a.C.”, *Dialogues d'Histoire Ancienne* 40 (2): 111-136.
- (e.p.a): “Túmulos pobres en las necrópolis ibéricas: ¿vestigios de un cambio ideológico en el siglo IV a.C.?”.
- GARCÍA GANDÍA, J.R. (2003): “La tumba 17 de la necrópolis de Les Casetes (Villajoyosa, Alicante)”, *Saguntum* 35: 219-228.
- (2004): “La necrópolis orientalizante de Les Casetes (Villajoyosa, Alicante)”, en A. González Prats (ed.), *El Mundo Funerario*. Instituto Alicantino de Cultura Juan-Gil Albert, Alicante: 539-576.
- (2005): “La necrópolis orientalizante de Les Casetes. Ajuares y estructuras funerarias”, en L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 345-355.
- (2009): *La necrópolis orientalizante de Les Casetes (La Vila Joiosa, Alicante)*. Universidad de Alicante, Alicante.
- GARCÍA GANDÍA, J.R.; MORATALLA, J. (1998-1999): “Nuevos datos sobre arquitectura de prestigio ibérica. La regia de «Las Tres Hermanas» (Aspe, Alicante)”, *Lucentum* 17-18: 163-182.
- GARCÍA GANDÍA, J.R.; PADRÓ, J. (2002-2003): “Una cantimplora de fayenza egipcia procedente de la necrópolis de Les Casetes (La Vila Joiosa, Alicante)”, *Pyrenae* 33-34: 347-364.
- GARCÍA-GELABERT, M.P. (1990): “La religión ibérica a través de las necrópolis”, *Zephyrus* 43: 259-266.
- GARCÍA-GELABERT, M.P.; BLÁZQUEZ, J.M. (1993): “Destrucción de escultura ibérica: posibles causas”, en J. Padró *et alii* (dirs.), *Homenatge a Miquel Tarradell*. Curial Edicions Catalanes, Barcelona: 403-410.
- (2007): “El significado del ciervo entre los pueblos protohistóricos de la Península Ibérica”, *Lucentum* 26: 83-113.
- GARCÍA-GELABERT, M.P.; GARCÍA DÍAZ, M. (1997): “La religión en el mundo ibérico.

- Enterramientos cenotáficos”, *QPAC* 18: 405-416.
- GARCÍA GUINEA, M.Á. (1959): “Excavaciones en la provincia de Albacete, 1958-1959”, *AEA* 32: 134-142.
- (1960): “Excavaciones y estratigrafía en el poblado ibérico de El Macalón (Nerpio, Albacete)”, *RABM* 68 (2): 709-755.
- GARCÍA GUINEA, M.Á.; SAN MIGUEL, J.A. (1964): *Poblado ibérico de El Macalón (Albacete) (estratigrafías). 2ª campaña*. Ministerio de Educación Nacional, Madrid.
- GARCÍA HERNÁNDEZ, F. (1986): “Tossal de la Cala”, en *Arqueologia en Alicante (1976-1986)*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante: 55-56.
- GARCÍA HUERTA, R. (1995): “La muerte y los rituales funerarios en el mundo ibérico”, en J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *El mundo ibérico, una nueva imagen en los albores del año 2000*. Imágenes y Palabras, Toledo: 65-77.
- (2011): “Análisis paleoantropológico de las cremaciones ibéricas desde una perspectiva arqueológica”, en J.J. Blánquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 377-391.
- GARCÍA HUERTA, R.; RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, D. (eds.) (2009): *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1979): “La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico”, *AEA* 52: 131-140.
- GARCÍA LUQUE, M.A.; RÍSQUEZ, C. (2008): “Maintenance activities in the funerary record. The case of Iberian cemeteries”, en S. Montón y M. Sánchez Romero (eds.), *Engendering social dynamics: the archaeology of maintenance activities*. Archaeopress, Oxford: 49-56.
- GARCÍA I MARTÍN, J.M. (1996): “Una cratera de columnas de figures negres a la necrópolis de L’Albufereta d’Alacant (L’Alacantí)”, en *XXIII CNA*. Elche: 473-480.
- (1997): “Les ceràmiques gregues”, en M. Olcina (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*. MARQ, Alicante: 175-206.
 - (2001): “El comercio de cerámicas griegas en el sur del País Valenciano en época arcaica”, en *Ceràmiques jònies d’època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental*. Museu d’Arqueologia de Catalunya, Barcelona: 207-223.
 - (2003): *La distribución de cerámica griega en la Contestania: el puerto comercial de La Illeta dels Banyets*. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante.
- GARCÍA I MARTÍN, J.M.; GRAU, I. (1997): “Les ceràmiques gregues als jaciments ibèrics de L’Alcoià i El Comtat”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 6: 119-130.
- GARCÍA MAURIÑO, J. (1993): “Los cascos de tipo Montefortino en la Península Ibérica. Aproximación al estudio del armamento en la II Edad del Hierro”, *Complutum* 4: 95-146.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (1992-1993): “El Castillo de Guardamar. Nuevos datos sobre el poblamiento ibérico en la desembocadura del río Segura”, *Alebus* 2-3: 67-96.
- (1994): “El Cabezo Pequeño del Estaño, Guardamar del Segura. Un poblado protohistórico en el tramo final del río Segura”, en *El mundo púnico, historia, sociedad, cultura*. Editorial Regional de Murcia, Murcia: 269-280.
 - (1995): “Avance sobre las excavaciones en yacimientos con fases del Hierro Antiguo en el tramo final del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)”, en *XXII CNA* 2. Vigo: 225-229.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A.; PRADOS, F. (2014): “La presencia fenicia en la Península Ibérica: el Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante)”, *TP* 71 (1): 113-133.

- GARCIA I RUBERT, D. (2010): "Une «résidence aristocratique» du VII^e s. av. J.-C. au sud de la Catalogne", *Les dossiers d'Archéologie* 339: 68-71.
- GARNSEY, P. (2003): "El campesinado: subsistencia y supervivencia", en J. Gallego (ed.), *El mundo rural en la Grecia antigua*. Akal, Madrid: 71-102 [*Famine and food supply in the Graeco-Roman world. Responses to risk and crisis*. Cambridge University Press, Cambridge, 1998: 43-68].
- GARRIGÓS, I.; MELLADO, J.A. (2004): "Les monedes de la Serreta: consideracions sobre la circulació monetària a les comarques meridionals del País Valencià", *Recerques del Museu d'Alcoi* 13: 201-226.
- GASCÓ, F. (1994): "Presencias griegas en el sur de la Península Ibérica desde época helenística al tiempo de los Severos", en C. González Román (ed.), *La sociedad de la Bética. Contribuciones para su estudio*. Universidad de Granada, Granada: 211-239.
- GESTOSO, L. (1910): "El hallazgo numismático de Mogente", *BRAH* 56: 460-465.
- GIANFROTTA, P.A. (2007): "Il commercio marittimo in età tardo-republicana: merci, mercanti, infrastrutture", en J. Pérez Ballester; G. Pascual (eds.), *Comercio, redistribución y fondeaderos. La navegación a vela en el Mediterráneo*. Universidad de Valencia, Valencia: 65-78.
- GIL GONZÁLEZ, F.; HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. (1995-1996): "Una terracota representando a la «Diosa Madre» procedente de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) y la distribución de estas piezas en el Sureste", en *AnMurcia* 11-12: 151-161.
- GIL-MASCARELL, M.; ENRIQUE, M. (1992): "La metalurgia del Bronce Final-Hierro Antiguo del yacimiento de la Mola d'Agres (Agres, Alicante)", en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia: 39-49.
- GIL-MASCARELL, M.; PEÑA, J. L. (1994): "Las fases de ocupación en el yacimiento de la Mola d'Agres (Agres, Alicante): su dinámica evolutiva", *Recerques del Museu d'Alcoi* 3: 111-120.
- GILL, D.W.J. (1994): "Positivism, pots and long-distance trade", en I. Morris (ed.), *Classical Greece. Ancient histories and modern archaeologies*. Cambridge University Press, Cambridge: 99-107.
- GILMAN, A. (1997): "Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de datos arqueológicos", *TP* 54 (2): 81-92.
- (2013): "Were there states during the later Prehistory of Southern Iberia?", en M.C. Berrocal; L. García Sanjuán; A. Gilman (eds.), *The prehistory of Iberia: debating early social stratification and the State*. Routledge, Londres-Nueva York: 10-28.
- GIMÉNEZ, L. (1988): "Noticia sobre una nueva escultura ibérica: el thoracato ibérico de «La Losa» (Casas de Juan Núñez, Albacete)", en *Homenaje a Samuel de los Santos*. Instituto de Estudios Albacetenses, Murcia: 131-135.
- GINER, S. (2002): *Historia del pensamiento social*. Ariel, Barcelona [Barcelona, 1967].
- GISBERT, J.A. (1985): "Hallazgos arqueológicos submarinos en la costa de Denia. Las ánforas de cronología romana republicana", en *VI CIAS*. Cartagena: 411-424.
- (1998): "Ámfores i vi al territorium de Dianium (Dénia). Dades per a la sistematització de la producció amforal al País Valencià", en *El vi a l'Antigüitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani occidental*. Museu de Badalona, Badalona: 383-417.
- (2008): "Puerto y fondeaderos de Denia en la Antigüedad clásica: evidencias de comercio y distribución de vino y aceite en Dianium y su territorio", en J. Pérez Ballester y G. Pascual (eds.), *Comercio, redistribución y fondeaderos. La navegación a vela en el Mediterráneo*. Universitat de València, Gandía: 247-267.
- GODELIER, M. (1976): "Marxisme et rationalisme", *Raison présente* 37: 65-77.

- (1998): “Funciones, formas y figuras del poder político”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 13-21.
 - (1999): “Chefferies et États, une approche anthropologique”, en P. Ruby (dir.), *Les princes de la Protohistoire et l’émergence de l’état*. Centre Jean Bérard, Nápoles-Roma: 19-30.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1995): “Los conceptos de comercio en el mundo ibérico”, en J. Blánquez; L. Roldán (eds.), *El mundo ibérico, una nueva imagen en los albores del año 2000*. Imágenes y Palabras, Toledo: 27-35.
- (2010): “Hermanfrid Schubart y el Montgó”, en *Arqueología en Alicante. Homenaje a Hermanfrid Schubart*. MARQ, Alicante: 58-67.
- GÓMEZ BELLARD, C.; GUÉRIN, P. (1995): “Los lagares del Alt de Menimaquia (Denia) en los inicios del vino ibérico”, en S. Celestino (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Jérez-Sherry y Manzanilla Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera: 243-270.
- GÓMEZ BELLARD, C.; GUÉRIN, P.; PÉREZ JORDÁ, G. (1993): “Témoignage d’une production de vin dans l’Espagne préromaine”, en M.-C. Amouretti; J.-P. Brun (eds.), *La production du vin et de l’huile en Méditerranée. BCH, suppl.* 26: 379-395.
- GÓMEZ BELLARD, F. (2011): “Análisis paleoantropológicos de las cremaciones ibéricas desde una perspectiva antropológica”, en J.J. Blánquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 365-376.
- GÓMEZ BELLARD, F.; DE MIGUEL, M.P. (1996): “Aproximación al estudio de una cremación perinatal de la necrópolis ibérica de la Serreta (Alcoy-Cocentaina-Penáguila, Alicante)”, en *Salud, enfermedad y muerte en el pasado*. Fundación Uriach, Barcelona: 281-285.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. (1993): “Iberia as a barbarian land: perception of a cultural stereotype”, *The Ancient World* 24 (2): 131-142.
- (1999): “Estrabón y la tradición mítica sobre el Extremo Occidente”, en G. Cruz (coord.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*. Universidad de Málaga, Málaga: 63-79.
 - (2006): “Bárbaros desde la distancia: el mundo ibérico en las fuentes griegas”, en M.C. Belarte y J. Sanmartí (eds.), *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental*. *Arqueomediterrània* 9: 263-272.
 - (2009): “Iberia in the Greek geographical imagination”, en M. Dietler y C. López-Ruiz (eds.), *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and indigenous relations*. The University of Chicago Press, Chicago: 281-297.
- GÓMEZ-MORENO, M. (1922): “De epigrafía ibérica. El plomo de Alcoy”, *Revista Española de Filología* 9: 341-366.
- (1949): *Divagaciones numismáticas*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
 - (1961): “La escritura bástulo-turdetana”, *RABM* 49: 879-968.
- GÓMEZ PEÑA, Á. (2010): “Así en Oriente como en Occidente: el origen oriental de los altares taurodémicos de la Península Ibérica”, *SPAL* 19: 129-148.
- (2012): “Una mirada historiográfica a la identidad de los altares taurodémicos de la protohistoria peninsular ibérica”, en J.M. Aldea et alii (eds.), *Historia, identidad y alteridad*. Hergar Ediciones Antema, Salamanca: 735-761.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J. (1997): “Simbología de la diosa Tanit en representaciones cerámicas ibéricas”, *QPAC* 18: 329-343.
- (2002-2003): “Cuevas-refugio y cuevas-santuario en Castellón y Valencia: espacios

- de resguardo y entornos iniciáticos en el mundo ibérico”, *QPAC* 23: 187-240.
- (2005): “La Cova dels Pilars en el contexto de las cuevas-santuario ibéricas”, *AEA* 78: 74-77.
 - (2009): “Una aproximación cultural a los vasos caliciformes ibéricos en cuevas-santuario y yacimientos en superficie”, *QPAC* 27: 83-107.
 - (2011): “Una reflexión genérica sobre el sacerdocio ibérico en el contexto de las cuevas-santuario”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 20: 137-150.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J.; CHAPA, T. (1993): “Meterse en la boca del lobo. Una aproximación a la figura del «carnassier» en la religión ibérica”, *Complutum* 4: 169-176.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. (1994): “La Cueva Negra de Fortuna (Murcia): ¿un santuario púnico?”, en A. González Blanco, J.L. Cunchillos y M. Molina (coords.), *El mundo púnico: historia, sociedad y cultura*. Editoria Regional de Murcia, Murcia: 159-168.
- (1996): “Los textos de la Cueva Negra y sus perspectivas histórico-religiosas”, *Antigüedad y cristianismo* 13: 477-518.
 - (1998): “La romanización de la actual región de Murcia”, en J. Mangas (ed.), *Italia e Hispania en la crisis de la República romana*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 339-354.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J.A. (1987): *Escultura ibérica de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén)*. Diputación Provincial de Jaén, Jaén.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1976): “Breve noticia sobre el tesorillo orientalizante de la Sierra de Crevillente (Alicante)”, *Pyrenae* 12: 173-175.
- (1976-1978): “El tesorillo de tipo orientalizante de la Sierra de Crevillente”, *Ampurias* 38-40: 349-360.
 - (1977-1978): “Sobre las excavaciones realizadas en el yacimiento de «La Peña Negra», Crevillente (Alicante)”, *Pyrenae* 13-14: 121-135.
 - (1982): “Las puntas de flecha con arpón de la Sierra de Crevillente (De Protohistoria Alicantina, I)”, *Ampurias* 44: 257-261.
 - (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Anejo I de *Lucentum*. Alicante.
 - (1985): “Los nuevos asentamientos del final de la Edad del Bronce: problemática cultural y cronológica”, en *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Anejo de *Lucentum*, Alicante: 153-184.
 - (1985 a): “Sobre unos elementos materiales del comercio fenicio en tierras del sudeste peninsular”, *Lucentum* 4: 97-106.
 - (1986): “Las importaciones y la presencia fenicias en la Sierra de Crevillente (Alicante)”, *Aula Orientalis* 4: 279-302.
 - (1992): “Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente-Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce atlántico en la Península Ibérica”, *TP* 49: 243-257.
 - (1992 a): “El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Levante y Sudeste de la Península Ibérica”, *Complutum* 2-3: 137-150.
 - (1993): “Quince años de excavaciones en la ciudad protohistórica de Herna (Peña Negra, Crevillente, Alicante)”, *Saguntum* 26: 181-188.
 - (1993 a): “La metalurgia del Bronce Final en el sudeste de la Península Ibérica”, en R. Arana et alii (eds.), *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Universidad de Murcia, Murcia: 19-42.
 - (1993 b): “El ámbito geográfico del mundo tartésico a la luz de la documentación arqueológica del sudeste”, en J. Padró et alii (dirs.), *Homenatge a Miquel Tarradell*. Curial Edicions catalanes, Barcelona: 367-383.
 - (1999): “Las cerámicas fenicias de la provincia de Alicante”, en A. González Prats (ed.), *La cerámica fenicia en Occidente*:

- centros de producción y áreas de comercio. Generalitat Valenciana, Valencia: 111-128.
- (2001): “Arquitectura orientalizante en el Levante peninsular”, en D. Ruiz Mata; S. Celestino (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 173-192.
 - (2002): “Los fenicios en la fachada oriental hispana”, en B. Costa; J.H. Fernández (eds.), *La colonización fenicia de Occidente. Estado de la investigación en los inicios del siglo XXI*. Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa, Ibiza: 127-143.
 - (2002 a): *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España) (s. IX-VII a.C.)*. Universidad de Alicante, Alicante.
 - (2005): “El fenómeno orientalizante en el sudeste de la Península Ibérica”, en S. Celestino; J. Jiménez (eds.), *El período orientalizante*. Anejos de AEA 35 (2): 799-808.
 - (2007): “Rasgos arquitectónicos y urbanísticos de La Fonteta”, en J.L. López Castro (ed.), *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Universidad de Almería, Almería: 69-82.
 - (2010): “Anzuelos, fíbulas, pendientes y cuchillos: una muestra de la producción de los talleres metalúrgicos de La Fonteta”, *Lucentum* 29: 33-56.
 - (2010 a): “La colonia fenicia de La Fonteta”, en *Guardamar del Segura. Arqueología y Museo*. MARQ, Alicante: 66-79.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; ABASCAL, J.M. (1989): *El tesoro de denarios romanos de Cachapets (Crevillente)*. Ayuntamiento de Crevillente, Crevillente.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (2000): “El conjunto fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)”, en M.E. Aubet; M. Barthélemy (eds.), *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* 4. Universidad de Cádiz, Cádiz: 1527-1537.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; PINA, J.A. (1983): “Análisis de las pastas cerámicas de vasos hechos a torno de la fase orientalizante de Peña Negra (675-550/535 a.C.)”, *Lucentum* 2: 115-145.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; RUIZ-GÁLVEZ, M. (1989): “La metalurgia de Peña Negra en su contexto del Bronce Final del Occidente europeo”, en *XIX CNA* 1. Zaragoza: 367-376.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; RUIZ SEGURA, E. (1992): “Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó”, en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia: 17-27.
- (1997): “Una zona metalúrgica de la primera mitad del siglo VII en la ciudad fenicia de La Fonteta (Guardamar, Alicante)”, en *XXIV CNA* 3. Cartagena: 355-357.
 - (2000): *El yacimiento fenicio de La Fonteta (Guardamar del Segura. Alicante. Comunidad Valenciana)*. Real Academia de Cultura Valenciana, Valencia.
- GONZÁLEZ REYERO, S. (2007): “La dama de Galera. Creación, transformación iconográfica e incidencia en las dinámicas sociales”, *RSF* 35 (2): 141-160.
- (2008): “Música, memoria y comportamiento social en la Contestania ibérica. El caso de El Cigarralejo (Mula, Murcia)”, en A.M. Adroher y J.J. Blánquez (eds.), *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana. Comunicaciones*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 69-85.
 - (2009): “Collado de los Jardines. Una aproximación a la arquitectura del santuario a partir de la documentación de Juan Cabré Aguiló”, en P. Mateos *et alii* (eds.), *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental*. Anejos de AEA 45: 203-220.
 - (2010): “Nature and the symbolization of landscape in the Iberian iconography (III-II B.C.). Images and social dynamics”, en L. Levêque, M. Ruiz del Árbol y L. Pop (eds.),

- Heritage, images memory of European landscapes*. L'Harmattan, París: 41-57.
- (2012): "Under divine wings: forms of ideological and territorial domination during the Iberian Iron Age", *OJA* 31 (3): 261-281.
 - (2013): *Documentación y estudio del poblamiento ibérico en la cuenca alta del Río Segura (Albacete). Interacción entre paisajes simbólicos y espacios productivos*. Memoria presentada ante la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Madrid.
- GONZÁLEZ REYERO, S.; RUEDA, C. (2010): *Imágenes de los iberos. Comunicar sin palabras en las sociedades de la Antigua Iberia*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- GONZÁLEZ REYERO, S.; SÁNCHEZ GÓMEZ, M.L. (2013): "El Cerro de los Santos y Collado de los Jardines en la construcción de un modelo de santuario ibero. Una visión comparada", en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: territorio, ritualidad y memoria*. Universidad de Jaén, Jaén: 79-104.
- GONZÁLEZ REYERO, S. *et alii* (2014): "Proceso de apropiación y memoria en el sureste peninsular durante la Segunda Edad del Hierro: Molinicos y la Umbría de Salchite en la construcción de un territorio político", *Zephyrus* 73: 149-170.
- GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R. (2002): *Las formas de los paisajes mediterráneos. (ensayos sobre las formas, funciones y epistemología parcelarias: estudios comparativos en medios mediterráneos entre la antigüedad y época moderna)*. Universidad de Jaén, Jaén.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1989): "The carthaginians in ancient Spain: from administrative trade to territorial annexation", en H. Devijver y E. Lipinski (eds.), *Punic wars. Studia Phoenicia* 10. Leuven: 145-156.
- (1990): "La jefatura como instrumento de análisis del historiador: cuestiones teóricas y metodológicas", en J. Adánez; C.M. Heras y C. Varela (eds.), *Espacio y organización social*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 91-108.
 - (1993): "Metodología de la aculturación. Consideraciones sobre las formas de contacto cultural y sus consecuencias", en J. Mangas y J. Alvar (eds.), *Homenaje a José María Blázquez* 1. Ediciones Clásicas, Madrid: 445-464.
 - (1999): "Los bárquidas y la conquista de la Península Ibérica", *Gerión* 17: 263-294.
 - (2000): "Comercio lejano, colonización e intercambio desigual en la expansión fenicia arcaica por el Mediterráneo", en P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (eds.), *Intercambio y comercio preclásicos en el Mediterráneo*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid: 79-91.
 - (2004): "Colonización, aculturación, asimilación y mundo funerario", en A. González Prats (ed.), *El Mundo Funerario*. Universidad de Alicante, Alicante: 267-298.
 - (2005): "Consideraciones sobre un nuevo modelo colonial fenicio en la Península Ibérica", en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El período orientalizante*. Anejos de AEA 35 (1): 149-165.
 - (2007): "El barco negro en la costa. Reflexiones sobre el miedo y la colonización fenicia en la tierra de Tarsis", *Gerión* Vol. extra 11: 121-131.
 - (2011): "Fenicios en Tartessos: ¿interacción o colonialismo?", en M. Álvarez (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Archaeopress, Oxford: 119-128.
- GONZALO, M.M. (1981): "Notas para un estudio de la religión ibérica: en torno a una nueva interpretación de la Pátera de Tivissa", en *I Congreso de Historia del País Valenciano* 2. Universidad de Valencia, Valencia: 263-275.
- GOSDEN, Ch. (2001): "Postcolonial archaeology. Issues of culture, identity, and knowledge", en I. Hodder (ed.), *Archaeological theory today*. Polity Press, Cambridge: 241-261.
- (2008): *Arqueología y colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a.C. hasta el*

- presente. Bellaterra, Barcelona [Cambridge, 2004].
- GOULD, R.A. (2011): *Archaeology and the social history of ships*. Cambridge University Press, Nueva York [2000, Nueva York].
- GRACIA, F. (1994): “Las copas de Cástulo en la Península Ibérica. Problemática y ensayo de clasificación”, *HA* 13 (1): 175-200.
- (1995): “Consideraciones sobre la estructura de los intercambios comerciales en la cultura ibérica”, *Verdolay* 7: 177-185.
 - (1995 a): “Producción y comercio de cereal en el N.E. de la Península Ibérica entre los siglos VI-II a.C.”, en *Pyrenae* 26: 91-113.
 - (1997): “L’artillerie romaine et les fortifications ibériques dans la conquête du Nord-Est de la Péninsule Ibérique (218-195 av. J.-C.)”, *Journal of Roman Military Equipment Studies* 8 : 201-231.
 - (1997 a): “Poliorcética griega y fortificaciones ibéricas”, en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ministerio de Defensa, Madrid: 165-183.
 - (1998): “Arquitectura y poder en las estructuras de poblamiento ibéricas. Esfuerzo de trabajo y corveas”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 99-113.
 - (2000): “Análisis táctico de las fortificaciones ibéricas”, *Gladius* 20: 131-170.
 - (2001): “Sobre fortificaciones ibéricas. El problema de la divergencia respecto al pensamiento único”, *Gladius* 21: 155-166.
 - (2003): *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, merecenarios y campesinos*. Ariel, Barcelona.
 - (2004): “Datos para el análisis del concepto de el espacio público en los oppida ibéricos. Templos, edificios comunitarios y almacenes”, en S. Augusta-Boularot y X. Lafon (dirs.), *Des ibères aux vénètes*. École Française de Rome, Roma: 79-111.
 - (2006): “Las fortificaciones ibéricas. Análisis poliorcético y concepto de su empleo táctico en la guerra de sitio”, en A. Oliver (coord.), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*. Sociedad Castellonense de Cultura, Castellón de la Plana: 63-122.
- GRACIA, F. MUNILLA, G. (2000): “Los graneros sobreelevados en el Mediterráneo occidental”, en R. Buxó; E. Pons (dirs.), *Els productes alimentaris d’origen vegetal a l’Edat del Ferro de l’Europa occidental: de la producció al consum*. Museu d’Arqueologia de Catalunya, Gerona: 339-349.
- GRACIA, F. ; MUNILLA, G. ; GARCÍA, E. (1994): “Models d’anàlisi de l’arquitectura ibèrica. Espai públic i construccions religioses en medis urbans”, *Cota Zero* 10: 90-101.
- (1997): “Estructura social, ideología y economía en las prácticas religiosas privadas o públicas en poblado”, *QPAC* 18: 443-460.
- GRAELLS, R. (2007): “La Tumba del Orfebre de Cabezo Lucero a debate”, *Saguntum* 39: 147-156.
- GRAS, M. (2012): “Avant les réseaux. Les stratigraphies conceptuelles de la Méditerranée archaïque”, en L. Capdetrey y J. Zurbach (dirs.), *Mobilités grecques. Mouvement, réseaux, contacts en Meéditerranée, de l’époque archaïque à l’époque hellénistique*. De Boccard, Burdeos: 13-24.
- GRAU, I. (1996): “Estudio de las excavaciones antiguas de 1953 y 1956 en el poblado ibérico de La Serreta”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 5: 83-119.
- (1998): “Aproximación al territorio de época ibérica plena (ss. IV-II a.C.) en la región centro-meridional del País Valenciano”, *AE* 19-20: 309-321.
 - (1998-1999): “Un posible centro productor de cerámica ibérica con decoración figurada en la Contestania”, *Lucentum* 17-18: 75-91.
 - (2000): “Continuidad y cambio en la trama urbana del *conventus carthaginensis* durante

- el proceso de romanización”, *AnMurcia* 16: 33-51.
- (2000 a): “Territorio y lugares de culto en el área central de la Contestania ibérica”, *QPAC* 21: 195-225.
 - (2002): *La organización del territorio en el área central de la Contestania Ibérica*. Universidad de Alicante, Alicante.
 - (2003): “La reorganización del territorio durante la romanización: un caso de estudio en el área central de la *Contestania*”, en L. Abad (ed.), *De Iberia in Hispaniam. La adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*. Universidad de Alicante, Alicante: 53-73.
 - (2005): “El territorio septentrional de la Contestania”, en L. Abad; F. Sala; I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 73-90.
 - (2005 a): “Espacios étnicos y políticos en el área oriental de Iberia”, *Complutum* 16: 105-123.
 - (2007): “Dinámica social, paisaje y teoría de la práctica. Propuestas sobre la evolución de la sociedad ibérica en el área central del Oriente peninsular”, *TP* 64 (2): 119-142.
 - (2007 a): “«Los jinetes de la Contestania». Sobre el uso del estilo cerámico como emblema étnico”, en L. Abad y J.A. Soler (eds.), *Arte ibérico en la España mediterránea*. Universidad de Alicante, Alicante: 111-123.
 - (2010): “Vajillas mediterráneas y prácticas de comensalidad en el área central de la Contestania Ibérica”, en C. Mata; G. Pérez Jordá; J. Vives-Ferrándiz(eds.), *De la cuina a la taula. IV reunió d’economia en el primer mil.lenni a.C. Saguntum Extra* 9. Valencia:263-270.
 - (2010 a): “Escalas y dinámicas poblacionales de los paisajes urbanos del área sudoriental de Iberia”, *AE* 28: 227-243.
 - (2010 b): “Paisajes sagrados del área central de la Contestania ibérica”, en T. Tortosa y S. Celestino (eds), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*. Anejos de AEA 55: 101-122.
 - (2012): “Landscape and ethnic identities in the early states of Eastern Iberia”, en G. Cifani y S. Stoddart (eds.), *Landscape, ethnicity and identity in the Archaic Mediterranean area*. Oxbow, Oxford: 228-244.
 - (2012 a): “Límite, confín, margen, frontera... Conceptos y nociones en la antigua Iberia”, en F. Prados, I. García y G. Bernard (eds.), *Confines. El extremo del mundo durante la Antigüedad*. Universidad de Alicante, Alicante: 23-47.
 - (2013): “Síntesis: El Puig y el paisaje de los oppida en las montañas de la Contestania”, en I. Grau; J.M. Segura, *El oppidum ibérico de El Puig d’Alcoi. Asentamiento y paisaje en las montañas de la Contestania*. Ajuntament d’Alcoi, Alcoy: 259-289.
- GRAU, I.; AMORÓS, I. (2013): “La delimitación simbólica de los espacios territoriales ibéricos: el culto en el confín y las cuevas-santuario”, en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: territorio, ritualidad y memoria*. Universidad de Jaén, Jaén: 183-211.
- GRAU, I.; GARRIGÓS, I. (2007): “Aproximació al poblament romà de les Valls d’Alcoi”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 16: 113-150.
- GRAU, I.; MOLINA, J. (2005): “La organización de un valle de la Contestania: la Vall de Seta en época ibérica”, en L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 243-255.
- (2013): “El territorio de El Puig d’Alcoi: nuevas evidencias arqueológicas”, en I. Grau; J.M. Segura, *El oppidum ibérico de El Puig d’Alcoi. Asentamiento y paisaje en las montañas de la Contestania*. Ajuntament d’Alcoi, Alcoy: 221-236.
- GRAU, I.; MORATALLA, J. (1998): *El poblamiento de época ibérica en el Alto Vinalopó*. Gráficas Antar, Villena.

- (2003-2004): “La regulación del peso en la Contestania ibérica. Contribución al estudio formal y metrológico de las pesas de balanza”, *AnMurcia* 19-20: 25-54.
 - (2004): “El paisaje antiguo”, en *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*. Ministerio de Cultura, Madrid: 111-118.
 - (2004 a): “El campo y la agricultura”, en *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*. Ministerio de Cultura, Madrid: 119-124.
- GRAU, I.; OLMOS, R. (2005): “El ánfora ática de la Cova dels Pilars (Agrès, Alicante): una propuesta de lectura iconográfica en su contexto espacial ibérico”, *AEA* 78: 49-77.
- GRAU, I.; OLMOS, R.; PEREA, A. (2008): “La habitación sagrada de la ciudad ibérica de La Serreta”, *AEA* 81: 5-29.
- GRAU, I.; REIG, C. (2002-2003): “Sobre el uso de metales en la Contestania Ibérica: las evidencias de La Serreta”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 11-12: 101-150.
- GRAU, I.; SEGURA, J.M. (1994-1995): “Las inscripciones ibéricas de La Serreta y su contexto arqueológico”, *Arse* 28-29: 117-127.
- (2010): “Investigació arqueològica i revaloració de la torrassa de l’oppidum ibèric del Puig d’Alcoi”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 19: 81-100.
 - (2013): *El oppidum ibérico de El Puig d’Alcoi. Asentamiento y paisaje en las montañas de la Contestania*. Ajuntament d’Alcoi, Alcoi.
- GRUEL, K.; BERNOLLIN, V.; BROUQUIER-REDDÉ, V. (2008): “Les sanctuaries, elements structurels du territoire antique”, en R. Compatangelo-Soussignan *et alii* (dirs.), *Marqueurs des paysages et systèmes socio-économiques*. Presses Universitaires de Rennes, Rennes: 35-44.
- GRUEN, E.S. (2007): “Greeks and non-Greeks”, en *The Cambridge Companion to the Hellenistic World*. Cambridge University Press, Cambridge: 295-314.
- (2011): *Rethinking the Other in Antiquity*. Princeton University Press, Princeton – Oxford.
- GUARDIOLA, A. (2001): “La tumba: descripción y análisis”, en *En el umbral del Más Allá: una tumba ibérica d’Elx*. Ajuntament d’Elx, Elche: 15-28.
- GUÉRIN, P. (2003): *El Castellet de Bernabé y el Horizonte Ibérico Pleno*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia.
- (2005): “Ideología y género en Contestania y Edetania”, en L. Abad; F. Sala; I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 159-266.
- GUÉRIN, P.; BONET, H.; MATA, C. (1989): “La Deuxième Guerre Punique dans l’est ibérique à travers les données archéologiques”, en H. Devijver; E. Lipinski (eds.), *Punic wars. Studia Phoenicia* 10. Leuven: 193-204.
- GUERRERO, V.M. (1993): *Navíos y navegantes. En las rutas de las Baleares durante la Prehistoria*. El Tall, Palma de Mallorca.
- (1995): “El vino en la protohistoria del Mediterráneo occidental”, en S. Celestino (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Jerez-Sherry y Manzanilla Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera: 73-104.
- GUERRERO, V.M.; MIRÓ, J.; RAMÓN, J. (1989): “L’épave de Binisafuller (Minorque). Un bateau de commerce punique du III^e siècle av. J.-C.”, en H. Devijver y E. Lipinski (eds.), *Punic wars. Studia Phoenicia* 10. Leuven: 115-125.
- GUERRERO, V.M.; QUINTANA, C. (2000): “Comercio y difusión de ánforas ibéricas en Baleares”, *QPAC* 21: 153-182.
- GUERRERO, V.M.; ROLDÁN, B. (1992): *Catálogo de las ánforas prerromanas*. Museo Nacional de Arqueología Marítima, Cartagena.
- GUITART, J. (1994): “Un programa de fundacions urbanes a la Hispania Citerior del principi del

- segle I a.C.", en *La ciudad en el mundo romano* 1. XIV CIAC. Tarragona: 205-213.
- GUSI, F. (1992): "Nuevas perspectivas en el conocimiento de los enterramientos infantiles de época ibérica", en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia: 239-260.
- (1997): "Lugares sagrados, divinidades, cultos y rituales en el levante de Iberia", *QPAC* 18: 171-210.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. *et alii* (1998-1999): "Le peuplement du Bas Segura de la Protohistoire au Moyen Âge", *Lucentum* 17-18: 25-74.
- HAAS, J. (2001): "Cultural evolution and political centralization", en J. Haas (ed.), *From leaders to rulers*. Kluwer Academic/Plenum Publishers, Nueva York: 3-18.
- HABER, M. (2005): "Excavaciones arqueológicas de urgencia en un solar de El Villar de Archivel (t.m. Caravaca de la Cruz, Murcia)", *XVI Jornadas de Patrimonio Histórico de la Región de Murcia*, Diputación Provincial de la Región de Murcia, Murcia: 260.
- HACHUEL, E. (1998): "El concepto de intercambio en los estudios de arqueología prehistórica", en *Comerç i vies de comunicació (1000 a.C.-700 d.C.)*. XI Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Institut d'Estudis Ceretans, Moià: 41-48.
- HAEUSSLER, R.; KING, A.C. (eds.) (2007): *Continuity and innovation in religion in the Roman West*. JRA Supp. Series 67. Portsmouth.
- HALBWACHS, M. (1925): *Les cadres sociaux de la mémoire*. Felix Alcan, París.
- HALL, E. (1989): *Inventing the barbarian. Greek self-definition through tragedy*. Clarendon Press, Oxford.
- (1992): "When is a Myth not a Myth?", *Arethusa* 25 (1): 181-201.
- HALL, J.M. (1995): "The role of language in Greek ethnicities", *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 41: 83-100.
- (1997): *Ethnic identity in Greek antiquity*. Cambridge University Press, Cambridge.
 - (1998): "Discourse and praxis: ethnicity and culture in Ancient Greece", *CAJ* 8 (2): 266-269.
 - (2002): *Hellenicity. Between ethnicity and culture*. The University of Chicago Press, Chicago.
 - (2003): "«Culture» or «cultures». Hellenism in the Late Sixth century", en C. Dougherty y L. Kurke (eds.), *The cultures within ancient Greek culture*. Cambridge University Press, Cambridge: 23-34.
- HALSTEAD, P. (1989): "The economy has a normal surplus: economic stability and social change among early farming communities of Thessaly, Greece", en P. Halstead y J. O'Shea (eds.), *Bad year economics. Cultural responses to risk and uncertainty*. Cambridge University Press, Cambridge: 68-80.
- HALSTEAD, P.; O'SHEA, J. (1982): "A friend in need is a friend indeed: social storage and the origins of social ranking", en C. Renfrew; S. Shennan (eds.), *Ranking, resource and exchange. Aspects of the archaeology of early European society*. Cambridge University Press, Cambridge: 92-98.
- HANSEN, M. H. (ed.) (2007): *The return of the Polis: the use and meanings of the word Polis in Archaic and Classical sources*. Papers from the Copenhagen Polis Centre, Stuttgart.
- HARRIS, M. (1980): *Vacas, cerdos, guerras y brujas*. Alianza, Madrid [Nueva York, 1974].
- HARTOG, F. (1980): *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*. Gallimard, París.
- HAWKES, C. (1954): "Archaeological theory and method: some suggestions from the Old World", *American Anthropologist* 56 (2): 155-168.

- SOMMER, M. (2011): "Heart of Darkness? Post-colonial theory and the transformation of the Mediterranean", *Ancient West & East* 10: 235-245.
- HEISS, A. (1870): *Description générale des monnaies antiques de l'Espagne*. Imprimerie Nationale, París.
- HELMS, M.W. (1988): *Ulysses' sail. An ethnographic Odyssey of power, knowledge, and geographical distance*. Princeton University Press, Princetown.
- HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. (1995): "El urbanismo ibérico en el Alto Vinalopó: Puntal de Salinas y Salvatierra", en *XXIII CNA* 1. Elche: 407-414.
- HERNÁNDEZ CARRIÓN, E.; GIL GONZÁLEZ, F. (1997): "La colección de terracotas de équidos del Museo Municipal Jerónimo Molina de Jumilla (Murcia)", en *XXIV CNA* 3 Cartagena: 367-375.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (2005): "La Contestania ibérica desde la prehistoria", en L. Abad; F. Sala; I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 17-36.
- HERNANDO, A. (1983): "Aportación al estudio del escudo de los exvotos ibéricos", en *VI Congreso de Estudios Extremeños. Arqueología*. Subdirección General de Arqueología y Etnografía, Madrid: 61-69.
- HEUZEY, L. (1891): "Statues spagnoles de style gréco-phénicien (question d'authenticité)", *Revue d'Assyriologie et d'archéologie orientale* 2 (3): 96-114.
- HIGGS, E.S.; VITTA-FINZI, C. (1972): "Prehistoric economies: a territorial approach", en E.S. Higgs (ed.), *Papers in economic prehistory*. Cambridge University Press, Cambridge: 27-36.
- HIGUCHI, T. (1983): *The visual and spatial structure of landscapes*. MIT Press, Cambridge.
- HILLER, S. (1983): "Possible historical reasons for the rediscovery of the Mycenaean past in the Age of Homer", en R. Hågg (ed.), *The Greek Renaissance of the Eigth Century BC: tradition and innovation*. Acta Instituti Regni Sueciae, Estocolmo: 9-15.
- HIND, J. (1999): "Pomponius Mela on colonies in West and East", en G.R. Tsetskhladze (ed.), *Ancient Greeks, West and East*. Brill, Leiden-Boston-Köln: 77-84.
- HOBBSAWM, E. (1983): "Introduction: inventing traditions", en E. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), *The invention of tradition*. Cambridge University Press, Cambridge.
- HODDER, I. (1982): *Symbols in action. Etnoarcheological studies of material culture*. Cambridge University Press, Cambridge.
- (1982 a): "The identification and interpretation of ranking in prehistory: a contextual perspective", en C. Renfrew; S. Shennan (eds.), *Ranking, resource and exchange. Aspects of the archaeology of early European society*. Cambridge University Press, Cambridge: 150-154.
 - (1985): "Postprocessual archaeology", en M. Schiffer (ed.), *Avances in archaeological method and theory* 8, Londres: 1-26.
 - (1987): *The archaeology of contextual meanings*. Cambridge University Press, Cambridge.
 - (1987 a): "Converging traditions: the search for symbolic meanings in archaeology and geography", en J.M. Wagstaff (ed.), *Landscape and culture. Geographical and archaeological perspectives*. Blackwell, Oxford: 134-145.
 - (1988): *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona [Cambridge, 1986].
 - (2001): "Introduction: a review of contemporary theoretical debates in Archaeology", en I. Hodder, (ed.), *Archaeological theory today*. Polity Press, Cambridge: 1-13.
 - (2012): *Entangled. An archaeology of the relationships between humans and things*. Willey-Blackwell, Malden – Oxford.

- HODOS, T. (2006): *Local responses to colonization in the Iron Age Mediterranean*. Routledge, Londres-Nueva York.
- HÖLSCHER, T. (2011): “Myths, images, and the typology of identities in early Greek art”, en E.S. Gruen (ed.), *Cultural identity in the Ancient Mediterranean*. Getty Research Institute, Los Ángeles: 47-65.
- HORN, F. (2011): *Ibères, grecs et puniques en Extreme Occident. Les terres cuites de l'espace ibérique du VIIIe au Ier siècle av. J.-C.* Casa de Velázquez, Madrid.
- HORNERO, E. (1990): “La cerámica gris en la Península Ibérica. El Cerro de los Santos, un santuario ibérico con cerámica gris”, *Al-Basit* 26: 171-205.
- HOURLCADE, D. (2003): “Les murailles des villes romaines de l'Hispanie républicaine et augustéenne: enceintes ou fortifications du territoire urbain?”, en Á. Morillo, F. Cadiou y D. Hourcade (coords.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*. Universidad de León, León: 295-324.
- (2008): “Les «évidences» archéologiques de siège et de prise de villes dans l'Hispanie républicaine : quelques faux indices”, *Saldivie* 8: 239-260.
- HÜBNER, E. (1888): *La arqueología en España*. Sucesores de Ramírez, Barcelona.
- (1892): *Römische Epigraphik*. Beck, Berlín.
- HULIN, L.CH. (1989): “The diffusion of religious symbols within complex societies”, en I. Hodder (ed.), *The meaning of things*. One World Archaeology, Londres: 90-96.
- HUNTINGTON, S.P. (1997): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona [Nueva York, 1996].
- IBORRA, M.P. (1997): “Anexo I: estudio de los restos faunísticos”, en F. Sala *et alii*, “Funcionalidad y vida cotidiana en el poblado ibérico de El Puntal (Salinas, Alicante)”, en M.C. Rico *et alii* (coords.), *Agua y territorio. I Congreso de Estudios del Vinalopó*. Centre d'Estudis Locals de Petrer, Petrer: 198-204.
- (2000): “Los recursos ganaderos en época ibérica”, en C. Mata; G. Pérez Jordá (eds.), *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric*. Saguntum Extra 3: 81-91.
 - (2004): *La ganadería y la caza desde el Bronce Final hasta el Ibérico Final en el territorio valenciano*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia.
 - (2012): “El material faunístico recuperado en el depósito votivo de Libisosa”, en H. Uroz, *Prácticas rituales, iconografía vascular y cultura material en Libisosa (Lezuza, Albacete). Nuevas aportaciones al Ibérico Final del Sudeste*. Universidad de Alicante, Alicante: 199-213.
- IBORRA, M.P. *et alii* (2010): “Prácticas culinarias y alimentación en asentamientos ibéricos valencianos”, en C. Mata; G. Pérez Jordá; J. Vives-Ferrándiz(eds.), *De la cuina a la taula. IV reunió d'economia en el primer mil.lenni a.C.* Saguntum Extra 9. Valencia: 99-114.
- ICARD, N.; SZABADOS, A.-V. (2003): “Monstres marins étrusques et romains: analyse et filiation”, en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos*. Ministerio de Cultura, Madrid: 79-107.
- ICKERODT, U. (2006): “The term “cultural landscape”, en Th. Meier (ed.), *Landscape ideologies*. Archaeolingua, Budapest: 53-79.
- INSOLL, T. (1999): “Introduction. Research foci in archaeology and world religions”, en T. Insoll (ed.), *Case studies in archaeology and world religion*. Archaeopress, Oxford: 1-4.
- (2004): *Archaeology, ritual, religion*. Routledge, Londres-Nueva York.
 - (2004 a): “Are archaeologists afraid of gods? Some thoughts on archaeology and religion”, en T. Insoll (ed.), *Belief in the past*. Archaeopress, Oxford: 1-6.

- IOANNITIS, CH. (2007): *Le vase des ibères. Un lécythe du Peintre du Darius*. Verlag Philipp von Zabern, Mainz-Rhein.
- IZQUIERDO EGEA, P. (1995): “Interacción territorial de las formaciones sociales iberas durante la etapa inicial de la Romanización”, en *XXI CNA* 1. Zaragoza: 193-199.
- (2009): “Pozo Moro y los cambios socio-económicos de la Protohistoria ibérica durante los siglos V y IV antes de nuestra Era”, *Arqueología Iberoamericana* 2: 5-23.
- IZQUIERDO PERAILE, I. (1995): “El contexto arqueológico de las dos grandes tumbas del Corral de Saus (Moixent, Valencia)”, *Verdolay* 7: 217-237.
- (1995 a): “Un vaso inédito con excepcional decoración pintada procedente de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Moixent, València)”, *Saguntum* 29: 93-104.
 - (1998): “La imagen femenina del poder. Reflexiones en torno a la feminización del ritual funerario en la cultura ibérica”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 185-193.
 - (1999): “Parejas de esfinges y sirenas en las necrópolis ibéricas: una primera aproximación al tema”, en R. Balbín y P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular* 3. Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares: 413-424.
 - (2000): *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia.
 - (2001): “La necrópolis ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia): elementos de arquitectura y escultura monumental”, *MM* 42: 102-137.
 - (2001 a): “Ritual y paisaje funerario en la necrópolis ibérica del Corral de Saus (Moixent, Valencia)”, en *Proto-história da Península Ibérica. 3º Congresso de Arqueologia Peninsular* 5. Adecap, Oporto: 311-325.
 - (2003): “Seres híbridos en piedra: un recorrido a través del imaginario de la muerte en Iberia”, en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos*. Ministerio de Cultura, Madrid: 261-289.
 - (2005): “Arquitectura y escultura”, en *El Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo de Mula: la colección permanente*. Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, Murcia: 135-162.
 - (2007): “Monumentos de la muerte en Iberia: reflexiones en torno a la percepción de la arquitectura y la escultura funeraria en la cultura ibérica”, *AAC* 18: 67-92.
- IZQUIERDO PERAILE, I.; CHAPA, T. (2010): “La dama de Baza en la historia de la investigación de la cultura ibérica”, en T. Chapa e I. Izquierdo (coords.), *La Dama de Baza: un viaje femenino al Más Allá*. Ministerio de Cultura, Madrid: 27-41.
- IZQUIERDO PERAILE, I.; PÉREZ BALLESTER, J. (2005): “Grupos de edad y género en un nuevo vaso del Tossal de Sant Miquel de Liria (Valencia)”, *Saguntum* 37: 85-103.
- IZQUIERDO PERAILE, I.; VELAZA, J. (2002): “Estudio de una escultura con inscripción ibérica procedente del Cerro de los Santos”, *Sylloge Epigraphica Barcinonensis* 4: 31-42.
- JACOB, P. (1985): “Notes sur la toponymie grecque de la côte méditerranéenne de l’Espagne antique”, *Ktema* 10: 247-271.
- (1985 a): “Le rôle de la ville dans la formation des peuples ibères”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 21: 19-56.
 - (1988): “Textes concernant Sagonte”, en *Homenatge A. Chabret*. Conselleria de Cultura, Valencia.
 - (1988 a): “L’Ebre de Jérôme Carcopino”, *Gerión* 6: 187-222.
 - (1994): “Mainakè. Réflexion sur les sources”, *Ktema* 19: 169-194.
 - (1997): *Les villes de la façade Méditerranéenne de la Péninsule Ibérique du IVe siècle avant J.-C. à la fin du 1^{er} siècle*

- après J.-C. *Processus d'urbanisation et structures urbaines*. Septentrion Presses Universitaires, Villeneuve d'Ascq.
- JAEGGI, O. (1996): "El «Helenismo en la Península Ibérica» y algunas reflexiones sobre el «Helenismo en las periferias»: el ejemplo de los santuarios", en *XXIII CNA* 1. Elche: 427-432.
- (1999): *Der Hellenismus auf der Iberischen Halbinsel. Studien zur iberischen Kunst und Kultur: Das Beispiel eines Rezeptionsvorgangs*. Deutsches Archäologisches Institut, Madrid.
 - (2004): "Vajillas de plata iberohelenísticas", en R. Olmos y P. Rouillard (coords.), *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*. Casa de Velázquez, Madrid: 49-61.
 - (2010): "Hellenistic influences in Iberian sculpture", *Bolletino di archeologia on line* 1: 26-32.
- JANNOT, R.J. (1974): "Achéloos, le taureau androcéphale et les masques cornus dans l'Etrurie archaïque", *Latomus* 33: 771-789.
- JARMAN, M.R.; VITA-FINZI, C.; HIGGS, E.S. (1972): "Site Catchment in archaeology", en P.J. Ucko; R. Tringham; G.W. Dimbleby (eds.), *Man, settlement and urbanism*. Duckworth, Londres: 61-66.
- JÁUREGUI, J.J.; BELTRÁN, A. (1946): "Acerca de unas anclas romanas del Museo de Cartagena", *II CASE*. Albacete: 334-345.
- JENKINS, R. (1997): *Rethinking ethnicity. Arguments and explorations*. Sage Publication Ltd., Londres.
- JEREZ, L. (1971): "Bosquejos estratigráficos y paleogeográficos de la zona Prebética en la región de Iseo-Elche de la Sierra-Moratalla (provincias de Albacete y Murcia)", *Boletín Geológico y Minero* 81-82: 117-131.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2006-2007): "La vajilla de bronce en la edad del hierro del Mediterráneo occidental: procesos económicos e ideológicos", *Revista d'arqueologia de Ponent* 16-17: 300-309.
- (2009): "Arquitectura y modalidad: la construcción del poder en el mundo post-orientalizante", *AEA* 82: 69-95.
- JIMÉNEZ NAVARRO, E. (1943): "Figuras animalistas del Cerro de los Santos", *Ampurias* 5: 95-108.
- JODIN, A. (1986): "La sculpture ibérique dans son contexte méditerranéen", *REA* 88: 237-246.
- JOHNSON, A.W.; EARLE, T.K. (1987): *The evolution of human societies. From foraging group to agrarian state*. Stanford University Press, Stanford.
- JOHNSON, M. (2007): *Ideas of landscape*. Blackwell, Oxford.
- JONES, S. (1997): *The archaeology of ethnicity. Constructing identities in the past and present*. Routledge, Londres-Nueva York.
- JONKER, G. (1995): *The topography of remembrance: the dead, tradition and collective memory in Mesopotamia*. Brill, Leiden.
- JORDÁN, J.F. (1993): "Prospección arqueológica en la comarca de Hellín-Tobarra (metodología, resultados y bibliografía)", *Al-Basit* 31: 183-227.
- JORDÁN, J.F.; GARCÍA CANO, J.M. (1997): "Agua Caliente (Férez, Albacete), un enclave protohistórico e histórico junto a un manantial termal del río Segura", en *Termalismo antiguo* 1. Casa de Velázquez, Madrid: 311-318.
- JORDÁN, J.F.; GARCÍA CANO, J.M.; PAGE, V. (2006): "Desde Heliké hasta Ilunum: el poblamiento ibérico en Elche de la Sierra (Albacete)", *Al-Basit* 50: 5-80.
- JORDÁN, J.F.; LÓPEZ PRECIOSO, F.J. (1993): "El entorno arqueológico de La Camareta (Hellín, Albacete)", *Antigüedad y Cristianismo* 10: 69-84.
- JORGE, M. (1959): "Un exvoto ibérico de La Luz en la Colección Palarea de Murcia", *AEA* 32: 120-122.

- (1964-1965): “Dos nuevas necrópolis ibéricas en la provincia de Murcia”, *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras* 23 (1-2): 79-90.
 - (1967-1968): “La badila ritual ibérica de La Luz (Murcia) y la topografía arqueológica de aquella zona”, *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras* 26 (3): 317-360.
 - (1967-1968 a): “La cabezada y la gamarra de la montura ibérica según un bronce inédito del santuario de La Luz (Murcia)”, *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras* 26 (2): 169-176.
 - (1969): “El vaso ibérico de Santa Catalina del Monte (Murcia)”, *AEA* 42: 200-204.
- JOVER, F.J.; LÓPEZ PADILLA, J.A. (2005): “La ocupación humana de la cubeta de Villena: de los primeros cazadores-recolectores a los orígenes del iberismo”, en *Villena. Arqueología y museo*. Ayuntamiento de Villena, Alicante: 18-41.
- JOVER, F.J.; SEGURA, G. (1995): *El poblamiento antiguo en Petrer, de la Prehistoria a la Romanidad tardía*. Ajuntament de Petrer, Petrer.
- JOVER, F.J. *et alii* (1999): “La evolución del poblamiento en el Camp d’Elx (alicante) en la Prehistoria y la Antigüedad”, en *XXIV CNA*. Cartagena: 265-274.
- JUAN, J. (1987-1988): “El conjunt de terracotes votives del santuari ibèric de La Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila)”, *Saguntum* 21: 295-329.
- KEAY, S.J. (1992): “The «romanisation» of Turdetania”, *OJA* 11 (3): 275-315.
- (1995): “Innovation and adaptation: the contribution of Rome to urbanism in Iberia”, en B. Cunliffe y S. Keay (eds.), *Social complexity and the development of towns in Iberia from the Copper Age to the Second Century AD. Proceedings of the British Academy* 86, Oxford: 291-337.
 - (1996): “La romanización en el sur y el levante de España hasta la época de Augusto”, en JM. Blázquez y J. Alvar (eds.), *La Romanización en Occidente*. Editorial Actas, Madrid: 147-177.
- KELLER, CH. (1997): “The theoretical aspects of landscape study”, en T. Collins (ed.), *Decoding the landscape*. Centre for Landscapes Studies, Galway: 79-97 [1ª ed.: Galway, 1994].
- KHATCHADOURIAN, L. (2007): “Unforgettable landscapes. Attachments to the past in Hellenistic Armenia”, en N. Yoffee (ed.), *Negotiating the past in the past. Identity, memory and landscape in archaeological research*. The University of Arizona Press, Tucson: 43-75.
- KHUN, T. (2006): *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, México [Chicago 1962].
- KNAPP, A.B. (2008): *Prehistoric and protohistoric Cyprus. Identity, insularity and connectivity*, Oxford University Press, Oxford.
- KNAPP, A.B.; VAN DOMMELEN, P. (2010): “Material connections. Mobility, materiality and Mediterranean identities”, en P. Van Dommelen y A.B. Knapp (eds.), *Material connections in the Ancient Mediterranean. Mobility, materiality and identity*. Routledge, Londres-Nueva York: 1-18.
- KNAPP, R.C. (1986): “La uia Heraclea en el Occidente: mito, arqueología, propaganda, historia”, *Emerita* 54 (1): 103-122.
- KNAPPETT, C. (2004): “The affordance of things: a Post-Gibsonian perspective on the relationality of mind and matter”, en E. Demarrais, Ch. Gosden y C. Renfrew (eds.), *Rethinking materiality. The engagement of mind with the material world*. McDonald Institute Monographs, Cambridge: 43-51.
- (2005): *Thinking through material culture. An interdisciplinary perspective*. University of Pennsylvania, Filadelfia.
 - (2011): *An archaeology of interaction. Network perspectives on material culture and society*. Oxford University Press, Oxford.
- KOHL, PH.L. (1993): “Limits to a post-processual archaeology (or, The dangers of a new

- scholasticism)", en N. Yoffee; A. Sherratt (eds.), *Archaeological theory: who sets the agenda?* Cambridge University Press, Cambridge: 13-19.
- KONSTAN, D. (2001): "To hellenikon ethnos: ethnicity and the construction of Ancient Greek identity", en I. Malkin (ed.), *Ancient perceptions of Greek identity*. Harvard University Press, Washington: 29-50.
- KOPYTOFF, I. (1986): "The cultural biography of things: commoditization as process", en A. Appadurai (ed.), *The social life of things: commodities in cultural perspective*. Cambridge University Press, Cambridge: 64-91
- KUKAHN, E. (1954): "Estatuilla de bronce de un guerrero a caballo del poblado ibérico de La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia)", *APL* 5: 147-158.
- (1966): "Una caja funeraria ibérica con representaciones en relieve", en *IX CNA*. Valladolid: 293-296.
- KURTZ, W.S. (1991): "Elementos etrusco-italícos en el armamento ibérico", en J. Remesal y O. Musso (eds.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Universitat de Barcelona, Barcelona: 187-195.
- (1991 a): "Sobre el origen de la falcata", en *Festschrift für Wilhelm Schüle. Zum 60. Geburtstag. Internationale Archäologie* 1. Marburg: 201-224.
 - (1992): "Guerra y guerreros en la cerámica ibérica", en R. Olmos (ed.), *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Ministerio de Cultura, Madrid: 206-215.
 - (1993): "Un posible tema heroico ibérico", *Saguntum* 26: 239-245.
- LA CHICA, G. de (1957): "El armamento de los iberos", *RABM* 63 (1): 309-321.
- LAFUENTE, J. (1929): "La necrópolis ibérica de El Molar (Provincia de Alicante)", *BRAH* 94 (2): 617-632.
- LA GENIÈRE, J. de (2008): "Céramique offerte à la divinité", en G. Greco y B. Ferrara (eds.), *Doni agli dei: il sistema dei doni votivi nei santuari*. Naus Editoria, Pozzuoli: 13-22.
- (2010): "Barbares et Grecs, des vases attiques pour les morts", en F. Giudice y R. Panvini (eds.), *Il greco, il barbaro e la ceramica attica. Immaginario del diverso, processi di scambio e autorappresentazione degli indigeni* 1. De Boccard, Roma: 29-36.
- LANE, P. (1999): "Archaeology, nonconformist missions and the «colonization of consciousness» in Southern Africa, c. 1820-1900", en T. Insoll *Case studies in archaeology and world religion*. Archaeopress, Oxford: 153-165.
- LARA, G. (2005): "Lucernas de La Serreta", *Recerques del Museu d'Alcoi* 14: 123-142.
- LASALDE, C. (1980): "Las antigüedades de Yecla", *La ciencia cristiana* 16: 465-471 y 567-571.
- LATORRE, F. (1979): "Aproximación al estudio del armamento ibérico levantino", *Varia I, Serie Arqueológica* 6: 153-182.
- LAUMONIER, A. (1962): "Bols hellénistiques à reliefs en Espagne", *REA* 64 (1-2): 43-47.
- LAYMOND, R.; JIMÉNEZ, D. (1906): "Anclas de plomo halladas en aguas del Cabo de Palos", *BRAH* 48: 153-155.
- LE GOFF, J. (1992): *History and memory*. Columbia University Press, Nueva York [París, 1988].
- LEJEUNE, M. (1983): "Rencontres de l'alphabet grec avec les langues barbares au cours du I^{er} millénaire av. J.-C.", en *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*. École Française de Rome, Pisa-Roma: 731-751.
- LEJEUNE, M.; POUILLOUX, J. (1988): "Une transaction commerciale ionienne au V^e siècle a Pech-Maho", *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 3: 526-536.
- LEJEUNE, M.; POUILLOUX, J.; SOLIER, Y. (1988): "Étrusque et ionien archaïques sur un plomb de Pech Maho (Aude)", *Revue archéologique de Narbonnaise* 21: 19-59.

- LE MEAUX, H. (2003): "Imitations et appropriations des images d'êtres hybrides sur les objets orientalistes de la Péninsule Ibérique. Transmission des modèles", en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos*. Ministerio de Cultura, Madrid: 183-207.
- (2010): *L'iconographie orientalisante de la Péninsule Ibérique: questions de styles et d'échanges (VIII – IV siècles Av. J.-C.)*. Casa de Velázquez, Madrid.
- LEÓN, M.P. (1998): "La escultura", en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 153-169.
- (1998 a): *La sculpture des ibères*. L'Harmattan, París.
- LEPORE, E. (1970): "Strutture della colonizzazione focea in Occidente", *La Parola del Passato* 25: 19-54.
- (1989): "L'emporion: alcuni problemi storiografici e metodologici", en *Flottes et commerce grecs, carthaginois et étrusques en Mer Tyrrhenienne*. PACT, Estrasburgo: 47-54.
- LIEBMANN, M. (2008): "Introduction: the intersections of archaeology and postcolonial studies", en M. Liebmann y U. Rizvi (eds.), *Archaeology and the postcolonial critique*. Altamira Press, Plymouth: 1-20.
- LIESAU, C. (2005): "Arqueozoología del caballo en la antigua Iberia", *Gladius* 25: 187-206.
- LILLO, P.A. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*. Universidad de Murcia, Murcia.
- (1981 a): "Lancero ibérico en bronce pleno del santuario ibérico de La Luz (Murcia)", en *La baja época de la cultura ibérica*. Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid: 303-310.
 - (1983): "Una aportación al estudio de la religión ibérica: la diosa de los lobos de la Umbría de Salchite, Moratalla (Murcia)", en *XVI CNA*. Zaragoza: 769-787.
 - (1985): "La cultura ibérica en tierras murcianas", en *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Universidad de Alicante, Alicante: 273-280.
 - (1986-1987): "Un singular tipo de exvoto: las pequeñas falcatas", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología* 13-14 (2): 33-46.
 - (1988): "Una pareja de lobos en la cerámica pintada ibérica", *AnMurcia* 4: 137-147.
 - (1990): "Los restos del monumento funerario ibérico de El Prado (Jumilla, Murcia)", en *Homenaje a Jerónimo Molina García*. Academia Alfonso X El Sabio, Murcia: 135-161.
 - (1991-1992): "Los exvotos de bronce del Santuario de la Luz y su contexto arqueológico", *AnMurcia* 7-8: 107-142.
 - (1993-1994): "Notas sobre el templo del santuario de La Luz (Murcia)", *AnMurcia* 9-10: 155-174.
 - (1997): "El horizonte cultural ibérico en la cuenca del Segura", en *XXIV CNA* 3. Cartagena: 9-17.
- LILLO, P.A.; PAGE, V.; GARCÍA CANO, J.M. (dirs.) (2004): *El caballo en la sociedad ibérica. Una aproximación al santuario de El Cigarralejo*. Universidad de Murcia, Murcia.
- LILLO, P.A.; SERRANO, D. (1989): "Los fragmentos escultóricos ibéricos del Agua Salada (Alcantarilla, Murcia)", *APL* 19: 77-89.
- LILLO, P.A.; WALKER, J. (1990): "The Iberian monument of El Prado (Jumilla, Murcia, Spain)", en J.P. Descoeudres (ed.), *Greek colonists and native populations*. Clarendon Press, Camberra-Oxford: 613-619.
- LISSARRAGUE, F. (1987): "Voyages d'images: iconographie et aires culturelles", en P. Rouillard; M.CH. Villanueva (dirs.), *Grecs et ibères au IV siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie*. REA 89 (3-4): 261-269.
- (1990): "Around the krater: an aspect of banquet imagery", en O. Murray (ed.), *Symptica. A symposium on the symposion*. Clarendon Press, Oxford: 196-209.

- LLOBREGAT, M.; ROSSER LIMIÑANA, P. (1993): "Un fragmento cerámico con grafitos bilingües, y la pervivencia del sustrato ibérico en la ciudad romana del Tossal de Manises (Albufereta, Alicante)", *LQNT. Patrimonio Cultural de la Ciudad de Alicante* 1: 119-135.
- LLOBREGAT, E.A (1965): "Los grafitos en escritura jónica e ibérica del este del Museo de Alicante", *Saitabi* 15: 3-20.
- (1966): "Un hallazgo de moneda púnica en la provincia de Alicante", *Caesaraugusta* 27-28: 71-75.
 - (1969): "Hacia una desmitificación de la Historia Antigua de Alicante. Nuevas perspectivas sobre algunos problemas", *RIEA* 1: 35-55.
 - (1972): *Contestania ibérica*. Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante.
 - (1974): "El toro ibérico de Villajoyosa (Alicante)", *Zephyrus* 25: 335-342.
 - (1981): "Revisión del papel de los cartagineses en la Historia Antigua del País Valenciano", en *I Congreso de Historia del País Valenciano* 2. Universidad de Valencia, Valencia: 283-290.
 - (1981 a): "Toros y agua en los cultos funerarios ibéricos", *Saguntum* 16: 149-164.
 - (1983): "El templo ibérico de la Illeta dels Banyets", en J.M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas II. Religiones prerromanas*. Cristiandad, Madrid: 489-494.
 - (1984): "Iberización", en *Alcoy, prehistoria y arqueología. Cien años de investigación*. Ayuntamiento de Alcoy, Alcoy: 231-258.
 - (1985): "Dos temples ibèrics a l'interior del poblat de l'Illeta dels Banyets", *Fonaments* 5: 103-111.
 - (1986): "Illeta dels Banyets", en *Arqueología en Alicante (1976-1986)*. Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante: 63-67.
 - (1987): "La sculpture du Levant ibérique et ses modèles iconographiques", en P. Rouillard y M.Ch. Villanueva *Greco et ibères au IV siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie*. REA 89 (3-4): 359-364.
 - (1988): "Un conjunto de templos ibéricos del siglo IV a.C. hallado en las excavaciones de la isla de Campello (Alicante)", en *Homenaje a Samuel de los Santos*. Instituto de Estudios Albacetenses, Murcia: 137-143.
 - (1989): "Los «graffiti» en escritura grecoibérica y púnica de la Illeta dels Banyets, El Campello (Alicante)", *APL* 19: 149-166.
 - (1989 a): "Panorama de la escultura ibérica valenciana: estado actual de la investigación", en *XIX CNA* 1. Zaragoza: 537-541.
 - (1990): "Alicante ibérico", en *Historia de la ciudad de Alicante* 1. Patronato Municipal para la conmemoración del Quinto Centenario de la Ciudad de Alicante, Alicante: 29-118.
 - (1990 a): "Un posible sistema de recollida d'aigües al poblat de l'Illeta dels Banyets", *Revista de Fiestas de Moros y Cristianos de Campello*: 73-74.
 - (1994): "Tradición religiosa fenicio-púnica en Contestania", en A. González Blanco, J.L. Cunchillos y M. Molina (coords.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. Editorial Regional de Murcia, Murcia: 169-175.
 - (1997): "L'Illeta dels Banyets (El Campello, Camp d'Alacant). ¿Fou un empòrion?", en M. Olcina (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*. MARQ, Alicante: 13-20 [J. Padró et alii (dirs.), *Homenatge a Miquel Tarradell*. Barcelona, 1993: 421-428].
- LLOBREGAT, E.; JODIN, A. (1990): "La Dama de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura)", *Saguntum* 23: 109-122.
- LLOBREGAT, E. et alii (1992): "El urbanismo ibérico en La Serreta", *Recerques del Museu d'Alcoi* 1: 37-70.
- (1995): "El sistema defensiu de la porta d'entrada del poblat ibèric de La Serreta.

- Estudi preliminar”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 4: 135-162.
- LLORENS, M.M. (1987): *La ceca de Ilici*. Estudis Numismatics Valencians, Valencia.
- (1993): *La ciudad de Carthago Nova: las emisiones romanas*. Universidad de Murcia, Murcia.
- LLORENS, M.M.; RIPOLLÉS, P.P. (2002): “Las imágenes”, en P.P. Ripollés y M.M. Llorens, *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*. Bancaja, Sagunto: 63-120.
- LLUL, V. (2005): “Marx, producción, sociedad y arqueología”, *TP* 62 (1): 7-26.
- LLUL, V.; PICAZO, M. (1989): “Arqueología de la muerte y estructura espacial”, *AEA* 62: 5-20.
- LLUL, V. et alii (2006): “La investigación de la violencia: una aproximación desde la arqueología”, *Cypsela* 16: 87-106.
- LOMBA, J.; CANO, M. (1997): “El Murtal. Un sistema fortificado de finales del s. VII a.C. (Alhama, Murcia)”, en XXIV CNA. Cartagena: 21-30.
- (2002): “El Cabezo de la Fuente del Murtal (Alhama): definición e interpretación de una fortificación de finales del siglo VII a.C. e inicios del VI en la Rambla de Algeciras (Alhama de Murcia, Murcia)”, *Memorias de Arqueología* 11: 165-204.
- LÓPEZ AZORÍN, F. (1994): *Yecla y el padre Lasalde*. Instituto Municipal de Cultura, Murcia.
- (1999): “Los trabajos arqueológicos del Padre Lasalde”, en P. Blánquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 209-214.
 - (2011): “El relojero de Yecla y las falsificaciones del Cerro de los Santos”, en J.J. Blánquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 279-296.
- LÓPEZ BERMÚDEZ, F. (1973): *La vega alta del Segura. Clima, hidrología y geomorfología*. Universidad de Murcia, Murcia.
- LÓPEZ CASTRO, J.L. (1994): *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*. Crítica, Barcelona.
- (2000): “Formas de intercambio de los fenicios occidentales en época arcaica”, en P. Fernández Uriel; C. González Wagner; F. López Pardo (eds.), *Intercambio y comercio preclásicos en el Mediterráneo*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid: 123-136.
 - (2004): “La identidad étnica de los fenicios occidentales”, en G. Cruz y B. Mora (coords.), *Identidades étnicas – identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Universidad de Málaga, Málaga: 147-167.
 - (2006): “Los fenicios occidentales: de colonias a ciudades”, en M.C. Belarte; J. Sanmartí (eds.), *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental*. *Arqueomediterrània* 9: 43-51.
 - (2007): “The western Phoenicians under the Roman Republic: integration and persistence”, en P. Van Dommelen y T. Terrenato (eds.), *Articulating local cultures: power and identity under the expanding Roman Republic*. *JRA suppl. series* 63: 103-125.
- LÓPEZ CASTRO, J.L.; ESCORIZA, T. (1988): “Aproximación a la circulación monetaria en la Meseta Sur durante la Antigüedad”, en *CHC-LAM* 4. Toledo: 115-124.
- LÓPEZ DOMECH, R. (1984): “Los vasos áticos del siglo IV a.d.C.; elementos de interacción comercial en la región de Albacete”, en *CHA* 1. Albacete: 139-143.
- LÓPEZ GRANDE, M.J. (2000): “¿Conocimiento y culto de Rasap en el Mediterráneo occidental?”, en M.E. Aubet y M. Barthélemy (eds.), *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* 2. Universidad de Cádiz, Cádiz: 619-625.

- LÓPEZ MONDEJAR, L. (2009): “Los castella tardorrepublicanos del noroeste murciano en el marco del paisaje comarcal del siglo I a.C.: control del territorio y romanización en el sureste peninsular”, *Zephyrus* 64: 97-113.
- (2010): “El poblamiento ibérico en el noroeste murciano: una aproximación al oppidum de Los Villaricos a través de su patrón de asentamiento”, *CuPAUAM* 36: 7-25.
 - (2012): “Nuevas aportaciones al poblamiento ibérico y romano del noroeste murciano: los altiplanos de Archivel y Barranda”, *Lucentum* 31: 115-130.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (1977-1978): “Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica”, *AEA* 50-51: 3-14.
- LÓPEZ-OCÓN, L. (1999): “Manuel Gómez-Moreno en el taller del Centro de Estudios Históricos”, en J.J. Blázquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 145-153.
- LÓPEZ PARDO, F. (1981): “Siri, granaría y horrea en Hispania Citerior”, *AEA* 54: 245-254.
- (1990): “Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano”, *Gerión* 8: 141-162.
 - (1996): “Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del modelo de las escalas náuticas al de colonización con implicaciones productivas”, *Gerión* 14: 251-288.
 - (2005): “Humanos en la mesa de los dioses: la escatología fenicia y los frisos de Pozo Moro”, en A. González Prats (ed.), *El Mundo Funerario. III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*. Universidad de Alicante, Alicante: 495-538.
 - (2006): *La torre de las almas. Un recorrido por los mitos y creencias del mundo fenicio y orientalizador a través del monumento de Pozo Moro. Anejo X de Gerión*. Madrid.
 - (2009): “Nergal y la deidad del friso del «Banquete infernal» de Pozo Moro”, *AEA* 82: 31-68.
- LÓPEZ PRECIOSO, J.L. (1993): “El Castellón (Hellín y Albatana) y el Bronce Final inicial en Albacete”, en J.J. Blázquez, R. Sanz y M.T. Musat (coords.), *Jornadas de arqueología albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 57-82.
- (1994): “El enterramiento orientalizador de la Casa del Monte (La Recueja, Albacete)”, *Al Basit* 35: 51-61.
 - (1995): “La necrópolis ibérica del Pozo de la Nieve (Torreucha – Hellín, Albacete)”, en J. Blázquez; L. Roldán (eds.), *El mundo ibérico, una nueva imagen en los albores del año 2000*. Imágenes y Palabras 18, Toledo: 267-273.
- LÓPEZ PRECIOSO, J.L.; JORDÁN, J. F.; SORIA, L. (1992): “Asentamientos ibéricos en el Campo de Hellín. Su relación con el trazado viario y la red comercial”, *Verdolay* 4: 51-62.
- LÓPEZ PRECIOSO, J.L.; SALA, F. (1999): “El poblado orientalizador de Los Almadenes (Hellín, Albacete) y la arquitectura protohistórica en las tierras interiores del Sureste”, en R. Balbín; P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular* 3. Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares: 229-238.
- LÓPEZ SEGUÍ, E. (1995): “El alfar ibérico de «El Arsenal» (Elche, Alicante)”, en *XXII CNA* 2. Vigo: 231-234.
- (1997): “El alfar ibérico”, en M. Olcina (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*. MARQ, Alicante: 221-250.
 - (2000): “La alfarería ibérica en Alicante. Los alfares de la Illeta dels Banyets, La Alcudia y El Tossal de Manises”, en C. Mata; G. Pérez Jordà (eds.), *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric*. Saguntum Extra 3: 241-248.
- LÓPEZ SEGUÍ, E. et alii (2013): “El hábitat ibérico y los enterramientos orientalizantes de El Mas del Regall. ¿Un área funeraria de El Puig?”, en I. Grau; J.M. Segura, *El oppidum ibérico de El Puig d’Alcoi. Asentamiento y*

- paisaje en las montañas de la Contestania*. Ajuntament d'Alcoi, Alcoy: 237-258.
- LO PICCOLO, C.; ZISA, G. (2013): "Quando l'eroe disturba il «mostro». Uno studio comparativo sulla figura del «mostro-custode»: Hubaba, Ladone e il serpente della Colchide", en I. Baglioni (ed.), *Monstra. Costruzione e percezione delle entità ibride e mostruose nel Mediterraneo Antico* 1. Quasar, Roma: 129-147.
- LORAU, N. (1988): "De l'amnistie et de son contraire", en *Usages de l'oubli*. Éditions du soleil, París: 23-47.
- (2002): *The divided city. On memory and forgetting in Ancient Athens*. Zone Books, Nueva York [París, 1997].
- LORRIO, A.J. (2004): "El armamento", en *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*. Ministerio de Cultura, Madrid: 155-166.
- (2007): "Celtíberos y bastetanos en el oriente de la Meseta Sur: problemas de delimitación territorial", en G. Carrasco (coord.), *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca: 227-270.
- LORRIO, A.J.; ALMAGRO, M. (2004-2005): "Signa equitum en el mundo ibérico. Los bronce tipo "Jinete de la Bastida" y el inicio de la aristocracia ecuestre ibérica", *Lucentum* 23-24: 37-60.
- LOWENTHAL, D. (1998): *El pasado es un país extraño*. Akal, Madrid [Cambridge, 1985].
- LUCAS, M.R. (1981): "Santuarios y dioses en la Baja Época Ibérica", en *La Baja Época de la Cultura Ibérica*. Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid: 231-293.
- (1990): "La balanza de dos platillos: el primer instrumento de medida conocido en la Península Ibérica", *Verdolay* 2: 61-66.
 - (1991): "Bandeja etrusca de borde perlado hallada en el poblado de la Peña Negra (Crevillente, Alicante)", en J. Resemal; O. Musso (eds.); *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Univesitat de Barcelona, Barcelona: 337-367.
 - (1991 a): "Sociedad y religión a través de las necrópolis ibéricas", en J.J. Blázquez y V. Antona (eds), *Congreso de Arqueología Ibérica: las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 189-205.
 - (1998): "Algo más sobre el tesoro de Villena: reconstrucción parcial de tres empuñaduras", *CuPAUAM* 25 (1): 157-199.
 - (2002-2003): "Sobre el sexo de los dioses: las divinidades escondidas entre los exvotos de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)", *BAEAA* 42: 195-210.
- LUJÁN, E.R. (2013): "La situación lingüística de la Meseta Sur en la Antigüedad", *Paleohispanica* 13: 103-136.
- LUZÓN, J.M. (1988): "Los hippoi gaditanos", en E. Ripoll (ed.), *Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar* 1. Ayuntamiento de Ceuta, Madrid: 445-458.
- MAESTRO, M.E. (1986): "El armamento de la Segunda Edad del Hierro según la cerámica de San Miguel de Liria", en *Homenaje a Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza: 581-587.
- (1989): *Cerámica ibérica decorada con figura humana*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- MAISELS, CH. (2010): *The archaeology of politics and power. Where, when and why the first states formed*. Oxbow, Oxford.
- MALINOWSKI, B. (1976): "La economía primitiva de los isleños de Trobiand", en M. Godelier (coord.), *Antropología y economía*. Anagrama, Barcelona: 87-100.
- MALKIN, I. (1990): "Missionaries païens dans la Gaule Grecque", en I. Malkin (ed.), *La France et la Méditerranée. Vingt-sept siècles d'interdépendance*. Brill, Leiden: 45-52.
- (1996): "Territorial domination and the Greek sanctuary", en P. Hellström y B. Alroth (eds.), *Religion and power in the Greek world*. Acta Universitatis Upsaliensis, Uppsala: 75-82.

- (1998): *The return of Odysseus: colonization and ethnicity*. University of California Press, Berkeley.
 - (2002): "A colonial middle ground: Greek, Etruscan and local elites in the Bay of Naples", en L. Lyons y K. Papadopoulos (eds.), *The archaeology of colonialism*. Getty Research Institute, Los Ángeles: 151-181.
 - (2003): "Networks and the emergence of Greek identity", *Mediterranean Historical Review* 18 (2): 56-74.
 - (2005): "Herakles and Melqart: Greeks and Phoenicians in the middle ground", en E.S. Gruen (ed.), *Cultural borrowings and ethnic appropriations in antiquity*. Franz Steiner Verlag, Stuttgart: 238-257.
 - (2011): *A small Greek world. Networks in the Ancient Mediterranean*. Oxford University Press, Oxford.
- MALUQUER, J. (1954): "Pueblos ibéricos", en R. Menéndez Pidal (ed.), *Historia de España* 1 (3), Madrid: 303-675.
- (1969): "Panorama económico de la Primera Edad del Hierro", en M. Tarradell (dir.), *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Vicens Vives, Barcelona: 61-79.
 - (1975): *Tartessos. La ciudad sin historia*. Destino, Barcelona.
 - (1981): "El peso del mundo griego en el arte ibérico", en *La baja época de la cultura ibérica*. Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid: 201-216.
 - (1983): "Morillos del poblado de Los Molinicos en Moratalla, Murcia", en *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch* 2. Ministerio de Cultura, Madrid: 171-176.
 - (1985): "En torno al comercio protohistórico terrestre y marítimo griego en el Sudeste", en *VI CIAS*. Madrid: 475-482.
- MANCHA, S. (2010): "El yacimiento arqueológico del Hierro Antiguo de «Los Casarejos» (Lorca, Murcia)", *Alberca* 8: 41-60.
- MANGAS, J. (1977): "Servidumbre comunitaria en la Bética prerromana", *Memorias de Historia Antigua* 1: 151-161.
- MANGAS, J.; HERNANDO, M.R. (1990-1991): "La sal y las relaciones intercomunitarias en la Península Ibérica durante la Antigüedad", *Memorias de Historia Antigua* 11-12: 219-231.
- (2011): *La sal en la Hispania romana*. Arco, Madrid.
- MANGAS, J.; MYRO, M.M. (eds.) (2003): *Medio físico y recursos naturales de la Península Ibérica en la Antigüedad*. THA III. Editorial Complutense, Madrid.
- MANGAS, J.; PLÁCIDO, D. (eds.) (1994): *Avieno*. THA I. Editorial Complutense, Madrid.
- (1998): *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*. THA IIA. Editorial Complutense, Madrid.
- MANN, M. (1991): *Las fuentes del poder social, I. Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.C.* Alianza, Madrid [*The sources of social power*. Cambridge, 1986].
- MANSO, E. et alii (2001): "La esfinge del Salobral. Análisis y tratamiento de restauración", *BMAN* 19: 41-51.
- MARCO, F.; PINA, F.; REMESAL, J. (eds.) (2009): *Formae Mortis: el tránsito de la vida a la muerte en las sociedades antiguas*. Universitat de Barcelona, Barcelona.
- MARCONI, C. (2004): "Images for a warrior. On a group of Athenian vases and their public", en C. Marconi (ed.), *Greek vases: images, contexts and controversies*. Brill, Leiden-Boston: 27-40.
- MARCOS, M. (2000): *La religión de Roma en el Lacio primitivo. Diferentes planteamiento para su estudio y su aplicación a un caso práctico. La festividad de los Parilia*. Tesis doctoral inédita de la Universidad de León, León.
- MARÍN CEBALLOS, M.C. (1982): "Algunos aspectos de la iconografía funeraria ibérica", en *I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*.

- Instituto de Estudios Giennenses, Jaén: 271-275.
- (1983): “Una nueva interpretación en la Pátera de Tivissa”, en *XVI CNA*. Zaragoza: 709-717.
 - (1987): “¿Tanit en España?”, *Lucentum* 6: 43-79.
 - (1994): “Dea Caelestis en un santuario ibérico”, en A. González Blanco, J.L. Cunchillos y M. Molina (coords.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. Editorial Regional de Murcia, Murcia: 217-225.
 - (2001-2002): “La representación de los dioses en el mundo ibérico”, *Lucentum* 19-20: 183-198.
 - (2002): “En torno a las fuentes para el estudio de la religión fenicia en la Península Ibérica”, en E. Ferrer (ed.), *Ex Oriente Lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. SPAL monografías 2, Universidad de Sevilla, Sevilla: 11-32.
 - (2007): “Notas sobre los pebeteros de Sicilia”, en M.C. Marín y F. Horn (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*. SPAL monografías 9, Universidad de Sevilla, Sevilla: 75-83.
 - (2011): “La singularidad religiosa de Gadir en el mundo fenicio-púnico”, en M. Álvarez (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Archaeopress, Oxford: 213-222.
- MARÍN CEBALLOS, M.C.; CORZO, R. (1991): “Escultura femenina entronizada de la necrópolis de Cádiz”, en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 3. Instituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma: 1025-1038.
- MARÍN CEBALLOS, M.C.; PADILLA, A. (1997): “Los relieves del «domador de caballos» y su significación en el contexto religioso ibérico”, *QPAC* 18: 461-494.
- MARÍN DÍAZ, M.A. (1988): *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*. Universidad de Granada, Granada.
- MARINATOS, N.; WYATT, N. (2011): “Levantine, Egyptian and Greek mythological conceptions of the Beyond”, en K. Dowden y N. Livingstone (eds.), *A companion to Greek mythology*. Blackwell, Oxford: 383-410.
- MARLASCA, R. (2004): “Tanit en las estrellas”, en A. González Blanco, G. Matilla y A. Egea (eds.), *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*. Universidad de Murcia, Murcia: 119-136.
- MARQUÉZ DE FARIA, A. (1995): “Algunas notas de onomástica ibérica”, *Portugalia* 16: 323-330.
- (2008): “Crónica de onomástica paleo-hispánica”, *Revista portuguesa de arqueologia* 11: 57-102.
- MÁRQUEZ, J.C. (1999): *El comercio romano en Portus Ilicitanus: el abastecimiento exterior de productos alimentarios (siglos I a.C. – V d.C.)*. Universidad de Alicante, Alicante.
- MÁRQUEZ, J.C. (2005): *Del Hiberus a Carthago Nova. Comercio de alimentos y epigrafía anfórica grecolatina*. Universitat de Barcelona, Barcelona.
- MÁRQUEZ, J.C.; MOLINA, J. (2001): *El comercio en el territorio de Ilici: epigrafía, importación de alimentos y relación con los mercados mediterráneos*. Universidad de Alicante, Alicante.
- MÁRQUEZ, J.C. *et alii* (1997): “El edificio ibérico del yacimiento de El Chorrillo (Elda-Petrer-Sax, Alicante)”, en *XXIV CNA* 3. Cartagena: 327-336.
- MARTÍ, M. Á.; MATA, C. (1992): “Cerámicas de tipo fenicio occidental en las comarcas de L’Alcoià y El Comtat (Alacant)”, *Saguntum* 25: 103-117.
- MARTÍN ÁVILA, G. (1968): *La supuesta colonia griega de Hemeroskopeion: estudio arqueológico de la zona Denia-Jávea*. Universitat de Valencia, Valencia.
- MARTÍN CAMINO, M. (1994): “Colonización fenicia y presencia púnica en Murcia”, en A.

- González Blanco; J.L. Cunchillos.; M. Molina (coords.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. Editorial Regional de Murcia, Murcia: 293-324.
- (1996): “Relaciones entre la Cartagena prebárquida y la Magna Grecia y Sicilia antes de la Primera Guerra Púnica. Consideraciones a partir de algunas marcas en ánforas (I)”, *CAM* 4: 11-37.
- MARTÍN CAMINO, M.; ROLDÁN, B. (1991-1992): “Nota sobre el comercio marítimo en Cartagena durante época púnica a través de algunos hallazgos subacuáticos”, *AnMurcia* 7-8: 151-162.
- (1992): “Aspectos arqueológicos y urbanísticos de la Cartagena púnica”, en *Historia de Cartagena* 4. Ayuntamiento de Cartagena, Cartagena: 107-149.
- MARTÍN CANTARINO, C. (1993): “La vegetación antigua de la comarca de Alicante y el impacto histórico del hombre sobre la misma: algunas reflexiones”, *LQNT* 1: 91-104.
- (2003): “La evolución del paleopaisaje en el poblamiento antiguo de Alicante: el yacimiento ibérico de El Cerro de las Balsas y su relación con la arqueología del paisaje alicantino”, en P. Rosser; J. Elayi; J.M. Pérez Burgos, *El Cerro de las Balsas y el Chinchorro: una aproximación a la arqueología del poblamiento prehistórico e ibérico de la Albufereta de Alicante*. Ayuntamiento de Alicante, Alicante: 33-56.
- MARTÍNEZ CARMONA, A.; OLCINA, M.; SALA, F. (2009): “Nueva lectura de la arquitectura doméstica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alacant)”, en M.C. Belarte (ed.), *L'espaci domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil·leni a.C.)*. *Arqueomediterrània* 11. Barcelona: 153-163.
- MARTÍNEZ GARCÍA, J.A. (2005): “Altea a la Contestània ibérica”, en L. Abad; F. Sala; I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 227-241.
- (2005 a): “L'hàbitat i la necròpolis ibèriques d'Altea la Vella”, en L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 281-296.
- MARTÍNEZ PÉREZ, T.; MARTÍNEZ INCLÁN, T. (1989): “La moneda romana en la provincia de Albacete”, *Al-Basit* 25: 85-106.
- MARTÍNEZ PERONA, J.V. (1992): “El santuario ibérico de la cueva Merinel (Bugarra). En torno a la función del vaso caliciforme”, en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia: 261-287.
- MARTÍNEZ-PINNA, J. (2008): “Las tradiciones fundacionales en la Península Ibérica”, en P. Anello y J. Martínez-Pinna (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia*. Universidad de Málaga, Málaga: 345-359.
- MARTÍNEZ SALVADOR, A. (2012): “Evidencias arqueológicas de la minería prerromana en Cartagena: la explotación minero-metalúrgica del Cabezo de la Escucha en Cala Reona (Cartagena, España)”, *Lucentum* 31: 61-90.
- MARTÍNEZ VALLE, R. (1987-1988): “Estudio de la fauna de dos yacimientos ibéricos: Villares y el Castellet de Bernabé”, *Saguntum* 21: 183-230.
- MAS, J. (1969-1970): “La nave romana de Punta de Algas”, *NAH* 13-14: 402-427.
- (1985): “El polígono submarino de Cabo de Palos. Sus aportaciones al estudio del tráfico marítimo antiguo”, en *VI CIAS*. Cartagena: 153-171.
 - (1998): “Portus Carthaginiensis. Simbiosis de un emporio y una gran base militar”, en J. Pérez Ballester y G. Pascual (eds.), *Puertos antiguos y comercio marítimo*. Universidad de Valencia, Valencia: 77-97.
- MASCORT, M.; SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J. (1991): “Aldovesta. Les bases d'un modèle comercial dans le cadre de l'expansion phénicienne au nord-este de la Péninsule Ibérique”, en *II Congresso Internazionale di*

- Studi Fenici e Punici* 3. Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma: 1073-1079.
- MATA, C. (1991): “Las cerámicas fenicias occidentales de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia)”, en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 3. Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma: 1081-1090.
- (1998): “Las actividades productivas en el mundo ibérico”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 95-101.
 - (2000): “La Segunda Guerra Púnica y su incidencia en los pueblos indígenas de la costa meridional peninsular”, en *La Segunda Guerra Púnica en Iberia. XIII JAF-P*. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Ibiza: 27-49.
 - (2001): “Límites y fronteras en Edetania”, *APL* 24: 243-272.
- MATA, C.; BONET, H. (1992): “La cerámica ibérica: ensayo de tipología”, en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia: 117-173.
- MATA, C.; BURRIEL, J.M. (2001): “Importaciones de los siglos VI-V a.C. en el centro y norte del País Valenciano”, en *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental*. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona: 233-256.
- MATA, C.; PÉREZ JORDÀ, G. (eds.) (2000): *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric. Saguntum Extra* 3. Valencia.
- MATA, C.; PÉREZ JORDÀ, G.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (eds.) (2010): *De la cuina a la taula. IV reunió d'economia en el primer mil.lenni a.C. Saguntum Extra* 9. Valencia.
- MATA, C.; SORIA, L. (1997): “Marcas y epígrafes sobre contenedores de época ibérica”, *APL* 22: 297-375.
- MATA, C. et alii (2000): “Las cerámicas ibéricas como objeto de intercambio”, en C. Mata y G. Pérez Jordá (eds.), *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric. Saguntum Extra* 3: 389-397.
- (2005): “Les activitats econòmiques dels pobles ibers al País Valencià”, en *Món Ibèric als Països Catalans* 2. Institut d'Estudis Ceretans, Puigcerdà: 737-767.
 - (2009): “Casas y cosas del campo: hábitat agrícola y estructura social en los territorios de Edeta y Kelin”, en M.C. Belarte (ed.), *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Medtierrània occidental (Ier mil·lenni a.C.)*. Arqueomediterranea 11, Barcelona: 143-152.
 - (2010): *Flora ibérica. De lo real a lo imaginario*. Diputación Provincial, Valencia.
 - (2013): “Fíbulas y género: de animales y hombres en la cultura ibérica”, *Zephyrus* 71: 173-195.
- MAYER, M. (1990): “La pervivencia de cultos púnicos: el documento de la Cueva Negra (Fortuna, Murcia)”, *L'Africa romana* 7: 695-702.
- MAYORAL, V. (2004): *Paisajes agrarios y cambio social en Andalucía Oriental entre los períodos ibérico y romano*, Anejos AEA 31, Madrid.
- McINERNEY, J. (2006): “On the border: sacred land and the margins of the community”, en R.M. Rosen e I. Sluiter (eds.), *City, countryside, and the spatial organization of value in Classical Antiquity*. Brill, Leiden-Boston: 33-59.
- MEANA, M.J.; PIÑERO, F. (trads. y notas) (1992): *Estrabón, Geografía*, III-IV. Madrid.
- MEDAS, S. (2005): “La navigazione di Posidonio dall'Iberia all'Italia e le rotte d'altura nel Mediterraneo occidentale in età romana”, *Mayurqa* 30: 577-609.
- MEDEROS, A. (2003-2004): “Una colonización competitiva. *TKR, MŠWŠ* y las tradiciones de fundación de Massia (Murcia) y Sexi (Granada)”, *AnMurcia* 19-20: 123-141.

- MEDEROS, A.; RUIZ CABRERO, L.A. (2004): “El pecio fenicio del Bajo de la Campana (Murcia, España) y el comercio del marfil norteafricano”, *Zephyrus* 57: 263-281.
- MEIER, TH. (2006): “On landscape ideologies : an introduction”, en Th. Meier (ed.), *Landscape ideologies*. Archaeolingua, Budapest: 11-50.
- MELE, A. (1979): *Il commercio Greco arcaico. Prexis ed emporie*. Institut Français de Naples, Nápoles.
- MELGARES, J.A. (1991-1992): “El entorno arqueológico del «Centauro de Royos» del Museo Arqueológico Nacional”, *AnMurcia* 7-8: 103-106.
- MÉLIDA, J.R. (1903-1905): “Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad”, en *RABM* 7 (2): 58-90; 7 (6): 470-485; 7 (8-9): 140-148 y 247-255; 7 (11): 365-372; 8 (2): 43-50; 8 (8-9): 144-158; 8 (10): 276-287; 9 (12): 37-42; 9 (2): 19-38.
- MENA, P. (1988): “La época republicana en Castilla-La Mancha: inicios de la romanización (siglos III-I a.C.)”, en *I CHC-LM* 4. Toledo: 25-51.
- MENICHETTI, M. (1994): *Archeologia del potere. Re, immagini e miti a Roma e in Etruria in età arcaica*. Longanesi & C., Milán.
- MESADO, N. (1999): *Los movimientos culturales de la Edad del Bronce y el Mediterráneo como vía de llegada*. Diputación Provincial, Valencia.
- (2003): “El caballo ibérico de La Regenta (Burriana, Castellón)”, en F. Quesada y M. Zamora (eds.), *El caballo en la antigua Iberia*. Real Academia de la Historia, Madrid: 179-186.
- MESKELL, L. (2002): “The intersection of politics and identity”, *Annual Review of Anthropology* 31: 279-301.
- (2003): “Memory’s materiality: ancestral presence, commemorative practice and disjunctive locales”, en R. Van Dyke y S.E. Alcock (eds.), *Archaeologies of memory*. Blackwell, Oxford: 34-55.
 - (2007): “Back to the future. From the past in the present to the past in the past”, en N. Yoffee (ed.), *Negotiating the past in the past. Identity, memory and landscape in archaeological research*. The University of Arizona Press, Tucson: 215-226.
- MIERSE, W. (2008): “Post-colonial theory, the art of the Western provinces, and the warrior reliefs from Osuna”, en P.P.A. Funari, R.S. Garraffoni y B.L. Letalien (eds.), *New perspectives on the ancient world: modern perceptions, ancient representations*. Archaeopress, Oxford: 23-34.
- MILLÁN, C. (1947): “En torno a la vajilla argénte de Abengibre (Albacete)”, en *II CASE*. Albacete: 290-292.
- MILLER, M.C. (2005): “Barbarian lineage in Classical Greek mythology and art: Pelops, Danaos and Kadmos”, en E.S. Gruen (ed.), *Cultural borrowings and ethnic appropriations in antiquity*. Franz Steiner Verlag, Stuttgart: 68-89.
- MIRÓ, J. (1983): “Algunas consideraciones sobre las ánforas ibéricas Mañá B3”, *Pyrenae* 19-20: 157-189.
- (1989): “Ánforas arcaicas en el litoral catalán. Un estudio acerca de las primeras importaciones de vino en Cataluña (625-500 a.C.)”, *AEA* 62: 21-67.
- MITCHELL, L.G. (2007): *Panhellenism and the Barbarian in Archaic and Classical Greece*. The Classical Press of Wales, Swansea.
- MIZOGUCHI, K. (1993): “Time in the reproduction of mortuary practices”, *WA* 25 (2): 223-235.
- MOFFITT, J.F. (1994) : *Art forgery. The case of the Lady of Elche*. University Press of Florida, Gainesville.
- MOGGI, M. (1983): “L’elemento indigeno nella tradizione letteraria sulle *ktiseis*”, en *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*. École Française de Rome, Pisa-Roma: 979-1002.
- MOLINOS, M.; RUEDA, C. (2011): “Entre tradición e innovación: el imaginario

- religioso de los nuevos espacios de representación pública”, en J.J. Blázquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 211-235.
- MOLINOS, M. *et alii* (1998): *El santuario heroico de “El Pajarillo” (Huelma, Jaén)*. Universidad de Jaén, Jaén.
- MOLTÓ, S.; REIG, C. (1996): “La sepultura 53 de la necrópolis ibérica de La Serreta”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 5: 121-135.
- MOMIGLIANO, A. (1975): *Alien wisdom. The limits of Hellenization*. Cambridge University Press, Cambridge.
- MONEO, M. T. (1995): “Santuarios urbanos en el mundo ibérico”, *Complutum* 6: 245-255.
- (2003): *Religio iberica: santuarios, ritos y divinidades (s. VII-I a.C.)*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- MONEO, M.T.; ALMAGRO, M. (1998): “Santuarios y elites sociales”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 93-98.
- MONRAVAL, J.M.; LÓPEZ PIÑOL, M. (1984): “Restos de un silicernio en la necrópolis ibérica de El Molar. San Fulgencio, Guardamar del Segura (Alicante)”, *Saguntum* 18: 145-162.
- MONTANERO, D. (2008): “Los sistemas defensivos de origen fenicio-púnico del sureste peninsular (siglos VIII-VII a.C.): nuevas interpretaciones”, en B. Costa; J.H. Fernández (eds.), *Arquitectura defensiva fenicio-púnica. XXII JAF-P*. Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera, Ibiza: 91-144.
- MONTES, R. (1993): *Falsificaciones arqueológicas en España*. Algazara, Málaga.
- MORA SERRANO, B. (2007): “Sobre el uso de la moneda en las ciudades fenicio-púnicas de la Península Ibérica”, en J.L. López Castro (ed.), *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Universidad de Almería, Almería: 405-438.
- MORA SERRANO, B.; CRUZ, G. (2012): “Ethnic, cultural and civic identities in Ancient coinage of the Southern Iberian Peninsula (3rd C. BC – 1st C. AD)”, en F. López Sánchez (ed.), *The City and the Coin in the Ancient and Early Medieval worlds*. Archaeopress, Oxford: 1-15.
- MORA RODRÍGUEZ, G. (2011): “Falsarios y el concepto de lo falso: pasado y presente. De las antiguas excavaciones al coleccionismo privado y el comercio de antigüedades”, en J.J. Blázquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 261-278.
- MORATALLA, J. (1994): “La agricultura de L’Alcoià-Comtat en época ibérica: datos para su estudio”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 3: 121-133.
- (1996): “Explotación agropecuaria en época ibérica en torno a la Alcudia (Elche): el instrumental”, en *XXIII CNA* 1. Elche: 369-376.
- (1997): “Anexo II: la práctica agraria en el Puntal de Salinas”, en F. Sala *et alii*, “Funcionalidad y vida cotidiana en el poblado ibérico de El Puntal (Salinas, Alicante)”, en M.C. Rico *et alii* (coords.), *Agua y territorio. I Congreso de Estudios del Vinalopó*. Centre d’Estudis Locals de Petrer, Petrer: 204-209.
- (1999): “La tecnología del hierro como fundamento del crecimiento económico de época ibérica clásica: el ejemplo del sur de Alicante”, en R. Balbín; P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular* 3. Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares: 375-387.
- (2004-2005): “La Alcudia ibérica: una necesaria reflexión arqueológica”, *Lucentum* 23-24: 89-104.
- (2005): “El territorio meridional de la Contestania”, en L. Abad; F. Sala; I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 91-117.

- (2006): "El período ibérico antiguo en el Bajo Segura (Alicante)", en M.C. Belarte; J. Sanmartí (eds.), *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental. Arqueomediterrània* 9. Barcelona: 109-121.
- MORATALLA, J.; VERDÚ, E. (2007): "Pebeteros con forma de cabeza femenina de la Contestania ibérica", en M.C. Marín y F. Horn (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina. SPAL monografías* 9, Universidad de Sevilla, Sevilla: 339-366.
- MOREL, J.-P. (1975): "L'expansion phocéenne en Occident: dix années de recherches (1966-1975)", *BCH* 99 (2): 853-896.
- (1983): "La céramique comme indice du commerce antique (réalistes et interprétations)", en P. Garnsey; C.R. Whittaker (eds.), *Trade and famine in classical Antiquity*. Cambridge Philological Society, Cambridge: 66-74.
- (1995): "Phocée et ses colonies d'Occident", en *Phocée et la fondation de Marseille*. Musée d'Histoire de Marseille, Marsella: 19-29.
- (2006): "Phocaeen colonisation", en G. Tsatskheladze (ed.), *An account of Greek colonies and other settlements overseas* 1. Brill, Leiden-Boston: 358-428.
- MORENA, J.A. (2011): "Una nueva visión del santuario periurbano de Torreparedones (Baena, Córdoba)", en J.J. Blázquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 237-257.
- MORENO ARRASTIO, F.J. (2008): "En *El corazón de las tinieblas*. Forma y dinámica en la colonización fenicia de Occidente", *Gerión* 26 (1): 35-60.
- MORENO PADILLA, M.I. (2013): "La cerámica ibérica con decoración geométrica de Castellar y Turruñuelos. Breves consideraciones", en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: territorio, ritualidad y memoria*. Universidad de Jaén, Jaén: 397-412.
- MORÈRE, N. (1994): "La sal en la Península Ibérica. Los testimonios literarios antiguos", *Hispania Antiqua* 18: 235-250.
- MORET, P. (1991): "Facteurs indigènes et exogènes dans l'évolution de l'architecture défensive ibérique", en *Fortifications. La problemática de l'Ibère Ple: (sigles IV-III a.C.)*. Centre d'Estudis del Bages, Manresa: 265-271.
- (1993): "Les fortifications grecques et leur influence dans la Péninsule Ibérique", *Les dossiers d'archéologie* 179: 50-51.
- (1995): "Tite-Live et la topographie d'Emporion", *Mélanges de la Casa de Velázquez* 31 (1): 55-75.
- (1996): *Les fortifications ibériques, de la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine*. Casa de Velázquez, Madrid.
- (1997): "Planesiai, îles erratiques de l'Occident grec", *Revue des Études Grecques* 110 (1): 25-56.
- (1998): "«Rostros de piedra». Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones urbanas ibéricas", en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 83-92.
- (2000): "Un nom pour des ruines", en A. Badie et alii, *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante, Espagne)*. Casa de Velázquez, París-Madrid: 239-254.
- (2000-2001): "Emporion et les mutations de l'architecture ibérique au premier âge du fer", *Zephyrus* 53-54: 379-391.
- (2002): "*Mastia tarseion* y el problema geográfico del segundo tratado entre Cartago y Roma", *Mainake* 24: 257-276.
- (2002-2003): "Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio", *CuPAUAM* 28-29: 23-33.
- (2003): "Fortifications ibériques tardives et défense du territoire en Hispanie Citerieure",

- en Á. Morillo, F. Cadiou y D. Hourcade (coords.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*. Universidad de León, León: 159-184.
- (2004): “Ethnos ou ethnie? Avatars anciens et modernes des noms de peuples ibères”, en G. Cruz y B. Mora (coords.), *Identidades étnicas - identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Universidad de Málaga, Málaga: 31-62.
 - (2004 a): “Premières formes d’urbanisme dans l’Ibérie du second Âge du Fer”, en S. Augusta-Boularot y X. Lafon (dirs.), *Des ibères aux vénètes*. École Française de Rome, Roma: 133-157.
 - (2006): “La formation d’une toponymie et d’une ethnonymie grecques de l’Ibérie : étapes et acteurs”, en G. Cruz, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica I: La época republicana*. Diputación de Málaga, Málaga-Madrid: 39-76.
 - (2006 a): “Architecture indigène et modèles hellénistiques: les ambiguïtés du cas ibérique”, *Pallas* 70: 207-230.
- MORET, P.; BADIE, A. (1998): “Metrología y arquitectura modular en el puerto de La Picola (Santa Pola, Alicante) al final del siglo V a.C.”, *AEA* 71: 53-61.
- MORET, P.; QUESADA, F. (eds.) (2002): *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a.C.)*. Casa de Velázquez, Madrid.
- MORET, P.; ROUILLARD, P. (2000): “La Picola aux V^e et IV^e siècles av. J.-C. : un port entre grecs et ibères”, en A. Badie et alii, *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante, Espagne)*. Casa de Velázquez, París-Madrid: 255-265.
- MORET, P. et alii (1995): “The fortified settlement of La Picola (Santa Pola, Alicante) and the Greek influence in South-east Spain”, en B. Cunliffe; S. Keay (eds.), *Social complexity and the development of towns in Iberia from the Copper Age to the Second Century AD. Proceedings of the British Academy* 86. Oxford: 109-125.
- (1996) : “La Picola (Santa Pola): un asentamiento fortificado de los siglos V y IV a.C. en el litoral alicantino”, en *XXIII CNA* 1. Elche: 401-406.
- MORGAN, C. (2001): “Ethne, ethnicity and early Greek states, ca. 1200-480 B.C.: an archaeological perspective”, en I. Malkin (ed.), *Ancient perceptions of Greek identity*. Harvard University Press, Washington: 75-112.
- MOROTE, G. (1981): “Una estela de guerrero con espada de antenas en la necrópolis ibérica de Altea la Vella (Altea, Alicante)”, *APL* 16: 417-447.
- (1984): “La cultura ibérica: síntesis histórica”, en *Homenaje a Domingo Fletcher Valls. La cultura ibérica*. Varia 3, Valencia: 61-113.
- MUNILLA, G. (1983): “Un nuevo relieve del «domador» de caballos procedente de La Encarnación (Caravaca, Murcia)”, *Pyrenae* 19-20: 277-279.
- MUÑOZ, A.M. (1968): “Sobre el comercio cartaginés en España”, *Pyrenae* 4: 129-140.
- (1983): “Cipo funerario ibérico decorado con esculturas”, en *XVI CNA*. Zaragoza: 741-750.
 - (1984): “La plástica ibérica en Albacete”, en *CHA* 1. Albacete: 147-156.
 - (1987): “La escultura funeraria de la necrópolis de Coimbra del barranco Ancho (Jumilla, Murcia)”, *APL* 17: 229-255.
 - (1990): “Plomo ibérico en escritura griega de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)”, *Verdolay* 2: 97-100.
- MURCIA, A.J.; BROTONS, F.; GARCÍA SANDOVAL, J. (2008): “Contextos cerámicos de época republicana procedentes de enclaves militares ubicados en la cuenca del Argos-Quípar en el noroeste de la Región de Murcia (España)”, en J. Uroz; J.M. Noguera; F. Corelli (eds.), *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*. Tabularium, Murcia: 545-559.
- MURRAY, O. (1983): “The symposion as social organisation”, en R. Hägg (ed.), *The Greek*

- Renaissance of the Eithth Century BC: tradition and innovation*. Acta Instituti Atheniensi Regni Sueciae, Estocolmo: 195-199.
- MUSCOLINO, F. (2006): “*Kalathoi* iberici da Taormina. Aggiornamento sulla diffusione della ceramica iberica dipinta in Sicilia”, *AEA* 79: 217-224.
- NANTET, E. (2010): “Les épaves du VIIe s. : un témoignage sur les échanges maritimes à l’époque archaïque”, en R. Étienne (dir.), *La Méditerranée au VIIe siècle av. J.-C. (essais d’analyses archéologiques)*. De Boccard, París: 96-109.
- NASH, G. (2007): *Semiotics of landscape: archaeology of mind*. Archaeopress, Oxford.
- NASH, G.; CHILDREN, G. (2008): “The archaeology of Semiotics and the social order of things”, en G. Nash y G. Children (eds.), *The archaeology of semiotics and the social order of things*. Archaeopress, Oxford: 1-8.
- (eds.) (2008): *The archaeology of semiotics and the social order of things*. Archaeopress, Oxford.
- NEGUERUELA, I. (1987): “Monomachias de carácter helenizante en la escultura ibérica de Ipolca (Porcuna)”, *REA* 89 (3-4): 319-347.
- (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo de Porcuna (Jaén). Estudio sobre su estructura interna, agrupamientos e interpretación*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- (1990-1991): “Aspectos de la técnica escultórica ibérica en el siglo V a.C.”, *Lucentum* 9-10: 77-83.
- (1995): “Seventh-century BC. phoenician vessel discovered at Playa de la Isla, Mazarrón, Spain”, *The International Journal of Nautical Archaeology* 24 (3): 188-197.
- NEGUERUELA, I. et alii (2000): “Descubrimiento de dos barcos fenicios en Mazarrón (Murcia)”, en M.E. Aubet; M. Barthélemy (eds.), *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos IV*. Universidad de Cádiz, Cádiz: 1671-1679.
- (2000 a): “Mazarrón-2: el barco fenicio del siglo VII a.C. Campaña de noviembre 1999 / marzo 2000”, en G. Matilla; A. Egea; A. González (coords.), *El mundo púnico: religión, antropología y cultura material*. Universidad de Murcia, Cartagena: 453-483.
- NENCI, G.; CATALDI, S. (1983): “Strumenti e procedure nei rapporti tra greci e indigeni”, en *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*. École Française de Rome, Pisa-Roma: 581-604.
- NICOLINI, G. (1973): *Les Ibères. Art e civilisation*. Fayard, París.
- (1977): “À propos de l’archaïsme ibérique : les trois têtes du Llano de la Consolation au Musée du Louvre”, *Revista de la Universidad Complutense* 109: 25-54.
- (1990): *Techniques des ors antiques. La bijouterie ibérique du VIIIe au IVe siècle*. Picard, París.
- NIEMEYER, H.G. (1979-1980): “A la búsqueda de Mainake: el conflicto entre los testimonios arqueológicos y escritos”, *Habis* 10-11: 279-306.
- NIETO PRIETO, X. (1997): “Le commerce de cabotage et de redistribution”, en P. Pomey (dir.), *La navigation dans l’Antiquité*. Édisud, Aix-en-Provence: 146-159.
- NIETO PRIETO, X.; RAURICH, X. (1998): “La infraestructura portuaria ampuritana”, en J. Pérez Ballester y G. Pascual (eds.), *Puertos antiguos y comercio marítimo*. Universitat de València, Valencia: 55-76.
- NIETO PRIETO, X.; SANTOS, M. (2009): *El vaixell grec arcaic de Cala Sant Vicenç*. Museu d’Arqueologia de Catalunya, Barcelona.
- NIETO PRIETO, X.; SANTOS, M.; TARONGÍ, F. (2004): “Un barco griego del siglo VI a.C. en Cala San Vicenç (Pollença, Mallorca)”, en V. Peña; A. Mederos; C. González Wagner (eds.), *La navegación fenicia. Tecnología*

- naval y derroteros. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid: 197-225.
- NIETO PRIETO, X. *et alii* (2005): “La fachada marítima de Ampurias: estudios geofísicos y datos arqueológicos”, *Empúries* 54: 71-100.
- NIETO GALLO, G. (1948): “La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)”, en *III CASE*. Cartagena: 176-183.
- NIKOLOVA, L. (2012): “Criteria for a social status typology in prehistory (open model for discussion)”, en V. Sîrbu y Ch. Schuster (eds.), *Tumuli graves – status symbol of the dead in the Bronze and Iron Ages in Europe 2*. Archaeopress, Oxford: 43-51.
- NISSINEN, M.; URO, R. (eds.) (2008): *Sacred marriages. The divine-human sexual metaphor from Sumer to Early Christianity*. Eisenbrauns, Indiana.
- NOCETE, E. (1990): “Territorio de coerción: el paradigma de las jefaturas”, en J. Adán, C.M. Heras y C. Varela (eds.), *Espacio y organización social*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 57-90.
- NOGUERA, J.M. (1994): *La escultura romana de la provincia de Albacete (Hispania Citerior-Conventus Carthaginensis)*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
- (1998): “Nueva hipótesis interpretativa del santuario ibérico del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete) en época tardorrepública a través del análisis de algunos de los exvotos esculpidos de su depósito votivo”, en J. Mangas (ed.), *Italia e Hispania en la crisis de la República romana*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 447-461.
 - (2003): “La escultura hispanorromana en piedra de época republicana”, en L. Abad (ed.), *De Iberia in Hispaniam. La adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*. Universidad de Alicante, Alicante: 151-208.
 - (2012): “Carthago Nova: urbs privilegiada del Mediterráneo Occidental”, en J. Beltrán y O. Rodríguez Gutiérrez (eds.), *Hispaniae urbes. Investigaciones arqueológicas en ciudades históricas*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 121-190.
- NOGUERA, J.M.; RODRÍGUEZ OLIVA, P. (2008): “Sculptura hispánica in epoca republicana: note su generi, iconografia, usi e cronologia”, en J. Uroz, J.M. Noguera y F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelli romani di integrazione territoriale*. Tabularium, Murcia: 379-454.
- NORDSTRÖM, S. (1961): *Los cartagineses en la costa alicantina*. Sucesor de Such, Serra y cía, Alicante.
- (1967): *Excavaciones en el poblado ibérico de La Escuera*. Diputación Provincial, Valencia.
 - (1973) : *La ceramique peinte ibérique de la province d’Alicante 2*. Almqvist & Wiksell, Estocolmo.
- NOTARIO, F. (2011): “Imágenes de manjares. Reflexiones en torno a la iconografía de la pesca y el pescado en las sociedades griegas”, en P. Fernández Uriel e I. Rodríguez López (coords.), *Iconografía y sociedad en el Mediterráneo Antiguo*. Signifer, Madrid: 147-155.
- (2012): “Placeres externos, disgustos internos: percepciones de la alteridad, interacciones gastronómicas y conflictos ideológicos e identitarios en la Atenas del siglo VI a.C.”, en M.C. del Cerro *et alii* (coords.), *Ideología, identidades e interacción en el Mundo Antiguo*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 357-376.
 - (e.p.): “Los oscuros negocios del señor Agirrio: la política entre la economía y la democracia en tiempos de crisis”.
- OBER, J. (1985): *Fortress Attica. Defense of the Athenian land frontier 404-322 BC*. Brill, Leiden.
- O’BRYEN, S. (1991): “An oracular scene from the Pozo Moro funerary monument”, *Near Eastern Archaeology* 64: 67-70.
- OCHARÁN, J.Á. (2013): “Aproximación al estudio de los santuarios rupestres ibéricos de la región de Murcia; La Nariz (Moratalla, Murcia)”, en C. Rísquez y C. Rueda (eds.),

- Santuarios iberos: territorio, ritualidad y memoria*. Universidad de Jaén, Jaén: 289-303.
- OLCINA, M.H. (1991): "Fortificaciones del Tossal de Manises: estado de la cuestión", en R Azuar (comp.), *Fortificaciones y castillos de Alicante*. Caja de Ahorros Provincial de Alicante, Alicante: 25-60.
- (1994): "Investigacions entorn el Tossal de Manises (Alacant)", en *La ciudad en el mundo romano 2. XIV CIAC*. Tarragona: 314-315.
 - (1997): "Excavacions al poblat i necrópolis de la Serreta. Any 1997", *Recerques del Museu d'Alcoi* 6: 165-173.
 - (2000): "La Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila)", en J.E. Aura y J.M. Segura (coords.), *Catálogo del Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó, Alcoi*. Ajuntament d'Alcoi, Alcoi: 105-112.
 - (2005): "La Illeta dels Banyets, el Tossal de Manises y La Serreta", en L. Abad; F. Sala; I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 147-177.
 - (2006): "Antigüedad", en *Alcoi. Arqueología y Museo*. MARQ, Alicante: 40-59.
 - (2006 a): "Lucentum: origin and evolution of a Roma *municipium* in the *Sinus Illicitanus*", en L. Abad; S. Keay; S. Ramallo (eds.), *Early roman towns in Hispania Tarraconensis*. JRA suppl. series 62. Portsmouth: 105-118.
 - (2009): "Evolución histórica y urbana", en M. Olcina (ed.), *Lucentum (Tossal de Manises, Alicante)*. *Arqueología e historia*. MARQ, Alicante: 33-63.
- OLCINA, M.H.; GARCÍA I MARTÍN, J.M. (1997): "Síntesi arqueològica", en M. Olcina (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. *Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*. MARQ, Alicante: 21-46.
- OLCINA, M.H.; GRAU, I.; MOLTÓ, S. (2000): "El sector I de La Serreta: noves perspectives sobre l'ocupació de l'assentament", *Recerques del Museu d'Alcoi* 9: 119-144.
- OLCINA, M. H.; GUILABERT, A.; TENDERO, E. (2010): "Lectura púnica del Tossal de Manises (Alicante)", *Mainake* 32 (1): 229-249.
- OLCINA, M.H.; LÓPEZ SEGUÍ, E. (1997): "Prospección y excavación de urgencia en los alrededores del alfar ibérico", en M. Olcina (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. *Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*. MARQ, Alicante: 207-220.
- OLCINA, M.H.; MARTÍNEZ CARMONA, A.; SALA, F. (2009): *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. *Épocas ibérica y romana I. Historia de la investigación y síntesis de las intervenciones recientes (2000-2003)*. MARQ, Alicante.
- OLCINA, M.H.; PÉREZ JIMÉNEZ, R. (2003): "Lucentum: la ciudad y su entorno", en J.M. Abascal; L. Abad (coords.), *Las ciudades y los campos de Alicante en época romana*. *Canelobre* 48: 91-119.
- OLCINA, M.H.; SALA, F. (2000): "Las cerámicas de barniz negro en el área sur alicantina", en X. Aquilé; J. García Roselló; J. Guitart (coords.), *La cerámica de vernís negre dels segles II i I a.C.: centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica*. Museu de Mataró, Mataró: 107-127.
- OLCINA, M.H. et alii (1998): "Nuevas aportaciones a la evolución de la ciudad ibérica: el ejemplo de La Serreta", en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 35-46.
- OLESON, J.P.; HOHLFELDER, L. (2011): "Ancient harbors in the Mediterranean", en A. Catsambis; B. Ford; D.L. Hamilton (eds.), *The Oxford handbook of maritime archaeology*. Oxford University Press, Oxford: 809-833.
- OLIVER, A. (1991): "La presencia fenicia y púnica al sur de las bocas del Ebro", en *Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 3. Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma: 1091-1101.

- (1995): “La presencia púnica en los asentamientos ibéricos: una aproximación a su problemática”, en M.H. Fantar y M. Ghaki (coords.), *III Congrès International des Études Phéniciennes et Puniques II*. Institut National du Patrimoine, Túnez: 282-296.
- (1997): “La problemática de los lugares sacros en la historiografía arqueológica”, *QPAC* 18: 495-516.
- (2000): *La cultura de la alimentación en el mundo ibérico*. Diputación Provincial, Castellón.
- (2004): “Fenicios y púnicos en Castellón y Valencia: contactos e influencias”, en B. Costa; J.H. Fernández (eds.), *Colonialismo e interacción cultural. El impacto fenicio púnico en las sociedades autóctonas de Occidente*. XVIII JAF-P. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Ibiza: 103-125.
- (coord.) (2006): *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*. Sociedad Castellonense de Cultura, Castellón de la Plana: 123-165.
- OLMOS, R. (1982): “Vaso griego y caja funeraria en la Bastetania ibérica”, en *En homenaje a Conchita Fernández Chicarro, Directora del Museo Arqueológico de Sevilla*. Ministerio de Cultura, Madrid: 259-268.
- (1983): “El centauro de Royos y el centauro en el mundo ibérico”, en *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch 2*. Ministerio de Cultura, Madrid: 377-388.
- (1984): “La cerámica de importación griega en el mundo ibérico”, en *Homenaje a Domingo Fletcher Valls. La cultura ibérica*. *Varia* 3: 225-247.
- (1985): “The assimilation of classical iconography in the Iberian world”, en *ΠΡΑΚΤΙΚΑ, ΤΟΥ ΧΙΙ ΔΙΕΘΝΟΥΣ ΣΥΝΕΔΡΟΥ ΚΛΑΣΙΚΗΣ ΑΡΧΑΙΟΝΟΜΙΑΣ Α’*. Ministerio de Cultura, Atenas: 191-196.
- (1987): “Posibles vasos de encargo en la cerámica ibérica del Sureste”, *AEA* 60: 21-42.
- (1987 a): “Nuevos enfoques para el estudio de la cerámica y de los bronceos griegos de España: una primera aproximación al problema de la helenización”, en M. Picazo y E. Sanmartí (dirs.), *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica*. Diputació de Barcelona, Barcelona: 7-17.
- (1987 b): “Iconografía griega, iconografía ibérica: una aproximación metodológica”, *REA* 89 (3-4): 283-296.
- (1988-1989): “Originalidad y estímulos mediterráneos en la cerámica ibérica: el ejemplo de Elche”, *Lucentum* 7-8: 79-102.
- (1989): “Míticos pobladores del mar. Tritones, hipocampos y delfines durante la época prerromana y republicana en España”, *Ephialte. Lecturas de Historia del Arte* 1: 23-62.
- (1989 a): “Original elements and Mediterranean stimuli in Iberian pottery: the case of Elche. Part 1”, *Mediterranean Archaeology* 2: 101-109.
- (1990): “Original elements and Mediterranean stimuli in Iberian pottery. Part 2”, *Mediterranean Archaeology* 3: 7-25.
- (1991): “Historiografía de la presencia y del comercio griego en España”, *BAEAA* 30-31: 123-133.
- (1991 a): “Apuntes ibéricos. Relaciones entre la élite ibérica y el Mediterráneo entre los siglos V-IV a.C.”, *TP* 48: 299-308.
- (1991 b): “«Puellae Gaditanae»: ¿heteras de Astarté?”, *AEA* 64: 99-109.
- (1991 c): “Nuevos enfoques y propuestas de lectura en el estudio de la iconografía ibérica”, en a. Vila (coord.), *Arqueología, nuevas tendencias*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 209-230.
- (1992): “El surgimiento de la imagen en la sociedad ibérica”, en R. Olmos (dir.), *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid: 8-32.
- (1992 a): “Las huellas griegas en el ámbito peninsular: los últimos hallazgos, historiografía y método”, en F. Chaves (ed.),

- Griegos en Occidente*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 147-172.
- (1992 b): “Religiosidad e ideología ibérica en el marco del Mediterráneo. Notas preliminares sobre la antropomorfización de la imagen ibérica”, en D. Vaquerizo (coord.), *Religiosidad y vida cotidiana en la España ibérica*. Diputación Provincial, Córdoba: 11-45.
 - (1992 c): “El rostro del otro. Sobre la imagen de la divinidad frontal en la cerámica ibérica de Elche”, *AEA* 65: 304-308.
 - (1994): “Algunos problemas historiográficos de cerámica e iconografía ibéricas: de los pioneros a 1950”, *REIb* 1: 311-333.
 - (1995): “Usos de la moneda en la Hispania prerromana y problemas de lectura iconográfica”, en M.P. García-Bellido.; R.M. Sobral (eds.), *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*. Anejos de *AEA* 14: 41-52.
 - (1996): “Signos y lenguaje en la escultura ibérica. Lecturas conjeturales”, en R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*. Linx, Madrid: 85-98.
 - (1996 a): “Camino escondidos. Imaginario del espacio en la muerte ibérica”, *Complutum Extra* 6 (2): 167-176.
 - (1996 b): “Metáforas de la eclosión y del cultivo. Imaginarios de la agricultura en época ibérica”, *AEA* 69: 3-16.
 - (1996 c): “Lecturas modernas y usos ibéricos del arcaísmo mediterráneo”, en R. Olmos y P. Rouillard (eds.), *Formas arcaicas y arte ibérico*. Casa de Velázquez, Madrid: 17-31.
 - (1996 d): “Pozo Moro: ensayo de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico”, en R. Olmos *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*. Linx, Madrid: 99-114.
 - (1996 e): “La representación humana en la cerámica del sureste: símbolo y narración”, en *XXIII CNA I*. Elche: 275-282.
 - (1996 f): “Las incertidumbres de los lenguajes iconográficos: las páteras de plata ibéricas”, en R. Olmos y J.A. Santos (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 91-102.
 - (1996 g): “Las inquietudes de la imagen ibérica: diez años de búsqueda”, *REIb* 2: 65-90.
 - (1997): “Juegos de imagen, relato y poder en el Mediterráneo antiguo. Ejemplos ibéricos”, en A. Domínguez y C. Sánchez Fernández (eds.), *Arte y poder en el mundo antiguo*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 249-260.
 - (1998): “Las modas del lenguaje helenizante en Iberia”, en P. Cabrera y C. Sánchez (coords.), *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Ministerio de Cultura, Madrid: 236-253.
 - (1998 a): “Tras los pasos de Heracles: en los umbrales de la historia griega en occidente”, en P. Cabrera y C. Sánchez (coords.), *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Ministerio de Cultura, Madrid: 26-43.
 - (1998 b): “Indigenismo y romanización en la imagen ibérica de época republicana”, en J. Mangas (ed.), *Italia e Hispania en la crisis de la República romana*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 432-440.
 - (1998 c): “Naturaleza y poder en la imagen ibérica”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 147-157.
 - (1998 d): “La invención de la cultura ibérica”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 59-65.
 - (1999): “Usos y transformaciones de la cerámica griega entre los iberos: los siglos V y IV a.C.”, en M.-C. Villanueva *et alii* (coords.), *Céramique et peinture grecques. Modes d’emploi*. La documentation française, París: 425-438.
 - (1999 a): “Dibujos, moldes y fotografías: tres formas de apropiación de la cultura ibérica”,

- en J.J. Blázquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 199-208.
- (2000): “El vaso del «Ciclo de la Vida» de Valencia: una reflexión sobre la imagen metamórfica en época iberohelenística”, *AEA* 73: 59-85.
 - (2002): “Los grupos escultóricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Un ensayo de lectura iconográfica convergente”, *AEA* 75: 107-122.
 - (2002 a): “Rites d’initiation et espace sacrificiel en Ibérie préromaine”, en P. Linant (ed.), *Rites et cultes dans le monde antique*. De Boccard, París: 39-60.
 - (2002-2003): “En la flor de la Edad. Un ideal de representación heroico ibero-helenístico”, *CuPAUAM* 28-29: 259-272.
 - (2003): “Combates singulares: lenguajes de afirmación de Iberia frente a Roma”, en T. Tortosa y J.A. Santos (eds.), *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*. L’Herma di Bretschneider, Roma: 79-97.
 - (2003 a): “Vaso griego e imagen orientalizante en la Andalucía ibérica: la colisión de dos tradiciones iconográficas (siglos V-IV a.C.)”, en F. Giudice y R. Panvini (eds.), *Il greco, il barbaro e la ceramica attica. Immaginario del diverso, processi di scambio e autorappresentazione degli indigeni 2*. L’Herma di Bretschneider, Roma: 219-228.
 - (2003 b): “Seres de nuestra sinrazón y nuestros sueños”, en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos*. Ministerio de Cultura, Madrid: 29-36.
 - (2004): “La Dama de Galera (Granada): la apropiación sacerdotal de un modelo divino”, en J. Pereira et alii, *La Necrópolis ibérica de Galera (Granada). La colección del Museo Arqueológico Nacional*. Ministerio de Cultura, Madrid: 213-237.
 - (2004 a): “Imágenes del devorar y del alimento en la cultura ibérica”, en D. Segarra (coord.), *Connotaciones sacrales de la alimentación en el mundo clásico. Ilu*, Anejo 12: 61-78.
 - (2004 b): “Imaginarios y prácticas religiosas entre los iberos. Perspectivas en un proceso histórico”, *Archiv für Religionsgeschichte* 6: 111-134.
 - (2005): “Memoria histórica y tradición orientalizante en la iconografía ibérica”, en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El período orientalizante*. Anejos de *AEA* 35 (2): 1063-1075.
 - (2006): “Signo, contexto, comparación, diacronía. Caminos de aproximación a la imagen ibérica”, en F.-H. Massa-Pairault (dir.), *L’image antique et son interprétation*. École Française de Rome, Roma: 159-171.
 - (2007): “El lenguaje de la diosa de los pebeteros: signo icónico y función narrativa en dos tumbas de La Albufereta (Alicante)”, en M.C. Marín y F. Horn (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*. SPAL monografías 9, Universidad de Sevilla, Sevilla: 367-389.
 - (2007-2008): “Ex Ilici dictum. La fundación mítica de la Colonia Iulia Ilice Augusta”, *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia* 80: 193-215.
 - (2010): “La ninfa Ilike”, en T. Tortosa y S. Celestino (eds.), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*. Anejos de *AEA* 55: 49-63.
 - (2010 a): “Viajes iniciáticos en Grecia y en Iberia: un recorrido iconográfico hacia el reino de lo desconocido”, en F. Marco, F. Pina y J. Remesal (eds.), *Viajeros, peregrinos y aventureros en el mundo antiguo*. Universitat de Barcelona, Barcelona: 115-146.
 - (2011): “En los umbrales de la muerte. Itinerarios del Más Allá en la imagen ibérica”, en J.J. Blázquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo*

- ibérico. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 107-132.
- (2012): “D. Manuel Gómez-Moreno (1870-1970). Un esbozo impaciente de lecturas”, en C. Rueda, *Exvotos ibéricos 2. El instituto Gómez-Moreno, Fundación Rodríguez-Acosta (Granada)*. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén: 15-42.
- OLMOS, R.; BLÁNQUEZ, J.J. (2006): “El relieve ibérico de Almodóvar del Río (Córdoba): la diosa que otorga y regenera la caza”, en D. Vaquerizo y J.F. Morillo (eds.), *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo*. Universidad de Córdoba, Córdoba: 125-142.
- OLMOS, R.; CHAPA, T. (2004): “El imaginario del joven en la cultura ibérica”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 34 (1): 43-84.
- OLMOS, R.; FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1987): “El timiaterio de Albacete”, *AEA* 60: 211-219.
- OLMOS, R.; GRAU, I. (2005): “El vas dels guerrers de La Serreta”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 14: 79-98.
- OLMOS, R.; DE GRIÑÓ, B. (1985): “El entorno pónico y la Península Ibérica. Aportaciones iconográficas al problema de la helenización en Iberia y en el mundo escita”, *Archaeologia* 36:15-53.
- OLMOS, R.; PEREA, A. (1984): “Los platos de Abengibre: una aproximación”, *HA* 13 (1): 377-401.
- (2004): “La «vajilla» de plata de Abengibre”, en R. Olmos y P. Rouillard (coords.), *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*. Casa de Velázquez, Madrid: 63-76.
- OLMOS, R.; SÁNCHEZ, C. (1995): “Usos e ideología del vino en las imágenes de la Hispania prerromana”, en S. Celestino (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Jerez-Sherry y Manzanilla Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera: 105-136.
- OLMOS, R.; TORTOSA, T. (2009): “Vasos griegos en Iberia: una diversidad de espacios y usos sacros”, en S. Fortunelli y C. Masseria (eds.), *Ceramica attica da santuari della Grecia, della Ionia e dell’Italia*. Osanna Edizioni, Venosa: 57-70.
- (2010): “Aves, diosas y mujeres”, en T. Chapa e I. Izquierdo (coords.), *La Dama de Baza: un viaje femenino al Más Allá*. Ministerio de Cultura, Madrid: 243-257.
- OLMOS, R. et alii (2012): “Imágenes para un linaje: vida, muerte y memoria ritual en la Cámara principesca de Piquía (Arjona, Jaén)”, en *Meixis: dinamiche di stratificazione culturale nella periferia greca e romana*. L’Herma di Bretschneider, Roma: 89-104.
- OLMOS BENLLOCH, P. (2010): *Estudi dels patrons mètrics arquitectònics i urbanístics del món ibèric (segles V-II a.C.)*. Universitat Rovira i Virgili, Tarragona.
- OREJAS, A.; MONTERO, I. (2001): “Colonizaciones, minería y metalurgia prerromanas en el levante y sur peninsulares”, en B. Costa; J.H. Fernández (eds.), *De la mar y de la tierra. Producciones y productos fenicio-púnicos. XV JAF-P*. Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera, Ibiza: 121-159.
- OREJAS, A.; SASTRE, I.; ZUBIAURRE, E. (2012): “Organización y regulación de la actividad minera hispana altoimperial”, en M.M. Zarzalejos, P. Hevia y L. Mansilla (coords.), *Paisajes mineros antiguos en la Península Ibérica*. Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid: 31-46.
- ORIA, M. (2002): “Religión, culto y arqueología: Hércules en la Península Ibérica”, en E. Ferrer (ed.), *Ex Oriente Lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. SPAL monografías 2, Universidad de Sevilla, Sevilla: 219-243.
- (2012): “Elementos fenicio-púnicos en la religión romana de Hispania: una cuestión a debate”, en B. Mora y G. Cruz (coords.), *La etapa neopúnica en Hispania y el Mediterráneo centro occidental: identidades compartidas*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 165-190.

- ORTEGA, J.R. *et alii* (2004): “Instalaciones portuarias del Barranco de L’Albufereta (Alicante) en la antigüedad”, en A. Gallina; R. Turchetti (coords.), *Le strutture dei porti e degli approdi antichi. Anciennes routes maritimes méditerranéennes*, Rubetino, Soveria Mannelli: 87-111.
- (2005): “La intervención arqueológica en el encauzamiento del Barranco de la Albufereta (Alicante). Avances en el conocimiento del mundo ibérico en el Cerro de las Balsas y su entorno”, en L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 297-304.
- OSBORNE, R. (1998): “Early Greek colonization? The nature of Greek settlement in the West”, en N.R.E. Fisher y H. Wees (ed.), *Archaic Greece. New approaches and new evidence*. Duckworth, Londres: 251-269.
- (2004): “Images of a warrior. On a group of Athenian vases and their public”, en C. Marconi (ed.), *Greek vases: images, contexts and controversies*. Brill, Leiden-Boston: 41-54.
 - (2007): “What travelled with Greek pottery?”, *Mediterranean Historical Review* 22 (1): 85-95.
- PADER, E.-J. (1980): “Material symbolism and social relations in mortuary studies”, en PH. Rahtz; T. Dickinson; L. Watts (eds.), *Anglo-saxon cemeteries*. General Editors, Oxford: 143-159.
- PADRÓ, J. (1975): “Los objetos de tipo egipcio de la necrópolis de «El Molar» (San Fulgenci, Alicante) y su problemática”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 2: 133-142.
- (2005): “La escatología egipcia en el ámbito funerario fenicio-púnico”, en A. González Prats (ed.), *El Mundo Funerario. III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*. Universidad de Alicante, Alicante: 299-314.
- PAGE, V. (1984): *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- (1987): “Imitaciones ibéricas de cráteras y copas áticas en la provincia de Murcia”, en M. Picazo y E. Sanmartí (dirs.), *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica*. Diputació Provincial, Barcelona: 71-81.
- PAGE, V.; GARCÍA CANO, J.M. (1993): “La escultura en piedra del Cabecico del Tesoro (Verdolay, La Alberca, Murcia)”, *Verdolay* 3: 35-60.
- PAPPA, E. (2011): “From seafaring men to travelling images: the Phoenician «commercial expansion» in southeastern Spain as a stimulus for artistic interactions in Iberia”, en K. Duistemat e I. Regulski (eds.), *Intercultural contacts in the Ancient Mediterranean*. Orientalia Lovaniensia Analecta, Leuven-París-Walpole: 416-478.
- PARIS, P. (1901): “Sculptures du Cerro de los Santos” *Bolletín Hispanique* 3: 113-134.
- (1903): *Essai sur l’art et l’industrie de l’Espagne primitive*. Ernest Leroux, París.
- PARKER PEARSON, M. (1993): “The powerful dead: archaeological relationships between the living and the dead”, *CAJ* 3 (2): 203-229.
- PARSONS, T. (1951): *The social system*. Macmillan, Nueva York.
- (1967): *Sociological theory and modern society*. Free Press, Nueva York.
- PASCUAL BENITO, J.L. (1989): “Les Jovades (Cocentaina, Alacant), habitat del Neolític final amb estructures excavades: Sitges i fosses”, *Alberri* 2: 9-52.
- PASCUAL BERLANGA, G. (1998): “Los materiales tardorrepublicanos del yacimiento submarino de Pudrimel, La Manga del Mar Menor, Murcia”, en J. Pérez Ballester y G. Pascual (eds.), *Puertos antiguos y comercio marítimo*. Universidad de Valencia, Valencia: 263-289.
- PASCUAL PÉREZ, V. (1952): “El poblado ibérico de «El Puig» (Alcoy)”, *APL* 3: 135-146.
- (1974): “Fragmentos cerámicos de «La Serreta», en el Museo Arqueológico de Alcoy”, *Revista de Fiestas de Moros y Cristianos*: 38-39.

- PASTOR MIRA, A. (1998): “Los materiales de «La Casa del Cura» en el poblado ibérico de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 7: 131-160.
- (1999): “La «Casa del Cura»: un conjunto singular en la Illeta dels Banyets”, en XXV CNA. Valencia: 445-450.
- PASTOR MUÑOZ, M. (1997): “El influjo religioso griego en la Península Ibérica”, en M. Morfakidis y M. Alganza (eds.), *La religión en el mundo griego. De la Antigüedad a la Grecia moderna*. Universidad de Granada, Granada: 45-74.
- PATÍÑO, M. (1988): “Estado actual de la investigación sobre la cerámica griega en Castilla-La Mancha”, en *I CHC-LM* 3. Ciudad Real: 301-307.
- PENA, M.J. (1992): “La (supuesta) cláusula referente al Sudeste y al Levante peninsular en el primer tratado entre Roma y Cartago”, *Habis* 23: 39-52.
- (1993): “Avieno y las costas de Cataluña y Levante (II). Hemeroskopeion-Dianium”, *Faventia* 15 (1): 61-76.
 - (2000): “Encore sur la colonisation rhodienne de Rhodé”, *ZPE* 133 : 109-112.
 - (2002): “Colonies et comptoirs grecs archaïques de l’est de la Péninsule Ibérique : légendes et réalité”, en *Pont-Euxin et commerce. IXe Symposium de Vani*. Presses Universitaires Franc-Comtoises, Franche-Comté: 23-36.
 - (2007): “Reflexiones sobre los pebeteros en forma de cabeza femenina”, en M.C. Marín y F. Horn (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina. SPAL monografías* 9, Universidad de Sevilla, Sevilla: 17-40.
- PEÑA LIGERO, Á. (2005): “La necrópolis ibérica del Molar (San Fulgencio, Alicante). Revisión de las excavaciones realizadas en 1928 y 1929”, en L. Abad; F. Sala; I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 369-384.
- PEÑA OLIVAS, J.M.; PRADA, J.M. (1996): “Ingeniería marítima romana a comienzos de nuestra era”, en *Historia y cultura de la ingeniería civil. Revista de Obras Públicas* 3351: 55-73.
- PEÑA SÁNCHEZ, J.L. et alii (1996): *El poblado de la Mola d’Agres. Homenaje a Milagros Gil-Masarell Boscà*. Ministerio de Cultura, Valencia.
- PEREA CAVEDA, A. (1989): “Cádiz: orfebrería fenicia”, en *El oro en la España prerromana. Revista de Arqueología*, Madrid: 58-67.
- (1991): *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*. Dirección General de Patrimonio, Madrid.
 - (1992): “Orfebrería: técnica e imagen”, en R. Olmos (ed.), *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Ministerio de Cultura, Madrid: 250-257.
 - (1994): “Proceso de mercantilización en sociedades premonetales”, *AEA* 67: 3-14.
 - (1996): “Propuesta teórica para una aproximación global a la imagen ibérica: el ejemplo del cambio y la transmisión iconográfica en metalistería”, en R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Linx, Madrid: 61-84.
 - (2010): “Las joyas de la Dama de Baza: un espacio femenino”, en T. Chapa; I. Izquierdo (coords.), *La Dama de Baza: un viaje femenino al Más Allá*. Ministerio de Cultura, Madrid: 201-209.
- PEREA CAVEDA, A.; ARMBRUSTER, B. (2011): “Tomb 100 at Cabezo Lucero: new light on goldworking in fourth-century BC Iberia”, *Antiquity* 85: 158-171.
- PEREA CAVEDA, A.; WILLIAMS, D.; OLMOS, R. (2007): *El héroe y el monstruo*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- PEREA YÉBENES, S. (2004): “Zeus Kásios Sozón y Afrodita Sozousa, divinidades protectoras de la navegación. A propósito de dos cepos de anclas romanas procedentes de Cabo de Palos”, *Mastia* 3: 95-112.

- PEREIRA MENAUT, G. (2012): "Prefacio", en C. Aranegui, *Los iberos ayer y hoy. Arqueologías y culturas*. Fundación La Caixa, Madrid: 13-20.
- PEREIRA SIESO, J.; MADRIGAL, A. (1994): "El ritual funerario ibérico en la Alta Andalucía: la necrópolis de Los Castellones de Céal (Jaén)", en J. Mangas y J. Alvar (eds.), *Homenaje a José María Blázquez* 2. Ediciones Clásicas, Madrid: 381-394.
- PEREIRA SIESO, J. et alii (2004): *La Necrópolis ibérica de Galera (Granada). La colección del Museo Arqueológico Nacional*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- PÉREZ BALLESTER, J. (1983): "Cerámicas helenísticas del Mediterráneo Oriental en Cartagena", en XVI CNA. Zaragoza: 519-532.
- (1994): "La cuestión de las importaciones itálicas al sur del Ebro anteriores a las Guerras Púnicas", *Saguntum* 27: 189-196.
 - (1995): "La actividad comercial y el registro arqueológico en la Carthago Nova republicana. Los hallazgos del área del anfiteatro", *Verdoy* 7: 339-349.
 - (1998): "El *portus* de Carthago Nova. Sociedad y comercio tardo-helenísticos", en J. Pérez Ballester y G. Pascual (eds.), *Puertos antiguos y comercio marítimo*. Universitat de Valencia, Valencia: 249-261.
 - (2002): "Escenas con embarcaciones en la cerámica ibérica del Tossal de San Miquel (Llíria, Valencia)", *CAM* 6: 277-296.
 - (2011): "El poblamiento ibérico en el entorno", en H. Bonet; J. VIVES-FERRÁNDIZ (eds.), *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de Valencia, Valencia: 48-61.
 - (2012): "Sobre cerámicas helenísticas en Iberia / Hispania. Significado y funcionalidad", *AEA* 85: 65-78.
- PÉREZ BALLESTER, J.; GÓMEZ BELLARD, C. (2004): "Imitaciones de vasos plásticos en el mundo ibérico", en R. Olmos y P. Rouillard (coords.), *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*. Casa de Velázquez, Madrid: 31-47.
- PÉREZ BALLESTER, J. et alii (2010): "La Solana del Castell (Xàtiva). Campaña de 2010", *Saguntum* 43: 199-203.
- PÉREZ BLASCO, M.F. (2011): "Un nuevo estilo de cerámica ibérica pintada, en los fondos del Museo de Villajoyosa", en *La Vila Joiosa. Arqueologia i Museu*. MARQ, Alicante: 132-153.
- (2011 a): "Un nuevo estilo pictórico en cerámica ibérica: la necrópolis de Poble Nou (Villajoyosa, Alicante)", *Lucentum* 30: 89-116.
- PÉREZ JORDÁ, G. (2000): "La conservación y la transformación de los productos agrícolas en el mundo ibérico", en C. Mata; G. Pérez Jordá (eds.), *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric*. *Saguntum* Extra 3: 47-68.
- PÉREZ JORDÁ, G.; CARRIÓN, Y.; IBORRA, M.P. (2013): "El registro paleoeconómico y la gestión de los recursos agrarios", en I. Grau; J.M. Segura, *El oppidum ibérico de El Puig d'Alcoi. Asentamiento y paisaje en las montañas de la Contestania*. Ajuntament D'Alcoi, Alcoy: 195-220.
- PÉREZ JORDÁ, G. et alii (2000): "La explotación agraria del territorio en época ibérica: los casos de *Edeta* y *Kelin*", en R. Buxó; E. Pons (dirs.), *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'Edat del Ferro de l'Europa occidental: de la producció al consum*. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Girona: 151-167.
- (2011): "El trabajo cotidiano. Los recursos agropecuarios, la metalurgia, el uso de la madera y las fibras vegetales", en H. Bonet; J. Vives-Ferrándiz (eds.), *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de València, Valencia: 94-137.
- PÉREZ MÍNGUEZ, R. (1992): "Acicates ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia", en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial, Valencia: 215-220.

- PÉREZ VILATELA, L. (1997): “Epifanía de los pilares-estela ibéricos rematados por toro. Una *interpretatio graeca*”, en *XXIV CNA*. Cartagena: 191-202.
- (2000): “En torno a la errónea ubicación de Sagunto y sus orígenes en Apiano”, *Arse* 34: 63-78.
- PERICOT, L. (1934): *España primitiva y romana*. Gallach, Barcelona.
- (1979): *Cerámica ibérica*. Polígrafa, Barcelona.
- PESCARIN, S. (2009): *Reconstructing ancient lanscape*. Archaeolingua, Budapest.
- PETERSEN, J.H. (2010): *Cultural interactions and social strategies on the Pontic shores. Burial customs in the Northern Black Sea area c. 550-270 BC*. Aarhus University Press, Aarhus.
- PETROVIC, N. (2001): “The «Smiting God» and religious syncretism in the Late Bronze Age Aegean”, en P.F. Biehl, F. Bertemes y H. Meller (eds.), *The archaeology of cult and religion*. Archaeolingua, Budapest: 107-120.
- PICAZO, M. (2001): “«La funesta pobreza que Zeus da a los hombres»: estrategias frente a la escasez de alimentos en la Antigüedad clásica”, en A. Nicolau y S. Zimmermann (dirs.), *Aliments sagrats. Pa, vi i oli a la Mediterrània antiga*. Museu d’Història de la Ciutat, Barcelona: 62-73.
- PINA, F. (2011): “Etnia, ciudad y provincia en la Hispania republicana”, en A. Caballos y S. Lefebvre (eds.), *Roma generadora de identidades. La experiencia hispana*. Casa de Velázquez, Madrid: 39-53.
- PINEDO, J. (1996): “Inventario de yacimientos arqueológicos subacuáticos del litoral murciano”, *CAM* 4: 57-90.
- PINEDO, J.; ALONSO, D. (2004): “El yacimiento submarino de la isla de Escombreras”, en M. Lechuga (coord.), *Scombraria. La historia oculta bajo el mar*. Arqua, Cartagena: 128-151.
- PITILLAS, E. (1997): “Jefaturas indígenas en el marco de la conquista romana en Hispania y la Galia”, *Hispania Antiqua* 21: 93-108.
- PLA, E. (1950-1951): “Un arado ibérico votivo. Notas sobre los arados antiguos”, *Saitabi* 8: 12-27.
- (1968): “Instrumentos de trabajo ibéricos en la región valenciana”, en M. Tarradell (dir.), *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Vicens-Vives, Barcelona: 143-190.
 - (1968a): “Aportaciones al conocimiento de la agricultura antigua en la región de Valencia”, *REL* 34: 319-354.
 - (1969): “Notas sobre economía antigua del País Valenciano. El instrumental metálico de los obreros ibéricos”, en *X CNA*. Zaragoza: 306-337.
 - (1985): “La iberización en tierras valencianas”, en *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*. Universidad de Alicante, Alicante: 257-271.
- PLA, E.; BONET, H. (1991): “Nuevos hallazgos fenicios en yacimientos valencianos (España)”, en *Festschrift für W. Schüle zum 60 geburstag*, Internationale Archäologie, Marburg: 245-258.
- PLA, E.; RIBERA, A. (1980): *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia)*. Diputación Provincial, Valencia.
- PLÁCIDO, D. (1987-1988): “Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano”, *Habis* 18-19: 243-256.
- (1989): “Realidades arcaicas de los viajes míticos a Occidente”, *Gerión* 7: 41-51.
 - (1989 a): “Sertorio”, *Studia historia. Historia Antigua* 7: 97-104.
 - (1993): “Nota sobre la duplicidad del nombre «Abdera»”, en J. Mangas y J. Alvar (eds.), *Homenaje a José María Blázquez* 2. Ediciones Clásicas, Madrid: 395-398.
 - (1994): “Diversidad de identidades político-culturales en la Andalucía de época prerromana”, en *II Congreso de Historia de Andalucía* 3. Junta de Andalucía, Córdoba: 31-46.

- (1994 a): “El Extremo Occidente, del arcaísmo al imperialismo: los marcos históricos de una leyenda”, en *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica* 3. Ministerio de Cultura, Madrid: 7-15.
 - (1998): “Los iberos en los textos clásicos”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 51-57.
 - (2007): “Las formas del poder personal: la monarquía, la realeza y la tiranía”, *Gerión* 25 (1): 127-166.
 - (2008): *Poder y discurso en la Antigüedad clásica*. Abada, Madrid.
 - (2009): “Los pueblos prerromanos y sus observadores”, *AE* 27: 47-61.
- PLÁCIDO, D.; ALVAR, J.; GONZÁLEZ WAGNER, C. (1991): *La formación de los estados en el Mediterráneo Occidental*. Síntesis, Madrid.
- PLATT, V. (2011): *Facing the gods. Epiphany and representation in Graeco-Roman art, literature and religion*. Cambridge University Press, Cambridge.
- POLANYI, K. (1963): “Ports of trade in early societies”, *The Journal of Economic History* 23: 30-45.
- (1975): “Traders and trade”, en J.A. Sabloff y C.C. Lamberg-Karlovsky (eds.), *Ancient civilization and trade*. University of New Mexico Press, Albuquerque: 133-154.
- POLIGNAC, F. de (1984): *La naissance de la cité grecque*. La Découverte, París.
- (1991): “Convergence et compétition: aux origines des sanctuaires de souveraineté territoriale dans le monde grec”, en J.-L. Brunaux (dir.), *Les sanctuaires celtiques et leurs rapports avec le monde méditerranéen*. Errance, París: 97-105.
 - (1994): “Mediation, competition and sovereignty: the evolution of rural sanctuaries in Geometric Greece”, en S. Alcock y R. Osborne (eds.), *Placing the gods. Sanctuaries and sacred space in Ancient Greece*. Clarendon Press, Oxford: 3-18.
 - (2006): “Espaces de communication et dynamiques d'appartenance en Grèce archaïque”, en F. Polignac y P. Schmitt-Pantel (coords.), *L'individu et la communauté. Regards sur les identités en Grèce Ancienne*. REA 108 (1): 9-24.
- POLINSKAYA, I. (2006): “Lack of boundaries, absence of oppositions: the city-countryside continuum of a Greek Pantheon”, en R. Rosen e I. Sluiter (eds.), *City, countryside and the spatial organization of value in Classical Antiquity*. Brill, Leiden-Boston: 61-92.
- (2010): “Shared sanctuaries and the gods of others: on the meaning of «common» in Herodotus 8.144”, en R.M. Rossen e I. Sluiter (eds.), *Valuing others in classical Antiquity*. Brill, Leiden-Boston: 43-70.
- POLZER, M.E. (2009): *Hull remains from the Pabuç Burnu shipwreck and early transition in archaic Greek shipbuilding*. Texas A&M University, Texas.
- POMEY, P. (1997): “Les navires”, en P. Pomey (dir.), *La navigation dans l'Antiquité*. Edisud, Aix-en-Provence: 60-88.
- (2009): “Dimensions et tonnage”, en X. Nieto; M. Santos, *El vaixell grec arcaic de Cala Sant Vicenç*. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona: 60-64.
- POMEY, P.; LONG, L. (1992): “Les premiers échanges maritimes du Midi de la gaule du VIe au IIIe s. av. J.-C. à travers les épaves”, en M. Bats et alii (eds.), *Marseille grecque et la Gaule*. ADAMS, Lattes: 189-198.
- PONCE, G. (1989): *El Corredor de Almansa. Estudio geográfico*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
- PONCE, G.; SIMÓN, J.L. (1988): “Contribución al estudio del itinerario de la Vía Augusta. Los restos de una calzada en el corredor de Almansa”, en *I CHC-LM* 4. Toledo: 161-170.
- PONS, E. (1998): “Los silos en época ibérica”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 104-107.

- POSADAS, J.L. (1990): “Consideraciones en torno al estudio de las elites en la protohistoria andaluza”, en *Congreso de jóvenes historiadores y geógrafos 1*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 465-475.
- POVEDA, A.M (1994): “Primeros datos sobre las influencias fenicio-púnicas en el corredor del Vinalopó (Alicante)”, en A. González Blanco; J.L. Cunchillos; M. Molina (coords.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. Editorial Regional de Murcia, Murcia: 489-502.
- (1994-1995): “La fase del Hierro antiguo y la influencia fenicia en la cuenca interior del Vinalopó (Alicante)”, *Alebus* 4-5: 49-71.
 - (1995): “Un nuevo conjunto escultórico ibérico del Sudeste: los hallazgos de «El Monastil» (Elda, Alicante)”, en *XXII CNA* 1. Vigo: 153-160.
 - (1996): “Nuevos hallazgos de escultura ibérica del Vinalopó en «El Monastil» de Elda”, en R. Olmos; J.A. Santos (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 353-367.
 - (1996 a): “El Monastil: del *oppidum* ibérico a la *civitas* hispanorromana de Ello”, en *XXIII CNA* 1. Elche: 415-426.
 - (1998): “La iberización y la formación del poder en el Valle del Vinalopó (Alicante)”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 413-424.
 - (2000): “Penetración cultural fenicia en el territorio indígena del valle septentrional del Vinalopó (Alicante)”, en M.E. Aubet; M. Barthélemy (eds.), *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* IV. Universidad de Cádiz, Cádiz: 1863-1874.
 - (2002): “Fora Hispana. La evidencia de *Libisosa Forum Augustum* (Lezuza, Albacete)”, *Conimbriga* 41: 5-38.
 - (2005): “El santuario ibero-romano de La Serreta y la información de su terra sigillata”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 14: 99-122.
- POVEDA, A.M.; SOLER, M. D.; MÁRQUEZ, J.C. (2002): “Elementos de arquitectura funeraria ibérica de El Monastil (Elda, Alicante). Las volutas de gola”, *Bolskan* 19: 227-235.
- POVEDA, A.M.; VÁZQUEZ, A.M. (2000): “Incidencia púnica y oriental en el panorama religioso autóctono del sureste de la Península Ibérica”, en M.E. Aubet y M. Barthélemy (eds.), *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* 2. Universidad de Cádiz, Cádiz: 697-708.
- PRADA, M. (1985): “Grecian connotations in the Iberian art relative to the problems of Iberian sculpture”, en *ΠΡΑΚΤΙΚΑ. ΤΟΥ ΧΗ ΔΙΕΘΝΟΥΣ ΣΙΝΕΔΡΙΟΥ ΚΛΑΣΙΚΗΣ ΑΡΧΑΙΟΝΟΜΙΑΣ Α’*. Ministerio de Cultura, Atenas: 105-112.
- PRADOS MARTÍNEZ, F. (2002-2003): “Memoria del poder. Los monumentos funerarios ibéricos en el contexto de la arquitectura púnico-helenística”, *CuPAUAM* 28-29: 203-226.
- (2004): “¿Almacenes o centros redistribuidores de carácter sacro? Una reflexión en torno a un modelo arquitectónico tipificado en la protohistoria mediterránea”, en A. González Blanco, G. Matilla y A. Egea (eds.), *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*. Universidad de Murcia, Murcia: 173-180.
 - (2006): “La iconografía del *nefesh* en la plástica púnica: a propósito de las representaciones del monumento funerario y su significado”, *AEA* 79: 13-28.
 - (2008): “La arquitectura defensiva en Cartago y su área de influencia”, en *Arquitectura defensiva fenicio-púnica. XXII JAF-P*. Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera, Ibiza: 25-56.
 - (2010): “Una propuesta de caracterización de las llamadas *regiae* ibéricas. Comercio, religión y control territorial a partir de un modelo arquitectónico”, *Lucentum* 29: 57-80.

- PRADOS MARTÍNEZ, F.; BLÁNQUEZ, J.J. (2007): "Las fortificaciones coloniales de la Península Ibérica: de los modelos orientales a los sistemas púnico-helenísticos", en L. Berrocal; P. Moret (eds.), *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Real Academia de la Historia, Madrid: 57-74.
- PRADOS TORREIRA, L. (1994): "Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una arqueología del culto", *TP* 51 (1): 127-140.
- (1996): "Los ritos de paso y su reflejo en la toréutica ibérica", en R. Olmos y J.A. Santos (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 273-282.
 - (1997): "Sanctuaires of the Iberian Peninsula: sixth to first centuries BC", en M. Balmuth, A. Gilman y L. Prados (eds.), *Encounters and transformations. The archaeology of Iberia in transition*. Sheffield Academic Press, Sheffield: 151-159.
 - (2004): "Un viaje seguro: las representaciones de pies y aves en la iconografía de época ibérica", *CuPAUAM* 30: 91-104.
 - (2007): "Muerte y regeneración en el mundo ibérico", en S. Celestino (ed.), *La imagen del sexo en la Antigüedad*. Tusquets, Barcelona: 165-186.
 - (2010): "La mujer aristocrática en el paisaje funerario ibérico", en T. Chapa; I. Izquierdo (coords.), *La Dama de Baza: un viaje femenino al Más Allá*. Ministerio de Cultura, Madrid: 223-239.
 - (2014): "La participación de la comunidad, las unidades domésticas y los individuos en los rituales de los santuarios de la cultura ibérica", en T. Tortosa (ed.), *Diálogo de identidades. Bajo el prisma de las manifestaciones religiosas en el ámbito mediterráneo (s. III a.C. – s. I d.C.)*. Anejos de AEA 72. Madrid: 135-146.
- PRATS, C.; ROVIRA, M.C.; MIRÓ, J.H. (1996): "La falcata i la beina damasquinades trobades a la tomba 53 de la necròpoli ibèrica de la Serreta d'Alcoi. Procés de conservació-restauració i estudi tecnològic", en *Recerques del Museu d'Alcoi* 5: 137-154.
- PRESEDO, F. (1973): *La Dama de Baza*. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.
- PRICE, S. (2012): "Memory and Ancient Greece", en B. Dignas y R.R.R. Dignas (eds.), *Historical & religious memory in the Ancient world*. Oxford University Press, Oxford: 15-36.
- PRIETO MOLINA, S.; LÓPEZ REVUELTA, V.M. (2000): "Fibulas argénteas con escena figurada de la Península Ibérica", *Complutum* 11: 41-62.
- PRIETO VILAS, I. (2000): "El recorrido en torno a la sepultura turriforme de Pozo Moro y secuencia narrativa de sus relieves: algunas propuestas", *ETF, Serie II* 13: 325-356.
- PRONTERA, F. (2003): "Notas sobre Iberia en la Geografía de Estrabón", en *Otra forma de mirar el espacio: geografía e historia en la Grecia Antigua*. Diputación de Málaga, Málaga: 89-101 [ed. or., G. Cruz (coord.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*. Diputación de Málaga, Málaga, 1999: 17-29].
- PUIG, A.M.; MARTÍN, A. (eds.) (2006): *La colonia grega de Rhode (Roses, Alt Empordà)*. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Gerona.
- PY, M. et alii (1993): "Céramique attique à figures rouges", *Lattara* 6: 103-116.
- PYNTCHMAN, T. (2009): "Reflections on power and the post-colonial context: tales from the field", en *Method and theory in the study of religion* 21: 66-72.
- QUESADA, F. (1989): "Consideraciones sobre el uso del armamento ibérico para la delimitación de unidades geopolíticas", *AE* 13: 111-120.
- (1989 a): *Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de El Cabecico del Tesoro (Murcia, España)*. Archaeopress, Oxford.

- (1989 b): “Sobre la cronología de la destrucción escultórica en la necrópolis de «El Cabecico del Tesoro» (Verdolay, Murcia)”, *BAEAA* 26: 19-24.
- (1990): “Falcatas ibéricas con damasquinados en plata”, *Verdolay* 2: 45-59.
- (1990 a): “Armamento de supuesta procedencia meseteña en las necrópolis ibéricas de Murcia”, en F. Burillo (ed.), *Necrópolis celtibéricas*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 231-240.
- (1992): *Arma y símbolo: la falcata ibérica*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante.
- (1992 a): “El casco de Almaciles (Granada) y la cuestión de los cascos de tipo «Montefortino» en la Península Ibérica”, *Verdolay* 4: 65-73.
- (1993): “Soliferrea de la Edad del Hierro en la Península Ibérica”, *TP* 50: 159-183.
- (1994): “Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado”, en D. Vaquerizo (coord.), *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica*. Diputación Provincial, Córdoba: 191-246.
- (1994 a): “Riqueza y jerarquización social en necrópolis ibéricas: los ajuares”, en J. Mangas y J. Alvar (eds.), *Homenaje a José María Blázquez* 2. Ediciones Clásicas, Madrid: 447-466.
- (1994 b): “Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la cultura ibérica (V-II a.C.)”, *Verdolay* 6: 99-124.
- (1995): “Vino y guerreros: banquete, valores aristocráticos y alcohol en Iberia”, en S. Celestino (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Jerez-Sherry y Manzanilla Sanlúcar de Barrameda, Jerez: 271-296.
- (1997): “Monumentos y ornamentos: arte y poder en la cultura ibérica”, en A.J. Domínguez; C. Sánchez (eds.), *Arte y poder en el mundo antiguo*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 203-248.
- (1997 a): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura ibérica (siglos VII-I a.C.)*. Monique Mergoïl, Montagnac.
- (1997 b): “De armas de guerra a vehículos al Más Allá: el carro ligero”, en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ministerio de Defensa, Madrid: 157-164.
- (1997 c): “¿Jinetes o caballeros? En torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro peninsular”, en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ministerio de Defensa, Madrid: 185-194.
- (1998): “From quality to quantity: wealth, status and prestige in the Iberian Iron Age”, en D. Bailey (ed.), *The archaeology of value. Essays on prestige and the processes of valuation*. Archaeopress, Oxford: 70-96.
- (1998 a): “Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera «caballería» en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptuales diferentes”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 169-183.
- (1998 b): “El guerrero y sus armas”, *BAEAA* 38: 187-218.
- (1998 c): “Armas para los muertos”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 125-131.
- (2001): “En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos”, *Gladius* 21: 145-154.
- (2002): “La evolución de la panoplia. Modos de combate y tácticas de los iberos”, en P. Moret y F. Quesada (eds.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a.C.)*. Casa de Velázquez, Madrid: 35-64.
- (2002-2003): “Mirando el mundo desde lo alto: espuelas y otros elementos asociados al caballo en el poblado de La Serreta de Alcoi”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 11-12: 85-100.

- (2002-2003 a): “Un elemento de bocado de caballo de tradición orientalizante en el Museo Arqueológico de Murcia”, *BAEAA* 42: 231-242.
 - (2003): “El caballo en la antigua Iberia”, en F. Quesada y M. Zamora (eds.), *El caballo en la antigua Iberia*. Real Academia de la Historia, Madrid: 9-19.
 - (2003 a): “La guerra en las comunidades ibéricas (237-195 a.C.): un modelo interpretativo”, en Á. Morillo, F. Cadiou y D. Houcade (eds.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Universidad de León, León: 101-156.
 - (2004): “Armamento indígena y romano republicano en Iberia (ss. III-I a.C.). Compatibilidad y abastecimiento de las legiones republicanas en campaña”, en *II Congreso de Arqueología Militar Romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*. Universidad de León, León: 75-96.
 - (2005): “De guerreros a soldados. El ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico”, en *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX JAF-P*. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Ibiza: 129-161.
 - (2007): “Asedio, sitio, asalto... Aspectos prácticos de la poliorcética en Iberia prerromana”, en L. Berrocal; P. Moret (eds.), *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro: las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Real Academia de la Historia, Madrid: 75-98.
 - (2009): “La guerra en la Cultura Ibérica”, en M. Almagro (coord.), *Historia militar de España. Prehistoria y Antigüedad*. Ministerio de Defensa, Madrid: 111-130.
 - (2009 a): “Los mercenarios hispanos”, en M. Almagro (coord.), *Historia militar de España. Prehistoria y Antigüedad*. Ministerio de Defensa, Madrid: 165-173.
 - (2010): “Las armas de la sepultura 155 de la necrópolis de Baza”, en T. Chapa; I. Izquierdo (coords.), *La Dama de Baza: un viaje femenino al Más Allá*. Ministerio de Cultura, Madrid: 149-169.
 - (2010 a): “Las armas en los poblados ibéricos: teoría, método y resultados”, *Gladius* 30: 17-42.
 - (2011): “El armamento en un poblado ibérico del siglo IV a.C. Una oportunidad excepcional”, en H. Bonet y J. Vives-Ferrándiz (eds.), *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de València, Valencia: 196-219.
- QUESADA, F.; TORTAJADA, M. (1999): “Caballos en arcilla de la Segunda Edad del Hierro en la Península Ibérica”, *CuPAUAM* 25 (2): 9-53.
- QUESADA, F.; ZAMORA, M. (eds.) (2003): *El caballo en la antigua Iberia*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- QUESADA, F. et alii (2000): “¿Artesanos itinerantes en el mundo ibérico? Sobre técnicas y estilos decorativos, especialistas y territorio”, en C. Mata; G. Pérez Jordà (eds.), *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric*. *Saguntum* Extra 3: 291-301.
- RADA, J.D. (1875): *Antigüedades del Cerro de los Santos, en el término de Montealegre*. Fortanet, Madrid.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*. De Gruyter, Berlín.
- RAFEL, N. (1985): “El ritual d'enterrament ibèric. Un assaig de reconstrucció”, en *Fonaments* 5: 13-31.
- RAGA, M. (1995): “El poblado ibérico de «La Covalta» (Albaida, Valencia y Agres, Alicante): estudio de las cerámicas ibéricas y su aportación a la problemática de su cronología”, *Saguntum* 29: 113-122.
- RAMALLO, S.F. (1992): “El santuario de época tardorrepublicana de La Encarnación, Caravaca, Murcia”, *Cuadernos de Arquitectura Romana* 1: 39-65.
- (1993): “La monumentalización de los santuarios ibéricos en época tardo-republicana”, *Ostraka* 2 (1): 117-144.

- (1996): “Comercio y tráfico marítimo en la Península Ibérica”, en S. Ramallo (coord.), *Comercio y tráfico marítimo en la Antigüedad*. Universidad de Murcia, Murcia: 37-54.
 - (2000): “La realidad arqueológica de la «influencia» púnica en el desarrollo de los santuarios ibéricos del sureste de la Península Ibérica”, en *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas. XIV JAF-P*. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Ibiza: 185-217.
 - (2003): “Carthago Nova. Arqueología y epigrafía de la muralla urbana”, en Á. Morillo, F. Cadiou y D. Hourcade (coords.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*. Universidad de León, León: 325-362.
 - (2006): “Carthago Nova: urbs opulentissima ómnium in Hispania”, en L. Abad, S. Keay y S. Ramallo (eds.), *Early roman towns in Hispania Tarraconensis. JRA, Suppl. Series 62*. Portsmouth: 91-104.
- RAMALLO, S.F.; ARANA R. (1993): “Terracotas arquitectónicas del santuario de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)”, *AEA* 66: 71-98.
- RAMALLO, S.F.; BROTONS, F. (1997): “El santuario ibérico de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)”, *QPAC* 18: 257-268.
- (1999): “El santuario ibérico del Cerro de los Santos”, en J.J. Blázquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 169-175.
- RAMALLO, S.F.; MARTÍNEZ, M. (2010): “El puerto de Carthago Nova: eje de vertebración de la actividad comercial en el sureste de la Península Ibérica”, *Bolletino di Archeologia on line* 1 (vol. speciale B): 141-158.
- RAMALLO, S.F.; NOGUERA, J.M.; BROTONS, F. (1998): “El Cerro de los Santos y la monumentalización de los santuarios ibéricos tardíos”, *REIb* 3: 11-69.
- RAMÍREZ, J.L. (1982): “Las creencias religiosas, pervivencia última de las civilizaciones prerromanas en la Península Ibérica”, en *La religión romana en Hispania*. Ministerio de Cultura, Madrid: 223-252.
- RAMÓN SÁNCHEZ, J.J. (2002): “El hallazgo de moneda hispano-cartaginesa de La Escuera (Alicante)”, en *X CNN*, Zaragoza: 243-253.
- RAMÓN TORRES, J. (2008): “El comercio púnico en Occidente en época tardorrepública (siglos –II/-I). Una perspectiva actual según el tráfico de productos envasados en ánforas”, en J. Uroz; J.M. Noguera; F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*. Tabularium, Murcia: 67-100.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R. (1975): *La ciudad romana de Ilici: estudio arqueológico*. Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante.
- (1982): “Precisiones para la clasificación de la cerámica ibérica”, *Lucentum* 1: 117-133.
 - (1985): “Excavaciones Arqueológicas en el Parque de Elche”, *Poblad* 11 (7), s/p.
 - (1986): “Parque de Elche”, en *Arqueología en Alicante (1976-1986)*. Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante: 130-133.
 - (1987): “Iconografía funeraria en algunas cerámicas ibéricas de La Alcudia”, *AEA* 60: 231-236.
 - (1988): “Simbolismo de la esfinge de Elche”, *APL* 18: 367-385.
 - (1989): “Vestigios de un posible monumento funerario ibérico en el Parque de Elche”, en *XIX CNA* 1, Zaragoza: 507-515.
 - (1989-1990): “Ritos de tránsito: sus representaciones en la cerámica ibérica”, *AnMurcia* 5-6: 101-109.
 - (1991-1992): “Los templos ibéricos de La Alcudia de Elche”, *AnMurcia* 7-8: 87-95.
 - (1992): “La crátera iberorromana de La Alcudia”, en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial, Valencia: 175-189.

- (1994): “Novedades escultórico-arquitectónicas en La Alcudia”, *REIb* 1: 107-114.
 - (1995): *El templo ibérico de La Alcudia. La Dama de Elche*. Ayuntamiento de Elche, Elche.
 - (1995 a): “La expresión iconográfica en la cerámica ibérica de Elche”, en *XXIII CNA* 1. Elche: 283-298.
 - (1997): “Vestigios culturales en el templo ibérico de La Alcudia (Elche, Alicante)”, *QPAC* 18: 211-227.
 - (2000): “La cierva de la cerámica ibérica de La Alcudia”, en *Scripta in Honorem Enrique A. Llobregat Conesa* 1. Consell Valencià de Cultura, Alicante: 357-362.
 - (2011): “El monumento ibérico de La Alcudia de Elche”, en J.J. Blánquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 409-420.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R.; RAMOS MOLINA, A. (1992): *El monumento y témenos ibéricos del Parque de Elche*. Ajuntament d’Elx, Elche.
- (2004): “La escultura ibérica de la Alcudia”, en *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*. Ministerio de Cultura, Madrid: 133-144.
- RAMOS FOLQUÉS, A. (1956): “Memoria de las excavaciones practicadas en la Alcudia, Elche (Alicante). Campañas 1949-50, 51 y 52”, *NAH* 3-4: 102-113.
- (1961): “Los jinetes con lanza en la cerámica pintada de la Alcudia”, en *VI CNA*. Zaragoza: 170-173.
 - (1966): “Fragmento de escultura ibérica de Elche”, *APL* 10: 149-153.
 - (1968): “El nivel ibero-púnico de la Alcudia de Elche (Alicante)”, *REL* 34: 363-386.
 - (1975): “Un mosaico helenístico en la Alcudia de Elche”, *APL* 14: 69-81.
- RAMOS LOSCERTALES, J.M. (1948): “Hospicio y clientela en la España céltica”, *Revista Emérita* 10 (1): 308-337.
- RAMOS MOLINA, A. (1991-1992): “Relieve zoomorfo ibérico con elemento arquitectónico”, *AnMurcia* 7-8: 97-102.
- (1997): “La dama entronizada de la Alcudia. La otra dama de Elche”, en *XXIV CNA* 3. Cartagena: 203-206.
 - (2000): *La escultura ibérica en el bajo Vinalopó y el bajo Segura*. Ajuntament d’Elx, Elche.
- RASCHIERI, A.A. (2013): “Verità e falsificazione nella *Geografia* di Strabone”, en C. Bonnet, A. Grand-Clement y P. Payen (coords.), *Entre le vrai et le faux. Approches discursives et stratégies de pouvoir dans l’Antiquité*. Pallas 91: 73-83.
- REIG, C. (2000): “El armamento de la necrópolis ibérica de La Serreta de Alcoi (Alicante, España)”, *Gladius* 20: 75-117.
- RENFREW, C. (1975): “Trade as action at a distance: questions of integration and communication”, en J.A. Sabloff y C.C. Lamberg-Karlovsky (eds.), *Ancient civilization and trade*. University of New Mexico Press, Albuquerque: 3-59.
- (1982): *Towards and archaeology of mind*. Cambridge University Press, Cambridge.
 - (1985): *The archaeology of cult. The sanctuary at Phylakopi*. British School of Archaeology, Londres.
 - (1993): “Cognitive archaeology: some thoughts on the archaeology of thought”, *CAJ* 3 (2): 248-250.
 - (1994): “The archaeology of religion”, en C. Renfrew y E. Zubrow (eds.), *The ancient mind*. Cambridge University Press, Cambridge: 47-54.
 - (2004): “Towards a Theory of Material Engagement”, en E. DeMarrais; CH. Gosden; C. Renfrew (eds.), *Rethinking materiality. The engagement of mind with the material world*. McDonald Institute Monographs, Cambridge: 23-31.
- REVERTE, J.M. (1985): “La necrópolis ibérica de Pozo Moro. Estudio anatómico,

- antropológico y paleopatológico”, *TP* 42: 195-281.
- RIAÑO, J.F. (1872): “Antiquities of Yecla”, *The Atheneum* 2: 23.
- RIBELLES, J. (1978): “Una tumba ibérica en la cuenca media del Vinalopó”, *RIEA* 24: 29-33.
- RIBERA, A. (1982): *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*. Diputación Provincial, Valencia.
- RIBERA, A.; FERNÁNDEZ, A. (2000): “Las ánforas del mundo fenicio-púnico en el País Valenciano”, en M.E. Aubet; M. Barthélemy (eds.), *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* 4. Universidad de Cádiz, Cádiz: 1699-1711.
- RICHTER, G.M.A. (1961): *The Archaic gravestones of Attica*. Bristol Classical Press, Londres.
- RIPOLLÉS, P.P. (1980): *La circulación monetaria en las tierras valencianas durante la Antigüedad*. Instituto Antonio Agustín de Numismática, Barcelona.
- (2002): “La ordenación y la cronología de las emisiones”, en P.P. Ripollés y M.M. Llorens, *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*. Bancaja, Sagunto: 273-301.
 - (2002 a): “La emisión bilingüe de Saetabi”, en *X CNN*. Zaragoza: 281-288.
 - (2007): *Las acuñaciones de la ciudad ibérica de Saetabi*. Universitat de València, Valencia.
 - (2009): “El dinero en la Contestania durante los siglos V-III a.C.”, en M. Olcina; J.J. Ramón (eds.), *Huellas griegas en la Contestania ibérica*. MARQ, Alicante: 62-75.
 - (2011): “Cuando la plata se convierte en moneda: Iberia oriental”, en M.P. García-Bellido; L. Callegarin; A. Jiménez (eds.), *Barter, Money and coinage in the Ancient Mediterranean (10th-1st centuries BC)*. Anejos de AEA 58: 213-226.
- RÍSQUEZ, C.; GARCÍA LUQUE, M.A. (2007): “¿Actividades de mantenimiento en el registro funerario? El caso de las necrópolis ibéricas”, *Treballs d’Arqueologia* 13: 147-173.
- ROBERTS, B.K. (1996): *Landscapes of settlements. Prehistory to the present*. Routledge, Londres.
- ROCKMAN, M. (2003): “Knowledge and learning in the archaeology of colonization”, en M. Rockman y J. Steele (eds.), *Colonization of unfamiliar landscapes*. Routledge, Londres: 3-24.
- RODÀ, I. (1970): “Lucius Licinius Secundus, liberto de Lucius Licinius Sura”, *Pyrenae* 6: 167-185.
- (1998): “La difícil frontera entre escultura ibérica y escultura romana”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 265-273.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1946): *La fides ibérica*. Emérita, Madrid.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (ed.) (2004): *El edificio protohistórico de «La Mata» (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*. Universidad de Extremadura, Cáceres.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. et alii (2007): “La «señorialización del campo» postartésica en el Guadiana Medio: el edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su territorio”, en A. Rodríguez Díaz; I. Pavón (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*. Universidad de Extremadura, Cáceres: 45-69.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, D. (2012): *El mundo ibérico a través de su cultura material. La cerámica gris de la Oretania septentrional y sus zonas de contacto*. Ciudad Real.
- RODRÍGUEZ MORALES, J.; LUMBRERAS, M. (2010): “La calzada ibérica de “Los Malos Pasicos” (Ayora, Valencia) y la red viaria antigua en torno al Castellar de Meca”, *Lucentum* 29: 81-108.
- RODRÍGUEZ OLIVA, P. (1998): “La monumentalización en las ciudades del Sur de Hispania entre la República y el Imperio”, en J. Mangas (ed.), *Italia e Hispania en la*

- crisis de la República romana*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 313-338.
- RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2002): “La inscripción sobre escultura de Cerro de los Santos G.14.1 y los problemas de homomorfia en la escritura íbera meridional”, *Habis* 33: 203-211.
- RODRÍGUEZ SOMOLINOS, H. (1996): “The commercial transaction of the Pech Maho lead: a new interpretation”, *ZPE* 111: 74-78.
- RODRÍGUEZ TRAVER, J.A.; PÉREZ BALLESTER, J. (2005): “El poblamiento ibérico antiguo en el valle del río Cànyles (La Costera, Valencia)”, en L. Abad; F. Sala; I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 211-225.
- RODRÍGUEZ-ARIZA, M.O.; GÓMEZ CABEZA, F.; MONTES, E. (2008): “El túmulo 20 de la necrópolis ibérica de Tútugi (Galera, Granada)”, *TP* 65 (1): 169-180.
- ROLDÁN GÓMEZ, L. (1987): “La investigación arqueológica de época romana en Albacete”, *Al-Basit* 20: 37-66.
- (1988): “La romanización de la provincia de Albacete. Una aproximación a su estudio”, en *I CHC-LM* 4. Toledo: 89-96.
 - (2011): “La estatuaría ibérica: ¿una lectura artística o una lectura arqueológica?”, en J.J. Blánquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 61-88.
- ROLDÁN BERNAL, B.; MARTÍN CAMINO, M.; PÉREZ BONET, M.Á. (1995): “El yacimiento submarino del Bajo de la Campana (Cartagena, Murcia). Catálogo y estudio de los materiales arqueológicos”, en *CAM* 3: 11-61.
- ROMERO, M. (1998): “Los puertos fenicios y púnicos”, en *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos*. XI JAF-P. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Ibiza: 105-135.
- RONDA, A.; TENDERO, M. (2010): “Los materiales de época augustea en Ilici (La Alcudia, Elche)”, en V. Revilla y M. Roca (eds.), *Contextos cerámicos y cultura material de época augustea en el occidente romano*. Universitat de Barcelona, Barcelona: 322-341.
- ROPER, D.C. (1979): “The method and theory of Site Catchment Analysis: a review”, *Advances in archaeological method and theory* 2: 119-140.
- ROS, M.M. (1986-1987): “El poblado de Santa Catalina del Monte: una aproximación a la urbanística del s. VI a.C. en el ámbito territorial del eje Segura-Guadalestín”, *CuPAUAM* 13-14: 77-87.
- (1988): “Continuidad y cambio durante el siglo VI a.C. en el sureste: la realidad de un poblado indígena”, *AnMurcia* 4: 83-100.
 - (1989): *La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica*. Universidad de Murcia, Murcia.
 - (1991): “Presencia fenicia en el área murciana: los materiales de la Fase II de El Castellar de Librilla (Murcia)”, en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 3. Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma: 1197-1204.
 - (1993): “El trabajo del hierro en el poblado protohistórico de El Castellar (Murcia). I: análisis arqueológico”, en R. Arana *et alii* (eds.), *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Universidad de Murcia, Murcia: 71-109.
 - (1993 a): “Minería y metalurgia de la plata en el asentamiento protohistórico de Punta de los Gavilanes (Mazarrón, Murcia). I. Estudio arqueológico”, en R. Arana *et alii* (eds.), *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Universidad de Murcia, Murcia: 205-220.
 - (1995): “Metalurgia de la plata en el yacimiento fenio-púnico de Punta de los Gavilanes (Mazarrón, Murcia). Estudio arqueológico”, en M.H. Fantar; M. Ghaki (coords.), *III Congrès International des Études*

- Phéniciennes et Puniques 2*. Institut National du Patrimoine, Túnez: 356-362.
- ROSSELLÓ, V.M. (1991): “Valoración científica del litoral alicantino”, *Investigaciones geográficas* 9: 47-54.
- (2004): “Vivers de peix i salines al litoral valencià”, en L. de María; R. Turcetti (eds.), *Evolución paleoambiental de los puertos y fondeaderos antiguos en el Mediterráneo Occidental. El patrimonio arqueológico submarino y los puertos antiguos*. Rubbetino, Soveria Mannelli: 247-269.
- ROSSER, P.; ELAYI, J.; PÉREZ BURGOS, J.M. (2003): *El Cerro de las Balsas y el Chinchorro: una aproximación a la arqueología del poblamiento prehistórico e ibérico de la Albufereta de Alicante*. Ayuntamiento de Alicante, Alicante.
- ROSSER, P.; FUENTES, C. (2007): *Tossal de les Basses. Seis mil años de historia de Alicante*. Ayuntamiento de Alicante, Alicante.
- ROSSER, P.; PÉREZ BURGOS, J.M. (2003): “La zona periurbana del poblado. La pista de circulación, el horno cerámico y la necrópolis de incineración”, en P. Rosser; J. Elayi; J.M. Pérez Burgos, *El Cerro de las Balsas y el Chinchorro: una aproximación a la arqueología del poblamiento prehistórico e ibérico de la Albufereta de Alicante*. Ayuntamiento de Alicante, Alicante: 177-194.
- ROUILLARD, P. (1976): “Fragmentos de cerámica griega arcaica en la antigua Contestania”, en *RIEA* 18:7-16.
- (1982): “Les colonies grecques du Sud-Est de la Péninsule Ibérique. État de la question”, *Parola del Passato* 37: 417-431.
 - (1982 a): “Les fortifications préromaines de l’aire ibérique”, en P. Leriche y H. Tréziny (eds.), *La fortification dans l’histoire du monde grec*. CNRS, París: 213-219.
 - (1986): “Tombe, sculpture et durée chez les ibères”, *REA* 88: 339-349.
 - (1987): “Urbanisme et vie publique dans l’Espagne préromaine VIe-IVe s. av. J.C.”, en *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Casa de Velázquez, Madrid: 35-41.
 - (1988): “Les colonies grecques de la Péninsule Ibérique: leur mode de fonctionnement et leur rôle”, en G. Pereira (ed.), *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago: 111-117.
 - (1991): *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIIIe au VIe siècle avant Jésus-Christ*. Centre Pierre Paris, París.
 - (1993): “Le vase grec à Cabezo Lucero”, en C. Aranegui et alii, *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero*. Casa de Velázquez, Madrid-Alicante: 87-94.
 - (1994): “L’usage des vases grecs chez les ibères”, *HA* 13 (1): 263-274.
 - (1995-1996): “Un base archaïque de Ionie du Nord a La Luz (Murcie, Espagne)”, *AnMurcia* 11-12: 91-94.
 - (1996): “Les emporia dans la Méditerranée Occidentale aux époques archaïque et classique”, en *Les grecs et l’Occident*. École Française de Rome, Roma: 95-108.
 - (1999): “Entre Marseille et Huelva”, en *La colonisation grecque en Méditerranée occidentale*. École Française de Rome, Roma: 83-92.
 - (1999 a): “Le base attique: de sa récolte à sa cartographie”, en M.-C. Villanueva et alii (coords.), *Céramique et peinture grecques. Modes d’emploi*. La documentation française, París: 331-336.
 - (1999 b): “Arthur Engel, Pierre Paris y los primeros pasos en los estudios ibéricos”, en J.J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 25-32.
 - (2001): “Les céramiques de Grèce de l’Est dans le sud-est de la Péninsule Ibérique : nouveaux éléments”, en *Ceràmiques jònies d’època arcaica: centres de producció i*

- comercialització al Mediterrani Occidental. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Barcelona: 225-231.
- (2008): "Recherches archéologiques dans la province d'Alicante. La Malladeta (Villajoyosa) et El Ferriol (Elche)", *Mélanges de la Casa de Velázquez* 38 (1): 341-352.
 - (2009): "Greeks and the Iberian Peninsula: forms of Exchange and settlements", en M. Dietler; C. López-Ruiz (eds.), *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and indigenous relations*. The University of Chicago Press, Chicago: 131-151.
 - (2009 a): "El vaso griego y la Contestania", en M. Olcina; J.J. Ramón (eds.), *Huellas griegas en la Contestania ibérica*. MARQ, Alicante: 42-51.
- ROUILLARD, P.; ESPINOSA, A.; MORATALLA, J. (2014): *Villajoyosa antique (Alicante, Espagne). Territoire et topographie. Le sanctuaire de La Malladeta*. Casa de Velázquez, Madrid.
- ROUILLARD, P.; GAILLED RAT, É; SALA, F. (2007): *L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIIIe – fin VIe siècle av. J.-C.* Casa de Velázquez, Madrid.
- ROUILLARD, P.; MORATALLA, J.; ESPINOSA, A. (2011): "El Tossal de la Malladeta. Las excavaciones hispano-francesas (2005-2011)", en *La Vila Joiosa. Arqueologia i Museu*. MARQ, Alicante: 118-131.
- ROUILLARD, P.; MORET, P. (2012): "Diasporas grecques: le cas de la Péninsule Ibérique", en S. Bouffier (dir.), *Les diasporas grecques du détroit de Gibraltar à l'Indus (VIIIe s. av. J.-C. à la fin du IIIe s. av. J.-C.)*. Sedes, París: 149-160.
- ROVIRA HORTALÀ, M.C. (2000): "Los talleres de herrero en el mundo ibérico: aspectos técnicos y sociales", en C. Mata; G. Pérez Jordá (eds.), *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric. Saguntum Extra* 3: 265-270.
- ROVIRA LLORENS, S. (1993): "La metalurgia de la Edad del Hierro en la Península Ibérica: una síntesis introductoria", en R. Arana et alii (eds.), *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Universidad de Murcia, Murcia: 45-70.
- ROWLANDS, M. (1993): "The role of memory in the transmission of culture", *WA* 25 (2): 141-151.
- (2004): "The materiality of sacred power", en E. Demarrais, Ch. Gosden y C. Renfrew (eds.), *Rethinking materiality. The engagement of mind with the material world*. McDonald Institute Monographs, Cambridge: 197-203.
- RUANO, E. (1987): "Primera gran destrucción escultórica en el mundo ibérico", *BAEAA* 23: 58-62.
- (1987 a): *La escultura humana de piedra en el mundo ibérico*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
 - (1988): "El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete): una nueva interpretación del santuario", *CuPAUAM* 15: 253-273.
 - (1990): "Algunos fragmentos escultóricos poco conocidos procedentes del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)", *Verdolay* 2: 173-178.
 - (1990 a): "Materiales escultóricos ibéricos procedentes del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete): estado de la cuestión", *BAEAA* 29: 37-47.
 - (1994): "El amor y el matrimonio entre los iberos", *ETF, Serie II* 7: 141-163.
- RUANO, E.; SAN NICOLÁS, M. (1990): "Exvotos ibéricos procedentes de La Encarnación (Caravaca, Murcia)", *Verdolay* 2: 101-107.
- RUBIO, F. (1986): *La necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante (Valencia, España)*. Academia de Cultura Valenciana, Valencia.
- RUBY, P. (2006): "Peuples, fictions? Ethnité, identité ethnique et sociétés anciennes", en F. Polignac y P. Schmitt-Pantel (coords.), *L'individu et la communauté. Regards sur les*

- identités en Grèce Ancienne. REA* 108 (1): 25-60.
- RUEDA, C. (2007): “La mujer sacralizada. La presencia de la mujer en los santuarios: lectura desde los exvotos figurativos en bronce ibéricos”, *Complutum* 18: 227-236.
- (2011): *Territorio, culto e iconografía en los santuarios ibéricos del Alto Guadalquivir (ss. IVa.C.-I d.C.)*. Universidad de Jaén, Jaén.
 - (2012): *Exvotos ibéricos 2. El instituto Gómez-Moreno, Fundación Rodríguez-Acosta (Granada)*. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén.
- RUEDA, C.; OLMOS, R. (2010): “Un exvoto ibérico con los atributos de Heracles: la memoria heroica en los santuarios”, en T. Tortosa y S. Celestino (eds), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*. Anejos de AEA 55: 37-48.
- (2012): “El desnudo en la toréutica ibérica”, en C. Rueda *Exvotos ibéricos 2. El instituto Gómez-Moreno, Fundación Rodríguez-Acosta (Granada)*. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén: 77-115.
- RUEDA, C. et alii (2005): “Romanización y sincretismo religioso en el santuario de Las Atalayuelas (Fuerte del Rey-Torre del Campo, Jaén)”, *AEA* 78: 79-96.
- RUIZ ALCALDE, D.; MARCOS, A. (2011): “Épocas orientalizante e ibérica en Villajoyosa”, en *La Vila Joiosa. Arqueologia i Museu*. MARQ, Alicante: 100-117.
- RUIZ BREMÓN, M. (1984): “Notas sobre la iconografía del león de Bienservida (Albacete)”, *Al Basit* 13: 5-12.
- (1986): “Esculturas romanas en el Cerro de los Santos”, *AEA* 59: 67-88.
 - (1987): “Cómo y por qué de un santuario ibérico: el Cerro de los Santos”, *Revista de Arqueología* 75: 38-47.
 - (1987-1988): “Esculturas del Cerro de los Santos en Valencia”, *Saguntum* 21: 331-360.
 - (1988): “El santuario del Cerro de los Santos y su interpretación religiosa”, en *I CHC-LM 3*. Ciudad Real: 385-393.
 - (1988 a): “Últimas aportaciones a la cronología del Cerro de los Santos”, en *I CHC-LM 3*. Ciudad Real: 395-402.
 - (1989): *Los exvotos del Santuario ibérico del Cerro de los Santos*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
 - (1992): “Un nuevo exvoto procedente del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)”, *Al-Basit* 31: 105-109.
 - (1994): “La sirena del «vaso de la cabalgata nupcial» de Liria y su interpretación funeraria”, *Saguntum* 27: 197-205.
- RUIZ DE ARBULO, J. (1994): “Los cernos figurados con cabeza de Coré. Nuevas propuestas en torno a su denominación”, *Saguntum* 27: 155-177.
- (1997): “Santuarios y comercio marítimo en la Península Ibérica durante la época arcaica”, *QPAC* 18: 517-536.
 - (2002-2003): “Santuarios y fortalezas. Cuestiones de indigenismo, helenización y romanización en torno a Emporion y Rhode (s. VI-I a.C.)”, *CuPAUAM* 28-29: 161-202.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1986): “Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce”, *TP* 43: 9-42.
- (1992): “La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica”, *SPAL* 1: 219-251.
 - (ed.) (1995): *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo. Complutum extra 5*. Madrid.
 - (2013): *Con el fenicio en los talones. Los inicios de la Edad del Hierro en la cuenca del Mediterráneo*. Bellaterra, Barcelona.
- RUIZ MOLINA, L. (1988): “El poblamiento romano en el área de Yecla (Murcia)”, *Antigüedad y Cristianismo* 5: 565-598.

- (1991-1992): “La cueva-santuario ibérica del Cerro del Castillo. Yecla (Murcia)”, *AnMurcia* 7-8: 83-86.
 - (1999): “Consideraciones sobre el contexto material del arte rupestre en la región de Murcia. El monte Arabí de Yecla (Murcia)”, *Yakka* 9: 26-32.
 - (2005): “Azorín, Lasalde y la arqueología: El Cerro de los Santos y la misteriosa Elo”, *Verdolay* 9: 195-214.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1977): “Las clases dominantes en la formación social ibérica del sur de la Península Ibérica”, *Memorias de Historia Antigua* 1: 141-150.
- (1978): “Los pueblos ibéricos del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición”, *Cuadernos de la Universidad de Granada* 3: 255-284.
 - (1996): “Desarrollo y consolidación de la ideología aristocrática entre los iberos del Sur”, en R. Olmos y J.A. Santos (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 61-71.
 - (1998): “Los iberos y su espacio”, en C. Aranegui (ed.), *Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa, Barcelona: 77-89.
 - (2000): “El concepto de clientela en la sociedad de los príncipes”, en MATA, C.; PÉREZ JORDÀ, G. (eds.), *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric. Saguntum Extra* 3:11-20.
 - (2001): “El modelo político del pago en el Alto Guadalquivir (s. IV-III a.n.e.)”, en A. Martín y R. Plana (dirs.), *Territori polític i territori rural durant l’Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental*. Museu d’Arqueologia de Catalunya, Ullastret: 11-22.
 - (2009): “Identidad social y príncipes: el caso ibero del Alto Guadalquivir”, *AE* 27: 113-129.
 - (2011): “Conceptos y contextos para la exposición de los conjuntos de «El Pajarillo» y «Cerrillo Blanco»”, en J.J. Blánquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*. Museo Arqueológico Regional, Madrid: 393-408.
 - (2013): “Oppida, lineages and heroes in the society of princess: the Iberians of the Upper Guadalquivir”, en M.C. Berrocal, L. García Sanjuán y A. Gilman (coords.), *The prehistory of Iberia: debating early social stratification and the State*. Routledge, Londres.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; CHAPA, T.; RUIZ ZAPATERO, G. (1988): “La arqueología contextual: una revisión crítica”, *TP* 45: 11-17.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M. (1979): “Algunas consideraciones para la reconstrucción de las relaciones sociales en los sectores dominantes de la producción económica ibera (agricultura y minería)”, *Memorias de Historia Antigua* 3: 147-155.
- (1988): “Tribus y ciudades: planteamiento de un sistema de contradicciones en la estructura del estado de los pueblos ibéricos del sur de la Península Ibérica”, *Studia Historica. Historia Antigua* 6: 53-60.
 - (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Crítica, Barcelona.
 - (2007): *Iberos en Jaén*. Universidad de Jaén, Jaén.
 - (2009): “Identidad y territorio entre los iberos del Alto Guadalquivir”, en F. Wulff y M. Álvarez (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*. Universidad de Sevilla, Málaga-Sevilla: 133-164.
 - (2012): “Limits, frontiers and boundaries among the Iberians of the Guadalquivir Valley (eight century BC – fourth century BC)”, en G. Cifani y S. Stoddart (eds.), *Landscape, ethnicity and identity in the Archaic Mediterranean area*. Oxbow, Oxford: 207-227.
 - (2013): “Oppida, lineages, and heroes in the society of princes. The Iberians of the Upper Guadalquivir”, en M.C. Berrocal, L. García Sanjuán y A. Gilman Guillén (eds.), *The*

- prehistory of Iberia: debating early social stratification and the State*. Routledge, Londres: 357-377.
- RUIZ RODRÍGUEZ A.; RÍSQUEZ, C.; HORNOS, F. (1991): "Las necrópolis ibéricas en la Alta Andalucía", en J.J. Blánquez y V. Antona (eds.), *Congreso de Arqueología Ibérica: las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 397-430.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; RUEDA, C.; MOLINOS, M. (2010): "Santuarios y territorios iberos en el Alto Guadalquivir", en T. Tortosa y S. Celestino (eds), *Debate en torno a la religión protohistórica*. Anejos de AEA 55. Madrid: 65-81.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; SÁNCHEZ VIZCAÍNO, A. (2003): "La cultura de los espacios y los animales entre los príncipes iberos del sur", en T. Tortosa y J.A. Santos (eds.), *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*. L'Erma di Bretschneider, Roma: 137-154.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2009): "Etnicidad protohistórica y arqueología: límites y posibilidades", *AE* 27: 13-27.
- RUIZ ZAPATERO, G.; CHAPA, T. (1990): "La arqueología de la muerte: perspectivas teórico-metodológicas", en F. Burillo (coord.), *Necrópolis celtibéricas*. Instituto Fernando el Católico, Zaragoza: 357-370.
- SABBATUCCI, D. (1984): *Lo stato come conquista culturale*. Bulzoni, Roma [Roma, 1975].
- SACKETT, J.R. (1990): "Style and ethnicity in archaeology: the case for isochrestism", en M.W. Conkey y H. Hastorf (eds.), *The uses of style in archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge: 32-43.
- SÁEZ, A.M. (2009): "El templo de Melqart de Gadir: hito religioso-económico y marítimo. Consideraciones sobre su relación con la industria conservera", en P. Mateos et alii (eds.), *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental*. Anejos de AEA 45: 115-130.
- SAINT CROIX, G.E.M. (1988): *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Crítica, Barcelona [Londres, 1981].
- SALA, F. (1994): "La cerámica de importación de los siglos VI-IV a.C. en Alicante y su repercusión en el mundo indígena", en *HA* 13 (1): 275-296.
- (1995): *La cultura ibérica de las comarcas meridionales de la Contestania entre los siglos VI y III a.C. Una propuesta de evolución*. Institut de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante.
 - (1996): "Algunas reflexiones sobre la fase antigua de la Contestania ibérica: de la tradición orientalizante al período clásico", *AAC* 7: 9-32.
 - (1997): "Consideraciones en torno a la cerámica ibérica del s. V a.C. en las comarcas meridionales de Alicante", *Recerques del Museu d'Alcoi* 6: 109-116.
 - (1998): "Los problemas de caracterización del siglo III a.C. en yacimientos de la Contestania", en J.R. Torres et alii (eds.), *Les façies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C. i la primera meitat del segle II a.C.* *Arqueo Mediterrània* 4: 29-48.
 - (2001-2002): "Para una revisión de las relaciones púnicas con la costa ibérica alicantina: nuevas perspectivas sobre algunos viejos problemas", *AnMurcia* 16-17: 283-300.
 - (2004): "La influencia del mundo fenicio y púnico en las sociedades autóctonas del Sureste peninsular", en B. Costa; J.H. Fernández (eds.), *Colonialismo e interacción cultural. El impacto fenicio púnico en las sociedades autóctonas de Occidente*. XVIII JAF-P. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Ibiza: 57-102.
 - (2004 a): "Las cerámicas", en *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*. Ministerio de Cultura, Madrid: 181-188.
 - (2005): "Consideraciones en torno a la arquitectura y al urbanismo de la Contestania ibérica", en L. Abad, F. Sala, I.

- Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 119-146.
- (2005 a): “La cultura ibérica en el Museo Arqueológico Municipal de Villena”, en *Villena. Arqueología y museo*. MARQ, Alicante: 42-65.
 - (2006): “Les fortificacions a la Contestània: entre la representació social i la defensa del territori”, en A. Oliver (coord.), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*. Sociedad Castellonense de Cultura, Castellón de la Plana: 123-165.
 - (2007): “Algunas reflexiones a propósito de la escultura ibérica de la Contestania y su entorno”, en L. Abad; J.A. Soler (eds.), *Arte ibérico en la España mediterránea*. Universidad de Alicante, Alicante: 51-82.
 - (2010): “Nuevas perspectivas sobre las relaciones púnicas con la costa ibérica del Sureste peninsular”, *Mainake* 32 (2): 933-950.
 - (2012): “El litoral de la *Contestania* ibérica ante la conquista romana: una cuestión de confines en el sureste de Hispania”, en F. Prados; I. García; G. Bernard (eds.), *Confines. El extremo del mundo durante la Antigüedad*. Universidad de Alicante, Alicante: 213-226.
 - (2012 a): “Los espacios periurbanos en el área ibérica contestana: novedades y algunas reflexiones históricas”, en M.C. Belarte; R. Plana (eds.), *El paisatge periurbà a la Mediterrània occidental durant la protohistòria i l'antiguitat*. ICAC, Tarragona: 199-214.
- SALA, F.; BAYO, S.; MORATALLA, J. (2013): “Dianium, Sertorio y los piratas cilicios. Conquista y romanización de la Contestania ibérica”, en A. Álvarez-Ossorio; E. Ferrer; E. García Vargas (coords.), *Piratería y seguridad marítima en el Mediterráneo Antiguo*. SPAL monografías 17, Universidad de Sevilla, Sevilla: 187-209.
- SALA, F.; HERNÁNDEZ, L. (1998): “La necrópolis de El Puntal (Salinas, Alicante): aspectos funerarios ibéricos del s. IV a.C. en el corredor del Vinalopó”, *QPAC* 19: 221-267.
- SALA, F.; LÓPEZ PRECIOSO, J.L. (1995): “El poblado ibérico de Los Almadenes”, en J. Blánquez; L. Roldán (eds.), *El mundo ibérico, una nueva imagen en los albores del año 2000*. Imágenes y Palabras, Toledo: 186-191.
- (2000): “Los Almadenes (Hellín, Albacete), un poblado orientalizador en la desembocadura del río Mundo”, en M.E. Aubet; M. Barthélemy (eds.), *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* 1. Universidad de Cádiz, Cádiz: 1885-1894.
- SALA, F. *et alii* (1997): “Funcionalidad y vida cotidiana en el poblado ibérico de El Puntal (Salinas, Alicante)”, en M.C. Rico *et alii* (coords.), *Agua y territorio. I Congreso de Estudios del Vinalopó*. Centre d'Estudis Locals de Petrer, Petrer: 189-213.
- SALIDO, P.J. (2009): “Transformación y evolución de los sistemas de almacenamiento y conservación de los excedentes agrícolas desde la Edad del Hierro a la época romana en la Península Ibérica”, en R. García Huerta; D. Rodríguez (eds.), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca: 103-116.
- SALINAS, M. (1994): “Sobre las fundaciones de héroes griegos en Iberia en el libro III de la *Geografía* de Estrabón”, en *Homenaje al profesor Presedo*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 203-215.
- SALVADOR, J.A. (2008): “El *oppidum* de Molata de Casa Vieja – *Arkilakis* (Puebla de Don Fadrique, Granada)”, en A.M. Adroher y J.J. Blánquez (eds.), *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 335-349.
- SAN NICOLÁS, M.P. (1983): “Figura fálica orientalizador procedente de Cartagena”, en *XVI CNA*. Zaragoza: 471-478.
- (1987): “Excavación de urgencia en la necrópolis ibérica de Casas Nieves (La

- Encarnación, Caravaca)", *Excavaciones y prospecciones* 1, Murcia: 181-182.
- (2004): "Mosaicos hispano-romanos con representaciones de murallas", en M. Khanoussi, P. Ruggeri y C. Vismara (eds.), *Ai confini dell'Impero: contatti, scambi, conflitti. L'Africa romana* 15 (1). Roma: 825-852.
- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (1987): "Ánforas masaliotas de la costa levantina. Nuevas adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional", *AEA* 60: 221-229.
- (1992): "Las copas tipo Cástulo en la Península Ibérica", *TP* 49: 327-333.
 - (1992 a): "Los griegos en España cuarenta años después", *Arqritica* 3: 22-23.
 - (1996): "Códigos de lectura en iconografía griega hallada en la Península Ibérica", en R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Linx, Madrid: 73-85.
 - (2003): "Imágenes griegas en contexto ibérico. Los griegos en España en los siglos V y IV a.C.", en F. Giudice y R. Panvini (eds.), *Il greco, il barbaro e la ceramica attica. Immaginario del diverso, processi di scambio e autorappresentazione degli indigeni* 2. L'Erma di Bretschneider, Roma: 209-218.
- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, M.J. *et alii* (1986): *Portus Illicitanus: datos para una síntesis*. Ayuntamiento de Santa Pola, Santa Pola.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Á. (1996): "La problemática de las construcciones con tierra en la prehistoria y en la protohistoria peninsular. Estado de la cuestión", en *XXIII CNA* 1. Elche: 349-358.
- (1997): "Elementos arquitectónicos de barro de un poblado protohistórico: Los Almadenes (Hellín, Albacete)", en *XXIV CNA* 3. Cartagena: 221-231.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, M.L. (1999): "El Cerro de los Santos en el siglo XIX: las excavaciones de Savirón (1871) y las adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1871-1885)", en J.J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 93-102.
- (1999 a): "El Cerro de los Santos y su eco en la prensa (1871-1963)", en J.J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 251-261.
 - (2002): *El santuario de El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). Nuevas aportaciones arqueológicas*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, J.L. (1983): "Panorama arqueológico de Socovos", en *CHA* 1, Albacete: 341-376.
- SÁNCHEZ-GÓMEZ, P. *et alii* (1995): "Aproximación a la historia reciente de la flora y vegetación en las Sierras de Segura Orientales", *Al-Basit* 36: 87-111.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. (1947): *Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete, de 1942 a 1946*. Ministerio de Educación Nacional, Madrid.
- (1949): "Tetradracma del Llano de la Consolación (Albacete)", en *IV CASE*. Cartagena: 261-266.
 - (1952): "Contribución al estudio de la cronología de la escultura ibérica", en *II CNA*. Zaragoza: 381-386.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J.L.; QUESADA, F. (1991): "La necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)", en J.J. Blánquez; V. Antona (eds.), *Congreso de arqueología ibérica: las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 349-396.
- SÁNCHEZ-MORENO, E. (2011): "Rebaños, armas, regalos. Expresión e identidad de las elites vetonas", en G. Ruiz Zapatero y J. Álvarez (eds.), *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia*. Diputación de Ávila, Ávila: 159-189.
- (2011 a): "De la resistencia a la negociación: acerca de las actitudes y capacidades de las comunidades hispanas frente al imperialismo

- romano”, en E. García Riaza (ed.), *De fronteras a provincias. Interacción e integración en Occidente (ss. III-I a.C.)*. Universitat de les Illes Balears, Palma: 97-103.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, J. (1982): *Geografía De Albacete. Factores del desarrollo económico de la provincia y su evolución más reciente*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
- SANDARS, H. (1913): “The weapons of the Iberians”, *Archaeologia* 44: 205-294.
- SANDERS, W.T.; WEBSTER, D. (1978): “Unilinealism, multilinealism, and the evolution of complex societies”, en C.L. Redman (ed.), *Social archaeology: beyond subsistence and dating*. Academic Press, Nueva York: 249-302.
- SANMARTÍ-GREGO, E. (1987): “Notas acerca de un bóvido ibérico en piedra del Museo Arqueológico de Barcelona”, *APL* 17: 261-273.
- (1990): “Emporion, port grec à vocation ibérique”, en *XXIX convegno di studi sulla Magna Grecia*. Tarento: 389-410.
 - (1992): “Nuevos datos sobre Emporion”, en F. Chaves (ed.), *Griegos en Occidente*. Universidad de Sevilla, Sevilla: 173-194.
 - (1998): “Emporion: una ciudad griega en Iberia”, en P. Cabrera; C. Sánchez (coords.), *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Ministerio de Cultura, Madrid: 110-121.
- SANMARTÍ, E.; SANTIAGO, R.-A. (1987): “Une lettre grecque sur plomb trouvée à Emporion (fouilles 1985)”, *ZPE* 68: 19-127.
- SANMARTÍ, J. (2000): “Les relations commerciales en el món ibèric”, en C. Mata y G. Pérez Jordà (eds.), *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric. Saguntum Extra* 3: 307-328.
- (2001): “La formació i desenvolupament de les societats ibèriques a Catalunya”, en *Butlletí Arqueològic* 23: 101-132.
 - (2004): “From local groups to early states: the development of complexity in protohistoric Catalonia”, *Pyrenae* 35 (1): 7-42.
- (2005): “La conformación del mundo ibérico septentrional”, *Palaeohispánica* 5: 333-360.
 - (2007): “Economía, sociedad y cambio en el nordeste de la Península Ibérica durante la Protohistoria”, en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón (coords.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*. Universidad de Extremadura, Mérida: 277-296.
 - (2009): “Colonial relations and social change in Iberia (seventh to third centuries BC)”, en M. Dietler; C. López-Ruiz (eds.), *Colonial encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and indigenous relations*. The University of Chicago Press, Chicago: 49-88.
 - (2010): “Demografía y cambio socio-cultural: el caso de la Iberia septentrional”, *AE* 28: 91-108.
- SANMARTÍ, J.; BELARTE, C. (2001): “Urbanización y desarrollo de estructuras estatales en la costa de Cataluña (siglos VII-III a.C.)”, en L. Berrocal-Rangel; PH. Gardes (eds.), *Entre celtas e iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. Real Academia de la Historia, Madrid: 161-174.
- SANTIAGO, R.-A. (1989): “Sobre una carta griega en plomo hallada en Ampurias”, en *VII Congreso Español de Estudios Clásicos* 3. Madrid: 307-314.
- (1990): “En torno a los nombres antiguos de Sagunto”, *Saguntum* 23: 123-140.
 - (1994): “Enigmas en torno a *Saguntum* y *Rhode*”, *Faventia* 16 (2): 51-64.
 - (1998): “Hemeroskopeion y la epiclesis *Hemera* para Artemis”, en *IX Congreso Español de Estudios Clásicos* 6. Ediciones Clásicas, Madrid: 225-230.
 - (2003): “Las láminas de plomo de Ampurias y Pech Maho revisitadas”, *ZPE* 144: 167-172.
- SANTOS VELASCO, J.A. (1983): “La denominada necrópolis ibérica de Orán en el Museo Arqueológico Nacional”, *TP* 40: 309-351.

- (1986): “Vivienda y distribución desigual de la riqueza en La Bastida de les Alcuses (Valencia)”, *Arqueología Espacial* 9: 339-348.
 - (1989): “Análisis sobre la transición a una sociedad estatal en la cuenca media del Segura en época ibérica (s. VI-III a.C.)”, *TP* 46: 129-147.
 - (1991): “Nuevos enfoques y perspectivas en el estudio de las necrópolis ibéricas”, en J.J. Blánquez y V. Antona (eds.), *Congreso de arqueología ibérica: las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 607-615.
 - (1992): “Territorio económico y político del sur de la Contestania ibérica”, *AEA* 65: 33-47.
 - (1992 a): “Imagen y poder en el mundo ibérico”, en R. Olmos (ed.), *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Ministerio de Cultura, Madrid: 190-193.
 - (1994): “Importaciones de barniz negro en la cuenca media del Segura”, *HA* 13 (1): 241-261.
 - (1994 a): “Reflexiones sobre la sociedad ibérica y el registro arqueológico funerario”, *AEA* 67: 63-70.
 - (1994 b): *Cambios sociales y culturales en época ibérica: el caso del sureste*. CRAN, Madrid.
 - (1994 c): “City and State in pre-Roma Spain: the example of Ilici”, *Antiquity* 68 (259): 289-299.
 - (1996): “Sociedad ibérica y cultura aristocrática a través de la imagen”, en R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Linx, Madrid: 115-130.
 - (1998): “Los iberos: entre la consolidación de las elites y el surgimiento del Estado”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 399-404.
 - (1999): “Les origines de l’État dans le sud-est de la Péninsule Ibérique à l’époque pré-romaine”, en P. Ruby (dir.), *Les princes de la Protohistoire et l’émergence de l’état*. Centre Jean Bérard, Nápoles-Roma: 107-114.
 - (2003): “La función de la imagen entre los iberos”, en T. Tortosa y J.A. Santos (eds.), *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*. L’Erma di Bretschneider, Roma: 155-165.
 - (2004): “Iconografía y cambio social: la imabén ibérica en Elche y su entorno”, en T. Tortosa (coord.), *El yacimiento de la Alcludia: pasado y presente de un enclave ibérico*. Anejos de AEA 30: 223-244.
- SANTOS VELASCO, J.A.; TORTOSA, T. (1996): “Las cerámicas ibéricas pintadas de Elche y Archena en las colecciones del Museo Arqueológico Nacional”, en *XXIII CNA* 1. Elche: 305-312.
- SANTOS YANGUAS, J. (1998): “Comunidades indígenas y centros urbanos en Hispania en el proceso de conquista y organización de los territorios conquistados”, en L. Hernández; L. Sagredo (eds.), *El proceso de municipalización en la Hispania romana*. Universidad de Valladolid, Valladolid: 11-38.
- SANZ, R. (1993): “El Museo y la Arqueología de Albacete”, en *Arqueología en Albacete*. Junta de Castilla-La Mancha, Toledo: 179-196.
- (1995-1996): “En torno al territorio sur-oriental de la provincia de Albacete entre los siglos II a.C. – I d.C.”, *AnMurcia* 11-12: 175-185.
 - (1997): *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
 - (1999): “Los primeros pasos de la arqueología ibérica en el ámbito albacetense”, en J.J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 65-68.
 - (2002-2003): “La red viaria antigua, los topónimos de las fuentes clásicas, y las evidencias materiales en el eje este-oeste al paso por la provincia de Albacete”, *BAEAA* 42: 345-354.

- (2007): “El arte en las comunidades ibéricas de Castilla-La Mancha”, en L. Abad; J.A. Soler (eds.), *Arte ibérico en la España mediterránea*. Universidad de Alicante, Alicante: 185-209.
 - (2008): “De la Meseta al Guadalquivir. Sobre los pueblos prerromanos del sureste de la Meseta”, en A.M. Adroher y J.J. Blánquez (eds.), *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 125-146.
- SANZ, R., BLÁNQUEZ, J.J. (2010): “Caballeros ibéricos en torno a la *Vía Hercúlea*. Una mirada sobre la escultura ibérica”, en P. Bueno et alii (eds.), *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Estudios sobre prehistoria reciente, protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a M^a Dolores Fernández Posse*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 253-278.
- SANZ, R.; LÓPEZ PRECIOSO, J.L. (1994): “Las necrópolis ibéricas de Albacete. Nuevas aportaciones al catálogo de escultura funeraria”, *REIb* 1: 203-246.
- SAVIRÓN, P. (1875): “Noticia de varias excavaciones del Cerro de los Santos, en el término de Montealegre”, *RABM* 12: 193-197.
- (1875 a): “Noticia de varias excavaciones del Cerro de los Santos, en el término de Montealegre”, *RABM* 8: 125-129.
 - (1875 b): “Noticia de varias excavaciones del Cerro de los Santos, en el término de Montealegre”, *RABM* 10: 161-164.
- SAXE, A.A. (1970): *Social dimensions of mortuary practices*. University of Michigan, Michigan.
- SCHEER, T.S. (2011): “Ways of becoming Arcadian. Arcadian foundation myths in the Mediterranean”, en E.S. Gruen (ed.), *Cultural identity in the Ancient Mediterranean*. Getty Research Institute, Los Ángeles: 11-25.
- SCHUBART, H. (1963): “Untersuchungen en der iberischen Befestigungen des Montgó bei Denia (Prov. Alicante)”, *MM* 4: 51-86.
- SCHUBART, H.; FLETCHER, D.; OLIVER, J. (1962): *Excavaciones en las fortificaciones del Montgó cerca de Denia (Alicante)*. Ministerio de Educación Nacional, Madrid.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel: mediterrane und eurasische Elemente in früheisenzeitlichen Kulturen Südwesteuropas*. W. de Gruyter, Berlín.
- SCHULTEN, A. (1947): “Meca. Una ciudad rupestre ibérica”, en *II CASE*, Albacete: 265-279.
- (1958-1961): *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
 - (1972): *Tartessos. Contribución a la historia más antigua de Occidente*. Espasa Calpe, Madrid. [Madrid 1924].
- SCOTT, J.S. (1985): *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*. Yale University Press, New Heaven.
- (1990): *Domination and the arts of resistance. Hidden transcripts*. Yale University Press, New Haven.
- SECO, I. (2010): *Piedras con alma. El betilismo en el mundo antiguo y sus manifestaciones en la Península Ibérica*. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- SEGURA HERRERO, G.; JOVER, F.J. (1995): “El toro ibérico de Sax y su contexto arqueológico: el yacimiento del Chorrillo (Sax-Petrer-Elda, Alicante)”, en *XXII CNA* 2. Vigo: 235-240.
- SEGURA MARTÍ, J.M. (2000): “Camilo Visedo y las primeras excavaciones en La Serreta de Alcoi”, en *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. El litoral mediterráneo*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 125-131.
- SELVA, A.; JORDÁN, J.M. (1988): “Notas sobre la red viaria romana en la comarca de Hellín-Tobarra (Albacete)”, en *Las vías romanas del Sureste*. Consejería de Cultura, Murcia: 85-99.

- SENENT, J.J. (1930): *Excavaciones en la necrópolis de El Molar*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid.
- (1948): “En torno a Hemeroskopeion”, en *III CASE*. Cartagena: 239-245.
- SERRANO CARRILLO, J.; MORENA, J.A. (1988): “Un relieve de baja época ibérica procedente de Torreparedones (Castro del Río – Baena, Córdoba)”, *AEA* 61: 245-248.
- SERRANO VÁREZ, D.; SERRANO SÁNCHEZ, R. (1988): “Sobre mitología ibérica”, *Al-Gezira* 4-5: 29-45.
- SERVICE, E. (1962): *Primitive social organization*. Random House, Nueva York.
- SHANKS, M. (1996): *Classical archaeology of Greece. Experiences of the discipline*. Londres.
- SHANKS, M.; TILLEY, CH. (1987): *Social theory and archaeology*. Polity, Cambridge.
- SHANKS, M.; TILLEY, CH. (1987 a): *Reconstructing archaeology. Theory and practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- SHEFTON, B.B. (1982): “Greeks and Greek import in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence”, en G. Niemeyer (ed.), *Phönizier im Westen. Madrider Beiträge* 8. Madrid: 337-370.
- (1982 a): “Discusión a M. Pellicer: las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir”, *Madrider Beiträge* 8: 403-405.
 - (1995): “Greek imports at the extremities of the Mediterranean, West and East: reflection on the case of Iberia in the fifth century BC”, en B. Cunliffe; S. Keay (eds.), *Social complexity and the development of towns in Iberia from the Copper Age to the Second Century AD. Proceedings of the British Academy* 86, Oxford: 127-155.
- SHEPHERD, G. (1995): “The pride of most colonials: burial and religion in the Sicilian colonies”, *Acta Hyperborea* 6: 51-82.
- SHERRATT, S. (2011): “Between theory, texts and archaeology: working with the shadows”, en K. Duistemaat e I. Regulski (eds.), *Intercultural contacts in the Ancient Mediterranean*. Orientalia Lovaniensia Analecta, Leuven-París-Walpole: 3-29.
- SILGO, L. (1997): “La inscripción ibérica en escritura jonia Serreta IX”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 6: 157-160.
- (2002): “Las inscripciones ibéricas de Liria”, *Arse* 36: 51-79.
 - (2002-2003): “Plomo con inscripción ibérica procedente de La Serreta (Serreta X)”, *Recerques del Museu d’Alcoi* 11-12: 185-186.
- SILLIÈRES, P. (1977): “Le Camino de Aníbal. Itineraire des gobelets de Vicarello, de Castulo a Saetabis”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 13: 31-83.
- (1982): “Une grande route romaine menant à Carthagène: la voie Saltigi-Carthago Nova”, *MM* 23: 247-257.
 - (1990): *Les voies de communication de l’Hispanie méridionale*. De Boccard, París.
 - (2003): “Paysage routier, sincrétisme religieux et culte impérial le long des voies de l’Hispanie méridionale: l’apport de la toponymie”, *Gerión* 21 (1): 265-281.
- SIMÓN, J.L. (1988): “Contribución al estudio del mundo romano en Almansa”, en *I CHC-LM* 4. Toledo: 97-105.
- (1996): “Metalurgia del Bronce Final en la Costera-Vall d’Albaida: el molde de punta de lanza de El Fossino”, *Almaig, estudis i documents* 12: 90-96.
 - (1998): *La metalurgia prehistórica valenciana*. Diputación Provincial, Valencia.
- SÎRBU, V.; SCHUSTER, CH. (eds.) (2012): *Tumuli graves – status symbol of the dead in the Bronze and Iron Ages in Europe*. Archaeopress, Oxford.
- SMALL, A.M. (2006): “Impressions of ethnic identity. Hellenistic tile stamps in South Italy”, en E. Herring et alii (eds.), *Across frontiers. Etruscans, Greeks, Phoenicians and Cypriots. Studies in honour of David Ridgway*

- and Francesca Romana Serra Ridgway. University of London, Londres: 327-337.
- SNODGRASS, A. (1988): "The archaeology of the hero", *Annali di Archeologia e Storia Antica dell'Istituto Universitario Orientale di Napoli* 10: 19-26.
- (1990): *Arqueología de Grecia. Presente y futuro de una disciplina*. Crítica, Barcelona [Londres, 1987].
- SOLER, J.M. (1966): *El oro de los tesoros de Villena*. Diputación Provincial, Valencia.
- (1992): "El poblado ibérico del Puntal de Salinas (Alicante)", en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial, Valencia: 51-72.
- SORIA, L. (1991): *Informe preliminar de la prospección realizada en Juntas río Mundo y Segura y en Elche de la Sierra*. Informe inédito, Museo de Albacete, Albacete.
- (2000): "Evidencias de producción de miel en la comarca del Júcar (Albacete) en época ibérica", en C. Mata; G. Pérez Jordà (eds.), *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric*. *Saguntum* Extra 3: 175-177.
 - (2000 a): *La cultura ibérica en la provincia de Albacete. Génesis y evolución a través del estudio del poblamiento*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca.
- SORIA, L.; DÍES, E. (1998): "Análisis de un espacio de frontera: el noroeste de la Contestania en el s. IV. Primeras aportaciones", en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 425-435.
- SORIA, L.; GARCÍA MARTÍNEZ, H. (1995): "Un conjunto funerario orientalizador en la provincia de Albacete", *Saguntum* 28: 247-250.
- (1995 a): "Nuevas aportaciones al estudio de los aribalo de fayenza. El ejemplo de tres recipientes de la provincia de Albacete", *Saguntum* 29: 65-71.
- SORIA, L.; MATA, C. (2005): "D. Isidro Ballester Tormo y las excavaciones en la necrópolis de la Casa del Monte (Valdeganga, Albacete)", en L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante, Alicante: 337-343.
- SORIANO, S.; JOVER, F.J.; LÓPEZ SEGUÍ, E. (2012): "Sobre la fase Orientalizante en las tierras meridionales valencianas: el yacimiento de Casa de Secà (Elche, Alicante) y la dinámica del poblamiento en el *Sinus Illicitanus*", *Saguntum* 44: 77-97.
- SOTO, E. (1980): "Estudio de los restos faunísticos del yacimiento del Cerro de los Santos (Albacete)", *AlBasit* 7: 110-111.
- SPARKES, A.; TALCOTT, L. (1970): *Black and plain pottery of the 6th, 5th and 4th centuries B.C.* The Athenian Agora XII, The American School of Classical Studies at Athens, Princeton.
- SPERBERG, D. (1975): "Pourquoi les animaux parfaits, les hybrides et les monstres sont-ils bons à penser symboliquement?", *L'Homme* 15 (2): 5-34.
- STANISH, CH. (2004): "The evolution of chiefdoms. An economic anthropological model", en G.M. Feinman; L.M. Nicholas (eds.), *Archaeological perspectives on political economies*. The University of Utah Press, Salt Lake City: 7-24.
- STEIN, G.J. (2002): "Colonies without colonialism: a trade diaspora model of fourth millennium B.C. Mesopotamian enclaves in Anatolia", en L. Lyons y K. Papadopoulos (eds.), *The archaeology of colonialism*. Getty Research Institute, Los Ángeles: 27-64.
- STERNBERG, M. (2008): "Pêche et exploitation des milieux aquatiques de la fin du VIII^e à la fin du VI^e siècle av. J.-C. dans la péninsule Ibérique: témoignages archéo-ichtyofauniques des sites de la Rábita de Guardamar (Alicante) et de Castillo de Doña Blanca (Cadix)", en J. Napoli (ed.), *Ressources et activités maritimes des peuples de l'antiquité*. Les Cahiers du Littoral 2 (6), Boulogne-sur-Mer: 109-116.

- STYLOW, A.U. (1992): “La Cueva Negra de Fortuna (Murcia), ¿un santuario púnico?”, en *Religio deorum*. AUSA, Sabadell: 449-460.
- STYLOW, A.U.; MAYER, M. (1996): “Los tituli de la Cueva Negra: lectura y comentarios literario y paleográfico”, *Antigüedad y cristianismo* 13: 367-406.
- STUPPIA, G.R. (2008): “I rodii e l’Iberia”, en P. Anello y J. Martínez-Pinna (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia*. Universidad de Málaga, Málaga: 67-81.
- TAINTER, J.A. (1978): *Advances in archaeological method and theory*. Academic Press, Nueva York.
- TALAVERA, J. (1998-1999): “Las destrucciones de la estatuaria ibérica en el Levante peninsular”, *Lucentum* 17-18: 117-130.
- TARRADELL, M. (1961): “Ensayo de estratigrafía comparada y de cronología de los poblados ibéricos valencianos”, *Saitabi* 11: 3-20.
- (1968): “Grafito greco-ibérico de la comarca de Alcoy sobre campaniense A”, *REL* 34: 355-362.
 - (1970): “Nuevo plomo escrito greco-ibérico de La Serreta de Alcoy (campana 1968)”, en *IX CNA*. Zaragoza: 477-482.
 - (1985): “El poblat ibèric del Tossal de la Cala de Benidorm. Notes d’excavació”, *Fonaments* 5: 113-127.
- THOLLARD, P. (1987): *Barbarie et civilization chez Strabon. Étude critique des livres III et IV de la Géographie*. Belles Lettres, París.
- THOMPSON, J.B. (1990): *Ideology and modern culture: critical theory in the era of mass communication*. Polity, Cambridge.
- TIEMBLO, A. (2002): *Iconografía del rostro frontal en la cerámica ibérica*. Antes, Madrid.
- TILLEY, CH. (1994): *A phenomenology of landscape. Places, paths and monuments*. Berg, Oxford.
- (2004): *The materiality of Stone: explorations in landscape archaeology*. Berg, Oxford.
 - (2010): *Interpreting landscapes. Geologies, topographies, identities. Explorations in landscape phenomenology* 3. Left Coast Press, Walnut Creek.
- TORELLI, M. (1994): “L’immaginario greco dell’Oltremare. La lekythos eponima del pittore della Megera, Pausania I,23,5-6 e Pitecusa”, en B. D’Agostino y G. Ridgway (eds.), *Apoikia: I più antichi insediamenti greci in Occidente: funzioni e modi dell’organizzazione politica e sociale*. *Annali di Archeologia e storia antica* 1: 117-125.
- TORTOSA, T. (1996): “Imagen y símbolo en la cerámica ibérica del Sureste”, en R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Linx, Madrid: 145-162.
- (1998): “Los grupos pictóricos en la cerámica del sureste y su vinculación al denominado estilo Elche-Archena”, en C. Aranegui (coord.), *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Fundación La Caixa, Barcelona: 207-216.
 - (2001): “La dialéctica con el más allá a través de una tumba ilicitana”, en *En el umbral del Más Allá. Una tumba ibérica d’Elx*. Ajuntament d’Elx, Elche: 29-46.
 - (2003): “Algunas reflexiones sobre la iconografía de la cerámica ibérica en época helenística”, en T. Tortosa y J.A. Santos (eds.), *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*. L’Erma di Bretschneider, Roma: 167-180.
 - (2003 a): “El «desencuentro» entre la representación del «ser híbrido» en el Mediterráneo y algunas cerámicas ibéricas”, en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos*. Ministerio de Cultura, Madrid: 293-310.
 - (2004): “De iconografía vascular ibérica”, en *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*. Ministerio de Cultura, Madrid: 175-180.
 - (2004 a): “Tipología e iconografía de la cerámica ibérica figurada en el enclave de La Alcudia (Elche, Alicante)”, en T. Tortosa (coord.), *El yacimiento de la Alcudia: pasado*

- y presente de un enclave ibérico. Anejos de AEA 30: 71-222.
- TORTOSA, T.; COMINO, A. (2013): "Observaciones sobre una nueva mirada en el contexto de los espacios sacros murcianos: el Santuario de la Luz (Verdolay, Murcia)", en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: territorio, ritualidad y memoria*. Universidad de Jaén, Jaén: 115-144.
- TREBOLLE, J. (1997): "El monoteísmo y el aniconismo bíblico en relación con la iconografía israelita y con los cultos anicónicos del mundo semítico", en S. Ausín (dir.), *De la ruina a la afirmación. El entorno del Reino de Israel en el s. VIII a.C.* Verbo Divino, Estella: 77-100.
- TRELIS, J. (1995): "Aportaciones al conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el sureste peninsular. El conjunto de moldes de El Bosch (Crevillente, Alicante)", en *XXIII CNA* 1. Elche: 185-190.
- TRELIS, J.; HERNÁNDEZ, L. (1993): "Aportaciones al estudio de la cerámica gris protohistórica: El Puntal (Crevillente, Alicante)", *Saguntum* 26: 231-237.
- TRÉZINY, H. (1982): "Les techniques grecques de fortification et leur diffusion à la périphérie du monde grec d'Occident", en P. Leriche y H. Tréziny (eds.), *La fortification dans l'histoire du monde grec*. CNRS, París: 185-200.
- TRÍAS, G. (1967): *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*. Bryant Foundation, Valencia.
- (1968): "Economía de la colonización griega", en M. Tarradell (dir.), *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Vicens Vives, Barcelona: 99-115.
 - (1987): "El Sec: la cerámica ática de figuras rojas", en P. Rouillard; M.CH. Villanueva (dirs.), *Grecs et ibères au IV siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie*. REA 89 (3-4): 21-49.
- TRILLMICH, W. (1990): "Early Iberian sculpture and «Phocaean colonization», en J.-P. Descoeudres, *Greek colonists and native populations*. Clarendon Press, Camberra: 607-611.
- TRUSZKOWSKI, E. (2006): *Étude stylistique de la sculpture du sanctuaire ibérique du Cerro de los Santos, Albacete (Espagne)*. Monique Mergoil, Montagnac.
- (2007-2008): "La tête sculptée de Torreparedones (Castro del Río, Baena, Córdoba)", *BAEAA* 45: 93-102.
- TROTTA, F. (2005): "The foundation of Greek colonies and their main features in Strabo: a portrayal lacking homogeneity?", en D. Duek, H. Lindsay y S. Potheary (eds.), *Strabo's cultural Geography. The making of a kolossourgia*. Cambridge University Press, Cambridge: 118-128.
- TUAN, Y.F. (1977): *Space and place. The perspective of experience*. Edward Arnold, Londres.
- TYLOR, E.B. (1958): *Religion in primitive culture*. Harper & Brother, Nueva York.
- URBAN, G. (2010): "Object, social relations and cultural motion", en A.A. Bauer; A.S. Agbe-Davies (eds.), *Social archaeologies of trade and exchange. Exploring relationships among people, places and things*. Left Coast Press, California: 207-225.
- URIARTE, A. (2001): *La conciencia evadida, la conciencia recuperada: diálogos en torno a la arqueología de la mente y su aplicación al registro funerario ibérico: la necrópolis de Baza*. A. Uriarte ed., Madrid.
- URIARTE, A. (2010): "Ideología y mundo funerario en la necrópolis de Baza", en T. Chapa e I. Izquierdo (coords.), *La Dama de Baza: un viaje femenino al Más Allá*. Ministerio de Cultura, Madrid: 279-293.
- UROZ RODRÍGUEZ, H. (2006): *El programa iconográfico religioso de la "Tumba del Orfebre" de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*. Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, Murcia.
- (2008): "Religión en tiempos de transición: de Iberia a Hispania. Poder, control y autoafirmación", en J. Uroz, J.M. Noguera y

- F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*. Tabularium, Murcia: 465-491.
- (2012): *Prácticas rituales, iconografía vascular y cultura material en Libisosa (Lezuza, Albacete). Nuevas aportaciones al Ibérico Final del Sudeste*. Universidad de Alicante, Alicante.
- UROZ SÁEZ, J. (1981): *Economía y sociedad en la Contestania ibérica*. Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante.
- (1999): “La agricultura ibérica del Levante en su contexto mediterráneo”, *Studia Historica. Historia Antigua* 17: 59-86.
- UROZ, J.; POVEDA, A.M. (2008): “Modelos romanos de integración territorial en el sur de Hispania Citerior”, en J. Uroz; J.M. Noguera; F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*. Tabularium, Murcia: 143-168.
- VACANTI, C. (2008): “Sagunto, «Nemesi» di Messana”, en P. Anello y J. Martínez-Pinna (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia*. Universidad de Málaga, Málaga: 171-180.
- VALENCIANO, M.C. (1997): “Una nueva valoración de un grupo escultórico en el sudeste de la Meseta. El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)”, en *XXIV CNA* 3. Cartagena: 207-220.
- (1999): “La necrópolis ibérica de El Llano de la Consolación: nuevas perspectivas en su estudio”, en P. Blázquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 161-168.
 - (2000): *El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete): revisión crítica de una necrópolis ibérica del sureste de la Meseta*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
- VALERO, M.V. (1999): “La necrópolis tumular de la Punta del Barrionuevo, Iniesta, Cuenca”, en M.V. Valero (coord.), *I Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*. Consejería de Cultura, Iniesta: 181-208.
- (2005): “El mosaico de Cerro Gil, Iniesta, Cuenca”, en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El período orientalizante*. Anejos de AEA 35 (1): 619-635.
- VALLEJO, L.E. (2012): *Los conjuntos escultóricos de Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén): procesos, técnicas y grafismos. Un ensayo perceptivo y experimental sobre la mirada de los escultores*. Universidad de Granada, Granada.
- VAN DOMMELEN, P. (1997): “Colonial constructs: colonialism and archaeology in the Mediterranean”, *WA* 28 (3): 305-323.
- (1998): *On colonial grounds. A comparative study of colonialism and rural settlement in first millennium B.C. west central Sardinia*. University of Leiden, Leiden.
 - (2002): “Ambiguous matters: colonialism and local identities in Punic Sardinia”, en L. Lyons y K. Papadopoulos (eds.), *The archaeology of colonialism*. Getty Research Institute, Los Ángeles: 121-147.
 - (2004): “Colonial interactions and hybrid practices”, en G.J. Stein (ed.), *The archaeology of colonial encounters. Comparative perspectives*. School of American Research, Santa Fe: 109-141.
 - (2006): “The Orientalizing phenomenon: hybridity and material culture in the Western Mediterranean”, en C. Riva y N.C. Vella (eds.), *Debating orientalization. Multidisciplinary approaches to change in the Ancient Mediterranean*. Equinox, Londres: 135-152.
 - (2007): “Beyond resistance: Roman power and local traditions in Punic Sardinia”, en P. Van Dommelen y T. Terrenato (eds.), *Articulating local cultures: power and identity under the expanding Roman Republic*. *JRA Suppl. series* 63: 55-69.
- VAN DOMMELEN, P.; GÓMEZ BELLARD, C. (2008): *Rural landscapes of the Punic world*. Oakville, Londres.

- VAN DOMMELEN, P.; TERRENATO, N. (2007): "Local cultures and the expanding Roma Republic", en P. Van Dommelen y T. Terrenato (eds.), *Articulating local cultures: power and identity under the expanding Roman Republic. JRA Suppl. series* 63: 7-12.
- VAN DYKE, R.M.; ALCOCK, S.E. (2003): "Archaeologies of memory: an introduction", en R.M. Van Dyke y S.E. Alcock (eds.), *Archaeologies of memory*. Blackwell, Oxford: 1-13.
- VAN EFFENTERRE, H.; RUZÉ, F. (1995): *Nomima: recueil d'inscriptions politiques et juridiques de l'archaïsme grec*. École Française de Rome, Roma.
- VAN WEES, H. (1998): "The law of gratitude: reciprocity in anthropological theory", en Chr. Gill, N. Postlethwaite y R. Seaford (eds.), *Reciprocity in Ancient Greece*. Clarendon Press, Oxford: 13-49.
- VAQUERIZO, D. (1994): "Muerte y escultura ibérica en la provincia de Córdoba. A modo de síntesis", *REIb* 1: 247-289.
- (1997): "El león, símbolo del poder", *Revista de Arqueología* 197: 18-27.
 - (2012): "De nuevo, sobre el sustrato púnico en el mundo funerario de la Bética. Reflexiones desde la incertidumbre", *SPAL* 21: 153-182.
- VAQUERO, A. (2012): "Los amuletos de la «tumba nº 5» de la necrópolis orientalizable de Les Casetes (Villajoyosa, Alicante)", *Lucentum* 31: 91-114.
- VARELA, S. (2000): "Actuaciones arquitectónicas en dos monumentos de la Antigüedad: Villajoyosa y Rojales", en *Scripta in Honorem Enrique A. Llobregat Conesa* 1. Consell Valencià de Cultura, Alicante: 295-316.
- VEGA RAMOS, M.J. (2003): *Imperios de papel. Introducción a la crítica postcolonial*. Crítica, Madrid.
- VEGA TOSCANO, G. (1993): "Excavaciones en el abrigo del Molino del Vadico (Yeste): el final del paleolítico y los inicios del neolítico en la Sierra Alta del Segura", en J.J. Blánquez, R. Sanz y M.T. Musat (coords.), *Arqueología en Albacete*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 19-34.
- VELAZA, J. (2002): "Las inscripciones monetales", en P.P. Ripollés y M.M. Llorens, *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*. Fundación Bancaja, Sagunto: 121-147.
- (2007): "Aspectos en torno a la escritura y la lengua ibérica en el Sureste de la Meseta meridional", en G. Carrasco (coord.), *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca: 271-284.
- VÉLEZ, J.; PÉREZ AVILÉS, J.J. (2010): "El oppidum ibérico del Cerro de las Cabezas. Estructuras de culto (Valdepeñas, Ciudad Real)", en T. Tortosa y S. Celestino (eds), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*. Anejos de AEA 55. Madrid: 21-36.
- VERDERAME, L. (2013): "Osservazioni a margine dei concetti di «ibrido» e «mostro» in Mesopotamia", en I. Baglioni (ed.), *Monstra. Costruzione e percezione delle entità ibride e mostruose nel Mediterraneo Antico* 1. Quasar, Roma: 161-172.
- VERDÚ, E. (2009): "El jinete y el monstruo: un oinokhóe ibérico decorado de Ifach", *Calp, Arqueología y Museo*. MARQ, Alicante: 68-83.
- (2010): "Sobre la presencia de monedas púnicas en sepulturas de la necrópolis de L'Albuferetea (Alicante)", *Mainake* 32 (1): 301-333.
 - (2014): *La necrópolis ibérica de L'Albufereta. Ritos y usos funerarios en un contexto de interacción cultural*. Tesis Doctoral de la Universidad de Alicante, Alicante.
- VERDÚ, E.; OLCINA, M. (2012): "Un fragmento de cerámica ibérica pintada del Tossal de Manises atribuido a Castillo del Río (Aspe)", *MARQ* 5: 155-164.
- VERNANT, J.-P. (1982): "La belle mort et le cadaver outragé", en G. Gnoli y J.-P. Vernant (eds.), *La mort, les morts dans les sociétés*

- anciennes*. Maison des Ciencias de l'Homme, París: 45-76.
- VICEDO, R. (1920-1922): *Historia de Alcoy y su región*. El Serpis, Alcoy.
- VICENT, J.M. (1991): "Arqueología y filosofía: la teoría crítica", *TP* 48: 29-36.
- VICO, A.P. (2002): "Una tetradracma de Panormos en Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)", en *X CNN*. Zaragoza: 231-235.
- VIDAL, J.M. (1984): "Tesorillo de denarios romano-republicanos de Nerpio (Albacete)", *Numisma* 186-191: 41-50.
- VILÀ, C. (1994): "Una propuesta metodológica para el estudio del concepto «templo» en el marco de la concepción religiosa ibérica", *Pyrenae* 25: 123-139.
- (1997): "Arquitectura templal ibérica", *QPAC* 18: 537-566.
 - (1999): "Problemática e investigación de los denominados templos ibéricos", en R. Balbín y P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular* 3. Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares: 435-440.
- VILLARONGA, L. (1973): *Las monedas hispano-cartaginesas*. Círculo Filatélico y Numismático, Barcelona.
- (1986): "Economía monetaria en la Península ibérica ante la presencia cartaginesa durante la Segunda Guerra Púnica", *Aula Orientalis* 4: 157-162.
 - (1993): *Tresors monetaris de la Península Ibèrica anteriors a August: repertori i anàlisi*. Asociación Numismática Española, Barcelona.
 - (1994): *Corpus nummularum hispaniae ante augusti aetatem*. José A. Herrero, Madrid.
- VIOLANT, R. (1953): "Un arado y otros aperos ibéricos hallados en Valencia y su supervivencia en la cultura popular española", *Zephyrus* 4: 119-130.
- VISEDO, C. (1922): *Excavaciones en el monte La Serreta, próximo a Alcoy*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid.
- (1922 a): *Excavaciones en el monte La Serreta, próximo a Alcoy (II)*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid.
 - (1923): *Excavaciones en el monte La Serreta, próximo a Alcoy (III)*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid.
 - (1929): *Prehistoria valenciana*. Societat Valenciana de Publicacions, Valencia.
 - (1934): "Algunas supervivencias mediterráneas halladas en la Serreta de Alcoy", *Tirada aparte del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecas y Arqueólogos* 2. Madrid.
 - (1935): "Una curiosa cerámica inédita de La Serreta (Alcoy) con otras noticias de hallazgos sueltos", *Anales del Centro de Cultura Valenciana* 24: 197-200.
 - (1947): "Sobre un bajo relieve que figura en el Museo de Arte de Alcoy", en *II CASE*. Albacete: 279-282.
 - (1952): "Hallazgos arqueológicos en la comarca de Alcoy", *APL* 3: 155-158.
 - (1953): "Alcoy (Alicante). La Serreta", *NAH* 3: 102-106.
 - (1959): *Alcoy, geología y prehistoria*. Ajuntament d'Alcoi, Alcoy.
- VISEDO, C.; PASCUAL, V. (1947): "Unos fragmentos cerámicos de La Serreta de Alcoy", en *Comunicaciones del S.I.P. al Primer Congreso Arqueológico del Levante*. Valencia: 57-63.
- VITA-FINZI, C. (1978): *Archaeological sites and their setting*. Thames & Hudson, Londres.
- VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2005): "Trípodes fenicios entre el Ebro y el Segura: nuevas perspectivas de estudio", en S. Celestino, J. Jiménez (eds.), *El período orientalizante*. Anejos de AEA 35 (2): 1351-1361.
- (2006): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*. Univesidad Pompeu Fabra, Barcelona.
 - (2007): "Colonial encounters and the negotiation of identities in south-east

- Iberia”, en S. Antoniadou; A. Pace (eds.), *Mediterranean crossroads*. Pierides Foundation, Atenas: 537-562.
- (2008): “Negotiating colonial encounters: hybrid practices and consumption in Eastern Iberia (8th-6th centuries BC)”, *Journal of Mediterranean Archaeology* 21 (2): 241-272.
 - (2010): “Mobility, materiality and identities in Iron Age East Iberia. On the appropriation of material culture and the question of judgement”, en P. Van Dommelen y A.B. Knapp (eds.), *Material connections in the Ancient Mediterranean. Mobility, materiality and identity*. Routledge, Londres-Nueva York: 190-209.
 - (2012): “Changing identities in a changing landscape: social dynamics of a colonial situation in Early Iron Age south-east Iberia”, en G. Cifani y S. Stoddart (eds.), *Landscape, ethnicity and identity in the Archaic Mediterranean area*. Oxbow, Oxford: 267-286.
- VOVELLE, M. (1983): *La mort et l’Occident. De 1300 à nos jours*. Gallimard, París.
- WALLERSTEIN, I. (1989): *El moderno sistema mundial*. Siglo Veintiuno, México [Londres, 1979].
- WEBB, M.C. (1975): “The flag follow trade: an essay on the necessary interaction of military and commercial factors in state formation”, en J.A. Sabloff y C.C. Lamberg-Karlovsky (eds.), *Ancient civilization and trade*. University of New Mexico Press, Albuquerque: 155-209.
- WEBER, M. (1947): *The theory of social and economic organization*. The Free Press of Glencoe Collier-MacMillan Limited, Londres.
- WHITE, R. (1991): *The Middle Ground: Indians, empires and republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*. Cambridge University Press, Cambridge.
- WHITEHOUSE, R.D.; WILKINS, J.B. (1995): “Greeks and natives in south-east Italy: approaches to the archaeological evidence”, en T.C. Champion (ed.), *Centre and periphery. Comparative studies in archaeology*. Routledge, Oxford-Nueva York: 102-126.
- WHITTAKER, C.R. (1974): “The Western Phoenicians: colonization and assimilation”, *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 20: 53-79.
- WILL, E.L. (1982): “Greco-italiae amphoras”, *Hesperia* 51: 338-356.
- WILSON, J.-P. (1997): “The nature of Greek overseas settlements in the archaic period: emporion or apoikia?”, en L.G. Mitchell y P.J. Rhodes (eds.), *The development of the polis in archaic Greece*. Routledge, Londres-Nueva York: 199-207.
- (2000): “Ethnic and state identities in Greek settlements in southern Italy in the eighth and seventh century BC”, en E. Herring y K. Lomas (eds.), *The emergence of state identities in Italy in the first millennium BC*. University of London, Londres: 31-43.
- WITTFOGEL, K.A. (1957): *Oriental despotism. A comparative study of total power*. Yale University Press, New Haven.
- WOODFORD, S. (2011): “Displaying myth: the visual arts”, en K. Dowden y N. Livingstone (eds.), *A companion to Greek mythology*. Blackwell, Oxford: 157-178.
- WOOLF, G. (1990): “World system analysis and the Roman Empire”, *JRA* 3: 44-58.
- (1995): “Beyond Romans and natives”, *WA* 28 (3): 339-350.
 - (2002): “How the Latin West was won”, en A.E. Cooley (ed.), *Becoming roman, writing latin? Literacy and epigraphy in the Roman West*. *JRA, supp. series* 48: 181-188.
 - (2011): *Tales of the barbarians. Ethnography and Empire in the Roman West*. Blackwell, Oxford.
- WULFF, F. (2002): “Las estructuras sociales ibéricas: notas historiográficas desde otro cambio de siglo”, *Mainake* 24: 101-131.
- (2009): “¿Por qué las identidades hoy? Historia Antigua y arqueología ante un cambio de paradigma”, en F. Wulff y M.

- Álvarez (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*. Universidad de Sevilla, Málaga-Sevilla: 11-50.
- YENGOYAN, A. (1985): "Digging for symbols: the archaeology of everyday material culture", *Proceedings of the Prehistoric Society* 51: 329-334.
- YERUSHALMI, Y.H. (1988): "Réflexions sur l'oubli", en *Usages de l'oubli*. Editions de Seuil, París: 7-21.
- YOFFEE, N. (1993): "Too many chiefs? (or, Safe texts for the 90's)", en N. Yoffee y A. Sherratt (eds.), *Archaeological theory: who sets the agenda?*. Cambridge University Press, Cambridge: 60-78.
- (2005): *Myths of the archaic state. Evolution of the Earliest Cities, states and civilizations*. Cambridge University Press, Cambridge.
 - (2007): "Peering into the palimpsest. An introduction to the volume", en N. Yoffee (ed.), *Negotiating the past in the past. Identity, memory and landscape in archaeological research*. The University of Arizona Press, Tucson: 1-9.
- ZARZALEJOS, M.; LÓPEZ PRECIOSO, F.J. (2005): "Apuntes para una caracterización de los procesos orientalizantes en la Meseta Sur", en S. Celestino; J. Jiménez (eds.), *El período orientalizante*. Anejos de AEA 35 (2): 809-842.
- ZIMMERMANN, R. (2001): *Geschlechtermetaphorik und Gottesverhältnis: traditionsgeschichte und Theologie eines Bildfelds in Urchristentum und antiker Umwelt*. Mohr Siebeck, Tübingen.
- ŽIŽEK, S. (1992): *El sublime objeto de la ideología*. Sigl Veintiuno, México D.F. [Londres, 1989].
- (2008): *Violence*. Picador, Nueva York.
- ZOBEL, I. (1878-1880): *Estudio histórico de la moneda antigua española*. Zaragoza y Jayme, Madrid.
- ZOFÍO, S.; CHAPA, T. (2005): "Enterrar el pasado: la destrucción del conjunto escultórico del Cerrillo Blanco de Porcuna", *Verdolay* 9: 95-120.
- ZUAZO, J. (1915): *La Villa de Montealegre y su Cerro de los Santos*. Hijos de Gómez, Madrid.
- (1917): "Trabajos arqueológicos en Montealegre del Castillo (Albacete)", en *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Congresos de Sevilla*. Madrid.
- ZUKIN, SH. (1991): *Landscapes of power, from Detroit to Disney World*. University of California Press, Los Ángeles-Oxford.



ÍNDICE DE YACIMIENTOS MENCIONADOS.

En el presente índice se recogen solo los yacimientos mencionados en las páginas de este trabajo, y únicamente aquellos que pertenecen al área de estudio, esto es, el sureste peninsular tal y como ha sido definido en la introducción a estas páginas. No se listan, por consiguiente, aquellos yacimientos del sureste sobre los que no se ha hablado, ni tampoco aquellos que sí se han mencionado pero que no se encuentran en el sureste peninsular. En el caso de aquellos yacimientos para los que se conozca el topónimo antiguo (por ejemplo, *Libissosa* o *Lucentum*), tanto el nombre antiguo como el moderno se recogen bajo una misma entrada.

La ubicación de todos los yacimientos recogidos en este índice puede consultarse en el Mapa 1.3, aunque la mención a este no se recoge en las distintas entradas por considerarse reiterativa.

Abengibre (Abengibre, Albacete): 286.

Acequión (Albacete, Albacete): 165; 251.

Agost (Agost, Alicante): 339-340, 344, 484, 841.

Agua Salada (Alcantarilla, Murcia): 345, 534-535, 555, 929-930, 1026.

Alberri (Cocentaina, Alicante): 787, 789.

Albufereta (Alicante, Alicante): 160, 197, 199, 201, 211, 228, 249, 267, 317, 344, 399, 405, 409-414, 426, 488, 508-511, 661, 692, 740, 769, 792, 1028.

Alcavonet (Cocentaina, Alicante): 787, 789, 796, 872.

Alcudia de Elche (Elche, Alicante): 101, 105, 116, 134, 136, 156-159, 166-168, 179, 196, 202, 211, 226, 229, 240, 243-245, 247, 253-254, 339-340, 344, 354, 369-370, 399, 402-

- 403, 412, 423, 426, 432, 440, 442, 446, 460, 492-494, 512-513, 531, 534, 536, 548-549, 552, 555, 568, 570, 581, 645-647, 652-653, 657, 690, 710, 714, 717, 720-722, 726, 740, 897, 911.
- Aldea de la Cueva (Pozocañada, Albacete): 328, 344.
- Almadenes (Hellín, Albacete): 100, 102, 105, 119, 122, 132-133, 161, 311, 560, 625.
- Almoroig (Muro, Alicante): 787, 789.
- Alt de Benimaquía (Denia, Alicante): 102-103, 105, 120, 122, 126, 130, 134-135, 160, 273, 283, 307-308, 611, 628-629, 631, 633.
- Alt del Fort (Cullera, Valencia): 219, 232, 249, 251.
- Alt del Punxó (Muro, Alicante): 133, 137, 137, 172, 186, 789.
- Altea (Altea la Vella, Alicante): 111, 640-641.
- Amarejo (Bonete, Albacete): 189, 191, 239, 244-245, 412, 426, 429, 587, 589, 717, 842, 1003.
- Amoladeras (Cartagena, Murcia): 265.
- Arroyo de Isso-4 (Hellín, Albacete): 159, 162.
- Arsenal (Elche, Alicante): 166, 196.
- Ascoy (Cieza, Murcia): 177-178.
- Bajío del Capitán (Cartagena, Murcia): 265-266.
- Bajo de la Campana (San Javier, Murcia): 103, 105, 117, 265.
- Balazote: 339-340, 342, 344, 481-482, 841.
- Balsa (Cartagena, Murcia): 256-257.
- Bancal del Tesoro (Lorca, Murcia): 475-476.
- Bancals de Satorre (Benifallim, Alicante): 787, 789.
- Baños de Fortuna (Fortuna, Murcia): 269-270.
- Barranc del Arc (Sella, Alicante): 213.
- Barranco Romero (Nerpio, Albacete): 269-270, 960, 975.
- Bastida de les Alcusses (Mogente, Valencia): 170-174, 178-185, 187-188, 190, 194, 197-198, 200, 205, 211-212, 214, 217-218, 239, 284-285, 330-332, 369, 490-491, 543-544, 555, 567-569, 607, 662, 670-671, 676-681, 684-685, 690, 740, 752, 776, 782, 866.
- Benimassot (Benimassot, Alicante): 340, 494.
- Bocairente (Bocairente, Valencia): 344.
- Bolbax (Cieza, Murcia): 177, 247, 684.
- Bosch (Crevillente, Alicante): 117, 134, 136, 619.
- Bou Ferrer (Villajoyosa, Alicante): 267.
- Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia): 41, 177, 193-194, 211, 277-278, 329, 340, 345, 356, 360, 409, 493-494, 500, 503, 508-511, 534-535, 547, 556, 581-582, 606, 608, 647-648, 667, 692-693, 712, 769, 898, 1027, 1030.
- Cabeçó de Mariola (Alfafara, Alicante): 171-172, 179, 211, 682, 746, 753-754, 756-757, 789, 797.
- Cabeçó de Serrelles (Alfafara, Alicante): 787, 789, 797.
- Cabezo Agudo (La Unión, Murcia): 256.
- Cabezo de Clementino (Callosa de Segura, Alicante): 159.

- Cabezo de la Fuente del Murtal (Alhama, Murcia): 101-102, 105, 120, 122, 126, 132-133, 619, 629-630, 633.
- Cabezo del Molino 2 (Rojales, Alicante): 166.
- Cabezo del Tío Pío (Archena, Murcia): 158, 160, 195, 247, 438, 527-528, 556-557, 605, 711, 713.
- Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante): 151, 156, 159, 185, 205-206, 211, 213, 236, 277, 318-319, 341, 344-345, 357-358, 360, 369, 387, 399, 411, 494, 496, 500, 655-657, 666, 863, 1022.
- Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante): 100, 105, 121-122, 126, 132-133, 308, 619, 627, 629, 631, 633.
- Cabezo Rajado (La Unión, Murcia): 256, 258-259.
- Cabezo Ventura (La Unión, Murcia): 256.
- Cabezuela de Barranda (Caravaca de la Cruz, Murcia): 251.
- Cachapets (Crevillente, Alicante): 269-270.
- Camara (Elda, Alicante): 101, 105, 111, 158.
- Camí de Catral (Elche, Alicante): 136.
- Camino de la Cruz (Hoya Gonzalo, Albacete): 159, 162, 320, 360, 524, 654, 1020, 1028, 1035.
- Campet-Agualejas (Monforte del Cid, Alicante): 159, 240, 344, 349, 407, 412, 613, 647-648, 659, 1038-1041.
- Campo de Rebate (Orihuela, Alicante): 215.
- Canèssia (Lorcha, Alicante): 787.
- Cañadas (Guardamar del Segura, Alicante): 166.
- Cap Martí (Denia, Alicante): 372.
- Cap Negret (Altea la Vella, Alicante): 211, 219, 232, 251.
- Capuchinos (Caudete, Albacete): 165, 343-344, 533-534, 555.
- Carthago Noua* / Cartagena (Cartagena, Murcia): 72-73, 163, 231-232, 240-245, 247-248, 255, 262, 265, 268, 270, 317, 321, 375-376, 386-389, 400, 412, 425-427, 432, 700-704, 707, 715, 717, 780, 827-828, 839, 841, 875, 928, 953.
- Casa de Benítez (Albacete, Albacete): 159, 162.
- Casa de Secà (Elche, Alicante): 136, 157, 619.
- Casa del Monte (Albacete, Albacete): 103, 159, 162.
- Casa del Porvenir (San Fulgencio, Alicante): 166.
- Casa Quemada (Albacete): 159, 162, 339-340, 533-534, 555.
- Casarejos (Lorca, Murcia): 137-139, 272, 311.
- Caseta Catalá (Alcoy, Alicante): 787, 789.
- Casetes (Villajoyosa, Alicante): 103, 105, 111, 275, 308, 314-315, 621.
- Casita del Tío Alberto (Caudete, Albacete): 339-340, 494-495.
- Castell de Cocentaina (Cocentaina, Alicante): 171-172, 187, 753-754, 756, 789, 797, 818, 826.
- Castell de Penàguila (Penàguila, Alicante): 171, 753-754, 756, 789, 826.
- Castell de Perputxent (Lorca, Alicante): 733, 787, 789, 826.

- Castellar d'Alcoi (Alcoy, Alicante): 787, 789, 797, 826.
- Castellar de Crevillente (Crevillente, Alicante): 159.
- Castellar de Librilla (Librilla, Murcia): 101, 105, 118, 120-121, 132-133, 135, 141, 619.
- Castellar de Meca (Ayora, Valencia): 174-176, 210, 244-245, 611, 681, 683, 717, 825, 842, 934-935, 936-937.
- Castellar de Villena (Villena, Alicante). 171.
- Castellaret (Mogente, Valencia): 172, 268, 752.
- Castellón (Hellín-Albatana, Albacete): 657.
- Castillejo de los Baños (Fortuna, Murcia): 160, 177, 318, 665, 667, 684, 1027.
- Castillico del Sabinar (Moratalla, Murcia): 117.
- Castillicos (Los Nietos, Murcia): 261.
- Castillicos de Villares (Elche de la Sierra, Albacete): 977.
- Castillo de Guardamar (Guardamar del Segura, Alicante): 167, 412, 432, 460, 559, 573, 716.
- Castillo de Monforte (Monforte del Cid, Alicante): 240.
- Castillo de Santa Bárbara (Callosa de Segura, Alicante): 159.
- Castillo del Río (Aspe, Alicante): 159, 168, 240.
- Cementeri de Cella (Muro, Alicante): 787, 789.
- Cercado de Galera (Cercado de Galera, Albacete): 159, 162, 339-340, 343, 1043.
- Cerro de Jutia (Nerpio, Albacete): 957, 964, 977, 989, 1044-1047.
- Cerro de la Estación (Tobarra, Albacete): 159, 162.
- Cerro de la Varica Virtudes (Nerpio, Albacete): 974, 977, 979.
- Cerro de las Fuentes (Archivel, Murcia): 251.
- Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete): 77, 280, 338-340, 350, 441, 443, 460, 488, 502, 574, 576, 578, 581, 583, 591, 594, 605, 696, 698, 700, 712, 716, 816-817, 830, 835-947, 1069-1070, 1072.
- Cerro de Admajaleta (Granja de Rocamora, Alicante): 166.
- Cerro del Molino (Albatera, Alicante): 166.
- Cerro Lucena (Enguera, Valencia): 214, 251, 253, 681, 752.
- Chamorra (Hellín, Albacete): 159, 161.
- Charco (Monóvar, Alicante): 168.
- Charcón (Fuenteálamo, Albacete): 842, 935-936.
- Chorrillo (Elda, Alicante): 134, 167, 171, 169, 339-340.
- Cigarralejo (Mula, Murcia): 177, 194-195, 197, 203-204, 206, 211, 216, 218, 247, 277-278, 280, 339, 345, 356, 360, 363-364, 426, 460, 492-494, 495, 505, 507-509, 511, 529-530, 534-546, 543, 551, 553, 555-556, 572, 575, 636, 638, 666, 692-693, 696-697, 712-713, 790, 861-862, 882, 996-997, 1021-1022, 1027, 1030.
- Cobatillas la Vieja (Cobatillas, Murcia): 159, 177.
- Cocentina (Cocentina, Alicante): 787, 789.

- Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia): 218, 244, 508, 573, 581-582, 822, 1027.
- Cola de Zama (Hellín, Albacete): 412, 428-429, 693, 722, 726, 872.
- Coll de Pous / Montgó (Denia, Alicante): 160, 213-214, 269.
- Coll del Surdo (Balones, Alicante): 787, 789.
- Condomina (Villena, Alicante): 272.
- Condomina/Pedrerá (Benilloba, Alicante): 787, 789.
- Corral de Saus (Mogente, Valencia): 329, 340, 347-349, 535, 352-355, 359, 536, 542, 555, 572, 722, 726, 1029, 1031-1032.
- Coto Fortuna (Mazarrón, Murcia): 256.
- Covalta (Albaida, Valencia): 171-172, 179, 183-184, 193, 211, 239-240, 681-682, 740, 753-754, 756-757, 786-787, 866.
- Coy (Coy, Murcia): 344.
- Cueva de los Lobos (Mazarrón, Murcia): 265.
- Cueva Negra (Fortuna, Murcia): 412, 433, 440.
- Daya Nueva (Daya Nueva, Alicante): 339-340, 536, 555, 714.
- Dianium* (Denia, Alicante): 249, 251, 370, 719.
- Dunas del Pinatar (San Pedro del Pinatar, Murcia): 264.
- Elche de la Sierra (Elche de la Sierra, Albacete): 246, 552-555, 872, 949, 960.
- Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia): 177, 460, 475-476, 572, 581-582, 591-592, 696, 830, 858, 863, 897, 900.
- Errecorrals (Alfafara, Alicante): 172, 268, 270, 773, 787.
- Escuera (San Fulgencio, Alicante): 159, 167, 179, 211, 229, 232, 239, 244-245, 267, 270, 344, 412, 426-427, 431, 460, 586, 695, 717, 825, 872.
- Esculls del Mojón (San Pedro del Pinatar, Murcia): 264.
- Ferreol (San Pedro del Pinatar, Murcia): 264.
- Ferriol (Elche, Alicante): 157, 159, 202, 613, 649-650, 659.
- Finca del Tío Bou (Elche, Alicante): 136.
- Fontanar del Horno Ciego (Elche de la Sierra, Albacete): 973, 977.
- Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante): 98, 100-101, 105, 107-110, 114, 120-122, 130, 133, 135, 142, 144, 151, 155-156, 287, 573, 622-625, 627-628, 631-633, 1057.
- Fortaleza (Fuenteálamo, Albacete): 247, 842, 934-936.
- Fossino (Fuentelahiguera, Valencia): 619
- Galanet (Elche, Alicante): 136.
- Hacienda Botella (Elche, Alicante): 136, 157, 712-713.
- Haches (Bogarra, Albacete): 340, 344.
- Higueruela (Higueruela, Albacete): 343-344.
- Horta Major (Alcoy, Alicante): 339-340, 345, 822-823, 863.
- Hoya de Santa Ana (Chinchilla de Montearagón, Albacete): 159, 162, 320, 325, 344, 359, 606, 692-694, 1020-1021, 1028.
- Hoyica del Río (Yecla, Murcia): 935.

Illeta de l'Olla (Altea la Vella, Alicante): 219, 232.

Illeta dels Banyets (Campello, Alicante): 155, 189-191, 196, 206, 209, 218, 220, 222, 225-227, 229, 232, 239, 262, 285, 331-332, 369, 402-404, 410, 412, 416-417, 419-423, 460, 504, 568, 570-571, 581, 678, 690, 757-758, 821.

Jávea (Jávea, Alicante): 201, 249, 261, 863.

Jódar (Almansa, Albacete): 935, 842, 936.

Jutia (Yeste, Albacete): 77, 949-1053, 1073-1074, 1076.

Ladera de San Antón (Orihuela, Alicante): 159.

Libisosa/Lezuza (Lezuza, Albacete): 198-199, 246, 252, 254, 399, 438, 527-528, 551, 588-589, 727, 805, 841, 874, 1003.

Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete): 159, 162, 213, 273, 320, 325-326, 344, 357, 359, 475-476, 493-494, 530, 534, 555, 665, 842, 852, 929-930, 936, 1020, 1028.

Loma de Bigastro (Bigastro, Alicante): 159.

Loma del Escorial (Los Nietos, Murcia): 230, 232, 244-245, 248, 284, 412, 425, 704.

Lomas de la Fuente de la Carrasca (Nerpio, Albacete): 977-978.

Lomo de los Lobos (Cartagena, Murcia): 256.

Lorca (Lorca, Murcia): 158, 318-319, 1026, 1035.

Losa (Casas de Juan Núñez, Albacete): 162, 339-340, 531, 533-534, 555, 647-649, 659.

Luz (Murcia, Murcia): 158, 211, 280, 460, 498, 572, 576, 578, 591-592, 607, 696, 698-699, 716.

Macalón (Nerpio, Albacete): 100, 105, 111, 118, 132-133, 161, 212, 344, 480-481, 657, 953-954, 957-960, 964, 968, 970-977, 979, 1042-1043, 1049, 1073.

Malladeta (Villajoyosa, Alicante): 409, 412, 432, 460, 574, 716.

Marisparza (Yecla, Murcia): 935-936, 842.

Mas de Regall (Alcoy, Alicante): 140, 320, 773.

Mateas (Los Nietos, Murcia): 261.

Mazarrón (Mazarrón, Murcia): 103, 105, 109, 117-118, 248, 256, 260, 267, 270, 519.

Mirador de la Sierra del Caballo (Elda, Alicante): 169, 171.

Mogente (Mogente, Valencia): 270.

Mola d'Agres (Agres, Alicante): 98, 105, 117.

Mola de Torró (Font de la Figuera, Valencia): 172, 535.

Molar (San Fulgencio, Alicante): 151, 153, 159, 211, 308, 317, 344, 399, 625, 655.

Molinicos (Moratalla, Murcia): 160, 177, 239, 517-518, 657.

Monastil / Ello (Elda, Alicante): 101, 105, 111, 132-133, 158, 166, 169-171, 189, 191, 211, 240, 247, 285, 339-340, 537, 539-540, 555.

Montañar (Jávea, Alicante): 270

Montesa (Montesa, Valencia): 172.

Moreres (Crevillente, Alicante): 97, 115, 308, 313, 619, 621.

Morrión de la Vieja (Yeste, Albacete): 979.

Nietos (Los Nietos, Murcia): 213, 231, 327, 344, 360, 551, 717, 1027.

- Ontur (Ontur, Albacete): 340, 344.
- Oral (San Fulgencio, Alicante): 142, 151-159, 167, 211, 284, 311-312, 559-560, 563, 566-567, 569-570, 619, 625-626.
- Parque Infantil de Tráfico (Elche, Alicante): 159, 339-340, 354-355, 403, 406, 412, 415, 480, 502, 507, 514, 516, 545-546, 548.
- Patojo (La Recueja, Albacete): 103, 105, 140, 163, 320.
- Paturro (La Unión, Murcia): 261.
- Pedreguer (Pedreguer, Alicante): 269-270.
- Penyal d'Ifach (Calpe, Alicante): 176, 219, 232, 250, 372, 688.
- Peña del Agua (Elche de la Sierra, Albacete): 973.
- Peña Jarota (Nerpio, Albacete – Moratalla, Murcia): 970, 974, 977-978.
- Peña Negra (Crevillente, Alicante): 97, 99, 100, 105, 107, 109, 111, 113-117, 120, 130, 132, 134-135, 138, 157, 272, 308, 311-314, 560, 617-619, 625-626, 750.
- Peñón de los Zurridores (Nerpio, Albacete): 970, 974, 975, 977.
- Peñón del Rey (Villena, Alicante): 171
- Pic del Àguila (Denia, Alicante): 251, 718-719.
- Pic del Frare (Mogente, Valencia): 172.
- Pic Negre (Cocentaina, Alicante): 172.
- Picola (Santa Pola, Alicante): 155, 159, 166, 206, 228-229, 232, 235, 248, 262, 364, 367-369, 373, 689-690, 786.
- Piedra de Peñarrubia (Elche de la Sierra, Albacete): 159, 247, 953, 958-960, 971-973, 976-977, 1042, 1049, 1073.
- Pino Hermoso (Orihuela, Alicante): 412, 428-429, 539, 555.
- Pitxòcol (Balones, Alicante): 171, 202, 339, 344, 475-476, 682, 753-754, 756, 773, 789, 797, 820.
- Plana Justa (Denia, Alicante): 103, 105, 123, 134, 160, 625.
- Poblado (Jumilla, Murcia): 277, 344-345, 350, 354, 355, 360, 497, 536, 540-542, 555, 588, 651, 660-661, 667, 802, 863, 997, 1027.
- Poble Nou (Villajoyosa, Alicante) 103, 105, 316, 575-577.
- Poblets (Els Poblets, Alicante): 261.
- Portus Illicitanus* (Santa Pola, Alicante): 249, 261.
- Poyo del Centinela (Nerpio, Albacete): 970, 975, 977.
- Pozo de la Nieve (Hellín, Albacete): 159, 162, 321, 1027.
- Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón, Albacete): 140, 146, 159, 162-163, 195, 275, 277-278, 317, 319-325, 327, 334, 341, 348, 357, 359, 363, 405-406, 444, 465, 467-471, 473-474, 477, 479, 482, 485-489, 491-492, 504, 506, 522, 529, 581, 635-636, 638-640, 642, 654, 664-665, 673-675, 692-693, 727, 808, 841, 1017, 1028, 1030.
- Pozohondo (Albacete, Albacete): 159, 162, 339-340, 345.
- Prado (Jumilla, Murcia): 339-340, 345.
- Puig (Alcoy, Alicante): 103, 105, 111, 133, 135, 140, 155, 160-161, 170-171, 209, 211, 214, 218, 239-240, 311-312, 682-683, 736, 739, 746, 748-749, 752-756, 761, 773-775, 786-787, 832, 1068.
- Pulpillo (Yecla, Murcia): 935-936, 842.

- Punta de Algas (Cartagena, Murcia): 265-266.
- Punta de Gavilanes (Mazarrón, Murcia): 200.
- Punta de la Torre (Moraira, Alicante): 219, 232, 251.
- Punta del Arenal (Jávea, Alicante): 261.
- Punta de Pudrimel (San Pedro del Pinatar, Murcia): 264.
- Puntal de Crevillente (Crevillente, Alicante): 156, 159.
- Puntal de Salinas (Salinas, Alicante): 169, 171, 179, 182, 211, 360, 666, 682-683.
- Puntes (Benifallim, Alicante): 787, 789.
- Quéjola (San Pedro, Albacete): 124-126, 133, 135, 161, 273, 283, 311, 477-480, 487-488, 559, 562-563, 565-567, 569-670, 580, 631, 633, 897.
- Rambla de la Boltada (Cartagena, Murcia): 256.
- Redován (Redován, Alicante): 159, 339-340, 344.
- Rincón del Vizcable / Morra de los Castillejos (Nerpio, Albacete): 974, 977.
- Royos (Royos, Murcia): 160, 273.
- Saetabi (Játiva, Alicante): 173, 214, 246-247, 269, 841, 928, 934, 940.
- Saladares (Orihuela, Alicante): 98-100, 105, 111, 114, 132-133, 135, 151, 159, 311-312.
- Salobral (Salobral, Albacete): 159, 162, 260, 318-319, 321, 327-328, 344, 359, 484, 544, 555, 929, 1028.
- Saltigi* (Chinchilla de Montearagón, Albacete): 246-247, 934, 936, 940.
- Samperius (Alcoy, Alicante): 787, 789.
- Sancti Spiritus (Cartagena, Murcia): 256.
- Sarso (Crevillente, Alicante): 269-270.
- Senda (Jumilla, Murcia): 997, 1027.
- Serreta (Alcoy, Alicante): 77, 171, 178-179, 194, 197, 199, 211, 240, 243-245, 280, 289, 426, 528, 431, 433, 437-439, 460, 500-503, 508, 510, 574-576, 578, 583-584, 587, 590, 611, 685, 688, 695, 698, 706, 712, 714, 717, 733-834, 863, 872, 1028, 1068-1069.
- Solana de Tollos (Tollos, Alicante): 787, 789.
- Solana del Castell (Játiva, Valencia): 103, 105, 246.
- Somblanca (Jumilla, Murcia): 269-270.
- Sompo (Cocentaina, Alicante): 787.
- Tabaià (Aspe, Alicante): 116, 158.
- Társilos (San Fulgencio, Alicante): 166.
- Tejera (Villena, Alicante): 169.
- Tellerola (Villajoyosa, Alicante): 175, 687.
- Terratge (Cocentaina, Alicante): 172, 787, 789.
- Tesorico (Hellín, Albacete): 165, 195, 667, 1046-1047.
- Teulada (Teulada, Alicante): 261.
- Tintoreros (San Fulgencio, Alicante): 166.
- Tiriez (Albacete): 140, 163, 320.
- Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete): 165-166, 246, 321, 705-706, 841, 872, 874, 934-935-937, 953.
- Torre Derribada (San Pedro del Pinatar, Murcia): 265.

- Torre de Sancho Manuel (Lorca, Murcia): 311.
- Torreta (Penáguila, Alicante): 787.
- Tossal de l'Empedrola (Calpe, Alicante): 175-176, 241, 369, 687-688, 690.
- Tossal de la Cala (Benidorm-Finestrat, Alicante): 211, 220, 232, 249-251, 339, 344, 409, 551, 728-729, 776, 872.
- Tossal de les Basses (Alicante, Alicante): 155, 185, 200, 210, 228, 232-233, 239, 412-413, 447, 551, 682.
- Tossal de Manises / *Lucentum* (Alicante, Alicante): 196, 240, 244-245, 247, 249, 369, 371, 399, 412-413, 425, 431, 441, 444, 551, 611, 702-704, 717-718, 722-723, 726, 740, 745, 792-794, 822, 824-825.
- Tres Hermanas (Elda, Alicante): 159, 167-168, 177, 369, 423, 570, 571, 690.
- Umbria de Salchite (Moratalla, Murcia): 515-518.
- Vila Joiosa (Villajoyosa, Alicante): 175, 220, 223, 232, 249, 251, 261, 344, 374, 438, 688.
- Villar de Archivel (Caravaca de la Cruz, Murcia): 1026, 1031.
- Villares (Caravaca de la Cruz, Murcia): 177.
- Villares (Hoya Gonzalo, Albacete): 159, 162, 274, 276-278, 284-285, 318-320, 327, 333-334, 336, 339-340, 348-349, 352-353, 355, 357-359, 364, 437, 471, 530-533, 555, 557-558, 649-650, 654, 659, 661, 723-724, 769, 977.
- Villaricos (Caravaca de la Cruz, Murcia): 475-476, 495, 552, 581, 1026.
- Villena (Villena, Alicante): 105
- Vital (Gandía, Valencia): 137, 187, 619.
- Vizcarra (Elche, Alicante): 339-340, 493-494.
- Xarpolar (Vall de Gallinera, Alicante): 171, 178-179, 194, 211, 753-754, 756-757, 789, 797, 826.
- Xocolatero (Alcoy, Alicante): 787, 789.
- Yecla (Yecla, Murcia): 929, 935-936, 842.
- Zama 4 (Hellín, Albacete): 165.
- Zaricejo (Villena, Alicante): 169, 344.



ÍNDICE DE FUENTES LITERARIAS CITADAS

- App. *Iber.* XII: p. 834.
- App. *Iber.* XIX-XXI: p. 244.
- App. *Iber.* XXXI: p. 693.
- Arist., *Pol.* IV, 1290b: p. 53.
- Aten. I, 28, 18: p. 393.
- Aten. XII, 25: p. 198
- Avien. *OM.* 259-261: p. 390.
- Avien. *OM.* 419-423: p. 400.
- Avien. *OM.* 427: pp. 375, 382.
- Avien. *OM.* 477-482: p. 371.
- Calp. Sic. *Buc.* V, 27-28: p. 941.
- Catul. *Carm.* XII, 14: p. 246.
- Cic. *Ad Fam.* X, 31, 1: p. 249.
- Cic. *Ver.* I, 87: p. 252.
- Col. I, 1, 6: p. 252.
- Col. III, 12, 5: p. 252.
- Col. XII, 39, 1: p. 252.
- Diod. I, 50, 2-3: p. 381.
- Diod. V, 36, 3: p. 258.
- Diod. XIII, 81, 4-5: p. 252.
- Diod. XXV, 10: pp. 240, 371.
- Diod. XXV, 12: pp. 240-241, 243, 704.
- D. L. I, 3: p. 391.
- Dio Cas. *Epit.* LXXVII, 12, 1-4: p. 296.
- Dio Cas. fr. 75: p. 693.
- Dion. XIV, 1, 5: p. 388.
- Esteban de Bizancio, s.v. Ἀβδηρα: pp. 375, 383.
- Esteban de Bizancio, s.v. Ἀλωνίς: p. 260.
- Esteban de Bizancio, s.v. Ἡμεροσκοπεῖον: p. 371.
- Esteban de Bizancio, s.v. Μαστιηνοί: 400.
- Esteban de Bizancio, s.v. Μολυβδάνα: p. 375.
- Str. I, 2, 31: p. 376.
- Str. I, 4, 9: p. 392.

- Str. III, 1, 7: p. 233.
- Str. III, 1, 9: p. 376.
- Str. III, 2, 1: p. 376.
- Str. III, 2, 10: p. 258.
- Str. III, 2, 13: p. 376.
- Str. III, 2, 15: p. 444.
- Str. III, 4, 2: pp. 375, 382-383.
- Str. III, 4, 3: p. 376, 383, 397.
- Str. III, 4, 6: pp. 123, 241, 249, 370, 373, 375, 379, 386.
- Str. III, 4, 8: pp. 251, 375, 380, 383, 719.
- Str. III, 4, 9: pp. 255, 260.
- Str. III, 4, 16: p. 255.
- Str. III, 5, 4: p. 397.
- Str. IV, 1, 4: pp. 385, 395.
- Str. IV, 1, 5: p. 386.
- Str. IV, 1, 12: p. 392.
- Str. XII, 2, 7: p. 516.
- Str. XIV, 1, 26: p. 386.
- Str. XIV, 2, 10: p. 383.
- Str. XIV, 5, 23-25: p. 392.
- Eust. *Ad Dion Per* 281: p. 388.
- Filostr. *Vit. Apoll.* V, 4: p. 376.
- Filostr. *Vit. Apoll.* V, 5: p. 376.
- Flor. I, 15: p. 941.
- Floro I, 34: p. 693.
- Front. *Strat* I, 11, 13: p. 506.
- Gel. *NA* II, 22, 28-29: p. 260.
- Heraclit. frag. 53 (=Hippol., *Refut.* IX, 9, 4): p. 260.
- Herodor., *FHA* I², 186: p. 400.
- Hdt I, 163: pp. 144, 148.
- Hdt IV, 152: p. 144.
- Hdt VII, 158: p. 237.
- Hesiod. *Trabajos* 221: p. 281.
- Hesiod. *Trabajos* 545: p. 179.
- Hom., *Ilíada* XVII, 434-435: p. 553.
- Hom., *Ilíada* XVIII, 550-558: p. 139.
- Hom., *Odisea* V, 118-142: p. 487.
- Iamblich., *De vita Pythag.* XXXIV, 241: p. 396.
- Isoc IV, 50: 392.
- Itin. Ant. 401, 1: p. 247.
- Itin. Ant. 401, 3: p. 247.
- Itin. Ant. 446, 11: p. 246.
- Itin. Ant. 447, 2: p. 246.
- X. *Oec.* VIII, 11-13: p. 233.
- Just. XLIV, 1, 6: p. 255.
- Just. XLIV, 2, 1: p. 693.
- Just. XLIV, 3, 3: pp. 376, 385.
- Just. XLIV, 3, 4: p. 376.
- Just. XLIV, 4, 1: p. 639.
- Just. XLIV, 5: p. 401.
- Liv. XXI, 7, 1-5: pp. 375, 379.
- Liv. XXI, 60: p. 701.
- Liv. XXI, 61: p. 684.

- Liv. XXII, 21: p. 684.
- Liv. XXIII, 26-27: p. 684.
- Liv. XXIV, 41: p. 240.
- Liv. XXIV, 42: pp. 388, 700.
- Liv. XXVI, 45: p. 244.
- Liv. XXVI, 47: pp. 248, 255, 684.
- Liv. XXVI, 49: p. 684.
- Liv. XXVIII, 21: p. 715.
- Liv. XXX, 21: p. 380.
- Liv. XXX, 26, 5: p. 255.
- Liv. XXXIV, 9: p. 380.
- Liv. XXXIV, 17: p. 717.
- Liv. XXXIV, 20: p. 299.
- Liv. XXXIV, 21, 7: p. 259.
- Liv. XXXIX, 23, 1: p. 241.
- Macrobio, *Sat.* I, 20, 12.
- Marc. *GGM* I, p. 516, 9-10: p. 371.
- Mel. II, 6, 86: p. 255.
- Mel. II, 6, 93: p. 371.
- Mel. II, 6, 94: pp. 375, 383.
- Mel. II, 91: pp. 123, 373.
- Mel. II, 93: pp. 247, 260.
- Mel. II, 125: p. 373.
- Mel. III, 3: p. 376.
- Nicol. Dam. F102, *FHG* III, 426; Paradoxogr. Vatic. Rohdii. *Rer. natural. script. graec.*, I, p. 109 (O. Keller ed.): p. 198.
- Ovid., *Ars Amandi* III, 645-646: p. 255.
- Plin. *NH* II, 181: p. 241.
- Plin. *NH* III, 8: p. 375.
- Plin. *NH* III, 19: pp. 72, 247
- Plin. *NH* III, 20: pp. 72, 247.
- Plin. *NH* III, 25: pp. 246, 260.
- Plin. *NH* IV, 112: p. 360.
- Plin. *NH* VII, 93: p. 252.
- Plin. *NH* XIV, 41: p. 255.
- Plin. *NH* XVI, 216: pp. 375, 379.
- Plin. *NH* XVII, 166: p. 255.
- Plin. *NH* XVII, 170: p. 255.
- Plin. *NH* XVIII, 79: p. 255.
- Plin. *NH* XVIII, 80: p. 255.
- Plin. *NH* XIX, 7: p. 255.
- Plin. *NH* XIX, 9: p. 246.
- Plin. *NH* XXXI, 39, 80: p. 929.
- Plin. *NH* XXXI, 80: p. 260.
- Plin. *NH* XXXI, 88: p. 260.
- Plin. *NH* XXXI, 102: p. 260.
- Plin. *NH* XXXVII, 302: p. 255.
- Plin. *NH* XXXVIII, 97: p. 257.
- Plut. *Cat.* XI, 2: p. 259.
- Plut. *Rom* XII, 1: p. 941.
- Plut. *Sert.* XI, 2-12: p. 506.
- Plut. *Sert.* XIV, 3: p. 397.
- Polyb. III, 14, 9: p. 379.
- Polyb. III, 24, 1-4: p. 400.

- Polyb. III, 58, 5-9: p. 378.
Polyb. VI, 56, 8: p. 57.
Polyb. X, 10: pp. 244, 248, 388
Polyb. X, 18, 6: p. 694.
Polyb. X, 34-35: p. 711.
Polien. VIII, 16, 6: p. 375.
Properc. IV, 1, 19-20: p. 941.
Ps.-Scymn. 147: pp. 375, 382.
Ps.-Scymn. 202-207: pp. 375, 383.
Ptol. II, 6, 6: p. 247.
Ptol. II, 4, 7: pp. 375, 383.
Ptol. II, 5, 7: p. 376.
Ptol. II, 6, 14: pp. 247, 260, 371.
Ptol. II, 6, 22: p. 376.
Ptol. II, 6, 56: p. 260.
Ptol. II, 6, 58: p. 246.
Ptol. II, 6, 60: p. 246.
Ravenn. 304, 11: p. 247.
Ravenn. 304, 14: p. 247.
Ravenn. 304, 16: p. 260.
Ravenn. 304, 17: p. 247.
Ravenn. 305, 3: pp. 375, 383.
Ravenn. 313, 13: p. 246.
Ravenn. 313, 14: p. 246.
Ravenn. 343, 3: p. 247.
Ravenn. 343, 5: p. 247.
Ravenn. 343, 7: p. 247.
Sal. *Hist.* III, 6: p. 249.
Sil. Ital. *Pun.* I, 273-275: p. 375.
Sil. Ital. *Pun.* I, 288-293: pp. 375, 379.
Sil. Ital. *Pun* I, 658: p. 381.
Sil. Ital. *Pun* II, 150: p. 381.
Sil. Ital. *Pun.* III, 364-365: p. 376.
Sil. Ital. *Pun.* III, 368: p. 376.
Sil. Ital. *Pun.* XV, 192: p. 376.
Sol. II, 52: p. 142.
Solin. XIII, 1-4: p. 260.
Solin. *Coll. Rer. Mem.* I, 14-16: p. 941.
Tim. *Apud. Ps. Scymn.* 211-214: p. 143.
Tuc. I, 100: p. 237.
Val. Max. I, 2, 4: p. 506.
Varro. *R.R.* I, 52, 1: p. 253.
Virg. *Eneid.* VII, 406: p. 381.
Virg. *Eneid.* X, 616: p. 381.



ÍNDICE DE FIGURAS

FIGURAS

1.1. La conceptualización de la ideología.	65
2.1. Modelos “voluntarista” (a) y “pesimista” (b) de la intersección entre economía, ideología y jerarquización.	96
2.2. Materiales importados de la fase Ib de Peña Negra (González Prats 1986: 282).	99
2.3. Ánforas de Los Saladares (Ribera 1982: 90).	99
2.4. Ánforas de Almadenes (Sala y López Precioso 2000: 189).	102
2.5. Ánfora de Cabezo de la Fuente del Murtal (Lomba y Cano 2002: 195).	102
2.6. Material anfórico de Alt de Benimaquía (Álvarez, Castello y Gómez Bellard 2000: 124).	102
2.7. Fortificación y otras estructuras de La Fonteta excavadas entre 1996 y 1998 (González Prats 2010: 33).	110
2.8. Fig.2.8. Planimetrías y reconstrucciones axonométricas de, respectivamente: edificio 1 de Los Almadenes; Cabezo de la Fuente del Murtal; Cabezo Pequeño del Estaño; Alt de Benimaquía; La Quéjola (Sala y López Precioso 2000: 189; Lomba y Cano 2002: 172; García Menárguez y Prados 2014: 121; Gómez Bellard y Guérin 1995: 246; Blánquez 1996 a: 227).	126
2.9. La vectorización de la complejización de las sociedades locales por parte del comercio colonial.	128
2.10. Análisis de Captación de Recursos de los asentamientos de los siglos VIII-VI a.C. (I). 1: La Quéjola; 2: Los Almadenes; 3: a) Cabezo de la Fuente del Murtal; b) Castellar	

de Librilla; 4: Puig d'Alcoi; 5: Alt del Punxó; 6: Macalón; 7: Monastil; 8: Saladares; 9: a) Cabezo Pequeño del Estaño; b) Fonteta.	133
2.11. Análisis de Captación de Recursos de los asentamientos de los siglos VIII-VI a.C. (II). 1: a) Alt de Benimaquía; b) Plana Justa; 2: a) Peña Negra; b) El Bosch; c) Casa de Secá; d) Alcudia d'Elx.	134
2.12. Ánforas importadas y planimetría de El Oral (Sala 1995: 111; Sala 2005: 141).	154
2.13. Planimetría del Edificio 1 de Tres Hermanas (García Gandía y Moratalla 1998-1999: 167).	168
2.14. Viales de acceso a Castellar de Meca (Pérez Ballester 2011: 52).	176
2.15. Tossal de l'Empedrola, con la torre en primer plano, y panorámica sobre las salinas de Calpe y el Penyal d'Ifach al fondo (Bolufer y Sala 2009: 56).	176
2.16. Dispersión de aperos de labranza a través del caserío de Bastida de les Alcusses (Bonet y Vives 2011 a: 249).	180
2.17. Figurillas de buey uncido a un yugo y timón de arado de la Bastida de les Alcusses (Bonet, Soria y Vives-Ferrándiz 2011: 167).	184
2.18. Figurillas de arado y yugo de Covalta (Pla 1968: 167).	184
2.19. Calathos de Cabezo de Alcalá (Pericot 1979: 255).	184
2.20. Conjunto 7 de la Bastida des Alcusses desde el norte (Bonet y Vives-Ferrándiz 2011: 91).	190
2.21. Almacén de Illeta dels Banyets (Olcina, Martínez y Sala 2010: 194).	190
2.22. Vaso de las cabras de la tumba 80 de Cabecico del Tesoro (Olmos (dir.) 1992: 35).	194
2.23. Imágenes de tejedoras en la estela de la Albufereta, una oinochoe de Lezuza y una tapadera de La Serreta (Llobregat 1972: lám. VII; Fuentes Alberó 2006: 48; Uroz 2012: 325).	199
2.24. Planimetría general y fotografía aérea de l'Illeta dels Banyets (Olcina, Martínez y Sala 2010: 44).	221
2.25. "Casa del Cura" de l'Illeta dels Banyets (Olcina, Martínez y Sala 2010: 182).	225
2.26. Pecio de El Sec (Arribas 1987: 49).	232
2.27. Planimetría de una manzana de Tossal de la Cala (arriba) y vista del Peñón de Ifach desde la piscifactoría de Baños de la Reina (abajo) (Bayo 2010: 46; Rosselló 2004: 252).	250

2.28. Fondo de copa de barniz negro con figura de Orfeo o Apolo con lira, hallada en la Mina de la Balsa (Pérez Ballester 2012: 71).	257
2.29. Selección de materiales del pecio del Bajío del Capitán (Pinedo y Alonso 2004: 138).	266
2.30. Pecio de Punta de Algas (Mas 1969-1970: 426).	266
2.31. El intercambio de la riqueza y capital simbólico.	273
2.32. Distribución de la riqueza amortizada en las tumbas de la primera fase de Los Villares según el número de objetos (arriba) y la riqueza ponderada (abajo).	276
2.33. Distribución de la riqueza amortizada en época plena en Pozo Moro, Los Villares, Poblado, Cabecico del Tesoro y Cigarralejo, según el nº de objetos (izquierda) y la riqueza ponderada (derecha).	278
2.34. Vajilla ática del silicernium ¹ de Los Villares (Blánquez 1999: 72).	285
3.1. La conceptualización de la identidad, la identidad colectiva y la etnicidad.	291
3.2. La renegociación de la memoria colectiva.	305
3.3. Producciones híbridas en el plano arquitectónico (casa 200 de El Puig –derecha– y casa IIIJ de El Oral –izquierda–) y en el de la tipología cerámica (vasos de Peña Negra –centro– y Saladares –abajo–); (Grau y Segura 2013: 105; Abad y Sala 2007: 74; Vives-Ferrándiz 2008: 251; Vives-Ferrándiz 2008: 250).	312
3.4. Tumbas 9 y 19 de Les Casetes y cantimplora de fayenza de la tumba 18. (Espinosa, Ruiz y Marcos 2005: 346; García Gandía 2004: 573; García Gandía 2002-2003: 361).	315
Fig. 3.5. “Lingotes chipriotas” en el <i>temenos</i> del monumento de Pozo Moro, la tumba 31 de Los Villares, la tumba 20 de Salobral, un enterramiento de Cabezo Lucero, la tumba 38 de Castillejos de los Baños y una sepultura de la Calle Álamo de Lorca (Almagro Gorbea 2011-2012: 247; Blánquez 1991: 277; Blánquez 1999: 78; Uroz 2006: 31; García Cano y Page 1996: 261; Cárceles <i>et alii</i> 2008: 51).	319
3.6. Planimetría de la necrópolis de Pozo Moro (Alcalá-Zamora 2003: 272).	324
3.7. Planimetría de la necrópolis de Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 139).	326
3.8. Esfinge de El Salobral (Chapa 1985: 203).	328
3.9. Estructuras amortizadas ritualmente bajo la Puerta Oeste de la Bastida de les Alcusses (Bonet y Vives 2011 a: 240).	331
3.10. Depósito ritual junto al templo B de la Illeta dels Banyets (Olcina, Martínez y Sala 2010: 134).	331
3.11. Montura del jinete 1 de Los Villares (Roldán 2011: 77).	336

3.12. El surgimiento de la escultura en el mundo ibérico.	336
3.13. Túmulo 18 de Los Villares coronado por escultura (Blánquez 1992 a: 220).	340
3.14. Tumba de las Damitas de Corral de Saus, y fragmento de una de las esculturas reutilizada como material constructivo (Aparicio y Cisneros 2007: 95).	349
3.15. Toro de Monforte del Cid (Olmos (dir) 1992: 100).	349
3.16. Jinete 1 de Los Villares, acusando una lanzada en el rostro (Blánquez 2011: 31).	349
3.17. Túmulo 20 y escultura derribada <i>in situ</i> en la necrópolis de Los Villares (Blánquez 1992: 134).	355
3.18. Escultura de sirena formando parte del relleno de un encachado tumular en Corral de Saus (Aparicio y Cisneros 2007: 53).	355
3.19. Fragmentos escultóricos y arquitectónicos amortizados bajo el suelo de la necrópolis de Poblado (Muñoz 1987: lám. 7).	355
3.20. Temenos del Parque Infantil de Tráfico de Elche (Chapa 2005: 31).	355
3.21. Planimetría del asentamiento de La Picola y sección de sus fortificaciones (Moret 1998: 86; según Gracia 2000: 158).	368
3.22. Exvoto de Collado de los Jardines representando a Heracles-Melqart (Rueda y Olmos 2010: 38).	388
3.23. La conformación de los discursos etnogenéticos helenizantes ibéricos de época tardía.	398
3.24. Fases constructivas sucesivas del templo de La Alcudia de Elche (Ramos Fernández 1991-1992: 92-93).	403
3.25. Divinidad del grupo escultórico de la esfinge del Parque Infantil de Tráfico de Elche y terracota de Es Cuieram (Chapa y Deamos 2011: 155; M.J. Almagro Gorbea 1980: lám. 105).	406
3.26. Monumento turriforme grabado en una de las paredes del pilar de Monforte del Cid (Prados Martínez 2006: 21).	407
3.27. Pebetero de terracota con forma de cabeza femenina de Tossal de la Cala; (Blech 1998: 173).	409
Fig. 3.28. Hallazgos de la necrópolis de La Albufereta: escultura de toro, pebetero de terracota, amuletos de pasta vítrea, terracota articulada (Chapa 2005: 26; Bendala 2003 a: 31; Sala 2010: 940; Olmos (dir) 1992: 88).	414
3.29. Lagar revestido de mortero de cal del departamento Ib32 de la Illeta dels Banyets (Olcina, Martínez y Sala 2010: 184).	417

3.30. Planimetría del templo A de la Illeta dels Banyets (Olcina, Martínez y Sala 2010: 221).	419
3.31. Posible fragmento escultórico hallado en el templo A de la Illeta dels Banyets (Olcina, Martínez y Sala 2010: 101).	420
3.32. Planimetría del templo B de la Illeta dels Banyets (Olcina, Martínez y Sala 2010: 189).	422
3.33. Planimetría del templo de La Escuela (Llobregat 1972: 87).	427
3.34. Broche de cinturón del Amarejo (Aranegui (ed.) 1998: 306).	429
3.35. Trishekel cartaginés (Mata <i>et alii</i> 2010: 277).	429
3.36. Vaso de Cola de Zama Norte (Olmos (dir.) 1992: 46).	429
3.37. Relieve de Pino Hermoso (Sala 2007: 74).	429
3.38. Crateriforme de la Alcudia de Elche (González Reyero y Rueda 2010: 133).	442
3.39. “Mosaico de Salaicos” de la Alcudia de Elche (Abad 1986-1987: 99).	442
3.40. León de Bienservida (Olmos (dir.) 1992: 131).	445
3.41. Monumentos funerarios de la necrópolis de Tolmo Norte (Castelo 1995: 88).	445
3.42. Escultura ibérica empotrada en la fachada de una domus iberorromana en Tossal de les Basses (Rosser y Fuentes 2007: 50).	447
4.1. La conceptualización de las divinidades en la arqueología ibérica.	466
4.2. Posibles divinidades (y héroes) entre la iconografía del monumento de Pozo Moro (Aranegui 2011: 139; López Pardo 2006: 96; Blech 1996: 201 y 204; fotografía propia).	469
4.3. Señor de los caballos en una tinaja ilicitana (Aranegui (ed) 1998: 250).	472
4.4. Fíbula de Chiclana de Segura (Olmos (dir) 1992: 106).	472
4.5. Relieves de los “Domadores de caballos” de Mogón, Villaricos, Bancal del Tesoro, La Encarnación, Llano de la Consolación, Sagunto y Pitxòcol (Olmos (dir) 1992: 106; Almagro 2005 a: 156; Eiroa y Martínez Rodríguez 1987: 132; Munilla 1983: lám. 1; Aura y Segura 2000: 106; Marín y Padilla 1997: 494; González Reyero y Rueda 2010: 56).	476
4.6. Timiaterio de La Quéjola (Aranegui y Prados 1998: 144).	478
4.7. Las divinidades femeninas ibéricas sin pies (imágenes tomadas de Aranegui 2011: 139; Aranegui y Prados 1998: 144; Prados Torreira 2010: 225; Chapa y Deamos 2011: 157; González Reyero y Rueda 2010: 116).	478

4.8. Koré de Alicante (Chapa 2009: 81).	481
4.9. Estampilla de jinete en ánfora de Macalón (Sanz 2007: 189).	481
4.10. Bicha de Balazote (Izquierdo Peraile 2003: 282).	481
4.11. Mosaico de Cerro Gil de Iniesta (González Reyero 2012: 269).	490
4.12. Aplique de bronce de La Bastida de les Alcusses (Aparicio <i>et alii</i> 2005: 98).	490
4.13. Damas ibéricas de época plena: Baza, Cabecico del Tesoro, Cigarralejo, Alcudia, Benimassot, Vizcarra, Llano de la Consolación, Caudete, “Dama de Elche” (Chapa 1998: 113; Blázquez (ed.) 2011: 425; Aranegui 2010 a: 188; Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 139; Aura y Segura (coords) 2000: 106; Chapa 2008: 39; AA.VV. 1997: 172; Sala 2007: 65; Aranegui 2011: 138).	493
4.14. Caja cineraria de la tumba 76 de Galera (según Chapa 2004: 241).	499
4.15. Desarrollo de la decoración del vaso de Santa Catalina del Monte (Lillo 1995-1996:124).	499
4.16. Galbo de Sant Miquel de Lliria con personaje entronizado frente a árbol (Aranegui 1997: 113).	501
4.17. Galbo de La Serreta con escena de procesión (Fuentes Alberó 2006: 48).	501
4.18. Terracota de Cabecico del Tesoro, con mujer sedente y enjorada (Horn 2011: Anexo I, 176).	503
4.19. Vaso de figuras rojas de Cabecico del Tesoro (Aranegui <i>et alii</i> 1993: lám. 124).	503
4.20. Escarabeo de La Serreta, con divinidad sedente (Aura y Serrano (coords) 2000: 212).	503
4.21. Terracota de Ibiza: mujer entronizada con ave (M.J. Almagro Gorbea 1980: lám. XCVI).	503
4.22. Terracotas de divinidades femeninas sedentes amamantando a un niño: Cabecico del Tesoro, Albufereta, Coimbra del Barranco Ancho, Cigarralejo, Cova de les Maravelles, “Orán” (Horn 2011: Anexo I, 29; Blech 1998: 172; Horn 2011: Anexo I, 31; Horn 2011: Anexo I, 31; Aparicio <i>et alii</i> 2005: 203; Marín Ceballos 1987: 61).	509
4.23. Terracota de divinidad estante curótrofa con paloma, de la Albufereta (Olmos 2004 a: 73).	511
4.24. Terracota de mujer sedente tocando la lira (Blech 1998: 172).	511
4.25. La divinidad de la Alcudia de Elche (Aranegui (ed.) 1998: 305; Olmos (dir.) 1992: 123; González Reyero y Rueda 2010: 116).	513
4.26. Vaso de la Umbría de Salchite (Lillo 1983: 786).	518

4.27. Morillo de Molinicos (Horn 2011: Anexo I, 210).	518
4.28. Moneda de <i>Ilici</i> con templo tetrástilo (Almagro Gorbea 2003: 13).	520
4.29. Frecuencia de utilización de algunas necrópolis ibéricas (datos tomados de Alcalá-Zamora 2003; García Cano 1999; Quesada 1989; Aranegui <i>et alii</i> 1993).	524
4.30. Guerrero alanceado de Cerrillo Blanco de Porcuna (González Navarrete 1987: 92).	528
4.31. Guerreros caídos en combate en representaciones sobre cerámica: Archena, Castellar de Oliva y Lezuza (González Reyero y Rueda 2010: 71; González Reyero y Rueda 2010: 71; Uroz Rodríguez 2012: 316).	528
4.32. Alusiones a la esfera dionisiaca en las necrópolis ibéricas arcaicas: estatuilla de bronce de sátiro itifálico del Llano de la Consolación, y caja de marfil de Los Villares (Olmos y Sánchez 1995: 121; Blánquez 1994: 347).	530
4.33. Plomo del Cigarralejo (De Hoz 2009: 36).	530
4.34. Jinetes de Los Villares (Almagro 2005: 160; Blánquez 1992 a: 222).	532
4.35. Representaciones de caballos enjaezados escultóricos: La Losa, Casa Quemada, Capuchinos, Fuentelahiguera, Llano de la Consolación, Cabecico del Tesoro, Agua Salada, Cigarralejo y La Alcudia (León 1998: 163; Sanz y Blánquez 2010: 276; Castelo 1995: 76; Chapa 1985: lám. 2; Sanz y Blánquez 2010: 278; Page y García Cano 1993: 42; Lillo y Serrano 1989: 89; Aranegui (ed.) 1998: 311; Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 137).	534
4.36. Relieve con jinete lancero de La Alcudia y monumento de Daya Nueva con relieve análogo (Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 137; Prados Martínez 2011: 199).	536
4.37. Ajuar de la tumba 11 de la necrópolis de Galera (Pereira <i>et alii</i> 2004: 85-86).	538
4.38. Relieve de El Monastil (según Poveda 1996: 357).	539
4.39. Relieves del cipo de la necrópolis de Poblado (García Cano y Page 2011: 166).	541
4.40. Jinetes de bronce de La Bastida de les Alcusses y El Salobral (Almagro Gorbea 2005: 158; Aranegui (ed.) 1998: 243).	544
4.41. Esfinge montada por un varón y precedida por la diosa del Parque Infantil de Tráfico de Elche (Abad 2011: 352).	546
4.42. La esfinge del Parque Infantil de Tráfico como imagen híbrida (imágenes tomadas de Abad 2011: 352; M.J. Almagro Gorbea 1980: lám. 105; Almagro 2005: 160; Izquierdo 2003: 277; Chapa y Belén 2011: 159).	546
4.43. Vaso de la “cabalgata nupcial” de Lliria (De Griñó 1992: 200).	549

4.44. Vaso de Lliria con un jinete siguiendo a una mujer (Mata <i>et alii</i> 2010: 61).	549
4.45. Vaso de la Alcudia de Elche con personaje que avanza llevando a un caballo de las riendas (Ruiz Rodríguez 1998: 88).	549
4.46. Carro de El Cigarralejo (Cuadrado 1987: lám. XIX).	553
4.47. Vaso de Elche de la Sierra (Sanz 1997: 128).	553
4.48. Vaso plástico con forma de delfín de Cabezo del Tío Pío (Horn 2011: Anexo I, 430).	558
4.49. Vaso de Villares de Caudete con jinete acompañado de una foca (Tortosa 2003 a: 306).	558
4.50. Edificio III L2 de El Oral (Abad y Sala 1997).	563
4.51. Edificio 2 de La Quéjola (Domínguez Monedero 1998: 198).	563
4.52. Conjunto 5 de Bastida de les Alcusses (Bonet y Vives-Ferrándiz 2011: 93).	568
4.53. Estatuilla de Segura de la Sierra representando un sacrificio (Almagro Gorbea 2011: 18).	577
4.54. Crátera de Poble Nou con sacrificio de suido (Olmos y Tortosa 2009: fig. 6).	577
4.55. Relieve de Torreparedones representando una libación frente a un templo (Aranegui (ed.) 1998: 306).	577
4.56. Orificio oval existente en el eje axial del templo B de La Encarnación (Ramallo 2000: 214).	582
4.57. Tinaja de Coimbra del Barranco Ancho con decoración de columna exenta (García Cano y Gil 2009: 15).	582
4.58. Terracota con divinidad y orantes en Cabecico del Tesoro (González Reyero y Rueda 2010: 103).	582
4.59. Sección del depósito votivo de El Amarejo (Broncano 1989: 17).	589
4.60. Depósito votivo de Lezuza (Uroz Rodríguez 2012: 36).	589
4.61. Templos de La Encarnación (Ramallo Bermejo 2008: 149).	592
4.62. Templo de La Luz (García Cano y Page 1996: 255).	592
5.1. Reconstrucción de un pomo de espada de hierro del tesoro de Villena (Lucas 1998: 161).	616
5.2. Armas metálicas halladas en Peña Negra: molde de espada de hoja pistiliforme y reconstrucción del arma; puntas de flecha con arpón; cuchillos afalcatados (Vives-Ferrándiz 2008: 245; González Prats 1982: 258; González Prats 1983: 177).	618

5.3. El control sobre la violencia en el intercambio colonial.	622
5.4. Sección de la muralla de La Fonteta y fotografía de la misma durante su excavación (Azuar <i>et alii</i> 1998: fig. 5; González Prats y Ruiz Segura 2000: 30).	624
5.5. Planimetría de Peña Negra (González Prats 2008: 183).	626
5.6. Reconstrucción axonométrica de la entrada al poblado de El Oral (Abad y Sala 2001: 112).	626
5.7. Interpretaciones planimétricas sucesivas de Cabezo Pequeño del Estaño (García Menárguez 1994: 273-274; y Bueno, García Menárguez y Prados 2013: 49).	629
5.8. Sección de las fortificaciones de Alt de Benimaquía (Díes, Gómez Bellard y Guérin 1991: 18).	629
5.9. Tramo sureste de la muralla de Cabezo de la Fuente del Murtal (Lomba y Cano 2002: 174).	629
5.10. Guerreros del monumento de Pozo Moro: dendróforo; guerrero “smiting god” (detalle de las armas, y comparación con el caso documentado en Cigarralejo); y guerrero luchando con “quimera” (López Pardo 2006: 82; Blech 1996: 204; Cuadrado 1991: fig. 1; Farnié y Quesada 2005: 127).	636
5.11. Estela de Altea (Sala 2007: 54).	641
5.12. Guerreros de Cerrillo Blanco de Porcuna (Aranegui (ed.) 1998: 239; Izquierdo 2003: 283).	643
5.13. Fragmentos escultórico de guerreros de La Alcudia de Elche (León 1998: 159; Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 141; Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 140; Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 141; Sala 2007: 68; Gagnaison <i>et alii</i> 2007: 149; Ramos Fernández y Ramos Molina 2004: 134).	646
5.14. Cabeza de guerrero con casco de Cabecico del Tesoro (vista superior) (Page y García Cano 1993: 40).	648
5.15. Torso de guerrero de Monforte del Cid; según Museo de Historia de la Villa de Monforte del Cid: //www.marqalicante.com/exposiciones/Catalogo/2/torso_de_guerrero-P675.html (visionado por última vez el 30/1/2015).	648
5.16. Torso de guerrero de La Losa (Giménez 1988: 133).	648
5.17. Jinete 1 de Los Villares (Olmos 2011: 113).	650
5.18. Guerrero de El Ferriol (Rouillard 2008: 349).	650
5.19. Greba de la sepultura 75 de Cabezo Lucero (según Farnié y Quesada 2005: 194).	656
5.20. Héroe de El Pajarillo (Molinos <i>et alii</i> 1998: 268).	660

5.21. Sepulturas de época plena con armas en las necrópolis ibéricas: tumba 4F2 de Pozo Moro y 24 de Castillejo de los Baños (Alcalá-Zamora 2003: 134; García Cano y Page 2001: 93).	665
5.22. Distribución del armamento en Bastida de les Alcusses (Quesada 2011: 210).	671
5.23. Sección y parte del ajuar funerario de la tumba 4Dinc3 de Pozo Moro (Alcalá-Zamora 2003: 300).	674
5.24. Falcata de Sagunto con escena de caza (Aranegui y De Hoz 1992: 320).	676
5.25. Conjunto 1 de armas del depósito votivo de la Puerta Oeste de la Bastida de les Alcusses (Bonet y Vives-Ferrándiz 2011 a: 242).	677
5.26. Sección de la muralla de la Bastida de les Alcusses en el Sondeo 1 y puertas de la fortificación (Bonet y Vives-Ferrándiz 2011: 67; Bonet y Vives-Ferrándiz 2011: 74, 76, 77 y 79).	680
5.27. Planimetría de la puerta de Castellar de Meca (Arregui y Broncano 1992: 74).	683
5.28. Bastión y torre de entrada del poblado de El Puig (Grau y Segura 2010: 87).	683
5.29. Fortificaciones de Puntal de Salinas (Sala 2006: 161).	683
5.30. Planimetría de la torre de L'Empedrola (Bolufer y Sala 2009: 57).	688
5.31. Casco tipo Montefortino de la tumba 0 de Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990: 284).	694
5.32 Falcata en miniatura de El Cigarralejo, y parte de la tipología de falcatas en miniatura propuesta por P. Lillo (Gabaldón 2010: 210; Lillo 1987-1987: 39).	697
5.33. Exvoto de guerrero en disposición de arrojar una lanza del santuario de La Luz (Aranegui (ed.) 1998: 325).	699
5.34. Planimetría de un sector de la muralla púnica de <i>Carthago Noua</i> (Bendala y Blánquez 2002-2003: 146).	702
5.35. Restitución del tramo 5 de la muralla púnica de Tossal de Manises (Olcina 2005: 160).	702
5.36. Superposición de estructuras defensivas de El Reguerón en El Tolmo de Minateda (la “muralla ataludada” es la construida en época ibero-púnica) (Abad, Gutiérrez y Sanz 1998: 46).	705
5.37. Dishekel cartaginés acuñado en <i>Carthago Noua</i> (Aranegui (ed.) 1998: 276).	707
5.38. Escenas de combates terrestres y náuticos en las cerámicas de Sant Miquel de Lliria (Aranegui y De Hoz 1992: 322; Aranegui 1997: 76).	710
5.39. “Vaso de los guerreros” de Archena (Aranegui y De Hoz 1992: 322).	713

5.40. “Vaso de los guerreros” de Cigarralejo (según Chapa y Olmos 2004: 55).	713
5.41. “Vaso de los guerreros” de Oliva (según Pericot 1979: 129).	713
5.42. Detalle de la tinaja de Hacienda Botella (Tortosa 2003: 176).	713
5.43. Reconstrucción de las murallas del Tossal de Manises entre los ss. II y I a.C. (Olcina y Pérez Jiménez 2003: 94).	718
5.44. Sucesivas líneas de fortificaciones tardorrepublicanas del Pic del Àguila (Llobregat 1972: 49).	718
5.45. Fíbula de Chiclana de Segura (Almagro Gorbea 2005: 169).	720
5.46. Vaso del “Joven y el lobo” de la Alcudia de Elche y otros casos de enfrentamientos entre héroe y lobo en la cerámica ilicitana (Aranegui (ed.) 1998: 245; Olmos 1988-1989: 98; Llorio 2004: 165; Olmos 2010: 51).	721
5.47. Oinochoe de Tossal de Manises (Verdú y Olcina 2012: 160).	723
5.48. Vaso “del guerrero y la esfinge” de Corral de Saus (Izquierdo Peraile 1995 a: 97).	723
5.49. Sucesivas escenas del vaso de los Villares de Caudete (Olmos 2010: 144).	723
5.50. Galbo de Azaila con joven luchando contra lobo (Uroz Rodríguez 2012: 406).	723
5.51. Fíbula de Braganza (Chapa 2011: 201).	725
5.52. “Crátera de la monomaquia” de Lezuza (Uroz Rodríguez 2012: 318).	728
5.53. Galbo con desfile de guerreros de Tossal de la Cala (Pericot 1979: 60).	728
6.1. Cubeta de Alcoy y valle de Benimassot desde La Serreta.	738
6.2. Excavaciones en La Serreta en los años noventa (Olcina 2006: 40).	744
6.3. Ocupación de los asentamientos alcoyanos (Martí y Mata 1992: 104).	749
6.4. Modelo de poblamiento de los valles alcoyanos en el s. IV a.C.	753
6.5. Herramientas agrícolas y artesanales de hierro de La Serreta (Grau y Reig 2002-2003: 110).	759
6.6. Importaciones áticas de La Serreta (García i Martín y Grau 1997: 121).	759
6.7. Planimetría de las primeras tumbas excavadas en la necrópolis de la Serreta, y tumba 31 en proceso de excavación (Cortell <i>et alii</i> 1992: 84; Grau y Segura 2013: 284).	763
6.8. Kylix de figuras rojas de la sepultura 6 (Cortell <i>et alii</i> 1992: 86).	767
6.9. Umbo de escudo de la sepultura 11 y falcata decorada de la sepultura 53 de La Serreta (Reig 2000: 103; Moltó y Gisbert 2000: 127).	767

6.10. Amuleto de enano pateco de la tumba 10 (Aura y Segura (coords.) 2000: 218).	769
6.11. Planimetría general del asentamiento a finales del s. III a.C. (Olcina <i>et alii</i> 1998: 36).	777
6.12. Reconstrucción de una vivienda de La Serreta (Olcina, Grau y Moltó 2000: 127).	777
6.13. Selección tipológica de la facies cerámica de la segunda mitad del s. III a.C. en La Serreta (Olcina <i>et alii</i> 1998: 38).	779
6.14. Oinochoe ibérico hallado bajo la puerta de La Serreta (Grau, Olmos y Perea 2008: 8).	784
6.15. Planimetría y reconstrucción hipotética de la puerta de la Serreta (Olcina <i>et alii</i> 1998: 40).	784
6.16. Modelo de poblamiento de los valles alcoyanos en el s. III a.C.	788
6.17. Sortija con chatón de la sepultura 11 (Aura y Segura (coords.), 2000: 212).	792
6.18. Oinochoe ibérico del alfar de la Serreta hallado en Tossal de Manises (www.marqalicante.com/Paginas/es/CATALOGO-P246-M3.html - visionado por última vez el 4 de febrero de 2015).	793
6.19. “Kalathos de la Paloma” de La Serreta (Grau, Olmos y Perea 2008: 17).	799
6.20. “Pinax de la tejedora” (Grau 2006: 63).	799
6.21. Galbo con varones conversando (Fuentes Albero 2006: 48).	799
6.22. “Vaso de los Guerreros” de La Serreta (Grau, Olmos y Perea 2008: 15).	801
6.23. Kalathos con desfile de jinetes (Fuentes Albero 2006: 43).	804
6.24. Oinochoe del departamento 9 de La Serreta, con desfile de jinetes de distinto grupo de edad (Grau, Olmos y Perea 2008: 11).	804
6.25. Localización y planimetría del sector F y del departamento F1 (Grau, Olmos y Perea 2008: 9).	807
6.26. Terracota del departamento F1 de La Serreta (AA.VV. 2006: 141).	809
6.27. Dama curótrofa de bronce de la Colección Gómez-Moreno (Rueda 2007: 48).	809
6.28. Indicaciones del emplazamiento del santuario ofrecidas por C. Visedo. Fotografía actual del lugar, con las ruinas del refugio antiaéreo al fondo (Poveda 2005: 101; Olcina 2000: 109; Fotografía propia).	813
6.29. Selección de terracotas del santuario de La Serreta (Horn 2011: Anexo I, 100, 63, 56, 214, 149, 133, 219; 134, 236-237 respectivamente).	816
6.30. Pautas de accesibilidad al santuario de La Serreta (Grau 2010: 116).	821

6.31. Reconstrucción del monumento de Horta Major (Abad 2000: 124).	823
6.32. Selección de materiales hallados en el santuario: vasos de <i>terra sigillata</i> , lucerna tardorrepublicana y semis augusteo de <i>Carthago Noua</i> (Poveda 2005: 104; Lara 2005: 127; Garrigós y Mellado 2004: 214).	828
6.33. Planta del templo tardorromano (Aranegui 1994 a: 121).	830
7.1. El Cerro de los Santos desde el noroeste.	840
7.2. Materiales dispersos por la superficie de las faldas del Cerro (primavera de 2014).	840
7.3. Cuarto de las Escuelas Pías de los Padres Escolapios, en el que se amontonaron las esculturas (Delgado Montoto 1999: 196).	845
7.4. Planta del templo del Cerro de los Santos según P. Savirón (Savirón 1875: lám. 2).	848
7.5. Visita de P. Paris al Cerro de los Santos en 1889 (única fotografía en la que aparecen los restos del templo) (Blánquez 2010: 28).	851
7.6. Hallazgo de una escultura durante las excavaciones de A. Fernández de Avilés (Roldán 2011: 64).	854
7.7. Restitución topográfica de las catas planteadas por T. Chapa (elaboración propia a partir de un plano topográfico inédito cedido por T. Chapa).	856
7.8. Perfil sur del Corte 1 de T. Chapa, en el que se aprecia lo revuelto de la estratigrafía (fotografía inédita cedida por T. Chapa).	856
7.9. Materiales arquitectónicos hallados durante las campañas de T. Chapa.	860
7.10. Supuesto toro del grupo “A” del Cerro de los Santos (Chapa 2005: 34).	865
7.11. Importaciones áticas recogidas por A. Fernández de Avilés (Sánchez Gómez 2002: 203).	868
7.12. Algunas importaciones áticas recogidas por T. Chapa.	870
7.13. Galbo de los guerreros del Cerro de los Santos.	873
7.14. Asa trenzada del nivel superficial de la cata 4 de T. Chapa.	873
7.15. Kalathos del nivel 1 de la cata 4 de T. Chapa.	873
7.16. Materiales tardíos documentados en la Ladera Norte del Cerro de los Santos: plato con decoración de pescado recogido por A. Fernández de Avilés; as de Tiberio del nivel 3 de la cata 1 de T. Chapa; sigillatas recogidas por T. Chapa en las catas de la Ladera Norte.	876
7.17. Exvoto escultórico antropomorfo del Cerro de los Santos (Blánquez (ed.) 2011: 461).	879

7.18. Pareja de oferentes del Cerro de los Santos (Noguera 1998: 63).	879
7.19. Exvoto de bronce del Cerro de los Santos, representando a un guerrero (AA.VV. 1983: 73).	881
7.20. Distribución de las pastas cerámicas del Cerro de los Santos: a) Materiales de la campaña de 1963 de A. Fernández de Avilés (Sánchez Gómez 2002); b) Materiales de las catas de T. Chapa en la Ladera Norte; c) Materiales de la cata 4 de T. Chapa.	886
7.21. Distribución de las tipologías cerámicas documentadas en el Cerro de los Santos: a) Campañas de A. Fernández de Avilés en la Ladera Norte, cerámicas grises (Sánchez Gómez 2002); b) Campañas de T. Chapa en la Ladera Norte, cerámicas grises; c) Cata 4 de T. Chapa, cerámicas grises; d) Campañas de A. Fernández de Avilés en la Ladera Norte, cerámicas oxidantes (Sánchez Gómez 2002); e) Campañas de T. Chapa en la Ladera Norte, cerámicas oxidantes; f) Cata 4 de T. Chapa, cerámicas oxidantes.	887
7.22. Vaso caliciforme de pasta oxidante del Cerro de los Santos.	895
7.23. Punta de soliferreum del Cerro de los Santos.	895
7.24. Pesas de telar halladas en el Cerro de los Santos.	895
7.25. Vestigios de las columnas exentas del Cerro: dibujo del capitel hallado por J.D. Aguado, voluta descubierta por A. Fernández de Avilés y cerámica con representación de capitel y frontón (Sanz 1997: 117; Fotografía propia).	899
7.26. Cata 4 de T. Chapa en el Cerro de los Santos.	901
7.27. Escultura de carnassier del Cerro de los Santos (Ruano 1988: 255).	909
7.28. Oferente masculino del Cerro (Aranegui (ed) 1998: 310).	912
7.29. “Gran Dama Oferente” (Aranegui 2011: 143).	912
7.30. Escultura de dama sedente del Cerro de los Santos (Sánchez Gómez 1999: 99).	915
7.31. Emplazamiento dominante del templo (cuya ubicación señala el monolito) sobre el Cerro visto desde la Cañada.	919
7.32. Primera (1968) y última edición (2010) del MTN 1:50.000, en torno al Cerro de los Santos.	919
7.33. Posible exvoto-cabeza del Cerro de los Santos (Aranegui (ed) 1998: 307).	923
7.34. Torso del exvoto de Lucius Licinius y del de “los bastetanos” (González Reyero y Rueda 2010: 125; Aranegui (ed) 1998: 310).	925
7.35. Sello con representación de Rómulo y Remo, hallado en el Cerro de los Santos (Rueda y Olmos 2010: 46).	927

7.36. Vista desde el otro lado de la Cañada de Yecla, con el Cerro de los Santos superponiéndose al Monte Arabí (fotografía inédita cedida por T. Chapa)	932
7.37. Fotografías aéreas del Cerro de la Cañada (vuelo americano de 1956, abajo, y toma actual, arriba); a la derecha, destacadas en negro las estructuras visibles en superficie.	939
8.1. Panorámicas generales del valle de Jutia, desde el norte (dos superiores) y desde el sur (dos inferiores).	955
8.2. Vaso de Piedra de Peñarrubia (Lillo 1988: 141 y 146).	959
8.3. Esculturas descubiertas en Jutia, lugar del hallazgo y posible lugar de proveniencia (González Reyero, 2013: 69-70; Mapa propio).	963
8.4. Resultados de la prospección de 2012 sobre el majano (González Reyero 2013: 67).	965
8.5. Sillar con impronta de grapa hallado sobre el majano en 2012 (González Reyero 2013: 68).	965
8.6. Base escultórica con pezuñas conservada en el Museo de Nerpio (González Reyero 2013: 12).	965
8.7. Fotografía del majano en 2013 antes de comenzar las labores de excavación.	980
8.8. Fotografías aéreas del entorno de la zona excavada. De izquierda a derecha y de arriba abajo: Serie 1 del Vuelo Americano (1945-1946), Serie 2 del Vuelo Americano (1956-1957), Vuelo Interministerial (1973-1986), Vuelo Nacional (1980-1986) y fotografía aérea actual (PNOA).	981
8.9. Ladera de Justia desde el Norte. Abajo a la derecha se aprecia el cortijo de El Álamo, e inmediatamente más allá, la localización del majano excavado.	984
8.10. Selección de materiales de la UE 1: restos óseos, carbones, bronce, cuentas de pasta vítrea.	987
8.11. Planta del Corte 1 del Sector IV.	994
8.12. Secciones del Corte 1 del Sector IV.	995
8.13. Fosa de expolio UE 33-34 (en el centro de la fotografía), cortando los niveles superficiales y destruyendo los niveles arqueológicos.	996
Fig. 8.14. Artefacto fragmentado de hueso hallado en la fosa UE 33-34 (arriba), y artefacto de hueso de la tumba 200 de Cigarralejo (abajo) (Rísquez y García Luque 2007: 158).	996
8.15. Fosa UE 22-23 antes de su excavación.	999
8.16. Materiales cerámicos de la UE 23.	999

8.17. Fosa UE 31-28.	1001
8.18. Materiales de la UE 28: fíbula y fragmentos cerámicos.	1001
8.19. Fosa UE 14-15.	1004
8.20. Materiales cerámicos de la UE 15.	1004
8.21. Fosa UE 21.	1007
Fig. 8.22. Soliferreum de la fosa UE 21: pieza y proceso de excavación.	1007
8.23. Fosas UE 67-65,66 y UE 57-58.	1010
8.24. Punta de lanza seccionada y paterita de la UE 58.	1012
8.25. Fosa UE 38-39,40,41.	1015
8.26. Materiales cerámicos de la UE 39.	1015
8.27. Deposición UE 32 y detalle de la misma en el que se aprecian los restos humanos en el interior de la urna cineraria.	1017
8.28. Resultados del análisis de C14 de una muestra de madera carbonizada hallada dentro de la urna de la UE 32.	1018
8.29. Fragmentos de la urna de la UE 32.	1018
8.30. “Vaso de los Dragones” de Hoya de Santa Ana (Pericot 1979: 24).	1021
8.31. Urna de la tumba 26 de Cigarralejo (Cuadrado 1987: 458).	1021
8.32. Dispersión de los fragmentos del vaso de la “Lucha entre el héroe y la esfinge” en Corral de Saus (Izquierdo Peraile 1995 a: 95).	1032
8.33. Dispersión de los hallazgos en Las Agualejas y materiales documentados en la “mancha 1” (Abad, Sala y Alberola 1995-1996: 8; Abad, Sala y Alberola 1995-1996: 9).	1039
8.34. Vista del valle de Jutia con el área sacra y el Cerro de Jutia señalados.	1044

TABLAS:

1.1. Asignación de valores para los recuentos de riqueza de los ajuares funerarios ibéricos por unidades de riqueza ponderada. Tabla simplificada basada en los cálculos de F. Quesada (1989: 139-140).	42
---	----

1.2. Sistemas cronológicos propuestos por E. Cuadrado y A. Ruiz / M. Molinos para el mundo ibérico.	72
6.1. Análisis de vecino más próximo en los valles alcoyanos teniendo o no en cuenta a La Serreta.	756
6.2. Sistematización de los datos publicados sobre la necrópolis de Serreta.	762

LÁMINAS¹:

7.1. Tipología cerámica de la Cata 1 de T. Chapa en el Cerro de los Santos (I).	888
7.2. Tipología cerámica de la Cata 1 de T. Chapa en el Cerro de los Santos (II).	889
7.3. Tipología cerámica de las Catas 2 y 3 de T. Chapa del Cerro de los Santos.	890
7.4. Tipología cerámica de la Cata 5 de T. Chapa del Cerro de los Santos.	891
7.5. Tipología cerámica de la Cata 6 de T. Chapa del Cerro de los Santos.	892
7.6. Materiales cerámicos y metálicos de la cata 6 de T. Chapa del Cerro de los Santos.	893
7.7. Tipología cerámica de la Cata 4 de T. Chapa del Cerro de los Santos (I).	903
7.8. Tipología cerámica de la Cata 4 de T. Chapa del Cerro de los Santos (II).	904
7.9. Tipología cerámica de la Cata 4 de T. Chapa del Cerro de los Santos (III).	905
8.1. Tipología cerámica variada de la UE 1 del Sector IV de Jutia (I).	990
8.2. Tipología cerámica variada de la UE 1 del Sector IV de Jutia (II).	991
8.3. Materiales recogidos en prospección en el Sector III de Jutia (I).	992
8.4. Materiales recogidos en prospección en el Sector III de Jutia (II).	993
8.5. Materiales cerámicos de la UE 15 de Jutia.	1005
8.6. Urna cineraria de la UE 32 de Jutia.	1019
8.7. Materiales recogidos en prospección en el Cerro de Jutia.	1045

¹ Para la confección de las láminas, se ha empleado el programa AutoCad 2014 Win x64.

MAPAS²:

1.1. Los límites de la Contestania para los diferentes autores.	78
1.2. Mapa físico del sureste peninsular.	78
1.3. Dispersión de yacimientos del Sureste ibérico mencionados a lo largo de la tesis.	79-86
2.1. Distribución de los yacimientos con materiales fenicios: 1. Yacimientos con importaciones de la segunda mitad del s. VIII a.C. 2. Otros yacimientos con importaciones fenicias.	105
2.2. Poblamiento entre los siglos V y IV a.C. en la Depresión Meridional.	159
2.3. Poblamiento del sureste meseteño en el s. V a.C. en relación con las vías de comunicación.	159
2.4. Poblamiento del Vinalopó Medio.	171
2.5. Dispersión de herramientas en época ibérica plena en el Sureste.	180
2.6. Poblamiento costero de época plena.	232
2.7. Distribución de tesorillos entre finales del s. III y finales del I a.C.	270
3.1. Esculturas sin contexto necropolitano bien atestiguado.	340
3.2. Dispersión de esculturas de seres sobrenaturales.	344
3.3. Dispersión de esculturas de ciervos y toros del grupo “A”.	344
3.4. Elementos “punicizantes” en el sureste ibérico.	412
4.1. Relieves de los “Domadores de Caballos”.	475
4.2. Damas ibéricas de época plena.	494
4.3. Representaciones de caballos en tránsito al Más Allá.	555
5.1. Murallas “orientalizantes” o de arquitectura híbrida.	633
6.1. Mapa físico de los valles alcoyanos.	735
6.2. Usos del suelo de los valles alcoyanos.	735
6.3. Visibilidad desde La Serreta.	737

² Para la confección de los mapas, se ha empleado la plataforma ArcGis 9.3 proporcionado por ESRI.

6.4. Núcleos rectores subcomarcales durante el s. IV a.C.	753
6.5. Estructura del poblamiento de los valles alcoyanos a finales del s. III a.C.	789
6.6. Visibilidad acumulada desde los yacimientos alcoyanos.	789
7.1. Entorno físico del Cerro de los Santos.	836
7.2. Usos del suelo en torno al Cerro de los Santos.	836
7.3. Fotografía aérea del entorno inmediato Cerro de los Santos.	838
7.4. Vías de comunicación en torno al Cerro de los Santos.	842
7.5. Poblamiento rural en torno al Cerro de los Santos.	936
8.1. Mapa físico de las sierras albaceteñas del Alto Segura.	951
8.2. Usos del suelo en las sierras albaceteñas del Alto Segura.	951
8.3. Valle de Jutia.	956
8.4. Sectores de Jutia.	966
8.5. Dinámicas de poblamiento en el Alto Segura.	977



RÉSUMÉ

L'IMAGE DU POUVOIR DANS LE SUD-EST IBÉRIQUE ET SON ARTICULATION DANS LE PAYSAGE (VIIe – Ier SIÈCLES AV. J.-C.)

Avec cette thèse de doctorat, on essaye d'analyser les stratégies idéologiques tendant à la légitimation des rapports inégaux du pouvoir mis en œuvre par les élites des communautés locales dans le sud-est péninsulaire préromain. Le sujet présente un grand intérêt étant donné que, même si les structures sociales et politiques ibériques ont été fréquemment étudiées, ce n'est pas le cas des fondements du pouvoir politique qui donnent du sens à toutes ces structures. Le pouvoir et les inégalités sociales ne sont pas des éléments naturels, inhérents aux êtres humains, mais ils sont plutôt des constructions culturelles, historiques et donc contingentes, alors ils peuvent voire doivent être étudiés par les historiens afin de mieux comprendre les sociétés concernées. Une telle analyse devient davantage nécessaire puisque la sphère idéologique a été rarement étudiée en ce qui concerne le monde ibérique (bien qu'avec quelques exceptions significatives) à cause du manque de sources écrites lisibles, même si on dispose d'une bonne quantité d'informations sur le sujet procédant de la archéologie, dont l'iconographie serait essentiel.

Afin de surpasser, ou au moins de compléter dans quelques domaines, les approximations précédentes au sujet, on a appliqué quelques-uns des postulats propres de la théorie postmoderne, mais essayant d'éviter certains de ses aspects les plus critiqués. On a employé dans l'analyse quelques concepts de la réflexion

postcoloniale et de l'Archéologie du Paysage, aussi bien que d'autres issus de l'anthropologie et de la sociologie modernes (développés par Giddens, Bourdieu ou Foucault, parmi d'autres) ; d'ailleurs on a pris en compte la méthodologie processuelle de l'Archéologie de la Mort, même si on a évité ses interprétations les plus mécaniques. On a essayé enfin d'appliquer et développer le cadre méthodologique proposé par R. Olmos et ses disciples pour l'étude de l'iconographie ibérique, conçue en tant qu'un langage propre et complexe.

Quant au domaine d'étude de la thèse, on a choisi la circonscrire entre le VII^e siècle et le I^{er} siècle av. J.-C., période qui correspond en gros au développement de la culture ibérique, afin de mieux analyser les transformations des diverses discours idéologies –et, donc, des rapports du pouvoir– dans la *longue durée*. Cependant, on a préféré limiter spatialement l'étude au sud-est de la Péninsule Ibérique (à peu près, les provinces actuelles d'Alicante et Murcie, le sud de celle de Valencia, et le sud-est de celle d'Albacete), sur la prémisse que l'hétérogénéité du monde ibérique exige une étude partielle de chacun des peuples concernés ; en ce sens, le sud-est péninsulaire, à notre avis, constitue une aire culturellement homogène à l'époque ibérique, qui nous offre un ensemble de données archéologiques suffisant pour affronter le sujet.

La multiplicité des stratégies idéologiques mises en pratique dans une société est, par définition, impossible d'y comprendre toute entière ; mais on peut analyser les discours idéologies hégémoniques dans un moment donné, son opérativité au sein d'une communauté locale, et son développement au fil du temps. Cela sera l'objectif fondamental de cette thèse. Par conséquent, et après le prescriptif chapitre introductoire, on a opté pour diviser l'ouvrage dans deux grandes parties, dont la première étudie les quatre domaines les plus récurrentes dans les discours idéologiques ibériques (l'économie, l'ethnicité, la religion et la violence), tandis que la deuxième, à son tour, est composée de trois études de cas où on essaye de valoriser l'applicabilité des considérations précédentes lors de l'interprétation de trois sites tels que La Serreta, Cerro de los Santos ou Jutia.

Là-dessus, dans le deuxième chapitre, on a étudié comment les aristocraties ibériques du sud-est instrumentalisent, à chaque époque, certains ressorts des économies locales afin de légitimer sa prééminence sociopolitique. En fonction des conjonctures historiques, les élites essayent de monopoliser et redistribuer les importations méditerranéennes, de promouvoir la production agricole de leurs communautés et de fiscaliser une partie des excédents produits, et de soutenir enfin quelques uns des domaines artisanaux, notamment ceux les plus intéressants pour matérialiser leurs discours idéologiques. Grâce à tout ça, les aristocraties se procurent les bases matérielles, aussi bien qu'idéologiques, pour soutenir sa prééminence idéologique, car, dans une société où la thésaurisation des richesses n'a aucune utilité, son ostentation et sa redistribution en échange de capital symbolique deviennent fondamentales.

Dans le chapitre suivant, on a mis en valeur l'importance des discours ethniques dans la naturalisation des rapports inégaux de pouvoir chez les ibères. L'identité et la mémoire sont des constructions sociales, et donc des outils puissants entre les mains des élites nécessitant de légitimation. De cette façon, dans un premier moment les gouvernants se dotent des discours iconographiques et rituels « orientalisants » pour s'approcher aux agents coloniaux en s'éloignant de leurs communautés, mais ces discours sont abandonnés très tôt, ce qui explique partiellement la destruction de la première statuaire ibérique. En ce sens, les sculptures et les nécropoles peuvent se concevoir en tant que lieux de mémoire, des espaces où on négocie la mémoire sociale (et alors l'identité) du groupe aussi bien que celle de chacune des familles intervenantes. D'ailleurs, on peut accorder une interprétation ethnique analogue aux discours hellénisants, punicisants et romanisants que les élites ibériques font passer à l'époque ibéro-romaine, et qui nous arrivent notamment à travers les sources littéraires et l'iconographie.

Quant à la religion, c'est sans aucun doute l'une des outils légitimatrices les plus fréquentés par les élites ibériques. Grâce à l'étude de trois domaines fondamentaux du phénomène religieux, tels que la représentation des dieux, la conceptualisation de l'Au-delà et le bâtiment des temples et des aires sacrées, on a observé comment, à chaque époque, les aristocraties locales se présentent en tant que

représentantes, élues ou même descendantes des dieux, et donc légitimés pour le gouvernement du collectif. Ces discours restent pourtant dans une tension variable par rapport à la lute que la communauté toute entière soutien pour s’approcher plus directement aux dieux (sans l’intermédiation donc de ses élites) et pour s’accorder une vie au-delà de la mort analogue à celle dont les aristocrates présument.

En ce qui concerne la violence, on part de la considération de ce que la coaction et l’idéologie ne sont pas de sphères distinctes, étant donné que, dans notre avis, l’un des effets les plus dévastateurs de la violence est son capacité pour générer discours idéologiques tendant à l’acceptation voire la justification des hiérarchies. Aux moments formatifs du monde ibérique, par juste, les aristocrates se présentent systématiquement en tant que guerriers, dotés de panoplies singulières. À l’époque pleine, toutefois, une bonne partie de la société assume l’identité guerrière et prend part à la défense de la communauté, mais, lors des grandes guerres de la fin du IIIe siècle av. J.-C., les aristocrates feront valoir une fois plus son rôle de chefs militaires, ce qui les légitimera pour le gouvernement. Même quand la *pax romana* empêche les guerres parmi les communautés voisines, les aristocrates se représentent encore en tant que guerriers, en l’occurrence les seuls capables d’affronter héroïquement la menace des êtres monstrueux imaginés pour l’occasion.

L’analyse des études de cas (La Serreta, Cerro de los Santos et Jutia), pour finir, a montré que l’optique implémenté dans cette thèse, tendant à souligner les stratégies idéologiques mis en place par les élites locales histoire de légitimer sa prééminence, permet de construire des nouvelles interprétations à partir des données archéologiques. L’étude a entraîné bien sûr la révision exhaustive de la bibliographie publiée au sujet, mais aussi la révision directe des matériaux récoltés dans certains d’entre ces sites, et des travaux archéologiques à Jutia, un site récemment découvert et complètement inédite jusqu’au moment. Grâce a ces études de cas, on a observé de quelle façon les stratégies idéologiques peuvent confluer dans la création et le soutien d’un nouveau projet politique de grande envergure, lors d’une escalade de la guerre sans précédents, et comment ces mêmes discours peuvent être employés pour intégrer une région jadis belliqueuse dans les nouvelles structures politiques imposées ; on a découvert comment la création d’un sanctuaire peut servir pour

implémenter l'économie d'une région, à la fois qu'il est employé par les élites locales dans sa particulier lute pour la prééminence sociopolitique, et de quelle manière les dynamiques y générés restent actives au-delà de la conquête romaine, et même sont renforcés ; et on a montré enfin que les sociétés rurales et périphériques, bien que moins hiérarchisées, développent aussi leurs propres discours légitimateurs afin de naturaliser les rapports inégales de pouvoir existantes, et que ces discours se naturalisent tout de suit dans le paysage.

Lors de la thèse présente, par conséquent, on a vérifié que les fondements du pouvoir sont des constructions sociales historiques, et donc variables selon la conjoncture historique, géographique et sociale de chaque époque. Certainement, on peut établir trois relations dialectiques qu'on doit tenir compte lors de notre interprétation des rapports du pouvoir dans le passée et à travers l'archéologie: celle existante parmi le pouvoir et l'idéologie, laquelle explique aussi bien que construit le dit pouvoir ; celle présente parmi les discours idéologiques hégémoniques et la plupart de la société, laquelle les assume partiellement à la fois que les confronte ; et celle concernant les rapports parmi l'idéologie et le « monde réel », lequel la conditionne tandis qu'il est à son tour modifié par les discours idéologiques, au point qu'on n'imaginait que depuis très peu.

En ce qui concerne le monde ibérique, on trouve des gouvernants qui, à l'époque formative, essayent de souligner son *distinction* vers les autres membres de leurs communautés, en se présentant en tant que demi-dieux, étrangers et possesseurs d'habilités extraordinaires, ce qui fait d'eux les administrateurs les plus aptes du groupe. À l'époque pleine, les aristocraties revendiquent la mémoire et les cultes propres de leurs familles, qui deviennent de cette façon la mémoire et les cultes de la communauté toute entière ; au même temps, ces élites renforcent leur rôle en tant que banquiers tribaux chargés de la redistribution de certains biens de prestige à travers leurs groups locaux, mais ils délèguent la défense de la communauté dans l'ensemble des hommes libres de la société. À cause de l'escalade de la guerre de la fin du IIIe siècle av. J.-C., pourtant, les élites tourneront à se faire représenter en tant que

chefs guerriers, alors qu'ils reconstruisent leur identité et celle de leurs communautés respectives pour obtenir un mieux point de départ dans la nouvelle négociation coloniale déclenché par la provincialisation d'Hispanie.



ABSTRACT

THE IMAGE OF POWER IN THE SOUTHEASTERN IBERIAN WORLD AND ITS ARTICULATION IN THE LANDSCAPE (7th – 1st CENTURIES BC)

This thesis aims to analyze the ideological strategies implemented by the elites of the local communities in the Southeast of the Iberian Peninsula during the pre-Romans times in order to legitimize their sociopolitical preeminence. Such a topic has a great importance as, although the Iberian social and political structures have been frequently studied, the same does not apply to the political foundations that give meaning to these structures. Power and social inequalities are not natural elements, neither consubstantial to the human beings, but cultural constructions. Thus, they can be studied by the historians in order to accomplish a better understanding of the analyzed societies. This subject becomes an attractive topic because the ideological field has scarcely been considered regarding the Iberian world (with some significant exceptions, of course). This situation is due to a lack of understandable literary sources, and despite the vast amount of available data proposed by the archaeology and, particularly, by the iconography.

In order to surpass the previous approaches to the subject, or to complete at least some of their aspects, we applied several postulates developed by the postmodern theory, avoiding its most criticized aspects. We also employed some concepts originated from the postcolonial thought and the Landscape Archaeology, as well as others derived from the modern anthropological and sociological studies and

related to the theory of power and hierarchy (like those of Giddens, Bourdieu or Foucault). We took too into consideration the processual methodology of the Archaeology of Death, but renouncing to its most mechanical interpretative aspects. We tried to apply and develop, at last, the methodological framework proposed by R. Olmos and its disciples to the analysis of the Iberian iconography, conceived as a complex system of communication.

Regarding our field of study, we have delimited it between the seventh and first centuries BC, which is commonly seen as the developing period of the Iberian culture. Thus, we can take a closer look at the transformations of the various ideological discourses concerning the diverse structures of power in the "longue durée". Under the premise that the Iberian heterogeneity makes necessary a parceled study of the concerned peoples, we limited our study to the Southeast of the Iberian Peninsula. In broad terms, it corresponds with the current provinces of Alicante and Murcia, in addition to the South of Valencia and the Southeast of Albacete. In that sense, the Southeast of the Iberian Peninsula seems a homogeneous region during the Iberian times, and it provides a rich archaeological record, adequate for the study of the topic.

The multiplicity of ideological strategies that are put into practice within a society is, by definition, too vast to be exhaustively apprehended. Nevertheless, we can analyze the hegemonic ideological tools that operate at one point, its verifiability within a local community, and its evolution throughout de time. Such is the very aim of this thesis. After the introduction, we have split this work into two big sections. In the first one, we analyzed four of the most recurrent areas in the ideological discourses in the Iberian times: economy, ethnicity, religion and violence. The second one is composed of three case studies where we tried to assess the applicability of the previous considerations in facing the interpretation of archaeological sites such as La Serreta, Cerro de los Santos or Jutia.

Hence, in the second chapter, we considered how the Iberian aristocracies exploited certain mainsprings of the economy during the different periods in order to

fundament its sociopolitical preeminence. At different times, the elites worked to monopolize and redistribute the Mediterranean imports, to promote the agrarian production of their communities (controlling a significant part of its surpluses), and to develop certain artisanal sectors which were especially interesting to materialize their ideological discourses. Through all these media, these elites achieved the material –but also ideological– basis required to exert their sociopolitical preeminence, as in a society where the hoarding of wealth does not have any use, its ostentation and redistribution in exchange for symbolic capital becomes immensely worthy.

In the following chapter, we examined the importance of the ethnic discourses in the naturalization of power hierarchies in the Iberian world. Memory and identity are cultural constructions and powerful instruments in the hands of elites needed of legitimating. Thereby, at first, the Iberian rulers assume some iconographic and ritual “orientalizing” discourses, in order to approach themselves to colonial agents and to distinguish themselves from their communities. These discourses, however, would be quickly abandoned, which explain the destruction of the first Iberian sculptures. Cemeteries and sculptures, in fact, can be considered as memory theatres, places where the social memory and the family memory (and, thus, the social identity and the social memory) are negotiated. Finally, we can also interpret the Hellenizing, Punizing and Romanizing discourses implemented by the local Iberian elites in the last centuries of the 1st millennium BC, as they appear in the Iberian iconography and the Greco-Roman sources.

Regarding religion, its exploitation is one of the most recurrent strategies put in practice by the Iberian aristocracies. In the first place, we studied the three fundamental areas of the Iberian religious world: the divine representation, the Hereafter conceptualization, and the construction of temples and shrines. We observed how, at each moment and through different means, the local elites presented themselves as the representatives, the chosen ones or even the descendants of the gods, hence the legitimation for their government. These discourses, however, derive in a constant conflict with the social desire for a closer contact (without formal intermediaries) with the gods and a life beyond death like the one allegedly enjoyed by the aristocrats.

Regarding the matter of violence, we consider that ideology and coactions are not opposed concepts. One of the most devastating consequences of the use of violence is its capacity to generate ideological discourses concerning the acceptance and justification of the social hierarchies. In the Iberian formative times, in fact, the aristocracies were represented systematically as warriors, armed with impressive panoplies and in combat with the community enemies. Nevertheless, from the late 5th century on, a large part of the society assumed this warrior identity and took up its co-responsibility in the defense of the group. However, when the great wars of the late 3rd century began, the elites retook its role as military chiefs, something that would legitimize its increasing power. Even when the "Pax Romana" prevented wars between neighbouring peoples, these elites keep presenting themselves as warriors. They just "imagine" another opponent, which eventually would be represented as an enormous monster whose presence menace the community and therefore legitimate the aristocrat "heroic" government.

The case studies of La Serreta, Cerro de los Santos and Jutia, finally, showed how the ideological strategies implemented by the local elites in order to legitimate their preeminence allow us to develop new interpretations for the archaeological record. The study of these archaeological sites involved the exhaustive revision of all the published bibliography, the direct study of the artifacts in museums, and some excavation work at Jutia (a recently discovered site). Thanks to these three case studies, we were able to understand: (1) How the ideological strategies can converge in the creation of a new political long-range project in a war escalation context without precedents in the Iberian world, and how these discourses can be exploited to integrate a bellicose region into the new political structures imposed by the Roman power. (2) How the creation of a sanctuary can suppose the implementation of the regional economy while this very sanctuary is used by the local elites in its particular struggle for the social preeminence, and how the dynamics thereby created keep on after the Roman conquest. (3) How the rural and peripheral societies, less hierarchical as they were, develop their ideological discourses to naturalize their power inequalities, and how are these discourses materialized in the landscape.

In this thesis, therefore, we verify that the fundamentals of power are social constructions, and thus variables depending on the historical, geographical or social conjuncture. We also argue that the ideological discourses (which built and naturalized those power fundamentals) condition the socioeconomic structures of a society. We perceived, then, three dialectic binomials, that we must take into account if we want understand the power relationships in the past. (A) The binomial power - ideology (as the ideology explains, justify and spread the fundamentals of power, but it also built them). (B) The binomial hegemonic ideological discourses - society (as the majority of the society assumes and somehow takes part in those discourses, while at once they confront its application). (C) The binomial ideology – “material world” (as the materiality condition the ideological discourses, but at the same time the way we perceive the “material reality” is highly conditioned by the ideology).

Concerning the Iberian world, we observed that some aristocrats, as they became rules of their communities and strengthened their leadership progressively, tried to highlight their distinction presenting themselves as foreigners, semi-divine people with extraordinary capacities: the better men for the administration of the community. After the 5th century, they managed to disguise their family memory and family cults as the social memory and the communal cults, while they boost their role as tribal bankers and as good prestige distributors, but delegate the defense of the community in the ensemble of free men of the society. The war escalation in the late 3rd century, however, makes these elites claim one more time their leadership as war chiefs, while they re-negotiate their individual and communal identities in order to achieve a better position in the new colonial space provided by the so-called “Romanization process”.



